LA HORMIGA DE ORO

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS
GRANADA
BIBLIOTECA

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL
(GRANADA)
Sala
Sección COMISIÓN MONUM.
Serie PAPELES
Libro n.º 12

R. 32

E-1
T-6
Nº-2

IMPRENTA
LA HORMIGA DE ORO
BARCELONA

R. 194

LA HORMIGA DE ORO

FIDES · SCIENTIA · ARS · LITTERÆ

Año VI (1889) | Barcelona 6 de Enero | Série II.—Núm. 54

El. CALVARIO DE LA VIDA

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS DE GRANADA

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL · GRANADA ·

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

La única esperanza, por L. M. de LI.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*La voz del Papa.—Jesuitas y masones*, por Aurelio Beltra.—*Adoracion de los reyes Magos* (poesía), por Juan B. Altés y Alabart.—*Los dos viajeros, I*, por Matilde Bourdon.—*Noticias varias.*

GRABADOS

El Calvario de la vida (composicion de P. A.).—Para todos es la humana vida, con su cúmulo de trabajos, penalidades, fatigas, contrariedades y males de toda clase, un verdadero Calvario, un valle de lágrimas, un destierro, que con estas y otras expresiones de igual energía lo llamamos los míseros mortales. Nuestro espíritu nunca encuentra aquí el objeto de sus afanes y deseos, ni el cumplimiento de sus más altas aspiraciones. La esperanza en el cielo es el término único, infalible y natural de todo deseo y de todo trabajo, como lugar verdadero de eterna justicia, de bien hallado reposo y de verdadera paz del espíritu, que no puede conseguirse en la tierra; y ¡desgraciado quien lleva la pesada carga de esta vida sin el auxilio de la religion!

La puerta de San Galo en Florencia.—La capital del antiguo Ducado de Toscana es una de las ciudades de Italia que más llaman la atencion del viajero por su belleza, sus monumentos, sus recuerdos históricos y sus preciosidades artísticas. Su catedral, sobre todo, es bellísima, y la inauguracion, aún reciente, de su portentosa fachada ha venido á aumentar su celebridad. De ella dimos oportunamente una vista que reproducía con minuciosidad sus detalles y daba una idea cabal de su grandiosidad y magnificencia.

Nuestro grabado de hoy está tomado de una fotografía de los Sres. Alinari hermanos.

La reina Isabel de Rumania (copia de una fotografía).—Hermosa escena, hija no de mero capricho del artista, sino de la más poética y seductora realidad, que nos muestra tal cual es la augusta princesa que en union de su consorte Cárlos I rige los destinos del pueblo rumano. Entre las bellas dotes que la adornan cuéntase la de un talento privilegiado que ha hecho notable en el mundo literario el nombre de *Cármen Sylva* con que firma las notables producciones de su ingenio. Una reina sentada en medio de multitud de niños súbditos suyos, á quienes inculca con tierna solicitud y por medio de ejemplos y parábolas las virtudes del cristiano y del ciudadano, teniendo por dosel la inmensidad de los cielos y por trono y alfombra las arenas de la playa do van á estrellarse las rumorosas olas, es un espectáculo digno de ser reproducido por diestro pincel y de ser cantado por bien templado estro.

De aquel país, erigido en reino independiente despues de la última guerra entre Rusia y Turquía, daremos detalles tan interesantes como poco conocidos en una serie de artículos sobre los Principados Danubianos.

Un jefe de Kaumeres (busto de Juan B. Trabucco).—Con el nombre de *Kraumires* son conocidas las tribus no sometidas que habitan las elevadas y ásperas montañas que se extienden entre Bizerta (Túnez) y la frontera de Argelia. Esos pueblos indómitos, que nunca aceptaron sino de nombre la dominacion mahometana, no son árabes: pertenecen á la raza berberisca, con reconocidas mezclas de la del Norte: son en su mayor parte habitantes de las llanuras y ciudades de la antigua Cartago, que se refugiaron en los montes más inaccesibles, como lo hicieron al mismo tiempo los numidas y mauritanos.

¿Renacerá entre ellos la antigua fe y civilizacion cristiana, de la que sólo conservan un recuerdo?

Esta pregunta en sí misma es fácil de resolver. Bastaría que se dejase á los misioneros católicos la entera libertad de su ministerio, por lo menos la de instruccion y de caridad, pues es necesario desvanecer nuevas y profundas prevenciones y una especie de feroz fanatismo que no sería posible arrostrar sin riesgo, áun para el objeto que se propondrían los misioneros. Es preciso desde luego ganar el corazon, la confianza, y esto es obra de repetidos beneficios y de mucho tiempo.

El Addritto en Verona (cuadro de Santoro Rubens).—En Verona plaza fuerte y ciudad importante de Lombardía, á 20 leguas O. de Venecia, y á 25 E. de Milan, con una poblacion de 60,000 habitantes. Contiene edificios muy notables, ó por su antigüedad, ó por su construccion. Su fundacion data de cinco siglos antes de Jesucristo. Domináronla sucesivamente etruscos y vénetos, romanos y ostrogodos, lombardos y galos, los duques de Milan y de Padua, Venecia y la liga de Cambray, hasta que Maximiliano I la volvió á Venecia. En 1797 se apoderaron de ella los franceses, y luego el tratado de Campo-Formio la entregó al Austria. En 1801 volvieron á ella los franceses. En 1805 quedó comprendida en el reino de Italia. Nueve años más tarde volvió al Austria, y por último quedó otra vez unida á Italia. Verona ha dado su nombre á distintos Congresos, siendo tal vez el más famoso el de 1822 entre las principales potencias de Europa.

LA ÚNICA ESPERANZA

¡Cuán desgraciados son los que no pueden elevar sus ojos á lo alto y alimentar su corazon con esperanzas de auxilios superiores, cuando el espíritu se halla abismado ante peligros que no puede dominar y destrozado por realidades que no tienen remedio humano!

No nos referimos á los políticos que juegan en ese horrible tapete verde que se llama España, por el cual corre de una á otra mano el oro arrancado á las lágrimas, á los sudores y á la honra de la nacion. Para éstos la última esperanza no queda nunca perdida. Una desercion, un cambio de casaca, un acto de habilidad ó de audacia, y en definitiva una traicion, les abren las puertas por donde su ambicion desea introducirles.

Para quien no ha de restar en lo humano esperanza alguna, es para la gran masa de la nacion que ve correr hácia ese tapete verde su substancia y la de sus hijos, por cuyo porvenir siente inquietudes desgarradoras.

Se ha querido hacer el ensayo de una sociedad sin Dios, del gobierno del hombre por el hombre, prescindiendo de toda ley que no sea impuesta por su razon independiente, y hoy se ve la sociedad sin amparo contra las pasiones de los hombres, desencadenadas contra ella.

El hombre sin Dios la oprime, porque el hombre sin Dios es cruel y oprime al débil para saciar su ambicion; es egoista, y no vacila en sacrificar los intereses ajenos, por sagrados que sean, á los suyos; es tirano, y avasalla cruelmente al que hace sólo ademan de resistirle.

Y la sociedad empieza á pensar en que Dios es necesario en la vida de los pueblos; en que para defenderse del yugo del hombre que la oprime, la explota y la sacrifica no hay más remedio que pedir el gobierno de hombres que crean en Dios y le obedezcan, le teman y enfrenen sus pasiones.

Pero esta aspiracion no da todavía fuerza á la sociedad para sacudir el yugo á que se ha sujetado, una parte voluntariamente, y otra por inaccion.

¿Quién dará el medio para romper este yugo?

Para los que tienen su entendimiento apartado del mundo sobrenatural, nadie; no hay esperanza: el mundo es ya del hombre; Dios ha sido arrojado de él, y aun se desea acabar de borrar las huellas que quedan de su dominio secular, y el hombre no quiere perder los derechos que se ha otorgado y de que se ha dado posesion.

Para los que guardan en su alma algo del tesoro de la fe, y siquiera en los momentos de angustia se escapa del fondo de su corazon una plegaria que aprendieron en su infancia, para éstos hay una vislumbre de esperanza. Porque calculan que la eficacia de su oracion, experimentada en el terreno individual, puede tener tambien resultado en el órden social.

De aquí la corriente sana de las generaciones nuevas, que ven con horror el estado actual del mundo; y sin responsabilidades en la creacion del órden de cosas que lo ha producido, van decididamente en busca del remedio natural, que se les presenta como el único efectivo; y de aquí el despertar de la generacion que se va y concluye por abrir los ojos á la vista de los errores que ha cometido, y empieza á decir: Sólo en Dios está la salvacion.

Pero esto no basta; de este sentimiento de esperanza sólo nace la oracion. Es precisa tambien la accion; porque se trata de una lucha que ha de dar por resultado el triunfo de los que quieren á Dios contra los que le rechazan, del derecho cristiano sobre el derecho nuevo, que es el derecho del hombre rebelde.

Pues bien: en esta accion sólo pueden unirse los que esperan firmemente: los que reconocen lo sacrílego de la obra del hombre pierden toda su confianza en sus resultados y están decididos á no admitir ya más transacciones ni arreglos que dén vida y duracion á su reinado, reconociendo que fuera de Dios, de su ley santa, del magisterio de la Iglesia, no puede haber regeneracion social, ni órden moral, ni prosperidad material.

Nuestra mision de periodistas católicos nos impele á fomentar esta esperanza, á mostrarla como el único camino que nos puede llevar á la regeneracion social: seguros de que Dios ha de triunfar del mundo, porque suyo es, y es su director, por más que los hombres se opongan á ello, y de que todo el tiempo que tarde en recobrar su imperio social será el tiempo á que le sujete de castigo y de justa expiacion.

L. M. de LI.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El ayuno de Succi y el del pueblo español.—Pascuas tristes.

Algunas veces este famoso pueblo de Madrid, enigma nunca bien descifrado, tan extremoso para el mal como para el bien, en el que lo culto y lo tosco se codean y dan argumentos á los cuadros más contradictorios, suele ofrecer tan cumplidas muestras de sentido comun, que hace olvidar que es el pueblo explotado por *D.ª Baldomera*, por el Dr. Garrido, por *los apóstoles* y hasta por el difunto Arderius, que de Dios goce.

Y una de esas veces la estamos tocando al ver lo que pasa con el ayunador Succi, contratado como espectáculo por el que en Madrid explota los públicos divertimientos con privilegios municipales, provinciales y nacionales, esto es, hasta sin pagar alquiler por los cinco ó seis teatros que administra.

La habilidad de Succi, como es sabido, consiste en pasarse sin comer veinte ó treinta dias, ingiriendo sólo en su cuerpo al agua que necesita y tomando al comienzo de su vigilia un líquido preparado por él; pero que, por lo visto, no contiene ninguna sustancia que sirva para reparar las fuerzas que ha de perder en tan prolongado ayuno.

Una coleccion de no sé cuántas docenas de médicos le vigilan y le pulsan á todas las horas del dia, para impedir que degenere en suicidio la prueba del ayunador.

El cual está instalado en un teatro, donde se le puede ver durante las horas del dia, mediante el precio de una peseta ó dos reales, segun la localidad que cada uno quiera ocupar, entregado á ejercicios de esgrima y de gimnástica.

Todos los dias se le pesa, y la prensa de la capital publica un estado de los kilos que pierde, compulsado el volúmen que tenia cuando empezó el ayuno.

A pesar de esta propaganda, y de ser toda una Academia científica la que ha tomado bajo su proteccion á Succi, el respetable público no se da la mayor prisa por verle, llevando su indiferencia hasta el punto de que es muy raro el dia que caen en la taquilla de la administracion del espectáculo una docena de pesetas.

Con lo cual es muy dudoso que se pueda recabar para los gastos.

Este desvío del público hácia una prueba tan arriesgada tiene una explicacion lógica y á mi juicio verdaderamente sensata.

Porque dicen los que no quieren soltar la pe-

seta para ver á Succi que su ayuno no es en España una cosa del otro jueves.

Y, con efecto, Succi se está sin comer veinte y treinta dias; pero hay una gran mayoría de españoles que le echan la pata, porque se llevan sin comer veinte y treinta años.

Razon por la cual muchos de ellos emigran á climas y regiones que suponen más hospitalarios, aunque no lo sean, y otros que no emigran se pasan el hambre como pueden hasta que caen en los brazos amorosos del enterrador, que es el único funcionario del Estado liberal que se ocupa en ellos.

De consiguiente en la tierra castiza del ayuno forzoso, en el país donde el gobierno y la administracion son dos negaciones progresistas, y donde la prosperidad pública es un mito ó una realidad que pide limosna, Succi no está llamado á tener éxito.

De aquí que el respetable público matritense haya decidido que la peseta que habia de emplear en ver á un hombre que tiene la habilidad de pasarse veinte ó treinta dias sin comer, está mejor empleada en ver los novillos, ahora que no hay toros, ó en comprar una barra de turron para endulzarse la boca.

Así puede ya tenerse por evidente que Succi, como espectáculo, ha sido un fracaso, pues no ha atraido la concurrencia que el *hombre-cañon*, la *mujer-merluza* y el *niño-serpiente*.

Contrastando con el ayuno de Succi y con el de las personas que no ponen precio al suyo y le sufren *gratis data*, las comilonas de Pascua han regocijado, salvo los casos de cólicos é indigestiones, el vientre colosal de la capital de las Españas.

Mucha pitanza se ha devorado, pero acaso no tanta como otros años; prueba de que la patria está cada vez más oprimida, ó lo que es igual, de que no corren en España arroyos de leche y de miel y de que no se atan los perros con longanizas.

El hecho no tiene nada de maravilloso.

Llevamos más de medio siglo de dominacion progresista, y á tan ruda prueba no hay vaca, por uberina que sea, que se resista.

Durante ese medio siglo, en que España ha servido de nodriza al régimen liberal, incansable productor de manadas de lobeznos nunca saciados de mamar, tanto se ha esquilmado la fortuna pública que no parece sino que se ha repetido con nuestra nacion el argumento de la conocida fábula *La gallina de los huevos de oro*.

El progreso liberal se lo ha engullido todo.

Creíase que no tendria vientre para digerir más que la desamortizacion monacal y la civil; pero sus gigantescas mandíbulas siguen triturando la fortuna pública representada por todas las industrias.

Diez y ocho millones de españoles estamos caminando á paso acelerado hácia San Bernardino; y si el sistema sigue haciendo de las suyas, no se tardarán muchos años sin que España se vea convertida en un vasto asilo de mendicidad.

Las Pascuas se han celebrado, pues, en Madrid sin la animacion de otros tiempos reputados por más felices, aunque en realidad no eran más que los precursores del presente estado de desolacion.

Y es claro: si, como dice el refran, de la panza sale la danza, y tripas llevan piés, y los duelos con pan son menos, á estómagos vacíos no podia corresponder una alegría estrepitosa.

Pero, eso sí, los progresistas se han divertido en grande, siendo los únicos españoles que han podido á mansalva y sobre seguro festejar la Pascua, arramblando con las vituallas suculentas del comercio.

Y lo que ellos dicen á la nacion:

—Entre dos que bien se quieren, con uno que coma basta.

Y á eso se reduce el amor que profesan á los españoles.

A comérselos crudos y vivitos, haciendo al diablo reir á carcajadas.

LUPERCIO

Madrid, 2 de Enero de 1889.

LA VOZ DEL PAPA

CARTA DE SU SANTIDAD LEON XIII AL ARZOBISPO DE TOURS

Venerable Hermano, salud y bendicion apostólica.

Es, á no dudar, triste y doloroso haber de tratar con severidad á aquellos á quienes se profesa afecto de padre; pero, aun cuando cueste, el obrar así constituye á veces un deber para aquellos que tienen que mirar por la salvacion de los demás, manteniéndoles en el camino de la santidad. Y la severidad debe ser mayor y se hace necesaria cuando hay razones para temer que el daño aumente al correr del tiempo y redunde en detrimento de las almas.

Estos son los motivos, V. H., que os han impelido á usar de vuestros poderes para censurar un escrito á todas luces reprensible, tanto por las ofensas que encierra para la autoridad sagrada de los Prelados, cuanto porque ataca además, no solo á uno, sino á gran número, presentando sus actos y su administracion en términos llenos de acrimonia, citándoles, ó poco menos, ante su tribunal, cual si hubieran faltado á sus más grandes y más sagrados deberes.

No, no cabe aguantar por ningun concepto que seglares que hacen protestas de catolicismo lleguen hasta arrogarse á las claras, en las columnas de un periódico, el derecho de denunciar y de criticar con desaforada licencia y como mejor les plazca á toda clase de personas, sin exceptuar á los Obispos, figurándose que les es permitido tener en todo, salvo en lo que respecta á la fe, las opiniones que les agradan, y juzgar de todo y á todos segun su gusto.

Nada hay, V. H., en la cuestion presente que pueda haceros dudar de Nuestro asentimiento y de Nuestra aprobacion. Es primordial deber de Nuestro cargo el de velar, uniendo nuestros esfuerzos á los vuestros, para que la divina autoridad de los Obispos permanezca inviolable y sagrada. Á Nós corresponde tambien el mandar y hacer que donde quiera sea fuerte y honrada y obtenga en todo por parte de los católicos la justa sumision y el justo respeto que le son debidos.

En efecto, el divino edificio de la Iglesia se apoya verdaderamente, como base por todos reconocida, en primer término sobre Pedro y sus sucesores, y después sobre los Apóstoles y sus sucesores los Obispos. Escucharles y despreciarles es escuchar y despreciar al mismo Jesucristo Nuestro Señor. Los Obispos forman la porcion más augusta de la Iglesia, la que instruye y gobierna, por derecho divino, á los hombres; de manera que quien quiera que les resista y se niegue con tenacidad á obedecer sus palabras, se aparta de la Iglesia. (*Matth.* XVIII, 17). Mas la obediencia no se ha de encerrar en los límites de las materias que tocan á la fe; su dominio es mucho más vasto y se extiende á cuanto abraza el poder episcopal. Para el pueblo cristiano los Obispos no son únicamente maestros en la fe, sino que se hallan tambien colocados á su cabeza para regir y gobernar; son responsables de la salvacion de los hombres, que Dios les ha confiado y de que habrán de dar cuenta un dia. Por lo cual el apóstol san Pablo dirige á los cristianos esta exhortacion: *Obedeced á los que están á vuestra cabeza, y estadles sometidos, porque velan sobre vosotros y deben dar cuenta de vuestras almas.* (Heb., XIII, 17).

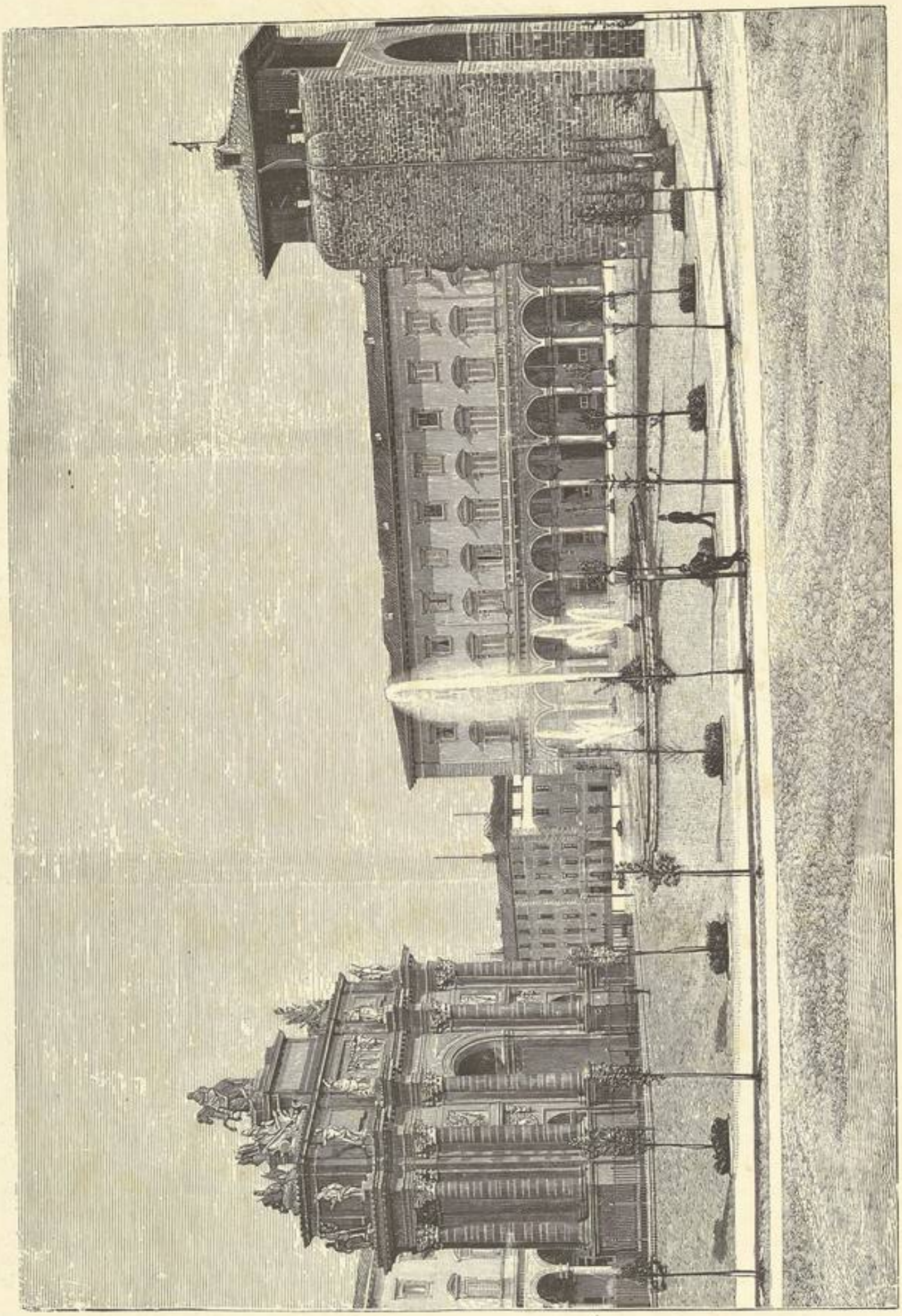
Es hecho constante y reconocido que existen en la Iglesia dos órdenes distintos por su naturaleza: los pastores y el rebaño; los jefes y el pueblo. Toca al órden primero el cargo de enseñar, dirigir y gobernar á los hombres en la vida, é imponer reglas; toca al otro el deber de estar sometido al primero, el de obedecerle, el de honrarle y el de cumplir sus órdenes. Por tanto si los subordinados usurpan las atribuciones del superior, no sólo incurren en un acto de ofensiva temeridad, sino que además subvierten, en cuanto á ellos toca, el órden tan sábiamente establecido por la providencia del Divino Fundador de la Iglesia. Si por azar se encontrara en el campo del Episcopado un obispo que no tuviera lo suficientemente presente su dignidad ó que pareciera infiel á alguna de sus santas obligaciones, no por ello perderia nada de sus poderes en tanto que permaneciera en comunion con el Pontífice Romano, ni á nadie le sería permitido amenguar ni en poco ni en mucho el respeto y la obediencia debidos á su autoridad. En cambio, escudriñar los actos episcopales y criticarlos no pertenece en modo alguno á los particulares, sino sólo á aquellos que en la jerarquía sagrada tienen un poder superior; y sobre todo al Pontífice Supremo, puesto que á Él confió Jesucristo el cuidado de apacentar, no sólo á los corderos, sino á las ovejas. Á lo más, cuando los fieles tienen grandes motivos de queja, les está permitido deferir la causa entera al Pontífice Romano siempre que, guardando la prudencia y moderacion aconsejados por el bien comun, no se desborden en sus palabras y acriminaciones que contribuyan á engendrar odios y divisiones, y seguramente á aumentarlas.

Estos principios fundamentales no se pueden conculcar sin que se produzca por ello la confusion y la ruina del gobierno de la Iglesia. Y Nós hemos cuidado en distintas ocasiones de recordarlos é inculcarlos. Nuestras cartas a nuestro Nuncio en Francia, que citais bien oportunamente, se expresan con toda claridad, así como las dirigidas después al Arzobispo de París, á los Obispos belgas, á algunos Obispos italianos y las dos Encíclicas á los Obispos de Francia y de España.

De nuevo hoy recordamos esos documentos, y de nuevo los inculcamos con grande esperanza de que Nuestras advertencias y Nuestra autoridad apaciguarán la actual agitacion de ánimos en vuestra diócesis, calmándose y sosteniéndose todos en la fe, en la obediencia, en el justo y legítimo respeto hácia cuantos están revestidos de sagrados poderes en la Iglesia.

Ha de considerarse que faltan á esos deberes, no sólo aquellos que rechazan sin velos y de frente la autoridad de sus jefes, sino tanto como á ellos á cuantos se les manifiestan contrarios y hostiles valiéndose de astutas tergiversaciones y por vías oblícuas y disimuladas. La virtud verdadera y sincera de la obediencia no se manifiesta sólo en palabras; consiste, sobre todo, en la sumision del ánimo y de la voluntad.

Mas puesto que se trata aquí de una falta cometida por un periódico, es de todo punto necesario que á los redactores de los periódicos católicos Nós intimemos una vez más que respeten, como leyes sagradas, las enseñanzas mencionadas antes, sin que puedan salir de ellas. Además que estén persuadidos y graben en su espíritu que si



FLORENCIA.—LA PUERTA DE SAN GALO (De una fotografía de Alinari hermanos)

LA REINA ISABEL DE RUMANÍA (COPIA DE UNA FOTOGRAFÍA)

osan salir de estas prescripciones y abandonarse á sus juicios personales, bien sea prejuzgando decisiones de la Santa Sede, bien hiriendo la autoridad de los Obispos y erigiéndose en una autoridad que no tienen, en vano pretenderán conservar el honroso nombre de católicos y defender los intereses de la santa causa de que dicen ser partidarios.

Para concluir, Nós deseamos vivamente que los que se han extraviado vuelvan a ideas más sanas, y que el respeto á la autoridad de los Obispos quede arraigado en todos los ánimos.

Nós os concedemos en el Señor, como testimonio de Nuestra benevolencia y de Nuestro afecto, á vos, venerable hermano, á todo vuestro Clero y á vuestro pueblo, la bendicion apostólica.

Dado en Roma en San Pedro el diez y siete de Diciembre del año mil ochocientos ochenta y ocho, onceno de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, Papa.

JESUITAS Y MASONES

Dos asociaciones luchan hace más de tres siglos con tenacidad extraordinaria, conmoviendo el mundo con el choque perenne de sus fuerzas contrarias, de sus tendencias opuestas, de sus caracteres inconciliables.

¿Cuál de los dos contendientes tiene de su parte la razon y la justicia? ¿Dónde está el secreto de su irreconciliable enemistad?

¡Libertad! dice el masonismo: y veo al jesuita tremolando con mano vigorosa la bandera de la libertad cristiana contra Lutero que quiere matar al hombre libre y petrificarlo en la inercia de una monstruosa adulteracion de la *Gracia*, y le veo lidiando con Jansenio que lleva más allá que el estúpido musulman el fatalismo de la predestinacion.

¡Igualdad! dice el masonismo: y el jesuita la predica al mundo, y mucho más la realiza plenamente en la organizacion de la Compañía. ¿No veis, en efecto, como el magnate abandona su sólio y el labriego deja su cabaña, y forman los dos en una misma fila, con el mismo grado, los mismos derechos é iguales obligaciones? Sí: el jesuita ha encontrado el único rasero capaz de nivelar exactamente todas las condiciones humanas, el único posible sobre la tierra: *la humildad cristiana!*

¡Fraternidad! dice el masonismo: y veo al jesuita tomando en su paternal regazo al violento y embrutecido hijo de las selvas, perdonando las injurias, orando por sus perseguidores, derramando el bálsamo de los consuelos, llevando por do quiera el fuego santo de la caridad, dilatando su corazon hasta encerrar en él la humanidad entera.

¡Civilizacion! dice el masonismo: y veo á Francisco Javier, á Juan de Britto, á Constante Beschi... lanzándose á las misteriosas regiones del Oriente y apareciendo en ese cielo de solemne majestad cual una constelacion de soles que disipan las tinieblas del bramanismo; veo á Mateo Ricci soplando un ambiente de vida en el recinto de la China paralizada por la vejez y aletargada por inveterados errores; veo á Pedro Claver levantando la raza negra á la altura de los cielos!

¡Ciencia! dice el masonismo: y veo á Possevin como el oráculo de diplomacía de su tiempo, y á Kircker sorprendiendo á la naturaleza sus arcanos, y á Clavio sondeando las profundidades del espacio y desvelando los misterios del firmamento, y á Daniel y Mariana manejando con mano maestra y con inspiracion robusta y viril la historia, y á Secchi, el más grande de los sabios de este siglo, luciendo en el horizonte de la ciencia como un luminar en cuyo torno se agrupan, secundarios, los demás genios que hacen volar su entendimiento al través de las estrellas!...

¡Progreso! grita el masonismo: y oigo que todos y cada uno de los hijos de Loyola predican, repiten y comentan esta máxima divina: «Sed perfectos como mi Padre que está en los cielos,» es decir: levantaos, subid, desenvolveos, progresad hasta aproximaros en lo posible á Dios de quien sois hijos!

¡Ah! por más que se esfuerce en atenuar la severidad del fallo, no se me oculta que el lema masónico, escrito con letras de fuego, brilla siniestramente por entre una nube sombría y preñada de tempestades; en tanto que la Milicia de Jesús despliega su oriflama sin mancha al soplo de todos los vientos, á la vista de todos los hombres y á la faz del sol.

La Compañía tiene por cuna las borrascas del siglo XVI, nace en medio de los resplandores del *Renacimiento*, es saludada por el trueno de la revolucion religiosa, deja escuchar su primer vagido en medio del horrísono estruendo de las pasiones desencadenadas: el grito penetrante de las conciencias entregadas sin freno á sus desvaríos, *el libre exámen* que tiene por norma las debilidades y caprichos de la mente y los desordenados impulsos del corazon, el desprecio de toda autoridad, el odio á todo lo grande y santo, el terror, la impostura, la violencia se juntan, se condensan y estallan sobre la nueva Sociedad desde los albores de su vida de luchas sin tregua y de victorias sin número. El *jesuitismo*, fruto grandioso de los desenvolvimientos de la humanidad, expresion de una época en que se ensanchan extraordinariamente los horizontes de la inteligencia, símbolo del espíritu que empieza á abrir sus pujantes alas para señorear la materia y cruzar con vuelo soberano los radiantes ámbitos de la creacion; el *jesuitismo*, entidad nacida del consorcio de la luz que brilla en las alturas con los dolores y esperanzas de la tierra, aparece como Hércules ahogando en sus robustos brazos las serpientes de la impiedad y del vicio: amamántalo la bendita caridad; la fe y la razon, la verdad y la ciencia lo arrullan con su severo canto y sus sublimes enseñanzas.

¿Y el masonismo?

El masonismo no se exhibe en medio de la claridad del dia; se hace sentir tan sólo por sus efectos. Su marcha es oculta, irregular y pavorosa. Encubre la direccion que toma, pero deja percibir el sordo rumor de su paso. Es algo como el estridente y vago fragor del trueno que se dilata por los entoldados espacios de una noche lóbrega; es algo como el rugido subterráneo con que el fuego que hierve en las entrañas del globo anuncia los horrores de un cataclismo. Cual un gigantesco topo, camina socavando los cimientos del edificio social y causando ruina donde predomina su maléfica influencia. Viene con la tormenta, y se va dejando la desolacion.

El jesuitismo predica; el masonismo seduce.

El jesuitismo habla en lo alto de la cátedra del Espíriiu Santo á la multitud que, sedienta de doctrina, se agolpa á sus piés; el masonismo inicia, dando á su recinto la apariencia de una caverna.

El jesuitismo es el águila que hiende los celestes y dilatados campos del éter; el masonismo es el vampiro que revolotea tardíamente al abrigo de las tinieblas.

¿Cómo explicar hechos tan constantes y palpables? ¿En qué consiste que el jesuitismo sea una Compañía conocida, y el masonismo una logia secreta? ¿En qué consiste que aquel sea una *escuela* y éste un *conciliábulo?* ¿Cuál es la razon por que el primero descubra y enseñe á todo el mundo su ciencia, sus medios y su fin, y el segundo los sustraiga á las miradas de todos? ¿Cuál es la razon por que el primero tienda sus brazos á la humanidad entera, y el segundo cuente con un escaso número de afiliados, y excluya, como á *profanos*, á todos los hombres? ¿Por qué el jesuitismo sale afuera á difundir sus lecciones, y la logia se presenta como un antro lleno de misterios? ¿Por qué, en fin, los jesuitas han sido siempre y son por do quiera víctimas y jamás verdugos?

Dejo á la discrecion del lector las conclusiones que fluyen de tales premisas.

Aurelio Beltra

ADORACION DE LOS REYES MAGOS

I

¡¡Nació Jesús!! Hermosa y refulgente
La *Estrella de Jacob* brilla en los cielos:
Flota su llama en el sereno ambiente
Y barre de la noche oscuros velos.
Con sorpresa gratísima los ojos
Se convierten al astro peregrino:
El lago copia sus destellos rojos
Y el mar se baña en su fulgor divino.
Misterioso fanal, vierte su lumbre
Del Oriente en los mágicos confines;
Ríe gozosa la florida cumbre
Y exhalan más esencia los jardines.
Se paran á observar los Reyes Magos
El sorprendente, nítido meteoro,
Que en torno alumbra los espacios vagos
Cual luminosa lámpara de oro.
Y sintiendo los tres su mente herida
Por otra sacra luz no menos bella,
A seguir se disponen en seguida
El misterioso curso de la estrella.

II

Cual la columna de fuego
Que del Desierto al través
Guiaba con sus fulgores
A las huestes de Israel;
Así la espléndida estrella
Los pasos guia también
De los Santos Reyes Magos
En direccion de Salém.
Honores, bienes, riquezas
Allá dejaron los tres:
Los tres de amigos y deudos
Supieron firmes vencer
Consejos los más prudentes
Y protestas de amor fiel.
Nada detuvo sus pasos,
Ni entibió nada su fe:
Habla la estrella á sus almas
Cuando sus ojos la ven.
¡Cómo cruza rutilante
De las sombras el dosel!
¿Qué dulce soplo la rige?
¿Qué senda va á recorrer?
De la regia caravana
Inextinguible sol es
Que ni celajes ni nubes
Consiguen oscurecer.
Muchos dias son pasados
Y otros pasarán tal vez
Antes que logren la dicha
De adorar al Niño Rey.
Camellos y dromedarios
Con gallardísimo tren
Cargados vienen de aromas
Y ricos tesoros que
La Arabia Feliz produce
Para esparcirlos dó quier.
Sigue la estrella su curso,
Los Magos siguen tambien
Cabalgando en los camellos
O andando quizás á pié.
Blancos cabellos adornan
De Melchor la noble sién:
En su rostro venerable
Nevada barba se ve,
Y su gravedad declara
Que el primero debe ser.

Jóven, amable y gracioso,
De blanca y rosada tez,
Es Gaspar, cuyas miradas
Dejan del alma entrever
Los piadosos sentimientos
E inocente sencillez.
Baltasar, por el contrario,
Muy alto y moreno es:
Viendo sus fornidos miembros
Adivínase muy bien
La invencible resistencia
Que el Mago debe tener.
Cubiertos de luengas túnicas
Que les llegan á los piés,
Y de pintorescos mantos
Que el aura viene á mecer,
Andan su largo camino
Sin que se entibie su fe,
Viva y pura cual la estrella
Que delante de ellos ven.
Mas de repente ¿qué pasa?
Allá está Jerusalen;
Mas la estrella no parece:
¿Quién pudo apagarla, quién?
En la ciudad sin tardanza
Entran gozosos los tres.
—¿Dónde está, preguntan ellos,
De los judíos el Rey
Que, segun los vaticinios,
Ha acabado de nacer?—
En su trono tiembla Herodes,
Cubierto de palidez,
Pensando puede perderlo
Si es cierto (y pudiera ser)
Lo que contaron los Magos,
Que deben saberlo bien.
Manda á los sabios y escribas
Que estudien la Antigua Ley:
Y, mal su grado, las señas
Más ciertas no pueden ser.
—Marchad, Herodes les dice
A los Magos; id á ver
Dónde ha nacido ese Niño,
Y contádmelo despues,
Pues adorarle yo quiero
Como merece un tal rey.

III

No en la gran Jerusalén
Quiso el Dios de la humildad
Nacer, sino en la ciudad
Ignorada de Belén.
Bien pudo Jesús á aquella
Para su cuna elegir,
¡Tan sólo para morir
Se reservó á Salém bella!
La estrella maravillosa
No alumbraba los espacios
Do se yerguen los palacios
De la Corte fastüosa.
Pero luego reverbera
Con pura luz esplendente
Cuando los Reyes de Oriente
De la ciudad salen fuera.
¡Cuál se llenan de alegría
Sus piadosos corazones!
¡Cómo envían bendiciones
Al astro fiel que los guía!
Avívase por momentos
Y con nueva luz se inflama
En su corazon la llama
De amorosos sentimientos.
Apresurando su paso
El corazon les palpita...
¿Es que la estrella bendita
Se acerca á feliz ocaso?
¡Qué alegría! Allá á lo lejos
Y entre los árboles ven
Como blanquea Belén
De la estrella á los reflejos.
Un poco más... Y rendidos
Del Rey Infante á los piés
Van á ofrecerle los tres
Los presentes prevenidos.
¡Oh ventura inesperada!
El luminoso fanal
Párase sobre el portal
Que hay de Belén á la entrada.
Y en la cueva penetrando,
Y postrándose de hinojos,
Con dulce llanto en los ojos
A Jesús van adorando.
Tras los misteriosos velos
De pobreza y humildad,
Se esconde la Majestad
Sacrosanta de los cielos.

Los tres Reyes del Oriente
Conocen á su Señor;
Que una lumbre superior
Está alumbrando su mente.
Y abriendo el rico tesoro
Que ellos traen, como es ley,
Tributan al que es su Rey
Suave incienso, mirra y oro.
Aunque mucho más preciados
Son los obsequios y dones
Que ofrecen sus corazones
En caridad abrasados.
Que aunque temblando de frío
Sobre las pajas del suelo,
Ese Niño es Dios del cielo,
Rey del Gentil y Judío.

IV

En ríos de delicias inefables
Anegadas las almas de los Reyes,
Dentro la cueva de Belén olvidan
Pompas, riquezas y lujosos trenes.
La suspirada dicha que sus almas
Con férvido anhelar buscaron siempre,
La encontraron allí; allí abundante
Corre de dicha y de placer la fuente.
Mas precisa dejar á Belén bella
Que celestiales lumbres esclarecen,
Y volver otra vez á sus regiones
Sumidas en las sombras de la muerte.
Pero viva en el fondo de sus almas
Se llevan una luz que nunca muere;
Sus destellos irán desvaneciendo
Las tenaces tinieblas del Oriente.
Allá dirigen sus seguros pasos,
Pues el Dios de Belén les favorece,
Por camino distinto del que un dia
Les hubo de mostrar la luz celeste.
Burlada queda la infernal astucia
De Herodes sanguinario, que pretende
Para afirmar su trono vacilante
Acabar con el Rey omnipotente.
Libres y sanos y dichosos llegan
A la Arabia Feliz los Magos Reyes,
Que en celosos apóstoles de Cristo
La abrasadora caridad convierte.
Del mundo hollando las livianas pompas
Y despreciando sus caducos bienes,
Aspiran sólo á la eternal corona
Que Dios otorga á sus vasallos fieles.
¡Y en verdad la alcanzaron! Del martirio
Conquistando las palmas refulgentes,
Del eterno Belém gozan las dichas,
Y cetros y coronas allí tienen.

JUAN B. ALTÉS Y ALABART

LOS DOS VIAJEROS

I

Era en Colonia, una deliciosa tarde de verano. Los postreros rayos del sol en su ocaso teñían de grana la empinada cúpula de la catedral, obra maestra del arte gótica; las campanas de la ciudad tocaban el *Angelus*, y un numeroso gentío invadía las calles, ansioso después de un dia de trabajo de respirar el aire puro en las verdes orillas del Rhin. El gran rio, que corre majestuosamente desde los ventisqueros de la Suiza hasta las llanuras de Holanda, mecia á la sazon en sus olas de esmeralda numerosos barcos de vapor dispuestos á emprender su acostumbrada travesía por entre aquellas orillas encantadas, llenas de grandes recuerdos y de poéticas leyendas.

Uno de tantos vapores, el *Herzog von Nassau*, que debia calentar sus calderas al amanecer del dia siguiente, tenia ya á bordo algunos pasajeros. Los del pabellon y del salon de popa se habian retirado á sus respectivos aposentos al anochecer; pero los menos acomodados, los de tercera clase, abandonando su estrecha y sofocante cámara, se habian quedado casi todos sobre el puente, donde respiraban el suave ambiente de la noche y veian la ciudad hundirse en las sombras, mientras la inmensa bóveda del cielo brillaba con la espléndida iluminacion de las estrellas.

En el pabellon, rico y elegante aposento, habia un jóven solo, sin criado y casi sin equipaje, y cuyas maneras altivas inspiraban cierta aversion á los que le rodeaban, por lo cual á nadie le venian deseos de turbar su soledad.

Sentado en un sofá, parecia ensimismado y fijaba en el suelo sus sombríos ojos: su tristeza no era como la que se origina de una gran desgracia, ni reconocia una causa positiva sobre la cual pudiese el tiempo ejercer su infalible imperio; sino que parecia inherente al alma y al pensamiento que roia como una planta parásita y cuyas preciosas cualidades absorbia: pueril tal vez en su causa, pero terrible en su predominio, emponzoñaba aquella vida jóven, adornada por la Providencia con los dones que dan la felicidad.

Héctor de Mesnil pertenecia á una familia respetable; poseía un nombre sin tacha; entraba en la vida por la puerta del honor que le habia abierto una larga série de honrados y virtuosos ascendientes; era rico, y poseía la inteligencia y el corazon que pueden avalorar la riqueza. En el bello país que rodea á Friburgo tenia una casa, en donde sus padres le esperaban y le recibian llenos de alegría cuando regresaba de sus largos viajes... A pesar de todo, Héctor estaba triste, y no encontraba gusto alguno en los goces que el mundo le proporcionaba.

La riqueza permanecia improductiva entre sus manos; los más hermosos viajes no servian más que para aburrirle; la vuelta á la casa paterna aumentaba su tristeza; y su vida sin encanto y sin sol, sin objeto y sin luz, érale gravosa con todo el peso de un inmenso fastidio. Héctor creia conocerla bien, y sin embargo la experimentaba llena para consigo de enigmas y de oscuridad; ignoraba de dónde venia y á dónde iba, y perdido en la investigacion de esos problemas, tremendos para aquel á quien Dios no ilumina, vacilabl y se sentia empujado por la duda y el tédio á un abismo de locura y desesperacion.

Solo en aquella cámara, y más aún ante el buen humor de los demás, cuyo estrépito heria sus oidos, preguntábase á sí mismo por qué no estaba tambien alegre, él tan rico, jóven y más favorecido de la fortuna que sus compañeros de viaje, que reian tan á placer; por qué no se sentia tan feliz, qué le faltaba. Y cuanto más se penetraba de lo feliz que debiera sentirse, mayor envidia concebia por la dicha ajena, y más crecian en su corazon las olas de tristeza y desaliento.

Habia anochecido del todo; poco á poco fué apagándose sobre cubierta el rumor que levantaban las animadas conversaciones de los pasajeros, pronto no se oyó más que el susurro de las olas al chocar con las ruedas del buque, cuando de improviso en medio del silencio de la noche una voz vibrante y sonora llenó el espacio con un canto impregnado de elevacion y majestad.

Héctor prestó el oido, y conoció el hermoso salmo: *Cœli enarrant gloriam Dei*, puesto en música por el *Pórpora*, antiguo maestro italiano.

El canto, grave y entusiasta á la vez, se avenia perfectamente con la sublimidad del texto, y la voz que interpretaba aquel magnífico cántico hacia resaltar aún más sus bellezas. Música y palabras parecian brotar espontáneamente del corazon del cantor, conmovido por el espectáculo de una hermosa noche de verano, á la vista de aquel sinnúmero de astros que pregonan la gloria del Criador.

Héctor, dejando sus tristes pensamientos, escuchaba con atencion: habia oido muchos y escogidos cantantes que llenaban con sus voces, á las que prestaba el arte sus encantos, los principales teatros de Europa, añadiendo á la seduccion de su talento todo el prestigio de la escena, de brillantes trajes y de una accion dramática; pero ninguno de ellos habia llegado á conmoverle como

esa voz desconocida haciendo resonar en el silencio de la noche algunas frases de David, puestas en nota por un compositor olvidado. Aquella simpática voz resonaba dentro del corazon, desterrando toda la amargura que lo llenaba, y derramando en él un sentimiento indefinible de sublime gozo que le era desconocido tanto tiempo hacia. Entonces parecia mostrarse la inmensidad de los cielos á los ojos del jóven, tan largo tiempo indiferente á sus bellezas, y repetia en su interior las palabras del poeta aleman que en otras ocasiones habia leido: «Nada más hermoso que el estrellado cielo extendido sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en el fondo de nuestros corazones!»

Levantóse para subir sobre cubierta á fin de contemplar el hermoso cielo y oir de más cerca aquella voz que así penetraba en el fondo de su alma, cuando súbito se calló... El lejano eco de los campanarios de la ciudad anunciaba la media noche: entró un doméstico para arreglar la lámpara, y Héctor le preguntó:

—¿Quién cantaba arriba?

—Un pobre ciego que imaginándose estar solo, se ha puesto á cantar; y todos han guardado silencio para escucharle.

Cuando volvió á quedar solo, Héctor decia en sus adentros:

—¡Un pobre ciego! ¡Ah! ¡cuán poco me costaría trocar mi suerte por la suya, si tiene en el fondo de su corazon lo que revela su inspirado acento!

(Se continuará)

JEFE DE KRUMIRES (BUSTO DE JUAN B. TRABUCC)

NOTICIAS VARIAS

De San Celoni nos escribe un buen amigo que en la denominada Rectoría Vieja de dicha poblacion se está construyendo un nuevo y grandioso parque.

—El dia 14 se sintieron en Malgrat (Cataluña) dos terremotos, viniendo al suelo una casa, sin que afortunadamente hubiese que lamentar desgracias personales. El suceso fué causa de que se agrietase la montaña llamada *Turó de Serra*. Como es de suponer, hubo gran pánico en la poblacion y pueblos comarcanos.

—La region central de uno de los pilares del coro de la insigne basílica de Sevilla se halla en inminente ruina, y se teme un próximo reventamiento que acabe de quitar toda esperanza de restauracion para esta magnífica joya de la arquitectura.

—En Cádiz ha ocurrido un hecho que indudablemente es efecto de la malhadada influencia que ejerce el espiritismo en el cerebro de gran número de personas.

Un individuo, influido completamente por el espiritismo, ha propinado á su esposa enferma una mixtura compuesta de caña, vegeto y belladona. Agravada la enfermedad, y puesto el hecho en conocimiento del juzgado, dijo el esposo que los espíritus le habian ordenado suministrara aquella medicina para salvar á su mujer.

La enferma fué conducida al hospital en estado gravísimo.

—Como en los años anteriores, dispuso recientemente Su Santidad que para las fiestas de Navidad se distribuyeran entre las familias pobres de Roma abundantes socorros en dinero, camas y abrigos, destinando una buena cantidad para los sacerdotes pobres.

—En Dijón se ha celebrado un banquete popular con asistencia de 500 personas, en el cual se pronunciaron entusiastas discursos en favor del restablecimiento del poder temporal del Papa.

Imp. La Hormiga de oro

EL ADIGETTO EN VERONA (CUADRO DE SANTORO RUBENS)

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 13 DE ENERO — SÉRIE II.—NÚM. 55

ENTRE DOS LADRONES (CUADRO DE LEOPOLDO DEHAISNE)

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Mensaje* del Vicario general de la Compañía de Jesús al Papa.—*Carta del cardenal Lavigerie.—Los dos viajeros*, II, por Matilde Bourdon.—*A Egipto*, por F. Iturribarría, Pbro.—*Necrología:* Excelentísimo é Ilmo. Fr. Pedro Payo, arzobispo de Manila.—*No hay palma sin martirio.—Noticias varias.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

Entre dos ladrones (cuadro de Leopoldo Dehaisne).—No sabemos si sería esta la mente del autor de tan bella composicion; pero antójasenos ver en ella un cuadro fiel de la vida humana: es decir, el débil ó el tímido explotado por el astuto y el audaz.

El eminentísimo cardenal Cárlos Lavigerie, *arzobispo de Argel y Cartago y primado de Africa.*—Este ilustre purpurado ha venido con sus predicaciones á sacar de su letargo á Europa, que no veia ó que aparentaba no ver la vergonzosa trata de negros llevada á cabo en Africa. Así la religion católica ha sido siempre la primera que ha levantado la voz contra ese comercio infame consentido unas veces y apadrinado otras por gobiernos indolentes y afeminados.

Véase la *Crónica hebdomadaria* de este número y la hermosa carta que el Cardenal ha dirigido á uno de nuestros compatriotas.

Cristo resucita á la hija de Jairo (cuadro de Rauchinger).—Conocida es la resurreccion de la hija de Jairo por uno de los prodigios más estupendos del Salvador y que más alta idea y mayor convencimiento dan de su divinidad.—Este cuadro es tenido por los inteligentes como una obra maestra que reune una majestad, propiedad, viveza y naturalidad que arroban y seducen el ánimo. La vista no se cansa de posarse en cada uno de los personajes, en cuyas actitudes y semblantes se retratan muy al vivo las distintas impresiones del espíritu en presencia de aquel grande y maravilloso acto de la omnipotencia divina.

Construccion de la torre Eiffel en París.—Dicen que será una de las obras más asombrosas que podrán visitarse y que constituirá el principal atractivo de la próxima Exposicion universal de la Babel revolucionaria.

Lleva su nombre del ingeniero inventor y director de los trabajos de construccion. Su altura será de 300 metros. Se subirá hasta la cumbre por medio de poderosos ascensores, y en los puntos intermedios desde la base al vértice y á distancias de 70 á 80 metros se establecerán magníficas galerías de cristales.

La torre tiene la forma de una esbelta pirámide, cuyas aristas son formidables montantes de hierro adosados en curva y convexos al exterior para resistir mejor el empuje del viento. Estos montantes son de seccion cuadrada que disminuye desde la base al vértice, y cada uno forma una gran armazon de celosías que tiene 15 metros de lado en la base por 5 en el vértice. La distancia que separa los basamentos de los montantes es de 100 metros, descansando los extremos inferiores de estos sobre fundaciones de sillería calculadas hasta con exceso de solidez.

El primer piso se halla á 70 metros sobre el suelo y lo componen los montantes reunidos formando los ángulos de un inmenso cuadrado. El piso consiste en una elegante galería de cristales de 15 metros de latitud que circuye toda la construccion, siendo su superficie de 4,200 metros cuadrados.

El segundo piso es una sala cuadrada tambien de cristales, cuyo lado mide 30 metros. En el vértice de la torre se instalará una cúpula móvil rodeada de un balcon exterior de 250 metros cuadrados, desde donde se abarcará de una sola ojeada todo París con sus vías férreas, ríos, pueblos, etcétera. En esta cúpula se instalarán las luces eléctricas destinadas á iluminar la Exposicion y cuyo foco debe ser de 3000 lámparas, necesitándose para alimentarlo una fuerza de 500 caballos de vapor.

Para la total construccion de la torre se emplearán cerca de 5,000 toneladas de hierro. «Vista desde el jardin del Trocadero, dice un periódico parisiense, parece como que sale de debajo de tierra; y ayer, mirando la extremidad de ese coloso, el cual, sin embargo, se encuentra sólo á dos terceras partes de la altura que ha de tener, nos preguntábamos si será posible que la vista descubra la cima de ese monumento cuando tenga sus 315 metros de elevacion.»

Las pirámides de Egipto tienen 146 metros, la Catedral de Colonia 159, y la pirámide de Washington que se construye en la actualidad no excederá de 166 metros.

El sitio de Suakim.—Conocidas son las tentativas de los sudaneses para apoderarse de aquella plaza, defendida por tropas anglo-egipcias que llegaron á verse reducidas al último apuro, debiendo su salvacion á la llegada oportuna de algunos refuerzos enviados en su auxilio.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El Apóstol de los negros.—El sub-marino Peral

Un rumor grato á los oidos católicos ha circulado por Madrid en la última semana.

El cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago, viene á España á continuar su propaganda antiesclavista, que le ha hecho famoso en Italia y en el universo mundo, donde ya se le conoce por el significativo renombre de *Apóstol de los negros*.

Notorio es que Leon XIII, Papa gloriosamente reinante, es el inspirador de la Santa Cruzada que predica el cardenal Lavigerie con elocuente verbo para redimir al hombre esclavo, á quien un tráfico inhumano y cruel lleva á los mercados para cotizarle en ellos como si fuera una bestia: y es tambien notorio que el supremo Jerarca de la Iglesia no economiza estímulos para alentar al Arzobispo de Cartago en su evangélica empresa, como lo atestiguó el año anterior enviándole 300,000 pesetas del acervo de dádivas de su Jubileo sacerdotal.

La cruzada que ha emprendido el cardenal Lavigerie es simpática á la Europa culta, como no puede menos de serlo toda empresa enderezada á romper las cadenas del esclavo para hacerle liberto de Jesucristo.

Todo el que oiga referir al cardenal Lavigerie los horribles pormenores de las cacerías y ojeos de negros que se perpetran en el interior del Africa para abastecer de carne dolorida la trata infame con que la codicia afrenta á la humanidad, no podrá menos de sentir horror insólito en lo más profundo de su corazon.

Segun resulta de las conferencias que ha dado en Roma, y que se propone continuar en Nápoles y Palermo antes de venir á España, llega á un millon la cifra de los negros que en el Africa oriental perecen ó son vendidos, despues de las cacerías que se organizan contra ellos, ascendiendo á otro tanto la cifra de los que, desde Egipto hasta Marruecos, sufren la misma suerte.

El venerable apóstol cree que con dos millones de pesetas y 500 hombres podrá formarse una expedicion que, remontando los ríos, se interne en Africa y ahuyente de sus costas á los malvados traficantes que sostienen tan inhumano comercio. ¿Qué extraño es que el cardenal Sanfelice, arzobispo de Nápoles, que tiene empeñados los rendimientos de su mitra para ejercer la caridad por adelantado, á falta de otros recursos, haya enviado al *Apóstol de los negros* su pectoral, empedrado de diamantes, para que se rife y sea el producto de la rifa invertido en tan cristiano objeto?

Dos excepciones, sin embargo, ofrece el mundo, que no responden al universal y fervoroso entusiasmo con que es acogida en todas partes la cruzada que predica el cardenal Lavigerie.

Turquía, la nacion enervada y degradada por el mahometismo, é Italia, el pueblo liberal que mantiene en ominosa prision al Jefe supremo de 240 millones de católicos, son dos naciones sordas á la voz del apóstol que predica la emancipacion de los esclavos, sometidos á un comercio vil que ambas podrian mitigar, si no impedirlo del todo, porque ejercen alguna jurisdiccion sobre las regiones donde aquel se perpetra impunemente.

Era el único odioso timbre que les faltaba conquistar á los carceleros del Papa, falsos apóstoles que predican una libertad mentida, y practican la tiranía más oprobiosa.

Venga el cardenal Lavigerie á España á hacernos participar de su santa y gloriosa empresa, que nos recuerda otras similares en que hemos desempeñado el papel de redentores de los siervos en tiempos más dichosos y florecientes.

Aunque la España de hoy no es siquiera la de Cárlos II, pues en su tiempo se descubrieron nuevas y vastas regiones que se conquistaron para herir las tinieblas de bárbaros idólatras que renacieron á la vida del progreso cristiano, todavía creemos que ha de aportar hombres y dinero á la realizacion de la empresa tan cristiana como épica que el cardenal Lavigerie predica encendido en llamas de entusiasmo por la gloria de Dios y salvacion de sus criaturas.

Venga tan ilustre huésped á la tierra clásica de la hidalguía y del valor, y se convencerá de que España es el pueblo nacido para realizar las epopeyas de la cruz, en que descolló sin rival entre los pueblos más grandes del mundo.

Verificada la digestion de las comilonas de Pascua, el *todo Madrid* de las grandes fiestas, y hasta el Madrid de medio pelo que tambien come, bebe, se divierte y holgazanea cuando se presenta la ocasion, se han acordado de que estamos en vísperas de una prueba colosal que puede convertirse en acontecimiento de inmensa resonancia.

Me refiero á la prueba del sub-marino Peral, que en los momentos en que trazo estas líneas tiene emocionado, con justa razon, al sentimiento nacional.

Porque los grandes genios de la humanidad se han conformado siempre con presentar sus creaciones con escala gradual; pero el modesto teniente de navío de la Armada española, que mantiene actualmente al espíritu público en febricitante ansiedad, se ha descolgado de golpe y porrazo nada menos que con la solucion de siete problemas enormísimos, salvo error de suma y pluma.

Entre los cuales figuran el de sostener su barco á una profundidad determinada por un aparato, haciéndole navegar en la direccion que se le dé: el de comprimir ó extractar el aire para la tripulacion, como se extracta la carne de Liebig ó se sacan las quintas esencias de las cosas materiales: el de hacer que el buque se mueva por la electricidad: el de disparar desde él un torpedo sin anegarse; y el de alumbrar el mar en una longitud bastante extensa para que los peces celebren sus fiestas á *giorno*.

Segun los inteligentes, cualquiera de estos problemas, bien resuelto, bastará para inmortalizar al modesto cuanto ilustre inventor del sub-marino. Júzguese cuál será su gloria si los resuelve todos y resulta la prueba hecha y derecha.

El sentimiento nacional, poseido de nobles y augustas zozobras, tiene la mente puesta en el ensayo que ha empezado á verificarse, y dominado por los optimismos que ha despertado la confianza del inventor en sus aparatos, exhala su entusiasmo con estos patrióticos epifonemas:

—¿Se acabarán las escuadras blindadas?

—¿España será la reina de los mares?

—¿Recobraremos á Gibraltar?

¿Y por qué no habrian de cumplirse esas profecías?

Sin el invento de Peral fué España reina de los mares en edades no remotas, y sobre el peñon de Gibraltar ondeó la bandera de Castilla...

¡Plegue á Dios que se cumplan aquellos vaticinios y que llegue á ser verdad tanta belleza!

Lupercio

Madrid, 8 de Enero.

DOCUMENTO NOTABLE

MENSAJE DEL VICARIO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Á S. S. LEON XIII

Santísimo Padre:

Desde que se publicó la sábia carta que Vos, Santísimo Padre, escribísteis al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de París, hice que llegaran á vuestros piés los sentimientos de mi admiracion, y he dispuesto lo conveniente para que en lo concerniente á los miembros de la Compañía se cumpla todo lo que se prescribe en aquella carta.

Hoy, que ya conozco las disposiciones de mis hermanos, puedo, con inmensa alegría de mi corazon, afirmar que la Compañía entera se halla inspirada en el espíritu de obediencia hácia la Sede Apostólica; en ese respeto, en ese amor, en esa adhesion hácia Vuestra Persona sagrada, que con pleno derecho Vos podeis desear y reclamar.

Todos nosotros creemos y confesamos que en la Iglesia Santa «entre los Pas»tores hay uno que es el Jefe y el Pastor »Supremo de todos.» Creemos y confesamos que «únicamente á los Pastores »ha sido confiado pleno poder para en»señar, juzgar y dirigir, y que á los fie»les se les ha impuesto el deber de se»guir sus enseñanzas, someterse dócil»mente á su fallo, y dejarse gobernar, »corregir y conducir por los caminos de »la salvacion.» Amargamente deploramos que entre los católicos, sin duda motivado por la mala condicion de los tiempos, haya algunos que no estén conformes con el papel de súbditos que les corresponde en la Iglesia, y que creen poder atribuirse una parte de independencia y estiman tener el derecho de juzgar á su modo los actos de autoridad.

Os prometemos, Santísimo Padre, que con todos los medios de que disponemos, segun nuestra institucion, y con todo el celo posible, nos esforzaremos en arrancar esa zizaña que comienza á pulular en el aire, corrompido por la libertad de la prensa, y notablemente por la ligereza que puede echarse en cara á la ciencia moderna.

Tened á vuestra disposicion, santísimo Padre, á nuestra Compañía cual si fuera un ejército, débil en comparacion de las falanges del Clero secular y regular, pero que permanecerá siempre fiel y constante en su obediencia y amor hácia Vos. Nuestra Compañía se esforzará siempre, tomándoos por guía, en buscar la gloria de Dios, la salud de las almas, el bien de la Iglesia y el honor de vuestra sagrada persona.

He dicho, Santísimo Padre, «bajo vuestro Gobierno,» porque sois la fuente de jurisdiccion que unifica nuestra Compañía, y cada uno de nosotros os reconoce en realidad como nuestro primer superior y señor.

Bajo vuestra bandera estamos prontos á todo, *usque ad sanguinis effusionem*. Esta union con Vos es nuestra vida, nuestra fuerza, aunque ella haya sido la causa del ódio y persecucion del mundo. Pero esta persecucion es nuestro mérito delante de Dios, nuestro regocijo, nuestro consuelo, y la agradecemos con todo nuestro corazon.

El mar sobre el cual navega la mística nave de la Iglesia, de la cual sois Vos, por la voluntad divina, el piloto, está en nuestro dias más agitado que en el pasado, y vuestro valor está sometido á durísimas pruebas.

Pero Vos habeis heredado de Pedro la autoridad que recibió de Nuestro Señor. La harmonía de movimientos en los remeros con las señales del piloto, es actualmente más necesaria que nunca. En su sábia prevision ordenó Jesucristo que la infalibilidad doctrinal, que fué siempre una prerogativa reconocida de hecho en la persona de todos los sucesores de san Pedro, recibiese una definicion dogmática que la hiciese aparecer con todos sus resplandores, procurando al Soberano Pontífice una acendrada veneracion.

Pero en los tiempos presentes, en los cuales lo sobrenatural es menospreciado, es un beneficio providencial que Vos, Santísimo Padre, esteis dotado de esos méritos literarios, de esa sabiduría, de esa prudencia, de ese tacto práctico, gracias á los cuales aun los mismos enemigos de la Iglesia se ven obligados á respetar á vuestra sagrada persona.

Vuestra penetracion de espíritu ha encontrado las raíces del mal que trabaja á los individuos y á la sociedad, y la llaga que la devora. Por esta razon Vos deseais que la falsa filosofía desaparezca, que sea elevada la sabiduría de santo Tomás, y Vos sois quien habeis colocado esta sabiduría en el puesto de honor que le corresponde.

EL EMINENTÍSIMO CARDENAL
CÁRLOS LAVIGERIE
ARZOBISPO DE ARGEL Y CARTAGO Y PRIMADO DE AFRICA

Habeis puesto en práctica toda clase de esfuerzos para devolver su santidad característica al matrimonio cristiano, y al denunciarnos la masonería Vos nos dijísteis: «Ahí teneis al enemigo de Dios, de la Iglesia, de la sociedad y del hombre individual.»

Desarmado, abandonado, prisionero, y con un valor, no solamente raro, sino único, habeis desafiado á un enemigo infinito por el número; orgulloso, puesto que desconoce toda autoridad; traidor, puesto que con sus tramas ocultas y bajo jefes secretos tiende á sus inícuos fines sin detenerse ante la infamia de los medios.

Y entre tanto desde lo alto del Vaticano brillais, Santísimo Padre, con luz tan intensa, que todos los ojos se deslumbran, y es preciso esperar que muy pronto esta luz disipe á las tinieblas con que está envuelta en nuestros dias la cuestion social. Los hombres, iluminados con esta luz, establecerán los Gobiernos sobre su base verdadera; á las leyes las inspirarán en las leyes divinas y devolverán al Pontificado la soberanía, que será la vida y tutela de todas las soberanías láicas y el verdadero principio de gloria, de fuerza y de bienestar de Roma y de Italia.

Y mientras os veneramos con tantos títulos, Santísimo Padre, estamos muy lejos de formular argumentos «de sumision poco sincera, estableciendo como una oposicion entre un Pontífice y otro.» Creemos firmemente que en el gobierno de la Iglesia, salvo los deberes esenciales impuestos á todos los Pontífices por su cargo apostólico, cada uno de ellos puede adoptar la actitud que juzgue más conveniente, segun los tiempos y las circunstancias. Por esto es único Juez, atendiendo que reune para esto, no solamente luces especiales, sino el conocimiento de las condiciones y necesidades de todo el Catolicismo, á las cuales conviene que extienda su prevision apostólica.

El objeto á que tiende el Gobierno de la Iglesia no puede ser otro que divino y santo, y nós confesamos, Santísimo Padre, que Vos sois libre para escoger los medios que designeis á este fin, toda vez que no han sido determinados por Nuestro Señor Jesucristo.

Nos sometemos á Vuestra Suprema autoridad sencilla y plenamente, confiando en las luces especiales que en vuestra calidad de Vicario de Jesucristo recibís de Dios, como asimismo en vuestra soberana sabiduría y prudencia.

Mandad, y estamos prontos á obedecer. Prosternados humildemente para besar vuestro pié sagrado, imploramos la bendicion apostólica.

De Vuestra Santidad humilde, obediente y decidido servidor en Jesucristo.—Antonio María Anderledy, *Vicario general de la Compañía de Jesús.*

UNA CARTA
DEL CARDENAL LAVIGERIE

El ilustre Arzobispo de Argel y Cartago ha dirigido á don Luis Sorela una carta elogiando altamente la idea de constituir en España una gran Sociedad nacional antiesclavista.

Hé aquí los principales párrafos de este notable documento:

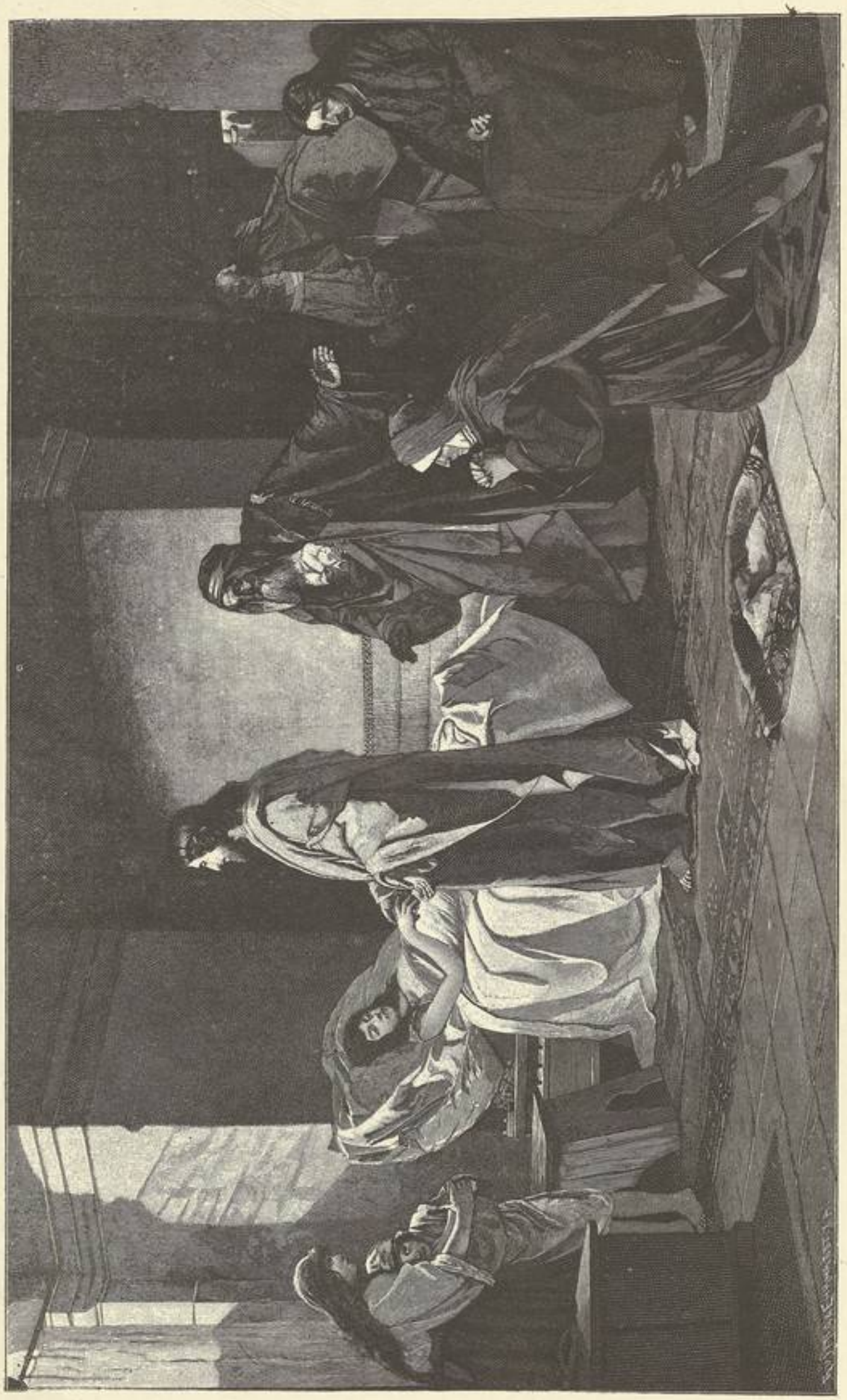
España me ha inspirado siempre un cariño profundo. Cerca de sus fronteras, á la sombra de las montañas y al márgen de las ondas que separan nuestras dos naciones, se deslizó mi infancia; á los acentos del habla castellana se meció mi cuna, como la de V. á los de la lengua francesa; más tarde conocí en Bayona católicos y sacerdotes españoles, cuya fé, cuya firmeza inquebrantable admiré sinceramente: nada que interese á ese país me ha sido ni puede serme nunca extraño; y ahora un nuevo lazo, el lazo de la ternura pastoral, me une más estrechamente todavía á los ciento cincuenta mil compatriotas de V. que han venido á buscar en Argel una segunda patria.

No puedo, pues, menos de regocijarme al ver á la católica España seguir el impulso generoso que arrastra en pos del Jefe Supremo de la Iglesia todas las naciones católicas al socorro de tantos millares de criaturas humanas entregadas á la esclavitud.

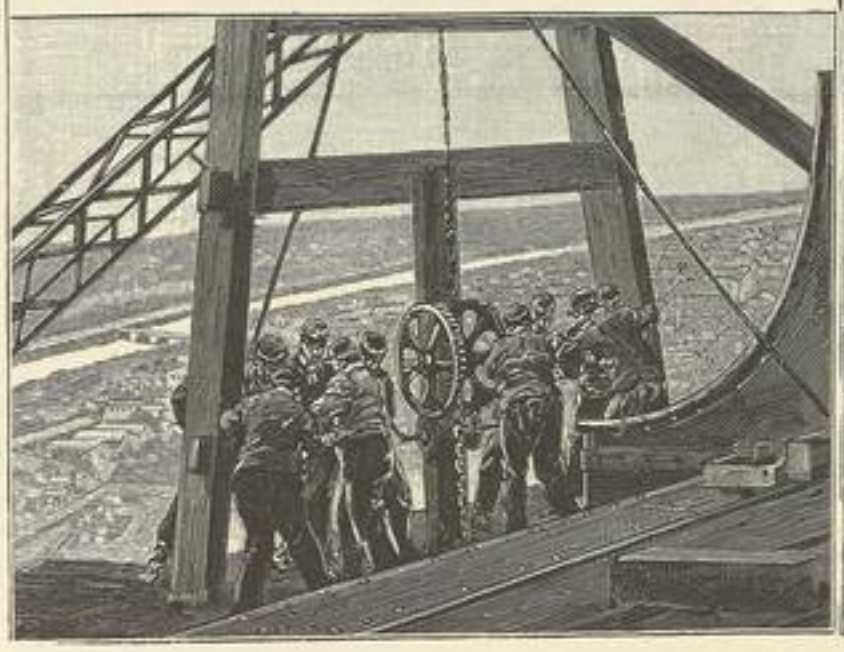
Es verdaderamente bello y consolador el espectáculo de un pueblo que, apenas concluida la obra de la emancipacion en sus propias colonias, se apresta á emprenderla de nuevo en Africa, movido por un sentimiento cristiano y desinteresado de humanidad y de justicia.

Razones sobradas justifican este ardiente celo.

Entre todas las naciones católicas de Europa España es la vecina más próxima de los países de esclavos. Desde las altu-



CRISTO RESUCITA Á LA HIJA DE JAIRO (CUADRO DE RAUCHINGER)



CONSTRUCCION DE LA TORRE EIFFEL EN PARIS

ras que limitan el Estrecho de Gibraltar se divisan las playas en que tienen lugar públicamente los mercados de infelices negros arrancados por la violencia á su Soldan, arrastrados á través del Sahara, en medio de indecibles crueldades, y diseminados, por último, en las ciudades y aldeas de todo el Imperio de Marruecos, á donde los conducen las caravanas musulmanas. En las demás comarcas del Islam las potencias cristianas han recabado de los Príncipes, al menos en apariencia, el compromiso de poner término á tamaños horrores.

. . . . . .

Digno es, en verdad, de España, enseñoreada mucho há de no pocos puntos de este Imperio, y que ahora mismo está fundando en el Oceano, en las extremidades del Sahara, una colonia nacional, el contribuir, de acuerdo con las demás naciones de Europa, á que desaparezca cuanto antes tan triste estado de cosas. Todo su pasado la obliga á luchar contra la esclavitud musulmana; su historia está llena de páginas gloriosas, de nombres ilustres relacionados con hechos análogos.

Ahí está la memoria de un Las Casas, de un San Pedro Claver, para demostrarle la generosidad de que son capaces sus hijos cuando se trata de combatir la esclavitud de los negros contra las preocupaciones, los intereses y las pasiones de los próceres. Nuestro Santísimo Padre ha honrado esos recuerdos, escogiendo para patron de la nueva cruzada un santo español; y tales son los modelos que en su Enciclica *In plurimis* ha propuesto á los misioneros todos y á todos los cristianos del mundo en el cumplimiento de esta obra de sublime fraternidad.

. . . . . .

Por muchos siglos han combatido los españoles en su propio suelo contra los infieles, que se apoderaban de sus padres para aherrojarlos con las cadenas de la esclavitud. Gracias á la intrépida fé de tantas generaciones y al valor de sus Reyes y de sus Ordenes militares, consiguieron libertar á España de la tiranía musulmana; pero aún vieron largo tiempo despues en Argel, en Bona, en Tunez, innumerables desdichados arrebatados por infieles piratas de sus playas y de sus embarcaciones, sin que nunca los abondonasen, corriendo siempre en su auxilio, ora por medio de las Ordenes religiosas, ora por la fuerza de las armas; y más de una vez, al romper las cadenas de los cautivos, cayeron á sus piés las fortalezas africanas. Yo no puedo olvidar que un Cardenal español, el gran Jimenez, tomó en persona el mando de una de esas sagradas expediciones.

¡Cuán nobles son estos recuerdos! Pero tambien ¡cuán grandes son los deberes que imponen! ¿Y cómo, despues de haber alcanzado tan alto puesto de honor, no ocuparian hoy el que les corresponde por tradicion en los combates que todavía han de sostenerse para que lleguen á extinguirse por completo en el suelo de Africa las crueldades de que aún es teatro?

Hé aquí, amigo mio, lo que hubiera querido poder decir, en nombre del Padre Santo y en el mio, á los católicos españoles... Por desgracia, me es imposible ahora hacerlo personalmente y tengo que conformarme con enviar á V. estas líneas, no sin rogarle que se sirva comunicarlas á todas las nobles almas cuyos sentimientos armonicen con los de V. en esta materia. Indudablemente una carta no puede tener los acentos que tendria mi voz de anciano y amante pastor; pero confio en que, con la gracia de Dios, contribuirá á excitar la abnegacion y el entusiasmo de tantos corazones generosos que en esa tierra, como en las demás naciones cristianas de Europa, comprenden y sienten perfectamente que urge concluir de una vez con unas infamias que no pueden ya tolerar por más tiempo hombres que de tales se precien, y mucho menos ha de tolerarlas una nacion cristiana y caballeresca cual España...

En la postdata de esta carta el ilustre Cardenal ofrece poner á disposicion de la Sociedad antiesclavista española, tan pronto como se constituya, la parte que le tiene destinada de la generosa ofrenda que Su Santidad entregó á Mons. Lavigerie para facilitar el éxito de su cruzada contra la esclavitud.

LOS DOS VIAJEROS

II

Apenas asomaban por el Oriente los primeros destellos de la aurora, cuando el *Herzog von Nassau* trazaba en las tranquilas aguas del rio una espumosa curva; y cuando Héctor, despues de una noche más tranquila que de ordinario, subió al puente, vió desplegarse ante sus ojos un magnífico panorama. Las viejas torres de Colonia hundíanse en el horizonte: el Rhin se deslizaba majestuoso por entre risueñas orillas, salpicadas por multitud de alegres aldeas de techos rojos sumergidas entre verdor; prados, viñedos, arboledas, sombríos peñascos coronados por enormes torreones de antiguos y desmantelados castillos que parecían brotar del suelo.

El cielo era de una pureza admirable, y el ambiente matutinal parecía llenar todos los pechos de nueva vida y vigor; la cubierta estaba llena de pasajeros que unos á otros se repetian las leyendas unidas á los castillos cuyos muros ruinosos y solitarios asomaban por entre las nieblas de la mañana. Héctor apenas prestaba atencion á aquellas narraciones, y parecia ocuparse poco de sus compañeros de viaje. Alejóse al fin de aquellos animados grupos, y se encaminó á la proa, en donde los pasajeros menos acomodados ocupaban un lugar más reducido.

Unos fumaban tendidos sobre cubierta; algunas aldeanas de pintorescos trajes se entretenían con sus pequeñuelos; varios estudiantes, con sus clásicas pipas y casquetes, movian grande algazara, llenos del buen humor que inspiran veinte años, un hermoso dia y algunas semanas de vacaciones: pero Héctor apartó sus ojos de aquel grupo tan alegre, no encontrando allí lo que buscaba; hasta que al fin creyó reconocer, sentado en un banco, mudo, solitario, al cantor de la víspera.

Era un jóven como de treinta años, bien parecido, de talle esbelto y elegante bajo un traje sencillo. Héctor no podia ver su cara, pues tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud entre taciturna y triste, familiar á los ciegos; estaba solo, ajeno á los goces y alegrías de la vida, privado hasta de la dicha comun á todos: el aspecto de un bello día, la luz del cielo, el magnífico cuadro que ofrece una naturaleza risueña y encantadora. Héctor analizaba los sentimientos que á su juicio debian llenar de amargura el alma del pobre ciego; compadecíale, casi reconvenía á la Providencia... cuando el ciego, levantando la cabeza, mostróle una fisonomía tan llena de calma y serenidad, tan impregnada de resignacion muy por encima de los acontecimientos de la vida, que quedó absorto y mudo, sin que sus ojos se cansaran de contemplar aquel noble rostro que el alma iluminaba con sus más puros rayos.

Ninguna duda le cabia de que aquel era el cantor, el ciego que en la víspera anterior tan bien habia interpretado la música del *Pórpora*. Los ojos inclinados al suelo, cierta vacilacion en los movimientos del desconocido, denunciaban su ceguera, y sin embargo estaba solo, sin un amigo... A despecho de su abandono, de su pobreza, de su desgracia, estaba muy lejos de aparecer triste; y pintado al lado de Héctor, ambos jóvenes y de agradable aspecto, el pobre hubiera ofrecido la personificacion de una felicidad íntima, y el rico la personificacion de las más funestas dolencias del alma: la agitacion, el tedio y la inquietud.

¿Por qué tal diferencia? ¿Cómo descifrar aquel enigma? ¿Por qué tan perfecta tranquilidad en medio de la más extrema desgracia? ¿por qué tan amarga tristeza en medio del esplendor de las felicidades humanas? Más adelante sabremos la causa.

Héctor continuó paseándose sobre cubierta, entregado á sus pensamientos y observando sin cesar al ciego, del cual nadie hacia caso. A impulsos del movimiento más involuntario del alma, la simpatía, pronto experimentó cambiársele esta atraccion en compasion, en verdadero interés. Hubiera querido consolar, aliviar un infortunio que le iba al corazon, pero á pesar suyo sentíase tímido ante aquel gran revés sufrido con valor.

El ciego se habia levantado, y se paseaba lentamente procurando evitar los obstáculos que se encontraban á cada paso y que podian constituir para él un verdadero peligro... Héctor se le acercó sin vacilar, y le dijo con amabilidad:

—¿Me haría V. el obsequio de aceptar mi brazo? Así podrá pasear más cómodamente, y yo me tendré por muy feliz en prestarle tan ligero servicio.

—Es V. muy bondadoso, caballero,—respondió el ciego volviéndose á Héctor, que reconoció la voz que tanto le habia conmovido la víspera.

—¿Acepta V.?—contestó Héctor pasando el brazo del ciego bajo el suyo, y conduciéndole por donde el paso era más libre.

Mucho tiempo hacia que Héctor no se habia sentido tan feliz; un dulce sentimiento habia dilatado su alma... la amistad del hombre hácia sus semejantes... una amistad pura, desinteresada, que acompaña la desgracia y se muestra sobre todo allí donde puede ayudar, consolar algun infortunio olvidado del mundo.

Ambos jóvenes dieron una vuelta sin romper el silencio, hasta que al fin dijo el ciego:

—Ignoro á quién debo esta muestra de bondad que me conmueve. ¿Seria indiscrecion, caballero, preguntarle á V. su nombre?

—Me llamo Héctor de Mesnil.

—Y yo Roberto Simon. Es V. jóven, si no me engaña el metal de su voz.

—Tengo veinte y ocho años.

Otra vez guardaron silencio, hasta que el ciego exclamó:

—¡Qué dia tan delicioso, y cuán bueno es Dios!

Esta exclamacion, salida del fondo del corazon, sorprendió á Héctor. ¿Qué encanto podia encontrar en la vida aquel hombre privado de todos los bienes que puede ofrecer? ¿De dónde procedia aquel movimiento de gratitud hácia un Dios cuyos misteriosos juicios parecian á Héctor dictados por imconprensible rigor? Así es que no pudo menos de preguntar con sorpresa:

—¿Es V. quien alaba la bondad de Dios?...

—¿Y por qué no?—dijo el ciego con dulzura. —¿Cree V. que la privacion de un solo bien me vuelve ingrato é insensible para todos los demás? Siento el calor del sol, el suave ambiente de esta mañana de julio; respiro el perfume que ambas orillas nos envian; oigo voces humanas que hablan con los acentos de la alegría y de la cordialidad, y aunque no vea como V. los hermosos paisajes que se extienden á lo largo del rio, me los figuro en mi imaginacion quién sabe si más hermosos, y me regocijo pensando que mis hermanos disfrutan de ellos y que el aspecto de esta magnífica naturaleza eleva sus almas al Criador: entonces me uno á su gratitud y á su alegría, y como ellos y con ellos me siento satisfecho.

—Pues ¡cómo! ¿son estos los sentimientos que le inspira su...

—Mi ceguera, querrá V. decir. ¿Por qué tanta extrañeza? ¿Puedo dar lugar á un sentimiento de rebeldía y de queja por esta desgracia que me ha enviado el mismo Dios, es decir, la Soberana Sabiduría y la Suprema Bondad? Me compadecerá V., creerá que soy desgraciado; pero ¿cómo así cuando me hallo en la situacion en que me ha colocado aquel mismo Señor que sabe mejor que yo lo que más me conviene?

—¡Esto se llama estoicismo!

—¡No! esto se llama resignacion cristiana, y así debe V. reconocerlo si es cristiano, como creo.

—¡Ah! cristiano!—murmuró Héctor sacudiendo la cabeza.

Roberto adivinó este movimiento que no habia podido percibir, y el tono de la voz revelóle el sentido de aquella exclamacion. Recogióse un instante, y continuó:

—Sí, cristiano, y sin duda católico, pues por el lenguaje comprendo que V. es francés; cristiano por el bautismo, cristiano por la educacion, cristiano por todo lo que le rodea: V. debe compren-

der este sentimiento de conformidad con la voluntad de Dios, sentimiento delicioso, el único que refrigera al alma en los combates de la vida.

—¡Ah! pues no, no lo comprendo!—exclamó Héctor;—estoy en rebelion continua contra lo que el mundo llama mi dicha!

—Con que, ¿no es V. feliz?—dijo Roberto con tono del más vivo y afectuoso interés.

—Pretenden que lo soy, ó cuando menos que poseo todos los elementos para serlo...

—Pues ¿qué le falta á V.?

Héctor calló, y Roberto no insistió más. Su corazon estaba poseido de un sentimiento profundo de lástima; adivinaba cuánta indigencia y tristeza habia en el fondo del alma de su nuevo amigo, y en secreto le hizo la limosna de una oracion tan tierna como fervorosa.

Todo el dia lo pasaron juntos. Héctor, tan taciturno é insociable en la víspera, habíase aficionado de una manera extraña á este amigo que la Providencia parecia haberle conducido ante sus pasos; á este amigo pobre, humilde, despreciable á los ojos del mundo, pero en quien reconocia un espíritu superior, una secreta grandeza que la riqueza no puede dar.

Roberto á su vez, cediendo á las instancias de Héctor, acompañándole á la mesa, aceptando sus buenos cuidados y atenciones, comprendia que obedecia á un designio de la Providencia, que acaso se serviria de él como de instrumento para llevar á buen camino aquella alma. Dejáronse llevar los dos de aquella atraccion que les impelia uno á otro, y el dia se pasó en agradables y dulces conversaciones que iban estrechando cada vez con más fuertes lazos aquella intimidad.

(Se continuará)

A EGIPTO

I

¿Adónde va fugitiva la paloma de los valles, la hermosa doncella de los celestiales destinos, la Vírgen de los proféticos epitalamios, serena y cándida vision de los inspirados cantores de Israel?

¿A dónde va la casta doncella cruzando las incultas soledades entre las nieblas de la noche?... Rumores de llanto se han oido, desgarradores acentos de desesperacion, gemidos de Raquel... que llora á sus hijos.

El hombre que empuña el cetro de los hijos de Jacob es un esclavo porque ha sido un mercader. En el pórtico del templo se asienta un águila de oro; en el atrio del pretorio se solazan los soldados extranjeros, porque se está cumpliendo la profecía de Balaam.

Han venido unos príncipes del Oriente con presentes de oro y de incienso, y han dicho:

—¿Dónde está el Rey de los judíos? Hemos visto su estrella y venimos á adorarle... ¿Dónde está?

Los habitantes de Jerusalen se han mirado sobrecogidos, murmurando con extrañeza:

—¡La estrella del Rey de los judíos! ¡La estrella de Jacob...!

El tirano ha oido esos rumores:

—¡El Rey de los judíos! ¿Tiene el cielo alguna estrella para coronar la frente de un monarca? ¡El Rey! ¿Hay alguno más que yo? Quiero ver á esos extranjeros.

El rostro del Tetrarca se ha oscurecido como el celaje de una tempestad al escuchar á los sátrapas viajeros.

—Buscad... buscad,—les dice,—al Rey de los judíos.

Los orientales pusieron sus manos sobre el corazon, las besaron y dijeron levantándolas al cielo:

—Le buscaremos.

Los orientales han salido por la puerta meridional de Salém atravesando la apiñada multitud que los contemplaba con misterio.

Un fariseo dijo en voz alta: «¡Están locos!» y un anciano levita: «¡Están inspirados!»

II

Los magnates persas no han vuelto. ¿Habrán hallado al Mesías?

Herodes tiembla de ira, y los príncipes de los sacerdotes bajan la vista en su presencia. El tirano les contempla por un momento, y despues de un profundo suspiro les pregunta:

—¿Por qué humilla vuestras frentes la tristeza? ¿No hay entre vosotros algun profeta? Quiero oir los oráculos del Señor.

—El oráculo está escrito, respondió un anciano, y las semanas de Daniel llegan á su término: se aproximan los tiempos de *Siló*, el Rey pacífico.

—¡Paz y poder...! No entiendo estas cosas. Anciano, tú no penetras la ley ni los profetas.

Un escriba se levanta y dice:

—Hablaré á mi Rey y señor.

—Habla.

—El Mesías nacerá en Belen: lo ha escrito Miqueas.

—¡Basta! despejad, no os necesito.

III

¿Qué hondo y penetrante clamor se escucha en Rama?

Las mujeres belemitas se arrojan sobre los herodianos y se revuelcan en el suelo, tintas en sangre.

Los restos deformes de los primogénitos yacen esparcidos en tierra, la cabeza de un inocente ha rodado sobre el sepulcro de Raquel, y las flores de la tumba han mezclado el rocío de sus cálices con las lágrimas de sus ojos apagados. Era hermoso como el pimpollo abierto, rubio como el arrebol más cercano al astro del dia. Los huesos de la esposa de Jacob se han estremecido en el sarcófago; pero las espadas de los sicarios no cesan, y se multiplican los sacrificios. Nunca sintieron las hebreas desesperacion tan horrible desde los tiempos de esclavitud en el Egipto; pero la sombra de Moisés no se levanta para castigar al último de los déspotas.

IV

Huye la Vírgen de Sion sobre débil cabalgadura trepando los peñascales del desierto, y en busca va de una cabaña amiga bajo un cielo más hospitalario.

¡Madre de los acerbos dolores! un desterrado te guia y un Niño duerme en tu seno; la desgracia y la inocencia acompañan á tu virtud incomprensible, y el sacrificio de tu corazon no tiene testigos poderosos que lo mitiguen en la tierra.

Los rumores de la noche remedan gemidos lúgubres; el viento que sacude las palmeras y nopales trae á los oidos de la afligida Madre como el lejano murmullo de la voz del perseguidor; la piedra que se derrumba en el barranco se asemeja al galope de un corcel; la luz del hogar del campesino brilla como la tea del sicario.

¡Pobre Madre!

A lo lejos las arenas del desierto invariables y melancólicas en las que se hunde la planta del peregrino junto á las cenizas del camello, que cayó moribundo, anunciando con bronco resoplido la palpitacion postrera del corazon agonizante, y más allá... el destierro, la morada del incircunciso, que mira de soslayo al extranjero, y arroja la túnica que tocó la mano suplicante del peregrino israelita.

Anda... anda, hija del hombre... ¡Madre de Dios! el hijo de los Faraones tiene palacios de mármol, lecho de nácar, trono de marfil; el Hijo del Omnipotente, errante como las aves del cielo, no tiene más que la túnica de lino, el báculo del viajero y los besos de su Madre.

Que Dios ablande el corazon del enemigo soberbio y te depare un pedazo de pan para mitigar tu hambre, una piel de oveja para reclinar tu frente y un techo benigno que defienda de las tempestades é inclemencias el delicado cuerpecillo del Dios desterrado.

EL REVERENDÍSIMO PADRE PAYO

ARZOBISPO DE MANILA

Ha fallecido el insigne varon que por espacio de doce años ha desempeñado en Filipinas la difícil y elevada mision apostólica de Arzobispo en la capital de aquel Archipiélago.

Nacido en la Coruña en 15 de Setiembre de 1814, ingresó desde edad muy temprana en la esclarecida Orden de Predicadores, en la que desempeñó importantísimos cargos, entre otros el de procurador de la Orden en Madrid y el de provincial de Manila. En todos ellos dió brillantes muestras de las insignes prendas que le adornaban.

Era el Rdmo. P. Payo de gran temple de alma, de carácter enérgico, incapaz de doblegarse á las exigencias injustas de nadie, y reuniendo á esta entereza de ánimo una clarísima inteligencia, sumo talento práctico, y sobre todo gran virtud y celo por el bien de las almas. Tan bellas cualidades le granjearon el aprecio de todos; y propuesto con aplauso para la Silla arzobispal de Manila, fué preconizado en el Consistorio de 28 de Enero de 1876 y consagrado en 12 de Marzo, tomando posesion de su elevado cargo en 26 de Mayo del mismo año. Dió desde luego vigoroso impulso á las obras de la magnífica catedral metropolitana, enteramente arruinada por el terremoto de 1863 é inaugurada solemnemente el 8 de Diciembre de 1879; logró desarraigar el gérmen de todo abuso, y recorrió su extensa archidiócesis administrando los Sacramentos y llevando á todas partes la fe con su autorizada palabra.

Si como buen apóstol sentia grande amor á la Iglesia, en especial á aquel rebaño confiado á su celo pastoral, como buen español era no menos amante de las glorias de su patria querida. Bien claro lo demostró cuando los sucesos de las Carolinas, cuando el entusiasmo nacional parecia levantarse arrogante de su sepulcro y acometer la empresa de vengar el honor de la ultrajada España.

El Rdmo. P. Payo tomó parte principalísima en la suscricion iniciada en el archipiélago filipino para la construccion del crucero *Filipinas*, suscricion que alcanzó una suma considerable y por lo que fué condecorado con la gran cruz del Mérito naval. Pero la francmasonería oficial, triunfante en aquellas islas, hubo de proporcionarle gravísimos disgustos, suscitando una tirantez de relaciones que hicieron sufrir no poco al insigne Prelado, celosísimo defensor de las prerogativas y derechos de la autoridad eclesiástica.

Posteriormente, la construccion del crucero dió origen á un litigio con la casa constructora por incumplimiento de las condiciones estipuladas, lo cual amargó más y más los últimos años de la vida del Arzobispo. Los sufrimientos morales nacidos de todo esto le han llevado al sepulcro, y bien puede decirse que es una víctima más de la tiranía y el odio sectario contra la Iglesia.

Durante el curso de su vida habia manifestado diferentes veces su caridad inagotable con los necesitados, y un año antes de morir envió al ilustrísimo obispo de Almería 346 pesos, producto de la suscricion iniciada en Manila para aliviar las calamidades que las tormentas produjeron en aquella diócesis.

Descanse en paz el venerable Prelado que tan gran vacío deja en la Silla de Filipinas; descanse en paz, y que Dios premie las virtudes del amante y perseguido hijo de España, honor y lustre de la Orden de Santo Domingo.

El dia 2 de Diciembre último falleció en Trichinópoli (Indostan) el Ilmo. Sr. D. Alejo Canóz, de la Compañía de Jesús, obispo del Maduré, á la edad de 84 años, despues de 61 de vida religiosa y 50 de vida apostólica en las Indias, donde ha hecho un bien incalculable. (R. I. P.)

NO HAY PALMA SIN MARTIRIO

Tres misioneros se internaron en el centro del Africa y se dedicaron á civilizar é instruir una tribu de salvajes. Al poco tiempo tenian ya aleccionados á gran parte de ellos en la doctrina cristiana y en las faenas agrícolas con que los pobrecitos negros se ganaban el sustento sin entregarse al pillaje y á la barbarie. Habiendo muerto dos de los Padres, le era casi imposible al tercero acudir á socorrer asíduamente las necesidades materiales y morales de aquellos desdichados, y mucho menos conservar la misma autoridad que tenian cuando eran tres á predicarles é instruirles. Un dia de verano hizo tanto calor que empezaron á marchitarse las plantas y llegaron á asfixiarse muchos animales y algunos salvajes. La tribu empezó á dar la culpa de aquella calamidad al misionero, y sublevándose contra él, lo pusieron junto al tronco de un árbol, por donde iban pasando uno á uno pegándole cada vez una bofetada y escupiendo dentro de su boca que el misionero abria humildemente. Entre los que esto hacian se encontraban muchos que habian sido hasta entonces soldados de Cristo y que habian seguido fielmente las prácticas de la Iglesia; esto era lo que más amargaba el corazon del pobre *ropa-negra*. Por fin los salvajes lo dejaron de lástima, con el rostro manando sangre, el cuerpo acribillado y llorando á lágrima viva.

Pero pocos momentos despues un negro que estaba escondido allí cerca se aproximó al sacerdote y echándole los brazos al cuello empezó á llorar, mientras decia:

—¡Padre! ¡Padre! ¿por qué han hecho contigo esta crueldad siendo tan bueno? No vuelvas ya á la tribu, que son muy malos. Yo te llevaré á donde quieras ir, y viviremos siempre juntos...

—¡Hijo mio!—respondió el misionero enternecido:—quiero volver á la tribu; ¿no sabes tú que este abrazo que me dás me cura todas las heridas que tengo? Vámonos á la tribu, que lo sucedido es que muchos han olvidado hoy que son hijos de Jesucristo.

¡Cuán cierto es que no hay victoria sin sacrificio, ni rosas sin espinas, ni obra buena sin amargura, ni palma sin martirio!

NOTICIAS VARIAS

Merced á los evangélicos trabajos de los misioneros españoles, acaban de abjurar de sus errores, abrazando la Religion católica, trescientas familias filipinas, que forman un total de 1,800 personas de ambos sexos entre niños y adultos.

—Dicen de Persia que habiendo un tren de pasajeros, en la línea de Teherán á Schah-Azun, cogido á un persa, el populacho asaltó el tren, pegando fuego á los vagones y asesinando á los viajeros.

—Noticias recibidas de Austria y de Alemania manifiestan que en ambos Imperios continúan los aprestos militares.

El Gobierno de Austria ha decidido definitivamente que una escuadrilla fluvial permanezca en la desembocadura del Danubio para atender á la defensa de este rio.

En Alemania se trabaja sin descanso en la construccion de fusiles de tiro rápido, superiores, segun dicen, á los últimos modelos franceses, incluso el fusil Lebel.

—Telegramas recientes de Lóndres comunican haber empezado las expulsiones de arrendatarios en Falcarragh (Irlanda), donde hay una porcion de labradores pertenecientes á la Liga agraria que se niegan á evacuar sus moradas y á pagar los arrendamientos de sus tierras.

En todo un dia, no obstante haberse empleado mucha fuerza de policía de á caballo y de á pié armada de rifles, no se pudo hacer más que una sola expulsion, á consecuencia de la enérgica resistencia opuesta por la familia que se pretendia arrojar de una tierra, y que, auxiliada por sus vecinos, se encastilló en una casa de labranza. Hubo un combate formal de varias horas, teniendo que ser retirados del campo donde se verificaba la lucha varios agentes de policía heridos.

—En una casa cerca de Varsovia ha sorprendido la policía rusa á varios estudiantes nihilistas juramentados para matar al Czar. Tres de ellos se suicidaron en el acto con cianuro de potasio: otros se defendieron tenazmente, matando á cuatro polizontes; pero todos al fin cayeron en poder de la justicia. Esta noticia afectó profundamente al Czar.

—Ascienden á la considerable cifra de 20.069,328 francos lo recaudado para la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Montmartre (París), y á 19 millones y medio lo gastado en ella.

El año 89 se empleará en cubrir las bóvedas de la iglesia, excepto las grandes cúpulas del crucero, y es posible que en la fiesta del Sagrado Corazon en 1890 se pueda inaugurar tan grandiosa basílica.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 6

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate á la *tercera*.

JUEGO DE AJEDREZ

CHARADA

El que tiene *prima dos*,
es *prima dos* y *tercera*;
no te metas *prima tres*,
por si salir no pudieras.

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Sta. Mónica, 16

EL SITIO DE SUAKIM

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 20 DE ENERO — SÉRIE II.—NÚM. 56

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*El Ghelaba*.—*Las ilusiones*, (poesía).—*La libertad é independencia del Papa*, por Mariano Soler.—*Los dos viajeros, III*, por Matilde Bourdon.—*Una broma merecida*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Dos convidados.—Es un cuadro que el pintor Luciano Nezzo expuso en Venecia y que por lo notable de su ejecucion atrajo señaladamente las miradas de los visitantes.

Saqueo de Roma (cuadro de Venturini).—Asesinato, robo, pillaje, violacion, sacrilegio: tal es en resúmen la escena pintada magistralmente por el artista, figurando uno de tantos actos de barbarie cometidos en Roma por las tropas luteranas que el fanático Jorge de Frandsberg habia llevado en 1527 al condestable de Borbon. «Los espantosos excesos, dice de ellas un historiador, que cometieron en Roma y en las tierras de la Iglesia forman un episodio único en los anales de la barbarie. Los prodigios de ferocidad y de impiedad á que tales mónstruos se entregaron durante los dos meses que duró el saqueo de la ciudad eterna, hacen dudar si hubiera hecho más el infierno en persona.»

Palabras que corrobora el escritor protestante Ranke, diciendo:

«Nunca más rico botin cayó en manos de una soldadesca más brutal: nunca hubo un pillaje más prolongado y destructivo. El esplendor de Roma, que arroja tan vivo brillo al comenzar el siglo XVI, que representa una de las más admirables fases del desenvolvimiento intelectual del hombre, fué aniquilado en un dia.»

El mismo nos retrata en estas pocas palabras al feroz Frandsberg: «Llevaba, á guisa de rosarios, un cordon tejido de oro y seda, que manifestaba con complacencia durante su marcha diciendo:—Si llego á Roma, ahorco al Papa.»

Con lo cual se mostraba digno discípulo de Lutero que en Alemania provocaba y fomentaba con sus predicaciones las más horribles y sacrílegas atrocidades, siendo sus palabras más suaves las de que debia esporrearse al Papa con el Emperador, lobos rabiosos, perros sanguinarios que convenia matar á palos y á picazos.»

El huerfanato de Meudon (cuadro de Isabel Keyser).—De este benéfico Instituto cuidan con amorosa solicitud las Hermanas de la Presentacion, y es una de tantas obras en que tan pródiga y fecunda se manifiesta en todos tiempos la caridad católica.

Bajo-relieve de una urna funeraria romana.—Es una pieza arquitectónica de la antigua Roma que se conserva en el Museo Lateranense. Nuestro grabado está tomado de una fotografía de L. Tuminello.

DOS CONVIDADOS (CUADRO DE LUCIANO NEZZO)

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los petardos.—Ostentaciones democráticas.

Continuan las emociones producidas por los petardos.

Todas las gestiones del Gobierno para capturar á los autores de estas fiestas de pirotecnia, que dedica el Estado liberal á la prosperidad pública, han sido infructuosas; y los *petarderos*, como los califica D. Venancio Gonzalez para distinguirlos de los petardistas, siguen sin novedad en su importante salud.

No ha sido menester más que saber que los petardos asustan y molestan al progreso liberal, para que sus autores se envanezcan de su industria y se dén tono, procurando elevar su oficio al rango de institucion del Estado libre.

Los petardos hasta ahora, Dios sea loado, no han causado desgracias personales.

Cebados con pólvora, en vez de dinamita, no han ocasionado más siniestros que el de sacar alguna que otra astilla de las puertas, romper algunos cristales, ó lisiar algunos trastos viejos de las porterías.

De donde se infiere que en ellos el ruido es más que las nueces.

Cuanto á los sitios donde han estallado, notorio es que la risa, como dice el adagio, ha andado por barrios, y que desde la casa de Cánovas saltó á la de Capdepon, desde la de éste á la de Silvela, y, pasando por la de Moret y por el Ministerio de la Gobernacion, fué á parar al mismísimo domicilio de las instituciones.

Políticos y politicastros devánanse los sesos por indagar la causa eficiente de estos espectáculos de pólvora, inofensivos hasta ahora para la salud de las personas; y unos atribuyen los petardos á los pobrecitos jugadores casi perseguidos y, sin casi, tolerados hasta donde lo permite la laxitud liberal, que es hasta la pared de enfrente; otros los consideran productos de alguna conspiracion que se vale de estos preludios para empezar sus sinfonías; y otros, á mi juicio más cuerdos, los señalan como obra de una sociedad de chuscos que se ha propuesto anticiparse al Carnaval y saludar con tales bromazos nuestra floreciente ventura.

Esta última version es la que me parece más natural y lógica.

Porque careciendo el progreso al uso de artillería, en razon á que la que tenemos no sirve para nada, segun los dictámenes periciales, de alguna manera habia de valerse el sentimiento público para celebrar con salvas ruidosas las perfecciones indefinidas del sistema que nos ha sacado del ominoso cautiverio del antiguo régimen.

Un progreso como el que padecemos los españoles no merecia ser saludado por el cañon; y ahí tenemos ya al petardo ejerciendo las funciones de la artillería y haciéndole salvas.

Bajo este punto de vista, el oficio de los petarderos resulta hasta filosófico; y si no tuvieran más objetivo que el expuesto, mereceria reconocerse que se han colocado á la altura de los tiempos corrientes y molientes que atravesamos.

De aquí que el petardo haya llegado á ser como la sátira más ruidosa contra el progreso liberal, como la carcajada más sarcástica y resonante con que saluda el infierno á unos tiempos en que la democracia gubernamental derrocha bienes opulentísimos y los contribuyentes pagan el pato, nombrando al fisco administrador de sus fincas, de las cuales hay ya embargadas obra de 400,000 mil, por la sencilla razon de que sus dueños no sacan de ellas para pagar el tributo.

Era necesario el petardo para celebrar al aire libre un órden de cosas tan admirable, y el petardo ha venido, oculto en zapatos viejos, á advertirnos con sus explosiones que la comedia política ha llegado á la plenitud de su éxito.

He dicho que la democracia gubernamental está derrochando bienes opulentísimos, y este concepto, relacionado con los petardos que hacen explosion en las casas de los grandes, tiene todas las trazas de otro petardo, si cabe más ruidoso, que estalla cerca de los oidos del país y le rompe el tímpano auditivo.

Porque, en efecto, ¿qué mayor petardo puede haber que el que nos han dado estos demócratas al uso, tan sobrios, tan austeros, tan espartanos, cuando desde los púlpitos de la oposicion predicaban la mala nueva de su democracia?

Casi todos los nacidos recordamos haber oido las propagandas de un Castelar, de un Martos, de un Moret, de un Becerra, de todos los grandes señores que hoy privan, los cuales nos enseñaron á mirar con saludable horror los despilfarros de los polacos, las disipaciones de la union-liberal, en una palabra, las prodigalidades ruinosas del sistema, dignas en verdad de ser puestas en solfa por tan famosos músicos.

Lo menos que creyeron los que en el bienio progresista escucharon sus homilias fué que estos hombres no gastarian en toda su vida más que una mala blusa que les sirviera de chaqueta y camisa á la vez, unos pantalones remendados y unos zapatos de vaca.

Pero vino la *gloriosa* revolucion de setiembre, en la que conquistaron el frac, los cintajos, las placas, los collares, y asaltando las reales caballerizas, sacaron de ellas todas las calesas para que los arrastraran en público, á fin de lucir ante la plebe todo aquel tren de alifafes políticos.

Al principio, y como no estaban acostumbrados al coche, porque no habian salido nunca de la cochambre, equivocaban el asiento, y en vez de ocupar uno en la caja, se dirigian por instinto al pescante; pero despues, tanto se acostumbraron á llevar los piés levantados del suelo, que hasta dentro de su propia casa harian uso del coche, si este pudiera subir la escalera.

¡Válate Dios por maravilla, y á qué cristiano viejo ó español rancio, que allá se van, no ha de sorprender y adarvar el recuerdo de las suntuosas fiestas que en los últimos dias han dado estos buenos demócratas, convidándose á comer unos á otros, y echando el resto para ver cuál de ellos es más ostentoso, más espléndido, más glotón y más derrochador!

En la comida de víspera de Reyes, ofrecida por el Sr. Martos á sus amigos, se sirvió carne de jabalí, muerto por Moret, aderezada de cuarenta maneras: y al almuerzo de Reyes dado por el señor Castelar á los suyos, contribuyeron todas las provincias de España con sus mejores viandas, sus caldos más balsámicos y sus golosinas más exquisitas.

Esto ha sido este año la resurreccion de la Roma pagana, quiérese decir de la Roma glotona, con su imperio de Heliogábalos y Vitelios, con su patriciado de Lúculos, reforzadas las disipaciones de la mesa con el lujo del Asia, estímulo de todas las afeminaciones muelles y enervantes.

De donde se infiere que aquellos demócratas que antaño predicaban á la plebe la sobriedad y la continencia, recomendando las costumbres de Esparta, se han salido completamente de tiesto, y han concluido su carrera de histriones como la concluyen todos los liberales, que es engulléndose á la plebe y atracándose como pavos.

La leccion merece aprenderse de memoria; pero está visto que á todos los pueblos libres les pasa una misma cosa, y es que con las glorias de su libertad se les olvidan todas las memorias.

LUPERCIO

Madrid, 16 de Enero.

ROMA

El Sr. Crispi continúa *bismarkeando*, pero menos alegremente que antes.

Ha suspendido, por ahora al menos, sus *soirées* de los viernes.

La Riforma, la *Tribuna* y el *Capitan Fracassa*, que son los tres principales diarios oficiosos del feroz siciliano, hacian milagros de elocuencia tribunicia para dar fama á los viernes de Lina Crispi. Mas no lo conseguian, porque realmente poquísimos hombres y ninguna dama de la *buena sociedad* frecuentaba los salones de la señora Crispi.

En uno de esos viernes por la noche, nuestro pequeño Bismark, hablando en un grupo de hombres, de las empresas realizadas por él con el general Garibaldi para hacer la unidad de Italia, señalaba, como testimonio de ello, un trofeo de armas de honor del difunto héroe de ambos mundos, cual trofeo figura dignamente en la pared de uno de los salones de Crispi.

Aquellos hombres estaban allá con la boca abierta escuchando las palabras de Crispi y admirando aquellas armas, realmente hermosas, porque eran armas de honor, espadas, escudos, fusiles, etc., etc., regaladas *in temporibus illis* al viejo general por sus amigos de Inglaterra, Sicilia y otras partes del mundo.

El *Capitan Fracassa* en su crónica del dia siguiente contó aquellas historias y describió aquellas armas como propiedad de su alto patron Francisco Crispi.

¡Qué imprudencia!

Porque no pocos que á la sazon se hallaban en Roma recordaron el modo como aquellas armas habian pasado de casa Garibaldi á casa Crispi.

El viejo general habitaba en Roma, y era crítica su posicion económica y la de sus hijos. Hablábase del «donativo nacional» y de la espléndida pension que el gobierno de Víctor Manuel daria pronto,—como en efecto luego dió,—á la familia Garibaldi. Mas por entonces se iba demorando la concesion, y entre tanto y con motivo de ésta habian cesado las subvenciones de dinero que de varias partes recibia Garibaldi á título de *óbolo para la patria*.

Entonces, en un momento de gran necesidad, Menotti Garibaldi buscó, con el consentimiento de su padre, un préstamo de diez mil pesetas, dando en prenda las armas de honor del general.

Se hablaba de ello en la plaza y en la Bolsa: mas no fueron halladas las diez mil pesetas.

En vista de ello, Menotti Garibaldi llevó las armas al Monte de Piedad empeñándolas por una cantidad menor.

Más tarde, aunque vino el «donativo nacional» y la pension del gobierno á la familia del héroe, ésta no desempeñó las armas.

Hízolo en su lugar Crispi, que las retuvo en su poder, negándoselas á la familia Garibaldi cuando ésta un dia, segun mis noticias, pensó ser conveniente recobrar aquellas armas, como un precioso recuerdo paterno.

He dicho antes, que Crispi continúa *bismarkeando*, pero menos alegremente.

En efecto, de Berlin recibe palabras amargas porque no se prepara bastante para la guerra. Entre Viena y el Quirinal comienza á iniciarse cierta frialdad, de mal augurio para el gobierno de Italia. La Cámara de diputados comienza á

dar señales de descontento, de inquietud y de séria oposicion. Algunos diputados de la Alta Italia han dirigido á sus electores discursos graves y llenos de censuras de la política tanto exterior como interior de Crispi; anteayer el diputado Colombo, en Milan y ante numerosísima reunion de ciudadanos, entre otros cargos que hizo á Crispi, dirigióle el de no haberse acomodado con el Vaticano y ser demasiado hostil al Pontificado. ¡Nótese que el Sr. Colombo es un liberal á toda prueba!

El movimiento y la agitacion popular en *favor de la paz*, promovidos por la Sociedad ibero-galo-italiana, se propaga extensamente, en términos que ha alarmado muchísimo á Crispi, y ayer en su *Riforma* acusaba de republicanismo á dicha asociacion.

Lo cual no es cierto.

Pero sí lo es que tal movimiento va personalmente contra Crispi, contra su prepotencia y contra su modo de *bismarkear* que ya ha aburrido á todos.

Otra preocupacion de Crispi es la situacion de la Hacienda pública. El año pasado deja un *deficit* de 80 millones; otro tanto, ó mayor, es el del corriente, y aún hay que proveer 150 millones para armamentos nuevos. El país clama que no puede ni quiere pagar más; por consiguiente, nada de nuevos impuestos, ni aumento de los antiguos.

¿Se contraerá una nueva deuda?

Espanta pensarlo: en 1862 el reino de Italia tenia una deuda de tres millones de pesetas: hoy la deuda pública italiana supera á los trece millones de pesetas, por lo cual pagamos los contribuyentes la bagatela de seiscientos millones anuales de intereses, es decir el 40 por ciento de la renta total del Estado! Estas son cifras oficiales, de las que resulta que actualmente la Italia redimida, unificada y beatificada por el liberalismo, tiene sobre todas las naciones la primacía... de las deudas.

Magliani, ministro de Hacienda, ha debido dimitir, y su sucesion ha sido dividida en dos, es decir que del Ministerio de Hacienda se han hecho dos: uno de Hacienda, y otro del Tesoro.

¿Qué harán los dos nuevos ministros?

Hoy por hoy, creo que ni ellos mismos lo saben exactamente. ¿Venderán los ferro-carriles del Estado? ¿Harán una operacion con el monopolio del tabaco?... Lo más probable es que quien lo pague sea la Iglesia, confiscando y vendiendo los bienes aún existentes y ricos de las Obras Pías y Cofradías religiosas, respecto á las cuales ha prometido ya Crispi á la Cámara de Diputados que presentará un proyecto de ley de *reordenamiento*.

Reordenamiento en boca de nuestros Ministros sólo significa *confiscacion*.

¡Esos liberales hallan siempre una buena palabra con que disfrazar una mala accion!

Larga y triste experiencia nos lo enseña.

Un caso curioso que ocurre ahora es el del general Mattei.

El general de artillería Mattei, veneciano, es un hombre honrado; y cuando se discutió en la Cámara la ley para los 150 millones destinados á nuevos armamentos, el general, como diputado, votó contra el Ministerio.

Dos dias despues era destituido de su cargo de Inspector general de artillería.

Toda la prensa, excepto la oficiosa, clamó contra ese escándalo, y mientras se agitaba la cuestion, el corresponsal de un periódico de Venecia tuvo un *interwiew* con el general Mattei, quien declaró á aquel publicista, que habia votado contra el Ministerio en aquella ocasion por creer que en realidad los 150 millones no eran ni son necesarios como se ha dicho para los nuevos fusiles, las nuevas fortificaciones y cosa semejante!... y porque él, el general Mattei, está persuadido por ciertos hechos de que en el Ministerio de la guerra se trabaja *con poca delicadeza, con poca correccion*.

Esto ha causado un enorme escándalo. Todos piden que «la luz sea hecha» acerca de ese gran negocio. Mas ¿lo será? Creo que no.

LIONELLO

9 Enero 1889

EL GHELABA

En muchas comarcas del Africa, el hombre, la mujer y muchísimo más los niños están destinados á trocar su libertad nativa por la esclavitud. Y la esclavitud allí se les impone sin necesidad de pretextos ni mentiras; basta que uno se halle alejado de sus parientes ó de sus paisanos para que merezca perder su libertad; otro más fuerte que él, ó más astuto, ó mejor armado, lo atará de piés y manos, y con la clava en la mano le dirá: «Tú eres mi esclavo.» Semejante hecho no es un derecho real, propio de las majestades reinantes, ni autoridad de los ministros de los reyes, ni prerogativa de los magnates, ni está á cargo de los Parlamentos; nada de eso, es pura y sencillamente una industria que se ejerce públicamente por los que se dedican á esta profesion, la profesion de *ghelaba*.

Do quiera que haya esperanza de poder hacer negocio con la carne de sus semejantes (y la hay indispensablemente en el comercio con las razas musulmanas) allí se ve salir altiva y poderosa la execrable ralea del *ghelaba*, ralea infame que vive de las lágrimas, de la libertad y de la sangre de criaturas humanas.

Hay *ghelabas* ó sea negreros al por mayor; pueden éstos ser un jefe de tribu, un reyezuelo de la montaña, un árabe del civilizado desierto, un turco de Egipto, un tunecino y tal vez un europeo bautizado, que en su patria se hace del tierno filántropo, que llora de amor por los asilos de niños, se desmaya de ternura en la confraternidad de misericordia en favor de los perros y de los caballos, y hará multar con mil dollars (esto sucede realmente) al mónstruo que cometió la crueldad de quemar un raton. Tales *ghelabas* en el interior del África se dan aires de príncipes; escogen sitio á propósito para hacer prosperar su comercio; fundan allí inmensos establecimientos que llaman *zeribe*, con almacenes de carne viva, á cuyo alrededor vigila una soldadesca negra. Tratan por centenares de cabezas á la vez, á centenares las adquieren, comprando las grandes partidas que les presentan otros tratantes, ó bien marchando con aparato de guerra contra las tribus indefensas, á las que no dejan más eleccion que la muerte ó las cadenas. Tal vez en su alta clemencia hacen gracia de la vida á los niños, les hacen seguir la bandera del vencedor, como el experto leñador reserva para otro corte los tallos demasiado tiernos. Esta ternura toma parte para designar la comarca que han de saquear: el campo de sus operaciones mercantiles lo varian haciendo sus operaciones ya cerca ó ya léjos, segun las noticias que les dan sus secuaces sobre la plaza más rica y más en oportunidad.

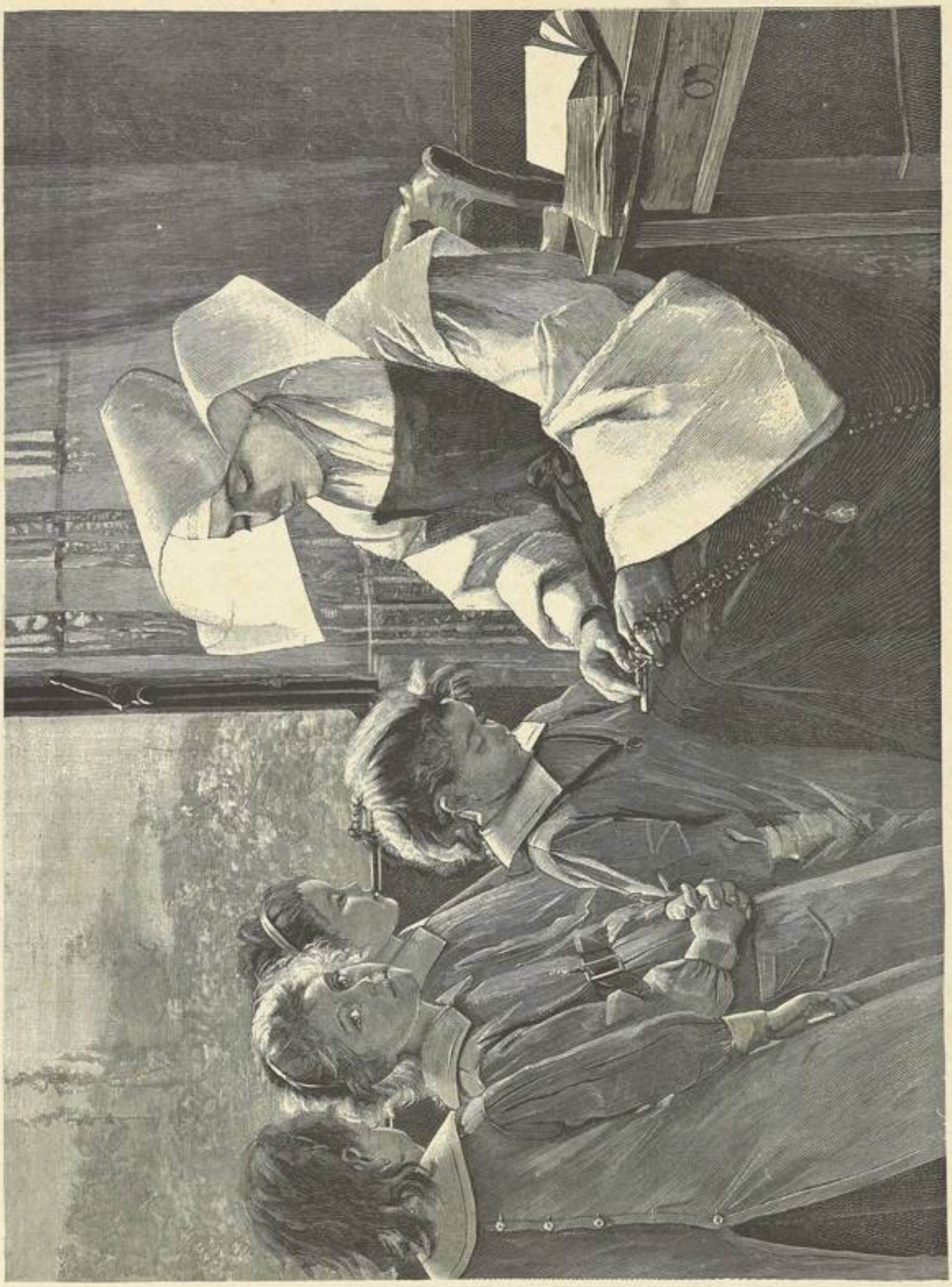
Así como se proporcionan por centenares los esclavos, deshabitando comarcas enteras de todos sus pueblos, así tambien los venden por centenares expidiéndolos para los puertos ó negociándolos con los jefes de caravana, que ya se los venderán ellos en los puertos. Y hay *tratantes* de éstos que de gentes de baja estofa se convierten en grandes potentados. Cuando en su establecimiento han reunido ya una poblacion numerosa, emplean sus riquezas en fundar colonias y Bancos en una extension de cientos de millas al rededor; imponen pedajes á los pasajeros, tributos á los colonos, servicios y órdenes á los proletarios; tienen milicias á sueldo, se rodean de una guardia de honor, desdeñan el título de *ghelaba* y pretenden el de *cheik*, emir ó sultan; y se les ve en sus posesiones alojados en espléndidas habitaciones, rodeados de su Corte, con dos leones encadenados á la entrada, como señal de su grandeza.

En las poblaciones (pues bien merecen tal nombre estos establecimientos) de estos sultanes prospera tambien otra raza de *ghelabas* más perversa y peor aún, porque á la maldad del oficio une la burla sacrílega de la religion. Estos cuando menos son *fakires*, como si dijéramos monjes mahometanos, dedicados á especulaciones tan lucrativas como pérfidas. Muéstranse celosos del Corán y lo propagan con todo el fanatismo islamita, imbuido con toda su rabia fakira y la hipocresía indispensable. Para ellos el negro no es más que un cafre, que es lo mismo que decir un infiel, un perro, un pedazo de carne inmunda, del que por la ley divina puede usarse y abusarse como se quiera. Con igual desprecio miran á los europeos; y aún lo harian peor con éstos si su poder y sus riquezas no obligasen á la vileza de aquellos á mirarlos con un miedo envidioso. Los menos estúpidos *fakires* son en las poblaciones populosas los maestros de los niños, á los que meten en la cabeza algun versito del Corán y les enseñan á escribir en árabe; asimismo en Egipto abren escuelas peores que tabernas, pero en las *zeribas* no tienen otro ministerio religioso que adaptarse como parásitos junto á los jefes, estar repanchigados todo el dia en los divanes, ó tomando el fresco, alternando la pipa con el murmurar de interminables rezos: ó ya tambien murmurando preces y pasando las cuentas de su rosario, se van de cabaña en cabaña á negociar matrimonios, á cambiar mujeres ó á colocar esclavos en las familias; ó bien se entretienen en su asiento, componiendo talismanes, amuletos, escrituras milagrosas, que venden luego á subido precio á los crédulos compradores.

Estos cargos, sin embargo, no les impiden tener en sus cabañas un despacho de todas las mercancías profanas usuales en el país, algunas pocas cabezas de ganado, alfombras, babuchas turcas, turbantes, albornoces árabes, tejidos de algodon de varias clases, anillos de cobre y de hierro que sirven de moneda; espejitos, cuchillos, azadas, tabaco, jabon, granos de Venecia y otras por el estilo. Todo esto sirve para hacer cambios y especialmente para el tráfico de carne humana, que es el principal negocio. Así es que de esclavos y más aún de esclavas tienen siempre un surtido segun los tiempos y las ocasiones, ya para verder al menudeo, ya para negociarlos á cuadrillas á los grandes tratantes, con los que están en relaciones y para los que van reuniendo depósitos continuamente.

El *ghelaba* en medio de su rebaño de esclavos, y más si es *fakir*, es un leon en un redil de ovejas; es señor de vida y muerte; sus palabras son siempre ordenes, las órdenes amenazas, y amenazas armadas de látigo y de tormentos. Hace guardar de vista á su ganado humano y lo vigila dia y noche, cargando de hierro al que se le hace sospechoso de proyectar la fuga, ó lo mete en pesados cepos. Con frecuencia por ahorrar les reduce la comida á la indispensable para vivir, hasta que llega la época de engordarlos para exponerlos á la venta; y aún quizás á causa de la fatalista estupidez mahometana, los deja avivarse de gusanos en la mayor hediondez y llenarse de llagas

SAQUEO DE ROMA (CUADRO DE VENTURINI)



EL HUERFANATO DE MEUDON (CUADRO DE ISABEL KEYSER)

que cada dia se hacen más fétidas. Y como sucede que crueldad y lujuria son hermanas, el *ghelaba*, más que un leon, se demuestra animal inmundo. En su antro no reina más el pudor que la humanidad; es la encarnacion viva del obsceno Corán; se revuelca en todas las ignominias y se enloda con todas las miserias de la naturaleza humana.

Para que le estén siempre renovando el rebaño de sus chozas, el *ghelaba* sedentario tiene frecuentes tratos con los *ghelabas* ambulantes, les gratifica, les anima á hacer correrías y les compra los frutos. Es esta una tercera clase de traficantes en carne. Parten éstos bien armados, montados en un buey ó en un asno, con un surtido de telas, y se van en busca de negocio ó de presa. Si se presenta ocasion, el *ghelaba*, valiéndose de fraude ó violencia, encadena al que encuentra; pero ordinariamente no se expone sin necesidad. Su provision de género le basta para cambiar dos ó tres esclavos, que lleva enseguida atados al nuevo amo. Esta mercancía la encuentra, ó en los que voluntariamente le venden las tribus negras, ó la adquiere de padres perversos á quienes incomoda tener que alimentar á su prole; ó tal vez los compra de acreedores desapiadados que arrebatan la libertad á sus deudores á falta de objetos con que hacerse pago; y tambien de los jefes poderosos que castigan con la esclavitud á verdaderos ó supuestos malhechores. Si cambia todo su género, acaba por cambiar tambien su cabalgadura por esclavos. Un buey adiestrado, ó un asno que se deja regir, valen dos ó tres hombres y tal vez una familia entera, cogida en su misma choza por el *ghelaba*. En este caso los esclavos se convierten en jumentos, se cargan con el equipaje y las armas del amo, y les siguen á la *çeriba*.

Estas horribles cuadrillas de salteadores y robados pululan por todos los senderos del Africa y se encuentran sus huellas por todos los desiertos; y en determinadas épocas se les ve á millares de millares en los establecimientos ó casas de campo y en sus alrededores. Entonces el *ghelaba*, bien provisto de las ganancias, espera tranquilamente la oportunidad de una nueva correría. Pasa los dias sentado á la puerta de su choza ó dormitando á la sombra de algun tamarindo, casi siempre envuelto en una nube de humo de tabaco, y en acto de *moslemim* contemplativo. Pero si le sucediere, lo que no es raro, que le hubiese salido mal el negocio; si otro ladron más atrevido le hubiese robado su presa; si un tigre le hubiese devorado la cabalgadura; si escapándosele los esclavos le hubiesen robado las armas, los víveres y el equipaje, el *ghelaba* regresa á la *çeriba*, pobre, taciturno y rencoroso, pero no descorazonado; vive de prestado y de la estúpida hospitalidad mahometana; saborea hiel y proyecta nuevos medios y nuevas astucias, y sueña en nuevos esclavos en la próxima estacion, como el buitre en su nido se promete nueva carne en los muladares.

Tal es el embrutecimiento y tal la abyeccion social de casi todo el continente africano relativamente á la esclavitud. Los medios varian aquí ó allí, segun los lugares y tradiciones nacionales; pero en sustancia siempre es lo mismo: los poderosos, aunque sean reyes coronados, son negreros en grande: de la clase media salen los negreros medianos, y de la pobre talla los negreros pobres. Y ni hay esperanzas de curar esta gangrenosa llaga, ni de mejorar siquiera las condiciones de la gente dedicada á tan infame negocio, mientras los pueblos cristianos no se pongan de acuerdo y adunen sus esfuerzos para exterminar la trata mahometana, que está hoy en su estado más floreciente.

LAS ILUSIONES

Son ¡ay! las ilusiones
Cual mariposas,
Desde léjos brillantes
Puras y hermosas;
Y ya en la mano,
Gusanitos cubiertos
De polvo vano.

—

Gusanitos son sólo
Las ilusiones,
Y pues de ellas se nutren
Los corazones,
No hay porque asombre
Que en polvo y en gusanos
Se vuelva el hombre.

LA LIBERTAD É INDEPENDENCIA DEL PAPA

Del mismo modo que los judíos del Pretorio, los revolucionarios italianos, que al decir de Montalembert son los judíos del Nuevo Testamento, han dicho respecto del Papa lo que aquellos dijeron de Jesucristo: "No queremos que éste reine sobre nosotros; no tenemos más rey que el César;" el que defiende al Papa ofende al Estado opresor! No desean más que la destruccion de la Iglesia, y después de diez y ocho siglos de beneficios, esa Madre augusta de las naciones cristianas es tratada como se trata á una extraña y á una intrusa. Procuran que el Estado que ella constituyó con las ideas, la moral, instituciones y leyes cristianas, se rebele contra el principio que le dió vida y repudie la santa institucion á la cual debe su civilizacion y cultura. Y lo que es más, con leyes protestantes é injustas pretenden sofocar la cuestion romana, porque ésta comprende en toda su fuerza y extension el problema universal de la libertad humana en presencia del cesarismo revolucionario. Pretenden sofocar las altas reivindicaciones del Romano Pontífice, porque mientras exista un Papa que reclame sus derechos, los derechos de la conciencia humana, esos derechos no podrán ser proscritos.

La revolucion italiana pretende con grillos y cadenas obtener el consentimiento que la conciencia cristiana no puede otorgarle y que siempre le negará; mientras que para dar á sus miras anticatólicas un colorido de derecho y de razon opone á la idea de la Iglesia y del Pontificado la idea de la ley y de la patria. Pero los católicos italianos tienen el derecho de repudiar esa pretension como falsa y calumniosa, pues que no pueden reconocer á la patria en el Estado perseguidor de la Iglesia y del Padre comun, porque no pueden reconocer la patria en quien desprecia la gloria más pura de Italia, el Papado, y ofende en él la civilizacion universal. No representan la patria italiana los que quieren colocar fuera del derecho comun al clero y al pueblo católico de Italia. Los que preparan cadenas para la Iglesia, á la que Italia especialmente debe su civilizacion, gloria y esplendor en las artes y en las letras; los que atraen contra Italia la indignacion de la entera cristiandad, no pueden ni deben invocar el nombre de la patria, pues que, como declaraba Silvio Pellico: "Si álguien grita ¡patria! ¡patria! y ofende á la Religion, no le creais; es un hipócrita del patriotismo." Y en verdad que no es la patria italiana la que formula leyes anticatólicas en la ciudad en donde los Papas dictan las leyes cristianas al mundo. Es la Revolucion y nadie más que la Revolucion la que, suplantando los intereses de la Italia católica, intenta en la misma ciudad de Roma, que es patrimonio del catolicismo y que arrebató inícuamente, sustituir su propio reinado al reinado inmortal de Jesucristo.

¡Y los católicos italianos y los católicos del orbe entero lo hemos de tolerar y sufrir como párias é ilotas privados de todo derecho!

Se podría quizá sofocar momentáneamente la palabra de los católicos italianos y coartar su libre accion, aunque la opresion del despotismo no puede ser perpétua; pero esos ultrajes á la Santa Sede ofenden en lo más vivo á los católicos de todo el mundo, y cuanto más obligados á callar se vean los hijos de la católica y noble Italia, más fuerte y más alta levantarán aquellos su voz y será más enérgica la protesta contra la opresion de la justicia y del derecho. Y ¿acaso podrá el gobierno revolucionario de Italia resistir la legítima y universal reaccion que necesariamente despertarán sus atentados y opresion contra la SantaSede?

El grito de dolor y la protesta contra la injusticia se levanta ya desde las regiones más remotas; en todas las lenguas se oyen ya las protestas más altas y enérgicas de la conciencia ofendida y del derecho ultrajado; y por cierto que no ha de ser tan cándida la revolucion italiana para creer que ese movimiento de reaccion de los católicos ha de permanecer ineficaz, sin que logre resolver la cuestion romana de conformidad con los intereses del mundo católico y de la civilizacion cristiana.

Los obispos y sacerdotes, cuyos derechos son tan sagrados como los de cualquier ciudadano, unidos con el laicato católico, juran defender la libertad cristiana amenazada en Roma, y piden á Dios y á los hombres la independencia del Romano Pontífice que tan inícuamente le ha sido arrebatada. Desde Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Austria, España, Estados-Unidos de América se levanta ya fuerte y unánime la voz que reclama la libertad de la Iglesia en la independencia del Papa: esta voz crece y se va convirtiendo en inmenso clamor. Es la voz omnipotente de la justicia y del derecho que indudablemente tendrá satisfaccion, aunque no sepamos cómo ni cuándo; del mismo modo que se ignoraba, cuando en forma de plegaria subía esa protesta del fondo de las catacumbas de Roma, y sin embargo llegó el tiempo en que el Papa salió de ellas, desapareciendo los Césares entre los esplendores de la tierra.

Los esclavos de la Revolucion han quitado al Papa la posicion social y política dada por la Providencia, el amor y la gratitud de los pueblos, y le han hecho descender del rango que ocupaba entre los poderes soberanos del mundo: despojado y cautivo, le han arrojado al mismo tiempo un pedazo de púrpura irrisoria, un cetro de caña, y le han dicho á lo judaico: *Ave Rex!* hé aquí tus garantías; éstas te bastan y no de otra manera serás rey. Y después han exclamado: *¡Roma è intangibile!* como si más intangible no fuese la Roma de los Papas, que es del mundo católico y no del primer ocupante por la fuerza de las armas: derecho de conquista bárbaro y que no crea derechos en donde impera la civilizacion cristiana. *Roma pontificia permanece*, pues, INTANGIBLE ante el orbe católico y el derecho.

Los católicos sabrán cumplir con sus deberes tomando una parte muy conspicua en la espléndida manifestacion en que por medio de humildes plegarias y de enérgicas protestas pedirá el orbe católico la libertad é independencia del Papa á Dios y á los hombres.

Los liberales y revolucionarios se reirán de nuestras protestas y plegarias; es tambien el único derecho que apenas nos dejan. Pero nosotros creemos en la fuerza del derecho y en la intervencion de la Divina Providencia: bastan las protestas para que no prescriban las injusticias é iniquidades, que Dios sabrá remediarlas, porque El es el árbitro supremo del mundo y de sus destinos.

MARIANO SOLER

LOS DOS VIAJEROS

III

Habia anochecido, soplaba un fuerte airecillo, y sobre el puente habian quedado solos Héctor y Roberto, sentados uno al lado del otro.

—En esta hora le oí cantar la última noche,—dijo el primero.

—¿Me escuchaba V.?—preguntó sonriendo el ciego:—es V. muy indulgente; pues la música del *Pórpora* merecia mejor intérprete.

—Ignoro si cantó V. bien ó mal; pero sí sé que llegó á conmoverme profundamente y que hizo pensarme en cosas que desde mucho tiempo tenia olvidadas: en la naturaleza que tan hermosa es, y en Dios tan grande.

—Sí así es, me considero dichoso, muy dichoso.

—Sí (dijo Héctor sin interrumpir el curso de su pensamiento); es bien extraño; al eco de aquella voz reaparecieron en mi mente los recuerdos de mi infancia; recordé aquella tierna edad en que oraba con fe tan viva á los pies de una hermosa imágen de María desde cuyos brazos un gracioso Niño de cara de ángel me miraba con dulce sonrisa, y yo le llamaba el buen Jesús...

—¿No es admirable,—interrumpió Roberto,—que la primera palabra que asoma en nuestros labios al pensar en Dios es sobre su bondad?

—Mas, si Dios es tan bueno, ¿por qué he de ser yo tan desgraciado? Todo me causa tedio; he bebido en la copa de todos los placeres; pero, como ha dicho un autor, esta copa sólo hierve por sus bordes. Todo lo he probado, diversiones, estudio, viajes; y en el fondo de todo esto he encontrado un fastidio insoportable, un mortal sinsabor.

—Apostaria que hay cosas que todavía no ha probado V.

—Podria V. engañarse, amigo (dijo Héctor sin comprender el sentido de estas palabras): mi padre, despues de haber ejercido por mucho tiempo la medicina en París, donde nací y me he educado, retiróse á una encantadora quinta en las inmediaciones de Friburgo, país que le es muy caro porque fué patria de su madre y mi abuela. Posee una gran fortuna; soy su único hijo; me ama, y me deja en completa libertad, y con el goce de una pension que podria satisfacer gustos más espléndidos, deseos más ambiciosos que los mios.

—¿Es decir que no tiene V. freno que le detenga?

—Así es, y mi madre lo lamenta no pocas veces; pero mi padre tiene por sistema la indulgencia más cabal, indulgencia para los gustos de la juventud, y aun para sus debilidades; sólo una cosa desea en este mundo, y es verme satisfecho.

—Y este deseo ¿no se cumple?

—¡Oh! no, no; empleo mi libertad en recorrer el mundo, mi fortuna en procurarme el bienestar y los placeres que los demás gozan ó apetecen; pero nada me divierte, y me acompaña por todas partes el aburrimiento. Cuando vuelvo á mis lares, el afecto que me muestran mis buenos padres me conmueve, pero aun allí me falta algo... ¡Qué molesta carga es la vida! ¡qué inexplicable pena la de ser y vivir!... Vivo... ¿por qué? Voy... no sé á dónde... terribles cuestiones que quedan sin resolver...

—¡Sin resolver, dice V., mi buen amigo! ¡cuánto se engaña! Sí, hay una respuesta, hay una solucion á estos enigmas...

—¿En dónde?

—Se lo diré á V. más tarde, ó por mejor decirlo, se lo recordaré á V., pues ha balbucido, cuando niño, la sabiduría que su alma ignora en la actualidad.

—¿Qué quiere V. decir?

—Responda V. ante todo á esta pregunta: ¿por qué le ha puesto Dios en este mundo?

—Para conocerle, amarle y servirle (respondió Héctor con amargo sonrís): no creía saber tan bien el catecismo.

—Pues bien; en esto estriba todo; conocer á Dios para llenar y contentar el entendimiento, amarle para satisfacer el corazon, servirle para dirigir la voluntad.

—¡Dichoso V. que cree en tal doctrina! ¡dichoso V.!

—¡Sí, dichoso! Bendito Dios, de quien emana todo bien, por la fe que me ha concedido; pues sin ella ¿qué hubiera sido de mí? He sufrido mucho, me he visto privado de todos los bienes de que V. se ve colmado; y si Dios no me hubiese sostenido, ¿en qué abismos de dolores y de desesperacion no hubiera caido?

Estas palabras dichas con sencillez, pero con el irresistible acento de la verdad, conmovieron á Héctor... Tomó la mano de Roberto, y díjole afectuosamente:

—Conozco el corazon de V., pero no su vida... Dígame V. algo de ella, si es que merezco su confianza.

—¿Espera V. oir algo legendario ó cosa así extraordinaria?—repuso Roberto con tono festivo; —mi vida, aunque sembrada de contrariedades, ha sido muy uniforme, muy ordinaria, pues la desgracia y la resignacion constituyen el fondo natural de ella. Sólo algunas ideas hay que apuntar en mi vida, y se las comunicaré de muy buena gana, como á un amigo, como á un hermano...

—Así lo espero,—dijo Héctor estrechando una vez más la mano del ciego.

(Se continuará)

UNA BROMA MERECIDA

No es culpa nuestra si tenemos que mortificar á nuestros estimados y respetables lectores hablándoles de una cosa repugnante y asquerosa, que por ser tal, á la vez que altamente inmoral y degradante, deberia no hallarse entre gentes cristianas y cultas. Pero es gran desgracia que se oiga entre nosotros la blasfemia, ese lenguaje satánico y soez al propio tiempo, á cuya extirpacion debemos todos contribuir con todas nuestras fuerzas. ¡Cuántas veces nuestros lectores habrán oido con indignacion en su pecho cristiano, y con asco y repugnancia en su estómago, esas palabras brutales y súcias, proferidas públicamente, con desvergüenza y hasta con jactancia! No llevarán, pues, á mal que les contemos la broma y reprimenda que unos buenos católicos y personas de educacion supieron dar á un desvergonzado y descortés blasfemo.

¡Ojalá que la religiosidad y cordura de ciertas gentes les hicieran contener su brutal lenguaje en cuanto les fuera advertido que la blasfemia es un horrendo pecado y ofensa hecha directamente á la Divinidad! Pero hay quienes no se avergonzarán de ser tenidos por ateos, y se ruborizarán si se les llama indecentes ó descorteses. Para éstos el remedio de la blasfemia debe traerse de la asquerosidad de las palabras.

Como lo hicieron unos jóvenes católicos, finos y cultos en sus modales, pero maleantes como estudiantes, y capaces de dar un bromazo de primera calidad á cualquier calavera tonto que á Dios ó á ellos se atreviera á faltar.

Hallábanse en un coche del ferrocarril de..., donde tambien viajaba un desventurado que, ó por costumbre, ó por gala, ó por parecer que dejaba vivir á los demás de merced, dejó escapar una frase asquerosa, muy comun entre los blasfemos. Calláronse nuestros amigos la primera y segunda vez; mas observando que el descortés continuaba, y que atusando su bigote parecia decir á los circunstantes: «¿A mí quién me tose?» guiñaron el ojo los jóvenes, dando á entender que se habia concluido el sufrimiento y era llegada la hora de empezar el ataque para contener á aquel blasfemo, descortés y perdona-vidas. Sí; que eran cobardes mis jovencitos, y que así hubieran manteado á Sancho Panza como á cualquier apuesto caballero andante, aunque fuese melenudo y mal hablado.

—Chicos,—dice uno;—aquí huele mal, ¿no advertís?

—Sí, pero afortunadamente llevo un pomito de colonia.

—Bueno seria perfumar este recinto.

Y otro, abriendo la ventanilla, gritaba con voz chillona:

—Conductor, guarda-freno, detengan Vds. el tren, que aquí hay un señor que tiene una gran necesidad, que dice que... que... ¿Lleva este tren un retrete?

Y todos principian á reir y á gritar:

—¡Uf! ¡qué olor! ¡que abran las ventanillas! ¡un ventilador! ¡que nos asfixiamos!

Los gritos y las risas habian llamado la atencion de los viajeros hácia aquella parte; y el blasfemo soez, á quien nadie habia nombrado, pero que en seguida se dió por aludido, encendido en cólera y vergüenza, se levanta, y repitiendo su blasfemia añade:

—Esto he dicho; ¿va por mí cuanto Vds. dicen?

Sin inmutarse los jóvenes, se vuelven á él con serenidad y mayor broma:

—¿Era V. el que tenia esa necesidad? ¿Padece usted diarrea?

—¿Quiere V. salir al retrete?

—¿Lleva V. servilleta?

—Conductor, que pare el tren; que hay un viajero con una gran necesidad!...

Las redobladas risas y bromas, dirigidas ya al viajero de los bigotes y de las blasfemias, el cual se habia delatado á sí mismo, produjeron en todo el coche una carcajada general.

Viendo el asunto perdido, porque sus burladores eran más en número, jóvenes simpáticos y alegres, y habian logrado interesar en su favor á todos los viajeros, quiso echarla por la tremenda, y salir de aquella situacion tan desairada, dándose aires de valiente. Pero tampoco este plan le salió bien. Tenia mala causa.

—¿Quiénes son Vds. para burlarse de mí? ¿Quién me quita á mí el derecho de hablar como quiero?

—¿Quién? —contestaron: —cualquiera que tenga buena educacion. ¿Dónde ha aprendido usted que en una reunion de personas decentes se puede cualquiera permitir palabras groseras? Aprenda V. trato de gentes; y si nó, váyase V. á las selvas. La buena educacion prohibe emplear términos indecorosos y soeces que puedan ofender á los presentes. ¿Cree V. tener derecho á estar llenándonos de estiércol, y nosotros obligacion de sufrir sus animaladas? Ya sabe V. quiénes somos: personas decentes que tenemos derecho á la consideracion de V., y que podemos darle algunas reglas de urbanidad que le hacen falta.

—¡¡Bien por los estudiantes!!—gritaron los viajeros.

Amostazóse el héroe de la fiesta, acurrucóse en un rincon, y... ya no sintió más indisposicion en todo el viaje. La broma hizo en su estómago el efecto de la carne de membrillo.

BAJO-RELIEVE DE UNA URNA FUNERARIA ROMANA

Alegres los viajeros, se proveyeron de agua de colonia, servilletas y demás pullas, para cuando se hallaren en ocasion de emplearlas en favor de los blasfemos insolentes, soeces y perdonavidas.

SECCION RECREATIVA

MODO DE GRABAR SOBRE CÁSCARA DE HUEVO

Se escribe ó se hacen los dibujos que se quiera sobre la cáscara de un huevo, empleando, en vez de tinta, cera derretida, ó barniz, ó sebo.

Se mete el huevo en una disolucion débil de ácido cloridrico, ó simplemente en vinagre.

Si el ácido no es muy fuerte, la operacion es más lenta, pero sale mejor.

Pasadas dos ó tres horas de estar sumergido el huevo en el ácido, lo que se ha escrito ó dibujado sale en relieve, porque el ácido sólo ha ido corroyendo la parte no escrita ó dibujada.

Se requiere algun ejercicio para que salga el grabado con limpieza, pero, haciendo algunos tanteos, se pueden obtener cosas muy curiosas por este medio sencillo y al alcance de todos.

CHARADA

Es fruta *prima primera*,
cosa rara es *tres* y *tres*
y un *primera dos* que tengo
en la *todo* lo guardé.

ACERTIJO

El que la hace, la hace cantando,
El que la busca, la busca llorando
El que la disfruta no la ve;
¿Qué es?

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

COCHERA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 6

Blancas	(Slater)	Negras
1. D c8-a8		1. R e4-f5
2. P g2-g4 +		2. R f5 { f6 / e4
3. A e4-g5 mate.		
3. D a8-a8 mate.		

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Sta. Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 27 DE ENERO — SÉRIE II.—NÚM. 57

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Fray Luis de Granada, por M.—*Apuntes biográficos de Fray Luis de Granada.*—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Los dos viajeros*, IV, por Matilde Bourdon.—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

FRAY LUIS DE GRANADA.—Para este retrato del venerable Maestro hemos tomado por modelo el que últimamente publicó la revista *El Santísimo Rosario*, reproduccion exacta de un cuadro pintado en 1586 y conservado en el convento de San Estéban de Salamanca.

Véase más adelante el artículo *Fray Luis de Granada* y los *Apuntes biográficos*, extractados estos de los que ha publicado más por extenso en la mencionada revista el Rdo. P. Fr. Justo Cuervo.

VICIT AMOR PATRIÆ (cuadro de Rafael Faccioli, de Bolonia).—El amor patrio vencedor en su lucha con el amor filial ofrece sin duda asunto sublime y de difícil interpretacion para todo artista: y de que el Sr. Faccioli logró cumplir á maravilla con su cometido, bien pudo convencerse ante los elogios de que era objeto su cuadro en la Exposicion nacional de Turin.

Y no es sólo el amor patrio, siquiera fuese vencedor, el que tan al vivo aparece en las dos figuras del cuadro; sino que con él vemos hermanados íntimamente el amor materno por un lado, y por otro el amor filial.

LA VÍRGEN DE RIPOLL.—Así es vulgarmente conocido el magnífico cuadro que Su Santidad Leon XIII donó al antiguo y célebre monasterio benedictino de dicho nombre que está levantado de sus ruinas con celo laudable y con general aplauso el Ilmo. Sr. Morgades, obispo de Vich. Pintó dicha piadosísima imágen por encargo de Leon XIII nuestro compatriota don Enrique Serra, que mereció del Soberano Pontífice por esta su obra palabras de justo encomio y de extraordinaria alabanza.

Al contemplar este cuadro nótase ya desde luego que el cristiano artista ha querido pintar la Reina de los Angeles, no una figura estéticamente bella. La representa en sólio marmóreo de estilo bizantino, sentada con cierto modesto dejo, teniendo sobre las rodillas su divino Hijo, medio envuelto en un manto, con la mano derecha en actitud de bendecir, y sosteniendo en la izquierda el cetro. El colorido es buenísimo y la encarnadura de la Señora un tanto trigueña. El manto del Niño Jesús, así como todo el cuadro, presentan admirable y dulce armonía de líneas y de colores. En la parte superior, sobre fondo de oro, descuellan á ambos lados los escudos de Leon XIII y del Principado de Cataluña. En una inscripcion al rededor de la cabeza de la Virgen se leen las siguientes palabras: *Ex dono Leonis Papæ XIII anno MDCCCLXXXVII.*

Tan bueno fué juzgado por el Papa este cuadro al presentárselo el artista, que le manifestó vivo deseo de poseer un ejemplar en mosáico en el Museo Vaticano. En esta delicada obra, confiada al célebre taller de mosaicista del Vaticano, debia emplearse un trabajo de cuatro años y unos 40,000 francos, á expensas estos últimos de Su Santidad.

LA DUQUESA DE GALLIERA.—El 20 de Diciembre murió en Paris esta opulenta y caritativa dama, cuyo nombre veneraban millares de desgraciados á quienes salvó de la miseria y consoló en sus infortunios.

Habia nacido en Génova, en 1811, y era hija del marqués Antonio de Brignole, embajador que fué de Cerdeña en la Corte de Luis Felipe I, y llamado por su munificencia y fausto «el gran Embajador del Rey pequeño.» Contrajo matrimonio con el señor Ferrari, despues Duque de Galliera, constructor de los caminos de hierro de Italia, y asociado á las grandes empresas financieras de su época. Heredó de su esposo y de su familia la enorme suma de doscientos veinte millones de francos, que casi toda ha empleado en obras de beneficencia y en fundaciones piadosas.

En Génova, su patria, además de los veinte millones de francos que legó el Duque de Galliera para las obras del puerto, la Duquesa fundó el magnífico hospital de San Andrés, en la colina de Carignano; hizo construir barrios para obreros, donando las casas, en la calle de Venecia, en el Lagaccio y en San Fructuoso; instituyó el hospital de la Coronada para convalecientes y para niños, dotándolo con esplendidez; fundó el convento de Brignole-Sale para re-

EL VENERABLE MAESTRO

FRAY LUIS DE GRANADA

ligiosas dedicadas á la enseñanza gratuita; regaló al Municipio el famoso palacio Rosso, con su riquísima pinacoteca, la mejor de la ciudad; cumplió, en suma, numerosas obras de caridad que perpetuarán su nombre. En Voltaggio y Voltri fundó tambien hospitales, asilos para niños y casas de huérfanos.

En París, donde residía casi todo el año en su grandioso palacio de la calle de Varennes, fundó un huerfanato para 350 niños y una casa de retiro para 100 sacerdotes pobres y ancianos, en Meudon-Fleury, empleando quince millones; el hospital de Clamart, que costó más de diez; el palacio-museo, que llevará su nombre, cerca del Trocadero, y en el cual van gastados más de cinco.

En París mandó tambien construir tres casas donde viven gratuitamente numerosas familias de braceros.

Todos los años repartía á los pobres 30,000 francos.

Hospital de San Andrés en Génova.—Como ya hemos dicho, este benéfico establecimiento fué fundado por la difunta Duquesa de Galliera, que en él, como en todas sus demás obras de igual índole, no perdonó gasto alguno, pudiendo notarse por el grabado que damos en la pág. 31 sus grandes proporciones y su magnífica construccion, que le dan el aspecto de un verdadero palacio.

Vierada de bordo (cuadro de C. Krogh).—Tienen siempre algo de terrible é imponente majestad esos cuadros en que con mano maestra y en diversidad de escenas nos muestran algunos pintores una débil embarcacion luchando con el alborotado mar, ora cerniéndose sobre franjas de nacarada espuma, ora hundiéndose en los negros abismos del oceano. Y no obstante, ¡qué inmensa diferencia entre lo pintado y lo real!

FR. LUIS DE GRANADA

El dia 31 de Diciembre cumplieron tres siglos que en Lisboa moria en paz del Señor uno de los varones más insignes con que se enorgullece nuestra patria.

Hijo de una humilde lavandera, recogido y amparado por un prócer ilustre admirado del natural despejo que mostraba en medio de sus juegos infantiles el oscuro huérfano, de tal manera ascendió por la escala de la virtud y del saber, que su nombre brilla como estrella de primera magnitud en la Orden de Santo Domingo y en el cielo de nuestras letras.

No es difícil en siglos menguados que se eleve sobre el nivel comun de las medianías el hombre de verdadero mérito; pero asombra y maravilla que en centurias como la décima sexta, cuando del fecundo seno de nuestra patria surgia opulenta y magnífica la vida nacional, dilatándose las grandezas españolas por todos los términos de la tierra, y presenciando atónito el mundo la más pasmosa asociacion que pudo ofrecer jámas nacion alguna de esplendores literarios y ciencia y virtudes egregias y hazañas sin cuento, se destacase con soberana majestad la figura de un pobre religioso y atrajese hácia sí la admiracion de aquellas gentes, habituadas á contemplar gigantes y á presenciar como cosas ordinarias las mayores magnificencias.

Y sin embargo es lo cierto que el nombre de Fr. Luis de Granada resplandece con fulgores inextinguibles allí donde lanzan lumbre inmortal las inteligencias y los corazones de los hombres excelsos que honran y engrandecen nuestra raza.

En esa edad de oro de nuestra cultura, la fe católica, causa primera y superior del espíritu nacional, y la épica cruzada de las centurias anteriores comunicaron á aquellas generaciones tan poderosos alientos y tal vigor y energía, que la robusta y lozana vida que las animaba parece que, despues de correr abundante y generosa difundiendo por todas partes la salud, tomó cuerpo y como que concentró en un hombre alguna de sus peculiares energías, representando así la más alta de las ciencias, la sublime Teología, Victoria y Melchor Cano; la ciencia filosófica, Suarez y Luis Vives; el Derecho, Soto y Molina; la poesía dramática, Lope y Calderon; la lírica, Fr. Luis de Leon y Herrera; la pintura, Murillo y Velazquez; y el fuego de los divinos amores que enciende las almas y arrebata las voluntades hasta unirlas por amorosos lazos con el Bien sumo, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, como representaron la elocuencia que dispersa con la luz de la verdad las sombras del error y del pecado el venerable Juan de Avila y Fr. Luis de Granada.

Si en las obras de Cervantes fluye rica, abundante y armoniosa la prosa castellana, y en las de Saavedra Fajardo se muestra severa, concisa y enérgica, y en las de Solís florida y elocuente, con haber tan maravillosos escritores en aquella edad de gloria, en ninguno como en Fr. Luis de Granada adquirió la lengua castellana tanta majestad y grandeza. Como rio que sale de su cauce y se desborda y todo lo inunda, así de los labios y de la pluma de Fr. Luis de Granada sale el henchido raudal de la elocuencia, pareciendo que con el cadencioso sonar de sus palabras llegan hasta nosotros armonías de lo alto.

Al leer el *Símbolo de la Fe* y principalmente sus sermones, y al contemplar la exígua, pobre y afrancesada prosa de estos tiempos, parecen aquellas páginas escritas en lengua diferente de de la que de continuo resuena en nuestros oidos.

Y es que los hombres de aquella edad levantaron el lenguaje á la altura de sus inteligencias y de sus corazones; y como estaban animados de fe poderosa y ardiente, comunicaron brillo y grandeza á la lengua castellana, mientras en este siglo se la rebaja al nivel de las concupiscencias de la carne y las impurezas del error, y por eso parece planta macilenta y agostada, á la que falta savia y vida.

Vuelva á encenderse la fe en las almas, y aquellas generaciones de gigantes á aparecer otra vez sobre el suelo de la patria, y las obras de Fr. Luis de Granada tornarán á ser el deleite y el alimento de los espíritus; y juntamente con la hermosura y gallardía del lenguaje, reaparecerá la pureza de las creencias, y reanudaremos la rota cadena de nuestras tradiciones nacionales.

M.

APUNTES BIOGRÁFICOS
DE FR. LUIS DE GRANADA

Vió la luz primera, por los años de 1504, en la ciudad de Granada, en cuya parroquia de San Cecilio recibió el Bautismo. Sus pobres y honrados padres, despues de la vida, nada más pudieron darle, sufriendo el tierno infante desde la cuna los crueles rigores de la indigencia, la cual aumentó de un modo amenazador cuando el niño cumplia el primer lustro de la vida. Perdió á su padre: y la madre, en la triste soledad de la viudez, vióse forzada al trabajo. Cuentan que por algun tiempo amasó el pan y lavó la ropa del convento de Santa Cruz, á cuyas puertas llamó con su querido hijito en los brazos, más de una vez, en demanda de una limosna por Dios. Así fueron pasando dias, cuando á Luis le sucedió venirse á las manos con otro niño de su edad. Vióles desde una ventana el conde de Tendilla, y, mandándolos separar, quedó de tal modo prendado de la energía y viveza de razones con que el primero hizo ver la justicia de su causa, que le brindó á entrar en la servidumbre de la Alhambra. El hijo de la lavandera acompañaba á los hijos del Conde, llevándoles los libros á las aulas. Entonces pudo aprender los primeros rudimentos de las letras, las cuales con el tiempo habian de serle deudoras de sus más gloriosos triunfos.

Era aficionadísimo á oir sermones, y en cuanto salía de la iglesia, reunia á los compañeros y se los repetia con tanta facilidad, energía y elocuencia, que con seguridad podia ya preverse lo que con el tiempo habia de ser aquel *Predicador*, como los otros niños le apellidaban. Por esta razon, sin duda, y oyendo una voz interior que le llamaba, se presentó al Prior de los Dominicos de Santa Cruz, pidiéndole humildemente el santo hábito de la Orden.

El 15 de Junio de 1525, despues de un año de pruebas, en el cual se le vió echar los profundísimos cimientos de su santidad, profesó con gran satisfaccion de los Religiosos, que veian en el novicio la mayor esperanza de la casa. En los estudios de filosofía dió desde el primer dia grandes muestras de capacidad, por cuya razon fué nombrado colegial de San Gregorio de Valladolid, donde vivió cinco años, haciendo grandes progresos en las ciencias y en las virtudes.

Por el verano de 1534 volvió Fr. Luis á su convento de Granada, precedido de inmensa fama como teólogo, como orador y como santo. En los pocos dias que vivió entre sus paisanos, dió pruebas evidentes de que todo cuanto de él se habia dicho, aún era poco.

Aconteció por entonces estar el Rmo. P. Fr. Juan Fenario, Maestro General de la Orden, haciendo la visita de Andalucía; y viendo el triste abandono en que se hallaba el convento de Escalceli, extramuros de Córdoba, designó para la restauracion á Fr. Luis. La soledad del sitio, la amenidad del campo y la corriente de un arroyuelo que por allí cerca se desliza, fueron gran parte para que el santo restaurador pudiera dar á su espíritu toda la soltura deseada.

Por estos dias fué cuando conoció al gran Apóstol de Andalucía V. Juan de Avila.

Intervino despues en la fundacion del convento de Badajoz, y en los ratos de libertad que le dejaban la direccion y vigilancia de la fábrica, se dedicó á escribir aquella maravillosa *Guía de pecadores*, que produjo, desde su aparicion, un efecto extraordinario: de ella se hicieron numerosas ediciones que al momento se agotaban, multiplicáronse las traducciones, y á la manera que el sol, dando la vuelta á la tierra, lleva á todas partes la luz, el calor y la vida, así la *Guía de pecadores* ha recorrido el mundo, irradiando luz divina en las inteligencias é infundiendo en los corazones el calor y movimiento de que carecen.

No estuvo Fr. Luis mucho tiempo en Badajoz. El infante D. Enrique de Portugal quiso tenerle de consultor y de maestro en el gobierno de la diócesis, á donde desde Braga habia sido trasladado; y Fr. Luis tuvo que abandonar el hermoso cielo de la capital extremeña para irse de consejero de un príncipe de Portugal y de la Iglesia.

Refiérese que al dia siguiente de llegar Fr. Luis, fué á presentírsele el Cardenal Infante, pidiéndole le oyese en confesion. El buen Religioso se excusó y pidió le perdonase, pero que no lo habia de hacer. Quedóse admirado el arzobispo, extrañando que rehusase una cosa de otros tan estimada. Respondióle Fr. Luis: «V. A. há muchos años que es pastor de esta ciudad y arzobispado, y yo, como recien venido, no sé cómo se gobierna, ni si hay escándalos públicos ó pecados cuyo remedio corra por V. A.; y así le suplico busque otro confesor por ahora, que yo no le tengo de confesar hasta que tenga conocimiento de las cosas.»

El cardenal D. Enrique, despues rey de Portugal, es otro de los grandes amigos de Fr. Luis. Hubo entre ambos relaciones estrechísimas, nacidas de la comunidad de virtudes, hasta tal punto que, como asegura el portugués Fr. Antonio Seneense, «el Cardenal Infante recibia de Fr. Luis como de oráculo divino, para seguirlo ó evitarlo, todo cuanto le señalaba éste con el nombre de virtud ó vicio.» Fr. Luis de Sousa dice tambien, por su parte, que el de Granada «se hizo por extremo amado del Cardenal y del rey D. Juan su hermano, y de todos los príncipes del reino, que entonces eran muchos; y de su consejo y letras se ayudaban en los negocios más grandes.»

A fines de Octubre de 1557 reunióse el Capítulo electivo, y los Padres portugueses, dando un ejemplo notable de justicia, le nombraron Superior Provincial, á pesar de su carácter de castellano.

En el gobierno de la Provincia fué el P. Granada el hombre de siempre: el hombre del consejo, de la prudencia y de la discrecion. La Provincia se vió aumentada con nuevas casas, los religiosos redoblaron su fervor y todo marchó prósperamente. La santa reina D.ª Catalina, viuda de D. Juan III y gobernadora del Estado en nombre de su nieto D. Sebastian, deseando tener á su lado y oir á personas prudentes, santas y temerosas de Dios, nombró á Fr. Luis su confesor y con él consultaba los asuntos graves.

Acabados los cuatro años de gobierno fijó su residencia en el convento de Lisboa, de donde ya no salió sino para el cielo.

Fr. Luis de Sousa, el Cervantes portugués, nos ha dejado escrito el método de vida que el P. Granada observó en Lisboa mientras las fuerzas no le faltaron para ello. «Levantábase, dice, á las cuatro de la mañana: gastaba hasta las seis parte en oracion mental, de la cual fué siempre tan grande seguidor como buen escritor, y parte en aparejarse para el santo sacrificio de la misa. Celebraba á las seis con tanta devocion y reverencia, que movia mucho á quien le veia y oia: y no le pasaba dia sin este divino pasto, porque era dicho suyo que el mejor aparejo para ello era la continuacion cuotidiana, reprobando mucho á los que por miedo ó demasiada reverencia se privan de tamaño bien, que no se da de gracia; y el mismo Señor que lo dá, tiene por honra suya aceptármoslo. Seguia al sacrificio oracion y gracias; y al irse para la celda llamaba de camino á quien le escribia.

«El modo de escribir era mandando primero leer algun libro que oia por espacio de una hora: luego comenzaba á dictar, paseando casi siempre; y dictaba hasta las diez. Entonces despedia al escribiente, y tomaba él la pluma y escribia hasta las once de materias diferentes á las que habia dictado. A la hora de comer bajaba á comer siempre en comunidad lo que en ella se daba, no olvidándose nunca de dejar buena parte para los pobres. Si alguna vez comia fuera de la mesa conventual por indisposicion, ó por haber estado ocupado en

algun negocio forzoso, hacia leer mientras comia, de lo que por la mañana habia dictado, y mandaba borrar ó añadir lo que le parecia. Esto hacia ó por no perder el tiempo, ó por no estar comiendo sin la leccion que hubiera de tener en Comunidad. Levantado de la mesa, iba á visitar á los enfermos... De la enfermería buscaba la conversacion de los Padres donde estaban juntos, cuando habia licencia de hablar, y alegremente se detenia con ellos hasta media hora: y volviendo para la celda descansaba otra media, y á veces sólo un cuarto, cosa que no se puede llamar sueño.

»Si habia Nona, acudia á ella, y siempre extendia el espacio, porque no era fácil en despegarse del sabor de la oracion. En el tiempo en que no habia Nona, luego á la una llamaba al escribiente y gastaba hasta la noche ó hasta Completas dictando. Despues de Completas, á las cuales nunca faltaba, quedaba ordinariamente en oracion hasta las diez, y esto en pié ó sentado en la silla. La cena, cuando la habia, la hacia de ordinario con un par de huevos, que por su mano freia á la luz de una candela, con el objeto de excusar criado, que nunca tuvo: y esta cena la tomaba hácia las once de la noche. Tal era la vida de Fr. Luis en Santo Domingo de Lisboa, la cual continuó por este tenor mientras tuvo fuerzas y robustez, añadiendo á lo que dicho tenemos, cilicios y disciplinas continuas, más ó menos ásperas segun los tiempos.»

En 1564 el Rdmo. P. Fr. Vicente Justiniano, maestro general de la Orden, convocado Capítulo General en Bolonia y habida consideracion á los grandes servicios prestados por Fr. Luis de Granada, le condecoró con el título de Maestro en Sagrada Teología.

Este mismo año lo señaló Fr. Luis con una nueva edicion, corregida y aumentada, de su precioso *Libro de la Oracion y Meditacion*, en el cual se trata de la consideracion de los principales misterios de nuestra fe; con otros tres breves tratados de la excelencia de las principales obras penitenciales, que son limosna, ayuno y oracion. Rival de la *Guía de Pecadores*, aunque de otro caracter, se distingue como aquella por su vigorosa elocuencia y por su gran riqueza de lenguaje.

De aquí en adelante apenas pasa año sin que el estudioso Fr. Luis de Granada ofrezca al mundo algun parto de su admirable ingenio.

En 1565 publicó, junto con el *Stimulus Pastorum* de Fray Bartolomé de los Mártires, su hermosa *Concio de Officio et Moribus Episcoporum, habita in consecratione Rev. D. Antonii Pinarii, episcopi Mirandensis.*

En 1566 apareció por vez primera el *Memorial de la vida cristiana*, en el cual se enseña todo lo que un cristiano debe hacer desde el principio de su conversion hasta el fin de la perfeccion. Está la obra dividida en siete tratados, por los cuales corre siempre el rio de la elocuencia granadina.

En 1572 comenzó Fr. Luis de Granada la publicacion de sus obras latinas, las cuales hubieran bastado por sí solas para llenar el mundo con la fama de su nombre.

En 1582, semejante Fr. Luis de Granada á un astro que, al avanzar en su carrera, despide más vivos resplandores, iluminó al mundo con las cuatro primeras partes de su nunca bastantemente alabada *Introduccion del Símbolo de la Fe*, en la cual se trata de la creacion del mundo, para venir por las criaturas al conocimiento del Criador y de sus Divinas perfecciones.

Por estos dias llegó á su plenitud la fama de este Maestro venerando. Santa Teresa de Jesús le escribe elogiando sus escritos y asegurándole pide á nuestro Señor que la vida del Venerable Padre sea muy larga, y dando gracias á su Majestad por haberle dado «para tan grande y universal bien de las almas.»

San Cárlos Borromeo, grande amigo de Fr. Luis y admirador de sus obras, escribiendo al Papa Gregorio XIII, decia: «Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales, que yo haya visto, se podrá afirmar que no hay alguno que haya escrito libros, ni en mayor número, ni más escogidos y provechosos, que el P. Fr. Luis de Granada... De manera que no sé que en este género haya hoy hombre más benemérito de la Iglesia que él, y más á propósito para ayudar con semejantes trabajos á las almas, lo poco que le puede quedar de vida...»

Poco despues aquel Soberano Pontífice despachaba el siguiente Breve:

«*Al amado Hijo nuestro Fr. Luis de Granada, de la Órden de Predicadores*

»Gregorio Papa XIII

»Amado hijo, salud y bendicion Apostólica.—Siempre nos fué muy acepto vuestro largo y continuo trabajo en apartar á los hombres de los vicios, y traerlos á la perfeccion de la vida: y de mucho fruto y contento para aquellos que tienen deseo de su propia salvacion y de la de los demás. Habeis predicado muchos sermones, publicado muchos libros llenos de gran doctrina y devocion: lo mismo haceis de cada dia, y no cesais en presencia y en ausencia de ganar para Cristo las más almas que podeis.

»Danos contento este tan principal bien y fruto de los otros, y vuestro propio, porque cuantos han aprovechado por vuestros sermones y escritos (y es cierto que han aprovechado muchos, y de cada dia aprovechan,) tantos hijos habeis engendrado para Cristo: y les habeis hecho mucho mayor beneficio, que si estando ciegos ó muertos les recobrarais de Dios la vista ó la vida. Porque mucho mejor es conocer aquella sempiterna luz y bienaventurada vida (en cuanto es dado á los hombres) y viviendo devota y santamente aspirar á ella, que gozar de esta luz y vida mortal con toda la abundancia y contento de las cosas de la tierra. Para vos habeis ganado de Dios muchas coronas, entendiendo con toda caridad en este oficio, que es cierto ser de muy gran importancia. Pasad, pues, adelante, como haceis, llevando con todas vuestras fuerzas este cuidado, y acabando las cosas que teneis comenzadas (que entendemos teneis algunas) y sacadlas á luz para salud de los enfermos, esfuerzo de los flacos, contento de los que tienen salud y fuerzas, y para gloria de la militante y triunfante Iglesia. Dada en Roma á XXI de Julio, año de 1582, undécimo de nuestro Pontificado.»

En la segunda decena del mes de Diciembre tuvo Fr. Luis el sentimiento de ver caer á su lado á otro de sus grandes y mejores amigos, el gran Duque de Alba D. Fernando (1), debelador de los Países-Bajos y conquistador de Portugal. Fué su confesor ordinario, asistiéndole hasta el último momento y teniendo la triste dicha de recoger su último aliento y de cerrarle los ojos.

En Enero de 1583 escribió Fr. Luis á su grande amigo el Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia: «He acabado ya el oficio de escribir y querria ahora, dándome nuestro Señor su gracia, gastar eso poco que queda de vida, en aparejarme para el dia de la cuenta, pues está tan cerca.» Sentia sobre sí el grave peso de ochenta años. Sin embargo vémosle todavía en 1585 publicar un nuevo libro, la *Quinta parte de la Introduccion del Símbolo de la Fe*, que si bien compendia las cuatro primeras, tiene muchas cosas nuevas que despues se le ofrecieron, y nos da bien á entender que, si su cuerpo era como él decia flaco, su alma y su inteligencia conservaban el vigor y lozanía de los mejores años (2).

En 1588, desde el lecho del dolor en que su cuerpo yacia derribado por aguda enfermedad, dictó todavía un incomparable *Sermon*, que fué el testamento literario de este gran hombre. El dia en que el trabajo se acabó, la enfermedad empezó á agravarse. Declaróscle una fiebre que, atendida la edad y las fatigas del paciente, no hubo duda sino que habia de acabar de una manera desastrosa. Fr. Luis, viéndola venir, esperó con rostro sereno á la muerte.

El dia penúltimo del año recibió el santo Viático con edificante devocion, y el siguiente la uncion postrera. Despues de esto, á persuasion de algunos Religiosos hizo una devotísima plática á los novicios.

Pidió luego que le dejasen solo; estuvo largo tiempo en oracion, siendo tal el fervor de su espíritu que de fuera de la celda se le oian las palabras. Al caer de la tarde, los Religiosos que en torno suyo se hallaban, á instancia del enfermo le pusieron en la mano la vela bendita, cuya ardiente luz simbolizaba aquella fe santa que él habia gloriosamente ensalzado. Hácia las nueve de la noche comenzó á apagársele el aliento, los ojos se eclipsaron, sus miembros hicieron un ligero movimiento, y su alma, rotas las ténues ligaduras que al cuerpo la sujetaban, voló cual cándida paloma á descansar en el seno de aquel Padre amoroso á quien tanto amó.

Al dia siguiente, el primero de Enero del año 1589, corrida la noticia de la muerte de Fr. Luis, toda la ciudad se vistió de luto. Lisboa entera asistió á los funerales, doliéndose grandemente de la pérdida de su mayor ornamento, que lo era tambien de España y de la Iglesia universal.

Fué Fr. Luis de Granada de estatura más que mediana; corpulento en proporcion; tuvo en el rostro una apacibilidad angélica, con la carne muelle, delicada y colorida; los ojos algo encogidos, mas alegres y modestos, puestos continuamente en la tierra; la frente espaciosa y serena; con las líneas que del derecho de la nariz de tal manera se juntaban, que formaban una estrella; los dientes fueron blancos y con buen orden: la nariz aguileña, algo crecida; la boca de mesura; el pelo un tiempo algo de rubios, despues pararon en blancos; la cabeza gruesa, algun tanto calva: era dulcísimo en la conversacion y amigo de todos. Esto en cuanto al cuerpo de Fr. Luis, que el alma sólo Dios conoce su incomparable hermosura y los tesoros de virtud y ciencia en ella encerrados.

(1) El Duque de Alba apreciaba tanto el mérito de las obras de Fr. Luis de Granada, que siendo gobernador de los Países-Bajos mandó hacer en Amberes y á su costa una edicion de todas las publicadas, formando catorce tomos en 8.º

(2) Además de las obras ya citadas escribió el P. Granada otras varias portuguesas y castellanas.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Romería de San Anton.—Los petarderos presos y su industria libre.—La Liga agraria denunciada por demagógica.

La popularísima y tradicional fiesta de San Anton se celebró este año en medio de un dia claro y radiante, por lo cual no sé si llegará á cumplirse el refran de los labradores que dice á la letra:

—San Anton claro, invierno largo.

Esta fiesta es en Madrid precursora del Carnaval, y en su parte profana le anticipa, pues sirve de pretexto á los excesos vinosos y á todos cuantos de ellos se derivan.

En semejante dia los dueños de caballos, mulos y asnos suelen acudir con sus ganados, bien enjaezados y encintados, al conocido templo de las Escuelas Pias, donde se bendice por tradicional costumbre la cebada que sirve para el pienso de aquellos animales á fin de que el glorioso Santo los libre de enfermedades.

Esto da lugar á que se formen cabalgatas lucidas y deslucidas, pues cada ganadero saca á la calle lo que tiene, y lo mismo se ven en ella caballos de raza, criados en las márgenes del olivífero Betis, que rocines matalotes de los que trepan por los vericuetos de las regiones galaicas.

La ostentacion es mayor en esta fiesta que la devocion, y algunos, por rendirla culto, ostentan ganado borriqueño más inferior aún que el rucio de Sancho Panza, como otros, por meterse en todo, se meten hasta en los charcos.

La romería, en cuanto de mundano tiene, resulta un verdadero adefesio, pues no faltan en ella graciosos á quienes el alcohol se les sube á la cabeza á predicar, y á ratos predican todo linaje de horrores, y á cachos hacen gala de atropellar á las gentes con sus cabalgaduras, las cuales parece que participan de las filoxeras de sus dueños, segun reparten coces y arrollan al público miron.

Este año no ha faltado en la fiesta su mijita de gracioso, que lo era un señor patilludo, ahumado como chorizo extremeño, caballero sobre una de esas *aleluyas* que en las plazas de toros se caen solitas con sólo recibir la respiracion de una fiera jarameña de las que hacen las delicias de los devotos de la diversion nacional.

El *tal* llevaba sobre la perilla de la silla unas alforjas llenas de castañas pilongas, que arrojaba á trescientos ó cuatrocientos chicuelos qne le seguian, á los cuales descalabraba con los proyectiles, pues, como es sabido, esas castañas son tan duras como peladillas de arroyo.

Un chico se lamentaba de que le habian hecho un chichon, otro de que le habian roto un diente, otro de que por poco si le saltan un ojo; pero todos aplaudian y victoreaban al chusco, que recorrió las calles seguido de un ejército de curiosos, saliendo la gente á los balcones á verle como si se tratara de ver al mismísimo emperador de las Tartarias y Chinas.

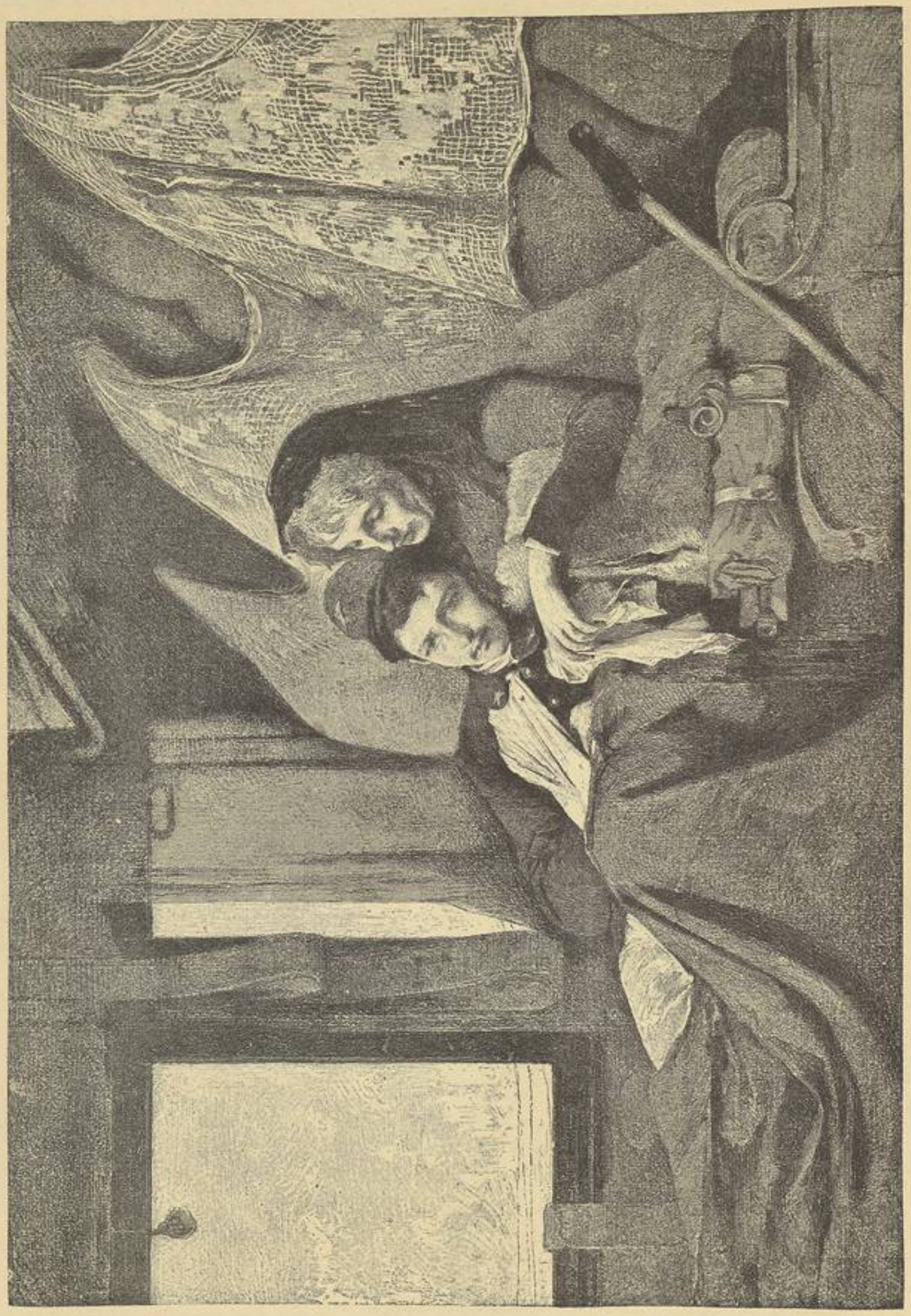
Los vivas atronadores que se daban al hombre escamaron á la policía, que acudió en tropel, sable en mano, á cerciorarse de lo que ocurria, creyendo que se habria armado la *gorda*, ó que se habria capturado al petardero nuestro de todos los dias.

Y no ocurria más sino que el hombre, llevado á remolque por su caballo como si fuera un fardo, daba vivas, no á la república, ni á Ruiz Zorrilla, sino á san Anton, con lo cual se tranquilizaban los agentes de seguridad, se regocijaba el vecindario y se reian estrepitosamente los chicos, rumiando las castañas que cogian al vuelo.

El suceso tuvo todos los caracteres de una conmocion; y ahí tienen Vds. lo que basta para conmover á la capital de las Españas progresistas, donde pasan cosas que sorprenderian de admiracion á los honrados vecinos del atrasado pueblo de Villaconejos.

Y ya que hablo de conmociones, no puedo dejar de consignar que en los últimos dias se sintió en Madrid otra de carácter muy agradable.

Cual fué la de anunciarse que los petarderos



VICIT AMOR PATRIÆ (CUADRO DE RAFAEL FACCIOLI DE BOLONIA)

LA VÍRGEN DE RIPOLL (CUADRO DE ENRIQUE SERRA)

estaban á dos dedos de caer en las uñas del Gobierno liberal.

La policía y el juez de instruccion habian practicado registros y constituido en prision á tres ó cuatro prójimos sobre quienes recaian sospechas de ser los autores de estas gracias tan desgraciadas, y el Gobierno estaba de *gaudeamus*, juzgando tener entre las manos los hilos de esta conspiracion de pólvora, carton y bramante, que trae desasosegados los oidos de los pacíficos vecinos de la villa del Oso y de Abascal.

Pero, adelantado el proceso y metidos los supuestos autores ó cómplices de los petardos en la casa de poco trigo, vulgo la cárcel modelo, cátate que en la calle del Turco se descubre el cadáver, y perdónese el modo de señalar, de un petardo frustrado, y... ¡nuestro gozo en un pozo!

Porque las señas no podian ser más mortales.

Y aquí de las cosas progresistas.

¿No es verdaderamente maravilloso que el Gobierno haya preso á los petarderos, y mientras éstos están en su jaula los petardos sigan estallando libremente, repartiendo sustazos á diestro y siniestro?

Pero hay más.

Despues del petardo frustrado en la calle del Turco, cuyos vestigios denunciaban que prosigue el movimiento y que la fábrica del artefacto funciona, ha estallado otro en la calle de Arlaban, una de las más céntricas de Madrid, aunque no de las mejores olientes, ocasionando la rotura de los cristales de una cervecería y chamuscando la mano de un hombre, al que causó una herideja que chorreaba sangre.

Y aquí tambien de las cosas progresistas.

Los periódicos ministeriales se han descolgado diciendo que este petardo ha sido de menor cuantía, con lo cual se han horrorizado hasta los mismos funcionarios de las casas de socorro, asegurando que no saben lo que será cuantía mayor para un Gobierno que considera á un hombre herido como á un bicho de poco más ó menos.

Con estas y otras cosas como estas, todas para reir, nos pasamos aquí en Madrid la vida, sin hacer más por ella que lo que hace el Gobierno, que es bastante poco, durmiéndonos con un susto y levantándonos con otro, almorzando un temor y cenando un peligro.

Pero, eso sí, todas las calamidades las sufrimos con pacientísima resignacion, acordándonos de que somos un pueblo libre y de que poseemos muchísimos derechos, aunque ninguno de ellos vale una hogaza, como decia el difunto Posada Herrera, que de Dios goce, en sus tiempos de buen gobierno.

LA DUQUESA DE GALLIERA

Otro de los sucesos de interés general, que ha llamado la atencion en la última semana, han sido las sesiones de la Asamblea de la Liga agraria.

Y aunque las ligas, como dice el adagio popular, sólo son buenas para las piernas, esta de que se trata lo ha sido para propinar á los poderes públicos una dosis regularcilla de amargo.

Porque en esas sesiones se ha disertado largo y tendido sobre la miseria nacional, sobre la exhorbitancia de los tributos, sobre los despilfarros é irregularidades de la Administracion y sobre la indolencia perezosa del médico de cabecera, que ni siquiera receta ya medicamentos al enfermo, contentándose con dejar hacer y dejar pasar, como suelen hacer muchos de nuestros compatriotas, que se pasan muy ricamente la vida, tomándola por el lado más accesible para todos los mortales, que es convirtiéndola en *vita bona*.

Y, era natural, tan pronto como el Gobierno liberalísimo se olió este poste, fué y de una plumada, como suele decirse, le pintó un gran loro en la frente á la tal Liga, calificándola de subversiva y demagógica.

De modo que ya lo sabemos: aquí el que se queja de que no come, ni tiene un cuarto, ni de donde le venga, porque el vientre hidrópico de las libertades públicas se lo engulle todo, es un anarquista, un demagogo, digno de llevar una soba de tolerancia.

La Liga terminó sus tareas habiendo sólo producido palabras, y desfiló hácia las provincias demagrida y taciturna, mientras los progresistas se nos quedan aquí mascando á dos carrillos.

Y así es como demuestran al país el gran cariño que le tienen, porque ellos profesan el principio, y aún el postre, de que entre dos que bien se quieren, con uno que coma basta.

LUPERCIO

Madrid, 22 de Enero.

LOS DOS VIAJEROS

IV

ROBERTO

Dací, comenzó éste diciendo, á orillas del mar, en la antigua Saintonge, siendo hijo único de un capitan de buque mercante. Durante las largas ausencias de mi padre, vivíamos juntos, mi madre toda para mí, y yo todo para mi madre; por los rasgos de mi fisonomía (á la sazon no era yo ciego) recordábale los del ausente amado, y en ella encontraba yo, con la ternura de una madre, los vigilantes cuidados de un padre. Era mi madre una de estas mujeres fuertes que el Cristianismo ha dado al mundo: amaba á Dios, á su esposo, á su hijo, pero depuraba lo que los amores de la familia podian tener de sobradamente humano, teniendo siempre presente en su entendimiento á Dios y tomando sus leyes y máximas por su norte y guia. Ella me inspiró desde mis tiernos años una fe viva en este Dios de bondad y una confianza perfecta en su misericordia. Y esta sola confianza la consolaba en sus penas.

»Pensando en mi padre expuesto á los peligros del mar, deciase á sí misma reprimiendo sus lágrimas: «Dios lo quiere; Dios sabe sus sufri»mientos y nuestros temores, y esto basta. ¡Os »lo confio, Dios mio, tened piedad de nosotros!» Y cuando el cielo estaba más sombrío, ó cuando su corazon estaba más intranquilo, iba á arrodillarse ante el altar de la Vírgen, en una antigua capilla de nuestra gótica iglesia, y á los piés de aquella Imágen, confidente de tantas penas, oraba largo tiempo, desahogaba su corazon de esposa y de madre, y referia sus angustias á Aquella que fué tambien aquí bajo esposa afectuosa y madre de dolores...

»Iba á cumplir catorce años, y mi madre repetia á menudo con cierta expresion de alegría que no le era habitual:

»—Espero, hijo mio, que tendrémos aquí á tu

padre para celebrar juntos tu próximo cumpleaños.

»Esperábamos en efecto la llegada del buque que mi padre mandaba y que debia regresar de un viaje muy largo por las costas de España. La casa, compuesta y preparada para tan deseada vuelta, respiraba un aire de fiesta. Mi madre habia reunido en ella, gracias á sus economías de cada día, todo el bienestar compatible con nuestra humilde fortuna, con lo cual queria recrear los ojos del pobre marino, reducido á vivir en la estrechez de su camarote, y privado casi siempre de las más ordinarias comodidades de la vida. A todas horas iba yo á ver si señalaba el vigía la llegada del bergantin *Joven Arturo*. El 13 de Setiembre por la tarde (nunca he olvidado esta fecha), encontré á uno de los pilotos que con el anteojo en la mano miraba atentamente hácia el mar.

»—¿Qué tenemos? le pregunté.

»—¡Ah! muchacho!—exclamó;—creo ver allá abajo el bergantin del capitan Simon.

»Entonces prorumpí en exclamaciones de alborozo, pero interrumpióme el vigía:

»—Cállate, por vida mia, que más quisiera ver al *Joven Arturo* algunas leguas mar adentro.

»—Pues ¿qué ocurre?

»—¡Mira al cielo!

»Miré, y no necesité grande experiencia de marino para ver que iba preparándose una horrible tempestad de equinoccio. Las barcas de pescadores, ligeras como gaviotas, refugiábanse en el puerto á toda prisa; las grandes embarcaciones amarraban sus anclas, y varios corrillos de marineros platicaban en la playa mirando con ojo inquieto el mar, que se encrespaba y cubria de espuma.

»Corrí á casa, y mi madre me salió al encuentro.

»—¿Qué noticias traes? me preguntó.

»—Señalan el bergantin...

»En aquel momento grandes aves marinas, empujadas á tierra por el viento y sobre todo por su instinto, pasaron rozando las ventanas de nuestra casa. Viólas mi madre, y cruzó las manos.

»—¡Pronóstico de desgracia ó de tempestad! —exclamó.—¡Dios mio! miradnos con ojo propicio!... Vayámonos al puerto, hijo mio; allí podrémos ver el buque, y nos asegurarémos más presto de nuestra suerte... No podria permanecer aquí entre cuatro paredes.

»Fuímonos á la playa, desde la que se descubria un horizonte sin límites: á lo lejos, el vasto oceano, inquieto como brioso corcel tascando el freno, arremolinado por las ráfagas del viento, lanzaba hasta nuestros piés olas inmensas semejantes á mónstruos cuya boca vomitaba abundante espuma. A nuestra derecha elevábanse algunas rocas é islotes, temidos por los marineros aún en los tiempos más bonancibles del año... Así es que con terror indecible vimos el bergantin de mi padre empujado irresistiblemente hácia aquellos escollos. Toda la poblacion habia acudido á la playa, y contemplaba aquel combate del hombre contra los elementos; y el viento se hacia tan amenazador, que ninguna embarcacion podia salir del puerto. El bergantin luchaba solo... Mi madre habia caido de rodillas, y con los ojos fijos en el mar cada vez más furioso, oraba... Veíamos el inminente peligro que corria el buque; los últimos destellos del crepúsculo nos lo mostraban bregando contra los vientos y las olas; estaba tan distante, y la noche se presentaba tan sombría, que nos era imposible reconocer á los infelices marinos... pero bastante nos decia el corazon que mi padre estaba allí... ¡Ay, amigo! ¿qué más debo decir?... Dios habia señalado el fin de nuestra dicha... Despues de una hora de luchas y de angustias inexplicables, levantóse una ráfaga de viento más impetuosa y fuerte que las precedentes.

»—¡Está perdido! era la voz general; ¡van á perecer sin remedio!

»Mi madre se levantó, y miró adelante con ojos de angustia... En aquel momento la luna mostró su disco entre las nubes que barria el viento, y dejó caer uno de sus rayos sobre el alborotado mar... El bergantin se habia estrellado contra las rocas, y los restos de su casco y arboladura flotaban sobre el agua... Mi madre lanzó un grito, y cayó sobre la arena. Agrupáronse á nuestro alrededor, y fué llevada á casa sin sentido, llevando abierta en su corazon profunda herida...

»Toda la noche se pasó en inútiles esfuerzos para salvar á los náufragos y lo que se pudiese del cargamento del buque. A la mañana siguiente el viento empujó á la playa una caja y varios objetos que habian pertenecido á mi padre y á sus compañeros, y á esto se redujo todo... Habian muerto del modo más triste... habian perecido en el mar!...

»Mi madre pasó aquella noche funesta en un estado tal de atonía, que nada pudieron los más solícitos cuidados. Por la mañana, despues de fuertes sangrías, abriéronse sus ojos mostrándome que vivia, pero su lengua y sus miembros estaban paralizados. Mirábame inmóvil y sin abrir sus labios; y su mirada, en que se retrataba el dolor más profundo é irreparable, me destrozaba el alma. Al fin, de su lacerado corazon salieron torrentes de lágrimas que inundaban su rostro, sin que sus heladas manos pudiesen detenerlas... ¡Héctor! jamás olvidaré aquel espectáculo; mis ojos, aunque apagados, lo ven todavía, pues conservo su desoladora imágen grabada profundamente en el fondo de mi corazon.

»Despues de un largo rato concedido á esta primera explosion, á esta necesidad de lágrimas, noté que mi madre oraba; arrodilléme junto á su lecho, y como ella oré tambien. Esto pareció calmarla; su hermosa mirada me decia que aquella oracion en comun la consolaba, y parecíame oirla repetir como otras veces:—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

»La voluntad divina, que desde niño me habian enseñado á bendecir, quiso que entrara yo en un camino lleno de trabajos, de privaciones y de sacrificios. Sin transicion, salí de la infancia, de la edad de la proteccion y de la dependencia, para convertirme en hombre y protector del sér á quien más amaba, y que desde entonces era más débil que yo.

HOSPITAL DE SAN ANDRÉS EN GÉNOVA

»Mi padre no nos habia dejado ninguna fortuna. El armador, por cuya cuenta navegaba, tiempo hacia que veia quebrantado su crédito, y el naufragio del bergantin completó su ruina; así es que nada pudo hacer por nosotros. Nuestros más próximos parientes, de posicion muy modesta, tampoco podian socorrernos; y pasado el hervor de simpatía de los primeros momentos, la atencion pública se fijó en otros infortunios ó en nuevas diversiones. Se nos olvidó completamente. Sólo una pobre vecina, corazon de oro en que ardia el fuego de la caridad cristiana, continuó visitándonos y asistiendo á mi madre en muchas cosas.

»Yo tenia algunas nociones de grabador, y habia tomado por especialidad las cartas marinas, tan útiles á los pobres navegantes; pero debí renunciar á este oficio que me gustaba para dedicarme á otro ramo más lucrativo, aunque menos honorífico, del arte. Entré, pues, en el taller de un grabador de tarjetas de visita, y se me empleó en los trabajos que dan al papel el aspecto de la porcelana. Este oficio, aunque bastante lucrativo, es poco buscado, pues ofrece al que lo ejerce un verdadero y continuo peligro á causa del uso de los metales, cobre y plomo, perjudiciales á los ojos y al pecho. No se me ocultaban tales inconvenientes, pero debia ser el sosten de mi madre, y afrontaba sin temor aquel peligro

VIRADA DE BORDO (CUADRO DE C. KROGH)

invisible y permanente. Además, por las noches copiaba papeles de música, y los domingos tocaba el órgano en nuestra parroquia.

»Así transcurrieron los últimos años de mi adolescencia, los primeros años de la juventud, en un trabajo no interrumpido, en lucha permanente contra necesidades que siempre se multiplicaban, y que las enfermedades crecientes de mi madre hacian más penosas. Era en verdad una vida ruda; todos los dias sentia este yugo que pesa sobre los hijos de Adan, y á no ser por la idea siempre presente de Dios que mi madre me habia enseñado á amar, no hubiera podido soportar el trabajo incesante, ni la privacion absoluta de toda distraccion, ni la más estrecha pobreza, ni sobre todo el eterno aislamiento en que me encontraba, aun en presencia de mi pobre madre, que tendida en su lecho, sin movimiento y sin palabra, parecia un cadáver á quien prestase algunos piadosos cuidados.

»¡Cuántos dias llenos de fatigas! ¡cuántas noches llenas de tristezas! ¡cuántas lágrimas silenciosas derramadas sobre la almohada confidente de los dolores de los hombres! Sí, lo confieso, encontraba áspero el deber, la cruz me parecia muy pesada, mi alma era todavía jóven y débil; y, lo digo ante Dios que me oye, sin El, mi suerte se me hubiera hecho insoportable. Pero su gracia no me abandonó, pues vino en ayuda de mi debilidad.

(Se continuará)

SECCION RECREATIVA

MÁQUINA ELÉCTRICA CASERA

Se toma una bandeja ordinaria de hojalata barnizada con laca del Japon, de palmo y medio de largo, ó más.

Se corta una hoja de papel fuerte, bastante grueso, de un tamaño algo menor que el interior de la bandeja.

Con lacre se fijan á los extremos del papel dos tiras, tambien de papel, que le sirvan como de asas para quitarlo y ponerlo sobre la bandeja, y se coloca ésta sobre dos copas ó vasos.

Se calienta la hoja, lo más que se pueda, largo rato. Se la pone sobre una mesa de madera bien seca, y se la frota con un cepillo ordinario que no tenga humedad. Se pone la hoja sobre la bandeja, cogiéndola por las dos tiras de papel, se toca ésta con el dedo, y se levanta con cuidado la hoja.

Otra persona acerca el dedo á la bandeja, y saltará una chispa eléctrica.

Se vuelve á poner el papel, y se toca de nuevo la bandeja, se levanta el papel, y saldrá otra chispa eléctrica, etc., hasta 7 á 8 veces.

CHARADAS

1.ª

En el estío y lleno de sudor
la *prima dos* recoge el pobre labrador,
usa el *tercera* el bravo militar,
y los *todo* con cepo se suelen cazar.

2.ª

Prima tercia fué torero,
anda con paso *dos tres*,
y del *todo* hace gran uso
el poeta don José.

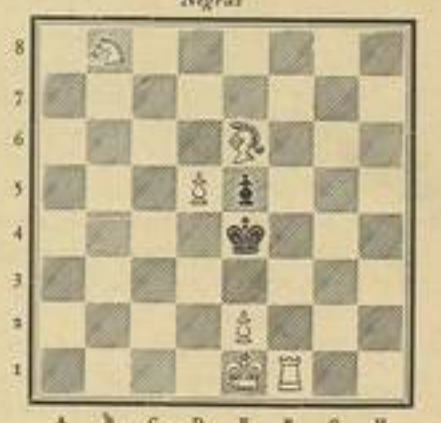
EPIGRAMA

Con malicia sin igual
Decía á un giboso un tuerto;
«No sé por qué; más lo cierto
Es que esa ropa os va mal!»
—El otro, que no era lerdo,
Repuso: «¡Válgame Dios!
Eso consiste en que vos
Mirais con el ojo izquierdo.»

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM 7.

Negras



Blancas

Juegan las blancas y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

COCHERA

ACERTIJO

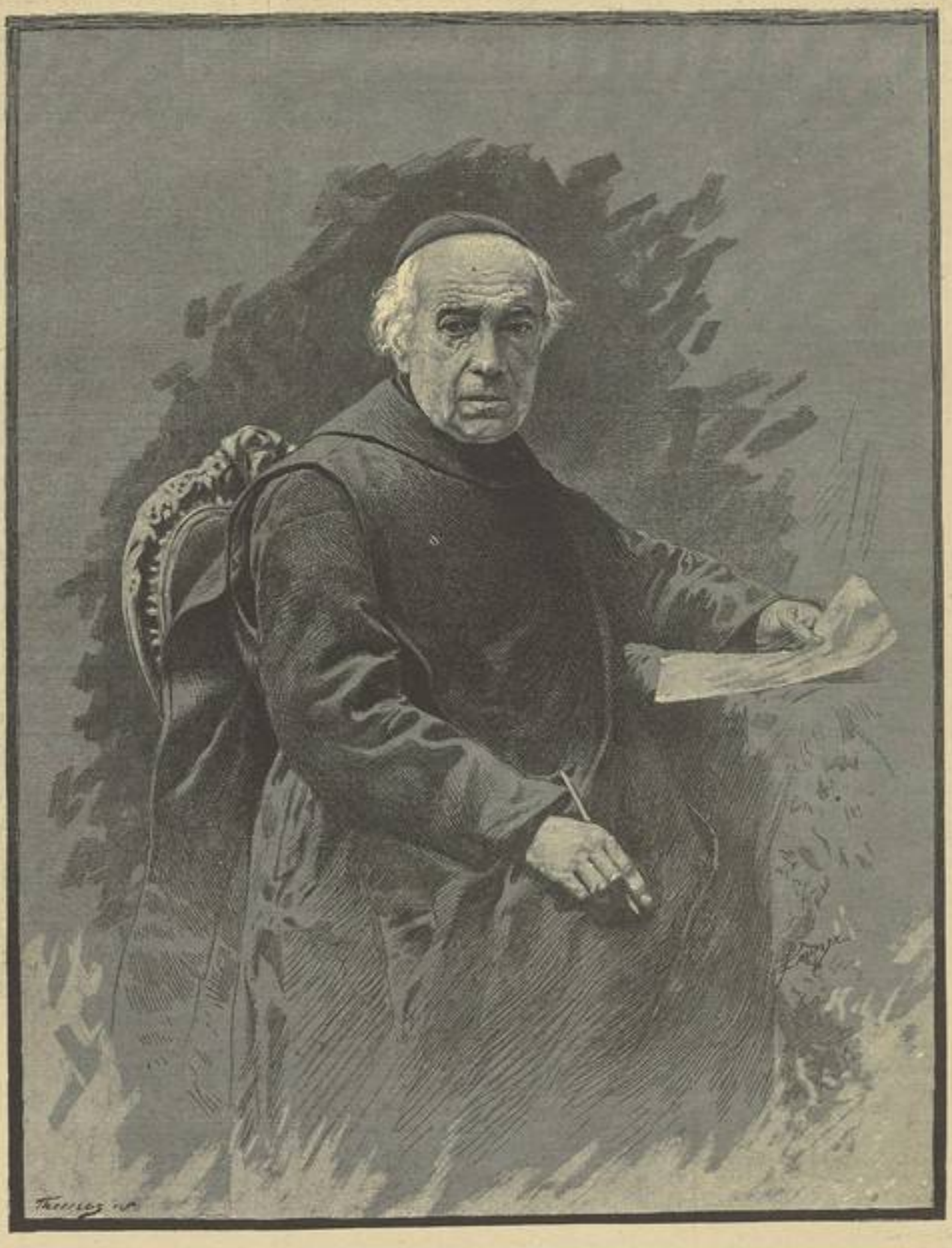
LA CAJA Ó ATAUD

ERRATA.—En las soluciones del número anterior, la de la *charada* debió decir *honrado* en vez de *cochera*.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Sta. Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) — Barcelona 3 de Febrero — Série II.—Núm. 58



EL RMO. P. JUAN M. ALFIERI, SUPERIOR GENERAL DE LA ORDEN DE SAN JUAN DE DIOS

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

El Rmo. P. Juan M. Alfieri, Superior general de la Orden de San Juan de Dios.—*El concilio III toledano, I*, por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Luperdio.—*Los dos viajeros*, IV (continuacion), por Matilde Bourdon.—*El Materialismo*, I, por Manuel Polo y Peyrolon.—*Máximas evangélicas*, por el P. Arnoldo, S. J.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

El Rmo. P. Juan M. Alfieri.—Véase más adelante los *Apuntes biográficos* del mismo.

Maniobras en un acorazado.—Las naciones tienen á gala, de algun tiempo acá, poseer muchos y grandes barcos acorazados, artículo de grandísimo coste; y á la verdad nada más imponente que una de esas gigantescas moles destinadas á arruinar ciudades y desmantelar fortalezas y hundir escuadras, por más que afortunadamente no hayan ocurrido hasta ahora muchas desdichas de este género, sirviendo tan imponentes máquinas de guerra más bien como artículos de ostentacion con los que parece quieran hacerse el coco unos á otros los modernos Estados.

Ello es que al través de los frenéticos gritos con que el mundo actual ensoberbecido y loco saluda al *progreso* y *civilizacion* modernos, lo que más le ensoberbece y entusiasma es el adelanto de la fuerza destructora, son los aparatos bélicos, los inventos infernales para hacer que el charco de la sangre humana derramada se convierta en rio, y el rio en oceano.

¡Y cuántos descubrimientos horribles se han hecho en el dia! ¡cuán fecunda ha sido la inventiva del hombre para hallar los medios de exterminar á sus hermanos! Ya es la granada mónstruo disparada por un cañon colosal y que llena de muchas libras de gelatina explosiva puede reducir á polvo la muralla más espesa; ya el proyectil cargado de gases asfixiantes y mortíferos; ya la ametralladora de doscientos tiros por minuto; ya, en fin, mil y mil inventos á cual más terrible, á cual más destructor, á cual más criminal para decirlo de una vez... ¡Bonito progreso y bonita civilizacion!

En campaña (cuadro de Alfonso Muzii).—Aunque suene á belicoso el título de esta composicion, no hay miedo que llegue la sangre al rio. Nos lo abonan con su pacífico talante y su tren especial nuestros dos labradores y su paciente y *simpático* jumentillo.

Urna conteniendo las reliquias de san Antonino, mártir, en Placencia.—Perteneció Antonino á la gloriosa legion tebana en tiempo del emperador Maximiano, y de él celebra conmemoracion particular la iglesia de Placencia (Italia), que le cuenta por su patron y posee sus sagrados restos en preciosa urna regalada en 1879 por el Rmo. D. Juan B. Scalabrini, obispo de la diócesis.

Christian IX, rey de Dinamarca.—En Noviembre último cumplieron 25 años que este Monarca subió al trono danés, y por cierto en circunstancias bastante críticas, pues tenia un competidor en el príncipe Federico de Augustemburgo, quien reclamaba para sí los ducados del Elba, y á favor suyo estaba una parte de la poblacion del Holstein.

Sabido es lo que aconteció luego: la Dieta germánica fué llamada á intervenir, sin sospechar que firmaba su propia sentencia de muerte; declaróse la guerra; el tercer competidor, que era Prusia y Austria unidas, se apoderó de la disputada herencia, y por último ésta quedó enteramente en poder de Prusia tras una terrible guerra que hizo del Austria el satélite de Prusia convertida en Alemania, y operó un profundo cambio en todo el equilibrio de Europa.

La vida comun entre el Rey y su pueblo no ha sido muy tranquila. Más de la mitad de este tercio de siglo de reinado se ha empleado en contiendas por persistir el Rey en escoger para ministros á hombres á quienes los elegidos de la nacion, es decir, los individuos del *Folksthing*, negaban obstinadamente su confianza; de manera que, por no querer ceder unos ni otros, se ha vivido en estado de conflicto permanente.

Esto no ha impedido al anciano monarca ni á sus súbditos celebrar con toda cordialidad este aniversario, en el cual tomaron parte, en defecto del Emperador de Rusia, su yerno el príncipe de Gales y muchos otros grandes personajes, pues la familia Real de Dinamarca es una de las mejor emparentadas de Europa. Concurrieron tambien al aniversario los representantes de Prusia y de Austria, las dos copartícipes de 1864. Toda esta historia, que puede decirse data de ayer, está ya casi borrada del todo de la memoria de los hombres: ¡tan poca cosa parece despues de los extraordinarios acontecimientos con posterioridad ocurridos! Los últimos capítulos del libro han hecho olvidar el prefacio.

Nació el actual rey de Dinamarca el 8 de Abril de 1818.

EL RMO. P. JUAN M. ALFIERI

Superior general de la Orden de San Juan de Dios

La ciudad de Milan puede con justicia vanagloriarse de haber sido (26 de Marzo de 1807) cuna de este venerable religioso, cuyas singulares virtudes hiciéronle acreedor, á los ojos de Dios, de señaladas mercedes, como tambien de justísimas alabanzas por parte de los hombres.

A la vez que distinguido en piedad y en letras, vióse ya desde muy joven animado de un gran espíritu de caridad, á impulsos del cual renunció á los bienes terrenos, dió un adios á su familia y entró en el hospital de *Porta Nuova*, vistiendo allí el hábito de los Hermanos de San Juan de Dios, obligándose con votos solemnes (18 de Agosto de 1811) al sacrificio de todo su sér. Elevado al sacerdocio, vióselo, modelo de humildad y de abnegacion, rivalizar con los más humildes de sus Hermanos en los quehaceres más penosos, más bajos y repugnantes que demanda la asistencia á los pobres enfermos, para los cuales fué siempre un ángel consolador.

Una de las ocasiones en que más brilló su ardiente caridad fué hallándose de Prior en el hospital de Verona. Era en 1859, cuando la guerra causaba tantas víctimas, y el P. Alfieri se dedicó todo para todos con tal celo, máxime en la asistencia á los heridos, que el mismo emperador Francisco José quiso darle público testimonio de su gratitud nombrándole caballero de la Orden imperial austriaca de su mismo nombre.

En 1861 tuvo que regresar á Roma, donde dió siempre muestras de su inagotable celo y actividad. En Marzo del mismo año fué nombrado Procurador de la Orden, y á los quince meses su General, confirmándole en este cargo por tiempo indefinido Pio IX en 1872.

Entonces se hizo admirar más y más el espíritu de que se hallaba animado; espíritu del mismo fundador san Juan de Dios, por el cual, no contento con el bien, buscaba siempre lo mejor, aspirando á la mayor perfeccion en el gobierno de la gran familia que Dios le habia confiado.

Despues del Austria, donde llevó á cabo varias fundaciones que constituyeron la Provincia de Stiria, España atrajo especialmente las miradas del Rmo. Padre Alfieri, cuyo espíritu gemia viendo en ella la decadencia ó mejor la extincion de su Instituto, nacido precisamente en Granada. Escuchó Dios sus lamentos, y una aurora nueva y sonriente, precursora de más espléndidos dias, despuntó en la Península Ibérica para la benemérita Orden de san Juan de Dios. Abrióse primero una casa en Barcelona (1867), y á ella siguieron nuevas fundaciones en diversos puntos, hasta que en 1884 contaba ya la Orden con nueve establecimientos servidos por 160 religiosos, constituyendo la nueva Provincia de España, floreciente y próspera por la más exacta observancia de la vida comun, alivio de la humanidad doliente, gloria de Dios y honra de la Orden.

El Oriente atrajo tambien las miradas del Rmo. P. Alfieri, y en 1880, gracias á sus trabajos, vióse á los hijos de San Juan de Dios ejerciendo su benéfica y caritativa mision en Tantur, cerca de Jerusalen, siendo despues dicha casa trasladada, como lugar más á propósito, á Nazaret.

Más tarde vemos al Rmo. P. Alfieri revestido del cargo importantísimo, que desempeñó con inimitable celo hasta el fin de su vida, de Presidente de las obras de San Vicente de Paul.

Referir las lágrimas que enjugó, los infortunios que alivió, á cuántos descarriados puso en el camino del bien y de la virtud, con qué ternura de amoroso padre abria los brazos á los huérfanos, con qué entrañas de caridad remediaba cuantas desgracias podia, nos daria materia para un grueso volúmen. Su sola mirada, su palabra, su trato humilde, paciente y amoroso, infundia á todos confianza y valor.

El Instituto de los ciegos de Roma y el de las Misiones extranjeras de Milan difícilmente podrán olvidar lo mucho que al Rmo. P. Alfieri deben, lo propio que las letras y las bellas artes, que amaba y promovia en cuanto le era posible. Una de tantas pruebas como pudieran aducirse nos la ofrece el ilustre comendador J. B. de Rossi, el cual condoliéndose de la muerte del venerable Religioso se expresaba así: «Os ruego aceptéis el testimonio de imperecedera gratitud que conservo en el corazon á la queridísima memoria y al alma santa de nuestro inolvidable P. Alfieri, el cual tuvo siempre tan especial bondad para conmigo y mi hermano, desplegó tanta actividad para robustecer la existencia de la cromo-litografía Mozzoni, proveyendo de todo lo necesario para la edicion de la *Roma subterránea*, que le considero como uno de los mejores y más queridos amigos que me ha dado la Providencia en el curso de mi vida y en mis empresas literarias.»

Cumplidos ya los 80 años de su edad, la muerte le halló (Agosto de 1888) contento, tranquilo, sereno, purificado por larga y penosa enfermedad, que fué escuela de edificacion para sus Hermanos en religion y para cuantos le asistieron y visitaron; hasta que, fortalecido con los auxilios religiosos y con la bendicion apostólica de Leon XIII, entregó su espíritu á Dios.

Sus funerales, celebrados el dia 9 de dicho mes en la iglesia de san Juan Calibita, dieron lugar á una pública y unánime demostracion de afecto y de dolor al benemérito religioso, al padre de los pobres, verdadero tipo y modelo de la caridad cristiana.

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

I

Conmemórase en la primavera de este año el décimotercero centenario de aquel célebre Concilio de Toledo en el cual abjuró los errores arrianos el gran Recaredo, convirtiéndose con los nobles y magnates de su reino á la fe católica, sometiéndose á la obediencia de Roma, é implantando en nuestra España la unidad religiosa, que no han podido quebrantar las evoluciones de los siglos ni los desvaríos de los hombres.

Aprovechando la celebracion de este fausto aniversario, justo es que recordemos lo que fueron aquellas augustas asambleas, cómo se congregaban, qué papel desempeñaron en nuestra historia, y por último todo lo que se relaciona con el tercer Concilio de Toledo, asunto preferente de nuestro trabajo.

Fueron los Concilios Toledanos tan grandes, tan célebres y tan provechosos para los intereses de la Iglesia y del Estado, que los Papas Urbano II é Inocencio I hicieron honorífica mencion de los cánones por ellos promulgados, y combatieron de tal manera la herejía que intentaba turbar en aquellas épocas la paz de estos reinos, que sus anatemas contra los errores de Arrio, de Prisciliano, de Macedonio, de Nestorio, de Eutiques y de Apolinar fueron aceptados con aplauso por todo el orbe católico. Cuando por lo revuelto de los tiempos no podian convocarse, á su falta de celebracion atribuian los Padres Conciliares los males que combatian con sus acuerdos. Y á este propósito no podemos menos de citar las palabras que á manera de proemio preceden á las decisiones del XI Concilio de Toledo. Lloraban los Prelados la infeliz constitucion del tiempo, «en que quitada la luz de los Concilios, no sólo se habian aumentado los vicios, sino que prevalecia la ignorancia, madre del error... Faltaba la disciplina eclesiástica, hija de los Concilios: y no pudiendo estos congregarse por la confusion babilónica que reinaba, no sólo faltaba la correccion, sino que cada dia se iban empeorando las costumbres.»

Y si los Papas, los Prelados y la Iglesia misma concedieron grande importancia y trascendencia suma á estas asambleas conciliares, no se la reconocieron en menor grado los Monarcas de las dinastías godas, animados, como los primeros Emperadores del Sacro Romano Imperio, del entusiasmo del neófito y de la fe del catecúmeno. Los reyes godos convocaban los Concilios, abrian sus sesiones, inauguraban sus tareas, les prestaban su autoridad y su prestigio, y la fuerza de la potestad civil, para que sus cánones se cumpliesen como leyes; huyendo de invadir la esfera eclesiástica y de inmiscuirse en el ministerio sacerdotal, pero atentos á que *Quod non prævalet Sacerdos per doctrinæ sermonem, Potestas hoc imperet per disciplinæ terrorem*, como dice san Isidoro. Por eso los Padres del Concilio XIII de Toledo recurrieron á la Real confirmacion para que fuesen castigados los transgresores de sus cánones: *Qui contra supradictorum capitulorum decreta venire præsumpserit, et Ecclesiasticæ excommunionis sententia feriatur, et ad Legem gloriosi Principis quæ in confirmatione ejusdem Concilii facta est, teneatur obnoxius.*

Así el rey Egica, elevando á leyes las disposiciones del Concilio XVII toledano, decia: *Quarum omnium Constitutionum decreta quicumque temeranda crediderint, observare noluerint, venerari neglexerint, cujuslibet sint generis personæ, vel ordinis, secundum præcedentium Conciliorum Leges, quæ in confirmatione eorum sunt promulgatæ,*

sive excommunicatione, sive etiam damno maneant usquequaque damnati.

De esta manera procedian los Reyes como Reyes, en frase de san Agustin, y como confederados del Rey del cielo, segun Sixto III que decia á este propósito: *De qua re nos convenit gloriari, qui cælestem Regem videmus fœderatos Reges habere terrarum.*

Tambien han querido ver muchos en los Concilios de Toledo el orígen de las Cortes españolas; y aun cuando esta cuestion ha sido muy controvertida, el hecho que resulta de las Actas conciliares es una legislacion sábia y vigorosa sobre la sucesion de la Corona, sobre los bienes de la Iglesia, sobre la libertad de los siervos, y sobre otras materias más civiles y políticas que eclesiásticas.

Espectáculo grandioso ofreceria el templo de Santa Leocadia de Toledo en los dias conciliares, con aquella multitud de venerables Obispos cargados de años y de merecimientos, representantes de una raza virgen por sus ilusiones, guerrera por sus costumbres, conquistadora por sus triunfos, libre por su independencia, y grande como las selvas y las montañas en las que se amamantó; ver aquellos Obispos, decíamos, con sus mitras orientales y sus pastorales báculos, congregados y presididos por Reyes que llevaban abiertas las cicatrices de las heridas que recibieron en sus combates, y verdes los laureles con que los coronaron en el campo de batalla; constituyendo una augusta asamblea que legislaba así para bien de la Iglesia como para la salud del Estado.

Majestad, grandeza, virtud, ciencia, union, brillantez, prestigio, todo lo reunia un Concilio de Toledo.

Los magnates en cuyas generaciones empezaron las castas feudales, asistian sin voz ni voto á las sesiones del Concilio y suscribian sus actas; los soldados y caudillos de aquella raza poderosa custodiaban con sus armas á los Prelados; los monjes, los abades y los priores escuchaban con religioso silencio las deliberaciones litúrgicas, teológicas y eclesiásticas; y el pueblo devoto y piadoso pedia al cielo que el Paracleto descendiese como en el Cenáculo apostólico, é iluminase con sus lenguas de fuego las inteligencias de los Padres conciliares. Tal era el aspecto que ofrecian estas grandes y luminosas reuniones, de las que se muestra orgullosa nuestra historia patria.

La fe preconizada por los trescientos diez y ocho Padres del Concilio de Nicea; la consustancialidad del Padre con el Hijo y con el Espíritu Santo, y la procedencia de la tercera Persona de la Trinidad, que viene de la primera y la segunda, todo esto fué expuesto con admirable claridad y lucidez por los Prelados de Toledo; como tambien á ellos se debe la costumbre de entonar el Símbolo en la Misa, y la forma y órden de celebracion de los Concilios generales y ecuménicos en la Iglesia.

Por eso en 1565 decia de nuestros Concilios nacionales el ilustre Obispo de Córdoba, D. Cristóbal de Rojas: *Certe Concilia Toletana, quæ ante nos celebrata noscuntur, tanta acceptatione digna sunt habita, ut veluti sacra oracula universa pene Ecclesia susceperit; tantamque auctoritatem et fidem assecuta sunt, ut Summi Pontifices, et Concilia Generalia in fide confirmanda, et in moribus corrigendis, et magna veneratione citare non dedignentur.*

(Se continuará)

José Ruiz de Arcimada.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

La Asociacion de la Santa Faz y el Círculo de la Union mercantil.—Ventas con regalos.—El hermoseo de Madrid.

La cuestion de la santificacion de los dias festivos ha vuelto á reverdecer en Madrid como todos los años, suscitada por la piedad de damas cuyos cristianos esfuerzos nunca serán bastante loados.

Ahora ha tomado cartas en este asunto interesante la *Asociacion de la Santa Faz*, que ha dirigido al *Círculo de la Union mercantil* una exposicion cubierta con más de seis mil firmas, en la que piden á ese centro, que manda considerables fuerzas sociales en el comercio madrileño, que se interese por la santificacion de los dias festivos, haciendo que aquél cierre sus tiendas y cese en su trabajo para que la capital de España deje de ser una excepcion lastimosa, hasta entre las naciones protestantes, que santifican las fiestas con más escrupulosidad que los católicos.

La exposicion de la *Asociacion de la Santa Faz* es obra notable, en que se trata este punto bajo todos sus aspectos, aunque con decir que se trata bajo el aspecto cristiano, está dicho todo. Y el *Círculo de la Union mercantil*, respondiendo cortés y afablemente á la noble mocion, ha prometido interesarse con los síndicos de los gremios para ver si se puede recabar de ellos lo que el sentimiento católico solicita con tan firme consecuencia.

Loable es la buena disposicion del Círculo, cuya Junta de gobierno asegura que desea con vivas ansias deferir á las aspiraciones del pueblo católico de Madrid: pero no bastan para este objeto solo buenas disposiciones: es menester que á las palabras acompañe la accion y una accion resuelta y enérgica, la que corresponde á las resoluciones viriles, sin lo cual difícil será que se corrija abuso tan inveterado.

La Junta de gobierno del Círculo tropezará con grandísimas dificultades, nacidas de las creencias individuales, del ansia de lucro y de otras cosas, para realizar el objetivo de la *Asociacion de la Santa Faz*, que es á la vez el de la inmensa mayoría del pueblo de Madrid; pero proporcionado á la magnitud de la empresa será el galardon, y es indudable que el *Círculo de la Union mercantil* hallaria gloria inmarcesible con sólo obtener la reforma de una costumbre impía, jubilada por perniciosa en todas las naciones cultas, donde se mira con horror la profanacion del dia festivo.

Mucho nos alegraríamos todos los católicos de celebrar tan fausto suceso, que en toda España sería señalado con piedra blanca, porque el ejemplo de Madrid sería en todas partes imitado; pero me temo que no haya todavía llegado á su sazon fruto de sabor tan delicioso.

Ahora veremos si el *Círculo de la Union mercantil*, que no sabe predicar mal, segun se deduce de la contestacion dada á las señoras postulantes de *la Santa Faz*, sabe de la misma manera dar trigo.

Las ventas con regalos.

Obsérvase que el comercio madrileño, para conservar su parroquia y dar salida á sus géneros, ha adoptado la costumbre de hacer un regalito á los compradores, atemperado (el regalo) á la cuantía de la demanda.

Hasta por un gasto que no exceda de 5 céntimos se hace un regalito al comprador, consistente en un cromo que representa figuras flamencas y tipos populares, desde el soldado de largos bigotes y tremebundo charrasco, hasta el torero de invierno, que asienta su soberanía sobre la plaza construida en el puente de Vallecas.

De suerte que esto de los regalos ha llegado á ser una inundacion, y como si viviéramos en Jauja ó en sus arrabales, hoy toma uno el chocolate con regalo, come y cena con regalo, y gasta calcetines, camisa, pantalones y demás prendas de vestir con su regalo correspondiente.

Y así como el que mataba ratas á navajazos sentado en una silla, cortando el pescuezo á todas las que le llevaban, el público tonto se relame de gusto con tantas dádivas como le llueven de todas partes, diciendo muy de prisita: «Vengan regalos.»

Hay sin embargo que mirar con desconfianza tanta liberalidad liberalísima.

Porque lo que dice el sentido comun: ¿De qué cuero saldrán tantas correas?

Que correas son, y si no salen del cuero del que hace el gasto, deben salir del de el mismísimo demonio, que es el inventor mayor de todas las trampas para cazar codornices.

El regalo sale, pues, del bolsillo del consumidor, como sale el gasto, y lo que dice tambien á propósito de esto ese chisme llamado el sentido comun:

—¿No seria mejor que el regalo invertir su valor en dar mejores géneros, bien pesados, bien medidos, á precio justo, de forma tal que no se riyera de la buena fé comercial ningun judío?

Por lo que á mí respecta, así iré á comprar á una tienda donde se vendan los géneros con regalo como á un sitio donde hubiera noventa y nueve probabilidades contra una de coger un tabardillo pintado.

¡Para regalos están los tiempos, como la Magdalena para tafetanes!

Nuestro Ayuntamiento se está ocupando séria y gravemente en incubar el empréstito número ciento, de valor en bruto de 100 millones de pesetas con un interés de 6 por 100 anual y amortizable en 50 años.

La garantía de este empréstito será el presupuesto anual del Ayuntamiento, con lo cual basta y sobra para que se comprenda que no debe haber nacido todavía el prestamista que tenga agallas para desprenderse de 400 millones de reales sobre tan flaca hipoteca, pues á decir verdad no vale un perro chico.

Pero, en fin, la intencion del cabildo que preside el Sr. Abascal no puede ser más buena, puesto que promete pagar á la beneficencia municipal, á la que debe 12 millones y pico de pesetas, é invertir el resto en *hermosear* á Madrid.

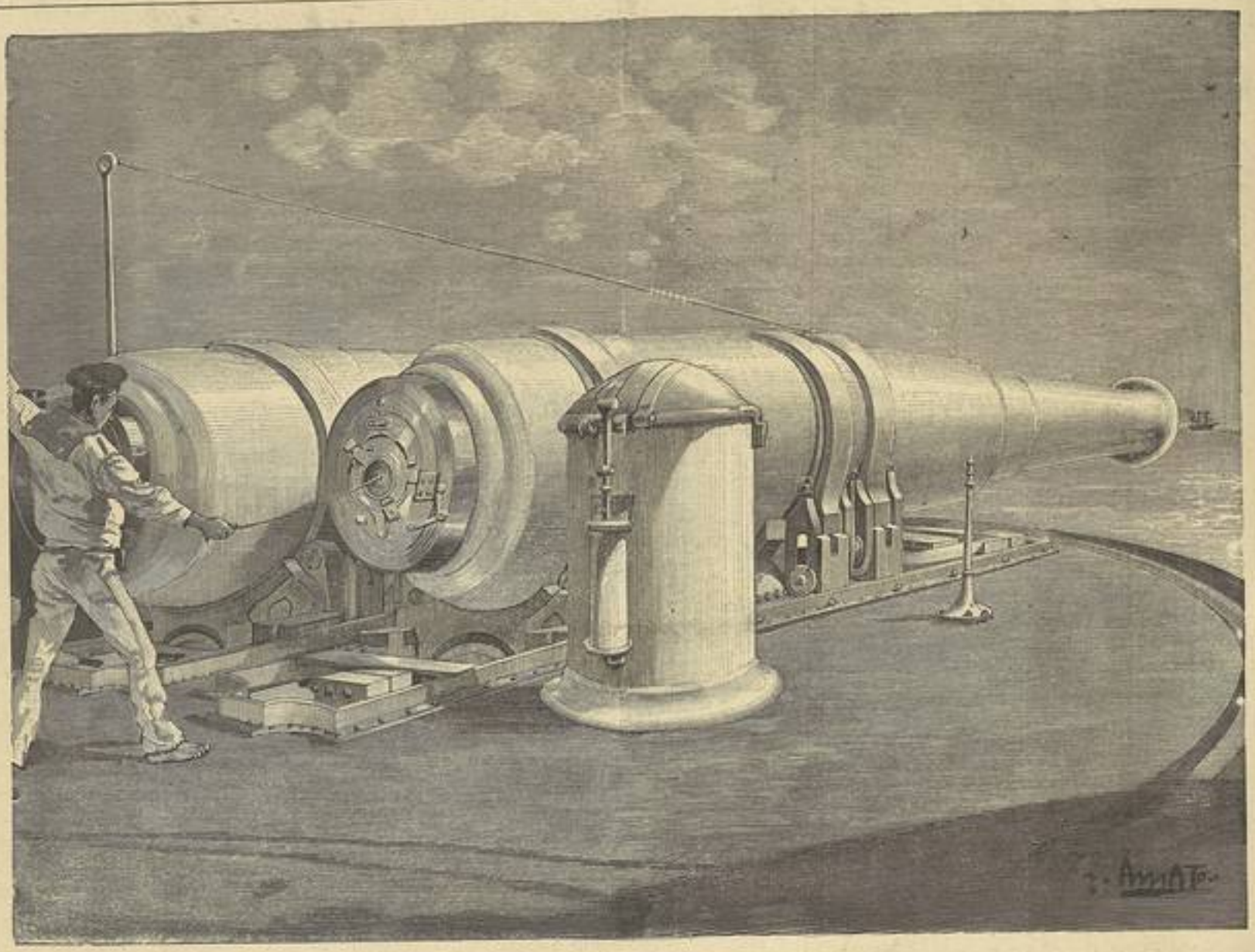
Estas hermosuras de Madrid sabe Dios solo lo que ya han costado, y de ello da testimonio una frase conocida que se aplicó á cierto alcalde, de quien dijo un chusco: «que tiene un estómago que digiere hasta las piedras.»

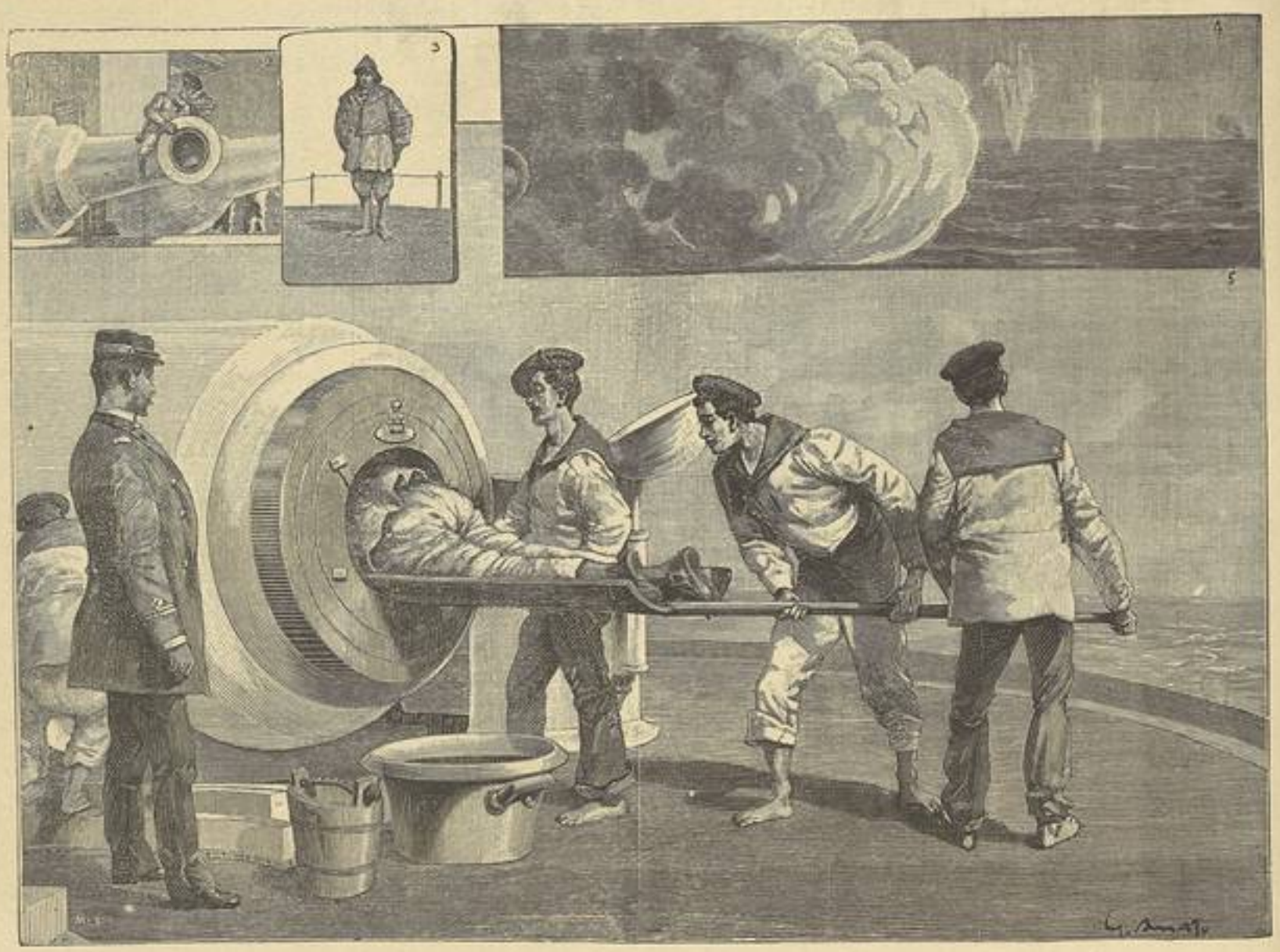
Con lo cual casi le comparó con el avestruz que se digiere puntas de acero.

Y á pesar de lo que se ha gastado en *hermosear* á Madrid, todavía dista mucho la capital de España y de sus Indias de ser un modelo de hermosura.

No se hable de sus barrios extremos, que subsisten en el mismo estado que tenian cuando, segun enseña la tradicion de la gente inculta y maleante, se pescó una ballena en el Manzanares.

Ni se hable de las afueras de Madrid, hoy arrabales ó suburbios de la capital, donde no se ven más que casamatas puercas, ventorros puercos y tiendas de comestibles en que sólo se ven-





MANIOBRAS EN UN ACORAZADO.—1, DISPARO DE UN CAÑON DE 100.—2, INSPECCION DE LA PIEZA.—3, MARINO DISPUESTO PARA INTRODUCIRSE EN EL CAÑON.—4, EFECTOS DEL DISPARO.—5, PULIMENTO INTERIOR DE LA PIEZA DESPUES DEL DISPARO.

EN CAMPAÑA (CUADRO DE ALFONSO MUZII)

den porquerías y venenos que no puede digerir ni aun el estómago del progresista de mejor raza.

Para nuestros ediles, Madrid le constituyen sólo una docena de calles céntricas, dos ó tres barrios elegantes, y... pare usted de contar. El resto de la poblacion sigue en el mismo ser y estado en que le dejó Pepe Botella, rey intruso que tambien *hermoseó* á Madrid, haciendo que el precio de su hermosura se lo llevarán los franceses.

LUPERCIO

Madrid, 29 de Enero.

LOS DOS VIAJEROS

IV

(Continuacion)

Fiel á las costumbres que mi madre me habia enseñado, todas las mañanas me ponia bajo la proteccion divina; ofrecia mis acciones y mis penas al soberano Remunerador, y bajo sus ojos afrontaba con mayor resolucion los trabajos y las contradicciones del dia. Por una gracia que yo no merecia, habia venido á serme habitual el pensamiento de Dios; pensaba con alegría que era testigo de mis fatigas y pesares, y que contaba los esfuerzos que yo hacia para cumplir con el deber que Él mismo me habia trazado. A veces, en las interminables horas de un trabajo monótono, representábame al Hijo de Dios, Jesús hecho hombre, trabajando en el humilde taller de Nazaret. Esta imágen refrigeraba mi corazon, y me unia á los trabajos y fatigas del divino Amigo que tenemos en el cielo. Las prácticas de religion consolaban mi alma; nadie es desterrado del banquete de los consuelos celestiales. Las dichas terrenas sólo son para algunos; las felicidades del cielo á nadie excluyen.

»En aquellos años de trabajo y de aflicciones no me faltaban momentos de dulce alegría, de la cual era deudor, bien á un rato de oracion más íntima, más recogida que de costumbre; bien á una Comunion, en que sentia de más cerca á Aquel que para nuestro consuelo habita con nosotros hasta el fin de los siglos; bien á un pasaje del Evangelio que se representaba con mayor viveza á mi espíritu, como si una voz interior me lo hubiese hecho oir para animarme. Un dia entre otros, recuerdo que estaba con suma inquietud porque nuestras necesidades aumentaban y mis recursos no bastarian para cubrirlas; y antes de ir al trabajo entré en una capilla en donde decian misa. Distraido aun ante el altar, repasaba los números de mi pobre presupuesto, y sentia apoderarse de mi corazon una profunda tristeza, cuando mis ojos se fijaron en dos ramos de lirios colocados en el altar, y entonces se representaron á mi espíritu las siguientes palabras del divino Maestro: «Mirad los lirios del campo como crecen y florecen: no labran, ni tampoco hilan; sin »embargo, yo os digo que ni el rey Salomon en »medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de ellos. Pues si á una yerba del »campo que hoy es y florece, y mañana se echa »al fuego, Dios así la viste, ¿cuánto más á vos»otros, hombres de poca fé?»

»¡Poderosa dulzura de las palabras del Evangelio! En un momento reanimaron mi abatido espíritu; puse mis inquietudes en manos de Dios, y marché consolado á mi trabajo, á mi deber, persuadido de que si cumplia con lo que el Señor esperaba de mí, á su vez no me faltaria el Señor. Plúgole, no obstante, someterme á nuevas pruebas. El sabe el por qué de lo que los hombres llaman una gran desgracia, un cruel infortunio... ¡Bendito sea su santo nombre!

»El peligroso trabajo á que vivia sujeto hacia algunos años, habia debilitado considerablemente mi vista, que iba oscureciéndose cada dia más. Sentia los inconvenientes de esta enfermedad; entristecíame á veces al ver que se interponia como un velo entre la naturaleza y mis ojos, y al encontrar sérias dificultades en el cumplimiento de mis deberes. Poco á poco mi situacion se agravó; los médicos me dieron pocas esperanzas, y comprendí que iba á pedírseme un nuevo sacrificio. ¡Ah, mi querido Héctor, cuán flaca es nuestra naturaleza contra las privaciones y el dolor! ¡cuántos momentos tuve de murmuracion, de devoradoras inquietudes, de sombrío dolor! La ceguedad y la indigencia se representaban continuamente á mi espíritu, y parecia que toda mi alma clamase á Dios: ¡No, no quiero! apartad de mí este cáliz, pues no sabria beberlo!

»En tales disposiciones fuí á encontrar á un santo sacerdote en quien tenia toda mi confianza. Escuchó mis quejas con la indulgencia de un padre, y despues me dijo con calma:

»—Hijo mio, ¿no eres ya cristiano? ¿Dios ha dejado de ser Dios? ¿No eres ya discípulo de la cruz? ¿Vas á flaquear en el momento del combate?...

»Yo dejé caer la cabeza.

»—¿Rehusas aceptar la cruz que el Salvador te ha preparado, y que, siguiendo sus santas y verídicas palabras, debemos llevar en pos de Él? ¿Querrás decir á tu Dios, como el ángel rebelde: No obedeceré?

»Yo no respondí.

»—Hijo mio, añadió, oremos los dos.

»Y comenzó á decir en voz alta el *Padre nuestro*. A estas palabras: «Hágase tu voluntad,» me miró y dijo:

»—¿Puedo decir estas palabras? ¿no te conformarás con ellas, hijo mio?

»Las palabras del sacerdote y aquella oracion habian levantado mi espíritu, y sentí renacer en mí el valor del cristiano.

»—¡Hágase tu voluntad! exclamé con resolucion. No quiero sino lo que Dios quiera.

»—Puesto que así hablas,—dijo el sacerdote,—en nombre de Dios te prometo la paz: paz encontrarás en las penas más amargas; la paz no te abandonará, y Aquel que te está probando se encargará por sí mismo de hacer tu felicidad.

»Incliné la cabeza bajo esta promesa, y salí con el corazon tranquilo y enteramente dispuesto para lo que una hora antes temia mil veces más que la muerte. Efectivamente, lo que despues vino, ni aun pudo sorprenderme: quedé enteramente ciego, y por tanto incapacitado para trabajar. Entonces conocí la bondad de Dios en toda su extension, pues la ví reflejarse en sus criaturas. La divina Providencia me deparó de improviso, á mí tan aislado hasta entonces, amigos llenos de zelo, bienhechores tiernos y buenos como padres y hermanos, que no solo á mí, sino tambien á mi madre, nos rodearon de mil desvelos y cuidados... He vivido de la caridad de mis hermanos; he sido para algunas almas objeto de sus buenas acciones, y no me avergüenzo de confesarlo, porque estos momentos han sido los más dulces de mi vida. Veia á Dios manifestarse en las obras de sus elegidos.

»Comenzaba á encontrar algunos nuevos recursos en mi escaso talento musical que las circunstancias me permitian cultivar, cuando Dios tuvo á bien probar una vez más mi fidelidad. Dijéronme que mi madre se encontraba muy mala y que parecia tocar el término de sus largos sufrimientos. ¡Ay! hacia seis meses que no habia podido interrogar aquel rostro amado, ni habia conocido el gran dolor que le causaba mi enfermedad más que por la débil presion de su temblorosa mano que la mia iba á buscar!

»Mis amigos y protectores, algunas mujeres cristianas y generosas, rodeáronla de cuidados, y hubieran retardado su muerte si Dios no hubiese señalado la hora... Avisábanme los progresos que hacia el mal, y no podia hacer otra cosa que ofrecer al Señor este nuevo y más penoso sacrificio.

»Por la tarde de aquel mismo dia dejáronme solo con mi madre. Sentéme al lado de la cabecera, y tomé su mano: sus dedos rígidos apretaron ligeramente la mia. Así transcurrió media hora... Sólo turbaba el silencio la respiracion desigual y convulsiva de la enferma, que al fin apenas se hizo perceptible... su mano iba enfriándose más y más, y parecíame que helaba la mia... Entraron en el aposento, y uno de mis amigos quiso llevárseme al instante... ¡Mi pobre madre ya no existia!...

»¡Oh! mi querido Héctor, no sabe V., no puede V. figurarse qué vacío deja en nosotros y á nuestro alrededor la muerte de nuestros padres, de aquellos por quienes y para quienes vivimos! Creia haber sufrido, pero no fué sino hasta el dia en que quedé solo en la tierra cuando comprendí cuán trabajosa es la vida y cuán meritorio puede ser para ciertas almas vivir sin desear la muerte... Continuemos: allí ví como en todo la voluntad de Dios; una vez más fué esta mi egida, y poco á poco encontré, en un comercio más frecuente con el cielo, la paciencia y la resignacion que tan necesaria me era para seguir el penoso camino de la vida...

»Pocas palabras tengo que añadir. Mis amigos me alcanzaron una plaza de organista en el Norte de Francia; pasé dos años en un pueblo del Hainaut francés; la pobreza de aquella parroquia me obligó á dejar aquel empleo; pero mis buenos favorecedores me han proporcionado otro en Friburgo, en Suiza. Ahora voy á mi nuevo destino, dichoso por haber encontrado en mi camino á un verdadero amigo, á un hermano, tan lleno de bondad con este pobre ciego.

»Conoce V. mi historia: la voluntad de Dios, que nos lleva á nuestro fin por medios contrarios á nuestra naturaleza; su divina Providencia, que aun en medio de rigores aparentes vela por nosotros con tanta suavidad; estos son los pensamientos que me han sostenido y me sostienen todavía; y por ingrata que haya sido mi suerte, no cambiaria mi destino por la vida más brillante y afortunada, si en medio de toda su dicha no la animase el espíritu del cristianismo!»

Un largo silencio siguió á la relacion del ciego. Héctor parecia vivamente impresionado, y bajo el peso de una emocion en que se mezclaba la sorpresa y casi la duda, tomó al fin la mano de Roberto, y dijo:

—¿Es posible que en medio de infortunios tan abrumadores haya V. guardado calma y resignacion, y que esta paz tan envidiable de que goza, sea sólo fruto de su fe religiosa?

—Yo le doy testimonio de que es esto verdad: sin la fe estaba yo perdido, pues era demasiado infeliz, y tenia un alma demasiado ardiente, demasiado ávida de felicidad, para luchar solo contra ese naufragio de toda esperanza humana. Dios ha sido mi sostén, y por El vivo, por El gozo de paz! ¡Ah! mi buen amigo, no podemos imaginar lo que es para nosotros Jesucristo!

Héctor habia escuchado á Roberto con atencion reconcentrada. A medida que hablaba, notábase en su fisonomía un movimiento muy marcado, como si quisiese decir: Veo... comprendo... creo... Y al fin, apretando otra vez entre las suyas la mano de Roberto, exclamó:

—Si Jesucristo es todo esto para nosotros, no basta toda nuestra vida y nuestro corazon entero para amarle como merece!

Apenas hubo concluido estas palabras, cuando ambos amigos se estrecharon entre sus brazos,

inundados de lágrimas deliciosas. Asomaban los primeros destellos de la aurora, y lucian tambien los primeros resplandores del dia en aquella alma sentada por tanto tiempo en las sombras de la muerte.

(Se continuará)

EL MATERIALISMO

I

Bajo dos puntos de vista puede considerarse el materialismo: teórica y prácticamente. Como doctrina ó sistema filosófico especulativo, data de los filósofos griegos naturalistas Thales de Mileto, Anaximeno, Anaximandro, Heráclito, Demócrito, Leucipo, etcétera, y de los filósofos sensualistas Epicuro, Metrodoro, Diógenes, Timócrates, etc.; pero como escuela práctica de costumbres el materialismo es casi tan antiguo como el hombre. Sabido es que por haberse materializado, encenagándose en la mayor abominacion y sensualidad, los descendientes de Adan fueron terriblemente castigados con el diluvio universal, y conocida es tambien la máxima de los materialistas prácticos de todos los tiempos, que puede condensarse en aquel aforismo: «Comamos, bebamos, y coronémonos de rosas, que mañana moriremos.»

Pero el materialismo, tanto especulativo como práctico, ha tomado en nuestros dias tal incremento y se extiende sobre las ciencias, las letras, las artes y la sociedad entera en proporciones tales, que verdaderamente ponen espanto en el pecho más animoso y cubren de nubarrones el sonrosado horizonte de los profetas más optimistas. ¿A qué se debe la invasion de estos nuevos bárbaros, cien veces más destructores que los que acabaron con el Imperio de Occidente?

Múltiples y complejas son las causas á que debe el materialismo su actual desarrollo y preponderancia; de carácter general unas, como encarnadas en la naturaleza misma del hombre, y circunstanciales otras, como hijas de la presente centuria. Podemos reducir á dos las primeras, y á seis las segundas. La concupiscencia de la carne, que despues del pecado original instintivamente nos mueve en pos de la materia sensible y grosera, es una de las causas permanentes del materialismo práctico; y la insuficiencia de nuestra razon para comprender y admirar por sí misma y sin ayuda de fantasmas imaginativos y sensibles los espíritus, es causa tambien permanente del materialismo especulativo. *Imaginationem transcendere non valentes antiqui philosophi, ponebant animam esse aliquod corpus, sola corpora res esse dicentes, et quod non est corpus, nihil esse,* escribió el Doctor Angélico; y este motivo que impulsaba á los antiguos á negar la existencia de todo lo que no sea material y corpóreo, mueve todavía las plumas de muchos científicos modernos. Viniendo ahora á las causas históricas, podemos atenernos para enumerarlas al parecer del eximio Cardenal Gonzalez, claramente expuesto en su *Historia de la filosofía* al tratar del materialismo contemporáneo. Los progresos de las doctrinas y prácticas materialistas se deben primeramente al principio de secularizacion religiosa, adoptado y practicado en la moderna edad por reyes y gobiernos. La religion estorba en todas partes: con la Providencia y el órden sobrenatural no se cuenta en caso alguno. Todo se constituye y organiza sobre la base del naturalismo más exagerado, y las sociedades, lo mismo que los individuos, se habitúan á materializarlo todo, pasándolo perfectamente sin levantar los ojos al cielo. La estrecha alianza establecida entre el materialismo y los partidos políticos avanzados, es la segunda de las causas á que se debe la preponderancia de aquél. Si bien se mira, no existe una relacion lógica y necesaria entre la doctrina materialista y la política radical; pero arrancando la segunda del filosofismo francés del siglo pasado y del anticlericalismo que inspiró los mal llamados derechos del hombre, nada de extraño tiene que los políticos radicales se consideren obligados á profesar tambien ideas filosóficas avanzadas. En tercer lugar, las exageraciones del panteismo idealista germánico y el abuso de esas famosas construcciones filosóficas *a priori* que debemos á Fichte, Schelling y Hegel, como era consiguiente provocaron la natural reaccion, preparando el terreno para que fuesen admirablemente recibidos el positivismo, darwinismo y monismo, que hoy imperan. La facilidad relativa de goces sensuales, que debe el mundo á la cultura moderna, la afeminacion de los caracteres y la sensualidad que á tan gran número de gentes seduce y enerva en nuestros dias, pueden considerarse tambien, en cuarto lugar, como causa del hecho cuya explicacion perseguimos. Los progresos y descubrimientos contínuos de las ciencias físico-químicas y las aplicaciones constantes que de dichas verdades científicas novísimas se hacen diariamente al aumento de los goces y comodidades de la vida, predisponen, en quinto lugar, los ánimos á favor del materialismo. Por otra parte, la esterilidad relativa del espiritualismo ecléctico y teista, con que muchos modernos pretenden contrarestar la influencia materialista, explica, en sexto y último lugar, el predominio de esta doctrina.

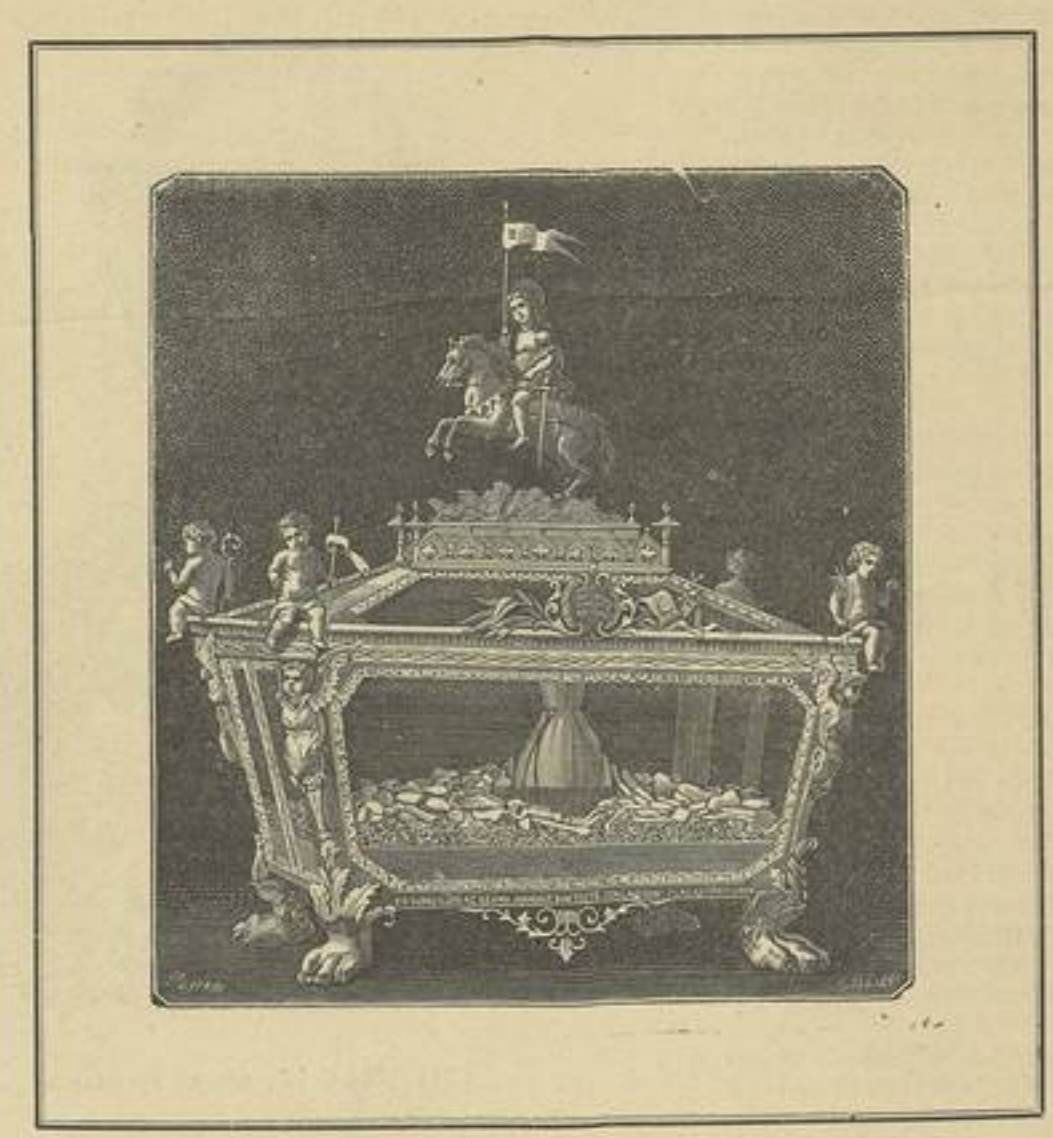
Dado el hecho, que es innegable, y prescindiendo de las causas que lo han producido y sostienen, bueno es advertir que entre los positivistas y monistas modernos, tales como Comte, Taine, Spencer, Bain, Moleschott, Vogt, Buchner, Tyndal, Haeckel y sus naturales predecesores Lametrie, Cabanis, Broussais, etc., no hay más diferencia que la del aparato científico con que los primeros revisten sus lucubraciones pseudo-metafísicas y la abundancia de datos experimentales que amontonan para esconder debajo la inanidad de su sistema filosófico.

Unos y otros, lo mismo que todos los filósofos materialistas antiguos y modernos, convienen en la negacion fundamental del sistema, á saber: no existen sustancias espirituales y simples, de donde la lógica negacion de la existencia de un Dios eterno, espiritual y personal, y del alma espiritual é inmortal.

Cabanis resume así todo su sistema filosófico: «El cerebro es el órgano particularmente destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestion. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias y salen de allí con cualidades nuevas. El estómago digiere. De la misma manera, por el intermedio de los nervios, llegan las impresiones al cerebro; esta víscera entra en accion, obra sobre las impresiones, y las devuelve enseguida convertidas en ideas. De donde podemos inferir con la misma certidumbre, que el cerebro digiere en cierto sentido las impresiones y hace orgánicamente la secrecion del pensamiento (1).»

De la misma opinion es Broussais cuando dice: «Despues de haberme enseñado la cirugía que el pus acumulado en la superficie del cerebro

(1) *Rapport du physique et du moral, I.*



URNA CONTENIENDO LAS RELIQUIAS DE SAN ANTONINO, MÁRTIR, EN PLACENCIA

destruye nuestras facultades y que la evacuacion de este pus permite que reaparezcan, ya no me es posible concebirlas más que como actos del cerebro vivo (1).»

Entre estas opiniones y las de los positivistas y monistas modernos, que con todos los indudables adelantos fisiológicos modernos no han sabido hacer otra cosa más que localizar algunas facultades psíquicas, no existe diferencia esencial. «El pensamiento, dice Littré, es inherente á la substancia cerebral, mientras ésta se nutre, como la contractilidad á los músculos y la elasticidad á los cartílagos y ligamientos amarillos (2).» «Las ideas, sensaciones y resoluciones, añade Taine, son ramas ó porciones cortadas y distintas de ese todo contínuo que llamamos *nosotros mismos* (3).» Renan afirma, por último: «Todas las facultades que el deismo vulgar atribuye á Dios no han existido nunca sin un cerebro. Jamás hubo prevision, conocimiento de objetos exteriores, ni conciencia, sin un sistema nervioso (4).» Prescindiendo, pues, de su prosopopeya científica y orgullo injustificado, el materialismo moderno no descansa sobre bases más sólidas que el antiguo.

(*Se continuará*)

MÁXIMAS EVANGÉLICAS

DURANTE tu vida experimentarás las contrariedades de los hombres, y verás por una mudanza maravillosa, que los que antes eran tus amigos, son ahora tus enemigos.

Si algunos se apartan de tí, sea del modo que quiera, manifiéstales con tu benevolencia, mansedumbre y beneficios, cuánto vale esa caridad con la que tú buscas su bien más que el deleite de tus inclinaciones, desentendiéndote de la resistencia natural, y aun cuando ellos no lo merezcan.

No hay acaso pena más amarga para el corazon humano que verse difamado con supuestas recriminaciones. Y de tal manera sienten algunos en ellas perturbarse su razon, y se ven dominados por el sentimiento, que si les fuera lícito escoger, escogerian la muerte primero que soportar el menoscabo de su fama.

Guárdate de este trastorno del alma, de este anublamiento de la inteligencia: mira antes bien el mal con corazon tranquilo, y obra como digno discípulo de Cristo.

Cuenta con la seguridad de que ni la malicia de los que falsamente te desacreditan, ni el error de los que creen lo que de tí falsamente se dice, pueden, ó hacerte otro del que eres, ó arrancarte la virtud de la magnanimidad, que se eleva sobre cuanto falso se diga y se crea.

Si miras esto con las luces de la fe, verás cuán sublime es su excelencia, qué celestial su honor, qué eterna su recompensa, y cuán proporcionada á la grandeza de tus humillaciones.

Por muy dolorosas que sean las falsas acusaciones para los sentimientos naturales, súfrelas, sopórtalas por amor de Jesucristo, padécelas en su compañía.

El te prohibe absolutamente que aborrezcas á tu ofensor, siquiera sea levemente. Y aun cuando ha impuesto el precepto de amar tambien á los enemigos, no lo ha impuesto de callar ó de renunciar á justificarse de las falsas acusaciones; pero lo aconseja si el silencio no es pecado.

El que acusado falsamente habla con rectitud de corazon y únicamente para su defensa, no peca; pero obra mejor el que calla.

Es, á no dudarlo, excelente perfeccion sufrir en silencio los falsos testimonios; dejar que los hombres crean de tí cuanto les acomode; confiar únicamente en Dios, y permanecer en tu resignacion unido con Él.

Cierto es que esto, segun el humano modo de pensar, es muy difícil, y que la razon natural por sí sola no ofrece estímulos suficientes para practicarlo; pero sobre el pensamiento y la razon han de estar la fe y el amor, que nos ofrecen y apremian con estímulos y causas poderosas para ello.

Tal vez no faltará alguno que te pregunte: «¿Y nada respondes á cuanto se dice contra tí?» Tampoco contestes á semejante pregunta, sinó imita á tu divino Maestro, y calla de la misma manera.

Si insiste diciéndote: «¿No ves que tu honor lacerado, que la edificacion del prójimo escandalizado, que el honor de la virtud ofendida, y finalmente, hasta la misma gloria de Dios, exigen que salgas á tu defensa?» no lo creas: tales motivos carecen de fundamento.

Sufre en silencio y con paciencia. Dios conoce al acusador y al acusado, al que juzga y al juzgado, al que humilla y al humillado. Y Dios les retribuirá en tiempo oportuno, y dará á cada uno segun sus obras.

No temas tampoco la afrenta: abrázala con corazon magnánimo: ni te oprimirá, ni te dañará: por el contrario, te exaltará, haciéndote semejante á Cristo: te adornará de mérito y de santidad, y te saciará de la uncion dulcísima de todo consuelo.

Sufrir, pues, la humillacion de las injurias es gloria verdadera: el hombre entonces se asemeja á Jesucristo y merece eterna diadema.

La mejor defensa del honor es la generosidad heróica del corazon. ¿No valen más acaso, para conservar y conquistarse buen nombre entre los hombres, la mansedumbre y la clemencia que la ira y la venganza? Estas indican un alma muy pequeña y manifiestan un corazon muy esclavo de las pasiones; en tanto que aquellas prueban grandeza de alma, nobleza de corazon, y arrancan, aun sin quererlo, la tácita admiracion de los mismos enemigos.

Alza tus ojos al cielo, contempla la gloria y bienaventuranza de los santos; acuérdate de que ellos son tus hermanos; esfuerza tu alma, y compra tu palma y tu corona para que puedas ser admitido en su número.

P. J. ARNOLDO, S. J.

CHRISTIAN IX, REY DE DINAMARCA

SECCION RECREATIVA

LEY DE LA INERCIA

Colóquense sobre una mesa varias monedas en línea recta, unas á continuacion de otras, tocándose.

Haciendo correr sobre la mesa otra moneda en direccion de las anteriores, todas quedan quietas, excepto la última, que se separa de las demás.

Si se hacen correr dos, se separarán dos, y así sucesivamente.

CHARADAS

1.ª

Prima y *segunda* animal,
musical es la *tercera*,
y la *cuarta* musical,
quinta quinta estuvo en Coria,
y el *todo* es una palabra
en verdad gramatical.

2.ª

Tengo un pariente *una tres*,
el niño dice *dos dos*,
la *todo* mucho la ves,
y la manejas, lector.

FUGA DE CONSONANTES

.u.e.a .u a..e.o e...a.o
. a.i .e.i. .i.i.i.
.o .a. .o.a .ue a.a..ue .á.
.ue .a .ie. .e u. .e.e..a.o

LA SOLUCION EN LAS CHARADAS DEL NÚMERO 27

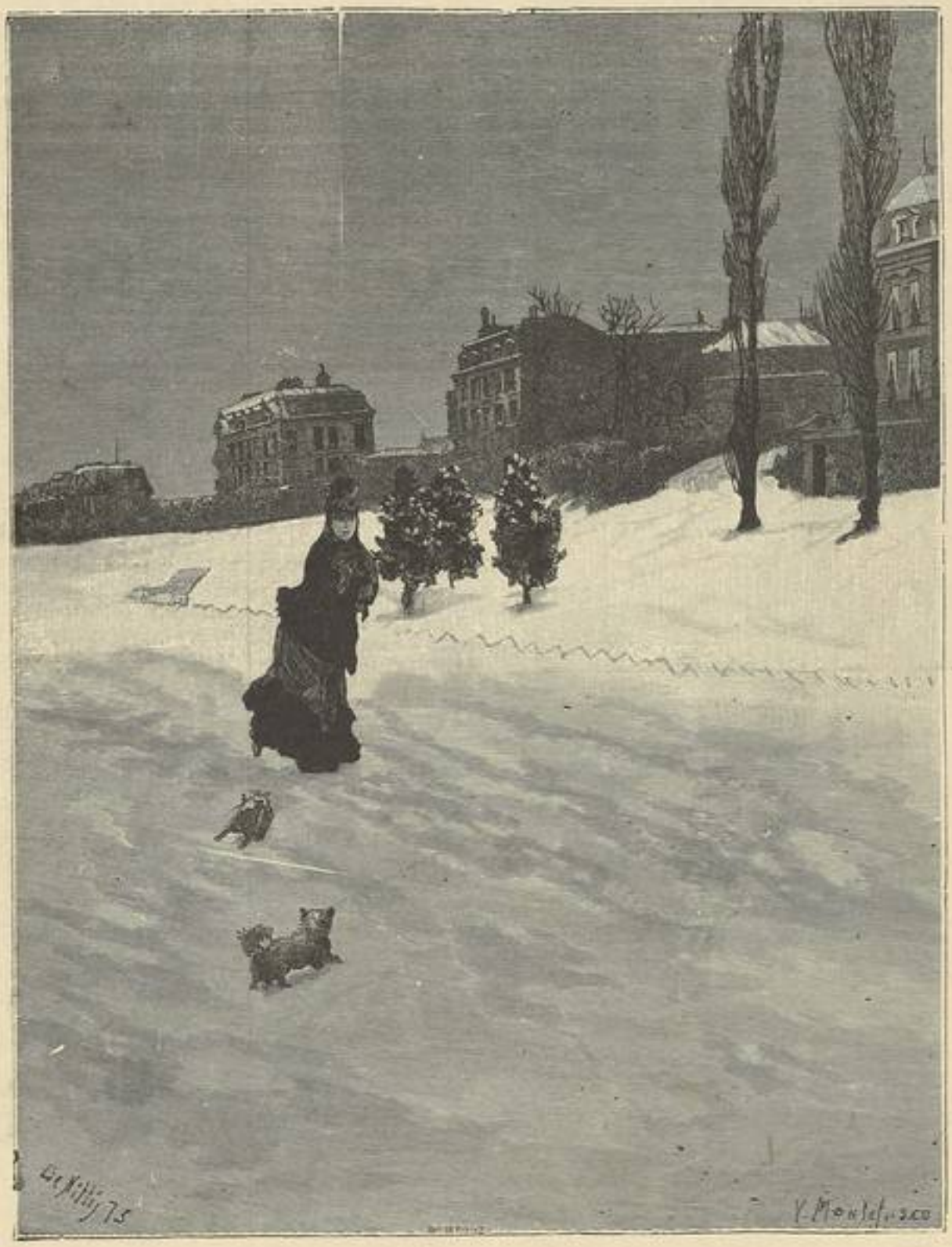
1.ª PÁJAROS.—2.ª TALENTO.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Sta. Mónica, 16

(1) *De l'irritation de la folie.*
(2) *Dict. des sciences médic.*, art. *Idée.*
(3) *Let. phil. du XIX siècle*, pág. 245.
(4) *Lettre à L'opinion nationale*, 4 Sept. 1862.

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) | Barcelona 10 de Febrero | Série II.—Núm. 59



¡JESÚS, QUE FRIO! (cuadro de de nittis, de nápoles)

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

El Concilio III de Toledo, II, por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Luperdio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Los dos viajeros*, V, por Matilde Bourdon.—*Noticias varias*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

¡Jesús, qué frio! (cuadro de De Nittis, de Nápoles).—¡Qué frio! esto es lo que da ganas de exclamar el simple aspecto de esta composicion, en la que tan á maravilla se retrata el invierno, tiempo de especial meditacion para los que ostentan en su cabeza, quieras que no, la nieve de los años.

Jerónimo Curdumí.—Este nombre, ignorado hasta hace poco fuera del círculo de sus numerosos parientes y conocidos, ha sido durante algunos dias el tema de todas las conversaciones y objeto de la más viva simpatía por parte del público barcelonés, condolido de la gran desgracia de que fué víctima dicho anciano el 17 de Enero en casa de los señores Batlló, á cuyo servicio estaba, á consecuencia de la terrible explosion debida á una mano criminal y que además de los destrozos que hizo en el edificio y del pánico que sembró en el vecindario, causó gravísimas heridas al referido anciano, principalmente en la cabeza y en una pierna, motivando su muerte despues de seis dias de agudísimos sufrimientos, no obstante la contínua asistencia y solícitos cuidados de que fué objeto. Su entierro fué una verdadera manifestacion de duelo. El clero del Hospital de Santa Cruz rezó un responso en su iglesia, poniéndose en marcha el fúnebre cortejo por la calle del Hospital y Ramblas con direccion al cementerio del Sudoeste. Presidió el duelo un hijo del finado y los hermanos Sres. Batlló. Numerosa comitiva, compuesta en su mayor parte de fabricantes é industriales, formaban el cortejo, cerrado por unos cuarenta coches. El dia 5 se celebraron funerales para el eterno descanso de su alma en Nuestra Señora de los Angeles.

Un bautismo en las Catacumbas (cuadro de Alejandro Ceccarini).—Al contemplar esta escena, que transporta irresistiblemente el ánimo á los primeros tiempos del Cristianismo en la Roma de los Césares paganos, diríase que el artista es un coetáneo de aquellos antiguos mártires y confesores de la Fe. Tal es la fidelidad histórica que la escena revela, y la impresion de verdad que hasta en sus menores detalles produce en el espectador: lo cual unido á la correcta modelacion de las figuras y pliegues de los vestidos, á la expresion de los semblantes, á la riqueza y propiedad del colorido, motivó que este cuadro llamase justamente la atencion en las Exposiciones de Paris y Brera, y que uno de los más distinguidos críticos del arte pictórico le calificase de *una reconstitucion histórica*. Difícilmente podria darse mayor simplicidad y religioso sentimiento que el que revelan, así la jóven bautizada como el sacerdote que enteramente penetrado de la santa ceremonia derrama sobre su cabeza el agua regeneradora. Igual impresion producen las figuras de los padres de la neófita, que arrodillados junto á la piscina completan el grupo del medio; así como las jóvenes situadas á un lado y en segundo término, aguardando con modesto semblante y pia atencion que el sacerdote acabe de proferir las palabras sacramentales para comenzar uno de aquellos himnos tan sencillos y conmovedores de la primitiva Era cristiana; y las otras dos que con no menor recogimiento sostienen el manto con que cubrir la cabeza de su compañera al salir de la sagrada piscina, una vez terminada aquella religiosa ceremonia en que todo era modestia, santidad y alejamiento de toda idea terrena.

El Foro romano.—Con este nombre es conocida en Roma la vasta extension comprendida entre el arco de Septimio Severo, el templo de Antonino, la iglesia de San Adriano y la basílica Julia. El *Forum*, situado al pié de los montes Capitolino y Palatino, era el lugar más célebre de Roma antigua, no solamente por la belleza de los edificios que lo cercaban, sino porque fué el teatro de los más grandes acontecimientos de la vida y de la historia de los romanos. Allí se tenian las asambleas del Senado y del pueblo; allí se verificaban las elecciones y juzgaban los tribunales; allí se agitaban las grandes deliberaciones que decidian de la suerte de tantos Imperios. Bajo esos pórticos resonaba la elocuencia de Ciceron; allí se alzaba la tribuna en donde los Gracos hacian oir sus arengas.

Hoy el *Forum* es un espacio casi desierto, y vulgarmente se le llama *Campo vaccino*, porque ha servido de lugar en donde se han apacentado los ganados. Por cualquier punto que se contemple este admirable sitio, nada hay más imponente que su aspecto de sublime melancolía. Colocándose el espectador al pié del Capitolio, cerca del arco de Septimio Severo, y dejando á la espalda el templo de Júpiter Tonante, vénse levantar á la derecha las ocho columnas de granito oriental del templo de la Concordia; más léjos, al frente, una columna aislada, la de *Phocas*, que sostenia antes una estatua de bronce de dicho emperador griego; más adelante los restos del templo de *Júpiter Stator* llamado posteriormente el *Grascostasis;* despues el arco de *Tito* y el de *Constantino*. A la izquierda está la basílica de *Paulo Emilio*, convertida en iglesia de San Adriano; el templo de *Antonino y de Faustina* y la basílica de *Constantino;* delante de ésta las ruinas del *templo de Venus*, y más lejos el *Coliseo*.

Si por el contrario se entra en el Foro viniendo del Coliseo, el espectáculo inverso es igualmente hermoso: el Capitolio se alza sobre el arco de Septimio Severo y sobre el templo de Júpiter Tonante, coronando el punto de vista.

Innumerables son los monumentos de Roma, y la vida de un hombre no bastaria para conocerlos, y para describirlos y referir su historia seria necesario formar bibliotecas enteras: pero hay en el Foro muy poco que no merezca una atencion particular y que no demande un estudio prolijo, estando allí reunidos como en un vasto gabinete las más bellas antigüedades romanas.

Cosecha de invierno (cuadro de Francisco Gioli).—Hé aquí una operacion capaz por sí sola de dar al cuerpo más calor que se quiera, aun en pleno invierno y sin necesidad de hacer arder tanto combustible. Para tales ejercicios de fuerza y equilibrio se necesita una robustez excepcional, y así parecen ellos incompatibles con pobres mujeres, siquiera estén avezadas á los trabajos del campo; pero ello es así, y el artista ha pintado el cuadro con toda verdad y naturalidad.

JERÓNIMO CURDUMÍ

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

II

Antes de entrar de lleno en el exámen del Concilio III de Toledo, objeto preferente de nuestra atencion, vamos á exponer sumariamente la manera como se celebraban estas grandiosas asambleas. Esta materia se halla extensamente expuesta en el Códice M. S. Vigilano de la Biblioteca del Escorial, que publicaron Loaysa, Aguirre y los Colectores en lengua latina.

Una hora antes de la salida del sol repicaban todas las campanas de las iglesias de Toledo, y reunidos los ostiarios á la puerta del templo en el que se habia de celebrar el Concilio, entraban los Prelados y tomaban asiento en el círculo preparado al efecto, por órden de antigüedad en la consagracion; luego penetraban los presbíteros á quienes se habia concedido el honor de asistir á las sesiones conciliares, y despues los diáconos, permaneciendo éstos en pié, y sentándose aquéllos á espaldas de los Padres. En escaños separados se colocaban los nobles y magnates del reino como meros espectadores, y los notarios que actuaban en las causas en que habia de conocer aquél. Estando todos congregados, el arcediano decia: *Orad*, y postrados en tierra cuantos se hallaban en el templo, el Prelado más anciano recitaba las preces, que repetian todos los concurrentes. Concluidas las oraciones, decia el arcediano: *Levantaos*, y ocupando cada uno su asiento, un diácono revestido de alba leia el título 18 del concilio de Calcedonia y el 18 de la Coleccion de san Martín Bracarense; el título 3.º del IV Toledano, el 16 del Agatense, y el Sermon de san Ambrosio sobre la paz. Concluida esta lectura, el Metropolitano presidente dirigia una exhortacion al Concilio sobre su mision y sobre la manera de llenarla cumplidamente. Cuando terminaba la plática, entraba el Rey, seguido de su Corte, y despues de orar postrado ante el altar, se encomendaba á las oraciones de los Padres, entregándoles un pliego, llamado *Tomo regio*, con las representaciones que tenia que hacer al Concilio. A seguida de esto decia el diácono: *Orad;* entonces empezaban las bendiciones que se dirigian al Rey; y el diácono volvia á decir: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, idos en paz;» y repitiendo todos en voz alta, *Deo gratias*, el Monarca se retiraba del Concilio.

«Con el discurso del tiempo, dice el Padre »Maestro Fr. Enrique Florez (1), se añadió que »el Arcediano leyese el cánon I del concilio XI »de Toledo, sobre que no hubiese el más mínimo »tumulto mientras se hacia el Sínodo. Despues »se leia tambien el concilio Efesino; y se trataba »no sólo del misterio de la Trinidad, sinó de si »en todas las iglesias se observaba un mismo órden en los oficios, como se estableció en el »concilio IV de Toledo: leyendo para este fin la »Epístola de san Leon á Flaviano acerca de los »errores de Eutiques, y los cánones que tocaban »á la uniformidad de los divinos Oficios: de mo»do que no se podia pasar á ninguna otra cosa, »antes de quedar acordes en el Misterio Deífico »y en lo que tocaba á ordenar sagrados y oficios: »para lo que tenian señalado los tres primeros »dias, en que se decian Letanías, y era regla ge»neral que ninguna materia se controvirtiese, sin »leer primero los cánones que tenian conexion »con el asunto.»

Pasados estos tres primeros dias, se empezaban á discutir las cuestiones de que habia de conocer el Concilio, sin que ningun Obispo pudie-

1) *España sagrada*, tomo VI, trat. 6, cap. II, pág. 32.

se salir de las sesiones sin suscribir el acta de las mismas, ni ausentarse á su diócesis sin que terminasen las tareas conciliares. Dos dias antes de acordarse la clausura de estas asambleas, repasaban los Padres los Cánones ordenados y los Decretos establecidos, y en el último se leian públicamente en la iglesia, repitiendo los concurrentes, despues de la lectura de cada uno de ellos, la palabra *Amen*. Entonces el Metropolitano avisaba el dia en que caia la Pascua siguiente, designando á los Prelados que habrian de celebrarla con él. Publicábase el tiempo en el que tendria lugar el Concilio venidero, y concluido esto, á la voz del arcediano que decia: *Oremos*, se postraban todos en tierra, rezando las preces de rúbrica, y recibiendo al levantarse la bendicion que daba el Metropolitano. Decia el arcediano: *Levantaos*, y los Padres se daban la paz, recibiendo el Presidente los ósculos de todos. Terminada esta ceremonia, decia el diácono: «En »el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, caminemos todos en paz,» á lo que respondian los Padres: *Deo gratias*, y con estas palabras quedaba concluido el Concilio.

La duracion de este era de quince dias; *Ut non amplius quam dies quindecim in Concilio remorentur Episcopi*, como se dice en una de las Actas conciliares. Sin embargo, esta regla tenia excepciones, pues vemos que el Concilio XIV duró siete dias, el XII diez y siete, y el IX veinte y tres.

La época de la celebracion varió tambien, pues unas veces se reunia en la primavera, y otras en el otoño; y se congregaba en ocasiones el dia 1.° de Noviembre y el 18 de Mayo.

Este es el órden que guardaban los Concilios de Toledo en su celebracion, y en el que no sabemos qué admirar más, si la sabiduría con que estaba dispuesto, ó la piedad y la prudencia con que rigurosamente se observaba. A continuacion del órden de los Concilios pone Loaysa una pieza titulada *Via Regia*, en la que trata de la manera de ungir y coronar á los reyes, cuya ceremonia verificábase con toda pompa y solemnidad por el Arzobispo de Toledo. Tanto el autor citado como los códices Albeldense y Emilianense, y el Concilio XII de Toledo, tratan minuciosamente de esta ceremonia, que no cabe ni en el plan ni en los límites que hemos trazado á este artículo. No obstante, no terminaremos esta materia sin dejar consignado que los reyes godos fueron los primeros monarcas cristianos ungidos y coronados por la Iglesia, y de quienes dijo Dios, como de los del pueblo escogido: *Per me reges regnant.*

Publicados en Santa Leocadia los Cánones y Decretos conciliares, el Rey los confirmaba, encontrando algunos en esta Real confirmatoria, como entonces se decia, el orígen de las regalías de la Corona. Tan grande era el acuerdo que existia entre la potestad eclesiástica y la civil, que los Padres del Concilio VII de Toledo decian que se habian reunido *Tam nostra devotione, quam studio... Regis.* De aquí que estos preceptos eclesiásticos pasaban á ser por la régia sancion leyes del Reino, como el Breviario de Alarico y el *fuero juzgo.*

Varias causas contribuyeron á dar esta importancia y trascendencia, á la vez que este brillo y esplendor, á los Concilios Toledanos. La fe religiosa de aquellos tiempos, las tendencias piadosísimas de la raza goda, el apoyo que los monarcas buscaban en la Iglesia, y la proteccion que ésta dispensaba á los Monarcas, que emulaban con sus actos la conducta del gran Constantino y la política del sabio Justiniano, eran los factores y las razones que determinaban el fenómeno histórico de que la vida nacional se concentrase en los Concilios de Toledo. Cuando el Imperio romano agonizaba por su molicie y por su decadencia, y cuando todos sus miembros se corrompian en la inaccion y en el vicio, la sal del Evangelio, como dijo Bossuet, vino á purificar al mundo y á salvarlo de la podredumbre en que se consumia. Pues bien, como los judíos volvieron la espalda á Cristo, y por inspiracion de san Pablo realizóse la conversion de los gentiles, entre cuyas masas hizo numerosos prosélitos la religion del Crucificado, así tambien más que entre los cultos griegos y que entre los decadentes romanos, entre los Hunos, los Suevos, los Vándalos, los Alanos y los Godos, razas vírgenes, hombres selváticos, bárbaros del Norte, muchedumbres salidas como aludes de los bosques y de las montañas de la Escandinavia, sin más ciencia que los cantos de Ossian aprendidos de memoria, fué entre los que reclutó fieles para sus templos el grandioso y progresivo Cristianismo, el cual bautizó á estas gentes, que venian á traer nuevos elementos para la civilizacion, en las aguas lustrales, cristalinas y puras de su místico Jordan. Esta es la mision histórica que llenaron los bárbaros, segun afirman cuantos se han ocupado en el desenvolvimiento de la humanidad desde el punto de vista altísimo de la filosofía de la historia y de la religion cristiana. En nuestra España, donde fuimos envueltos en las irrupciones de estas tribus septentrionales que invadieron toda la Europa meridional en los comienzos de la Edad media, desarrollóse como en ninguna otra parte el fenómeno que apuntamos, y así vemos que aquí los Visigodos y los Ostrogodos, ramas en que se dividia la raza goda, fueron los más fieles defensores de la Iglesia y los portaestandartes de la verdadera Religion. Y deben señalarse otros dos hechos que tuvieron lugar en aquel período histórico: el uno es aquel espíritu eminentemente progresivo que animaba á la Iglesia, adelantándose á las épocas de su constitucion y desarrollo, que la llevaba á discutir las graves cuestiones que surgian en su seno, á grandes congresos formados por sus miembros más respetables; y es el otro que este procedimiento de estudio y controversia se combinaba admirablemente con las costumbres y las leyes de las gentes del Norte, que resolvian los arduos problemas de sus guerras y de sus conquistas en asambleas compuestas de los ancianos, de los magnates y de los caudillos, reunidos en derredor de la secular encina. Todas estas causas determinantes dieron por resultado la celebracion de nuestros Concilios de Toledo, que tantos bienes produjeron á la Iglesia como al Estado.

Por eso todos nuestros historiógrafos, todos nuestros publicistas y escritores, como Mariana, Masdeu, La Fuente, Ghebart, Montalban, Marina, Colmeiro, Sampere, Menendez Pelayo y tantos otros, han consagrado su pluma á estudiar detenidamente la obra eclesiástica, política y jurídica llevada á término por nuestros venerables Prelados en los Concilios reunidos bajo las bóvedas de Santa Leocadia, y que fueron más grandes que los celebrados en Iliberis, en Elvira, en Mérida, en Tarragona, en Lugo y en Sevilla.

Despues de los Concilios generales de Nicea, Efeso, Calcedonia, Constantinopla, Latran, Viena, Constanza, Basilea, Florencia, Trento y Vaticano, ningunos tan célebres en los fastos eclesiásticos y en las páginas de la historia como los congregados en Toledo.

Sentados estos precedentes, hora es ya que entremos de lleno en el estudio del tercer Concilio de Toledo, materia preferente de este trabajo.

(Se continuará)

José Ruiz de Ahumada

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los duelistas.—Un periódico de gran suscricion.—Madera roida.

Otra vez han vuelto los duelos á ser la cuestion del dia.

Ó el único asunto de sensacion, como se dice en el *argot* del periodismo.

Sino que por esta vez son los mismos alguaciles los alguacilados, ó lo que es igual, los mismos legisladores los que pintan loros á las leyes en la frente.

Al ver lo que está sucediendo, lo menos que á uno se le ocurre es dudar si estamos en Madrid ó en el interior de algunas selvas inexploradas, donde se presume que sus habitantes se comen unos á otros.

Empezaré por manifestar que aquí se negocian ya los duelos públicamente como en tiempos de las invasiones de godos, vándalos, alanos, silingos y suevos.

Los periódicos, inclusos los ministeriales, sirven de esquinas ó postes á nuestros hombres públicos para que peguen en ellos sus carteles ó anuncios de desafíos, y los relatos que publican de las negociaciones entabladas para romperse el alma unos á otros, son más completos, minuciosos y eximios que todos los que puedan hacerse sobre la indemnizacion Mora, ó sobre el robo ya perfectamente impune de la Caja de Depósitos.

De suerte que el duelo, condenado por las leyes divinas y humanas, considerado como un hecho bárbaro por la cultura universal, ha llegado á ser casi una institucion nacional.

Y desde luego es, sin casi, una institucion inviolable, desde que los hombres que tienen carácter de legisladores lo perpetran á la sombra de tan cacareada inmunidad.

Ya se ha dado el caso de que los duelos de nuestros hombres públicos y privados se hayan verificado en los jardines de algunos *hoteles*, en los desmontes cercados de tapias, y hasta en los circos ecuestres, sin más ni menos que como si fueran acrobáticas fiestas, cuyo desenlace se encomienda á una estocada ó á un tiro; pero con el tiempo, y si nuestras costumbres siguen progresando, hemos de ver que estos lances toman el color de fiestas caseras y se entra en ellas por papeleta.

De lo que han dado á luz los periódicos acerca de las negociaciones entabladas recientemente para que algunos cristianos se rompan la crisma como si fueran bestias, resulta que los duelistas, los padrinos y los manipuladores de estas horribles colisiones, desprendidas del árbol de la civilizacion liberal, eran padres y abuelos de la patria, ó lo que es lo mismo, diputados y senadores.

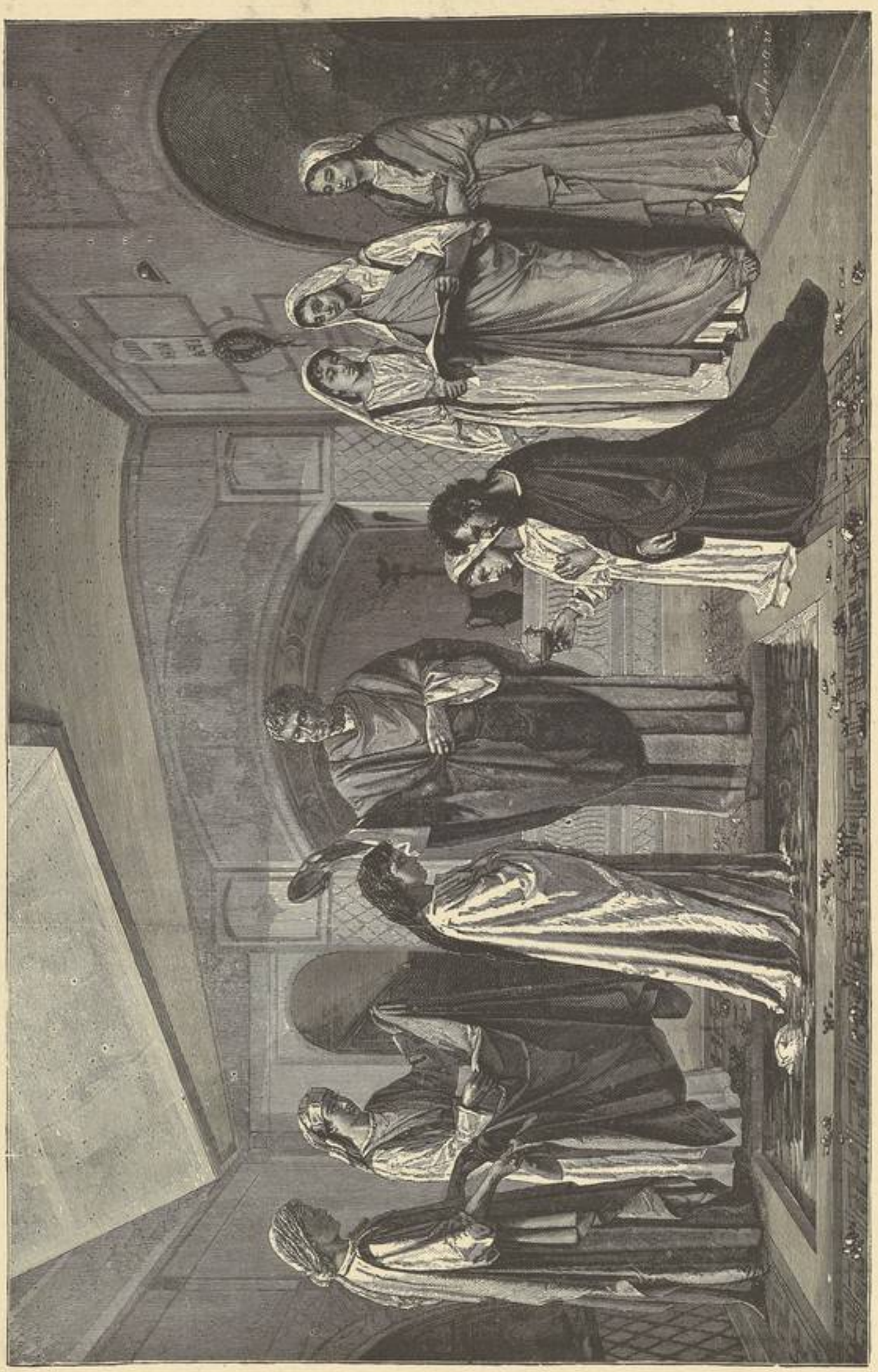
De modo que no es menester decir más para que se comprenda el papel que hace el Código penal en la España de Sagasta, Martos y demás individuos de las ganaderías liberales que pastan las dilatadas tierras del presupuesto.

Así es que ya no sabemos si el supradicho código es un libro, ó sencillamente un cuaderno de trapo impreso, todo él borrado.

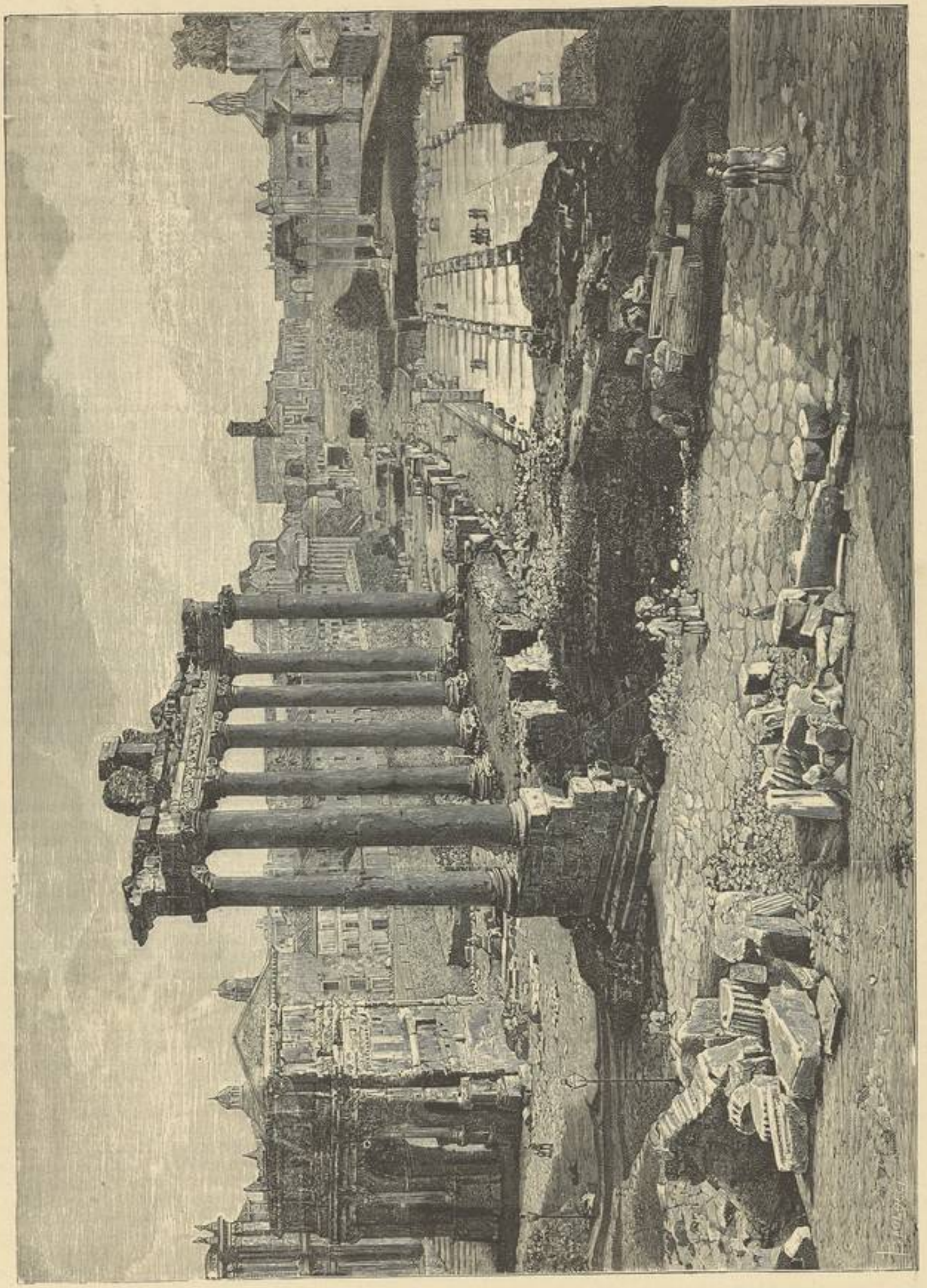
Saludemos estos progresos con una sonrisa más ó menos amarga y esperemos otros peores.

Porque, segun trazas, todavía no hemos llegado al cabo de la calle de la civilizacion liberal.

Hace muchos años que no se conoce en Madrid invierno más benigno, y, para mi santigua-



UN BAUTISMO EN LAS CATACUMBAS (CUADRO DE ALEJANDRO CECCARINI)



EL FORO ROMANO

da, que de ello deben estar quejosos los astrónomos que aquí en España nacen ya hasta en los huertos, puesto que abundan tanto como las legumbres.

Ninguno de sus pronósticos de malos temporales se ha cumplido hasta ahora, Dios sea bendito, y como la primavera no se nos descuelgue con sus rabotadas de ventiscas, nieves y granizo, es posible que lleguemos al verano sin haber tiritado una sola vez de frio.

A pesar de esto, la mortalidad es más grande en Madrid que otros años de más recias temperaturas.

Y es porque con la muerte sucede lo que con las lluvias, que caen en la atmósfera cuando Dios quiere, aunque se opongan á ello los aires.

Dice un adagio popular que «año de nieves, año de bienes.»

De donde puede inferir el lector que, como este año apenas ha nevado, estamos poco bien de bienes, lo cual á nadie debe extrañar, porque ese va siendo el estado normal de España.

En Madrid se han presentado los obreros sin trabajo dos ó tres veces formando batallones y abriendo un palmo de boca en señal de que no tienen que comer; y en Valencia, segun noticias, los batallones constituyen verdaderos ejércitos del bostezo.

Los Ayuntamientos, las Diputaciones y algunas Congregaciones piadosas reparten lo que pueden; y aquí en Madrid el Asilo del Sagrado Corazon, congregacion de ángeles, que no de mujeres, reparte diariamente cientos de raciones de sopa á los pobres, tan suculenta, tan rica, tan bien cocinada, que *¡horresco referens!* hasta los mismos periódicos liberales, acostumbrados á renegar y abominar de la sopa de los conventos, la ensalzan.

Pero todo esto no basta para satisfacer la necesidad de tantas criaturas de Dios como ven á los progresistas comer á dos carrillos, sin tener un pedazo de pan que llevarse á los dientes.

De aquí que hayamos tenido que saludar á la ocurrencia de las ocurrencias, al chiste de los chistes, á la originalidad de las originalidades.

Que todo eso, y aún más, es un periódico de nueva creacion, bautizado con el expresivo título de *El Hambre*.

¡Sea bien venido!

Y como es de esperar que un periódico nominado *El Hambre* se dé gratis á los hambrientos á quienes se dedica, porque éstos no podrán ser abonados suyos de otra manera, desde luego le auguro que tendrá la friolera de diez y ocho millones de suscritores.

¡El colmo de todos los éxitos literarios!

Con el buen tiempo, alumbrado por un sol que centellea con luz pura y despide un calorcillo corroborante, he entrado en deseos de recorrer nuestros parterres, como se dice hoy, ó nuestros paseos, como decian nuestros padres y nuestros abuelos.

Y todavía me duran el asombro y el susto de los cuadros que se han ofrecido á mis ojos.

Porque donde antes existian árboles centenarios, de altas copas y frondas profusas, gratos al hombre durante los estivales calores, hoy no se ven más que desmontes, polvorosos caminos para coches, y removidas tierras cercadas de tapias y vallados, que esperan la edificacion urbana cuando sus dueños mejoren de fortuna.

¡Qué desmoche tan... progresista!

Cierto es que se han construido algunos parques á la inglesa, sembrados de hierba y festoneados de flores; pero aquellos preciosos cuadros selváticos, henchidos de árboles copudos, alfombrados con un espeso césped natural de plantas aromáticas, que daban al Buen Retiro el aspecto de un campo lujoso, que parecia tener al supremo Autor de la naturaleza por jardinero, pasaron para no volver.

¡Castigo justo á su reaccionario carácter!

Sabia yo que la revolucion tiene un estómago que ha digerido hasta las campanas de las iglesias y los adoquines de las calles; pero ignoraba que hubiera digerido tanta madera.

Porque, segun es voz pública y fama, todos los miles de millares de árboles que se han cortado en Madrid, han sido roidos por esa oruga del progreso nuevo, que en punto á digestiones da tres y raya al avestruz, que digiere hasta las puntas de acero.

Sobre esa madera, ferozmente roida por los gusanos del progreso, parece que se han levantado grandes capitales, pero el hecho será siempre memorable para nuestra civilizacion liberaizante.

Porque, como ella, tambien los salvajes apedrean y cortan los árboles.

Sino que los salvajes no se los comen.

LUPERCIO

Madrid, 5 de Febrero.

ROMA

Motus *in fine velocior!* No me siento inclinado á hacer profecías políticas, y con dificultad me ilusiono, ni ilusiono á los demás. Nunca he dicho ni digo que este felicísimo é italianísimo reino tenga un pié en el sepulcro, ni esté próximo á morir.

Mas, tendiendo ahora la vista en torno mio, viendo la furia masónico-liberal que insólitamente se agita para *acabar con el Pontificado*, como ellos dicen; observando la febril actividad de Crispi en ordenar, impulsar y auxiliar esta satánica empresa; y considerando la prisa con que se acumulan los errores y las culpas, tentado estoy de vaticinar que el actual reino de la itálica revolucion se precipita á su fin, y que Crispi se prepara, voluntaria ó involuntariamente, con conciencia de lo que hace ó sin ella, á dar razon á la profecía de su antiguo maestro en conspiraciones republicanas, José Mazzini, que le dijo: «Tú, Crispi, serás el último ministro de la Monarquía.»

La marcha hácia ese *ideal*—llamémosle así—se acelera: es evidente. Por eso debo repetir como he comenzado: *Motus in fine velocior.*

Acabo de decir que el actual primer ministro del rey Humberto es un antiguo republicano. Nunca ha cabido duda de ello; mas ahora ha aparecido una prueba más, y es una carta que Francisco Crispi, emigrado entonces, escribió al *Daily News* de Londres en 1855, en contestacion á otra de Daniel Manin que habia publicado aquel periódico.

Me limito, por no ser prolijo, á este fragmento:

«...Como republicano y en nombre de mis »amigos residentes en Lóndres, que profesan »opiniones idénticas á las mias, considero de mi »deber informarles de que el Sr. Manin expresa y »puede únicamente expresar su opinion propia y »no la del partido republicano, al que tenemos »el honor de pertenecer. Bastante hemos tenido »(*estamos cansados de ella*) en 1848 y 1849 con »la Monarquía de Saboya y sus pretendidos pro»yectos, que han acabado por arruinar nuestra »causa nacional. Italia no puede ni debe esperar »su salvacion de la obra de nadie, como no sea »de sus hijos...; los destinos de nuestra patria no »dependerán de la espada de un Príncipe... El »partido radical desea ver á Italia unida, inde»pendiente, indivisa y sin que sea un adorno de »testas coronadas.»

Sin comentarios.

Y ese es el hombre que siendo hoy primer ministro de la Monarquía de Saboya, convertida en Monarquía de Italia, arrastra con sus locuras á Italia á la ruina religiosa, política, militar y económica; y piensa gastar centenares de millones en nuevos armamentos para servir á los ambiciosos caprichos del Emperador de Alemania, gastar otros cien para construir *su* Palacio del Parlamento y lanzar al país en una guerra colosal para impedir (¡cree él!) la restauracion del poder temporal del Papa, mientras tenemos una deuda y un *deficit* enormes, mientras el comercio decae ruinosamente por la ruptura comercial con Francia, que el tal Crispi *ha querido* para secundar los deseos de *su amigo* Bismark.

Sé lo que me digo y que digo la verdad, diciendo que, á su regreso de Friederichsruhe, Crispi *ha querido* la ruptura comercial con Francia.

Mientras tanto las quiebras, que durante el año último pasaron de dos mil—¡y sérias!—en Italia continúan en espantosa proporcion; sólo que, como sucede con el cólera morbo cuando la epidemia es general, no se publican ya los casos, por no alarmar con su gran número á la aterrada poblacion.

Entre tanto las aduanas italianas han recaudado en pocos meses cuarenta millones menos que el año pasado por derechos de importacion y otros conceptos.

Entre tanto la miseria hace insurgir acá y acullá las poblaciones al grito de «pan y trabajo,» especialmente en el Alta Italia, en las Romañas, en Cerdeña y en Sicilia. En Bolonia, desde el 1.° hasta el 23 del próximo pasado Diciembre, ocurrieron veinticinco agresiones á mano armada en medio de la ciudad y en pleno dia, por parte de gente hambrienta, ó que quizá fingia estarlo. En Roma son frecuentes, cotidianos durante estos dias los asaltos de obreros y no obreros á los llamados *cascherini*, ó sea aprendices de panadero que cada mañana llevan el pan á casa de los parroquianos.

Pero en algunos lugares el descontento de las poblaciones contra el Gobierno comienza á manifestarse de un modo alarmante para éste.

Uno de esos lugares es Sicilia. Crispi, que es natural de dicha isla, envió allá para examinar el estado de las cosas á su colega Boselli, ministro de Instruccion pública, con el pretexto de asistir á la apertura de un nuevo liceo. Pero á su llegada á Palermo fué recibido tan irrespetuosamente por el pueblo, que debió saltar por una ventana de la estacion del ferro-carril, segun he leido en un periódico de aquella ciudad. En otra de las de Sicilia visitadas por el ministro Boselli hubo fiestas... oficiales. Pero *La Tribuna*, diario liberalísimo, judío, masónico, publica una correspondencia de Siracusa, en que hablando de estas fiestas se dice:

«Ello no obstante en ninguna parte ha faltado »la voz del dolor y el lamento de la miseria. En »Palermo, mientras el ministro recordaba el an»tiguo esplendor de nuestra isla, una voz gritó: »*Y ahora nos morimos de hambre.* En Siracusa »muchos obreros gritaron *¡pan y trabajo!* Gritos »semejantes se oyeron en otras partes y no habrán »ciertamente escapado á los oidos del ministro.» Y así continúa hablando extensamente el diario en dos de sus columnas.

La Tribuna pone por su cuenta este comentario:

«Estos sufrimientos deben ser remediados con »una direccion económica distinta. Y dirigiendo »al propio tiempo la vista á las miserias de Sicilia,

»al empobrecimiento de Cerdeña, á la emigra»cion del Véneto, de la Basilicata y de Calabria, »á la triste condicion de las clases obreras de Ro»maña, á la crisis industrial de Piamonte y Lom»bardía, es el único medio de conseguir tal ob»jeto.

»Disminuir los gastos que nos aplastan, facili»tar la apertura de los mercados cerrados á nues»tros productos, impedir que los impuestos »destruyan hasta los gérmenes de la riqueza pú»blica, y animar el crédito público con buenas »leyes: hé aquí lo que es preciso.»

Estas severas palabras de un periódico no sospechoso de oposicion al Gobierno italiano, me libran de toda tacha de exagerado respecto á lo que antes dije acerca de la ruina acarreada á Italia por el liberalismo gobernante.

¿Cómo remediará todo esto nuestro *gran* ministro Crispi?

Confiscando los bienes de las Obras Pías y de las Cofradías, cuyo patrimonio es muy rico en Italia. Los amigos del Gobierno niegan que se trate de *confiscacion;* y, en efecto, esta palabra no ha sido pronunciada hasta ahora oficialmente, y será evitada en la ley. Pero si la palabra falta, la idea es esta: un ataque al derecho de propiedad de las Obras Pías y de las Asociaciones religiosas.

Cuéntase que un cocinero preguntó á unas perdices que tenia vivas en una jaula:

—Señoras perdices, ¿en qué salsa prefieren ustedes ser guisadas mañana?

—Pero...¡si nosotras no queremos ser guisadas!

—*Pardon*... se salen Vds. de la cuestion...

Tal dice Crispi. No se trata de saber si los bienes de las Obras Pías y Cofradías serán *confiscados, liquidados ó convertidos*. No es esa la cuestion.

El caso es que deben ser guisados y comidos por la revolucion.

Esto ha decidido tambien la masonería en el congreso de representantes de las Ven.·. lógias italianas, que celebró la semana pasada en el templo del Gr.·. Or.·. en la plaza de Poli.

Y la masonería es quien gobierna á Italia por medio de su.·. 33 Francisco Crispi.

LIONELLO

29 Enero 1889

LOS DOS VIAJEROS

V

AQUEL rayo de la gracia, que tan de repente habia iluminado el alma de Héctor, no fué una chispa fugaz, sino una luz tranquila y duradera. Hastiado de todo, agobiado por la pesada carga de libertad, riquezas y placeres, no habia podido contemplar sin profunda sorpresa la serenidad, la paz que se retrataban en Roberto, en Roberto ciego, pobre, aislado, que al parecer no podia inspirar otro sentimiento que el de compasion, y que habia parecido á Héctor casi digno de envidia.

La gracia victoriosa acabó lo que la razon habia comenzado; despertó los sentimientos cristianos adormecidos en el corazon del jóven, hízole sentir lo que es el alma alejada de Dios por el pecado. Iluminado por estas últimas luces, Héctor suspiraba por el feliz momento de su reconciliacion con Dios.

—Soy cristiano,—decia á su amigo,—y lo seré delante de todo el mundo, con la cabeza alta, ahora y siempre. No tendré oculta en el fondo del corazon la ardiente conviccion con que me favorece el cielo, antes haré que brille á los ojos de todos aquellos á quienes haya escandalizado. Ruegue V. por mí, querido Roberto, para que haga honor á la Religion por medio de una vida toda nueva y llena de buenas obras.

—Dios, que le ilumina, le sostendrá,—contestó Roberto lleno de gozo.

Ambos tenian prisa por saltar del buque, en donde sus movimientos, su larga conversacion, y sobre todo su repentina intimidad, excitaban la curiosidad de los viajeros. Desembarcaron en Maguncia, y Héctor tomó una silla de posta que debia conducirles á Friburgo, lugar de su comun destino. Durante este viaje repetia á menudo:

—¡Cuán feliz va á sentirse mi madre, tantas lágrimas como le cuesto!... Mi madre lloraba porque me veia infeliz, y pedia á Dios remediase mi mal... Y el remedio ha venido... Sí, estoy curado... me siento cambiado...; puedo sufrir, mas no desesperar... Esta es la partija del cristiano: sufrir, esperar.

Al atravesar un pueblo oyeron el tañido de la campana de una iglesia inmediata. Héctor hizo parar la silla de posta, diciendo:

—No quiero esperar más... Tengo prisa de encontrarme ante Dios á fin de implorar su misericordia... Entremos, amigo mio, entremos en el templo; V. como el primogénito, yo como el infeliz pródigo.

—Ya sabe V., dijo Roberto sonriendo, que el hijo pródigo fué tan bien acogido por el padre de familias, que excitó los celos del primogénito.

Entraron en la iglesia, en donde multitud de fieles cantaban la *Salve Regina*, este hermoso cántico que respira toda la melancolía del alma desterrada lejos del cielo. Los dos amigos se arrodillaron é invocaron á la dulcísima y clementísima Vírgen, suplicándole volviese sus ojos misericordiosos á ellos, que gemian en este valle de lágrimas. Cuando el canto hubo terminado, el sacerdote expuso sobre el altar el copon en que reposa el divino Emanuel, y al punto todas las frentes se inclinaron para recibir la augusta bendicion. Cuando Héctor se levantó, sus ojos estaban bañados en lágrimas, y al salir apretó contra su pecho el brazo de su amigo, diciendo:

—¡Dios es bueno y yo soy feliz!

Despues de un corto viaje llegaron á Friburgo, y atravesando sus pintorescas calles, la silla de posta se detuvo delante un elegante edificio que parecia deshabitado, pues todos los postigos de las ventanas estaban cerrados. No obstante, al ruido del carruaje una mano levantó una persiana. Héctor levantó los ojos, y dijo con emocion:

—¡Es mi madre!...

—¡Dichoso V., querido Héctor!—exclamó Roberto suspirando al recuerdo de la suya.

Abrióse la puerta cochera, y la silla de posta entró en el patio. Héctor se hallaba en los brazos de sus padres.

—Hijo mio,—le decia su padre tomándole una de sus manos,—¡cuán larga me ha parecido tu ausencia!

Su madre le abrazaba, diciendo á su vez:

—Héctor mio, no viajes tanto... temo morir en tu ausencia.

—No, madre mia, no os dejaré ya más... Padre mio; he vuelto para no separarme ya más de vuestro lado... Permitidme que ayude á mi amigo á bajar del coche.

Algo sorprendidos quedaron los señores de Mesnil viendo que su hijo, hasta entonces tan insociable, tan huraño, les presentaba un compañero de su edad, al cual parecia querer con exceso; pero sin manifestar su admiracion, hicieron á Roberto la más cordial acogida, á la cual correspondió éste con la manera noble y sencilla que le era habitual.

El dia declinaba, y despues de una corta y cordial reunion se separaron. Héctor, empero, despues de instalar á Roberto en su aposento, volvió al encuentro de sus padres, que conversaban por lo bajo, y se decian:

—Nuestro hijo parece más feliz... ha venido todo cambiado... ¿qué le habrá acontecido?...

Héctor entró en aquel mismo instante, y despues de abrazar á su madre, sentóse entre ella y su padre: ambos le miraban con ojos de cariño, hasta que al fin tomó la palabra, y dijo:

—Me habeis rogado que diera fin á mis largos viajes, y os obedeceré, pues he encontrado lo que con tanto afan buscaba. Sí, habíase apoderado de mí un mal insoportable; buscaba una paz que en ninguna parte encontraba, pues estaba muy lejos de buscarla en su verdadero orígen; pero en adelante, así lo espero, no tendré necesidad de recorrer el mundo para encontrar un bien que el Señor concede á quien quiere... He vuelto á Dios... Soy cristiano, y lo seré hasta la muerte.

—¡Ah, hijo mio! ¡qué alegría me das!—exclamó la madre.

—¡Bien, Héctor, muy bien!—dijo su padre tomándole la mano.—Tambien yo, despues de los errores de mi juventud y de las vanidades de una falsa ciencia, he vuelto á la práctica de la religion, y sólo deseaba una cosa, esto es, verte seguir mi tardío ejemplo... ¡Loado sea Dios! ahora seremos felices. Pero dime, ¿quién ha llevado la conviccion á tu entendimiento?

—Dios, padre mio, y despues de Dios este amigo que os he presentado y que la Providencia ha interpuesto en mi camino para que me abriese los ojos del alma.

—¡Este pobre jóven!

—Sí, madre mia, y en nombre del gran bien que me ha hecho os ruego le mireis de hoy más como un segundo hijo.

—¡Ah! con todo mi corazon! nuestra casa, nuestra mesa, nuestra fortuna, todo estará á su disposicion...

—Pero solamente os pedirá vuestra amistad.

Héctor contó á sus padres detalladamente y con todo el fuego de una emocion viva y reciente las circunstancias que le habian hecho trabar amistad con el pobre ciego. Deslizóse parte de la noche en tan grata conversacion, y á la mañana siguiente al recibir á sus huéspedes Roberto pudo comprender que no le miraban como á un extraño.

Héctor cumplió desde luego sus promesas, y gustó todas las delicias que de ordinario acompañan á los primeros dias de una feliz conversion, hermosa primavera del alma.

Sus padres y amigos tomaban parte en su dicha, y otra circunstancia vino á aumentarla. Un dia llamóle su padre á parte, y le dijo:

—Hace ocho dias examino detenidamente los ojos de nuestro buen Roberto, y mis estudios y observaciones me dan la conviccion de que su mal no es incurable, y que una operacion bien hecha podria restituirle la vista... No obstante, no me atrevería yo á intentarla, pues mis manos y mis ojos están muy débiles; pero he sabido que Mr. V..., el célebre oculista, se halla actualmente en Berna, y si te parece, le escribiria se viniese acá. Cuento que su juicio confirmará el mio, y tendrémos la dicha de ver á nuestro Roberto libre de su triste enfermedad. Por supuesto, todo corre á mi cargo: gastos de viaje, de operacion...

—Pero ¿cree V., padre mio, que Roberto puede curar?

—No creo equivocarme.

—¡Cuán bueno es V.! llevemos á Roberto tan feliz nueva.

—¿Piensas que podrá soportarla sin emocion?

—¡Oh! padre mio, no conoce V. á Roberto y su abandono á la voluntad divina. Esté V. cierto que no elevará á Dios un solo suspiro para que le alcance su curacion...

COSECHA DE INVIERNO (CUADRO DE FRANCISCO GIOLI)

En efecto, Roberto escuchó agradecido la comunicacion de sus amigos, y consintió sin dificultad en someterse á lo que le prescribiese el oculista, pero sin manifestar grande apresuramiento, ni excesiva esperanza.

Héctor, al contrario, se inquietaba y afanaba por él; vivia en su amigo más que en sí mismo.

Llegó el oculista, y despues de un largo exámen confirmó el juicio del Sr. de Mesnil, más aún, halló que la operacion podia hacerse en aquel momento. Consintió Roberto, pero antes de ponerse en sus manos abrazó á Héctor diciéndole:

—Mi buen amigo, si la operacion no saliese á medida de nuestros deseos, cuidado con afligirte; digamos juntos: Señor, hágase tu santa voluntad!

La operacion fué larga y dolorosa. Al fin, el oculista separó el acero... y Roberto se levantó exclamando:

—¡Bendito seais, Dios mio!... ¡ya veo!... ¿Dónde está Héctor?

Este se echó en sus brazos. Todo era alegría y felicidad en la casa; un himno de ternura y de agradecimiento subia al trono del Señor.

(Se concluirá)

NOTICIAS VARIAS

En Italia se recrudecen los insultos al Papa. Trátase en Milán de construir un monumento á Rosmini, no por él, sino por haber sido condenadas algunas de sus doctrinas.

Por ser las que predicó pornográficas y anti-cristianas se han concedido los mismos honores en Roma á Giordano Bruno.

Para honrar más á este último hubo una demostracion de sectarios y vagos que recorrieron parte de la ciudad con los consiguientes aullidos de ¡Abajo el Vaticano! ¡Mueran los Curas! Y terminando en el Campo de las Flores, donde un Sr. Perotti declamó contra la *ferocidad* de los Papas.

—Ha tenido lugar una manifestacion en favor de la independencia de la Santa Sede en la Cámara del *Land Tag* del reino de Bohemia.

—La Rosa de oro que el Papa confiere anualmente á algunas personas va á obtenerla esta vez Miss Mari Gwendolin Caldwel, de New-York, por su espléndida donacion de 3 millones de duros para la construccion de la Universidad católica de Washington.

—La Sagrada Congregacion del Indice ha condenado el *Tratado de derecho internacional* del profesor de la Universidad de Roma, Augusto Pierantoni.

—Ha muerto en Roma el ex-religioso Gavazzi, capellan que fué de las tropas de Garibaldi, en el momento en que se disponia á ir á rendir homenaje en el Panteon á las cenizas de Victor Manuel.

—La Congregacion de *Propaganda fide* ha recibido graves noticias del extremo Oriente. El cólera ha estallado en Quilon (Indias Orientales), pereciendo víctimas de la epidemia dos mil cristianos. Los misioneros católicos asistian á los enfermos, obteniendo en todas partes señaladas muestras de consideracion y de reconocimiento.

—El dia 19 de Enero falleció en Madrid el general D. Genaro de Quesada.

—Escriben de Berlin que se ha vuelto á abrir el gran Monasterio del Cister, en Hain, habiendo tomado posesion del edificio 65 monjes que han vuelto de Francia, á donde emigraron al publicarse en Prusia las leyes contra las Congregaciones religiosas.

—Han recibido la borla de Doctores en Medicina en la Universidad de Lille dos negros rescatados de la esclavitud por el ilustre cardenal Lavigerie, el cual los mandó al Colegio de los Padres Blancos, de donde salen los misioneros para el Africa Central.

Los nuevos Doctores se llaman Federico Mohammed y Vital Hamed, y saldrán en breve para ejercer su ciencia entre sus hermanos del continente africano, protegidos por los celosos misioneros establecidos á orillas de los grandes lagos.

SECCION RECREATIVA

CHARADAS

1.ª

Yo tengo sílabas tres:
es la *primera* una nota,
si lidias la *tercia* topa,
y *segunda* artículo es:
todo el nombre de mi amada,
y ha dado fin la charada.

2.ª

En la escala musical
está el *prima* y está el *cuarta*,
mas *dos tercia* ayer de bata
y creo no estaba mal;
el Sacerdote al altar
bien *todo* va á celebrar.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 8.

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADAS

1.ª MONOSÍLABO.—2.ª CUCHARA

FUGA DE CONSONANTES

Sujeta tu anhelo extraño,
y así feliz vivirás:
no hay cosa que amargue más
que la hiel de un desengaño.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM 7.

Blancas.	Negras.
1. R E1-D2	1. R E4-D4
2. T F1-G1	2. R D4-E4
3. T C1-C4 mate.	
(a).	2. P E5-E4
3. C E8-C6 mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Sta. Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 16 DE FEBRERO — SÉRIE II.—NÚM. 60

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

El concilio III de Toledo, III, por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*El Materialismo*. II, por Manuel Polo y Peyrolon.—*Los dos viajeros*, (conclusion), por Matilde Bourdon.—*La Mártir cordobesa*, por Josefa Pujol de Collado.—*Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

VISTA DE TRENTO (cuadro de Bartolomé Bezzi).—Es uno de los mejores cuadros que expuso en Venecia dicho pintor, que quiso reproducir en el lienzo una vista de su ciudad natal, tomada desde orillas del Adigio, acreditándole ella sola de excelente paisajista.

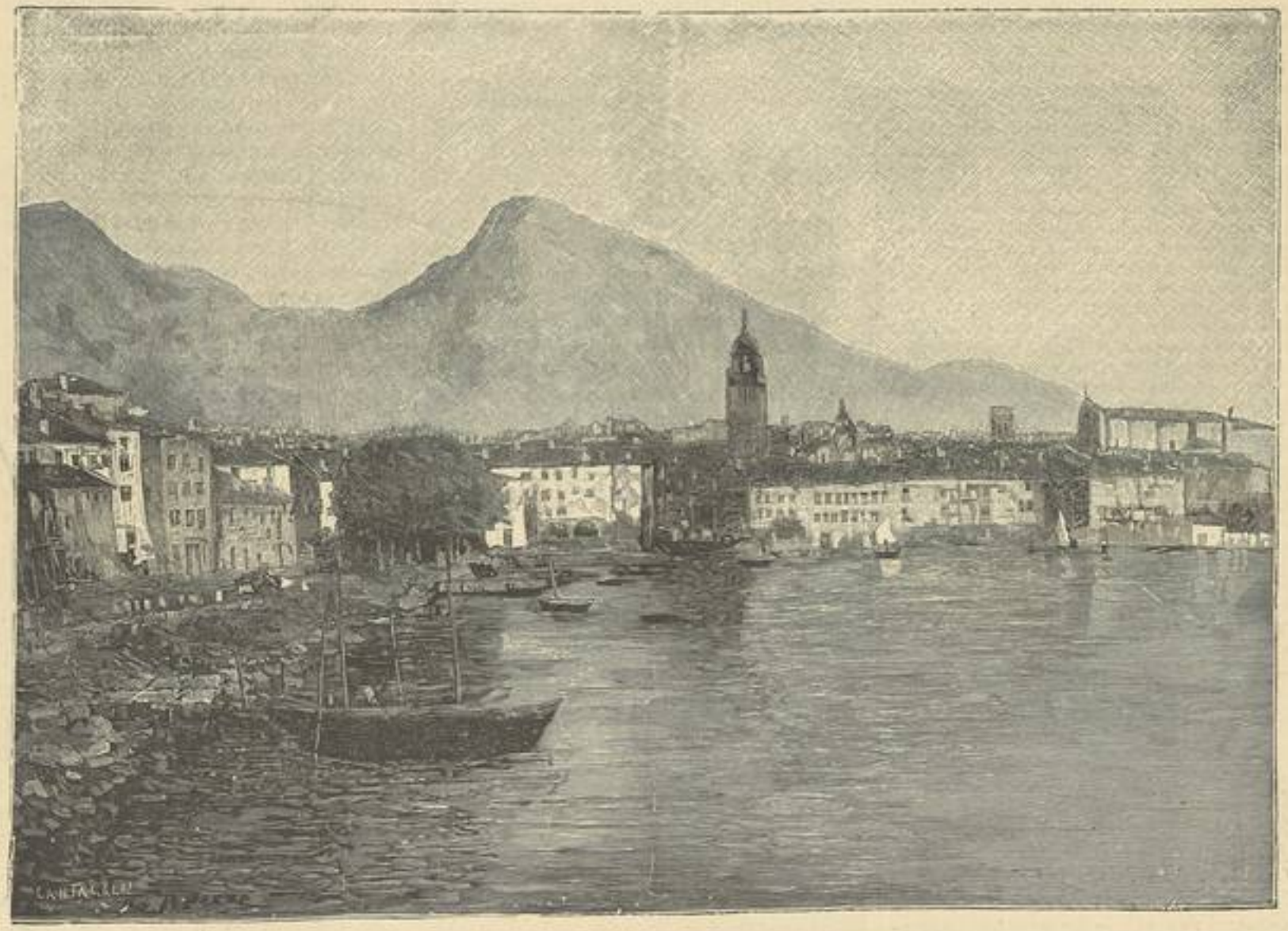
Trento, ciudad del Tirol perteneciente al Austria, es ciudad principalmente ilustre por el célebre Concilio de su nombre, comenzado á fines de 1545 bajo el pontificado de Paulo III y terminado despues de tres interrupciones el 4 de Diciembre de 1563 bajo el pontificado de Pio IV.

RETRATOS DE D.ª BLANCA DE BORBON Y DEL ARCHIDUQUE LEOPOLDO DE AUSTRIA.—Conforme indicábamos oportunamente, el dia 1.° de Noviembre último se celebraron en Frohsdorf los esponsales de la infanta D.ª Blanca, hija mayor de D. Cárlos de Borbon, y del archiduque Leopoldo Salvador.

Los jóvenes príncipes conocíanse hace ya tiempo, y en los últimos viajes de los Duques de Madrid á Viena no podian pasar inadvertidas para nadie las asiduidades del archiduque Leopoldo, que permanecia cerca de sus augustos tíos las horas que le dejaban libres sus estudios de la Escuela de Guerra. Tanto sus padres (el archiduque Cárlos Salvador y la archiduquesa Inmaculada), como los de doña Blanca, veian con gusto cimentarse más y más aquella mútua simpatía que acercaba á dos personas tan dignas de unir sus destinos y en las cuales todo iba de acuerdo, lo mismo el nacimiento que lo proporcionado de la edad, lo cristiano de la educacion y lo religioso de los sentimientos, que los gustos modestos y las virtudes domésticas.

Al Duque de Madrid complacíale además especialmente la circunstancia de ser el joven Archiduque un soldado en el más completo y noble sentido de esta palabra, apasionado por su profesion, distinguidísimo en ella y poseído del deseo de consagrarla su vida; pues no ocultaba el archiduque Leopoldo que si algun dia se casaba, la compañera de su existencia habria de tener la abnegacion de sujetarse á ser la esposa de un oficial al mismo tiempo que de un príncipe, y de seguirle en todas las guarniciones á donde le llamasen los deberes de su carrera.

La infanta D.ª Blanca, lejos de amedrentarse ante la perspectiva de pasar la juventud en el cumplimiento de austeros deberes mejor que en la molicie de una Corte, ha visto en ello una prueba más de las sólidas cualidades que distinguen al archiduque Leopoldo, y le ha aceptado con júbilo.



VISTA DE TRENTO (CUADRO DE BARTOLOMÉ BEZZI)

Como el matrimonio no ha de verificarse hasta que termine el archiduque Leopoldo Salvador sus estudios de la Escuela de Guerra, para entonces se aplazan todos los solemnes preparativos y los regalos de los augustos parientes de los desposados.

Doña Blanca nació en Gratz el 7 de Setiembre de 1868, el mismo año en que se derrumbó el trono de doña Isabel.

La educacion de la Infanta comenzó en el convento del Sagrado Corazon, en Pau. Tenia seis años cuando fué conducida á las Provincias Vascongadas con su hermano don Jaime: este viaje, cuyo recuerdo ha guardado D.ª Blanca en su corazon, ha sido el gran suceso de su vida, y él solo constituye toda su infancia.

Continuó despues su educacion en Paris, siempre en el Instituto del Sagrado Corazon.

Por aquel tiempo la confirmó Leon XIII en presencia de los augustos Duques de Madrid.

Cuando D. Cárlos fué expulsado de Francia, siguióle su familia, terminando D.ª Blanca su educacion en el Sagrado Corazon de Florencia. Al abandonar el convento, tuvo ocasion de desplegar su valor moral y físico, que causó la admiracion de todos, á la cabecera de su hermano D. Jaime, gravemente enfermo en Munich.

La Infanta habla diversas lenguas; está muy instruida, y cultiva las artes. No obstante su angelical dulzura, tiene un alma fuerte y vigorosa.

Su enlace con la Casa de Austria estrechará los lazos que unen á D. Cárlos, cuya madre es una Archiduquesa, con la familia del emperador Francisco José.

El cardenal Lavigerie en Milan.—Nuestro grabado muestra el aspecto de la iglesia de San Estéban de Milan durante la conferencia predicada por el ilustre purpurado contra la esclavitud. El templo, que es muy espacioso, no podia contener la muchedumbre, que subia á 6,000 personas, entre las cuales hallábanse Mons. Calabiana, arzobispo de Milan, Mons. Nicora, obispo de Como, y el comendador Negri, alcalde. La inspirada y elocuente palabra del Cardenal produjo gran impresion en su auditorio; S. Ema. concluyó con estas palabras: «Hé aquí, Señor, expuesta delante de vuestros altares la última súplica del humilde sucesor de san Agustin: para los esclavos negros de Africa os pido la vida, la libertad, el fin de sus tormentos; para los pueblos de Europa y los hijos de san Ambrosio y san Cárlos Borromeo, paz, paz, paz!»

Despues de la Conferencia, que duró hora y media, los jóvenes del Círculo católico hicieron una cuestacion que subió á 3,600 liras. Otras cantidades fueron puestas directamente en manos del Cardenal, siendo de notar una de 1,000 pesetas entregada por un caballero desconocido.

Jacquistas y Boulangeristas, ó la lucha de los carteles en Paris.—Título de comedia parece el precedente, y cierto ha sido una comedia como ninguna, con sus ribetes de tragedia, la lucha electoral empeñada en Paris entre los partidarios de un tal Mr. Jacques y los del ex-general Boulanger. Preludio y nota dominante de la eleccion, que dió el triunfo á Boulanger,—y que hizo del 27 de Enero un dia agitadísimo, febril y bulliciosísimo,—fué la lucha entre los fijadores de carteles conteniendo el nombre de uno de los contendientes, junto con frases lacónicas, sátiras punzantes, mútuos insultos, con que uno y otro se despachaban á su gusto, prometiendo á la vez al pueblo bobalicon toda clase de venturas. Más de dos mil hombres se dedicaban sin descanso á la fijacion de dichos carteles, é iban organizados militarmente y mandados por capataces. Cada candidato tenia organizado un servicio especial de policía para averiguar qué hacia su contrario. Calculóse en dos millones el número de los carteles fijados en Paris. La casi totalidad de los edificios públicos aparecieron cubiertos hasta el piso principal de espesas capas de papel de diferentes colores. Unos curiosos tuvieron la ocurrencia de arrancar de los muros de la Bolsa un pedazo de la gruesísima capa de carteles que los cubrian, y vieron que para formarla habian tenido que pegar unos sobre otros hasta ochenta y siete carteles electorales. Segun cálculos aproximados, Jacques y Boulanger han debido gastar medio millon de francos, en la proporcion de un tercio el primero, y los otros dos tercios el segundo. Resultado final de tanta jarana y de tanto derroche: que Boulanger pudo más que Jacques, siendo elegido por más de 50,000 votos de mayoría. Y luego... se salvó la patria, y lo que fuere sonará.

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

III

En ningun pueblo arraigó la fe como en España, y en ninguna nacion propagóse tan pronto el Cristianismo como en nuestra patria. Aquella frase memorable de Tertuliano que dijo de los primeros cristianos: «Somos de ayer y lo llenamos todo,» parece que se escribió para nuestros padres, que recibieron la buena nueva con el corazon abierto y la inteligencia rendida. El bendito Pilar de Zaragoza, donde puso sus plantas la Vírgen Madre; las predicaciones de san Pablo y Santiago; las Sillas episcopales fundadas por los siete varones apostólicos que conquistaron para Cristo toda la Península; la sangre derramada por innumerables Mártires y que servia de abono á la semilla evangélica, parecida al grano de mostaza de la parábola; los cantos de Prudencio, que fué nuestro poeta religioso; la santidad de Eugenio, primer arzobispo de Toledo; y la ciencia del gran Osio, obispo de Córdoba y presidente del Concilio de Nicea, prueban palmaria y elocuentemente los triunfos alcanzados por el Cristianismo entre nosotros allá en los primeros siglos de nuestra Era.

Mas como el mal todo lo invade y el vicio todo lo corrompe, á la aparicion del Cristianismo surgieron bien pronto los cismas y las herejías; poniéndose sus fautores en frente de los sucesores de los Apóstoles. Entre los más entusiastas propagadores del error, ninguno como Arrio, de Alejandría, que enseñaba que el Verbo divino no era igual, ni consubstancial, ni coeterno con el Padre. Su doctrina fué anatematizada por el concilio Niceno, y sus libros fueron mandados quemar por el emperador Constantino. Mas la Iglesia no se vió libre de esta herejía durante tres siglos, y extendida por todas partes, hubo un dia en el que, como dice san Jerónimo, «asombróse el mundo de verse arriano.»

En España tomaron gran cuerpo los errores de Arrio, más por las imposiciones de los poderes civiles, que por las simpatías que inspiraban al pueblo; por lo que el Turonense cuenta que al volver á Francia los Legados de Chilperico, afirmaron la fe de los españoles diciendo que la guardaban con pureza á pesar de las creencias de los godos: *Christiani, qui nunc apud Hispanias commorantur, catholicam fidem integre servant.*

El rey godo infatigable protector de la secta, más que ningun otro, fué sin disputa Leovigildo, padre de Recaredo y de san Hermenegildo. Y aquí entramos ya de lleno en la historia del Concilio III de Toledo.

Asoció aquel Monarca poderoso á la gobernacion del Estado, cual era costumbre en su tiempo, á sus dos hijos, dándole á Hermenegildo el gobierno de Andalucía, y á Recaredo el de Aragon y las provincias celtíberas. Por los consejos de su deudo el gran san Leandro, arzobispo de Sevilla, y de su mujer la virtuosa Ingunda, convirtióse aquél al Catolicismo, sufriendo como consecuencia de esto horrorosa persecucion por parte de su padre, que le mandó quitar inhumanamente la vida.

A los méritos de este mártir gloriosísimo, elevado á los altares, atribuye san Gregorio la conversion de los godos.

Muerto Leovigildo, sucedióle en el trono Recaredo, á quien por su conversion al Catolicismo abjurando los errores arrianos en el concilio III de Toledo, se le ha llamado el Constantino español, pues su semejanza con éste, que dejó el paganismo por el Cristianismo y presidió el Concilio I de Nicea, es manifiesta. Los buenos oficios de san Leandro produjeron esta conversion, y á los pocos dias de la muerte de su padre, realizóse ésta, como el mismo Recaredo expresa, diciendo á los Padres de Toledo: *Non multos post decessum genitoris nostri dies.*

Este número de dias lo hace ascender el Biclarense á diez meses: *Primo regni sui anno mense decimo Catholicus Deo juvante efficitur.* Y habiendo empezado á reinar en Abril de 586, se infiere que la conversion tuvo lugar en el mes de Enero del año siguiente. Dice Fregedario que el Rey recibió las aguas bautismales sin aparato, sin ostentacion y sin solemnidad, y que despues congregó á todos los godos arrianos en Toledo, y mandando reunir los libros de la secta en una casa de la misma poblacion ordenó que se la pegase fuego, apagando de este modo el que habia encendido con tan mala doctrina.

No debe confundirse esta junta con el Concilio III, como oportunamente hace notar el ya citado Florez, pues el Concilio congregóse en el año cuarto del reinado de Recaredo y tercero de la muerte de Leovigido, y la junta se celebró en el año primero de la monarquía del Rey converso.

No se contentó Recaredo con unirse á la Iglesia, sino que mandó restituir á esta cuantos bienes le habian arrebatado los arrianos, como dice uno de los Cronicones de la época: *Aliena a prædecessoribus direpta et fisco sociata, placabiliter restituit.* Y añade san Isidoro que fundó y dotó muchas iglesias y conventos: *Ecclesiarum et Monasteriorum conditor et ditator efficitur.*

Todos los Prelados desterrados de sus diócesis fueron restituidos á sus Sillas, y los Obispos arrianos expulsados de ellas.

Hase dicho por algunos que la conversion de los godos debe atribuirse á la solicitud pastoral del Papa san Gregorio Magno, pero dicha creencia está completamente destituida de fundamento, si tenemos en cuenta, entre otras razones, que á los quince meses de haberse celebrado el tercer Concilio de Toledo fué cuando empezó su pontificado el antedicho Papa.

Quien ejerció su influencia valiosísima, así para la realizacion de este suceso memorable, como para la convocacion del Concilio de Toledo, fué el gran san Leandro, obispo de Sevilla. De la misma manera que existen familias de oradores, de poetas y de literatos, hay tambien familias de santos. Y así como los hermanos Macabeos fueron los héroes de Israel, y los Gracos los grandes tribunos de Roma, los hijos de Severiano, gobernador de Cartagena, y de su esposa Turtura, fueron los santos ilustres de la época gótica. San Leandro, obispo de la Bética, como entonces se llamaba á la region andaluza; san Isidoro, el Doctor de las Españas, como se le ha apodado, y el hombre más sabio de su siglo; san Fulgencio, insigne prelado de la Iglesia hispánica; y santa Florentina, virtuosa abadesa de un convento de religiosas, hé aquí los cuatro hermanos consagrados al servicio de Dios, y que iluminaron con su ciencia y con sus obras el ciclo histórico á que nos venimos contrayendo. El mayor de éstos, san Leandro, que tanto predominio tuvo sobre sus contemporáneos, escribíale á Recaredo, de quien era pariente en próximo grado, á raíz de su conversion, diciéndole estas frases: «Sobrino y señor: La union de los vasallos en la Religion católica es el único medio para establecer y conservar la Monarquía. Mas para esto conviene que se dén luego prontas providencias para la celebracion de un Concilio á que deban concurrir las principales personas de ambos estados, eclesiástico y secular, para confesar en nombre de todo el Reino y de la Iglesia la santa Fe católica, y abjurar públicamente la secta arriana. Con tan autorizada concurrencia se pone freno á toda persona particular, sólo con que el Catolicismo se vea amparado y seguido del Rey.»

El ánimo de Recaredo, propicio á esta empresa, y los prudentes consejos de su tio san Leandro, movióronle á convocar el Concilio III de Toledo, que se reunió el dia 4 de Mayo del año 589 de la Era cristiana.

Los Códices de Toledo, con el Lucense, Vigilano, Hispalense y Biclarense, unánimemente señalan la fecha apuntada para la celebracion del

Concilio, sin que en contra de esta opinion valga la de Loaysa, que equivocadamente lo supone reunido dos años despues.

(Se continuará)

José Ruiz de Ahumada.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

La oracion de la infanta D.ª Blanca.—Subvenciones para comediantes

El Parnaso español se ha enriquecido con una nueva y esclarecida poetisa que se nos ha revelado con todos los encantos de la virtud, de la belleza, de la juventud y de la fortuna.

La princesa D.ª Blanca, hija de los augustos Duques de Madrid, es este nuevo regocijo de la musa cristiana, consuelo de los tristes y dispensadora de la santa resignacion, compañera de las almas que suspiran desde la soledad del destierro por la hermosa luz del cielo de la patria.

Desde hace muchos años tiene la egregia Infanta en su cuarto una pintura en pergamino de la Vírgen más popular de España, que es la del Pilar de Zaragoza, y debajo de la sagrada efigie ha escrito con su propia mano, de blancura y pureza colombinas, la siguiente *Oracion:*

Bendita tierra española,
Madre mia celestial,
que ha merecido ella sola
tenerte en carne mortal.

Como bajaste á aquel suelo,
desciende á mi corazon;
mas no te vuelvas al cielo
dejándome en afliccion.

Oye el grito que me arranca
la sed de tenerte en mí:
¡Haz del alma de tu Blanca
nuevo Pilar para Tí!

No salgas, Vírgen María,
de mi corazon jamás,
que estando en el alma mia,
dentro de tu España estás!

Ciertamente, y digan lo que quieran en contra los Aristarcos liberales, esos renglones cortos, dedicados á la Vírgen del Pilar por la infanta doña Blanca, son toda una poesía.

Y, cuando menos, la última redondilla es de aquellas que reunen las condiciones de «sentir hondo» y «pensar profundo» que los preceptistas exigen al poeta para que lo sea de verdad.

Y si la poesía, derechamente hablando, no es la rima ni la diccion, sino el pensamiento y el sentimiento, difícilmente podrán expresarse con mayor pureza afectos más tiernos, religiosos y melancólicos, que los que se expresan en esas cuatro redondillas que constituyen una de las jaculatorias más originales y más bien sentidas, singularmente cuando están destinadas á presentar al Altísimo los votos de un proscripto.

Imagínese á la princesa D.ª Blanca, dotada de peregrina hermosura, arrodillada ante la estampa de la Vírgen del Pilar, la escultural cabeza poblada de lucientes cabellos, prosternada, cruzadas las manos sobre el virgíneo seno, pronunciando lenta y melancólicamente esa oracion en que al amor de Dios y al de la patria se consagran conceptos tan fervorosos y valientes: imagínese la entonacion con que la excelsa Infanta pedirá á la Vírgen «que oiga el grito que le arranca la sed de tenerla en su alma, nuevo Pilar que la ofrece para que le sirva de escabel: el ardiente amor con que le pide que no salga jamás de su corazon, pues estando dentro de él está dentro de su España;» y dígase si en el destierro, escenario de las desgracias augustas, pudo representarse nunca idilio más encantador, más delicado, más deliciosamente saturado de tanta poesía. Sólo en las obras de Sakspeare se encuentra algun tipo de princesa que quiere parecerse á éste; pero la ficcion, con todos los destellos de belleza pródigamente derramados por el genio del gran poeta inglés, no llega á esta hermosa realidad que, por simbolizar lo que simboliza, nos pertenece.

Algunos periódicos liberales, sin señalar sus defectos, han criticado áspera y desabridamente la poesía de la infanta D.ª Blanca, sin acordarse para nada de la uncion religiosa y del grato perfume de patriotismo que despide. ¡Qué se le ha de hacer! Aunque la virtud, la inocencia y la bondad son madera dura, no faltarán nunca gusanos que la muerdan...

Pero todas las críticas de pacotilla que se han producido contra los versos de la angelical Infanta, pueden resumirse en esta pregunta casi feroz de *El País:*

—¿Se puede aplaudir á una hija de don Cárlos?

Y hé ahí la crema, las quintas esencias de la razon de la crítica de gacetilla al uso.

De manera que si se supiera á ciencia cierta que Cervantes es uno de los ascendientes de don Cárlos, todavía habíamos de ver quemado el *Don Quijote* en las plazas públicas, como hemos visto quemado el Concordato.

Detengámonos para saludar con un descomunal bostezo á un progreso que predica tan mal y da trigo tan averiado.

En uno de los últimos Consejos de ministros acordaron nuestros paternales tutores auxiliar al teatro *Español* con un grueso donativo, no para favorecer el recto desarrollo del arte dramático, sino para que no se mueran de hambre los comediantes que están pereciendo, como el resto de los españoles que no desempeñan cargos oficiales.

Todos los años, despues de las fiestas de Navidad, se pone sobre el tapete, como dice el vulgo político, esta cuestion, y todos los años saca alguna raja el teatro *Español* del socorrido melon del Tesoro.

Este asunto debe considerarse bajo numerosos aspectos.

El primero y principal de todos es, á no dudarlo, la espantosa penuria de nuestra Hacienda, la cual tiene en descubierto muchos y muy importantes servicios, entre ellos algunos que dicen relacion con la Beneficencia y la Sanidad.

En un país donde un maestro de instruccion primaria ha tenido que sentar plaza de barrendero en esta Corte; donde los templos están desmantelados, no pudiéndose en muchos celebrar el culto divino; donde los hospitales, por regla general, son mataderos humanos, y donde hay casas de maternidad en que una sola nodriza amamanta á cuatro ó cinco pobres niños, sin contar con las que se han cerrado por haber muerto en el mayor desamparo todos los expósitos; en un país así administrado y regido, digo, subvencionar á una compañía de comediantes es un insulto que se infiere á la humanidad y al pudor y un espantoso vegigatorio que se aplica á la moral pública.

Luego, aparte de las razones expuestas, no faltan otras que ponen de realce lo odioso del privilegio.

En el teatro *Español* hay una malísima compañía de actores, entre los cuales sólo merece el nombre de tal su director D. Antonio Vico.

En lo que va de temporada sólo ha estrenado una obra esa compañía, con tan mala fortuna, que ha sido un fracaso redondo.

Y, segun se dice, no tiene en cartera más que una obra de su autor favorito, el Sr. Echegaray, desahuciado por el público, de tal forma que sus comedias bien puede decirse que no son más que flores de la noche de su estreno.

Y si fueran otra cosa ¿se necesitarían subvenciones? La lógica, que es inexorable, discurre así y no puede discurrir de otra manera.

De suerte que un Gobierno que tolera el teatro inmoral y chanflon, no sólo le deja correr á rienda suelta sin enfrenarle con una prudente censura, en todos los pueblos cultos ejercida, sino que además le alienta y estimula con subvenciones; único resorte que impide que sucumba por anemia, que es el castigo á que le ha condenado el sentimiento público, harto de sus insulseces, moharrachadas y obscenidades.

¿Puede cifrar en esto su gloria el Sr. Echegaray? Cuando ve que despues de la noche del estreno de sus obras, en que la alabarda se excede á sí misma, los dias subsiguientes está la sala desierta, porque no acude más gente que la de convite, ¿no acaba de convencerse de que no es que se niegue su talento, sino que lo que se rechaza es su género, su arte detestable, digno de ser sepultado bajo siete estadios de tierra? ¿No ve claro, como la luz meridiana, que aunque sus obras se representan 20 ó 30 noches, las empresas se arruinan y tienen que echarse á pedir limosna, privando á los desgraciados y á seres más útiles que los comediantes de los recursos que éstos se llevan?

Muy ciego debe de estar el Sr. Echegaray cuando no ve esto y cuando se empeña en navegar contra viento y marea, sin respetar los gustos del público, hastiado ya de todos los estragos teatrales.

Cuanto á los poderes que son cómplices de este órden de cosas tan dislocado y malsano, ¡cuántas cuentas tienen que dar á Dios por su torpe conducta! Pero ¡ay! que de esto se rien, porque habiendo desterrado á Dios del Estado, creen los infelices que Dios no existe... y sin embargo Dios los visitará, como visita á todos sus deudores para cobrarles lo que le deben.

Lupercio

Madrid, 12 de Febrero.

EL MATERIALISMO

II

Fácilmente se demuestra, contra el dogma primero del materialismo, la existencia de substancias espirituales. Desde luego, los materialistas no tienen concepto exacto de la substancia.

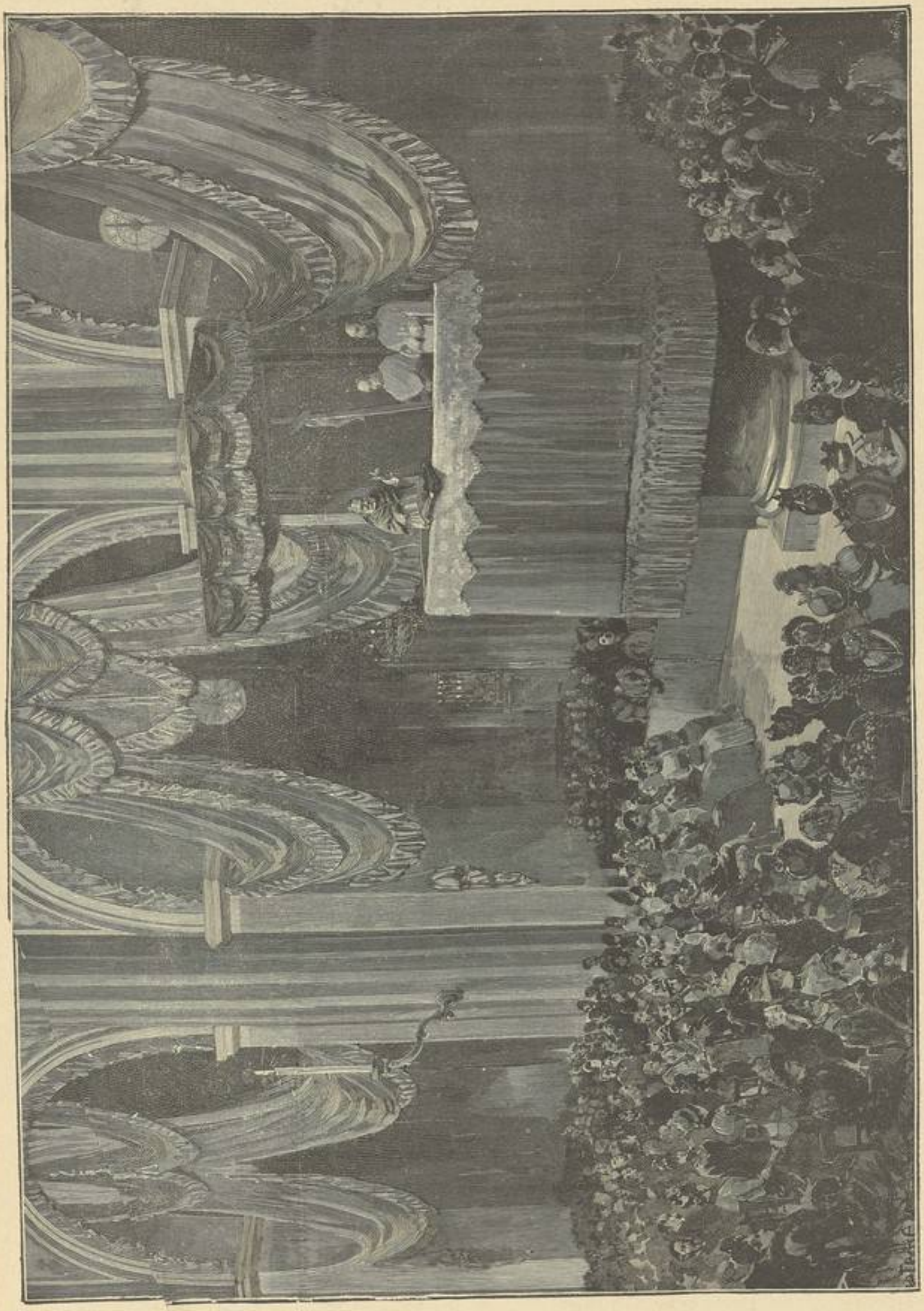
Ens per se subsistens, vel stans, ente que por sí subsiste ó está. Verdaderamente puede un sér subsistir ó estar por sí de dos maneras: absoluta y relativamente. El sér que absolutamente existe por sí, porque lleva en sí mismo la razon de su propia existencia, porque de ningun otro depende, ni á nadie debe su *aseidad*, pues en esto precisamente consiste dicha prerogativa, es único, necesario, absoluto, infinito, perfectísimo, Dios en una palabra; pero, además de este Sér de los seres, el único que ha podido decir de sí mismo: *Ego sum qui sum*, existen otros seres que subsisten relativamente, puesto que han sido creados por Dios y no son absolutamente independientes, sino que despues de haber salido de manos de su Hacedor llevan en sí mismos condiciones de propia subsistencia, puesto que no necesitan adherirse á otro sér como á su propio sujeto para existir, y tales substancias son las criaturas. Cuando los materialistas, pues, consideran a la

S. A. D.ª BLANCA DE BORBON

HIJA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

S. A. LEOPOLDO SALVADOR

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA



CONFERENCIA PREDICADA EN LA IGLESIA DE SAN ESTEBAN DE MILAN POR EL CARDENAL LAVIGERIE, PRIMADO DE ÁFRICA

materia como infinita, eterna, necesaria, etcétera, etc., confunden lo absoluto con lo relativo, lo necesario con lo contingente, lo eterno con lo temporal, y lo infinito con lo finito, demostrando á la vez que no tienen concepto claro de la substancia. Bien comprendida la idea de substancia, nada más sencillo que demostrar la existencia de substancias espirituales, fundándose en las consideraciones siguientes:

a) Todo sér contingente supone un sér necesario. Es así que los seres materiales todos que conocemos son contingentes, porque ninguno lleva en sí mismo la razon de su propia existencia, porque aparecen, cambian y dessaparecen. Luego existe un sér necesario que no puede ser material.

b) En la série de causas y efectos, que descubrimos en la naturaleza, encadénanse perfectamente unos hechos con otros de manera que el cuarto, por ejemplo, se explica por el tercero, el tercero por el segundo, el segundo por el primero, y así sucesivamente; pero una de dos: ó renunciamos á toda explicacion concluyente y satisfactoria, encerrándonos en la série indefinida, que nada aclara; ó tenemos que admitir una primera causa que por ser inmaterial y absoluta no depende de ninguna otra, antes bien sea el primer anillo de la cadena, que todo lo sostenga y explique.

c) Si no admitimos substancias inmateriales, el hombre y hasta el animal son verdaderos misterios incomprensibles é inexplicables. Efectivamente, la conciencia nos dice que existen en nuestra mente actos simples, cuya unidad, identidad y simultaneidad, aun tratándose de los más opuestos y hasta contradictorios, excluyen toda clase de contradiccion: tal sucede continuamente con nuestras ideas y voliciones. Tenemos percepcion completa y clara de todas ellas, y todo el mundo se reiria del que aplicase á estos actos inorgánicos las propiedades de los actos físicos y orgánicos, diciendo, por ejemplo, media idea, un cuarto de pensamiento, conceptos voluminosos, recuerdos amarillos, resoluciones redondas, etcétera, etc., porque los repugna toda composicion física, toda extension, toda divisibilidad, la materialidad, en una palabra. Es así que el acto no puede ser de superior naturaleza, más excelente que el principio ó sujeto que lo produce; luego los actos intelectuales y volitivos, que son inmateriales y simples, suponen la existencia en nosotros de un sujeto inmaterial y simple tambien, que es el alma, y sin el cual la inteligencia y voluntad humanas son incomprensibles é inexplicables.

d) Las mismas potencias orgánico-sensitivas prueban la existencia de substancias simples y espirituales. En prueba de ello, léase lo que á este propósito dice el Cardenal de la Lucerna (1):

«No solamente conocemos nuestras sensaciones, no solamente reflexionamos acerca de los datos que nos presentan; sino que comparamos las unas con las otras. Yo experimento á la vez diversas sensaciones: algunas veces me las produce un mismo objeto. Veo, gusto y toco á la vez un manjar; oigo y toco un instrumento. Otras veces son diferentes objetos los que impresionan á mis diversos sentidos. Oigo la música á la vez que las voces de los que cantan, mientras siento el calor del fuego, percibo un olor y cómo una fruta. Discierno perfectamente estas sensaciones diversas, las comparo, juzgo cuál me afecta más vivamente y cuál de manera más agradable; prefiero aquella á ésta y la escojo. Ahora bien, este *yo* que compara las distintas sensaciones, es indudablemente un sujeto simple; porque si fuese compuesto recibiria en diferentes puntos las variadas sensaciones que le transmite cada sentido. Los nervios visuales llevarian á una parte las impresiones de la vista, los auditivos á otra parte las impresiones del oido, y así los demás. Pero si fuesen las diversas partes del órgano físico, del cerebro por ejemplo, las que reciben cada una por su lado la sensacion, ¿cómo aproximarlas quien hace la comparacion? La comparacion exige un comparador, el juicio un sujeto único que juzgue. Luego tales actos no pueden realizarse sin que las sensaciones se concentren en un sér simple.»

Este principio activo, único, idéntico, simple, inmaterial é inteligente es el alma, y á tales substancias damos el nombre de espíritus; luego el materialismo, que niega su existencia, es doctrina errónea y absurda.

(Se continuará).

(1) *Dissert. sur la spirit. de l'âme*, pág. 83.

LOS DOS VIAJEROS

VI

Transcurrieron algunas semanas. Roberto mostraba deseos de ir á llenar el cargo que habia aceptado. Por grandes que fuesen las satisfacciones que gustaba en el seno de aquella familia tan simpática y querida, un sentimiento de delicadeza le impedia aceptar por más tiempo su hospitalidad. Los señores de Mesnil y hasta el mismo Héctor parecian respetar su intento, y en la antevíspera del dia fijado para su marcha, Héctor convidó á su amigo á un paseo á la montaña para despedirse de los lugares que les eran predilectos.

Partieron, pues, al amanecer de un hermoso dia de otoño, melancólico y sereno, cuando el alba bañaba apenas de suave luz los picos más encumbrados. Los dos amigos anduvieron errantes todo el dia, deteniéndose, ora en alguna meseta desde donde se descubria el vasto anfiteatro de las montañas dominando la fértil llanura, y dominadas á su vez por el blanco fantasma de los inmóviles ventisqueros; ora en alguna capilla tallada en la roca, en donde alguna mano piadosa habia colocado una imágen de la Vírgen, á cuyos piés un pastor ó un caminante habíale ofrecido algunas matas de genciana.

Hácia el medio dia entraron en una pequeña granja, cuyos moradores les recibieron con agasajo y les presentaron queso, pan de centeno, y un poco de vino guardado para ciertos dias. Despues descendieron lentamente las montañas, y se detuvieron al fin en una cañada, lugar frecuente de sus excursiones. Sentáronse; Héctor tomó la mano de Roberto, y dijo:

—Con que ¿te has propuesto dejarnos?

—Ya sabes que así conviene.

—Y ¿has podido imaginarte que nosotros consentiríamos?

—Duéleme en el alma tener que abandonar tan amada compañía, amigo mio, pero ¿cómo remediarlo?... No obstante, si algun dia encontrase un empleo que me permitiese acercarme á tí, ya puedes adivinar cuán feliz me haria esto.

—Pues bien, el empleo lo hemos encontrado, y á menos que no estés bien en nuestra compañía, todo está ya arreglado.

—¡No estar bien á tu lado, Héctor!... No vuelvas á proferir tales palabras... pero, explícate.

Héctor sacó un papel de su faltriquera y lo alargó á Roberto.

—¡Cómo!—exclamó éste despues de leer su contenido,—¿qué significa esto? ¡Yo apoderado de la casa de comercio de tu tio!... ¡Sueñas! ¿y los fondos?...

Héctor puso la mano en el hombro de su amigo, y le dijo con acento conmovido:

—¿No querrás aceptar á mi padre por acreedor?... Hemos escogido este medio como el único para fijarte entre nosotros; hemos extendido esta escritura, y esperamos que no nos darás el disgusto de negarte á continuar tu firma al pié de la misma.

—¡Pero un beneficio tan grande!...

—¿Existe esta palabra en amistad? ¿Quieres echar á perder nuestra dicha? Escucha, Roberto; mi tio te pondrá al corriente de sus asuntos; en pocas semanas sabrás tanto como él, y dentro pocos años habrás podido reembolsar la suma de adquisicion. Todavía más: mi tio tiene una hija amable, piadosa, tierna, que seria una excelente esposa... Con que, ya ves; queremos encadenarte aquí junto á nosotros, y no querrás tú oponerte á nuestra felicidad ni á la tuya...

La mano de Roberto temblaba en las de su amigo. Por fin, exclamó con voz entrecortada por las lágrimas:

—¡Eso es demasiado!... es un exceso de cariño, de bondad, amigo mio, hermano mio!...

—¿Consientes? ¿consientes?—repuso Héctor riendo;—¿no eres libre?

—Haced de mí lo que bien os pareciere, mis buenos amigos... ¡Dios mio, cuán grande es vuestra bondad!

—¡Sí, Dios es bueno!—exclamó Héctor.—¿Quién mejor que yo puede decirlo?... Mas bajemos, pues la noche se nos viene encima.

Comenzaron á descender, pero á medida que se acercaban al valle, la temperatura refrescó notablemente y comenzó á caer una lluvia helada, contra la cual no se resguardaron, llegando consiguientemente á su casa enteramente mojados; Héctor, lleno de un buen humor que no le era habitual, y Roberto entregado á una dulce meditacion, en la cual se confundian la imágen paternal de Dios, el pensamiento de sus amigos tan buenos y tan tiernos, y las lejanas perspectivas de bienandanza que le ofrecia el porvenir...

Al verles el Sr. de Mesnil, exclamó:

—¡Y bien! ¿Héctor?

—¡Padre mio, se queda!

—¡Ah! loado sea Dios!... ¡A la mesa, hijos mios! Vamos á llevar tan feliz nueva á vuestra madre.

VII

A la mañana siguiente, cuando iba á levantarse de la cama, apoderóse de Roberto una extraña indisposicion, y su cabeza pesada y ardiente volvió á caer sobre la almohada. Su respiracion parecia algo dificultosa, y sentia en el pecho un dolor muy vivo. En vano probó de poner los piés en el suelo, y despues de luchar una hora con aquel imprevisto sufrimiento, vióse obligado á llamar á Héctor, que al punto acudió con su padre. El Sr. de Mesnil, despues de examinar al enfermo, fué á buscar sus lancetas, y su aspecto parecia intranquilo. Siguióle su hijo y le preguntó:

—Padre, ¿es cosa de cuidado?

—Temo, temo... Tiene una fluxion de pecho... Esa lluvia de ayer tarde... Vuelve al lado de Roberto, y haz que no se desabrigue.

El Sr. de Mesnil dió á Roberto una sangría, que no produjo resultado. El pecho fué cargándose más y más, siendo infructuosos los remedios que se le aplicaban. Transcurrieron muchos dias llenos de mortal angustia para aquella familia, que se veia herida en el hijo que habia adoptado. La Sra. de Mesnil lloraba como si hubiese visto la muerte suspendida sobre la cabeza de su propio hijo. Su esposo iba siempre con la frente sombría, del aposento de Roberto á su biblioteca, del lecho del enfermo á los libros de una ciencia

al parecer impotente. Héctor no se separaba un momento de la cabecera de su amigo; sus ojos no se apartaban de aquel rostro, en el que la vida luchaba con la muerte, más que para fijarlos en el crucifijo, y para pedir al Amigo de Juan y de Lázaro no le quitase aquel amigo querido, próximo á partir.

Una tarde Roberto, que hacia tiempo guardaba silencio, tomó la mano de Héctor, solo en aquel momento con él, y le dijo con voz entrecortada:

—Héctor, díme la verdad, ¿estoy en peligro?... ¿he de morir?

A estas palabras, sucumbieron las fuerzas del joven; su angustiado corazon rompió en sollozos, y regó con lágrimas las más amargas la mano de su amigo moribundo.

—Basta,—repuso éste;—comprendo. Querido Héctor, ¿por qué te afliges? ¿no es Dios que así lo quiere?

—¡Perder á mi hermano, al mejor de mis amigos!... ¡perder esos largos dias de felicidad que habia entrevisto!

—¡Cambiarlos por una felicidad eterna!—exclamó con fuerza Roberto:—lo presentia; Dios no ha querido que gustase una dicha que, pobre y flaco como soy, sin duda me hubiera alejado de Él. ¡Bendita sea su santa voluntad! Pero el tiempo se precipita, Héctor, y voy á pedirte una última muestra de amistad: anda á buscarme un sacerdote.

Héctor obedeció, lleno de tristeza; y encontrándose con su padre le comunicó el deseo de Roberto.

—Hora es ya, en efecto,—dijo el señor de Mesnil;—ahora venia á advertírselo. Es el último servicio que podemos prestar á un amigo cristiano.

Una hora despues un sacerdote se disponia á administrar al enfermo los últimos consuelos de la Religion. En el rostro del moribundo estaba impresa una paz sobrehumana. Toda la familia rodeaba el lecho de muerte de aquel joven, herido en medio de su reciente felicidad. Héctor ocultaba el rostro; una revolucion interior agitaba su alma; lloraba á su amigo, lloraba la dicha esperada, y lloraba por sí mismo que iba á verse separado del hermano, del amado compañero que Dios le habia deparado.

La ceremonia religiosa terminó en medio de un profundo recogimiento. Cuando Roberto hubo terminado su accion de gracias, preguntó:

—¿En dónde está Héctor? Quisiera hablarle.

Héctor se arrodilló cerca del lecho, y besó y apretó la mano moribunda que buscaba la suya.

—Héctor, ¡no puedo verte! mis ojos están velados como antes... es la noche... la noche que comienza... pero despues de la noche lucirá el dia... ¿Por qué lloras, querido Héctor? tu dolor me perturba... ¿Por qué suspirar por la dicha terrena?.. la eternidad nos aguarda... la paz, el amor, la alegria sin fin... La muerte es ganancia... Héctor, somete tu voluntad, y dí: Señor, ¡hágase como Vos quereis!... No me niegues este último consuelo...

Su voz espirante no pudo más. Héctor vaciló... Al fin, con voz tan quebrantada como la de su amigo, exclamó humildemente:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—¡Y bendita sea para siempre!—continuó Roberto con voz casi imperceptible.—Tus buenos padres... vive para ellos... paz... bendicion á vosotros todos... Dios mio, perdonadme... recibidme... Vos me llamais... á la felicidad del cielo...

Esta fué su última palabra.

MATILDE BOURDON

LA MÁRTIR CORDOBESA

I

CÓRDOBA, la bella ciudad rodeada de jardines y monumentos, Corte suntuosísima un dia de los reyes moros rival de Granada, y como la perla del Albaicin enriquecida con todos los primores del arte árabe, Córdoba repetimos, la feliz region de hermoso clima y encantados vergeles, que la turba infiel considerara en remotas épocas como anticipado paraíso que les ofreciera su falso profeta, en su brillante historia antigua consigna páginas llenas de deslumbradora luz, salvando de las tinieblas del olvido los preclaros nombres de san Eulogio, de la Mártir cordobesa que nos inspira el presente trabajo, y el de la piadosa princesa D.ª María, hija de los insignes Reyes católicos, al par de la numerosa falanje de inspirados artistas que eternizaron en mármoles y en lienzos sus místicos arrobamientos, ofreciendo palpable ejemplo de los portentos realizados por la fe en aquellos benditos tiempos de heroicidades y martirios.

No vamos ciertamente á evocar el recuerdo de invencibles guerreros, de insignes proezas, que la historia patria guarda orgullosa en sus anales; no: basta á nuestro intento ofrecer el ejemplo conmovedor de una delicada jóven, hermosa y pura, inmolándose sonriente en holocausto á la dulce religion cristiana, cuando aún la doctrina del Salvador luchaba para abrirse paso entre las tinieblas de la barbarie, creyendo que en estas nefandas épocas de indecision y de lucha por nosotros alcanzados, es justo oponer á la impiedad el poema tiernísimo de la fé, y á la duda que todo lo destruye, los suaves resplandores del más conmovedor heroismo. Cuando los campos están secos, la lluvia los fecundiza; cuando los corazones se agostan al calor de falsas teorías, tambien el cielo envia sobre ellos lluvia de bendicion, simbolizada en esperanzas y recuerdos que con templado impulso les devuelven la perdida calma.

Pero no anticipemos los sucesos que sirven de base á esta verídica historia, y trasladémonos, merced á un esfuerzo de la imaginacion, á mediados del siglo IX, cuando la morisca Córdoba gemia en poder del cruelísimo Mahomad, terror de los cristianos, y á quien la Providencia, siempre sábia en sus designios, enviara al mundo, para que su bárbaro reinado diera ocasion á multiplicados ejemplos de heroismo por parte de los perseguidos cristianos.

Eran aquellos tiempos de terrible prueba: la nueva doctrina aumentaba de dia en dia sus prosélitos, no por medio de la lucha, sino por la conviccion de su misma bondad, y la turba infiel, cada vez más enfurecida, redoblaba sus persecuciones; caian las cabezas de los mártires como débiles espigas ante la hoz del segador, y su sangre, generosamente vertida, fecundizaba la tierra, sembrando en las almas la hermosa semilla de universal amor.

¡Qué abismo tan grande separa aquellos tiempos de los nuestros! Hoy nos ejercitamos en las religiosas prácticas, en medio de nuestras comodidades, sin sacrificio de nuestro bienestar ni de nuestras vidas: entonces los cristianos obraban de diferente manera, predicaban con la palabra, convencian con el ejemplo y sellaban la profesion de su fe, haciendo el sacrificio de sus existencias; resistian el tormento con la sonrisa en los labios, y sus almas puras se transfiguraban luego en la eterna patria, donde reciben preciado galardon todos los sufrimientos de la tierra.

¡Benditos tiempos aquellos en que la Fe obraba milagros y todos los cristianos eran héroes! Hermosa y rica Córdoba, ¡cuán dichosa fuiste los dias en que tu plácido recinto albergaba á la predilecta hija del Señor, cuya ejemplar peregrinacion por el mundo nos disponemos á relatar, ofreciéndola como conmovedor y dulce ejemplo á los modernos tiempos apáticos y descreidos!

II

Gallarda rama de nobilísimo tronco, hermosa flor nacida entre abrojos, casto lirio que prodigaba sus perfumes en medio de una ciudad donde los infieles lo avasallaban todo, así crecia la gentil Columba en la morisca Córdoba, apartada del bullicio, enamorada de la soledad, y alimentando en su pecho la pura llama del amor divino.

Nunca á mujer alguna sentara mejor que á ella el nombre de Paloma, porque ciertamente fué inmaculada su inocencia, como inmaculada es la blancura del ave simbólica cuyo nombre llevara. Sencilla en sus gustos, discreta en el hablar, dulces y castas sus costumbres, la amable doncella viera deslizarse feliz y sosegada su risueña infancia al abrigo paternal, rodeada de todos los dones de la fortuna sin apetecerlos, y buscando siempre en la oracion el místico alimento del alma. Cierto que su noble abolengo le daba derecho para esperar un porvenir de fausto y esplendores, pero en vano suspiraban por su hermosura los más apuestos galanes cordobeses; la sencillez de sus gustos y costumbres alejaban de ella toda idea de ambicion, y su amorosa madre, sabiendo mejor que nadie lo que valia su hija, inútilmente se esforzaba en proponerle ventajosos enlaces: la jóven acogia con indiferencia tan halagüeños proyectos, deseando sólo que la dejaran gozar de su tranquila existencia.

Así las cosas, paseaba un dia la hermosa doncella por el vasto jardin de su casa, triste y pensativa. En vano las rosas le enviaban sus perfumes, sus ardientes rayos el sol, armoniosos cantos las aves: Columba caminaba con los ojos fijos en el suelo, su paso era tardo y fatigada su actitud. ¿Qué pensamientos ocupaban la mente de la jóven? Ella, cuyo ingenio vivo y sutil sabia buscar los encantadores detalles de cuanto á su alrededor se agrupaba, parecia sumida en profundísimas meditaciones, esquivaba maquinalmente el encuentro de los servidores de la casa, dirigiéndose á la parte más solitaria del jardin para sustraerse á las palabras y miradas indiscretas. Sentóse al fin en un banco rústico al que servian de dosel madreselvas y laureles, permaneciendo allí más de una hora, inmóvil y triste, mientras algunas lágrimas enturbiaban el límpido cristal de sus bellos ojos.

Cuando más hondo era su desconsuelo, cuando sus manos blancas como las copas de los lirios, se juntaron en actitud de dulce plegaria, doblándose sus rodillas en el suelo, sus labios murmuraron una plegaria, y el viento de la tarde llevóse entre sus caprichosos giros el plácido eco de la oracion, formulada por la afligida doncella, que los antiguos monjes dirigian al Dios de las misericordias:

Abreme, Señor, las puertas del paraiso, para que vuelva yo á aquella patria donde no se sabe qué es muerte y donde el gozo nunca acaba.

En aquel preciso momento, un paso precipitado resonó no lejos de Columba, y una dama entrada en años, hermosa todavía, enérgica y firme, detúvose ante la triste jóven en actitud de amarga reconvencion.

—¡Columba! exclamó la recien llegada.

—¡Madre mia! balbució la doncella, secando sus lágrimas con rápido ademan.

—¿De este modo correspondes al cariño de tu madre, alejándote de su lado, llorando á solas como si te afligieran las más grandes desventuras? ¡Tú, llamada á ser la más feliz de las mujeres!

—No te enojes, ¡oh madre! pues bien sabes que los halagos del mundo me son indiferentes y sólo deseo la soledad y el retiro.

—¡Nunca, nunca! dos hijos he perdido, Columba, ya lo sabes: Isabel y Martín, que encerrados en sus respectivos monasterios, dejaran desierto y frio nuestro hogar, á no haber crecido tú en él como una planta de bendicion. Tú eres mi suprema esperanza, en tí no debe extinguirse nuestra estirpe, eres bella, tienes talento, un corazon sin hiel, como la paloma cuyo nombre llevas, y justo es que accediendo á mis deseos elijas un marido entre tantos galanes como suspiran por tu hermosura.

—El mundo me fatiga, sus pompas me abruman, y sólo deseo el retiro, donde mi alma se alimenta con las dulzuras del amor más puro.

—¿Monja tambien como Isabel? ¡imposible, tú deliras!

—Dios me llama, madre querida, y el corazon responde á su llamamiento con transportes de gozo.

—No, Dios no puede querer que me abandones, que yo muera de pena, viendo sin hijos y sin calor nuestro hogar.

Cruzó la doncella sus manos en señal de desconsuelo y nada contestó á las palabras de su madre. Esta, cuyo carácter vehemente se hallaba poderosamente excitado ante la pasiva resistencia de su hija, sacudió con energía el brazo de la jóven exclamando:

—Nada de vacilaciones, Columba; responde pronto, decide, no tardará en venir el hijo de Zacarías para saber si aceptas su mano. ¿Qué le respondo?

—Que no le amo, madre mia,—balbució la doncella.

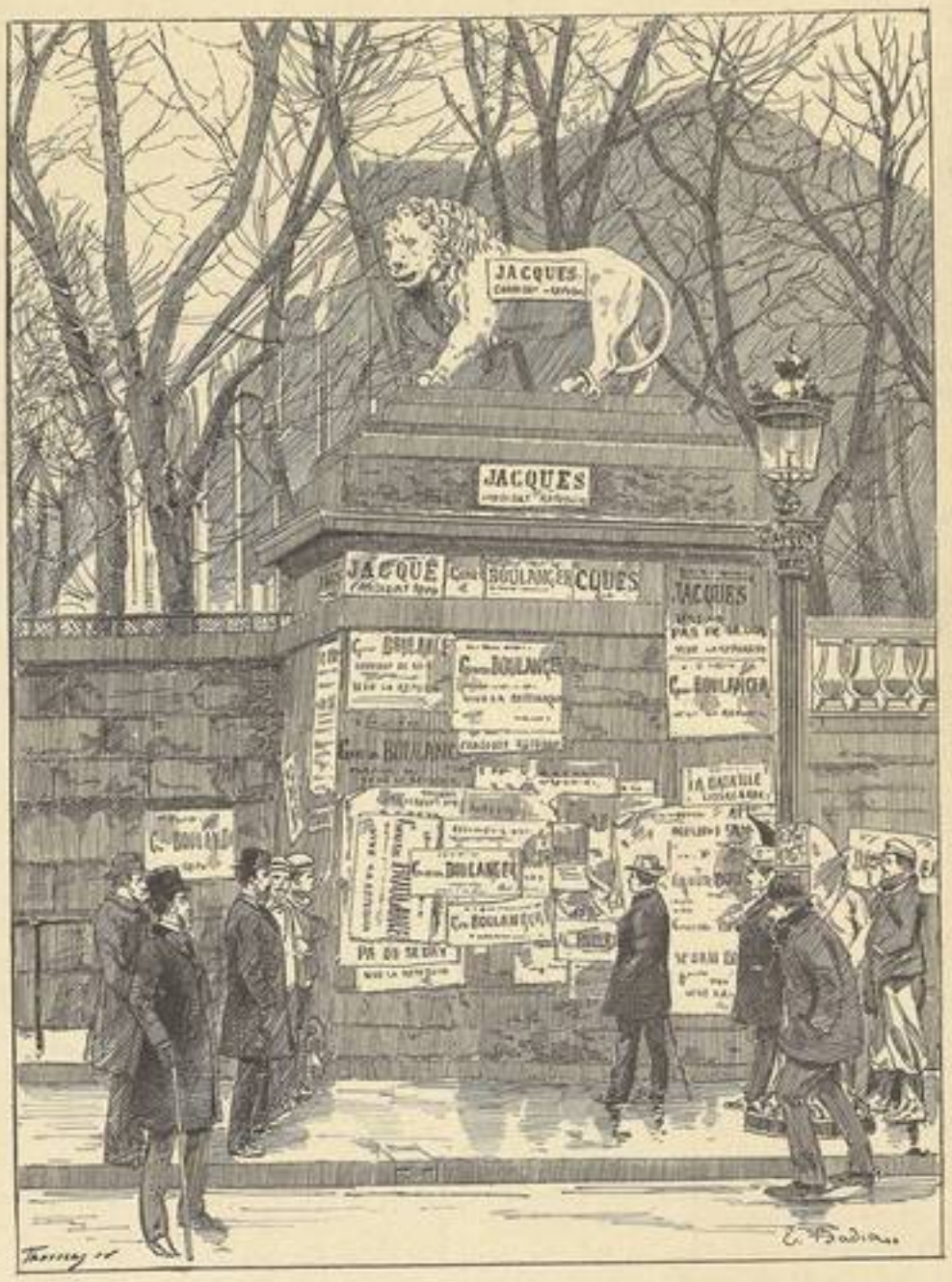
Su madre la miró con verdadero enojo, relumbraron sus ojos con inusitado brillo, dió un paso hácia su hija en ademan amenazador, en tanto que la jóven se inclinaba para recibir el castigo como una flor que dobla su débil tallo á los embates del cierzo; pero la airada mano se detuvo como si un poder superior la detuviera, exclamando con sorda cólera:

—Ya veremos quién vence en la contienda. ¡Ay de tí si causas nuestra desventura, persistiendo en obstinada negativa!

La dama, sin mirar más á la jóven, alejóse de aquellos sitios, y Columba murmuró al verse sola con profundo desconsuelo:

—Socorredme, Señor, en medio de las tribulaciones que amargan mi vida. Sólo á Tí amo, y únicamente de Tí puedo ser esposa.

(Se continuará)



JACQUISTAS Y BOULANGERISTAS, Ó LA LUCHA DE LOS CARTELES EN PARÍS

MISCELÁNEA

LOS DIEZ MIL

Para fines de Setiembre del presente año pretenden el conde Alberto de Mun y algunos otros franceses, cristianos todos dignos de los primeros tiempos de la Iglesia, conducir á Roma á *los delegados de la Francia del trabajo;* y habiendo prometido á Su Santidad que irán en número de DIEZ MIL, aún se atreven á decir que quieren á toda costa sea el número mayor que el prometido.

Lo increible y aun absurdo, humanamente hablando, de tal pensamiento revela bien la grandeza de la fe que lo ha concebido; y con ese auxiliar, que trasplanta las montañas, no parece que puedan salir fallidas las esperanzas de aquellos buenos franceses.

Si Leon XIII llega á ver en torno suyo *diez mil obreros* de Francia, con tan hermosa corona se olvida seguramente de la de sus espinas y dolores. Si mientras por todos los caminos del mundo afluyen las gentes á la capital de Francia para glorificar al infierno en la Exposicion del Centenario, diez mil escogidos entre los hijos del trabajo, para protestar de que ellos no han doblado la rodilla ante Baal, van á doblar las dos ante el prisionero del Vaticano, aun quizás pueda repetirse en lo porvenir: *Gesta Dei per francos.* Si los iniciadores del pensamiento saludan dia tan venturoso, que como escribe uno de ellos «debe ser para sus amados obreros el principio de la libertad, la disminucion de su miseria y la aurora de la fraternidad, que no existe sino en Cristo,» bien pudieran entonar el *Nunc dimittis;* porque con dificultad les será ya dado prestar á su patria servicio más grande, ni legar gloria más pura á sus hijos.

LOS GRANDES FRIOS

Las noticias recibidas de Rusia comunican relatos de multitud de catástrofes ocurridas allí á consecuencia de los grandes frios y de tremendas tempestades de nieve que se han desencadenado en aquel Imperio.

De Tifaeis dicen que un tren de viajeros ha sido detenido y bloqueado por las nieves á no gran distancia de Sabuntschi. El frio era tan intenso, que catorce viajeros murieron helados. Otras veinte personas estaban tan graves á consecuencia del frio cuando llegaron los auxilios, que se desespera de poder salvarlas, y algunas de ellas han muerto ya.

La primera expedicion de socorro enviada para auxiliar á este tren se perdió en las nieves y toda ella ha perecido.

Otros desastres de igual importancia han ocurrido en varias partes del Mediodía de Rusia, costando la vida á mucha gente.

En el distrito de Perm el frio es tan intenso que sólo en Ekaterinburg han perecido heladas 200 personas.

El mar Caspio, el mar Negro y el mar de Azof están helados.

SECCION RECREATIVA

CHARADA

Mi *prima* con mi *tercera*
no quisieras tú perder;
la *tercia* con mi *segunda*
util para el riego es.
La *dos* en geografía
seguro es que la hallarás,
y si antepones *primera*
nombre de mujer tendrás.
El *todo*, que es de mi amigo
el nombre, tan fácil es,
que si hoy no lo adivinas
otro dia podrás ver.

ROMPECABEZAS

¿Cómo es posible que siete sea la mitad de doce?

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADAS

1.ª DOLORES.—2.ª REVESTIDO

JUEGO DE AJEDREZ

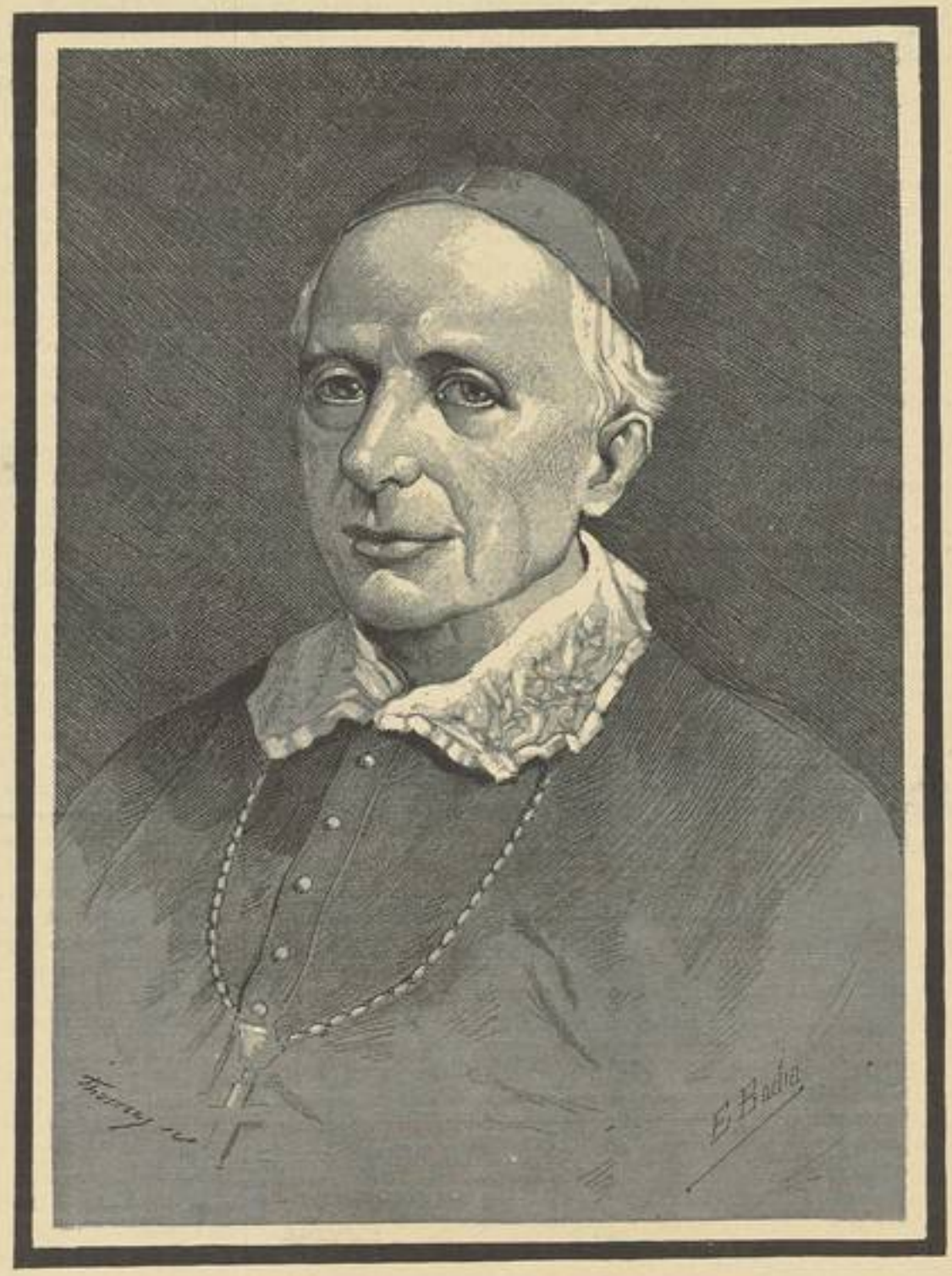
PROBLEMA NÚM. 8.

Blancas.	Negras.
1. C c4-b2	1. R c5-b6:
2. C b3-d5 +	2. R b6-c5 op. A5
3. A g3-f2 op. T h1-a1 mate.	
(a)	1. R c5-b4
2. C b3-c2 +	2. R b4-c5
3. T b0-a6: mate.	
(b)	1. R c5-b4
2. C b3-c2 +	2. R b4-c5
3. A g3-f2 mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Sta. Mónica, 10

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 23 DE FEBRERO — SÉRIE II.—NÚM. 61



EXCMO. E ILMO. FR. PEDRO PAYO

ARZOBISPO DE MANILA († 2 de Enero de 1889)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

El Concilio III de Toledo, IV, por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*La cruz de piedra* (poesía), por J. A. Cavestany.—*El Materialismo*, III, por Manuel Polo y Peyrolon.—*La Mártir cordobesa* (continuacion), por Josefa Pujol de Collado.—*Yella* (leyenda polaca).—*Conocimientos útiles.*—*Miscelánea.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

Excmo. é Ilmo. Fray Pedro Payo, arzobispo de Manila. († 2 de Enero de 1889).—Véase la pág. 15.

Andorra.—Reproducimos en este número algunas vistas del célebre Valle de Andorra, tomadas de varias fotografías que tuvo á bien proporcionarnos nuestro apreciable amigo D. Guillermo de Plandolit. Célebre hemos llamado al pequeño Estado, pues lo es por su origen, por su larga y no interrumpida existencia entre dos naciones poderosas y muchas veces rivales como España y Francia, y por sus costumbres patriarcales, ya que no por hechos ruidosos. Aquel pequeño territorio fué erigido en Estado independiente por Ludovico Pío hace más de mil años; cuenta unas 6,000 almas repartidas en varios pueblos, y pertenece en lo espiritual á la diócesis de Seo de Urgel, cuyos Obispos tienen además sobre dicho país el derecho de soberanía temporal.

La primera vista es de *Andorra la Vieja*, capital del país y su poblacion más importante: en ella existe la casa llamada *de la Vall*, que es donde se administra justicia por sus *veguers*.

Otra vista es la de *Ordino*, uno de los principales pueblos del pequeño Estado andorrano por la fabricacion de hierro y porque antiguamente residian allí las principales autoridades, y de allí salian las disposiciones para los demás pueblos, por cuyo motivo se llamaba *Ordinari* en vez de su nombre actual de *Ordino*.

Cerca de este pueblo se encuentra el de *Segudet*, que puede considerarse como de los más pintorescos y más ricos en aguas.

Llors lo es tambien por sus aguas ferruginosas.

Las Escaldas es tal vez el más importante por estar más cercano á la capital y por la gran abundancia de aguas minerales, en especial sulfurosas.

El santuario de *San Juan de Canillo*, cercano al pueblo del mismo nombre, es importante por su antigüedad.

En la pág. 63 damos el retrato de un viejecito andorrano, José Gaza (*a*) *lo Joseph de l' Areny*, muy bien conservado á pesar de sus noventa años.

Antonio Stradivario en su taller (cuadro de Alejandro Rinaldi).—Este artista milanés se ha hecho una especialidad en la pintura de hechos referentes á la vida de celebridades científicas, como Alfieri, Watt, Volta, Galvani, y otros. Respecto á Stradivario, de Cremona, es nombre de fama universal por la fabricacion de instrumentos de cuerda, especialmente violines, que han dado tema áun para cuentos fantásticos; como que, segun dicen, puesto uno de tales instrumentos en manos diestras, parece encerrar un alma en pena que lanza tristes lamentos al simple tacto de la batuta en las cuerdas. El barniz para los violines constituye uno de los elementos esenciales de perfeccionamiento; y de aquí que Rinaldi haya representado á Stradivario en el acto de examinar si el barniz le ha salido segun sus deseos.

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

IV

Grande fué la alegría de los Prelados de las seis provincias españolas, inclusa la Narbonense, cuando, como dice el P. Mariana en su clásica y monumental historia, oyeron de labios del Rey el fausto suceso de su conversion, y cuando Recaredo, cual otro Constantino, les manifestó su propósito de que todo el Reino se convirtiese tambien á la religion católica, y su deseo de restaurar la disciplina eclesiástica, olvidada por las guerras y menospreciada por las herejías. Despues de dar gracias al cielo por este acontecimiento, acordaron los Padres promulgar tres dias de ayunos y oraciones, los cuales empezaron el 5 y concluyeron el 7 de Mayo. El dia 8 volvieron á reunirse, y Recaredo con la reina Badona, y los sesenta y dos Prelados asistentes, que presidia san Leandro como Legado apostólico, segun afirma el cardenal Baronio, por no haber entre los Obispos de España hombre de mayor recomendacion ni más eminente que el ilustre Pastor de la Iglesia hispalense, renovaron la protestacion de fe católica, aceptando los cánones estatuidos en los cuatro concilios generales de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Entregó el Rey á los Padres conciliares un pliego en el que se contenia su profesion del dogma y su abjuracion de la herejía, el cual estaba firmado por su propia mano, como dice una crónica antigua.

Merecen transcribirse las palabras con que fué acogido este acto por el Concilio, por ser únicas en nuestra historia eclesiástica. Decian los Prelados: «Gloria á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se ha dignado conceder á su Iglesia paz y union. Gloria á nuestro Señor Jesucristo Dios, que por el valor de su preciosísima sangre congregó de todas las naciones su católica Iglesia. Gloria á nuestro Señor Jesucristo Dios, que unió á la verdadera fe á tan ilustre gente de los Godos, haciendo de todos un rebaño bajo un Pastor. ¿Á quién sino al verdaderamente rey católico Recaredo dará Dios merecimiento eterno? ¿A quién sino á éste dará Dios eterna corona? Él ha sido el que aumentó nuevos pueblos á la Iglesia: merezca mérito verdaderamente apostólico, pues cumplió con el oficio de Apóstol: sea amable á Dios y á los hombres, pues tan maravillosamente glorificó á Dios en la tierra; y sea así por nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre vive y reina en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.»

Dichas estas palabras y consignadas en el acta de la sesion conciliar, los obispos arrianos y los seglares contaminados con la herejía oriental, abjuraron sus errores y se adhirieron á las manifestaciones religiosas del Monarca godo. Este propuso entonces que á semejanza de la costumbre seguida en las Iglesias de Oriente, y para afianzar á todos los creyentes en la fe, se cantase el Símbolo diariamente en la Misa. El Concilio aceptó esta proposicion, y á él se debe que en todo el Occidente se entone el *Credo* en el santo Sacrificio celebrado en los altares.

De la restauracion de la Disciplina y de la redaccion de los Cánones encargáronse en las tareas sucesivas de esta asamblea el obispo san Leandro y el abad san Eutropio.

Formáronse veinte y tres cánones en este Concilio, y vamos á extractar lo en ellos dispuesto, ya que estas materias históricas y antiguas interesan sobremanera a la crítica moderna.

Por el primero se prohibia lo mismo que prohibieron los antiguos Concilios, y se mandaba observar lo ordenado en ellos.—El II introduce el Símbolo en la Misa.—El III niega á los obispos la facultad de enajenar los bienes eclesiásticos.—Por el IV se permite que puedan construirse monasterios en las parroquias, con tal que no se altere el servicio de la iglesia necesario á la feligresía.—El V preceptúa que los clérigos y los prelados cismáticos, convertidos al Catolicismo, no cohabiten con sus mujeres, so pena de castigos severísimos.—El VI establece que los esclavos libertados por el obispo disfrutarán de su libertad, pero sin apartarse del patrocinio de la Iglesia.—El VII dice que en las mesas de los sacerdotes haya leccion sagrada, para evitar las fábulas ociosas.—El VIII, que ningun clérigo codicie los puestos creados por el Rey para el cuidado del Fisco eclesiástico.—El IX vuelve á la Iglesia los templos y las propiedades que los arrianos arrebataron.—El X estatuye que nadie pueda forzar la voluntad de las doncellas y de las viudas, ni para casarse contra su albedrío, ni para dejar de ser continentes, si tal propósito abrigasen.—El XI restablece la vieja disciplina para los pecadores y los penitentes.—El XII aconseja que se corten el cabello y muden el vestido los que hayan de hacer penitencia.—El XIII, que no pueda un presbítero litigar con otro ante juez seglar.—El XIV veda tener cargo público y manceba cristiana á los judíos.—Por el XV se dispone que si el siervo del Erario hiciese donacion á algun templo, se ratificará en ella ante el obispo y con autorizacion del monarca.—El XVI condena la idolatría en todas sus manifestaciones.—El XVII castiga á los que maten á sus hijos.—El XVIII convoca un Concilio anual, ya que por la pobreza del tiempo y las distancias de las diócesis no se podian celebrar dos.—Por el XIX se da la regla de que los dotes de la Iglesia pertenezcan á la jurisdiccion de sus legítimos pastores.—El XX amonesta á los obispos para que no impongan nuevas cargas y exacciones á sus Parroquias, y para que en todo se conduzcan con templanza y con moderacion.—El XXI recomienda á los jueces que no traten con dureza á los siervos de las iglesias, para los que implora la proteccion Real.—El XXII trata de las ceremonias litúrgicas que han de tener lugar en los sepelios de los Religiosos, de los que se excluirán las costumbres paganas de entonar cánticos lúgubres.—Y el XXIII proscribe en las fiestas de los Santos el uso de los bailes y de las danzas, como tambien los cantares torpes y profanos con que se solemnizaban.

Estos son los Cánones establecidos y promulgados por el Concilio III de Toledo, y á los cuales concedió Recaredo la sancion Real, considerándose entonces todos y cada uno de ellos con la misma fuerza y vigor que las leyes del Estado. Firmó el Rey las Actas, y lo hicieron tambien los Obispos y los Vicarios asistentes por el órden de antigüedad en sus cargos.

Concurrieron tambien á este Concilio algunos abades, aunque sus nombres no constan en las Actas, pero para afirmarlo tenemos el testimonio del Biclarense, citado más arriba, que dice que todo el peso de esta asamblea lo llevaron san Leandro, obispo de Sevilla, y san Eutropio, abad del monasterio Servitano.

El mismo Biclarense, abad de Biclaro, y Nunto, abad de Mérida, asistieron tambien á este Concilio, por lo que es racional suponer que asistiesen otros abades, aun cuando no consten sus nombres en las Actas conciliares.

Concurrieron á este Concilio sesenta y dos Obispos y cinco Vicarios, segun dicen el arzobispo D. Rodrigo y los Códices del Escorial, por más que Loaysa y Aguirre hacen ascender el número de los Prelados á sesenta y ocho; opinion que rechaza con pruebas decisivas el eruditísimo P. Florez. De los Obispos seis eran los Metropolitanos de las seis provincias eclesiásticas, concurriendo personalmente al Sínodo *Massona*, de Mérida; *Euphemius*, de Toledo; *Leander*, de Sevilla; *Migetius*, de Narbona, y *Pantardus*, de Braga; citando sus nombres en latin, tal como aparecen en las Actas. Dejó de asistir, pero estuvo representado por su Vicario, el Metropolitano de Tarragona. Presidió el Concilio el Obispo de Mérida por ser el más anciano, pero el presidente efectivo y el alma de esta asamblea fué san Leandro.

En aquella sazon estaban vacantes las Sillas de Málaga y Medina-Sidonia en la Bética; Britonia en Galicia; Abila, Coimbra, Ebora y Calabria, en la Lusitania; y Alcalá, Ilici, Osma y Urci, en la Cartaginense; y cuenta que escribimos los nombres copiados, con la misma ortografía con que los encontramos en *La España Sagrada*, de donde tomamos estas notas. Sólo la provincia narbonense, dice el citado P. Florez, concurrió con sus ocho Obispos, por no existir en ella ninguna Sede vacante.

Tampoco asistió el Obispo de Cartagena, por

encontrarse en aquella fecha en Constantinopla, y Bigastro y Denia no consta que en aquel entonces fuesen Sillas episcopales.

(Se continuará)

José Ruiz de Ahumada.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los bailes de Beneficencia.—Una ópera del maestro Breton

Estamos casi en vísperas del Carnaval. Y otra vez ha vuelto nuestra buena sociedad, esto es, la sociedad progresista, á dar señales de vida, lanzándose con vertiginoso furor á las fiestas danzantes y manducantes, más ó menos procesables, segun las tendencias, aspiraciones y carácter de sus comensales.

Hemos entrado en ese período del año en que puede decirse con más propiedad que nunca que tripas llevan piés y que de la panza sale la danza; de donde se infiere que se baila, se cena, se trasnocha y se disipa por todo lo alto y por todo lo bajo.

Y, por de contado, que entre tanta fiesta saltante y rumiante no podia dejar de faltar su mijita de baile de Beneficencia, espectáculo informado con el espíritu de la caridad, segun le llaman los que deben tener muy poca, cuando la ejercen y practican entre piruetas verdaderamente ridículas.

Este año se celebró el susodicho baile en el teatro Real, mediante el estipendio de 15 pesetas por billete, y ¡cosa rara! á pesar de los esfuerzos hechos por las damas encargadas de llevarlo á cabo, parece ser que no ha dado en limpio para sufragar los costos.

¿Cuál habrá sido la causa?

¿Será la miseria? ¿Será el hartazgo de danzas? ¿Será el sentido comun, hastiado y aburrido de cooperar al éxito de todas las contradicciones con que se profanan las cosas santas?

Sea lo que quiera, yo por mí no puedo menos de declarar que he visto con íntima delectacion el fracaso de un espectáculo que en vez de ensalzar á la santa y hermosísima virtud que es reina de todas y á todas las da vida y endereza, la deprime y la aplica un horrible vejigatorio que la hace cambiar de figura.

Porque invento del diablo debió ser éste de los bailes de caridad, singularmente de los bailes al uso, repertorio de obscenidades y porquerías en que todas las concupiscencias sacan á luz su desgreñada medalla, y toda perdicion moral y material halla alicientes y estímulos para ser un hecho que trae por consecuencia remordimientos y lágrimas.

No es esta la caridad cristiana, hija del cielo, emanacion purísima salida del costado del Salvador, urna de corroborantes perfumes, tesoro de limpieza, dispensador de consuelos sublimes en los más crueles infortunios.

El que quiere socorrer á los pobres, á los enfermos y á los desgraciados no necesita estímulos de bailes y de fiestas teatrales, en que las almas se hacen pobres, enfermas y desgraciadas.

Además la caridad no consiste sólo en la moneda que se saca del bolsillo y se entrega á un necesitado. Consiste además en practicar con él las demás obras de misericordia, consolándole si está triste, enseñándole si no sabe, dándole buen consejo si lo ha menester.

Repito que el espíritu cristiano no puede lamentarse del fracaso de los bailes de caridad, antes bien se imponia ya su proscripcion de la república cristiana, con lo cual no será gran cosa la merma del patrimonio de los pobres y los desemparados.

O perdiz ó no cenar; y si ha de haber caridad en el mundo, que no faltará de él aunque no haya bailes de Beneficencia, que sea como debe ser, esto es, una caridad puramente cristiana y no un pretexto para que músicos y danzantes la desfiguren con sus cabriolas y con otros adefesios peores.

Un acontecimiento musical llena por completo la admiracion del mundo filarmónico.

El maestro Breton, director de la Sociedad de conciertos, ha conseguido ver representada y cantada en el Teatro Real su ópera *Los Amantes de Teruel*.

Es Breton español, nacido y criado en Salamanca, y por lo mismo es excusado decir que ha tropezado con grandes obstáculos y dificultades para dar á conocer su obra.

La Academia de Bellas Artes, llamada por el reglamento á informar sobre la ópera, la encontró demasiado larga señalando las piezas que podrian suprimirse: además exigió que el libreto, escrito en español, se vertiera al italiano.

Para mayor claridad.

En suma, dos ó tres años más de fatigas, trasudores y congojas para el pobre autor, quien en algunos momentos ha creido ver frustrados sus ensueños de artista.

Pero al fin llegó la suspirada hora de que el juicio público diera su fallo; y *nemine discrepante* ha declarado que es la mejor ópera que ha salido de la inspiracion de un maestro español.

Hasta tal punto que los inteligentes opinan que la obra salvará las fronteras y formará parte del repertorio de los teatros líricos, donde el gusto filarmónico paga caras estas golosinas artísticas.

El libreto de la ópera está tomado del conocido drama del que murió siendo patriarca de las letras españolas castizas, D. Juan Eugenio Hartzembusch; pero, traducido al italiano, casi ha perdido su original nacionalidad.

No es este el solo defecto de la ópera, sino que el maestro Breton le ha adicionado otro que me parece más imperdonable, cual es el de no haber ingerido en su partitura un aire de la patria, como si careciéramos de ellos, siendo así que los alemanes están explotando con éxito los aires vascongados, así como los franceses no se descuidan en apropiarse los catalanes.

Bajo este punto de vista la obra del maestro Breton incurre en una especie de pecado original, tanto más imperdonable cuanto más recuerda que Rossini, uno de los padres más graves de la música moderna, compuso con aires españoles la ópera más perfecta que se canta en los teatros, á pesar de ser el libreto digno de censuras, como la matriz de donde se sacó, que es la obra truhanesca, indecentísima y malsana de Beaumarchais.

Pero el maestro Breton quiso hacer una obra de música de moda, un poema musical, como ahora se dice, para que no se localizara sólo en España y recorriera triunfante los mundos, y, en efecto, lo ha conseguido. Pero acaso eso mismo que la ensalza, por una parte, haya contribuido por otra á privarla de aquel sello de originalidad que revela á los genios precoces.

De todos modos no podemos menos de regocijarnos con el triunfo del maestro español, estímulo poderoso para que se dilate su genio en lo sucesivo por las extensas regiones del arte. Sírvale de satisfaccion los plácemes de sus compatriotas, y corresponda á ellos siguiendo por el buen camino.

Lupercio

Madrid, 19 de Febrero.

LA CRUZ DE PIEDRA

A la entrada del lugar,
Sobre un monte que la hiedra
Rodea y cubre á la par,
Se eleva una cruz de piedra
Frente á las olas del mar.

Sobre el monte el sol colora
Del azul espacio el velo,
El mar á sus plantas llora,
Y entre el abismo y el cielo
Está la cruz redentora.

Si azota el mar con rugidos
Los rotos peñascos yertos,
En la cruz los afligidos
Ven unos brazos abiertos,
Hácia el náufrago tendidos.

Allí reza el pescador
Cuando silba el huracan,
Y la madre en su dolor
Pide con amante afan
Por el hijo de su amor.

Y si con preces sentidas
El pueblo á la cruz implora,
Vuelven las barcas perdidas:
Que no hay mejor salvavidas
Que aquella cruz bienhechora.

Bajo su sombra sagrada
El amante que se aleja
Se despide de su amada,
Y en la cruz bendita deja
Su esperanza concentrada.

Y luego izando atrevido
La vela que el viento azota,
Se aleja el barco impelido
Como una blanca gaviota
Que va buscando su nido.

Y, áun á lo lejos, mecida
La barca que el mar no arredra
Halla su vista perdida
Aquellos brazos de piedra
Que le dan la despedida.

Y al fin su ausencia al romper
El infeliz marinero,
La costa lejana al ver,
Es esa cruz lo primero
Que halla su vista al volver.

Sin fuerzas para luchar,
¡Oh santa cruz bendecida!
Tu auxilio vengo á buscar;
Náufrago soy de otro mar,
Que tambien es mar la vida.

Tambien de amargura llenas
Cansan sus aguas espanto,
Y tambien, nunca serenas,
Lo agitan olas de penas
Que al fin se rompen en llanto.

En ese mar sin salida,
Y en negra noche traidora,
Se agita el alma perdida:
¡Sálvame, cruz protectora,
En los mares de la vida!

J. A. Cavestany.

EL MATERIALISMO

III

Con relacion al segundo de los dogmas materialistas, la filosofía demuestra la necesidad racional de admitir el principio de la creacion *ex nihilo*, y la verdadera ciencia positiva, aceptando la teoría de la nebulosa primitiva, llega al límite de sus investigaciones posibles en el conocimiento de las causas segundas, vislumbra la primera causa, esto es, la Inteligencia suprema y voluntad creadora, y se detiene. La filosofía y la ciencia aceptan, pues, de consuno la creacion, no solamente como principio racional, sino tambien como postulado científico. En cambio el panteismo extendiéndole, y el materialismo suprimiéndo-

le, prescinden de Dios de una plumada, niegan la creacion, y como fundamento único de sus teorías cosmogónicas admiten el postulado de la eternidad de la materia y de la energía molecular, deifican el átomo y suponen un torbellino infinito de mundos que se suceden eternamente en una serie sin principio ni fin de ciclos cósmicos. Semejante hipótesis arbitraria, que se apoya en el postulado de la materia eterna, viene al suelo como castillo de naipes ante las consideraciones siguientes:

a) Todos los físicos modernos admiten que la *inercia* es propiedad esencial de la materia, y la más clara expresion de esta propiedad podemos formularla así: un cuerpo en reposo no puede por sí mismo ponerse en movimiento, y un cuerpo en movimiento no puede por sí mismo acelerar ni retardar dicho movimiento, ni cambiar su direccion, ni suspenderle, ni ponerse á sí mismo en reposo. Además, la física tiende cada vez más á convertirse en matemática, y como un acto *espontáneo* de la materia inerte invalidaria todo cálculo científico, la inercia es una ley matemáticamente demostrada.

ANDORRA LA VIEJA (CAPITAL DE ANDORRA)

Ahora bien, suponed como querais á esa vuestra materia eterna. ¿La suponeis en reposo? Eternamente permanecerá en reposo, inmóvil, muerta, pues por sí misma no puede ponerse en movimiento; y claramente demuestra la experiencia que dicho reposo eterno no existe. ¿La suponeis en movimiento? Pues entonces se mueve hasta un fin ó término, y como por confesion vuestra este movimiento es tambien eterno, un término hácia el cual se tiende, un fin que se busca desde toda la eternidad, ya han debido encontrarse y alcanzarse; y por consiguiente los movimientos de la materia actual son inconcebibles.

b) De las dos hipótesis anteriores, únicamente es admisible la del movimiento eterno, pues no concebimos la materia, ni está en eterno reposo. Ahora bien, admitir un movimiento eterno, infinito, sin motor, sin haber recibido impulsion exterior alguna, es rechazar el principio de causalidad, y sin este principio el pensamiento no puede dar un paso y hay que resignarse á no comprender cosa alguna.

c) El gran matemático Cauchy sostiene la imposibilidad matemática de un número actualmente infinito, es decir á la vez determinado é infinito. Y en efecto, todo número determinado se mide por la unidad; lo que se mide no es infinito; luego es imposible un número actualmente infinito. Ahora bien, la materia eterna, sin principio ni fin, ¿no sería por su actualidad determinada y por su eternidad infinita? Si, pues, es imposible un número determinado é infinito á la vez, es decir actualmente infinito, la eternidad de la materia es un absurdo.

ANDORRA.—PUEBLO DE ORDINO

ANDORRA.—PUEBLO DE SEGUDET

d) Los físicos más eminentes, despues de largos y penosos estudios sobre la molécula y el átomo material, convienen en que, en medio de todas las catástrofes y sucesiones de los sistemas solares y planetarios, las moléculas, que son la base de todas las cosas y en cierto modo el fundamento del universo, conservan sus atributos indestructibles y naturaleza de productos fabricados; lo cual excluye la idea de una *existencia eterna* y de una entidad que existe por sí misma. El mismo argumento presentan los metafísicos diciendo: la materia es contingente, mudable,

imperfecta; todos estos caracteres repugnan al sér absolutamente eterno, que por naturaleza tiene que ser necesario, inmutable, perfectísimo, etcétera; luego la materia no es eterna.

e) Por último, demuestra concluyentemente la Termo-dinámica, que aunque la materia y la energía son constantes en el universo, la energía actual se va convirtiendo poco á poco en energía térmica ó vibratoria. Por consiguiente, cuando toda la energía actual se haya convertido en vibratoria, será tan grande la distension de los átomos, que el mundo tornará al estado caótico, y habrá, por consiguiente, muerto. El *processus* evolutivo no podrá empezar otra vez, puesto que careciendo ya entonces la materia de energía potencial, se necesitaría cierta impulsion nueva del Omnipotente para ponerla en movimiento. Luego la eterna evolucion de la materia eterna es un absurdo. *(Se concluirá).*

ANDORRA.—PUEBLO DE ESCALDAS

LA MÁRTIR CORDOBESA

III

Dios cuyo poder oculto es omnipotente y previsor hasta lo infinito, despues de poner á prueba de un modo repetidísimo la humildad y perseverancia de la joven, cuando vió llegado el momento en que la madre de Columba trataba de casarla, violentando su voluntad, envió el ángel de la muerte á la suntuosa morada. El fúnebre enviado rozó con sus alas la frente de la anciana dama, y ésta espiró de repente, cuando más absorta se hallaba en la dura tarea de convencer á su hija para que abrazara el matrimonio.

La joven lloró mucho la pérdida de su madre, pero cristiana de corazon y sometida siempre á la voluntad del Eterno, comprendió bien pronto que, merced á aquella muerte, el Señor la dejaba en completa libertad para seguir los impulsos de su alma, y abandonando para siempre la lujosa casa donde transcurrieran los apacibles dias de su infancia, buscó cariñoso refugio en el convento de su hermana. Nunca sintió tan grande y pura alegría como al verse entre aquellas esposas de Jesucristo, participando de sus oraciones y de sus penitencias.

A manera de misteriosa flor abríase su corazon á los más santos afectos, y lejos del mundo su espíritu se sumergia en un mar de delicias. Inteligente, cariñosa, agradable, suavísima en el trato y sencilla en la expresion, con su blanco velo de novicia, con la dulce luz que irradiaban sus ojos, parecia, no una hija de la tierra, sino una vírgen celeste que Dios enviara á los hombres para acrecentar la fe cristiana.

Las religiosas la querian con entrañable ternura, porque al rededor de Columba se cernia misteriosa aureola; poseia el secreto encanto que rodea á los séres elegidos, y como una atmósfera de pureza y santidad la envolvia, sustrayéndola á todo contacto mundano.

Por aquel entonces, es decir, cuando Columba, cediendo sus cuantiosos bienes á los pobres, retiróse al convento de su hermana, redoblaron con verdadero furor las persecuciones contra los cristianos. Innumerables Comunidades viéronse desposeidas de sus monasterios, condenadas á la miseria y al abandono, entre ellos el convento Tabanense, refugio de Columba, cuyas monjas

ANDORRA.—PUEBLO DE LLORS

ANDORRA.—SAN JUAN DE CASILLO

se vieron precisadas á habitar una casa de los arrabales de Córdoba, junto á la iglesia de San Cipriano.

Profundísima pena sentia la casta doncella al ver profanadas las casas del Señor por los infieles, y más al verse por tan nefando suceso expuesta de nuevo á los peligros de un mundo que tanto detestaba. No obstante, su alma pura y enérgica se agigantaba en la lucha, y cuando en el templo, durante la misa, oia leer las Actas de los Mártires, cuya laudable costumbre tuvo la Iglesia en los antiguos tiempos, sentia dentro de sí como misterioso impulso que la movia á buscar en el martirio gloriosísima muerte.

—¿Por qué, se decia la joven cordobesa, no puedo ser yo una de aquellas esforzadas criaturas que la Religion nos presenta como modelos dignos de imitar? Débil soy, es cierto, pero no tanto que no me sienta capaz de morir por mi Dios. El alma anhela siempre el infinito del bien cuando es buena, lo infinito del amor cuando ama, y tambien lo infinito del sacrificio, si se siente abrasada por las llamas de la fe. Todavía necesita mártires el Cristianismo para extenderse por toda la tierra como una bendicion. Si el holocausto de mi vida sirviera para abrir los ojos á otras almas, ciegas á la luz de la verdad, ¡con qué gusto la sacrificaria! Dios mio, inspírame, dime qué debo hacer, cómo podré servirte mejor, porque siento impulsos de realizar algo grande que me acerque á Tí.

IV

Pasados algunos dias y cuando más aterrorizados se hallaban los cristianos cordobeses por las persecuciones de que eran objeto, y necesariamente tenian que recatarse de los infieles para llevar á cabo sus piadosas prácticas, hallábase el gobernador de Córdoba en una vasta estancia de su palacio, donde el lujo oriental habia acumulado todos sus primores, departiendo amigablemente con uno de los moros, sus auxiliares, aprovechando las primeras y plácidas horas de una hermosa tarde otoñal.

Comentaban con animacion los sucesos del dia, y estos radicaban, como pueden suponer nuestros lectores, sobre la persecucion cristiana, en la cual demostraba inusitado celo el gobernador, ganoso de granjearse las simpatías del feroz Mahomad.

—¿Crees—preguntaba el gobernador á su compañero—que habremos conseguido algo con expulsar á las religiosas de sus monasterios?

—Mucho, porque privándolas del refugio con que contaban y ante la perspectiva de la miseria y persecucion, algunas renunciarán á sus votos, y este ejemplo de inconsecuencia aumentará el número de nuestros adeptos.

—Sin embargo, yo preferiria que hubiesen dado muestras de rebelion, de desacato á mi autoridad, para justificar algunos castigos.

—Desgraciadamente se han contentado con protestar de un modo pasivo y humilde.

—Lo que demuestra exceso de resignacion ó sobra de astucia. Los cristianos son muy previsores.

Sonrió débilmente el gobernador, y abandonando los blandos almohadones donde se hallaba perezosamente reclinado, disponíase á salir de la estancia, cuando vió á pocos pasos de él, serena, inmóvil, de pié junto á una delgada y esbelta columna de las muchas que daban á la vasta sala el aspecto de un delicioso bosque de palmeras, una forma blanca y delicada que parecia sobrenatural aparicion.

—¿Quién eres,—preguntó el gobernador con asombro,—quién eres y cómo has penetrado hasta aquí?

—Soy una mujer,—contestó la aparecida,—y he venido aquí porque deseaba hablaros.

Al pronunciar estas palabras con dulce acento la recien llegada, separó el velo que cubria su rostro.

Era Columba, y su peregrina belleza y su gentil apostura impresionaron profundamente al gobernador.

—¿Qué me quieres, hermosa hija del Profeta, y cómo te has atrevido á cruzar sola las calles de la ciudad en dias tan intranquilos, abandonando el retiro de tu hogar?

—Yo no tengo hogar,—repuso tranquilamente Columba.

—¡Cómo! ¿no tienes familia, pobre niña?

—Mi familia son los pobres, mi hogar el convento Tabanense, de donde nos habeis injustamente arrojado... ¡soy cristiana!

VIEJO ANDORRANO

—¿Cristiana tú? ¡oh! calla por piedad; sin duda quieres perderte, ¡infeliz!

Y el gobernador hizo seña á su compañero para que se alejase.

El infiel obedeció.

—Habla, hermosa mujer, ahora que estamos solos,—dijo el moro;—¿qué me quieres?

—Deseo que devuelvas á las religiosas sus monasterios, para que vivan y mueran en la paz del Señor.

—Pero, desgraciada, ¿ignoras que estos actos han sido llevados á cabo por órden de Mahomad? Yo nada puedo para impedirlos.

—¿De suerte que no cabe abrigar esperanza?

—Ninguna, por mi parte.

—Entonces llevadme al Consejo, allí repetiré mi ruego y haré pública confesion de fe cristiana.

—¡Infeliz! ¿qué intentas?—exclamó con espanto el gobernador,—¿sabes á lo que te expones?

—Sé que voy á la muerte,—repuso Columba con divina confianza,—pero no importa: algo haré de ese modo en pro de mis creencias arrastrando la ira del tirano.

—Jamás consentiré tal desatino,—dijo el moro.

—Estoy resuelta. Ó me acompañais, ó voy sola; he de llevar á cabo mi plan.

Miróla el infiel con profundo asombro, porque parecíale imposible que en un cuerpo tan delicado cupiera tanta decision, y sintió lástima por la suerte que esperaba á aquella temprana hermosura.

—No me harás desistir del empeño,—prosiguió Columba comprendiendo la indecision de su interlocutor;—es más, si no me prestas tu apoyo para llegar hasta allí, en medio de las calles confesaré mis creencias, reprocharé al tirano sus crueldades, y entonces me haré digna del martirio que apetezco.

—Vamos, puesto que toda reflexion es inútil, —dijo por fin el moro indicando con un ademan á la jóven que le siguiese.

La vasta estancia quedóse desierta, y al apagarse el débil rumor de los pasos de Columba y su acompañante, sólo interrumpió el triste silencio que allí reinaba la parlera fuente que desprendia líquidas perlas en el centro del salon sobre marmórea concha y los dulces trinos del ruiseñor oculto en la vecina arboleda.

El ave y la fuente parecian lamentar á su manera el triste fin que aguardaba á la heroica cristiana.

(Se concluirá)

YELLA

Hacia el año 1848 se descubrió en Varsovia una conspiracion, dando lugar su descubrimiento á que fueran presos muchos jóvenes de las principales familias, que se creyó estaban comprometidos en ella.

Entre los sospechosos se encontraba el jóven Wladislao, conde de Z..., cuyo padre y abuelo habian muerto al tratar, aunque en vano, de libertar su patria del yugo de la Rusia. Su madre murió de pena, poco tiempo despues, y su hermana gemela, Yella, vivia retirada en el antiguo castillo de la familia, con su abuela y una jóven huérfana, parienta suya, y destinada á ser un dia la esposa de Wladislao.

Las tres se encontraban reunidas una noche en el vasto salon del castillo, iluminado apenas por la pálida luz de una lámpara. La abuela se habia quedado dormida, y las jóvenes hablaban en voz baja, comunicándose sus temores tocante á la suerte de Wladislao.

En aquel instante un golpe vigoroso, dado con el gran aldabon de hierro esculpido, conmovió la puerta principal del castillo; y el estruendo que produjo y el ruido de pasos precipitados que se oyeron inmediatamente en la galería próxima, despertaron á la abuela.

—¿Quién será el que llama á estas horas? preguntó asustada.

Al mismo tiempo que decia esto, se abrió de pronto la puerta del salon, y Wladislao se arrojó precipitadamente en sus brazos.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó la abuela. ¡Ya estás libre, querido hijo!...

Yella lloraba de alegría, apoyada en el hombro de su hermano. Ludmila, pálida y conmovida, se habia apartado un poco.

Wladislao, sin embargo, no respondia sino con evasivas á las mil preguntas que le hacian; anunciando al fin que le era preciso partir de nuevo á la mañana del dia siguiente, pero sin querles decir el objeto de su viaje. Hubieron pues de despedirse pronto, para que el viajero pudiera descansar.

Yella, despues de haber recibido la última la

bendicion de su abuela, se retiró á su cuarto y en él estuvo en oracion largo tiempo. Una inquietud, vaga, indefinible, se habia apoderado de ella, y su imaginacion se veia atormentada sin tregua por temores y sospechas. Todos sus esfuerzos para desecharlos eran inútiles.

¿Por qué su hermano, á quien amaba con tanta ternura, no habia respondido claramente á ninguna de sus preguntas? Estaba libre, es cierto; habia sin duda logrado escapar de la prision...; pero ¿cómo?... ¿Qué objeto podia tener el viaje de la mañana siguiente?...

Estas eran las preguntas que se hacia, sin poder hallar contestacion para ellas.

Por fin, resuelta á saberlo todo, se desliza calladamente hácia el ala del castillo en que se hallaba el cuarto de su hermano. Allí encuentra á Antos, el antiguo y fiel servidor de su familia, que parecia triste y preocupado como ella.

—¿Duerme ya Wladislao? le pregunta.

—No lo sé, responde Antos; pero figuraos, señorita, que me ha mandado lo despierte mañana antes de amanecer... y no ha querido absolutamente decirme á donde vá... á mí que lo he llevado tantas veces, cuando era todavía niño, en mis brazos!... Hay en todo esto un misterio que no entiendo... Sí; morirá como han muerto vuestro padre y vuestro abuelo antes que él!...

—Vamos, Antos, calmaos y no le dejeis partir mañana... Si no le llamais, él no se despertará: está muy fatigado... Y mañana ya procuraremos hacerle desistir de su propósito...

Tranquilizado por estas palabras, el anciano servidor se retiró.

Yella abrió entonces suavemente la puerta del cuarto de su hermano. La lámpara brillaba todavía sobre una mesa. Iba á apagarla, despues de haberse asegurado de que Wladislao dormia, cuando vió encima del pupitre una carta cuyo sobre, de letra de su hermano, estaba dirigido á ella.

La cogió y la abrió sin detenerse, temblando de emocion. La carta decia así:

«Cuando leas estas líneas, mi querida hermana, tu hermano habrá dejado de existir. Tú sabes la causa de mi detencion. Soy inocente; pero en sus pesquisas los enemigos de nuestra patria y de nuestra fe han encontrado sobre mi pecho la imágen del Sagrado Corazon; y esto ha bastado para que me condenasen.

«Mañana seré fusilado, con diez y nueve compañeros mios, en la esplanada próxima á R... Un amigo fiel y querido ha quedado en rehenes por mí, hasta mi vuelta: á él debo el consuelo de haberos abrazado una vez más, antes de morir!

«Esta mañana he recibido los santos Sacramentos: muero, pues, como cristiano por mi religion y por mi patria!

¡Qué Dios os proteja! Consuela á nuestra buena abuela y á Ludmila. Adios!»

Anonadada por aquella horrible revelacion, la jóven se apoyó en la mesa para no caer. ¡Oh! ¿cómo librar de la muerte á aquel hermano tan querido? ¿Qué hacer para arrancarlo á sus verdugos, é impedir á la vez la muerte del amigo que se ha sacrificado por él?...

Yella levantó los ojos al cielo para pedirle una inspiracion, y vió su imágen en el espejo que tenia delante.

Se hablaba, en todas partes, del parecido exacto de los dos hermanos: tenian la misma estatura, los mismos rasgos, la misma sonrisa... Pero nunca le habia sorprendido, tanto como en aquel momento, su semejanza con Wladislao... Una idea se apodera entonces súbitamente de ella. Su resolucion estaba tomada.

Entra sin ruido en la alcoba, coge los vestidos de su hermano, que dormia profundamente, corre las cortinas del lecho, cierra las ventanas para que la luz del dia no pueda llegar hasta él; y escribe apresuradamente en un papel estas líneas:

«Vive para Ludmila y para nuestra abuela. Tu amigo no morirá!...

»Ruega por tu hermana que te ama!»

Y cortando un rizo de sus cabellos, que deposita sobre el papel, apaga la lámpara; y sale, cerrando la puerta con llave, á fin de que su hermano no pueda escaparse.

Vuelve en seguida á su cuarto, escribe una carta á su abuela para explicarle los motivos de la resolucion que ha tomado, se viste con el traje de oficial de su hermano, y antes de que las estrellas comiencen á palidecer, anunciando la proximidad del dia, atraviesa los umbrales del castillo; y despues de dirigir una larga y triste mirada de despedida á aquellos lugares queridos, se aleja con paso rápido y seguro.

Algunas horas más tarde corria por todos lados la noticia de que veinte jóvenes de la nobleza habian sido fusilados al amanecer en la esplanada de R.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Peligros que ofrece el uso de llaves de laton en los toneles.—En una hacienda cerca de Nantes fueron atacados de vómitos violentos los jornaleros que en ella trabajaban. Sospechándose que pudiera ser la causa el vino blanco que consumian, analizóse éste y se descubrió que contenia 116 milígramos de cobre por litro, cantidad que corresponde á 331 milígramos de acetato neutro: al mismo tiempo habia zinc. Cambiada la llave por una de madera, no se repitieron los accidentes.

Otro caso se cita de un individuo que cayó malo quince dias despues de haber puesto una llave de laton á un tonel de vino blanco que antes la tenia de madera. El vino, analizado, tenia por litro 102 milígramos de acetato neutro. Estos datos repetidos han inducido al *Comité consultivo de higiene de Francia* á recomendar como caso necesario que se proscriba por completo el uso de llaves de laton en los toneles que encierren sobre todo vinos fáciles de acetificarse, condicion que facilita una rápida solucion de los metales.

Conservacion de flores.—Un medio para conservar durante bastantes dias las flores en buen estado de lozanía y frescura, es ponerlas en un vaso de agua que contenga 25 gramos de cloruro amónico. Para conservarlas con sus colores naturales y forma primitiva se sumergen en goma líquida no muy espeta y se dejan secar al aire libre, con lo cual quedan cubiertas las flores por una especie de barniz que las preserva de alteracion durante mucho tiempo.

Una lechuga en un dia.—Se toma la semilla y se echa en remojo en espíritu de vino puro durante doce horas.

Entre tanto se prepara un cajon lleno de buena tierra mezclada con mucha *palomina* (estiércol de palomas) pulverizada. En la tierra así preparada se esparce la semilla, cubriéndose ligeramente, procurando preservar la caja de los rayos fuertes del sol, y se riega con cuidado durante una hora, consiguiendo al cabo en venticuatro horas unas lechugas muy delicadas.

MISCELÁNEA

DOS NUEVOS INVENTOS

El sabio meteorólogo jesuita P. Viñes ha inventado un sencillo instrumento que constituye una patente muestra de sus profundos conocimientos científicos. El instrumento es de dos clases. Uno de ellos, llamado *Ciclono nephóscopo*, es una aplicacion del *nephóscopo* de reflexion al ciclonoscopio; lleva en el centro un espejo para observar con toda comodidad y precision la direccion de las nubes, y si se quiere, llevará tambien su brújula para la orientacion del instrumento. El otro se denomina *Ciclonoscopio de las Antillas para uso de los marinos:* es una aplicacion del ciclonoscopio á la aguja de las tormentas modificada y perfeccionada con arreglo al ciclonoscopio y á los adelantos actuales de la Meteorología. Este instrumento es algo más complicado que los anteriores, y lleva además del ciclonoscopio un engranaje de ruedas y otras diversas piezas movibles con el objeto de determinar la direccion probable de la trayectoria en los diferentes meses y en distintas latitudes, é indicar las maniobras más convenientes en las diversas posiciones del buque relativamente al cuerpo de la tormenta y á la trayectoria del huracan. El autor espera que estos sencillos instrumentos han de prestar útiles servicios en momentos de ciclon, tanto en la tierra como en el mar; pues en ellos ha procurado condensar, por decirlo así, el fruto de sus estudios y la experiencia de 18 años de observacion en materia de ciclones.

Recientemente se verificó en Ripoll el ensayo de un nuevo explosivo, llamado *Explosivo Fabié*, y cuyo privilegio, en España y Portugal, es de los señores Herand y Rouffars. Verificóse éste en presencia de los ingenieros de minas del Estado señores Pinilla y Pereyre. Empezóse por probar y comparar la fuerza del *Explosivo* con la de la dinamita de primera, á la que superó aquel de una manera extraordinaria. Púsose luego un cartucho de nuevo invento en el fuego, y no hizo otra cosa que arder como si fuese una bujía: con un hierro hecho ascuas se atravesó otro cartucho, y no hizo más que quemarse como un combustible cualquiera: púsose luego el *Explosivo* en los rieles del ferrocarril haciendo pasar por encima un vagon cargado, y no dió la menor señal de poder explotar; por último colocóse un cartucho debajo de uno de los martinetes de la fragua de los señores Font y Compañía, que tiene una presion de 300 kilos, y no hizo más que aplastarse: de manera que el *Explosivo Fabié* no obra sino con la cápsula, y aun metido dentro de una roca ú otro punto donde no tenga circulacion el aire.

¡POBRES NEGROS!

A consecuencia de haberse concentrado en Suakim los cañoneros que vigilaban el mar Rojo para impedir el comercio de esclavos, la trata de negros se está haciendo en grande escala. Multitud de pequeñas embarcaciones, inofensivas en apariencia, cargan de esclavos y ganan rápidamente las costas árabes.

Últimamente, los guarda-costas egipcios persiguieron una flotilla compuesta de 10 barcas cargadas de esclavos; pero llegados á alta mar, los buques negreros aceptaron el combate, consiguiendo por fin salvar su cargamento humano. Sigue, pues, en todo su apogeo la vergonzosa trata de negros, ese comercio de séres humanos, que atemoriza el espíritu por lo inhumano y cruel; sus maldades se hallan con toda verdad relatadas en el precioso folleto que acaba de aparecer en Madrid con el título de *Los horrores de la trata de negros en el Africa*, en el cual se presenta la situacion angustiosa de la inmensa poblacion negra, víctima en pleno siglo XIX de lastimosa é inicua explotacion.

Esta ha llegado á tal punto que, segun el *Manchester Guardian*, se ha celebrado el siguiente horrible convenio entre los representantes de la Compañía inglesa del Africa oriental y el Sultan de Zanzíbar en presencia de Said-Amed-ben-Suliman:

«1.° Los árabes de Mombaza están autorizados para vender y comprar esclavos y para reclutar cuantos quieran en el interior.

»2.° Los árabes podrán encadenar á los indígenas y castigarles con palos ó imponerles cualquier otro castigo cuando lo merezcan.

»3.° Cuando alquilen los árabes esclavos para sus caravanas, se entenderán para el ajuste del salario con los propietarios de negros.

»4.° Los salarios serán pagados á estos últimos.

»5.° Si los esclavos se evaden y se refugian en las misiones protestantes inglesas, éstas quedan obligadas á restituir los fugitivos á los propietarios.»

¡Pobres esclavos! Si no fuese por la Iglesia católica, madre amantísima de todos los hombres, ¿dónde encontrarian apoyo contra sus verdugos y explotadores?

EL CAUDAL DE LA IGLESIA

Dueña la Iglesia de Dios en España de sus bienes por títulos harto superiores á los que cualquier propietario puede invocar en su favor, empleábalos en remediar toda clase de necesidades religiosas, morales y sociales. Y, en efecto, sabido es que, despues de contribuir al Estado con más de un 60 por 100 de sus haberes, atendia al culto y clero catedral, colegial, parroquial y demás, daba pensiones á 6 Universidades, sostenia 101 hospicios y 2,166 hospitales, y repartia numerosas dotes. De este modo, cual madre entre sus hijos, consagraba sus recursos á subvenir con ellos á las solemnidades del culto divino, hoy exigno; á la conservacion y edificacion

de los templos, hoy en gran número ruinosos ó arruinados; á la decorosa subsistencia de sus ministros, hoy tan menguada: al amparo de los huérfanos y desvalidos, hoy tan necesitados; á los establecimientos de enseñanza, hoy tan cara y monopolizada; á los asilos de Beneficencia, cuya precaria situacion es conocida; y al fomento, en fin, de las artes, proporcionando trabajo á los obreros, perfeccion á los artistas y ayuda generosa á toda empresa útil y patriótica, sin excluir á nadie de su vigilancia maternal. Sin embargo, nada de esto fué obstáculo para que en una época azarosa para nuestra amada patria, y sin causa alguna que lo justificase, se incautara el Gobierno de sus bienes en nombre del Estado bajo la condicion de indemnizarla de semejante despojo. Su importe en venta elevóse á la suma de 9,444 millones de reales, que al 4 por 100 producirian 393 millones, lo que á título de indemnizacion deberia recibir para que la violenta expropiacion tuviera visos de equidad y justicia. Mas como el Estado tan sólo consigna 168 millones, resulta que aun admitiendo el derecho de fuerza de la incautacion, se la defrauda anualmente en 220 millones de reales que hay de diferencia entre lo que percibe y percibir debiera. Y esto sin contar con el descuento que viene pesando sobre las miserables dotaciones del culto y clero.

(*De una pastoral del Excmo. Sr. Arzobispo de Búrgos*).

LA PAZ ARMADA

Tiempo hace que Europa se halla en una situacion anómala, en la cual todas las naciones se muestran deseosas de que no se turbe la paz; pero en cambio, en vez de disminuir sus ejércitos y rebajar las enormes cantidades consignadas en los presupuestos de guerra y marina, ó los sostienen ó los aumentan, como acontece en las grandes potencias.

Véanse las cifras aproximadas de lo que cuesta á Europa sostener esta funesta *paz*.

Inglaterra: 440 millones para guerra; 271 para marina; total 711 millones. Ejército en tiempo de paz, 350,000 hombres.

Alemania: 604 millones para guerra y 47 para marina; total 651 millones. Ejército en tiempo de paz, 500,000 hombres.

Austria-Hungría: Para guerra y marina 315 millones. En tiempo de paz tiene 300,000 soldados.

Francia: Sin contar el presupuesto extraordinario, se elevan los gastos de guerra á 584 millones y medio y 205 para marina; total, 789 millones y medio. En tiempo de paz se compone el ejército de unos 500,000 hombres. La marina tiene 174 buques armados y 104 de reserva; total, 278 buques con una dotacion de 30,500 hombres.

Italia: Gasta 260 millones por sus dos presupuestos de guerra y marina; su ejército activo es de 264,000 hombres y su marina cuenta 38 buques armados y 29 de transporte, que suman 67 buques de guerra, armados de 474 cañones.

Rusia: 772 millones para guerra: 122 para marina: total, 894 millones. Hombres en tiempo de paz, 850,000.

Esto tocante á las grandes potencias.

Las otras por su parte sacrifican al dios Marte: España, 156 millones; Turquía, 215; Grecia, 80; Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Portugal, Rumania, Servia y Suiza, cerca de 350 millones anuales, y 250,000 hombres en tiempo de paz. En tiempo de guerra estas cifras se doblarian ó triplicarian, de donde resulta que en caso de una conflagracion general, Europa tendria en pié de guerra más de ocho millones de hombres, que le costarian ocho ó diez mil millones de francos cada año.

Esta situacion se va haciendo insostenible, y las naciones se verán bien presto obligadas á rebajar tan elevados presupuestos si no quieren ver á sus pueblos sumidos en la ruina y la miseria.

SECCION RECREATIVA

LOS ESDRUJULIZANTES

Hay gente que dice *cólega*,
y *epígrama*, y *estaláctita*,
púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
hóstiles, *córola* y *ámiga*.
Se oye á muchísimos *pírito*,
y alguno pronuncia *mímpara*,
diploma, *erúdito*, *pérfume*,
Pérsiles, *Tíbulo* y *Sávedra*.

HARTZENBUSCH

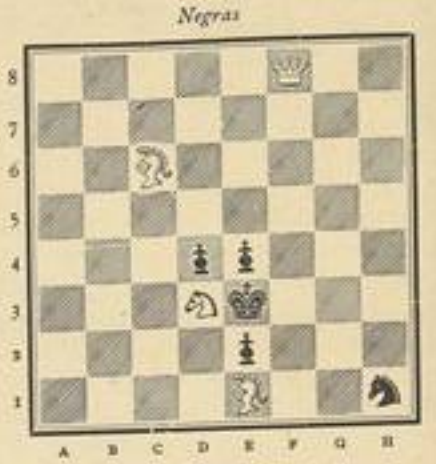
CUATRO LÍQUIDOS UNIDOS SIN CONFUNDIRSE.—Se echa en una botellita, larga y estrecha si es posible, un poco de mercurio, agua salada, alcohol y aceite. Por más que se agiten, siempre quedarán separados, á causa de la diversa densidad de cada uno de ellos.

PASATIEMPO.—Se colocan en pila varias monedas ó fichas del juego de damas; y pegando á la pila por la parte inferior con una regla delgada, se puede sacar una moneda ó ficha sin que se caiga la pila: pero debe darse el golpe seco y con la regla bien horizontal.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 9.

Negras



Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *dos* jugadas

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

MARIANO

ROMPECABEZAS

Escribiéndolo en números romanos así: $\frac{VII}{XII}$

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Sta. Mónica, 16

ANTONIO STRADIVARIO EN SU TALLER (CUADRO DE ALEJANDRO RINALDI)

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 2 DE MARZO | SÉRIE II.—NÚM. 62

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

1789 y 1889, por L. M. de Ll.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lioncllo.—*El Materialismo*. IV, por Manuel Polo y Peyrolon.—*La Mártir cordobesa* (conclusion), por Josefa Pujol de Collado.—*Miscelánea*.—*Conocimientos útiles*.—*Seccion recreativa*.

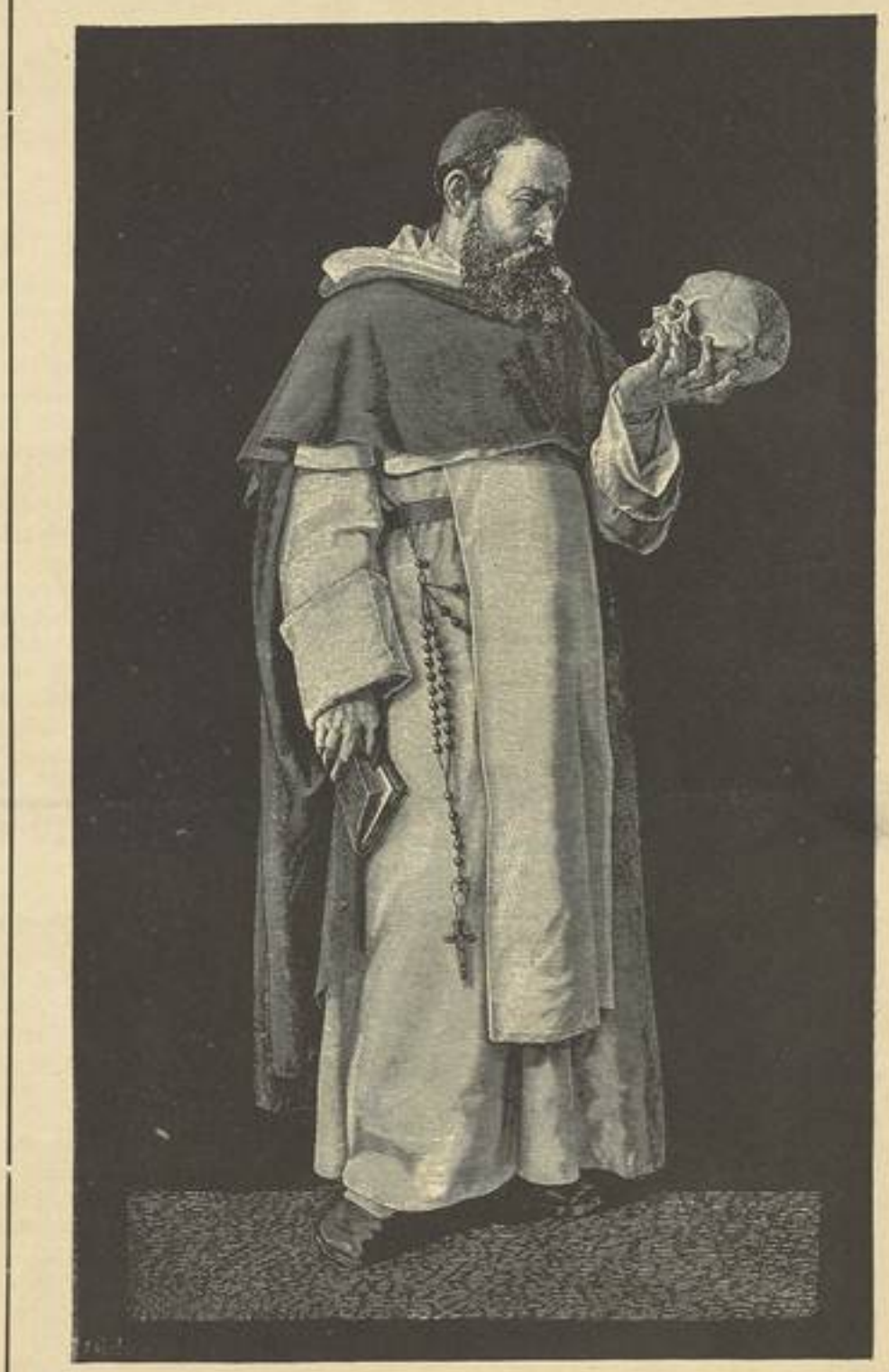
GRABADOS

¿QUÉ FUISTE, REY Ó MENDIGO? (cuadro de Lybaert).—Hé aquí un asunto que á todos sin distincion nos ofrece materia de profundas reflexiones que no son para olvidadas. Absorto en meditacion, tan muda como elocuente, uno de esos hombres á quienes tanto debe la humanidad y á quienes sólo la impiedad puede aborrecer, pregunta al cráneo que tiene en sus manos sobre su pasado, para deducir de esta pregunta la vanidad de las humanas grandezas, de las que no queda al más encumbrado personaje como al más infeliz pordiosero otra cosa que una calavera descarnada y carcomida. «¿Qué fuiste, rey ó mendigo?» ¿ceñiste tu frente con real diadema, con los laureles de la victoria; ó te encorvaste al peso de mil sufrimientos, sin un dia de gloria, arrastrando siempre la desgracia en pos de tí? A esta pregunta puede sustituir cualquier otra, segun su estado y condicion, el reflexivo lector. La dama puede interrogar á la calavera si fué en vida de hermosa ó fea mujer: el político ambicioso averiguar á cuál de los partidos enemigos de Dios perteneció su dueño: el sabio vanidoso descifrar si fué tal cabeza de hinchado académico ó de rústico patan. Y todos acabarán por sacar de su exámen la profunda verdad de aquella sentencia de Salomon: «Vanidad de vanidades y todo vanidad.» Esta figura de la muerte colocada como austero centinela á la puerta de la santa Cuaresma, no harian mal en tomarla tambien como asunto de sus reflexiones algunos y algunas de los que trae en esos dias fuera de buen camino el insensato Carnaval.

CATEDRAL DE GRANADA.—Dividen esta catedral en cinco naves cuatro séries de pilastras circuidas de columnas corintias, sobre cuyos entablamientos cargan los arcos que van á recibir las bóvedas. Un espacioso crucero, en cuyos extremos están abiertas la puerta del Perdon y la de la capilla de los Reyes, pone en comunicacion las naves con el presbiterio, cuyo arco de triunfo descansa soberbiamente en cuatro columnas, entre las que asoman, puestas de rodillas, las figuras de D.ª Isabel y de D. Fernando. El pavimento es todo de mármol; las bóvedas de las naves, complicadas, como las de las catedrales de la decadencia gótica; las paredes y la cúpula del presbiterio, ricas y elegantes. Está sostenida la cúpula por diez y ocho columnas, sobrepuestas unas á otras y separadas por un entablamento, cuya cornisa lleva sobre sí un balcon corrido: entre columna y columna hay en la parte inferior arcos, y en la superior cuadros y ventanas con cristales de colores. Los capiteles están todos dorados; los compartimientos de la bóveda, llenos de molduras; el fondo del muro, ocupado por los retratos de los principales Doctores de la Iglesia.

La catedral de Granada comenzóse á construir el dia 15 de Marzo de 1529 bajo la direccion del insigne arquitecto burgalés D. Diego de Siloe.

EL PUENTE NUEVO EN PARÍS (cuadro de Nittis).—Bella perspectiva se goza desde ambas orillas del caudaloso Sena, que sabido es atraviesa la capital de Francia y que á su vez es surcado por numerosas embarcaciones que aumentan el tráfico de aquella inmensa ciudad. Varios puentes ponen en comunicacion las dos márgenes, á las que afluyen las principales arterias de París.



¿QUÉ FUISTE, REY Ó MENDIGO? (CUADRO DE LYBAERT)

El archiduque Rodolfo, príncipe heredero de Austria-Hungría, nacido el 21 de Agosto de 1858, muerto en Meyerling el 30 de Enero de 1889.—La archiduquesa Estefanía, viuda del príncipe Rodolfo.—La archiduquesa Isabel, hija de los anteriores.

Pocos hechos habrán conmovido más hondamente á la opinion pública que el trágico fin del jóven heredero de la Corona de Austria-Hungría.

Las primeras noticias que circularon sobre la muerte del Príncipe atribuyéronla á un ataque apoplético fulminante; despues fueron sucediéndose unas tras otras á cuál más diversas y contradictorias, atribuyendo el desgraciado fin del Príncipe, unos á locura, otros á un accidente de caza, quiénes á un duelo, quiénes á una terrible venganza personal. Los principales periódicos de Europa han publicado sobre este particular diferentes versiones á cuál más novelescas. Lo que sí parece indudable es que segun acta suscrita por los médicos que practicaron la autopsia del cadáver la muerte fué producida por un tiro de revólver.

«Un dia antes del suceso, dice un acreditado corresponsal, el Príncipe habia ido á Meyerling (distante seis horas de Viena) para cazar en compañía de su cuñado el príncipe Felipe de Coburgo y del conde de Hoyos. En la mañana del miércoles no se presentó á la hora del desayuno; y como el Príncipe era la exactitud personificada, causó admiracion este retardo. Los minutos pasaban, y por fin se atrevieron á llamar; pero nadie respondió: se llamó nuevamente, y nada. Con indecible angustia se derribó la puerta, y se encontró al archiduque Rodolfo muerto en su cama.

»El conde de Hoyos se trasladó inmediatamente á Viena, y dos horas despues el Emperador y la Emperatriz sabian que ya no tenian hijo, y la Princesa imperial que ya no tenia esposo.»

Segun la version más general trátase de un suicidio, aunque no tienen menos peso las razones que en contra alegan algunos, diciendo que la herida del Príncipe en la sien difícilmente se explica por un suicidio, porque fué de arriba abajo á la izquierda y el Príncipe no era zurdo. *El Oriente* afirma, segun documentos notables, que la triple alianza de Austria con Italia y Prusia iba á ser sustituida por una triple alianza rusa y francesa, y de esta manera el Papa hubiera recobrado su independencia. Las *Ventas* que condenaron á muerte á Luis XVI sentenciaron á la misma pena á Rodolfo que habia sido de los suyos, y como, segun Mons. de Segur, las lógias reclaman de los personajes ilustres que se afilian á la secta un *gibelino*, es decir, una declaracion firmada por ellos de que se van á suicidar para asesinarlos con toda seguridad, y se halló un *gibelino* junto al cadáver del Príncipe, *El Oriente* cree que se le tendió un lazo, y negándose á firmar fué asesinado. Lo cierto es que todos son misterios del diablo.

Lo que en definitiva queda plenamente confirmado es que el príncipe Rodolfo habia absorbido los principios ó más bien las negaciones de filósofos racionalistas, de quienes gustaba rodearse. Ya antes, por inverosímil que parezca tratándose de una familia piadosa como la del emperador Francisco José, se le habian dado al jóven Príncipe maestros como el materialista Brehm, que no creian ni en Dios ni en la vida futura. Sin duda el Emperador habia hecho dar igualmente á su hijo la instruccion religiosa: pero se dejó arrastrar por una ilusion que muchas veces domina á los padres de familia. Propúsose probablemente *modernizar* la educacion y la instruccion del jóven Príncipe. Se imaginó que se puede impunemente tragar los venenos más activos con tal de ir prevenidos de un antídoto. ¡Error fatal y juego peligroso!

El príncipe Rodolfo respetaba á la religion católica únicamente como á un antiguo y venerable monumento, viendo sólo en ella un majestuoso y secular arcaismo inútil para lo sucesivo y destinado á ser sustituido por la *ciencia*... la ciencia racionalista y positivista! Por lo demás, sus escritos llevan el sello de las nuevas doctrinas, y la grande obra sobre las distintas provincias del Imperio, cuya redaccion habia presidido, aparece profundamente impregnada de darvinismo.

Además, uno de los biógrafos del Príncipe asevera con toda gravedad y como quien dice una gran cosa, que esa nota característica y lo que le dará un sitio especial en la historia es que, no obstante descender de los más autoritarios entre los soberanos, no vaciló en ponerse del lado del liberalismo, y así lo afirmaba siempre que se le ofrecia ocasion.» ¡Infeliz!

La leccion ha sido bien dolorosa para el corazon del infortunado Emperador de Austria: leccion que deben aprovechar todos los padres de familia. No basta educar religiosamente á los hijos: es preciso que no abandonen las prácticas cristianas para que no desmayen en su fe cuando más la necesitan. Conocer á su época podrá ser una necesidad para todo el mundo y sobre todo para los príncipes; pero más indispensable aún es no embarcarse sin lastre, ni navegar sin brújula segura, y sabido es que el lastre filosófico solo y la brújula racionalista y positivista son peligrosos guias y muy frágiles apoyos. ¡Ah! si Rodolfo pudiese volver á nacer, ¡con qué conviccion aplicaria su infortunado padre este principio!

El príncipe Rodolfo tenia 30 años: estaba casado desde el 10 de Mayo de 1881 con la princesa Estefanía, hija del rey Leopoldo de Bélgica. Deja una niña de cinco años, llamada Isabel, nacida el 2 de Setiembre de 1883. Tenia en el ejército austríaco el grado de teniente general, y en la marina el de contra-almirante.

1789 y 1889

Al primero de estos dos años podríamos llamarle con toda propiedad el año del diablo.

Al otro ¿podremos llamarle año de Dios? todo parece indicarlo así.

En 1789 se levantó la Francia revolucionaria diciendo:—¡Basta de Dios, de Iglesia y de Catolicismo! ¿Para qué hemos de seguir sujetos á yugos que limitan nuestra libertad y á dogmas que oprimen nuestra razon? ¡Vivan, pues, los derechos del hombre y abajo los derechos de Jesucristo!—

Preciso es confesar que nunca quizá, desde la Era cristiana, habia tenido mejor año el diablo. ¡Verse nada menos que sustituido á Jesucristo!

Muchos de nuestros sencillos lectores dirán tal vez: Realmente fue un año bien horrible el de 1789. Dios nos libre de otro parecido.

Pues, tenemos que darles el disgusto de añadirles que peores fueron los 99 restantes hasta llegar al actual; y aun el de añadirles que este de 1889 empieza siendo del diablo más que ningun otro.

Lo que debe consolarles es que con este, antes de su conclusion, es probable que empiecen los años de Dios.

Es decir: que así como un siglo hace se levantó el grito de «¡Fuera Dios, viva el hombre! en adelante queremos pertenecernos á nosotros mismos suprimiendo toda autoridad que nos mande en nombre de nadie que no seamos nosotros mismos!» es muy posible, y aún probable, que en el actual se oiga otra voz de lo alto que diga: «¡Basta ya de paciencia; abajo las naciones prevaricadoras, perezca el hombre rebelde, descienda sobre esos pueblos descarriados el peso de la Justicia divina!»

Y es probable que esto suceda, no por la coincidencia de la fecha, ni por el tiempo transcurrido, porque no se arreglan los destinos de la humanidad á hora fija, como la marcha de un reloj que dispara al dar las doce; sino porque este año el orgullo del hombre endiosado ha vertido en el plato de sus delitos un peso tan grande que no seria extraño que hiciera caer la balanza del lado de su reprobacion; ó en otros términos, que colmara el número de sus prevaricaciones y decidiera el fin de la paciencia divina.

Un siglo le ha dado Dios de tiempo á Francia para que vuelva sobre sus pasos, para que retracte su soberbia rebeldía. Y en lugar de corregirse, de moverse á arrepentimiento, ni aún ante los rios de sangre que, ya en los cadalsos, ya en sus calles y plazas, ya en sus llanuras y montañas, ya en todas las partes del mundo ha visto correr, salida de las venas del cuerpo de sus hijos; ni aún ante la inestabilidad de sus gobiernos y las ruinas materiales que ha visto amontonadas, y el empobrecimiento y decadencia á que ha venido á parar; en lugar, decimos, de moverse hácia la casa paterna de Jesucristo, ha concebido la desatentada idea de celebrar el centenario de su funesta rebelion contra Dios, y de ratificarla y renovarla solemnemente á la faz del mundo entero.

Ratificacion insensata que mueve realmente á lástima, como la inspiran las blasfemias del reo impenitente que marcha al patíbulo; pues está hecha por un pueblo próximo á la anarquía, aniquilado por gobiernos que le han arruinado, perdida su antigua preponderancia en el mundo, desmembrada, aislada y abatida la nacion hasta el último punto, y sin esperanza de regeneracion ni de remedio verdadero.

Cuando todos los recursos humanos le faltan para levantarse de su ruina; cuando sólo el poder de Dios puede darle el hombre que necesita para su salvacion; cuando sólo en la restauracion del sentimiento católico puede encontrar la virilidad que ha perdido y recobrar las virtudes que hacen grandes, felices y estables á los pueblos; en vez de reconocer su falta y levantar su corazon á Dios pidiéndole misericordia, volver á darse al diablo, que así la ha puesto! es un acto propio sólo de un pueblo que ha perdido la razon, que ha perdido hasta ese instinto de conservacion que hace huir á los mismos irracionales de lo que les ha hecho daño y les lleva á buscar donde se halla el remedio á sus dolencias.

Pero no seamos severos sólo con los franceses, ya por asociarse unos de corazon á este acto, ya por ser indiferentes otros á que se proclame á Dios ó al diablo y por consentir otros lo último sin protesta, porque de esta locura participará el mundo entero haciéndose cómplice de esa sacrílega fiesta é incurriendo, por consiguiente, en la indignacion divina.

Sí, el mundo entero concurre con sus productos á llenar ese templo inmenso que se ha levantado al orgullo humano para hacer patente que sin Dios se amontonan riquezas y se crean obras maravillosas, y que sin Dios viven y quieren vivir la Francia y todas las naciones que han aceptado su declaracion de 1789.

El mundo entero acudirá á admirar ese sacrílegio que se cometerá en París—si Dios lo consiente,—á embriagarse en los seductores sensualismos que ofrecerá á su molicie, á remediar lo precario de su industria vertiendo sus tesoros en el seno de aquella nacion á la cual Dios quiere llamar á penitencia por medio de la adversidad y de la humillacion.

¿Y qué ha de suceder? Que como no ha de impedirse por estos medios que la accion de Dios siga su curso, estamos abocados á graves acontecimientos que han de conmover hondamente á Francia y á otras naciones á las cuales decida la Providencia afligir con el terrible azote de la guerra.

Leon XIII, el centinela que en nombre de Dios vela por la dicha de los pueblos, ha dejado oir su voz, alarmado ante los espantosos preparativos bélicos que se apresuran á acumular todas las naciones.

Como si hubiera oido los toques lejanos del clarin, invita nuevamente á los pueblos á buscar la paz en la ley de Jesucristo y en la vuelta á la Iglesia.

Esta nos parece la última llamada.

Y como ella ha de ser desoida por el mundo moderno, entregado á su orgullo y á sus concupiscencias, es evidente que detrás de esta solemne intimacion ha de venir la hora de Dios. Esto es, la hora en que la voluntad divina se imponga á la voluntad humana, y la Justicia del cielo deje caer su mano sobre el mundo descarriado.

Todas las señales son de que el año actual ha de ser año de sangre, ó prólogo de otro en que se vean grandes catástrofes. La Revolucion empezó su imperio llenando á Europa de cadáveres. Hoy quiere solemnizar su inauguracion y ratificarse en su levantamiento: ¿qué cosa más natural que á esta ratificacion le siga otro rio de sangre y otro monton de cadáveres igual al que produjo la locura que hoy celebra?

¡Si á lo menos los católicos comprendieran cuáles son los altísimos deberes que su fe les impone ante tan lastimosa conmemoracion!

¿Cuáles son estos deberes? En otro artículo lo estudiaremos.

L. M. de Ll.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Mendigos cantantes extranjeros.—El Veloz-Club.

Por lo visto, la paz armada es en algunas naciones de Europa un despertador del hambre, como llama Breton de los Herreros en una de sus comedias al chocolate; y aunque creíamos que sólo en España se cocian esas habas, tenemos el progresístico consuelo de saber que en otros países se cuecen tambien á calderadas.

Lo digo por la inundacion de mendigos extranjeros cantantes que han invadido á Madrid, y que de algun tiempo á esta parte nos regalan los oidos con conciertos callejeros de música vocal, de un género tan triste, que espantan al mismísimo demonio retozon de la alegría, fautor de la enervante pereza de los pueblos meridionales, una de cuyas primeras aspiraciones es pasarse la vida comiendo, bebiendo y riendo, como si estuvieran construidos á prueba de lágrimas.

Al principio estos mendigos, cuya espetada seriedad se refleja en el ritmo triste y melancólico de su música (si es que sea música lo que ellos gritan y vociferan), recorrian las calles sueltos, esto es, sin formar sociedad ó compañía, y entonces sus cavatinas y endechas musicales podian soportarse.

Unos cantaban en francés y otros en aleman: unos tenian un solo ojo, y otros, en apariencia, no tenian ninguno, aunque fijándose un poco en sus movimientos, podia calcularse que veian con los dos; y todos, á primera y á segunda vista, no sólo por su canto, sino por su aspecto escuálido y por su porte desarrapado, si no parecian almas en pena, á la legua denotaban que eran archi-pobres y proto-miserias, que diria el príncipe de nuestros poetas satíricos.

Cuando discurrian sueltos por las calles los ejemplares de esta coleccion, los ratones y las personas aguantaban menos mal los retazos musicales que salian de su boca, si bien las segundas no podian menos de sentirse estremecidas al percibir sus lastimeros plañidos, juzgando que el Anticristo debia estar ya en campaña, y la trompeta del juicio final resonaba á lo lejos, llamando á capítulo á todos los hombres vivos y muertos; pero la colecta debia ser escasa cantando á una sola voz, y los tales mendigos musicales concibieron, sin duda, la endiablada idea de confabularse para cantar á duo y á trio y á cuarteto y á quinteto, y desde aquel instante no hubo ya forma posible de que el vecindario se mostrara sosegado y tranquilo, ni en las casas ni en la calle.

Porque reunidos en parejas, ó en grupos de tres, cuatro y cinco, los tales mendigos cantantes, y puesto en funciones el órgano vocal de todos, no hay murga de serpenton, cornetin y redoblante que se les compare, ni charanga desconcertada que meta más ruido, ni cause más estropicios en el órgano auditivo de la humanidad.

Cuando se apoderan de una calle, se despliegan en batalla, como si fueran militares inválidos; y, gorra en mano, la recorren á paso moderado desgañitándose, como si fueran una legion de abejorros, dispuestos á levantar una jaqueca en la cabeza menos dispuesta á padecer de neuralgia.

La cosecha de estos pobres hombres no puede ser más modesta: apenas si hay quien los favorece con una limosna, tal y como si el espíritu nacional, siempre alegre y jocoso, quisiera tomar venganza de sus cencerradas del género taciturno. En este Madrid hay tambien una pauta para medir el favor que se ha de dispensar á los mendigos cantantes, y el que no sepa pespuntear la guitarra y cantar coplas alegres, verderonas, picantes é indecentísimas, no hará gran fortuna.

La moral, al uso progresista, se entiende aquí de esa manera; y en vez de llevar á la cárcel á un mendigo blasfemo, le llevan á la cocina para que se atraque á lo pavo.

Como no se entiende lo que cantan estos mendigos extranjeros que se nos han metido en casa á darnos serenatas sin orquesta, no sabemos si nos compran ó nos venden; pero ¡vaya unos tipos que va poniendo en moda *la paz armada!*

Durante la última semana han circulado en Madrid los más alarmantes rumores sobre el *Veloz-Club*, centro del *Sport* madrileño, y, por lo visto, lugar de perdicion para muchas personas pertenecientes á las clases más distinguidas y acomodadas de nuestra sociedad.

Los juegos de azar, tolerados en dicho centro, parece que son tan tirados, que resultan ya considerables los estragos que causan en la fortuna más sólida.

De aquí el duelo y afliccion de muchas familias que lamentan los efectos de las disipaciones y prodigalidades de algunos de sus individuos, viendo comprometida hasta su subsistencia por la horrible voracidad del vicio á que rinden desenfrenado culto.

En esa espantosa sima del mundo elegante y en otras similares se han sepultado ya numerosas fortunas, quedándose por puertas sus poseedores, víctimas de la tahurería.

Son bastantes los expedientes incoados en los tribunales con objeto de incapacitar por pródigos para administrar sus bienes á los que dan de ellos tan mala cuenta; y tambien se susurra que no faltan procesos de estafa, surgidos á consecuencia de las disipaciones que ponen á los hombres en trances, no sólo de pecar, sino de delinquir.

Sea por lo que fuere, lo cierto es que en Madrid se ha levantado clamor unánime contra esta institucion de los vicios más ruinosos, considerándola, por los daños que de ella reportan las familias, como uno de los focos de corrupcion más dignos de ser cegados.

Pero pedir al Gobierno liberal que declare ilícita esa institucion de los vicios de los grandes debe ser lo mismo que pedir cotufas al golfo.

Eso sí, se dictan ojeos y cacerías contra los garitos de vigésimo órden, contra las *chirlatas* y los juegos de tabernas y figones; pero estos procedimientos de represion se detienen á las puertas de los alcázares de los vicios, demostrándose con ello que la tan decantada igualdad ante la ley de nuestros liberales es una de tantas promesas frustradas como ha hecho el sistema.

Tiempo hace que la opinion pública reclama que ciertos círculos aristocráticos, donde se juega por todo lo alto y por todo lo bajo, sean sometidos á la accion de las leyes, bien para purificarlos de la horrible lepra de los vicios que los infestan, ó bien para cerrarlos, ó mejor aún, para ararlos y sembrarlos de sal.

Pero nuestros gobernantes se hacen lossuecos, y siendo fuertes con los tahures de décima clase, llevan sus debilidades para con los grandes hasta el grado más inverosímil y lastimoso.

Respondiendo á las quejas que se formulan sobre esto, dicen que hasta en el cielo hay jerarquías... ¡Vaya unos creyentes!...

Lupercio

Madrid, 27 de Febrero.

ROMA

Los sucesos del 8 de Febrero.

—Y bien, panadero, ¿qué le han robado?... ¡digo!... ¿qué se han llevado esos vándalos?

—Nada, señor. Cuando se acercaron á mi tienda, les ofrecí todo el pan que quisieran, pues decíase que estaban hambrientos... ¡Y luego, venian con unos modales y traian en la mano unos chismes!... Pero ni un solo pan han aceptado. ¡En cambio, vea V. el destrozo que han hecho de mis armarios, de mis muebles y de mis utensilios de trabajo!...

Este coloquio tenia yo con un panadero de *Via Frattina* á las cinco de la tarde del 8 de Febrero, fecha que los romanos conservarán como un doloroso recuerdo para indeleble vergüenza del Gobierno de... Crispi.

Un poco más adelante me asomé á la puerta de una tienda de salazon.

La misma pregunta por mi parte, y la misma respuesta por la del tendero.

—Yo,—añadíame aquel buen hombre, grueso y rubicundo, con su hermoso delantal blanco,—yo les ofrecí con mucho gusto una docena de salchichas ó un buen jamon, con tal que dejaran intacta este hermoso escaparate de cristales de Francia. Pero nada; nada han querido. Y á martillazos se han despachado á su gusto... y no es esto solo, pues de una pedrada me han roto cinco tarros de mayólica llenos de conservas alimenticias de gran valor.

—Y ahí al lado,—pregunté,—en casa del platero Berretta ¿qué ha sucedido? ¿qué le han hecho los vándalos?

—Poca cosa: han despedazado sus magníficos aparadores, dispersando en parte las joyas: algo le ha faltado, pero no mucho. He visto que los mismos alborotadores recogian de la calle, á donde habian caido, algunos estuches de joyas y los volvian á echar con fuerza, como proyectiles, dentro de la tienda.

—¿Y pues?

—Pues, que segun parece los tales no tenian otra mision que destruir, sólo destruir.

¡Es singular! Pero es un hecho, ya fuera de duda, que aquellos amotinados, obreros y no obreros, no robaron ni saquearon, siendo así que lo hubieran podido hacer á mansalva, porque ninguna fuerza pública, durante tres horas por lo menos, se dejó ver, y nadie les impidió que hiciesen lo que se les antojase. Algunos agentes de policía y algunos guardias civiles hallábanse aislados acá y acullá; pero ¿qué podian contra aquel turbion de obreros armados de picos, palas, martillos y garrotes, que á paso de carga recorrian rápidamente, como exhalacion, las principales calles de Roma, asestando golpes de desesperado á diestro y siniestro contra los aparadores de las tiendas?

Entre otros atropellos cuéntase el de dos esposos alemanes que pasaban por los *Prati di Castello* en carruaje y fueron emprendidos á pedradas, quedando malparados. Un *fiacre* de plaza fué destrozado por los amotinados junto al teatro Argentina. Dos ó tres ciudadanos fueron apaleados. Mas la peor parte la llevaron algunos agentes de policía que en pequeño número quisieron oponerse á un grupo de seis ó setecientos amotinados en los *Prati di Castello* y en *Piazza Borghese*.

Tras ellos, empero, iban algunos de esos ladrones que se confunden siempre con toda multitud por deseo de los bienes ajenos. Y detrás de todos iban los judíos, que con un saco á cuestas recogian los pedazos mayores de cristal y los ob-

GRANADA.—VISTA INTERIOR DE LA CATEDRAL

EL PUENTE NUEVO DE PARÍS (CUADRO DE NITTIS)

jetos rotos y perdidos. Porque el pánico de los transeuntes fué serio y espantoso, y muchos ciudadanos y no pocas señoras perdieron en la fuga sombreros, guantes, bastones, sombrillas, etc.

¿Qué pasó, pues, en Roma el dia 8 de Febrero?

Hélo aquí. La pésima política interior y exterior del Gobierno italiano, especialmente desde que está al frente de él Francisco Crispi, ha ocasionado una gravísima crisis económica en toda Italia y particularmente en Roma.

De sus resultas son muchísimos los obreros que se han quedado sin pan y sin trabajo.

Los jefes del radicalismo y del *ideal* republicano han aprovechado este doloroso estado de cosas, valiéndose del elemento obrero para suscitar tumultos y preparar el camino á sus designios.

Asambleas, comicios y protestas se han sucedido, pues, en todas partes de la Península. En Roma fueron celebradas algunas, si bien pacíficas, no del todo legales; hasta que el dia 8 cerca de 3,000 obreros se reunieron á las dos de la tarde en *Piazza Cavour* y en *Prati di Castello*, esto es, en un nuevo barrio edificado á la derecha del Tiber, casi fuera de la ciudad, á la cual está unido sólo por dos puentes.

Allí fueron pronunciados discursos violentísimos, haciéndose franco llamamiento á la *Revolucion social*.

Al Gobierno debió ser fácil prevenir primero, y reprimir despues, ese comicio.

Mas, fuese casualidad, fuese clásica imprevision, ó cualquier otra cosa semejante á la complicidad, ello es que á los *Prati di Castello* fueron enviados sólo 25 ó 30 agentes de órden público para que vigilaran el comicio; y de 15 á 16,000 hombres de que consta la guarnicion de Roma, no quedaron aquel dia en la ciudad más que unos centenares de soldados. Los demás habian sido enviados á maniobrar en el campo. El regimiento de caballería acuartelado en Roma fué enviado á Tívoli a practicar un paseo militar.

Roma, pues, estaba el 8 de Febrero como un país que *fit primi occupantis*.

Y aquellos *valientes* obreros internacionalistas, arrollando en el puente de Ripetta á aquel puñado de polizontes, invadieron como un turbion las principales calles de Roma, haciendo lo que antes he referido.

Sólo á la caida de la tarde comparecieron algunas compañías de soldados para dispersar á aquellos vándalos... que ya se habian dispersado voluntariamente, cansados de su heroica empresa.

Dícenme, no obstante, algunos que debieran estar muy bien enterados, que se desvaneció como humo la parte más... hermosa del programa de los amotinados, por la impericia de los que les capitaneaban, ó por otra causa cualquiera.

Uno de los tres grupos principales en que se dividieron debia invadir el palacio de Montecitorio donde se reune, como en aquel momento sucedia, la Cámara de diputados, á quienes debian poner de patitas en la calle con los buenos modos y finura que puede suponerse.

Dicho grupo, en efecto, fué á la plaza de Montecitorio, rompió algunos cristales del palacio del Parlamento, silbó á los diputados y gritó: *¡Abajo los charlatanes! ¡Abajo los empobrecedores del pueblo!* y aun *¡Abajo los ladrones!* Pero luego se quedó allí inactivo, hasta que llegaron algunas fuerzas de infantería que se reunieron en un cuartel inmediato.

El Parlamento interpeló luego al Gobierno acerca de estos hechos; ha habido sesiones borrascosas y las habrá aún. Mas no por eso caerá el Ministerio Crispi, segun parece lo más probable.

Los sucesos del 8 de Febrero han traido cola en la Universidad de Roma.

Entre los amotinados se vió rondar á un catedrático muy conocido por sus sentimientos y por su propaganda ultra-revolucionaria. Algunos periódicos dijeron que el tal catedrático indicaba á los amotinados los gritos que debian proferir, especialmente frente á la Cámara de diputados.

Entre tanto al dia siguiente se presentó dicho catedrático en la Universidad para dar su clase, y fué silbado por la mayoría de los estudiantes.

Los periódicos anduvieron divididos acerca el particular, y uno de ellos, que aseguraba fueron la minoría y defendia al profesor silbado, publicó un artículo poco grato á los alumnos silbantes, quienes, por eso, quemaron anteayer en el patio de la Universidad un ejemplar de aquel periódico en señal de desprecio.

La ira entre estudiantes y periodistas estalla en varios sentidos, habiendo terminado con tres duelos. ¡Y los padrinos de los duelistas eran otros tantos profesores!!

¡Así se atiende á los estudios en la Universidad romana, modernizada y regenerada por el espíritu de libertad!

Un grupo de amotinados fué tambien á la *via* Gregoriana á silbar bajo las ventanas de la casa en que vive Crispi, gritando: *¡Abajo el empobrecedor! ¡Abajo Crispi!*

Allí mismo, el pasado Junio, cuando los candidatos católicos de la *Union romana* fueron derrotados en las elecciones municipales y provinciales, otro grupo de gente del pueblo estuvo gritando: *¡Viva Crispi! ¡Viva el gran ministro!* ¡Y el tal Crispi se enorgullecia con aquella benévola manifestacion!

¿Y ahora?... *Vanitas vanitatum*, podria y debiera decir él.

Del cual me dicen que en verdad está muy melancólico estos dias.

LIONELLO

14 de Febrero.

EL MATERIALISMO

IV

Supongamos por un momento que no existen substancias espirituales, contra lo que demostrado concluyentemente queda en los artículos precedentes que tratan de la existencia y atributos de Dios y de la existencia y espiritualidad del alma; supongamos que todo cuanto existe es material, y admitamos tambien que es eterna la materia de que se componen todas las cosas: como aun despues de todo lo expuesto para explicar los misterios del cosmos y del micro-cosmos refúgianse los materialistas en la incesante evolucion y transformaciones sucesivas de la materia y de la fuerza habilidosamente combinadas, entiendo que la manera más eficaz de combatir al materialismo contemporáneo consiste en sacar de la misma evolucion argumentos poderosos en pró de las causas finales y de la existencia de lo inmaterial, por lo tanto.

El gran fisiólogo moderno Claudio Bernard se ve precisado á estampar continuamente en sus obras, nada sospechosas de parcialidad respecto al asunto, los conceptos de *idea creadora, potencia directriz, fin, plan ideal, direccion preconcebida*, etcétera, y en su *Fisiología general* dice textualmente: «Cuando se trata de una evolucion orgánica futura, nosotros no comprendemos que una propiedad de la materia tenga este alcance... el huevo, la célula embrionaria es una cosa que ha de llegar á ser; ¿y cómo concebir que la materia tenga por propiedad el contener propiedades y juegos de mecanismo que no existen aún?... Yo no concebiría que la célula formada espontáneamente y sin padres tuviese evolucion, pues carecería de la direccion original, de esa especie de fórmula orgánica que reune las condiciones evolutivas del sér determinado.»

De igual manera Hartmann, el célebre filósofo de lo inconsciente, admite «la teoría de la descendencia como parte integrante de la concepcion del universo;» pero rechaza la explicacion mecanicista y ha compuesto un libro importante para demostrar que «el progreso de la organizacion no ha podido existir sin un plan determinado, sin una ley de evolucion interna, sin impulsion formadora; no se puede comprender sin la accion permanente de una *inteligencia* que haya concebido el órden, y de una *voluntad* que lo haya querido, y de una potencia que lo haya realizado.»

Los campeones del materialismo, Strauss, Vogt y Haeckel, para prescindir de esa inteligencia, voluntad y poder, que ó son palabras vacías de sentido, ó significan los principales atributos de Dios, autor de la naturaleza, se refugian en la seleccion natural y dicen: «Hoy, gracias al darwinismo, ha cesado el tormento de la inteligencia meditando sobre el mundo y obligada á admitir la finalidad, y han quedado satisfechas las aspiraciones hácia las causas primeras. Este cambio lo ha producido la seleccion natural, que permite concebir un fin inconscientemente determinado y alcanzado infaliblemente, y que reemplazará á Dios para una posteridad más feliz.» ¡Donosa ocurrencia! Dios, convertido en una seleccion ciega, fatal, impotente para obrar más que por grados y que ni sabe de dónde viene, qué es lo que hace, ni á dónde va, es una concepcion metafísica digna de los filósofos naturalistas que hoy se estilan. Aunque se admita el transformismo darwinista, perfeccionado por Haeckel, y convengamos en que todos los vivientes fueron desde el principio plastídulas, imperceptibles átomos de hidro-carburo de azoe, que combinándose al azar han dado orígen idéntico á las diferentes moléculas vegetales y animales, y admitiésemos la existencia de la mónera, imperceptible hasta para el microscopio, y supusiésemos que se convierte primero en mata de yerba ó gigantesco árbol, en infusorio y vertebrado despues, y en un hombre sabio ó héroe por último, siempre nos veríamos obligados á confesar que en esa plastídula inicial, en ese átomo primitivo que da orígen á todos los vegetales, animales y hombres, queda al descubierto la omnipotencia creadora, y el ateo evolucionista tropieza sin pensarlo con el Dios que se proponia aniquilar.

Los verdaderos pensadores, los hombres de mente sana y corazon sano, no han sido nunca ni pueden ser ahora verdaderos materialistas. Los cielos cantan las gracias del Hacedor, y no hay rincon, por oscuro que sea, en la tierra que el naturalista estudia, que no demuestre de la manera más evidente la existencia de una inteligencia soberana y de un ordenador supremo. Como decia el transformista Samarck, se ha identificado á la naturaleza con Dios, se ha confundido al reloj con el relojero, la obra con el operario, y semejante manera de discurrir es la infraccion más terminante de las leyes lógicas. El materialismo tendrá siempre partidarios en el mundo, porque del lodazal de las pasiones, en el cual gustan revolcarse los cerdos todos de las piaras de Epicuro, se levantan negros vapores que nublan las inteligencias y ponen en consonancia las mentes con los corazones. El materialismo práctico es, pues, consecuencia necesaria de la concupiscencia de la carne, y el materialismo filosófico, refugio ineludible de todos aquellos que

anhelan poner en consonancia sus ideas con sus costumbres. La más concluyente refutacion teórica y práctica del materialismo la debemos por lo tanto á Cristo nuestro bien, y palpitando está en la ciencia y creencias religiosas.

M. Polo y Peyrolon.

LA MÁRTIR CORDOBESA

V

Angélicos coros preparaban á Columba grato recibimiento en el Empíreo, y el Eterno miraba complacido los últimos pasos en la tierra de su hija predilecta. En efecto, aquella temprana existencia tocaba á su fin; la aurora confundia sus rosadas tintas con el crepúsculo, en la dulce y bella criatura, cuyo cándido aspecto subyugaba aun á sus mismos enemigos.

Vedla de pié, ante el Consejo. La cándida túnica se dobla en púdicos pliegues sobre el pavimento; su blanco velo la envuelve como anticipado sudario; centellea en sus ojos divina inspiracion, y dibujan los purpurinos labios celestial sonrisa.

Habla con naturalidad, con sencillez, y la armonía de su voz corre parejas con la pureza de los conceptos que sin vacilacion emite.

—¿Confiesas ser cristiana?—pregunta el presidente del tribunal.

—Sí.

—¿Consideras injusto que se arrebaten á los adoradores del Nazareno los conventos que les servian de refugio?

—Sí.

—¿Sabes que te expones á ignominiosa muerte con sólo afirmar lo que acabas de decir?

—Sí.

Y con la tercera afirmacion mostraba tan íntimo gozo la hermosa doncella, que los consejeros atónitos y confusos no acertaban á comprender tanto heroismo.

—Estará loca,—balbucieron por lo bajo;—no es posible que á su edad se juegue tan neciamente con la vida.

—La vida terrena es deleznable; la otra, eterna, y por ella suspiro sin cesar. Sabedlo, pues, adoradores de un dios falso: yo no vacilo en proclamar en alta voz mis creencias: soy cristiana, sigo amorosa la ley del Evangelio, y por Jesucristo iré á la muerte sonriente y feliz. No son los cristianos vejados y escarnecidos los que abjuran de su fe: podeis arrebatarles sus moradas, segar sus existencias; la buena semilla siempre fructifica, y sobre los despojos de cada mártir se levantará una falanje de nuevos adeptos: vuestro Profeta verá perder dia por dia su valimiento hasta caer en el olvido donde las generaciones derrumban sin piedad sus errores é idolatrías.

Púsose en pié escandalizado y en masa el tribunal al oir el enérgico apóstrofe de la jóven, y el gobernador, que transigiera con acompañar á Columba ante el Consejo, esperando que el aspecto severo de este impondria á la animosa cristiana, se cubrió el rostro con las manos.

—¡Perdida sin remedio!—murmuró con desconsuelo.

—¡Al suplicio, llevémosla al suplicio!—vociferaban en tanto los individuos del tribunal poseidos de violenta irritacion.

—¡Es tan jóven, oh jueces!—interpuso el gobernador, probando el último esfuerzo, porque la cristiana inspirábale por su juventud y belleza la más profunda compasion.

—Cierto,—repuso el presidente dominando el tumulto con un ademan.—Acércate, Columba; el tribunal tiene piedad de tí, y olvidará generoso cuanto has dicho, á condicion de que te retractes. Eres jóven y bella, el mundo encierra para tí muchas alegrías todavía. De persistir en lo dicho, la cabeza caerá bien pronto de tus hombros: retráctate de tu anterior confesion, y quedas libre.

—Sí, sí, que se retracte,—exclamó en masa el tribunal, predispuesto á la clemencia ante el aspecto de la jóven.

Sonrió la Santa con inefable sonrisa.

—No tiene mi Señor Jesucristo esposa tan débil,—dijo,—que por bienes caducos haya de mudar su propósito. ¿Quién más poderoso que El? ¿Quién como El puede agradarme entre los hijos de los hombres? ¿Qué religion me podeis ofrecer más pura y santa que la suya? Vosotros sí que debeis separaros del error y abrir los ojos á la luz del Evangelio, fuera de cuyas doctrinas no hallaréis salvacion para vuestras almas.

¡Cuán hermosa estaba Columba al hablar así! Fulguraban sus ojos con tan extraordinario brillo, evidenciaba toda su persona tan sublime confianza, que los consejeros creyeron inútil tratar de convencerla.

Crecia por instantes el tumulto, multiplicábanse las protestas por todas partes, y ella en tanto permanecia tranquila, erguida, como el roble que en la cumbre de las montañas resiste impávido los embates del huracan.

Su sentencia fué breve y terrible. Convicta y confesa, de la sala del tribunal pasó á la plaza pública, donde debia ser decapitada.

Ni un solo momento perdió la Santa su dulce serenidad; el pueblo infiel bullía á su alrededor; iracundo el verdugo esperaba; los pocos cristianos que allí acudieran para presenciar la triste escena sentian correr hilo á hilo las lágrimas por sus mejillas.

Y sin embargo, si el espectáculo era lúgubre, el cielo como en dia de fiesta ostentaba sus mejores galas. Ni una nube velaba su purísimo azul, las auras gemian blandamente dormidas en los jardines, el sol poniente brillaba con inusitado esplendor, y sus áureos rayos inundaban de lleno el rostro de Columba transfigurado y radiante.

Allí volvió á repetir la Santa su profesion de fe con voz tan dulce, que parecia el canto del cisne moribundo; gratificó espléndidamente al verdugo, y ella misma con pasmosa serenidad apartó el blanco velo que rodeaba como amorosa nube su gentil cabeza, y sonriendo á la multitud dobló su hermoso cuello, como débil lirio, sobre el tajo.

Relumbraron los reflejos del sol sobre el arma homicida, se oyó un golpe seco, y al separarse la cabeza del cuerpo un sordo rumor entre temeroso y satisfecho circuló entre la agitada muchedumbre.

No pensaron ciertamente los moros en ejercer sus acostumbradas demasías en aquel frágil cuerpo: la Santa, aún muerta, ejercía sobre ellos singular influjo por su casta belleza: sin despojarla, pues, de sus blancas vestiduras, metieron el cuerpo de Columba en un saco y le arrojaron al manso Guadalquivir, que abrió dichoso su líquido seno para ofrecer sepultura á los santos despojos.

Allá en el Empíreo angélicos coros saludaban con celestiales cánticos la victoria de una vírgen que llegaba al cielo coronada de rosas blancas y con la palma del martirio en la diestra; acá en la tierra los cristianos oraban en el fondo de sus venerandos templos, y el Guadalquivir lamentaba misterioso con la cadencia de sus aguas el triste fin de la temprana belleza, en tanto que el Cristianismo escribia en la historia de la humanidad una brillante página de heroismo y amor.

Seis dias despues de lo que llevamos relatado el cuerpo de santa Columba, entero é incorrupto, fué hallado por unos piadosos monjes en las márgenes del Guadalquivir; el agua devolvia á la tierra su tesoro, y los religiosos llevaron con gran sigilo el cuerpo de la Mártir á san Eulogio para que le diese cristiana sepultura en la iglesia de Santa Eulalia, que más tarde fué convento de Nuestra Señora de las Mercedes.

Andando los años, tambien la villa de Martos poseyó reliquias de la Santa, que acaso llevó allí el abad Sanson, cuando huia del conde Servando; pero ello es lo cierto que Córdoba se muestra orgullosa, á través de los siglos, de poseer los restos de aquella Mártir cristiana, cuya historia es un poema de conmovedora ternura, un cántico de amor divino, que formulado en la tierra va á perderse dulcemente entre las armonías del cielo.

Josefa Pujol de Collado.

MISCELÁNEA

En las Cortes de Madrid.

El diputado Sr. Cuesta y Santiago en el uso de la palabra:

«Voy á tratar ahora del ganado de cerda, y aquí tengo que aludir á mi querido amigo el Sr. Fabié.»

¡Cáscaras!

*

Otro diputado decia no há muchos dias:

«Para ser Gobierno no hace falta tener conocimientos en la gobernacion del reino; basta con tener mayoría.»

Y saber unos cuantos refranes.

Para divertirla.

Y tener empleos grandes y chicos con buenas nóminas.

Para hartarla.

De *Las Ocurrencias* de Madrid:

«Propone un colega que se expulse del ejército á los que hayan tenido ascensos por pronunciamientos.

»Con seguridad se nivelaban los presupuestos.»

Mucho que sí.

Y si se expulsase de la política á los hombrecillos que han ascendido á costa de pronunciamientos, ¡adios, progresistas!

Los pobretes han subido todos á las alturas por esa escalera.

Dice el periódico madrileño *La Regencia:*

«Antes que todo el país.»

Máxima que se saben al dedillo todos nuestros políticos.

Que tratan al país como cosa propia.

Tan propia, que se lo merendan sin el menor escrúpulo.

El Globo, diario posibilista ó castelarino, se escandaliza de los bienes que dice poseen las Comunidades religiosas.

¡Qué! ¿se acabaron ya los despojos de las desamortizaciones pasadas?

¿Hay ganas de hincar de nuevo el diente?

*

Pero, de seguro, *El Globo* no se escandaliza de los bienes de los judíos.

Sus razones tendrá.

Al fin y al cabo, lo único que al parecer choca en nuestro país es lo que se adquiere honradamente.

Del periódico *La Monarquía* es el siguiente diálogo:

«*Fusionista.*—Lo ocurrido en Roma es grave, muy grave, gravísimo.

»*Demócrata.*—¡Bah!

»*F.*—¿Es decir que no tiene importancia?

»*D.*—Ninguna. En planteando el sufragio universal, asunto concluido.

»*F.*—Eso seria echar leña al fuego. Sufragio universal con hambre, socialismo completo.

»*D.*—¿Usted cree?...

»*F.*—Que esos conflictos son consecuencia del exclusivismo con que los Gobiernos se consagran á las cuestiones políticas, olvidándose de las soluciones económicas.

»*D.*—Si no fuera así, no habria políticos.

»*F.*—Pero habria trabajo y paz.

»*D.*—¿Y V. y yo qué seriamos entonces? dos obreros ignorados. Y con la política ¿qué somos?... dos famosos conspicuos con grandes sueldos y empleos... *(Pausa)*. Lo de Roma, créame V., no tiene importancia alguna.

»*F.*—Efectivamente, todo eso no vale la pena.»

Es claro.

Descubierto el arte de medrar, en lo demás ¿quién se ocupa?

Leemos en un periódico:

«Rafael Molina (*Lagartijo*) tiene ajustadas para la temporada próxima 62 corridas y en ajuste otras varias.

»La corrida que ha contratado en menos cantidad ha sido en 22,000 reales.»

Está visto. No hay como España.

El país de los viceversas.

Pues mientras los *espadas* viven en la esplendidez y aun rodeados de consideraciones, los pobres maestros de escuela aceptan plazas que les permitan desempeñar su obligacion y comer en Santa Fé de Bogotá.

Y estas plazas las deben á un gobierno católico.

Nuevas demostraciones del pueblo español que corroboran aquello de que España es el país de la *abundancia!*

«Málaga, 28.—Seiscientas familias se han embarcado en este puerto con direccion al Brasil y á Buenos-Aires.

»Esto se repite con tan aterradora frecuencia que se observa ya la falta de brazos que labren los campos inmediatos á esta capital.

»Reina en esta comarca una miseria espantosa.»

Traslado á la Escuela de los Morets, Figuerolas, etc., que de conformidad con ingleses alemanes é italianos, están labrando la felicidad del país.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

El mareo.—De un periódico italiano traducimos lo que sigue:

«Mucho se ha hablado y escrito del mareo, pero permitidme que tambien diga mi opinion, pues creo que á ello tengo derecho, habiendo recorrido más de cuarenta mil millas de mar en mis viajes.

»Para combatir el mareo es necesario alimentarse bien para no debilitarse, y tambien ponerse de frente al viento y aspirar el aire, si bien el aire caliente excita y aumenta el mareo. Yo he sufrido mucho menos en los frios mares de Escocia que en las costas del Brasil.

»Se debe tener la imaginacion ocupada para no pensar en el mareo. Es muy bueno tomar un vaso de cerveza ó de *soda water* mezclada con una dósis de ron ó de cognac, ó una copa de Champagne ó de Oporto. Los licores ó vinos dulces son malísimos.

»El café y el té aumentan el mareo, y las personas que aconsejan su uso, sin duda no han atravesado el Oceano.

»El éter es utilísimo, y sin él hubiera tenido que perder muchas comidas en mis largos viajes trasatlánticos. Puédese tomar con azúcar ó en agua en dósis de veinte á cuarenta gotas. A las señoras delicadas puede dárseles en forma de perlas ó cápsulas gomosas.

»Uno de los mejores y tal vez el mejor remedio contra el mareo es la coca masticada ó en infusion caliente; se entiende siempre la *coca verdadera*, la *coca buena*.

»Cuando se sientan los primeros síntomas del mareo se ponen en la boca algunas hojas de coca (de 3 á 6 gramos) y se mastican lentamente. A las personas débiles, sobre todo á los niños, debe dárseles la infusion caliente de coca, pero es menos eficaz que las hojas masticadas.

»No aseguro que la coca sea eficaz para todos, pues el mareo es muy caprichoso; pero creo que las hojas bolivianas son uno de los mejores remedios y menos peligrosos.»

LA ARCHIDUQUESA ESTEFANIA

EL ARCHIDUQUE RODOLFO

LA ARCHIDUQUESA ISABEL

El juego de billar.—Segun cálculo curioso, en dos horas de juego se mueven las piernas como cuando se camina tres millas. El juego de billar puede ser muy bueno para la salud cuando se hace en hora oportuna y en habitacion bien ventilada, pero es dañoso cuando se hace en el café atosigado con el humo del tabaco y con el producto de la combustion de cien lámparas de gas: es sano cuando se hace para reposar la mente de largos y severos trabajos, no cuando se lleva la sed de lucro.

SECCION RECREATIVA

Entretenimiento.—Se toma un mango de escoba, ó un palo cualquiera. Se le clavan dos agujas en las dos extremidades. Se colocan sobre dos sillas dos vasos llenos de agua, y sobre éstos se hacen descansar las dos agujas del mango de escoba, sin que toque éste los vasos ó copas. Se da un golpe seco y muy fuerte hácia el medio del palo con otro palo resistente. El mango de escoba cae en pedazos sin que se rompan ni se viertan los vasos.

Esto se explica por las leyes de la inercia en los cuerpos.

Este experimento pide pulso y serenidad.

—El experimento anterior se suele hacer de otro modo no menos sorprendente.

Se toma un palo cualquiera; un mango de escoba, por ejemplo. Se le suspende de dos anillos de papel, por las extremidades.

Así suspendido, se coge un palo fuerte, y *con mucha fuerza* se pega al mango de escoba hacia el medio un golpe seco.

El palo se rompe en muchos pedazos sin romper los anillos de papel.

Téngase cuidado de hacerlo de modo que no cause daño á nadie al saltar los pedazos, ó se rompa algo.

El que no tenga destreza más vale que no haga este ensayo, ó de hacerlo sea donde no haya peligro.

Hielo artificial.—Se toma un bote de hojalata como el que sirve para guardar pimientos en conserva, ó un vaso de cristal, y en él se echa el agua que se ha de helar.

Se mete el bote en una taza ó escudilla *vidriada*, que sea lo más honda que se pueda, de modo que cubra casi todo el bote, ó gran parte de él.

En la taza se echan unos 70 gramos (12 onzas) de *sulfato de sosa*, que se vende en las boticas y droguerías, y 8 onzas de ácido muriático que es lo que usan los hojalateros con el nombre de *espíritu de sal*.

Se revuelve esta disolucion con un palo, y mejor con un batidor de cristal, y al propio tiempo se dan vueltas al bote.

A poco se congela el agua, y se despega el hielo de las paredes con un cuchillo.

Si solamente se trata de refrescar el agua se pone menos disolucion y más agua.

Para doble cantidad de agua, póngase doble cantidad de disolucion, y así sucesivamente.

En tiempo muy caluroso, si no se acaba de congelar el agua, se hace nueva disolucion cuando la primera haya perdido la fuerza.

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

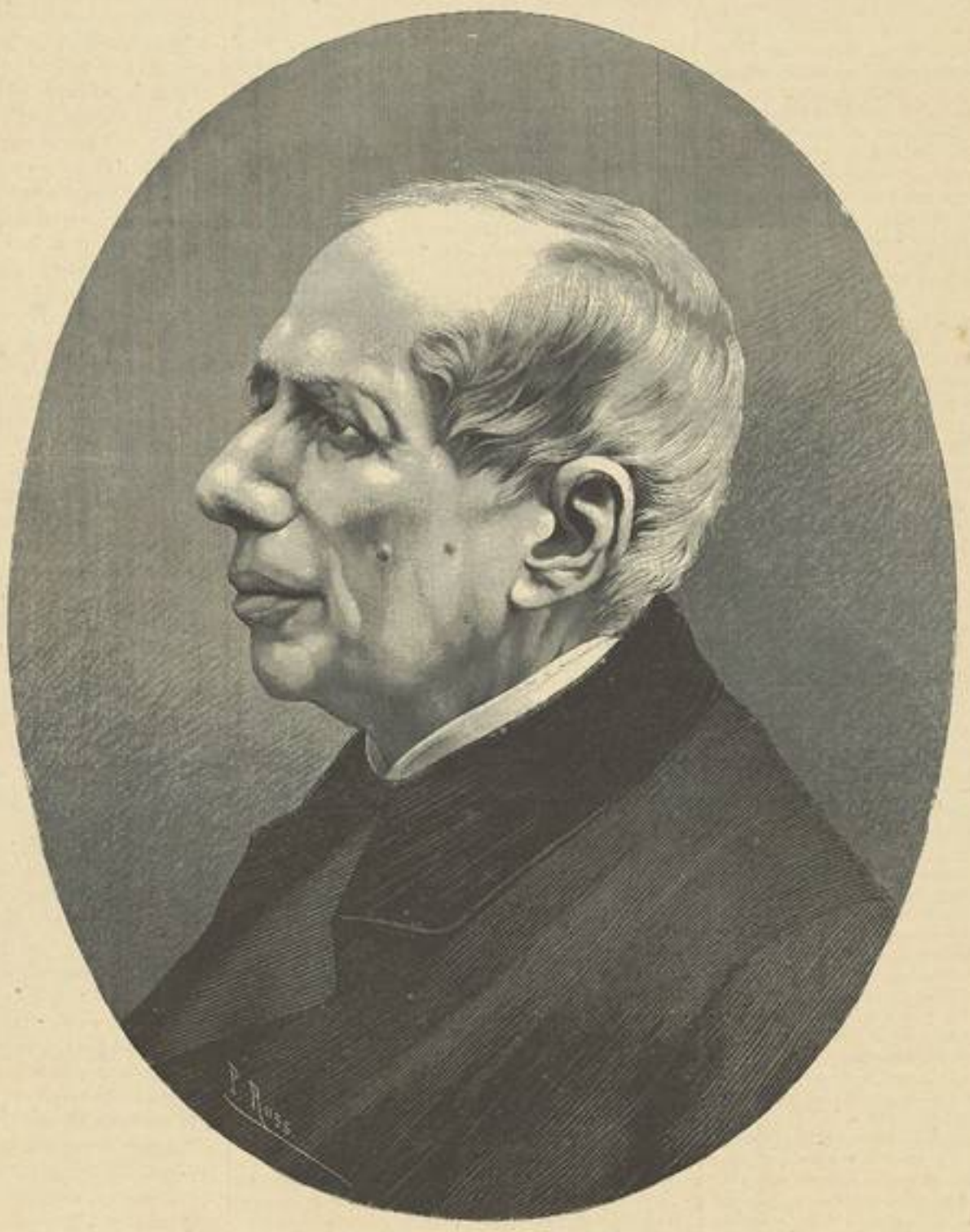
PROBLEMA NÚM. 9.

Blancas.	Negras.
1. D f8-a8	1. Ad libitum
2 = D hace mate.	

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Sta. Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 9 DE MARZO | SÉRIE II.—NÚM. 63



Joaquin Roca y Corner

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

El Concilio III de Toledo, V, por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*La pecadora de la ciudad*, por J. V. de Araquistain, Pbro.—*A la brevedad de la vida* (soneto), por Francisco de Quevedo.—*La pena de muerte*, por X.—*Miscelánea:* El regato de nueve colas.—Diálogos de actualidad.—*Noticias varias.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

D. Joaquin Roca y Cornet.—El nombre de este malogrado publicista católico, cuyo retrato y facsímile damos en este número, á pesar de los diez y seis años transcurridos desde que bajó al sepulcro (10 de Enero de 1873) se conserva grabado en la memoria de los que le conocieron y trataron. Su vida pública la consagró por completo al cultivo de las letras y á la defensa de la Religion, habiendo puesto casi siempre á las primeras al servicio de la última. En efecto, si sus contemporáneos reconocen y atestiguan que fué uno de los primeros en iniciar el renacimiento literario de Barcelona en el primer tercio de este siglo, menos podrán negarle la primacía, ante las ruinas todavía humeantes y ensangrentadas de los conventos, afrentosa página de la España liberal, en desplegar desembozadamente la bandera del Catolicismo sin distingos ni limitaciones en la revista que bajo el título *La Religion* publicó él solo, desde 1839 á 1841; refundiéndose despues en otra, con el nuevo título *La Civilizacion*, en la que entraron á formar parte el jurisconsulto D. José Ferrer y Subirana y el entonces simple presbítero el Dr. D. Jaime Balmes, despues una de las primeras lumbreras de nuestro siglo. No es nuestro propósito hacer aquí su biografía. A raiz de su muerte casi todos los escritores y periodistas católicos depusieron una corona sobre su tumba, ocupándose no solo en los varios é importantes cargos que desempeñó en el decurso de su laboriosa vida, sino en las muchas obras que de Religion, de Filosofía moral y de Literatura nos dejó su infatigable pluma, entre las cuales sobresalen las siguientes: *Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo*, voluminosa obra en 4.° mayor de 400 páginas, notable por su ortodoxia, por el recto criterio, por la elevacion de estilo y por la abundancia de datos y citas; *Las mujeres de la Biblia*, obra ilustrada, en dos tomos, y recomendable por su amena al par que instructiva lectura; *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*, tambien en dos tomos y dedicada á la juventud española para precaverla de los errores religiosos, filosóficos y sociales que empezaban á introducirse en nuestra patria; y otras varias que con un sinnúmero de artículos en diferentes periódicos podrian formar una regular biblioteca moral y religiosa. Lo que tal vez escapó á las investigaciones de sus biógrafos fué la pasion que sentia tambien por su lengua nativa. Y creemos de oportunidad consignarlo aquí, hoy que el catalanismo literario ha tomado ese vuelo. En dicha revista *La Religion* no sólo se ocupa con mucha preferencia é interés de la notable obra del Sr. Rubió y Ors *Lo Gayter del Llobregat* á raiz de su publicacion, cuyo quincuagésimo aniversario acaba de celebrarse, con unánime aplauso, sino que en un extenso preámbulo dedicado á otra composicion del mismo autor titulada *Dolor y consol*, que inserta íntegra con su version al castellano, el Sr. Roca y Cornet al través de varias y muy eruditas consideraciones sobre la riqueza, abundancia y fecundidad del habla catalana, deja entrever ya el principio de una nueva era para nuestra literatura. Aparte de algunas poesías en catalan, una de las cuales se halla en la coleccion que D. Antonio de Bofarull publicó bajo el título de *Los trovadors nous*, y de haber sido mantenedor encargado del discurso de gracias en el segundo año del restablecimiento de los Juegos florales (1860), un curioso detalle de su vida privada que hemos podido adquirir, viene en corroboracion de lo dicho. Toda su correspondencia de familia, que se conserva íntegra, está escrita en el más castizo idioma catalan, y no solo podria considerarse como un modelo en el género epistolar, sino que en ella con la ingenuidad y abandono propios de unas líneas que habian de quedar en el seno de la familia, se retrata, más si cabe que en sus escritos públicos, toda la integridad de su fe, la ternura de su alma y el amor al hogar, en aras del que más de una vez sacrificó un porvenir más glorioso, pero quizás menos tranquilo, con que le brindaba la fama de sus escritos; porque hay que advertir que Roca y Cornet, por conviccion, antes que literato y hombre público era padre de familia.

Despues de haber alcanzado aunque en edad temprana la titánica lucha que nuestros padres sostuvieron contra el coloso francés, siendo testigo del terrible asalto y saqueo de Tarragona, eterno oprobio de las armas invasoras, vió pasar ante sus ojos con no menos amargura todos los sacudimientos políticos con que se inició la Revolucion en nuestra patria. Jamás empero desfalleció su fe, ni modificó en nada sus arraigadas convicciones, así en religion como en política, única cosa de que se atrevia á vanagloriarse en el ocaso de su vida; ni conoció tampoco enemigos personales á pesar de las épocas difíciles que atravesó, porque en la controversia tuvo siempre por norma combatir sin tregua al error, procurando prescindir de los que yerran. Tal fué el escritor católico y varon probo, cuyos restos descansan hoy en un modesto sarcófago que el amor filial pudo, por concesion particular, construir bajo las bóvedas de una capilla rural, junto á la casa solariega de donde era oriundo, sita en el campo de Tarragona, no muy lejos del antiguo é histórico puerto de Salou.

Martirio del Papa san Urbano I (palia de altar, por Pagliani).—Imperaba en Roma Alejandro Severo, quien al revés de otros antecesores suyos dejó en paz á los cristianos, y aun llegó á mostrar cierta estima á la verdadera Religion, honrando á Jesucristo con un culto particular, en una especie de capilla doméstica. La nobleza romana se alistaba en gran número bajo el estandarte de la Cruz. El santo Papa Urbano I, perteneciente á una familia del Patriciado romano, atrajo á la fe multitud de personajes de distinguida alcurnia, y tuvo la gloria de bautizar con sus propias manos á Valeriano, esposo de santa Cecilia. Pero el emperador Alejandro, demasiado débil para resistir á los pérfidos consejos de sus ministros, permitió al fin que se maltratase á los cristianos, muchos de los cuales, acusados falsamente de conspiracion contra el Estado, fueron llamados al honor del martirio. De este número fué Urbano, que murió por Jesucristo el año 230.

El príncipe Rodolfo.—El nuevo retrato que hoy damos es copia exacta de una fotografía reciente, pues data de pocas semanas antes de la muerte del Príncipe. (Véase el número anterior).

El archiduque Cárlos Luis, hermano del emperador Francisco José.—Nació el 30 de Julio de 1833, y ha sido casado tres veces: la primera con una princesa de Sajonia, muerta en 1858; la segunda con otra de las Dos Sicilias, María Anunciata, muerta el 4 de Mayo de 1871; y la última con la infanta María Teresa de Portugal. Segun las leyes del Imperio, muerto el Príncipe heredero correspondiánle los derechos á ocupar el trono; pero, poco dispuesto á reinar, los ha transmitido á su hijo el archiduque Francisco Fernando. Si no hubiese ocurrido la tragedia de Querétaro en Méjico, hoy seria príncipe imperial y heredero de la Corona de Austria el desgraciado Maximiliano, hermano mayor que era del emperador Francisco José.

Aunque poco conocido en el extranjero, el archiduque Cárlos Luis tiene poderosas amistades en la Corte de San Petersburgo, á donde ha ido distintas veces con importantes misiones diplomáticas. Pasa por muy piadoso, y es muy querido en la Polonia, no obstante sus simpatías por Rusia.

El archiduque Francisco Fernando de Austria y Este.—Es el mayor de los seis hijos del archiduque Cárlos Luis y el heredero presunto del Imperio austriaco. Nació en 18 de Diciembre de 1863, y pasa por el príncipe más rico de la familia por haber heredado á los duques de Este. Piensa exactamente como su padre, y aun le consideran más rusófilo que éste.

El castillo de Meyerling.—Este nombre, hasta hoy poco menos que desconocido, pasará á la historia con tristísima celebridad por el misterioso y sangriento suceso á que va unido. El castillo de Meyerling era tiempo atrás una gran casa de campo que el príncipe Rodolfo compró, transformándola en palacio; y segun parece era para él un sitio predilecto, ya por su situacion á pocas horas de la capital, ya por ser á propósito para la caza.

Iglesia y cripta imperial de los Capuchinos en Viena.—Con ocasion de los funerales del príncipe Rodolfo celebrados en dicha iglesia y su entierro en la misma, no deja de ofrecer interés la descripcion que vamos á transmitir.

Desde 1619, en que murió el emperador Matías, casi todos los soberanos y miembros de la familia de Hapsburgo han sido enterrados en la cripta de los Capuchinos de Viena.

No ha dejado de haber, sin embargo, algunas excepciones. El emperador Fernando II dispuso ser sepultado en Gratz, en el magnífico mausoleo donde reposaba ya su esposa la emperatriz Ana. La segunda mujer del emperador Leopoldo I quiso ser enterrada en la iglesia de los Dominicos, y la emperatriz Amelia escogió como última morada la iglesia de San Francisco de Sales en Viena.

En la actualidad reposan en la cripta de los Capuchinos once emperadores: Matías, Fernando III, Leopoldo I, Jose I, Cárlos VI, Francisco I, José II, Leopoldo II, Francisco II, designado tambien como primero, por ser el que inaugura la série de los emperadores de Austria que no lo han sido á la vez de Alemania; Fernando I, que abdicó en 1848 y murió en 1875, y Maximiliano de Méjico, hermano del actual emperador, que, como es sabido, murió fusilado en Querétaro en 1867.

Quince emperatrices, un rey de los romanos, título que llevaba el heredero presunto del Sacro Imperio germánico, dos reinas, veintisiete archiduques, cincuenta y tres archiduquesas, dos duques y dos príncipes electores reposan tambien en el citado panteon, en que se conservan los corazones de dos emperatrices, de una reina y de una archiduquesa.

Muchas de las tumbas que encierra la cripta son verdaderas obras de arte. Entre ellas sobresale el majestuoso sepulcro que hizo construir María Teresa para ella y para su esposo el emperador Francisco de Lorena.

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

V

Concluido el Concilio, predicó san Leandro un sermon dando gracias al cielo por la conversion de los godos y exhortando á cuantos habian ingresado en el gremio de la Iglesia católica á que perseverasen en sus propósitos y siempre fuesen fieles y sumisos á ella. Tanto el ilustre Obispo de Hispalis como el gran Recaredo escribieron al Papa san Gregorio, comunicándole el feliz acontecimiento y la celebracion del Concilio, en el que se estableció nuestra unidad religiosa.

En la epístola de Recaredo á san Gregorio se leen estas palabras: *Tempore quo nos Dominus sua miseratione nefandæ Arrianæ hæresis fecit esse discordes, melioratos fidei tramite intra sinus suos Catholica colligit Ecclesia. Voluntatis tunc nostræ fuit animus tam reverentissimum virum, qui præ cæteros polles Antistites, omni intentione animi delectanter inquirere, et tam dignam acceptam á Deo rem pro nobis hominibus modis omnibus laudaret. Unde nos multasque regni curas gerimus, diversis occasionibus occupati, tres præterierunt anni voluntatem animi nostri minime satisfacere. Et post hoc, ad vos ex Monasteriis Abbates elegimus, qui usque ad tuam præsentiam peraccederent et munera á nobis directa Sancto Petro offerrent, tuæ sanctæ reverentiæ salutem nobis manifectius nuntiarent.*

Fueron tambien enviados á Roma algunos mensajeros con valiosos presentes para san Gregorio Magno, y el homenaje de adhesion y reverencia á la Santa Sede por parte de los godos. El Papa correspondió á estas muestras de consideracion y respeto, enviando á Recaredo una carta llena de uncion y de alegría, como tambien un pedazo de la santa Cruz, algunos cabellos de san Juan Bautista, y limaduras de las cadenas de san Pedro cuando estuvo prisionero en la cárcel Mamertina.

César Cantú en el tomo III de su *Historia universal*, discurriendo sobre la civilizacion visigoda, dice: «El nombre de los godos, que en Italia expresa barbarie y destruccion, se pronuncia por los españoles con placer nacional, desde que fundaron ellos un Estado feliz, cristiano é independiente.»

Y en otro lugar del mismo tomo, refiriéndose á la conversion de la gente goda, añade: «En vez de abstrusas discusiones (habla del Concilio) poco á propósito para el lugar y las groseras inteligencias de aquel pueblo, se presentaron como argumento el consentimiento de todo el mundo, ya desengañado del arrianismo, y los milagros que demostraban la verdad católica, ya en la tumba de san Martin, ya en la fuente bautismal de Osset en la Bética, la cual se llenaba espontáneamente todas las vísperas de Pascuas.»

Este Osset de que habla el historiador italiano, es San Juan de Afarache, pueblo perteneciente á la provincia de Sevilla y situado en las márgenes del Guadalquivir.

El mismo autor citado juzgando el carácter de la sociedad goda se expresa de esta manera: «Y en seguida principió á recitar el Símbolo de la fe, que todos repetian, de acuerdo en las creencias como en las esperanzas, que los hacian sencillamente constantes en presencia del inminente peligro. Esperando así á los enemigos con amor de hermanos, consiguieron conquistarlos para la civilizacion... El clero, pues, fomentó en España como en otras partes bajo sus alas la nacionalidad, y lejos del libertinaje y de las intrigas cortesanas del Franco, haciéndose respetable con respetarse á sí mismo, llegó á tener gran pode-

río: intervenia en los negocios del reino, y se reunia tan frecuentemente, que se conocen diez y seis Concilios desde el reinado de Recaredo hasta el de Vitiza. Sentábanse allí segun el órden de ancianidad los arzobispos de Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Tarragona y Narbona con los arrianos, quedaron todos unánimes en un mismo sentir, esmerándose los Reyes sucesores de Recaredo en imitarle en la piedad y religion, protegiendo y aumentando el bien de las iglesias, especialmente el de la de Toledo, que como Corte estable de su Trono mereció la primera

ESTABLECIMIENTO

AGUAS AZOADAS

Privilegio AVILÈS

3, Pelayo, 3.—Barcelona

PROPIETARIO: D. RAMON CORMINAS

Estas aguas son análogas á las de Panticosa, Urberuaga y Caldas de Oviedo, habiendo sido aprobado su procedimiento de obtención por la Real Academia de Medicina de Sevilla, Junta Superior Facultativa de Sanidad Militar de Madrid, Academia Médico-Farmacéutica de Barcelona y analizadas en el laboratorio municipal de Paris. Recompensadas con dos medallas de oro—por el agua y por los aparatos especiales de inhalación—en la Exposición Universal de esta capital, prévio informe de la Agrupación de Medicina.

Las aguas azoadas son de incontestable utilidad en las afecciones crónicas de las **fosas nasales y garganta**—rinitis, anginas crónicas catarrales y glandulosas,—**laringe, tráquea y pulmones**—catarros, coqueluche, asmas, pulmonias

crónicas, hemoptisis y tisis incipiente en sus primeros periodos;—asi como tambien en los desórdenes funcionales del **corazón, dispepsias** dolorosas y **anémias** secundarias.—Dan apetito, facilitan la digestión, son diuréticas. Nutren al enfermo, como lo prueba el aumento de peso que experimenta. Hacen desaparecer la tos de origen laringeo y pulmonar y la disnea, ó dificultad de respirar.

La importancia concedida á las aguas azoadas, sistema Avilés, explica su instalación y creciente desarrollo en Madrid, Sevilla, Cádiz, Bilbao, Santander, Habana, etc. etc., así como también en Paris, Burdeos y otras capitales.

En Barcelona las han recomendado más de 200 médicos, cuyos nombres constan en la última memoria publicada por la Dirección Facultativa.

EL ESTABLECIMIENTO ESTÁ ABIERTO TODO EL AÑO.

FUNCIONA EN INVIERNO

DE 9 Á 1 DE LA MAÑANA Y DE 3 Á 6 DE LA TARDE

Director-Facultativo: DOCTOR MASÓ BRÚ,

Director, por oposición, de aguas minero-medicinales, antiguo médico del Hospital de Santa Cruz, ex profesor libre de patología Médica en la Facultad de Madrid, Vice-presidente, que ha sido, de la Academia Médico-Farmacéutica. Representante de la Dirección General de Sanidad en la Exposición Universal de Barcelona, etc., etc.

CONSULTA DE 11 Á 1

Imp. Ortega, Palau, 4.

...aya operacion carece de troqueles el ..., ¿creen nuestros progresistas que con ...ia ya andado todo el camino para re...rímen?

...a podrá servir para descubrir á los de... dándoles caza aunque se fuguen á ...le nuestras malas cárceles; pero si no ...ales que los castiguen ejemplarmente, ...ntiene en vigor el ejercicio de la gra...alto, que no tiene pizca de sal ni de ...le qué nos servirá ese resorte?

...estando tan mal que es muy difícil que ...estar peor.

...oboracion de lo anterior salta y viene ...de Cox, provincia de Alicante, que es ...ñor crímen.

...o es natural, detrás del crímen salta ... proceso, que tambien es todo un señor

...tro son dignos de ser llevados á la sala ...on, y á ella vamos tambien armados del

...iques de Cox, de la clase de alcaldes, ... Capuletos y Montescos de la patria de ... turrones, se aborrecian á muerte.

...ellos, para librarse de su adversario, ...on un bandido la muerte de aquel por ... de oro pelada, ni real más, ni real

...ro supolo á tiempo el que debia ser asesina... que á la sazon era alcalde, y en vez de po...preso á su adversario y denunciarlo á los ...ales, fué ¿y qué hizo? Pues buscar al ban...tamente y ofrecerle dos onzas de oro ...quitara de en medio al que tan mal le

...ido, como buen liberal, estaba á lo ...rta, y aceptando la proposicion más ... se fué derecho al bulto, esto es, á ga...s onzas de oro.

...bato se consumó con todas las reglas

...e para que el bandido saliera más airo...mpresa, le auxiliaron en ella dos al...el alcalde, algunos guardas de campo ...ántos progresistas más.

... de la tragedia fué redondo.

...eso el asesino, es decir, el autor ma...strumento del crímen, cantó en buen ... la fúnebre historia, y descubiertos sus ...es y cómplices, fueron encarcelados. ...entra la segunda parte de la tragedia. ... de la Audiencia pidió la última pena ... los reos; pero el tribunal, obedecien... se dice, á influencias políticas, se ...o dispuesto á confirmarla para los ins... materiales del crímen, declarando ab...os inspiradores.

... pronunció la sentencia.

... estuvieron los alguaciles y los guar... absueltos tambien; pero la iniquidad ...rte que no hubo medios de reali...

Condenados á muerte todos los instrumentos materiales y absueltos los verdaderos autores é instigadores del crímen, se preparó una evasion de la cárcel (en la capital de la provincia) para salvar á una parte de los primeros, y la empresa fué coronada por el éxito más progresístico. Los alguaciles y el guarda se evadieron de la prision,

la carta que escribió contra el célebre Alcuino, pone la duracion de la herejía arriana hasta el reinado de Recaredo: *Usque ad tempora divinæ memoriæ Recaredi Regis suo maculavit veneno.*

«Conseguida en España la paz de las iglesias (dice un escritor del siglo XVIII), y extinguidos los errores que los Suevos y Godos recibieron de

... á nuestro bendito gobierno, singularmente al señor Capdepon, que ha anunciado á los buenos creyentes progresistas que tiene un plan para reprimir el crímen y librar al cuerpo social de esa lepra que le tiene ya cuasi gangrenado.

Cuyo plan se reduce en sustancia ¡pásmese el orbe! á cambiar de nuevo el figurin del cuerpo

SUMARIO DE ESTE NUMERO

El Concilio III de Toled
Crónica hebdomadaria
ciudad, por J. V. de A
la vida (soneto), por F
muerte, por X.—*Misce*
logos de actualidad.—*J*

C

D. Joaquin Roca y Cor
publicista católico, cuy
número, á pesar de los
que bajó al sepulcro (10
do'en la memoria de los
pública la consagró por
á la defensa de la Relig
las primeras al servicio
temporáneos reconocen
primeros en iniciar el r
en el primer tercio de e
primacía, ante las ruina
tadas de los conventos,
ral, en desplegar deses
tolicismo sin distingos
bajo el título *La Reli*
1841; refundiéndose des
La Civilizacion, en la q
consulto D. José Ferrer
presbítero el Dr. D.
primeras lumbreras de n
to hacer aquí su biogra
dos los escritores y pe
corona sobre su tumb
rios é importantes car
so de su laboriosa vida,
Religion, de Filosofía n
fatigable pluma, entre l
Historia de los hechos y doctr
voluminosa obra en 4.° mayor
ortodoxia, por el recto criterio,
por la abundancia de datos y c
obra ilustrada, en dos tomos, y
al par que instructiva lectura
ras de la época, tambien
tud española para precav
sóficos y sociales que en
patria; y otras varias qu
diferentes periódicos po
moral y religiosa. Lo qu
ciones de sus biógrafos
por su lengua nativa. Y
lo aquí, hoy que el ca
vuelo. En dicha revista
mucha preferencia é int
bió y Ors *Lo Gayter del*
cuyo quincuagésimo an
unánime aplauso, sino q
cado á otra composicion
consol, que inserta integ
Sr. Roca y Cornet al
consideraciones sobre la
del habla catalana, dej
nueva era para nuestra
sias en catalan, una de l
D. Antonio de Bofarull
nadora nous, y de haber
curso de gracias en el se
los Juegos florales (186
privada que hemos podi
de lo dicho. Toda su co
serva íntegra, está escri
y no solo podria consid
epistolar, sino que en ell
pios de unas líneas que
familia, se retrata, más
cos, toda la integridad
amor al hogar, en aras
porvenir más glorioso,
que le brindaba la fama
vertir que Roca y Cornet, por conviccion, antes que literato y hombre público era padre de familia.

Despues de haber alcanzado aunque en edad temprana la titánica lucha que nuestros padres sostuvieron contra el coloso francés, siendo testigo del terrible asalto y saqueo de Tarragona, eterno oprobio de las armas invasoras, vió pasar ante sus ojos con no menos amargura todos los sacudimientos políticos con que se inició la Revolucion en nuestra patria. Jamás empero desfalleció su fe, ni modificó en nada sus arraigadas convicciones, así en religion como en política, única cosa de que se atrevia á vanagloriarse en el ocaso de su vida; ni conoció tampoco enemigos personales á pesar de las épocas difíciles que atravesó, porque en la controversia tuvo siempre por norma combatir sin tregua al error, procurando prescindir de los que yerran. Tal fué el escritor católico y varon probo,

emperador, que, como es sabido, murió fusilado en Querétaro en 1867.

Quince emperatrices, un rey de los romanos, título que llevaba el heredero presunto del Sacro Imperio germánico, dos reinas, veintisiete archiduques, cincuenta y tres archiduquesas, dos duques y dos príncipes electores reposan tambien en el citado panteon, en que se conservan los corazones de dos emperatrices, de una reina y de una archiduquesa.

Muchas de las tumbas que encierra la cripta son verdaderas obras de arte. Entre ellas sobresale el majestuoso sepulcro que hizo construir María Teresa para ella y para su esposo el emperador Francisco de Lorena.

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

V

se, que todos repetian, de acuerdo en las creencias como en las esperanzas, que los hacian sencillamente constantes en presencia del inminente peligro. Esperando así á los enemigos con amor de hermanos, consiguieron conquistarlos para la civilizacion... El clero, pues, fomentó en España como en otras partes bajo sus alas la nacionalidad, y lejos del libertinaje y de las intrigas cortesanas del Franco, haciéndose respetable con respetarse á sí mismo, llegó á tener gran pode-

río: intervenia en los negocios del reino, y se reunia tan frecuentemente, que se conocen diez y seis Concilios desde el reinado de Recaredo hasta el de Vitiza. Sentábanse allí segun el órden de ancianidad los arzobispos de Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Tarragona y Narbona con los obispos y los presbíteros: despues de haber tratado, en las primeras reuniones, del dogma y de la disciplina eclesiástica, daban acceso á los grandes oficiales de palacio y á los duques y condes de las provincias, á los jueces y á los nobles, por cuyo voto hacian confirmar las deliberaciones respecto de los negocios de alta política y de derecho civil; y en fin resolvian las cuestiones particulares. Todo el que tenia quejas contra otro estaba autorizado para presentarse ante el Concilio á invocar el derecho contra la violencia. El que siendo citado se negaba á comparecer, era conducido por fuerza; juzgábanle los obispos, y sus sentencias, aprobadas por el rey, eran ejecutorias... En estas asambleas generales y en las parciales que las anunciaban, la ferocidad de los bárbaros era moderada por la prudencia y mansedumbre de una clase inerme, y los obispos que habian contribuido con su voto á la eleccion del rey entre la noble sangre goda, afirmaban su trono, recomendando á los súbditos la fidelidad, mientras impedian los excesos del poder, ya exigiendo un juramento al rey al tiempo de su coronacion, ya vigilando para que no infringiese la ley.»

Toda la gloria y toda la grandeza de esta obra, añadirémos nosotros, corresponden de derecho al Concilio III de Toledo y al Monarca converso, que abrieron un nuevo ciclo y una nueva Era en la historia patria.

Por eso el historiador citado dice tambien: «La conversion hizo querido y casi sagrado para los españoles el nombre de Recaredo, quien contuvo á los descontentos arrianos. Fué el primero de los reyes españoles que se hizo coronar solemnemente, y aconsejado por Leandro, obispo de Sevilla, dió sábia organizacion á la Iglesia y buenas reglas de disciplina eclesiástica, aplaudidas por el Papa Gregorio.»

Algun escritor ha querido amenguar la importancia del Concilio III de Toledo y anteponer á este el IV, presidido por san Isidoro, llamándole el gran Sínodo por el número de cánones que en él se establecieron; pero á los que así opinan les contestaremos con las palabras de un autor de otros tiempos, D. Juan Bautista Perez, que discurriendo en su *Catálogo* sobre la asamblea convocada por Recaredo, dice: *Omnium Hispaniensium celeberrimum, quod in eo Gens Gothorum, abjurata haeresi Ariana, ad Catholicam Fidem est conversa.*

Y si queremos apurar la demostracion, repetiremos las frases del P. Florez: «Bien sé que el cuarto Sínodo fué muy célebre, y nombrado el gran Sínodo, por el mucho número de cánones que allí se establecieron: pero no es lo mismo ser grande en el número de partes, que ser el primero en excelencia; y como la fe protestada en el Concilio III es cosa más sobresaliente que la Disciplina eclesiástica, suscribimos el dictámen de que éste fué el más célebre de todos.»

Desde el Concilio III de Toledo, segun afirma el Biclarense, continuador de la Crónica de Idacio, no se volvió á oir más en estos reinos el nombre de arrianos, y nada que se refiriese á esta secta. Lo mismo sostiene Elipando, que en la carta que escribió contra el célebre Alcuino, pone la duracion de la herejía arriana hasta el reinado de Recaredo: *Usque ad tempora divinæ memoriæ Recaredi Regis suo maculavit veneno.*

«Conseguida en España la paz de las iglesias (dice un escritor del siglo XVIII), y extinguidos los errores que los Suevos y Godos recibieron de los arrianos, quedaron todos unánimes en un mismo sentir, esmerándose los Reyes sucesores de Recaredo en imitarle en la piedad y religion, protegiendo y aumentando el bien de las iglesias, especialmente el de la de Toledo, que como Corte estable de su Trono mereció la primera atencion de sus Monarcas, convocando siempre allí los Concilios nacionales, y esmerándose algunos hasta en el aumento de los templos materiales, como hicieron Sisebuto y Vamba.»

Esta fué la obra que realizó el Concilio III de Toledo, cuyo aniversario vamos á conmemorar.

(Se continuará)

José Ruiz de Ahumada.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El progreso criminal.—La justicia de Enero.—El Carnaval de los hombres libres.

De nuevo ha vuelto á dar señales de vida el progreso criminal que padecemos; y cuando todavía no se ha visto en juicio oral el ruidoso proceso incoado por el crímen de la calle de Fuencarral, acaba de saltar otro no menos misterioso y horripilante en los Carabancheles.

Es, pues, el caso que en una de las alcantarillas de la carretera ha aparecido el cadáver de un hombre, espantosamente mutilado y quemado, sin que hasta la hora presente, y á pesar de los esfuerzos del Juzgado de Instruccion y de la policía, haya podido identificarse la persona del interfecto, ni descubrirse á los criminales que perpetraron tan horrible delito.

Lo único que se ha descubierto en medio de tantas pesquisas es un anónimo dirigido á las autoridades, en que se les exhorta á que no persigan á los delincuentes porque se cansarán en balde, previniéndolas que *dentro de pocos dias tendrán noticias de otro delito aún más horroroso.*

Todo se pega menos la salud y la hermosura; y á los criminales progresistas del tiempo presente se les ha pegado ya el buen humor del destripador de mujeres de Lóndres, que anuncia sus fechorías por los mismos métodos y procedimientos.

Circula por todos los espacios de la república literaria un hermoso opúsculo, escrito en aleman por *Humanus*, y vertido á nuestra lengua con cierto primor, en que se describen *d' après nature* y con magistrales pinceles los horrores del tráfico de esclavos negros en las márgenes del lago de Tanganica y en el desierto de Sahara; y no es menester más que leer ese precioso libro, inspirado por el moderno *apóstol de los negros*, cardenal Lavigerie, arzobispo de Argel y de Cartago, para que surja en la mente la comparacion de las escenas que allí se relatan con los actos de feroz bandolerismo que tienen lugar en España, así en poblado como en despoblado, pues de Sevilla anuncian que en mitad de las calles, á la luz del dia, se roba, se mata y se hace fuego á la policía, como si el bandolerismo fuera ya un cuerpo beligerante.

De donde se infiere que entre el estado progresista y el estado africano existe ya poquísima distancia, y la que media se salvará pronto, si Dios no hace un milagro para que cese este desórden de cosas.

El cual ha empezado á preocupar un poquitin á nuestro bendito gobierno, singularmente al señor Capdepon, que ha anunciado á los buenos creyentes progresistas que tiene un plan para reprimir el crímen y librar al cuerpo social de esa lepra que le tiene ya cuasi gangrenado.

Cuyo plan se reduce en sustancia ¡pásmese el orbe! á cambiar de nuevo el figurin del cuerpo de policía, cortándole el uniforme por otros patrones, esto es, formando un cuerpo mestizo, de militar y de paisano, que no sabemos si saldrá pez ó rana, carne ó pescado, chicha ó *limond*.

Pero aun dando de barato que el Sr. Capdepon pudiera acuñar una buena moneda de policía, para cuya operacion carece de troqueles el liberalismo, ¿creen nuestros progresistas que con eso se habria ya andado todo el camino para reprimir el crímen?

La policía podrá servir para descubrir á los delincuentes, dándoles caza aunque se fuguen á bandadas de nuestras malas cárceles; pero si no hay tribunales que los castiguen ejemplarmente, y si se mantiene en vigor el ejercicio de la gracia de indulto, que no tiene pizca de sal ni de justicia, ¿de qué nos servirá ese resorte?

Vamos estando tan mal que es muy difícil que podamos estar peor.

En corroboracion de lo anterior salta y viene el crímen de Cox, provincia de Alicante, que es todo un señor crímen.

Y, como es natural, detrás del crímen salta y viene el proceso, que tambien es todo un señor proceso.

Uno y otro son dignos de ser llevados á la sala de diseccion, y á ella vamos tambien armados del escalpelo.

Dos caciques de Cox, de la clase de alcaldes, especie de Capuletos y Montescos de la patria de los buenos turrones, se aborrecian á muerte.

Uno de ellos, para librarse de su adversario, contrató con un bandido la muerte de aquel por una onza de oro pelada, ni real más, ni real menos.

Pero súpolo á tiempo el que debia ser asesinado, que á la sazon era alcalde, y en vez de poner preso á su adversario y denunciarlo á los tribunales, fué ¿y qué hizo? Pues buscar al bandido bonitamente y ofrecerle dos onzas de oro para que quitara de en medio al que tan mal le queria.

El bandido, como buen liberal, estaba á lo que la tuerta, y aceptando la proposicion más ventajosa, se fué derecho al bulto, esto es, á ganar las dos onzas de oro.

El asesinato se consumó con todas las reglas del arte.

Sino que para que el bandido saliera más airoso de su empresa, le auxiliaron en ella dos alguaciles del alcalde, algunos guardas de campo y no sé cuántos progresistas más.

El éxito de la tragedia fué redondo.

Pero preso el asesino, es decir, el autor material ó instrumento del crímen, cantó en buen castellano la fúnebre historia, y descubiertos sus instigadores y cómplices, fueron encarcelados.

Y aquí entra la segunda parte de la tragedia.

El fiscal de la Audiencia pidió la última pena para todos los reos; pero el tribunal, obedeciendo, segun se dice, á influencias políticas, se mostró sólo dispuesto á confirmarla para los instrumentos materiales del crímen, declarando absueltos á los inspiradores.

Y así se pronunció la sentencia.

A punto estuvieron los alguaciles y los guardas de ser absueltos tambien; pero la iniquidad era tan fuerte que no hubo medios de realizarla.

Condenados á muerte todos los instrumentos materiales y absueltos los verdaderos autores é instigadores del crímen, se preparó una evasion de la cárcel (en la capital de la provincia) para salvar á una parte de los primeros, y la empresa fué coronada por el éxito más progresístico. Los alguaciles y el guarda se evadieron de la prision,

MARTIRIO DEL PAPA SAN URBANO I (PALIA DE ALTAR POR PAGLIANI)

y el bandido contratado expió en el patíbulo el crímen de todos...

El que crea que todo lo que acabo de referir es un sueño llevaráse solemne chasco.

Esta fúnebre historia es auténtica: se ha referido públicamente en el Parlamento español, sin contradicciones ni rectificaciones, dándola por exacta los poderes públicos y prometiendo algunos diputados exornarla con detalles de más realce.

Y aquí de la *progresistada* del Sr. Capdepon.

¿Cree que dislocaciones de la justicia como estas se enderezarán con un cuerpo más recto de policía?

Hay que restaurar dos cosas, igualmente esenciales:

La justicia, que está exánime; y la vergüenza, que está algo más que cadavérica, porque está putrefacta.

Y si no se restaura la religion, ¿cómo se llegará á aquellas dos restauraciones, sin las cuales no podremos ser más que una excepcion en el mundo civilizado, ó una sucursal de las hordas que campan á sus anchas en las márgenes del lago Tanganica?

EL PRÍNCIPE RODOLFO

POCAS SEMANAS ANTES DE SU MUERTE

A pesar de tener motivos para estar horrorosamente tristes, la verdad es que de lo que damos señales es de estar estúpidamente alegres.

Y es porque nos hallamos en la época en que el demonio de la locura se suelta y recorre calles y plazas, dando bromazos á los pueblos libres.

Con lo cual quiero decir que á la misma hora en que escribo estas líneas el Carnaval desfila en Madrid con sus legiones de moharrachadas insulsas y de basuras dignas de ser conducidas fuera de puertas en el carro de la limpieza.

La saturnal, indigna de los pueblos cristianos, desbrava en estos momentos, con todos los horrores de sus impiedades y obscenidades, amenazando con prolongarse hasta la Cuaresma para profanar el miércoles de Ceniza con el vinoso *entierro de la sardina* y la primera dominica del tiempo santo con los bailes llamados de *Piñata*, hoy puestos al alcance de grandes y pequeños, pues el ansia de lucro sigue sosteniendo la perversa costumbre de dar bailes de máscaras hasta para los niños.

El filon de esta mina en que se explota el santo candor de la infancia no se ha agotado; y especuladores codiciosos han seguido este año haciendo su negocio con esa vil industria, rodeándola de estímulos y alicientes verdaderamente satánicos.

Empero, aunque el Carnaval se celebra con estas y otras abominaciones igualmente censurables, bien se echa de ver que es un pueblo pobre, dolorido y atrofiado por las tinieblas el que toma parte en la bacanal pública.

Las comparsas que recorren las calles no visten con gusto ni aseo, y todo en ellas es puerco, desde el traje hasta la lengua que rujen, porque en vez de hablar gritan, y casi proscriben la palabra humana.

En vez de entretener, este espectáculo aburre y produce náuseas: en vez de representar una expansion, contenida por la templanza, representa el desenfreno de la miseria y la barbarie, y no se le puede contemplar sin profunda consternacion...

Semejante *pandemonium*, en que hasta los ciegos, los tullidos y los cojos se visten un horrible disfraz para pedir limosna, más que de un pueblo regularmente establecido parece propio de un pueblo malamente estabulado, y el olfato se resiste á percibirle.

Huele á bestia.

LUPERCIO

Madrid, 6 de Marzo.

EL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO

HEREDERO PRESUNTO DE LA CORONA DE AUSTRIA

LA PECADORA DE LA CIUDAD

I

Yo he creado siete mares,—dice el Señor; —pero no me he reservado para mí más que el mar de Genesaret (1).

¡Genesaret! ¡Genesaret! ¿Qué ha sido de tu belleza, de tu alegría y de tu esplendor? ¿Qué se han hecho las quince villas que recostadas perezosamente entre palmeras y terebintos, entre mirtos y tamarindos, ceñian tus verdes riberas como guirnalda de flores una frente virginal?

¿Qué fué de la multitud de lujosas barcas que cruzaban dia y noche tus límpidas aguas, convirtiendo tu inmenso lago en una sola ciudad?

¿Qué se han hecho Betsaida, cuna de Pedro; Corozain, su bella y maldita hermana; Magdala con sus salutíferas aguas, y Cafarnaum, la hermosa, pero ingrata morada del Profeta de Israel?

¡Genesaret! Paraíso de la tierra (1), region amada del cielo, perfumada con el aliento y el amor del Salvador, ¿por qué gimes triste y desolada? ¡Ay! ¡tus ciudades se han arruinado, tus campos se encuentran yermos, y en tus agostadas riberas sólo se ven algunos harapientos pastores que cuidan sus escuetos rebaños, y los errantes peregrinos que van á adorar las huellas de su santo Redentor!

¡Hubo un tiempo, muy lejano, en que tus tierras y tus aguas daban los frutos de todos los climas, los peces de todos los mares, y frutas en toda estacion; en que las bendiciones del cielo y las bendiciones de la tierra se unian para hacer de tus riberas el reflejo del Eden!

¡Genesaret! ¡Genesaret, que viste al Señor un dia andar sobre tus ondas, mandar á las tempestades y hacer de tus pescadores los mensajeros de Dios! porque cerraste el oido á sus voces, y á sus amores el alma, ha caido sobre tu frente su tremenda maldicion!

¡Y tú, Magdala, torre orgullosa que alzabas al cielo tu soberbia frente y brillabas con el esplendor de mil luces al eco de las armonio-

(1) Tradicion de los rabinos de Jerusalen

EL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS

HERMANO DEL EMPERADOR DE AUSTRIA

sas *hugags*, de las *sambucas* y de los *salterios*, héte ahí convertida en ruinas, sin que interrumpa tu silencio más que el vuelo de las palomas campesinas que bajan á escarbar tus escombros desde las históricas cavernas de Arbalá!

Un dia, ese opulento alcázar era la mansion del placer y la alegría; y lo mismo los hijos de los príncipes y senadores judíos, que los tribunos y los patricios romanos, venian á deponer su orgullo los vencedores, su rencor los vencidos, á los piés de la hermosísima hebrea Mirihan de Magdala, que ceñia á su frente de veinte abriles la triple corona de la nobleza, de la opulencia y de la beldad.

Y es que los judíos veian en su espíritu varonil y entero la noble hija de los Macabeos, y los romanos á su vez, al penetrar en aquellos pórticos de columnatas de pórfidos, y en los cubículos resplandecientes de espéculos, bronces y estatuas, se creian transportados á una de las fastuosas moradas del Foro ó de la via Appia. Aquellos la

(2) El Talmud, el cual añadia que las puertas de este paraiso eran Betsan ó Scitópolis.

juzgaban hebrea de corazon, aunque no en sus costumbres; éstos una romana por su despreocupacion y su cultura; y como unos y otros encontraban franca y deliciosa hospitalidad en sus salones que hervian en contínuas fiestas, de ahí que todo el dia resonaran en ellos los voluptuosos cantares del *Latium*, mezclados con las siempre severas salmódias de la raza de Moisés.

Y la vida que en ciertas estaciones hacia en el castillo de Magdala continuaba del mismo modo cuando habitaba en Jerusalen, sin que se preocupara absolutamente de la deplorable impresion que causaba esta existencia de disipacion y de placeres en un pueblo cuyo espíritu místico y cuyo carácter profundamente religioso llevaban el respeto á las exterioridades hasta la supersticion.

Así es que, principiando por sus hermanos Lázaro y Marta, siguiendo por los demás parientes, y acabando por todas las demás gentes á que se hallaba unida por relaciones de familia ó de amistad, se vió poco á poco abandonada de todos, encontrándose, en el tiempo á que nos referimos, completamente aislada en medio de su pueblo, como si se hallara tocada de la lepra ó manchada por la traicion.

Preciso es confesar, sin embargo, que en la desfavorable opinion que tenian de ella entraba, casi tanto como el espíritu farisáico de religion, el sentimiento del patriotismo; pues si bien, cuando mediaba su interés, aquella raza servil y rencorosa apelaba á la autoridad del César, no por eso dejaba de alimentar un odio implacable y sangriento contra sus dominadores, y no perdonaban por lo tanto á la hermosa hebrea la predileccion que mostraba por ellos, ni su apego á los hábitos y á las costumbres de su fastuosa civilizacion.

Así es que su nombre fué en breve un título de oprobio, no designándosela nunca sin algun epíteto ofensivo, como pecadora de la ciudad, escándalo de Israel, ú otro análogo.

Ella por su lado, al verse abandonada por la parte que se tenia por juiciosa en la sociedad, y pagando su odio con el mayor desprecio, se reunió con todo lo más brillante de la juventud judía, que fascinada por su ingenio, su beldad y su opulencia, la compensaba, con su adoracion, del desden que inspiraba á sus madres y á sus hermanas.

II

Habian pasado las fiestas de los Tabernáculos, y Mirihan, seguida de su alegre corte, habia dejado la ciudad para pasar la estacion de los calores en las frondosas márgenes de Tiberíades, en su castillo de Magdala.

Una noche, mientras en la sala del banquete resonaban los cantos de los comensales y las armonías de brillante música, Mirihan, fatigada tanto de espíritu como de cuerpo, se retiró á su cubículo ó gabinete particular, y se tendió en el lecho ó divan de púrpura, despues de dar con una varita de plata en una campana de bronce colocada sobre su trípode dorado en medio del salon.

En seguida, mirando la clépsidra de agua, colocada junto á la campana, murmuró con desaliento:

—¡Oh! ¡parece que tiene alas de plomo el tiempo! ¡Dias largos, noches eternas, qué existencia tan cruel!

Dicho esto, dió un suspiro y dobló tristemente la cabeza.

Sin embargo, á juzgar por la alegre música que venia del interior y por la grandeza y el esplendor que allí reinaban, no hubiera podido creerse que pudiera alcanzar el tédio á herir de aquel modo su alma.

En efecto, formaban el pavimento simétricas baldosas de mármol colocadas en caprichosas figuras; y en el centro se levantaba una fuente de pórfido representando una flor, de la que caia sobre un ancho pilon de lo mismo una agua pura y cristalina. Las ventanas abiertas en arco se hallaban adornadas por lujosos marcos de cedro tallado que sujetaban las piedras especulares que daban paso á una luz ténue y delicada, y los muros revestidos de olorosas maderas preciosamente trabajadas formaban cuatro grandes cuadros que ostentaban en sus centros cuatro láminas de bronce con varitas de plata, y en los que reflejaban los perfumados mecheros de cuatro candelabros de bronce, formando un mar brillante de luz y de esplendor.

Al pié del blando asiento de púrpura en que se encontraba sentada se veian tendidas pieles de panteras y tigres, y á cada lado del mullido lecho almohadones con borlas doradas, rellenos de suavísimo y fino plumon de cisne.

En grandes vasos de plata se quemaba en los ángulos la aromática resina de Gilead, con la que se hacia el célebre opobálsamo que ostentó en su triunfo el gran Pompeyo, y que más tarde llevaron tambien como una preciosidad á Roma Vespasiano y Tito.

Ligeramente morena, con unos ojos grandes y negros, ora centelleantes, ora anegados en sombra de inmensa tristeza; los labios de mórbida frescura siempre entreabiertos, la nariz fina, y una abundantísima y negra cabellera rematando el perfecto óvalo de su precioso rostro, hacian de Mirihan el tipo más perfecto de la belleza hebrea.

La muelle languidez de sus movimientos, la indolente elegancia de todas sus maneras, y en fin todo su sér, revelaban una de esas naturalezas ardientes, ávidas de emocion y sentimiento, en que la primera necesidad es la de amar, ya en realidad ó en sueños, en el mundo ó fuera de él, sea por bien ó por mal.

Con una imaginacion exuberante y rica, y un carácter independiente y franco, hasta el punto de odiar todo disimulo lo mismo en la virtud que en el vicio, y dotada de un fondo inagotable de ternura, de bondad y de nobleza, era Mirihan una de esas naturalezas excepcionales capaces de elevarse en el sacrificio y la abnegacion hasta el heroismo, y en sus pasiones hasta el escándalo.

Antes de que se apagara el eco del timbre, entraba con la sonrisa en los labios su sierva predilecta, Tirsa, hermosa egipcia, la cual arrodillándose á sus piés dijo con dulce acento:

—¿Qué quiere mi señora?

—¡Este manto me ahoga... suéltamelo! ¡Los brillantes de esta diadema me hieren la frente... quítamela! ¡Las anillas de los piés me oprimen... aflójalas! ¡Oh! ¡todo me pesa y me cansa!

La joven poniéndose en pié fué haciendo lo que le decia su ama, murmurando:

—Lo que á tí te fatiga ¡oh flor de Genesaret! no es tu *teristro* de verano, ligero como una pluma, ni la mitra con sus limillas y bellotas de color tan artificiosamente trabajada para tu frente: ¡no, señora mia! ¡Lo que á tí te fatiga es el hastío que te devora el alma!

—¡Puede ser! Pero el caso es que ha llegado á irritar de tal modo mi sensibilidad, que todo me ofende y me hiere. Por ejemplo, en este momento mismo me está mareando el olor de tu piel.

—Es imposible, señora. No hace dos horas que he salido del baño, y me he lavado las manos al llegar aquí.

—Sí, pero no te habrás perfumado.

—Es verdad... por no hacerte esperar, señora.

—Pues vé al instante á mi tocador y date alguna esencia.

La muchacha salió, y no tardó en volver diciendo con maliciosa sonrisa:

—Cayo Tulio Assirio, tribuno del ejército y patricio romano, pide audiencia de despedida á mi señora, Mirihan de Magdala, hija de Syr.

—Tráele aquí, pero aflójame antes las cintas de estas sandalias, que me oprimen demasiado.

—Pues no están muy ceñidas,—murmuró la jóven haciendo como que aflojaba, mientras decia: —A bien que si mi señora acogiera los suspiros de ese ilustre romano, jóven, hermoso, rico, no la darian tanto que hacer las cintas y las diademas, ni pasaria gimiendo las noches.

—¡Despacha, habladora!

La jóven marchó, mientras la bellísima judía decia para sí:

—¡Los unos se van, los otros se vienen, y todo cambia y perece! ¡Triste destino de la humanidad, no tener una cosa fija en que poner su alma!

(Se continuará)

Á LA BREVEDAD DE LA VIDA

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh cómo te deslizas, vida mia!
¡Qué mudos pasos trae la muerte fria
Con pisar vanidad, soberbia y galas!

Ya cuelgan de mi muro sus escalas,
Y es su fuerza mayor mi cobardía;
Por nueva vida tengo cada dia
Que al tiempo cano nace entre las alas.

¡Oh mortal condicion! ¡oh dura suerte!
¡Que no puedo querer ver á mañana,
Sin temor de si quiso ver mi muerte!

Cualquier instante de esta vida humana
Es un nuevo argumento que me advierte
Cuán frágil es, cuán mísera y cuán vana.

QUEVEDO.

LA PENA DE MUERTE

Es el caso, lector querido, que tú y yo estamos condenados á muerte.

Hemos salido del seno materno, calabozo en el cual estuvimos nueve meses encerrados, hasta que el Tribunal Supremo confirmó nuestra sentencia, y se abrieron las puertas, y vimos la luz y respiramos libertad. Mas ¡ay! ni la luz, ni la libertad, ni las caricias de nuestros padres pudieron impedir que saliésemos llorando.

Bien hicimos en llorar. ¿Pues no dejábamos la cárcel para emprender el camino del patíbulo?

Sí; vamos caminando hácia la muerte. A cada paso, á cada respiracion, nos acercamos á ella. El tiempo que yo empleo en escribir y tú en leer se nos quita de vida. ¿Ves cómo corre al mar ese riachuelo? El agua que pasa ya no volverá. Pues lo mismo pasa con nuestra vida, que es más bien muerte contínua.

Los reos que la justicia humana condena á sufrir la pena capital salen del calabozo pálidos como la cera, espantados, casi sin fuerzas: los sentenciados por la Justicia divina á la misma pena hacen el tránsito desde la prision hasta el cadalso, ó sea desde la cuna hasta la tumba, riendo, cantando y bailando. Aquel lleva en sus manos una imágen del Redentor y la cubre de besos y se enternece y llora al oir las amonestaciones del sacerdote que le acompaña: éstos renuevan con sus crímenes la tragedia del Calvario y se mofan del ministro que los conduce desde la pila bautismal hasta el Campo-santo. El uno de nada se acuerda más que de Dios, que le va á juzgar dentro de breves instantes: los otros en todo se ocupan menos en Dios que les crió, y en su pobre alma que están perdiendo. Y no se diga que el primero tiembla y se desmaya porque está pisando los umbrales de la muerte, y que los segundos se entregan tranquilos á los placeres por-

que la ven en lontananza. Tan incierto es esto como cierta la muerte.

Todos vamos caminando al patíbulo, pero ¿de qué manera? El niño sin hacer nada de provecho. El jóven fantaseándose un porvenir de dicha. El viejo maldiciendo sus achaques... y todos sin acordarse que tienen un alma y que están rodeados por la vecindad de la muerte.

Fulano, se dice, ha muerto repentinamente. ¿Y quién no muere de repente? ¿Hay álguien, aunque esté desahuciado de los médicos, que no tenga aún esperanza de vivir? Y aunque crea su muerte invisible, ¿no se le oye siempre pronunciar la palabra *mañana*? ¿Por qué nadie se cree morir *hoy*? El mismo temor infunde esperanza; mas todos mueren de repente, todos al morir pensaron, por lo menos, vivir un dia más.

El mundo es una casa de locos. No piensa el magistrado que puede sorprenderle en aquel acto en que está vendiendo su conciencia; no cree el hombre público que le puede aplastar cuando está tiranizando á los pueblos; no presume el periodista que puede secarse su mano cuando alimenta á los sencillos con veneno; no medita el blasfemo que puede ser cadáver en el momento de escupir á Dios; no teme el industrial caer en sus garras un dia de fiesta cuando está trabajando; no cuida el comerciante de si le puede llegar cuando está adulterando los géneros, ni el usurero cuando despoja al pobre, etc., etc. ¡Ay de todos, venga cuando venga la muerte, porque nadie está aparejado!

Veo á muchos afanados en comprar pedazos de tierra y levantar edificios. ¡Oh, si empleasen la mitad de ese afan en comprarse una casa en la patria en vez de fabricar posadas en el destierro! Aunque tambien levantan mausoleos, no es porque piensen en la ceniza ni en su miseria; al contrario, el panteon es la última y la más ridícula de las vanidades.

Si algun novio le dedicase á su amante un ataud como regalo de boda, el mundo le tendria por loco. Pero el mundo llama locos á los cuerdos.

El ataud es un mueble que nada se perderia con tenerlo en casa. Está identificado con el hombre.

Se compone de dos partes: caja y cubierta. Tambien el hombre, de alma y cuerpo. La parte principal del ataud es la caja; la principal del hombre el alma. La cubierta sirve sólo para encerrar; el cuerpo sirve tambien para encerrar el alma. El ataud tiene cuatro ángulos; el hombre cuatro postrimerías. El ataud cinco tablas; el hombre cinco sentidos. El ataud una cruz; el hombre, ¿quién no la tiene? El ataud... pero estoy pensando que el ataud ya no es lo que fué; va cambiando de hechura como los sombreros y los trajes: tambien el hombre parece que se cansa de serlo y quiere convertirse en bestia; es decir, descendiente del mono.

Repito que cada cual debiera tener en casa su ataud. Tampoco estaria mal un cráneo encima del tocador, debajo del espejo y junto á la caja de los cosméticos.

Niña que malgastas un tiempo que á la hora de la muerte quisieras haber empleado en otra cosa: cuando estás en el tocador, ¿has pensado alguna vez que pintas un cadáver?

Porque eres un cadáver, sí, señora; un cadáver con tus colores y todo.

Ya sé que no me querrás porque digo estas cosas; pero el disgusto que me proporcionas no será tan grande como la satisfaccion que pienso tener á la hora de mi muerte por haber dicho en mi vida alguna que otra verdad.

Acaso algunos me tengan por loco.

Si es así, contestaré: *Bienaventurados los locos.*

MISCELÁNEA

EL GATO DE NUEVE COLAS

Grande alarma reina en la capital del Reino-Unido por los contínuos y espantosos crímenes que allí se cometen, llegando á expresarse así un periódico inglés al reseñar lo que ocurre:

«Comiénzase á protestar altamente contra la impotencia de la policía y la negligencia de los individuos de aquel Cuerpo, á los cuales está confiada la vigilancia de una calle y no se encuentran jamás en donde su presencia es indispensable. Los habitantes de Lóndres, horrorizados de la situacion, pues en los barrios suburbanos las mujeres y los niños no se atreven á salir á la caida de la tarde, piden el restablecimiento de los azotes para todos los que se introduzcan por escalamiento en una casa. Este castigo concluyó con las fechorías de los agarrotadores, y se supone que la perspectiva del «gato de nueve colas» haria igualmente reflexionar á las partidas organizadas de ladrones que saquean las casas.

»El gato de nueve colas es un suplicio terrible que tiene la ventaja de no poner en peligro la vida de aquel á quien se le aplica. El paciente está encerrado hasta debajo de la cintura en una caja de madera: desnudo de medio cuerpo arriba, se mantienen sus brazos elevados por encima de su cabeza por medio de un travesaño de madera, á cuyas extremidades están sujetas las manos con anillos de hierro. El cuerpo descansa sobre un banco, al fin del cual está colocado el travesaño; de modo que, aun sin cuerdas ni cadenas, es imposible todo movimiento. El gato de nueve colas es un látigo cuyo mango tiene medio metro de longitud, terminado por nueve cordeles con nudos de trecho en trecho y largos de un metro.

»Antes era el verdugo el encargado de la ejecucion; pero como era viejo y no manejaba el instrumento con suficiente vigor, aplican hoy el castigo los guardas de la cárcel. Un magistrado puede, pero sólo por ataques á las personas con violencia y en una calle ó camino, condenar al criminal á recibir de veinte á cincuenta latigazos. Cuando el número de estos pasa de treinta, el castigo se divide en dos partes, la segunda seis meses al menos despues de la primera: algunas veces la primera parte al empezar la prision, y la segunda al terminar la condena.

»De ordinario no se hallan presentes á la ejecucion más que el gobernador del establecimiento, el médico y los carceleros. Al primer golpe, dado con toda violencia sobre la espalda, se marca sobre la piel un largo surco rojo: al quinto, la sangre brota de las huellas del látigo: al vigésimo, la espalda no es sino una llaga, las carnes son una masa roja y cárdena. El condenado no grita, chilla espantosamente; pero á los diez ó doce golpes no son más que sordos gruñidos ahogados. Ocho ó diez dias despues, el castigado, á quien hay que llevar frecuentemente hasta su celda, está casi curado; pero es raro que reincida un individuo que haya tenido conocimiento una vez con el gato de nueve colas, lo cual prueba la eficacia de la pena á pesar de su bárbara apariencia.

»No hay que dolerse demasiado de la suerte de estos miserables, porque en la actualidad su audacia es tal que no esperan á ser perseguidos para ser los primeros en atacar. La sociedad tiene el derecho y el deber de defenderse como pueda contra séres para quienes la vida humana no es más que un juego, y es de esperar que el Parlamento acogerá favorablemente las peticiones que se le presentarán luego, y extenderá hasta los ladrones de casas el castigo reservado hasta aquí á los agarrotadores y á los malhechores de su especie.»

DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD

—Tome V., D. Juan, unos dulces que me han regalado: verá V. qué buenos.

—Lo siento; pero ayuno.

—¡Dichoso V. que puede ayunar! á mí me lo ha prohibido el médico. ¡Tengo un estómago tan débil!

Y D. Debilidades se come varios dulces á presencia de su interlocutor, el cual dice:

—Parece que los come V. con gusto: ¿es ese el tónico que le ha recomendado á V. el médico?

—No, señor; me ha recomendado carne casi cruda y agua de hierro; pero ya que no puedo ayunar...

—Es claro, como no puede V. ayunar, suple V. el ayuno relamiéndose con dulces que le estragarán el estómago.

—¡Qué exagerado es V.! ¿Qué pecado hay en comer unos dulces no ayunando?

—A mi juicio más que en comerse un cuarto de vaca por medicina. Si el ayuno es una privacion, ¿cómo se privará de lo necesario el que no se priva de lo supérfluo?

Al oir esto, D. Debilidades exclama:

—¡No siga V., no siga, porque de oirle me dan mareos!

—¿Ayuna V., D. Felipe?

—Yo sólo los viernes.

—¿Hay en la obligacion de ayunar dispensa para los demás dias?

—Creo que no; pero más vale algo que nada.

—¿De modo que los domingos se contentará V. con asistir á un trozo de misa?

—Eso no; pero el ayunar es distinto.

—Para el que puede y debe ayunar, lo mismo; como la luz rechaza las sombras, la virtud rechaza las imperfecciones.

—¡Qué exageracion! Yo no rechazo los mandamientos de la Iglesia, puesto que cumplo alguna cosa de ellos.

—Pues, amigo mio, ó resignarse, ó rebelarse; ó cumplir lo mandado, ó sacudir el yugo por completo. Al que no puede ayunar, la Iglesia, amorosísima, le releva en absoluto del precepto, y hasta podria darse el caso en que uno pecase por ayunar llevado de una piedad indiscreta. Para el que puede y debe, el precepto no tiene escapes.

—Eso es querer que todos seamos monjes.

—No: es querer que cada cual cumpla con sus deberes, O sacudir el yugo suave de la fe, ó llevarlo como Dios manda.

NOTICIAS VARIAS

Dicen de Roma que el Papa ha ofrecido un premio importante al autor de la mejor Memoria en que se trate del asunto de la restauracion del poder temporal bajo el punto de vista religioso, político ó histórico. La Memoria que resulte premiada se traducirá en varios idiomas por cuenta del Tesoro pontificio.

—En Consistorio celebrado el 14 de Febrero fueron propuestos por Su Santidad Leon XIII:

Para la iglesia metropolitana de Compostela el Ilmo. señor D. José Martin de Herrera, trasladado de la de Santiago de Cuba.

Para esta última el Ilmo. Sr. D. José M. de Cos, promovido de la Silla episcopal de Mondoñedo.

Para la iglesia catedral de Tarazona el Dr. D. Juan Soldevila y Romero, arcipreste del Cabildo metropolitano de Valladolid.

—El número de voluntarios inscritos para la campaña antiesclavista, iniciada y sostenida por el Cardenal Lavigerie, asciende en Francia á 1,500, de los que sólo 30 han sido definitivamente admitidos. La suscricion asciende á 500,000 francos.

—La República del Ecuador en gran manera prospera en su Hacienda nacional, y es el único Estado del mundo donde el Dinero de San Pedro está incluido en los presupuestos, destinando al efecto la suma de 53,000 francos.

—La asamblea católica del Tirol ha adoptado la siguiente resolucion:

«La asamblea une su voz á la de los católicos del mundo entero para protestar alta y solemnemente contra el agravio inicuo inferido desde hace largo tiempo á la Iglesia.

»La asamblea cree que todos los gobiernos obrarian en su propio interés y en el de la sociedad amenazada, apoyando las reivindicaciones del Soberano Pontífice.»

—A mitad de Febrero hizo dimision en Francia el Ministerio presidido por Mr. Floquet, y posteriormente en Roma el que presidia el Sr. Crispi; ambos despues de sesiones muy borrascosas en el Parlamento. Despues de una crísis muy laboriosa consiguióse en Paris la formacion de nuevo Gobierno presidido por Mr. Tirard; y en Roma se ha confiado otra vez igual cargo á Crispi.

SECCION RECREATIVA

PROBLEMA

El inventor del juego de ajedrez, á quien su soberano ofreció una recompensa, se limitó á pedir, como premio de la invencion, un grano de trigo por la primera de las 64 casillas que contiene el tablero, 2 por la segunda, 4 por la tercera, y así sucesivamente duplicando la cantidad de granos hasta la casilla 64.

¿A cuánto ascendia la cantidad de trigo pedida?

JUEGO DE AJEDREZ

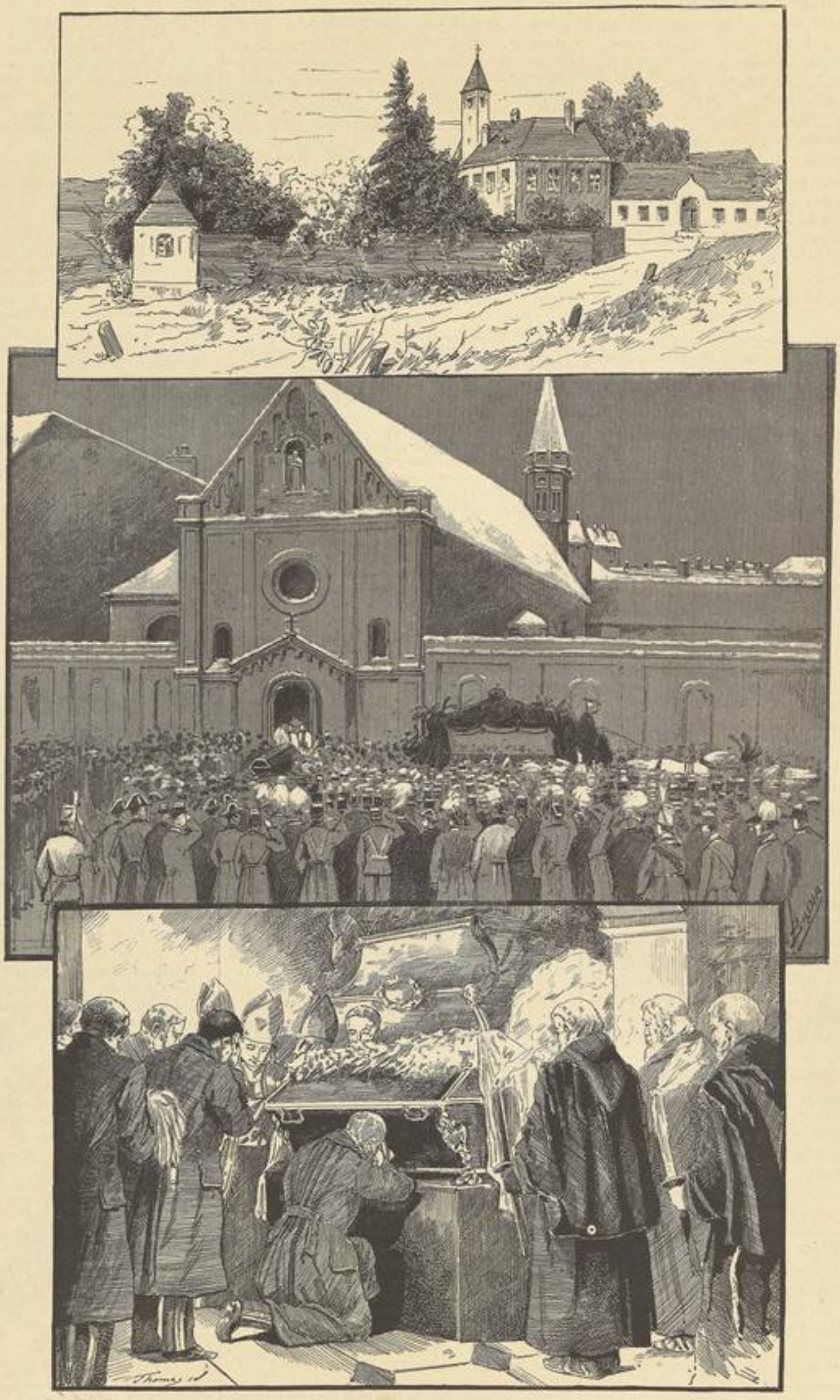
PROBLEMA NÚM. 10

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *tres* jugadas

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16



AUSTRIA.—CASTILLO DE MEYERLING.—LLEGADA DEL FÉRETRO DEL PRÍNCIPE RODOLFO Á LA IGLESIA DE CAPUCHINOS.—EL EMPERADOR DE AUSTRIA ANTE LOS RESTOS MORTALES DE SU HIJO.

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 16 DE MARZO | SÉRIE II.—NÚM. 64

FRANCISCO JOSÉ, EMPERADOR DE AUSTRIA

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Lo que hay que hacer este año, por L. M. de Ll.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*La lucha política en Francia*, por M.—*La pecadora de la ciudad* (continuacion), por J. V. de Araquistain.—*Romance de san José*, por Valdivielso.—*Necrología*: El cardenal Miecislao Ledochowski.—*Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

El emperador de Austria Francisco José.—Muy joven era todavía cuando subió al trono, y su reinado ha sido fecundo en sucesos notables, aunque con fortuna para él menos próspera que adversa. Entre ellos fácil es recordar: 1.° la desgraciada guerra que sostuvo contra el Piamonte auxiliado por la Francia, perdiendo de resultas la Lombardía; 2.° su reprobable participacion en el despojo cometido por Prusia con la Holanda al arrebatar á esta nacion, por el *derecho* del más fuerte, buena parte de su territorio; 3.° su desastrosa campaña contra Prusia, perdiendo como consecuencia y en una sola batalla (Sadowa) su antigua preponderancia en la Confederacion germánica, de la cual se vió el Austria completamente eliminada en beneficio de Prusia; 4.° su última campaña contra Italia, que si fué vencida por el Austria en la batalla de Custozza y en el combate naval de Lissa, vió compensada su derrota con la adquisicion del territorio veneciano que ambicionaba, y que cedido *generosamente* por el Austria al Imperio francés, hízolo éste pasar luego al dominio de Italia. Conocida es tambien la reciente intervencion del Austria en los asuntos de Oriente, merced á la cual se incorporó de la Bosnia y la Herzegovina, viéndose ahora obligada, por su situacion topográfica y su vecindad con otros poderosos Estados, á mantenerse arma al brazo contra las eventualidades del exterior, y á luchar en el interior con las dificultades nacidas de los antagonismos entre los múltiples pueblos de distinta raza y nacionalidad que constituyen el Imperio austriaco. Del tristísimo suceso que acaba de lacerar el corazon de Francisco José, ó sea el trágico fin de su hijo el Príncipe heredero, bastante dijimos en otro número.

El Emperador de Austria-Hungría cuenta 58 años de edad, y está casado desde 1854 con la princesa Isabel de Baviera, hermana de la Duquesa de Alenzon, de la ex-Reina de Nápoles y de la princesa de Tour y Taxis.

Así el Emperador como su consorte han sabido hacerse querer y respetar de todos los súbditos del Imperio sin distincion de nacionalidad, siendo para ellos el lazo principal de union.

Miguel Angel moribundo (cuadro de Alejandro Rinaldi).—El nombre de Miguel Angel va íntimamente unido á la grandiosa basílica de San Pedro del Vaticano, cuyas obras dirigió por espacio de diez y siete años. Debilitado por la edad y los achaques, que al último le hacian sumamente difícil vigilar por sí mismo los trabajos; ante los disgustos que le causaban las cábalas de algunos envidiosos y el odio de ciertas medianías, vaciló algunas veces entre permanecer firme en su puesto ó marcharse; pero venció en su ánimo el deseo de ver terminado felizmente el templo mayor de la Cristiandad, que por la grandiosidad de las proporciones tan bien respondia á lo vasto de su entendimiento. No obstante, la falta de los recursos necesarios para obra tan colosal retardaba los trabajos, y Miguel Angel, que tocaba al término de sus dias, no pudo ver satisfecho el ardiente anhelo de su alma.

El pintor Rinaldi expresó muy bien en su cuadro la gran pasion, los trabajos, los sufrimientos y á la vez la complacencia del eminente artista en el último dia de su vida, en Febrero de 1564, representándolo en actitud de hacerse transportar á un terrado de la casa para contemplar desde allí por vez postrera el andamiaje para la inmensa cúpula que debia coronar la grandiosa fábrica de San Pedro.

Merecen ser conocidos algunos pormenores de su vida, aunque la falta de espacio nos obliga á ser breves.

En su juventud el amor al estudio le llevó á una soledad absoluta, lo cual motivó que pasara por orgulloso, por extravagante, y aun por loco.

Daba la mayor parte de sus obras, así de pintura como de escultura; y socorria en secreto á multitud de necesitados, sobre todo á los jóvenes que estudiaban las artes. No fué avaro sino de una cosa: de su actividad.

En el curso de sus grandes trabajos, le sucedió acostarse vestido para no perder tiempo en vestirse. Dormia poco, y se levantaba de noche para apuntar sus ideas con el cincel ó el lápiz. Su comida se componia entonces de algunos pedazos de pan que se metia en el bolsillo por la mañana, y que comia en su andamio continuando su trabajo.

De tantos miles de figuras como habia dibujado, ninguna olvidaba; jamás perfiló un contorno, segun decia, sin recordar si le habia dibujado antes; así que nunca se repetia. Dulce y fácil de vivir en las artes, era increiblemente desconfiado y exigente; él mismo hacia sus limas, sus pinceles, y á nadie encargaba ningun detalle.

Así que descubria una falta en una estátua, abandonábalo todo y corria á otro mármol: no pudiendo aproximarse á la sublimidad de sus ideas, una vez llegado á la madurez del talento, concluyó pocas estátuas.

Reprendiéndole una persona por no haberse casado, respondió como Epaminondas, y añadió: «La pintura es celosa y quiere un hombre que se dedique á ella enteramente.»

Anciano y decrépito, fué encontrado un dia por el cardenal Farnesio, á pié, en medio de la nieve, cerca del Coliseo. El Cardenal hizo parar su carruaje para preguntarle á donde iba con aquel tiempo y á su edad, «A la escuela (respondió), para aprender algo.»

Miguel Angel recibió mensajes lisonjeros de más de doce testas coronadas. Cuando fué á saludar á Carlos V, este príncipe se levantó al punto, repitiéndole su cumplimiento de costumbre: «Que habia en el mundo más de un emperador, pero que no habia un segundo Miguel Angel.»

Francisco I quiso tenerle en Francia, y aunque sus instancias eran inútiles, pensando que alguna circunstancia imprevista podria enviarle allí, le abrió en Roma un crédito de quince mil francos para los gastos de viaje.

Muerto Miguel Angel, sus restos fueron depositados solemnemente en la iglesia de los Santos Apóstoles. El Papa anunció su proyecto de construirle un sepulcro en San Pedro; pero Cosme de Médicis hizo arrebatar secretamente las cenizas del grande hombre. Este venerado depósito llegó á Florencia por la noche, y en un instante los balcones y las calles se llenaron de curiosos y de luminarias.

El cuerpo de Miguel Angel se habia momificado por la vejez, sin la más ligera señal de descomposicion. Ciento cincuenta años despues, habiéndose abierto su sepulcro en *Santa Croce*, se encontró igualmente una momia perfectamente conservada, vestida á la usanza de su tiempo.

El cardenal Ledochowski.—Véase la necrología, pág. 87.

Vista de Caracas.—Esta ciudad, capital de la república de Venezuela, está situada en un hermoso y dilatado valle. Destruida por un terremoto en 26 de Marzo de 1812, fué reedificada sobre sus ruinas. Es patria del célebre Simon Bolivar, fundador de la república de Bolivia (nacido en 1780; muerto en 1830). Las costas de Caracas fueron descubiertas por Colon en 1498 en su tercer viaje. La provincia de Caracas es muy rica en producciones naturales, en especial el cacao, que es el más estimado de su especie.

LO QUE HAY QUE HACER ESTE AÑO

Supuesto que este año hay el propósito de cometer una gran impiedad, de provocar otra vez las iras del cielo, de aumentar las deudas que tenemos contraidas ante la Justicia divina con el escándalo de celebrar solemnemente el Centenario de aquella terrible revolucion en que se rompió la alianza que tenian contraida las naciones católicas con las leyes de la Iglesia y de ratificarse en aquella sacrílega rebelion contra Jesucristo, parece fácil indicar lo que deben hacer los católicos que conserven un poco de fe y un resto de temor de Dios en sus almas.

Lo natural seria que á la vista de tan desatentada provocacion y ante los castigos que indudablemente han de seguirla, como siguieron á la primera, levantaran los ojos al cielo protestando contra este sacrilegio, se apartaran de los ciegos que quieren provocar de nuevo las justicias del cielo, y con lágrimas y oraciones pidieran misericordia y perdon.

Pero tan ligera es la generacion actual, tan familiarizada está con el mal y con las impiedades que todos los dias se reproducen á su vista, que ni se ha fijado siquiera en la monstruosidad del acto que se prepara, y, aun considerándola, mira con indiferencia las terribles consecuencias que ha de producir.

¡Y si fuera esto solo! ¡Cuántos católicos concurrirán á dar esplendor á esta solemnidad, llevando sus productos á la Exposicion de París! ¡cuántos asistirán á las fiestas que allí se celebren y pagarán con su dinero los gastos de esta solemnidad impía, y aumentarán el caudal de los especuladores que apagarán su sed de goces y refinamientos con que acabarán de sensualizar sus almas!

Verdad es que unos dirán que llevan á ese gran mercado sus productos con la sola idea de favorecer su especulacion y procurarse compradores, y otros que solamente para estudiar y apreciar el adelanto industrial concurren á París; ¿como si las ofensas á la Majestad divina tuvieran impunidad por la consideracion de que han reportado utilidad material al que las ha cometido! ¿No es esto, más bien, vender la conciencia por el interés y entregar á Dios por algunos dineros?

Lo que encontramos más temeroso para lo porvenir y más grave en esta celebracion es su carácter de universalidad: el que todas las naciones, aun las católicas, concurran á esta manifestacion, haciendo como solidaria la falta para todos los pueblos que se llaman civilizados.

A algunas naciones de Europa les ha parecido que no podian decentemente concurrir oficialmente, por ser esta fiesta conmemorativa de una revolucion que llevó al patíbulo á un rey emparentado con familias cuyos descendientes se sientan todavía en tronos. ¡Y ninguna ha dicho que no queria ni podia ni debía asistir porque era la conmemoracion de una rebelion impía contra Dios y contra el reinado social de Jesucristo en el mundo, de donde fué arrojado aquel dia que hoy se conmemora!

¿Y habrá hombres que conozcan la historia moderna, que hayan estudiado las vicisitudes de los pueblos en relacion con su estado moral, esto es, con su religiosidad y con sus virtudes, que no se estremezcan al contemplar el abismo á que corre la generacion actual?

Pues bien: ha llegado la hora de que se deslinden los campos. Por fortuna no todos los católicos son impíos, ni son todos indiferentes, ni están todos materializados y corrompidos.

Son muchos los que han aprendido lo que fué esa revolucion que hoy se festeja y las ruinas morales y materiales que ha ocasionado.

Divídase, pues, el mundo en dos grupos bien separados y bien distintos. El de los que están por Jesucristo y el de los que están por Belial. Los primeros enciérrense en la ciudad de Dios; los otros vayan á la Babilonia moderna á adorar el ídolo de Baal, que hoy es el becerro de oro.

Mientras éstos se embriagan en todos los placeres y van en busca del negocio, los otros oren, expien, hagan ostentacion de su fe y protesten contra la continuacion del reinado del hombre esclavo de Belial.

Si, como dice Jesucristo, las ciudades nefandas de Sodoma y Gomorra se habrian librado de ser consumidas por el fuego del cielo á haberse encontrado en ellas diez justos que hubiesen desagraviado la Justicia divina y detenido el brazo de su natural indignacion, ¡quién sabe si Dios espera una gran demostracion de fe del pueblo que se conserva todavía católico, y un acto social colectivo de expiacion para librar á algunas naciones del castigo enorme que merecen!

Y aunque esto no se logre, en el mero hecho de habernos separado de los hombres que siguen los caminos de iniquidad y habernos refugiado en la ciudad de Dios en estos momentos en que el católico bueno tiene que obrar, pues el que no se decide por el bien queda fuera de la ciudad de Dios; desde el momento en que nos hayamos separado de la ciudad de Belial, podemos tener la seguridad, si no volvemos á salir de la Ciudad santa en que nos hemos refugiado, de quedar afiliados en el número de los escogidos, reconocidos por Dios por hijos suyos que han de recibir el premio eterno de su fidelidad.

¿Y no vale más ese premio que todas las ventajas que en este mundo pudiéramos obtener, aun dado caso que no las obtuviéramos por haber tenido el mal mayor fuerza y predominio que el bien?

Providencialmente Dios ha ofrecido á España la ocasion de agruparse los buenos y de hacer una gran manifestacion católica. Trece siglos hace que el rey Recaredo levantó sobre el trono y sobre la nacion española la bandera de Jesucristo, esta bandera gloriosa que un siglo hace derribó la revolucion francesa, cubriendo todas las glorias antes conquistadas, con todas las ignominias y todas las decadencias en que perecemos.

¡Qué mejor ocasion y qué camino mejor señalado para los católicos!

Mientras los hombres de la civilizacion moderna hacen ondear orgullosos la bandera de la revolucion, levanten los católicos del polvo que la cubre la bandera de Recaredo, y reiteren su juramento de querer tener á Jesucristo por Rey de España, y de servirle y de serle fieles por toda la posteridad.

Los que se proponen acabar de echar á Jesucristo del mundo, vean enarbolada de nuevo la bandera de la unidad católica, y agrupadas al rededor de ella á grandes masas de fieles que sólo en Dios esperan, á Dios invocan y á Dios quieren servir, para que aquellos se convenzan de que no han logrado extirpar la fe católica, antes bien se multiplica el pueblo fiel, fortalecido en su fe al ver los estragos que ha producido el ensayo de vivir fuera de la ley de Dios y lejos del amparo de la Iglesia.

Estas indicaciones creemos que bastarán para que mediten todas las personas reflexivas sobre sus deberes, y se preparen para escoger á cuál de las dos ciudades quieren pertenecer; teniendo en cuenta que es forzosa la eleccion, pues el que queda fuera de la ciudad de Dios ha de correr la suerte de los que pertenecen á la otra, de la cual son auxiliares.

El glorioso Centenario del III Concilio Toledano hemos de conmemorarlo con efusion todos los que nos preciamos de buenos católicos y, por tanto, de enemigos de la revolucion impía.

Esta conmemoracion puede ser individual cuando sea imposible hacerla colectiva, y pueden hacerla en una forma ú otra, no sólo los españoles, sino los católicos de todo el mundo que quieran salvarse en la ciudad de Dios atacada por los habitantes de Babilonia.

L. M. de Ll.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los crímenes del Carnaval.—Pastoral del señor Obispo de Madrid acerca de las malas lecturas.

Como no podia menos de suceder, los excesos vinosos y sensuales del Carnaval trajeron su correspondiente cola.

Y precisamente el *miércoles de Ceniza*, primer dia de Cuaresma, profanado con el asqueroso *entierro de la sardina* y con los demás sacrilegios debidos á las mascaradas que siguieron recorriendo las calles, merece señalarse con piedra negra, porque en él se perpetraron un homicidio, un asesinato y varias heridas graves.

El vino llama á la sangre y se mezcla facilmente, cuando los pueblos libres tienen facultades ilimitadas para beber y para dar testimonio, en mitad de las calles, de lo que beben.

Aparte de esto, bien puede asegurarse que el Carnaval, á pesar de que está en decadencia, como dicen los que echan de menos su antiguo carácter ingenioso y festivo, ha ofrecido este año señales de liviandad y aun sacrilegio, más marcadas que los años anteriores.

Frailes, monjas, obispos y otras dignidades del estado eclesiástico, han sido cínica y asquerosamente parodiados, con trajes y actos que llenaban de rubor á los transeuntes, á presencia de los agentes de la autoridad, que en vez de cumplir las ordenanzas municipales, fijadas en sendos bandos en las esquinas, alternaban con el populacho para reir las gracias tabernarias y las blasfemias de burdel que propalaban á voz en cuello semejantes bribones.

¿Qué extraño es, pues, que aquellos excesos, estimulados por bebidas alcohólicas venenosas, hayan terminado con dramas patibularios de los que se registran en la estadística criminal? Si tuviésemos Gobierno de verdad, haria que las diversiones públicas se encerraran en los límites del honesto comedimiento, y no habria que lamentar los crímenes que las revisten de caracteres salvajes.

Pero nuestros gobiernos, echándola tambien de libres, presencian con indiferencia todos los libertinajes, y los dejan correr á rienda suelta sin preocuparse en más que en conceder derechos que los estimulan y espolean hasta el punto de bestializarlos.

Todo lo cual podrá ser progreso á la moderna, pero no es salud. Y si se consiente creyendo poner á Dios la ceniza en la frente como se la pone la Iglesia á los fieles, para recordarles que son polvo y en polvo se han de convertir, ¡qué decepcion sufrirán estos poderes decrépitos cuando la experiencia les enseñe que á Dios no se le puede poner la ceniza, porque *Es el que es*, y ante *El* todos los demás poderes se convierten en osamentas áridas, como dice el Profeta!

¡Desdichados pueblos los que se entregan á todas las concupiscencias con la delectacion de la bestia, y sin ninguna continencia que revele en ellos la existencia de un alma racional, criada por Dios!

Como desagravio de los excesos carnavalescos puedo y debo decir que el pueblo verdaderamente católico llenó en tales dias los templos, ofreciendo ante los altares el perfume de sus oraciones por las demencias de nuestra pobre humanidad.

El espectáculo era edificante.

Durante las tardes de los dias en que el Carnaval desbravaba sus horrores, las iglesias todas de Madrid estaban repletas de fieles que pedian, prosternados ante la Majestad divina, el perdon de los agravios que le inferia la pública saturnal.

Dios ha permitido, en sus designios inescrutables, que Madrid sea el pueblo de los grandes extremos; y así, al pié del colmo de las barbaries impías, hace que brote la planta purísima de la piedad que embalsama los aires con sus perfumes corroborantes.

Además, en los pasados dias se ha dado á luz una Pastoral de nuestro venerable Prelado acerca de las malas lecturas; y obra tan magistral, tan luminosa, tan llena de uncion y de celo, no ha podido menos de caer sobre los corazones como la lluvia sobre los campos agostados.

Este documento episcopal, nutrido de doctrina y de erudicion verdaderamente asombrosa, es todo un grave y tiernísimo discurso que pone, no solo el dedo, sino la mano entera en una de las llagas sociales más dignas del cauterio cristiano; y, por tanto, no vacilo en decir que es un trabajo de sensacion y de resonancia.

El venerable Pastor, por modo eximio y con ingenio penetrante, hace la autopsia al progreso seudo-intelectual que padecemos, y descubre en su cadáver las dislocaciones que le convierten en mónstruo, deforme y odioso.

¡Con cuánta paciencia se han sondado las heridas que este progreso ha abierto y sigue abriendo en el cuerpo social, para demostrar su profundidad y los estragos que causan en él las malas lecturas!

Aterran y estremecen los datos estadísticos que en el documento pastoral se aducen para calcular el alcance de la peste de las lecturas impías, pornográficas y horriblemente demoledoras del órden social, que se propagan fastuosamente.

El celoso y diligente Pastor, poseido del más vivo sentimiento, se ha fijado en que todos los adelantos del progreso material conspiran á difundir la pravedad herética y la sensualidad, que se valen de la fotografía, de la litografía, del dibujo y de todos los medios de la estampa para difundir las obras malsanas que tienden á desterrar á Dios de las leyes, de las costumbres y de las instituciones, á fin de sustituirle con el repugnante materialismo, que rebaja el concepto de la dignidad humana.

El bloqueo que sufren la religion y la moral por las malas lecturas no puede ser más completo.

Porque no sólo establece sus imponentes máquinas de guerra en las librerías racionalistas que se extienden por todo Madrid como raíces amargas de una planta horriblemente venenosa, sino que en calles, plazas, paseos y teatros asalta á los ciudadanos la propaganda de las lecturas pornográficas é impías desarrollada por apóstoles ó heraldos reclutados entre la granujería más raida y desvergonzada, dedicada á estas malsanas empresas y á todos los pillajes.

Con razon se lamenta el virtuoso y sabio Pastor de estos excesos, que convierten á la capital de España como en sucursal de las antiguas ciudades del valle de Pentápolis, destruidas por castigo del cielo.

Digamos de una vez que esto por ahora no tiene cura, precisamente porque el Estado desalmado y sin Dios ha desterrado al Cura de sus dominios, creyendo que vale más que las muchedumbres ignaras lean libros impíos y obscenos, que el que aprendan de memoria el Catecismo.

Lutercio

Madrid, 13 de Marzo.

LA LUCHA POLÍTICA EN FRANCIA

La lucha viva y tenaz del boulangerismo cesarista y la República parlamentaria francesa ha entrado en un nuevo período que probablemente será el decisivo y último.

Enciérrase en este combate una grave leccion política, cuyas enseñanzas deben utilizarse.

El Gabinete Tirard, comprendiendo que ceder ante las invasiones crecientes de las huestes boulangeristas es resignarse á la muerte, se ha propuesto, como única salvacion de la República amenazada, una política de resistencia á las agresiones de su más popular y temible adversario.

La disolucion de la Liga de los Patriotas, decididamente adicta á Boulanger, ha sido el primer disparo del Gabinete francés contra el famoso general y como el anuncio de que va á comenzar entre ambos contendientes la batalla definitiva. ¿Cuál será el resultado? Esto se preguntan con avidez los políticos y los que no lo son.

Sin entrar precisamente en el inseguro terreno de las conjeturas, puede augurarse la solucion de la lucha por la situacion especial de los combatientes. Y desde luego se advierte que el Gobierno francés acude tarde á pelear. Porque la verdad es que, despues de haber dejado crecer y desarrollarse el boulangerismo, y haber sentado como una jurisprudencia y sancionado como una

MIGUEL ANGEL MORIBUNDO (CUADRO DE ALEJANDRO RINALDI)

costumbre las manifestaciones públicas y los desahogos populares, prohibir entrambas cosas por punibles y dañosas á la República, más que lógica defensa para librarse del adversario, parece abierta contradiccion forjada por el miedo, ó recurso de última hora para salir de cualquier modo de un atolladero.

Y junto con esta falta de consecuencia únese otra gravísima de lógica, que revela de un modo evidente que los gobernantes franceses, cegados por el temor, vuelven las espaldas al radicalismo como á una sima tenebrosa, y entran apresuradamente en los limbos doctrinarios, y tal vez por imperiosa ley, en algo parecido á lo que intentan destruir.

Así, al mismo tiempo que proclaman y defienden como preciadas conquistas las más absurdas y disolventes propagandas, negando todo límite religioso, moral y aun social á las aberraciones de una libertad realmente desenfrenada y anárquica, quieren evitar los efectos de su obra dejando inmune de todo ataque el poder que poseen y la República que personifican.

Pero querer que las pasiones desbordadas, que no respetan cosa alguna santa y grande, han de detenerse ante unos gobernantes entregados perpétuamente á las disputas clamorosas de las Asambleas legislativas y á su voluntad mudable y caprichosa, es alimentar una ilusion engañosa, que la realidad trocará presto en áspero desengaño.

Poco importa que los oportunistas y aquella clase social que gusta siempre de que no cambien radicalmente las cosas políticas para disfrutar en egoista reposo, y sin mudanzas que los comprometan, los capitales amontonados por la codicia, apoyen decididamente al Gabinete francés; porque los ambiciosos de medros y deseosos de lucros, y los descontentos, que son los más, apoyarán á Boulanger aunque no sea más que por aparecer como una esperanza para muchos en un país donde tan hondas huellas ha dejado el desengaño.

Y si á esto se agrega el descrédito general en Francia del parlamentarismo, y que Boulanger hace de su negacion principio capital de política, y la idea del desquite y lo que contra Alemania representa el General ante los ojos de una parte del pueblo, y juntamente con esto se añade el fraccionamiento y descomposicion de los elementos republicanos en las Cámaras, y el inseguro cuando no desastroso resultado de unas futuras elecciones para el Gabinete Tirard, fácilmente se comprende la difícil y temerosa empresa de inutilizar y destruir enemigo tan poderoso como el famoso ex-ministro de la Guerra.

Así, á nuestro entender, la situacion de la República francesa es comprometidísima. Como que por cualquier parte que se la mire se ve asomar la dictadura; pues sí, lo que parece improbable, Tirard, con repetidos actos de energía y auxiliado de la fortuna, llegase á vencer á Boulanger, no creemos equivocarnos si aseguramos que la dictadura que ahora representa el General se encontrará naturalmente representada por el hoy primer ministro ó por Freycinet. Así, la dictadura civil, perseguida con tanto empeño por Gambetta, tendria su realizacion en los vencedores del dictador militar.

Pero parece ya ley averiguada que las democracias gustan más de caudillos de este género. Por lo menos es innegable que de tal clase son los llamados á ahogarlas cuando el desprestigio las consume y el descrédito las hace aborrecibles.

En suma: el Gabinete francés ha echado ya la suerte, y en el duelo á muerte empeñado con Boulanger, éste cuenta con más probabilidades para el triunfo; y séale favorable ó adversa la suerte, parece que el Gobierno personal está llamado en Francia á sustituir al parlamentario.

De todos modos, las discusiones de las Cámaras francesas nos sacarán pronto de dudas.

M.

LA PECADORA DE LA CIUDAD

III

Cayo Tulio era un jóven como de veinte y ocho años, alto, blanco, de cabello y ojos negros, frente espaciosa y altiva, nariz cesárea, y revelando en todo su porte uno de aquellos orgullosos patricios romanos que llevaban en los pliegues de su toga los destinos del mundo.

—¡Los dioses inmortales guarden la perla de Judea!—dijo saludando á la jóven al entrar en su estancia.

—¡El Dios de Israel proteja al noble Tulio Assirio!—respondió ella, y en seguida le alargó uno de los almohadones para que se sentara á sus piés.

El jóven, tomando asiento, dijo:

—El augusto emperador me llama á Roma para mandar uno de los ejércitos de las Galias. La legion siríaca, que ha de acompañarme, me espera en Joppe, pronta á embarcarse en los triremes que aguardan mis órdenes. Tengo, pues, que partir al punto; pero, Mirihan, te amo, y si quieres retardaré mi salida, hasta tomarte, segun tus ritos, por esposa!

—¡Gracias, noble Tulio, pero no puedo!

—¡Oh! yo no he de hablarte como á una mujer vulgar de las cohortes de esclavos que trabajan mis grandes bienes de Campania y de África; no he de enorgullecerme, á los piés de una mujer que adoro como una diosa, de mi raza que desciende de los dioses, ni de mis derechos curules, ni de los brillantes destinos que me predicen los arúspices sagrados; pero sí quiero declararte la profunda pasion con que te amo, la constancia con que hace dos años te dedico todos mis pensamientos y deseos, y la seguridad que tengo de hacer tu ventura con mi adoracion y mi culto.

—¡Gracias, noble Tulio, gracias!—murmuró tristemente la jóven.

—¡Déjate de gracias, Mirihan! ¡Por qué este fuego que arde en mi pecho no ha de prender en ese tu corazon misterioso! ¿Acaso esos ojos que parecen arder como el Etna en sus horas de tormenta; esas sonrisas más dulces y placenteras que las auras del Pindo; todo ese hechizo que en tí respira ternura y sentimiento, no son más que mentidos encantos, como las falsas luces que extravian al viajero en las lagunas Meótidas?

—¡No, generoso Tulio! Yo he nacido para amar, es cierto. ¿Pero á quién, cómo, dónde? ¡Hé ahí lo que yo misma ignoro y que probablemente moriré ignorándolo! Lo que sí te aseguro es que si hubiera un mortal á quien yo pudiese entregar mi alma, ese mortal seria Cayo Tulio. Pero mi corazon es un misterio... misterio que nadie ha conocido hasta ahora; pero como el único cuya estimacion me interesa, y cuyos buenos recuerdos deseo, va á partir tal vez para siempre, la triste hebrea tendrá mucho placer en depositar en su noble pecho el secreto que amarga su vida para que la compadezca y la olvide.

—¡Habla, bella Mirihan! Tu acento melancólico y dulce resuena en mi corazon como el moribundo gemido del arpa eolia.

—Nací noble y rica, y quedé huérfana muy niña en compañía de mis dos hermanos queridos, Marta y Lathzaharr. Lathzaharr es un verdadero israelita, uno de los pocos varones que no se contentan con aparecer justos y piadosos, sino que trabajan por serlo cada dia más. Pero juzgando á los demás por su sinceridad, profesa al Sanhedrin tan supersticiosa autoridad, que lo que él condena, aborrece; y lo que él ensalza, adora; sin considerar que, principiando por ese viejo y avaro zorro Ananías, cuya familia parece que ha vinculado el pontificado y la autoridad del templo, hasta los últimos sacerdotes judíos, no son mas que unos hipócritas que se rien de su credulidad y de la de otros como él. Marta es una alma hermosa, que sin más amor ni más ambicion que amar á Dios y cumplir su ley, y sacrificándose por todo el mundo, vive entregada completamente á su hermano, á quien oye y respeta como á un padre. Por lo demás uno y otra me quieren tan sinceramente como yo les quiero á ellos; y si algunos al vernos separados han llegado á sospechar que se han roto los lazos de nuestro cariño, se han equivocado. Pero mi irrespetuoso desden á esos pontífices venales, hechuras y aduladores del César; mi incredulidad por las supersticiosas prácticas con que han adulterado la ley de Moisés, y mis costumbres libres é independientes, chocaban con la austeridad y la rigidez de Lathzaharr; y como, por otra parte, vino á provocar sus escrúpulos la especie de excomunion que lanzaron contra mí los sacerdotes y fariseos, comprendí que no le pesaria mi separacion, por lo cual dejé la casa paterna, pero en buena armonía y amistad. Y si el respeto que mostraban á mi hermano no fué bastante á contener del todo el odio que me profesaban mis enemigos, figúrate, Cayo Tulio, con qué furor se desencadenarian contra mí al verme separada de él. Baste decirte que ellos, los esclavos de Roma, tuvieron valor para llamarme *la romana;* que ellos, los que viven de la sangre y del honor de las huérfanas y viudas, me expusieron á la vergüenza pública con los nombres de *pecadora de la ciudad* y *escándalo de Israel*.—

Al decir esto, la hermosa judía enjugó una lágrima que corria por sus ojos.

Cayo Tulio, tomando su mano, exclamó con vehemencia:

—¡Pues bien, Mirihan! dí una palabra y vén conmigo á Roma. Tiberio es deudo mio, y antes de las calendas de Junio volveré, si quieres, de presidente de la Judea, arrojando del puesto que tan mal ocupa á ese taimado de Poncio. Entonces todos esos orgullosos pontífices y senadores, fariseos y escribas, tendrán á gran honor echarse á los piés de la pecadora de la ciudad!

—¡Gracias, Cayo Tulio, gracias! Lo que yo quisiera aceptar de tí es ese noble corazon digno de una mujer mejor que esta infeliz. En cuanto á mis enemigos, es tal el desden que me inspiran, que, aunque fuera rencorosa y tuviera medios de vengarme, no lo haria. ¡Ay! ellos han hecho de una religion de amor y de espíritu una escuela de fórmulas, de ceremonias y de materialismo grosero. ¡Lavarse de este ó de aquel modo, rezar en esta postura ó la otra, hé ahí todos sus deberes! ¡Mucha exterioridad, mucha hipocresía, y no hay crímen que no disculpen torciendo algun texto, desde la calumnia á la fornicacion, desde el robo al asesinato! ¡Tales hijos de tales padres, que no han tenido sábio que no hayan perseguido, ni santo que no hayan calumniado, ni profeta que no hayan apedreado! Pero no sé, Tulio, por qué te hablo de esas cosas que tan indiferentes deben ser para un extranjero.

—¡Prosigue, Mirihan, prosigue! Mi felicidad seria estar de este modo escuchándote eternamente; y puesto que todo el mundo se ha ido, y podemos disponer del tiempo, ábreme esa hermosa alma, y confíame todos tus pensamientos y sueños.

—Lo haré, Tulio, porque tú lo pides, y porque siento que al hablar de esto se ensancha mi

pecho oprimido. Sabes bien que la cualidad de mi cariño es la franqueza, así como la de mi aversion la hipocresía; y como no he perdido ocasion de manifestar públicamente la tristísima opinion que tengo de mis enemigos, ellos me han proscrito declarándome enemiga de Dios. ¡Y, sin embargo, bien sabe el cielo que no es así! Creo en Dios, en un Dios de amor y de misericordia; y por eso le he buscado con ardor por todas partes. Con esta idea he estudiado las escuelas espirituales de la culta Grecia; me he iniciado en los misterios de Zoroastro y de Manés; he penetrado en las sombras tradicionales de la India, y en ninguna parte he encontrado lo que buscaba, sino en los libros de Moisés y de los Profetas, pero entendidos á mi manera, y no segun las interpretaciones de nuestras sectas. Y al llegar aquí verás explicada la injusticia con que tú y otros muchos me acusais de insensible y fria. Habrá pocas naturalezas tan ávidas de amor y sentimiento como la mia, y precisamente ese amor es el que he buscado en la religion; pero, lo mismo en la Grecia que en el Egipto y en la India, siempre he encontrado por principio la inteligencia, el poder ó la fuerza; en ningun lado ese otro sentimiento que es en mi concepto el principio creador de la naturaleza, el lazo de union del alma con Dios.

—Pero, ¿quieres decirme, Mirihan, cómo justificas con eso tu ingratitud conmigo?

—Sí, Tulio, te lo diré. Lejos de ser insensible, me siento devorada por una sed de amar y ser amada que consume mi corazon y me hace tediosa la vida; y si ni en los hombres ni fuera de ellos encuentro lo que busco, con hartas lágrimas pago mis locas ambiciones.

—Pues si eso es lo que deseas, aquí tienes un hombre, Mirihan, que cifra su ventura en adorarte como un esclavo por toda la eternidad.

—¡Eternidad! ¡eternidad! ¡Ay, Tulio! has tocado precisamente la fibra de mi dolor. ¡La eternidad! ¡Así hablamos, míseros mortales, y dentro de un año... de cuarenta, serémos polvo y no más! Juramos amores eternos, y, sin contar con la inconstancia del corazon, el tiempo, la enfermedad, una pasion cualquiera, bastan para acabar con ellos. *¡Siempre, eterno, infinito!* ¡Palabras sublimes que son un cruel sarcasmo en nuestros míseros labios, y que hemos aprendido, sin duda antes de esta vida, en otras regiones más altas, á donde no llega el poder de la muerte! ¡Por esto precisamente no puedo amar en el mundo! Pues así como la inteligencia aspira á conocimientos sin límites, mi corazon se lanza ardiendo en devorante fuego en pos de esos amores sin término y sin medida que, por mucho que quiera, ¡ay, Tulio! no puede dar un mortal.

—¡Por los dioses excelsos, Mirihan, amores como los que tú sueñas ni han existido ni pueden existir!

—¡Te engañas, Tulio! ¡Los debe haber, los debe haber! Dios nada ha creado en vano. Toda causa tiene su efecto, su fin todo comienzo, todo sér su mision: y esta aspiracion universal, constante en la natura'eza humana, á venturas y á destinos infinitos, no puede germinar en nuestros pechos mortales, sino al soplo de un Dios inmortal, que con el misterio de su orígen se reserva el misterio de su satisfaccion.

—Todo eso es un delirio, Mirihan; pero si realmente fuese verdad y los dioses inmortales hubieren querido reservar su secreto, seria temerario y sobre todo inútil que tratáramos de penetrarlo. Así, pues, tomemos lo que nos dan; y puesto que tenemos medios para ser felices en el mundo, no los desechemos sin juicio por quimeras que no hemos de realizar. Te aseguro que si tú quisieras entregarme tu mano, los dioses en el Olimpo no serian más felices que Cayo Tulio.

—¡Ay! sí; porque mi juventud y mi belleza te prometen placeres y venturas que tal vez no hallarias despues. Pero ¿y luego? ¿Pensarias del mismo modo cuando la vejez, arrugando mi tez, robara su perfume á mi aliento, y su frescura á mis labios, y su brillo á mis ojos? Y aunque quieras decirme que me amas por mis sentimientos y no por mi hermosura, no olvides que la edad envejece y afea el alma del mismo modo que el cuerpo. Y ¡ay! de todo ese fuego y de todo ese entusiasmo celestial, que ahora crees inextinguibles, sólo quedaria un tibio y desmayado afecto, como la fria ceniza que deja un incendio voraz.

—¡Pero eso es una locura, Mirihan!

—Ya lo sé. Locura, y bien desgraciada por cierto, sentirse con alientos y aspiraciones inmortales, y verse detenida siempre por la pequeñez y la muerte. Es muy triste, Tulio, y por eso son largas mis noches y oscuros mis dias. Por eso he querido buscar en la agitacion de una existencia disipada, si no la dicha, la distraccion. Pero, ¡ay! tras una violenta fiebre el decaimiento es mayor; y tras el vértigo de una fiesta el vacío del corazon más ancho, el hastío del alma mayor!

—¿Con que, nada puede moverte á acoger mis ruegos; ni la sinceridad de mi cariño, ni siquiera la compasion?

—¡Nada, noble amigo, nada! y más tal vez por tu interés que por el mio. Yo no puedo encontrar mi felicidad en el amor de un hombre, aunque ese hombre se llame Cayo Tulio. Sin embargo, si tuviera la menor esperanza de que sacrificando mi libertad pudiera darte la dicha que mereces y te deseo, Jehová me es testigo de que lo haria sin vacilar. Pero completamente convencida de mi imposibilidad para ello, solo me es dado pedirle que vele propicio por tí.

—¡Adios, pues, por siempre, Mirihan!—dijo levantándose el jóven.

—¡Parte, noble Tulio, parte lejos de esta pobre loca!—dijo la hermosa jóven tendiéndole una mano y ocultando con la otra sus lágrimas; y añadió luego:—¡Ay! ¡que un corazon digno del tuyo te dé la felicidad que te desea esta infeliz hebrea, que no se olvidará de tí!

Tulio besó la mano de la jóven, y haciendo un doloroso esfuerzo abandonó el salon.

Mirihan entonces rompiendo en sollozos murmuró:

—¿Es para esto que Dios me ha dado un corazon que no cabe en el mundo, y que el mundo no puede llenar? ¡Ah! ¡no! Yo siento una voz que me dice que esto tiene su objeto. ¡No lo comprendo, pero es verdad!

(Se continuará)

ROMANCE DE SAN JOSÉ

Serafines abrasados,
Decidme, si lo sabeis,
¿Qué tanto puede en la Corte
Con Sus Altezas José?
Si á la que es mujer mejor
Da Dios el que mejor es,
Y vivieron transformados
El en ella y ella en él;
Si vosotros sois vasallos
Que besais sus blancos piés,
Por vuestra Reina adorando
La que él tiene por mujer;
Si Dios lo que no es Dios cria
Y él crió lo que Dios es,
Y fué criador del Criador,
Serafines, ¿qué direis?

Que es el mayor Santo
Menor que José;
Pues sirvieron todos
Al que mandó él.

Si cuando al Niño-Dios hiere
El cuchillo de la ley,
Le hieren el corazon,
Porque su corazon es;
Si huyendo con El á Egipto,
Mártir en el alma fué,
Padeciendo en el camino
El dolor de todos tres;
Si cuando se perdió el Niño
(Que no se puede perder)
Perdió á Dios, que aunque sin culpa,
Fué un infierno para él:
Si tuvo por hijo á Dios,
Ya que Dios no pudo ser,
Deste Vicedios decid
El concepto que teneis.

Que es el mayor Santo
Menor que José;
Pues sirvieron todos
Al que mandó él.

Si saben Dios y su Madre
Que si no fuera por él
Más de alguna vez los dos
Se quedaran sin comer;
Si encerró el Pan que la Iglesia
Cubre, y descubre la fé,
Para remedio del mundo,
Mejor que el otro José;
Si fué el primero de todos
Que en la mesa de Belen,
Despues de su Esposa Virgen,
Se desayunó con él;
Si fué Dios su pan casero,
Pues pan de su casa fué,
¿Qué tan gran Santo os parece?
Serafines, responded.

Que es el mayor Santo
Menor que José;
Pues sirvieron todos
Al que mandó él.

Si gozó alegre y dichoso
De su boca de clavel
Besos que dan al mismo Dios
Hacen de amores arder;
Si el bocado de la boca
Se quitó más de una vez,
Y porque Dios le comiese
El lo dejó de comer;
Si dicen que va seguro
Quien tiene el Hijo por juez,
Cuando Dios venga á juzgar
¡Qué tanto lo irá José
Decid, Serafines bellos,
Si es dueño y padre del Rey
Y le guardó para todos,
Pudiendo alzarse con El!

Que es el mayor Santo
Menor que José;
Pues sirvieron todos
Al que mandó él.

VALDIVIELSO.

El 7 de Febrero último falleció en Roma el cardenal Mieislao Ledochowski, arzobispo de Posen y una de las principales víctimas, ó mejor dicho la principal, de las odiosas leyes prusianas de 1871, conocidas con el nombre de *Kulturkampf*, por las que tantas parroquias quedaron huérfanas de sacerdotes y todo el clero católico era víctima de tiránica opresion.

Nació el venerable Cardenal en Gorki el 29 de Octubre de 1822. Pertenecia á una antigua é ilustre familia polaca, famosa por sus hechos de armas, sólo que el Cardenal empleó toda la fogosidad y todo el valor que heredó de sus antepasados en el cumplimiento de los deberes del sagrado ministerio. Ordenado en 1845, quiso fortalecer su espíritu con empresas apostólicas, y marchó á Colombia (América) donde se ejercitó en los ministerios sagrados y especialmente en la predicacion.

De vuelta á Alemania, se dió á conocer por su vasta instruccion y por su carácter enérgico, y mereció, siendo bien jóven, ser elevado al episcopado, donde le esperaban rudos combates.

Empezó á ser muy bien mirado en Berlin, y creyó el Gobierno prusiano que le ayudaria en la lucha que entonces sostenia contra los elementos polacos de la provincia; pero esto no duró más que hasta 1869. En el Concilio de Roma defendió el Cardenal con el ardor que le caracterizabala infalibilidad pontificia que tanto contrariaba á la Corte de Prusia, y de la noche á la mañana le contó Bismarck en el número de

sus enemigos, haciéndole sentir duramente esta enemistad cuando el Cardenal fué á suplicarle en nombre del Papa que interviniera entre la Santa Sede y la Italia.

Cuando Bismarck comenzó la lucha contra la Iglesia, encontró en Mons. Ledochowski un adversario pronto á la defensa. El Ministerio decretó que se enseñase en todas partes el Catecismo en aleman; Mons. Ledochowski ordenó á los sacerdotes de su diócesis que lo enseñasen en polaco.

Esta fué la declaracion de guerra.

El Canciller, ó más bien su ministro de Cultos, comenzó por advertir al Arzobispo, despues le condenó, y por último intimóle que dimitiera su cargo. El Arzobispo ni siquiera contestó.

Entonces empezó á perseguirle, y fué condenado á pagar una multa de 16,000 thalers; mas como la venta de todos los muebles del Prelado no llegase á esa suma, le hizo prender y estuvo en la cárcel dos años.

Esta cautividad fué un verdadero triunfo para el Prelado. De todas partes de Polonia recibió felicitaciones, visitas y estímulos, y en la prision estaba todavía cuando le confirió Pio IX el capelo cardenalicio, el 15 de Marzo de 1873.

Cuando salió de la cárcel estaba arruinado y desterrado por el Gobierno prusiano. Se dirigió á Cracovia; pero las manifestaciones polacas fueron tan calurosas, que el Gobierno austro-húngaro le rogó que saliese de aquel territorio. Entonces fué á Roma, donde le recibió Pio IX, alojándole en el Vaticano y considerándole siempre como el Arzobispo de Posen.

En 1885 consintió, por fin, en dimitir su cargo, á instancia de Leon XIII, para facilitar el arreglo de aquella cuestion que retardaba la paz religiosa.

Tan querido de Leon XIII como lo habia sido de Pio IX, el ilustre Cardenal prestó en estos últimos años grandes servicios en la Secretaría de Estado, especialmente para los asuntos de Alemania.

EL CARDENAL LEDOCHOWSKI

SECCION RECREATIVA

ELECTRICIDAD Á POCA COSTA.—Toma un pliego de papel fuerte, como el que se emplea para el dibujo ó para envolver, y que sea algo grande. Caliéntalo bien, y ponlo sobre una mesa de madera bien seca.

Frota el papel con la mano bien seca ó con un paño de lana, hasta que esté bien adherido á la mesa.

Pon un manojito de llaves sobre el papel, y levanta éste por dos esquinas ó puntas.

Si alguno acerca el dedo á las llaves, sacará una chispa eléctrica.

Para que salga mejor el experimento, conviene que se haga en tiempo seco; se calienta varias veces el papel, y se frota antes la mesa con un trapo de lana bien seco.

PERSISTENCIA DE LAS IMÁGENES EN LA RETINA.—Se traza en un papel una cruz blanca algo grande, como de dos dedos cruzados, y todo lo demás se llena de tinta bien negra de modo que aparezca una cruz blanca sobre fondo negro.

Se mira la cruz de hito en hito hasta que se canse algo la vista, esto es, cosa de un minuto, con buena luz.

Se mira entonces al cielo raso de la habitacion, y á poco se verá en él la cruz de color gris, que aparecerá y desaparecerá varias veces.

Haciéndolo á un tiempo varias personas, no deja de causar risa ver la fijeza con que todas miran al techo para ver lo que allí no hay, sino en la retina de sus ojos.

CHARADA

La *primera* es letra, Amalia,
y *dos tercia* una region
de la vecina nacion
que antes lo era de Italia;
en el fuego hay un monton
de la *todo* y fué carbon.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

PROBLEMA

El mencionado inventor pedia la friolera de 18,446,744,073,709,551,615 granos de trigo.

Para formarse una idea aproximada de esta enorme cantidad, supongamos que cinco granos de trigo colocados en línea compongan un centímetro; un centímetro cúbico tendria 125 granos; un decímetro 125,000, y por consiguiente, un hectólitro 125,000,000 granos de trigo.

Esto supuesto, el número hallado equivale á más de 18173,739,525.896 hectólitros.

Suponiendo á 25 pesetas el hectólitro, el valor de la expresada cantidad seria mayor que 364807,488,147,422 pesetas.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 10

Blancas.	Negras.
1. D G5-G8	1. C C5-B6
2. D G8-G3	2. P B5-B4
3. D G2-A2	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

VISTA DE CARACAS

LA HORMIGA DE ORO

FIDES · SCIENTIA · ARS · LITTERÆ

Ross · R. Ribas

AÑO VI (1889) · BARCELONA 23 DE MARZO · SÉRIE II.—NÚM. 65

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

El Concilio III de Toledo, VI, por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*El P. Juan de Mariana y las libertades modernas*, por el P. Garzon.—*La pecadora de la ciudad* (continuacion), por J. V. de Araquistain, presbítero.—*Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

JUAN III SOBIESKY, REY DE POLONIA (escultura de Victor Brodzki).—Hace poco más de dos siglos, los musulmanes, cuyo poder despues de la famosa victoria de Lepanto ganada por las armas cristianas no estaba aún del todo debilitado, arrollando todos los obstáculos, se presentaban altivos en frente de la misma Viena y la sitiaban. El Papa Inocencio XI, despues de haber hecho inauditos esfuerzos para poner en paz á los príncipes cristianos, se coligó con el emperador Leopoldo I y con Juan III Sobiesky, rey de aquella Polonia con quien despues la Europa ha sido tan injusta y desagradecida, para oponer un dique á la insolencia de aquellas hordas fanáticas, que amenazaban con exterminio y muerte á toda la Europa. Ordenó el Pontífice preces públicas en Roma y al mismo tiempo publicó un jubileo en toda la Iglesia. Impuso en Alemania, Polonia é Italia un diezmo sobre los bienes eclesiásticos para subvenir á los gastos de la guerra, y remitió al mismo tiempo al Emperador de Austria cien mil escudos de su tesoro y otros tantos al Rey de Polonia. Su generosidad fué imitada luego por el Sacro Colegio, por los Reyes de España y de Portugal y muchos otros príncipes y señores romanos y extranjeros, que enviaron cuantiosas sumas para sostener al ejército cristiano. Componíase éste de 84,000 hombres, y era mandado por Sobiesky en persona.

Los turcos sitiaban á Viena con un ejército de 250,000 hombres, y las huestes cristianas se dirigieron al encuentro de tan numeroso ejército enemigo. Confiando más en Dios que en las armas, invocando á María santísima, auxilio de los cristianos, el esforzado Sobiesky atacó con ímpetu las masas de los infieles, y despues de un encarnizado combate derrotó á los turcos de tal suerte que sólo pudieron escapar 30,000, perdiendo los alemanes y polacos sólo 4,000 hombres. El magnánimo Sobiesky tomó de entre los despojos el estandarte de Mahomet y lo envió al Pontífice, quien lo recibió de manos del legado Real en la capilla papal que celebró en el Vaticano para dar gracias al Dios de los ejércitos por tan señalado triunfo. Además, reconociendo la proteccion de la Virgen en la victoria de las armas cristianas, ordenó que en toda la Iglesia se celebrase la fiesta del santísimo Nombre de María el domingo dentro la octava de la Natividad de la bienaventurada Virgen, que fué precisamente el dia en que ocurrió el fausto suceso que aplacó el orgullo musulman y salvó la Europa.

LOS BEDUINOS DE EGIPTO.—Los beduinos establecidos en el territorio egipcio, agrupados en tribus bajo la direccion de sus jefes, ocupan principalmente las regiones limítrofes del desierto al E. y al O. del valle del Nilo: sin embargo, se encuentran tambien en número bastante considerable en los distritos del interior del Delta. La calificacion de nómada no da una idea rigurosamente exacta de la condicion social de los beduinos de Egipto. En efecto, un gran número de ellos son hoy poseedores de tierras que labran, y habitan bajo techado. Los que viven exclusivamente al raso, bajo tiendas, se dirigen raramente hácia las regiones lejanas y observan una sobriedad y frugalidad notables: la leche de

JUAN III SOBIESKY, REY DE POLONIA

(escultura de Victor Brodzki)

sus ganados y un poco de arroz bastan á su subsistencia, y gracias á la maravillosa fecundidad del suelo, encuentran en los distritos más apartados del valle del Nilo recursos abundantes para el pasto de sus rebaños.

Hasta el principio de este siglo, los hábitos guerreros de los beduinos, conservados por la dominacion anárquica de los mamelucos, habian opuesto una barrera impracticable á su estabilidad en medio de un pueblo de costumbres dulces y tranquilas, entregado á las faenas del campo; pero, desde la fundacion por Mohamed Ali del nuevo régimen la influencia de una larga era de paz se ha hecho sentir entre las hordas indisciplinadas de esos temibles ginetes del desierto, y sus excursiones de pillaje rigurosamente reprimidas, han producido relaciones de cambio y de buena vecindad de las que han sabido sacar partido hábilmente.

Dedicados á la cria de caballos y camellos, han sido los intermediarios obligatorios del tránsito por tierra de las mercancías que no podian seguir la vía del Nilo.

Alentados por el gobierno egipcio, los jefes beduinos han adquirido tierras, levantado casas y formado verdaderos centros de aglomeracion que tienden á ser permanentes, pero en esta nueva condicion el beduino ha conservado intacto el sello de su individualidad.

Rebelde á toda fusion con el elemento fijo, que ha considerado siempre como inferior, habita en los pueblecillos ó aldeas separadas, formando centros distintos de los de la poblacion sedentaria. Agricultor intermitente, permanece pastor por gusto y tambien por necesidad. En ciertas épocas del año, despues de las cosechas, abandona su albergue para conducir á pastar en libertad sus inmensos rebaños de cabras ó de ovejas, sus camellos y caballos. Su carácter independiente se revela entonces en los espacios libres y en las soledades del desierto, experimentando una viva satisfaccion al acampar bajo las tiendas con toda su familia.

El gobierno egipcio señala una subvencion mensual á cada uno de los principales jefes en recompensa de los servicios prestados ó que prestan.

Las 75 tribus situadas en el territorio egipcio no tienen la misma importancia; muchas se distinguen por la antigüedad de su origen, su actual influencia y el número de sus adherentes.

El beduino es de arrogante y hermosa presencia: alto, de formas atléticas y bien proporcionadas, ojos grandes, rasgados y penetrantes, nariz aguileña, labios finos, dientes simétricos y blancos, es un tipo que atrae la simpatía. Es amable y servicial, aunque muy interesado; sobresale en toda clase de ejercicios de agilidad y de fuerza, y es prodigiosamente ligero é infatigable en la carrera. Cuantos han visitado la gran pirámide de *Kheops*, que mide de altura 138 metros, recordarán que los beduinos de Guizeh la suben y bajan en pocos minutos, sin el menor cansancio ni alteracion.

Torno, junto al lago de Como.—Lo pintoresco de sus playas y lo benigno del clima atraen á este bello país multitud de forasteros de dentro y fuera de Italia. Forman además uno de los principales atractivos las iluminaciones que en determinados dias se verifican y que llenan de encantos aquellas tranquilas aguas.

Alejandro Obrenovitch, nuevo rey de Servia.—En el mundo político se considera como un suceso de gran trascendencia la abdicacion del rey Milano en favor de su hijo Alejandro, niño de poco más de doce años, pues nació en Belgrado el 14 de Agosto de 1876.

Sobre todo se mira este suceso como un descalabro para la diplomacia austriaca.

La Regencia llamada á gobernar en nombre del jóven rey se compone del Sr. Ristics y de los generales Protics y Belimarkovics. Entre estos hombres de Estado hay sólo uno, el general Protics, que pasa por ser partidario de la alianza con Austria-Hungría, y es él quien ha llevado á esta situacion al jóven príncipe de Servia. El personaje más saliente, el que dará en lo porvenir la direccion de la política de este moderno reino, es sin disputa Ristics. Ya fué regente durante la minoría del rey Milano; despues fué jefe del partido liberal y muchas veces presidente del Consejo, siendo la alianza con Rusia la idea dominante de su política, sin que haya motivo que haga suponer que la ha abandonado.

La alocucion del rey Milano habla de fatigas, hace alusion á los tristes sucesos de su vida de familia; pero no engañará á nadie capaz de juzgar la situacion acerca de los verdaderos motivos de su abdicacion. Milano es un hombre de treinta y cinco años, en muy buen estado de salud, muy ambicioso y nada sentimental. Los motivos de este acto extraordinario en que un soberano, en la fuerza de su edad, abdica en favor de un niño, deben ser de naturaleza política.

El rey Milano estaba formalmente ligado á la monarquía austro-húngara. Creyéndose incapaz de seguir gobernando con arreglo á sus compromisos, ha preferido dimitir el poder, dando por este acto una prueba, si no de energía, al menos de lealtad.

Como un detalle interesante de la vida del jóven rey Alejandro, debemos mencionar la violenta separacion del lado de su madre la reina Natalia, á que se le sujetó en Julio del año anterior.

Sabido es que el pretexto de las disensiones conyugales entre el rey Milano y la reina Natalia ha sido la educacion del Príncipe: el Rey queria que su hijo y heredero se educase en Alemania, y la Reina juzgaba de gran interés que se educara en el país donde habia de reinar, si bien consintió en un arreglo que fué pactado y firmado por los regios cónyuges el 6 de Abril de 1887, y que la Reina guardó fielmente.

La mision del general Protics y la entrega del jóven Príncipe á los emisarios del Rey por el jefe de la policía en Wiesbaden, destruyeron violentamente aquel pacto: la reina Natalia protestó contra las órdenes del Rey, y el Príncipe Real, que nunca se habia separado de su madre, á quien ama tiernamente, cuando se le notificó el mandato de su padre, arrojóse en brazos de la Reina, llorando y diciendo: «Yo no quiero ir á Belgrado si mamá no viene conmigo.» Y como el jefe de la policía repitiese las órdenes que habia recibido, el Príncipe le contestó con entereza: «¡Esto es vergonzoso, es injurioso! ¡Jamás volveré á poner los piés en territorio aleman!»

La separacion se verificó á las diez de la mañana del 13: la policía se hizo cargo del Príncipe y lo entregó al delegado del rey Milano, notificando en seguida á la reina Natalia que en la noche del mismo dia saliese de Wiesbaden y del territorio aleman.

Este drama doméstico produjo mucha impresion en Europa.

Iglesia de Morong (islas Filipinas).—El pueblo de Morong, cabecera de distrito, ocupa una situacion muy pintoresca, cerca del gran lago de Bay, del cual surgen pequeñas islas que parecen canastillos de follaje. A un lado, y entre humildes moradas de indios, ostenta dicho pueblo la blanca techumbre de hierro galvanizado de la casa-gobierno, y al otro, sobre un monticulo de piedra, entre multitud de casas y en medio de verdes y elevadas cañas, se destaca esbelta y arrogante la más hermosa de las torres que han construido en Filipinas el ingenio y la actividad de los hijos de San Francisco.

Nuestro grabado de la pág. 96 es reproduccion de una fotografía que tuvo la bondad de remitirnos el ilustrado P. Fr. Mariano Martinez: el buen gusto artístico de un humilde franciscano y la pericia y laboriosidad de un viejo indio, maestro cantero, han llevado á cabo esa obra, cuyo hermoso conjunto y bien labrados realces en blanca piedra cautivan la atencion del observador.

La historia de la construccion es tan sencilla como interesante, y el mencionado Fr. Martinez la bosqueja de este modo:

«Débese esta sólida y hermosa obra al Rdo. P. Fr. Máximo Rico, el que, despues de haber construido en el rio del pueblo una gran presa de mamposteria, cuyo difícil y penoso trabajo está en relacion con el grandísimo beneficio que reporta, para sacar á salvo los arrozales en años de pocas lluvias, determinó adornar su iglesia con una torre de sillería que necesitaba. Todas las torres de nuestra administracion suelen estar á un lado de la fachada del templo; mas viendo el P. Rico que la de Morong era pequeña y que de colocar la torre á un lado podria tal vez en lo futuro impedir que fuera ensanchada, resolvió derribar el antiguo y estrecho frontispicio que tenia la iglesia y edificar otro nuevo, con la anchura suficiente para sobre él construir un campanario. Abrió cimientos, profundizando una vara en piedra viva, y en 24 de Junio de 1850 colocó la primera piedra, habiendo tenido la satisfaccion de ver concluida perfectamente su obra en 6 de Febrero de 1853.»

Véase ahora la descripcion de la torre, segun se encuentra en el *Estado geográfico de las islas Filipinas*, escrito por el Rdo. P. Huertas:

«Esta fachada, de órden compuesto, consta de tres cuerpos: el primero, en cuyo centro se halla la puerta principal, tiene cuatro columnas en el centro y una en cada ángulo, de tres piezas cada una, con sus correspondientes pedestales y cornisas, dejándose ver sobre el arco de la puerta, muy bien cinceladas, las armas del doctor san Jerónimo, titular de la iglesia: el segundo cuerpo se compone de cuatro columnas, de dos piezas cada una; en el centro la espaciosa ventana del coro, y una columna igual á las otras en cada ángulo: el tercero consta de cuatro columnas, en cuyo centro llama la atencion la bien trabajada estatua del santo Patron, y sobre su nicho el escudo de armas de nuestra seráfica religion, en bajo-relieve, formando los ángulos una bonita barandilla coronada con cuatro perillas y jarros para iluminacion. Su altura es de veinte varas y cuatro puntos, y sobre ella arranca el campanario, que mide diez y seis varas (incluso el ángel que hace de veleta), en forma octogonal, con ocho columnas y cuatro ventanas, circunvaladas de una vistosa cornisa que sostiene una balaustrada, ostentando multitud de jarros. En los cuatro ángulos de la meseta se dejan ver cuatro estatuas de dos varas de altura, representando las cuatro virtudes cardinales, y sobre la bóveda del campanario hay un ángel sobre elevado pedestal, con una espada en la mano derecha y una bandera en forma de cruz en la izquierda. En esta hermosa y sólida obra trabajó, como maestro cantero, D. Bartolomé Palatino, indio principal del pueblo de Paete, de sesenta y seis años de edad, costando solamente mil seiscientos treinta y cinco pesos, cuando el presupuesto formado por un maestro de obras de Manila ascendia á seis mil pesos.»

Pero lo que no se puede describir es el sacrificio inmenso que supone la construccion de obras de ese género en Filipinas, porque para llevarlas á cabo con feliz éxito es indispensable el ejercicio de muchas virtudes, y especialmente la caridad y la paciencia en alto grado; y hé ahí por qué los edificios de más consideracion en Filipinas, con pocas excepciones, son debidos á la cultura y actividad de los religiosos.

Hoy todo el que ve la iglesia de Morong alaba el nombre del P. Máximo Rico, y pocos, sin embargo, comprenden lo que el digno fraile franciscano tuvo que sufrir para vencer la natural indolencia del indio é inspirarle amor al trabajo.

«¿Quién (escribe Fr. Mariano Martinez), al ver entre los peones y canteros á un religioso peninsular, sentado en una piedra, tocando cadenciosamente la guitarra entre el ruido monótono de picas y azadas, no hubiera dicho que aquel hombre, aquel fraile, estaba loco?»

Pues era el P. Rico; y así, dulcemente, con suavidad, con verdadero amor, se hizo querer y venerar de los indios, y les obligó á trabajar, y concluyó la torre que dirigia, dando un testimonio más, y bien elocuente, de que los religiosos enseñan al indio filipino, no solamente las consoladoras creencias del Cristianismo, sino tambien las ciencias y las artes.

EL CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

VI

Si es grande la conversion de un incrédulo, el bautizo de un niño y la cristianizacion de las tribus de las selvas, mayor importancia tiene, y más trascendencia alcanza ver á un pueblo con su Monarca á la cabeza, abjurando los viejos errores y depravadas herejías, y convirtiendo su ánimo á los dogmas salvadores de la Religion. No conocemos igual ni parecido suceso en los fastos de ninguna nacion; solamente la conversion de Constantino puede compararse á la conversion de los Godos.

Por eso las figuras de san Hermenegildo y de Ingunda, de Recaredo y de Badona, de san Leandro y de los Padres de Toledo, se agrandan y agigantan en las páginas sublimes de nuestra inmortal historia. El tiempo las hace colosales, y mientras más de lejos las vemos, más grandes nos parecen.

La conversion de la monarquía goda á la religion del amor y de la esperanza templó el poder de los Reyes, suavizó sus rigores, limitó, condicionó y restringió las facultades de que gozaban, exigiéndoles los Concilios, al aceptar la corona, el juramento por medio de aquella fórmula que fué acogida luego por los aragoneses, y que dice así: *Rex eris, si recte facias; si non facias, non eris.* Por eso san Isidoro en sus *Sentencias* caracteriza así á los reyes godos: *Reges á recte agendo vocati sunt; ideoque, recte faciendo, regis nomen tenetur; peccando, amittitur.*

El segundo beneficio que reportó la conversion de Recaredo fué el establecimiento de la unidad religiosa, de la unidad católica, que por más que hijos espurios de nuestra patria la borrasen en malhora de la Ley en dias no lejanos, podemos decir que existe todavía; porque en nuestra patria nadie cree tener nombre y hogar y sepultura, si la Iglesia no le bautiza, si la Iglesia no bendice su matrimonio, si la Iglesia no le entierra.

Esta unidad, aunque no se la estudie más que desde el punto de vista histórico y crítico, como la han considerado Valera y otros escritores que no pueden ser tachados de reaccionarios y de ultramontanos, ha proporcionado grandes bienes á nuestra patria. Cuando Europa se despedazaba con las guerras religiosas que desangraron y empobrecieron á sus más florecientes naciones; cuando en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Alemania y en los Países-Bajos luchaban católicos y protestantes en contienda inacabable; cuando Güelfos y Gibelinos se disputaban el predominio del mundo; España, que habia vencido

al Islam en la vega de Granada, descansaba sobre sus laureles inmarcesibles, y vivia feliz, pacífica y unida á la sombra de aquella unidad católica jurada en el Concilio III de Toledo.

Fruto de ella habia tambien sido la union del altar y del trono, creando una armonía tal entre la Iglesia y la Monarquía que no diera nunca lugar á disentimientos ni asperezas entre una y otra. Así pudo muy bien decir un poeta:

Que desde el mar de Luro á la Junquera
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

Porque, dígase lo que se quiera en contrario por quien desconoce nuestro pasado, aquí todo se lo debemos á la Iglesia y á la Monarquía. Una elocuencia muy aplaudida en nuestra época ha dicho: «Si la Monarquía nos ha dado el territorio, la Iglesia nos ha dado el espíritu; si la Monarquía nos ha dado la patria, la Iglesia nos ha dado la conciencia; si la Monarquía nos ha dado la unidad externa, la Iglesia la unidad interna; si la Monarquía nos ha dado las leyes políticas, la Iglesia los mandamientos morales y religiosos; si la Monarquía nos ha dado los héroes, la Iglesia nos ha dado los Santos; si la Monarquía nos ha dado aquellos soldados que iban á conquistar el patrio suelo, la Iglesia los Mártires que se ofrecian voluntariamente en holocausto; si la Monarquía nos ha dado aquellas carabelas que corrian por mares no surcados, y aquellas naves que peleaban en las hirvientes aguas de Lepanto, la Iglesia aquella fe que obra milagros y levanta el espíritu para el sacrificio en la seguridad de que ha de vivir en otro mundo mejor por virtud de la inmortalidad del alma.»

Además, sin la unidad católica, sin la barrera insuperable que cercó con sus dogmas y con sus creencias toda la Península, no nos hubiéramos podido reponer de la triste jornada del Guadalete. Vencimos con Pelayo en Covadonga, con Ordoño I en Clavijo, con Alfonso V en Calatañazor, con Alfonso VI en Toledo, con Alfonso VIII en Las Navas, con Alfonso XI en el Salado, con Fernando III en Sevilla, con Jaime I en Valencia, y con Isabel la Católica en Granada, porque á la Media Luna opusimos la Cruz redentora que representaba la unidad religiosa, y al verde estandarte de Mahoma la bandera gualda y roja que llegó á flamear en los picos de Sierra-Nevada y Sierra-Elvira, en los alminares de la Alhambra y en las torres del Generalife. Sin la unidad católica votada en el tercer Concilio toledano, y sin la unidad nacional formada por nuestros reyes, nuestras mujeres hubieran sido llevadas á los harenes del Sultan, y nuestros padres hubieran sido reducidos á la condicion de esclavos por los feroces Almohades y por los implacables Almoravides.

Aquel a misma unidad produjo los esplendores de la civilizacion visigoda. San Leandro, el deudo de san Hermenegildo y de Recaredo, alma y oráculo del Sínodo III; san Isidoro, el Doctor de las Españas, como le ha llamado la crítica, autor de las Sentencias y de las Etimologías, y que fué la enciclopedia del siglo VI; san Braulio, obispo de Zaragoza, y los Metropolitanos de Toledo, san Ildefonso y san Julian, cuyas obras teológicas é históricas han sido encomiadas por nuestros grandes escritores; Draconcio, que compuso un poema sobre los seis dias de la Creacion, titulado *Hexamerón;* Paulo Orosio, que escribió una Historia general, muy consultada por nuestros historiógrafos; Idacio y Juan de Biclara, que nos dejaron Crónicas inapreciables de su época; todos estos sabios y doctores, pertenecientes unos á la raza hispano-romana y otros á la hispano-gótica, inspiráronse en la Fe y en el Símbolo confesado por el Constantino español, para legarnos sus libros inmortales, por los cuales conocemos aquella civilizacion, hija legítima de los Concilios de Toledo.

Tambien en las artes nos legaron los Godos una muestra de su espíritu religioso y de sus arraigadísimas creencias. El único arte que cultivaron fué el arquitectónico que lleva su nombre. Y si bien es cierto que la mayor parte de los monumentos de este orden que existen en nuestro suelo no pertenecen á la época visigoda, sino á siglos posteriores, es la verdad que á los Godos se les deben. A aquella unidad religiosa fundada por los Padres de Toledo correspondia una arquitectura en consonancia y armonía con la severidad, con la grandeza y con los esplendores del culto católico, tan majestuoso como sus catedrales. Por eso el templo gótico, con sus altas ojivas que rematan en un punto para indicar la unidad de Dios, como ha dicho un orador elocuente; con sus torres de agujas elevadísimas, que parecen una oracion escrita en piedra que sube hasta el cielo; con sus retablos de cedro rellenos de bíblicos pasajes; con sus vidrios de colores y sus místicos rosetones; con tantas bellezas y tantos primores como pusieron en él los artistas y los alarifes cristianos de la Edad media; el templo gótico, decíamos, corresponde, cual ninguna otra construccion estética y cual ninguna otra concepcion caleotécnica, al pensamiento sublime que concibió el tercer Concilio toledano. Esa arquitectura gótico-española, distinta y diferente, si no en sus rasgos principales, en sus accidentes y en sus adornos, de la arquitectura gótico-italiana, siendo aquella más severa, más mística y más religiosa que esta, se debe al espíritu católico de nuestros padres, inspirado en la unidad establecida en Toledo.

(Se concluirá)

José Ruiz de Ahumada.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Las Conferencias del P. Vinuesa.—*El Padre Juan de Mariana y las escuelas liberales*, estudio comparativo por el Padre Garzon.

El presente tiempo de penitencia y recogimiento ha producido en Madrid un suceso fausto del género religioso, cuyo anuncio ha de agradar á los lectores de esta católica publicacion.

Me refiero á las conferencias, sólo para hombres, que durante la última semana dió en la parroquia de San Luis el sabio jesuita P. Vinuesa, las cuales han tenido el felicísimo privilegio de causar merecida resonancia.

Dichas pláticas, de un sabor dulce y jugoso, revestidas con la pompa reverberante de la elocuencia y de la sabiduría, han sido favorecidas por un concurso de lo más numeroso que he visto en otros actos religiosos análogos, figurando en él todas las clases sociales, desde los más encumbrados próceres y hombres políticos hasta los más humildes y modestos artesanos.

Seria poco menos que imposible tocar en el reducido espacio de esta crónica los interesantes puntos de doctrina y de controversia que forman el elenco de cuestiones de las conferencias del P. Vinuesa. La existencia de Dios, la necesidad de la Revelacion, la infalibilidad de la Iglesia, la indiferencia y el escepticismo, así en la mente como en el corazon y en la voluntad, la bondad y la verdad del precepto evangélico que impone el deber de que la piedad no sea sólo teórica sino práctica, tal y como lo ordena el divino Fundador de la Religion en el *Serva mandata* de que nos habla el evangelista san Mateo, fueron temas admirable y poderosamente desarrollados por el docto jesuita, lanzado á un campo en que pudo lucir por modo bizarro sus profundos conocimientos teológicos, escriturarios y filosóficos en los cuales es eminencia de primer órden.

La palabra del P. Vinuesa es sencilla, candorosa, ingenua, dotada de los más puros arreboles de belleza. Su elocuencia es caudalosa como rio henchido de transparentes aguas, que corre manso en las planicies y se precipita resonante en el terreno escabroso, buscando sus aguas el nivel de que no pueden prescindir. Su lenguaje es puro, castizo, como lo es el lenguaje tradicional de su ínclita Orden, tan fecunda en oradores y escritores chapados en el manejo de la hermosa lengua de Castilla: de tal manera, que si un taquígrafo hubiera recogido estas conferencias, bien puede decirse que sin quitarlas ni añadirlas una tilde, podrian tenerse por modelo del arte del bien decir.

En este punto es asombrosa *la difícil facilidad* con que el sabio Jesuita expone las más profundas cuestiones, y diserta, propone y concluye sus temas con razonamientos lógicos, cuidadosamente respetando el método en sus discursos, como buen escolástico.

Todo esto es en él de generacion espontánea y pone de relieve sus grandes facultades naturales y lo familiarizado que está, no solo con los conocimientos de la ciencia divina, reina de todas las demás, sino con los de las que le son inferiores.

De esperar es que tan notables pláticas se dén á la estampa para que sea mayor el número de los que participen de un manjar digno de Príncipes. Así se lo pide al docto jesuita la pública opinion, á cuyos votos se une el mio, agradecido de haberme confortado con el perfume corroborante de predicacion tan grata al sentido religioso y moral.

La insigne Milicia de Jesús está de enhorabuena.

Porque al par que el P. Vinuesa encantaba al numeroso concurso del templo de San Luis con su luminoso verbo, en los escaparates de las librerías de la Corte figuraba un volúmen recien salido de la estampa, en cuya portada se lee el siguiente título: *El Padre Juan de Mariana y las escuelas liberales.—Estudio comparativo, por el P. Francisco de P. Garzon, de la Compañía de Jesús* (1).

El título de este libro es por sí solo anzuelo en que se clava el apetito nacional, siempre ávido de que le hablen de sus glorias ilustres; y en verdad que el P. Garzon no ha andado corto en sazonar con este grano de sal la memoria de uno de los varones más extraordinarios en ciencias y letras de la fecunda patria española.

En el año anterior, si mal no recuerdo, dí cuenta á los lectores de La Hormiga de una profanacion acaecida en Talavera de la Reina, patria del Tácito español, rey de nuestros historiadores, en ocasion de haberse inaugurado allí su estatua, erigida por suscricion nacional, á instancias del Municipio de dicha ciudad, como tributo justo de honor ofrecido á uno de sus hijos más esclarecidos.

El pensamiento fué loable; pero su ejecucion dejó mucho que desear en lo que dice relacion con los festejos que se acordaron para tan memorable solemnidad.

Porque el Municipio talaverano, influido por elementos federalescos, tuvo la desgraciada ocurrencia de invitar á la fiesta á los librepensadores y racionalistas más caracterizados de Madrid, los cuales como se trataba de un *jolgorio* patriótico,

(1) Hállase en la Administracion de *La Hormiga de oro* al precio de 5 pesetas.

LOS BEDUINOS DEL EGIPTO

VISTA DE TORNO, JUNTO AL LAGO DE COMO

exornado con bocados y sorbos, acudieron como moscas á la miel, inundándose Talavera de destripadores del pensamiento y de la razon, que así merecen calificarse los tales.

Entre ellos figuraban el *hombre de hielo*, ó sea el Sr. Pí y Margall, con sus barbas de anabaptista: el famoso Morayta, especie de gimio de la sabiduría, como el diablo lo es de Dios; el epiléptico Chies, director de *Las Dominicales*, que no se sabe ya en qué lenguaje vacia sus basuras heréticas; y otra porcion de escritores, suscritores y admiradores de *El Motin*, que se nutren de sus jugos dañados y repugnantes.

La juerga fué completa y tuvo resonancia.

Como la tiene toda bacanal patriótica, siempre que se costea con fondos municipales, provinciales ó generales.

Con lo cual quiero decir que se comió, se bebió y se habló largo y tendido sobre el P. Mariana.

De donde pueden inferir los lectores que pusieron los comensales á Mariana hecho una lástima, y de ello hubiera protestado su estatua á no ser de bronce.

Porque lo que menos dijeron de él fué que anticipó á los pueblos tres siglos el concepto dogmático de la soberanía nacional, y predicó el derecho de insurreccion, y fué martillo de Papas y reyes, y hasta tizon de su ínclita Orden.

Ni más ni menos que como si hubiera trocado el bonete por el gorro colorado, convirtiendo sus tratados de política y gobierno cristiano en guillotina para cortar cabezas coronadas.

Hasta no faltó quien dijo que si Mariana hubiese nacido en el siglo pasado, y hubiese alcanzado los tiempos de la Revolucion francesa, habria sido convencional como el fraile renegado Chabot, y habria votado la muerte de Luis XVI.

Semejantes improperios y atrocidades, enderezados á ensuciar, corromper y maltratar la memoria del gran Mariana, varon extraordinario de su tiempo, admiracion de propios y extraños, no podian dejarse correr sin correctivo por la santa y esclarecida Milicia de Jesús, que considera al Tácito español como una de sus glorias más resplandecientes; y esta obra de reparacion y desagravio es la que ha tomado por su cuenta el sabio P. Garzon, discípulo y hermano de religion del gran Mariana.

A ella se debe el magnífico libro, vindicacion de Mariana, que los hombres estudiosos y amantes de su patria devoran con íntima delectacion y que es regocijo de las buenas letras castellanas.

El juicio de desagravios abierto por el P. Garzon para limpiar de las suciedades racionalistas la memoria de Mariana no puede ser más completo; y de él sale el Tácito español tal como fué, sin deformaciones intelectuales y morales que le transformen en grosera caricatura.

Los que no conozcan los profundos y abstrusos tratados de teología, filosofía y política cristiana de Mariana, en que por modo valiente y admirable resplandecen la viveza natural de su sutil ingenio y su dominio pleno de todos los conocimientos de su tiempo, verán surgir del libro del P. Garzon en todo su apogeo la grandeza de aquel astro, cuyas luces derramaron sus fulgores por todo el universo mundo.

Dicho se está que al sabio escoliasta del Padre Mariana le cuesta poco trabajo refutar los cargos de los racionalistas de pacotilla del tiempo presente, los cuales, sin pararse en barras y discurriendo á trompa y talega, como suele decirse, injurian al Tácito español, consultor del Santo Oficio, devoto de Felipe II hasta el punto de llamarle *rey de prudencia casi celestial y divina*, hijo sumiso del Papa y de su Orden, á la que llama *Madre cariñosa*, y dilecto consejero y confidente de su amigo y paisano el arzobispo García de Loaysa, haciéndole aparecer como un libre-pensador al uso, de los que predican que debe ahorcarse al último rey con las tripas del último sacerdote. Todas estas sandeces las tritura, pulveriza y avienta por el aire el nuevo expositor de Mariana; pero aunque esta obra de reparacion basta por sí sola para dar á su libro trascendental carácter, la bizarría, cristiano desenfado y profunda crítica con que se abordan en él de frente cuestiones graves y escabrosísimas, le agregan tal interés y realce, que no puede aprovecharse mejor el tiempo que leyéndole y grabándole en la memoria.

ALEJANDRO OBRENOVITCH, NUEVO REY DE SERVIA

No contestarán al P. Garzon los malandrines que han puesto en sus manos la áurea pluma de la Compañía de Jesús para defenderle: su libro es irrefutable, y ante los ríos de sabiduría que le fecundan se anonadarán los detractores de Mariana, como las aves nocturnas ante la luz del sol.

Para concluir diremos que si los liberales creyeron erigir un monumento al gran Mariana, levantándole una mala estatua de bronce, se engañaron: el verdadero monumento á Mariana es, como ha dicho oportunamente un redactor del *Correo catalan*, el libro del P. Garzon.

La estatua fué profanada desde el momento en que se dió á luz á las muchedumbres liberales: el libro recorrerá victorioso y triunfante los mundos, á cubierto de todas las profanaciones de la barbarie.

LUPERCIO

Madrid, 19 de Marzo.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

Y LAS LIBERTADES MODERNAS

La libertad política en las antiguas monarquías.—La libertad política en los sistemas modernos.—La libertad política del P. Mariana.

Estudiando la institucion monárquica en las distintas épocas de la historia y en los diversos Estados en que ha prevalecido esta forma de gobierno, si nos fijamos en aquellos pueblos en que la luz del Evangelio hizo brillar á los ojos del hombre degradado la ignorada nocion de su dignidad y de la libertad que trajo al mundo Jesucristo, se ve que sobre todos los sentimientos del corazon humano ha descollado siempre uno; pero que los ha ennoblecido á todos, ha sobrevivido á la muerte de los demás y sobrenadado en todos los naufragios sociales, á saber: el pleno convencimiento de que las monarquías, como las repúblicas, en una palabra, que toda sociedad humana es una reunion de hombres inteligentes y libres, no de esclavos; y que si de monarquía se trata, al constituir el pacto fundamental de esta forma de gobierno no entraban los hombres en ella abdicando su dignidad personal, ni poniendo sus vidas y haciendas, y menos aún la razon y la conciencia, á los piés del trono.

Y plenamente persuadidos de que en la defensa de esos naturales derechos estribaba, no ya sólo su propia felicidad, sino tambien la paz y prosperidad de la patria, rodeaban al monarca de Cortes y de Estamentos, exigíanles fueros y privilegios, ponian enfrente de él leyes y consejos dispuestos siempre á poner trabas á su autoridad cuando quería salirse de sus justos límites, y á recordarle que viniendo su poder inmediatamente de la sociedad, únicamente para bien de ella podia usar de la autoridad, y sólo bajo las condiciones con que la hubiese recibido. Ese espíritu de libertad política, que fué el alma de nuestras monarquías verdaderamente populares; que intervenia con noble independencia en la formacion de las leyes, á lo menos de las fundamentales del reino; que tenia por arma poderosa y que jamás hasta su desaparicion se dejó arrebatar y por garantía de su existencia la concesion ó negativa de los impuestos; que elevaba sus quejas ó reclamaciones ante las gradas del trono, no tanto como el que suplica una gracia, como el que defiende un derecho; que oponía inquebrantable veto á las exigencias de poderosos monarcas cuando las creía perjudiciales para el bienestar del reino, lejos de ser obra de las últimas centurias, se remonta al orígen de la institucion monárquica, que en su lucha constante con la libertad política, acabó en el siglo XVII por absorberla por completo, apareciendo después, en la monarquía moderna, de la antigua libertad política sólo el nombre, pero en realidad bajo el ropaje fascinador de la libertad, ó la corrupcion de ella, que corroe los pueblos, ó el despotismo que los tiraniza.

Vivian y se desarrollaban felices á la sombra

del trono. además de las libertades políticas del individuo, las de la provincia y el municipio. La institucion monárquica, tan querida y connatural á los pueblos, que ni les ocurria, en España sobre todo, que hubiese otra forma de gobierno que la pudiese sustituir, levantábase como árbol gigantesco que daba sombra á las demás instituciones y armonizaba los intereses, á veces encontrados, de las distintas clases sociales. Era como el centro de gravitacion en derredor del cual giraban, aunque en órbitas distintas, las fuerzas todas que constituian la nacion. Habia Gobierno sin tiranía, y unidad sin centralizacion. Cada miembro ocupaba su lugar propio en el cuerpo total; la sangre corria por todas las venas y arterias, y se respiraba, en una palabra, el ambiente generoso que, dando vida á la libertad del individuo, pueblo y la provincia, alentaba á grandes empresas y á memorables hazañas, que, llevadas á cabo con independencia del Gobierno fueron la admiracion de los extraños y la gloria de la patria.

Evidentemente que esa fué, hablando en general, y prescindiendo de abusos y de miserias que siguen al hombre como la sombra al cuerpo, la libertad política de la antigua monarquía. ¿Es eso lo que hoy se llama libertad política? Seguramente que no: es más, ni aun siquiera se ha respetado el nombre, ó mejor dicho, se ha suprimido un nombre que era timbre de grandes glorias y de edades cristianas, y se ha trocado por el de liberalismo, tan enemigo de la libertad política antigua, como la libertad cristiana lo es del liberalismo.

¿Qué es ese liberalismo político moderno para que, puesto al lado de la libertad política antigua, podamos debidamente apreciar despues de qué lado está el P. Mariana, y en pro de qué sistema peleó el infatigable escritor?

Salta á la vista que la libertad política de hoy no es la antigua libertad; es su antítesis y su corrupcion; en muchas cosas hubiérala llamado Mariana licencia ó libertinaje, nunca libertad; luego mientras más entusiasta se muestre por las antiguas libertades, menor motivo hay para calificarlo de partidario de las ideas que en el nuevo Diccionario se llama liberalismo.

En efecto: en contraposicion del antiguo espíritu, noble, franco y cristiano de libertad popular que se fundaba en el contrato ó pacto monárquico, en la dignidad humana y en el espíritu evangélico, se ha levantado otro espíritu satánico que, fundándose en la autonomía de la razon y en la soberanía de las muchedumbres, esencial, inmanente é intransmisible, no aspira, como en lo antiguo, á contener á los poderes públicos en sus justos límites, respetando siempre la autoridad, cuyo orígen divino era el dogma fundamental de las sociedades; aspira á devorarla, á destruirla, si no se presta á ser juguete de sus caprichos y veleidades.

Engañado y engañador en sus principios, hijos todos del libre exámen y de la absoluta independencia del hombre y de su razon, falso en sus consecuencias, que han sido siempre de exterminio y de sangre, lleva en pos de sí la corrupcion de ideas y de costumbres. Aliado perpétuo de todos los apasionamientos y ambiciones, enloquece á los pueblos á fuerza de gritarles *¡libertad!*, les habla de romper yugos y de derribar tiranos, mientras artera y traidoramente remacha sus cadenas. Conspira siempre prometiendo bienandanzas y una tierra de promision en donde corran rios de leche y miel; olvídase siempre de sus promesas, y hace correr rios de podredumbre y de sangre, y la historia de la libertad que aprisiona, de la fraternidad que fusila y de la igualdad que decapita, sin duda para igualar, es la historia de sus triunfos. Adula vilmente á los reyes, y les quema incienso la víspera de destronarlos y aun de enviarlos al cadalso; los llama inviolables, y luego conserva el derecho inalienable de despedirlos como lacayos que sirven mal, uniendo, al parecer á sabiendas, el sacrilegio al sarcasmo; lo mismo se alía con el cesarismo de Napoleon que con el de las turbas demoledoras é incendiarias; convierte en falsos políticos é *insignes* estadistas á tantos enemigos de la paz pública, incapaces de gobernar su casa, su hacienda si alguna vez la tuvieron, y los hace personajes conspicuos sólo porque han aprendido en Maquiavelo y en Bentham el arte de no ruborizarse nunca y convertir la patria y el poder en mina de fácil explotacion: hace que todos se crean sabios y maestros en la cosa pública porque les da el derecho de comprar por cinco céntimos un periódico que piense por ellos y por ellos lo discuta todo y lo calumnie todo: revolucionario la víspera, despótico el dia del triunfo, no ha conseguido otra cosa que acabar con la libertad antigua y darnos muchos reyes déspotas, en vez de un rey absoluto y casi siempre paternal.

Enemiga, que no hermana ni hija de la autoridad, lucha siempre por su diminucion, siendo su bello ideal la menor cantidad posible de ella; degenera siempre en licencia, madre natural del cesarismo, que es el castigo y el sepulcro cierto de los pueblos que sacuden el yugo de la autoridad que desciende de Dios; con él se amalgama, como se une con cualquiera cosa que no crea en Jesucristo ni en su Iglesia. En ese liberalismo político, que es la mentira de la libertad, caben todas las corrupciones, como en el mar Muerto todos los cadáveres; allí se sancionan todas las apostasías y se aprende á ser feliz á costa de la felicidad de la patria.

No exageramos ni sombreamos en demasía un cuadro harto negro por sí mismo; está todo eso, como ahora se dice, en la conciencia de todos, y cualquier periódico ó partido liberal cesante dice de su contrario, cuando goza éste las delicias de la tierra prometida, mucho más, sin que nunca lo diga todo. Hay comunidad de intereses.

(Se continuará)

LA PECADORA DE LA CIUDAD

IV

Han transcurrido tres meses desde la última entrevista con Cayo Tulio, y Magdalena, sentada bajo un tamarindo de su huerto, lee por milésima vez con profunda emocion unas líneas escritas en una gran hoja de papiro.

—¡Tiene razon Lathzaharr,—murmuraba,—al decirme que esta es la realizacion de mis sueños! Los milagros, los portentos y la sabiduría de ese hombre extraordinario, que tan hondamente conmueve la Judea, no me llamaban la atencion, porque en la expectativa de su Salvador el pueblo está predispuesto á dar crédito á cualquiera. Así sucedió con Matías de Margalot, con Judas de Gamala, con el Justo Juan el Bautista: pero hay en la doctrina de este hombre rayos de luz que sólo han podido salir del sol de la sabiduría eterna!

Dicho esto, volvió á leer con viva emocion:

—«¡Yo soy el camino, la verdad y la vida!... Yo estoy en mi Padre, y mi Padre en Mí... Yo rogaré á mi Padre, y os enviará el Espíritu de verdad, el Consolador, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros le conoceréis y estará con vosotros. El dará testimonio de Mí, y yo vine del Padre y volveré á El, y tambien vosotros. Y no sólo vosotros, sino los que han de creer en Mí por vuestra palabra, para que os ame como me ama á Mí!»

—¡No, no!—exclamó Mirihan:—este lenguaje no es de un sábio, ni de un santo, ni de un profeta. Este lenguaje es de Dios, que enseña porque sabe, que manda porque puede, y que ofrece su amor y el de su eterno Padre, porque ama á sus criaturas, y quiere que sus criaturas le amen tambien á El.

Luego, continuando su lectura, añadió:

—«¡Venid á Mí los que esteis cansados: Yo os aliviaré, porque mi carga es ligera, y suave mi yugo!

«¡Venid á Mí los que llorais; Yo enjugaré las lágrimas de vuestros ojos!

«¡Venid los que padeceis; Yo aliviaré vuestros dolores, pues Yo soy consuelo, Yo la paz: pero no la paz que da el mundo, sino la paz del Padre que me envió!»

—¡Sí, sí, iré, iré á tus piés, Jesús!—exclamó rompiendo en llanto Magdalena.—¡Iré en busca de esa paz que tanto ansío y que sólo Dios puede dar! ¡En busca de consuelo para este corazon desgarrado que no halla tregua á su dolor! ¡Oh! ¡Sólo el leer alivia el alma! ¡Es El, Cristo de Dios, que hasta los filósofos griegos pedian para buscar la verdad!

Y siguió leyendo:

—«Como el Padre me amó, así tambien os he amado. ¡Perseverad en mi amor! Y amaos los unos á los otros, que este es mi mandamiento y mi ley.»

—¡Y todo, todo es así!—murmuró la jóven doblando cuidadosamente el papiro.—¡Esta es la religion del corazon, que yo presentía en mis sueños y que buscaba con ansiosa avidez! ¡Hé aquí ese amor sin término y sin medida para el corazon en el inagotable amor de Dios, como el amor para la inteligencia en su sabiduría sin fin! ¡Felicidad del corazon, felicidad de la inteligencia; y por siempre, siempre, siempre... hé aquí la palabra de Dios!... ¡Y todo eso leído, persuade y consuela; pero oido á El, engrandece y eleva el alma que, embriagada de celestial ventura, no desea más que arrojarse á sus piés para amarle y adorarle eternamente!

Al decir estas palabras los ojos de la hermosa jóven brillaban con una llama de purísima dicha; sus labios sonreian con expresion de inefable dulzura. Y es que, desde los inocentes dias de su infancia, jamás habia venido á refrescar tan consoladora esperanza su desolado corazon.

—Iré á sus piés,—murmuraba luego.—Le pediré perdon de mis culpas; le rogaré que me permita oirle y seguirle como esas dichosas mujeres que le acompañan doquier que va. ¡Oh! ¡cómo se reirán de mí todos esos hipócritas de Salen que tanto me aborrecen! ¡Oh! ¡cómo hincarán su diente venenoso esas señoronas á quienes ofende mi opulencia y mi belleza, al verme con las rudas pescadoras de Galilea sirviendo al Carpintero de Nazaret! ¿Y qué me importa, si ese Carpintero, por un misterio que no comprendo, ha querido tomar ese estado para ocultar al Hijo de Dios? ¡Qué! ¿Yo, que he despreciado sus juicios para mis disipaciones, habia de temerlos para seguir la virtud? ¡Ah! si tuviera la fortuna de que me acogiera, pronto daria yo al desden como antes su miserable opinion. Pero... ¿si me rechaza? ¿Si El, que es puro, inmaculado, horrorizándose de la vida de profanidad y placeres con que he escandalizado mi patria, me arroja de sí y me maldice? ¡Oh! ¿Qué será de mí? ¿Qué será de este pobre corazon enfermo, que soñó con una esperanza de salvacion y ventura?

Despues de un momento de tristes reflexiones, añadió con espanto:

—Y no, no puede acogerme. ¡El dia que ese hombre recibiera á la escandalosa Magdalena...

pontífices y sacerdotes, escribas y fariseos, sublevarian al pueblo contra él, como enemigo de la moral y de la ley! ¡Harto adelantan aun sin eso en su obra de maldicion! ¡Oh! ¡me rechazará! ¡me maldecirá!

Y diciendo así se retorcia las manos.

—¡Pero no, no!—exclamaba luego.—El dice que no ha venido para los justos, sino para los pecadores; que los Angeles del cielo cantan de júbilo al hallazgo de la oveja descarriada; que el padre celebra con festines la vuelta del hijo pródigo. ¡Iré, iré! ¡Sus palabras son de misericordia, su corazon es de amor! Cuando recuerdo su noble figura tendiendo á la multitud sus amorosos brazos, y llamando con aquellas miradas de celestial dulzura á todos los que sufren y lloran, á todos los que dudan y gimen, para atraerlos á su seno y enjugar sus dolores y sus lágrimas... ¡Oh!... ¡Hasta mi alma mundana, contaminada con tantos excesos, se siente animada por una dulce confianza, y ansiosa de arrastrarse y morir á sus piés!... Iré, estoy resuelta. Le ofreceré todos mis bienes para que los reparta entre los pobres, á quienes tanto ama; besaré las huellas de sus plantas, y si quiere me sepultaré á hacer penitencia en el desierto del Bautista; y entonces El, que es el consuelo de los tristes y de los enfermos, el refugio de los descarriados y de los proscritos, se apiadará tal vez del llanto de la pecadora de la ciudad!

(Se continuará)

MISCELÁNEA

Segun dicen de Sevilla, la Sucursal del Banco de España en aquella capital ha dotado de armas de fuego á sus cobradores ante el temor de que puedan ser objeto de algun atentado por parte de los malhechores y rateros que á todas horas del dia y de la noche pululan por las calles de la poblacion. A fin de evitar cualquier lance desagradable la Sucursal paga además cierto número de hombres para que dén escolta á dichos empleados cuando salen á desempeñar su cometido.

Y dice más *El Liberal* de Madrid, como quien no dice nada.

Esto es. Que no hay que extrañar que los ladrones de Sevilla no sean habidos, porque no se sabe con qué influencias políticas contarán.

Ya en sus dias, y en pleno Parlamento, el liberal Odonell dijo de la España idem que era «un presidio suelto.»

Verdad confirmada y ampliada con harta frecuencia por los mismos partidarios del sistema que nos desgobierna.

Así, sin ir más lejos, y bajo el título de *Los que deben emigrar*, dice *El País* lo que va á leerse:

«Aquí no viven más que los haraganes.

«Esta emigracion, inevitable ante el magno conflicto que suscita la eterna nacional miseria, seria la solucion más amplia, la que resolveria totalmente el problema, la que haría de nosotros un pueblo libre, feliz é independiente... Pero con una leve variante: con que emigraran los que se quedan y permanecieran los que se van.

»Fuéranse al Plata los políticos buscones de esta inacabable restauracion, semillero de hambrientos insaciados, los agiotistas sin delicadeza que adscriben á una desventura de la patria, quizá ó sin quizá preparada por ellos, su ansiada fortuna; los aventureros que negocian con el favor oficial y amasan públicamente millones, ostentados despues con insolencia; el empleado rapaz, la dama intermediaria... tanto y tanto personaje tan condecorado como ambiguo, las mayorías de las Cortes, muchas minorías tambien... todo, en fin, lo que no trabaja, ni produce, ni crea, ni cree... ¡Qué hermosa expedicion, apiñados sobre cubierta de algun inmenso *Leviatán* para que el dios de las tormentas, irritando al Océano, sepultara todo ello en los abismos de las ondas, que se cerrarian voluptuosamente sobre el montón maldito!... ¡Oh! Pero esto es una utopía. La tierra no es, ni el mar tampoco, el centro de las almas... Con que se vayan basta, aunque no se aboguen.»

¡Ya lo creo que bastaba!

Lo malo es que esa gente, causa de todos los males que afligen á España, no lleva traza de irse voluntariamente.

Pero, prosigamos, que la cosa lo merece.

*

«La responsabilidad ministerial es un mito, y el sistema parlamentario una farsa, con la existencia de mayorías dóciles y sumisas al capricho de sus jefes y creadores, y que más bien que conjunto de representantes del país con criterio libre y voluntad independiente, parecen rebaño ó manada de borregos sometidos por la influencia de la hierba á la vara y al cuerno de los pastores que con ella comercian y á su sombra viven.»

Es fuerte la pintura; pero, aunque nuestros lectores se admiren, no es nuestra.

IGLESIA DE MORONG (ISLAS FILIPINAS)

Es de *El Mediodía*, periódico romerista *enragé*.

Que ha tenido el humor de alumbrar el cuadro con la luz de su nombre.

*

Con el anterior boceto parlamentario forma un buen *pendant* la siguiente estadística curiosa que hace *El País*:

«Aparte de la saliva que se gasta en el Congreso, hay los siguientes gastos de escritorio:

»El papel de cartas con timbre de los distritos importó 14,147'50 pesetas; los sobres de todas clases, 16,377; la tinta 525'75, y las plumas 1,065.

»Largo se plumea en ese establecimiento. Bien se ve que los ratos de ocio, que son todos los del dia, los dedican á cultivar caciques y electores.

«Tambien se consumieron cinco quintales de arenilla y otros cinco de perdigones...

»Perdigones zorreros serán, y pudieran tener mejor empleo.

»En caramelos y azucarillos se gastan 4,354'50 pesetas.

»Pero lo más raro es lo que gastan en el tocador esos señores rurales. ¡Nada menos que 163 paquetes de pastillas de jabon y 24 litros de agua de Colonia.

»¡Hombres que venian acostumbrados á lavarse en la fuente de su pueblo, y se perfuman ahora por valor de 1,033 pesetas!

»¡Valor se necesita!

»Y demos gracias á la ignorancia santa en que viven respecto á las artes del tocado.

»Porque si supieran qué ricas esencias se estilan ahora, ¡cómo se iban á poner el cuerpo!

»Afortunadamente se quedan muy contentos con cualquier pomada de bazar.»

Pero ¿quién le mete á *El País* á curiosear en semejantes menudencias?

En cuanto á los sobres, plumas, papel y tinta, los frutos son riquísimos para los ciudadanos caciques y los ciudadanos diputados.

De los perdigones zorreros sentimos no poder decir otro tanto.

¡Las almañas que podrían matarse con semejante receta!

En cambio, el jabon, ¡oh, el jabon! ¡Hay allí tanta ropa sucia que lavar!

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 11

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *tres* jugadas

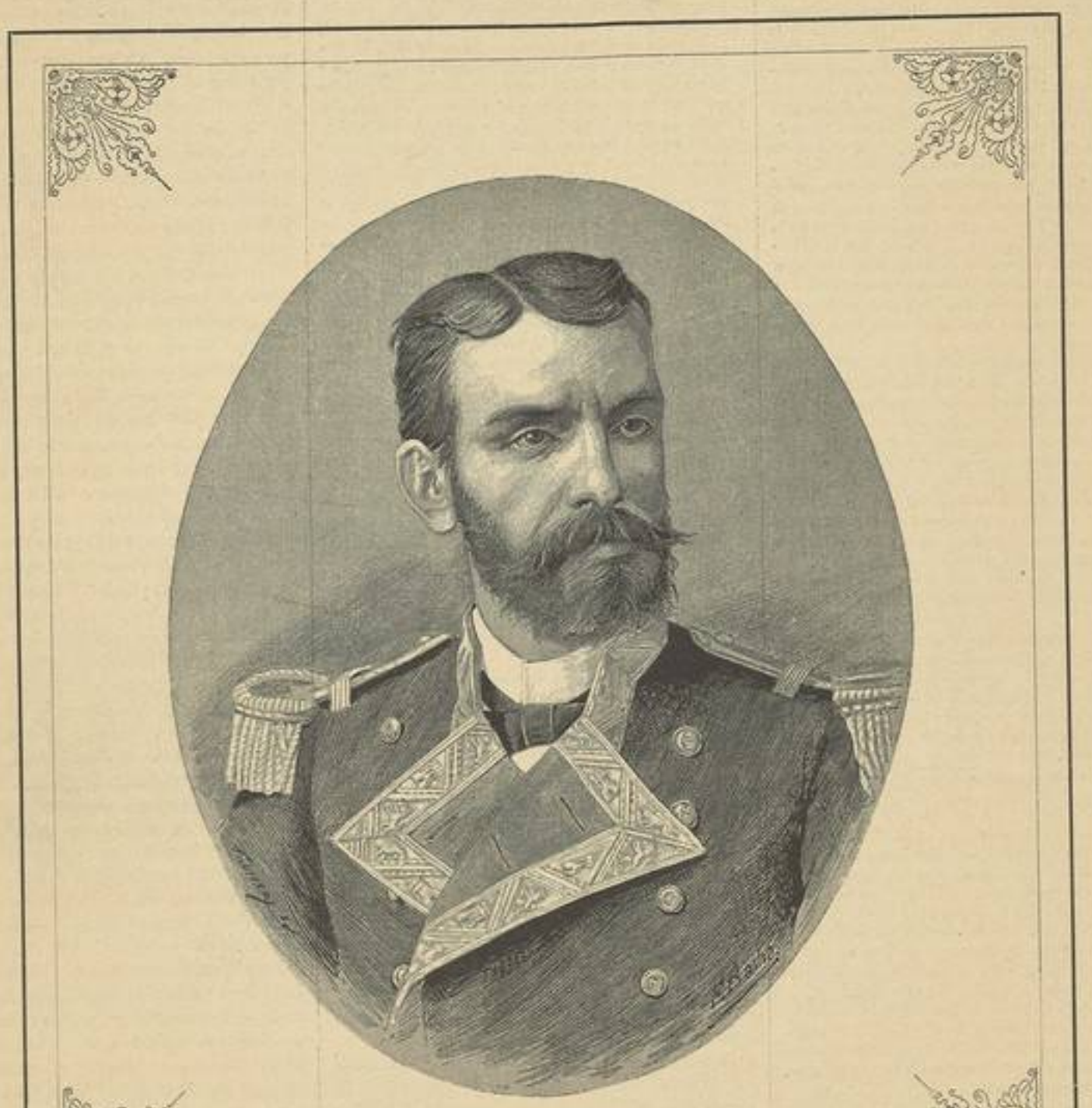
SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

CENIZA

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) | Barcelona 30 de Marzo | Série II.—Núm. 66



DON ISAAC PERAL Y CABALLERO

OFICIAL DE LA ÁRMADA ESPAÑOLA É INVENTOR DEL BUQUE SUBMARINO DE SU NOMBRE

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

El Padre Juan de Mariana y las libertades modernas (conclusion), por el P. Garzon.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*La navegacion submarina*, I; por R.—*La pecadora de la ciudad* (continuacion), por J. V. de Araquistain, Pbro.—*La lengua y la espada*, por el P. Cayetano Fernandez.—*Los refranes del tio Ambrosio*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Don Isaac Peral y Caballero.—Hé aquí un nombre casi desconocido hasta ahora fuera del Estado general de la Armada española, y que pasará sin duda á la posteridad, rodeado de una aureola de gloria.

Nació en Cartagena el 1.º de Junio de 1851 é ingresó como aspirante en el Colegio naval militar el 1.º de Junio de 1865. Su padre habia tambien servido en la Armada, recorriendo la escala hasta capitan de navío.

Despues de varios viajes de instruccion, uno de ellos á la vela de Cádiz á Manila con regreso por el cabo de Buena Esperanza, ascendió el jóven Peral á guardia marina de 1.ª clase en 1870, y dos años más tarde á alférez de navío, demostrando ya desde un principio una inteligencia superior, y muy dado al estudio y á desentrañar los secretos de la ciencia.

Distinguióse con gloria en la campaña de Cuba, haciéndose acreedor á la Cruz Roja del Mérito naval.

Dejó la segunda comandancia de la goleta *Sirena* para encargarse de la instruccion de guardias marinas á bordo de la *Blanca*. De aquí pasó en 1876 como oficial alumno de estudios superiores de marina al Observatorio de San Fernando, y concluídos aquellos salió para Filipinas en 1881. Ya en el archipiélago, desempeñó interinamente el cargo de Jefe del detall de Ingenieros en Cavite, se incorporó á la comision hidrográfica del Sur de Mindanao, mandó el cañonero *Cánitano*, levantando el plano del canal Simaivale, hasta que regresó á la Península como profesor de estudios de ampliacion y titular de la clase de Física en la nueva Academia. Desde entonces viene explicando sin interrupcion dicha asignatura.

Cuando el puesto que ocupa en la jerarquía militar de la Armada dista aún mucho de darle el prestigio que en nuestra organizacion social dan los entorchados de almirante, la imaginacion de Isaac Peral no podia permanecer aletargada, indiferente á los grandes armamentos marítimos de que hoy se proveen las naciones poderosas; y ante estos adelantos y ante los inmensos tesoros que cada dia se invierten en esos monstruos flotantes que alarman y esquilman á las naciones y cuyo resultado es todavía problemático, ya que no fuere de todo punto dañoso, el estudioso marino concibió la idea de inutilizar tan poderosos armamentos, valiéndose de un aparato de relativa pequeñez, que viniese á destruir á los grandes acorazados sin ser visto de ellos é hiriéndoles impunemente.

Y esta idea acariciada, concebida y desarrollada en su cerebro, vino á tomar forma real, convirtiéndose en el barco submarino que apenas construido y antes de haberse verificado la prueba oficial, ha dado ya nombre y consideracion á su inventor, á quien cabe por el pronto la indiscutable gloria de haber llevado á cabo un prodigioso adelanto en la ciencia naval.

No terminaremos estos ligeros apuntes sin transcribir aquí la carta que el ya ilustre marino dirigió al señor Obispo auxiliar de Zaragoza, y que pone hermosísimo sello cristiano á tan patriótica empresa:

«*Submarino Peral*.—Particular.—San Fernando, 5 de Febrero de 1889.—Ilustrísimo señor Obispo de Europo.—Respetable señor: Las breves y cariñosas frases que se ha dignado V. I. dedicarme en la carta del Sr. D. A. Mendez Diaz, las he agradecido con toda mi alma, y del mismo modo agradezco su bendicion apostólica, que me atrevo á rogarle haga extensiva á todos los que en el crítico período de las pruebas han de formar la dotacion del submarino.

»La imágen de la Santísima Vírgen del Pilar, bendecida por V. I., ocupará en el barco preferente lugar, guiará nuestros pasos y fortalecerá nuestro espíritu en las contrariedades fáciles de ocurrir, cuando empresa tan nueva y no exenta de riesgo se trata de acometer.

»Procurando conocerme á mí mismo, llegué á comprender mi pequeñez. Si la obra que los españoles aplauden algun mérito puede tener, obra es del sublime Autor de la Naturaleza, que V. I. tan sábiamente invoca. Él conoce mis sentimientos cristianos y nadie mejor que Él conoce tambien la desconfianza en mis propias fuerzas si no contara con su divina proteccion.

»Recibid, Ilmo. Sr., las gracias más expresivas por el inmerecido favor que me dispensais, y besando vuestro pastoral anillo se despide muy obediente servidor, *Isaac Peral*.»

Destierro del Papa san Silverio (cuadro de César Maccari).—Justiniano, emperador de Oriente, príncipe irresoluto, hablase dejado ganar por Antimo, á quien el Papa san Agapito habia depuesto de la Sede de Trebisonda por su participacion en los errores de Eutiques. El Emperador llegó aun al extremo de amenazar al Papa con el destierro, pero tuvo que ceder ante su animosa resistencia; y convencido luego Antimo de herejía, Justiniano cesó en su oposicion y sometióse humildemente al jefe de la Iglesia.

No obstante, la debilidad de aquel Príncipe debia aparecer de una manera aún más funesta en frente del Papa san Silverio (536). Apenas este Pontífice habia sucedido á san Agapito, la emperatriz Teodora, viendo que no podia conducirle á tolerar el error de los Acéfalos á quienes ella sostenia abiertamente, quiso hacerle deponer de su eminente dignidad y altísimo cargo, y acusóle de haberse vendido á Teodato, rey de los Godos. Poco le costó á Silverio deshacer tan odiosa sospecha; á pesar de lo cual consiguieron sus enemigos hacerle desterrar á la Siria. Al fin, una órden emanada del mismo Justiniano le dejó en libertad, y el Pontífice tomó el camino de Roma; pero no debia llegar á ella, porque el general Belisario, deseoso de complacer á la taimada Emperatriz, hizo detener al santo y anciano Pontífice y echarlo á una isla abandonada, donde murió mártir de la Fe y de la doctrina católica el año 538.

La catedral de Palermo.—Es uno de los monumentos más notables de la isla de Sicilia, y fué edificada á fines del siglo XII por el arzobispo Gualtiero Offamiglio. Si bien ostenta señales de épocas posteriores, las formas características de la época de su origen predominan en la pintoresca masa tan querida de los palermitanos.

El buque submarino de Peral.—De su construccion y sus condiciones especiales, así como de los resultados obtenidos en las diversas pruebas que sucesivamente se efectúen, nos ocuparemos con la debida amplitud en la serie de artículos que sobre la navegacion submarina comenzamos hoy. Nos limitaremos á decir aquí que su forma es la de una bellota cuyas extremidades sean agudas: puede sumergirse y elevarse á voluntad, ó automáticamente, por medio de un aparato ingenioso y sencillo: la respiracion está asegurada navegando debajo del agua por grandes acumuladores, y el aire se depura de los productos de la combustion de los pulmones por medios químicos que no conocemos. La electricidad es la única fuerza que actúa en él, moviendo propulsores que le hacen andar 10 millas por hora sumergido y 11 á flote; sus movimientos son rápidos á favor de dos timones y tres hélices colocados de una manera original; su coste es pequeño, pues no ha pasado, siendo el primero, de 200,000 pesetas, y sus dimensiones, de 22 metros de eslora y 2,74 de diámetro, lo hacen muy manejable.

Hasta la aguja magnética para indicar el rumbo es rara y nueva, habiendo eliminado las grandes perturbaciones que las conocidas sufrian. Su armamento consiste en un tubo de lanzar torpedos, con cierres tambien de su invencion; y como puede aproximarse por debajo del agua hasta tocar al buque enemigo, su poder ofensivo es el mayor conocido sin riesgo para el mismo.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

Y LAS LIBERTADES MODERNAS

(*Conclusion*)

Pero despues de todo, en el terreno ya puramente práctico, dejando á un lado teorías que jamás han hecho felices á las naciones, ¿á qué se reduce en último resultado el ejercicio de esa libertad política moderna, conquista de los pueblos nuevos, que llama servilismo á las libertades populares de las antiguas monarquías? La cosa es bien sabida. Al derecho de depositar una papeleta más ó menos barata en una urna electoral, cuyo manubrio maneja el Gobierno, y de la cual salen los padres de la patria que al Gobierno place, no los que vota la voluntad soberana del pueblo, que de ordinario no vota á nadie.

Diráse que es la corrupcion. Así lo dicen todos los partidos cuando están abajo; pero por lo visto esa corrupcion le es tan natural al sistema como la podredumbre al cadáver. A lo menos jamás la hemos visto sin ella más que en los libros y en los discursos de los que salen de la urna á pesar de la consabida soberanía, burlada *reina de los tristes destinos*. Pero en realidad, ya que toda la libertad política debe refundirse en la participacion del pueblo en la formacion de las leyes, ¿qué parte toma hoy el pueblo en la sancion de unas leyes cuya votacion siempre es segura, como segura es luego su inobservancia? ¿Qué intervencion en lo que atañe á los tributos, más que pagarlos y gemir? ¿Ni qué Estamento ni Cortes á la usanza antigua aprobarian los impuestos de hoy, contra los cuales grita airada á veces, á veces con ayes desgarradores, la misma voluntad nacional, en cuyo nombre se piden y se sacan, cuando el talento de gobernar hoy se reduce, segun la frase célebre, al sistema más ó menos ingenioso de hacer pasar el dinero de la bolsa del contribuyente á la del fisco?

¿Qué se ha hecho de los frutos de la antigua libertad política, los gremios y los fueros, las merindades y las franquicias? El soplo revolucionario lo agostó todo, tronchó el árbol de la verdadera y cristiana libertad popular, y en su lugar nos regala libertades ficticias y corruptoras de ver, de oir, de hablar mucho, de escribir sin tasa y sin sabiduría, de quejarnos en vano, de blasfemar, de criticarlo todo sin remediar nada; libertades, en fin, que se pregonan en competencia por todos los Gobiernos, pero sin ventaja ninguna positiva, ni para los municipios ni para las provincias. La Revolucion ha matado la union de los ánimos, y con la union la fuerza, y con la fuerza la libertad, que debia extenderse por todos los miembros del cuerpo social, como el espíritu por el cuerpo humano. El liberalismo ha llevado la sangre toda á la cabeza, y convertido, como ha dicho un autor, á las naciones, de cuerpos ágiles y vivos, en gigantescos mónstruos de inmensa cabeza, y nosotros nos atreveríamos á decir de insondables estómagos, pero de extremidades débiles y yertas, sin calor, sin vida, sin movimiento. En el corazon de los pueblos, en la cabeza, ó donde se quiera, diremos, parodiando una célebre frase de Donoso, mil ojos por la policía, mil brazos por el Ejército, mil voces por el telégrafo, mil servidores humildes por agradecidos empleados; pero, fuera de eso, la inercia y la muerte; y para dar fertilidad á una region con un canal, ó vida al comercio de una provincia por un puente ó por un camino, ó para resucitar una industria de tantas como han muerto entre nosotros, hay que luchar más y más largo tiempo con los obstáculos del expedienteo burocrático y con la insaciable voracidad del fisco, que con los de la naturaleza. ¡Estéril libertad la que así nos ata!

Y más pudiéramos decir, porque la materia es inagotable; pero sólo sentiríamos haber deslucido el hermoso cuadro de las libertades antiguas sin hacer resaltar suficientemente los borrones que afean el de las modernas. Y cuenta que no hablamos exclusivamente de España. El liberalismo es el mismo donde quiera, y sus frutos idénticos. Esto basta, que no es ese nuestro fin directo: hacemos sólo un estudio comparativo, y ya que confesamos que Mariana fué partidario acérrimo de la libertad política, sólo resta comparar ahora su libertad con las dos anteriores para ver con cuál de ellas tiene el parecido que deseamos encontrar.

Para hombres de buena voluntad y no cegados por la pasion, el negocio, lejos de ser árduo, es fácil y aun inútil. Querer buscar la libertad política á la moderna en Mariana, equivale á buscar lo que no puede existir en un escritor católico y clásico, y del siglo XVI por añadidura; pero hay hombres afortunados que encuentran siempre cuanto buscan en todas partes, y gentes tan contentadizas que han buscado esas libertades en Mariana y las han encontrado. Es decir, encontrado precisamente, no; pero *han oido libertad y no saben dónde*, y leido en Mariana palabras que se parecen á las suyas; y como ni conocen á Mariana, ni los principios de su filosofía, ni creen que esos vocablos tienen otra significacion posible más que la que hoy les dan,

maltratando á veces á la lengua, políticos y periodistas, de ahí la equivocacion.

Nosotros no hemos sido tan felices, ó, mejor, Mariana no ha sido tan desgraciado. O lo diremos mejor y más claro: libertad hemos encontrado mucha en sus escritos, pero liberalismo, nada. Y no citaremos largamente, porque un autor que no movió jamás su pluma en materias políticas sino para defender los justos derechos de todos, nos daria sólo con sus textos materia para un libro. Pero nos bastará hacer ver que la libertad política de Mariana tiene dos caracteres abiertamente opuestos á los de hoy.

1.° Respeto profundo á la autoridad, que se considera como un derecho de quien manda, no como concesion revocable de quien obedece, pero á la cual, sin embargo, con el grandísimo respeto del alcalde de Zalamea, se le exige el cumplimiento de los deberes y de los pactos establecidos, y se le estrecha en círculo de hierro, dentro del cual se mueve, sí desembarazadamente, pero del cual no puede salir para invadir derechos que no son suyos. Así se cierra la puerta al cesarismo, á la omnipotencia del Estado, que es la triste realidad de la libertad política de hoy bajo la apariencia engañadora, que por supuesto á nadie engaña, de independencia.

2.° Viril entereza de parte de los procuradores y de los próceres, unida á la probidad acrisolada para negar ó conceder al Estado lo que esté en sus facultades, sin más miras que el interés comun, ni más imposiciones que las de la justicia y el derecho. Si Mariana azota á veces y llama débiles y corrompidos á los representantes de las ciudades que negaban un subsidio, lo mismo á Fernando el Católico que al césar Carlos V, que prefirió mejor acabar con ellos que oir, siendo señor del mundo, sus negativas y representaciones severísimas, ¿qué diria de nuestras mayorías anónimas, tan animosas, tan atrevidas, tan compactas para todo lo que convenga al ministro que las creó? Mejor es ignorar lo que Mariana diria, porque seria cosa de morirse de vergüenza al ver cómo trataba á los españoles del siglo XIX quien tan mal trató á los del XVI. Y, sin embargo, esto es libertad política; lo otro es servilismo y adulacion del poder, aunque parezca lo contrario.

Para lo primero oigamos á Mariana, quien de tal manera une los derechos supremos de una autoridad sagrada é irresponsable, mientras se mantenga dentro de la esfera de sus facultades, con la intervencion real y positiva de los súbditos, conforme á las leyes, que como aquella libertad no es liberal, tampoco lo es esta intervencion, base de la libertad política. «El poder real es supremo en todas aquellas cosas que se dejaron al albedrío del príncipe, ya por las costumbres del pueblo, ya por las instituciones, ó bien por determinadas leyes, como para hacer la guerra, administrar justicia y nombrar caudillos y magistrados. Tocante á esto, el poder real es mayor, no sólo que el de cada uno de los ciudadanos, sino tambien mayor que el de todos juntos, y no hay quien pueda oponerle justificada resistencia, ni aun pedirle cuenta de sus hechos; porque es cosa ya sancionada por la costumbre de todos los pueblos y no há lugar á la retractacion por el rey, ni á la revocacion por los ciudadanos. Creo, no obstante, que en otros asuntos la autoridad de la república es mayor que la del príncipe, con tal que toda ella esté conforme en un mismo punto. El príncipe no puede, en manera alguna, oponerse á la voluntad del pueblo en lo que atañe á imponer tributos, menos en lo tocante á derogar leyes, y mucho menos aún en alterar las que dicen relacion con la manera de suceder á la corona, y en algunas otras cosas que por la costumbre se hayan reservado los pueblos y en ninguna manera se hayan dejado al arbitrio del príncipe. Finalmente, y esto es lo principal, entiendo que debe residir siempre en la república la facultad de ir á la mano, enfrenar y aun desposeer al príncipe que, inficionado de vicios y maldades, é ignorando el verdadero camino de la gloria, más quiere ser temido que amado de los ciudadanos, llegando por tan rápida y quebrada cuesta á hacerse tirano declarado. No se ha permitido la apelacion á la república, como existe, sin embargo, en los fueros de Aragon, por dos razones, á saber: porque es suprema la autoridad del rey para entender en todas las lites civiles, y porque habria que excogitar un medio para castigar los delitos y acabar los pleitos, los cuales, de otra suerte, se alargarian sobremanera (1).»

(Del libro del P. Garzon).

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los bienes del progreso nuevo.—Crímenes ordinarios.—Chanchullos municipales.—Niños abandonados.

La prosperidad pública se ha desatado la lengua en la Representacion nacional y ha empezado á contarnos los bienes inapreciables que le debemos.

No hay que hablar ya de las 400,000 fincas embargadas por el Fisco á sus deudores morosos, porque ni aun con esas prendas pretorias ha conseguido aumentar sus recaudaciones; pues en los ocho meses de ejercicio de los actuales presupuestos han bajado aquellas obra de 70 millones de pesetas. De aquí la posibilidad de que el Fisco sea á su vez embargado el dia que menos se lo percate.

Ni hay que hablar tampoco de las prosperidades de la administracion de justicia, porque el crimen y el proceso de Cox, á los que los parlamentarios hicieron la autopsia hace tres semanas, han sido mejorados en tercio y quinto por el crímen y el proceso del Horcajo, Audiencia de Arévalo, llevados á la sala de diseccion en los últimos dias.

De cuya autopsia resultó que un juez municipal, armado de su baston y de un revólver, se lanzó á la calle con unos amigotes á celebrar una injusticia de las muchas que se acuñan en las fábricas nacionales; y topándose en la calle con uno á quien no podia tragar, fué, y de la manera más bonita, esto es, más liberal, le disparó un tiro á boca de jarro, dejándole muerto en el acto, y refugiándose en una taberna, donde entró á remojar la palabra.

Pero eso sí, antes de hacerlo arrojó al arroyo su baston para que esta insignia de autoridad no sufriera detrimento al lado de las tinajas.

El juez de instruccion se presentó á incoar el correspondiente proceso, y ¡oh prodigio! en vez de zampar en la cárcel al asesino, metió en ella á los hijos de la víctima, con lo cual empezó á lucir el sol de la justicia... de Enero.

Mostróse parte en la causa la viuda del infeliz asesinado, y de manos á boca se la entraron de rondon por las puertas varios amigos del asesino, los cuales, sin andarse en repulgos, perífrasis, ni circunloquios, le dispararon el siguiente trabucazo, ó lo que es igual, el siguiente discurso:—«Señora, el muerto al hoyo y el vivo al bollo: conténtese V. con recibir cinco ó seis mil reales de indemnizacion, porque si sigue el proceso, nosotros tenemos influencias bastantes para detenerle.»

Estos horrores no han pasado en el Zululand, sino en esta especie de sucursal progresista de aquella region, que se llama España.

Y estos hechos no constituyen el argumento de un chisme ó cuento de viejas, sino una realidad denunciada á las Cortes por todo un señor diputado.

De suerte que, como diria el P. Cobos del bienio, tenemos una prosperidad de aquellas de ¡anda salero!

Pero en cambio, Dios sea loado, es una verdad indiscutible que gozamos de plena y absoluta libertad para ocuparnos en estas cosas y para condimentarlas con las salsas de nuestro meridional gracejo, vistiéndolas de manera que sirvan para reir.

No, no hay que negarlo; el derecho de pataleo es el primero y principal del pueblo español que los gobiernos liberales respetan, y podemos certificar de que lo ejercitamos sin trabas ni cortapisas.

Lo cual quiere decir, en puridad, que podemos chillar, podemos rabiar y podemos escoliar nuestras desgracias, sin temor de que nos lleven á la cárcel por epílogo.

¡Oh ventura de las venturas!

Merced á las benditas libertades que se nos conceden y teniendo además el inapreciable consuelo de que nuestros males cogen á muchos, podemos pasar el tiempo muy ricamente, invirtiéndolo en husmear, atisbar y descubrir los negocios de los progresistas real y verdaderamente felices.

Y gracias al derecho de publicidad que han alcanzado lo bueno y lo malo, sabemos, por ejemplo, que aquí en Madrid tenemos un Ayuntamiento áureo, ó cosa por el estilo, porque su administracion es de oro.

Y un dia se nos hace saber que las talas de árboles que se perpetran sin cesar en los parques públicos, rasos como una tabla, tienen un objeto municipal grandemente patriótico, puesto que se ha observado que árboles, plantas y flores se trasladan por via torcida, arrancados de cuajo, á los *hoteles* de nuestros ediles.

Otro dia se nos hace saber que hay concejal que compra por dos, terrenos que vende por seis: otro que el descenso de la recaudacion de los consumos reconoce por causa que los valores en vez de ir á parar á la Caja municipal se quedan en otras cajas; y otros que ejercen el matute hasta los personajes más encopetados, valiéndose de los coches para introducir artículos que devengan derechos.

Un país como el nuestro, en que gobernantes y gobernados, contribuyentes y contribuidos hacemos lo que nos da la *real gana*, como dicen los españoles de la decadencia, no puede menos de ser archi-feliz.

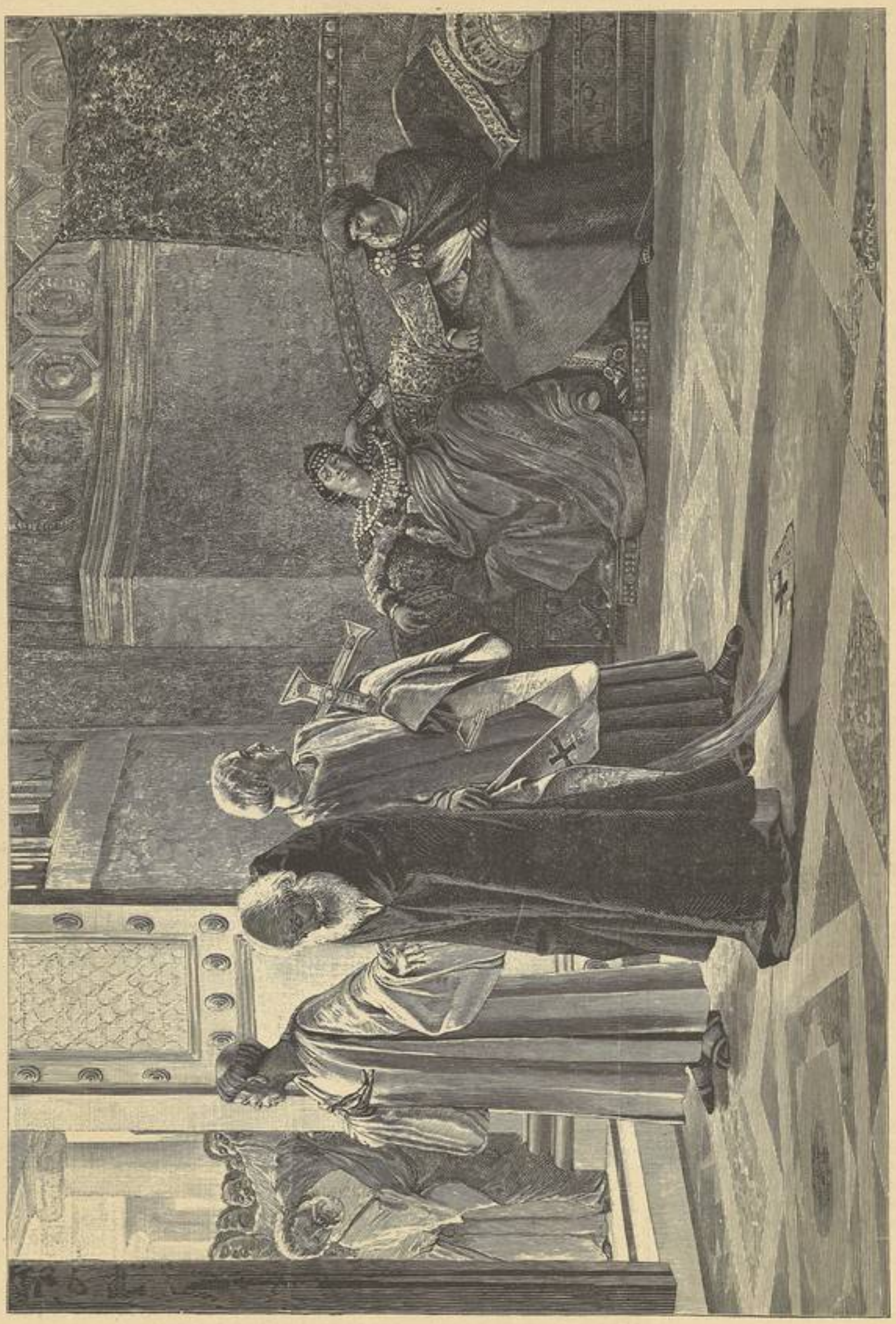
La razon es porque ha llegado á ser soberano y absoluto señor de todas sus concupiscencias, con lo cual no es menester decir más para que se comprenda que de esta hecha va á salir graduado *nemine discrepante* en todas las ciencias de Monipodio.

Y esto que se ha referido no es un sueño fantástico.

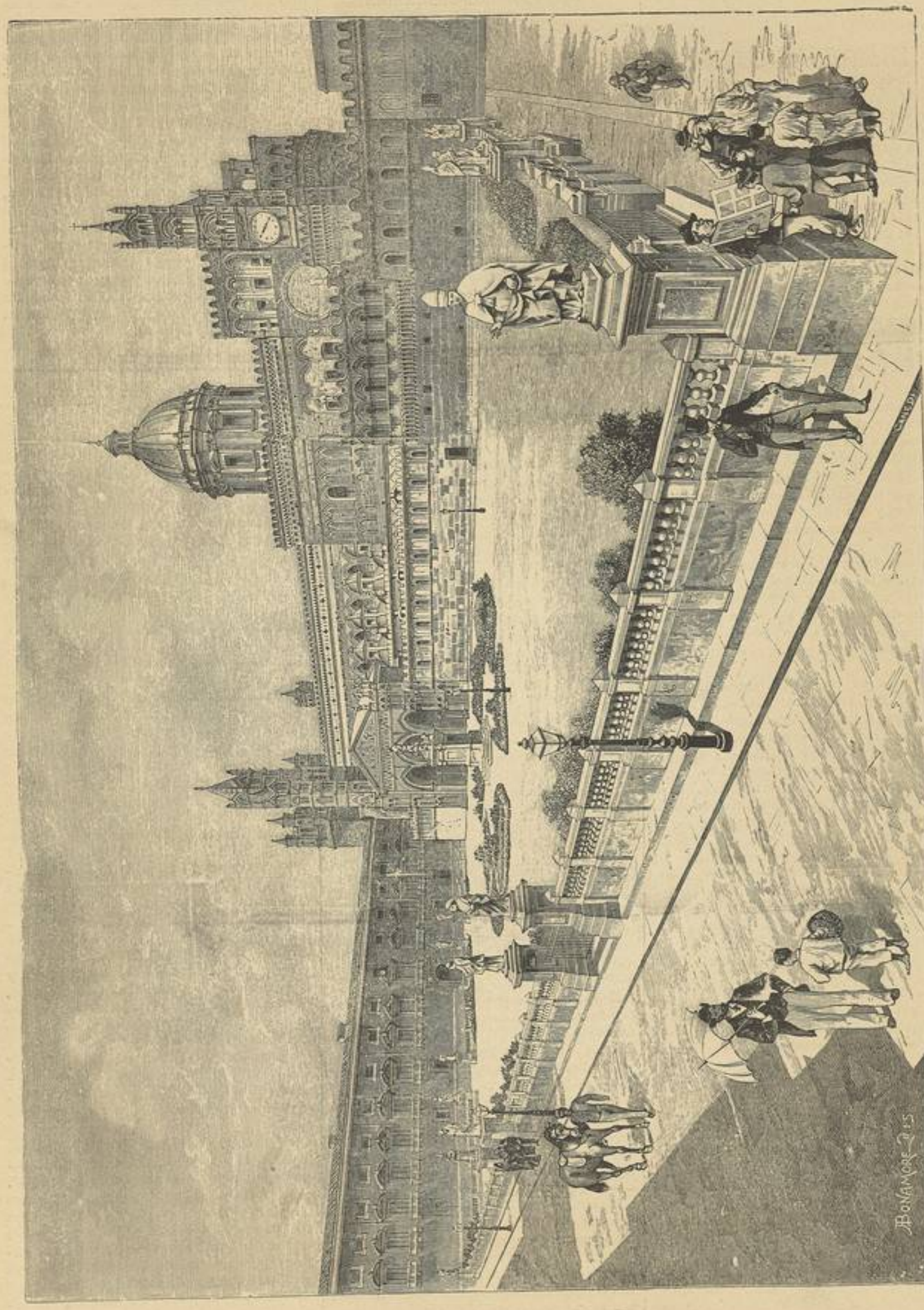
Es como lo anterior y como lo de más allá, una realidad palmaria, denunciada á voz en cuello por los padres y por los abuelos de la patria en la tribuna parlamentaria. Tribuna que, dicho sea de paso, no pincha ya ni corta.

Exactamente lo mismo que la espada de Bernardo.

(1) En el libro *De Rege* consigna el P. Mariana el derecho de desposeer al tirano, siguiendo las doctrinas de los escolásticos, tal y como Suárez las condensa en sus luminosas especulaciones teológicas. El P. Mariana, en su *Historia general de España*, reprueba con agrura el destronamiento de Enrique IV por la nobleza y pueblo amotinados y lo califica de «afrenta de esta nacion». *(N. de la R.)*



DESTIERRO DEL PAPA SAN SILVERIO (CUADRO DE CÉSAR MACCARI)



LA CATEDRAL DE PALERMO

Y ahora, para colmo de nuestras prosperidades morales, debo referir que en una de las últimas sesiones parlamentarias del Congreso, un señor diputado ha tenido la ocurrencia de pedir al Gobierno proteccion para los niños.

No para los de las casas de Maternidad que están sin nodrizas, ni para los de las escuelas que están sin maestros, sino para aquellos á quienes abandonan sus padres desnaturalizados en mitad de las calles y para aquellos otros á quienes alquilan á un tercero con el objeto de que los explote en el ejercicio de la mendicidad.

Porque entre los derechos y libertades que ha conquistado el pueblo soberano abusando de la liberalidad y munificencia de estos gobiernos que no se extrañan de verle andar sobre cuatro piés, figura el de que los padres crien á sus hijos para abandonarlos en mitad de la calle como se abandona un harapo, y aún el de alquilarlos á los pícaros para que les hagan aprender su oficio.

La denuncia de dicho señor diputado reconoció por motivo el hecho de que en los últimos dias han recogido los agentes de órden público unos cuantos niños abandonados por sus padres: y cuanto á los innumerables que se alquilan á mendigos truhanes para el ejercicio de su industria, excusado es hablar de ellos porque equivaldria á hablar de la mar.

El Gobierno, por boca de uno de sus órganos, contestó á esta querella formulada por el sentido moral que no perdonará medio para reprimir esos delitos y que ya han sido castigadas ocho madres por abandono de sus hijos en la vía pública.

¡Ocho madres que han abandonado á sus hijos en mitad de las calles! Aunque Madrid es un pueblo de más de medio millon de almas, la cifra de esos ocho monstruos no puede menos de resultar crecida si se tiene en cuenta que nuestra capital aspira á ser el pueblo más culto de España.

Es preciso que la miseria, la ignorancia, la petrificacion de todos los sentimientos, la abyeccion extrema del alma y del cuerpo dominen y se enseñoreen de un pueblo que en pocos dias produce ocho madres que abandonan á sus hijos en la calle como se abandona un pañuelo.

Pero ¡qué le hemos de hacer! Eso es lo que se enseña hoy en todas las propagandas racionalistas é impías, eso es lo que se aprende y eso lo que se practica.

A una enseñanza de negaciones nefandas tal como la que hoy se tolera corresponden esas obras depravadas que se dan á luz y que nos hacen retroceder á los tiempos más desenfrenados del paganismo, oponiéndoseles represiones muy débiles, ó sombras de represiones, que en vez de proscribirlas las estimulan y alientan.

Porque bajo los pretextos de que no se pueden coartar ciertas libertades, ni establecer sistemas saludables de prevencion, los vicios y los crímenes adquieren una fecundidad asombrosa y crecen y se multiplican como la mala hierba en el campo abandonado.

Y hé aquí cómo un abismo llama á otro abismo, segun enseña el Espíritu Santo.

Del abismo de desterrar á Dios del Estado liberal hemos saltado á aquel otro en que el hombre y la bestia fraternizan y aparecen colocados al mismo nivel.

Y hé ahí por dónde empieza el eclipse parcial de la humanidad.

LUPERCIO

Madrid, 26 de Marzo.

LA NAVEGACION SUBMARINA

I

Hoy que tanto preocupa la atencion pública la solucion de este interesante problema, vamos á dar á conocer á nuestros lectores las tentativas hechas sobre este particular, aprovechando los datos y antecedentes publicados en la *Revista general de Marina* y en un libro reciente titulado *Buques submarinos*.

Las ventajas que de esta clase de navegacion pudieran obtenerse no se ocultaron á los pueblos de la antigüedad, que veian juntamente la imperfeccion de los medios disponibles para utilizarlas. No nació, pues, en Grecia, ni siguió usándose en Roma el buque submarino,—aunque álguien haya dicho, sin grandes pruebas por cierto, que Alejandro el Grande entró en una máquina que navegaba sumergida;—pero allí nació el buzo, que lo sustituia en ciertas operaciones estratégicas, y aquí continuó la idea de la accion submarina, el buzo militar que entonces, y hasta la Edad Media, se empleaba para hostilizar por debajo del agua á los buques enemigos.

En el Museo del Louvre (París) se custodia el vaso precioso de *Ceres*, hallado en Cervetri, cuyas pinturas representan las hazañas submarinas del atlético *Teseo* visitando los ignotos dominios de *Neptuno*, y siendo coronado por *Anfitrite* con una guirnalda de plantas acuáticas.

Escila fué un famosísimo buzo griego que por debajo del agua cortaba los cables con que estaban amarradas las naves del rey de Persia é introducia el desorden en la flota enemiga.

Durante el prolongado cerco que Alejandro el Grande puso á Tiro sitiados y sitiadores hicieron la guerra submarina, para el ataque unos, y los otros para defenderse.

El célebre táctico y mecánico griego Filon de Bizancio, que escribió su tratado de *Poliorcética* en el siglo II antes de J. C., da una especie de instruccion elemental para uso de los tales combatientes, diciendo al hablar de sus deberes con respecto al enemigo, que «tienen la obligacion de cortar los cables de las anclas y abrir rumbos, ó entradas al agua, en las obras vivas de sus naves;» y recomienda, en cambio, á los tripulantes de los buques amigos, que para librarse de las consecuencias de aquellos ataques, «vigilen mucho las embarcaciones y las rodeen de vigas flotantes guarnecidas con aguzados tridentes.»

Felipe Augusto en la Edad Media mantiene buzos que le auxilian en sus empresas belicosas, y los buques de guerra franceses llevaban marineros, cuya mision era horadar con agudas barras, en diversas partes, el fondo de las naves enemigas.

No existia, como se ve, el buque submarino; pero la idea, la aspiracion á lanzarse en són de conquista al fondo del mar, bullian ya en la mente del hombre, y pruébanlo esas numerosas y penosísimas tentativas enunciadas y otras que fuera prolijo enumerar.

Como la permanencia del hombre debajo del agua es muy limitada, se idearon varios aparatos desde la campana sumergida verticalmente, y que conservaba buena cantidad de aire para la respiracion del buzo, hasta la moderna y perfeccionada escafandra.

De manera que la idea, muy antigua ya, de dominar en el fondo de los mares, se ha exteriorizado, tomando cuerpo en tres órdenes de experimentos del todo diferentes entre sí: germinó y empezó á practicarse del único modo posible entonces, echándose el hombre al agua sin ningun auxilio extraño á él; columbráronse sus buenos resultados; se creyó que la falta de aire respirable era la principal contrariedad, y siguió el buzo, pero con alguna proteccion científica, inventándose la *campana de profundidades* y la *escafandra*, prestando la primera excelentes servicios y siendo la segunda hoy mismo, despues de sucesivos perfeccionamientos, un auxiliar precioso en momentos dados. Los progresos de la navegacion y de la mecánica y construccion navales hácense evidentes; los estímulos de la ciencia y las ambiciones de la guerra hostigan de consuno las inteligencias, probablemente con mayor imperio éstas que aquellos, y empieza el tercer órden de experimentos, al que pertenecen los que tienden, no á que un hombre sin ningun auxilio, ó llevándolo ligerísimo y particular, resuelva el problema, sino á lograr que un buque especial, tripulado y armado, *autosumergible* ó sumergible á voluntad, no submarino permanente, navegue por debajo de la superficie del agua, como los buques ordinarios lo verifican en ella, con las mismas libertad y seguridad.

(Se continuará)

LA PECADORA DE LA CIUDAD

V

Espíritus benditos que flotabais trémulos de dicha en las azuladas ondas de Genesaret, en aquellos dias de gloria en que resonaban sus márgenes con las palabras del Señor: dadme fuerzas para cantar los sentimientos de esperanza y consuelo que embargaban los pechos de los hijos de Israel!

¡Los dias de la esperanza han venido! murmura una voz misteriosa en el espacio, y á su eco, desde Tiberíades al Asfaltites, desde Ayalon á Galaad, todos los labios repiten la *buena nueva*, clamando entre lágrimas de alegría: «¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!»

¡Bendito sea! ¡Bendito sea! Que á su paso los sordos oyen, los ciegos ven, los muertos resucitan, los pecadores se salvan, y todo en la naturaleza, los cielos, la tierra, los espíritus y los hombres obedecen la voz del Señor.

Sus miradas deleitan, sus palabras enseñan, y sus manos, que bendicen al justo y al pecador, muestran amorosas el cielo, convidando á todos sus hijos á las inefables venturas del reino de Dios.

De Corozaín á Betsaida, de Betsaida á Corozaín, de Magdala á Dalmanuta, de Dalmanuta á Cafarnaum, va enseñando la *buena nueva* á la multitud que le adora, y van tras su huella santa la esperanza, la alegría, la bendicion y la paz.

¡Genesaret! ¡Genesaret! En tus frondosos vergeles, y en tus sendas y montañas, apenas hay tierra que no haya pisado la planta del Salvador, ni punto que no conserve algun recuerdo dichoso de la bondad de su alma y de su divino poder. Aquí perdonó á la Cananea, allí expulsó á los demonios, más allá acogió al Publicano, y acullá caminó sobre el mar; y al par que su inagotable ternura buscaba el amor de sus hijos, todo obedecia en el mundo á *la virtud que salia de Él*.

¡Genesaret! ¡Genesaret! Has hecho bien en morirte, despues que el crímen de tu patria profanó aquellos recuerdos de gloria y de felicidad. ¡Ah! ¡Cuántas lágrimas de gratitud pura, cuántas bendiciones y cánticos de alabanzas llenaron tus riberas en aquellos venturosos dias en que el esplendor del Padre eterno se dignó habitar entre tus hijos con placer y con amor! ¡Dichosos los ojos que alcanzaron á verle! ¡Dichosos los oidos que pudieron oirle! Pero, más dichosos todavía los corazones que recibieron sus dignas palabras y supieron guardarlas con amor!

¡Miradle!... va á Naim. Un pueblo inmenso se atropella en el camino, llenando el espacio con sus gritos y sus exclamaciones de júbilo. Los hombres arrojan sus *miçlas* y sus *meilç*, y las mujeres sus tocas y sus *teristros* á su paso. «¡Hosanna, hosanna al Hijo de David!» repiten en unos lados. «¡Bendito, bendito el Cristo de Dios!» en otros; y todos se arremolinan, se empujan y se atropellan por verlo. Por detrás de la multitud camina, la última, Magdalena; pero la primera acaso en sentimientos de admiracion y entusiasmo. No grita, siente. No canta, llora. Su corazon rebosa de amor y de ternura, y necesita desahogarlo.

—Acaso me rechazará, dice para sí.—No importa. Lloraré tanto y tanto, me pegaré de tal modo á sus huellas, que algun dia, si no es hoy, se apiadará y me perdonará.

Entre tanto se adelanta tras los grupos con su fiel Tirsa, jadeante de sudor, desgreñada y vestida con el humilde traje de las mujeres del pueblo. ¿Quién hubiera conocido en ella á la aristocrática y orgullosa señora de Magdala?

Su piel delicada se levanta con el roce de la lana cruda de su vestido; sus piés, acostumbrados á un calzado fino y suave, y á no pisar más que alfombras, se abren con las duras cintas de cuero de sus gruesas sandalias, y sangran por todas partes; su cuerpo se rinde á la fatiga, y tiene que descansar á cada momento. Sin embargo, no son sus piés ensangrentados, ni su cuerpo desollado y rendido, ni el asombro que causa á cuantos la reconocen, lo que preocupa á la infeliz.

—¿Estás temblando, señora? murmura Tirsa.

—Sí, ¡tengo miedo!—responde ella con apenado acento.—Lejos de Él me animo; al acercarme me desaliento. Cuando despues de ver la pureza celestial de su mirada, la augusta serenidad de aquella frente y la sobrehumana expresion de aquel rostro, tiendo los ojos sobre mi conciencia, me encuentro tan miserable, tan repugnante, que maldigo estas riquezas y esta beldad, que no han servido más que para perderme. ¡Ay! ¿Por qué no habré nacido en una cabaña como esas humildes pescadoras que con tanta confianza pueden acercarse á Él?

—Lo que yo veo, señora, es que las riquezas abren el camino á todas partes.

—Menos á Él, que predica el odio contra ellas, y mira con prevencion á los que las poseen, pues, como dice con razon, es difícil poseerlas bien.

—Pero atiende, atiende, señora; ¡qué gritos, qué exclamaciones en Naim! Se han vuelto locas esas gentes.

—Tienen razon, Tirsa. ¡Jamás otros hombres han visto lo que ven esos! ¡Jamás viviente alguno lo volverá á ver! ¿Cómo no han de estar contentos si el que es la alegría de los cielos los recibe, los bendice y los ama? ¡Ay! ¡Yo sola, en estos dias de felicidad y de gloria, mojo mi pan con mis lágrimas, proscrita del reino del mundo, desechada del reino de Dios!

(Se continuará)

LA LENGUA Y LA ESPADA

Una lengua y una espada
Cayeron un dia presas;
Aquella por viperina,
Estotra por pendenciera.

Y al verse en la cárcel juntas,
Formando otros presos rueda,
Despues de amables saludos
Se hablaron de esta manera:

—«¿Qué has hecho tú, peleona?»
(Dijo á la espada la lengua).
—«He dado unas cuchilladas,
(Repuso vibrando aquella):

«Además, en guerra injusta
He fulminado sangrienta;
Y al cabo, como soy fuerte,
He cometido violencias.»—

—«¿Y por esas niñerías
(Responde la otra) te pescan?
¡Vaya, vaya! no te apures;
Escucha, verás lindezas:

«Yo profiero cada dia
Por millares las blasfemias:
Voto más que un carretero,
Miento más que la *Gaceta*.

«Juro en falso, y por mi dicho
A más de un pobre trompeta
Hicieron morir bailando,
Colgándoles de una cuerda.

«Murmurar es mi delicia,
La calumnia mi sistema,
No dejando honor seguro
Ni en casada ni en doncella.

«Deshago los matrimonios,
Rompo amistades eternas,
Y, atizando la discordia,
Destruyo la paz doméstica.

«Y es lo peor de mis gracias
(Aunque todas son perversas),
Que los daños que ocasiono
Tarde ó nunca se remedian.

«Adulo á los poderosos,
Trato al pobre á la baqueta,
Siembro luto en las familias
Con fraude, estafas y afrentas.

«Divido los ciudadanos
Con mis programas y arengas,
Y al pueblo siempre alboroto
Con patrañas y quimeras.

«Yo turbo la paz del mundo
Con mil intrigas funestas,
Y entre naciones y reyes
Gozo avivando la guerra.

«Y por fin, si no atajaran
El furor que me envenena,
Cenizas hiciera el orbe
Con mis ardientes saetas.»—

—«¡Cielo santo!» (exclaman todos
Los nenes de la caterva).
Y santiguándose muchos,
Sentaron por cosa cierta:

Que la espada es una monja
En vista de su pareja.
Pues no hay pecados peores
Que los pecados de lengua.

P. Cayetano Fernandez.

LOS REFRANES DEL TIO AMBROSIO

Así llamaban las gentes á un labrador de un lugar de Castilla la Vieja, ya entrado en años, pero todavía robusto, de cabello cano, espaciosa frente, ojos penetrantes, color sano y fisonomía abierta, que iba todos los domingos, despues de los divinos oficios, á sentarse, para tomar el aire y el sol, junto á una corpulenta y vieja encina que se levanta en el atrio de la iglesia. Vestido modestamente, como quien vivia del fruto de su trabajo, atraía sin embargo las miradas por lo decente de su porte, y sobre todo por la limpieza y buen órden de todas las piezas de su traje, y por la blancura de su camisa, que parecia conservar aún el agradable olor de la ropa blanca al salir de la colada. Apenas se sentaba y apoyadas las manos en el baston parecia entregarse á sus habituales reflexiones, cuando le rodeaban llenos de respeto y curiosidad la mayor parte de los mozos y hasta los hombres de edad ya madura de la aldea, en la esperanza de que á la más insignificante pregunta que le hiciesen el tio Ambrosio habia de darles, envueltas en proverbios ó en parábolas, enseñanzas variadísimas, por demás sabrosas y de mucho provecho para el mayor y más fácil cumplimiento de sus deberes consigo mismo, con sus semejantes y con Dios.

—A pesar de que estamos en Marzo—decia—sabeis, amigos mios, que segun calienta hoy el sol, no podríamos parar en este sitio si no fuese por la sombra de este árbol. El que lo plantó sabia perfectamente que no llegaria á coger sus frutos, ni mucho ménos disfrutar de su sombra; pero pensaba acaso al hacerlo en los hijos suyos y en los hijos de sus hijos, y gracias á él se cogen hoy sus frutos y tenemos un abrigo contra los ardores del sol. Nuestros antepasados trabajaron para nosotros; seámosles agradecidos y hagamos tambien algun bien para los que vendrán.

Cierto domingo le preguntaron:

—¿No teneis nada que contarnos?

—Hay de nuevo,—respondió,—que ayer cuando iba al mercado me lamentaba de que se me hubiesen roto los zapatos y de que se me mojasen los piés, cuando encontré al pobrecito tio Nicolás, que tiene los piés torcidos y anda con muletas. Al verle cesé de lamentarme y dí gracias á Dios.

Con este motivo añadió que el lamentarse por cualquier cosa adversa que nos sobrevenga, por insignificante que sea, es una ofensa y un acto de ingratitud contra la Providencia, que así los bienes como los males nos los envía siempre para nuestro provecho y enseñanza; y que siquiera no fuese más que por dignidad, no deberíamos quejarnos, ya que el hacerlo es indicio de cobardía y flaqueza.

A un jóven que le preguntó cómo lo hacia para estar siempre tan tranquilo y alegre, le contestó:

—Muy facilmente: deseando poco.

Y á otro que se acercó á preguntarle cuáles eran las principales causas de la pobreza, dijo:

—La ignorancia y el vicio.

A los mozos les decia:

—Cada cual tiene la vejez que se prepara en la juventud.

A los glotones:

—Pasais con comer demasiado dos malas noches: una porque el estómago está demasiado lleno, y otra porque está vacío.

A los libertinos:

—Las pasiones no se satisfacen sino á expensas de la felicidad.

A los pendencieros:

—Procurad aveniros: entre dos que disputan siempre hay un tercero que goza.

A los que compraban y vendian:

—En el comercio vale más el crédito que la astucia.

O bien:

—Toda ganancia hecha á costa de la reputacion es una gran pérdida.

Añadiendo contra los que iban siempre detrás de grandes lucros:

—Muchos pocos hacen un mucho, y vale más un ten que dos te daré.

Y á los que pretenden ser ricos sin trabajar:

—No se pescan truchas á bragas enjutas.

O bien:

—Ande el hombre al trote si quiere ganar su capote.

Para el tio Ambrosio la experiencia y la naturaleza eran dos grandes libros donde leia y hacia que los demás leyesen de contínuo enseñanzas y preceptos para vivir bien y honradamente. Veia, por ejemplo, á un labrador en otoño sembrando su campo.

—Ved ahí,—les decia,—la imágen de la industria. Alguno podria decirle: «¡Eres un mentecato en echar de esta suerte tu grano! Vale más pájaro en mano que buitre volando. Con aquel trigo podias hacer pan, mientras que echándolo al campo, parte se lo comerán los gorriones y lo demás pueden destruirlo las heladas, la humedad, el sol ó el granizo». Mas el la-

brador cierra los oidos á las palabras del miedoso y piensa que quien no se aventura no pasa la mar, y que el que siembra en la esperanza cosechará en la alegría.

Despues, cuando el trigo está en granazon, hacia notar como algunas espigas se levantan erguidas mientras otras se inclinan hácia el suelo, y decia:

—Las primeras están vacías, y las otras cargadas de granos. Así, pues, no os fieis de las apariencias. Tambien entre los hombres sucede con frecuencia que quien más irgue la cabeza es el que la tiene más hueca. El mérito es siempre modesto.

Para enseñar que cariño engendra cariño, advertia que la miel se deja lamer porque es dulce. Ora tomaba pié de una cuesta para hacer ver que en este mundo toda subida tiene cerca una bajada. De que nuestra sombra huye si corremos detrás de ella, y que por el contrario, si huimos de ella, corre detrás de nosotros, sacaba la enseñanza que son de igual naturaleza que ella los placeres; y por fin decia que así como el fuego presta grandes servicios cuando se le doma, y abrasa y es causa de terribles desastres cuando no se le puede dominar, por igual manera el dinero es muy bueno para criado, pero muy malo para amo.

La vista de un árbol torcido le despertaba la idea de que hubiera crecido derecho si se le hubiese enderezado mientras era pequeño y tierno, y que por lo tanto deben los hombres corregir sus malos hábitos mientras son jóvenes. Decia, viendo la nieve, que así como ella no recobra la blancura una vez perdida, tampoco se recobran, si llegan una vez á perderse, la inocencia y el buen nombre. Las ampollas de jabon tan redondas y vistosas, pero que no encierran más que aire, las comparaba á nuestros deseos. Y por igual modo que salen chispas del pedernal al herirlo con el eslabon, «así se aviva, decia, el ingenio obligado por la necesidad; y como las tempestades refrescan y purifican el aire, por idéntica manera purifican las desgracias nuestra alma.»

¡Y qué de hermosas comparaciones y provechosas enseñanzas sacaba de la vista de algun rio cuando se paseaba con alguno, sobre todo si era jóven, por sus orillas!

—El rio—decia—no puede crecer ni salir de su cauce sin que se ponga turbio; tal acontece al que pretende salirse de su estado. Donde el rio corre tranquilo las riberas están llenas de flores; son escabrosas y áridas allí donde murmura y lanza espuma; lo mismo sucede en nuestra vida. Cuando más se acerca una nave á la playa más riesgo corre de perderse; lo propio acontece con las humanas grandezas.

A veces arrojaba una piedra al agua y luego decia, señalando los círculos que se habian formado al caer en ella:

—Son semejantes á las tales grandezas: cuanto más crecen, más próximas están á desaparecer.

Tambien aconsejaba, señalando los peñascos y la arena, que debemos escribir las injurias en ésta, y los beneficios recibidos, en la piedra.

En una ocasion regalaron á un mozo del lugar una planta de limonero lleno de flores. Cogiólas todas é hizo con ellas un ramo que era por su belleza y fragancia la admiracion de todos. El jóven estaba ufanísimo con su ramo, pero vino el verano y el limonero no dió fruto, y como se lamentase de ello, le dijo el tio Ambrosio:

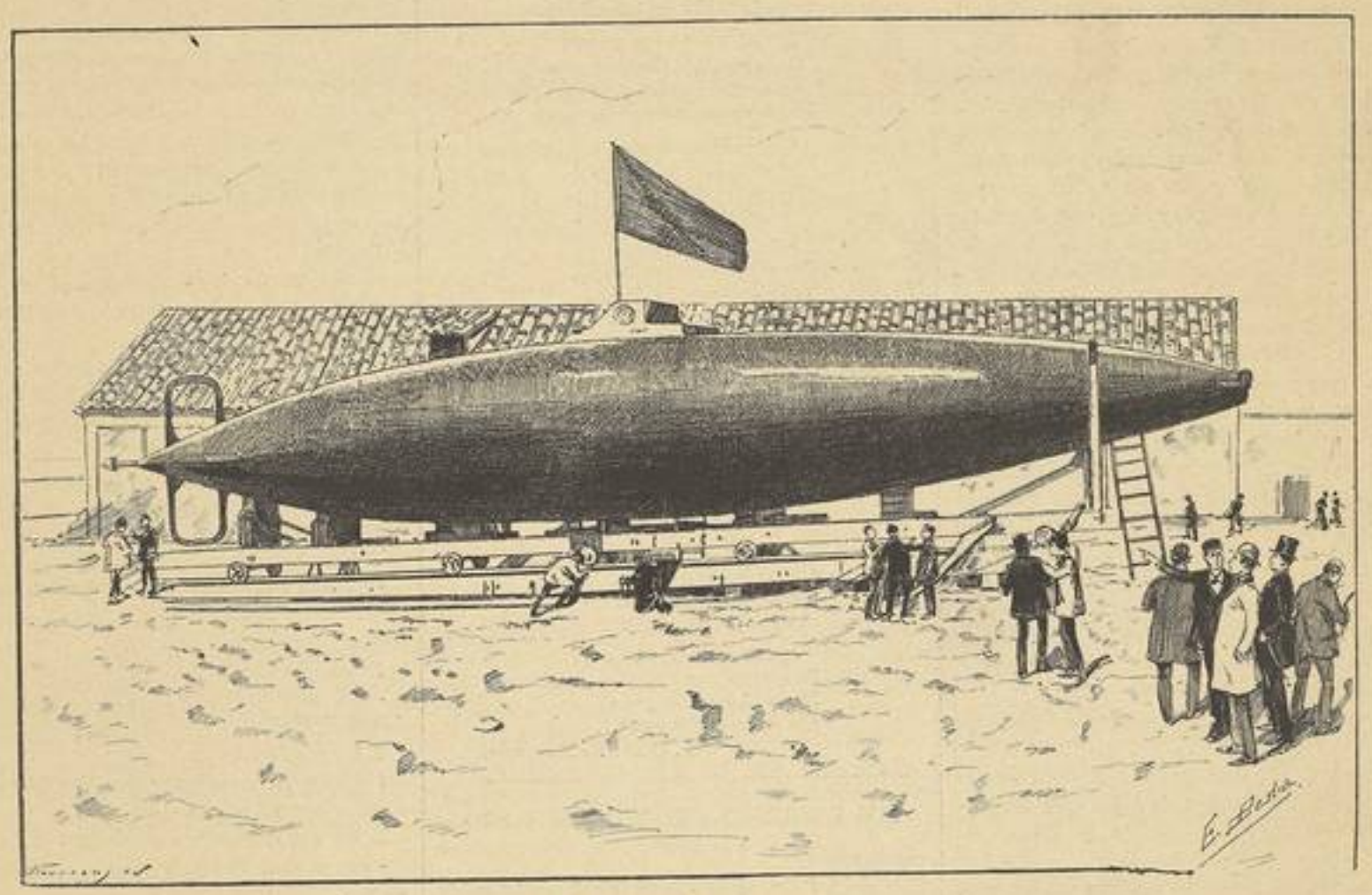
—Hijo mio, el que quiera tener frutos, que no coja todas las flores.

Comparaba á los envidiosos á los que padecen ictericia, á quienes hasta las rosas parecen amarillas. A los que murmuran á todas horas del prójimo y se meten á arreglar las casas de los demás, les decia:

—Todos criticaban los zapatos del tio Madroño porque llevaba uno más largo que el otro, pero él les contestaba: «Cada cual sabe dónde le duele el callo.» Y añadia: «Sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.»

A los que están siempre diciendo: «¡Qué dichoso seria si pudiese lograr eso ó lo de más allá! No me falta más que eso para ser feliz. Si alcanzo aquel puesto ya no desearé nada más,» les señalaba una montaña con el dedo y les decia:

—Un dia me figuré que aquella era la montaña más alta de la comarca y que subiendo á ella tocaria el cielo. Trepé por ella jadeante y llegué hasta la cima. ¿Pero qué? ví entonces á mi rededor otros montes más elevados y me encontré tan lejos del cielo como cuando estaba en el llano. Tales son nuestros deseos: cuanto más nos encumbramos vemos siempre á otros que están más altos, y siempre nos encontramos igualmente lejanos de la felicidad. La felicidad verdadera,—añadia señalando el cielo,—está allí arriba, y allí no se llega escalando alturas, sino yendo por los caminos que nos enseñó Jesús, nuestro divino Maestro, con sus palabras y con sus ejemplos.



EL SUBMARINO *PERAL*

SECCION RECREATIVA

ACERTIJO

¿Cómo se podrá, con el agua contenida en un vaso de litros llenar otro de medio litro, de suerte que ambos queden lleno de agua y rebosando?

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 11

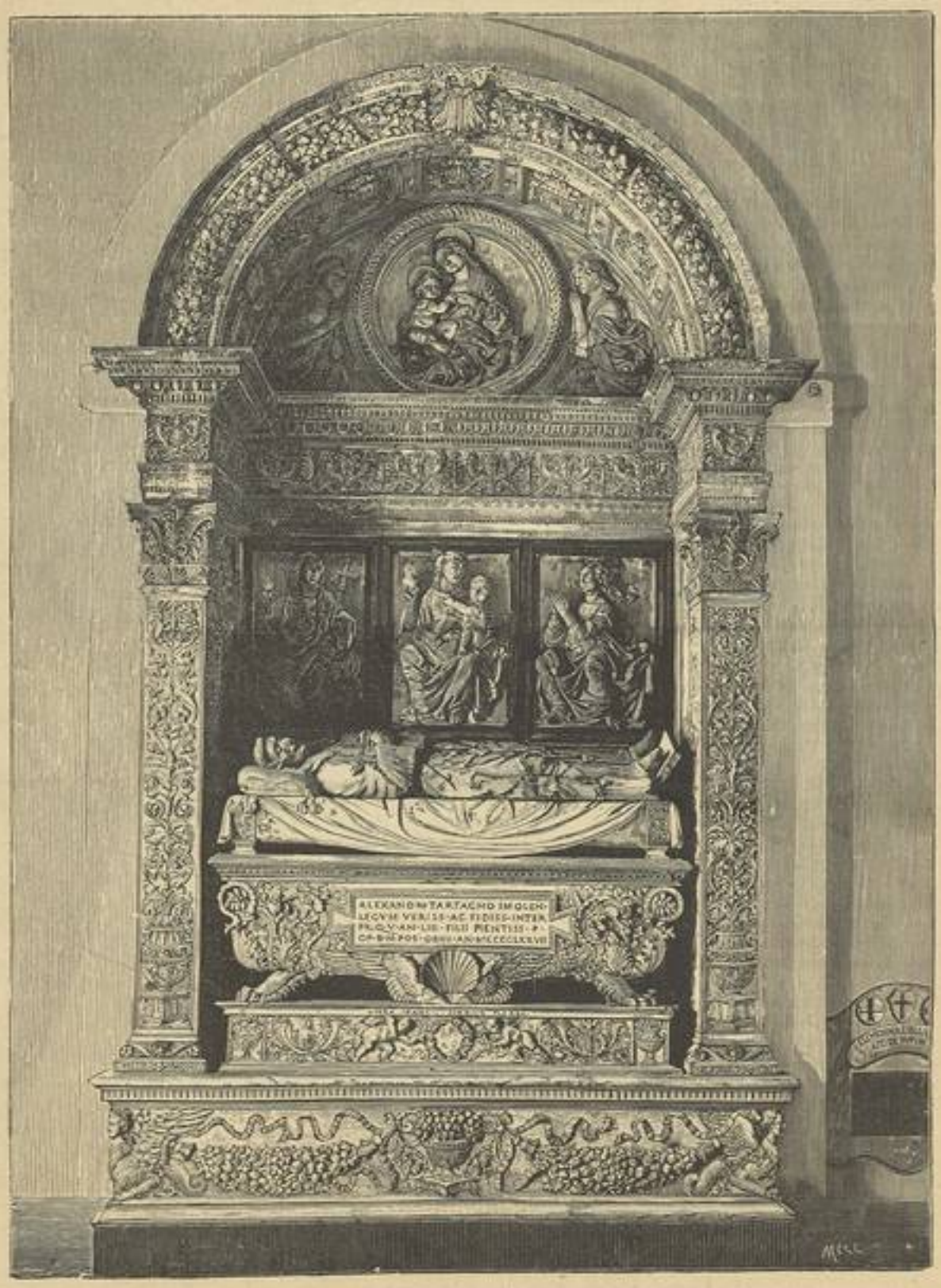
Blancas.	Negras.
1. C g5-e6	1. R d5-c6
2. A a4-c6	2. P e6-d5
3. T h3-h6 mata.	
(a).	1. R d5-e4
2. A a4-b3	2. P juega.
3. A b3-c2 mata	

y otras variantes.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 6 DE ABRIL — SÉRIE II.—NÚM. 67



SEPULCRO DE ALEJANDRO TARTAGNI EN BOLONIA

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Las dos semillas, por L. M. de LI.—*El Concilio III de Toledo*, VII; por José Ruiz de Ahumada.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Documento importante* (de la Junta central del Centenario de la unidad católica).—*La navegacion submarina*, II; por R.—*El castillo de Chavagne* (leyenda bretona).—*El agua y el aire*, por Fernando Solanilla.—*La pecadora de la ciudad* (continuacion), por J. V. de Araquistain, Pbro.—*El Proto-mártir asturiano*, por A. R. de U.—*Necrología:* Los cardenales Pitra y Cecconi.—*Miscelánea.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

Sepulcro de Alejandro Tartagni en Bolonia.—Alejandro Tartagni, nacido en Imola en 1424, fué un famoso jurisconsulto que brilló en las universidades de Pavia, Ferrara, Padua, y más señaladamente y por dos veces en la de Bolonia, donde murió en 1477. Reposan sus cenizas en un magnífico sepulcro magistralmente esculpido por el florentino Francisco de Simone en la iglesia de Santo Domingo de Bolonia.

Antonio de Trueba.—A los setenta años de edad ha muerto en Bilbao tan cristianamente como habia vivido el insigne pintor de las costumbres populares vascongadas D. Antonio de Trueba. Con él ha perdido la literatura cristiana uno de sus más ilustres cultivadores. Trueba era un gran poeta y un novelista sin rival en su especialísimo género; pero era, ante todo, un hombre honrado de la raza de los antiguos vascos, y un católico ferviente. Todas sus obras, que han sido traducidas á todas las lenguas europeas, respiran acendrado amor á la religion y á la patria, sus dos fuentes principales de inspiracion.

Los Setembristas (escena de la Revolucion francesa).—Pocas páginas registra la Revolucion francesa, con ser todas las suyas horribilísimas, de tan espantosa ferocidad como la que se conoce con el nombre de «matanzas de Setiembre.» Los prusianos, despues de una victoria sobre las armas revolucionarias, habian entrado en Verdun. Los directores del movimiento revolucionario aprovecharon la conmocion nacional excitada por esta noticia para arrojar al pueblo sobre las cárceles de París, llenas de detenidos políticos pertenecientes casi todos al clero, á la nobleza y á la alta magistratura. Con todos aquellos infelices, á quienes hacia sospechosos á la ira revolucionaria su clase, se hizo la más feroz carnicería. Tan horrorosas escenas se reprodujeron luego en Versalles, Orleans y otras ciudades. Este fué el prólogo de lo que se llamó luego con el gráfico nombre de *El Terror*. Pocos dias despues se instaló la sangrienta *Convencion nacional*. El 6 de Diciembre decretó esta el proceso del Rey, que despues de un simulacro de juicio fué guillotinado el 21 de Enero. Desde entonces hasta más de dos años despues, reinó en Francia la guillotina, en que murieron primero casi todos los buenos y en que luego se fueron matando unos á otros casi todos los malos. Robespierre, que habia sido su primer manipulador, fué su última víctima. Felipe de Orleans, pariente del Rey, cuya sentencia de muerte habia firmado, murió tambien en la guillotina. De la feroz *Convencion* tuvieron igual fin más de veinte de sus miembros. Digno desenlace de aquella orgía de monstruos.

Al Orto del sol (cuadro de Pío Joris).—Desde los primeros siglos de su fundacion ha visto la Iglesia en todos tiempos y en todos los países á inmensa muchedumbre de sus hijos, pertenecientes á todas las clases sociales, entregarse voluntariamente á la pobreza, al trabajo, á la vida mortificada y penitente, dando al mundo ejemplos de pobreza, de obediencia, de sacrificio, de humildad y de todas las virtudes evangélicas. En este asunto se inspiraria el autor del cuadro que hoy reproducimos, representando á un anciano religioso de un apartado monasterio dirigiéndose á una de las poblaciones de la comarca para hacer la acostumbrada cuestacion.

Palacio Ducal de Urbino.—Suntuosa morada señorial de la Edad media, notable como otras muchas que existen en Italia por lo grandioso y severo de su construccion y por las riquezas del arte que atesoran en su recinto.

Narciso Monturiol.—El inventor del *Ictíneo* nació en Figueras en 1819, y murió en San Martin de Provensals el 6 de Setiembre de 1885.

Siguió en sus mocedades la carrera de Derecho en Cervera, Barcelona y Madrid; pero no habia nacido para abogado, y su falta de vocacion, unida á la exaltacion de sus ideas políticas, le hicieron descuidar la asistencia á las aulas mientras se consagraba á la defensa de sus ideales, invirtiendo en la política los pocos haberes de que disponia para el pago de matrículas y para sus necesidades materiales.

Habia aprendido el arte pictórico y dedicóse á hacer retratos al óleo durante su permanencia en el Ampurdan, cuya ocupacion le producia lo necesario para vivir con decencia.

Tambien escribió varias obras y colaboró en distintos periódicos, dedicándose preferentemente al estudio de las ciencias naturales y físicas que cultivó con gran éxito.

Sus aficiones, que pudiéramos llamar instintivas, por la mecánica y que hubieran hecho de Monturiol el primer ingeniero tal vez de su tiempo, á poder ostentar un título académico que autorizara sus grandes talentos, le llevaron á perseguir el secreto de la navegacion submarina; y á la solucion de tan grandioso problema dedicó gran parte de su vida, hasta que consiguió poner en práctica su prodigioso invento, convirtiéndole en un hecho real.

Pero su obra fué tan justamente celebrada en un principio como fácilmente olvidada por los que estaban obligados á protegerla y á utilizarla en provecho de la patria y de la ciencia, quedando en consecuencia tan preciado invento ahogado en flor.

El hombre del paracaidas.—Así es llamado vulgarmente un atrevido aeronauta, el profesor Baldwin, que está llamando la atencion con sus ascensiones en globo y principalmente con sus descensos en paracaidas. Hé aquí cómo refiere un periódico tan atrevida operacion:

«Baldwin debia elevarse á una altura de 3,000 metros y dejarse caer desde allí con su aparato.

»Parece que efectivamente habia alcanzado los 3,000 metros, cuando dejó el globo para precipitarse en el espacio. Tardó tres minutos cincuenta segundos en llegar al suelo.

»Este descenso produjo un efecto terrible en la inmensa multitud, que quedó helada de espanto al ver desceñirse durante dos ó tres segundos el cuerpo de Baldwin, recorriendo unos trescientos metros, hecho un ovillo, completamente inactivo y sin abrirse el paracaidas.

»—¡Baja muerto! exclamaban todos.

»Y se pensaba en la rotura de un vaso por virtud de la presion atmosférica, en un ataque apoplético ó en la asfixia.

»De pronto Baldwin se destacó en el aire en línea vertical á la tierra; poco á poco se fué abriendo su paracaidas y continuó descendiendo con tanta elegancia como rapidez, hasta caer en el sitio de donde habia partido, en medio del pueblo que le saludaba con frenéticos *¡hurrah!*»

¡Mi pobre María! (acuarela de Augusto Corelli).—Este cuadro fué señalado como de *rara belleza* en las Exposiciones de Turin y Amberes, siendo en verdad una obra maestra por la viveza de luz, esplendor de ambiente y simpatía de colorido, que dan mayor realce á lo patético de la escena.

La nueva catedral católica en Pekin.—Es de estilo gótico, en mármol blanco y ladrillos grises; construida en dos años bajo la direccion del misionero lazarista P. Fauder, é inaugurada el dia de la Inmaculada Concepcion de 1888. Una inscripcion en mármol blanco dice: *Iglesia católica construida por órden imperial*. El coste ha sido de 800,000 francos. Tiene 148 piés de longitud, es el mayor edificio del Imperio chino, y muestra la vitalidad de la Mision católica y la influencia que ejercen los Lazaristas. A la inauguracion asistieron todos los ministros y cónsules europeos, los ministros chinos, varios obispos y cuarenta misioneros.

Universidad de Madras.—«Madras es una de las principales ciudades de la India inglesa, y está dividida en dos partes: la ciudad blanca y la ciudad negra; es decir, Europa y Asia. Por un lado cuarteles, casas á la española, jardincillos, hermosas calles á las que dan sombra grandes árboles, iglesias, algunos palacios de estilo griego, una magnífica fortaleza: por otro lado una poblacion inmensa con almacenes, pagodas y mezquitas. En fin, anchos paseos plantados de hermosos árboles, con suntuosos palacios, con verdaderos templos de Atenas sobre el verde musgo, rodeados de bosquecillos, de enredaderas y de una selva de flores.» (Del libro *Don Cárlos en las Indias*, por el príncipe de Valori).

La mendiga (grupo escultórico de Frenguelli).—Esta obra escultural hizo furor en la Exposicion de Perugia; su vista produce en el ánimo del espectador la más profunda conmiseracion, ofreciendo en todos sus detalles con viveza y propiedad insuperables la verdadera estampa de la miseria.

LAS DOS SEMILLAS

Es preciso que los buenos se animen y que se convenzan de que no son perdidos los trabajos que hacen por el bien.

A este fin, conviene echar de cuando en cuando una mirada á la labor que se tiene entre manos á fin de contemplar lo que se lleva adelantado. De esta manera el espíritu se vigoriza para no desmayar en el esfuerzo, se goza en la tarea que está en ejecucion y se estimula el deseo de llegar hasta el fin.

Se trata de dos semillas que se disputan la posesion de un campo. La una vino á sembrarla Jesucristo en la hacienda del gran padre de familia, ó sea en el universo mundo. La otra es la zizaña que salió á derramar el enemigo para que ahogara el buen grano.

Con la primera el mundo se civilizó verdaderamente y el hombre recobró gran parte de aquella dignidad de que plugo al Omnipotente adornarle cuando le colocó en el paraíso terrenal. Esta buena semilla germinó de tal manera, que á los hombres que se alimentan con ella les hizo realmente hermanos, dulcificó las relaciones entre las clases superiores y las inferiores, armonizó los intereses de todos y elevó á los mortales á la categoría de hijos de Dios y partícipes de su felicidad eterna.

La zizaña, por el contrario, bella en su aspecto, agradable en su flor, y cubierto con engañadora película lo nocivo de su alimento, deslumbró de tal manera á los hombres, que se dedicaron con esmero á su cultivo, llegando su ofuscacion al punto de que arrancaran el buen trigo para que creciera sin obstáculos la semilla dañosa. Y á los que con ella se alimentaron se les desataron las malas pasiones, el amargor de su gusto les irritó, quisieron borrarlo cambiando la forma de prepararlo para que fuese grato al paladar, y en estos ensayos consumieron su riqueza, desquiciaron la sociedad y cubrieron de ruinas morales y materiales el suelo patrio.

Pero la sociedad empezó pronto á dividirse. Los unos quisieron seguir cultivando la semilla buena, y los otros se empeñaron en continuar propagando la semilla nociva hasta destruir el gérmen de la otra. De aquí nació una lucha que en momentos llegó á hacerse sangrienta, lucha que ha de concluir por que una de las dos plantas sea la dueña absoluta del campo.

¿Puede serlo la zizaña? De ninguna manera. Así como el cuerpo humano no puede alimentarse de pan de zizaña, así tampoco el espíritu puede nutrirse con pan de error y de maldad.

De la misma manera que el alimento nocivo produciria la muerte material, los frutos del error y de la maldad han de ocasionar necesariamente la disolucion social y la degradacion del individuo.

Es, pues, necesario que el campo destinado por Dios á producir trigo vuelva á darlo, y que la mala semilla en él arrojada, por abundante que parezca, por más que alardée de haber sofocado la semilla buena, sea de él extirpada.

Este trabajo es ímprobo y difícil, pero hay que hacerlo. Dios, la patria y nuestro deber lo exigen. A muchos les asusta la magnitud de la empresa, y creyéndola irrealizable prefieren encerrarse en un pesimismo desgarrador ó en un indiferentismo fatalista y cruzarse de brazos, en vez de ponerse á arrancar siquiera algunas matas de la planta letal que sofoca el buen grano.

Los que tal opinan no tienen en cuenta dos cosas principalísimas que deberian estimularles para trabajar.

Es la primera que Dios lo quiere, y por consiguiente que el auxilio poderosísimo del brazo de la Omnipotencia hará fecundos los esfuerzos de los que se empleen en tan noble labor. ¡Cuántos medios ordinarios y extraordinarios no tiene la Providencia divina para ayudar á esta tarea que ha confiado á los católicos!

Es la segunda la naturaleza de la semilla mala, que en cuanto se le da entrada en los trojes en que se guarda la cosecha y se la convierte en alimento, produce náuseas y dolores; con lo cual diariamente ha de aumentar el número de los que con ella enferman y entran en deseos de nutrirse de alimento sano.

De suerte que si Dios lo quiere y cada dia ha-

brá más hombres que lo quieran tambien, ¿cómo no ha de llegarse al fin á lograr el triunfo del bien?

La cuestion es muy sencilla. ¿Por qué han triunfado el mal y el error en la Europa moderna? Porque Dios lo ha permitido y la fuerza del error ha sobrepujado la resistencia que encontró en los que poseian la verdad.

Pues bien; el dia en que Dios deje de consentir esta perturbacion y la verdad vuelva á recobrar sus fuerzas hasta imponerse al mal, quedará restablecida la paz.

Y ¿qué se necesita para que estas fuerzas reaparezcan? Pues nada más sino que sean muchos los hombres que renuncien al error, ó lo resistan, y abracen y defiendan la verdad.

¿Y habrá quien niegue que se viene marcando hace años una corriente progresiva hácia la reaccion católica? ¿Habrá quien desconozca que se está trabajando activamente y con provecho en la tarea de arrancar zizaña y sembrar buen trigo?

Dése una mirada hácia atrás; vuélvase la vista al período de los cincuenta años pasados, y compárese.

Entonces la oleada del mal avanzaba con furia desbordada. Templos abandonados, sacerdotes escondidos, interrumpidas por largo tiempo las relaciones con Roma, los Seminarios cerrados, los claustros en ruinas, las Sillas episcopales sin proveer; los pocos hombres que concurrian á la iglesia escondiéndose para que no les vieran recibir los santos Sacramentos.

Y al mismo tiempo el bien sin defensa y cediendo sin resistencia al desbordado torrente de la impiedad. Por largos años pudo decirse que la zizaña campaba á sus anchas por los surcos en que antes crecia el trigo.

Veinte años hace se desbordó otra vez el mal; pero ya la reaccion habia logrado ventajas, y el bien encontró fuerzas que se le opusieron con alguna eficacia. Periódicos católicos, asociaciones religiosas y el esfuerzo individual de valerosos españoles amantes de su fe y de sus tradiciones lograron que la zizaña dejara que el trigo bueno creciera y fructificara á su lado.

Y ahora obsérvese con atencion la situacion actual respectiva de los dos contendientes.

Del campo del bien salen generaciones de jóvenes educados en la verdad por las Congregaciones religiosas; periódicos y revistas en número asombroso con miles de miles de lectores reparten con su lectura alimento sano y gérmenes de bien; en asociaciones numerosísimas y de variadas formas los católicos se unen, se fortalecen, se extienden y se emplean en derramar la buena semilla sobre todas las clases sociales. Conventos, templos, hospitales, colegios, surgen del seno de la sociedad, ávida de verse de nuevo amparada por las instituciones que reciben su vida de la Iglesia. Calcúlese los millones que se han empleado en el bien, y no venidos de fuera, sino salidos de la caridad ó de la piedad de España; el número de personas empleadas en fomentarlo y el mucho mayor aún de aquellas sobre las cuales ejercen éstas su influencia vivificadora; y dígase si se habia visto, en lo que va de siglo, tan bien cultivado el gran campo del Padre de familia del Evangelio como en los dias presentes; si se habia nunca sembrado tanta semilla buena y si ésta habia fructificado jamás mejor que hoy.

Fíjense en estas consideraciones los buenos, y alienten al ver cuán fecunda es su obra, y cómo Dios bendice su esfuerzo.

Y si alguna vez miran á los estragos que todavía causa el mal, sea sólo para enardecerse en la lucha, considerando que si hasta ahora, y sin hacer todo lo que podia hacerse, el bien ha avanzado tanto, ¡qué tal será á medida que el mal vaya aumentando el daño social, y el dia en que se tome con mayor calor y sacrificio el esfuerzo que hoy hacemos en favor de la verdad, y cultivemos el campo del bien como lo exige la necesidad de librarnos de los males que la zizaña nos está causando!

L. M. de Ll.

El. CONCILIO TERCERO DE TOLEDO

VII

Dígase lo que se quiera, si bien es cierto que nuestra España recibió la religion cristiana con las predicaciones de san Pablo, de Santiago, de san Torcuato, de san Eugenio y de los varones apostólicos allá en los primeros siglos de nuestra Era, como cuerpo de nacion, unánimemente, sin protestas y sin limitaciones, no fuímos todos católicos hasta el acto realizado en el mencionado Concilio. Y este es otro de los aspectos y otro de los puntos de vista que tiene la conversion de Recaredo, y es que en ella se echaron los cimientos de la Iglesia española, que habria de brillar en el transcurso de los siglos dentro la universal Iglesia. Nuestra Iglesia tiene sus Colecciones, como la Antigua Española, la de Martín de Braga, y la Canónico-Goda, de un valer inapreciable en el Derecho eclesiástico; sus Padres, como san Isidoro, san Leandro y san Julian; sus expositores, como el Abulense y el Tostado; sus Concilios nacionales, á los que concurrian los Prelados de la Galia y de la Lusitania, como los de Toledo, y los provinciales como los de Elvira, Tarragona y Lugo; sus teólogos, como Suarez, Soto, Lainez, Salmeron y Arias Montano; sus canonistas, como Morales y Covarrubias; sus escritores místicos, como san Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada y el Padre Malon de Chaide; sus monjas ejemplares, como santa Teresa de Jesús, la Venerable María de Agreda, y Sor Juana Inés de la Cruz; sus poetas ascéticos, como Fray Luis de Leon, entre los modernos, y Prudencio entre los antiguos; sus Santos y fundadores de Ordenes religiosas, como Ignacio de Loyola y Domingo de Guzman, Juan de Dios y Pedro Alcántara, con los citados anteriormente, y otros que seria prolijo enumerar; sus mártires, como los Innumerables de Zaragoza, sacrificados en las primeras persecuciones, y en una palabra todos los rasgos, todos los caracteres y todos los prestigios que la distinguen con fisonomía propia y especial, dentro de la Iglesia, y por lo que ha sido llamada por ésta su hija predilecta y escogida.

ANTONIO DE TRUEBA

En España todo ha pertenecido al Catolicismo. El rey se ha llamado Católico; la nacion ha estado puesta bajo el patronato de la Inmaculada y de Santiago, y le ha pagado anualmente á la basílica de Compostela el voto que acordaron nuestros padres; las Órdenes militares han tenido un carácter eminentemente religioso, en sus Estatutos y en sus Grandes Maestres, que ejercian derechos y facultades de Obispos; los cruzados de Carlos III juraban defender la pureza de la Vírgen-Madre; y para ejercer cargo público se exigia comulgar en la religion del Estado. Más aún: nuestros guerreros peleaban contra los infieles al grito de «Santiago y cierra España;» nuestros legisladores como Alonso el Sabio empezaban sus Códigos en el nombre de la Santísima Trinidad; y nuestros navegantes, cuando iban á descubrir tierra por mares no surcados, llevaban en sus barcos y en sus carabelas á celosos é infatigables misioneros como Fray Bernal Buil, el primer apóstol del Nuevo Mundo, como le llama el Padre Fita, á Bartolomé de las Casas y á Francisco Javier, para que convirtiesen á los indios y entre ellos predicasen la doctrina sublime del Evangelio.

Hé aquí la obra gigantesca del Concilio III de Toledo, y hé aquí tambien las brillantes conquistas y los grandes resultados de esa obra. Todo lo que hemos instituido, todo lo que hemos creado, todo lo que hemos hecho, se lo debemos á la Iglesia, que fué nuestra guia y nuestra salvaguardia, en los siglos medios y aún en la edad moderna. Sus conventos, focos de la civilizacion europea en aquellos tiempos, segun la frase de Mr. Guizot, y sus Universidades como la Salmantina y la Complutense, educaron y enseñaron á las generaciones pasadas, que toda su ciencia y toda su erudicion se la debian á las Comunidades religiosas extendidas por todos los ámbitos de la Península.

No concluiremos sin antes hacer dos rectificaciones que cuadran á una crítica escrupulosa, á cuyas reglas queremos ajustar siempre todos nuestros escritos. La una es que si bien es cierto que el órden de celebracion de los Concilios de Toledo fué establecido en el cuarto Sínodo que tuvo lugar en esta ciudad, en el tercero que se verificó en la Capital de nuestras provincias eclesiásticas, y que entonces tambien lo era de la Monarquía, guardóse ese mismo órden, por más que no estuviese aún dispuesto ni reglamentado. Y la otra es que aunque Masona, el Metropolitano de Mérida, por ser el más anciano, presidiese el Concilio III, el verdadero presidente del mismo, por ser el más sabio de los Padres y el Legado del Papa, lo fué el Obispo de Sevilla san Leandro, como ya oportunamente lo apuntámos.

Bien hacen los promovedores de la celebracion del décimotercero centenario del tercer Concilio Toledano, en rendirle un tributo de admiracion, de respeto y de aplauso á los Padres y al Monarca, que convirtiendo sus ojos hácia la verdad y abjurando los errores del Arrianismo, abrió una nueva era en las páginas de nuestra historia.

Y nosotros al dedicar este modesto trabajo al Concilio III de Toledo, diremos al terminarlo que nunca cumplen de una manera más noble y más digna las generaciones actuales con su mision altísima y progresiva, que cuando conmemoran las obras realizadas por las generaciones que pasaron, y legan sus ejemplos y enseñanzas á las generaciones de lo porvenir.

José Ruiz de Ahumada.

Sanlucar de Barrameda, 2 de Enero.

LOS SETEMBRISTAS (escena de la revolucion francesa)

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El proceso de la calle de Fuencarral.—Aficion á los espectáculos criminales.—La justicia teatral.

Las figuras del cuadro de Luna, nominado *Spoliarium*, se quedan tamañitas ante las que en la última semana tomaban por asalto las escasas localidades de la sala de vistas de esta Audiencia para asistir al juicio oral del proceso incoado por el célebre crímen de la calle de Fuencarral.

No reconocia por causa el ansia codiciosa del numeroso y abigarrado concurso la aspiracion natural de ver dilucidarse la cuestion forense, para formar juicio exacto de las funciones de los tribunales: esta codicia técnica hubiera estado en su punto, y nada tendria de censurable.

La causa auténtica de los asaltos practicados á empellones y puñetazos, entre chillidos, dicterios é interjecciones de una contextura brutal, para escalar los reducidos puestos asignados al público por el tribunal, era el deseo feroz de conocer á los presuntos reos y estudiar su fisonomía, su presencia de ánimo, el timbre de su voz, su mirada, su sonrisa, su vestido y hasta su modo de andar y de sentarse.

Deseos romanos, propios de una decrepitud viciosa y de una sensibilidad petrificada.

De igual manera acudia el pueblo señor del mundo, despues de haber presenciado la lucha de hombres que parecian fieras y de fieras que se colocaban al nivel de los hombres dentro de la órbita de una colision sangrienta, al sitio donde se arrastraba con garfios y cadenas la carne desgarrada de hombres y fieras, para examinar fibra por fibra los residuos de la lucha, ó estudiar las últimas palpitaciones de las moribundas entrañas.

Pueblo gastado y holgazan el nuestro, como el romano, acude devorado por el ansia de emociones que buscaba aquel en los espectáculos de sangre; y, como intervalo de tan atroces fiestas, tampoco pierde ripio cuando los tribunales sientan en el banquillo de los acusados á alguno de esos delincuentes notables que constituyen las jerarquías supremas de las razas del crímen.

Hombres, mujeres, niños, de todas las edades y condiciones, se disputan á cachete limpio el siniestro deleite de ocupar un puesto en el mermado sitio concedido al público para que asista al juicio oral del proceso tan traido y llevado por la prensa, suscitando á la puerta del tribunal cien querellas, increpándose, denostándose y aporreándose, como si se tratara de disputarse el bien más inapreciable.

Momentos ha habido que las fuerzas de la guardia civil y los agentes de órden público han sido insuficientes para detener las oleadas humanas, cuyo flujo y reflujo se percibia en las avenidas del Palacio de Justicia, y hubo que dar carga de caballería para deshacer las moles de carne curiosa é impaciente, que se formaban en torno y á las puertas del local.

A un guardia civil de á caballo le arrollaron, viniendo á tierra ginete y cabalgadura; que en poco estuvo que los dos perdieran la vida, salvándolas como de milagro.

Se ocupan los puestos de la entrada al palacio de Justicia desde la noche anterior, como sucede con los de los despachos de billetes de los toros en las fiestas de primera clase, y como sucedia con los del Banco de España para el cambio de billetes, cuando estos se descontaban al 8 y 10 por ciento; y se venden dichos puestos á dos, tres, cuatro y cinco duros, como si se tratara de un espectáculo de primera clase.

Una mujer del pueblo, envuelta en pañolón de abrigo, con moños abultados y garabatos en la frente, logró escalar un primer puesto, por el que la ofrecieron hasta cinco duros y medio; y contestó con voz hombruna y resolucion de harpía:

—No le doy, ni por un ojo de la cara.

¿Cómo habia de venderlo si la buena mujer llevaba una cesta colgada del brazo, con comida y bebida para hacer penitencia durante las escabrosas peripecias del juicio?

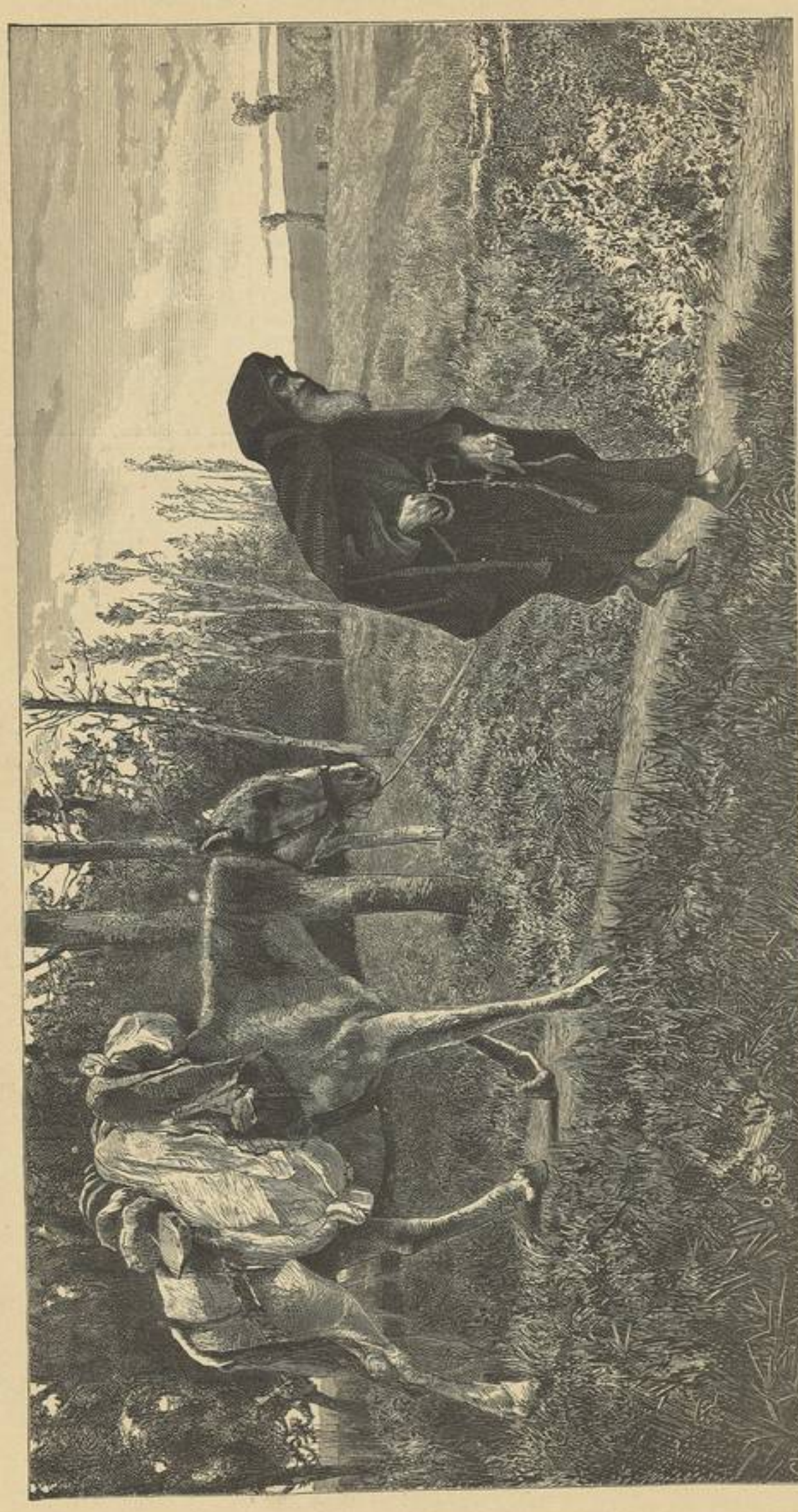
Pero no vayan á creer los lectores que el concurso, devorado por el ansia hidrópica de las emociones criminales, se compone única y exclusivamente de los tipos ordinarios de los barrios bajos, ó lo que es lo mismo, de los carniceros, vinateros, ternereras é *industrialas* bien acomodadas: entre el concurso descuellan atildados caballeros y elegantes damas, algunas de ellas señoritas cuya juventud parecia como que debia hacer escorrozos ante el tufillo de calabozo cerrado que despiden los tipos de las cárceles.

Pero este concurso, que acude anhelante y calenturiento á presenciar los incidentes del acto forense, algunos de ellos desiertos de interés, largos, machacones y soporíferos, encuentra el desquite de su fastidio en los momentos en que el juicio se suspende y se le permite acercarse á los presuntos reos, no para mirarlos, sino para avizorarlos y compenetrarse bien de su aspecto, respirándolos como si fueran vasos llenos de corroborantes perfumes.

Y nada más corriente que ver en aquel augusto é imponentísimo escenario departir con Higinia Balaguer y Dolores Avila, factores siniestros del más bárbaro crímen y descocados y abyectos ejemplares de las prostituciones patibularias, á jóvenes señoritas de aspecto delicado y bello, que parecen flores gallardas que se adelantan á vivir, y cuyo incipiente valor para cambiar la palabra con semejantes reos, desgreñadas imágenes de las furias del averno, no puede menos de llenar de sorpresa al ojo del observador.

El cuadro tiene algo de dantesco y no puede contemplarse sin una sonrisa amarga.

Porque al ver tan acortadas las distancias que separan á los salones dorados de las zahurdas del vicio y del crímen, no puede uno menos de pensar en la causa que produce tales efectos, la cual radica en un estado social en que todos los escepticismos, incredulidades y materialismos han



AL ORTO DEL SOL (CUADRO DE LOS JOSES)

petrificado los nobles sentimientos de nuestro pueblo, hasta idiotizarle ó bestializarle casi por completo. En otras edades ninguna persona de mediana educacion habria podido acercarse á Higinia Balaguer, Dolores Ávila y Vazquez Varela, tipo del mal hijo, sin sentir horrorosos escalofríos; y en esta edad llamada de oro por los progresos nuevos, hasta las jóvenes señoritas no tienen reparo en acercarse á ellos y entablar pláticas más ó menos regocijadas en el mismo local del tribunal que ha de juzgarlos, como si la familiaridad con el crímen fuera honor y prez del tiempo corriente, y acto de valor puesto al alcance de todos los nervios y de todas las inteligencias.

—¡Lo que somos!—que dice el epígrama.

Y lo que llegaremos á ser si no dejamos de andar...

Pero esto ya se encargarán de decirlo los epígramas de lo porvenir.

No sé qué de inhumano y feroz encuentro en esta fiebre de emociones de nuestro pueblo, que me contrista y me llena de una melancolía verdaderamente patriótica.

Yo entiendo que esta sed de emociones no se compadece con la caridad, reina de todas las virtudes y, á mi juicio, reguladora de la cultura de las costumbres.

Sólo en los pueblos que nada tienen que hacer, ó lo que es igual en los pueblos viciosos y holgazanes, se producen estos espectáculos que repugnan á toda conciencia delicada.

En Francia, en Italia, en Portugal y en España, esto es, en los pueblos de raza latina es donde unicamente tienen concursos exuberantes los espectáculos de las cárceles y de los patíbulos.

Las demás naciones, ó sea porque son más industriosas, ó porque en realidad los sentimientos de caridad y humanidad están más desarrollados en ellas, no ofrecen estos ejemplos de desenfado y falta de aprension, demostrando que no se han connaturalizado todavía con ciertas crudezas repugnantes.

Tomar como por pasatiempo, como por distraccion del alma los procesos judiciales, siempre llenos de episodios sangrientos y escabrosos, me parece una de tantas depravaciones del gusto y, lo que es peor todavía, uno de los estragos mayores del sentido moral.

Yo no concibo que se pueda ir á la vista de un proceso, ni á una ejecucion en un patíbulo, más que para aprender y escarmentar. Presenciar esos actos con la curiosidad en los ojos, la indiferencia en el alma y la codicia ardiente de emociones en el sistema nervioso, paréceme rasgo de barbarie que pide cuando menos decoracion de selva.

Por eso si yo fuera poder suprimiria el juicio oral y el juicio por jurados y todos los juicios de escenario habidos y por haber, persuadido de que la justicia es cosa augusta y no cabe en ningun teatro.

Aparte de esto, bien claro se ve, por las sesiones del juicio abierto para conocer del crímen de la calle de Fuencarral, que estos resortes de la justicia moderna no sirven para llegar al descubrimiento de la verdad.

Y la prueba de ello está en que el juicio oral hasta ahora no ha servido para más que para oscurecer más el expediente.

Con detrimento y lesion del sentido moral de nuestro público, más decaido por el cebo que se arroja á su voracidad calamitosa.

LUPERCIO

Madrid, 3 de Abril.

ROMA

De dos cosas se habla hoy en Roma en todas las casas y en todos los círculos, en los cafés, en las farmacias, en las calles, en las plazas y en todas partes:—de los sermones del P. Agustin de Montefeltro y del proceso de Placencia:—del triunfo de un humilde hijo de san Francisco de Asis, y de una mengua para el Gobierno italianísimo.

El P. Agustin de Montefeltro (en el siglo Luis Vicini) es un Mínimo Observante, natural de una montuosa region de Italia, casi desconocida, entre la Umbría y las Romañas, próxima á la pequeñísima, microscópica, pero célebre República de San Marino, que es algo semejante á la de Andorra, pero más libre quizá, porque no está bajo el protectorado de grandes potencias.

Hay una leyenda acerca del pasado del P. Agustin. Hase dicho de él que fué ardiente patriota á la moderna y hasta garibaldino durante su juventud. Hoy tiene de cincuenta á cincuenticinco años. En todo caso, él mismo proclama abierta, sincera y paladinamente, que ha sido un pecador á quien Dios ha hecho la gracia de convertirse y que ahora trata de procurar á los pecadores el remedio que á él le ha aprovechado.

La leyenda, envuelta en el misterio, ha contribuido ciertamente á aumentar la fama de este propagador de la palabra de Dios. Pero lo cierto es, de todos modos, que es un gran orador que une á la más pura sencillez una palabra fascinadora, fluida, persuasiva y rapidísima. Su predicacion es el curso de un rio majestuoso que desciende de la cumbre de una montaña y todo lo envuelve entre sus ondas. Trata las más abstractas y elevadas cuestiones filosóficas, teológicas, morales y aun político-morales de modo tal, que hasta el menos que medianamente instruido puede fácilmente seguirle y entenderle.

En Florencia, en Pisa, en Bolonia, en Turin y en otras partes los sermones del P. Agustin suscitaron siempre un entusiasmo grandísimo, extraordinario, en toda clase de personas de todo color político, creyentes y tibios. Cuando predicó en Pisa salian de toda Toscana trenes especiales de gente que iba allí sólo para oir al Padre Agustin.

En Roma, que hoy es el centro de cuanto más anticlerical encierra Italia,—comenzando por el Gobierno;—en Roma, donde tan cerca está del Capitolio la Roca Tarpeya; en Roma, en fin, donde tantas reputaciones adquiridas en otras partes se destrozan fácilmente, se temia que la fama de este orador sagrado no sostuviera el prestigio ni obtuviera los frutos que en otras ciudades.

Pero aquí su fama se ha robustecido y aun ha aumentado. Gran parte de la prensa periódica liberal, y especialmente la ligada por opinion ó por dinero al Gobierno y á la Masonería, se ha desatado furiosamente desde el primer dia de Cuaresma contra el P. Agustin, tratando de rebajarle, vituperarle y combatirle por todos los medios aun los más innobles. Pero otros diarios, aunque liberales, independientes, han tomado calurosamente su defensa, y el público le aclama como *gran orador* y *hombre de Dios*. La majestuosa y amplia iglesia de *San Carlo al Corso*, donde predica, se llena cada dia con cinco ó seis mil personas; nobles, senadores, diputados, catedráticos, abogados, y especialmente jóvenes estudiantes de la Universidad, que inmóviles y atentos penden de los labios del P. Agustin.

No sabiendo los círculos anticlericales qué más hacer para desahogar su satánica rabia, la semana pasada hicieron que algunos de sus *heroes* esperaran al P. Agustin cuando saliera de su Convento de San Antonio en *Via Merulana* y que ensuciaran al pobre fraile con las más fétidas inmundicias y le tirasen una piedra. Pero la indignacion universal ha hecho justicia de esos... *héroes*, á quienes la policía no ha sabido descubrir! Dos periódicos, uno católico y otro liberal, como reparacion al más que innoble ultraje han abierto suscriciones públicas en favor de un Orfanotrofio que el P. Agustin fundó en Pisa y que sostiene con las limosnas de los fieles. La lista de suscricion contiene los nombres de muchísimos diputados, senadores y otros personajes políticos liberales, y la suscricion adelanta bien.

Hoy domingo he hecho el disparate de ir á San Cárlos á las 10 de la mañana, esto es, sólo una hora antes, pues el sermon del P. Agustin no empieza hasta las 11 en punto, y heme hallado con que por ninguna de las puertas de la iglesia los agentes de policía dejaban entrar á nadie, porque absolutamente nadie más cabia en el templo. Fuera de este, en la plaza de San Cárlos y en las calles adyacentes, unas tres ó cuatro mil personas que no habian podido entrar en la iglesia estaban aguardando pacientemente para poder siquiera saludar con sus aplausos al Padre Agustin; y entre aquella multitud un sinnúmero de verdaderos ambulantes iban voceando y ofreciendo: *el sermon de ayer del P. Agustin; la verdadera fotografía del P. Agustin, 10 céntimos; la refutacion de los despropósitos dichos por los enemigos del P. Agustin, un sueldo*, etc., etc.

Al medio dia, cuando el P. Agustin saliendo por una puertecilla lateral de la iglesia subió á un modesto carruaje para regresar al convento, toda aquella multitud le hizo una entusiasta ovacion; y ahora cada dia sucede así, especialmente despues de los insultos innobilísimos que he referido.

Lo más importante es que el Convento de la Vía Merulana está siempre asediado por personas de la mejor condicion social, algunas de las cuales hacia ya muchos años que no se habian acercado á la iglesia y mucho menos al confesonario y que van ahora á echarse á los piés del Padre Agustin.

Un dia en San Cárlos halléme entre un grupo de estudiantes de la Universidad con un catedrático de la misma. Aguardando á que llegara el P. Agustin aquellos jóvenes y más aún el catedrático, que aseguraban no haber oido todavía al predicador, tenian entre sí conversacion de la que aparecia claramente su incredulidad, burlándose, sin aguardar haberle oido, del *fraile bufon*, que así le llamaban. Ya en el púlpito el P. Agustin, comenzó uno de los más magníficos de sus sermones acerca de la espiritualidad del alma. A las primeras palabras mis bravos estudiantes cambiaron ya entre si burlones sonrisas, pero luego enmudecieron, acabando por estar todos atentísimos. Acabado el sermon, vi que los estudiantes y el catedrático se marchaban callados y cabizbajos dispersándose cada uno por su lado.

Natural y fácil de comprender es que el liberalismo, la masonería y el anticlericalismo no puedan soportar tranquilamente este grande y sólido triunfo moral de un humilde frailecillo franciscano en la Roma que los liberales, los francmasones, los anticlericales y el gobierno nuevo quisieran retrotraer al paganismo.

¡Y para impedir dicho triunfo han acudido á una materia... digna de ellos! ¡Es una verdadera mengua!

Otra vergüenza para esa gente es el proceso de Placencia, así llamado del nombre de la ciudad donde se ha seguido.

El general de artillería Mattei, diputado en el Parlamento por Venecia, hombre generalmente estimado por su integridad, cuando el ministro de la Guerra pidió á la Cámara los enormes créditos para nuevos armamentos, para nuevos fusiles y nuevas fortificaciones, tuvo el valor de votar contra tal peticion. Este franco y leal voto del general Mattei impresionó vivamente á la opinion pública, la cual ya sabia ó sospechaba que aquellas grandes sumas servian para otros gastos arbitrariamente hechos por el Gobierno. Al dia siguiente el general Mattei quedaba de reemplazo *(in disponibilità)*, que es una especie de destitucion. La opinion pública se indignó por este hecho, y un corresponsal de un diario liberal de Venecia tuvo entonces un *interview* con el general Mattei, refiriendo luego que éste le habia revelado algunos abusos de la administracion del Ministerio de la Guerra; abusos que tocaban más especialmente al sub-secretario de dicho Ministerio, general Corvetto. La relacion de ese *interview* fué copiada por muchísimos periódicos de todos los partidos, y naturalmente metió mucho ruido. Dirigiéronse interpelaciones en la Cámara de diputados, y el general Mattei pidió que se hiciera la luz mediante una informacion parlamentaria. Pero el Gobierno no accedió á ello, y el ministro de la Guerra y su sub-secretario general Corvetto entablaron querella por difamacion á los periódicos que habian publicado y comentado el susodicho *interview*, y antes que á todos ellos al periódico *Il Progresso* de Placencia.

En dicha ciudad ha seguido su curso el proceso durante la pasada semana, con gran interés de la prensa y del público todo de Italia. Pero en Placencia no se ha hecho la luz plena: 1.° porque el tribunal se mostró y realmente fué parcial, rechazando las deposiciones de varios testigos importantes aducidos por el Director del *Progreso* de Placencia; y 2.° porque el general Mattei, evidentemente obligado por altas influencias, por un pretendido espíritu de patriotismo y para conservar el prestigio del ejército, se negó á dar ante el tribunal las explicaciones que hubiera podido y debido dar. Mas lo que sí apareció clarísimamente para la opinion pública es que las cosas no andan bien en el Ministerio de la Guerra, quedando principalmente maltrecho el honor del sub-secretario general Corvetto.

Mientras se aguardaba la sentencia del tribunal de Placencia, el viernes último, el diputado democrático de Milán, Sr. Cavallotti, dirigió algunas interpelaciones en la Cámara respecto á ciertos documentos que se referian al general Corvetto. No se queria admitir las interpelaciones, y entre Cavallotti y Corvetto que tambien es diputado se cambiaron graves é impertinentes palabras; otros diputados tomaron parte en la cuestion, y de ella surgió un increib'e é indecente tumulto. Poco faltó para que llegaran á las manos, y el resultado fué un desafío de Corvetto á Cavallotti, y el duelo entre los dos diputados se verificó ayer en una quinta fuera de la Puerta Pía, á sable, con guantelete y sin exclusion de ningun golpe. Asegúraseme que los duelistas llevaban disposiciones de ánimo... poco caballerosas al *bajar al terreno*. Al primer asalto, que duró cuatro segundos, el general Corvetto fué herido en la sien, en la mejilla y en el brazo derecho, de alguna gravedad. Los padrinos declararon terminado el combate, y los duelistas se separaron, segun se dice, *sin estrecharse la mano;* y aun Cavallotti declaró allí mismo sobre el terreno, que con esta *partida de armas* (no *partida de honor)* no entendia coartada su libertad de accion como diputado en esta cuestion.

Parece, pues, que la cosa tendrá aún consecuencias, y que el escándalo será probablemente mayor.

¡Y tenemos ya tantos!

En cuanto al proceso de Placencia, ayer fué dictada la sentencia por la cual el tribunal condena al director del *Progresso*, por difamacion contra el general Corvetto, á tres meses de cárcel y cien pesetas de multa.

El numerosísimo público que asistia á la lectura de la sentencia silbó horriblemente al Tribunal.

¡Sólo esta nos faltaba!...

LIONELLO

25 de Marzo.

JUNTA CENTRAL DEL CENTENARIO

A LA ESPAÑA CATÓLICO-MONARQUICA

El dia 8 de Mayo es la fecha más gloriosa que nos toca conmemorar á los españoles del siglo XIX, nacidos para el amor de Dios, el servicio de la Patria y acatamiento del Rey.

Soberana enormidad parece aquella terminante primera afirmacion lanzada á la faz de España, de esta católica, nobilísima y heroica España que no deja dia libre en el año sin santas y admirables efemérides, y guarda en sus historias los prodigios más admirables de la fe, las grandezas más sublimes de un pueblo, las majestades más venerandas de la realeza, las hazañas más portentosas del individuo, y la variedad, riqueza, esplendor y encanto de la naturaleza.

Veneremos rendidamente en sus altares á nuestros mártires y á nuestros santos; saludemos las grandiosas y augustas sombras de nuestros monarcas; imitemos las legendarias cualidades de nuestros patricios y de nuestros héroes; recordemos con orgullo, meditemos con provecho y aprendamos con imitacion en las triunfadoras, sagradas y divinas páginas de nuestra historia; pero si hay tantos, tan justos y patrióticos centenarios que conmemorar, ninguno como el presente, en que el dogma católico, habiendo conquistado las almas españolas y llegado al solio por la apostólica voz de san Leandro y la preciosa sangre de san Hermenegildo, hirieron con el dardo divino el piadoso y noble corazon del gran Recaredo, que el 8 de Mayo de 589, ante el Concilio III de Toledo, rindió la católica España al Dios uno y trino, dando la paz á la Iglesia y á la Patria con la unidad católica, que desde entonces, para su gloria y bien, inspiró nuestras benditas leyes, constituyó nuestra honrada familia, dignificó al noble y al plebeyo, llamándolos hermanos, sublimó la autoridad y el derecho, ungió al Rey con el sello divino, y, salvando á la Patria, la condujo triunfalmente á una grandeza que no alcanzó jamás nacion alguna, alzando el indestructible valladar de la conciencia católica como eterna y segura frontera contra todos los enemigos de la Religion y de la Patria.

Hoy que, por desgracia de cada uno y de todos, vemos y lloramos desatado aquel bendito lazo que guiaba la vida al triunfo sobre la muerte; hoy que llegan hasta nosotros las locuras y los alaridos de la Revolucion con su espíritu de libre exámen, con sus tristezas de la duda, las impiedades del derecho nuevo y los torpes alardes de mentidas innovaciones, aspirando á destruir el reinado de Cristo para acabar con los imperios de la verdad y de la justicia; hoy, para bien y esperanza de la Patria, aún somos los más; aún casi todos los españoles somos los visigodos de Recaredo; aún brilla sobre España el sol de Covadonga y de Lepanto; aún hay fe en nuestros corazones y brio en nuestros brazos; pero hoy no es dia de luchar como en las Navas, en Otumba y en Mülhberg; hoy es dia de acudir con una fervorosa oracion bajo las anchurosas naves de nuestras históricas basílicas á cuya sombra y amparo reposan y nos esperan nuestros padres; pero si fiando lo más á la misericordia de Dios avivamos en su caridad la esperanza de nuestra fe, si hemos demostrado que supimos luchar con el acero, con la palabra y con la pluma en defensa de la España tradicional, es imprescindible que, hermanando nuestros recursos como nuestros sentimientos, erijamos un cristiano monumento, un coloso de piedra que, alzándose hasta las cúpulas de nuestras catedrales, patentice á los siglos venideros que en el XIX aún vive sobre la católica y noble España la raza de san Hermenegildo y san Fernando.

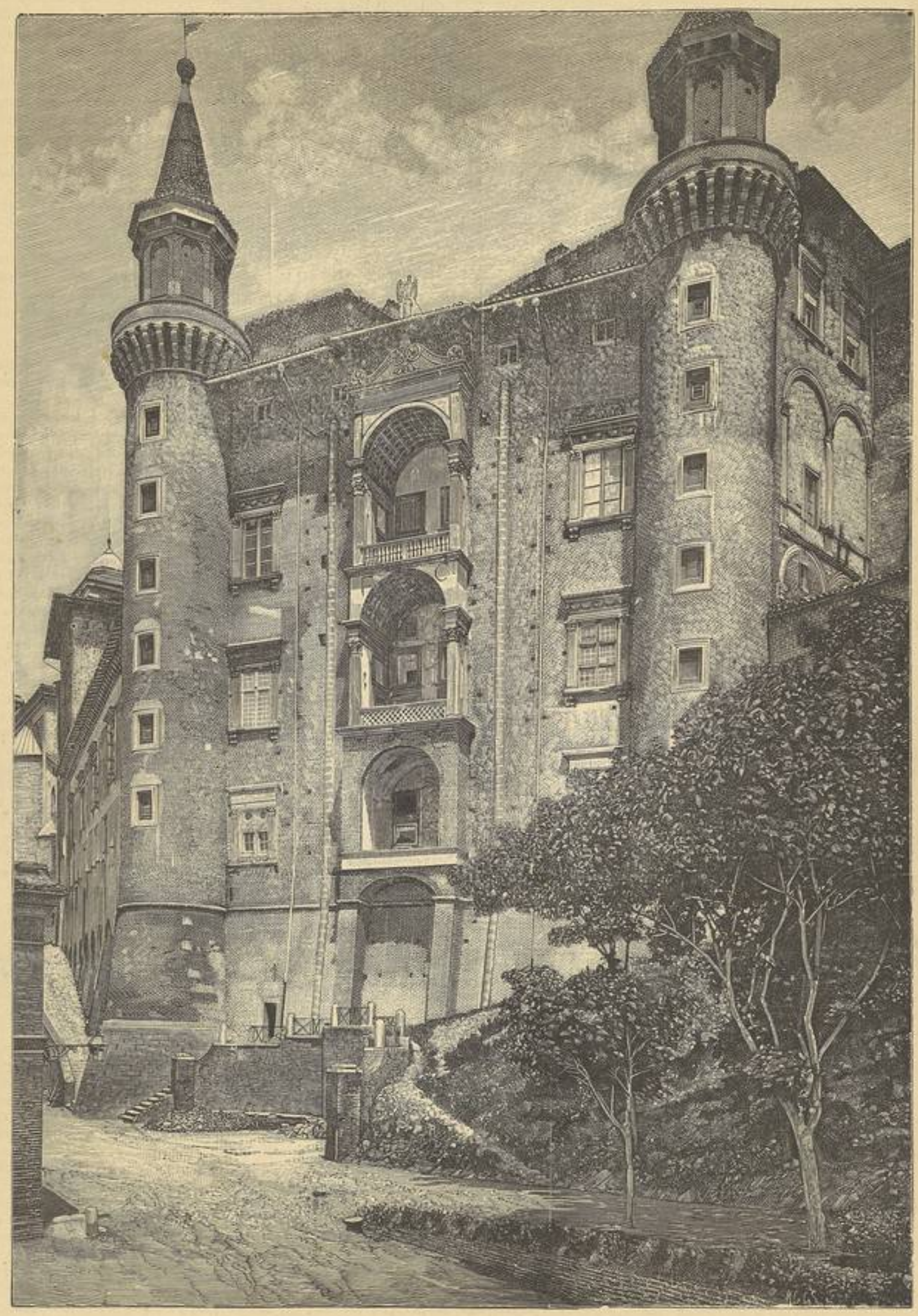
Quédense á un lado pequeñas divisiones cuando nos llama el culto de Dios, la felicidad de la Patria y la órden del R... ¿Quién osará cerrar los oidos al volteo de las campanas, los ojos al tremolar de las bandas rojas y amarillas, y el corazon á la palabra del Soberano?

Inspirándose en todos estos grandes sentimientos y puras verdades, la comunion tradicionalista viene á conmemorar el que, con ya demostrada justicia, llamaremos el más glorioso centenario de nuestra historia; y organizadas las Juntas que para tan noble objeto dispuso nuestro augusto y amado Jefe, en cuyo hermoso y español corazon rebosan los cristianos designios y las justas resoluciones, nosotros, honrados con la direccion de esta empresa, venimos hoy á hacer caluroso llamamiento á todos los católico-monárquicos españoles que aspiren á la verdadera restauracion de la unidad católica en España.

Hijos sumisos de la Iglesia, seguimos con amor y obedecemos sin reparo cuanto se nos dispone desde la sede de nuestros venerables Obispos, cuya grandeza es hermana de su virtud, como su prudencia de su sabiduría: por eso el Sr. Duque de Madrid cristiana y oportunamente dispuso que en donde los Prelados tomen la iniciativa de festividades que celebren el gran centenario les sigan y ayuden todos nuestros amigos: lo que hoy repetimos y recomendamos encarecidamente, ya que tenemos feliz certidumbre de que en muchas diócesis van á organizar los Obispos grandes fiestas religiosas, y hasta romerías, por lo cual dejamos este punto, y por completo, á lo que provean nuestros Prelados, renunciando al proyecto de disponer y celebrar solemnes funciones religiosas, públicas rogativas y regionales peregrinaciones, cuyos actos fueron desde el primer momento la idea, plan y deseo de nuestro augusto Jefe, reflejando omnímodamente los de toda la comunion. Sólo, sí, recomendamos á nuestros amigos procuren no quede templo en España donde no se digan misas, ó se hagan preces ó rogativas, impetrando la bendicion de Dios sobre nuestra Patria, concediéndonos la suspirada y venturosa unidad católica, y que Cristo reine sobre nosotros, y sobre la Ciudad Eterna el supremo Jerarca de la Iglesia.

Suplicamos á cuantos digan ó hagan esas preces nos lo comuniquen, así como todas las demás festividades de las regiones, de las provincias ó de las localidades, para formar un volúmen descriptivo que sea la Crónica del Centenario y pueda remitirse, con dos reverentes y entusiastas mensajes, á Su Santidad Leon XIII y á nuestro augusto Jefe, firmados por todas las Juntas, todos los directores de los periódicos y revistas de nuestra comunion, los presidentes de los Círculos y cuantos protejan esta grande obra tan católica como española.

En todos los Círculos tradicionalistas se celebrarán solemnes veladas en el mismo dia, rogando igualmente remitan copias de las actas de tan extraordinarias sesiones, incluyendo los discur-



PALACIO DUCAL DE URBINO

sos, poesías y demás trabajos que las compongan para unirlas á la citada Crónica.

Tenía esta Junta el proyecto de abrir un certámen en el que se premiasen un estudio histórico-crítico y varias poesías, todo referente á la unidad católica y gloriosa conversion de Recaredo; pero siendo varios los Círculos tradicionalistas que los tienen anunciados, y entre otros el de Madrid, encomienda á éste lo lleve á efecto, deseando se conceda un premio para un estudio en prosa, y además de los que se otorguen á poesías castellanas se ofrezcan tambien para otras en vascuence, catalan, valenciano, gallego y bable: proporcionando la Junta central algunos de estos premios á las poesías en idiomas y dialectos para nosotros sagrados, porque en ellos están escritos los inmortales y salvadores fueros que defendemos y acatamos.

Y de propósito dejamos para término de este programa el punto más importante de cuantos le constituyen.

Hemos indicado cuanto interesa dejar para las generaciones que nos sigan un gran monumento que patentice y recuerde á todos los sacrificios y las glorias, el amor y el entusiasmo con que la gran comunion tradicionalista ha defendido, celebra, ansía y defenderá siempre la unidad católica en España, y con ella y por ella nuestras cristianas leyes y nuestra cristiana y española Monarquía.

Para triunfar del tiempo y de los odios es necesario que el monumento sea grande, sólido, sencillo y sin riqueza: es, pues, lo mejor una colosal pirámide de sillería que, asentada en la imperial Toledo, represente á toda la España tradicional en aquel histórico punto, que es centro geográfico de la patria, Corte de nuestros antiguos reyes, capitalidad de la Iglesia española, sede del gran Concilio que conmemoramos y emplazamiento de la primera basílica que elevó el primer rey católico de España, el gran Recaredo.

NARCISO MONTURIOL

Esta pirámide será de tres lados, representando los tres lemas de nuestra santa bandera: el primero y principal, dando el frente á Africa, llevará grabada una colosal cruz, como en el otro un gran escudo de España, y en el tercero, y de las mismas proporciones, una corona real copiada de las que enriquecen artísticamente el majestuoso alcázar del emperador Cárlos V.

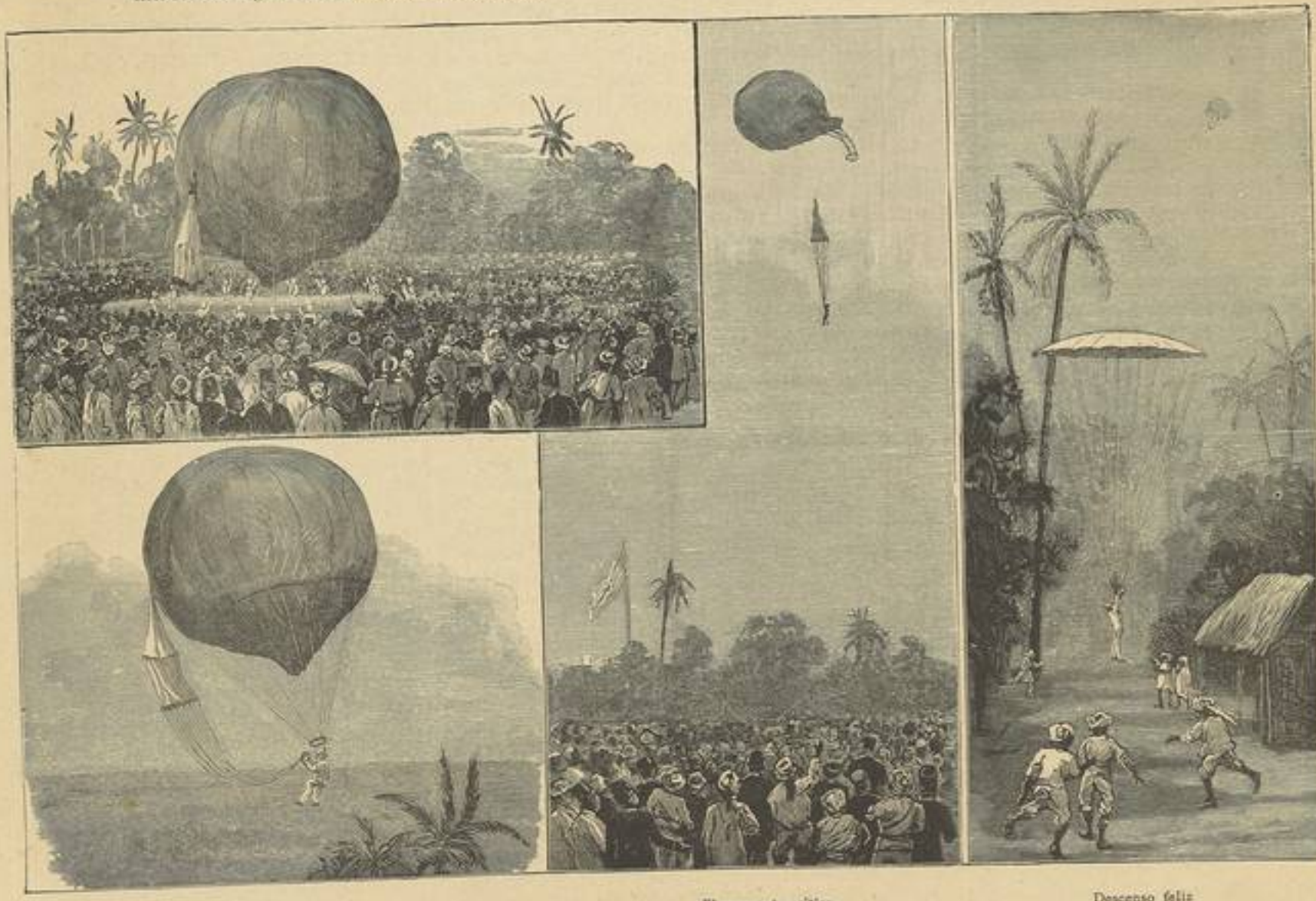
Esta pirámide será de una base aproximada á 20 metros de lado y de una altura que sobrepase las cúpulas de todas nuestras catedrales y de muchas de sus torres.

La enorme cruz, que ocupe casi toda la primera fachada, deseamos se forme por escalones de sillería que conduzcan como por escala santa á una plataforma sobre la que ha de elevar su punta la pirámide, en cuyas tres caras se graben: en una la Virgen del Pilar, en otra la imágen de Santiago, y en la tercera la de san Hermenegildo.

Al pié de la gran cruz se colocará una enorme piedra que forme el altar, y ahora y siempre sirva la pirámide para gloria de las edades pasadas, recuerdo nuestro y punto de cristianas peregrinaciones á cuantos busquen en la Cruz un consuelo y una esperanza; en la Patria una madre, una gloria y una sepultura; en el Rey el padre de los pobres, el brazo de la justicia, el símbolo y accion de la autoridad, el guardador de las leyes y el primer

EL HOMBRE DEL PARACAIDAS EN BOMBAY (INDIA INGLESA)

Acto de soltar el globo en el patio de la casa del gobernador



La ascension

El momento crítico

Descenso feliz

cristiano, el primer español y el primer caballero.

Este monumento se construirá principalmente por suscricion general y pública, que empezará desde un real hasta ciento, porque tanto se aspira á reunir los fondos necesarios como á que sea costeada por los millones de españoles que son nuestros hermanos de corazon.

Habrá tres clases de suscritores: la primera es la ya indicada; la segunda, que se denominará de protectores, contribuyendo desde 100 pesetas; y la última, llamada de la Escala de la Cruz, compuesta por los que costeen un peldaño de los que formarán esta santa escalera, llevando el nombre del donador grabado en el paramento del escalon: por desconocer hoy el precio de cada uno no se fija, pero se publicará en breve.

El dia 8 de Mayo, centenario admirable del triunfo de la Iglesia católica en España, en cuya gloria y recuerdo se organizan todas estas festividades, quisiéramos se inaugurasen y bendijesen las obras del monumento, colocando la primera piedra.

Este es, pues, el programa que, con carácter general para toda España, formula la Junta central del centenario nombrada por nuestro augusto Jefe, y publicado con su sancion y por su órden, dejando al cuidado de las Juntas regionales y de provincias que nos propongan y realicen aquellas otras festividades que quisieran ó entendieren ser oportunas, posibles y particulares á la devocion, costumbres é historia de cada país ó localidad.

Rogamos á la brillante pléyade de publicaciones que con entusiasmo y constancia verdaderamente tradicionalistas sustentan la mejor doctrina y defienden con la mejor causa todos los fueros, desde los de la verdad hasta los de cada país, nos ayuden con su voz, de tanta resonancia como respeto y valer, abriendo y estimulando en sus entusiastas y generosas columnas las suscriciones para el monumento, y nos remitieran dos ejemplares de cada número de los que contengan listas de suscritores para, con todos, hacer un volúmen que se deposite en el seno de la pirámide con una copia de todas las actas y de todos los documentos antes citados.

Nada más queda por añadir; el programa está propuesto, y á vosotros, nuestros queridos, heróicos y consecuentes tradicionalistas, corresponde el realizarlo: ni las dificultades nos amedrentan, ni las dudas por el éxito se nos ocurren, porque todo lo grande, noble y extraordinario os es propio y característico. A vosotros que habeis recorrido con la paz en la conciencia, el heroismo en el corazon y la sonrisa en los labios, lo mismo el duro y amargo derrotero de la desgracia, como la gozosa, feliz y laureada via triunfal de la victoria; á vosotros, pródigos de sacrificios y avaros de honra, que supisteis ser héroes y sabeis ser mártires; á vosotros los que renegaríais de una Patria sin Cruz y de un pueblo sin Rey; á vosotros y á cuantos aspiren al triunfo de la unidad católica en nuestra abatida nacion, á todos llamamos sin exclusivismos ni reservas, y á nuestros hermanos pedimos ayuda para estas festividades, y á todos una oracion por la grandeza, paz y restauracion de nuestra antigua España.

POR LA JUNTA CENTRAL,

El Presidente,

MARQUÉS DE CERRALBO

Madrid, 27 de Marzo de 1889.

LA NAVEGACION SUBMARINA

II

A fines del siglo XVI Guillermo Bourne hizo en Londres la prueba de la navegacion submarina en un buque de su invencion: Cornelio Van Drebbel practicó otro ensayo en el Támesis á principios del siglo siguiente; y Day en Plymouth en 1774. Pero los dos primeros no han dejado sino sus nombres, y del tercero se sabe además que murió en la demanda.

A partir de esta época los ensayos de navegacion submarina toman ya un carácter verdaderamente científico. El norte-americano Bushnell construyó una embarcacion con objeto de hostilizar á los buques ingleses cuando estalló la guerra de la independencia. Era un bote pequeño, y tenia la forma de una concha bivalva herméticamente cerrada: en su parte superior llevaba un cilindro con ventanillos, que servia á la vez de entrada y de observatorio: por medio de una válvula, que se manejaba con un pié, se permitia entrar el agua necesaria para la inmersion del bote hasta una profundidad conveniente y que marcaba un manómetro. Arreglábanse los movimientos de propulsion, ascenso y descenso por medio de dos hélices dispuestas una encima de otra en un ángulo de 45°: la primera horizontal, é inclinada la segunda. Llevaba 200 libras de lastre, que á voluntad podia arrojarse, y con auxilio de una bomba impelente se echaba fuera el agua que admitia para la inmersion, subiendo otra vez el buque. No llevaba más que un tripulante, y éste sólo podia permanecer media hora debajo del agua por razon del poco aire respirable de que disponia, que era únicamente el contenido en la cavidad del bote cerrado. Bushnell limitaba sus aspiraciones y el papel de su bote á colocar de noche y por sorpresa en los fondos de las naves enemigas cartuchos con 150 libras de pólvora, que debian hacer explosion por medio de un aparato de relojería graduado de antemano.

Despues de Bushnell aparece Fulton dando un paso más con su *Nautilus*, así llamado por el nombre del animal cefalópedo del género *argonauta*. Dos hélices paralelas y horizontales servíanle de propulsor y de gobierno en su marcha, así como otra vertical le permitia el ascenso y la inmersion. Empleaba para la respiracion el aire comprimido. Fulton con dos hombres más se sumergió en la bahía de Brest (1801), recorriéndola en todas direcciones y permaneciendo cinco horas debajo del agua: colocó un torpedo cargado con cien libras de pólvora en los fondos de un buque preparado al efecto, y lo hizo volar en presencia de una numerosa Comision, entre la que se hallaban el almirante Villarez y otras personas caracterizadas en la ciencia y la marina. El torpedo consistia en una caja de cobre que iba amarrada á un palo en cuyo extremo habia un arpon destinado á clavarse en los fondos del buque enemigo. En esta disposicion se daba fuego al contenido de pólvora por medio de un aparato de relojería, ó por un percutor que con una cuerda y desde á bordo del *Nautilus* se hacia caer sobre el fulminante y determinaba la explosion. Napoleon I no apreció debidamente la importancia del invento de Fulton, y éste marchó á los Estados-Unidos, donde empezó la construccion de otro submarino, el *Mute*, que no pudo terminar porque le sorprendió la muerte.

En 1809 se construyó en Francia el submarino Coessin, cuyos ensayos se practicaron en el Havre con el nombre de *Nautile*. Llevaba una tripulacion de nueve hombres, y tenia por objeto dirigirse de noche hácia los buques ingleses y colocar en sus obras vivas cierto número de camisas embreadas; pero en la práctica no respondió á las esperanzas que teóricamente habia hecho concebir á las muchas personas que de él tenian noticia.

En 1821 el inglés Johnson, con el objeto de librar á Napoleon de su cautiverio de Santa Elena, construyó un barco-buzo de 100 piés de eslora, pero no lo utilizó para su designio, porque no estuvo concluido en la fecha requerida, ó sea el 5 de Mayo de 1821. Pasados dos años navegó por el Támesis el mismo Johnson, dentro de su buque, acompañado de varias personas, permaneciendo encerrado con ellas ocho ó diez horas consecutivas sin experimentar la menor molestia.

En 1824 el inglés Shuldam fabrica en Portsmuth un buque auto-sumergible, con el que desciende á 30 piés de profundidad; y en 1825 Montgery, oficial de la marina francesa, traza los planos del *Invisible*, de 86 piés de eslora, 23 de ancho y 14 de altura máxima; pero no llegó á terminarse.—Durante la guerra del Scleswig-Holstein (1851) un oficial bávaro de artillería probó otro en Kiel.

En 1853 el inglés Nasmyth ideó un buque semisumergible, especie de cureña flotante que debia soportar un poderoso mortero, cuyo objeto era dirigir sus tiros entre dos aguas contra la obra viva del buque enemigo.

Luego apareció en 1855 el buque-buzo del mecánico ruso Bauer, que maniobraba bastante bien y permanecia sumergido unas ocho horas seguidas.

Cuatro años despues Monturiol con su *Ictineo* tenia en expectacion al mundo marítimo, que seguia con interés, con recelo y con envidiosa mirada el invento del modesto y oscuro obrero catalan.

(Se continuará)

EL CASTILLO DE CHAVAGNE

LEYENDA BRETONA

I

En medio de los eriales areniscos que hay entre la villa de Chavagne y los bosques del mismo nombre, se nota una elevacion de terreno que parece procedente de las ruinas de algun antiguo castillo feudal. Despojadas de toda vegetacion, así la llanura como las colinas de los alrededores, ofrecen el aspecto de un lugar de desolacion, que las gentes del país evitan cuidadosamente, sobre todo á la caida de la tarde. ¿Se extendió algun dia la venganza del cielo sobre aquel valle temido? Las piedras dispersas y las rocas ennegrecidas por el tiempo; algunos brezos y matorrales sin flores y mustios que parecen haber brotado de entre las cenizas de un incendio; algunos troncos de árboles seculares que extienden, como fantasmas, sus trémulos brazos por encima de los barrancos... todo se une para formar un fúnebre concierto.

Aquí se elevaba en otro tiempo el castillo del baron Manfredo de Chavagne. La negra torre del homenaje, más propia para inspirar terror á los habitantes de las comarcas circunvecinas que para elevar por los aires la señal de la proteccion y de la caridad; otra torre, llena de estrechas saeteras, coronada de amenazadoras almenas y rodeada de profundos fosos; y luego, para hacer más difícil el acceso, un círculo de barrancos cubiertos de espeso bosque y de malezas; tal era la morada del terrible Baron.

Hombre sin fe ni ley, vivia en aquel lúgubre

castillo, sin otra compañía que la de un puñado de hombres de armas tan salvajes como él. La antigua torre era el último asilo que le quedaba; el saqueo y el pillaje, su único recurso; el furor, el alimento de su vida, reprobada por las leyes divinas y humanas.

Una tarde, víspera de un dia festivo, Manfredo volvia al castillo con su gente cuando encontraron por el camino á un pobre mendigo, conocido en el país por su piedad. Al verle, una idea diabólica cruzó por la mente del Baron.

—¡Ola! viejo Luk,—gritó:—vén aquí á nuestro lado, y síguenos al castillo, en donde te divertirás y nos acompañarás en el festin.

—Dejadme, señor, por piedad. Voy de parte del párroco á llevar pan á un pobre ciego. Vive lejos de aquí, y es preciso que esté de vuelta esta noche, porque de otro modo faltaria á la misa mañana por la mañana.

—Tanto mejor: vente con nosotros. Mi castillo dista poco de la iglesia; y quiero ir mañana con casco, botas y espuelas, á cantar en el facistol contigo y con mi escudero Grip que ves aquí... ¿Qué te parece, maese Grip?

—Que es una idea magnífica,—respondió éste soltando una carcajada infernal.—¡Cómo nos vamos á divertir!

A estas palabras los soldados se echaron sobre el viejo mendigo, y colocándole entre sus filas, llevárónle consigo. En esto se hizo de noche, y pronto estuvieron reunidos todos los habitantes del castillo para sentarse al festin segun costumbre. Luk fué relegado á un rincon oscuro del aposento, desde donde contempló con disgusto y compasion á la vez la orgía á que se entregaron á su presencia.

La sombría pieza estaba bastante mal iluminada por la vacilante luz que despedian algunas teas sostenidas con hierros clavados de intento en la pared. Al ver á aquellos bandidos sentados al rededor de una larga mesa de encina, vociferando y gesticulando espantosamente, hubiérase dicho que aquello era un banquete de condenados. Sentado á la cabecera de la mesa, Manfredo daba el ejemplo de la embriaguez y del furor. Largo rato hacia que habia concluido la cena, pero la orgía duraba aún. Rugia á la sazon una deshecha tempestad, y sin embargo apenas se distinguia el ruido del trueno entre aquellos incesantes clamores.

La violencia de la tempestad iba cada vez más en aumento; la torre temblaba hasta en sus cimientos; la última tea que humeaba todavía se desprendió del muro y al caer se apagó.

—¡Maldicion!—gritó el Baron,—quiero ver quién será más fuerte. ¡A mí vosotros!—añadió levantándose.

Echa mano á la espada y sube con paso tardo, pero seguro aún, la escalera que conduce á la plataforma de la torre. Grip con algunos soldados siguen á su señor. Viósele entonces escalar el parapeto que corria por encima de las almenas, llevando en una mano su copa y en la otra su larga y vieja espada. La tempestad arreciaba por momentos; el viento gemia á lo lejos en el arenal y en los fosos del castillo. Del interior del bosque salian unos como ahullidos quejumbrosos, que hubieran llevado el espanto y el arrepentimiento á un alma menos endurecida que la del Baron. Mas él, de pié encima del elevado repecho de la torre, clavando en el firmamento amenazadoras miradas, blandia la espada y parecia desafiar la cólera del cielo.

De repente resonó encima de la torre del homenaje un trueno más fuerte que los otros; una nube espesa y negra, que parecia tocar las veletas, se rasgó arrojando sobre la torre un largo surco de llamas. Manfredo hizo voltear la espada por encima de su cabeza, como si quisiera cortar la serpiente de fuego que le rodeaba; y luego echando, en el colmo de su furor, una horrible imprecacion, arrojó á la nube la copa que tenia en la mano...

¿No basta de crímenes y de audacia, Baron impío? Llenaste tu copa; echaste la gota que la hace rebosar; mira como salta á pedazos en tus manos; tú mismo la has roto. Pero la paciencia del cielo es aún más grande que la audacia de tus nefandos crímenes... Dios aguarda: no te detengas en tu camino... Dios pesa tus acciones: luego sonará tu hora.

II

Las campanas, con voz piadosa y solemne, convocaban á los fieles al templo, en donde el Cura iba á celebrar la misa mayor... ¡Tierno y conmovedor sacrificio de Aquel que se inmoló por todos!

Una tropa de hombres armados, sobrexcitados aún por nocturna orgía, avanzaba en direccion á la capilla, con grande admiracion, ó por mejor decir, con grande espanto de los que los veian pasar. A su aproximacion la gente asustada abria calle inmediatamente, porque aquellos hombres terribles prodigaban las injurias y los golpes de alabarda á los inofensivos habitantes del campo. Por fin, el Baron y su cuadrilla, llevando en medio de ellos al cuitado Luk, entraron con grande estrépito en la iglesia. Manfredo, con el casco en la cabeza y la daga al costado, se dirigió al altar en actitud insolente.

—Atrás, paisanos,—exclamó el mal creyente;—he prometido á Luk, aquí presente, que cantaria con él en el facistol.

—Despejar,—gritó Grip, empujando á los cantores;—¡plaza al valiente señor de Chavagne!

—¡Misericordia!—murmuró Luk cayendo de rodillas.

El párroco, á quien habia llenado de indignacion tan inaudito descaro, se retiró del altar y salió al encuentro de los profanadores. Lleno de confianza en la majestad de su sagrado carácter, extendió sus brazos hácia los impíos á fin de impedirles que consumaran el sacrilegio; pero sólo consiguió excitar más el furor del Baron.

—Lo he jurado,—exclamó éste;—y cantaré á despecho de tu sotana. Así que, atrás, ó sino cojo capas, cirios y misales y lo echo todo al fuego.

—Retiraos, miserables; no vengais á turbar el santo sacrificio que voy á ofrecer por vuestros pecados.

—¡Atrás, te digo!—replicó el señor con voz ahogada por la ira.—Nada ni nadie me impedirá cumplir mi juramento.

—Antes tendréis que pasar por sobre mi cuerpo,—repuso el sacerdote cruzando los brazos sobre el pecho.

Entonces se vió una cosa horrible; un grito de terror se escapó de todos los pechos, y todos los fieles cayeron de rodillas, con la frente pegada al pavimento.

Manfredo habia levantado contra el sacerdote su puño cubierto con un guante de hierro... Mas Dios no permitió que se consumase por completo el sacrilegio; porque en el momento en que caia la mano parricida, se habia interpuesto Luk, y su rostro bañado en sangre atestiguaba la violencia del golpe. Sólo Grip tuvo el atrevimiento de reirse ante aquel infame espectáculo, como rien sin duda los condenados en el infierno. Luego Manfredo salió de la capilla con paso vacilante, como un hombre que hubiese sido herido por un brazo vengador.

Por encima de los bosques que rodeaban la mansion señorial se extendia un resplandor rojizo y encendido, y se elevaban por los aires grandes torbellinos de humo.

—Caminemos, caminemos más aprisa,—dijo Manfredo, y en su aturdimiento arrojó las armas á fin de acelerar sus tardíos pasos:—casi diria que se ha prendido fuego en el castillo.

—¡Oh! no, mi señor,—respondió Grip, siempre con su satánica risa.—Es el reflejo de un incendio que sin duda consume alguna casa de las cercanías.

—Mas yo veo volar las chispas por encima de las almenas... Sí, es mi castillo que arde!

Al pronunciar estas palabras, el señor cayó de rostro en tierra. Sus cobardes compañeros emprendieron todos la fuga; sólo el pobre Luk se quedó á su lado.

Y, en efecto, el castillo de Chavagne se derrumbaba, consumido por el fuego del cielo. Las llamas salian por las troneras, y estrechaban á la maldita morada señorial entre sus chispeantes y desapiadados brazos... Al fin la torre se entreabrió y se desplomó llenando los fosos con sus humeantes escombros.

III

Al anochecer la tempestad se habia disipado; las sombras de la noche se extendian ya por las bóvedas del solitario templo. El párroco entró en él por una puerta lateral, y fué á arrodillarse ante el altar para hacer su acostumbrada oracion. En especial imploró las divinas misericordias para el sacrílego que habia profanado el templo de Dios. Cuando hubo concluido su oracion, se dirigió á la puerta de la iglesia. Al llegar cerca de las fuentes bautismales, observó á los piés de los silenciosos ángeles que las sostenian, dos formas humanas inmóviles, á manera de dos sombras. Adelantándose hácia aquel lado, tocó por el hombro al primero de aquellos misteriosos personajes, y con grande admiracion suya reconoció al viejo Luk, que oraba de rodillas sobre las duras baldosas de piedra; y como el sacerdote le interrogara más bien con el gesto que con la voz, el pobre respondió muy bajo:

—¡Ay! es él, es él mismo. Despues de haber visto extinguirse las últimas llamas del incendio que ha consumido su morada, quiso venir aquí; pero al pobre le flaqueaban las piernas, y le he llevado casi á cuestas hasta aquí en donde está gimiendo largas horas há.

—No oigo ningun gemido,—dijo el sacerdote;—no se mueve. ¿Si habrá Dios convertido esa alma endurecida?... Respetemos su dolor.

Al pronunciar estas palabras el párroco se arrodilló al lado del mendigo, y esperó, abismado en una meditacion llena de angustia.

Sin embargo, las horas transcurrian. Espesas tinieblas llenaban los arcos de la capilla. No se oia el menor ruido á excepcion del apagado murmullo del viento, que silbaba bajo las góticas bóvedas, y el andar pausado del viejo reloj, fúnebre como la marcha del tiempo...

Movido por un secreto presentimiento, el sacerdote se levantó por fin y se inclinó sobre el infeliz Baron, cuyo cuerpo inerte habia caido aplomado sobre sí mismo.

—¡Justo Dios! murmuró, habeis llamado al culpable á vuestro tribunal: Señor, tened misericordia de él!

EL AGUA Y EL AIRE

Nada más ameno que recorrer en alas de la fantasía los delicados y graciosos fenómenos que constituyen la vida de esos misteriosos *agentes* de la naturaleza que llamamos agua y aire.

¡Agua! ¿Quién no se complace al contemplar

como desciendes en hilos de plata desde empinada cumbre, hasta llegar á la pradera que compasiva los recibe en su florido seno? Tú lloras en las fuentes el silencio sepulcral de la noche, y celebras alborozada la venida de la riente aurora. Cual plateada culebra discurres juguetona por la verde alfombra, saludando con blando y suave murmullo á las flores que agradecidas humillan su dorado cáliz para erguirlo despues con gentileza salpicado de perlas y esmeraldas. Y como si esto fuera poco, llamas á los arroyos y á las fuentes, y en amistoso consorcio te aprestas intrépida y solícita á bañar los enjalbegados muros de las ciudades, arrullando con bullicioso susurro á sus pacíficos moradores.

Pero cuando majestuosa dominas la tierra, y te presentas en ese piélago insondable que llamamos mar, yo te veo prestar apoyo al intrépido y arriscado marinero genovés, que por ignotos derroteros se lanza desafiando las tempestades con su débil flota en busca de un mundo desconocido.

Tú vas á ser testigo de una de las más estupendas invenciones que vieron los siglos. En el gentil mar gaditano acabas de recibir generosa á un informe y monstruoso *cetáceo*, fruto del arte y conquista de un genio invicto que rápido como el vértigo salvará las distancias, se burlará de las tempestades, y cual fiero Marte fulminará rayos desde tus mismas entrañas á quien le niegue vasallaje.

A tí se te debe ese aéreo fantasma, invisible, impalpable, sin color, forma ni nombre, que aprisionado en una caldera corre vertiginoso á despertar con su penetrante grito á los pueblos del letargo de la barbarie, atravesando llanuras, rellenando valles y surcando las encrespadas olas hasta allende los mares.

En tí se forja, seguido del trueno que retumba, el rayo que furioso derroca las vetustas torres do gime dolorido el sacro bronce las fúnebres conquistas y fatídicos exterminios de la Parca implacable.

Tuyo es el helado rocío de la mañana, que esmalta el campo y la pradera.

Tú eres la que cual blanca paloma embelleces la cima de los Alpes y las crestas y picachos de las empinadas montañas: y cayendo cual copos de espuma de plata, argentas el caserío de la callada aldea que sufre aterida los rigores del invierno.

En tí encuentra hospitalidad, así el diminuto infusorio que inquieto juguetea, como la monstruosa ballena que avanza majestuosa por los mares.

Tú eres el hábil artista del coral y de la perla.

Tú, en fin, despues que un sacerdote del Altísimo derrama sobre tí las bendiciones del cielo, pones en precipitada fuga las tartáreas legiones del báratro iracundo, y sirves de celestial medicina que regenera á los mortales de los estragos de la prevaricacion paradisíaca.

*

¡Aire! Yo lamento la pobreza de tu nombre, ya que eres la lengua de la naturaleza, sin la cual estaria eternamente silenciosa.

Por tí los pintados pajarillos saludan con sus arpadas lenguas á ese *Fenix* flameante á cuya presencia huyen las sombras de la noche y se doran las cumbres de las altivas montañas: el filarmónico ruiseñor, en esas noches de Mayo en que anda mezclado lo bello con lo sublime, dedica sus apasionados trinos y gorjeos á su amada pareja; y la tórtola gime solitaria mirando quejumbrosa á la luna que rutila tibia y melancólica.

De tu seno salen, al destellar la sonrosada luz de la aurora, las frescas auras matinales, esparciendo por doquier generosas las perlas regaladas por el alba que llora. Tuyo es el furioso aquilon en cuyas alas cabalga el espíritu del Señor desatando la furia de las tempestades, que vengan las prevaricaciones de la tierra.

Tú eres el fiel mensajero que acompañas en confuso cortejo las semillas de la vegetacion á vestir de verdor y galanura los campos, los valles y los collados; y el generoso vehículo en que viaja la madre Flora, esparciendo á manos llenas las flores y encantos de la risueña primavera, y difundiendo la abundancia por medio de esas bodas invisibles que los átomos celebran en el espacio.

Por tí se mueven las aspas que ponen en revolucion la pesada piedra del rústico molino que convierte en finísimo polvo el trigo que formara la dorada espiga del mes de Mayo.

Tú das pábulo á la fragua, alimento al horno, pasto á las llamas; y merced á tu influjo el platero elabora la soldadura, esmalta el oro y entreteje la filigrana.

¡Oh aire! «¡Qué seria del mundo sin tí!» ha dicho un gran filósofo. Y no sólo influyes en el mundo material, sino que extiendes tu dominio á las sublimes y levantadas regiones del mundo moral, idealizando los sonidos. La conquista más feliz del hombre en la tierra fué encerrarte en unos tubos de plomo, someterte al fuelle de un instrumento musical, donde esperas anheloso la libertad de la mano de un hábil artista para hablar agradecido el sonoro y mágico lenguaje de la música; elevando el espíritu en alas del sentimiento más dulce, con los celestiales arrullos que lo arroban, como si rotos los grillos del barro que lo aprisionan se encontrase contemplando la luz divina, envuelto en los pliegues esplendorosos de su luz.

Pero esto es poco para la ambicion del espíritu moderno. Hoy se quiere que el aire cante y pronuncie por medio de figuras mecánicas; se le comprime en unos tubos subterráneos, y se le

¡MI POBRE MARIA! (ACUARELA DE AUGUSTO CORELLI)

obliga á llevar cartas y telegramas; lo manda por un *alambre telefónico*, y solícito corre con la palabra viva á donde se le espera. Pero el portento de ese mágico fantasma es que despierta las palabras dormidas en el duro metal y habla por el fonógrafo. Y como si estos servicios fuesen pequeños, todavía reserva al genio la más grande apoteosis para el dia en que el aeronauta suspendido en las nubes pueda dar rumbo y condicion certera de caminar á su globo aerostático.

*

¡Ah, poetas, poetas! Pasais la vida dedicando tiernos epitalamios al consorcio del sol y de la luna, sin caer en que esas nupcias pertenecen al órden quimérico de vuestra fantasía, y no cantais las nupcias del agua y el aire, sin duda porque carecen de corporeidad, de facciones y de luz. A reparar este descuido he querido dedicar las primicias de mi musa novel y ruda, pagando así justo tributo á esos elementos esparcidos con prodigalidad por la Providencia para utilidad y diversion nuestra. ¡Bendita Providencia! ¡mil veces bendita!

FERNANDO SOLANILLA

Barbastro, Marzo de 1889.

LA PECADORA DE LA CIUDAD

VI

Entre tanto Jesús habia llegado á la ciudad, y un fariseo llamado Simon, hombre de autoridad entre ellos por su saber y su riqueza, le invitó á comer en su casa, movido de la curiosidad de conocerle.

En vista de su empeño, Jesús subió á su suntuosa morada acompañado de los discípulos.

El portal, los jardines, la calle, se hallaban cuajados de gentes; y media docena de jayanes apenas podian contener á la multitud que seatropellaba en las puertas.

Magdalena, con un magnífico vaso de alabastro lleno de bálsamo, llegó con grandes dificultades á la entrada. Al pronto los criados la rechazaron con malos modos; pero, habiéndola reconocido luego, se apresuraron á abrirle paso, no poco asombrados de ver con aquel traje, y en casa de un fanático fariseo, á una mujer tan renombrada en Judea por su lujo y su disipacion.

Ella siguió adelante, y al pisar la puerta de la sala, la primera mirada que se encontró con la suya fué la de Jesús, que se fijó en ella como si la hubiera estado aguardando.

La jóven se adelantó, y Simon, que se hallaba á su paso, se desvió bruscamente al verla, como si hubiera temido que le contaminara su contacto. Ella lo observó, y á pesar del desprecio que le inspiraba su secta, aquella especie de religioso horror á los ojos del Señor heló su sangre en las venas.

Y lo peor era que, así como el fariseo, los discípulos y demás convidados estaban escandalizados de ver á una mujer de tan mala reputacion queriendo hablar al Maestro.

Un sordo murmullo se levantaba por todos lados, que sólo contenia el respeto al Señor.

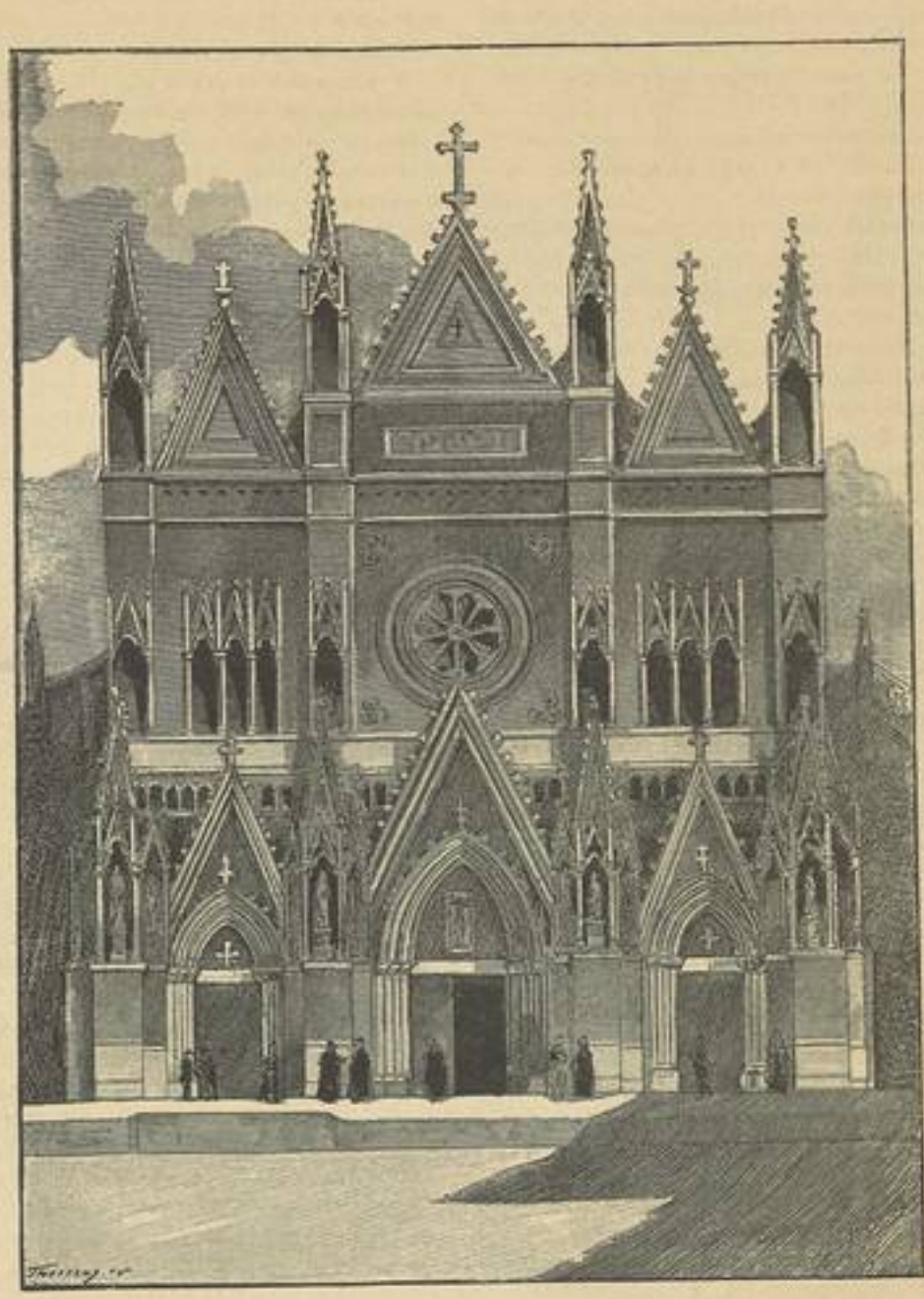
Algunos discípulos, acercándose á Simon, le dijeron:

—¿No habrá nada que respete esta infiel? ¿Has convidado al Maestro para exponerle á entrevistas de esta especie?

—¿La conoce El?—preguntó Simon.

—El Maestro no conoce ni quiere tratos con esas orgullosas poderosas del mundo; por lo cual harás bien en advertirle qué clase de mujer es.

—No,—repuso el fariseo con maligna sonrisa.—¡Hemos de ver lo que hace! ¿No decís que es profeta? Pues Dios le revelará quién es.



NUEVA CATEDRAL CATÓLICA DE PEKIN

Dicho esto se acercó á Jesús, gozando con la ocasion que se presentaba de perder su reputacion, si, como parecia, se descuidaba en dar acogida á la mujer que era el escándalo de Israel.

Magdalena entre tanto, habiéndose arrojado á los piés de Jesús, principió á regárselos con sus lágrimas, *y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies y los ungia con el ungüento.*

Jesús, acercando los labios á su oido, pronunció palabras de misteriosa uncion que derramaron una celestial felicidad en el alma desolada de María.

Y cuando esto vió el fariseo que le habia convidado, dijo entre sí mismo:

—Si este hombre fuese profeta, bien sabria quién y cuál es la mujer que le toca, porque pecadora es.

Y Jesús dijo:

—Simon, te quiero decir una cosa.

Y él respondió:

—Maestro, dí.

—Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debia quinientos denarios, y el otro cincuenta; mas como no tuvieran de qué pagarle, se los perdonó á entrambos. Dime, pues: ¿cuál de los dos le debe amar más?

Respondió Simon:

—Pienso que aquel á quien más perdonó.

—Rectamente has juzgado.

Y volviéndose hácia la mujer, dijo á Simon:

—¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para los piés; mas ésta con sus lágrimas ha regado mis piés y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta desde que entró no ha dejado de besarme los piés. Por lo cual te digo que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho.

Y dijo volviéndose á ella:

—Perdonados te son tus pecados.

La jóven volvió á postrarse á sus piés, derramando lágrimas de dicha.

Y los que comian allí comenzaron á decir entre sí:

—¿Quién es éste que aun los pecados perdona?

Pero Jesús, tomando de la mano á María, la dijo con expresion de infalible autoridad y de celestial dulzura:

—Tu fe te ha hecho salva. Mujer, véte en paz.

Desde aquel dia Magdalena sufrió una completa transformacion. No puede expresarse con palabras humanas la alegría que arrojó en su alma la bondad del Salvador.

Al fuego del poderoso sentimiento que absorbia todo su sér, su complexion delicada se rehizo completamente, y no habia fatiga que la cansara, ni sacrificio, por penoso que fuese, que dejara de aceptar con placer.

A todas horas y á todos momentos sus labios repetian con indecible fruicion aquellas palabras que abrian á su alma horizontes de amor y de dicha, y que resonaban en sus oidos como el eco de los sueños y de las esperanzas que llenaban su existencia.

—¡Perdonados le son sus muchos pecados porque amó mucho! ¡Tu fe te ha hecho salva! ¡Mujer, véte en paz!

¡El amor! ¡el amor! ¡Hé ahí confirmados por las palabras del Maestro el principio de fe y de vida, la luz de la redencion humana, el lazo del alma con Dios!

¡Amar y ser amada! ¡Oh! ¿quien sabe,—pensaba ella,—si á fuerza de abnegacion y constancia llegará á mirarme con bondad? ¡Y de todos modos, al menos yo puedo amarle cuanto quiero; y le amaré, sí; pobre ó rica, sana ó enferma, viviendo y despues de morir! ¡Sí! Aunque no encontrara más que lágrimas y amargura y oprobios en mi cariño, aunque tuviera la desgracia de no ser acogida por Tí, yo te amaria siempre, ¡dulce Jesús mio! porque prefiero con tu amor el llanto, que la dicha sin tu amor.

Bien conoció el Divino Maestro la sinceridad y la firmeza de la ardiente conversion de la Magdalena. Jamás corazon humano latió con un sentimiento más puro é intenso que el suyo; nunca pasion más vehemente se unió á respeto tan sagrado y á tan santa adoracion. Clavada constantemente á los piés del Profeta, sus palabras eran su alimento, sus miradas su alegría, verle todo su afan: y siempre ardiendo en nuevas ansias, y satisfaciéndolas siempre aunque sin saciarse jamás, bien puede asegurarse que la existencia de aquella alma ardiente fué desde su vuelta á la gracia un dulce suspiro de amor.

Aquel cútis tan delicado y aquella sensibilidad tan irritable, que el pliegue de una cinta, que el roce de un brillante, que un olor desagradable bastaban á herir poco antes, tuvieron que someterse á la aspereza de un cruel cilicio y á cuanto puede inventar de doloroso una alma arrepentida que quiere borrar á fuerza de penitencia y sufrimiento el recuerdo de una vida de escándalo que la hacia estremecer de horror.

Pero, por valiente que fuera su espíritu, por poderosa que fuera la fuerza de su virtud, aquel cuerpo era suyo, y no dejaba de protestar á cada paso con horribles sufrimientos contra aquella piadosa crueldad que arrancaba más de una vez lágrimas de dolor á sus ojos.

Pero Jesús estaba allí, á su lado, para fortalecerla, y una palabra, una mirada suya bastaban á embotar sus dolores y volver la calma á su pecho, inundándola en torrentes de mística fruicion.

(Se concluirá)

EL PROTO-MÁRTIR ASTURIANO

La ínclita Orden de santo Domingo de Guzman viene siendo desde tiempo inmemorial la predilecta y escogida por muchos hijos de la noble Asturias, para consagrarse en ella á la vida apostólica.

La historia nos muestra en todas las épocas hombres eminentes en la virtud y en las ciencias, nacidos á la sombra de esas montañas. Mas faltábale un solo floron que agregar á las ilustres páginas de la inmortal Asturias, y no podia labrarse en la tierra-patria. El elegido para consumar esta obra no es un valiente guerrero, ni un hábil artista, ni un orador fecundo que tiene pendiente de sus labios á un inmenso auditorio: es un humilde fraile, hombre ascético, nacido en el pueblo de Córtes, parroquia de Cienfuegos: el Ilmo. Fr. Melchor García Sampedro, vicario apostólico del Tong-king central, donde murió mártir á la edad de treinta y siete años, el 28 de Julio de 1858.

Su sangre derramada por la fe de Jesucristo en tan lejanas tierras ha dado nueva vida y vigor á los cristianos anamitas, ha enfervorizado á sus hermanos de Orden, y sus restos mortales vienen hoy como reliquia preciosa á descansar en la Catedral ovetense.

¡Regocíjate, noble tierra de Asturias, y prepárate á recibir las cenizas de uno de tus más ilustres hijos: ángel tutelar que hace treinta y un años canta el *Hosanna* en la celestial Jerusalen! Resuenen por doquier gritos de júbilo que unidos al alegre repique de las campanas feliciten al héroe y al Proto-mártir asturiano.

Asturias, ese rincon de España que tanto brilla en la historia-patria, es la que da más contingente de sabios y hombres pensadores relativamente á su territorio. ¿Cómo era posible que en el brillante coro de los Mártires no se viera un hijo de Asturias ostentando en la palma ganada en medio de los más crueles tormentos la excelsa *cruz de la victoria?*

Un ilustrado sacerdote de la diócesis de Oviedo ha escrito de mano maestra la vida y martirio del Proto-mártir asturiano, y un extracto de ese libro circula además por los pueblos de aquel Principado, levantando el entusiasmo de los astures por las glorias de su insigne hijo.

Plácenos tomar de allí, para conocimiento de nuestros lectores, los rasgos más salientes de su vida de religioso y de misionero, juntamente con algunos pormenores de su martirio.

Despues de pasar los años de su infancia alejado del mundo y de sus peligros, dedicado al estudio, nutriendo su alma con la piedad, enriqueciéndola con todo género de virtudes, quiso ser religioso de santo Domingo para consagrarse á las Misiones de Asia, y vistió el hábito de la Orden en el Colegio de Ocaña el 16 de Agosto de 1845. Del fervor con que se aprovecharia de las gracias y ventajas de la vida religiosa, dió fe el Comisario general de la Orden, que decia:

«En los años que permaneció en este Colegio, yo que tuve la dicha de vestirle el santo hábito soy testigo de su vida fervorosa é inocente. El M. R. P. Fr. Blas Corbera, que le trataba más de cerca por haber sido su maestro de novicios, no halla palabras con que ponderar sus virtudes. Siempre se le encontraba afable, modesto, humilde y fervoroso. Aunque habia terminado los estudios mayores en el siglo, tenia tan mortificada la propia voluntad, era tan obediente y sumiso, cual si se hubiera educado en el claustro desde su niñez. En fin, su Maestro de novicios, compendiando en pocas palabras las prendas y virtudes de este joven recomendable, dice que nada se exagera en el panegírico del V. Melchor porque era un Angel.»

El afan de toda su vida habia sido el apostolado y el martirio, predicar el sagrado Evangelio á los pobres infieles y morir por la fe de Jesucristo. Por esto se llenó de júbilo cuando sus superiores lo destinaron á las islas Filipinas; porque desde allí le seria más fácil obtener el competente permiso para pasar á las Misiones del Tong-king, logrando al fin ver satisfecho el ardiente anhelo de su alma.

Sabido es que el Tong-king forma parte del Imperio anamita y tiene triste celebridad por las terribles persecuciones suscitadas contra el nombre cristiano, especialmente la del emperador Tu-Duc, que duró seis años y en ella recibieron la palma del martirio cuatro Obispos y 30,000 cristianos.

En Octubre de 1848, el V. Melchor, lleno de júbilo su corazon de apóstol, entró en el Tong-king para consagrarse á la conversion de aquellos infieles, empezando una vida llena de trabajos y privaciones. Entre las obras de su fecundo apostolado cuéntase la fundacion de un Colegio donde se educaban muchos niños en el santo temor de Dios y se instruian en las letras humanas. ¡Hermoso semillero de mártires! En un solo dia fueron sacrificados treinta de aquellos niños.

A los siete años de estar en el Tong-king, y cuando no tenia más que 34 de edad, fué nombrado Obispo titular de Tricomia, Coadjutor del Vicariato Central. Su consagracion episcopal se efectuó el domingo 16 de Setiembre de 1855, festividad de la Vírgen de los Dolores, y como era grande el amor que le profesaban los piadosos cristianos de aquel país, aquel acto fué uno de los acontecimientos más notables que se habia visto allí, habiendo concurrido muchos millares de personas de diferentes distritos.

Un año despues moria mártir el Vicario Apostólico, y desde entonces el V. Melchor quedaba al frente del Vicariato Central.

La vida del Venerable fué un conjunto de virtudes, de trabajos y sacrificios que él mismo se imponia para dar gloria á Dios y extender su reino. Viajaba siempre de noche, á pié y descalzo: predicaba casi todos los dias, y lo hacia con tanto fervor, que más de una vez arrojó sangre por la boca despues de sus sermones: procuraba en todas partes la gloria de Dios, la conversion de los pobres infieles y la perseverancia de aquellos buenos cristianos.

En su ardiente deseo de sacrificarse por Dios y por sus hermanos los pobres idólatras, llegó á manifestar á los religiosos misioneros su propósito de presentarse voluntariamente á los mandarines para confesar la fe de Jesucristo: desistiendo tan sólo ante la unánime resistencia de los misioneros, que no se resignaban facilmente á separarse de su amado Pastor.

Al fin le prendieron los enemigos del nombre cristiano el dia 7 de Julio de 1858 en una aldea llamada Kien-lao. Al dia siguiente fué conducido, dentro de una jaula, á la capital de la provincia, Nam-dinh, con sus dos fámulos Domingo Hien, de 21 años, y Domingo Kiep, de 19.

En los veinte dias que estuvo en la cárcel se le privó de toda comunicacion; y el 27 del mismo mes sufrió el martirio con sus dos discípulos. A nadie sorprendió la terrible sentencia, porque las heroicas virtudes y el celo incansable del venerable Melchor habian excitado contra él el furor de sus enemigos.

Los detalles de su martirio se saben por la relacion de un Misionero que disfrazado tuvo el valor de asistir á tan terrible espectáculo y ser testigo de la constancia y resignacion del venerable Obispo. A las siete de la mañana los dos fámulos fueron sacados de la cárcel y conducidos por la tropa al lugar del suplicio. Clavaron los verdugos dos postes en el suelo, atando un mártir á cada uno de ellos y maltratándoles bárbaramente durante una hora. Despues sacaron al santo Obispo del calabozo, sin más ropa que un pantalon, llevando al cuello una cadena que pesaba setenta libras y teniendo un breviario ó diurno en la mano: rodeado de soldados fué conducido al lugar donde estaban los dos santos jóvenes. Al verse delante de sus dos amados discípulos, les exhortó á la fortaleza y les dió su bendicion. Luego, en presencia del V. Melchor, cortaron las cabezas á los dos jóvenes y las arrojaron al aire. Terminado el martirio de los dos fámulos, echaron violentamente al suelo al venerable Obispo, y estando tendido de espalda, ataron á sus muñecas y tobillos unas cuerdas que, tirando fuertemente, sujetaron á unas estacas clavadas en tierra. Pusieron otras estacas á los lados del pecho y de los muslos, y las dobla-

ron por encima del cuerpo para sujetarle. Estando en tan dolorosa posicion, los verdugos, armados de hachas sin filo, empezaron á cortar sus piernas por sobre las rodillas, dando en cada una de ellas más de doce golpes; luego hicieron lo mismo con los brazos, dando en cada uno seis ó siete golpes. Al llegar aquí enmudeció la lengua del V. Melchor, que no habia cesado de invocar el dulce nombre de Jesús, única palabra que se le oyó durante el martirio. Despues cortaron su cabeza, abrieron su vientre y arrancaron sus entrañas. La cabeza del Venerable fué colocada en un cesto y colgada en la puerta meridional de la ciudad: las entrañas fueron igualmente colgadas en la puerta oriental. El dia 29 destrozaron la cabeza y arrojaron los pedazos al mar. Despues del martirio del V. Melchor, envolvieron su cuerpo y lo echaron á una fosa que estaba preparada junto al lugar del suplicio, y despues de cubrirla con tierra, no pudieron conseguir que la pisoteasen los elefantes, por más esfuerzos que se hicieron al efecto. Esta resistencia tenaz y no acostumbrada de los elefantes llamó la atencion de los concurrentes, y habiéndose dado cuenta al Emperador, mandó matarlos con grande aparato militar.

Los cristianos recogieron las sagradas reliquias de su Pastor y las conservaron con gran veneracion: la muerte del santo Obispo de tal manera impresionó á todos los espectadores, que muchos de ellos abrazaron el catolicismo, única religion que puede infundir en el hombre tanto valor, tanta constancia y tanto sacrificio.

Los restos del Protomártir asturiano llegaron á Barcelona el dia 3 de este mes, conducidos desde Manila en el vapor *Santo Domingo*. ¡Feliz coincidencia! Los restos mortales de un preclaro misionero, mártir de la Fe, han venido cubiertos por la bandera de un buque que ostenta el glorioso nombre del fundador de esa esclarecida Orden que han realzado tantos y tan extraordinarios hombres ilustres por su ciencia y su virtud.

†

A la pérdida del cardenal Ledochowski, de la que dimos ya cuenta en otro número, hemos de agregar otras dos no menos sensibles y dolorosas, tambien de individuos del Sacro Colegio de Cardenales: los Emmos. Pitra y Sacconi.

—El cardenal Juan Bautista Pitra, obispo de Porto y de Santa Rufina, y bibliotecario de la santa Iglesia romana, era natural de Champforgueil, diócesis de Autun, donde nació el 31 de Agosto de 1812. Despues de brillantes estudios en el Seminario, ordenóse de presbítero y en breve se le confió la cátedra de Retórica. Durante esta primera época de su vida sacerdotal escribió su *Histoire de Saint-Léger* y encontró la famosa inscripcion de Pectorius que hizo su nombre célebre. Esta inscripcion griega, perteneciente al siglo II de la Era cristiana, era un magnífico testimonio de la presencia eucarística y mostraba el simbolismo cristiano unido á la cuna misma de nuestra fe.

Cuando el célebre Dom Gueranger restableció en Solesmes la Orden Benedictina, el jóven y distinguido catedrático fué uno de los primeros en acudir al llamamiento del eminente religioso, y apenas salido del noviciado en Solesmes, fué enviado como prior á la casa de París.

De esta época datan los sumarios de la Patrología de Migne y la parte que tomó en tan importante publicacion. Un viaje á Holanda motivó la publicacion de la *Holanda católica* y un *Estudio sobre los Bolandistas*. Las bibliotecas que Dom Pitra frecuentó fueron el origen del *Spicilegium Solesmense* (cuatro tomos); y como descanso de sus árduos trabajos publicó una vida del V. P. Liebermann.

Llamóle á Roma Pio IX y le envió á Rusia (1858). En un monasterio de Moscou encontró el secreto de la Himnografía griega, perdido de suerte que los mismos griegos lo ignoraban. Vuelto á Roma, continuó sus trabajos en la biblioteca Vaticana, cuando Pio IX los interrumpió nombrándole Cardenal (16 de Marzo de 1863). Por disposicion de Su Santidad, no obstante los trabajos incesantes de las Congregaciones, publicó dos gruesos volúmenes in-folio sobre el derecho eclesiástico de los griegos; obra cuya continuacion piden los orientales con grande insistencia. Más adelante publicó seis tomos de los *Analecta*, entre los cuales deben citarse los fragmentos de los Padres anteriores al concilio de Nicea; un volúmen consagrado á trozos inéditos de Orígenes, el filósofo *Proclus*, etc. Encargado de la correccion de los libros litúrgicos orientales, el cardenal Pitra dedicó sus cuidados á la reimpresion completa de esos libros, adoptando para la versificacion las reglas que habia encontrado: trabajo inmenso que nadie hasta aquí se habia atrevido á emprender.

En 1869 Pio IX nombró al cardenal Pitra bibliotecario de la Santa Iglesia, y ciertamente nadie más apto que él para llenar este cargo. A la muerte de aquel glorioso Pontífice, y estando vacante la diócesis de Frascati, el cardenal Pitra la rigió por espacio de cinco años, desde Mayo de 1879 hasta 1884, en que fué llamado á ocupar la Sede de Porto y Santa Rufina, sin dejar de conservar su título y funciones de Bibliotecario de la santa Iglesia romana.

Formaba tambien parte de la Congregacion de la Propaganda para los asuntos del rito oriental con el cargo de la correccion de los libros de la Iglesia oriental, de los Regulares, del Indice, de los Sagrados Ritos, de los Estudios y del Exámen de los obispos para la teología y el Derecho canónico.

Era el protector de la Orden de los Cistercienses, de la Congregacion de los Benedictinos de Francia, del Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas, etc.

Ultimamente hacia imprimir un volúmen con la Correspondencia de los arzobispos de Bulgaria con el Patriarca de Constantinopla.

Sucumbió súbitamente á una enfermedad del corazon, de la que sufria mucho tiempo hacia. No obstante sus 67 años, habia conservado su exterior todas las apariencias del vigor y casi de la juventud. Vivia en un retiro casi absoluto, continuando en el palacio de San Calixto los trabajos y la vida de su celda benedictina.

—El cardenal Cárlos Sacconi, fallecido el 27 de Febrero, nació de una noble familia en Montalto (Estados-Pontificios) el 3 de Mayo de 1808.

A la edad de veintiun años era ya profesor de Filosofía en el Seminario de Montalto. Al salir de allí para Roma, consiguió el grado de Doctor *in utroque*, y despues de su ordenacion sacerdotal, volvió á su país como Vicario general del Obispo.

En 1835 Gregorio XVI le nombró Auditor de la Nunciatura en Turin. En 1846 se encargó de los asuntos al lado de Leopoldo II, gran duque de Toscana, y en 1848 interviniendo cerca de Maximino II, rey de Baviera. Durante esta nunciatura en Munich luchó con valor y éxito contra la francmasonería. Presidió la Asamblea de los Obispos en Wurtzburgo, en la cual fueron preparados los elementos del Concordato de 1855 entre la Santa Sede y el Austria. Preconizado Arzobispo de Nicea en el Consistorio de 27 de Mayo de 1851, Mons. Sacconi continuó en Baviera hasta Octubre de 1853, en que pasó á la Nunciatura de París.

Ocupó este alto cargo durante ocho años con admirable tacto y por último fué creado Cardenal por Pio IX en el Consistorio del 27 de Setiembre de 1861.

En el momento de su muerte el cardenal Sacconi era Obispo del suburbio de Ostia y Velletri, Decano del Sagrado Colegio, Prodatario de Su Santidad y Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ceremonias.

Pertenecia además á las Congregaciones del Concilio, de la Inmunidad, de la Propaganda para los negocios del rito oriental, de los Santos Ritos y de los Asuntos eclesiásticos extraordinarios.

UNIVERSIDAD DE MADRAS

MISCELÁNEA

El País retratando al otro país:

«El agio y el fraude por todas partes. La adulteracion de los grandes principios robando el lugar á los verdaderos. La inconsecuencia premiada y hasta aplaudida; y como si no bastara lo anterior, el espectáculo de un pueblo hambriento, desesperado, desangrándose con emigraciones continuas, y el de una sociedad quieta, no con la quietud serena de la naturaleza, sino con la del lago que por no mover sus aguas es pestilencial y enfermizo.»

Las anteriores líneas merecian ser nuestras.

Porque despues de leidas necio será el que no reniegue del funesto sistema que tales calamidades nos ha traido.

Los liberales pintados por sí mismos.

Dice *El Resúmen* á propósito de un Ministerio de notables de que nos hablan los políticos:

«Pensando en cuantas plagas pudieran caer sobre este desdichado país, no imaginamos ninguna mayor ni más desastrosa que un Gabinete formado por las eminencias del fusionismo.

»¡Juntos todos los que son por separado y cada uno una calamidad! No se puede imaginar mayor desastre, ni aun desencadenando sobre un pueblo todas las plagas de Egipto.»

¿Y esto son los notables?

No sabemos cómo pintara *El Resúmen* á los otros.

Pero continuemos, que la pintura es buena:

«¡Los notables! Esto es, los hombres viejos, gastados, escépticos, faltos de ideales y sobrados de necesidades; los que necesitan cada uno un presupuesto para colocar á su corte; los que han dado de sí cuanto podian dar; aquellos cuya historia está llena de tristes recuerdos, reunidos para gobernar, seria lo mismo que la España entregada á Pi y Margall.»

Despues de lo cual hay que desengañarse del todo.

Y comprender que es golleria pedirle al olmo peras.

¡Ellos mismos lo dicen!

Chismes de familia.

En el Senado:

Un senador machucho pide que se cuente el número de senadores.

—Hay 30, número bastante para que siga la sesion,—dice el presidente.

El Sr. conde de Puñonrostro coge su sombrero y añade: «Pues ahora falta uno, porque yo me voy.» *(Risas)*.

Y se fué.

Y el señor ministro de la Guerra continuó su perorata.

Y los bancos continuaron escuchando al señor ministro.

Pero diz que no entendieron lo que decia.

Es curiosísima la siguiente carta del príncipe de Bismarck, escrita en 1863 y en la que el gran canciller emitia sus opiniones sobre el parlamentarismo. Dicha carta ha sido publicada con otras por un escritor americano, Mr. John Lothrop Motley, que fué durante muchos años ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en Berlin.

Hela aquí:

«Odio la política; pero, como V. dice muy bien, el tendero de comestibles que detesta los higos, no tiene otro remedio que ocuparse en ellos. En el momento en que le escribo á V., tengo los oidos llenos de discursos insípidos y furibundos. Nunca habia creido llegar en mi edad madura á tener un oficio tan bajo como el de ministro parlamentario. Como diplomático creia ser un caballero, y un ministro parlamentario es un ilota. He bajado, pues, en el mundo de una manera increible. Vivo en la casa de las frases, y me paso la vida oyendo tonterias. Todas estas gentes están de acuerdo en la necesidad de aprobar el tratado con Bélgica, y sin embargo veinte oradores se injurian con violencia porque no se hallan conformes en los motivos que tienen para estar unánimes.

LA MENDIGA (GRUPO DE FRENGUELLI)

Ustedes los yankees tienen tambien algo parecido. ¿Saben ustedes por qué se hacen una guerra furiosa, por qué se matan *con amore* unos á otros? Las batallas ahí son sangrientas, y entre nosotros de palabras. En realidad, Prusia no puede seguir gobernada por estos charlatanes.»

Si esta opinion tenia formada Bismarck acerca del parlamentarismo de su pais, ¿qué no diria si hubiera asistido á una sesion del Congreso español y hubiera oido la charla insustancial de la mayoria de nuestros oradores?

TERREMOTOS EN COSTA-RICA

Uno de los periódicos de aquel pais llegados últimamente nos trae los siguientes detalles sobre el espantoso terremoto acaecido en San José y en otros puntos de la República.

«Eran las ocho del 30 de Enero, y cuando toda la sociedad y pueblo josefinos se disponian á divertirse,—como que habian comenzado las fiestas cívicas,—un temblor de tierra sobrecogió á todos: hubo alguna alarma, pero ese sacudimiento terrestre apenas era el anuncio del otro que sucedió á las once de la noche: entonces la alarma fué general, porque este segundo terremoto, más fuerte aún, presagiaba algo extraordinario.

»Esto, agregado á lo que desde muchos dias antes se venia diciendo del volcan Irazú, tenia los ánimos prevenidos, y casi toda la poblacion no durmió... aguardaba el terremoto reservado para las 4 h. 21 m. de la madrugada, y esa es una de las causas porque en San José no ha habido desgracia personal que lamentar.

»A las 4 h. 21 m. del dia 31 el sacudimiento terrestre fué terrible. El reloj de la Catedral quedó parado á esa hora, y ¿cómo no, si parte de aquel templo en que estaba colocado el cronómetro, fué destruida? Las torres, las portadas, las paredes, casi toda la Catedral apareció partida, quedando apenas dispuesta para ser reedificada. Los templos de la Merced y del Cármen tambien sufrieron, pero no tanto como el primero.

»Las calles al aparecer la aurora estaban cubiertas de gente; y nadie osó traspasar los umbrales de las casas, pues la que menos, se habia agrietado. Personas de toda clase, edad y condicion recorrian la capital, contemplando con el corazon oprimido los desastres del terremoto. Efectivamente, el Palacio presidencial, el Nacional, el Mercado, la casa de Correos, la nueva del Banco de la Union, casi no hay edificio que no haya sufrido, y muchos inhabitables ya, sobre todo en el Norte y Nordeste de la poblacion. ¡Cuántas personas buscaban dónde trasladarse!

»En los depósitos de cuarteles habia varias tiendas de campaña que han sido ocupadas. El Circo de la Compañía Americana tambien ha servido para la estancia de muchas familias. En todos los alrededores de la ciudad se han levantado tiendas, porque son muy pocos los que viven en su casa.

»El terremoto se sintió é hizo daños de consideracion en San Rafael de Heredia, Santa Bárbara, Heredia, Barba, Alajuela, Cartago, Grecia, Naranjo, Palmares, Puntarenas y otros pueblos.»

ERUPCIONES VOLCÁNICAS EN EL JAPON

El corresponsal de un periódico inglés en Tokio da los siguientes pormenores sobre una excursion verificada al Norte del Japon despues de la catástrofe ocurrida hace algunos meses con motivo de una espantosa erupcion volcánica.

«En nueve horas, dice, llegamos por el ferro-carril á Montomigo, y á la mañana siguiente emprendiamos la ruta hácia las montañas.

»La aldea de Juawshiro está situada en la base del volcan, del lado opuesto á aquel por donde se ha derramado la lava, gracias á lo cual no ha sufrido perjuicio alguno. Por allí emperamos la ascension. Durante hora y media no vimos traza de volcan, pero de pronto hubimos de detenernos. Notábase marcado olor á azufre y las hojas de los árboles estaban cubiertas de cenizas. No habriamos andado veinte pasos, cuando á cortísima distancia se abrió ante nosotros un cráter de unos 20 piés de anchura. La cosa no era grave, pero aquella manifestacion de las fuerzas más misteriosas y espantables de la naturaleza nos produjo escalofrios.

»Continuamos subiendo, y á la media milla nos hallábamos en el centro de la erupcion volcánica. Grietas por todas partes, árboles quemados y retorcidos, y en el suelo una capa de lodo gris resbaladizo y de seis pulgadas de espesor, en el cual nos hundiamos hasta los tobillos. En los sitios llanos se habian formado charcos de agua sulfurosa, de color amarillo y emanaciones acres.

»Subimos más, uno á uno, formando cadena, jadeantes, silenciosos, con un guia á la cabeza y otro á retaguardia. Cuando el primero puso el pié en la estrechísima cresta, lanzó un angustioso grito, y retrocedió con violencia. Nos precipitamos para ver lo que pasaba, y á nuestra vez retrocedimos.

»Abriase delante un inmenso precipicio vertical, á la derecha se alzaba una trinchera de fango, detrás de la cual subian espesas humaredas, y en todo lo demás que alcanzaba la vista dilatábase un mar de lodo solidificado, por el cual corrian una especie de olas de oro, chocando con enormes bloques de granito. El sol lo bañaba todo con una luz fantástica.

»Debajo de nosotros se veía una reducida meseta. Allí habian estado los baños termales de Shimo-No-Yon. Los enfermos y los habitantes tenian en ella anónima sepultura. Ni uno solo habia podido salvarse de la catástrofe.

»Nos acercamos al muro de fuego, pero volvimos atrás al notar el calor y la blandura del suelo, ya muy próximo á la region ignea. En este momento se abrió una enorme hendidura. En el fondo, á unos 1,000 piés, comenzó á surgir vapor por media docena de bocas y con el ruido del trueno. Cuando estos vapores se disipaban, veíase hervir en el crater principal el fango líquido y oíase su borboteo espantoso.

»La erupcion, segun las noticias adquiridas sobre el terreno, empezó en el pico más pequeño de los conocidos por el nombre de Boudal-Sen. No hubo fuego ni lava, sino vapores, tal como si hubiese reventado una monstruosa caldera. Toda la cima y uno de los flancos fueron lanzados á lo lejos en la instantánea voladura...

»Dejando esta region, continuamos la marcha hácia Nagasaka, donde la catástrofe habia sido aún más horrorosa. Sólo han sobrevivido seis personas, las cuales refieren el caso del modo siguiente:

»Poco despues de las ocho de la mañana se oyó un ruido espantoso, quedó todo en tinieblas, y la poblacion se sintió inundada por una lluvia de tierra y ceniza. Al mismo tiempo crujia el suelo, agitado por un insistente terremoto. Los habitantes que á gatas y en medio de absoluta oscuridad pretendian huir, quedaron paralizados de espanto en las últimas violentísimas oscilaciones, y desde tal punto no recuerdan nada. Unicamente se salvaron los viejos, los enfermos, y los que aterrados no acertaron á dar un paso.

»Nagasaka ofrecia un aspecto extraordinario. Las olas del fango habian respetado las casas y llevádose los moradores. En cambio otra villa próxima fué totalmente absorbida. En la de Shirakid, las casas estaban cortadas al ras, como si un ciclon las hubiese barrido.»

SECCION RECREATIVA

CHARADA

Es verbo *prima;* y *segunda*,
Si estuviere repetida,
Nombra, cambiado el acento,
A dos personas queridas.
El compasivo, *tres* siempre
Que al pobre en miseria mira:
Una, dos, tercera, ó mata,
O *tres cuarta*, si hace herida.
Por *una dos cuarta* diera
Más de un español su vida,
Porque es un sér á quien ama
Más que á sí mismo amaria.
Con la *toda* las cabañas
De lluvias y sol se libran.

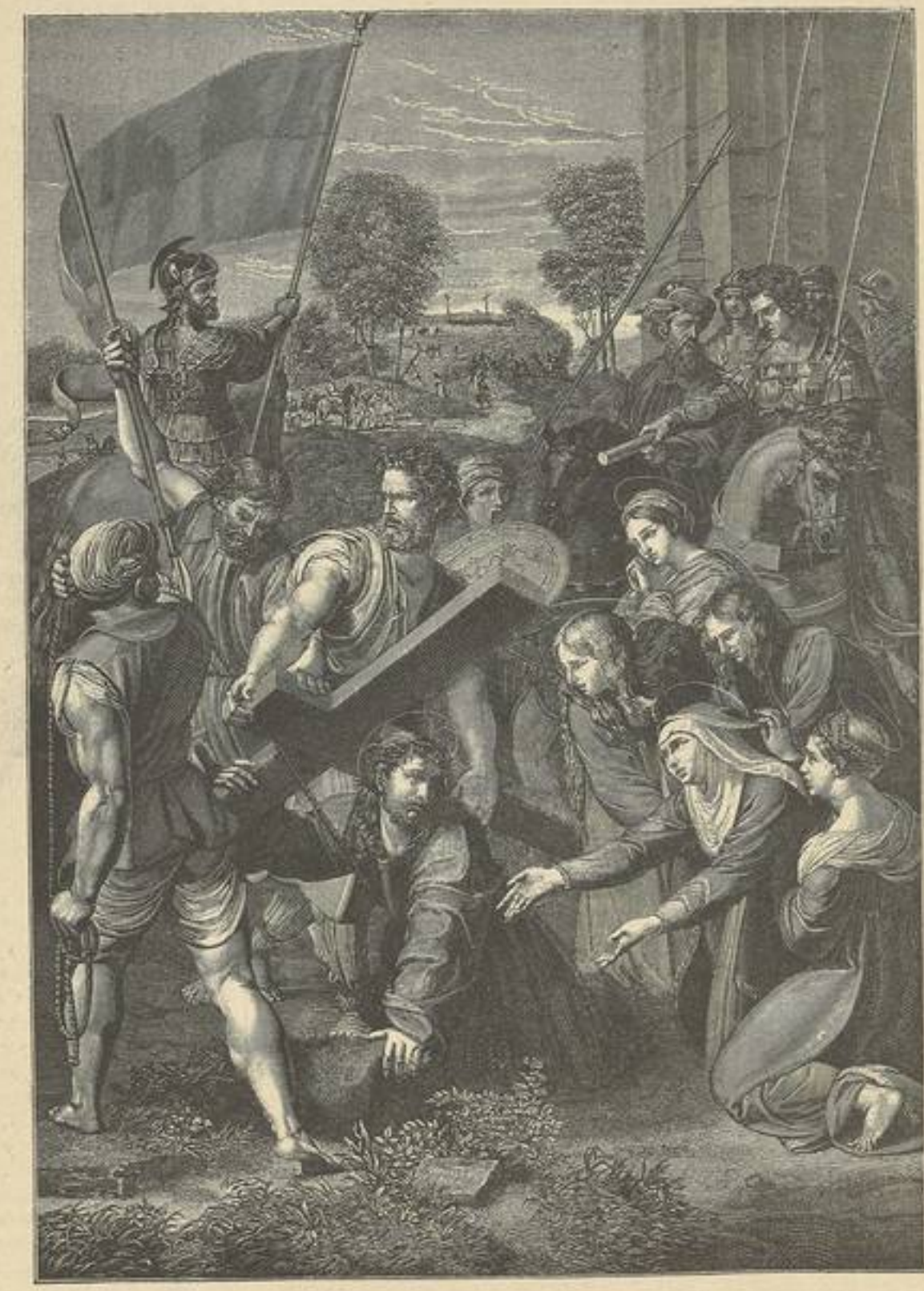
SOLUCION AL ACERTIJO DEL NÚMERO ANTERIOR

Se llena de agua el vaso de litro, luego se echa la mitad en el de medio litro, se pone éste dentro de aquél y quedan los dos llenos sobrando agua todavia.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 13 DE ABRIL | SÉRIE II.—NÚM. 68



CAMINO DEL CALVARIO

(CÉLEBRE CUADRO DE RAFAEL, CONOCIDO POR *El pasmo de Sicilia*)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

La bolsa de Judas, por L. M. de Ll.—*Semana Santa*, por Lupercio.—*El Pasmo de Sicilia.—La última Cena* (poesía), por Juan Nicasio Gallego, Pbro.—*Las sagradas Formas en Alcalá de Henares.—La pecadora de la ciudad* (conclusion), por J. V. de Araquistain, Pbro.—*A Jesús crucificado* (soneto), por Regino Martinez.—*Imponente ceremonia del Viernes Santo en Jerusalen.—Conocimientos útiles.—Noticias varias.*

GRABADOS

Camino del Calvario.—Célebre cuadro de Rafael, conocido por *El pasmo de Sicilia.*
Jerusalen.—Exterior del Santo Cenáculo en el Monte Sion.
La última Cena.—Cuadro de Jaime Martinetti.
La llegada al Calvario.—Cuadro de Echena.
Madre Dolorosa.

LA BOLSA DE JUDAS

Parece increible que en tantos años como han transcurrido desde que Judas llenó su bolsa esta se conserve entera y circule todavía por el mundo como si fuera nuevecita.

¡Cuán poco han progresado los hombres desde entonces! y ¡cuán poco han aprendido!

Judas desde que entró en el apostolado empezó á tomarle aficion al dinero.

Jesús recibia limosnas, y las daba, y habia de atender á la manutencion de los que le seguian. El discípulo infiel tenia el encargo de cuidar de la parte administrativa de aquel pequeño caudal.

No debia andar muy escrupuloso en el reparto de los fondos encomendados á su custodia, á juzgar por el ansia que mostraba por acrecentarlos.

Cuando la Magdalena derramó sobre la cabeza y los pies del Salvador el vaso de perfumes preciosos, no pudo contenerse. Habia calculado ya su valor y lo habia estimado en trescientos dineros lo menos; y lamentando que se le hubiese escapado este bonito piquillo, exclamó:

—¡Qué derroche! Podian estos perfumes haberse vendido y repartido su valor entre los pobres.

¡Es claro! como que antes de llegar á los pobres habia ese dinero de hacer noche en su bolsa!

Que debia él hacer sus sisas en los gastos y repartos, salta á la vista al considerar que cuando se fué á los Príncipes de la Sinagoga para decirles: «¿Qué me dan Vds. y les entrego mi Maestro?» no podia tener la idea de ingresar esa partida de treinta dineros en beneficio de los pobres y en aumento del fondo comun, sino la de acrecentar el peculio que debió empezar á formarse de contrabando y que excitó su codicia hasta llevarle á vender á su Jefe y protector.

Cuando llegó á ver la enormidad que habia cometido, se asustó de su obra, corrió al templo á devolver el dinero, confesando que habia pecado entregando la sangre del Justo, y viendo que los Sacerdotes se lo rechazaban diciéndole: «Y á nosotros ¡qué nos cuenta V.!» los arrojó al suelo, salió al campo y se ahorcó.

El que crea que aquella bolsa se pudrió y ha desaparecido, se equivoca y ha estudiado muy poco la época presente.

El diablo recogió esa bolsa, y en cuanto ve una oportunidad la arroja á los hombres; y así que la tienen en su poder siguen al pié de la letra todos los pasos de su primer poseedor.

Lo mismo es recoger la bolsa que entrar en deseos de llenarla. Por supuesto, al principio muy honradamente y con fin excelente: para dar limosnas, hacer obras buenas y atender al porvenir de los hijos que se tiene ó se puede tener.

Los Judas de la época suelen empezar bien: se contentan con ganancias moderadas, con trabajar mucho y ganar algo.

Luego desean trabajar menos y ganar más.

Se lamentan despues de ciertos derroches, esto es, de que se les haya escapado un negocio que ha cogido otro.

Con esto la codicia se excita. Para llenar más pronto la bolsa, se empieza á falsificar, á defraudar, á dar gato por liebre, si es posible, ó si no conejo. Del engaño se pasa al delito y del delito al suicidio.

Y no porque no siempre el suicidio sea corporal, deja de haber suicidio moral del alma en el que ha ganado mal lo que tiene, y además de restituirlo, como Judas, no le pide perdon á Dios de su delito, que fué lo que dejó de hacer el apóstol traidor, con lo que se habria salvado.

El único progreso que se observa desde Judas es que hoy ya no se estila eso de arrojar el dinero mal ganado, y en seguida ahorcarse como lo hizo él.

El procedimiento en esto ha variado. En lo demás nó. Porque hoy, lo mismo que lo hizo el traidor, cuando se ofrece un negocio cualquiera, aunque sea vender á un amigo, vender la honra ó la conciencia, se va y se dice á quien se sospecha que lo puede pagar:

—¿Cuánto me da V. y le entrego á V. aunque sea á mi mayor bienhechor, ó mi alma, ó mi decoro?

Y hoy, como entonces, si hay quien vende estas cosas, hay tambien quien las compra.

La cuestion es llenar la bolsa de Judas que el progreso moderno pone en las manos de todo hombre educado segun sus máximas.

La diferencia está sólo en dos cosas: En que no suele haber quien se arrepienta; porque para ello seria preciso tener sentido moral, y esto ya cuida la época de borrarlo desde los primeros pasos que se dan con esta bolsa en las manos.

Y en que no se devuelve el dinero mal adquirido, y despues de ello se ahorca el interesado.

Sin embargo sucede que aunque no se devuelva se tira; esto es, que se malgasta; y como lo mal adquirido no aprovecha, se suele perder en especulaciones desgraciadas, en lujo y ostentacion, quedando la bolsa otra vez vacía.

Entonces con frecuencia se acaba por imitar del todo á Judas, y la desesperacion inspira el suicidio.

Pero los Judas modernos que ni devuelven el dinero de mal orígen ni lo tiran ni lo pierden ni se matan, no dejan por esto de concluir por un suicidio: por suicidar el alma.

Esto es figura retórica, pues el alma no muere; quiérese decir con esto que se la mata para la dicha eterna, y se la envia al sepulcro del infierno, donde se va á hacer compañía al predecesor en la posesion de la bolsa, y al maestro de la manera de llenarla.

En estos dias sagrados la Iglesia nos presenta dos grandes ejemplos.

El de Jesucristo muriendo en aras del amor, de la caridad, ofreciéndonos el ejemplo de todas las virtudes, brindándonos con el perdon y señalándonos el cielo como nuestra habitacion dichosa con sólo que imitemos, aunque á lo lejos, sus sublimes ejemplos bajo el magisterio de la Iglesia.

Y el de Judas muriendo ahorcado por su desesperacion, víctima de su amor al dinero, de su infamia, de su maldad, que fueron su consecuencia, y de su impenitencia al no querer pedir perdon; señalando á los que van anhelosos con su bolsa en la mano el camino que recorrerán si quieren llenarla oprimiendo al prójimo, explotándole, engañándole, corrompiendo su conciencia, y mostrando el lugar de tormento eterno donde se expian todas las injusticias, faltas de caridad y áun delitos que por causa de esa bolsa se cometen.

¡Y decir que esta época aconseja seguir antes el ejemplo de Judas que el de Jesucristo!

¡Y que precisamente por ser tantos los que siguen este consejo es por lo que esta sociedad vive tan perturbada!

Cuantos más Judas hay en una sociedad, tanto más se empobrece.

Y cuantos más son los imitadores de Jesucristo, más rica y próspera vive.

¡Quién pudiera quemar la bolsa de Judas!

¡Cuán felices seríamos en este mundo y en el otro!

L. M. de Ll.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

SEMANA SANTA

Cuando esta crónica llegue á manos de los católicos lectores de La Hormiga, estarán seguramente engolfados en la piadosa conmemoracion de la Pasion y muerte de Jesús, á cuyo recuerdo consagra la Iglesia todo el imponente rito de la Semana Santa, llamada tambien Semana Mayor.

No quiero yo distraerles, en este religioso paréntesis, de sus saludables meditaciones, llamadas á nutrir sus almas con la sustancia divina que se extrae de la celebracion de tan adorables misterios, y, por lo tanto, sólo he de limitarme á expresar algunas consideraciones que dicen relacion con ellos.

Además, el proceso de la calle de Fuencarral, única novedad saliente á que rinde culto todo Madrid, despepitándose sus clases ociosas por adquirir puestos para no perder detalle de los episodios del acto forense y de todos los demás, está ya suficientemente vulgarizado por los periódicos y nada original tendria que decir sobre él.

Pues, á lo sumo, todo lo que decir podria sobre este asunto, convertido por obra y gracia de las leyes vigentes en teatral espectáculo, es que sigue presentando cariz tristísimo, así se le mire bajo el punto de vista técnico, como bajo el social.

Lo primero, porque el juicio oral, atenuacion mínima del jurado que vendrá luego de reata, es procedimiento ineficaz para remediar los males de que adolecia el de la justicia histórica, y en cambio no produce algunos de sus bienes; y lo segundo porque esa fiebre de emociones crueles, esa hidrópica sed de espectáculos patibularios que aquejan á nuestra sociedad, y que se traducen en el vértigo que arrastra á nuestra poblacion holgazana á saciar sus voraces apetitos de dramas criminales, ponen de realce la decrepitud, el enervamiento y decadencia de un pueblo gastado, que escoge los sentimientos más fuertes para reavivar su embotada sensibilidad.

Tendamos un velo sobre esta flaqueza de un pueblo descatolizado por el liberalismo, y levantemos en estos dias los ojos hácia El que por redimirnos de nuestros pecados y rescatarnos del cautiverio del demonio, espiró en una cruz, amando á sus verdugos y pidiendo á su Eterno Padre que los perdonase.

Con ese sello divino instauró á la caridad en la tierra, para que reinara sobre todos los pueblos libertos, con su preciosa sangre, y ese fué su testamento santísimo que dejó al mundo antes de subir á los cielos, inmortal con su propia virtud.

Desde que los fariseos crucificaron á la Verdad increada, así que la vieron en forma humana y mortal, el drama del Calvario se repite en la tierra bajo múltiples formas, constando siempre de los mismos elementos, agentes y pacientes.

Esto es, de escribas y fariseos que entregan á la verdad á los poderes robustos, atada para que no pueda hacer frente á la violencia; de jueces que se lavan las manos para demostrar que aunque la condenan á muerte no aceptan la responsabilidad del acto bárbaro; de Judas que la venden, populachos que la llevan al patíbulo y malos ladrones que la injurian y escarnecen para congraciarse con los verdugos.

La Pasion y muerte del Salvador, que dió su sangre por amor del hombre, son hechos de una realidad sangrienta, pero á la vez son tambien figura de lo que pasa en el mundo y ha de pasar hasta la consumacion de los siglos.

Así, la verdad sigue en él sometida al mismo trato que recibió en Jerusalen cuando los judíos carnales la tomaron por su cuenta, instruyéndola aquel infame, amañado y deficiente proceso que la condujo al Gólgota, con los aparatos con que se conduce á los criminales al lugar de las expiaciones.

En balde mostró allí la Verdad con todas las evidencias que era lo que es: sus doctrinas triunfaban de todas las refutaciones: los torrentes de luz que despedia iluminaban las inteligencias y abrasaban de amor á las almas: sus prodigios, sus milagros, todas las manifestaciones del órden sobrenatural que señalaban su orígen y su poder divino, no conseguian destruir la mala fe de la tenacidad sectaria, azuzada é instigada por el enemigo del linaje humano para hacer prevalecer sus pompas y sus obras; hasta que, por fin, se consumó el nefando deicidio, crímen que, sin la divina caridad del Redentor, habria sido más funesto para el mundo que el mismo pecado original.

¡Y qué tipos los que se confabularon para llevar á la Verdad al último suplicio!

El falso y traidor amigo que le entregó con el ósculo de la paz: el sofista que, á falta de razones para combatirla, la persiguió con intrigas y emboscadas: el juez que reconoce su inocencia y la abofetea, la azota y la condena á muerte, lavándose las manos para demostrar que desea estar á bien con ella y con sus enemigos: el populacho que pide su sangre como bestia y prefiere se ponga en libertad á un malhechor antes que romper sus cadenas; y la fuerza material que se pone de parte de traidores, sofistas, jueces cobardes y populacho soez, para cumplir los designios de tantos delincuentes, viendo impasible el sacrificio de la santidad y de la inocencia.

Es la tragedia que se repite todos los dias.

Por ella vemos al Vicario de Jesucristo encarcelado y cohibido, á la Iglesia esclava, á la justicia escarnecida, de tal suerte que uno de los más conspícuos partidarios del régimen á cuya sombra se perpetran tantas iniquidades, no ha podido menos de declarar que los templos de la justicia en España son templos sin dioses...

¡Mísera humanidad!

JERUSALEM.—EXTERIOR DEL SANTO CENÁCULO EN EL MONTE SION

1. EL SANTO CENÁCULO.—2. PUERTA DE ENTRADA

Cuando llega este tiempo santo, en que la tragedia sangrienta del Calvario revive con el rito severo é imponente de la Iglesia, que pone de realce su majestad santísima, parece como que el alma del cristiano se siente oreada de todos los efluvios pestilenciales del mundo que la compenetran con sus corrosivas inmundicias.

La meditacion de la sagrada pasion y muerte del Redentor divino no es sólo estímulo para despertar todas las inapetencias del alma y de la inteligencia, sino manjar celestial que conforta, nutre y vigoriza todos los sentimientos nobles, enflaquecidos por el comercio de este bajo mundo.

Cuando se recuerda que todo un Dios, encarnado y humanado, fué escupido, azotado, abofeteado y escarnecido por sus verdugos, dejándose conducir al Calvario como oveja al matadero, no parece que el hombre debe conservar derecho á no ser paciente y sufrido, dejando de imitarle.

Los rencores sangrientos del hombre antiguo, las pasiones del odio y de la venganza, cayeron como frutos malsanos y podridos á los piés de aquella cruz, cuyo peso soportaron hombros divinos.

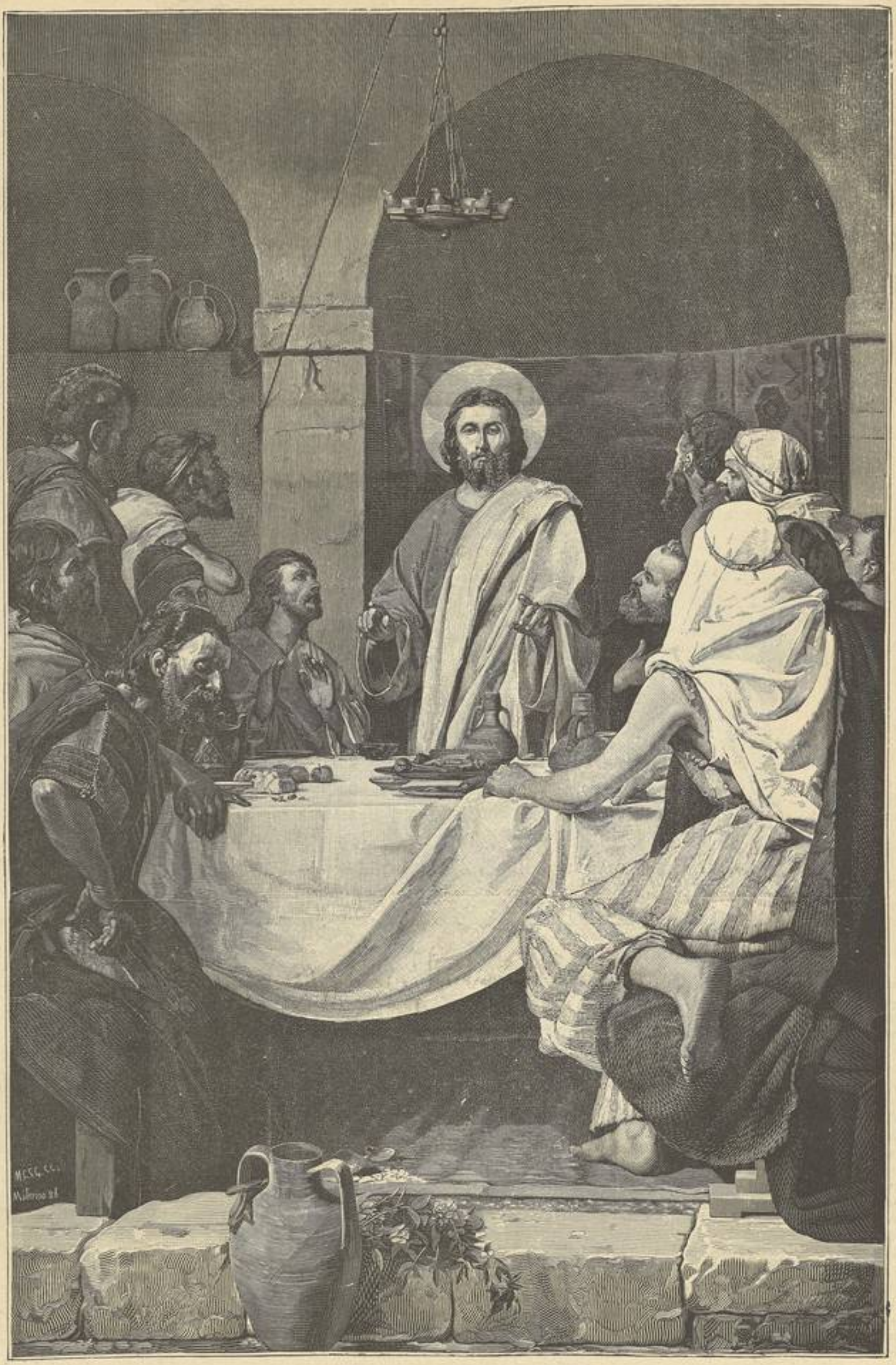
El manantial abierto en el sagrado costado por el hierro de un ciego, cuya alma vió la luz al ser rociada por el licor santísimo de la caridad, fué como el álveo destinado á no dejar que se agoten nunca las fuentes del amor entre los hombres para que no se exterminen como fieras.

Meditemos, meditemos con recogimiento y ternura en estos breves dias los múltiples ejemplos que nos dejó en su vida mortal todo un Dios omnipotente, que descendió á la tierra á demostrar que no hay inmortalidad superior á la de la virtud y la santidad.

Rociemos las páginas de su sagrada Pasion y muerte con nuestras lágrimas de contricion, renunciando á todas las pasiones de la carne, que siempre yerra su camino, singularmente á las del odio de las criaturas de Dios, por cuyo amor dió su Unigénito Hijo su preciosa vida en un suplicio afrentoso.

Es la vida humana, como enseña el proverbio indio, jornada que se hace en una noche, y ¡debe ser tan grato terminarla entre auroras resplandecientes, cuyo brillo es eterno!

Cuando en estos tristes dias, en que la Iglesia



LA ÚLTIMA CENA (CUADRO DE JAIME MARTINETTI)

LA LLEGADA AL CALVARIO (cuadro de Schena)

viste de luto y se prosterna para orar hasta *por los pérfidos judíos*, recordamos las luchas crueles que traemos los hombres entre manos, el corazon, estremecido en la sombra, no puede menos de temblar al considerarse corroido por todos los reactivos del odio, que oxidan la naturaleza moral del hombre.

—Padre, perdónalos,—exclamó Jesús desde la cruz,—porque no saben lo que se hacen.

Y así casi seguimos.

Sin saber lo que nos hacemos...

LUPERCIO

Madrid, 10 de Abril.

EL PASMO DE SICILIA

Aun suponiendo que la Religion no tuviera otras pruebas de su incomparable grandiosidad, de su verdad absoluta, de su entera conformidad con las leyes á que obedecen los sentimientos humanos, la superioridad de las obras artísticas, fundadas en ella sobre cuantos otros géneros ha creado el hombre, bastaria y sobraria para probarla.

Hemos visto siempre con cierta satisfaccion á los indiferentes ó descreidos absortos ante un buen cuadro de asunto religioso ó ante una obra escultórica de verdadero mérito, tambien de asunto místico.

Y nada diremos del efecto producido en el ánimo del más empedernido por el conjunto de un edificio religioso, por ejemplo de una catedral, mayormente si á sus líneas severas y majestuosas y á sus grandes masas de sombra se une la audicion de alguno de los sublimes cantos místicos que constituyen, artísticamente hablando, un verdadero tesoro, por no ser hoy nuestro objeto tratar en general de la expresion artística, sino únicamente de un solo cuadro, del que representa una escena del *Via Crucis* y que la tradicion ha denominado *El Pasmo de Sicilia*; obra del célebre pintor Rafael Sanzio, natural de Urbino.

Vino Rafael al mundo á fines del siglo XV, en época en que Roma habia alcanzado un período de verdadero esplendor, pues además de ser la capital del orbe por tener en su seno al Jefe de la Iglesia, era la capital del mundo civilizado, por el desarrollo que á la sombra de aquel habian adquirido las artes. Hallábase, pues, Rafael en las mejores condiciones para brillar cuando empezó sus estudios bajo la direccion de su padre, que tambien era pintor, aunque no de mérito extraordinario; y los continuó y completó despues con el gran pintor Perugino, cuando fallecido aquél pensó su tio en buscarle un buen maestro que le sustituyera. Pero con todo su incomparable talento ¿qué hubiera logrado Rafael si, en vez de dedicarse principalmente á la representacion de asuntos religiosos, hubiera malgastado su talento en otros motivos menos elevados y sublimes? Hubiérale acontecido lo que á tantos otros artistas, que ofuscados por el aplauso de un instante y sin reparar en que la sublimidad sólo se alcanza tomando asuntos verdaderamente sublimes, se dedican á la representacion de trivialidades ó cosa peor, con las cuales matan su inspiracion y convierten sus obras en un vulgar remedo de la naturaleza material, inferior bajo todos conceptos á la fotografía.

Ya desde las primeras obras mostró Rafael su preferencia: de ahí que tengamos el *San Nicolás* y una *Sagrada Familia* magistralmente pintados por él á la temprana edad de 18 años, en que las cualidades artísticas del autor aparecen ya patentes, pero que sin embargo no se mostraron en sus verdaderas y asombrosas proporciones hasta el *Desposorio de la Vírgen*, pintado á los veinte y un años de edad, y que inició la série de obras á cual más sublimes, que forman lo mejor de cuanto el pincel ha producido en la historia de la humanidad.

En dicha série puede colocarse en primera línea la magnífica composicion que tiene por tema la escena de la Pasion, donde Jesús llevando sobre sus hombros el madero en que debia ser sacrificado, cae al suelo junto á un grupo de sus fieles discípulos, en medio del cual unos críticos han creido ver á la Vírgen María y otros á la Verónica que se precipita á auxiliarle llena de dolor y compasion.

Este cuadro afecta en la composicion de la escena, en las actitudes y expresion de cada uno de los personajes que en ella intervienen, en los accesorios que acaban de darla realce, tal armonía, perfeccion y naturalidad, que el espectador se queda verdaderamente admirado de que alcance á tanto el genio artístico de un hombre. Nada sobra y nada falta; todas las figuras conservan en la composicion el carácter que les corresponde concentrando la atencion sobre el punto principal del cuadro, que constituye una epopeya completa y acabadísima, de esas que hacen sentir hasta á los más descreidos.

Conocida es la tradicion histórica de este cuadro. Fué ejecutado con destino al Monasterio de Santa María de Palermo, pero sucedió que el buque en que era conducido naufragó, pereciendo su tripulacion y quedando la magnífica obra, que estaba pintada sobre tabla, á merced de las olas.

Por la misma tempestad fué conducido hasta el golfo de Génova, donde unos pescadores lo recogieron sacándolo á tierra. Intervino el Pontífice para que la poblacion que habia hecho tan maravilloso hallazgo, cediera la preciosa obra de Rafael á sus legítimos dueños, y por fin se llegó á un arreglo y el cuadro volvió á ser embarcado para su primitivo destino.

LA ÚLTIMA CENA

El Cordero pascual, sagrado emblema
De Víctima suprema,
Todo el pueblo judáico disponía;
Mientras el verdadero
Reparador y celestial Cordero
Al ódio ciego la traicion vendía.

De derramar la sangre redentora
Se aproxima la hora,
Hora que al tiempo precedió en la mente
Del Hacedor eterno:
Hora que con horror prevé el infierno,
Y al cielo abisma en pasmo reverente.

Mas en tanto la Víctima sublime,
Cuya sangre redime
A un mundo criminal, y el fin espera
De su mision divina,
Sus pasos al Cenáculo encamina,
A celebrar la Pascua postrimera.

Doce varones son los que elegidos,
Cual amigos queridos,
Llama Jesús á su banquete augusto,
Y los que deben fieles
Las penas compartir, duras, crueles,
Que el cielo envía al corazon del Justo.

Doce apóstoles son, doce tan solo:
Y la traicion y el dolo
Al uno tornan pérfido enemigo,
Que como vil serpiente
Clavar intenta el venenoso diente
En aquel seno que le diera abrigo.

El último es, que llega conturbado
Al convite sagrado:
Vedle, de horror se eriza su cabello,
Y en su mirada incierta,
Y adusta faz de amarillez cubierta,
Del crimen lleva el infamante sello.

Jesús empero con serena frente
Le recibe clemente,
Y el alma vil del criminal aterra
Tan celestial dulzura,
Imaginando en su mortal pavura
Que bajo de sus piés se hunde la tierra.

Y ¡será, oh Dios, tu mansedumbre tanta,
Que allí á tu mesa santa
El manjar gustará por Tí bendito,
Y llegará su boca
Al borde mismo que tu labio toca,
Y en que tu amor ostentará infinito?

¡Oh! sí, miradle: de Jesús enfrente
Se sienta el delincuente;
Insólito temblor su cuerpo agita,
Y con empeño vano
Quiere encubrir bajo su helada mano
La maldicion en su semblante escrita.

Mirándole el Señor, busca benigno
Algun dichoso signo
De sincero dolor, pues su presciencia
Por su amor enmudece,
Y ya el perdon en su mirada ofrece
Al despertar de Judas la conciencia.

«Uno me vende de vosotros,»—clama:
A tan inicua trama
Llenos de horror su indignacion reprimen;
Mas el divino acento
Excita sólo altivo atrevimiento
En el vil corazon que alberga al crimen.

«¿Por ventura soy yo?» pregunta osado
El Apóstol culpado,
Y «Tú lo has dicho,»—le responde Cristo:—
«Con presto paso llega
Mi tiempo ya, mas ¡ay de quien me entrega!
¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!»

Dice, y bajando la ínclita cabeza,
Con piadosa tristeza
La infausta suerte del traidor deplora,
Mientras su rabia excita
Oculta voz con que incesante grita
A su oido Luzbel: «¡Marcha, ya es hora!»

Mas antes llega el venturoso instante
Que el Salvador amante
Previsto tiene para dar al mundo
De admiracion suspenso,
En alta prueba de poder inmenso,
Perpétua prenda de su amor profundo.

Tomando el pan con sus sagradas manos,
Alza los soberanos
Ojos al cielo con fervor divino,
Y articula un acento
Que trueca el pan en inmortal sustento,
Y en néctar de los ángeles el vino.

¡Hecho inefable que al empíreo asombra!
Quien prodigio le nombra
Su excelsitud deprime y su grandeza:
Ante el sublime arcano
Anonadado yace el juicio humano,
Y la razon proclama su flaqueza.

Mas ¿quién, Señor, tu voluntad limita?
La Víctima infinita,
El Dios que el tiempo y el espacio mide,
El Rey de cielo y tierra,
Todo ese cáliz misterioso encierra,
En ese pan mi Redentor reside.

¡Oh de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece él mismo,
Dejando eterno en el linaje humano
Su celestial convite,
Y aun su sangre santísima permite
Que entre en el pecho del traidor villano.

Ya instituido el Sacramento egregio,
De su atroz sacrilegio
Se espanta Judas; ciego, fascinado,
Huye en veloz carrera...
Donde un cordel á su garganta espera,
Premio final de su horrido atentado.

JUAN NICASIO GALLEGO, PBRO.

LAS SAGRADAS FORMAS

DE ALCALÁ DE HENARES

Todos los años se celebra por este tiempo en la santa Iglesia Magistral de Alcalá de Henares la solemnísima fiesta de las *Santísimas Formas*, que hace casi tres siglos se veneran en aquella ciudad. La historia de este milagroso suceso la refiere un escritor en la forma siguiente:

«Fueron robadas (*las Sagradas Formas, que son* 24) de tres sagrarios distintos, el año 1567, y entregadas al Rdo. P. Juan Juarez, de la Compañía de Jesús, por un hombre que se acercó á confesar con él en el mes de Mayo de dicho año.

»Aquél venerable religioso las hubiera consumido cuando las recibió del penitente; pero al recordar que los moriscos habian envenenado ya por este medio ruin y miserable á varios sacerdotes de Murcia, Segovia y otros puntos, las colocó en una caja en el altar mayor de la antigua iglesia de la Compañía, con un papel que por fuera decia así: «Léase este papel, y á su tiempo »hágase lo que en él se consigna.» Y dentro decia lo siguiente: «Estas Formas se tiene por cierto »están consagradas; pero, sospechando si estarian »envenenadas, se pusieron aquí para que, cuan»do con fundamento se juzgase estaban corrom»pidas las especies, se lleven á la piscina de alguna »iglesia y allí se consuman.»

En el sitio que las colocó el P. Juarez estuvieron las santísimas Formas once años: y viendo que cada dia estaban más frescas y hermosas, mandó el Visitador, P. Luis de Palma, que fueran colocadas en una bóveda subterránea con el fin de que la humedad las corrompiese.

«Allí estuvieron un año; y poniendo junto á ellas otras formas sin consagrar, observó que al poco tiempo las no consagradas habian entrado en descomposicion; visto lo cual por el P. Bartolomé Perez de Nuevos, ordenó el año 1609 que fueran restituidas al sitio primitivo en que fueran colocadas por el Rdo. P. Juan Juarez; y seis años despues, ó sea en 1615, el P. Palma, en la segunda visita que giró como provincial, dió público testimonio de haberlas hallado incorruptas.

»Últimamente se colocaron en una primorosa custodia, que es la actual, regalo del Cardenal Espínola, y se pusieron en el Sagrario.

»Más tarde, en 25 de Abril de 1660, las santísimas Formas salen por vez primera en triunfo por las calles de esta ciudad, y el monarca Felipe III con toda su real familia, uniendo sus cantos de alabanza á los ecos de entusiasmo del pueblo complutense, rendia su cetro y su corona ante el Rey supremo del Universo, oculto en las 24 Santísimas Formas que son la gloria de la ciudad de Alcalá de Henares y el consuelo y esperanza de todo corazon atribulado.

»Por último, extinguida la Compañía de Jesús en esta ciudad, fueron trasladadas á la santa iglesia magistral en la tarde del 20 de Abril de 1767, en donde llenos de amor las veneramos actualmente.

»No es posible consignar en breves líneas cuántas declaraciones se han tomado para asegurarse de lo maravilloso de su incorrupcion, ni fácil referir las pruebas á que fueron sometidas en el transcurso de muchos años á fin de cerciorarse de tan singular prodigio; mas para seguridad de los fieles nos bastará consignar que la Iglesia tiene declarado ser sobrenatural y milagrosa la incorrupcion de dichas Santísimas Formas; que los Romanos Pontífices han concedido Jubileo plenísimo á los que visiten la iglesia Magistral en la fiesta que anualmente les dedica; que consta de documentos auténticos el unánime parecer de los doctores de esta célebre Universidad, en Junta celebrada el 8 de Julio de 1619, ante notario público; que no se ha omitido prueba, incluso el fraccionamiento de algunas de ellas, para declarar su milagrosa incorrupcion, y, por último, que *doscientos noventa años* es bastante testimonio y prueba decisiva del sorprendente prodigio obrado por el Omnipotente en la patria de Cervantes.»

LA PECADORA DE LA CIUDAD

VIII

La conversion de María Magdalena, que llenó de alegría á sus hermanos Lázaro y Marta, volvió á estrechar los lazos que habia aflojado la separacion, y en su casa de Betania, morada predilecta de Jesús y punto de descanso en sus excursiones á Jerusalen, recibió pruebas consoladoras del afecto que le profesaba el Maestro. Allí es donde recomendó con palabras solemnes el espíritu de místico arrobamiento, censurado por algunos, con que se entregaba á su amor; allí donde á sus ruegos y á los de su hermana volvió á la vida á Lázaro con asombro de Jerusalén; y allí por fin donde pocos dias antes de su muerte anunció con profética solemnidad que, donde se predicara el Evangelio, seria celebrado el nombre de la Pecadora de la ciudad.

Así le siguió hasta su último instante; de dia en dia más apasionada, y cada vez más penitente, gozando anticipadamente de las delicias del cielo en aquella venturosa existencia que creia sin fin. Pero ¡ay! ¡que fué horrible para ella el despertar del Gólgota sangriento! ¡Sus oidos lo oian todo, sus ojos lo veian todo, pero su corazon se negaba á creer!

En aquel lúgubre y pavoroso dia del gran crímen del mundo, las furias desencadenadas por el infierno dispersaron á los fieles discípulos; el sanguinario rencor del pueblo, ébrio de matanza, llevó el espanto á todo el que se hallaba unido con el menor lazo al *criminal galileo*; y sin embargo aquella mujer, despreciando con altanero orgullo las maldiciones y las amenazas de las frenéticas turbas, seguia paso á paso, con los ojos en el rostro de Jesús y el corazon en los ojos, todas sus tristes y dolorosas huellas sin separarse un momento de la Madre de su Amor. Con ella bebió gota á gota toda la hiel de aquel amargo cáliz que la rabia de un pueblo abandonado de Dios hizo apurar en la agonía á su divino Hijo; y allí sobre la lúgubre cima del monte, que se estremecía de espanto bajo el peso de su moribundo Criador, vió por tres horas eternas pasar ante sus ojos, como una horrible pesadilla, el negro cuadro de los dolores, de los gemidos y de las espantosas convulsiones que acompañaron la muerte de Jesús. Al lado de los dolores de la santísima Vírgen no hay dolores humanos que puedan compararse; pero tampoco puede comprender la razon del hombre la misteriosa mezcla de sensibilidad y de fortaleza de *una mujer llena de gracia*, que tanto perteneció al cielo como á la tierra desde el primer momento de su sér. Pero la ardiente é impetuosa Magdalena, toda humana, y cubierta aún con la levadura del pecado, con la fe turbia, la comprension oscura para entender aquel misterio, al ver agonizar á su Maestro, creia faltarle la tierra y el cielo, y sentia apagarse en su pecho, con sus divinas miradas, su apoyo, su esperanza y hasta la luz de su salvacion. ¡Y al ver sus movimientos convulsivos, y al oir los tristísimos gemidos que le arrancaba el dolor, mientras los hipócritas fariseos y los sanguinarios sacerdotes insultaban su agonía con el escarnio y la burla, la hermosa hebrea sentia encenderse en las venas su sangre generosa; y su corazon, mal despegado de las pasiones mundanas, pedia hirviendo en coraje rayos y fuego al cielo para abrasar la raza maldita, que así perseguia á su Víctima hasta en aquel trance cruel!

Pero la Vírgen da un doloroso gemido y Magdalena acercándose á sostenerla comprende por la lividez de su rostro que todo ha acabado ya; y en tanto el sol se espanta y se vela, ábrense edificios y tumbas, las peñas chocan unas con otras, y montes, colinas y valles se estremecen en horribles convulsiones, al eco de los subterráneos truenos que rugen con espantoso furor.

Viste el dia su manto de estrellas, siniestros ruidos llenan el espacio, y en aquel pavoroso cataclismo con que llora la naturaleza la muerte de Jesús, verdugos y espectadores, poco há ébrios de su sangriento triunfo, huyen con la muerte en el alma dando alaridos de terror.

La Vírgen los ve, y ahogando la horrible herida de su alma, como Madre de misericordia pide por ellos á Dios; mientras la ardiente Magdalena con las miradas inflamadas de una amarga alegria, al ver el desórden del mundo y el espanto de las gentes, grita con ronco acento dirigiendo las manos hácia ellas:

—¡Ruge, ruge, tierra maldita! ¡ruge más, y ábrete pronto; y arrastra á tus abismos de fuego la perversa raza de Adan!

J. V. de Araquistain, *Pbro.*

Á JESÚS CRUCIFICADO

¿Tú enclavado en la cruz? ¿Tú padeciendo
de dolores un mar por culpa mia?
¿Tú sufriendo tristísima agonía,
y yo tus dulces frases desoyendo?

¿Tú con corona de dolor?... ¿Corriendo
de tus venas la sangre, Vida mia?
¿y á tu lado la célica María
martirio cruelísimo sufriendo?

¿Y aún mi corazon desapiadado
sigue sumido en hondo desvarío,
é impávido tu sangre he despreciado?

¡Piedad, Señor, que ya contrito ansío
las ofensas lavar que te he irrogado...
Yo la muerte te dí... ¡Perdon, Dios mio!

Rucino Martinez.

CEREMONIA DEL VIERNES SANTO

EN JERUSALEN

Con la santa idea de grabar más profundamente en el corazon de los fieles la memoria de la pasion y muerte del Señor, suelen practicar en algunos pueblos del mundo cristiano, y particularmente en Jerusalen los Padres Franciscanos de la iglesia del Santo Sepulcro, una tierna y majestuosa ceremonia.

Al efecto se sirven de una figura de Jesucristo, del tamaño natural, cuya cabeza, piés y manos se prestan á los diferentes movimientos humanos, y con ella representan la crucifixion, descendimiento de la cruz y sepultura de Jesucristo.

Suele practicarse esta ceremonia á la caida de la tarde del Viernes Santo en el mismo altar del Calvario.

Llegan allí formando una devota procesion de peregrinos y de toda la Comunidad, marchando lenta y pausadamente de dos en dos y con una hacha en la mano, cantando ó más bien rezando en tono funerario versículos del *Miserere* y del *Stabat*.

Detiénense en varios sitios sagrados, como la capilla erigida en el mismo punto en que la tradicion dice que la Vírgen Santísima presenció la

crucifixion de su divino Hijo, el altar en que dividieron los vestidos, la capilla de los improperios, y en cada uno de estos sitios hace la procesion una pequeña pausa para dar lugar á que un Padre, que suele ser español, diga algunas palabras referentes á las dolorosas escenas de la Pasion que recuerdan aquellos sitios.

De aquí continúa la marcha hasta la cima del monte Calvario, al pié de cuyo altar se depone respetuosamente aquella imágen de Jesucristo.

El orador sigue refiriendo á la multitud compungida los dolorosos sufrimientos é ignominias del Salvador, hasta que llega al momento de referir la crucifixion.

Cesa entonces de hablar, y se procede á clavar la imágen en la cruz. Fija ya en ella, se levanta el crucifijo, y se pone en el mismo lugar en que fué clavada la verdadera cruz en que murió el Señor.

Terminada la adoracion, vuelve á organizarse la procesion, y con el mismo órden y circunspeccion marcha delante de todos un religioso con la corona y los clavos en una bandeja de plata, sucesivamente la comunidad, y á lo último de ella cuatro religiosos conducen en un féretro la imágen de Jesucristo como un difunto á quien se va á enterrar.

Al llegar la procesion á la piedra de la Uncion, se detienen. Cubierta esta con una sábana muy fina y una rica almohada, se coloca en ella el cuerpo que figura el del Señor envuelto en un sudario.

El Padre Guardian entónces rocia la imágen con esencias y perfumes que al efecto van preparados, á imitacion de lo que hicieron en el mismo sitio con el cuerpo del Señor, José de Arimatea y Nicodemus. Al mismo tiempo hace quemar inciensos y ricos aromas, y despues de pocos momentos de oracion y manifestar á los fieles el objeto de esta detencion, prosigue marchando la procesion hasta dejar depositada sobre el mármol del mismo Santo Sepulcro la imágen de Jesucristo, concluyendo con una corta plática.

Verificado el entierro, van los religiosos de dos en dos á adorarla, y se queda allí toda la noche con varios religiosos de guardia, durante la cual practican los Padres y algunos peregrinos rigurosas penitencias.

El Padre recuerda entonces al auditorio cada una de las palabras que pronunció Jesús en la cruz, y sobre ellas hace á los fieles piadosas reflexiones.

Transcurrido el tiempo suficiente, durante el cual los fieles todos se entregan al más doloroso llanto, se procede al descendimiento de la cruz.

Uno ó dos Padres arriman unas escaleras á la cruz, y subiendo á lo alto, principian quitando á la Imágen la corona de espinas.

Luego otros con bandas ó tiras blancas de lienzo fino pasadas por debajo de los brazos de la imágen, van sosteniendo el cuerpo á proporcion que con las tenazas van arrancando los clavos de manos y piés, hasta que por fin la efigie va bajando de una manera igual al que lo fué la del mismo Jesucristo.

El Padre Guardian ó superior que preside se acerca entonces con los piés descalzos y en silencio, y prosternándose á los piés de la santa Imágen, besa con respeto la corona de espinas y los clavos, y sucesivamente hacen lo mismo los demás religiosos, y despues de éstos los peregrinos y fieles en general.

MADRE DOLOROSA

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Se ha generalizado tanto la punible falsificacion de la manteca de leche por medio de la oleo-margarina, extraida del sebo, que consideramos conveniente dar á conocer un procedimiento muy sencillo para distinguir la manteca artificial de la verdadera, ideado por M. Thomas Taylor. Se vierten sobre la manteca algunas gotas de ácido sulfúrico puro: si la manteca es de leche, toma un color blanco amarillento que á los diez minutos, poco más ó menos, pasa á rojo ladrillo; si es artificial ó contiene oleo-margarina procedente del sebo, toma un color de ámbar que á los veinte minutos pasa á púrpura intenso.

—Se ha descubierto un nuevo desinfectante de gran energía, que es el resultado de la sabonificacion del petróleo por medio de la sosa cáustica. El petróleo sabonificado es un líquido de color oscuro, de la consistencia del jarabe, el cual mezclado con agua despide un olor grato, siendo un desinfectante poderoso para purificar la atmósfera de los lugares donde reinan fiebres palúdicas. Tambien es un remedio eficaz para afecciones cutáneas en los animales, destruyendo además los insectos dañinos de las plantas.

NOTICIAS VARIAS

El dia 2 de Marzo cumplió Su Santidad Leon XIII ochenta años, encontrándose en toda la plenitud de sus facultades físicas é intelectuales. Es indudablemente un divino privilegio esta inalterable salud y esta aptitud constante del Soberano Pontífice para el gobierno de la Iglesia.

—Con motivo del aniversario de su coronacion pontificia el Papa entregó la cantidad de 10,000 pesetas al *Círculo de San Pedro* de Roma para que la Comision de dicho Círculo encargada de las cocinas económicas la distribuyese en forma de bonos á los pobres de aquella capital.

—Ochocientos estudiantes católicos de Paris celebraron el 7 de Marzo una reunion, en la que fué aprobada una enérgica exposicion reclamando para Su Santidad la soberanía temporal.

—Se han realizado recientemente las siguientes conversiones: El capitan Noé, del regimiento número 15 de Infantería francesa, ha dejado su uniforme para vestir el hábito religioso de Misionero y ponerse á las órdenes del Cardenal Lavigerie.—El célebre pintor aleman Eduardo Knackfuss ha vestido el hábito dominicano en el convento de Dulsseldorf, atraido por la proteccion dada á la pintura por aquella Orden religiosa.—Mr. Ferri, uno de los diputados más importantes del partido liberal y decidido auxiliar de Garibaldi, ha muerto arrepentido de sus errores, confesado y comulgado: ni uno solo de los periódicos de Roma ha tenido el valor de anunciarlo.—Merced á los evangélicos trabajos de los Misioneros españoles, acaban de abjurar de sus errores, abrazando el catolicismo, 300 familias filipinas, que forman un total de 1,000 personas de ambos sexos entre niños y adultos.—El general Satchwel abjuró en Milan el anglicanismo.—En Roma abjuraron tambien el luteranismo, en la capilla de las Hermanas de la Cruz, el baron F. de Warendorff y el baron Egberto van Du Berg, pertenecientes á la nobleza protestante de Prusia.

—Segun el último censo, Rusia cuenta con 108.787,235 habitantes, ó sean 4 millones y medio más que en 1884. En este enorme número la Rusia de Europa cuenta 81.725,185 individuos, la Polonia rusa 7.960,304, la Finlandia 2.176,421, las Provincias del Cáucaso 7.284,000, la Siberia 4.313,000 y las posesiones rusas en el Asia central 5.327,000. La Rusia de Europa cuenta, pues, con más habitantes que Alemania, Austria, Holanda y Bélgica unidas.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 26

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 20 DE ABRIL — SÉRIE II.—NÚM. 69

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La basílica del Santo Sepulcro en Jerusalen.*—*El santo Cenáculo y el monte Sion.*—*A Dios* (poesía), por José Velarde.—*Lux*, por Ildefonso Lopez de Hódiger.—*Necrología:* Reverendo P. José Javier de Ortuzar.—*¡El último!*—*Miscelánea.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

Rdo. P. Fr. José Javier de Ortuzar.—Véase la necrología, página 135.

Fachada de la basílica del Santo Sepulcro en Jerusalen.—Véase pág. 131.

Templete del Santo Sepulcro.

Conduccion de los restos del V. Fr. Melchor García Sampedro á la catedral de Barcelona.—Vease pág. 132.

Fiesta popular de Pascua en Rumanía.

La bendicion de los campos (cuadro de Nicolás Cannicci.)

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El pleito de moda.—Lo que pensará Higinia Balaguer del mundo liberal que la rodea.—El único remedio de muchísimos males.

No hay más asuntos nuevos que el crímen de la calle de Fuencarral.

Desde que empezó el juicio oral hasta que se suspendió, y desde que se suspendió hasta que se reanude, nos desayunamos con este crímen, almorzamos con él y cenamos con él, como si el cuerpo y el alma no tuvieran más alimentos.

La quinta ó sexta historia que la procesada Higinia Balaguer ha hecho del suceso y que probablemente ha de resultar tan falsa como las anteriores, ha venido á embrollar de nuevo el asunto, volviendo tarumbas á los tribunales, devanando los sesos á las muchedumbres y causando desabrida ictericia al sentido moral y al sentido comun. Higinia Balaguer es la heroína de moda en el dia presente.

Heroína criminal, por supuesto, heroína abominable; pero de tantas campanillas como el guillotinado Prancini y como el destripador de mujeres de Londres, á quien se busca y no parece.

La precocidad intelectual de esta mujer, la luz natural que alumbra su mente con resplandores diabólicos, la firmeza de su voluntad y el ingenio con que hilvana un argumento para prolongar las dudas, suscitar nuevas sospechas y ganar tiempo con que dilatar su viaje al patíbulo, la revisten de las superioridades que son propias de los grandes caracteres, buenos ó malos.

Entró en la cárcel sin saber leer, y ya lee de corrido los periódicos. Mujer de mala vida, que nunca salió de las zahurdas asquerosas del vicio, mantiene pláticas con todo linaje de altos personajes y de damas encopetadas, como si le fueran familiares el *argot* de los burdeles y la poliantea dulzarrona de los dorados salones.

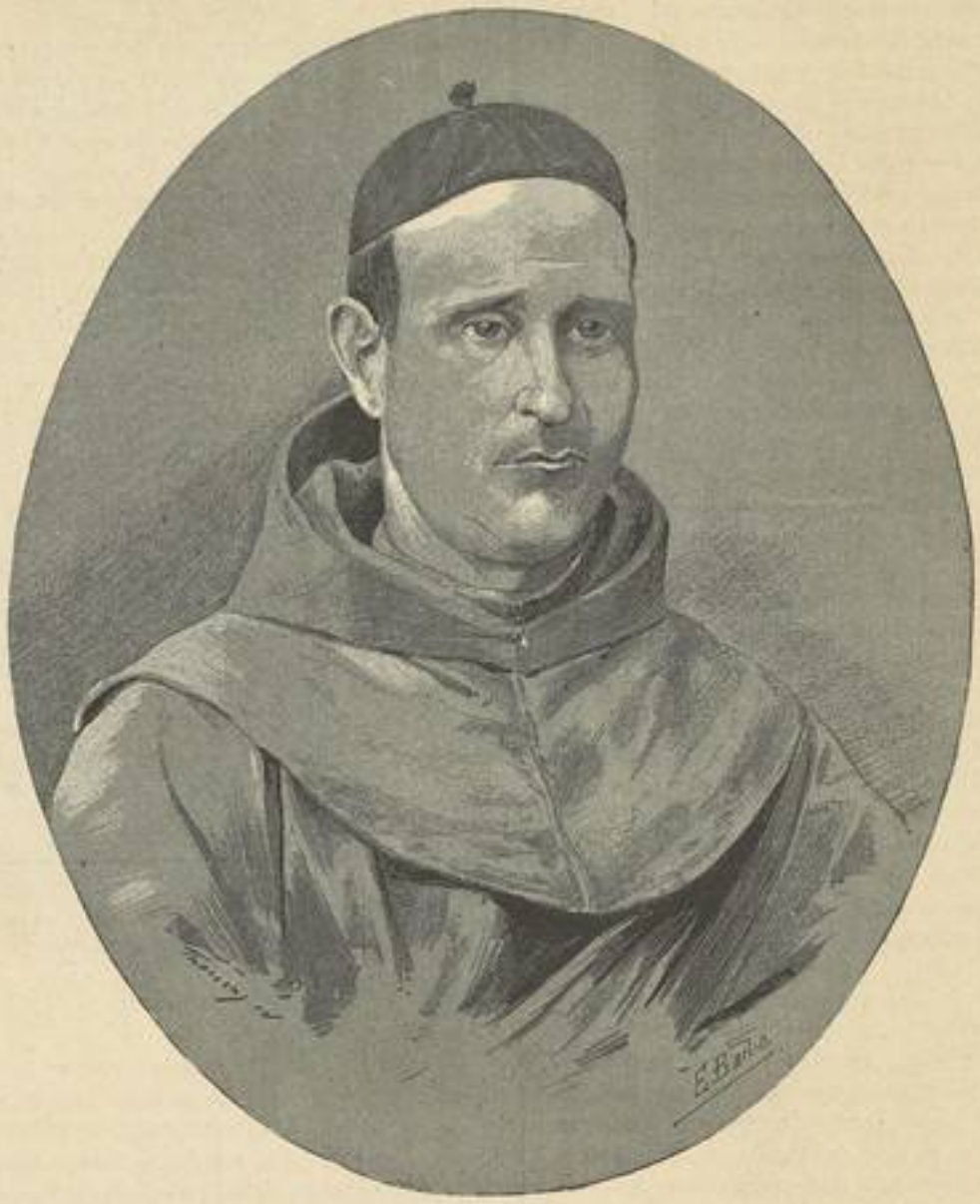
Su ingenio se mantiene en todos los momentos por frases breves é incisivas que hieren con una palabra todas las dificultades. Cuando la transportan de un sitio á otro en el coche celular acompañada de guardias de á caballo dice á los curiales: «Mirad, llevo escolta como la Regente.»

Y cuando la hacen subir á un coche de punto llama á los cocheros: «mis lacayos.»

Pero no se reduce á esto solo la celebridad de esta delincuente de primer órden.

Yo entiendo que lo que distingue más á Higinia Balaguer es la intuicion natural, espontánea, lúcida y reverberante, por virtud de la cual conoce á fondo el mundo liberal que la rodea.

Así es como me explico que nunca la abando-



RDO. P. FR. JOSÉ JAVIER DE ORTUZAR

(† 29 de Enero de 1889)

nen su presencia de ánimo, su valor feroz y su tenacidad de histérica para componer entregas de la novela de su proceso, con la seguridad de que ha de ser creida y ha de alejarla poco ó mucho de las gradas del cadalso.

De aquí que esta mujer extraordinariamente criminal aparezca elevada, como en sitio culminante, sobre el espectáculo que la rodea, compuesto de todas las deficiencias de la justicia nueva, de todas las miserias de la administracion, de todas las flaquezas de la autoridad, de todas las abyecciones, concupiscencias y barbaries castizas de un pueblo casi bestializado por el liberalismo; defectos que esa gran delincuente contempla con sonrisa burlona, especie de mueca demoníaca que le sirve al progreso moderno de vegigatorio.

Seria curioso penetrar con la mirada en el fondo tenebroso del alma de Higinia Balaguer y sorprender lo que piensa y siente del mundo liberal en que ha vivido y del que hoy se mofa con la mueca horripilante de su atigrada sonrisa.

Seria curioso saber lo que piensa sobre una administracion de justicia á la que ha desorientado y engañado tantas veces; que no levantó la estera del escenario criminal hasta diez ó doce dias despues de consumado el crímen; que tomaba declaraciones sin dar lectura de ellas á los testigos, ni recabar sus firmas, echando chicoleos á las mujeres: que ha metido en la cárcel á numerosos inocentes sin acertar á dar con los verdaderos culpables; en una palabra, que convirtió el sumario en un expediente liberalesco plagado de informalidades, dando motivo á que ella, la criminal Higinia, haya jugado con tal administracion como una gata con un ratoncillo atontado y mohino.

Seria curioso saber lo que piensa de nuestras cárceles, en que ella, incomunicada en un calabozo, se comunicó con otra á quien designa por su cómplice, y las dos supieron lo que juzgaban la opinion y la prensa de su crimen, achacándoselo al hijo de la víctima y al director de la cárcel de Madrid, por lo cual los acusaron y se lanzaron por ese camino á borrar las pistas del delito, alentadas despues para ello por un enjambre de periodistas alegres, vivarachos, dotados de chispa y de toda falta de aprension, proponiéndose ganar muchos perros chicos explotando la voracidad pública, sin temor de que pudiera ahorcarse á algun inocente tomándole por culpable.

Seria curioso saber cómo piensa la Higinia de ese populacho que por veria, por respirarla y compenetrarla paga tres y cuatro duros por adquirir una localidad en el escenario teatral de la justicia moderna, y aguanta cargas de la guardia civil, á la que resiste y arrolla; y devorado por sus impaciencias apedrea el coche de la procesada y pretende *lyncharla*, nada más que porque se retrasa el tiempo en que ha de acompañarla hasta el cadalso para ver cómo muere y cerciorarse de la expresion que toma su rostro difunto por la accion del garrote.

Seria curioso tambien saber cómo piensa Higinia de esas encopetadas, aristocráticas y perfumadas damas, cubiertas de sedas, encajes y pedrería, que se han despepitado por adquirir un billete privilegiado para asistir al juicio y examinarla *vis á vis*, acercándose á ella en los entreactos, trabando con ella pláticas más ó menos festivas, en una palabra, codeándose con ella de la manera más natural y corriente, como si los palacios y los burdeles no estuvieran separados más que por una puertecilla de escape.

Y tambien seria curioso saber cómo piensa Higinia del trato que á ella, homicida y ladrona, delatora de muchos inocentes que por ella han padecido y padecen persecucion, mujer sin alma, sin conciencia y sin caridad, concede la justicia moderna, consintiendo que se la trate con cierto regalo en la comida, la bebida y el encierro, por lo cual no prueba el rancho de la cárcel y se mantiene con manjares de más enjundia, teniendo golosinas y vino de Jerez para fortalecerse cuando se finge enferma y una tertulia permanente de personajes oficiales y extra-oficiales que amenizan la soledad de su clausura y á quienes ella recompensa con sus chistes y graciosidades, contándoles á cada paso una historieta rellena de mentiras trascendentales...

Curioso seria saber cómo piensa Higinia de todo esto; pero no es necesario oirlo de sus labios, porque la razon lo adivina con sólo verla sonreir de lástima y desprecio al contemplar toda la podredumbre, abyeccion y miseria de este espectáculo de Bajo Imperio, cuya degradacion y vileza son superiores á los de los que los emperadores encanijados de Oriente autorizaron en Bizancio.

El sistema que se sigue para buscar la verdad procesal es un sistema nuevo, mestizo, deplorable, que resulta completamente ineficaz, puesto que no produce en la procesada ni la atricion, ni la contricion.

Por eso se ve que ha conocido que su tragedia ha tomado las proporciones de una comedia liberalesca, rellena de blandeguerías chirles, de mimos, contemplaciones y lagoterías del género filantrópico al uso, y se conduce como actriz consumada.

Ya que los liberales no aceptan el tormento antiguo para hacer confesar sus crímenes á los delincuentes obstinados y contumaces, á pesar de que lo emplean extraoficialmente por modo brutal, llegando hasta á fusilar sin juicio y sin los auxilios religiosos en poblado y en despoblado, ¿por qué no abren las puertas de sus presidios á la Religion? ¿Por qué no los ponen bajo la direccion de las Órdenes religiosas?... ¡Ah! si las Congregaciones católicas de hombres y mujeres tomaran por su cuenta la educacion de la poblacion penal, no se darian á luz espectáculos como los que estamos viendo!

LUPERCIO

Madrid, 10 de Abril.

LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO

(RESÚMEN HISTÓRICO)

Cerca del lugar donde espiró el Salvador del mundo habia un huerto, y en él un sepulcro nuevo excavado en la roca, y propiedad de un noble discípulo de Jesús llamado José de Arimatea. Por razon de la festividad de la Pascua, José y Nicodemus, que bajaron el divino Cuerpo de la cruz, no teniendo tiempo para preparar otro más suntuoso, lo colocaron en aquel, disponiéndolo así la Providencia para hacer irradiar el sol de la divinidad de Jesús en el Gólgota y poner en aquel monumento el sello de la divinidad al Cristianismo con el milagro más estupendo que registran los siglos, cual fué el de la Resurreccion.

Los primeros creyentes consideraron la tumba de Jesús como uno de los objetos más caros de su devocion, y junto á ella iban á cobrar el valor y la firmeza con que confesaban su fé.

Imaginando insensatamente que sepultarian la verdad de la Resurreccion bajo un monton de piedras y ruinas, los idólatras cubrieron de tierra el sagrado Sepulcro, y erigieron encima de él sacrílegos altares á Júpiter y á Vénus, ofreciéndoles execrables sacrificios. Pero de en medio del gentilismo suscitó Dios un hombre para que purgase el sagrado monumento de las abominaciones gentílicas y lo dedicase con todos los honores á la Divinidad, que tanto habia resplandecido en Él. Este hombre fué Constantino, quien mandó erigir en el lugar del santo Sepulcro un templo digno, en cuanto fuese posible, de la Divinidad. Seis años duró su construccion, y sus dimensiones eran tan extraordinarias, que en su recinto quedaban incluidos nueve santuarios.

«El sepulcro junto al cual anunciara el Angel el misterio de la Resurreccion fué enriquecido con prolijos adornos.

«La magnificencia del Emperador manifestóse primero en la gallardía de las columnas y de otros ornamentos con que embelleció el monumento de la resurreccion del Señor.

«Desde el Sepulcro íbase á una espaciosa plaza enlosada con hermosas baldosas, y con tres galerías en tres de los lados.

«La iglesia, edificada en la parte opuesta al Sepulcro, con la fachada al Este, era una obra admirable por su elevacion y grandiosidad: su interior estaba revestido de mármoles de varios colores, y el pavimento de losas tan finas y tan bien unidas, que no cedian al mármol en hermosura. A entrambos lados corrian de uno á otro extremo dos galerías, una baja y otra alta, las cuales estaban por dentro festoneadas y doradas como el resto del templo, sostenidas por altas columnas que en el interior descansaban en zócalos cuadrados llenos de adornos.

«La fachada tenia tres puertas, en frente de las cuales se ostentaba un hemisferio, parte principal del templo, rodeada de tantas columnas cuantos fueron los Apóstoles, rematándolas grandes adornos de plata.

«Al salir de la iglesia se encontraba una anchurosa plaza con dos galerías en sus dos lados, y al extremo su entrada comunicaba con otra plaza mayor, desde la cual se admiraba la belleza del conjunto.

«Construida tan magnífica iglesia para que sirviera de monumento á la gloriosa resurreccion del Salvador, embellecióse con dones de oro, plata y pedrería, cuya multitud y hermosura no me seria posible describir (1).»

En el año 335 se celebró su dedicacion con extraordinaria pompa entre un numerosísimo concurso de fieles y muchos obispos á la sazon reunidos en concilio.

En el año 614 Cosroes, rey de Persia, se apoderó de Jerusalen, y la iglesia del Santo Sepulcro fué asolada.

Quince años despues, gracias á la influencia de la mujer del vencedor, que era cristiana, empezó la reconstruccion, pero bajo otro plan, que consistió en levantar cuatro edificios separados: 1.° una rotonda sobre el santo Sepulcro; 2.° una capilla sobre el Gólgota; 3.° otra en el sitio en que santa Elena, madre de Constantino, encontró la santa Cruz, y 4.° otra en el lugar en que el Salvador resucitado se apareció á su Madre santísima.

El califa Omar sojuzgó á Jerusalen en el año 636, y permitió á los cristianos las prácticas de su culto, pero únicamente dentro de los templos; de cuya facultad gozaron casi por espacio de cuatro siglos, sin creer pagarla cara con las vejaciones á que estaban expuestos.

En el siglo IX Aaron-el-Rechid envió solemnemente á Carlomagno las llaves del Santo Sepul-

(1) Eusebio: *Vida de Constantino*, lib. III.

cro y de la Ciudad santa. Pero Hakem, el cruel é insensato califa que se hacia adorar como á Dios, devastó el Calvario en 1008, y la iglesia del Santo Sepulcro no fué reedificada hasta treinta y siete años despues, en el reinado del emperador griego Constantino, llamado *Monómaco*.

Los cruzados entraron en Jerusalen el dia 15 de Julio de 1099. Godofredo se dirigió descalzo y desarmado al sepulcro del Salvador, imitando su ejemplo los guerreros cristianos.

Todavía no habia transcurrido un siglo cuando la Ciudad santa volvia á caer en manos de los infieles. Saladino entró en ella vencedor á primeros de Octubre de 1187, y los cristianos en número de cien mil, despues de verter abundantes lágrimas sobre el santo Sepulcro, el Calvario y las calles de Jerusalen, salieron de la ciudad. Las cruces fueron arrancadas y arrojadas por las calles, las campanas rotas, y las iglesias convertidas en mezquitas, excepto la del Santo Sepulcro, donde permitió Salsdino que permaneciesen cuatro sacerdotes latinos, prohibiendo severamente á sus soldados que profanasen el templo, aunque no pudo evitar que demoliesen la torre.

Hácia la mitad del siglo XIII, aprovechándose los cristianos de las discordias de los musulmanes, volvieron á Jerusalen, rehabilitaron las murallas y repararon las iglesias; pero una horda de bárbaros, arrojados de su tierra por los mogoles, sumieron la Ciudad santa en la mayor desolacion: los karismitas cometieron en la iglesia del Santo Sepulcro más profanaciones que las que se presenciaron hasta entonces, ni aun en los dias marcados por la cólera de Dios.

Muchos esfuerzos habian hecho los príncipes y reyes del mundo para rescatar los Santos Lugares, pero al fin el santuario del Señor quedó bajo el dominio de los enemigos del nombre cristiano.

Un hombre despreciable á los ojos del mundo, pero muy acepto á los ojos de Dios, emprendió la obra más grande que habia sido objeto de las Cruzadas, esto es, la reconquista de los santuarios de Palestina. Este hombre fué Francisco de Asis, elegido por Dios heredero del más noble patrimonio de la Iglesia, de los Lugares de nuestra redencion.

En 1277 el Sultan de Egipto, por medio de un decreto, hizo á los Franciscanos dueños de los santuarios, en cuya posesion siguieron hasta que la perfidia griega se los arrebató.

En 1365, habiendo D. Pedro, rey de Chipre, tomado é incendiado Alejandría, el Sultan, no pudiendo vengarse de sus agresores, se cebó en los cristianos que estaban bajo sus dominios, sin poder librarse de su furor los inermes religiosos que custodiaban la sagrada Tumba. Estos, en número de diez y seis, fueron cargados de cadenas y conducidos á las cárceles de Damasco, en donde tuvieron que sufrir por espacio de cinco años hambre, sed y todas las crueldades que la fiereza y fanatismo musulman pudieron inventar. Ajustados los negocios con la Europa, se les permitió volver al Santuario; pero lo hallaron profanado y ocupado por los coptos, georgianos, griegos y armenios. El sultan les reintegró plenamente en su posesion, pero no pudieron gozar de aquella paz y recogimiento que hasta entonces habian disfrutado, siéndoles preciso habitar con sus enemigos y celebrar los divinos misterios en unos mismos altares.

Durante la dominacion de los sultanes de Egipto, Damasco, Alepo y Babilonia, que en varios tiempos se disputaron la posesion de la Siria y Palestina, los religiosos corrieron la suerte de los santuarios. Cuando Selim I, emperador de los turcos, se apoderó en 1517 de Jerusalen, su primera diligencia fué encarcelar á los religiosos á fin de obtener de ellos las alhajas que la piedad cristiana habia ofrecido al Sepulcro de Cristo; pero dispuestos á cualquier sacrificio antes que entregar las cosas sagradas á un infiel, sufrieron la prision por espacio de veintisiete meses en el fuerte llamado de los Pisanos, hasta que el sultan, pagado de nuevas conquistas, olvidó los tesoros de los santuarios y permitió que tomaran de nuevo la oficiatura del Santo Sepulcro.

Corria el año 1537 cuando, sin antecedente alguno, viéronse otra vez puestos en duras prisiones esperando la sentencia capital; hasta que despues de tres años fueron puestos en libertad á instancias de Francisco I, rey de Francia, á excepcion de nueve que habian cambiado esta vida por la eternidad, no pudiendo superar las vejaciones y tormentos á que los sujetaron. La causa de su prision fué la entrada de Cárlos V en Tunez y la captura de once galeras, llevada á efecto por el dux Doria de Venecia.

Los Franciscanos entraron nuevamente en los santuarios, pero los hallaron despojados, y en parte destruidos por la codicia de los turcos. Los cismáticos, además, habian derribado los altares, robado las reliquias, y llevado su profanacion más allá de los turcos.

Cárlos V y Felipe II, viendo que la pobreza franciscana no podia reparar las averías causadas en el Santo Sepulcro, restauraron á expensas suyas la sagrada Tumba, y la obra salió digna de los católicos Monarcas.

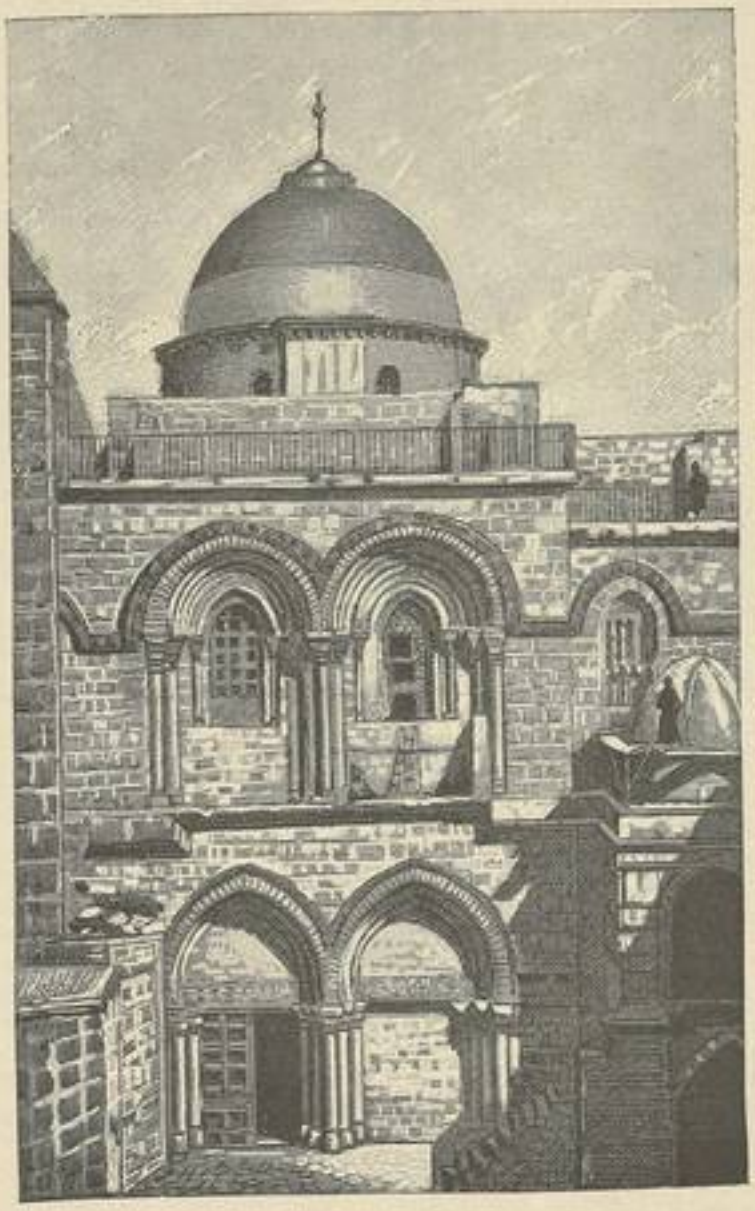
En 1607 los judíos, generacion mala y perversa, ofrecieron al sultan de Constantinopla 50,000 duros, prometiendo una suma mayor para que se fabricase una mezquita sobre el santo Sepulcro. El sultan dió inmediatamente un decreto para secundar los deseos de los judíos, y toda la cristiandad estaba consternada por tan irreparable pérdida, cuando el Bayle de Venecia, despreciando la vida, se presentó al sultan, y defendió la causa de los católicos con tanta valentía, que atemorizado el turco revocó su anterior decreto.

Con el oro que entregaron al turco, y las falsificaciones de varios documentos, los griegos obtuvieron en 1633 que los religiosos fueran arrojados del Santuario. En 1564 habian movido la primera piedra para introducirse en el santo Sepulcro, y tras ellos vinieron los armenios en 1617 con grandes pretensiones; pero se dió sentencia en favor de los Franciscanos en 1635. No obstante esta decision, se vieron obligados en 1637, en fuerza de un nuevo decreto, á cedérselos.

Treinta y siete años estuvieron en estas angustias, hasta que en 1673, á instancias de Luis XIV, fueron repuestos en sus antiguos derechos. Pero en 1676 un nuevo decreto les privó de los santuarios, y estuvieron sintiendo y llorando esta pérdida hasta 1690, en que les fueron devueltos por Soliman III.

La cúpula del Sepulcro despues de tantos trastornos exigia una reparacion, y los religiosos expusieron la necesidad á nuestro monarca Felipe III en 1719. Este les envió 400,000 duros, y la obra salió tan perfecta que no se habia visto otra semejante. Los griegos, poco satisfechos, levantaron un murmullo contra los religiosos; y éstos que apenas tenian tiempo para rehacerse de sus anteriores quebrantos, pasados treinta y ocho años de la reparacion del Santuario, presenciaron el atropello más insolente y sacrílego que registra la crónica de Tierra Santa en las persecuciones de los turcos.

Era la víspera del domingo de Ramos de 1757 cuando los religiosos, para celebrar la entrada triunfal de Jesús en medio de las aclamaciones del pueblo, adornaron el santo Sepulcro con todo lo más precioso que la piedad de los fieles ofreciera en distintas épocas. Concluida la funcion, entraron los griegos, comenzaron á ridiculizar las sagradas ceremonias de la Iglesia latina, y



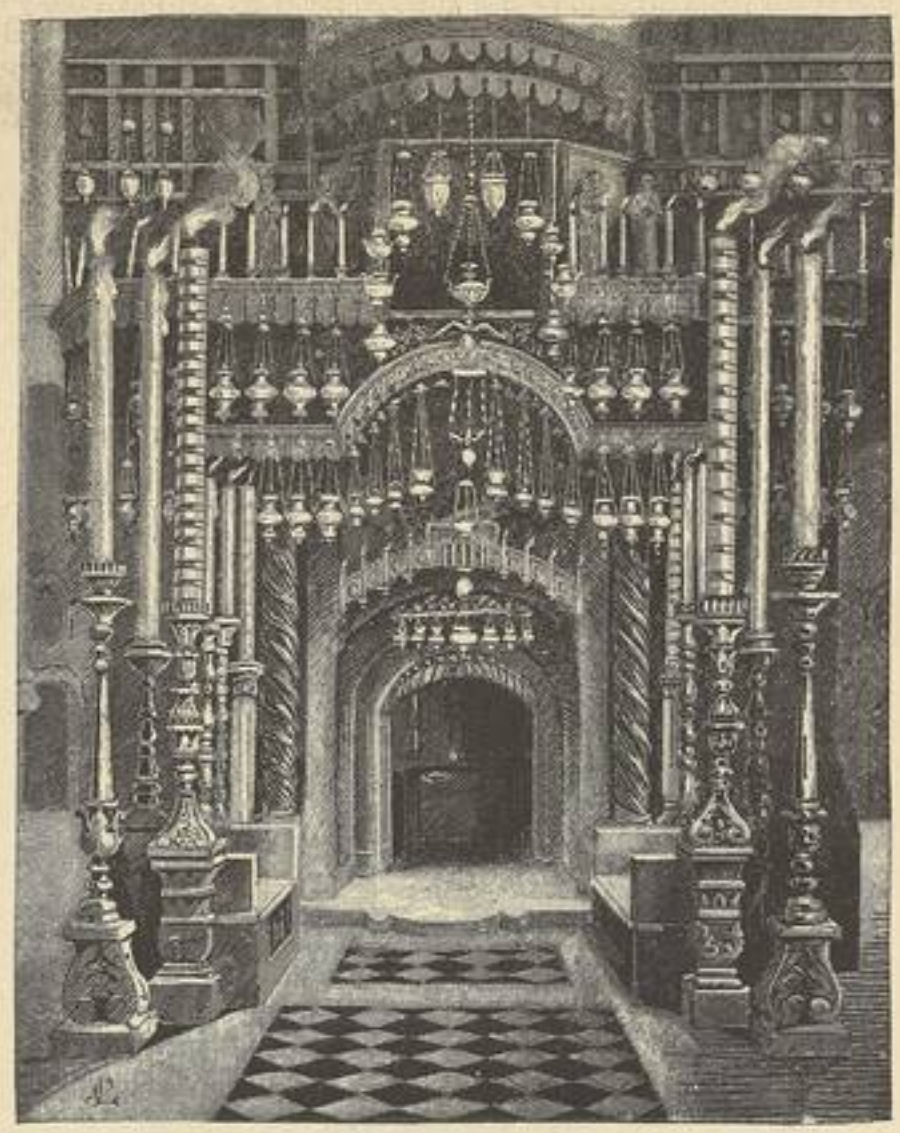
FACHADA DE LA BASILICA DEL SANTO SEPULCRO EN JERUSALEN

tuego devastaron todo el Santuario, robaron sus alhajas, é hicieron pedazos todo cuanto hacia corona á la sagrada Tumba.

Entre las alhajas merecen especial mencion tres lámparas de oro, esmaltadas de piedras preciosas, regalo de los reyes Felipe II, Cárlos VI, y del de las dos Sicilias; veinte lámparas de plata de inestimable valor, y otras diez y seis trabajadas con relieves, además de las tapicerías y candelabros de desmesurada grandeza.

Habiendo quedado impune este delito, no paró aquí la perfidia griega, pues en la noche del 11 de Octubre de 1808, para concluir con lo que habia dejado en el último atropello, prendió fuego en el Santuario y lo redujo á pavesas. Sin embargo, el fuego respetó la tumba del Redentor, la puerta y el cuadro de la Resurreccion; pero lo que respetó la voracidad de las llamas no lo respetó la refinada malicia del griego, pues habiendo tenido las potencias cristianas la debilidad de dejar á los griegos la reparacion del edificio, borraron el diseño antiguo, hicieron desaparecer toda inscripcion latina, al finísimo mármol sustituyeron otro inferior, y en lugar de las inscripciones latinas grabaron otras griegas y se hicieron dueños del Santuario. No contentos con esto, fueron á turbar el reposo de los que por su devocion descansaban á la sombra del Gólgota, y destruyeron los sepulcros de los reyes latinos de Jerusalen y el de Felipe I, rey de España, que por el tierno amor que profesaba á los Santos Lugares quiso dejar á la sombra de ellos sus mortales despojos.

Pero lo que no se puede recordar sin justo enojo es la profanacion de lo que por tantos siglos habian respetado los paganos, los persas, los sarracenos, los árabes, los egipcios, los karismitas, los turcos, los fatimitas, los omníadas, y todos cuantos se disputaron el mando de la santa Ciudad. Con perfidia propia de griegos, se atrevieron á arrancar la piedra en donde se habia enarbolado la bandera de nuestra salud y la piedra donde estaban los Ángeles cuando la Magdalena fué al Sepulcro; arrancaron tambien varios trozos del santísimo Sepulcro y los embarcaron para Constantinopla; pero Dios no permitió que completasen tan gran sacrilegio, y en una borrasca naufragó el buque que llevaba aquellas sagradas reliquias.



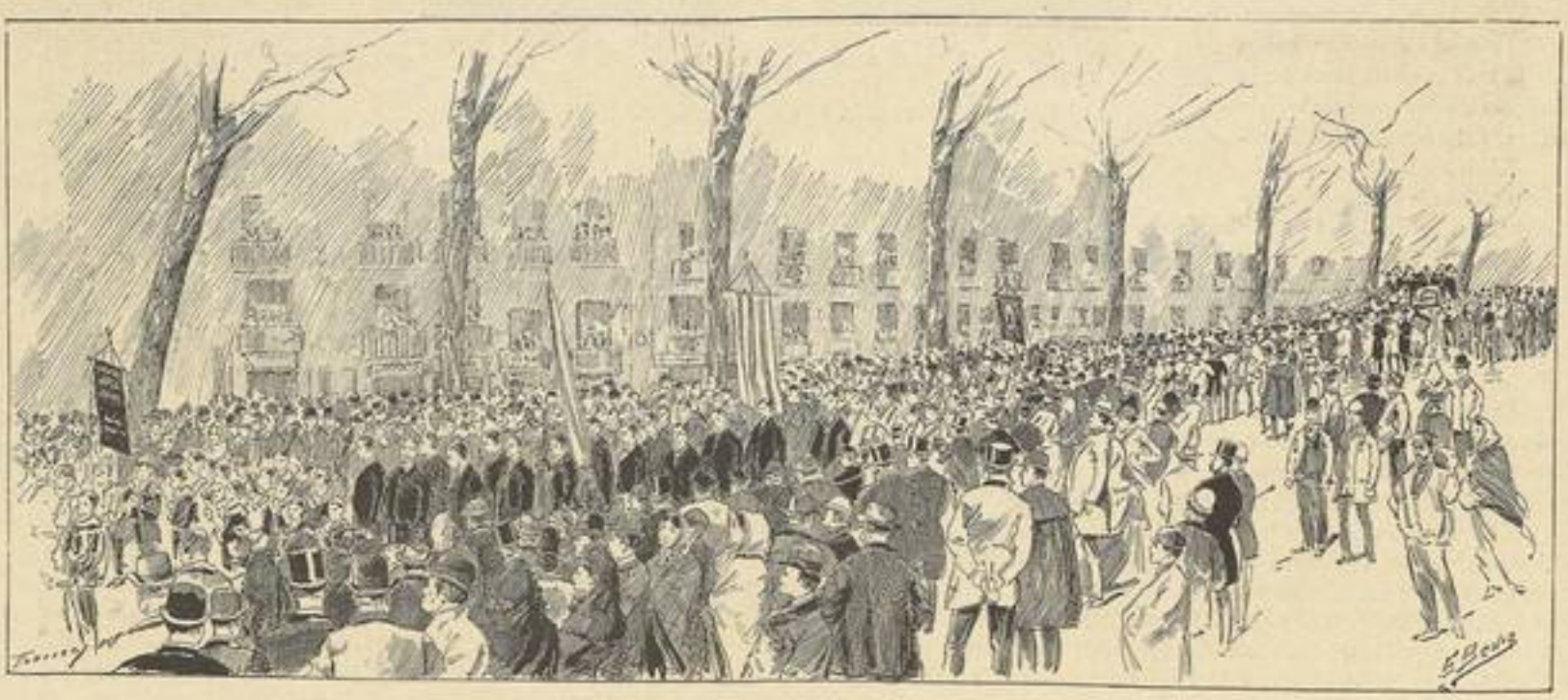
TEMPLETE DEL SANTO SEPULCRO

El templo actual ofrece en su estilo una mezcla del románico y de la ojiva morisca, y no tiene belleza alguna arquitectónica, ni tampoco en los adornos, de los cuales carece por completo. El todo es un edificio inmenso sin simetría alguna, sin más riquezas artísticas que algunos pequeños cuadros, y sin más objetos de adorno que las lámparas y un corto número de grandes candeleros, que pertenecen á los diversos cultos que ejercen sus ritos en la Basílica: armenios, coptos, abisinios, etíopes y griegos.

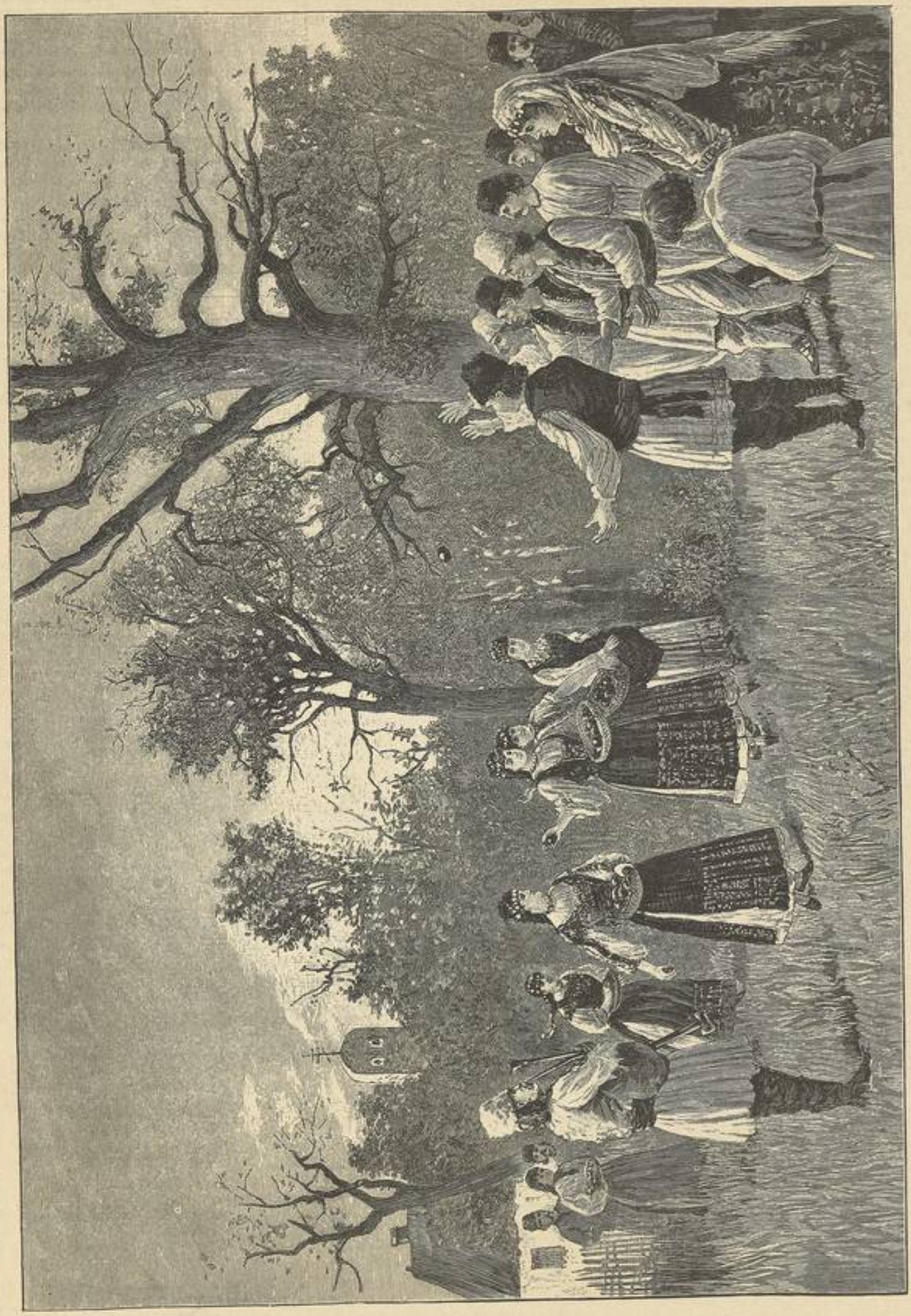
EL MONTE SION

Y EL SANTO CENÁCULO

Sion fué el monte destinado por el Eterno para ostentar el poder de su diestra y mostrar al mundo las maravillas de su amor. En él tuvieron fijas sus miradas los Profetas, y todos ellos se excedieron en tributarle los mayores elogios, y dieron á conocer á los mortales que aquel lugar lo habia escogido el Señor para alcázar real de donde saliera la salud del mundo. La posicion que tiene, elevada sobre los demás montes, hace que domine todos los contornos de Jerusalen, recibiendo por esta parte el nombre de ciudad alta en contraposicion á la otra parte, que toma el nombre de ciudad baja ó inferior. Sobre Sion elevaron los jebuseos un fuerte de donde no pudieron ser desalojados hasta que David tomó las riendas del poder y colocó en él su trono, dándole mayor grandeza con los soberbios y majestuosos



CONDUCCION DE LOS RESTOS DEL VENERABLE MELCHOR GARCÍA SAMPEDRO Á LA CATEDRAL DE BARCELONA



FIESTA POPULAR DE PASCUA EN RUMANIA

edificios de que la adornó. Cercó todo el monte con una fuerte muralla, y preparó el lugar donde debia depositarse el Arca del Señor, la que trasladó de casa de Obededom en medio de las aclamaciones del pueblo, precediéndola llena de júbilo con su armoniosa arpa. Desde entonces aumentó considerablemente el prestigio de la montaña á los ojos del pueblo; y aunque el Arca fué trasladada por disposicion de Salomon al templo, no por eso dejó de quedar consagrado el monte á las festividades de los judíos, quedándole el nombre de Montaña Santa.

Antíoco Epífanes asentó en el monte Sion el trono de sus crueldades. A este impío rey se debió la invencion de un nuevo género de suplicios: dar muerte á las madres que se mantenian fieles á la ley divina, despeñándolas desde las murallas con sus hijos al cuello.

El lugar de la ciudad de David lo ocupa hoy una fortaleza *(El-Kal'ah)*, la más considerable de la poblacion; y sobre los cimientos del palacio de Herodes hay erigido un templo anglo-prusiano.

Las tres torres Hippicus (1), Phasael (2) y Mariamna (3), que despues de la toma de Jerusalen mandó Tito respetar, fueron construidas por Herodes á corto trecho de su palacio.

Un poco más allá se encuentra el convento de los sirios, edificado en el sitio de la casa de María, madre de Juan apellidado Marcos.

Los armenios disidentes tienen edificado el suyo allí donde estuvo el palacio de Anás, y adyacente se halla el suntuoso templo que España levantó á Santiago el Mayor en el lugar donde Herodes Agripa mandó decapitarle. Los armenios lo quitaron á los georgianos, á quienes lo habia cedido el rey de Aragon D. Jaime el Conquistador en cambio de las reliquias de santa Tecla. Empero los Religiosos Franciscanos conservaban el derecho de celebrar la fiesta del santo Apóstol en 25 de Julio; pero en 1872, por algunas cuestiones que mediaron entre los cismáticos y nuestros Religiosos, fueron éstos privados del consuelo de oficiar en él. Es el templo más precioso que hay en Jerusalen: tiene cinco puertas de concha con mosáicos de nácar, y la cátedra y solio patriarcal son de primorosa labor.

Bajando al Sur se encuentra el antiguo convento de Franciscanos edificado sobre el Cenáculo, donde los misterios más profundos y adorables del Cristianismo sucedieron la víspera de la muerte de Jesucristo, donde tantas veces habló éste á sus Apóstoles despues de resucitado, y donde descendió sobre ellos el Espíritu Paráclito que les habia prometido.

El Cenáculo fué la primera iglesia que tuvo el Cristianismo: allí se celebraron los dos primeros Concilios de la Iglesia llamados apostólicos; allí fué ordenado y compuesto el Símbolo de la fe por los Apóstoles para anunciarlo á las gentes, y de allí se dividieron para esparcir la semilla de la divina palabra en toda la redondez de la tierra.

Cuando Tito devastó Jerusalen, el año 70 de la Era cristiana, respetó algunos edificios contiguos al Cenáculo; pero algunos años más tarde los destruyó Adriano, quedando el Cenáculo sepultado bajo sus ruinas.

El año 326 Constantino circundó todo el sagrado recinto con un suntuoso templo consagrado á los doce Apóstoles, donde se tributó culto hasta 1458; pues ni Cosroas en 615, ni Omar en 636, proscribieron el culto católico, y fué este sostenido por los monjes de san Antonio y san Basilio hasta 1099, en que tomaron los cruzados la santa ciudad. Entonces entraron á oficiar los canónigos regulares de san Agustin hasta 1244, en que tomaron posesion los Religiosos Franciscanos.

Es de notar tambien que Saladino, sultan de Damasco, aunque disminuyó el personal de los Religiosos en 1187 cuando tomó Jerusalen, permitió que siguiesen la oficiatura en los santuarios. Desde el año 1244 los Franciscanos siguieron celebrando los divinos Oficios en medio de las más crueles persecuciones; y en 1342 doña Sancha, reina de Sicilia y de Mallorca, obtuvo permiso para fabricar un convento junto al Cenáculo, dotándolo suficientemente para que pudiesen vivir doce Religiosos Franciscanos. Alegres los Religiosos con la posesion de esta preciosa perla, y satisfechos de la predileccion con que los atendia la Silla apostólica, vino á acibarar sus consuelos la perfidia judaica que, en union con los sarracenos, los expulsó en 1458. Noticioso del caso D. Enrique, rey de Castilla, mandó destruir todas las mezquitas que los sarracenos tenian en sus dominios. Estos, para no quedar arruinados, se interesaron con los suyos de Jerusalen, y el santo Cenáculo fué restituido en 1460. Desesperados los judíos, pronto urdieron nuevas intrigas; y ayudados por el santon principal, consiguieron despojar á los Franciscanos de su noble herencia en 1551, no siéndoles posible volver á reconquistarla.

El convento que encerraba el Cenáculo aún se conserva; pero desde la época lamentable que fué arrebatado por la perfidia de los judíos y el odio de los turcos, no han resonado en él las divinas alabanzas.

Con el Cenáculo perdieron tambien los Franciscanos, por intrigas de los armenios cismáticos, el lugar donde está el palacio de Caifás: conservaban sin embargo el derecho de oficiar el segundo dia de Pentecostes, y en 1873 les despojaron de él dichos cismáticos, quedándose ellos en pacífica posesion.

De la casa de la Vírgen no se conocen las ruinas, y una piedra señala al devoto peregrino el lugar donde se hallaba. Otra columna señala el lugar donde los judíos quisieron robar el cuerpo de María santísima cuando le iban á dar sepultura; pero Dios impidió tan horrendo atentado, privando al agresor del movimiento del brazo. Arrepentido éste de su culpa, recobró el movimiento, y se convirtió con sus compañeros á la verdadera fe.

Una reunion de casas agrupadas al rededor de una mezquita, ofreciendo de lejos el aspecto de una aldea de Europa con su iglesia y su campanario: tal es el aspecto exterior del Cenáculo. *(Véase pág. 123).*

Penetremos en este antiguo santuario. Los piés no osan pisar lugar de tan venerandos recuerdos, y el corazon palpita al considerar los misterios de amor y omnipotencia que en él se verificaron. Mas ¡ay! que estos sitios están en poder de los musulmanes y no hay objeto alguno sagrado que recuerde y honre tan grandes memorias!

Dice la tradicion que el Cenáculo era propiedad de José de Arimatea, y que se componia de dos pisos, divididos en dos partes cada uno.

La disposicion antigua es poco más ó menos la misma hoy, porque siempre se ha reedificado sobre la disposicion primitiva. Despues de haber atravesado una caballeriza, bajado una escalera, pasado un patio y vuelto á subir una escalera bastante alta pegada al muro exterior, se llega á una azotea y se entra en el piso superior. La primera pieza que se encuentra es la sala del Cenáculo, de forma rectangular, de 14 metros de largo por 9 de ancho; dos columnas que hay en el centro la dividen en dos naves paralelas; su construccion es gótica, pero no tiene adorno ni objeto alguno, siendo sus paredes blanqueadas.

Subiendo algunos escalones más se llega á otra sala que contiene lo que se llama el sepulcro de David, el cual está al otro lado de una ventana, y sólo se puede visitar quitándose los zapatos, porque es lugar de oracion para los turcos.

Volviendo á la sala del Cenáculo se ve una escalera que conduce al piso inferior, que no se permite visitar. Está dividido en dos partes: la primera es la sala en que tuvo lugar el lavatorio de los piés; la segunda es la sala inferior del cenotafio de David, el cual es un sepulcro no muy antiguo cubierto de cal y adornado con un tapiz. Si bien es cierto que David fué enterrado en el monte Sion, no es seguro que el sitio sea el que señalan los musulmanes.

(1) Del nombre de Hippicus, amigo de Herodes, quien pereció guerreando con los partos.

(2) Phasael era hermano de Herodes: aprisionado por los partos, se rompió la cabeza contra la pared de su cárcel.

(3) Mariamna, de la ilustre familia de los Macabeos, esposa de Herodes, única inocente en esta casa criminal, fué condenada á muerte por su consorte.

A DIOS

No pretendo comprenderte
Ni llegar á definirte,
Tan sólo aspiro á sentirte,
A admirarte y á quererte:
Quien vaya á Ti de otra suerte
Luchará con la impotencia:
Te busca la inteligencia
De lo infinito en el fondo
Cuando estás en lo más hondo
Y oculto de la conciencia.

Sin ternura y sin amor,
La mente desatentada
Te busca en lo que anonada,
En lo que infunde terror:
En el rayo asolador,
En la batalla cruenta,
En el volcan que revienta,
En el aquilon que brama,
En el nublado, en la llama,
En la noche, en la tormenta.

Y el corazon te va á hallar
En donde ve sonreir,
Y hay que amar y bendecir,
Y lágrimas que enjugar:
Y te mira palpitar,
Prestando vida y calor,
En cuanto respira amor,
En el iris, en la bruma,
En la aroma, en la espuma,
En el nido y en la flor.

Como en el yermo la palma,
Como el astro en el vacío,
Pones en la flor rocío
Y sentimiento en el alma:
Truecas la tormenta en calma
Y en dulce sonrisa el lloro,
Y llevando tu tesoro
A donde el hombre el estrago,
Con flores de jaramago
El erial bordas de oro.

Tú, oh Dios, formaste, al crear
Del universo el palacio,
Con un suspiro el espacio,
Con una lágrima el mar:
Y queriéndonos probar
Que quien te adora te alcanza,
Como señal de bonanza
Has dibujado en el cielo
La aurora, que es el consuelo,
Y el iris, que es la esperanza.

Tu purísimo esplendor
El universo colora,
Como el beso de la aurora
Los pétalos de la flor:
Y si tu soplo creador
En el cáos se derrama,
El mismo cáos se inflama,
Y entre nubes y arreboles
Brotan estrellas y soles
Como chispas de la llama.

Así, cuando nada era,
A tu voz, jamás oida

Tomó movimiento y vida
La naturaleza entera;
Surcó el rio la pradera,
Dió la flor fragancia suma,
La luz disipó la bruma,
Y tu aliento soberano
La ola hinchó en el Oceano
Y la coronó de espuma.

Mas con ser la suma esencia
Es tu arrogancia humildad,
Tu riqueza caridad,
Y tu justicia clemencia;
Pues quiso tu omnipotencia
Las flores por incensario,
El monte por santuario,
Por águilas golondrinas,
Por toda corona espinas,
Por todo trono el Calvario.

José Velarde

LUX

¡Qué hermosa, qué encantadora la luz! ¡Qué tesoros de belleza y de poesía encierra en sus resplandores, ora dulcemente suaves cual un espíritu apacible, ora refulgentes y esplendorosos cual una grande alma inquieta! ¡Qué riente cuando se levanta entre las sombras, negras y lúgubres, para alegrar al Universo por las mañanas! ¡Qué delicioso placer produce en el ánimo, cómo consuela sus penas, cómo lo alienta y lo fortalece!

Y en cambio ¡qué melancólica cuando dora con sus reflejos postreros la cima de los montes de la tierra natal, y cómo convida á la meditacion y á cierto placentero ensimismamiento que hace derramar dulcísimas lágrimas!

Ella, al tocar con su cariñosa y resplandeciente mano la frente del genio, despierta en su espíritu los pensamientos grandes y las ideas sublimes. Ella, al posarse sobre el rostro del infante, es el primer saludo de este mundo, tan rico en pesares, tan pobre en goces y en glorias; y al herir los casi apagados ojos del moribundo, conforta su corazon desfallecido, con la esperanza consoladora de la advenidera felicidad, de la luz eterna.

¡Luz! ¡luz! ¿Quién cantará tu poema inmortal, tu poema sublime? ¿Quién describirá tus variantes, tus riquezas, tus encantos y tus beneficios? ¡Ah! Será la pluma de un gran poeta que reciba inspiraciones bellísimas y admirables; no la mia tosca y humilde.

¡Qué hermosa, qué encantadora la luz! ¡Cómo goza el alma en una noche estrellada con esos reflejos suavísimos y embelesantes que despiden la luna plateada y las estrellas diamantinas! ¡Cómo se exalta la mente y siente el corazon al pié de los arruinados feudales castillos en una noche apacible y tranquila! ¡Qué alegría infunde en el espíritu ese poquito de sol que entra en nuestro aposento allá en invierno, ó el que, atravesando los pintados vidrios de una catedral vetusta, da color y vida y animacion á las losas antiquísimas, y á los ricos altares, y á las imágenes benditas! ¡Qué espectáculo una puesta de sol en vuestro país, en vuestra tierra: qué espectáculo una puesta de sol en alta mar!

¡Cuán bello es el campo! Llanos dilatados cubiertos de vegetacion; montes coronados de copudos y viejos árboles; riscos y rocas, gigantes de granito que, erguidos en lo alto, pareceis centinelas del mundo que dominais, y testigos, desde vuestras soledades inmensas, de las locuras del hombre; ríos caudalosos, arroyuelos fugaces y fuentes cristalinas; cielos azules; nubes pasajeras: yo os saludo, porque ensalzais con lenguaje mudo, pero elocuente é inimitable, las grandezas de Dios.

Y ¿qué seria el campo sin esta beneficiosa luz, que da á las plantas verdor, á las flores hermosura, á las aves matices variados, y á la naturaleza entera alegría y regocijo?

Y ¿qué seria la ciudad con sus edificios soberbios, con sus paseos amenísimos, con sus calles animadas, que llena el gentío, con sus templos, con sus palacios, con su arte y con su grandeza? ¿Qué seria sin esa bendita luz, que todo lo embellece y lo vivifica?

La tierra sin ella seria una inmensa tumba; seria un monstruoso cadáver que flotaria en los espacios.

¡Luz, luz, figura de la bienaventuranza eterna! Si tú eres tan encantadora que robas el alma, ¿qué será aquella otra luz esplendidísima, clarísima é insuperable de que gozan los justos en la otra vida? ¿Qué será contemplar aquellos resplandores que ojo humano no puede resistir, ni nunca vió? ¿Qué deleitarse en la claridad inmortal y sublime que despedirá el rostro del Cordero?

¡Oh gloria, gloria! Todos los mundos y todos los soles no valen lo que un átomo solo de tús incomparables delicias.

Ildefonso Lopez de Hediger

¡EL ÚLTIMO!

Noticias de Manila confirman la triste nueva del fallecimiento del P. Pablo Ramon, de la Compañía de Jesús, en el naufragio del vapor *Remus*.

Y en aquellos mares, como en todas partes que ejercen su apostólica mision los discípulos de san Ignacio, ha quedado irrefragable testimonio del santo heroismo que inflama sus corazones.

Se describen escenas horripilantes, acaecidas en los breves y angustiosos momentos que precedieron al final de la catástrofe. Al sentir el primer choque del vapor contra la roca, lánzanse unos á los botes, otros al agua procurando asirse á una tabla ó á otro cualquier objeto; álguien disputa rewólver en mano un sitio salvador, y algun desventurado, que afanoso y jadeante á duras penas llega nadando hasta la borda de un bote, es recibido con un disparo de quien, creyéndose ya seguro, no consiente aumento de peso por el cual pueda zozobrar la frágil y pequeña embarcacion.

Con espantosa celeridad se abandonaba el *Remus*, convertido ya en tumba flotante que de un momento á otro iba á sumergirse en el abismo: la lucha por la propia conservacion era cruelísima.

Con aquel pánico desgarrador formaba contraste la actitud serena del denodado jesuita, que, en vez de acompañar á los que se salvan, queda con los que sucumben, y con valor verdaderamente cristiano, con abnegacion sobrehumana, prefiere ser el *último* en embarcarse; quiere que uno de sus compañeros de viaje le deba la vida, y en tan sublime acto de amor al prójimo es secundado por un representante de otra institucion religiosa, por un lego de la seráfica Orden de San Francisco, que tambien sucumbe con santa resignacion, como que ya pertenecia á un cuerpo de la milicia de Dios siempre dispuesta al sacrificio.

No hay frases que puedan dar idea cierta de la sublimidad cristiana á que se remontaba el heróico misionero cuando exhortaba con firme y dulce acento á sus compañeros para que elevaran el espíritu á Dios, y olvidándose voluntaria y resignadamente de su propio peligro, expresaba que preferia ser el *último* en abandonar la rota embarcacion.

¡El último para librarse del naufragio!

Y si se hubiera tratado de un sacrificio, ¿quién habria sido el primero?

Tales son esos apóstoles de Jesucristo, á quienes tanto se debe y tan ingratamente se paga.

Pero ¿qué importa á sacerdotes como el P. Pablo Ramon la clase de moneda, legítima ó falsa, con que el mundo pueda pagarles? ¿Desconoceria el religioso náufrago que al que tuviese la abnegacion de salir el último del vapor pudiera Dios acogerle en su seno, quizás el primero?

Pues, por consideraciones parecidas, importa poco á los jesuitas lo que el mundo pueda pensar en cualquier caso de ellos.

Resoluciones caritativas en grado tan heróico sólo las inspira un acendrado amor al prójimo, por un acendradísimo amor á Jesucristo. En situaciones trágicas muy perentorias se desvanecerá fácilmente el humo de la vanidad humana que se llama filantropía.

Ejemplos como el que nos ocupa debian hacer alguna mella en muchos hombres frívolos de nuestra sociedad contemporánea, que, siendo de fondo egoista, á su pesar deben conocer cuánto media de ellos á un individuo, el más humilde, de la Compañía de Jesús, y sin embargo sobre las mesas de casinos y cafés hacen horrorosa diseccion de la honra de los jesuitas, á quienes injustamente motejan tratándolos de enemigos de la sociedad, ó de quienes ignorantemente se burlan con impía y estúpida chacota.

Pero el desprecio del mundo nunca será rémora para que los valientes soldados alistados en la bandera del capitan español san Ignacio cejen en su noble y salvadora mision. Recuerdan con fruicion las palabras con que Jesucristo profetizó estos desprecios y estos odios, cuando aludió á sus apóstoles diciéndoles: «Seréis perseguidos por mi nombre.»

†

Al amanecer del dia 29 de Enero último entregó plácidamente su alma al Señor, en el convento de Menores Observantes de Zarauz, el Rdo. P. Fr. José Javier de Ortuzar, natural de Guernica en el señorío de Vizcaya.

El 29 de Noviembre de 1860 vistió el santo hábito franciscano en el convento de Bermeo, siendo notables los progresos que en virtud y ciencia hizo allí durante el noviciado y en los cursos escolares.

Llevóle la santa obediencia al convento de San Millan de la Cogulla, donde llegó á ejercer el delicado cargo de párroco, brillando por sus virtudes sólidas y excelentes aptitudes para la oratoria sagrada, dotes que le granjearon el afecto y la veneracion de sus feligreses.

Durante la última guerra civil pasó á la República Argentina, donde dió varias Misiones, obteniendo frutos copiosos.

Vuelto á la Península en 1877, fué nombrado Vicario de las Concepcionistas de Bilbao, habiendo llegado á ser uno de los oradores sagrados más infatigables de aquella populosa y culta villa.

Restablecida la Orden seráfica en la Provincia de Cantabria, desempeñó los cargos de Guardian del convento de Olite, definidor de la Orden, y últimamente el de Vicario de San Juan Bautista de Zarauz.

Su vocacion especialísima era la de misionero. Hízose popular en esas rudas faenas apostólicas, en las que jamás llegó á sentir cansancio. Veíasele siempre jovial y afable, haciéndose todo para todos al objeto de ganar á todos para Cristo.

Fué infatigable soldado en las batallas del Señor, y brilló en el púlpito por su ardiente celo y su viril elocuencia.

Su muerte ha sido muy sentida en el país vasco-navarro, especialmente en Vizcaya, cuya jurisdiccion recorrió con frecuencia, ostentando en su pecho la cruz del misionero.

El Rdo. P. Ortuzar falleció á los 45 años, víctima de una penosa enfermedad sobrellevada con heróica resignacion cristiana.—R. I. P.

Roman de Zubiaga

MISCELÁNEA

Dice *El Imparcial:*

«*La Monarquía* titula su primer artículo: *La ley del embudo.*

»De todas las leyes que se han hecho en España, y cuidado si se han hecho leyes, esa es la única que no ha sufrido eclipses.

»Está siempre vigente.

»Y todos los Gobiernos la respetan.»

Perfectamente.

Y á confesion de parte, relevacion de prueba.

Desde la revolucion de Setiembre hasta la fecha ha habido en España nada menos que 104 *ministros nuevos*, los cuales cobran de cesantía 7,500 ptas. anuales cada uno. Por manera que solamente por este concepto se grava el presupuesto de la Nacion en 780,000 pesetas.

¿En qué pensará D. Venancio Gonzalez para no ver esta enorme suma que pudiera incluir en los millones que desea economizar? Animese el señor ministro á hacer desaparecer de los presupuestos esta partidita aunque arrostre las iras de los 104 agraciados, y tendrá en cambio los plácemes de los industriales, comerciantes, labradores y propietarios que seguramente desearian que sus cuotas contributivas fuesen mejor empleadas.

SECCION RECREATIVA

CHARADA

Ví á mi tio con su *todo*,
hermoso, guapo y barbian,
con una *dos tres* de un modo,
que parecia un sultan:
á la *prima dos* llegaba
de mi tio la *dos tres*
y la *todo* de mi tio
se la regaló una Inés.

LA BENDICION DE LOS CAMPOS (CUADRO DE NICOLAS CANNICCI)

Dice *Las Dominicales:*

«El deshielo es general: por todas partes la conciencia española ilustrada, rompiendo con las supersticiones, aporta nuevos triunfos al libre-pensamiento.»

Y dice *Las Dominicales* en el mismo número:

«*Presidio suelto.*—Nunca se ha podido aplicar á España con más fundamento que hoy esta repetida frase.»

Choque V., ciudadana.

Dice *El Mediodía:*

«Organismos que de tal modo se hallan corrompidos por el vicio, desequilibrados por el embrollo, maltratados por el negocio inmoral y escandaloso, enmegrecidos por el roce de las pasiones humanas que están fuera de toda ley moral y contra la naturaleza misma de las leyes sociales; organismos que llevan en su seno el parasitismo de las influencias oficiales, tan arraigado como las enfermedades crónicas de último grado, no pueden regenerarse más que por el cauterio, que es el remedio eficaz contra las insaciables absorciones de un caciquismo deshonroso, tanto más brutal cuanto más enfangado en el lodo.»

Bien pinta *El Mediodía* el sistema parlamentario.

¡Qué amigos tienes, Benito!

España,... es decir, la España liberal pintada por *La Epoca:*

«Ministros que á sabiendas nombran empleados concesionarios por no poder resistir ciertas recomendaciones; gobernadores que olvidan sus deberes y ponen precio á sus tolerancias: funcionarios que explotan las debilidades del contribuyente para venderles por favor lo que tienen derecho á recibir como justicia; Diputaciones que consumen sus presupuestos en fiestas y pequeñeces y abandonan las casas de lactancia, los asilos, los hospitales y las obras públicas; Ayuntamientos que esquilman á los vecinos con pechas intolerables y siempre tienen su Hacienda en bancarrota.»

Con razon *La Epoca*
nos dijo siempre
que era el *liberalismo*
fuente de bienes.

Un diputado español en el uso de la palabra:

«No parece sino que estamos en un momento de general obcecacion, que influye sobre todos los espíritus, y que todos, sin quererlo, quién de buena fe, quién por pesimismo, están contribuyendo al descrédito del sistema parlamentario.»

¿Y eso es obcecacion?

Pues por nosotros... que continúe.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 12

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *dos* jugadas

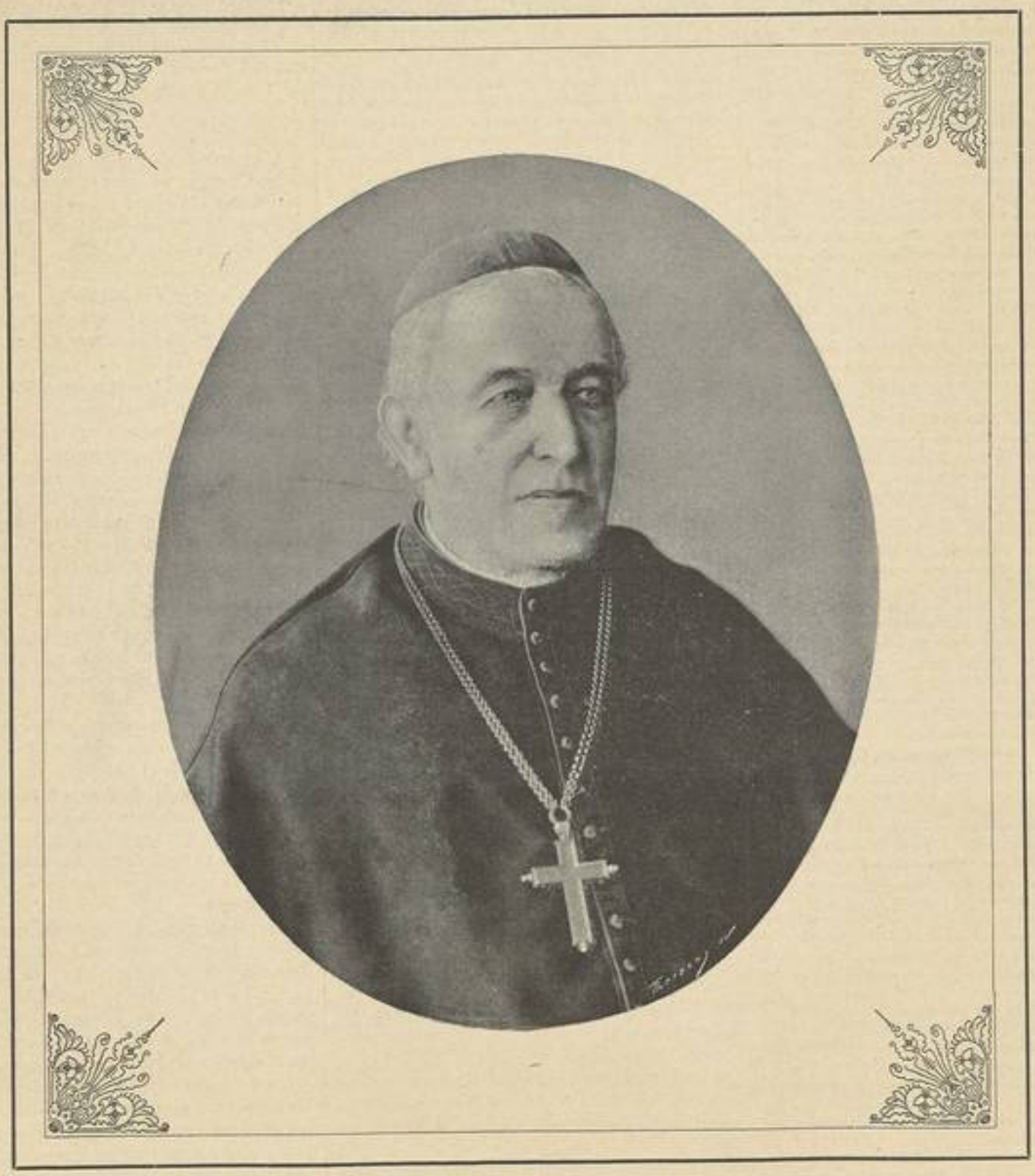
SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO 67

ESPADAÑA

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 27 DE ABRIL — SÉRIE II.—NÚM. 70



ILMO. Y RMO. SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA, ARZOBISPO DE MÉJICO

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La autoridad de la Iglesia* (Leon XIII al Cardenal Arzobispo de Paris).—*Estudios críticos*: El retrato-esmeralda del Salvador y la carta de Publio Léntulo al Senado romano; por José M. Leon y Dominguez, Pbro.—*Emilia de Soulanges*.—*Al Arte* (poesia), por Juan B. Altés, Pbro.—*El martillo de los herejes*, I; por Francisco Hernando.—*Heroismo católico*.— *Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de Méjico.—Por noticias que se nos comunican de la capital mejicana sabemos que en aquella república se hacen grandes preparativos para celebrar las *Bodas de Oro* de aquel egregio Prelado con la pompa y las muestras de regocijo á que se ha hecho acreedor por sus relevantes virtudes.

Nació el Ilmo. Sr. Labastida en la ciudad de Zamora, departamento de Michoacán, el 21 de Marzo de 1816. Su vocacion al estado sacerdotal llevóle al seminario de Morelia, capital del departamento, distinguiéndose notablemente por su privilegiado talento, su conducta irreprensible y su pureza de costumbres. Regentó varias cátedras y mereció tambien ocupar un puesto distinguido en el Cabildo catedral. Propuesto para la Sede vacante de Puebla, fué preconizado en el Consistorio del dia 23 de Marzo de 1855, y consagrado el 8 de Julio siguiente, aniversario de su ordenacion sacerdotal. Dos meses despues emprendia la Visita pastoral del territorio de Tlaxcala; visita que interrumpió á causa de los sucesos políticos de aquella época, á que dió principio la ley del desafuero eclesiástico. Obligado por los deberes imprescindibles de su alto ministerio, se vió en la triste precision de hacer uso de las armas de la Iglesia para contrarestar los avances del poder civil.

En aquellas aciagas circunstancias en que desbocha tempestad descargaba sobre la Iglesia mejicana; cuando la division de los ánimos sólo anunciaba escisiones y cismas cuyo resultado nadie podia prever; cuando, en fin, para un Prelado todo eran escollos y conflictos, el de Puebla hizo cuanto creyó en su conciencia que debia hacer. Refiriéndose á estos sucesos, dice un escritor: «El Ilmo. Sr. Labastida sufrió dentro de la capital de su Diócesis todos los furores de la guerra, y principalmente los del asedio de 1856, dando las más relevantes pruebas de su caridad y celo pastoral en los diez meses que permaneció en Puebla: entonces conocieron bastante sus ovejas las eminentes cualidades de su Pastor; integridad de costumbres, rectitud y sensibilidad de corazon; justicia en los planes, prudencia en la ejecucion, asiduidad en el trabajo y vigilancia paternal: tuvieron conocimiento de su valor en los peligros, de su abnegacion, de su paciencia, de su fortaleza y de su generosidad en medio de las persecuciones.»

El 12 de Mayo de 1856 el Ilmo. Labastida salia desterrado de la República, y desembarcó en la Habana el 5 de Junio, permaneciendo allí hasta que obtuvo de la Santa Sede el permiso de pasar á Roma.

Habiendo cesado las causas que le tenian lejos de su patria, volvió á ella el 11 de Octubre de 1863, ya con el carácter de Arzobispo de Méjico, á cuya dignidad fué promovido el 19 de Marzo anterior.

Invitado con especialidad por Pio IX para concurrir al centenario de San Pedro y á la canonizacion de los Santos Mártires del Japon, el Ilmo. Sr. Labastida se dirigió á Roma por segunda vez en 5 de Febrero de 1867, y allí permaneció hasta concurrir al Concilio Vaticano, en que fué nombrado miembro de la Comision encargada de la disciplina eclesiástica.

En Marzo de 1871 salió de Roma para Méjico, donde continuó con celo incansable sus tareas episcopales.

El reverendísimo Prelado lleva una existencia toda de abnegacion y sacrificios, y se halla consagrado á un trabajo abrumador, al que sólo ponen tregua algunas pocas horas del sueño que interrumpe sus vigilias. Las puertas de su casa dia y noche están abiertas para toda clase de personas á fin de atender á todas las necesidades, suavizar todos los infortunios y socorrer todas las desgracias.

La escasez de sacerdotes no ha sido parte á debilitar su celo, y alentando siempre á su clero, más con el ejemplo que con las palabras, las necesidades espirituales de los pueblos se ven, en lo que cabe, cumplidamente atendidas, ya por la multiplicacion de los ejercicios piadosos, ya por la frecuencia de las Misiones en diferentes curatos. Ni podia escaparse de su vigilancia pastoral el punto importantísimo de la instruccion religiosa, prodigándola á los fieles desde la Cátedra sagrada, preparando á los que más tarde se han de encargar de ministrarla con la que recibe la juventud cristiana en el Seminario y otros colegios y escuelas, sostenidas á trueque de indecibles afanes. En una palabra, nada se escapa á la mirada escrutadora de su celo fervoroso, y no parece sino que se multiplica para constituirse padre de los huérfanos, amparo de los pobres, consuelo de los atribulados, y para ser á la vez Arzobispo, cura de parroquias, profesor de los Colegios y providencia para todos.

Puerta principal de Nuestra Señora de Paris.—Con este nombre se conoce la grandiosa catedral de Paris, uno de los más suntuosos edificios de la capital de Francia. Rica en detalles, imponente por sus vastas dimensiones, admirable por la pintada cristaleria de sus góticos ventanales y por las ciento veinte pilastras que sostienen sus bóvedas, célebre por los recuerdos históricos que trae á la memoria, este templo es de los que dejan en el ánimo del visitante impresiones más duraderas.

Bajo aquellas mismas bóvedas y ojivas llevó procesionalmente la Revolucion del 93 á una inmunda meretriz que con el nombre de *Diosa Razon* recibia los homenajes de aquellos impios. Colocósela sobre el ara santa, y de pié allí teniendo bajo los suyos un crucifijo recibió de manos de un miembro de la Municipalidad el incienso que el Catolicismo sólo emplea para los actos más sublimes del culto divino. Pocos años despues la Religion era restaurada en Francia, y *Nuestra Señora de Paris* era otra vez la primera catedral del Imperio. Desde entonces no se ha suspendido allí el culto católico, y la voz elocuente y poderosa de los Lacordaire, Ráulica, Ravignan, Félix y Monsabré ha reunido sucesivamente en aquel vasto recinto al pié de su púlpito á lo más escogido é ilustrado de la sociedad francesa.

La *Piaggetta* en Venecia.—Cuadro de Alejandro Zezzos, expuesto el año anterior en el palacio de Bellas Artes, en Bolonia.—Es una vista del *Molo*, delicioso paseo de la antigua ciudad de los Dux, en hora en que el sol se ha ocultado detrás del palacio de la *Libreria Vecchia* y en que la sombra del grandioso edificio del Sansovino cae al pié de la columna de san Teodoro, protector de la ciudad.

El P. Agustin de Montefeltro en Roma.—Véase pág. 110.

Doncellas romanas (cuadro de Escipion Vannutelli).—Con el nombre de *Ammantate*, del blanco manto que visten, son conocidas en Roma cierto número de jovencitas pobres á quienes suele dotar la Iglesia cuando toman estado. Nuestro grabado figura un grupo de ellas con el típico traje que visten en los actos del culto católico á que suelen asistir.

Capilla de Nuestra Señora de Lourdes en Pedralbes (Barcelona).—Este pequeño Santuario, abierto al culto público y remedo de la célebre y maravillosa Gruta de Lourdes, fué feliz pensamiento y luego trabajo paciente é ingenioso de un fervoroso devoto de Nuestra Señora, á quien se debe su construccion, piedra por piedra, en uno de tantos sitios pintorescos que rodean nuestra ciudad.

Escena oriental (cuadro de Alberto Pasini).—Representa el patio interior del palacio de un bajá en Turquía.

Amor materno (bronce de Medardo Rosso).—Dos bustos notables por su expresion, no obstante la especial dureza del metal en que fueron modelados, acreditando de artista sobresaliente á su autor.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Festina lente.—Risa y llanto.—El Congreso católico-nacional.

Conducidos por el zozobroso bajel del tiempo hemos llegado á la época de la resurreccion de las hojas y de las flores que visten los campos con más riquezas que las que gastó Salomon en los tiempos de su mayor poderío.

Aunque hemos atravesado por temperaturas desapacibles, productos de ciclones y ondas atmosféricas que han reñido descomunales batallas en los anchurosos y cerúleos campos del firmamento, ha renacido la bonanza; y, acariciados por las brisas tibias y perfumadas de la riente primavera, podemos ya cantar con el poeta latino:

Solvitur acris hiems grata vice, veris et Favoni

Nuestra capital, despues de haber estado sometida á un cuasi régimen de penitencias relativas durante la Cuaresma y la Semana Santa, más por imposicion de la moda ó de las costumbres que por devocion, excepcion hecha de aquella parte que cree, ora, trabaja y paga, ha vuelto á lanzarse al torbellino de sus casi interrumpidos placeres.

Las fiestas de primavera son el mayor y principal negocio que absorbe hoy la atencion de las clases privilegiadas, para quienes el mundo no seria un valle de lágrimas si no fuera porque Dios ha dispuesto en sus adorables designios que el llanto del hombre brote de la misma risa, siendo á veces tan copioso como es resonante aquella.

En este punto la igualdad que se deriva de las ordenaciones divinas no puede ser más completa ni más consoladora; pues de consuelo sirve saber que todos, grandes y chicos, poderosos y débiles, opulentos y pobres, nacemos para llorar y para morir de la misma manera, sin que haya excepcion alguna.

Así, aunque difíciles, podrán resolverse acaso los problemas de la navegacion submarina ó aérea, los de la cuadratura del círculo y la piedra filosofal; pero siempre ha de resultar imposible hallar un medio eficaz para impedir que el alma del hombre, comprimida por el dolor, destile lágrimas, ó para que su cuerpo se libre de aquellas enfermedades á que está sujeto y para las cuales no hallan medicina todas las riquezas de la tierra.

Pero estas filosofías no tienen eco, en medio del general estruendo que arman los placeres en este tiempo de zambras y verbenas, en que los zumbidos del enjambre humano que vuela en todas direcciones y chupa los néctares de todas las concupiscencias, ahoga la voz doliente de los seres que sufren y parece como que trata de acorralar á la misma muerte.

¡Vana ilusion!

¡Y ceguedad lastimosa, impropia de la racionalidad humana!

El anterior preámbulo, que sería inútil prolongar, porque no dice nada nuevo, sirve sólo para llevar á la mente de los lectores el convencimiento de que este pueblo de Madrid, en que hay algo bueno, muy bueno, y mucho malo, muy malo, ni se corrige, ni se enmienda.

Más claro, que lo mismo es este año que el pasado, sin que basten á desviarle de sus viajes por el país de las ilusiones y de los placeres los grandes despertadores de la conciencia humana, que de vez en cuando funcionan activamente por permision de la Providencia.

Los ruidosos procesos que marcan exactamente las prosperidades del crímen: la situacion miserable de nuestro país, devorado por todas las penurias: el descenso moral del barómetro de los progresos nuevos que acusan un estado de vilipendio muy propio de todo país donde el gobierno, la administracion y la justicia son letras muertas, ó cuerpos de donde no salen más que débiles é imperceptibles vagidos, no bastan á detener el desenfrenado carro de las concupiscencias humanas que rueda vertiginosamente y con estrépito hácia el infierno, llenando la tierra de estragos.

Pasó el Carnaval con sus opíparas cenas, sus bailes semanales y sus profanaciones paganas; y no bien despojada la Iglesia de sus lutos por la conmemoracion de la Pasion y muerte del Hijo del hombre y entonada el *Aleluya* de la complacencia cristiana al contemplar á Jesús resucitado y glorioso, ha vuelto nuestro pueblo á cargar con el fardo de sus locas prodigalidades y disipaciones fastuosas.

Alternando con las emociones que suscita el proceso de moda, tan fértil en dramáticos episodios, figuran ya las que surgen de la diversion nacional y de las carreras de caballos, que se reparten la devocion de un pueblo ocioso que no piensa más que en cómo ha de gastar su dinero para recrearse las horas en que no duerme.

Las giras de campo, las meriendas al aire libre, los goces puramente ferales, no obtienen cultos tan fervorosos como los espectáculos en que hay posibilidad ó esperanzas de que corra la sangre.

El matiz rojo es el que despierta más los apetitos de los modernos placeres.

La diversion nacional, ó sean los toros, ofrece

en sus programas los trabajos de los mejores diestros y el concurso de las mejores fieras, y no hay que decir que el abono ha sido mayúsculo.

Cuanto á las fiestas del Hipódromo, excusado es decir que no faltarán en ellas los brutos de las mejores y más aristocráticas cuadras, criados y mantenidos con un regalo que acaso podria haber causado envidia á aquel famoso caballo á quien Calígula llegó á conferir la dignidad de cónsul.

Con esto se quiere decir que Madrid se divierte y que no debe ser cierto que dormimos sobre un volcan, segun afirman los políticos de todas las camadas, cuando no pensamos más que en zambras y jolgorios.

Sin embargo, aun en medio de esas diversiones á que se lanzan los seres relativamente felices, como arrastrados por un vértigo, suele suceder que se sienten sacudidas profundas que turban su risa y estremecen su corazon, helándole al contacto de algun escalofrío.

Y esas sacudidas se perciben cuando algun nuevo crímen, ordinario ó extraordinario, viene á demostrar que el nivel moral de nuestro pueblo está á la misma altura que el nivel intelectual, precisamente porque cada dia está Dios más desterrado de los dominios de los nuevos progresos.

Pero estos momentos de taciturnidad y de tristeza, producidos por el recuerdo de lo que somos y por la realidad de nuestra decadencia, duran poco; y en cuanto pasan sigue su curso la procesion de los placeres, echándose de menos que no haya uno para cada minuto.

A pesar de tantos derroches, divertidos y divertidores lo pasan mal, pues casi todos los teatros de Madrid han cerrado la temporada con quiebras de mayor cuantía.

De aquí que una parte de nuestra buena sociedad está casi inconsolable porque los comediantes más granados emigran á América en busca de alimento y fortuna que no encuentran en su patria, devorada por la filoxera, el *mildiu* y los liberales de todas las castas.

Ha sido preciso que los cómicos y los toreros emigren á América para que nuestra sociedad saltante y rumiante se aperciba de que hay españoles que huyen de su patria por la sencilla razon de que no tienen en ella que comer.

¡Y hace casi dos decenios que están saliendo de ella miles y miles de conciudadanos, sin trabajo ni sustento, los cuales van á predicar al nuevo mundo el evangelio de la prosperidad liberal que nos ha reducido á pedir limosna, convirtiendo al país en una cesta de gusanos y en un concurso de acreedores!

Cuando esta crónica llegue á manos de los lectores ya se habrá inaugurado el Congreso católico nacional, obra meritísima debida á la iniciativa y celo de nuestro venerable Prelado.

El histórico templo de San Jerónimo, suntuosamente restaurado por el difunto cardenal Moreno, será el lugar donde este hermoso certámen despliegue sus grandezas disertas, que constituirán un verdadero y plausible suceso religioso.

Convenientemente dispuesto el templo para esta solemnidad, se inaugurarán las sesiones el dia 24 del corriente, bajo los auspicios de los Prelados de España, que á ejemplo de los de todos los países católicos de Europa y América se han asociado á tan magnífica obra, que ha de aportar nuevas corrientes al caudaloso rio del Catolicismo que unánimemente solicita y pide la independencia absoluta y completa del Pontificado para el ejercicio de su mision divina.

Como obra santa que es, no hay que dudar de que el Altísimo hará recaer sobre este primer Congreso nacional católico los dones de la gracia.

El tema principal que se desarrollará en este Congreso será el de la liberacion del Romano Pontífice, preso y cohibido por sus sacrílegos despojadores; y esta cuestion vital de la Iglesia militante, creemos que se resolverá en España por unanimidad, tal y como se ha resuelto en todos los Congresos católicos del mundo, donde el voto universal ha manifestado que los católicos queremos al Papa libre.

Como lo hemos de obtener en el tiempo y en el espacio.

LUPERCIO

Madrid, 23 de Abril.

LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA

Por lo muy importante y digno de que se le dé la mayor publicidad posible, vamos á insertar los párrafos más notables de una carta que Leon XIII dirigió al Cardenal Arzobispo de París, en la que por modo claro y terminante señala y establece el sabio y santo Pontífice que felizmente gobierna la Iglesia, la conducta á que deben atemperarse los católicos en esta época de lucha y divisiones, y los casos en que por estímulos de la pasion se falta á la obediencia de la autoridad Apostólica. De aquí nace la oportunidad especialísima de este documento cuyas enseñanzas deben alcanzar á todos los hijos de la Iglesia.

. . . . . .

«Por ciertos indicios que se observan, no es difícil conocer que entre los católicos, á causa sin duda de lo desgraciado de los tiempos, hay quienes, poco conformes con la condicion de súbditos que tienen en la Iglesia, creen poder tomar alguna parte en su gobierno, ó por lo menos consideran que les es lícito examinar y juzgar á su manera los actos de la autoridad. Si esto prevaleciese, seria con grave daño de la Iglesia, en la cual, por la manifiesta voluntad de su divino Fundador, se distingue de la manera más absoluta el que enseña del que aprende; el rebaño y los pastores, entre los cuales hay uno que es el Cabeza y Pastor supremo de todos.

»Sólo á los Pastores se les ha dado todo poder de enseñar, de juzgar, de dirigir, mientras á los fieles se les ha impuesto el deber de seguir las enseñanzas, de someterse con docilidad á las decisiones superiores, y de dejarse gobernar, corregir y conducir al puerto de salud. Así, es de necesidad absoluta que los simples fieles estén sometidos de espíritu y de corazon á sus propios Pastores, y éstos con ellos al Jefe y Pastor supremo, porque sobre esta subordinacion y dependencia se asienta el órden y la vida de la Iglesia. En esta subordinacion se funda la condicion indispensable de obrar bien y de llegar á puerto seguro. Por el contrario, acontece que si los simples fieles se arrogan la autoridad; si se erigen en jueces y maestros; si los inferiores en el gobierno de la Iglesia universal, prefieren ó tratan de hacer prevalecer una direccion diferente de la autoridad suprema, el órden se trastorna, llevando así la confusion á muchos espíritus y sacándoles de la via recta.

»Y no es necesario para faltar á un deber tan santo hacer actos de oposicion manifiesta, sea á los Obispos, sea á la Cabeza de la Iglesia; basta que esta oposicion se haga por medios indirectos, tanto más peligrosos, cuanto más se procura ocultarlos bajo apariencias contrarias. Así, se falta á este deber sagrado cuando al mismo tiempo que se muestra celo por el poder y las prerrogativas del soberano Pontífice, no se respeta á los Obispos unidos con El, ó no se hace el caso debido de su autoridad, ó se interpretan falsamente sus actos y sus intenciones, sin esperar el juicio de la Sede Apostólica.

»Asimismo es dar prueba de sumision poco sincera establecer una especie de antagonismo entre un Pontífice y otro. Los que extraviados en direcciones diversas rechazan la presente para atenerse á la pasada, no dan prueba de obediencia á la autoridad que tiene el derecho y el deber de guiarlos; y en este sentido se parecen á los que, condenados, quisieran apelar al futuro Concilio ó á un Papa mejor informado.

»Hay que considerar en este punto que, salvo aquellos deberes esenciales impuestos á todos los Pontífices por su cargo apostólico, cada uno de ellos puede adoptar la actitud que juzgue ser la mejor al tenor de los tiempos y de las circunstancias. El solo es juez de lo que hace, ya porque tiene para ello, no sólo luces especiales, sino además porque tiene conocimiento de las condiciones y necesidades de todo el pueblo católico, y debe extender á todos su apostólica prevision. Como cuida del bien universal de la Iglesia, á que está subordinado el bien particular, cuantos se hallan sometidos á este órden deben secundar la accion del Director supremo coadyuvando al objeto que quiere alcanzar. Así como la Iglesia es una y uno su Jefe, uno es el gobierno al cual todos deben conformarse.

»Del olvido de estos principios procede que se vea disminuir entre los católicos el respeto, la veneracion y la confianza hácia los jefes que han recibido, y que se relaje el lazo de amor y de sumision que debe tener como soldados á todos los fieles con sus Pastores, y á los fieles y á los Pastores con el Pastor supremo, porque en ese lazo se afianza principalmente la seguridad y la salvacion comun.

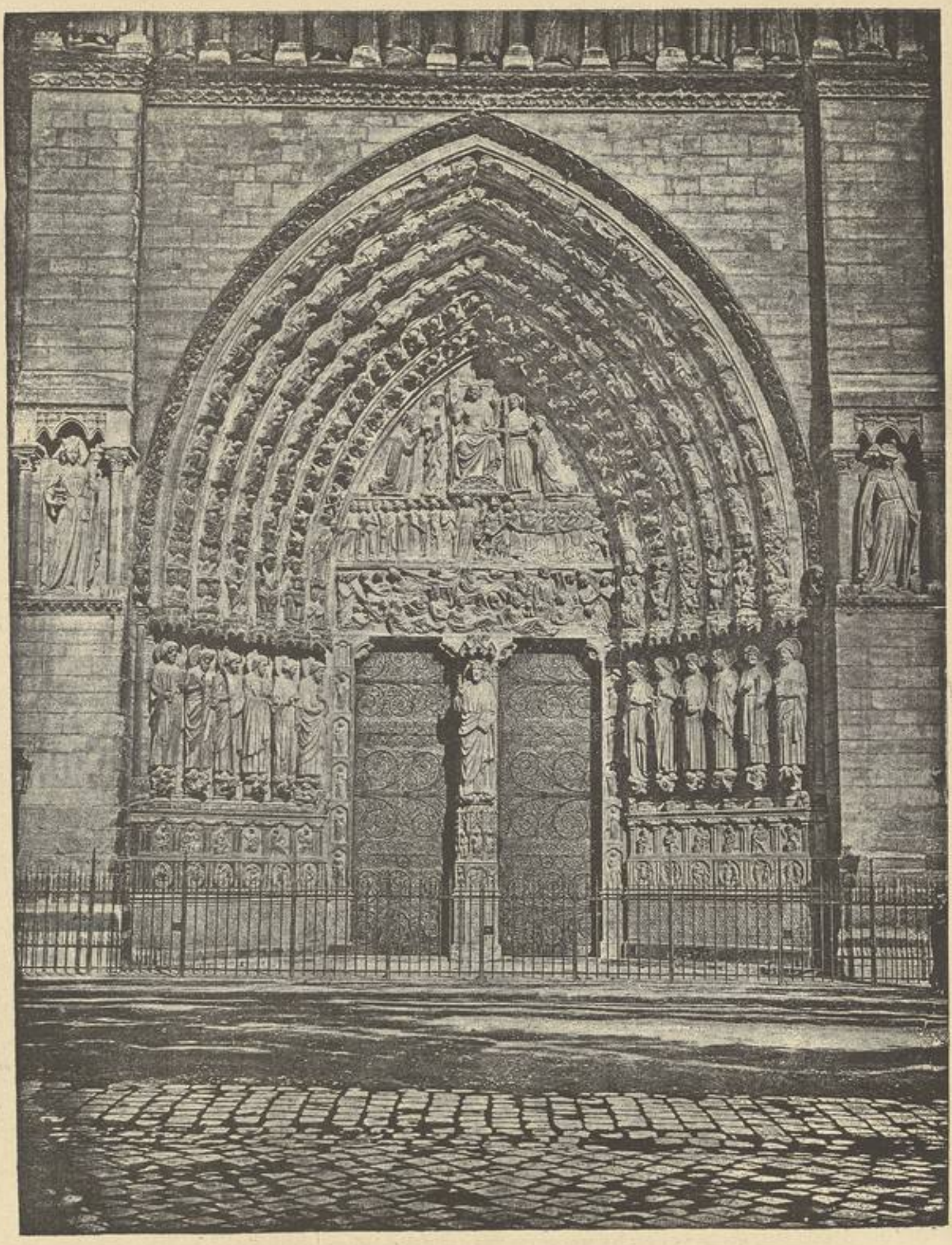
»Asimismo, por el olvido y desapercibimiento de esos principios, se abre ancha via á las divisiones y disputas entre católicos, con gran detrimento de la union, que es el signo distintivo de los fieles de Jesucristo, y que en todo tiempo, pero más particularmente hoy, en razon á la fuerza coligada de todos los enemigos, deberia constituir el imperio supremo y universal, ante el cual debe callarse toda idea de satisfaccion personal ó de ventaja egoista.

»Y si este deber incumbe á todos, incumbe de una manera más estrecha á los periodistas, los cuales, si no estuvieran animados del espíritu de docilidad y sumision tan necesario en todo católico, contribuirian á difundir y agravar el mal que Nos lamentamos. Lo que les compete en cuanto se refiere á los intereses religiosos y á la accion de la Iglesia en la sociedad, es someterse plenamente por su inteligencia y su voluntad como los demás fieles á sus Obispos y al Soberano Pontífice; es seguir y difundir sus enseñanzas, dándolas el resuelto impulso de su voluntad; es respetar y hacer que se respeten sus decisiones. Quien quiera que falte á esta regla, con objeto de servir las intenciones y los intereses de aquellos cuyas tendencias y espíritu hemos rechazado en esta carta, faltaria á su noble mision, y en vano se forjará la ilusion de creer que sirve la causa de la Iglesia, del mismo modo que sucederia á aquellos otros que trataran de atenuar ó de romper la verdad católica ó que tímidamente la defendieran.

. . . . . .

»Dado en Roma, cerca de san Pedro, el 17 de Junio, año VIII de Nuestro Pontificado.

»LEON XIII, PAPA.»



PUERTA PRINCIPAL DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

LA *PIAZZETTA* EN VENECIA (CUADRO DE ALEJANDRO ZEZZOS)

ESTUDIOS CRÍTICOS

LA ESMERALDA-RETRATO DEL SALVADOR Y LA CARTA DE PUBLIO LÉNTULO

Ignoramos si nuestros lectores tienen noticia de una fotografía que corre por esos mundos de Dios como *verdadero retrato de nuestro Salvador* (así se lee al pié) *copiado del que fue grabado en una esmeralda por órden de Tiberio Cesar*, llevando impresa al reverso de la misma fotografía una carta que se dice escrita por Publio Léntulo al Senado romano, y en la que se hace una pintura de las cualidades físicas y morales del Redentor del mundo.

Mucho se ha extendido este pretendido retrato; y hasta en el *Boletin eclesiástico* de algunas diócesis se ha deslizado, sin duda de buena fe, el anuncio en venta de este *verdadero retrato*.

Como la superchería siempre será superchería, aunque el hecho en sí no suponga burla ni desprecio de las cosas santas, creemos hacer un bien sacando hoy á la vergüenza este comercio de ciertos artistas *pios* y estudiando á la luz de la crítica la verdad de este maravilloso retrato que la moderna ciencia fotográfica ha resucitado para utilidad y contentamiento de los artistas, y satisfaccion de los crédulos que van á comprarlo por su correspondiente peseta.

Apócrifos son, tanto el documento de Publio Léntulo, como la famosa esmeralda-retrato; ó mejor dicho, ni esta última ha existido sino en la mente de los forjadores de un antiguo grabado que se enseña en Boston, y del cual sacó copias el mercantilismo de los yankees, ni el primero es debido á la pluma del célebre romano. Vamos por partes.

I

Como hemos indicado, al pié de la fotografía hay la siguiente leyenda litográfica en caracteres rojos, sin duda para dar mayor novedad al asunto, y aun llamar más la atencion de los curiosos. Dice así: «Verdadero retrato de nuestro Salvador, copiado del retrato grabado en una esmeralda por órden de Tiberio César, cuya esmeralda conservada en el tesoro de Constantinopla la cedió el Emperador de Turquía al Papa Inocencio VIII, por el rescate de su hermano aprisionado por los cristianos.»

Estudiemos el contenido de la leyenda, por cierto pésimamente traducida al habla de Cervantes, de la jerga original anglo-americana; y examinemos ante todo quién fué ese magnánimo emperador que mandó grabar la efigie del Salvador del mundo, nada menos que en una preciosa esmeralda, para memoria de las futuras generaciones. De suponer era que el tal Emperador habria dejado en la historia un nombre ilustre, y que su afecto á Jesucristo, ó por lo menos su admiracion hácia todo lo sublime y grande, llamárase *romano* ó *bárbaro*, permaneceria consignado en letras de oro en el libro de *la maestra de la vida*; que así y sólo así puede explicarse esa inmensa prueba de atencion hácia Aquel á cuyos discípulos se arrancó la vida en medio de tormentos durante los tres primeros siglos de la Iglesia.

¡Pero

Ilusiones engañosas
Livianas como el placer!

La triste y severa realidad no contendrá un átomo de poesía; mas no es culpa nuestra si su descarnada faz, sin los embelecos de la ficcion, anuncia que tal emperador se llamó Tiberio César, cuyo tiránico imperio duró desde el año 14 hasta el 37 de la Era cristiana. Su vida y milagros son como sigue: Los historiadores de aquella época le llaman *hombre vicioso, cruel y corrompido*. Envidioso de las glorias de su sobrino Germánico en sus expediciones contra los germanos, prontamente supo deshacerse de él; su obscenidad no reconocia límites, y su crueldad en las innumerables muertes que mandó ejecutar, sólo por calumniosas delaciones, le presenta como un mónstruo de iniquidad execrable. Por último, abandonando el gobierno del Estado, se retiró á Capri, donde entregado á los más vergonzosos excesos, que la pluma se resiste á referir, murió de muerte violenta. ¡Tal fué el magnánimo admirador de las virtudes del Salvador, cuyo retrato dió órden de inmortalizar en una esmeralda!

Pero supongamos que este sér miserable y abyecto, cuya alma estaba cerrada para todo lo digno y grande, tuvo un feliz y extraordinario momento de lucidez, y dando treguas á los perversos instintos de su corazon, quiso, por una aberracion inconcebible, dejar al mundo una prueba insigne de las contradicciones humanas. ¿Pudo Tiberio César mandar hacer aquel grabado?

Sus cuatro últimos años de vida, del 33 al 37 de la Era cristiana, fueron cabalmente en los que se entregó á los mayores excesos. El retrato por él mandado grabar, si se hizo en este tiempo, ó sea en los cuatro primeros años que siguieron á la muerte del Salvador en un suplicio, tuvo que sacarse sólo por referencia de los que durante su predicacion le admiraron en la Judea. ¿Y cómo se explica que nunca nos haya hablado la historia eclesiástica ó profana, ni la tradicion, de un retrato nada menos que del Salvador del mundo, en cuya obra hubiera tomado parte sin duda alguno de sus discípulos, por ser los que más de cerca le habian visto en su predicacion? Además, es necesario convenir en que los discípulos del divino Maestro tuvieron cosas más graves que hacer en aquellos primeros años de evangelizacion, que entretenerse en grabar retratos... para el mónstruo Tiberio César.

Y si se supone que fueron los judíos enemigos de Jesús, ó los gentiles, los que realizaron el pensamiento extraño de Tiberio, ¿cómo dar explicacion á las palabras del apóstol san Pablo, al asegurar que Cristo crucificado fué objeto de *escándalo* para los judíos y de *burla* para los gentiles?

Mas ¿se podrá admitir que tal grabado se mandara hacer en vida de Jesús? Es tan absurda la mera suposicion, que su misma anunciacion basta á probarlo. A más de que no conste que en Roma ni en parte alguna del mundo se tuviera noticia de la predicacion del Redentor hasta despues de ocurrida su muerte y gloriosa resurreccion, salta á la vista del menos lince que á haber llegado la fama de sus virtudes á oidos de Tiberio César, y á haber merecido de él que ordenara esculpir su retrato (señal insigne de su admiracion hácia el Nazareno), hubiéranse entonces guardado de amenazar á su procurador Poncio Pilato los enemigos de Jesús con estas palabras que constan en el Evangelio: «Si le dejas libre, no eres amigo del César.»

Pero concedamos todos estos absurdos, y admitamos que ya se encuentra en poder de Tiberio César la famosa esmeralda-retrato del Salvador. ¿No es altamente extraño que en tiempo de Constantino, el piadoso emperador que clavó la cruz en lo alto del Capitolio dando la paz á la Iglesia, permaneciera completamente desconocida esta preciosa joya, en términos de no existir hoy ningun documento de aquella época que nos hable de la esmeralda? ¿Y no es sobremanera extraño que al trasladar su Corte á la antigua Bizancio el noble hijo de santa Elena, se llevara consigo, aunque tambien sin que nada conste en la tradicion ni en la historia, aquel retrato que doce siglos más tarde habia de aparecer en el tesoro de Constantinopla, como refiere la leyenda al pié de la fotografía?

Queremos ser galantes con los admiradores de la esmeralda, y vamos á dar de barato que ya tenemos encerrada en aquel tesoro tan valiosa joya.

Nos encontramos á fines del siglo XV. Abramos la historia para ver qué emperador turco fué el que «*en rescate de su hermano* cedió el retrato en cuestion al Papa Inocencio VIII.»

Habiendo reinado este Pontífice desde el 29 de Agosto de 1484, y habiendo muerto en Bitinia el célebre Mahometo II en 1481, á quien sucedió su hijo Bayaceto II que reinó hasta 1512, aquí tenemos ya el emperador turco que hizo donacion de dicha joya al Papa á quien se refiere la leyenda.

Pero hay que confesar que los monarcas escogidos por los inventores de *la fábula artística* son los menos á propósito para la verosimilitud de la trama. Dos hijos tan solamente tuvo Mahometo II: Bayaceto y Djem ó Zizim, los cuales se disputaron la sucesion al Imperio apelando á las armas. Estas fueron adversas al segundo, Zizim, que se refugió á la isla de Rodas. El jefe de los caballeros de Malta, Pedro de Aubusson, rechazó noblemente las ofertas de Bayaceto, que pretendia á toda costa la cabeza de su hermano: por lo cual, para librarlo de la muerte, le envió á Francia. Los caballeros de la Orden lo entregaron al Papa Inocencio VIII como en consideracion á la parte que pensaba tomar este Pontífice en la nueva cruzada que se queria emprender. Mas proyectando el rey de Francia Cárlos VIII la toma de Constantinopla, pidió y obtuvo del *sucesor* de Inocencio VIII, Alejandro VI (1495), la entrega del desgraciado Zizim, que á los pocos dias murió envenenado por un renegado, á quien pagó largamente Bayaceto el crímen que vino á librarle de su molesto hermano (1).

Consecuencia de lo que acabamos de historiar, que no hubo tal rescate ni tal joya devuelta. En verdad que no debian calzar muchos puntos en historia los que fraguaron la fábula de la esmeralda.

Pero prosigamos esta continuada série de suposiciones, y admitamos que realmente no murió Zizim, sino que sano y salvo voló á los brazos de su *amantísimo* hermano Bayaceto, recibiendo Inocencio VIII el rico presente de la esmeralda, que ya *tenemos* (¡gracias á Dios!) en Roma para admiracion del orbe entero.

Mas véase lo extraño del caso. Aquella rica prenda, que en quince siglos logró salvarse de tantas convulsiones y terribles sacudimientos por que atravesaron los pueblos, no ha podido conservarse en los cuatro últimos siglos, sino que desgraciadamente se ha evaporado, sin que sea dado averiguar en qué paraje del mundo se encuentra. O lo que es igual: esos Pontífices que han sabido conservar á través de diez y nueve siglos los ricos monumentos del arte pagano, hoy pasmo y admiracion del viajero en la ciudad eterna, no han tenido el esmero de conservar una joya cristiana tan grande como el retrato del Salvador del mundo. O en otros términos: los Emperadores, en mil y quinientos años de desastres, guerras é irrupciones bárbaras, lograron salvar de su *tesoro* lo que los Papas no han alcanzado en menos de cuatro siglos de paz, de progreso de las letras y renacimiento de las artes. Apelamos á los que puedan leer estas líneas y hayan visitado la capital del orbe católico en estos últimos años, por si han tenido la dicha de topar con la esme-

(1) *Histoire populaire des Papes*, por Chantrel: tomo IV. Paris, 1866.

ralda-retrato de Tiberio César en el tesoro verdadero de bellezas artísticas que ostenta la Roma de los Pontífices. Por lo que á nosotros toca, aunque mucho admiramos allí cuando el Concilio Vaticano, no tuvimos la buena suerte de dar con la famosa esmeralda.

II

Examinadas ya las razones histórico-críticas que prueban la ninguna verdad de este famoso *retrato* que *piadosamente* han dado en copiar las agencias fotográficas, estudiemos ahora la carta que al reverso de la fotografía se halla, y que se atribuye á Publio Léntulo.

Que la reaparicion de este documento, á todas luces apócrifo, no es cosa nueva, pruébalo que apenas pasa año en que por los dias de Semana Santa no aparezca en las columnas de algun periódico literario, creyendo hacer una gran cosa en dar á la estampa el retrato—¡ahí es nada!—del mismísimo Jesús, pintado por un gentil. A los entusiastas que se admiran de ese rasgo de imparcialidad en un pagano como Publio Léntulo, y creen muy útil y conveniente la publicacion de su pretendida epístola, pudiéramos decir lo que en otra ocasion el paciente Job: *Numquid indiget Deus mendacio vestro?* No necesitan Dios, ni la Iglesia, ni Jesús, de vuestra mentira.

La impresion de la referida carta al respaldo de la fotografía no es, sin embargo, novedad del artista español. En la copia sacada en Boston hace ya algunos años, campea tambien litografiada, en idioma inglés por supuesto.

Pero empecemos por reproducirla, tal como se lee en la que tenemos á la vista. Dice así:

Descripcion de la persona de Nuestro Salvador.—Lo siguiente se ha tomado de un manuscrito que existe en la Biblioteca de lord Kelly, copiado en Roma de una carta original de Publio Léntulo.—Siendo costumbre de los gobernadores romanos en los dias de Tiberio César comunicar al Senado y al pueblo las cosas notables que ocurrian en sus provincias, Publio Léntulo, presidente de Judea, escribió al Senado la siguiente carta concerniente á Nuestro Salvador:—«En estos nuestros dias apareció un hombre de gran virtud llamado Jesús Cristo, que vive aún entre nosotros, y es aceptado por los gentiles como un profeta de verdad: pero sus propios discípulos le llaman el Hijo de Dios. Resucita los muertos, y cura toda clase de enfermedades. Es hombre de estatura algo elevada y airosa, de aspecto reverendo, inspirando á los que le miran amor y temor. Su cabello es del color de la castaña bien madura, liso sobre las orejas, más ondeado hácia abajo, y rizado sobre las espaldas. En medio de la cabeza tiene una raya ó particion del cabello á la manera de los nazarenos. Su frente es lisa y muy delicada; la cara, sin mancha ni arruga, la embellece un agradable sonrosado; la nariz y la boca, de una forma sin igual; la barba espesa y de igual color que el cabello, abierta en el centro; la mirada inocente y séria; los ojos pardos, claros y vivos. Cuando reprende es terrible; cuando aconseja, cortés y elocuente. Su conversacion es agradable y grave. Nadie le ha visto reir, pero muchos le han visto llorar. El cuerpo es de las más excelentes proporciones; las manos y brazos lo más delicado que pueda verse. Al hablar es muy templado, modesto y sábio. Por su especial belleza es un hombre superior á los hijos de los hombres.

Tal es el contenido de la carta, y mucho nos equivocamos ó nuestros lectores han descubierto ya la grosera hilaza con que está urdido este *documento de la antigüedad*. Lo menos que se ocurre á todo el que tiene dos dedos de frente, es cómo el bueno de Publio Léntulo no revolvió el mundo entero por salvar de la persecucion y de la muerte á un hombre que «era llamado Hijo de Dios,» que era «de gran virtud,» que «aceptaban los gentiles como profeta de verdad,» que «resucitaba los muertos,» que era «templado, modesto y sábio,» y por último, que «era superior á los hijos de los hombres.» Si Publio Léntulo no hizo por trabar amistad con un nazareno tan extraordinario, si no trabajó por que en la Judea se levantase una estatua á quien así sobresalia de la esfera de los hombres, no hay duda que el tal Presidente mereció de toda la posteridad un insigne voto de reprobacion. A una carta tan entusiasta correspondia ó debió corresponder una proteccion decidida; y si no la prestó á Jesucristo, nadie podrá negar que fué soberanamente malvada su conducta.

Pero no levantemos este falso testimonio al pobre de Publio Léntulo. Respetemos su memoria, y vindiquémosla de los *malandrines* que le han atribuido un documento que tan mal parado le deja á la faz de todas las generaciones.

Ante todo debemos confesar que el retrato moral que hace de Jesucristo, aunque imperfecto, es el mismo que se deduce de los sagrados Evangelios: tanto que de estos puede asegurarse que se han sacado todos y cada uno de los caracteres que allí se aplican al Redentor.

Pero hay en el escrito en cuestion ciertas frases altamente inverosímiles en boca de un gentil. Veámoslo.

«En estos nuestros dias, dice, apareció un hombre de gran virtud llamado Jesús Cristo, que vive aún entre nosotros y *es aceptado por los gentiles como un profeta de verdad*.» Así principia.

Prescindiendo, que no es poco prescindir, del error en que hacen caer los inventores de la carta á Léntulo, al asegurar que los gentiles «aceptaron al Salvador «como profeta de verdad,» lo cual es históricamente falso, pues es sabido que Jesucristo no predicó ni evangelizó más que al pueblo escogido de Dios; prescindiendo de este *lapsus calami*, imperdonable en un presidente de la Judea, la voz *gentil*, antitética de la de *cristiano ó judío*, es absolutamente inverosímil en los labios de Publio Léntulo, que, como buen romano, llamaria segun era costumbre *bárbaros* á todos los que no gozaran de la ciudadanía del pueblo fundado por Rómulo.

No es menos absurda la frase *profeta de verdad*, usada por el Gobernador romano. Regístrense las Historias de Tácito, Suetonio y los anteriores Tito Livio y Salustio, y jamás se encontrará en sus escritos la voz *profeta* con el aditamento *de verdad*. Allí leerémos *arúspices, sibylla, divinator, vates* y otras; nunca *propheta* en el sentido de *hombre de Dios*, que es exclusiva y propia de los sagrados Libros.

Y dice tambien el documento: «Por su especial belleza es un hombre superior á *los hijos de los hombres*,» frase del mismo modo desconocida completamente de todos los pueblos menos del judáico, y muy trillada en el Antiguo Testamento.

Pero al cabo, podrá objetarse, bien hubiera podido Publio Léntulo estudiar los sagrados Libros en el tiempo de su gobierno en la Judea, y conocedor ya de ciertas locuciones, fácil le habria sido usarlas en el escrito que enviaba á la capital del Imperio.

Esta objecion queda contestada en muy breves términos. Publio Léntulo no fué jamás gobernador ó *procurador* de la Judea. Y hé aquí que tienen verdadera desgracia los forjadores de retratos y de cartas referentes á Jesucristo. Se conoce que no les da el naipe por la historia, pues en tales gazafatones incurren. Desde el primer presidente, gobernador ó procurador, que con este título fué enviado á la Judea, el año sexto de la Era cristiana (que lo fué Coponio,) hasta Poncio Pilato, el cual ejerció dicho cargo los dos últimos años de la predicacion de Jesús, no aparece en la lista de los *procuradores* de Judea el nombre de Publio Léntulo, el cual, con perdon de los autores de la carta, fué gobernador de la Siria, no de la Judea.

Otras muchas pruebas pudiéramos aducir contra la autenticidad de esta asendereada carta, pero nos limitarémos á citar una autoridad que resume en pocas palabras nuestra opinion acerca del célebre documento que hemos examinado. En el Diccionario de Moreri, tomo 5.º, pág. 549, edicion de Paris, año 1753, se lee lo siguiente:

«Dícese que en adelante fué (Publio Léntulo) uno de los que admiraron las operaciones de Jesucristo, y que acerca de ello escribió una carta al Senado y al pueblo de Roma; pero *lo supuesto de esta carta parece muy evidente á los críticos*, porque desde que hubo emperadores, á ellos escribieron los gobernadores y no al Senado; que el estilo de dicha carta dista de lo pulido y político del siglo de Augusto, y que ninguno de los antiguos hace de ella mencion.»

Por lo demás, que exista un lord Kelly, señor muy conocido en su casa, el cual posea una copia manuscrita de un documento original que falsamente se dice conservarse en Roma, pues nadie jamás lo ha visto, será si se quiere muy inglés, pero no llevará un átomo de verosimilitud ni de autenticidad al apócrifo documento que acabamos de examinar.

Sirvan, pues, las consideraciones que hemos hecho en este estudio, para desilusionar á los que acuden á comprár la fotografía-retrato del Salvador que con el carácter de *verdadero*, segun reza la leyenda al pié de la misma, se expende en las estamperías fotográficas. Saquen los artistas españoles, si á bien lo tienen, copias de tantos magníficos lienzos con que se enriquece el arte cristiano en la católica España, pero guárdense de mendigar de naciones protestantes *retratos verdaderos* que mintió el espíritu mercantil de los yankees, demasiado famosos en esta clase de negocios *inocentes*.

José M. Leon y Dominguez, *Pbro.*

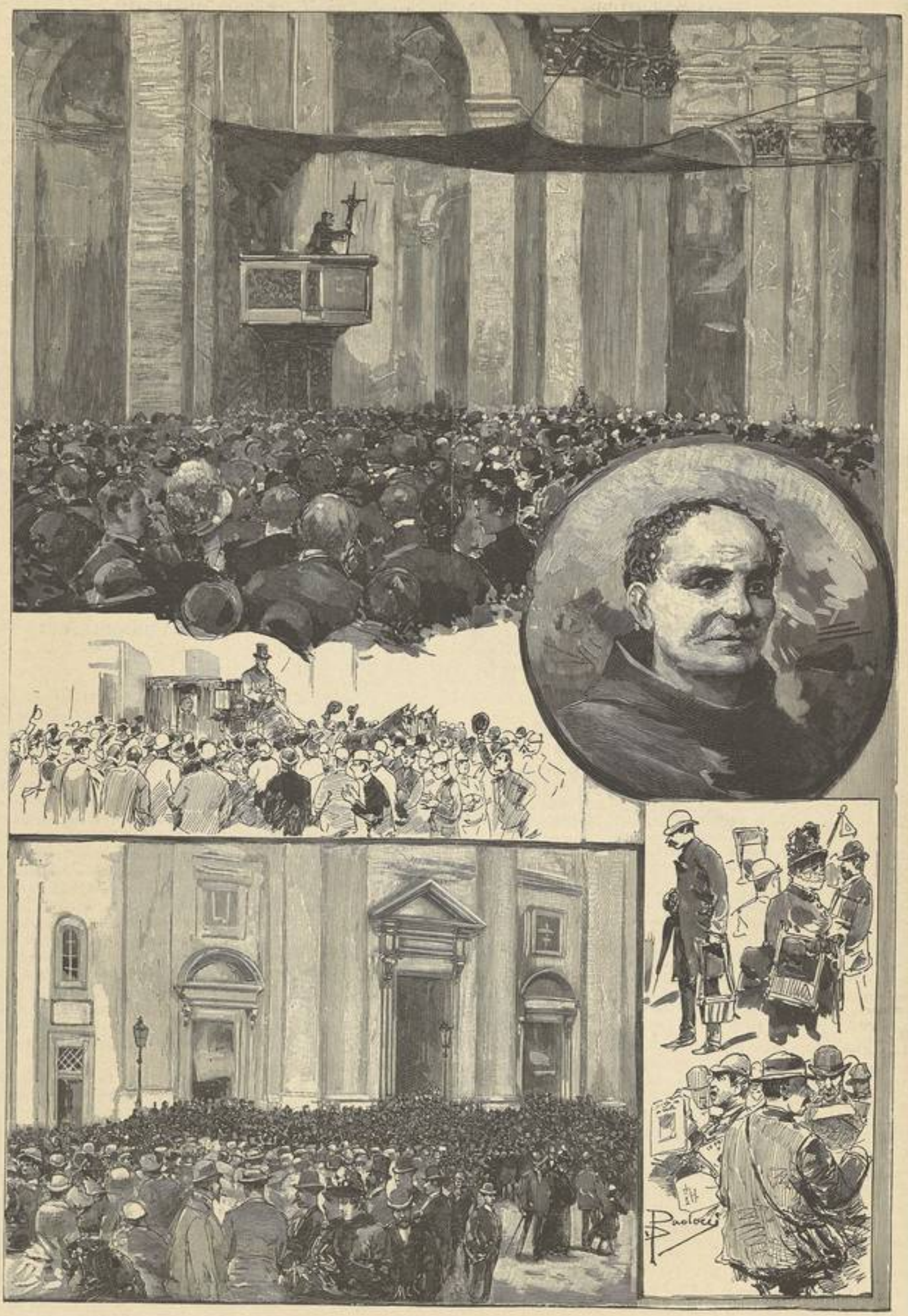
EMILIA DE SOULANGES

I

Era media noche, y el más profundo silencio reinaba en la ciudad de París. En una gran casa de la calle de Tournelles brillaban dos luces á través de las grandes ventanas, anunciando que aún se velaba en ella: la primera provenia de la antecámara, donde un lacayo, medio dormido delante de un juego de damas, esperaba á su señor; la segunda alumbraba el cuarto dormitorio de Emilia de Soulanges. La jóven llevaba aún, á pesar de lo avanzado de la hora, el traje de dia; habia despedido á su doncella, y silenciosa, pero agitada, esperaba. En vano habia tratado de trabajar ó de leer: sus trémulas manos se negaban á tirar de la aguja, y su atencion distraida no podia seguir los majestuosos períodos del sermon de Massillon sobre las *Obras de Misericordia*, abierto ante sus ojos. De tiempo en tiempo iba á levantar las cortinas de las ventanas, y echaba una mirada al patio. Una pequeña luz, cuya claridad salia de la habitacion del portero, anunciaba que tambien allí velaban.

—¡Dios mio!—se decia Emilia á sí misma en medio de una febril impaciencia que anegaba en sudor su frente y sus manos;—¡no volverá, pues, á casa! ¡Hé aquí una noche pasada como otras muchas! Se está perdiendo, ¡ay! pobre hermano!

Dió la una, dieron las dos, las tres... Emilia se habia arrodillado en su reclinatorio; y despues de haber rezado el Rosario, vencida á medias por el sueño, murmuraba aún las santas palabras y hacia correr entre sus dedos las cuentas benditas cuando un gran golpe dado en la puerta la despertó súbitamente... Acudió á la ventana; la puerta cochera estaba abierta de par en par, y daba paso á una silla de manos seguida de dos lacayos con hachones. Un jóven salió de ella, apoyado en el brazo de un criado.



EL P. AGUSTIN DE MONTEFFELTRO EN ROMA.—SERMONES CUARESMALES EN LA IGLESIA DE SAN CÁRLOS *(Vease pág. 110)*

DONCELLAS ROMANAS (CUADRO DE ESCIPIÓN VANNUTELLI)

A la luz de las antorchas pudo ver Emilia el desórden del traje desu hermano, su pálido rostro y su andar incierto... Suspiró amargamente, y pensativa permaneció de pié en la ventana hasta largo tiempo despues que el silencio se hubo restablecido en el palacio: oraba, meditaba aún cuando lució el dia, devolviendo á París el tumulto y la vida.

Hácia las once, bajó lentamente y se dirigió á la habitacion de su hermano. Algunos lacayos, que jugaban en la antecámara, levantáronse al verla.

—¿Mi hermano ha llamado?—preguntó.

—No, señorita: todavía no es de dia en el cuarto del señor Vizconde.

Emilia vaciló un momento; pero reflexionando que tan pronto como entrase el dia se veria rodeado su hermano por la turbulenta nube de los amigos, mercaderes y sastres, se decidió á adelantarse. Hizo una señal, y el criado abrió las puertas: atravesó un gabinete y un salon, y se encontró en el cuarto dormitorio de Héctor de Soulanges, de aquel hermano querido cuyo destino absorbia todo su sér. Una débil claridad penetraba en aquel cuarto y dejaba descubrir el desórden que en él reinaba. Trajes preciosos se hallaban echados sobre los sillones; una brillante espada arrastrada por tierra, y un reloj, anillos y alfileres estaban descuidadamente echados en el sofá. La cama estaba vacía, y el hermano de Emilia descansaba, vestido á medias, en una vasta poltrona, como si el sueño y la fatiga que se siguen á una noche de desórden lo hubiesen arrojado allí, derribado y vencido. A su lado, sobre un velador, se hallaban confusamente esparcidos puñados de luises... Emilia dirigió una triste mirada á aquel oro, probablemente ganado en el juego durante aquella noche que su hermano llamaba de placer, pero que para ella habia sido de suplicio, y se arrodilló al lado del sillon...

Héctor seguia durmiendo; pudo entonces su hermana estudiar los estragos que las vigilias y las pasiones habian impreso en aquel rostro, en otro tiempo tan lleno de candor; arrugas precoces surcaban la pálida frente del jóven. Sus párpados hinchados y pesados cambiaban la expresion de sus facciones, marchitadas antes de tiempo, y llevando en la primavera de la vida el triste sello de la decadencia.

Emilia suspiró, y una lágrima cayó de sus ojos sobre la mano de Héctor. Este despertó súbitamente, lanzó en torno suyo una mirada lenta y sorprendida, y viendo á su hermana á su lado exclamó:

—¿Qué quiere decir esto? ¿por qué no estoy acostado, y tú estás aquí?

—Héctor,—contestó la hermana tranquilamente,—debes saber mejor que yo por qué no te has acostado; y sabes tambien perfectamente lo que á tu lado me trae.

—Vienes á sermonearme,—dijo él riendo.

—¿A sermonearte?... ¡Oh! no, sino á suplicarte que reflexiones un instante en la vida que llevas, y veas á donde te conduce... á la pérdida del cuerpo, á la del alma. ¡Oh! pobre Héctor mio, piénsalo bien!

—Eres demasiado severa, hermana mia: es preciso dar al tiempo lo que es del tiempo.

—¡Ay! el tiempo ha de pasar, y ¿qué te quedará?

—¿Qué importa? ¡pase la vida! Corta y buena, esa es mi divisa.

—¡Oh! hermano mio! ¿y la eternidad? ¿nunca piensas en ella? Acuérdate de la muerte de nuestro padre, de los últimos suspiros, de las postreras miradas de nuestra madre; ellos acabaron con la muerte de los justos. Pero tú ¿qué fin tendrás?

El jóven se encogió ligeramente de hombros. Su hermana repuso:

—Perdóname que te hable de este modo; pero ya no tenemos padres; sólo tenemos un tutor para quien es bastante indiferente nuestra suerte; huérfanos, todo lo somos el uno para el otro, y aunque soy más jóven que tú, me parece (no te rias) que he heredado para contigo el corazon y la ternura de nuestra madre. Digote lo que ella te diria: Querido Héctor, abandona esos vanos placeres, esos falsos amigos, esa vida desarreglada; conviértete en un buen marido, un buen padre, y sobre todo un buen cristiano.

—Linda predicadora,—interrumpió el hermano,—me enterneces, pero no me convences. Mas, pronto tendrás otro mejor que yo á quien predicar... estoy seguro que tu desposado, el muy grave conde de Meran, está en el salon haciendo sus cumplidos á nuestra respetable tia. Vé, y no te detengas: el caballero debe venir á buscarme en breve para ir al juego de pelota... Preciso es que me vista.

Y llamó.

Emilia, desanimada, bajó á la habitacion de su tia, donde se encontraban algunos amigos íntimos, y sentada á un lado ante un bastidor prestó un oido distraido á la conversacion. Se hablaba de su hermano; se contaba con ese tono ligero de las gentes del gran mundo los gastos desmedidos y las locas intrigas á que se entregaba Héctor; y esta narracion, que hacia desternillar de risa á los oyentes, entristeció el corazon de la pobre Emilia. Mientras que los demás reian, ella pensaba en aquel hermano que le era tan querido, en aquella alma, cuya salvacion hubiera comprado con toda su sangre y con su vida, y cuyos vicios y peligros eran objeto de las chanzas de un mundo ciego. Cristiana, educada en la escuela del Evangelio, Emilia poseia esa elevada filosofía que considera como vanas y frívolas las grandezas de la tierra y sólo aprecia lo que es eterno. Mientras que en aquel elegante salon en que se respiraba el lujo amanerado del siglo XVIII, se hablaba, y se citaba en apoyo de una moral relajada un verso de Voltaire ó una copla de Bernis, Emilia meditaba las severas lecciones de la ley de Dios, y se repetia á sí misma:

«¿De qué sirve al hombre ganar el universo si llega á perder el alma?»

Gemia por la ceguedad de su hermano, que preferia á esa doctrina piadosa los goces más descabellados ó los más groseros placeres; oia la voz del cielo que le decia: «Estad preparados, pues el Hijo del Hombre vendrá cuando menos lo penseis;» y temblaba recordando á Héctor, á quien nada habia preparado para comparecer ante su Juez, y que de un momento á otro podia ser llamado á dar una cuenta terrible. Estas reflexiones llenaban su alma de temor, y las seductoras promesas del mundo no lograban consolarla.

Absorta en estos pensamientos, notó apenas la presencia del conde de Meran, su novio: hasta entonces le habia sido grato ese proyecto de union y de dicha; pero parecia como que una ambicion más alta habia brotado en su alma, y crecia en ella como la planta confiada á una tierra fecunda, á pesar de influjos extraños...

II

Algunas semanas habian transcurrido sin que nada cambiase en la vida de Emilia ni en la de Héctor. Este seguia el curso de sus desórdenes, como aquélla continuaba su vida de recogimiento y oracion, atribuyéndose á lo próximo de su matrimonio lo que se notaba en ella de más reflexiva. Quince dias debian transcurrir aún antes de la firma del contrato, cuando una mañana hizo pedir á su tutor un momento de conversacion. El Sr. de Sevré la recibió en su gabinete. Ella, generalmente tan tranquila, parecia conmovida, y su mano temblaba en las de su tio.

—¿Qué tienes?—le dijo éste:—¿te ha sucedido algo, querida Emilia?

—No, mi buen tio,—contestó ella haciendo el último esfuerzo por dominar su turbacion y tratando de sonreir;—pero la entrevista que de V. he solicitado me hace latir el corazon.

—Y ¡qué! hija mia, ¿parezco yo un tutor de comedia?

—No, tio, siempre ha sido V. bueno para con dos huérfanos; hemos encontrado en su casa una segunda casa paterna: pero temo, sí, afligirle.

—¡Tú, Emilia! apenas puedo creerlo.

—Querido tio, quiero decírselo todo en dos palabras: no me siento llamada al estado del matrimonio; Dios me quiere del todo para sí; permitid que le obedezca.

—¡Quieres hacerte religiosa! ¡habrá extravagancia! tu matrimonio está arreglado con todo un caballero; ya no es tiempo de romper, puesto que el Sr. de Meran tiene mi palabra, y tú has parecido ratificar nuestros compromisos.

—Es cierto, tio, fácil me fué acceder á ellos, pues estimo profundamente al Sr. de Meran; mas, no obstante, la voz de Dios se dejaba oir en el fondo de mi alma; por largo tiempo permanecí rebelde á ella...; amo á todos, bien lo sabeis; pero en fin la gracia ha triunfado, y mi resolucion es invariable.

El Sr. de Sevré meneó la cabeza: las vocaciones religiosas, el ardiente y generoso deseo que impulsa á algunas almas á salir de la via comun, le parecian una ilusion; permanecia insensible ante las buenas obras de una Hermana de la caridad, pero se interesaba gustoso por las *víctimas del claustro;* y á fin de librar á Emilia de las *seducciones místicas,* la habia sacado, casi niña aún, del convento donde habia sido educada. Y á pesar de esta precaucion, ¿hablaba Emilia de gracia y devocion? Discutió largamente con ella; pero todas sus observaciones encontraron una respuesta, y la inocente seduccion de la jóven obró de tal modo sobre él, que se sintió en fin persuadido de que amaba tiernamente á su familia al separarse de ella, y que sólo un influjo irresistible la impulsaba á entrar en el claustro.

—¿Escogerás sin duda—le dijo—uno de nuestros hermosos monasterios de Francia?

—Todo mi deseo es consagrarme al servicio de los pobres y enfermos.

—¡Bah! no han faltado reinas que han hecho otro tanto,—contestó el buen gentilhombre.—Así podrás entrar en el convento de las damas de San Juan de Jerusalen, puesto que eres de antigua nobleza. Esas señoras sirven á los enfermos y hasta á los leprosos.

—Tio, no es ahí donde quiero ir.

—¿A dónde, pues?

—He escogido la Orden de Hospitalarias de san Agustin.

—¡Cáspita! nada sé de ella. ¿Qué viene á ser?

—Se consagra al servicio de los hospitales.

El Sr. de Sevré hizo una mueca de disgusto.

—¡Una Soulanges!—exclamó.

—¡Qué! tio mio, la señorita de Melun, con la cual estais emparentado, ¿no pasó su vida en un hospital (1)?

Este raciocinio desarmó al Sr. de Sevré. Este amaba á Emilia, pero no tenia ni los derechos ni la ternura de un padre, y la jóven conoció pronto que era libre de elegir su propia suerte. Héctor habia ido á pasar la estacion de caza en la Baja Normandía, y sólo debia volver para el matrimonio de su hermana. La jóven hizo sus pre-

(1) La señorita de Melun, hija del príncipe de Espinoy, consagró su vida á los pobres en el hospital de Beauge, en el Anjou.

parativos de viaje con singular diligencia, y diez dias despues de haberse explicado con su tio, salia del palacio de Sevré, y se dirigia hácia Flandes en compañía de la princesa de Soubise, á quien habia sido confiada.

La víspera habia escrito al Conde de Meran; y pocas horas antes de partir recibió de él este billete:

«No podia cederos sino á Dios, y admiro vuestra generosa resolucion, cuyos motivos creo adivinar. Jamás os olvidaré: á vuestra vez, acordaos de mí ante el Señor.—*A. de M.*»

Emilia quemó estos cortos renglones, y de sus ojos cayeron algunas lágrimas, último tributo pagado á las esperanzas de la tierra.

—¡Que sea dichoso! dijo en voz baja:—Señor, no me negueis la salvacion y la felicidad de aquellos á quienes he amado en la tierra.

Partió al dia siguiente, dejando escrita para su hermano el Vizconde esta carta:

«Mi querido hermano: No nos volveremos á ver en este mundo. Cuando te abracé antes de tu partida, te daba desde el fondo del corazon un eterno adios; mas no me era posible confiarte mi designio. Hoy todo está arreglado, todo ha terminado. Parto para Flandes, y antes de un año seré, así lo espero, religiosa profesa de la Orden de San Agustin... Sí, hermano mio, renuncio al mundo y á una union que hubiera podido hacerme dichosa: á Emilia de Soulanges va á suceder la humilde hospitalaria, sierva de Dios y de los pobres. Pero ¿para qué, me dirás, para qué semejante cambio? ¿Para qué renunciar á cuanto amas, á cuanto hubiera podido agradarte? ¡Oh, hermano mio! sabe que por tí y por tí solo renuncio al porvenir que me aguardaba: por tí y por tí solo abrazo esta vida de trabajos y sacrificios. Menester es una víctima á ese Dios á quien ofendes, menester es que álguien llore y ruegue por tí durante esos dias y esas noches que consagras á la idolatría del placer: esa víctima seré yo, y Dios, el Dios de bondad, no rechazará el holocausto de mis lágrimas. Mas ¿no harás nada por tí mismo? ¡Oh! si unes tu buena voluntad á mi penitencia, si de acuerdo trabajamos por la salvacion de tu alma, ¡no, Dios de Agustin y de Mónica, no rechazaréis mi oracion! Y tú, Héctor mio, oirás la voz de tu mejor amiga, implorándote en nombre de tu propia dicha: no querrás que mi sacrificio te sea inútil.

»Mas hay que terminar; preciso es dejarte, hermano mio; preciso es darte el último adios. No trates de hacer vacilar mi resolucion, pues no lo lograrás: mis votos sagrados están ya pronunciados en el fondo de mi corazon. Sólo te pido una cosa: todas las noches dí con el alma: «¡Señor, tened compasion de mí!» La misericordia de Dios hará lo demás. Te deseo todos los bienes que pueden apetecerse para aquellos á quienes más se ama sobre la tierra; te deseo el bien sumo: ¡la fe! ¡En nombre de nuestro padre, en nombre de nuestra madre, vuelve á ser cristiano! ¡Adios, hasta el cielo!—*Emilia de Soulanges.*»

III

Algunos años despues, en 1745, el fragor de las armas y el toque de las campanas lanzadas á vuelo resonaban en la ciudad de Lila. Largos convoyes de heridos dirigíanse á los hospitales, principalmente hácia el llamado de la Condesa, antigua fundacion de Juana de Constantinopla. En el rostro de los franceses heridos se unia á la expresion de los padecimientos la manifestacion del triunfo; sus débiles manos agitaban verdes ramos en señal de victoria y alegría, y sus labios moribundos murmuraban aún: *¡Viva el Rey!* Volvian del campo de batalla de Fontenoy.

Muchos oficiales habian sido transportados al hospital de la Condesa: las literas y camillas se hallaban apiñadas bajo la majestuosa bóveda, sobre la cual se elevaba entonces una torre elegante y ligera, derribada hace pocos años.

Las religiosas recibian á sus huéspedes en una sala inmensa, donde habia una doble hilera de blancas camas con cortinas de sarga verde. Allí eran cuidadosamente colocados los heridos, y los cirujanos iban de cama en cama, seguidos de las Hermanas con hilas, compresas y vendajes; las cuales ayudaban con mano firme á curar las más espantosas heridas, pues el Apóstol lo dijo: *La caridad todo lo puede, todo lo sufre, nada la arredra.*

Entre las religiosas más activas notábase sobre todo á la priora, llamada Sor Agustina. Hacia largo tiempo que su regularidad, su mansedumbre, su prudencia y el espíritu de penitencia de que se hallaba animada, eran el ejemplo y causaban la admiracion de sus Hermanas: las más antiguas recordaban todavía el fervor con que habia entrado en el noviciado y la firmeza con la cual habia resistido á las poderosas súplicas de su familia, y sobre todo á las de su hermano, que queria hacerla volver al mundo. Los pobres poseian en ella una madre y una criada; nunca miseria alguna se habia separado de ella sin ser consolada. En aquellos momentos, ocupada en los deberes de su cargo, recibia á los heridos, cuidaba de que cada uno de ellos fuese prontamente atendido, y parecia comunicar á todas sus compañeras el fuego caritativo que ardia en su corazon. Casi todas las camas estaban ocupadas, cuando llevaron lentamente en una camilla un oficial cubierto con la capa encarnada de los mosqueteros, arrojada como un sudario sobre su cuerpo inmóvil. Un cirujano de la Real Casa le acompañaba y cuidaba solícito de él.

La Priora se presentó; el cirujano la saludó y le dijo:

—Señora, confiamos á vuestro cuidado este bizarro oficial de la Real Casa. Está de mucha gravedad...

Al pronunciar estas palabras, levantó la capa; el oficial tenia una herida en el pecho, y una mancha roja y húmeda teñia el lado derecho de su camisa; tenia la cabeza caida hácia atrás; y al ver desde lejos su pálido rostro y cerrados los ojos, exclamó la Priora:

—¡Dios mio, está muerto!

—No; vive,—contestó el cirujano aplicando la mano á la arteria.

El herido alzó ligeramente la cabeza, y con voz apagada dijo por dos ocasiones:

—¡Señor, tened compasion de mí!

—¡Héctor!—exclamó la Priora cayendo de rodillas ante la camilla.—Héctor, ¿eres tú?

—¿Quién me llama?—contestó el moribundo; —ya no veo... ¡Un sacerdote! que me traigan un sacerdote; quiero morir como cristiano!

La Priora se puso en pié, y corrió en busca del capellan de la casa.

—¡Llevad los santos óleos,—le dijo,—va á morir! ¡Daos prisa, Padre mio, daos prisa; es una oveja descarriada que vuelve al redil!

El sacerdote aceleró el paso; el moribundo seguia repitiendo:

—¡Señor, tened compasion de mí! ¡Oh hermana mia, si pudieses orar por mí!

—Aquí está el sacerdote que habeis llamado, —le dijo el cirujano.

El oficial alargó su ya helada mano, y murmuró:

—Daos prisa, voy á morir... ¡Ah! ¿por qué he esperado tanto, por qué he resistido tanto, cuando Dios me llamaba...

—Os deja tiempo para todo, hijo mio,—contestó el sacerdote:—confesad vuestras culpas con sincero arrepentimiento, é id á conquistar la eterna bienaventuranza.

La Priora con la frente en tierra oraba con indecible ardor.

Cuando alzó la cabeza, acababa el capellan de dar la absolucion al pecador arrepentido, apresurándose á purificar, por medio de la santa uncion, todos los sentidos, instrumentos del pecado.

El moribundo conservaba su razon, y parecia unirse á la sublime ceremonia que le disponia á comparecer ante Dios.

Luego que ésta hubo terminado, la Priora se arrodilló de nuevo á la cabecera del moribundo, y repitió otra vez:

—¡Héctor!

—¿Quién me llama?... Hermana mia, ¿estás en el cielo y me llamas?

—¡Héctor, hermano mio! ¡con que te vuelvo á encontrar!

El hermano reconoció á su hermana, abrió los casi apagados ojos, y tocó con sus manos el velo y las manos de la religiosa.

—¡Emilia!—dijo,—¡Emilia! ¡Cuán grande, cuán bueno es Dios! Muero como cristiano, por mi patria y en tus brazos, mi buena hermana!

La religiosa se inclinó sobre el moribundo, y le presentó el crucifijo. Héctor le besó, estrechó débilmente la mano de su hermana, y murmuró:

—Muero contento... voy á esperarte...

Ya no existia. Sor Agustina le cerró los ojos, y besó piadosamente su frente y sus párpados. En seguida cubrió sus restos con respeto, y puso sobre la capa encarnada su cruz de priora, que se quitó del cuello. Despues de haber cumplido con este último deber, se dirigió con paso vacilante á la capilla, cayó prosternada ante el tabernáculo, y oró por largo tiempo.

Sus compañeras la levantaron casi desmayada, y notaron que su velo y su toca se hallaban empapados en lágrimas: lágrimas en que la cristiana y la hermana habian confundido su regocijo y su dolor.

El Vizconde de Soulanges fué enterrado en la capilla del hospital de la Condesa, al lado de un gran número de hermanos suyos de armas, cuyos nombres se leen aún sobre una piedra sepulcral colocada en dicha capilla: recuerdo glorioso y tierno, librado por casualidad de los estragos de la revolucion.

AL ARTE

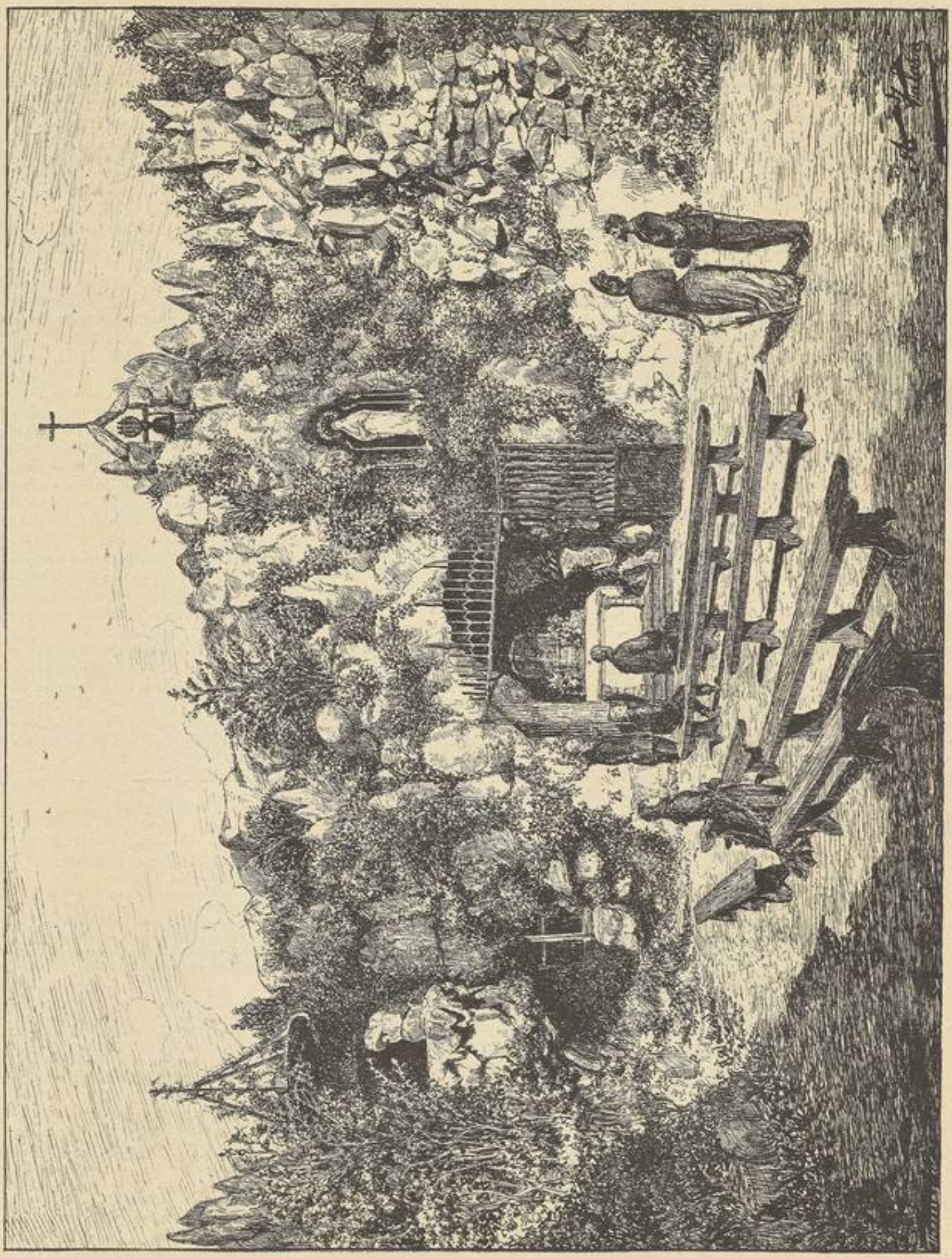
POETA

¡Arte divino! Manantial fecundo
De misteriosas, transparentes olas;
Sol que irradiando tu fulgor al mundo
Los más profundos valles arrebolas;
Soplo vital que al suelo moribundo
Con las tintas más bellas tornasolas:
¿Cómo podré yo mísero cantarte,
Celestial invencion, divino Arte?

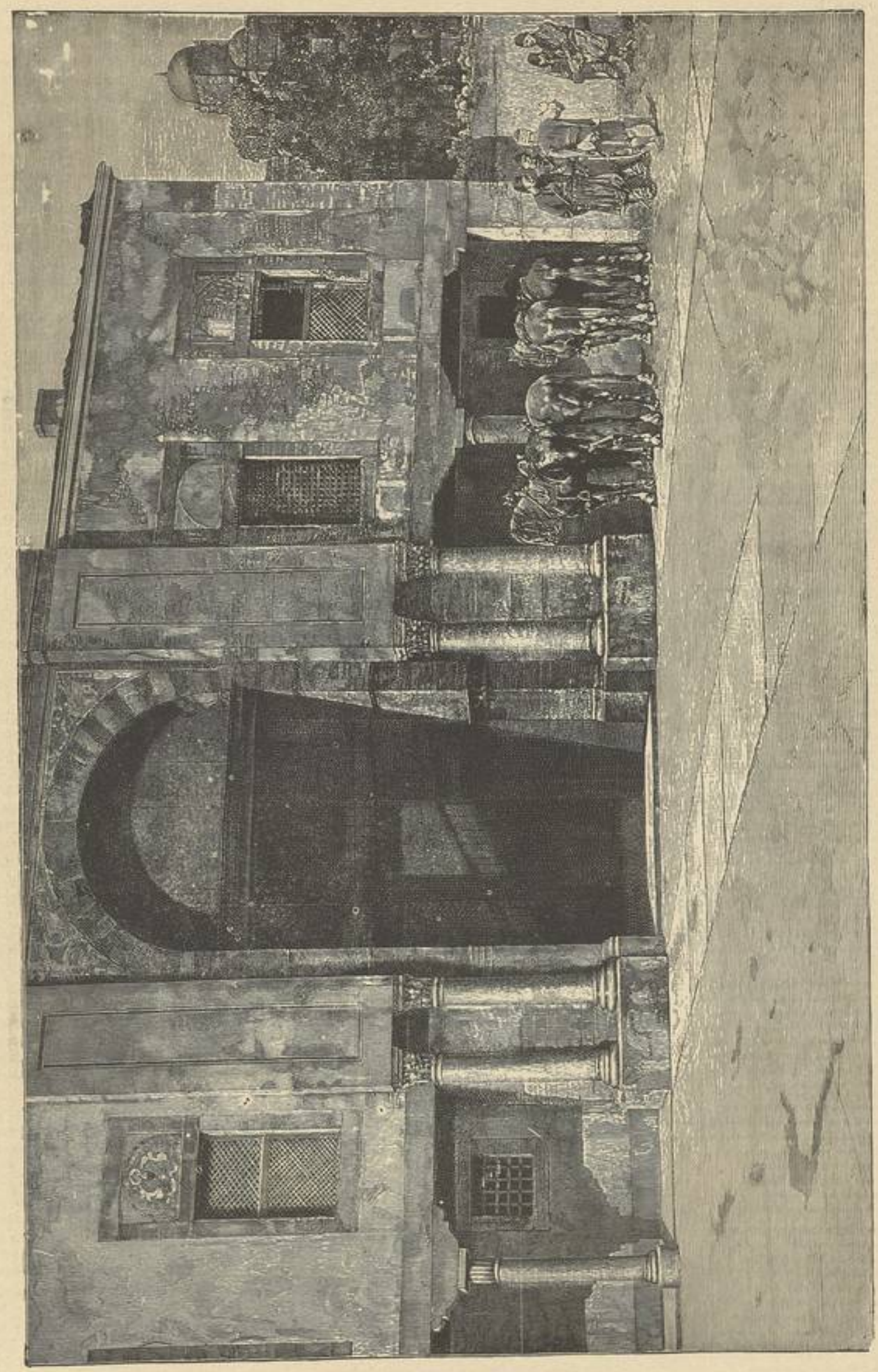
¿Y quién narrar sabrá tus altos dones,
Tu sublime poder, tu gloria pura?
¿Quién escalar podrá aquellas regiones
Donde, empuñando el cetro de hermosura,
Proclámante su rey los corazones
Ávidos de embriagarse en tu dulzura?
Y siendo alumno tuyo el mismo Apolo,
¿Quién te puede cantar sino tú solo?

Tú solo penetrando en la secreta,
Sacra mansion del genio soberano,
Descorrerás al ojo del poeta
De espléndidas visiones el arcano:
Arrebatando tú su mente inquieta
En atrevido vuelo sobrehumano,
Le darás á gustar, Arte bendito,
El mar de tus dulzuras infinito.

Despliega, por piedad, tus labios de oro,
Y en torno suene tu divino acento,
Que presta suavidad al sacro coro
É imprime á las esferas movimiento.
Mientras rendido tu beldad adoro
Y escucho de tu música el portento,
Dáme que pueda entre mis cuerdas rotas
Hacer que vibren tus sublimes notas.



CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES EN PEDRALBES (BARCELONA)



ESCENA ORIENTAL (CUADRO DE ALBERTO PASINI)

CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES EN PEDRALBES (BARCELONA)

GENIO DEL ARTE

Limpísimo destello transparente
De la eternal belleza desprendido,
Yo baño en resplandor la docta frente
Y hago despierte el genio adormecido.
De delicias sin nombre yo soy fuente,
Soy mágico pincel, eco perdido.
Vago perfume, celestial memoria
De otro mundo, otro cielo y otra Gloria.

Si en alas de entusiasmo generoso
Los hombres cual titanes se levantan,
Si al ronco són de trueno pavoroso
Aun sus pechos se esfuerzan y agigantan,
Si impávidos desdeñan del coloso
Terribles iras que á la tierra espantan,
Su no domado esfuerzo y poderío
A mí me pertenecen, todo es mío.

Si del mundo en las torpes saturnales
No manchan los espíritus sus alas;
Si cruzan de los átrios celestiales
Las venturosas, esplendentes salas;
Si hallados los eternos manantiales
Del infinito amor, adquieren galas
Que ojo humano no vió en ninguna parte,
Lo deben todo á mí... que soy el Arte.

Si la corteza vil de humana arcilla
Cobra vivos destellos de hermosura;
Si cual puro cristal el barro brilla
Como herido de lumbre que fulgura;
Si el hombre, por ignota maravilla,
Más que en Angel, en Dios se transfigura,
¿Quién podrá disputarme tanta gloria?
¿Quién cual yo en oro vuelve ruin escoria?

Yo templo la amargura de los males
Brindando al corazon dulce consuelo,
Y hago correr fresquísimos raudales
Que rieguen la aridez del mústio suelo;
Trocar yo sé las gasas funerales
En apacible y prestigioso velo;
Hasta el mismo dolor yo poetizo
Y presto al llanto irresistible hechizo.

Al espíritu humano perfecciono
Con la suave sonrisa de mi boca;
Su salvaje rencor y fiero encono
Lo convierto en amor que á amor provoca:
Lábrole un pedestal, le elevo un trono
De eterna duracion, que al cielo toca;
Y á su frente, que yérguese suprema,
Ciño de soles inmortal diadema.

La santidad, el genio, el heroísmo,
La beldad, los blasones y la gloria
Hundiéranse tal vez en el abismo
Del olvido, y muriera su memoria,
Si con mi vara mágica, yo mismo,
Vencedor de los siglos y la historia,
No los tocase, demostrando en ello
Que no puede morir cuanto yo sello.

Ráudo el tiempo sus olas precipita
Convirtiéndose súbito en *Mar Rojo*
En donde se sumerge la infinita
Muchedumbre infeliz, fiada en su arrojo;
En tanto que á mi pueblo israelita
Ábrole entre las ondas, á mi antojo,
Segura senda, porvenir brillante
Por donde pueda andar... ¡siempre adelante!

Yo con los ecos del humano idioma
Fabrico sin parar mundos y mundos,
Vuelo en las alas de impalpable aroma,
Sorprendo los abismos más profundos,
Cruzo las cumbres de la enhiesta loma,
Bajo á los valles sin cesar fecundos,
Y rico de fragancias y colores
Tejo un fresco tapiz de lindas flores.

Del corazon los senos misteriosos,
Del alma el hondo abismo inexplorado,
Cuanto el hombre en sus raptos amorosos
Ó en su fiero rencor tiene guardado:
De la pasion los gritos clamorosos,
Del vértigo febril el ¡ay! lanzado,
Todo mi labio descifrarlo sabe
Y de todo alcancé la ansiada llave.

Poniendo la palabra á mi servicio
Modelo nuevos pueblos y ciudades,
Hago bullir, con mágico artificio,
En gente las desiertas soledades;
Combino la virtud, error y vicio
Esparcidos en todas las edades,
E inmensos seres que mi mano labra
Cobran vida inmortal con la palabra.

Don Quijote, Beatriz, Laura y Julieta
Nacieron para nunca ya morirse:
Aun los cielos alumbran cual cometa
Cuya lumbre jamás llega á extinguirse:
De inmarcesible juventud secreta
Merced á mí pudieron revestirse,
Y andando con los hombres confundidos
Son y serán de todos conocidos.

No hay forma, ni matices, ni fragancia,
Ni idea, ni abstraccion, ni sentimiento
Que no tengan sublime resonancia
Si yo los idealizo con mi aliento;
No importa su magnífica abundancia
Para prestarles yo su propio acento,
Su vivaz expresion, que ráuda parte
A herir el corazon..., gracias al Arte.

¡Oh atraccion misteriosa del sonido
Si dirígole yo en el aire vago!
¡Universal lenguaje comprendido
Por todo corazon! Tal es su halago,
De tal suerte á arrobar viene el sentido,
Que, cual esquife en cristalino lago,
El alma boga en olas de dulzura
Bajo un cielo radiante de luz pura.

Inexplicable filtro delicioso,
Licor divino, que penetra el alma,
Dulce ensueño de amor y de reposo
Bajo las frondas de flotante palma;
De un mundo superior y más hermoso
Ritmo escapado, que dolores calma,
Es el sonido, si su ráudo vuelo
Yo guio por los ámbitos del cielo.

La misma roca sus entrañas duras
Ablanda abandonando su cantera,
Y lanzo, si me place, á las alturas
Inmensas moles que labré cual cera.
Aves y mónstruos, flores y figuras
Finge el granito en la azulada esfera,
Allí ofreciendo, para gloria mia,
Cuanto puede soñar la fantasía.

El bronce y mármol puestos en mis manos
Dejan su dura condicion esquiva,
Y tornándose á poco más humanos
Adquieren del mortal la expresion viva.
Del amor los impulsos soberanos,
El soplo de la fe, que vá hácia arriba,
La savia de una vida exuberante.....
Esto y más yo les doy, á mi talante.

Y si armado de tintas y pinceles
Dibujo mis ensueños de grandeza,
Ábreme el paraíso sus cancelas
Y á los lienzos traslado su belleza.
Sus tesoros yo robo á los vergeles,
A las aguas su límpida pureza,
Su frescura á las rosas, y al celaje
Sus fuegos y su mágico ropaje.

La majestad augusta de la frente,
El fulgurante rayo de los ojos,
El latído del pecho que amor siente,
De la casta mejilla los sonrojos,
La suave morbidez, brillo esplendente
De la beldad que os mira sin enojos,
Vedlo todo en el lienzo delicado
Por donde mi pincel corrió inspirado.

POETA

Así el Genio del Arte, complacido,
Quiso mostrarme su poder supremo.
¡Cómo yo le escuchaba embebecido,
Embriagado de dicha y gozo extremo!
¿Y cómo referir lo que he sentido
Si deslustrar tanta ventura temo?
No quiero con mi acento rebajarte
Hablando tras de tí, Genio del Arte.

JUAN B. ALTÉS, PBRO.

EL MARTILLO DE LOS HEREJES

I

En una suave colina situada en los pintorescos valles de la Emilia y no muy lejos de Forlí, elevábase á principios del siglo XIII una modesta ermita dedicada á San Pablo. Junto á ella levantábase una casita que servia de albergue á unos cuantos religiosos de los que ahora llamamos Franciscanos, pero que entonces, que aún vivia su santo fundador el Patriarca de Asis, eran solamente conocidos con el nombre de Frailes Menores.

Dos de ellos, vestidos con tosco sayal de paño pardo que ceñia una cuerda blanca, descalzos de pierna y con los piés cubiertos por delgada sandalia, paseaban y conversaban familiarmente á la puerta del que podemos llamar su convento en una tarde del mes de Marzo de 1222.

Eran los dos frailes de edad madura, pero no viejos, y en los dos resplandecian la sencillez, el fervor y la humildad, que eran como las armas de su naciente Orden:

—Me apena, hermano,—decia uno de ellos,—que andemos tan escasos de apóstoles que enviar á los pueblos comarcanos, cuando por desgracia tanta falta hacen en estos corrompidos tiempos en que vivimos; mas ora por viejos, ora por demasiado jóvenes, ora por enfermedades, ora por rudeza de ingenio, casi no tenemos predicadores que esparzan por Italia la palabra divina. Nuestro santo fundador el Hermano Francisco se deshace yendo de una á otra parte, pero ni su quebrantada salud ni sus muchos trabajos le consienten dedicarse á la predicacion como fuera de desear: vos, Hermano Gracian, estais impedido por ese mal de garganta que os aqueja, y yo ni sirvo para el caso, ni en mi vida podré servir.

—Lástima es, en efecto,—repuso el llamado Gracian,—que cada fraile que entra en la Orden no sea predicador, porque abundan tanto las vocaciones que es cosa asombrosa ver cómo crece tanto nuestra Comunidad. Mas ¿qué quereis? cuando Dios no nos envia oradores es que no nos hacen falta.

—Permitidme que os diga que siempre hacen falta quienes anuncien la palabra divina y expliquen y propaguen el Evangelio.

—Convenido: sólo que hay muchos medios de propagarle y muchas maneras de predicar. ¿Os parece pequeño sermon y de escaso efecto el que están predicando á estas horas, no sólo por nuestra Italia, sino por España y Francia, por Inglaterra y Germania, por la Tierra Santa y la Morería, más de cinco mil religiosos que á ejemplo de nuestro santo fundador han abandonado familias y regalos para abrazarse con la santa pobreza, la mortificacion y las prácticas más contrarias al espíritu del siglo? ¿No veis que la predicacion del ejemplo es á veces más fructífera que la de la palabra y que, gracias á nuestro ejemplo, se han conmovido las ciudades, se van mejorando las costumbres y se ha logrado que, hasta los seglares, entrando en nuestra Tercera Orden, aspiren á la perfeccion sin salir de sus casas y se santifiquen cada uno en su respectivo estado?

—Convengo en que la fundacion y propagacion de la Tercera Orden, llevada á cabo el año pasado, es uno de los mayores milagros que ha hecho Nuestro Señor por medio del Hermano Francisco; tampoco negaré que gracias á ella se van mejorando las costumbres, porque todos los dias lo veo; pero ¿qué mal habria en que además de la Tercera Orden tuviéramos buenos predicadores?

—Hermano Pedro, no seais ambicioso; contentaos con lo que Dios nos dá, que no es poco que digamos. Ya veis cómo ha bendecido nuestra obra, pues aún no lleva doce años de existencia, y ya se ha extendido por el mundo. Los conventos de hombres se multiplican por Italia y España. Clara de Asis y su hermana Inés reunen en torno suyo multitud de piadosas damas que abrazando voluntariamente la pobreza ponen hasta el cuidado de su sustento diario en manos de Dios, y ante este ejemplo conmovidos, los seglares entran á cientos en la Tercera Orden: nuestras palabras y sobre todo nuestros hechos producen en todas partes asombroso efecto ¿para qué quereis más?

—Quiero más para atraer más almas á Nues-

tro Señor: quiero más para combatir á esos desdichados herejes que infestan el Mediodía de Francia y se extienden por Italia. Para esos especialmente quiero predicadores que á la santidad de la vida y pureza de doctrina unan la ciencia y el conocimiento necesario para aplastar y pulverizar sus errores.

—Comprendo vuestro deseo y me complace el celo que demostrais, pero tened en cuenta que ya ha provisto Dios abundantemente á esa necesidad suscitando á Domingo de Guzman y sus discípulos, con tanta razon llamados Hermanos de la verdad por el ardor con que la defienden y Hermanos predicadores porque se consagran especialmente á la predicacion.

—¿Y por qué no hemos de ayudarles?

—¡Por qué, por qué! francamente no veo otra razon sino la de que cada Orden religiosa tiene su mision especial, y que así como los Dominicos se dedican con preferencia á predicar la palabra divina, nosotros debemos dedicarnos á practicar la pobreza, la humildad y la caridad y á ser pobres y humildes hasta en nuestras predicaciones.

—Vamos, ¿á que á pesar de lo que decís, si en la fiesta de la próxima ordenacion el obispo de Forlí os encargara que uno de nosotros predicase en la catedral ante la selecta y sapientísima concurrencia que allí se reune, os veríais tan apurado para designarle, que de no predicar vos tendriais que renunciar con sentimiento á tanto honor?

—Os equivocais, Hermano Pedro; como debemos ser humildes en todas ocasiones, aprovecharia esa para humillarnos.

—Pero ¿cómo lo haríais?

—¿Sabeis lo que haria? designaria al más humilde de nuestros religiosos para que subiera al púlpito, seguro de que Dios le inspiraria en aquel momento lo que fuera más conveniente para su gloria.

—¡Já, já, já!—dijo Fr. Pedro riéndose y tomando á broma la afirmacion de su superior,—y ¿á quién considerais el menos apto para predicar?

—Ya podeis figuároslo,—repuso Fr. Gracian con seriedad,—al único extranjero que tenemos en la Comunidad, al Hermano cocinero.

—¿El cocinero predicando? ¡Tendria que ver! Mejor dicho, ¡tendria que oir!

—Pues como suceda lo que habeis supuesto os aseguro que lo oiréis.

En aquel momento pasaba cargado con un monton de platos de barro ordinario, para fregarlos en la inmediata fuente, un religioso como de 27 años de edad, más pobremente vestido que los demás, pues aunque llevaba el mismo traje, teníalo más sucio y remendado que sus hermanos.

Al verle Fr. Pedro dirigiéndose á Fr. Gracian exclamó:

—¡Mirad á Fr. Antonio lavando los platos! ¡Cuán ajeno estará del cargo con que pensais honrarle!

—No le digais nada, porque es tan modesto que se asustaria.

Y los dos religiosos terminado su paseo entraron en la ermita para hacer oracion.

(Se continuará)

HEROISMO CATÓLICO

Placenos traducir la siguiente correspondencia enviada de Nueva-York al *Pittsburg Post*:

«Entre los viajeros ingleses detenidos en los bancos de nuestra aduana, á la llegada de un vapor de Liverpool, habia una doncella de pequeña estatura, pálida y delicada, que llevaba anteojos. Cuando llegó su turno de presentar su equipaje á uno de los oficiales de la aduana, la señorita Flavin, pues este era su nombre, se puso muy colorada y desplegó delante de él un surtido completo de ornamentos sacerdotales hermosamente bordados y de un gusto exquisito.

»—Estos, dijo, son para el P. Damian, el capellan de los leprosos de las islas Sandwich, y yo se los tengo que llevar.

»A pesar de eso el agente pidió el 50 por 100 de derechos, y entonces se entabló entre ambos una animada alegacion. El resultado fué que los ornamentos fueron enviados directamente á San Francisco, para ser reclamados allí al partir el buque en que ella se embarcaria. La Srita. Flavin tuvo que contentarse con eso.

»Al ser visitada en la bien amueblada habitacion donde se habia hospedado en esta ciudad, de buena gana refirió la historia de los ornamentos, como tambien la de su extraña mision á las islas Sandwich.

»—Sí,—dijo con fuerte acento inglés y con cierto aire despreocupado, como si se tratase de la más natural ambicion del mundo:—yo voy á Molokai en calidad de enfermera voluntaria de los leprosos. Esta ha sido mi intencion, van ya dos años, pero solamente ahora se ha levantado allí un hospital y una casa decente para mujeres. Tan pronto como todo estuvo concluido se me envió el debido aviso, y ahora estoy en camino para el sitio donde quedará satisfecho mi deseo.

»—Pero ¿cuándo volverá V. á Inglaterra?

»—¿Volver? pues yo no volveré nunca. Una vez empezada mi tarea, me consideraré tan desterrada y desechada como cualquiera de los infelices á quienes voy á cuidar. He dejado en Inglaterra á un hermano y dos hermanas á quienes no volveré á ver jamás: pero es tal el deseo que me impele, que he podido sobreponerme al amor que les tengo. Durante los dos años que he estado esperando, he estudiado, teóricamente por supuesto, todo lo que se conoce relativamente á la lepra, y de la misma manera he estado adquiriendo práctica en los hospitales. Claro está que no hay ocasion de estudiar este mal en Londres, aunque yo me encontré con un caso de lepra en un hospital de allí....

»—¿No es verdad que el P. Damian está á la cabeza de la colonia de los leprosos?

»—Sí, y ha estado 17 años en medio de aquellos infelices. Cuando salió de Inglaterra, era un hombre que rebosaba salud y vigor. Pero como ha sido en Molokai enfermero, sacerdote, hermano, sepulturero, en fin, todo; de esta manera no ha podido menos de contraer la repugnante enfermedad...

»—Diga V., señorita, ¿es el mal tan terrible como nosotros creemos?

»—Más repugnante de lo que se piensa. Repugnante bajo todos conceptos.

»—¿No le tiene V. miedo?

»—De ninguna manera,—contestó con la sencillez de un niño.

»—¿Será tal vez porque V. piensa escaparse de contraerlo?

»—Pienso que me sucederá á mí lo mismo que á todos los demás.

»La colonia á la que se dirige la Srita. Flavin, (la cual, sea dicho de paso, es natural de Liverpool y católica), fué fundada en 1865 por los magistrados de Hawaii para impedir que se propagase el contagio. La gente de la isla parecia tan empeñada en fumar las pipas, usar la ropa y dormir sobre los jergones de los leprosos, que el mal se iba propagando de una manera terrible... Este es el lugar á donde se ha desterrado voluntariamente la Srita. Flavin, país vivamente descrito por Bird como «el rincon más horrible de toda la tierra; una morada de enfermedad repulsiva y lenta muerte, con la cual la ciencia ha desesperado de luchar; una comunidad de gente muerta socialmente, cuyo único negocio es perecer.»

MISCELÁNEA

Un Pastor protestante de York, el Dr. Taylor, despues de mostrar el ridículo resultado de la *evangelizacion* del protestantismo en los países orientales, concluye irónicamente:

«Si san Pablo hubiese exigido de Santiago ó de una Comision que residiera en Jerusalen 6,000 francos por trimestre, y se hubiese provisto de un *bungalow* para hacerse sombra, de un *punkah* para hacerse aire, de un coche y finalmente de una esposa, jamás se habria mudado la faz del mundo pagano.»

*

A propósito.

Catorce ediciones se han hecho ya del libro que Mr. Janssen ha publicado con el título de *Alemania al fin de la Edad Media*, en cuyo libro se demuestra evidentemente que la reforma protestante no ha traido ninguna ventaja al mundo ni en la prosperidad nacional, ni en la libertad verdadera, ni en la cultura intelectual, y que el alegre espíritu de sacrificio, las fundaciones caritativas, la literatura y artes industriales del catolicismo los ha reemplazado con el establecimiento de reyes, árbitros absolutos de la religion y de la política.

Más de dos años han transcurrido desde que un protestante, Wiliam Frommam, escribia á la Universidad de Berlin: «Propongo á la Universidad se funde un premio que adjudique una Comision al autor que refutare los siguientes puntos solidamente demostrados en el libro de Mr. Janssen:

»1.° La Reforma protestante ha variado incesantemente.

»2.° Los reformadores se han prodigado toda clase de injurias y excomulgándose mútuamente.

»3.° Los Príncipes han empleado la violencia para descatolizar á los pueblos.

»4.° La decadencia y desmoralizacion del pueblo han sido consecuencia de haber abrazado el protestantismo.

»5.° La obra de los jesuitas ha sido eminentemente civilizadora.»

El concurso está abierto, pero nadie se ha presentado para ganar el premio.

*

Item más.

En la iglesia ritualista de San Pablo, de Lóndres, iglesia protestante de la secta que más se encamina y aproxima á abrazar las creencias y rito de los católicos, secta de la cual han venido muchos individuos á engrosar el número de los católicos de Inglaterra, se han colocado dos magníficas vidrieras dedicadas á los Bienaventurados John Fisher y Tomás Moro, mártires ingleses, últimamente beatificados por Leon XIII.

Le Tablet, de Lóndres, dice que por más que los *ritualistas* protestantes han avanzado mucho hasta el presente en esto de ir admitiendo muchas cosas de la Iglesia católica, no se ha visto, sin embargo, todavía el sorprendente é inesperado homenaje dado á las santas víctimas de la Reforma anglicana.

Poco á poco van desapareciendo las muchas preocupaciones, hijas del error y la falsa educacion dada á los ingleses, que abrigaban los protestantes respecto de la Iglesia católica, que por tantos siglos fué la religion del Estado inglés hasta la apostasía de Enrique VIII y su hija Isabel.

El tiempo, y la gracia de Dios sobre todo, van disipando las espesas nieblas intelectuales y morales que en todas partes envolvian á los hijos de la Reforma protestante.

De *La Cartilla*:

«—Decid, niño, ¿qué es propaganda segun el catecismo liberal?

»—Disimular la verdad todo lo posible á fin de que nadie la reconozca.

»—¿Y cómo se hace?

»—Contando fábulas, filfas y patrañas desde las columnas de los periódicos *calientes*.

»—¿Para qué?

»—Para adular á la llamada opinion pública.

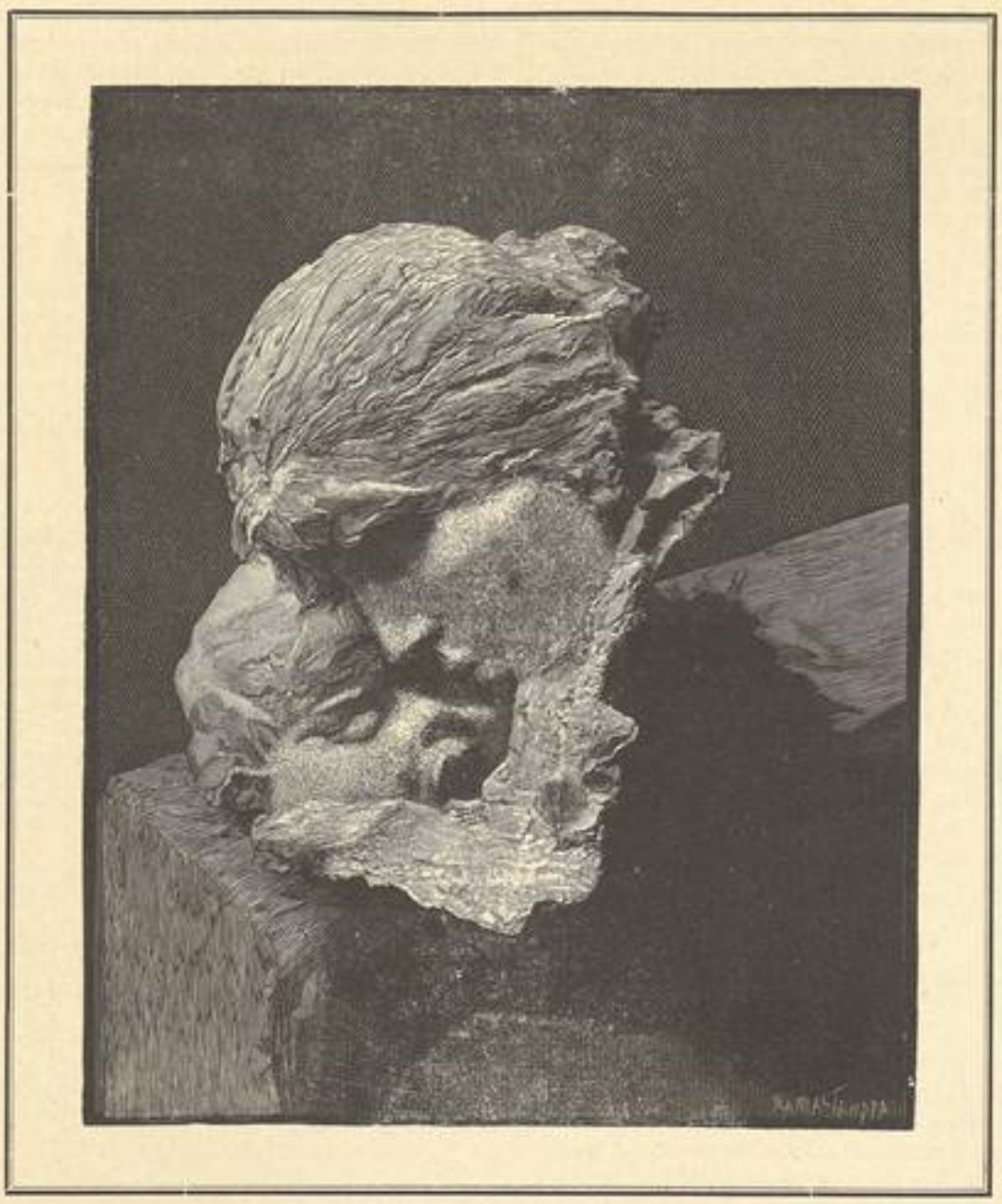
»—¿Quién es la *opinion pública*?

»—El *mare magnum* de errores, desatinos y disparates que se alberga en el modesto caletre de aguadores, cocheros, mozos de cafés, de cuadra y patronas de casas de huéspedes, unido al *savoir vivre* (lo diré en francés) de *algunos* que, como dijo el poeta,

de los muertos viven.

»—A ver, á ver; explique V. eso, niño.»

Entendido, entendido.



AMOR MATERNO (BRONCE DE MEDARDO ROSSO)

Segun leemos en *L' Univers*, el alcalde de Marsella ha publicado el siguiente bando:

«Considerando que las sesiones públicas de hipnotismo y de »sugestion atentan á la salud y á la moral pública; que sus »sesiones han dado lugar estos últimos dias á graves escenas »de desórden:

»Vista la ley de 5 de Abril, art. 97, decretamos:

»Artículo 1.° Todas las sesiones públicas de hipnotismo y »de sugestion quedan prohibidas.»

Igual prohibicion existe tambien en Italia y en otras partes; pero en España, donde afortunadamente se ha contenido algo el afán que se demostraba por esta clase de espectáculos, no se ha tomado aún disposicion alguna en este sentido. Y sin embargo está demostrado, por la práctica de naciones no sospechosas para nuestros gobernantes, que debe tomarse una determinacion que evite los perjuicios que á la salud y á la moral pública ocasionan las sesiones de hipnotismo.

El cuento de Galileo, las torturas, las cárceles, las vejaciones de todo género que hubo de sufrir bajo la Inquisicion romana, y todos los castillos en el aire levantados sobre tal fundamento contra el oscurantismo de los Papas, Cardenales, Obispos y frailes, ignorantes y fanáticos enemigos de la ciencia, ya van apareciendo en su verdadera luz á los ojos de los protestantes; es decir que ya empiezan tambien éstos á tenerlo todo por lo que fué en realidad y que los católicos han estado afirmando siempre, sin ser creidos. Oigase cómo habla de eso el *Chicago Appeal*, órgano de los Episcopalianos Reformados:

«Si uno ataca la Iglesia romana, Galileo es su cañon de más grueso calibre. Si otro acomete al Cristianismo, Galileo le sirve de formidable batería. El vulgo está bajo la impresion de que Galileo fué un hombre piadoso, veraz, sabio, cultivador de la ciencia, el cual fué ahorcado, arrastrado y descuartizado por la religion cristiana. Es esta un arma tan espléndida contra los Jesuitas, que á nosotros los protestantes se nos parte el alma si le abandonamos. Pero hagamos justicia hasta al diablo. La condenacion de Galileo fué el efecto de la ciencia de sus dias: sus enemigos fueron sus colegas en la astronomía, los que buscaron incesantemente derribarle. Toda la proteccion y apoyo que recibió túvola directa ó indirectamente de personas eclesiásticas. La Inquisicion romana se negó repetidas veces á encausarle, aunque instigada á hacerlo; y cuando al fin sus enemigos, los hombres de ciencia, todos abogados del sistema Tolemaico, forzaron la Inquisicion á juzgarle, el Santo Oficio se contentó con permitirle que defendiera el sistema de Copérnico como *probable en el más alto grado*, pero no enseñara que dicho sistema *estaba probado absolutamente*. Con este decreto la Inquisicion se opuso virtualmente á los enemigos de Galileo por diez y siete años.»

Los masones pintados por un H.·.

«Hombres infames que se llaman virtuosos, y no son más que unos bellacos, peores que nuestros mismos enemigos, y dignos de ser arrojados de la compañía de los hombres de bien. Estas infamias tienen lugar entre las sectas, en las cuales muchas veces, en lugar de la razon, de la rectitud, del amor patrio y la honestidad, prevalecen la injusticia, la cegueda, la mentira, la envidia y toda suerte de bajas y abyectas pasiones. El mentir continuo, el misterio y los rodeos en que se ven obligados á envolverse los sectarios, terminan por convertirse en un hábito, y el ánimo se corrompe.»

¿Quién creen nuestros lectores que será el autor de esas caricias? ¿Acaso algun intransigente ultramontano? Pues se equivocan, porque eso lo escribió uno que conocía muy de cerca la Orden, y que con su conducta mostró la sinceridad y la verdad de sus apreciaciones: el famoso Orsini, aquel que fué encargado por la secta de dar pasaporte á Napoleon III, pasaporte que firmó con las bombas que llevan su nombre. No es por tanto sospechoso de ignorancia ó de parcialidad. Véanse sus Memorias impresas en Turin el año 1858.

De un colega de Madrid son los siguientes recortes:

Nuestra marina es inferior á la de Holanda y á la de Suecia;

Nuestras vías férreas han sido construidas con capitales extranjeros,

Nuestros puertos y arsenales están militar y mercantilmente en el más lastimoso estado;

Faltan recursos para prevenir las desgracias de las inundaciones y hacer fecundos los ríos que bañan á España, y aprovechar todos los veneros de riqueza que España encierra;

Se descuenta de sus mismas mezquinas asignaciones al clero, á los maestros, á las viudas y huérfanos, y no se paga á nuestros heróicos soldados de Cuba;

¿Dónde se han ido los miles de millones de la desamortizacion? ¿Dónde los miles de millones que forman la deuda del Estado? ¿Dónde las sumas inmensas que se arrancan al propietario, al industrial, al comerciante, al mismo labrador, al mismo jornalero con la multiplicacion de los cargos que sobre todos pesan?

Los soberbios palacios y manzanas de palacios construidos y que se construyen en Madrid;

Los ingresos del teatro Real por el abono de palcos y butacas, que suponen toda la renta de una familia acomodada hace medio siglo;

El número y el lujo de los carruajes que pasean por el Parque de Madrid y la Castellana;

Los *restaurants* de Lhardy y Fornos las noches de cena á cuarenta duros cubierto;

Los *modistos* y tapiceros y joyeros y quinquilleros y camiseros, á la vez que las Compañías de los Grandes Hoteles de París, podrían contestar á las preguntas, al mismo tiempo que la *Guía de forasteros*.

El liberalismo no ha cumplido nada de lo que prometió hacer por y para los pueblos.

En cambio los liberales han hecho y hacen por y para sí más de lo que pudieron soñar en el tiempo en que, no teniendo camisa que mudarse, empezaron á buscar en la política el pan cotidiano.

Porque la política les ha dado no sólo pan, sino trufas, y les ha convertido de descamisados en Próceres, con títulos, cruces y excelencias.

SECCION RECREATIVA

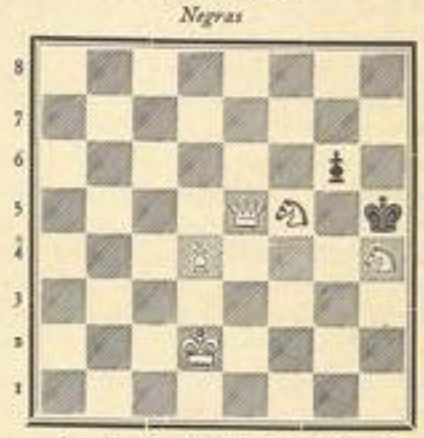
CHARADA

Es el *primera* con *cuarta*
que yo fuí al *todo* una vez
envuelto en *prima segunda*
y echado en un *prima tres*,
y mi *dos dos* me decía,
no come *cuarta segunda*
que buen alimento es;
el *todo* si bien lo miras
pueblo de Navarra es.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 13

Negras



Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *tres* jugadas

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

COBRATA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 12

Blancas.	Negras.
1. P D4-D5	1. *Ad libitum*.
2. D A6-C4 / -D5 / -E2 / -E6	mate

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 4 DE MAYO — SÉRIE II.—NÚM. 71

BARON DE WALDERSEE

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Apariciones*, por J. E.—*El Pontificado*: discurso pronunciado en el Congreso católico de Madrid por D. Sanchez de Castro.—*El martillo de los herejes*, II; por Francisco Hernando.—*La sorpresa de Amiens* (episodio histórico), por F. Fernandez Villabrille.—*Dos presidios*.—*El ciego* (poesía), por el Marqués de Cerralbo.—*Un niño degollado por los judíos*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

El general Baron de Waldersee.—Sucesor del célebre Moltke en el alto puesto de jefe del Estado mayor general del ejército aleman, el Baron Alfredo Waldersee está dando tambien mucho que hablar á los políticos como hombre de Estado y heredero presunto del príncipe de Bismark en la Cancillería del Imperio. No obstante, hoy por hoy la importante direccion que en la milicia se le ha confiado parece absorberle por completo, preocupándole exclusivamente, al menos en apariencia, los asuntos militares.

El General ha sido siempre el confidente más íntimo y más escuchado del jóven emperador Guillermo, y en él tendria éste, no un ministro que dirige y no deja escapar una sola ocasion de probar que él solo dirige, como Bismarck; sino que, por el contrario, el general Waldersee ha sabido adular la vanidad y ambiciones del monarca. Así ha declarado y hecho declarar que Guillermo II seria un nuevo Federico el Grande, llamado para terminar la obra emprendida por Guillermo I. Ha contribuido á despertar y desarrollar los gustos militares del actual emperador; profesa por el Parlamento, cualquiera que sea, un desden todavía más acentuado que el mismo Bismarck.

Los partidarios que el hijo de éste, el conde Herberto de Bismarck, cuenta en el Imperio como sucesor de su padre en la jefatura política, y la publicacion del artículo la *Dinastía de los Bismarck* que ha hecho tanto ruido en Europa, no ha abatido, por el contrario, al general de Waldersee ni á los que le sirven. Se deja comprender que el segundo de M. de Moltke no es solamente el digno émulo de su jefe, sino que es un político, un hombre de Estado de proyectos grandiosos, el único capaz, cuando el canciller haya desaparecido, no sólo de mantener á la Alemania en el rango que ocupa, sino tambien de asegurar su preponderancia definitiva. Guillermo II sueña en nuevas conquistas; sabe que el General, lejos de moderar su ardor y aconsejarle la paciencia, no es como Bismarck.

Otros nombres tambien se inician para la sucesion de éste: los del conde de Beuningsen y del príncipe de Hohenlole; pero el gran favorito es y será el Baron de Waldersee. Este se considera, pues, como llamado á reemplazar al canciller.

Interior de la catedral de Búrgos (vista del crucero).—Con justo título se enorgullece esa antigua é ilustre ciudad, y con ella España entera, de su augusta y admirable catedral, verdadero prodigio del arte cristiano, cuya fundacion se debe, lo mismo que las de Toledo, Osma y Orense, al gran santo y gran rey Fernando III y á su esposa D.ª Beatriz. Efectivamente, la catedral de Búrgos forma un conjunto grandioso de soberana y armónica arquitectura ojival, majestuosa, severa, cuajada de labores, cubierta de estatuas, terminada en inmensas agujas góticas, caladas, ricamente bordadas, que se levantan á las nubes señalando al cielo: conjunto sublime, portentoso, singular, que la imaginacion no prevé antes, ni olvida despues de mirarle los ojos con verdadera avidez y asombro inexplicable.

Principióse la obra en 20 de Julio de 1221 en tiempo del obispo D. Mauricio: en 1442 se comenzaron á erigir las admirables agujas de las dos torres á expensas del obispo don Alonso de Cartagena, cuyo sucesor D. Luis Osorio de Acuña las prosiguió sin descanso.

El cimborio, ó cúpula del crucero, llamado por algunos escritores «pasmo y admiracion de las gentes» y «nueva maravilla del orbe,» era primitivamente de ladrillo y suntuosísimo tambien. Derrumbóse en la noche del 3 de Marzo de 1539, sin causar desgracia personal alguna; y la poblacion entera contribuyó á extraer en breve tiempo del recinto sagrado los escombros y á reedificar en sólida y lujosa sillería la fábrica arruinada. En el mismo año se comenzaron las obras; en 1544 llegaron á la mitad de los airosos y esbeltos pilares; en 1550 cerráronse los cuatro enormes arcos sobre que se apoya la rica y gallarda cúpula, y en 4 de Diciembre de 1567 dióse fin á ésta, siendo sus autores el célebre escultor y arquitecto borgoñon Maese Felipe, que vino á España con Cárlos V, y los maestros burgaleses Juan Castañeda y Juan de Vallejo.

Al entrar en el grandioso templo causan sus bóvedas profunda emocion de religioso respeto, y llaman poderosamente la atencion las varias partes de aquel armonioso conjunto.

Iglesia de Nuestra Señora y Enseñanza en Barcelona.—Entre dos cuerpos de edificio de construccion reciente y precedida de una verja de hierro aparece la fachada de esta iglesia, cuya arquitectura se inspira en el gusto bizantino. Sobre la puerta hay un bajo-relieve que representa la Inmaculada Concepcion. El interior del templo es vistoso y elegante, con su altar mayor policromado y sus rosetones provistos de vidrieras de colores.—No menos notable es el convento, adquirido por las Religiosas mediante permuta con el antiguo que poseian junto á la calle de Fernando VII, en la manzana que hoy atraviesa el Pasaje del Crédito. Está construido segun las atenciones de sus moradoras, que comparten su vida monástica con la enseñanza de alumnas internas y externas.—La fundacion de esta Orden data del año 1657.

Monumentos antiguos del Valle de Aosta.—Recorriendo este valle, desde Ivrea al Monte Blanco en los Alpes, dos cosas hieren la vista y la mente del viajero: lo imponente de la naturaleza y las ruinas del arte. Allí dejaron monumentos gigantescos, hijos de su actividad vertiginosa y de su dominacion, los Romanos primero; luego los Borgoñones, los Godos y los Francos; despues los Sarracenos, por los años 1000, restablecieron por un momento el imperio de la barbarie, y por fin los siglos de la Edad media imprimieron en el Valle su carácter por modo imponente, revelando el arte los primeros tesoros de su inspiracion, la fe suscitando heroísmos, y templándose el valor con la hidalguía. Sirvan de muestra las antiguas construcciones figuradas por nuestros grabados de las páginas 160 y 161.

Una futura artista (cuadro de Joaquin Banfi).—Aunque el autor de esta composicion no nos lo dice, no será muy aventurado suponer que en la graciosa y atareada niña nos habrá pintado á su propia hija, que por la especial aficion y cuidado que pone en la labor que se le ha señalado nos deja entrever á una futura y aprovechada artista en el difícil arte de la pintura.

El Panteon, ó iglesia de Santa María de los Mártires, en Roma (vista posterior).—Es uno de los monumentos más bellos de la antigua Roma y el único que se ha conservado en toda su integridad. Fué edificado por Marco Agrippa durante su tercer consulado, es decir el año 727 de la fundacion de Roma; y lo dedicó á Júpiter en memoria de la batalla de Actium. La bóveda ó Rotonda mide más de 43 metros de diámetro y otros tantos de elevacion, y descansa sobre un muro cuyo grueso es de 25 piés. El interior no recibe luz sino por una abertura circular de 8 metros de diámetro practicada en medio de la bóveda. En otra ocasion dimos una vista delantera de este antiguo monumento, cuyo peristilo está sostenido por 16 columnas de granito de una sola pieza, cada una de las cuales mide más de 14 metros de altura por 4 y medio de circunferencia.

La toma de posesion del edificio por los cristianos se remonta al año 608 de nuestra Era. El emperador Focas lo cedió al Papa Bonifacio IV, quien desde luego lo transformó en iglesia é hizo depositar debajo del altar mayor veintiocho carros llenos de reliquias de Mártires que recogieron de las catacumbas, y de aquí le vino el nombre de Santa María de los Mártires. En el siglo IX Gregorio IV dedicó á todos los Santos el monumento que la antigüedad habia consagrado á *todos los dioses*, y ordenó que en toda la cristiandad se celebrase el dia 1.º de Noviembre una fiesta que se llamaria de *Todos los Santos*.

El cañon desmontado.—Un distinguido publicista definia con razon sobrada á este horrible instrumento de muerte y desolacion «déspota estúpido á quien obedece ciegamente el mundo de hoy, en el lleno de su civilizacion y de sus progresos, como pudiera ni más ni menos en los siglos de mayor barbarie.» Y añadia con realidad tristísima: «No la opinion pública, no el interés de los pueblos, no el voto de las nacionalidades, nada de eso falla las grandes cuestiones modernas. Quien lleva la voz principal en ellas y las desempata y resuelve y termina es ese brutal cachivache, verdadero símbolo de nuestro estado actual. El mundo de hoy desdeña por humillante el oráculo del Papa para dirimir sus discordias: en cambio acepta y reconoce por muy digno de sí el arbitraje decisivo de ese supremo definidor. Justo castigo de la humana soberbia, que la abata y gobierne el hierro fundido, cuando no quiere noblemente someterse al yugo suave de la ley de Dios.»

Verdad es que esto no reza con el modelo que de tan desastrosa máquina nos ofrece nuestro grabado, y ojalá pudieran pintarse de igual modo todos los ejemplares de ella que en el mundo existen; rotas las ruedas, tumbada en tierra, oculta entre las flores del campo, escabel de tiernas avecillas, acallada para siempre su voz fragorosa, é impotente para destruir.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Sociedad antiesclavista española.—El carácter que debe tener.—Locos y cuerdos.

La grandiosa cruzada antiesclavista que predica el cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago, llamado en África el *Apóstol de los negros*, y que cuenta entre sus más excelsos inspiradores á Leon XIII, ha logrado realizar en parte el deshielo de los indiferentismos de España, promoviendo una reunion de personajes políticos enderezada á constituir una Sociedad que secunde en nuestra patria los esfuerzos del hombre evangélico que se ha propuesto redimir á los negros del tremendo azote de la trata, que produce anualmente dos millones de bajas en las regiones del África colindantes con Europa.

Bajo la presidencia del Sr. Cánovas del Castillo se reunieron en la última semana en el salon de presupuestos del Congreso hombres de todas las procedencias políticas, solicitados para tomar parte en esa obra magna, de purísimo carácter caritativo, y por tanto compatible con todas las opiniones que no estén reñidas con la humanidad y con la justicia, por lo cual era de esperar que en dicha reunion se hubieran tomado por unanimidad todos los acuerdos.

No sucedió así, sin embargo.

¿Por qué?

Porque hemos llegado en España, bajo el órden de cosas imperante, á tan lamentable extremo de division, que allí donde se reunen cuatro ó más españoles no puede menos de surgir la discordia.

El señor Baron de Sangarren, diputado tradicionalista, citado á la reunion como representante de un partido español que manda grandes fuerzas sociales, propuso, con notable razon por cierto, que se confiriese la presidencia honoraria de la Asociacion al Cardenal Arzobispo de Toledo, porque él—dijo—«no perteneceria á ella movido por razones de filantropía, sino por caridad cristiana y en concepto de católico, sin entrar á discurrir sobre los móviles que guiaran á los demás individuos que tomen parte en la obra.»

Nada que no sea justo, racional, procedente y lógico, hallamos en esta proposicion. A un Prelado de la Iglesia católica corresponde indudablemente, no la presidencia honoraria de una Sociedad antiesclavista, sino la efectiva, porque la Iglesia de Cristo ha sido, es y será siempre el primer agente debelador de la esclavitud; pero nuestros liberales al uso ni siquiera se prestaron á conceder á la Iglesia el honor que la corresponde como depositaria de la divina doctrina que proclama que todos los hombres somos hijos de Dios.

Así es que el Sr. Puigcerver, asistente á la reunion y ex-ministro liberal de recordacion infelice, declaró que si el criterio del señor Baron de Sangarren significaba el propósito de dar á la Asociacion un carácter exclusivamente religioso, muchos de sus parciales no pertenecerian á ella.

Y hé aquí cómo el gran pensamiento del cardenal Lavigerie, al llegar á España, ha empezado á tomar una tintura de bastardía que acaso y sin acaso le despoje de vida y fecundidad.

¡Nuestros pecados sean perdonados!

El Sr. Puigcerver se expresó como queda dicho, lo cual no tiene nada de extraño, porque es un liberal profeso de los de cepa legítima.

Pero el Sr. Cánovas, liberal conservador, y por ende hombre de ideas más templadas, medió en el asunto y se expresó de una manera que hizo buenos los términos que empleó el señor Puigcerver para pedir que la Asociacion tuviera carácter laicista.

Dijo el Sr. Cánovas que cada cual podia inspirarse en sus ideas para concurrir al fin benéfico de la obra, quedando aplazada la cuestion de la Presidencia para cuando haya número suficiente de adhesiones y se constituya la Junta directiva.

Podrán contribuir al fin benéfico de la obra

todos los que en ella tomen parte, inspirándose en sus propias ideas; pero si sus trabajos no revisten un carácter de unanimidad, que sólo podria derivarse de su conformidad católica, ¿llegarán á ser completamente fecundos?

La cruzada contra la esclavitud africana es una obra esencialmente católica.

Un cardenal de la santa romana Iglesia la ha promovido, venciendo y superando, con su apostólico celo, los más formidables obstáculos; y el supremo Jerarca de la Iglesia la inspira, la alienta y la bendice en nombre de Aquel que redimió con su sangre á todos los hombres de la más espantosa esclavitud, que es la del demonio.

Obra esencialmente católica, la cruzada que predica el nuevo Pedro Ermitaño, emprendida bajo los auspicios y con las doctrinas de nuestra religion sacrosanta, ¿puede desvirtuarse dándola carácter laicalista ó mestizo, á fin de que aunen sus esfuerzos los que entren en ella por pura caridad cristiana y los que lo hagan por pura filantropía liberal?

Se equivocan los que presuman que eso puede ser fructuoso.

Bajo esos auspicios, con semejante base, la obra nacerá en España enfermiza, y en vez de vivir agonizará.

Para precaver su esterilidad futura, que no tardará en mostrarse por manera fastuosa, debe empezarse por ponerla bajo la proteccion de la Iglesia, confiriendo á ésta su direccion suprema, su inspiracion y su realizacion.

Sin su alto patrocinio ya verá el Sr. Cánovas como se frustran los mejores esfuerzos.

¡Pues qué! ¿No hay en España ejemplos del fracaso de innumerables obras puramente filantrópicas? ¿No se abrieron suscriciones para socorrer á los pueblos del archipiélago filipino, devastados por los terremotos, y á los de nuestras provincias de Levante, afligidos por las inundaciones? ¿Y qué resultado ofrecieron aquellas suscriciones tan deplorablemente distribuidas? No queremos recordarlo, porque aquello fué una vergüenza del nombre español.

Créanlo los fundadores de la Sociedad antiesclavista española. Si no recaban para sus trabajos el sagrado patrocinio de la Iglesia, no responderán á los del cardenal Lavigerie, que ha dado á los suyos indeleble carácter católico.

Esta es nuestra opinion.

Y creemos que estarán conformes con ella los católicos españoles.

El proceso por el crímen de la calle de Fuencarral ha llegado á obtener fama europea, dándose el caso de que periódicos tan sesudos y formales como los alemanes le dediquen sendas columnas á diario, como si se tratara de un delito de circunstancias trascendentalísimas.

Esto nada tiene de extraño, visto el giro que una parte de la prensa española ha dado al asunto, empeñándose en que las cosas han debido pasar como ella dice y en que se ha de ahorcar y condenar á presidio á quien ella quiere.

A decir verdad el expediente se presta á este linaje de labores, en que los algebristas de responsabilidades pueden plantear ecuaciones á roso y velloso.

En una cosa están conformes todos los periódicos y la pública opinion, á saber, en que la justicia española es cara, mala y perezosa.

Diez meses hace que se perpetró el crímen de la calle de Fuencarral, y á estas horas, buenas sean para todos, nos hallamos tan á oscuras como en el dia de su descubrimiento, pues de él no se conocen más que las cinco ó seis novelas mentirosas que ha tramado el reo principal, discurriendo á escote con bribones de su laya y con curiales de los más abonados para inventar fábulas.

Cuanto al juicio oral, resorte de la justicia nueva, tan ponderado por tirios y troyanos, la verdad es que no ha demostrado que tiene condiciones para engendrar la luz.

Y, sin embargo, ya tenemos casi roto el tímpano auditivo con las hipérboles que en todos los tonos le cantan sus partidarios; que no parece sino que han descubierto un nuevo continente con esa quisicosa teatral, que sólo sirve para que los pueblos holgazanes diviertan sus ocios.

Ahora, y segun van los procedimientos, de lo que se trata es de ver si Higinia Balaguer, que es el eje de toda la maquinaria criminal del proceso, está loca ó cuerda, última proposicion de su defensor.

El recurso no es original.

Se ensayó y dió buen resultado con Galeote, que fué declarado loco precisamente cuando discurria de palabra y por escrito con una lucidez criminal de lo más selecto.

Pero ¡vaya V. á hilvanar argumentos para demostrar que parece imposible que Higinia Balaguer esté loca!

España y aun las naciones extranjeras le piden que diga la verdad del crímen, puesto que la sabe; y esta mujer, loca presunta, se guarda muy bien de hacerlo.

De suerte que, si estuviera demente, su locura seria la mayor locura de conveniencia que los alienistas han examinado.

Lo único que declara es que ella ha perpetrado el crímen y que, por tanto, ella debe pagarle con su cuerpo en el patíbulo, que es lo mismo que decia Galeote.

¿Y no ha de estar loco el que hace declaraciones de este calibre?

Así es como en nuestros tribunales se reconocen las locuras eximentes de la pena de muerte.

Resultando de ello lo que necesariamente tiene que resultar, á saber, que en nuestro país los únicos cuerdos que existen son los criminales, siendo los verdaderos locos los que no son procesados.

¡Gran país, gran paisaje y gran paisanaje!

Todo un señor país para adornar abanicos.

LUPERCIO

Madrid, 1.º de Mayo.

ROMA

El venerable Cardenal Massaja ha publicado el tomo sexto de su obra *Mis treinticinco años en las Misiones del Alta Etiopía*.

Con tal motivo he ido á hacerle una visita, presentarle mis más rendidos y afectuosos homenajes y recibir de manos de su inteligente y simpático secretario P. Jacinto el mencionado tomo.

El eminentísimo cardenal Guillermo Massaja, capuchino, vive actualmente en el segundo piso del palacio Mignanelli, en la plaza omónima que forma casi una sola con la plaza de España; palacio recientemente adquirido por la Congregacion de *Propaganda Fide;* la cual hallando últimamente limitados para sus institutos los locales del antiguo palacio, ha debido suplicar humildemente al gobierno del rey Humberto que la permitiera emplear parte de su capital *convertido* en la compra del palacio Mignanelli. ¡Y el Gobierno... tuvo la bondad de conceder el permiso!

En la planta baja de este palacio la Propaganda ha colocado muy oportunamente su célebre Tipografía políglota; en el primer piso las excelentes escuelas de varios grados, que son frecuentadas por los alumnos del *Colegium Urbanum de Propaganda Fide* y de los demás colegios eclesiásticos dependientes directamente de la Propaganda, que son: el irlandés, el escocés, el norteamericano, el griego-ruteno, etc., etc. El segundo piso y el tercero son alquilados á particulares.

Todo el tercer piso, muy capaz y elegantísimo, que tiene tambien una entrada por la *Via Gregoriana*, junto al monte Pincio, estaba ya alquilado por Francisco Crispi antes que el palacio Mignanelli fuera propiedad de la Propaganda, y continúa habitándole, pagando un alquiler de cerca 16,000 pesetas anuales. Y paga puntualmente.

¡Singular coincidencia! En un modesto departamento del segundo piso de ese mismo palacio vive el capuchino Cardenal Massaja con su secretario, con otro religioso de la misma Orden, cuyo nombre no recuerdo, y un criado. En el piso inmediatamente superior Crispi da sus banquetes diplomáticos, servidos, me dicen, con luculiano sibaritismo, y la señora Lina celebra los viernes por la noche sus espléndidas recepciones. Así es que por la noche mientras el venerable Cardenal reza con su Secretario el Breviario, puede oir los vibrantes y conmovedores acordes del arpa de oro por cuyas armoniosas cuerdas deslízanse hábilmente los rosados dedos de Josefina, hija única del presidente del Consejo de ministros de Italia.

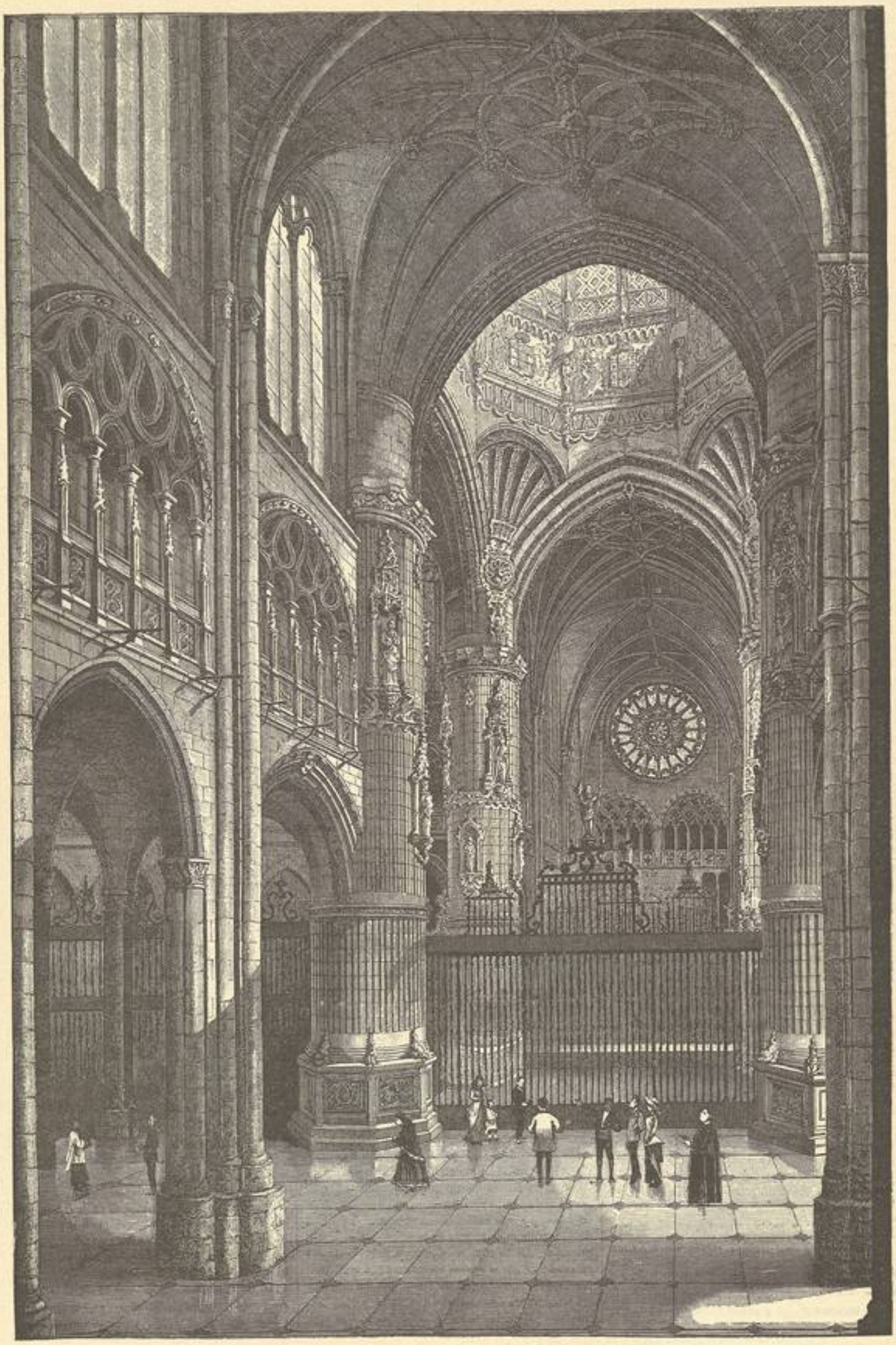
Bajando de su casa por la escalera que sale á la plaza de España, frecuentemente Crispi se cruza con los jóvenes eclesiásticos que van ó vuelven de las escuelas de la Propaganda, situadas hoy, como antes dije, en el primer piso del palacio Mignanelli. Ordinariamente es Crispi el primero en saludarles, y ellos le devuelven el saludo.

Tambien yo, yendo la semana pasada á visitar al Cardenal Massaja, encontré al primer ministro del rey Humberto. Pero no nos saludamos. Jamás tuve ocasion—ni la busqué—de serle presentado; y aunque es probable que él conozca mi nombre y no ignore mi «clericalismo,» no me conoce personalmente.

Inmediatamente fuí admitido á la presencia del venerable purpurado; pero mi nombre fué mal anunciado al Cardenal. A propósito de ello bromeó algo acerca de la diferencia de una sola letra que hay entre mi nombre y el de un conocidísimo ex-ministro y diputado liberal avanzado: diferencia de una B á una P, que es el tema de casi todo un capítulo del libro del profesor Sbarbaro, titulado *República y Reina*, libro que rebosa escéntrica malignidad, pero sazonada con mucho talento, en el cual el escentricísimo profesor liberal hace justicia,—por lo que debo estarle agradecido,—á mi puro y franco «clericalismo.»

Vistiendo su tosco sayal de Capuchino, lo mismo que su secretario, llevando por único distintivo de obispo una crucecita de oro al cuello y el solideo rojo, estaba sentado en un sillon, en un aposento pequeño y modesto, pero aseadísimo y lindo como su blanca barba. Dióme á besar la mano el Cardenal y acogióme con su acostumbrada y afabilísima bondad. Hablámos poco de las cosas de Africa y de Etiopía; pero algo hablamos. Mas nunca seré yo uno de esos publicistas que con sus ruidosas indiscreciones y con sus *interview* promueven escándalos entre el público, suscitan procesos ante los tribunales ó crean dificultades á los Gabinetes.

Pasado algun tiempo se presentó sin decir una palabra, pero algo cohibido, el criado. Era el medio dia, y comprendí que era tambien la hora de comer, por lo que me levanté para despedirme El Cardenal quiso á su vez levantarse para ir al comedor segun me dijo: mas no pudiendo el venerable anciano levantarse del sillon y tenerse en



CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BÚRGOS

pié, á causa de la debilidad de las piernas, que es su única dolencia, me tomé la libertad de ofrecerle el apoyo de mi brazo, que aceptó gustoso, dándome por muy satisfecho y orgulloso del servicio que tuve la suerte de prestarle.

Así, lentamente y hablando, atravesamos dos ó tres aposentos, hasta el pequeñísimo y sencillo, pero muy iluminado por anchas ventanas arqueadas, en el que estaba puesta la mesa para tres personas; una mesita donde todo era modestísimo cuanto limpio. En el sitio del Cardenal (los otros eran para los dos capuchinos sus secretarios) estaba ya dispuesta una gran taza de sopa de caldo.

—Esta—me dijo Su Eminencia—es toda mi comida.

—Su Eminencia—me permití decir—beberá un poquito de vino generoso para reanimar sus fuerzas.

—Sí, esta copita llena de vino comun, pero sincero.

—Todo esto es más ligero que el *brondó* (delgadas tiras de carne cruda de buey; tasajo) y que los cuernos de hidromiel ó de cerveza de los países Gallas.

Sonrió el santo anciano, recordando quizá todas, como en un cuadro, sus fatigas apostólicas de tantos años en Etiopía, y los banquetes semisalvajes del Gudrú, del Lagamara, de Kaffa, del Goggiam y de otros reinos etiópicos.

Besé nuevamente con amor y veneracion la mano de Su Eminencia, le deseé buen apetito, felices Pascuas y excelente salud por muchos años todavía; tomé con gratitud de manos del P. Jacinto el quinto y sexto volúmen de las *Memorias* de Su Eminencia y me despedí.

—Déjese V. ver; vuelva á verme,—me dijo el Cardenal con su característica afabilidad.

—¡Oh! no faltaré á esta cortés invitacion,—contesté abandonando aquella tranquila y grata morada.

He recorrido rápidamente, casi de un tiron, el sexto tomo de *I miei trentacinque anni di Missione nell' Alta Etiopia*. Es encantador especialmente por el áurea, verdaderamente áurea sencillez de discursos que atrae la mente y el corazon mucho mejor que toda artificiosa y rebuscada elocuencia. Los numerosos y bellos grabados que adornan la esplendidísima edicion auxilian de un modo admirable á la mente y la transportan á los países con tanto amor y fruto evangelizados por el *Abuna Mesias*, como era llamado Mons. Massaja entre los pueblos Gallas. A mí, que he leido todos los tomos de estas Memorias del cardenal Massaja, paréceme ya conocer aquellas africanas regiones en todos sus detalles, hasta los más minuciosos, como conozco Tívoli, Albano, Frascati, etc.; juraria haber conocido á Abba Baguibo, Abba Gomol, el *Lemmi* de Guera, Tullo-Leka, Gama-Morás, Avietu, Natau, Elma-Gibba, Ualde-Guiorguis, y demás jefes y príncipes de Gemma-Kaka, de los Busasos, los Enereas, Nonno-Billó, del Gudrú de Gemma-Nunnú, etc.; y haber visitado sus *maserá*, ó sea los recintos de sus régias chozas; haber asistido, sentado en el suelo sobre la hierba, á sus banquetes, haber bebido en cuernos su hidro-miel, y comido, sirviéndome bravamente de tenedor los dedos, el *brondó* y demás pitanzas *gallas*, propias para estómagos de acero.

Habrá quizás otros seis tomos más de estas gratas Memorias de la Mision del Cardenal Massaja en la Alta Etiopía; Memorias que el ilustre purpurado ha escrito todas de su puño y letra, y el original de las cuales será conservado en la Biblioteca Vaticana.

De los tomos publicados, creo que han sido vendidos cerca de 12,000 ejemplares. Tanto, y con justicia, son apreciados en todas partes.

LIONELLO

22 Abril 1889.

APARICIONES

Aunque el racionalismo moderno, empeñado en no aceptar otros hechos que los que puede comprender la débil y limitada razon, niegue cuanto de cerca ó de lejos tenga carácter sobrenatural, es lo cierto que en todos los siglos ha habido almas privilegiadas que, ya por sus virtudes, ya por los soberanos designios de Dios sobre las criaturas, han tenido el inefable consuelo de que se les aparecieran por modo maravilloso Jesucristo, su santísima Madre, algun Santo ó alguno de los deudos ó amigos; y eso no por haber solicitado esta gracia,—como por mera diversion, pasatiempo ó indiscreta curiosidad ocurre en ciertas tertulias y sesiones espiritísticas con los espíritus,—sino por modo imprevisto y por espontánea y altísima dignacion de Dios, ya para manifestar su gloria, ya para el bien de la Iglesia ó para el provecho espiritual de los fieles cristianos. No mencionaremos aquí las innumerables apariciones que se registran en las historias de los Santos, de las cuales se burlan los incrédulos, ni las modernas de la Saleta y Lourdes, que tan famosas se han hecho en nuestro siglo, sino las muy recientes que traen los periódicos de estos dias, y que pueden comprobarse facilmente por vivir aún las personas que han sido objeto de favores tan singulares. Sin pretender en modo alguno anticiparnos al juicio definitivo que acerca del carácter sobrenatural de tales acontecimientos formule la Iglesia, creemos que llevan en sí mismos tales caracteres de autenticidad, que se imponen irresistiblemente al entendimiento del hombre más *despreocupado* y llevan el convencimiento al ánimo más prevenido.

Hélos aquí tal como nos los refieren varias publicaciones católicas que há poco llegaron á nuestras manos.

En una de ellas se lee lo siguiente:

«Durante el mes de Enero el Cardenal Pitra recibió una carta procedente de Chile. Se la dirigia una religiosa francesa de San Vicente de Paul. En la carta se decia que esta religiosa habia tenido por amiga en Francia á la hermana del Cardenal ya difunta, que habia sido tambien religiosa de San Vicente de Paul. Apareciósele un dia y le dijo:

IGLESIA Y CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA Y ENSEÑANZA EN BARCELONA

«—Estoy en el Purgatorio; ruega por mí.

»Pasado algun tiempo se le apareció otra vez:

»—Da gracias á Dios, la dijo; por tus oraciones estoy en el cielo; escribe á Roma á mi hermano y dile que pronto vendrá á reunirse conmigo.

»El Cardenal contestó á esta carta, pero murió antes de que llegara á Chile la respuesta.»

La *Revista popular* del 4 del pasado Abril, despues de hablar de las incesantes curaciones realizadas en la capilla de Padres Georgianos (Constantinopla) por la intercesion de Nuestra Señora de Lourdes, y de lo mucho que se extiende la devocion á la Vírgen de la Gruta hasta más allá de Constantinopla y de las fronteras del imperio otomano, refiere el siguiente caso:

«Mustafá-bajá, destinado al alto puesto de proveedor de palacios, visitó á la Santísima Vírgen antes de tomar posesion de su empleo. Objeto de las preferencias de la Santísima Vírgen, diremos el motivo de su visita. Despues de nueve meses de crueles sufrimientos, perdió completamente su ojo derecho. Pasados diez y ocho dias se le apareció una Señora vestida de blanco durante su sueño, y le dijo: «Soy la Vírgen venerada en la capilla de los Padres Georgianos, y te ordeno que

vayas inmediatamente á ella para dirigirme tus oraciones y darme gracias.»

«Al despertarse Mustafá, estaba curado: deja sus negocios, toma el tren y llega á Feri Keui, donde oye Misa y cuenta su curacion al Padre Prior.

»Pídense pruebas y testigos, y vuelve á la capilla con muchos musulmanes amigos suyos, que certifican la enfermedad y la curacion instantánea, y todos firman un proceso verbal en presencia de un melita. Ante el número cada vez más creciente de curaciones milagrosas, Mons. Vannutelli ha nombrado una Comision que examine canónicamente los hechos y los testigos, remitiendo á Roma las investigaciones y procesos verbales.»

No menos asombroso es el siguiente suceso que refiere la revista *El Santísimo Rosario*:

«Vive actualmente en aquella ciudad—Lacedonia (Nápoles)—una familia compuesta de los esposos Miguel Balestrieri y Rafaela Lombardi y de cinco hijos, habidos estos del matrimonio de Balestrieri con Gracia Lombardi, hermana de la que es ahora su consorte.

«La hija menor María Antonieta cayó enferma de pulmonía el dia de Pascua de Resurreccion del año pasado. A pesar de habérsele aplicado los oportunos remedios, la enfermedad siguió progresando, y degeneró muy pronto en otra mucho más terrible. Dolores articulares sobremanera intensos por todo el cuerpo, completa parálisis en los miembros, irresistible sufrimiento en la espina dorsal; la pierna derecha tan horriblemente doblada que llegó á unir la rodilla con la barba; contracciones nerviosas que encogian terriblemente los brazos sobre el pecho; espasmo tan contínuo que cerró los puños hasta el punto de clavársele los dedos en las palmas y abrirle llagas dolorosísimas; malestar increible en las entrañas, tres úlceras perennemente vivas en la region lumbar, imposibilidad de retener alimento en el estómago, una llaga en la garganta, el exófago restreñido y una parálisis facial: tales eran los efectos de aquel empeoramiento que conducia poco á poco á la pobre doncella á las puertas de la muerte, á la temprana edad de 17 años cumplidos.

»Los doctores Daferia y Palmese y D. Fernando Lombardi, tio de la paciente, la declararon incurable, y temiendo que una parálisis en el corazon habia de acabar prontamente con su vida, afirmaron que era llegada la hora de administrar á María Antonieta los últimos Sacramentos.

»Ocho dias despues se presentaron los síntomas de la muerte: anudóse la garganta, apretáronse los dientes, el rostro se fué afilando, hundiéronse los ojos, y de los labios amoratados ya no se exhalaba casi ninguna palabra.»

Cuando aquella misma noche parecia seguro el fatal desenlace, queda María Antonieta repentinamente curada. ¿Qué habia sucedido?

Hacia algunos dias que la piadosa madrastra, celadora de la Asociacion de la Vírgen del Rosario de Nueva Pompeya, oraba por la enferma, la familia rezaba constantemente el Rosario y la novena de Nuestra Señora de Pompeya, y la misma moribunda invocaba á la Vírgen.

«En la noche del 28 de Julio último acababa de comenzar la primera estrofa de un himno de la novena, cuando, impulsada por irresistible movimiento interior, dirigió á la Vírgen estas palabras: *Tened piedad de mí, que tanto necesito de vuestro socorro. Acudid en mi ayuda, Madre mia.* Atónita suspendió entonces su súplica, porque una inefable vision la tenia fuera sí. La misma Vírgen de Pompeya, revestida de cuerpo humano perfectamente semejante al nuestro, pero en extremo más bello y luminoso, ataviada con blanquísimo vestido, cubierta con un manto de color celeste, juntas las manos sobre el pecho y llevando pendiente de su cintura unos hermosos rosarios, dirigia á la moribunda con indefinible dulcísima voz esta pregunta:

«—*Antonieta, ¿quieres venir á Pompeya?*

»—Madre mia, contestó ella; ¿cómo puedo ir si estoy tullida y no puedo moverme?

»—*Levántate, que estás sana*, replicó la Vírgen.

»—¡Cómo que estoy sana, dijo la doncella, si me veo privada de movimiento!

»Entonces la celestial Señora puso la mano derecha sobre el estómago de María Antonieta y la izquierda sobre la region lumbar, y Ella misma la levantó; y sentándola sobre la cama, añadió en seguida:

»—*Ya lo ves: estás sana.*

»—Madre mia, exclamó Antonieta sin sentir dolor alguno, prefiero morir á quedar tullida. Y la Vírgen contestó: *Nó, tú no debes morir; debes vivir para publicar mis grandezas en toda Lacedonia. Mañana te levantarás, irás al templo, te confesarás y comulgarás, y despues vendrás á visitarme á Pompeya. Antes de entrar en mi Santuario te descalzarás, y, andando de rodillas, vendrás hasta mi altar. Siempre que desees alguna gracia recurre á mí que soy tu Madre en todo tiempo.*

»Y dicho esto desapareció dejando á la jóven estupefacta y sentada sobre el lecho.

»Lo que pasó entonces más es para concebido que para descrito. María Antonieta contemplándose perfectamente restablecida y llena de vigor; sus padres llenos de inmensa alegría por tan extraño como prodigioso suceso; sus parientes mudos de asombro; el médico Daferia confesando públicamente y de rodillas el milagro y redactando con el Dr. Palmese un escrito testificativo de la sobrenatural curacion; la ciudad entera conmovida; la casa de Balestrieri atestada de personas ávidas de contemplar por sus propios ojos á la poco antes incurable enferma; todo esto y mucho más se vió en Lacedonia en aquel felicísimo dia, en cuya mañana Antonieta comulgó en San Felipe Neri y oró larguísimo rato en accion de gracias por tan singular favor recibido de manos de la Santísima Vírgen.

«Levantóse entonces acta notarial confirmando el suceso, y la firmaron, además del notario y dos testigos, treinta de los principales vecinos de aquella ciudad.»

Pero ¿no serán pura farsa ó alucinacion de beatos las tales apariciones?

La atenta lectura de los mismos relatos desvanece por completo toda sospecha de adulteracion y engaño. En efecto: el primero de los tres sucesos referidos ¿no va acompañado, como garantía de autenticidad, de una profecía que tiene exacto cumplimiento poco tiempo despues? «Dile que pronto vendrá á reunirse conmigo,» dijo la aparecida. Esto se comunicaba al Cardenal Pitra en la carta de Chile recibida en el mes de Enero, y á mediados de Febrero, sin que nada hiciese presagiar un desenlace tan rápido, pues pocos dias antes habia sido recibido en audiencia por Leon XIII, sucumbió súbitamente á una enfermedad del corazon.—Y en el segundo, la curacion instantánea de Mustafá-bajá, certificada por muchos musulmanes y por tantos enemigos del Catolicismo, ¿podria reputarse pura comedia? La curacion repentina de María Antonieta, testificada por el médico Daferia y el Dr. Palmese y de la cual se tomó acta notarial firmada por el notario, dos testigos y treinta de los principales vecinos de la ciudad, y la conversion á Dios del padre y hermano de la enferma, irreligiosos incrédulos, segun refiere *Le Journal de Lourdes*, ¿no serian más que una indigna superchería ó una alucinacion pasajera?

En un siglo descreido como el presente, multiplica Dios tales prodigios para consuelo y fortaleza de las almas justas, para alentar la fé de los vacilantes y para confundir el orgullo y la osadía de los incrédulos. Y conviene además notar aquí, no sólo el carácter sobrenatural de tales apariciones, sino tambien la afirmacion de muchas verdades católicas negadas por los espiritistas y otros incrédulos. Porque, en efecto, se consigna la existencia del Purgatorio, el valor de los sufragios y la existencia del cielo como estado definitivo de las almas justas, en la primera de las apariciones referidas; el poder de la Vírgen Santísima y la legitimidad de su culto en la segunda y tercera; y finalmente la eficacia del santísimo Rosario y de los sacramentos de la Confesion y Comunion en la tercera.

Y aquí ocurre una cuestion que ha de poner en aprieto á los espiritistas. ¿Cómo se explica que ellos, para negar las verdades del Catolicismo, se atengan á la autoridad de los espíritus ó al testimonio de los difuntos, que dicen aparecérseles; y cuando éstos ó los Santos ó la Santísima Vírgen se aparecen á los católicos, sucede que tales aparecidos confirmen siempre las doctrinas de la Iglesia católica? ¿Cómo pueden conciliarse el sí y el nó sobre unas mismas cuestiones? Que todos los aparecidos no vienen de parte de Dios para sostener unos el pro y otros el contra, es evidentísimo, pues Dios no se contradice. ¿Pretenderán por ventura que á los católicos se les aparecen espíritus malvados, burlones y mentirosos para alucinarles, y á los espiritistas los buenos y formales? Inútil empeño, porque á más de que los católicos no solicitan nunca las apariciones, cuando estas ocurren son siempre sérias, graves, morales, y nunca tienen lugar por via de diversion ó por satisfacer una vana curiosidad: en cambio en las solicitadas por los espiritistas se presentan á menudo espíritus burlones, engañadores, hipócritas, lascivos, y que dan pésimos consejos, segun confesion de los mismos sectarios. Y las manos misteriosas que acarician ó pellizcan, que dan livianos apretones ó aporrean sin compasion, segun ocurre en algunas ya divertidas, ya espeluznantes sesiones espiritísticas ¿pueden ser cosa digna de la majestad de Dios? ¿No se descubre á la legua su espíritu diabólico? Cualquiera persona formal que compare ambas clases de apariciones no podrá menos que notar esa diferencia de lo divino á lo diabólico que separa las de los católicos de las de los sectarios del espiritismo.

Si Satanás podia alucinar con sus falaces maravillas, ahí están en contra suyo las apariciones de la Saleta y Lourdes y las que hemos mencionado, las cuales vienen á ponernos en guardia contra los falsos prestigios del diablo, á quien se empeña inútilmente en abolir con cuatro estúpidas carcajadas la charla espiritística.

Los católicos no podemos menos de admirar el cuidado que Dios tiene de su Iglesia, no permitiendo que los fieles puedan ser inducidos en error por los prestigios de la mágia moderna, que tanto se ha generalizado por desgracia, á causa del descreimiento é indiferentismo de la época presente.

J. E.

EL PONTIFICADO

Discurso de D. Francisco Sanchez de Castro *en la primera sesion del Congreso católico español*

Tal vez, ni por deberes de obediencia, me atreveria á levantar mi humilde voz en este solemne momento si no mirase que, entre todas los motivos que puede haber para la celebracion de un Congreso católico, hay uno que tiene indudablemente la prima-

cía, con la singular ventaja de interesar de igual modo al ignorante que al sabio, al pequeño que al grande. Nuestros hermanos de Lieja y de París, de Friburgo y de Viena, se han reunido y se reunen bajo la direccion y guía de sus Pastores, para tratar, ante todo y sobre todo, de la situacion del Papa; para buscar medios de abreviar los dias de su cautividad, y, cuando no otra cosa, para protestar contra la violencia de que es víctima, y afirmar pública y solemnemente á la faz del mundo sus imprescriptibles y sacratísimos derechos.

Los españoles no podíamos ni debíamos quedar rezagados en este generoso movimiento de la Europa católica. ¡Bien haya el Prelado ilustre que ha iniciado el Congreso católico español! Si el desengaño entibiaba nuestro ardimiento; si estériles contiendas agotaban nuestra energía; si el desaliento anulaba nuestras fuerzas, no estábamos muertos; dormíamos en triste letargo, en sueño tal vez culpable; pero no ha sido preciso para despertarnos el fragor de la tormenta ni la sacudida del terremoto; ha bastado para traernos á la vida la voz amorosa de nuestros Pastores; ha hecho vibrar nuestro corazon el clamor apenado de nuestro Padre: y hénos aquí unidos, numerosos, entusiastas; confundidos los humildes con los sabios, los pobres con los magnates, tomando parte igual en la moderna reconquista á las órdenes de nuestros naturales jefes y presididos por la venerada imágen de nuestro Padre comun; de aquel Anciano bendito que, solo, inerme, cautivo, ultrajado, tiene poder bastante para inflamar los corazones y conmover las almas en todos los confines de la tierra. *(Grandes aplausos).*

En presencia de este espectáculo hermoso, bien podemos decir sin jactancia que, á pesar de las desdichas de los tiempos, todavía somos el pueblo católico por excelencia; todavía vive en nuestra patria la antigua hidalga fe española, autora de portentos; todavía debemos ser, en los pavorosos días que tal vez se acercan, el baluarte humano más firme de la Iglesia de Cristo; aún podemos formar la vanguardia del ejército fiel en la hora de los grandes combates y de las santas reivindicaciones...

Los negadores de la fe, los enemigos de lo sobrenatural, deben asombrarse, en verdad, de lo que á la hora presente pasa en el mundo. Con tanto predicar y practicar la indiferencia; con tanto afanarse por los bienes materiales; con tanto dominar por medio de los cañones y de los ejércitos, no se logra que termine, ni que desfallezca, ni que se entibie siquiera, la llamada cuestion de Roma. En poco tiempo hemos visto hundirse tronos, perecer dinastías, trocarse la faz de muchos pueblos; donde ayer habia un pequeño principado, hoy se levanta un reino fuerte, y, por el contrario, vive merced á sus rivales lo que ayer era poderoso Imperio. Francia, Alemania, Italia, Austria, Bulgaria; monarquías y repúblicas; pequeños Estados y grandes naciones, todo lo ha visto transformarse la presente generacion; y opresores y oprimidos, vencidos y vencedores, han consumado ó soportado las mayores mudanzas de las cosas, y callan, comprendiendo que cuanto el sol alumbra es mudable y perecedero; y sobre muchos de los más grandes trastornos, sobre muchas gigantescas transformaciones que son de ayer, parece que pasó ya para siempre la ola del tiempo y del olvido.

Con la suerte de Roma no sucede así. Ciudad de los destinos inmortales, lo que á ella se refiere tiene el singularísimo privilegio de no envejecer jamás. La llamada cuestion de Roma es hoy, como hace diez y nueve siglos, la cuestion de las cuestiones, y se presenta en los Consejos de los Gobiernos y de los príncipes, y está viva en la conciencia de los pueblos, permanente en la sociedad humana, sin mengua, sin eclipse, siendo vano empeño querer olvidarla, y locura y ceguedad pretender huir de ella. Mal que pese á la Revolucion, tan general y tan dominadora, el Sacerdote cautivo á orillas del Tíber se impone á todas las miradas: es el blanco de la persecucion y del odio; es el objeto del amor; amor ardiente, entusiasta, en todas las regiones del orbe; amor que no cejará en sus gritos y en sus ansias hasta verle reintegrado en toda la plenitud de la soberanía. *(Aplausos.)*

Y ¿por qué sucede esto? ¿Por qué en el mundo civilizado vive sin perder nada de su fuerza, de su actualidad y de su energía la cuestion de Roma? ¿Será por haber sido volcado un trono antiguo y venerable? Europa ha visto caer tantos, y tan poderosos algunos, que eso ya no conmovería. ¿Será por haber sido lastimado un sagrado derecho y desconocida una propiedad santa? Grave daño es que tales delitos presencie la sociedad, y honra del humano linaje seria conmoverse y protestar por la violacion de la justicia; pero ni aun esto es causa bastante para tan grandes efectos. No basta, no, eso para explicar que la invasion de Roma haya conmovido y conmueva tan hondamente las almas. Si se tratara sólo de despojo de humanos bienes, podrian acaso prometerse la victoria terrenal los detentadores de nuestro patrimonio, y sobre todo, el mundo que mira indiferente, si no aplaude, la iniquidad, nos oiría con desden y nuestros clamores se perderian en el vacío. Pueblos y razas enteras cayeron; príncipes poderosos han gemido en las cárceles y en el destierro, y han subido las gradas del patíbulo, sin que la voz de los pueblos ni el estandarte de los capitanes se hayan levantado en su defensa.

Pero el orbe cristiano se siente conturbado y herido, y clama y no cesará de clamar en favor del Papa, porque la cuestion de Roma es internacional, universal, perpétua; porque entraña los más vitales problemas de la vida social; porque en ella van envueltos los más preciosos intereses del humano linaje; porque están en peligro la paz de las almas y la libertad de las conciencias; porque se trata, no de reinos temporales y de bienes terrenos, sino de divinos tesoros y grandezas eternas; porque el reino del Papa no es de este mundo...

En la tierra manchada por la idolatría y la iniquidad; entre los hombres separados por mares y cordilleras, idiomas y leyes; entre la diversidad de estériles sistemas que nada enseñaban ni podian enseñar al hombre, fundó Dios la Iglesia para luz y salvacion de todas las gentes, y sin Pontificado no hay Iglesia, y sin independencia no hay Pontificado. *(Aplausos prolongados.)* Por eso Cristo, que habia afirmado, dándola fundamento divino, la autoridad humana, ennobleciendo el poder y santificando la obediencia; Cristo, que habia mandado dar al César lo que es del César; Cristo, que proclamó que su reino no es de este mundo, al fundar la Iglesia proclamó su dominio soberano sobre todas las cosas, y la constituyó libre, independiente, sin tener en cuenta la voluntad de los hombres, las leyes de los gobernantes y el imperio de los príncipes. «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, y enseñad á todas las gentes.» —Id y enseñad; yo, señor y dueño de cielos y tierra; yo, que os mando dar al César lo que suyo es, os mando que deis á Dios lo que le pertenece: se acabó la tiranía del hombre sobre el hombre; á los príncipes, la potestad sobre los cuerpos: á vosotros, el poder santificador sobre las almas. Id y predicad, y estableced mi reino espiritual; mi reino, que no es de aquí abajo. No os sometais en esto á las potestades humanas; llevais vuestra libertad con vosotros, porque la compraréis con vuestra sangre; predicad mi palabra sin descanso, sin desmayo y sin temor, y morid por ella. *(Aplausos).*

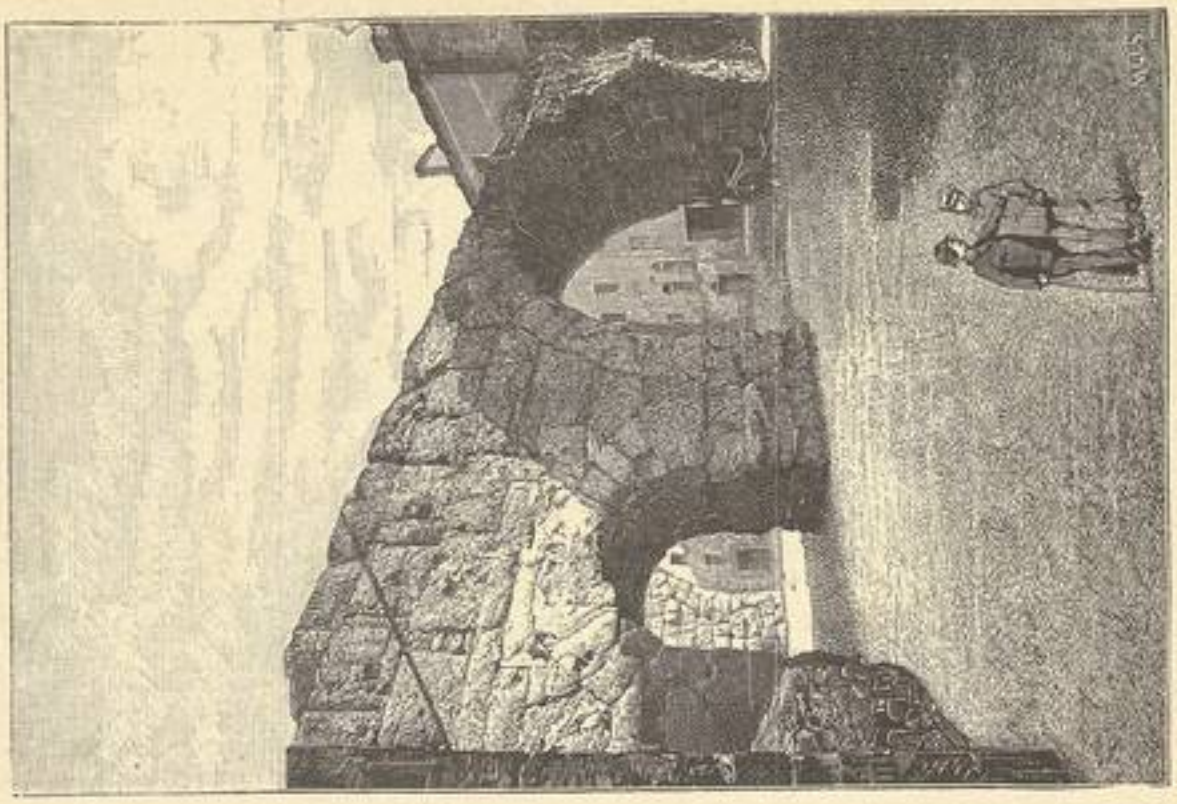
Y los Apóstoles partieron del pié de la cruz, segun la divina ordenacion de su Maestro, y llevaron la luz de la verdad á las naciones. Todos sellaron con su sangre la verdad de su doctrina; todos supieron morir por la independencia de su mision, estableciendo definitivamente en la tierra la distincion de las dos potestades, necesaria á la libertad de las almas y á la dignidad de los pueblos. A la Roma de los Césares, á la que era reina y señora del mundo, fué Pedro, cabeza del Apostolado, y allí derramó la celestial semilla, regándola tambien con su sangre; y en pos de él Lino, Cleto, Clemente; todos sus herederos y sucesores siguieron propagando la ley evangélica á pesar de los poderosos, cuya soberbia condenaban; de los disolutos, cuyas maldades combatian; de los déspotas, cuya tiranía anulaban; á pesar del formidable poder del entronizado gentilismo; á pesar de la fiereza de los mónstruos cubiertos de púrpura; á pesar de los verdugos y de las hogueras, de los tigres y de los leones. Tres siglos de combate sin ejemplo costó á los cristianos alcanzar su libertad y á los Papas afianzar su independencia; tres siglos de martirio, de persecucion y de muerte, en los cuales todos los Pontífices derramaron su sangre por la verdad; todos menos tres, en quienes, segun frase de un hombre ilustre, se adelantaron los años á los verdugos. *(Aplausos.)*

Así conquistaron los Papas su independencia, que en la sociedad ya cristiana vivió con la soberanía, por lo mismo que el reino de los Papas no es de este mundo y no puede estar sujeto á las contingencias de los tiempos y á las vicisitudes de la historia. Las dinastías pasan, los imperios perecen, transfórmanse las naciones y el mundo sigue su curso providencial, surgiendo la vida de la muerte. Pero la verdad es eterna, y el mundo necesita de la verdad; la doctrina de Cristo, que tuvo poder para salvar á los hombres y regenerar á los pueblos, no puede padecer ni eclipse momentáneo en su propagacion, sin que el órden moral se quebrante y las sociedades sean conturbadas. Por eso el Pontificado, depositario de esa doctrina, necesita absolutamente de independencia y libertad, y por eso los Papas son reyes, esto es, soberanos de un pequeño territorio, desde donde ejercen libremente su excelso ministerio; que no quiere el Papa, ni busca, ni procuró jamás coronas temporales; y la Iglesia y los católicos todos sabríamos renunciar á nuestros más legítimos derechos, si el mantenerlos no fuera deber sacratísimo y necesidad de la independencia de nuestras almas. *(Aplausos).*

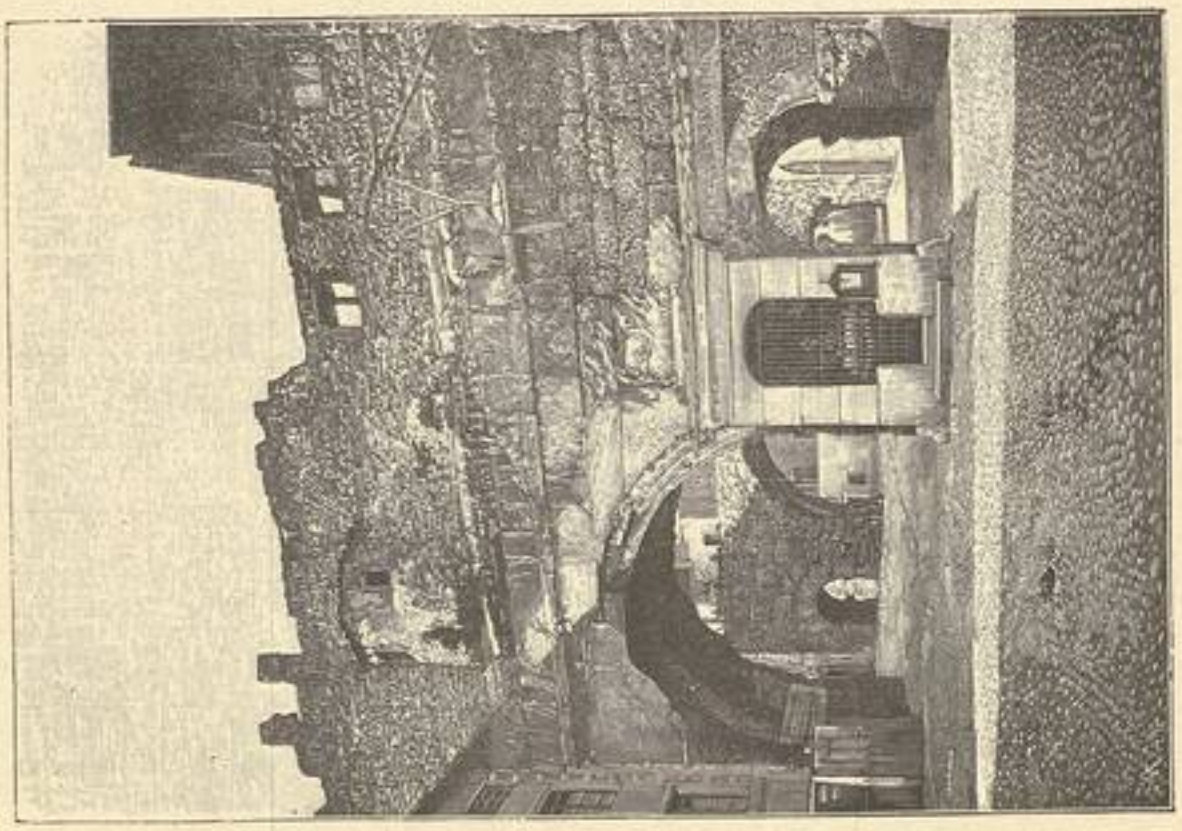
El Papa es Maestro universal de las gentes, Jefe de la Iglesia extendida por todos los ámbitos del globo, Pastor de los Pastores, Juez supremo de todas las causas de la cristiandad; y el hombre que ejerce este incomparable ministerio, la dignidad augusta que abarca todos los tiempos y lugares bajo su cetro soberano, el poder que juzga y dirige en el órden moral y religioso lo mismo á los príncipes que á los súbditos, á los gobernantes que á los gobeanados, y que tiene la mision de conducir á todos los hombres á sus destinos eternos, ¿puede en manera alguna vivir dependiente de ajeno poder? Por el honor, por la gloria de la Sede Apostólica, los pueblos cristianos habrian hecho soberanos temporales á los Pontífices aunque la soberanía no fuese necesaria; pero lo es porque sólo el soberano es independiente, y la soberanía en los Papas no es fin, sino medio necesario de independencia y libertad. *(Aplausos).*

Por eso Dios, en los arcanos de su Providen-

MONUMENTOS ROMANOS Y DE LA EDAD MEDIA EN EL VALLE DE AOSTA

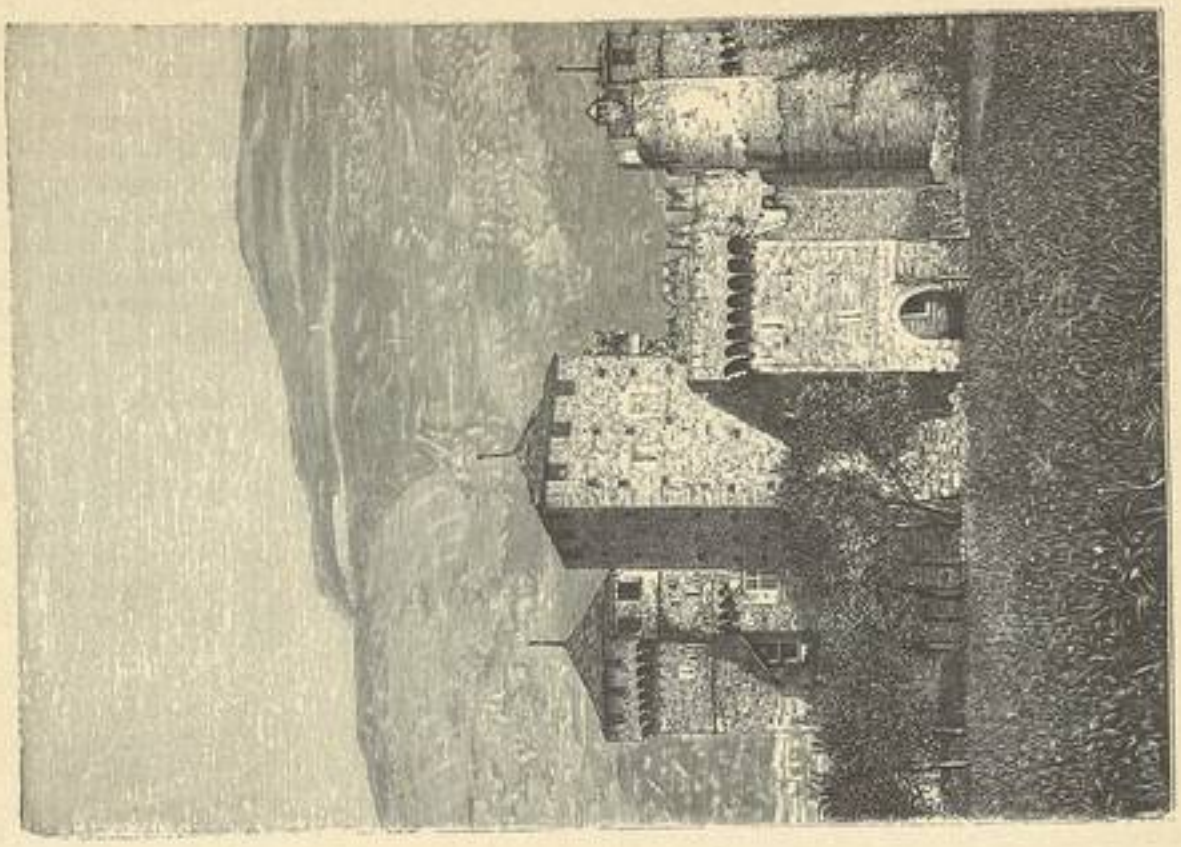


AOSTA.—PUERTA PRETORIA, PARTE OCCIDENTAL

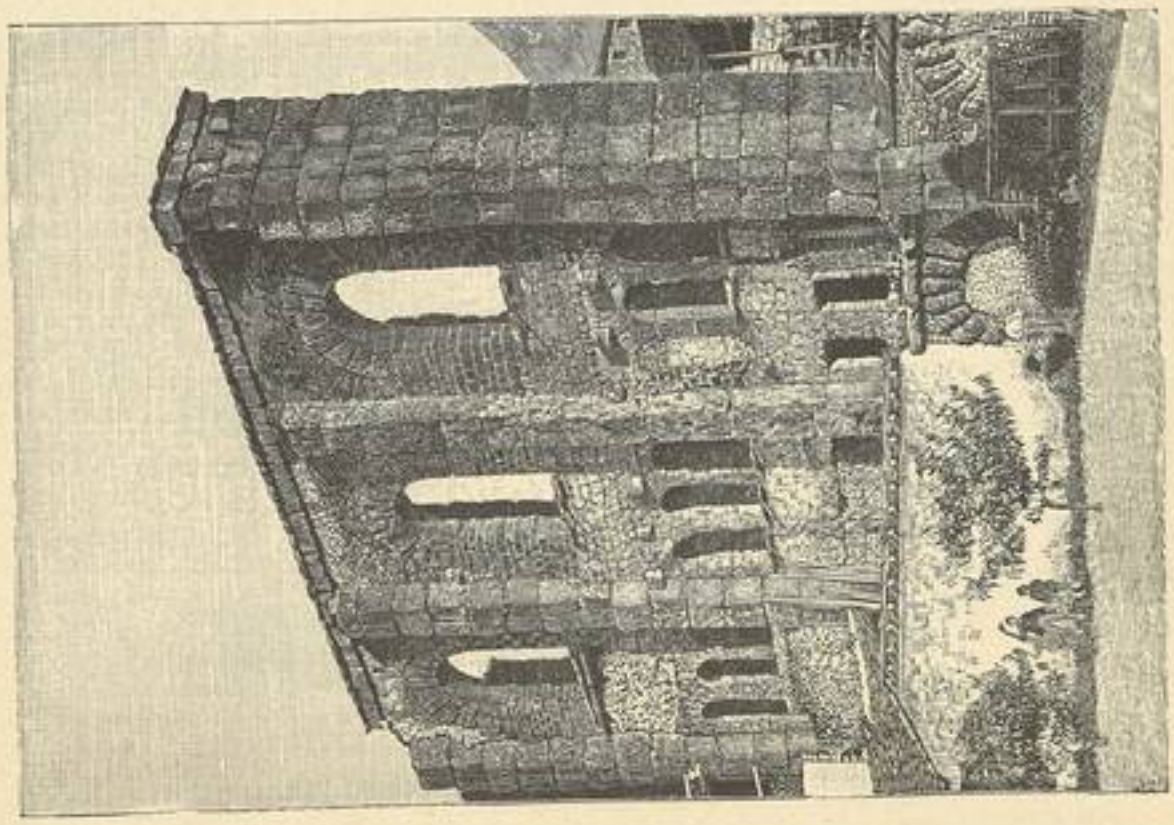


AOSTA.—PUERTA PRETORIA, VISTA DEL ESTE

MONUMENTOS ROMANOS Y DE LA EDAD MEDIA EN EL VALLE DE AOSTA



AOSTA.—CASTILLO DE FENIS, CERCA DE NUSS



AOSTA.—TEATRO ROMANO

AOSTA.—PUERTA PRETORIA, VISTA DEL ESTE

cia, dispuso los sucesos de manera que los Papas fueran de hecho y de derecho soberanos de Roma, y por títulos humanos más antiguos, más sagrados, más incontrovertibles que los que pueda ostentar soberano alguno de la tierra. Gibbon, Herder, Laurent, Lancfrey, racionalistas y protestantes, confiesan esta verdad, que no necesita nuevas demostraciones. Los Papas salvaron á Roma mil veces de la ruina y de la muerte: sin ellos, ni la ciudad existiria, ni existiria esa ingrata Italia, que, en medio de las invasiones y catástrofes por que ha pasado, debe á los Papas, no sólo su salud, su cultura y su libertad, sino su misma vida. Y tan manifiestos son aquí los designios de Dios, tan grande la obra de la historia, que los Papas, puede decirse sin exageracion, subieron desde las Catacumbas al Capitolio. Ya Constantino, en el momento en que da la paz á la Iglesia, por inconcebible designio establece su Corte en las orillas del Bósforo, abandonando la histórica, la gloriosa Roma imperial, y dejando de hecho señores en ella á los Pontífices. Y desde aquel dia ningun príncipe, ningun invasor, ningun conquistador ha puesto definitivamente su planta en la ciudad del Tíber. Ya lo sabeis: la Roma pontificia es verdaderamente la ciudad *intangible:* vivo aún el Imperio romano, Honorio traerá su Corte á Italia, pero dejará al Papa en Roma y él se establecerá en Milan: se hundirá el coloso, y Alarico incendiará á Roma, vengando la sangre de los mártires; pero el rey bárbaro se retirará dejando al Papa sobre el sepulcro de los Apóstoles: vendrá Atila exterminándolo todo y sembrando el espanto y la desolacion por Italia; pero el Azote de Dios retrocederá ante el Vicario de Cristo, y dejará libre á Roma: dominarán luego los ostrogodos en la Península; pero Teodorico, bárbaro y hereje, dejará Roma al Papa y levantará su solio en Ravena: los lombardos acudirán despues ambicionando á Roma; pero en Roma permanecerá el Pontífice, y ellos fijarán su trono en Pavía...; y aunque vándalos, normandos, sarracenos, francos, alemanes, invadan á Italia; y aunque Arnaldo de Brescia y Nicolás Rienzi intenten resucitar las antiguas repúblicas; y aunque los emperadores quieran imponerse á los Papas, todos huirán de Roma, ó vencidos ó respetuosos, ó perecerán en su locura, y Roma seguirá siendo la Sede inmóvil de los sucesores del Pescador de Galilea... *(Aplausos).*

El mismo fenómeno se repite en los tiempos modernos, y si el gigante de Córcega osa atentar á la Soberanía pontificia y decorar á su hijo con el título de rey de Roma, poco despues Roma recibirá al Papa triunfante, mientras el coloso morirá encadenado en una roca solitaria de los mares; y si otro César de su nombre y de su estirpe favorece en Italia la Revolucion y entrega al Papa á sus enemigos, el mismo dia en que sus banderas abandonan la ciudad pontificia huyen en el Rhin las águilas imperiales, antes acostumbradas á la victoria, y Europa mirará con asombro las nunca igualadas catástrofes de Sedán y de Metz, y verá poco despues desaparecer sin gloria al último vástago de una raza de césares. *(Grandes aplausos.)*

Si en períodos tristísimos padeció eclipses la Soberanía pontificia, eso mismo prueba su necesidad imperiosa: pues Roma, dominada por exarcas, ó facciones, ó tribunos, significó siempre el triunfo de la fuerza, el desorden moral, el cisma y la sedicion y males sin cuento en toda la sociedad cristiana. Dios, sin duda, lo permitió para mostrar que su brazo poderoso es el que sostiene al Pontificado, y que la obra divina subsiste y subsistirá á pesar de las desdichas de los tiempos y de la flaqueza de los hombres. Y en verdad, todo ha cambiado y se ha transformado en Europa en los diecinueve siglos que lleva de duracion la augusta dinastía apostólica, como la llama lord Macaulay; razas, Imperios, dinastías, edades, idiomas, costumbres, todo ha sufrido la ley del tiempo y de la muerte, y los pueblos más poderosos de hoy ayer apenas existian, y las antiguas naciones que vieron el principio de esa dinastía santa perecieron y apenas queda memoria de ellas.

En este mar agitado y tempestuoso de Europa; en este campo de incesante batalla, no ya de pueblos y de gentes, sino de ideas y de doctrinas; en esta tierra volcánica en que no hay cosa duradera ni institucion permanente, ¿no causa verdadero asombro ver la pacífica y no interrumpida sucesion de los Pontífices Romanos? Persecucion, destierro, muerte, cárceles, abandono, pobreza; todo lo han soportado y todo ha servido para su gloria. Desterrados, han vuelto triunfadores; mártires, han afirmado con su sangre la Sede inconmovible; desde la roca en que se asientan han visto pasar las generaciones, han contado los Imperios que han perecido, y han contemplado envejecer las edades; y mientras todo fenece al rededor de ellos, ellos han presidido todas las transformaciones, encauzado todos los sucesos y dirigido todas las sociedades; cansándose en vano los siglos en rendir su fortaleza; que el anciano sacerdote de Roma goza de eterna juventud y está destinado á presenciar todas las ruinas del universo. *(Aplausos)*

Con razon en vista de este admirable fenómeno, único en la historia del mundo, exclama un ilustre escritor protestante, que si todos los emperadores, reyes, príncipes y caballeros de Europa debieran hacer valer los títulos de su dignidad, el Papa, bendiciéndolos desde su trono, podría decirles: «Sin mí no existiríais ni habríais llegado á ser lo que sois;» y otro escritor, tambien ilustre y protestante, dice que llegará un dia en que el viajero contemple desde el roto puente del Támesis las ruinas de Londres, meditando en la desaparicion de Inglaterra, y todavía entonces vivirá jóven y poderosa la santa dinastía de los Pontífices de Roma. *(Aplausos.)*

Ceguedad insigne ó locura sin ejemplo es no reconocer aquí la accion especial de la Providencia que vela por los Pontífices Romanos, ó no ver á lo menos que sucesos tan extraordinarios, repetidos incesantemente á través de las generaciones, por fuerza han de tener causas muy generales, muy constantes y muy hondas. Y las tienen, en efecto; por lo cual, aun suponiendo que los intereses de la moderna Italia estuviesen en contradiccion con el poder temporal de los Papas, son poca cosa los fugaces intereses de un pueblo que pasa, comparados con los intereses y derechos del humano linaje, representados y vivientes en la Cátedra santa del Pontífice.

(Se continuará)

EL MARTILLO DE LOS HEREJES

II

Tenia razon Fr. Pedro al asegurar que el Hermano cocinero estaba muy lejos de figurarse que pensaban en él; pero tambien parecia estar muy lejos de la tierra segun la manera especial con que fregaba los platos. No es esto decir que sus manos no anduvieran con admirable ligereza del agua á los platos y de los platos al agua; tarea que á la legua se conocia que estaban muy acostumbradas á hacer; sino porque mientras las manos trabajaban la mente del jóven Religioso parecia absorta en la contemplacion de más altos objetos. Y sin embargo, tal era la fuerza de la costumbre, ó la habilidad del fraile, que ni el ruido del trabajo le distraia de su meditacion, ni esta le impedia su baja tarea.

Mas no era esta la única rareza que en el Hermano cocinero se notaba, porque mirándole de cerca echábase de ver en el despejo de su frente, en la limpidez de su mirada, en la blancura de sus manos y en la pequeñez de sus piés, que no habia nacido para el oficio que estaba desempeñando.

Y sin embargo al llegar al convento, aún no hacia un año, lo habia pedido con tan vivas instancias, alegando que era la única cosa para que podia servir, que no habia tenido el Superior más remedio que dárselo. Contento con servir á sus hermanos en el empleo más bajo de la casa, se entregaba á él con tal ahinco que no parecia sino que en su buen desempeño estribaba la salvacion de su alma. Ni estudiaba, ni predicaba, ni apenas hablaba con sus compañeros: lo único que hacia era decir su Misa, lo más temprano posible; bajar en seguida á la cocina y ponerse á trabajar. Habian, sin embargo, notado sus hermanos que trabajando oraba, mejor dicho se extasiaba y abstraia de la tierra, segun indicaba claramente la celestial expresion que en aquellos momentos tomaba su fisonomía; pero si alguno le hablaba respondia en seguida como aquel á quien sacan de un sueño, y con visible turbacion decia: «Perdonad, Hermano; estaba distraido.» Como sus distracciones no llegaban nunca á perjudicar su trabajo, no le reprendian por ellas; mas si alguna vez lo hacian solia decir con profunda humildad: «Teneis razon; lo he hecho mal. ¡Soy tan descuidado!»

El silencio, la soledad, el recogimiento eran su encanto, pero sobre todo lo que formaba el fondo de su carácter era un afan de oscurecerse, de hacerse olvidar y de humillarse de que apenas se veian ejemplos.

¿Quién era aquel fraile? ¿De dónde venia? A cuantos le preguntaban acerca del primer punto solia responderles que era un gran pecador que queria borrar sus culpas, y sobre el segundo sólo decia que viniendo de África una tempestad le habia arrojado á Italia. Si le preguntaban lo que sabia, respondia que era tan ignorante que ni aun los beneficios de Dios conocia; y si le hablaban de su familia contestaba que su familia era la Comunidad á que tenia la inmerecida honra de pertenecer.

El P. Gracian, que como Superior estaba más enterado que los otros, sólo sabia que Fr. Antonio era portugués de nacion, que habia profesado hacia dos años en Coimbra y que de allí habia ido al África en busca del martirio, que una enfermedad que le sobrevino le impidió alcanzar.

Lo demás que era Fr. Antonio sólo Dios lo sabia. Veian sin embargo los hombres tantas y tan sólidas virtudes en el cocinero del convento, que no dudaban de su santidad: sólo que creian que Fr. Antonio se iria derecho al cielo fregando platos y componiendo guisos, pero ni siquiera á uno de sus compañeros se le ocurrió que pudiera predicar sermones ni disputar de teología con nadie. La ciencia no es cosa que se oculta por completo, pues por humilde que sea la persona que la tenga, la muestra alguna vez en conversaciones, en dichos sueltos y hasta en las miradas, y Fr. Antonio ni hablando ni mirando siquiera, daba muestras de saber más de lo puramente preciso para decir su Misa y cumplir su oficio. Ni por casualidad daba su opinion cuando se trataban en su presencia puntos de moral ó de teología, materias que por estar ordenado debia conocer; mas, ó su memoria era tan pobre que de nada se acordaba, ó su entendimiento tan corto que no acertaba á distinguir entre dos opiniones diferentes cuál era la mejor.

Pasaron algunos dias despues del en que tuvo lugar la conversacion citada, y el Obispo de Forli, que iba á celebrar una ordenacion el 19 de Marzo, invitó á los Franciscanos del monte de San Pablo para que asistieran á ella. Los Religiosos se encaminaron á la ciudad, y cuando estuvieron en presencia del Obispo, éste dirigiéndose al P. Gracian le dijo:

—Tengo empeño en que uno de vosotros predique. Sé que vuestra garganta está buena hace dias, y por lo tanto nadie mejor que vos podria encargarse del sermon; mas si no pudiereis designad al que mejor os parezca.

Fr. Gracian resistió cuanto pudo; rogó al Obispo que encargase á los Dominicos que predicaran, porque era más propio de ellos este ministerio; pero todo fué inútil. El Obispo insistió, y Fr. Gracian, que, en efecto, estaba mejor de su enfermedad, no tuvo más remedio que encargarse del sermon.

A la mañana siguiente, cuando ya se disponian á entrar en la Catedral, Fr. Pedro dirigiéndose á Fr. Gracian le dijo:

—Celebro que vuestra voz os permita hablar, porque sino estábamos en el apuro que imaginábamos dias pasados.

—Aunque poco y malo, podré decir algo,—contestó el Superior.

—Sí, sí; más vale que lo digais vos que no el cocinero.

Los frailes entraron en la iglesia; detrás de todos con la cabeza baja, la mirada en el suelo, las manos cruzadas y escondidas entre las mangas del sayal iba Fr. Antonio tan profundamente abstraido como solia estar en el convento. Más que hombre parecia una estátua movible que seguia á los Religiosos, se inclinaba cuando ellos se inclinaban y hacia lo que veia hacer á los demás.

Cuando el Obispo, revestido de pontifical, subió al altar, algo raro debió pasar por fray Gracian, porque llevándose precipitadamente la mano á la garganta, exclamó en voz baja:

—¡Me ahogo, me ahogo, no puedo hablar!

Sólo Fr. Pedro, que estaba á su lado, oyó este grito de angustia; mas no sabemos cuál de los dos puso en aquel momento peor cara, porque si el uno sentia que le faltaba la voz, al otro le ahogaba la idea de que no habia un fraile franciscano que pudiera encargarse en el acto de predicar en vez del Superior.

Fr. Gracian se convenció bien pronto de que no podia hablar, y despues de mirar á todos lados fijóse en el tabernáculo para pedir á Dios le iluminase en aquel trance. En el acto hizo una seña con la mano á Fr. Antonio.

Fr. Pedro se quedó desconcertado al verla, pero mucho más cuando oyó decir con voz entrecortada á su Superior:

—No puedo hablar, Fr. Antonio; os mando que prediqueis por mí.

El cocinero abrió la boca no menos asombrado que Fr. Pedro: pero antes de que pronunciase una palabra de excusa, Fr. Gracian añadió:

—La obediencia es lo primero: Dios lo quiere; predicad.

Fr. Antonio hizo una profunda reverencia, se retiró á su puesto con tanta tranquilidad como si nada hubiera sucedido, y la ceremonia empezó. Sólo las tres personas citadas se habian enterado de lo ocurrido. Fr. Gracian, en cuanto dió la órden, como si se quitara un gran peso de encima quedó tranquilo; y como Fr. Antonio ya lo estaba, el único que se quedó aturdido fué Fr. Pedro. Cualquier cosa hubiera dado por salirse de la iglesia antes de que empezara el sermon, mas con gran sentimiento suyo llegó el momento terrible y vió á Fr. Antonio dirigirse al presbiterio con paso grave y actitud recogida, arrodillarse ante el Obispo, quien admirado del cambio estuvo un rato contemplando al jóven Religioso, y por último vió á éste subir al púlpito.

Lo que pasó en aquel momento por el alma de Fr. Pedro no puede describirse: por una parte queria taparse los oidos porque se figuraba que á las primeras palabras del predicador iban Obispo, sacerdotes y Religiosos á levantarse indignados contra él y á gritarle que se fuera á la cocina; ó que si esto no era posible por respeto al lugar en que se hallaban, por lo menos harian que se bajara del púlpito, y esto desacreditaria para siempre á la Orden. Mas por otra parte Fr. Pedro tenia tal curiosidad por oir y ver hablar al cocinero, que en vez de taparse los oidos lo que hizo fué aguzarlos y clavar la vista en Fr. Antonio. Los demás Franciscanos hicieron lo mismo, pues estaban no menos asombrados: en cuanto al Obispo, al clero y al pueblo que asistia, la curiosidad era no menos grande y su interés mayor, porque aunque no sabian lo que era Fr. Antonio, suponian que cuando siendo tan jóven le habia escogido su Superior para sustituirle en aquella solemnidad, evidentemente debia valer mucho.

Entre tanto Fr. Antonio, como si necesitase tomar fuerzas para cumplir el pesado encargo que sobre sus hombros echaba la obediencia, se recogia y oraba; mas levantándose en seguida, con voz bastante alta para ser oido de todos, exclamaba: «Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte.»

Recogióse al decirlo otro momento, y despues de hacer la acostumbrada reverencia, empezó á comentar el texto que habia anunciado como tema. Apenas pronunció unas cuantas palabras cuando todas las miradas estaban fijas en él, y todos los corazones pendientes de su boca.

El hombre que pocos momentos antes parecia una estatua se habia transfigurado completamente. Su rostro tomó una expresion tal que parecia inflamado por el ardor divino; rayos de elocuencia, que no palabras, brotaban de su boca; raudales de ciencia salian á cada instante de sus labios; pero sobre todo lo que tenia absortos y como extáticos á los circunstantes era el profundo conocimiento de la Sagrada Escritura que revelaba el jóven orador, el acierto con que citaba textos del Antiguo y del Nuevo Testamento y los aplicaba á la circunstancia de la ordenacion con una abundancia y naturalidad que pasmaba á los más doctos. Esta abundancia de doctrina brillaba aún más cuando el orador comentaba los textos, los exponia y explicaba con admirable claridad, y los encaminaba todos como partes de un bien preparado discurso á ampliar, explicar y aquilatar el valor de la obediencia de Cristo que habia escogido como fundamento de su improvisacion.

Obispo, Religiosos y pueblo contenian la respiracion para no perder ni una sola palabra del admirable sermon que estaban oyendo, mas en los cortos momentos que Fr. Antonio descansaba para tomar aliento mirábanse unos á otros y en voz baja se decian:—¡Es un asombro! ¡No hemos oido cosa igual! ¡Dios habla por su boca!

Mas quien estaba como fuera de sí era Fr. Pedro, porque veia en el cocinero de la Comunidad al predicador que deseaba para su Orden. «¡Esta es nuestra gloria, este es nuestro hombre!» decia por lo bajo á Fr. Gracian, y luego como en tono de amistosa reconvencion añadia: «¡Qué bien habeis guardado el secreto de lo que poseíamos; qué bien, qué bien!»

Pero el Superior estaba no menos admirado que Fr. Pedro, porque los tesoros de sabiduría y elocuencia de Fr. Antonio le eran tan desconocidos como á los demás frailes. Al mandarle que predicase pensó únicamente que quien oraba y meditaba tan bien como el cocinero y no carecia de estudios anteriores sabria decir lo bastante para salir airoso del compromiso; mas no llegó á imaginarse lo que estaba oyendo. De tal modo habia ocultado el humilde Antonio su ciencia que ni su mismo Superior la conocia.

En cuanto terminó el sermon Fr. Antonio bajó del púlpito con gravedad y modestia; mientras todas las miradas se fijaban en él para contemplarle clavó los ojos en el suelo, y como si no fuera objeto de tanta curiosidad volvióse sosegadamente á su sitio.

Al terminar la ceremonia el Obispo llamó á Fr. Gracian y á Fr. Antonio.

—Os felicito—dijo al primero—por vuestra eleccion: este jóven será la gloria de vuestra Orden, honor de la Iglesia, terrible enemigo de los herejes de nuestro tiempo. Dios le ha dado cuantas condiciones se necesitan para ser orador: que se dedique al púlpito, y dentro de poco tiempo no habrá en Italia quien le aventaje. Paréceme que he notado en él cierto acento extranjero: ¿de dónde es?

—Señor, este jóven es portugués, y aún no hace un año que le tenemos en casa. Hasta hoy no le conocíamos como orador.

—¿Pues en qué le ocupabais?

—Señor,—murmuró Fr. Gracian algo cortado,—le habíamos destinado á un oficio menudo.

El buen Superior no se atrevia, en aquel momento de tanta gloria para Antonio, á recordarle su oficio; pero el Santo, que hasta entonces habia estado callado, aprovechó la ocasion de humillarse y exclamó:

—Señor, mi gusto por las cosas materiales me hizo solicitar con tanto empeño la plaza de cocinero que al fin la conseguí en cuanto se convencieron de que era lo único que podia desempeñar.

—Decid más bien,—repuso Fr. Gracian,—que vuestra humildad nos ha hecho creer durante un año que no servíais más que para condimentar manjares para el cuerpo, cuando estais hecho para dar alimento sustancioso á las almas.

—¿Qué erais antes de entrar en la Orden?—preguntó el Obispo.

—Canónigo de San Vicente de Coimbra,—respondió Fr. Antonio.

—¿Y dónde habeis estudiado?

—Con los mismos canónigos, en Lisboa.

—¿A qué edad empezasteis á ir á su escuela?

—A los quince años.

—¿Cómo os llamábais en el mundo?

—Fernando de Bouillon.

—Ilustre apellido que indica, no sólo la nobleza de vuestra cuna, sino la piedad de vuestra familia, pues toda la del glorioso Godofredo, conquistador del sepulcro de Cristo, tiene fama de ser muy fervorosa.

—A mis padres debo, en efecto, la cristiana educacion que he recibido y las gracias que el Señor me ha hecho concediéndome una vocacion de que no soy digno.

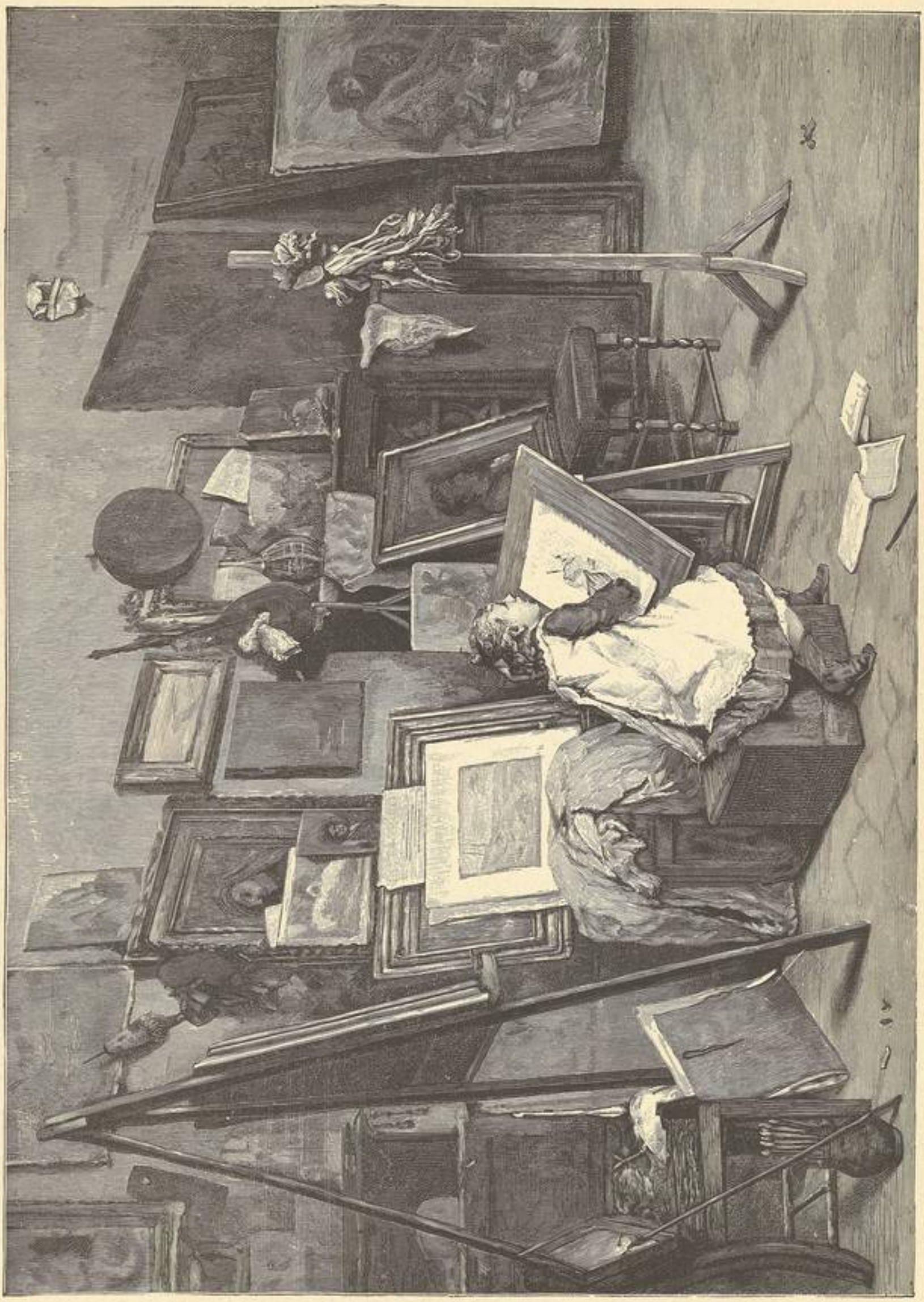
Fr. Gracian, que por primera vez oia aquellos detalles, admirado de tanta modestia no pudo contenerse y exclamó:

—No le creais, señor Obispo; lejos de ser indigno del traje que viste, Fr. Antonio es nuestro ejemplo, nuestro modelo, el que más se acerca á nuestro seráfico Padre, con quien no dudo que andando el tiempo compartirá la gloria en este mundo y en el otro.

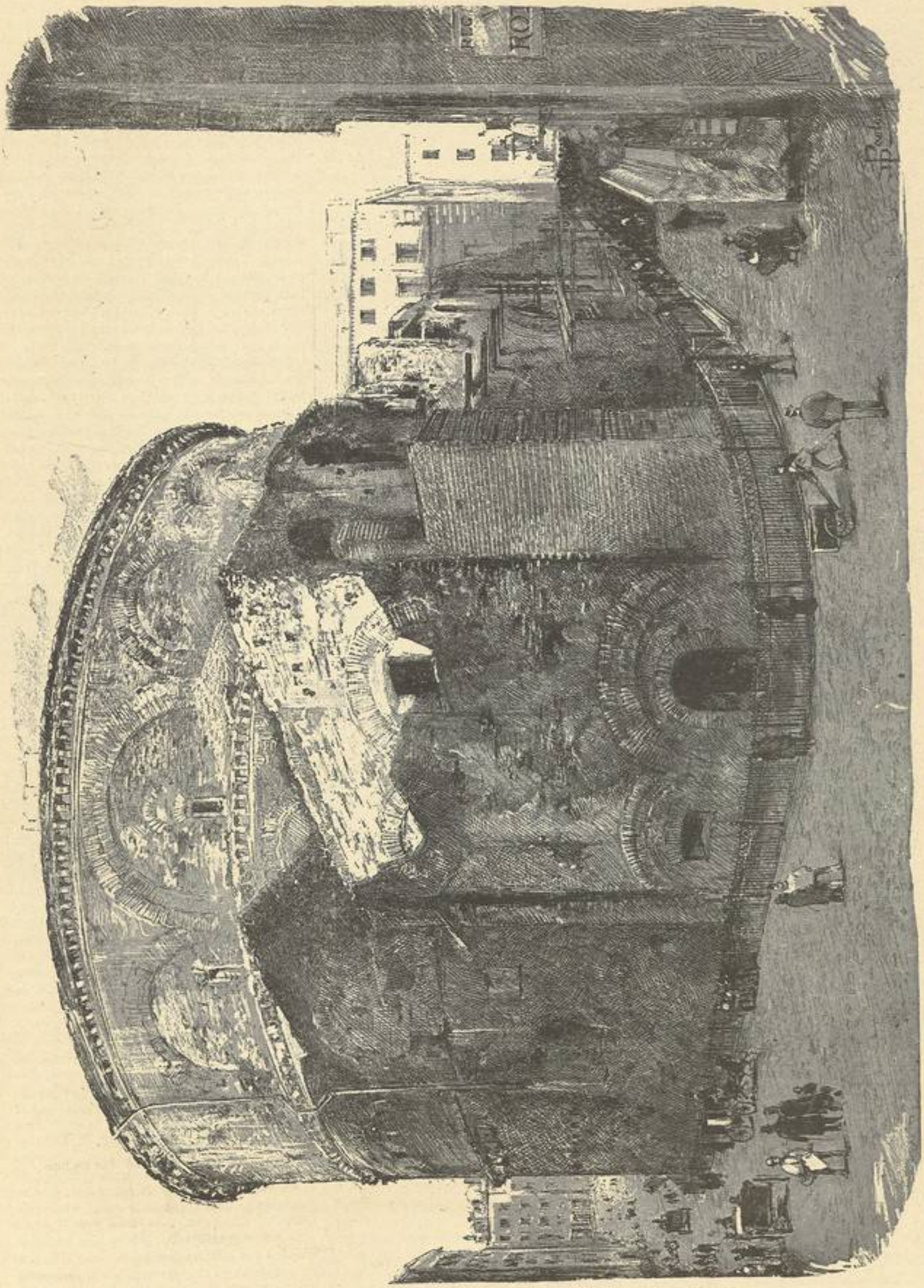
Esta salida desconcertó á Fr. Antonio; bajó la cabeza como si quisiera ocultar su vergüenza, y el Obispo, que lo notó, le despidió cortesmente diciéndole:

—Hijo mio; los talentos que Dios os ha dado suyos son: cultivadlos y aumentadlos con vuestro trabajo.

(Se continuará)



UNA FUTURA ARTISTA (CUADRO DE JOAQUIN BASIL)



EL PANTEON DE ROMA, AISLADO POR LA PARTE DE LA PALOMBELLA

LA SORPRESA DE AMIENS

I

En la tarde del dia 11 de Mayo de 1597, se hallaban reunidos en la casa-alojamiento del gobernador de Douslens todos los jefes de las tropas que guarnecian la plaza y muchos de aquellos aguerridos capitanes que en nombre de Felipe II de España hacian la guerra en los Países Bajos. Habíales obsequiado á todos con un banquete el gobernador de la plaza, el animoso Hernando Tello Portocarrero, concurriendo muy gustosos todos los antiguos veteranos, no sólo por el honor que se les hacia, sino porque atendidas las frugales costumbres del ejército, aquel convite extraordinario no podia menos de ser un pretexto para comunicar algunas noticias confidenciales ó acordar algun importante designio.

Ya estaban de sobremesa entretenidos con franca alegría en una conversacion amistosa sobre asuntos indiferentes, sin que el gobernador hubiese revelado ningun designio, hasta que uno de los convidados le proporcionó ocasion para ello con la siguiente pregunta:

—¿Y qué nuevas tenemos de nuestro gobernador general, el archiduque Alberto, á quien Dios mantenga por muchos y felices años?

—No pueden ser más frescas,—contestó Portocarrero,—pues hoy mismo he recibido este pliego.

Y al decir estas palabras sacó del seno y dejó sobre la mesa un pliego en cuyo sello estaban estampadas las armas del archiduque.

—¿Y podremos saber cuál es la voluntad de Su Alteza?

—Su Alteza manda que vayamos antes hoy que mañana á apoderarnos de Amiens.

Miráronse unos á otros los comensales, sorprendidos no sólo con la novedad del mandato, sino con el tono de serenidad con que el gobernador pronunciaba aquellas palabras, ni más ni menos que si lo que proponia fuese la cosa más fácil y hacedera del mundo.

—¿Y vos qué decís á eso, señor gobernador?

—Que es preciso cumplir la voluntad de Su Alteza.

—Capitan Portocarrero,—exclamó impaciente uno de los veteranos,—¿sabeis que Amiens es una de las plazas más importantes y mejor fortificadas de Francia?

—Lo sé muy bien.

—¿Y que se halla defendida por catorce mil habitantes en disposicion de tomar las armas y tan resueltos que no han querido fiar á la tropa el cuidado de defender sus casas y posesiones?

Portocarrero contestó con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Ahora bien,—continuó el otro,—los españoles harto será que podamos reunir cinco mil hombres.

—Todo lo sé,—contestó Portocarrero,—y ningun obstáculo se me oculta de los muchos que pueden ofrecérsenos; pero con la ayuda de Dios todos se han de vencer. Y no hay que ponerme más reparos, porque si el archiduque aprueba esta empresa, es porque yo se la he propuesto, y si manifiesta tanta confianza, es porque yo le he instruido de cómo podrá ejecutarse... ¡pero este es mi secreto! A vosotros, señores, no os toca más que ir á los acantonamientos á preparar las tropas para esta misma noche. Escogedme hasta unos tres mil hombres de los diferentes tercios, y con ellos y unos cuantos ginetes que yo llevaré, todos hombres de cuenta, doy por terminado este negocio. Excusado parece recomendaros el secreto.

Todos conocian el carácter osado y emprendedor de Portocarrero, y notorio era su valor casi temerario; pero la empresa era tan arriesgada, que no faltaba allí quien demostrase alguna desconfianza, por lo que uno de los circunstantes hubo de decirle:

—Y contando con que sabremos guardar ese secreto, ¿no nos revelaréis al fin cómo con tan escasos medios pensais apoderaros de la plaza?

—No vale la pena de decirse,—contestó sonriendo el gobernador:—todo ello está reducido á ejecutar lo que dice un refran que aprendí allá en mi pueblo desde muchacho, á saber: *más vale maña que fuerza*.

II

Amiens, ciudad poderosa de Francia, situada á orillas del Somma y á cincuenta y dos leguas de París, es una poblacion notable por su antigüedad, anterior á la invasion de los romanos en las Galias, por haber sido Corte de los reyes Francos, y ya capital de provincia, ya condado independiente, hasta su definitiva incorporacion á la Corona de Francia en 1463. Desde entonces los monarcas de este reino habian conservado con el mayor esmero aquella joya de sus dominios. En la época de las guerras de los Países Bajos, extendidas al territorio francés, crecia la importancia de Amiens por su excelente posicion militar entre París y el mar por medio del Somma, navegable hasta más arriba de la ciudad. El enemigo que llegara á apoderarse de Amiens, único antemural de Francia por aquella parte despues de la conquista de Calais, podia impunemente, no sólo amagar, sino inquietar la capital del reino cuando conviniese á sus intentos.

Estas circunstancias justificaban el atrevimiento de los españoles al paso que hacian vituperable la extremada confianza de los habitantes, que presumiendo demasiado de sus fuerzas, al someterse á Enrique IV abandonando el partido de la Liga, habian puesto la condicion de que ni un solo soldado del ejército habia de entrar en la ciudad que ellos se comprometian á defender á todo trance y á velar por su conservacion. Lo hicieron sin embargo con tal negligencia, que en la noche del citado dia no sintieron aproximarse á los españoles. Habian salido estos de Douslens poco despues de anochecido, y caminando siete leguas y media sin descansar, llegaron cerca del alba á vista de Amiens, haciendo alto en una ermita titulada de la Magdalena á corta distancia de la ciudad. Allí Portocarrero empezó á tomar sus disposiciones, y despues de haber conferenciado un rato con un sargento español de toda su confianza llamado Francisco del Arco, le indicó con el dedo una de las compañías que á la vista estaban. Llegóse el sargento al frente de las filas, y levantando la voz, dijo:

—¡Diez hombres de valor para una empresa arriesgada!

Inmediatamente abandonaron su puesto varios soldados y rodearon al sargento en número mucho mayor del que necesitaba. Arco escogió al instante diez españoles; pero como entre aquellos voluntarios habia algunos extranjeros, por no desairarlos escogió tambien á un borgoñon llamado Lacroy y á un milanés llamado Bautista Dognano. En una época en que tan exagerado era á veces el pundonor militar, aconsejaban esta medida, no sólo la equidad, sino la buena armonía que se deseaba conservar entre las tropas, compuestas á la sazon de españoles, borgoñones, alemanes, irlandeses y walones.

Siguieron aquellos hombres al sargento Francisco del Arco, sin comprender todavía cuál era su designio, pues cuando uno de ellos se atrevió á preguntar:

—¿A dónde vamos, mi sargento?

Este no hizo más que contestar bruscamente:

—Donde siempre: donde hay trabajos que sufrir y enemigos que vencer.

III

Abríanse al ser de dia las puertas de Amiens para permitir la salida á las gentes que iban á las labores del campo, y para que entrasen los aldeanos de las inmediaciones, que venian á surtir de víveres la plaza con los frutos de sus heredades. Venian de los primeros tres labriegos conduciendo en la cabeza tres grandes cestos, al parecer llenos de fruta, y á poca distancia y escoltado tambien por gente aldeana, venia un carro cargado de maderos como los que se empleaban en las empalizadas para fortificar la ciudad. Apenas los labradores habian pasado del umbral de la puerta, dió uno de ellos tal tropezon, que cayó en tierra echando á rodar el cesto de manzanas que llevaba en la cabeza, y haciendo al caer que su compañero perdiese el equilibrio y diese tambien en tierra con el cesto que llevaba, de modo que manzanas y nueces se esparramaron revueltas por el suelo á bastante distancia.

Este lance no podia menos de divertir en alto grado á los que estaban de guardia en la puerta, así fué que prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas empezaron á aplaudir irónicamente la torpeza de los aldeanos; y deseosos de evitarles el trabajo de recoger la fruta, se pusieron, á cual más podia, á recoger por cuenta propia las nueces y las manzanas. Entre tanto, habia llegado el carro con los maderos, exactamente debajo del arco de la puerta, y llegándose uno de los fingidos aldeanos, que no era otro que el sargento español Francisco del Arco, tocó una clavija dispuesta en el carro de cierta manera. Luego que estuvo seguro de que el carro no habia de pasar de allí, por movimientos que hiciesen los caballos, sacó una pistola, y disparándola hácia el campo, gritó á los suyos.

—Ahora, mis valientes, ¡fuego y á ellos!

Inmediatamente los soldados españoles, desabrochándose el rústico gaban que les cubria, pusieron mano á dos pistolas que cada uno llevaba en el cinto, y descerrajándolas á quema-ropa sobre el primero que se les presentaba de los que guardaban la puerta, disminuyeron razonablemente su número, recibiendo en seguida á cuchilladas á los que acudian á vengar la muerte de sus compañeros.

Hallábase entre tanto en la ermita de la Magdalena y al frente de sus ginetes el animoso Hernando Tello de Portocarrero, que con la espada en la mano, empuñadas las bridas, fija la vista en la ciudad y el oido atento á cualquier rumor, fué el primero que vió brillar el fogonazo seguido de la detonacion de la pistola.

—Esta es la señal,—gritó,—adelante, caballeros, ¡viva España!

Y todo aquel escuadron, compacto, brioso, se precipitó á todo galope hácia las puertas de Amiens, seguido de la infantería que avanzaba con la celeridad posible.

Los centinelas que habia sobre la muralla, al sentir el tiroteo bajo sus piés y al aparecer los enemigos en la campiña, conocieron la sorpresa y se apresuraron á bajar el rastrillo; pero este se quedó muy alto, detenido en los palos que el carro llevaba y sin que pudiesen de modo ninguno cerrar la entrada de la ciudad. Por los huecos que resultaban por ambos lados del carro, penetraron los españoles rápidamente, trabándose en el interior una encarnizada lucha, pues la poblacion no daba muestras de rendirse sin resistencia y sin combate.

De todas las casas salian prontamente hombres armados que cerraban por todas partes el paso á los españoles y que ya fuese por la vergüenza que les causaba el haberse dejado sorprender, ya

fuese por ser fieles al compromiso que habian contraido de defender sus hogares, peleaban con obstinacion. Habia ya más de un centenar de cadáveres por el suelo y no daban muestras de ceder el paso, cuando impaciente Portocarrero por ver dilatarse un triunfo que contaba como seguro, y conociendo que á retardarse más, tendria que pelear cada uno contra diez, dirigió algunas palabras á los suyos, muchos de ellos antiguos vencedores en San Quintin, y haciendo el último esfuerzo consiguió romper y desbaratar á los enemigos, huyendo unos á esconderse en el fondo de sus casas, y escapando otros, los más comprometidos, á dar cuenta á su rey.

Grandes fueron el sentimiento y la cólera de Enrique IV de Francia al saber la pérdida de Amiens y con ella la de todas las ventajas que le habian proporcionado su reciente triunfo sobre la Liga, y lo que le era más sensible, perder el crédito y el prestigio entre sus vasallos. Era indispensable volver á apoderarse á toda costa de un punto tan importante; mas no era esta empresa tan fácil estando guardado por Portocarrero y sus intrépidos soldados, que podian ser socorridos de un momento á otro por el archiduque.

Las tropas españolas entraron en triunfo por las calles de Amiens á vista de sus consternados habitantes, y tomaron posesion de la ciudad, fijando sus banderas en la muralla donde poco antes tremolaba la de Enrique IV. Portocarrero, gozoso por el éxito feliz de una empresa que él habia premeditado, volvió á reunir á sus amigos y á los jefes del ejército para brindar con ellos á la salud del rey y la prosperidad de España.

F. Fernandez Villabrille

DOS PRESIDIOS

Hemos visitado los dos presidios de Alcalá de Henares, el de hombres y el de mujeres, y vamos á transcribir al papel las impresiones que esta visita ha producido en nuestro ánimo.

Ante todo, ¿quién puede dudar de que la suerte de los criminales que cumplen condena bajo el peso de la justicia humana, debe interesar á todo corazon bien nacido? ¿Quién duda que el Estado debe procurar, con todas sus fuerzas, que las cárceles sean verdaderos centros de moralidad y de correccion para los desgraciados que entran en ellas? Por desdicha no sucede así en general: en los Parlamentos, en la prensa, en todas partes se oyen clamores sin número que denuncian la horrible situacion de los establecimientos penitenciarios, en donde los que, al purgar sus culpas, debieran principalmente aprender á ser honrados apartándose del camino del delito, aprenden sólo á aborrecer á la ley y á avezarse más y más en sus desórdenes. Los que entraron en presidio más por débiles que por perversos, salen delincuentes, y éstos más delincuentes aún.

Y no será por falta de sistemas y de congresos penitenciarios. En poco más de un siglo la ciencia de las prisiones ha ideado los sistemas de Auburn, de Pensilvania, de Pentonville, de Crofton y no sé cuántos más; se han dictado mil reglamentos para el régimen de los presidios; se les ha dotado de numeroso personal inteligente y probo, de vigilantes, capataces, directores particulares y generales, cabos de vara, centinelas y de una rígida administracion; y, sin embargo, nada se ha conseguido de lo que más importa á la sociedad; nada se ha podido hacer para que los penados mejoren sus costumbres.

Debe ser esto motivo de desesperacion para los legisladores que no quieran ver en el hombre más que una máquina, cuya direccion depende de mecanismos más ó menos ingeniosos; y más aún debe ser un motivo de estudio para todos, viendo la impotencia de las instituciones humanas para producir un átomo de bien moral.

El fenómeno indicado se explica perfectamente, y sólo así, para los que creemos que en el hombre hay una conciencia impenetrable á todo, menos á la propia mirada y á la gracia de Dios; un fondo libérrimo, aunque sujeten al hombre mil cadenas; un principio de accion, en que no pueden influir directamente ni el sistema celular, ni el de trabajos en comun, ni los cerrojos, ni los reglamentos. Pueden ser estos perfectísimos, y aquellos infranqueables, y asegurar así á la sociedad que la ley penal se cumple; pero esa otra ley de beneficencia para mejorar la condicion moral del preso, necesita de otras cosas.

¿Cuáles son?

Hemos visitado, repetimos, los dos establecimientos penales de Alcalá, y siendo sus reglamentos dictados por una misma mano y para un mismo fin ¡qué contraste tan singular ofrecen!

El de hombres, más que un lugar de séres racionales, más que un correccional, parece una impura mansion de desesperados; el de mujeres, más que una prision forzosa, parece una casa de arrepentimiento.

En la parte material, el presidio de hombres hiere la vista por la suciedad que en él reina y por la miseria que totalmente le invade; el de mujeres deslumbra por su limpieza y llama la atencion por el órden inverosímil que por todas partes resalta.

Los del presidio duermen en fétidas cuadras, sobre el mezquino *hato*, que recogerán, sin duda, al levantarse para tenderlo luego al sol, á fin de que un ave de corral busque en él lo que al preso mortificó anteriormente; las reclusas de la galera tienen todas buenas camas, con jergon y colchon, y sábanas limpísimas como la nieve.

¿Cómo hablan los presidiarios? Horror causan sus alborotadas conversaciones, llenas de blasfemias y de palabras soeces; y en cambio, en la galera, apenas se oye una palabra más alta que otra, jamás se blasfema, y causa, sobre todo, profundo respeto el verlas á todas en el refectorio, comiendo silenciosas, mientras una de sus compañeras de prision lee en voz alta un libro espiritual.

¿Cómo se explica esta diferencia tan enorme en el órden externo (pues de él solo hablamos ahora) entre dos establecimientos de la misma índole? y lo que es más aún, ¿cómo se explica que la mejor parte corresponda al establecimiento más ingobernable de suyo, al de mujeres, pues nadie ignora que la mujer mala es mil veces peor que el hombre malo y así lo acredita la experiencia? ¿Habrá quizás en la galera, siquiera un par de compañías de la guardia civil, y capataces y criados sin número?

Pues nada de eso: para regir á *seiscientas* mujeres que sufren diferentes condenas por adulterios, robos, asesinatos, infanticidios y por todo género de delitos, no hay más que diez ó doce Hermanas de la Caridad.

Parece increible, pero así es.

Y no es solo el órden externo lo que saben conservar estas Hermanas, que no conocerán, de seguro, ni les importa conocer los sistemas penitenciarios de los modernos penalistas; es mucho más lo que hacen, y lo sabe todo Alcalá y el Ministro de Gracia y Justicia.

Al decirlo nosotros, no hacemos más que trasladar aquí palabras pronunciadas ante la Audiencia de Alcalá por los abogados de aquel colegio, en mil ocasiones.

En una de ellas, abundando en los sentimientos de sus compañeros, el distinguido jurisconsulto D. José de Cútoli pronunció estas ó parecidas frases:

«Es mi deber llamar la atencion de la Sala sobre un hecho que, aunque para nadie haya pasado inadvertido, es digno de especial mencion. Con ésta he perdido ya la cuenta de las causas que me ha tocado defender, de delitos perpetrados en el presidio: mis dignos colegas, los abogados de este ilustre Colegio, se hallan en idéntico caso; y en cambio, ni ellos, ni yo hemos tenido que intervenir, sino muy raras veces, en causas promovidas por delitos en la galera.»

Este es el hecho; es decir, que en el presidio de hombres se suceden los crímenes sin interrupcion, mientras que en la galera son tan raros que bien pueden calcularse en la proporcion de 1 á 100 respecto á los del presidio.

«Llamo la atencion de la Sala sobre este hecho;—añadia el Sr. Cútoli;—pues en la galera no hay comandantes y dependientes con galoneadas gorras, como jefes del ejército que impongan respeto á las reclusas; ni cabos de vara que las castiguen á la menor falta; ni vigilantes nocturnos que acechen sus dormitorios... no hay más que unas cuantas Hijas de San Vicente de Paul, que en vez de galones y de varas llevan en la frente las blancas tocas, y en la cintura el crucifijo, pendiente de los rosarios...»

Profunda sensacion causaron las palabras del Sr. Cútoli, y nadie las ha olvidado en Alcalá; por lo mismo que son expresion fiel de un hecho innegable, y cuyas enseñanzas son clarísimas.

El remedio de los males que lamentamos no está ni en las leyes, ni en la fuerza de los hombres, sino en el santo espíritu que se halla difundido en las instituciones suscitadas por la Iglesia católica para bien de los que sufren; en la caridad cristiana.

(El Cruzado).

EL CIEGO

Cantando sus desventuras
con resignado sosiego
va tras de su palo el ciego:
¡que el pobre ha nacido á oscuras!

Nada al paso le recrea,
nada hay que hermoso le cuadre:
ni vió el rostro de su madre,
ni la torre de su aldea.

No sabe cómo es el sol,
ni el encanto de las flores,
ni siquiera los colores
del pabellon español.

Calma el triste desconsuelo
en que la sombra te encierra:
lo más hermoso en la tierra
es poder mirar al cielo.

Huye los torpes antojos
yendo de virtud en pos,
que para mirar á Dios
no son precisos los ojos.

Marqués de Cerralbo

UN NIÑO DEGOLLADO POR LOS JUDÍOS

Casi todos los periódicos católicos se ocuparon en la pena impuesta por el tribunal de Breslau al judío Max Bernstein, convicto de haber atraido con caricias á su casa á un niño cristiano y haberle extraido sangre con objeto ritual.

Pero el hecho de Breslau no es un hecho aislado. Al cabo de pocas semanas los tribunales húngaros tuvieron que ocuparse en un delito del mismo género, de que fué víctima la niña campesina Marckus de Nemetugeres: el mismo Emperador, segun cuenta la *Gaceta popular austriaca*, mandó llamar á su presencia en el palacio de Buda-Pest á la pobre niña, de cuyos labios quiso oir la narracion de los ultrajes que le habian inferido los judíos.

El dia 18 de Marzo fueron presos otros dos judíos húngaros, Salomon Rosembaum y Salomon Bartl, quienes en presencia del tribunal de Bu-

EL CAÑON DESMONTADO

da-Pest confesaron haber asesinado hace seis años en Magyar Bukhsz á la criada cristiana de María Vas. El *Magyar Allam* nos asegura que de la autopsia practicada á su tiempo, del cadáver de la infeliz, resultaba claramente que le habian abierto las venas.

Hoy tenemos á la vista un artículo de la *Gaceta popular de Westfalia*, que cuenta otro hecho sangriento ocurrido en Skurz (poblacion de 2,000 habitantes en la provincia de Dantzic), del cual fué víctima el niño Cybola; y dicho periódico da los siguientes detalles del suceso:

«El homicidio ocurrió el lunes 21 de Enero.

»El mutilado cadáver fué hallado el martes bajo el puente de un arroyo seco, é inmediatamente se dió aviso telegráfico á Dantzic. Pero hasta el viernes no llegaron el juez de instruccion y los médicos que hicieron la autopsia del cadáver. La garganta, segun la relacion facultativa del médico forense Dr. Merna, habia sido cortada de un modo que delataba la intervencion de una mano experta.

«Uno debe haber tenido inclinada la cabeza de la víctima, mientras el otro la cortaba. En las sienes se veian dos cortes que presuponen conocimiento del sitio donde late el pulso. El pecho y el vientre estaban abiertos por un corte, pero sin que se hubiera practicado extraccion alguna.

«En el antebrazo habian sido hechas algunas incisiones transversales; los femur faltaban totalmente, habiendo sido extraidos con todas las reglas del arte. «En esto no intervino la mano de «un judío, sino la de un carnicero,» dijo el médico forense; pero hay que notar que este tambien es judío. Contaba además públicamente que el homicidio no podia haber sido realizado al aire libre, sino con toda tranquilidad, á puerta cerrada y en un local bien iluminado. Despues del homicidio fué lavado el cadáver. La poblacion, conmovida, se inclinó á creer desde el principio que el crímen era obra de los judíos, y hay que dar gracias á la enérgica actitud del párroco católico si el pueblo no se lo destruyó todo á los judíos. El israelita Josefsohn, capturado durante este intervalo, tiene de 18 á 19 años y se ocupa en recoger trapos y pieles de liebre (!); y esto es de notar porque algunos periódicos van diciendo ya que este Josefsohn habia asesinado al muchacho por rivalidades del oficio; siendo así que el interfecto nunca ejerció ese comercio, segun asegura el inspector escolástico local. Parece ser que el padre de Josefsohn, que fué capturado el sábado en la sinagoga de Pr. Stargat, tiene un mordisco en el pulgar de la mano derecha, que él afirma que no es tal, sino una herida que se infirió en el «vuelco de un carruaje.» No puede probar la coartada. En las pesquisas hechas dos ó tres dias despues del crímen en casa del carnicero judío Bosse de Shurz, sólo fué confiscado un vaso de sangre que fué remitido á Dantzic. A la criada de Bosse, que regresaba de un banquete nupcial celebrado la noche misma del crímen, no la fué permitido entrar en casa.

«El jefe de la sinagoga de Pr. Stargat ha publicado ya una declaracion para calmar la exasperacion contra los israelitas. Es de desear tan sólo que la poblacion no se deje transportar á pasos ilegales, sino que espere con toda calma el resultado del veredicto judicial.»

SECCION RECREATIVA

APLICACION DE LA FUERZA CENTRÍFUGA.—Tómese con la mano derecha una pantalla de velon algo ligera, y póngasela mirando hácia arriba, al revés de como suelen estar en los velones.

Déjese rodar una moneda con la mano izquierda por dentro de la pantalla, y al tiempo de caer désele á la pantalla un movimiento circular. La moneda seguirá rodando por ella sin caer.

Si el movimiento es lento irá bajando la moneda; y subiendo si va siendo mayor, por la fuerza centrífuga.

CHARADA

Preposicion es *primera*,
Y artículo es invertida:
Dos uno al botar la barca
En todo puerto se estila.
Dos de botas y de guantes,
Uno tres en las orillas
De mares tranquilos crece.
De roedores desdicha
Es *tercia* y *cuarta:* y la torre,
Si no es *prima cuarta*, es chica;
Y el *todo*, con no ser vil,
Hasta los pobres lo pisan.

ACERTIJO

Soy blanco, pero manchado
Por todas partes de negro.
Me esperan con impaciencia,
Y todos los dias llego;
Me ven, y al dia siguiente
Ya me desprecian por viejo;
Y si vuelvo á llegar, todos
Me buscan porque soy nuevo.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

CAPARROSA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 13

Blancas.	Negras.
1. R D2-E3	1. P C6-F5 ó C5
2. { R E3-F4 / C F5-H6	2. R H5 juega
3. D H5-H3 ó H8 mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) | Barcelona 11 de Mayo | Série II.—Núm. 72

CATEDRAL DE SPALATO EN DALMACIA (VISTA INTERIOR)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Mensaje del Congreso católico español á Su Santidad el Papa Leon XIII.*—*El Pontificado*: discurso del Sr. Sanchez de Castro en el expresado Congreso (continuacion).—*El Martillo de los herejes*, III; por Francisco Hernando.—*La ciencia infusa*, (poesía) por Carlos G. Verdugo.—*Miscelánea.*—*La Masonería y la paz.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

Catedral de Spalato en Dalmacia (vista interior).—Este espléndido monumento del arte formaba parte antiguamente del palacio de Diocleciano, siendo despues consagrado al culto del verdadero Dios.

El Congreso católico español.—Véase la *Crónica hebdomadaria*.

Galería del Sansovino en Venecia, recientemente restaurada.

Miguel Eugenio Chevreul.—Este ilustre químico ha muerto en París á la edad de 103 años. Habia nacido en Angers el 31 de Agosto de 1786. Desde 1813 era profesor del Liceo Carlomagno en París. En su modestia se intitulaba «decano de los estudiantes.» Hace tres años se celebró con grande aparato su centenario. Como verdadero sabio, á una gran ciencia unia una acendrada piedad. Frecuentaba los santos Sacramentos, que tambien recibió en su pleno conocimiento antes de morir. Era académico de la de Ciencias y gran cruz de la Legion de honor.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los liberales y el Congreso católico.—El armisticio de la Caridad.

El suceso de actualidad es el Congreso católico. Realizado con las aprobaciones necesarias y ajustado á normas prudentísimas, como obra de la Iglesia, no ha podido menos de fijar la atencion de las personas sensatas de todas las opiniones, como la fijan las empresas trascendentales y fecundas.

Aunque pocos, han concurrido al Congreso extranjeros ilustres que militan en los partidos católicos de algunas naciones europeas; y este detalle ha prestado realce á la Asamblea, cuyas sesiones, celebradas en el amplio y suntuoso local del templo de San Jerónimo, han atraido numeroso y selecto concurso.

Nuestros liberales han tenido la dignacion de fijarse tambien en este suceso de interés para los católicos de España, juzgándole desde sus respectivos y variados puntos de vista.

En general no han tratado mal al Congreso católico.

Los más prudentes, los que blasonan de juiciosos le han dedicado palabras de consideracion y respeto, entre las cuales se han deslizado conceptos dignos de rectificarse: de los exaltados no hay que hablar, porque ellos no saben discurrir más que como payasos en delirios.

Para los primeros la celebracion del primer Congreso católico español no es más que una muestra de lo que son las libertades modernas, que no se oponen al ejercicio de todos los derechos ni á las luchas incruentas de las ideas. A su juicio no debemos los católicos renegar de tales libertades puesto que aceptamos sus procedimientos y ejercitamos los derechos que consagran, entre el respeto y la tolerancia del vulgo liberal. De donde infieren que debemos entonar vivo y resonante *hosanna* á la democracia.

Como se ve, en estos discursos falta la cosa más sustancial, que es la lógica.

Pues si las libertades imperantes transigen y contemporizan con estas Asambleas de los católicos, no hacen con ello más que concederles el mismo trato que conceden á los congresos anarquistas, de donde salen las propagandas más disolventes del órden religioso, político y social.

Si los católicos aceptamos los medios y procedimientos de las libertades modernas para nuestra defensa, es porque no tenemos otros más eficaces, y porque estamos autorizados por el supremo Jerarca de la Iglesia para utilizarlos para fines tan lícitos como los de la defensa de la inmaculada Esposa del Cordero.

Por lo demás, nuestros liberales nos conceden lo menos que pueden concedernos tratándose de una representacion tan alta como la que tenemos, no por nuestras personas, sino por nuestras ideas.

Y esto salta á la vista con sólo recordar que nos conceden lo mismo que á las sectas impías, con las cuales nos equiparan; ofensa que no podemos agradecer y que no honra á las libertades modernas, puesto que miden con el mismo rasero al bien que al mal y les conceden idénticos derechos.

De aquí que contemplemos con profunda tristeza el arte de raciocinar de aquellos que entienden que el católico que trabaja por el reinado de Cristo Dios en las leyes, en las costumbres y en las instituciones todas, que es el reinado de la verdad y de la justicia, debe estar colocado, dentro de la economía gubernativa, al mismo nivel que el sectario que trabaja por Satanás y propaga sus obras y sus pompas, que son los frutos del reinado de la mentira y de la injusticia, por virtud de las cuales el mundo liberal es un semillero de torpes iniquidades y abominaciones.

Vean, pues, nuestros liberales como la tolerancia relativa que han dispensado al Congreso católico (y se dice relativa porque no han dejado de insinuar algunas cortapisas en prevision de que pudiera tratarse cuestiones internacionales que no son de su agrado) no es una gracia del otro jueves sobre la cual pueda recaer ninguna gratitud vehemente.

Nuestro reconocimiento no puede caber más que dentro de la expresion de una sonrisa amarga.

Muchas y muy interesantes cuestiones se han dilucidado en el Congreso católico, entre ellas la de la soberanía temporal del Romano Pontífice, cuya reivindicacion ha sido proclamada, como era de esperar, por todos los miembros de la Asamblea, incluso aquellos que no están enteramente de acuerdo con dicha reivindicacion ó al menos no lo declaran así en sus doctrinas oficiales y públicas, ni lo confirman con su conducta cuando son llamados al poder.

Notables discursos se han leido y pronunciado en apoyo de aquella aspiracion del mundo católico, destinada á tener realidad en lo porvenir; y de igual manera se han dado á luz generosísimas manifestaciones, de variedad útil, para restaurar intereses íntimamente adheridos á la tésis católica.

Pero entre esas manifestaciones plausibles, acaso ningunas han tenido más importancia, en lo que dice relacion á España, como las que se han enderezado á proclamar el armisticio entre los católicos beligerantes, ya que la concordia de pensamiento y de accion entre ellos sea cosa, hoy por hoy, de muy difícil consecucion.

Verdad es que este armisticio, que deberia llamarse *el armisticio de la caridad*, ha venido recomendado de Roma con vivas instancias por el Oráculo de la verdad infalible, quien, en carta dirigida al venerable Obispo de Madrid, primer patrono del Congreso católico, casi le impone con palabras de vida, cuya eficacia no podrá menos de hacerse sentir en el tiempo; pero además, y para abundamiento mayor de las aspiraciones generosas, el anciano Cardenal, presidente del Congreso, respondiendo á la voz del Jefe supremo de la Iglesia, hizo oir su palabra apostólica en apoyo de la paz cristiana, proclamando la necesidad urgente de terminar las luchas cruentísimas que desgarran á la grey católica, tal y como si en vez de ser rebaño de mansas ovejas lo fuera de lobos carniceros, acosados por todos los furores homicidas.

Caridad es lo que pide el Romano Pontífice á los católicos españoles en sus combates intestinos, no abdicacion de ideales que no estén reñidos con la religion y con la justicia: obediencia y sumision á las enseñanzas de la Iglesia infalible, que no puede engañarse ni engañarnos, es lo que el Cardenal Presidente del Congreso católico ha recomendado á los bandos que se destrozan, bajo el pretexto de que los devora el celo de Dios.

¿Llegará á ser una realidad el armisticio propuesto?

Dudoso es predecirlo, y aun parece que llegar á él sin un milagro del cielo es poco menos que imposible; pero el mismo descrédito de una lucha que hastia y cansa á las huestes que la soportan, aunque no sacia la voracidad de sus principales agentes, las ruinas que ha producido, la piedad que ha esterilizado y los males espirituales y morales que ha engendrado, sin mezcla de bien alguno, hacen presagiar que el *armisticio de la caridad* se impone, y todo lo que se impone llega.

Pero si así no fuera, si se perdieran en el vacío los apostólicos consejos y aun el paternal mandato del Vicario de Jesucristo, no por eso dejaria de ser un timbre de gloria para el Congreso católico nacional el haber puesto el dedo sobre esta profunda llaga que consume todas nuestras fuerzas y vitalidad, dando ganadas á los enemigos de la fe todas sus victorias, sin el menor sacrificio, por lo cual se aprovechan de ellas fastuosamente.

Consignado quedará que la primera Asamblea católica española quiso restar esa calamidad del catálogo de las que afligen á nuestro pueblo, proponiéndose dignificar el nombre católico como merece serlo; y la responsabilidad de que así no suceda recaerá sobre los contumaces que se obstinen en que siga corriendo la sangre por la arena de esta lucha anticristiana que merece ya la reprobacion de las autoridades de la Iglesia y de la mayoría de los hombres de buena voluntad.

Lupercio

Madrid, 8 de Mayo.

MENSAJE

DEL CONGRESO CATÓLICO ESPAÑOL Á SU SANTIDAD EL PAPA LEON XIII

Beatísimo Padre:

Los miembros del primer Congreso católico de España, reunidos bajo la presidencia de sus muy reverendos Prelados en esta capital de la Monarquía, á la vez que ofrecemos á Vuestra Santidad el testimonio de nuestra profunda gratitud por la Bendicion apostólica que se dignó conceder á la Junta central de esta Asamblea, nos consideramos en el deber de acudir nuevamente al Supremo Pastor de la Iglesia universal, exponiéndole nuestros sentimientos y nuestros propósitos, antes de dar principio á los trabajos prefijados en nuestro programa.

Siendo notorio, Santísimo Padre, que la causa principal de los gravísimos males que afligen y conturban á la sociedad contemporánea, es el odio y la insubordinacion contra el principio de autoridad, y muy especialmente contra la Cátedra Apostólica, al inaugurar las sesiones de este Congreso nacional nos complacemos en atestiguar nuestra absoluta é incondicional sumision á Vuestra Santidad, porque creemos firmemente que sin esa sumision y obediencia no puede iniciarse ni prosperar obra alguna en órden á la eterna salvacion, ni tampoco conservarse la unidad fraternal entre los miembros de la gran familia cristiana.

Creemos asimismo que no puede estar en la Iglesia de Jesucristo el que no está con su Vicario; que el no estar con el Papa equivale á estar contra el Papa, y que el que con el Papa no recoge ni edifica es causa de lamentables ruinas y de divisiones escandalosas. Por ser esa nuestra fé, queremos, como miembros subordinados á su cabeza vivir y morir estrechamente unidos al Prefecto infalible de la casa de Dios, y por eso tambien, deseoso nuestro espíritu de verdad y de paz, se dirige á Vuestra Beatitud, porque sabe que de vues-

tros augustos labios brotan palabras de vida eterna: que en vuestro pecho se conservan incólumes los sagrados derechos de la Iglesia, y que en vuestro elevado entendimiento tiene asiento la verdadera sabiduría, siendo, como es, la Cátedra que ocupa Su Santidad el tribunal inapelable que decide la rectitud de los juicios doctrinales, y la luz indefectible que gradúa el progreso legítimo de todas las civilizaciones.

Impulsados de esos sentimientos que nos inspira nuestra fé católica, y tomando por guía segura de nuestros trabajos las saludables enseñanzas contenidas en las Encíclicas admirables de Vuestra Santidad, procuraremos estudiar con detenimiento la naturaleza de las desgracias que pesan sobre nuestra sociedad y el remedio que sea más adecuado para aliviarlas, tanto en el órden moral como en el científico, y lo mismo en el terreno práctico de la caridad que en el horizonte de las letras y de las artes á fin de llevar así, en cuanto sea posible, á todos los organismos el espíritu de la doctrina evangélica, y de extender por doquiera el reinado social de Jesucristo.

Y como es imposible efectuar la restauracion moral de los pueblos mientras sea esclavo de hostil dominacion el Piloto apostólico encargado de dirigir la divina nave de la Iglesia, en cuyo seno están encerrados los destinos de aquellos, sus grandezas, sus gloriosas tradiciones y su legítima dignidad, nuestro principal cuidado, Santísimo Padre, será el proclamar á la faz del mundo la necesidad de vuestra independencia y vuestra libertad, y como garantía ordinaria y providencial de las mismas el restablecimiento efectivo de vuestro principado civil y la restitucion íntegra de los dominios territoriales y de la ciudad de Roma, que violentamente fueron arrebatados al Pontificado, pues entendemos que el derecho secular é imprescriptible, la justicia, la dignidad altísima y el decoro del Vicario de Jesucristo exigen de consuno que no dependa de ningun soberano de la tierra, para que en bien comun de la Iglesia y de la misma sociedad civil pueda ejercer su sagrado cargo apostólico.

Al transmitir á Vuestra Santidad, como católicos verdaderos y españoles, esa expresion de nuestros propósitos y de nuestros sentimientos, nos asociamos al dolor y prolongada aflicion que siente vuestro corazon paternal en medio de la situacion intolerable creada al Pontificado por los enemigos ingratos del mismo, que lo son tambien los enemigos de la Iglesia, y reiteramos á Vuestra Beatitud el homenaje de nuestro filial amor y de nuestra firme adhesion, pidiendo para nosotros, para los trabajos de este Congreso y para todo el pueblo español, vuestra Apostólica bendicion.

Madrid, 24 de Abril de 1889.

EL PONTIFICADO

Discurso de D. Francisco Sanchez de Castro *en la primera sesion del Congreso católico español*

(Continuacion)

Un filósofo racionalista, Schopenhaüer, hablando del concepto panteístico de humanidad, dice que la humanidad y sus intereses están sobre todo, y permanecen sobre pueblos y razas, como el iris sobre las aguas de una cascada: las aguas pasan, y el iris es el mismo. Eso decimos nosotros, entendiendo rectamente el sentido de la palabra humanidad.

La hermosa idea que encierra esta palabra, la idea del humano linaje formando una sola familia, de que tanto alardea la moderna civilizacion, es una idea católica venida al mundo con el Cristianismo, encarnada y viviente en la Iglesia y en el Pontificado. El mundo antiguo era la division de castas, la tiranía, la esclavitud. El suelo de la India se profanaba con la sola presencia de un extranjero; la muerte era la pena del que osaba tocar las aguas del sagrado Ganges; el bramán poderoso quedaba manchado si ponia su vista en la miseria del pária, al cual no era permitido ni oir leer los libros de la religion. China formaba barreras y murallas materiales para impedir toda comunicacion con el extranjero, y siglos y siglos permanece ignorada aquella region inmensa: Egipto guarda su ciencia entre el misterio de sus jeroglíficos y el silencio de sus esfinges: la culta Grecia considera bárbaros á todos los demás pueblos, y dentro de ella sus grandes filósofos tienen una doctrina secreta, solamente para los escogidos: la misma Roma, fundadora de la unidad política, si da su lengua y sus leyes al mundo, es para esclavizarle, y considera bárbaro cuanto no es romano, y no admite al extranjero á los beneficios del derecho ni á la vida de la religion, y fomenta la esclavitud, y consagra el brutal derecho de la fuerza: *adversus hostem æterna auctoritas esto;* quitando toda esperanza al vencido, y no dejándole más que la alternativa entre la servidumbre y la muerte.

Y en los mismos tiempos modernos, en que tanto han ganado las ideas y mejorado las costumbres, gracias al Cristianismo, la patria, el Estado, la raza se sobrepone á todo, y la idea de *humanidad* no se ve practicada en parte alguna ni por poder alguno fuera del Pontificado. Mirad á los colonizadores, y vereis que sólo buscan mercado para sus productos, sólo procuran el oro de los pueblos incultos y salvajes, dejándolos en su ignorancia y abyeccion para dominarlos más fácilmente: contemplad á los pueblos ricos y poderosos, y los vereis afanados en lograr mayores ventajas y aumentos á costa de la desgracia y de la ruina de otros pueblos hermanos: considerad las grandes empresas mercantiles haciendo esfuerzos gigantescos para apoderarse de toda la riqueza, aunque resulten la penuria y el dolor en la sociedad: atended al nuevo continente, y en medio de las empresas más fecundas y generosas oireis un grito constante, precursor de tormentas: «¡América para los americanos!» volved los ojos á la Europa del Norte, y vereis potente y amenazador el germanismo, que conturba la paz general, amaga la independencia de las naciones y trueca el viejo mundo en un vasto campamento, y al panslavismo amenazando tambien : ¡ Oriente de Europa, aspirando á devorar razas y reinos y siendo un peligro constante para la vida del Occidente.

¡Ay de los pueblos latinos si son arrollados por el protestantismo germánico! ¡Ay de Europa el dia en que los césares moscovitas dominen en las orillas del Bósforo! Vereis entonces á dónde van las decantadas doctrinas de la fraternidad universal; y cuando sientan crujir en sus espaldas el látigo de los déspotas, verán los pueblos todos, verá esta Europa meridional, salvada por los Papas del yugo de los turcos, si ha sido ciega y criminal y suicida su conducta con el Pontificado... *(Aplausos.)*

Esta es la única institucion que abraza á los hombres con igual y verdadero amor; por eso tambien tiene que ser independiente. Ella ha llevado y lleva por el mundo la gran palabra de Cristo: *ut sint unum;* ella enseña al monarca y al mendigo á mirar al cielo juntos y á decir juntamente: *¡Padre!* ella y sólo ella practica la sentencia del Apóstol: «Ya no hay siervo, ni libre, ni griego, ni bárbaro, sino un solo cuerpo en Jesucristo.» Y la paternal solicitud del Pontífice se extiende á todos los pueblos y regiones, sin hacer distincion de castas ni de clases, de razas ni de idiomas. En ese trono pueden reinar, y han reinado indistintamente, el italo y el franco, el germano y el español; y desde la humildad del claustro, desde la campiña y la aldea, desde la choza del pastor, han subido muchos al solio incomparable que no se ha desdeñado de admitir y coronar á los mismos que habian llevado la cadena de los esclavos.

Esos príncipes pacíficos, guardadores de la ley santa, mandan sus enviados á consolar ó pacificar reinos y ciudades, lo mismo en el siglo I que en el XIX; y desde el instante de su bendita aparicion se acuerdan de los pobres, y fundan asilos para los indigentes, y envian socorros lo mismo á los obreros de las minas que á los cautivos en la guerra, y á su impulso y por su ejemplo surgen por todas partes iguales maravillas de la caridad cristiana, que hicieron ya exclamar al césar apóstata: «Es una ignominia que no atendamos á nuestros pobres y que los veamos socorridos por los cristianos;» y hacen la paz entre los príncipes, y reconcilian familias poderosas y enemigas, sufriendo á veces dolorosas fatigas y emprendiendo viajes penosos para lograrlo, mereciendo que el protestante Sismondi los llame «los pacificadores de los grandes.»

Ninguna desdicha, ningun dolor humano es desatendido por los Pontífices. Por ellos tuvieron los esclavos libertad, los cautivos rescate, los errantes asilo, los perseguidos proteccion, los heridos y prisioneros en la guerra consideracion y amparo: á ellos deben los príncipes su verdadera majestad y poder, los súbditos su dignidad de hombres libres, la mujer su corona de honor y de respeto, y el mundo todo las auras de gloria y de libertad que respira. *(Aplausos.)*

¡Inglaterra, señora de los mares, reina de la industria y del comercio! ¡Tú, orgullosa de tus triunfos y de tus conquistas! ¡Alemania altiva, que haces temblar á Europa y te impones á las gentes por la grandeza de tus unidades y el poderío de tus ejércitos! ¡Rusia gigantesca, que abarcas dos continentes y desafias el poder de los colosos con la inmensidad de tus dominios! Búlgaros, carintios, esclavones; razas y pueblos todos habitadores del Septentrion; ¿qué seríais sin los Papas que os enviaron á los Agustinos y los Patricios, á los Amandos y los Bonifacios? ¡Ah! ¡Ingrata y soberbia humanidad! Seríais lo que fuisteis antes, en la larga sucesion de los siglos; lo que son todavía otras regiones en que no han penetrado los obreros de la Iglesia de Roma; seríais tierra inculta, mansion de fieras, morada de bárbaros; que antes de que pasara por ellas la Cruz, antes de que sirvieran para regeneraros con el bautismo, barbarie alimentaban las aguas del Támesis; barbarie contemplaba el Rhin; barbarie veian el Volga y el Danubio. *(Grandes aplausos.)*

Y si se ensancha la tierra por el heroismo de los navegantes españoles y portugueses, con ellos va la Cruz redentora, y emisarios de los Papas, como Javier en las Indias Orientales y Claver en las Occidentales, alumbran el entendimiento y vivifican el corazon de millones de séres humanos, presa de los horrores de la idolatría y de la ignorancia. ¿Quién penetró en las ignotas regiones de la China antes que los misioneros católicos? ¿Quién descubrió á los ojos de Europa todos aquellos vastos Imperios asiáticos? ¿Quién estudió su lengua, su religion, sus costumbres, allanando los caminos al comercio y á las armas de los pueblos cultos? No es posible negarlo, no; los Papas, y solos los Papas; ó los misioneros y los institutos católicos, que reciben su savia, su autoridad, su eficacia, su virtud de la Cátedra santa del Pontífice.

Está en la conciencia de todos, está escrito con caracteres indelebles en el gran libro de la historia: la civilizacion europea, de que tanto se envanece el siglo, es obra de los Papas. Herder lo ha confesado terminantemente, diciendo que, sin ellos, Europa seria presa del despotismo, teatro de eternas divisiones y acaso un desierto mongol. Los enemigos del Pontificado, precisados á conocerlo así, ya que no á declararlo siempre, entienden que, vencidos y cristianizados los bárbaros, fundadas las nuevas naciones, establecidas las escuelas y Universidades y los Institutos piadosos, proclamada la igualdad de los hombres ante el derecho, y logrados los demás beneficios producto de la civilizacion cristiana, ya la sociedad se basta á sí misma, y no necesita de la acion de la Iglesia ni del ministerio de los Pontífices. ¡Ah! Si la verdad no fuera eterna, si la justicia no fuera indispensable en el mundo, se podria hablar así; pero la verdad y la justicia hoy son tan necesarias como siempre, y los Papas solamente las enseñan y las practican.

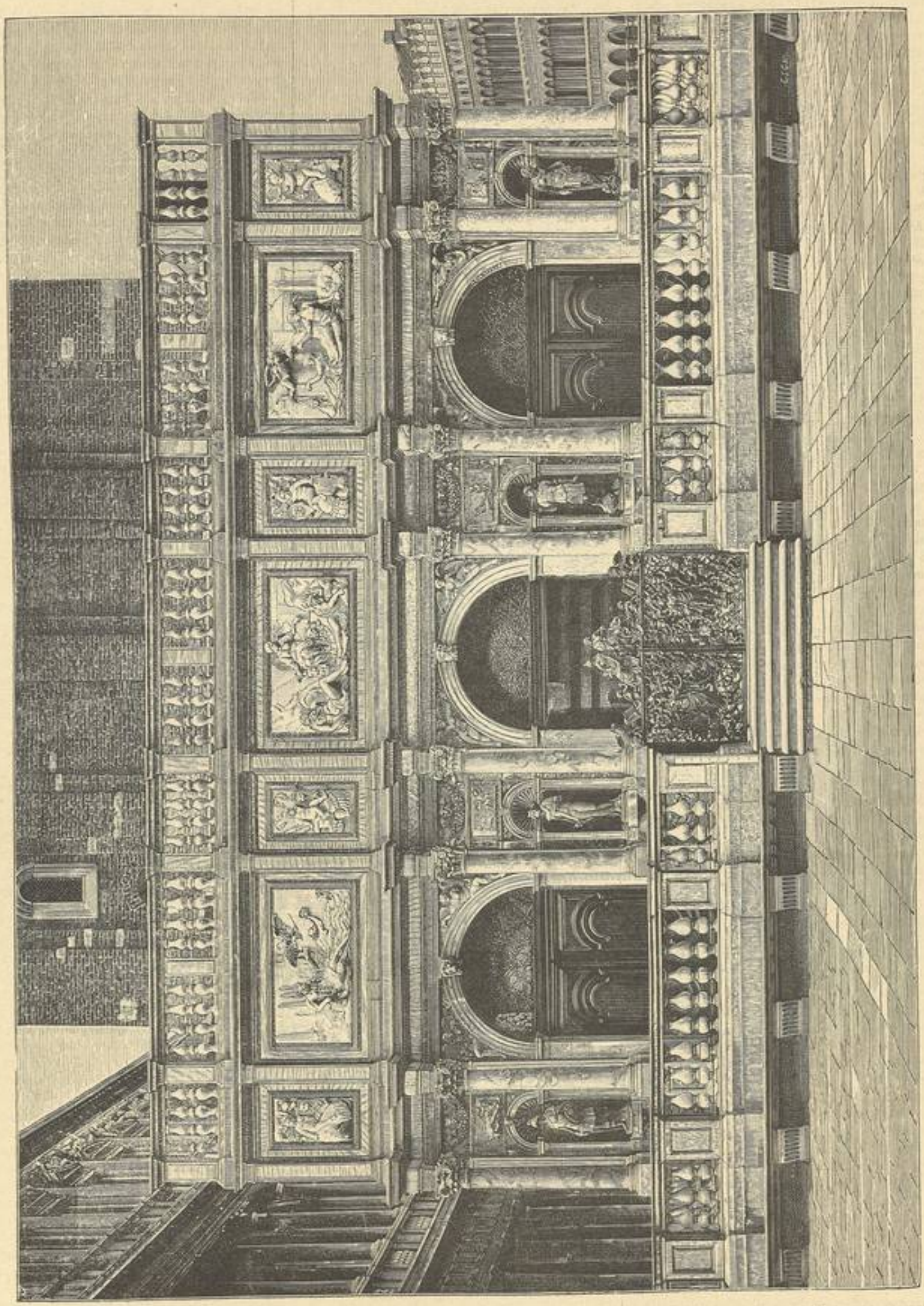
¿Quién sino el Papa osó en nuestros tiempos

EL CONGRESO CATÓLICO ESPAÑOL EN MADRID

Iglesia de San Jerónimo, en donde se han celebrado las sesiones.

Ilmo. Sr. D. Ciriaco Sancha Hervás, obispo de Madrid.—Mesa presidencial del Congreso católico.

Aspecto de la puerta de la catedral á la salida de la Misa pontifical.



VENECIA.—GALERÍA DEL SANSOVINO RECIENTEMENTE RESTAURADA

condenar la tiranía moscovita, cuando Europa miraba en cobarde silencio el suplicio de Polonia? ¿Quién sino el Papa tiende su mirada de amor á la oprimida Irlanda, alentándola en sus penas y evitando al propio tiempo que estallen horribles convulsiones? ¿Quién sino el Papa ha podido terminar en paz y justicia, sin humillacion de nadie, sin sangre, sin lágrimas, el conflicto de las Carolinas, dando á nuestra España la posesion de su derecho amenazado? ¿Quién, en fin, anima y bendice y favorece magnánimo la empresa del Apóstol de Africa, condenando el infame tráfico de la raza negra?... ¡Ah, señores filántropos, fundadores de sociedades antiesclavistas! Mientras vosotros os contentais con declamar en los salones algo de lo que habeis mal aprendido de la Iglesia, ella se afana heroicamente en la obra santa; multiplica sus héroes y sus mártires; un Prelado ilustre se consagra por entero á salvar á los esclavos; y el oro necesario para romper sus cadenas le envia la caridad cristiana y el amor de un anciano que vive de la limosna; la generosidad del Papa pobre, del Papa mendigo. (*Muy bien: muy bien.*)

En una ú otra manera, por unos ú otros medios y procedimientos, la Iglesia y los Papas, aparte todavía de las cosas que atañen al orden religioso y sobrenatural, suprema necesidad del hombre, son tan necesarios hoy como antes del mundo, que sin la accion vigilante del Pontificado volveria á la antigua barbarie y al antiguo despotismo. ¿Cómo antes? No: son más necesarios que nunca. El mal en la sociedad no tanto procede de los sistemas políticos, como de los errores y de las pasiones de los hombres. El pavoroso antagonismo entre el capital y el trabajo, signo de los tiempos modernos; la tiranía de la riqueza y la servidumbre de la máquina; las ambiciones de las muchedumbres; las falanges socialistas que amenazan trastornar todo el orden social y político y las infernales tramas del nihilismo desolador, prueban bien cumplidamente que no es menester que vengan nuevos bárbaros de ignota region para trastornar el mundo. La barbarie se alimenta aquí, en el seno de esta civilizacion material, tan orgullosa de sus conquistas; y en medio de su esplendorosa grandeza, la fuerza material, la fuerza bruta decidirá en la hora de las temidas catástrofes.

Nunca hubo en el mundo una tan grande confusion, ni tan justo motivo de alarmas. Ninguna idea, ninguna verdad, ninguna institucion es respetada: todo vacila y tiembla en este espantoso oleaje de pasiones y de sistemas, convirtiéndose en soldado de lucha ó en elemento perturbador hasta el hombre más rudo ó más ignorante. Las antiguas muchedumbres vivian en la abyeccion, sujetas al dogal de los tiranos; los pueblos modernos, regenerados por el bautismo, conocedores de su dignidad, no sufren en paciencia la tiranía, y perdida la fe religiosa buscan en la tierra la satisfaccion de sus ardientes deseos de felicidad; y como nada puede dársela, el malestar es cada vez mayor; la division de pobres y ricos más honda, los rencores más profundos, y en parte alguna, sino en Roma, hay luz bastante á iluminar este caos, ni principios ó fuerzas de sustentacion para el edificio social que se derrumba.

Si no hemos de perecer, es absolutamente necesario que se restaure la idea del derecho y la justicia; que brille sobre la tierra el fuego del amor, y que los hombres aprendan que no son, ni una manada de reses conducidas por los dueños, ni una legion de fieras dispuestas á devorarse; es preciso que haya algo que recuerde constantemente al hombre, al pobre como al rico, que sobre los brutales instintos ó pasiones de su naturaleza están el poder y la virtud; está el principio eterno de la justicia, sin el cual los pueblos no pueden vivir la vida de la dignidad y del derecho; está Dios, en fin, vengador del oprimido y del indigente, castigador del poderoso y juez inexorable de todos los delitos humanos. (*Muy bien.*)

El mundo cristiano, en efecto, tiene derecho á que nadie impida la libertad de la palabra y de la accion pontificia que miran á su bien espiritual y á su felicidad eterna: no podemos consentir que esa libertad esté á merced de un Gobierno hoy hostil, mañana quizá perseguidor; las necesidades de la cristiandad pueden exigir un dia la continuacion del Concilio Ecuménico, y la augusta Asamblea á que son llamados hombres de todas las naciones, y de la cual todas las naciones esperan bienes y salud, no ha de depender de la voluntad de un Gobierno: el mundo cristiano tiene en la Roma pontificia institutos y escuelas que reciben y llevan por doquiera la enseñanza apostólica, y esas instituciones no pueden estar expuestas á las veleidades de los poderes italianos ó á las contingencias de su política. ¿Qué seria de los colegios y misiones francesas y austríacas en Roma el dia que estallase una guerra entre Italia y estas naciones? ¿Podria vivir en paz, al amparo del Pontífice, un príncipe, un Obispo desterrado de Nápoles ó de Venecia? ¿Podria estar allí el de un país extranjero, si el Gobierno de ese país tenia medios para ejercer presion sobre los actuales dominadores de Roma? En caso de guerra de Italia con otra potencia, ¿podria el Papa recibir embajadores de ella, ó llamar á sus Obispos, ó admitir siquiera á sus fieles y peregrinos? ¿Y no puede esto ser conveniente ó necesario al bien del mundo, sacrificando en este caso los pasajeros intereses políticos de Italia? Federico II de Alemania, á modo de corsario, envió sus naves para detener á los Obispos que iban á Roma, llamados á Concilio por el Papa Gregorio IX; el Gobierno italiano podria impedir el Concilio sin aparecer siquiera con la patente de corsario. (*Aplausos.*)

Los príncipes, los embajadores, los Obispos, los fieles todos tenemos derecho y á veces obligacion de ir á Roma, y es desdoro del nombre cristiano, es vergüenza para nuestra dignidad de hombres libres que no podamos ejercer ese derecho, ni el Papa pueda hacer valer los suyos, sino mediante la buena voluntad del Gobierno de una nacion cualquiera. Con pena en el corazon y lágrimas en los ojos nos veíamos *protegidos* en las fiestas jubilares por los agentes piamonteses, que, á una señal de sus señores, nos hubieran impedido lo mismo el acceso á nuestro Padre, ó nos hubieran entregado al odio de las turbas demagógicas, ó se hubieran trocado en nuestros perseguidores y carceleros.

(*Se concluirá*)

EL MARTILLO DE LOS HEREJES

III

No era necesaria la recomendacion del Obispo, porque en cuanto volvieron los frailes al monte de San Pablo faltóle tiempo á Fr. Gracian para enviar un correo al Padre General, Francisco de Asis, participándole el descubrimiento que habia hecho y la conveniencia, mejor dicho la necesidad de dedicar inmediatamente á Fr. Antonio á la predicacion.

Fr. Gracian ignoraba que el santo Fundador y el santo orador se conocian hacia tiempo, porque el primero habia ido en espíritu á Portugal y apareciéndose al segundo le mandó en nombre de Dios entrar en su Órden; pero este doble milagro lo habian ocultado á todos la humildad de Francisco y la de Antonio. Así fué que en cuanto san Francisco recibió las noticias que el superior del monte de San Pablo le enviaba hízose de nuevas, pero sin vacilar dispuso que se dedicase Antonio á la predicacion.

Acabóse, pues, para éste el reposo, la soledad y el silencio que disfrutaba en la cocina de su convento; salió por pueblos y caminos á predicar la palabra de Dios, y el bullicio de las ciudades, las disputas de los hombres, las vanidades del mundo vinieron á herir, á pesar suyo, sus oidos.

Sabia muy bien Antonio que no debia tener voluntad propia, sino seguir en todo la de Dios; y como esta se le manifestaba por las órdenes de sus superiores, abandonó sin pesar la soledad y silencio en que vivia y se lanzó al mundo, como hicieron en otro tiempo los Apóstoles, ardiendo en deseo de conquistar almas para Jesucristo.

La Lombardía y las Romanías fueron las provincias que tuvieron la suerte de recoger las primicias de su celo. Antonio caminaba por ellas pobre y sencillamente vestido, sin aparato de ningun género, hablando en los caminos con los humildes aldeanos y los rudos trabajadores de los campos, como si fuera uno de ellos, y ocultando su ciencia y su sabiduría para ganar sus almas por la sencillez y dulzura de su conversacion y el buen ejemplo de su modestia. Pero cuando encontraba entendimientos cultivados y voluntades rebeldes, cuando la malicia de los herejes, tan abundantes en aquellos tiempos, le oponia sofismas y falsas razones, entonces Antonio hacia uso de su poderosa dialéctica, de sus asombrosos conocimientos teológicos, y los desbarataba y deshacia.

Fué esta predicacion como un ensayo de su apostolado, porque á poco de dedicarse á ella le mandó san Francisco á enseñar teología á la Universidad de Bolonia. Como profesor fué Antonio tan notable como orador, pero ejerció poco tiempo este cargo, porque aumentando la herejía en Francia pronto se necesitaron apóstoles que se opusieran á ella y fué enviado Antonio allá para cooperar á la obra de santo Domingo de Guzman, confundiendo á los albigenses, que hacian estragos en las almas con sus errores y en los pueblos con sus guerras y crueldades.

Montpeller, Tolosa, Puy, Brive, Bourges y todo el Lemosin fueron testigos del celo apostólico de Antonio. Allí brilló en todo su esplendor el jóven franciscano. Ardiente é incansable iba de un pueblo á otro predicando á innumerables muchedumbres, confesando á millares de pecadores, convirtiendo á infinidad de herejes y dejando en todas partes tal fama de virtud, de ciencia y de santidad que los pueblos salian en masa á oirle y solicitaban con vivas instancias la dicha de poseerle algunos dias.

A pesar del inmenso entusiasmo que despertaba Antonio seguia tan humilde, modesto y recogido como cuando vivia olvidado de todos en la cocina del convento de San Pablo. Si por casualidad le dejaban solo algunos instantes volvia á caer en aquella especie de éxtasis, que era el estado á que tendia su alma, la cual parecia que se alejaba de la tierra en cuanto la dejaban libre.

Mas aunque sus tendencias eran á la vida contemplativa, sabia como todos los Santos dejar á Dios para encontrar á Dios, esto es, salir de las alturas de la contemplacion en que ordinariamente vivia para llevar la luz á las inteligencias extraviadas y elevar los corazones y rendirlos á Dios.

Las crónicas de la época y las historias nos pintan á Antonio con admirables rasgos que dan extraordinario realce á su figura, una de las más bellas del siglo XIII. Su celo nos dicen era tan grande que apenas comia, ni dormia, ni descansaba. Cuando iba á algun pueblo infestado de

herejes discutia con ellos noche y dia, y su ciencia, su elocuencia, su talento como polemista, no menores que su dulzura, su ardor y su fe de apóstol, le valian siempre abundante cosecha de conversiones.

Mas por si todo esto no bastaba para atraer á los corazones, Dios que se complace en ensalzar á los humildes concedió al noble jóven que por El habia abandonado hogar, familia, nombre y patria, que por El se habia hecho pobre é ignorante, que habia buscado por su amor el olvido y el desprecio hasta de sus propios hermanos de religion, un poder tan inmenso sobre la vida y sobre la muerte que no habia para El imposibles.

A su voz acudian las aves de los aires, los peces del mar, los brutos de la tierra, y todos le obedecian. Curaba enfermos, resucitaba muertos, sabia lo pasado y lo futuro, y hasta vencia al tiempo y al espacio estando en un mismo instante en dos puntos muy lejanos. Los prodigios todos de los Apóstoles se reproducian en manos de Antonio, á quien en vista de ello comenzó el público á apellidarle el divino.

Mas el calificativo con que se le conocia generalmente era con el de «Martillo de los herejes,» porque los machacaba con sus razones, sus argumentos, sus ejemplos, sus textos, sus virtudes y sus milagros. Era habilísimo para conocer sus fraudes y deshacer sus engaños, y cuando sus armas naturales no le bastaban acudia á la oracion y pedia á Dios milagros para desconcertarlos.

En Tolosa, centro de accion de los albigenses, que entre otros errores que difundian tenian el de negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, hizo Antonio uno de los más notables, el cual lo refieren los contemporáneos. Convencia Antonio con razones á un hereje, pero éste para no darse por vencido exclamó:

—No creeré en la presencia de Jesús en la Eucaristía si no lo demostrais con un milagro público. Y el milagro ha de ser este. Yo tengo una mula; la dejaré sin comer tres dias: al cabo de ellos la traeré á la plaza y delante de todo el mundo le pondré á su alcance avena y cebada. Vos saldréis al mismo tiempo con la Hostia, y si la mula en lugar de comer segun su apetito va y se arrodilla ante la Hostia creeré que en ella está el Señor de todo lo criado.

El reto parecia, no solo temerario, sino burlesco; pero Antonio, deseoso de ganar almas, lo aceptó. Hízose público en el acto, y la ansiedad de católicos y de herejes fué grandísima. Antonio pasó los tres dias orando. Al tercero el hereje retador acompañado de multitud de los suyos y llevando del ronzal á la famélica mula se presentó en la plaza. Todos los albigenses iban gozosos pensando burlarse grandemente de Antonio y de los fieles católicos, creyendo que ó no comparecerian ó serian derrotados por el bruto ignorante.

Antonio entre tanto celebraba la misa con gran fervor: al terminarla cogió con viva emocion la custodia, y poniendo en ella el Santísimo Sacramento salió á la plaza seguido y precedido del pueblo fiel que en fervorosa procesion iba escoltando al Rey de los Reyes y Señor de lo criado.

Colocóse Antonio frente al hereje, trajo éste á la mula, y puso ante ella un saco de avena y cebada; pero Antonio sereno y grave exclamó:

—En nombre de tu Creador, que á pesar de mi indignidad tengo realmente en mis manos, te digo, ó animal irracional, y te mando que vengas en el acto á hacerle la reverencia debida para que por esta señal los herejes pervertidos reconozcan que toda criatura debe someterse á su Creador, al cual el sacerdote toca diariamente en el altar.

El dueño de la mula en contestacion le puso un puñado de cebada en la boca, pero ¡oh prodigio! el animal, sin hacer caso del alimento que ansiaba, le volvió la cabeza, se arrodilló á los piés del Santo y permaneció inmóvil en esta actitud con gran asombro de católicos y herejes. La confusion de éstos al verse vencidos en la prueba pública que ellos habian escogido fué grandísima, y unos en el acto y otros despues se convirtieron.

Los trabajos apostólicos de Antonio en el Lemosin fueron divinamente recompensados antes de salir de dicho territorio. Jesús Niño se le apareció y le colmó de caricias descansando en aquellos brazos que tanto habian trabajado por su gloria.

LA CIENCIA INFUSA

SÁTIRA

En vano gritan los adustos sabios.
¿Quién hace caso ya de los sermones
Que eternos brotan de sus secos labios?

Encerraron la ciencia entre prisiones
Y en su antigua rutina pretendieron
Reducirla á sus áridas lecciones.

¡Ya los vetustos moldes se rompieron!
¡La ciencia libre por el aire vuela,
Y los más atrevidos la cogieron!

Entrar de pequeñito en una escuela,
Estudiar con un dómine más tarde,
Siempre sujeto á paternal tutela;

Hacer de aplicacion ímprobo alarde
Machacando pasados y supinos
Con obediencia tímida y cobarde;

Ir subiendo los ásperos caminos
Que conducen al templo de la ciencia
Entre librotes griegos y latinos;

Consumir la mitad de la existencia
En cargar de doctrina revesada
La independiente y libre inteligencia,

Para sacar al fin de la jornada
Que despues de trabajo tan penoso
Sabemos en conjunto poco ó nada;

¿Es ese el porvenir noble y glorioso
Á que la *ciencia histórica* nos lleva
Por camino tan árduo y laborioso?

¡Basta de esclavitud! la ciencia nueva
Se aparta de senderos tan prolijos
Y en salto colosal sube y se eleva.

Ya no hay sombras, ni dudas, ni escondrijos;
Cuando algo no sabemos, lo inventamos,
Y así llegamos á principios fijos.

Si nos estorba un hecho, le negamos;
Que la razon no admite tiranía
Y de dar ó tomar somos los amos.

Decir lo que se sabe es tontería.
¿Tiene mérito, acaso, el ir diciendo
Lo que en las aulas se aprendió algun dia?

Que un hombre meditando y aprendiendo
Pase los años y despues lo explique,
Cosa es que á cada paso estamos viendo.

Que sepa más el que mejor se aplique
Nada tiene de extraño; lo admirable
Es que todo se pese y se critique,

Sin que el brillante sabio que lo hable
Haya tenido tiempo de estudiarlo
Con calma fastidiosa y perdurable.

Basta para elegirlo y alabarlo
Que sea altisonante y campanudo,
Y despues arrogante declamarlo.

Sólo el talento adocenado y rudo
Necesita ir á paso de carreta
Para soltar el intrincado nudo.

Todo el que á sabio público se meta,
Si quiere ser un hombre extraordinario,
Procure no olvidar esta receta:

Tenga á mano ante todo el diccionario
De *síntesis, problema, objetivismo,*
Espíritu mezquino y rutinario,

Evolucion, progreso, transformismo.....
Mucha frase sonora, mucha audacia
Y mucha idolatría de sí mismo.

En saberlo aplicar está la gracia,
Y hay sabios á montones en el mundo
Que tienen ya probada su eficacia.

Llamar al adversario *sepo inmundo*
Y hablar de barro, podredumbre y cieno,
Es señal de filósofo profundo.

El decir que lo malo y que lo bueno
Sólo es cuestion de gustos, es indicio
De un corazon á la maldad ajeno.

Y da muestras de ser noble patricio
Quien acusa de déspota y tirano
Al que previene la maldad y el vicio.

Azotar á la Fe con dura mano
Es ir hácia adelante; que el progreso
Es renegar del nombre de cristiano.

El citar como autores de algun peso
Á Suarez, Balmes, Vives ó Granada,
Es dar prueba de estólido camueso.

Aquí lo que convence y lo que agrada
Es Tyndall, Buchner, Schlegel, nombres raros
Que dejen la garganta lastimada.

Son ya ramplones los autores claros
Que se entienden al pronto y sin afanes;
Los otros valen más, cuestan más caros.

Los nuestros son de frailes holgazanes
Que tienen que callar avergonzados
Donde están los ingleses y alemanes.

¡Estos son los sublimes resultados!
¡Estos son los brillantes resplandores
Que trae la ciencia nueva aparejados!

¡Todos en esta ciencia son doctores!
A todos trae la ciencia enaltecidos,
Todos son de la ciencia adoradores!

Los votos de la ciencia están cumplidos;
Todos en esta ciencia somos sabios,
Y por eso á la ciencia agradecidos
No se nos cae la ciencia de los labios.

CARLOS G. VERDUGO.

LA MASONERÍA Y LA PAZ

La Logia *Libertad*, Or.·. Lus.·. de Madrid, ha dirigido á todas las lógias ibéricas una alocucion para señalar los peligros que amenazan á las naciones, sobre cuya frente «materiales de destruccion, acumulados durante largo tiempo, se ven suspensos.»

Y añade:

«Mares, aire, tierra, van á abrirse traidoramente, arrojando llamaradas que consumirán ejércitos y ciudades. Las potencias sociales, colocadas para el sosten del órden universal, se han transformado en potencias infernales.»

Esto es hablar bien, y con retórica; pero aunque no toquen gran pito los mas.·. de Madrid, motivos tiene la mas.·. onería para conocer á las potencias infernales. Como que son de la propia casa.

Sin embargo (y sigue la logia Li.·. Or.·. Lus.·.) «los masones no pueden permanecer impasibles ante semejante espectáculo. Su ley es combatir el mal. Para eso ciñen espada...» La espada de Bernardo.

«Hay que acudir en auxilio de los pueblos amenazados por la guerra: que Italia no sufra los horrores de la destruccion, que no los sufra Francia, que no los sufra Alemania, ni Austria, ni Rusia: son nuestros hermanos, la patria del mason es el mundo.»

Tal es el lenguaje ampuloso y vano con que la masonería española, imitando á la milanesa y napolitana, pretende hacer que hace en favor de una paz que sólo ella amenaza turbar.

¿Ó no son radicales y masones los que en Italia y Francia acumulan los elementos en que se forma y condensa la tempestad amenazadora? ¿Y en España? ¿Por qué no menciona á España la Lógia madrileña? ¿Por qué no se habrá indignado contra los que en perpétua conspiracion trabajan por trastornarlo todo?

La Masonería, que se envanece de la parte principalísima que ha tenido en todos los horrores sociales perpetrados durante la última centu-

ria en todos los pueblos cultos, no tienen derecho alguno para hablar en favor de la paz, por ella constantemente turbada ó amenazada.

Precisamente en las lógias se proclama y jura una guerra interminable á dos cosas que subsisten y subsistirán siempre: á la religion católica y á la autoridad social; que no pueden dejar de existir mientras el mundo sea mundo. Es decir que la Masonería tiene proclamada y jurada una guerra perpétua. Y quien esto hace ¿se atreve á hablar de la paz?...

Pero, ya se ve; habló la Iglesia por boca de su augusto Jerarca Supremo, llamando á las naciones á la concordia y á confianza; ¿y qué habia de hacer la Masonería, *simia Ecclesiæ*, sino pretender remedarla?

Pero es el caso que mientras los ecos del Vaticano fueron escuchados y recogidos con admiracion y agradecimiento por gobiernos y pueblos las declamaciones insipientes de las lógias son tenidas por toda persona pensadora como ediciones de las «coplas de Calainos.»

Y no puede menos de ser así. Entre los dichos y los hechos de la Masonería, hija del libre-pensamiento, suele mediar de ordinario un abismo, y los mismos VV.·. HH.·. afiliados á distintas fracciones, saben el caso que deben hacerse unos á otros cuando no hay para todos asiento en el festin del presupuesto y en los estrados del poder. Además, el libre-pensamiento masónico, padre natural y láico del socialismo y la anarquía, no tiene autoridad alguna para predicar la paz, que es el órden, que es el respeto á las jerarquías, que es la resignacion en el dolor, como es la generosidad y la benevolencia, y la caridad en las altas cimas sociales ; ni gobiernos ni pueblos tienen, pues, por qué ni para qué dar oidos á la Masonería.

En cambio Leon XIII es acreedor, y no puede menos de serlo, á la atencion y respeto del universo mundo. Porque El habla en nombre de principios eternos, como la Verdad que los engendró, y su palabra, que es Verbo de Dios porque es voz de Cristo, se endereza, lo mismo á contener las brutales concupiscencias de las extraviadas muchedumbres que las irracionales demasías de los poderes tiránicos y opresores.

¿Qué mucho, pues, que hasta los que se dicen sus enemigos presten atencion á su palabra de vida, siquiera por instinto de conservacion?

En los tristes dias que se avecinan, cuando gobernantes y gobernados luchen y se despedacen, cuando intereses bastardos arrojen unas naciones contra otras, y del fondo de las sociedades revolucionarias se levanten los vapores malsanos y rojizos que, llenos de ódios de casta y de los apetitos desordenados de la locura hambrienta, descarguen sobre campos y ciudades el rayo asolador que todo lo conmueva y bambolee, no será, no, la Masonería quien pueda alzar el arco iris de las tormentas sociales: no será, nó, su mentido lema de *libertad* el que apacigüe venganzas y rencores; que por ser libres con sus riquezas se defenderán los poderosos, y por ser *libres é iguales* combatirán los pobres en infernal *fraternidad*.

MIGUEL EUGENIO CHEVREUL

La masonería ha sembrado vientos, y los pueblos por ella obcecados y pervertidos, sólo podrán cosechar tempestades.

Si no hay Dios, ni alma inmortal, ni vida futura con premios y castigos, natural es que aquí se luche sin tregua ni descanso por la posesion de todos los bienes de la vida, con todo género de armas y por toda clase de medios: desde la conjuracion á la dinamita, desde el secuestro hasta el petróleo.

¿Y pretenden detener los brazos los que han dicho á las inteligencias: Pensad segun vuestros antojos?

Pues si los hombres son libres para pensar, ¿cómo no han de ser libres para querer?

Y si son libres para querer, ¿quién ni con qué derecho podrá moralmente impedirles obrar segun su querer les impulse?

¿La Masonería predicando la paz? Pero ¡ba! estas son las circulares que se publican para seguir engañando á los tontos. Por bajo cuerda ya es otra cosa.

MISCELÁNEA

UNA ESCUELA LÁICA

La ciudad de Troyes está bajo el peso de una penosa emocion, por una série de escándalos descubiertos en la escuela láica de Santa Sabina, á consecuencia de los que ha sido destituida la Superiora y expulsadas más de 30 educandas.

No es de extrañar haya dado los frutos que puede producir la moral láica: la depravacion del corazon y la deshonra en las familias.

Esta escuela sin Dios tenia por objeto formar institutrices láicas que reemplazasen á las Religiosas en la educacion de la juventud.

Un lector del *Propagateur de la Champagne* preguntó á un periodista por qué no se aclaraban los hechos que habian dado lugar á esas medidas, y el periodista le contesta lo siguiente en su periódico:

«Estos hechos son de tal naturaleza, que es imposible que un periódico que se tenga en algo y que tenga en algo á sus lectores, los repita y hable de ellos.

Cuando hechos de esta índole se someten á la apreciacion de un tribunal, el ministerio público se levanta, y en interés de la moral pide se hable á puertas cerradas evacuándose la sala.

Puede comprenderse que en semejantes condiciones no podemos decir alto en un periódico lo que se dice bajo ante la justicia.

Baste decir que, bajo la direccion de una directora depravada hasta un extremo asqueroso, la escuela normal de señoritas se habia convertido en un lugar indecente donde tenian lugar las escenas más repugnantes. Y lo más grave de este asunto es que la directora se habia encargado de pervertir á los jóvenes que se le confiaban, enseñándolas una moral tan independiente, que las personas encargadas de las investigaciones no podian creerlo.»

LA EXPOSICION DE PARÍS

¿Qué es la revolucion francesa? El reconocimiento de la creacion sin Dios, de la ciencia sin Dios, del Gobierno sinDios y de todas sus consecuencias.

¿Qué significa la Exposicion de París? La glorificacion de la Revolucion que, al suprimir á Dios, eleva al hombre, reconociéndole derechos sin deberes, dominio arbitrario, justicia sin caridad, avaricia sin límites, y le da el egoismo por regla de moral.

LA SOBERANÍA DEL PAPA

El *Times* de Lóndres ha publicado un artículo importantísimo sobre las relaciones del Vaticano con la Italia y el mundo. Hé aquí algunas de sus palabras: «El Papado es una institucion tal, y tal es su máquina que si una de sus ruedas se para, no puede menos de sentir sus efectos toda la Cristiandad. En el mundo, ni protestante, ni ateo, ni católico, ni libre pensador, ni nadie puede contemplar un mínimo cambio en la posicion del Pontífice, sin quedar lastimado y conmovido, como si uno de los planetas del universo se parara en su carrera incesante... Desde los tiempos de Carlomagno, el Papa fué siempre Soberano. Reducirlo de la posicion que ha ocupado sin cesar en el mundo, á la de un simple ciudadano en un Estado en que la ley suprema es la voluntad del pueblo... es tal descendimiento que ningun coronado civil y menos el Papa lo aceptaria... Los que ven con buenos ojos esta transformacion pesimista no piensan en su gravedad y en las enormes consecuencias que pueden surgir para la Europa entera.»

SECCION RECREATIVA

CHARADA

Prima fué gran hacendista
y tomaba mucho *dos*,
tercia cuando tuve vista
y en latin la *cuarta* es Dios.
¡Cuánto infeliz muere en *todo*
de hambre y sin ver el oro!

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 14

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *tres* jugadas

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

ALPARGATA

ACERTIJO

EL PERIÓDICO

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

CONCILIO III DE TOLEDO

FECHA gloriosa y de imperecedero recuerdo la que festeja y conmemora en estos dias la España católica y tradicional. El dia 8 de Mayo del año 589 rebosaba Toledo de alegria. Prelados, nobles, guerreros y pueblo circulaban por sus calles. Todos dejaban presurosos sus viviendas para dirigirse al templo de Santa Leocadia, donde debia reunirse una imponente asamblea para celebrar un acto por todos esperado con alegría. El rey Flávio Recaredo dejaba tambien su palacio seguido de un brillante cortejo de nobles, y acompañado de la reina Bada, rodeada tambien de gran número de damas, y se dirigian en medio de oleadas de pueblo que vitoreaba á sus monarcas por engalanadas calles á la iglesia donde se hallaban reunidos esperando su llegada cinco metropolitanos y sesenta y cinco obispos con varios abades.

Tres dias de ayuno y rogativas fueron preparacion de un acto tan solemne, que habia de ser causa de la feliz transformacion de nuestra patria. Reunidos todos, el Rey, que era ya católico, quiso hacer pública abjuracion de sus errores arrianos y establecer la Religion católica como Religion de los españoles. Leida y firmada la abjuracion, y hecha completa profesion de fe por los monarcas, ocho obispos arrianos y varios magnates godos que profesaban los errores de esta secta firmaron igual profesion de fe y abjuracion de su herejía. Actos que fueron recibidos por los Padres del Concilio con grande aplauso y satisfaccion por resplandecer en ellos la piedad del Rey y de su Corte.

¿Qué tiene de particular un acto tan sencillo, que sus consecuencias se hagan sentir todavía trece siglos despues de haberse realizado, y que seguramente será objeto de conmemoracion en los siglos venideros por el pueblo español?

Pues tiene de particular que marca el ingreso de la nacion española en el gremio de la Iglesia, y señala el principio glorioso de la Unidad católica, joya preciada que ninguna nacion ha podido conservar como la nuestra. Católicos hubo en España, ciertamente, desde los principios de la Era cristiana,

como que pocos años despues de la muerte de Jesucristo, y viviendo todavía la Vírgen santísima, vino Santiago el Mayor á predicar el Evangelio y á reunir prosélitos, quienes fueron creciendo prodigiosamente, de modo que en las diversas persecuciones de los emperadores romanos pudieron ofrecer un contingente tan considerable de mártires, que hasta el nombre de Innumerables se ha dado á los que en Zaragoza derramaron su sangre por Jesucristo. Pero Santiago encontró á España hecha provincia romana, y, por consiguiente, durante la dominacion imperial España fué oficialmente pagana.

Vinieron en el siglo v á echar á los romanos los godos, los suevos, los vándalos y los alanos, que estuvieron en guerra intestina durante largo tiempo, habiendo traido cada pueblo su religion, ninguna de las cuales era la católica; hasta que quedando los godos, que eran arrianos, en predominio sobre los invasores, la nacion fué oficialmente arriana. Pero el verdadero pueblo español conservó y desarrolló cada dia más la fe católica, á pesar de todas las persecuciones y de todos los halagos que se emplearon para destruirla.

En esto influyeron dos causas que hemos de apuntar porque pueden servirnos de leccion para la época presente. Fueron estas la virtualidad de la fe católica, en virtud de la cual es imposible desarraigarla por completo, y mucho menos definitivamente, de aquellos pueblos en que ha penetrado, sobre todo cuando, como en España, hay una promesa divina hecha por la Vírgen María en persona desde el Pilar de Zaragoza, de que vivirá siempre en nuestro suelo; y el odio ó antipatía que el invasor inspiraba á los españoles por el orgullo y opresion con que los trataba, áun sin ser cruel con ellos.

Por esto el clero católico fué conservando y extendiendo la fe de Cristo entre el pueblo hasta que llegó un momento en que la monarquía, sintiéndose débil en oposicion con las creencias y aspiraciones de sus súbditos, tuvo que ceder ante la corriente popular y purificar su corrompida Corte con la savia de la verdad y de las virtudes católicas.

Quince monarcas godos habian desde la invasion reinado en España en el corto espacio de 170 años, y de estos quince reyes diez fueron muertos violentamente, de ellos siete asesinados, y sólo cinco murieron de muerte natural. Este solo dato acusa ya un estado de descomposicion en el pueblo godo, que era el que ejercia el poder, que exigia ó una regeneracion moral ó su desaparicion.

Dios quiso que fuera lo primero, y que los grandes obispos san Leandro, san Fulgencio, Mausona, el abad Eutropio, san Isidoro y otros, hombres ilustres que concedió á España en aquella época, prepararan el triunfo del Catolicismo; triunfo que fué como fruto de la sangre generosa del mártir san Hermenegildo, quien lavó con ella la mancha de indignidad de los reyes que le precedieron y mereció á su hermano el gran beneficio de la conversion, y á España los bienes inmensos que de aquel triunfo reportó.

El Catolicismo hizo propiamente á España nacion, formó su independencia y le ha dado personalidad. Hasta la época de Recaredo España habia pertenecido siempre al extranjero. Romana fué hasta la invasion de los bárbaros, y goda permaneció hasta que en el III Concilio de Toledo, al abrazar los godos la Religion de los españoles, se fundieron las dos razas, la invasora y la nacional, absorbiendo esta á aquella, y pudiendo desde entonces decir que los reyes que la gobernaron eran españoles.

Si alguna tentativa quisieron hacer los últimos monarcas de raza goda para volver á dividir estas razas y resucitar el arrianismo, entregándose á viles excesos propios de las tradiciones de sus caudillos; en esta odiosa tentativa encontraron su castigo, pues ocasionó la entrega de España á los mahometanos, hecha por los mismos degradados godos, y la desaparicion de su poder.

Si la monarquía goda no hubiese sido católica, Pelayo no habria encontrado pueblo que le ayudara á resistir el último empuje de los mahometanos para apoderarse de toda la nacion. Sólo estando unidos por una misma fe, y al grito de «¡Dios lo quiere!» dado por el caudillo que enarbolaba la cruz en una mano y la espada en la otra, y rodeado de obispos que oraban, encendian los pechos y blandian las armas, todo á un tiempo, pudo iniciarse y extenderse una reconquista tan colosal que costó siete siglos de lucha para ser terminada.

La unidad de fe, de religion, es lo único que se ha conservado de la obra de Recaredo y lo que ha bastado para perpetuar la nacionalidad española á través de tantas vicisitudes como las que ha experimentado.

La unidad de la patria ha sido varias veces y por largas épocas destruida. El principio monárquico tambien ha sufrido diversas modificaciones y fraccionamientos: y ni uno ni otro sentimiento habrian bastado para sostener nuestra independencia y nacionalidad.

A haber habido algun emperador ó califa musulman, uno de los Abderramanes, por ejemplo, que hubiese imitado á Recaredo abrazando el catolicismo, hoy España probablemente seria todavía la España árabe, y se habrian fundido en una las dos razas consolidando la invasora su dominacion, como sucedió con la goda hasta que se corrompió.

Tambien seria hoy árabe España si en lugar de convertirse Recaredo, los españoles hubiesen poco á poco ido cayendo en el arrianismo ó abandonando de cualquier manera posteriormente la fe católica.

Buena muestra de ello nos está dando el Imperio turco, establecido todavía en Europa á despecho de naciones poderosas que han tratado y tratan aún de arrojarlo de ella. ¿Y por qué subsiste aún? Pues, porque en lugar de encontrar á pueblos entusiastas por la fe católica y antipáticos á todo error que quiera destruirla ó alterarla, los árabes encontraron á pueblos cismáticos, á nacionalidades debilitadas por el error religioso, cuyos jefes espirituales son los jefes civiles, los cuales si ponen un fusil en la mano para luchar contra sus enemigos, no encienden su corazon en el amor de Dios, ni les inspiran esos sacrificios que se sostienen sin desaliento por espacio de más de 700 años en la España católica, que se repiten cuantas veces llega una invasion amenazando estas creencias, y que se reproducirán constantemente.

Constantinopla pertenece todavía á los mahometanos, y España hace ya cerca de cuatro siglos que los arrojó de su suelo. Lo que sucede con Turquía habria pasado con mucha más razon en nuestra Península, á no existir el sentimiento religioso que rechazó su yugo, bien suave y tentador en las épocas esplendorosas del califato de Córdoba y del reino de Granada.

Ahora bien: los ejemplos de lo pasado son lecciones para lo que ha de venir.

España es presa hoy de una invasion que la humilla, la empobrece y la deshonra, de una invasion que destroza su fe, corrompe las costumbres y pugna con sus sentimientos católicos. Esta invasion es la del liberalismo, la del error moderno.

Este pudo penetrar disfrazado de progreso y de reforma meramente política; pero desde el momento en que marcó ostensiblemente su carácter religioso, se encontró como en tiempos de Leovigildo, de Pelayo, de toda la Reconquista y de Napoleon I, con la protesta del pueblo, que se levantó en armas para rechazar el error hasta arrojarlo de nuestro suelo.

Esto hizo recientemente desde 1833 á 1840, y repitió en 1848 y en 1859 y en 1869 y desde 1872 á 1875.

Y si el error no ha sido arrojado aún de nuestra patria está vencido. Su fin es cuestion de tiempo, pues lleva en el corazon la herida de su descrédito y de su malignidad. El pueblo español, lejos de transigir con él, lo detestará cada dia más. Y cuando un pueblo suspira por una idea grande, y es constante y valeroso, llega á verla realizada.

Como desaparecieron de España el arrianismo, el maho-

metismo, el judaismo y el jansenismo, desaparecerá tambien el liberalismo, y volverá á triunfar la ley de Jesucristo en todas las manifestaciones del espíritu nacional.

Toda opresion es dura: el liberalismo oprime porque ocupa el mando y tiene que violentar la voluntad nacional para sostenerse. Y todo lo que es duro y violento, como que es contra naturaleza, ha de concluir.

Véase, pues, con cuánta razon llamamos fecha gloriosa á la que conmemoramos.

Es gloriosa porque recuerda el acto más importante y trascendental de nuestra historia: el de nuestro nacimiento á la vida nacional, el de la union de España con Jesucristo.

Y es gloriosa tambien porque es nuestra única esperanza. La España que hizo Recaredo en el III Concilio toledano subsiste hoy, entera, vigorosa, purificada, vencedora hasta aquí de todos los enemigos de su fe católica. Dios está con ella de una manera visible. Y esta España triunfará de sus invasores de hoy, como ha triunfado de sus invasores, más fuertes y poderosos, de otros tiempos.

L. M. de Ll.

RECAREDO

RECAREDO es la primera de las majestuosas figuras que honran á la España monárquica.

Con él comienza la época de grandeza de la monarquía visigoda, y fué el primer rey de España que llevó el glorioso título de Católico.

Hizo pública y solemne abjuracion del arrianismo y abrazó con entusiasmo la fé católica, estableciendo los fundamentos de la Unidad religiosa que ha sido la gloria y la verdadera fuerza social de nuestra nacion.

Militar valiente y experimentado, ya en vida de su padre defendió contra los francos la Galia Narbonense y rechazó al enemigo: siendo ya Rey venció por dos veces á Gundemaro y derrotó á los orientales que aún poseian algunas plazas en la Península: su tacto político está demostrado en las negociaciones que celebró con el franco Childerico y en el modo prudente que tuvo en atraer al Catolicismo á su pueblo.

Mandó quemar los libros de los arrianos. Reformó las costumbres y fué el primero en dar buen ejemplo. (Saavedra: *Corona Gótica*, t. II, pág. 6).

Eligió varones de gran piedad y doctrina para las mitras y dignidades eclesiásticas. (*Saavedra*).

Venció á los condes Fronista y Vildigerno en la rebelion armada con que gran número de arrianos turbaron el sosiego público de España. (Mariana: *Historia de España*, lib. V, cap. XIV.—Baronio: *Anales*, año 585, n. 11).

Venció á Desiderio, general de Guntrando, rey de la Galia Gótica, en la célebre batalla de Carcasona. (Gregorio Turonense: *Historia Franc.*, lib. VIII, cap. XLV.—Mariana: *Historia de España*, lib. V, cap. XIV).

Venció al general Boso y á Austrobaldo en la memorable batalla en que 300 españoles vencieron á 60,000 franceses. (San Isidoro: *Chronica Gothorum*, Era 595.—Rodrigo Toledano: *De Rebus Hispaniæ*, lib. II, cap. XV).

Promovió la celebracion de varios Concilios.

Arrojó de España todos los restos de la dominacion romana y redujo á su obediencia á los navarros. (San Isidoro: *Chron. Goth.*—Rodrigo de Toledo: *De reb. Hispan.*, lib. II, cap. XV).

Conservó en paz las provincias que su padre adquirió con la guerra, las concertó con equidad, las gobernó con moderacion. Fué suave, benigno, de excelente bondad, y tuvo tanta gracia en su semblante, y mostró en su ánimo tan grande benignidad, que influyendo en todos los corazones, consiguió atraer aun á los malos á su amor y afecto. Fué tan liberal, que restituyó á sus legítimos dueños los bienes que su padre arrebató á la Iglesia y á los particulares. A tal punto llegó su clemencia, que con liberalidad disminuyó ó condonó los tributos impuestos al pueblo. Reservó sus riquezas para los menesterosos, sus tesoros para los pobres. (San Isidoro: *Chronica Gothorum*).

Excluyó á todos los herejes, no solo de los destinos y empleos públicos, sino tambien del servicio militar.

Redujo á su obediencia y al Catolicismo á todos los suevos, que se habian pervertido en gran número.

Exterminó la herejía hasta en la Galia Narbonense, que pertenecía á sus dominios. (Berault-Bercastel: *Historia Eclesiástica*, t. IV, pág. 214).

Fué amigo de la justicia, edificó muchos monasterios y templos y restituyó á otros los bienes que su padre les quitó. (Salazar de Mendoza: *Monarquia de España*, t. I, pág. 70).

Estaba dotado de suma prudencia: era altivo para reprimir á los soberbios: mostrábase tan amable con sus efusiones de caridad, que nunca negó cosa alguna á quien por caridad se la pidiera. (*Bolandistas*).

Puso en buen órden y estilo las leyes de sus antecesores enmendándolas y quitando lo superfluo, y fué tal en todas sus acciones que con mucha razon se precian los Reyes de España de proceder de él hasta el rey D. Felipe III.

VISION

...Pensando en el Centenario de la Unidad católica, tt en el esfuerzo que puso ante mi la fantasía á un varon de raza septentrional, de noble apostura, con expresion afable y de triunfo; que alentado con pompa sobrana y en lugar eminente a firmaba sobre el leon enfrenado la autoridad de la santa fe romana, que disipaba las tinieblas, proclamando el acontecimiento la sonora y agranda voz de las trompetas, y dando las gracias al Altísimo el santo Prelado consigtero del Monarca visigodo... Y la mano (como pudo) trazó algo de la Vision sobre un papel. — R.

SAN HERMENEGILDO

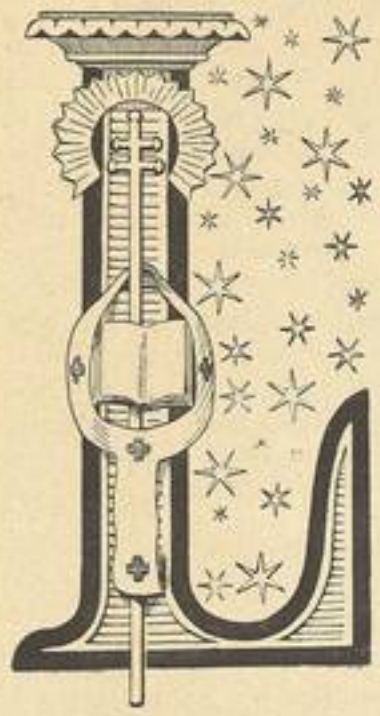
HERMENEGILDO, príncipe de España y mártir glorioso, fue hijo de Leovigildo, godo, y hereje arriano, rey de España, el cual tuvo dos hijos: á Hermenegildo, que era el mayor, y príncipe y heredero del reino, y como á tal le dió el título de rey; y á Recaredo, que por muerte de Hermenegildo, su hermano, sucedió en el reino. Criáronse estos dos príncipes con la leche ponzoñosa de la herejía arriana que tenia su padre y los godos habian traido á España, hasta que habiendo crecido Hermenegildo en edad y discrecion, conoció su engaño, y alumbrado del Señor y enseñado de san Leandro arzobispo de Sevilla, se convirtió con entero corazon á la santa fe católica, detestando la herejía. Entendieron esto los católicos, que ya habia muchos en España, y aficionáronse extrañamente á Hermenegildo, no sólo como á su príncipe, sino tambien como á caudillo y defensor valeroso de la fe católica, por cuyo medio pensaban que podrian prevalecer y librarse de la tiranía de los herejes arrianos y del mismo rey Leovigildo, que cruelmente los perseguia. Hubo entre el rey Leovigildo y el príncipe, su hijo, algunos debates y diferencias, al principio mansamente, y despues con rompimiento de guerra; porque el rey, á más de querer sustentar en el reino su falsa creencia y error, temió que por este camino su hijo se apoderaría del reino y le desposeería. Y el príncipe Hermenegildo, como conocia la verdadera y pura religion católica, juzgaba que estaba obligado á ampararla, y si fuese menester, morir por ella: y así en una carta que escribió á su padre, le dice estas palabras: «Si os enojais porque sin vuestro parecer he osado trocar religion, yo os suplico que me deis licencia para tener justa pena, por ver que aún no me concedeis que yo tenga más cuenta de mi salvacion que con las otras cosas de esta vida. Y sabed que estoy aparejado, si fuere menester, á dar la sangre y la vida por mi alma, porque no es justo que el padre carnal pueda más que Dios, ni que tenga más fuerza con su hijo que la propia conciencia.» Finalmente, despues de muchos trances que pasaron entre el padre y el hijo, faltándole á Hermenegildo los socorros que aguardaba de fuera de España, y la lealtad, celo y calor de los que en ella le seguian, vino á manos de su padre, el cual, preso y aherrojado le hizo llevar á Sevilla y ponerle en una torre, donde por mandato de su mismo padre fué martirizado por Cristo de la manera que san Gregorio escribe en el libro de sus *Diálogos:*

«Hermenegildo, dice, rey é hijo de Leovigildo, rey de los visigodos, por persuasion de Leandro, arzobispo de Sevilla, dejó la secta arriana y se convirtió á la fe católica, lo cual sabido por su padre, procuró de reducir á su hijo á la herejía, que habia dejado, con grandes promesas y amenazas: mas el santo mozo estuvo fuerte y constante, y respondió que por ninguna cosa dejaria aquella fe y religion, que una vez habia conocido por verdadera y tomado. Por lo cual el padre le privó del reino y le despojó de todos los bienes que tenia. Y como esto no bastase para ablandar y vencer aquel pecho fuerte de Hermenegildo, mandóle poner en una estrecha cárcel, y cargarle de hierros y cadenas. Estando en la cárcel el santo mozo, comenzó á tener en poco el reino de la tierra y á desear mucho el del cielo; y para alcanzarle, no contentándose con las prisiones y penas que sufria, se vistió del cilicio, haciendo continuamente oracion al Señor, suplicándole que le diese esfuerzo para pasar con alegría aquellas persecuciones y trabajos que padecia, menospreciando la gloria vana y transitoria del mundo con ánimo igual al conocimiento que él le habia dado de cuán nada era todo lo que habia perdido y su padre le habia podido quitar. Vino la festividad de la Pascua, y aquella noche el pérfido rey Leovigildo envió un obispo arriano á la carcel para que su hijo recibiese la comunion del sacratísimo cuerpo de Cristo de la mano sacrílega de aquel hereje, prometiéndole, si lo aceptaba, de admitirle en su gracia. El santo mozo, aunque estaba atado y afligido en el cuerpo, estaba libre y despierto en el alma; y estimando en más la gracia de Dios que la de su padre, echó de sí al obispo arriano reprendiéndole y diciéndole las palabras que merecia oir. Cuando el padre supo lo que habia pasado al obispo con su hijo, salió de sí, y arrebatado de la saña y furor envió sus soldados y ministros para que allí donde estaba le matasen, y así se hizo; porque entrando en la cárcel le dieron un golpe con una hacha en su santo cerebro, y le quitaron la vida corporal que el mismo santo con tanta constancia habia menospreciado. Mas para mostrar la gloria de su martirio hizo Dios algunos milagros, porque en el silencio de la noche se oyó una música celestial sobre el cuerpo del rey y santo mártir, que por serlo fue verdaderamente rey. Y tambien se dice que aparecieron muchas lumbres encendidas sobre el mismo cuerpo, entendiendo los fieles por estas señales que debian reverenciarle como á cuerpo de mártir glorioso...»

Todo esto es de san Gregorio, el cual atribuye la conversion del rey Recaredo á la fe católica, y la de todo su reino, que se hizo en el tercer Concilio toledano, á la sangre y merecimientos de san Hermenegildo.

(P. Ribadeneira).

SAN LEANDRO



EANDRO, arzobispo de Sevilla, fué hijo de Severiano, hombre principal y de gran linaje en Cartagena. Tuvo por hermanos á Fulgencio, obispo de Ecija, á Isidoro, que le sucedió en la iglesia de Sevilla, y á Florentina, abadesa, madre y maestra de muchas monjas y vírgenes dedicadas al Señor. Todos los hermanos fueron santos, y por tales los celebra la Iglesia católica; y san Leandro, que era el mayor de todos, santísimo. Desde niño se dió á la virtud y letras, y fué varon en su tiempo tenido por de grande elocuencia, y de tan buenas razones y tan eficaces, que fácilmente persuadia lo que queria. Dió libelo de repudio al mundo y á sus gustos y vanidades, tomando el hábito de san Benito en un monasterio de Sevilla, donde resplandeció tanto con su santa vida y doctrina, que siendo muerto el arzobispo de aquella ciudad, por comun consentimiento de los eclesiásticos y seglares, fué puesto en aquella dignidad, en la cual hizo oficio de santísimo y vigilantísimo pastor, con grande entereza y maravillosa prudencia y solícito cuidado. Reinaba en aquella sazon en España Leovigildo, rey godo y hereje arriano y enemigo de los católicos, los cuales á esta sazon eran maltratados y afligidos, y los arrianos favorecidos; y muchos por sus propios intereses, y otros por su ceguedad y engaño, andaban descarriados é inficionados de la herejía. Y el santo prelado Leandro, aunque acudia á todas las partes necesarias, pero particularmente se desvelaba y ponia más cuidado en confirmar á los católicos en la fe verdadera, y resistir á los herejes y alumbrarlos y reducirlos á nuestra santa religion; y así, con su grande espíritu, letras y buena industria, favorecido del Señor, sacó de las tinieblas y errores á muchos arrianos, y de esclavos de Satanás los hizo hijos de la Iglesia católica.

Hubo entre el rey Leovigildo y el príncipe de España Hermenegildo, su hijo, muchos y muy grandes disgustos y contiendas por causa de la religion; porque el príncipe, por inspiracion de Dios, y por consejo y persuasion de san Leandro, habia dejado la secta arriana y declarádose por fiel católico, con determinacion de morir por ello si fuese menester; lo cual llevaba mal el rey su padre. Vino el negocio á tanto rompimiento, que el reino se dividió en dos bandos, de católicos y herejes: los católicos seguian al príncipe como á su caudillo y cabeza, y los herejes á Leovigildo como á su rey y señor. Los católicos, aunque eran muchos y tenian mejor causa, eran menos poderosos y no podian contrastar con la potencia del tirano rey. Para buscar fuera del reino las fuerzas que no tenian en él, enviaron á san Leandro á Constantinopla á suplicar al emperador Tiberio, que era católico, que favoreciese la causa de los católicos y les enviase á España algun buen número de soldados para resistir á los herejes arrianos y defender la causa del Señor. Hizo san Leandro esta jornada tan larga y tan trabajosa, por no faltar un punto á negocio tan importante y tan deseado, y pedido del príncipe Hermenegildo y de todos los fieles de España. Llegado á Constantinopla, tuvo allí amistad con san Gregorio, que despues fué Papa, y á la sazon era diácono cardenal y legado de Pelagio II, su predecesor, de quien habia sido enviado al mismo emperador Tiberio por algunos negocios universales de la santa Iglesia. Y como san Gregorio y san Leandro, en la vida y en la doctrina y en sus intentos eran tan parecidos y tan santos, trabaron una estrecha y hermanable amistad entre sí, que les duró toda la vida, como adelante se dirá. No pudo el emperador Tiberio enviar á España en favor de los católicos todas las fuerzas que eran menester, aunque se entiende que envió algunas; y así, para esto fué de poco efecto la ida de san Leandro á Constantinopla, en donde se halló en un concilio de Obispos que se celebraba en aquella ciudad. Volvió á España el santo prelado, y la guerra entre el rey Leovigildo y el príncipe Hermenegildo, su hijo, se encendió más y llegó á tal extremo, que desamparado el príncipe de los suyos y vendido de los soldados romanos, vino á manos de su padre, que le encarceló y cargó de duras prisiones, y finalmente le hizo matar por no haber querido el dia de Pascua comulgar por mano de un obispo arriano, que su padre le habia enviado á la cárcel. De esta manera el glorioso príncipe fué coronado de martirio por nuestra santa fe católica, como lo decimos en su vida, á los 13 de Abril. Quedó el cruel padre muy contento con la muerte de su hijo, por parecerle que se habia vengado de él, y asegurado su reino y su falsa religion, quitando á los católicos tan principal capitan y cabeza, y habiéndolos amedrentado con tan riguroso castigo de su propio hijo. Pero como el mal siempre crece y un pecado trae á otro, no se contentó el rey con lo que habia hecho, antes comenzó á perseguir con mayor furia y braveza á la Iglesia católica, y maltratar y desterrar de España á los obispos y prelados santos que la defendian, y entre ellos principalmente á san Leandro y san Fulgencio, su hermano, como personas tan eminentes y que habian favorecido al príncipe su hijo. Apoderóse el avariento rey de las rentas de las iglesias, sin alguna resistencia; derogó los privilegios de los eclesiásticos, y dió la muerte á muchos hombres principales, de cuyos bienes enriqueció el patrimonio real. Siendo, pues, desterrado de España el santo pontífice Leandro, no por eso dejó las armas ni de pelear contra los arrianos, como soldado valeroso del Señor. Escribió dos libros contra sus errores, é hízolos publicar por España; y otro en que responde á sus objeciones.

No se olvidó nuestro Señor en este tiempo de su Iglesia; antes por los merecimientos y por la sangre de su glorioso mártir san Hermenegildo, que habia antes querido perder el reino y la vida que no su fe, cuando la tempestad estaba en su punto, y más brava y furiosa, y parecia que habia de durar, mandó cesar á los vientos, y sosegarse el mar, y serenarse el cielo, y convertirse en bonanza y tranquilidad aquella horrible y espantosa tormenta. Comenzó el rey Leovigildo á reconocer su pecado y la crueldad con que le habia quitado la vida á su hijo primogénito y heredero de su reino. Para lo cual (entre otras cosas) le ayudaron algunos milagros que nuestro Señor obró en aquel mismo tiempo, así cerca del cuerpo del santo mártir, como en otras cosas, en testimonio de la verdad de la fe católica. Ayudóle tambien una enfermedad que le dió, de la cual falleció en Toledo el año 886. Y hay autores que afirman que al fin de la vida, estando en la cama enfermo sin esperanza de salud, abjuró la impiedad arriana y volvió su ánimo á la verdad católica, y que en particular con Recaredo, su hijo y sucesor, trató cosas en su favor, encar-

gándole que tuviese en lugar de padres á Leandro y Fulgencio, á los cuales mandó en su testamento alzar el destierro. Y aun san Gregorio Magno refiere que antes que muriese, encargó mucho á san Leandro (que debió de venir á esta sazon), que tuviese gran cuidado de Recaredo su hijo, para que fuese semejante á Hermenegildo su hermano. Pero añade san Gregorio, que el rey, por acomodarse al tiempo y por miedo de sus vasallos, no abrazó la verdad católica con las obras, como la conocia con el corazon: y así murió sin esperanza de salud.

Con esta amonestacion, que el rey su padre hizo al rey Recaredo, él, alentado con el espíritu del cielo, que el Señor le enviaba por intercesion de su hermano Hermenegildo, se entregó á san Leandro, de manera que en las cosas públicas y particulares se gobernaba por su parecer, y especialmente en las que tocaban á la salud de su alma y á la verdad de nuestra santa fe; la cual, imitando más á la piedad de su hermano que á la perfidia de su padre, abrazó con tanta sinceridad y afecto, que no solamente él se hizo católico, sino que procuró que lo fuese todo su reino, y que la nacion de los godos, que hasta allí habia estado inficionada con su pestilencia de la herejía arriana, toda se convirtiese, y viese y siguiese la luz de la religion católica. Para esto, por consejo de san Leandro, hizo juntar un concilio nacional, que fué el tercero toledano, en el cual se halló san Leandro y aun presidió en él (como dice san Isidoro su hermano, Lúcas de Tuy y el cardenal Baronio), como legado de la Sede Apostólica. El Concilio se celebró con gran paz y conformidad, y el Rey se mostró piadosísimo y celosísimo de la fe católica; la cual abrazaron universalmente todos los obispos, grandes del reino y señores godos; y san Leandro hizo una grave, docta y elegante oracion, alabando á nuestro Señor por las mercedes que habia hecho aquel dia á toda aquella nacion, al reino de España y á toda su Iglesia católica, en haber traido á su gremio y puerto de salud á tantos hijos perdidos y sumidos en el abismo de sus errores, y declarando las causas que habia de alegría y júbilo de su corazon, y juntamente que siempre la santa Iglesia creció con trabajos y persecuciones, y que despues de la tempestad se sigue la bonanza, y tras de la noche viene el dia. Y fué tanto lo que san Leandro trabajó en este negocio tan importante y de tanta gloria de Dios, que mereció por esta conversion ser llamado apóstol de los godos, y san Gregorio Papa le escribe una carta dándole el parabien de tan dichoso y feliz suceso, en la cual declara el gozo incomparable que habia recibido, porque el rey Recaredo se hubiese tan de veras convertido á nuestra santa religion, y le encarga que le amoneste y exhorte á mostrar con la santa vida la santa fe que habia recibido y profesaba. Porque, como dijimos arriba, entre estos dos santísimos varones, Gregorio y Leandro, puso nuestro Señor un amor muy entrañable, y una amistad digna de tan altos é insignes varones; la cual comenzó en Constantinopla, en donde la primera vez se conocieron; y se trabó entre ellos de manera, que á peticion de san Leandro, san Gregorio escribió los libros admirables de los *Morales sobre Job*, y los dedicó y envió al mismo san Leandro... Y tambien le envió un libro que llamó *Pastoral*, y en el principio de su pontificado habia escrito á Juan, obispo de Ravéna. Y se escribian entre sí muchas veces amigablemente, y de las mismas epístolas que le escribe san Gregorio, se saca bien la estima que tenia de la santidad y persona de san Leandro; porque en una de ellas le dice estas palabras: «Recibí la epístola de vuestra santidad, escrita con la pluma de la caridad. Del corazon tomó la lengua lo que escribió con la pluma. Estaban presentes cuando se leyó vuestra carta algunos varones buenos y sabios, y comenzaron luego á enternecerse y compungirse en solo oirla leer, y cada uno con amor y afeccion os ponia en su corazon, porque le parecia no oir, sino ver la dulzura del vuestro. Todos se encendian y cada uno se maravillaba, y en el fuego de los oyentes se mostraban bien las llamas que ardian en el pecho del que hablaba; porque ninguno puede inflamar á otro si él no arde primero en sí. Y de aquí sacamos cuán grande haya sido vuestra caridad, pues pudo emprender tan gran fuego en los otros. No conocian vuestra vida, de la cual yo siempre me acuerdo con gran veneracion: mas la alteza de vuestro corazon muy bien se echaba de ver en la humildad de vuestras palabras.» Todo esto es de san Gregorio, escribiendo á san Leandro, al cual envió el palio; y aun comunmente se dice (y debe ser así), que le envió una imágen de Nuestra Señora, y que es la que en Guadalupe es tenida en tanta reverencia, y frecuentada del concurso de tantas gentes que vienen en romería á aquella santa casa, para hacer gracias al Señor por las continuas mercedes que por intercesion de su benditísima Madre reciben.

...Habiendo, pues, san Leandro dado tan bienaventurado fin á un negocio de tanta entidad, como fué la conversion á nuestra santa fe de los godos, y órden y concierto para la reformacion de las iglesias, se fué á la suya de Sevilla para atender al gobierno de ella y aparejarse á morir, y dar cuenta del rebaño que el Señor le habia encomendado. Estando en ella, y haciendo oficio de santo prelado, afligiendo su cuerpo con ayunos y penitencias, regalando su espíritu con la oracion y estudio de la sagrada Escritura, remediando los pobres, encaminando á los ricos, y exhortando á todos á la virtud, siendo ya de ochenta ó más años, y queriéndole nuestro Señor dar el premio de sus grandes y fructuosos trabajos, le vino una enfermedad, de la cual murió á los 13 de Marzo, por los años del Señor de 603.

(P. Ribadeneira).

LA CONVERSION DE LOS GODOS EN EL REINADO DE RECAREDO

ODA

Cantemos al Señor. Desde la cumbre
Del alzado Pirene
Hasta el remoto mar, donde la lumbre
Del claro sol á sepultarse viene,
Al Hijo sacrosanto
Se exhala ya de adoracion el canto.
¡Pueblo feliz! Anuncia á las naciones
Que en el sagrado leño
Reina el Dios del amor: los corazones
Ya reconocen su triunfante Dueño;
Y el pérfido arriano
La antorcha funeral agita en vano.
Que asaz gimió la Iberia esclavizada
Bajo su yugo impío:
La blasfemia en el solio coronada,
Ambiciosa de infando señorío,
Émula del Averno
Presumió destronar al Verbo eterno,
Y el nombre divinal, salud del mundo,
De los labios mortales
Por siempre desterrar: bramó el profundo:
Lanzáronse las huestes infernales:
Gimió el orbe admirado
De verse en el error encadenado.
¡Cuánta sangre vertió! ¡Cuántas crueldades
En el hispano suelo
Su oprobio irán diciendo á las edades!
Tú, víctima Real, del justo cielo
Impetraste ferviente
La libertad de la española gente.
Habló el Inmenso, y cual la ardiente llama
Con ímpetu devora
La seca arista y la marchita rama
Que el Agosto sediento descolora,
El súbito castigo
Así desciende al bárbaro enemigo.
La santa Fé coloca Recaredo
Sobre el augusto solio;
Y alegre mira la imperial Toledo
Enlazarse por siempre al Capitolio
Su iglesia venerada,
Con sangre de mil Mártires regada.
Entre el cántico dulce de alegría
El inspirado acento
Alzó Leandro, de los fieles guía:
El que domó con celestial aliento
Al tirano sañudo,
Siendo, divina Fe, tu firme escudo.
Y dice: «¡Para siempre el monstruo impío,
Oh venturosa España,
Ya para siempre huyó! Del Bóreas frío
Los tristes golfos proburán su saña,
Y el pueblo del Oriente
Con su necio saber vano y demente.
Sí, impura Grecia, sí, tus pabellones
Para el vicio adornaste:
En sutiles y gárrulas cuestiones
La ley sencilla del Señor trocaste;
La esclavitud más fea
Y gárrula impiedad tu suerte sea.
Mas tú, español, la Religión sagrada
Conservarás, que hoy brilla,
A este suelo feliz. Si miro alzada
Sobre tu cuello incógnita cuchilla,
Confesarás muriendo
La ley que defendiste combatiendo.
¡Cuántos siglos de lid! Mas ¡cuán brillante
Te aguarda la victoria!
A tu cetro y tu fe la más distante
Nacion vendrá, llamada de tu gloria:
Tu inmensa monarquía
El círculo verá de todo el dia.
Será un tiempo que lleve el fuerte hispano
Los lindes de las tierras
A las playas del último oceano;
Y fije en nuevas y encumbradas sierras,
Sepulcro de la aurora,
Del Hombre Dios la insignia vencedora.
Este es el premio que á tu fe constante
Reserva el justo cielo.»
Dijo Leandro: el Tajo ondisonante,
Al resbalar por el florido suelo,
Suspendió blandamente
De sus doradas aguas la corriente.

Lista.

PROFESION DE FE

HECHA POR RECAREDO EN EL TERCER CONCILIO TOLEDANO

Aunque el Señor Dios omnipotente nos otorgó, en provecho de los pueblos, que subiésemos á la cumbre del trono, y encomendó á nuestro real cuidado el gobierno de numerosas gentes; tenemos, con todo, muy presente que estamos sujetos á la condicion de los demás mortales, y que no de otra manera podemos merecer la bienaventuranza futura, que dándonos de corazon al culto de la verdadera fe, y procurando de agradar á nuestro Criador, siquiera con la confesion debida á su Majestad.

Por esto, cuanto en la gloria y dignidad real hacemos ventaja á los demás, tanto es mayor nuestra obligacion de proveer á las cosas divinas, y afianzar así nuestra esperanza y mirar por las gentes que Dios nos ha encomendado. Y ¿qué podemos nosotros dar á la Omnipotencia divina por tantos beneficios como nos hace, cuando todas las cosas son suyas y no necesita de ninguno de nuestros bienes, sino creer en ella con toda devocion, como quiso ser entendida por medio de las Sagradas Escrituras, y como mandó que se la creyese? Esto es, que confesemos que el Padre fué quien de su sustancia engendró al Hijo coigual á Él y coeterno, y no que Él mismo haya sido el nacido y el engendrador, sino que sea distinta la persona del Padre que engendró de la del Hijo que fué engendrado, y que, sin embargo, ambos subsisten por la divinidad de una sola sustancia.

El Padre es del que procede el Hijo, pero el mismo no procede de nadie; él Hijo, el que tiene padre; pero sin principio y sin diminucion subsiste en aquella divinidad en que es coigual y coeterno al Padre: igualmente debemos confesar y predicar que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que es de una misma sustancia con el Padre y con el Hijo; que es en la Trinidad la tercera persona el Espíritu Santo, la cual, sin embargo, tiene la misma esencia de divinidad con el Padre y con el Hijo, y esta santa Trinidad es un solo Dios Padre é Hijo y Espíritu Santo, por cuya bondad, aunque toda criatura haya sido creada buena, sin embargo, mediante haber tomado forma humana el Hijo volvemos de la raza condenada á la antigua beatitud. Pero así como es indicio de la verdadera salvacion convenir en que la Trinidad

está en la unidad, y la unidad en la Trinidad, del mismo modo se dará una prueba de consumada justicia si sostenemos una misma fe dentro de la universal Iglesia, y guardamos los apostólicos preceptos apoyados en apostólico fundamento. Sin embargo, vosotros, sacerdotes de Dios, conviene que os acordeis de tantas molestias como ha sufrido de mucho tiempo á esta parte la Iglesia católica de Dios en España, cuandó los católicos sostenian y defendian la constante verdad de nuestra fe y los herejes se apoyaban con animosidad más pertinaz en su propia perfidia.

A mí entonces, como ahora contemplais, me inflamó el Señor con el calor de la fe, y me movió fuertemente á que, lanzada la obstinacion de la infidelidad y extinguido el furor de la discordia, redujese al conocimiento de la fe al pueblo que, so color de religion, era esclavo del error. Aquí tencis, pues, á toda la ínclita nacion de los godos, celebrada en todo el mundo por su índole generosa y alentada; la cual, si hasta ahora por la pravedad de sus doctores vivió lejos de la Iglesia católica, hoy adhiriéndose á mí con toda su alma y entendimiento, entra en la comunion de aquella Iglesia que recibe en su maternal regazo la muchedumbre de diversas gentes, y las regala á los pechos de su caridad, y de la cual canta el Profeta: «Mi casa se llamará casa de oracion para todas las gentes.» Ni fué sola la conversion de los godos la que se agregó al cúmulo de nuestra merced, sino tambien la infinita multitud de suevos que por disposicion celeste hemos sujetado á nuestro reino; y aunque estaban empapados en la herejía por vicio ajeno, sin embargo, por nuestra diligencia los hemos traido al origen de la verdad. Por lo cual, santísimos Padres, ofrezco al eterno Dios por vuestra mano, como un santo y expiatorio sacrificio, estas nobilísimas gentes que por nuestra diligencia se han ganado para el Señor; pues será para mí una inmarcesible corona ó gozo en la retribucion de los justos si estos pueblos que corrieron á la unidad de la Iglesia por nuestros cuidados, fundados en la misma y establecidos, permanecen en ella. Y así como por disposicion divina nosotros hemos trabajado para traer estos pueblos á la unidad de la Iglesia de Cristo, del mismo modo á vosotros pertenece instruirlos en los dogmas católicos, para que, enterados de la verdad, sepan desechar con sólidos apoyos el error de la perniciosa herejía y retengan por la caridad el trámite de la verdadera fé, abrazando con deseo más ardiente la comunion de la Iglesia católica.

Además, así como confío que fácilmente se perdonará á esta gente tan esclarecida por haber pecado sin saberlo, asimismo no dudo que es peor si mantiene con corazon dudoso la verdad recibida y aparta sus ojos de la clara luz, lo que no deseo suceda. Por lo cual he creido que es extraordinariamente necesario que os reunais en Concilio, teniendo fe en la sentencia del Señor que dice: «Donde hubiere dos ó tres congregados en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos.» Creo, pues, que la divinidad de la Santa Trinidad asistirá á este santo Concilio; y por lo tanto, como si estuviera en presencia de Dios, hago profesion de fe en medio de vosotros, sabiendo perfectamente la sentencia divina que dice: «No escondí tu misericordia y tu verdad á una Congregacion numerosa;» ú oí al apóstol san Pablo, que manda al discípulo Timoteo: «Pelea buena batalla de fé; echa mano de la vida eterna, á la que fuiste llamado, habiendo tambien hecho buena confesion ante muchos testigos:» es, pues, verdadera la sentencia de nuestro Redentor puesta en el Evangelio, en que dice «que al que le confiesa delante de los hombres le confesará Él delante del Padre, y al que le niega, Él le negará tambien.»

Conviene, pues, que nosotros confesemos de palabra lo que creemos de corazon, segun el celeste mandato en que se dice: «Se cree de corazon para la justicia; mas la confesion de boca sirve para la salvacion.» Por lo tanto, así como anatematizo á Arrio con todos sus dogmas y cómplices, que afirmaba que el unigénito Hijo de Dios era de sustancia inferior á la del Padre, y que no habia sido engendrado por éste, sino criado de la nada, y todos los concilios de los malvados que se celebraron en contra del santo Sínodo Niceno, del mismo modo, en honor y alabanza, observo y honro la santa fe del Sínodo de Nicea, que en contra de ese mismo, peste de la recta fe, escribió suscrita por los 318 Padres. Abrazo, pues, y sostengo la fe de los 150 congregados en Constantinopla, que destruyó á Macedonio, que disminuía la sustancia del Espíritu Santo y segregaba la unidad y esencia del Padre y del Hijo. Creo igualmente y honro la fe del primer Concilio de Efeso en contra de Nestorio y de su doctrina; igualmente la del Concilio de Calcedonia, que, lleno de santidad y erudicion, se celebró en contra de Eutiques y Dióscoro, y la admito con reverencia en union de toda la Iglesia católica: observo con igual veneracion los Concilios de todos los ortodoxos y venerables sacerdotes que no se oponen á la pureza de la fe de estos cuatro referidos.

Dése, pues, priesa Vuestra Reverencia á aplicar á nuestros monumentos católicos esta nuestra fe, y á oir de los Obispos, religiosos y próceres de nuestras gentes la fe con que creyeron en Dios, en la Iglesia católica; asunto que, anotado en los ápices ó vigorizado con sus firmas, debeis reservarle con escrupulosidad para que sirva en los tiempos venideros de testimonio ante Dios y ante los hombres, que estas gentes, á las que aventajamos por la potestad régia en el nombre de Dios, purgado el antiguo error por la uncion del sacrosanto crisma ó imposicion de manos, recibieron el Espíritu Paráclito dentro de la Iglesia de Dios, y confesándole uno é igual con el Padre y con el Hijo, han sido colocadas por misericordia suya en el seno de la santa Iglesia católica.

Y si alguno de ellos no quisiere creer y abrazar esta nuestra sincera y santa confesion, alcáncele la ira de Dios y el anatema eterno, y los fieles se gocen en su perdicion, y los infieles escarmienten en su ruina.

Esta mi confesion, escrita sobre las santas Escrituras y las constituciones de los Concilios, la firmé con el testimonio divino y con toda la simplicidad de mi corazon.

Yo Recaredo Rey, esta fe santa y verdadera confesion, que la Iglesia católica reconoce por única en todo el mundo, guardándola en mi corazon y proclamándola con mi lengua, la firmo de mi puño, con la gracia de Dios.

Yo Badda, Reina, esta fe que creo y abrazo, la firmo de mi puño con todo mi corazon.

HOMILÍA DE SAN LEANDRO EN EL TERCER CONCILIO DE TOLEDO

CÁNTA sea la solemnidad de la fiesta que hoy celebramos, su misma novedad lo dice; pues así como es cosa inaudita la conversion de tantas gentes, así es razon que sea toda singular la alegría de la Iglesia. Porque si en el curso del año tiene muchas solemnidades en que se regocija siempre con el mismo gozo, mas no tiene alguna que se pueda comparar con la presente; pues de una manera se deleita con lo que nunca perdió, y de otra muy distinta con las cuantiosas ganancias que hoy adquiere. ¿Qué mucho, pues, que nosotros nos alegremos con desusada alegría, viendo renacer para la Iglesia católica nuevos pueblos, á los que si un tiempo lloramos endurecidos en el error, hoy felicitamos vueltos á la verdadera fe, trocándose así en materia de júbilo lo que fué antes ocasion de nuestros dolores? Gemíamos, es verdad, en tanto que éramos oprimidos y vilipendiados: mas hoy recogemos el fruto de nuestro llanto, al ver como los que un dia nos fueron pesada carga por infieles, hoy convertidos son ya nuestra corona. De esto se congratula por boca del Salmista la Iglesia cuando dice: «Engrandecísteme, Señor, en la tribulacion...» Que si lleva Sara tras de sí los ojos de los reyes, no redunda esto en menoscabo de su limpieza, antes por su causa viene á ser Abrahan enriquecido, colmándole de dones aquellos mismos reyes que codiciaban la hermosura de su esposa. Así la Iglesia católica sabe ganar para su celestial Esposo Cristo aquellas mismas gentes que ambicionaban para sí la hermosura de su fe, y le enriquece trayéndole rendidos á los pueblos de quien un tiempo se sintiera atormentada. Ya desde sus principios el verse perseguida, el sentir que clava en ella emponzoñado diente la envidia, el gemir oprimida de sus contrarios, sólo sirve para adiestrarla en la lucha: de suerte que mientras más se la acosa, más ella se extiende por doquiera; porque con su invencible paciencia, ó confunde á sus enemigos, ó los gana con más excelente victoria.

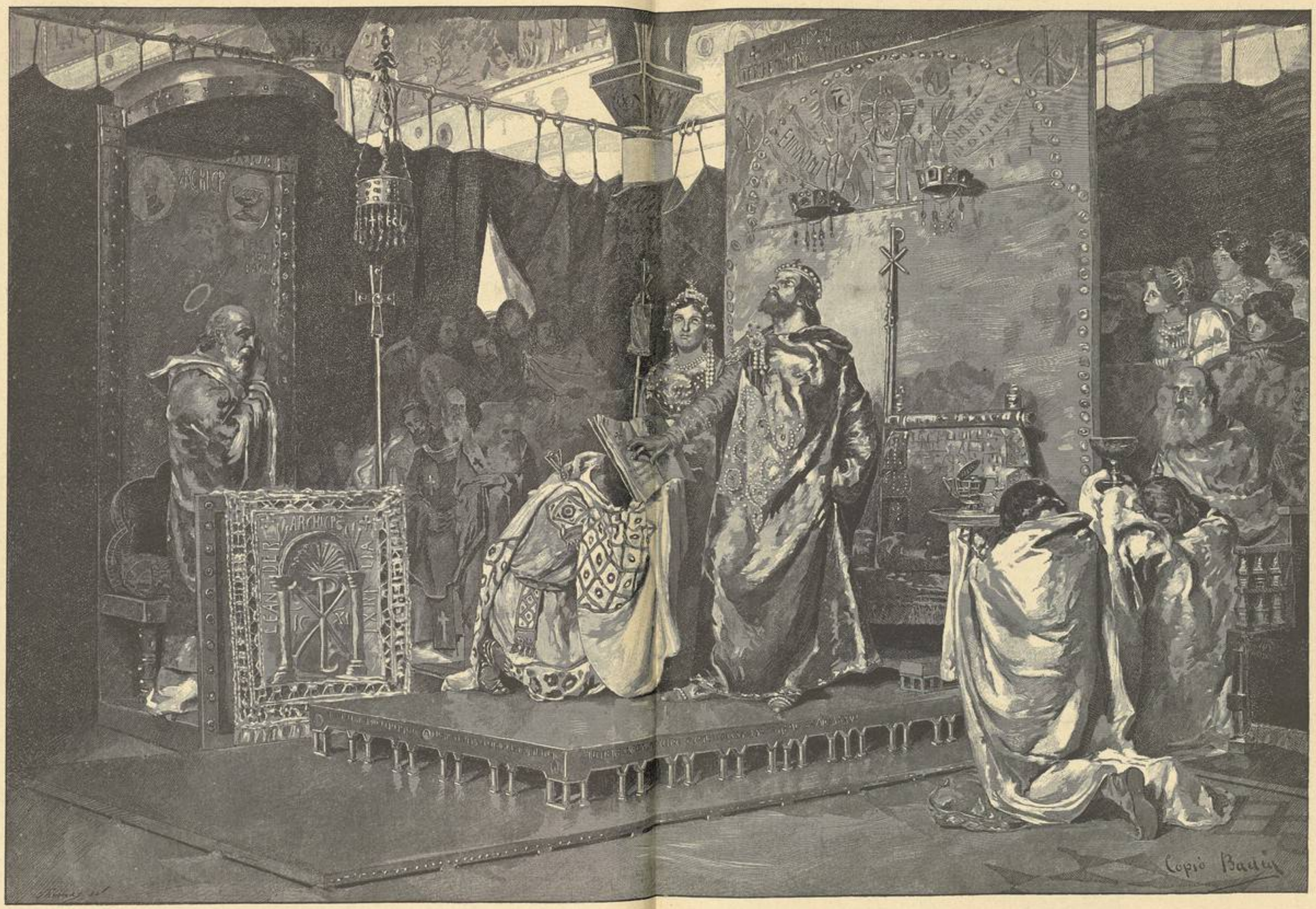
Cántele, pues, el oráculo divino: «Muchas hijas atesoraron riquezas, pero tú con gran ventaja te sobrepusiste á todas ellas (1).» Ni es de admirar que dé á las herejías el nombre de hijas, pues tambien las apellida espinas: hijas porque nacen de gérmen cristiano; mas, por nacer fuera del paraíso de Dios que es la Iglesia católica, espinas. Y no penseis que esta interpretacion es propia nuestra, pues por ella aboga la autoridad de la divina Escritura, que dice por Salomon: «Como descuella entre las espinas un lirio, así mi Esposa entre las hijas (2).» Que no parece sino que para quitarnos la admiracion de oir que las llama hijas, se apresura á darles el dictado de espinas. A las herejías, digo, que reducidas á la estrechez de algun rincon de la tierra, no son profesadas sino de uno ú otro pueblo; en tanto que la Iglesia católica, así como sólo tiene por límites los del mundo, así abraza en sí misma y asocia todos los pueblos y las naciones todas. Con razon, pues, se dice que las herejías apañan menguadas riquezas en las cavernas donde se ocultan, mientras la Iglesia católica, sobre todas enriquecida, se alza sobre todas desde la cumbre y atalaya de todo el mundo.

(1) Ps. XXXI, 19.
(2) Cant. II, 2.

¡Alégrate, pues, y regocíjate, Iglesia de Dios! ¡Alégrate, y alza tu frente, cuerpo único de Cristo! Ármate de fortaleza, y engalánate con fiesta y júbilo; pues trocado se há el abatimiento en alegría, y el luto de tu tristeza en atavíos de gozo. Olvídate ya por fin de la pasada esterilidad y pobreza, pues hoy de una vez das á luz para tu Esposo Cristo innumerables pueblos. Tú de las pérdidas sales gananciosa, y te reponen con creces de los daños que experimentas; pues es tan fuerte el brazo de tu Esposo, por que te riges, que no permite seas despojada de bien alguno sino para recobrártelo acrecentado con la conquista de tus propios enemigos: así no tiene por malograda el sembrador su semilla ni el pescador su trabajo, puestos los ojos en la venidera ganancia. Cese, pues, tu llanto, cese tu desolacion por los que un tiempo se arrancaron de tu seno, pues hoy los miras volver á él para enriquecerte con doblado lucro. Alégrate ya, con la confianza que sólo inspira la fe, fundada en los méritos de tu cabeza Cristo; tórnese más robusta esa fe, mirando cumplido hoy lo que recuerdas estaba profetizado; pues Dios era el que habia dicho: que convenia muriese Cristo por su pueblo, y no sólo por su pueblo, mas para congregar en un solo cuerpo los hijos todos de Dios que andaban desparramados. Voz tuya es, en verdad, la que en el Salmo pregona paz á los que te aborrecen, diciéndoles: «Engrandeced conmigo al Señor, y unidos y acordes alabemos su santo Nombre:» y tambien: «Juntándose en un pueblo todos los pueblos, en un reino todos los reinos para servir al Señor.» Tú, por eso, adoctrinada en vaticinios de Profetas, en oráculos evangélicos y en apostólicas enseñanzas, de cuantas dulzuras encierra la caridad, y cuán soberanas delicias se esconden en la Unidad, no aciertas á predicar otra cosa que la union de todas las gentes en tu seno, ni por otra cosa suspiras sino por la Unidad de los pueblos, ni otros bienes saben derramar tus manos que los de la paz y caridad. Alégrate, sí, en el Señor, viendo como no han sido defraudadas tus esperanzas; pues hoy tras los frios y los hielos, pasado el rigor de las nieves y la crudeza del invierno, das á luz finalmente, enajenada de gozo, á los que con acerbo llanto y oracion no interrumpida concebiste: reverdecen los campos, brotan las mieses, ábrense alegres las flores, y de la vid germinan risueños los sarmientos anunciando primavera.

Demos, pues, saltos de placer con toda la alegría de nuestro corazon en el Señor, y regocijémonos en Dios, nuestra salud. Sírvannos las promesas cumplidas para creer en la verdad de las que esperan cumplimiento, y si vemos hoy realizado lo que dice el Señor: «Otras ovejas tengo que andan fuera del redil, y conviene que vengan á Mí para ser un rebaño solo bajo un solo Pastor (1),» no dudemos de que el mundo todo habrá de creer en Cristo, y allegarse á la única Iglesia verdadera, pues con palabras del mismo Señor aprendimos (en el Evangelio) que el Evangelio de su reino será predicado en todo el orbe para dar de él testimonio á todas las gentes; y entonces, añade, vendrá el fin de los tiempos (2). De suerte que si hay alguna region del mundo, ó queda algun pueblo bárbaro para el cual no haya nacido aún el Sol de la fe de Cristo, no hemos de poner en duda que él tambien habrá de creer, y formar parte de la Iglesia única de Cristo, si tenemos por verdadero lo que el mismo Dios ha dicho. Ya, pues, hermanos mios,

(1) Joan. x, 16.
(2) Matth. XXIV, 14.



CONVERSION DE RECAREDO (CUADRO DE MUÑOZ DEGRAIN EXISTENTE EN EL PALACIO DEL SENADO, EN MADRID)

á la malicia sucedió la bondad, y la verdad al error, para que, si la soberbia, valiéndose de la diversidad de lenguas, habia apartado los pueblos de la Unidad, los estreche á su vez la caridad en el seno de fraternal amor; porque siendo uno solo el Señor que ejerce dominio sobre el mundo todo, fuese una sola el alma, uno solo el corazon de todo el mundo, su posesion y herencia. «Pídeme, dícele el Padre, y te daré las gentes por herencia, y los últimos confines de la tierra serán tu imperio (1).»

Por eso, de un hombre solo se propagó en la tierra todo el linaje humano, para que sientan acordes y busquen y amen la Unidad todos cuantos de él descienden, exigiendo el órden natural de las cosas que un mismo amor y mútua caridad encadene á los que en un padre comun á todos tienen principio, y que no vayan errantes fuera de la Unidad de la fe los que tan unidos se encuentran en su orígen. Mas de los vicios, como de fuentes, brotan divisiones y herejías que desgarran la Unidad: por donde tornar á ella, del campo de la herejía, es de lo vicioso volver á lo natural; como quiera que la naturaleza tiende á enlazar entre sí las cosas con vínculo de conformidad y union, al paso que el vicio rompe los dulces lazos de la fraternidad.

Levántese, pues, nuestro corazon henchido de júbilo: pues, dotada de maravillosa Unidad, ha fundado Cristo una Iglesia toda suya sobre fundamentos de amor, para que en ella se redujesen á concorde Unidad los pueblos que andaban desolados por el cuchillo de la discordia. De esta Iglesia, en verdad, vaticinaba el Profeta cuando decia: «Mi casa será llamada casa de oracion para todas las gentes (2),» y tambien: «Estará, dice, en los últimos tiempos preparado el monte del Señor, en la cumbre de los montes, y se alzará sobre los collados; correrán á él todas las gentes, y muchos pueblos vendrán á él y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, á la casa del Dios de Jacob (3).» Pues el monte ¿cuál es, sino Cristo? y ¿cuál la casa de Jacob sino su Iglesia una y única, á la cual dice que correrán en tropel la muchedumbre de las gentes y la multitud de los pueblos? Con ella hablaba el Profeta cuando decia: «Levántate y resplandece ¡oh Jerusalen! pues llegado há tu luz, y sobre tí es nacida la gloria del Señor. Y andarán las gentes en tu luz y en el esplendor de tu nacimiento. Alza en derredor tus ojos y mira: ¿ves cuántos se han congregado y vienen á tí? Ellos, hijos de extraños y peregrinos, edificarán tus muros, y sus reyes te rendirán vasallaje (4).» Y para que no desconociésemos lo que habia de acontecer á las naciones que se apartasen de esta única verdadera Iglesia, dice: «Perecerá sin remedio la nacion y el reino que no se sujetare á tí (5).» Y en otro lugar: «Llamarás, dice, al pueblo que desconocias, y las naciones que habian ignorado tu nombre correrán á tí (1).»

Uno solo es Cristo Señor nuestro, y una sola su posesion y herencia en el mundo, la santa Iglesia católica: Él la cabeza, ella el cuerpo; y de ambos se dice, como interpreta el Apóstol, que *erunt duo in carne una* (2).

Si, pues, Cristo dió traza de formar una sola Iglesia de todas las gentes, todo aquel que se separe de la comunion de esta Iglesia única, por más que se apellide y blasone de cristiano, está, cual miembro dislocado, fuera del cuerpo de Cristo. Esposa de Cristo es la Iglesia, mas la herejía no sabe amar á Cristo con amor de esposa, porque rechazando la Unidad de la fe católica, adultera miserablemente en su propio pecho el amor con que quiere tenerle por Esposo. Y, pues únicamente dos, dice la Escritura, que formarán un cuerpo perfecto, es decir, Cristo y su Iglesia, no pretenda la herejía alzarse con el nombre de esposa, pues no queda para ella lugar alguno. «Una sola es mi esposa, hija única de su madre (3).» Y á su vez la Iglesia católica se regala con su divino Esposo, diciéndole: «Yo toda para mi Amado, y mi Amado todo para mí (4).» Vayan, pues, las herejías á buscar quien, con el falso nombre de esposa, tome parte en su deshonra, pues lanzadas están del tálamo inmaculado de Cristo.

Y nosotros, ya que hemos entendido cuanto agrada á este Señor la union por la caridad, tanto mayores alabanzas hemos de tributar á Dios en este dia, cuanto que no permitió pereciese en los dientes del lobo infernal, descarriada fuera del único redil, esta nuestra nacion redimida con sangre de su Hijo Unigénito. Llore enhorabuena el ladron del abismo viendo que le es arrancada su presa; porque hoy vemos cumplido lo que estaba anunciado por el Profeta: «En verdad, dice, libertada será la cautividad de manos del fuerte, y de manos del poderoso se arrancará lo usurpado (5).» Derruido yace por el poder de la paz de Cristo el muro de discordia que en mal hora fabricó nuestro enemigo, y la casa que cuarteada ya iba á hundirse con su propio peso, queda ya reparada y firme, teniendo por fundamento la única piedra angular que es Cristo.

Cantemos, pues, todos: ¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad! No hay precio que avalore dignamente la caridad; no haya tampoco medida al júbilo que ha de causarnos el haber alcanzado hoy esa union y caridad, que es la reina de las virtudes. Ni otra cosa nos resta sino que, hechos todos un solo reino, todos á una acudamos al trono de la divina misericordia, pidiéndole nos conceda estabilidad en el reino de la tierra, felicidad interminable en el del cielo, para que esta nacion y reino que ha glorificado á Cristo en la tierra, reciba de Cristo gloria en la tierra y en el cielo.

(1) Ps. II, 8.
(2) Isai. XLVI, 7; Matth. XXI, 13.
(3) Isai. II, 2; Mich. IV, 1.
(4) Isai. LX, 1, 3, 4, 10.
(5) Ibid. 12.

(1) Id. LV, 5.
(2) Gen. II, 24; Ephes. V, 23 et seq.
(3) Cant. VI, 8.
(4) Cant. VI, 2.
(5) Isai. XLIX, 2.

EL CONCILIO III DE TOLEDO

Y EL XIII CENTENARIO DE LA UNIDAD CATÓLICA

EXHÓRTANOS el Espíritu Santo á celebrar las glorias de nuestros padres y á inculcar el ejemplo de sus heroicas hazañas en el ánimo de nuestros coetáneos, como preciosa semilla que perpetúe sus virtudes, y forme generaciones de santos (1). Si dóciles á tan saludable consejo repasamos la historia de nuestra constitucion social y religiosa, y evocamos los nombres gloriosos de sus ilustres campeones, de aquellos principalmente que le imprimieron el primer sello de unidad, de justicia, de libertad é independencia, habremos de descubrirnos reverentes ante las figuras de San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro, San Hermenegildo y su hermano Recaredo, que convirtieron el fraccionado territorio de nuestra Península en poderosa monarquía, fundieron sus diferentes razas, é hicieron de la Religion católica la base de nuestra prosperidad social y el vínculo de union entre vencedores y vencidos, que desde entonces forman un solo pueblo, el pueblo hispano.

Escribió Gibbon que Inglaterra habia sido formada por los monjes y Francia por los Obispos, y pudiéramos nosotros añadir por las mismas razones que movieron al escritor protestante, que España fué constituida y formada por los Obispos y los monjes. El movimiento inicial de esta concordia parte del tercer Concilio Toledano, abierto el 4 de Mayo del año 589, y de la solemne profesion de fe hecha el 8 del mismo mes, despues de un triduo de oraciones, de ayunos y de sacramental penitencia. Recaredo fué el primer rey católico de esta nacion, que mereció ser llamada católica por excelencia; y como si la Providencia se hubiera complacido en consagrar este título glorioso y en vincular nuestra suerte á la fidelidad con que correspondiéramos á su significacion, hemos sido, en la série de trece siglos, grandes ó pequeños, temidos ó menospreciados, fuertes ó débiles; nos hemos encumbrado en el pináculo de la gloria, ó hemos descendido al abismo de la abyeccion, hemos conquistado reinos ó hemos perdido provincias, han florecido entre nosotros las ciencias y las artes y hemos brillado por las armas, ó hemos formado en la retaguardia de las demás naciones, segun que las clases directoras de esta sociedad han confesado públicamente la divinidad de Jesucristo, proclamada en el tercer Concilio de Toledo, ó se han avergonzado, si no apostatado implícitamente de esa confesion augusta.

Bien comprendieron los Padres toledanos la trascendencia del acto allí realizado y su eficacia en el porvenir de España. La hermosa y patética oracion de san Leandro y las aclamaciones del Concilio rebosan entusiasmo indescriptible, palpitante aún hoy despues de mil trescientos años. «¿Para quién la eterna corona sino para nuestro ortodoxo rey Recaredo? ¿Para quién la gloria presente y la eterna, sino para el rey Recaredo, amador de Dios? Él es el conquistador de los nuevos pueblos que entran en la Iglesia católica. Obtenga el mérito de los Apóstoles quien con tanto celo cumplió con el deber de apóstol. Amen los hombres y ame Dios á quien tan admirablemente glorificó á Dios en la tierra (1).»

Hecho tan memorable merece ser celebrado por todos los amantes de la historia y de las glorias de la patria. Porque de él deriva la principal de nuestras glorias, y gloria sobre toda ponderacion: nuestra preciada Unidad católica, envidiada por extranjeros y protestantes: «esa unidad religiosa que se identifica con nuestros hábitos, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestras leyes; que guarda la cuna de nuestra monarquía en Covadonga; que es la enseña de nuestro estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna; que desenvuelve lozanamente nuestra civilizacion en medio de tiempos tan trabajosos; que acompaña á nuestros terribles tercios cuando imponian silencio a la Europa; que conduce á nuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, á dar los primeros la vuelta á la redondez del globo; que alienta á nuestros guerreros al llevar á cabo conquistas heróicas, y que en tiempos más recientes sella el cúmulo de tantas y tan grandiosas hazañas derrotando á Napoleon. Vosotros, que con precipitacion tan liviana condenais las obras de los siglos, que con tanta avilantez insultais á la nacion española, que llamais barbárie y oscurantismo al principio que presidió á nuestra civilizacion, ¿sabeis á quién insultais? ¿sabeis quién inspiró al genio del gran Gonzalo, de Hernan Cortés, de Pizarro, del vencedor de Lepanto? Las sombras de Garcilaso, de Herrera, de Ercilla, de Fray Luis de Leon, de Cervantes, de Lope de Vega, ¿no os infunden respeto? ¿Cómo osásteis quebrantar el lazo que á ellos nos une, y hacernos indigna prole de tan esclarecidos varones? ¿Qué osada pretension la vuestra, de querer separar por un abismo nuestras creencias de sus creencias, nuestras costumbres de sus costumbres, rompiendo así con todas nuestras tradiciones, olvidando los más embelesantes y gloriosos recuerdos, y haciendo que los grandiosos y augustos monumentos que nos legó la religiosidad de nuestros antepasados, sólo permanezcan entre nosotros como una reprension la más elocuente y severa? ¿Cómo consentir que se cieguen los ricos manantiales á donde podemos acudir para resucitar la literatura, vigorizar la ciencia, reorganizar la legislacion, restablecer el espíritu de nacionalidad, restaurar nuestra gloria y colocar de nuevo á esta nacion desventurada en el alto rango que sus virtudes merecen, dándole la prosperidad y la dicha que tan afanosa busca, y que en su corazon augura (2)?»

Reconocida por todos la religion católica como el sentimiento moral más elevado, influye más poderosamente que otro alguno, como elemento de unidad social, y por lo tanto la unificacion del pensar y del sentir en este lazo superior comun no puede menos de contribuir al pacífico y ordenado desarrollo de la actividad en la Nacion. Esto es lo que se ha observado en nuestra patria, en cuya historia vemos la Unidad católica como causa y fundamento de nuestra grandeza en todos los órdenes. ¿Quién podrá borrar de nuestros corazo-

(1) Eccli. XLIV.

(1) *Acclamationes Concilii III Toletani.*

(2) BALMES: *El protestantismo comparado con el Catolicismo*, t. I, cap. 12.

nes el recuerdo de lo que España debe á esa admirable y prodigiosa Unidad? Ella ha llenado toda alma española del sentimiento del honor, de la misericordia y de la justicia; ella presidió la ereccion de las grandes y las pequeñas escuelas, el desarrollo de la arquitectura y de las artes, la proteccion y elevacion de los pobres y la pureza de las familias; ella ha ofrecido sobre este suelo privilegiado el modelo de pontífices en los Leandros, Isidoros y Tomás de Villanueva, el modelo de reyes en los Recaredos y Fernandos, el modelo de santos en los Domingos de Guzman, Vicentes de Ferrer, Teresas de Jesús é Ignacios de Loyola, el modelo, en fin, de todas las condiciones y estados de la vida en esa legion de santos españoles, cuyos nombres llevamos mezclados á los nombres de nuestras familias, y que forman sobre nuestras cabezas una multitud de protectores y como una imponente nube de gloriosos testigos.

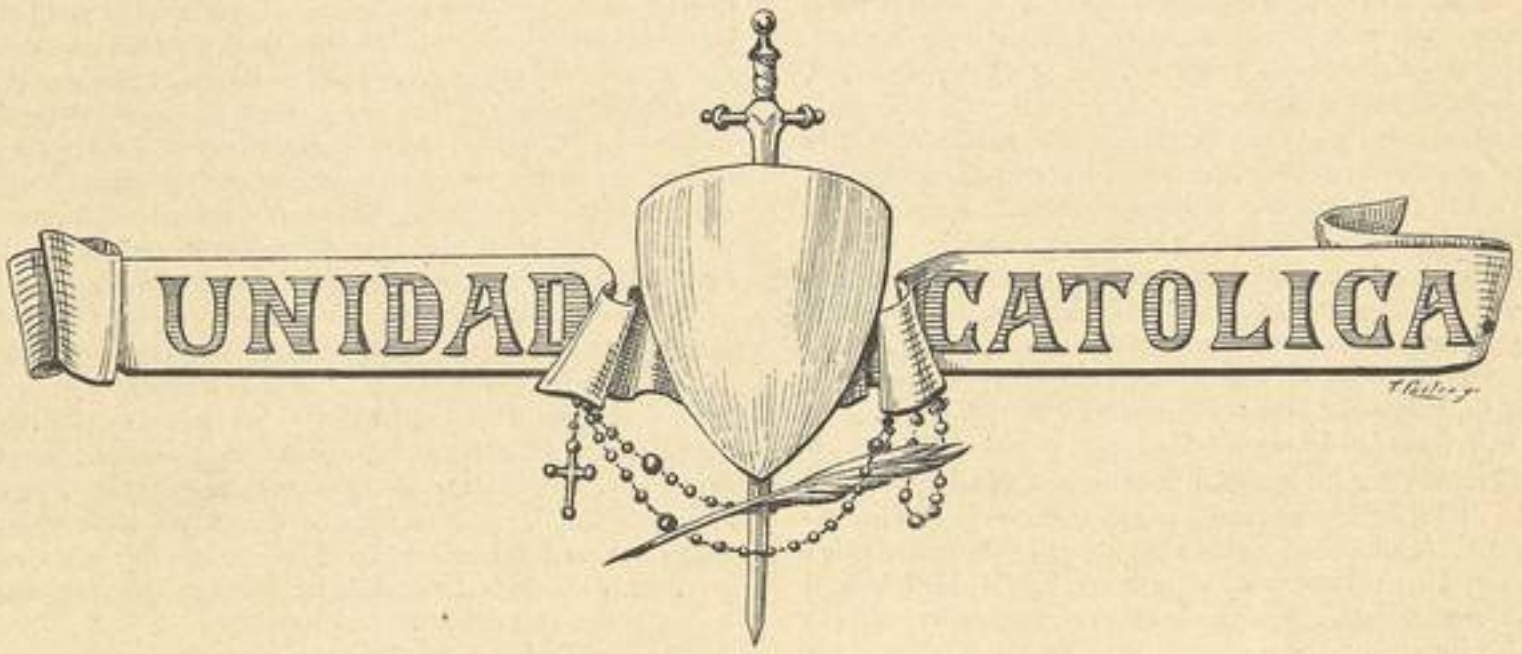
Por la Unidad católica nuestra España se conservaba fiel á Dios, y éramos el único pueblo lógico en nuestros principios, consecuente en sus actos, inflexible por sus instituciones, venerable por su integridad, inmortal por su espíritu y envidiable por nuestra unidad. Era la unidad religiosa el rasgo característico de la nacionalidad española; el *Unitas* era el escudo que, colocado en el frontispicio de nuestra nacion, atestiguaba nuestra nobleza: borrado, quebrantado el escudo, España descendió de su estirpe, y bajamos á ser nada más que un pueblo... como cualquier otro.

Quien suponga que nada tiene que ver la Unidad católica con la existencia política del pueblo español, con su prosperidad y grandeza, es porque no sabe leer su historia; es porque no quiere entender la leccion elocuente que brota en cada una de sus páginas, la cual enseña que España ha sido grande, heroica, poderosa, culta, precisamente por haber sido la defensora del Catolicismo, la mantenedora de la santa causa de Dios en medio de las naciones europeas.

¿Qué les diremos á los prudentes, á los tímidos, que califican de temeridad luchar contra la que llaman corriente del siglo y aspirar á que resucite la España de otros tiempos, y aconsejan que se pacte y transija con el liberalismo, lo cual equivale á exigir de los católicos la más indigna apostasía? ¿Es hoy más poderoso y pujante el liberalismo que lo fué en su tiempo la secta arriana, y más tarde la barbarie sarracena, y despues la herejía protestante? Y si todas ellas cayeron á la postre vencidas y triunfó la Unidad católica, ¿por qué temer y recelar que ésta no llegue á triunfar de nuevo? ¿Por qué no creer, puesta la esperanza en Dios, que han de lucir dias mejores para esta desdichada patria y que en el momento señalado en los designios de la Providencia brille de nuevo en su horizonte el sol purísimo de la fe, y todos los corazones, con nuevo y más encendido amor, se conviertan á ella como el único Norte de las inteligencias, como la única salvacion de la sociedad?

Hoy más que nunca, ¿qué significa ese gran movimiento del pueblo español que en el XIII centenario de la Unidad católica la pide y la reclama como aurora única de salvacion, sino que la fe vive, palpita aún en numerosos corazones, como palpitaba y vivia en los españoles del tiempo de Recaredo, de san Fernando, de Felipe II? Raza que, despues de un siglo de ser asediada y combatida y engañada por el Liberalismo, todavía conserva su fe, no está llamada á perecer, sino á triunfar. Será más ó menos tarde; verá mermadas sus filas por los tránsfugas ó los apóstatas, para quienes no hay más fe que la del vencedor, ni más religion que la del triunfo; llegará tal vez un momento en que toda esperanza parezca perdida; subirá y crecerá el diluvio de la impiedad hasta las cumbres más altas; pero mientras haya un corazon que crea y espere, un alma firme y constante que proteste, un brazo valeroso que mantenga enhiesta la santa enseña de la Unidad, vivirá la esperanza de una restauracion católica.

¡Pues qué! ¿tan fácil ha de ser derrocar la obra de trece siglos, con tanta gloria y tan felices auspicios iniciada, y con tanto denuedo y tanta constancia mantenida? ¡No, y mil veces no! Por esto vemos todavía en este siglo, pese al infierno, como con la pluma, la espada y la oracion se defiende en España la



LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 25 DE MAYO | SÉRIE II.—NÚM. 74

UN FAQUIN NAPOLITANO (COMPOSICION DE E. MATANIA)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

El gran Centenario, por L. H.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Carta de Leon XIII al cardenal Benavides.—En Montserrat*, por Francisco de A. Rierola.—*El vuelo del alma*, por L. Veuillot.—*Miscelánea.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

Un paquin napolitano.—Composicion de E. Matania, tomada del natural.

Una sesion del Congreso católico de Madrid.—Terminaron ya las sesiones de esta respetabilísima Asamblea. La mayor parte de los socios, que habian acudido de las distintas provincias de nuestra patria á ocuparse con verdadera actividad en los trabajos del Congreso, han vuelto á sus hogares, despidiéndose de sus hermanos los católicos de Madrid con esos sentimientos con que late el corazon de los que bien se quieren cuando se ven precisados á separarse. Unos y otros, por espacio de dos semanas, han vivido juntos, en contínua comunicacion, respirando la misma atmósfera, sintiendo las mismas impresiones, estudiando los mismos asuntos, buscando el mismo fin y confiando de igual manera en los medios que generosamente depara la Divina Providencia á los que desean y piden la gloria de Dios. Unos y otros han estado animados por la misma fe, fortalecidos por la misma esperanza y alentados por la misma caridad. Por esto, al separarse, lo han hecho como los verdaderos discípulos de Jesucristo: han repetido el *adios* cristiano, en el cual se significan y encierran los más levantados deseos y los más amorosos sentimientos, y todos han ofrecido su apoyo mútuo y constante para defender la causa de la Iglesia y la independencia de su Padre comun. Parece que han querido que se cumpla á la letra el tema elegido para esta Asamblea: *Se hará un solo rebaño bajo la direccion de un solo Pastor*. Ni podia ser de otra manera, dados los principios y la conclusion que ha tenido: en el templo se inauguró y en el templo ha terminado: el primer acto público del Congreso fué pedir á Dios auxilios para que fuera fructuoso, y el último tributarle rendida accion de gracias por las bendiciones que sobre el mismo ha derramado. Ha sido una Asamblea grandiosa, en que ha aparecido en todo su esplendor la vida religiosa de los españoles en sus diferentes manifestaciones.

En plena canícula (cuadro de Augusto Sezanne).—El artista se propuso reproducir en esta su obra pictórica la impresion que se experimenta en un dia sofocante de estío, bajo un sol despiadado y en polvoriento camino, lleno el campo de una luz excesiva que ciega los ojos y todo lo llena como niebla sutil y muy transparente. Da la principal entonacion al cuadro un carro tirado por dos caballos, uno de los cuales, vencido, abatido por aquella temperatura sofocante, cae en tierra sin fuerzas para levantarse. El conjunto está dibujado con precision y gracia, con cierta poesía latente, y parece notarse el silencio de aquella hora en que el calor desmedido y la viveza excesiva de la luz llenan de soledad la campiña y aconsejan permanecer en casa hasta que la brisa vespertina convide á salir.

La princesa Guillermina Helena de Holanda.—La terrible y prolongada enfermedad que sufre el rey Guillermo de Holanda ha dado motivo á que, declarándole incapacitado para reinar, las Cortes de aquel país colocaran en el trono á su hija la princesa Guillermina bajo la regencia de su madre. La tierna y agraciada princesa cuenta apenas nueve años, pues nació el dia 31 de Agosto de 1880.

Coro de vocales.—Bien expresan las figuras de esta caprichosa composicion cada una de las cinco vocales del alfabeto, y aun esforzando un poco la imaginacion parece adivinarse el resultado *armónico* de coro tan singular. A mayor abundamiento pueden nuestros *dilettanti* hacer una prueba ó ensayo que les haga conocer patentemente lo que tal concierto puede dar de sí.

EL GRAN CENTENARIO

Espectáculo consolador está ofreciendo la España católica en la celebracion del XIII Centenario de la abjuracion del arrianismo por el pueblo visigodo y establecimiento de la unidad religiosa, base de la antigua prosperidad y grandeza de nuestra querida patria.

Al ver como los católicos de todo el territorio peninsular sacuden su pereza y se lanzan con férvido entusiasmo á celebrar la gloria más pura y fecunda de nuestra historia, no puede uno menos de levantar los ojos al cielo y dar gracias al Altísimo por esta oleada de salud y de vida que ha venido como á refrescar el abrasado aire que respiramos.

Porque el pecado capital de la sociedad á que pertenecemos, compenetrada con todos los efluvios del materialismo y del positivismo, es la indiferencia religiosa, que parecia tener á todos los corazones como cristalizados ó petrificados; y este rayo de luz que ha venido á producir el deshielo de los espíritus y á fundir y derretir la enorme mole del indiferentismo, no puede menos de hacer saltar de júbilo nuestras entrañas, considerando que no estamos del todo dejados de la mano de Dios.

Desde el 8 de Mayo corriente hasta la fecha no han cesado en las ciudades populosas y en los pueblos de corto vecindario los festejos al grandioso acontecimiento que merece nuestros cultos y nuestras consagraciones, dominando en todos ellos la nota religiosa que los embellece y sublima, dotándolos de encantadora majestad.

Dirigido este movimiento restaurador por los Pastores de Israel, ajustado á normas y pautas dadas por sacerdotes de reconocidas sabiduría y virtud, ante cuya voz nos prosternamos todos, casi puede decirse que asistimos á un espectáculo nuevo, al despertar de un pueblo espantosamente dormido al borde de un abismo tenebroso que amenazaba tragársele con sus atracciones infernales.

El pueblo católico español ha sacudido esta vez la enervante modorra que le mantenia como en perdurable estado de parálisis, y ha puesto de realce que su buen corazon es tierra agradecida en que pueden germinar, florecer y fructificar las semillas que dignifican al hombre, haciéndole heredero de Dios y de su gloria.

Resuenan los cánticos de alabanza al Omnipotente en las grandes basílicas y en los templos modestos, donde se congregan los fieles de las ciudades y los campos: llévanse á cabo peregrinaciones piadosas á los santuarios más famosos, mientras se organizan otras nuevas, que emulan sus notables esplendores; en los Círculos se dan veladas literarias y artísticas, en que la elocuencia, la poesía, la música, derraman copiosamente los primores del ingenio para celebrar aquella Unidad religiosa que fué raíz de nuestra unidad nacional que nos hizo respetables y temidos en todo el universo mundo; y no hay rincon de España, en fin, donde no se eleven al cielo acentos de júbilo, recordando la grandeza subiime y trascendental de los hechos que se realizarón en el tercer Concilio toledano.

¡Gloria á Dios que ha avivado el rescoldo de los sentimientos católicos en España, haciendo brotar de ellos chispas de verdadero entusiasmo que nos hacen presagiar dias mejores para el triunfo de su santa causa!

Por lo mismo no debemos olvidar que esa Unidad católica, nervio robusto de un pasado feliz, está hoy perdida en nuestra patria, como en otras naciones de Europa, y que fia de todos los que se llaman católicos su rescate.

Para llegar á él es menester, ante todo, que cesen las guerras incruentas entre los que profesan una misma fe y desean esa unidad, estableciéndose un armisticio de caridad que permita á todos trabajar desde sus campos respectivos por aquel objeto, sin abjuracion de sus ideales, cuando estos no están reñidos con la religion y con la justicia.

Quiera Dios que en este Centenario que á tantas almas fervorosas y creyentes ha reunido ante sus altares, sirva para hacernos ver á todos la luz que disipa las sombras del error, y nos haga sentir los efectos de la gracia para apartar las armas tajantes del combate del pecho de nuestros hermanos y volverlas contra los enemigos contumaces de Dios y de su santa Iglesia.

L. H.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Nuevas emociones.—Ventas á plazo sin garantía.—*Sensates é insensatos.*

Recompuesta en Lóndres la maquinaria del submarino Peral y conducida á San Fernando por el oficial de marina Sr. García Gutierrez, tenemos en puerta otro chaparron de emociones y otra série de fiebres intermitentes azuzada por las impaciencias, anhelos y esperanzas de los que confian y desconfian en la solucion del árduo problema.

Pero esta vez la voracidad de la opinion se presenta realmente justificada.

Porque se trata de la solucion de un problema trascendental que puede redundar en honor y prosperidad de la patria, y es además un español el que se ha lanzado á la atrevida y gigantesca empresa de plantearle y resolverle.

Dios le ayude en su árdua tarea y corone con el éxito más redondo sus aspiraciones, reflejos, á la vez, de su genio y de su buena voluntad.

Todo hace creer que dentro de próximo plazo se harán los experimentos concluyentes y definitivos, y saldremos de este estado de angustias y zozobras que, áun siendo como es grande, será muchísimo menor que el del ilustre inventor, para quien los momentos deben ser siglos, siglos fecundos en mortificaciones, inquietudes y amarguras.

La tregua impuesta por la ruptura del aparato que ocasionó la suspension de las experimentaciones, no ha dejado de ser fructuosa bajo ciertos conceptos que merecen ser tratados con pluma de caña dulce, que diria el difunto Marqués de Santillana.

Porque bien está que el entusiasmo nacional responda siempre con fuego y valentía á los llamamientos del genio indígena que aspira á dotar á su patria de progresos efectivos para engrandecerla: pero el entusiasmo, en estos casos, debe ser noble y levantado, esquivando toda nota grotesca que le convierta en cosa chocarrera y malsana, digna de los golpes certeros de la crítica.

El comercio, ese resorte maleante del progreso moderno, desalmado y sin Dios, habia empezado á profanar la gloria indisputable de don Isaac Peral, ora se le considere vencedor, ó vencido.

Equiparando, pues, al ilustre inventor con los toreros, actores y saltimbanquis de todas las camadas de divertidores públicos, empezó á abusar de su nombre poniéndosele á todos los artículos comerciales, inclusos los de comer y beber.

Teníamos ya, pues, *bollos Peral, pasteles Peral, vinos y aguardientes Peral*, y hasta *callos y caracoles Peral*.

Numerosas tiendas de Madrid, inclusos los bodegones, tumbaron sus antiguos rótulos para sustituirlos con otros que llevan el apellido del ilustre marino, de suerte que ya no carecemos de *sastrería Peral, lechería Peral, carnicería Peral* y otros establecimientos industriales por el estilo.

Con estos sistemas de explotacion comercial es punto menos que imposible que pueda existir ninguna personalidad séria, por notable y distinguida que sea.

Por fortuna, la tregua de las experimentaciones del submarino contuvo el movimiento in-

dustrial que echaba por tales caminos, y merced á ello nos hemos librado de que hasta en las droguerías se pongan á la venta específicos *Peral*.

Dios ponga tiento en las manos de dicho señor y le saque con bien de su colosal empresa, porque si fracasara su nombre seria borrado, en menos de lo que se persigna un liberal loco, de todas las partes donde hoy se ha puesto para realzar el valor de efectos industriales y comerciales de difícil salida.

Los tiempos están muy malos.

Y ni con la linterna de Diógenes debe encontrarse un perro chico por ninguna parte cuando nuestros industriales se valen de todas las argucias para dar salida á sus géneros estancados.

Además del bautismo que les dan, poniéndoles los nombres y apellidos de los personajes más ó menos ilustres y más ó menos populares, he advertido que una de las cosas que entre ellos más se ha generalizado es la venta á plazos.

Este sistema de dar salida á los géneros fué iniciado en Madrid por la Compañía inglesa de Singer, que ha inundado al universo mundo con sus máquinas de coser, la cual expendia sus artefactos á plazos semanales de cantidades ínfimas, mediante garantía de los pedidos.

Pero esta fecundidad comercial era poca y parió la abuela.

Hoy han adoptado el sistema de la venta á plazos todas las industrias y oficios, y así tenemos vestidos á plazo, zapatos á plazo, sombreros, camisas, calcetines, camas, utensilios de cocina, golosinas, etc., de la misma manera.

Con la diferencia de que ya se ha suprimido para estas ventas la traba de la garantía que esblecieron los ingleses, como hombres prácticos y duchos en todo linaje de disciplinas cartaginesas, estableciéndose definitivamente la venta *á plazos sin garantía*, que á primera y á segunda vista parece como el *summum* de la pública confianza.

Francamente, así se nos figura que vivimos en el mejor de los mundos.

Y áun nos consideramos tentados á exclamar: «¡Aún hay patria, Veremundo!»

Porque un pueblo donde todo se fia, lo menos que de él puede esperarse es que es un pueblo de fiar y que la honradez y la buena fe deben vivir en él como el pez en el agua.

Hasta hace poco tiempo se exhibia en muchas tiendas y comercios de Madrid un cuadro litografiado con dos figuras iluminadas con colores chillones que representaban dos comerciantes, el uno delgado como un alambre ó escuálido y demagrido como un espectro, y el otro gordo y orondo hasta el punto de no caber en las varas de paño de un leviton descomunal, fumándose un cigarro de buena estampa y como rebosando la felicidad por todos sus poros.

Con tales figuras queria representarse el tipo del comerciante que vendió *al fiado* y el del que lo hizo *al contado*, resultando del contraste toda una moraleja, ó una leccioncita de filosofia experimental.

Pero con el nuevo sistema de *la venta á plazos sin garantía*, el susodicho cuadrito está llamado á desaparecer de todos los sitios donde se exhibia, por resultar anacrónico; así como tambien está llamado á seguir la misma suerte aquel otro letrero que descollaba tambien en otros establecimientos comerciales y que decia:

Hoy no se fia aquí,
mañana sí.

Lo repito: en un pueblo donde se ha introducido copiosamente la novedad trascendental de la *venta á plazos sin garantía*, la probidad, la moralidad y la confianza deben ser bocados puestos al alcance de todas las dentaduras, pues de otra manera no se concibe el derroche de géneros á que tiene que dar lugar semejante largueza.

Y, sin embargo, la estadística criminal crece en él como la mala hierba, puesto que la mitad de su vecindario vive de lo que hurta á la otra mitad, y si no se roba al lucero del alba, es porque esa hermosa estrella no se halla á la altura de las uñas del progreso liberal, que por cierto las tiene largas y afiladas como si fueran uñas de cernícalo.

Dejo la explicacion de estos enigmas á los talentos más prácticos en el arte de descifrar *charadas progresistas*, y abandono este tema de *las ventas á plazo sin garantía* saludando á tanta ventura con un estornudo de admiracion.

El juicio oral del crímen de la calle de Fuencarral está tocando á su fin.

Ya era hora, pues va para mes y medio, con la tregua de la informacion supletoria, que este criminal espectáculo tiene pendiente de sus lobregueces y sinuosidades á la curiosidad pública, sedienta de emociones febriles.

Y, por supuesto, es excusado decir que el pugilato entablado entre *sensatos é insensatos* no ha concluido, ni concluirá en todo lo que resta de año, puesto que la opinion pública está formada y no se tranquilizará hasta que entregue al verdugo las víctimas que cree deben ir al patíbulo.

Ha habido momentos en que *sensatos é insensatos* han estado á punto de irse á las manos y aporrearse de forma que no hubieran quedado de ellos ni los rabos; pero la vindicta pública no ha tenido la dicha de que eso suceda, y, por tanto, sigue acosada por tan insoportables moscones.

Lo único que se ha visto claro en el juicio oral, exornado con las impudicicias, obscenidades y desenfados que en él se han tolerado, es que el crímen permanece oscuro como boca de lobo.

¡Y para ese resultado tanto tiempo perdido!

Hoy, como ayer, y como el primer dia, nos hallamos sin conocer la traduccion auténtica y castellana del enigma de autos, lo cual demuestra que el juicio oral será un regularcillo resorte de escándalo, pero no crisol para depurar la verdad.

Esto no obsta para que hayan sido condenadas á muerte dos mujeres, de las cuales, segun los *insensatos*, una es inocente ó poco menos, y para que se haya declarado inocentes á dos procesados, de los cuales, uno por lo menos, á juicio de los susodichos *insensatos*, es reo de muerte.

Lucido se há el juicio oral, dejando en el aire estas opiniones, rodeadas de opacidades que pueden dar lugar á que el público se suba á la parra y se propase á perpetrar alguna *Iruchadura* que dé la hora.

Por lo demás, y generalizado el convencimiento de que en el crímen hubo hombres, aunque no se sabe quiénes sean, ¡vayan ustedes á echarles un galgo, caso de que estén sueltos!...

Acábese ya de sustanciar este proceso que trae mareado á medio mundo; pero ábrase á seguida otro juicio para resolver si interesa á la salud moral de nuestro pueblo que los llamados *sensatos é insensatos* vayan á concluir sus pelazas en un manicomio. Se han hecho tan insoportables como los asesinos de D.ª Luciana.

LUPERCIO.

Madrid, 21 de Mayo.

ROMA

El mes de las flores, mes dedicado á la MADRE DE DIOS, no ha comenzado ni aún hoy continúa bien meteorológicamente en Roma. No tenemos el risueño y proverbial «*cielo ridente d' Italia*,» sino un cielo cubierto de nubes y brumas, lluvias frecuentes y un perpétuo viento de *scirocco*, que fatiga los pulmones y debilita las piernas.

En otro tiempo, cuando aún no soplaban sobre Roma las «auras de la libertad,» que han «regenerado» á los romanos, el mes de Mayo era tambien el mes de las *villeggiature* de los nobles y de los ricos, y de las tradicionales *vignate* de las clases media y popular. Algo cada día, pero especialmente en los festivos, numerosos grupos de gentes del pueblo se desparramaban alegremente, pero con honesta y culta alegría, por las viñas de los suburbios de Roma, por las hosterías rurales de Montemario, de la *Nunziatella*, fuera de la Puerta de San Juan, hácia la *Madonna del Divino Amore*, y por todas partes en los alrededores que los enemigos del gobierno llamaron *desiertos*, pero que tan amenos y pintorescos son.

¿Y ahora?

Ahora reina la miseria, fruto natural de los enormes recargos de los impuestos con que se hace pagar excesivamente cara la libertad liberal importada á Roma en 1870. Por esos recargos ha disminuido inmensamente el cultivo de los campos de los alrededores de Roma; y la parte que es aún cultivada no la frecuentan ya las alegres comitivas de un pueblo que languideciendo en la miseria no tiene humor ni medios para pensar en las *vignate*.

¡Tal es el bienestar que les han traido á los romanos las tales *auras de libertad!*

Pero los buenos romanos católicos se consuelan de ello recurriendo á María auxilio de los cristianos.

Ruegan y esperan.

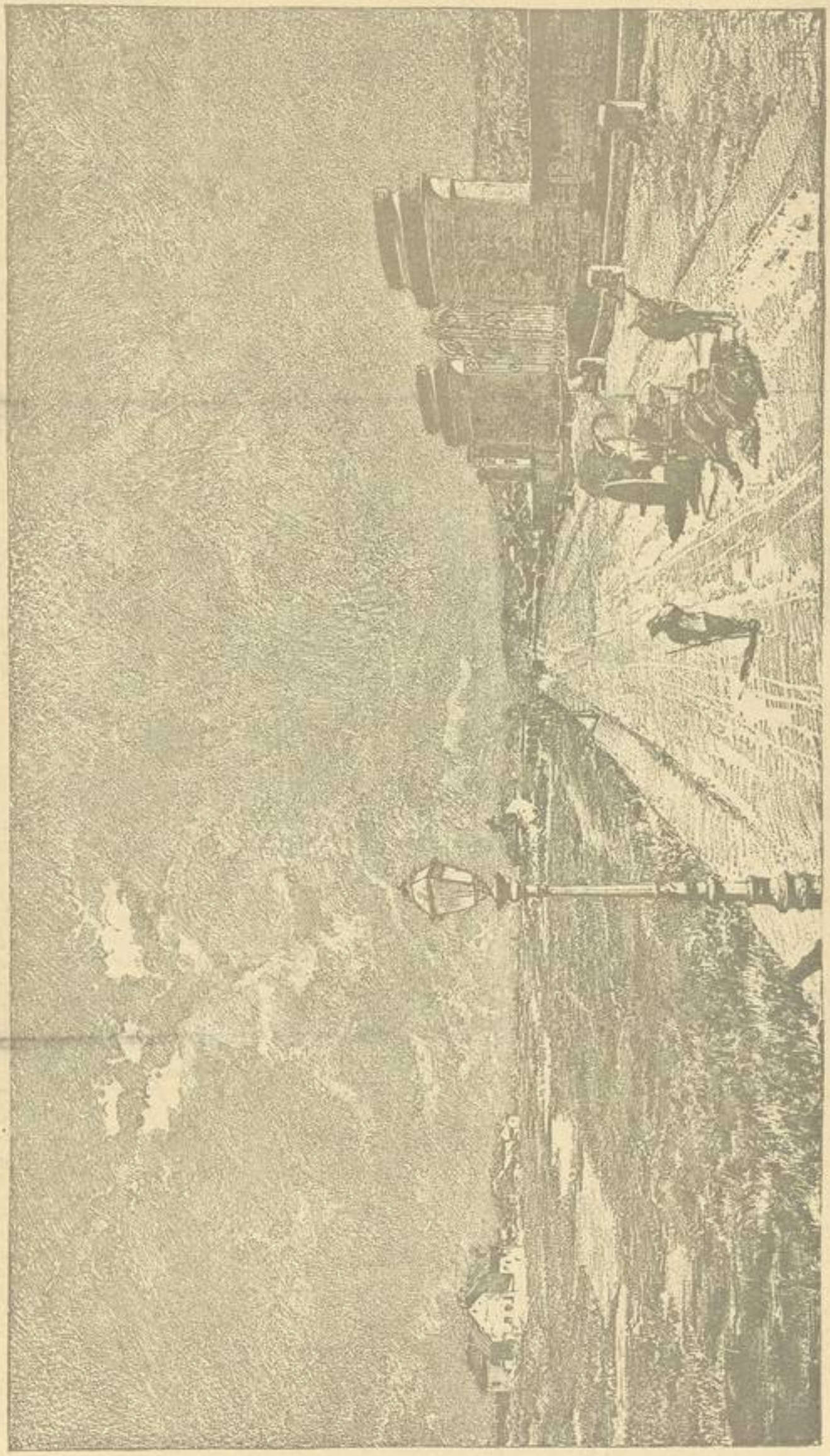
Pasan de ciento cincuenta las iglesias y capillas públicas de Roma en que se celebra el *Mes de María* con gran pompa de adornos, luces y especialmente flores. En la mayor parte de dichas iglesias, un orador sagrado pronuncia cada día una plática antes de las plegarias de costumbre, del canto con buena música de la Letanía Lauretana, y de la bendicion con el santísimo Sacramento. En algunas iglesias anexas á los colegios ú otras corporaciones eclesiásticas extranjeras se celebra el Mes de María en los distintos idiomas respectivos y con las pequeñas variantes de cánticos y adornos en uso en sus diversos países; y á estas funciones concurren preferentemente los católicos de cada nacion residentes ó de paso en Roma; de donde resulta aún en estas tiernas ceremonias del Mes de María la universalidad de Roma debida al Pontificado que la Providencia puso allí como en su sede privilegiada.

La embarazosa situacion en que la dinastía de Saboya se ha colocado viniendo á ocupar la Roma de los Papas y alzando su trono en el Palacio Apostólico del Quirinal, se revela una vez más.

El príncipe de Nápoles, Victor Manuel, hijo único del rey Humberto, no puede hallar una esposa.

Habíase pensado en la Corte casarle con una Archiduquesa de Austria; pero este proyecto se desvaneció enseguida. La Casa de Hapsburgo no se mostró dispuesta á conceder por esposa una Archiduquesa al hijo del rey de Italia que tiene su capital en Roma y nieto del que despojó al

UNA SESION DEL CONGRESO CATÓLICO DE MADRID



EN PLENA CANICULA (CUADRO DE AUGUSTO SEZANNE)

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL GRANADA

Papa de su poder temporal. Pensóse entonces en una princesa belga, la joven hija del rey de Bélgica, Clementina. Parecía ya todo combinado y acordado, cuando la aversion de la opinion pública entre los católicos de Bélgica, indujo á la Corte de Bruselas á no consentir, á última hora, en este matrimonio. Los periódicos oficiosos italianos publicaban de improviso anteayer con maravillosa *frescura* un articulejo en que niegan que se haya tratado jamás del matrimonio entre el príncipe de Nápoles y la princesa Clementina de Bélgica, siendo así que, hace pocos meses, esos mismos periódicos han hablado más de una vez, sin desmentirle nunca, del rumor que circuló por toda la prensa de Europa dando por seguro dicho matrimonio.

Es uno de esos mentís que aún confirman y corroboran más.

Ahora se habla de casar al príncipe de Nápoles con una hija del de Gales, protestante.

Pero la malísima impresion que produciría en Italia, áun entre muchísimos liberales y especialmente en las masas populares, ver sobre el trono de Italia, alzado en el palacio usurpado al Papa, una princesa no católica, hace vacilar á la Corte saboyana para realizar este proyecto.

Así es que ese pobre príncipe de Nápoles no puede hallar una esposa á su gusto por el hecho de haberse posesionado de Roma la Casa de Saboya.

Bien es verdad que el hijo del rey Humberto es muy joven y puede esperar... mejor ocasion.

A propósito de los Congresos católicos celebrados durante estos dias en Madrid, Viena, Oporto y Malinas, la prensa liberal italiana fingió al principio el mayor desden é indiferencia. Mas luego se ha desatado furiosamente contra el Vaticano y contra el «clericalismo intransigente,» añadiendo que estos Congresos no tienen al fin y al cabo importancia alguna. Con lo cual se contradicen vergonzosamente.

Pero en esa algarabía de contradicciones, injurias y falta de sentido comun, ha habido una nota discordante; y vale la pena de señalarla como una mosca blanca, como una rareza.

Esta nota discordante con dicho coro la ha dado un gran periódico liberalísimo y volteriano de Milan: *La Perseveranza;* que dice en sustancia: «Una de dos: ó los gobiernos de esos países han permitido de buen grado los Congresos y entonces es evidente que en el fondo están de acuerdo con los clericales en querer ver resuelta convenientemente la cuestion romana; ó bien han debido tolerarlos á su pesar, y en este caso es tambien evidente que la opinion pública de esos países en favor del Papa y de su soberanía temporal es tan fuerte, que los susodichos gobiernos han debido inclinar la cabeza. En ambos casos es palpable la importancia de estos Congresos.»

Como si faltaran las pruebas de que esta pobre Italia está gobernada directamente por la masonería, hé aquí un hecho tan reciente como elocuentísimo.

El Gran Oriente masónico de Sicilia se ha reconstituido durante estos dias, eligiendo Gran Maestro á Francisco Crispi, presidente del Consejo de ministros y ministro interino de Negocios extranjeros. ¡Y Crispi ha aceptado el nombramiento, agradeciendo cordialmente á los h.·. mas.·. sicilianos el honor que le han conferido!

LIONELLO

10 Mayo 1889.

CARTA DE LEON XIII

AL CARDENAL BENAVIDES, ARZOBISPO DE ZARAGOZA

Amado hijo nuestro, salud y bendicion apostólica.

Llegó á Nos la atenta carta que, de comun acuerdo con todos los que asistieron al primer Congreso católico, nos dirigiste el 24 de Abril como testimonio de amor y de vuestros trabajos científicos. Por ella vimos que vuestro Congreso dió principio con la union de todos en la profesion de fe y obediencia á esta suprema Sede de San Pedro, de donde surge luz de verdad para iluminar los entendimientos y se derrama fuerza vital para unir á todos los fieles en un solo cuerpo. Por lo cual fué conveniente vuestro acuerdo de que vuestras deliberaciones y discursos se acomodaran á la norma indicada por la necesidad de los tiempos en nuestras diversas Encíclicas. Esto nos hizo abrigar la esperanza de que emprenderiais un camino firme y seguro en la investigacion y exposicion de las causas de los males que afligen hoy á la sociedad, y de que os sería más fácil el conocimiento de los remedios con que se extirpe, ó al menos se disminuya, la acerbidad de aquellos males, segun las varias circunstancias de lugar y de personas.

No nos sirvió de menor consuelo la entereza con que afirmasteis públicamente la necesidad de la libertad de la Sede Apostólica y sus derechos, y la de que se nos devuelva en toda su plenitud como decoro y ornamento de la dignidad con que la divina Providencia dotó al Romano Pontífice, á fin de que sin trabas ejerza su excelso ministerio para bien y salud de la Iglesia y del mismo Estado. Fácilmente conocemos por esto mismo el dolor que experimentais al ver la molestia y miserable condicion á que han reducido al Padre comun de los fieles los enemigos, que, maquinando la destruccion de la Iglesia, han dirigido sus tiros contra esta Sede.

Nos han sido además muy gratas, no sólo vuestras pruebas de amor y fe, sino tambien vuestros deseos y esperanzas en favor nuestro; y pidiendo á Dios que los acuerdos que tomeis produzcan frutos saludables para aumento de la Religion y sólida prosperidad y gloria de esta nacion ilustre, os damos con mucho amor la bendicion apostólica á tí, venerable Hermano, y á los venerables Hermanos y demás amados hijos que han asistido á ese Congreso católico.

Dado en Roma, en San Pedro, á 7 de Mayo de 1889, duodécimo de nuestro pontificado.

LEON, PAPA XIII

EN MONTSERRAT

El deseo de un dia de sol, de aires puros, de perfumes agrestes, de cansancio físico, de reposo moral, de emociones religiosas, y sobre todos estos deseos el más elevado de celebrar un acto religioso y conmemorar una fecha gloriosísima, la más gloriosa en los anales de la patria, fué lo que me llevó el domingo último á Montserrat, maravilla de la naturaleza, alcázar de tradiciones patrias, lugar bendito del cual hasta las flores parecen exhalar místicas fragancias. A las cuatro, ó muy cerca de ellas, salíamos de la estacion del Norte. Echando bocanadas de humo y vapor, respirando fatigosamente, lanzóse la locomotora por los rieles, mientras aclamaciones á la Vírgen resonaban en el espacio y suavísima claridad se difundia en el horizonte. En el tren habia algo del alegre y bullicioso rumor de la colmena al asomar el dia. A medida que éste avanzaba percibíanse más claros los tonos verdes de las masas de vegetacion, los campos y las viñas. A nuestra vista desfilaban las casas de campo, con sus puertas y ventanas cerradas; las poblaciones quietas y dormidas, con sus calles desiertas: á cada estacion se repetian los vivas á la Vírgen, al Papa-Rey y á la Unidad católica. La luz blanca de Oriente se hacia más intensa, brotaban de ella tintas rosáceas cada vez más vivas que se reflejaban en una extensa nube que luego despedia destellos metálicos, convertido su extremo en luciente y deslumbradora franja de áurea brillantez, mientras entre ella y una loma, solemne, agrandado el sol como globo ingente, se levantaba entre pulverizaciones de oro inundando la tierra con sus esplendores. ¡Qué hermoso es el sol en su salida, cuando en perspectiva se tiene un dia bello! Un dia en Montserrat es un dia hermosísimo, si no hay tempestades en el cielo, si no se llevan nubes en el alma.

Al trasponer un monte surgió de improviso á nuestra vista la montaña envuelta en blanca y rozagante niebla, que parecia derramarse de la cima, por entre los picos más altos, como espuma de una gigantesca copa. En la parte donde está el Monasterio, como velo finísimo desprendido y levantado por el viento, el desgarrado manto de niebla lanzábase á los aires y dejaba al descubierto el Santuario, que con sus enormes columnatas de peñas bañadas por el sol naciente, surgia arriba, muy arriba, como gigantesco altar envuelto en nubes de incienso. *Salve, Regina, Mater misericordiæ, vita, dulcedo et spes nostra, salve!* fué el grito que se escapó de todas las gargantas, grito de fé, de esperanza y amor, que ningun catalan que crea y espere puede contener en su pecho á la súbita vision de la montaña.

Descendidos del tren, emprendimos la marcha hácia Monistrol por la polvorosa carretera que bordea las márgenes del Llobregat. Llegamos al pueblo, subimos las empinadas y pedregosas calles hasta la iglesia, donde oimos misa y se distribuyó la Comunion á muchos romeros. El altar estaba adornado con ramos, signo del mes de Mayo, el mes en que se rodea la imágen de la Vírgen con las más hermosas y fragantes flores. La sencillez misma del adorno, lo modesto del templo, la proximidad de la montaña, disponian al alma á cierta poética devocion que en vano buscamos á veces en las suntuosas fábricas de otros templos y en los complicados ornatos. Gracias á Dios, nunca he sufrido los farisaicos escrúpulos, regularmente más premeditados que sentidos, de los que rechazan la riqueza en el santuario y en el culto; pero con frecuencia han hablado más hondo en mi corazon las modestas iglesias de las aldeas que los grandiosos templos de las ciudades.

Concluida la Misa, unos en coche y tartana por la carretera, otros por el atajo y á pié, nos dirigimos al Monasterio. De los últimos fuí, prefiriendo el camino corto de rápidas pendientes, de bruscas sinuosidades y pedregoso piso que se encarama por la montaña, al ancho camino de moderado declive, que muellemente se tiende y avanza buscando pendientes suaves y amplias curvas en cuanto lo permite el quebrado monte. Por el camino encontrábanse grupos de romeros sentados á la sombra de los recodos buscando un momento de reposo y refrigerio á sus caldeados pulmones, mientras otros se divisaban arriba siguiendo los zig-zags del camino bañado por un sol ardiente que hacia más fatigosa la subida. Al fin divisamos la cueva de la Vírgen, incrustada en las rocas, suspendida entre los abismos, y más arriba, á la derecha, la mole del Monasterio, tostada por el sol y los aires hasta tomar el color de hoja seca que contrasta con las grises peñas y fajas de verde oscuro salpicadas de flores. En una roca veíanse pequeñas manchas blancas: palomas que luego se desprendian revoloteando sobre los abismos.

A nuestra llegada habia terminado ya la Comunion general, segun todas las noticias concurridísima, y la muchedumbre se agrupaba en torno de la fuente, descansaba en la sombra y hormigueaba en la plaza del Monasterio. La montaña estaba animada. En todas las sendas se veian grupos, en todas partes resonaban cánticos, voces que llegaban semi-perdidas por la distancia. ¡Hermosísimo espectáculo que pocas veces es dado contemplar! Recordamos otras fiestas, muchedumbres más numerosas, pero casi ninguna en que se manifestara más palpable la unidad en una idea, la comunidad de sentimientos y una aspiracion única. A lo que íbamos, todos lo saben: á conmemorar la fecha gloriosa en que el

Catolicismo, despues de años de lucha, despues de persecuciones no igualadas desde que cesaron las del Imperio romano, triunfaba de todos sus enemigos, y desde el trono de los reyes iluminaba y vivificaba la España naciente fortificándola con la unidad de la fé, merced á la cual pudo renacer gloriosa y cristiana despues de setecientos años de lucha contra los sectarios de Mahoma, en cuyas manos pareció de momento aniquilada la España y condenado su feraz y hermoso suelo á sèr vivienda perpetua de sectarios islamitas. Pero tan bella conmemoracion no carece de amargura. La Unidad católica hace años está rota en España; la rompieron españoles que quisieron tolerar herejes antes de que los hubiera. No estábamos, pues, en Montserrat sólo para conmemorar, sino tambien para rogar que Dios aleje de nosotros, de nuestra patria, esas nubes que han venido á empañar el acto glorioso llevado á feliz término por Recaredo, y que de nuevo brille en nuestra patria la unidad en la fé y volvamos á ser un pueblo exclusivamente católico, sin impurezas de herejías, sin mescolanza de sectas reconocidas y protegidas por el poder público. De este doble carácter estuvieron impregnadas las funciones religiosas de aquel dia. El templo profusamente iluminado, la música, el canto de los divinos oficios, convidaba á las solemnes y gratas emociones que sólo es capaz de despertar en las almas el culto católico con sus incomparables y sencillas grandezas.

Por la tarde acalláronse durante algunas horas los gozosos cantos para dar lugar á las dolorosas plegarias y meditacion del *Via Crucis*. Organizados los peregrinos en tres procesiones, mientras una descendia á la Cueva, otra subia por el camino que conduce á la Ermita de San Miguel, encaminándose la tercera á los Santos Apóstoles. Momentos hubo en que la vista distinguia aquellas tres largas hileras de séres humanos, que avanzaban en tres opuestas direcciones, y de cuando en cuando caian de rodillas sobre el pedregoso camino, para emprender luego la marcha haciendo vibrar los aires con el acento de la letanía y los rezos del santo Rosario que los ecos repetian. La plegaria se elevaba como un perfume más grato que el de los tomillos, del romero, del espliego y las mil flores que crecen en la maravillosa montaña.

El sol, que por la mañana vimos aparecer magnífico y deslumbrante, descendia en tanto y se aproximaba á su ocaso. No me fué posible aguardar las funciones de la noche, ni la solemne entrega de los estandartes á la Vírgen, ceremonia hermosísima segun refieren los que la presenciaron, y dicen de ella que fué acabadísimo y digno remate de tan memorable jornada. Nos despedimos de la Vírgen y emprendimos la marcha hácia Monistrol, mientras la luz del dia lentamente menguaba.

Al salir del pueblo bajo un cielo en que como puntos brillaban millares de estrellas, entre las sombras y la quietud de la noche turbada sólo por el monótono rumor del Llobregat, volvimos nuestra vista á la montaña, que se levantaba negra, caprichosamente recortada, en el fondo de la cual distinguíanse unas luces diminutas, inquietas, que tan pronto desaparecían como brillaban de nuevo; alumbraban sin duda á algunos romeros que descendian por el atajo. En medio de aquella oscuridad sentia tambien yo luz en el alma; luz que todavía vive: la memoria de un dia que no ha producido en mí sinsabor ni dejo de amargura. El recuerdo de la hermosa salida del sol de aquella mañana es uno de los más pálidos recuerdos de aquel dia.

FRANCISCO DE A. RIEROLA.

EL VUELO DEL ALMA

I

Representaos un vasto jardin delante de una rica casa de campo, á orillas del agua; uno de esos asilos que parece proclaman que la felicidad los habita. Y como si conviniera que el ojo del extranjero no pudiese equivocarse, vese cerca de los muros una pequeña cúpula con una cruz; de suerte que esta casa se anuncia como cristiana, y no es temeridad suponer en ella la felicidad.

El edificio, muy antiguo, no carece de estilo, aunque en algunas partes retocado. Pared delantera que remata en punta, techos agudos, ventanas labradas, escalinata, azotea y balaustres. A la derecha, el rio bastante imponente, y colinas; á la izquierda, bosque; detrás, grandes huertas; más allá, otras colinas verdes, otros bosques, islas, campanarios y algunos mansos; una de aquellas hermosas arboledas que tan bien se forman en los grandes cursos de agua. El rio andaba á través de este encantador y rico país. En el horizonte, al terminar el valle, cuya extension es de una legua, asoma una bonita poblacion, los piés en el agua, la cabeza al aire, coronada con su palacio señorial, antiguo nido de buitres, ahora poblado de gorriones, pero que tiene apariencia todavía. Cuando sale el sol, las fachadas blancas de la poblacion reciben sus primeros rayos, y reflejan vivamente en la verdura de las colinas y en el azur del cielo. En otoño, el rio forma una niebla, entre la cual parecen flotar las casas más altas, despejadas únicamente en su remate. A la puesta del sol el espectáculo es grandioso: árboles, casas, colinas, todo se destaca en el aire sobre un fondo de fuego.

Ahora bien, la casa que presenta este golpe de vista, bien provista de cortijos á derecha é izquierda, por delante y por detrás de viñas, y bosques á los lados, aquí de praderas, allí de tierras de pan llevar y otras buenas, tiene de renta en un año comun, sin atropellar al arrendatario, cuarenta mil libras; pero no es esto lo que tiene de más precioso.

LA PRINCESA GUILLERMINA HELENA DE HOLANDA

Un jóven de veinte y cinco años, bien formado, de aire modesto, se hallaba de pié frente á la ventana de uno de los aposentos que miran al jardin. Un viejo tomo infolio abierto sobre la mesa, al lado de la lámpara aún encendida, sin duda le habia hecho olvidar el dia. Contemplaba el delicioso espacio que acabo de indicar, cuando cautivó su atencion otro objeto. Ábrese la pequeña puerta del jardin, y ve entrar una mujer cubierta con un ropon de seda. A pesar del traje, poco le costó reconocerla; era la hija de la casa, la heredera de aquella magnífica posesion, y para darle un título que sonaba mejor en el corazon de nuestro jóven, era su desposada.

Tenia diez y ocho años. Haré su retrato tomándolo de los cuentos de hadas: era «bella como el dia.» No os figureis una estatua griega, ni una Circe parisiense. Su belleza era un resplandor de candor, una gracia ingénua. Ved lo que quiere decir «bella como el dia.» Por lo demás, brillaba con el esplendor de una sangre pura. Era una encantadora y vigorosa flor de tallo patriarcal. Podíase examinar su fortuna, sin encontrar una injusticia; su linaje, sin descubrir una felonía. Se llamaba Clara.

Fabio, el jóven con quien habia de casarse, era pariente suyo en grado lejano, y se daban el nombre de primos. El matrimonio estaba arreglado desde el nacimiento de Clara. Siendo pequeñita, se le decia: «Amale bien, será tu marido;» y á él, ya más crecido: «Ruega á Dios por Clara, que será tu mujer.» Llenáronse los deseos de entrambas familias: los niños se amaban como dos ángeles. No dejando nunca de pensar que se pertenecian el uno al otro, sus corazones no dieron entrada á otro afecto, ni existió entre ellos disimulo alguno.

Huerfanito y casi sin patrimonio, Fabio debió su educacion á la generosidad de los padres de Clara. Criándole magníficamente, aquellos buenos cristianos pensaban sin duda en su hija; pero al propio tiempo querian poner á Fabio al abrigo de un cambio posible en el corazon de la jóven, ó en el del mismo Fabio, á fin de que si Clara lo despreciaba, sus conocimientos le sirviesen de fortuna, y que sintiéndose rico y libre por efecto de su cultura de entendimiento, ningun cálculo le hiciese caer en la tentacion de casarse con otra de su gusto. Imaginaos los sentimientos de un alma que pudo adivinar y comprendia semejantes delicadezas.

En tanto que Clara completaba su educacion en las Salesas, Fabio, ya doctor en Derecho, perfeccionaba la suya por medio de los viajes. No habia aún elegido una carrera. Tentábanle las letras; pero era tan sinceramente modesto, que desconfiaba de hacer en ellas cosa útil. Sus planes, pues, se limitaban á practicar á su alrededor cuanto bien podia, estudiando y sirviendo á Dios en la oscuridad, puesto que al parecer Dios así lo queria. Sin embargo, no gozaba su alma de una paz verdadera; graves dudas asomaban en su entendimiento. Durante sus viajes, cuando visitaba algun célebre lugar religioso, cuando contemplaba ciertas miserias dolorosas de la Iglesia, se le habia ocurrido á menudo el postrarse y ofrecerse enteramente á Dios: «—¡Dios mio, exclamaba, amaros, serviros á Vos únicamente!» Y aplicaba el oido, esperando como una voz del

cielo y una mision. Nada percibia, ó habia creido no oir más que vagos murmullos. Su porvenir estaba resuelto; lo aceptó como cosa séria, aunque dulce y seductora, y que venia tambien de Dios. Puso en él todo su ardor, y se dedicó enteramente á labrar la dicha de aquellos que tanto le habian amado, dándoles su vida como primera recompensa con la que el cielo coronaba la caridad que para con él habian ejercido.

(Se continuará)

MISCELÁNEA

CONVERSION NOTABLE

Grata por extremo es la noticia que nos llega de Jaén.

Acaba de morir en el seno de la Santa Iglesia católica, arrepentido de todos sus errores y despues de recibir, lleno de contricion, los auxilios espirituales, el célebre libre-pensador D. José Calatayud.

Había sido Alcalde de Jaen varias veces, Gobernador durante el período revolucionario y Presidente del Comité federal. Era hasta su última enfermedad Ven.·. de Lógias masónicas, Delegado extraordinario de la Masonería en Jaen, y uno de los principales miembros del carbonarismo.

Siempre se habia distinguido por su celo sectario, ya presidiendo el Congreso masónico celebrado en Córdoba el año 1886, ya siendo el orador insustituible en todos los entierros civiles que se verificaban en Jaén; el alma de todo lo que fuese anticatólico, y el incansable propagandista de ideas irreligiosas y disolventes.

Pero el Sr. Calatayud, á quien con razon consideraban los masones y libre-pensadores como á uno de sus más distinguidos porta-estandartes, tenia dos cosas, de que carecen la inmensa mayoría de los impíos en España: un fondo bueno y una familia cristiana y piadosa que no cesaba de rogar á Dios por él.

Ha muerto, como decíamos, retractado de sus errores y en el seno de la Iglesia, á quien con tanto encono persiguió; dando á su familia el consuelo de ver cumplidos sus votos; á los impíos un digno ejemplo para que lo imiten, y un mentís á sus insipientes doctrinas; y á los católicos, un motivo más para bendecir á Dios.

EL TEMPLO DE SAN JERONIMO EL REAL EN MADRID

La fundacion de este templo, donde se ha celebrado el Congreso católico español, es muy anterior á la grandeza de Madrid. Enrique VI reposó en su último sueño en el monasterio, que entonces se llamaba de San Jerónimo del Paso, y estaba, no donde hoy, sino entre los frondosos y apartados bosques del Prado.

En 1404, terminada la fábrica del monasterio en su actual emplazamiento, trasladáronse á él los monjes, y tomando ya el nombre de San Jerónimo el Real, se fabricó la nueva casa con los materiales de la antigua. Créese que dirigió las obras Enrique de Egas, arquitecto de los Reyes Católicos. Algunos suponen que la remató el célebre P. Villacastin, tan famoso en la construccion del Escorial. El no menos famoso Toledo, maestro de Herrera, dirigió las obras del aposento real, ó sea del pabellon en que descansaban las personas reales cuando querian pasar alguna temporada en San Jerónimo.

En este aposento real celebró Felipe II Capítulo general de las Ordenes de caballería, año de 1573.

La confusa y falseada historia del infortunado príncipe Don Carlos tambien se enlaza con la de este monasterio de Jerónimos.

Las antiguas Cortes del reino de Castilla se celebraban casi siempre en San Jerónimo. Recién concluida la fábrica, túvolas allí D. Fernando el Católico para jurar su cargo de Regente á nombre de su incapacitada hija doña Juana. Desde entonces hasta casi nuestros dias todas las reuniones de Procuradores se han celebrado en San Jerónimo. En este fueron jurados como príncipes herederos: Felipe II, en 1528; Fernando de Austria, en 1535; Felipe III, en 1584; Felipe IV, en 1608; Baltasar Cárlos, en 1632; Luis I, en 1709; Fernando VI, en 1724; Cárlos IV, en 1770; Fernando VII, en 1789, é Isabel II en 20 de Junio de 1833.

Las exequias reales se verificaban tambien en San Jerónimo. La historia ha conservado, entre otros, el recuerdo de las magníficas que se hicieron al piadoso Felipe III.

Las tristes escenas de 1834 parecieron hundir para siempre la gloria de este insigne monasterio. Primero fué convertido en cuartel de infantería, y más tarde en parque. Por último fué abandonado, y la imponente y gallarda masa gótica no era más que una ruina. La historia moderna ya es conocida de todos, así como la magnificencia del ilustre cardenal Moreno, que, con celo de apóstol y grandeza de príncipe, presidió las obras de restauracion.

LA TRATA DE NEGROS

A propósito de la gran empresa del cardenal Lavigerie, dice un periódico belga que el comercio de negros en Africa, ya habitual entre los cartagineses, fué restablecido en la edad moderna por los portugueses, dueños en Africa de 1,500 leguas de costa, entre los años de 1498 y 1511. El célebre jesuita Molina, profesor en Evora (Portugal), condenó este tráfico en su obra *De Justitia et jure*. En esta campaña le imitaron Rebello y Tomás Sanchez; en Lima, Avendaño; en el Tucuman, Morel; Sandoval, en Cartagena, y en Africa los Padres Franciscanos de Cacheu. En 1462 condenó dicho tráfico el Papa Pio II. El primer *cazador* de negros fué un inglés, sir John Hawkins, á quien la reina Isabel permitió que adornase su escudo de armas con un negro encadenado. Entre tanto el jesuita san Pedro Claver, en Cartagena de Indias, fué el protector de los negros durante cuarenta años. Macaulay dice que la esclavitud en paises católicos jamás fué tan cruel como entre los protestantes.

El *Código negro*, promulgado por Luis XIV en 1687 y por Luis XV en 1727, era mucho más duro que las leyes de Indias dadas por varios monarcas españoles. Las mejoras que propuso lord Bathurst en 1823 para las colonias inglesas, ya estaban planteadas para los esclavos de las francesas en 1687. En el Congreso de Viena el Papa Pio VII hizo que ocho potencias condenasen la trata, y en el mismo sentido trabajó Gregorio XVI con su notable Encíclica de 1837. Inglaterra emancipó á sus esclavos en 1838, Francia diez años despues, Holanda y Dinamarca en 1864, luego los Estados-Unidos, y Leon XIII con su Encíclica á los Obispos del Brasil y con la proteccion que concede á la cruzada que llevará el nombre del cardenal Lavigerie, procura poner fin en su glorioso pontificado á la obra de la Iglesia y de sus ilustres predecesores.

CORO DE LAS VOCALES

SECCION RECREATIVA

CHARADA

En *prima* y *dos* al reves
El pájaro salta y canta,
Segunda con sus bramidos
Me aterroriza y espanta.
Prima, vocal, y mi *todo*
Es verbo tan general,
Que, sin él, estoy seguro,
No habrá persona mortal.

SOLUCIONES DEL NÚMERO 72

CHARADA

MONTEVIDEO

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 14

Blancas.	(Winter-Wood.)	Negras.
1. C R4-G3		1. R + C G3
2. T H1-G1 +		2. R G3-H3 op. R4
3. A B5-F1 mate op.		A R4+D2 x mate
(a)		1. R F4-E3
2. C G3-F1 +		2. R E3-F2
3. T H2-H1 mate,		

y otras variantes.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 1.° DE JUNIO — SÉRIE II.—NÚM. 75

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*El Pontificado* (conclusion), por Francisco Sanchez de Castro.—*La pena de muerte*, por Valentin de Novoa.—*El martillo de los herejes*, IV, por Francisco Hernando.—*El vuelo del alma*, II, por Luis Veuillot.—*Miscelánea*.

GRABADOS

AL LUCIR EL ALBA (cuadro de Angel Dall' Oca).—El alba se transforma ya en una de aquellas auroras rutilantes cuyos vivos colores han cantado todos los poetas, y sus primeros reflejos inundan los contornos de un establecimiento industrial á donde acuden los trabajadores de ambos sexos, siguiendo un camino paralelo al canal que suministra á la fábrica la fuerza motriz. El artista trazó en el lienzo con mano fácil y entonacion acertadísima uno de sus mejores cuadros de la vida popular, que es el género de su especial predileccion.

LA FUENTE DE LA REINA EN LA GRANJA, Real sitio de San Ildefonso.

EL CANTASTORIE: tipos venecianos (cuadro de Leonardo Bazzaro).—El autor de este cuadro nos traza una escena de costumbres populares de aquel país, donde es muy comun y frecuente reunirse en grupos para oír con gran atencion é interés la lectura de poemas ó hechos históricos de mayor nombradía y de los más distinguidos escritores. El nombre de *Cantastorie* se da á los encargados de dichas lecturas.

SERPA PINTO.—Jóven y distinguido oficial del ejército portugués, amigo particular del cardenal Lavigerie, acérrimo anti-esclavista y uno de los más intrépidos exploradores del Africa, hé aquí en pocas palabras los títulos por los que ha llegado á conseguir justa y merecida celebridad el nombre de Serpa Pinto, cuyo retrato damos hoy. Recientemente le confió el Gobierno de su país la espinosa mision de internarse en el interior del Africa en socorro de Cardoso, otro explorador y compatriota suyo.

VOLVIENDO DE PACER (cuadro de Luis Gioli).—Escenas del campo, en que figuran como protagonistas grupos de las razas caballar y bovina, llenos de vida, de animacion, de movimiento, en paisajes adecuados al asunto: tal es el tema predilecto del expresado pintor, constituyendo su especialidad, en la que sobresale por modo notable, siendo buena muestra de ello el cuadro que reproduce nuestro grabado.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El parlamentarismo jurídico.—Las sobas de tolerancia de la libertad liberal.—La toga y la espada.

Un espectáculo nunca visto acaba de perpetrarse en esta villa del Oso y de su alcalde mayor, para el cual se reclama toda la conmiseracion de los lectores de este semanario.

Me refiero al parlamentarismo jurídico, tan maleante como todos los parlamentarismos, y, por tanto, digno de ponerse en solfa, á falta de un manteamiento de más sensacion.

Como estaba profetizado, entre *sensatos e insensatos* (ya saben los lectores á qué ganadería pertenecen estos caballeros) se ha reñido descomunal batalla ante la mismísima Sala de lo criminal de esta Audiencia, llamada á dictar fallo

AL LUCIR EL ALBA (CUADRO DE ANGEL DALL'OCA)

en el misterioso proceso de la calle de Fuencarral.

La pelaza no se perpetró entre chisperos, granujas, ni destripa-callos de los barrios bajos, sino entre señores letrados criminalistas de los que gozan concepto de *leidos* y *entendidos*; pues si los protagonistas hubieran pertenecido al gremio de los abogados rábulos, picapleitos, ó desuella expedientes de menor cuantía, á nadie hubiera extrañado que los birretes anduvieran por el aire y las togas, á guisa de mantas, se liasen á las cabezas.

Es, pues, el caso que uno de los señores abogados de los que intervienen en esa escandalera que se llama juicio oral y público, aunque más propiamente debiera llamarse juicio sin juicio, ó juicio á lasquince, hubo de acusar á sus compañeros que sostienen la accion pública de calumniadores ó cosa así, por lo cual, subiéndoseles á los aludidos la sangre á la cabeza, se encaramaron á seguida en la parra, y desde ella se despacharon á su gusto, armando una bronca jurídica de aquellas que reclaman decoracion de café cantante.

La palabra «¡miserable!» resonó en el local de la manera más perceptible, subsiguiéndola otras del mismo vocabulario, por lo cual se desarrolló una escena de rugidos de todas las tesituras, en la que tomó parte el público *sensato e insensato* que llenaba el local, abriendo las fauces y mostrando voraz apetito de comerse á los señores de la Sala, á los procesados, á los defensores, crudos ó condimentados en liberal fritanga, digna de un banquete de antropófagos de gusto una mijita depurado.

Los abogados de la accion pública se levantaron para dejar el local, é interrogados por el Presidente por qué se iban, contestó uno de ellos: —Porque sentimos náuseas de oir al abogado de Vazquez Varela.

Y hubo otros episodios así.

El público de los extraordinarios, como le llama *El Globo*, las señoras de convite, las mujeres que compran sus puestos para ir á merendar al juicio oral y la prensa representada en el acto, tomaron parte en el debate, colmando de denuestos é improperios á los señores del márgen, á los procesados, á los defensores, hasta á los bancos, que se movian solos y amenazaban con querer volar por el aire.

Y así como suele decirse que el gato daba al rato, y el rato al palo, y el palo á la cuerda, menudeaban los golpes, de *boquilla* se entiende, con tanta prisa que hubo momentos en que se creyó que seria preciso llevar al local los botiquines de la casa de socorros, ante el temor de que la sala del juicio se convirtiera en un mal hospital de lisiados.

Todo se pega menos la salud, la fortuna y la hermosura.

Y aunque es evidente que el parlamentarismo jurídico ha recibido sus morbosos contagios del político, en la actualidad la representacion nacional parece como que ha recibido de la Sala de lo criminal de la Audiencia de Madrid letales influencias que la incitan á perpetrar los mismos espectáculos.

Debemos hallarnos sometidos á la maléfica influencia de alguna constelacion camorrista del mundo sideral, que acaso amenaza con despachurrar á los orbes como si fueran maduras cerezas.

En los estrados de la justicia los abogados se insultan y se enseñan los puños en actitud de acogotarse: en la representacion nacional los diputados han querido pegar á su presidente, salvado acaso de un manteamiento como el de Sancho en la venta, por arte de birli-birloque y de los maceros de aquella casa grande.

Las sobas de tolerancia de estos caballeros propenden á ser acompañadas de algun toque de generala, que pone los pelos de punta y la tranca en la puerta del vecindario pacífico.

Pesa sobre nosotros, madrileños de la decadencia, una poblacion criminal que nos asfixia, como si llevásemos en las espaldas el peso de Atlante; pero no se reducen á eso los peligros que nos asaltan en profecía.

La libertad liberal ha empezado á tomar la mañana y hace mal aguardiente.

Los padres de la patria han destripado á su presidente llamándole á voz en cuello *traidor*, *miserable*, *canalla*, guarneciendo esos dicterios con la perspectiva de una felpa, y esos gritos, como diria el escéptico Nuñez de Arce, cantor de las Visiones de Lutero y de las Lamentaciones de lord Byron, son verdaderos gritos de combate.

«—El motín—decia solemnemente en una de estas jornadas el ex-monstruo Cánovas—ha tomado por asalto el Parlamento español, siendo su director general el gobierno que padecemos.»

No quiero tomar una escalera para bajar á examinar esta proposicion que pinta al desnudo las costumbres políticas y parlamentarias, porque temo atrapar en el descenso un escalofrío.

Las cosas están graves y hace aquí en este Madrid un miedo de muchísimos pares de demonios.

Y es que la gravitacion general del mundo progresista no puede dejar de andar su camino, cuyo término fatal son las barricadas.

Dice el refran que al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solian ir; pero nuestros progresistas no tienen necesidad de esperar mil años para satisfacer su propension de zambras y jaranas.

Hoy no gastan fornituras, ni ostentan el morrion legendario que les dió celebridad; pero su genio y su figura son los mismos de siempre y no concluirán hasta la sepultura.

Que Dios nos libre de sus relinchos y de sus cencerradas patrióticas.

Ni paran en esto los sustos que llevamos ante la perspectiva de tantos rosarios de crímenes ordinarios y extraordinarios como se rezan públicamente.

Concluso el juicio oral del crimen de la calle de Fuencarral y visto para sentencia, empieza ahora otro entre los letrados que han tomado parte en ese drama procesal.

Dos de esos caballeros, los señores Rojo Arias y Ballesteros, despues de haberse insultado con más ó menos descoco, han decidido romperse el bautismo como dos gañanes de Alcobendas.

Lo cual, en puridad, es equivalente á decir que han concertado un duelo, de estos que en este país sin alma y sin Dios se perpetran á la luz del dia y en faz de las autoridades y tribunales á la moderna.

Y es claro, si esto hacen los encargados de abogar por la justicia, imagínese lo que harán los que nacen para faltar á ella desconociendo su majestad augusta.

El espectáculo está en carácter y es digno de este tiempo; pero no hay forma de que tengamos otros mejores.

Higinia Balaguer, que no es tonta, y ha tenido motivos para estudiar á fondo nuestra sociedad, antes de que el verdugo la ponga el corbatín, como ella dice, es la única que podría hoy inspirar un libro de memorias de tremendo interés.

¿Cuál será su juicio sobre todo lo que ha visto? ¿Será la mayor locura que puede cometerse la que ella cometió esgrimiendo un cuchillo y la tea de los incendios para restar de la vida á una pobre mujer que la abrigó en su casa como pudo abrigar á una sierpe?

¡Chi lo sá!

LUPERCIO.

Madrid, 28 de Mayo.

EL PONTIFICADO

Discurso de D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO *en la primera sesion del Congreso católico español*

(Conclusion)

Esta situacion, repitámoslo, es intolerable para el Papa y para los católicos del universo mundo, que vemos, además, como los sectarios van poco á poco, ó mejor mucho á mucho, dejando sin apoyos ni auxilios á nuestro Padre; tenemos ante los ojos sus proyectos y sus maquinaciones; vemos como han ido minando ó arrancando de la Roma pontificia todos los baluartes de la libertad del Jefe de la Iglesia, y todo lo que servia á la defensa y extension de la doctrina evangélica, hasta atentar, sacrílegos, á la obra hermosa, incomparable, santa y civilizadora de la *Propagacion de la Fe;* contemplamos como tratan de amordazar á los fieles y á los ministros del santuario, para dejar aislado, abandonado al custodio de la ley divina; vemos las Sedes sin Pastores, los semilleros de operarios evangélicos yermos, y Roma llena de escuelas sin Dios y de publicaciones anticristianas.

Y esa prensa arroja á diario toda clase de injurias y denuestos contra el Pontificado; y aquel Gobierno, que impide con rigor todo ataque á la potestad civil, tolera, autoriza y aplaude las iniquidades más grandes contra el Supremo Jefe del Catolicismo. Cualquier embajador cerca del Quirinal, y aun cerca del mismo Papa, es más respetado por el Gobierno, por la prensa y por las turbas que la sagrada persona del Pontífice. ¿Y no es esto un contrasentido y un verdadero sarcasmo? ¿En virtud de qué poder y majestad van al Vaticano los embajadores de las potencias? Recibirán la mision del Gobierno que los envia; pero su representacion mira al príncipe cerca del cual están acreditados; y esos embajadores son respetados, no por causa del soberano que los recibe, sino por la representacion civil que tienen; viéndose así proclamado el respeto á la fuerza y escarnecida la santidad del derecho.

¿Y en dónde está quién tenga poder, sabiduría y amor para hacer esto? ¿Quién sino los Papas lo harán hoy como siempre? Ellos, que supieron dominar la barbarie, contener y castigar á los príncipes tiranos y crueles; ellos, y solo ellos, maestros y padres de la humanidad, sabrán dar la paz moral á las modernas sociedades. La Revolucion empezó con Lutero combatiendo el Pontificado; y de Lutero, que atacaba al Papa, hemos llegado á Proudhon y á los socialistas y nihilistas contemporáneos, que son la negacion de Cristo, de la Iglesia, de la familia; negacion de la autoridad, de la propiedad, de Dios; negacion universal, ingente, pavorosa, como jamás la presenció el mundo pagano; y contra esa negacion, la sociedad indefensa necesita de afirmaciones solemnes, y la que á todas las comprende es la restauracion de la soberanía del Pontificado. *(Aplausos.)*

Roma es el centro posible y providencial del mundo, y el Papa-rey, por serlo, es ya un ejemplo de admirable eficacia que bastará á impedir la disolucion social; al rededor de su trono restaurado, que significa el triunfo del derecho sobre la fuerza ó el capricho de los hombres, pue-

den ir agrupándose y restableciéndose todos los principios de justicia y todos los fundamentos sociales. Una sola verdad, un solo principio respetado y reconocido, puede tener eficacia para salvar al mundo, como elemento de vida y regeneracion en cuerpo amenazado de disolucion y muerte. Sin esa verdad, el mundo, con todos sus alardes de cultura, somete todos sus problemas á la odiosa ley del número ó de la fuerza; y las muchedumbres descreidas, las sectas radicales, saben ya que su nombre es legion, y se aprestan al combate, que no mejorará su estado, pero que, satisfaciendo sus rencores, llenará el mundo de estrago y de ruinas...

Esto debieran ver y meditar los grandes, los poderosos, los políticos, antes de que llegue la hora suprema; antes de que la violenta sacudida del volcán los saque de su criminal indiferencia. La indiferencia es el gran delito de la sociedad contemporánea: Por eso se explica la situacion del Papa, aunque, en rigor, no tiene indiferentes. Representante de Aquél que fué proclamado signo de contradiccion, ó se le ama hasta dar por él la vida, ó se le aborrece de muerte. Estaba reservado á esta edad menguada, á esta época de almas sin energía y de corazones sin calor, á este tiempo que se distingue por la falta de caracteres, contemplar el cautiverio de un Papa, acompañándole con frias y tal vez interesadas manifestaciones de respeto.

Digámoslo muy alto, porque es una triste verdad que nos marca nuestro deber. Abandonado de los poderosos del mundo, el Papa no tiene hoy otro auxilio humano que el amor de sus hijos. Debemos, pues, más que nunca acompañarle y consolarle, repetir sus protestas y sus clamores, reivindicar sus derechos, que son nuestros derechos, hacer ver á Europa y al orbe que algo somos y valemos, y que han de tener en cuenta nuestras reclamaciones, y unirnos en apretado haz á las órdenes de nuestros Pastores para secundar sus esfuerzos y apresurar la hora de la libertad de nuestro Padre, proclamando siempre y en todo lugar que es intolerable su situacion. *(Aplausos.)*

Y más todavía. El Jefe de la cristiandad, el Padre de los pueblos, el verdadero señor de Roma, es un verdadero cautivo; y si no está materialmente aherrojado entre cadenas, como el primer Pontífice, es una triste verdad que ni siquiera es libre en su sagrada persona. Las turbas desalmadas que osaron ultrajar las venerandas cenizas de Pio IX, no tolerarian en paz en las calles de Roma á Leon XIII vivo. No puede salir de su morada sin exponerse á los insultos de la plebe soez, que acaso llevaria sus desmanes hasta atropellar su augusta ancianidad ó atentar contra su existencia; y entonces, los mismos que dicen hoy hipócritamente que el Papa no está cautivo, le tacharian de imprudencia porque, conociendo la situacion de las cosas, habia provocado el conflicto. En los propios jardines del Vaticano, necesarios, aún más que para solaz del ánimo, para vida del abatido cuerpo, no podrá tampoco espaciarse el augusto anciano; porque pronto lo espiarán sus enemigos, dueños ya de los lugares inmediatos, para desde ellos cercar al Pontífice y hacer como imposible su vida. Y ni siquiera tiene la libertad que disfrutan muchas veces los más culpables encarcelados; la libertad de gozar del aire y la luz del cielo: á los balcones y ventanas del apostólico palacio acechan los esbirros de la Revolucion ó atisba la turba insolente; y en el momento en que apareciera la faz del Pontífice, acaso tendria el mundo cristiano que llorar lágrimas amargas, y, cuando no tanta desdicha, heririan los oidos del ungido de Dios las voces del insulto, las notas del cantar infame ó los gritos de la blasfemia. *(Aplausos.)*

Todo esto es horrible y violento, y *nihil violentum durabile. (Grandes aplausos y repeticion de la frase.)*

Si la Historia con sus enseñanzas no lo dijera, todavía los ciegos podrian ver que la Italia revolucionaria, en lucha con el Pontificado, no ha de prevalecer.

Ella misma lo siente: vedla mirando inquieta al horizonte de la política para ver de dónde puede venir la tempestad. Cree débil á Francia, sin la cual ella no existiria, y con ingratitud digna de tal causa abandona á su protectora, á su madre de iniquidad, y se une á sus enemigos, y mañana se unirá otra vez á Francia si por allí viniera el peligro. Y es que los gobernantes italianos, aunque se olviden de la Providencia, presienten que cualquier suceso, cualquier conflicto internacional desarrollado en los Gabinetes ó resuelto en los campos de batalla, puede ser la última hora del flamante reino, que tantos enemigos tiene en todo el mundo cristiano, en la misma Península subalpina y en la propia pasajera Corte del monarca.

Sí; el Papa cautivo es un grave obstáculo; es un conflicto permanente para los dominadores de Roma; y si el Papa se viera lejos de la ciudad que aún hoy vive de la sombra protectora del Pontífice y de los raudales que á ella envia la sociedad cristiana, hasta los monumentos y las ruinas aclamarian por él, y el espectáculo del santo anciano, autor de la grandeza de Italia y de la cultura de Europa, mendigando un asilo, seria un suceso tan grave en la época moderna, y produciria tal tempestad en el mundo cristiano, que, á pesar de todas las debilidades y cobardías, á pesar de todas las complicidades, arrollaria á los poderes subalpinos, y apresuraria quizá la hora de las santas restauraciones.

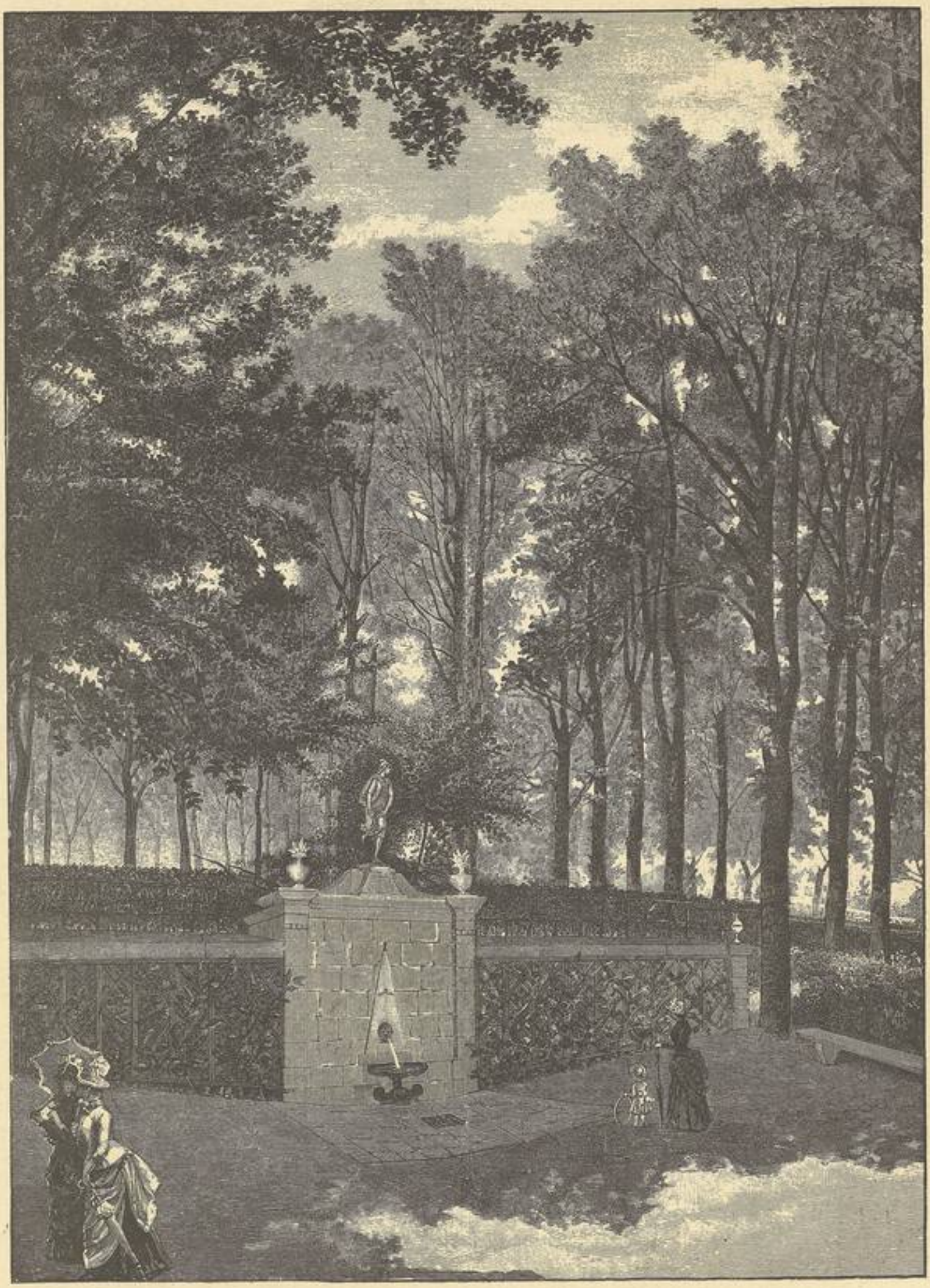
Sí; desengáñense los gobernantes de Italia: Roma es muy grande para capital de un reino; Roma es la capital del mundo y es sagrada propiedad del orbe cristiano. Los gloriosos monumentos de la fe y de la piedad; las columnas y los obeliscos; las riquezas artísticas que Roma atesora; sus incomparables museos y bibliotecas; las mismas ruinas, recuerdos de antiguas edades, todo proclama la soberanía de los Pontífices que dieron vida y salvaron mil veces á la ciudad, y todo vive por la generosidad del pueblo cristiano, que hizo allí la comun patria engrandeciendo el solio del Pastor Supremo. París será de los franceses y Florencia de los italianos; Roma es nuestra; es de los católicos del universo mundo, que con sus esfuerzos, con sus peregrinaciones, con sus institutos, con sus dádivas y limosnas han creado aquellas grandezas á la sombra y bajo la direccion de los Papas; y las han creado para baluarte de su independencia, lugar de su descanso, centro de sus ansias, asilo de sus infortunios, gloria de su nombre, y hogar bendito de sus amores y esperanzas. *(Muy bien.)*

Y en vano es que quieran olvidarlo ó menospreciarlo los actuales dueños de Roma. En la ciudad pontificia no se ve al rey; todo lo es el Papa: oculto en su prision, su presencia lo llena todo; y aun sin verle ni oirle, parece como que aquellas calles y aquellos monumentos le están esperando y aclamando. En las circunstancias ordinarias todavía sucede esto, y aquella inmensa plaza de San Pedro se ve más concurrida y visitada de gentes de todas clases y naciones que las avenidas del Quirinal, en donde reinan el silencio y el abandono acusador. Ningun príncipe, ningun soberano osa ir á Roma; porque si necesita guardar miramientos á los dominadores, tambien ha de tener respetos para el anciano Pontífice; y la dinastía piamontesa aparece allí, más como extraña y peregrina, que como reina y señora. Un solo soberano ha ido á la ciudad del Tíber desde que la ocupan los príncipes sardos; pero es protestante, y aun ese príncipe, que tiene súbditos católicos y ha querido visitar al Papa, ha traido de Alemania sus propias carrozas para no ofender con las del habitador del Quirinal la majestad del infortunio. *(Aplausos.)*

Pero en las circunstancias extraordinarias y solemnes es cuando hasta los ciegos han visto que el Papa cautivo es el verdadero soberano que hay en Roma y el príncipe más grande de la cristiandad y del mundo. Los que tuvimos la dicha de presenciar las magníficas fiestas del jubileo de Leon XIII podemos dar de ello testimonio.

Para solemnizar el aniversario de la primera misa de un anciano sacerdote hemos visto congregada en Roma innumerable muchedumbre de gentes de toda region, de toda tribu y de toda lengua. Potentados y grandes, embajadores y príncipes, Obispos y Prelados, hombres y mujeres, en fin, de Asia y de Europa, de América y de Australia, de las más remotas islas y riberas, acudieron á Roma como atraidos por iman poderoso. Jamás los antiguos Césares, en todo el esplendor de su grandeza, tuvieron tanta y tan varia multitud de súbditos; jamás presenció la ciudad de Rómulo espectáculo tan hermoso; jamás vió tan distintas vestiduras, desde la régia pompa de los orientales hasta el severo traje de los habitantes del Norte y el humilde sayo de la campesina española; jamás resonaron en aquel recinto tan varias lenguas; el griego y el copto, el persa y el irlandés, el siriaco y el aleman; jamás, sobre todo, se vió tanto entusiasmo, tanta union, tanto amor, manifestado por tan elocuentes maneras, por tantos y tan sinceros corazones...

Yo recuerdo el solemne instante de la misa jubilar. Allí, en las gigantescas naves elevadas al cielo por el genio de Bramante y de Miguel Angel; bajo aquella soberbia cúpula que ha cobijado á tantas generaciones y ha visto pasar tantas grandezas, estaba apiñada ingente muchedumbre, entre la cual sobresalian los hermosos y brillantes capacetes de los soldados que aún quedan al Papa, y los espléndidos trajes de los embajadores de todas las naciones del universo. Rumor vago y solemne, como de mar y viento, preludia el instante por todos ansiado; y de pronto, como celeste vision, aparece en lo alto de la silla gestatoria la blanca figura del anciano bendito sobre aquel océano de humanas cabezas. Un grito unánime, poderoso, ardiente; un clamor universal brota vibrante y prolongado de todos los pechos y resuena en las augustas bóvedas de la basílica. Todos los brazos se agitan, los ojos se llenan de lágrimas; y renovándose por diferente modo el prodigio de Jerusalen, en que los hombres de innúmeras comarcas y tribus entienden hablar su propia lengua á los Apóstoles, inflamados por el divino espíritu, todos los allí presentes, de todas las regiones que cubre el cielo, entendimos claro, hermoso, arrebatador aquel grito expresado en tan distintos idiomas, pero traducido y llevado á todas las almas por el fervor del entusiasmo; por el acento inequívoco del amor; por la elocuencia ardiente de las lágrimas: y ese grito avasallador y soberano; ese grito, que era el eco del que pronunciaban en el mismo instante millones de fieles esparcidos por toda la redondez de la tierra, era el grito sagrado, que no dejará de resonar hasta que acaben los tiempos, de: ¡Viva el Vicario de Jesucristo! ¡Viva el Papa Rey! *(Aplausos y vivas entusiastas, que se prolongan largo rato. El orador recibe multitud de felicitaciones.)*



LA FUENTE DE LA REINA DE LA GRANJA (REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO)

TIPOS VENECIANOS (CUADRO DE LEONARDO BAZZERO)

LA PENA DE MUERTE

Con motivo de la ejecucion de un reo en Orense, el distinguido escritor tradicionalista D. Valentín de Novoa, canónigo de aquella catedral, publicó un artículo lleno de doctrina filosófico-cristiana, cuyos principales párrafos nos complacemos en transcribir.

Despues de describir el terrible acto que presenció Orense y la cristiana muerte del reo, cita el autor diversos casos que revelan la espantosa depravacion de costumbres que hoy reina, y continúa así:

«A vista de una corrupcion tan profunda; á vista de una criminalidad tan atroz y contínua, me pasman esos falsos filántropos, esos declamadores vulgares, cuyas *sensiblerías* están reservadas siempre para los asesinos, olvidando constantemente sus víctimas; esos declamadores que quisieran reformar las costumbres, empezando por suprimir la pena capital.

»A mí me espanta la pena de muerte. No he presenciado jamás una ejecucion; si alguna vez, siendo jóven, he visto, antes ó despues de ella, algo de lo que es un suplicio, mi salud se ha siempre resentido, y con todo esto creo que la pena de muerte es de necesidad que subsista; necesidad dura, ciertamente, pero necesidad al cabo. Ella es la que impone; ella es la que infunde el arrepentimiento íntimo del corazon; ella es la que satisface la enormidad de la culpa; ella la única capaz de contener á los desalmados, para los cuales ni las creencias tienen fuerza, ni hay en cualquiera otra pena rigor que les intimide. Y no se hable de trabajos forzados, de destierro á climas mortíferos, de encierros celulares; nada de esto es castigo bastante para crímenes de horrible crueldad, ni acobarda ni contiene á los depravados capaces de cometerlos. Aún con ella no dejará de haber crímenes, es cierto; los habrá mientras haya hombres y pasiones; pero sin ella, ¿qué acontecerá? Véase ya lo que acontece con el frecuente uso que se hace de la gracia de indulto.

»Para mí es el verdugo un sér en alto grado repulsivo. Espronceda quiso poetizarlo; pero su maestro, D. Alberto Lista, hubo de decir al discípulo: «Todo el talento del autor no persuadirá á nadie de que es *su igual* el hombre cuyo oficio es matar por dinero. El sentimiento de horror que inspira es general y fundado: ¿por qué no se miran con este sentimiento los soldados que fusilan á su camarada delincuente? Porque lo hacen por obligacion forzosa, y no por profesion elegida voluntariamente. La poesía, que es el idioma del sentimiento, se prestó siempre de mala gana á los pensamientos que lo desvirtúan.»

«Opino como D. Alberto Lista. Deseo que desaparezca el verdugo, pero es menester que antes desaparezcan los asesinos, que me horrorizan más: la existencia de estos hace inevitable la de aquél.

»¡Filántropos que derrochais toda vuestra ternura con los asesinos! reservad alguna para sus inocentes víctimas! Recordad, por ejemplo, la infortunadísima jóven, para la cual el hombre llamado por la naturaleza y por todas sus leyes divinas y humanas á ser el primer defensor de su castidad y de su vida, se convierte de pronto en feroz é inhumano verdugo de entrambas: recordad el profundo desamparo, el desconsuelo y la amargura infinita de aquella horrible agonía de la última, y la crueldad más que ferina de su verdugo, y despues de esto, anatematizad, si os place, la pena de muerte.

»Pero por una aberracion inexplicable esos filántropos son los hombres más sanguinarios: les horripilan, les crispan los nervios las sentencias capitales, el verdugo y el cadalso; pero no los asesinos, ni tampoco que los criminales caigan muertos en los caminos públicos por los encargados de su custodia como acontecia en los tiempos de *la gloriosa*. Era justo, decian; los reos intentaban la fuga, y sus guardadores tenian que fusilarlos: en cambio, se concedia indulto á todo reo condenado á muerte por los tribunales. Los que contra tales horrores clamaron, no fueron, por cierto, los abolicionistas de la pena de muerte, sino los que la defienden como necesaria.

»Entonces estaba organizada la célebre *partida de la porra*, que podia asesinar, como asesinó impunemente á Azcárraga. Y Prim dió aquellas órdenes draconianas, por las cuales ha muerto, sin que precediera juicio, el nobilísimo Balanzátegui, y se cometió el bárbaro atentado de Montealegre, entre cuyas víctimas habia un imbécil.

»Castelar pasó una gran parte de su vida execrando esa pena, y lo primero que hizo cuando escaló el poder fué aplicarla inexorablemente, convirtiéndose en su preconizador.

»A eso quedan reducidas todas las vanas declamaciones de una falsa filantropía: á demostrar prácticamente la necesidad que la sociedad tiene de mantener ese terrible castigo.

»Y para mí no sólo es necesario, sino que además, contra lo que tambien hoy se propala, entiendo que la ejecucion debe ser pública. La aplicacion secreta de la pena capital, más bien que aspecto de castigo, tiénelo de venganza. Si esa pena ha de ser eficaz, si ha de tener la ejemplaridad y ha de producir el escarmiento que en ella se busca, es indispensable que sea pública, para que la multitud vea todo lo que hay de imponente, de conmovedor, de inexorable y de terrible en tan tremendo acto.

»Pero hoy lo que se quiere es alejar de la vista de los hombres todo lo que sea recuerdo de la muerte; por eso bajo pretextos humanitarios se aspira á que la ejecucion de la pena capital sea secreta; por eso, bajo supuestos higiénicos, se llevan á grandes distancias de las ciudades los cementerios.

»No; no están los miasmas deletéreos en los campos de los muertos, sino en las ciudades de los vivos; ahí están las sentinas de los vicios, que consumen la vida, pudren el cuerpo y depravan el alma, engendrando los crímenes que presentan la muerte bajo su más pavoroso aspecto.

»¿Quereis que el verdugo tenga poco ó nada que funcionar? Pues purificad las costumbres; imbuid á los hombres el temor de Dios; condenad todas las concupiscencias; predicad la virtud con el ejemplo, que es la más eficaz y elocuente de las predicaciones; procurad, en una palabra, que con verdad se siga y se observe esa Religion divina que hace de todos los hombres una familia de hermanos; que tiene bienaventuranzas para todos los desgraciados; que enseña á ejercer todas las misericordias, y que proclama como primeras virtudes la Fé, la Esperanza y la Caridad.»

EL MARTILLO DE LOS HEREJES

IV

La muerte de san Francisco, ocurrida en 1226, obligó á salir de Francia á Antonio y á encaminarse á Roma para asistir á la eleccion del nuevo General de la familia franciscana. Nuevos trabajos, nuevas fatigas, pero tambien nuevos triunfos aguardaban á Antonio en Italia. La corrupcion de costumbres, las guerras civiles y la herejía desolaban tambien á los Estados italianos y causaban grandes amarguras á los Papas. Antonio debía servir de ayuda y de consuelo al anciano Pontífice Gregorio IX, que estimaba grandemente á los Franciscanos. Y en efecto: Antonio predicó en Roma y atrajo tal concurrencia de oyentes que las iglesias eran pequeñas para contenerlos. El cambio de costumbres se notó enseguida como fruto de aquella predicacion, y la fama de Antonio creció de tal modo, que Papa, Cardenales, teólogos, no sabian cómo ponderarle.

Pero Antonio no debia dedicarse solamente á predicar á los fieles: su mision parecia ser la de convertir herejes, y como éstos tambien abundaban en Italia, Antonio fué nombrado por sus hermanos Provincial de las Romanías, provincias infestadas entonces por los cátaros, especie de albigenses que como éstos procedian tambien del antiguo maniqueismo.

Encaminóse Antonio á Rimini, ciudad indiferente y fría en parte, y en parte entregada á la herejía. La llegada del célebre predicador no cogió de improviso á los herejes; sino que sabiendo ya el antogonista con quien tenian que habérselas apelaron á un medio excelente para ellos y capaz de aburrir y desesperar á quien no fuera un santo. Este medio, que ahora llamaríamos hacer el vacío ó formar la conspiracion del silencio, consistia en dejar á Antonio solo, no concurrir á sus sermones y no ofrecerle ocasion de hablar ni discutir.

De tal modo llevaron á cabo este plan que en vano recorria Antonio calles, plazas y templos: la soledad más completa era la única cosa que encontraba en Rimini, y así transcurrian los dias sin que pudiese lograr el menor fruto.

Para un corazon tan celoso de la gloria de Dios y del bien de las almas no podia darse un suplicio más cruel. El ardor del jóven apóstol se estrellaba contra el muro de hielo que habian alzado al rededor de él los pertinaces herejes, y no le hubieran hecho sufrir tanto las burlas, los sarcasmos y tormentos más refinados.

Cualquiera que no tuviera la confianza en Dios que guiaba á Antonio se hubiera dado por vencido y apresurádose á marchar de la perversa ciudad que tan poco caso le hacia; pero Antonio, en cuanto agotó los recursos humanos, acudió á los divinos, y poniéndose en oracion pidió al Señor de todo lo criado que hiciera un prodigio para mover los endurecidos corazones, que no querian dar entrada á la verdad.

Antonio, seguro de haber sido oido, sintiéndose inspirado de Dios se encaminó á la orilla del mar, y al estar junto á ella convocó á todos los habitantes de las aguas para que viniesen á oir la palabra divina y demostrasen á los hombres con su ejemplo su sumision al Señor de todo lo criado. Obedientes á la voz de Antonio, empezaron á acudir los peces, y en breves instantes vinieron innumerables, de todas clases y tamaños, colocándose por órden, los más pequeños delante, los mayores detrás, sin molestarse unos á otros, ni hacerse guerra los que por naturaleza son enemigos.

Para que no quedara duda del portento sacaron todos las cabezas fuera del agua y dirigieron la vista al apóstol. Este, al verlos debidamente colocados, les predicó un sermon, recordándoles los beneficios de la creacion y de la conservacion que debian á Dios, quien les habia provisto de todos los elementos necesarios para la vida, no les habia destruido como á los demás animales cuando el diluvio, y les proporcionaba todos los dias en el agua alimento conveniente á su sér.

Los peces movian la cabeza en señal de asentimiento, y multitud de personas que habian acudido á presenciar esta escena sentíanse tambien movidas á adorar al Criador de todos los séres y á reverenciar al que en su nombre hacia tales

prodigios. Antonio despidió á los peces dándoles su bendicion, y en seguida dirigiéndose á los hombres les predicó y empezó á catequizar.

El hielo que hasta entonces le rodeaba empezó á fundirse. Rimini acudió en masa á oir al apóstol franciscano; las conversiones menudearon, y la voz de Dios fué escuchada y reverenciada por gran número de los que hasta entonces la rechazaban.

Sin embargo, no se dió por vencida la herejía, ni todos sus sectarios cayeron á los piés del apóstol franciscano, antes bien varios de ellos tramaron un horrible crímen para perderle por completo. A la vista estaban sus milagros; todo el pueblo los presenciaba; mas por grandes y numerosos que sean no tienen siempre bastante fuerza para doblegar las voluntades rebeldes. La historia demuestra que los mayores milagros convencen á muchos, pero irritan á otros. Los enemigos de Jesucristo se determinaron á darle muerte precisamente porque hacia milagros, y se resolvieron á llevar á cabo este propósito al tener noticia del asombroso milagro de la resurreccion de Lázaro que habia hecho en presencia de muchas personas. Misterio profundo es siempre el corazon del hombre, pero el de quien camina por la senda del mal, no es ya un misterio, sino un abismo de misterios, porque precisamente rechaza con más vigor aquello mismo que con más fuerza tiende á sacarle del camino por donde va. En estas ocasiones vese cuán terrible es el privilegio del libre albedrío concedido al hombre. La inteligencia aplastada y confundida por el hecho milagroso calla porque nada puede oponerle, pero la voluntad se irrita, clama la soberbia dentro del alma, y el hombre por fin se rebela contra el poder divino que le pesa, y trata, por todos los medios que están á su alcance, de anonadarle como en venganza del bochorno que le causa.

Así sucedió con Jesucristo; así debia suceder con su discípulo y fiel imitador Antonio, porque todos los signos que éste daba de su poder sobrenatural eran otros tantos motivos que excitaban contra él la cólera y la ira de los herejes.

¿Qué medio tenian éstos de quitarse de encima aquella maza que con la ciencia, la virtud y el poder de hacer milagros les aplastaba? Uno solo, matar á Antonio; argumento final á que han apelado siempre los de su clase desde el principio del mundo hasta nuestros dias y que seguirán empleando sus sucesores hasta el fin de los tiempos.

Fingieron, pues, algunos conjurados el deseo de convertirse, é invitaron al modesto apóstol á que asistiese á una comida en que se reunirian para tratar del asunto.

El Santo, movido como siempre por su ardiente caridad y vivo anhelo de salvar almas, acudió al convite sin la menor desconfianza. Temian los herejes que no fuera, pero al verle entrar y sentarse entre ellos vieron logrados sus deseos. Pérfidos y traidores á un mismo tiempo querian matarle, sin que se descubriera su crímen ni brillara la palma del martirio sobre el cadáver del apóstol. Para ello prepararon un plato envenenado que produjera la muerte y se lo presentaron entre otros á Antonio.

Este, que hasta entonces no habia demostrado el menor recelo, quedóse absorto al verlo, estuvo callado algunos instantes, y despues, con la mayor naturalidad, sin quejarse de la red que le tendian, dijo:

—Quereis darme un veneno para que muera y no os predique más, pero sabed que mi vida como la vuestra está en manos de Dios, y que por más que os empeñeis no moriré hasta que el Señor quiera.

—¿Acaso tienes miedo de nosotros?—dijo uno de los comensales procurando echar á broma estas palabras.

—Es inútil que disimuleis,—contestó el Santo; —sé que me habeis preparado un veneno y que está en ese plato.

Miráronse los conjurados unos á otros desconcertados ante aquella seguridad; pero lejos de confesarse vencidos ó de pedir perdon al Santo, quisieron llevar adelante el proyecto, y uno de los comensales con cínica audacia le dijo:

—Es verdad; ese plato está envenenado, pero lo hemos puesto para probar tu virtud. Si Antonio es hombre de Dios, decíamos, Dios le advertirá del peligro y no le probará; pero si es un farsante, perecerá.

SERPA PINTO

Antonio se quedó mirando á su interlocutor un breve rato y en seguida añadió:

—Conozco vuestros corazones: sé los motivos que os han impulsado á proyectar mi muerte, pero para confundiros completamente, y no por vano alarde que seria tentar á Dios, mirad.—Y haciendo la señal de la Cruz sobre el plato envenenado se sirvió de él más que de los otros, comió cuanto se habia puesto y siguió hablando con los que pretendian asesinarle como si fueran sus mejores amigos.

Tal era la confianza en el auxilio de Dios que tenia el humilde religioso y tan grande su caridad para con sus enemigos.

EL VUELO DEL ALMA

II

El libro que Fabio leia con admiracion que sublevaba su pecho, era la *Exhortacion al martirio*, de san Cipriano.

La presencia de Clara produjo en Fabio el efecto acostumbrado. Era como cierto brillo que pronto hizo desaparecer á san Cipriano, á los Mártires y al resto del mundo. Pensando de dónde podria la jóven venir tan temprano, vió que entregaba á una camarera que la acompañaba, un libro y un vestido oculto debajo de su ropon. «Santa muchacha, pensó; ha visitado ya á Dios y á los pobres...»

Ciertamente así era. Clara venia de visitar á un pobre. Fabio no se admiró de una cosa tan sencilla, ni quiso ocultar la emocion que le causara. Encantado de la belleza de la mañana, dió gracias á Dios por el rayo de sol que habia tambien enviado á alegrar la morada del indigente, y continuó mirando á su prima al través de las lágrimas que asomaban á sus ojos. Vióla, en vez de entrar en la casa, permanecer en el jardín; y pronto tuvo una especie de vergüenza de quedarse, como en contemplacion, en la ventana. Apagó la lámpara y emprendió de nuevo su lectura. Al cabo de algunos instantes se apercibió de que el ruido de los pasos de Clara sofocaba no obstante la voz de san Cipriano. Una atraccion irresistible lo condujo á la ventana. Clara continuaba paseándose, ó más bien andando con aquella alegre actividad de la juventud, dichosa y orgullosa con la robustez que tiene. Fabio se hallaba ya impaciente en su cuarto, y buscaba un pretexto para bajar al jardín. No le faltaba alguno á su modo de ver; y si hubiese podido reflexionar sobre lo que pasaba en su corazon, hubiera experimentado mucha pena al reconocer de qué provenia su turbacion de conciencia. Por fin halló que el aire podia ser frio y que se formaba en el rio una ligera niebla, á cuya humedad se exponia imprudentemente su prima. Satisfecho con este descubrimiento, creyó que debia advertir á Clara, y que no seria decoroso gritar desde la ventana. Al momento de salir, sus ojos se fijaron en un crucifijo de marfil, único y serio adorno de su cuarto. Se arrodilló diciendo:

—¡Oh mi Dios! ¿qué os daré y qué me pediréis por tanta dicha?

Y partió como un pájaro á quien se abre la jaula, sin cuidarse de lo que Dios iba á pedirle.

Clara se sonrió al ver llegar á Fabio, y tomó su brazo.

—Eres un perezoso, primo mio,—le dijo,—y me he escandalizado de no verte á la misa esta mañana. ¿No sabes que es hoy la fiesta de santa Teresa?

—En efecto,—exclamó Fabio,—lo habia olvidado. ¿Por qué no me lo has recordado tú?

—¿Podia suponer que se olvidasen estas cosas, y que se durmiese á las seis de la mañana?

—¡Juicio temerario! No dormia. A las seis de la mañana, querida prima, estaba leyendo hacia tiempo, y con tanta atencion, que no he oido tocar á misa.

—Hé aquí la ciencia; se estudia y no se ora. Tienes necesidad de que te reforme. Déjame hacer; te distraeré de la aficion á los libros y te inspiraré la de las buenas mujeres. ¿Qué lees bonito?

—El latin.

—¡Qué barbaridad! ¿Soy digna de aprender eso que se llama latin?

—Muy digna. Voy á leerte un trozo, y quedarás admirada. Es un tratado de san Cipriano, en que exhorta á los cristianos de su tiempo á sufrir el martirio.

—¡Oh!—dijo la jóven riendo,—¡qué obsequio! ¡mi desposado se hace exhortar al martirio!

—No es precisamente esto,—replicó Fabio;—

pero, lo confieso, en la embriaguez de mi felicidad necesito recordar esos buenos ejemplos, para no olvidar del todo que el destino del cristiano es sufrir, y que es menester estar siempre preparados á ello.

—¡Pobre primo!—dijo Clara,—mal te va, porqué me he propuesto formalmente hacerte feliz. Ve lo que cuesta faltar á la misa, aunque sea para oir á san Cipriano. Yo tambien, al levantarme, tenia el entendimiento cargado de no sé qué vapores. He orado, he comulgado, y estoy ya contenta. Si la desgracia se presentase á tres pasos de distancia, la esperaría á pié firme. En el convento se nos mandaba estar alegres, *Gaudete in Domino semper;* voy á hablarte tambien en latin. Si tienes la bondad de hallar que es grande tu felicidad, te aseguro que no me parece menor la mia. Amo, y soy bastante amada en este mundo; amo todavía más el cielo, y hasta el presente no tengo motivo para creer que allí sea aborrecida. La vida se me presenta como una série de prosperidades; por todas partes la tranquilidad, el afecto, la dicha. Algunas veces esto mismo me ha tenido inquieta, y he dicho en mis oraciones: Dios mio, ¿qué haré yo por Vos? Y de repente, recordando las palabras de santa Teresa: *O sufrir, ó morir*, me ha parecido ir al cielo por un camino extremadamente suave y florido.

—¿Y bien?—preguntó atento el jóven.

—¿Y bien?—replicó Clara,—he pensado que no era culpa mia. He pedido á Dios que arreglase este asunto conforme á su voluntad, protestando que no opondria obstáculo alguno, y he vuelto á la consigna del convento: ¡Rogocijémonos en el Señor! Agradezcámosle las gracias que hoy nos envia, esperando las pruebas por que puede hacernos pasar mañana, y por las cuales le daremos tambien gracias, y nos regocijaremos igualmente. Su misericordia es para mí una blanda almohada, en la que me duermo, pero completamente vestida, pidiéndole la única gracia de que me levante á la primera palabra, á la primera señal, aceptando anticipadamente las espinas de Jesús para esta frente que no ha llevado más que flores.

—¡Dios mio!—pensó Fabio,—hé aquí lo que enseñas á los niños y á las tiernas vírgenes!

(Se continuará)

MISCELÁNEA

Desconsoladoras noticias publicaba hace pocos dias *El Imparcial* en un telegrama fechado en Cádiz acerca de la emigracion de españoles á América. Decia así el referido telegrama:

«Procedente de Barcelona y Málaga fondeó anoche en este puerto el vapor italiano *Fanfulla*, conduciendo 1,200 emigrantes, de éstos 392 niños menores de diez años.

»Dicho buque, que antes era de carga, ha sido habilitado para pasajeros de tercera clase...

»Los pasajeros se quejan de la comida que se les da en el *Fanfulla*.

»Muchos de ellos están arrepentidos de haber abandonado su país natal.

»Toda la cubierta está llena de criaturas hacinadas.

»El capitan del puerto remitió hoy una comunicacion al Gobernador civil manifestando que, en su concepto, el buque no reune condiciones para tanto pasaje, pues habiendo embarcado en Cádiz 445 emigrantes, el total de los que lleva el vapor asciende á 1,671.

»Como en España no hay nada legislado sobre capacidad y condiciones de los buques destinados á la conduccion de pasajeros, es difícil tomar medidas favorables á los emigrantes.

»Da lástima ver de qué manera marchan esos desgraciados obreros.

»El deseo que existe de emigrar á la República Argentina se demuestra en el hecho de haber hoy acudido más de 80 individuos, en su mayoría chiquillos, á esconderse en el vapor á fin de marcharse sin documentos ni billete de pasaje.»

En otro telegrama se añadia que se encontraban en Cádiz, esperando la llegada de buques que los transporten á la República Argentina, más de 800 emigrantes acompañados de niños de corta edad.

Por su parte los periódicos de la América del Sur pintan con vivos colores lo que sufren los inmigrantes á aquellos países. Los asilos establecidos con el único objeto de dar hospitalidad á los que llegan á aquellas costas en busca de trabajo no ofrecen proteccion á los inmigrantes más que contados dias; transcurridos éstos, van de patitas á la calle, así se estén muriendo de hambre y de miseria. Pero áun en el caso de que por compasion no los arrojen de estos establecimientos, es tan deficiente el servicio, que de no encontrar trabajo en breve plazo los que en ellos se refugian, ya saben que les espera la muerte.

Véase lo que decia últimamente *La Convencion*, de Rosario de Santa Fe (República Argentina):

«*En los galpones que actualmente sirven de lazareto á los pobres inmigrantes que allí están asilados se han muerto dos criaturas* DE HAMBRE.

»Vergüenza nos da confesarlo, pero es la triste realidad. *Nuestros inmigrantes se mueren* DE HAMBRE.

»En esos mismos galpones hace veinte dias más ó menos no se come otro alimento que *pan y agua*, proporcionado el primero con el producto de la venta de prendas de vestir de esos mismos inmigrantes, que han tenido que deshacerse de ellas *por no perecer de hambre*.

»Allí no hay nada que no sea miseria. Todo causa horror é indignacion ante la conducta de los empleados encargados de la administracion de ese Asilo.»

La Capital, de la misma localidad, añade:

«Un grupo de cincuenta inmigrantes, haciendo coro á nuestras indagaciones, nos mostraban á sus pequeñuelos macilentos, demacrados y desfallecientes, que inconscientemente tendian su manecita en demanda de *pan* y de otras sustancias alimenticias.

»En brazos de mujeres que denotan debilidad extremada, dos ó tres niños con la cabeza ardiente, el pulso alterado, el labio cubierto por una costra negra, originada por la fiebre y con síntomas de sarampion, evidenciaban claramente que carecian, no sólo de alimentacion, sino de asistencia médica.

»Y los hombres, con torva mirada, nos indicaban pedazos de pan comprados con el importe de pantalones, sacos y otras prendas vendidas ó empeñadas con el objeto de no morirse de hambre.»

Así, pues, los españoles deben fijarse bien en lo que allá les espera antes de dejar la madre patria y dar crédito á halagadoras promesas que han de tener por desenlace fúnebres realidades.

A este propósito decia *El Correo español* de Madrid:

«No hace muchos dias que recibimos un folleto de una de las agencias establecidas en esta Corte para reclutar emigrantes, en que se ponderaba con grandes hipérboles el buen trato que daban á estos infelices las Empresas que se los llevan. Por lo visto, todo era pintar como querer.

»Y esta llaga de la emigracion se ha hecho incurable. Y con tanta indiferencia se mira por los poderes liberales, que, ocupados exclusivamente en discutir quién ha de gobernarnos peor, ni siquiera hacen alto para considerar que por ella se pudre nuestro pueblo. ¡Desventurado país, y famosa prosperidad progresista la suya!»

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

VOLVIENDO DE PACER (CUADRO DE LUIS GIOLI)

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 8 DE JUNIO — SÉRIE II.—NÚM. 76

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*El Padre Damien.*—*El martillo de los herejes*, V, por Francisco Hernando.—*De la Tierra á la Luna*, por Richard Adams Locke.—*El cuelo del alma*, III, por Luis Veuillot.—*Miscelánea.*—*Sección recreativa.*

GRABADOS

UNA PARTIDA DE DAMAS.—Composicion notable principalmente por la actitud y expresion de los dos viejos bretones á quienes trae embebidos el familiar y conocido juego de damas.

LA GRAN PEREGRINACION Á MONTSERRAT.—De grato é imperecedero recuerdo para cuantos asistieron á ella será la gran peregrinacion verificada al célebre santuario los dias 12 á 15 de Mayo último y organizada por la *Asociacion de Católicos*, la *Academia de la Juventud Católica* y la *Pia-Union de San Miguel*, de Barcelona, con asistencia de miles de católicos catalanes que festejaron por modo solemnísimo y con sin igual entusiasmo el XIII Centenario de la Conversion de Recaredo y del establecimiento de la Unidad católica en España. Nuestro grabado de doble página ofrece en distintos cuadros algunos de los actos de aquella imponente manifestacion católica.

SAN LUIS GONZAGA RECIBIENDO LA SAGRADA COMUNION DE MANOS DE SAN CÁRLOS BORROMEO.—Luis Gonzaga es el tipo angelical de las almas puras é inocentes. Nació en cuna de príncipes, heredero de un trono, y criado toda su juventud en medio de cortesanas seducciones. Llamóle la Virgen en Madrid al Noviciado de la Compañía de Jesús, y trocó luego las galas por la humilde sotana. Fué modelo de vida cristiana y penitente, juntando la flor intacta de la inocencia con los rigores más duros de la mortificacion. Murió en temprana edad, víctima de una enfermedad que contrajo asistiendo á los enfermos de Roma. El lirio de la pureza y del divino amor no debia morir sino consumido por el fuego de la caridad á sus hermanos. La Iglesia le ha propuesto como modelo y abogado á la estudiosa juventud.

SILLA DE SAN RAMON EN RODA.—Habiendo muerto en 1104 el Obispo de Barbastro y Roda, llamado Poncio, sucedióle san Ramon, varon prudentísimo, de humildad extremada y de un celo extraordinario. La silla (de tijera) que reproducimos en nuestro grabado y que hoy dia posee la Catedral Rotense entre otras muchas joyas artísticas, perteneció al citado santo. Admíranse en ella cabezas de animales fantásticos con que rematan sus brazos, los piés con que termina y variedad de labores. De todo lo cual se deduce que el cincel que en esta silla dejó marcadas tantas huellas artísticas debió ser el de un inteligente y consumado escultor.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El Centenario de la Unidad católica en Madrid.—Los resortes de la justicia nueva.

DESIGNADO el dia de la Ascension del Señor por la Junta central del Centenario de la Unidad católica para celebrar este fausto acontecimiento en Madrid con solemnes funciones religiosas, tu-

UNA PARTIDA DE DAMAS

vieron estas lugar en dicho dia, revistiendo el caracter más edificante y consolador.

Entre siete y ocho de la mañana se celebró en la iglesia de Santa Cruz misa rezada, siendo muchas las personas de ambos sexos que concurrieron á la Comunion general á recibir el Pan de los Angeles, entre las cuales se señalaban tradicionalistas distinguidos del pueblo madrileño, ofreciendo estos cultos una perspectiva de uncion y recogimiento verdaderamente admirable.

A las nueve de la mañana se trasladaron los tradicionalistas al templo de San José, donde ofició de Pontifical nuestro venerable Prelado, pronunciando el señor Rector de Atocha una oracion sagrada notabilísima, dedicada á ensalzar la fundacion de la Unidad católica, raíz y fundamento de todas las grandezas y glorias de la patria. Despues se cantó con gran solemnidad el *Te Deum*, hallándose el templo completamente henchido de un concurso católico numerosísimo.

Por la noche hubo velada en el Círculo tradicionalista, en el cual y con arreglo á los programas publicados, pronunciaron discursos que fueron muy aplaudidos los señores Marqués de Cerralbo, D. Pablo Morales y general Berriz, quienes disertaron con gran elocuencia y florida erudicion acerca del tema de la fundacion de la Unidad católica en España, que tan abundante materia ofrece al verbo católico para difundir verdades de aquellas que engendran la luz en los espíritus.

Los señores Conde de Casaso'a, Aranda y Lázaro leyeron poesías que fueron muy celebradas, y los jóvenes vascongados que amenizan todas las veladas del Círculo con sus gustosos y admirables cantos, en que se refleja toda la belleza de la poesía y de la música euskaras, tan expresivas como melancólicas, ocuparon el resto de la velada con gran deleite y contentamiento del auditorio, á quien tanto place oir á tan inspirados artistas.

Para que la fiesta tuviera todo el color religioso que debia tener parece ser que se repartieron abundantes limosnas, suministradas en gran parte, segun se me ha dicho, por un prócer que fué bizarro soldado en la última guerra civil, y cuyo nombre desea que se reserve para que no se tome á vanidad ostentosa un acto que él, pródigamente favorecido por la fortuna, encuentra natural y propio de un caballero cristiano; rasgo que doblemente dignifica su obra y que la hace más meritoria á los ojos de Dios y á los de los hombres.

Así, en medio de esta bulliciosa Babilonia, donde fermentan todos los vicios y todas las concupiscencias, donde el *auri sacra fames* es la única religion á que ofrecen culto todos los escepticismos de los espíritus estragados, materializados y corrompidos, no ha faltado una hueste que, emancipada de la tiranía de las costumbres y de las leyes sediciosas contra la Omnipotencia divina, ha levantado á Dios su corazon y su mente para darle gracias por haber favorecido á España hace trece siglos con el don inapreciable de la unidad católica, base de la unidad nacional; y para pedirle la restauracion de este bien perdido, sin el cual, á la vista está todo lo infeliz, todo lo desgraciada que es nuestra amada patria, viuda de aquel galardon que la hizo grande y respetable entre todas las naciones.

¡Gloria á Dios que al pié de las grandes abominaciones públicas ha puesto este contrapeso consolador que alivia á las almas de las congojas que se derivan de presenciar los triunfos del error y de la barbarie! Y gloria tambien á la comunion tradicionalista, que en medio de tantos peligros y seducciones como la cercan mantiene incólume y pura su fé, recorriendo el camino derecho sin mirar á los lados, la mente puesta en Dios que fortalece su espíritu y alienta sus resoluciones, llamadas en lo porvenir á devolver á España sus instituciones, sus leyes y sus costumbres, con las cuales vivieron los pueblos en paz, justicia y libertad verdadera, siendo la envidia de todos los demás en que las protestas religiosas y los cismas causaron tantos estragos y labraron tantas decadencias.

Recaida sentencia en el proceso de la calle de Fuencarral, parece como que se ha quitado un peso moral enorme de la poblacion, que ha permanecido durante mes y medio entregada á una espectacion borrascosa y calenturienta.

Y no porque el bando de *los insensatos* se haya conformado con la sentencia, á su juicio deficientísima, sino que contra ella no puede discurrir como contra la instruccion del sumario por los peligros que ofrece atacar á la cosa juzgada.

Temíase que la absolucion de Varela y la de Millan Astray suscitaran conmociones populares, pero Varela y Millan Astray están ya absueltos de toda responsabilidad en el crímen y se pasean libremente sin que nadie se meta con ellos.

De modo que, á pesar de los siniestros augurios de los profetas de la *insensatez*, aquí no ha temblado el firmamento ni se han hundido las esferas, limitándose los espíritus más febriles á comentar la sentencia con un reposo sombrío, guarnecido de cierta mijita de tristeza, producida por la obsesion que padecen, relativa á las decepciones que han experimentado viendo que han escapado por ahora del cadalso los reos á quienes ya tenian cortada la hopa.

Yo creí que el proceso sustanciado ofrecería á la postrada y decadente justicia pintiparada ocasion de levantarse algunos codos sobre el nivel de las pequeñeces progresistas que constituyen el orden social calamitoso en que vivimos.

Creí que la justicia tenia en este proceso mucho que castigar y que corregir, empezando por los funcionarios de la instruccion, ejes principales de todas sus desdichas, los cuales si no por malicia, que no juzgo sus intenciones, al menos por torpeza y falta de discrecion han dado pábulo á que se amontonen las sombras sobre el crímen, á que la opinion se extravie, á que todo el mundo se salga del tiesto, á que padezcan algunos inocentes, y á que el juicio oral se haya convertido en carnaval escandaloso cuyos efluvios no podian neutralizarse ni aún con torrentes de cloruro.

Desgraciadamente en la sentencia no hay para las torpezas de la instruccion ningun correctivo, demostrándose con ello que á nuestras curias puede aplicárselas aquel conocido apotegma que enseña que los lobos no se muerden unos á otros.

De aquí que del juicio oral, exornado con todo linaje de sesiones pornográficas y laberínticas, en las cuales han desfilado por delante de un pueblo ávido de emociones patibularias, verdaderas sartas de criminales obscenos y desfachatados, de testigos falsos, de empleados de cárceles que debian ser recogidos á buen vivir en el fondo de un calabozo, de presos y presas peores que furias y que bestias, en una palabra, de toda clase de carne de presidio y de cadalso, no haya salido más que una evidencia completamente demostrada: la de que el juicio oral es una pantomima, que no sirve siquiera para reir, porque no despierta más risa que la de la indignacion.

LUPERCIO.

Madrid, 4 de Junio.

EL PADRE DAMIEN

La Iglesia es siempre la misma, y su divino espíritu, que tantos ejemplos de heroismo ha producido en el mundo para bien y admiracion de todos, acaba de ofrecer una muestra no menos admirable y que bastaría, por sí sola, á abrir los ojos de los obcecados que combaten ciegos la religion católica, sin ver que sólo ella es capaz de inspirar tan sublimes virtudes.

En una apartada isla del Mar del Sur acaba de morir el P. Damien, mártir de la caridad, que ha pasado diez años asistiendo á los leprosos.

Era belga y pertenecía á buena familia. Un dia, cuando apenas contaba diecinueve años, sus padres le llevaron á visitar á su hermano mayor, que estudiaba para el sacerdocio. El jóven José Damien se quedó en el Seminario. Su vocacion le habia sido revelada, y desde el principio manifestó su deseo de ser enviado como misionero al puesto de mayor peligro. La ocasion se presentó antes de lo que esperaba: su hermano mayor murió cuando estaba á punto de marchar en mision catequizadora á las islas salvajes del Mar del Sur, y José pidió como favor especial que le permitieran sustituir á su hermano. Aún le faltaba para reunir las condiciones del misionero; pero tanto fué su empeño, que sus superiores le permitieron marchar.

Durante siete años estuvo convirtiendo indios, hasta que, enterándose un dia de que habia no léjos de las islas Hawai una isla á donde deportaban y abandonaban sin piedad á todos los leprosos, decidió establecerse en ella para demostrar á aquellos desgraciados que el mundo no es todo crueldad y egoismo, sino que hay un Dios que inspira sentimientos sublimes á quien tiene fe en El.

El P. Damien fué, con efecto, á establecerse en Molokai, la isla de los leprosos. Sabia que indefectiblemente habia de contagiarse con la lepra, la más horrible de cuantas enfermedades atacan á la humanidad. Pero, léjos de atemorizarle su tremenda suerte, se dedicó desde su llegada á administrar los auxilios, no sólo espirituales, sino tambien, y muy principalmente, corporales á los leprosos.

Las primeras noches, despues de su llegada á la isla de Molokai, durmió el P. Damien bajo una palmera. Los leprosos, asombrados al ver entre ellos á un hombre sano, jóven, de raza europea, que llevaba extrañas vestiduras, no se atrevian á acercársele, temiendo contagiarle. Entonces el santo sacerdote, eligiendo á los leprosos que por su horrible aspecto ó por tener ya corroidos los huesos parecian más cercanos á la muerte, se dedicó á cuidarlos sin apartarse un momento de ellos.

Durante diez años el P. Damien permaneció inmune. Dios hacia un milago señaladísimo en su favor. Muchas veces creyó aquel santo que la lepra le habia atacado. Pero los médicos, que de tarde en tarde visitaban la isla par estudiar la enfermedad, le declaraban sano todavía. Por último llegó uno que, despues de reconocerle, le dijo:

—Padre, una triste nueva tengo que darle. Su muerte está próxima. El contagio ha llegado al fin.

El P. Damian se limitó á contestar:

—¡Pobres enfermos mios!

Poco despues fué un pintor á la isla, exclusivamente para hacer un retrato del P. Damien. Cuando éste vió el dibujo exclamó:

—¡Qué rostro tan horrible! No creí ni sabia que la enfermedad hubiera adelantado tanto.

Pero no abandonaria á mis leprosos aun cuando tuviera segura la curacion.

Las antes hermosas facciones, el negro y rizado cabello, las líneas de la bien dibujada boca, las cejas, el brillo expresivo de los ojos, todo habia desaparecido. La lepra habia hecho estragos espantosos. Las facciones aparecian hinchadas y comidas.

Aquel retrato será, sin embargo, el que venerará la humanidad cuando la Iglesia canonice al P. Damien.

Tres Hermanas de la Caridad han quedado en aquellos ingratos climas continuando su obra y dispuestas á morir como él, sacrificadas en bien de la humanidad.

Los necios libre-pensadores, que tanto se jactan de bienhechores, los masones y demás charlatanes de la misma índole, ¿por qué no imitan al P. Damien? Y ¿cómo es que, entre tantos sacerdotes y religiosos que se han sacrificado y han muerto por aliviar los ajenos males, no hay, ni para muestra, un solo mason, un solo espiritista, un solo libre-pensador?

Sólo los ciegos voluntarios dejarán de conocer que, fuera del espíritu cristiano, el pretendido amor al prójimo no es más que el grosero egoismo, disfrazado con frases y vociferaciones para engañar incautos.

EL MARTILLO DE LOS HEREJES

V

La fama de santidad de que Antonio gozaba creció grandemente con estos acontecimientos: sin embargo, aún no habia llegado á su apogeo; como que aún no habia ganado el título con que ha pasado á la posteridad. Las órdenes de sus superiores y una serie providencial de sucesos le obligaron á ir á predicar á Padua, verdadero teatro de su gloria, su segunda patria, que desde entonces le prestó su nombre y á la que él dió en cambio inmarcesible gloria.

La situacion de Italia era por aquella época malísima, pero la de Padua lo era muy especialmente por los continuos desórdenes, la corrupcion y la inmoralidad que en ella reinaban. Antonio fué á Padua llevado por Dios para sacarla de tan triste estado, y así el pobre religioso la prestó mayores servicios que todos sus guerreros, sus poetas y sus grandes señores. La palabra apostólica del fraile franciscano, su ardiente celo y su poder milagroso transformó en poco tiempo la ciudad, mejorando sus costumbres de tal modo que de un pueblo de perdidos hizo una ciudad de fervorosos cristianos.

La historia lo atestigua de un modo fehaciente, y aun cuando así no fuera, bastaria para demostrarlo el amor que aún despues de seis siglos de su muerte siguen profesando á Antonio los paduanos. Verdad que ese amor lo ganó Antonio de un modo tan legítimo que muy pocos podrán presentar mejores títulos que él. Como si fuera poco todo lo que hemos indicado que hizo en Padua el humilde religioso para mejorar sus costumbres, la defendió de un poderoso enemigo exponiendo su vida con un rasgo de valor tan heróico, que será siempre una de las mayores glorias del Santo.

Habia en Padua, por aquel entonces, un tirano que por lo sanguinario y cruel parecia un emperador romano, y por lo cínico, irreligioso y corrompido un revolucionario moderno. Llamábase Ecelino II, y reinaba como déspota en la Marca Trevisana, hermosa pero infeliz comarca de Italia. En cuantos pueblos y tierras estaban sometidos, por la fuerza, que no por el amor, al yugo de Ecelino, no habia honra sana, ni vida segura, ni bolsillo libre de sus garras. El tirano despreciaba á la clase popular, corrompia á la nobleza haciéndola cómplice de sus crímenes, y afrontaba y perseguía al clero. Burlábase del derecho, escarnecia la religion, ultrajaba la moral, y como furia salida del infierno tenia á los siete pecados capitales como directores y consejeros de su vida.

No la habia posible bajo este tirano más que para los que se plegaban á sus caprichos, le ayudaban en sus crímenes ó le divertian en sus ratos de aburrimiento y tedio, que no eran pocos. Si alguno le contrariaba en lo más mínimo, el hacha del verdugo ó el puñal de un asesino le quitaba de en medio, y el tirano celebraba su muerte con un festin; y si por casualidad los ciudadanos de algun pueblo, indignados por tantos atropellos, se alzaban para defender vidas y haciendas, Ecelino enviaba contra ellos huestes mercenarias, dándoles órden de acabar con las vidas de los revoltosos y cobrarse en sus haciendas la paga.

Verona fué, entre otras, saqueada, y aterrorizados con este y otros ejemplos, ni pueblos ni individuos se atrevian á murmurar de Ecelino, ni siquiera á exponerle humildemente sus necesidades. Padua, la antes feliz y afortunada, temblaba al solo nombre de Ecelino, cuando felizmente para ella llegó Antonio á su recinto.

En cuanto supo el apóstol quién era Ecelino, sin vacilar un momento decidióse á limarle las uñas para arrancarle los millares de almas que con su terror oprimia. Mas Antonio, para llevar á cabo tan peligrosa obra, no quiso usar de su popularidad, sublevando á las masas populares que con tanto entusiasmo le seguian en Padua; cosa que le hubiera sido sumamente fácil por lo crítico de las circunstancias; ni quiso comprometer á nadie en su proyecto. Lo único que comprometió fué su vida, pero esa sabia que estaba en manos de Dios, quien mejor que nadie podia guardarla del tirano.

Sin dar cuenta á persona alguna de su proyecto, salió Antonio de Padua y se encaminó al palacio que habitaba Ecelino en Verona. Al llegar á la puerta dijo á los guardias y sicarios del tirano, no como quien pide favor, sino como quien tiene derecho, que necesitaba hablar cuanto antes con su señor. La fama de santidad y de ciencia de que iba precedido Antonio facilitáronle la entrada, pues Ecelino quiso por curiosidad conocer al jóven y famoso predicador; pero ni la santidad ni la fama eran garantías suficientes para salvar la vida del apóstol, si no agradaban al tirano sus palabras ó su actitud.

Ecelino recibió á Antonio rodeado de guardias y cortesanos, de verdugos y cómplices de sus crímenes, con todo el fausto que era usual en su Corte, henchido de vanidad y soberbia, y mal contenida, por la solemnidad de la entrevista, su acostumbrada cólera.

¡Qué admirable escena ofrece esta entrevista para un pintor cristiano! ¡Qué contraste tan notable podria presentar el que la dibujara, entre el rostro, el traje y la comitiva del tirano, y el rostro angélico, el oscuro sayal y la pobreza y soledad de Antonio!

Ningun pintor contemporáneo estaba allí para reproducir la escena, pero la historia nos ha conservado datos y detalles bastantes para presentárnosla como ejemplo á grandes y pequeños, enseñanza de todos y admirable marco que realza el heroismo apostólico de Antonio.

En cuanto éste se vió en presencia del tirano, de humilde oveja convirtióse en leon, y sin temor á la cólera de Ecelino, ni consideracion al sitio, ni miedo á los guardias y verdugos, ni respeto á ningun sentimiento humano, desatóse en torrentes de indignacion, y con arrebatadora é impetuosa elocuencia le lanzó al rostro todos sus crímenes.

Jamás ningun diputado revestido de su inmunidad parlamentaria ha hablado en las Cámaras modernas con tanta libertad como Antonio en el palacio de Verona, ni ministro alguno ha oido sobre su conducta un discurso tan violento en la forma y tan tremendo y exacto en el fondo como el que oyó Ecelino.

Antonio, que en vez de inmunidad tenia pendiente sobre su cabeza una sentencia de muerte que la menor señal de Ecelino bastaria para llevar á cabo, habló, sin embargo, como si nada temiese. Él, que era dulzura y amabilidad para todos, que trataba con suma consideracion hasta á sus enemigos personales, no tuvo con Ecelino el menor miramiento. La santa indignacion de que estaba poseido trajo á sus labios palabras que recuerdan las que Ciceron dirigió á Catilina, pero que las superan en fuerza y vigor. Hélas aquí: «Oh enemigo de Dios, tirano cruelísimo, perro rabioso, ¿hasta cuándo has de verter inocente sangre de cristianos? Sábete, por lo menos, que Dios tiene terrible y durísima sentencia fulminada contra tí (1).»

En este tono siguió Antonio su discurso, agotando cuantas palabras fuertes y cuantos epítetos duros merecia la conducta de Ecelino, es decir llamándole con todas sus letras asesino, violador, ladron, cobarde, enemigo y perturbador de la paz y del sosiego público.

Así como Jesucristo, manso y humilde de corazon siempre, cogió sin embargo en cierta ocasion un látigo y azotó duramente á los profanadores del templo, así el humilde y suave Antonio azotó con el látigo de su elocuente palabra el rostro de Ecelino, convencido de que la caridad y el amor á sus prójimos le mandaban proceder así para desautorizar al tirano que los oprimia y vencer el terror que inspiraba.

Mientras Antonio hablaba mirábanle los cortesanos y guardias del tirano con espantados ojos, pues ni cabia en sus serviles corazones tanta grandeza como demostraba, ni nunca habian visto quedar impune ofensas mucho menores que las que, segun ellos, dirigia Antonio á su señor. Más de una vez debieron echar mano á las espadas ó apretar con ira las lanzas como deseando hundírselas en el pecho al apóstol, pero Ecelino no dió la menor señal que á ello les alentara.

Sentado en su trono, desencajado de coraje, lívido de vergüenza, pero quieto, escuchaba el tirano aquella diatriba tan fogosa y violenta: y á medida que Antonio hablaba, iba cambiando su rostro de color y de expresion como si una fuerza poderosa le fuera subyugando.

Cuando el Apóstol acabó de hablar, Ecelino se levantó, se fué á él; mas en lugar de atravesarle con la espada, como los suyos suponian, cayó de rodillas á sus piés, y ¡oh asombro! le pidió perdon por sus crímenes.

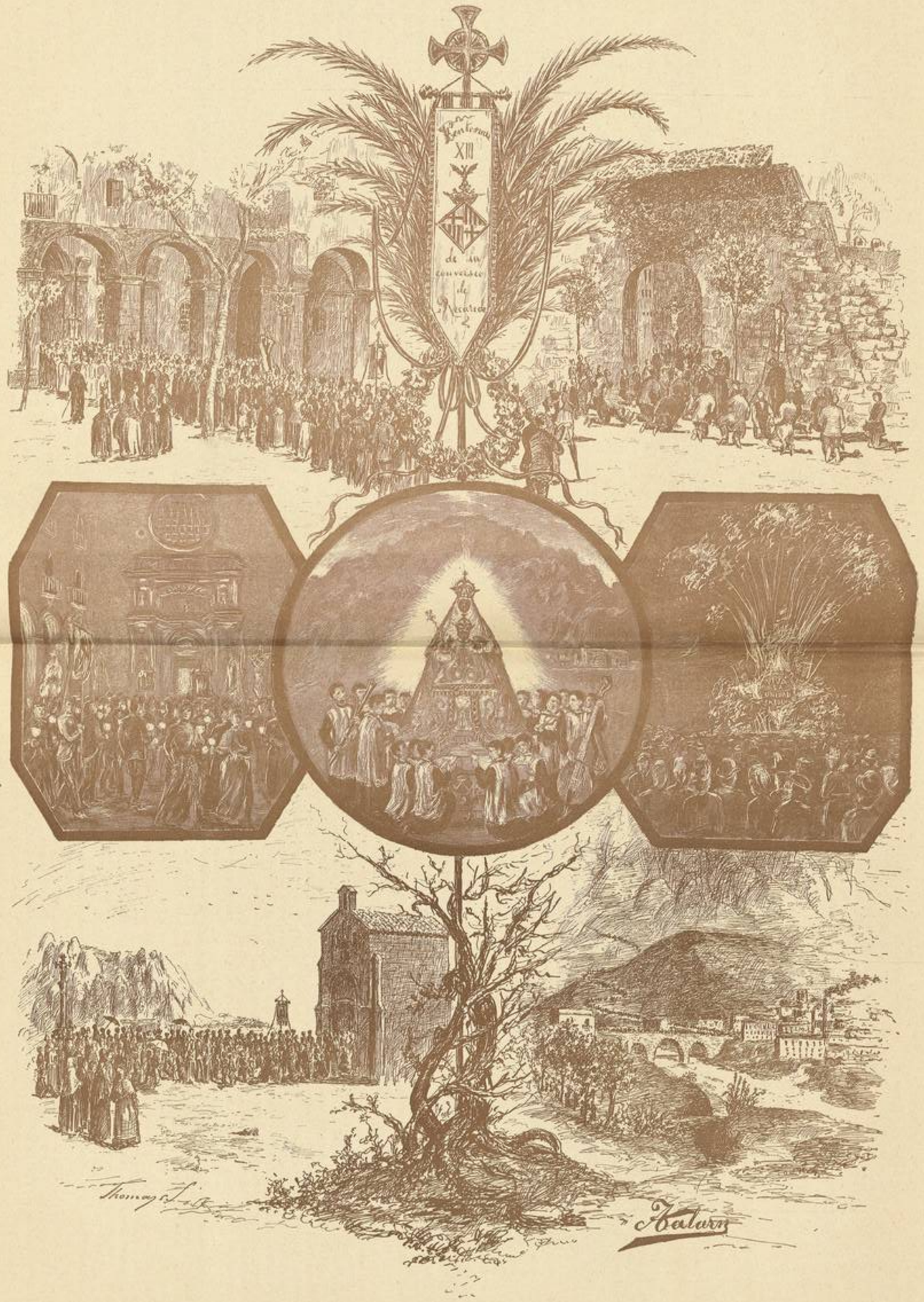
De cuantos triunfos registra la oratoria sagrada pocos habia tan hermosos y brillantes como éste, porque el predicador hablaba no sólo ante un público sumamente prevenido en contra suya, sino que se dirigia á quien más que el dictado de hombre merecia el de fiera.

Y sin embargo Antonio con su energía, con su virtud, con su elocuencia, triunfó de la fiera, y Ecelino el indomable cayó á sus piés y le pidió perdon. Verdad que este triunfo no es propio de la oratoria, sino de la santidad de Antonio, porque el mismo Ecelino, para excusar ante los

(1) O inimice Dei, tyranne sevissime, rabide canis, ¿quousque sanguinem christianorum innoxium effundere non cessabis? Ecce manet sententia Dei super te durissima et horrenda. (*Liber miraculorum, apud Bolland.*)

GRAN PEREGRINACION A MONTSERRAT ORGANIZADA POR LAS ASOCIACIONES CATÓLICAS DE BARCELONA

EN CONMEMORACION DEL XIII CENTENARIO DE LA CONVERSION DE RECAREDO Y ESTABLECIMIENTO DE LA UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA



LLEGADA DE LOS PEREGRINOS AL SANTUARIO

PROCESION DE LAS ANTORCHAS

MISA EN LA ERMITA DE SAN MIGUEL

PENDON CONMEMORATIVO

IMÁGEN DE NUESTRA SEÑORA Y ESCOLANÍA

PROCESION DEL VIACRUCIS

FUEGOS DE ARTIFICIO

EL PUENTE DE MONISTROL

suyos su humillacion, les dijo que mientras Antonio hablaba le habia visto rodeado de una luz tan resplandeciente que habia comprendido que Dios estaba con él y que hablaba como enviado suyo. Esta luz sobrenatural que protegió á Antonio, prueba que Dios no abandona nunca á los que por su causa exponen su vida, y que cuanto mayor es el riesgo en que se encuentran, mayor es el auxilio que reciben.

El resultado de la conferencia con Ecelino fué libertar á Padua y á otros muchos pueblos de las crueldades del tirano. Este por desgracia no cambió por completo, pero atendió á las peticiones y accedió á muchos de los deseos de Antonio, á quien siguió respetando mientras vivió.

Así defendian los frailes, esos frailes tan calumniados en nuestros dias, la libertad y los derechos de los pueblos en la Edad media; así trataban á los tiranos, pues la escena de Verona, aunque de las más brillantes, no es la única del mismo género que podia presentarse para enseñanza histórica.

Culcúlese lo que aumentaría la popularidad de Antonio de Padua al saberse el suceso de Verona. La ciudad en masa acudió á recibirle; grandes y pequeños se inclinaban á su paso y se disputaban la honra de besar su sayal. Sin la profunda humildad del fraile franciscano sus mismos contemporáneos le hubieran levantado estatuas y coronado de laureles.

Antonio sin embargo se sustraía cuanto podia á estos homenajes. La gloria en que le envolvian le mareaba, nada queria para sí; lo único que aceptaba era aquello que podia redundar en mayor gloria de Aquel á quien atribuía, como era justo, el asombroso éxito de sus misiones.

No las ovaciones de los pueblos, ni el respeto de los grandes, ni el temor que á los poderosos inspiraba, habian logrado debilitar en su alma aquella profundísima humildad y aquel olvido de sí mismo, que le hicieron pasar un año en la cocina del convento del monte de San Pablo.

¡Cuántas y cuántas veces en el bullicio de las grandes ciudades, cuando resonaban en sus oidos las alabanzas y aplausos de las muchedumbres, cuando celebraban los pueblos los triunfos que sobre los herejes obtenia, recordaría Antonio con fruicion aquellos para él felices tiempos, en que vivia ignorado y despreciado de todos, aun de sus mismos hermanos de Comunidad! ¡Cuántas veces recordaría con celestial delicia aquellos momentos en que á solas con Dios derramaba su corazon en ardientes plegarias y extasiaba su mente con la contemplacion de la bondad divina mientras sus manos limpiaban los platos ó preparaban el alimento de sus hermanos!

Pero si Antonio echaba de menos la soledad y el recogimiento que eran su encanto, nunca dejó de sacrificar sus gustos, aunque fuesen buenos, á sus obligaciones. Acudia á todas partes, y predicaba incesantemente, y sostenia polémicas y controversias teológicas con los herejes, y confesaba á millares de penitentes, y todavía encontraba tiempo, que robaba al sueño y al descanso, para escribir sermones y obras teológicas.

Una de sus obras que le habia costado gran trabajo y mucho estudio le fué robada por un novicio, que se escapó llevándosela como quien lleva un gran tesoro. La pérdida del manuscrito que tantos sudores le habia costado causó al Santo gran pena. En su afliccion acudió como siempre á Dios pidiéndole que se la devolviese. El efecto de esta oracion viose bien pronto. El ladron restituyó lo hurtado diciendo que al huir quiso atravesar un rio, pero que allí se le apareció espantosa vision que le obligó con amenazas á volver atrás. Sin duda á consecuencia de este suceso se invoca hasta el dia de hoy con gran éxito á san Antonio para obtener el encuentro de cosas perdidas y la restitucion de las robadas.

Antonio descansaba de sus fatigas apostólicas orando, porque durante la oracion Dios le pagaba su celo, como Dios paga siempre, superabundantemente. La indiscrecion de un huésped de Antonio ha transmitido á la posteridad el pago que en el silencio de su cuarto recibia Antonio por sus trabajos. Hallándose descansando de un viaje en una casa, viendo el dueño de la misma que Antonio no salia de su cuarto, abrió con precaucion la puerta y se encontró con el espectáculo más sublime que pudiera imaginarse. Arrodillado en el suelo, con el rostro encendido de amor, los ojos centelleantes y la actitud de un serafin estaba Antonio ante el Niño Jesús que en persona se le habia aparecido y con sus tiernos brazos le estrechaba contra su seno. La indiscrecion del dueño de la casa, permitida por Dios para glorificar á Antonio, nos ha valido esa admirable série de cuadros en que los pintores cristianos han querido reproducir la escena. Y á fe que España puede gloriarse más que ninguna otra nacion, porque el San Antonio de la Catedral de Sevilla está inundado de tan celestial expresion que no parece sino que Murillo abrió tambien la puerta del cuarto en el momento en que el Santo recibia la divina visita de Jesús, y logró trasladar al lienzo el reflejo de lo que por el alma de Antonio pasaba.

(Se continuará)

DE LA TIERRA A LA LUNA

Parece que los sueños dorados de Julio Verne se están realizando en parte.

Aunque no nos sea posible sentar pié en la luna, el telescopio se en carga hoy de mostrárnosla á tan corta distancia, que casi se puede ver todo lo que en ella pasa.

El *Sun* de Nueva-York está publicando la relacion de los descubrimientos hechos por Mr. Richard Adams Locke en la luna con el famoso telescopio *Rosse*, en el Cabo de Buena Esperanza.

Los trabajos que pasó este eminente sabio y las dificultades que tuvo que vencer para montar el telescopio son incalculables, y dan una idea de la tenacidad de ciertas naturalezas para llevar á fin sus propósitos.

Hé aquí lo que nos dice en su primera exposicion:

«Serian las nueve y media de la noche, y la Luna habria avanzado como cuatro dias de su última libracion, cuando el astrónomo arregló su instrumento para examinarla por su limbo oriental.

»Pequeños grupos de árboles de cuanta especie es imaginable se divisaron en el área de la superficie de la Luna, hecha visible por el instrumento; y en seguida sentimos recompensados nuestros esfuerzos, al alcanzar á ver á séres animados.

»A la sombra de una selva, en el costado Sudeste, habia varias manadas de cuadrúpedos de color oscuro con todos los distintivos externos del bisonte, aunque de un tamaño menor que cualquiera de las especies del *bos genus*, de nuestra historia natural.

»La cola de un cuadrúpedo de esos es como la de nuestro *bos grunniens;* pero en cuanto á los cuerpos circulares, la giba sobre los hombros y lo largo y felpudo del pelo, su semejanza con el animal que he dicho es completa.

»Tenia, sin embargo, cierta cosa que en gran manera lo diferenciaba, cosa que, como lo hallamos despues, es comun á casi todos los cuadrúpedos lunares que descubrimos; la cual es un apéndice carnoso sobre los ojos que les cruza todo el ancho de la frente, pues va de oreja á oreja. Este velo velludo, segun distinguimos perfectamente, es á manera de cortina ó de velo y se sube ó se baja por contraccion de la oreja. La perspicacia del doctor Herschel no tardó en advertir que ese era un recurso providencial para proteger los ojos de los animales contra los grandes extremos de luz y de oscuridad á que los habitantes del lado acá en la Luna están sujetos periódicamente.

»El animal que en seguida distinguimos seria en la Tierra clasificado como mónstruo. Era de color plomizo, de tamaño de un macho cabrío, con cabeza y barbas de tal, pero con un solo cuerno ligeramente salido de la perpendicular. La hembra no tenia cuernos ni barbas, pero sí una cola muy larga. Es animal gregario. Frecuenta los abrigados declives de la selva. Rivaliza en elegancia con el antílope, al cual excede tal vez en agilidad, á juzgar por los graciosos corcovos que estaba dando á la sazon.

»El espectáculo que siguió á éste nos penetró de admiracion. Vimos varias partidas de unas criaturas provistas de alas muy anchas, pero enteramente distintas de las aves. Bajaban del collado hácia la llanura con movimiento igual y pausado. El doctor Herschel apenas las divisó nos dijo con entusiasmo:

»—Aquí, caballeros, hay algo que bien merece lo observemos: razon tenia yo para esperar que si habíamos de hallar algo racional habia de ser en esta longitud y habian de ser séres provistos por el Creador de medios de locomocion extraordinarios.

»El doctor hizo entonces encabar el lente número *D*. Con el poder de este lente quedamos como á solo la distancia de media milla. Una de las partidas constaba de doce, otra de nueve y otra de quince individuos, todos los cuales, con las alas recogidas y rectos sobre sus piés, iban caminando. Otra vez hizo el doctor cambiar los lentes. Colocado el $H\zeta$, quedamos como á ocho yardas: eso era entonces lo más que nos fuera posible hacer. Una de las partidas se habia puesto entre tanto fuera de nuestro radio de observacion, pero las otras dos quedaban, por decirlo así, á nuestra disposicion. Los que la componian eran por término medio de cuatro piés y medio de altura. Estaban cubiertos, menos la cara, de vello corto, cobrizo y lustroso. Tenian alas membranáceas, desprovistas de pelo, plegadas hácia la espalda, y les corrian desde los hombros hasta las pantorrillas. Su rostro era amarillento, más amplio hácia la frente que el del orangutan, y de más inteligente expresion. La boca sobresalia un tanto, pero esto se disimulaba con las barbas en el maxilar inferior. Los labios, más que á los del *simia genus*, eran parecidos á los nuestros. El teniente Drummond observó, con referencia á lo simétrico de las formas de esos séres, que, sin el apéndice de las alas, lucirian en una parada. El cabello, que en la cabeza era más oscuro que en el cuerpo, y crespo y tupido, pero no lanoso, estaba peinado en semicírculo sobre las sienes. Los piés no se les veian sino cuando al andar los levantaban alternativamente. Parecian muy delgados y protuberantes hácia el talon. Desfilando como esos individuos iban, nos pareció evidente que estaban departiendo; y aun, á juzgar por la energía de la gesticulacion y la accion de sus manos y brazos, debian de estar empeñados en muy nutrido debate.

»Siguiendo su camino ó paseo, estos individuos llegaron á una especie de laguna. Unos abrieron las alas y pasaron por encima. Otros las extendieron sobre el agua y se quedaron ahí.

»Más adelante de la laguna se alzaba un templo equitriangular, construido de una materia

resplandeciente como zafiro, regado de puntos de oro. Aunque el espacio que con el lente abarcábamos era de 50 piés de diámetro, el edificio no quedaba en el centro, y apenas alcanzamos á ver sus columnas cuadradas, lo menos de 75 piés de alto. Los intercolumnios median cada uno como doce piés. Redujimos al punto nuestra magnitud á fin de abarcar el conjunto de la estructura, y con efecto pudimos ver que era espléndida. El techo parecia de metal amarillo y estaba dividido en compartimientos que no eran planos triangulares con inclinacion al centro, sino subdivididos y combos, y como en figuracion de una masa de llamas violentamente agitadas, procedentes de alguna conflagracion. El artificio no podia ser más magnífico. Por entre las aberturas de estas llamas metálicas se divisaba una esfera tambien de metal, pero más oscura, á manera de nube de color de cobre. En cada ángulo del techo habia una esfera de menor tamaño que la grande del centro, la que descansaba sobre una especie de cornisa de arquitectura que nos era completamente desconocida y en todo extremo graciosa. Semejaban un rollo á medio abrir que se iba esponjando atrevidamente. Las columnas, que eran seis de cada lado, no tenian capitel, ni pedestal, ni ornamento. Tampoco habia más de ellas en el edificio. Este estaba abierto de cada lado, y no parecia contener asientos ni altares. Era una estructura de cerca cien piés desde el suelo lustroso hasta el techo brillante, y se levantaba sobre una eminencia en el costado oriental del valle...

»El tercer océano, *Mare Serenitatis*, tiene una extraordinaria peculiaridad, cual es una recta hilera de peñascos, de no más de cinco millas de anchura, que une la ribera Norte con la del Sur y lo divide por la propia mitad. Esta cordillera no se asemeja á ninguna de la tierra. Nuestro lente *Gx* nos permitió examinarla, y hallamos lo que no se cree, á saber, que era una sola cristalizacion...

»Inmediatamente, en el extremo exterior de un bosque, á distancia de media milla, alcanzamos á ver varios agrupamientos de séres. Eran de mayor estatura que los otros y de tez menos oscura. Constituian á todas luces una más aventajada variedad de la misma raza. Aunque fuesen los habitantes de más alto órden en ese valle, no eran los únicos. La mayor parte de los demás animales que en otros puntos habíamos notado estaban congregados allí, juntos con otras ocho ó nueve especies de cuadrúpedos. El más elegante de éstos era un ciervo coronado con ramosas astas, negras como el ébano. Era de verle dando vueltas en torno de los séres medio humanos de que dejamos hecha mencion, paciendo sin el menor asomo ó manifestacion de temor...»

EL VUELO DEL ALMA

III

Por qué espantarse de la prosperidad, más que de la desgracia?—prosiguió Clara;—ni la una ni la otra son seguras al dia siguiente. En el convento tenia una Religiosa especialmente encargada de mis secretos, á quien me quejaba de ser tan rica, tan bien parecida; de cumplir tan fácilmente mis deberes, y hasta de tener un primo tan bueno. «¡Bah, bah! m contestaba, todo esto es cosa de actualidad. Ex. mina tan solo si en medio de esos tesoros tienes la única cosa necesaria, es decir, la firme voluntad de obedecer siempre á Dios y vivir en paz. Cuando lo hayas perdido todo, te quedará este tesoro, y lo reemplazará todo. No se necesita otra cosa.» Y podria tambien decírtelo en latín, sabio mio.

—Eres, prima, más sábia que yo; iré á tu escuela, y me enseñarás á ser santamente dichoso.

—¡Sí,—exclamó C ara con casto entusiasmo;—santamente dichoso para serlo siempre, áun en medio de lágrimas, hasta en un sepulcro! Abrazaremos con cristiano ardor todos los deberes de nuestro estado, de nuestra posicion, de nuestra misma felicidad. ¡Cuánto bien hay que hacer en torno nuestro! Este país está lleno de pobres. Seremos la mano bienhechora de la Providencia. Visitaremos á todos los desgraciados; yo los cuidaré, y tú los convertirás.

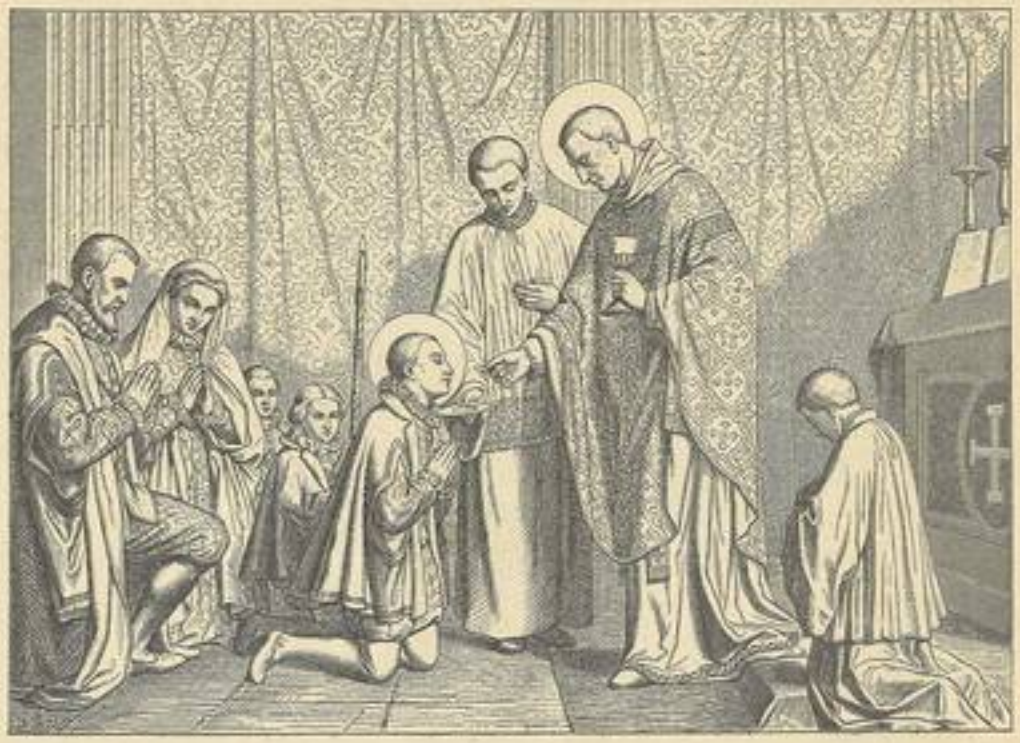
—Tendrás tambien este cargo, Clara, pues la caridad es la que convierte. ¡Ah! ¡cuánto te amo y cuán bondadoso es Dios para conmigo!

—Di que es bueno para el mundo. ¿Dónde no brilla su bondad? Sobre la misma tierra prodiga maravillas que parece no tienen otro objeto que alegrarnos. ¿No parece una madre que se ha complacido en preparar la cuna de su hijo?

Al pronunciar estas palabras, Clara paseaba su vista admirada por la bella y alegre naturaleza que les rodeaba.

—Toma,—prosiguió, presentando á Fabio una escabiosa que acababa de coger,—te doy esta flor como un grande testimonio de las ternuras de Dios para con nosotros, y de mi eterno reconocimiento hácia El. Si no tuviese otro motivo por que alabarlo que la inocencia y el perfume de las flores, esto seria bastante para inspirarme el himno sin fin que cantaré en el paraíso. Tienen su lenguaje las flores, y lo he comprendido mejor á medida que he ido entrando en años. Cuando pequeñita, les hablaba; sus suaves columpios parecia que me contestaban. Decíanme cosas inauditas la variedad de sus formas y colores. Creia que el perfume de las flores era una plegaria, y cuando las agitaba el viento, pensaba que hacian un esfuerzo para irse al cielo con aquella incesante plegaria. Entonces poníame á consolarlas. Despues que habíamos bien platicado, cogia aquellas que más me gustaban, y ora las abandonaba hoja á hoja al viento, para que con más facilidad pudiesen volar, ora las colocaba delante de la imágen de la Vírgen santísima. ¡Me parecian tan felices con marchitarse á sus piés! Ahora ya no les hablo, aunque alguna vez me vienen todavía tentaciones; el aspecto de las flores no ha dejado de encantarme y edificarme. Figúrome que son sonrisas de la bondad divina, como las estrellas: las unas han caido en la tierra, las otras se han quedado en el camino. ¡Cuántas veces al atravesar de mañana este sitio y al hallarlo todo esmaltado de estas divinas sonrisas, he dicho en mis adentros que Dios me advertia que fuese buena, sencilla, afable con todos, semejante á esas generosas flores que se abren en el sitio que Dios les señala, sin inquietarse por si álguien las mira ó no las mira, sin que las humildes envidien la hermosura de las brillantes, sin que ninguna pida más sol ni más rocío que el que se le ha dado!

—Y si examinamos el mundo,—dijo Fabio,—¡cuántos milagros de amor no hace Dios en él! Forma en número suficiente almas incomparables, que son las mensajeras de sus beneficios. Son á manera de depósitos vivos que derraman por todas partes los tesoros de su bondad. ¿Qué hacen en el mundo esos séres consagrados á Dios? No existen para sí mismos, puesto que contínuamente se olvidan de sí mismos; pero no olvidan á los demás; y á cada disgusto que se sienta, á cada necesidad que se experimente, á cada mal que sobrevenga, se les ve acudir, cargadas de ofrendas las manos, rico en caridad el corazon, iluminado el entendimiento con la divina sabiduría. Es Dios quien los envia, nada les detiene, nada les acobarda; no hay obstáculos para ellos. Los perfumes no vuelan tan lejos en alas del viento, ni el ave que vuelve á su nido se detiene menos en los aires, y no conoce mejor su camino. Dios los ha puesto en favor de todo cuanto gime en el universo; van á cumplir su mision sin detenerse un momento, y por decirlo así, sin tomar aliento. El uno lleva á los entendimientos una luz más agradable que la del dia y de la libertad; el otro se detiene entre los enfermos, los cuida, los acaricia, los cura, ó infunde la vida eterna en el alma de los moribundos. Se distribuyen los huerfanitos, suplen la dormida vigilancia de las madres, sirven de hijos á la ancianidad desvalida. Vense á otros que se van á



SAN LUIS GONZAGA

RECIBIENDO LA SAGRADA COMUNION DE MANOS DE SAN CARLOS BORROMEO

los límites del mundo á combatir al demonio y arrancarle las almas en los lugares mismos en que más asegurado está su imperio; quieren derramar de buen grado toda su sangre por la esperanza de rociar la frente de un salvaje con la gota de agua del Bautismo. ¡Santas almas, tesoro de Jesucristo! se entregan por los miserables, sufren por los dichosos; ¡cuántos hay todas las noches que oran en los claustros, ofreciendo su penitencia á fin de que la justicia divina perdone nuestros olvidos!

—¡Almas dignas de envidia!—exclamó la jóven.—¡Y pensar que nada hacen en comparacion de lo que el mismo Dios hizo! Pensar que el Rey de estos sublimes embajadores sirve al pobre, perdona al ingrato, se ofrece y se da á todos con generosidad incomparablemente mayor que la de los más grandes Santos! Él bajó del cielo, se entregó á los tormentos y á la muerte, renueva incesantemente su sacrificio, permanece en pobres tabernáculos, esperándonos como un indigente que implora nuestra caridad. Y ¿qué espera? Que nos acerquemos á Él, á beber anticipadamente en las fuentes de la eterna alegría. ¡Ay! ¡cuán poco pensamos en ello! ¡con qué frialdad correspondemos á tanto amor! Oh Fabio, excitémonos á amarle exclusivamente; sirvámosle con todo nuestro corazon y todas nuestras fuerzas; ¡es una dicha tan grande el servirle!

—Servirle únicamente,—dijo Fabio, súbitamente dominado por pensamientos más fascinadores que todos los desvaríos de su amor.

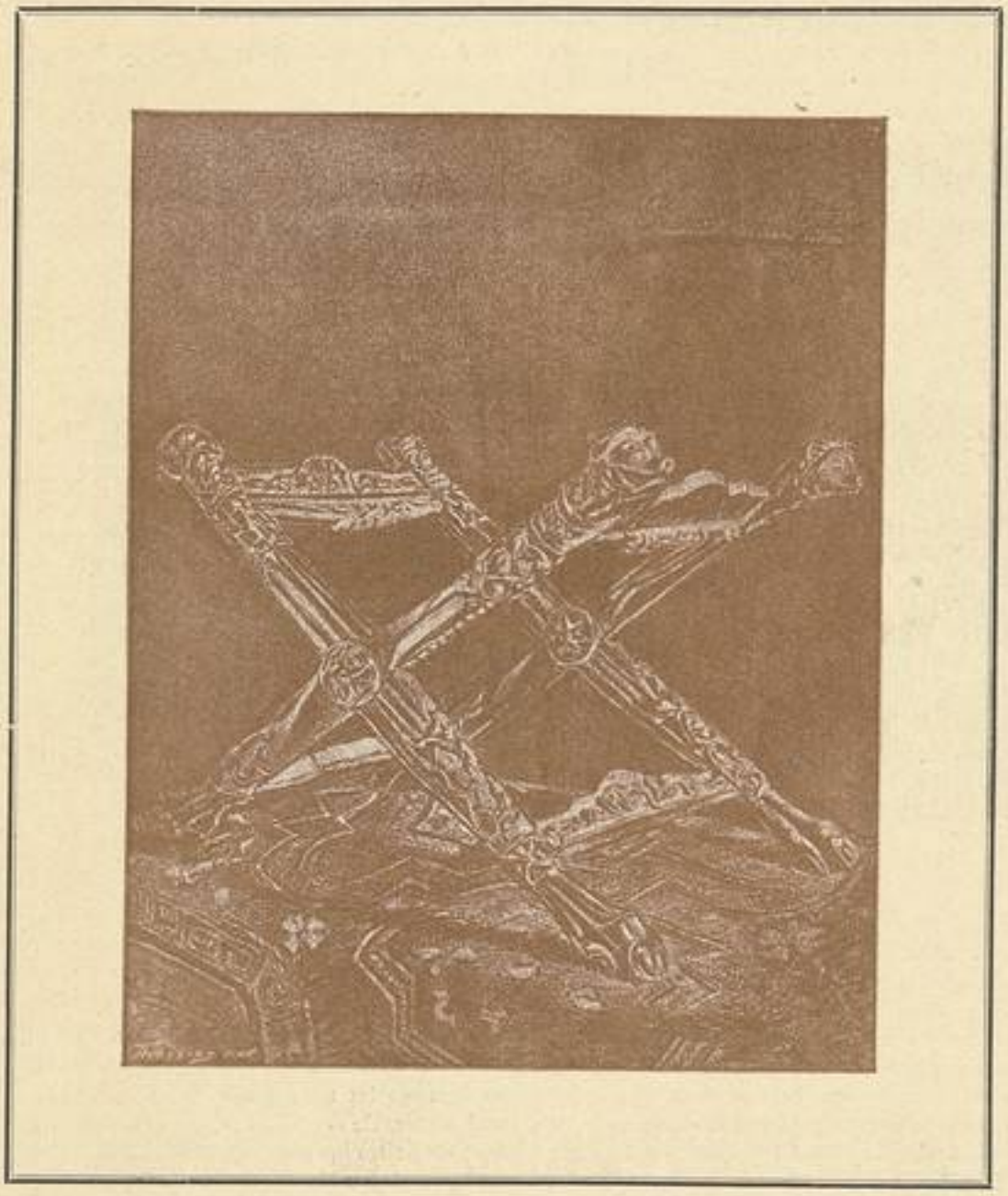
—Sí,—replicó Clara,—y recibir de Él únicamente la recompensa.

—Y pedir sólo á El la alegría en la tierra,—continuó Fabio.

—¡Ah!—dijo suspirando la jóven,—¡esto es amar á Jesús! ¡Cuán feliz vocacion tienen los que así le sirven!

—Almas hay—prosiguió Fabio—que son llamadas y no responden. ¿Cuál será su suerte?

—¡Ay!—dijo Clara,—esta idea hace estremecer.



SILLA DE SAN RAMON EN RODA

—A no existir tú, mi prima, lo he sentido con frecuencia, abrazaria el estado eclesiástico.

—Yo habria tomado el velo si tú no hubieses existido, Fabio.

—Mi corazon no podia ser más que de Dios.

—Yo habria querido darle todo mi corazon y toda mi vida.

—¡Orar, instruir, salvar almas!... ¿Qué otra gloria y qué otro gozo puede desear un cristiano?

—Encerrarse en el silencio y en la humildad, trabajar sin descanso al resplandor de la celestial corona que se llevará delante de Dios, no ser conocido aquí en la tierra sino de los Ángeles, mortificar su vanidad y vencerla, orar sin interrupcion por aquellos á quienes se ama, tener desde este mundo su sociedad en el cielo, morir puro y dos veces querido de María con la vestidura del Bautismo y de la Comunion... ¡Envidiable destino!

—Así, querida prima, ¿me has preferido á todos esos bienes? Habrias hecho una santa religiosa...

—El otro dia, Fabio, hablabas de Dios. Tu voz era tan insinuante, parecíanme tan fuertes y tan bellos tus razonamientos, veia tan radiante de celo tu semblante... Decia para mí que habrias hecho un buen sacerdote y que yo quitaba una gran gracia á los desgraciados impíos.

—¡Oh! Clara, yo nada soy, pero á lo menos habria dicho la Misa y habria podido consolar á algunos desgraciados. Cuando te veo, espántome de concentrar en mí solo esos tesoros de dulzura y de caridad que en tí venero. Hermana hospitalaria, ¿habria un enfermo que no se apresurase á bendecir tus cuidados y orar contigo? Carmelita, ¡serias una de esas rosas del retiro que perfuman el mundo! ¡Felices los hijos que recibirian tus lecciones en una casa como aquella de que has salido tan llena de fe y resplandeciente de candor! ¿qué carácter, por indómito que fuese, te resistiria? ¿qué genio, áun el más salvaje, no sabrias ablandar? Seria infinito el número de familias que te habrian debido su dicha.

MISCELÁNEA

LOS MISIONEROS JESUITAS

La *Revue des Deux Mondes*, publicacion á la que no se tachará ciertamente de parcialidad en favor de las Ordenes religiosas, dice lo siguiente respecto de los misioneros jesuitas, en un artículo que escribe acerca de la Oceanía:

«Unicamente los misioneros consiguen establecerse y permanecer en medio de estas gentes feroces (los salvajes filipinos). Los Padres han hecho, al llegar allí, el sacrificio de sus vidas, y teniéndolas por menos que nada, consiguen imponerse, evangelizar y convertir. Trabajan por su Dios y por su patria, y conducen á la fé y á la sumision de la autoridad española á los más pobres y miserables.

»Pero esto no se consigue sino arrancándolos de sus guaridas y trasladándolos á otra parte; los Padres, en efecto, los deciden á que los sigan, los llevan á distancia de algunas leguas, y allí fundan un *pueblo*.

»Estos establecimientos de *infieles convertidos* (que recuerdan los hermosísimos del Paraguay, destruidos por el ódio de Pombal), crecen y se multiplican de algunos años á esta parte, y forman en medio de la barbarie que los rodea, un oasis de paz y cultura, abierto á todos los que buscan refugio; cuantos más neófitos cuenta el *pueblo*, tanto menos expuesto se ve á invasiones hostiles. Uno de estos heróicos misioneros, el P. Saturnino Urios, ha convertido y bautizado en un año á cerca de quinientos mil infieles.»

A la vista de tan grandes hechos sí que huelgan verdaderamente los comentarios.

BUEN EJEMPLO

Hemos leido con satisfaccion la noticia de que D. C. Sanchez Arévalo, oficial primero del Gobierno civil de Salamanca y colaborador del periódico libre-pensador *La Acacia*, ha tenido el buen gusto de separarse de la masonería, en cuyas filas le contaban los adeptos á esta secta, y ha dado además público testimonio de su fé católica en una hermosa carta dirigida al Sr. Vicario de la diócesis, documento que inserta el *Boletin eclesiástico* de la misma.

Quiera Dios que el meritorio acto del Sr. Sanchez Arévalo sirva de estímulo á otros masones y libre-pensadores para abjurar sus perniciosas y falsas doctrinas.

SECCION RECREATIVA

CHARADA

Mi *primera* repetida
es un bonito animal
que no le gusta *tercera*
y á tí si te gustará.
Haces *segunda* á los niños
si los quieres asustar,
y el *todo* si bien lo buscas
en la mar lo encontrarás.

ACERTIJO

¿Cuál es la cosa peor
Que en el mundo puede haber,
Que esa misma es la mejor,
Pues mala, da el perecer,
Y buena, vida y honor?

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO 67

AMAR

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 15 DE JUNIO | SÉRIE II.—NÚM. 77

ÁNFORA DE PLATA

REGALO DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID PARA EL CERTÁMEN CONMEMORATIVO DEL XIII CENTENARIO DE LA UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Protesta, por L. M. de Ll.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Discurso del señor Marqués de Cerralbo* en conmemoracion del XIII Centenario de la unidad católica.—*El vuelo del alma*, (conclusion), por Luis Veuillot.—*Carreras y... carreras*, por B. Ribó.—*La navegacion submarina*, III.—*El martillo de los herejes*, VI, por Francisco Hernando.—*¡Gran cosa es creer!* (poesía), por J. Rodriguez Guzman.—*El organista de Hereford*.—*Noticias varias*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Ánfora de plata, regalo del señor Duque de Madrid para el Certámen conmemorativo del establecimiento de la Unidad católica en España.—Este precioso objeto de arte, que nuestro grabado reproduce exactamente en su forma y en sus detalles, mide 50 centímetros de alto por 35 de ancho contados de extremo á extremo de asa. En él compiten el valor intrínseco con el artístico. En el medallon central aparece el busto de Recaredo y la inscripcion *Recaredo, 8 de Mayo de 589*. A un lado del busto hay una cruz, y al otro una corona Real, unidas por gruesa cadena tambien de plata. En la parte posterior del ánfora se lee la siguiente dedicatoria: *XIII Centenario de la conversion de Recaredo. Premio ofrecido por el Duque de Madrid. 8 de Mayo de 1889*. A los lados de esta inscripcion, al igual que en los del medallon de Recaredo, hay una flor de lis.

Este régio presente, expuesto durante muchos dias en el salon principal del Círculo tradicionalista de Madrid, ha sido adjudicado por unanimidad al estudio sobre la influencia de la conversion de Recaredo en la unidad religiosa, política y social de España. Su autor D. Ramiro Fernandez Valbuena, lectoral de Badajoz.

Las postrimerías de Fernando III el Santo (cuadro de Virgilio Mattoni, poeta sevillano).—El nombre de san Fernando llena en gran parte con gloria inmarcesible el libro de nuestra historia patria durante el siglo XIII.

Jóven aún cuando muere su padre, junta en uno los reinos de Castilla y de Leon, cuyas dos coronas debian formar la base de la grande Monarquía española.

Los odios de vecindad, los encontrados intereses, las cuestiones de límites, habian con frecuencia encendido luchas entre los Reyes de Leon, Castilla, Navarra, Aragon y Portugal. San Fernando, levantándose sobre todos estos motivos de discordias entre los hermanos, pone el primero en aquel admirable programa de su política este pensamiento: «Seamos unos en el obrar, porque adoramos un mismo Dios y tenemos un mismo enemigo: haya paz entre los príncipes cristianos para que no tengamos estorbos en el camino de limpiar á España de la chusma musulmana.» Y él, ni en la parte más pequeña dejó de ajustar á este propósito su conducta.

Córdoba, la capital del califato, la ciudad de la gran mezquita, la escuela del saber de los árabes, la residencia de la aristocracia musulmana, cayó rendida á los golpes de san Fernando; el rey moro de Arjona y de Guadix, el fundador del reino de Granada, Alhamar, tiembla á la presencia del hijo de D.ª Berenguela, y le entrega, por tener paz con él, el reino de Jaen entero. Sevilla piensa quebrantar el propósito del Rey de Castilla, porque éste no tiene escuadra y la ciudad se burla del cerco teniendo fácil comunicacion por el Guadalquivir; pero en vano, porque el santo Rey construye en pocos dias la primera escuadra castellana. Y se rinde Sevilla y Sanlúcar y Cádiz, y sólo queda ya del grande imperio de los árabes el reducido reino de Granada.

El arte cristiano, la espiritual arquitectura del siglo XIII, debe á san Fernando los monumentos más preciosos. Él pone la primera piedra de la aérea Catedral de Burgos, y pocos años despues inaugura las obras de la soberbia Catedral de Toledo, grande y magnífica como los pensamientos del Rey que entusiasmado aplaudia la traza del monumento.

En la oracion cuotidiana, y muchas veces repetida cada dia, aquel incomparable Monarca hallaba luz para los proyectos, fortaleza para las dificultades y decision y brío para el combate. Jamás apartó de su lado la Virgen de las batallas, que en precioso estuche llevaba pendiente del arzon en los dias de jornada; jamás entró en combate sin implorar el auxilio de la Reina de los Cielos, ni descansó, despues de ellos, sin dar gracias á la Señora.

Parco como un monje, economizaba cuanto podia, y hubiera creido defraudar á sus pueblos desplegando la ostentacion y el lujo de un soberano. Ejercia en sí mismo penitencias mortificantes, y administraba justicia con la más grande imparcialidad y exactitud. En medio de sus muchas é importantes victorias, nunca se envaneció su ánimo, ni se desmintió su humildad, y concedia siempre á Dios la gloria de la prosperidad de sus armas, naciendo de ahí que le rindiese un culto especial. Su ejemplo era admirado de todos y generalmente imitado: así es que su ejército, compuesto de soldados amaestrados por él, y á quienes habia inculcado el santo temor de Dios, observaba constantemente una severa disciplina; y esta, acompañada del valor que siempre infunde una conciencia pura, le hacia mirar con indiferencia los peligros y la muerte misma.

Es indudable que este santo Rey hubiera libertado á España de la dominacion sarracena que aún pesaba sobre el reino de Granada, si Dios no le hubiese llamado al descanso eterno. Conociendo que se acercaba el término de su vida, se desprende de su espada, y cambia su corona por la cruz; y al ver entrar el santo Viático, conducido por el arzobispo de Sevilla, salta del lecho, se postra de hinojos en el suelo con un dogal al cuello, y pronuncia estas sentidas palabras que la historia nos ha conservado: «Él reino, Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecia, te los devuelvo. Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Dios mio, mi ánima, y por los méritos de tu santísima Pasion ten por bien de la colocar entre los tus siervos.»

Habiéndole luego recibido, hizo acercar á sus hijos, les exhortó, les bendijo, y lleno su corazon de un amor y ternura inefables, rindió su alma á Dios (1276), despues de un reinado gloriosísimo de 35 años. Canonizóle Clemente X.

Palacio del Congreso nacional en Santiago de Chile.—Tal es el *templo de las leyes*, como dicen ahora, de la República chilena; hermoso edificio, terminado trece años há. ¡Lástima que las leyes dictadas en este período no sean tan bellas como el local! Porque en gran parte han tenido por objeto y fin la persecucion religiosa y la tiranía política; costumbre ya arraigada en todos los Gobiernos liberales. La plaza que hay al frente del edificio evoca tristes recuerdos, pues allí estaba el templo de la Compañía, que se incendió el 8 de Diciembre de 1863, sepultando en sus ruinas más de 2,000 personas.

La pompa de jabon.—Cuadro de L. Bechi en la Galería Pisani, en Florencia.

Ictíneo Monturiol.—Véase pág. 227.

¡Magnificat!...., composicion de Barberis figurando el canto de las monjas y sus educandas en el coro de su iglesia, en un convento de Roma.

El sacamuelas, composicion de nuestro corresponsal artístico de Madrid, D. Mariano Pedrero.

PROTESTA

Todo demuestra que la lucha, empeñada hoy en todos los terrenos, que conmueve al mundo moderno es puramente religiosa. Se trata por la revolucion de derribar la obra de Jesucristo, de reemplazar el derecho nuevo al derecho cristiano.

De esto es nueva demostracion el insulto, el escandaloso ultraje que se ha inferido en Roma al Catolicismo en la persona veneranda de Leon XIII Por espacio de tres dias la capital del orbe católico ha sido objeto de la más impía, de la más desenfrenada y repugnante manifestacion anticatólica, llevada á cabo con motivo de la inauguracion del monumento á Giordano Bruno, un fraile apóstata tipo de los más despreciables, á quien se ha querido honrar en odio al Catolicismo y en menosprecio de la Santa Sede.

Si la idea de la unidad italiana fuera simplemente una idea patriótica, si la posesion de Roma fuera sólo la consumacion de este acto político, no habria por que hacer actos impíos que ofendieran el sentimiento católico, ni por que vejar ni humillar al Papa: antes se procuraría la buena armonía entre el poder religioso y el civil y esforzarse en demostrar que es compatible esa unidad con la independencia del Pontificado.

Lo que está sucediendo en Roma subleva el sentimiento católico, y lo permite sin duda la Providencia para nuevo descrédito de esta idea moderna que no puede ocultar su espíritu satánico, y á la cual tantos que quieren conservar su calidad de católicos le prestan apoyo y quieren aprovechar, creyendo que se puede sacar partido de ella para el bien. ¡Ilusos!

En cuanto la revolucion se siente un poco fuerte da un puntapié á sus tolerancias y concesiones, y aparece el mal triunfante é imponiéndose.

No ha cesado el Padre Santo de protestar contra la posicion intolerable que le ha creado la revolucion italiana. Pero todo inútilmente. Hoy está quizá más abandonado que nunca de todos los poderes de la tierra; traicionado por aquellos que parecian inclinarse á su socorro y menospreciado por cuantos viven contemporizando con el derecho nuevo, que los cohibe.

En esta ocasion á los católicos, que ya solemnemente hemos protestado hace poco contra la usurpacion de Roma, nos toca levantar otra vez nuestra voz indignada contra esta nueva ofensa que se dirige al Papa y al Catolicismo con la apoteosis del apóstata Bruno, y redoblar nuestras oraciones para que se abrevien los dias de prueba por que está pasando la Iglesia de Jesucristo.

Pidamos que, pues los poderes de la tierra están coligados contra el cielo, intervenga la Providencia en favor de su Pontificado y del pueblo fiel.

Es consoladora la unanimidad con que todo el mundo católico ha levantado una voz de indignacion y una ferviente plegaria ante esta nueva provocacion impía. En España son muchos los actos de desagravio, las comuniones y las obras piadosas que estos dias han tenido lugar, así como en buen número los telégramas remitidos al Vaticano ofreciendo adhesion al Papa y proporcionándole el consuelo de saber que son muchos los corazones que con él padecen.

No cesemos de demostrar con actos de desagravio, de protesta y de adhesion, que si los poderes públicos han abandonado al Representante de Jesucristo á su infortunio, existe todavía un pueblo cristiano que siente con él, sufre con él y espera con él: un pueblo adicto á sus enseñanzas salvadoras, que rechaza el error moderno, que no quiere transigir ni acomodarse con él, ni aun para utilizar sus concesiones, con lo cual se le da fuerza y vida; un pueblo fiel que vive tambien bajo el mismo cautiverio del liberalismo que tiene oprimido á su Pastor Supremo, y que desea romper para todos; y para esto ora, trabaja y se prepara, con la esperanza firmísima—y por esto no se abate ni cede—de que ha de sonar la hora de Dios.

Esta se anuncia ya con los rumores bélicos que han de producir la explosion de las malas pasiones creadas por el influjo maléfico que domina en el mundo; y en cual explosion se verá el castigo de unos, la salvacion de otros y una nueva leccion para todos, que realice los designios saludables del Altísimo.

No hemos tampoco querido que al Padre Santo le faltara nuestra modesta expresion filial: á este efecto mandamos oportunamente al Emmo. señor Cardenal Rampolla el siguiente telegrama:

«Cardenal Rampolla. Vaticano.—En nombre propio, de las publicaciones que dirijo, Hormiga de Oro, *Correo Catalan*, *Correo Español* y de sus abonados, únome á la protesta del pueblo fiel contra el escándalo de estos dias, reitero al Papa mi adhesion y pido al cielo abrevie su prueba.

«Llauder.»

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Tormentas y terremotos.—Las fiestas de san Antonio en Madrid.—Plaga de gusanos.

El tiempo está de ciclones.

Y áun de terremotos.

A las tempestades políticas responden las de la atmósfera, y entre unas y otras forman unos repertorios de truenos, chubascos y granizos que le van dejando al pueblo español sin aliento.

Y eso que hasta ahora los ciclones políticos no se han presentado más que en el estado latente, puesto que no han bajado todavía los peldaños

de la escalera que conduce á la cuadra de los cuarteles, que es donde se condensan y toman olor, color y sabor; pero en cambio los ciclones atmosféricos están despidiendo á la primavera con séquitos espantosos de calamidades.

Con lo cual quiero decir que el tormentazo que descargó la semana última en Madrid y en otros puntos del territorio peninsular ha causado por lo menos tantos estragos como los que vienen causando nuestros liberales de pan llevar.

Aquí en Madrid, donde estalló con gran violencia, despidiendo granizos y lluvia que amenazaron con anegarnos, son incalculables los daños por él causados, habiendo momentos en que se creyó que íbamos á padecer otro como el de 1886.

Los granizos podian recogerse en las calles á fanegadas, y castigados los árboles y las plantas de los parterres por el pedrisco, bien puede decirse que han sido completamente destrozados, pues debajo de los primeros podian recogerse las hojas á cargas, y de las segundas no han quedado más que reliquias tristes.

Y si aquí ha sucedido esto, en los campos sembrados de cereales los estragos no han sido menores, pues la onda atmosférica se ha llevado la cosecha en espiga, dejando á numerosísimas familias en la indigencia.

Además al dia siguiente se sintieron dos temblores de tierra.

Como los españoles no nos acordamos de santa Bárbara hasta que truena, nuestras Autoridades, que cuando el tiempo está en calma no se acuerdan de la mísera poblacion que campa en la ribera del Manzanares, pensaron en ella y acudieron á ver si le ocurria algo despues de haber desbravado el ciclon.

Y por esta vez acudieron á tiempo, ó lo que es igual, no llegaron tarde y con daño.

Pues habiéndose roto una alcantarilla que anegó la ermita de la Vírgen del Puerto, y habiéndose hundido casucas, terraplenes, andamiajes y otra porcion de obras públicas y privadas, montadas al aire como los diamantes, no hubo desgracias personales que lamentar, aunque corrieron gravísimo riesgo de perecer mujeres y niños.

Así empieza el presente verano de desgracias y liberales alborotados; y si por los principios hubieran de calcularse los fines, ya podríamos llevarnos las manos á la cabeza.

Nos hallamos en el mes del Sagrado Corazon de Jesús y de san Antonio, el Santo de las azucenas, emblemas de la pureza de tan angelical Patron.

Además, en Madrid se celebra por este tiempo la famosa novena del *Alumbrado y Vela*, en que se mantiene dia y noche expuesto el santísimo Sacramento con gran majestad; y todas estas devociones son verdaderos desagravios que reparan las ofensas que infligen á Dios tantas concupiscencias brutales, tantos desacatos y tanto desenfreno como se registran en los grandes centros de poblacion, especie de viveros de la holganza y del vicio.

Las iglesias donde estas devociones se practican aparecen magníficamente tapizadas y colgadas, relumbrantes de luces y saturadas de riquísimos perfumes emanados de la profusion de flores que embellecen los altares.

La devocion al glorioso y milagrosísimo Santo de Padua, asombro de su tiempo por su virtud y sabiduría, es una de las más generalizadas en Madrid.

En la iglesia suntuosísima, aunque diminuta, de la Santa Hermandad del Refugio, ó sea en San Antonio de los Portugueses, las fiestas del santo Patrono revisten una solemnidad admirable por su pompa y riqueza: en el templo parroquial palatino de San Antonio de la Florida, cuya feligresía es puramente rural, puesto que se compone de la poblacion que anida en las malas chozas de los lavaderos de nuestro aprendiz de rio, la novena de San Antonio, precursora de la primera verbena de Madrid, tiene incomparable encanto por su sencillez y piadosa rustiqueza.

A este microscópico y apartado templo, notable sólo por los frescos de Goya que enriquecen su única nave de forma circular y que son una verdadera maravilla de factura y color, he dirigido yo mis pasos algunas tardes, ávido siempre de contagiarme con la piedad que siente hondo y piensa profundo, aunque no sea fértil en palabras; y el espectáculo religioso que he presenciado me llenaba de gratísimo consuelo.

Las pobres lavanderas, los jornaleros y trabajadores de las cercanías dejaban á las siete de la tarde sus rudas faenas para acudir á consagrar su devocion á su Santo predilecto, al abogado de las cosas perdidas; y érase de ver la uncion, la piedad y la avidez con que asistian á la novena, ofreciendo hermoso espectáculo.

He dicho antes que los comienzos del verano se presentan con ribetes y flecos de calamitosos.

Y en corroboracion de este aserto debo apuntar que las noticias que llegan de la Mancha son muy aflictivas, puesto que informan de que la langosta en proporciones colosales está causando en los campos horribles estragos.

Aquí en Madrid se ha desarrollado tambien una repugnante y enormísima plaga de orugas que en pocos dias ha consumido el follaje del arbolado, dando á los parques públicos y paseos un aspecto triste y desolador.

No se puede andar por el Retiro, por el Prado, ni por las alamedas de los viveros y de la Escuela de Agricultura, sin que los transeuntes se vean envueltos en las redes asquerosas de esta lepra de los árboles, que, despues de los destrozos del hacha liberal, ha venido á chuparles la savia.

Los horribles bichos cuelgan á montones de las telas de araña que fabrican, y caen sobre las personas, inundando sus vestidos.

¡Y floja perspectiva es la que ofrecen los tales gusanos, serpeando sobre las sedas, sobre las blondas, los encajes y las plumas de las damas! Lo menos que parecen las personas que discurren por los paseos públicos son cadáveres ambulantes, atacados antes de bajar al sepulcro por los gusanos que los han de descarnar.

LUPERCIO.

Madrid, 11 de Junio.

ROMA

Tengo sobre mi mesa un monton de apuntes, una verdadera miscelánea de hechos edificantes acerca de la honesta y brava gente que gobierna á la regenerada Italia, *restituta libertate Urbis!* No sé cómo escoger mejor para no hacerme enojoso por lo prolijo, pues los tengo en cantidad crecida.

Mas ante todo digamos algo acerca de ese monumento á Giordano Bruno que Leon XIII ha estigmatizado tan justamente en su Alocucion del 24 de Mayo (1) y que á más de ser un monumento de infamia es tambien ahora un monumento de la hipocresía de este Gobierno de Italia en manos de los hijos bastardos de Macchiavello.

Luego diré por qué les llamo hijos bastardos.

Comencemos.

Todos saben que ha sido Crispi quien *ha querido* ese monumento. Las elecciones administrativas del año pasado fueron hechas con todas las artes de violencia y de corrupcion de que es capaz un gobierno masónico para obtener en el Capitolio una mayoría que concediese el terreno en el *Campo dei fiori* para erigir allí el monumento; porque el Consejo municipal anterior, libremente elegido por el pueblo romano, habia negado repetidas veces dicha concesion. Antes de las elecciones del año pasado, Crispi habia dicho á la Junta del monumento á Bruno,—y los periódicos oficiosos lo publicaron:—«Apresuraos en tener listo el monumento; el nuevo Municipio os concederá el terreno en el *Campo dei fiori*.»

Y así sucedió.

Al llegar el momento de la inauguracion de la estátua del ex-fraile apóstata de Nola con las correspondientes fiestas bacanales, el Gobierno hizo conceder rebajas por las Empresas de los ferrocarriles para las sociedades y comisiones democrático-masónicas que están convocadas en Roma para el 9 de Junio. El alcalde de esta ciudad ha concedido, *por órden superior*, alojamiento gratuito á las bandas de música que vengan de provincias á aquellas fiestas. El ministro de Instruccion pública ha mandado entregar á los estudiantes de la Universidad promovedores de esas fiestas el dinero necesario para dar hospitalidad á sus compañeros de las universidades de Italia y del extranjero.

Aún podria citar otros favores concedidos por el Gobierno á los promovedores de las masónicas fiestas.

Al propio tiempo los ministros han declarado que no asistirán á la inauguracion del monumento á Bruno, con la excusa de que las fiestas no deben ser entibiadas con la *frialdad oficial*. El ministro de Instruccion pública ha negado ahora en cambio al Comité *brunista* el permiso para celebrar un inmenso banquete masónico en

(1) Hé aquí las palabras de Su Santidad:

«Vosotros sois testigos, venerables hermanos, del curso que llevan las cosas y de cuán grandes son, de un lado la audacia de los que violan los derechos de la majestad pontificia, y de otro la impunidad de que gozan. No cabe ya la menor duda sobre el plan que se proponen llevar á cabo, porque lo manifiestan de mil modos y maneras, y sus palabras aparecen confirmadas por el múltiple testimonio de los hechos. A la vista está como de dia en dia la hostilidad es más violenta contra las instituciones cristianas, mientras que la libertad del Pontífice es encadenada y oprimida... Se ha llegado al extremo de que en esta misma ciudad, á nuestra vista, se permite á la impiedad ofender la religion de Jesucristo con una injuria espantosa y durable: concediendo con una ostentacion insolente á un apóstata del Catolicismo los honores debidos á la virtud.

»Por estos motivos, los católicos de todas las regiones experimentan desde lo íntimo de su corazon una ansiedad constante... No dejan nunca de consolarnos con su admirable piedad y su adhesion sin límites; y recientísimamente, habiéndose reunido en cohortes escogidas en las capitales de las diversas comarcas de Europa, han consagrado á esta Sede Apostólica una parte considerable de sus pensamientos y de sus preocupaciones. Ahora bien; todas estas reuniones de fieles han reconocido que para poner á salvo en la persona del Pontífice la libertad del ministerio apostólico, es necesario el principado civil, y por la misma razon han conformado, como era justo, sus declaraciones con el ejemplo y las doctrinas de la Sede Apostólica.

»Cuanto á que han decidido esforzarse por todos los medios legítimos á fin de que el Soberano Pontífice sea restituido despues en el estado de su necesaria libertad, preciso es á todos reconocer que han obrado dentro de su derecho porque han tomado la defensa de una causa justísima que debe ser reputada como comun á todos los católicos. Por esta causa desde hace mucho tiempo Nos combatimos ardientemente y en primera fila, como debemos hacerlo; y con la ayuda de Dios, ni la duracion del tiempo, ni lo grande de las dificultades, nos apartarán de ningun modo de defenderla.»

LAS POSTRIMERIAS DE FERNANDO EL SANTO (CUADRO DE VIRGILIO MATTONI)

las Termas de Caracalla. Por otra parte la policía ha prohibido á la *Asociacion Giordano Bruno*, que tiene su domicilio en el Borgo, junto al Vaticano, que llevara á cabo el 9 de Junio fiesta alguna insultante al Pontificado en aquel barrio del Transtiber á la vista del Papa.

Así Crispi podrá decir á los demócratas, á los radicales y á sus H.·. masones:—Pero, hombres... bien lo sabeis; si el monumento á Bruno surge en *Campo dei fiori*, lo debeis á mí que os he ayudado poderosamente con todos los medios, siendo yo quien lo habré erigido.—A los demás, al Cuerpo diplomático extranjero, etcétera, etc., les dirá:—Ha sido el pueblo quien ha querido este monumento; el gobierno no toma parte alguna oficial en él; no asiste á las fiestas, ha negado las Termas de Caracalla para el gran banquete y hasta ha violado la libertad de los ciudadanos del Borgo, prohibiéndoles ruidosas manifestaciones que pudieran turbar el próximo Vaticano. ¿Qué más queriais que hiciésemos?

Lo que ellos no hacen, dicen que lo harán los reyes de Saboya. La reina Margarita ha marchado ya á Nápoles, donde parece que permanecerá durante largo tiempo. Dicen que el rey Humberto, á su regreso de Berlin, estará en Roma hasta el dia 2 de Junio, fiesta de la Constitucion, y luego se trasladará tambien á Nápoles hasta despues del 9.

¿Quieren Vdes. conocer mejor quién fué ese Giordano Bruno, héroe de los francmasones y anti-clericales de Italia y de fuera de ella?

Ha habido en Roma un empresario teatral que para hacer dinero pensó poner en escena, con motivo de las fiestas brunianas, la sucia é innoble comedia de Bruno: *Il Candelajo*.

Pues bien: el *Questore* (director de policía) de Roma, segun afirma el periódico liberal *L' Opinione*, ha concedido permiso para representar en un teatro *Il Candelajo;* pero él mismo, el italianísimo Cuestor, ha tenido el pudor suficiente para poner como condicion á dicho permiso, que el empresario declare en los carteles que sólo podrán asistir á la representacion los adultos, hombres y mujeres: pero estas no podrán entrar en el teatro sino con el rostro cubierto por un velo. Lo cual equivale á prohibir la representacion de la inmunda comedia.

Continúa el balancin de nuestros gobernantes.

El rey Humberto ha enviado al Colegio de los *valdesi* protestantes de Torre Pellice (Piamonte) un gracioso subsidio de 5000 pesetas.

En Berlin, el mismo rey Humberto, el domingo pasado 26 de Mayo, con el príncipe de Nápoles, Crispi y otros de su comitiva, fueron á misa en la iglesia católica de Santa Eduvigis.

Pero en los telegramas de la *Agencia Stefani* y en sus diarios oficiosos Crispi hizo suprimir su asistencia á dicha Misa mandando publicar: «El rey *y su acompañamiento* han asistido á Misa »en la iglesia católica de Santa Eduvigis, etc.»

Y á propósito de misas. El dia destinado á la partida del rey Humberto y su séquito para Berlin, domingo 19 de Mayo, fui á oir misa á las 8 en la iglesia de Trinitarios españoles en *Via Condotti*, y mientras aguardaba que el sacerdote saliera de la sacristía para celebrar, ví arrodillarse junto á mí á la Sra. Lina, la segunda mujer de Crispi, muy modestamente vestida. ¿Habia ido á rogar que á su marido le concediera Dios buen viaje y buena suerte?

El viaje y la permanencia del rey Humberto en Berlin ha sido un solemne, continuo y estrepitoso triunfo, segun afirman los telegramas oficiosos y los periódicos.

Los festejos dedicados por la capital germánica al rey Humberto y á Crispi han sido, en efecto, muchos y grandes, pero oficiales. Así lo afirman y prueban los periódicos liberales italianos de oposicion. Las banderas italianas que habian de ser puestas en las ventanas eran distribuidas *gratis* por el Gobierno aleman. *Ab uno disce omnes!* Por lo demás, así se hizo en Roma y en Nápoles, cuando vino el emperador Guillermo II.

Bismark, que sabe con quién se juega el dinero, ha hecho alabar y aplaudir principalmente á Crispi... ¡Y le ha embriagado!...

Entre tanto se afirma autorizadamente que ha sido ultimado un convenio militar italo-germánico, segun el cual, en caso de guerra contra Francia, Italia debe ser la que provoque y la primera en atacar para ser luego auxiliada *por el rey de Prusia*.

Hé aquí por qué antes dije que esos italianísimos son hijos de Macchiavello, pero hijos bastardos.

Desde el principio de este año, casi cada dia ocurre en Roma un suicidio, y muchas veces dos: anteayer hubo cuatro. La mayor parte de los suicidas, hombres y mujeres, son muy jóvenes: los medios preferidos son el revólver y la asfixia en el Tiber: las muchachas, por lo comun, se arrojan desde las ventanas de un cuarto ó quinto piso, ó desde el altísimo murallon del Pincio. Es una verdadera epidemia; un contagio horrible; una consecuencia de la moderna escuela *láica* y de las pésimas lecturas; y en los hombres, además, de los generales desastres financieros. En todas las demás ciudades de Italia el contagio suicida se propaga de un modo espantoso.

LIONELLO.

28 de Mayo.

DISCURSO

LEIDO POR EL

MARQUÉS DE CERRALBO

EN LA VELADA EXTRAORDINARIA QUE CELEBRÓ EL CÍRCULO TRADICIONALISTA DE MADRID PARA CONMEMORAR EL CENTENARIO XII DE LA FUNDACION DE LA UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA.

SEÑORES: Sólo el cumplimiento imprescindible de mi deber háceme dirigiros la palabra en ocasion tan solemne, en festividad tan admirable y sobre asunto tan grandioso.

Cúpome, por circunstancias ajenas á mi escaso mérito, y si ninguna conquistada por mi iniciativa, tampoco pretendida por mi voluntad, sino debidas á la bondad y confianza de nuestro augusto Jefe, que la presidencia de la Junta central del Centenario honrase mi modesta persona; y, constantes vosotros en distinguirme, me elevasteis por segunda vez á este sitial, á esta altura, para que, alzándome hasta la vuestra, contemple el gran valer de la comunion tradicionalista, y, aplaudiendo su historia, reconozca sus cualidades y me incline ante sus virtudes; y vosotros sois parte nobilísima de tan grandiosa comunion, que es el sol de España, el astro de la verdad y el arco iris de la patria: aquella divina arcada que Dios pinta con tan varios y ricos colores en el cielo como perenne y sonriente puerto de la esperanza.

Muchos son los escritores distinguidos que, alardeando de su talento, inspirando su imaginacion y reflejando el profundo estudio y las más variadas erudiciones, han presentado al certamen abierto por este Círculo notabilísimos trabajos y levantadas poesías, todos describiendo, todos cantando el incomparable beneficio, la asombrosa grandeza, la imprescindible necesidad de la unidad católica en España y el ansioso é inagotable anhelo con que luchamos por su restauracion. Y si como el maravilloso lenguaje de Cervantes, Solís y Fray Luis de Granada, el rutilante estro de Calderon, de Herrera y de Zorrilla, los divinos cantares de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, no fueran voces, plumas y arpas suficientes á cantar asunto tan admirable, epopeya tan divina, y por ser la historia de toda la patria, aquí vinieron y aquí forman magnífico y especialísimo coro los poetas de la Vasconia y de Valencia, las inspiraciones de Suevia y de Asturias, los trovadores de los Berengueres y de las islas de Jaime I; aquí ha acudido toda España con sus antiguos lenguajes y sus antiguos ritmos, con sus antiguas costumbres y sus antiguas leyes, con su antigua historia y con su antigua fe: antigüedades que jamás envejecen, como el cielo y el mar; antigüedades que se avaloran con el tiempo como las monedas de oro de Gordiano; antigüedades siempre modernas, porque se inician en Dios, y Dios no tiene edad, y se fundan en la virtud, y la virtud es la gloria de la eternidad.

Pues bien; indisculpable atrevimiento fuera el mio alzando mi modesta voz en ocasion y sobre asunto que han estudiado y cantan admirablemente todas las dulces lenguas de la patria; pero lo exige mi deber, y yo, como vosotros, no he aprendido á negarme á ninguno legítimo.

Aquí nos reunimos esta noche en extraordinaria y solemne velada, conmemorando el hecho más grandioso: el centenario incomparable de nuestra incomparable historia.

Aquel glorioso dia, aquel divino dardo que, hiriendo el noble corazon del dignísimo hermano de San Hermenegildo, aquella suprema luz del Espíritu Santo que, esclareciendo la piadosa inteligencia del gran rey Recaredo, le descubrió la verdad absoluta con una luz y unos colores que disipan todas las nebulosidades de la duda, desatan todas las intrincadas madejas del sofisma, y humillando todas las controversias, destacan como herejes Apolinar, sosteniendo que Jesucristo no es más que Dios; Arrio, que no es sino hombre; Eutiques, que no tiene sino una sola naturaleza, y Macedonio, que el Espíritu Santo no es divino; Pelagio, que la gracia no es de necesidad; Donato y Lucila, que los Sacramentos dependen de la fe de quienes los administran; Lucífero, que al hereje no se le admita á penitencia; Prisciliano, el maridaje del gnosis y el maniqueismo, y Nestorio, que la Vírgen María no es la Madre de Dios.

Al presenciar el hijo de Leovigildo este espantoso desfile, recuerda el lecho de su padre agitado por la conciencia y redimido por la contricion; la sangre de San Hermenegildo le parece que forma un nuevo Jordán; á su lado hay un Apóstol que predica y convence, y sobre su corazon una santa esposa que ruega y cree; y entonces el gran Recaredo cae de rodillas, pronunciando aquel admirabilísimo Credo del Concilio I toledano, y la reina Badda llora de esperanza, consuelo y alegría, y San Leandro bendice, y en los brazos del rey hay una cruz que descubrió Santa Elena en Jerusalen, que Constantino grabó en sus pendones, Teodosio en sus monedas, los Padres de Iliberis en nuestras primogénitas Actas conciliares, y desde aquel momento toda España en su corazon.

Acto grandioso é incomparable que fué germen de toda ventura, base y sostén de la patria, causa de la Reconquista, carácter de nuestro pueblo, muralla de nuestras fronteras, arma de nuestros ejércitos, lazo de todos los españoles, norma de la conducta, redencion del individuo, vida de la familia, inspiracion de las leyes, corona de los soberanos y paz de las almas.

Por eso toda la España católica y monárquica vuelve con profunda veneracion los ojos á aquella fecha y á aquel acto de régia iniciativa; y se cuelgan todas las iglesias, y se engalanan todas las imágenes, y voltean todas las campanas, y los Prelados visten sus históricos pontificales y empuñan el báculo guiador, y los sacerdotes cantan y en torno se congregan los fieles, y en todas las bocas hay una oracion, en todas las cabezas un pensamiento y en todos los corazones una esperanza; y Mayo cubre de flores los altares, y el sol de alegría los campos, y los rios de frutos las vegas, y no parece sino que estamos en los grandiosos tiempos de la tradicion, y el divino nombre de Dios, y el sacratísimo de la Vírgen, y el amado del rey resuenan desde Montserrat al Gorbea, desde San Juan de la Peña á Covadonga, desde Chelva á Guadalupe y desde el Moncayo á Sierra Nevada; toda la España católica y monárquica está en movimiento; no llevan hachas de hierro en las manos, sino hachas de cera; no cubren las sienes con el duro casco, sino que van descubiertas por humildes y cristianas; no tremolan banderas con escudos ni blasones, sino estandartes con cruces y vírgenes y mártires; no cantan himnos de odios y guerras, sino aquella conmovedora salmodia, aquellos magníficos coros que fueron los primeros de la Iglesia inventados por San Gregorio el Magno; y todo es paz y alegría en los romeros que corren y en los peregrinos que marchan, porque nadie baja los ojos á la tierra, sino que los sostienen fijos en el cielo, porque todos saben que á la noche sucede el dia, como á Neron y Daciano Constantino y Recaredo, y á Guadalete Granada, y á las prisiones Mamertinas las grandezas soberanas de Julio II; y como hay fe en las almas, y seguridad en el carácter, y fortaleza en el brazo, y consuelo en la historia, no arredran á nuestro pueblo las Catacumbas, ni las tiranías juntas de Neron y Domiciano, de Trajano y Marco Aurelio, de Septimio Severo y Maximino, de Decio y Valeriano, de Aureliano y Domiciano, con sus diez crueles decretos de persecuciones que cierran la santa Era de los mártires; aquellos horribles tormentos y cruentas matanzas que poblaron el cielo de santos y el mundo de ángeles tutelares y sagrados patronos, que en nuestra España apenas queda aldea y ciudad alguna sin que la inocente sangre de los héroes conforte la fe en los creyentes y la afirme en los catecúmenos; y así fueron triunfo de la Iglesia, estrellas de la patria, y bien, esperanza y gloria de Valencia, San Vicente; de Huesca, San Lorenzo; de Barcelona, Santa Olalla; de Avila, Santos Vicente, Sabina y Cristeta; de Córdoba, San Segundo; de Mérida, Santa Eulalia; de Alcalá de Henares, Santos Justo y Pastor; de Toledo, Santa Leocadia; de Sevilla, Santas Justa y Rufina; de Zaragoza, Santa Engracia, y aquella colosal legion que alcanzaron á número sin medida.

Admirable y consolador espectáculo de un pueblo creyente está dando el español, que, en pos de sus sabios y virtuosísimos Prelados, y organizado por nuestras innumerables Juntas, y cumpliendo los deseos y las órdenes de nuestro augusto Jefe el señor Duque de Madrid, pueblan las iglesias, visitan los santuarios y llenan las catedrales, todos rogando, todos pidiendo por el necesario, el imprescindible restablecimiento de la unidad católica, para que España sea España; para que la verdad no viva al lado del error; para que el malvado no engañe al sencillo, el profesor no envenene la ciencia, ni el escritor el libro, ni afrenten nuestras calles las fachadas de templos y escuelas herejes; para que nuestros pueblos descansen tranquilos, sabiendo que sus casas se agrupan en torno de las torres de nuestras iglesias, como santa egida que contra las tempestades de la vida y del mundo alzan los seguros pararayos del hierro de sus cruces; para que nuestras leyes se inspiren en la justicia, nuestras costumbres en la virtud, nuestros reyes en la historia y la sociedad en el Evangelio.

Acto incomparable conmemoramos, tan grande como nuestra patria, pero como aquella patria que defendemos y que casi abarcaba el mundo: yo soy poco afecto á los centenarios, porque parecen ser nueva maquinacion anti-católica, evoluciones paganas de aquellas que alzaban los héroes á las aras, y así suplantando las fiestas cristianas de nuestros santos patronos por recuerdos y actos humanos que no se remontan del finito horizonte de la vida: no, nosotros somos tradicionalistas, y no queremos en nuestros altares otro culto que el de la religion católica; y hoy se tiende á aquella enormidad de Alejandro Severo, que tenia entre sus dioses lares á Jesucristo con Abraham y Orfeo.

Pero este centenario es único, porque él nos representa toda nuestra brillante historia y toda la felicidad del cuerpo y del alma, porque se refiere á la transformacion social por el catolicismo, que al individuo concede personalidad particular, que le hace dueño de su albedrío, descubriéndole un fin sobrehumano, que es el primero de todo hombre; y esta conciencia de todos los actos y su juicio eterno perfecciona al individuo y afirma la dignidad personal y origina los arranques de la nobleza, de la conformidad y la independencia. La unidad católica es la mejor definicion de la patria perfecta, y es muralla más segura que todas las humanas: recordad cuán poco le valieron al Imperio romano aquellos enormes muros empezados por Augusto y terminados por Probo, con que soñaban defender el Imperio contra los germanos, desde el Rhin al Danubio, desde Maguncia á Neubourg, y que tan fácilmente arrollaron los bárbaros en el siglo v; mientras la fé garantió nuestra española independencia contra árabes y franceses más que las peñas de los Pirineos y la procelosidad de los mares.

Porque el acto de Recaredo constituyó oficialmente la familia, segun el Evangelio, sacando de su grosera condicion á la mujer y reconociéndola un fin y una personalidad como al hombre; trocó su destino de placer por el santo magisterio de la madre; arrancó de su mano la copa de la meretriz para entregarla un niño al que llamase hijo, para enseñarle á caminar al cielo; fué ley la monogamia que ha salvado á la sociedad con su corona de sacramento y su condicion de indisoluble. ¿Y cómo no dignificar á la mujer los reyes visigodos cuando las debian preciadas glorias, como Amalarico á su mujer Clotildis el autorizar el II Concilio de Toledo; Atanagildo á Gosuinda el establecer su Corte en Tolaitola; san Hermenegildo á Ingunda su fé y su corona de mártir, y Recaredo á Badda su conversion y su grandeza?

Reconocida la igualdad de los dos sexos, que luego proclamó Chindasvinto, abolida la esclavitud, dignificado el hombre, casi redimido el siervo, y llamando á todos hermanos, desterró aquellas bárbaras escenas y salvajes placeres del Circo y la Naumaquia, ya prohibidas en Occidente por Teodosio y en Oriente por Anastasio; es decir, que todas aquellas verdades y maravillas de Cristo se implantaron en las leyes, y sobre ellas se constituyó la sociedad.

Y hubo descontentos y rebeldes; y protestaron de un acto tan salvador, de un Estado tan justo y de un rey tan admirable el interés personal, y la ambicion mezquina, y el espíritu de discordia, y en ellos se encarnaron y allí fueron Sunna y Ubila y Segga; pero, como todas las injusticias contra el cielo no podian prevalecer, y sólo quedaron aquellos enemigos permanentes de la patria y la Religion, los judíos, que cegados con la divina sangre en el Gólgota y aferrados tanto á su error como á su infamia, continuaron viviendo entre nosotros á pesar de la persecucion que se decretó contra ellos desde el Concilio III de Toledo, en su cánon 14, hasta el 8.° del XVII y último de los toledanos; persecuciones continuadas con mayor empeño por Alfonso VI, y sobre todo por Enrique II y Juan I, hasta que los Reyes Católicos merecieron este incomparable título de la Santidad de Alejandro VI por la santa institucion de la Inquisicion, que ha salvado á España, y por haber expulsado á los judíos, estableciendo más perfecta unidad católica, que realizó por completo Felipe III con la católica y política expulsion de los moriscos.

Expulsiones justas y políticas, actos grandiosos de reyes que no atienden á la riqueza como primer impulso, sino á la fé: judíos fueron los que abrieron á los árabes las puertas de la patria; sólo á judíos halló Taric en Toledo; los judíos sacrificaron bárbaramente á santo Dominguito del Val y al llamado Niño de la Guardia, y los judíos eran un peligro y una afrenta á la Historia, á las cualidades nacionales y á la creencia.

(Se concluirá)

EL VUELO DEL ALMA

IV

Guardaron silencio por algunos instantes, hasta que lo rompió Clara con tímida voz.

—Nuestros padres—dijo—tal vez se equivocaron al destinarnos al matrimonio, antes de saber si Dios nos habia elegido para un estado más perfecto...

Fabio reveló lo que habia pasado dentro de su corazon en aquel momento. Fué como un rayo en que vió á Jesús que le presentaba con una mano la corona de espinas y con la otra unas flores empapadas en la sangre de sus llagas. Cerró los ojos, y tuvo miedo. Las palabras de Clara le desgarraban el alma, pero una voz interior le gritaba que acabase.

—Sí,—dijo, triunfando de aquella angustia,—temo mucho que nuestros padres se hayan adelantado demasiado y que Dios les pida cuenta.

—Veo bien—continuó Clara—que me has preferido al resto del mundo, pero me consideraria desgraciada si me hubieses preferido á Dios.

—Ciertamente, prima mia, si yo fuese el único obstáculo entre la paz del claustro y tu corazon, me encontraria de sobras en la tierra. ¡Dios sabe no obstante si te amo!

—Un dia se me dijo, Fabio, para causarme pena, que te habian visto hablando con mucho interés con una de mis amigas, y que querias casarte con ella. No lo creí, y no obstante, esa malignidad me hizo llorar y apesadumbró mi corazon. Otro dia se me dijo que hablabas de entrar en el estado eclesiástico: lloré tambien, pero resignada te ofrecí á Dios.

—Yo, prima mia, cuando estuviste enferma hace dos años, soñé una noche que habias muerto. Tomándolo por realidad, pensé morirme, y caí en un abatimiento indecible hasta que me hube desengañado. Más tarde, cuando emprendí mi último viaje, te ví á la reja del convento donde te habias retirado. Nunca me habias encantado tanto. Acababas de obtener un puesto de honor. Estabas envuelta con los pliegues de un gran velo blanco, y no puedo explicarte la emocion que me causó aquel resplandor de inocencia y de gracia que en tí brillaba. Una Religiosa vino á buscarte, mi madre te abrazó, y partiste dejándome una graciosa sonrisa... ¿Te acuerdas de aquel dia?

—Sí, y quedé encantada de verte tan modesto, tan grave, y, por decirlo así, tan radiante de la paz de Jesucristo.

—Cuando nos hubiste dejado,—replicó Fabio,—«¡Es un ángel!» exclamó enajenada mi madre.—«Sí, dijo la Religiosa, es el honor de nuestra casa.» Todos te alabaron, y no perdí ni una palabra. Sin embargo, pensé que aquel retiro en que habias entrado podia dar por resultado el separarte para siempre de mí y del mundo. Y bien, pensé, ¡al Señor los ángeles del Señor! Si ella es religiosa, yo seré eclesiástico. Y sabiendo muy bien lo que perderia, rogaba no obstante con fervor, pidiendo que Dios te inspirase resoluciones conformes á su gloria y á tu salvacion. Anticipadamente me resigné á su voluntad soberana y á la tuya. En mis desvaríos te he visto cien veces tomar el velo, te he oido darme el adios, y no he llorado.

—¡Ay! ¡es necesario deducir—dijo Clara—que somos hechos para el servicio de Dios!

—Lo reconoceríamos un poco tarde—observó Fabio.

—¿Por qué,—replicó ella,—si no es demasiado tarde?

Insensiblemente Clara habia dejado el brazo de Fabio, y hacia algunos instantes que andaban al lado uno de otro, hablando con la cabeza baja y sin mirarse. A esta expresion: «No es demasiado tarde,» Fabio levantó los ojos hácia su prima, henchido el corazon de una singular mezcla de fe, de valor, de dicha y de amor. Ella comprendió esa mirada. Sus ojos brillaban con celestial fuego. El jóven adivinó todos los sentimientos que agitaban su corazon.

—¡Qué dices, Clara!—exclamó.

—Digo,—respondió pálida de emocion,—que Dios me llama y te llama; que oyes su voz, y que no sabiendo si yo tambien la oigo, no te atreves á advertírmelo. Por esto yo te lo declaro.

Desde aquel momento cesaron los combates. Dios estaba satisfecho: conociéronlo por la tranquilidad de sus almas.

—¡Oh santa mujer!—exclamó Fabio—no tendré menos fe ni menos valor que tú.

—Pues bien,—replicó Clara con la serenidad de un ángel, despojando su dedo de un anillo que Fabio le habia dado;—no es necesario esperar más tiempo: rompamos la alianza de la tierra; somos desposados en el cielo.

Clara lloraba.

—Tambien lloro en la Comunion,—añadió;—no te dén cuidado mis lágrimas.

—Guarda el anillo que de mí recibiste, hermana mia,—dijo Fabio.—Sea desde ahora el recuerdo de una union más duradera y más santa. Tocante á mí, no te devuelvo esta flor que me has dado en testimonio de las bondades de Dios. Haces de ella una reliquia que se secará sobre mi corazon, y cuyo polvo conservaré; y el dia mismo en que reciba el sacerdocio, no lo sacudiré, tan puro es el amor con que te quiero delante de mi Señor, y tan libre y contento le hago este sacrificio.

—Pronto—dijo Clara—estaré en mi querido convento, donde jamás te he olvidado.

—Mañana—dijo Fabio—rogaré por tí en mi celda.

V

En un retirado rincon del jardin hay un prado, en cuyo extremo existe un pequeño Calvario. Al otro extremo un pedestal de césped, levantado entre dos árboles, sostiene una estátua de la Vírgen. Fabio y Clara se encaminaron allí en silencio. Llegados al pié del Calvario, se arrodillaron y oraron algunos instantes. En seguida, levantándose Clara, tomó la mano de su desposado, y enseñándole la imágen de Nuestro Señor,

—Te entrego—dijo—á Jesús crucificado. Resérvame alguna pequeña parte del precio de tus trabajos, de tus fatigas y sufrimientos, y cuando ofrezcas el santo Sacrificio, piensa en mí.

Desde allí se dirigieron á la estátua de la Vírgen, y despues de haber orado, Fabio tomó á su vez la mano de su prima, y dijo:

—Que la Reina de las vírgenes y de los mártires se digne aceptar la ofrenda pura que aquí le hago. Abrahan no habia resuelto inmolar al Dios eterno una víctima que le fuese más querida. Te doy sin pesar mi vida, pero no es nada el dar ahora mi vida. Los Ángeles, á quienes devuelvo una hermana, me alcancen las sublimes virtudes que el sacerdote necesita!

Separáronse, no teniendo nada más que decirse en el lenguaje de este mundo.

PALACIO DEL CONGRESO EN SANTIAGO DE CHILE

Jamás volvieron á verse. Fabio abandonó la quinta una hora despues de este adios, no llevándose de todo lo que le habia dado Clara, más que la escabiosa cogida por la mañana, flor de luto humedecida con las lágrimas del otoño. Al dia siguiente estaba, como habia prometido, en el seminario. Algunas semanas despues, los padres de Clara, sumisos á la voluntad divina, llevaron su hija al convento.

Los Superiores eclesiásticos, desconfiando un poco de tan súbitas resoluciones, exigieron largas pruebas antes de admitir á nuestros desposados. Mas, debió verse claramente que todo venia de Dios y que la vocacion era por ambas partes irrevocable. Clara pronunció sus votos; Fabio fué sacerdote.

Conozco á Clara, he visto á Fabio, y su historia me ha sido contada por un santo Religioso, amigo suyo. Si yo fuese pintor, retrataria el dulce semblante de la Religiosa y la noble fisonomía de su desposado en un lienzo para alguna capilla consagrada á María, *Estrella de la mañana*.

LUIS VEUILLOT

LA POMPA DE JABON.—CUADRO DE L. BECHI EN LA GALERÍA PISANI, EN FLORENCIA

CARRERAS Y... CARRERAS

El diablillo de la curiosidad me tentó un dia, y asistí al Hipódromo. Ví algunas carreras, pero siempre distraido, contemplando el gentío y aquellos carruajes transformados en hogares domésticos ambulantes, repletos con las familias y amigos, comiendo y alzando sendas copas en público, inclusas las damas, encaramadas en las cubiertas y empinadas en altos pescantes. Oí apuestas; fatigóse mi vista, intentando leer en anuncios mil vocablos de aquellos que se escriben con una procesion de consonantes.

Como rancio español, aquel no era mi centro; y sintiendo además la impresion de un mal aire salí de aquel tumulto, y con la mente henchida de caballos, *jockeys* y caballeros, llegué á casa ya calenturiento, y me tendí en el lecho. Al poco rato fuí perdiéndo de vista el aposento, y me encontré sentado en una especie de gradería á manera de teatro griego, cerrado en el fondo por una fresca y vistosísima dehesa.

En la despejada platea ví una figura como de brujo, barbado, melenudo, envuelto en gaban de pieles y con una varita en su enguantada diestra. Saludó en una especie de lengua universal, algo parecida al castellano; escarbó con su varita el suelo, golpeó con el tacon, gritando luego:

—¡Emperador, te esperan!

Yo quedé frio: un trozo de tierra se iba hinchando; ya creia ver la fantasma de Carlos V, ó de Trajano, cuando, como ola al estrellarse, una rociada de arena cruzó el espacio, se oyó un galope, y quedaron á la vista dos caballos.

El que brotó de la tierra era de forma escultural, talla mediana, larga y pomposa cola, clin recortada y tiesa como cresta; una cincha con labores griegas sujetaba la mantilla, vistosa piel de tigre, cuyas garras delanteras con uñas de oro hacian de pretal, cruzando el dilatado pecho del còrcel. El que llegó de la dehesa era un soberbio potro cordobés, ligeramente ensillado, inquieto y vivo. Plantado con descaro frente al otro, con cuadrúpeda voz dijo arrogante:

—Soy el Emperador.

El otro le miró como asombrado.

—El telégrafo lleva ya mi nombre, y luego el de mi dueño; zépalo Su Mercé, zeñó bruto á la antigua. Tres dias en muy pocos menutos, fuí el primero que llegué á la meta.

—Y tu amo ¿qué ganó?

—Pienzo abundante: y me dijo que dejo atráz al viento. ¿Y Su Mercé?

—Yo, sin correr como Eolo, aseguro que corrí más que tú. Dejé la Grecia, saludando con relincho envidioso al burro de piedra que elevó aquel pueblo agradecido.

—Puez ¿qué hiso el tal animalejo, que sacaron su estatua?

—Un gran rebuzno que despertó la guardia, salvándoles así del enemigo.

—¡Burro y pueblo inmortales! os zaludo: y alante, cuente zus carreras.

—Dí la primera, y me abrevé en el Granico, teñido en sangre persa. La segunda entré en Jerusalen agasajado; y atravesando Egipto cobré aliento en las bocas del Nilo. La tercera sudé en Arbelas lo que no es decible: pero ahuyentamos á un millon de persas.

—¡Qué bruto tan guerrero! Y con ello ¿qué ganó zu amor?

—Las tierras mencionadas, triunfar y mandar en Babilonia: y en la cuarta corrida quedar señor de Persia.

—Vaya, lo confieso: ganó zu mersé más pienzo que yo pa zu amo.

—No hice más que llevarlo en mis lomos. El fué quien lo ganó. En la quinta corrida...

—¿Qué? ¿llegaron hasta el fin del mundo?

—Yo creo que sí: pues me bañé en el Indo, y ví huir al rey Poro con sus encastillados elefantes.

—Aunque bestia de paz, me gustan los valientes. ¿Y quién fué su zeñó?

—El que montó á Bucéfalo fué Alejandro el Grande.

—Nadie es grande ante mí,—dijo otro resucitado, adelantándose con pausa.—Mi dueño pidió para mi *honores de cónsul* al Senado.

—¡Cuánta honra!—añadió el Cordobés cabeceando.—¿Zeria V. mú velóz?

—Jamás el amo intentó cansarme. Decian que era muy bruto: pero Pegaso envidió el amor de Calígula á su caballo *Incitatus*. En cuanto á ser veloz... ¡ji, ji, ji! yo veloz...

El eco de la última frase hizo salir de la dehesa otro cuadrúpedo, ligero y ensillado á la inglesa.

—Veloz me llamo,—dijo,—y lo atestigua el *jockey* estrellado contra el poste.

—¡Horror!—dijo *Incitatus*.—Yo nunca estrellé á nadie.

—Lo creo, con sólo verte la barriga.

—Mi amo cuidaba de que la llenaran.

—Los nuestros—añadió Veloz—nos tienen medio ayunos para que andemos listos, y cruzamos la pista como balas; y sino que lo diga *Cataclismo*.

Cataclismo salió de la dehesa, disparado. Era una yegua inglesa, por todas partes larga; nerviosa, de clin escasa, cola como brocha, y silla que no abultaba más que media teja.

Todos la miraron, soltando alguno caballar carcajada. El domador les dijo:

—Estar brutos Vds. al reir de esta caballa. Ella ha dejado tres *Jockeys* hospital é uno enterrado.

Y entre caricias preguntóle:

—¿Saltaste las barreras?

—*Yés*.

—¿Y los fosos?

—*Yes*.

—¡Oh! estar mina del Lord el *Cataclismo*.

—Zí,—dijo el Cordobés,—mina e desgrasias.

Aquí salió del hoyo otro caballo, algo velludo, de larga clin y cuello, la cabeza pequeña y la mirada torva: piafaba con tal fuerza que araba el suelo con profundo surco, soltando sus narices humeante y abrasado aliento. Todos bufaron, y le hicieron plaza.

—¡Así!—dijo el animal,—no quiero estorbos: en mis carreras todo lo arrollé: alcázares, altares y naciones: en cada escapé dejé yermos los campos: siempre ví turbio el sol, por nieblas en el Norte, por el polvo y el humo en todo el Mediodía.

—¿Quién llevaba eza brida?—preguntó el Cordobés.

—El *Azote de Dios*, el fiero Atila.

Y lanzando un relincho feroz volvió á la huesa.

Soltaron los demás retemblones bufidos, diciendo el andaluz á la Yegüa:

—*Lady*... cámbiese el nombre: al que ze hundió devieran llamarle *Cataclismo*.

En esto el Brujo gritaba:

—¡Reinaaa!...

Luego llegó de la dehesa con ligero trote otra yegüa hermosa y gallarda, diciendo entre relinchos:

—Llevo ya tres corridas con victoria: pocos escapes más, y hago la fortuna de mi dueño.

—¡Oh Reina!... bestia dichosísima!—clamó con débil voz un nuevo aparecido.—¡Qué contraste con las tuyas mi carrera! fue solo una jornada: pero arrollados siempre por los feroces hijos del desierto, al caer el sol dí yo el postrer aliento en la riberas del Guadalete; rodó la corona entre las patas del espirante Orélia; y el Rey buscó tumba en la corriente.

—¡Cómo ha de zer!—repuso el Cordobés.—Ziempre habrá majestaes desgrasiáas... aquel rey murió en el rio! y ahora eza Reina y yo Emperador andamos con cuatro patas. ¡Jé, jé, jé!...

—Todo nombre estar bien para una bestia,—murmuró el Brujo.

—¡Sí, sí!...—ladró una perra danesa:—mi amo calvinista á mí y á los cachorros nos puso nombres sagrados: yo me llamaba... No llegó á decirlo por una coz del Cordobés que le alcanzó al hocico y la ahuyentó rabiosa entre chillidos).

—La cuadrúpeda que ahora llega—continuó el domador—se llama *Estrella*.

Ésta era de pura raza árabe y ostentaba ligerísimo arreo.

—Estaba escrito,—dijo algo mohina:—llegué la segunda en la primera corrida: en las otras dos caí. Para mi dueño soy la mala estrella.

Cortó dichos lamentos la aparicion de un gallardo corcel, de frente altiva, defendida como el sobrecuello por aceradas escamas: cargaba en sus lomos silla de alto arzon, recias bridas y estribos con ancho y labrado pretal de cuero: firmes el bracear y la mirada; y con su poderoso y retemblon resuello y noble cabeceo parecia la imágen del triunfo en la guerra.

La yegüa retrocedió, un tanto espantada, diciendo:

—¡Alá salve á esta *Estrella* sin ventura!

—Non fuyades: ca nunca atropellé fembras ni estrellas. Con nombre aunque homildoso he pateado, sí, la media-luna.

—¿Y para eso te hacia correr tu amo?—dijo *Estrella*.

—Et para mucho más; ca mi dueño, fincada la media-luna por los suelos, levantaba la cruz: daba á su Rey las villas é cibdades, et yo folgaba entre maizales y algarrobos.

—¿Y dabas tus carreras con tan pesado arreo?

—Carga liviana,—contestó el corcel.—Añade á esto, entre arzones, erguido mi dueño armado, fuerte cual torre de homenaje, ca jamás se rindió, venciendo á todos. Et eso desde Burgos á Valencia, do entró triunfante el Cid. Y allí, el que era

> rayo del cielo en la tierra,
> azote de la morisma,

dijo al morir á su caballo Babieca:

> Quisiera pagaros bien,
> pero recibí por paga,
> que con los fechos que he fecho
> será inmortal vuestra fama.

El Cordobés, que escuchaba con la boca abierta, pegó un salto, y entre relinchos dió un beso á Babieca.

Yo grité: «¡Bravo!» y repiqué un aplauso. Separóles el Brujo dando un grito de «¡Plaza! que llega Sarah!»

—Bendita sea la esposa de mi amo Abraham,—murmuró gravemente un camello, asomando su larguísimo busto.

—¡Sarah Bernardt!—repitió el domador.

—¡Bravo! ¡la actriz famosa!—gritaron unos del concurso, arrojando coronas: y llegó una yegüa de buena estampa y de luciente pelo.

Tamaño chasco alborotó la plebe, y entre silbidos y pataleos reclamó las coronas.

El brujo al devolverlas esparció rociadas de tarjetas gritando:

—Fotografías de los caballos más famosos.

Alcancé algunas y vi que eran... dos caballos monigotes de madera: *el caballo de Troya* y... el *Clavileño*.

Entre la risa general el brujo gritó:

—¡Basta!... aquí carreras del siglo; allí las antiguas!

Y tras de algun tropel quedaron los brutos en dos bandos, salvo el Cordobés que permaneció en medio plantado. El domador algo alterado le echó mano á la brida; pero el *Emperador* se levantó de manos y...

—¡Atráz! le dijo, no quiero zer más juguete! ¡Yo zoy noble! como á ezos antiguos brutos quiero que me monte un caudillo: no quiero que me monten los criados.

—¡Sí... ¡Sí!—gritaron los del siglo:—en las carreras que nos monten los amos.

Y entre bufidos, derrochando erres, entre coces, relinchos y atropellos se alzó una polvareda que evaporó del todo el fantástico teatro. Yo quedé atolondrado y caviloso, murmurando en voz alta:

—¡Señores que dieron fama á sus corceles!... ¡Corceles que dan algo de su pobre fama á los señores!...

De repente cargó un peso en mi cabeza y párpados, susurrando una voz muy quedita á mi oido:

—¡Menguado observador!!... no has visto ni te preocupa lo que más importa. Todo corcel sirvió y sirve á su dueño *si obedece al freno*. Aunque seas hombre, tú tambien tienes Dueño. Más que de *famas*, acuérdate de *frenos*.

Yo, criatura despreciada, vi cimbrar palmas por mi frente. Desde entonces, y hasta el fin del mundo, se hará mencion de mí: de mí, que nada valgo!

—¡Sábia y modesta!—dije yo.—¡Oh! quiero verte! debes ser la Humildad.

—Soy mucho menos.

Quedé libre, y la ví: era...

La *asna* del domingo de Ramos.

B. Ribó.

LA NAVEGACION SUBMARINA

III

Sin duda cabe á nuestra patria la honra de haber dado el gran paso para la navegacion submarina. D. Narciso Monturiol inventó y probó desde los años 1859 al 62 un *Ictineo.ó barco-pez*, así le llamaba él, digno de admiracion por muchos conceptos. Tenia, de conformidad con el nombre que ostentaba, la figura de un pez: marchaba impulsado por una hélice de eje horizontal, y con otra que llevaba en su parte inferior subia, descendia ó se mantenia entre dos aguas. Iba provisto de aletas á proa y á popa, unas para bogar y otras para ciar, así como de ojos, protegidos por fuertes cristales, en la proa, en los costados y en la escotilla. Como los peces, tenia vejigas natatorias de presion, por cuyo medio se hacia más ó menos pesado que el agua que desplazaba, segun debia ascender, bajar ó conservarse á una determinada altura. Para descubrir algun espacio á su alrededor, iba provisto el *Ictineo* de dos aparatos de luz eléctrica, uno á proa y en su parte baja, y otro á popa en la más elevada: siendo giratorias dichas luces, podian iluminar en todas direcciones un espacio alrededor del buque. Como notable particularidad debe mencionarse que el *Ictineo* estaba compuesto de dos cascos, uno exterior é interior el otro, en el que iban los tripulantes, circulando el agua por el hueco que mediaba entre ambos barcos, donde tambien se almacenaban la pesca, corales, etc., que podian recoger los tripulantes con aparatos á propósito que á prevencion llevaban montados y dispuestos.

El 19 de Abril de 1859 se expidió una Real órden autorizando al inventor para hacer las pruebas de su *Ictineo*, y disponiendo que las autoridades de marina le prestasen todo auxilio y proteccion donde quiera que se verificasen los ensayos. Veintiuno hizo con éxito feliz en Barcelona y Alicante, siendo muy notable el que llevó á cabo delante del Duque de Tetuan, Presidente del Consejo de ministros, y de otras autoridades, sumergiéndose, acompañado de otras cuatro personas, y permaneciendo debajo del agua durante dos horas y veinte minutos. Púdose apreciar la facilidad y soltura de los movimientos del *Ictineo*, porque éste llevaba dos astas de siete metros de longitud y colocadas á popa y á proa, cuyos extremos salian del agua y traducian perfectamente en el exterior, con las que ellos verificaban, las evoluciones que efectuaba en el fondo el barco.

Otra prueba importante se hizo en Barcelona en 1862: iban á bordo diez hombres con el inventor; anduvo entre dos aguas durante cinco horas consecutivas, y sus tripulantes respiraban, sin dificultad ni fatiga, aire químicamente obtenido. Con árboles mecánicos, ingeniosamente dispuestos, podian los tripulantes del *Ictineo* cortar, barrenar ó recoger un objeto si era necesario. Para asegurar la respiracion en el interior de su buque llevaba *Monturiol* almacenado oxígeno comprimido, ó lo producia durante la navegacion, descomponiendo el bióxido de bario ó el bicromato de potasa con el ácido sulfúrico, ó bien lo extraia del agua del mar, como naturalmente lo hacen los peces, atreviéndose á gastar el aire respirable con tal profusion que, no sólo disponía de todo el necesario para la gente, sino que se permitia llevar encendidas constantemente seis bujías, que lucieron en las pruebas, sin que se notara en la luz la menor alteracion. En la propulsion desplegaba *Monturiol* un verdadero lujo de ciencia, produciendo fuegos especiales en calderas á propósito, y uno de ellos era el que obtenia con la combustion del zinc por el peróxido de manganeso. Respecto á la parte militar, el *Ictineo* nada dejaba que desear, puesto que disparó en las pruebas un cañon giratorio que arrojaba proyectiles ojivales huecos de ocho kilógramos de peso y lanzaba torpedos. En una palabra, Monturiol, segun las entusiastas expresiones del contralmirante *Lobo*, «ha dotado al mundo con un aparato que, una vez debajo de las aguas, y con sus propios elementos, reune las tres circunstancias de vida, movimiento y luz.»

El *Ictineo* de ensayo fué botado al mar en 28 de Junio de 1859. Media exteriormente 7 metros de proa á popa; 3'50 de la quilla á la cúpula ó mirador, y 2'50 de manga.

En vista de los felices resultados obtenidos, organizóse una suscricion nacional para la construccion de un segundo *Ictineo*, que inició el general Dulce y las notabilidades del comercio, banca y clero de Barcelona. La prensa toda de España y Ultramar acogió la idea con entusiasmo, y á los pocos meses se habia reunido la cantidad de 60,000 duros.

Se botaba al mar este segundo *Ictineo* en 2 de Octubre de 1864. Media exteriormente 17 metros de proa á popa, 3'50 m. de la quilla á lo alto del mirador, y 3 metros de manga. La cámara resistente tenia la forma de un elipsóide de revolucion, cuyo eje mayor horizontal era de 14 metros y el menor de dos. La capacidad de esta cámara cerrada era de 29 metros cúbicos y admitia 20 hombres.

Las paredes del casco resistente estaban calculadas para navegar por profundidades equivalentes á la presion de cinco atmósferas.

Sus aptitudes náuticas eran iguales á las del *Ictineo* de ensayo. Sumergíase con la mayor facilidad; subia y bajaba y se mantenía entre dos aguas, conservando la horizontalidad á voluntad del que la gobernaba.

El no ser bastante la fuerza muscular de los tripulantes á mover este segundo *Ictineo* con la velocidad que la misma fuerza habia movido al primero, no disponiéndose entonces de los medios de acumulacion de fuerza con que gracias á la electricidad se cuenta hoy, y no disponiéndose de otro motor potente que la máquina de vapor, antes que abandonar la empresa tentó Monturiol un gigantesco esfuerzo para ver si dotaba á su buque de la última cualidad que le faltaba; y á pesar de la dificultad del problema, del tiempo que apremiaba y de la extrema escasez de recursos, se lanzó al estudio del motor con la firme resolucion de encontrarle.

A los diez y ocho meses de comenzados los estudios del motor, montaba á bordo un generador de vapor de una fisonomía especial que debia alimentar dos máquinas motrices: una para la locomocion flotante y otra para la submarina. El vapor de la primera se obtenia por el carbon comun: cuando sumergido el buque, generaba el vapor un combustible sólido que ardía en cámara cerrada sin que para nada necesitase ni el oxígeno del aire, ni escape para los productos gaseosos.

Tal colosal resultado no se logró, sin embargo, impunemente. El tiempo transcurrido en ensayos, en estudios, en comprobaciones, proyecto y construccion del motor agotó la paciencia y los recursos de las personas adheridas á la empresa, que ya en aquella ocasion eran muy pocas.

Las deudas habian crecido enormemente; la tripulacion no cobraba sus haberes; no habia dinero para procurarse siquiera el carbon de la caldera, y para colmo de desdichas el fisco embargaba el *Ictineo*, porque como *empresa mercantil* no pagaba los derechos que la ley estipula.

Acudió Monturiol al Estado, no antes, sino despues de resuelto el problema y de estar vencidas todas las dificultades prácticas, en demanda de proteccion y auxilio. Pero el Estado no prestó oidos al inventor.

La empresa se estrelló por carecer de medios materiales. Recaudábanse á duras penas los dividendos pasivos de la compañía, y por fin sobrevino el fracaso.

Mientras el motor se construía, dedicóse Monturiol á una experimentacion acabada de los elementos principales de su nave.

Estudio de la accion de la hélice prepulsora variando forma é inclinacion de las palas.

Estudio de resistencias ó presiones exteriores de cuerpos de revolucion de generatriz variable, con aplicacion á las cámaras de submarinos destinados á grandes profundidades.

Ensayos de respiracion en atmósferas recargadas de oxígeno.

Estudios sobre la máxima temperatura que pueda resistir el hombre.

Ensayos sobre diversidad de fuegos submarinos y produccion de gases comprimidos con aplicacion á las vejigas natatorias.

Ensayos militares, sobre todo disparos de cañon estando el buque entre dos aguas.

Tales fueron, expuestas en brevísimo resúmen, las principales dificultades y notabilísimos inventos que tuvo que descubrir y realizar para vencerlas y hacer que su barco submarino reuniese en un solo cuerpo todos los elementos y condiciones para navegar por debajo de las aguas y prestar los importantes servicios que su ingenioso inventor se propuso.

Conociendo el Gobierno francés lo maravilloso del invento, ofreció á nuestro compatriota un arsenal del Estado y cuanto dinero fuera preciso para construir nuevos *Ictineos*. Pero Monturiol rechazó el ofrecimiento, prefiriendo morir pobre y abandonado á proporcionar al extranjero armas que algun dia podian esgrimirse contra España.

EL MARTILLO DE LOS HEREJES

VI

Cuando se ama á Dios como Antonio le amaba, la vida es un martirio prolongado. Cada minuto de ella es más que un siglo, porque el alma tiende con impetuosa violencia á unirse con su Creador, y el cuerpo la detiene, la aprisiona y la fuerza con mil necesidades materiales á bajar de las alturas á donde por dicho impulso se elevaba. Pero entáblase una lucha entre el cuerpo y el alma que acaba en beneficio de ésta, y el cuerpo va cayendo, cayendo, hasta volver á la tierra de donde ha salido, y entonces deja á su inmortal compañera la libertad que desea. Esta lucha no fué larga en Antonio que, consumido por el divino amor, murió en la flor de su edad, contando treinta y seis años de vida y poco más de nueve de apostolado.

Lo que hizo en estos nueve años asombra. Tal fué su celo, tal su pasmosa actividad, que la Lombardía, las Romanías, el Lemosin, la Provenza, la Marca Trevisana, en suma, Italia y el Mediodía de Francia fueron evangelizados por él. Confundió en Francia á los albigenses y les arrancó millares de almas; luchó en Italia con los cátaros ganándoles grandes batallas, y en todas partes las riñó con la inmoralidad y corrupcion que por entonces reinaban. Para que no le faltara ninguna gloria ni se excusara de ningun trabajo, tuvo que luchar, y esto fué para él lo más doloroso, con algunos de sus hermanos que encontrando demasiado severa la Orden de San Francisco quisieron mitigarla á poco de la muerte de su glorioso fundador. Antonio, que poseia admirablemente el espíritu del santo Patriarca de Asis, tembló al saber el proyecto de sus degenerados hijos, y fué á Roma y acusó de novador peligroso á Fray Elías, nuevo general de la Orden, y sostuvo su acusacion ante el Papa con tanta elocuencia, tanto ardor y tan excelente doctrina, que Fray Elías fué depuesto y la familia franciscana siguió observando la regla que su santo Fundador le habia dado.

Por este triunfo es considerado san Antonio de Padua como el segundo fundador de la Orden, como el continuador de la obra del seráfico Padre, como el modelo más perfecto de virtudes á que los Franciscanos son llamados por sus reglas.

La humildad y la caridad, la pobreza evangélica y el celo por la salvacion de las almas, la vida contemplativa en el claustro y la activa fuera de él, son las virtudes que más resplandecieron en san Antonio y las que legó como herencia á sus hermanos.

Antonio era como ellos manso y humilde en su trato, sencillo y modesto en sus discursos, dirigiéndose con preferencia al pueblo, á la gente iliterata, con formas claras y propias para toda clase de inteligencias, y procurando ante todo convertir pecadores, tocando sus corazones con la virtud y animándolos con el ejemplo más bien que elevando sus entendimientos con razones y consideraciones sublimes.

A pesar de sus inmensos conocimientos y de su portentosa erudicion bíblica, que le valió el título de Arca del Testamento porque en su memoria estaban encerradas como en el arca las sagradas Escrituras, san Antonio fué ante todo moralista, procurando mejorar las costumbres más que defender los dogmas, y tratando más bien de conmover que de convencer.

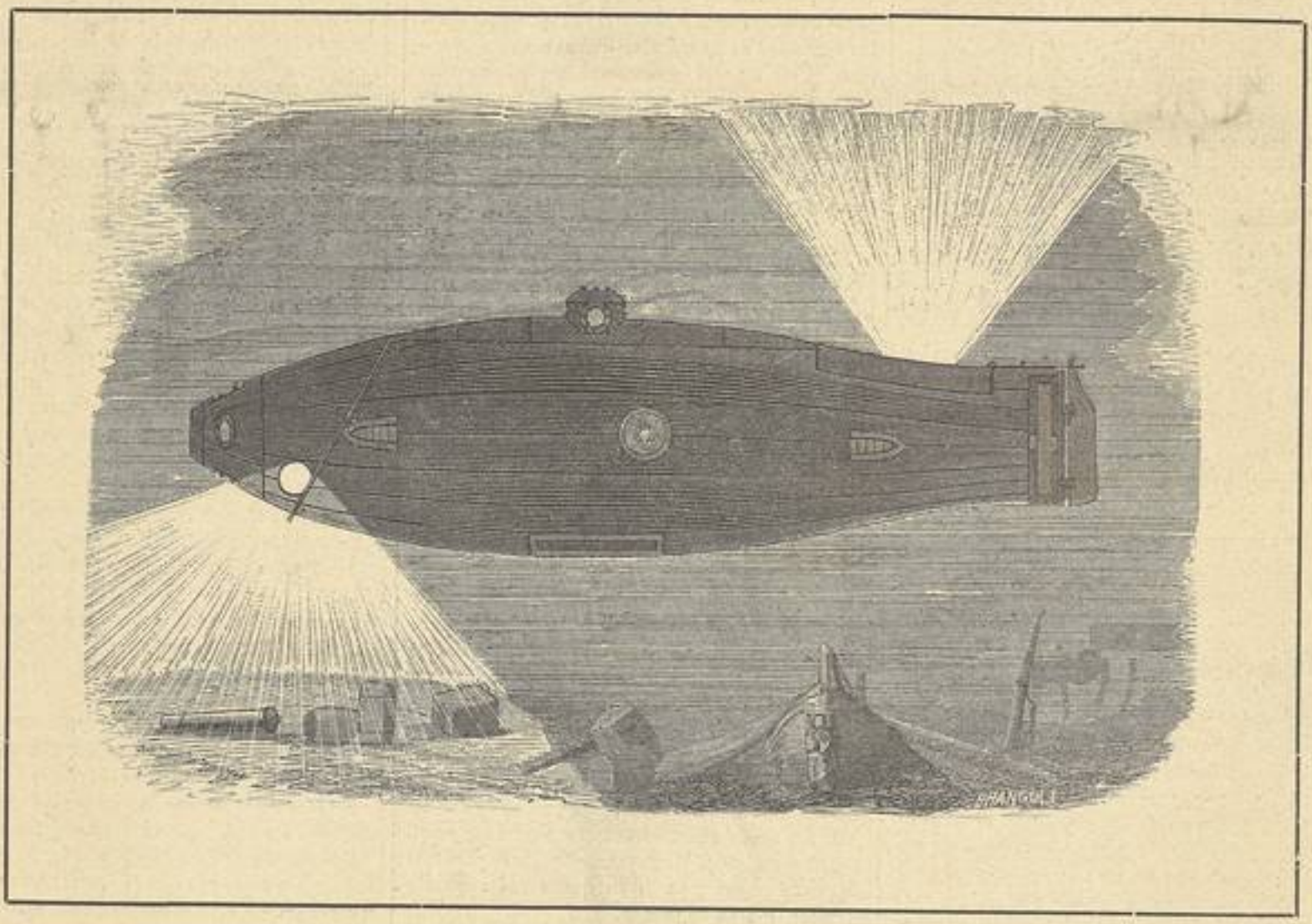
La defensa del dogma, la apología de la verdad católica dejóla para otros, como si adivinara que mientras él recorria la Italia procurando mejorar las costumbres nacia en ella el atleta de la fe, el portentoso ingenio de Tomás de Aquino, encargado por Dios de defender la doctrina católica y fundar la gran escuela de filosofía cristiana que hasta el dia de hoy produce tan excelentes resultados.

La historia nos muestra en la Iglesia católica los apóstoles como Antonio precediendo á los doctores como Tomás. Y la razon es muy sencilla: los apóstoles abren el camino arrancando almas al mal, limpian el campo de la zizaña de las malas costumbres, y preparan el terreno para que fructifique la semilla de la verdad. Los doctores llegan despues para ensanchar y consolidar esta obra, poniendo la ciencia al servicio de la verdad; pero adviértase bien que esta distincion no es absoluta, porque todo apóstol verdadero ha de tener ciencia y todo doctor cualidades apostólicas.

Así Pedro, Pablo, Lúcas, Santiago y Mateo preceden á Gregorio, Ambrosio y Agustin; sólo que entre unos y otros median siglos, y entre Antonio y Tomás sólo pasan algunos años.

¡Feliz el siglo XIII en que ambos brillaron! ¡Feliz Italia que oyó los sermones del primero y escuchó las lecciones del segundo, y feliz la época que fué guiada por ellos!

Pero esa época no ha concluido todavía, porque si bien los dos murieron hace seis siglos, ambos viven en cierto modo en el dia de hoy en



ICTINEO MONTURIOL

¡MAGNIFICAT!... (COMPOSICION DE BARBERIS)

los corazones de los fieles que los veneran, en los altares donde acudimos á implorar su proteccion y en las obras y ejemplos que nos dejaron.

La asombrosa popularidad de que Antonio gozaba en vida creció aún más asombrosamente á su muerte. En Padua estuvo á punto de ocurrir un conflicto armado entre dos de sus barrios por la posesion del cadáver de Antonio. Las principales ciudades del mundo se disputaron sus reliquias, y en poco tiempo la fama del humilde franciscano saliendo de Italia llenó el orbe.

Antes del año de su muerte tales, tan grandes, tan numerosos y públicos fueron los milagros de Antonio que sin prescindir de su estudio y depuracion, ni dejar de hacer las investigaciones debidas, se terminó el proceso de canonizacion, y el Papa Gregorio IX le inscribió en el número de los Santos con gran regocijo y fiestas en Padua, en Italia y Francia, á las que siguieron las celebradas en la Península Ibérica, donde el apóstol habia nacido.

La devocion al Santo se hizo bien pronto popular en toda España, y hoy dia, despues de seis siglos, lo es tanto que apenas habrá ciudad ni iglesia en ella que no tenga su imágen, ni familia un tanto creyente que no se encomiende á él en sus necesidades.

Bien es verdad que Dios se ha complacido en pregonar por el mundo la santidad de Antonio por medio de innumerables milagros obtenidos por su intercesion, milagros que forman por sí solos admirables leyendas piadosas, que aumentan el amor, la devocion y hasta la familiaridad que le profesan los fieles.

De esta manera el hombre que por amor de Dios se humillaba hasta servir á sus hermanos en la cocina del convento es hoy glorificado por reyes y magnates, por sabios é ignorantes, por pecadores y justos, todos los cuales le dirigen fervientes plegarias, unos para darle gracias por los beneficios que les dispensa, otros para pedirle proteccion y ayuda, todos para que les conduzca al puerto de salvacion, como durante su vida condujo con sus apostólicos trabajos á tantas almas extraviadas.

Así ensalza Dios á los humildes y premia á los que por su causa se olvidan de sí mismos.

FRANCISCO HERNANDO

¡GRAN COSA ES CREER!

Quien no sabe la ansiedad
Que se sufre en esta guerra
Que da comienzo en la tierra
Y acaba en la eternidad,
No es muy extraño en verdad
Que tome á burla y chacota
El ver á un hombre que agota
Los modos de padecer,
Y la copa del placer
Arroja á sus plantas rota.
Quien nunca llegó á probar
Del alma el duro martirio,
¿Qué sabe de ese delirio
Que impulsa al hombre á rezar?
¡Sólo el que sabe llorar
Sabe lo que es la oracion!
Quien nunca en el corazon
Sintió los humanos duelos,
¿Qué sabe de los consuelos
Que ofrece la Religion?
Sólo el que lleva en el pecho
Esperanzas malogradas,
Muertas y en él encerradas
Como en ataud estrecho;
Sólo el que regó su lecho
Con el raudal de su llanto,
Y su triste desencanto
En la soledad sepulta,
Puede saber lo que oculta
De la Religion el manto.
Sólo el que sintió un momento
Vivir la duda rastrera,
Y hacer como hambrienta fiera
Presa de su pensamiento;
Sólo quien ese tormento
Sufrió y arrastró esa cruz,
Si rasga el negro capuz
Que le envuelve ¡oh fe! se asombra
De haber vivido en la sombra
Siendo tan buena tu luz!
Sólo el que ha visto espirar
Algun adorado sér,
O el que ha llegado á querer
Imposibles de alcanzar;
Quien vió la muerte avanzar
Y del sepulcro sombrío
Se asomó al abismo frio,
Saber puede á donde alcanza
Esa divina esperanza
De tu Religion, ¡Dios mio!
Y si lo llega á saber,
Y si lo llega á sentir,
Y si cree que al morir
A otra vida va á nacer,
Y sabe que á padecer
Vino á este mundo traidor,
Y que redime el dolor
De lo que allá ha de penar,
¿Qué ha de hacer sino buscar
¡Sufrir! ¡sufrir! por tu amor?
Si hay, pues, quien al sacrificio
Se somete diligente,
Con la ceniza en la frente
Y en los lomos el cilicio;
Quien fustigador del vicio
Hace el bien aquí en la tierra
Y en esta constante guerra
Del espíritu y el lodo
Lo eterno antepone á todo,
¿Quién le argüirá que yerra?
¡Oh religion del que llora!
¡Oh dulce esperanza mia!
¡Oh luz del eterno dia,
Sin ocaso y sin aurora!
Sé tú la consoladora
De la pobre humanidad,
Que en busca de la verdad
Va ciega, sin ver, menguada,
Que tras la vida, que es nada,
Comienza la eternidad.

J. RODRIGUEZ GUZMAN

EL ORGANISTA DE HEREFORD

I

CÁRLOS I de Inglaterra salió de Lóndres con propósito de batir las fuerzas del Parlamento mandadas por Cromwell, y despues de una série de reñidos y sangrientos combates, en los que la fortuna le fué adversa, cayó prisionero de sus implacables enemigos.

Entre las ciudades que habian permanecido fieles á la causa del Rey estaba Héréford, una de las más adictas á su persona. Los católicos, que constituian la mayoría del Condado, habian reclutado numerosos y nutridos batallones que sostenian la guerra, contrarrestando los esfuerzos de los quince regimientos republicanos, organizados en las provincias del Este.

El bravo y entusiasta ejército de Cárlos Estuard estaba mandado por un jóven que apenas contaba veintidos años. ¿Cómo este adolescente pudo alcanzar tan elevado puesto, figurando en las tropas reales hombres de distincion y brillantes oficiales que habian alcanzado gloria y prestigio en diversas batallas?

II

Cecilio era sobrino de un anciano y virtuoso sacerdote católico, organista de los más hábiles, el cual le inició desde muy pequeño en los secretos de la música, de tal suerte que á esa edad en que se ignoran hasta las primeras reglas de armonía, era el niño un prodigio en el sublime arte.

Asombro causaba verle recorrer con sus diminutas manos el teclado del inmenso instrumento.

El órgano, dócil á la inspiracion del niño, producia sonidos tan armoniosos y conmovedores, que de lejanos lugares acudian á oirle.

Cárlos I anunció entonces su propósito de visitar á Héréford, y los habitantes le prepararon magnífica y entusiasta recepcion.

La víspera del dia en que debia entrar el monarca, preguntó Cecilio á su tio si visitaria el Rey la catedral.

—Sin duda, hijo mio; Cárlos I, que Dios guarde, no pertenece á esta generacion turbulenta y descreida que ofende la Religion y se befa de sus ministros: siguiendo el ejemplo de sus mayores, se complace y enorgullece inclinando su frente ante los altares.

—Si es así, tio, deseo dirigiros una súplica.

—Dí.

—Que me permitais ocupar vuestro puesto en el órgano durante la Misa.

—¿Qué dices? ¡Tú... tan niño...!

—Perdonadme que á este propósito haya compuesto un cántico, cuya música confío que ha de obtener vuestra aprobacion.

—¡Un canto! ¡Tú has compuesto música sagrada!—exclamó asombrado el buen sacerdote. —¿Si estaremos en la época de los milagros, que por modo tan rápido pueden competir los niños con sus viejos maestros?

Cecilio sacudió graciosamente su rubia cabellera, y dijo sonriendo:

—La culpa es de los profesores; ¿por qué transmiten á sus discípulos su ciencia y su alma?

El sacerdote abrazó á su sobrino, repitiendo:

—¡Un canto compuesto por tí! Vamos, vamos á la catedral, atrevido; oigamos tu composicion y juzgaremos.

—Sí, os pido que la oigais, y en caso...

—Veremos, veremos si eres digno de ocupar mi puesto en el órgano.

Las doce de la noche serian cuando el anciano abrió la puerta que conducia á la sacristía; uno de los guardas de la catedral tomó una luz y les precedió en el templo, magnífico edificio que data de fines del siglo XI.

Cecilio se colocó en el puesto con soltura de organista consumado; preludió unos instantes, y con sonora voz cantó, acompañándose, el himno sagrado que habia compuesto para la entrada del Rey.

La voz de un ángel no hubiera hecho mejor efecto en los oidos del sacerdote. Escuchaba extasiado, sumido en plácido arrobamiento. Cuando los acentos del órgano dejaron de repercutir, abrazó á su sobrino, y besándole conmovido, prorrumpió en frases de alegría:

—¡Cecilio, mi querido discípulo, tu cántico es una obra maestra! ¡Sí, sí, es necesario que te oiga el Rey: mañana te oirá!

III

Nunca estuvo la catedral de Héréford tan brillantemente ocupada; su espacio no era bastante á contener tanto bizarro caballero, tanta dama ricamente ataviada. Estaba á la sazon en su período creciente la popularidad de Cárlos I, y nada hacia presagiar los terribles acontecimientos que habian de ensangrentar las postrimerías de su reinado. Todo parecia sonreir al jóven monarca. Apenas si se percibia de tarde en tarde el sordo rumor de los descontentos que algunos años despues habian de conmover la Inglaterra.

El Rey se mostró muy agradecido á la entusiasta acogida de los habitantes de Héréford. Despues de la fiesta cívica celebróse la religiosa. Cárlos I y su Corte se dirigieron á la iglesia.

Cuando el Rey, bajo palio de púrpura y oro, franqueó el atrio, el órgano elevó de repente sus melodías inundando de armonías la vasta nave del gótico templo.

El Rey se detuvo admirado; los asistentes quedaron inmóviles, con la mirada fija en el instrumento sagrado: era que la voz de Cecilio, pura, vehemente, matizada de cadencias y trinos seductores, formaba un conjunto majestuoso con las notas que el jóven artista hacia brotar de sus dedos.

Terminada la ceremonia, Cárlos I llamó á su presencia al anciano sacerdote.

—¿Conoceis al autor de esta admirable música?

—Es un sobrino mio, señor.

—Deseo conocerle, así como á su digno intérprete.

—El organista es tambien mi sobrino, señor.

—Podeis vanagloriaros,—dijo el Rey rebosando satisfaccion,—de tener en vuestra familia dos artistas de mérito. Deseo recompensar á los dos.

—Perdonad, señor, si me he explicado mal: no tengo más que un sobrino, Cárlos Cecilio, que es el que ha compuesto y ejecutado el himno que tanto ha agradado á Vuestra Majestad.

—Tanto mejor,—repuso el Monarca con paternal sonrisa;—la doble recompensa que queríamos otorgar á dos, la reuniremos en vuestro sobrino... Es muy justo, muy merecido.

Dicho esto, apareció Cecilio temblando de emocion. Al ver al jóven, mejor dicho, al niño, puesto que apenas contaba catorce años el organista compositor, el Rey dijo sorprendido:

—¡Cómo! ¿Es este el sobrino de que me hablabais?

—Sí, señor,—contestó el Cura.

—¿El autor de esa pieza deliciosa, de esa música sentida y tan perfectamente interpretada, es este niño?

—Yo soy, señor,—replicó turbado Cecilio.—Yo la he compuesto, aleccionado por mi maestro.

—¡Ah!—exclamó entusiasmado el Rey.—Tú harás suerte, rapaz.

Y acariciándole, dijo:

—El divino arte te ha coronado desde la cuna.

Alzó al organista, que permanecia arrodillado, y añadió:

—Acepta este anillo en recuerdo mio: si te hallas con valor para separarte de tu tio, vén á Lóndres: desde hoy quedas agregado á nuestra Real Capilla, y nos encargamos de tu porvenir.

—¡Bendito seais, señor! — balbució Cecilio, besando la mano que el Rey le tendia.

El viejo sacerdote no pudo hablar; le ahogaban los sollozos; pugnaban en él la dicha y el temor de perder á su sobrino.

IV

Años despues, Cárlos I salió de Lóndres dispuesto á batir la revolucion. A indicios del peligro que su bienhechor corría, Cecilio, por acto de heróica resolucion, se atrevió á decir al Rey:

—Señor, permitidme trocar la lira por la espada, y abandonar el campo de la armonía por el de la guerra.

—¡Comprendo! Deseas...

—Luchar, combatir á vuestro lado; ¿por qué no? En la hora del peligro todos debemos probar con actos nuestro valor y nuestra fé.

Cárlos I le contempló enternecido.

—Os lo suplico de rodillas, señor,—continuó el mancebo;—admitidme en vuestro ejército, y vereis cómo la mano que maneja las teclas sabe sostener con tanto vigor como cualquiera otro la espada.

—¡Oh, mi valiente artista!—exclamó Cárlos abrazándole. — ¡Cuando tantos nobles, tantos guerreros me abandonan, me ofreces tu brazo! Dios te bendiga por el bien que me dispensas, consolándome en estos dias de prueba y desengaños. ¡Tú serás soldado, servirás bajo mis banderas y venceremos ó moriremos juntos!

—¡Venceremos, señor; la causa es justa!

El Rey ahogó un suspiro; conocia mejor que nadie las tempestades que presagiaba el horizonte político. Cecilio desempeñó su cargo militar á conciencia y con entusiasmo. Entró en la carrera de las armas con el ardor reflexivo, la aficion y el empeño que habia desplegado en el estudio de la música que á tan gran altura le colocó, apenas fué conocido.

Adquirió tal ascendiente por su bravura y saber, que no emprendia Cárlos I ninguna expedicion de importancia sin consultarle.

A la edad en que otros empiezan, Cecilio se puso á la cabeza de las tropas del condado. No nos detendremos á referir las vicisitudes, bien conocidas, de los últimos dias del reinado del mejor y más infortunado de los Estuardos: sábese ya de qué suerte los escoceses le traicionaron y vendieron á Cromwell. Cárlos I fué condenado á muerte y ejecutado en Wite Hall en 1649.

Apenas el hacha homicida cercenó implacable la hermosa cabeza del soberano, un jóven se lanzó al cadalso, sacó un pañuelo blanco, lo empapó en la sangre real, y desapareció gritando:

—¡Estuardo, juro vengarte!

En vano le persiguió aquella soldadesca desenfrenada. Cecilio, era él, halló asilo seguro hasta la noche, en la que, gracias á un disfraz, pudo salir de Lóndres y desorientar á los sectarios de Cromwell. Reconquistó el condado de Héréford, reorganizó los restos diseminados de las fuerzas realistas, que desanimadas y abatidas vagaban por la comarca, y sostuvo algunos meses una desesperada guerra de guerrillas.

El protector, rebelde cuando súbdito, quiso vencer esta resistencia, y dispuso marchasen al Condado tres de sus mejores divisiones con órden de batir á los realistas sin tregua ni cuartel. ¿Qué iban á hacer, pues, estos pobres extenuados por el hambre y la fatiga, mal armados, faltos de todo recurso, y víctimas de traiciones y emboscadas? Morir por defender su bandera, sin esperanza de verla enhiesta, y así lo hicieron. El antiguo organista fué mortalmente herido en un combate.

—El golpe es mortal,—dijo á uno de sus oficiales.—Dame tu caballo; quiero antes de morir despedirme de Héréford, mi ciudad natal.

V

Llegó á media noche. A pesar de los atroces sufrimientos que le causaban las heridas, no se detuvo un instante; atravesó la ciudad al galope, dirigiéndose á la catedral. Saltó, mejor dicho, se dejó deslizar del caballo, y llamó á la puerta de la sacristía.

—¿Quién vá?

—¡Yo, Carlos Cecilio, abrid!

El guarda reconoció la voz del organista, y se apresuró á darle asilo.

—¿Dónde está mi tio?—preguntó con débil voz.

—Abajo, señor, haciendo oracion ante el altar de san Eduardo.

—Conducidme.

Cecilio se apoyó en el brazo del guarda, y penosamente fué arrastrándose hasta el altar. Su tio quedó sobrecogido viéndole pálido, ensangrentado y sosteniéndose apenas.

—¡Hijo mio! ¡Querido niño!—prorrumpió el anciano, cubriéndole de besos y lágrimas. — ¡Pronto un médico! ¡socorro!

—No llameis á nadie, mi buen tio, todo es inútil. Mi hora está próxima; sólo me quedan unos instantes de vida; dadme la absolucion de mis pecados.

Y puesto de rodillas, unió santamente las manos.

Conmovedor espectáculo era el que ofrecian el anciano sacerdote, extendiendo sus temblorosas manos sobre la cabeza de aquel hermoso jóven que, semejante al lirio tronchado, se inclinaba para morir.

Cuando el sacerdote pronunció las frases de perdon, Cecilio pareció reanimarse. Sus ojos brillaron; un reflejo de felicidad iluminó su semblante, levantó la vista, y volviéndose hácia la alta tribuna en que el órgano, ese órgano que antes animaba su génio, reposaba triste y silencioso, dijo con inefable sonrisa:

—¡Padre mio, ayudadme á subir hasta el órgano!

El buen sacerdote obedeció, ahogando sus sollozos.

Sentia el pobre Cecilio debilidad extrema; pero al colocar las manos en el teclado, experimentó como un choque eléctrico que, galvanizándole, le devolvia su primitivo vigor.

Por esfuerzo supremo, el genio artístico contrarrestaba los esfuerzos de la muerte. Preludió con mano firme, con igual entusiasmo por su arte que el dia en que el rey Carlos hizo su entrada solemne en la catedral. Luego cantó con voz tan pura y sonora como cuando habia excitado el entusiasmo y la admiracion del Monarca.

Tan maravillosamente cantó, que el anciano, cerrando los ojos y juntas las manos, retenia su aliento y murmuraba:

—¡Será esta una prueba á la que querais someterme, Dios mio! ¡No, Cecilio no está moribundo, vivirá! ¡Permitid, Dios mio, que no muera!

Pero la voz del organista se debilitó; á la postrera nota cayó como herido del rayo. La vida voló con el último suspiro de esa obra; el órgano gimió algunos instantes... Luego reinó en la catedral silencio de muerte, turbado sólo por la oracion fúnebre y los doloridos ayes del sacerdote.

Este enterró secretamente á su hijo adoptivo bajo una losa de la antigua iglesia, precisamente debajo del órgano que Cecilio tanto amó. Las tropas de Cromwell ocupaban á Héréford, y temia profanasen la tumba del que no pudieron prender vivo.

Despues del advenimiento de Carlos II, se grabó un epitafio sobre la losa funeraria de Cecilio. El cántico que tanto elevó su espíritu y que fué repetido en su última hora, forma parte de los aires nacionales de Inglaterra.

NOTICIAS VARIAS

Se están organizando en Austria asociaciones de abogados católicos con objeto de defender ante los tribunales á los religiosos calumniados ó perseguidos, y sostener en las Cámaras y corporaciones científicas los proyectos que directa ó indirectamente se refieran á los intereses y porvenir de la Religion.

—En Inglaterra el Cardenal Manning, en cuarenta años, ha hecho construir 800 iglesias y capillas, y fundado 40 monasterios, 322 conventos, 9 seminarios, 10 colegios, 2,000 escuelas parroquiales y 10 institutos de caridad.

—El Sr. Speiser, doctor en Filosofía, hermano de un individuo del Gobierno cantonal de Basilea, y uno de los jefes protestantes, abjuró de la herejía y entrará en el Seminario que tienen los Jesuitas en Inspruk, á fin de estudiar en él teología.

La ciudad de Basilea, que en otro tiempo se habia entregado completamente al error de la Reforma, tiene hoy 22,426 católicos.

—Grandísima sensacion ha causado en Dinamarca la conversion al catolicismo de la condesa Ana Ahlefelpt-Laurriger, y de su hermana la baronesa Politeca Rosenorn-Lehn, parientas de uno de los actuales ministros. Las dos ilustres damas abjuraron la herejía en Udense, siendo recibidas en el seno de la Iglesia católica por el Rdo. De Euch, prefecto apostólico de Copenhague.

—Segun *El Tablet* de Lóndres, M. W. Worlledg, capellan anglicano, vice-preboste de la Catedral de Argyll y vicario durante doce años de San Pedro de Lóndres, se ha convertido al Catolicismo.

EL SACAMUELAS (COMPOSICION DE M. PEDRERO)

—Se ha inaugurado el primer Congreso católico del Uruguay bajo la presidencia del Obispo, siendo su primer acuerdo, como los Congresos católicos de Europa, pedir unánime la libertad é independencia del Papa. Estas palabras se repiten hoy desde el uno al otro polo de la tierra, y sin embargo se sostiene por algunos necios que el concepto que expresan no es universal, sino una cuestion particular italiana, cuando no sólo es internacional, sino universal.

—Noticias de Manila participan que los tres vicariatos de Dominicos españoles del Tonkin comprenden ya 217,000 individuos católicos agrupados en 940 cristiandades, divididas en sesenta y cuatro partidos, con uno ó dos misioneros cada uno. Los cristianos que se dedican á bautizar los niños moribundos ó enfermos de aquellas regiones son 4,000, siendo de éstos los bautizados en cada año 60,000.

—De algunos dias á esta parte se han sentido terremotos en Granada, en Santiago y otras poblaciones de Galicia, y en varios puntos de Francia é Inglaterra.

SECCION RECREATIVA

EXPERIMENTO.—Se cuelga de un hilo ó cuerda delgada una bolita de corcho. Se frota en la manga ó en cualquiera tela de lana una barra de lacre, y al acercarla á la bolita la atrae, porque con el frotamiento se ha desarrollado la electricidad en la barra.

PASATIEMPO.—Se llena de agua una copa hasta los bordes, pero teniendo cuidado que el menisco superior sea cóncavo, esto es, que forme una curva tal que en el centro haya algo menos de agua. Esto sucede cuando no forma reborde: entónces parece estar llena la copa, y se pregunta á los espectadores: ¿Cuántos duros ó perras grandes se pueden echar dentro sin que rebose la copa?

Todos creerán que á lo más uno ó dos.

Entónces se van dejando caer dentro los duros uno á uno, CON MUCHO TIENTO, y se verá que caben hasta ocho ó diez, formando el agua un reborde, ó menisco convexo, esto es, más elevado en el centro que en los bordes.

CHARADA

Digo que *todo* es ciudad
y que no es ciudad *dos tres*,
una tercia el labio Inés,
pues ya sé que eso es verdad,
y *todo* fué maravilla
de la Corte de Castilla.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

TIBURON

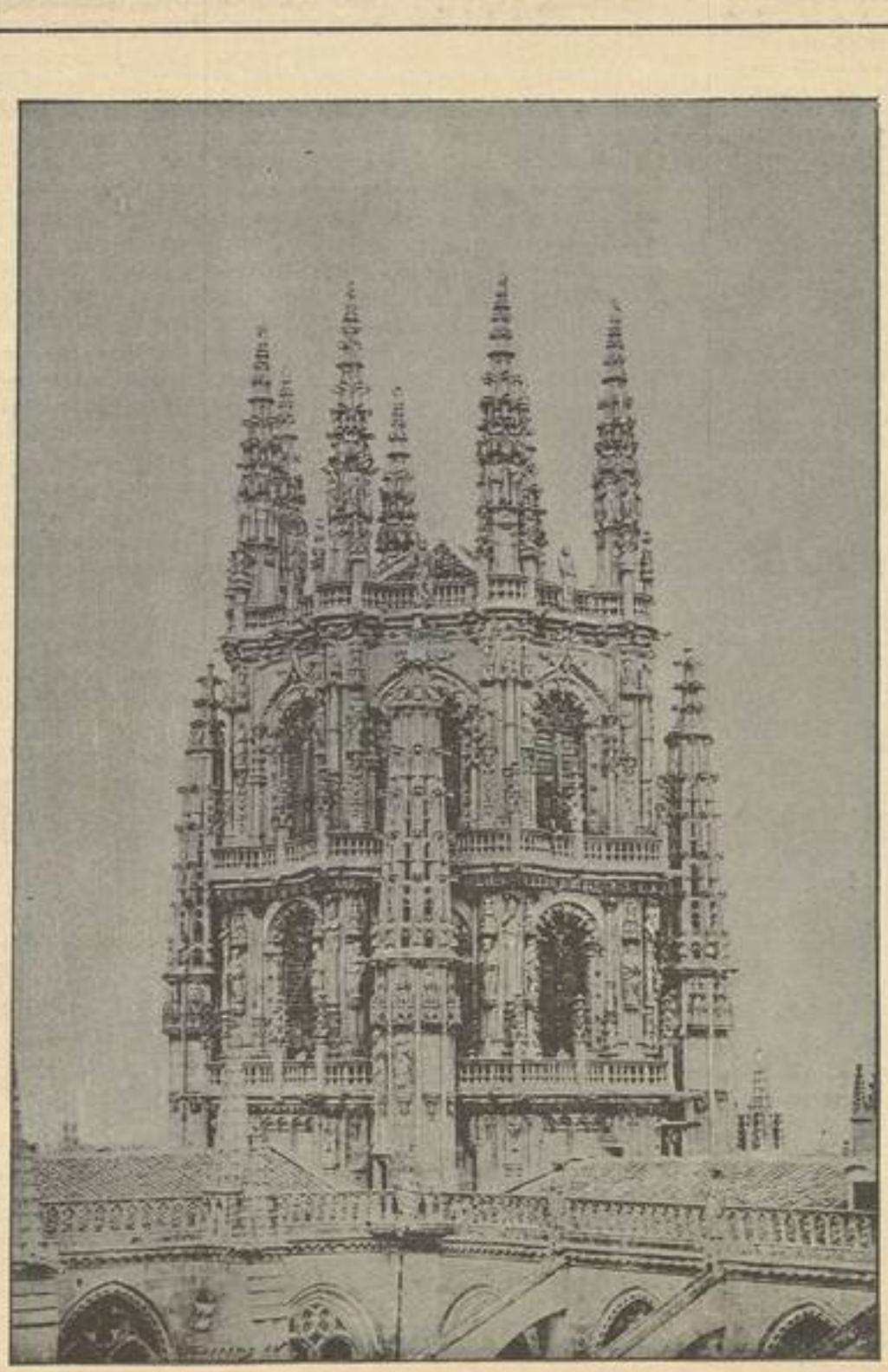
ACERTIJO

LA LENGUA

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16.

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) | Barcelona 22 de Junio | Série II.—Núm. 78



CATEDRAL DE BURGOS.—VISTA EXTERIOR DEL CIMBORIO

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*A la Unidad católica*, por Leandro Herrero (poesía premiada en el Certimen literario del Círculo tradicionalista de Madrid).—*Escursion á Roncesvalles*, por A. Fernandez Casado.—*Discurso del señor Marqués de Cerralbo* en conmemoracion del XIII Centenario de la Unidad católica (conclusion).—*Trasancos*, por Fr. Martin de la Sagrada Familia.—*Hijo y madre* (cuadro histórico), I, por Francisco Hernando.—*La navegacion submarina*, IV.—*Filantropía y caridad*, por Eugenio de Margerie.—*Seccion científica:* Los acumuladores eléctricos.—*Miscelánea.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

Vista exterior del cimborio de la catedral de Búrgos.—Véase págs. 154 y 156.

Espada, casco y escudo de Francisco I.—La armadura del Rey francés, prisionero de los españoles en la célebre batalla de Pavía, se conservó por espacio de tres siglos en la ciudadela de Inspruck (Tirol), y la espada en el Alcázar de Toledo y despues en la Armería Real de Madrid. Austria y España, regidas en aquella época por un mismo cetro, fueron igualmente recompensadas con los trofeos más insignes, alcanzados en hecho tan memorable que ocupará siempre en la historia de nuestra patria un lugar distinguido.

El 7 de Noviembre de 1805 cayó Inspruck en poder de las tropas francesas, y el mariscal Berthier envió á París la armadura de Francisco I. Austria era al fin una nacion vencida, y tuvo que pasar por la dura ley que le impuso el vencedor. Pero en España, sin vencimiento y sin lucha, por la complacencia del Gobierno débil y funesto de principios del siglo, la espada de Francisco I fué entregada generosamente al célebre Murat, general francés, el 4 de Abril de 1808.

Posteriormente, el rey D. Francisco mandó fabricar una espada, copia de aquélla, al reputado artista Sr. Zuloaga para colocarla en la Armería Real. Tiene de largo una vara menos una pulgada, y de ancho dos pulgadas menos dos líneas; la guarnicion es de oro, y en la cruz se lee esmaltada la leyenda: *Fecit potentiam in brachio suo.*

El escudo y el casco que aparecen en el grabado fueron hallados en el equipaje del Rey vencido. En el primero se ve un gallo, símbolo de la Francia, que hace huir á un guerrero armado. El escudo representa en la parte anterior y en las laterales reñidos combates á pié y á caballo, con figuras en relieve sobre fondo dorado, y con preciosos adornos damasquinados.

El conde Herberto Bismarck.—Como el general Waldersée, cuyo retrato dimos en otro número, el hijo del célebre Canciller aleman tiene tambien numerosos partidarios que le consideran como sucesor de su padre en la direccion gubernativa del Imperio aleman. Nació en Berlin el 28 de Diciembre de 1849, y debe á la autoridad paterna su rápido encumbramiento. Siendo muy jóven, entró en el ejército prusiano, donde llegó al grado de capitan. Al dejar el servicio activo conservó el de oficial de la *Landwehr*, y actualmente es mayor del regimiento de coraceros blancos de Pomerania. En 1879 ingresó en la Cancillería imperial, tomando parte como secretario en el Congreso de Berlin. Dicen que es la fotografía de su padre, y llama la atencion ver en él, cuando ocupa la tribuna del Parlamento, los mismos movimientos, las mismas contracciones nerviosas del gran Canciller, como si hubiese estudiado á fondo la tecnología oratoria paternal.

Trasancos.—Las siete vistas que de aquel pequeño reino asiático damos en este número están tomadas de otras tantas fotografías que, juntamente con la curiosa relacion que hoy comenzamos á publicar, nos remitió un celoso misionero compatricio nuestro, P. Fr. Martin de la Sagrada Familia, carmelita descalzo.

El buque submarino de Nordenfeldt.—Véase el artículo *La navegacion submarina*, pág. 243.

Mercado en el Apenino toscano.—Cuadro de Juan Fattori.

Estacion de iluminacion eléctrica en Milan (interior de la sala de máquinas).—Es la más notable que funciona en Europa, y contiene diez máquinas dinamo-eléctricas con sus respectivas calderas y motores, tipo Edisson, las cuales pueden alimentar diez mil lámparas.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El tridno italianísimo.—Velada en honor de la Duquesa de Madrid.

Con motivo de las fiestas sacrílegas que los masones y revolucionarios italianos han dedicado en Roma á la inauguracion de la estátua del fraile apóstata Jordan Bruno, los católicos de Madrid estuvieron de duelo en la última semana.

Porque la espantosa carnavalada del *Campo de las flores*, el horrible tríduo en honor del heresiarca de Nola, en el cual han estado representados el Parlamento italiano, el Municipio de Roma y otro par de miles de Municipios seducidos por la Masonería y la Revolucion, no han tenido más que una significacion, la de descargar en las mejillas del augusto prisionero del Vaticano tremenda bofetada, semejante á las que los judíos descargaron sobre las de Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

De ello dan testimonio todos los periódicos masónicos, judaizantes y revolucionarios de Roma, los cuales no tienen reparo en declarar sin el menor empacho que la apoteósis de Jordan Bruno significa *el triunfo del libre-pensamiento contra el dogma católico.*

Realidad infernal, en la cual han figurado, representando el papel de cómplice, el Gobierno italianísimo y todos los partidos liberales, incluso el moderado ó conservador, pues tres de sus principales miembros, Bonghi, Spaventa y Mingheti, apadrinaron este malvado proyecto, de tal manera que Crispi no ha tenido para exculparse más que recordarlo ante la Cámara italiana, diciendo que se encontró el negocio hecho, puesto que ha sido debido á iniciativa anterior á la suya.

Las manifestaciones sediciosas de los italianísimos han venido á poner de realce toda la nulidad é ineficacia de la irrisoria ley de garantías, pues ciertamente para lo único que sirve es para garantir á los enemigos del Papa la más absoluta impunidad de sus fechorías anticatólicas.

El espantoso triduo dedicado á Jordan Bruno lo patentiza, resultando claro como la luz que no se ha enderezado á otra cosa que á mortificar al Papa y á los católicos, pues el heresiarca á quien se ha pretendido inmortalizar en efigie valió poca cosa dentro de su propia y vulgarísima apostasía (1).

La poblacion católica de Roma se acordonó para no tener el menor contacto con tan estúpida y arlequinada apoteósis. Los templos se cerraron y las casas de los católicos lo mismo, campando solos á sus anchas en la ciudad Eterna los seides de los logias, que algun dia darán á Humberto el mismo trato que han dado hoy al Romano Pontífice.

Consolémonos, sin embargo, pensando en que grandes, muy grandes deben ser el prestigio y el poder del Pontificado, cuando la revolucion y la impiedad apelan á estos medios carnavalescos para combatirle. Ya se convencerán Humberto y Crispi de que contra ese poder no prevalecerán las maniobras del infierno.

El dia 10 de los corrientes, santo de la señora Duquesa de Madrid, celebróse en el Círculo tradicionalista de esta Corte amenísima y extraordinaria velada en honor de la egregia princesa que es regocijo de las virtudes cristianas y delicia de la España tradicional ó católica.

Habíase aplazado para este fausto dia el reparto de los premios del Certámen literario abierto por el Círculo para conmemorar el XIII Centenario de la Conversion de Recaredo, premios en su mayoría de procedencia régia, pues los habia entre ellos de D. Cárlos, de D.ª Margarita, del príncipe D. Jaime y de los Serenísimos infantes D. Alfonso de Borbon y D.ª María de las Nieves, al lado de los cuales figuraban dignamente otros no menos lucidos y ricos de la aristocracia tradicionalista y de otras personas distinguidas de nuestra comunion, tales como los marqueses de Cerralbo, los Duques de Solferino, el baron y baronesa de Sangarren, la condesa de Azmir, la vizcondesa de Barrante, D. Julian García Gutierrez, el marqués de Valdespina y otros.

Excusado es decir que la velada fué interesante, pues en ella, además de leerse las composiciones poéticas laureadas, se dió tambien lectura á dos discursos, una Memoria del Jurado, y una hermosa oracion inaugural del marqués de Cerralbo, que fueron oidos con grandísima delectacion.

Pero lo que despertó en el Círculo mayor entusiasmo fué la excitacion que hizo su ilustre Presidente á los socios para que protestaran contra el impío festival que se ha perpetrado en Roma con la inauguracion del monumento erigido á Jordan Bruno.

Todos los socios del Círculo se levantaron como un solo hombre á hacer esa protesta, pidiendo que en el acto se redactara un telegrama expresivo y caluroso al Secretario de Su Santidad, manifestándole la adhesion del Círculo al Romano Pontífice y á la Iglesia católica y el voto de sacrificar por el uno y por la otra la hacienda, la vida, cuanto son y valen los que tienen por divisa el lema tres veces santo de *Dios, Patria y Rey.*

El telegrama se redactó en el acto, habiendo sido contestado favorablemente dos dias despues, en que llegó á Madrid la respuesta del Cardenal Secretario de Estado, portadora de la bendicion del Papa á nuestra comunion, que en esta ocasion, como en todas, ha puesto de relieve el fervor de sus sentimientos religiosos, tan arraigados en ella que no se pueden separar de su existencia, como no se puede separar la flor de la raíz sin que aquélla se lácie y perezca.

Además, todos los tradicionalistas de Madrid, obedeciendo al impulso de sus católicos sentimientos, han acudido á la Nunciatura apostólica á dejar sus tarjetas en señal de adhesion, amor y reverencia al Papa-Rey, confesando de esta manera á Jesucristo por modo valeroso y espontáneo, sin farisaica vocinglería ni alardes estrepitosos, la mayor parte de las veces ecos de hipócritas apariencias, lo cual no ha podido menos de agradar á las mismas autoridades eclesiásticas, las cuales se hallan bien convencidas de que el catolicismo de nuestra comunion es el único que no se altera en el tiempo y en el espacio.

Lupercio.

Madrid, 17 de Junio.

(1) «Inconcebible parece, dice una revista católica, que se haya inaugurado en Roma una estátua á Jordan Bruno, apóstata, autor de libros herejes é inmorales, y condenado en Venecia por un asesinato de su denunciador. Aun el mismo Calvino, cuando Bruno se refugió en Ginebra, le hizo arrojar de la ciudad, viéndose precisado á huir de Francia, de Inglaterra y de Alemania.»

«Como ciudadano (añade *Il Divin Salvatore* de Roma), fué un malvado; como italiano, un traidor; como escritor, sucio y grosero; como filósofo, extravagante ó loco; como cristiano, un renegado. Odió á la humanidad y á Dios, arrastró por el fango las cosas más puras y santas, desbarró, blasfemó y maldijo de todo y á todos. Inquieto, huido, devorado por la soberbia y el odio, pasó por la corrompida sociedad de su tiempo, como Satanás encarnado en él.»

A LA UNIDAD CATÓLICA

Haereticum evita.

(Lema de San Hermenegildo.)

Ensalcemos á Dios, que Omnipotente
Quebró del mónstruo arriano la cabeza:
Suyo es todo el honor, suya la gloria
De esta sin par victoria.
Porque, alentando al justo y al prudente,
Dió á Flavio Recaredo la realeza
Para extirpar la bárbara herejía
Del pueblo visitado por María,
Siendo el ungido con el óleo santo
Del báratro infernal terror y espanto.

—

¡Empresa magna fué! Con plectro de oro
Debe cantarse el esplendor divino
Del Concilio tercero toledano.
Él hizo á un pueblo sanguinario, humano;
Él salvó su decoro.
Presa fatal de vértigo dañino,
Por él de noble gratitud se enciende
Todo pecho español que hondo la absorbe,
Y la fama prolífica la extiende
Por la redonda inmensidad del orbe.

—

¡Regocíjate ya, mártir bendito,
Por el Saturno arriano devorado!
Cuando el cuchillo del traidor Sisberto
Dejó tu cuerpo yerto,
«¡Huid de la herejía!» tal fué el grito
De tus cárdenos labios escapado.
Recaredo le oyó: su alma piadosa
Fertilizó tu sangre generosa,
Y estimulado del amor fraterno,
Rescató al pueblo godo del infierno.

—

¡Oh dichosa unidad! Por tí borrada
Fué aquella ley de castas que oprimia
De España la cerviz. Tu viva lumbre
Mató la servidumbre
De la estirpe de Cristo, y fué alborada
De larga era de paz y de alegría.
Por tí tenemos patria y hasta nombre,
Pues porque todo en tí á la mente asombre,
Si del crisma español se honran los buenos,
Por tí no nos llamamos agarenos.

—

¿Cómo cantar tus obras? Lengua humana
No puede articular con alto brío
Esa epopeya sacra, hija del cielo
Y honor de nuestro suelo.
La unidad nacional de tí es hermana,
Y de la fé brotó su poderío,
Pues la diste con pródiga largueza
Valor y patriotismo, y entereza
Para triunfar con épica hidalguía
De todo yugo extraño y tiranía.

—

De ello da testimonio la derrota
De los hijos de Agar. En són de guerra
Sobre la madre España sus soldados
Cayeron como buitres desbandados,
Labrando fiera rota
Que hizo gemir de indignacion su tierra;
Pero el soñado paraíso ameno
Que profanó el inicuo sarraceno,
En sepultura de su fé precita
Se convirtió por la unidad bendita.

—

Hablen sino las empinadas cumbres
Del Auseva, y los triunfos del Salado,
De Clavijo y las Navas de Tolosa.
Nuestra unidad gloriosa
Desbarató las fuertes muchedumbres
Cual si fueran rebaños de ganado.
Como piedra que se hunde en la laguna,
Así hundió nuestra fé á la media luna,
Aventándola en su última jornada
De los robustos muros de Granada.

—

Mas ¡oh poder de Dios! de la grandeza
De esta santa unidad la patria henchida,
Tuvo que desbordarla como rio
Que salta el cauce umbrío
Y deshace la gélida crudeza
De la comarca estéril y aterida.
Desde el Eritreo mar hasta el Pirene
Espacio corto á su respiro tiene,
Y su estentóreo aliento se arrebata
Y en más vastos confines se dilata.

—

Italia, Francia, el calcinado suelo
Del alarbe feroz, el del Germano,
Rinden pleito homenaje á su bandera,
Que firme, no altanera,
Tan sólo se prosterna al almo cielo
Y á todo pueblo hostil le torna hermano.
Y es de su fé el teson tan sin segundo,
Que allá del seno de la mar bravía
Virgen alzóse á su mandato un mundo
Que halló Colon para la patria mía.

—

No mancillen su fama los que ignoran
Que tuvo más dominios que el romano
Antiguo imperio. Yertos en su tumba
Los laureles de Otumba,
Con sus fúnebres pompas avaloran
Los de Breda, Pavía y Garellano.
En Lepanto llevó la mejor parte
Rasgando del Profeta el estandarte,
Y en Australia su fuerte poderío
Dió á la Cruz otro nuevo señorío.

—

¡Providente unidad! Por tí halló vida
Cuanto á mi patria coronó de gloria.
Por tí eran tutelares nuestras leyes
Y padres nuestros reyes
De una familia santa, esclarecida,
De la que aún vive la inmortal memoria.
Por tí sus gobernantes, sus guerreros,
Eran justos, piadosos, caballeros,
Patriotas, valientes capitanes,
Como raza de Cides y Guzmanes.

—

¡Bendita fé!—¿Qué espíritu divino
Arde en tu sér que todo lo ennoblece?
Artes, letras y ciencias son canales
Que vierten á raudales
Olas de luz del genio peregrino,
Que inspirado por tí más se recrece.
Aquí una gran basílica pregona
Tu gran fecundidad, y allí la abona
Del cincel ó el pincel la obra maestra,
De tus bondades primorosa muestra.

—

¡Oh madre de la patria! ¿Por qué muerta
Te lloran hoy mis ojos? Desolado
Contemplo esa unidad que yace muda.
España, de ella viuda,
La busca fiel con la pupila abierta,
Y sólo encuentra su sepulcro helado.
Por eso con el manto hecho girones,
Sin su diadema real, ni sus blasones,
Hoy se desgrana como hierba seca
Que la bestia, al pisarla, en polvo trueca.

—

¿Donde se vió más duelo? La señora
De pueblos y naciones se ha rendido
A otro cisma fatal. Domó al arriano,
Venció al mahometano,
Y á la peste letal, devastadora
De Lutero, jamás se dió á partido.
Mas ya perdió su noble jerarquía;
Ya no existe su antigua monarquía,
Ni palpita su hermosa fortaleza
Como en urna de cándida pureza.

—

De otra nueva morisma gime esclava,
De otra infanda herejía es ya trofeo,
Y su santa unidad, de muerte herida,
Se encuentra ya partida,
Trocada en miedo vil su furia brava,
Su arnés marcial en femenil arreo.
De otros pueblos decrépitos recibe
La vergonzosa anemia con que vive,
Y el cetro de tres mundos soberano
Caña es que ha roto con su propia mano.

—

¡Desgracia sin igual! ¡Oh gran matrona
De raza prócer y épico heroismo!
Llora hilo á hilo tu pecado aleve,
Porque tu llanto abreve
La sed de error que impía te abandona
Cabe el vórtice negro de un abismo.
Llora y levanta el corazon inerte
Al Dios que en otro tiempo te hizo fuerte
Por la virtud de aquella planta viva
De que tu necia ceguedad te priva.

—

Y Dios te escuchará, que aun en tu yerro
Te hizo sanable y te dará su ayuda.
El sucesor de Recaredo existe:
Tú misma, tú le viste
Alzar banderas, fulminar el hierro,
Vibrar el rayo en la contienda ruda.
Y pues la causa de la fé sostiene
Y su esforzado espíritu mantiene
Contra el error y el mal fiera campaña,
Sea él ¡oh Dios! libertador de España.

LEANDRO HERRERO.

Madrid, Mayo de 1889.

NOTA.—La anterior poesía ha sido premiada en el Certámen literario del Círculo tradicionalista de Madrid con el cuadro copia de la Virgen de Rafael conocida por *Madonna del Duque;* regalo de D.ª Margarita de Borbon.

EXCURSION A RONCESVALLES

Yo no había estado en Roncesvalles, y tenia deseos de ver esa cuna de maravillosas leyendas. Sabía que llegarían allí dos procesiones por lo menos, con motivo del gran centenario de la Unidad católica, y esto avivaba mis deseos.

Mi querido amigo D. Manuel Ayesa, beneficiado de la antigua Colegiata, habia llegado á Pamplona: al dia siguiente pensaba salir para su destino, y aprovechó aquella ocasion para animarme á hacer el viaje.

Vencidas todas las dificultades y olvidando lo penoso del camino, por la mañana tomamos el coche.

No me agradan las llanuras sin árboles, cubiertas en los dias de verano por las olas abrasadoras del espejismo; no me recrea el terreno monótono, el horizonte inmóvil de las planicies que parecen mares sin olas, mares muertos. Me gustan las montañas con sus arroyos y sus valles donde el estío apaga su fuego y el viento se duerme en un lecho de grama humedecida por el rocío. Me encantan los negros taludes, las simas oscuras que beben el agua del torrente y arrojan bocanadas de niebla; los picachos de formas fantásticas que como gigantes velan al borde del abismo y esperan serenos el vértigo del terremoto que los lance al precipicio del cual se levantaron en edades remotísimas. Todo esto me encanta, y todo esto lo hay en el camino de Roncesvalles. En las montañas lo triste, lo grande, el desfiladero pavoroso, las rocas desnudas y henchidas por las cuñas del hielo, contrastan con lo alegre y lo pequeño, el arroyo y el vallecito, nido donde la luz y el aura se besan y se duermen.

Esa parte de la montaña es encantadora. Cuando el verano llega, las flores han nacido en el camino trazado por el alud. Luego, en ese rincon del mundo se cobija la leyenda que ha huido del positivismo actual y de las lenguas cosmopolitas, y se revela allí, con la música de un lenguaje misterioso, en los hogares de los sencillos montañeses, que siempre son buenos y no degeneran porque no entregan su sangre á la corriente de la vida moderna. Allí cada caverna tiene un misterio, cada valle una tradicion, cada monte un recuerdo, cada cruz una historia y cada hogar una cruz.

He contemplado tantas bellezas, tanta poesía, que mi pluma, no acostumbrada á primores, no

puede dar cuenta de ellas. Sólo diré que al llegar al histórico valle, tumba de los fuertes de Francia, quedé asombrado. Los bosques espesísimos cuya fronda niega el paso á la luz del sol; las praderas verdes y suaves como mantos de musgo; los arroyos trenzando sus hilos de agua con las cintas de yerba y con las raíces de las plantas; las casas blanquísimas de Burguete que se descubren por entre las copas de los árboles como entre las olas del mar las lonas de las embarcaciones; los edificios de Roncesvalles, más negros, más severos, como escondidos en el extremo del valle; los montes al Oriente y al Ocaso, al Septentrion y al Mediodía, levantando los oscuros hombros igual que si quisieran librar de invasiones aquel paraíso: todo esto encanta, entusiasma, queda impreso en la fantasía como una vision sublime.

A la orilla de las fuentes y los arroyos, entre los troncos añosos de los bosques vaga la leyenda: parece que la murmura el agua, la canta la brisa, la bendice la cruz del camino y la recoge el santuario.

Cuando uno cierra los ojos sueña el idilio, ve el combate. Por allí viene el ejército de Carlomagno, como un rio de hierro que brilla. Aquí están los indomables vascones... Tienen poco hierro para cubrir sus pechos, pero tienen pechos que ofrecer al hierro y piedras para mellarlo. Empieza la batalla... ¡Qué serpientes los francos! ¡Qué leones los vascos! Estos triunfan, aquellos mueren. ¡Pobre Roldan! ¡Pobres caballeros franceses!

Cuando uno sueña prescinde de la crítica. ¿Qué importa la crítica una noche? Los rayos de la luna caen sobre el mar de la fronda, y no entran en el bosque; pero entra el viento que hace temblar las hojas. La niebla cubre el Alto-biscar y tampoco baja al valle. La cruz está sola, á la orilla del camino, recibiendo el rocío. El jóven vascon canta un poema de amor ó un himno guerrero, y el arroyo parece que reza y llora por los que le dieron la sangre que manchó sus linfas...

¡Oh! Soñar es muy hermoso. Soñemos al pasearnos por el bosque, amemos la leyenda y olvidemos en esta ocasion la filosofía helada y la crítica dura, que son poco compatibles con la poesía de estos lugares.

Perdona la digresion, lector querido. Yo la amo, como la amarás tú.

El martes, tras de corta estancia en Burguete, nos dirigimos á la Colegiata, que apenas dista de allí tres kilómetros.

Está al extremo del valle que se levanta suavemente para unirse á la falda de un cerro. Por el cerro trepa y serpentea la carretera de Francia. A la izquierda el valle se convierte en cañada por cuya pendiente baja un riachuelo que bulle entre la yerba y salta los escalones de esquisto de su lecho.

Hecha excepcion de las casas de los canónigos y beneficiados, que son cómodas, las viviendas son humildes. Bajo aquellos techos de madera no hay *confort*; los excursionistas sólo tienen una modesta posada donde no se conoce la comodidad. Un cementerio cubierto, dos ermitas profanadas y el santuario son los edificios religiosos que hay en aquel lugar.

El santuario es pequeño y de estilo gótico, nada florido. Seducido por los arbotantes y botareles de otros monumentos góticos, y acostumbrado á ver en construcciones sin crónicas las flechas góticas de las altas torres cinceladas, no he podido acostumbrarme á la pesadez de aquella torre de Roncesvalles que remata en una pirámide de pizarra, cubierta indigna de los ideales edificios de aquella época. Pero esta pequeñez al lado de tantas sublimidades apenas se advierte.

He visto la iglesia. El retablo del altar mayor por sus severas figuras de relieve, una Vírgen dolorosa y otras obras me gustaron mucho. Tambien he visto hermosos cuadros en la sacristía y entre ellos un tríptico de madera con varias pinturas, que vale más de lo que algunos creen; un cuadro atribuido á Juan de Juanes, y otros que no pude ver despacio.

La imágen de la Vírgen llama la atencion, sobre todo, por su valor material, y lo mismo algunas alhajas que me enseñaron.

Además tuve ocasion de ver tres códices de un mérito extraordinario. La filosofía de Confucio escrita en chino y el libro de los Evangelios, en pergamino, con letra gótica y con la cubierta de plata, y otro libro que vi en el coro; los cuales, aunque soy bastante lego en la materia, sé apreciar en lo que valen.

Nada diré de la mazas y de la fuente de Roldan, ni de algunos documentos pontificios antiquísimos con el sello de los Papas que entonces gobernaban la Iglesia.

. . . . . .

El miércoles cuando me levanté ya habia mucha gente esperando la procesion de los valles de Arce y Oroz-betelu, que llegaría á las siete y media.

Yo bajé á la orilla del riachuelo y me senté á la sombra de un árbol viejísimo, vestido de musgo y de líquen.

Aves de diversas especies cruzaban la hondanada y cantaban en el ramaje; la niebla amasada

ESPADA, CASCO Y ESCUDO DE FRANCISCO I

con la luz del sol flotaba sobre los bosques, y la abundante rociada de la noche herida por la luz brillaba en las praderas.

Cuando yo contemplaba todo esto, la voz de las campanas y de un ruido pausado y monótono me anunciaron la llegada de la procesion.

Unos ochenta y tres hombres, con tosca cruz de madera á la espalda, una túnica negra y corta, descalzos y rezando devotamente el Rosario abrian la marcha.

Admiráronme aquellos rezos fervorosos, aquella compostura y uniformidad, y aquel traje de penitencia.

Seguíanles veinticuatro cruces parroquiales, algunas muy artísticas; el hermoso estandarte regalado á la Vírgen de Roncesvalles por los valles de Arce y Oroz-betelu, que componian la peregrinacion; el clero de la Colegiata que habia salido á esperarlos; el de varias parroquias, de los romeros y multitud de mujeres.

Llenóse de gente la iglesia y una parte de la calle, y empezó la misa. Predicó en vascuence el canónigo de aquella colegiata D. Miguel Goizueta, que es buen orador.

Aunque no conozco el idioma vasco, entonces admiré su riqueza de sonidos, su silabeo agudo y agradable, y por los ademanes del orador y por algunas palabras que he aprendido, adiviné los giros caprichosos de la oracion sagrada. El vascuence en la declamacion se realza muchísimo: el torrente de palabras de la conversacion vulgar se modera y se gradúa, y uno se hace la ilusion de que le entiende.

Terminó la misa, comieron los peregrinos, y á las dos y media de la tarde el Cabildo les despidió.

No olvidaré jamás esta procesion, para mí originalísima; siempre me conmoverá la piedad del pueblo vasco y siempre hallaré poesía en su idioma y en sus costumbres.

A. Fernandez Casado.

EL CONDE HERBERTO DE BISMARCK

DISCURSO

LEIDO POR EL

MARQUÉS DE CERRALBO

EN LA VELADA EXTRAORDINARIA QUE CELEBRÓ EL CÍRCULO TRADICIONALISTA DE MADRID PARA CONMEMORAR EL CENTENARIO XIII DE LA FUNDACION DE LA UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA.

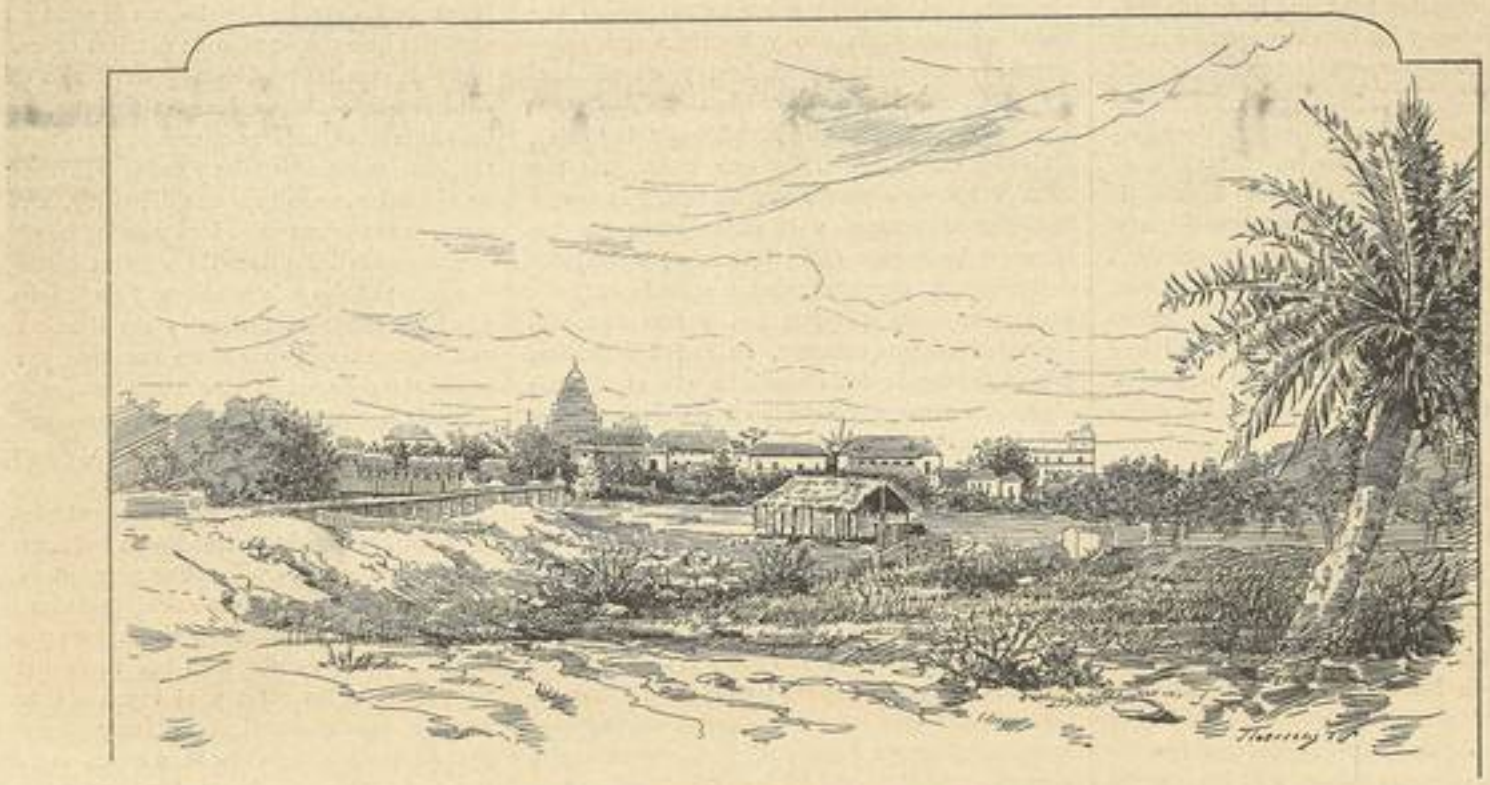
(*Conclusion*)

Constituido el Estado por Recaredo sobre nuevas bases; fundidas las razas por la permision de casamiento entre ellas, que luego Recesvinto hizo ley; originada la legislacion por Eurico, mejorada en el Breviario de Anniano y catolizada por Recaredo para quedar despues como admirable Código en el monumental Fuero Juzgo; consolidadas definitivamente las conquistas de Leovigildo que nos hermanaron á los suevos, vascones y romanos; fijada la Corte visigoda en Toledo, que habia ido avanzando segun la conquista, y establecieron Ataulfo en Narbona, Walia en Tolosa, Eurico en Arles, Theudis en Barcelona, Amalarico en Sevilla y Atanagildo en Toledo; ornada la majestad Real con espléndidos atributos y ropajes, que Heliogábalo inició vistiéndose de sedas con bordados y fíbulas de joyas, y Aureliano coronándose con diadema, y Leovigildo con corona imperial bizantina, segun se representa en la moneda curiosísima suya acuñada en Mérida; atributo imperial que sin duda le inspiraron su trato y relacion con los imperiales que trajo á España Atanagildo, y circunstancias que explican el título de Flavio que adoptó el mismo Recaredo.

Se robustece el poder real por los Concilios, y se intenta la garantía del soberano y la sucesion hereditaria encubierta por la asociacion al trono, proclamándolas terminantemente desde Sisenando en el Concilio IV de Toledo; se acuña moneda, que es símbolo de autoridad, soberanía é independencia, desde Liuva I y Leovigildo; y aunque durante el imperio visigodo no se fabrica en tan grande escala como antes del decreto de Calígula prohibiéndola, aunque no lleguen como entonces á más de ciento las ciudades de España que las batian, es ya seguro que pasaron de treinta.

El lenguaje se confunde un tanto, y la *u* latina se convierte en la *o* goda, que españoliza muchas voces y nombres de ciudades consignadas en las inscripciones de las monedas, como Córdoba, César Agosta, Barcinona, Tarracona y tantas otras.

La escritura toma nuevo carácter con el de la letra ulfilana ó del obispo Ulfilas, que primero tradujo la Biblia á lengua gótica.



TRAVANCOR.—VISTA DE TANSUR

Las costumbres se moderan y se suavizan con el piadoso ejemplo del Rey, y las predicaciones de aquellos tres santos apóstoles, Leandro, Eugenio é Isidoro, y la energía de Maussona; los anacoretas abandonan las soledades de las montañas y las aisladoras malezas de los bosques, á las que yo creo habian acudido, no sólo huyendo del mundo, sino para encontrar y convertir á las razas invasoras y bárbaras que no paraban en las ciudades ni tenian otra patria que sus carros de marcha y de guerra, que talaban los campos llevando la devastacion delante de sus picas y el esquilmo detrás de sus ganados; que hicieron ciudad de cualquier llanura, alcázar de cualquier peña, templo de cualquier valle, y Dios de su espada clavada en tierra, en esta tierra de nuestros amores; y así caminaban y vivian las tribus asoladoras, y así se comprende cómo sin detener su marcha llegó Genserico al Estrecho, y hallando el mar al frente, á él se lanzó con sus 80,000 vándalos, mujeres é hijos, y el bagaje de sus rapiñas y el tesoro de sus ganados; y como eran tribus peregrinas sin más ley que su espada ni otra patria que el suelo de sus rediles, pasó al África, donde fundó su gran imperio.

Y estos anacoretas, ya acostumbrados á la vida comun desde 410 con san Honorato en la isla de Lerins, y desde 528 con san Benito, y cumpliendo las disposiciones del Concilio I toledano, al ver que los campos quedan más libres de herejes y los dominadores se fijan en las ciudades, á ellas acuden cumpliendo su santo apostolado del ejemplo y la predicacion, y se fundan aquellos magníficos monasterios como el Cutedarense, el de Balbonera, el de Sisla, el Visuniense, el de Complut, el de San Pedro de Cardeña, el Agaliense en Toledo, el Servitano en Játiva, el Sepulcro en Valencia, el de San Martin cerca de Sagunto, el Rufianense en el Bierzo, el de Puelas en Barcelona, el de las inmediaciones de Ecija, á donde se retiró santa Florentina, la hermana de san Leandro, y tantos otros de una arquitectura especial que varía extraordinariamente de la romana en el arco, en la supresion del entablamento, en la multiplicidad de las naves, como en las techumbres de madera, con excepcion de los ábsides.

Y estos monjes, como despues y como siempre, guardaron en sus cenobios la virtud y la ciencia, la inspiracion y la iniciativa, y desaparecieron, y sus conventos fueron destruidos, más que por los árabes y el tiempo, por otra asoladora y bárbara invasion peor que la de los visigodos de Teodorico y los bereberes de Muza y los omeyas de Almanzor, esa destructora marcha de una falsa libertad, de una falsa civilizacion que empezó quemando las bibliotecas de nuestros monasterios, derribando las maravillas de nuestra arquitectura, rasgando los lienzos de nuestros pintores, mutilando las estátuas de nuestros artistas y haciendo de los monjes mártires, de las abadías desiertos, de los edificios ruinas, de los montes páramos, y de la patria un ensañado campo de batalla, en el que aún ni han callado las cornetas ni se ha extinguido para siempre, y como en Calatañazor, el eco de los atambores.

Falsa libertad, falsa tolerancia que recuerda la del artero edicto de Juliano el Apóstata; pero la Iglesia y los monjes y los fieles están siempre dispuestos al sacrificio y al servicio de Dios, y en los pocos años que median desde la vergonzante autorizacion concedida á las Ordenes religiosas en España, parece que el genio de la desolacion huye de los arruinados monasterios; y como á las evocaciones del genio de la Fe, la Esperanza y la Caridad se conmueven y van levantándose sus sagradas ruinas; y se limpian las malezas de los verjeles, se arrancan las hiedras de los fustes, se afirma la bóveda desformada, y en el arco la clave mal segura, se consagran las basílicas y vuelven los órganos en el coro, las voces en el presbiterio y la cruz en el ábside.

¡Oh si los locos y malvados de nuestras revoluciones alzasen sus cabezas! Soberana leccion para los hombres y los Gobiernos demoledores presentes.

La Iglesia no puede destruirse, y los conventos, si, como dice Balmes, no la son indispensables, son valiosísimo apoyo, poderosa razon, gloria y ornato de la Iglesia, porque ésta es la absoluta verdad, y la virtud su más sublime homenaje, y éste heróicamente se rinde en la pobre celda, en el austero refectorio y en el claustro poético; que la poesía es el lenguaje de la belleza, y la suprema belleza es Dios.

Quiso la Revolucion destruir por completo al mundo antiguo, que nacia y descansaba en los brazos de la Cruz; pero la Iglesia no puede perecer, y por ella renacerán todas aquellas épocas, aquellas sociedades y aquellas leyes que la seguian y la representaban en el mundo civil: pudo la Revolucion rayar de sus Códigos las antiguas leyes; pero como viven en el corazon de los españoles, se borrarán de los libros, pero no del de la historia, y por consiguiente ni de nuestro recuerdo, ni de nuestra aspiracion; lo que sucedia en contrario con las leyes romanas, que por su equidad y su justicia merecieron el sobrenombre incomparable de Razon escrita; pero como no encarnaban en aquella sociedad abyecta y corrompida, sus justas y asombrosas leyes eran como admirables discursos pronunciados ante pueblo extranjero, que ni entiende las voces, ni atiende á las actitudes; era como una campana que toca al *Angelus* en las inmediaciones de un serrallo.

¿Qué es un convento? Pues es el Evangelio en accion; es el sínodo de la pureza, la verdad, la ciencia y la justicia. ¿Qué son un fraile y una monja? Pues son los espíritus fuertes, la sublimidad del sér, el triunfo del alma sobre la carne; son un caminante que, rudamente cargado en sus espaldas con el colosal peso de los sentidos y las concupiscencias del mundo y de la vida, sube ruda montaña por áspero sendero, todo orillado de espinas y abrojos, con un suelo de guijos y pedernales, alejándose de una pradera en donde todo son galas de flores, música de aves, sombras de hojas, murmullos de arroyos, alfombras de césped, voces de amor y ruidos de placeres, y en medio, y sobre un magnífico pedestal, el becerro de oro y hombres que enloquecen y mujeres que sueñan; y en tanto, el viajero sigue su erizado camino con los oidos atentos á una música que parece bajar de lo alto, diciendo: «Llegad á Mí los que padecisteis por Mí;» y los ojos parece que no ven, y la sangre se agolpa al corazon, y el sudor corre por sus sienes, y las manos están laceradas, y los piés destruidos, y las ropas raidas, y el fardo cada vez pesa más, hasta que por fin, y tras de medio siglo de incesante caminar, de rudos martirios, llega á la cúspide de la montaña con el corazon jóven y entero y el cuerpo todo en sangre; y allí la ruda carga desaparece, rodando por el despeñadero; la sangre y el sudor se convierten en flores; la Luna está á su lado, y en aquel espejo de plata mira su imágen y se parece á santa Teresa de Jesús, á santa Clara ó á santo Domingo de Guzman, san Ignacio de Loyola ó san Juan de Dios; y á su otro lado está el Sol, y en el centro una cruz reverberando luces y colores entre cánticos no aprendidos y sólo soñados, y una celestial figura que sólo fué dable á Santiago ver sobre el pilar de Zaragoza; y un hombre más hermoso que el Apolo del Belvedere, más varonil que el Antinous de Fidias, más majestuoso que el Moisés de Miguel Angel, más bondadoso que el Divino Jardinero del Corregio, y más sublime y celestial que el Salvador de Rafael; y el caminante cae en los divinos brazos, y quiere llorar de placer y de alegría, y las lágrimas no existen ya en sus ojos; y quiere quejarse de felicidad, y su boca no sabe pronunciar un gemido; y acude al corazon, y allí no hay sino olas de paz y torrentes de bienandanza; y vuelve la vista y mira al fondo, y el valle parece una hoguera, toda oscura de humos, y no se oye en aquella Babel sino un ruido que parece el silbar de una serpiente. ¿Que ha pasado? ¡Oh suprema felicidad! La virtud, por medio del mundo, ha llegado al seno de Dios.

¿Y qué somos nosotros los tradicionalistas? Pues nosotros somos los monjes de la política; nosotros caminamos por áspero sendero, y subimos pendiente y rudísima montaña; tambien llevamos medio siglo de caminar entre espinas, guijos y abrojos; tambien llevamos sobre las espaldas los sentidos y la vida; tambien escuchamos en la llanura los ruidos del placer, el alboroto de las pasiones y los halagos de la ambicion; tambien en medio de un Estado de delicias se alza el becerro de oro que se ha fundido con el sudor y la sangre de nuestros ciudadanos, los ahorros de los contribuyentes y los pósitos, las grandezas de los monarcas y los próceres y los cálices de nuestras iglesias y los relicarios de nuestros mártires; y nosotros seguimos con ánimo sereno, pero todos cubiertos de harapos y de sangre, animados y oyendo una voz que parece venirnos de Clavijo gritando: «Santiago, cierra España,» y ni nos amedrentan los rios que cortan nuestro paso que parecen al Guadalete y al Orbigo, ni los mares de sangre que cubren las llanuras como de Zalaca y Uclés, ni las peñas que interrumpen nuestro camino y que asemejan á Alarcos y Val de Junquera; nada, impertérritos seguimos, que todo camino tiene fin y toda montaña cúspide, y no hay victoria sin lucha ni gloria sin sacrificio, y el camino y la montaña parece que ya concluyen, y allí está el éxito, y ya vislumbramos la gloria, el sol que esclarecia en el mundo cuando hallaba en su carrera la bandera roja y amarilla, lo mismo en el Cabo de Hornos que en el de Magallanes, en el Archipiélago filipino que en las Antillas de América, en el Canal de Mozambique que en los de Holanda, en las islas Azores que en las Marquesas, en Túnez y en Milan, en Sicilia y el Rosellon, en Viena, en Bruselas, en el Haya, en Lisboa, en Nápoles, en Madrid y tantas capitales que son orgullo de muchos reyes, capitolios de muchas repúblicas y territorios de muchísimos Estados, con lenguas distintas, costumbres diferentes, colores opuestos, razas antagónicas, pero todos españoles y todos cristianos; todo un colosal mundo bajo una digna ley, una legítima corona y una salvadora y única fe.

¡Oh maravilloso libro de nuestra historia! ¡Y somos españoles y la sabemos, y no la imitamos! ¡Qué torpeza más insigne y sin disculpa andar con gusto á tientas por entre sombras y ruinas, cuando no hay más que abrir los ojos y mirar cómo la fe católica constituye las naciones grandes, felices y hermanas, como con Recaredo y san Fernando, Isabel I y Felipe II!

Dispensadme esta digresion del entusiasmo, y continúo. Me iba condoliendo con toda amargura de que la devastadora invasion presente invoque como salvoconducto para sus iniquidades lo que llaman ignorancia antigua y civilizacion moderna. Largo, tan largo como fácil me fuera hacer un parangon de las artes y el ingenio entre este nuestro siglo y aquel genuinamente español, el grandioso siglo de Felipe II, á quien san Pio V llamaba «única columna y fundamento de la religion;» pero temo molestaros con la enumera-

cion de nombres tan admirables y conocidos como los de san Ignacio y santa Teresa, Melchor Cano y Salmeron, los Covarrubias y los Sotos, Arias Montano y Luis Vives, Berruguete y Becerra, Mariana y Solís, Cervantes y Herrera, Velazquez y Murillo, D. Juan de Austria y el gran duque de Alba, y miles y miles de aquellos hombres que adelantaron las ciencias, sublimaron las artes y ensancharon las fronteras: hombres sin igual en estos tiempos de la sutileza y el sofisma, del cobre pasando por oro y los guijarros del Rhin por purísimos brillantes: entonces todo era verdad, hoy todo se viste con los mentidos ropajes de seductora ficcion; por eso estos liberales son falsos liberales, y la civilizacion en su marcha, como es mentida, quiere arrollar al mundo antiguo para borrarle de la Historia, y lleva por vanguardia turbas sin creencias, sin ideales y alumbradas tan sólo por las teas con que incendiaron nuestros castillos y nuestros templos; turbas más bárbaras que las de Alarico, quien, segun san Agustin, salvó la vida á muchos senadores y sacerdotes cuando su salvaje entrada en Roma; y si llamamos bárbaros á los visigodos, ¿qué nombre pertenece á los asesinos de los frailes y á los incendiarios de la *Commune*? Ni siquiera imitamos á aquellos que en el cánon 10.º del II Concilio de Sevilla en 619, reinando el virtuoso Sisebuto, el apóstol real, el de las admirables cartas, no sólo ordenaron la conservacion de los monasterios que se construian, sino la de todos los antiguos, porque aquellos *bárbaros* godos destinaban las tercias de sus tributos para el sostenimiento de sus catedrales, monasterios ó iglesias, como así lo dispusieron el cánon 8.º del Concilio Tarraconense de 516, el 2.º del de Braga de 572, el 16 del de Mérida de 666, y, para concluir, el Concilio XVI de Toledo convocado por Egica.

El mismo Teodorico, aquel poderoso soberano que primero nos hermanó con los suevos, aquel bárbaro que no sabia escribir, dispuso la conservacion de los grandes monumentos romanos en España.

Y de este modo, y con esta proteccion, en tiempo de los bárbaros se levantaron aquellos magníficos templos que nos describen con asombro san Juan de Viclara y san Isidoro, Paulo é Idacio, san Eulogio, san Ildefonso, y que hasta llegó á conocer Ambrosio de Morales, dándoles todos por maravillas y grandezas, con aquel arte nuevo cristiano que entre múltiples naves y reducidos ajimeces daban á los templos aquella misteriosa sublimidad, como representacion ó recuerdo de la vida de las Catacumbas.

Y entonces se conservaban de los romanos las catedrales de Abdera, Eliberitana, la Egabrense, la de Elepla, la de Tucci, la de Emerita Augusta, la Lucense y la de César Augusta; y se construyeron la de Cartagena, la de Orense, la de Barcelona, y no continuaré por no molestaros, y porque fuera inmensa la relacion si la perseguíamos á través de los piadosos reinados de Sisenando, Wamba y Sisebuto; sólo permitidme recordar la catedral de Toledo, restaurada al culto y al arte por Recaredo al año de su reinado y antes de la conversion pública; acto que demuestra cuán del principio era católico, segun se comprueba por la dedicacion del templo, grabada en una columna coetánea del rey, y que para su gloria así lo declara y se conserva en la catedral de San Fernando.

Pero no sólo la invasion de los godos, que ni la misma de los árabes destruyó todos los templos, sino que, por el contrario, dejó muchos con libre culto á los cristianos, como el del Sepulcro en Valencia, fundado por Recaredo; la catedral de Cartagena, reparada por el vándalo Gunderico, y el de San Cecilio en Eliberi; y aún más: los árabes, al imponer aquella dura contribucion á los cristianos, por la que les cobraban las cuatro quintas partes de sus cosechas, y en virtud de tratados como el de Mérida, establecieron una capitacion de la que libertaban á las mujeres, niños, mendigos y monjes. ¡Qué diferencia! Todos estos pueblos dominadores con razas distintas, religiones diferentes y sin trabas á su ambicion y á su mandato, atendian á la Iglesia católica con proteccion los primeros, y á los sacerdotes con exclusiones los segundos; y hoy alardeando de Estado y Gobiernos católicos, con palabras muy dulces y con leyes tan engañosas como las del Concilio de Sirmo y el de Leovigildo, hoy en el nuevo Código civil ni hay garantías ni excepciones para la Iglesia; se lanza con demostrada injusticia, pública arbitrariedad y protestante desprecio una línea de nivel para todo el mundo, pretendiendo hacer pasar por tan baja puerta la grandiosa figura de nuestros sacerdotes; de esos hombres consagrados por la Iglesia, ante cuya admirable y portentosa representacion se detuvo Atila; de esos hombres que nos recogen en la cuna para abrirnos con el bautismo antes los ojos á la fe y á la verdad que la naturaleza los descorra para la luz; á esos hombres á quienes encontramos por nueva vez en el altar para consagrar con el sacramento de su bendicion el lazo que nos une á nuestros amores, á la compañera que nos ha de seguir por el derrotero del mundo guardando nuestro honor, prodigándonos consuelo y tranquila felicidad; y en aquel terrible instante en que la tierra parece que va faltando bajo nuestros piés, y en que la luz se apaga en nuestras pupilas, y la sangre se aleja del corazon, y cayendo en el lecho del último dolor parece que rodamos hasta la puerta de la eternidad, esos mismos hombres recogen nuestro espíritu, y envuelto en los blancos cendales de la fe lo elevan á Dios por medio de aquellas mismas sus santas bendiciones.

¿Y estos hombres pueden ser iguales á nosotros? No, jamás.

Y sin embargo las modernas leyes á ello tienden y así lo determinan.

Pero todas estas innovaciones no pueden subsistir ni menos prevalecer: tristes y duros tiempos alcanzamos, que á nosotros toca sufrir el justo castigo de Dios por las iniquidades de todo un siglo; de ese siglo desdichado que casualmente celebran y conmemoran en estos momentos con los revolucionarios franceses los revolucionarios de todo el mundo. Pero el brazo del Juez y Vengador divino se desarma con la oracion, y nosotros rezamos en toda España. ¡Cuán oportunamente el recuerdo y las fiestas del centenario de la unidad católica ponen hoy el símbolo de Nicea en la boca de todos los verdaderos españoles! Animo, pues, y esperanza; Recaredo salvó á España del error arriano, y Recaredo restaurará nuestra abatida nacion por nuestras oraciones y nuestro esfuerzo; y la unidad de la fe nos tornará á aquellos benditos siglos, á aquellas sublimes grandezas de nuestra historia: volverán, sí, volverán; y si quereis una prueba de este seguro y magnífico porvenir, mirad á Venecia, y allí vereis un nuevo Recaredo que aguarda, como aquél desde Narbona: mirad á los tronos de nuestras catedrales, y, en donde no hay un Leandro ó un Isidoro, se descubre á un Maussona: mirad al Vaticano, y parece que desde allí nos bendice un san Gregorio el Magno: mirad por la montañosa extension de nuestra patria, y vereis que son muchos los que alardean de enemigos y herejes, como los congregados en el concilio de Leovigildo, pero á los que arrastra, funde y convence el pueblo genuinamente español, esa admirable raza que aprendió la eterna verdad de nuestro venerando y amantísimo Apóstol que nos guarda desde Compostela: ese pueblo que ha regado con su sangre las arenas de los circos paganos con los brazos abiertos en cruz; que acudió á Covadonga y Urel con Pelayo y Garci-Jimenez; que llevó la cruz de los ángeles con Alfonso el Católico hasta el Duero, con Alfonso el Magno hasta el Mondego, con el VI al Tajo, con el VII al Guadiana, con san Fernando hasta el Guadalquivir, con D. Jaime hasta el Ebro y el Turia, con los Reyes Católicos hasta el Darro, y siendo ya poco límite para este pueblo la grandeza de los rios, lanzándose á los mares, rompieron con la fe y el heroismo la raya misteriosa de todos los antiguos límites del mundo, poniéndole de rodillas delante de una cruz que remataba el glorioso estandarte de la patria; pues bien: ese pueblo de los grandes martirios, de las grandes virtudes, de inagotable fe y de ilimitados sacrificios; ese pueblo que conserva á través de los siglos la primitiva sangre y el primitivo teson de Sagunto y de Numancia; ese pueblo que nos ha de regenerar y salvar, ese pueblo aún existe; esa pura raza española ha estado aún en este siglo con Churruca en Trafalgar, con Castaños en Bailen, con Zumalacárregui en Descarga y con Carlos VII en Lácar y Somorrostro.

Y es ley de la historia que pueblos y razas sin mision, cuando ésta acaba, desaparecen; y así el Imperio romano, en cuanto abrió con su dominio la peregrinacion natural del Catolicismo, sin seguirle, fué arrollado por otros hombres que castigaron su maldad, su depravacion y su empequeñecimiento; y á su vez los godos, que habian olvidado las virtudes de algunos de sus reyes para dar en las monstruosidades de Witiza y en las liviandades de D. Rodrigo, se ahogaron en un solo dia en las sangrientas aguas del Guadalete; y los africanos de Taric, en cuanto afirmaron en España, por toda la vida del mundo, la fe salvadora de Cristo, se durmieron entre perfumes y odaliscas en los aljamiados salones de la Alhambra para despertar, lejos de nuestra tierra, en los justicieros brazos de la derrota y la muerte.

Pues bien: la gran comunion tradicionalista, tantas veces engañada, pero jamás vencida, esta nobilísima raza española para algo fué preservada y sostenida por Dios sobre el pintoresco, católico y amantísimo suelo de las Españas; nuestra mision subsiste, y la realizaremos para honra nuestra, servicio de la Iglesia y grandeza de la patria, permaneciendo fieles á nuestra bandera, agrupándonos en torno de nuestro augusto Jefe y alzando la vista á la tradicion, la conducta á la virtud, la política á la justicia, el deber á la lealtad, la iniciativa al heroismo, el pensamiento á la patria, el corazon al rey, el alma á Dios y la esperanza á la triunfadora y sacratísima Vírgen del Pilar.

30 de Mayo de 1889.

TRAVANCOR

I

Este pequeño reino de Travancor, sito al Sud de las Indias orientales, aunque poco conocido en Europa, reviste el mayor interés para todo aquel que ha tenido ocasion de observar de cerca su perpétuo verdor, rica vegetacion, antigua monarquía y sorprendente variedad de poblacion, con sus diversas lenguas, extrañas costumbres, florecientes Misiones y naciente civilizacion.

Travancor abunda en atractivos para el estudio de la naturaleza, de la religion y de la humanidad. El naturalista encontrará aquí una in-

VISTAS Y MONUMENTOS DE TRAVANCOR

1. PARTE EXTERIOR DE LOS MUROS DE LA PAGODA DEL CABO COMORIN.—2. CASCADA AL SUD DE TRAVANCOR.—3. VISTA AL SUR.—4 ENTRADA AL RECINTO DONDE SE LEVANTAN LOS PALACIOS DEL REY EN TREVANDRUM.—5. PATIO DE LA PAGODA DE TREVANDRUM; LOS BRAHMANES LLENAN DE ACEITE LOS PLATOS DE LOS PILARES Y LOS ENCIENDEN POR LA NOCHE.—6. MUSEO PÚBLICO DE TREVANDRUM.

finita variedad de animales: elefantes y tigres reales tan numerosos en algunas partes que los montesinos se ven precisados á edificar sus barracas en las ramas de los árboles: toros feroces, panteras, ciervos, osos, monas, cocodrilos, serpientes, etc., etc.

El botánico encontrará tambien mucho de interesante. Las frecuentes lluvias tropicales hacen del reino un jardin de perpétuo recreo. El país está coronado de graciosas palmas, extensos bosques de teca, ébano, sándalo y otras preciosas maderas. Los productos económicos, como el café, el té, el algodon, etc., van tomando gran desarrollo merced á las Compañías inglesas que los explotan.

Puede asegurarse que el historiador y el arqueólogo tienen todavía que dar principio á sus trabajos en Malabar, examinando las antiguas pero hasta el presente inaccesibles pagodas con sus indescifrables inscripciones é investigando recuerdos y usanzas que podrian arrojar gran luz sobre el orígen de sus extrañas leyes y sobre puntos interesantes de la Sagrada Escritura.

El etnólogo tiene vasta esfera para su estudio en la variedad y mútuo contraste de las costumbres de más de 420 castas indígenas, además de las mixtas descendientes de los portugueses, holandeses, etc.

El hombre de Estado tiene tambien ancho campo donde desplegar su accion. Desde luego se le ofrece un gran problema, á saber: «Decidir por qué medios el indígena llegará á verse libre de las bárbaras leyes que le rigen, dotado de libertad, y qué parte deberá tomar en el gobierno de su reino.»

El católico, sobre todo, si bien no podrá menos de deplorar la grosera idolatría, el culto expreso del demonio, las abominables supersticiones, la ignorancia, el envilecimiento de las castas bajas y el desprecio de la mujer; recibirá, sin embargo, gratas impresiones y alentará lisonjeras esperanzas al ver que la civilizacion comienza, que la educacion hace progresos, y en fin que sólo en este pequeño reino alimentan los Carmelitas Descalzos á 385,000 católicos con la doctrina santa del Evangelio.

II

Las Misiones de Quilon y Verapoly abrazan los pequeños reinos de Travancor y Cochin; esto es, toda la costa llamada con propiedad Malabar. Estos dos reinos físicamente considerados forman un verdadero microsmos oriental, una tierra de sorprendentes contrastes. En su escenario se ven descender del centro del Asia los encumbrados montes Gates en línea casi paralela con la costa del mar, del que distan unas 13 leguas. Los inmensos bosques, albergue de las fieras, distan muy poco de las ciudades, donde uno encuentra un remedo de civilizacion europea que se manifiesta en los edificios, como colegios, museos, oficinas del Gobierno, etc.

Numerosos rios y extensos lagos dan á la Mision de Verapoly el aspecto de un archipiélago. A un tiro de piedra y en línea paralela con la costa del mar, un canal une Cochin con Trevandrum en una distancia de 48 leguas. Dicho canal encuentra á su paso grandes lagos y tiene comunicacion con el mar por diferentes partes. Aunque las canoas son muy incómodas, nada más placentero que viajar por aquellos pequeños mares cuando el naciente sol dora ó el plateado resplandor de la luna cubre de un silencio melancólico los numerosos islotes cuya corona de atrevidas palmas sepulta entre sus sombras multitud de barracas, pagodas y primorosas bellezas naturales con que Dios se ha complacido enriquecer este país.

Las cuatro grandes ciudades que el canal une son: 1.ª *Cochin* (puerto de mar), cuya historia religiosa y política, bajo los Gobiernos indígena, portugués, holandés é inglés, está llena de interés. 2.ª *Aleppy* (puerto de mar), con 30,000 habitantes, en su mayor parte mahometanos. 3.ª *Quilon* (puerto de mar), ciudad la más antigua de Malabar, con 85,000 habitantes 4.ª *Trevandrum*, Corte del Rey de Travancor. Esta ciudad tiene un diámetro de 2 leguas. Los palacios, los edificios públicos, las hermosas casas de los europeos y los tugurios de los indígenas se hallan en completo desórden y mezcolanza.

Si dejamos Trevandrum, dirigiéndonos hácia el Sud, el encanto de las nuevas perspectivas aumenta sucesivamente. Vastos valles de arroz que cual rios de verde líquido serpentean por el quebrado suelo: una arboleda sin fin de copudas palmas, cocoteros, plátanos, etc.: varios y caudalosos rios que vierten sus aguas en el espumoso mar: numerosas colinas y negruzcas rocas que escondiendo su cumbre entre las nubes, diríase que habian sido colocadas por la divina Providencia para que el hombre, contemplando desde allí tan admirables contrastes, aprecie el admirable panorama de la Creacion y la omnipotencia de su Hacedor. ¡Cuánto ensalzó Dios al hombre al constituirlo fin utilitario de tantas bellezas! Es la primera idea que se ofrece al alma cristiana cuando extiende su vista sobre Travancor. ¡Cuánto se envileció el hombre por su pecado! Es el segundo pensamiento que sugieren á la mente estas muchedumbres sepultadas en la más abominable idolatría y grosera ignorancia.

(Se continuará)

HIJO Y MADRE

(CUADRO HISTÓRICO)

I

Al finalizar el siglo IV de la Era cristiana, terminada ya la persecucion religiosa suscitada por Juliano el Apóstata, volvió la Iglesia á disfrutar los beneficios de la paz bajo el reinado de Joviano. Pero ya sus sucesores Valentiniano y Valente tuvieron que gobernar el Imperio en muy malas condiciones porque los visigodos y otros pueblos bárbaros se insurreccionaron contra los Césares. Empezó entonces la época de confusion y desorden que en menos de un siglo dió al traste con el Imperio romano, y el mundo todo, segun los escritores contemporáneos, gemia como enfermo agobiado por agudos y violentos dolores. Donde la guerra no asolaba campos y ciudades, el hambre y la miseria causaban numerosas víctimas, y donde no reinaba alguna calamidad material, dividia los ánimos y enconaba las voluntades la peor de cuantas calamidades se conocen, la discordia religiosa.

Cierto que el paganismo, herido de muerte, agonizaba; que la Iglesia ganaba terreno en todos los ámbitos del Imperio, pero la idolatría moribunda luchaba todavía, y cambiando de formas engendraba una tras otra multitud de herejías que traian confusos y revueltos los entendimientos más privilegiados.

Entre las herejías más extendidas y peligrosas descollaba la maniquea, que especialmente perturbaba el África. Era el maniqueismo una doctrina religiosa, política y social que pretendia sustituir al cristianismo. En poco tiempo logró numerosos prosélitos, prometiendo á las ansiosas muchedumbres una reforma social que cambiando el estado del mundo haria desaparecer rápidamente los males que le aquejaban, para dar paso á una Era de completa y nunca vista felicidad.

Las halagüeñas esperanzas que sembraban por doquiera los discípulos de Manes, unidas á cierta elevacion mística que en sus discursos aparentaban y al misterio en que envolvian su organizacion, llevábronles multitud de jóvenes estudiosos, extraviados por la fuerza de sus pasiones los unos, y engañados los otros por la flaqueza de su razon.

Cartago, la antigua rival de Roma, resucitada de sus ruinas materialmente, pero esclava de su dominadora, abrigaba por aquel entonces multitud de jóvenes maniqueos que, educados en el paganismo ó mal avenidos con las reglas de la Iglesia católica, empleaban lastimosamente ciencia é ingenio en hacerle guerra cruel y encarnizada.

En una noche de fines de Setiembre del año 379, varios de los tales jóvenes celebraban con un espléndido banquete el triunfo alcanzado por uno de ellos en el teatro de Cartago, donde el proconsul Vindiciano le habia coronado solemnemente como vencedor en un certámen de poesía. El pueblo entero se unió al Proconsul y tributó con sus entusiastas aplausos tal ovacion al jóven maniqueo, que desde entonces fue éste considerado como una de las glorias de Cartago.

Reinaba la mayor alegría en el banquete; la juventud de todos los que á él asistian, el recuerdo de los aplausos que habian escuchado en el teatro, la satisfaccion de que uno de los suyos hubiese obtenido la victoria y sobre todo las abundantes copas de exquisitos vinos que ya habian vaciado, desataban las lenguas, enardecian los entendimientos y animaban las fisonomías de la escogida concurrencia.

Pero para ser justos debemos decir que mucho más que á las causas señaladas debíase la alegría que reinaba en el banquete á la entrañable amistad que todos profesaban al laureado jóven, pues se complacian en su triunfo como en cosa propia. Bastaba ver las atenciones que le prodigaban y las incesantes muestras de cariño que le daban para convencerse de que todos le querian con entusiasta afecto y que no habia ninguno que se atreviera á disputarle la supremacía. Cuando hablaba todos estaban pendientes de sus labios; cuando expresaba una idea todos la aplaudian y celebraban, y cuando permanecia silencioso todos le miraban y contemplaban, no sólo con amor, sino con cierta especie de reverencia. Veíase claramente que aquel jóven reinaba sobre sus compañeros como dueño absoluto, pues á pesar de la modestia que guardaba y de la amabilidad y dulzura con que trataba á todos, ni uno solo se atrevia á contrariarle.

Sentado, mejor dicho reclinado á la usanza romana, casi en el centro de la media herradura que formaba la abundante y bien provista mesa, era el foco de todas las miradas. En su cabeza altiva y grave brillaba la corona de laurel de oro que por la mañana le habia colocado el proconsul, pero más que las hojas del rico metal, brillaban los ojos del jóven, porque una inteligencia soberana parecia que á cada momento se asomaba por ellos. De su despejada y anchurosa frente brotaban las llamas del genio, y el corte y la finura de sus labios revelaban los tesoros de elocuencia que encerraba su boca. La regularidad y hermosura de sus facciones, á las que un tinte ligeramente bronceado prestaba africano sello, la elevada estatura y perfectas proporciones de su cuerpo, pero sobre todo la expresion dulce, serena y majestuosa de su mirada, demostraban que el héroe de la fiesta merecia el cariño entusiasta que sus compañeros le profesaban, no menos que las distinciones con que sus conciudadanos le habian honrado.

Aún no contaba veinticinco años y sin embargo veíanse en su anchurosa frente tempranas arrugas que acusaban ocultos combates, y por su

abundante y negra cabellera alguna indiscreta cana revelaba largas noches de estudio y de sufrimiento.

Mas en el momento en que por primera vez le vemos todo era para él dicha y alegría. Entregábase á ambas con la expansion propia de su edad y de su comunicativo corazon, y reia y bromeaba con todos sus amigos, no sin que entre risas y bromas hablase de vez en cuando de literatura y filosofía, asuntos predilectos de sus compañeros.

—Mi querido Alypo,—decia dirigiéndose con dulce voz á uno de los que estaban á su lado;—cuando volvamos á Tagasto, no tendremos tan buenos amigos como aquí: desecha los insanos pensamientos que te asaltan y goza ahora con nuestra alegría.

—No pienses—dijo al oir estas palabras otro de los concurrentes—en volver á Tagasto, que no se ha hecho aquel pueblucho para tu genio. Si tu madre desea verte, que venga aquí, pues no es cosa de que te hundas y oscurezcas en un villorrio, cuando puedes ser la gloria de Cartago y hasta de la misma Roma.

—Tiene razon Honorato,—repuso un tercero, y dirigiéndose al jóven laureado añadió:—Las primeras pruebas que en tu patria has hecho, las victorias que en ella has alcanzado, dan clara muestra de las que alcanzarás en adelante si logras tener un pueblo digno de tí. La juventud estudiosa de Cartago sigue tus explicaciones con júbilo, admira tu elocuencia, celebra tu ingenio; pero no basta para crearte una reputacion que se extienda por el mundo. ¿Cómo, por lo tanto, piensas en ir á Tagasto, miserable aldea que sólo será célebre dentro de algunos siglos por haberte dado á luz, pero que ahora te dejaria morir de hambre? ¡Qué! ¿piensas dedicarte á desasnar chiquillos enseñándoles gramática y retórica? Tu genio no se ha hecho para eso; tu puesto no está allí. Eres filósofo, eres orador, eres apologista, y hoy dia sólo hay una ciudad en el mundo digna de tí. Esa ciudad es Roma. Marcha á Roma y todos te acompañaremos. Abre allí una cátedra, ya verás como al poco tiempo los ilustres patricios vienen á aplaudir al profesor africano como en otros tiempos á Ciceron.

—¡Bien dicho, bien dicho!—exclamaron á una todos los concurrentes!—¡á Roma! ¡á Roma! ¡En Roma está el porvenir, en Roma está la gloria!

Costó algun tiempo restablecer la calma. El jóven objeto de esta ovacion se sonreia al oir á sus amigos, pero se sonreia con visible satisfaccion como si el pensamiento que acababan de exponerle respondiera perfectamente á lo que su corazon deseaba. Trató de oponer dificultades, pero Facundo, el jóven que acababa de hablar, volvió á tomar la palabra.

—Las objeciones que hace Agustin—dijo—son puramente personales y deben ceder ante el interés general y la conveniencia de nuestra causa. ¿Y quién de vosotros no conoce que para lograr el triunfo de la doctrina que profesamos, para llevar á cabo la reforma social que nos recomienda Manes, para acabar con el caduco politeismo arrumbando las divinidades paganas y coartar al mismo tiempo el prodigioso vuelo que va tomando el Obispo de Roma debemos luchar con ambos en su propio territorio? En Roma necesitamos oradores y filósofos como Agustin, porque en Roma están nuestros dos enemigos, moribundo el uno, pujante y vigoroso el otro. Brindo, pues (añadió levantándose y alzando una copa), por los próximos triunfos de Agustin en la ciudad de los Césares y de los Papas.

De pié todos, con las copas en las manos iban á brindar cuando Agustin, despojándose de la corona que aún llevaba en su cabeza, se la ofreció á Facundo diciéndole:

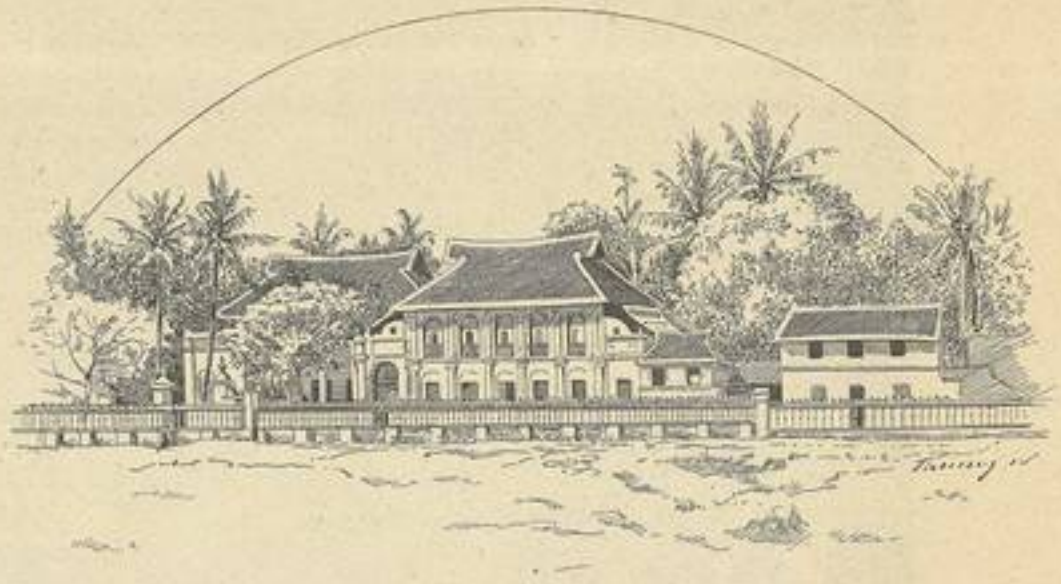
—Mejor que yo la mereces. Me has convencido.

Y luego dirigiéndose á todos con admirable entonacion y entusiasta acento exclamó:

—Sí, amigos queridísimos, iré á Roma; iré allí para llevar la luz de la verdad á las inteligencias que aún no la poseen; iré para combatir sin tregua ni descanso contra los errores antiguos y las modernas falsedades, é iré para sembrar en los corazones la preciosa semilla de la sabiduría. No ignorais con qué pasion amo la verdad; ya sabeis con qué interés la he buscado y qué angustias he sufrido hasta encontrarla entre vosotros. Quiero evitar á otros muchos las penas que he pasado. Tiende el entendimiento humano á la verdad por natural impulso, y nada hay que le duela tanto como verse alejado de ella. Yo he sentido tan terrible dolor, yo he probado esa amargura que fuera insoportable si la amistad, precioso don del cielo, no viniera á mitigar la pena y endulzar el acibar que consigo trae la duda. A vosotros, mis queridos amigos, debo el consuelo más exquisito que he gustado en mis penas; á vosotros las más puras alegrías que he gozado en estos años. Vosotros sois la mitad de mi alma, la vida de mi vida. Por no separarme de vosotros no corria tras la gloria que me llama con poderosa voz; pero si vosotros venís conmigo á Roma, vayamos á Roma cuanto antes. Allí nos espera la gloria. Desde allí la fama llevará nuestros nombres por el mundo, y con nuestros esfuerzos regeneraremos á la sociedad que perece. Teneis razon, Cartago es poco para nuestra obra: ¡á Roma, á Roma! que allí guiados por la luz de la ciencia, fortalecidos y sostenidos por nuestra preciosa amistad, no formando más que un cuerpo con una sola alma alcanzaremos un triunfo mayor que el que hoy he logrado, porque será el triunfo de la humanidad, el triunfo de la razon, el triunfo del espíritu maniqueo, la completa reforma del mundo.

Los bravos, los aplausos y los abrazos al orador se sucedieron durante largo rato, hasta que por fin terminó el banquete, y los comensales se retiraron á sus casas.

(Se continuará)



TRAVANCOR.—AUDIENCIA DE TRIVANDRUM

LA NAVEGACION SUBMARINA

IV

Despues de Monturiol, en 1863, construyó Astilt en Mobila (Estados-Unidos) un buque auto-sumergible de hierro fundido y de 21 metros de eslora: dividia el barco en dos partes iguales un tabique horizontal, sirviendo la superior para uso de la tripulacion y maquinaria, y la inferior estaba subdividida en cierto número de compartimientos, que podian recibir, segun las necesidades que convenia satisfacer, aire, agua, carbón, ó víveres; navegaba con el auxilio de hélices movidas por vapor cuando iba por la superficie, y por motores eléctricos cuando marchaba sumergido. Un hombre, colocado en la garita de la cámara, vigilaba el exterior y marcaba el rumbo: el buque se hacia invisible sumergiéndose solo 0,91 metros, y á esa profundidad quedaba todavía bien alumbrado su interior por la luz solar.

En el mismo año 1863 se hicieron pruebas en Rochefort con el barco auto-sumergible *Plongeur*, ideado por el almirante francés Bourgeois y construido bajo la direccion del ingeniero naval Brun: la forma del buque era la de un pez grueso, ó un cigarro corto y aplanado en un tercio de su circunferencia. Media 44'5 metros de eslora, con un puntal de 3'6, y calaba á flote 2'8 metros, quedando 0'8 de obra muerta. Tenia un hélice á popa, un timon vertical y dos horizontales, que facilitaban su emersion y su inmersion. Estaba dividido el barco de popa á proa en dos partes por una crugía; una division servía para la máquina, y la otra contenia en una série de tubos aire comprimido á doce atmósferas. Debajo de estos compartimientos tubulares se hallaban otros destinados á recibir el agua necesaria para la inmersion del buque. Por medio de un mecanismo particular podia desprenderse á voluntad del casco una parte, transformada en bote salvavidas para la tripulacion, compuesta de doce hombres.

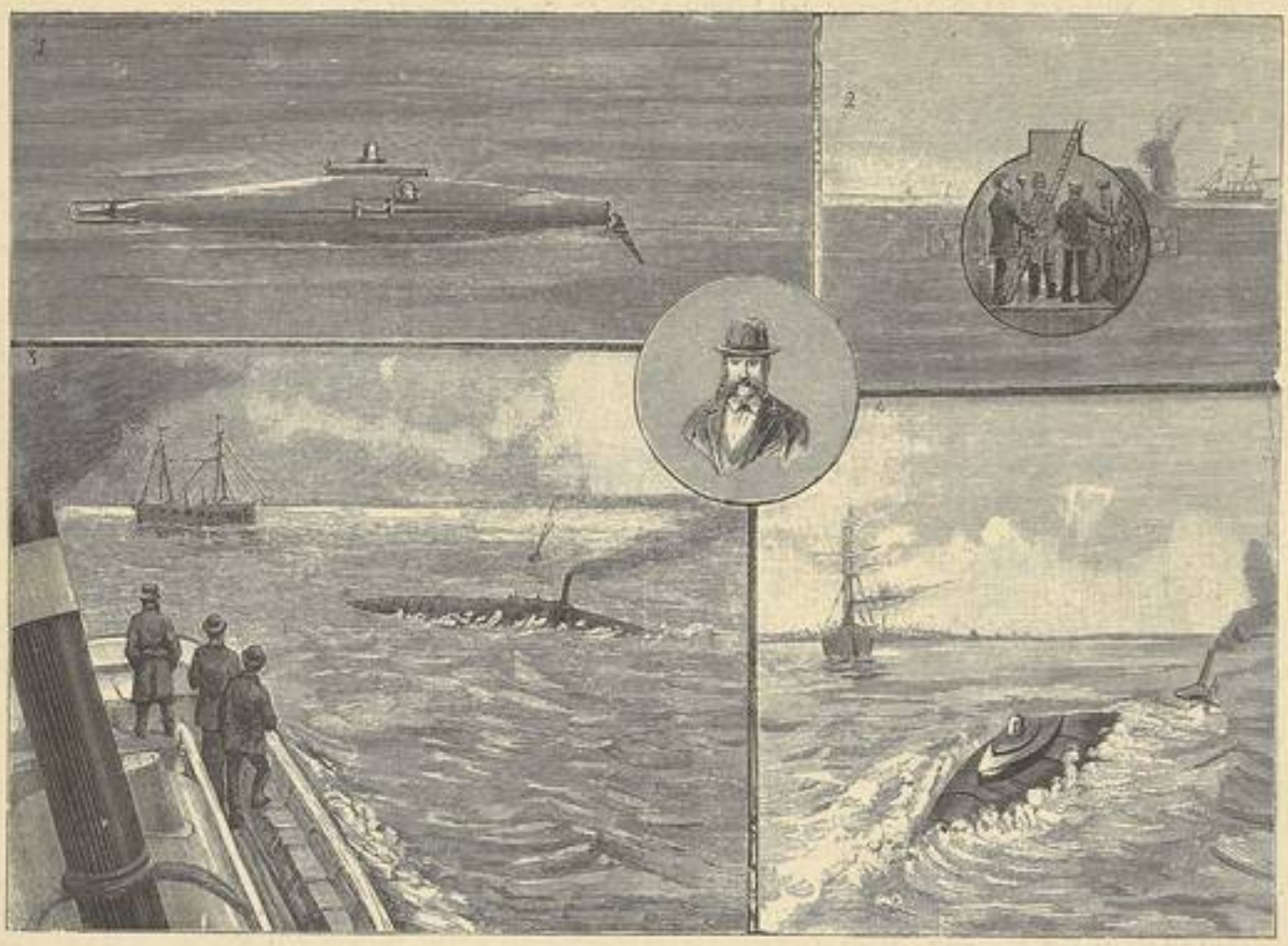
De la misma forma del *Plongeur*, poco más ó menos, era otro submarino que el americano Winan ensayó en el Támesis el mismo año 1864, y despues perfeccionó para el *Yacht-Club* de San Petersburgo: consistia en un cilindro de plancha de acero que terminaba en dos agudas

proas, con una eslora de 78 metros y una seccion transversal de 4'88 metros de diámetro. Del casco, que casi enteramente se sumergía, se destacaban en lo alto un puente con dos chimeneas y dos palos. Dividido el interior en ocho compartimientos estancos, quedaba alumbrado por varias portillas de luz colocadas al rededor. Además de la quilla de hierro llevaba en la bodega lastre para asegurar la estabilidad: junto á las hélices iban á popa y á proa dos timones de hierro. Contenia un aparato ventilador muy curioso, movido por las máquinas generales del barco, las cuales eran de alta presion y desarrollaban una fuerza de 1,500 á 1,800 caballos.

por los confederados; pero el inventor del primero desapareció antes de las pruebas, evidenciándose de ese modo la poca seriedad del invento, y los segundos y terceros no hicieron nada de particular en pro de la navegacion submarina, aunque sus tripulantes fueron en varias ocasiones verdaderos héroes, tanto por su conducta cuanto porque maniobraban en buques que hacian ineficaces ó contraproducentes muchos de sus titánicos esfuerzos. Allí nacieron y murieron el ensayado en el lago *Michigán* y el de *Villeroy*, de hierro y de 31 piés de largo, probado en Newcastle con gran éxito, que no impidió su inmediato abandono.

les introdujo excelentes aparatos de gobierno bajo el agua, un nuevo motor que lo impelía, la seguridad para lanzar torpedos y los cañones neumáticos, que lanzaban proyectiles de 150 libras de peso á 150 yardas de distancia cuando flotaba el buque, y á 40 cuando los disparaba bajo el agua.

Uno de los más notables buques submarinos recientes es el de Nordenfelt, construido el año 1885 en Estocolmo: consistia en dos conos de plancha de acero, unidos por sus bases; su eslora era de 64 piés y el mayor diámetro de 9; en el centro tenia una escotilla circular, que servía de entrada y de observatorio para los tres hombres



EL BUQUE SUBMARINO DE NORDENFELT

Retrato de Nordenfelt.

1. Acto de lanzar un torpedo.—2. Seccion transversal.—3. Experimentos fuera del puerto.—4. El submarino remolcado fuera del puerto.

La guerra separatista de los Estados-Unidos (1861 a 1865) dió nuevo impulso á las construcciones de buques submarinos. El Gobierno de Washington encomendó á un ingeniero francés la construccion de un torpedero sumergible, destinado á volar en Norfolk al terrible *Merrimac*, el célebre buque confederado. Tenia el torpedero la figura de un cigarro, con 35 piés de largo por 6 de diámetro, y en su interior habia un compartimiento ocupado por el agua necesaria para su descenso, la que podia expulsar á voluntad con el auxilio de dos bombas impelentes. A pesar de aquel lastre, necesitaba llevar á bordo el torpedero 16 hombres para asegurar la inmersion. Marchaba lo mismo en la superficie del mar que entre dos aguas, con el auxilio de ocho pares de remos colocados simétricamente en las bandas.

Allí tambien nacieron los *Stromboli*, que así llamaron los federales á su tipo favorito, contra los *David*, autosumergibles tambien y preferidos

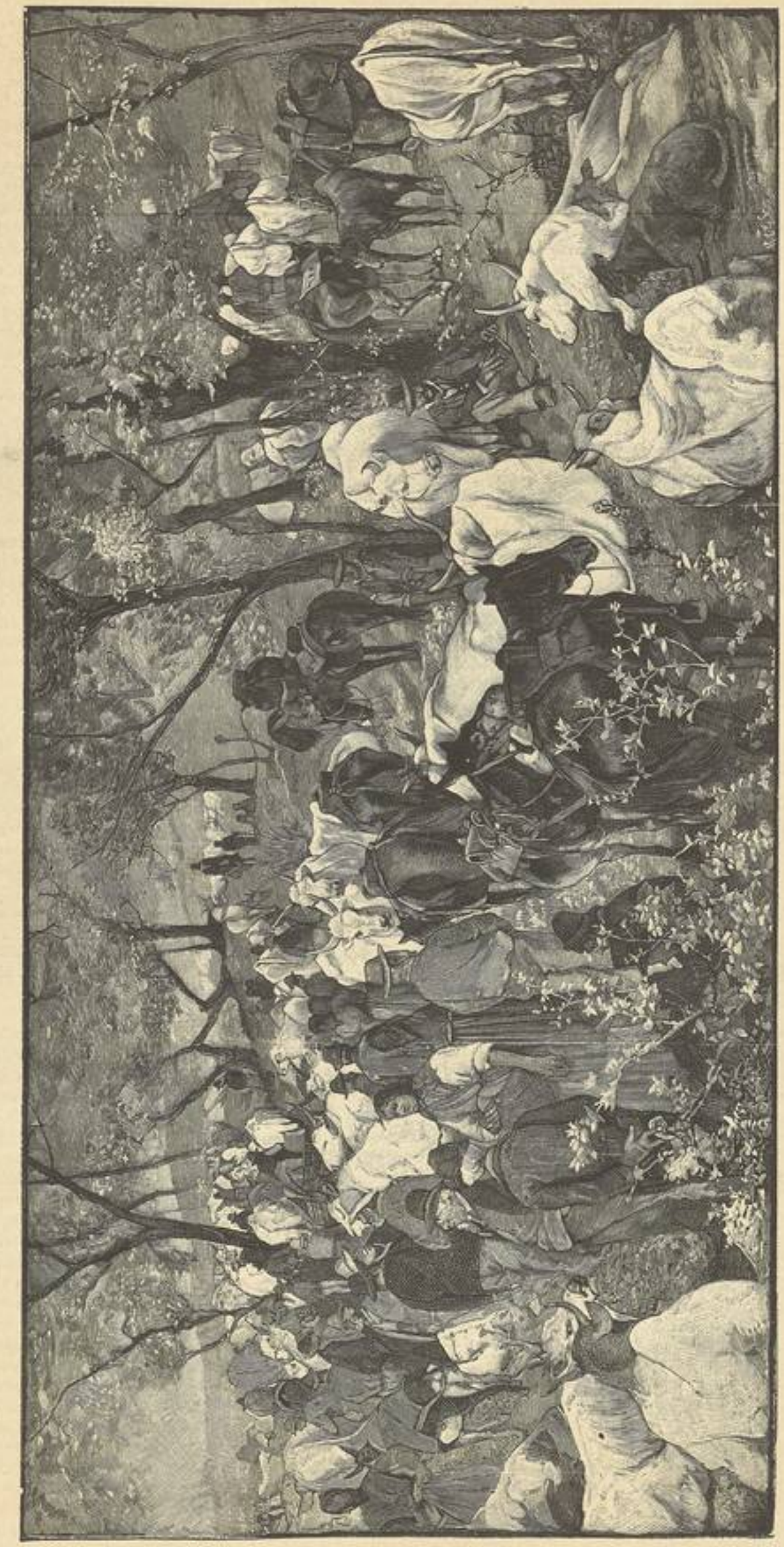
Un mecánico de Estocolmo construyó en 1865 un barco que recorria considerable distancia por debajo del agua. Por el mismo tiempo se hizo el barco buzo de Deschamps que presentaba la particularidad de que un tripulante podia sacar los brazos por unas aberturas, en las que iban adaptadas dos mangas de cauchú.

En 1872 construyó Halstead su *Intelligent Whale (ballena inteligente)*, en Brooklyn. Era una embarcacion de 9 metros de eslora; llevaba 13 hombres de tripulacion y tenia varios compartimientos estancos, aislados é impermeables, felicísimamente dispuestos.

Vienen despues, en 1876, los botes submarinos de Garrett: el *Resurgam*, que así se llamaba el primero, tenia 45 piés de largo, y su forma era la de un cilindro, terminado por ambos lados en cono. En la parte central y cilíndrica llevaba timones y émbolo de desplazamiento.

Desde 1877 en adelante Holland, de Nueva-York, construyó cuatro submarinos, en los cuales lo tripulaban; en sus brazolas llevaba varias portillas de luz. El centro del bote, debajo de la escotilla de entrada, era el único espacio libre; por la parte de proa de este espacio habia una caldera que generaba el vapor necesario para accionar una máquina colocada en la parte opuesta. El bote se movía horizontalmente por medio de una hélice, así como otras dos, dispuestas por la parte de fuera y en medio de su eslora, servian para contrarrestar la fuerza ascensional, haciéndolo sumergir á voluntad del operador y de una manera gradual, hasta cierta profundidad. Cuando el barco descendia más de lo necesario, el agua misma movia una válvula de balanza, y entonces el vástago de ésta cerraba la de cuello de la máquina motora, parándose todo movimiento. A proa llevaba dos timones compensados.

Poco despues, en 1887, hizo el mismo constructor dos buques autosumergibles para el Gobierno turco, los cuales, al parecer, tuvieron



MERCADO EN EL APENINO TOSCANO (CUADRO DE JUAN FATTORI)

DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID

buen éxito, tanto en la superficie de las aguas como debajo de ellas. El último submarino de Nordenfelt, construido en el mismoaño, tiene 125 piés de eslora por 12 de manga, y 230 toneladas de desplazamiento cuando está completamente sumergido y 160 á flote. Lleva dos hélices de ejes verticales colocadas en los extremos del casco, que sirven para hacerlo sumergirse y para vencer la fuerza ascensional de 500 libras que posee el buque bajo el agua. Su máquina es de 1,000 caballos de fuerza, y trabaja á diez atmósferas de tension, siendo su andar de 15 millas en la superficie y de 5 sumergido. Va provisto de cuatro timones horizontales, dos á proa y dos á popa, y dos cúpulas que le sirven de observatorios. Su armamento consiste en dos tubos á proa para lanzar torpedos *Whitehead* y en dos ametralladoras *Nordenfelt*.

(Se continuará)

FILANTROPÍA Y CARIDAD

Clemente y Julian eran dos amigos íntimos, pero de muy opuestos sentimientos. Clemente era cristiano: Julian no lo era, ó habia dejado de serlo. Pero era un alma generosa, un espíritu reflexivo. Era rico por otra parte, y no hacia nada... lo cual es el último de los oficios, cuando no se reemplaza una profesion determinada con una vida de estudios, sobre todo con la vida de buenas obras.

Un dia, pues, que no sabia en qué emplear sus diez dedos, pero sobre todo su inteligencia y su corazon, Julian concibió una gran indignacion contra el argumento que acostumbran á sacar los católicos en favor de la Religion, del hecho de ser ellos casi los únicos que practican la caridad.

—¿Creeis, por ventura,—dijo á Clemente,—ser mejores que nosotros?

—No; pero nuestros principios valen más que los vuestros y nos defienden contra nosotros mismos, contra nuestra propia debilidad.

—Quiero visitar á los pobres.

—Apruebo.

—¿Por qué, pues, no me admitís en vuestra Conferencia?... Ese es vuestro fanatismo y vuestra soberbia.

—No, ese es nuestro reglamento. No es este el lugar de explicártelo. Pero te aseguro que es en extremo juicioso.

En seguida se acercó á una mesa, escribió en una tarjeta unas palabras con lápiz, encerró la tarjeta dentro de un sobre, lo cerró, y alargándoselo á Julian, dijo:

—Toma, ahí dejo escrito lo que será de tu laudable resolucion de visitar á los pobres. Acuérdate de romper el sobre dentro de un año.

Julian empezó con ardor á desempeñar su nuevo oficio de filántropo. Eso le ocupaba. Y luego le era particularmente grato comprobar que la caridad no era un monopolio de los socios de san Vicente de Paul.

Ese ardor duró un mes. Despues fué enfriándose un poco. Más adelante necesitó nuestro hombre hacer un esfuerzo para visitar dos ó tres familias por quincena, en vez de ver cinco ó seis cada semana. Al cabo del tercer mes el furor de visitar habia cesado absolutamente, como el año antes la pasion del ajedrez, y al año siguiente una verdadera rabia por pescar con caña.

Con la diferencia de que, para el ajedrez y la pesca, la saciedad habia sucedido á la manía.

Para la visita de los pobres la reaccion habia sido más violenta.

Varios de aquellos por quienes Julian se interesaba le habian engañado indignamente. Algunos se habian burlado de él, lo que ciertos vecinos caritativos se apresuraron á poner en su conocimiento. En vano habia querido reducir á dos borrachos á la templanza; impedir que Marcelo el zapatero diese de golpes á su mujer; persuadir á la tia Coleta que en vez de charlar ó dormir durante todo el dia, haria mejor en asear su pobre guardilla y á sus pobres hijos, á quienes invadia la inmundicia. Al cabo de dos meses, los protegidos de Julian le parecian tan desgraciados, tan viciosos como el primer dia. Hallábalos, además, ingratos é insolentes: á todas las observaciones contestaban con un silencio arrogante ó con palabras poco corteses. Hasta creo que cierto dia el tio Marcelo—estaba un poco bebido—le habia enseñado el tirapié.

Despues de haber sido, en un principio, todo fuego y todo miel, Julian sentia que su celo se apagaba, y su ternura era reemplazada por cierto cosquilleo, por una irritacion indescriptible.

Un dia tomó una resolucion.

—Decididamente no tengo la vocacion de visitar á los pobres, se dijo á sí mismo. Son demasiado viciosos, y yo poco paciente.

Y volvió á adoptar su vida inútil.

Sentia muy bien que algo le faltaba.

Una noche se hallaba sentado bajo el emparrado de clemátides, cuya vista es tan hermosa, con sus horizontes de ventisqueros.

Hacia mucho calor, y Julian llevaba un gaban de alpaca.

Como reflexionase y se cruzase los brazos sobre el pecho, sintió cierto roce en el bolsillo que suele llamarse del corazon.

Sacó de él un sobre. La vista de la letra hizo asomar una lágrima á sus ojos. Era de Clemente, ya muerto hacia algunos meses en el campo de honor de la caridad, asistiendo á los coléricos.

En el sobre habia escritas estas palabras:

Para abrirse dentro de un año.—Port Saint-Pere, 1.º de Agosto de 1859.

Era aquel precisamente el 1.º de Agosto de 1860.

Roto el sobre, encontró Julian una tarjeta de Clemente, en la cual habia escrito: «Dentro de un año Julian habrá dejado de visitar á los pobres, ó se habrá hecho cristiano.»

El doctor Perrin pasaba á la sazon por allí, como Clemente hacia un año.

—Doctor,—le dijo,—V. que es cristiano y asistió á Clemente en su última enfermedad, dígame cuál es la explicacion de este enigma. Clemente visitó á los pobres toda su vida, y yo, al cabo de dos ó tres meses, he sentido que si seguia frecuentando sótanos y guardillas me volveria loco.

—¡Dios mio! eso es muy sencillo. Clemente amaba á los pobres, y V. sólo ama á la humanidad. Desde el dia en que conoció V. que ésta no es nada amable, que odia y es odiosa, que no podia V. corregir á las familias á quienes socorria, y que en su mayor parte le agradecian sus beneficios con la indiferencia, á veces con la envidia y el odio, ha dejado V., no de asistirlos, sino de visitarlos. ¿Para qué, se ha dicho V. á sí mismo, perder el tiempo en casa de esos tunos que se rien de mí? Y entregó su ofrenda á la Junta de Beneficencia, al señor Cura. Ha llenado V. el deber de la caridad y renunciado á la inútil faena de la visita. Para Clemente esa solucion hubiera sido imposible. Aquellos pobres cuyos defectos, vicios, lepra moral é incalificable ingratitud le han chocado, irritado y disgustado á V., Clemente los amaba. Amábalos como una madre ama á su hijo achacoso y deforme, tanto más cuanto menos hermoso ó menos fuerte. «Son viciosos, decia para sí; motivo más para trabajar por curarlos. Hace dos meses, hace diez años que en ello me empeño, y todavía no lo he logrado; motivo más para continuar. Estoy quizás en vísperas de ver coronada mi perseverancia. Son ingratos. Tanto mejor, si no para ellos, al menos para mí. Asistiéndoles habré recibido mi recompensa.» Y luego ¿no sabe V. que el amor atrae al amor? Clemente amaba á sus pobres, y sus pobres le amaban á él. Los más incorregibles se movian con su perseverancia, y esa sola emocion era ya un principio de mejora. Y luego el corazon humano, por más que esté muy extraviado, muy corrompido, no es un corazon de piedra. Esas familias que Clemente visitaba hacia diez años, sabian perfectamente que para ellas sólo habia un medio de manifestarse agradecidas á su bienhechor: corregirse, convertirse. Muchas, de malas que antes eran, se volvieron buenas... Casi todas acabaron por hacerse menos malas. Y luego, y luego... Mas es imposible que ignore usted cuál es el fondo de caridad en los cristianos... Clemente veia en los pobres la representacion de Nuestro Señor Jesucristo... ¿Qué digo? á Nuestro Señor en persona. «Todo cuanto hagais al último de mis hermanos, dijo el Divino Maestro, á mí lo habreis hecho.» Ese *mihi fecisti* le indicaba su deber. Como san Luis y santa Isabel de Hungría servian á los leprosos con alegría y respeto, así esa lepra moral de que hablaba no há mucho, lejos de rechazarlo, lo atraia. Ahora no me haga V. referir su muerte, porque voy á hacer una operacion para la cual necesito tener la mano segura y enjutos los ojos. Lo que sé es que si hubiera V. estado allí; si le hubiese V. visto á la cabecera de los coléricos, donde contrajo su mal; si cuando estaba moribundo hubiese V. oido lo que decian los pobres; si los hubiese V. visto sollozar al asistir á su entierro, se hubiera V. convertido.

Al dia siguiente iba Julian á ver al Cura de su parroquia.

—Quiero convertirme,—le dijo,—para ver á Dios en el pobre, para poder seguir practicando por mí mismo la caridad, para que no me rechacen las miserias morales de aquellos á quienes deba asistir y curar, para alistarme con otros que me sostengan en mis desfallecimientos, para dar á mis hermanos desheredados algo más que el pan material.

Eugenio de Margerie.

LOS ACUMULADORES ELÉCTRICOS

Hay un principio, orígen de grandes discusiones, que se llama de la *reversabilidad*, que consiste en admitir en todos los terrenos que si una causa produce un efecto contrario daria lugar á la causa primitiva. Lo que, traducido en un ejemplo, seria lo siguiente: un cazador dispara su escopeta contra un animal; la pólvora se inflama, el aire conmueve, el proyectil sale del arma y da en la pieza de caza, los tejidos de esta se destruyen y el animal cae bañado en su sangre. Admitiendo la reversabilidad, si la sangre vuelve al cuerpo en *condiciones exactamente iguales y contrarias* á las que tenia cuando salió, los tejidos se recompondrán, el proyectil recorrerá su trayectoria en sentido contrario, introduciéndose en el arma, impelido, además, por las conmociones inversas del aire, llegándose, en resúmen, á encontrar el arma cargada en manos del cazador que la disparó. Los hombres pensadores se han devanado los sesos en la discusion de esta ley, que á primera vista parece perfectamente racional, pero que examinándola cuidadosamente se observa que conduce á un materialismo muy marcado, inaceptable en muchos casos. Pero si filosóficamente considerada la reversabilidad no puede admitirse, en el terreno puramente mecánico es

indiscutible, dando lugar al hecho de la igualdad de la accion y de la reaccion que sirve de base á la dinámica. Aplicacion, siquiera sea más compleja, de esta ley es el fundamento de los acumuladores eléctricos, conforme se comprenderá por las ligeras explicaciones que vamos á exponer.

Supongamos que disponemos de un recipiente en el que se hallan sumergidas dos láminas metálicas de la misma naturaleza, y pongámoslas en comunicacion con un manantial de electricidad, una pila, por ejemplo, capaz de descomponer el líquido. En virtud de la teoría de la electrolisis, los productos de la descomposicion se depositarán sobre las láminas metálicas, que vendrán á constituir, por tal causa, los dos electrodos de un voltámetro. Aquí hay una causa, que es la corriente eléctrica, y en efecto, que es la descomposicion del líquido y deposicion de los productos sobre las láminas metálicas. Pues bien, la reversabilidad se manifestará de un modo natural y sencillo, interrumpiendo las comunicaciones de la pila con las láminas metálicas y reuniendo estas entre sí por medio de un conductor, pues si en este último circuito establecemos un galvanómetro observaremos que se desvia, demostrando la existencia de una corriente electrica, á la que se la conoce con el nombre de *corriente secundaria*, y al recipiente, con sus láminas, con el de *pila secundaria ó acumulador*, por oposicion á la corriente de la pila, que se llama *primaria*.

Por la breve teoría de los acumuladores que acabamos de indicar, ya se puede comprender fácilmente cuál es su objeto, al que deben su nombre. Es el de *acumular* la electricidad para tenerla en disposicion de emplearla cuando convenga.

Para reconocer la importancia de los acumuladores hay que tener presente que los únicos manantiales prácticos de electricidad que se conocen son las pilas y las máquinas dinamo-eléctricas. La pila, cuando se trata de introducir grandes cantidades de electricidad, es muy molesta, porque se necesita un número inmenso de elementos, pues es relativamente escasa la intensidad de la corriente que desarrollan.

Las máquinas dinamo-eléctricas producen la electricidad en magníficas condiciones, pero requieren para ello el empleo de una fuerza—vapor, agua, aire, etc.,—de modo que si lo que se desea obtener no es ya electricidad para el alumbrado, la telegrafía, etc., sino precisamente fuerza, claro es que las máquinas eléctricas no servirán para el caso. Ahora bien, hay muchas aplicaciones en que lo que se desea es obtener electricidad como orígen de fuerza, como por ejemplo para hacer funcionar los buques submarinos y los globos aereostáticos en que el empleo del vapor y otros motores no es posible, y cuando esto ocurre hay que apelar, bien á la pila eléctrica, bien al acumulador.

El acumulador tiene la ventaja de que con su peso y volúmen no muy grande produce cantidades considerables de electricidad, pero en cambio es necesario, de tiempo en tiempo, proceder de nuevo á cargarlo por medio de la corriente eléctrica producida por una máquina ó una pila. El período de tiempo que dura la descarga de un acumulador es de algunas horas, de modo que empleadas como orígen de fuerza en los globos ó en los buques submarinos, tienen estos necesidad, despues de funcionar este número de horas, de ponerse en comunicacion con una máquina ó batería eléctrica poderosa, para que puedan encontrarse de nuevo en actitud de funcionar.

Aunque hemos presentado la teoría del acumulador de una manera muy sencilla, en la práctica han sido objeto de muy complejos trabajos, pues ya se comprende que no todos los líquidos ni todas las láminas metálicas presentan las mismas facilidades para acumular la electricidad. Sólo una experiencia contínua y un estudio basado en la teoría química de la electrolisis pueden dar idea de las sustancias más propias para constituir un acumulador. Entre estos merece ser citado especialmente el debido á Gaston Planté, célebre electricista que dió á conocer, hace algunos años, por primera vez las pilas secundarias, anunciando la importancia que podrian tener. En el acumulador Planté las dos láminas son de plomo, y el líquido es el agua acidulada con ácido sulfúrico.

El acumulador se carga por la accion de una corriente eléctrica que descompone el agua. El oxígeno de esta se dirige al electrodo positivo y oxida al plomo. El hidrógeno se dirige al otro electrodo, en donde reduce el óxido que pudiera contener la superficie, desprendiéndose despues. Es señal de que el acumulador está *cargado* el observar el desprendimiento de oxígeno del electrodo positivo, pues esto indicará que toda la superficie está oxidada. De esto se desprende que cuanto mayor sea la superficie de las láminas metálicas, más grande será la cantidad de electricidad que podrá almacenar el acumulador. De aquí han nacido multitud de disposiciones, cuyo objeto principal ha sido obtener tipos de muy grande superficie y poco peso, reuniendo varias láminas en el mismo recipiente, utilizando planchas agujereadas para aumentar la superficie al mismo tiempo que se disminuye el peso; tratando de emplear hasta los perdigones como forma la más apropiada para llevar al límite el aumento deseado de superficie. La imaginacion de los inventores ha volado mucho en este terreno, pero puede afirmarse que el acumulador verdaderamente práctico aún no se ha presentado, siendo todos los tipos copias algo perfeccionadas de Planté, á quien pertenece por completo la gloria de tan importante descubrimiento.

Despues de éste, hay que mencionar como el actualmente más importante el modelo Faure-Sellon-Wolkmar, que tiene la particularidad de que en los electrodos hay dispuestos una infinidad de alvéolos, en los cuales hay depositados óxidos de plomo que facilitan la carga del acumulador. Este tipo es el más explotado, de tal manera que se construye de todas formas para que puedan utilizarse en la mayoría de las aplicaciones industriales.

No todos los acumuladores tienen los dos electrodos de la misma naturaleza, pues por el contrario se ha tratado de ver si haciéndolos de dos metales diferentes se obtendrian mejores resultados. En este sentido merecen citarse los estudios hechos por Emilio Reynier, que ha llegado á crear un acumulador cuyo electrodo positivo está formado por una ó más láminas onduladas de zinc, y el negativo con tres de plomo, separando unas de otras por medio de tubitos de cristal. Este tipo está tambien explotado por la industria, existiendo en Suiza una fábrica importante que los produce.

Además, hay que citar, por el gran progreso que representan, los acumuladores Commelin-Desmauzures, que se han empleado en las experiencias del *Gymnote*, y en un tipo de bote para la marina francesa. Segun los escasos datos que se conocen, estos acumuladores almacenan con un peso de 20 kilógramos un caballo de energía, lo que significa un resultado extraordinariamente notable.

Las principales aplicaciones de los acumuladores que pueden citarse son las siguientes:

1.ª Como manantial de fuerza. En este caso habrá que establecer una batería de acumuladores que alimenten un electromotor. Esta aplicacion es industrialmente muy cara, pues si se cargan los acumuladores por medio de otra máquina, la fuerza obtenida finalmente será una fraccion muy pequeña de la empleada en la carga. Sólo serán útiles, por lo tanto, en caso de imposibilidad de emplear otros sistemas, como el ejemplo que citamos anteriormente de la navegacion aérea y submarina.

2.ª Transporte de fuerza á distancia. Esta aplicacion, hoy puramente teórica, consistia en cargar los acumuladores por medio de un motor natural y por lo tanto económico, y una vez cargados transportarlos al punto en que deben utilizarse. El *desideratum* que se ha señalado es el emplear la fuerza de la catarata del Niágara para cargar acumuladores y repartirlos por toda la América. Repetimos que esto es hoy pura teoría, tanto más lejos de la realidad cuanto que la electricidad transmitida por un cable realiza práctica, si no económicamente, el transporte de fuerza.

3.ª La conversion de una fuerza contínua en otra mayor intermitente. Es decir, se tiene, por ejemplo, un motor de un caballo que pueda funcionar doce horas y se desea utilizarlo para producir electricidad con que alumbrar durante tres horas un establecimiento. Las lámparas que podrá alimentar el motor no son suficientes, y en su vista se emplea durante las doce horas en cargar acumuladores, que alimentarán por la noche un número de lámparas mayor que si se empleara directamente el motor actuando sobre una dinamo.

Además de estas aplicaciones tienen los acumuladores otras muchas que es imposible entretenernos en explicar. Son un *depósito* de electricidad, y tienen la misma utilidad que los depósitos de todas las cosas. Así, en algunos edificios alumbrados con luz eléctrica se tienen dispuestos los acumuladores para alimentar las lámparas, en el caso de que por la rotura del cable ó por cualquiera otra circunstancia faltara la de las máquinas.

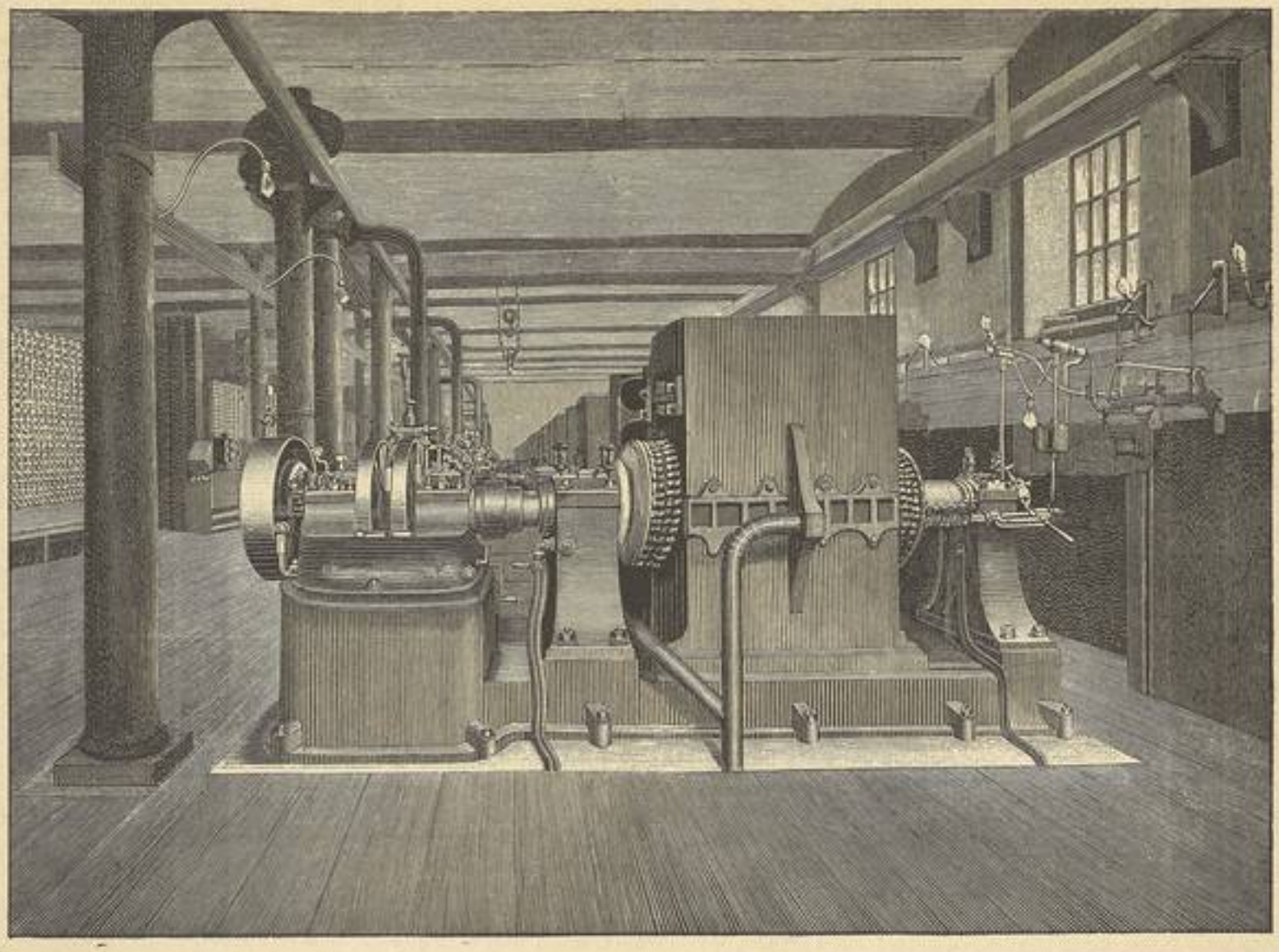
Una de las aplicaciones más útiles de los acumuladores es la que se refiere á su uso en los tranvías para la sustitucion de la fuerza de sangre por la eléctrica. La ventaja especial de este caso consiste en que mientras el tranvía desciende los acumuladores se cargan, actuando la máquina eléctrica como dinamo, lo cual hace que el importe de la traccion resulte, hasta cierto punto, económico, siendo este el único medio de arrastre en que se verifica que una parte del trabajo consumido en las rampas es restituido útilmente en las pendientes.

El progreso de los acumuladores requiere, para ser real, que se aumente su capacidad y su duracion, y que se reduzca el coste. Esta última condicion se obtendrá naturalmente cuando la facilidad de su empleo propague su uso, pues entonces la concurrencia industrial tenderá á la disminucion de los precios.

La capacidad ha alcanzado ya una cifra bastante satisfactoria, pues se obtiene una corriente de 16 amperes-horas por cada kilógramo de placa, y la direccion aumentará el dia en que se llegue á un conocimiento perfecto de todas las acciones electrolíticas que se desarrollen durante la carga.

Al telegrama de protesta que dirigimos al Vaticano contra la repugnante manifestacion anti-católica realizada en Roma con motivo de la inauguracion del monumento al apóstata Jordán Bruno, tuvimos el honor de recibir la siguiente contestacion:

«Roma, 12, á la 1'8 tarde.—Su Santidad agradece las protestas y adhesiones reiteradas con su expresivo telegrama.—*Mons. Cardenal Rampolla*.



ESTACION DE ILUMINACION ELÉCTRICA EN MILÁN

MISCELÁNEA

UN CASO DE CATALEPSIA

En Ferrara ha acaecido el suceso que vamos á relatar, asombroso por las circunstancias extraordinarias que en él concurren.

El profesor Ungarelli se desplomó en una de las calles más concurridas de la ciudad, sobrecogido de un desmayo. Corrieron los transeuntes y levantáronle piadosamente: al estar en pié el profesor se llevó la mano á la frente chorreando sudor, doblóse sobre sí mismo y volvió á caer. Dos médicos que se encontraron por allí no hicieron más que certificar la defuncion.

Expuesto el cadáver el tiempo regular, se le hicieron luego pomposas honras fúnebres en la iglesia de los Cartujos, en las cuales tomaron parte las más conocidas y distinguidas personas de Ferrara.

En la iglesia estuvo expuesto el cadáver desde los oficios hasta el entierro, en cuyo tiempo los alumnos del difunto quisieron verle, y se oyeron en el grupo exclamaciones de asombro, porque era tan tranquila la expresion del rostro, que parecia alentar aún el espíritu dentro de aquel cuerpo muerto.

Aquí viene lo maravilloso del caso: una niña estuvo mirando al difunto, y luego dijo al sacristan de la iglesia: «Ese no es un muerto.» Repitiólo á todas las personas allí presentes, que no dejaron de sorprenderse ante la insistencia de la chiquilla, pero acabaron por no hacerle caso.

Enterrado el profesor, no por esto la niña se dió por vencida; fué á casa de los Ungarelli, y con terquedad inaudita no paró hasta obtener la exhumacion del cadáver.

Pero el juzgado no se dejó vencer tan fácilmente, y hasta pasados dos dias y medio no se consiguió el permiso. Por fin abrióse el sepulcro, fué sacado del ataud el cuerpo y puesto en cama, dentro de una estancia calentada á 36°.

La niña tenia razon; el profesor Ungarelli habia caido en estado de catalepsia. Tiene los ojos abiertos, de vez en cuando parpadea y las articulaciones empiezan á estar libres.

No hay que decir qué conmocion ha causado en Ferrara este maravilloso suceso, y la ansiedad con que el vecindario espera la resurreccion del profesor Ungarelli.

COMO ENVENENABAN LAS FLECHAS LOS INDIOS

Deseando saber el modo de preparar las flechas por los indios salvajes, cuando no conocian aún el uso del fusil ó rifle, que hoy manejan con tanta destreza como los blancos civilizados, preguntó un oficial del ejército americano, destacado en las fronteras del Oeste, á un anciano indio de los más famosos por sus antiguas depredaciones:

—¿Usan todavía los indios flechas envenenadas?

—No,—replicó el anciano,—hace mucho tiempo que no se usan entre nosotros.

—¿Y cómo las preparaban?

—¡Ah!—replicó el indio—se requeria mucho tiempo para conseguir el veneno. Era preciso esperar todos los años á que llegase el mes de Agosto para coger la serpiente amarilla de cascabel, entumecida, cuando es más venenosa; se ataba á una vara larga y se la azotaba y pinchaba hasta ponerla rabiosa, con los ojos brillantes y la lengua fuera, queriendo clavar su ponzoña en el suelo; entonces se mataba un venado, antílope ú otro animal pequeño, se le extraía el hígado caliente y se le arrojaba á la serpiente. Esta clavaba repetidas veces su ponzoña en el hígado hasta que se ponia negro; cuando descansaba la serpiente, se la azotaba de nuevo y volvía á enfurecerse vaciando todo el veneno en el hígado, que quedaba de este modo bien impregnado. Entonces se mataba la serpiente y se recogia el hígado envenenado con un pincho, á fin de no tocarlo con las manos, pues era mortal su contacto. Al cabo de una hora el hígado despedia un olor acre y entonces estaba en sazon para transmitir el veneno; se introducian en él las puntas de hierro de las flechas, dejándolas por espacio de hora y media; despues se sacaban del hígado y se ponian á secar al sol, quedando adherida á la flecha una espuma lustrosa amarilla, cuyo simple contacto con la carne viva causaba la muerte, sin remedio.

¿QUÉ ES EL SOL?

Una masa incandescente al blanco, de 856,000 millas de diámetro, lo que es igual en volúmen á 1.250,000 mundos como el nuestro, rodeado de un océano de gas encendido, 50,000 de profundidad, lenguas de fuego que se elevan á 50,000 de alto, fuerzas volcánicas que lanzan á la atmósfera solar materia luminosa hasta la altura de 160,000 millas, atrayendo todos los mundos pertenecientes á nuestra familia de planetas, y manteniéndolos todos en su propio sitio.

Atrae, además, con fuerza tan superior á los millones de masas sólidas y excéntricas que andan errantes por el inconmensurable abismo, que se precipitan hácia él y caen en su encendido seno. Y así prosigue en su marcha incesante y sublime á través de poderosa órbita, cuyo periodo de revolucion pasa de diez y ocho millones de años.

SECCION RECREATIVA

PROBLEMA

Preguntado un chalan por el precio de su caballo, contestó que sólo queria un céntimo por el primer clavo, 2 por el segundo, 4 por el tercero, y así sucesivamente, duplicando la suma anterior hasta los 32 que tenian las cuatro herraduras.

¿Cuánto pedía por el caballo?

ACERTIJO

Me llaman pan, sin ser pan;
Tengo voces de alegría,
Y me sacan en los dias
De mayor celebridad;
De bofetadas me dan,
Y yo puesto en un madero
Recuerdo que fuí cordero,
Mas ni soy Dios, ni soy pan.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

SEVILLA

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

Único representante de *La Hormiga de oro* en el URUGUAY: D. Adriano Migone, Montevideo.

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 29 DE JUNIO — SÉRIE II.—NÚM. 79

EL PADRE DAMIAN DEVENSTER, DE LA CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La Iglesia y las escuelas teológicas y filosóficas en España*, por Marcelino Menendez Pelayo.—*A la unidad católica de España* (poesia), por Cárlos Garcia Verdugo.—*La sombra de Hermenegildo* (poesia), por Valentin Gomez.—*Hijo y madre*, II, por Francisco Hernando.—*Transacor*, (continuacion).—*Frutos masónicos*.—*Marco Antonio Bragadino*, ó el valor cristiano en el siglo XVI, por el P. Gabriel Demartial, S. J.—*Seccion científica:* La luz y el espectro solar, por Pedro Gascon Gotor.—*Miscelánea:* La ideología del Sr. Castelar: Lo que son las esperanzas láicas.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

El P. Damian Davenster, de la Congregacion de los Sagrados Corazones.—Con motivo de la muerte de este heroico misionero, víctima de su abnegacion y caridad despues de largos años de apostolado en Molokai (Sandwich), se ha levantado en todas partes sin distincion un grito unánime de admiracion y elogio, ensalzando á porfía su admirable virtud. Ya en la pág. 210 dimos un bosquejo de su vida, y como complemento de lo que dijimos plácenos trasladar aquí dos párrafos de cartas suyas, escritas en fechas muy distintas una de otra. Pocos meses despues de haber dado comienzo á su peligrosa mision entre los leprosos de Molokai, en Noviembre de 1873, escribia el animoso misionero:

«La lepra es una enfermedad casi incurable que se engendra poco á poco por la corrupcion de la sangre. Los primeros síntomas son unas manchas negruzcas que aparecen en el cútis, principalmente en las mejillas; y las partes afectadas carecen de sensibilidad. Al cabo de algun tiempo esas manchas cubren todo el cuerpo, y se abren llagas en las manos y los piés; las carnes se corroen exhalando un fétido olor; y el aliento se inficiona de tal modo que emponzoña el aire.

»Mucho me ha costado habituarme á semejante atmósfera. Un dia, durante la misa, sentí tal sofocacion, que estuve á punto de bajar del altar y salir á respirar un poco el aire libre; pero detúvome el pensamiento de Nuestro Señor haciendo abrir en su presencia el sepulcro de Lázaro. Al presente la delicadeza de mi olfato no me ocasiona ya esa pena, y entro sin dificultad en los aposentos de los leprosos. A veces, sin embargo, siento aún repugnancia, y es cuando he de confesar enfermos cuyas llagas están llenas de gusanos semejantes á los que devoran á los cadáveres. Muchas veces tambien me encuentro muy embarazado para administrar la Extremauncion, porque piés y manos no son más que una llaga, señal de muerte próxima.

»Esta descripcion os dará una idea de mis tareas cotidianas. Representaos el capellan de un hospicio que contiene 800 leprosos. Aquí no hay médico: por otra parte su ciencia seria inútil. Un blanco, que es leproso, y este vuestro servidor, que no lo es, suplen á los cuidados de la medicina.

»Todas las mañanas despues de la misa, seguida siempre de una plática, voy á visitar á los enfermos, la mitad de los cuales son católicos. Al entrar en cada choza comienzo por ofrecer el remedio que cura á las almas. Los que rehusan este socorro espiritual no por esto quedan privados de la asistencia corporal, que reciben todos sin distincion. Así es que todos me miran como á su padre. Hágome leproso con los leprosos para ganarlos todos á Jesucristo; de aquí es que cuando predico acostumbro decir: *Nosotros los leprosos*.»

Escribiendo á su familia, decia en 1880:

«Pronto cumplirán siete años que vivo con estos infelices leprosos que la sociedad de los hombres expulsa de su seno; siete años durante los cuales he tenido ocasion de tocar con el dedo la miseria humana en lo que tiene de más horrible y espantoso. La mitad de mi gente no ofrece más que cadáveres vivos que los gusanos comienzan á devorar primeramente por dentro y luego por fuera: sus cuerpos son ni más ni menos que una disforme llaga que raramente se cura. En cuanto al hedor que exhalan, figuraos el *jam fœtet* del sepulcro de Lázaro.

»El Gobierno hawaiano continúa enviándonos nuevos leprosos, y no podemos mantener sino el número de los confiados á Molokai, faltándonos recursos para admitir mayor número de ellos. Desde que me hallo aquí, entierro anualmente unos 200, y el número de los vivos ha excedido siempre de 700.

»Hace pocos años fundé un pequeño huerfanato de jóvenes leprosas al cuidado de una buena viuda que es para ellas una madre y una providencia. En la leprosería hay dos escuelas, cuyos maestros son católicos y les retribuye el Gobierno. Los católicos forman la mayoría de mis hijos. Actualmente no encontramos aquí gran oposicion por parte de los protestantes, quienes se cuidan muy poco de sus adeptos leprosos.

»De vez en cuando recibo gruesos bultos de ropas para los pobres y para mis numerosos huérfanos. En los primeros años de mi ministerio recibia á menudo cuantiosas limosnas, pero la caridad de ultramar parece haber olvidado á los leprosos de Molokai.»

Los dos ligeros extractos que preceden, tomados de la numerosa y edificante correspondencia del P. Devenster, bastan para dar á conocer lo sublime de su caridad, y como hemos tenido ocasion de ver, arranca preciosas confesiones á los mismos enemigos del Catolicismo y predispone el ánimo de los más indiferentes y aun obcecados, en favor de una religion que es la única que tales héroes produce, testimonio elocuente de su verdad, de su divinidad.

Una disputa de san Agustin (cuadro de Domingo Bruschi).—Siempre combatir y siempre vencer, tal ha sido el destino de la Iglesia en la tierra, ya desde su fundacion. Uno de sus períodos más críticos fué cuando, apenas terminada la Era de las persecuciones, vió desgarrado su seno por las herejías, especialmente de Arrio, Nestorio, Eutiques, Donato y Pelagio. La Iglesia de Cartago fué sin duda entonces la más trabajada, pero allí suscitó Dios á san Agustin, martillo de todos los herejes y que en su largo episcopado emprendió los mayores trabajos para reducirlos á la Iglesia, presidiendo diversos Concilios y siendo con su predicacion y sus escritos baluarte firmísimo de la verdad católica. Uno de los medios por los que el santo Doctor consiguió más felices resultados era la celebracion de conferencias con los herejes, en las que dejaba humillado y vencido al error. Dios bendecia su celo: los cismáticos que conservaban algun amor á la verdad, y los pueblos, informados de lo que sucedia y de los triunfos de Agustin, abrian por fin los ojos é iban á reunirse á la Iglesia verdadera.

La capitulacion de Sedan (cuadro de C. Kohylein).—El 2 de Setiembre de 1870 quedará registrado en la historia de la nacion francesa como un dia de infausta recordacion. Despues de continuados reveses en su lucha con Alemania, á la que habia declarado la guerra, Napoleon III sufria en Sedan ignominiosa derrota, y despues de entregar su espada al enemigo salia prisionero para Willeismshoe. En igual fecha el gobierno revolucionario de Italia, establecido en Florencia, resolvia marchar sobre Roma. Poco antes Napoleon habia mandado retirar de la Ciudad eterna las tropas que allí tenia como salvaguardia de la independencia del Papa, dejándole abandonado á sus enemigos: y precisamente en el mismo dia en que los soldados franceses dejaban el territorio pontificio, Napoleon sufria la primera de sus derrotas en aquella campaña tan desastrosa para su Imperio y en la que por modo tan visible dejóse ver la mano de Dios.

En el cuadro que hoy ofrecemos reproducido trazó el artista con mano experta y con notable viveza y colorido las figuras de los principales caudillos de uno y otro imperio que intervinieron en la batalla de Sedan y en la inmediata capitulacion, destacando á un lado el canciller Bismark, el general Moltke y otros militares alemanes de graduacion; y al otro lado el *vencido de Sedan*, junto á un retrato del *vencido de Waterloo*, y los jefes que componian su Estado mayor.

El Viático.—Cuadro de Jaime de Chierico.

Juan Kassa, difunto *Negus* ó emperador de Abisinia.—Entregua con las tropas italianas que ocupan Massuah, el mencionado monarca murió recientemente en una refriega con los choanos, que eran sus tributarios y se avenian mal con su dominacion, sucediéndole en el trono de Abisinia el jefe de aquellos, Menelik, rey de Choa.

Menelik, nuevo emperador de Abisinia y su mujer Bafana.—En 1878 el país de Choa en la antigua Etiopía fué subyugado por el *Negus* Juan de Abisinia, y su rey Menelik fué hecho su tributario. Hoy la situacion es allí muy diversa, y sucesos muy recientes y de felices resultados para el antiguo rey de Choa le han convertido en dueño absoluto de aquella parte del Africa, donde adquirió un nombre ilustre por su influencia y por su larga vida de apostolado el hoy cardenal Massaja, de la Orden de Capuchinos, á la que está encomendada la evangelizacion de los Gallas, antiguos cristianos, dominados aun hoy por la herejía de Eutiques.

Colegio de Las Vegas, en Nuevo-Méjico (Estados-Unidos).—Es un grandioso establecimiento de enseñanza católica que comprende estudios científicos, clásicos y comerciales bajo la entendida direccion de los Padres Jesuitas, quienes trabajan incansables en la propaganda del bien y en la defensa de los intereses del Catolicismo en aquel país, trabajado por las sectas protestantes del Norte de América.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

La ola de cieno.—Viajes de recreo á precios baratos.

Las manifestaciones pornográficas, puestas al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias por medio de libros, periódicos y piezas de teatro, han llegado al colmo de su más fastuoso desarrollo, en tales términos que ya arrancan protestas de indignacion hasta de los periódicos partidarios de las libertades ilimitadas, quienes, sin tener en cuenta los principios que profesan, cuya propaganda ha sido y es la causa matriz de estos delitos contra el pudor público, reclaman á grito herido que se reprima cuanto antes y por cualquier medio esa ola sucia, cargada de inmundicias obscenas, que nos anega con sus torpes inundaciones.

Uno de estos periódicos, precisamente el que más se ha distinguido en la propaganda de los funestos principios que han traido estos lodos sociales, propios de un pueblo escéptico y enfermizo, en que todas las secularizaciones conspiran al suplicio de la moral, es el que más levanta la voz contra el degradado espectáculo que ofrece en Madrid la pornografía, pintando algunas de sus escenas con los colores más vivos, como puede juzgarse recorriendo los siguientes párrafos:

En medio de la plaza pública, en los sitios más concurridos, á las horas en que es mayor el número de las gentes, se ofrecen con el más extraordinario descaro impresos que rebosan lascivia y que son una ofensa á la decencia, á la cultura, á la educacion de un pueblo.

Nosotros hemos visto adolescentes, casi niños, con todo el aspecto de alumnos de colegio ó de instituto, comprar con avidez esos impresos pornográficos, empleando quizás en ellos el dinero que padres cariñosos les dieran en recompensa de la feliz terminacion del curso. ¿Quién es capaz de decir los daños morales y materiales de una sensualidad precoz por tales medios despertada?

En el teatro parece en frecuentes ocasiones no hallarse otro filon explotable si no es el de la obscenidad. El chiste grosero que despierta ideas de impureza, el gesto provocativo, la alusion impúdica, son el único arsenal de fantasías agotadas y enfermizas que buscan el lucro por tales caminos, sorprendiendo la confianza ó aprovechando la tolerante negligencia del auditorio.

Esto ni debe ni puede continuar. Nadie pide para ello, ni para nada, la previa censura, ni la arbitrariedad gubernativa; pero hay leyes penales que aplicar y tribunales que las apliquen. Con eso basta.

Se equivoca el periódico que tan elocuentemente pide represion para la ola purulenta y porquísima de la pornografía, si cree que con la aplicacion de las leyes penales basta para hacerla retroceder; aunque no se puede negar que ese seria uno de los medios positivos de conseguirlo. Pero la aplicacion de las leyes penales lleva aparejada una lentitud que á la larga la priva de eficacia y de ejemplaridad, y para atacar la llaga cancerosa de la pornografía es menester proceder con más celeridad, aplicando el cauterio con mano firme y sin pérdida de momento, como cuando hay que luchar contra calamidades excepcionales.

Cuando el cólera, el tifus, la viruela y otras enfermedades contagiosas infestan á un país, sus gobiernos decretan lazaretos y cordones sanitarios, autorizando todos los medios higiénicos que son del caso, hasta con perjuicio de los intereses materiales de la industria, de la agricultura y del comercio, para preservar á los pueblos del terrible azote. De idéntica manera hay que proceder para preservar á la vida moral de las epidemias que pueden ocasionar su muerte, si se aspira á constituir un pueblo digno y civilizado.

Demostrado con los hechos que saltan á la vista que es un falso y funestísimo principio el de que los excesos de la libertad se corrigen por la misma libertad, como lo prueba el que sus mismos partidarios exijan el auxilio de la justicia y el de la autoridad para reprimirlos, no se concibe que hombres que piden el máximum de represion no acaben de caer de su burra, reconociendo que la previa censura, prudentemente ejercida, que es el mínimum del castigo que puede imponerse á los que por medio de las letras, de los grabados y del teatro propagan la sensualidad, la impudencia y el vicio, es un medio poderoso y eficacísimo de prevenir y evitar los males que se lamentan.

No hablemos de las represiones enérgicas que se fulminan contra lo obsceno y lo inmoral en países tan liberales como Inglaterra, Bélgica y

los Estados-Unidos. No recordemos tampoco que en Alemania se ha prohibido por decreto imperial las novelas de Zola, no sólo traducidas á la lengua germánica, sino en su lengua nativa. Señalaremos únicamente el ejemplo que ha dado la misma Francia, á pesar de hallarse sumida en la más profunda y sediciosa anarquía, ejercitando la previa censura teatral para impedir la representacion de una obra de Zola, haciendo frente á la tempestad suscitada por una acaloradísima y enconada controversia.

Y es que donde no se pierde ese chisme llamado el sentido comun, donde hay seriedad, cultura y virilidades patrióticas, no puede haber reparos en quebrar por cualquier medio la cabeza al monstruo de la sensualidad, agente de decrepitud, de ignominia, de vilipendio y de perversidad precoz de los pueblos.

Ni la previa censura seria bastante para quitar á las propagandas pornográficas su imperio clandestino; que no hay leyes bastante eficaces que extiendan el suyo á los recodos y encrucijadas donde se arrastran en la sombra los reptiles de la inmoralidad y del vicio: pero mucho se adelantaria con cerrarles todos los caminos por donde hoy llegan á la plaza pública, explotando por modo opíparo las miserias de mercado.

Por lo demás, claro es que hay que llevar, al par que á las leyes, á las costumbres, el espíritu sano, vivificante y restaurador de la moral cristiana, tal y como esta se guarda en el arca santa de la Iglesia; pues de lo contrario toda restauracion seria efímera, superficial é incompleta, como que dejaria en pié la causa generadora de los estragos que nos condenan á ser una excepcion de los pueblos civilizados, colocándonos á nivel de aquellos en que las prostituciones asiáticas convierten al hombre en bestia y á la mujer en una mercancía de carne y hueso.

Empieza á iniciarse el desfile de la buena sociedad hácia las frescas residencias veraniegas del extranjero, en las que se dejan toda su sustancia.

Este año con la Exposicion de París la emigracion es más nutrida y se extiende á clases que no tenian la costumbre de salir de España. Las cuales sólo por ver la torre Eiffel son capaces hasta de soportar los martirios del viaje á precios reducidos que las empresas ferro-viarias han combinado para tormento de la humanidad doliente.

Cuestan estos viajes 125 pesetas desde Madrid á París, ida y vuelta, y dan á las víctimas el respiro de poder permanecer en la Babilonia moderna hasta una docena de dias.

De suerte que guapo ha de ser el mortal que en los doce dias tenga tiempo de desperezarse ó desentumecerse de las fatigas y trasudores del viaje.

Porque áun cuando las 125 pesetas de tarifa dan opcion á realizarlo en tren de segunda, ya se sabe lo que son estos *viajes de recreo*, pues en puridad no son más que la antífrasis de su pomposo calificativo.

¿Y qué otra cosa podian ser? Los pacientes de esta clase de viajes baratos suelen ir prensados en los wagones como sardinas en banasta, de modo que van ahogados, magullados, sufriendo el más horroroso calor y gastando en fondas y meriendas lo que podria costarles mejor vehículo de locomocion.

Al mismo diablo, en figura de judío empresario, no se le podria haber ocurrido invencion más infernal que la de estos *viajes de recreo;* y por lo que á mí respecta declaro que se los cedo de buena voluntad á cuantos, estando sanos de todos sus remos, deseen estar lisiados ó tullidos.

¡Vaya en gracia!

Y cuidado si la tiene eso de ir á París de Francia por 125 pesetas (inclusa la vuelta), llegando allí derrengado para ver una Exposicion que no es una obra de romanos, ni mucho menos, y regresar con un entumecimiento digno de ser curado en Alhama ó en Caldas de Besaya, porque de otra manera no será posible echarle del cuerpo.

Y si á las molestias del viaje se agregan el natural cansancio de recorrer París, de visitar la Exposicion, las incomodidades de los alojamientos, caros y reducidos, y la desesperacion de oir hablar como en gringo, sin comprender *ni jota*, todo esto perpetrado en el plazo mínimo de doce dias que se van en un soplo, es indudable que el prójimo que se someta á este conato de suicidio regresará divertido de su expedicion y será gustosísimo oirle contar las peripecias de ella.

Pero así como hay gustos que piden palos hay tambien españoles que piden estas emociones á precios económicos, y de todo lo que aflija á su cuerpo se dan por consolados con tal de que sea alivio de sus bolsillos.

En lo cual se llevarán tambien chasco, porque no hay pájaro que vaya á París, que no regrese de allá sin las plumas.

Compadezcamos á las víctimas de estas especulaciones modernas, desfiguradas con los atavíos que suele inventar el negocio, y hagamos el viaje á París con la imaginacion, leyendo lo que allí pasa y durmiéndolo como cachorros.

Hecho el viaje de esta manera resultará grandemente recreativo, encontrándonos en la hucha su importe, que podremos invertir en cosas de más provecho para la salud del cuerpo y para la del alma.

El primer precepto de la higiene de las fortunas es huir de las *engañifas*, y estos viajes de recreo, propuestos por empresarios de todas las camadas, son la más principal de las de su clase.

Como que engorda con carne de tontos.

LUPERCIO.

Madrid, 25 de Junio.

LA IGLESIA
Y LAS ESCUELAS TEOLÓGICAS Y FILOSÓFICAS EN ESPAÑA

(DISCURSO PRONUNCIADO POR D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO EN EL CONGRESO CATÓLICO ESPAÑOL.)

...Es la Teología (segun yo alcanzo á comprender esa ciencia sublime, cuyos rayos sólo muy de lejos han herido mi espíritu) un organismo científico que, partiendo de las verdades reveladas y tomando por base la Escritura, la tradicion (sagrado depósito de la Iglesia) y la doctrina de los Santos Padres, concierta todos estos elementos en unidad de método, en sistema de enseñanza, saca de ellos todas sus implícitas consecuencias, y mediante la rigorosa disciplina que impone al entendimiento es, á la vez que base, fundamento y supuesto de toda ciencia cristiana, altísimo y necesario complemento de todos aquellos saberes que puede lograr el hombre mediante el natural esfuerzo de su razon en esta vida terrenal.

De donde se infiere que así como la Metafísica, en sus especulaciones más altas, implica la Teodicea, y con ella una preparacion teológica que pone en el umbral de la fé al alma *naturaliter christiana*, así la Metafísica, llegada al término de su carrera, siente y reconoce la necesidad de otra ciencia más alta que llene sus vacíos y aclare sus deficiencias é ilumine con los rayos del sol suprasensible tantos y tantos puntos como deja á oscuras esta débil lucecilla de la razon que suele andar tan amortiguada en nosotros por las nieblas que en el mundo derramó el primer pecado, pero de la cual no podemos decir mucho mal, puesto que al fin es «impresion de las razones eternas, participacion de la lumbre increada, similitud de la verdad eterna que resalta en nosotros» y (para decirlo todo, con una palabra de santo Tomás) «potencia en cierto modo infinita para todo lo inteligible.»

Que tan alta han puesto siempre la razon humana los doctores católicos, y si el nombre de racionalismo no estuviera ya profanado por execrable abuso, lícito nos seria afirmar, como quien afirma un lugar comun, que la filosofía racionalista por excelencia es la filosofía cristiana, única que nos presenta el órden racional íntegro y no mutilado, única que abarca la totalidad de la conciencia, y que por lo mismo que la concibe en su integridad rechaza esos pobres sistemas que la niegan capacidad para lo absoluto, como si no la aquejase en todo momento la inextinguible sed de las aguas que manan de la fuente de la vida, únicas que dan entendimiento de verdad y de hermosura.

Si por una torcida, aunque bien intencionada direccion de ciertos apologistas cristianos, se ha presentado alguna vez en el campo de la Teología (y casi nunca en manos de verdaderos teólogos, sino más bien como doctrina popular y recreativa) la extraña bandera que quiso poner la fé en el órden sobrenatural bajo la salvaguardia del escepticismo en el órden natural, la Iglesia ha rechazado constantemente tan extraño maridaje; y hoy, despues de las solemnes declaraciones del Concilio Vaticano y de la admirable Encíclica de nuestro Beatísimo Padre sobre los estudios filosóficos, puede decirse que el tradicionalismo ha muerto para siempre en las escuelas católicas, y que es ya indisoluble el pacto y la concordia entre la razon y la fé *(fides quærens intellectum)*, como lo fué en los grandes dias de la filosofía escolástica, como lo habia sido en la escuela catequística de Alejandría en manos de los Pantenos, Clementes y Orígenes, y como vive y resplandece para el tiempo y para la eternidad en las páginas inmortales de san Agustin, san Anselmo y santo Tomás.

En la creacion y desarrollo de este organismo filosófico, compenetrado por el dogma, tuvo nuestra raza papel gloriosísimo desde los primeros siglos de nuestra Iglesia, y tal que entre las glorias españolas muy pocas pueden envanecernos tanto como ésta, porque la teología española no es una galería de nombres aislados á los cuales separe entre sí larguísimo espacio de tiempo, sin otra conexion que la identidad de sangre y de patria, sino que en ella, más que en otra alguna de las manifestaciones del pensamiento ibérico, brilla y aparece de manifiesto la vigorosa unidad y la cadena nunca rota de nuestro genio nacional, en términos tales, que ni nuestro mismo arte, ni nuestra literatura, ni nuestra mision providencial en la historia pueden ser enteramente comprendidos, á lo menos en su razon más honda, sin la llave maestra de nuestra teología, que fué por siglos en España la ciencia universal y enciclopédica, no porque anulase á las restantes, sino al contrario, porque á todas las abrigó amorosamente bajo su manto y á todas las informó con su generoso y fecundo espíritu. Y aunque sea cierto, como sin duda lo es, que en el vastísimo cuadro de la filosofía española, tomada esta palabra en su acepcion más lata, es decir, como el conjunto de las nociones metafísicas conocidas ó elaboradas por el pensamiento español desde la primera aparicion histórica de nuestro pueblo, quedan fuera del radio de la ciencia teológico-cristiana manifestaciones tan importantes como la moral estoica de Séneca, el

gnosticismo de los priscilianistas, el panteismo ideológico ó intelectualista de Averroes, el panteismo emanatista de Avicebron, la concordia mosaico-peripatética de Maimónides, el misticismo quietista de Tofail, y finalmente la Cristología panteista de Miguel Servet, tambien es cierto que estas tendencias y desviaciones parciales, las unas por ser anteriores á la verdadera historia de España, las otras por haberse desarrollado en el seno de razas que, con haberse españolizado mucho, nunca llegaron más que á salpicar con algunas gotas de sangre semítica el torrente circulatorio de nuestra sangre aria, y las otras por ser aberraciones y descarríos parciales que por su mismo carácter de excepcion confirman más y más la regla general, ofrecen, sí, grande interés histórico, pero son disonancias que acaban por perderse, y apenas se disciernen en la grandiosa armonía final, en el *sursum corda* que toda la ciencia española levanta en honor del Dios personal y vivo.

Y hasta puede afirmarse que el estoicismo de Séneca, iluminado ya por lejanos reflejos de la doctrina nueva que en parte le quitan el áspero é inhumano carácter que habia tenido en manos de Zenon y de Cleantes, es como vago crepúsculo que anuncia el sol que va á alzarse disipando las nieblas y ceguedades del paganismo. Y en las doctrinas de procedencia oriental, ya árabe, ya hebrea, todavía á despecho de la levadura panteística se descubren generosos, aunque infructíferos esfuerzos, para salvar del naufragio de la *emanacion* la conciencia individual, cuyo sentimiento ha sido siempre tan enérgico en nuestra raza, así como tampoco puede ocultarse á ojos atentos cierto sentido armónico, cierta aspiracion á conciliar los dos capitales términos del problema metafísico, conciliacion que, buscada por recto ó torcido sendero, es, sin duda, una de las notas características de nuestra ciencia, y una de las que más la determinan, desde el *Keter Malhuth* y el *Makor Hayim*, hasta el *Arte Magna* y el *Arbol de la Ciencia*, y el *Libro de las Criaturas*, desde el artificio dialéctico de Fernando de Córdoba, hasta la concordia platónico-aristotélica de Fox Morcillo.

Pero todavía más que armónica, la ciencia española ha sido dogmática aun dentro de las escuelas críticas, y por eso ha encontrado en el dogmatismo teológico el campo natural de sus triunfos y la forma más adecuada á su interno desenvolvimiento, forma que de las escuelas pasó á la acción y penetró en la vida, llegando á hacer de España, en los dos siglos más influyentes de su historia, algo que ni antes ni despues ha vuelto á verse en el mundo, es decir, una nacion de teólogos armados. Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razon pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios.

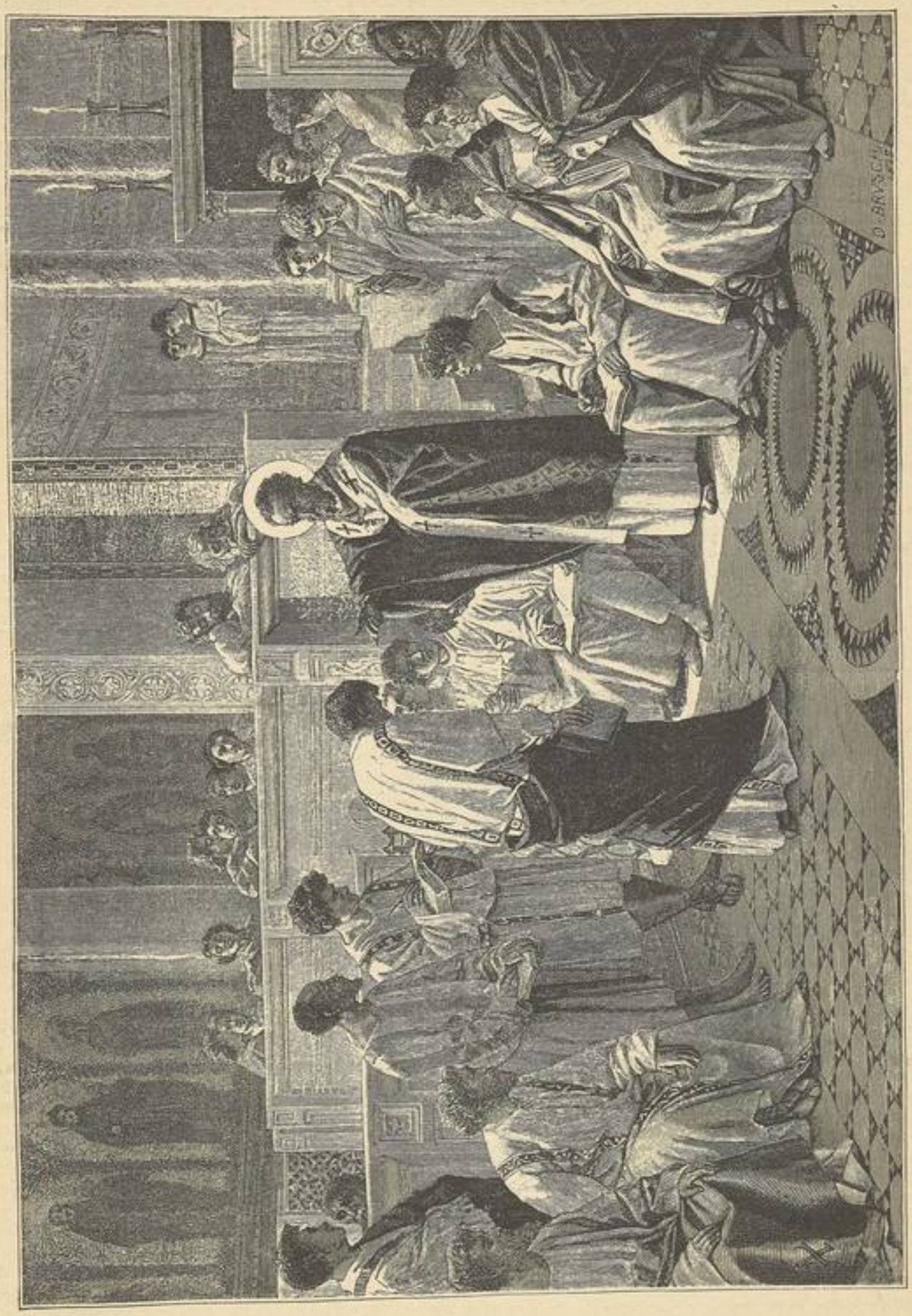
Toda su historia le preparaba para tal mision. La Iglesia nos habia educado á sus pechos con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nacion, y gran nacion, en vez de muchedumbre de gentes colecticias nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores: la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos; la regaron con su sangre el diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribieron en su draconiano Código los Padres de Iliberis; brilló en Nicea y en Sardis, sobre la frente de Osio, y en Roma sobre la frente de san Dámaso; la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico; triunfó del maniqueismo y del gnosticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano; civilizó á los suevos por la voz de san Martin Dumiense, verdadero Séneca cristiano; hizo de los visigodos la primera nacion del Occidente; escribió en las *Etimologías* la primera enciclopedia; inundó de escuelas los atrios de nuestros templos; comenzó á levantar entre los despojos de la antigua doctrina el alcázar de la ciencia escolástica, por manos de Liciniano, de Tajon y de san Isidoro; dió el jugo de sus pechos, que infunden eterna y santa fortaleza, á los restauradores del Norte y á los mártires del Mediodía, á san Eulogio y Alvaro Cordobés, á Pelayo y á Omar-ben-Hafsun: mandó á Teodulfo, á Claudio y á Prudencio Galindo á civilizar la Francia carlovingia; dió maestros á Gerberto, y por ellos difundió las ciencias matemáticas en Europa; amparó bajo el manto prelaticio del arzobispo D. Raimundo, y bajo la púrpura del emperador Alfonso VII, la ciencia semítico-española; y como portentosa conjuncion de todos los esfuerzos armónicos de nuestra raza, engendró á fines del siglo XII el *Iulismo*, es decir, la teodicea popular, la escolástica en la lengua del vulgo, saliendo de las cátedras para difundirse por los caminos y por las plazas, la metafísica realista é identificada con la lógica, el imperio del símbolo, la cábala cristiana que predicaba á las muchedumbres aquel bienaventurado mártir, aventurero de la idea y caballero andante de la filosofía, asceta y trovador, novelista y misionero, en quien toda concepcion del entendimiento se calentó con el fuego de la pasion y se vistió y coloreó con las imágenes y los matices de la fantasía.

No está representada España hasta el siglo XVI en los anales de la Escolástica por una cadena no interrumpida de doctores, como los que ennoblecieron las aulas de París; pero las veces que en la Edad Media suena la voz de sus teólogos, es siempre para grandes y singulares esfuerzos. Así tenemos de trecho á trecho, á modo de puntos luminosos, en el siglo VII *l' ardente spiro d' Isidoro* y las *Sentencias* de Tajon, á quien pudiéramos llamar maestro de ellas con más razon histórica que á Pedro Lombardo; en el siglo IX á Prudencio Galindo, vindicando la doctrina de la predestinacion y la de la personalidad divina contra Scoto Erígena; en el siglo XII, á Domingo Gundisalvo y á Juan Hispalense, intérpretes de todo el saber filosófico de los orientales; en el siglo XIII, la portentosa y nunca igualada erudicion rabínica del dominico Ramon Martí, del cual hoy mismo confiesan los judíos más doctos que ninguno de los nacidos fuera de la Sinagoga ha llegado á penetrar tan hondamente los arcanos de la ciencia talmúdica como el autor del *Pugio Fidei*, que no fué sólo incomparable hebraizante y arabista, sino profundo autor de teodicea, que inspiró á Pascal una gran parte de sus celebrados *Pensamientos*.

Y todavía en el último y decadente período de la Escolástica, cuyo imperio se dividian místicos y nominalistas, apareció en Tolosa de Francia un profesor barcelonés que, sin pertenecer á ninguna de las banderías militantes, ni ajustarse al método y forma generales en las escuelas, antes puesta la mira en la reforma del método y de toda enseñanza, como si respondiera á la voz del Renacimiento, que comenzaba á enseñorearse de la ciencia al mismo tiempo que del arte, concibió la traza de un libro único, no fundado en autoridades divinas ni humanas, que sin alegar textos de ningun doctor llegase á la inteligencia de todos; libro fundado en la observacion y en la experiencia, y sobre todo en la experiencia de cada cual dentro de sí mismo *(nulla autem certior cognitio quam per experientiam et maxime per experientiam cujuslibet intra se ipsum)*, trazando sobre esta base, que hoy diríamos cartesiana, el plan de una Teología natural, donde la razon fuese demostrando y leyendo, cual si estuviesen escritos en el gran libro de las criaturas, todos los dogmas del espiritualismo cristiano. Libro que por rara casualidad hubo de caer sesenta años despues en manos de un caballero gascon, antítesis viva del piadoso catedrático del siglo XV, el cual caballero se entretuvo en verter la *Teología natural* en encantadora prosa francesa, que aquel escéptico alcalde de Burdeos hablaba y escribia como pocos ó ninguno le han vuelto á escribir y hablar, y no satisfecho con traducirle tomó pié del libro de Sabunde para escribir con más agudeza de ingenio que piadosa intencion su más extenso y curioso ensayo, que con título de *Apología* (aunque de todo tiene más que de esto) anda desde entonces en manos de todos los aficionados á ingeniosas filosofías y á desenfados de estilo.

Pero ni Sabunde ni otro alguno de los doctores del siglo XV, al cual dió inmarcesible gloria una legion de teólogos, escriturarios y canonistas, famosos algunos en la Iglesia universal, no ya sólo en la de España: san Vicente Ferrer, águila de la elocuencia cristiana, á quien el asombro de sus contemporáneos apellidó «la trompeta del *Apocalipsis*,» el insigne converso Pablo de Santa María, autor del *Scrutinium Scripturarum;* su hijo, D. Alonso de Cartagena, á quien llama Eneas Silvio *decus prælatorum*, y de quien dijo Eugenio IV: «Si el Obispo de Búrgos en nuestra Corte viene, con gran vergüenza nos asentaremos en la Silla de san Pedro;» el Tostado, cuyo nombre basta; su digno adversario Juan de Torquemada; Juan de Segovia, lumbrera del Concilio de Basilea; fray Alonso de Espina, martillo de los judíos en *Fortalitium Fidei;* fray Alonso de Oropesa, defensor de la causa de los conversos en su *Lumen Dei ad revelationem gentium;* Fernando de Córdoba, cuya sabiduría se miró como prodigio, hasta el punto de haberse reunido en conciliábulo los doctores de la Universidad de París para decidir que aquel hombre que se sabía de memoria la Biblia y todos los escritos de Alberto Magno, santo Tomás, Alejandro de Hales, Scoto y san Buenaventura, y el cuerpo del Derecho civil y el cuerpo del Derecho canónico, y los textos de medicina de Avicena, Galeno é Hipócrates, y hablaba con singular facilidad el hebreo, el árabe, el caldeo, el griego y el latin, y en las disputas públicas convencia á todos y nadie le convencia á él, no podia menos de ser el Anticristo ó alguno de sus secuaces...; ninguno de estos doctores,—digo,—con ser tantos en número y tan ilustres, pudo dar á España lo que en rigor no tuvo hasta el siglo XVII: una escuela propia y floreciente de Teología, entendida esta palabra como la entendieron los grandes maestros de aquella centuria, es decir, como una ciencia universal que abarcaba desde la doctrina de los atributos divinos hasta las últimas ramificaciones del derecho público y privado. Esta gloriosa y última etapa de la teología española fué favorecida de un modo eficaz por el renacimiento de las letras clásicas, que influyó en la erudicion sagrada tanto, por lo menos, como en la profana, llevando la atencion de los doctos al estudio y crítica de las fuentes, así en lo que toca al texto de las Sagradas Escrituras y de sus más antiguas interpretaciones, como en lo perteneciente á las obras de los Santos Padres y apologistas cristianos, así griegos como latinos, los cuales nunca se vieron en mayor grado que entonces, ilustrados, comentados y defendidos.

Y si es verdad que no anduvo libre de temeridades (como no suele estarlo ninguna ciencia nueva) esta labor y esfuerzos de los helenistas y hebraizantes, tambien es cierto que despues de



UNA DISPUTA DE SAN AGUSTIN (CUADRO DE DOMINGO BRUSCHI)

la inmensa alharaca que los teólogos puramente dogmáticos y escolásticos promovieron contra los que venian á despertar á la Escolástica del largo sopor en que desde el siglo XIV habia caido, esa nueva infusion de sangre científica á la larga llegó á constituir la hermosa teología positiva que hoy conocemos, y en la que al antiguo elemento especulativo y metafísico, en el cual fueron águilas los doctores de la Edad Media, y especialmente el Angel de las Escuelas, vino á añadirse un elemento histórico, ya escriturario, ya patrístico, que da nervio y fortaleza y verdadera originalidad á la Teología católica de las escuelas modernas.

(Se concluirá)

A LA UNIDAD CATÓLICA DE ESPAÑA

Benedixisti, Domine, terram tuam: avertisti captivitatem Jacob.
(Ps. LXXXIV, 1.)

CANCION

Hay en la historia de la patria mia
Una sublime página que encierra
Gérmenes de valor incomparable.
De ella surgió nuestra grandeza un dia,
Como surge del seno de la tierra
El tronco de la encina formidable.
No es la mano indomable
De bárbaro guerrero
Quien la escribió con el sangriento acero,
Ni brotó de la frente encanecida
De austero sabio ó pensador profundo,
Ni nuevo Fidias á la faz del mundo
La dejó entre laureles esculpida.
La dictó el mismo Dios, ¡bendito sea!
Y arrebatado por sublime idea,
El noble Recaredo
La grabó en el alcázar de Toledo.
¡Nada hay, Señor, oculto ante tus ojos!
Tigre feroz que acecha y acomete,
Saltó á mi patria el árabe enemigo,
Y entre yelmos y arneses y despojos,
Cayó rodando al turbio Guadalete
El cadáver sangriento de Rodrigo.
Señor, Tú eras testigo
Del inmenso quebranto,
A Tí llegaba el clamoroso llanto.
Y como son de padre tus entrañas,
Para salvar tu pueblo y darle aliento,
Al infundirle el noble sentimiento
Que inspira el heroismo y las hazañas,
En la unidad del culto le fundiste;
Y pues eres Dios único, le diste
Un alma para amarte
Y una fe y un altar para adorarte.
Si tu mano, Señor, no hubiera escrito
El prólogo de glorias venideras,
Admiracion de siglos y naciones,
¿Qué hubiera sido de Pelayo el grito?
¡Perdidos ecos, voces lastimeras
Ahogadas entre abismos y peñones!
¡Mas no! Los aquilones
Le llevan á lo lejos;
Y al ver brillar los pálidos reflejos
De una naciente aurora de esperanza,
Los tristes fugitivos se detienen,
Y al pié de un mismo altar llorando vienen
Pidiendo á un mismo Dios fuerza y venganza.
Un mismo sentimiento los sustenta,
Una misma esperanza los alienta;
Y al tenderse las manos,
Hijos son de una fe, todos hermanos.
¡Manantial de virtud y de heroismo!
Esa unidad fué el árbol, cuya sombra
Cobijó la pelea encarnizada.
Ella sacó la patria del abismo,
Y pisando trofeos por alfombra
La llevó desde Asturias á Granada.
La brisa perfumada
Que azotaba las velas
De aquellas atrevidas carabelas
Era su aliento, el mismo que infundia
En los muros de Orán miedo y espanto,
El que empujó las naves á Lepanto
Y el que cruzó los campos de Pavía.
¡Unidad de la fe! ¿Quién no te ama,
Y en férvido entusiasmo no se inflama,
Si gloria, honor, grandeza,
Son reflejo no más de tu belleza?
¡Dulce Jesús! Clavado en el madero
Eres foco de luz que el mundo guía
A la unidad cumplida y verdadera.
Al exhalar el hálito postrero
Cumpliendo tu divina profecía,
Atraes á Tí la humanidad entera.
No hay linde ni frontera
Que tu sangre no inunde:
Pueblos, razas, tu amor todo lo funde.
Ya no hay gentil, ni siervo, ni cautivo;
Unidos por el nombre de cristianos,
Es el mundo un ejército de hermanos
Postrados ante el ara del Dios vivo.
Unidad á tal precio conseguida,
Eres rayo de luz, fuente de vida;
El que llega á perderte
Camina entre tinieblas á la muerte.
¡Alienta, patria mia! El que amoroso
Te socorrió en los dias de amargura
Y te amparó á la sombra de sus alas,
Mientras era la cruz ¡timbre glorioso!
Como emblema de dicha y de ventura
La más brillante de tus ricas galas,
A los ayes que exhalas
Acongojada y triste
Por la preciada joya que perdiste,
Responderá con paternal consuelo.
Sacude, patria mia, tu letargo,
Seca las huellas de tu lloro amargo,
Que aquella Madre que bajó del cielo
Y en el santo Pilar grabó su planta,
Al verte presa de amargura tanta,
¡Primero que perderte
Bajará del Pilar á defenderte!
No te abandona, no; con dulce mano
A su pecho purísimo te oprime
Y desliza en tu oido una promesa:
Un nuevo Recaredo, un rey cristiano
Renovará la página sublime
Que en el fondo del alma lleva impresa;
La angelical princesa
Que su pecho ofrecia
Como nuevo pilar para María,
Pondrá su labio en el Pilar bendito;
La antigua fe, de nuevo cimentando
El trono secular de san Fernando,
Le dará la firmeza del granito,
Y con un rey cristiano y caballero,
Y una santa por reina, el pueblo entero
Tranquilo y venturoso
Será tambien cristiano y virtuoso.

CARLOS GARCÍA VERDUGO

NOTA.—La anterior poesía obtuvo el premio de la infanta D.ª María de las Nieves (dos artísticos platos de porcelana) en el Certámen literario con que el Círculo tradicionalista de Madrid ha conmemorado el XIII Centenario de la Unidad católica.

LA SOMBRA DE HERMENEGILDO

ROMANCE

Bajo las azules gasas
De un cielo del mes de Mayo,
Lleno el ambiente de aromas,
De luz dorada el espacio,
De flores la angosta márgen
Que lame, al pasar, el Tajo,
En la ciudad de Toledo
Hierve rumor desusado
De caballeros, que cruzan
Calles y plazas, sonando
Sobre el pedernal á hierro
Cada avance de sus pasos;
De clérigos y de monjes
Que, en pos de augustos Prelados,
Al par que caminan, mueven
Con prisa febril los labios,
Con alegría los ojos,
Con viva inquietud los brazos.
Ventanas y miradores
Muestran racimos gallardos
De encantadoras cabezas,
De ángeles con rostro humano.
Campesinos y pecheros,
Entre alegres y espantados,
Forman pintorescos grupos
De las calles en los ángulos
Para ver cómo desfila
El rico y severo fausto
De la Corte visigoda,
Que tiene por soberano
A un príncipe cuya sangre
Es ya reliquia de un Santo.
¿Por qué tan grande alborozo?
¿Qué victoria se ha logrado?
¿Qué pueblos ha sometido
El noble Rey toledano?
¡Ah! Mayor que esta victoria,
Más glorioso que este lauro,
Ni en mármoles fué esculpido,
Ni fué por vates cantado.
Sin duro hierro que rasgue
El pecho del adversario;
Sin corceles que trituren
Cien vidas bajo sus cascos;
Sin lágrimas, ni gemidos
De padres, hijos ó hermanos,
Vence Recaredo... y vence
Porque, á la voz de Leandro,
Como torre carcomida
Se desploma el mundo arriano.
Con lágrimas en los ojos
Abjura el Rey, proclamando
Un Dios, un trono, una patria,
Una grey bajo un cayado,
Y el pueblo español responde,
Desde Gades al Cantábrico,
Con gritos de fé, y gozosos
Se agitan, al escucharlos,
El Pilar en Zaragoza,
Y en su sepulcro Santiago!
¡Qué aurora la de aquel dia!
Al esplendor de sus rayos
La desgreñada discordia
Se hundió en el profundo báratro,
Mientras desde la alta cumbre
De los celestes espacios
El rey mártir de Sevilla,
Tendiendo su vuelo raudo,
Un beso depositaba
En la frente de su hermano.
—Ya no más lucha intestina
(Cuentan que le dijo el Santo):
El don de la paz cristiana
Mi sangre os ha conquistado:
Desde hoy comienza su historia
La España de san Fernando;
Y aunque habrá grandes desdichas
En pena á grandes pecados,
Y aquí verterán sus hordas
Los desiertos africanos,
En un riñon de la patria
Alzará la cruz Pelayo,
Y el ser *una* la fé en Cristo
De este leal pueblo hispano,
Ha de darle tal denuedo

Que él mismo tendrá á milagro
Ver cómo va poco á poco
Su propio hogar recobrando.
Siglos enteros de prueba,
Ya gloriosos ó ya aciagos,
Pasarán antes que lleguen
Grandezas que no soñaron,
Ni reyes de Macedonia,
Ni emperadores romanos.
¡Mas llegarán!... A lo lejos
Flota en el mar oceánico
Una bandera... la tuya,
La nuestra! El robusto brazo
De un navegante la clava
En un risco americano,
Y al ver la cruz, cien imperios
Caen ante ella prosternados.
Rasgar la unidad pretenden
Libidinosos sectarios,
Y á la vez nos amenazan
Por una parte los francos,
Por otra turcos, ingleses,
Y moriscos é italianos.
¡No importa! La *unidad* triunfa,
Que ella el laurel ha ganado
En Pavía y San Quintin,
En la Alpujarra y Lepanto...
¿Reveses? ¿Quién no los tuvo?
¡Sí!... Vendrán dias amargos,
Y decadencias y ruinas;
Pero en el ardor sagrado
De su fé, la patria nuestra
Encenderá su entusiasmo
Cuando sea el mundo entero
Juguete vil de un soldado.
Entonces ella, tan sólo
Espada y cruz empuñando,
Desde Bailen á Vitoria
No dejará del tirano
Más que el odio de su nombre
Y el horror de sus estragos.—
La sombra de Hermenegildo
Calló un instante; y trocando
Sus varoniles acentos
En triste y copioso llanto...
—¡Ay!...—continuó,—lo que nunca
Fuerzas extrañas lograron,
Ni sarracenos, ni turcos,
Ni ingleses, ni luteranos,
Ni aun los cómplices del fiero
Verdugo del Dos de Mayo,
Lograrán hijos cobardes
Del suelo que yo he regado
Con el jugo de mis venas
Para hacerlo fertil campo
En que la Iglesia coseche
Sus frutos más regalados.
Hijos de España se dicen
Los que quebrantan el lazo
De su fé... ¡Dios los perdone,
Si puede Dios perdonarlos!
¿Qué hijos son que las entrañas
De su madre han desgarrado,
Haciendo el hogar cenizas
Y haciendo el altar pedazos?
¡Ah! La traicion ha deshecho
La labor de nuestras manos;
Mas la traicion no prospera
Entre los pechos honrados...
Desde el fondo de los siglos
Veo alzarse el soberano
Semblante de aquel Patriarca
Que es del propio Dios Vicario...
Espinas tiene en la frente,
Cadenas tiene en las manos...
El mundo es un campamento,
Pero él no tiene un soldado!
Naciones que se agrupaban
En torno del árbol santo,
De su propio odio nutridas,
Ni á fé, ni á amor, dan espacio.
Pero el Patriarca se eleva
Sobre el general naufragio;
Y así como el Padre Eterno,
Cerniéndose sobre el caos,
Llamaba al mundo á la vida,
Llama á los pueblos cristianos
A la unidad que perdieron,
Al amor que despreciaron.
Un pueblo hay que le responde
Con clamores de entusiasmo.
Él quiere ser el primero
En recobrar sus pasados
Privilegios de hijo amante
Del Pontífice Romano...
¡Recaredo! ¡Es nuestro pueblo!
El mismo que hoy te ha aclamado,
Aquel á quien dí mi sangre
Y le dió su fé Leandro.
Él, con su acero, restaura
La unidad que le robaron.
Él del sepulcro de Pedro
Arroja á los nuevos vándalos;
Él quien otra vez proclama
Lo que aprendió de tus labios:
Un Dios, un Trono, una Patria
Y una grey bajo un cayado!...—
Esto diciendo, el rey mártir
Besó de nuevo á su hermano...
Perdióse luego en las nubes...
Y Recaredo, asombrado,
Miró en torno... vió á su pueblo
Romper en febril aplauso,
A los guerreros de hinojos,
A los Obispos llorando,
Al sol inundar los aires
Con la tibia luz de Mayo;
Verter aromas las flores
En las márgenes del Tajo,
Y exclamó, vueltos al cielo
Los humedecidos párpados:
«¡Bendito seas, Dios mio!
¡Bendito seas, hermano!»

VALENTIN GOMEZ.

NOTA.—Esta poesía obtuvo el premio del príncipe don Jaime de Borbon (un velador de piedra con mosáicos) en el Certámen del Círculo tradicionalista de Madrid.

HIJO Y MADRE

(CUADRO HISTÓRICO)

II

A pesar de su resolucion, Agustin pasó cuatro años más en Cartago. Siempre que trataba de emprender el viaje á Roma, que tanto le halagaba, dificultades materiales ó sucesos extraordinarios se lo impedian. La mano paternal de la Providencia así lo disponia para más altos fines; pero el filósofo africano no los veia, y los obstáculos con que tropezaba sólo servian para vigorizar su deseo de ir á la ciudad eterna. Cansábale cada dia más la vida que hacia en Cartago. El escaso fruto de sus lecciones le desalentaba, y la grosería y falta de entendimiento de muchos de sus discípulos eran, para su corazon tierno y delicado, motivo de continuos y graves disgustos.

Estos motivos, unidos á su natural sed de gloria y de honores, al deseo de hallar más ancho círculo donde extender las poderosas alas del genio que sentia bullir dentro de su alma, y á la necesidad de salir de una atmósfera que le ahogaba, formaban tal conjunto, que Agustin ansiaba por momentos salir de su patria. Pero otra razon más fuerte que las anteriores, aunque menos visible, porque la ocultaba á todos y hasta en lo posible á sí mismo, le impulsaba á salir de Africa. Agustin seguia afiliado á la secta de los maniqueos, pero en cuatro años habia conocido mejor á los sectarios y empezado á dudar de la verdad de su doctrina y de la rectitud de sus propósitos. Para Agustin la duda era el mayor de los tormentos. Jóven aún é inexperto, aceptó la herejía de Manes como un término medio entre el paganismo, que le repugnaba, y la religion cristiana, que, á pesar de ser la de su madre, le asustaba por su rigor. Agustin, dotado de naturaleza ardiente y apasionada, entregóse al llegar á Cartago á la vida alegre de sus compañeros; dióse á frecuentar los teatros y espectáculos públicos, y las cosas que allí vió y las que sus amigos le enseñaron borraron las costumbres cristianas que su madre le habia inculcado en los primeros años de su vida. Creyó, por creer en algo, que la verdad estaba en el maniqueismo, hasta que un dia una contradiccion científica que encontró en su doctrina le descorrió una punta del velo que la encubria.

No tardó en descubrir otras varias, y así fuése convenciendo de que, á pesar del aparato científico de que se rodeaban sus correligionarios, no eran más que unos charlatanes en toda regla, que, con melosas palabras, trataban de ocultar sus necedades y vicios.

¡Cuánto sufrió Agustin al conocerlo! Sólo á alguno de sus íntimos le dió cuenta de lo que pasaba en su alma, y aunque sus amigos encontraban frases cariñosas y palabras de consuelo para calmar sus penas, no hallaban razones con que responder á sus argumentos. Creyendo que lo que les faltaba para discutir con adversario tan formidable como Agustin no eran razones sino talento, procuraron calmarle diciéndole que esperase la llegada de un sabio doctor de su secta, el obispo Fausto, el cual desvaneceria sus dudas en pocas palabras y con su elocuencia rebatiria las objeciones que se le ocurrieran.

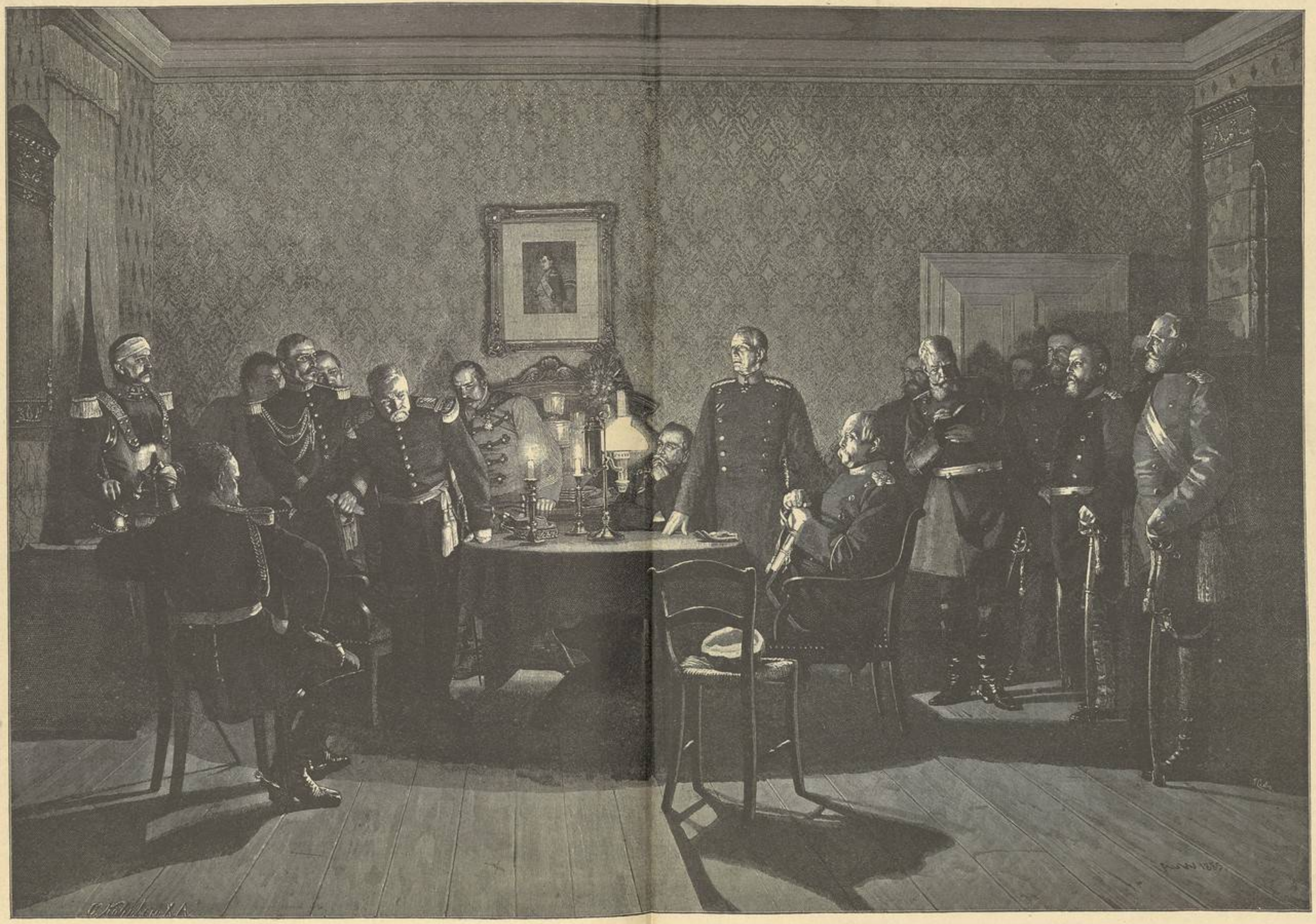
Y llegó Fausto, y Agustin le oyó y quedó encantado de su elocuencia, de su elegancia en el hablar; pero, léjos de que le disipara sus dudas, crecieron al ver que Fausto no era más que uno de tantos retóricos como por entonces pululaban, pero que de filósofo no tenia sino el nombre.

El obispo maniqueo, que habia sembrado en tantas inteligencias los errores de que estaba imbuida la suya, mató en la de Agustin la fe en el maniqueismo. Siguió afiliado á la secta, pero ni quiso progresar en ella subiendo á los grados superiores á que su genio le hacia acreedor, ni la defendió ya con el calor con que antes la apoyaba.

Este desengaño lastimó profundamente su corazon y avivó su ansia por ir á Roma, donde, como años antes, seguia llamándole el afan de ganar gloria. Al dejar de ser maniqueo no perdió Agustin sus aficiones filosóficas ni dió un paso siquiera hácia el cristianismo. Ardia aún con viva llama en su pecho el fuego de las pasiones, y tenia su mente tan llena de quiméricas ilusiones, que el desengaño recibido sólo sirvió, por entonces, para amargarle el alma, pero no logró abrirle los ojos á la verdad ni encaminarle al bien.

Lo único que detenia á Agustin en Africa era su corazon. Amaba entrañablemente á su madre, y aunque hacia ya tiempo que vivia alejado de ella, al fin era corta la distancia que le separaba de Tagasto, donde su madre residia, y podia cruzarla con frecuencia. Mas ir á Roma era despedirse quizás para siempre de la que le habia dado el sér, y eso era para Agustin el sacrificio más doloroso que podia imponerse. No obstante, las razones que le impulsaban á salir

LA CAPITULACION DE SEDAN (CUADRO DE C. COHNTEIG)



GENERAL FAURE — GENERAL CASTELNAU — GENERAL WIMPFEN — NAPOLEON III — GENERAL PODBIELSKI — GENERAL MOLTKE — BISMARK — GENERAL WINTERFELDT — GENERAL BERDY DU BERNOIS — MAYOR CLAER

de Cartago, los consejos y ejemplos de sus amigos y la inquietud que le devoraba inclinaron su ánimo á tomar una resolucion extrema, y, cogiendo la pluma, anunció á su madre el próximo viaje que meditaba con las más cariñosas frases que le inspiró su amor.

Sabia Agustin que Mónica le queria más que á las niñas de sus ojos, y comprendia, por tanto, que el solo anuncio de su marcha le causaria terrible pena; sin embargo, no llegó á sospechar el efecto que su carta produjo, porque leerla y emprender la marcha para Cartago fué para Mónica obra de pocos momentos.

La madre de Agustin, madre incomparable, que muchos piadosos escritores consideran como el modelo de las madres despues de la Santísima Vírgen, vió en el viaje de Agustin lo más doloroso para su corazon, la perdicion completa del alma de su hijo, y corrió á evitarla.

Diez años llevaba por entonces Mónica llorando los extravíos de Agustin; diez años de angustias y sufrimientos inconcebibles, porque para ella, tan santa, tan amante de Jesús, tan sumisa á la Iglesia, no habia dolor mayor que el de ver á su hijo enemigo de la Iglesia luchando contra la gracia de Dios, que le llamaba, y malgastando su privilegiado ingenio en defender errores funestos y costumbres perniciosas.

Cuando Agustin empezó públicamente á defender el maniqueismo, santa Mónica, con varonil entereza y sobreponiéndose á los impulsos de su corazon, le arrojó de su casa. Mas, al cabo de algun tiempo, comprendió que su deber era velar por su hijo, ayudarle á salir de los errores en que habia caido y salvar su alma, y se consagró á esta obra con el ardor que la distinguia.

Su amor á Dios, que era inmenso, y el amor á Agustin, tan grande como el que una madre santa puede sentir por un hijo, eran los dos resortes de su alma, y ambos estaban oprimidos por la desdichada conducta de éste. Calcúlese de qué no seria capaz Mónica al ver desgarrado tan cruelmente su corazon.

Cuando Mónica iba cobrando alguna esperanza de traer á su hijo á buen camino Agustin marchó de Tagasto: fué á Cartago y allí acabó de perderse. Su madre, sin embargo, confiaba en que algun dia el cariño que la profesaba y los desengaños que el mundo le proporcionaria le harian volver contrito y arrepentido á su casa. Para apresurar este momento oraba incesantemente, y con lágrimas en los ojos pedia á Dios la conversion de su hijo, año tras año, sin cansarse ni desfallecer.

El viaje de Agustin á Roma le arrancaba de raíz la esperanza de que volviera á Tagasto, porque Roma era considerada por santa Mónica y todos los cristianos de aquella época, tan cercana aún á la de las persecuciones, como la ciudad enemiga de la Iglesia de Cristo, asesina de los Papas, martirizadora de millares de fieles, tirana del mundo y autora y propagadora de la inmoralidad y de la corrupcion que asolaba por entonces la tierra.

Para Monica era indudable que Agustin acabaria de perderse en Roma. Creia que la ciencia funesta de sus sabios arrancaria á su hijo hasta los gérmenes de cristianismo que aún conservara escondidos en los más profundos senos de su alma y que la corrupcion de costumbres que reinaba en la ciudad de los Césares le arrastraria á los más vergonzosos excesos.

Resolvióse á impedir á todo trance el viaje, y para ello presentóse inopinadamente en Cartago y entró en casa de Agustin cuando éste, de acuerdo ya con un amigo, estaba á punto de embarcarse.

—¡Gracias á Dios!—exclamó al ver á su hijo. —Aún llego á tiempo para impedir la locura que ibas á hacer. ¡No vayas á Roma, Agustin, no vayas á Roma! ¡Te lo pido por el cariño que me tienes y por el que yo te profeso, que ya sabes cuán grande es!

Agustin, que amaba á su madre con inmensa ternura, sintió, al verla llorosa y suplicante, que el corazon le saltaba del pecho.

—¡Oh madre mia, madre mia!—dijo entre tiernos sollozos;—comprendo la pena que te causa nuestra separacion; quisiera evitártela á costa de mi sangre, pero ya no es posible. Mi porvenir lo exige. En Cartago me moriria de tedio ó de miseria, mientras que en Roma me aguardan la gloria y la abundancia. Calma tu pena, modera tus ansias, seca tus lágrimas, porque yo sé que tú quieres ver feliz á tu hijo, y tu hijo es muy desgraciado en su patria.

—Por eso mismo, porque sé lo desgraciado que aquí eres no quiero que lo seas más en otra parte. ¡Oh Agustin mio! la felicidad que vas á buscar á Roma es vana y engañosa, y proporcionará á tu alma, no paz y bienestar, sino nuevos dolores y sufrimientos. La verdadera felicidad te he dicho ya en varias ocasiones dónde se encuentra. Déjate guiar por mi, y te aseguro, por el amor inmenso que te profeso, que la encontrarás á mi lado.

Agustin procuró esquivar la cuestion, mas su madre volvió á hablarle con tanto calor de la inconveniencia del viaje que proyectaba, tanto le rogó y tantas lágrimas derramó en su presencia, que al fin la prometió solemnemente abandonar su proyecto y seguir viviendo en Cartago.

—Voy—dijo—á avisar á mi amigo que he cambiado de opinion y que puede marchar solo.

Agustin fué, mas por el camino su imaginacion volvió á presentarle la serie de males y disgustos que le esperaban en Cartago y desplegó á su vista las grandezas y glorias que le aguardaban en Roma. Vió como en espíritu multitud de jóvenes que, ansiosos, escuchaban sus lecciones, y oyó los aplausos que le prodigaban y el respeto con que los sabios, que eran la gloria del mundo civilizado, leian sus obras y seguian sus doctrinas. Agustin consideró que estaba colocado sobre un alto pedestal donde todos podian verle y que desde él dirigia con su palabra las voluntades y alumbraba los entendimientos, no ya sólo de los vecinos de Roma, sino de los de las mas apartadas regiones del mundo, porque á todos habia llegado su fama. Oyó como un concierto general de voces que asombradas exclamaban: «¡Gloria á Agustin! ¡gloria al filósofo, gloria al orador que con su elevada doctrina nos enseña la verdadera ciencia y nos muestra nuestra grandeza!»

Y aquel concierto iba creciendo, creciendo á medida que el tiempo pasaba, y el nombre de Agustin se grababa en letras de oro sobre lápidas de mármol, y corria al par del de Ciceron, y era comparado al de Platon, y paganos y cristianos le consideraban como muy superior al de sus más insignes filósofos.

¿Qué podian contra semejante tentacion las palabras cariñosas, pero sensatas y modestas, de santa Mónica? Agustin se convenció antes de llegar á casa de su amigo de que los temores de su madre eran exagerados y que el cariño la cegaba. La entrevista con su amigo acabó de decidirle.

—¡Cómo!—le dijo éste,—¿vas á renunciar á tu porvenir por las lágrimas de tu madre? ¿Podrá en tí el sentimiento, mejor dicho la impresion del momento, más que la reflexion? Vamos á Roma como habíamos pensado, y si te duele causar á tu madre un nuevo dolor, oculta tu marcha, y con eso cumples de sobra como buen hijo.

(Se continuará)

TRAVANCOR

III

El censo de Travancor verificado en 1879 nos proporciona interesantes detalles sobre la condicion social y religiosa de este país. El censo causó una general commocion en el pueblo, especialmente entre las castas bajas. Durante muchos meses la poblacion rural se manifestó en estado de completa efervescencia. El terror, el pánico se apoderó de las masas. Temian que el censo tuviese por objeto imponer excesivas contribuciones ó ejercer alguna tiránica opresion, como habia sucedido frecuentemente en otras épocas de crueldad é injusticia.

Los mahometanos no perdieron la ocasion para despojar á los ignorantes de sus bueyes, búfalos y demás animales domésticos, aumentando la alarma con arte y aconsejándoles vendiesen cuanto tenian á cualquier precio, si no querian perderlo por completo. Aquí se decia que los cristianos iban á ser expulsados del reino; allí que el Rey intentaba poblar cierto remoto país donde todos sus habitantes habian muerto de hambre: todo era confusion.

El Gobierno hizo cuanto pudo para desvanecer tales quimeras; pero inutilmente: de 100 habitantes 90 no sabian leer sus proclamas, ni estaban en condiciones de acercarse á los centros donde estas eran publicadas. No sin gran trabajo de los misioneros la paz se fue restableciendo hasta obtener la más completa calma.

La poblacion total asciende á 2.311,379 habitantes, de los cuales son:

Paganos. . . .	1.702,805
Católicos. . . .	385,000
Mahometanos.. .	139.905
Nestorianos. . .	54,000
Judíos.	151
Otras varias sectas.	29,518

Otro censo se efectuó en 1881, segun el cual resultan 1.197,134 hombres y 1.204,024 mujeres.

El número total de castas es de 420, y entre ellas cuentan más de 1000 almas cada una las siguientes:

1	Bracmanes originarios del Malabar y extranjeros.	38,434
2	Kshetrya y Eliathu.	5,908
3	Kongani, Concan Bracmanes y otros.	14,260
4	Puspaken, Varier, Curuguel. .	5,678
5	Marán.	14,611
6	Sudras,—Malayala y Pandi (militares).	459,878
7	Velálars.	24,125
8	Chetti.	16,948
9	Vaduken.	1,764
10	Patnulkaren (elaboradores de seda)	1,366
11	Khrishnenvaga..	8,298
12	Chalien (tejedores).	6,691
13	Pandaran.	10,612
14	Panan (sastres)..	2,225
15	Elavanien (labradores). . . .	2,665
16	Cummalen (artesanos). . . .	20,936
17	Tatan (plateros).	14,009
18	Cunnan (fundidores de bronce) .	3,193
19	Calen (picapedreros). . . .	5,223
20	Cólen (herreros).	19,211
21	Tachen (aserradores). . . .	3,800
22	Ausaree (carpinteros). . . .	29,385
23	Vanien (molineros de aceite). .	24,516
24	Velutaden (lavanderos). . . .	13,190
25	Ideyan (pastores).	6,319
26	Kosaven (alfareros).	7,364
27	Chemman (zapateros). . . .	981

28	Kshoraken (barberos). . . .	14,521
29	Canian (agoreros).	9,107
30	Manan, Mala-arayen, Ulladan (tribus montañesas). . . .	30,996
31	Puraven (caleros)	8,598
32	Nulian (cordeleros). . . .	1,495
33	Chanars (agricultores). . . .	97,730
34	Iluvers (agricultores). . . .	383,017
35	Mokovers y Chavalakarers (pescadores).	12,725
36	Paravers (pescadores). . . .	8,600
37	Parias.	63,688
38	Puleas..	188,916
39	Vaden..	7,293
40	Kuruban.	56,274

Bracmanes.—Esta casta se subdivide en ocho:

1.ª Legisladores y grandes sacerdotes.

2.ª Jefes y maestros de la aristocracia.

3.ª Sacerdotes para ofrecer holocaustos, y ascéticos.

4.ª Maestros de ceremonias en las pagodas y profesores de artes mágicas.

5.ª Médicos y cómicos.

6.ª Asistentes de los sacerdotes.

7.ª Los *Malditos* porque dudaron de Parasu-Rama: no se les permite leer los Vedas, oficiar en los templos ni asociarse para comer con los demás bracmanes.

8.ª Dícese de estos que insultaron á los ídolos y cometieron algunas otras faltas. No se les admite en sociedad con las anteriores subdivisiones.

La casta del Rey, llamada *Raça de la luna*, ni es tan alta que pueda enumerarse entre los bracmanes, ni tan baja que pueda ser puesta al nivel de los Sudras.

Sudras.—Estos se subdividen en 18 castas, entre las cuales se cuentan:

1.ª Siervos de los bracmanes.

2.ª Idem de los reyes.

3.ª Idem de los templos.

4.ª Vendedores de leche y pastores.

5.ª Músicos de las pagodas.

6.ª Elaboradores del cobre.

7.ª Tejeros para las pagodas.

8.ª Alfareros.

9.ª Traficantes en aceite.

10. Los que conducen al Rey en palanquin.

11. Los que celebran ritos funerales por los Sudras.

12. Comerciantes.

13. Tejedores.

14. Lavanderos.

15. Barberos.

Las cuatro últimas mancillan á las anteriores cuando á ellas se acercan, y las obligan á sujetarse á ciertas purificaciones.

Castas degradadas.—Llámanse así todas aquellas que reconocen su origen en el ilícito comercio de diferentes castas, y son:

1.ª Los astrólogos.

2.ª Los fabricantes de arzones y flechas.

3.ª Pintores.

4.ª Curtidores.

5.ª Sastres.

7.ª Caleros.

8.ª Zapateros.

9.ª Los que cultivan la palma y el cocotero.

10. Los barqueros.

Castas infamadas.—Llamadas así por ser las ínfimas y porque las anteriores quedan profanadas con su sociedad. Estas son:

1.ª Los Parias agricultores y cesteros.

2.ª Los Puleas esclavos para el trabajo.

3.ª Nayadi, mendigos.

4.ª Uladam, cortadores de leña.

FRUTOS MASÓNICOS

La siguiente carta de un pariente del desgraciado García-Vao, publicada por varios periódicos sin ser desmentida, da severa leccion á los hipócritas impostores que trataron de desorientar la opinion á raíz de aquel alevoso asesinato.

Merece tenerse en consideracion porque puede servir de dato para juzgar la *filantropía* y *fraternidad* del masonismo.

Dice así:

«Era García-Vao, antes de los 20 años, un estudiante de los que con mayor provecho frecuentaban las aulas de la Universidad Central; laborioso, dotado de un talento más que mediano, de ánimo generoso y de todas esas otras cualidades que adornan á los que el mundo denomina con más ó menos propiedad *hombres de bien*. Las ideas erróneas y estrambóticas de que se compone la jerga laberíntica de la filosofía alemana, en mal hora importada á nuestra España, cuidadosamente recogida por el jóven discípulo del Instituto, con aplicacion digna de más sano objeto, de labios de un profesor furiosamente anti-católico, borraron de su alma las creencias religiosas que su cristiana madre le inculcara, y le hicieron cobrar primero desden, luego hastío, más tarde repulsion y por último infernal aborrecimiento á todo cuanto llevara el sello de la cruz.

»Lector asíduo, admirador y encomiador ciego de Castelar, su escepticismo se le incrustó en los tuétanos. Una sola cosa podía arrancarle frases de aprecio al Cristianismo: su belleza: y así se comprende que quien cerraba á Spinosa abriese con gusto, y hasta con deleite, á Chateaubriand. Casi todo lo que en los últimos años ha vomitado la prensa contra la Iglesia lo habia leido. Sus catedráticos de Instituto y de Universidad coronaron la obra, y tres ó cuatro amigos se le unieron para verter la ponzoña de sus plumas en revistas y periódicos. García-Vao, sea porque aún quedaban en su pecho restos de la educacion religiosa que cuando niño recibiera, ó bien porque su alma de poeta se habia inclinado con admiracion y con respeto ante el Cristianismo al leer las obras de Chateaubriand, fué casi siempre el más débil en el ataque, hasta el extremo de que su compañero de redaccion en *El Libre-Cambista* y en *El Criterio científico*, Joaquin García Gamiz-Soldado, le tildaba de *reaccionario*.

»Cuando hace pocos años combinó la masonería un plan de ataque al descubierto al catolicismo, y con la eficaz ayuda de la Sociedad Bíblica de Lóndres empezaron á enviar á carretadas ejemplares de *El Motin* y de *Las Dominicales* á todos los puntos, áun los más olvidados, de nuestra patria, en mangas de camisa el primero, y atildado y enguantado el segundo, para poder entrar así en la buhardilla como en el principal más aristocrático, pero siempre vertiendo impiedades y calumnias á borbotones; García-Vao entró en la redaccion de *Las Dominicales* con su compañero Francisco Rodríguez.

»Como reaccionario le hubieron de considerar tambien en aquella demoníaca redaccion; ya que casi nunca le dejaron salir de la seccion más inofensiva, de la seccion literaria y poética.

»Sin embargo, era un jóven que podia hacer mucho desde la cátedra y desde el libro en pro de las ideas libre-pensadoras, y la Masonería le llamó á sus antros para retenerle, estimularle y ayudarle en sus propósitos, y en ella recorrió hasta el grado 10.°

»Pero ¿cómo es posible que un redactor de *Las Dominicales*, que cada semana habia de hablar á las masas, no ascendiese más en la escala masónica? Aquí está la llave que descubre el secreto de su muerte.

»García-Vao, al propio tiempo que escribia en sentido libre-pensador, no se desdeñaba de firmar en una revista de Ciudad-Real poesías religiosas, algunas de ellas místicas, que le merecieron el aprecio de su católico catedrático señor Orti y Lara. García-Vao no podia menos de burlarse dentro de la lógia de la ritualidad masónica; su natural independiente le tuvo siempre indisciplinado con la superioridad dentro de la Masonería, especialmente cuando se trataba de que su pluma se sometiese á las indicaciones de la secta; y cuando ésta vió que era necesario *irradiarle*, pero quedando el temor de que contra ella volviese el arma temible de su pluma, puso en ejercicio todos los medios que hubo á mano, enderezándolos á que se sometiese á la disciplina sectaria.

»Se encomendó para resolver este contratiempo á un sacerdote apóstata de Barcelona, á quien se encargó pidiese á Ruiz Zorrilla que redujese á obediencia al escritor; pero estos esfuerzos no fueron eficaces. Acudieron á la superioridad de la *Liga anti-católica*, á la que, como redactor de *Las Dominicales*, creo que pertenecía; y el entonces furioso sectario Leon Taxil hubo de establecer con García-Vao larga correspondencia; pero tampoco este recurso produjo resultado, y desde entonces la secta decretó deshacerse de un enemigo que tanto podia estorbarla el paso.

»Sabedor García-Vao de lo que era capaz la Masonería, quince ó veinte dias antes de morir asesinado, dijo á su familia que tenia miedo de salir á la calle; que le seguian hombres de quienes temía, sin saber por qué (son sus frases), que le matarian; y preguntándole si habia tenido alguna reyerta, ó hecho alguna travesura, etc., respondió negativamente; pero asegurando que temía ser muerto.

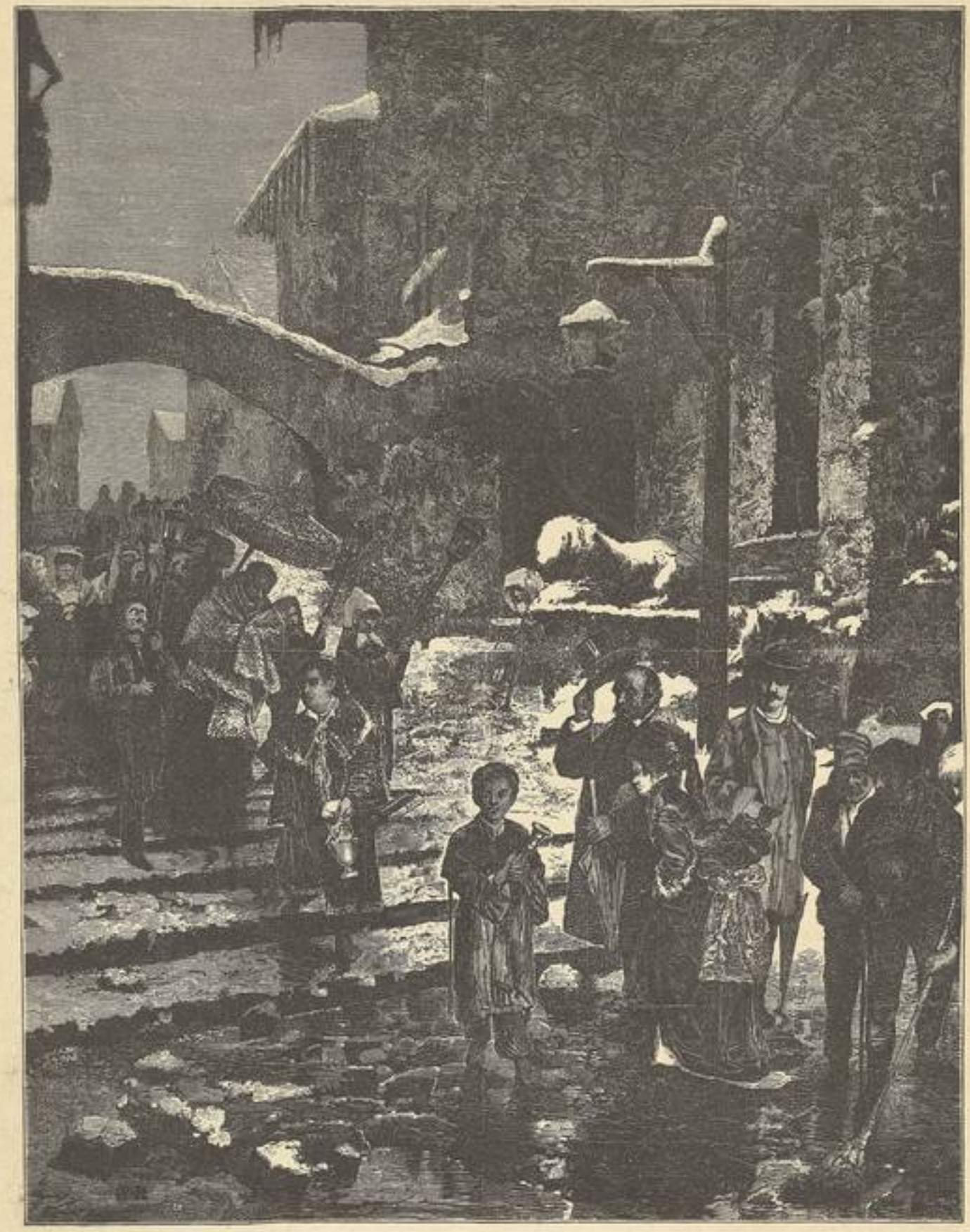
»Si no habia tenido algun lance de esos que ponen á un jóven delante de un rival, si á nadie habia él provocado (y era incapaz de provocar á nadie), ¿por qué temia con tenacidad ser asesinado? ¿Y cómo no se atrevía á revelar los motivos en que su temor se fundaba?

»Efectivamente, la presuncion del jóven escritor tenia fundamento; tanto, que el 18 de Diciembre de 1886 terrible faca atravesó sus entrañas cuando se disponia á traspasar la puerta de su casa, núm. 7, del paseo de Luchana, en Madrid; y á los pocos momentos, sin decir quién le hirió, entregó su alma al Señor, á quien tanto habia intentado destruir. ¡Así paga el diablo á quien le sirve!

»Eran las seis de la tarde cuando se cometió el crímen; hora en que el paseo de Luchana estaba algo transitado. Uno de aquellos transeuntes dice conocer al asesino, le delata, se le conduce á la cárcel. ¿Hay quien sepa qué se hizo de ese hombre?

»La Masonería acudió al entierro civil del asesinado, con el H.·. Salmeron á la cabeza, á derramar lágrimas de cocodrilo sobre su cadáver, y ya dice Leon Taxil que es costumbre de ella vestirse ante el público de luto é ir detrás de los cadáveres de sus víctimas.

»En aquel mismo dia varios periódicos de Madrid, de los más liberales, quiérese decir de los más sometidos á la Masonería, ya porque son masones sus redactores, ya porque son órganos de un personaje político afiliado á las lógias, publicaron una noticia redactada por la misma mano, en que se trataba de desorientar la atencion del público, fija en aquel triste lance; insinuando que por determinados círculos corria la voz de que el Sr. García-Vao habia sido objeto de una venganza del clero de Madrid, y hasta se seña-



EL VIATICO (CUADRO DE JAIME DE CHERICO)

laba al sacerdote á quien, segun la patraña, creian las gentes instigador del atentado.

»*Las Dominicales* adornaron la invencion con su particular literatura, y el pueblo ¡pobre pueblo! tragó la píldora.

»Otra señal evidente de la procedencia masónica del crímen es el cuidado que tuvieron las lógias de acudir en pleno á los teatros en que se sacó á escena su drama *La Encubridora*, á raíz del asesinato, y las manifestaciones masónicas que en muchos puntos, especialmente en Andalucía, con este motivo se celebraron.

»Esto es lo que he creido conveniente comunicar acerca del asesinato de mi pariente García-Vao. Lo que he dicho de la formacion de su espíritu libre-pensador lo he oido de sus labios: tengo para mí que este desgraciado escritor, de no haber caido en manos de la Masonería, y á despecho y á pesar de las enseñanzas de sus catedráticos, hubiera buscado y hallado y abrazado la verdad católica; ya que antes de entrar en la redaccion de *Las Dominicales* era objeto de su estudio (¡vano empeño!) el lazo que pudiese unir las enseñanzas de la Iglesia con las doctrinas liberales. Lo referente á las circunstancias del asesinato me lo ha referido su familia.

»A. S. y G.-V.»

MARCO ANTONIO BRAGADINO

Ó EL VALOR CRISTIANO EN EL SIGLO DÉCIMOSEXTO

I

Gorrian los primeros dias de Julio de 1570: toda la poblacion de Famagusta, hombres, mujeres y niños, estaban reunidos en la plaza mayor, en torno de un altar improvisado, donde iba á celebrarse el santo sacrificio de la Misa. Bragadino, comandante de la guarnicion veneciana, era el que habia invitado á todo el pueblo á aquella solemne ceremonia. Al llegar el momento de la Comunion, vióse aquel bravo capitan, cubierto de todas sus armas, arrodillarse con todos sus soldados, en presencia del obispo Regazzorit y recibir de sus manos el Pan de los fuertes. Despues se levantó, y tendiendo la mano al pueblo, que seguia con la vista y el corazon sus menores movimientos, exclamó: «Juro por la Santísima Trinidad, por los cuatro Evangelios, por esta santa cruz de Jesucristo que veis en mi estandarte, y por la santa Eucaristía que acabamos de recibir; juro en nombre de mis hermanos de armas, de los que están en vuestra presencia y cuya voz no podeis oir; juro sufrir los mayores apuros y áun la muerte por defender la religion cristiana y la república de Venecia, y salvar al pueblo que me escucha. Jurad tambien con nosotros, bravos habitantes de Famagusta, que derramaréis vuestra sangre, si es preciso, no digo solamente por Dios y por la patria, sino tambien por vuestros padres, vuestras esposas y vuestros hijos, amenazados por un enemigo que quiere apoderarse de vuestros bienes y arrebataros vuestro honor y vuestra fe.»

JUAN KASSA, DIFUNTO EMPERADOR DE ABISINIA

Un grito de entusiasmo que salió de todos aquellos pechos apagó la voz de Bragadino. Hasta los niños y las mujeres levantaban la mano y repetian aquel noble juramento. Despues la asamblea se disolvió y cada cual corrió á su casa ó á las murallas de la ciudad para prepararse á la resistencia.

La situacion era grave en efecto y el peligro formidable. Selim II, que acababa de suceder á Soliman, habia intimado á los venecianos, bajo pena de una guerra de exterminio, que evacuaran la isla de Chipre. A pesar del estado de postracion en que se hallaba entonces la república, diósele por toda contestacion una negativa terminante. En seguida Mustafá-bajá, el más hábil de los generales turcos, desembarcó en el cabo meridional de Chipre con ochenta mil hombres de sus mejores tropas, provistos de poderosa artillería y seguidos de una flota compuesta de ciento cincuenta galeras. Nicosia y Famagusta eran las dos únicas ciudades que podian oponer alguna resistencia. Atacóse primero á Nicosia; los mil quinientos venecianos que la defendian con algunos millares de nobles y plebeyos cipriotas rechazaron victoriosamente varios asaltos; pero al fin sucumbieron bajo el número.

El dia 8 de Setiembre fué tomada la plaza. Indignado de las pérdidas que habia sufrido en el ataque, Mustafá hizo pasar á cuchillo á veinte mil habitantes. Cuanto se puede imaginar de más horrible no basta para formarse una idea del espantoso estado en que quedó aquella ciudad, antes tan hermosa y tan floreciente. Mustafá hizo traer en su presencia el botin, todavía mojado con la sangre de los muertos y en las lágrimas de los vivos, separó todo lo que habia de más precioso, y lo hizo colocar (con mil jóvenes

MENELIK, NUEVO EMPERADOR DE ABISINIA

BAFANA, EMPERATRIZ DE ABISINIA

cautivas) en cuatro naves de carga que destinó para Selim ,como los más gloriosos y más verídicos despachos que podia recibir.

Ya las naves se alejaban del puerto, cuando la más hermosa y más animosa de aquellas jóvenes infortunadas, contemplando tras sí á su patria medio devorada por el fuego, y ante sí la esclavitud y la infamia, resolvió morir. Embargada enteramente por aquella idea, vió un soldado que entraba en el depósito de pólvora; penetró ella sigilosamente tras él, y habiéndose podido procurar un poco de fuego, lo arrojó á un tonel de pólvora. Al momento el incendio se propagó por todo el buque y de aquel á los demás, pereciendo en las llamas todos los tripulantes.

Una vez ganada Nicosia, Mustafá marchó contra Famagusta. A fin de difundir en ella el terror, se hizo preceder por un esclavo encargado de exponer delante de la plaza la cabeza de Dandolo, uno de los valientes defensores de Nicosia. A aquella amenaza, acompañada del más espantoso cuadro de las venganzas musulmanas, Bragadino contestó con los honores militares que hizo rendir á la cabeza de Dandolo. Al momento combinando la flota de los infieles sus operaciones con el ejército de tierra, empezaron las intimaciones, que fueron seguidas de las más formidables descargas de artillería; pero no dando ningun resultado unas ni otras, los generales de Selim reconocieron con sorpresa que era preciso poner un sitio en toda regla contra un puñado de héroes.

Bragadino, el comandante veneciano que fué el alma de aquella gloriosa resistencia, era no obstante un soldado improvisado. Aunque de edad de cuarenta y seis años, hacia, por decirlo así, sus primeras armas. Su vida la habia pasado en Francia entregado al apacible cultivo de las letras. Pero, cristiano acérrimo, ante todo supo sacar de su ardiente fé aquella fortaleza de alma, aquella intrepidez á toda prueba, y tambien aquella previsora calma que le hizo superior á todos los peligros. Fué secundado por dos hombres dignos de él: el primero, Astoiro Baglioni, pertenecia á aquella ilustre familia de Perusa, cuyo jefe, en el siglo XVI, quiso declarar la guerra á la república de Siena para recobrar, no una ciudad ó un territorio, sino el auxilio de la Vírgen María; el otro era Luis Martinengo, cuyo abuelo se ofreció al Senado con su hijo, todavía muy niño, para ir á combatir á los turcos, y murió en el camino. Ni Martinengo ni Baglioni dejaron mentir la noble sangre que circulaba por sus venas.

Los turcos habian abierto la trinchera en el mes de Abril en una extension de más de tres millas, y el gran número de brazos de que podian disponer les habia permitido abrir igualmente, á pesar de la resistencia del terreno, un camino ancho y profundo, por el que podia pasar un ginete sin que se viera otra cosa que el estremo de su lanza. Detrás de la trinchera Mustafá habia hecho construir, con maderos y faginas, diez fuertes de cincuenta piés de frente, en los cuales debia maniobrar la artillería más formidable que hasta entonces hubiesen empleado los generales otomanos en un sitio.

¿Qué podia oponerles Bragadino? Unas fortificaciones y unos muros medio desmantelados; y no obstante, los dos primeros asaltos fueron para él dos brillantes victorias. Los otomanos en la segunda jornada sucumbieron á millares, y los venecianos á centenares, como lo refirió un tránsfuga, quien, testigo de aquellas hazañas, quiso abrazar otra vez la causa de Dios.

En vano para desanimar á los sitiados se hacian adelantar hácia ellos unas torres amenazadoras, desde donde se les gritaba que la flota veneciana, encerrada en Candía, no se atrevia á salir, y que no debian esperar ningun auxilio; en vano les enviaban cartas atadas á las flechas para ofrecerles una honrosa capitulacion. Como Bragadino no contestara á aquellas insinuaciones, Mustafá creyéndose retado por aquel desprecio resolvió dar un asalto más terrible que los anteriores. En la madrugada del dia 19 de Junio vióse de repente salir fuera del campo y en toda la extension de las líneas una multitud considerable de enemigos que por sus movimientos y disposiciones parecian aguardar una señal. Esta señal fué la explosion de varias minas que se hicieron volar para ensanchar las brechas. Las detonaciones incesantes de la artillería turca, mezcladas con los clamores salvajes que lanzaban los acometedores en medio de nubes de polvo y hierro, no desconcertaron un instante el plan de defensa. Mientras que Martinengo, manteniéndose firme en la muralla, dirigia un fuego directo sobre las masas de enemigos amontonadas en el foso, Bragadino acudia á todas partes, y el impetuoso Baglioni se arrojaba, como un leon, á todas las brechas que veia invadidas. Los turcos avergonzados al verse contenidos por tan exíguo número de defensores, redoblaban sus esfuerzos y su furor era cada vez mayor. Durante las cinco horas que duró aquel terrible asalto, por seis veces embistieron con arrojo, y otras tantas fueron rechazados.

El general otomano regresó á su campo con la ira en el corazon. Habiendo dicho al comienzo del sitio que para llenar los fosos de la plaza bastaria arrojar en ellos las babuchas de sus soldados veia entonces aquellos mismos fosos llenos de sus cadáveres, sin que todavía se hubiese podido apoderar de un solo lienzo de muralla. Ardia en deseos de lavar aquella afrenta con raudales de sangre, y los bárbaros que capitaneaba no estaban menos sedientos de venganza y exterminio.

Sin embargo, la fatiga les obligó á aceptar una tregua de ocho dias: Bragadino se aprovechó de ella para levantar apresuradamente algunos trozos de muro arruinados y atrincheramientos de tierra.

El dia 28 un asalto, más impetuoso aún que los precedentes, fué renovado por seis veces. Durante las siete horas que duró la lucha, el Obispo con todo su clero permaneció en medio de los combatientes con un crucifijo en la mano, recordándoles la santa causa por la que derramaban su sangre y los ultrajes que reservaba á la imágen de Cristo el feroz enemigo que tenian en su presencia. Tal fué en aquella memorable jornada el generoso ardor de los cristianos, que hasta las mismas mujeres y sus hijas lanzaban piedras y flechas.

Por la tarde retiróse el enemigo. Pero la victoria se habia pagado harto cara con la muerte de muchos valientes, que no podian ser reemplazados. Además, el número cada vez mayor de heridos y enfermos, el hambre que empezaba á dejarse sentir, la inutilidad de tantos esfuerzos, que no hacian más que exasperar al enemigo y agravar los horrores que seguirian despues de la rendicion, todo contribuia á desanimar á los habitantes. Decíase que las fuerzas humanas tienen sus límites; pero nadie se atrevió á proponer á Bragadino medios de transaccion que deberian lastimar su noble corazon. Acordóse únicamente enviarle en nombre de los ciudadanos una carta suplicándole humildemente que consintiese en una honrosa capitulacion, antes que exponerles á ver sus madres, sus esposas y sus hijos degollados, y perder la libertad con el honor y la vida.

Bragadino comprendió que únicamente la fé podia animar aquellos corazones abatidos, y convocó otra vez al pueblo al pié de los altares. Despues de la Comunion, que recibió de manos del venerable Obispo, recitó el Evangelio con voz entera, y luego se prosternó en las gradas del altar, que bañó con un torrente de lágrimas. ¿Qué pasó en aquella noble alma?... La iglesia en que rogaba y lloraba así, ¿era su monte Olivete, en tanto que hallara pronto su Calvario, y pedia á su Padre celestial que apartara de sus labios el amargo cáliz de los valientes, la *vergüenza de una capitulacion?* O bien, advertido por un secreto presentimiento, ¿llevaba muy alto sus miras y consumaba interiormente el sangriento sacrificio que debia, dentro de algunos dias, acercarle á su divino Modelo?

Cuando se levantó su mirada era tranquila y el discurso que dirigió al pueblo respiraba la mayor confianza: confianza primero en Dios, y despues en sus compañeros de armas y en las promesas de la patria, cuyo cumplimiento esperaba por respeto á sus conciudadanos, por respeto á las potencias católicas que acababan de formar una santa liga, por respeto al Soberano Pontífice que habia sido el alma y negociador de ella. Respecto á los actos de violencia y brutalidad á que se creian expuestos si era tomada la ciudad por asalto, dijo que siempre estarian á tiempo de prevenirlo, hasta en el último extremo, por medio de una capitulacion honrosa, que los turcos no podrian menos de conceder á unos hombres que tan bien sabian defender sus vidas. Luego invocando el testimonio del intrépido Baglioni en apoyo del suyo, afirmó que con el auxilio de Dios la plaza, á pesar del reducido número de sus defensores, podia sostenerse aún quince dias, y pidió á la abnegacion, tantas veces puesta á prueba, de sus oyentes, que le concediera aquel nuevo plazo.

El pueblo accedió unánimente á aquel generoso llamamiento. No tan sólo las almas, sino los cuerpos más debilitados parecieron hallar fuerzas sobrenaturales.

(Se concluirá)

LA LUZ Y EL ESPECTRO SOLAR

Varias hipótesis idearon los antiguos para explicar el fenómeno del lumínico.

La escuela pitagórica decia acerca de la luz que el ojo proyecta fuera de sí una infinidad de rayos que, cual otros tantos brazos invisibles, van á pulsar y examinar los objetos percibidos, resultando de aquí la imágen visual.

Empedocles y Platon, á quienes no habian satisfecho las razones de los pitagóricos, dijeron que salen del objeto y del ojo ciertos efluvios que se encuentran y se mezclan los unos con los otros en la mitad del camino. Por este choque, los efluvios que salen del ojo vuelven á él, y excitan allí la sensacion de los objetos.

Este sistema fué adoptado por los discípulos de Platon, añadiéndole que la luz se propaga en línea recta y que los ángulos de incidencia son iguales á los de reflexion.

Pero Aristóteles, á pesar de ser discípulo de Platon, no admitiendo esta teoría quiso explicarla de un modo más conveniente.

La vision, segun él, obra por la recepcion de las imágenes ó especies de los objetos en el ojo. Esto es bastante oscuro; pero lo es más su modo de definir la luz. Esta, dice, es la que hace á los cuerpos transparentes, porque no lo son sino en potencia, pues por la noche son opacos, y no llegan á ser tales sino con la presencia de la luz, y sólo ella puede reducir esta potencia á acto. Luego la luz es el acto del transparente mientras es tal: hé aquí su conclusion.

Segun Demócrito y los epicúreos, las imágenes que se forman en el ojo son una emanacion de los objetos.

Mas todas estas teorías y otras muchas que sería prolijo enumerar, redúcense á dos; de las emisiones de Newton y de las ondulaciones.

La teoría de las emisiones supone que los cuerpos luminosos arrojan en todas direcciones un prodigioso número de partículas pequeñísimas, más pequeñas que cuanto la imaginacion puede concebir; partículas que á manera de lluvia de gotas impalpables caen sobre nosotros, penetran en nuestros ojos y chocan contra nuestra retina.

Acerca de esta teoría objeta Brisson lo siguiente: «Pretenden los neutonianos que la luz es una emanacion de los cuerpos luminosos; y que por consecuencia el sol, las estrellas, una vela encendida, etc., arrojan contínuamente al rededor de ellos rayos de su propia sustancia, compuestos de partes que se suceden y se renuevan perpétuamente en un mismo lugar y con toda la velocidad de la propagacion de la luz; de modo que las partes que nos iluminan en este momento no son las que nos iluminaban el instante antes, ni las que nos iluminarán el instante siguiente. Luego es preciso que corra esta materia con una rapidez á que nada se acerca, y que sus partes se dilaten y se extiendan hasta el punto de ocupar espacios inmensos, con respecto al espacio pequeño que las contenia y al poco tiempo que emplean en esparcirse; porque segun la observacion hecha por Domingo Cassini en 1675 sobre la retardacion de las emersiones de los satélites de Júpiter, no emplea la luz en venir desde el sol á nosotros más que cerca de ocho minutos: luego debe recorrer más de 724,000 leguas por segundo de tiempo; velocidad inconcebible y á la que se resiste nuestra imaginacion.»

Herschel establece la siguiente comparacion: «Si una molécula de luz pesara un solo grano, su efecto seria igual al de una bala de cañon de más de 150 libras (56 kilógramos) animada de una velocidad de 305 metros por segundo. ¡Cuál no debe ser, pues, esa tenuidad, si los millones de millones de moléculas que penetran en los lentes ó espejos jamás han podido comunicar el menor movimiento á los aparatos más delicados construidos exprofeso para estos experimentos!

La de las ondulaciones, ó sea de Descartes y segun otros de Huyghens, supone que el movimiento ondulatorio transmitido á un punto por un foco puede considerarse como la resultante de las velocidades parciales comunicadas por todos los puntos. De lo que se desprende que la luz es la excitacion de un flúido elástico que llena el mundo entero.

Sigaud de la Fond demuestra en los siguientes términos los absurdos inseparables de la hipótesis de Descartes:

«Si se supone con los partidarios de Descartes que la luz sea un flúido presente por todas partes, y cuya actividad y efecto dependan de la accion del cuerpo luminoso, supongamos solamente aquí el sol, resultarán precisamente dos absurdos, á los cuales no seria posible responder. Se seguiria: 1.° Que jamás estaríamos envueltos de tinieblas. Con efecto, ¿no está demostrado que toda presion que se ejerce contra una de las partes de un flúido encerrado en un espacio de donde no puede salirse, se distribuye uniformemente en todo género de direcciones? Sentado esto, la accion del sol distribuida sobre la materia luminosa comprendida en el hemisferio opuesto al que habitamos, no se haria menos sensible á la de nuestro hemisferio, respecto de que esta materia es un mismo flúido encerrado en el vasto espacio del Universo, y que una presion cualquiera, ejercida sobre una de sus partes, debe distribuirse uniformemente y en todas direcciones en toda la extension de su masa. 2.° Igualmente animada al rededor de nosotros, y en todos sentidos, la materia de la luz no podria ser interceptada por la opacidad de nuestro cuerpo, ni formará á un lado ó detrás de nosotros aquella sombra que conservamos constantemente por uno ú otro lado cuando nos paseamos al sol.»

Expuestas ambas teorías, nos ocurre preguntar cuál de las dos es más admisible.

Acerca de esto dice Brisson: «No podemos disimular una cosa que milita en favor de la opinion de Descartes. Está reconocido por todos los físicos que no podemos ver cosa ninguna sino por medio de la luz; sin embargo todos los cuerpos que se vuelven fosfóricos (que son en gran número) no están sepultados como cuerpos luminosos, y son no obstante capaces de alumbrarnos; luego existe otra luz diferente de la que emana de los cuerpos luminosos.»

Con esta opinion parecen convenir respetables físicos, si bien ambas no lo explican de un modo concluyente.

La definicion que Fresnel da acerca del principio de las ondulaciones es como sigue: Se pueden considerar las vibraciones de una onda luminosa en cada uno de sus puntos como la suma de los movimientos elementales que enviarian á él, en el mismo instante y obrando aisladamente, todas las partes de esta onda considerada en cualquiera de sus posiciones.

Pero en resúmen no sabemos qué sea la luz, pues aunque la ciencia resuelva el problema fundándose en el principio de la invariabilidad de las fuerzas vivas totales del Universo, que la vibracion de todo cuerpo luminoso es transformacion de otro movimiento, ó de otra fuerza viva total ó molecular, siempre permanece y brota de los labios la misma pregunta: Esa fuerza viva ¿de dónde viene?

*

Mucho tiempo antes que Newton, Isaac Vosio habia adelantado que los colores con que se presentan á nuestra vista los objetos coloreados residian en los rayos de la luz; pero nadie antes que el célebre físico inglés llegó á comprender de un modo indudable esta teoría importante.

Habiendo comprimido fuertemente, dice este sabio, dos prismas uno contra otro, para lograr que sus lados (que por casualidad eran un tanto convexos) se tocasen mútuamente, ví que en el sitio por donde se tocaban se volvia de pronto transparente como si en aquel sitio hubiesen formado una sola pieza de vidrio. Porque, cuando la luz caia sobre el aire comprimido entre los dos prismas tan oblicuamente que se reflejaba en su totalidad, parecia que en el punto de contacto se transmitia enteramente. Mirando con atencion dicho punto, se veia á modo de una mancha negra y oscura, parecida á un agujero á través del cual aparecian distintamente los objetos colocados al otro lado.

Newton fué el primero que descompuso la luz deduciendo que esta no es homogénea, sino compuesta de infinidad de colores distintos entre sí: al mayor ó menor desarrollo de esta cualidad entre los rayos de diferente color se llama refrangibilidad. Cuando un haz de luz emanado del sol atraviesa los espacios celestes ó bien penetra en los medios refringentes, normalmente á su superficie, no hay una razon para que los diversos rayos de que consta se aislen unos de otros: desde el instante en que este haz encuentra á su paso á la superficie oblícua de un modo refringente, este obra con desigualdad sobre los diferentes rayos, les imprime direcciones diversas y hace aparecer el brillante fenómeno de la dispersion.

Para descomponer el haz de luz por este medio en sus elementos constituyentes son adelgazados al pasar sucesivamente por dos rendijas estrechas y colocadas paralelamente á las aristas del prisma: cuando por otra parte el plano que ha de recibir la imágen ha sido colocado á un gran distancia, se obtiene el espectro tan perfecto como lo tuvo Newton. Entonces se ven entre el rojo y violeta una série de tintas que se desvanecen insensiblemente y cuya division en siete colores es verdaderamente arbitraria, pues en realidad el espectro no se compone de siete colores, sino de una infinidad, ordenados por sí mismo segun su mayor ó menor refrangibilidad. Lo cual prueba que á su paso por el prisma esta luz no ha sido alterada, sino descompuesta.

La recomposicion de la luz la obtuvo Newton por medio de una lente biconvexa, la cual recibia la línea espectral y detrás de esta se colocaba una pantalla de papel, la que acercándola ó alejándola llega á obtener el punto de reunion de los siete rayos luminosos.

Tambien se valió de dos prismas opuestos, de la misma sustancia y poder refringente; de siete espejillos móviles al rededor de dos ejes perpendiculares y á lo largo de la varilla apoyados en un soporte y finalmente con el disco de carton circular, en el cual se hallan pintados los siete colores con la extension proporcional á cada uno de ellos segun su poder refringente y en el mismo órden que en el espectro. Haciendo girar este carton y una vez adquirida una gran velocidad, se recompone la luz apareciendo el blanco.

El Dr. Vollarton ideó en 1802 sustituir el orificio elíptico por una abertura longitudinal.

Los descubrimientos que obtuvo los comunicó á la Real Sociedad de Lóndres, y entre otros cita que los colores en que se divide un haz de luz blanca á causa de la refraccion, «no me parece, dice, que son siete como generalmente se ve en el arco iris, ni tampoco reductibles por medio alguno á tres, como muchas gentes creen; pero si se emplea un haz de luz finísimo se pueden ver cuatro divisiones primarias del espectro prismático con un grado de claridad que á mi juicio no se ha observado ni descrito antes de ahora.»

En 1814 Fraunhofer, aleman, sin que llegaran á sus oidos los descubrimientos de Vollarton, se ocupó en lo mismo y llegó á descubrir hasta 576 rayas negras, dibujándolas y señalando sus posiciones con el mayor esmero. En una Memoria que en el citado año presentó á la Academia de Munich y que por ser demasiado extensa no copiamos, da cuenta de sus experimentos.

Zantesdechi, profesor de física en la Universidad de Padua, dedicóse treinta años despues que Fraunhofer al estudio de las líneas negras. Colocó el prisma entre dos lentes condensadores: en el foco de una de ellas se disponia la ranura, sirviendo la otra para proyectar el espectro sobre una pantalla.

Observó además que las líneas negras del espectro no eran invariables, sino que ocurrian algunas transformaciones en su número, posicion, intensidad y anchura segun la temperatura de la atmósfera.

En 1832 descubrió Brewster líneas oscuras por absorcion atmosférica, y nos da el siguiente experimento curioso sobre los colores.

«Haced esta prueba, dice, en una habitacion adornada con brillantes colores y pinturas al óleo ó al temple en las paredes. La concurrencia, testigo del experimento, debe llevar trajes de colores claros, y en las mesas se pondrán jarros de flores de vistosos matices. Si la estancia está alumbrada con luz ordinaria, toda la belleza de los colores claros se ostentará. Suprimiendo luego la luz blanca y sustituyéndola con otra amarilla, resultará una metamórfosis completa. Todos los adornos de la habitacion y todos los objetos que haya en ella se verán de un solo color. Las flores perderán sus matices, las pinturas y los grabados parecerán hechos con tinta china; los vestidos más vistosos, el color purpúreo más

fuerte, el verde más vivo, el lila más puro, el azul más rico, se convertirán uniformemente en amarillo monótono. En todo se verá el mismo cambio; una palidez amarilla, lívida, cubrirá todos los rostros jóvenes y viejos, y tan solo se librarán de esta transformacion los que naturalmente tengan dicho color. Cada cual se reirá del aspecto cadavérico de su vecino, sin notar que él mismo hará reir á los otros del mismo modo.

»Si en medio del asombro causado por este cuadro, se vuelve á poner la luz blanca en un extremo de la habitacion, dejando la amarilla en el extremo opuesto, la parte del traje de cada persona que reciba la luz blanca recobrará su color, y la otra continuará con su tinta amarilla. Una de las mejillas de cada circunstante volverá á tener el color animado de la vida, al paso que la otra conservará la palidez de la muerte, y desde el momento que cambie de posicion, resultará la transformacion de color más asombrosa.

COLEGIO DE LAS VEGAS EN NUEVO MÉJICO (ESTADOS UNIDOS)

»Si siendo todas estas luces amarillas, se hacen pasar rayos de luz blanca á través de agujeritos como los de un cedazo, cada mancha luminosa devolverá al traje ó adorno sobre que se proyecte su color natural, y el amarillo de mahon aparecerá salpicado de variados colores. Si se hace uso de una linterna mágica para proyectar en las paredes de una habitacion y en la ropa de los concurrentes figuras luminosas de flores ó animales, dichas figuras resultarán impresas en los trajes con el mismo color de estos. Tan solo se eximirán los matices amarillentos de tan singulares cambios.»

En 1860 publicaron Brewster y Gladstone un espectro solar de unos dos metros de longitud que contenia más de 2,000 líneas ó bandas oscuras visibles distintas entre sí.

El físico francés Jansen, que en 1864 se dedicó al estudio de las líneas telúricas del espectro solar, llegó á demostrar que casi todas se deben al vapor de agua de la envoltura gaseosa de la tierra; que este vapor tambien ejerce un influjo absorbente en la porcion invisible del espectro solar situado más allá del rojo, es decir, en la region calorífica en donde produce líneas de absorcion y sobre todo la parte violeta del espectro de un modo más uniforme que electivo.

Finalmente Angstrom y Bsewster se hallan conformes en suponer que casi todos los cambios de color que se observan en el tono rojizo del sol á su salida y á su ocaso, se explican sin dificultad por el fenómeno de la absorcion atmosférica, y que deben rechazarse todas las teorías propuestas con este mismo objeto.

PEDRO GASCON GOTOR

MISCELÁNEA

LA IDEOLOGIA DEL SEÑOR CASTELAR

¡Ahora sí que va á bajar el pan!

Cuando se extienda por todo el mundo la noticia de que el Sr. Castelar menosprecia el trigo, se formarán multitud de sociedades con el único y exclusivo fin de no alimentarse más que con ideas.

Parece que el gran orador dijo el otro dia despues de la votacion en el Congreso:

«Esta es la fuerza de las ideas. Pensar que el país tiene más interés en que se protejan los trigos, que en que se apruebe el sufragio universal, es pensar un absurdo. El pueblo español no ha peleado nunca por el pan ni por el vino, pero se ha dejado matar por las ideas.»

¡Vean Vds. lo que es no tener la penetracion del Sr. Castelar!

Hasta ahora habiamos estado equivocados. Veíamos salir de la taberna á dos hombres con navaja en mano, y todos decíamos:

—¡Efectos del vino!

Pues no, señor; aquellos hombres se mataban por las ideas.

De hoy en adelante hay que reformar la frase «Sobrevino una pendencia.»

Y convendrá tambien modificar una parte de la oracion dominical.

En vez de *el pan nuestro de cada dia, dánosle hoy*, diremos: *la idea nuestra, ó el sufragio universal nuestro de cada dia, dánosle hoy.*

Es de suponer que hasta la Providencia tendrá en cuenta el sutil descubrimiento del Sr. Castelar, y dará órden para que las lluvias dejen de caer sobre los sembrados de nuestra tierra.

—Altísimo Señor,—dirán los arcángeles:—las mieses de Castilla y de la Mancha están mustias; les hace falta riego... ¿Le parece á Su Divina Majestad que les hagamos la remesa de unos cuantos aguaceros?

Y el alto Dispensador de los bienes de la tierra dirá:

—¡No hace falta! ¡Si los trigos de España no necesitan proteccion! Los españoles se nutren con ideas. Les enviaremos unos cuantos turbiones de sufragio universal, y con esto les basta para mantenerse sanos y rollizos.

Esta reforma de alimentacion española producirá un cambio completo en algunas imágenes poéticas. ¡Cuánto han abusado los versificadores del *verdor de los campos*, de las *doradas espigas*, de los *pámpanos de la vid* y de otras muchas cosas que de hoy en adelante dejarán de ser *bucólicas!*

Pues ya todo eso pasó. Dentro de pocos años la frase *andar por esos trigos de Dios* será incomprensible.

¿No habiais oido decir muchas veces de un hombre rico: «Este señor tiene mucho trigo?»

¿Y qué significará para el porvenir esta figura retórica? Nada.

Los académicos del siglo que viene, si no borran del Diccionario los vocablos trigo, harina, pan, etc., los calificarán, por lo menos, de voces anticuadas, y en las solemnes sesiones que celebren rendirán tributo de admiracion á su antecesor don Emilio Castelar por haber sido el primero en descubrir que los españoles sólo viven de ideas, así como descubrió el francés Cyrano de Bergerac que los habitantes de la luna se alimentaban con perfumes.

En la actualidad la reforma se impone.

No hay más remedio sino dar nuevo nombre á las cosas.

Yo he descubierto ya que el criado del Sr. Castelar encarga todos los dias al tahonero panecillos franceses diciéndole:

—Ayer me serviste *las ideas revolucionarias duras*. ¡Cuida de traerlas mañana recien sacadas del horno!

En cuanto á mí, no podrán decirme que no acepto la reforma.

Anoche entré en un café y pedí de cenar.

—¿Qué clase de pan quiere V.?—me preguntó el ignorante camarero.

Y yo, mirándole despreciativamente, le contesté:

—¡Quiero *idea de Viena!*

Y luego, para pedirle vino, le dije:

—Tráeme una botella de *delirium tremens* blanco.

No me entendió, y tuve que abandonar el café, pronosticando para el camarero la eterna maldicion de Dios y de la Historia.»

Felizmente, antes de llegar á mi casa tuve un encuentro que me regocijó.

Acercóseme un pobre, y con voz dolorida me dijo:

—¡Caballero, una *idea* por el amor de Dios, que estoy en ayunas!

Eché mano al bolsillo y le dí esta idea:

—Levantar una estátua al Sr. Castelar con un rótulo que diga:

«¡Al promulgador del sufragio universal, la humanidad hambrienta agradecida!»

(Faro de Vigo)

LO QUE SON LAS ESPERANZAS LÁICAS

Una que se firma Esperanza Perez enjareta en *Las Dominicales* cosas como esta:

«¡Oh, esperanzas! ¡Oh, ilusiones!... Comprendo la vida sin placeres, ni alegrías, ni riquezas, ni honores, ni glorias, ni felicidad; pero no acierto á comprender la vida sin ilusiones y esperanzas.»

Pero, Esperanza de nuestros pecados: tú, que eres libre-pensadora, ¿qué esperas?

Se comprende que los que tienen fe en un mundo mejor *esperen* algo y puedan soportar así las miserias de la vida; pero los que sólo creen en morir *en la forma esencial*, etc., etc., ó, en sustancia, que muerto el perro, se acabó la rabia, no pueden alimentar otras esperanzas, á no ser la que llamaba un libre-pensador la *morcilla de la muerte*.

Sin embargo, la libre-pensadora dice que valen mucho sus esperanzas é ilusiones.

«Ellas (copiamos) anticipadamente nos abren las puertas que se nos cierran; nos transportan al edén que entrevemos; *nos arrojan en los brazos del sér que idolatramos*, etc., etc.»

Comprendido: son así como los jueces municipales que hacen *casamientos*, por no poner otra comparacion más adecuada.

La libre-pensadora añade en otra parte, dándole vueltas al tema:

«Que me falte, en mal hora, agua para apagar la sed, alimento para saciar el hambre, oxígeno para dar á la sangre el alimento vital, fuerzas para resistir, *pensamiento para dudar;* pero que no me falte una esperanza siquiera para poder vivir.»

Por nosotros, que no le falte una docena.

Pero lo que no nos parece bien es eso de «que me falte el agua para apagar la sed... EL PENSAMIENTO PARA DUDAR,» etc.

¿Es para eso para lo que quieren el pensamiento los libre-pensadores?...

Lo sospechábamos: para dudar, es decir, para no pensar rectamente ni discurrir como es debido.

*

Otra nota del artículo del órgano del libre-pensamiento:

«Todos los dias asistimos en nuestro interior al *sepelio* de una esperanza y al *bautizo* de un desengaño, y acto contínuo al *sepelio* de un desengaño y al *bautizo* de una esperanza.»

La articulista se ha resbalado.

El poético párrafo que acaba de leerse parece escrito por un sacristan, y no por un libre-pensador.

Para estar en armonía con el laicismo debe decir así:

«Todos los dias asistimos en nuestro interior á la inhumacion puramente civil de una esperanza» y á la «inscripcion en el registro, sin ninguna ritualidad religiosa, de un desengaño, etc.»

Para otra vez, ya lo sabes, Esperanza.

¡Siquiera—ya que no porque así lo exigen los ideales láicos—siquiera por la belleza del estilo!

Que, eso sí, por falta de deseos no queda el escribir elegante y poéticamente.

Lean Vds. cómo son, segun el artículo, las ilusiones y esperanzas.

Son más bellas:

«Que una aurora de Mayo *rociando* de *aljófar* las *erguidas* flores (¡buena rociada!)»

«Que la sonrisa de un niño *que se duerme al suave* balanceo de la cuna mecida *por una madre* amorosa.»—(Si la madre no es amorosa, ó si quien mece la cuna es el ama de cría, ¡adios, belleza de la sonrisa del niño «que se duerme!»)

«Que el *aleteo de dos* palomas que enredan sus picos sonrosados *para besarse furtivamente*, mientras esponjan su plumaje de aruiño para que salga y se comunique más pronto el *calor tibio* de sus vidas.»

(¡Sopla! que hace calor tibio: un poquito más, y resulta calor frio del todo; y así debe ser, porque leyendo tales cosas, siente uno calo-frios por todo el cuerpo.)

«Que *esas* noches azules del estío en que el alma de la naturaleza parece palpitar con palpitacion amorosa en la fresca ráfaga de aire, en el susurro de las hojas, en el gorjeo del ruiseñor, en el balido de la oveja que vela en el aprisco, en el murmullo del arroyuelo, en el fosforescente brillo de los lagos, en el arrullo de la tórtola, en el balsámico aroma de las flores, en la pálida luz de la luna, en la transparencia del cielo, en la vejetacion de la campiña, en la sonoridad de las cascadas, en la blandura del céfiro, en de creacion entera, amante y amada á la vez.»

Y aquí hace punto el párrafo, que dejará con la boca abierta á cuantos tengan gusto de leerle; y nosotros copiamos el golpe final, que dice:

«Vivir sin amar es no saber que existe un cielo dentro de la tierra; pero amar sin esperanza es saber que hay un infierno dentro de ese cielo.»

A lo cual decimos nosotros:

«Vivir sin conocer á los laicocéfalos, es no saber lo que es bueno; pero conocerlos y no refocilarse con las majaderías que escriben, es no saber lo que es mejor.»

(El Cruzado)

SECCION RECREATIVA

ACERTIJO

Muy largas y estiradas
Tengo las piernas;
Si las cierro, de nada
Me sirven ellas,
Y si las abro,
Ando en pasos iguales
O en una baile.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

PROBLEMA

El precio es la suma de los términos de una progresion geométrica, cuyo primer término, es 1, la razon, 2, y 32 el número de términos; luego será 4.294.967,295 céntimos, ó sea 22.949.672,95 reales.

¡Y parecia que no pedia casi nada!

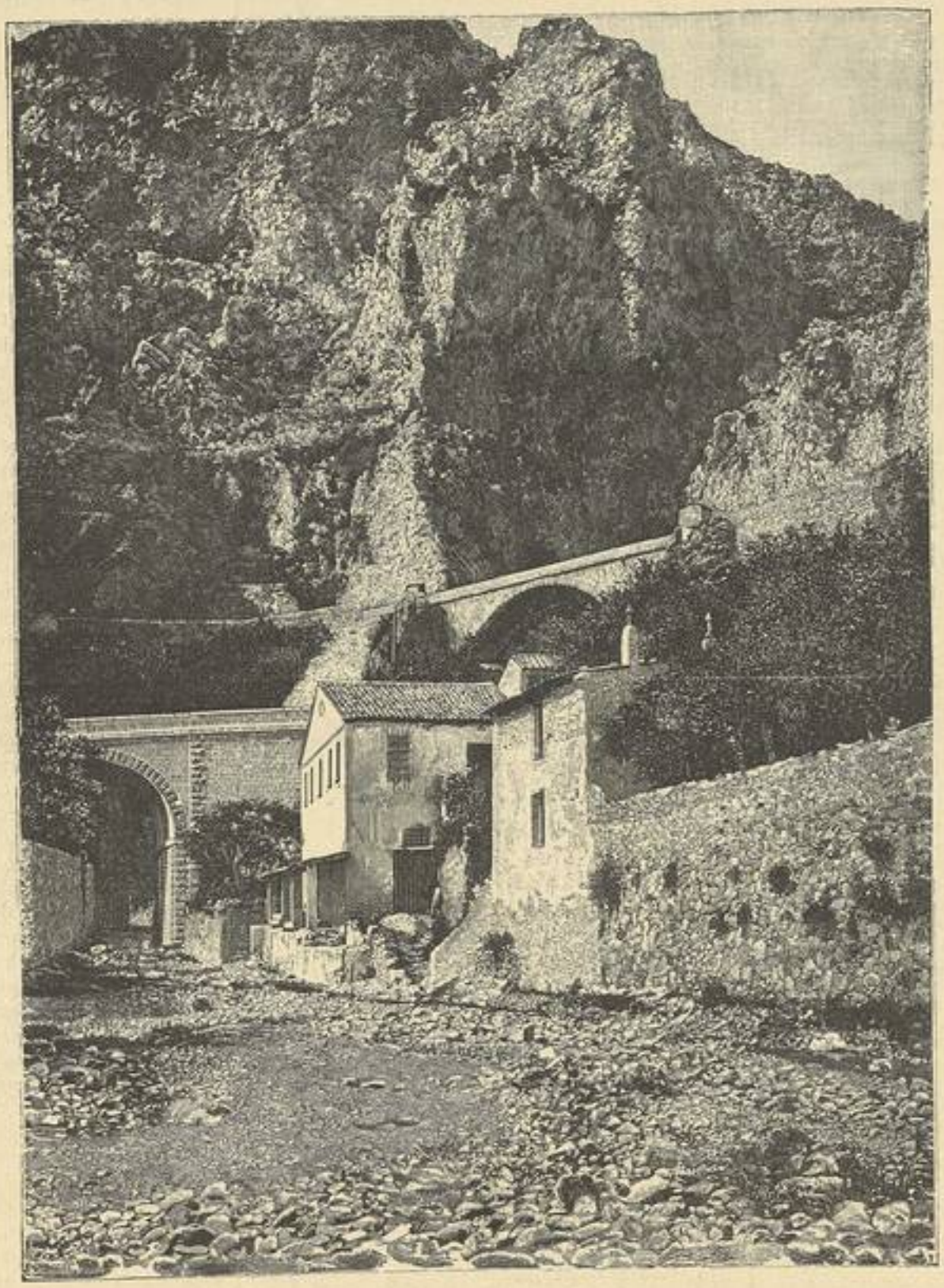
ACERTIJO

PANDERETA

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 6 DE JULIO | SÉRIE II.—NÚM. 80



MENTHON.—EL PUENTE DE SAN LUIS

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

El Centenario del Sagrado Corazon, por M.—*Documentos del señor Duque de Madrid.—Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*La Iglesia y las Escuelas teológicas y filosóficas en España* (conclusion), por Marcelino Menendez Pelayo.—*El Concilio III de Toledo* (poesía), por Francisco Jimenez Campaña.—*Hijo y madre*, III, por Francisco Hernando.—*La Revolucion francesa.—Marco Antonio Bragadino*, ó el valor cristiano en el siglo XVI (conclusion), por el P. Gabriel Demartial, S. J.—*Cuándo empezó la Era cristiana.—Filosofía rústica.—El testamento del indiano*, por S. de Liniers.—*Miscelánea.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

VISTAS DE MENTON: *Puente de san Luis: La Roca Bermeja.*—Menton es una poblacion de cerca mil almas situada en la orilla oriental del lago Annecy en Saboya. Tenia restos de construcciones romanas cubiertas hoy por las aguas del lago. En 1591 hubo en sus cercanías una batalla entre los condes de Ginebra y el Delfin del Vienés.

LA CATÁSTROFE DE ARMAGH, EN IRLANDA.—Los periódicos de Lóndres y Dublin vinieron llenos de horrorosos pormenores acerca el desastre ocurrido en las cercanías de Armagh el 12 del pasado Junio. Dos trenes conducian una expedicion de niños de ambos sexos, á quienes los maestros llevaban á una excursion escolar. Eran entre todos en número de mil doscientos.

Iban los dos trenes á la distancia reglamentaria, cuando de improviso, al llegar el primer tren á lo alto de una pendiente, se desprendieron multitud de coches que retrocediendo con terrible velocidad fueron á chocar con el tren que iba detrás. Muchos de ellos quedaron en el acto hechos astillas, y la locomotora descarriló pasando por encima de los vagones destrozados.

Los que sobrevivieron al desastre acudieron en auxilio de los heridos, cuyo número subió á 169, y á 75 el de los cadáveres horriblemente mutilados que fueron retirados tan pronto como llegaron los primeros auxilios.

Dícese que esta catástrofe es una de las más horrorosas que han ocurrido en aquel país.

Las autoridades formaron pronto el correspondiente sumario para conocer la causa del desastre, mandando el primer auto prender á cinco empleados de la línea, cuya negligencia se sospechaba que había sido causa de la catástrofe.

SAN ROQUE ASISTIENDO Á LOS APESTADOS (fresco de César Mariani en la iglesia del Santo en Roma).—Fué san Roque natural de Montpeller, hijo de padres ilustres y señores de aquella ciudad. Desde niño mostró grande inclinacion á la virtud, y siendo de doce años comenzó á macerar su cuerpo con ayunos y penitencias, y á hacer guerra á sus gustos y apetitos. Muertos sus padres en aquella tierna edad vendió la hacienda que pudo y la repartió á los pobres, y tomando el hábito de la Tercera Regla de san Francisco y encomendando á un tio suyo el gobierno de su Estado y vasallos, dejó su patria, casa, deudos y amigos, y partió para Italia á visitar los santos lugares de Roma. En Acquapendente, Cesena, Placencia y otras ciudades, inclusa la misma Roma, atacadas de la peste, se constituyó enfermero de los pobres, y por su oracion y por la señal de la cruz sanó á muchos que estaban á la muerte, no sin grande admiracion de los que le veian, y ternura y agradecimiento de los que recibian la salud.

Al volver á su patria, hallóla muy alterada, y toda aquella tierra abrasada de turbaciones y guerras; y tomándole por espía, echaron mano de él, y pusiéronle en la cárcel sin ser conocido de su mismo tio, ni darse él á conocer por ser maltratado de sus mismos vasallos y padecer más por amor del Señor. Cinco años duró su encierro, con increible constancia y sufrimiento, y al cabo de ellos fué herido de pestilencia. Entendiendo que se llegaba el fin de su peregrinacion se aparejó para morir, y antes de dar su espíritu al Señor le suplicó que todos los que fuesen tocados de aquel contagio y le invocasen y tomasen por intercesor fuesen librados y alcanzasen perfecta salud. Murió en 1327, á la edad de 32 años, y viniendo despues en conocimiento de quién era, su tio con gran sentimiento mandó llevarle con mucha pompa y solemnidad á la iglesia, y sepultarle honoríficamente. De aquí la gente comenzó á tenerle devocion como á santo y á llamarlo en sus tribulaciones, y especialmente en las enfermedades contagiosas: su tio despues le edificó un templo, en el cual y en otras muchas partes Dios obró muchos y grandes milagros por san Roque. Su cuerpo fué trasladado en 1485 á Venecia, donde fué recibido con increible fiesta y regocijo, y se le edificó un suntuoso templo.

PRISION DEL PRÍNCIPE DE VIANA (cuadro de E. Sala y Francés).—Don Juan II, dominado por su segunda mujer D.ª Juana Enriquez, madrastra de D. Cárlos, Príncipe de Viana, hijo de aquel, envióle á buscar desde Lérida, á donde se encaminó el Príncipe creyendo encontrar á su padre con los brazos abiertos en señal de ser un hecho la concordia celebrada entre los dos.

Llegado el Príncipe á la presencia de su padre, éste le tendió hipócritamente la mano y le dió el ósculo de paz: mas luego le intimó la órden de prision. D. Cárlos se echó entonces á los piés de su padre: rogóle que no quisiese proceder tan cruelmente contra su sangre y le reconvino por semejante felonía, alegando la inviolabilidad de los que concurrian á las Cortes y la salvaguardia y seguridad que gozaba segun los usajes, costumbres y constituciones el vasallo que iba llamado por su señor y que había recibido además el ósculo de paz. Todos estos ruegos y razones fueron inútiles. D. Juan estaba resuelto á perder á su primogénito, cuya existencia estorbaba los medros del otro hijo que había tenido en su segunda mujer, y por lo mismo se mantuvo inflexible, contentándose por toda respuesta con ordenar á algunos de sus más fieles servidores que se encargasen de la custodia del Príncipe.

Al saberlo, Barcelona y Cataluña entera, gran parte de Aragon, casi toda Valencia, Mallorca, Cerdeña y Sicilia, se levantaron en armas para devolver al Príncipe su libertad.

Crujió la tierra al paso de las huestes aguerridas que mandaban D. Juan Bernardo de Cabrera, conde de Módica; D. Hugo, conde de Pallás; el vizconde Rocaberti, y otros ilustres capitanes. El arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Urgel y Vich, los abades de Poblet, Montserrat y Ager, el Prior de Tortosa y otros bendecian á las huestes de una causa por ellos declarada santa. La bandera de San Jorge fué confiada á Arnaldo de Foxá y la de Santa Eulalia á Bernardo de Marimon.

El Rey, atemorizado por este levantamiento, ordenó la libertad del Príncipe, prisionero en el castillo de Morella, quien entró en Barcelona el 12 de Marzo de 1461 en medio de un entusiasmo que rayó en delirio y frenesí por parte del pueblo, que no cesaba de gritar: «¡Cárlos, príncipe de Viana, Dios te guarde! ¡Primogénito de Aragon y de Sicilia, Dios te bendiga!» Murió á los 40 años cumplidos. Estuvo casado con Ana de Cleveris, que falleció sin darle sucesion en 1448.

LA MOSCA CIEGA (cuadro de Arturo Morodei).—Los cuadros de este autor revelan gran fidelidad en los tipos que le sirven de tema, siendo uno de los pocos que siguen con más originalidad la escuela moderna toscana.

LA MUERTE DEL MISIONERO.—El asunto de este grabado, copia de un dibujo enviado de Kiang-nan (China), no necesita explicacion: compréndese á primera vista por la belleza de la escena iluminada por los serenos resplandores de la esperanza cristiana, y se recuerdan las palabras del gran Apóstol de las naciones: *Bonum certamen certavi: cursum consummavi: fidem servavi. In reliquo, reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex:* «Combatido hé con valor; he concluido la carrera; he guardado la fe. Nada me resta sino esperar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel dia como justo juez.» (II Tim. IV, 7, 8).

Sólo es de notar un detalle. El misionero acostado en el lecho fúnebre y revestido de los ornamentos sacerdotales, lleva la cabeza cubierta por lo que en China designan con el nombre de bonete de altar. Los chinos se escandalizaban de ver en el altar al sacerdote con la cabeza descubierta, porque segun sus usos es irreverente que un inferior comparezca ante un superior con la cabeza desnuda; y á consecuencia de la peticion hecha por los misioneros de la Compañía de Jesús, Paulo V concedió (26 de Marzo de 1611) á los sacerdotes católicos de la China permiso para celebrar el santo Sacrificio con la cabeza cubierta con un bonete. Este bonete, hecho de preciosa tela y ornado con dos cintas colgantes, debe ser en lo posible del mismo color de la casulla de que se sirve el celebrante.

EL CENTENARIO

DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS

¡ADMIRABLE Providencia de Dios! En los momentos mismos en que las sectas y partidos conjurados contra la Iglesia celebran con criminal regocijo el primer centenario de aquella oprobiosa revolucion que fué, segun la frase de Aparisi, la invasion del infierno en el mundo, y áun puede decirse que la gran blasfemia social lanzada á los cielos por una generacion envilecida y sacrílega, todos los pueblos católicos esparcidos sobre la faz de la tierra se aprestan á conmemorar llenos de santa alegría el segundo centenario de la sublime revelacion hecha por Nuestro Señor Jesucristo á la beata Margarita María de Alacoque. Así, á la festividad que recuerda las explosiones siniestras del odio satánico contra Cristo y su Iglesia, opone la fé católica la grandiosa festividad del amor divino, que enciende en las almas llamas resplandecientes y las levanta hácia el foco de perenne luz, apartándolas de las miserias terrenales.

La revolucion francesa, expresion del naturalismo social y político alimentado en las aguas impuras de la protesta, arrastró sus propias ignominias por los muladares de la impiedad, humillándose ante una prostituta, símbolo de sus concupiscencias, y adorando en un templo profanado el corazon del facineroso Marat empapado en aguardiente; y mientras los discípulos de Voltaire y Robespierre recuerdan aquella saturnal sacrílega, los hijos de la Iglesia, hincadas en el polvo las rodillas y abatidas las frentes, inflaman sus corazones en las amorosísimas llamas que brotan del lacerado de Jesús.

¡Magnífico contraste! Contra el centenario del odio á Dios y á los hombres, el del mútuo y celestial amor de Dios y de los hombres.

El centenario de la conversion de Recaredo fué la protesta trece veces secular de la España católica contra el principio revolucionario que establece la apostasía de los Estados.

El centenario de las revelaciones de María de Alacoque y la consagracion de las familias católicas al Sagrado Corazon de Jesús son la protesta universal de los hijos de la Iglesia, que se levanta á los cielos para desagraviar á la justicia divina de las iniquidades con que la provocan las blasfemias y apostasías de muchedumbres corrompidas.

Y las plegarias fervorosas y ardientes que dirigen ante el santuario tantas almas hermosas, perfumadas con la inocencia ó la virtud, ¿no impedirán que el fuego de la divina cólera caiga sobre la moderna Pentápolis?

Las amorosísimas efusiones del Sagrado Corazon de Jesús, manifiestas por modo tan admirable en este siglo materialista, dicen que aún podemos esperarlo de la misericordia del Señor, que hizo sanables las naciones.

Porque en esta misma centuria, devorada juntamente por el cáncer de la impiedad y el egoismo, el Salvador de los individuos y de las sociedades ha establecido con admirable solicitud el remedio al lado de la dolencia, y la fuente de salud allí donde corren las venenosas aguas que matan los corazones. Así, á los entendimientos orgullosos que, henchidos por la soberbia racionalista, comenzaron identificando la razon con Dios, para concluir despues, por lógica deduccion y justo castigo, identificándola con el instinto del bruto, les ha mostrado por medio de su divina Esposa, con la declaracion de la infalibilidad pontificia, la flaqueza de la humana mente y la necesidad de una norma superior á las que ella caprichosamente se traza; y ante los desatados raudales de impurezas que degradan los cuerpos y las almas, presenta con la definicion de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María el modelo perfecto de angelical pureza; y finalmente, para deshacer los hielos que la indiferencia y el egoismo amontonan sobre los espíritus, ha hecho brillar entre los hombres la sublime hoguera de los celestiales amores y de la ardiente caridad que abrasa al Sagrado Corazon.

De esta manera, por caminos misteriosos y con maravillosas armonías, va introduciéndose en la sociedad y desterrando de ella las dudas y las sombras.

Verdad es que la apostasía general de los Estados de la vieja Europa impide la consagracion oficial de las naciones al sagrado Corazon de Jesús; pero para aliento de los que desmayan y alivio de los que sufren, aún se levanta la voz nobilísima y caballeresca del Jefe de la Casa de Borbon para ofrecer al Rey de reyes y Señor de señores, juntamente con su persona y su augusta familia, la comunion que como poderoso resto

de las antiguas edades cristianas aún se conserva y representa.

Imitando nosotros tan alto ejemplo, y respondiendo á los anhelos más dulces del alma, rendidamente le pedimos al Sagrado Corazon que se digne aceptar la ofrenda de la España tradicional, y aparte de ella toda mundana pasion, para que pueda serle una obra grata, y por lo tanto útil á la Iglesia, á la patria y á la Monarquía católica, que en el sagrado Corazon de Jesús reconocen la fuente de su vida y de su grandeza.

M.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

Á MR. JOSÉ DU BOURG

Venecia 11 de Junio de 1889.

Mi querido du Bourg: Conmigo, y lo mismo que yo, guarda V. el culto á la memoria de mi amado tio, el conde de Chambord, que durante largos años mantuvo á V. al lado suyo en un puesto de confianza. Despues de su muerte ha permanecido V. fiel á su bandera, á las grandes enseñanzas políticas que tan en relieve supo poner desde el fondo de su destierro, y al principio de la legitimidad, del cual era en Francia guardian y representante como primogénito de los Borbones.

Complúceme evocar el recuerdo de aquella gran figura, querida siempre para mi corazon, y á la que considero como un guía predilecto en lo que atañe al cumplimiento de mis graves deberes respecto á España y respecto á Francia. Al asumir la jefatura de la Casa de Borbon afirmé y mantuve todos sus derechos. Ante la desorganizacion social, que paulatinamente va aumentando, quiero afirmarlos de nuevo uniéndome á la parte sana de ambas naciones para invocar la ayuda de Dios é implorar su misericordia.

Celebra la Revolucion en el presente año de 1889 la más fundamental de sus afirmaciones, la rebelion social contra los derechos de Dios. Nosotros, que por dicha nuestra hemos permanecido fieles á nuestras tradiciones milenarias, respondemos al centenario de 1789 con el de las consoladoras comunicaciones de Nuestro Señor Jesucristo á la humilde religiosa de Paray-le-Monial.

Deseo tomar parte en los homenajes públicos tributados al Sagrado Corazon por los católicos de Francia, de la misma manera que en España he conmemorado el XIII centenario de la conversion del rey Recaredo.

En todos los momentos de la existencia de estas dos grandes y gloriosas naciones, manifiéstase visible la proteccion de Dios, y sólo volviéndonos á Él encontraremos la base indispensable para reconstituir su desorganizado y desmoralizado estado social. La religion de nuestros padres nos devolverá la que á ellos habia dado desde un principio el espíritu del deber, el desinterés, la rectitud y la abnegacion patriótica.

En otra ocasion recibió V. de mi tio el conde de Chambord encargo de llevar á Paray-le-Monial la expresion de su piedad y de su fe. Heredero de sus derechos á la par que de sus sentimientos, deseo que hoy sea V. tambien mi mandatario en el lugar mismo en que Nuestro Señor dirigió su llamamiento al Rey de Francia y á todos los fieles católicos.

Envío á V. el documento incluso para que lo deposite en el santuario como testimonio de los homenajes, de las oraciones y de la confianza de los nietos de Luis XIV en la misericordia y en la proteccion del Dios de Clodoveo y de Recaredo, de Pelayo y de Carlomagno, de Juana de Arco y de Isabel la Católica, de san Fernando y de san Luis, para desempeñar en el mundo la mision que les incumbe.

Que Dios le guarde, mi querido du Bourg, como de corazon desea su afectísimo

CÁRLOS.

DOCUMENTO

Á QUE SE REFIERE LA CARTA ANTERIOR

Al invadir la Revolucion España y Francia, derribó los tronos legítimos para minar con mayor facilidad la fé católica.

Eterno honor será para mi Familia haber derramado su sangre y haber sido la víctima primera en todas las fases de la lucha de la Revolucion contra el derecho nacional y contra la Iglesia.

Hijo y heredero de los Príncipes que presidieron los gloriosos fastos de la historia de ambos pueblos, lo mismo que sus justas reivindicaciones nacionales, afirmo, como mis padres, el amor y la abnegacion que me inspiran, y ofrezco mis homenajes de gracias y mis adoraciones á Dios, que tan grandes los hizo y que puede, en su misericordia, salvarlos.

De Dios solo provienen los derechos que reivindico, y á Él apelo de las desventuras que afligen y de los peligros que amenazan á esas naciones generosas.

Convencido de los fuertes lazos que me unen á Francia y á España, y resuelto á intentar cuanto sea preciso para cumplir con mi deber, pido á Dios piedad y misericordia, y repito con todos los que rezan y esperan:

Corazon de Jesús, salvad á España y á Francia.

CÁRLOS.

Hecho en el palacio Loredán, en Venecia, á 11 de Junio de 1889.

NOTA.—Por carta particular de un distinguido amigo que acompañó á Mr. du Bourg á Paray-le-Monial, sabemos que por encargo de D. Cárlos celebró allí una Misa un Padre de la Compañía de Jesús, durante la cual el acta de la Consagracion estuvo sobre la mesa del altar, entregándose despues dicho documento á la Madre Superiora del Monasterio para ser convenientemente archivado.

El celebrante distribuyó el Pan eucarístico á los comisionados de D. Carlos Mr. du Bourg y general Cathelineau, al amigo que nos escribe y á varios fieles.

Así se ha cumplido el encargo hecho por el Sagrado Corazon de Jesús al Rey de Francia por conducto de la B. María Alacoque, encargo que no pudieron cumplir Luis XIV ni Luis XVI.

Segun nuestras noticias, existe un documento firmado por este último mientras estuvo en la cárcel, en el que consta que deseaba cumplir dicha mision, y la hubiera cumplido inmediatamente despues de salir de la cárcel si hubiese recobrado la libertad.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Veritas.—El cuadro del hambre y la estampa de la herejía.—Siguen las buenas costumbres y... caen los toreros.

VERITAS es un caballo que ha ganado en las carreras de *Long-champs* el gran premio.

El cual (el premio) no llegaba á más que á la friolera de *ciento cincuenta mil pesetas*, un poco cortas de talla.

De modo que *Veritas*, además de ser un caballo que ha ganado *treinta mil duros* en cuatro minutos y medio de carrera, es una verdad del tiempo presente que le pondrian los pelos de punta al sentido comun y al sentido moral, si esos dos chismes no estuvieran ya calvos, despues de haberse arrancado los bienes raíces de la cabeza en sus momentos de mal humor.

Nos quejábamos de que en España se adjudicasen oficialmente por el Ministerio de Fomento, —que no puede hacer que coman los maestros de escuela á la misma hora que los progresistas colocados,—diez mil pesetas á un cuadrúpedo; pero á la vista está lo que sucede en París de Francia.

De modo que á todo hay quien gane.

He leido en los periódicos franceses el interesante episodio en que *Veritas* ha funcionado como protagonista, y me he quedado patidifuso.

«*Veritas*—escribe uno de ellos—es un caballo de mediana estampa, flaco, nervioso, de músculos acerados. Primero salió al trote largo, que no abandonó en toda la carrera, quedándose detrás como cosa de cuerpo y medio de caballo, haciendo como que no corria. Pero al término de la carrera se disparó como una liebre, y... llegó el primero, ganando los 150,000 francos.»

De esta pintura se deduce que *Veritas* es un caballo zorro. Puesto que se mantuvo en la pista sin echar el resto hasta que llegó el momento preciso para ganar el premio.

No ha menester seguramente poner de relieve más habilidades para que le gradúen de suprema inteligencia los clubistas más conspícuos del *sport* universal.

Y en verdad que ese cuadrúpedo y otros que se hallan en su caso merecen ya ser tenidos casi por personas. Porque de hecho casi lo parecen más que aquellos que premian sus habilidades con recompensas tan fabulosas.

¿Dónde hay criatura humana, personaje ó persona, que en cuatro minutos y medio gane 150,000 pesetas moviendo los piés?

Véase, pues, como poquito á poco, que es como hilaba la vieja el copo, el progreso moderno va invirtiendo los términos del órden natural que el divino Autor de todo lo creado ha señalado á las cosas.

Hasta que Calígula nombró cónsul á *Incitatus*, el caballo no habia servido para más, aparte de otras faenas propias de su clase, que para ser montado por el caballero; pero desde Calígula hasta nuestros dias ha llovido mucho, y el caballo ha llegado á ser un bicho de regalo que concluirá, si Dios no lo remedia, por montarse sobre los hombres.

Mira como subo, subo...

Durante la última semana, y á pesar de la excesiva elevacion de la temperatura política, han vuelto á reinar los frios del invierno.

Este cambio brusco, extemporáneo, malsano, de la temperatura, ha debido ser producto de ondas atmosféricas que todas las tardes nos han favorecido con tormentas de lluvias y pedriscos.

El Guadarrama, atalaya secular de Madrid, ha vuelto á coronarse de canas como en los tiempos rigurosos del invierno; y ha habido noches en que hemos estado á cero grados, como suele suceder en los dias de Febrero y Marzo.

Las pulmonías, reumas y enfermedades catarrosas han ocasionado víctimas; y en muchas provincias las cosechas en flor y las frutas de los árboles han sido arrasadas por el granizo.

En algunos puntos de Andalucía y Extremadura ha helado, tal vez por aquello que enseña el popular refran agrícola que dice que «primero abandonará la madre al hijo que la escarcha al granizo.» De modo que el tiempo va como el órden público, trastornado.

Así es que los augures políticos vaticinan un verano desastroso y accidentado, fértil sólo en calamidades de todos los calibres.

De lo cual están dando testimonio las exposiciones que se presentan todos los días á primera hora en el Congreso, en las cuales la prosperidad pública, exhalando vagidos de felicidad, informa á los padres de la patria de sus liberales progresos.

Unos pueblos se quejan de que no les han nacido las cosechas; otros de que se las ha destruido el pedrisco; otros de que la langosta ha devastado los viñedos y los sembrados; y todos de que se mueren sin remedio, por la sola y única razon de que no tienen que comer.

Y hé aquí ya casi completamente cumplida la profecía que venimos haciendo los reaccionarios hace muchísimo tiempo acerca del fin á que nos va conduciendo el progreso liberal, hace más de medio siglo.

Que no es otro que el de hacernos representar el cuadro del hambre y la estampa de la herejía.

El cuadro del hambre se exhibe todas las tardes en el Congreso á primera hora, desarrollado por los padres de la patria, que piden lo que la representacion nacional no puede dar.

Porque la representacion nacional no puede dar trigo, y el país hambriento dice que no come con predicaciones liberales.

Y la estampa de la herejía está en todas partes.

Cuatrocientas mil fincas hay embargadas por el fisco por falta de pago de los impuestos; y áun con esa tajada no tiene bastante para llenar su estómago colosal.

Por eso el ministro de Hacienda ha imagina-

do el diabólico recurso de buscarle el bulto á la riqueza oculta, á fin de que no se quede un terrón por tributar.

De suerte que de aquí á un par de años, si Dios no lo impide, la cifra de las fincas embargadas se duplicará, porque á mayores impuestos mayores embargos.

¡Y vaya V. á quejarse de este órden de cosas!

Cuando tenemos libertades y derechos hasta para hacer el diablo á cuatro, ¿no será pedir gollerías demandar, aunque sea de limosna, un cuzcurro de pan para que no acabe de desmoronarse la osamenta árida de nuestro individuo?

¡Dichosa edad y tiempos dichosos en que las criaturas humanas se mueren de hambre y los pupilos de las cuadras de ahitos!

Una noticia luctuosa ha puesto de carne de gallina á los partidarios de la diversion nacional por excelencia.

El torero *Bocanegra*, diestro que estaba para jubilarse, ha sufrido la última cogida en la plaza de Baeza, siendo progresisticamente muerto por una cornada descomunal.

Este infeliz, que en su edad avanzada habria obrado con más cordura cortándose la coleta y retirándose á hacer vida santa y á esperar una buena hora, fué alcanzado por la res en un burladero de la plaza que no reunia condiciones de defensa, sufriendo una herida mortal de necesidad.

El espectáculo fué horroroso, y todos los periódicos lo reseñan con tonos melancólicos, lamentando que no se adopten en las plazas de toros precauciones para que no ocurran siniestros de esta clase.

Además, los toros que se lidiaban parece que pasaban de cinco años, cosa que rebasa las condiciones que deben tener para estas luchas.

El caso es que, por *fas* ó por *nefas*, rara es la temporada taurina en que no hay que registrar desdichas análogas.

Y es que el que anda con el fuego es el que corre más peligro de quemarse.

Pero aquí, aunque esta verdad se conoce, no hay quien escarmiente.

De modo que los toreros muertos se van al hoyo, y los vivos á los toros.

Pero bien á bien que ya va decayendo en el mundo esta diversion sangrienta y peligrosa.

En París se han construido tres plazas de toros para honra y gloria de la Exposicion.

Y aunque, segun se ha visto en una de ellas que ha funcionado ya, las corridas son la caricatura de las nuestras, pues no hay en ellas picadores, y en vez de espada se usa un rehilete adornado con cintas y plumas para marcar la suerte, clavándole en los rubios, tomándose además la precaucion de embolar los toros, el resultado es que el arte taurino se propaga.

Y caigan *Bocanegras* en las manos del enterrador.

LUPERCIO.

Madrid, 2 de Julio.

MENTHON.—LA ROCA BERMEJA

ROMA

¡Giordano Bruno! De un mes á esta parte no hay tema que con preferencia á este sea tratado en la prensa, en los círculos, en las conversaciones familiares, en público y en privado.

¡Giordano Bruno!

Es el escándalo más grave, la infamia mayor que se ha cometido por los francmasones italianísimos en Roma desde 1870 acá, despues de las salvajes escenas que acompañaron la traslacion de los venerados restos de Pio IX desde San Pedro del Vaticano á San Lorenzo extramuros.

¡Giordano Bruno!

¿Quién es ese?

Nació en Nola, en las provincias meridionales de Italia en 1548, y fué bautizado con el nombre de Felipe, que cambió por el de Giordano al vestir el hábito de santo Domingo, que abandonó luego huyendo del convento en 1575.

Desterrado y errante por toda Europa, fué expulsado de todas partes por sus locuras turbulentas, por sus extrañezas, por las subversiones que intentaba en los pueblos y por su vida ignominiosa, hasta que la República de Venecia le mandó prender por torpísimos delitos, como resulta de documentos encontrados recientemente en los archivos venecianos, y fué entregado al tribunal de la Inquisicion, que en Roma le condenó, por contumaz en la herejía, á muerte. Dicen algunos que fué quemado vivo en el

LA CATÁSTROFE DE ARMAGH EN IRLANDA

Campo dei fiori. Pero no es seguro, si bien la hoguera fuese en 1600 una pena ordinaria como ahora es la guillotina en Francia, el garrote en España, la horca en Inglaterra, la segur en Alemania y el fusilamiento en todos los ejércitos de Europa. Los historiadores y cronistas de aquella época nada dicen de este suplicio de Bruno, á pesar de ser el 1600 año de Jubileo y por consiguiente de grandísimo concurso en Roma. El romano cronista Valena, que tomaba nota en sus crónicas de todos los incidentes, áun los más mínimos, nada dice de la quema de Giordano Bruno. Tampoco dice nada de ella el historiador cardenal D'Ossat; nada tampoco dice el obispo de Nola, Mons. Gallo, quien por aquellos dias se hallaba en Roma. Nada dice Sarpi, coetáneo y compañero de herejía de Bruno; y nada tampoco dicen los historiadores protestantes, tan ávidos siempre de hallar algo que echar en cara á los Papas. Por el contrario, Bayle llama *fábula* al suplicio de Giordano Bruno por medio del fuego; y otros historiadores afirman que sólo la *efigie* del apóstata fué quemada en el *Campo dei fiori*, ó que sólo fué quemado su *cadáver*, como sucedió en 1625 con el del obispo hereje De Dominicis, que habiendo muerto de muerte natural en la cárcel, fuele negada á su cadáver sepultura eclesiástica y fué quemado en el *Campo dei fiori*. Y este fué el último suplicio de tal género que hubo en Roma. *Tan solo un oscuro cronista*, que por otros muchísimos títulos es juzgado indigno de crédito, afirmaba que Giordano Bruno habia sido quemado vivo; y este es el único documento á que se acogen los admiradores del apóstata nolano.

Giordano Bruno fué ciertamente hombre de algun ingenio; pero de verdadera ciencia, no. De sus obras resulta que fué alternativamente, ya espiritualista, ya deista, ya panteista, ya sensista y materialista, ya ateo perfecto, sostenedor unas veces de la Metempsicosis, y otras veces astrólogo.

Si esto que repito resulta de sus obras y de sus escritos, si esto es «ciencia,» ella nos da la medida de los «científicos» sus modernos admiradores en Italia y en el extranjero.

El orgullo más ilimitado y soberbio fué la característica principal de Giordano Bruno. Investigador agudo de las doctrinas de los más renombrados filósofos, aceptaba primero sus principios; y luego, si bien reconocia su sabiduría, los rechazaba *sólo porque él no habia sido su inventor*. En su inquieta soberbia se desesperaba porque él no conseguia hallar un sistema filosófico superior á todos los conocidos y del descubrimiento del cual tuvieran que atribuirle todos el mérito. En su *Cena delle Ceneri* y en el *Candelajo*, á quienes mostraban disentir de sus doctrinas les da los títulos de *gañanes, locos, topos, bestias, asnos, puercos*, y otros semejantes.

¿Y quieren Vds. saber cómo trataba á los libre-pensadores de su tiempo ese tipo del libre-pensamiento á quien ha elevado una estatua el liberalismo italiano y extranjero en Roma? Queria verles *destruidos con el fuego y con la horca*, y se irritaba por *no poder ser verdugo para enviarles al suplicio*.

Respecto á algunos herejes de su tiempo que no pensaban como él, Giordano Bruno escribió que *para ellos es demasiado leve pena el ser muertos y quitados del mundo; y justo es que despues de su muerte vayan sus almas á habitar en puercos, que son los animales más poltrones de la tierra*.

¡Tales cosas, y otras peores, ha escrito Bruno en sus obras, que impresas están y pueden ser consultadas por todos!

¿No les parece á Vds. un buen tipo de librepensador?

¿Y acaso creen Vds. que Giordano Bruno era un buen patriota, un buen italiano? Muy al contrario; porque en sus obras, ó no recuerda nunca á su patria, ó la recuerda tan sólo para decir mal de ella y tratarla con despecho. Unicamente alaba á los extranjeros que le daban dinero y proteccion.

¿Creerán Vds. quizá que Bruno fué siquiera un filántropo, un amante del pueblo, un protector del obrero? En su *Bestia trionfante*, en la *Cábala* y en otra obra suya, *Eroici furori*, el exfraile nolano maltrata horriblemente y desprecia á la clase obrera. Llámala «irrespetuosa, incivil, tosca, rústica, selvática, mal educada... que si no estuviera bien comprimida y machacada echaria tan pésimo hedor y humo, que haria despreciar á todos los pueblos.»

En el gran cortejo que fué al *Campo dei fiori* el 9 de Junio á hacer la apoteosis de ese sucio apóstata, los francmasones quisieron hacer figurar tambien una tropa de «buenas madres obreras, con piadoso recogimiento,» como escribia la hebraico-masónica *Tribuna*. Eran unas treinta lavanderas de órden ínfimo, libre-pensadoras y de conducta aún más libre que su pensamiento. Mas, aparte de esto, ¿cómo podian los francmasones hacer honrar por las mujeres á ese Giordano Bruno que en su obra *Eroici furori* (por no citar otros escritos suyos) dice que la mujer es: «Cosa sin fé, privada de sustancia, destituida de todo ingenio, vacía de todo mérito, sin reconocimiento y gratitud alguna, y de aquí que no pueda tener más sentimiento, inteligencia y bondad que hallarse pueda en una estátua ó imágen pintada en la pared. Por esto hay en ella más soberbia, arrogancia, protervia, orgullo, ira, desden, falsedad, lujuria, avaricia, ingratitud y otros crímenes fatales que venenos é instrumentos de muerte hubiesen podido salir de la caja de Pandora, para tener vastísimo receptáculo en el cerebro de mónstruo tal.

La asquerosa comedia *Il Candelajo* es otro documento de la enorme inmoralidad del apóstata de Nola. Baste á Vds. saber que durante estos dias de bacanales masónico-brunianas en Roma, ha habido un empresario teatral que queria hacer representar en el teatro *Quirino* aquella produccion bruniana, esperando hacer negocio con motivo de las circunstancias. La policía italiana, que ciertamente no tiene muchos escrúpulos en cuestion de pública moralidad, permitió la representacion del *Candelajo* de Bruno, pero con la condicion de que no se permitiera la entrada á los jovencitos y que las mujeres pudieran asistir *¡solamente con el rostro velado!*

Hé aquí el hombre, el filósofo, el sabio, el patriota, el caballero y el filántropo á quien la masonería universal,—aliada, ó mejor, dominadora del Gobierno de Italia,—quiso elevar en el *Campo dei fiori* un altar, como dijeron los oradores masónicos.

Y ante ese *altar* del novísimo ídolo italianísimo, tres noches há prestaron digno culto algunas *sacerdotisas* que salieron de las cuevas de la *Via de Cappellari*, que es en la moderna Roma lo que en la de los emperadores la Suburra. Aquellas mujerzuelas, que figuraron «con piadoso recogimiento» en el cortejo bruniano del 9 de Junio, cometieron tales inconveniencias y tantas desvergonzadas obscenidades en torno al «altar» de Bruno, que para hacer que cesaran, los agentes de la autoridad debieron prenderlas y llevarlas á la cárcel.

¡Hé aquí la síntesis de la *civilizacion moderna* en la «tercera Roma,» como nos dicen los allanadores de la Puerta Pia!

La Roma católica protestó con su actitud noble, digna y reservadísima contra la apoteosis de la apostasía y de las inmoralidades, el 9 de Junio. Pero mejor y de un modo más positivo lo hará el 29, fiesta del Príncipe de los Apóstoles, en San Pedro del Vaticano.

LIONELLO.

17 de Junio.

LA IGLESIA
Y LAS ESCUELAS TEOLÓGICAS Y FILOSÓFICAS EN ESPAÑA

(DISCURSO PRONUNCIADO POR D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO EN EL CONGRESO CATÓLICO ESPAÑOL).

(*Conclusion*)

No hay duda que la Teología, en cuanto á sus principios esenciales, participa de la inmutabilidad y fijeza adamantina propias de la dogmática religiosa, que por esto mismo aparece levantada sobre todo el fragor y tumulto de las opiniones humanas; pero tambien es cierto que el dogma mismo, en cuanto al modo de ser entendido y desarrollado metódicamente en forma de disciplina ó enseñanza científica, obedece á la misma ley de progreso que empuja á todas las artes y ciencias hácia su perfeccion, y por eso la Teología de san Justino no es la de Tertuliano, ni la de Tertuliano la de Orígenes, ni la de Orígenes la de san Agustin, ni la de san Agustin la de san Anselmo, ni la de san Anselmo la de santo Tomás; no porque el objeto de esta ciencia divina, que son las verdades reveladas, cambie, sino porque cambia el sujeto que las entiende y las enseña, y que hoy es un filósofo platónico convertido al Cristianismo, mañana un retórico africano á quien todo el fuego de las calcinadas arenas en que nació arrastra á la declamacion, al énfasis y á la extremosidad en todo, otro dia un sutil dialético que ha aguzado todas las fuerzas de su espíritu en el juego de esgrima de Aristóteles y de Porfirio. Porque es excelencia y privilegio divino de la doctrina católica, que por eso se llama así y ostenta como primera nota suya la de universalidad, acomodarse á todos los grados y esferas de la cultura humana, y ser manjar de vida, lo mismo para los sencillos de corazon y humildes de entendimiento, que para aquellas inteligencias privilegiadas donde más de resalto aparece la impresion y el reflejo de la lumbre divina. Las mismas verdades son las que deletrea el rústico en su catecismo que las que ejercitan la sagacidad del teólogo en la *Summa* de santo Tomás; y sin embargo, ¡cuán diferente es la capacidad que ambos libros exigen; cuán patente el carácter científico del segundo y el carácter popular del primero! Nadie se escandalice, pues, cuando oye hablar de progreso y desarrollo en Teología. ¡Tal escándalo sólo probaria su ignorancia!

La Teología tiene su historia como todas las ciencias, y quien dice historia, dice algo de relativo, transitorio y mudable. Donde hay un organismo de verdades y un entendimiento que le comprenda, queda siempre la posibilidad de una comprension más alta. Y si esto es verdad de la Teología, cuyas premisas trascienden del órden natural, y están dadas por una revelacion superior, ¡cuánto más no ha de serlo de la Filosofía, entregada eternamente á las disputas de los hombres! Ciencia absoluta, ciencia eterna, ciencia inmutable, ciencia única que resuelva en una ley general todos los casos particulares, sólo en la mente de Dios existe, y fuera vano empeño buscarla en esta pobre sabiduría humana, que si algo tiene de grande no es tanto lo que posee cuanto el estímulo creciente de perfeccion que Dios puso en sus entrañas. Mientras prosigan naciendo séres racionales, nadie podrá decir que la virtualidad ó potencia metafísica está agotada. ¿Quién sabe si el infante que hoy llora en la cuna podrá llevar estampado sobre su mente el sello que hizo á Aristóteles privilegiado entre los hijos de los hombres? De fijo que aquellos oyentes de Sócrates, que solemos llamar los *pequeños socráticos*, creian de buena fe que no era posible en el mundo doctrina más alta que la del hijo de Sofronisco, y, sin embargo, despues de Sócrates vino Platon, y despues de Platon Aristóteles, y luego la Filosofía cristiana, que los depuró y los concordó hasta cierto punto. Y esta Filosofía ni está ni puede estar agotada, porque la infinita bondad de Dios, que hizo al hombre capaz de todo lo inteligible, no puede consentir que caiga sobre su espíritu la sombra de la inaccion, todavía más pesada que la de la muerte.

Así lo entendieron nuestros teólogos del siglo XVI, y por eso, siendo fidelísimos á la tradicion, resultó, no obstante, tan original su ciencia. Original en el método, que comenzaron á reformar Francisco de Vitoria, Fr. Luis de Carvajal y Fr. Lorenzo de Villavicencio, aprovechando los progresos de las letras humanas y del espíritu crítico; empresa que llevó á feliz término Melchor Cano con su profundo análisis de las fuentes del conocimiento teológico, verdadero *organon* ó aparato enciclopédico que puede servir para los tópicos de otras muchas ciencias. Original en las aplicaciones, en las ciencias derivadas, en las nuevas ramas que brotaron como por encanto del tronco teológico que parecia tan marchito á fines del siglo XV; el derecho penal con Alfonso de Castro; el derecho internacional con Francisco de Vitoria; el derecho público con el mismo Vitoria, con Domingo de Soto, con el eximio Suarez. Original, finalmente, dentro de la más severa ortodoxia en doctrinas de tanto alcance como la de Gabriel Vazquez sobre el fundamento metafísico de la ley, y las dos contrapuestas de Molina y Bañez sobre la concordia entre la gracia y el libre arbitrio, doctrinas que trascienden á toda la filosofía de la voluntad, materia predilecta de nuestros teólogos y casuistas, que apuraron hasta los últimos ápices la disección de los actos humanos, de sus ocultos móviles, de sus extremas consecuencias, de los accidentes que los modifican y de su calificacion conforme á las leyes de la ética cristiana.

Ya lo he dicho en otra parte: apenas hay memoria de hombre que baste á recordar á todos, ni siquiera á los más preclaros de aquella invicta legion. Pero ¿cómo olvidar que Fr. Alonso de Castro recopiló en su grande obra *De hæresibus* cuantos argumentos se habian formulado hasta entonces contra todo linaje de errores, y disputó con tanta sabiduría teológica como jurídica *de justa hæreticorum punitione;* que Domingo de Soto trituró las doctrinas protestantes de la justificacion en su obra *De natura et gratia;* que el cardenal Toledo impugnó más profundamente que ningun otro teólogo la interpretacion que los luteranos dan á la Epístola á los romanos; que Fr. Pedro de Soto, reformador de las Universidades de Dillingen y de Ingolsdtat, hizo increibles esfuerzos, con la pluma y con la enseñanza, para volver al gremio de la Iglesia á los rebeldes súbditos de la reina María; que el eximio Suarez redujo á polvo las doctrinas cesaristas del rey Jacobo y el torpe fundamento de la Iglesia anglicana; que el libro de Gregorio de Valencia, *De rebus fidei hoc tempore controversis*, fué asombro de los mismos protestantes alemanes por la abrumadora copia de ciencia y por la

argumentacion sobria y potente, hasta el punto de aclamar á su autor *scriptor æternitate dignissimus;* que D. Martin Perez de Ayala vindicó sabiamente el valor que en la Iglesia tiene el sagrado depósito de la tradicion; que Martinez de Ripalda, en el libro *De ente supernaturali*, derramó á torrentes la luz sobre los más oscuros problemas ontológicos; que Rodrigo de Arriaga, hombre de ingenio sutil y paradógico, nacido para los más delicados análisis, llevó á los últimos términos la libertad de discusion, osando apartarse del mismo santo Tomás y de Suarez; que Diego Ruiz de Montoya organizó, ó poco menos, la Teología positiva, adelantándose á Petavio y á Thomasino; y finalmente, que todo este asombroso florecimiento de la dogmática y de la controversia no estorbó, sino que antes bien dió nuevas alas al vuelo extático del misticismo español, de cuya encendida fragua de afectos salió más acrisolado el oro de la doctrina, y tampoco detuvo, sino que favoreció y estimuló el arranque genial de los pensadores críticos é independientes, tales como Vives, Gomez Pereira y Fox Morcillo, precursores, respectivamente, de la induccion baconiana, del psicologismo cartesiano y escocés, y del armonismo idealista? Y así como fuera del recinto de la escuela se disputó libremente de todo lo opinable, así tambien dentro de ella coexistieron más ó menos pacíficamente, tejiendo entre todos la variadísima trama de nuestra ciencia, los tomistas puros y los molinistas y «congruistas,» los escotistas y los lunianos, y lograron secuaces y comentadores, lo mismo san Anselmo que san Buenaventura, y Enrique de Gante y el *Doctor resolutísimo* Juan Bacon, y hasta los mismos nominalistas.

Seguir la decadencia de estos estudios desde el siglo XVIII hasta el momento actual, que ciertamente no es de apogeo aunque comiencen á advertirse señales de mejora, daria materia á una larga disertacion en que es imposible entrar visto lo avanzado de la hora. A la sabiduría de los Prelados asistentes á este Congreso toca poner oportuno remedio á los males que todos deploramos volviendo á nuestra enseñanza teológica el carácter nacional, el sello castizo que nunca debió perder y que en nada se opone á la unidad de la doctrina. Vuelvan á andar en manos de nuestros aspirantes al sacerdocio los grandes monumentos de la ciencia católica de nuestros padres; cese ese aluvion de superficiales compendios extranjeros que desde el siglo pasado inundó nuestras Universidades y Seminarios, sin ventaja alguna ni de la piedad, ni de la doctrina; recíbase, sí, lo bueno de todas partes; pero recíbase con discrecion, sin olvidar que nuestra Teología fué por siglos la primera del mundo, y que en la dogmática, en la moral y en la controversia todavía podemos vivir de sus inagotables riquezas; difúndase, mediante la fundacion de una *Biblioteca de teólogos españoles* (pensamiento iniciado muchos años hace por el sabio dominico que hoy se sienta en la cátedra metropolitana de san Isidoro), el conocimiento de esos libros, muchos de ellos rarísimos ya é inasequibles; ábranse, con el apoyo moral y material de los católicos, concursos y certámenes para estudiar críticamente, en forma de monografías, todas las grandes figuras de nuestra ciencia, cuya difusion y ensalzamiento no puede menos de contribuir al triunfo de la verdad católica, y, finalmente (y esto es más importante que todo), cese el funesto divorcio entre los estudios sagrados y los profanos; y ya que en el actual estado de la enseñanza, enteramente laica y secularizada, no nos sea lícito ni soñar siquiera con la esperanza de ver de nuevo á la reina de todos los saberes penetrar triunfante en nuestras Universidades para ser otra vez el eje de oro de nuestra ciencia, trabajemos á una clérigos y laicos en cualquier grado de la enseñanza donde la voluntad de Dios nos haya puesto, para que la savia del espíritu teológico vigorice de nuevo el entendimiento y el carácter nacional, y así será nuestra fe racional obsequio y no femenil sentimentalismo, ni cálculo social, ni pesimismo desalentado, ni alarde de un momento, ni odio á la razon disfrazado con máscara de piedad.

Busquemos, sí, la libertad de la ciencia; pero busquémosla por aquel camino que ya nos marcó, con ser gentil, el más antiguo de nuestros filósofos: *Parere Deo libertas*. El que obedece á Dios ¿qué ha de temer? ¿Y qué importan los mayores arrojos de la especulacion en labios de quien empieza por doblar la frente ante la verdad infalible y eterna? No apoquemos lo que de suyo es tan grande que no cabe en los cielos, ni en la tierra. Trabajemos con limpia voluntad y entendimiento sereno, puestos los ojos en la realidad viva, sin temor pueril, sin apresuramiento engañoso, abriendo cada dia modestamente el surco, y rogando á Dios que mande sobre él el rocío de los cielos. Y al respetar la tradicion, al tomarla por punto de partida y de arranque, no olvidemos que la ciencia es progresiva por su índole misma, y que de esta ley no se exime ninguna ciencia. *Patet omnibus veritas; nondum est occupata*. Y aunque quisiéramos detenernos, seria empeño imposible, porque la impiedad no se detiene, y cada dia levanta nuevas máquinas de guerra contra la ciudad espiritual en que nacimos. Las exigencias de la polémica religiosa son ya muy otras que en el siglo XVI. Entonces aún era rara la negacion escueta del órden sobrenatural; hoy esa negacion se levanta por todas partes brutal y amenazadora, amagando con los mismos golpes á la Religion y á la Metafísica. Todo se niega ó se ha negado, desde el principio de identidad hasta el principio de causa; todas las nociones primeras de nuestro entendimiento andan hoy en tela de juicio. Hasta el ateismo empieza á parecer anticuado. ¿Y cómo no, si á los ojos de un *agnóstico* el ateismo no puede ser otra cosa que una tesis teológica vuelta del revés? Y entre tanto la concepcion *monista*, desbordándose del campo de las ciencias naturales, invade la ciencia social, allana los fundamentos de la vieja antropología, socava la nocion del derecho, se impone á los legisladores y á los jueces y proclama la ruina del dogma moral, último resto de la preocupacion teológica.

Y entre tanto los católicos españoles (doloroso es decirlo, pero estos son dias de grandes verdades), distraidos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sábias, y corromper cada dia un alma jóven, y no acudimos ni á la brecha cada dia más abierta de la Metafísica, ni á la de la exégesis bíblica, ni á la de las ciencias naturales, ni á la de las ciencias históricas, ni á ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas. Un rayo de luz ha brillado en medio de estas tinieblas, y los más próximos al desaliento hemos sentido renacer nuestros bríos, viendo en este Congreso el principio de una nueva era para el catolicismo español y para la ciencia española, inseparable del Catolicismo.

EL CONCILIO III DE TOLEDO

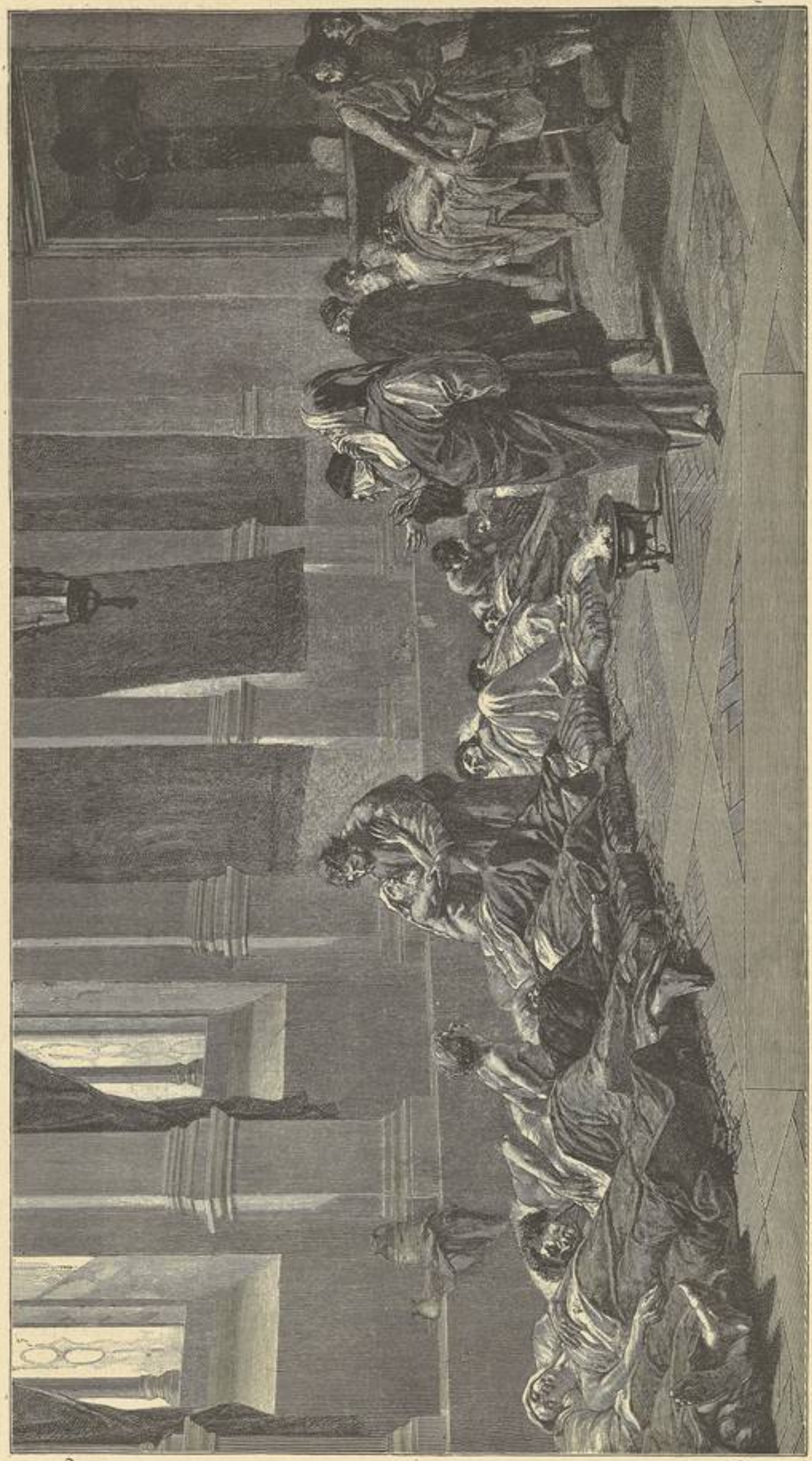
ROMANCE (1)

Christus regnat, vincit, imperat.
(Grito de guerra de las Cruzadas.)

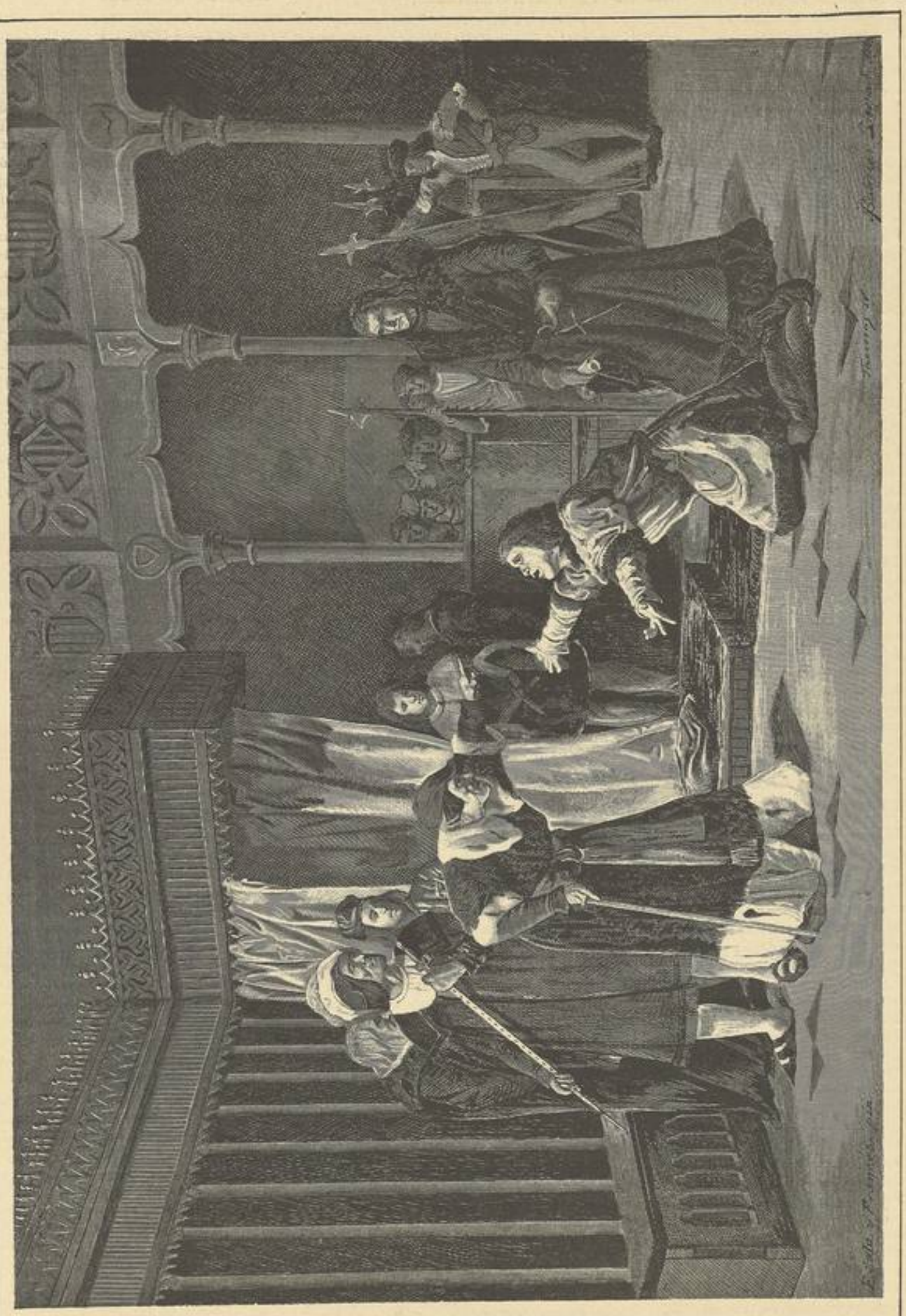
I

Arrastrando duros hierros
En vez de pieles de armiño,
Y el regio semblante noble
De nubes ceñudas limpio,
En un negro calabozo,
Baldon del infierno mismo,
Levantando el alma al cielo
Se arrodilla Hermenegildo.
Que no es leon enjaulado,
Que se siente más bravío
Cuanto es más fuerte su jaula
Y está más tiempo cautivo,
Sino héroe que se vence
Y anhela el rudo martirio
Con las ansias con que espera
Su libertad el proscrito.
—Detén el paso, Sisberto,
Y envaina presto el cuchillo,
Que el príncipe encarcelado
Ya dió su trono al olvido.—
Con malas artes su padre
Lo entrega preso al suplicio;
Y aun cuando tal es su hazaña,
No le baldona su hijo.
Lejanas están sus huestes,
O acatan á Leovigildo,
Porque ya no presta sombra
El árbol que está caido.
Mudanzas de la fortuna
Que da y quita señoríos,
Que se traen y se llevan
Los deudos y los amigos,
Y son infierno del malo
Y purgatorio del tibio,
Y escala con que los justos
Asaltan el Paraíso.
—Detén el paso, Sisberto,
Y envaina presto el cuchillo,
Que el príncipe encarcelado
Ya dió la tierra al olvido.—
Nada tiene, nada espera
De la tierra Hermenegildo;
Ni sus huestes, ni su trono,
Ni los regios atavíos;
Ni la luz del sol que alegra,
Ni el aire del campo rico,
Ni batallas triunfadoras,
Ni á su padre compasivo,
Ni lecho blando en la cárcel,
Ni en el carcelero abrigo,
Ni en el verdugo desidia,
Ni torpeza en el cuchillo.
Y en el negro calabozo,
Rindiendo á Dios su albedrío,
Ama, se enciende, se arroba,
Da el perdon á su enemigo,
Y revolviéndose sólo
Con la seduccion altivo,
Sin miedo á hierro ni á muerte
Confiesa la fe de Cristo.
—Detén el paso, Sisberto,
Envaina el fiero cuchillo,
Que el príncipe encarcelado
Ya dió la tierra al olvido.—
Sólo no olvida su patria,
Cautiva del arrianismo,
Y llora al ver en sus ojos
De la fe muriendo el brillo,
Y pensando que es ceguera

(1) Premiada en el Certámen del Círculo tradicionalista de Madrid con el accésit de D. Julian García Gutierrez (escribanía de plata.)



SAN ROQUE ASISTIENDO A LOS APESTADOS (FRESCO DE CÉSAR MARIANI EN LA IGLESIA DEL SANTO EN ROMA)



PRISION DEL PRÍNCIPE DE VIANA (CUADRO DE E. SALA Y FRANCÉS)

Engendrada del delito,
Que sólo cura la sangre
Derramada en sacrificio;
Con las ansias del sediento
Que busca el oculto rio,
Puesta en los labios el alma,
Así dice Hermenegildo:
—Aviva el paso, Sisberto,
Y desenvaina el cuchillo,
Que el príncipe encarcelado
Se muere porque está vivo.—
Dijo el justo, y de las sombras,
Como sombra del abismo,
Surgió Sisberto blandiendo
Largo cuchillo buído.
Vióle el príncipe; inclinóse,
Llamó al Señor en su auxilio,
Y exclamando:—Padre, al cielo
Para tí clemencia pido:
Patria, mi sangre en ti caiga
Como el agua del bautismo;—
Saltó, hablando, la cabeza
Del mártir Hermenegildo.

II

A Concilio llama el rey
A sus magnates y Obispos,
Porque vivir no le dejan
Las sombras del arrianismo.
Ante él danzan en palacio
Y le trastornan el juicio,
Y en la guerra le acometen
Como fieros enemigos;
En la mesa le distraen,
Tornan su semblante esquivo,
Y en los ojos de la reina
Ponen lágrimas sin tino.
Y hay quien dice que en sus sueños
Los ve rabiosos vestiglos
Peleando con un príncipe
Con alientos asesinos.
A Concilio llama el rey,
Y de sus vastos dominios
Van llegando los magnates
Muy ornados de atavíos;
Que no sólo el corazon
Del rey ponen al servicio,
Sino sus joyas y galas
Con la espada de su cinto.
Y en pos vienen, con abades
Y calonjes, los Obispos,
Como detrás del rebaño
Va el pastor hácia el aprisco.
Sentados en sus sitiales,
Invade el amplio recinto
El pueblo, que en su conciencia
Jamás renegó de Cristo,
Como torrente brioso
Que pugnando, contenido,
Espera á que el dique salte
Para seguir su camino.
Sereno, humilde, inspirado
El hijo de Leovigildo
Levantóse ante su reino,
Y más bien ante los siglos,
Y con voz grave y sonora
Que hace temblar al Concilio,
Dijo sin miedo ni ambages:
—Abjuro del arrianismo;
Mi conciencia lo demanda,
Me lo exige Cristo vivo;
Y aun cuando calla mi pueblo,
Me lo están pidiendo á gritos
Prelados y caballeros,
Más bien que vasallos, hijos,
Por quien peleo en el campo
Y en la paz me sacrifico;
Por quien horas robo al sueño;
Por quien, libre, soy cautivo,
Porque en cárcel de cuidados
Está preso mi albedrío;
Por la patria, que se muere
Contemplándoos enemigos,
Que sigais á vuestro padre
Abjurando el arrianismo.
Sólo un Dios gobierna al mundo;
Sólo un sol muestra su brillo;
Sólo un cetro rige á España;
Sólo una fé nos da abrigo.—
Mudos quedaron los labios,
Tornóse mudo el Concilio,
Y fué el silencio victoria,
Victoria del Cristianismo.
Porque luego clamoroso,
Como se encuentran dos rios,
Se abrazaron los dos bandos,
El rencor dando al olvido,
Y en la tierra las rodillas
Y el alma en Dios infinito,
Exclamaron:—La fé triunfa.
Príncipe, somos tus hijos.—
Y mientra el infierno ruge
Deshecho su poderío,
Ante Recaredo el Grande
Abren sus senos los siglos:
«Sólo un Dios rige á la tierra;
Sólo una fé nos da abrigo;
Un sol brilla y un rey manda,
Y el mundo son sus dominios.»
Y el rey, al mirar al cielo
Poniéndose á su servicio,
Entre nimbos vió de gloria,
De blanca nieve vestido,
Rociando al pueblo godo
Con sangre de su martirio,
Y sonriéndole alegre,
Al príncipe Hermenegildo.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

HIJO Y MADRE

(CUADRO HISTÓRICO)

III

Pocos dias despues Agustin, acompañado de su madre y su amigo, paseaba por el puerto de Cartago. Una hermosa galera aprestábase á salir para Italia, pero el viento contrario la detenia. En aquella galera marchaba el amigo de Agustin, y éste, como buen compañero, queria estar á su lado hasta el último momento y darle en la playa el abrazo de despedida. La historia no estaba mal urdida, pero Mónica, que en talento igualaba á su hijo, segun él mismo confiesa, y que además tenia en su corazon de madre una fuente segura de verdad, desconfiaba de la despedida. Habia notado en aquellos dias mayor tristeza en Agustin que la que ordinariamente manifestaba; habia sorprendido entre él y su amigo misteriosas miradas, y sus palabras entrecortadas, sus vacilaciones é infinidad de pequeñeces que habia observado la dieron á entender que trataban de engañarla. Con esta idea no se separaba de Agustin; así que, á pesar del viento desagradable que reinaba, se empeñó en acompañarles al puerto y estar con ellos hasta que saliese el buque, pues solamente entonces quedaria tranquila y segura de la palabra de Agustin.

Pasaban, sin embargo, las horas, y como el viento no cambiaba, la galera no levaba anclas. Llegó, por fin, la noche, y Mónica, fatigada de tanto pasear, quiso sentarse.

—Madre mia,—dijo Agustin,—te cansas en vano en acompañarnos; yo, que soy jóven y fuerte, puedo sufrir la intemperie sin cuidado, pero tú no. Mejor seria que volvieses á casa mientras yo aguardo á que cambie el viento para despedir á mi amigo.

—No, no quiero dejarte solo. En vez de volver á casa, lo que haré será entrar en la próxima capilla de San Cipriano; y cuando el buque se halle en disposicion de marchar, avísame, que tambien yo quiero despedir al viajero.

Este y Agustin acompañaron á Mónica hasta la puerta de la capilla y siguieron paseando por las inmediaciones, á fin de que, si salia á la puerta, pudiese verlos. Pero Mónica, en cuanto se vió sola ante Dios, entregóse á la oracion con el fervor que acostumbraba, y, como siempre le sucedia, rogó especialmente por la conversion de su hijo.

Como todos los Santos, Mónica sabia unir en la oracion el respeto á Dios con la familiaridad y confianza. Exponíale con sencillez sus necesidades, le referia sus penas y dolores, y hasta se quejaba cariñosamente porque Dios tardaba en acceder á sus ruegos. Diez años pidiendo noche y dia la conversion de Agustin, y viéndola cada dia más lejana, no habian logrado, sin embargo, entibiar su confianza ni siquiera inspirarla un sentimiento de disgusto. Era, no sólo constante y firmísima, sino incansable. Las contrariedades que diariamente se le presentaban servian solamente para darle nuevos motivos de oracion. Así, por ejemplo, al entrar en la capilla de San Cipriano pensó que su hijo podria engañarla y marcharse con su amigo; mas, en vez de desesperarse, pidió á Dios que no lo permitiera.

—¡No le dejeis marchar!—exclamaba;—guardádmele Vos, que yo sólo quiero tenerle para que Vos no le perdais. Ya sabeis cuánto le amo, pero os le ofrezco, y con gusto le perderia si fuera en servicio vuestro. Pero ahora lo que no quiero es que él os pierda más de lo que ya os ha perdido, y eso sucederia si fuéra á Roma. No lo consintais, mi Dios; no lo consintais, Señor. ¡Salvadle, salvadle!

Largo tiempo permaneció santa Mónica entregada a estos pensamientos, y tal confianza le inspiraron, que no parecia sino que veia á su hijo entrando ya en el camino de salvacion. Tranquila, serena como si estuviera segura de haber sido oida, salió de la capilla al cabo de largo tiempo, que para ella habia sido corto instante, y se encaminó al puerto para ver lo que hacian Agustin y su amigo. Una ráfaga de viento tibio de tierra agitó el manto en que iba envuelta. Aquel viento no era el mismo que soplaba violentamente cuando entró en la capilla. Temiendo adivinar lo que habia ocurrido, Mónica echó á correr hacia el puerto, y antes de llegar á él la luz de la luna la permitió ver un buque que, con velas desplegadas, salia hácia Italia.

—¡Agustin, Agustin!—gritó Mónica desde la orilla:—¡Agustin, Agustin! respondió el eco en las montañas vecinas; pero la voz del hijo no contestó á los gemidos de la madre.

Con los brazos extendidos hácia la galera que, balanceándose gallardamente, se alejaba de tierra, Mónica contempló algunos momentos el mar. Por sus mejillas corrian rios de lágrimas, ¡ay! eran ya tantas las que Agustin la habia hecho derramar! Pero, en medio de su dolor, ni dió un grito ni exhaló una queja. Permaneció silenciosa, y cuando el bajel que se llevaba á su hijo desapareció entre la bruma cayó de rodillas exclamando:

—¡Señor y Dios mio! tuyo es mi hijo; á tí te lo confio. Ya que no quieres que le acompañe, sírvele de madre. Mejor que yo le amas; sálvale, sálvale; y si no vuelvo á verle en este mundo, dame al menos la dicha de que en el otro le vea á mi lado, adorándote y bendiciéndote eternamente como ahora te adoro y te bendigo.

(Se continuará)

LA REVOLUCION FRANCESA

Hija del impío filosofismo del siglo XVIII, cultivado por Voltaire, Rousseau y Compañía, á quienes se quiere deificar en la Exposicion de París, la Revolucion del 89 fué ante todo profundamente atea, y en segundo lugar cruelísimamente inhumana. Atea en sus principios, atea en sus obras. ¿Quién no sabe que fué fraguada en las logias á los gritos blasfemos de «¡Guerra al Infame!» «¡aplastemos al Infame!», que se referia nada menos que á la persona adorable de nuestro Redentor? Esa Revolucion se propuso abolir el Cristianismo y hacer desaparecer hasta la nocion de Dios de la sociedad. Principió por declarar los falsos derechos del hombre, en contraposicion de los derechos legítimos de Dios y su representante en la tierra, que es la autoridad. Los escasos quilates de verdad que por acaso brillaban entre el polvo, no fueron ciertamente inventados por la Revolucion, sino hurtados traidoramente del antiguo y riquísimo tesoro de la doctrina católica. Con la declaracion de los derechos del hombre vino la Constitucion civil del clero, que se proponia hacer de los sacerdotes, ó mártires, ó apóstatas. A los principios siguieron los hechos. En los primeros dias de Setiembre de 1792 más de doscientos individuos del clero son bárbaramente inmolados en las prisiones de la Conserjería, los Carmelitas, la Abadía, Santa Pelagia y San Fermin. Tras la carnicería de los sacerdotes vino la destruccion de los templos, y luego la más inícua y sacrílega profanacion. Destruidos los altares del Dios verdadero, eleváronse otros á la corrupcion infame. La diosa Razon es desvergonzadamente paseada por las calles de París, y presentada luego á las cínicas adoraciones de esos austeros filósofos ébrios de vicios y sangre. Estos son los hechos de la Revolucion, cuyo centenario se ha querido celebremos. Más todavía. La impiedad frenética y descarada, despues de haber arrasado los altares y templos del Dios vivo, presentó á los homenajes de la multitud revolucionaria otro dios de nuevo cuño, tan sacrílego é infame como la prostituta Razon. Ese dios fué Marat. Dedicáronsele altares en varias ciudades de Francia, y al mismo tiempo que se castigaba con pena capital el acto más pequeño de culto tributado al Corazon divino de Jesús, el corazon sanguinario de Marat fué encerrado en una urna preciosa y expuesto á las públicas adoraciones.

No es una forma de Gobierno, no es la República lo que nació en 1789, sino el mónstruo devorador de la Revolucion. La fiera, dice Taine, era presentada pequeñuela en los salones de la aristocracia frívola y descreida, como un encintado corderillo de aquellos que se describen en las églogas. Era el blanco de las caricias de los filósofos y la curiosidad de las damas. El inofensivo cachorro fué en seguida paseado por las calles como objeto de diversion y juego para la plebe. Pero muy pronto se desarrolló la bestia y fué convertida en mónstruo abominable y feroz que en sus sangrientas fauces se engulló toda la Francia. Entonces, al decir de Chateaubriand, se hundieron los monumentos de los hombres y se entreabrieron los sepulcros. El jacobinismo impío y cruel llevó la destruccion hasta los últimos excesos: no eran ya ejecuciones parciales, sino asesinatos en masa los que enlutaban á los pueblos. Guillotinábase en París en cinco plazas distintas á un tiempo, hasta dejar encharcadas las calles con la sangre de las víctimas. Principió la Revolucion por destruir la Bastilla, donde apenas se encontraron siete presos condenados por delitos comunes, y á poco la Francia toda vióse cubierta por más de cuarenta y ocho mil Bastillas de la muerte, pues no eran otra cosa que *antecámaras* del cadalso.

A los menguados que tienen la osadía de afirmar que la Revolucion francesa ha sido un desarrollo del Evangelio, el complemento precioso de la grande y divina obra de la Redencion, les diremos que esta aseveracion no es nueva, es tan antigua como el 93. Los furiosos blasfemadores de esa fecha, ¿no repetian acaso con impío y desvergonzado cinismo: *nosotros completamos la obra del descamisado Jesús?* Si repetimos esta satánica frase, es para rechazarla con toda la indignacion de nuestra alma. La Revolucion francesa no fué el «complemento,» sino la antítesis de la obra divina de la Redencion. Fué, como decia Aparisi y Guijarro, la gran invasion del infierno en el mundo. Nada le deben, por lo mismo, la civilizacion ni el progreso. La piqueta revolucionaria echó abajo los más preciados monumentos del arte, mientras la guillotina segaba las cabezas de sábios distinguidos y eminentes literatos. Ni el arte, ni la ciencia, ni la Religion, ni la política, nada deben á la Revolucion, que lo destruyó todo sin llegar jamás á edificar nada. Lo único que quedó en el fondo de todas esas destrucciones, fué la sangre fecunda de los mártires, como en los antros de las minas queda un menudo polvo de oro, despues de rotas y destrozadas las rocas.

MARCO ANTONIO BRAGADINO

Ó EL VALOR CRISTIANO EN EL SIGLO DECIMOSEXTO

III

Aquellos terribles dias transcurrieron en medio de ataques furiosos y heróicas hazañas. El dia 2 de Julio los turcos se apoderaron de la media luna que protegia una de las puertas: cincuenta cristianos lograron defenderse en ella contra mil quinientos enemigos. Era necesario resolverse á hacer volar aquella obra, y sitiadores y sitiados, lanzados y confundidos por la explosion, cubrieron aquellos escombros humeantes con sus cadáveres calcinados y mutilados... Pero el dia 4 los setecientos primeros turcos que subieron al asalto volaron por el aire con espantoso estrépito, aunque aquella ejecucion costara la vida á un soldado cristiano.

El dia 14 un vasto incendio que se declaró en el campo de los turcos tomó tales proporciones que el cronista del sitio lo compara á las erupciones del Etna; pero como durante aquel tiempo la artillería continuaba siempre asestando sus tiros á la plaza, una bala perdida fué á herir mortalmente al santo obispo Regazzioni, que habia sido para Bragadino lo que para Moisés el gran sacerdote Aaron. El plazo de quince dias pedido por los habitantes de Famagusta espiró en el mismo instante en que su Pastor sucumbia á consecuencia de su herida.

Mientras tanto circuló el rumor de que se habian visto en el horizonte algunas velas venecianas. Aquella esperanza hizo palpitar todos los corazones, pero la ilusion fué de corta duracion. Mustafá, despues de haber hecho izar en vano la bandera parlamentaria y propuesto una capitulacion, juró el dia 28 de Julio que se apoderaría de la ciudad antes de la puesta del sol. Luego de haber explotado simultáneamente cinco minas, que conmovieron el suelo hasta gran distancia, los cristianos fueron acometidos por una lluvia de piedras y flechas y por una tempestad de artillería que se parecia á los redoblados fulgores del rayo. Puede decirse que el puñado de cristianos que arrostraba todas aquellas descargas combatia en medio de las tinieblas; porque la atmósfera estaba de tal modo oscurecida por los torbellinos de polvo y humo, que ya no se veian el cielo ni la tierra, amigos ni enemigos. En medio de aquella espantosa confusion Bragadino mostraba imperturbable sangre fria, acudiendo do quiera se debilitaba la defensa, no por falta de ánimo sino de brazos, señalando su lugar á los guerreros postrados que querian morir á su vista; á los sacerdotes y á los religiosos que tenian en una mano la cruz y en la otra la alabarda; y las mujeres, en fin, que compartieron heróicamente los trabajos y las angustias de aquella jornada.

Una hora antes de la puesta del sol los turcos tocaron retirada; pero al siguiente dia, cada vez más furiosos, volvieron por nueve veces á la carga, y otras tantas se vieron forzados á retroceder. En fin—y este fué el último triunfo—Bragadino coronó, rechazando por tres veces á los enemigos durante la mañana del 31 de Julio de 1571, aquella série de victorias.

No obstante, todas las torres estaban demolidas, todos los muros arruinados, los fosos enteramente llenos... No quedaban ya ni pólvora, ni víveres de ninguna clase, y hasta se podria añadir que tampoco quedaban soldados, porque no podia darse este nombre á los espectros lívidos y hambrientos, repartidos entre diversos puntos que podian todavía ocupar, pero no ya defender... Por otra parte, Bragadino se habia comprometido solemnemente con los habitantes de Famagusta, el dia en que les habia pedido una próroga que hacia muchos dias que habia espirado. Todavía los ánimos estaban perplejos cuando se vió flotar, en el campo de los turcos, la bandera parlamentaria. Juzgóse que el honor quedaba en salvo, y se admitió á un enviado de Mustafá. Aquel mensajero juró por su cabeza que todas las condiciones propuestas por Bragadino serían aceptadas por su señor. Convínose, pues, que la guarnicion saldria con sus armas, bagajes y cinco cañones, y que seria transportada en tres galeras turcas y ocho pequeños barcos á la isla veneciana de Candía, con las provisiones suficientes. Respecto á los habitantes, no debian ser molestados ni en sus bienes, ni en su honor, ni en el ejercicio de su culto.

Algunos momentos despues un genízaro era portador de la siguiente carta dirigida á Bragadino:

«Mustafá, jefe supremo del ejército turco, á Marco Antonio Bragadino, comandante de Famagusta. Salud.

«No puedo expresar el vivo deseo que tengo de conocer tu persona, despues de haber presenciado y admirado por tanto tiempo tu indomable valor. Recibirás de mi parte todas las muestras posibles de benevolencia, lo propio que del grande y poderoso Selim, mi señor, á quien participaré tus hazañas. He sitiado y tomado muchas otras ciudades muy bien fortificadas; pero no he hallado en ninguna parte tanta resistencia como en Famagusta, á causa del indomable valor de que tanto tú como los tuyos habeis dado pruebas, y que me imponen el deber de trataros con humanidad. Tened, pues, buen ánimo, y si en algo puedo complaceros podeis contar con mi liberalidad.»

Si Mustafá, cuando escribió estas pérfidas líneas, no hubiese ignorado en parte los apuros en que se hallaba la ciudad sitiada, sin duda se hubiera ahorrado aquella gratuita y vil traicion. Como quiera, la sorpresa fué indescriptible cuando los musulmanes vieron desfilar ante su vista á los pocos bravos que durante once meses los habian tenido en jaque. Un oficial de Mustafá, encargado de vigilar el embarque, refirió á los venecianos, con una franqueza debida á la admi-

racion, que las pérdidas experimentadas por los turcos durante el sitio llegaron al menos á ochenta mil hombres; que de los doscientos cincuenta mil combatientes que sucesivamente fueron transportados á la isla de Chipre, más de doscientos mil habian sido empleados en el sitio de Famagusta; y que se habian puesto en batería ciento catorce cañones, muchos de los cuales aventajaban á todo cuanto de más formidable en aquel género se habia visto durante el curso del siglo XVI.

IV

Hasta que hubo desarmado á la guarnicion, Mustafá disimuló su implacable ira; pero en el momento en que Bragadino, el intrépido gobernador de Famagusta, fué á tratar en su tienda del embarque de los vencidos, los turcos suscitaron pérfidamente algunas cuestiones, y Mustafá como arrebatado de un repentino enojo, empezó á vocear y agitarse como una bestia feroz, y arrojándose sobre Bragadino de un sablazo le cortó una oreja; luego corriendo á la puerta de su tienda, dió la señal del degüello: doscientos cristianos que habian acompañado á su jefe fueron pasados á cuchillo en el mismo instante; los venecianos que ya se hallaban en las galeras fueron muertos á palos ó encadenados en los bancos de remeros; en fin la infortunada Famagusta fué tratada como Nicosia.

Bragadino merecia unos honores á parte. La gloria de los combates no bastaba á aquel magnánimo corazon, y obtuvo la del martirio.

Ante todo, para darle una muestra de lo que le estaba reservado, Mustafá hizo decapitar en su presencia á sus dos lugartenientes, Martinengo y Baglioni; luego arrojado al suelo fué pisoteado, y el general otomano escupiéndole el rostro díjole con sarcasmo:

—¡Haz ahora que venga tu Cristo para arrancarte de mis manos!

Bragadino, sereno y tranquilo, no exhaló una queja, y sólo abrió los labios para orar.

Arrojáronle, para prolongar sus tormentos, en una espantosa cárcel, de donde salió al cabo de quince dias enteramente desfigurado por las heridas y llagas de que estaba cubierto su noble semblante. Entonces fué conducido en triunfo por sus asesinos por las calles y plazas de Famagusta. Ora Mustafá le hacia cargar gruesas piedras sobre las espaldas, á fin de que trabajase, decia, en la reparacion de las brechas sobre las cuales acababa de sucumbir; ora la soldadesca le hacia rodar por el suelo y le apaleaba. Llegado al puerto, le ataron violentamente en un madero y le pasearon durante media hora, suspendido al extremo de una antena, mientras que Mustafá le seguia con grandes risotadas y le preguntaba irónicamente si veia venir la flota cristiana.

A todos aquellos infames insultos Bragadino sólo oponia la mansedumbre y las más inalterable paciencia.

—Podeis despedazar, decia, podeis desmembrar mi cuerpo; pero nada podeis en mi alma.

Mustafá comprendiendo entonces de donde le venia aquella invencible calma, resolvió en su ciega ira arrancarle del corazon el Dios que amaba, ó bien arrabatarle la vida en medio de los más horribles tormentos. Hizo conducir á Bragadino á la plaza mayor; y despojándole de sus vestidos le ataron al asta en la que flotaba entonces la bandera veneciana, reemplazada por la odiosa media luna. Entonces Mustafá intimó varias veces al mártir que renegase el nombre de Jesús, pues de lo contrario estaban dispuestos los verdugos para desollarle vivo.

—Hazte turco, le gritaba el bárbaro, y salvarás la vida.

El generoso cristiano nada contestaba. Sus ojos constantemente fijos en el cielo, parecian «como san Estéban muerto á pedradas por los judíos» contemplar en su gloria al divino Jesús. En vano, á una seña convenida, la horrible operacion habia dado comienzo; cada vez que la cuchilla del ejecutor cortaba más enérgicamente en lo vivo, el Mártir se contentaba con acentuar más vigorosamente una fórmula de resignacion, de confianza ó amor, sacada ya de los salmos, ya de la liturgia de la Iglesia, como si á cada latido de dolor hubiese respondido un latido de aquella alma abrasada en el fuego divino.

Al cabo de algun tiempo oyóse que salian de sus labios las palabras de Jesús al morir: *Señor, en tus manos entrego mi existencia*. Creyóse entonces que espiraba; pero todavía tuvo fuerzas para murmurar dulcemente estas otras palabras del Corazon de Jesús: *Señor, perdonadles, porque no saben lo que se hacen*. Luego inclinó la cabeza y exhaló su espíritu.

Por un refinamiento de fanatismo, la horrorosa ejecucion de Bragadino habia sido aplazada para el dia 17 de agosto de 1571, señalado para la inauguracion de la Iglesia Catedral, transformada en mezquita. Mustafá fijó en seguida en una entena aquella piel rellena de paja, á fin de pasearle por las costas. Más tarde aquel glorioso despojo fué devuelto á Venecia y colocado en una urna del panteon de *San Giovanni de Paolo*.

Respecto á la cabeza del mártir, Mustafá la hizo colocar al extremo de una pica, donde permaneció muchos dias expuesta á los ultrajes de los infieles. Pero Dios, dicen los historiadores de aquel tiempo, glorificó á su servidor, porque los cristianos vieron durante tres noches consecutivas una aureola luminosa resplandecer en torno de aquella cabeza, que exhalaba al propio tiempo el más suave perfume.

Bragadino habia sucumbido, si es permitido decirlo así, en la vanguardia de Lepanto. Pocos dias despues de su muerte el mar se cubria de vastos despojos: viéronse acá y acullá, en las playas de Chipre, del Asia Menor y Constantinopla, galeras medio destrozadas, privadas en gran parte de sus tripulaciones, que no habian sido ni destrozadas ni dispersadas por la tempestad... El más furioso combate marino que se dió jamás acababa de ser perdido por los turcos. Los votos de Bragadino quedaban cumplidos, porque aquella inmortal jornada, abierta con la invocacion de la cruz y bajo la particular asistencia de la Vírgen María, *auxilio de los cristianos*, abatió el orgullo otomano y salvó la Europa.

GABRIEL DEMARTIAL, S. J.

¿CUÁNDO EMPEZÓ LA ERA CRISTIANA?

Es una cuestion que recobra movimiento en la actualidad, por conducir á ello los esfuerzos para llevar á una atinada reforma del Calendario civil, basándolo en un meridiano universal.

Con ello créese que se podrán subsanar algunos de los defectos de que adolecen varios calendarios de distintas naciones.

Invitados están los sabios á manifestar sus opiniones y esto ha suscitado nuevamente entre los católicos la idea de fijar, si es posible, cuál es el punto cierto de partida que convendria señalar á la Era Cristiana.

Al objeto, y sin ánimo alguno de haber dicho la última palabra en tan delicado asunto, solo para abrir el camino á los demás y no pretendiendo que nuestros cálculos tengan que aceptarse como verdades inconcusas, damos cabida á continuacion á los siguientes datos que pueden aclarar algo la cuestion.

Las fechas de la Era Cristiana empiezan á contar en una época fija, distante cerca de unos cuatro años de la época del nacimiento de Jesucristo. Creemos que no faltará interés á las relaciones dadas y á los hechos históricos que nos han permitido hallar con certeza la fecha de aquel acontecimiento memorable.

Los antiguos romanos llevaban ventaja á los otros pueblos de su tiempo en la exactitud de su cronología; contaban sus años á partir de la fundacion de Roma. Así que, en los autores antiguos, la época del nacimiento de Cristo está indicada segun el cómputo latino. Si podemos conocer, pues, la fecha de aquel suceso en la cronología romana, fácilmente podremos darla en la cronología actual, puesto que sabemos que el 1.º de Enero del año 1 de nuestra Era es el mismo dia que el 1.º de Enero del año 754 de la fundacion de Roma.

1.º Eusebio, celebre historiador muy conocido en los primeros siglos de la Iglesia, nos dice que Cristo nació el año 42 del reinado de César Augusto, y segun el cálculo que él establece, el primer año del imperio de Augusto es aquel en que Hircio y Pausa fueron cónsules de Roma, que fué el año 709 de la fundacion de Roma. Añadamos 41 á 709 y hallamos 750, que es la fecha que buscamos.

2.º El mismo Eusebio escribe tambien que despues del nacimiento de Cristo hasta la demolicion de las iglesias, que tuvo lugar el año 19 del reinado de Diocleciano, transcurrieron 305 años. Diocleciano fué nombrado emperador de Roma el 17 de Setiembre de 1037. Añadamos 18 á 1037, y restemos 305 de la suma, nos quedan todavía 750.

3.º San Lúcas nos enseña que en el año 15 del reinado de Tiberio, Jesucristo contaba unos 30 años. Tiberio sucedió á Augusto el 19 de Agosto de 767. Luego añadiendo 14 á 767, y restando 31 hallamos todavía el año 750.

4.º El célebre historiador hebreo Josefo refiere que durante 37 años despues que Augusto ganó á Antonio la batalla de Accio, fueron hechos los estados del censo general. Ahora bien, esta batalla tuvo lugar á el año 723 de Roma, y es admitido que los judíos empezaron á pagar tributo á los romanos 9 años despues del nacimiento de Cristo. Luego, añadiendo 36 á 723 y restando 9, nos quedarán otra vez 750.

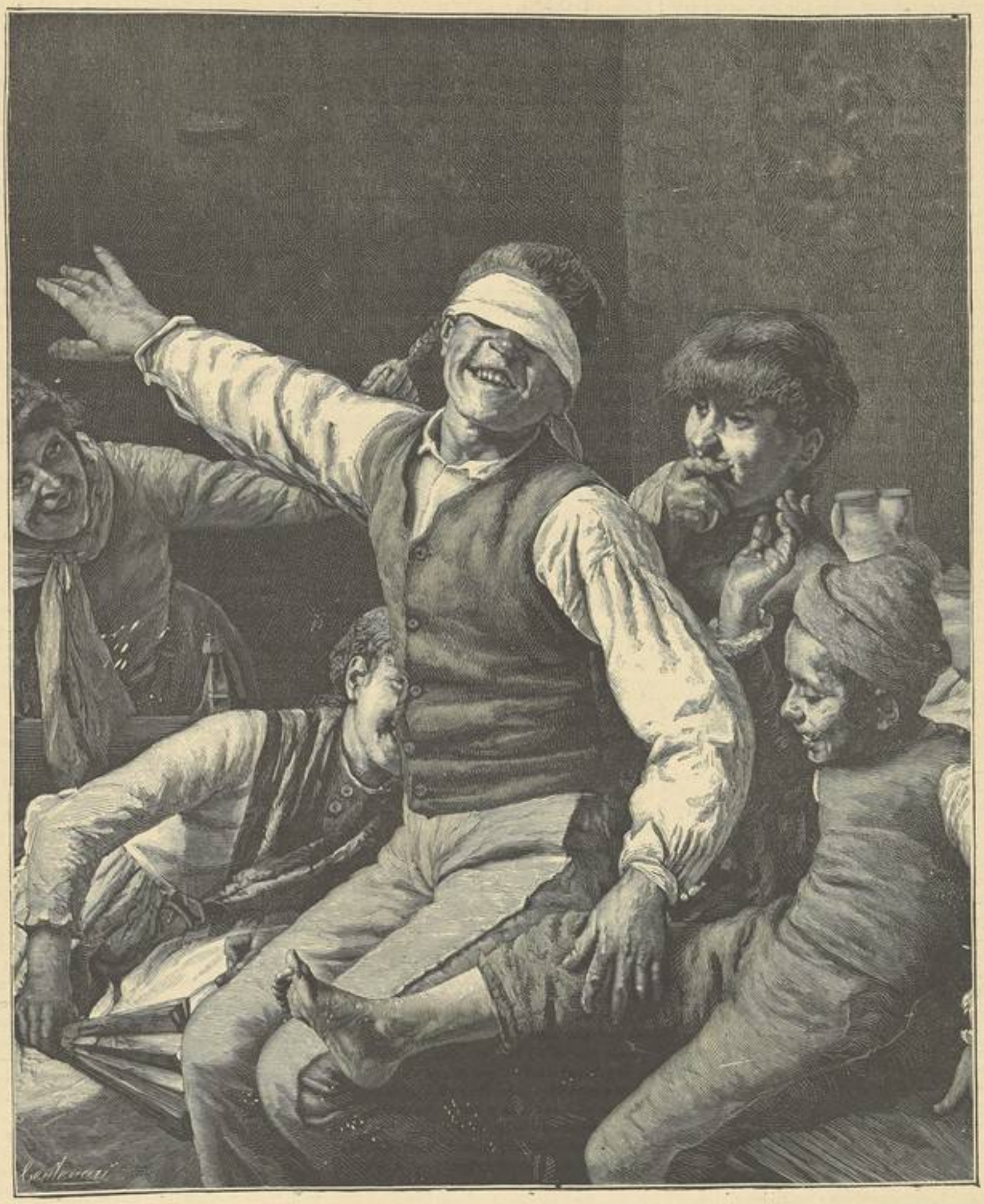
5.º El sobredicho Josefo escribe que el año 37 del reinado de Herodes Filipo era el 20 del reinado de Tiberio. Herodes Filipo subió al trono á la muerte de Herodes el Grande, y Jesucristo nació poco tiempo antes de este suceso. Luego, añadiendo 19 á 767 y sustrayendo 36 quedan tambien 750.

6.º El mismo Josefo nos informa de que Herodes reinó 37 años, y en otro pasaje afirma que el año 28 de su reinado correspondia á la 192.ª Olimpiada. Las Olimpiadas constituian una manera de contar los años que era propia de los griegos, y la Olimpiada 192 corresponde al año 741 de Roma. Herodes á la sazon debia reinar aun 9 años: 9 añadidos á 741 dan 750 como anteriormente.

7.º Josefo cuenta que Herodes reinó 34 años despues de la muerte de Antígono en el sitio de Jerusalen, y este sitio tuvo lugar en la 185.ª Olimpiada: como ésta corresponde al año 717, sumando 34 á 717, arroja 751, número poco diferente del precedente.

8.º El mismo Josefo asienta que Archelao fué destronado el año 8.º de su reinado; Dion Casio refiere que esta revolucion se hizo en el año 759. Restando 9, quedan 750.

9.º Finalmente, el mismo Josefo hace notar



LA MOSCA CIEGA (CUADRO DE ARTURO MORODEI)

que hubo un eclipse de luna poco antes de morir Herodes. Empero la luna se eclipsó parcialmente la noche del 13 de Marzo del año 750, y totalmente el 9 de Enero del 753. Luego, suponiendo que se trata del primer eclipse, obtenemos el mismo resultado. El segundo eclipse, aunque es más importante considerado astronómicamente, no tiene relacion con ningun hecho histórico.

Dionisio Esigno, monje erudito que en el siglo VI probó de hacer el cálculo que nos ocupa, colocó el nacimiento de Jesucristo al año 753 de Roma. Y tal fué el orígen de nuestro calendario cristiano. Las investigaciones modernas prueban, por el contrario, como hemos visto, que Cristo nació á fines del año 750 de la fundacion de Roma, esto es, tres años antes de la fecha que fué adoptada en el siglo VI. Así, pues, segun los datos que hemos aducido, en este momento nos hallaríamos en el año 1892 despues del nacimiento de Cristo, y no en 1889.

FILOSOFÍA RÚSTICA

El célebre Conde de Campomanes yendo á caballo por las inmediaciones del sitio de San Ildefonso, donde á la sazon se hallaba la Corte de Carlos III, llamóle la atencion una planta, y se bajó á examinarla.

Aprovechándose el caballo de este momento de libertad, salió al galope á lo largo del cami-

no. El Conde le siguió, le llamó, el caballo se detuvo, pero en el momento de ir á cogerle volvióse á escapar. Un niño que lo vió, corrió al camino, y llegó á tiempo para coger la brida del caballo, la que tuvo firme hasta que pudo asirla el dueño, quien admiraba el semblante tranquilo y satisfecho del muchacho.

—Gracias,—le dijo;—le has detenido muy bien. ¿Qué te daria por el favor?

—No necesito nada,—respondió el niño.

—¿No? Hay pocos hombres que digan otro tanto. Pero díme, ¿qué haces en este campo?

—Arrancar la mala yerba y guardar carneros.

—¿Y no querrias mejor jugar?

—Esto no es trabajo.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro, como mi padre.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años por san Miguel.

—¿Desde qué hora estás en el campo?

—Desde las seis de la mañana.

—¿Y no tienes hambre?

—Algo, pero ya comeré.

—Si tuvieses una peseta ¿qué harias?

—¿Que sé yo? nunca he tenido tanto.

—¿No tienes juguetes?

—No sé lo que es eso.

—Cosas bonitas.

—Tomás sabe hacer lazos para cazar pájaros, y tengo unos zancos para andar sobre el barro... tenia un aro, pero se ha roto.

—¿No te gustarian otras cosas?

—¿Para qué las quiero si no tengo tiempo de jugar? Con llevar los caballos al campo, tener cuidado de las vacas y hacer recados del pueblo, se pasa el dia tan divertido.

—Pero si tuvieses dinero podrias comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.

—Los hay en casa, y mi madre hace tortas los domingos, mejores que los bollos.

—Me parece que tienes los zapatos rotos: ¿no querrias otros mejores?

—Tengo unos nuevos para los domingos.

—A esos les entra el agua.

—No importa, así van los piés más frescos.

—¿Y tu sombrero está roto tambien?

—Tengo otro mejor, pero prefiero este porque el otro me aprieta en la frente.

—¿Y qué haces cuando llueve?

—Me meto debajo de un árbol hasta que pasa la nube.

—¿Y cuándo tienes hambre?

—Como nabo crudo.

—¿Y si no lo encuentras á mano?

—Tengo paciencia. Ya me ha sucedido algunas veces, pero estando ocupado no se hace caso del hambre.

—¿No tienes sed cuando hace calor?

—Sí, señor, pero no falta agua por aquí.

—¿Pues sabes, niño, que esa es la verdadera filosofía?

—Verdadera ¿qué?...

—Filosofía, ya sé que tú no entiendes de eso... Quiere decir que tú eres un chico bueno y razonable. Veo que no necesitas nada, y no he de darte dinero para crearte necesidades. Díme, ¿no vas á la escuela?

—No, señor; mi padre dice que iré despues de la recoleccion de las mieses, para Agosto.

—¿Entonces necesitarás libros?

—Tengo un silabario y un catecismo que sirvió á mis hermanos.

—Yo me encargo de dártelos: ya diré á tu padre que los mereces por ser un buen niño, que está contento con todo...

—Gracias, y me vuelvo con mis carneros.

—Adios, Pedro...

—Para servir á V., don... ¿Cómo se llama V.?...

—El Conde de Campomanes, presidente del Consejo de Castilla.

—¿Diga V., caballero, y entiende algo de filosofía?

—No, hijo mio; á pesar de haber empleado toda mi vida en buscar la verdadera filosofía, estoy muy lejos de haberla conseguido como tú, que nada echas de menos, con lo cual eres feliz.

Y el Conde, pensativo, subió al caballo, picó espuelas y salió á galope con direccion á la Granja.

EL TESTAMENTO DEL INDIANO

CUENTO INOCENTE

Más de un año hacia que murió en su palacio de Lanchedo el indiano Juan Luis de la Barga, y en todo el vall[e] de Tolientes, el más extenso y poblado de la montaña, no se hablaba de otra cosa que del testamento, en virtud del cual su sobrino y ahijado Anton Colindres (de los Colindres de Pámanes) habia entrado al goce y disfrute de su cuantiosa herencia.

Pero, no habia duda, el testamento estaba en regla; y aunque ciertas cláusulas y detalles fueron repetidamente consultados por los parientes desheredados del difunto, en Entrambas-aguas, en Santander y hasta en Búrgos, tanto los letrados rurales como los metropolitanos, convinieron (cosa que honraba sobremanera la prevision del testador difunto) en que todo ello estaba sujeto á derecho, y que realmente bajo aquellas condiciones, todas lícitas y viables, Antonio Colindres era el legítimo dueño del palacio y huerta de Lanchedo, de los trescientos cuarenta y nueve carros de tierra que tanto en maizales como en piezas sueltas y prados *cerrados sobre sí* le rodeaban, de la participacion comanditaria por valor de medio millon de reales en las ferrerías de Bárcenas, de cuatrocientos mil más en préstamos hipotecarios y aparcerías, y de otras pertenencias, derechos y créditos que más al por menor se detallaban en los inventarios de la testamentaría, y que hacian subir la hacienda relicta á la respetable, redonda y suculenta cifra de dos millones.

A nadie, sin embargo, admiraba que Juan Luis de la Barga hubiera nombrado por su heredero á Anton Colindres, hijo de una prima carnal suya; pues aunque el Indiano tenia parientes más próximos, y el boticario de Lanchedo, el médico de Bárcenas y el escribano de Tolientes asegurasen que repetidas veces le oyeron ponderar (copiamos las palabras de la declaracion jurada con que estos personajes acompañaron la consulta escrita de los parientes desheredados) «el fino afecto nacido de la fuerza de la sangre con que le tiraban todos los parientes de su línea paterna,» el caso de un indiano que proporciona á sus parientes de cualquier línea un desengaño de este género, no es raro, ni en Tolientes ni en ningun otro valle de los infinitos en que se espacia y ensancha el sistema orográfico de nuestra Península.

Lo que daba pábulo á conversaciones y comentarios no era el hecho material de la institucion de heredero que elevaba á Colindres el de Pámanes al rango de señoron acaudalado, caso para que todo montañés se encuentra siempre apercibido, sino las circunstancias y condiciones bajo las cuales habia aceptado la herencia del Indiano.

Decíase de público que Anton Colindres habia sabido captarse las simpatías de su tio por complacencias y acomodos con sus ideas y opiniones, más exageradas aún en sus labios juveniles que en los ya marchitos del avinagrado y enfermizo vejete que se las inspiraba. Agregábase á esto que tio y sobrino, enamorados de sus millones, habian asegurado repetidas veces que todo se alcanza con dinero, y hecho juramento de parapetarse detrás de aquellas cifras respetables para disparar á mansalva contra las ideas y los afectos de la generalidad de los mortales; y áun se añadia que mútuamente habíanse jurado no hacer en su vida otras cosas que las que se encierran en el estrecho círculo de estas tres palabras, que formaban, digámoslo así, el credo de tio y sobrino:

«Vivir, tener y gozar.»

El pobre Indiano, que habia pasado las tres cuartas partes de su vida afanándose por realizar la segunda de estas aspiraciones, consagró la que le quedaba á lograr la tercera; pero alcanzóle la muerte sin haber podido conseguirlo, y deseando mejor suerte para su sobrino, que ya no tenia que ocuparse más que en la última parte del programa, dictó desde su lecho de muerte los preceptos á su parecer necesarios para que aquel monton de pesos duros fuesen para su heredero manantial de goces no turbados ni revueltos con lo que él llamaba miserias de la vida.

Pero un hombre como La Barga, que no vió nunca ni quiso ver en el mundo más que el lado práctico de las cosas, no era capaz de dejar las suyas á medio hacer, ni fiar á las palabras ó á las promesas (clasificadas tambien por él entre las miserias humanas) el cumplimiento ejecutivo y apremiante, como una letra á la vista, de su voluntad de cal y canto; y su testamento, hábilmente combinado, especie de contrato bilateral entre un muerto y un vivo, dejó, por una série de cláusulas y condiciones, á falta de las cuales pasaba la herencia á otro heredero, fiscal celoso é interesado de su cumplimiento, completamente atada la voluntad de Anton Colindres al programa fatal de su existencia.

Empezando por el caudal, Anton Colindres no podia ni alterar su distribucion, ni disponer de otra cosa que de su renta. El 1.º de Enero de cada año recibiria cinco mil duros, y hasta el 1.º de Enero del siguiente, bajo ningun pretexto ni motivo tenia derecho á reclamar ni una pesetas

Nadie le pediria cuentas del empleo de esta renta siempre que la emplease exclusivamente en su persona y le bastara para sus necesidades y placeres. Una limosna que excediera de cien reales, una deuda no saldada dentro del año que pasara de quinientos, la solicitud de un empleo, el desempeño de una funcion pública, un tráfico cualquiera ó el ejercicio de cualquier industria ó profesion, le incapacitaban para percibir esa renta que el previsor La Barga le habia concedido con el exclusivo objeto de que *gozase de ella*.

Obedeciendo á idénticos motivos, otra cláusula del testamento le privaba de la herencia el dia que contrajese matrimonio; y fué cosa curiosa, al decir de sus enemigos, ver la cara que puso Anton Colindres al leer esta prohibicion establecida por el testamento de su tio.

Era Anton hombre positivista (dudamos mucho de que en el diccionario de Tolientes se conociera esta palabra, pero en fin, ello es que Anton era positivista), y como tal creia que lo único positivo que hay en el mundo son las buenas rentas, las buenas tajadas y los buenos ratos.

Del ejemplo de sus parientes y convecinos afligidos, cual más, cual menos, de las flaquezas y penalidades á la humana especie comunes, y que se presentaban al uno bajo la forma de una mujer injusta ó por lo menos caprichosa, asediaban al otro con el auxilio de una bandada de chiquillos gritones, destemplados ó enfermizos, dibujábanse á éste en el anguloso espectro de una suegra dominante, y á aquel en el fruncido entrecejo de un padre tiránico, habia deducido

la consecuencia de que el hombre que entrega á otros su voluntad no merece tenerla, y que casarse y condenarse á un purgatorio en vida equivale á la misma cosa; y, por tanto, de ésta y de las demás condiciones del testamento de La Barga, que cuadraban todas perfectamente con su especial manera de considerar el mundo y apreciar los hombres, se le daba un ardite.

Era habitual frase en sus labios, ásperos y groseros como sus pensamientos, ésta que no responderemos no hubiese leido en el *Bertoldo*, su libro favorito, ó en el *Tio Conejo*, periódico de su especial predileccion:

«Si tengo dinero, me reiré de todo el mundo.»

Anton Colindres entró, pues, en la vida dispuesto á reirse de todo el mundo, ostentando á los concupiscentes ojos de la multitud el dinero de su tio el Indiano.

II

No hacer nada; no pensar en nada; no imaginar ni intentar nada; no hacer feliz á nadie; no interesarse por ningun objeto; no aspirar á ningun ideal; no asociarse á ninguna idea; no compartir con viviente alguno el lote de ventura ó de pena que á cada cual le cabe: ser solo, vivir libre y tener, no ya el derecho, sino la precisa obligacion de ser completamente egoista: ¿es esto ser completamente feliz, tan feliz como cualquiera puede serlo en la tierra?

Tal fué el problema de la vida de Anton Colindres, problema planteado en el testamento de La Barga, y que él tenia que resolver con datos irrefragables é indiscutibles.

Libre, feliz y egoista, vivió nuestro hombre unos cuantos años, si la felicidad consiste en satisfacer el cuerpo, acallar el alma y ahogar los gritos de la conciencia. Fué en su niñez, y en los primeros tiempos de su juventud, hombre necesitado y pobrísimo, y bastóle desatar un punto los nudos de la repleta bolsa de su tio para creerse por algunos meses hombre opulentísimo, é hízose la ilusion de que esto le bastaba para ser dichoso.

Paseaba á caballo, mientras el mayor pudiente de Lanchedo iba á pié; comia y triunfaba en su casa-palacio, gozándose de la penuria de sus convecinos; y de sus viajes frecuentes á Santander, á Valladolid, á Bilbao y á la Corte, traia, ya que no el corazon, la cabeza henchida de la necia vanidad de ciertos triunfos amorosos que, en sus conversaciones de sobremesa con el médico y el escribano, cuidaba de enaltecer ó sublimar, como debidos exclusivamente á la excelencia de sus prendas.

Cauto como todo egoista, y avaro como verdadero advenedizo, ni adquirió amistades peligrosas, ni comprometió sus ahorros en empresas aventuradas.

Vivir, tener, gozar, iba siendo, punto por punto, la letra y el espíritu de su programa. Si La Barga, despues de muerto, veia á su sobrino en la tierra, cosa de que uno y otro no estaban muy seguros en vida, debia indudablemente estar satisfecho de su heredero. . . . . .

. . . . . .

Pasáronse así algunos años; la gente, que á todo se acostumbra, se acostumbró á ver á un hombre que no era como los demás: aunque continuó mirándole con la singular indiferencia que guarda el mundo para los que ocupan situaciones excepcionales, ahorróle, por lo menos, el entretenimiento de su antipatía, demostrándole tranquila y cortesmente la frialdad de su desprecio.

En Lanchedo, en las vecinas aldeas y en todo el valle de Tolientes se hablaba del Indiano del palacio (habíanle conservado las gentes, como una especie de galantería, el dictado vitalicio que en rigor sólo correspondia á su tio) como de una curiosidad hasta cierto punto inofensiva, como de un ente raro de que hasta cierto punto se honraba la comarca. Un hombre, en fin, que, aunque quisiera, no podia hacer bien ni mal á nadie; que tenia, de órden superior, limadas las garras de sus pasiones y completamente implumes las alas de sus virtudes; un impotente, un tullido de espíritu, que disfrutaba, sin embargo, de un rozagante cuerpo, de una fisonomía rubicunda y de dos anchas y membrudas manos que eternamente protestaban, en su exuberante robustez, contra la forzada inaccion á que se veian condenadas.

No sabemos si al cabo de ese tiempo él, con su pingüe renta, *seguiria riéndose del mundo*, pero es lo cierto que el mundo le pagaba riéndose de él á carcajadas.

Los intereses de localidad, tan poderosos en las aldeas; los pleitos y disturbios de familia, que interesan y conmueven los corazones; la pasion política, que á unos arrastra y á otros ennoblece, pasaban por delante de la puerta del palacio de Lanchedo sin rozar siquiera el aldabon de bronce, primorosamente frotado y pulcramente lustroso, que descansaba sobre las hojas de aquella puerta inexorable.

Pasaban las situaciones, se cambiaban las influencias; un vecino era alcalde, otro juez municipal, éste diputado provincial, aquél secretario de Ayuntamiento. Anton Colindres continuaba siendo «el Indiano del palacio,» ó, lo que es igual, Anton Colindres, ó, si se quiere, nada.

Un amigo se enriquecia en un negocio; otro iba á América ó á Andalucía á probar fortuna. Anton Colindres, que ya la tenia hecha, no se movia ni podia moverse de su palacio.

Por fin, las familias mudaban y variaban de forma: el pudiente de Lanchedo se casaba con la hija del boticario; el hijo del escribano con la hermana menor del pudiente; la que ayer, muchachuela inconsiderada, apedreaba las camuesas de la huerta del palacio, al poco tiempo (á Colindres se le figuraba que á los pocos dias) pasaba insolentemente á su vista al lado de su esposo llevando en brazos á un chiquillo colorado y frescote, con el que se reia con tan alegres carcajadas, que resonaban en el corazon de Colindres como sangrienta burla.

III

¿Qué pasó por el alma del heredero del Indiano en aquella série de años en que vivió, por decirlo así, sofocada por su cuerpo? ¿Se rebeló contra el destino que la tenia como en estrecha cárcel sujeta, sin permitirla ni un aliento, ni una aspiracion hácia el infinito, que en Lanchedo, como en cualquier otra parte, atrae los espíritus, y los llama y conforta con voces celestiales y armoniosas?

¿Comprendió la vanidad de su egoismo, la necedad de las precauciones del testamento, la inutilidad de sus riquezas, lo estéril de su vida? No lo sabemos; pero es lo cierto que Anton Colindres, ó, lo que es lo mismo, el conjunto de carne, sangre y músculos vulgarmente conocido con ese nombre, no habia ganado gran cosa con la supresion de las facultades y potencias que sabiamente, y en su obsequio, le suprimió de una plumada el indiscreto Indiano.

Flaco, macilento, gruñon, envejecido y enfermizo, vagaba solo, aunque bien comido, por su huerta, por sus prados y por sus heredades, que apenas eran suyas; casi no salia del pueblo, con nadie hablaba, y las madres y las abuelas (bien pobres y harapientas) que cuidaban á los niños á las puertas de las casas, los ocultaban en su regazo ó los entraban adentro, segun eran de terribles y amenazadoras las miradas con que Anton parecia devorarlas.

De pronto una novedad singular observóse en sus costumbres. Él, que aunque de cristianos padres nacido, apenas cumplia, ó no cumplia de ninguna manera con los preceptos de la Iglesia, comenzó á cumplirlos con asiduidad fervorosa.

Un dia sorprendió al pueblo dando una limosna no despreciable para los pobres del valle.

—Mira que no puedes hacer eso, le dijo el coheredero fideicomisario encargado por el Indiano de vigilar sus actos.

—Ya lo sé, le respondió bruscamente, y por eso que no puedo, quiero hacerlo y lo haré.

—Pase por esta vez; pero si intentas otra, no te la perdono.

—Y me será igual que me la perdones ó que no: con que haz lo que quieras.

. . . . . .

Un dia corrió por el valle una noticia inverosímil. Anton Colindres se casaba.

Algunos dudaron, pero bien pronto la noticia adquirió todos los visos de certidumbre.

Anton Colindres se presentó una mañana pobremente vestido al co-heredero, y le dijo:

—Sabrás que me caso; y como ya sé que esto me deshereda, segun la voluntad de mi tio, tuya es la herencia, y buen provecho te haga.

—¿Que te casas? ¿Pero por qué? ¿Con quién?

—Con quien me quiere pobre; con quien á mí no me importa vivir pobre, porque me he cansado de ser rico, porque el ser rico es ser infeliz; porque he vivido diez años en el infierno, y porque quiero probar si es verdad lo que dice el Cura y lo que dijeron los Misioneros de las Bárcenas, de que «es más difícil la felicidad en las riquezas que en la medianía.»

—Pero es que tú no te quedarás en la medianía; te quedarás pobre.

—¿Y estas manos? exclamó Colindres, mirando por primera vez en diez años con justificado orgullo aquellas robustas manoplas, que eran verdaderamente un capital.

—Pero, hombre, ¿y tu cuerpo?

—Pero, hombre, ¿y mi alma?

—¿Con que estás decidido?

—A cavar, á acarrear piedra, á pedir limosna, mejor que á vivir como he vivido.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues dame un abrazo, dijo el co-heredero abrazándole con verdadera efusion. Hoy es el mejor dia de mi vida.

—¡Ya, ya! Lo dices porque te hago rico,—exclamó Colindres con un gesto de su pasada condicion.—Pues no sabes tú lo que te espera,—añadió con acento más natural y cariñoso.

—No es eso, hombre, no seas bárbaro; la herencia es tuya ahora, pero tuya de verdad, para que hagas de ella lo que te dé la gana, y para que vivas como te se antoje.

—¡Quiá! ¡Si conoceré yo á mi tio! exclamó sin pizca de aprension y sin sombra de duda el arrepentido Colindres.

—Lo que te digo, Anton; mira, aquí tienes la memoria testamentaria, mejor dicho, el verdadero testamento (añadió enseñándole el documento), que dice, en sustancia, lo siguiente:

«Mis bienes pasarán libres de su condicion de usufructuarios y de cualquier otra que impida á mi sobrino Antonio Colindres disponer libremente de ellos el dia en que éste renuncie á la herencia que le dejé en mi testamento.»

—¡Nunca lo hubiera creido! exclamó tranquilamente el heredero.

—¿Qué sabes tú, majadero; qué sabes tú, si tu pobrecito tio, despues de hacer su primer testamento, habló con el señor Cura, ó si oyó ha-

blar á los Misioneros de Bárcenas? Y si alguna duda tienes, mira esta carta, que escribió para tí y me encargó que te entregara el dia de tu arrepentimiento.

. . . . . .

Abrió la carta, no sin emocion, el arrepentido heredero, y apenas pasó por ella la vista, cayó de rodillas y rompió á llorar como un niño, elevando los ojos al cielo.

De la firme y valiente letra del difunto Indiano habia en ella tres renglones que decian lo siguiente:

LA MUERTE DEL MISIONERO

«Anton, cuando leas ésta te habrás ya convencido de que vivir es amar, tener es poder, y gozar es creer.»

S. de Liniers.

MISCELÁNEA

LA LEPROSERÍA DE MOLOKAI

No era el único el P. Damian Davenster en su obra de sacrificio y abnegacion entre los leprosos de Molokai. Otro héroe de la caridad, miembro tambien de la Congregacion de los Sagrados Corazones, el P. Conrardy, compartia con él las rudas tareas de tan difícil apostolado, segun hemos tenido ocasion de ver en la siguiente carta que escribió á uno de sus colegas de Bélgica poco antes de la muerte del P. Davenster:

«Querido y reverendísimo padre y hermano: La tierra en que vivimos no es muy diferente de una grande cárcel; montañas escarpadas de 2,000 piés de altura nos separan de lo restante de la isla. Nuestra estancia tiene unas tres millas de largo y un tercio de anchura máxima.

»Somos de 1,000 á 2,000 personas. Hasta hoy he dudado si volveria ó no á ver la Europa; pero veo ahora que mi presencia es aquí necesaria. Nuestros queridos leprosos no sufren mal trato en lo material; pues el gobierno los provee bien durante el tiempo que han de pasar aquí, que es de cinco á diez años. La mayor parte sucumbe dentro de los cinco. El Padre Damian ha visto renovada esta poblacion tres veces, y no sé cuántos cambios me tocará á mi presenciar. ¿Quedaré yo tambien inficionado? Es muy probable que sí; pues las precauciones se pueden prescribir mejor que guardar; además, muy dudoso parece el feliz éxito de ellas.

»Pero quiero hablar á V. sólo del P. Damian, que pronto morirá mártir de su propia caridad y abnegacion. En Inglaterra y América se le da este nombre, y para mí estaba reservada la gracia de vivir junto á él. La lepra le va consumiendo, atacando alternativamente sus oidos, ojos, nariz, garganta, manos y pulmones. Lo que ha padecido es indecible: al presente está completamente desfigurado; su voz se ha casi apagado. ¡Si V. le viera tendido en su lecho sobre el suelo, no podria contener las lágrimas al pensar que aquel que tanto ha hecho para socorrer á los desamparados, hállase ahora en una condicion tan lastimosa, siendo además muy poco lo que se puede hacer en su alivio! Afortunadamente conserva el Padre todavía el uso de sus manos, de que otros se ven privados, y sus piés todavía no han desaparecido como en otros. La lepra es de diferente forma: algunos acaban por putrefaccion; otros se van secando; unos se hallan cubiertos de escamas; otros pierden las extremidades; y algunos, finalmente, se desfiguran en la cara de un modo que da miedo verlos...

«Si el P. Damian tiene que morir pronto, yo quedaré inconsolable por muchas razones. El cuida á más de cien leprosos huérfanos, lo que no es poco cuando se considera que todo nuestro ministerio es servir á los leprosos. ¡Ojalá se digne Dios conservárnoslo uno, ó mejor dos años más en cualquiera condicion que sea! Yo vivo con él y comemos juntos. La repugnancia que yo sentia ya no existe, y estoy en las manos de Dios. Cuando me hallo de rodillas cerca de un leproso, respirando unos perfumes que pondrian en fuga á un regimiento de soldados, me parece que estoy sufriendo algo de mi purgatorio. ¿Qué le parece á V.? Cada semana llega un vaporcito. Todos van á la orilla. A veces los que llegan están mojados hasta los huesos. Luego comienzan gritos y llantos. Ahí está un marido que se encuentra con su mujer, ó al revés; allá unos hijos que vuelven á ver á sus padres. Se hace la lista de los recien llegados, y se les procura habitacion. Aunque yo no esté todavia atacado, me seria menester licencia de la Comision Sanitaria para ausentarme de la Colonia. Pero no deseo salir. Aquí está mi ministerio, y aquí quedaré. Aprovecho esta ocasion para desear á V. y á todos los amigos un feliz año nuevo.

»Su atento y seguro servidor y amigo,— L. L. Conrardy.»

CONVERSION

D. Andrés Peris, conocido francmason de Castellon, en donde tanto ha escandalizado con su conducta anti-religiosa, se ha retractado de sus errores religiosos y sometido á la autoridad de la Iglesia espontánea y públicamente. En una carta que dirigió á *La Verdad*, periódico que ve la luz pública en aquella poblacion, se lee este párrafo:

«Conozco la masoneria y la detesto quizá algo tarde; pudiendo afirmar que ningun bien me ha reportado, ni para mi alma, ni para mi cristiana esposa y familia.»

SECCION RECREATIVA

Punto del ojo insensible á la luz.—Se traza en un papel una señal en la parte izquierda nuestra, v. gr., una cruz negra, y en la derecha se pone otra señal, por ejemplo, un circulito de tinta, todo negro, como el tamaño de una lenteja.

Ha de haber *seis centímetros* de distancia del centro de una señal al de la otra.

Se tapa el ojo izquierdo con la mano izquierda y con el derecho se mira la cruz ó sea el objeto negro de la izquierda. Al principio se ve la cruz y el círculo negro, pero acercando más el ojo al papel, hay un momento en que desaparece el círculo negro, que reaparece luego, acercando ó alejando más la cabeza.

La causa es que hay en la retina un punto insensible á la luz.

Lo mismo sucederia cerrando el ojo derecho y mirando al círculo ó sea el objeto negro puesto á la derecha: desapareceria la cruz, y volveria á aparecer, segun la distancia á que se la mire.

ACERTIJO

Una estancia abovedada
Donde el eco se recrea;
Un batallon de soldados
Repartido en dos hileras;
No son los más fuertes machos,
Que son las más fuertes hembras:
Está una mujer entre ellas
Por parlanchinota presa.

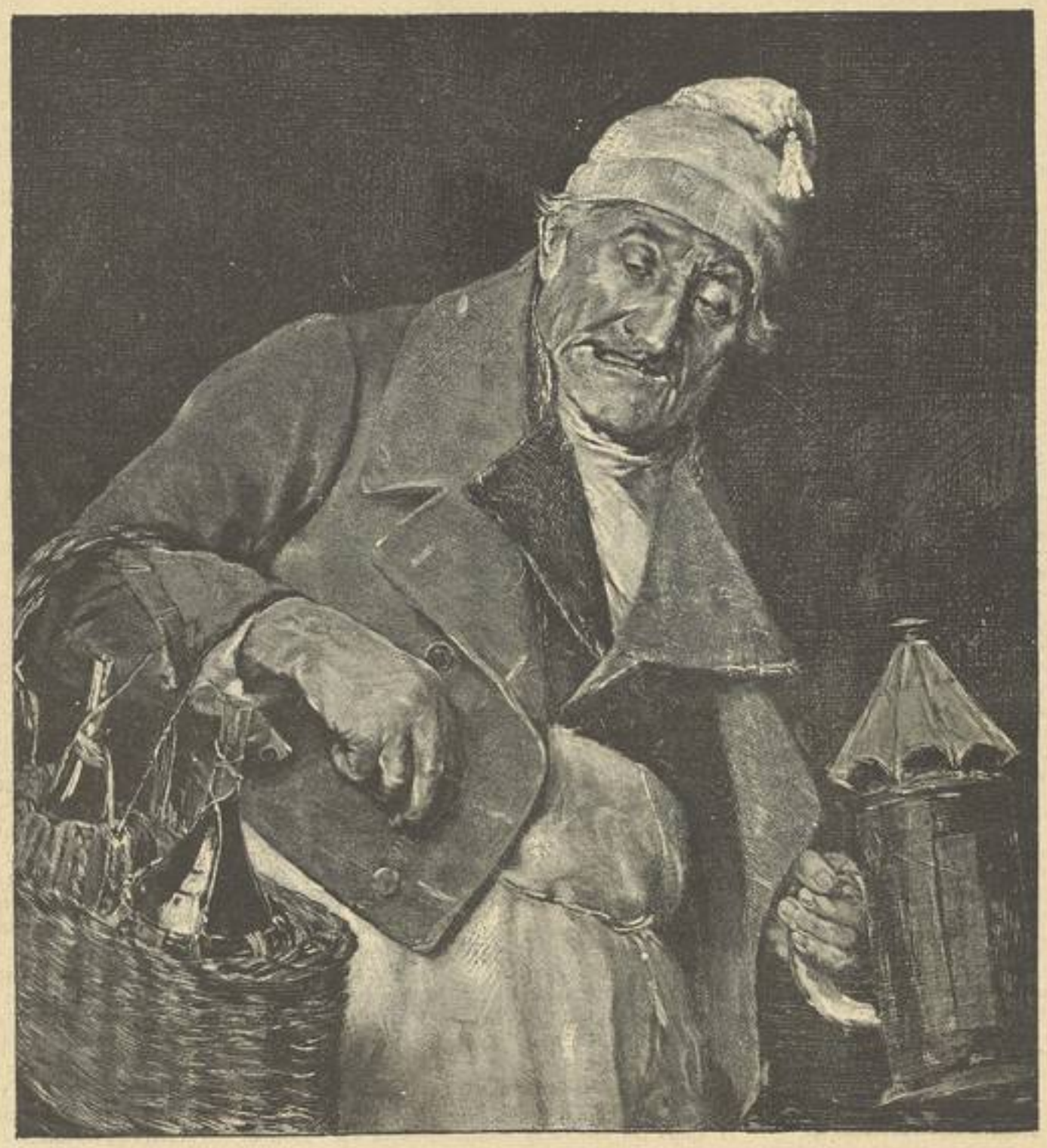
SOLUCION AL ACERTIJO DEL NÚMERO ANTERIOR

EL COMPÁS

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 13 DE JULIO | SÉRIE II.—NÚM. 81



VIEJO POSADERO (CUADRO DE T. ANDREOTTI)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

La unidad italiana y Leon XIII, por M.—*Alocucion del Papa* en el Consistorio del 30 de Junio.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Una sesion original.—Hijo y madre*, IV, por Francisco Hernando.—*A Leon XIII*, con motivo de la creacion en Roma del monumento á Giordano Bruno (poesía), por M. García Barzanallana.—*El amor y el hogar*, por Clementina.—*Fe y patria* (episodio de la época del Terror).—*Tradiciones y costumbres de las islas Pomotús*: I, Cosmogonía: por el P. Alberto Montiton, de la Congregacion de los Sagrados Corazones.

GRABADOS

Viejo posadero.—Cuadro de T. Andreotti.

La catástrofe de Johnstown en Pensilvania.—Son por demás aterradoras las noticias que se han recibido acerca de las espantosas inundaciones ocurridas en aquel territorio de los Estados-Unidos. El dia 31 de Mayo desapareció la ciudad de Johnstown con sus 25,000 habitantes, á consecuencia de las lluvias torrenciales que cayeron sin interrupcion. En una altura que dominaba la ciudad, á tres leguas de distancia, habia un inmenso lago artificial, que mide 4 leguas cuadradas y tiene una profundidad de 200 piés. Estaba separado del valle por un inmenso malecón de 120 piés de alto. Este malecón se hallaba, segun parece, en muy mal estado. La Compañía que lo habia construido, y que cobraba de la ciudad una contribucion, habia descuidado hacer las debidas reparaciones, y fué arrancado por las aguas que se precipitaron en el valle. Las primeras aldeas fueron pulverizadas, y las aguas, arrastrando restos de toda especie, llegaron á Johnstown. Todos los escombros se amontonaron delante de un puente que por milagro no cedió. Poco á poco la barricada se elevó á una altura enorme; más de 1,500 personas corrian por los escombros pidiendo socorros que nadie podia darles, puesto que la ciudad desaparecia á la vez, casa por casa, calle por calle. De pronto estalla un fuego hórroroso, y todos los que no se habian ahogado, perecen abrasados en inmensa pira, azotada por todas partes por las aguas. Esta escena horrible ha sido descrita por tres empleados de ferro-carril que la presenciaron desde lo alto de una colina, únicos sobrevivientes de dos trenes que habian sido arrastrados por las aguas á tres kilómetros de Jonhstown. Más de ochocientas personas habian perecido de dichos trenes. Nada puede dar idea más exacta de la rapidez con que sobrevino la catástrofe, que los últimos telegramas llegados de Pittsburgo. El primer despacho de 31 de Mayo, enviado por el telegrafista de Johnstown á un su compañero á las 12'50, decia: «El malecón de Fock ha cedido: oimos desde aquí las aguas; parece que la ciudad está en peligro.» El segundo despacho, tres minutos despues, comenzaba: «El rio sube rápidamente: hay tres piés de agua en el entresuelo. El agua sube todavia. Se cree...» La frase quedó incompleta y el telegrafista desapareció con toda la casa.

Las aguas han descendido; pero los habitantes de la comarca que han sobrevivido á la catástrofe no acaban de salir de sus penas, pues el aire está emponzoñado por los cadáveres que se pudren, y no pueden resolverse á quemarlos, aunque los médicos dicen que es el mejor medio para evitar una epidemia. Cuanto á las pérdidas materiales, se calculan en muchos cientos de millones; pero no es posible dar una idea aproximada todavia. Los americanos aseguran que es la mayor y más espantosa catástrofe del mundo.

Detalle de la inundacion de Pensilvania.

El dique de Fock cerca de Johnstown en id.

Sueños de gloria (cuadro de Eduardo Detaille).—En su fantasía nos pinta el artista un campamento cubierto de soldados reposando de sus fatigas, soñando en victorias y laureles obtenidos en pos de las banderas de la patria. Ante una escena tan grandiosa y sencilla fácilmente se comprende la seduccion de la gloria, pero ¡ojalá esta no se les aparezca nunca á los pobres soldados más que en sueños!

La visita á los abuelos (cuadro de Francisco Vinea).—Figura esta composicion una escena de familia en el siglo XVII. A casa de los abuelos, nobles magnates, llega de visita un jóven matrimonio (los hijos), á quien precede cual mensajero de respetuoso cariño un esbelto mocito, el nieto, que besa primero á la anciana para hacer despues lo mismo al viejo prócer que sentado en ancho sitial le contempla con embeleso.

Cuevas de gitanos en el camino del Sacro-Monte de Granada.—Vista tomada de una fotografía de D. José García Ayola.

Dibujo imaginado por los indígenas de las islas Pomotús para representar su Cosmogonía.—Véase la pág. 295.

LA UNIDAD ITALIANA Y LEON XIII

Nuevamente ha dejado oir su voz el Papa, pronunciando ante los Cardenales, reunidos en Consistorio secreto, una alocucion importantísima que ha sido como el quejido doloroso arrancado por los verdugos al prisionero augusto del Vaticano. La sensacion que ha producido la voz doliente de Leon XIII al protestar con la santa virilidad que da la justicia contra el sacrílego insulto que le ha inferido la revolucion italiana al hacer la apoteosis del apóstata Giordano Bruno, creemos que formará época en los anales del Pontificado y que servirá para despertar á muchos corazones dormidos en oprobiosa indiferencia.

Y no nos extraña que, como resultado de la alocucion y del extraordinario y solemne Consistorio, haya circulado como noticia autorizada que el Supremo Jerarca de la Iglesia, apremiado por lo crítico de las circunstancias y lo recio de los furores revolucionarios, se dispone á abandonar á Roma y á buscar hospitalidad en la nacion católica por excelencia á pesar de las tiranías liberales; en España, donde el amor ardiente y entusiasta de muchísimos hijos, dispuestos á derramar su sangre para salvar la vida del Padre comun de los fieles, puede endulzar su infortunio y trocar sus tribulaciones en consuelos.

Que ya ninguna inteligencia medianamente culta, ninguna voluntad recta puede abrigar la menor duda de que la necesidad del poder temporal para la independencia y libertad del Pontificado ha sido demostrada, mejor que por los argumentos de todos los publicistas católicos, por la historia vergonzosa de la misma revolucion italiana.

Porque indudablemente aquella falsa y sofística unidad preconizada por las sectas secretas como arma contra la Esposa de Cristo, está ya juzgada por todas las almas honradas como una de las felonías más pertinaces é hipócritas que registra la historia. Los revolucionarios, que la invocaron para decorar con ella odios satánicos y violencias inauditas, no comenzaron pidiendo la confederacion de los pueblos italianos, conservando cada uno su respectiva independencia, como lo indicaba el curso de los siglos y lo reclamaban católicos tan ilustres como el cardenal Manning; sino que, haciendo alarde de sus perfidias maquiavélicas, sustituyeron la unidad nacional, compatible en Italia con la existencia de los Estados, en opresora unidad política que los absorbió á todos en uno por la inícua conquista piamontesa, tras larga serie de asechanzas y atropellos que no tienen nombre adecuado en ninguna lengua.

Así, los que se presentaban como redentores de Italia comenzaron suplantando su verdadera unidad y matando la independencia de los pueblos que la constituyen conforme á la Geografía y á la Historia. Quisieron apoyar su obra en el principio de las nacionalidades; y como no les servian las teorías de la comunidad de lengua, cultura, raza, ni de los límites naturales, Mamiani, Casanova y Mancini se encargaron de fabricar un concepto ecléctico de nacion formado por la suma arbitraria é incoherente de factores históricos y naturales no dependientes y subordinados á un elemento superior, viéndose de este modo, como justo castigo de la orgullosa impiedad que no tenia *unidad*, la idea en que se trataba de fundar la de la península itálica.

Y como tan menguada doctrina política era insuficiente para los fines de los sectarios, apelaron á la vieja teoría plebiscitaria, y aumentaron su descrédito con las indignas farsas de voluntad popular, expresada en manifestaciones arteramente preparadas por las Sociedades secretas para hacerlas pasar como aspiracion nacional y llevar adelante la obra de la revolucion. Mas estas miserables ficciones, anatematizadas por la inmensa mayoría de los ciudadanos, y denunciadas á la pública vergüenza por diplomáticos protestantes, lejos de atenuar la perversidad y las violencias revolucionarias, las pusieron más de resalto. Y hasta la guerra al extranjero y el amor á la integridad nacional, invocados constantemente como disfraz deslumbrador de los verdaderos propósitos de las sectas, quedaron reducidos á mentiras insignes por los mismos hechos de la revolucion italiana, que para expulsar á los austríacos mendigó el auxilio de los franceses, y áun para mentirse á sí misma les dió en premio de sus servicios porciones de la tierra italiana y el mismo solar de la dinastía saboyana.

De esta manera el principio de las nacionalidades—falso de suyo y apoyado en un concepto de nacion más falso todavía, el plebiscito, convertido en farsa ridícula y odio al extranjero—y el amor á la integridad nacional, proclamados como principios y fundamentos de la unidad italiana, fueron puestos en evidencia y refutados con la poderosa dialéctica de los hechos por sus mismos apologistas.

Esto solo bastaba para juzgar en definitiva y maldecir y cubrir de oprobio la obra de la revolucion italiana. Pero ella misma en todo el proceso de su desenvolvimiento se ha encargado de poner de manifiesto con la claridad del medio dia su maldad interna y la iniquidad afrentosa de sus procedimientos.

¿Quién no conoce el largo catálogo de infamias y de miserables contradicciones que empieza con pérfidas rapiñas y termina por ahora la sacrílega saturnal del *Campo de las Flores?*

Los jefes de la revolucion italiana, animados de todos los odios de secta, comienzan invocando el principio de no intervencion para llevar á cabo sin estorbos sus violencias, y al mismo tiempo, no sólo intervienen, sino que aniquilan la independencia de los Estados comarcanos; protestan en público contra las algaradas de Garibaldi, y las fomentan en secreto; aseguran respetar el territorio pontificio, y clavan la garra en las Legaciones y la Umbría; exigen á Pío IX el desarme de su reducido ejército en plazo determinado, y apenas comenzado á transcurrir invaden sin declaracion de guerra el reino del más justo y legítimo de los soberanos; y despues de la infame emboscada de Castelfidardo penetran en Roma con la misma razon que los bárbaros por la brecha de la Puerta Pía, que más que en las murallas de la ciudad santa fué abierta en el derecho internacional y en el corazon de todos los católicos: dieron la ley de garantías declarando la persona del Papa sagrada é inviolable, y con la aquiescencia de los Gabinetes italianísimos una prensa procaz y asalariada le cubre de insultos y calumnias, olvidando hasta el respeto instintivo que inspira el infortunio: aseguran en el *memorandum* de Visconti Venosta que se respetarán todos los derechos y propiedades de las personas y Corporaciones eclesiásticas, y los católicos presencian llenos de indignacion el despojo de las iglesias y de las Ordenes religiosas, y la contribucion impuesta sobre la limosna con que el Papa socorre la indigencia de los Obispos y el clero italiano, sumidos en la pobreza: acusan á la Iglesia de entorpecer la paz con el poder civil—¡el verdugo acusando á la víctima de su odio!—y dan rienda suelta al ateismo y al materialismo más grosero en las cátedras con la *ley de enseñanza*, y con la llamada de los *abusos del clero* convierten al sacerdote en presidiario y le sujetan á un espionaje infame: afirman que el Papa

no está prisionero, y si Leon XIII quiere dar desde las ventanas del Vaticano la bendicion *urbi et orbi*, dicen que no responden del órden público, y miran con delectacion satánica que turbas envilecidas con todas las degradaciones de la impiedad y del vicio, asaltan las cenizas de Pío IX é intentan arrojarlas al Tíber entre horrendas blasfemias y bufonadas sacrílegas: se llaman defensores ardientes de la libertad y acusan á la Iglesia de ser enemiga de ella, y escarnecen las conciencias católicas haciendo la apoteosis de un apóstata notable solo por lo vulgar de su inteligencia y la ruindad de su corazon, y que, como panteista, negaba la libertad psicológica, y consiguientemente todas las demás que en ella se fundan: afirman... ¿pero á qué continuar, si todas las aberraciones é ignominias que puede alentar el odio, y todas las bajezas é hipocresías que puede engendrar la perfidia más abyecta, parece que se han dado cita para reunirse y compendiarse en esa cloaca máxima de todas las iniquidades humanas que se llama la revolucion italiana?

El Vicario de Cristo en la tierra, representante augusto de la verdad y la justicia, no puede seguir contemplando al través de las rejas de su cárcel esa rebelion perenne contra los derechos de Dios y la dignidad de los hombres.

Y en plazo más ó menos largo tendrá que emprender el camino del destierro y abandonar la gran ciudad, que es patria comun de todos los católicos.

Y al descender del Vaticano, llena de tristeza el alma y de angustia el corazon; al bendecir, quizá por última vez, la tierra consagrada con la sangre de tantos mártires y los recuerdos de tantas grandezas, contemplará á los pueblos que un dia fueron patrimonio de Cristo, y á la sombra de su cruz se cubrieron de virtudes y maravillas, y verá á los poderes públicos marcados con el signo de la Bestia, y á los gobernantes estrechar cordialmente la mano de sus verdugos y celebrar sobre los escombros de los altares y las ruinas de la sociedad cristiana la victoria de la Revolucion y el triunfo de la apostasía.

Pero tambien en medio de la general degradacion podrá contemplar á la realeza proscripta alzarse entre tanta ignominia y mostrar en la frente la misma diadema del infortunio que la Revolucion coloca sobre las sienes de los que no reniegan de Cristo y conservan con su fe la legitimidad del derecho, y tremolan con viril esfuerzo la santa bandera en que escribieron las generaciones cristianas los principios en que cifraban sus amores y sus esperanzas. Y sentirá el clamor unánime que los pueblos oprimidos por los sofistas y los tiranos elevan al cielo para que apresure la hora de las grandes reparaciones, y el venerable anciano pondrá su corazon en contacto con el de sus hijos, comunicándoles el calor y el esfuerzo que nacen del que es verdad y vida; y entonces, al volver los ojos enturbiados por el llanto hácia las orillas del Tíber, presenciará el desfile temeroso de una demagogia frenética que, no encontrando ya el cebo para sus concupiscencias, ni el objeto con que antes serenaban sus iras y calmaban sus rencores, se desbordará con ímpetu avasallador y sepultará entre montones de ruinas á los que habian encendido sus odios y excitado sus apetitos, por no ser ya instrumentos, sino obstáculos, de aquella revolucion que comenzó haciendo de la corona de Saboya la argolla con que sujeta al Pontífice á la cruz de su martirio, y que concluirá despedazándola y arrojando al Tíber sus fragmentos para demostrar, sin quererlo, á los pueblos, que la verdad es inmortal y que es eterna la justicia de Dios.

M.

ALOCUCION DE LEON XIII

PRONUNCIADA EN EL CONSISTORIO DE CARDENALES

EL DIA 30 DE JUNIO

Venerables Hermanos: Lo que no hace mucho tiempo os deciamos en este lugar acerca de que se preparaban nuevas y más graves injurias contra la Iglesia y el Pontificado romano en esta ciudad, ya se ha realizado completamente, con gran dolor de nuestro ánimo y ofensa de todos los buenos. Por lo cual hemos querido convocaros en Consistorio extraordinario para poneros de manifiesto cuán grande impresion nos ha causado hecho tan indigno, y al mismo tiempo execrar con toda libertad en vuestra presencia, como es justo, tan grande atentado.

Desde la revolucion italiana y el asalto de la ciudad de Roma, hemos visto ciertamente nuestra Religion sacrosanta y la Sede Apostólica ultrajadas por larga serie de ofensas. Pero la perversidad sectaria de los hombres tiende con vehemencia á perpetrar cosas peores, hasta ahora no cometidas. Obstináronse en sus corazones en convertir en reina de la impiedad y de las malas costumbres á la que lleva el principado del nombre católico; con este fin avivan por doquier las llamas de la envidia para que, conquistando esta fortaleza de la Iglesia católica, maquinen con más oportunidad destruir completamente, si ser pudiera, la misma piedra angular en que se funda.

A la verdad, como si no hubiera causado bastantes ruinas en tantos años, hélos aquí que, afanosos de sobrepujarse á sí mismos en audacia, levantan en uno de los dias del santísimo año cristiano un monumento publico que recomienda á la posteridad el espíritu de rebeldía contra la Iglesia y al mismo tiempo enseña que es bueno declarar guerra á muerte al nombre católico. Y que esto pretenden señaladamente los principales fautores y promovedores de este hecho, el mismo asunto lo indica. Colman de honores á un hombre dos veces apóstata, convencido en juicio de hereje, y cuya pertinacia contra la Iglesia duróle hasta exhalar el último aliento. Es más: por estos mismos motivos han creido conveniente coronarlo, pues no consta que hubiese en él ninguna cosa verdaderamente digna de loa. No floreció por su ciencia ni especial conocimiento de las cosas, porque sus escritos le arguyen de torpe sectario del panteismo y del materialismo, manifestándolo entrometido en vulgares errores y no pocas veces contradiciéndose á sí mismo. Ni fué célebre por la práctica de las virtudes, puesto que á la posteridad le ha quedado el testimonio de que sus costumbres fueron de lo más abominable y corrompido á que pueden precipitar al hombre las pasiones desenfrenadas. Ni llevó á cabo hechos esclarecidos, ni tuvo mérito alguno para la república; sus artes acostumbradas fueron la mentira, la emulacion, el pagarse de sí mismo hasta el punto de no consentir contradicciones de nadie, y finalmente adular con ánimo envilecido y aviesas intenciones.

Por lo tanto, el objetivo de los honores que con tal profusion se han tributado á semejante hombre no es otro, segun la voz pública, que informar toda la vida espiritual de los hombres aislándola de la doctrina revelada y de la fe cristiana, y emancipar completamente las humanas inteligencias de la potestad de Jesucristo. Lo cual es á todas luces consejo y obra de las malas sectas, que con todas sus fuerzas pretenden apartar de Dios á todos los pueblos, y persiguen á la Iglesia y al Pontificado romano con odio infinito y guerra encarnizada. Y para que la injuria fuese más grande y el motivo más dañino, quisieron hacer con gran aparato y mayor concurrencia este simulacro.

Durante esos dias ha visto Roma una no pequeña muchedumbre recogida de todas partes; ha visto pasear descaradamente estandartes contrarios á la Religion, y lo que es más horrible, no han faltado banderas representando al ángel maldito que no quiso someterse en los cielos al Altísimo, siendo el príncipe de los sediciosos y el instigador de todas las rebeliones. Y añádase á tan nefanda iniquidad la insolencia de las peroraciones y de los escritos, en los cuales sin pudor ni miramiento se escarnece la santidad de las cosas más venerandas y se ensalza hasta las nubes con inusitada vehemencia aquella desenfrenada libertad de pensamiento, que es fecundo manantial de perversas opiniones y que, juntamente con las costumbres cristianas, destruye los fundamentos del órden y de la sociedad civil. Y les fué permitido preparar, adornar y perfeccionar tan infanda obra, no solamente conociéndolo las autoridades, sino prestándoles amplia y abierta cooperacion y grandes estímulos para ello.

Indecible y casi portentoso es que de esta misma ciudad, en donde Dios colocó el domicilio de su Vicario, salga el reto de la razon humana, que se rebela contra Dios, y que en el mismo lugar á donde todo el mundo acostumbró siempre pedir incorruptos los preceptos del Evangelio y los consejos de vida eterna, hoy, inicuamente trastornadas las cosas, se consagren con toda impunidad en monumentos los más abominables errores y la herejía misma. A tal punto han llegado los tiempos, que hemos podido ver la *abominacion de la desolacion en el lugar santo*.

Ante sucesos tan viles, Nos, á quien está encomendado el régimen de la república cristiana, y la guarda y custodia de la Religion, atestiguamos que la ciudad ha sido ofendida con afrenta y la santidad de la fe cristiana violada ignominiosamente, y con amarga queja é indignacion denunciamos á todo el orbe católico tan sacrílega hazaña.

Pero es bien sacar de la injuria útiles enseñanzas. Ahora se evidencia más y más si se contentaron los ánimos de nuestros enemigos despues de haber derribado la Soberanía temporal, ó, por el contrario, si piden algo más; es decir, echar por tierra la autoridad sagrada de los Pontífices y destruir hasta las raíces de la fe cristiana. Y del mismo modo se ve claro si Nos, al reivindicar los derechos de la Sede Apostólica, nos guiábamos por algun fin mundano, ó más bien lo hacíamos por la independencia de nuestro cargo apostólico, por la dignidad del Pontífice y por la misma prosperidad de los asuntos de Italia.

Finalmente, por estos mismos acontecimientos se puede conocer demasiado qué es lo que valian y en qué han venido á parar aquellas cosas, tantas y tan halagüeñas, que en un principio no tenian reparo en asegurarnos y prometernos. Porque á los obsequios y muestras de la más omnímoda veneracion con que, al decir suyo, querian honrar liberalmente al Romano Pontífice, han seguido muy pronto gravísimas injurias y afrentas, de las cuales es ahora la mayor, y la que ha de permanecer constantemente á la vista de todos, el monumento de ese hombre impuro y perdido. Y esta ciudad, que afirmaban seria siempre la gloriosa y segura Sede del Pontífice Romano, quieren que sea la capital de la nueva impiedad, en donde se tribute un culto procaz y absurdo á la razon humana, colocada como en un deífico trono.

LA CATÁSTROFE DE JOHNSTOWN EN PENSILVANIA

Ahora bien; juzgad vosotros, venerables Hermanos, cuál es la libertad y la dignidad que nos han dejado para desempeñar nuestro cargo apostólico. Ni aun nuestra misma persona está libre del peligro y del temor, porque nadie ignora á dónde van á parar y qué es lo que pretenden los hombres de pésimas condiciones; y no hay uno siquiera que no vea que esos mismos prosperan y crecen de dia en dia en número y en desvergüenza, y tienen por norma no descansar sin haber conducido antes las cosas al último extremo de la infamia. Porque si en el asunto de que nos lamentamos, únicamente por causa de utilidad pública no se les ha concedido tanta licencia como sus perversas intenciones deseaban obtener, hasta por medio de la fuerza y violencia, nadie puede fácilmente persuadirse de que alguna vez no alcancen la ocasion y lleguen á realizar esta misma maldad, sobre todo estando Nos bajo la potestad de aquellos que no se ruborizan de acusarnos públicamente de que tenemos mala voluntad y ánimo dañino hácia los asuntos de Italia.

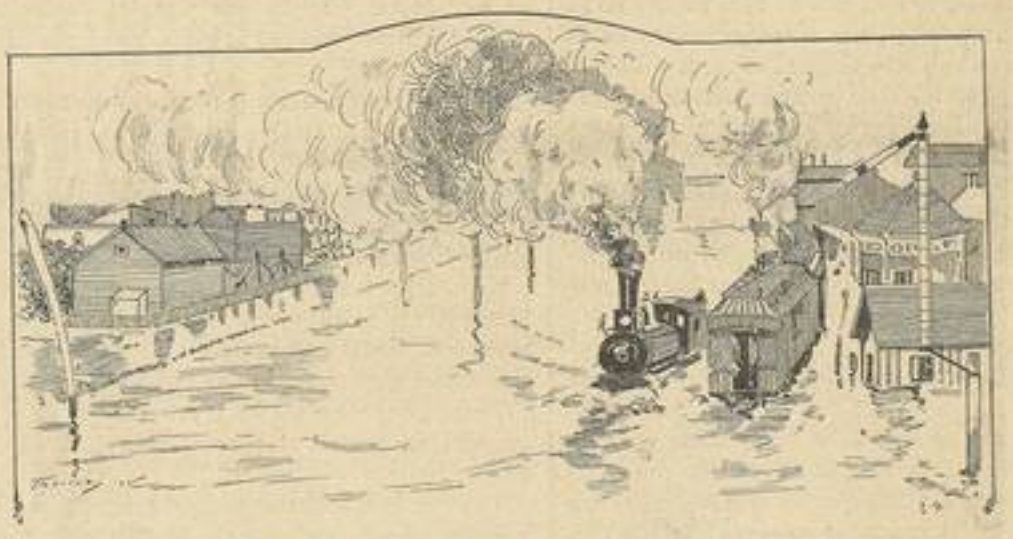
Y no menos es de temer que llegue un dia en que la audacia de estos hombres perdidos, capaces de todos los crímenes, y las pasiones exacerbadas, no puedan ser cohibidas y restringidas siempre, si por acaso viniesen tiempos más temerosos y turbulentos, ó bien por causa de las disensiones civiles y trastornos de la república, ó bien por las agitaciones y calamidades de una guerra. Así resulta más evidente cuál sea la situacion del Supremo Jerarca de la Iglesia, Pastor y Maestro de la grey católica.

Con tanta acerbidad de males y tanta pesadumbre de cuidados, Nos, que además somos de edad avanzada, caeríamos casi desfallecidos si no confortase nuestro ánimo y vigorizase nuestras fuerzas la tan ya conocida esperanza de que nunca Jesucristo ha de privar de su divino auxilio á su Vicario, y la conciencia de nuestro deber, que santamente nos amonesta que con tanta más firmeza nos incumbe el gobierno de la Iglesia cuanto mayor sea el furor de la tempestad de errores y ambiciones cruelmente conciliados contra ella desde el infierno.

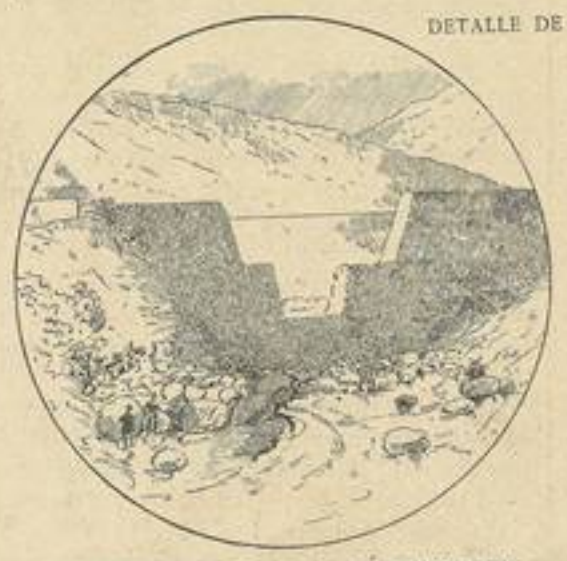
Toda nuestra fe y confianza la tenemos puesta en Dios, de cuya causa se trata, esperando principalmente en la fervorosa súplica que dirigimos con todo el anhelo de nuestro corazon á la Vírgen Inmaculada, auxilio del pueblo cristiano, y á los bienaventurados Príncipes de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, bajo cuya tutela y proteccion ha vivido siempre con toda felicidad esta alma ciudad de Roma.

Ahora bien: del mismo modo que vosotros, venerables Hermanos, compartís nuestros dolores y asociais asíduamente á las nuestras vuestras preces á Dios, conservador y vengador de su Iglesia, no tenemos la menor duda de que los venerables hermanos Obispos de Italia han de hacer constantemente lo mismo, y cada uno ha de mirar por el bien de su pueblo, con tanto mayor celo y trabajo cuanto más lo requieran las vicisitudes de los tiempos. Y les exhortamos que insistan principalmente en darles á entender y declararles de la manera más palpable cuán grandes propósitos de iniquidad y perfidia hayan concebido é intenten realizar los que á la vez son enemigos de la Religion y de la patria. Y que se trata del mayor y más verdadero bien de la fe católica, que nuestros enemigos nada desean con tanto ardor como alejar y apartar á los italianos de aquella fe á cuya sombra florecieron algun dia con las más preciadas glorias y prosperidades de todo género; que á los varones católicos de ninguna manera les es lícito dormirse ni oponer débil resistencia á tan grandes peligros, antes por el contrario, conviene que sean animosos en confesar su fe, firmes en defenderla y listos y preparados para sufrir por ella cualquiera clase de quebrantos si necesario fuere. Y estas recomendaciones y advertencias tocan más de cerca á los ciudadanos romanos, ya que, como todo el mundo sabe, la fe de éstos se ve pérfidamente expuesta cada dia á mayores y más peligrosos daños. Mas ellos mismos, cuanto más abundante saben que tienen de Dios el beneficio de la fe por su vecindad y adhesion á esta Sede Apostólica, acuérdense de que tanto más deben perseverar en ella, siendo dignos de aquellos padres y antepasados suyos, cuya esclarecida fe pregonó la fama por todo el orbe.

No cesen, pues, ellos y todos los italianos, y los demás católicos de todo el mundo, de pedir á Dios con oraciones y toda clase de obras piadosas mitigue clemente su ira, provocada por tantas iniquidades nefandas é insanas persecuciones contra la Iglesia, y que atienda benignamente los votos comunes de los buenos, que le piden paz, salud y misericordia.



DETALLE DE LA INUNDACION EN PENSILVANIA



EL DIQUE DE FOCK CERCA DE JOHNSTOWN EN PENSILVANIA

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Las falsificaciones al uso.—El progreso liberal elevado al cubo

¿La tienes?

—No. ¿Y tú?

—Ya la he echado.

—Que sea enhorabuena.

Tal es el diálogo que se oye en todas partes, principalmente en los círculos aristocráticos.

¿Y á qué dirán ustedes que se refiere?

Pues á una enfermedad que se ha puesto de moda, á una enfermedad casi de real órden, puesto que se ha averiguado que existia hasta entre los individuos que cobran de la lista civil y en gran número de las personas de prosapia.

Esta enfermedad es la *ténia*.

Ó, como se dice en la lengua vulgar que entienden todos ó casi todos los mortales nacidos en tierra de garbanzos, la enfermedad de la *solitaria*.

Una especie de saludador venido de los Estados-Unidos del Norte de América, un jóven de 24 años, que no es doctor, ni posee título alguno académico, ha sido el descubridor de este nuevo continente, ó, lo que es más exacto, de este riquísimo filon de monedas de oro acuñadas, muy superior á los más potentes de San Francisco de California.

Este jóven sin estudios es sencilla y netamente lo que en España llamamos un curandero.

Pero *tiene la virtud* (y hé aquí el nuevo prodigio) de descubrir por medio de una rápida ojeada quiénes son los pacientes que tienen la *tenia*, poseyendo un específico que hace expulsarla en pocas horas.

El procedimiento es de lo más primitivo que se puede decir y pensar.

Este jóven funciona á todas las horas del dia.

Los clientes toman vez, mediante el pago de la cuota de diez pesetas, y entran de ocho en ocho en su gabinete, poniéndose en hilera.

El saludador recorre la fila con la velocidad del rayo, y de paso va diciendo:

—Usted no la tiene.

—Usted sí.

De modo que el reconocimiento queda hecho en medio minuto, cayendo en el arca la friolera de ochenta pesetitas, provisionales.

Despues, por la medicacion, que consiste en un cocimiento de helecho, ó cosa por el estilo, lleva de 1000 á 2000 reales, si la operacion resulta coronada por el éxito.

El hombre se está haciendo de oro.

Porque es cosa, por lo visto averiguada ya, que todos los ricachos de esta villa del Oso y de Abascal tienen la *tenia*, y á la mayor parte de ellos se les hace creer que la expulsan.

La infanta Eulalia ha hecho uso del tratamiento, y parece que ha expulsado un palmito de solitaria. A la condesa *B*, á la marquesa *C*, al Duque *H*, al general *M*, al senador *R*, les ha sucedido lo mismo, con lo cual no hay que decir que la fortuna del saludador norte-americano va viento en popa.

¡Horror!—se oye decir con frecuencia á una dama aristocrática de las más encopetadas y hermosas.—¿Quién me habia de haber hecho

creer que tenia ese maldito bicho en el cuerpo?

—¿Era muy largo?

—Como de media vara. Vaya usted por casa, que se lo enseñaré, pues le conservo en alcohol.

De suerte que en nuestra buena sociedad el que no tiene la *tenia* la anda buscando.

¡Los miles de duros que está ganando el saludador!... Ese sí que es Agosto.

Y ahora oigamos lo que dicen los hombres de ciencia sobre este acontecimiento.

El *Siglo médico* ha salido de estampía manifestando que todo lo que sucede es una farsa.

Que no hay tal saludador ni tal invasion de ténias en los intestinos de la humanidad pagana.

Que los bichos esos se sustituyen en la supuesta expulsion, haciendo comulgar al gárrulo vulgo con piedras de molino, y otras cosas así.

Pero vayan ustedes á sacar de la mollera de la buena sociedad la idea de que el *saludador* no es un sér excepcional, un enemigo jurado de la *tenia*, la cual con sólo verle se espanta y sale solita del cuerpo humano para no resistir la mirada de su implacable verdugo.

En estas y en otras comedias como estas se gastan en Madrid muchos perros grandes y chicos; y un hombre que aquí se ponga de moda como el saludador norte-americano, no necesita más que un par de semanas para hacerse millonario.

Se preguntará:

—Pero ¿no se lee en Madrid *El Siglo médico*?

¡Bah!

Ante todo lo que debe preguntarse es si en Madrid se sabe leer; y por de contado puede tenerse la seguridad de que los que llenan de oro los bolsillos del saludador no saben leer más que en el libro de las cuarenta hojas.

El *Siglo médico* tendrá suscritores hasta en Alcobendas; pero aquí no se leen más periódicos que los que hablan de toros y de crímenes...

Por lo demás, véase hasta donde ha llegado el progreso liberal en el ramo socorrido de las falsificaciones.

Porque de lo expuesto lo único que se infiere es que ya se falsifica hasta la *ténia*.

¿Lo dudan ustedes?

Pues háganme la merced de echar un ojo sobre el siguiente suelto que corto de la *Correspondencia Médica*.

Dice: «El famoso *especialista en ténias*, que tan preocupadas traia á las personas impresionables, ha sufrido un nuevo fracaso con el análisis hecho por el director del Laboratorio Histológico de la Facultad de Medicina. Venia chocando á muchos lo numeroso de las ténias que se suponian arrojadas y la cortedad del fragmento que se exhibia, y, en efecto, resulta que, lo que como scolex ó cabeza se presentaba, era un anillo dislacerado y teñido artificialmente, que á la más somera observacion se reconoce. Esto y las voces corridas sobre agravaciones de enfermos crónicos que han acudido al mencionado doctor, suponemos que hará más efecto que la ineficaz intervencion gubernativa.»

Es cuanto nos quedaba que ver.

Pero á este resultado y á otros como este teníamos que llegar en estos benditos tiempos, en que se ha averiguado que se falsifican las ostras y hasta la merluza.

Dias pasados oí por primera vez en mi vida á un cocinero referir cómo se engorda en nuestros mercados á los pollos muertos, que en vida no eran más que osamentas áridas.

El arte de hacer este milagro es bastante rústico.

Se coge un pollo muerto, se le tiende pechuga arriba en una mesa, se le aplica una docena de palos con una buena vara de acebuche, y... y la pechuga se hincha. Con eso basta para que el comprador se forje la ilusion de que se lleva á su casa un pollo bien cebado.

Es imposible que el diablo pueda ya discurrir más falsificaciones que las que ha comunicado al progreso nuevo, verdadero falsario mayor de estos reinos.

Lo peor es que mientras aguzamos el ingenio y nos dedicamos á estas raposerías, que se enderezan unicamente á que media España viva de lo que estafa y roba á la otra media, todas las artes, todas las industrias, acusan entre nosotros el más lamentable retroceso.

Aquí en Madrid, capital de España y de sus provincias ultramarinas, es tal el exceso de comercios y tiendas de toda clase de artículos, que no hay portal libre de esos templos, donde se despluma al prójimo con la desfachatez más progresista.

Y es que aquí poner una tienda es ya recurso socorrido de la gente holgazana y vagamunda, la cual, atrapando á crédito algunos artículos, arma en seguida un tenducho y se agazapa detrás de un mostrador para comerse—segun ella dice—al que viene y esperar al que se va.

No se espere, salvo contadas excepciones, hallar aquí una sombrerería donde salga un sombrero á la medida, ni un taller de sastre donde se vista regularmente, ni una zapatería, camisería, etc., donde los efectos y prendas que se encarguen se ajusten al patron dado para construirlos.

Todo se hace defectuoso, incorrecto, como si hubiera empeño en convertir al cliente en adefesio.

Y no es lo peor esta incapacidad vergonzosa, sino que una vez construida la prenda, todo el empeño de estos tenderuchos se endereza á hacérsela *tragar* al parroquiano, como dicen en su caló de mostrador; cosa que consiguen á fuerza de quemarle la sangre y de aniquilar su paciencia.

Nada les importa perder el cliente con tal de despachar el género. Para ellos todo el que llega á su tienda es una gallina de oro, á quien matan para extraerle los huevos.

Así es que aquí no hay ya comercios de verdad, ni artes, ni oficios, ni industrias. No hay más que falsificaciones por activa y pasiva, truhanes á todo ruedo, despojos á diestro y siniestro...

¡Famosísimo progreso!

Y más famosa la cola que trae para lo porvenir!

LUPERCIO.

Madrid, 9 de Julio.

ROMA

Los ánimos sinceramente católicos y católicamente patriotas de los buenos italianos tienen ya algo con que consolarse desviando sus miradas del tétrico bronce que representa al pornográfico apóstata del *Campo dei fiori* y dirigiéndolas hácia Saluzzo á la serena y simpática figura de Silvio Pellico, el autor de *Mis prisiones*, de las hermosas tragedias, de los Cánticos afectuosos y pios y de Himnos sacros entusiastas á Dios, á la santísima Vírgen y á los Santos.

Desde hoy 25 hasta el 30 de Junio las ciudades de Turin y de Saluzzo celebran conmemoraciones solemnes para el centenario del nacimiento de Silvio Pellico en Saluzzo el 25 de Junio de 1789 y que falleció en Turín el 30 de Enero de 1854.

Silvio Pellico fué patriota y cometió contra Austria, á la sazon dominante en el Lombardo Véneto, alguna imprudencia que pagó con la condena á veinte años de dura prision en el castillo de Spielberg, pero no fué sectario, ni dejó de ser jamás sinceramente religioso, y acabó su vida santamente.

Por este motivo, si bien hay algunos liberales que hacen justicia á Silvio Pellico, el liberalismo italiano no se asocia á esta conmemoracion del centenario de su nacimiento. Los periódicos liberales, no pudiendo hostilizar la pura memoria del autor de *Mis prisiones*, ni siquiera hablan de él. Silvio Pellico era un «clerical;» y le desprecian como desprecian á Alejandro Manzoni, porque Manzoni, á más de haber escrito su hermosísimo libro *Promessi Sposi*, escribió tambien un excelente tratado acerca de la *Moral católica* y los inmortales *Himnos sacros*.

Pero ¿cómo se vió envuelto el pobre Silvio Pellico en las conspiraciones que le costaron los veinte años de dura prision?

Con motivo de su centenario un biógrafo imparcial y exacto ha escrito su historia, de la cual creo oportuno copiar este fragmento:

Las condiciones políticas de Lombardía despues que ésta hubo quedado dominada por Austria se habian oscurecido bastante. La policía estaba inquieta é inquietaba, sin perder de vista á los tenidos por contrarios al Gobierno imperial, á quienes se amenazaba de contínuo.

Pellico, que tenia ánimo generoso y pronto, habló con sus amigos de la conveniencia, más aún, del deber de coligarse, reunirse y por medio de un periódico mantener despierto el sentimiento de *italianidad* en cuantos no se plegaban servilmente ante el extranjero...

Pedro Maroncelli de Forli era uno de los más ardientes en la propaganda, é impaciente para esperar se habia afiliado en la secta de los *Carbonarios*, que en secreto conspiraba contra los tronos en Italia.

Un dia Maroncelli, que era íntimo de Pellico, y se amaban como hermanos, le dijo:

—¿Por qué no te alistas entre los *Carbonarios*? Lo que estamos haciendo son academias; los auxilios de Turin no vienen y es urgente trabajar por la libertad.

No plugo á Pellico la proposicion. Tenia horror á las sociedades secretas y reputaba deshonrosas las conjuraciones tramadas á la sombra. Pero Maroncelli volvió á la carga intentando convencerle de que los estatutos de los *Carbonarios* no contenian nada ofensivo á la Religion.

—Pues bien: dejame esos estatutos. Veré si contienen algo contra mis convicciones.

Maroncelli escribió á Bolonia, donde residia el Comité de la secta de los *Carbonarios*, para tener un ejemplar de los estatutos, y confió la carta á un artista de teatro, que llevaba los mensajes de la secta, valiéndose de la mayor libertad de que gozaba como comediante.

Pero éste no halló en Bolonia á la persona á quien debia entregar la carta, y despues de algunos meses se la devolvió á Maroncelli.

Pasó algun tiempo. La agitacion crecia y el partido llamado de los liberales italianos engrosaba sus filas. Maroncelli volvió á hablar con Pellico de la secta de los *Carbonarios*, y quedaron en que escribiria nuevamente á Bolonia para pedir los estatutos. Esta vez Maroncelli añadió imprudentemente en su carta el nombre de Silvio Pellico como uno de los nuevos preciosos elementos que habia que agregar. Entregó la carta á un amigo, de quien aseguraba ser de confianza, y éste partió.

Era en Setiembre de 1820.

Aquel amigo era un espía del Austria: antes

de salir de Milán fué preso, y para mejor representar la triste comedia fué encerrado en la cárcel. De este modo la policía consiguió sorprender los más graves secretos de la secta de los *Carbonarios* y de todos los liberales de Milán.

Silvio Pellico habia salido de Venecia hacia ya algunos dias. A su regreso preguntó por Maroncelli:

—Está preso, le contestaron.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer 7 de Octubre.

—Es preciso que nos pongamos á cubierto, dijo el conde Porro á Pellico apenas le vió; ni á V. ni á mí nos dejarian en paz.

—Nada tengo que echarme en cara,—contestó Silvio.—La policía conoce cuanto he hecho y escrito. Si cree que estoy de más en Milán me desterrará y me iré á mi casa.

Entre tanto el conde Porro destruía las cartas comprometedoras que tenia en su poder, y pocos dias despues envió á Pellico á casa del conde Confaloniere para invitarle á que hiciera otro tanto.

Al volver á entrar en Milan en el carruaje del conde, Pellico fué detenido en las puertas por los agentes.

—¿Quién es V.?

—Silvio Pellico.

—¿Secretario del conde Porro?

—Exactamente.

—Dispense V., señor, y pase.

Silvio comprendió que estaba perdido. «Ya estamos» pensó, y así era en efecto.

En casa halló á la policía que le esperaba, y que despues de un minucioso registro secuestró todos sus trabajos literarios, todos los objetos de su mayor afecto, y se lo llevó á Santa Margarita.

Eran las 3 de la tarde del 13 de Octubre de 1820.

Desde aquel punto comienzan *Mis prisiones*.

En Diciembre de 1851 Silvio Pellico vino á Roma por algunos dias, siendo recibido amorosamente por el Papa Pio IX, que tenia en gran opinion al autor de *Mis prisiones*, y con palabras de encomio le animó á escribir para la educacion cristiana de la juventud y para el bien del pueblo. Pellico lo intentó como lo habia prometido á Pio IX. Pero consumido más que por los años por las tribulaciones y enfermedades sufridas, no tuvo fuerzas para pasar muchas horas en el escritorio; y dejó cosas incompletas cuando tres años despues volaba al seno del Señor.

Yo le conocí en aquella ocasion, y recuerdo haber estado junto con muchos otros jóvenes á su lado en el Pincio y en el preciso momento en que se ponia el sol tras la gran cúpula de Miguel Angel. Ante aquel espectáculo de cada dia, pero siempre estupendo, encantador y grandioso, Silvio Pellico halló aún una inspiracion poética en su grande y piadoso ánimo, y dictó un epígrama al mayor astro que saludaba con sus esplendores al mayor templo elevado por la criatura á su Criador.

En Turin y en Saluzzo habrá ceremonias religiosas y festejos civiles en conmemoracion del centenario de Silvio Pellico.

Con este motivo acaba de editarse una importante publicacion, cuyo compilador ha obtenido en alabanza al pio salucense los autógrafos de muchísimas entre las más culminantes notabilidades italianas. Personajes diferentísimos en carácter, profesion, opiniones y sentimientos, están contestes en rendir un afectuoso homenaje al corazon y á la mente de Silvio Pellico. Allí se ven autógrafos de Cesar Cantú y de Miguel Coppino, del Cardenal Parochi y Rogerio Bonghi, del P. Cornoldi S. J., y del triunviro de la República Romana del 49, Aurelio Saffi; del diputado Tambri y del Cardenal Massaja, del senador Vallauri y del P. Antonio Angelini de la Compañía de Jesús, del Cardenal Capecelatro y del publicista liberal Bersezio, del diputado Chiaves y del P. Denza, el célebre astrónomo bernabita; del Cardenal Sanfelice y del economista Boccardo, de Carlos Cadorna y del P. Mauro Ricci, etc., etc.

Algun periodista madrileño que Vds. y yo conocemos, hallaria que esta publicacion es un escándalo, una *mesticería* horrible y nefanda como la de los representantes de la prensa católica de Madrid que creyeron poder dirigir al Padre Santo en un solo telegrama una protesta unánime contra la infamia del monumento á Giordano Bruno! ¡Seria eminentemente gracioso ver á ciertos integérrimos periodistas tratar como mestizos y liberales al Cardenal Parochi y al P. Cornoldi, al venerable Cardenal Massaja y al P. Angelini!...

El autógrafo del Sr. Cardenal Massaja dice:

«Muchas veces confesé al amado Silvio Pellico, y jamás he olvidado las virtudes y bellas dotes que adornaban á aquella alma sinceramente católica.

«En la vocacion al apostolado me confortaron tambien sus consejos y estímulos. ¡Oh! despues de la prueba de su prision, fué él tambien apóstol con los ejemplos de la vida y con los escritos.

»Y si antes de morir se acordó de mí, pobre misionero de los Gallas, dejándome un pequeño legado, yo por mi parte tendré hasta la muerte presente en mis oraciones á aquel hijo querido.

»Fr. Guillermo *Cardenal* Massaja.»

Tambien España, ó por mejor decir su bello idioma, tiene un lugar en la conmemoracion de Silvio Pellico.

Registrando los antiguos papeles de éste para hacer con ellos una exposicion de originales en Saluzzo, se ha encontrado que los primitivos de las tragedias *Iginia d' Asti* y *Ester d' Engadi*, compuestas por Silvio Pellico en las cárceles de Santa Margarita en Milán, fueron escritas en castellano, como tambien en dicho idioma lo fué primitivamente por el mismo la *Gismonda* en Spielberg; composiciones que luego fueron traducidas é impresas en italiano por Pellico.

¿Cómo se explica esto?

Hélo aquí. Silvio Pellico, durante su juventud, cuando fué preso, era preceptor de los hijos del conde Porro, patricio milanés, uno de los *carbonarios* lombardos de 1821, y vivia en su casa; y sabido es que los grandes señores de Milan, durante el primer cuarto de este siglo, en los salones de sus palacios hablaban todavía en español, como ahora es moda en muchos salones aristocráticos hablar en francés. Es por consiguiente natural que á fuerza de oir hablar español en casa Porro, Silvio Pellico acabara por pensar y escribir en el idioma de Cervantes.

Lionello.

25 de Junio.

UNA SESION ORIGINAL

Eran las ocho de la noche. El cielo cubierto de negras nubes tenia un aspecto amenazador. De vez en cuando interrumpia la profunda oscuridad de la atmósfera el fulgor de los relámpagos que anunciaban la proximidad de la tormenta. No tardó ésta en desencadenarse furiosa con un torrente de lluvia y espantosos truenos. Probablemente iba á hacer eco al acontecimiento que debia tener lugar.

Una gran sala de sombrías paredes estaba llena en su contorno de magistrales sillones. En la testera, bajo un dosel de negro tul, hay una poltrona: delante de ella una mesa sobre la cual se ve un candelero de dos luces (único que alumbra el salon) y una campanilla al pié. Mientras con repentino estruendo estalla un rayo, ábrese la gran puerta del salon: entran los diputados, se saludan mútuamente, y toma cada uno su asiento. Ni falta la acostumbrada multitud que constituye la barra que viene á presenciar la sesion.

Despues de breves momentos de un sepulcral silencio se toca la campanilla *(estalla otro rayo)*.

Lutero *(Presidente interino que ocupa la poltrona debajo del dosel: poniéndose en pie)*: Ábrese la sesion, señores *(se sienta)*. El motivo que nos ha obligado á reunirnos en este recinto es, como sabeis, ocuparnos en ver el modo de unirnos de veras, es decir, de unir nuestras voluntades para que seamos unos en nuestra doctrina y nuestros principios y consecuencias, en fin, unos en nuestro modo de pensar y obrar. Pues «si dura mucho el mundo será de nuevo necesario, á causa de las varias interpretaciones de la Escritura que ahora circulan, para conservar la unidad de fe, recibir los decretos de los concilios y refugiarnos en ellos (1).» Y esto, como sabeis...

Melancthon *(diputado por Wittemberg)*: ¡Funesta consecuencia de la falta de jurisdiccion espiritual, de la que «resultará una libertad de ningun provecho á la posteridad! En la Iglesia se necesitan inspectores para conservar el órden, observar atentamente á los que son llamados al ministerio eclesiástico, velar sobre la doctrina de los sacerdotes...»

Frailes apóstatas *(á la derecha)*: Muy bien.

Melancthon: «Y ejercer los juicios eclesiásticos: por manera que si no hubiera obispos seria menester crearlos...»

Varios diputados: Tiene razon. Muy bien.

Melancthon: «La monarquía del Papa serviria tambien mucho para conservar entre tan diversas naciones la uniformidad de la doctrina (2).»

Diputados de la izquierda: ¡Uhmmm!!!...

Diputados de la derecha: ¡Muy bien! ¡muy bien!

Calvino: Pido la palabra.

Lutero: Tiene la palabra el honorable diputado por Ginebra.

Calvino: En cuanto á mí, soy de opinion que «colocó Dios la silla de su culto en el centro de la tierra, poniendo allí un Pontífice único á quien miraran todos para conservarse mejor en la unidad (3).» Por tanto veis lo que debeis hacer.

Beza *(diputado por Losana)*: A decir verdad «atormentáronme tambien á mí por largo tiempo esos mismos pensamientos.»

Una voz: Y ¿á quién no atormentan?...

Beza: «Veo á los nuestros divagando á merced de todo viento de doctrina...»

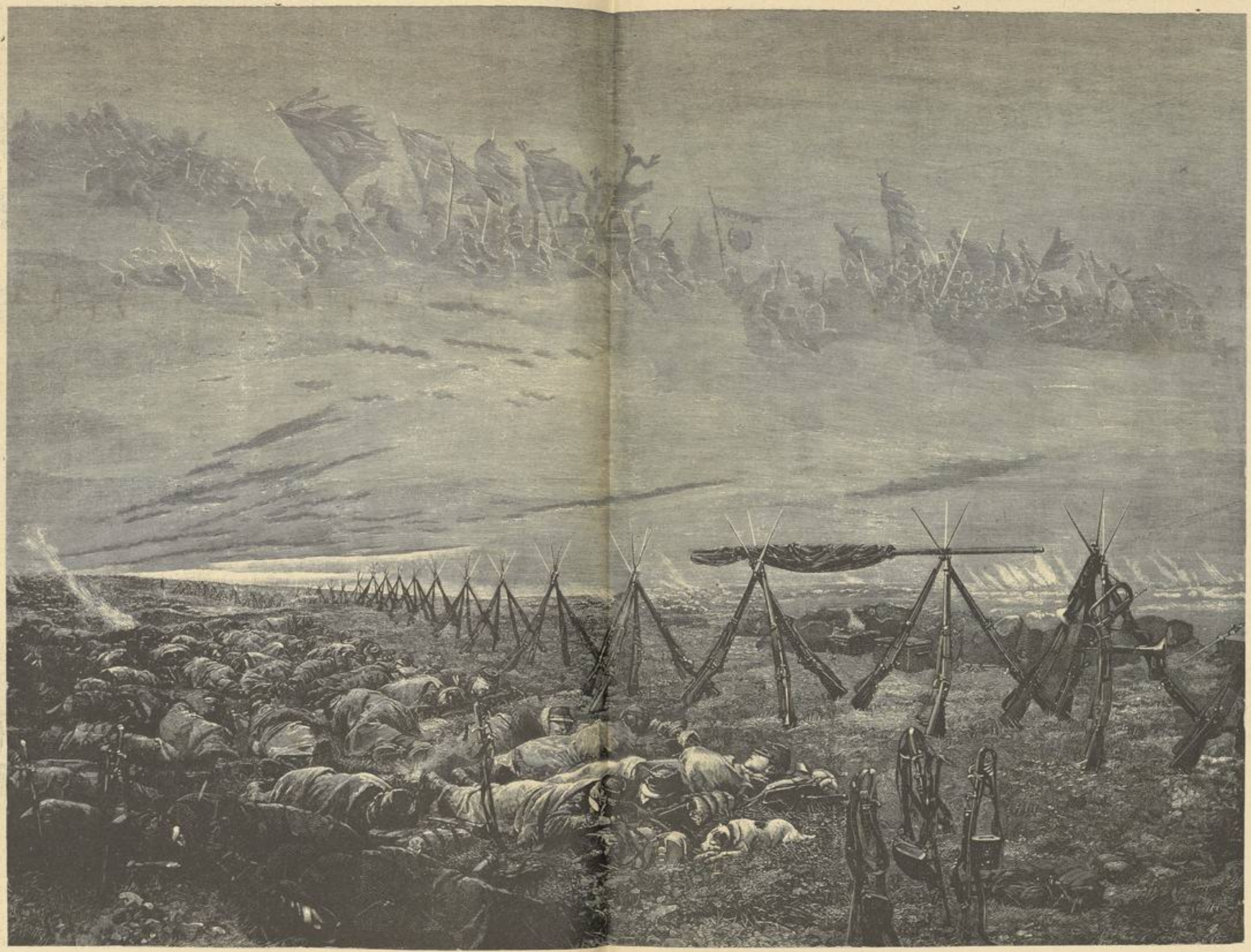
Otra voz: Segun san Pablo.

Beza: «Y levantados en alto caerse ahora á una parte, despues á otra. Lo que piensan hoy de la religion, quizá podrán saberlo; lo que pensarán mañana, no. Las iglesias que han declarado la guerra al Romano Pontífice ¿en qué punto de religion convienen? Recorredlo todo desde el principio al fin, y apenas encontraréis cosa afirmada por uno que desde luego no la condene otro como impía (4).»

Uno de la barra: Por esto «los ministros protestantes no saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen...»

---

(1) Lutero en una carta escrita á Zuinglio.
(2) Melanc.: *Lugar. tool.* Wittemberg, 1521.
(3) Calvino: *Inst.* 6, párrafo 11.
(4) Teod. Beza: *Epist. á Andr. Dudicio.*



SUEÑOS DE GLORIA (CUADRO DE EDUARDO DETAILLE)

Lutero *(agitando la campanilla)*: A nadie es lícito interrumpir.

El de la barra *(levantando más la voz)*: «Ni aún saben lo que ellos aparentan creer (1).» *(Murmullo general)*.

Lutero *(agitando la campanilla)*: Haré despejar la barra.

(Un trueno espantoso interrumpe por unos momentos la sesion).

Lutero: En consecuencia, veamos de unirnos en nuestras doctrinas, en nuestros pareceres, en nuestras instituciones: motivo por el cual nos hemos reunido á la sombra de una noche oscura...

Una voz: Y tormentosa por demás.

Lutero: Pero ante todo creo oportuno aconsejar á la honorable Cámara á que preste su cooperacion para la eleccion de Presidente. En cuanto á mi persona, á quien como jefe de la Reforma habeis elegido interinamente para presidir esta sesion, de muy buena gana cedo el lugar al mérito. Por tanto, cada uno de los honorables diputados exprese las razones en que apoya su voto, segun el mérito que juzgue acreedor á un cargo tan honorable. Si fuera del agrado de la Cámara, propondria al honorable diputado por Ginebra.

Galiffe *(calvinista)*: ¿Calvino? «Este hombre criminalmente famoso que levantó el estandarte de la más feroz intolerancia, de las supersticiones más groseras y de los impíos dogmas, fué un apóstol espantoso, á cuya inquisicion nada podia escapar. El, en los dos años 1558 y 1559, hizo ejecutar sentencias criminales en número de cuatrocientas catorce (2).» nada menos.

Bucero *(fraile apóstata)*: Señores, «Calvino es un verdadero perro rabioso. Este hombre es malo.» *(Volviéndose á la barra)*: «Guárdate, lector cristiano, de los libros de Calvino! (3).»

Voces: ¡Muy bien!

Calvino: «Este malvado de Bucero...» *(poniéndose en pié)*.

Lutero *(agitando la campanilla)*: Llamo al órden al señor Diputado: están prohibidas las calificaciones personales.

Calvino: Pues «este malvado» *(entre dientes y con más fuerza)* «ha introducido un nuevo papismo, pues que ha aprobado la jerarquía de la Iglesia Anglicana (4).»

Beza *(discípulo querido de Calvino)*: Por otra parte, señores, «Calvino no ha podido jamás habituarse ni á la templanza, ni á las costumbres puras, ni á la veracidad; sino que ha permanecido siempre sepultado en el lodo (5).» No sé ahora cuál sea la opinion del honorable diputado que se sienta á mi lado, á quien yo debo mucho, y Calvino no poco.

Wolmar *(maestro de Calvino)*: No puede negarse, señores, que «Calvino es violento y perverso. Tanto mejor, pues para hacer nuestro negocio este es el hombre que nos conviene (6).» Esta es mi explícita opinion.

(Aplausos en la derecha): ¡Bien, muy bien!

Bucero: Creo, señores, que la balanza ya propende demasiado hácia un lado. Hago indicacion para que se adjudique la presidencia al gran jefe de la Reforma que interinamente nos preside.

Carlostadio *(maestro de Lutero)*: Pido la palabra.

Lutero: Tiene la palabra el honorable diputado por Wittemberg.

(1) Juan J. Rousseau: *Lettres sur la montagne*.
(2) Galiffe: *Noticias genealógicas*, Ginebra, 1836.
(3) Freundelfeld: *Tratado analítico de la historia*, tom. II, pág. 369.
(4) Calv., *Inst.* 5, párrafo 4.
(5) Teod. Beza: *Histoire Ecclésiastique des Eglises Réformées*, Anvers, 1580.
(6) Freundelfeld: *Tratado analítico de la historia*, tom. II, pág. 369.

Carlostadio: Recordarán los honorables diputados el dia solemne de san Lucas del año 1512, cuando el teólogo Martin Lutero recibió el grado de Doctor, jurando por *cuarta vez solemnemente* seguir la doctrina de la Iglesia romana, y profesar su fe hasta la muerte. Presidia el acto solemne el que tiene ahora el honor de hablar. Pues bien, no pasó mucho tiempo sin que la gratitud se manifestara en toda su hermosura y esplendor. Perseguido por el Doctor, tuve á gran suerte poderme refugiar en Suiza. A instancias del Doctor *(le viene la tos)*... fuí desterrado de Sajonia, teniendo que ir de pueblo en pueblo mendigando *(con expresion lastimosa)* un pedazo de pan para mí, para mi cara mitad, y para el querido fruto de mi harto desgraciado enlace *(risas)*: pan que tenia que pagar con sermones duramente trabajados. Cansado de ir errante, como Cain, por una parte y otra, procuré que hiciera las paces. Convino en ello por un cierto tiempo el Doctor, pero no contento con mis doctrinas me hizo desterrar de nuevo de las inmediaciones de Wittemberg, teniendo yo que establecerme en Basilea con un pequeño rebaño.

Lutero *(poniéndose en pie)*: «Condenado, insensato, blasfemo, verdadera bestia, puerco, pagano, epicúreo, ateo (1)...»

Muchas voces: ¡Basta, basta!... ¡hemos entendido!

Una voz: ¡Calificaciones personales!...

Otra: Señor Presidente, toque la campanilla...

Otra: Llame al órden...

Lutero *(agitando la campanilla)*: Se llama al órden á la sala.

(Murmullo entre los diputados).

Calvino: Señores, «verdaderamente Lutero es muy vicioso. ¡Ojalá cuidara de reprimir su incontinencia!... ¡Ojalá se ocupara más en conocer sus vicios (2)!...»

Lutero: ¡Oh! ¿quién habla?...

Zuinglio: Si tuviéramos que juzgar por los escritos, diria que «cuando leo un libro de Lutero» *(con prosopopeya)* «me parece ver un cerdo inmundo *(risas)*, gruñendo y marchitando las flores de un hermoso jardin: pues con esta misma impureza, con esa misma indecencia habla Lutero de Dios y de las cosas santas (3).»

Lutero *(poniendose en pie)*: «Zuinglio se figura ser un sol para alumbrar al mundo, pero no arroja más luz que *stercus in lucerna* (4).»

Una voz: ¿Qué quiere decir eso?

Otra: Estiércol, hombre...

Lutero *(agitando la campanilla)*: Llamo al órden la barra. No se interrumpe.

Bullinger *(discípulo de Zuinglio)*: «Zuinglio fué arrojado de la parroquia por razon de sus desórdenes, y se casó públicamente como Lutero (5).»

Una voz: Y muchos otros más.

Lutero: Es verdad.

Zuinglio: «Si os dicen que peco por orgullo, por gula é impureza, creedlo sin trabajo: porque no sólo estoy sujeto á estos vicios, sino tambien á otros (6).»

Una voz: ¡Qué soberbia humildad!...

Lutero: «Zuinglio está satanizado, ensatanizado y sobreensatanizado. Ya se debe absolutamente desesperar de la salvacion de su alma (7).»

Zuinglio: Esto lo veremos despues los dos.

Una voz en la barra: Hablen del honorable Teodoro de Beza.

(1) Epítetos que solia dar Lutero á sus contradictores.
(2) Calvino: *Obras*, Amsterdam, 1667.
(3) Obras de Zuinglio, tom. II, pág. 474.
(4) Respuesta de Lutero á Zuinglio.
(5) Bullinger: *Histoire de la Réformation*, Zurich, 1838.
(6) Hospinien: *Historia de los Sacramentos*, tom. II, página 187.
(7) Hospinien, *ibid.*

Heshusius: Pido la palabra.

Lutero: Tiene la palabra el honorable diputado por... no recuerdo *(risas)*.

Heshusius: ¿Hablaré de Teodoro de Beza? «¿Quién no se asombrará de la increible desvergüenza de ese monstruo, cuya vida sucia é infame es conocida de toda Francia por sus epígramas más que cínicos? Sin embargo, al oirle hablar se diria que es un santo, otro Job, ó algun anacoreta del desierto, quizás más grande que san Juan y san Pablo, pues tanto cacarea su destierro, sus trabajos, su pureza y la admirable santidad de su vida (1).»

Schlusenberg: Yo tambien diré: «Sí, este hombre obsceno, parecido á un demonio encarnado, lleno de artificio y de impiedad, no sabe más que vomitar blasfemias satíricas (2).» Estos son sus méritos.

Una voz: «Nunca vió el mundo en un solo siglo una coleccion de miserables tales como Lutero, Zuinglio, Calvino, Melancthon, Carlostadio, Beza, etc... (3).»

Muchas voces *(en los sillones de los diputados)*: ¡Fuera de la barra!... ¡Silencio!...

Otra voz *(gritando de tal manera que los honorables quedaron atónitos oyendo)*: «Mientras la Iglesia católica atrae á sí continuamente á los protestantes más instruidos, más ilustrados y más distinguidos por su moralidad, nuestra Iglesia reformada está reducida á tomar por reclutas á los apóstatas, lascivos y concubina-a-a-rios (4).» *(Los diputados se agitan, protestan contra la barra. El ruido y la bulla se hace alarmante)*.

Lutero *(agitando la campanilla logra, despues de algun tiempo, restablecer la calma. Levantándose entonces de su sillon pronuncia la gran sentencia)*: «A la verdad, señores, somos todos unos bribones (5).»

La caida de un rayo en medio de la sala aterrorizó á los honorables, que huyeron precipitadamente en confusion fuera del recinto.

Se levantó la sesion.

(1) Mons. Segur: *Conversaciones sobre el protestantismo*.
(2) Ibid.
(3) Cobbet: *Historia de la Reforma*.
(4) De un periódico aleman.
(5) Lutero poco antes de morir.

HIJO Y MADRE

IV

Al divisar el bajel las playas de Italia la voz de *¡tierra!* repetida por la tripulacion llenó de júbilo á los pasajeros. Agustin y su amigo subieron al puente y desde allí contemplaron el magnífico paisaje que ante su vista se presentaba.

Las costas del Lacio despertaron en sus almas mil gratos recuerdos, pero ¡ay! todos ellos eran recuerdos de las glorias paganas. Los armoniosos versos con que Virgilio canta en la *Eneida* el viaje de su héroe; los orígenes fabulosos de Roma, las grandes guerras de la República, el fausto y la opulencia del Imperio, los placeres tan ensalzados por Cátulo y Horacio, los amores celebrados por Ovidio, los epígramas de Marcial y las épicas canciones de Lucano junto con las comedias de Terencio y Plauto que en los teatros de Cartago habian mil veces aplaudido, eran las únicas cosas que venian á su memoria y que les hacian ansiar por momentos desembarcar en aquella arenosa playa.

Ni un recuerdo, ni una palabra de admiracion tenian los jóvenes africanos para Pedro y sus sucesores, mil veces más grandes que los Césares y Augustos que los habian martirizado; ni un grito de admiracion para tantos millones de cris-

tianos de todas edades y condiciones que durante tres siglos habian lavado con su sangre las manchas de la Roma pagana, y al morir proclamaban la excelencia de la religion del Crucificado; ni un testimonio de gracias brotaba de sus corazones para aquellos millones de fieles que con su heroismo, su constancia y sus virtudes habian logrado que brillara la cruz, despues de cuatro siglos de lucha, sobre la diadema de los emperadores y estaban en aquellos momentos consumando la transformacion del mundo por medio de la práctica del Evangelio.

Y sin embargo no era este olvido ignorancia de lo que pasaba, pues harto sabian Agustin y su amigo lo que era y lo que valia el Cristianismo, como que en él les habian educado sus madres. Lo sabian, sí, pero no le amaban, porque las malas compañías, el estudio de la literatura pagana y sobre todo la libertad que, al separarse del regazo materno, habian concedido á sus pasiones, les habian hecho perder el sentido cristiano y aborrecer sus máximas y doctrinas porque iban en contra de sus inclinaciones.

Exactamente lo mismo que sucede á no pequeña parte de la generacion actual, que se aparta del Cristianismo porque encuentra en él fuerte freno á sus pasiones.

Agustin, no obstante, experimentaba al llegar á Italia un vivo remordimiento, porque á cada instante se le representaba la imágen de su madre deshecha en lágrimas, exhalando en gritos su dolor, quejándose al cielo por el engaño de que habia sido víctima, maldiciendo quizás á Agustin ó quizás muriendo de pena, y este recuerdo le amargaba la felicidad de encaminarse á Roma.

Por fin saltó á tierra en un puerto no lejano de la ciudad eterna, y á los pocos dias llegó á ella. Contempló sus monumentos, admiró sus grandezas, corrió de punta á punta sus magníficas calles, sus acueductos, sus palacios, pues como los bárbaros aún no habian puesto allí sus plantas, todavía conservaban la magnificencia de tiempos de Augusto unido al gusto oriental introducido por la Corte de Diocleciano.

Cuando llegó Agustin Roma estaba en plena decadencia. El Imperio agonizaba, pero encubria bastante bien su decrepitud entre el fausto presente y los recuerdos de la grandeza pasada. En cambio lo que saltaba á la vista como que aparecia en el fondo y en la superficie de la sociedad romana, en el foro y en el hogar doméstico, en la literatura y en las artes, eran la corrupcion, la inmoralidad y la degradacion más completas. Los restos de las antiguas familias patricias, pervertidas por el lujo y degradadas otras por la miseria, hacian gala de su vanidad y de sus vicios. El pueblo esclavizado por el yugo de los Césares no conservaba de su antigua grandeza y de su probado valor más que el orgullo de raza, pero habia perdido todas las grandes virtudes cívicas. El espectáculo que presentaba la Roma del siglo IV era uno de los más tristes que ofrece la historia, pero este espectáculo daba á los que atentamente le consideraban una sublime leccion de lo poco que valen las grandezas del mundo. Roma seguia en verdad siendo la señora de él, pero el mundo entero se rebelaba contra ella, y por el Norte y por el Oriente, á modo de nubes precursoras de violenta tempestad, aparecian hordas de guerreros bárbaros, vanguardia de los pueblos germanos, que esperaban que sonara la hora marcada por la Providencia para lanzarse sobre Roma y acabar con su poder.

Mas ¿qué habia hecho el Cristianismo, preguntarán algunos, en aquellos cuatro siglos cuando en tan mal estado se encontraba Roma áun despues de los decretos de Constantino dando paz y libertad á la Iglesia?

El Cristianismo estaba formando una nueva sociedad; habia formado nuevas familias, nuevas costumbres y propagado nuevas ideas, pero no habia aún formado pueblos y naciones nuevas. La sociedad cristiana, aunque vivia en medio de la sociedad pagana, por no contaminarse con esta huia su trato y apenas aparecia en público. Para ver á los cristianos, para conocer sus virtudes, para escuchar sus doctrinas y fortificarse con sus saludables ejemplos, era preciso acudir á su propio terreno, á los templos donde se reunian.

Pero Agustin hacia años que habia olvidado el camino de los templos cristianos. No vió en Roma más que la ciudad incrédula y corrompida; el pueblo entregado al placer que embrutece, y al servilismo que degrada. Este espectáculo produjo en él sus naturales efectos, y los temores de Mónica se confirmaron. Agustin perdió en Roma las escasas creencias que le quedaban y se hizo completamente escéptico. Rompió resueltamente con los maniqueos, que le parecian allí tan farsantes ó más que en Africa; no quiso afiliarse á ninguna otra secta, y con el alma destrozada aislóse de todo el mundo, devorado por la duda universal en que habia caido.

Este doloroso estado era un mal menor que el anterior, porque Agustin necesitaba creer y amar, y no podia vivir largo tiempo en la duda. Su inteligencia gigantesca y su tierno corazon se avenian mal con ella, protestaban á cada momento y á voces le decian que buscase la verdad.

Cuando menos lo pensaba Mónica, empezaban á hacer efecto sus oraciones; ó mejor dicho, la confianza con que Mónica entregó á Dios la guarda de su hijo no salió vana. A Roma fué Agustin buscando la gloria, arrastrado por el vano fulgor de una mentida ciencia, y en Roma sintió la vanidad é inutilidad de la ciencia humana en que tanto confiaba, y sus ensueños de gloria y honores recibieron terrible golpe.

Los placeres le habian alejado del Cristianismo; los dolores y las penas comenzaban á abrirle el camino que á él conduce. La cruz pesaba sobre sus hombros, pero él ni veia su bienhechora influencia, ni la queria. El desaliento se apoderó de su alma; cansado y hastiado de Roma al cabo de un año de permanencia, trató de marcharse. Ganó por oposicion la cátedra de oratoria de Milan, y á Milan se fué para desempeñarla.

Creia Agustin que así lograria oscurecerse para siempre ó poco menos; creia vivir allí modestamente, pero disfrutando de la paz y tranquilidad de espíritu que no habia encontrado en Roma; pero estaba muy lejos de soñar los nuevos disgustos que le esperaban, ni lo que tras ellos habia de venir. Agustin como todos los hombres ignoraba los secretos de Dios, pero ignoraba, sobre todo, lo que saben los cristianos, que Dios es padre misericordioso y que por caminos suaves conduce á sus fines á los escogidos y les prepara los medios convenientes á su salvacion.

(Se continuará)

A S. S. EL PAPA LEON XIII

CON MOTIVO DE LA ERECCION EN ROMA DEL MONUMENTO Á GIORDANO BRUNO (1)

—«El sol de Roma en su triunfal carrera
tocó glorioso su zenit radiante:
harto brilló su luz; llegó el instante
en que es preciso que se extinga y muera.
Oidlo bien, ¡oh ángeles caidos,
que mis leyes seguís y mi bandera!
este precepto os dejo.
Y si ese débil vacilante viejo
se opone á vuestra accion devastadora,
que perezca tambien; muera en mal hora
y entre las ruinas de su alcázar se hunda;
mas no en sangre le ahoguéis, que siempre ha sido
la sangre de los Mártires fecunda...
Ahogadle en dolo, en traicion y en cieno
de vil calumnia que su aliento abata;
no solo el hierro acaba, tambien mata
la amarga pena que acongoja al bueno
y el prestigio y la honra le arrebata.
La Roma de los Césares impura
era mi reino que robóme Cristo,
y otra vez quiero, como ya le he visto,
al hombre ver, que en revolcar se plazca
su dignidad en lodo y en horrura,
adorando mi nombre y mi figura.
¡Abajo Cristo! ¡El Panteon renazca!
¡Pronto sobre la Cruz mi trono vea:
la guerra á Dios inacabable sea!...»—

—

Así Satán habló: su voz tonante
repercutió en los antros del Averno
donde el odio es eterno
y nace y vive y crece á cada instante,
y la legion nefanda
corre á cumplir lo que su rey la manda...

—

La lucha comenzó; la Puerta Pía
voló á pedazos el cañon sectario;
y por la abierta brecha
se despeñó el torrente sanguinario
que entre cantos de báquica alegría,
que la embriaguez exalta,
su fácil triunfo celebró aquel dia.
Y desde aquella abominable fecha,
una corona en la tiara falta;
manca la Iglesia de su izquierda mano
que el cetro temporal antes regía,
conserva sólo la potente derecha
con que bendice perdonando al mismo
de quien insultos y baldon recibe;
y escarnecido con cruel cinismo,
de la revolucion esclavo vive
el Vicario de Cristo Soberano
en la augusta prision del Vaticano.

—

Pero no basta; el infernal proyecto,
que prohijó la secta corruptora,
tan sólo en parte realizó su encono;
pues, si al embate del turbion abyecto
rodó entre el polvo el trono
del Rey que Roma la *intangible* añora,
aun al Jerarca Santo,
poder divino inquebrantable asiste
con que al mundo católico gobierna;
fuerza invencible, eterna
que le cobija cual celeste manto
y la invasion masónica resiste,
que á rehacer de nuevo se encamina
la Roma de Neron y de Agripina.

—

Por eso el monstruo que impaciente late,
arrancando su hipócrita careta,
contra esa potestad hoy se revuelve;
con insolencia reta
á aquel poder á singular combate
y aquel manto quisiera hacer girones
porque impide sus torpes ambiciones.
Y el feroz grito de implacable guerra
que retumbó en el Orco proceloso,
lanzan hoy sus secuaces en la tierra
atosigada por letal veneno,
envuelta en sombra y luto pavoroso,
capa de inmundo cieno,
caos de fieros males
do perecen los míseros mortales.

—

(1) Composicion leida en la Academia en honor á su Patron celebrada el dia 24 de Junio último por la Congregacion de la Inmaculada y San Luis canónicamente erigida en la iglesia del Sagrado Corazon de Jesús.

¡Loor á Dios! La hidra se prepara
su ponzoña á lanzar abiertamente:
ya á nadie engañará su farsa artera,
ya de su saña fiera
el objeto final á nadie oculta,
que es arrancar la cruz de la tiara;
ya descarada insulta,
ya acomete de frente,
ya se atreve ¡cobarde! á dar la cara.
¡Loor á Dios!... En el palenque abierto,
partido el campo está; la Iglesia á un lado
el haz reune de sus hijos fieles:
Satán al otro, vomitando hieles
de su eterno rencor al Increado,
mira su hueste, cual cadáver yerto
por odiosa pasion galvanizado,
que hoy por bandera ostenta
como pendon glorioso,
el monumento, de su raza afrenta,
al apóstata hediondo y asqueroso.

—

¡Odiosa libertad, liberticida,
sólo del bien y la verdad temida!
¡Feroz revolucion! bien te has portado
al sol irguiendo tu infernal cabeza:
que en ella así descargará el enojo
del Señor por tus crímenes airado,
y así tu obra á terminar empieza,
pues para odiarte conocerla basta;
y bien la ha dado á conocer tu casta
que un indeleble rastro negro y rojo
tras sí en la historia dejará trazado.
Y en las edades que á la nuestra sigan,
habrán tus viles crímenes logrado
que cien generaciones te maldigan,
y eternamente cubrirá tu nombre
de oprobio un denso velo:
que en vano lucha contra Dios el hombre,
é inútil es el iracundo anhelo
del mar que escupe en su furor al cielo.

—

¡Oh Padre! ¡Oh gran Pontífice, que lloras
más que tu pena el lamentable estrago
que hoy el númen del mal causa en el mundo!
Contra el virus inmundo
con que todo lo infesta;
contra el insulto atroz que te dirige
en este dia aciago,
á tí se eleva universal protesta
para calmar la pena que te aflige.
Y al celebrar la fiesta
del Santo jóven que la ampara y rige,
esta porcion de juventud florida,
con entusiasmo al pregonar tu fama,
su padre y rey te aclama.

—

Y tú, Luis Santo, angelical Patrono,
que el triunfo gozas y que á él nos guias;
cuando en su cárcel el augusto Anciano
se postre á orar ante el empíreo trono,
y á tí te invoque en los aciagos dias
en que podria parecer al justo
al verse aislado en mísero abandono,
que Dios abrió su mano
y sobre el mundo desató el Averno;
díle al triste Cautivo,
al Padre amado y respetable díle
que Dios le apoya y le seguimos todos:
que aquí, bajo tu egida protectora,
rechazamos del mundo el incentivo
con alma firme y corazon altivo:
que estos sus hijos fieles
rogando aguardan del Señor la hora:
que esta Congregacion, tu humilde hija,
eleva con magnánimo heroismo
contra el verde pendon del masonismo
el estandarte azul que la cobija,
señera augusta de la Reina Santa
que del abismo la altivez quebranta.
Díle, díle que todos á porfía
por el morir sabremos si es preciso:
y en la nueva cruzada
que á libertar al Papa-Rey corriera
y á reponerle sobre el trono fuera,
nuestra mortaja y pabellon seria
el estandarte blanco de María.

MANUEL G. BARZANALLANA Y SULIGUÉ.

Barcelona 24 Junio.

LA VISITA Á LOS ABUELOS (CUADRO DE FRANCISCO VINEA)

EL AMOR Y EL HOGAR

Es el amor exquisito nardo, cuyo gratísimo perfume nos hace sentir los más puros placeres y nos inspira en ciertos momentos de la vida el heroismo.

Con el delicioso aroma que despide esa delicada flor al brotar espontánea en nuestro corazon, se disipan como por encanto las mortíferas corrientes que amenazaban envenenar nuestra existencia.

Es la vida sin amor como noche sin estrellas, como dia sin sol.

¿Quién no ama? ¿Quién será tan desgraciado que no sienta en su corazon la llama de ese dulce afecto que se llama amor?

Es el bálsamo más eficaz para curar las heridas del alma, para dulcificar las amarguras del corazon.

Mensajero del cielo, reparte por do quier la dicha y la vida, y muchas veces vierte tal felicidad allá en nuestro interior, que nos transforma el mundo en un delicioso eden.

Y aunque es la dicha fugaz como el relámpago por la natural inconstancia de todo lo que tiene sér en este mundo; no deja sin embargo de ser el amor el orígen de aquella y el consuelo del que sufre.

El dia en que el amor dejase de existir en el mundo, este se convertiria en un caos.

Dios, que es el Autor de todo lo criado, nos ha dado un corazon formado tan sólo para amar.

Y tanto sabemos amar cuanto nos acercamos á Él.

CUEVAS DE GITANOS EN EL CAMINO DEL SACRO-MONTE DE GRANADA

Siendo el amor un don del cielo, Satanás le hace cruda guerra, pretende nada menos que destruirlo y aniquilarlo porque sabe que así destruye y aniquila nuestra felicidad.

Y ved, ved como envidioso de una dicha que á él no le es dado sentir por ser incapaz de amar, no perdona medio ni esfuerzo alguno para lograr desaparezca de nuestra sociedad. Y engañados por sus artificios los muchos infelices que se alejen de Dios no ven que los lleva de precipicio en precipicio hasta llegar al abismo de la más completa desventura.

Y como veneno destructor ha suscitado dos pasiones que corroen cual activa gangrena á la actual generacion: pasiones que por sarcasmo quizás intenten llamarse amores, profanando así ese bello y dulcísimo nombre. La pasion de los placeres, la pasion del interés; hé ahí el ideal, la ambicion *noble* y *generosa* de muchos que en dia más ó menos lejano han de regir los destinos de nuestra patria y de nuestra sociedad.

Instigados por ese maléfico influjo se atreven á penetrar en el santuario del amor, el matrimonio. Este suele ser en nuestros días, no la union de dos almas que se funden en una, no el engarzamiento de dos corazones que sólo viven el uno para el otro, sino la union de dos fortunas, de dos capitales cuyos intereses se multiplican por medio de esta union. Un *negocio*, en fin, hé ahí la única frase propia de ciertos contratos. Y no importa que los corazones se hallen divididos, que medie un abismo entre los dos, que apenas se conozcan: no importa; lo positivo es lo que *debe llamar nuestra atencion; lo demás es antigualla, romanticismo puro.* No importa que la realizacion del negocio destruya para siempre un porvenir dulcemente acariciado, que destroce un corazon y abra en él profundas heridas; no importa: ya se encargará el mundo de cicatrizarlo, ó por lo menos de embotar su agudo dolor. Tiene para ello mil medios que inspirado por Satanás pone por obra casi siempre con éxito feliz. Separacion casi completa de los cónyuges aun viviendo bajo el mismo techo, conocimientos y amistades diversas, paseos, espectáculos y fiestas que se suceden casi sin interrupcion y en los que apenas se ven, cuando no son enteramente distintas; vida agitadísima, en fin, con que procuran ahogar los nobles sentimientos del corazon, que sediento de una felicidad que no tiene, se subleva en vano contra esa atmósfera corrompida en que se asfixia.

En el hogar no hay calor, no hay vida; vedle desierto y frio y entregado por completo á manos mercenarias. Sus moradores apenas permanecen en él sino el tiempo necesario para descansar de sus interminables y muchas veces funestos placeres, á menos que en ciertos dias les detengan allí las exigencias sociales.

En el resto del tiempo viven lejos del hogar y lejos tambien el uno del otro...

¡Qué cuadro tan magnífico! ¡cómo satisface y llena por completo las aspiraciones y deseos de Satanás!... Bien sabe este enemigo del género humano los innumerables males que de aquí se originan, y hé ahí su empeño por sostener y generalizar en nuestra alta sociedad costumbres dignas tan sólo del paganismo.

*

Como antitesis del hogar sin religion, del hogar sin Dios, está el hogar cristiano, puerto seguro contra las borrascas del mar de la vida, concha donde se guarda la perla de una dicha que el mundo no comprende.

Es el polo opuesto del hogar pagano, y los senderos que á ambos conducen son tambien completamente contrarios. A este se va por el de las pasiones y el interés, á aquel tan sólo por el del amor, pero el amor cristiano y como lo canta uno de nuestros mejores poetas:

Santo, inefable, emanacion del cielo,
no la indócil pasion que se desboca,
que nunca sacia su infecundo anhelo,
y envenena y corrompe cuanto toca.
No el ciego ardor que retronando pasa
como por el espacio la tormenta,
no el fuego voracísimo que abrasa,
sino la mansa lumbre que calienta.
¡La lumbre del hogar siempre bendita!...

Al calor de esta fascinadora lumbre y bajo el techo en que arde, halla siempre el corazon goces que llenan y satisfacen, cuyos atractivos y encantos son siempre nuevos. Las decepciones, el olvido, la indiferencia, no tienen cabida allí; y si alguna vez llega á herir nuestra alma alguna de las espinas de la vida, sentimos un gratísimo consuelo y bienestar indecible al penetrar en esta querida mansion. ¿Y cómo no, si allí somos amados?...

Si el hombre al querer confiar su dicha y la guarda de su hogar á una mujer no se deja llevar tan sólo de vanas apariencias que ocultan muchas veces un corazon frívolo y vano, sino que fijándose en cualidades más íntimas y verdaderas busca en ella virtudes prácticas, humilde discrecion y un corazon capaz de sentir é inspirar grandes afectos, tiene asegurada para siempre su felicidad.

Porque esa mujer ha meditado sin duda sobre la alta mision que se la confia al ceñir á sus sienes la diadema de desposada, y ha comprendido tambien todo lo que vale el *sí* que al pié de los altares se pronuncia.

¡Esa palabra tan brevemente dicha y tan larga de sentirse!... ¡De sólo dos letras consta, y es capaz de llenar todo el libro de la vida!...

Y la mujer que en esto piensa y medita no puede ser frívola y ligera, ni se deja llevar tampoco de impresiones pasajeras, ni mucho menos de vanas y egoistas razones.

Ella mide las proposiciones del alma que recibe y que entrega, no la altura de la posicion social que se la ofrece, ni la fortuna con que quizás la brindan.

Ella sabe que desde aquel momento se debe toda á la felicidad de un solo hombre, y por verla realizada no se detiene ante los mayores sacrificios; que el amor y el deber así lo quieren, y estos dos sentimientos bastan para inspirar al corazon femenil más delicado las acciones más heroicas.

Numerosos ejemplos podríamos citar que confirman esta verdad y en los que por dicha nuestra es la mujer católica y española la que más sobresale.

Así es la mujer verdaderamente cristiana la que sabe unir en su corazon el amor de su Dios y el de su esposo. A la que no lo es, á la que no comprende ni penetra el primero de todos los mandamientos, no le pidais amor verdadero, no le pidais sacrificios, pues cerrado su corazon al apacible mar de lo infinito, no sabe ni puede hacerlos, y el amor que no se sacrifica no es amor aunque así se llame.

La mujer cristiana no pretende nunca brillar como sábia ni como filósofa; le basta con brillar, segun expresa Severo Catalina, por su humildad como hija, por su pudor como doncella, por su ternura como esposa, por su abnegacion como madre, y por su delicadeza y religiosidad como mujer.

En su alma no cabe esa miseria de la vida que se llama vanidad y que tan pobre y lastimosa idea da del corazon en que se alberga, y antes que fascinar los ojos prefiere cautivar el corazon. Y como al corazon no se le prende con sólo las flores de una belleza efímera y material, sino que más grande y elevado sólo se rinde seducido por la belleza del alma, de ahí que signifiquen tan poco para ella recursos de tan escasa valía.

Olvidada del mundo, pero amada de los suyos, vive tranquila y feliz en su hogar. Y ya sea éste pobre ú opulento, llámesele palacio ó sencillamente una casa de modesta apariencia, la mujer católica sabe y puede convertirlo en el lugar más apacible y risueño de la vida.

Para lograrlo no sólo se vale de su amor y de sus virtudes, sino que desciende á mil primorosos y al parecer insignificantes detalles que le dan aun en la misma pobreza cierto aire de buen gusto y bienestar y hasta de poesía que hace agradabilísima la estancia en él.

Porque nada hay más bello que el órden y armonía que reina en una casa cuya mujer *vive* en ella.

¡Desgraciada la mujer que no ama este pequeño rincon del mundo; que necesita para distraerse y aturdirse, ya que no para ser feliz, estar siempre en contínuo movimiento por las calles y paseos, lejos de los deberes que se le confiaron.

¡Desgraciado el hombre que le confió su dicha! ¡Desgraciados los hijos que de tal madre recibieron el sér!

Para concluir citaremos unos preciosos versos cuyo autor sentimos no recordar y que retratan admirablemente el verdadero tipo de la mujer cristiana.

Recogida en el hogar
sin ir del aplauso en pos,
y del mundo sin cuidar,
sólo piensa en agradar
á su marido y á Dios.
Y aunque jóven y aunque bella,
no con adornos prolija
en los salones descuella,
no hay más mundo para ella
que su casa con sus hijos.
Ni se acuerda que hay festines
y teatros y jardines,
donde lucir sus primores;
ni sufre los sinsabores
de las envidias ruines.
A solas con su ternura
vive en deliciosa calma
y en apacible ventura;
no hay paz tan bella y tan pura
como la paz de su alma.

CLEMENTINA.

FE Y PATRIA

EPISODIO DE LA ÉPOCA DEL TERROR

(17 de Julio de 1794)

El patriotismo es inseparable de la Religion; sube ó baja con el sentimiento religioso. En los pueblos sin creencias y sin culto este sentimiento no tiene fuerza ni aliento. Por el contrario, está lleno de vida, de entusiasmo y de generosidad en los corazones fieles y amantes del Hombre-Dios, que lloró por su patria y sufrió la muerte por ella. El mismo espíritu de Dios, que derrama la caridad en nuestros corazones, les infunde asimismo el patriotismo; y para que la caridad no disminuya, el patriotismo, que vive del fuego de la virtud cristiana, no se extingue nunca en nosotros: sube al cielo con los Santos, y penetra en el claustro con los religiosos.

En cambio de los señalados favores que hemos recibido, y que constantemente recibimos de los Santos de nuestra patria, les debemos un culto especial, un reconocimiento, una gratitud más activa; así es que en casi todas las diócesis de la cristiandad se celebran festividades para honrar la memoria de los Santos que nacieron ó murieron en ella, ó se distinguieron en sus tierras favoreciendo á los habitantes con su poderosa intercesion.

Nadie ha olvidado la tiranía de Robespierre durante el reinado del Terror. El solo recuerdo de aquella época de sangre y de infamia hace temblar de horror. Pero seguramente muchos ignoran las causas por las cuales la infinita misericordia de Dios se dignó abreviar la duracion de aquel período de calamidades; pues bien, y mal que pese á los liberales volterianos, quien detuvo el brazo del Omnipotente fueron las religiosas Carmelitas de Compiegne.

Las inmensas desgracias de Francia servian á la virtuosa priora de aquella Comunidad de motivo poderoso para aumentar sus mortificaciones. «Mis intenciones, solia decir, están íntimamente unidas á las de nuestra Madre santa Teresa de Jesús y á los motivos que la guiaron para establecer la Reforma; quiero decir al término de los males que afligian á la Iglesia y á Francia en particular. Si aquella santa Madre puso tanto celo en rogar por una patria que no era la suya, ¿con cuánta razon debemos hacerlo nosotros que es la nuestra?»

Cierto dia, despues de haber meditado sobre este grave y católico deber, le vino la idea de hacer un acto de consagracion, por el cual la Comunidad se ofreceria como víctima expiatoria para aplacar la cólera divina. Cada religiosa hacia el sacrificio de su propia vida, á fin de pedir y alcanzar de la clemencia de Dios la hora que debia poner término á las angustias de la Iglesia y del Estado. Comunicó su pensamiento á todas las religiosas, y aquella misma noche todas hicieron, con el corazon y con los labios, este acto de consagracion, y le renovaron todos los dias hasta que lo hubieron sellado con su sangre.

Fueron estas religiosas delatadas al Gobierno revolucionario, acusadas de... ¡perjudiciales á la sociedad!... En su consecuencia, el dia 14 de Setiembre de 1792, fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, fueron arrojadas de su convento; mas no quisieron ni volver á sus casas, ni alejarse de Compiegne, temiendo se les escapase la ocasion de dar su vida por su Dios y por su patria: permanecieron, pues, juntas en varias casas de la poblacion que les servian de clausura, y bajo un vestido seglar continuaron practicando las reglas y deberes de la vida religiosa.

Envidiaban la dicha de las víctimas sacrificadas, y pedian incesantemente al Señor les concediese el suplicio por amor suyo y como un favor de su divina bondad.

Al morir una de aquellas religiosas, vió, rodeado de una luz singular, un grupo de mujeres cubiertas con un manto blanco llegar al cadalso para recoger la palma del martirio, y luego subieron al cielo que se abrió para recibirlas. Al tener conocimiento de este suceso la priora de las Carmelitas expresó el deseo de que aquel grupo de mujeres fuese su Comunidad, y rogó á Dios predestinase en su favor tan honroso privilegio.

Poco tiempo despues una buena religiosa fué á casa de uno de sus parientes para consolarle de la pérdida de un hijo que acababa de fallecer despues de haber recibido el Bautismo secretamente, pues sabido es que los actos religiosos estaban prohibidos por el terrible Gobierno revolucionario. La buena monja, tomando en sus brazos el cadáver, aún caliente, exclamó: «Mi querido angelito, te suplico estés con nosotras en el acto de consagracion que todos los dias hacemos al Señor, para que se digne hacer cesar los males que afligen á la Iglesia y á nuestra amada patria...»

Transcurrió algun tiempo, y aquellas inocentes religiosas fueron presas y conducidas á la Conserjería de París, con las manos atadas á la espalda. Como una de ellas, de ochenta años de edad, no se apease del carro que las habia llevado con la prontitud ordenada por sus conductores, éstos la tiraron brutalmente al suelo como un miserable paquete. Cayó contra el pavimento de la calle, ensangrentándose el rostro, y quedó tan aturdida, que se creyó habia exhalado el último suspiro; pero se repuso luego, y levantada, y á pesar de su padecimiento, se volvió hácia los que tan villanamente le habian tratado, y les dió las gracias por haberla dejado la vida, que así esperaba lograr aún la dicha y la gloria del martirio. Esta octogenaria habia pasado cincuenta y ocho años en el claustro. Otra hacia sesenta años que habia profesado.

Por fin, fueron condenadas á muerte el mismo dia de la festividad de la Vírgen del Cármen. La alegría de aquellas santas vírgenes fué tan grande al saber su suerte, que pidieron pedazos de carbon ó madera quemada para escribir un himno, que es una piadosa parodia del canto revolucionario la *Marsellesa*, y dice así:

Inúndese ya el alma de alegria;
La hora del sacrificio llegó ya;
Luce por fin el anhelado dia
En que el Carmelo, que en su Madre fia,
Por su Dios y su patria á morir va.

La terrible cuchilla levantada
No infunda en nuestras almas el terror,
Que la muerte es más dulce y más honrada
Cuanto más libremente es aceptada
A impulso del divino y santo amor.

Dios de bondad, dulcísima María,
Y tú, Teresa, gloria del Carmelo,
Nuestras súplicas oid; y luzca el dia
En que esta Francia, que el pecado expia,
Libre se vea del tremendo duelo.

El dia siguiente, 17 de Julio de 1794, las Carmelitas y sus mandaderas fueron conducidas al patíbulo, sentenciadas por el tribunal revolucionario, presidido por el feroz Fouquier-Tinville, acusadas por el crímen de *apego á creencias pueriles y por sus imbeciles prácticas religiosas!!!*

Al oir su condenacion á muerte, sus rostros se iluminaron de una santa alegría, y con la sonrisa en los labios dieron las gracias á los jueces por la inefable dicha que les procuraban.

Vestidas de blanco subieron á las fatales carretas preparadas para llevarlas á la Barrera del Trono, donde *funcionaba sin parar* la terrible guillotina. A su vista las religiosas entonaron la *Salve Regina*, y llevadas al pié del patíbulo, se las mandó apearse.

Allí renovaron las promesas del Bautismo y sus votos religiosos; luego por turno se fueron arrodillando á los piés de la priora, pidiéndole la bendicion y el permiso de morir.

«¡Dios mio, exclamó una de ellas; cuán grande será mi dicha si este ligero sacrificio logra aplacar vuestra cólera y disminuir el número de las víctimas!» La más jóven subió al cadalso la primera, y colocó su cuello debajo de la cuchilla entonando el *Laudate Dominum omnes gentes*.

La venerable priora quiso imitar á la heróica madre de los Macabeos, y obtuvo el favor de morir la última... ¡Oh almas hermosas!... exclamó la multitud respetuosa y enternecida; ¡qué aire celestial!... Un testigo ocular añade: «La sencillez de sus vestidos, la calma de sus rostros, la alegría de la esperanza que brilla en sus ojos al momento de subir al cielo; la armonía de sus voces cantando himnos á María, rogando por su patria desgraciada, todo admira, enternece y conmueve al pueblo, y hasta los mismos verdugos derraman lágrimas...»

Subieron al cielo para pedir misericordia por la patria afligida; y á los nueve dias justos de su sacrificio Francia se vió libre de sus más crueles tiranos. Robespierre fué preso el 27 y guillotinado el 28 del propio Julio de 1794. Cuéntense nueve dias más, y llegamos al 7 de Agosto, en que fué guillotinado el inmoral Fouquier-Tinville con doce cómplices suyos. Desde aquel dia la pobre patria de san Luis empezó á respirar.

TRADICIONES Y COSTUMBRES

DE LAS ISLAS POMOTÚS (1)

I

COSMOGONÍA

En el principio el cielo y la tierra estaban estrechamente abrazados y unidos entre sí: sin embargo, en medio de ellos y como en su seno vivia todo un pueblo de gigantes. *Tahitofenua* (el anciano de la tierra) y *Ronamakaitua*, su hermano, despues de ejercitarse algun tiempo en el manejo de la lanza, atacaron á Maraukura, diéronle muerte y se lo comieron, ofreciendo á Dios en sacrificio su cabeza. Estos son los primeros homicidas conocidos entre los pomotús; y su historia, con las circunstancias de hermano y de sacrificio, es evidentemente una copia, aunque alterada, de la historia de Cain y Abel.

Oatea, hermano de Maraukura, pudo librarse de la muerte, gracias á la destreza de su madre, que le ocultó bajo su sobaco. Cuando fué ya hombre vengó la muerte de su hermano matando al asesino, cuyas carnes devoró, ofreciendo tambien á Dios su cabeza en sacrificio. Proponíase matar al jóven Tané, que le huyó de las manos por el orificio mal guardado del sol, yendo á ocultarse encima del firmamento. Allí, despues de haber contado cuidadosamente las lunas y de haber esperado con impaciencia la decrepitud de su adversario, Tané resolvió abrirse paso á través de la capa del cielo y combatir á Oatea, asesino de su raza, llamando en auxilio de su empresa el concurso activo de toda su gente.

Tamaru comenzó á descantillar á pedradas la corteza del cielo; Tagaroa lo reblandeció bajo la accion de un fuego muy vivo, y en fin el mismo Tané, armado de gruesas piedras, abrió en él un ancho agujero, por el cual con la rapidez del rayo y el retumbar del trueno se precipitó sobre la tierra en busca de su antagonista. Para crearse un palenque más vasto extendió y elevó el firmamento á cierta altura, emprendiendo con rabia la persecucion de Oatea. Este, despues de correr mucho tiempo de uno á otro extremo del cielo, fué alcanzado y muerto por Tané, que le precipitó á una gran hoguera.

Cualquiera reconocerá fácilmente en estos detalles la historia de la rebelion, caida y castigo de los malos ángeles, anterior, así en la mitología de los pomotús como en la narracion de Moisés, á la historia de la creacion, que refieren en el órden siguiente, del todo conforme con el que nos revelan los Libros santos.

Durante la gigantesca lucha de Tané y de Oatea, los Atiru, espíritus celestiales y poderosos, dominados por el miedo se habian dispersado y escondido. Despues de su brillante victoria, Tané, en adelante único dueño del cielo y de la tierra, reunióles y les mandó que llevaran el firmamento por los aires. Los Atiru se juntaron todos para esta obra colosal, y cada falange estuvo encargada de llevar á cabo fielmente una parte relacionada con su nombre simbólico. Así es que los pequeños *(Ruiti)*, los grandes *(Ranui)*, los

(1) El autor del presente estudio es el P. Alberto Montiton, de la Congregacion de los sagrados Corazones (Picpus), antiguo misionero de las islas Pomotús. Es una página que añadir á tantas otras escritas para mostrar que todos los pueblos, hasta los más salvajes, han tomado de una relacion primitiva los restos de verdad que se encuentran en sus creencias.

«Hace muchos años, dice el P. Montiton, habia intentado hacer este trabajo; pero no pudiendo encontrar datos suficientes en Anaa y demás islas del Oeste, tuve que renunciar á mis deseos. Sólo en medio de los salvajes de Fangatau y de Takoto he podido, á fuerza de tiempo, de trabajo y de paciencia, recoger algunos datos formales y positivos.»

cortos, los largos, los jorobados, etc., etc., ayudáronse mútuamente en levantar el firmamento, y subiendo unos sobre otros llegaron progresivamente á colocarlo en el sitio que hoy ocupa en los aires. Entonces los Pigau lo ahondaron, los Topé lo inundaron, los Titi lo clavaron, los Pepé lo cepillaron, los Moho lo barrieron, dejando con todo, por disposicion de Tané, una parte de cascajo que todavía se ve hoy bajo la forma de nubes. Los Pako lo inspeccionaron recorriéndolo en todas direcciones; los Tupa lo dilataron y engrandecieron; en fin, Tané, señor de todos, subiendo á lo más alto de los cielos, les amedrentó con un ruido estridente que despertó y regocijó á todos sus antepasados. Despues de mandar á sus diferentes vasallos que apuntalasen sólidamente las moradas celestes de que habia así tomado posesion, estableció en ellas su trono sobre cimientos eternos, y reinó como único soberano señor de todas las cosas.

La tierra, que tan laboriosamente acababa de ser separada del cielo, hallábase todavía sumergida cuando Tefaafanau la separó de las aguas. Sólo un punto aparecia primeramente en la superficie, y fué creciendo poco á poco hasta convertirse en la tierra actual, que se cubrió insensiblemente de hierbas, maleza y grandes árboles.

Este detalle de la cosmogonía de la Polinesia nos trae naturalmente á la memoria la relacion bíblica en la que se nos representa el Espíritu de Dios fecundizando la masa inerte é informe de la tierra que, saliendo de las aguas al tercer dia de la creacion, cubrióse al punto de una vegetacion exuberante.

La tierra *(Fakahotufenua)*, orígen y madre de todas las cosas, habíase igualmente desprendido del cielo y del mar, y dió nacimiento al dia, á la noche, á la luna, á la aurora, al sol, en una palabra, á todos los séres animados, sin exceptuar al hombre, llamado Magamaga segun algunos.

No obstante, el primer hombre conocido en todas estas islas parece haber sido Tiki, el verdadero Adan polinesiano que, como el de la Biblia, ha sido el primero y gran culpable, homicida de toda su posteridad, áun antes de haber sido su progenitor. Tiki, al decir de algunos, nació espontáneamente de la arena del mar; y segun otros salió vivo de un guijarro.

Como quiera que sea, él es, dicen, quien formó de un monton de tierra á Vahuone, la primera mujer, que tomó por esposa y compañera.

Maui, genio potente y maléfico, habia robado la mujer de Tekina, que á su vez volvió á recobrarla; y en venganza Maui mató á Tekina, cortóle la cabeza, y plantándola en tierra tornóse un cocotero. Dió tambien muerte á Mauika por no haber querido venir á orar en el acto de su nacimiento; y además él fué quien, segun dicen, pescó del fondo del mar á Tahiti, llamado tambien Havaiki. En fin, es el Josué de la Polinesia, y de él cuentan que su madre, falta de tiempo para preparar convenientemente su comida antes de ponerse el sol, fué á acecharle en el orificio por donde parece salir cada mañana: despues de inútiles tentativas consiguió al fin sorprenderle, y habiéndole sujetado al extremo de un bramante, pudo desde entonces moderar á su voluntad la rapidez de su curso.

DIBUJO IMAGINADO POR LOS INDÍGENAS DE LAS ISLAS POMOTÚS

PARA REPRESENTAR SU COSMOGONÍA

1.—*Tané*, con piedras, se abre un boquete á través del firmamento.—2. La gente de *Tané* ablanda el cielo para abrirle paso.—3. Los *Awiru* levantan el firmamento con su espalda.—4. Súbenlo más arriba hasta la altura de sus brazos.—5. Encaramándose unos sobre otros, llegan á ponerlo en su lugar.—6. Los *Pigau* lo ahondan.—7. Los *Titi* lo clavan.—8. Los *Pepé* lo cepillan.—9. Los *Moho* lo barren.—10. *Maui*, armado del anzuelo de que se sirvió para pescar á Tahiti.—10 *bis*. Forma del anzuelo.—11. *Maui* atisbando al sol.—12. La tierra produciendo las plantas y los animales.

La sagrada Biblia nos dice que toda la posteridad de Adan, habiéndose corrompido, fué anegada en las aguas del diluvio, de que Dios se sirvió para castigar los crímenes y purificar la tierra de tantas inmundicias; y la mitología pomotú nos dice igualmente que la raza depravada de Tiki, habiendo llegado con el tiempo á transformarse en perros, fué en parte sumergida en un diluvio más ó menos general. Hé aquí cómo refieren la causa de este cataclismo.

Habiendo ido Temahaga á la isla de Taiero, fué asesinado por los pobladores de la misma. Su poderoso espíritu ayudado en especial de un antepasado, su demonio familiar, levantó violentas tempestades y produjo lluvias torrenciales. Despues hizo sumergir todas las islas vecinas, de modo que todos ó la mayor parte de sus moradores perecieron miserablemente. Por esto Temahaga es tambien llamado Hurikaiga (el que vuelca tierras). A dicho cataclismo atribuyen las rocas esparcidas por los arrecifes de todas las islas, y el genio de Temahaga fué quien las levantó del fondo del mar.

Hállanse además en las tradiciones paganas de estas islas otras historias cuyo tema y tipos manifiestos se encuentran en la Biblia, y por no alargarme demasiado mencionaré aquí únicamente las relativas á Jonás y á Goliath.

Kaé, gigante de ocho brazas de altura, glotón y sacrílego, habia vuelto furtivamente al bosque, despues de un sacrificio, para comer la parte reservada al ídolo. Poco despues, habiéndose embarcado para unirse á unos indios pescadores, su piragua fué asaltada por un enorme tiburon, en donde habia entrado el alma del ídolo. El sacrílego Kaé fué engullido de un bocado por el mónstruo, en cuyas entrañas permaneció vivo muchos dias. El cetáceo hizo sus correrías acostumbradas, yendo de una á otra isla; hasta que al fin, habiéndose aproximado bastante cerca de tierra para que su huésped pudiese oir claro, desde el fondo de su tenebroso encierro, el choque de las olas contra las rocas, Kaé, armándose con un diente de tiburon que tenia en la oreja, abrió resueltamente las entrañas de su formidable carcelero, que á impulsos de la ira ó del dolor saltó al arrecife. Kaé acabó de abrir el vientre del mónstruo y saltó en tierra.

El Goliath pomotú, Patira, era un gigante que con un paso ordinario abarcaba islas enteras. Habiendo llegado á Makemo, trataba de seducir á la mujer de Mocava, cuando éste, advertido por su genio, corrió á tiempo, tendióle lazos con que se enredaron los piés del gigante, viniendo al suelo; y saltando encima de él cortóle la cabeza.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 20 DE JULIO — SÉRIE II.—NÚM. 82

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Breves consideraciones sobre la esclavitud*, por Ramon Albó y Martí.—*A Granada*, poesía leída por don José Zorrilla en la fiesta de su coronacion.—*Zorrilla, poeta católico*: introduccion á su poema *María*.—*Carta de Venecia*, con motivo de la coronacion de Zorrilla.—*Hijo y madre*, V, por Francisco Hernando.—*Religion y ciencia*.—*Costumbres y tradiciones de las islas Pomotús*: II.—*Bismarck jóven*.—*El último de los Pecos* (leyenda americana.)—*El lujo*.—*Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Naufragio del vapor «Cotopaxi.»—Ocurrió este siniestro marítimo hace algunas semanas al salir del estrecho de Magallanes, en la línea del Pacífico, por haber chocado el buque en un escollo no indicado en las Cartas de navegacion; y en pocos minutos se hundió en el Océano, logrando, no obstante, salvarse en los ocho botes del buque toda la tripulacion y los doscientos pasajeros que en él iban. Uno de éstos trazó un dibujo del naufragio tal como lo representa nuestro grabado.

Don José Zorrilla.—El anciano y célebre poeta vallisoletano, recien coronado en Granada, es para los españoles el cantor de las glorias y tradiciones patrias, el bardo que va por el mundo cantando como el ave, sin más placer y otros fines que el cantar y esparcir por do quiera, como él mismo dice,

Un aluvion de versos que dan placer y enojos,
Un haz de pocas flores entre un millar de abrojos,
Que echadas entre el pueblo le han hecho popular.

Su fantasía volcánica, su candente frase, mágica aunque incorrecta, crearon un mundo rítmico á cuyo acento palpitaron y palpitan no pocos corazones. Y hasta en el último rincon de España halló asuntos dignos de su musa, empapándose en cuentos y narraciones creadas al amor de la lumbre y en leyendas que él supo y acertó á forjarse cuando la Historia no respondía á sus deseos.

«Todas las vicisitudes de su vida, más aventurera que la de los héroes que él creó, han contribuido á modificar su carácter, y hoy ya no es el bardo que se encaraba con el sol y la luna para arrancarles y trasladar al papel sus candentes ó tibios resplandores; no es el poeta de los torrentes y las cascadas, de las armonías y los colores de la naturaleza, sino el hombre cansado de reluchar por el solo gusto de hacerlo, el ¡hombre que ha dado la vuelta al mundo trayendo en su cabeza otro mundo de desengaños, y que

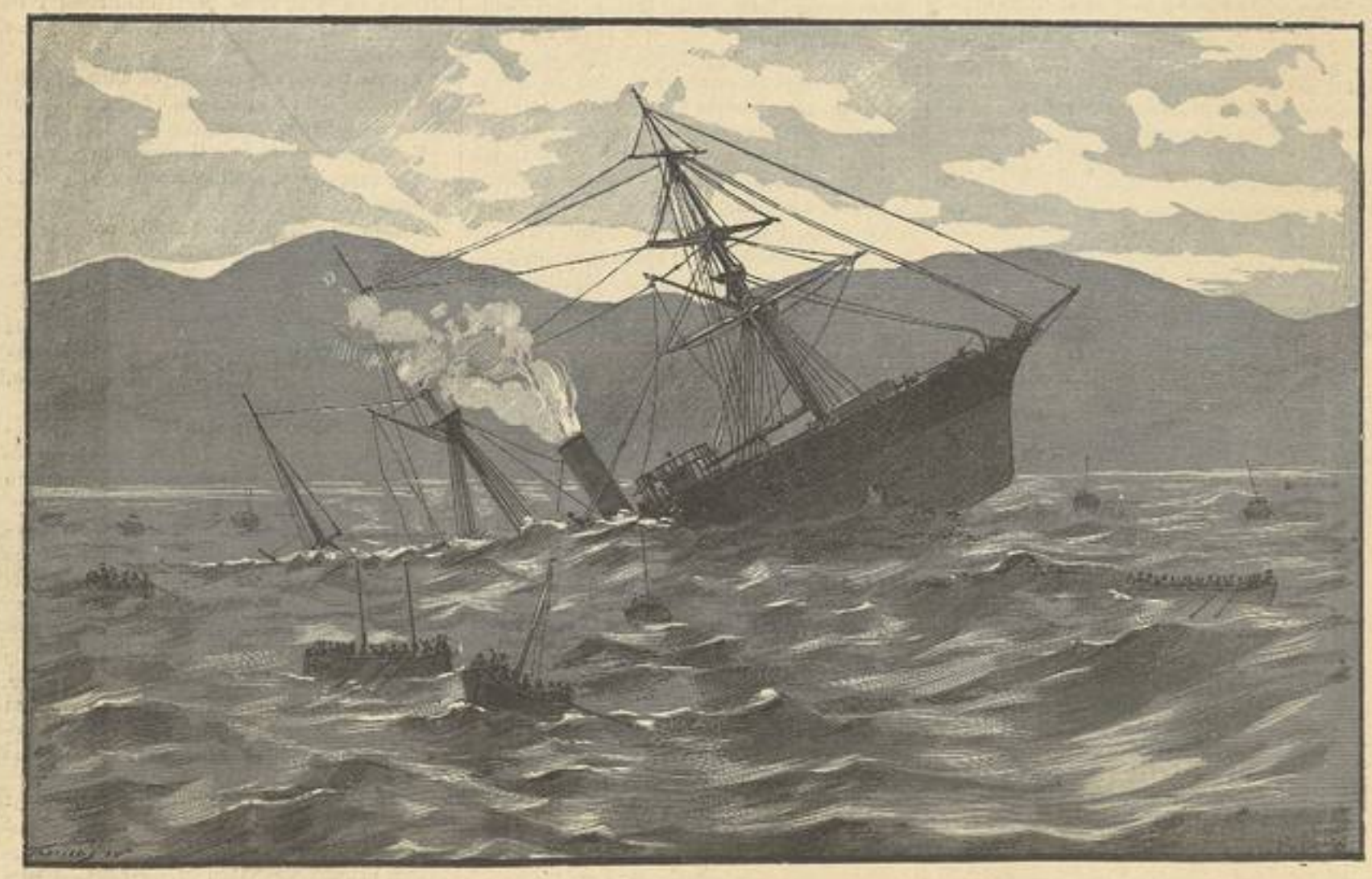
«Hoy ve la tierra y gentes y cosas como son (1).»

En su última composicion *A Granada* aparece retratado el corazon de Zorrilla; su fe, su religion y las glorias nacionales, cuya ardorosa musa nunca le abandonó, y á la que consagrara todo el poder y la fuerza toda de su creador ingenio.

Coronacion del poeta D. José Zorrilla en Granada.—Verificóse este acto con extraordinaria solemnidad el 25 del pasado mes.

En el centro del patio del palacio de Cárlos I se hallaban colocadas sillas y butacas que ocuparon los socios del Liceo y los invitados oficialmente á la fiesta.

(1) De la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*.



NAUFRAGIO DEL VAPOR *COTOPAXI* EN EL CABO DE MAGALLANES

En la parte alta las comisiones, representaciones y gremios.

A la derecha de la puerta de entrada alzábase un grandioso trono destinado al poeta.

A sus lados estaban colocadas 68 butacas que ocuparon varios señores, comisiones de los Ayuntamientos de Barcelona, Valladolid, etc., etc., cuerpo consular, otros invitados oficiales y el Ayuntamiento de Granada.

A la izquierda de la entrada un tablado para la orquesta, dirigida por el maestro Breton.

El decorado del Palacio fué encargado al señor Vilanova, que llegó expresamente de Barcelona para dicho efecto.

En lo alto del patio colgaban flores y coronas, y para fondo del trono un rico tapiz con los escudos en oro de Leon y Castilla, y á los lados palmeras.

Todo el circuito se hallaba engalanado con gallardetes, flores, escudos, lemas y títulos de las más importantes obras de Zorrilla.

Al aparecer éste fué saludado con una salva de aplausos por todo el público que llenaba el local.

La comitiva iba precedida de reyes de armas, ricamente vestidos.

Zorrilla, despues de ocupar el sitial para él destinado, leyó unas poesías que fueron recibidas con atronadores aplausos.

Despues el señor duque de Rivas, entre numerosas aclamaciones y vítores, coronó al poeta, y el señor Lopez Muñoz, notable orador granadino, en un brillante y sentido discurso, hizo la apología del poeta, del acto en que se le premiaba, del arte y del sentimiento patrio, que no mueren nunca.

El señor Foronda, representando al emperador del Brasil, pronunció tambien un oportuno discurso, en el cual inclayó la carta que don Pedro de Alcántara dirige al poeta con motivo de la solemnidad.

Vista general de la Alhambra y de Sierra Nevada.—Entre las ciudades españolas Granada ha sido la más indicada para coronar al ilustre vate que en armoniosos ritmos ha hecho populares las leyendas de la Alhambra y los heróicos episodios de la reconquista, retratando el caballeresco carácter de los vencedores y de los vencidos. Allí, en aquella reina de los palacios, la más preciada joya de la arquitectura oriental; entre los alicatados arcos y primorosas columnas de sus patios, en donde se aspira el aroma de los mirtos, naranjos y laureles, bajo las cúpulas de sus suntuosos salones embalsamados con la fragancia de las flores de sus vecinos jardines, pudo el poeta impregnar su espíritu de poesía, y al retrotraer, con el poderoso esfuerzo de su imaginacion, á los héroes y caudillos que dejaron sus nombres escritos en los muros del alcázar, arrancar á su inspirada lira las más sentidas notas.

La arquitectura árabe, tan dura, severa é inflexible en todo lo que concernia á la fortificacion, murallas, puertas, castillos y alcazabas, manifestábase caprichosa, rica y fantástica en sus palacios. Por ende cada piedra, cada patio y cada cámara de la Alhambra guardan una leyenda y encierran una leccion para la historia del arte. La obra de El-Alhamar, cual si fuera la preciada corona de los monarcas nazaritas, recibió de cada uno de ellos una brillante presea, y creció en cada siglo, aumentando su esplendor en cada reinado.

Poco queda, sin embargo, de tanta belleza. Mutilada por Cárlos I, para emplazar su palacio, aun hoy no terminado, y abandonada á la accion lenta de los años y á los estremecimientos de la naturaleza, durante el largo período de la guerra de sucesion secáronse algunas de sus fuentes, agostáronse las flores de sus jardines y convirtiéronse en escombros varios de sus interesantes muros, hasta que renacida la calma, trataron los monarcas de la nueva dinastía de imitar á los últimos reyes de la Casa de Austria, evitando la total destruccion y la completa ruina del Alcázar.

Torre de San Lorenzo en el Albaicin de Granada.—Entre los vestigios que de la espléndida arquitectura musulmana han quedado en la hermosa ciudad del Darro y del Genil, ocupa distinguido puesto la torre de San Lorenzo, en el Albaicin. Así esta torre como la perspectiva que desde ella se descubre, ofrecen un carácter tan marcadamente arábigo, que, por poca fuerza de abstraccion que tenga el observador, se creerá transportado, no á una ciudad cristiana, sino á un pueblo habitado por la soñadora raza del falso Profeta.

Panteon de los Reyes Católicos en la catedral de Granada.—En esa misma Granada, que conserva orgullosa el palacio de sus vencidos monarcas, guarda tambien los restos de los Monarcas vencedores. Incrustada en los muros de la Catedral existe una capilla llamada de los Reyes, en la que descansan el sueño eterno Fernando de Aragon é Isabel de Castilla. El monumento es tan humilde como rico en recuerdos. Bajo sus modestas bóvedas yacen los que conquistaron á Granada, reunieron en un solo cetro dos reinos y juntaron dos mundos bajo una misma corona.

El interior de la capilla es completamente gótico y su planta afecta la forma de una cruz latina.

Los sepulcros, que ocupan el centro del crucero, son del Renacimiento. Fórmanlos una urna cuadrilonga y apiramidada, sobre cuya tapa hay las figuras yacentes de los Monarcas. En los ángulos de la tapa aparecen sentados los cuatro Doctores de la Iglesia, y en los de la urna cuatro esfinges. Los dos lados de los sepulcros están exornados con relieves. Llevan ambos reyes coronada la cabeza, vistiendo D. Fernando la férrea armadura.

En el mercado de flores.—Cuadro de Angel Dall'Oca.

Dama japonesa.—Cuadro de Eleuterio Pagliano.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Predicar en desierto y gobernar negativamente.—Cloacas permanentes.—La invasion flamenca y pornográfica.

Para satisfacer á la vindicta pública que reclamaba la represion de la pornografía en sus manifestaciones públicas, realizadas por los impresos y por el grabado, el gobierno liberalísimo ha hecho una hombrada: la de expedir una circular á los gobernadores.

El marqués de Vadillo en el Congreso le habia pedido obras en vez de las buenas palabras que dió el mixistro de la Gobernacion para corregir los excesos pornográficos, y las obras ya se han dado á luz.

Todas se reducen á un papel rubricado, que se mojó tan pronto como salió de las fábricas oficiales.

Con lo cual quiero decir y digo que en Madrid la pornografía continúa sin novedad en su robusta salud, y que los que trafican con sus erupciones asquerosas han hecho tanto caso de la circular del Gobierno como de las coplas de Calainos.

En los sitios más céntricos, en los cafés, en los paseos, en los teatros continúan las taifas de desarrapados granujas ofreciendo á la luz del dia y á las de la noche á toda clase de consumidores libros, periódicos y estampas obscenas, pregonándolas á grito herido.

Pero con tal cinismo, con tal impudencia, que no parece sino que lo hacen adrede para demostrar que los mandatos de los gobiernos liberales les entran á los pueblos por un oido y les salen por otro.

Hay tanto de chocarrero y de triste en el papel de un gobierno que hace así la triste figura, que no se puede ponerlo en solfa sin echarse á llorar de indignacion.

Porque eso de ver á un gobierno desobedecido en mitad de la calle, burlado, menospreciado por la hez de las humanas criaturas, por la canalla que se expresa en bestia al traficar con el público pudor, es todo un espectáculo del género libre que resulta tan abominable como la misma pornografía.

La teoría del no gobierno de Proudhon, aquel ideal demoníaco que se expresa con las frases cuasi sacramentales de la bestialidad demagógica, «nadie manda, nadie obedece,» ha llegado á ser la realidad más práctica del tiempo presente.

Ser gobierno para no gobernar, es ser cualquier cosa.

Mandar para que no se obedezca, es faena digna del que así la nieve.

Si los pueblos mirasen el sistema parlamentario desde estos puntos de vista, caerían de la burra liberal y se avergonzarian de ser llevados como por el ronzal á postrarse á los piés de un ídolo del que se mofan los más desfachatados bigardos.

Pero estamos condenados á presenciar el sacrificio de todos los pudores.

Y es que el pudor, privado y público, no cabe dentro de un sistema que todo se vuelve estómago.

Si hubiéramos de recordar todo lo bueno que se manda y no se cumple seria el cuento de nunca acabar.

Se mandó perseguir el juego, y el juego permanece incólume, persiguiendo la paz, la ventura, el bienestar de las familias.

Se mandó cerrar los cafés de cante, centros de vicio y de crímen ó especies de claustros maternos de donde salen engendros tan lucidos como el homicidio, el robo y la prostitucion; y los cafés de cante siguen abiertos.

¡Qué proceso el del crímen de la calle de Fuencarral!

¿Quién se olvida de aquel desfile de tipos que pasaron delante de los tribunales, rebosando lodo, vino y sangre, y poniendo de relieve un organismo social cubierto de lepras pestilenciales?

La pintura del imperio de Monipodio se quedó tamañita ante la realidad de aquellas hordas de bribones y mujerzuelas que de la vida flamenca no pueden sacar aptitudes más que para la vida del establo.

Y todo aquel cieno, amasado con sangre, salió de los cafés de cante, especies de pozos negros donde se acumula todo el estiércol de la cuadra social.

A raíz de aquel tremendo crímen, el gobierno progresista se dispuso á sanearlos y fumigarlos, en vez de ararlos y sembrarlos de sal, y rubricó otra circular contra ellos, en que se establecian reglas para impedir que la crápula desarrollara en tales cloacas sus hediondeces.

No se invocaban en aquel documento, salido del chirumen de Moret, los principios eternos de moral y de decencia, ni el temor de Dios, ni los sentimientos de justicia para cerrar aquellos basureros pornográficos: invocábanse sólo principios urbanos, destinados á garantir la tranquilidad y el reposo de los convecinos de tales burdeles, y... así salió la cosa.

Todavía está por ver que un gobernador, que un alcalde de barrio, que un agente de órden público, en fin, que una autoridad liberal haya tomado en sério aquel papel ministerial y se haya *propasado* á echar la llave á una de esas zahurdas.

Y otro tanto sucederá con el último papel, que, segun dicen los periódicos, ha salido de los talleres legislativos.

Porque ya se verá que si para algo sirve es para empapelar al sentido moral y al sentido comun.

Y para emplumarlos, por añadidura.

Y mientras pierde así el tiempo el brazo de la moral pública, descansando como en un cabestrillo, lo pornográfico, lo obsceno, lo flamenco, lo cochino, cunden como la mancha de aceite.

Hemos enviado á París no sé cuántos trenes llenos de toreros y de chulapos, que han sido allí acribillados á patatazos y á silbos, y aquí no se conoce la falta de aquellas manadas.

Hemos enviado tambien no sé cuántas expediciones de *cantaoras*, *bailaoras* y borrachas de primera magnitud, que harán allí el papel del oso, y como si tal cosa, pues han quedado aquí verdaderas miríadas de tales cucarachas.

Y es que la invasion flamenca se lo lleva todo de calle.

Se entró por los salones como Pedro por su casa, y ha concluido por inundar hasta la mismísima representacion nacional, templo de las leyes.

En este recinto, que los liberales llaman augusto, las costumbres de la flamenquería han tomado ya carta de naturaleza, y así hemos visto que se han enarbolado en él los bastones para romper los huesos de sus abigarrados sacerdotes-

La lengua flamenca y pornográfica ha tomado parte en sus tumultos, y los dicterios de las tabernas, las interjecciones de los ventorros, han resonado en él como en cualquiera de las *juergas* más vinosas al uso.

Todos los hombres relativamente sérios, porque en absoluto parece imposible que los haya, dicen, parodiando al concejal de marras, el señor de las tres jotas, que hace falta barrer, pero barrer mucho.

Y se equivocan de medio á medio, porque lo que aquí hace falta no es sólo barrer, sino fregar.

Lo peor es que la decadencia nacional, cada dia más anémica y enervada, no tiene ya fuerzas para sostener en las manos ni una escoba ni un estropajo.

Y esa es la espantosa realidad.

Que nos vamos quedando ya ni para un fregado, ni para un barrido.

LUPERCIO.

Madrid, 16 de Julio.

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA ESCLAVITUD

Una institucion existe en la Historia que oprime el corazon de angustia y hace brotar de la conciencia un fuerte grito de indignacion santa, como protesta contra su inhumana existencia. La Esclavitud es la más profunda violacion de la dignidad personal, y á la vez encierra en sí una de las cuestiones que más pueden excitar la curiosidad de la ciencia é interesar los sentimientos del corazon.

Los sabios de todos tiempos han tratado de ella con marcado interés. Por su importancia social llamó la atencion del legislador y del jurisconsulto. La Santa Sede ha mostrado siempre especial cariño para con sus desgraciadas víctimas; y aún hoy mismo proyecta celebrar un Congreso internacional para arrancarle el último soplo de vida. ¿Qué más? La misma Vírgen dejó por un momento el trono que en las regiones celestiales ocupa como Reina y Emperatriz de cielos y tierra para libertar á sus amados hijos los esclavos.

En todas las sociedades antiguas la encontramos ya establecida y reconocida, viniendo á constituir, como dice Lafuente, su base y vicio radical. Y aun aquella legislacion á que se ha dado el dictado honroso de razon escrita dicta reglas sobre la misma. Pero ¿cómo habia de ser posible, como dice Mainz, crear un sistema racional ó solamente lógico en la forma tratándose de una materia tan contraria á la razon humana y á la naturaleza misma? Por esto la teoría de la Esclavitud no deja de contener un número de reglas puramente arbitrarias y está lejos de ofrecer un conjunto consecuente y lógico; pues la naturaleza no hace á los hombres unos libres y otros esclavos, sino todos libres: por esto la esclavitud es una institucion contra naturaleza, *contra naturam*, como dicen los mismos jurisconsultos romanos por boca de Modestino cuando el Derecho se ligó completamente con la Filosofía.

En favor de la Esclavitud se invocó un pretendido derecho de gentes; pero no un derecho de gentes en aquel recto sentido con que lo define el jurisconsulto romano, esto es, el que la razon natural ha establecido entre todos los hombres; sino en el otro de: admitido universalmente entre los pueblos; confundiendo el enemigo á mano armada en el campo de batalla con aquel que vencido depone las armas y se constituye prisionero de guerra. Aristóteles en apoyo de esta causa dice que las cosas tomadas en la guerra son del que las toma, pero esto es diferente de hacer esclavos. Véase lo que Pirro, rey de los epirotas, dijo cuando en socorro de los tarentinos pasó á Italia contra los romanos: tratando con él del rescate de los cautivos, se los dió libremente diciendo que no trataba la guerra como bodegonero por interés, sino para ver á quién daba Dios el señorio universal de todo. Juzgóse gran beneficio el que los vencedores les conservaran la vida haciéndoles esclavos: de ahí su nombre *servi*, siervo, de *servare*, conservar.

Bajo muchos puntos de vista y por cierto muy importantes puede atacarse esta institucion; entre otros bajo el punto de vista del origen que comunmente se le asigna, qué pueblos la han combatido y cuáles la han defendido, y los efectos que ha producido siempre.

Al crear Dios al hombre le dió con toda su perfeccion una hermosa cualidad que le distingue de todos los demás seres: la dignidad personal. Y decimos con toda su perfeccion porque perfecta era en un principio la ordenacion del hombre á la verdad y á la virtud. Por esto Dante pudo decir:

Questa natura al suo Fattore unita
Qual fu creata, fu sincera e buona.

Pero la seductora serpiente engaña á la débil y ambiciosa mujer, y ésta induce á pecar con gran facilidad á Adan: pues si á una serpiente le es fácil engañar á una mujer, mucho más fácil habia de ser á ésta engañar al hombre. Con la primera culpa, pues, viene el predominio de los sentidos sobre la razon, de las pasiones sobre la voluntad. «Así el mundo pagano, que por lo que de pagano tenia recogia aquella triste herencia, debia ser una sociedad cuyo carácter general consistiese en no conocer otro fin que el bienestar terreno. En una palabra, el alma del paganismo es el naturalismo. De aquí que viniese primero el politeismo, despues el ateismo. Perdida la idea de Dios nada más lógico en el hombre que ser voluptuoso, vengativo, soberbio. Voluptuoso, porque quitado el sumo bien debia buscar la felicidad en las criaturas; vengativo, porque si de un lado era capaz de conocer la injusticia, no veia de otro á quien correspondiere castigarla fuera de sí mismo; soberbio, porque quitado el primer sér quedaba el hombre dueño de sí. Con esta orgullosa apoteosis de sí propio dió el hombre dos pasos, colocándose en lugar de la ley racional, de Dios.» Todos estos vicios inherentes á la sociedad pagana fueron, segun el ilustre P. Prisco, las verdaderas causas intrínsecas que introdujeron la Esclavitud.

San Agustin lucha para encontrar el origen de tamaña ignominia, y no hallándole en la naturaleza del hombre, lo busca en el pecado, en la maldicion. Los primeros justos, dice, fueron más bien constituidos pastores de ganados que no reyes de hombres, dándonos Dios á entender con esto lo que pedia el órden de las criaturas, lo que exigia la pena del pecado, pues que la condicion de la servidumbre fué con razon impuesta al pecador: por esto no encontramos en las Escrituras la palabra siervo hasta que el justo Noé la arrojó como un castigo sobre su hijo culpable. De lo que se sigue que este nombre vino de la culpa, no de la naturaleza.

Al cabo de ocho siglos vemos reproducidas estas doctrinas por otra de las lumbreras más resplandecientes de la Iglesia católica: santo Tomás de Aquino; no acertando á explicársela de otro modo que considerándola como una plaga acarreada á la humanidad por el pecado del primer hombre.

Lamennais ha explicado su origen por medio de la siguiente alegoría. Habia en otro tiempo, dice, un hombre malo y maldito del cielo: este hombre era fuerte y aborrecia el trabajo, y díjose para sí: «¿De qué modo me compondré? Si no trabajo me moriré; el trabajo me es insoportable.» Entonces se le ocurrió un pensamiento; salió de noche, cogió á varios de sus hermanos mientras dormian, y los cargó de cadenas. «Yo les obligaré, decia, á fuerza de azotes á trabajar por mí, y comeré el fruto de sus trabajos.» Hizo lo que habia pensado, y otros viendo ésto hicieron otro tanto. Desde aquel momento ya no hubo hermanos, sino señores y esclavos.

Así, pues, una institucion que tiene por origen el pecado no puede ser buena, pues como dice un sabio, así como el bien sólo puede producir bien, el mal por el contrario sólo puede producir mal. Y esta es la verdad.

Si queremos observar ahora qué pueblos la han defendido, qué pueblos la han atacado, podemos aplicar con razon á la cuestion presente aquella hermosa distincion del Marqués de Valdegamas: pueblos de allende la Cruz, y pueblos de aquende la Cruz. Así como aquellos la reconocen y aumentan, éstos la combaten y aniquilan, aquellos la aman, éstos la odian y luchan sin tregua para que desaparezca. Prueba de los últimos son los congresos que en varias naciones europeas se han celebrado, bastando el llamamiento de un ilustre purpurado de la santa Iglesia católica para que los pueblos acudan con ardor á prestarle su generosa proteccion y decidido apoyo.

No quiere decir esto que no hayan existido excepciones, particularmente en estos últimos tiempos; pues economistas ha habido que han patrocinado tan perniciosa institucion queriéndose valer para su defensa de la misma ciencia económica. Pero examínese el estado económico de los pueblos esclavistas, procúrese buscar con afan sus más necesarias reformas, y veráse que la abolicion será siempre *la más preciosa y la más urgente*, como declararon los representantes de los Ayuntamientos de Puerto-Rico llamados por el Gobierno á la junta de informacion creada hace algunos años.

Hay más. En el terreno de la ciencia económica, áun en el más bajo y más accesible del interés corriente y de la vulgar conveniencia, ¿quién niega hoy que la condicion primera del trabajo es la libertad, su mejor regulador la propia conciencia, y su estímulo más poderoso el interés personal? ¿Acaso hay aún entre los mismos esclavistas quien se oponga á la idea de que los progresos de la industria y el desenvolvimiento de la riqueza en Europa coinciden (si no tienen la relacion de efecto ó causa) con la sucesiva desaparicion de las leyes y costumbres que esclavizaban el trabajo y con la transformacion del ilota en esclavo, del esclavo en siervo, del siervo en aprendiz, del aprendiz en proletario y del proletario en obrero? ¿Hay por ventura quien discuta que la tranquilidad y el porvenir que ofrecen los pueblos en que la libertad del trabajo impera son infinitamente superiores á los de aquellos otros en que la presencia del mayoral, el chasquido del látigo y el lento y receloso andar del esclavo turban la tranquilidad de una naturaleza cantada por los pájaros?

Por fin; todo lo que la Moral condena en nombre de la ley superior debe condenarlo tambien la Economía, y si esta ciencia aceptase la Esclavitud por razon de un interés económico, habria de ceder ante dicha ley superior.

¿Y cuáles han sido en conclusion sus efectos? La Esclavitud fué la violacion más profunda del derecho originario que tiene el hombre á que sea reconocida su dignidad personal, y que repugna sobremanera á sus generosos sentimientos de fraternidad y amor. Y ¿cuáles son las excelencias de esa dignidad personal?

¿qué es el hombre? ¿qué dignidad tiene? El hombre es la más admirable obra de Dios. En él, dice Perez de Oliva, veo la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, que en la fuerza de los elementos y que en todo el órden del universo. Pero más veo en él, continúa; veo en espejo claro el mismo ser de Dios y los altos secretos de su Trinidad. Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, ya que puesto en tal contemplacion dijo Trimejisto que gran milagro era el hombre donde cosas grandes se veian. La Sagrada Escritura refiere que al crear Dios al hombre dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Así declaró ser obra de las tres Personas la creacion del hombre. Sabidas son aquellas hermosas palabras: *Minuisti eum paulo minus ab Angelis, gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum*; y las no menos bellas: *Omnia subjecisti sub pedibus ejus, oves et foves universas, insuper et pecora campi*, que se leen en los cantares de Davjd.

Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, despues de hecho el edificio, mandaban poner su imágen esculpida en medio de la ciudad para que con ella reconociese al fundador. Así despues de haber hecho la gran fábrica del mundo puso Dios al hombre en la tierra para que con tal imágen se pudiese conocer que lo habia fabricado.

Esta es la grande estima que ha hecho Dios del hombre. A esa hermosa altura elevó Dios su dignidad. Bien dijo un autor célebre, al querernos dar un concepto claro y conciso de la Esclavitud, que fué la más profunda violacion de la dignidad personal!

Y no sólo se violó la dignidad del esclavo, sino que se le equiparó al bruto, y la ley vino á recargar la mano usando de un lenguaje que no puede leerse sin indignacion; y él se veía precisado á obedecer, no en fuerza de motivos superiores, sino porque cual caballo era regido por el freno. ¿Cómo puede, pues, dice el insigne Balmes, causar extrañeza si aquellos infelices abrevados de infortunio y de ignominia abrigaban en su pecho aquel hondo y concentrado rencor, aquella virulenta saña, aquella terrible sed de venganza, que á la primera oportunidad reventaba con explosion espantosa? El horroroso degüello de Tiro, ejemplo y terror del universo, las repetidas sublevaciones de los Penestas en Tesalia, de los ilotas en Lacedemonia, las defecciones de los de Chio y Atenas, la insurreccion acaudillada por Herdonio y el terror causado por ella á todas las familias de Roma, las sangrientas escenas, la tenaz y desesperada resistencia de las huestes de Espartaco, ¿qué eran sino el resultado del sistema de violencia, de ultraje y desprecio con que se trataba á los esclavos?

Estos y no otros han sido los frutos que la esclavitud ha producido en todos tiempos y lugares; y si por el fruto se conoce el árbol, como dice Jesucristo, desechémosla y aborrezcámosla, combatiéndola con todas nuestras fuerzas, seguros de que obrando así prestaremos por una parte un gran beneficio á la humanidad y ayudaremos por otra á nuestra santa Madre la Iglesia en la colosal obra de la abolicion, por la cual ha merecido, merece y merecerá siempre las alabanzas de todos los pueblos civilizados.

RAMÓN ALBÓ Y MARTÍ.

A GRANADA

(Poesía de D. José Zorrilla con ocasion de las fiestas de su coronacion.)

Ille ego qui quondam...

I

Yo soy aquel de entonces, el trovador romántico,
el que en tu prez á miles sus versos prodigó:
y acorde con aquellos va á ser mi último cántico.
¿Por qué de lo que he sido renegaria yo?
Mas, quién soy yo? ¡Un poeta! Pero eso, qué es? Pues... nada.
No está clasificado su indefinible sér:
yo soy el vuestro, el viejo poeta de Granada;
y pues me honrais..., vosotros quién soy debeis saber.
Yo sé de mi lo incierto, lo vago, lo inseguro,
lo imaginario y fútil, lo sin razon ni pié:
todo eso en que se amasa la forma: un pozo oscuro,
do en ver se empeñan todos lo que ninguno ve.
Para unos el poeta del pueblo es maravilla;
para otros, un inútil parásito holgazan;
y nimbo aquí de gloria, y allá tal vez mancilla,
por todos anda puesto del precipicio á orilla,
y de algo inverosímil reputacion le dan.
La mia es un conjunto de absurdos y de antojos
creados y creidos por el favor vulgar:
un aluvion de versos que dan placer y enojos,
un haz de pocas flores entre un millar de abrojos,
que echadas entre el pueblo me han hecho popular.
Mas ¿quién soy yo en mi patria? ¿En dónde tengo arraigo?
¿en dónde me encasilla su escalafon social?
á su social progreso ¿qué bien? ¿qué mision traigo?
No sé... tan alto subo como afondado caigo.
¿Quién sabe ya qué puesto me asigna cada cual?
Broté en un cementerio, cual flor de jaramago,
parásito en sus tapias y de sus tumbas flor;
cogióme un torbellino, me echó en el viento vago,
me transformó en alondra... y yo aspiré á condor.
¿Fué aspiracion legítima y anhelos justos fueron?
No sé; mas como el pájaro, con alas me sentí;
volé... y volé... y volando las alas me crecieron,
y di la vuelta al mundo, y he vuelto... y héme aquí.
Cantando de Granada las glorias he vivido;
glorifiqué su nombre por donde quier que fuí;
y hoy, cual la golondrina leal que vuelve al nido,
como me fuí cantándola, cantándola volví.
¡Señor, sostén del mundo, Dios bueno y compasivo,
que incólume me guardas de ruin decrepitud,
sostenme hoy á Granada, porque me vuelves vivo,
para elevarla un himno de inmensa gratitud!
Sus hijos de mis versos y amor en recompensa,
me dan tan excesivo y excelso galardon,
que tal honor me espanta y el corazon me prensa;
los viejos le tenemos sujeto á la razon.
Y está la fe ante todo de mi conciencia honrada,
y lo que en ella guardo me importa haceros ver.
Oid: cuando cantaba las glorias de Granada,
enamorado de ella, ¿qué menos pude hacer?
Mas ni pedila nunca, ni á mí me debe nada,
ni por mi vuelta ahora, ni por mi amor ayer.
Hoy vuelvo..., pero vuelvo llamado y sometido
á tan difícil, árduo y escepcional papel,
que ante él debo decirles á los que me han traido:
«Me habeis este escenario vosotros prevenido.
Sois, pues, los responsables de lo que yo haga en él.
Tan grande apoteosis no se hace á ningun vivo;
soberbio quien la acepte, par es de Satanás,
y el pueblo que le ensalce le humillará agresivo:
no á mí; que ni la ansiaba, ni la acepté jamás.
Absorto aquí conmigo de lo que haceis me espanto;
yo vengo agradecido y á vuestro antojo aquí.
¿Me coronais? La excelsa coronacion aguanto;
pero tened presente que no aspiré yo á tanto,
vosotros dareis cuenta de lo que haceis de mí.»

II

Poetas que á Granada venis en honor mio,
amigos exaltados del viejo trovador,
ociosos, destemplados con el calor y el frio
y hostiles á quien se honra por algo superior,
curiosos de alma cándida ó espíritu bravío...
no me tengais envidia ni me guardeis rencor,
porque ni pujos tuve jamás de señorío,
ni ya me queda tiempo de hacer el gran señor.
No aspiro yo á erigirme la Alhambra en Capitolio
ni cobro de rey humos por tal coronacion;
ni mi dosel de flores cambiar pretendo en solio,
ni que por rey me tome del vulgo el gran monton.
El humo de la gloria no aturde mi cabeza:
si en mí hay virtud alguna, si hay algo grande en mí,
es que en mi vida pude creer en mi grandeza,
y que la grande sombra que proyecté no ví.
¡No á fe! porque yo mismo mi sombra ver no pude,
de cara al sol marchando constante hácia la luz;
y si hoy á esta asamblea mi gratitud acude,
es, Capitolio ó Gólgota, para que aquí me escude
bajo el pendon de España la sombra de la Cruz.
Cristiano y caballero, como español sin tacha,
canté la fe y las glorias que en mi nacion hallé;
pasé del torbellino del siglo en una racha;
de mucho que dí á muchos no guardo ni una hilacha;
yo no he vendido nunca mi pluma ni mi fe.
Sé poco, mas ví mucho: y en mis tan largos dias
he visto mil infamias, mil viles felonías
á muchas glorias falsas sirviendo de blason,
del viejo la experiencia no creia en tonterías;
hoy mis creencias viejas son viejas niñerías;
hoy veo tierra, gentes y cosas como son.
A errar predestinado nací sin duda alguna;
tal vez no tuve nunca ni medios para el bien,
ni para el mal alientos; la gloria, la fortuna
miré y cuanto produje con sin igual desden.
De gloria, placer y oro corrió á mis piés un rio:
de España he sido asombro, su pueblo me adoró;
el mundo pudo un dia, y aun hoy tal vez, ser mio,
y osar pudiendo á todo, á todo he dicho: «No.»
No sé, ni saber quiero, si la ovacion merezco;
la sufro agradecido con mucha sumision;
y aunque me halaga el triunfo, ni de él me ensoberbezco,
ni gratitud en frases estériles ofrezco:
mi fe no está en mi lengua, está en mi corazon.
A mí no me alucina tal ovacion, me asombra:
si hoy llevo esta corona con la que andar no sé,
mañana ya sin ella me volveré á la sombra
de mi rincon, ya solo, sin vanidad y á pié.

III

Mas Dios marcó mis horas: ya mi alma que está alerta,
tras mí la muerte siente: mi tumba está ya abierta;
mis fuerzas aniquilan la trémula vejez;
mi inteligencia ofusca su cerrazon incierta;
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estais mi voz oyendo por la postrera vez.
¡Adios, ciudad bendita, por mí tan decantada;
adios, pueblos que á oirme de mí venis en pos;
adios, hijos bizarros de la ciudad sagrada;
adios, hijas alegres de la gentil Granada...!
Quien de la nada vino se vuelve ya á la nada:
voy por mis viejos versos á que me juzgue Dios!

ZORRILLA POETA CATÓLICO

(FRAGMENTO DEL PRÓLOGO DE SU POEMA RELIGIOSO MARÍA)

«Yo he escrito este libro bajo la inspiracion espontánea de una devocion sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fe pura y sencilla del Evangelio. Hé aquí una confesion que el siglo sabio afectará oirme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilizacion, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mofa á la despreocupacion, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado á adorar para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida á un monstruo que ha esclavizado á su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo á un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por temor pueril del ridículo, quimera que sólo existe en su imaginacion asustadiza, cuando en su conciencia y en su experiencia está plenamente convencido de que sin fe, sin creencias, sin religion, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilizacion, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sabio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

»¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos ó las devociones de la religion en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar á la soledad de la alcoba las

demostraciones de una fe, á la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningun pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; sólo los católicos, en estos últimos años, parece que nos proponemos dar á entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones exteriores de la fe que profesamos: como si las ciencias, la civilizacion y el progreso social estuviesen en contradiccion con Jesucristo, Apóstol y mártir de la igualdad, cuya religion hace libres á los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio ó de la esclavitud. El sabio incrédulo que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creacion, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movible tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan á verdear, busca en su corazon el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos más terribles con que ésta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor Supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracan, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios, que puede salvarle de la muerte próxima y enviar á su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sabio razonador y el incrédulo filósofo invocan el nombre de María con todo el fervor de que son capaces cuando ven á los marineros del buque en que navegan abandonar su casco maltratado á la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando á gritos á la Madre del Redentor entre los rugidos del trueno y á la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven abrírseles á cada momento entre olas espumosas que se desgarran bajo sus piés, como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

»Si la ciencia, pues, y la despreocupacion tienen al fin que acudir con espanto á la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba, ¿por qué yo, más cuerdo y más osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazon el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso y las mundanas tribulaciones?

»Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaría un dia en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados; volvia mis ojos arrasados de lágrimas á la imagen de María, invocando su auxilio para que me ayudase á conseguir una gloria profana, que era la ambicion de mi juventud y por la que hubiera dado entonces la mitad de los dias que me restaban que vivir.—Si yo lograse (decia yo á la Vírgen en mi infantil desvarío), si yo lograse un gran renombre que me diera crédito para con mi nacion, yo cantaría tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaría sobre la atencion de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes á la de un rio fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.

»¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambicion del niño, para que el hombre cumpla á su vez la oferta que hizo el niño á su divina Madre?

»Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicacion á los que tienen fe religiosa.»

INTRODUCCION AL POEMA *MARIA*

Voy á contaros la divina historia
de una mujer á quien el alma mia
adora, y de quien son nombre y memoria
objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
no se aparta de mi noche y dia
su casta imágen: mi pasion, mi dueño,
con ella vivo, con su imágen sueño.

Templo es mi corazon en donde mora;
la conocí y la amé desde tan niño,
que de mi infancia dividí la aurora
entre mi madre y ella mi cariño.
Su imágen tuve en mi primera hora
enfrente de mi cuna: el desaliño
del lecho maternal me la dejaba
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fue el primero que mi labio
aprendió á balbucir: nombre tan suave,
que se le hiciera al compararle agravio
al són del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del universo sabio
otro más dulce componer no sabe;
porque es su nombre bálsamo que calma
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

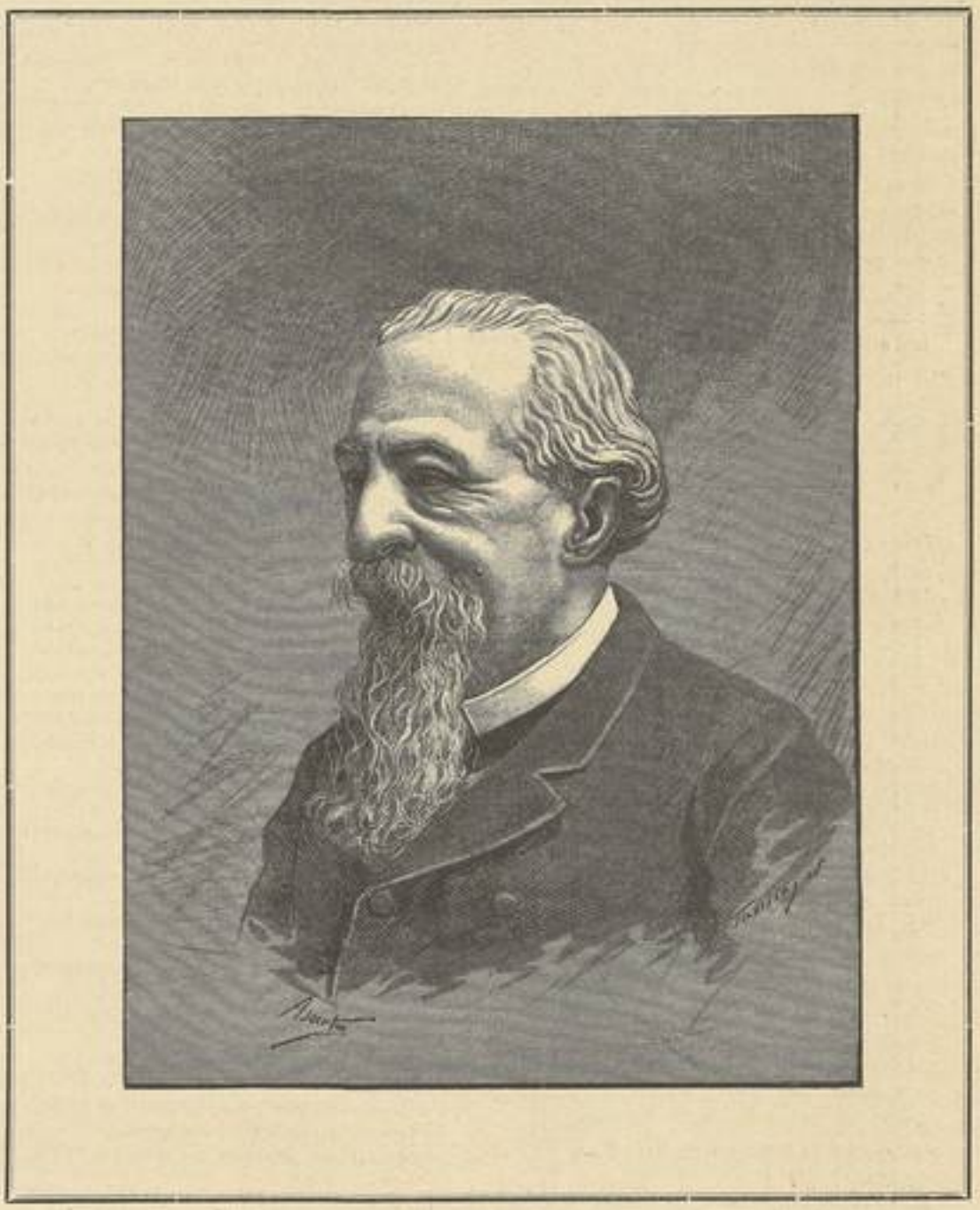
La tierra al despertarse le murmura
percibiendo la luz del nuevo dia;
vaga en tinieblas de la noche oscura;
reposa en un rincon del alma mia.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
le bendigo en mis horas de alegría;
tres veces cada sol mi fé cristiana
le oye del sacro templo en la campana.

Al oir ese nombre soberano,
Satán huyendo amedrentado ruge
y el alma suelta que apresó su mano;
el mar se adueerme, que soberbio muge;
tornase el huracan aire liviano;
espira el trueno, que rodando cruge;
se disipa en la atmósfera la peste,
y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
sabe ya que le adoro: yo le he escrito
mil veces en mis versos y le quiero
escribir otras mil. Nombre bendito,
luz de mi fé, de mi placer venero,
quiero que halle en mi voz eco infinito,
quiero que dure más que mi memoria,
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
para que el polvo de mi ser reciba
sobre la piedra funeral se grabe;
quiero que el dedo del amor le escriba
sobre mi corazon para que lave
con su pureza mi maldad nativa;
porque la tierra, á su vital contacto,
deje por él mi corazon intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mia,
celebrar á la faz del universo



D. JOSÉ ZORRILLA

de este nombre la santa poesía,
con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
de este glorioso nombre, y que disperso
por sus espacios mi cantar resuene,
y que su nombre el universo llene.

Azucenas de Abril, dad á mi aliento,
al pronunciar su nombre, vuestro aroma;
auras de la arboleda, el suave acento
dadme del ruiseñor y la paloma,
en palabra al tornar mi pensamiento;
plantas donde su miel la abeja toma,
dadme de vuestros jugos la dulzura
al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad á su nombre terrenales
cantares y profanas relaciones;
desvaneceos, vientos mundanales
que embraveceis el mar de las pasiones;
venid á oirme, y preparad, mortales,
á la luz y al placer los corazones,
porque en verdad os digo que es su historia
más grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creeis que existe
otro mundo mejor que nuestro mundo;
venid, los que buscais la sombra triste
del solitario altar, en lo profundo
del templo abandonado, que resiste
al vendaval del siglo furibundo;
venid y os bañaréis en la ambrosía
del dulcísimo nombre de María.

María, emanacion del puro aliento
del infinito Creador; María,
augusta emperatriz del firmamento,
gozo del triste, del perdido guía,
madre buena del huérfano, alimento
del alma casta, luz que en la agonía
más allá del sepulcro, en lontananza
alumbra la region de la esperanza.

María, arca sellada, guardadora
del tesoro inmortal de la clemencia
de Dios; sér de su sér, fe del que era,
santuario del pudor, de la inocencia
pabellon perfumado, sombreadora
palma triunfal del Gólgota, excelencia
de los mundos creados, poesía
del Paraíso, y gérmen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,
tal es el nombre y la mujer que adoro;
yo me prosterno ante su nombre santo,
y á la Señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
que nada soy para quien es no ignoro;
mas me infundió mi madre su cariño
y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!
voy á ser el cantor de tu existencia,
mas tus ojos alumbran el Oriente,
los astros de placer á tu presencia
tiemblan, corona el sol tu régia frente,
calza tus piés la luna, tu excelencia
no alcanza á comprender la criatura.....
¿qué ha de decir de tí mi lengua impura?

Tú, empero, inspiracion vendrás á darme
para hablar de tu gloria soberana;
tú me darás vigor para elevarme
sobre el torbion de la impiedad mundana;
tú vendrás con tu manto á cobijarme
cuando al morir me den tumba cristiana,
y yo á tus piés invocaré tu nombre,
libre al partir de la mansion del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,
y Dios mi fe para cantar me ha dado
gigante voz y corazon altivo;
el siglo, pues, me escuchará asombrado
cantar la fe de mi país nativo,
tal vez por su tormenta arrebatado,
más de la fe de mis creencias lleno,
con firme voz y corazon sereno.

José Zorrilla.

CARTA DE VENECIA

(CON MOTIVO DE LA CORONACION DE ZORRILLA)

Los que han tenido el honor de conocer íntimamente á D. Cárlos, al D. Cárlos verdadero, tal como Dios le hizo y no como le fingen la ignorancia, el despecho ó la envidia, saben de sobra su ardiente admiracion por las glorias nacionales, y todos ellos, sean amigos ó enemigos, comprenderán el entusiasmo cón que habrá asistido desde el fondo de su destierro á las imponentes fiestas celebradas en Granada para la coronacion de Zorrilla.

Bastaba el lustre extraordinario dado á las letras patrias en nuestro siglo por el insigne vate para que el Duque de Madrid se asociara con toda su alma á esos festejos, felicitándose de que haya sido precisamente un carlista, y carlista tan probado y tan consecuente como D. Carlos Calderon, quien haya tenido la dicha de ofrecer alojamiento al gran poeta en esta solemne circunstancia.

Pero prescindiendo de ese sentimiento de legítimo orgullo nacional, hay razones particulares que conservan por herencia, si así puede decirse, vivo el cariño de la Familia Real proscrita hácia el cantor insuperable de *María* y de *Granada*.

No me refiero á la filiacion católica y legitimista del Sr. Zorrilla; aludo á recuerdos más personales todavía: al afecto que unió desde la infancia al Conde de Montemolín con el poeta coronado en Granada.

Educado con los hijos de Carlos V, el entusiasta corazon de nuestro gran artista fué siempre fiel á los recuerdos de su infancia.

De ello da elocuente testimonio un lujoso ejemplar del poema *Granada*, edicion de Pillet (la primera segun creo), que se conserva preciosamente en la biblioteca del palacio Loredán, y que está enriquecido con la siguiente dedicatoria autógrafa al señor Conde de Montemolín:

«Serenísimo Señor: Los recuerdos de la niñez son indelebles. Educado yo en el Real Seminario de Nobles de Madrid, conservo la memoria de V. A. R. entre mis recuerdos de niño, y halaga mi amor propio el título de condiscípulo de V. A. R. Por si en los revueltos dias del siglo que alcanzamos pueden servir de consuelo á V. A. R. los cantos de un poeta que celebra la fe y la gloria de su patria, me atrevo á ofrecer á V. A. R. un ejemplar de mi poema de Granada. Si el influjo de sus versos aligera la lentitud de algunas horas de la vida de V. A. R. y procura al autor un recuerdo grato en su corazon, me consideraré suficientemente recompensado con el honor de haber existido unos momentos en la memoria de V. A. R.

»París, Diciembre 8 de 1852.—A los reales piés de V. A. R., *José Zorrilla*.»

El recuerdo que modestamente solicitaba el poeta de *Al-hamar el Nazarita* del señor conde Montemolín, persiste impregnado de afectuosa admiracion en el ánimo de su augusto heredero, el Duque de Madrid, quien conserva este ejemplar del poema *Granada* como una verdadera joya de su biblioteca.

Veinticuatro años habian transcurrido desde la impresion del admirable poema oriental.

Corrian los primeros dias del mes de Marzo de 1876, y en la vertiente francesa de los Pirineos, en la estacion de Orthez, hallábase formado, pié á tierra, un brillantísimo escuadron carlista.

Era el escuadron del Real Cuerpo de Guardias á caballo, modelo de disciplina y de pundonor, constante y fidelísima escolta de D. Carlos, que en Lácar vestia su elegante uniforme, y que, conservando su mando supremo, le habia dado por jefes inmediatos á los oficiales de su mayor confianza: el marqués de Vallecerrato, coronel; D. Manuel de la Cruz, teniente coronel; D. Isidro García, comandante.

El escuadron, despues de la desgarradora despedida de Mauleon, esperaba en Orthez la formacion de un tren especial que debia conducirle á su depósito de Mont-de-Marsán directamente, sin pararse más que una sola vez á mitad del camino, casi en despoblado, para tomar agua la locomotora.

Caía la tarde al llegar á aquella etapa forzosa, una tarde desapacible y triste, en que la primavera se anunciaba ya con lo pesado de la temperatura, mientras que el invierno se despedia con ráfagas pertinaces de lluvia.

Los oficiales, envueltos en sus largos capotes, dormitaban en el fondo de los vagones, descansando de las marchas forzadas que les habian impuesto las autoridades francesas desde los Alduídes hasta Orthez, sin más que breves paradas en Mauleón y en Navarreux, cuando todos fueron sacudidos de su somnolencia por una vibrante y simpática voz que gritaba: «¡Españoles, aquí hay un paisano!»

Abrióse la portezuela del vagon más inmediato, que iba ocupado por el distinguido médico del escuadron, D. Ildefonso Muñiz Blanco, y por los bizarros oficiales señores Espejo, Carrasco y Romero, y todas las manos estrecharon con efusion las que, subido en el estribo del coche, alargaba un desconocido de penetrante y franca mirada, y que por lo enérgico de sus ademanes y el corte de su bigote y perilla, entre oro y plata, tomaron al principio por un militar, hasta que él mismo los sacó de su error exclamando: «Soy José Zorrilla; sé lo que pasa por corazones españoles cuando se alejan de aquella tierra bendita, y más en las circunstancias de Vds., y al saber que debian pararse aquí he querido venir á estrecharles la mano, y mi mujer no habia de dejarme solo, pues es más que española: es aragonesa.»

En efecto: al lado del gran poeta apareció una señora de distinguido aspecto y dulce expresion, que unió sus frases afectuosas á las de su marido.

Ni creo que el Sr. Zorrilla se haya mezclado nunca en política, ni en aquellos harto breves instantes de efusion salieron de sus labios palabras ni de aplauso ni de censura á nuestra causa. Allí no habia hombres de partido. Habia un gran artista enamorado de todo lo bello, cantor incomparable de todo lo poético, que saludaba con emocion instintiva el valor, la fidelidad, el desinterés, la entereza de la desgracia inmerecida, y la juventud como corona que realzaba todas aquellas hermosas cualidades.

Pocos minutos duró el alto; pero mientras los recodos del camino lo permitieron, todas aquellas marciales cabezas, agolpadas en las ventanillas, enviaban á España un último intenso adios en la persona de uno de sus más insignes hijos.

Y á la verdad que eran dignos de comprenderse el poeta y los soldados, elevando cada cual á su manera himnos imperecederos al honor español: aquél en estrofas inmortales, éstos con hazañas dignas de ser celebradas por aquella lira.

Marcos Laguna.

(Correo Español)

HIJO Y MADRE

V

En la época en que Agustin llegó á Milan habia en esta ciudad un hombre muy semejante á él en el genio, pero muy diferente en todo lo demás. El profesor africano era un escéptico que llevaba la mente llena de negaciones, el corazon henchido de pesares y el alma inquieta y perturbada. El sujeto que brillaba con celestiales resplandores en Milan era un hombre cuyo entendimiento afirmaba grandes verdades, cuyo corazon rebosaba alegría, dulzura y suavidad. Su alma reunia la paz de los justos, la serenidad de los fuertes,

la grandeza de los Santos; su palabra era más elocuente que todas cuantas hasta entonces habia oido Agustin; pero aquella elocuencia que nacia de la fe no podia entenderla un escéptico; su virtud asombrosa tampoco podia entenderla quien por desgracia ni áun siquiera creia en la existencia de la virtud.

Aquel hombre llamábase Ambrosio. Como Agustin, tambien habia vivido alejado de la Iglesia, de la que sólo fué simple catecúmeno. El talento y la ciencia de Ambrosio eleváronle al cargo de prefecto ó gobernador de Milan. Hallábase desempeñando este cargo muy á satisfaccion del pueblo, cuando Dios le escogió para otro más importante designándole providencialmente para obispo. Ambrosio escuchando el llamamiento divino renunció al mundo y sus pompas, dejó el cargo que desempeñaba, se bautizó, se ordenó, fué consagrado y ejerció el episcopado con más celo por su parte y mayor contento del pueblo milanés que cuando desempeñaba el gobierno civil.

Diez años de obispo llevaba ya Ambrosio cuando llegó Agustin á Milan, y en aquellos diez años la fama que habia logrado era tan grande, tan sólida, que desde el primer momento llamó la atencion de Agustin. Fué éste á visitar al Obispo, y aquellas dos almas que tanta gloria habian de dar á Dios, aquellas dos inteligencias tan grandes debieron medirse á primera vista y comprenderse, porque el Obispo recibió al profesor incrédulo como á hijo predilecto, y éste, segun confiesa, empezó desde entonces á amarle (1).

Dios los puso uno frente á otro; Dios trajo al jóven africano ante el Doctor que mejor podia enseñarle, pero Agustin no se hallaba en estado de ver la accion de la Providencia en este encuentro al parecer fortuito, ni se encontraba en disposicion de someterse á las enseñanzas de la Iglesia. Limitóse, pues, á escuchar á Ambrosio como á orador; á juzgar como retórico de sus sermones; así que no encontró en ellos más que una palabra dulce, elegante, majestuosa y una inteligencia privilegiada: pero ni vió al apóstol, ni acertó á descubrir la verdadera fuente de la elocuencia y sabiduría de Ambrosio.

Pero lo que no vió Agustin lo vió su madre, su incomparable madre Mónica, que al encontrarse abandonada por su hijo en Cartago volvió á Tagasto, su pueblo, vendió cuanto tenia y se embarcó para Italia, resuelta á disputar al mundo el alma de Agustin y á no ceder en la empresa que traia entre manos. ¿Qué le importaban á Mónica los trabajos, las privaciones, la pobreza que pudiera sufrir, con tal de ver algun dia á Agustin entrando en la Iglesia y abrazando con amor la fe de Jesucristo? Su amor á Dios, su deber de madre, la impulsaban á correr hácia Agustin y á no perdonar esfuerzo para atraerle; y en el fondo de su alma sentia crecer, á medida que se le presentaban dificultades, la esperanza de conseguir su santo objeto. Dios la probaba con las contrariedades, pero tambien le daba fuerzas y la consolaba con la esperanza.

Así fué Mónica á Roma cuando ya no estaba en ella Agustin; pero supo que estaba en Milan, y á Milan se encaminó y tuvo la dicha de encontrarle. Pero el verdadero hallazgo que hizo Mónica fué el de san Ambrosio, porque desde que vió y oyó al santo Obispo, su inteligencia penetrante y su amor de madre la dió á comprender que aquel era el hombre que necesitaba su hijo para salir del profundo abismo en que la duda y el error le tenian sumido.

Mónica, dando por hecho lo que ni aún habia comenzado, creyó que en cuanto Agustin conociese íntimamente á Ambrosio le tomaria por maestro y se convertiria. Con este objeto abrió su alma al santo Obispo, le escogió por director espiritual y procuró con toda clase de pretextos que Agustin le visitara. ¿Qué otra madre no hubiera hecho lo mismo? Pero este sistema tenia sus inconvenientes que afortunadamente evitó la prudencia y el exquisito tacto del sabio Obispo. Siempre que el jóven profesor africano iba á verle, el Obispo le recibia cortesmente, pero con brevedad, sin tener nunca tiempo para conversar, ni mucho menos para discutir con él. Varias veces Agustin, atormentado por las dudas y agobiado por sus remordimientos, intentó explayarse con Ambrosio; preguntarle la causa de la serenidad y paz que en su alma notaba, ó consultarle acerca de algunos puntos de filosofía; mas Ambrosio, abrumado siempre por las ocupaciones de su santo ministerio á las que unia el estudio constante y la composicion de sus obras, aparentaba no poder atender al jóven profesor, quien en el tiempo que llevaba en Milan habia logrado ya justa fama de elocuente.

Creia Agustin que Ambrosio no queria hacerle caso; pensaba Mónica que el Obispo consideraba perdido á su hijo; pero la verdad era que el santo Doctor comprendia que era mejor dejar á Agustin que discutiera consigo mismo, que no entablar con él una polémica filosófico-religiosa. La discusion sólo podia causar irritacion en un genio tan poderoso como el de Agustin, mientras que la soledad y el silencio naturalmente habian de despertar en su entendimiento, ávido de verdad, una sed inmensa de conocerla y practicarla. San Ambrosio, que habia juzgado admirablemente á Agustin, comprendió que en cuanto éste entrara por el camino de la verdad la gracia se abriria paso en su alma, y su entendimiento no estaria satisfecho hasta que alcanzara la ciencia del amor de Dios.

Agustin, en efecto, empezó á sentirse atraido por la verdad; pero las costumbres paganas y los extravíos de su vida se levantaban con ímpetu violento en su alma y le alejaban de la Iglesia. Para entrar en ella veia que era preciso arrepentirse de los unos y renunciar á los otros, y eso considerábalo empresa superior ásus fuerzas, pues cuantas veces pensaba en intentarlo, otras tantas se declaraba vencido antes de emprender la lucha. Su voluntad inclinada al mal desde la adolescencia no podia apartarse del hábito adquirido por tantos años de vida libre, y esto era un nuevo tormento para Agustin.

Mónica, que á su lado estaba, acudió en su auxilio, y á costa de grandes esfuerzos y de suma paciencia fué poco á poco desviando los obstáculos. Hasta intentó casarle para que mejorase de costumbres, pero aunque Agustin accedió no llegó á contraer el matrimonio proyectado. Sin embargo, mejoró de costumbres, purificó su vida y empezó á entender los sermones de Ambrosio.

Admirable fué la aparicion de la verdad y el desarrollo de la gracia en el corazon de Agustin. El mismo lo cuenta en el célebre libro de sus *Confesiones*, hermoso poema de humildad con que pretendió, años adelante, desvanecer el concepto en que le tenian sus contemporáneos, pintándose tal como fué en su juventud.

En él nos dice que del escepticismo que sacó de Roma pasó al epicureismo, y corrió en busca de los placeres y goces de los sentidos. No se halló bien con sistema tan material y grosero: además las ideas de la muerte, del juicio y de la vida futura le atormentaban, y buscando solucion á estos problemas vinieron á sus manos las obras de Platon. El espiritualismo del filósofo griego elevó su alma y la condujo al umbral de las puertas del Cristianismo. Al acercarse á este sintió como una voz interior que le llamaba y advertia que allí estaba, radiante y esplendorosa, la verdad que tan ansiosamente iba buscando. San Pablo acabó con sus epístolas de completar la obra, porque en ellas halló Agustin la doctrina del Verbo encarnado, que le llenó de admiracion y asombro, y pudo comprender la inmensa diferencia que existia entre los libros de los filósofos y los de los enviados de Dios.

Agustin empezó á entrar en posesion de la verdad, pero aún vaciló mucho antes de emprender el camino de la virtud. De aquí nueva lucha, nuevos tormentos y nuevas agonías. La verdad le atraia, la virtud le asustaba: el peligro de rechazarla por completo era grandísimo, pero Agustin tenia como siempre á su lado á Mónica que oraba por él con el fervor de una santa y con el amor de una madre. Cuando ésta se hallaba á punto de conseguir el único deseo de toda su vida, cuando tras tantos años de angustias veia á Agustin llegar al puerto, calcúlese lo que redoblaria el fervor de sus plegarias y las ardientes súplicas que dirigiria á Dios para que terminase su obra.

Y Dios ayudaba y atendia las súplicas de su sierva enviando uno tras otro á Agustin cuantos medios podian ayudarle á inclinarse ante la verdad. Así un dia en que Agustin dudaba más de la virtud encuentra á un veterano, amigo suyo, llamado Poticiano, que había recorrido medio mundo en defensa de los Césares. Aquel militar cuenta entre las cosas asombrosas que ha visto la vida de los cenobitas en los desiertos y las de las vírgenes del Señor en las corrompidas ciudades del Imperio. Agustin le oia, no ya con atencion, sino con vivísimo interés. La relacion del militar le conmueve; le demuestra que existe la virtud, que es posible lo mismo á los hombres que á las débiles mujeres que amen y teman á Dios, y que con la gracia de Dios él puede hacer lo mismo que tantos otros millares de cristianos hacian. Desde aquel momento Agustin se rinde á la verdad, cae de rodillas y llora de alegría y de tristeza: desde aquel momento empieza el de su conversion. Sin embargo, faltábale aún el golpe de gracia, la intervencion directa de Dios.

(Se concluirá)

(1) *Et eum amare cepi.* (Confesiones, lib. V).

RELIGION Y CIENCIA

No estará por demás en estos tiempos en que es muy comun creer que la ciencia y la religion son cosas inconciliables referir algunos pormenores acerca de la vida y muerte de uno de los sabios de primer órden, Miguel Eugenio Chevreul, fallecido á la edad de 103 años el 9 de Abril (v. pág.,

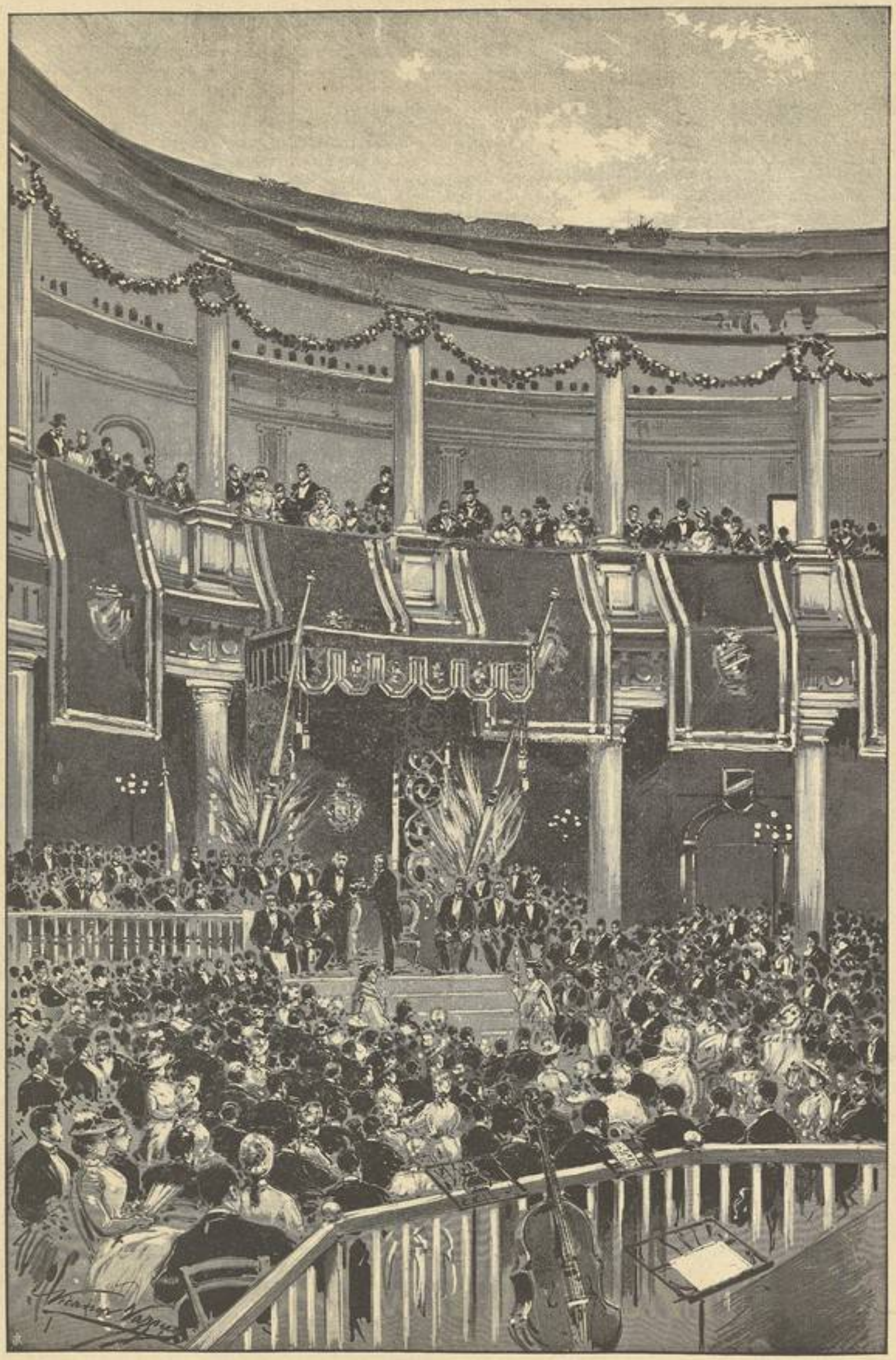
«Una tarde, refiere el *Univers*, Mr. Chevreul, que tomaba parte en una excursion, se halló de paso en Dourdon. Algunas horas despues el Cura de la parroquia entró en la iglesia y vió á un anciano rezando el Rosario de rodillas ante el altar de la Vírgen. El Párroco se acercó, y por no interrumpirle en sus devociones, no hizo más que saludarle. Cuando hubo concluido, el anciano se dirigió al sacerdote, y con cara risueña le dijo:

—Señor Cura, V. tal vez extrañará ver á un desconocido en su iglesia á esta hora. Soy Mr. Chevreul; he perdido el tren, y debiendo esperar el siguiente, he creido no poder emplear mejor este tiempo que viniendo á orar un rato delante de la santísima Vírgen en su iglesia.

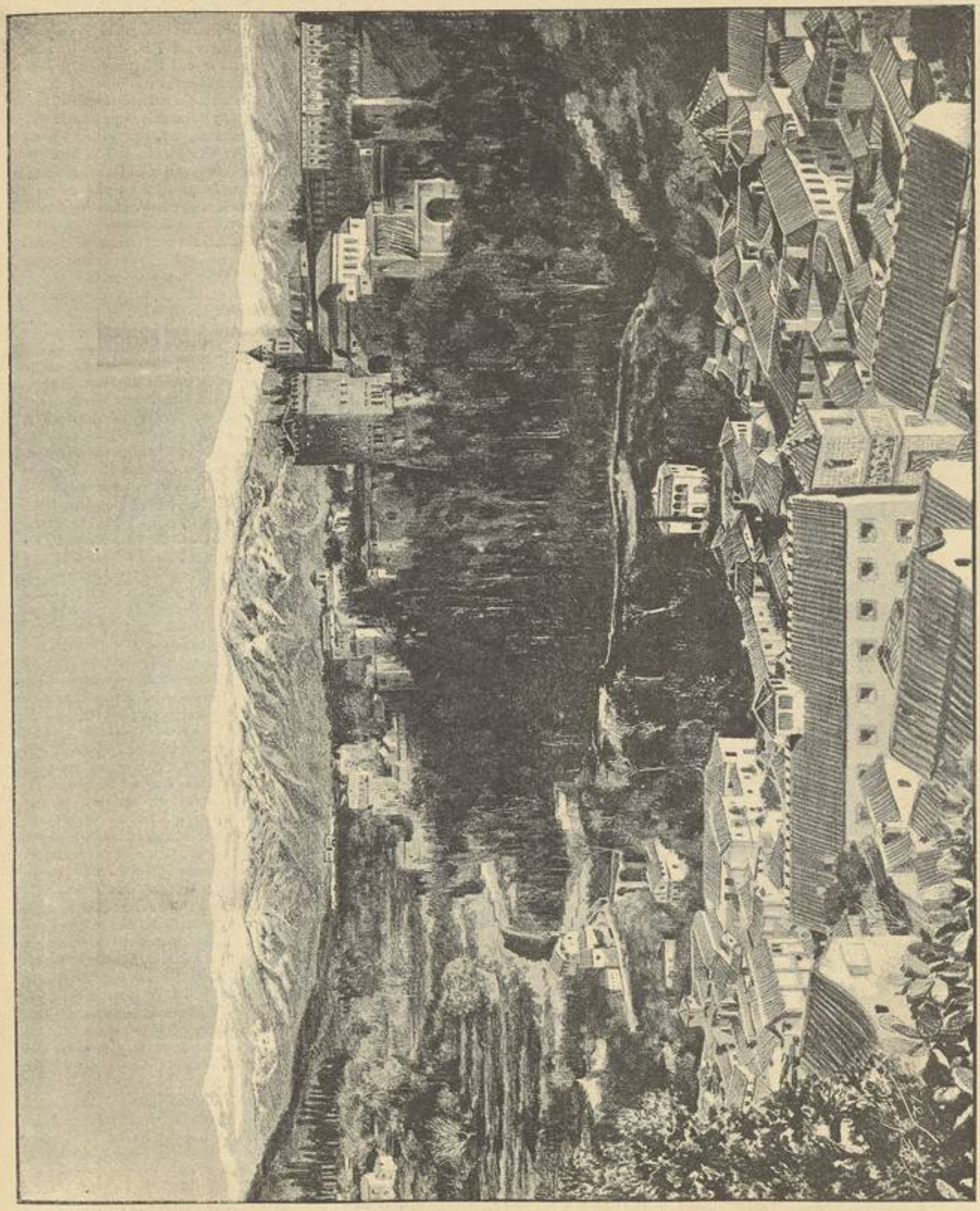
Y el buen Cura añadió:

—¡Ojalá todos los sabios se pareciesen á Mr. Chevreul!

Y á la verdad, ¡cuántos sabios hay muy notables en sus ramos respectivos, pero tambien de-



CORONACION DE D. JOSÉ ZORRILLA EN EL PALACIO DE CÁRLOS I, EN GRANADA



GRANADA.—VISTA GENERAL DE LA ALHAMBRA Y DE SIERRA NEVADA

masiado ignorantes en todo lo que se refiere á Dios! El Sr. Chevreul no era de ese número. Este hombre extraordinario nació en Angers el el 31 de Agosto de 1786. No vamos á recordar aquí los muchos trabajos científicos que ocuparon é ilustraron su larga vida; pero sí debemos manifestar para su gloria que siempre conservó intactos los principios religiosos que aprendió en el seno de su familia.

Durante el reinado del Terror, esta familia cristiana arriesgó su fortuna y comprometió su seguridad por salvar á los sacerdotes proscritos y arrancarlos á la furia de los revolucionarios. Dios empero la recompensó con darle á un hijo tan ilustre, que contaba entonces cinco ó seis años solamente, y cuya larga vida no ha desmentido por cierto los religiosos recuerdos del hogar doméstico. Dos años antes de morir, Mr. Chevreul escribia: «Nacido católico y de padres católicos, he vivido y quiero morir católico.»—Así es que cuando llegó la muerte el noble anciano estaba bien preparado á comparecer delante de Dios. Habia recibido con alegría y pleno conocimiento los últimos Sacramentos, y su muerte fué apacible y tranquila como la de un niño.

Para honrar la memoria de un sabio que honró sobremanera á su madre patria, la Cámara francesa decretó se le celebrasen solemnes funerales en nombre y á expensas de la nacion, y acogió con unánimes aplausos este breve pero elocuente panegírico del finado, que pronunció Mons. Freppel:

«Señores, pido á la Cámara licencia para adherirme de un modo especial á la propuesta hecha de votar una suma para costear las exequias de Mr. Chevreul. No podré yo nunca olvidar que Mr. Chevreul nació en Angers, y que el Anjou no ha dejado nunca de contar al ilustre químico entre sus más puras y verdaderas glorias. *(¡Muy bien! ¡muy bien!)*

»En medio de las opiniones que pueden dividirnos, y que por desgracia nos dividen demasiado, tenemos el consuelo á lo menos de poder unir todos nuestros votos al tratarse de nombres que son la honra y gloria de la patria. *(Asentimiento general).*

»Al gremio de los sabios pertenece publicar los eminentes servicios que Mr. Chevreul ha prestado á la ciencia y á la industria durante una carrera que la Providencia ha tenido á bien prolongar mucho más allá del término ordinario de la vida... *(¡Muy bien! ¡muy bien!)*

»Por lo que toca á mí, que he tenido la honra de conocerle de cerca, un solo recuerdo suyo quiero conservar; y es que este hombre que con sus descubrimientos admirables y fecundos inventos, objeto de todas las conversaciones, ha labrado la fortuna de tantos *(¡Muy bien! ¡muy bien!)*, no ha pensado jamás en formarse una para sí. (*Aplausos.*)

»Sí, él deja detrás de sí, deja á la juventud francesa, deja á todos nosotros, juntamente con el ejemplo de un trabajo constante, una reputacion de integridad y desinterés que da nuevo realce á este carácter, uno de los más bellos y de los más nobles de nuestros tiempos! (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

»Por esta razon es que yo, en nombre de la ciudad de Angers, doy al Gobierno las gracias por la medida cuya iniciativa acaba de tomar; y no tengo la más mínima duda de que la Cámara se resuelva unánimemente á honrar la memoria de aquel que ha sido al mismo tiempo un sabio eminente, un cristiano á toda prueba y un ciudadano leal. *(Vivos aplausos).*»

Las solemnes exequias, en las que tomaron parte los grandes dignatarios del Estado, las Sociedades científicas y el ejército, se celebraron en la iglesia metropolitana de Nuestra Señora. La absolucion fué dada por Mons. Richard, arzobispo de París. Estuvieron presentes tambien Mons. Rotelli, Nuncio del Papa, y Mons. Freppel, obispo de Angers. El cadáver fué trasportado luego á Hay, para darle allí sepultura en el panteon de la familia. Sabido es que Mr. Chevreul habia sido doce años alcalde de dicha localidad. Durante su larga vida habia merecido muchos títulos honoríficos; pero en dos sobre todo se complacia su corazon de cristiano: el de «Caballero de la Orden de Nuestra Señora de la Concepcion,» y el de «Comendador de la Orden de Cristo.»

La *Revue de Lyon* añade: «M. Chevreul, que ha salido de este mundo lleno de fe, enriquecido con las virtudes cristianas y acompañado de un sinnúmero de oraciones, ha ido, como esperamos, á recibir de Dios la recompensa eterna. No se puede esperar menos, puesto que fué tambien un excelente cristiano este antiguo magistrado, que con perfecta modestia y sencillez llenó todo sus deberes y ayudó espléndidamente toda buena obra.

Un solo rasgo basta para dar á conocer la fe y piedad de M. Enrique Chevreul. Solia rezar el Rosario cuatro veces al dia; y como le preguntasen la razon de esta práctica, respondió:

—No sé; antes del Concilio Vaticano lo rezaba tres veces al dia; pero entonces pidieron á los fieles que rezasen un Rosario; yo lo recé y seguí despues rezándolo.»

Consuélense y aviven su confianza las almas fieles y piadosas, entristecidas por tantos escándalos, flaquezas y apostasías, viendo que Francia á pesar de todo no ha perdido aún aquella fe y religion que constituyeron en otro tiempo su bienestar y su gloria. Cobren ánimo los tímidos, y calle la incredulidad descocada ante el espectáculo de la vida y muerte de Mr. Chevreul. ¿Quién se atreve ahora á asegurar que su propia ciencia le prohibe creer, cuando la de tan eminente sabio no le ha impedido que viviese y muriese como buen cristiano?

TRADICIONES Y COSTUMBRES

DE LAS ISLAS POMOTÚS

II

Tradiciones bíblicas y mesiánicas.—Inmortalidad del alma.

Consuela encontrar hasta en el interior de estas islas, diseminadas como granos de arena por la inmensidad del Oceano, una figura patente aunque incompleta de la virginal maternidad de la augusta Madre de Dios. Esta figura nos la proporciona Tekurotoga.

Esta mujer, á quien los indígenas tienen por eminentemente santa y privilegiada, concibió y dió á luz, sin detrimento de su virginidad y por obra milagrosa de Tané, un hijo llamado Tukihakia. Era hija de Keha, y Tané la encontró en casa de su padre, en el cielo, cuando subió allí perseguido por Oatea. Esa vírgen-madre era particularmente conocida y venerada en Fangatau, donde, segun algunos, se la invocaba para la curacion de dolor de cabeza, lo cual añade nueva semejanza á la copia recordando el *conteret caput* del tipo original y bíblico.

Pero el carácter más fiel y uniformemente conservado, y el más fuertemente acentuado en la mitología de estas islas, es el del Mesías, es decir, Tama (hijo por excelencia), ó Atua Fakaora (dios salvador), único refugio de la raza culpable y desgraciada de Tiki.

El poderoso Maui á quien vimos, nuevo Josué, detener el sol en mitad de su carrera, habia hecho, movido aún de su abnegacion por su madre, desesperados é inútiles esfuerzos para detener la muerte que el pecado de Tiki habia introducido en el mundo. Un dia, preguntando con ansiedad á su madre qué significaban los cabellos canos que tenia en su frente, respondióle que eran señales precursoras de la vejez y de una muerte próxima. Maui, que no entendia que su madre muriese, corrió en busca de Tiki, del cual queria que alejase de los suyos á todo trance la funesta herencia. Encontróle en el fondo del agua, de donde probó sacarle. No pudiendo lograrlo, precipitóse sobre él, y devanando, por decirlo así, sus propias entrañas, esforzóse vanamente en hacerlas penetrar en el vientre de Tiki para sacar de allí otras entrañas que no fuesen mortales é inoculárselas. Despues de un viso de buen éxito, rompióse el hilo, y habiendo sobrevenido el hermano mayor de Maui, éste fué restituido á viva fuerza á su morada para tomar de nuevo, con la horrible perspectiva de una muerte cierta, el hilo de una vida caduca y miserable.

Bajo su forma grotesta y salvaje ¿no demuestra esta fábula la creencia universal en la absoluta impotencia del linaje humano en levantarse por sí mismo de su profunda caida?

Más feliz y poderoso, Tama realizó, aunque de otro modo, las esperanzas de Maui. Bajo el doble nombre que dan indiferentemente á este misterioso personaje, nuestros salvajes parecen haber conservado, tal vez con más religiosidad que cualquier otro pueblo pagano, la nocion exacta y el carácter propio del Mesías. Tama, el hijo por excelencia, es el nombre propio del dios, su naturaleza, su personalidad;—Atua Fakaora, el dios salvador, es su papel, su mision cerca de los hombres. Él, efectivamente, era quien durante su vida les curaba del daño que pudiesen recibir al caer de los cocoteros, así como de las crueles mordeduras de los tiburones. Doble simbolismo cuya relacion con el instigador y con el resultado de la caida original aparece evidente. Despues de la muerte del salvaje, era tambien Tama quien salvaba su alma conduciéndola al cielo, ó *kororupo*. Las almas que Tama no salvaba eran desapiadadamente precipitadas á un estanque pantanoso del que no salian jamás.

En expresion de los indios de Fangatau, Tama descendió un dia á su isla para buscar á Tagata, el hombre, é instruirle. Vuelto á Fangatau, Tagata instruyó á sus compatricios en la palabra que salva, y sólo ellos que practicaban esta palabra y oraban á Tama, el dios salvador, eran curados aquí bajo de sus caidas ó de las mordeduras de tiburon, y conducidos al cielo despues de su muerte. Tama, y no Tané, era el dueño de la vida, á quien oraban en otros casos de contagio ó enfermedad. A menudo las almas, aun antes de separarse de sus cuerpos enfermos, hacian una excursion á los infiernos, á cuya puerta encontraban á Tama, su salvador, que las inducia á volver á sus cuerpos. Si se empeñaban en pasar adelante, hallábanse entonces definitivamente separadas de sus cuerpos, y en lugar de abandonarlas, Tama las acompañaba y favorecia con sabios consejos, recomendándoles en especial que se abstuviesen absolutamente de comer de la fruta emponzoñada que Tamaui y Takatau, espíritus maléficos apostados no lejos en su camino, se empeñarian en hacerles comer. Que si por desgracia, despreciando su consejo, comian de ella, abandonados al momento por Tama, serian presa de Tepnamea y Tukihiti, que les precipitarian para siempre á un horrible estanque. Tukihiti, que parece haber reunido el doble carácter y las diversas funciones de Cancerbero y de Pluton, tenia cuatro ojos, dos delante y dos detrás de la cabeza, de modo que nadie podia escapársele. Rey de los infiernos, tenia á sus órdenes

multitud de espíritus malignos que, montados como él en grandes piraguas, iban dia y noche á caza de almas.

Como se ve, los salvajes de la Polinesia creian en la supervivencia é inmortalidad del alma, á la cual señalaban, despues de su separacion del cuerpo, tres distintas mansiones en analogía con el estado social ó moral de cada uno en la tierra.

Era la primera el *paparagi*, ó paraíso, es decir, el Olimpo de los dioses y semi-dioses, morada superior exclusivamente reservada á los más bravos guerreros y á los de raza noble y poderosa.

Luego seguian los infiernos ó lugares subterráneos llamados *kororupo*, mansion comun de los buenos plebeyos que habian aprendido y seguido la palabra de Tama, dios salvador. Allí, libres de todo cuidado, trabajo y enfermedad, abundantemente provistos de toda suerte de manjares, pasaban en medio de eternas delicias una vida únicamente empleada en comilonas y placeres, en la danza, en el juego del palo *kitoa* y en otras mil diversiones.

Estas dos mansiones, el *paparagi* y el *kororupo*, no estaban de tal suerte separadas que las almas no pudiesen fácilmente pasar de una á otra, sobre todo cuando una fiesta ó cualquier otro motivo hacia útil ó necesaria la reunion de todas en un mismo punto. Algunas veces volvian á la tierra, y entonces, buenos genios ó espíritus malignos al servicio de los sacerdotes y de los hechiceros, les instruian en las cosas celestes ú ocultas, protegíanles contra las asechanzas de sus enemigos, ó bien torturaban y herian de muerte repentina y misteriosa á las personas señaladas á su venganza ó á sus maleficios.

Además de esta clase de aparecidos superiores, habia otra de los que se creia venidos directamente de los cementerios. Nuestros indios suponian en cada hombre muchas almas, una de las cuales á lo menos quedábase con el cuerpo en la sepultura. Estas almas reunidas formaban una sociedad tenebrosa y subterránea que se llamaba la noche, *te rui*, y tenia sus costumbres, sus fiestas y sus partidas de pesca aparte. Eran todavía más temidas que las otras de que hemos hablado, de las cuales se distinguian, al decir de los kanacs, por sus formas especialmente disformes. No obstante, algunos indios más atrevidos que los demás se les acercaban sin reparo, y aun concluian por familiarizarse con ellas. Cítase, sobre todo en Fangatau, cierto Tefarevanaga que cada noche abandonaba furtivamente el lecho nupcial, e iba, comensal ordinario de los muertos, á asistir á sus festines. Esta absurda creencia es la única que puede explicar la costumbre general entre los insulares de colocar sobre la tumba de sus parientes difuntos la comida que se suponia necesitaban, sin duda hasta que estuviesen al corriente de las costumbres y de la manera de vivir en uso entre los muertos. Se les creia desde luego malos y vengativos. Los indios que por querellas de familia ó por cualquier otro disgusto, deseando poner fin á sus dias, no tenian el triste valor de precipitarse de lo alto de un cocotero, iban á desenterrar los cadáveres ó á profanar sus tumbas, esperando que el espíritu irritado les haria perecer misteriosamente. Por supuesto que el tal duende nunca venia á satisfacer su criminal deseo. No obstante, á veces el despecho de esos infelices era tal que, negándose á tomar alimento alguno y bajo la influencia de una exaltacion creciente, acababan por suicidarse, y de esto he visto algunos ejemplos en Anaa.

Para reducir á una esposa infiel y para vengarse de un ladron desconocido ó muy poderoso, los indios recurren tambien á los muertos ó á las divinidades del *marae*. Llevaban á la tumba del difunto, ó al *marae* elegido al efecto, algo que hubiese tocado al objeto robado, ó que hubiese pertenecido á la persona contra la cual tenian queja; y por medio de sortilegios é imprecaciones esforzábanse en atraer sobre ella pronta y terrible venganza que, en opinion de nuestros crédulos indios, seguia siempre de cerca á la peticion.

Por último, la tercera morada de las almas despues de separarse de los cuerpos era el tan temido estanque ya mencionado, al cual eran precipitadas para siempre jamás las almas que Tama no habia podido ó querido salvar por su impiedad; porque en opinion de nuestros isleños era este casi el único crímen que pudiese atraer sobre ellos la cólera de sus dioses, á quienes creian peores que ellos mismos, es decir, ladrones, disolutos, asesinos y antropófagos.

(Se continuará)

BISMARCK JÓVEN

El grave canciller, el hombre que cuando frunce el ceño hace temblar á la Europa entera, ha tenido una juventud muy borrascosa, y en sus bromas más ó menos pesadas, se ve respirar, ya desde sus mocedades, la inclinacion al mando y á ejercer una autoridad sin límites, que ha sido el carácter distintivo del príncipe.

Algunas anécdotas, populares en Alemania por lo muy conocidas, darian una idea exacta de lo que dejamos apuntado.

Bismarck, siendo estudiante, fué invitado á una *soirée* del gran mundo, y encargó, para aquella noche, un par de botas de charol á un zapatero de Kronenstrasse.

Desconfiando de la palabra del zapatero y excitado por las bromas de sus condiscípulos, que le repetian maliciosamente y á cada instante: «No tendrás concluidas las botas para ir al baile,» la víspera del dia de la fiesta se fué á casa del maestro de obra prima, y le dijo:

—Mis botas ¿están listas?

—¡Ay! no, señor.

—Muy bien. Os prevengo que si no las tengo en mi poder mañana á la hora convenida, os haré devorar por mi perro.

Y dicho esto, salió majestuosamente seguido de su enorme dogo.

Al dia siguiente, desde las seis de la mañana el desgraciado zapatero vió entrar en la tienda, á cada cuarto de hora, un changador, que le repetía en tono lúgubre:

—Las botas del señor Bismarck ¿están listas?

Esto duró todo el dia, y el pobre maestro, que no sabia ya á qué Santo encomendarse, trabajó con tal ahinco que las botas estuvieron concluidas para la hora convenida, y Bismarck bailó toda la noche como un *enragé*.

¿Y el zapatero?

Desde aquel dia, su cliente no tenia jamás motivo para dirigirle el menor reproche por falta de puntualidad. El calzado que encargaba Bismarck quedaba siempre entregado antes del dia convenido.

Estudiando el futuro canciller en la universidad de Goettingue, pertenecia á la famosa asocion estudiantil llamada Georgia Augusta, siendo asíduo concurrente á todas las sesiones de degustacion y frecuentando más las salas de armas que las clases. Tuvo, sólo en Goettingue, veintisiete desafíos de que salió siempre ileso. Era al propio tiempo un bebedor extraordinario que engullía cantidades prodigiosas de líquido, lo mismo de cerveza que de vino.

Un dia habia gran fiesta en la *Corona de Oro:* innumerables botellas vacías yacian amontonadas en un rincon, testigos mudos pero fehacientes de que la orgía se hallaba en todo su apogeo. La atmósfera estaba ya tan cargada, que sin saber cómo ni por quién, un casco de botella fué lanzado por una ventana á la calle.

Un agente de policía que pasaba en aquel momento, sin decir palabra á los alborotadores, dió parte á sus superiores.

Al dia siguiente por la mañana, Bismarck, que fumaba tranquilamente una pipa asomado á la ventana de su cuarto, recibió la visita de un bedel de la universidad portador del papel tan temido por los estudiantes alemanes.

«Dominus de Bismarck citatus est...»

Es necesario decir que el futuro fundador de la unidad alemana llevaba puesta una bata, pantalon ajustado y botas.

—Bien, dijo al bedel, ya os sigo.

Y en efecto, se fué con el bedel sin cambiarse el traje que llevaba puesto, y seguido por el perro que no le abandonaba nunca.

El rector esperaba al culpable en su despacho.

Con estupor vió entrar al dogo, cuyo aspecto era poco tranquilizador.

Su primer cuidado fué guarecerse detrás de una barricada de sillas, hecho lo cual volvió á tomar un tono digno de las circunstancias, y dijo á Bismarck:

—¿Qué quereis, caballero?

—¿Yo? Nada, respondió el interpelado. Vos sois el que tendreis algo que decirme, cuando me habeis mandado esta citacion.

El rector, desde que habia visto al dogo, no estaba tranquilo; sin embargo, haciendo de tripas corazon y queriendo sostener el prestigio de su cargo universitario, contestó con acento de autoridad:

En primer lugar, caballero estudiante, os impongo cinco thalers de multa por haber venido aquí con el perro, y despues deseo que me digais lo que significa esta botella que fué arrojada anoche á la calle desde una de las ventanas del *hotel* de la *Corona de Oro*.

—Señor, esta botella habrá sido botada y salido por la ventana.

—Una botella no vuela sola, y si álguien no la hubiera arrojado no hubiera ido á parar á la calle.

—Acaso tengais razon, repuso el estudiante.

—Aquí no hay acasos... ni medias palabras. Sed más explícito.

—Pues bien. Voy á haceros ver lo que supongo que pasó. (Al propio tiempo que pronunciaba estas palabras, Bismarck agarraba un enorme tintero, haciendo ademan de arrojarlo á la cabeza del pobre rector).

Este, temiendo recibir el proyectil, se apresuró á despedir al estudiante, que segun se dice, no ha pagado aún la multa que le fué impuesta.

Durante el segundo semestre que estudió en la Universidad de Goettingue, Bismarck fué citado ante el tribunal académico para responder á la acusacion de haber tomado parte en un duelo á pistola, que sobre él pesaba.

Hé aquí el modo como se defendió:

«Entré por casualidad en la cervecería de Gurkenkrug. Encontré allí á algunos de mis camaradas que se hallaban en un verdadero apuro. Un duelo á pistola estaba concertado y el árbitro designado no llegaba. No pude resistir á los ruegos de mis amigos y me decidí á aceptar el puesto del ausente.

»Todos los esfuerzos que hice para obtener una reconciliacion entre los jóvenes adversarios fueron inútiles; y entonces puse como condicion del duelo que los combatientes harian fuego á diez pasos, y no por debajo de un pañuelo, como habian antes convenido.

»Los dos partidos aceptaron mi proposicion y medí la distancia contando doce pasos. Dado el

largo de mis piernas, los señores jueces comprenderán que yo hacia todo lo posible para que el duelo fuera lo menos peligroso.

»Además ordené que no se cargaran las pistolas más que con la cantidad de pólvora necesaria para expulsar las balas. Tengo, pues, motivos suficientes para creer que el resultado satisfactorio de este encuentro se me debe á mí personalmente.»

A pesar de esta defensa, los jueces no se dejaron convencer, pues segun se desprende de los archivos de la Universidad de Goettingue, el estudiante Bismarck fué condenado á tres dias de calabozo.

Al salir de la Universidad se fué á vivir á la propiedad de Kniephof, que su padre le regaló por aquel entonces. Allí es donde habia pasado los primeros años de su juventud.

Parece que durante esta época de su existencia llevó una vida muy desordenada que le valió de sus vecinos el calificativo de «jóven sin vergüenza.»

Aun hoy se repiten y comentan en aquella comarca las extravagancias que cometió y las orgías sin nombre de que Kniephof fué testigo.

Tan pronto se trataba de absorciones fenomenales de champagne, como de carreras vertiginosas á través de los bosques, que evocaban en la memoria de aquellos sencillos aldeanos el recuerdo de las quiméricas aventuras del legendario cazador maldito.

Otras veces, todo el vecindario despertaba sobresaltado por las múltiples detonaciones de armas de fuego, que partian del castillo; y mientras pensando que se trataba de una partida de bandoleros ó de una revolucion, los buenos aldeanos se disponían á acudir en socorro del jóven señor de Kniephof, resultaba que nada había ocurrido y que todo se reducia á que éste se ejercitaba, en hora tan inusitada, en tirar al blanco.

Bismarck no oculta las aventuras de su juventud, pero tampoco hace gala de ellas. Llegado ya á una edad casi madura, si no repetia las travesuras de estudiante, gustaba de bromear y chasquear á cuantos se ponian á su alcance.

Bismarck habia ingresado en la caballería cuando fué nombrado oficial de la Landwehr, en la que se practicó durante algunos meses en el 4.° regimiento de húsares de Pomerania, de guarnicion por aquel entónces en Trepto.

El coronel que mandaba este cuerpo, jefe ordenancista que se desvelaba porque sus oficiales tuvieran un comportamiento irreprochable, dió una órden prohibiendo á los oficiales y soldados el fumar en la calle.

Esta disposicion disgustó mucho á los fumadores que en su mayor parte hicieron poco caso de la nueva órden y continuaban fumando á más y mejor, siempre que podian hacerlo sin grave riesgo de comprometerse.

El burgomaestre de la ciudad, pensando congratularse con el jefe militar en cuestion, fué á decirle un dia que los oficiales seguian fumando por las calles como si tal órden no existiera.

El coronel saltó de cólera al oir la denuncia y reunió inmediatamente á los oficiales para recordarles el exacto cumplimiento de la órden, y concluyó su arenga diciendo: «Os prohibo que paseis por las calles con el cigarro encendido.» Al pronunciar estas palabras miró fijamente á Bismarck que tenia fama de ser gran fumador.

Al siguiente dia, éste, acompañado de otros oficiales, fué á sentarse en un banco que existía adosado á la pared de la casa del burgomaestre, y encendiendo colosales cigarros procuraron que el humo penetrara por las ventanas en el domicilio del funcionario municipal. Esto se repitió durante cinco ó seis horas diarias, varios dias seguidos.

Por fin, el ahumado burgomaestre, no pudiendo resistir más, volvió á quejarse al coronel. Se comprende la contestacion que Bismarck y sus compañeros dieron. El coronel rió grandemente de la broma, pero desde aquel dia prohibió tambien á los militares que fumaran sentados en los bancos de la ciudad.

Pocas personas conocen seguramente el procedimiento que usó Bismarck para que el propietario de la casa que habitaba en Francfort, cuando fué embajador de Prusia cerca de la Dieta federal, pusiera campanillas en las habitaciones que ocupaba.

Ante la negativa del dueño del inmueble, el embajador tomó la costumbre de llamar á su criado á pistoletazo limpio, con lo que las alarmas se sucedían sin interrupcion en aquel tranquilo vecindario, hasta que el inquilino vió satisfecho su deseo y quedaron colocados, á costa del casero, los llamadores pedidos.

EL ÚLTIMO DE LOS PECOS

(LEYENDA AMERICANA)

I

Mayo, el mes de las flores, tocaba á su fin; una brisa suave y perfumada soplaba sobre el desierto; ninguna nube empañaba el cielo: solo en las cumbres empezaba á extenderse como un velo blanco que bajaba al valle y se dirigia hácia el cauce del rio Pecos. Era la hora en que la hermosa noche abria en el cielo sus luminarias y el silencio caia sobre la tierra junto con las sombras. A lo lejos, en el bosque, se oia de vez en cuando el ahullido del lobo solitario, los chillidos de los pájaros nocturnos y el murmullo de las aguas del Pecos que se estrellaban contra las rocas de la montaña.

Una jóven, de rodillas, con las manos levantadas al cielo, yacia orando al pié de un pino. Lágrimas cubrian sus mejillas, y en su pálida faz se retrataba el más acerbo dolor; derramábase el cabello sobre las espaldas, como un velo de negro crespon, mientras sobre el mullido césped dormia un hermoso niño. Sus ojos se fijaban ya en el estrellado cielo, ya en su hijo, como si pidiese al cielo que lo protegiese.

Apretóse el corazon con una mano, como si temiese que saltara del pecho roto en pedazos; arrojó hácia atrás su larga cabellera, y levantando al niño lo acomodó mejor sobre los musgos y flores silvestres, formándole un precioso techo impregnado de sanos perfumes.

—Duerme, hijo mio,—decia suavemente.—¡Duerme! tu madre está cerca, los espíritus del cielo te aman, y su Reina te sonrie. ¡Duerme, hijo mio! Cuando viniste al mundo, mientras tú llorabas, yo reia; ahora tú sonries y yo lloro. Cerca de tí se ha derramado sangre, y tú no lo sabes, ¡y esa sangre era la de tu padre! ¡Crueles! ¡desoyeron mis lágrimas y se mofaron de mis lágrimas! No te vieron: si no fuera porque te oculté, ¡oh! tú tambien hubieras muerto. ¡Alabado sea Dios! María salvó á su hijo; su amor lo protege. ¡Duerme, niño mio, duerme! Cuando salí de mi choza me decia: ¿Qué será de nosotros? Pero de repente pensé: ¿Y no tenemos al Dios de los cielos? ¿Y no protege hasta los pajarillos del bosque? Despues de una tempestad ¿no manda la calma? ¡Duerme, hijo mio, duerme! tu madre vela por tí.

Unas treinta millas al Sur de Santa Fé el rio Pecos atraviesa un ancho y dilatado valle, á una altura como de 6,300 piés. La meseta del lado derecho del rio se levanta hasta 2,000 piés más arriba, y más altas aún se elevan las sierras que limitan el valle por aquel lado. El rio Pecos, límpida corriente poblada de truchas, corre directamente á desaguar en el Rio-Grande, á cinco grados al Sur del Estado de Tejas. Casi á la mitad del valle se levanta una meseta semicircular sobre unas rocas muy altas que miran sobre el arroyo de Pecos, el cual no se debe confundir con el rio del mismo nombre. La parte Sur de la meseta está cubierta con extensas minas, llamadas de *Pueblo-viejo de Pecos*.

II

Era en 1840. Hacia veinte años, poco más ó menos, que Méjico se habia emancipado de España: los Padres de san Francisco, que habian cuidado con tanto esmero á los pobres indígenas, habian sido arrojados fuera del territorio ó asesinados cruelmente en las revueltas revolucionarias: el país yacía en completa ruina. El grito de guerra de los indios se oia en las sierras de Nuevo-Méjico, y las tribus indígenas saqueaban el país.

Los indios Pecos vivian relativamente en paz en el hermoso valle que llevaba su nombre. La grandiosa iglesia dedicada á San Antonio de Padua habia perdido gran parte de su antigua gloria, pues aquel pueblo ya no se reunia á escuchar la voz de sus pastores. Los claustros y las celdas que tantas virtudes habian ocultado estaban vacías. Aquellas pobres tribus empezaban á olvidar el Cristianismo y á recordar las antiguas supersticiones de los Aztecas; muchos curanderos y mohanes empezaban á ejercer su influencia sobre los indígenas. El horno para encender el fuego de Motezuma se construia de nuevo, así como la guarida en que ocultaban la horrible serpiente, el antiguo dios de aquel lugar. Como antes, aquel asqueroso reptil no se contentaba sino con la carne de tiernos niños. Se echaban suertes y la inocente víctima era arrojada viva en la cueva; el mónstruo envolvia en espiral el cuerpo del infeliz, lo cubria con hedionda baba y lo devoraba poco á poco, mientras encima de la cueva el ruido del tambor indígena acompañaba la danza que se bailaba en su honor; siendo una de las parejas obligadas la madre de la víctima, la cual tenia que ocultar sus lágrimas para no incurrir en la indignacion de la tribu.

III

Sucedió, pues, que la suerte habia señalado como pasto de la víbora al hijo de Ta-wan-dah, que así se llamaba la jóven á que nos referíamos al principio de esta narracion. Pero aquella pobre india era cristiana fiel. Habíala bautizado el buen P. Agustin, que tuvo á su cargo el cuidado de los Pecos; su marido era un francés, hijo de padres piadosos que habian emigrado cuando la Revolucion, estableciéndose en un hermosísimo paraje sobre el rio Geba, cerca de Casas-Grandes: habia sido robado durante su infancia por los indios Comanches, pero comprado por el jefe de los Pecos, la tribu lo habia adoptado como hijo suyo. Las enseñanzas de su madre habian quedado grabadas en su corazon, y á pesar del miedo en que vivia jamás tomó parte en las orgías, los asesinatos y los robos de los Pecos. Llamábase Antonio, y como no recordara el apellido de su padre, le habian puesto como sobrenombre *el frances*. Criado en la casa del caudillo, que habia perdido á su hijo en un combate, Antonio tomó el lugar de éste en aquella familia, y al cumplir diez y nueve años casó con la hija de su protector, á quien él habia enseñado el Cristianismo. El P. Mateo, que tenia una Mision en Tejas, y habia ido á evangelizar á los

indios Navajos, casó á los dos jóvenes al pasar por allí. De aquella union nació el niño que ya conocemos y cuya muerte fué decretada por la suerte.

Oíase el tambor preparado para la fiesta; los Pecos se acababan de pintarrajear el cuerpo; la víbora hambrienta silbaba en su cueva, aguardando con impaciencia la presa que deberian arrojarle... Pero ¿en dónde estaba Ta-wan-dah? Nadie la veia porque habia huido á la vecina montaña con su niño. Para vengar aquel sacrilegio, dos niños habian sido arrojados á la serpiente. Bullia la danza mientras la serpiente devoraba las dos víctimas, cuando se oyó un grito de espanto:

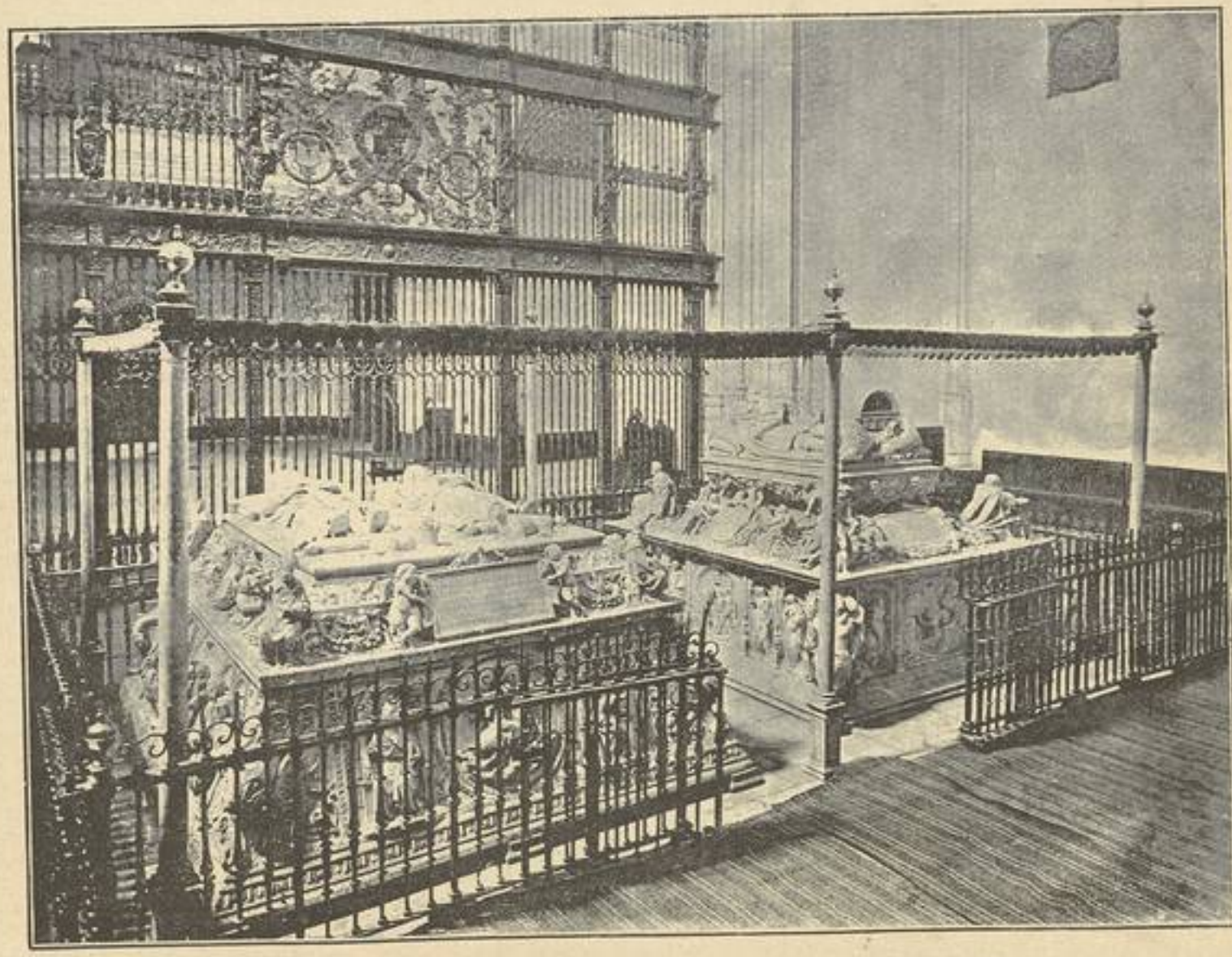
—¡Los Apaches!

Originóse entonces una terrible confusion; los hombres corrieron á buscar sus armas; las mujeres y los niños gritaban; pero ya no habia tiempo para defenderse. Los Apaches expiaban á los Pecos desde el vecino matorral, hasta que despues de un dia de borrachera y algazara llegó la noche, y se preparaban á arrojarse sobre sus enemigos como tigres hambrientos, cuando el francés, que habia acompañado á su mujer al bosque, los vió llegar y quiso dar aviso del peligro á los Pecos; pero en aquel momento siete flechas certeras le atravesaron el cuerpo. Mientras aquellos bárbaros mataban á todos los habitantes del pueblo, Ta-wan-dah se acercó á su marido y trató de levantarlo, pues aún respiraba; pero éste, despues de dar algunos pasos, cayó muerto á la entrada del bosque, en la orilla del rio Pecos. Cuando lo vió espirar la desdichada india lo cubrió con musgos y ramas, y formando una cruz con dos maderos, tomó á su hijo en brazos, y se hincó al pié de la improvisada tumba de su esposo.

—¡Adios, amor mio! exclamó sollozando. ¡Adios! ¡Ayer todavía éramos dichosos... pero hoy, desventurada de mí! Pero no, no murmures, corazon. El Dios que nos unió nos ha separado. ¡Bendito sea su santo nombre! La ausencia no será larga: pronto nos reuniremos en la dichosa patria del cielo. ¡Adios, flor tronchada en su principio! Luz de mi camino, ¡adios!

Y al decir esto se internó en los bosques más sombríos con objeto de que los Apaches no la encontraran, y en busca de los pocos Pecos que pudieran haberse salvado del degüello. Caminaba apresuradamente por entre los matorrales con su preciosa carga, deteniéndose á cada paso para escuchar cualquier sonido, asustándose con el crugir de las hojas secas, el soplar del viento entre las ramas, el movimiento de su propia sombra, hasta que cansada, hambrienta, casi moribunda, se dejó caer al pié del árbol donde la hemos encontrado.

TORRE DE SAN LORENZO EN EL ALBAICIN (GRANADA)



PANTEON DE LOS REYES CATÓLICOS EN LA CATEDRAL DE GRANADA

IV

El cielo se oscurecia más y más; reinaba el más profundo silencio, interrumpido apenas por el grito del *coyote* y del *kalydid* y el rumor del Pecos al estrellarse en las rocas de sus riberas. Allí se recostó al fin y trató de dormir, pero no pudo cerrar sus párpados, hinchados con las lágrimas que habia vertido todo el dia: sus ojos eran fuentes de incesante llanto, y su corazon una fuente tambien de oraciones. El niño despertó al fin, la madre lo sacó de su cuna improvisada y lo apretó contra su pecho... Pero ¡desdichada madre! el tierno grito del niño habia sido oido por los demonios que la perseguian, y se oyó el salvaje alarido de los indios. Ta-wan-dah, aterrada, se quedó inmóvil como una estátua.

—¡Allí están!—se dicen los indios unos á otros, y al cabo de un momento se ve rodeada por tres, cuatro, diez salvajes. Las mantas en que se envolvian están empapadas en sangre; la miran con ferocidad... ¡Son los mismos que mataron á su marido, á sus parientes y á toda su tribu!

No creyendo que la mujer se salvase sola, preparan el tormento para obligarla á confesar en dónde se hallan sus compañeros. Le atan las manos á la espalda y encienden fuego con los pinos que crecen en contorno. Le habian arrancado al niño de los brazos y arrojádolo al pié del árbol bajo el cual momentos antes se habian albergado los fugitivos.

Uno de aquellos monstruos la arrastra hácia la pira, diciéndole:

—¡Confiesa en dónde están tus compañeros!

—Ya os dije—repuso ella con serenidad heroica—que no tengo compañeros. Yo estaba oculta en el monte cuando os ví llegar.

Burláronse de ella aquellos bárbaros, y algunos propusieron que se la matase allí mismo. Pero el jefe de la banda dijo que era mejor llevarla presa hasta el país de los Apaches. Los demás accedieron, y dejándola atada al árbol se envolvieron en sus mantas y se acostaron para dormir. El niño, despues de haber llorado mucho, calló.

A media noche se levantó sigilosamente el jefe de los salvajes, y cortando las ataduras que ligaban á Ta-wan-dah, le dijo al oido:

—¡Mujer, ten confianza! Recoge á tu hijo; yo te salvaré; sígueme en silencio!

Llena de esperanza la pobre madre tomó al niño en brazos y siguió al indio. Subieron callados por la orilla izquierda del rio Pecos; atravesaron el lugar en que hoy se halla la plaza del pueblo; cruzaron el rio, con el agua á media pierna; subieron por la orilla izquierda de la corriente, y llegaron hasta un lugar en que el rio se despeña para seguir de nuevo su curso. Hay allí inmensas rocas volcánicas, arrojadas por un espantoso terremoto en las primeras épocas del mundo.

Es aquel un sitio encantador. La meseta es árida, pero se perciben á cien metros de profundidad las aguas del rio blancas y espumosas, estrellándose impetuosamente contra las rocas de su lecho. No lejos levántanse las peñas que forman los estribos de la Sierra Madre, coronada de blancas crestas de nieve. Ta-wan-dah temblaba de miedo. El Apache se detuvo al pié de un árbol, y miró á la jóven con ojos que brillaban en la oscuridad y parecian iluminar su horrible faz con luz diabólica.

—Mujer,—dijo,—estás en mi poder; te puedo dar la vida ó la muerte á mi antojo. Si gritas, mi cuchillo pondrá fin á tu existencia... Pero si consientes en seguirme como mi mujer, adoptaré á tu hijo, y serás la luz de mi choza.

—¡Jamás seré la mujer del asesino de mi esposo!

—¡Consiente, ó te mato!

—¡Jamás!

El salvaje le arrebató repentinamente el niño, y cogiéndolo por un pié, con la cabeza sobre el abismo, amenazó con despedazarlo contra las rocas. Pero los gritos del niño, que desgarraban el corazon de su madre, no la hicieron cambiar de propósito.

—¡Consiente, mujer, ó tu hijo muere!

—¡Madre de misericordia!—exclamó la desventurada,—ten piedad de él y de mí! ¡Gran Espíritu, salvadle!

De repente el Apache cae al suelo atravesado el corazon con una flecha... Un momento despues era cadáver.

Algunos fugitivos del pueblo de Pecos, ocultos á pocos pasos de distancia, habian oido y presenciado la escena entre Ta-wan-dah y el Apache, y uno de ellos habia levantado el arco y atravesado el corazon del bandido con una flecha.

V

Madre é hijo continuaron su camino con los Pecos, los cuales perdonaron á Ta-wan-dah su huida. Los fugitivos se refugiaron en la tribu de los indios Jemez y ayudaron á la viuda del francés á criar á su hijo. Ella se ocupó activamente en la conversion de los indios, les hizo abandonar muchas prácticas supersticiosas, y poco á poco les enseñó la fe de Jesucristo.

El niño vive aún, y es un miembro honorabilísimo de la tribu que lo adoptó.

El pueblo viejo de Pecos se arruinó por completo: solamente lo visitan los cazadores, y el antiguo templo ha sido profanado por los amantes de curiosidades, que se han llevado gran parte de aquel monumento. Ultimamente el P. Leon Mallachet mandó rodear la iglesia con una cerca, con lo cual se evitará su total destruccion.

EL LUJO

I

CONCEPTO

Dugald Stewart definió el lujo: «El uso de lo supérfluo.» Rechaza Say esta definicion, diciendo que lo supérfluo no se puede con facilidad distinguir de lo necesario. «Se ha definido el lujo el uso de lo supérfluo.» Confieso que no sé discernir lo *supérfluo* de lo *necesario*. Semejante á los colores del Iris, ambos se unen y se confunden uno dentro de otro por tintas imperceptibles. Nosotros rechazamos la definicion de Stewart y la razon de Say.

El lujo dice más que prodigalidad. ¿Cómo puede, pues, definirse por la idea de uso, cuando ésta ni á definir basta la prodigalidad que no es uso, sino derroche de la riqueza? Más aún; á nuestro modo de ver no hubiera bastado si en vez de *uso* se hubiera dicho *abuso* ó *consumo*.

El lujo supone siempre la idea de un exceso notable, no siendo de continuo exceso notable el abuso ó el consumo fuera de los términos de lo necesario. ¿Diriais vosotros que hay lujo en quien gasta algun escudo más de lo preciso en los muebles de su casa, en los vestidos ó en la mesa? El lujo es gasto de lo supérfluo; pero en alto grado y fuera de medida.

Además no es buena la razon de Say, porque, para distinguir una cosa de otra, no se requiere discernir el término preciso que las separa. Así, para servirnos del propio ejemplo que aduce, vosotros bien distinguís en el iris el color verde del azul, aunque no sepais indicar dónde propiamente acaba el primero y principia el segundo.

En un rico igualmente nadie puede marcar el punto en que los bienes dejan de ser necesarios para venir á ser supérfluos; pero todos pueden conocer bien la diferencia entre uno y otro mirándolos en su extension.

Mas dejando esta consideracion, aquí hecha por incidencia, Say justamente rechaza, cual lo hacemos tambien nosotros, aquella definicion, á causa del equívoco que contiene, sustituyéndola con otra tomada de la gravedad del dispendio: «Se puede decir en general que el lujo es el uso de las cosas que cuestan mucho.»

Esta definicion es mejor por ser menos indeterminada. Sin embargo no nos satisface, porque si el uso de las cosas de alto precio corresponde á la elevacion del objeto, ó al grado social de la persona, no es lujo, sino magnificencia, que figura entre las virtudes. *Magnificentia nominat virtutem.*

Así vemos al príncipe laudablemente usar muebles preciosos, y más laudablemente gastar su oro y plata en los templos y en las vestiduras del sacerdote. Se honra en lo uno á la nacion, y á Dios en lo otro.

En su virtud, en la definicion del lujo, preciso es hacer entrar algun elemento que lo separe de la idea de magnificencia, restringiéndolo á persona y á fin privado, porque, como Aristóteles observa, el hombre magnífico no abunda en gastos para sí mismo.

Por fin, Say figura que en la idea de lujo entra propiamente el ansia de sobresalir y hacer ostentacion; pero no la de llevar vida muelle y sensual: «La palabra lujo despierta entre nosotros al mismo tiempo la idea de la ostentacion más que la de la sensualidad. El lujo de los vestidos no indica que éstos sean más cómodos para los que los llevan, sino que se han hecho para herir los ojos de los que los miran.

«El lujo de la mesa recuerda más bien la suntuosidad de una gran comida que los delicados manjares de un epicúreo.»

Bien que sea esto exacto generalmente, creemos que puede impeler el lujo aun al amor de las delicias. El Epulon del Evangelio, el cual vestia púrpura y lino finísimo, celebraba espléndidos banquetes cada dia: *Induebatur purpura et bysso, et epulabatur quotidie splendide.* Más que el fausto parece que se proponia el placer, lo cual se infiere de la respuesta que le dió Abraham cuando, sepulto en el infierno, le rogaba que le mandase al mendigo Lázaro á fin de que aliviara su pena: *Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala; nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris.*

El *cruciaris* es la contraposicion, no de la pompa, sino del deleite. Tal, por lo tanto, al parecer era el pecado del Epulon al darse al lujo. Realmente, ¿no llamaríais vosotros lujuriosa una vida que hicieran alegre quintas amenas, espléndidos palacios, delicados manjares, exquisitos licores, lechos mullidos, vestidos finísimos y suaves perfumes?

Supuestas semejantes razones, parécenos que podria ser definido el lujo: «El uso de cosas peregrinas ó de alto precio por cuenta privada, para ostentacion ó voluptuosidad.»

Así quedan comprendidos todos los elementos que constituyen la idea del lujo. Expresado está el exceso sobre la necesidad y la decencia; se distingue de la *magnificencia* por la frase *cuenta privada*, contraposicion de los *grandes* objetos, cuales son el culto divino y el esplendor nacional; por fin indícanse las dos cosas que le mueven, á saber: la vanidad soberbia y la sensualidad destemplada.

II

MALDAD

No faltan economistas que alaban el lujo; pero la generalidad lo reprueba. Nosotros lo reputa-

mos condenable por doble motivo: por los efectos perniciosos que produce y por su intrínseca pravedad. El lujo, por su índole, arruina las familias dando fondo á sus bienes, aunque sean pingües y prósperos. Quien dice lujo, dice consumacion, y consumacion en aumento siempre; porque no tiene término fijo, tendiendo de contínuo á eclipsar á los competidores y atraerse las miradas y la admiracion. Ahora bien; el consumo vale lo mismo que destruccion.

Además mientras arruina el lujo á los ricos, no ayuda tampoco á los pobres, sino que aumenta de contínuo su miseria. Dice Montesquieu: «Si los ricos no gastan mucho, los pobres morirán de hambre.» Sucede lo contrario. Morirán de hambre los pobres, si los ricos disipan. Y la razon es clara. Dos son los fondos del pobre: su propio trabajo y la beneficencia de otros. Ahora bien: disminuyen ambos, á medida que aumenta el lujo del rico. El lujo no es benevolencia, sino egoismo. Mas; absorbiendo el lujo los bienes del rico, no le deja medio de subvenir á la indigencia de otros. Disminuyendo los capitales, disminuye poco á poco el trabajo, cuyo alimento es el capital. La miseria, dice óptimamente Say, camina siempre sobre las huellas del lujo.

Un rico fastuoso emplea en joyas preciosas, en banquetes suntuosos, en palacios magníficos, en perros, en caballos, en mujeres, valores que, invertidos de manera productiva, hubiesen comprado trajes de mucho abrigo, alimentos nutritivos y muebles cómodos á infinidad de trabajadores, condenados á permanecer ociosos y miserables. Cuando el rico lleva hebillas de oro, el pobre no tiene zapatos; cuando el rico lleva traje de terciopelo, el pobre no tiene camisa. De aquí el rencor profundo y pensado de las clases míseras hácia las que gozan, cuyo fausto es un insulto. Que los ricos se procuren alguna esplendidez, conforme con su estado, es cosa que á todos parece razonable, sin que cause irritacion, á lo menos en la parte juiciosa del pueblo. Mas el dispendio inmoderado y escandaloso, los excesivos goces, no teniendo razon de ser, fuera de la vanidad ó de la molicie, irritan á los que no tienen, moviéndoles al despecho, á la envidia, á la ira, y á desesperados y subversivos propósitos. El lujo con sus resplandores atrae las miradas, seduce los espíritus, los enamora de los placeres, y engendra un deseo ardentísimo de goces: una sociedad donde todos quieren gozar y pocos pueden, ha de venir á ser por fuerza un campo de batalla, ó más verdaderamente un infierno.

Otro efecto feísimo, y no raro, del lujo, es impeler á buscar riquezas por todos los medios, inclusos los deshonrosos y los viles. «Cuando el amor al lujo (nuevamente observa Say) inspira el deseo de ganar, los medios lentos y limitados de la produccion verdadera ¿son acaso bastantes para su avidez y sus necesidades? ¿No se cuenta más bien con los productos rápidos y vergonzosos de la intriga, industria ruinosa para las naciones, porque nada produce, participando solamente de los productos de los demás? Entonces el bribon recurre á todos los expedientes de su ingenio despreciable; el que cavila especula sobre la oscuridad de las leyes; el hombre del poder vende á la estupidez y á la iniquidad la proteccion que debe gratuitamente al mérito y al derecho.—He visto en una cena, dice Plinio, á Paulina cubierta con un tejido de perlas y esmeraldas que valia cuarenta millones de sextercios, como podia probar, segun afirmaba, con sus registros; debíalas á las rapiñas de sus antepasados. A fin de que una nieta suya (añade el escritor romano) pudiese comparecer en un convite cargada de joyas, Lollio se contentó con difundir la desolacion por varias provincias, quedar difamado en todo el Oriente, perder la amistad del hijo de Augusto, y finalmente morir de veneno.»

Sólo que no es preciso recurrir á los efectos tristes del lujo, porque por sí mismo resulta óbvio que es malo intrínsecamente. El lujo es perversion del órden en materia de costumbres, por contradecir el fin para el que dió la naturaleza el uso de la riqueza. Derrocha locamente lo supérfluo, que ordenado está por la naturaleza para sustentar á los pobres. De doble manera pervierte, por tanto, el órden de la naturaleza, siendo por doble motivo contrario á la moralidad de las acciones humanas.

Más aún, no solo es contrario á la moralidad de las acciones humanas, sino enteramente á los derechos de justicia.

Santo Tomás enseña que lo supérfluo es por ley de la naturaleza debido al sustento de los pobres: *Res, quas aliqui superabundanter habent, ex naturali iure debentur pauperum sustentationi*. Y la razon es porque la apropiacion de las cosas exteriores, que es de derecho natural *secundario*, no puede hacer vano para ningun hombre lo de derecho natural *primario*, es decir, sacar de aquellas lo necesario para el sustentamiento de la vida.

Suponiendo que un individuo, apropiándose una parte de los objetos fructíferos, á fin de asegurar más establemente la subsistencia suya y la de sus hijos, está obligado á dar lo supérfluo á los necesitados, no existe doctor socialista que pueda combatir semejante propiedad. Mas, como cada uno ve, condicion esencial de ella es que el propietario, una vez llegue á ser rico, dé á los pobres lo que sobra, satisfecha su necesidad y la decencia del propio estado. Ahora bien; tal condicion es anulada por el lujo, que disipa lo supérfluo mencionado por los caprichos del poseedor. Contiene, por lo tanto, una verdadera injusticia, y bajo este aspecto justifica la acusacion de Prouhdon: «La propiedad es el robo.» Fórmula blasfema, entendida de la propiedad honrada y bien comprendida, la cual emana de Dios, por proceder de la naturaleza; pero fórmula en gran parte verdadera, entendida de la propiedad que hace ostentacion del lujo y del fausto, la cual retiene y derrocha lo ajeno, es decir, lo supérfluo debido á los pobres.

(Se concluirá)

MISCELÁNEA

FRUTOS LAICOS

Se celebraba en Bejigar (Jaen), el 29 del pasado, la fiesta del Sagrado Corazon de Jesús, hermosísima manifestacion de los sentimientos religiosos de aquel vecindario.

Habia terminado la Comunion general, que fué espléndida, cuando estando el templo lleno de fieles, penetró en él el laicocéfalo Juan Martinez Marin, que—aleccionado en la *tolerancia* libre-pensadora—acometió brutalmente á su mujer y á otras varias señoras que estaban rezando, hiriendo á algunas, entre las cuales Ana Calderon quedó bañada en sangre.

Esta hazaña fué acompañada con todo el repertorio de blasfemias de Jordano Bruto y de todos los que tienen la conciencia emancipada.

No hay que decir que aquel laicazurro fué puesto á disposicion de la autoridad y arrojado á escobazos del templo.

Pero asombrémonos de la *libertad* con que librepiensa la laicanallería en todas partes.

Del mismo paño, es decir, modelo de la tolerancia de los laicocistas, que tanto nos atruenan los oidos con la «intransigencia inquisitorial de los Curas,» ha sido el atropello de dos peregrinaciones, una en Tarragona y otra en Reus.

Al pasar los peregrinos con el mayor recogimiento, los «dignos libre-pensadores,» que veian aquellas magníficas manifestaciones de fe católica, no pudieron contenerse y la emprendieron á insultos y pedradas.

Porque ¿qué van á hacer los pobres laicondenados?

Los católicos los ganan en número, en decencia, en honradez, en tolerancia...; pero lo que es á brutos, ¡quiá!

Nuestro estimable colega *El Alicantino* cuenta el siguiente sucedido, á propósito de la *filantropía* masónica:

«Un mason de alto grado que oficia de pontifical en estos Valles...», se dirige á una persona no afiliada á la masoneria, pidiéndole el favor de que le prestara cierta cantidad que necesitaba, la cual recibió. Pasó algun tiempo, y el masoo aludido volvió á necesitar dinero, y acudió de nuevo al mismo.

«—Hombre,—le dijo éste,—me extraña que siendo tú masoo, vengas á pedirme dinero á mí que soy católico, y no vayas á tus hh.·. los masones.

«—Chico, yo soy masoo por lo que LE SACO á la masoneria: en no pudiendo sacarle nada, se acabó.»

Ahí duele.

Conocemos nosotros un tripunteado que ha metido en una logia á la patrona y á sus tres hijas, y todas las cuatro son ó están amandiladas.

—Mire V., doña Brújula (dijo á la patrona el h.·.), V. me da de comer y yo traeré huéspedes.

Pero doña Brújula se cansó; los huéspedes no venian, y arrojó el triángulo por el fregadero, quedándose solo con la hipotenusa.

La indignacion del masoo llegó á su colmo.

—¡Doña Brújula!—decia, retorciendo entre sus manos crispadas un número de *Las Demonicales*—¡V. no quiere figurar en una sociedad de fraternidad universal!...

—Lo que no quiero,—dijo ella,—es figurar en una sociedad de *primos* universales.

(Histórico).

Laicocea *El Motin* contra el virtuoso párroco de Santa Cruz de la Zarza, porque propaga periódicos católicos y asociaciones de devocion.

Es lo bueno que tienen los papeles laicinicos.

A los Curas que no cumplen con sus deberes (segun el criterio laicalamidad) los insultan; y á los que cumplen con sus deberes, como el Párroco de Santa Cruz (segun el criterio de todo el mundo), los insultan tambien.

Si les hiciera falta, y los laicatrazas pudieran dársela, esto redundaria en grandísima honra para los Curas.

El jefe de la laicocefalia de Ribadavia (Orense), cuyos adeptos son nones y no llegan á tres, desconfiando de sus propias fuerzas, llamó á una *pastora* protestante, para que hiciera en aquel religioso pueblo la propaganda impía.

La pastora, que era *viuda* de libre exámen de un luterano, llevóse consigo á Ribadavia dos pastores, con uno de los cuales ha contraido segundo himeneo, sin ritualidades ni zarandajas canónicas.

Por reirse de los canticos y *ritos* de la pastora acudieron al principio algunas gentes á su *templo*; pero ya no van más que los tontos de remate.

Gracias al celoso y digno párroco de Ribadavia, que ha combatido sin tregua contra los patrestantes aquellos, parece que la pastora está en situacion de decir:—«Vámonos, que nos han conocido.» *(El Cruzado.)*

LOCOMOTORAS PARLANTES

Cada vez que llega el correo de América se preguntan los hombres de ciencia y los amantes de descubrimientos originales si el solitario de Munlo Parck, el ilustre Edison, habia inventado algun nuevo aparato maravilloso. Recientemente nos hablaba la prensa de los Estados Unidos del fonógrafo industrial con el que es posible reproducir los sonidos despues de transcurrido mucho tiempo.]

Ahora nos habla de un nuevo invento: el de las locomotoras parlantes, es decir, de las locomotoras que podrán pronunciar en voz alta frases enteras que se oigan á grandes distancias.

Consiste el invento en un aparato de pequeñas dimensiones, un verdadero juguete de niño que tiene todas las apariencias de un órgano en miniatura compuesto de varios tubos, de algunos alambres de bronce y un teclado. En el interior de este aparato van colocados un fonograma, y en el exterior una á manera de trompeta por donde pasa el vapor.

Los fonogramas son verdaderos despachos impresos, ó mejor dicho, grabados por el fonógrafo ordinario. Para hacer hablar á la locomotora se introduce un fonograma en un pequeñísimo aparato que Edison llama el *glosógrafo*, se deja escapar el vapor encerrado en la caldera, y la trompeta reproduce los sonidos articulados que el maquinista quiere con una sonoridad tal que no hay voz humana, por fuerte que sea, que la iguale.

Cuando un tren llegue á una estacion, la máquina se encargará de decir cuál es el nombre del pueblo, cuántos son los minutos de parada, si hay fonda, si los viajeros tienen necesidad de cambiar de tren y todas aquellas indicaciones que hacen no siempre en voz clara y perceptible los empleados de las Compañías.

Cuando el tren esté en marcha el maquinista podrá sustituir los signos convencionales puestos ahora en uso, y con los cuales se hace entender de los guardafrenos, por frases enteras que digan claramente la clase de servicio que necesita.

Y cuando dos máquinas estén ociosas en una estacion sin saber que hacer, podrán entablar diálogos, perorar, discutir, preguntar por la familia y matar el tiempo como Dios les dé á entender.

Los experimentos de esta diabólica invencion se verificarán uno de estos dias en las líneas del West-End, á presencia d-

Edison y de multitud de personas ganosas de saber como hablan los organismos de acero y hierro.

Con razon se ha llamado brujo al insigne físico.

LAS PRUEBAS DEL VESUVIUS

En Filadelfia se acaban de verificar las pruebas de este formidable buque de guerra norte-americano.

Ha alcanzado una velocidad de 23 132 millas por hora con calderas calculadas para doce atmósferas.

Pero el rasgo especial de este notable buque consiste en el empleo exclusivo, para su armamento, de cañones neumáticos. Son estos cañones tubos de bronce de 16 ó 17 metros de largo, con un calibre de 18 centímetros, y que por medio del aire comprimido arrojan á unos dos mil metros de distancia granadas que pesan 422 kilógramos, y que contienen una carga de dinamita, mejor dicho, de nitro-glicerina gelatinosa, de 272 kilógramos de peso. Este invento, que parece realizar el ideal mucho tiempo buscado por los marinos de la granada torpedo, es debido al teniente Zalinski. Es conveniente añadir que el sistema fué presentado al Almirantazgo aleman para la defensa de las costas, y despues de hacer experimentos se aplazó su adopcion.

Con este motivo, dicen los marinos de los Estados Unidos que despues del fracaso en Alemania, el inventor ha perfeccionado notablemente su máquina y ha llegado á conseguir una precision en el proyectil suficiente para las necesidades ordinarias del combate.

Segun el contrato celebrado por el gobierno y la compañía de cañones dinamiteros, ésta deberá proveer al *Vesuvius* de cañones Zalinski de 15 pulgadas que puedan dispararse cinco veces cada diez minutos, ó sea un disparo cada dos minutos.

En los ensayos del *Vesuvius* se hicieron diez disparos en ocho minutos, lo que equivale á un disparo por intervalos de menos de un minuto. El resultado de la prueba demuestra que el *Vesuvius* con tres cañones, cargando como se acostumbra al entrar en combate, puede lanzar en seis minutos contra el enemigo 18 proyectiles, cada uno cargado con 500 libras de gelatina explosiva, pudiendo avanzar mientras hace dichos disparos dos millas y cuarto hacia él.

Los cañones de este buque están montados á una elevacion continua de 18 grados, de modo que su línea de tiro puede cambiarse simplemente variando la presion del aire que contiene la cámara.

La presion del aire en esta cámara es de 1,000 libras por pulgada cuadrada, y por medio de una válvula se regula la presion que se calcula necesaria para lanzar el proyectil á mayor ó menor distancia. La operacion de esta válvula es tan perfecta que garantiza el alcance que se le quiere dar al proyectil. Tan pronto como se terminen algunos trabajos de retoque, se verificarán las pruebas oficiales con proyectiles cargados segun prescribe el contrato.

SECCION RECREATIVA

EXPERIMENTO CON UN PEDAZO DE HIELO.—Cojo un pedazo grueso de hielo, ó dos ó tres tablas de hielo juntas, de un palmo ó más de largas.

Las coloco sobre dos ladrillos puestos de pié, ú otros objetos cualquiera *formando puente*.

Pongo un peso, v. g., medio ladrillo, suspendiéndolo del pedazo de hielo por medio de un ALAMBRE (*no de una cuerda*).

Resultado: el peso irá cayendo poco á poco, y por fin caerá del todo, pero el pedazo de hielo quedará en una pieza sin hendidura alguna.

ACERTIJO

Mi ser por un punto empieza,
Por un punto ha de acabar;
El que mi nombre acertare
Sólo dirá la mitad.

SOLUCION AL ACERTIJO DEL NÚMERO ANTERIOR

BOCA

EN EL MERCADO DE FLORES (CUADRO DE A. DALL'OCA)

DAMA JAPONESA (CUADRO DE ELEUTERIO PAGLIANO)

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) — Barcelona 27 de Julio — Série II.—Núm. 83

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Nuestros enemigos de ayer y nuestros presentes enemigos*, por Luis C. Viada.—*El sueño del eremita*, por A. P.—*Un pensador aleman y un filosofastro español*, por M. Polo y Peyrolon.—*Dios* (poesía), por José Zorrilla.—*Hijo y Madre*, VI, por Francisco Hernando.—*La desamortizacion*, por M. Menendez Pelayo.—*Tradiciones y costumbres de las islas Pomotús*: III, por el P. Alberto Montiton.—*Las glorias del mayor siglo* (fragmento de la comedia religiosa de este título, escrita por el P. Valentin de Céspedes, S. J.).—*El voto de Santiago* (texto del diploma del rey Ramiro I).—*El Indio* (continuacion).—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Banda municipal de Barcelona (grupo tomado de una fotografía).—No ha mucho tiempo, habiendo acordado el Ayuntamiento de esta ciudad la creacion de una banda de música que estuviera á una altura digna de aquella encargó la organizacion y direccion de la misma al distinguido profesor D. José Rodoreda; y tal grado de perfeccion ha llegado á alcanzar bajo la direccion de su maestro, que mereció el primer premio en el concurso nacional y el segundo en el internacional celebrados en el Palacio de Bellas Artes de la Exposicion Universal de Barcelona.

Ilmo. Sr. D. José Telesforo Paúl y Vargas, difunto metropolitano de Colombia.—Hace apenas cuatro meses cerróse la tumba de este sabio y celosísimo Prelado entre las fúnebres salvas del cañon, al compás de las solemnes salmodias sacerdotales y en medio del murmullo producido por los sollozos de tantos como lloraron su muerte. Hijo preclaro de la Compañía de Jesús, durante más de veinticuatro años

la culta sociedad bogotana pudo admirar sus raras prendas oratorias, su caridad evangélica y su piedad extraordinarias

Nació en Bogotá el 5 de Enero de 1811, de estirpe venezolana por su padre y de familia neo-granadina por su madre. A la edad de 14 años entró en la Compañía de Jesús, á la que profesó siempre filial y cordialísima devocion. Estudió como novicio en Popayan humanidades, retórica y primer año de filosofía, y regresó á Bogotá donde permaneció hasta la expulsion de la Compañía en 1850. Salió para Europa con sus hermanos y prosiguió sus estudios en Bélgica en un colegio de españoles. En Francia recibió las órdenes de Subdiácono y Diácono, y en España, donde terminó sus estudios, se ordenó de Presbítero el 21 de Diciembre de 1855. Volvió á América en 1857 y enseñó humanidades y retórica á los jóvenes Jesuitas de Guatemala. Cuando las pasiones revolucionarias llegaron en las Repúblicas del Centro á su más alto punto, el P. Paúl expulsado de allá volvió otra vez á nuestras playas, y á pesar de que aquellos tiempos no eran por desgracia como los actuales, se ganó de

BANDA MUNICIPAL DE BARCELONA (grupo tomado de una fotografía)

tal modo las voluntades en Panamá, donde residia consagrado á la enseñanza, que el Papa no pudo resistir al clamor unánime de los istmeños y lo elevó á la Silla episcopal en 1876. Doce años residió en una de las diócesis de más difícil gobierno por los heterogéneos elementos que la forman, rigiéndola con exquisito tacto, hasta que por Breve de Leon XIII, fechado el 6 de Diciembre de 1884, fué nombrado Arzobispo de Santafé de Bogotá, siendo el segundo hijo de esta ciudad que ha ocupado dicha Sede Metropolitana.

Los cuatro años de su último pontificado desde que entró en la capital el 11 de Febrero de 1885 en medio de inmensa concurrencia que llenaba la carrera que debia recorrer el Prelado desde Aranda hasta la Catedral, y vestida la ciudad de gala á pesar de sentirse todavía sobre la patria el azote de la guerra, hasta el dia 8 de Abril en que el alambre telegráfico primero y el estampido del cañon poco despues, anunciaron á los bogotanos la dolorosa pérdida de su Pastor, ocurrida en La Mesa, presentes están en la memoria de todos sus amados diocesanos. Todos recuerdan el encanto de su palabra y aquellos elocuentes sermones pronunciados en la Catedral que tenian el don de atraer hasta á los incrédulos y heterodoxos. Muchos son los que durante largos años conservarán el agradecimiento vivo en sus corazones, pues su caridad y su prudencia en nada desmintieron de las mismas virtudes de su mártir predecesor el Ilmo. Sr. Arbeláez. Nadie hay que no conociera sus severas costumbres de jesuita y al par su exquisita finura y amenidad en el trato social, que le acercaba al mundo cuanto era menester para cautivar á los que por desgracia viven apartados de la Iglesia. Del prestigio de su virtud, de su arrebatadora elocuencia y de su gran popularidad serán siempre testimonio vivo aquella serie de notables Conferencias, consecuencia de las cuales fueron tan notables conversiones y la Comunion de más de 700 caballeros que, en compañía suya, atravesaron las calles más céntricas de Bogotá para visitar las iglesias y ganar el santo Jubileo.

Durante cuatro años dirigió el Ilmo. Sr. Paúl los intereses religiosos de la Arquidiócesis, y en este corto tiempo como muy oportunamente recordaba ante sus restos mortales el ilustre General D. Rafael Reyes, levantó los vulnerados derechos de la Iglesia, los hizo reconocer y respetar, y le aseguró su porvenir de tranquilidad y de ventura, iniciando un movimiento religioso que se hará trascendental á toda la América española.

Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Leon Velasco, actual arzobispo de Bogotá.—Casi á raíz del fallecimiento del Rvmo. señor Paúl, el Padre Santo, á propuesta del Gobierno de aquella República, resolvió promover al Ilmo. Sr. Obispo de Pasto al Arzobispado de Bogotá.

Ni relaciones de familia, ni amistad personal, ni valimiento político, ni motivo alguno humano ha presidido á esta designacion, para la cual se ha consultado únicamente el interés comun de la Iglesia y del católico pueblo colombiano. La inmediata aceptacion que Su Santidad se ha dignado hacer de la propuesta del Gobierno es prueba inequívoca de acierto y motivo de consuelo y esperanza para la huérfana grey.

En la diócesis de Pasto el ilustrísimo Sr. Velasco ha podido hallar anchuroso campo para el desarrollo de su talento y de sus virtudes. Merced á sus esfuerzos se ha levantado allí un magnífico Seminario, cuyo arquitecto ha sido el mismo Prelado. Este incansable Pastor recorria todos los años inmensos territorios para visitar su grey; á todos consolaba y animaba al bien.

Tan excelsas virtudes y méritos tan probados fueron los que naturalmente atrajeron sobre él las miradas del Jefe de la Cristiandad para llamarlo á ocupar la silla arzobispal de Bogotá.

El Ilmo. Sr. Velasco nació en Popayán el 11 de Abril de 1834. El 12 de Noviembre de 1847 entró en la Compañía de Jesús. Despues de muchas vicisitudes y destierros que le obligaron á pasar al Ecuador y á las Repúblicas de Centro América concluyó sus estudios de Teología en la ciudad de Salamanca. Desempeñó, una vez ordenado de sacerdote, cátedras de Teología en las islas Canarias, y cuando regresó al Ecuador, el delicado cargo de Maestro de Novicios, que continuó luego en Pasto. Desterrado de nuevo con la Compañía por la revolucion al Ecuador, ayudó mucho en el Colegio de Guayaquil, en donde tuvo los primeros cargos.

En Méjico, á donde se le ordenó pasar, fué nombrado Rector del Colegio del Saltillo, y allí se hallaba ocupado en su cargo por completo cuando Leon XIII quiso premiarle sus méritos y virtudes nombrándole Obispo de Pasto. Tal es en abreviadísimo resúmen la aprovechada existencia del nuevo metropolitano de Bogotá.

Angeles, de Domingo Morelli.—Difícil es adivinar el pensamiento que tuvo el artista al pintar este bello grupo sobre un césped florido y en la cumbre de un monte. A través de la tristeza que revelan sus rostros ¿no podria acaso adivinarse un profundo sentimiento por la pérdida de almas confiadas á su custodia y que dando más bien oidos al espíritu del mal no pararon hasta despeñarse en el abismo?

Pacificacion de los moriscos por el arzobispo Fray Hernando de Talavera (1495, Granada).—Este cuadro, que representa uno de los más interesantes episodios de la historia pátria en aquella época, forma hoy parte de una de las Galerías particulares de Barcelona, y da á conocer las excelentes condiciones que para la composicion de asuntos de este género tiene su autor D. Isidoro Marin. Así acaba de demostrarlo el triunfo que ha obtenido en el Certámen verificado por el Liceo de Granada, con motivo de las fiestas de la coronacion de Zorrilla, por su magnífico cuadro titulado *Prision de Boabdil en la batalla de Lucena*, al que el Jurado acaba de conceder la primera recompensa.

Pagoda del rey de Travancor, ó ídolos que son sacados en procesion en las grandes ceremoniar. (Véanse los artículos sobre *Travancor*).

Interior de una pagoda en Parrchal. (Véase *Travancor*).

Salon donde son coronados los reyes de Travancor. (*Ibid.*).

El rey de Travancor viajando por el canal de Trevandrum. (*Ibid.*).

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Viajeros para París.—Las aguas medicinales.

El pueblo de Madrid ha tomado en serio la Exposicion de París de Francia, y aquí no va á quedar bicho que no haga el viaje, para tener al regreso historias regocijadas que referir.

Las maravillas que se refieren de las corridas de toros afrancesadas han acabado de hacer perder la chaveta á todo el mundo; y el hecho de que un francés ha tirado en Marsella al redondel nada menos que un niño, como si hubiera sido un sombrero ó una naranja, tiene maravillados á los devotos de la diversion nacional.

Y hay razon para ello, porque en esta especie de pujas de barbarie hemos salido ganando, pues en España, gracias á Dios, todavía no ha llegado el delirio taurino á perpetrar tales excesos.

Por otra parte, la baratura del viaje es poderoso estímulo para hacer liar el petate y tomar el tren á todo el que tiene algunos perros chicos que gastar.

Y eso que la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Portugal se ha declarado en competencia con la del Norte y ha preparado viajes en cualquiera de sus trenes, en los cuales por 15 pesetas se va á Lisboa, capital del reino lusitano, con opcion á que los viajeros se detengan en las estaciones que quieran.

Y ya se conoce el antiguo refran portugués: *El que no ve Lisboa no ve cosa boa*.

Pero ni aun con todos estos alicientes se logra desviar á nuestro pueblo del camino que conduce derecho á la torre de Eiffel.

De esta torre circula ya el facsímile, pintorreado de colorines, hasta en las chuferías, y son bastantes las tiendas que se han colocado bajo el patrocinio de su nombre.

Con lo cual quiero decir que se han retirado de la vista del público los caramelos, pastillas y babuchas *Peral* para sustituirlos con el nombre de *Eiffel*.

El cambio ha sido fácil y económico: un simple cambio de etiqueta. Y aunque parezca una nadería es menester respetar estas veleidades del comercio moderno, porque dice que así se vende.

Resumiendo; que se ha puesto de moda ir á la Exposicion.

La gente gorda, esto es, la gente pudiente, se reserva acudir al certámen allá para el otoño, que es cuando habrán cesado los trenes baratos: ahora es el turno de la gente menuda ú ordinaria, que está por las economías.

Ya dije en mi crónica anterior que son varias las expediciones que se han despachado, embarcando toreros, *cantaoras* y tipos flamencos, como si fueran arenques: en la actualidad se dice que están realizando el viaje lo más granado y florido, la espuma y la crema de los ratas, timadores y espadistas de Madrid, con los cuales están aviados los franceses si llegan á practicar en París sus habilidades.

Porque serán capaces de traerse para acá hasta la misma torre de *Eiffel*, sin que lo sienta la tierra.

En fin, es tal el furor que se ha despertado por ir á la Exposicion, que hasta un limpiabotas, furioso demócrata que en el año 68 fué capitan de la primera compañía del batallon de *Pucheta*, me notificó hace tres dias que se iba á París.

—¿Y á qué demonios va V. allá?—le pregunté maravillado.

El pobre hombre me respondió casi suspirando:

—Pues voy á ver si me traigo una maquinilla para limpiar el calzado sin necesidad de tener que arrodillarme para hacerlo ante ningun nacido, porque esto es una *endignidad* que no *poemos* aguantar los que somos más liberales que Riego.

No le quise contestar, temeroso de que se calara el morrion y me tirara el cepillo á la cabeza.

Despues de todo el infeliz hombre acababa de componer una sátira decente contra el progreso nuevo, demostrando que ni siquiera ha levantado de su postracion al limpiabotas.

Con el furor de ir á la Exposicion alterna el de ir á tomar aguas minerales-naturales.

Difícilmente habrá país en Europa tan enriquecido de estos medicamentos como nuestra España, en que, Dios sea loado, no hay una sola provincia que no se vea fertilizada por algunas gruesas de fuentes de aguas medicamentosas, cuyas virtudes se ensalzan en todos los tonos de la ciencia.

La accion terapéutica de estas aguas se halla garantida por todo linaje de informes y certificados de los principales centros académicos, de los químicos de más renombre y de los médicos de más clientela. Por lo cual no hay más que tomarlas y sanar por arte de encantamiento.

Las hay para todas las enfermedades crónicas y dentro de algunos años las habrá hasta para las agudas, excepcion hecha de aquella que ha producido la pérdida del sentido comun, que esta es enfermedad incurable en España.

No haya temor la humanidad doliente española de que, por grave y complejo que sea cualquier mal que padezca, falte en nuestro país un agua mineral que de raíz le cure. Y al paso que vamos es muy posible que si en lo porvenir nacieran los niños sin cabeza, se descubra algun agua mineral que se la devuelva.

Y no es lo peor que nos hayamos puesto en manos de la hidroterapia al natural, gastándonos en el verano los ahorros del invierno para buscar alivio á nuestros males. El viaje á los baños siempre resulta higiénico, porque el cambio de aires, de alimentos y de vida, el descanso que se establece durante la medicacion, á nadie perjudican.

Lo peor es que, como en todas las cosas de estos tiempos progresistas, quien hace la ley hace la trampa, como suele decirse, y las aguas minerales naturales han empezado tambien á ser víctimas de ruines falsificadores.

Ahí tenemos sino el *agua de Loeches*, purgante laureado con medalla de oro y plata adquiridas en muchas Exposiciones y con certificados honoríficos de no sé cuántos centenares de médicos, farmacéuticos y químicos.

Pues bien, así que la especulacion se ha enterado de que anualmente se expenden cerca de dos millones y medio de botellas de aquel producto, al instante se le ha ocurrido falsificarla, y para tropezar ya con una botella auténtica es menester andar camino.

Las botellas circulan con todas las marcas, señas y contraseñas establecidas por la empresa verdadera; pero el líquido no es el mismo.

De suerte que á la inundacion de aguas minerales naturales que padecemos, hay que agregar la de las artificiales y falsificadas, de las que se hace tanto gasto como de las primeras.

Resultando que de tanto abuso como hacemos del agua estamos casi al borde de volvernos ranas ó peces, lo cual no deja de ser un progreso como otro cualquiera, y mientras así divertimos y entretenemos nuestras enfermedades físicas, la mortalidad es la misma de siempre y los dividendos que se reparte y embolsa *La Funeraria* cada dia sufren mayor aumento.

LUPERCIO.

Madrid, 23 de Julio.

ROMA

SACRA *profanis.*

El tener que mezclar estas dos cosas se ha convertido en enojoso pero inevitable deber de quien escribe desde esta Roma que la Revolucion, por ahora triunfante, ha convertido en campo cerrado en que se riñen los combates de la Religion contra la impiedad, de la Iglesia católica contra la masonería cosmopolita; en tales términos que hoy aquí se encuentra junto á la ciudad de Dios el foso infernal de Satanás.

Anteayer, sin ir más lejos, tropecé con dos entierros que atravesaban una de las principales plazas de Roma.

Por una calle venia un entierro religioso. Precedíale el glorioso lábaro de la cruz, y detrás de ella iba un numeroso grupo de lindos niños vestidos con blancas túnicas ceñidas con fajas azules á la cintura: seguian luego dos Congregaciones, gran número de Padres Capuchinos, el Párroco con su clero y el féretro cubierto con un paño de terciopelo negro con bordados de oro y llevado en hombros por algunos jóvenes dependientes de la casa de comercio de que era jefe el difunto. Aquellos niños, aquellos frailes y aquel clero alternaban el canto de los davídicos salmos. Los transeuntes se descubrian reverentemente, y algunos murmuraban un *Requiem*.

Al poco tiempo bajaba por otra calle, dirigiéndose hácia la plaza, otro entierro. Pero era un entierro *civil*. Algunas Asociaciones liberales y garibaldinas acompañaban hasta el *horno crematorio*, donde debia ser incinerado, el cadáver de un su antiguo compañero de armas, colocado sobre un carro de tercera clase de las *pompas fúnebres* del Municipio. De la cima de aquel carro habian quitado la cruz, sustituyéndola por un gran ramo de flores rojas: dos guirnaldas de flores, con cintas tambien rojas, adornaban ambos lados del carro. Nada de luces, de sacerdotes, ni de preces; en una palabra, nada de piadoso, sino banderas tricolores en torno al carro fúnebre precedido de una banda de música que tocaba los himnos de Mameli y de Garibaldi, y seguido de una pequeña turba de *supervivientes de las patrias batallas*, de garibaldinos, de obreros y de cuatro ó cinco mujeres (probablemente *mopsas* masónicas) vestidas de negro y cubiertas con un velo.

¡Doloroso espectáculo y fecundo en reflexiones! Las notas graves, solemnes y piadosas del *Miserere* se mezclaban y confundian, en el aire melancólico del próximo ocaso del sol, con las desgarradas notas de las trompas garibaldescas.

¡Y estos espectáculos son frecuentes en la moderna Roma!

Con el oro extranjero y algo con el oro piamontés, los protestantes de diversas sectas han edificado en Roma desde 1870 acá una docena (si no me equivoco) de sus templos. Pero allí se están, vacíos, fríos, desiertos, miserablemente abandonados. Ni siquiera piensa nadie en ellos, ni de ellos habla nadie, como si jamás hubieran existido. El protestantismo en Roma y en Italia ha gastado inútilmente por completo tiempo y dinero. Su fiasco no podia ser más colosal.

Por el contrario, los nuevos barrios de Roma han visto surgir nuevos conventos numerosísimos de Hermanas que tienen pensionados, externados, hospitales y orfanotrofios, conventos de frailes é iglesias grandes y hermosas, algunas de ellas monumentales, como las de San Antonio, de los Mínimos Reformados, y del Sagrado Corazon de Jesús, de los Salesianos; todas frecuentadísimas, áun por los recien venidos. Y ahora el cardenal Parochi, vicario general de Su Santidad, se ha dirigido con un entusiasta llamamiento á los católicos de todo el mundo, pidiéndoles una limosna para fundar nuevas iglesias en dichos grandes y nuevos barrios, que de ellas tienen aún mucha necesidad. Y esperamos que ese llamamiento no será infructuoso.

Viendo el fiasco del protestantismo, la masonería, que se propone descatolizar á Italia, segun la voluntad expresada en su testamento político por José Mazzini, ha inventado la nueva «religion del pensamiento,» y la ha querido inaugurar «erigiendo un ara,» como ellos dicen, al libre-pensador Giordano Bruno.

Pero era preciso oponer á nuestros religiosos y á nuestras monjas, siempre maravillosamente crecientes en número, sacerdotes y sacerdotisas que sirvieran al «ara» de Giordano Bruno.

Las sacerdotisas fueron halladas en seguida, como que las suministró un lupanar próximo al *Campo dei fiori*, existente en la *via dei Capellari*, que se ha convertido bajo el nuevo Gobierno de Italia en algo mucho más sucio y abyecto que la Suburra de la Roma de las Mesalinas. Dos noches despues de la inauguracion de aquella «ara,» unas cuantas de aquellas desgraciadas mujeres se pusieron á bailar, en torno á la estatua del apóstata de Nola, tan obscenas y asquerosas danzas, y con tal obstinacion, que para hacerlas cesar los agentes de policía, á quienes tambien dió aquello náuseas, debieron prenderlas á todas y llevárselas á la cárcel.

En cuanto á los sacerdotes de la nueva «religion del pensamiento,» los ha proporcionado durante estos dias un grupo de anticlericales que en el barrio del Borgo, junto al Vaticano, se ha constituido en Asociacion con el título de *Sociedad de los Baconistas*. El nombre que de Baco toman esas gentes dice de sobras cuál es su laya: propónense asociar al culto de Baco y de Venus el de Giordano Bruno, llevando cada semana una corona de flores frescas al infame monumento del *Campo dei fiori*.

¡Hé aquí el culto al nuevo santo del liberalismo; hé aquí sus sacerdotisas; hé aquí sus sacerdotes!

Estos hechos son ciertos, positivos, comprobados, y garantizo su exactitud.

Pero debo añadir por desapasionado amor á la verdad, que la prensa liberal de Roma, la *Riforma*, la *Tribuna*, *Il Diritto*, la *Capitale* y los demás, no han dicho una palabra de ello.

Se han avergonzado,—¡hasta ellos!—se han avergonzado de divulgar el fruto de su obra.

El rey Humberto habia pensado al principio marcharse de Roma durante los dias de las bacanales brunescas. Queria ir á Nápoles para inaugurar los grandes trabajos edilicios de aquella ciudad, y luego á Lecce en la Pulla para asistir á la inauguracion del monumento y estatua de Víctor Manuel. Todo estaba dispuesto para la partida y para el viaje. Pero á última hora el Gr.·. Or.·. decidió que el rey se quedara en Roma aquellos dias, y el h.·. 33.·. Crispi fué encargado de la ejecucion de este decreto masónico.

Así, pues, fué diferido á la primera mitad de Julio el viaje del rey á Lecce.

Ahora era este inminente, y en las Pullas se preparaban las fiestas y entusiasmos de costumbre por los Municipios; pero anteayer fué decidido en el Quirinal suspender este viaje regio hasta últimos de Agosto.

¿Por qué?

Algunos periódicos oficiosos aseguran que no se querian interrumpir las maniobras militares del campo de Melfi haciendo ir á Lecce una parte de aquellas tropas con motivo de la del rey.

Afirman otros que la viruela recrudece en las Pullas y que por consiguiente no era oportuno reunir tanta gente como hubiera concurrido á Lecce, en estos momentos en que arrecia la epidemia.

Otros dicen que no queriendo el rey arruinar á los Municipios de las Pullas con los crecidos gastos que se hubieran hecho para su recibimiento, ha suspendido el viaje, y lo hará de improviso, sin dar tiempo á que se hagan gastos en festejos.

Ninguna de estas razones ha persuadido al público y nadie las ha creido. Todos creen, por el contrario, que razones políticas y temores de disturbios, ó de conjuras, ó de movimientos sectarios, han determinado la suspension de este viaje regio, que hecho á primeros de Junio hubiera ido perfectamente.

Giordano Bruno no ha traido fortuna á la monarquía saboyana.

LIONELLO.

12 Julio 1889.

NUESTROS ENEMIGOS DE AYER

Y NUESTROS PRESENTES ENEMIGOS

No oscurecen hoy como ayer el límpido cielo de nuestra ciudad las densas y denegridas humaredas que se desprendian de las ruinas de los silenciosos claustros, desiertas celdas y solitarias capillas de los conventos, que, asilo un dia de todas las virtudes, convirtiéronse, en aciaga noche, en guarida de los más odiosos pecados y de los vicios más repugnantes.

No invaden hoy como ayer nuestras plazas y calles las soeces y desenfrenadas turbas de los *amigos de la libertad*, blandiendo el fratricida puñal en una mano, y alumbrando, con la resinosa tea en la otra, sus crímenes y latrocinios.

No adornan hoy como ayer los sacrílegos *vencedores* el seno impúdico de sus depravadas mujeres con las joyas arrebatadas al servicio de la Vírgen y de los Santos, ni se escancia el vino engendrador de todas las aberraciones en los sagrados vasos destinados á contener la divina y preciosa Sangre de Jesucristo, savia de vida eterna para los creyentes, causa de muerte y de condenacion para los impíos.

No hieren como ayer nuestros oidos los desgarradores ayes de las inocentes víctimas, y con ellos entremezclado el «Perdónales, Señor, que no saben lo que se hacen:» grito que arranca el dolor á los que mueren sacrificados en aras de la religion que echó sus raíces en el Gólgotha.

Hoy elévase la sombría chimenea donde er-

guíase antes el risueño campanario, y ocupan un teatro ó un lupanar el área donde alzábase majestuoso el convento.

Hoy exclaman los blasfemos: «¿Quién es Dios para que le sirvamos? ¿Quién el prójimo para que nos sacrifiquemos por él?»

Y atentos sólo á su goce y bienestar, olvídanse hasta de sus propios hermanos.

Agóbianlos con sus exigencias.

Sírvense de ellos como de máquinas, y al igual que á éstas, arrincónanlos cuando los años ó el exceso de sus fatigas les ponen inservibles.

Retribúyenles con uno su ciento, olvidando que debieran retribuirles con ciento su uno.

Niegan, en fin, á su boca el pedazo de pan por que han agotado el sudor de su rostro.

Este es el Progreso, esta la Civilizacion.

Los Caínes de hoy no son menos, —excediéndoles en fiereza y perversidad—que los Caínes de ayer.

Hoy no es el puñal, no la tea, los que manchan y enrojecen sus manos.

Hoy no son, como ayer, únicamente los frailes el blanco de sus ambiciones y perfidias.

Al puñal ha reemplazado el veneno, y á la tea la oscuridad y la hipocresía.

No os confundais con esta raza de víboras, levantad entre esos hombres y vosotros un espeso muro, si no quereis que se malee vuestro corazon.

Huid de ellos como de la peste, y de su sombra como del pecado, porque contágiase el error como la lepra, y extiéndese la maldad como la gangrena.

No leais ni retengais siquiera los periódicos y libros que salen de sus manos: se inficionarian vuestras almas y se bastardearian vuestras conciencias.

Las víctimas de ayer no pasaron desapercibidas á nadie.

¿Quién podrá, sino Dios, enumerar las que al presente sucumben á los tiros del Progreso y de la Libertad?

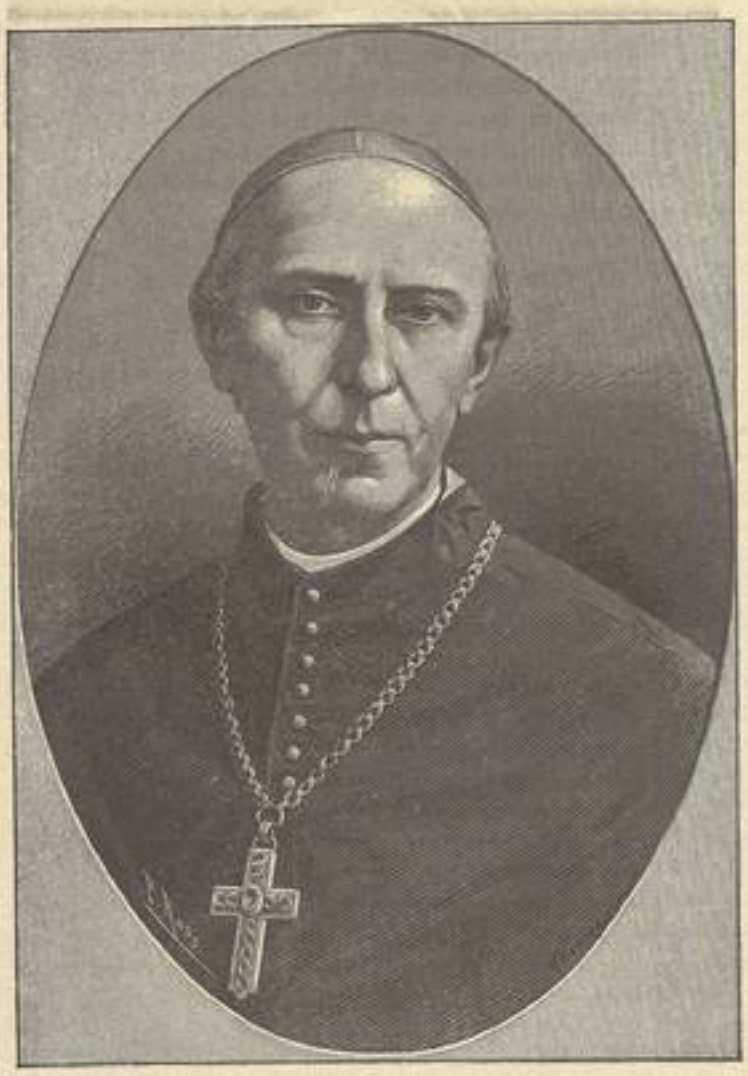
Luis Cárlos Viada y Lluch.

EL SUEÑO DEL EREMITA

Allá en las ágrias vertientes de una de las más escabrosas montañas que erizan la region oriental de Asturias, en el seno abrupto de la indomable Cantabria, labró la naturaleza con la rugosa mano del tiempo una profunda y espaciosa cueva, cuyo remoto orígen fué debido sin duda á alguno de aquellos cataclismos geológicos que conmovieron con sus sacudimientos las entrañas del globo en los períodos primarios de la consolidacion de la tierra.

Abierta en el duro centro de una altísima roca, cercada de malezas, coronada de flores silvestres y rodeada de abismos, debieron sus oscuros antros servir de albergue, en épocas antediluvianas, á alguna de aquellas monstruosas fieras que la ciencia adivina entre las pasadas maravillas de la vírgen naturaleza. En sus profundos senos dequieron encontrar sepulcro los hombres primitivos, y sin duda en sus anchurosos ámbitos debieron guarecerse en los dias de gloria y de peligro los invictos cántabros y astures, que resistieron el poder de Roma y los feroces Bagaudas bue tan obstinadamente lucharon contra las razas invasoras del Norte, manteniendo así siempre abierto el campo de batalla, como templo de la libertad y de la independencia patria.

Un caudaloso torrente, nacido de uno de los profundos lagos que se oculta entre los encumbrados picos de los montes, brota de la dura peña, y quebrando sus cristales contra las asperezas de la roca, despéñase en mugiente catarata que se tiende como blanco y luminoso velo de nevada espuma por delante de la boca de la cueva, hasta recoger sus aguas transparentes en el fondo del valle, donde quietas y reposadas las puras linfas forman remanso, dando sér á un arroyo que, mudado en rio, corre y se desliza por la angosta garganta de la sierra, serpea y se dilata por la anchurosa superficie de la vega, hasta anegar su ya plácida corriente allá entre las encrespadas ondas del mar embravecido.



ILMO. SR. D. JOSÉ TELESFORO PAÚL Y VARGAS
DIFUNTO METROPOLITANO DE COLOMBIA

Tal, en el corazon del gigantesco Auseva, en el inaccesible confin del sombrío valle de Cangas, aparece, á través de las impetuosas aguas del torrente, que nacido en el misterioso fondo del lago Orandi da orígen al caudaloso Deva, la veneranda *Cova-Donga*.

Era el año 700. La luna, guarnecida de esos celajes blanquecinos que la rodean en las frias noches del invierno en las glaciales regiones del Norte, esparcía su luz clara é indecisa iluminando las vírgenes cumbres de los picos de Europa, region de las eternas nieves, reflejando sus rayos en los agrestes y solitarios lagos que se extienden entre los cerros del Auseva y rielando su imágen en las ondas del mar adormido entre los escollos y las playas de la costa cantábrica.

Toda la naturaleza dormia. El águila caudal, centinela del alba, descansaba inmóvil en la tajada cresta de la más alta roca de la empinada cordillera; el ligero robeco reposaba en las verdes praderas que visten las faldas de los montes, y hasta el tardo y corpulento oso de los bosques, aletargado ya, se guarecía en el añoso tronco del haya secular, ó bajo la musgosa peña rodada por la mano del tiempo desde la cima de los montes hasta la profundidad de las selvas.

Augusto y majestuoso silencio, en que sólo resuena como callada armonía el respirar tranquilo de la naturaleza dormida entre los brazos de la noche.

Un sér velaba, sin embargo. En el recóndito seno de la profunda cueva oraba en completo arrobamiento, ante una mística cruz formada de dos troncos atados, uno de aquellos singularísimos varones que, animados de ardiente amor á Dios, abandonaban los engañosos encantos de este mundo para sumirse en la soledad y la penitencia, trocando el regalado hogar de la familia por una de esas grutas ó cavernas, tumba de sus pasiones, cuna de su libertad y templo de su espíritu.

Alto, demacrado, esbelto, cubierto de un tosco y áspero sayal sujeto con una cuerda á su cintura, de luenga y poblada barba, pareceria el genio misterioso de aquel encantado valle, la divinidad mitológica de aquella rústica comarca, á no conocerse claramente que era un solitario y austero anacoreta, un piadoso y penitente eremita.

Una carcomida calavera constituia todo el ajuar del que, alimentándose de la miel silvestre que las abejas libaban en las flores y depositaban en los huecos de las peñas, bebiendo en la límpida corriente de la cascada y alumbrándose con los rayos del sol y de la luna, desconocia todas las comodidades del lujo y de la tierra, viviendo vida de ángeles en aquel solitario paraje, en amoroso coloquio con Dios y con la naturaleza.

Pero por animada y fuerte que la carne se halle, merced al dominio supremo del espíritu enseñoreado de su sierva, rendida ya á la maceracion y á la penitencia, al fin es flaca en comparacion de su señor, que, apenas dominada la materia y libre, vuela con vuelo raudo y elevado á su Bien; y así fué que cuando ya la luna se ocultó llevando tras de sí la blanca luz de sus plateados rayos, sumiendo en densa oscuridad al mar, al valle, á la montaña, la carne mortal se rindió al sueño, y el espíritu, acongojado al ver cerrarse sus prisiones, suspirando un ¡ay! de triste despedida, se retiró doliente á soñar el ensueño místico de su amor, soñando con su Amado.

Mas hé aquí que de lo alto de las empinadas cumbres sopló un viento que estremeció las copas de los árboles y rizó las ondas de los lagos.

Una olorosa y balsámica brisa recorrió los ámbitos del valle, abriéronse las flores dejando escapar sus aromas del seno de sus cálices, entonaron las aves sus cánticos de regocijo, y allá por el Oriente apareció suave y tenue y hermosa claridad.

A la luz de aquella luz de gloria, que como en celestial amanecer de eterno dia adunaba á los melancólicos y azulados tintes de la luna los dorados rayos del sol con el purísimo albor de las auroras, brillaron las bóvedas y paredes de la cueva como cuajadas de fina pedrería, y lucieron como brillantes las gotas que sudaba su techum-

bre. El torrente resplandeció como haz de rayos de luz, reflejándose tanta claridad en los campos como si blanca nevada los cubriera.

Y como si de los divinos conciertos de los ángeles llegasen en acordes ecos las notas celestiales de sus himnos de gloria, una música vaga y armoniosa resonó con suaves melodías por los lucientes ámbitos de la cueva. Nubes de aromático incienso se desvanecieron en su seno, y ante los mortales ojos del austero eremita apareció aquella Inmaculada Vírgen Madre que los cielos saludan sin cesar con el nombre dulcísimo de María.

Era el eremita piadoso varon que no por lo retirado del mundo se olvidaba de su patria; antes, purificado y aquilatado su afecto, encomendábala á Dios en sus oraciones, ignorante de su acogida en el cielo, por sus efectos en la tierra; y fuese por estas razones ó porque los inescrutables juicios de Dios sólo á los humildes se revelan, ello es que la aparicion celeste, levantando el velo de los sucesos, hizo aparecer á los ojos del austero ermitaño todos los estragos y dolores de que era víctima en sus postrimerías el un tiempo tan ilustre imperio godo. Contrajo, preso de indecible dolor, el rostro el ermitaño; corrieron lágrimas de sangre de sus ojos, y tornándolos con amoroso mirar á la que es Madre de misericordia, esperó su consuelo y su esperanza. Y así fué que, elevando su diestra la virginal María, díjole con acento, por lo armonioso, de otro mundo: «Mira.»

Y entonces, como si por medio de prodigiosa fuerza de sobrenaturales efectos se arrancasen de los futuros horizontes del Oriente de la historia los sucesos aún no determinados por el tiempo, el porvenir abrió sus senos, y allá entre los misteriosos designios de la Providencia y las impenetrables determinaciones del libre arbitrio, apareció como lógica resultante á los ojos del solitario adormecido el ignoto mañana de la vida de la nacion española, y vió la expiacion providencial de la corrupcion y del vicio anegados en las ensangrentadas ondas del Guadalete, y adelantarse como las olas del mar los soldados de Tarik, y caer como nubes de asoladora langosta sobre los campos de la patria los soldados de Muza, y ebrios de triunfos y victorias trepar por las quebradas montañas de la cordillera astúrica á las huestes de Alkamak hambrientas de matanza.

Mas ¡oh gloria inmortal! entonces vió tambien á aguerrido caudillo enarbolar la enseña de la redencion del mundo, invocar el nombre de María, y convocar á los invencibles cántabros y astures en los espaciosos ámbitos de la Cova-Donga. ¡Oh dia de gloria y de peligro, dia de prueba, y decisivo en los futuros fastos de España!!

Pelayo y sus guerreros presentan sus heróicos pechos á la boca de la cueva, los valientes astures coronan las alturas, y alzando al cielo sus ojos y sus corazones, entonan himnos de esperanza al Dios de los ejércitos y á María Inmaculada.

Las huestes agarenas asoman en confuso tropel: ¿quién podrá contar el número de los combatientes? Asómbranse ante la salvaje majestad de la comarca y ante el feroz aspecto de los guerreros españoles. Pero los cuentan y recobran el ánimo. Divisan la cruz en manos de Pelayo, oyen el nombre de María, y el infierno enardece sus corazones, y los capitanes dan la señal del combate. ¡Horrible confusion! Tiembla la tierra ante el furioso acometer del agareno, núblase el sol tras nubes de dardos y saetas, asórdase el espacio con el estentóreo clamoreo: en vano todo; invocan nuevamente á María los cristianos, y las flechas rebotan contra la dura peña, abre el cielo sus inagotables cataratas, retumban el valle y la montaña con el fragor del trueno de la tempestad desencadenada. Los astures y cántabros despeñan enormes rocas y colosales troncos de árboles sobre los apiñados sitiadores, embarazados por el número, y al fulgor del rayo y al estampido de la tormenta derrúmbase el alto de Cadia enterrando entre sus escombros á la morisma, que tiñe con su sangre el Deva desbordado, en cuya furiosa corriente perecen y se anegan los últimos restos de aquel poderoso ejército, aniquilados por el soplo de Dios al pié de la gloriosa Cova-Donga, último refugio y primer asilo de la independencia patria, cuna y templo de la religion y de la monarquía española.

Y vió más el austero anacoreta: vió la lucha gigante de nuestra gloriosa reconquista, esa epopeya de titanes; y vió al lábaro ondear triunfante sobre los muros de Granada; y vió atravesar con rumbo ignoto las soledades del Océano, y aparecer la América entre la espuma de los mares, y vacilar y caer el coloso de la revolucion y de la guerra; y ¿quién sabe si, tras de tristes horas de humillacion y de vergüenza para el suelo español, no vió lucir esplendoroso y radiante el sol de la verdadera libertad y del derecho?...

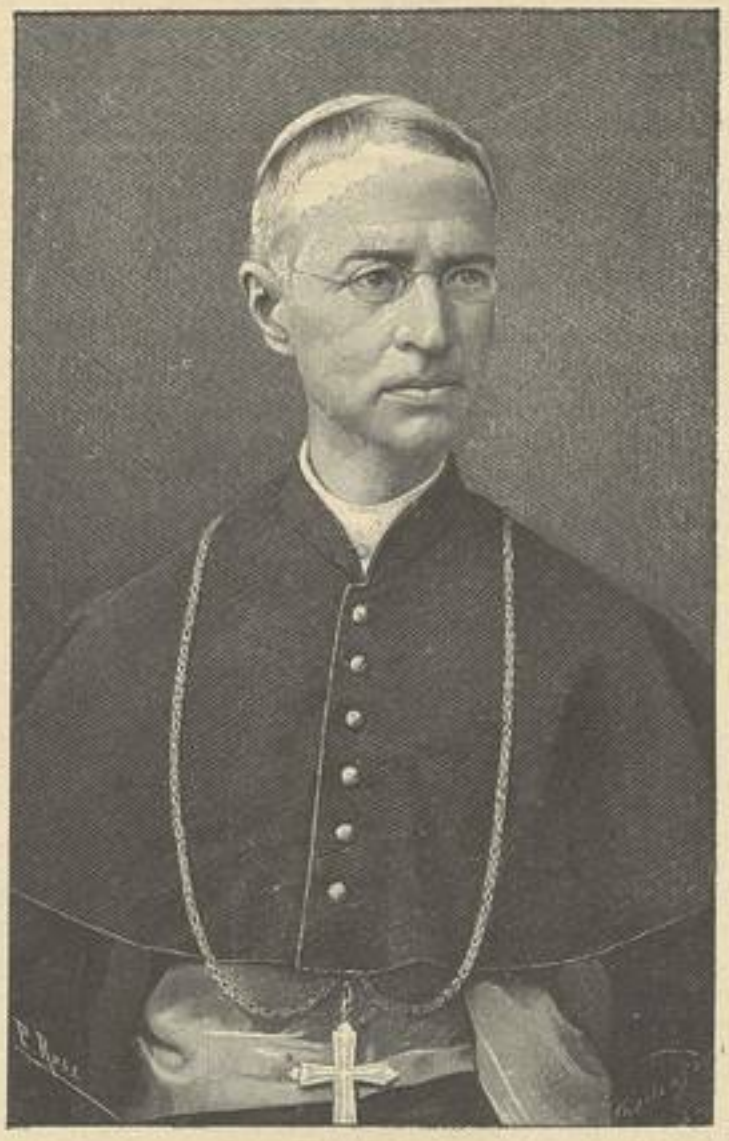
Pasaron los siglos, huyeron las edades, desaparecieron las generaciones, se cumplieron las profecías.

Desde lo alto de los cielos vió realizarse en el espacio y en el tiempo, desde la eternidad, lo que como desde la eternidad y desde el cielo habia visto en vision sobrenatural é intuitiva el anacoreta penitente desde el tiempo y desde el espacio.

Hoy el olvido cubre con su espeso velo la tumba del pasado: dias de luto para la nacion española no han cesado de correr amargos, llevando el duelo y la desolacion al seno de la madre patria.

Que España vuelva los ojos y el corazon á la gloriosa Cova-Donga, que, si no verá ya al solitario anacoreta, aún podrá ver sobre los toscos altares de su templo la imágen de María, labrada por el eremita al dia siguiente de su ensueño.

A. P.



ILMO. SR. DR. D. IGNACIO LEON VELASCO, ARZOBISPO DE BOGOTÁ

UN PENSADOR ALEMAN

Y UN FILOSOFASTRO ESPAÑOL

I

Ocuparse en asuntos filosóficos ligeramente y en tono festivo es para muchos pecado de lesa ciencia.

Para mí el gran pecado es el propalar el error, aunque se haga con gravedad asnal y con todo el aparato científico del mundo.

Manos, pues, á la obra, y calle la crítica.

II

La escena tiene lugar en un coche de 1.ª Hace ya bastante tiempo que partió el tren, y empieza á generalizarse la conversacion entre los viajeros. Un jóven elegante, rubio como unas candelas, de puntiagudas patillas y gorrita de viaje con sígueme polla, lleva la batuta. Enseñando los puños de la camisa y atusándose frecuentemente el bigote, peroraba nuestro elegante con desenfado sin igual, cortando siempre por lo sano y resolviendo todas las cuestiones más radicalmente que desató Alejandro el célebre nudo de Gordium. Le oian unos con indiferencia, celebraban otros sus dichos, reian éstos, y callaba en un rincon, dando muestras inequívocas de disgusto por tan imprudente charla, un caballero de edad. Como no hubo pito que no tocase, recayó al fin la conversacion en la entonces cuestion del dia, ó sea la guerra franco-prusiana.

III

—Yo estoy por la raza germánica,—dijo el rubio.

—Pues hace V. traicion á su propia raza (observó un viajero), porque me parece que no es V. alemán.

—No, señor; por mi desgracia soy tan español como V.

—¿Qué le pasa á V.? ¡Tan jóven y ya desgraciado!

—No es eso: me avergüenzo de haber nacido en este país. Daría diez años de vida por ser aleman.

—¡Qué desatino! ¿Y qué ganaba V. en el cambio?

—Alemania es el cerebro de Europa, y España la suela del zapato.

—¡Bonita frase! (dijo un tercero); pero quisie-

ra que tuviese V. la bondad de explicármela.

—Con mucho gusto. En Alemania se piensa: aquí, á lo sumo, se pisotea á los grandes pensadores.

—¿Y cuál es para V. el más grande pensador aleman?

—*Geguel* (se escribe Hegel), el ilustre reformador de la lógica, que ha dado al traste para siempre con la vetusta lógica aristotélica y escolástica; el sublime autor del principio de la identidad absoluta.

El caballero anciano no pudo contenerse, y entró en materia preguntando al jóven:

—¿Conoce V. á fondo la lógica hegeliana?

—Esa pregunta...

—No se ofenda V. Es muy comun entre nosotros hablar de lo que no se entiende. Sólo así me explico que haya tributado V. tan descomunales elogios al gran sofista aleman.

—¡Caballero!...

—Nada, nada; lo dicho, dicho. El principio de la identidad absoluta, llamado en Alemania *principium tertii intervenientis* y que Hegel formula así: *identidad de lo idéntico y de lo no idéntico*, es el absurdo de los absurdos y la aberracion de las aberraciones.

—Y sin embargo, *Geguel* lo prueba de la manera más clara y concluyente. Con razon les dije á Vds. que toda la ciencia española se reduce a pisotear á los grandes pensadores, lumbreras de la humanidad.

—Es verdad (contestó el viejo). Si quieren ustedes convencerse de ello, ármense de paciencia y oigan. El cacareado principio de la identidad absoluta hace que Hegel se burle de lo que irónicamente llama *sana razon*, mientras tributa desmesurados elogios á los sofistas griegos, sus progenitores, Gorgias y Heráclito, que, como es sabido, no hubo desatino que no defendiesen, ni absurdo que no propalasen. Y como si esto no fuese bastante y quisiese superar á sus émulos, sostiene formalmente y con toda la fuerza lógica de que es capaz, como consecuencias de su flamante nuevo principio, que son rigurosamente idénticos el *ser* y la *nada*; idénticas las *tinieblas* y la *luz*; idénticos lo *idéntico* y lo *no idéntico;* idénticas las *disyunciones* del dilema; idénticas la *identidad* y la *diferencia;* idénticos lo *finito* y lo *infinito*; idénticos *Dios* y el *hombre*; idénticas la *libertad* y la *necesidad*; idénticos el *bien* y el *mal*; idénticos el *epicurismo* y el *estoicismo*; idénticos en física lo *continuo* y lo *discontinuo*, en álgebra lo *positivo* y lo *negativo*, en economía el *activo* y el *pasivo*; idénticos el *error* y la *verdad*; ¡pásmense ustedes!... idénticos hasta el *sol* y la *luna*.

Una carcajada general acogió este párrafo, sobre todo la identidad última.

—Caballero (dijo el jóven filosofastro), está usted calumniando al gran pensador aleman, adulterando sus afirmaciones.

—Esperaba la observacion, y para sincerarme remito á estos señores y á V. mismo al tomo I de la *Logique* del P. A. Gratry, desde la página 256 hasta la 322, donde pueden ustedes tener el gusto de leer los textos originales de Hegel en aleman y en francés.

—Lo cierto es que *Geguel* (dijo el rubio) demuestra por completo la veracidad de su gran principio. Tal vez (añadió con petulancia) la demostracion no esté al alcance de inteligencias vulgares; pero indudablemente es tan sencilla y clara como irrefutable.

—Pues si es tan irrefutable, estos señores y yo le agradeceremos á V. mucho que nos dé un revolcon, demostrando la vulgaridad de nuestras inteligencias. Para darle á V. pié afirmo y sostengo que el principio de la identidad de lo idéntico y de lo no idéntico es un monstruoso absurdo.

—Dice bien el señor (observaron algunos, y añadieron dirigiéndose al jóven): Vamos, empiece V., le escuchamos con la boca abierta.

A pesar de su cínica imperturbabilidad nuestro jóven filosofastro tuvo conatos de ruborizarse y aguzó su ingenio para encontrarle al callejon una salida.

—¿Conocen Vds. el aleman? (dijo por fin.)

—No, señor.

—Pues entonces es inútil que me fatigue en vano. Hay matices tan delicados de la idea, que sólo en la filosófica lengua alemana pueden expresarse y comprenderse.

—No se fatigue V., señor mio. Para solaz y entretenimiento de estos señores voy á tener el gusto de exponer en cuatro palabras la irrefutable asombrosa demostracion. Se trata de demostrar la identidad absoluta de lo idéntico y de lo no idéntico: en otros términos, que *una cosa* y *otra cosa* son siempre *identicas*. En primer lugar (dice Hegel) *alguna cosa* y *otra cosa* son la una y la otra existentes, puesto que las dos son *alguna cosa*. Poco importa á cuál de las dos, sin otra razon, llamaremos la primera *alguna cosa*. Si decimos A á cierto sér y B á otro sér, B es desde luego por lo mismo determinado como *otro;* pero A es á la vez *el otro* de B. A los dos conviene, pues, el título de *otra cosa*. Luego los dos, tanto como *alguna cosa*, cuanto como *otra cosa*, son siempre la *misma cosa* (1), que era lo que queríamos demostrar. ¿Están Vds. convencidos?

—Hombre (dijo uno despues de un rato de silencio), no lo veo claro.

—Pues es muy sencillo (repitió el viejo). Hegel, que se considera á sí mismo como el Mesías reformador de la lógica, empieza su capital demostracion apoyándose en el principio aristotélico. Sea un objeto cualquiera, dice: yo afirmo que este objeto es idéntico á todos los demás. En efecto, sea un segundo objeto diferente del primero. Este segundo objeto es *el otro* con relacion al primero; pero el primero es *el otro* con relacion al segundo. Los dos son, pues, *el otro*. Luego los dos son idénticos por aquel principio de la antigua lógica que dice: dos cosas idénticas á una tercera son idénticas entre sí. Aquí tienen ustedes todo el artificio hegeliano.

—Que era lo que sostenia yo (dijo cándidamente el filosofastro). La demostracion no puede ser más concluyente.

—Más disparatada, debia V. decir, señor mio, porque un silogismo que tiene cuatro términos, ó mejor dicho dos términos medios, como sucede en este, en el cual el primer *el otro* es diferente de *el otro* segundo, ni concluye bien ni mal, ni es demostracion, ni silogismo, ni nada. Un alumno de lógica no lo hubiera hecho peor.

El filosofastro no se atrevió á replicar, ni desplegó más los labios durante el viaje.

Los viajeros apenas podian contener la risa.

El viejo volvió á su rincon.

Y yo dejo la pluma.

M. Polo y Peyrolon.

(1) *Une étude sur la Sophistique contemporaine*, par le P. Gratry, p. 114.

DIOS

Porque no ves á Dios ¿no crees, ateo?
Yo creo en El porque doquier le veo.
Ciego nacer debiste,
Puesto que dices que jamás le has visto;
¡Yo, aunque jamás le viera, de que existe
Tendria conviccion, porque yo existo!
Y mi sola existencia
Me revela su Sér y omnipotencia.
Probarme que no le hay te es imposible;
Luego que existe Dios es infalible.
Esta alma oculta que mi cuerpo anima,
Que le da movimiento, inteligencia,
Palabra y voluntad, cuya existencia
Siento cernerse de mí polvo encima,
Debe ser una chispa de su esencia:
Mi alma tiende hácia Dios, Dios es su centro.
Luego hay algo de Dios de mi alma dentro.
Cuanto dentro de mí y en torno mio
Suena con voz, con movimiento gira,
Brota con gérmen y con sér respira
En la tierra, en el mar ó en el vacio
Desde el sol hasta el átomo más leve,
Todo prueba que hay Dios, que haberle debe.
¿Tú no le ves? ¿no crees en El, ateo?
Te compadezco, porque soy tu amigo,
Por ser tu hermano en Dios: mas vén conmigo,
Vén el libro á leer en que yo leo
La existencia de Dios: si no consigo
Que tú le veas donde yo le veo
Y que creas en El como yo creo,
Renunciaré á la fe que en El abrigo.

I

Ateo, ¿crees en tí? ¿tienes conciencia
De que tienes un cuerpo que respira,
Que oye, que ve, que siente la existencia
Material? ¿A tu cuerpo crees que inspira
Otra oculta incorpórea inteligencia,
La voluntad que en tu cuerpo gira,
Piensa, quiere, ama, odia, cree y razona?
En fin, ¿crees ó no crees en tu persona?
Si, porque es imposible que no creas
Que vives, que tu espíritu en tí existe
Y que un alma hay en tí: fuerza es que veas,
Puesto que tú á tí mismo no te hiciste;
Y pues tú no has podido hacer que seas
Por tí, hay alguno por quien hecho fuiste,
Si tu sér por sí mismo ser no sabe,
¿Quién del sér de tu sér tiene la llave?
Alguien te dió el espíritu que tienes,
El alma noble que tu cuerpo anima;
Y ese Sér superior de quien tú vienes,
Para que en tu alma espiritual imprima
La inteligencia que en tu sér mantienes,
De tu sér es preciso que esté encima,
Que una esencia que tú sea más pura,
Pues El es Criador, tú criatura.
Y ¿quién mayor que Tú, Rey de la tierra,
Que la visible creacion dominas,
Que sondas los misterios que en sí encierra,
Que el curso de los astros examinas;
A cuya mano señorial no cierra
Ni el mar sus senos, ni el peñon sus minas,
Y ante quien sólo está tras de su velo
De impenetrable azul cerrado el cielo?
Y allí ¿qué puede haber más que esa Esencia,
De quien dependes tú, el Sér perfecto,
El Criador, la suma Omnipotencia,
La causa de quien eres el efecto,
Dios, en fin, de quien prueba la existencia
Tu sér mezquino de su Sér respecto,
Dios, el gran Sér de quien tú sér hubiste?
Luego si existes tú, tu Dios existe.

—

Con que, si crees en tí, cree en Dios, ateo:
Yo creí siempre en Dios, porque en mí creo.

II

¿No crees aún? Pues mientes ó te engañas
Cerrando á mis razones los oidos,
Juzgándolas sofismas ó patrañas
Por fiarte no más de tus sentidos;
Mas voy á remover en tus entrañas
Sentimientos que tienes escondidos
En ellas, donde aun hasta estas horas
No has osado mirar, si los ignoras.
¿Has visto algun cadáver en tu vida?
¿Has pensado por qué la carne inerte,
La materia del alma desprendida
Se disuelve en las manos de la muerte?
Su parte espiritual ¿á dónde es ida?
¿Quién rompe union al parecer tan fuerte?
Si tal viste una vez, afirmar puedo,
Que ante pregunta tal tuviste miedo.
¿Te hallaste alguna vez en las tinieblas;
Entre ese velo lóbrego, impalpable,
Cuyos pliegues multíplices de nieblas
Tupen la oscuridad impenetrable?
Su lobreguez que de quimeras pueblas
Por un instinto interno, inexplicable,
Con su tiniebla, que vacía estaba,
¿Por qué te dió pavor? ¿quién te le daba?
¿Qué habia en el cadáver arrancado
De su espíritu ya? ¿qué es lo que habia
Para tener el tuyo amedrentado
En la desierta oscuridad vacía?
Detrás de aquel cadáver olvidado
Y en aquellas tinieblas se escondia

La presencia de Dios, y su presencia
Te probaba temblando tu conciencia.
Juez severo, tenaz, incorruptible,
Que en nuestro propio corazon se esconde,
A quien la accion más leve reprensible
Juzgar de nuestra vida corresponde:
Voz que dentro del alma habla invisible,
Y que sin preguntarla nos responde,
La conciencia nos prueba eternamente
La existencia de Dios, siempre presente.

—

Oye la voz de tu conciencia, ateo,
Y creerás como yo, que la oigo y creo.

III

El mundo es una máquina; mas tiene
Una fuerza motriz que, en él impresa
Desde su creacion, obrando viene
Con regularidad que nunca cesa:
Jamás su movimiento se detiene,
Ni obstáculo jamás se le atraviesa.
¿Quién le infunde esa fuerza inextinguible?
¿Se la da él á sí mismo? Es imposible.
Todo en él es caduco, deleznable,
Todo comienza en él, pasa y concluye:
No hay parte de existencia perdurable,
De las que con su todo constituye;
Y esa fuerza motriz infatigable,
Que se la imprime otro poder arguye,
Increado no es: su sér interno
En sí mismo no tiene, fuera eterno.
Y que eterno no es, es cosa clara,
Pues cuanto nace en él pasa y perece:
Deslumbradora, incomprensible, rara,
Su máquina, que nunca se entorpece,
Que jamás se equivoca ni se para,
Tan sólo como máquina aparece;
Mas en el sér de máquina se implica
El sér de un constructor que la fabrica.
Máquina y constructor á un tiempo mismo
No puede ser, ni á un tiempo criatura
Y criador. Sé lógico, ateismo,
Y salir de este dédalo procura;
Mas cuenta que tras él se abre otro abismo:
Tras las mil maravillas de su hechura,
La creacion que encierra tanto hechizo,
¿Qué tiene? Un Criador, que es quien la hizo.
Máquina ó criatura, es evidente
Que autor ó creador fuerza es que tenga
Que, á ella superior é inteligente,
Su mecanismo material sosterga;
Y este sér superior, omnipotente
Tiene que ser, pues ser quien la mantenga
No puede material como su obra,
Con que le falta un Dios, ó el mundo sobra.

—

¿Hay mundo?—Sí.—Luego hay un Dios, ateo:
Mira al mundo ante Dios, cual yo le veo.

IV

Ese vital perpétuo movimiento
Que en marcha uniforme, igual, tranquila,
Anima sol, tierra, mar, firmamento,
Cuanto en la inmensa creacion se apila,
Cuanto es del mundo parte ó elemento,
No es el febril temblor con que vacila
Sin voluntad un trémulo convulso;
Tiene que proceder de ajeno impulso.
Todos los dias por detrás del monte
Su luz nos trae y en el Oriente toca;
Todas las tardes baja al horizonte
Y se hunde el sol tras de la opuesta roca;
Tiene horas fijas: á esperarle ponte;
Él no falta jamás ni se equivoca:
Que nuestro globo gire ó que él se mueva,
Alguien nos trae el sol, álguien nos lleva.
Todas las primaveras cubren de hoja
Los árboles, de mieses la llanura:
La tierra flores en Abril arroja:
Del estío al calor frutos madura:
Al frio de Diciembre se despoja
De su fértil y verde vestidura:
Mas flores, fruto, mies, nieve ó turbiones,
Sólo á su tiempo traen las estaciones.
Si una máquina fuera hecha al acaso
Y que al acaso nada más marchara,
Se entorpeciera alguna vez un paso,
Se detendria alguna ó tropezara:
Mas no sufre desórden ni retraso
Jamás: nunca se turba ni se pára;
Alguno es fuerza que su marcha rija,
Y tiene que ser Dios quien la dirija.
El movimiento universal del mundo
Recibir de su Dios su impulso debe:
El perenne calor que en lo profundo
De la tierra sus gérmenes promueve,
Ese jugo prolífico y fecundo
Que de las lluvias infiltradas bebe,
Deben tomar su creadora esencia
De un Dios, gérmen primero de existencia.

—

Del movimiento universal, ateo,
¿No ves la fuerza en Dios? Yo sí la veo.

V

Ese órden admirable con que todo
Prueba en la creacion que hay un sistema,
Del cual cada elemento va, á su modo,
Parte á formar con precision extrema,
Do hasta el vapor más leve que del lodo
Se exhala, tiene una razon suprema
De ser, y contribuye á la armonía
Universal del mundo en que se cria:
La creacion, espléndido palacio
Que para prueba y gloria de sí mismo
Fabricó el Criador en un espacio
Que era sólo de sombras un abismo,
Y en el cual, como chispas de topacio,
Lanzó con misterioso mecanismo
Mundos de luz que, en infinita copia,
Giran con propio sér y con luz propia:
Y esa tierra que rueda en el vacío
Con negra aparicion en medio de ellos,
Como un fantasma pálido y sombrío
Que va errando á través de sus destellos,
Por cinturon llevando un mar bravío,
Mil selvas ondulantes por cabellos,
Dejan tras de sí vagos rumores
Y una estela de aromas y vapores:
Esta tierra que lleva exactamente
En derredor del sol medido el paso,
Saliéndole á buscar por el Oriente
Y yéndole á dejar por el Ocaso,
Para que el seno fértil la caliente
Y la abra, como flor puesta en un vaso,
Ofreciéndonos luego, madre tierna,
La que nos guarda nutricion materna:
Esta tierra que acordes vivifican,
Cuando en marcadas estaciones llegan,
Tempestades que su aire purifican,
Lluvias tranquilas que sus plantas riegan,
Pastos que sus ganados multiplican,
Mareas que equilibran y sosiegan
Sus mares que le prestan contrapeso;
¿No prueban que hay un Dios que hizo todo eso?

—

Ríndete, pues, á la evidencia, ateo,
Y cree, por fin, en Dios, como yo creo.

VI

Sí que hay Dios: su existencia está palpable
En cuanto el hombre con su mente abarca,
De este mundo en la fábrica admirable,
Del cual le instituyó dueño y monarca,
Nada hay en ella que de Dios no le hable,
Todo en la tierra su presencia marca:
De cualquier elemento, en el sistema,
Se ve del Criador la ley suprema.
Dios pobló el mar de mónstruos y de peces,
Y le alfombró de perlas y corales,
Y Él, del vapor de sus salobres heces,
Crea en la tierra dulces manantiales:
Y Él sus aguas arrastra y las da creces,
Hasta que son al fin ricos caudales,
Que, volviendo á buscar su centro mismo,
Vuelven del mar al turbulento abismo.
Dios acordó entre sí cada elemento
Para el fin de sus planes creadores,
E invisible abanico, orea el viento
Yerbas, arbustos, árboles y flores:
Da el sol del aire á la humedad fermento,
Y á todo con su luz vista y colores:
Todos los elementos obedientes
A Dios, son de su Sér pruebas latentes.
Todo en el mundo su existencia prueba:
Todo en la creacion su gloria canta:
Todo la marca de su mano lleva;
Todo se postra en su presencia santa:
Todo nuestra alma á nuestro Dios eleva,
Y á dar de Él testimonio se levanta;
Y en cuanto hay en los mundos existente,
La existencia de Dios está patente.
Dios Criador, Espíritu Supremo,
¿Hay quien pueda dudar de tu existencia?
¿Hay quien la niegue, estúpido ó blasfemo,
De sí mismo y tus obras en presencia?
¿Hay ceguedad que raye en el extremo
De no reconocer tu Omnipotencia
En esta noble fábrica del orbe,
Donde nada hay que huelgue ni que estorbe?

VII

Todo prueba que hay Dios: búscale, ateo,
Y en todo le hallarás como yo le hallo,
Verásle en todo como yo le veo,
Y harás como yo al fin, que no batallo
Con mi fe en Él, que en su existencia creo,
Y en su presencia me prosterno, y callo.

José Zorrilla.

HIJO Y MADRE

VI

La Iglesia, madre cariñosa de todos los cristianos, no celebra sin embargo la conversion de sus hijos. Esta regla tiene dos excepciones: una para san Pablo, otra para san Agustin, porque las conversiones de ambos la dieron más gloria que la perseverancia de millares de justos. En uno y otro intervino Dios directamente. Cuando por el camino de Damasco corria Saulo henchido el corazón de odio á los cristianos, Dios le toca, le ciega, le arroja al suelo, y reconviniéndole cariñosa y severamente, al mismo tiempo le dice: «Pablo, Pablo, ¿por qué me persigues?» Cuando Agustin despues de oir á Poticiano se conmueve ante la verdad y pureza del Cristianismo, baja al jardin de su casa á llorar, llevando en la mano las epístolas de san Pablo, y allí le asalta un nuevo ataque de debilidad. Siéntese sin fuerzas para el bien, y oye una voz celestial que le dice: «Toma y lee,» aludiendo al libro que acababa de dejar.

Agustin, despues de convencerse de que aquella voz que ha oido no es voz humana, coge el libro, le abre al acaso y se encuentra con las palabras en que el Apóstol encarga se renuncie á los placeres de la carne para revestirse de Jesucristo. Agustin no quiso leer más, ni le hacía falta. «En cuanto leí esta sentencia (dice) se infundió en mi corazon como una luz segurísima y desaparecieron todas las dudas y tinieblas de mi alma.»

En aquel momento supremo tambien Mónica estaba orando por su hijo. Agustin lo comprende así, y en seguida fué á comunicar á su madre la feliz noticia y á desahogar su corazon en aquel corazon que tanto le amaba.

Imagínese quien pueda lo que en el alma de santa Monica pasaría al ver por fin cumplidos los ardientes deseos de su vida. San Agustin nos lo cuenta en dos palabras: «Mónica, dice, *exultat et triumphat.*» Sí, triunfa, porque verdaderamente llevaba mas de quince años de terrible batalla contra los errores y costumbres de su hijo, y al fin conseguía la victoria. Triunfa, porque la completa transformacion de Agustin fué debida á su perseverancia. Cualquiera otra madre se hubiera cansado de luchar, ó hubiera cedido ante un genio tan poderoso como el de Agustin; pero santa Mónica ni se cansa, ni se desanima, ni transige en un ápice en aquellos quince años. Colocada por Dios al lado de Agustin para servirle de faro en la deshecha tempestad que sus pasiones le hacen correr, cumple Mónica admirablemente su mision hasta que logra ver al hijo de sus entrañas en el puerto de salvacion. De esta manera le da á luz dos veces, segun frase de Agustin: una engendrándole para la vida del cuerpo, otra haciéndole nacer para la vida eterna.

Al encontrarse Agustin en posesion de la verdad que tanto tiempo y por tan tortuosos senderos habia buscado, sintió consuelos, delicias y alegrías inenarrables. Por primera vez sabia lo que era amar á Dios y sentia la suavidad, dulzura y contento que produce la union con Él.

¡Oh, y cómo se dolia entonces Agustin de aquellos tiempos en que entregado á la vanidad

ANGELES (de DOMINGO MORELLI)

PACIFICACION DE LOS MORISCOS POR EL ARZOBISPO FRAY HERNANDO DE TALAVERA (1495, GRANADA)

soñaba con mundanos placeres y efímeras glorias! ¡Cómo lloraba los errores de su juventud, los extravíos de su inteligencia y las debilidades de su corazon!

En cuanto se convirtió fuele pesada la cátedra que desempeñaba y los aplausos de sus discípulos y la consideracion de los milaneses y la fama que ya habia alcanzado su nombre. Quiso huir de todas esas cosas que tanto le halagaban pocos dias antes, y con su madre y algunos de sus íntimos amigos se retiró á una quinta llamada Casiaco, con objeto de recogerse y prepararse al Bautismo.

Allí el Platon cristiano, como con justicia le llaman algunos, el hombre cuya inteligencia asombraba á sus contemporáneos y cuya fama creciendo de siglo en siglo ha llegado al par de sus obras hasta el nuestro, humillaba su cabeza para tomar lecciones de una mujer. Verdad es que aquella mujer se llamaba Mónica y que en ella el talento ayudaba á la virtud, y la virtud daba especial brillo á su talento.

Agustin, tomando por maestra en la ciencia de la santidad á su madre, dió nueva prueba de su genio, porque nadie tan á propósito como ella para hacerle entrar suavemente por el camino de la verdad. El insigne filósofo, el retórico asombro de Milan escuchaba con respeto las explicaciones de Mónica, la consultaba en sus dudas, y muchas veces se asombraba al oir en los labios de quien no habia estudiado filosofía contestaciones y sentencias más profundas que las que hasta entonces habia encontrado en los para él admirables libros de los escritores paganos.

De este modo á los treinta años cumplidos de haberle dado á luz, completó Mónica la educacion de Agustin. Cuando hijo y madre salieron de Casiaco, el profesor de oratoria estaba convertido en confesor de Jesucristo y futuro doctor de su Iglesia. Entonces le llegó el turno á san Ambrosio, quien aunque parecia extraño á la transformacion de Agustin no lo era, porque á él se debía la direccion que Mónica habia seguido desde su estancia en Milan.

Ambrosio completó la obra, derramando sobre Agustin el agua santa del Bautismo en la noche de Pascua de Resurreccion, que aquel año (387) se celebró el 25 de Abril.

La emocion del Obispo al ver la conquista que la Iglesia habia hecho fué tan grande, que no encontraba cántico alguno con que celebrarla, pero Ambrosio era poeta y además sintióse en aquel momento inspirado del cielo, y levantando á el sus brazos exclamó: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur!*

Agustin, al oir la sublime invocacion de Ambrosio, siéntase tambien conmovido y le contesta: *Te æternum Patrem omnis terra veneratur.* Y así continuaron los dos Santos alabando públicamente á Dios y desahogando sus almas en celestes acentos por los beneficios recibidos.

No se sabe si Mónica repetiría las palabras que escuchó en el bautismo de su hijo, pero sí se sabe que el resto de su vida fué un *Te Deum* contínuo. Comprendiendo Mónica al ver á Agustin no solamente convertido, sino en camino de ser santo, que su mision de madre habia terminado, no hizo ya más que dar gracias á Dios por haberle concedido la dicha que tan ardientemente le pidiera, y prepararse para la muerte.

Que Agustin conociera, sirviese y amase á Dios, era lo que deseaba Mónica, y puesto que ya le conocia, le servia y le amaba, nada más tenia que hacer en el mundo. Así cuando Agustin abandonando á Milan se puso en camino para Africa y mucho antes de que su santidad, su ciencia y su talento le granjearan la admiracion de sus contemporáneos, cuando no pensaba más que en hacer penitencia, y ni siquiera soñaba que habia de ceñir su frente la mitra episcopal, llamó Dios á santa Mónica para darle en su gloria el premio de sus virtudes y de sus trabajos.

Terrible golpe fué para Agustin la pérdida de su madre; mas por fortuna suya la fe que ésta le habia inculcado de niño y que de nuevo acababa de reavivar en su alma le hizo llevar con paciencia su pérdida y templó su natural dolor.

Madre é hijo se separaron en la tierra, pero hijo y madre sabian que aquella separacion seria corta y que volverían á verse en el cielo, donde hoy gozan el fruto de sus virtudes. ¡Oh! si todas las madres cristianas imitaran en estos tiempos, en que tanto abundan los Agustines extraviados, la fe y constancia de santa Mónica y entendieran como ella la obligacion que Dios las impone al hacerlas madres, el número de Agustines convertidos aumentaria extraordinariamente y la impiedad encontraria un dique en donde ahora encuentra un auxiliar, la educacion materna.

FRANCISCO HERNANDO.

LA DESAMORTIZACION

La Revolucion ha levantado una estatua á Mendizábal sobre el solar de un convento arrasado y cuyos moradores fueron pasados á hierro. Aquella estatua que, sin ser de todo punto mala, provoca, envuelta en su luenga capa (parodia de toga romana), el efecto de lo grotesco, es el símbolo del progresismo español, y es á la vez tributo de justísimo agradecimiento revolucionario. Todo ha andado á una: el arte, el héroe y los que erigieron el simulacro. Y, con todo, la revolucion ha acertado, gracias á ese misterioso instinto que todas las revoluciones tienen en perpetuar, fundiendo un bronce, la memoria y la efigie del más eminente de los revolucionarios, del único que dejó obra vividera, del hombre inculto y sin letras que consolidó la nueva idea y creó un país y un estado social nuevos, no con declamaciones ni ditirambos, sino halagando los más bajos instintos y codicias de nuestra pecadora naturaleza, comprando defensores al trono de la Reina por el facil camino de infamarlos antes, para que el precio de su afrenta fuera garantía y fianza segura de su adhesion á las nuevas instituciones; creando, por fin, con los participantes del saqueo, clases conservadoras y elementos de órden; órden algo semejante al que se establece en un campo de bandidos, donde cada cual atiende á guardar su parte de la presa y defenderla de las asechanzas del vecino. Golpe singular de audacia y de fortuna (aunque no nuevo y sin precedentes en el mundo) fué aquel de la desamortizacion. Hasta entonces, nada más impopular, más incomprensible, ni más sin sentido en España que los entusiasmos revolucionarios. Diez años habia durado, con ser pésimo á toda luz, el gobierno de Fernando VII, y no diez, sino cincuenta hubiera durado otro de igual ó peor, si á Mendizábal no se le ocurre el proyecto de aquella universal liquidacion. Todo lo anterior era retórica infantil, simple ejercicio de colegio ó de logia; y conviene decirlo muy claro: la revolucion en España no tiene base doctrinal ni filosófica, ni se apoya en más puntales que el de un enorme despojo y un contrato infamante de compra y venta de conciencias. El mercader que las compró, y no por altas teorías, sino por salir, á modo de arbitrista vulgar, del apuro del momento, es el creador de la España nueva, que salió de sus manos amasada con barro de ignominia. ¡Bien se la conoce el pecado capital de su nacimiento! Quédese para mozalbetes intonsos que hacen sus primeras armas en el Ateneo, hablar de la eficacia de los *nuevos ideales* y del poder incontrastable de los *derechos de la humanidad*, como causas decisivas del triunfo de nuestra revolucion. *Sunt verba et voces, præteraque nihil.* ¡Candor insigne creer que á los pueblos se les saca de su paso con prosopopeyas sexquipedales! Las revoluciones se dirigen siempre á la parte inferior de la naturaleza humana, á la parte de bestia (más ó menos refinada ó maleada por la civilizacion) que yace en el fondo de todo individuo. Cualquier *ideal* triunfa y se arraiga, si andan de por medio el interés y la concupiscencia, grandes factores en filosofía de la historia. Por eso el liberalismo del año 35, más experto que el de 1812 y aleccionado por el escarmiento de 1823, no se entretuvo en decir al propietario rústico ni al urbano: «Eres libre, autónomo, señor de tí y de tu suerte, ilegislable, soberano, como cuando en las primitivas edades del mundo andabas errante con tus hermanos por la selva y cuando te congregaste con ellos para pactar el contrato social.» Sino que se fué derecho á herir otra fibra que nunca deja de responder cuando diestramente se la toca, y dijo al ciudadano: «Ese monte que ves, hoy de los frailes, mañana será tuyo, y esos pinos y esos robles caerán al golpe de tu hacha, y cuanto ves de rio á rio, mieses, viñedos y olivares, te rendirá el trigo para henchir tus trojes, y el mosto que pisarás en tus lagares. Yo te venderé, y si no quieres comprarle, te regalaré ese suntuoso monasterio, cuyas paredes asombran tu casa, y tuyo será hasta el oro de los cálices y la seda de las casullas y el bronce de las campanas.»

¡Y esta filosofía sí que la entendieron! ¡Y este ideal sí que hizo prosélitos! Y comenzada aquella irrisoria venta, que (lo repito) no fué de los bienes de los frailes, sino de las conciencias de los láicos, surgió como por encanto el *gran partido liberal* español, lidiador en la guerra de los siete años con todo el desesperado esfuerzo que nace del ansia de conservar lo que inícuamente se detenta. Despues fue el imaginar teorias pomposas que matasen el gusanillo de la conciencia; el decirse filósofos y libre-pensadores, los que jamás habian podido pensar dos minutos seguidos á las derechas; el huir de la iglesia y de los Sacramentos por miedo á las restituciones, y el acallar con torpe indiferentismo las voces de la conciencia, cuando decia un poco alto que no deja de haber Dios en el cielo porque al pecador no le convenga. Nada ha influido tanto en la decadencia religiosa de España, nada ha aumentado tanto esas legiones de escépticos ignaros, único peligro serio para el espíritu moral de nuestro pueblo, como ese inmenso latrocinio (¿por qué no aplicarle la misma palabra que aplicó san Agustin á las monarquías de que está ausente la Justicia?) que se llama desamortizacion, y el infame vínculo de solidaridad que ella establece.

MENENDEZ PELAYO.

(Heterodoxos españoles, tom. III).

TRADICIONES Y COSTUMBRES

DE LAS ISLAS POMOTÚS

III

Culto de los antepasados.—Sacrificios del Ruahine y del Maraé.

Además de Tané, que parece ser el Júpiter oceánico, y de Tama, su verbo y redentor de los hombres, el Olimpo de los Pomotús contiene tambien muchas divinidades secundarias y locales con diversos nombres, conocidas y veneradas en cada isla. Pero

generalmente el culto idolátrico rendido á todas esas informes deidades es sólo inspirado por el miedo ó por el deseo de abundante pesca. Los antepasados participaban siempre de los honores tributados á los dioses, suponiendo que aquellos como éstos podian atraer ó alejar á su voluntad la pesca de las islas en que habian vivido.

Este culto de los antepasados se hacia públicamente; su parte esencial era el sacrificio, y estaba exclusivamente reservado á los hombres de cierta edad, únicos que podian asistir á las ceremonias del *marae* y participar de las víctimas que en él se ofrecian. Este *marae* no presenta las masas imponentes y grandiosas de las construcciones de piedra que pueden verse todavía en Tahiti. Es únicamente un largo y estrecho paralelógramo de madréporas, de 50 centímetros de elevacion, rodeadas de una doble hilera de corales bien tallados, entremezclados acá y acullá con piedras más altas que simulan groseramente la figura de sus dioses. Véseles allí tambien representados por troncos en los que el escultor ha cuidado sobre todo de formar un vientre enorme, mientras la cabeza está figurada por plumas. En la parte posterior levantábanse ordinariamente cinco grandes ídolos ó enormes piedras planas ó verticales, con algunas cortaduras para representar bien ó mal la cabeza y las espaldas. En fin, en medio de una prominencia se instalaba horizontalmente sobre gruesas estacas ahorquilladas, pequeñas cunas ó féretros cincelados y adornados, en donde se guardaban religiosamente, para prestarles culto idolátrico, mechones de cabellos y de barba, y tambien uñas y dientes, tomados de los cadáveres de hombres antes de su inhumacion. Todo, cuidadosamente liado en pequeños paquetes, estaba cubierto de plumaje. Cada cuna ó féretro contenia una porcion de estos paquetitos, y era, por decirlo así, el mausoleo portátil de la familia, un paladion para los parientes, el arca de salvacion del pueblo entero. Ordinariamente estaban hacinados en una choza construida al intento cerca del *marae;* pero con ocasion de alguna ceremonia religiosa y patriótica se les retiraba al depósito general, y despues de limpiarlos del polvo y de adornarlos, se les colocaba sobre el *marae* ó á su alrededor para que cada guerrero pudiese venerar á sus antepasados y ofrecer en esta circunstancia la comida en sacrificio.

Como las mujeres y los niños no podian en su cualidad de profanos asistir á las ceremonias del *marae,* se organizaban de tiempo en tiempo en favor suyo grandes fiestas fúnebres. En el dia señalado eran transportados cerca de la laguna, en donde se habia reunido todo el pueblo, los pequeños paquetes pertenecientes á cada familia. Enseñábanlos solemnemente al concurso, que se deshacia en lágrimas y prorumpia en sollozos, recitando, con rumor confuso y salvaje, cantos monótonos con que celebraban los altos hechos de los difuntos. Despues de besar individualmente esos paquetes de reliquias, volvian á conducirlas al *marae*, y el resto del dia se consagraba á festines, danzas, juegos y otras diversiones.

Únicamente los hombres podian recibir así los honores de la apoteosis. Las mujeres, sobre las cuales pesaba esencialmente una maldicion original y universal, nunca eran admitidas á las prácticas del *marae*. Sin embargo, no se les privaba en absoluto de todo honor despues de su muerte; y, cosa notable, la especie de culto doméstico que se les tributaba tenia una marcada relacion con la serpiente. En Takoto, cuando moria una mujer, le cortaban algunos mechones de cabellos, atándolos al extremo de un palo adornado con plumas de ave. Estos palos eran colocados cerca la choza del salvaje en medio de un sendero y frente un tronco de *pandanus* fijo en el suelo á guisa de pequeño altar. Allí acudian á orar y ofrecer sacrificios de manjares cuantas veces capturaban alguna anguila de mar ó se preparaban para la pesca. Sin embarggo, como habia cierta enemistad entre la mujer y aquellas serpientes marinas, guardábanse bien de ponerlas á la vista, llevándolas á un sitio apartado, en donde las rodeaban de hojas verdes antes y despues de la coccion; despues de lo cual tomaban todos un trozo para depositarlo con algunos cocos ó cualquier otro alimento sobre el altar levantado en presencia de la reliquia femenil. Para distinguirlo del *marae* llamaban á este sitio *ruahine*.

En tan extraño simbolismo, del cual sin duda nuestros indios no podian dar explicacion alguna, ¿no será permitido ver una imágen desfigurada de la profética serpiente de bronce levantada en alto por Moisés, como si la mujer, maldita á causa de la serpiente, no pudiese ser rehabilitada sino por futura aplicacion de los méritos del divino Redentor inmolado en el árbol de la cruz?

Los sacrificios del *marae* eran mucho más solemnes que los del *ruahine*. Las víctimas eran comunmente tortugas, doradas, atunes, etc.

La víspera y el dia del sacrificio todos los que en él debian tomar parte guardaban continencia. Acostábanse por lo regular al lado de sus piraguas para lanzarse, al despuntar el dia, en busca de una tortuga ú otro cualquier pescado grande. El que lo cogia quitabale la escama ó parte de concha más brillante, y la ofrecia al dios cuya imágen estaba á la proa de la piragua; indicando y consagrando la víctima por medio de este canto:

Ka ohiti mai te hai; tupa ruga, tupa raro, tupa uta, tupa tai. E pana i mua, e pana i roto, e pana i muri.

Tagaroa, hai hi ruga, hai hi raro; hua to pito, hua to nana. Te pito ha mor, e pito no te vai ha mor.

«Crece la ola; mueve al Este, mueve al Oeste, mueve hácia tierra, mueve hácia el mar. Empuja á la izquierda de la isla, empuja hácia el centro, empuja á la derecha.

«Tagaroa, fuerte eres al Este, fuerte al Oeste; izamos tu pabellon, izamos tus insignias,

«Que tu pabellon calme las olas, este pabellon que llena de calma la mansion de la tortuga.»

Encontrada la víctima, todos deben estar en ayunas para proceder al sacrificio; de lo contrario se aplaza para el dia siguiente. Y así como los antiguos judíos acompañaban la víctima con algunas ofrendas pacíficas, así tambien nuestros indios no descuidan añadir cocos á los peces que ofrecen en sacrificio.

Un mensajero se reviste del *umé*, estrecho ceñidor del que penden largos filamentos de hojas de *pandanus;* del *tatua*, ceñidor negro y de tres dedos de ancho; del *puré*, collar de pequeñas conchas de nácar; del *katu*, casquete de plumas, y del *omoré*, lanza que el salvaje nunca abandona. Al eco de su voz todos los guerreros vístense del mismo modo y se reunen silenciosamente en el *marae*, delante del cual la víctima reposa sobre una hoja de cocotero rodeada de cocos y otras viandas.

El gran sacerdote llamado *puré* (que ora), ó *tahura* (iluminado), ó *ariki* (rey), pues á menudo reune ambos poderes, está de espaldas al *marae*, rodeado de sus oficiales. A su derecha hay el *huhuki*, á su izquierda el *fakatau* y el *hakari*. Detrás del *marae*, delante del *ariki*, pónese arrodillado el *tuturi*, mientras los guerreros se sientan en taburetes á uno y otro lado formando dos líneas paralelas.

El *huhuki* cubre ante todo la cabeza del *ariki* con el *fau* ó peluca, cuyos cabellos rizados caen sobre la espalda en largas trenzas, y le pone en la mano derecha un baston coronado con un pequeño ídolo. Toma en seguida un ramo de hojas y con él hiere el suelo para despertar y llamar la divinidad. Entonces el *ariki* se vuelve hácia el *marae*, y con grandes contorsiones y sordos ahullidos invoca á todos los dioses.

«—Turuhua, Kainuku, Puniava, Ruanuku, Tuteaotea, Tumakinokino, Tohutika, Rua, Fatonga, Tu, Teati-Tu, Teati-Rongo, Teati-Tané, Tama-Tuuhau, Tama-arikitahi, Tavaka, Ruafatu, Mahinui, Temoana, Tehia, Tamatea, Honga, Marerekonganga, Kaiatua, Mutuaiuta, Mapu, Mahanga, Koaroa, Okea, Tahuka.»

Luego vienen los nombres de los dioses familiares, nomenclatura muy larga y que sólo tiene interés local. Estas invocaciones se repiten muchas veces durante el sacrificio.

El *ariki* canta despues en voz baja, lenta y cadenciosa:

U-u-u-uo; te ika Foruhua.

«Resuenen nuestras voces; ved el pez de Foruhua.»

Todos los guerreros cantan despues de él:

Ika te ahi a Turuhua hi te ragi tatapatukua, te ragi ora ma toru.

¡E-i-i-i-ia! ¡oe! u rokia ae, tukua te ragi ora ma toru; i kia e kuru-u-u-u-u-a (La *u* y la *a* repetidas veces con énfasis).

«Al fuego el pez de Turuhua que reside en el cielo, en el cielo de la vida prodigiosa.

«¡Vedle! ¡Ea! Hemos cogido el pez, como venido del cielo de la vida prodigiosa; le hemos cogido y asido fuertemente.»

El *ariki* continúa:

Na Teutanga ture, na Turuhua ora tui hona i aka tetua.

«Esta es la oracion de Teutanga á Turuhua el vivo que mora en la boca del alto mar.»

El *ariki* hace una libacion de agua de coco al ídolo. El *hakari* toma entonces la piedra sagrada de forma oval que lleva la efigie de una divinidad y la pone sobre el vientre de la víctima. El *futuri* salmodia:

E niu, e niu, e niu maru, ia ai te ika o tai i te moana hohonu?

Ia topa i te aro o Turuhua, ia topa i te aro o Kainuku, i te aro o Puniava.

«Piedra, piedra, piedra sagrada, ¿para quién será el pez del mar profundo?

«Caiga á la faz de Turuhua, caiga en presencia de Kainuku, en presencia de Puniava.»

(Aquí la enumeracion de los nombres de los demás dioses).

E tui ika te niu fakae, te ika i te hupega; e haru te ika i te tanaga mai, haru tia te ika nui nei, ia mate.

«Poned sobre el pez la piedra sagrada, sobre el pez cogido en la red; tomad el pez á mi voz, tomad resueltamente este pez tan grande, y muera.»

El *hakari* descabeza la víctima y recoge la sangre en pequeños vasos. El *tuturi* continúa en su lengua propia:

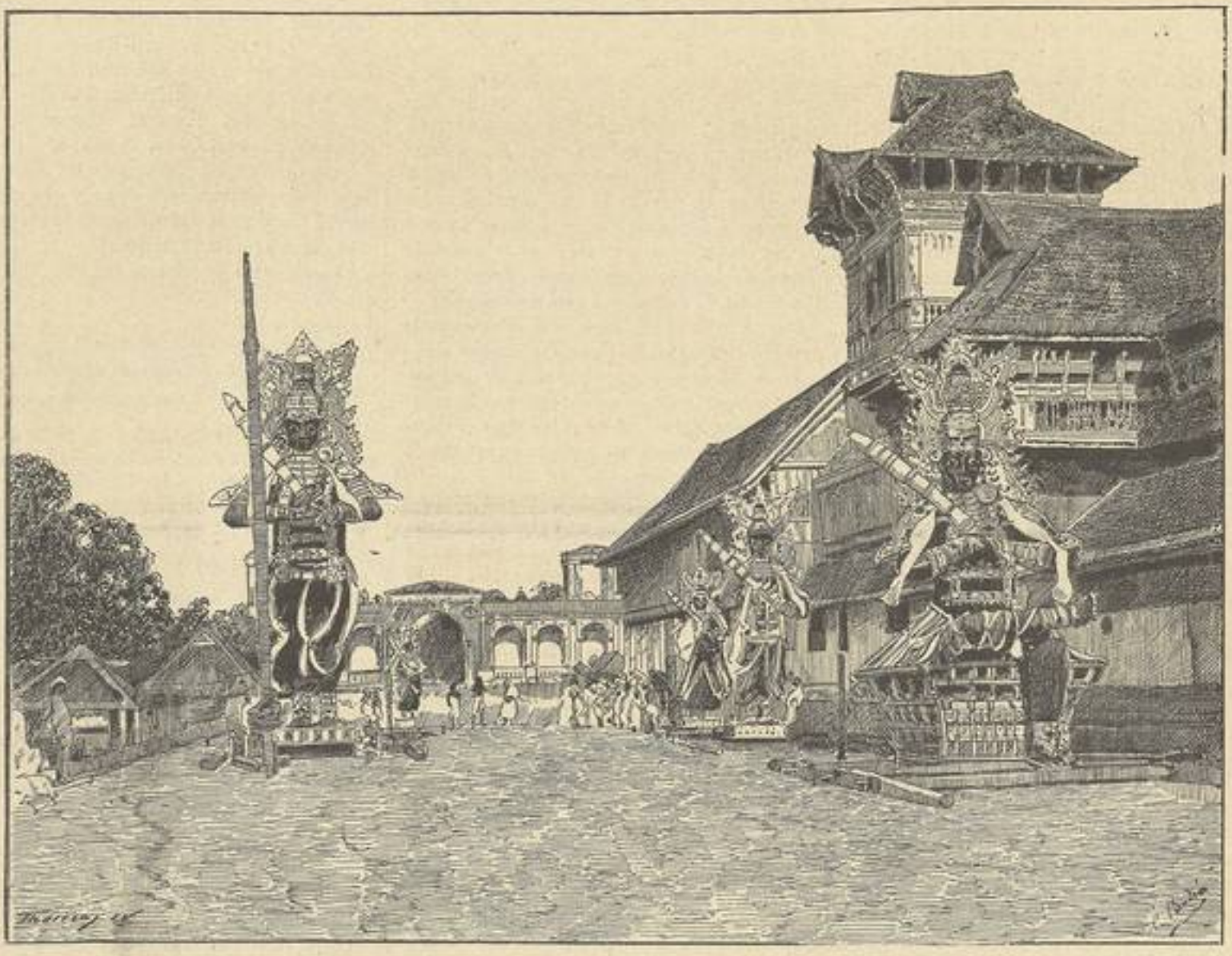
«Caiga esta cabeza cortada; caiga en presencia de Turuhua.
«Dios de los gallardos mástiles, Kainuku, vén y come.
«Divinidad lejana de Puniava, vén y come.
«Dios de las ledas brisas de Ruanuku, vén y come.
«Dios de los cordajes, Tuteatea, vén y come.
«Dios de la hospitalidad, Fatitiri, vén y come.
«Dios de la paz, Tuhutika, vén y come.
«Dios que das límites á las naves, Tavaka, vén y come.»

La inmolacion *(tapena)* y la última ofrenda de la víctima *(rangi)* han terminado, y resta sólo la comida en comun.

El *hakari* abre el vientre de la víctima y le saca las entrañas, que con la tortuga son cocidas á dos fuegos diferentes. Las entrañas son retiradas primeramente, y el *ariki* toma una parte de ellas que comparte con sus oficiales. El resto, depositado á los piés del que cogió el pez, es por él repartido á todo el concurso con exclusion de las mujeres y de los niños.

La tortuga, retirada á su vez del fuego, llevada al *marae*, tendida de espalda con la piedra sagrada sobre el pecho, es cortada en pedazos á la ensordeciente gritería de los guerreros, y puesta otra vez al fuego para sufrir una tercera coccion. En seguida la vuelven por tercera vez al *marae*, en donde el *ariki*, despues de llamar uno por uno todos los dioses y antepasados al banquete, toma la cabeza y se la come. El que pescó la tortuga distribuye las partes á los asistentes, quienes en todo lo restante del dia son mirados como sagrados.

El sacrificio ha durado á lo menos seis horas. En los intermedios en que el *ariki* y sus oficiales



PAGODA DEL REY DE TRAVANCOR

ÍDOLOS A QUIENES SE SACA EN PROCESION EN LAS GRANDES CEREMONIAS

nada tienen que hacer y mientras la víctima se cuece, los guerreros cantan los *fagu* ó himnos sagrados sobre asuntos variados al són de un largo tambor *(rutu)* batido con los dedos. Estas preces y cánticos en lengua antigua son en muchos puntos incomprensibles para la generacion actual.

Véase una muestra:

E ao, Tohutika ariki; faaino to kava; fakakua to kava i to Marangaitu; a tau re e kava.

Te kava a Tohutika e tau kia Vavao, kia Havaiki.

«Apareces, Tohutika, como rey; danos á beber de tu kava; sacia de tu kava á los Marangaitos; dales la victoria y el kava.

«El kava de Tohutika lo dará á Vavao, lo dará á Havaiki.»

Vemos en este canto una tribu perdida del Este de las islas Pomotús, que recuerda el *kava*, planta que da un licor que embriaga y que sólo puede crecer en las islas de excelente tierra vegetal. Háblase tambien en él de apartadas regiones, sobre todo de Havaiki, de donde sus padres han venido en *vaka* (buques) veinte generaciones atrás. La filiacion de estas generaciones, tal como ellos la formaban, es tan cierta, que forma la única base de la propiedad del terreno. Esta Havaiki no es la de las islas Sandwich, ni la Savai, su homónima de las islas Samoa, en donde la *h* se convierte en *s*. Estas dos últimas islas han recibido probablemente su nombre en memoria de la primera. Las Pomotús tienen tambien su Havaiki. «Segun nuestros antepasados, dicen los habitantes de Taarava, nuestra tierra era en otro tiempo grande y elevada, y se llamaba Havaiki. *Pere* se la llevó, dejándonos únicamente esta isla baja.» *Peré* es el Dios de los volcanes, y esta tradicion parece indicar que Havaiki es un continente desaparecido bajo las olas.

(Se continuará)

DE LA COMEDIA RELIGIOSA

LAS GLORIAS DEL MEJOR SIGLO

POR EL P. VALENTIN DE CÉSPEDES, S. J. (1)

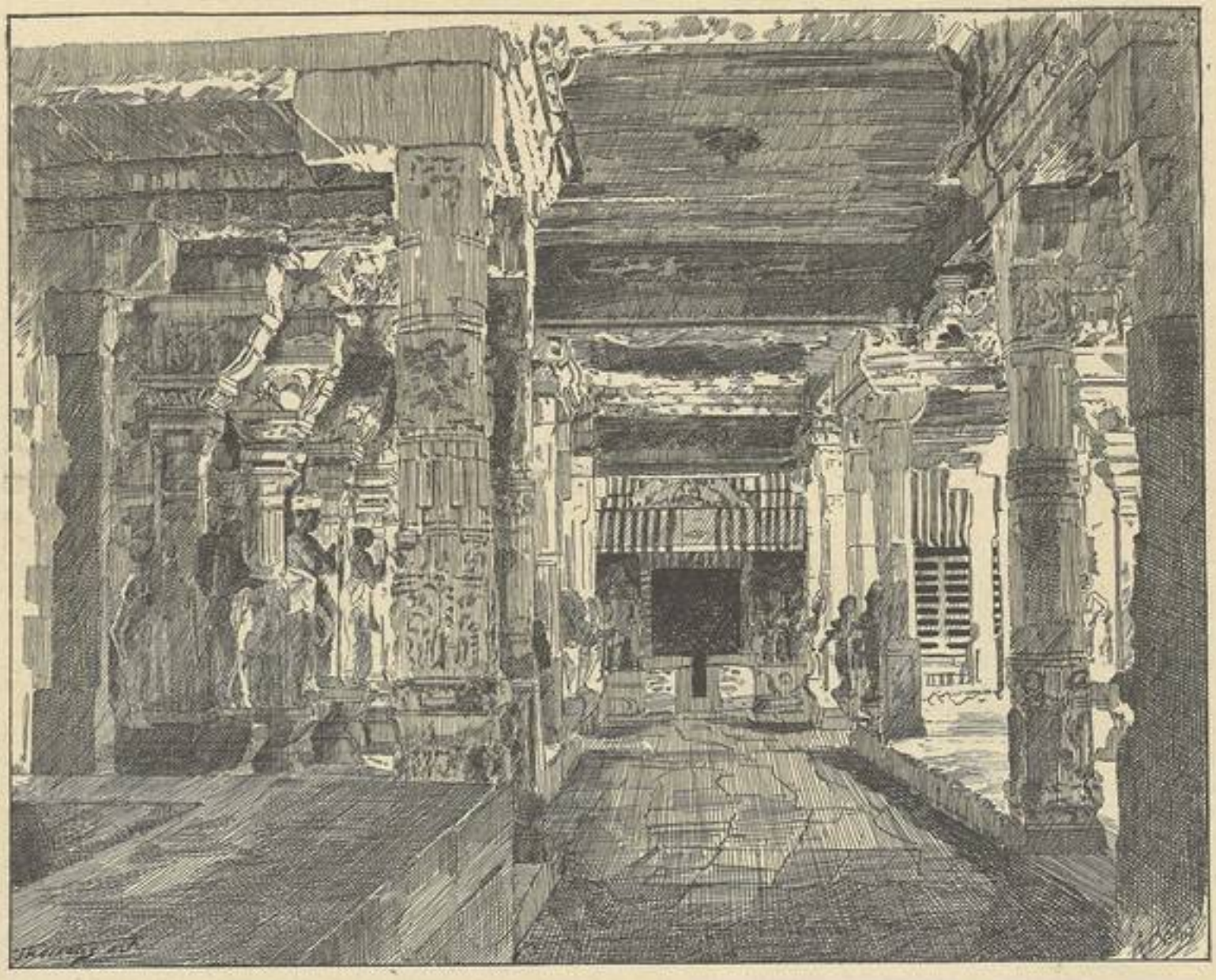
JORNADA PRIMERA

LA GLORIA DE DIOS, *en hábito de monte, y muy bizarra, é* IGNACIO, *de soldado, tras ella.*

Ign. Fugitiva luz, detente,
Que en alas de resplandores
Bajaste, de flor del cielo,
A ser estrella del monte;
Tierna injuria de la aurora,
Cuyos hermosos albores
Más son que anuncios de un dia,
Crédito de muchos soles.
Cuando el aliento te sigue,
Los ojos te reconocen
Cándido copo en la selva,
Nevado armiño en el bosque.
A tus rayos me conducen
Los alientos superiores
Que excitan en mi los cielos,
Que á seguirte me disponen.
¿Dónde vas, que con tal prisa
Mueves las plantas veloces?
¿Por qué en retirada selva
Todas las luces escondes,
Cuando con tu ausencia el mundo
Se inunda en oscura noche?
Dime, cuando así te ensalzas,
Si es que piadosa recorres
A todos siete planetas,
Que, desmayados entonces
A la vista de tus rayos,
O de corridos se esconden,
O agonizando en sus luces,
Mendigan tus resplandores;
Di, ¿qué designio te oculta?
Di, ¿qué misterio te esconde?
No dejaré de seguirte,
Ni será justo te asombres,
Siendo el iman, y yo el hierro
Que te siga como á norte.
¡Oh tú, beldad peregrina!
¡Oh sacra imágen, adonde
No se ocultan, si se humanan,
Las divinas perfecciones!
A cuya blandura esquiva,
A cuyas lucientes flores,
Todo ese cielo de ondas,
Todo ese mar de arreboles,
Te rinde en forzosos pasmos
Humildes adoraciones,
Haciendo que á tu belleza
Toda su pompa se postre;
Que te aclamen por divina,
Por inmortal te pregonen,
Por heroica te celebren,
Y siempre augusta te nombren;
Pues todo el orbe te debe,
Su luz las constelaciones,
Su planta rizada el mar,
Su verde esmalte los bosques,
Su hermosura el prado, y todos
Númen te aclaman á voces;
Sola una luz de quien eres
Te deban mis confusiones,
Un alivio mis cuidados,
Un aliento mis temores.

Gl. de D. Paro, Ignacio, á tus acentos,
Deténgome á tus razones,
Que del afecto en que nacen,
Sus verdades se conocen;
Advierte que en sus decretos
El alto cielo te escoge,

(1) Aunque esta obra ha corrido algunos años impresa con el nombre de *D. Pedro del Peso*, la escribió el P. Valentin de Céspedes, religioso de la Compañía de Jesús en la provincia de Castilla, bien conocido en toda España por uno de los primeros oradores; y lo hizo para celebrar el primer siglo de la fundacion de su religion; y se representó en Madrid, en el Colegio imperial, á los señores Reyes Católicos, el año 1640. *(Nota del original).*



INTERIOR DE UNA PAGODA EN PARECHAL

Por el valor que en ti vive,
Para que el siglo reformes;
Y puesto que tanto insistes
En que de quién soy te informe,
A mis acentos atiende
Y mis maravillas oye.
La Gloria soy de Dios; no te me alteres,
Que ya en esto te he dicho cuanto quieres;
No te espante que viva
Por selvas y por montes fugitiva;
Que mis luces triunfantes
Tambien supieron padecer menguantes,
Sintiendo intercadencias
Entre oscuras tinieblas de insolencias;
Que si en mi misma sombra no introducen,
Por el mundo alomenos me deslucen.
Ahora en este siglo desdichado
Miro al Septentrion inficionado
Por un Lutero, peste de Sajonia,
Que ha trocado á Alemania en Babilonia.
É intenta su porfia
Anegar á la Iglesia en su herejia.
Esta guerra sangrienta,
Esta peste violenta,
Este infierno de olas encrespadas,
Este mar de centellas abrasadas,
En los bosques me encierra,
Y de entre los mortales me destierra.
Blasona la osadia,
Vive el error, triunfa la herejía;
Y yo, triste, llorosa,
Lastimada, afligida, dolorosa,
Fatigo montes, selvas solicito,
Campos discurro, páramos habito.
Esta soy, ésta he sido; con que creo
Que dejo satisfecho tu deseo.

Ign. Señora, el verte afligida
Es implicacion notoria,
Porque es ver penar la Gloria,
Como ver morir la vida.
A que siga me convida
Tu voz, divina sirena,
El alma de afectos llena;
Que la mayor dicha mia,
Mucho más que en mi alegria,
La quiero hallar en tu pena.
Yo, mi Gloria, aunque no llego
A esos heróicos soldados
Que en tus mayores cuidados
Lidiaron por tu sosiego;
Pienso suplir con el fuego
Que en mi pecho enciende amor,
El defecto del valor;
Que para embestar constante
El corazon más amante
Lleva el aliento mayor.
A la vista de tu sol
(Que es alma del pensamiento),
Del oro del sufrimiento
Será mi pena el crisol;
Mostraré pecho español
(Pues triste te llego á ver),
Señora, en no apetecer
Sino tristeza y desdicha;
Que morirá de una dicha
Quien vive de padecer.
El afecto más constante
Con seguirte está premiado;
Que el mérito de lo amado
Es crédito del amante:
Mi firmeza de diamante
En esto se ha de mostrar;
Porque pienso trasplantar
(Ya que no excuso el morir)
A un instante de vivir
Una eternidad de amar.

Gl. de D. Ignacio, bien significas
En razones tan ardientes
Esos afectos valientes
Con que el pecho me dedicas;
Mas si á seguirme te aplicas,
Mira que es grande la empresa.

Ign. Es tanto lo que interesa
Mi amor en tan dulce empleo,
Que la prisa del deseo
Es la carga que más pesa.

Gl. de D. ¿Con tanto esfuerzo te hallas
Para pelear por mi?

Ign. Romperé, Reina, por ti
Las más robustas murallas.

Gl. de D. ¿Entrarás en las batallas
Con española osadía?

Ign. ¡Oh si llegase ese dia
En que espero gloria tanta!

Gl. de D. Capitan eres; levanta,
Ignacio, una Compañia.

Ign. Levantaréla famosa.

Gl. de D. ¿Será grande?

Ign. Será fuerte.

Gl. de D. ¿No temerá?

Ign. Ni á la muerte.

Gl. de D. ¿Peleará?

Ign. Siempre animosa.

Gl. de D. ¿Y la gente?

Ign. Belicosa.

Gl. de D. ¿Durará?

Ign. Constante y fina.

Gl. de D. ¿Quién la guia?

Ign. Amor la inclina.

Gl. de G. ¿Quien la alienta?

Ign. Mi aficion.

Gl. de G. ¿Y cuál será tu blason?

Ign. La mayor gloria divina.

EL VOTO DE SANTIAGO

PRIVILEGIO DEL VOTO GENERAL DEL SR. REY RAMIRO I, POR LA BATALLA DE CLAVIJO, ERA DE DCCCLXXII, SACADO DE LA PIEL QUE PRESENTO LA SANTA IGLESIA EN LA CHANCILLERÍA DE VALLADOLID EN EL PLEYTO CON LOS CONCEJOS DE LOS CINCO OBISPADOS DE TOLEDO, BURGOS, SIGUENZA, OSMA Y CALAHORRA.

En el nombre de Dios Padre, Fijo, é Espíritu Santo, amen. Los fechos de los antecesores, por los quales los omes, que despues vinieren, puedan ser enseñados en bien, no son de callar, mas antes deben

ser puestos en escrituras, porque por la memoria de ellos los omes que fueren por tiempo sean informados en seguimiento de buenas obras: Y por ende Yo el Rey Ramiro, con mi muger la Reyna Urraca, é con nuestro fijo el Rey Ordoño, y con mi hermano el Rey García, la ofrenda que facemos al muy glorioso Apóstol de Dios Santiago, con otorgamiento de los Arzobispos, é Obispos, é Abades, é todos los nuestros Príncipes Christianos de España ponemos en escritura, porque sea mejor guardada, porque los omes, que despues de Nos fueren, no la quebranten por no saber lo que Nos facemos. Y aunque por remembranza de nuestros fechos sean movidos á facer semejables obras, é otrosí escribimos las razones porque fuimos movidos á facer esta ofrenda, para que sean guardadas, y vengan en conocimiento á los que serán despues de Nos. Ansí es, que en los tiempos antiguos algunos Príncipes Christianos, nuestros antecesores, fueron perezosos, é negligentes cerca de la destruccion de España, que ficieron los moros regnante el Rey Rodrigo; la vida de los quales Príncipes, nuestros antecesores, algun fiel christiano no debe seguir, ca estos, porque no fuesen seguidos de los moros, y porque pudiesen vivir mas seguros, establecieron cosa, que es dura de contar, que pagasen de cada año ciertos tributos á los moros, conviene á saber cien mozas de las de muy mas fermosura, las cincuenta de las nobles fijas-dalgo de España, y las otras cincuenta de las del pueblo, que no fuesen fijas-dalgo. Este dolor, y mal exemplo no era para guardar á los omes que viniesen por tiempo, ca por la pleytesia de paz temporal, é cosa que se ama pasa, era puesta la christiandad en cautividad, para que los moros cumpliesen su luxuria; é Nos que veniemos de los dichos Príncipes, despues que por la misericordia de Dios recebimos el gobernamiento del Reyno, pensamos con la bondad del Espíritu Santo, de destruir y vengar los dichos escarnios y vituperios de las nuestras gentes, para que fuesen librados de estos malos tributos. E así por acabar este buen pensamiento oviemos primeramente consejo con los Arzobispos, é Obispos y Abades, y otros varones religiosos, y despues con todos los Príncipes de nuestro Reyno, é habido sano consejo, é de grande salud, estando en la Ciudad de Leon, diemos ley á los pueblos, y pusimosles costumbres, que fuesen guardadas por todas las partes de nuestro Reyno, para que llamasen todos los omes esforzados, é fuertes, para pelear, así los omes nobles fijos-dalgo, como labradores, así caballeros como peones de todas las partes de nuestro Reyno, etc., fasta dia cierto, los ficiesen ayuntar para ir á la batalla contra los moros: é á los Arzobispos é Obispos, Abades, y religiosos varones, rogamos que fuesen presentes á la dicha batalla, para que por las oraciones de ellos la nuestra fortaleza fuese acrecentada por la misericordia de Dios. Así que fué cumplido nuestro mandado, y todos ayuntados, dexamos tan solamente los omes flacos, que no eran para pelear, para que labrasen las tierras, é todos los otros fueron juntos para ir á la batalla, no tan solamente de nuestro mando, segun suelen ir, contra su talente, mas de buena voluntad por amor de Dios, que los traia á ello. Con aquestas cosas, Yo el Rey Ramiro, confiando mas de la misericordia de Dios, que de la muchedumbre de la mi gente, despues que fueron requeridas las tierras mas cercanas para llegar la gente, enderecé mi camino para Nájera, y dende fuimos á un lugar que llaman Albella. E entretanto los moros ovieron por fama sabiduría de nuestra ida, y los de aquen mas fueron ayuntados en uno contra Nos, é por cartas, é por mensageros llamaron los moros de allen mas, para que viniesen en su ayuda, é acometieronnos con muchedumbre de gente muy fuertemente, en tal manera, que sin lágrimas y dolor non lo podriamos decir, nin membrarnos de ello. Muchos de nosotros fueron muertos y heridos por nuestros pecados, é oviemos de fuir, é yendo muy mal confundidos, fuemonos á un otero que llaman Clavijo, é ayuntados en una muela, estuviemos toda la noche con lágrimas en oraciones, é non sabiamos lo que ficiesemos despues que fuese de dia, é entretanto vino el sueño á mí el Rey Ramiro, que estaba pensando muchas cosas, y muy cordoso del peligro de la gente christiana, etc.; estando Yo adormido, el Bienaventurado Apóstol Santiago, defendedor de las Españas, tuvo por bien de se me mostrar corporalmente. E como Yo le pregunté por la grande maravilla que veia, ¿quién era? El Apóstol de Dios me dixo: «Yo soy Santiago». E Yo, porque por esta palabra me maravillé mucho, tanto que lo non podré decir, el Apóstol de Dios me dixo: «¿Por ventura tú no sabias que mi Señor Jesu-Christo partió todas las partes del mundo á los Apóstoles mis hermanos, y dió á mí en guarda, por suerte, á España, y púsola so mi defendimiento?» Y apretó á mí la mano con la suya, é díxome: «Esfuerzate, y está muy firme, que por cierto Yo seré en tu ayuda, e en la mañana, con la ayuda de Dios, vencerás la muy grande muchedumbre de moros, que te tienen cercado; pero muchos de los tuyos á los quales está aparejada la gloria del Paraiso, recibirán en esta batalla corona de martirio por amor de Jesu-Christo; y porque no dudedes ser cierto que vos los christianos é los moros me veredes firmemente en un caballo blanco, con grande y blanca fermosura, y tendré un pendon blanco, y muy grande, y despues que fuere mañana, faredes todos confesion, y recibiredes penitencia, y las misas dichas, desque hubieredes recibido communion del cuerpo de Dios, vuestra campaña armada, no dudedes de acometer las haces de los moros, llamando el nombre de Dios, y el mio: é sabed por cierto que los moros caeran todos en tierra, é moriran á espada». Y desque dixo estas cosas el Apóstol de Dios precioso, partióse de mí; mas Yo, desque fui despierto del sueño de tan grande y tal vista, como viera, fice llamar apartadamente Arzobispos, Obispos, Abades, y otros varones religiosos, y contéles todo el fecho por órden, segun me fué mostrado con lágrimas y sollozos, y gran quebrantamiento que tenia en el mi corazon: y los dichos Prelados echaronse primeramente en oracion, y ficieron grandes gracias á Dios, y al Apóstol Santiago, por tan maravillosa consolacion, y ansí comenzaron á contar afinadamente el fecho al pueblo, segun acaeció, y nos fué mostrado. Y armadas y ordenadas nuestras haces, fuemos en la batalla contra los moros: y así como prometió el Bienaventurado Apóstol de Dios Santiago, aparecionos, poniendonos grande esfuerzo, y acrescentandonos los corazones para la batalla, embargando y destruyendo las campañas de los moros, y así como nos pareció el Apóstol de Jesu-Christo, conociemos que era cumplido el su prometimiento, y por esta vision tan clara y tan alegre, con grandes voces, é grande talente, llamamos de corazon el nombre de Dios é del Apóstol Santiago, y comenzamos á decir: «Ayudanos, Dios é Apóstol Santiago»: el qual llamamiento fué primeramente en España, y no fué en vano llamado por la misericordia de Dios, en tal manera, que en este dia fueron muertos cerca de setenta mil moros, é volvieron las espaldas, y comenzaron á fuir, y Nos siguiendolos tomamos la Ciudad de Calahorra, y posiemosla en poder de christianos: é habida tan grande victoria, la qual no cuidabamos de haber: pensado el milagro tan grande del Apóstol Santiago prometiemos de establecer algun don, que fuese para siempre otorgado al nuestro Patron, é defendedor Apóstol muy Bienaventurado Santiago: y ansí estableciemos, y prometiemos de guardar, que por toda España, y por todas las otras partes que Dios tuviese por bien de librar de moros, y traerlos á poder de christianos por ruego del Apóstol Santiago, que cada un año de cada yugo de bueyes fuesen pagadas sendas medidas del mejor pan que los omes labrasen en manera de primicia, é otrosí, de vino para mantenimiento de los Canónigos y Servidores de la Iglesia de Santiago. Et demas otorgamos, é confirmamos para siempre, que todos los christianos de toda España de qualquier batallas que ovieren con los moros, de lo que ganaren, que den su parte, así como á Patron y defendedor de España, segun que darian parte á un caballero. Todos estos votos, y dones é ofrendas que sobredichas son prometemos con ayuntamiento de todos los christianos de España á la Iglesia de Santiago, é otorgamos por Nos, y por los que despues de Nos serán, de los guardar en todo tiempo. Pedimoste, Dios Padre precioso, que eres perdurable, que por los ruegos del Bienaventurado Apóstol Santiago no te miembres de las nuestras maldades, mas la tu misericordia nos sea aprovechable, magüer no somos dignos destos dones, que por la tu honra, Señor, ofrecemos al tu Apóstol glorioso Santiago de las cosas que por el su pedimento ganamos: aproveche á Nos, é á los que despues de Nos serán á remedios de las animas. E otrosí por el su ruego, y santos merecimientos, Señor, que vives perdurablemente en Trinidad, tengas por bien de Nos recibir en la gloria del Paraiso con los tus Santos escogidos, amen. E demas prometemos, é establecemos de tener y guardar para siempre, que qualquier que de Nos descendiere, dé siempre su ayuda para guardar estos dones, que facemos á la Iglesia de Santiago. E si por ventura alguno de nuestro linage, ó otro qualquier, este nuestro testamento quisiere quebrantar, y no otorgare para lo cumplir, qualquier que sea, clérigo, ó lego, sea dañado en el infierno para siempre con Judas el traidor, é con Datan y Aviron, los quales por sus pecados sorbió la tierra vivos, é demas los sus fijos sean huerfanos, y la su muger sea viuda, é el su Reyno temporal recibalo y hayalo otro, y demas sea privado de la comunion del cuerpo de Dios, y de la parte del Reyno perdurable, la qual es la gloria del Paraiso, é encima de esto pague 6 libras de plata al Rey é á la Iglesia de Santiago, por medio, é este escrito finque en su firmeza para en todo tiempo. Nos los Arzobispos, Obispos, y Abades, que fuimos presentes, y viemos este milagro, que nuestro Señor Jesu-Christo tuvo por bien de mostrar al su siervo el muy noble Rey Ramiro, por el Apóstol Santiago, con el ayuda de Dios, este fecho del Rey é nuestro, é toda la christiandad de España, confirmamos perpetuamente, é con pena establecemos de lo guardar. Y si alguno viniere ó quisiere quebrantar este escrito, é los dones de la Iglesia de Santiago, quien quiera que sea, Rey, y Principe, ó labrador, clérigo, ó lego, maldecimoslo, y condenamoslo á pena de infierno, para que sea atormentado sin fin con Judas el traidor. E esto mismo fagan de cada año los Arzobispos, y Obispos, que fueren despues de Nos, é si lo non ficieren, por la autoridad de Dios Padre, é Fijo y Espíritu Santo, y por la nuestra sean dañados y descomulgados, y quitados del poderio que les es dado de Dios. Fecha la Escritura de consolacion y donacion, é esta ofrenda en la ciudad de Calahorra en dia conocido 24 dias de Junio (1), era DCCCLXXII.—

(1) En el dia y mes varian las copias, pues la que trae Lázaro Gonzalez Acevedo dice 25 *dias de Mayo*.

Yo el Rey Ramiro, con mi muger la Reyna Urraca, y con nuestro Fijo el Rey Ordoño, é con mi hermano el Rey García, este escrito que ficimos de nuestro nombre propio, confirmamos.

Yo Dulcio, Arzobispo de Cantabria, que presente fuí, confirmo.

Yo Suario, Obispo de Oviedo, que presente fuí, confirmo.

Yo Oveco, Obispo de Asturias, que presente fuí, confirmo.

Yo Salomon, Obispo de Asturias, que presente fuí, confirmo.

Yo Rodrigo, Obispo de Lugo, que presente fuí, confirmo.

Yo Pedro, Obispo de Iria, que presente fuí, confirmo.

Yo Reyna Urraca, confirmo.

Yo Rey Ordoño, su fijo, confirmo.

Yo Rey Garcia, hermano del Rey Ramiro, confirmo.

Osorio de Pedro, Mayordomo del Rey, que fuí presente, confirmo.

Pelayo de Gutierrez, Rey de Armas del Rey, que presente fuí, confirmo.

Menendo de Suarez, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo (1).

Rodrigo Gonzalez, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo.

Gudesto de Osorio, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo.

Suario de Menendez, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo.

Gutierrez de Osorio, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo.

(1) Ledesma en su *Discurso sobre el voto de Santiago*, hablando de esta palabra *potestad*, dice que este título no aparece en ningun documento, ni hubo personas que se distinguieran con él. No es exacto. *Potestad* ha significado siempre «el *dominio ó poder que se tiene sobre alguna cosa*, es decir los magnates, los grandes, los señores de feudos ó vasallos, los ricoshomes en lenguaje antiguo. En Italia se llamaba *potestad* al corregidor, juez ó gobernador, es decir, al que ejercia cierta autoridad judicial ó administrativa, y equivalia al *Pretor* de los latinos. La intervencion de los *magnates* ó *potestades* en la otorgacion del diploma es natural, porque se trataba de una especie de contribucion para el sostenimiento del *coto* llamado de *Santiago*.

En los Cronicones de Sampero y el Iriense se encuentra usada las palabras *potestades* para designar la categoria de aquellas personas ilustres que con sus Prelados, Condes, etc., trataban con el Rey de asuntos importantes á la Religion ó al Estado. Si á la palabra *potestades* se añadió *de la tierra*, fué sin duda por respeto á los Prelados que son *potestades* en el *orden espiritual*.

Osorio de Gutierrez, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo.

Ramiro de Garcia, potestad de la tierra, que presente fuí, confirmo.

Martin, testigo.

Pedro, testigo.

Pelayo, testigo.

Suarez, testigo.

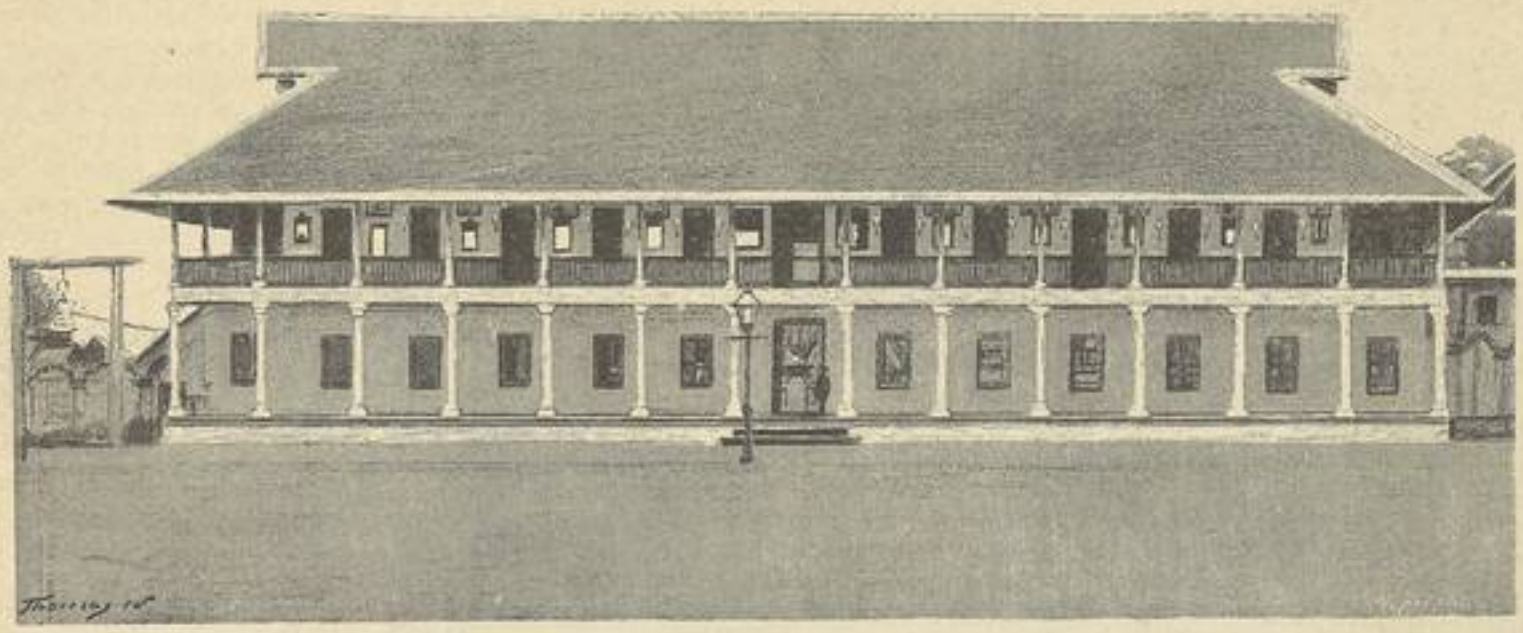
Menendo, testigo.

Vicente, Sayon del Rey, testigo (1).

NOTA.—«Todas estas firmas faltan en el privilegio de la piel, pero se hallan en las copias que sacó la Santa Iglesia en el año de 1493, del privilegio original segun en ella se dice, aunque este ha jurado la Santa Iglesia no tenerlo, por lo que no puede verse si en lugar de las firmas se sustituyó la cláusula siguiente, que lleva á su pié, con el ánimo sin duda de que no se viese la repugnancia de tantos nombres exóticos y arbitrarios:

»Nos todos los pueblos y moradores de España, que fuemos presentes, y viemos el sobre dicho milagro del muy Bienaventurado Apóstol glorioso Santiago, é oviemos vencimiento de los moros con la misericordia de Dios, esto que sobredicho es ordenamoslo, y confirmamoslo para que dure y sea firme para siempre jamas.»

(1) *Sayon* en castellano antiguo era lo mismo que alguacil, nombre derivado del árabe que significaba en Castilla y entre los árabes un ministro inferior de justicia con uso de vara para que en ciertos actos ejerciesen los funcionarios de Juez: esto lo dice el *Diccionario de la lengua*, y sirva esto de refutacion á lo que afirma Ledesma en su discurso sobre el voto de Santiago, suponiendo que el *Sayon* era un personaje que formaba antes que los Grandes. El *Sayon* en el diploma forma como el último testigo.



SALON DONDE SON CORONADOS LOS REYES DE TRAVANCOR

EL LUJO

III

DEFENSA

PARA defender la causa del lujo invitaremos á Mac Culloch á salir al palenque, atendida la celebridad de su nombre, contraponiéndole á Juan Bautista Say, digno ciertamente de estar en frente de él.

El primero, pues, dice así: «Al deseo de alzarse, de mejorar de posicion, de tener siempre mayor número de cosas cómodas y de *lujo*, debe la sociedad todo su perfeccionamiento... La multitud de los productos, no sólo necesarios, sino útiles y gratos, aumenta grandemente con el amor al lujo, y no sólo queda mejor provista la poblacion, sino que aumenta rápidamente.»

Ante todo conviene observar que incurre aquí Mac Culloch en confusion, mezclando cosas diversas: El deseo de mejorar de situacion (que por sí no es censurable), la abundancia de productos necesarios y útiles (que puede buscarse y alguna vez virtuosamente), con el amor al lujo, el cual es reprobable, y debe huirse como vicio, por las razones antes aducidas. Es curioso además oír que, á consecuencia del amor al lujo, la poblacion queda mejor provista. ¿De qué? ¿De objetos de lujo? ¿Se sustenta con éstos la poblacion?

Acaso piensa que el lujo impulsa la produccion de las demás cosas que la poblacion necesita. Mas contra esto advierte bien Say que la produccion no puede aumentar sino por medio de capitales; y los capitales solamente aumentan con el ahorro. Ahora bien; ¿qué ahorro puede aguardarse de los que sólo son excitados á producir por el deseo de gozar? Sólo se ahorra reduciendo los gastos, y la moderacion de los gastos es la negacion del lujo. Producir mucho y consumir poco: hé aquí la manera de enriquecer. Cabalmente el lujo hace lo contrario: consume mucho y no produce. Tiende, pues, á empobrecer á las personas. Empobreciendo á las personas, empobrece á toda la sociedad, cuya riqueza es sólo la suma de las riquezas individuales.

«Pero faltando el amor al lujo, viene á faltar la produccion de los objetos que corresponden á él.» Sí; pero con beneficio de todas las restantes producciones más útiles, que corresponden á necesidades no fantásticas, sino reales. Óigase á Say, expertísimo en la materia: «El gasto, que no se hace en vanos consumos, se hace siempre, por cuanto el dinero que no se quiere invertir en objetos de lujo, no se arroja de ningun modo al rio. Empléase, ya en consumaciones mejor entendidas, ya en la reproduccion. De todas maneras, á menos de soterrarlo, se consume, ó se hace consumir todo su rédito; en todo caso el aliento dado á los productores del consumo es igual á la suma de los réditos. De donde se sigue: 1.° Que el aliento dado á una especie de produccion por los dispendios hechos, es necesariamente sustraido á otro género de produccion. 2.° Que el aliento, resultado de tal dispendio, sólo se puede aumentar si aumenta el rédito de los consumidores. Ahora bien; todos

saben que no aumenta con gastos de lujo, sino con gastos reproductivos.»

«Está bien todo esto, replic aMac Culloch; mas nosotros debemos tomar al hombre segun es y no como debe ser; y el hombre, tomado segun es, sólo se mueve á gastar mucho por amor á goces, ya refinados, ya aparatosos, es decir, por amor al lujo.

«No me propuse inferir de los principios expuestos, que el estímulo dado á la industria y al espíritu inventivo por el deseo de abandonarse á los placeres del lujo, sea el mejor de los estímulos. Ciertamente sería mucho mejor que las inmensas sumas prodigadas con frecuencia en las más ridículas frivolidades, se conservasen para el incremento de algun arte útil, de alguna ciencia y de alguna empresa industrial, ó fueran empleadas en socorrer á las personas envueltas por la casualidad ó la desdicha en inmerecidas desventuras... Mas en semejantes materias es inútil decir lo que deberia ser ó no ser. Debemos habérnoslas con el hombre segun es, y no como podríamos desear que fuese.»

Máxima reprobable.

Segun ella el género humano se precipitaría en el abismo por la pendiente de los apetitos desordenados y de las tendencias viciadas. Todo lo contrario: cuanto más perversos son los hábitos y depravadas las costumbres, tanto más los escritores deben alzar la voz para reprenderlos, de modo que á lo menos se avergüencen las personas contaminadas. ¡Ay del mundo si los Apóstoles hubieran seguido tal enseñanza!

Aún estaríamos nosotros en el fango de la corrupcion pagana.

Más sábio que Mac Culloch se muestra Say, que azota merecidamente el torpe uso de los muchos. «Es triste cosa, exclama, que las costumbres, los hábitos del país, al que vinculado está uno por nacimiento, fortuna ó afecciones, sometan á su influencia aun á los más sábios y á los que pueden apreciar el peligro y prever sus luctuosas consecuencias. Sólo existe un número demasiado pequeño de hombres de espíritu bastante firme y de fortuna bastante independiente, que sepan no conducirse sino segun sus propios principios, sin tener otro modelo que á sí mismos. La mayor parte sigue, aun contra su voluntad, á la turba insensata que, por defecto de reflexion, no advierte que, una vez satisfechas las necesidades ordinarias de la vida, la felicidad no está en los goces vanos del lujo, sino en el moderado ejercicio de nuestras facultades físicas y morales.»

Las personas que con un gran poder ó con un gran talento procuran difundir el gusto del lujo, conspiran, pues, contra la felicidad de las naciones.

Mac Culloch, queriendo dar un sentido aceptable á la proposicion aquella de Montesquieu: «Si los ricos no gastan mucho, los pobres morirán de hambre», dice: «La verdad de esta proposicion ha sido impugnada, no debiendo producir asombro, porque puede ser falsa ó verdadera, segun como es entendida. Si se quiere que signifique que un rico puede emplear directamente un número mayor de criados ó de trabajadores, de manera que gaste su renta en muebles suntuosos, más bien que invertir una parte en mejorar sus fincas ó en atesorar para sus hijos, la proposicion es claramente errónea. La demanda de trabajo no puede aumentar sensiblemente sin aumento de capital, siendo de todo punto imposible que cuantos expenden todo su rédito en placeres inmediatos, acumulen algun capital, y empleen, por consiguiente, un solo trabajador más. La proposicion afirmada por Montesquieu no debería interpretarse en ese sentido restringido, ó como refiriéndose á la influencia de los gastos de los ricos sobre la cantidad de trabajo que piden por *su* cuenta, sino relativamente á la influencia sobre la demanda de trabajo en la sociedad. Si así lo entendemos, suponiendo signifique que los gastos excesivos y el lujo de los grandes y de los ricos sirve mucho á los pobres, excitando la emulacion en aquellos que sólo pueden aguardar expender de modo igual, con un aumento de actividad y economía, creo se verá que la proposicion es exactísima.»

El argumento del famoso economista se reduce á esto: Excita el lujo y la emulacion de que no lo pueden usar con los medios que poseen. Procurarán, pues, con ahinco, hacer economías y redoblar las fatigas, á fin de adquirir así la opulencia necesaria para darse el lujo. El lujo, pues, sirve para el trabajo y la industria, á lo menos de rechazo é indirectamente.

Nosotros á la verdad no tenemos fe de ningun género en esta especie de antiperístasis, que Mac Culloch atribuye al lujo. Nosotros creemos más bien que la emulacion por él excitada, á cambio de impeler á la economía y al trabajo para poder gozar alguna vez, mueve por el contrario á competir incontinenti con los que gozan en los placeres y en el fausto. ¡Figuraos si una vez encendido en el ánimo, por el mal ejemplo, ánsia vivísima de goce y de fausto, en vez de quererlos incontinenti, el hombre se aplicará al ahorro y á la fatiga que son sus opuestos!—Lo hará con el fin de procurarse los medios.—Primeramente los buscará en el despilfarro de todo lo supérfluo; despues en los préstamos onerosos, y por último en la venta de sus propias fincas, perdiendo así todos sus bienes. La experiencia nos demuestra demasiado que así pasa frecuentemente. Aun esto fué observado por Say: «Me seria fácil, escribe, probar que la profusion de los ricos lleva detrás de las clases medias, y la de las clases pobres, siendo éstas las que más prontamente tocan los límites de su rédito; de modo que la profusion general aumenta más de lo que disminuye la desigualdad de las fortunas. Por otra parte, la prodigalidad de los ricos va siempre precedida ó seguida de la de los Gobiernos, y la de los Gobiernos sólo se saca de las contribuciones, cada vez más pesadas para las pequeñas rentas que para las grandes.

(Se concluirá)

EL REY DE TRAVANCOR VIAJANDO POR EL CANAL DE TREVANDRUM

SECCION RECREATIVA

ACERTIJO

Sólo tengo morada en el cielo;
En el suelo jamás me busqueis;
Del que sufre seré el dulce anhelo;
Del que llora seré su consuelo
Y entre el malo jamás me vereis.
Dice el malo, al gozar, que me tiene.
Y traduce mi nombre en *placer;*
Pero cuando el engaño le viene
Mi buen nombre jamás le conviene
Y titúlame así: *padecer.*
Sólo soy del valiente que espera,
Sólo soy del que tiene virtud,
Pues siendo ésta mi fiel compañera
Quien la sigue, vendrá en su carrera,
A hallar puerto, verdad y salud.
Los que allá en la celeste morada
Gozan siempre la gloria de Dios
Me buscaron verdad y fuí hallada;
Y si el malo me busca, es que en nada
Me distingue del mal que va en pos.

CHARADA

Allá en una fuente
De un bosque cerquita
Salí una mañana
Seguido de un *prima.*
Ansioso del agua
Pedíla á una niña
Que dióme gustosa
Con limpia vasija,
Pero al devolverla
Quedó por desdicha
Tercera segunda
En las manos mias
Y yo dije: No quiero
Que el padre te riña;
Te compraré un *todo*
Y vete tranquila.

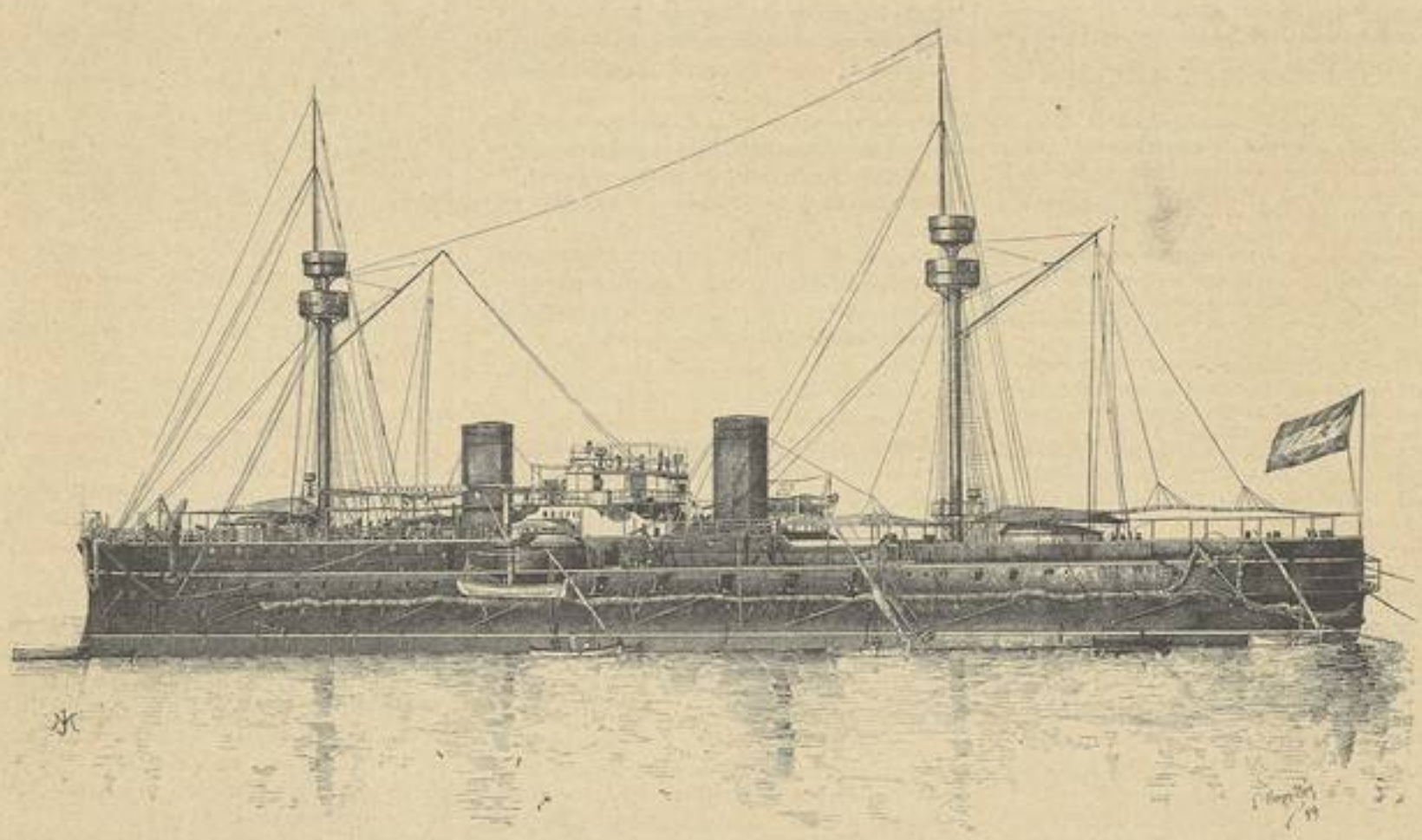
SOLUCION AL ACERTIJO DEL NÚMERO ANTERIOR

MEDIA

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 3 DE AGOSTO — SÉRIE II.—NÚM. 84



EL ACORAZADO DE PRIMERA CLASE *PELAYO* (DE FOTOGRAFÍA DE D. JOSÉ CARRILLO DE CARTAGENA)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La gran Jauja.*—*El lujo* (conclusion).—*Transacer* (conclusion), por Fr. Martin de la Sagrada Familia.—*Tradiciones y costumbres de las islas Pomotús*, V, por el P. Alberto Montiton.—*Miscelánea.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

EL ACORAZADO DE PRIMERA CLASE PELAYO (de fotografía de D. José Carrillo, de Cartagena).—Los siguientes datos revelan la fuerza de esta poderosa máquina de guerra, construida segun todos los adelantos del arte moderno.

Eslora entre perpendiculares.	100	metros.
Manga en la flotacion sin contar la coraza.	20'20	»
Calado medio.	7'50	»
Desplazamiento medio.	9,900	»
Potencia de las máquinas principales expresada en caballos de 75 kilográmetros á tiro natural.	6,800	caballos.
Idem con tiro medianamente forzado. .	8,500	»

Hélices.—Son de bronce, sistema Dupuy de Lome, con un diámetro de 5'100 ms. y 6'360 metros de paso.

Calderas.—Son doce y están subdivididas en cuatro grupos de á tres calderas cilíndricas con tres hornos cada una. Las envueltas y los frentes son de acero Martin-Siemens. Las cajas de fuego son de hierro.

Bombas de achique.—El ordinario está compuesto de dos bombas á brazo, de 40 toneladas cada una, y dos idem á vapor, de 30 toneladas: como achique principal hay dos bombas centrífugas á vapor, de 300 toneladas cada una, y para achique extraordinario tiene cuatro bombas centrífugas, de 800 toneladas por hora cada una. Unidas á las máquinas principales lleva tambien cuatro bombas de unas cinco toneladas cada una.

Alumbrado eléctrico.—Está compuesto de 300 lámparas de incandescencia, de diez bujías; seis de treinta bujías para faroles de ruta, y tres para faroles de insignia.

Dinamos.—Son tres, sistema Gramme, tipo Duplex, produciendo cada uno 150 amperes y 70 volts: cada dinamo está mandado directamente por un motor Pilon Compound, de dos cilindros, desarrollando una potencia de veinte caballos cada uno.

Circuitos.—Son 18 completamente independientes y distribuidos desde un cuadro de conmutadores que permite alternar los tres dinamos.

Proyectores.—Son cuatro, sistema del coronel Mangudió; 60 metros de diámetro con espejo aplanático: las lámparas son reguladas á mano y de una intensidad de 2 á 3,000 bujías. Los botes de vapor, que son dos, están provistos de sus correspondientes dinamos del mismo sistema.

Artillería.—Dos cañones de 32, sistema Hontoria, de 50 toneladas, y dos de 28, uno de 16 y doce de 12: los cañones de 32 están montados en dos torres acorazadas, á popa y proa, y los de 28 en igual clase de torre, á babor y estribor. A popa, en cubierta, un cañon de 16, del mismo sistema, y doce en baterías iguales: 16 cañones de tiro rápido y diez ametralladoras, en cubierta, puente y cofas. Los montajes de la artillería gruesa están servidos por motores hidráulicos, así como la carga, puntería y demás servicios de estas piezas.

Tripulacion: 550 hombres.

Siete cámaras de torpedos; y está protegido por una red Bolibar.

Seria prolijo enumerar todos los aparatos á vapor que posee, pues son 46 máquinas las que encierra este buque: 146 mamparos ó compartimientos estancos: tiene doble fondo y doble costado desde la cubierta protectriz, que es lo que verdaderamente constituye el buque de combate.

El *Pelayo* es hoy el buque de mayor potencia que tiene la marina española de guerra.

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL REY DE FRANCIA FELIPE EL ATREVIDO (cuadro de M. Ferran).—Hácia el mes de Enero de 1285 el

rey de Francia Felipe el Atrevido se decidió á venir á España en són de guerra para ceñir en las sienes de su segundo hijo la corona de Aragon: y como sin duda conocia Felipe las dificultades con que habia de luchar apeló á todos sus recursos y á todas sus fuerzas, reuniendo un ejército de 150,000 infantes y 18,000 caballos con numerosísimos bagajes.

Despues de algun tiempo y de haber sostenido varias batallas que mermaron considerablemente las huestes de Felipe y las de su contrario el rey D. Pedro II de Aragon, llamado por la historia el Grande, y por el vulgo «el de los franceses,» puso aquél sitio á Gerona.

La escasez de víveres en el campamento, los fuertes calores de aquel estío y las muchas fatigas y penalidades que los franceses debian soportar, hicieron que éstos se vieran acometidos de crueles enfermedades, no tardando en ser diezmados por una mortífera epidemia.

El rey Felipe se vió atacado por ella, cayendo gravemente enfermo. Trasladado á Castellon de Ampurias, su hijo el príncipe Felipe quedó encargado del mando del ejército sitiador, que no era por cierto aquel ejército poderoso, altivo y brillante que precedido de tanto estruendo habia penetrado en Cataluña.

Al ver el desaliento que cundia en las fuerzas de su mando y que era ya casi imposible sostenerse por más tiempo, el príncipe Felipe envió desde Vilanova un mensaje al rey D. Pedro su tio, diciéndole que su padre estaba enfermo y próximo á morir, y pidiéndole que pues estaba decidido á abandonar á Cataluña no le impidiese el paso. Concedida por D. Pedro esta peticion, el príncipe real abandonó con los suyos el lugar de Vilanova dirigiéndose hácia el Pertus.

Felipe el Atrevido sólo llegó á Perpiñan, donde en breve exhaló su postrer suspiro, á primeros de Octubre de 1285.

Vista general de Alicante (de fotografía de D. Carlos Nicora).—Como ciudad tiene Alicante su importancia histórica y comercial. En ella abundan edificios de sólida y elegante construccion, y entre los lugares de esparcimiento cuenta con el hermoso paseo de los Mártires, situado junto á las aguas del puerto.

Como puerto de mar, Alicante figura entre los primeros del Mediterráneo, así por lo que se refiere á la exportacion como á la importacion; y en cuanto á las comunicaciones terrestres, está unida por vías férreas con los principales centros de España.

Respecto de su historia diremos sucintamente que Escolano reduce á Alicante la antigua *Alone;* que Nuñez, Mayans y otros han llamado á Alicante *Lucentum*, y que los griegos la llamaron *Alcanton* ó *Alecanton*.

Durante la dominacion romana y en tiempo de los Escipiones, Alicante cobró renombre. Cuéntase entre las siete que quedaron bajo el dominio de Teodomiro. Ebn Omar se apoderó de ella en 1097; y Alfonso I de Aragon la ganó en 1114, si bien cayó luego otra vez en manos de los árabes, que volvieron á perderla y reconquistarla, hasta que definitivamente en el siglo XIII pasó á poder de los cristianos.

Alicante ha sido teatro de muchas funciones de guerra, demostrando en todas ellas sus hijos gran valor y abnegacion.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Una nueva verbena. — La inmigracion de españoles á la América del Sur.

Éramos pocos y... lo que sigue.

Con lo cual quiero decir que el claustro materno de la civilizacion liberal ha dado á luz una nueva verbena madrileña que engrandecerá el catálogo de las que venimos padeciendo.

Así, pues, contándolas bien, resulta que teníamos las de San Antonio, de San Juan, de San Pedro, de la Vírgen del Cármen, de Santiago, de San Cayetano, de la Paloma y San Lorenzo. A las cuales se agrega desde este año la de la Magdalena, consumada bajo el patrocinio del Presidente del Consejo de ministros.

El cual, por el solo hecho de que la verbena se ha instaurado en la calle de *Sagasta*, parece ser que ha auxiliado la fundacion con siete mil y quinientas pesetejas, ó sea con treinta mil realazos de vellon, rasgo de munificencia que le agradecen con toda su alma los aficionados á *verbenear*.

Los antiguos barrios de Maravillas y el Hospicio no tenian verbenas y no habian de ser menos que los otros; por lo cual el progreso liberal, á instancia de parte, los ha colocado al mismo nivel.

La verbena de la Magdalena ha sido un suceso entre los de su clase, pues se han consagrado tres dias de zambras y jolgorios á su inauguracion.

El comercio y vecindario de las calles donde se han perpetrado las fiestas, han echado el resto, como suele decirse, para que resulten lucidas, y todas las crónicas están contestes en que lo han sido.

En los balcones y huecos de las casas hubo colgaduras é iluminaciones; en las calles banderas y gallardetes, arcos de ramaje y otros adornos, siendo muy celebrado un arco construido con cáscaras de huevos que los *verbeniqantes* admiraban abriendo un palmo de boca.

Por las noches hubo fiestas de pólvora, y la música no faltó en las horas de mayor concurrencia.

Esta ha sido sido numerosísima, creyéndose que no haya bajado de doscientas mil personas la cifra de las que han asistido á este espectáculo gratis y al aire libre.

Cuyo éxito mayor ha consistido en que no ha habido desgracias que lamentar; hecho casi inusitado en esta clase de fiestas, en las cuales la sangre y el vino suelen correr con la misma abundancia.

De lo expuesto inferirá el curioso lector que Madrid se divierte hasta bajo la influencia de un calor canicular de cuarenta grados, capaz de derretir los sesos y de achicharrar al escéptico más helado.

Pueblo feliz, entre los felices de España, acaso el único donde ha quedado humor para gastar en *torraos* churros y aguardiente el sobrante del pago de las contribuciones.

Pero no vaya á creerse por lo que digo que en Madrid corren arroyos de leche y de miel.

Basta acercarse al centro de recluta de españoles que desean emigrar á la República Argentina, al Brasil y á Méjico, para convencerse de que en la capital de España, lo mismo que en sus provincias, no se atan los perros con longanizas.

Hombres, mujeres, niños, personas de todas edades y condiciones se agolpan á dicho centro, formando hileras de verdaderos espectros, que llevan en su rostro escuálido el signo del hambre.

Y no hay más que verlos para comprender de golpe y porrazo que así como en la Edad Media los desesperados y los viciosos llamaban al diablo para venderle su alma, así acuden los hombres libres del dia presente á estos banderines de enganche para vender su cuerpo por un pedazo de pan.

Y esta emigracion no se compone ya sólo de vagos y holgazanes, que no pueden contraer una mala deuda porque han abrasado ese campo, en que no brota ya para ellos una sola espiga: de esa emigracion forman parte, no sólo jornaleros é industriales que no hallan trabajo en España, sino hombres de carrera, artistas y artesanos, escritores y escribientes, toda la poblacion semiculta excedente que no se desayuna á la misma hora que los empleados del Gobierno.

Como á raíz de la conquista del Nuevo Mundo iban los españoles á buscar fortuna en su suelo vírgen y opimo, así van despues de tres siglos á renovar aquellas aventuras, bien que no por su cuenta, sino contratados por otros hombres de su misma raza, que no cambian como los antiguos aborígenas el oro puro y las piedras y las plumas por baratijas de hierro y de vidrio.

El relato de las fortunas fabulosas que se han hecho en la América que un tiempo fue española, las noticias de las vacadas y rebaños de animales útiles que allí se crian en posiciones que tienen leguas y leguas de fértiles pasteras, trastornan la raza y meten el sol en la cabeza á los que padecen los terribles pervigilios del hambre y sueñan con un mundo mejor.

La venida del rico capitalista americano señor Casado del Alisal, que vuelve á la madre patria cargado con 17 millones de pesos, dueño de un Estado territorial de 300 leguas, ha acabado de arrebatar el poco juicio que le quedaba á la prosperidad liberal española, siempre plantada en la calle, tendiendo una mano al transeunte para que la socorra con una limosna.

Seria dificilísimo hacer una estadística exacta de la emigracion: sólo en Orán hay cerca de noventa mil españoles, fugados de los lares de la patria; y se cree que el año económico finido pasan de treinta mil los que han emigrado á la América del Sur. Sólo en el mes de Mayo parece que se han trasplantado diez y seis mil á aquellas comarcas.

No me propongo hoy dedicar un recuerdo á los que allí sucumben, víctimas de climas mortíferos que desarrollan enfermedades mortales, del hambre y del desamparo que encuentran donde creian hallar hartura y proteccion, del trato que muchos de ellos reciben, bien distinto del que pomposamente se anuncia, y del desengaño, de la desilusion que producen las grandes botaratadas cuando llegan forzosamente á sus tristes epílogos. Cerraré este capítulo copiando de un periódico de Málaga lo que sigue:

«Muchos de los emigrantes embarcados en el vapor *Solferino*, cuando este buque emprendió su marcha para Buenos Aires, asomáronse á las bordas, gritando como energúmenos:

»*¡Muera España! ¡Mueran los caciques! ¡Muera el país que deja perecer á los pobres!*»

El hombre que maldice á su patria por miedo tan crudo tiene que ser, ó un loco, ó un malvado.

Y ¿por qué no ha de ser una de esas dos cosas, ó las dos á la vez, un hambriento?

Compadezcamos á esos desgraciados que huyen de su patria maldiciéndola y renegando de ella, porque no es suya toda la culpa de su exaltada desesperacion.

La educacion y el trato que han recibido de un régimen que no ofrece sanos alimentos á su alma y á su inteligencia, el órden de cosas creado por el liberalismo, que ha dejado á las masas populares sin Dios, sin alma, sin beneficencia y sin medios de vida, son los principales factores del sombrío delirio en que se agitan las clases pobres que se ven precisadas á emigrar del suelo en que nacieron, renegando de él.

Frutos amargos del árbol del liberalismo son estos males que nos devoran.

El es el que ha engendrado en las masas la bestialidad que cristaliza su inteligencia, atrofiándola é idiotizándola, y el hambre que convierte en siervos de la gleba á los que, despues de la desamortizacion, se ven privados de todo patrimonio.

La emigracion que hoy produce dramas tan lastimosos, de una variedad horripilante, es uno de tantos castigos que pesan sobre nosotros, hombres que no queremos desprendernos del progreso nuevo, desalmado y sin Dios.

Causan horror los que se van dejando á la patria sus maldiciones y sus blasfemias; pero hay que disculparlos hasta cierto punto porque ¡son tan desgraciados!

Lupercio.

30 Julio 1889.

LA GRAN JAUJA (1).

Cantan en la enramada las canoras aves; susurra el manso arroyuelo, serpenteando por la encantadora vega; asoma el sol por levante recostado en áureo carro; el mundo vuelve de su aletargador sueño; el mochuelo busca su agujero.

Todo esto te relato, lector amable, para dar á entender que el alba se acercaba; más claro: deseo expresar que empezaba á amanecer.

Haz cuenta que marchas por una vereda, hollando con tu planta el verde césped que orla sus contornos, saturándote con los aromas exhalados por fragantes flores, oyendo el canto de guerra del despertador gallo.

Andando, andando, llegas á ver un pueblo compuesto de un centenar de casas que blanquean cual palomas de tal color, cuyos humeros dan paso al humo que alguna madrugadora lugareña produce, preparando el almuerzo que su esposo ha de devorar en el campo.

Despues de observar todo esto, caro lector, sólo te falta ver un sujeto que marcha á tu lado, aunque no hayas reparado en él.

Lleva un traje raro por demás: sombrero alto, usado; gaban largo, abrochado hasta el cuello; pantalon estrecho de abajo como alma de justo; zapatos anchos cual corazon de pecador.

Toda su facha es la de un ssno de pueblo, algo dorado.

Se llama Bartolo.

Mora en un lugar no remoto; hánle hecho creer que la aldea á donde vamos es la de Jauja.

En ella se come, se bebe, no se trabaja; al que trabaja, le pelan, le rapan, le empalan, le dejan con un cuarto de capa.

—¡Oh, qué placer!—exclamaba Bartolo al encararse con la gran aldea de Jauja.—He llegado al edén de los ensueños, donde he de gozar todos los placeres envueltos en uno: no trabajar. El famoso Sancho Zancas, en su nunca bastante ponderado manto, no pudo apurar hasta las heces la copa de la holganza, cual yo la he de agotar en Jauja.

Llegó al pueblo: ya le aguardaban los hombres, las mujeres, los mancebos, las mozas á la entrada del lugar: todos á cual más agasajador, apresurándose á darle la enhorabuena por su llegada, le llevaron en volanda hasta la más suntuosa casa.

Durante algunas horas todos se arrebatan á Bartolo, jugando con él á la pelota por afan de agradarle; que á tal punto van los aduladores cuando esperan algun favor ó ventaja.

El bueno de Bartolo, que era el tonto más tunante que mujer mandó al mundo, no se apresuraba á conocer la causa de tales agasajos: su afan era comer, no trabajar; mas creyendo haber logrado su objeto, sólo pensaba dar á luz un tratado sobre los holgazanes.

Fueron pasando semanas: él engordó como un cebon; pero cuando más ufano se hallaba, al creerse llegado á la meta de la grandeza humana, le regalaron el susto más estupendo que pueden dar las épocas presentes ó futuras.

Empero, antes de contarle, hemos de aclarar las dudas que pueda formular el lector.

En aquel pueblo, donde Bartolo pensaba encontrar á Jauja, se esperaba á un gran señor que en recompensa de votos para alcanzar un puesto en el Congreso, trataba de dar al pueblo un órgano, una torre con campanas, tres ó cuatro estancos de tabaco, ocho carretas, cuarenta empleos de guardas; además buenas cosechas durante setenta años; que todo esto, aún más, concede el que busca, antes de alcanzar; porque despues órgano, torre, campanas, estanco, carretas, empleos, cosechas, se reducen á las cargas ó recargos que para labrar la suerte del pueblo sea menester.

¡Qué fortuna para aquel lugar! ¡Halagadora oferta! ¡Comer, no trabajar! ¡Todos señores, todos amos! ¡Nada de pobreza! ¡Nada de esclavos! ¡Por esto el pueblo se llama Jauja!

Mas como la época pasaba, pues Bartolo se hubo adelantado al señoron, no dando señales de ser el que esperaban, muchos recelosos trataron de empujarle á tan grata empresa.

En mal hora llegó el que labrar deseaba la fortuna del pueblo, pues al momento echaron de ver que no era Bartolo el redentor anhelado.

El otro, en cuanto llegó, daba profusamente un papel que no alcanzaban á entender los francos lugareños; al papel acompañó la moneda; todos se alegraban tanto, que entre grande algazara le proclamaron señor de sus cuerpos, de sus casas, de sus campos.

Fuéron á buscar á Bartolo á su hospedaje.

Le preguntan, le amenazan; se aclara el engaño, le regalan la tunda más soberana que apaleadores pueden dar, le condenan á muerte.

Era de ver lo apesadumbrado que estaba Bartolo contando los segundos que de aletear le quedaban; hasta que un alma más blanda, que de su guarda curaba, le dejó escapar á favor de la noche oscura.

Bartolo devoró el terreno que de su casa le separaba, llevando sólo de su traje la tela que le tapaba el pellejo; llegó á su morada derrengado á palos, muerto de hambre, como suele suceder á la corta ó á la larga á todo el que se empeñe en comer no trabajando.

El señoron ganó la empresa. ¡Qué pesar que no le echáran de Jauja á garrotazos como á Bartolo! Porque tan holgazan era aquel como éste; sólo que unos medran de un modo, otros de otro, aunque á la postre todos deben pagarla.

(1) Sosteniendo un literato la imposibilidad de escribir algo extenso sin el auxilio de todas las letras vocales, un colega le probó lo contrario escribiendo este cuento, en el que no figura una sola *i*.—Nosotros hemos tenido en nuestras manos un tomo de muchas páginas escrito en el siglo pasado por un religioso, y en él no se encuentra (y esto es más raro) ni una sola *a*. (*N. de la R.*)

EL LUJO

IV

LEYES SUNTUARIAS

Muchas veces en los tiempos antiguos y en los modernos la pública autoridad ha intentado contener el lujo por medio de leyes. Semejantes leyes fueron llamadas *suntuarias*, por referirse á los gastos, *sumptus*, que procuraban refrenar. Los economistas, tanto si son defensores del lujo, como si son sus adversarios, las combaten generalmente como absurdas, injustas é impotentes. Así dice Mac Culloch hablando de ellas: «Estas leyes fueron durante mucho tiempo populares en Roma, habiéndose publicado en el nuestro y en muchos otros países de la Europa. Con todo, puede decirse con seguridad que no produjeron ningun buen efecto. Son verdaderamente una violacion manifiesta del derecho de propiedad.» Boccardo además las califica de absurdas é inmorales. «Las leyes suntuarias, sobre ser erróneas y absurdas, son injustas é inmorales. La base primera de la sociedad civil es el derecho de propiedad; esto es, aquel derecho en virtud del cual cada individuo dispone libremente de sí propio y de sus bienes.» Minghetti se detiene sobre todo en describir su ineficacia: «La ley de las Doce tablas limitaba los gastos de los funerales, determinando además el número de las plañideras y de los músicos; la ley Oppia prohibia á las matronas los vestidos varios, la abundancia de los adornos de oro, y el uso de los coches en la ciudad; la Orquia metíase á fijar los gastos del banquete, el número de los convidados y la calidad de los manjares. Con todo, ni el rigor de las leyes, ni la severidad de los censores, pudo impedir el lujo, el cual juntamente con las riquezas, procuradas con el despojo, fué creciendo hasta el refinamiento extremo y corruptela, que causa en los tiempos del Imperio repugnancia é indignacion. Las leyes suntuarias, en los tiempos modernos, más que á la economía, tendian á un fin político, queriéndose sobre todo impedir la confusion de las clases y que ostentaran poder hombres innobles. Empero ni áun en tales límites lograron verdadera eficacia.»

Queriendo sobre la materia manifestar nuestro parecer, decimos ante todo que las leyes suntuarias son sin duda de dificilísima ejecucion; pero que llamarlas absurdas es una frase indudablemente hiperbólica. Es con efecto árdua cosa establecer normas comunes sobre materia que hasta el infinito varía, refiriéndose por sí la situacion de cada una de las familias y de las personas particulares.

Sin embargo, no parece imposible notar en ella exorbitancias generales viciosas, y como tales, susceptibles de ser reprimidas por las leyes, cuando principiaran á difundirse demasiado en la sociedad civil, con grave daño de la economía ó de las costumbres. Fuera de que hay un modo indirecto de hacer las leyes suntuarias, ó sea subir las contribuciones sobre los objetos de lujo, de forma que sus amadores, no pudiendo sostener mucho tiempo su peso, se vean constreñidos á prescindir de tal exceso, ó moderarlo á lo menos. Si á pesar de todo esto hay obstinados en perseverar en él (lo cual no puede ser muy comun), en la enorme pérdida que sufren del propio dinero hallen una justa pena de su culpable frenesí.

Hiperbólica es por otra parte la afirmacion de que las leyes suntuarias son por sí mismas una violacion del derecho de propiedad. Ellas, á decir verdad, son únicamente su simple restriccion. Los derechos naturales no pueden ser extinguidos ni atacados por autoridad humana, por lo que hace á la sustancia; mas pueden coordinarse y modificarse, ó algunas veces tambien restringirse, segun la exigencia del bien comun.

Esto vemos sucede, por ejemplo, relativamente al derecho de asociacion, ó de imprenta. Lo mismo debe verificarse áun con el derecho de propiedad, que debe asimismo, en el estado social, someterse á la regla á que se someten todos los demás derechos. Así, pues, cuando lo requiera el beneficio comun, puede la Autoridad pública intervenir en la produccion, obligando al propietario á cultivar, para obtener trigo, un terreno que dejaba inculto, ó que cultivaba, por ejemplo, para avena; puede intervenir en la distribucion determinando la cuota más abajo de la que no sea lícito descender en los salarios; puede, por consecuencia, intervenir áun en el consumo, vedando algunos excesos del lujo, que produzcan grave daño á la nacion. En todo esto no hay violacion, atemperándose un derecho, en virtud de otro más elevado. Los economistas que declaman en contra tienen la mente ofuscada por los errores del liberalismo, bajo cuyos auspicios nació y creció, hasta nuestros dias, la economía política. Exageran la libertad, cual en todos los demás puntos de la vida social, áun en este de disponer á su gusto de los propios bienes. Tal derecho, acaso más que los restantes, debe ser coordinado, y si es preciso templado, por hallarse enfrente de un derecho más univer-

ÚLTIMOS MOMENTOS DEL REY DE FRANCIA FELIPE EL ATREVIDO (CUADRO DE M. FERRÁN)

sal y más relacionado con los primeros dictámenes de la ley natural, ó sea el de todos los hombres á encontrar en los frutos de la tierra el medio de vivir.

Más bien nos parece fuerte la objecion, sacada de la impotencia de las leyes para superar las astucias á que la sensualidad y la vanagloria saben recurrir para frustrar su efecto. En su virtud, es justa la observacion de Mighetti, segun el cual, más que las leyes, tiene poder, para refrenar el lujo, el sentimiento moral. Sólo que preciso es añadir que, para engendrar en los ánimos tal sentimiento, el único medio eficaz es la religion, sin la que la verdadera moralidad no se consigue. Sábiamente dijo Taparelli á tal propósito: «Si el lujo es un dispendio excesivo contra el *fin* y contra *el órden de los medios*, relativamente al *individuo* y á la *sociedad*, es evidentemente asimismo un mal social, contra el que la sociedad tiene por consecuencia el derecho y el deber de obrar ella misma con cuantos medios sugiere la prudencia y aprueba la justicia: entre ellos la religion, contra la que tanto dijeron por ser enemiga del lujo, es ciertamente el medio más eficaz y más suave al mismo tiempo con que la sociedad puede conseguir tal remedio. Enseñando el horror á la voluptuosidad, el desprecio del fausto, el cumplimiento de los deberes, y la inviolabilidad de los derechos, extirpa de raíz el lujo, y funda en el hogar doméstico el reinado de una sábia economía, rica para los presentes, y próvida para las futuras necesidades.»

(De la *Civiltà Cattolica*).

TRAVANCOR

(*Conclusion*)

Cuentos mitológicos y ridículas narraciones es lo único que ofrecen los manuscritos archivados en las pagodas sobre la historia de *Travancor y sus Reyes*.

La tradicion dice que ciertos bracmanes llamados «Namburis» colonizaron y gobernaron el Malabar durante algunos siglos. Suscitándose más tarde cuestiones entre ellos, acordaron elegir un rey, cada doce años, de la casta inmediatamente inferior á ellos. Este sistema duró unos cuatro siglos. El último y más intrépido de estos reyes, declarándose independiente y negando á los bracmanes todo derecho para la eleccion de su sucesor, dividió sus Estados entre sus hermanos. La presente dinastía subyugó en el curso del tiempo todos estos pequeños soberanos, llegando á empuñar el cetro de Travancor que conserva hasta la fecha.

Los portugueses y holandeses invadieron sucesivamente este país, hasta que en 1786 el rey entró en relaciones con los ingleses. Despues de varios tratados, celebrados en 1788 y 1795, se celebró el actual en 1805, por el cual el gobierno indígena se obliga: 1.° A pagar un tributo de 1.600,000 pesetas anuales. 2.° No firmar tratados con nacion alguna. 3.° No admitir otros europeos que ingleses para el desempeño de los cargos públicos, ni permitirles establecerse en el reino sin prévio consentimiento del Residente. 4.° Asistir al gobierno inglés con su ejército en caso necesario. 5.° Tomar en consideracion los consejos del Residente para la administracion del reino y tratará aquel con la mayor deferencia.

El gobierno británico, por su parte, se obliga á tener cerca ó dentro de Travancor dos batallones para defender al rey en caso de conflicto.

La Bandera del reino y escudo de armas de la casa Real ostentan en fondo verde el fósil de un caracol de mar, dos elefantes y un emblema en sanscrito que dice: *La caridad es nuestra divinidad doméstica*.

La educacion de los príncipes se limita al estudio de las lenguas vernaculares é inglesa. Todas las ciencias y artes las consideran como ornamentales. El último rey, Rama Varmah, fué una excepcion, ya por sus vastos conocimientos, ya por su amor á las bellas artes.

Cuando los príncipes llegan á edad competente para contraer matrimonio, el Rey determina la persona con quien se debe realizar el *contrato*. Le llamo así, porque el tal enlace puede disolverse al arbitrio de los contrayentes.

Hé aquí cómo se verifica el tal matrimonio. Los padres del príncipe (que nunca son los reyes) envian varias piezas de tela entretejida con oro á la novia: si ella las acepta, inmediatamente es conducida al palacio del príncipe, el cual la recibe, y con esto queda efectuado el enlace.

La nueva esposa no puede gozar posicion oficial en la Corte, no es reconocida como miembro de la familia Real, no puede aparecer en público con su esposo, ni goza privilegio ó título alguno.

Esto tiene su fundamento en las leyes del Nepotismo, por las cuales se regula el órden de sucesion al trono.

Los hijos del Rey son simples particulares privados de todo título. El próximo heredero del trono es el hermano mayor del Rey; en defecto de hermanos siguen los hijos de su hermana, y en defecto de éstos adoptan una joven de la misma casta para obtener de ella sucesores al trono.

Reconocido el príncipe heredero se le condecora y recibe el título de *Elia Rajah*, cuyo significado es *pequeño rey*.

Durante los dias de luto por el Rey finado, el sucesor vive en el más completo ostracismo. Pasados trece dias visita su gran pagoda de Patmanaban con objeto de cumplir las ceremonias prescritas por los Vedas para su coronacion. Sube las gradas del templo repitiendo con gravedad profundas inclinaciones al ídolo que le precede. Habiendo entrado la procesion en el templo, el Rey ofrece ricos presentes á los dioses, hace una solemne declaracion de que servirá como esclavo á la suprema deidad y á sus representantes los sacerdotes (bracmanes) y rodea la pagoda repitiendo frecuentes postraciones de cuerpo entero.

Terminado esto, el gran sacerdote, á nombre de la deidad, entrega al Rey: 1.° Una racion de arroz y un trozo de tela en señal de que le constituye su vice-gerente en la administracion del reino. 2.° Le condecora con los títulos oficiales, siendo los principales *Esclavo de Patmanaba* y *Barrendero hereditario de Jayaunaç*. 3.° Le consigna la espada y cinto del Estado que dicen haber usado el dios Patmanaba. El Rey al recibir estas prendas dice: «Guardaré esta espada hasta que mi tio (ó antecesor) vuelva de la Meca»; é inmediatamente marcha en procesion á Palacio para firmar su primera órden. Por lo regular ésta suele ser un anual aumento de 16 ó 20,000 pesetas para alimentar los bracmanes ó restaurar las pagodas.

Esta instalacion del Rey en el trono, que antiguamente revestía un carácter oficial, hoy no tiene ningun valor hasta que el nuevo soberano ha sido reconocido por el gobierno británico y coronado por su representante en Travancor.

Respecto á las fiestas que para este objeto tienen lugar en Trevandrum, siendo dirigidas por europeos, tienen mucho de semejante con las que se celebran en Europa en ocasiones análogas.

La etiqueta que los europeos observan en sus entrevistas con el Soberano nada ofrece de particular, pero es muy digna de notarse la que observan los indígenas. Al entrar á la presencia del Rey dejan las chinelas á la calle, desnúdanse hasta la cintura, se cubren la cabeza con una especie de turbante, extienden la mano izquierda sobre el pecho y cubren con la derecha la boca para que la respiracion no ofenda ó profane al Rey. No es posible ponderar suficientemente la adulacion usada en estas ocasiones. Todas las cosas pertenecientes al Rey deben ir calificadas con el adjetivo *tiru, sagrado*. Debe ser llamado *Dios de oro, Mente sagrada:* su palacio *Edificio adorable:* su comida *Sagrado néctar:* su nacimiento *Encarnacion:* su muerte *Procesion al paraiso de Visnu*. Nadie en su presencia osará decir *yo*, sino *vuestro esclavo*.

Segun llevo indicado, el Rey pertenece á la casta de los Kshatriyas, que en rango es la inmediata á los bracmanes. Para gozar el título de bracman debe hacer la ofrenda llamada *Hirania-Garbam*.

Con este objeto construyen un vaso de oro purísimo de 10 piés de altura por 8 de circunferencia y le llenan hasta la mitad con agua, leche y otras sustancias odoríferas. Despues que los sacerdotes han practicado largas ceremonias sobre dicha vasija y el Rey ha terminado sus devociones, éste se dirige hácia el vaso, sube por medio de una linda escalerita de oro y se capuza dentro por espacio de cinco minutos. El gran sacerdote cubre el vaso con la tapa. Cuando el Rey sale ya pertenece á una casta más pura, es un bracman. El vaso se divide en pedazos y se distribuye entre los bracmanes. La ceremonia cuesta unas 238,000 pesetas.

Tulapurusadanam se enumera la primera, como la más costosa entre las diez y seis grandes donaciones religiosas prescritas por los Vedas.

Esta consiste en pesarse el Rey con monedas de oro y distribuirlas despues entre los bracmanes. Multitud de éstos acuden de todas partes para dar mayor esplendor á la solemnidad, y por supuesto que ninguno queda sin algo, pues cuando menos son suntuosamente alimentados durante dos semanas.

El dia determinado para la ceremonia, el Rey, cargado de joyas, se dirige á la gran pagoda, donde ya han preparado una espaciosa plataforma con la gran balanza. El Rey se sienta en uno de los platos de ella, mientras los bracmanes van cargando el otro con sacos de oro hasta levantar en alto al soberano.

Esto concluido, comienza la distribucion, recibiendo en proporcion de las notas que han obtenido en el exámen de los Vedas y Sanscrito. Por supuesto que al gran sacerdote le toca la parte del leon. 21,360 pesetas fueron su porcion cuando se pesó el rey Martanda, al que por cierto no le pesaban mucho las carnes.

A fines de Setiembre ó principios de Octubre se celebra la fiesta de *Darasa ó adoracion de la espada*, que dura diez dias. El Rey desempeña en ella el principal papel, si bien es universal á todas las castas. Tiene por objeto adorar los instrumentos con que se ganan la vida: de modo que el carpintero adora su martillo, sierras y barrenas; el labrador su azada, el barbero su navaja, el sastre su aguja y dedal, el escribiente su pluma, el soldado su fusil, etc., etc. Pero lo más gracioso es ver á las mujeres amontonar sus canastas, sus cribas de limpiar el arroz, etc., etc., y en medio de mil genuflexiones ofrecerles incienso, flores, arroz cocido, cocos, etc., y pedirles con gran devocion sigan siéndoles propicios y proporcionándoles medios de vivir.

Los astrólogos determinan el dia en que el Rey *debe adorar su espada*. El tal dia por la tarde sale el Rey en procesion con la mayor pompa. Los ministros, los jueces, las autoridades, las tropas, todos lujosamente vestidos, acompañan

al Rey, que se dirige en su gran carroza á una pagoda sita en los arrabales de Trevandrum.

El sacrificio que hace el Rey en honor de su espada consiste en clavar una flecha en un coco y ofrecer flores y frutos al dios de la pagoda y á los dioses tutelares de su familia.

En caso de enfermedad no son pequeños los conflictos que se suscitan entre los médicos europeos y nativos por causa de los alimentos. Aquellos prescriben carnes; los últimos las prohiben, porque su principal Galeno son los Vedas.

Si la enfermedad se prolonga tiene lugar la *Ofrenda del abrazo*. El Rey ofrece 20,000 pesetas al bracman que quiera tomar sobre sí sus pecados. Encontrado éste, se le conduce al lecho del enfermo, le abraza y dice: «Oh Rey, yo tomo sobre mí tus pecados y enfermedades. Viva V. M. largo tiempo y reine felizmente.»

Fr. Martin de la Sagrada Familia

TRADICIONES Y COSTUMBRES

DE LAS ISLAS POMOTÚS

IV

Consagracion de los primogénitos.—Circuncision.—Matrimonio.—Funerales.

No era sólo en ocasion de abundante pesca y de los sacrificios que la acompañaban cuando nuestros indios dirigian á sus dioses súplicas interminables, sino en otras muchas circunstancias de la vida privada, en las cuales se requeria el ministerio del gran sacerdote, y ordinariamente se reunia toda la poblacion para tomar parte en la fiesta.

Cuando una mujer estaba en cinta por primera vez, despues de largas deprecaciones en el *marae*, dirigíanse al encuentro de ella, situada bajo una especie de dosel de follaje levantado delante de su choza. El sacerdote hacia nuevas súplicas y consagraba para su uso personal una parte de la comida preparada por la familia. Luego hacia una libacion de agua de coco, y el pueblo entero devoraba los manjares que se le abandonaban.

Celebrábase sobre todo una gran fiesta al nacimiento de los primeros hijos, es decir del primer hijo y de la primera hija. Reunidos todos los habitantes de la isla, la familia comenzaba por escoger una tropa de indios que, unidos al gran sacerdote, debian orar la noche y el dia siguientes al nacimiento del niño. Este, apenas salido del seno materno, era llevado á cierta distancia de la choza, delante una piedra fija en tierra y consagrada para esta ocasion. Allí el gran sacerdote pedia á Tané, rey del cielo y señor de la vida, que conservase la existencia á la tierna criatura. Llevábala en seguida á su madre; el gran sacerdote hacia la acostumbrada libacion, y todo el mundo tomaba parte en un festin.

Pocos dias despues toda la gente se juntaba de nuevo bajo la pequeña galería que por lo comun hay delante las chozas de nuestros insulares. Allí recitaban algunas preces, luego llevaban el niño delante la piedra consagrada el dia de su nacimiento; volvian á orar, y le ponian nombre. Cuando era bastante fuerte para volverse por sí mismo sobre su esterilla, llevábanle por tercera vez ante la piedra de su nacimiento para ser recomendado y consagrado á los dioses.

Llegados á la pubertad, los niños eran circuncidados: ceremonia esencialmente religiosa entre todos los habitantes de la Oceanía lo mismo que entre los antiguos judíos. Habiendo preparado la comida de uso, la isla entera, ó cuando menos los parientes del jóven, se reunia delante la choza de los padres, que comunmente asistian llorando á tan dolorosa operacion. En esta circunstancia el gran sacerdote pedia otra vez á Tané que hiciese del paciente un hombre fuerte y robusto. Despues de la ceremonia y la comida que á ella seguia, entregábanse generalmente á la danza y á la lucha.

En las muchachas esta costumbre era sustituida por el taladro de las orejas, que en Fangatau se hacia con el mismo acompañamiento de súplicas, festines y danzas. En Takoto el padre se contentaba con horadar él mismo las orejas de su hija sin la menor solemnidad.

El matrimonio era completamente desconocido en esta isla, mas no en Fangatau, cuya poblacion parece haber sido más religiosa, menos corrompida y menos cruel que la de Takoto.

En Fangatau, cuando un jóven habia encontrado y hecho admitir á su familia la esposa de su eleccion, convocábase la poblacion entera, y el gran sacerdote procedia á la celebracion del matrimonio, que se llamaba *aro-piri* (uncion de los rostros). Comenzaba por untar con tinte azulado de *rega* (especie particular de coral) las mejillas de la jóven y la frente del mancebo, acompañando la ceremonia con súplicas á Tané, dueño de la vida. En seguida ordenaba á los nuevos desposados que se abrazasen; y hecha la acostumbrada libacion, comenzaba la comida.

Entre nuestros salvajes el matrimonio no era un contrato sério, y mucho menos irrevocable. La misma fecundidad de la mujer no era siempre un título suficiente para que se librase de ser echada ó despreciada por su marido, que con bastante frecuencia la postergaba ó le añadia nuevas compañeras, pero sin ceremonia alguna, pues entre ellos el matrimonio era esencialmente único, y jamás se repetia, ni áun despues de muerta la primera esposa.

Al morir un indio, reuníase todo el pueblo, en especial si era renombrado guerrero, ó miembro de alguna familia poderosa. Los parientes contrataban una tropa de plañideros que debian presidir y cuidarse de todas las ceremonias de los funerales. Dichos plañideros comenzaban cortando al difunto mechones de cabellos y de barba, y uñas que reunian á sus antiguos dientes en una tabiita. Envolvian el cuerpo en una estera de *pandanus* ó de hojas de cocotero, y con cantares monótonos y lascivos, entrecortados con gritos salvajes, lloraban al difunto.

Aquí reaparece el ministerio público del gran sacerdote, que esta vez no ruega á Tané, señor de la vida, ni á Tama, dios salvador. Delante de él sólo hay cadáveres, tal vez en putrefaccion, á los que ningun poder seria capaz de restituir la vida. Dirígese, pues, á Tiki, el padre de los hombres, el primero y gran prevaricador que con su pecado introdujo la muerte en el mundo. Y al dirigirse á él, más que para rogarle, lo hace para recordarle su pecado y los lamentables frutos de muerte que este pecado no cesa de producir en su desgraciada posteridad, y para hacerle irónicamente homenaje del cadáver, como diciéndole: «El cuerpo que nos has transmitido, tú mismo lo recibiste de la tierra; y si tenemos que devolvérselo inanimado, es porque tú lo has muerto con el pecado que fatalmente nos tienes transmitido con la vida.» ¿Quién no reconoce aquí la doctrina de san Pablo y la enseñanza de la Iglesia, así como la tradicion constante y universal de toda la antigüedad judaica y pagana sobre la existencia y los funestos resultados de una falta original?

Algunas veces, sin embargo, arrojaban el cadáver al mar, sobre todo si el difunto habia expresado este deseo.

Despues de la fúnebre ceremonia la familia del difunto dábase prisa á reunir toda la comida que podia para saciar el apetito de los numerosos convidados, que pasando repentinamente de un duelo fingido á una loca alegría, entregábanse á las danzas más obscenas por espacio de dos dias cuando menos. Al tercer dia la escena cambiaba por completo, trocándose de cómica y lasciva en trágica y cruel. Armados con lanzas ó hachas, acometíanse unos á otros, haciéndose recíprocamente anchas incisiones en la espalda, como rivalizando en sufrir más por el difunto, en cubrirse por él con mayor número de golpes y heridas y en derramar más sangre. Yo mismo he visto muchos indios cubiertos aún de cicatrices.

Empero, los plañideros, ocupados despues del entierro en la confeccion del cofrecito destinado á guardar las reliquias del difunto, contemplaban de lejos tan bárbaro zafarrancho. Cuando creian que se habia derramado bastante sangre para aplacar á los manes del difunto y saciar sus sanguinarios apetitos, ó tal vez para vengar sus crímenes y pagar sus deudas á la deidad, precipitábanse en medio de la refriega, y en virtud de la autoridad absoluta de que estaban investidos por el hecho mismo de sus funciones, desarmaban á los contendientes y de este modo ponian fin á aquella carnicería.

Luego metian en el cofrecito el paquete de reliquias del cadáver é iban á exponerlo solemnemente sobre el *marae* vecino, en donde el muerto tomaba un lugar entre los dioses y los venerados ascendientes del país.

(Se continuará)

MISCELÁNEA

Pero ¿dónde tienen la cabeza los láicos, justo cielo?

El Progreso de Cuenca, ese papelin que da quince y raya á todos los laicaminos del mundo, que no cesa de insultar á la Iglesia y de excitar la bilis contra los bienes del clero, dice lo siguiente:

«Nuestro particular y apreciable amigo D. Francisco María Moreno ha sido reelegido en el cargo de habilitado del Clero de esta Diócesis, que por espacio de veinte años ha venido desempeñando con tanta probidad como honradez.

»Con su nobleza de corazon y carácter leal y franco, se ha conquistado el justo aprecio de propios y extraños, poco comun en estos tiempos.

»*El Progreso* le saluda y le envia la más cordial y sincera enhorabuena.»

Así; *particular*, *apreciable*, honrado, noble, franco, leal... todos estos elogios tributa *El Motin* conquense al habilitado del clero, y le envia la más cordial y sincera enhorabuena porque continúa al servicio de los Curas de aquella diócesis.

No conocemos al Sr. María Moreno, pero de seguro es católico, apostólico, romano, toda vez que el clero deposita en él su confianza.

Tampoco conocemos, más que por la estadística que suele publicar el Ministerio de Gracia y Justicia, á los laicomponedores de *El Progreso*; pero se nos figura que si la Iglesia les diera de comer á ellos, quizá vieran las cosas de religion por otro prisma.

Lo que sabemos es que *El Progreso* es enemigo de la Iglesia, y brama contra la dotacion del culto y clero, y ahora mismo anda escribiendo contra los «tesoros» de los Curas.

Teniendo esto presente, pudieran parecer sospechosos los elogios que tributa al habilitado del Clero de Cuenca, pero no: el papel laicerote los ha escrito con toda sinceridad, sin acordarse de que es libre-pensador.

¿Qué se diria de un periódico católico que felicitara cordialmente á un su amigo, honrado, noble, leal, etc., por haber sido nombrado administrador de una logia masónica?...

¿Que estaba loco? ¿eh?...

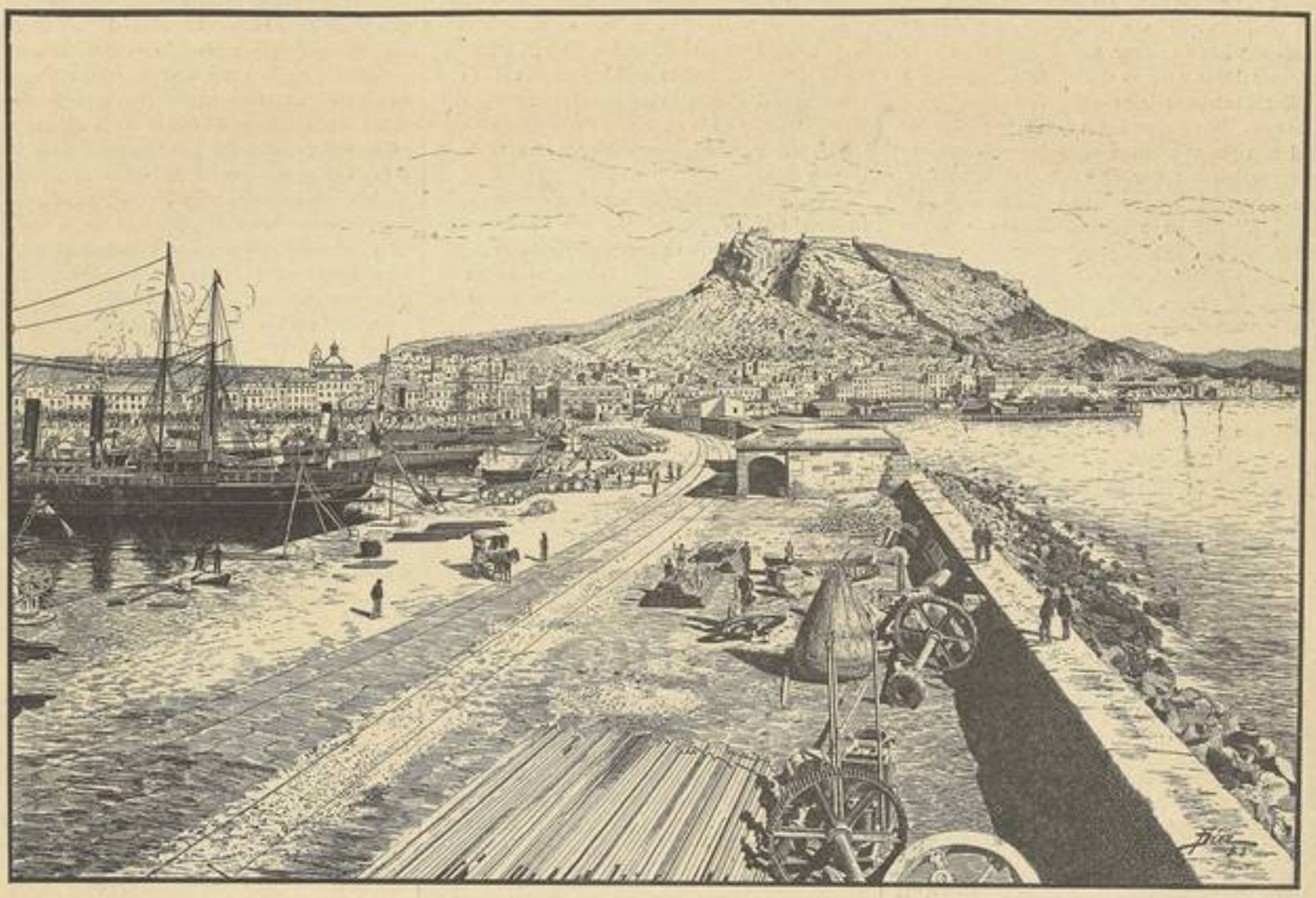
Pero á *El Progreso* no se le puede decir tal cosa.

Porque precisamente, uno de los efectos que produce la locura en sus víctimas, es no conocerla.

Y él no la conoce.

LA DIOSA RAZON

Hará unos 25 años vagaba por los campos y las aldeas de Francia una vieja haraposienta cuyo aspecto era repulsivo. Escuálida, sin dientes, encorvada, y casi idiota, vivia de la caridad pública. Su albergue era una miserable choza. Sin parientes ni amigos, lejos de buscar el trato de sus semejantes,



VISTA GENERAL DE ALICANTE (DE FOTOGRAFÍA DE D. CARLOS NICORA)

parecia huir de ellos y se situaba en los caminos á pedir limosna, lo cual hacia sin mirar á los transeuntes, cuya vista no podia soportar, sobre todo si eran mujeres jóvenes. Sólo al pasar el Cura de la aldea se levantaba, iba hácia él, y bajando la cabeza le pedia su bendicion, mientras decia de manera casi ininteligible: «¡Dios sea loado!»

¿Sabeis quién era aquella miserable mujer? Pues era la jóven de veinte años á quien la Convencion nacional paseó en triunfo por las calles de Paris y la hizo adorar, bajo el título de la diosa Razon, en el altar mayor de Nuestra Señora.

Terminada la apoteosis siguió el olvido y luego el desprecio, temiendo la diosa de la gran fiesta que volver á su condicion de simple mortal. Abandonada de sus adoradores, arrojada del templo, amenazada constantemente por el temor á la guillotina, el ídolo pasajero del voluble pueblo de París tuvo que huir de la capital y caminar errante por las provincias como una vagabunda. Dícese que durante largos años se la veia llevarse bruscamente la mano al cuello. Era un movimiento nervioso adquirido á consecuencia del terror á la fatal cuchilla, de que se creia constantemente amenazada. Por fin, sintiéndose morir en una aldea oscura, imploró el auxilio de un sacerdote, que recibió su último suspiro el 30 de Setiembre de 1864, contando noventa años de edad.

Cuentan *Las Dominicales del libre-pensamiento* que en tales ó cuales pueblos hay Curas (¡espanto!) que «roen los zancajos al libre-pensamiento,» que predican y trabajan contra la laicafreria.

¡Hacen mal esos curas!

Que lean *Las Dominicales* desde el púlpito; que repartan en el confesonario las novelitas pornográficas del libre pienso, y verian como, si ellos roen ahora los zancajos á los libre-piensistas, los libre-piensistas les besaban entonces á ellos hasta los pliegues de la sotana.

¡Lo están deseando!

¡Gracias á Dios, ya sabemos lo que es el libre pensamiento

Lo dice *La Piqueta* (de Cartagena), *lo cual* que la infeliz empieza por declarar que prescinde de ecitas históricas ó de autoridad científica».

Un gachó de su valer
¿qué vá á hacer?...

Si á Platón le llamó *Platon*, y á Fidias *Fidis*, y á los consistorios *concilios*, hace bien en no meterse en camisa de once varas, digo, en cosas históricas.

Pero se mete á definir el libre-pensamiento, y allá van las definiciones, que las dá por partida doble:

«El libre-pensamiento *explicado vulgarmente no es más ni menos* que el libre exámen *expurgado* de las restricciones que establece la fé dogmática».

Tan vulgarmente está explicado esto, que todo ello es una vulgaridad.

Cada palabra un disparate.

Porque el libre exámen no puede expurgarse, sino que él es el que expurga ó pretende expurgar; y la *fe dogmática*—que no sabemos qué fe será—no le pone restricciones.

Esto se queda para el sentido común.

Pero sigamos:

«Consiste (el libre-pensamiento) en la facultad de admitir ó rechazar doctrinas y principios *que se hallan conformes ó disuenan en nuestra conciencia* con la manera de ser *psiquica del yo pensante*, del alma, para los idealistas; del *sentido intimo, de la inteligencia* racional, ó simplemente de la conciencia, para los ateos.»

Esto ya no es vulgar, esto del *yo pensante* y de su manera *de ser psiquica*, no lo dice un cualquiera.

Mas resulta que, segun eso, el libre-pensamiento consiste en rechazar ó admitir lo que á uno le parezca bien (lo que esté ó no conforme con la *manera de ser psiquica* del *yo* pensante).

De modo que, segun *La Piqueta*, si acepto la fé religiosa por estar conforme *con la manera de ser psiquica de mi yo pensante*, soy libre-pensador; y si la rechazo porque no está conforme con la manera de ser *psiquica de mi yo pensante*, soy libre-pensador.

Si uno *tima*, porque el timo se conforma con *la manera de ser psiquica de su yo pensante*, es libre-pensador; y si la manera de ser *psiquica de su yo pensante* le pide vino, juergas y los corolarios, es libre-pensador.

¿Está esto conforme con la manera de ser psiquica del yo pensante de *La Piqueta*?

Pues el libre-pensamiento será todo lo que los libre-pensadores quieran.

Pero de ser una solemne papa, no pasa.

Luego sigue el órgano del pienso-libre fantaseando y dice: «Para concluir, *por extension* somos libre-pensadores los que profesamos ideas nobles y rendimos culto ferviente al bien y á la Verdad».

¿Y qué es la Verdad?...

Pero ya lo ha dicho antes: la verdad es lo que se conforma con la *manera de ser psiquica del yo pensante*, lo que á cada *quisque*, en virtud del libre-exámen, le parece bien.

Sustituyendo palabras queda que, por extension, son libre-pensadores los que rinden culto ferviente á lo que se les antoja.

¡Bonito queda el libre-pienso en manos de *La Piqueta*!

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 15

Negras

Blancas

Juegan las blancas y dan mate en *dos* jugadas

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

ACERTIJO

FELICIDAD

CHARADA

CÁNTARO

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 10 DE AGOSTO — SÉRIE II.—NÚM. 85

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*La Revolucion del 89.—Protesta del episcopado español* contra la apoteosis de la impiedad realizada en Roma con motivo de la ereccion de una estatua á Giordano Bruno.—*El canal industrial de Berga.—Notas sobre el Japon*, I.—*Los dos caminos*, I, por Matilde Bourdon.—*¿Quién como Dios?* (poesía).—*El horizonte de Francia*, por Eduardo Drumont.—*Tradiciones y costumbres de las islas Pomotús*, V, por el P. Alberto Montiton.—*Monumento á san Felipe Neri en Roma.—Los espíritus de las tinieblas*, por Francisco Muns.—*Miscelánea.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

Claustro del monasterio de San Benito de Bages.—Este antiguo monasterio es uno de tantos monumentos cuyas ruinas evidencian hasta á los más ciegos é incrédulos que en nuestro país la secta liberal ha causado en menos tiempo más daños que los bárbaros en todas sus desoladoras irrupciones y los mismos sarracenos en sus seculares luchas en nuestro heroico suelo.—Estaba sito cerca del pueblo de Navarcles, provincia de Barcelona y diócesis de Vich. El estilo de su arquitectura era bizantino puro, siendo indudablemente una de las muestras más acabadas de este género, preciosa por sus detalles y por su antigüedad. De él salieron los monjes que más tarde fundaron el famoso monasterio de Montserrat. Su fundacion se remonta al siglo IX.

Sepulcro de la Virgen, en Jerusalen.—María, como toda hija de Adan, hubo de morir, pero su muerte fué como un sueño de ángel y su tumba un glorioso peldaño para subir inmediatamente á las cumbres de la eternidad feliz. Aún se enseña en Palestina el sitio donde por tres dias permaneció incorrupto el cuerpo de la Virgen antes de su Asuncion á los cielos por ministerio angelical. Es una gruta profunda y oscura al estilo de las demás en que solian sepultar los hebreos, y es hoy para los peregrinos lugar de mucha veneracion.

Canal industrial de Berga.—Véase pág. 342.

La catástrofe de Saint-Etienne (Francia).—A principios del mes pasado el telégrafo comunicaba la noticia de haberse producido en una de las minas de carbon próximas á Saint-Etienne una de estas catástrofes que por desgracia se producen con harta frecuencia en las minas y que tantas víctimas ocasionan.

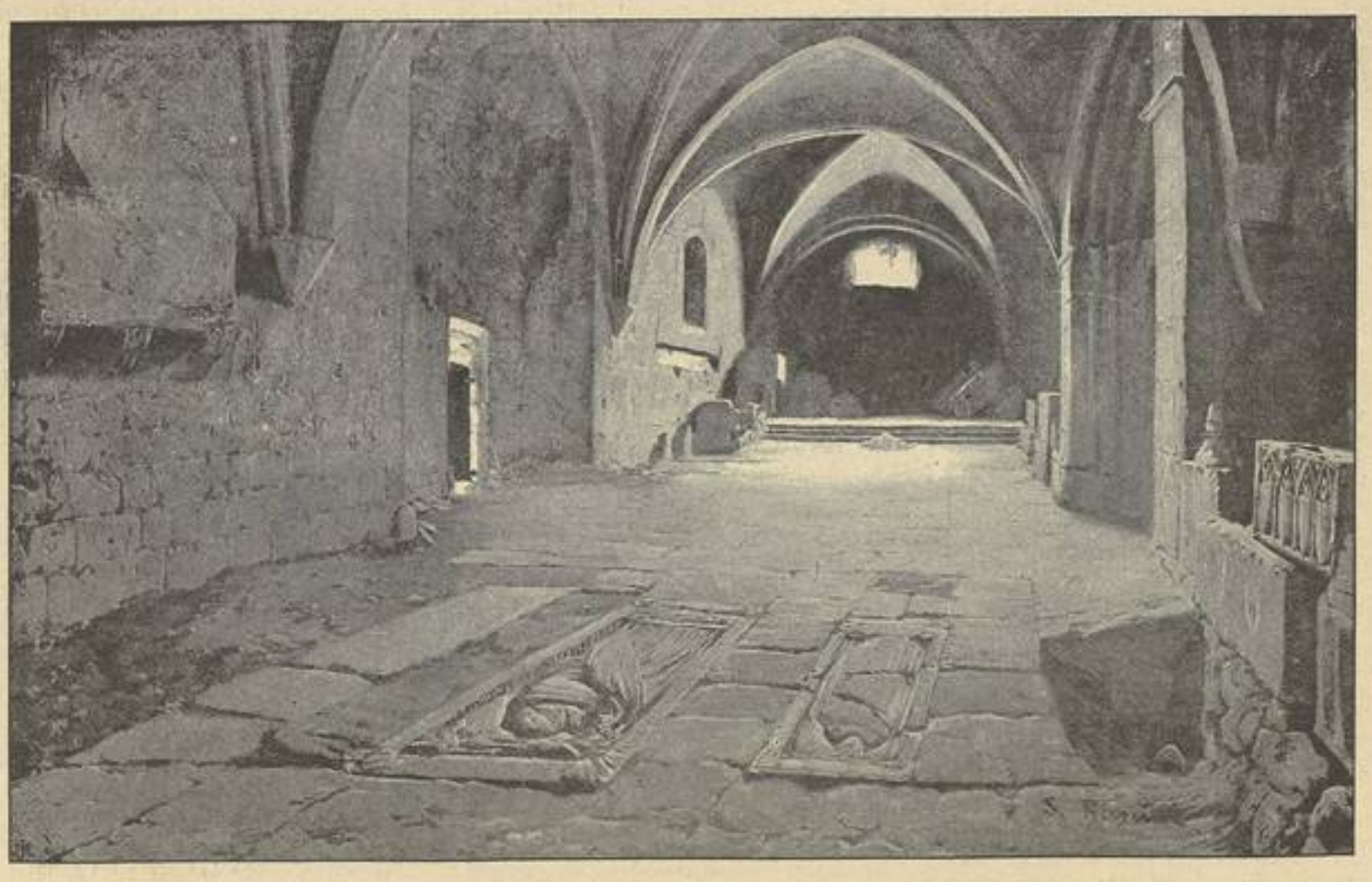
El accidente ocurrió á las doce del dia 4 en el pozo llamado Verpilleux, y tuvo por causa una doble explosion de fuego grisu. Por la mañana habian bajado á trabajar en la mina trescientos obreros, y sólo se pudieron retirar unos pocos con vida.

El poro Verpilleux se encuentra situado en el límite de la region minera de aquel país, y es uno de los mejor instalados de la explotacion, teniendo 480 metros de profundidad.

Desde las cinco de la mañana, hora á la cual habian efectuado su descenso los obreros, hasta las once, el trabajo se llevó á cabo sin el menor incidente y ningun obrero subió á la superficie para dar la noticia de hallarse invadidas las galerías por el grisu.

A las once y cuarenta y cinco minutos una detonacion siniestra parecida á un enorme cañonazo llenó de terror á los obreros que trabajaban en la entrada exterior de la mina y conmovió el suelo en una gran extension de terreno. Al propio tiempo se escapaba del orificio del pozo una espesa columna de humo despidiendo un fuerte olor acre y nauseabundo.

Las primeras personas que acudieron á la entrada del pozo incendiado fueron dos ingenieros de la explotacion, MM. Baisson y Desjoyeaux. Las exhalaciones que salian del corazon de la mina hacian toda respiracion imposible, pero



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN BENITO DE BAGES

los mencionados ingenieros no escuchando más que la voz de su corazon penetraron en el ascensor junto con un obrero, dando órden de que se les bajase á la mina.

La caja del ascensor empezó á descender silenciosamente, cuando á los pocos momentos sonó la campana de alarma. Subióse otra vez la caja con la mayor rapidez posible, y al llegar á la superficie viéronse los cuerpos de los dos intrépidos ingenieros extendidos sin conocimiento en el fondo de la misma. En cuanto al desgraciado obrero que les acompañaba habia caido á las profundidades del abismo para no salir de él.

MM. Buisson y Desjoyaux, semi-asfixiados y cubiertos de quemaduras producidas por el fuego grisu, fueron transportados á la casa de máquinas donde se les auxilió convenientemente, pudiendo explicar luego que tiraron maquinalmente de la cuerda de auxilio al sentir que les faltaban las fuerzas.

A las cuatro de la tarde pudieron por fin subirse los cadáveres de tres mineros, y dos más, pasados algunos instantes. Los cuerpos de aquellos desgraciados causaban horror. El grisu, despues de haber consumido sus ropas, les desfiguró completamente. Uno de ellos tenia la cabeza aplastada, y á otro le faltaba por completo, habiendo sido imposible encontrarla. Sucesivamente fueron subiéndose más y más cadáveres desfigurados, horribles, produciendo la aparicion de cada uno de ellos á la boca de la mina escenas desgarradoras, imposibles de describir, al ser reconocidos por sus padres, sus esposas ó sus deudos que en tropel se agrupaban al rededor de la siniestra boca del pozo.

Pero si los cadáveres causaban horror, más terrible era aún ver los sufrimientos de los infelices que eran extraidos con un resto de vida que perdian á los pocos momentos; tan terribles eran sus heridas.

Para colmo de desgracia tuvieron que suspenderse los trabajos de salvamento por haberse producido una inundacion en un pozo inmediato en comunicacion con el en que ocurrió la explosion. Además de los 300 mineros que se supone han encontrado la muerte en aquel pozo, fallecieron tambien 60 caballos empleados en el acarreo de mineral en las galerías, cuyos cuerpos exhalaban un hedor insoportable.

Las autoridades, los médicos y el clero de Saint-Etienne dieron pruebas de gran abnegacion en el cumplimiento de su deber, no menos que el ingeniero en jefe y los empleados superiores de las minas, que distribuyeron inmediatamente socorros á las familias de las víctimas.

Idolos y otros objetos de las islas Pomotús (dos grabados).—Véase *Tradiciones y costumbres*.

Actores chinos de primera clase (segun fotografía).—La literatura china es más rica en obras dramáticas de lo que generalmente se cree en Europa. Entre el gran número de colecciones teatrales de aquel remoto país, algunas son muy estimadas por la perfeccion y variedad de las piezas que contienen.

El drama, tragedia ó comedia empieza ordinariamente por una especie de prólogo (*sié-tsen*), y se divide en varias partes ó actos, llamados *tché*. El prólogo sirve para exponer el argumento de la pieza, á fin de dar al auditorio anticipado conocimiento del drama. Todos los personajes que en él figuran empiezan por revelar su nombre é indican el papel que van á desempeñar, práctica singular que se continúa en toda la pieza por parte de cada nuevo actor que aparece en la escena.

Las reglas dramáticas admitidas en la China están lejos de ser las mismas que en Europa.

No se representa una accion única, sino la vida entera de un héroe, con todo el conjunto de acontecimientos, cuya duracion comprende á menudo un largo período histórico. El autor chino sólo se propone agradar, excitar á la virtud y hacer odioso el vicio por el espectáculo de las nobles enseñanzas de la historia ó por pinturas supuestas.

A los ojos de los retóricos chinos la utilidad moral es en principio la primera de las reglas para toda representacion dramática.

A fin de acentuar mejor el sentido moral de la pieza y de grabar más hondamente su enseñanza en el ánimo de los oyentes, se ha ideado el papel del «personaje que canta» y que da al drama una fisonomía enteramente original. Este es siempre el héroe de la pieza, y quien en un lenguaje lírico figurado y pomposo invoca la majestad de los recuerdos, cita las máximas de los sabios, los preceptos de los filósofos, ó refiere los ejemplos famosos de la historia y de la mitología. Mientras canta una sinfonía musical sostiene su voz para ayudarle á conmover á los espectadores.

La ley que prohibe á las mujeres aparecer en el teatro está todavía en vigor, y sus papeles los desempeñan jóvenes que con ayuda del traje y merced á su voz femenil, consiguen producir completa ilusion.

Los artistas dramáticos saben ordinariamente apropiar á maravilla los trajes á sus respectivos papeles, y evitar en este punto los anacronismos en que se cae con frecuencia en otras partes. «Como la mayor parte de las piezas chinas, escribe el Rdo. Davis, tienen un color histórico, y por buenas razones no se refieren á los acontecimientos sucedidos despues de la conquista tártara, los trajes de los chinos son los que traian anteriormente á la dinastía de los Thsing.» Estas prendas de teatro son á veces de rara magnificencia.

Los comediantes no gozan en la China de ninguna especie de consideracion ni tienen lugar en clase alguna de ciudadanos. El general menosprecio de que son objeto procede más bien del vicio de su nacimiento y de la abyeccion de su condicion personal que de su profesion misma. Por lo comun son hijos de esclavos que compra un empresario con objeto de convertirlos en actores, y que nunca son otra cosa que simples criados. Concíbese que en semejantes condiciones la profesion del actor chino, lejos de poder elevarse á la dignidad de un arte estimable, nunca pasa de un bajo oficio.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El gran monumento de Madrid.—Batallas de verbenas.

No hay forastero llegado á Madrid, que al subir desde el Prado por la calle de Alcalá no se detenga á la entrada para contemplar á mano izquierda un edificio en construccion, cuyas traza y fábrica suspenden el ánimo de admiracion, casi abatiéndole ante la perspectiva de tanta grandeza y riqueza.

Este edificio es el nuevo nido que se construye el poder más sólido y robusto de la nacion, la institucion de las instituciones, el señor de gobiernos y pueblo, ante cuyos *talones* se prosternan unos y otros, como los súbditos asiáticos ante un mandarin vestido de seda y reclinado sobre cojines de finísimas plumas.

Ese poder, esa institucion, ese señor, ese mandarin, es el Banco de España.

Nombre que es una verdadera antífrasis, puesto que su significado es enteramente contradictorio de lo que gramaticalmente expresa, en razon á que está bien averiguado que ese Banco no es de España, sino España de ese Banco.

Volviendo al edificio diré que es el único monumento que ha de tener Madrid cuando se termine, y que á su lado todo desmerece y resulta pobrísimo y encanijado.

De tal manera, que hace pocos años construyó en frente, siguiendo la diagonal, el Marqués de Murga un palacio, todo de sillería, que se calcula costó treinta millones de reales, y, comparados los dos edificios, parece el de aquel opulento capitalista como una dependencia del segundo.

No se pecará por exageracion diciendo que el palacio de Oriente, la casa de la Aduana, el Museo de pinturas y San Francisco el Grande, únicos aprendices de monumentos que tiene Madrid, son inferiores en decoracion y riqueza al Palacio que se construye el soberano señor de todos los españoles de la decadencia.

Los piés de terreno sobre que se alza ascienden á muchos miles y han costado sendos millones. Toda la construccion es de piedra de Colmenar de lo más selecto que aquellas canteras producen, y la ornamentacion, que es rica, artística y de notable hermosura, aparece calcada en finísimo mármol.

La madera ha sido desechada como despreciable materia para la armazon interna del edificio, la cual es de hierro duro y resistente, como las entrañas de la institucion que en él ha de instalarse: la construccion subterránea ahonda tanto como se eleva el vuelo del edificio; y el jardin, que ha de constituir uno de sus accesorios, será primoroso.

Menos de cien millones de reales no costará seguramente ese alcázar del capital, especie de Bastilla del crédito, que el socialismo contempla con las fauces abiertas, como en actitud de querla devorar cuando tenga ocasion para ello.

Verdaderamente, el fausto que ha desplegado el Banco para fabricarse ese domicilio opulentísimo trastorna la razon á todo el que conserva de ella algunos adarmes.

Porque mientras la nacion, envuelta en sucios harapos, agoniza en un mal jergon, despues de haber tenido que vender los colchones de su lecho para pagar los tributos, resulta negrísimo que en medio de su extremada miseria se alce un monumento de este calibre, destinado á hospedar á una institucion que ha amasado su opulencia con la sangre y el jugo de un pueblo estrujado.

Y no hay que darle vueltas: en ese alcázar del capital, en ese baluarte del crédito, cuyo fausto tiene algo de insultante y escarnecedor, se encierra el pueblo español como un pájaro aprisionado dentro de una campana pneumática.

Allí, sepultados en voluminosas talegas y fajos, están los productos de todas las desamortizaciones que han convertido á los ricos en poderosos, y á los pobres en miserables.

El libro talonario de las acciones es el verdadero catastro de la riqueza española, compuesta de los ingredientes que han suministrado dos latrocinios inmensos, que diria Menendez Pelayo: el despojo de la Iglesia, y el de los bienes de los pueblos.

Allí están el usufructo de las pingües contratas, el rédito de las operaciones con el Tesoro, siempre ruinosas para este; el rentando lucrativo de los servicios prestados cuando la necesidad ha tenido que firmar en blanco y como en un barbecho todos los pliegos de condiciones que se le han presentado.

Si algun dia llegaran á cerrarse las puertas de ese alcázar á la Hacienda moderna, se produciria en España un cataclismo que haria saltar á gobiernos y pueblo hasta la bóveda celeste.

De aquí que gobiernos y pueblo se desvivan por tener abierta esa puerta, bien así como el desgraciado halla consuelo en mantener abierta de par en par la de su desgracia, para que su sensibilidad se embote en fuerza de recordarla.

Por eso vamos á contemplar ese gigantesco edificio con ansia calenturienta que degenera en imbecilidad colosal.

En sus bellas molduras, en su ornamentacion atildada, en su gallarda traza, se engolfan los sentidos, alucinados por el asombro que despiertan la riqueza y el gusto cuando se conciertan bien; pero el alma no encuentra en aquel monumento de los millonarios un solo signo que dulcifique su recóndita amargura.

Por ninguna parte se descubre la cruz abriendo sus amorosos brazos á la humanidad desvalida.

Y donde no está la cruz ¿qué esperanza ha de haber para la carne dolorida del pobre que no tiene más patrimonio que el de pedir una limosna por amor de Dios?

Por eso se aparta sollozando de ese templo de *Mamona* donde la dura piedra parece como el símbolo de su medrosa ternura...

Se ha desarrollado tal furor por las verbenas en Madrid que corremos el peligro de que estas se prolonguen hasta el invierno.

Envidiosos los vecinos de los barrios de San Lorenzo del esplendor con que han celebrado los del Hospicio la verbena de la Magdalena, están haciendo sus aprestos para eclipsar aquellos festejos, tirando si es preciso para ello la casa por la ventana.

Sabido es que la verbena de San Lorenzo es la más famosa de Madrid, porque en ella, como dice la gente *manolesca* del género clásico, salen á relucir los mejores pañuelos de Manila de España y de sus Indias.

Pero este año, no solo saldrán los pañuelos de Manila á relucir en la histórica procesion, sino que despues del correspondiente paseo por calles

y plazas, asistirán tambien á los fuegos de artificio que se preparan y á tal cual baile al aire libre que se perpetrará con música de cuerda, sin mezcla de metal.

Los vecinos del barrio de la Almudena, picados tambien por la mosca de las verbenas, aspiran á *crear* una para su uso particular y exclusivo, y á estas horas, buenas sean para todos, se ocupan en impetrar los correspondientes permisos, que es de suponer les serán concedidos.

Y hé aquí cómo se prolongan nuestros divertimientos.

A juzgar por el número y la clase de ellos cualquiera dirá que vivimos en el mundo del Doctor Pangloso; pero no hay que fiarse de las apariencias.

El adagio enseña que cuando el español rie y canta, ó rabia ó no tiene blanca; y otro tanto puede decirse cuando *verbeniza*.

Sino que en este caso hace más, porque, amen de cantar y reir, corre el peligro de que el vino se le suba á la cabeza, y entonces sus predicaciones son archi-terribles.

Porque las hace con lenguas de Albacete.

LUPERCIO.

6 de Agosto de 1889.

ROMA

Quieren Vds. que les haga oir la nota del *diapason* de esta Italia *una, libre é independiente*, como dicen los liberales, y dotada en política, en moral, en instruccion, en economía, *et cætera*, de todas las demás lindezas acabadas en *ente*?

La empresa es facilísima, y por otra parte no es odiosa; porque no tengo que hacer más sino espigar en cinco ó seis periódicos italianísimos de un mismo dia,—el de ayer,—que tengo hoy sobre mi mesa. Hay allí la historia de todos los dias, que se suceden y se asemejan perfectamente. Así nadie podrá decir que yo *clerical* exagero.

Hé aquí la *Riforma*, órgano principal y personal de Crispi. Su primer artículo demuestra la UNIDAD de miras del *gran partido liberal* ante la eventualidad de la guerra que, tarde ó temprano, ha de venir á felicitar á Italia. *La Riforma* se queja amargamente de los radicales, y escribe:

«Sostienen los radicales que el Gobierno nacional quiere la guerra, aprovechando esto antes que á nadie á los extranjeros; añaden luego: Si tratais de hacer la guerra, debeis contar con nosotros. Y sobrentienden con excesiva claridad que el dia en que la guerra estallase el Gobierno nacional deberia combatir, no sólo con los enemigos exteriores, sí que tambien en el interior, con los ciudadanos que se dejaran desencaminar por ellos; y así la guerra con el extranjero estaria complicada con la guerra civil. Este es su programa: este su plan.»

Y hé aquí tambien á *La Tribuna*, que en prevision de la guerra futura anuncia que durante estos dias unos cuarenta soldados italianos de guarnicion en la Alta Italia han desertado refugiándose en Francia, en Niza. ¡Figurémonos lo que podrá suceder en el caso de que estalle la guerra!

En Arenzano, junto á Génova, los radicales suscitaron sin razon ni siquiera pretexto graves tumultos contra los católicos, dos dias antes de la fiesta del santo Patron de aquella poblacion enteramente católica. El Prefecto de Génova, *para evitar* desórdenes, en vez de tener á raya á los radicales, prohibió la fiesta del Santo Patron de Arenzano. Con gran júbilo lo cuenta el *Capitan Fracassa*, organillo áulico de la señora Lina Crispi; la cual en sus salones dice candorosamente que ella no se ocupa en política extranjera, pero sí en la interior.

Esto es una muestra de la Italia *libre;* la muestra del dia.

Decía hace poco Crispi en el Parlamento, que pasó ya el tiempo (el del gobierno *moderado)* en que la consigna para Italia venia de París. Y el *servum pecus* parlamentario aplaudió estrepitosamente la olímpica palabra del primer ministro, del *gran hombre de Estado*.

Pero si la consigna no viene ya de París, en cambio viene de Berlin algo más y peor. Vean ustedes lo que acerca de esto dice *Il Secolo* de ayer, hablando de los grandes armamentos que Crispi quiere:

...«Lo que sí es cierto, que hoy, gracias al ministro de la Guerra, se hace todo lo posible por satisfacer las insistentes exigencias de Crispi, apoyado por la presencia de oficiales alemanes que ejercen ya su inspeccion *en esta más que sometida Italia*, como pueden hacerlo en Baviera, en Baden y en los demás Estados que *de grado ó por fuerza* deben sufrir la hegemonía prusiana.»

¡Esto en cuanto á la INDEPENDENCIA!

Todos los periódicos liberales de ayer comentan diversamente la absolucion de los catorce presos á consecuencia de la rebelion del Puente Nomentano y de la Puerta Pia.

Hace ya de esto algunos meses. Los radicales-republicanos se reunieron para conmemorar el aniversario de la batalla de Dijon, en que Garibaldi y los suyos combatieron con alguna ventaja contra los prusianos en defensa de Francia. En aquella reunion hubo gritos sediciosos de *Muera el coronel austriaco* (el rey Humberto), *Abajo la monarquía*: fué destrozada y pisoteada la bandera que llevaba el escudo de la Casa de Saboya, y los agentes de policía que se opusieron á ello fueron apaleados y heridos en gran número, gravemente algunos. El proceso ha terminado hace tres dias ante la *Corte de Assise*. Los abogados de los catorce procesados sostuvieron que el grito de *Muera el coronel austriaco* no es sedicioso sino inocente, porque no ataca á una persona, sino á un sistema. Los jurados admitieron la rebelion, admitieron el hecho del apaleamiento de los agentes y todo lo demás; pero lo que no admitieron fué que de ello fueran reos los catorce procesados, quienes en la misma sesion fueron absueltos y puestos en libertad. Abogados, periodistas, procesados y demás se abrazaron casi llorando de emocion, y el público aplaudió frenéticamente, gritando: *Viva la justicia popular*, y... *Viva Giordano Bruno*.

¿Qué tenia que ver allí Giordano Bruno? Parece esto un contrasentido, y sin embargo el sentido existe y es lógico, muy lógico. Arránquese á la multitud el sentimiento religioso y hé aquí demostrado á dónde va á parar el sentimiento moral.

El *anticlericalismo* y el *masonismo* del Gobierno de Crispi está pintado á las mil maravillas en un artículo de la liberal *Perseveranza* que siento no poder copiar entero porque es demasiado largo. Pero bastarán estos dos fragmentos:

«La accion del ministerio del Interior,—escribe *La Perseveranza*,—está dirigida principalmente á estos cuatro objetos: perseguir sin motivo á los clericales, ó á los que por tales son tenidos; atenuar y excusar los excesos de los radicales; otorgar el mayor favor á la masonería, y combatir en todas partes á los moderados.

»Estos cuatro capítulos de cargo que dirigimos abiertamente á la administracion del Ministerio del Interior, no han menester demostracion, pues nos la dan por sí mismos los hechos cotidianos. Desde la destitucion del alcalde Torlonia hasta las licenciosas fiestas en honor á Giordano Bruno, en las que todo fué permitido, nuestra política para con el Vaticano representa una serie de errores dificilmente reparables, que nos perjudica sin reportarnos en cambio ningun efecto útil. La experiencia enseña que todos los actos inútiles contra los elementos religiosos, redundan en provecho de los elementos anárquicos.»

»...Que en la eleccion y preferencia del gobierno—añade la *Perseveranza*—la masonería prevalece, es cosa fuera de duda. Un amigo nuestro, que está enterado de esos manejos, nos ha mostrado un catálogo de masones premiados, promovidos á cargos públicos, que quizá publiquemos algun dia para abundancia de prueba. Hay prefectos notoriamente incapaces y que continúan en su puesto ó son nuevamente llamados al servicio sólo porque ocupan cargos en los órdenes francmasónicos. Algunos ministros, comenzando por el del Interior, consideran como título de preferencia la inscripcion en la masonería.»

¡Instruccion pública!

El periódico *Fanfulla*, que es el más afecto á la Corte saboyana, despues de haber examinado un informe del senador Tabarrini acerca de la marcha y resultados de las escuelas gimnasiales y liceales gubernativas, escribia ayer:

«...Pero los profesores ¡gran Dios!... ¿cómo estamos de profesores en los institutos destinados á preparar para la patria los ciudadanos futuros?...

»No es posible saber con precision si los desastres lamentados en las escuelas acerca de la deficiencia de conocimientos históricos y acerca de la propiedad y perspicuidad del idioma deben ser imputados á falta de estudio por los alumnos ó á defecto de enseñanza por los maestros.

»Más triste aún es la impresion que me ha causado la relacion de los comisarios para los *exámenes de latin y de griego*. Los temas eran fáciles relativamente y no exigian gran cultivo de doctrina y gran agudez de criterio. Los alumnos incurrieron, no obstante, en algun error y en numerosas inexactitudes de version, lo cual no me sorprende gran cosa. Pero lo que sí me asombra y me duele es que los maestros examinadores no siempre advirtieron los disparates ni descubrieron las inexactitudes, antes al contrario, alguna vez *señalaron como erróneos modismos exactos*, no sólo aprobando la traduccion infiel, sino *desaprobando* la traduccion más correcta.

»En otras palabras, la cosa se reduce á esta concisa, pero elocuente y espantosa conclusion: que en algunos casos los alumnos sabian más que los maestros; y que sometidos éstos al mismo examen ante el Colegio de los Comisarios superiores, hubieran sido inexorablemente reprobados!...»

El *Popolo Romano* se une á *Fanfulla* en lamentar «la absoluta deficiencia de los alumnos en el idioma italiano y en historia»; y añade «Sólo que puesto el dedo en la llaga, conviene investigar la causa para proveer al remedio.

»¿Cuya es la culpa del mal que se lamenta?

»¿De los programas ó de los profesores de las escuelas secundarias?

»No vacilamos en decir que unos y otros la tienen.»

En cuanto á la moralidad pública y á la criminalidad (que va siempre en aumento segun las

estadísticas oficiales) veo en los periódicos de ayer,—sólo en los de ayer:—un proceso por rebelion de muchísimos ciudadanos en Termi; un proceso por estafa de algunos millones en Catania; otro proceso contra dos hermanos que asesinaron á otros dos hermanos en Potenza; una condena por hurto contra algunos empleados del Monte de Piedad en Milan; la denuncia de corrupciones electorales enormísimas en Nápoles; la absolucion por los jurados en el tribunal de Palermo de algunos procesados por robo y asesinato de un agente de seguridad pública. «El proceso, escribe la *Tribuna*, apareció preparado (calumniosamente) por la *Questura* (Policía). Los procesados declararon haber sido golpeados y torturados por los guardias...»

Y en cuanto á Roma, durante un dia, hallo registrados dos duelos; tres suicidios; un marido que hiere gravemente á su mujer; una mujer que hiere á su marido; un bárbaro homicidio, y diez hurtos.

¡En un solo dia!

Y he aquí á la Italia liberalizada, pintada por los mismos liberales.

¡Y aún habria más que decir!

LIONELLO.

28 de Julio 1889.

SEPULCRO DE LA VIRGEN EN JERUSALEN

LA REVOLUCION DEL 89

I

Cuando se considera que los efectos de la revolucion francesa han sido espantosos y destructores, es natural concluir que la causa que los ha producido no puede menos de ser sustancialmente perversa y dañina, porque del mal no puede nacer el bien si no es por especial ordenacion de la Providencia. La razon enseña que el mal no puede engendrar sino el mal, como el error no engendra sino el error. La revolucion del 89 fué de una perversidad sin ejemplo en la historia antigua y moderna; y para ser exactos en la comparacion, en ningun tiempo, si exceptuamos bajo cierto aspecto y dentro de ciertos límites al pueblo inglés con su gran revolucion del siglo XVII, que llevó al patíbulo al infeliz Carlos I, se vió jamás un cataclismo social, político y religioso semejante al que experimentó Francia á partir desde el año 1789. Porque los cambios que ocasionó fueron tan radicales, tan grandes las ruinas que allí se acumularon, tan atroces los delitos que allí se cometieron, que áun cuando por una extraña hipótesis pudiera imaginarse que los hombres se habian convertido en fieras, todavía los acontecimientos de que fué teatro la nacion francesa sobrepujarian á la ferocidad que debiera esperarse de un conjunto de tigres.

Porque, en efecto, los sucesos que se desarrollaron en Francia en el breve espacio de un lustro, si bien aparecieron por un momento como una reaccion contra lo pasado, no solamente trastornaron el órden político, económico y religioso de Francia; no solo destruyeron cuanto de glorioso y de grande se habia reunido á la sombra de la cruz y de las flores de lis en el largo espacio de cerca de diez siglos, sino que inocularon en la sangre de la nacion un veneno por cuya eficacia se ve hoy obligada á ofrecer el espectáculo de un país que oscila entre los dos extremos, el despotismo y la anarquía. Se equivocan, pues, todos aquellos que aplican el nombre de reaccion á las escenas ocurridas durante los cinco años que corrieron desde la primera asamblea de los Estados generales hasta el fin de la Convencion; aquellas escenas fueron una catástrofe; y si Francia no pereció para siempre, debióse á la Providencia, que habiendo hecho sanables las naciones suscitó un hombre que pusiera un dique al curso impetuoso del desbordado torrente, contuviese las ruinas que habian amontonado las pasiones revolucionarias y se hiciese árbitro de los destinos del pueblo. Mas para ahogar el espíritu revolucionario hacia falta otro hombre muy distinto de un gran ambicioso.

Bonaparte era tambien hijo de la Revolucion; y si refrenó con potente mano sus excesos, no mató su espíritu ni quiso intentarlo siquiera; el mismo aliento revolucionario continuó inspirando sus pensamientos, sus instituciones y sus empresas, y á su muerte el mismo espíritu continuó llevando la Francia á nuevos excesos y nuevas desdichas.

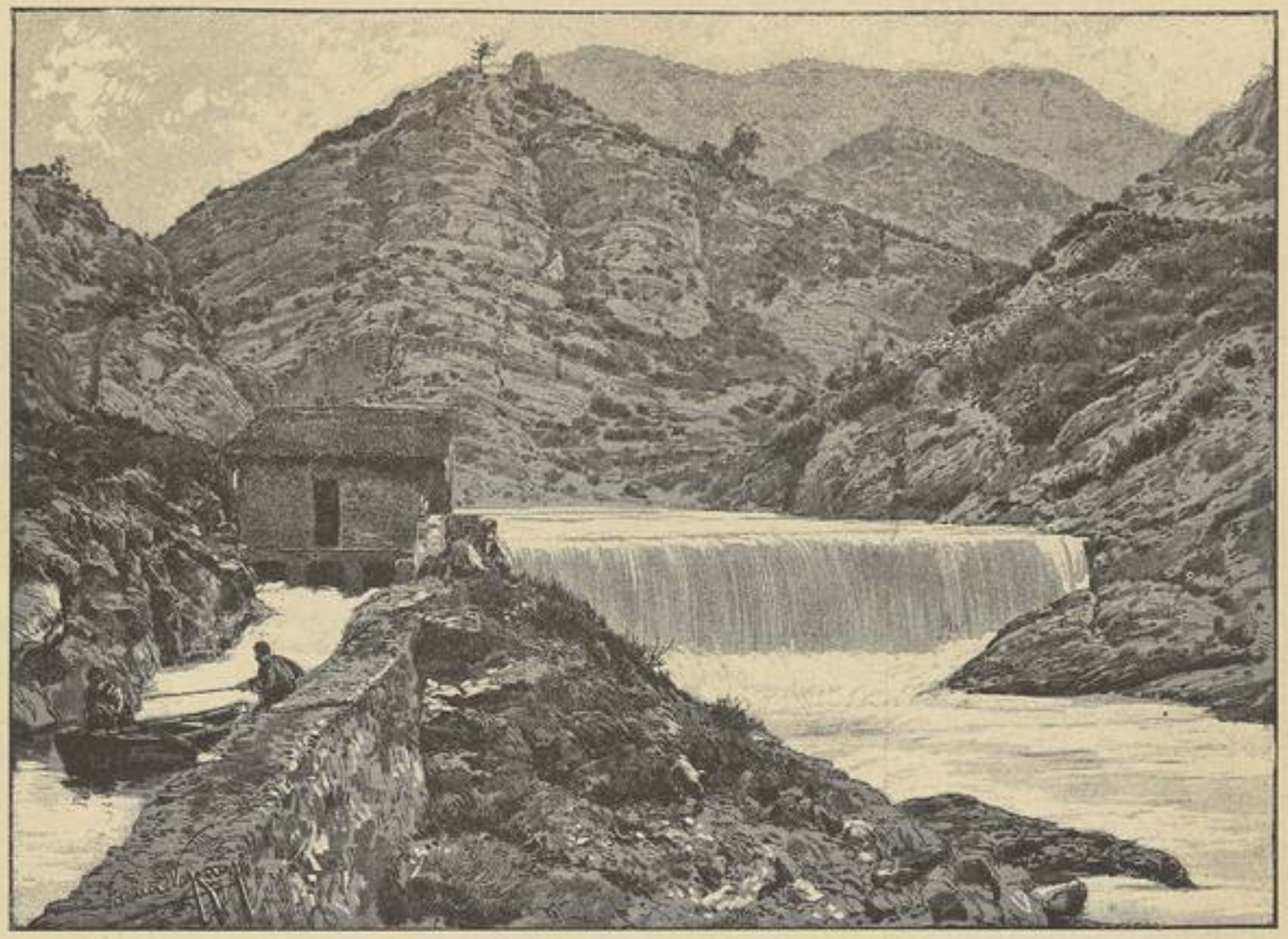
Se equivocan tambien los que atribuyen aquella formidable y cruenta catástrofe á la necesidad de vengar antiguas preeminencias y abusos, ó á reformar leyes ó estatutos; aunque si es verdad que los abusos fueron grandes, las leyes tenian necesidad de reformar y el Estado reclamaba imperiosamente otras Constituciones más racionales y justas.

Tristísimas eran á la verdad las condiciones morales y materiales de Francia. Las dos terceras partes de su territorio pertenecian al clero y á la nobleza, y lo restante al pueblo, que pagaba, además de los excesivos impuestos, innúmeras cargas feudales y los diezmos. Estaba obligado á soportar las devastaciones de las mesnadas señoriales y sufria las vejaciones de un ejército de exactores que se enriquecian cobrando al Estado cuantiosos intereses por las cantidades que se le anticipaban, y reduciendo á una mitad la porcion que debia producir por los impuestos.

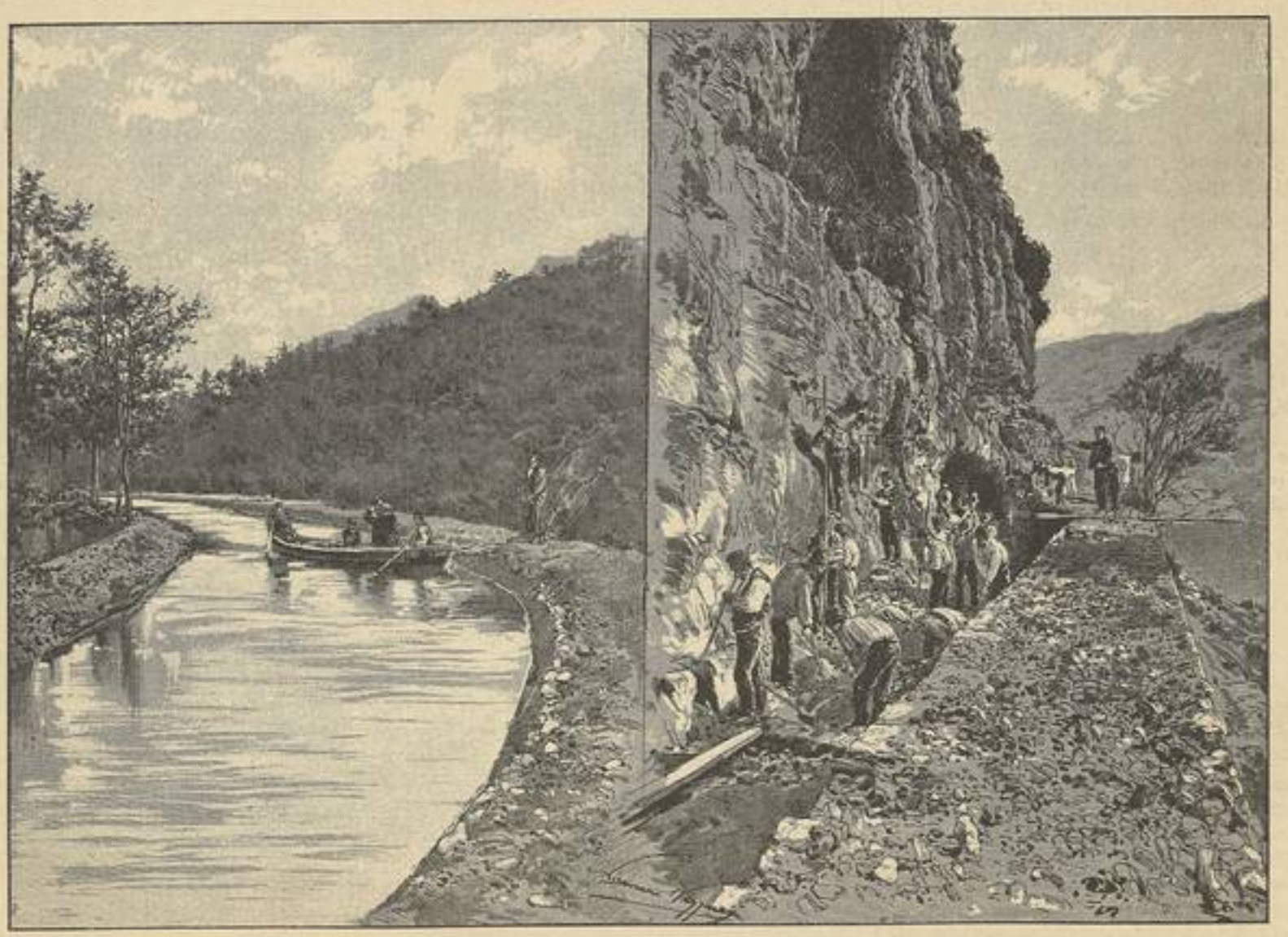
Tenian para su regimiento un Código tan complicado que el contribuyente no podia darse exacta cuenta de sus disposiciones, y tan riguroso que solamente por los fraudes que se cometian en el impuesto de la sal cada año iban á galeras ó á presidio cerca de 2,000 personas.

De las utilidades tomaban su parte los cortesanos y el rey. Los gastos superaban en mucho á los ingresos, y á pesar de esto carecian de un ejército numeroso y bien ordenado, y de una poderosa escuadra. La agricultura, la industria y el comercio estaban en un completo abandono. Las artes y la industria hallábanse presas en una red de innumerables prescripciones, cuya violacion se castigaba rigurosamente. No habia igualdad entre provincia y provincia, ni en los impuestos, ni en la administracion de justicia, sino que en todas partes se levantaban privilegios y barreras. En los campos duraba todavía la servidumbre. Las clases privilegiadas, además de estar libres de cargas, tenian el monopolio de los empleos en la magistratura y en la milicia. Muchos eran hereditarios por la supervivencia; otros eran venales, rehabilitándose luego los que así lo obtenian merced á sentencias inícuas. El número de empleados excedia en gran manera á las necesidades del pueblo; así es que muchos no servian sino por turno. La libertad personal se violaba frecuentemente con las llamadas *letras de sigilo*. Los procedimientos penales se fundaban en el tormento; el castigo era vario segun la condicion social del culpable; las leyes eran tales, que fácilmente exponian á funestos errores áun á los más imparciales jueces. Diversas segun los lugares, se interpretaban diferentemente segun las circunstancias, de todo lo cual resultaba una confusion indecible. Habia, pues, abusos cuya reforma se pedia á gritos con una necesidad imperiosa. Pero ni estos abusos carecian de remedio, ni mucho menos exigian aquel carácter de ferocidad que vino á darles la Revolucion, por cuya obra corrió á torrentes la sangre de cuantos tenian algun título de dominio.

¿Pero no se habia comenzado ya á poner remedio á males tan graves? ¿No se dirigia á esto mismo la reforma financiera de Turgot (1774)? ¿No mejoró y disminuyó el sistema de la tasa? ¿No proclamó la libertad de comercio y de industria? ¿No consultó á hombres eminentes sobre la manera de introducir reformas sin desencadenar las pasiones populares ni poner en peligro la seguridad del Estado? Reformó efectivamente, y mucho más hubiera hecho á no ha-



TOMA DE AGUAS EN GUARDIOLA



VISTA DEL CANAL EN EL PRIMER KILÓMETRO

ESTADO ACTUAL DE LOS TRABAJOS Á LA SALIDA DEL TÚNEL 9, KILÓMETRO 7

bérsele opuesto los nobles y á no haberle rehusado el Parlamento de París la abolicion de algunos privilegios personales; y sobre todo, á no excitarse aquellos tumultos ocasionados por la libre exportacion de granos, no le hubieran obligado á retirarse y suspender las reformas. Sucedióle el banquero Necker, famoso por sus escritos económicos y por la reputacion de habilidad y honradez que gozaba entre la clase comercial. Pues bien; ¿no fué él quien restableció el crédito y la confianza pública enriqueciendo el Erario con empréstitos que no gravaban á la nacion sino en cuanto habia de sufragar los intereses con las economías realizadas? ¿No procuró obtener estas economías reformando el sistema de tributos y de contabilidad, suprimiendo muchas gabelas y disminuyendo los gastos? ¿No fué él quien abolió los derechos de las manos muertas, quien instituyó las Asambleas provinciales para atender á la prosperidad pública, quien introdujo las economías en la Corte? ¿No habla muy alto el rendimiento de cuentas de su administracion, publicado en 1781? ¿Pero á qué más? ¿Calmó esto el descontento público? La esperanza de ver implantadas ulteriores reformas ¿refrenó la impaciencia de los amigos de novedades? Antes bien fué lo contrario.

Y cuando el atrevido Calonne pensó en repartir las cargas entre todos los súbditos sin distincion de clases, y temiendo se opusiera el Parlamento recurrió á la convocacion de los notables en 1787, éstos, en lugar de proveer á las necesidades del Estado, empleáronse en censurar al Gobierno. Resultaba, por consiguiente, claro que los abusos y las reformas no eran sino un pretexto para empujar al pueblo á la revolucion, la cual se manifestaba ya por medio de sediciones y delitos sin que el Gobierno encontrase manera de impedirlos, puesto que las milicias nacionales, ó rehusaban mantener el órden, ó si querian mantenerlo eran víctimas del furor popular.

(Se continuará).

PROTESTA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

CONTRA LA APOTEÓSIS DE LA IMPIEDAD REALIZADA EN ROMA CON MOTIVO DE LA ERECCION DE UNA ESTÁTUA Á GIORDANO BRUNO

Beatísimo Padre: Un hecho incalificable acaba de tener lugar en Roma, ante el cual no podemos permanecer en silencio los Obispos españoles, que nos gloriamos de profesar inquebrantable adhesion á la sagrada persona de Vuestra Santidad y á la Santa Iglesia, de la cual sois, por divina disposicion, Pastor Supremo. Los impíos, enemigos irreconciliables de la divina causa del Catolicismo, que no cesan de hostilizarla por cuantos medios conceptúan que la pueden dañar, han preparado y realizado una repugnante explosion de insultos y vituperios contra ella, que se halla personificada en la augusta persona de Vuestra Santidad, contra quien, para vilipendiarla, dirigen muy especialmente sus ataques. Y es que, gracias á la divina proteccion que la sustenta, por más que sus encarnizados enemigos agotan sus recursos, que frecuentemente se convierten en gloriosos triunfos para ella, no se rinde ni se debilita, y la repugnante y sacrílega apoteósis de uno de los mónstruos más abominables que recuerda la historia, esfuerzo supremo de la impiedad al levantar con insensato y degradante empeño la figura del desdichado Bruno delante de la brillantísima de Vuestra Santidad, no servirá sino para aumentar la fe, piedad y valor del pueblo cristiano para combatir en todos los terrenos en pró de la causa del Pontificado, que es la de nuestro Divino Redentor Jesucristo.

Así sucederá ciertamente, porque la causa de Vuestra Santidad y de la Iglesia católica, de la que sois Jefe Supremo, brilla con más esplendentes fulgores despues del rudo combate. No; la obra de Dios no sucumbirá; el astro de la Iglesia no se eclipsará, y nuevos laureles serán el brillante resultado de sus pruebas. Obra admirablemente Vuestra Santidad resistiendo siempre con valor divino en los repetidos combates que se ve obligado á sostener contra tantos enemigos de la causa del Cielo. Y el valor de Vuestra Santidad se comunica á todos los miembros de la Iglesia, que cada dia adquieren mayor vigor para pelear con el denuedo que Vos les inspirais. Entre ellos tenemos la dicha de contarnos, con toda la España católica, los Obispos que suscribimos, protestando de nuevo que confirmamos y ratificamos todas nuestras antiguas declaraciones, consignadas en anteriores documentos; que, con el auxilio divino, permanecemos y permaneceremos constantes hasta la muerte, íntimamente unidos á Vuestra Santidad; que detestamos y execramos la doctrina del reprobado Bruno y de todos sus obcecados secuaces; que nuevamente protestamos contra la injusta y sacrílega detentacion de los Estados de la Iglesia, que, por disposicion providencial, ha poseido y disfrutado desde antiquísimos tiempos; y últimamente, que levantamos las manos al Cielo, y pedimos sin intermision á la justicia divina pronto y eficaz remedio para tantos males como la atribulan en la tierra, y diariamente os dan á Vos á beber colmado el cáliz de la amargura.

De Toledo, fiesta de nuestro glorioso Patrono el Apóstol Santiago, 25 de Julio de 1889.

(Siguen las firmas de todos los Arzobispos, Obispos y Vicarios capitulares de España)

EL CANAL INDUSTRIAL DE BERGA

Obra por muchos ignorada ha sido hasta hoy la del canal industrial de Berga, digna de publicidad y hasta merecedora de estudio, así por su importancia como para la comarca de Berga y la industria catalana. La antes *real villa* y actual *ciudad* de Berga, cuna que fué de la industria algodonera española, aquella poblacion tan próspera y pujante hasta mediados del presente siglo, al verse hoy pobre, decadente y rezagada en el adelantamiento industrial por efecto de múltiples causas, no podia mirar impasible su desmembramiento, por no decir su agonía, acentuada por la falta de vías de comunicacion; y evocando los recuerdos de su gloria y grandeza pasadas, ha sentido rebullir en las venas de sus actuales hijos el espíritu varonil de sus mayores, concibiendo y acometiendo, casi con temerario arrojo, una obra que con ser, si no la única, la primera en su género que exista en España, la haga ganar, de un salto, todo el atraso sufrido en un tercio de siglo. La grandiosa obra á que nos referimos consiste en derivar aguas del rio Llobregat, en el sitio denominado de Guardiola, en cantidad de 2,349 litros por segundo, y conducirlas por medio de un canal hasta los muros de Berga, al objeto de utilizar, en el reducido trayecto de 3 y medio kilómetros que media desde este punto hasta el confin del término municipal en la parte lindante con el de Olvan, el esfuerzo producido por la caida de un caudal completo y constante de 2,000 litros por segundo, fraccionada en varios saltos que suman en junto una pendiente ó desnivel de metros 195'11, y cuyo esfuerzo representa en caballos de vapor de 75 kilográmetros, despues de descontada toda pérdida en desagües, roces y transmisiones, la suma de 3,807 caballos enteramente útiles y efectivos para el trabajo, y que, para los efectos de la produccion, bien puede considerarse aquella cantidad de fuerza el doble de ésta, toda vez que obteniéndose sin gasto de combustible (lo cual representa por sí solo una economía de más de un millon de pesetas al año), podrá utilizarse incesantemente dia y noche. Pero este gran pensamiento, que tan pingües beneficios ha de reportar á sus ejecutores, no nació del cálculo especulativo, como en sana lógica pudiera creerse, sino que su realizacion estaba reservada al poder del patriotismo. La primordial idea de dicha grande obra hallábase hacía años difundida en forma de vago presentimiento innato entre los bergadanes, quienes la miraban, no obstante, como un sueño irrealizable. Nadie, que sepamos, se habia ocupado en estudiar en sério el pensamiento: para acometer dicha empresa faltaba un genio, era necesario un hombre del patriotismo, de la energía de voluntad y del talento y condiciones prácticas de don Marcelino Buxadé y Conill. Este honrado hijo del pueblo, despues de haber permanecido ausente de Berga, su cara poblacion natal, desde los primeros años de su juventud, al volver á ella dueño de una regular posicion y de gran caudal de conocimientos adquiridos en obras públicas, fué quien, llevado tan sólo de nobles propósitos y férvidos deseos de hermosear y enriquecer á su patria, no sólo estudió y demostró por sí la perfecta factibilidad del pensamiento, sino que, llamando á su lado á distinguidos ingenieros, hizo practicar todos los estudios necesarios y formular el debido proyecto con el cual pidió la concesion del canal, que le fué otorgada por el Gobierno civil de esta provincia en 13 de Agosto de 1885, y cuyo acontecimiento festejó Berga con inusitadas muestras de alegría, entusiasmo y gratitud. Si bien dentro de Berga la suscricion habia alcanzado una suma respetable, sin embargo, el injustificado retraimiento de la Corporacion municipal por una parte, y por otra la maliciosa chismografía alentada por unos contados poderosos, lograron infiltrar la desconfianza y la duda en el ánimo de algunos y el temor en el de otros, quedando así el proyecto del Canal industrial abandonado única y exclusivamente á las débiles fuerzas pecuniarias, pero enérgica voluntad, de un grupo de tres ó cuatrocientos vecinos que, asociándose á las elevadas miras del señor Buxadé, acometieron con fe y decision la empresa, dando principio á los trabajos por los primeros kilómetros, que eran reconocidos por todos como los más difíciles y costosos.

A principios de 1886 dióse comienzo á las obras, que han continuado sin interrupcion hasta la fecha, estando encargado de la direccion facultativa de las mismas D. Marcelino Buxadé, y de los trabajos de oficina, recaudacion, etc., los demás individuos de la Comision nombrada al efecto, sin que aquel ni éstos hayan percibido sueldo alguno por el desempeño de dichos cargos. Debido á ello sin duda, á una administracion sin tacha, y á la cesion gratuita de los terrenos ocupados, por parte de sus respectivos propietarios, dicha Comision pudo publicar al final del primer ejercicio (Enero de 1887) un estado general de cuentas, del que resultaba haberse construido 1,028 metros lineales de cauce que comprendia toda clase de secciones, ó sea, trinchera en roca dura, terraplen, media ladera con muro de mampostería, y túnel en roca dura, habiendo importado, junto con los gastos accesorios de impresos, publicacion de memorias, compra de herramientas, etc., 22,775'67 ptas. A principios de 1888 publicó otra declaracion en la

cual se detallaba haberse construido, durante el segundo año, 119'50 metros de túnel en roca dura y 1,248'50 de cauce á cielo abierto, total una longitud de 1,368 metros de cauce que habian costado pesetas 22,115'04. A primeros del corriente año de 1889 publicó otro estado declarativo, del cual resulta construido, durante el año anterior, la presa y casa-compuertas en la toma de aguas, 1,542 metros lineales de cauce á cielo abierto y 212 metros de túnel en roca dura, habiendo costado todo ello 42,848'01 pesetas.

Por manera que, en aquella fecha, se hallaban ya construidos la presa y 4,150 metros lineales de cauce, comprendida en ello una longitud de 417'50 metros de túnel abierto en roca dura, y discurría ya el agua por un trayecto de 1,100 metros, faltando tan sólo, para que pudiese cursar por todo el recorrido de dichos 4 kilómetros, construir obras de fábrica por valor de 11,000 pesetas: teniendo con esto que los 4 primeros kilómetros completamente terminados, comprendiendo en su coste toda clase de otros gastos, entre los que figuran el valor de la presa, tasada en el presupuesto de ejecucion del proyecto en 13,566'98 pesetas, más 2,500 satisfechas en pago de parte de indemnizacion del molino de la Badella, 1,507'50 por el depósito constituido en la Jefatura de Obras públicas, y otros varios por impresiones, propaganda, etc., habrán resultado importar á razon de 24'41 pesetas el metro lineal, ó sea á menos de la mitad de lo fijado en el presupuesto del proyecto. Tan increible economía obtenida en los trabajos acentuó más y más el entusiasmo y fe de los bergadanes, y en la actualidad se hallan invertidas ya en la obra unas 160,000 pesetas, habiéndose construido más de 7 kilómetros de los 20 de que ha de constar el Canal en toda su longitud, terminados 8 túneles, y 2 en perforacion.

En sesion de 19 Febrero del corriente año, la Diputacion provincial concedió para la citada obra una subvencion de 150,000 pesetas en forma de anticipo reintegrable, para cuyo reintegro deberá destinarse el 20 por 100 de las utilidades líquidas que se obtengan.

Ultimamente quedó constituida una sociedad anónima por acciones, denominada *Canal Industrial de Berga*, domiciliada en dicha ciudad, con un capital de 500,000 pesetas, distribuido en 800 acciones nominativas de 500 pesetas cada una y en 1,000 acciones nominativas de 100 pesetas.

Con esta cantidad, más las 150,000 pesetas anticipadas por la Diputacion provincial, calcúlase poder construir, además del canal, el edificio de una fábrica suficientemente capaz para utilizarse en ella la fuerza de 300 caballos efectivos con el fin de darla en arrendamiento, provista de motor y transmisiones, al precio de 175 pesetas por caballo al año, que es el tipo de arriendo más barato que en tales condiciones se paga en el rio Llobregat.

Queda todavía la propiedad de un esfuerzo de 3,507 caballos efectivos disponibles para la venta en saltos, representando, al limitado precio de 750 pesetas uno, un valor en venta de 2.630,250 pesetas, ó sea más de cinco veces el valor del capital desembolsado.

Tales son, además de otros muchos, los beneficios directos que se espera obtener de esa grande obra que ha de convertir á Berga en próspera y floreciente poblacion.

NOTAS SOBRE EL JAPON

I

Largo tiempo se creyó en Europa que existia en el Japon un doble poder, espiritual el uno, y el otro temporal. Al decir de los historiadores y viajeros, el *mikado* ejercia exclusivamente el primer poder, mientras el segundo pertenecia al *taikun*. Error que se explica por la dificultad de relaciones entre Europa y el Japon hasta 1860 por la política de los taikunes, interesados en pasar por únicos soberanos reales y legítimos del Imperio.

El Japon parece formó en sus orígenes una confederacion de príncipes más ó menos independientes bajo la presidencia del *Hijo del Cielo*. Uno de estos vasallos tenia, bajo el nombre de *taikun* ó de *shogun*, la lugartenencia del Imperio: era una especie de mayordomo del palacio. Poco á poco los taikunes monopolizaron la autoridad y concluyeron por relegar al mikado á su palacio de Kioto. Mas para no lastimar los sentimientos de un pueblo acostumbrado á mirar á su soberano como una emanacion de la divinidad, concedian al mikado honores destinados á aislarle del comun de los mortales. Por otra parte encontraron en el budhismo un poderoso medio de contrabalancear la influencia de shintoismo, religion nacional. Los templos de los Kamis permanecieron en pié, pero eclipsáronlos muy pronto las pagodas por sus riquezas y su esplendor. Lo más increible aun es que los mikados y sus numerosos servidores participaron de la general manía por la nueva religion; el traje de los bonzos cubrió á los hijos y herederos del Hijo del Cielo, y aquellos á quienes por su cuna correspondian, bajo el nombre de Kamis, los honores de la deidad shintoista, prefirieron á ellos con frecuencia la apoteosis búdhica.

Sin embargo, este poder no contentó la ambicion de los taikunes, y por otra parte, en el seno de un feudalismo guerrero y naturalmente turbulento, dominábanle los celos y no podia mantenerse más que por la servidumbre de los daimios, señores de las provincias. Esto es lo que llevaron á cabo las victorias de los taikunes Nobonnaga y Taicosama en el siglo XVI. Cuando Yeyas usurpó el poder, bastóle legalizar y perpetuar esta servidumbre de los príncipes feudatarios del Imperio por medio de la célebre legislacion que lleva su nombre y que durante más de dos siglos aseguró á su familia la pacífica posesion del poder supremo. Tranquilo en el interior, atendió á los peligros de fuera. Confundiendo la religion cristiana con los intereses de las naciones europeas, quiso anegarla en sangre, y al mismo tiempo puso término á las relaciones con los demás pueblos, exceptuando sólo algunos holandeses á los cuales relegó á la isla de Decima reduciéndoles á una especie de servidumbre. Esta situacion podia convenir á mercaderes en quienes el amor del lucro reemplazaba al sentimiento del honor, pero que á los holandeses de nuestros dias les sonroja.

Duraba aún tal estado de cosas cuando los americanos y en pos de ellos los rusos, y luego sucesivamente los franceses, los ingleses y los demás Estados europeos obligaron al Japon a salir de su aislamiento y á concertar tratados de comercio. Fiel á las tradiciones de sus antepasados, el taikun trató de oponerse con la fuerza á las invasiones extranjeras. Los daimios volvieron á sus provincias y fueron invitados á ponerlas en estado de defensa. Pero el peligro no estaba donde temia el taikun, porque los europeos, al firmar tratados con él, habíanle reconocido y se ocupaban muy poco de la persona del mikado. El peligro estaba allí donde esperaba hallar la salvacion del país.

Los daimios no habian olvidado la historia. El deseo de vengarse y de reconquistar su independencia tomó gran incremento al recuerdo de lo pasado y al sentimiento de su impotencia para reivindicar su antigua grandeza. Empuñaron, pues, las armas; y cuando el Gobierno de Yeddo comprendió la falta que habia cometido no era ya tiempo de repararla. Habíase formado en el Sud una poderosa liga que ensayó sus fuerzas en la provincia de Nagato. Aprovechándose de las dificultades que al Gobierno causaban esta lucha y las exigencias de los extranjeros, que reclamaban el cumplimiento de los tratados; cohonestando la toma de armas con el pretexto de salvar el país invadido por Europa y de poner fin á un poder usurpado, la liga reunió sus tropas, aseguróse de la persona del mikado, enarbolando su estandarte, y empeñó la lucha.

Corria el año 1868. El actual mikado acababa de subir al trono, y el mismo taikun no le habia precedido en el poder más que algunos dias. Grandes sucesos habian ocurrido en el Japon. Los europeos se habian establecido en Nagasaki, en Hakodaté hasta las puertas de la capital, y en Yokohama. Los representantes de las potencias extranjeras habian izado su pabellon por todas partes. La cruz, tambien la cruz dominaba los templos erigidos al verdadero Dios, afirmando la toma de posesion que el Cristianismo hiciera de este país que le habia proscrito. La Iglesia del Japon, á la cual creian muerta, salia de su sepulcro; en el silencio de la noche los hijos de los mártires iban á adorar al Dios de sus padres y á recibir en las fuentes sacramentales gracia para continuar sus combates y sus victorias. Impotente para reprimir á sus vasallos rebeldes y para cerrar la entrada de su Imperio al extranjero, el taikun se creyó más fuerte contra Dios y quiso encender la persecucion, que por otra parte era una tradicion de familia y habia costado la vida á miles y miles de cristianos. Pero la hora de Dios habia llegado, y su justicia debia castigar, en la persona del último taikun, dos siglos de la más horrible persecucion.

En el centro del Japon, entre la capital del mikado y la ciudad taikuna de Osaka, halláronse enfrente uno de otro dos ejércitos que iban á decidir de la suerte del imperio japonés. Empeñóse la batalla, y en lo más reñido de ella aparece de repente el estandarte del llamado Hijo del Cielo. A su vista, introdúcese el desórden en el campo del taikun; y la defeccion de muchos príncipes que combatian por él ocasiona su derrota. El taikun, no creyéndose seguro detrás las altas murallas de su fuerte castillo de Osaka, emprende la fuga hasta Yeddo. Síguele de cerca el ejército del Sud, y sin encontrar resistencia llega á las puertas de la gran capital, en donde reina el terror. El taikun abandonó á sus partidarios, é hizo renuncia del poder usurpado que le transmitieron sus antecesores para descender al rango de simple ciudadano.

El reinado de los taikunes habia terminado, é iba á comenzar de nuevo el de los mikados.

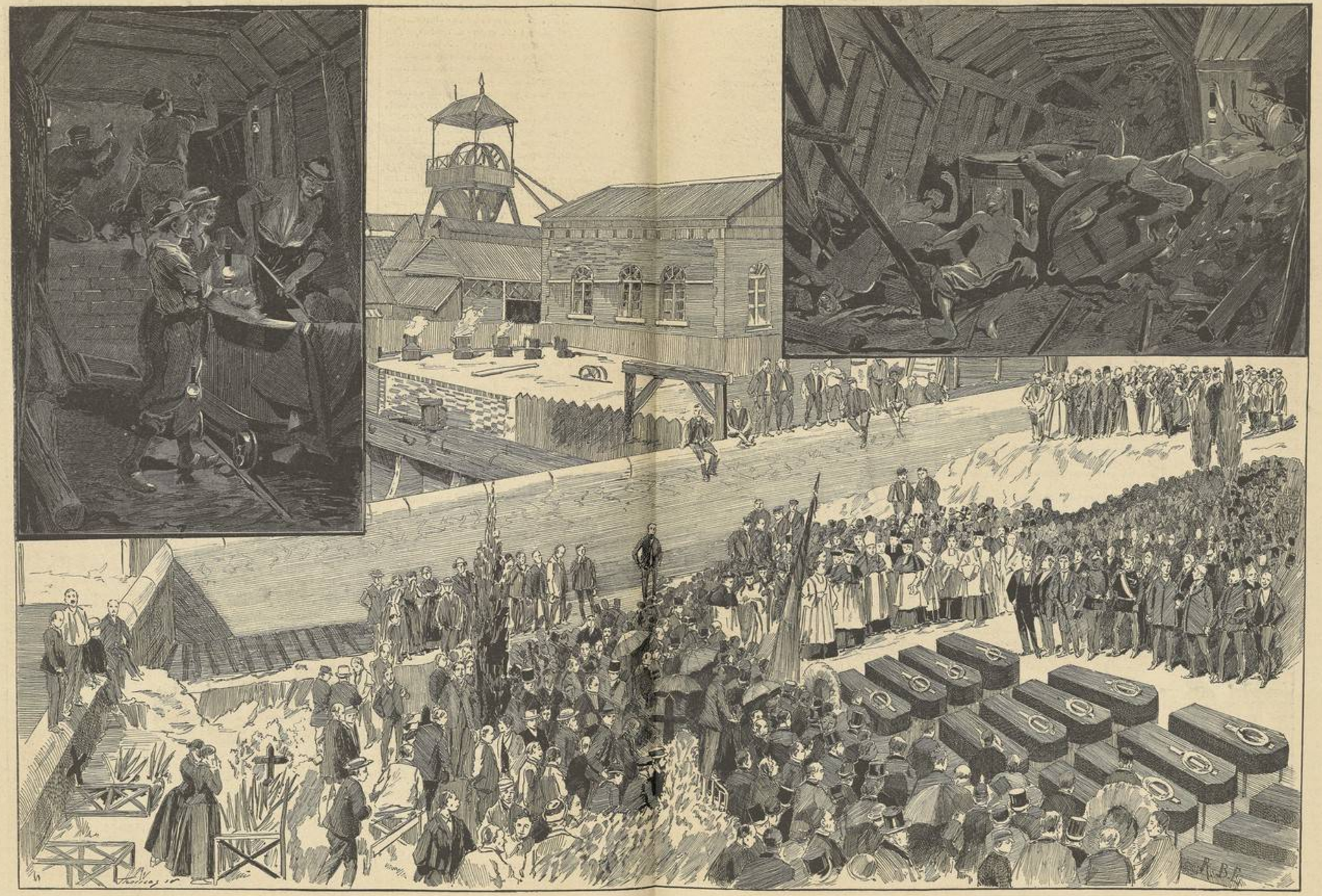
(Se continuará)

LOS DOS CAMINOS

I

En un mismo dia, y casi á la misma hora, nacieron dos niñas. Al verlas parecian hermanas; y era de notar la semejanza que habia entre sus caras pálidas algo sonrosadas, sus ojos negros apenas abiertos, sus boquitas fruncidas como cintas de púrpura, y sus manecitas que se agitaban cual si quisieran reconocer el mundo al que venian.

Sin embargo, las dos niñas no se asemejaban en todo: una de ellas era la sexta hija de un pobre jardinero llamado Filiberto; la otra era hija del conde de Vauvres, y su nacimiento, por mucho tiempo esperado, colmaba de alegría á su familia, que habitaba un vasto castillo cuyas torres feudales parecian proteger la pequeña casita que ocupaban Filiberto y su dilatada familia.



REPARACIONES EN LAS GALERÍAS DESPUES DE LA EXPLOSION

DESCUBRIMIENTO DE LOS PRIMEROS CADÁVERES

VISTA GENERAL DE LA EXPLOTACION DE LA SOCIEDAD HULLERA DE SAINT-ETIENNE.—ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSION

Habiendo sabido la jóven madre que una niña acababa de nacer en la casa de su pobre vecino, rogó á su marido que fuese su padrino de bautismo.

Compasiva y piadosa, consideraba como el mejor medio de manifestar su alegría prodigar por todas partes la caridad, y hacer así al cielo cómplice de sus esperanzas.

En el mismo dia las dos niñas fueron bautizadas con el nombre de Ana-María, y cuando la pequeñita Ana Filiberto regresó á su casa, remitieron del castillo el regalo del padrino, que consistia en un precioso canastillo de ropa para la niña, y provisiones para la familia.

La infancia de las dos niñas correspondió á este primer dia. Educáronse juntas, aunque no de la misma manera, y se veian siempre en los mismos lugares. Ana rebosaba de júbilo cuando iba á casa del jardinero á jugar en la pequeña huerta que habia detrás de la casita, y correteaba por entre las colmenas donde entraban y salian las activas, zumbonas y solícitas abejas, ó daba de comer á las gallinas y palomas, llevaba manojos de yerba á la cabra y procuraba coger cangrejos en la rápida corriente del arroyo que circundaba la casita de Filiberto. Esta vida rústica, estas tareas campestres divertian mucho á la niña, y preferia el vasto horizonte que descubria por encima de la valla del jardincito á las hermosas alamedas y risueñas perspectivas del parque de su padre. Pero tambien llevaba en pos de sí al castillo á la pequeña Nancy, nombre familiar que habian dado á su compañera; jugaban juntas sobre el aterciopelado césped á orillas de los estanques ó en los pintorescos kioscos que embellecian el aristocrático castillo. ¡Cómo se alegraban cuando iban á ver los faisanes y daban de comer á las ciervas domésticas, que acudian al ver á las niñas, alargaban sus finas cabezas con su mirar penetrante y dulce, y se asustaban un poco al ver nadar á los cisnes con aspecto casi amenazador y orgulloso.

La condesa de Vauvres aprobaba la íntima amistad de estas niñas, cuyas cunas Dios habia reunido y separado á la vez. Aún hizo más. Débil y enferma, se propuso darles todos los días una leccion de lectura y religion: sentábase en un gran sillon á causa de su poca salud, y las niñas decian alternativamente la leccion y se acercaban para oir los pasajes de la Historia sagrada, que les referia con fe y claras palabras. Bien pronto se apercibió que no era igual la inteligencia de sus discípulas: Ana tenia un talento dócil y profundo que se asimilaba pronto el alimento intelectual; Nancy comprendia con sumo trabajo el arte difícil de la lectura. Se equivocaba muchas veces, confundia vocales y consonantes, y con sumo trabajo conseguia unir dos sílabas.

Convencida la niña de su inferioridad, decia á la condesa:

—Madrina, mejor quisiera batir manteca ó escardar el jardin, que estar viendo siempre esas letras negras: ¡es tan difícil aprenderlas!

—Cuando sepas leer, Nancy, podrás rogar mejor á Dios, y te daré un bonito devocionario.

—¡Oh! entonces, quiero aprender... vamos, voy otra vez á deletrear.

Y volvia á empezar otra vez su penoso trabajo, pero así que la señora de Vauvres referia una historia de los Patriarcas ó de los Profetas, hablaba de los santos amigos de Dios, y sobre todo del Niño Jesús y de su santísima Madre, enseñándola la tierna égloga del Pesebre ó el drama interesante del Calvario, redoblaba su atencion; sus ojos se humedecian, comprendia con el corazon, y podia exclamar como aquel anciano labrador que, á pesar de estar atento, no comprendia el sermon sabio é ilustrado de su obispo:

—¡El alma entiende!

Ana tambien se complacia con las historias bíblicas tan interesantes á los jóvenes, pero no se entusiasmaba como su compañera; y con talento y memoria superiores á Nancy, no lloraba como la paisanita cuando le contaban la fe y obediencia de Abraham é Isaac, la bondad fraternal de José, la magnanimidad de Moisés el amigo de Dios, la piedad del jóven Samuel, el cariño filial de Ruth, el sublime arrepentimiento de David, el heroismo de los Macabeos, la fortaleza de los mártires, la soledad y oracion de los anacoretas, y el sacrificio de las vírgenes consagradas al Señor. Esta niña no podia expresar lo que sentia cuando su corazon rebosaba en amor á Dios, en deseos de servirle, y en santa envidia á los que tanto habian hecho por el buen Maestro: los hechos evangélicos llenaban su imaginacion de personajes celestiales, y se ocupaba en estos pensamientos, aun cuando apacentaba las cabras de su padre, ó paseándose junto á las vallas de Vonvray, no lejos de las orillas del bello y pintoresco Loire, hilaba su rueca como las santas pastoras Genoveva ó Juana de Arco.

Ana, más adelantada é inteligente, en vez de complacerse en los pensamientos uniformes que se proponen un solo objeto, como Dios, sus misterios y su ley, leia mucho y se apasionaba por los personajes hermosos de la historia, que caracterizan su época y representan ante los hombres la grandeza, la gloria y algunas veces la virtud. Le agradaba cuanto habia brillado en el teatro del mundo, y contaba á su amiguita las hazañas de los héroes que admiraba su juvenil imaginacion.

Pero Nancy no la comprendia, y extrañaba que se hiciesen tantos esfuerzos por dominar en Atenas, Roma ó París; que se encomiase mucho el talento de haber compuesto hermosos versos (¿sabia acaso lo que eran versos?), y cuando Ana concluia uno de sus relatos históricos, la decia ingenuamente:

—¿Y qué han hecho todos estos grandes personajes por nuestro Dios?

II

Así transcurrió la infancia de Ana y Nancy: aproximábase el dia de su primera Comunion; las dos se dispusieron con sencillez y candor, aunque la fe de Nancy era más viva que antes, y su alma rebosaba en fervor durante los ejercicios que hacian las dos niñas con la señora de Vauvres.

—¡Yo recibir á Dios! decia muchas veces: ¡una pobre aldeana! ¡Señor! ¿es posible?

Ana tenia fe, pero esta virtud íntima tan sobresaliente en Nancy no la conmovia interiormente: los ejercicios le parecian pesados y fastidiosos; la contrariaba mucho que el Catecismo interrumpiese los otros estudios, y consideraba la primera Comunion como un deber religioso y de buena educacion que era bueno practicar: Nancy veia en tan hermoso dia el don más excelente de la vida. Algunas veces ante su alegría y piedad decia suspirando la señora de Vauvres:

—¡Dichosos los que llevan desde su juventud el yugo del Señor!

Y miraba con inquietud á su hija, y exclamaba mentalmente:

—¡Dios mio! ¡que sea vuestra!

El gran dia llegó. Arrodilladas junto al altar las dos jóvenes, recibieron la Hostia divina, prenda misteriosa del amor de Dios al mundo. Ana se conmovió y sintió aquella emocion interior que experimentan siempre las almas inocentes cuando Dios llama á la puerta de sus corazones; pero al ver la actitud y el llanto de Nancy, se adivinaba fácilmente que algo indecible pasaba en su interior. No podria tampoco expresarlo, y faltábanle palabras é imágenes para traducir su emocion, porque sus facultades aún estaban sin desarrollarse.

Y si la hubiesen preguntado qué sentia y qué deseaba, sólo hubiera dicho:

—Amo á mi Dios y quiero servirle:—palabras que resumian todos sus deseos y afectos.

La condesa de Vauvres asistió á esta interesante ceremonia de la primera Comunion que tanto anheló ver; pero fué el último acto público de su vida, que iba extinguiéndose lentamente. Sufria con paciencia y resignacion angelical las fases de una penosa enfermedad, cuyo fatal término estaba previsto, y agobiada de dolores sólo se ocupaba de los que amaba.

Su hija, á quien tanto queria, la preocupaba completamente: buscábala con la vista, y una leve sonrisa se dibujaba en sus pálidos labios cuando su amada hija procuraba aliviar sus padecimientos; llamábala al despertarse; y cuando rezaba, que lo hacia siempre, la pobre madre moribunda más pensaba en su hija que en sí misma. A estas demostraciones de cariño uníase alguna inquietud: la Sra. de Vauvres recelaba que el corazon de su hija, tan bueno y filial con ella, quizá no fuese un corazon cristiano, porque nada veia de la fe, de la sumision y de la humildad de las almas escogidas; y esta doble vista de las madres perturbaba la tranquilidad de su muerte. Pero confiaba mucho en Dios; se sometia al divino Maestro como un niño á su padre, y con la confianza de los Santos intercedia y oraba por su hija.

Lo que no puede el hombre, Dios lo puede y lo quiere, porque quiere que todos se salven.

Pasó el verano entre alternativas de temor y de esperanza, y en el otoño empezaron á declinar los días de la Condesa, como declina en el horizonte un sol pálido, y caen sobre la tierra las hojas secas. Agravóse su estado el dia de Todos los Santos, y oyendo la voz misteriosa que la convidaba á las bodas eternas, preparóse tranquilamente á la muerte.

Confesó al sacerdote sus faltas, muchas veces lavadas con lágrimas de sincero arrepentimiento; recibió como viático al Dios que habia sido con frecuencia el huésped de su alma, y desde su juventud el compañero de su peregrinacion, el amigo supremo de sus mejores y peores dias: el óleo santo purificó sus miembros; dispuso algunas limosnas, y despues de despedirse de su infortunado esposo, hizo llamar á Ana, que cayó de rodillas sollozando.

—Amada niña, dijo la Condesa con voz débil y lentamente, voy á dejarte... me llama nuestro Padre, que está en los cielos... Allí nos volveremos á ver, y para siempre... Prométeme, hija mia, prométeme no olvidarte de Dios, que un dia nos reunirá otra vez... Acuérdate de lo que te enseñó tu madre... Mira... me muero y todo lo dejo... pero la cruz de Jesucristo me consuela en estos momentos tan penosos para la naturaleza... ¡Oh! ¡no la dejes nunca! apóyate en ella... ¡Hija mia, sé cristiana!... ¿me lo prometes?

—¡Sí... sí... mamá, pero V. no se morirá!

—Que el cielo te bendiga como yo lo hago, hija mia, y que oiga tu promesa... ¡Dios mio! os la doy...

No pudo concluir, y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, ya marcadas con el sello de la muerte. Interrumpian el silencio de la habitacion los sollozos del Conde y de Ana, á los que se agregaba otra voz.

Era la de Nancy, que vino á postrarse ante el lecho de la moribunda, diciendo:

—¡Madrina, madrina! se va V. al cielo... ¡oh! ruegue á Dios por mí...

—Sí... sí, respondió la Condesa con voz apenas inteligible, por Ana... por todos...

Y al decir estas palabras, juntó las manos y espiró tranquilamente. Las campanas propagaron la noticia de su muerte de aldea en aldea, resonando su fúnebre tañido sobre las orillas del Loire y los áridos cerros de Vonvray.

(Se continuará)

¿QUIÉN COMO DIOS (1)?

¿Cómo osará cantar mi labio impuro
las grandezas del Dios de las alturas?
¿Cómo con corazon firme y seguro
os cantaré sus triunfos y venturas?

¿Cómo un mortal gusano de la tierra
se atreve á levantar su vista al cielo
habiendo declarado á Dios la guerra
desde el dia en que pisa aqueste suelo?

¿Cómo no hunde en el polvo y en la nada
su siempre altiva y orgullosa frente
y confunde su vista no alterada,
y humillado de veras no se siente?

Yo que soy el más vil de los mortales
no me atrevo á cantar tus maravillas:
dame, ¡oh Dios! tus auxilios celestiales
para cantarte un himno de rodillas.

Perdóname si osado quise alzarme
más alto de mi pobre y vil miseria,
si falto de humildad quise elevarme
á un mundo superior á la materia.

Bendecir y alabar tu santo nombre
es mi anhelo y deseo más ardiente
y que ante tu presencia incline el hombre
su siempre altiva y orgullosa frente.

No á las musas profanas pido aliento;
á Tí, ¡oh Dios! que me inspires con tu gracia;
para alcanzar felice cumplimiento
sírvame tu poder y tu eficacia.

¡La eternidad!... Meditacion sublime
la que en sí misma esta palabra encierra;
¡la eternidad!... ¡Qué pensamiento imprime
en la conciencia cuando el hombre yerra!

¡La nada!... Incomprensible, extraña idea
para el corto y estrecho entendimiento
de un mísero mortal, aun cuando sea
hombre de ciencia y de saber portento.

¿Quién es el hombre, mísero gusano,
para querer investigar la gloria
del Dios que con su sábia y diestra mano
oculta le prepara la victoria?

Le veremos de gloria rodeado,
lleno de majestad deslumbradora,
si con fuerza y valor hemos luchado,
si cumplimos su ley consoladora.

Allí querubes de pureza santa,
los serafines que en su amor se encienden,
los mismos Santos cuya gloria espanta,
á Dios bendicen y su amor entienden.

Y si espíritus puros y amorosos
que ya gozan de Dios en la presencia
tiemblan ante su vista temerosos
al contemplar su gloria y su potencia,

¿Cómo es posible que los de este suelo
al cielo escupan y de Dios blasfemen,
sin esperar el eternal consuelo
y dando muestras de que á Dios no temen?

Ved sino cuál los ángeles del cielo
de un muy santo temor son abatidos
y de las nubes trás el denso velo
sus glorias cantan de su amor henchidos.

Ved cuando aquellos ángeles malvados
igualar al Señor ya pretendieron,
con qué rigor se vieron castigados
y al fuego eterno derribados fueron,

¿Quién como yo? Gritó de orgullo lleno
el rey de las tinieblas, que es Luzbel.
¿Quién como Dios? Opuso el ángel bueno,
el valeroso arcángel san Miguel.

Y siempre que el Averno con gran saña
ataque á las legiones celestiales,
postrada se verá toda su maña
sin alcanzar del cielo á los umbrales.

Y siempre que el mortal por él tentado
á Dios declara guerra envilecido,
sus leyes infringiendo tan osado
y orgulloso levántase atrevido,

Cuando cree llegar á la alta cumbre
de su osada ambicion, se oye en la gloria:
¿Quién como Dios?... Miseria y podredumbre
es el mortal que anhela la victoria.

Y entre tanto la lámpara dorada
que el Señor encendiera en el espacio
alumbra la mansion de nuestra nada
por entre hermosas nubes de topacio.

Los astros todos marcan su camino
segun de Dios las leyes recibieran,
sin variar de curso ni destino,
cual si á Dios fijamente conocieran.

Sólo el hombre que de alma está dotado
y á Dios conoce ya perfectamente,
sus leyes infringió desordenado
y ofende al Criador indignamente.

Sólo el hombre que tiene entendimiento
para seguir la marcha señalada
despliega contra Dios su atrevimiento
sin pensar que es materia, polvo y nada...

Y el aura que nos da gratos olores,
los astros y los ángeles del cielo,
los vistosos esmaltes de las flores,
que tapizan y cubren nuestro suelo;

El ruiseñor con su festivo canto,
y las olas del mar con su murmullo,
al bendecir al Dios tres veces Santo,
postran del hombre el miserable orgullo.

¿Quién imprimió su marcha al mundo entero
y dió vida á sus muchas criaturas?
El Sér Eterno, Santo y Justiciero,
cuyo trono se ostenta en las alturas.

El que en el dia de ira y de miseria
dirá al mundo: «Tu vida es terminada;»
postrará con su brazo la materia,
reduciéndola al polvo y á la nada.

Quien dió la voz al trueno que retumba
por la bóveda azul del firmamento,
graba de cada sér sobre la tumba
un signo que es su gloria ó su tormento.

En vano el ateismo, secta impía,
negará del Dios Santo la existencia;
siempre será muy necia su porfía
contra su alto poder y su excelencia.

En vano los ministros del Averno,
valiéndose del hombre envilecido,
blasfemarán sin fin contra el Eterno,
dando suelta á su encono desmedido.

En vano el orgullo se levanta
olvidando que es polvo y vil escoria:
doblegue ante su Dios soberbia tanta;
El solo es la lumbrera de su gloria.

Siempre que lleno de su orgullo ansioso
«¿Quién como yo?» dirá sobre este suelo,
cuando se crea rico y poderoso,
«¿Quién como Dios?» se escuchará en el cielo.

ALEJANDRO DE COLOMINA

(1) Poesía leida en la velada literario-musical que la Sociedad católica *Centro Moral Instructivo* de Gracia celebró en honor del Sagrado Corazon de Jesús y de san Pedro apóstol el 30 de Junio próximo pasado.

EL HORIZONTE DE FRANCIA

LA GUERRA INEVITABLE (1)

Á nosotros que pertenecemos á la corporacion de los organistas de barbarie nos toca interrogar el horizonte y mostrar lo que será la próxima guerra, la guerra inevitable.

Cuando haya sonado la hora fatídica de la gran matanza, se verán estas cosas:

¡Movilizad!" ¡Movilizad!—El fluido eléctrico lanzado á los innumerables hilos, ha llevado hasta los apartados rincones de la Galia y de la Germania la órden terrible que es un decreto de muerte para millares de séres humanos.

—¡A las armas! ¡á las armas!—han contestado millones de pechos galos y germanos.

A las pocas horas, los ginetes prevenidos están á caballo, y se lanzan á las fronteras.—¡Acuchillad! acuchillad al galope!—Cargad unos contra otros, últimos soldados de los combates épicos de otros tiempos.

¡Cargad y acuchillad aprisa!.... vuestra hora será corta..... porque detrás de vosotros llegan y se alinean los fusiles y cañones modernos..... y va á comenzar la gran batalla nueva.....

Han bastado unos cuantos dias. Las máquinas rápidas aparejadas para los largos trenes de guerra han amontonado, en ambos lados de la frontera, los formidables batallones y los temibles cañones negros.

Los regimientos, las brigadas, las divisiones, los cuerpos de ejército, las escuadras, poco há fragmentos, se han reunido.

Los hombres se encorvan bajo el peso de los cartuchos metálicos; los arcones están llenos de proyectiles; los carromatos rebosan de útiles, zapatos y víveres. Las ambulancias esperan bajo la cruz de sangre de las banderolas.

Los resuellos de los hombres y de los caballos asemejan el rumor de las olas lejanas. Los vapores salidos de esos hombres amontonados y de los brutos llenos de sudor suben y velan el cielo azul.

Unos pocos kilómetros separan á los galos de los germanos.

Hoy es dia de batalla.....

Reina un gran silencio: silencio hijo del recogimiento de las almas que van muy pronto á dejar los cuerpos; silencio hijo de los espantos mudos, ante el pensamiento de la enorme hecatombe; silencio hijo de las plegarias mentales y secretas de los esposos, de los padres y de los hijos.

Resuena repentinamente lejano y lúgubre el primer cañonazo, y dos millones de soldados responden con gritos salvajes al silbido del primer proyectil.

—¡Adelante! ¡adelante!

Las músicas guerreras entonan las marsellesas nacionales: las banderas, los estandartes, las banderolas se estremecen; los corazones laten; los caballos relinchan; las órdenes se cruzan y se multiplican; el cielo tiembla. Las líneas inmensas y profundas avanzan unas contra otras..... hombres y bestias..... carnes de cañon!

Las baterías se despliegan y toman posicion.

Las infanterías marchan. Cárganse las piezas, cárganse las armas, llénanse los almacenes de fusiles.

¡Seis mil metros separan las bocas de los cañones de acero! ¡dos mil metros separan las puntas de las bayonetas..... y ya comienza la batalla!

Ábrese terrible fuego; cañon contra cañon, batería contra batería, grupos de baterías contra grupos de baterías.

¡A seis mil metros! ¡Pieza, fuego!

Las granadas surcan el suelo y revientan; pero, muy pronto, cada pieza ha rectificado su tiro y hallado su distancia, y la lucha se hace intensa. En adelante, cada proyectil lanzado reventará en el aire, encima de las cabezas, y sembrará doscientos cincuenta proyectiles sobre superficies cubiertas de hombres.

Hombres y caballos quedan aplastados debajo de esta lluvia de hierro y plomo. La superioridad quedará para el artillero más hábil y más rápido.

Los cañones se matan entre sí, las baterías se aplastan entre sí, los arcones se vacian. La ventaja será para aquel cuyo fuego no pare.

Y debajo de estos huracanes, de estas tempestades, los batallones van á embestirse.

(1) De la obra *El fin de un mundo* por Eduardo Drumont.

¡Dos mil metros! pero ya las balas de pequeño calibre, finas, imperceptibles, plateadas, puntiagudas, silban y matan, hieren y traspasan, rebotan y destrozan; las descargas se suceden y un alud de balas, densas como el pedrisco, rápidas como el rayo, inundan el campo de batalla.

Los cañones que han matado á los cañones de enfrente, libres entonces, atacan á los batallones.

Lanzan sobre los grupos la brutal lluvia de hierro y los cadáveres cubren la tierra ensangrentada.

Las líneas atacan á las líneas, los batallones empujan á los batallones, llegan las reservas, y, no obstante, entre los dos ejércitos que las balas y las granadas destruyen, se extiende todavía una larga faja, de mil pasos de anchura, que ningun vivo puede traspasar.....

Las municiones se acaban..... los millones de cartuchos y los millares de granadas cubren la tierra asolada con sus estuches de cobre, con sus palastros destrozados, con sus cascos cortantes..... y el fuego continúa siempre... siempre... mientras los arcones vacíos son reemplazados por otros.

Las bombas de melinita pulverizan las granjas, las aldeas, los pueblos; arruinan y aniquilan todo lo que es un abrigo, un refugio ó un obstáculo.

La mitad de los combatientes agoniza ya y muere; los heridos y los muertos forman como dos baluartes paralelos, espesos, distantes mil pasos, que los proyectiles remueven, que la metralla desmenuza..... y que los vivos no pueden traspasar.

La batalla continúa encarnizada. Mil pasos separan siempre á los dos ejércitos.

¿De quién será la victoria? De nadie.....

Y las cargas aumentan, y los cañones vomitan: las unidades voltean en aquel infierno y se desalientan debajo de aquella tromba.

¡Soldados y jefes confundidos!

¡Caballos y cañones confundidos!

¡Banderas y estandartes confundidos!

¡Vivos, heridos y muertos confundidos!

¿De quién será la victoria? ¡De nadie!.....

Sin embargo, la inteligencia de un jefe en medio de aquella grande carnicería, ha visto que los hombres y las municiones faltaban en un punto de la línea enemiga..... en el centro..... á la derecha..... á izquierda..... en alguna parte.

Aquel jefe ha reunido, rápidamente, delante de aquel punto débil, cañones cargados, batallones frescos, arcones llenos y ha lanzado este torrente al través de los dos diques infranqueables de la zona de los muertos.

Ha abierto una brecha en el enemigo, ha entrado en ella, herida la cabeza, mientras que sus escuadrones rápidos han barrido los flancos de la columna de ataque.

Aquella columna infernal penetra como un cuño en el corazon del ejército enemigo; los vivos recobran valor é intentan un último esfuerzo.

Los cañones truenan y la columna adelanta siempre... perdiendo la mitad de sus hombres... pero avanzando.—A su vez, se despliega y abre un fuego terrible con todos sus fusiles y todos sus cañones.

Las líneas de los enemigos se rompen y los unos ceden el terreno á los destrozos de los otros.

¿De quién es la victoria?

El dia declina, llega la noche, las sombras ocultan el horrible osario. Los vivos, rendidos de fatiga, no tienen ya fuerza para seguir ó huir.

¡Mañana! ¡mañana todavía! mientras haya hombres, caballos, cañones, fusiles, cartuchos y granadas.

Esta noche, contad vuestros muertos y vuestros vivos.

¿De quién es la victoria?

¿De quién? de Dios, quizás.... quien ha resuelto hacer morir, bajo el *diluvio* de hierro, á todos los hijos que han olvidado las palabras de Cristo: «Amaos los unos á los otros.»

TRADICIONES Y COSTUMBRES

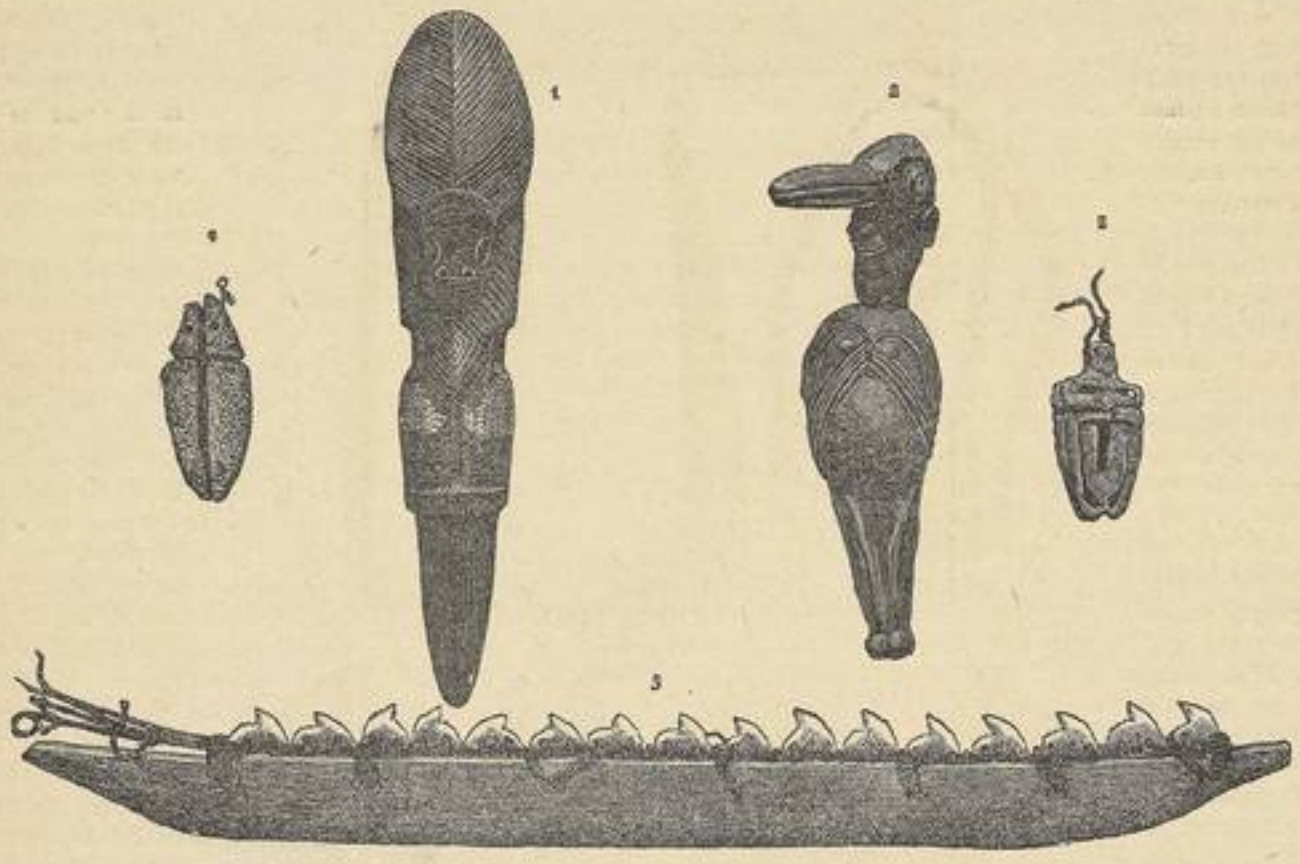
DE LAS ISLAS POMOTÚS

V

Costumbres. — Armas. — Antropofagia. — Pesca de la tortuga de mar. — Conclusion.

Con las groseras y crueles ideas que los pomotús tenian de la Divinidad, claro está que entre ellos era casi nulo el conocimiento del bien y del mal, muda la conciencia, y el sentido moral completamente perdido; de modo que sin escrúpulo ni remordimiento entregábanse á la rapiña y al libertinaje cuantas veces creian poderlo verificar impunemente. El mormonismo kanac, de que estuvieron algun tiempo infestados antes de su conversion al catolicismo, en nada modificó sus ideas y hábitos. Únicamente á la luz de la verdadera fe se despertó su conciencia, iluminada y formada insensiblemente, y se suavizaron y purificaron poco á poco sus costumbres.

Hace pocos años los indios de Fangatau y de Takoto no tenian de hombres más que la apariencia exterior. La expresion de embrutecimiento que retrataba su semblante, la frente llena de arrugas y cubierta por largas greñas, la ferocidad de la mirada, todo revelaba la bestia salvaje mejor que el sér creado á imágen y semejanza de un Dios infinitamente bueno. Los niños eran abandonados, áun antes de llegar á la edad de la razon, viéndose en la precision de proveer por sí solos á su subsistencia. Los viejos y los enfermos, enteramente abandonados, terminaban miserablemente su triste existencia.



OBJETOS DE LAS ISLAS POMOTÚS

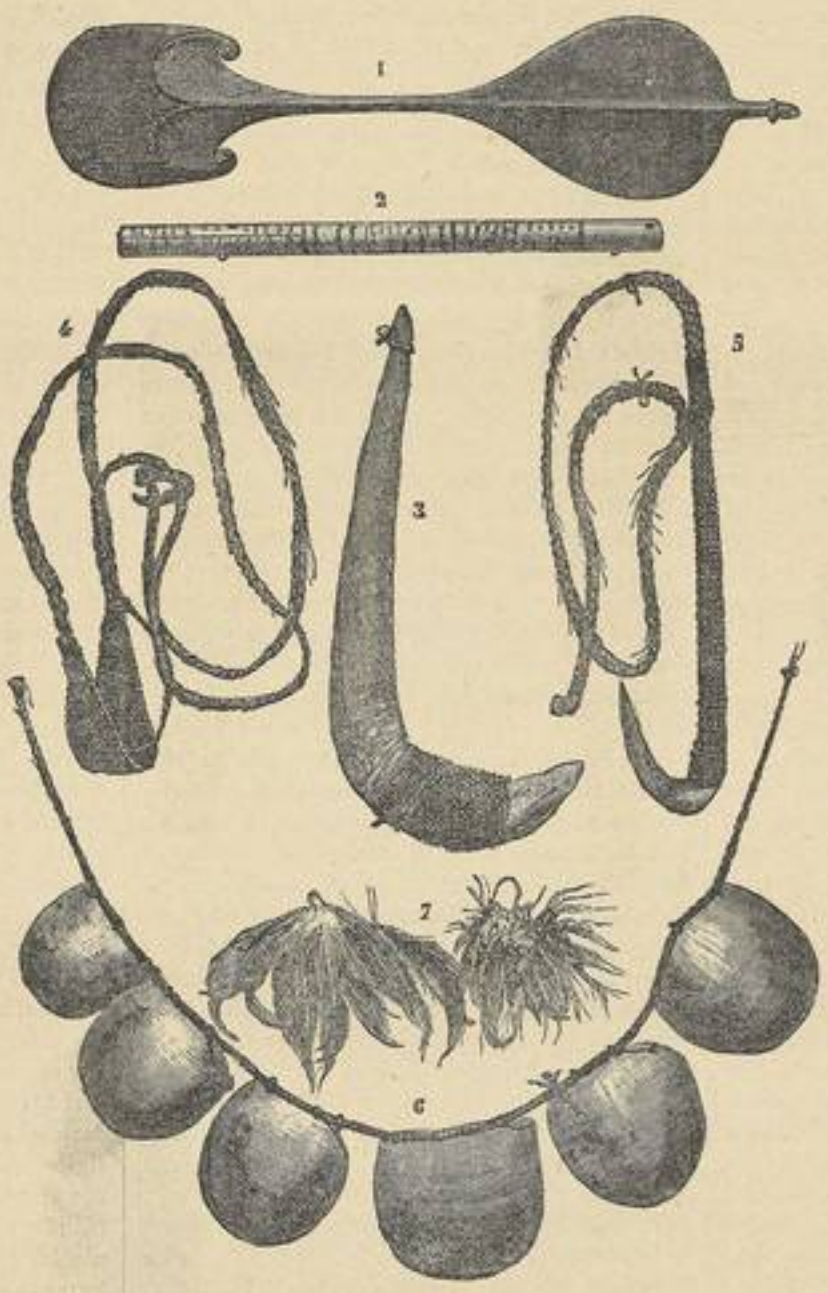
1. Idolo de las islas Marquesas.—2. Idolo de la isla de Pascua (*Rapanui*).—3 y 4. Pequeños idolos de coral, muy venerados en la isla de Fangatau.—5. Sierra con gruesos dientes de tiburon, con que los antropófogos de Takoto degollaban á sus prisioneros.

En 1872, durante mi estancia en Fangatau, un pobre anciano, sordo y ciego, murió de hambre en un rincon inhabitado de la isla, en donde su mujer, sus hermanos y sus propios hijos lo habian abandonado, sin víveres y enteramente falto de todo durante muchas semanas. De vez en cuando un pequeño niño de la escuela le llevaba un poco de agua fresca y algunos mariscos, hasta que un dia que le encontró agonizando, vino corriendo y lloroso á avisarme. Seguíle, y despues de mucho andar llegué á tiempo todavía para administrar los últimos Sacramentos al infeliz desamparado y recibir su postrer suspiro.

El domingo siguiente, oprimido por el dolor y lleno de justa indignacion, no pude menos de clamar en todos tonos, en la plática de la Misa, contra tanta incuria, crueldad y barbarie. Pero exceptuando los niños y muy contados indios, á juzgar por la fisonomía de mi numeroso auditorio, á penas conseguí mover aquellos corazones de bronce Al dia siguiente fueron condenados á trabajos forzados los más próximos y más culpables parientes del anciano.

En el estado salvaje nuestros pomotús vivian diseminados en las playas de sus islas, aunque agrupados en familia. El jefe ó miembro más influyente establecia ó consagraba su autoridad con la construccion de un *marae*, hecho que al mismo tiempo le instituia sacerdote único. Desde tiempo inmemorial el derecho de propiedad se habia introducido entre ellos por la ocupacion y el cultivo del territorio. Cada cocotero pertenecia al que lo habia plantado ó heredado de sus antepasados. Los páramos y bosques de *pandanus*, como tambien las porciones limítrofes correspondientes de la laguna interior, tenian por propietarios los indios que habian sido los primeros en fijar allí su morada ó en construir una choza.

Pero, aunque reconocido en principio, este derecho de propiedad distaba mucho, en la práctica, de ser respetado. Semejantes á una bandada de buitres que cae sobre una presa indefensa, los guerreros más poderosos y audaces, al morir alguno de sus vecinos, despojaban sin piedad á sus mujeres é hijos, arrebataban cuanto podian traer consigo, y usurpaban la tierra, echando de ella á los legítimos propietarios.



OBJETOS DE LAS ISLAS POMOTÚS

1. Baston para marcar el compás del canto y de la danza.—2. Flauta con que los indios, tendidos de espaldas y soplando con la nariz, acompañaban las rapsodias sagradas.—3. Instrumento hecho de marisco y atado sobre un trozo de madera con cuerda de coco, que servia de macana en los combates, de azuela para la construccion de chozas y de disciplina en los funerales.—4. Honda de raices de *Pandanus*.—5. Garfio de nácar que sirve como aparejo de pescar y arma de guerra.—6. Collar de nácares pulidos que los indios llevaban en sus combates y ceremonias religiosas.—7. Zarcillos de pluma de ave.

Otras veces nuestros insulares armábanse celadas y buscaban ocasiones para robar unos á otros sus bienes y sus mujeres. Sólo podia detenerles el temor de una vigorosa resistencia, de crueles represalias, ó de maleficios de algun hechicero, y de este modo su vida transcurria triste é inquieta entre la concupiscencia del mal y el temor de la venganza. Como muchas veces me han repetido, nunca tenian una noche enteramente tranquila. Velaban incesantemente lanza en mano, y hacian siempre guardia al rededor de sus chozas.

Sus armas ordinarias eran la lanza y el *kamia* (quijada de una gruesa anguila de mar sujeta á un palo á guisa de sierra), con la que desgarraban las carnes de sus adversarios. Si alguno de los combatientes era gravemente herido, la lucha continuaba largos dias hasta que los parientes del herido habian tomado venganza. Ordinariamente, más que causarse daño, procuraban amedrentarse con horribles visajes y gritos salvajes.

Cuando atacaban á sus vecinos ó eran atacados por ellos, servíanse tambien de la honda y de flechas armadas con espinas. En estos combates no se daba cuartel; herian implacablemente, sin perdonar sexo ni edad; y despues de descabezar los cadáveres hacian con ellos horribles festines.

No ha muchos años once guerreros de Takoto abordaron á Waitahi. Habiendo sabido, por la imprudencia de una mujer, que muchos de los suyos que llegaron antes que ellos habian sido muertos en la isla, resolvieron vengarlos. Uno de ellos pereció en la refriega, pero ni un solo habitante se libró de sus manos, pereciendo hombres, mujeres y niños. Los cadáveres fueron mutilados, y escogidos algunos trozos de carne humana para servir de festin.

La isla de Fangatau era en otro tiempo muy rica en cocoteros, pero hubo un ladron que, no contento con pillar los cocos, comenzó á cortar los mismos árboles para devorar su corazon; siendo lo peor que su ejemplo se hizo contagioso, y hoy los insulares se encuentran únicamente con algunos cocoteros que como por milagro se libraron de la devastacion general. La Providencia, siempre buena y pródiga con los mismos que abusan de sus dones, ha remediado en parte las consecuencias de tal imprevision multiplicando los mariscos, antes muy raros, y que parece no disminuyen aunque todo el mundo haga de ellos su comida cotidiana. Por lo demás, esta es con el *pandanus* la única y ruin comida de todos nuestros indios, pues de nada ó muy poco les sirve su miserable cultivo del *taro*, que crece muy raquítico. En Fangatau y Takoto el pescado no es apetitoso ni abundante, pero no es ponzoñoso como en otras islas vecinas. Durante los cuatro ó cinco últimos meses del año todas estas islas del Este son visitadas por las tortugas marinas, que vienen á depositar en la arena de la playa enormes cantidades de huevos y á caer en manos de los indios, muy codiciosos de su carne. Para la pesca de la tortuga pónense de acecho sobre prominencias de arena y de guijarros. Apenas una tortuga asoma la cabeza fuera del agua para respirar y agacharse, hácese una señal á los pescadores, y precipítanse inmediatamente en piragua ó á nado en persecucion de su presa. No obstante sus esfuerzos desesperados y la celeridad de su fuga, la pobre bestia no tarda en ser alcanzada y encerrada en un círculo de hábiles nadadores que á cada instante se acercan y estrechan sus filas hasta apoderarse de ella. Ordinariamente se deja prender, pero á veces al contacto de la mano que la coge, entra en furor y húndese repentinamente á profundidades inaccesibles arrastrando consigo á su aprehensor y convirtiéndole en prisionero y víctima suya si se obstina en no soltar la presa. A mi vuelta á la isla de Fakahina tuve el sentimiento de saber que habia perecido tan miserablemente uno de nuestros cristianos.

En otro tiempo la tortuga era directamente remolcada á tierra ó bien conducida en una piragua. Apresurábanse á cortar la parte más brillante de su concha para ofrecerla en homenaje á la divinidad. Al efecto colocábanla delante ó detrás de la piragua en un pequeño y lindo tabernáculo dispuesto para contener la parte que estos isleños nunca dejaban de reservar á sus ídolos cada vez que iban á la pesca. Al saltar en tierra sujetaban la tortuga á uno ó dos palos, y dos ó cuatro hombres estaban encargados de conducirla al pueblo. Seguian los demás pescadores saltando, danzando y prorumpiendo en aguda gritería. Toda la poblacion salia á su encuentro, mezclábase en sus danzas y respondia á sus vociferaciones. La tortuga era llevada al *marae* y volvíanla de espalda para que no se escapase mientras esperaban la hora del sacrificio.

Tales eran las tradiciones y costumbres de las islas que evangelicé, hace algunos años, en el fondo del archipiélago de las Pomotús. Evidentemente no eran propias y exclusivas de aque-

llos isleños, sino generales y comunes á los demás archipiélagos del Este y del Oeste (1). Segun todas probabilidades fueron importadas del Oeste al Este por los primeros aventureros que allí se fijaron.

En Takoto cuentan sólo seis generaciones desde la llegada de los primeros habitantes de la isla conocidos. La poblacion habia llegado en estos últimos tiempos al considerable número de 500 individuos cuando menos; pero una epidemia, y más aún la pérdida sucesiva de muchas embarcaciones, la han reducido á poco más de 200. Tal es tambien la poblacion actual de Fangatau. La de Fakahina es inferior.

Estas tres islas, las últimas evangelizadas de las Pomotús, han venido á ser, por decirlo así, las primeras á causa de la inmensa ventaja que sobre todas las demás tienen de ser católicas sin mezcla alguna de herejía. He pasado sucesivamente de seis á diez meses en cada una de estas islas, y he trabajado sin descanso en catequizar la poblacion, en crear escuelas, en formar maestros, catequistas y obreros, y en construir iglesias y escuelas.

Todos los indígenas están bautizados, y aunque ya no existen en medio de ellos la poligamia y el concubinato público, las costumbres de muchos dejan todavía mucho que desear. No se matan ya como antes, pero á veces todavía las mujeres se cogen del cabello y los hombres se dan de mojicones, al menos en Takoto. A veces tambien, en un primer movimiento de cólera, cogen la lanza ó el arpon y lo blanden lanzando gritos salvajes: últimos restos de la antigua barbarie, que confio desaparecerán cuanto antes bajo la poderosa accion de la gracia.

Concluiré dando á conocer una profecía pagana que anuncia en términos claros y precisos la llegada del misionero católico á estas islas. Hace seis ó siete años, cuando el *brick* de Mangareva tocó en Takoto, algunos católicos del primer punto ó pomotús saltaron en tierra y procuraron atraerse los naturales y darles alguna idea del gran Dios de los cristianos, anunciándoles que pronto algunos misioneros de Europa vendrian á instruirles. Entonces levantóse el gran sacerdote y les dijo que ya lo sabian, pues un dia, ofreciendo un sacrificio en el *marae*, el ídolo le dijo que en breve todos los dioses y todos los antepasados del *marae* enmudecerian, que el mismo *marae* quedaria abandonado, y que toda la poblacion de Takoto serviria á un Dios extranjero, más poderoso que ellos, y que les seria anunciado por sacerdotes vírgenes, vestidos con traje largo y negro.

Se ha realizado la profecía. Los *maraés* no solo han sido abandonados, sino destruidos, y con sus piedras esparcidas se ha construido un templo y un altar al verdadero Dios, á quien nuestros kanacs se consideran felices en conocer, adorar y servir.

---

(1) El P. Montiton escribia esto en 1874. Recibido por Pio IX en Agosto del mismo año, tuvo el gusto de ofrecer á Su Santidad los ídolos y la mayor parte de los objetos representados en los grabados de las págs. 348 y 349.

Muy á pesar suyo el P. Montiton no pudo volver á su querida Mision. Su quebrantada salud exigia un clima menos cálido y un régimen alimenticio mejor, por cuyo motivo sus Superiores le destinaron á las islas Sandwich. Embarcóse al efecto en el Havre para Nueva-York el 7 de Noviembre, y desde esta ciudad se dirigió á Honolulu por la via de San Francisco. Pocos dias antes de partir escribia lo siguiente: «Hubiera sin duda preferido continuar mi apostolado en las islas Pomotús, en donde he vivido tantos años; mas por otra parte voy sin repugnancia alguna á las islas Sandwich, en la esperanza de que podré ser útil entre nuestros buenos leprosos de Molokai...»

UN MONUMENTO A SAN FELIPE NERI

EN LA CIUDAD DE ROMA

Los socios del Círculo de la Inmaculada de la juventud de Roma han resuelto promover la ereccion de un monumento al Apóstol de Roma moderna, san Felipe Neri, para el centenario de su muerte, esto es, el 26 de Mayo de 1895.

Fácil es contestar á quien preguntara la razon de un monumento á este Santo en los dias que alcanzamos. Así como en san Francisco comienza manifiestamente el renacimiento civil italiano, y de aquí el europeo; así en los Santos, grandes por la caridad, del siglo de san Felipe, y principalmente en él, que en Roma fué como el maestro de la misma, se puede decir que comienza cuanto de cristiano tiene la civilizacion moderna: de aquí que todas las naciones glorifican en él el despertar del espíritu de caridad con el trabajo dirigido á la renovacion social cristiana, hoy por todos deseada. El pensamiento del monumento frente á la obra de los que quieren separar lo que Dios ha unido, obra apta sólo para destruir, es un pensamiento de union: un pensamiento de caridad que abrace en la vida moderna todo lo que con la caridad es conciliable; un pensamiento de júbilo por la nueva exaltacion de la Cruz de Jesucristo, á que asistimos, fundada en la humildad impulsada por la mansedumbre y por la castidad, y realizada con la abnegacion en la caridad omnipotente, que es la vida de la obra divina.

San Felipe, ingenio artístico de florentina elegancia, tan culto que sus familiares creian que tenia, no sólo la sabiduria moral, sí que tambien la ciencia positiva, de lo alto, se oscureció en la humildad y se ocultó en la vida común; atendiendo á la pureza del corazon, para poder acoger seguramente en él á los hombres todos y más á los infelices esclavos del pecado y clamar á Dios con el grito que le reconcilia con las almas: de aquí la inagotable caridad que le hacia ser *padre*, al par que *del alma, del cuerpo* de los necesitados y partícipe de casi todas las obras piadosas que tuvieron orígen en su tiempo. Docto y poeta, despreció la doctrina vana y la poesía que atrae el aplauso, humillándose á inspirar, pero tambien con aquellos medios, en los jóvenes la sabiduria que se oculta en la locura de la Cruz: despreció toda vanidad humana por el verdadero bien de los hombres, y le fué dado trocar el fausto de aquella edad sucia y ostentosa, en el sentimiento de órden, sobriedad y sencillez, que hacen de la misma vida una obra de arte llena de elegancia y de gracia. Amando como amaba la palabra divina, de que fué restaurador, la verdad y la belleza, y por consiguiente la humildad, movió á Baronio á renovar con los *Anales* documentados la historia, y á Palestrina, por medio de Animuccia, la música; iniciando el mejor florón de la civilizacion moderna, el verdadero arte que de la verdad vive y la hace ser una no vana palabra de amor.

Por esto los promovedores se proponen hacer que la humildad del Apóstol de Roma sea exaltada en nuestros dias por el arte: buen remedio propuesto á la vanagloria, fermento de la presente corrupcion. Y esperando que esto deba ser como el sello de Roma á toda la parte cristiana, que es la mayor parte, de la civilizacion europea, y particularmente de la italiana que en Roma precisamente se realiza siempre, convirtiéndose en católica, esto es, universal.

En la noche despues de la festividad del *Corpus Christi* de 1889, aniversario de la muerte de san Felipe.

Caballero Aristides Leonori, *Presidente*.—Abogado Don Atilio Simonetti.—D. Francisco de los Príncipes Massimo.—Antonio Saracini.—Luis Costantini.—Felipe Cancani.—Francisco Faliesi, *Secretario*.

(De *Il Divin Salvatore*).

LOS ESPÍRITUS DE LAS TINIEBLAS

POR EL P. JUAN J. FRANCO, S. J.

I

Reconocen unánimes todos los historiadores de la antigüedad pagana y cuantos en los modernos tiempos han estudiado las civilizaciones de aquellos pueblos, que era signo infalible de decadencia el incremento de las supersticiones religiosas. Dentro la misma idolatría estuvo en las primitivas razas el culto á los falsos dioses circunscrito á determinadas ceremonias religiosas harmonizadas con firmes creencias, de las que se derivaba cierta severa moral que influia á la vez en la rigidez de las costumbres públicas y privadas. Empero, á medida que la extension de los territorios, por efecto de las conquistas, producia mayor riqueza en los conquistadores, y como consecuencia de éstas mayor relajacion en las costumbres, tomaban carta de naturaleza nuevos cultos, debilitando las creencias nacionales; y la mal cimentada fé en sus divinidades iba desapareciendo al impulso de las invasoras teogonías de los pueblos conquistados.

En este vaiven de creencias y en medio de la disolucion general de costumbres aparecian siempre, cual causa y efecto á la vez, la invasion é incremento de supersticiones populares. Esta es la historia de todos los pueblos de la antigüedad, pero singularmente del romano, compendio y síntesis de todas las naciones de la tierra, como lo fué de todas sus civilizaciones. Es un estudio altamente instructivo, al par que soberanamente doloroso, el del imperio romano, que dueño del universo por su valor, por sus virtudes, por su política, cayó hasta el abismo de la ignominia por sus vicios, por sus liviandades y en buena parte por sus supersticiones. La catástrofe del siglo IV acabó con su organizacion y con sus ídolos, y despues de cruentas luchas que duraron algunos siglos, quedaron establecidas las naciones modernas alumbradas por la luz del Calvario. Al resplandor del Evangelio se disiparon las densas nieblas de la idolatría, y el enemigo del género humano apenas si pudo dejar sentir su accion en entendimientos vulgares ó exaltados, oculto en las tinieblas de los antros, en las aquelarres de los montes ó en los misterios de sectas nefandas y perturbadoras. Con la civilizacion cristiana desaparecen las supersticiones; y apenas se debilita la fé, vuelven á retoñar con más fuerza, envolviendo en sus redes las almas que se apartan del sendero y de las enseñanzas de la Iglesia.

La base en todos tiempos de la supersticion es el comercio de los hombres con los espíritus, y ésta aparece ya en los mismos libros sagrados anatematizada por Dios y condenada á tremendos castigos. Pues bien, nuevamente hoy se reproduce con formas no siempre diversas la accion del enemigo del hombre, empleando en su seduccion los elementos sobrenaturales de su poder y fascinando con ellos las inteligencias, que, orgullosas con su saber, no se someten dóciles á los preceptos de la Iglesia.

Para estas almas débiles ó extraviadas nada más poderoso para retenerlas ó arrastrarlas en el camino de su perdicion que los misterios del moderno *Espiritismo*. En el fondo no son otra cosa que reproduccion de los antiguos engaños,

con los cuales Satanás pretende arrebatar á Dios el culto y oracion que le son debidos. Mas comprendiendo astutamente que rara vez el hombre se pondria en abierta lucha con su Criador, ni se prestaria á tributar homenajes públicos al espíritu del mal, excita su innato afan de saber; los sentimientos extraviados de corazones nobles en unos, y en otros las ruines pasiones de disolucion y lujuria; y por los medios sobrenaturales de que está en su naturaleza el valerse, combate en sus cimientos la fe de Jesucristo, intentando crear una nueva religion sobre las ruinas de la Iglesia católica, y elevar su trono (si á tanto le fuese dado) frente á frente del de Dios.

Este es el trabajo del infierno y á esto conducen todas sus obras. El plan es conocido, y la Iglesia advierte los movimientos del enemigo á sus hijos para librarlos de caer en sus celadas. Su poder casi omnipotente en las antiguas sociedades, antes de la venida de Jesucristo, se halla quebrantado desde la redencion: empero si el hombre, libre de escoger los caminos de su ventura ó infelicidad eternas, no somete su razon á las enseñanzas de la Iglesia, indudablemente se verá arrastrado al abismo de su perdicion.

Por esto en las sociedades vivificadas por la fe de Jesucristo la accion de Satanás es artera y simulada: así ya fingiendo algunas veces el deseo de mayor perfeccion, ya estimulando en otras el anhelo de conocimientos incompatibles con la existencia del hombre en la tierra, separa á éste sin sentirlo, y sin apercibirse apenas, de los caminos seguros de la fe, para lanzarse en los inciertos y peligrosos de adivinaciones y misterios. Llama por eso incesantemente la Iglesia la atencion de los fieles para precaverlos de estas emboscadas, y á medida que se multiplican y revisten caracteres más difíciles de conocer, se levantan apologistas en el campo cristiano que descubren el daño que amenaza á la sociedad de desoir la voz de los Pastores de Israel, y ponen en evidencia las trazas del enemigo de los hombres.

No puede negarse que el Espiritismo moderno, sucesor y resúmen y compendio de todas las antiguas supersticiones, á excepcion, por ahora, de las sangrientas hecatombes que no tardarán en aparecer, constituye tal vez el mayor peligro para la sociedad cristiana á la que aparta con sus nefandas ceremonias las más veces, con sus oposiciones satánicas siempre y con sus juegos diabólicos, no de prestidigitacion y embeleco, aparta, decimos, de la fe en Jesucristo y en su Iglesia, arrastrando las inteligencias humanas al desvarío, la moral á su disolucion, la familia á su ruina y la sociedad á su total aniquilamiento. Esto se hace cada dia más evidente. Con los estertores de nuestra moderna sociedad agonizante cunde y se propaga, y no obstante hay ciegos que no lo ven, cándidos que lo disculpan y malvados que lo niegan. Importaba, pues, que sobre esta materia se hiciese luz, pero muchísima luz, cual siempre lo hace la Iglesia. Esta ha hablado, y es bastante para que nadie pueda llamarse á engaño; el error se halla manifiesto, y por esto los procederes y la táctica del enemigo han cambiado. Pues en este terreno tambien se le persigue y se suceden los escritos á los libros, á la conversacion la polémica, y en todas partes se difunde la verdad atacando la superchería y la irreligion, y descubriendo hasta el fondo los planes y ardides del enemigo.

Graves, profundos, llenos de doctrina y saber son los autores que en el terreno de la especulacion y de la ciencia, de la filosofía y de la teología, han combatido en toda la sociedad cristiana las funestas doctrinas del espiritismo; pero entre todos, sin duda alguna, merece la primacía el libro que nos proponemos dar á conocer y que en lujosa edicion ha publicado la casa editorial de esta ciudad La Hormiga de Oro. Bien merecía esta distincion la obra titulada Los espíritus de las tinieblas, porque es, sin duda alguna, la mejor que ha salido de la clásica pluma de aquel insigne pensador y polemista.

Conocedor profundo de los misterios de aquella nefanda secta y del comun procedimiento para allegar prosélitos, ya en los salones de elevada alcurnia, ya en el hogar de modestas familias, lo mismo en los alcázares de los reyes que en el miserable tugurio de los pobres (por más que la secta sienta asco á la verdadera pobreza), en este su propio terreno le ha presentado combate, dejando á los filósofos y teólogos la lucha de la escuela y de la cátedra. Polemista hábil, el Padre Franco no ignora que el espiritismo no resiste una discusion científica, y que por tanto la rehuye frente á frente de sus adictos. Esta secta halla su fuerza en el espíritu novelero y sentimentalista moderno, en el de la impresionabilidad de gente de débil inteligencia y de vacilantes creencias; por esto presenta el aparato de funciones y escenas de sensacion, en las que la intervencion manifiesta de los Espíritus de las tinieblas facilita la caida y seduccion de muchas almas.

Pues bien; el P. Franco, sin dejar de indicar incidentalmente uno solo de los argumentos que pulverizan los errores espiritistas, presenta en *imaginaria* relacion los *reales* procedimientos que utilizan los sectarios para arrastrar á los incautos y sostener á los vacilantes; y en cuadros de vivísimo interés y de sin igual atractivo, pone al desnudo los peligros dé seguir una creencia reprobada siempre por la Iglesia y hasta por el sentido comun; la despoja de la novedad y aparato que reviste para ocultar el cieno en que vive y se agita, y descubre la intervencion satánica bajo el oropel de sus experimentos, descubriendo el fin maléfico que se propone obtener.

El texto es maravilloso y corresponde al plan de la obra perfectamente concebido, que alternando con episodios admirables, se desarrolla arrastrando á cada página la atencion del lector. En otro artículo la examinaremos detenidamente: por hoy bastan estos ligeros apuntes para recomendar un libro que comprendió el P. Franco que debia editarse con lujo para abrirse paso en el mundo que gime bajo la influencia del espiritismo adulador y rastrero, que pisa alfombras y viste seda y brocatel, si asi conviene. Tal aparece la edicion española, digna de figurar al lado de tantas y tantas obras extranjeras como se cuentan en nuestras librerías y adornan los veladores de nuestros salones, con la ventaja, sobre las mismas, de una economía en el precio que permite su adquisicion hasta á las más modestas fortunas.

Así comprendemos la verdadera propaganda, adoptando el autor una forma agradable y simpática para tratar los más árduos problemas que agitan la sociedad, y hallando en editores de conciencia toda la cooperacion necesaria en las condiciones artísticas y editoriales para interpretar el pensamiento del autor.

F. M.

LOS ANGELES ANTE EL SEÑOR

(EN LA MUERTE DE UNA NIÑA)

I

Los ángeles

Señor, cuyas miradas
Visten de fuego
Los mil soles que alumbran
El firmamento;
Hoy á tus plantas
Los ángeles postrados
Buscan un alma.

En espléndida cuna
Sobre la tierra,
Duerme un ángel el sueño
De la inocencia;
¡Y es tan hermoso
Que sin duda ha nacido
Para nosotros!

Señor, si sólo espinas
La tierra brota,
Si la tierra es el valle
Donde se llora,
¡Ay! ¿en la tierra
Que hará un ángel tan lejos
De tu presencia?

El ángel que ha nacido
Tambien nos busca,
Y nos habla en secreto
Desde su cuna.
¡Abrenos paso,
Y bajemos al mundo
Por nuestro hermano!

II

El Señor

Arrulladoras arpas,
Voces angélicas
Que dejais en mi gloria
Música eterna:
¡Nuevos rumores
A vuestro acento ensayan
Mundos y soles!

Vistan mis serafines
Bandas de perlas;
Borden mi azul alfombra
Flores de estrellas.
¡Gloria al que nace
Y vuestro Dios lo elige
Para sus ángeles!

Tended, tended las alas,
Ángeles mios;
Desocupad la cuna
Del tierno niño.
¡Y aquellos ojos
Cerradlos... para abrirlos
Entre nosotros!

No llorarán sus padres
Cuando ella espire,
Mientras miren al cielo
Y en mi confien;
¡Porque ellos saben
Que si pierden un hijo,
Ganan un ángel!

III

El poeta

Sus manos están yertas;
Su lábio, frio;
¡Qué hermosa está! ¡parece
Que se ha dormido!
¡Padre, silencio!
No despiertes la niña
Que está durmiendo!

Entre flotantes nubes
De rosa y oro,
Los ángeles la llevan
Sobre sus hombros.
¡Dichoso el padre
Que da á la tierra un hijo
Y á Dios un ángel!

Antonio F. Grilo.

MISCELÁNEA

En una reunion que han celebrado en Jaen los masones, uno de ellos dijo:

«Señores, voy á hablar, no os admireis...»

Hizo bien en advertirlo.

Porque allí todos creian que lo menos iba á rebuznar.

«Bien poco valgo...»

Ya lo creo, tan poco, que nadie daria por él un céntimo.

«Somos todos masones y podemos hablar con franqueza. Nuestro progreso moral y científico, preciso es confesarlo, es muy escaso.»

¡Magnífico!

Si eso lo hubiera dicho uno de nosotros, nos comen crudos; pero como lo dijo un colega, lo tragaron como pan bendito.

La laicanallería de Valencia ha repartido con profusion una hoja clandestina contra los frailes y contra los católicos. De aquellos dice todo lo que se puede suponer, y de estos todo lo que se puede imaginar.

La hoja tiene por objeto excitar á todos los laicafres para acabar con los católicos, proponiéndose empezar por disolver á palos las manifestaciones públicas de piedad.

—«No falteis, amigos, que es preciso atajar la reaccion religiosa que crece á escape.»

Así termina la proclama de los laicrofulosos valencianos.

Lo trasladamos á *Las Demonicacales* que no cesa de repetir que el catolicismo está muerto.

Por lo demás, los propósitos del libre-pienso no nos cogen de sorpresa.

Ya hemos dicho que en esta época abunda la hidrofobia, y ya se sabe que para bien libre-pensar es necesario solamente saber laicocear.

Recientemente falleció en Osuna el que fué Catedrático de la Universidad Central, D. Antonio García Blanco, presbítero, que tuvo la desgracia de secularizarse y vivir á lo láico, aunque no llegó á apostatar.

Los periódicos sectarios dieron cuenta de su muerte, y con tal motivo han pretendido hacer ver que *todas las personas ilustradas*, como el Sr. García Blanco, se separan del Catolicismo.

Pues bien; esto es una mentira más, ó una farsa más de la prensa impía. El Sr. García Blanco ha muerto como mueren los buenos cristianos, arrepentido de sus faltas; con los sentimientos del más fervoroso católico, segun con gran satisfaccion hemos leido en los periódicos de Jeréz de la Frontera.

¿Qué tal? ¿Qué se infiere una vez más de la conducta de la prensa impía?...

Ahora de seguro que no llamará ilustrado al Sr. García Blanco: que los elogios y las censuras de los laicinicos ya se sabe lo que significan.

Por lo demás, la muerte cristiana de Camús; la muerte cristiana de García Blanco, y la de tantos y tantos de que hay diaria noticia, bastarian por sí solas para demostrar la falsedad de las negaciones libre-pensadoras que, si alguna vez llegan á dominar á los entendimientos elevados, éstos las dejan en el terrible trance, como tardo perjudicial é inútil y que sólo sirve para acongojar la conciencia humana que suspira por la inmortalidad.

Una academia francesa concede anualmente un premio de 2,500 pesetas al ciudadano que más se haya distinguido por actos de abnegacion. Son muchos los que se disputan la recompensa, no tanto por el dinero, dice un periódico, como por la honra que el triunfo proporciona. Este año se ha llevado el premio uno que no aspiraba á él: el sacerdote Brassier.

El no le pretendió; pero los habitantes de una extensa comarca formaron un expediente, que fué presentado al Jurado, y son tantos los rasgos sublimes de caridad y abnegacion del humilde sacerdote francés, que el tribunal, á pesar de no ser ni mucho menos, amigo de los Curas, no ha tenido otro remedio, en vista de tanto heroismo, que conceder el premio á Brassier, cuyos méritos han formado contraste con los huecos y fríos de algunos láicos.

Habia en el ejército prusiano un oficial, nada menos que el príncipe de Croy, que llamaba la atencion por la apostura y gallardía de su cuerpo, no menos que por las dotes singularísimas de su caracter. Exacto cumplidor de su deber, afable con todos, estudioso, inteligente como el que más, se habia granjeado el afecto de todos los compañeros que le conocian y trataban. Hace pocos dias este jóven, á quien la carrera militar ofrecia un brillante porvenir, y mil consideraciones lo distinguido de su alcurnia, lo ha dejado todo para ingresar en un monasterio.

ACTORES CHINOS DE PRIMERA CLASE (SEGUN FOTOGRAFÍA)

SECCION RECREATIVA

MOLINETE DE AIRE CALIENTE.—Se toma una tarjeta de visita, á poder ser algo grande, ó un naipe, ó cartulina cualquiera, ó bien un papel ordinario.

Se le cortan las esquinas de modo que quede formando un círculo como una hostia.

Del dicho círculo se corta en espiral una tira, hasta llegar á dejar en medio de él sólo un círculo pequeño.

Se toma un alambre, como de un palmo, ó mayor, y se le dobla formando ángulo.

Se alarga la espiral, que formará un cono ó caracol entrelargo, y se hace descansar sobre una punta del alambre el circulito que quedó en medio de la espiral.

Se acerca al tubo de un velon encendido, de una vela ó cocinilla de donde salga aire caliente, y éste al pasar por la espiral, hace dar vueltas al molinete.

En el mismo principio se fundan las turbinas de agua.

FORMAR UN PUENTE CON TRES CUCHILLOS.—Se toman tres cuchillos de hoja flexible, y se ponen sobre la mesa de modo que se toquen las puntas, y los mangos estén en direcciones opuestas, como si los cuchillos fueran radios de un círculo, cuyas puntas estuvieran en el centro, pero cuidando que las extremidades de los mangos disten igualmente entre sí, poco más ó ménos.

Entonces se hacen avanzar los cuchillos hasta que *cada una de las tres hojas pase por encima de la de uno de los otros dos, y por debajo de la del otro.*

Puestos así, se colocan haciendo descansar los mangos sobre tres vasos ó copas, y se puede cargar bastante peso sobre las hojas así cruzadas.

ROMBO

Sustituir los puntos con letras que leidas vertical y horizontalmente nos dén: 1.° Consonante; 2.° Instrumento de segador; 3.° Nombre que se dá al que realiza hechos insignes; 4.° Nombre primero de una importante publicacion que conocen nuestros lectores; 5.° Nombre propio de varon; 6.° Latino, y 7.° Vocal.

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 15

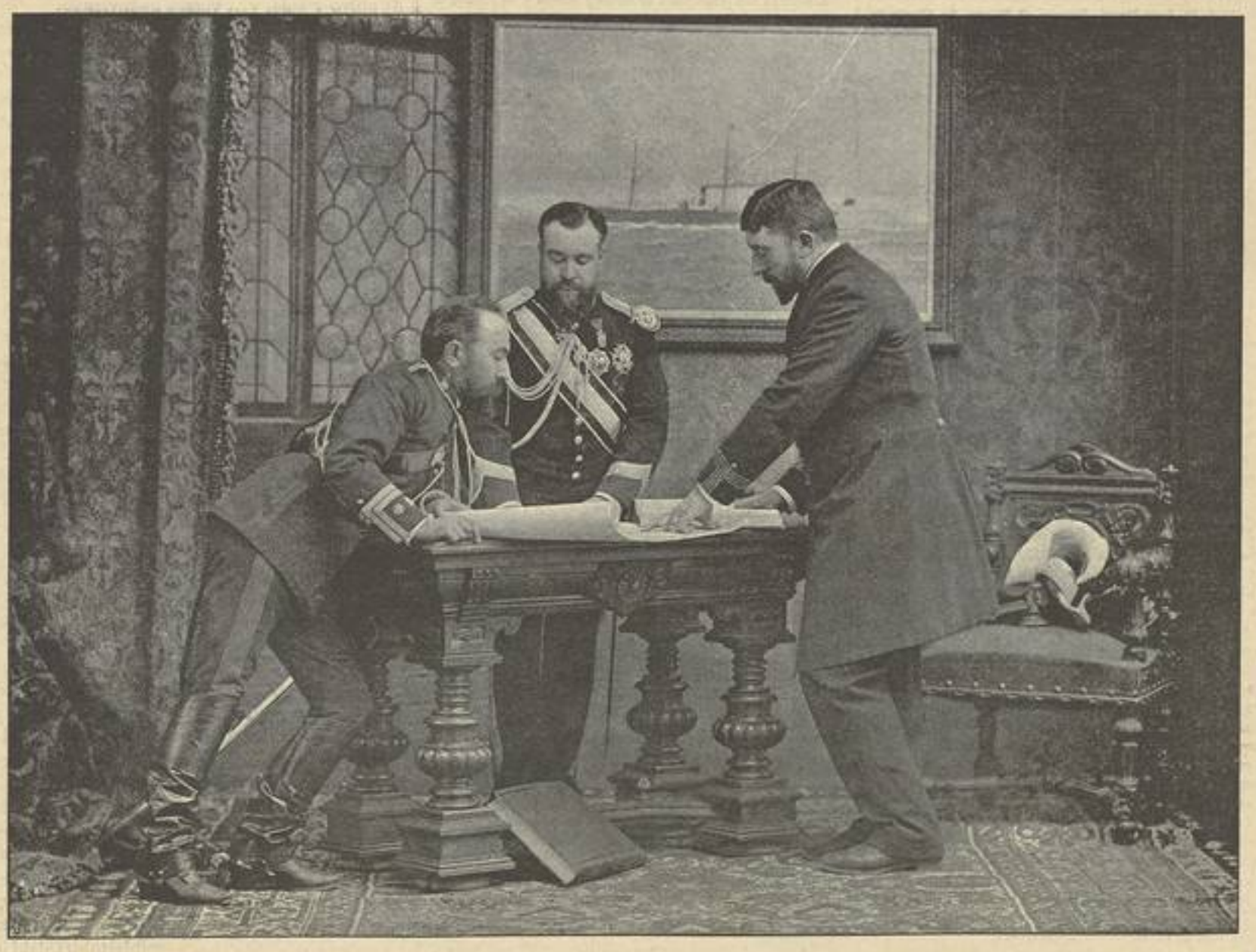
Blancas.	Negras.
1. A f2-g1	1, R P o A juega
2. T ó C da *mate*.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 17 DE AGOSTO | SÉRIE II.—NÚM. 86

EXPOSICION FLOTANTE ESPAÑOLA



D. RICARDO BALLINAS DE QUIÑONES

Delegado del Gobierno

EXCMO. SR. CONDE DE VILANA

Director de la Exposicion

D. JOSÉ TORRAS Y FERRER

Capitán del vapor *Conde de Vilana*

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La Revolucion del 89* (continuacion).—*La hermosura por castigo*, por Juan E. Hartzenbusch.—*Notas sobre el Japon*, II.—*Los dos caminos* (continuacion), por Matilde Bourdon.—*A doña María del Pilar Balaguer de Rubió en la muerte de su piadosa madre* (poesía), por Luis C. Viada.—*Los Espíritus de las tinieblas*, II; por F. M.—*Suspiro* (poesía) por Juan A. Saco y Arce.—*Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Excmo. Sr. Conde de Vilana, iniciador y director de la Exposicion flotante española.

Don Ricardo Ballinas de Quiñones, delegado del Gobierno para la misma.

Don José Torras y Ferrer, capitan del vapor *Conde de Vilana*.

La Exposicion flotante española se inauguró solemnemente en Barcelona el 26 de Abril último, con asistencia de las autoridades, corporaciones y representantes de la prensa. Los diversos productos de la industria nacional se habian colocado en caprichosas y elegantes instalaciones en el magnífico vapor *Conde de Vilana*, que despues de detenerse en distintos puertos de la Península debía hacer rumbo á la América del Sur, asumiendo la doble representacion de la España de ayer, gloriosa por sus atrevidas empresas, y de la España de hoy, laboriosa y productora.

La Cruz de Santiago, enseña del buque, sirve hoy de guion á los campeones del trabajo, y hacemos votos para que el éxito corone los nobles esfuerzos de los que dedican su actividad á tan levantado propósito y con él logren tan señaladas victorias, aunque de órden completamente distinto, como las que nuestros antepasados lograron por medio de las armas.

En el grupo que reproducimos, tomado de una fotografía directa de D. Juan Martí, figuran el Excmo. Sr. Conde de Vilana y de Casani, director de la Exposicion flotante española, á cuya iniciativa y propio y único esfuerzo se debe la realizacion de dicha empresa; el teniente coronel de artillería, D. Ricardo Ballinas de Quiñones, delegado del Gobierno y representante de la Comision Expositora, que tiene una brillante hoja de servicios y es uno de los más distinguidos oficiales del ejército español y del Cuerpo á que pertenece; y D. José Torras y Ferrer, capitan del vapor *Conde de Vilana*, experimentado marino á quien por sus especiales conocimientos náuticos se le confió ya, á los 18 años, el mando de un buque destinado á la carrera entre los puertos de Barcelona y los que baña el Plata.

Yeyas, fundador de la dinastía de los taikunes del Japon.

Keiki, último taikun.

Muts'hito, actual mikado del Japon.

Yeyas, conocido en la historia con el nombre de Daifosama, fué el fundador de la dinastía taikuna de los Tokugawa, que reinó en el Japon hasta 1868. Señor de ocho provincias, habia sido designado por Taicosama (1585-1598) como tutor de su hijo el príncipe Hide-yori, que sólo contaba seis años. En 1600 hízose nombrar Daifosama por el mikado, y en 1603 recibió el de *kubo, shogun ó taikun* (generalísimo). En 1605 usurpó el poder y procuró hacerlo hereditario en su familia asociándose á Fidetada, su segundo hijo, con el cargo de kubo. Murió en 1616, dejando á Fidetada un poder no disputado.

El último taikun, Keiki, de la casa de los Hitots'bashi ó Shtots'bashi, que lo habia adoptado y cuyo nombre tomó, habia sucedido á Kii en 6 de Enero de 1867.

El actual mikado Muts'hito, segundo hijo del emperador Komei-Tenno, es el 123.° Nacido en 3 de Noviembre de 1850, sucedió á su padre en 3 de Febrero de 1867, y casóse á principios de 1869 con Haru-Ko, hija de Itchidjo-Tadaka, noble de segundo grado. Muts'hito, rompiendo con las viejas tradiciones de su país, ha obrado en el Japon una gran revolucion social, política y religiosa, promulgando una Constitucion modelada segun las de Europa, asimilando hasta á los trajes de las Cortes europeas los de la suya propia.

Promulgacion de la nueva Constitucion del Japon por su actual mikado.—Véanse *Notas sobre el Japon*.

Féria de Valencia: *Entrada por el puente del Real.—Carro-farol.—Pabellones del Ayuntamiento, del Círculo Valenciano, del Casino Nacional y de la Sociedad de Agricultura*.

La ciudad del Cid celebra anualmente diversos festejos en los últimos dias de Julio, durante los cuales se convierte la famosa Alameda en real de la féria, y por ende en punto de reunion de valencianos y forasteros.

El número de casillas ocupadas este año por los feriantes ha sido mayor que en los anteriores.

El *Arco de la Diputacion* que daba entrada al paseo por el puente del Real, presentaba hermosa perspectiva, siendo de notar sus artísticos adornos y su profusa iluminacion.

Despues se encontraban las *horchaterías* ó improvisados *restaurants*, y más adelante los pabellones de Nuestra Señora de los Desamparados, de las Escuelas Dominicales (ambos tómbolas), de la Agricultura, el Municipal, iluminado por más de trescientos focos eléctricos, el del Comercio y el del Casino Nacional.

Poco atractivo ofrece durante el dia el real de la féria; muy al contrario de las noches, que se convierte en paseo comun. De nueve á una el aspecto de la Alameda es fantástico. Miles de luces á la veneciana, en combinacion con las de gas, prestan á la féria el atractivo requerido, que sube de punto ante la gran procesion de gente que, á semejanza de los ríos que desembocan en el mar, se dirige al punto obligado de reunion para pasar una velada agradable, oyendo las músicas, presenciando el disparo de un castillo de fuegos de artificio ó viendo quemar la estruendosa traca.

Las fiestas celebradas este año han consistido en la inauguracion de un Asilo donde puede darse albergue durante la noche á 38 pobres: carreras de velocípedos, certámen de tiro, juegos florales por *Lo Rat Penat*, certámen musical, fiesta de las flores y gran retreta militar. Cerraba ésta un verdadero monumento artístico, un grandioso *carro-farol* de 34 metros de superficie y 12 de altura. Rodeaba la plataforma un muro almenado, levantándose en su centro una torre octogonal de dos cuerpos, que coronaba una hermosa farola, cuyo remate era una corona y sobre ella el histórico *Rat Penat*. Trofeos de banderolas, escudos, armas y guirnaldas de flores adornaban la atrevida obra del oficial señor Benlloch. Arrastraba el carro un tiro de 41 mulas.

Vista de Teruel desde el puente de hierro.—Asentada sobre una meseta de bastante elevacion, en la carretera de Zaragoza á Valencia y á la izquierda del Guadalaviar, se alza la ciudad de Teruel, capital de la provincia de su nombre. Fundada por los capitanes y soldados de Alfonso II de Aragon en 1171, conserva todavía parte de sus desmoronados muros, altas y moriscas torres, levantadas sobre arcos que por su pié abren paso á las calles con pintoresca osadía, y regulares edificios.

Lo empinado de sus cuestas, lo tortuoso de sus calles y el mezquino aspecto de sus casas, hacen menos bella por dentro esta poblacion que vista por fuera, que es por donde se descubren sus principales edificios y torres y se admira su soberbia posicion.

Hecha ciudad en 1348 por Pedro IV de Aragon, fué tomada por D. Pedro *el Cruel* de Castilla en 1364, y abandonada en 1367.

Souchet la ocupó en la guerra de la Independencia.

Tiene Teruel, junto con los arrabales, 9510 habitantes, y encierra un Instituto de segunda enseñanza, Escuela normal, Seminario conciliar, Diputacion, Casa Consistorial, Catedral, seis iglesias, Casa de Misericordia, Hospital, Asilo, etc., etc.

El puente de hierro, edificado sobre los cimientos del antiguo que conducía al otro lado del rio, sirve para dar paso á la carretera de Teruel á Tarancon, ó de Cuenca, como comunmente se la llama.

Hecho el proyecto en 1862 por el ingeniero D. Luis Corsini, fué edificado en los años siguientes hasta Setiembre de 1865, en cuya fecha se inauguró.

Momias de D. Diego de Marcilla y D.ª Isabel de Segura, vulgarmente conocidos con el nombre de *los amantes de Teruel*.—Muertos estos personajes históricos en 1217, guárdanse sus restos á pesar de los siglos transcurridos, si no en buen estado, lo suficiente para visitarlos y atestiguar con ellos la verdad de aquel suceso.

La iglesia de San Pedro, bajo cuyas bóvedas exhaló el último suspiro la infortunada Isabel de Segura, presa de mortal congoja y abrazada al féretro de Marcilla, es la depositaria de sus cuerpos convertidos en momias.

Enterrados al dia siguiente de su muerte en la Capilla de los Santos Cosme y Damian, fueron descubiertos por primera vez en 1555 y definitivamente exhumados en 1619, hasta que en 1708 los trasladaron al claustro y los colocaron en un armario.

En 1854 fueron colocados en un templete de nogal, que es donde hoy se conservan de una manera más digna y más en armonía con la fama universal de que gozan, siendo visitados por multitud de curiosos y viajeros.

Camelleros árabes, en el istmo de Suez.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Desmoche del Ayuntamiento de Madrid.—A verbena por dia.

Durante la semana anterior no se ha hablado en Madrid de otra cosa que de su Ayuntamiento, el primero de España y de sus Indias; y, por tanto, el que debia servir de ejemplar y modelo á los demás, peninsulares y ultramarinos.

Pero ¿que si quieres?

El mismísimo gobernador civil, por encargo del Gobierno central, ha metido las narices en el pozo airon de la administracion municipal de Madrid, y ¡válgate Dios lo que ha olido!

Desde que somos libres, esto es, desde que no tenemos que comer, y en vez de hogazas poseemos derechos á *tutiplen* para quitarnos el hambre, el estómago del Municipio madrileño ha venido digiriendo las sustancias más duras y resistentes.

Un político gracioso, de esos que componen una frase tras de una puerta, dijo una vez que el Municipio de Madrid tenia un estómago con el cual podia digerir hasta las piedras. Alusion intencionadísima con la cual se referia á la deglucion de empedrados y escombros, verificada en algunas épocas, sin detrimento de los jugos gástricos municipales.

Pero el hombre se quedó corto.

Porque está demostrado que el estomago del Ayuntamiento de Madrid, no sólo digiere las piedras y la tierra de los escombros, sino la madera de los árboles, los bronces de las campanas, las paredes y retablos de las iglesias y hasta las inmundicias del matadero, que es institucion que administra.

Al presente se halla acusado ese estómago de haber digerido hasta el petróleo; pero no por botellas, sino por latas; no por cuartillos, sino por diluvios; como que la última defraudacion de consumos descubierta por nuestro gobernador asciende á la friolera de 30,000 latas de aquel artículo; caldo suficiente para rociar todo Madrid y hacerle arder como tea en menos de lo que se persigna un liberal loco.

Un negocito manso de 100,000 pesetas limpias de polvo y paja, y... vamos anduviendo.

Tiene que leer la Memoria redactada por nuestro gobernador á propósito de las digestiones municipales.

En ella figuran chanchullos por activa y pasiva, así en el ramo de expropiaciones por causa de utilidad pública, como en el de la compra y venta de terrenos, como en el de beneficencia, sanidad, etc., etc., materias todas muy sustanciosas, de más ó menos lenta y sucesiva deglucion.

Y eso que se presume que el gobernador debe de haberse quedado á medio camino, porque la jornada es larga para un hombre solo, que la hace con las sandalias del progreso nuevo; por lo cual hay quien supone que si detrás de él se disparase una gruesa de jueces en seguimiento de las irregularidades municipales, todavía habian de descubrirse maravillas.

A consecuencia de estas diabluras ha sido decretado un desmoche bastante regularcillo de nuestro Ayuntamiento, no faltando quien crea que ni aun con él queda el árbol bien podado, por lo cual se espera que siga funcionando la cuchilla del gobernador.

Todo esto parece bien.

Pero mejor parecería si se hubiera hecho con tiempo y sazon, siquiera para que no pudiera decirse como en italiano: *Tarde piace*.

Porque es indudable que todos los pecados que reclaman hoy del Ayuntamiento de Madrid grandes penitencias son de abolengo antiquísimo, y debieran purgarse antes y con antes para no adquirir la cronicidad que los ha hecho insoportables.

No es nuevo que el estómago municipal de Madrid lo digiera todo, piedras, bronces, árboles, tierra, iglesias, hospitales y escuelas. Ese mismo gobernador que hoy le ata corto, ha debido ver con muchísima anticipacion la enfermedad que padecia, y aun sobre algunos de los puntos *negros* que hoy ha descubierto ha debido recaer su aprobacion, segun los preceptos de las leyes municipal y provincial.

De modo que el remedio llega tarde y con daño, por más que nunca es tarde si la dicha es buena.

Pero ¿y lo será?

Los remedios del liberalismo suelen siempre ser pan para hoy y hambre para mañana, y en este supuesto esperamos que al año que viene por ahora el estómago municipal de Madrid estará ensuciado por las mismas saburras que hoy no puede expulsar sin el auxilio de los eméticos más fulminantes.

Aun á riesgo de cansar á los lectores tengo que seguir hablando de verbenas.

Son estas la novedad del dia presente, y esta crónica es el eco de las novedades de actualidad.

Ya dije en la anterior que á este caprichoso y voluntariosísimo vecindario le ha dado este año por la competencia de verbenas, y la lucha está planteada.

La iniciaron los vecinos del barrio del Hospicio, *creando* la de la Magdalena, y resultaron picados los de los barrios del Mediodía, que tenian verbenas de abolengo más rancio, histórico y legendario.

La de San Cayetano, abogado de Dios, como le llama la piedad, *ha echao la pata*, segun rezan los fieles de su parroquia á la de la *Malena*.

Esta—dice un periódico—fué el ensayo; y aquella la representacion.

El colmo de las verbenas, si se permite la frase.

Los vecinos de las calles de Embajadores, Dos Hermanas, Meson de Paredes y demás adyacentes á la parroquia, han echado el resto, tirando la casa por la ventana.

Hasta fuentes que manaban vino y le despedian á chorros se armaron en lo más profundo del cuadro, ni más ni menos que como se hacía en los tiempos en que era un suceso fausto que se casaran los Reyes y los Príncipes.

Un relojero que tiene muchos perros chicos, el Sr. Canseco, avecindado en el barrio, tuvo la feliz ocurrencia de armar una torre de campanas, ajustada á un diapason musical, y adscritas á descomunal reloj, que al dar las doce quitaba el frenillo á aquellas lenguas metálicas y las hacía cantar á golpe y porrazo.

Remataba la interesante y atronadora invencion la efigie del santo Patrono, por cierto no muy pulida.

El artefacto participaba de todo: de adorno, de curiosidad, de anuncio y de reclamo.

Miles y miles de personas, codeándose, empujándose, moliéndose los huesos y chafándose la ropa, se llevaban horas y horas esperando que diera las suyas el reloj, sobre todo las doce, en que, como he dicho, sonaban las 25 campanas cabales del aparato. En las horas restantes no sonaban más que ocho.

Todas estas maravillas de la verbena de San Cayetano, en que ha aparecido un fac-símile de talla del submarino Peral, nadando en seco, son bicocas en comparacion de las que se han realizado para celebrar la más clásica de las verbenas de Madrid, que es la de San Lorenzo.

El espectáculo ha sido algo más que archi-ducal, porque ha sido archi-asombroso.

Y con decir que ha tomado parte en él hasta Ducazcal, presentando en una carroza á todos sus artistas del género *cantaor, bailaor*, acrobático y sainetero, vestidos á la usanza chulesca, con calañeses, *faja e sea*, pañolones de Manila y gravísimo derroche de moños y perendengues, dicho se está que la fiesta tuvo todas las apariencias de un terremoto.

Las arboledas de Madrid han sido peladas para construir arcos y vestir de verdura á muchos paños secos. Digamos con *El Imparcial*:

—Ya no sólo no ganamos para sustos, sino ni para verbenas.

LUPERCIO.

Madrid, 12 Agosto 1889.

LA REVOLUCION DEL 89

II

Se ha dicho que la causa, si no principal por lo menos concomitante, para precipitar á Francia en el abismo fué la debilidad de Luis XVI, príncipe de carácter serio, pero muy poco capaz de hacer frente al huracán que estaba para desencadenarse. Luis XVI era, en efecto, débil é irresoluto; pero era bueno y, lo que importa más, estaba animado de los mejores deseos para labrar la felicidad de su pueblo con el sacrificio de sus prerrogativas, de su reposo y, si necesario fuese, de su misma vida. Tenia un alma grande y generosa, regular ingenio, gentiles modales, trato afable y costumbres puras.

Amaba mucho á Francia, y tenía suficiente corazon para mantener á gran altura el nombre y la gloria que le habian conquistado sus abuelos. Pero los tiempos y los hombres estaban profundamente gastados y corrompidos, y los buenos deseos de un rey no podian bastar á contener el desbordamiento de las pasiones. La misma mano de hierro de Bonaparte no hubiera bastado entonces para tal empresa, y aquel héroe, que rodeado del prestigio de veinte batallas pudo salvar con un golpe de mano á Francia cambiando su constitucion, habría sufrido la misma suerte de Luis XVI si se hubiese encontrado en 1789 empuñando el cetro de aquella nacion.

Diez años después Bonaparte, al regresar de Egipto y separarse de las banderas, tenía delante de sus ojos una Francia extenuada, desilusionada, humillada por repetidas defecciones, juguete de los retóricos de la tribuna, exhausta de fuerzas y de dinero, gimiendo bajo el yugo de un bastardo despotismo, semejante, si no igual, al de los últimos años de la República romana; y así, por todas estas circunstancias y por el favor popular que se había ganado con sus victorias, le fué fácil empuñar las riendas del Gobierno, dictar leyes y hacerse obedecer.

Hemos dicho que no faltó á Luis XVI el buen deseo. Y prueba de ello sea que, después de tantas tentativas de hacer el bien de su pueblo, se deliberó convocar los Estados generales con la esperanza de que, mediante el concurso de los que podían ayudar, esto es, los representantes de la nacion, podrían salir airosos de la empresa. Fué peor. La monarquía de Luis XIV había caido y el torrente de la revolucion se habia desencadenado. No vamos, pues, descaminados asegurando que hay que buscar en otra parte la causa del universal desquiciamiento en que se agitaba á la sazon delirante la Francia, y no atribuir á causas tan pequeñas el origen de sucesos tan extraordinarios por su atrocidad y que dejaron una mancha indeleble en la historia. Un período de sucesos de tan gigantes proporciones y un drama tan formidable y sanguinario no pueden menos de tener causas igualmente formidables y actores que sobrepasan mucho la talla de los malhechores vulgares. Cuáles fueron estas causas y estos actores es lo que vamos ahora á investigar.

Y ante todo, uno de los primeros dictámenes de la razon es que los efectos deben ser proporcionados á sus causas. Ahora bien; puesto que los hechos de la revolucion francesa fueron crueles, espantosos, satánicos, es cosa enteramente conforme á la lógica afirmar que la causa de ellos fué tambien espantosa, cruel y diabólica. Por otra parte, la revolucion social no viene á estallar sin largos preparativos. Antes de que sobrevengan las violencias que ponen en conmocion á un Estado y atentan á toda suerte de derechos, la lógica de la Revolución, llamémosla así, estriba en un hecho enteramente moral; esto es, en la direccion de ideas comunicadas á las masas, direccion de la que los hechos posteriores son la revelacion práctica, y por los que se puede inferir con toda seguridad cuáles fueron las causas que obraron en el espíritu del pueblo.

Y nosotros, sin temor de equivocarnos ni ser contradichos, hagamos notar ante todo que el teatro de aquellos horrores que se comenzaron en Francia á partir del año 89, en sus nueve décimas partes fué preparado por las teorías ateas de una escuela de autores impíos que, bajo el nombre de enciclopedistas, combatieron todos los sentimientos naturales, sociales y religiosos del pueblo con sus malvadas doctrinas *del hombre máquina, del hombre bestia, del hombre sin Dios*, cuyo fin y destino están contenidos en el disfrute de placeres materiales y terrenos. Por otra parte, la liga de los incrédulos del siglo XVIII iba encaminada á destruir simultáneamente la Iglesia y los tronos, siempre poniendo por medio los derechos del pueblo, que, al decir suyo, estaban conculcados principalmente por la Religion, calificándola de una invencion muy á propósito para mantener al pueblo en la servidumbre con el solo provecho del Sacerdocio y de la Soberanía.

Declamando contra algunos abusos, ya en el órden civil, ya en el eclesiástico, abusos inevitables mientras existan hombres sobre la tierra, hicieron todo lo posible para demoler los fundamentos del Cristianismo, y esto no ya de una manera embozada, sino exhibiéndolo públicamente en libros, cuya inspiracion no podia nacer de otra parte que del infierno. Freret, en su *Carta de Trasíbulo á Leucipo*, habia puesto en juego todos los recursos de su sofística con el fin de combatir el dogma de la existencia de Dios. La escuela del baron de Holbach y de Diderot era una oficina en donde la impiedad más descocada é impudente fabricaba sus venenos. De allí salió el *Sistema de la naturaleza*, en el cual se atrevió la insipiencia hasta negar la necesidad de gérmenes para la reproduccion de los seres. Sólo que como estas obras eran demasiado superiores á la inteligencia del pueblo, se procuró acomodar la impía doctrina del ateismo á todas las inteligencias en el libro titulado *El buen sentido*, que se distribuyó en las aldeas.

Holbach habia escrito un catecismo en donde en vano se buscaria el nombre de Dios. Condorcet, en sus *Avisos de un padre á un hijo de cinco años*, le habla de la beneficencia, de la conciencia, de los remordimientos que acompañan al delito. ¿Pero en dónde está la sancion de su moral? En este opúsculo se habla, es verdad, de la fatalidad y de la naturaleza; pero no se encuentra una palabra de Dios, de religion, de vida futura. Volney hizo tambien otro catecismo, cuya moral se reduce á la conservacion de la vida material, y cuyo objeto es ridiculizar los sentimientos religiosos, y especialmente la fe y la esperanza, que él llama *virtud de los bobos en provecho de los bribones*. ¿Y qué diremos del corifeo de la impiedad, del viejo de Jersey, aquel verdadero mónstruo del infierno que se llamó Voltaire? Sus 70 volúmenes corrieron toda la tierra arrojando tizones é incendiándolo todo. «Yo soy un gran demoledor,» decía. ¡Y en verdad que lo fué!

No es difícil concebir cómo las espantosas doctrinas de esta caterva de impíos, cuyo fin era desterrar á Dios de este mundo, produjo el más pernicioso trastorno de ideas en el órden civil y político. La ruptura de todo ordenamiento social es siempre consecuencia rigurosa de haberse que-

brantado los lazos que unen á la humanidad con su Criador. Y así es que muchos preveian ya esta ruptura. Fenelon sentia como un triste presagio; aplicaba el oido y parecíale escuchar el bramido lejano de una tempestad que avanza, Leibnitz dirigia á lo porvenir su vista de águila, y descubria en el horizonte una nube, en cuyo seno vislumbraba relámpagos que brillan y truenos que se desencadenan. Neuville lo anunciaba desde el púlpito, Seguier desde la tribuna, y setenta años antes de que la tempestad estallase, Cárlos Lejeune escribia espantado: «Dia llegará, y no ha de tardar mucho, en que la razon no se dejará oir en ninguna parte, y las tinieblas acumuladas por la impiedad serán tan espesas que no se verá la luz en pleno medio dia.»

La ceguedad de una nacion entera. ¡Hé ahí la revolucion francesa, ó mejor dicho el castigo que aplica la Justicia divina á un pueblo poseido del espíritu de las tinieblas!

III

Hemos dicho el espíritu de las tinieblas porque tal es el que informa la perniciosa y trastornadora secta de los *Liberi Muratori*, que habia ido insinuándose en la sociedad francesa del siglo XVIII con sus trabajos de zapa. La masonería fué, en efecto, uno de los más eficaces y poderosos artífices de aquel terrible cuadro, cuyas funestas consecuencias duran todavía y durarán hasta que plegue á Dios salvarla del abismo en donde Satanás la ha introducido. Los antecedentes de la revolucion francesa, su estallido, sus progresos, sus hechos consumados, atroces y miserables, todo fué obra de la secta masónica, que disfrazada primeramente bajo diferentes formas, cuando vió reunidos y en sazon todos sus trabajos secretos, persuadida de que estaba próxima á recoger el fruto de sus trabajos, esto es, la destruccion del Cristianismo y de la Monarquía, abria para el público sus templos con intencion de destruir allí la Francia de Clodoveo.

En confuso tropel entraron allí filósofos, literatos, artistas, nobles, burgueses, hombres de

MUTS'HITO (ACTUAL MIKADO DEL JAPON)

toga y espada, y un gran número de curiosos y aficionados á novedades.

Encontraban bastante bella la nave del edificio, admirables sus capillas laterales; pero al penetrar en el fondo del ábside con ánimo de descubrir la Divinidad, encontraban el santuario cerrado con una puerta de bronce. Al querer verla abierta, se les respondia que aquella entrada estaba inexorablemente cerrada á todo el que fuese profano; que para traspasar aquellos umbrales era necesario el carácter de un nuevo bautismo seguido de nueva profesion de fe y nuevas obras; que la fe consistia en creer ciegamente que no se hallaba ningun género de bien social fuera de la masonería; que las obras consistian en hacer lo que mandaban los ancianos de la santa hermandad, sin indagar el por qué se lo mandaban. El premio final—añadian—de su vida masónica seria el goce de las comunicaciones íntimas con Dios, merced á las cuales se harian partícipes de misterios sobre toda ponderacion sublimes. Cuáles fueron los hechos que se derivaron de la impresion del espíritu masónico en los millares de curiosos, parte ciegos, parte ilusos, parte tambien interesados, y cuántos acontecimientos malvados, inicuos y sacrílegos llegaron á realizarse, lo revelan bien á las claras los sucesos que se desarrollaron en aquel espacio de tiempo, y aun despues hasta nuestros dias. «A partir desde aquel momento—escribe Ekchert—no se vieron en Francia más que revoluciones sucediendo á revoluciones, todas con el dañado fin de destruir el Cristianismo, los tronos y las Constituciones políticas.»

Poco tiempo pasó cuando la masonería estaba imperante y el Dios de los cristianos fué destronado en Francia. Un sér bello físicamente, pero moralmente monstruoso, fué presentado á la adoracion del pueblo como el símbolo del *Hombre Dios;* se vió la cabeza del Rey caer bajo la cuchilla del verdugo, el antiguo régimen y la propiedad desaparecer bajo rios de sangre. En ninguna parte del mundo se vió una revolucion provocada por la voluntad general del pueblo; por todas partes se experimentaba el influjo de un poder secreto, débil por el número, poderoso por sus intrigas.

Gracias á este poder secreto la política se cambió en instrumento de rebelion y la literatura en escuela de perversidad. El populacho, de tal manera infamado, era atraillado como una bestia, las ciudades y las campiñas estaban entregadas al saqueo y al incendio por todas partes, y los mismos operarios, agitados con las destructoras teorías de los sectarios, abandonando el trabajo, arrojáronse á ejecutar actos nefandos y violentos. Mientras tanto, los instrumentos secretos de la Revolucion, rodeando al Trono, se habian levantado para aislarlo con mentiras e hipocresías, de los súbditos fieles y devotos, hasta aconsejarle que renunciase espontáneamente

YEYAS (PRIMER TAIKUN)

KEIKI (ÚLTIMO TAIKUN)

PROMULGACION DE LA NUEVA CONSTITUCION DEL JAPON POR SU ACTUAL MIKADO

al Gobierno del Estado y confiase su administracion á manos pérfidas y traidoras. De esta manetr, Altar, Trono, nobleza, pueblo, burguesía, aodo fué tomado por asalto; y como estas conquistas no podian conservarse sino con la violencia, por eso el verdugo vino á ser el amo de Francia.

IV

Hé aquí los factores de la revolucion francesa. Pero no nos olvidemos de que encima de estos factores estaba el dedo de la Providencia, la Justicia divina, que muchas veces permite á los malvados una hora de triunfo para castigar las grandes prevaricaciones de los pueblos y de los reyes. Francia era hacía mucho tiempo una pecadora pública y escandalosa. Dios debia castigarla, y la castigó en efecto, porque no castiga más que en la tierra los pecados de las naciones. Y esto aparecerá tanto más claro cuanto que, segun hemos dicho desde el principio, los males que afligian política y económicamente á Francia eran muy remediables. ¡Ciertamente que sí! Mas los mismos que hubieran podido conjurar la tempestad no tenian confianza ni en sí propios, ni en el porvenir que les aguardaba, porque un porvenir de inevitables revueltas se presentaba á los ojos menos linces.

Ya Luis XV con profundo egoismo habia dicho: *Despues de mí, el diluvio; mis sucesores se verán bien comprometidos*. Rousseau escribia: «Estamos abocados á la crisis, al siglo de la revolucion. Yo fundo mi opinion en razones particulares, pero no conviene decirlo todo, y luego todo el mundo ve ya demasiado.» Si el filósofo ginebrino hubiese tenido la fe de un De Maistre ó un Donoso Cortés, hubiera dicho que en la crisis y la revolucion estaba la mano vengadora de aquel Dios que habia dicho por boca del profeta Daniel: *Induxisti omnia hæc propter peccata nostra*. Voltaire habia dicho tambien: «Todo lo que yo veo lleva las semillas de una revolucion que llegará irremisiblemente, y de la cual no podré yo dar testimonio;» y lo que él veía y no se atrevía á decir era cabalmente la universal y profunda depravacion en que desde la base hasta la cúspide de la pirámide social habia caido la Francia.

En la cúspide estaba la Monarquía. Pero hacía más de un siglo que la corona de san Luis había caido en el fango gracias á sus degenerados nietos. Los extravíos de Luis XIV eran, en efecto, venerados como la persona del mismo rey, y sus contemporáneos fueron cómplices de esto mismo, por la aprobacion que le dieron. Mad. de Sevigné habla de Luis XIV, sin tener para él el más pequeño reproche. Los amores del gran rey se sacaban al escenario bajo formas heróicas, y no sólo por Molière, sino por Racine. Si exceptuamos al gran Bourdaloue, que tuvo el valor de reprenderlo desde el púlpito, ninguno se atrevió á decirle una palabra. Se respetaba lo que no debiera haberse imitado, y el mismo Luis XIV no creyó ultrajar á la nacion exigiéndole que sus hijos bastardos fuesen capaces de sucederle en el trono. ¡La Corona parecia haber tocado al abismo de la vergüenza! Los poetas cantaban á las meretrices régias; los sofistas las adulaban, y se casaban con ellas los marqueses. Creyóse, finalmente, que la salud de Luis XV se recobraria con baños de sangre, y con este objeto buscaron niños en París, rumor que levantó un gemido de horror, puesto que la sola sospecha de un hecho semejante se consideraba enormísima. ¿Y qué diremos de aquel Felipe de Orleans que durante la minoría de Luis XV fué regente del reino? Encenagado en un inmundo libertinaje, abrazó por sistema lo peor que tenía la corrupcion de aquella época.

Rodeado de una caterva de disolutos, renovó cuanto de vergonzoso recuerdan las sátiras de Juvenal y Persio. Damas y caballeros se reunian en las orgías, en donde se vilipendiaba todo sentimiento de religion y piedad doméstica. Allí Felipe, para deponer mejor la dignidad de príncipe de sangre, olvidaba la dignidad de hombre, y todavía más que ejecutar lascivias, queria hacer alarde de ellas, y á este fin inventaron las mas extravagantes disoluciones. Los discursos más impíos, las compañías más escandalosas, y en los días más sagrados y con las personas más difamadas, formaban las delicias del príncipe. Por eso se hizo célebre aquella frase de Mme. Sabrán: *Despues de haber criado al hombre, Dios tomó un puñado de fango para formar el alma del príncipe y de sus cortesanos.*

V

Como tales ejemplos venian de lo alto, se hizo de moda la obscenidad hasta el punto de que los menos apasionados se vanagloriaban de obscenos.

Poco á poco se habia ido insinuando en la sociedad francesa un libertinaje culto y sistemático, en el cual tenia la vanidad más parte que los sentidos. Los cómplices de estos excesos eran los más favorecidos, recibian empleos y pensiones de Francia y de los enemigos de Francia. En rededor de las mancebas reales se reunian los libertinos, que entre botellas cantaban versos obscenos de Chaulieu é impíos de Rousseau; y si antes de este tiempo ya no escandalizaban los sucios chascarrillos de Molière, no causaba rubor despues la representacion del *Turcaret* de Lessage, retrato descarado de una sociedad depravadísima. En un país donde el pueblo tiene aficion á formarse segun los ejemplos de los magnates, ¿quién habria osado mostrarse sóbrio y casto en las *pequeñas cenas*, segun llamaban entonces á los banquetes nocturnos de la clase rica?

¿Qué maravilla que los cortesanos más depravados se encenagasen en las pompas y disoluciones, y se mostrasen borrachos cuando duques, condes, príncipes y marqueses tambaleaban? En vano los grandes oradores tronaban desde los púlpitos contra los bailes de máscaras, que se celebraban hasta ocho por semana; contra las casas de placer, que se multiplicaban, y en donde los señores se desquitaban de la embarazosa representacion á que estaban condenados en palacio. Sus palabras eran voces dichas al viento; ninguno las escuchaba. En lugar de esto se habia comenzado á tener vergüenza de la felicidad doméstica, causaba rubor comparecer en público con la mujer propia; una necesidad peligrosa de tener y conservar amigos habia introducido el *cicisbeismo*; en los contratos de bodas se estipulaba que las mujeres no quedasen obligadas á vivir en casa del marido. Así la nobleza se acercaba descaradamente al abismo en medio de danzas, intrigas y disoluciones veladas de elegancia. Aparecieron las renombradas sociedades epicúreas del Temple, del Sceau, del Cabeau, semibáquicas y semilitarias, y en donde el talento particular de cada uno se empleaba en divertir á todos á costa de la moral y de la religion. Al lado de la lascivia descollaba un lujo el más desenfrenado y frívolo.

¿Quién podria calcular los gastos cuando para la compra de un diamante se prodigaban los tesoros que hacian falta para cubrir las necesidades públicas? Las galerías capacísimas cedieron el puesto á los departamentos aislados, provistos de todas las comodidades para satisfacer las necesidades de la vida y para los placeres secretos. Las Bellas Artes presentaban escenas, no ya voluptuosas, sino libertinas; las Letras, convertidas en cortesanas, estudiaban las artes del placer, la fortuna de un momento y los aplausos de los hombres de vida alegre; aumentó el uso de los espejos, que se distribuian con artificio; los salones estaban llenos de porcelanas y curiosidades de la India; amábanse los buenos olores, cultivábanse las flores para darse un aire de sencillez que no se avenia bien con la muchedumbre de siervos vestidos de plumeros y escarlata y destinados á oficios poco verecundos.

Y para que no se crea que exageramos, oigan nuestros lectores la pintura que hace un egregio escritor francés:

«La desvergüenza semi-oficial de las *Pequeñas cenas*, escribe Roselly de Lorgues, habia precedido á la del ateismo en las salas deslumbradoras, que el gusto de la época cubria de espejos, estuches dorados, medallones, objetos de amor y guirnaldas durante las saturnales aristocráticas: cuando la lascivia, debilitada por el abuso y el deleite, fastidiada de sí misma, llegaba á aburrir, la incredulidad, como un condimento picante, reanimaba el humor de la fiesta.

»Para concluir, el blasfemador, acicalado con puños y vueltas de blondas, se presentaba en el gran mundo seguro de hallar benévola acogida si era elegante, si sabia vivir, si era finalmente un petimetre, y sobre todo si llevaba el salvoconducto de un espíritu ligero, burlon y escéptico, sales delicadas que formaban la mayor celebridad del académico Fontenelle.

»La costumbre de referir chistes picantes, el escepticismo en los afectos del corazon como en las creencias del alma, el barniz superficial de las creencias positivas, cada cosa de por sí los apartaba más y más de las verdades metafísicas. Hubiera sido vergonzoso participar de la fé sencilla del pueblo; nuestra religion la encontraban demasiado estrecha, mezquina, absurda en muchas de sus partes; queríanla iluminada y conforme á la dignidad de la razon humana. Apartarse de las leyes del Cristianismo, condenar tanto los contemporáneos como los predecesores, exigia un gran ardimiento. Por lo cual desde aquel punto los hermosos espíritus tomaron el nombre de espíritus fuertes; los espíritus fuertes se adjudicaron el título de filósofos, puesto que los que tenian el valor de apartarse de los prejuicios de educacion en materia de religion, eran los verdaderos filósofos.»

VI

No debe maravillarnos, pues, si en medio de tanta depravacion resultaba ineficaz la obra del clero, que, por otra parte, temeroso de los literatos, que le hacian la guerra, y poco confiado en el pueblo, en que la fe perecia, habia creido ponerse en salvo con la inaccion, á manera de un náufrago que no se atreve á moverse por temor de perder la última tabla, á la que se habia agarrado Si como en el caso de los jesuitas se imputaban crímenes al clero, el sentido comun no podia menos de declarar malvados á aquellos que lo callaban, no ya porque lo quisieran bueno, sino porque lo querian infamado. Y puesto que las difamaciones y afrentas no bastaban para moverlo, se recurrió á la violencia.

Las primeras víctimas de ella fueron los jesuitas, cuya abolicion no fue otra cosa que un acto de complacencia de los reyes á la intolerancia filosófica y á las maquinaciones de la masonería. Su educacion fué atacada en sus raíces, y lo mismo que la vid, que cuando se descubre la raíz queda aislada é indefensa, así desterrados estos intrépidos operarios, quedóse la sociedad en Francia y en otras regiones descubiertas á los vientos de la ira de Dios, que debia castigarla severa y ejemplarmente.

El precursor de este azote fué la apoteosis de

Voltaire. Cosa digna de ser notada. Dos veces en el espacio de un siglo hemos visto la mano de Dios alzarse sobre la Francia: la primera bajo Luis XVI y la segunda bajo Napoleon III, y tanto en la una como en la otra el triunfo del corifeo de la impiedad fué presagio de una gran catástrofe. El descendiente del vencedor de las Pirámides habia permitido que el corazon de Voltaire, encerrado en un vaso de oro, fuese colocado en el Panteon, es decir, en el templo que la Francia cristiana habia levantado á la humilde virgencita de Nanterre, santa Genoveva; mas no pasó mucho tiempo sin que él y su imperio desapareciesen de Francia. Luis XVI hizo bastante menos; solamente toleró que el impío y escéptico autor de la *Pucelle* volviese á Francia de su destierro; mas París le salió al encuentro y le preparó un triunfo tal que no pudieran soñarlo los más famosos conquistadores antiguos y modernos. Aquel que con sus escritos habia revolucionado á Francia, y que viejo caduco decia con alarde: «Yo he hecho en mi tiempo más que Lutero y Calvino»; que habia lanzado al mundo la palabra reglamentaria de la impiedad moderna: «Aplastemos al infame», bastó se presentase á las puertas de París, de donde habia estado desterrado tantos años, para que el pueblo de París volase como un solo hombre á recibirle.

«Seria preciso,—escribe Mons. de Segur,——haber visto el público regocijo, la curiosidad impaciente, el tumultuoso aglomerarse de la turba ganosa de oir, de escuchar, de ver á lo menos á este famoso corifeo contemporáneo de dos siglos, y que habia llenado tantos volúmenes con sus frivolidades y lascivias, con sus ironías, sus burlas é impiedades.

»Seria preciso haberlo visto para tener una idea de la apoteósis de un semidios todavía vivo. El mismo decia al pueblo: *¿Por ventura me quereis matar de alegria?* Podia decirse que entonces hubo dos Cortes en Francia: la del Rey en Versalles, la de Voltaire en París. En la primera vivia modestamente el buen Luis XVI, sin pensar en otra cosa que en reformar los abusos y labrar la felicidad de un pueblo que no podia por su honda corrupcion apreciar las virtudes del Monarca.

»En la segunda se fabricaban las cadenas de la esclavitud revolucionaria para los pueblos y las naciones. La coronacion se hizo en el Teatro Francés, y es indiscriptible la embriaguez con que fué acogido por un público que llenaba todas las butacas, los palcos, los corredores y todas las localidades.

»El actor Brizard le colocó una guirnalda de laurel sobre la frente; y cuando él quiso quitársela, los gritos del pueblo le invitaron á conservarla. No sobrevivió mucho el anciano á semejante atracon de gloria, y pocos dias despues moria de una conformidad, —escribe su médico Tronchin,—que daba miedo á los espíritus más fuertes.

»Pero no murieron con él las ideas que habia propagado; antes al contrario, alcanzaron un empuje que no ha destruido el tiempo. Gran prueba de que la revolucion francesa no tuvo otro verdadero precursor que Voltaire.»

(Se continuará).

LA HERMOSURA POR CASTIGO

I

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la princesa, nacida, como su padre, en Itálica; el tierno atractivo de su virginal semblante; la gallardía española de su cuerpo; su entendimiento claro y su honesta vida sobre todo, la atraian de cerca y de lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo que debia oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella.

La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás habia visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie.

Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veia con ellos: Pulqueria nació y habia vivido ciega hasta la edad juvenil. Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flacila cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendicion de aquella mujer santísima, cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega habia escuchado los rendidos y amorosos ruegos del príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa en llegando la jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por ser hija de padre tal; más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la habia enriquecido; felicísima por el amor que le tenian los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad, y dando oidos á la voz universal que la proclamaba la más bella de las hermosas, nació en su corazon el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razon, de que su madre habitaba gloriosa la mansion de los bienaventurados, cada noche le dirigia una ardiente súplica para que la alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Apareciósе una noche Flacila á Pulqueria en sueños, ó por mejor decir, sintió Pulqueria una noche que milagrosamente se abrazaba con ella la feliz matrona, ceñido en la sien ya inmortal el divino lauro de la esposa sin mancilla, una palma en la diestra y en la izquierda una corona formada de estrellas.

—Hija mia—le dijo Flacila con acento dulcísimo—Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de contínuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacéroslos, irremediable se seguiria vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de la vista era para tí un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco á tus manos para que las toques, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver hasta la hora precisa de tu muerte aquello que más quieras, aquello cuya vista más ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á medio dia te será sobrenaturalmente otorgada.

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial orígen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que discurrir y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar seis palabras seguidas de un *sí* este largo razonamiento:

—Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca seria yo en verdad si no la admitiese. ¿Qué es lo que amo yo más en el mundo? Lo primero á mi padre; luego á mi prometido esposo; despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creacion entera.—Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí*.

Dicho apenas este monosílabo con la sola articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la vision celeste.

II

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: éstos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan, como el dolor mas agudo; las fruiciones que el Altísimo envia á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente sin detrimento de nuestro débil sér físico. Así Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa se despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien, lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche antes habia recibido.

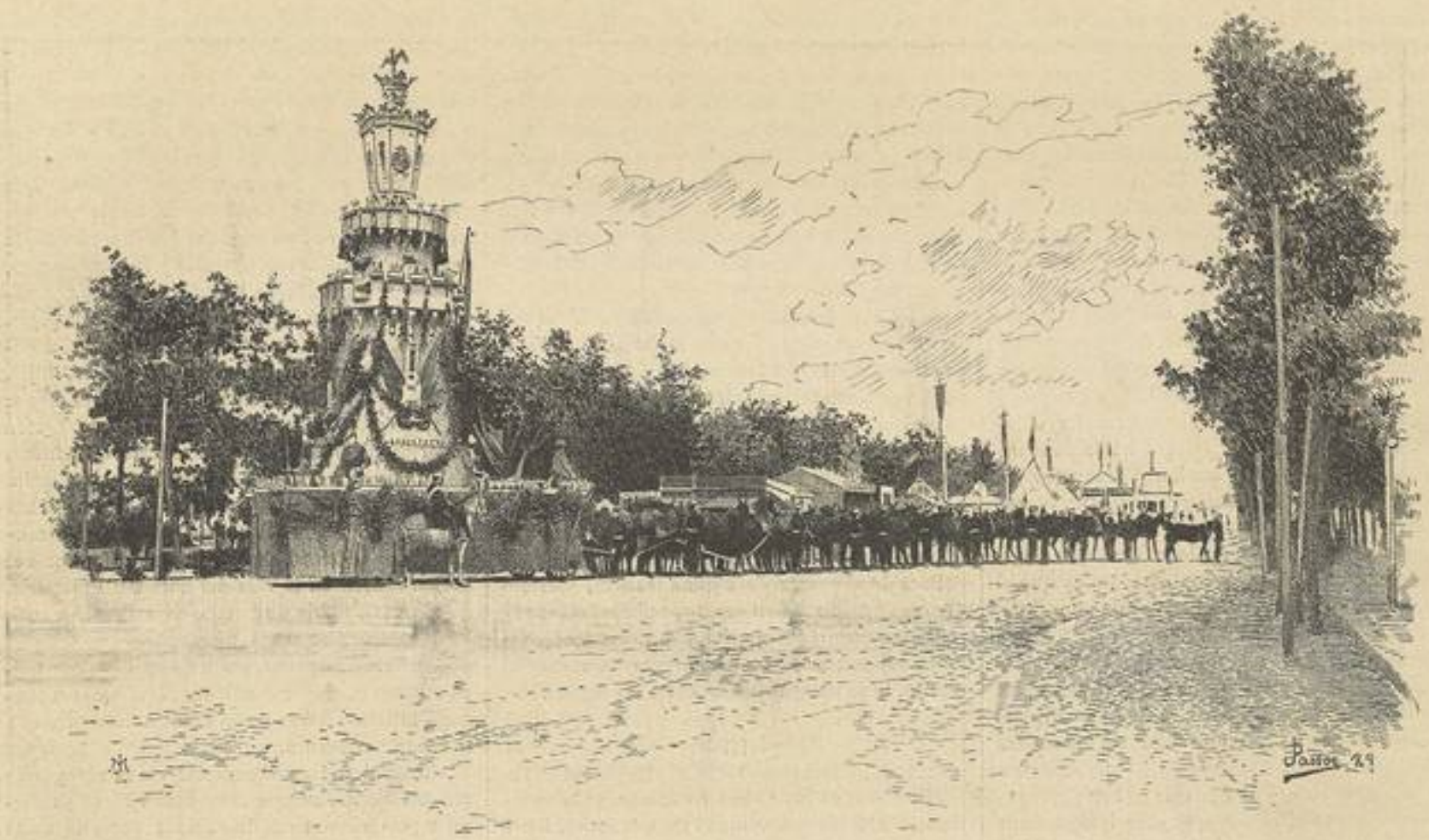
Un solo efecto visible producia el júbilo interior que saboreaba Pulqueria: el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni áun en el dia que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su prometido, recibia de todos, y áun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina belleza, nunca más deslumbradora que entonces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flacila y Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento.

En un *¡ay!* prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que habia muerto y que revivia; conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas y el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájole Teodosio un espejo de oro tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió tambien un collar, y más arriba un zarcillo á cada lado, y más arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movia el cuerpo y la cabeza Pul-

ENTRADA A LA FERIA POR EL PUENTE DEL REAL DE FOTOGRAFÍA DE D. S. HERNANDEZ

PABELLON DEL CIRCULO VALENCIANO

PABELLON DEL AYUNTAMIENTO



CARRO-FAROL

PABELLON DEL CASINO NACIONAL

PABELLON DE LA SOCIEDAD VALENCIANA DE AGRICULTURA

queria; pero de humana figura no se descubria en el espejo ni rastro.

Llevóse la Princesa la diestra á la frente y entonces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano. Despues de muy pocos instantes de prueba, se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, menos la imagen de la Princesa desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias aconteció con todos lo mismo; quiso Pulqueria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flacila, y negósela mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse por largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veian en el espejo, y respondieron que sí, porque para ellos representaba la imágen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en la vida era su cuerpo, eran sus gracias; y, por consiguiente, que lo que ella amaba más y con más ahinco apetecia ver en el mundo no era su padre ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruñido disco de oro le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y aun sin quererlo ella de suyo, habia de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer Pulqueria mil y mil veces: queria pues complacerse en su sonrisa, admirar su caida de ojos, percibir el brote y crecimiento de los matices purpúreos con que teñia el rubor de sus mejillas, estudiar el tocado más propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido más conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos y la elegancia de su cintura; queria, en fin, conocerse y gozar de sí; habia creido llegada la hora; y hallaba que para todo tenia vista, menos para verse. ¡No podia ser el engaño más doloroso, más atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron creyeron de júbilo) parecia más bella que antes, cuando sólo respiraba alegría: díjole Favencio que estaba más hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos, que adivinó se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel dia, que tan venturoso habia de haber sido para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios y de su corazon el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decírselo, y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados, entre quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos...

—Quizá vea mi retrato en esta criatura,—exclamaba al sentir fecundado su seno.

¡Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó sus cabellos, y se vistió con un traje tosco de penitente... nunca más seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo llegó á mandar á su servidumbre y familia, y al mismo Favencio, que para no alabarla no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veian, no podian menos de prorrumpir en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia:

—¡Madre, querida madre, tú eres la más hermosa de las mujeres!

—Sí,—respondia ella para sí, suspirando;—soy la más hermosa del mundo, y es tal mi desdicha que no puedo ver lo que soy.

Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una carta á su esposo, refiriendo la aparicion de Flacila y la dura ley á que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

III

Muchos años fue Pulqueria infeliz, como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que la ofreció su madre cuando la anunció que veria. Consideró que si no llevaba con paciencia la privacion de verse durante su vida, no sólo no ganaria la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, á lo menos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignacion aquel martirio de su deseo, mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la habia apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducia por fin á la virtud y la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas; únicamente nos llaman ó nos benefician, segun el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fuese poco á poco avezando á oir sus elogios, primero sin ira, despues con tolerancia, más adelante con sufrimiento y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensacion dolorosa al oir una razon ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante despues obraba en ella el conocimiento, y decía:

—Cuando muera me veré; sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto.

No se escondia ya de las gentes para excusarse de oir felicitaciones y cumplidos; no se vestia mal para quitar lucimiento á su belleza; salia con frecuencia en público como correspondia á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debia decaer con los años y cesar la mortificacion que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía en la delicada hermosura de la doncella; de treinta, descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio habia muerto; en aquel medio siglo todo habia envejecido al rededor de Pulqueria. Pulqueria no; Pulqueria tenia la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrian, entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana, que servian de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulqueria, no lejos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes, cuando la ilustre turba invadió la estancia precipitándose á los piés de la abuela hermosísima. Echada la bendicion á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién la servia el calzado, quién la rodeaba el ceñidor, quién la ponia el collar, quién la echaba á los hombros el manto, quién la adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema, que sólo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre: Pulqueria, no obstante, habia disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista.

—Mírate á la pared, señora,—la dijo con tierna efusion la mayor y más hermosa de sus nietas;—mírate y verás como todavía nos vences á todas en hermosura.

Miró Pulqueria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y por primera vez de su vida percibió en la negra obsidiana una imágen que debia ser suya. Vió primero una niña de pocos dias, que sin embargo era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de más, y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos; de manera que en muy breves instantes conoció Pulqueria todo lo que habia sido, todos los grados de belleza que habia contado desde que nació hasta aquel mismo dia.

—¿Con que yo he sido ésta?—dijo con un acento de indefinible expresion, que confundió á su familia, la cual no veia en el espejo más que la imágen de la abuela, tal como naturalmente debia entonces representarla.—¿Con que ésta soy yo?—volvió á decir mucho más conmovida y ya más balbuciente.

Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años antes, la voz de Flacila, clara y blandamente la dijo:

—Esa fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora.

Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenian sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de la que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo; en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así, representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalen celeste, vió Pulqueria en el negro espejo, despues de las gracias de su sér físico, la imágen de su alma.

Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu, en brazos de la bienaven-

turada Flacila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro que ya no habia de ser profanado con otra imágen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulqueria se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa Princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadia de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras:

—En efecto, queridas; el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo.

J. E. Hartzenbusch.

CARTAS SOBRE EL JAPON

II

A su advenimiento al poder el Gobierno del mikado tropezó con grandes dificultades. Los príncipes del Sud se habian coligado so pretexto de salvar el país invadido por el extranjero. Probablemente los hombres de Estado que dirigian el movimiento nunca habian tomado en serio este pretexto. Demasiado sabian que Europa y América estaban del todo dispuestas á hacer respetar los tratados y á reivindicar sus derechos. Las escuadras de Francia, Inglaterra y Estados-Unidos estaban ancladas en la bahía de Osaka, á pocas leguas de Kioto. La ruptura de hostilidades contra los europeos no hubiera dado otro resultado que hacer más difícil la situacion del mikado y suscitarle adversarios muy temibles esta vez. Por otra parte la coalicion del Sud tenia partidarios en el Cuerpo diplomático: uno de los plenipotenciarios no ocultaba desde antiguo sus simpatías por ella y aplaudia sus triunfos despues de favorecerlos. Pero la soldadesca, cuyo valor se habia excitado despertando en ella el odio contra el extranjero, sólo deseaba ocasion de traducir en hechos los sentimientos de que se la habia animado.

Los alevosos asesinatos de que fueron víctimas en Sacai muchos marinos franceses infundieron la alarma en la colonia europea. La venganza hubiera sido terrible y completa si el nuevo Gobierno no se hubiese apresurado á conjurarla y á ejecutar todas las reparaciones exigidas, comprendiendo que no era ya tiempo de que el Japon pudiese sustraerse á las relaciones internacionales y continuar en el aislamiento en que habia vivido durante muchos siglos. Mantuviéronse, pues, los tratados, y el comercio europeo continuó tranquilamente sus operaciones en los diversos puertos que se les abrieron al tráfico.

Obligado á aceptar y ejecutar los pactos internacionales que garantizan á los extranjeros la entrada en el Japon, el Gobierno del mikado quiso con todo dar alguna satisfaccion á las antiguas preocupaciones. En las cercanías de Nagasaki habia algunos miles de campesinos y pescadores que, si bien japoneses por nacimiento y por patriotismo, adoraban al mismo Dios, cumplian con sus preceptos, guardaban la misma moral que el extranjero. Eran débiles, y sin duda se habian captado las simpatías de la mayor parte de sus correligionarios europeos; pero esas simpatías no podian proteger eficazmente su debilidad. Fueron, pues, destinados para servir de pasto á las pasiones anti-europeas y anti-cristianas. En consecuencia encendióse la persecucion religiosa, pudiendo creerse que los descendientes de Yeyas continuaban gobernando el país: tanto empeño puso el Gobierno del mikado en seguir las sanguinarias tradiciones de los taikunes. Con todo, en el Consejo del *Hijo del Cielo* clamó una voz en favor de la inocencia, pero á la noche siguiente fué ahogada en sangre, y ninguno de los hombres inteligentes que componian el Consejo soberano se atrevió á defender á los oprimidos.

Comenzóse en Urakami, cerca de Nagasaki, á arrestar á los principales cristianos. Esos infortunados, culpables de fidelidad á la fe de sus padres, fueron desterrados lejos de su país natal, encerrados en infectos calabozos y sujetos á tormentos cuyos horrores seria prolijo describir. En las islas de Goto y en otras partes los cristianos fueron tambien presos, maltratados y obligados á ocultarse y huir. En todas partes, en los pueblos como en las ciudades como en los más humildes villorrios y en los caminos públicos fijáronse edictos de proscripcion en nombre del nuevo poder. Junto á la inscripcion el delator hallaba una caja en la que se le invitaba depusiese su billete de acusacion. Los bonzos atizaron el fuego de la persecucion: en sus predicaciones tronaban contra la religion cristiana y la denunciaban al odio de los pueblos como si debiese atraer sobre ellos espantosas calamidades: el sol debia oscurecerse, las nubes negarian á los campos el agua fecundante, etc. Sin embargo, la constancia de los cristianos igualó á sus desgracias, y para concluir el Gobierno resolvió dar el golpe de gracia. A principios de 1870 todos los habitantes cristianos de Urakami, en número de 4,000, fueron deportados y encarcelados en muchas provincias del Imperio, en donde, en menos de dos años, 800 de ellos sucumbieron á las privaciones y fatigas.

Esta persecucion fué moralmente un crímen, y políticamente una falta. No debe olvidarse que fué apoyándose en el budhismo como el poder taikunal habia crecido y mantenido siglos enteros su autoridad usurpada. En las actuales circunstancias únicamente la libertad del Cristianismo, respondiendo á las aspiraciones de un pueblo maravillosamente inducido á adoptar nuestra civilizacion, podia contrabalancear la influencia política del budhismo. Combatir el budhismo político de los taikunes, destruir su influencia oponiéndole el Cristianismo, hubiera sido una medida de alta sabiduría. Los hombres de Estado japoneses no lo comprendieron así. Aceptaban con gusto las ideas europeas y nada omitian para hacerlas triunfar. La civilizacion europea les complacia, y adoptaron todo su exterior, y aun en especial sus peligros, como si esas ideas y esa civilizacion pudiesen sin el Cristianismo ofrecer nada serio, y como si un edificio pudiese existir sin la base en que descansa.

A falta del Cristianismo, proscrito como nunca, opúsose al budhismo la antigua religion del país, es decir, un culto puramente exterior, bufonadas sin nombre, representaciones á veces inmorales; nada de lo que puede satisfacer el espíritu y elevar los sentimientos. Más extraño aún es que mientras en las *miyas* y pagodas los ministros del culto oficial trataban de probar la divinidad del mikado, éste dejaba los misterios de su antiguo palacio de Kioto é iba á ostentar en Yeddo y hasta en las provincias, á los ojos de las poblaciones admiradas, las pruebas de su humanidad. Y aquel á quien poco antes no podian mirar sus súbditos bajo pena de muerte, ahora en los campos, en las calles y plazas, y en el interior de su palacio, se daba en espectáculo como un simple mortal. Su retrato adornaba los pretorios de sus prefectos, y se vendia á bajo precio en todos los pueblos de su imperio. Verdad es que el budhismo perdia su influencia y sus riquezas, y los pueblos olvidaban el camino de las pagodas, pero no eran más frecuentados los templos de los Kamis.

Si por un apego mal entendido á viejas tradiciones el Gobierno japonés no supo dar á las cuestiones internacionales la solucion que le dictaban á la vez la equidad y el interés personal, fué más feliz en los asuntos interiores, debiendo el buen logro de ellos á su buen tacto y á su perseverancia.

Ante el ejército victorioso del *Hijo del Cielo*, Keiki, el postrer taikun, habia depuesto las armas, por cobardía ó impotencia segun unos, por abnegacion y patriotismo segun otros. Sus partidarios no aceptaron tan fácilmente su caida, y los príncipes del Norte continuaron la lucha. Aidzu sobre todo prolongó la resistencia; pero abandonado de sus aliados sucumbió luego, no sin gloria. Al Sud de la isla de Yeso, donde se habian refugiado los últimos partidarios del poder caido, las hostilidades duraron hasta la mitad del año 1869; pero su bravura fué infructuosa y quedaron aplastados por el número. Digamos en alabanza de los vencedores que su generosidad estuvo de ordinario á la altura de su valor; y, acaso por vez primera en el Japon, no terminó la guerra con el exterminio del vencido. Aun hoy muchos jefes que combatieron bajo el estandarte del taikun ocupan lugares distinguidos en el Gobierno del mikado y no son por cierto sus servidores menos fieles.

Habia llegado el término del régimen taikunal. Vencedor siempre y en todas partes, el mikado podia gozar de los frutos de su victoria. Habíase cumplido una primera revolucion á cuyo empuje fué derribado un poder usurpado hacia siglos; pero esta revolucion abrió la puerta á otra puramente moral que sustituia las antiguas tradiciones con ideas nuevas y la civilizacion japonesa con la europea. Pronto seremos testigos de otra revolucion todavía más pasmosa. Al cambiar de nombre el Gobierno japonés no habia empero cambiado de situacion. Continuaba siendo una monarquía dueña de dominios muy limitados, rodeada y amenazada por un feudalismo turbulento y ambicioso. Abolirlo, arrebatar á esos príncipes numerosos y potentes sus privilegios y posesiones seculares, reunir todo el país bajo un solo cetro, era empresa difícil y peligrosa.

En Setiembre de 1871 el mikado convocó en su palacio á todos los *daimios* entonces presentes en Yeddo, y cuando los tuvo reunidos al pié de su trono presentóseles el *Hijo del Cielo* y leyóles un decreto por el cual sus Estados quedaban unidos á la Corona, ordenando á todos que entregasen á los oficiales del Gobierno sus palacios y sus bienes, y que residiesen en la capital bajo la vigilancia de las autoridades; reduciendo al mismo tiempo su fortuna á la décima parte de sus rentas. Igual decreto recibieron en el mismo dia los príncipes que residian en sus Estados.

Para comprender bien el alcance de este acto conviene saber que á la fortuna de los príncipes estaba unida la de sus innumerables servidores, y que al despojar á los *daimios* el Gobierno privaba de sus dignidades y medios de existencia á muchos centenares de miles de familias y las condenaba á buscar en el comercio y en el trabajo manual los recursos necesarios en lo sucesivo para subvenir á sus necesidades.

¿Habrá el Gobierno fiado demasiado en sus fuerzas? ¿Dejarán los *daimios* de tomar las armas y agrupar á su alrededor sus legiones de servidores y de guerreros para salvar ó defender hasta la muerte su independencia, sus bienes y sus privilegios? No, nada de eso; no estallará revo-

lucion alguna, no se hará la menor oposicion, apenas se levantarán algunos murmullos (1). Y luego, en las calles de Yeddo, cualquier transeunte se codeará con el gran príncipe sin reconocerle bajo el traje plebeyo que cubre sus dignidades y la nobleza de su orígen. Cualquier labriego podrá por pocos cuartos hacerse llevar por aquellos á quienes hace pocos años no hablaba sino de rodillas y con la frente pegada en el suelo.

Tal es en resúmen la historia de esa pasmosa revolucion que devolvió al mikado el trono de sus mayores y que reunió bajo su inmediata autoridad á todo el Japon.

(1) Desde 1872 el Gobierno japonés ha tenido que reprimir muchas insurrecciones causadas por descontentos que han visto desairada ó poco satisfecha su ambicion, ó bien por poblaciones á las que ha irritado el aumento creciente de los impuestos; pero la abolicion del feudalismo parece ha sido extraña á dichas revueltas.

LOS DOS CAMINOS

III

La muerte de la Condesa produjo un cambio profundo en la vida de Ana. Su desconsolado padre no pudo cuidar de ella, y pasados los primeros dias de luto la confió á una institutriz elegante y muy literata, cuyo empeño fué únicamente excitar las brillantes dotes de la jóven y elevarla hasta un grado eminente de ciencia y cultura intelectual. Pero esta institutriz elegante y aceptada por el padre no lo hubiese sido por la solicitud de una madre, cuyo cariño ve desde luego todo con claridad; y Ana perdió muy pronto en esta contínua comunicacion, si no la fe, á lo menos el fervor y candor de sus creencias. Ya no hacia sus oraciones; las prácticas religiosas sólo fueron para ella una fórmula que muchas veces no cumplia, porque el trato con Dios lo creia más molesto que el trato social, y poco á poco algunos malos libros completaron la obra.

La institutriz no le consintió tener libros que alarmasen su modestia ó atacasen directamente la Religion; pero no la faltaron algunos que con sus errores sobre la historia y el carácter de la Iglesia consiguieron casi destruir su tibia fe.

Por algun tiempo el recuerdo de su difunta madre combatió estas perniciosas doctrinas; pero despues perdió su influencia, y la jóven, sin dejar de venerar la memoria de su madre, se sonrió algunas veces de la sencillez de su piedad.

En medio de sus estudios, casi habia olvidado á Nancy. Esta ya no asistia á las lecciones de Ana, pero conservaba en su corazon la memoria de lo que habian aprendido juntas, y sin ambicion literaria se ocupaba en los quehaceres domésticos; hilaba, hacia calceta, batia la manteca, escardaba la huerta durante la semana, y los domingos iba á la iglesia para honrar á Dios con toda su alma. Toda su ciencia se reducia á amar á Dios y á su familia. Tambien amaba á Ana, pero la veia rara vez, y sólo podia expresar su afecto rogando al Señor por ella.

Estas dos vidas, al principio tan unidas, se separaron más y más. Nancy á los diez y nueve años se casó con permiso de sus padres con un honrado jóven llamado Gaspar, mayoral en una granja de Vonvray. Quince dias despues casóse Ana, prévia la vénia paternal, con un jóven del gran mundo, llamado Fabian de Eronard, con el que habia de vivir alternativamente en París y en una posesion del Franco-Condado.

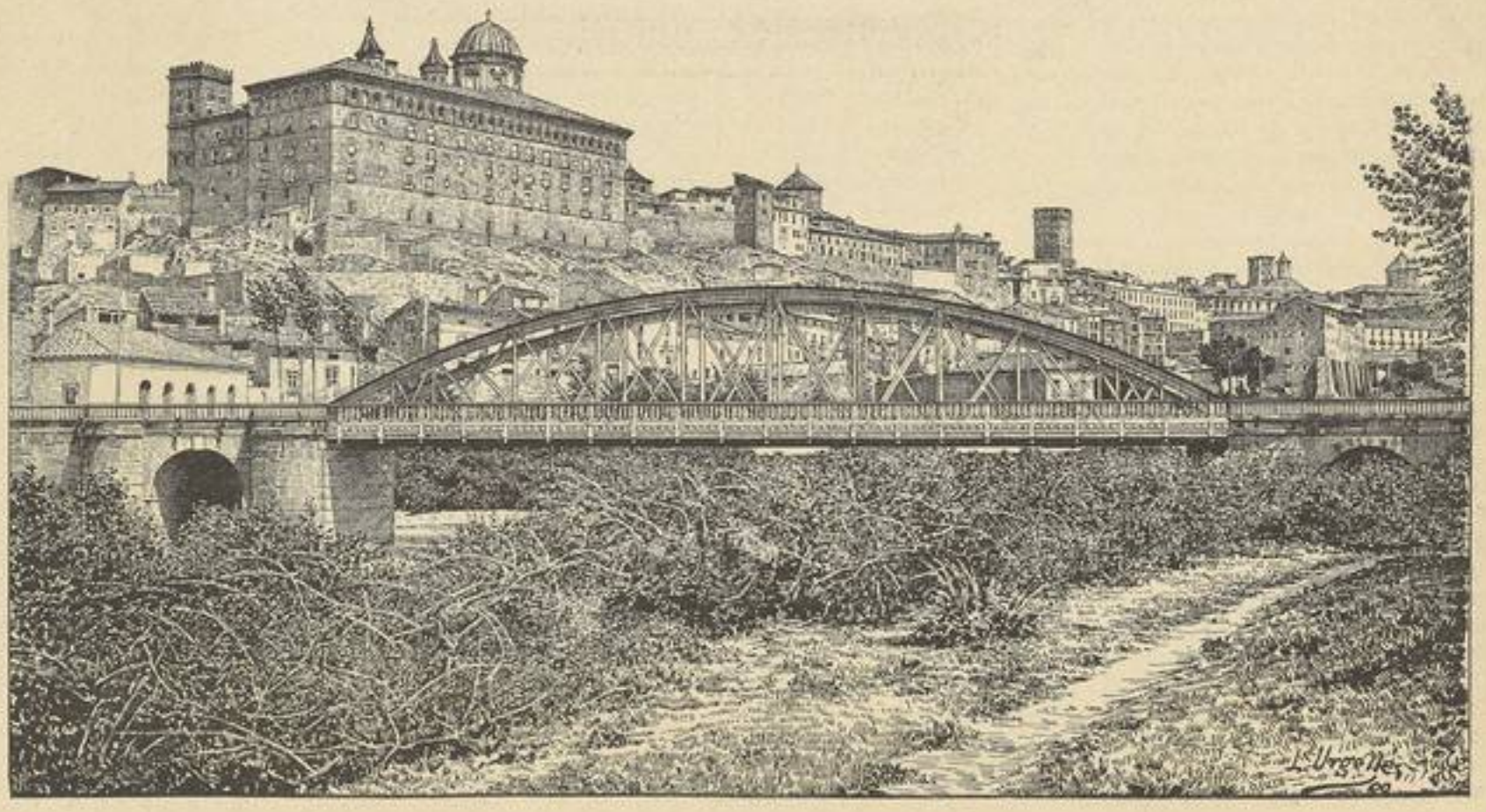
Ana, amante de su marido y ávida de conocer otro género de vida, dejó casi sin pena la mansion en que pasaron tranquilamente los primeros años de su vida; derramó algunas lágrimas al acordarse de su madre, besó á Nancy, se despidió de su padre, y se marchó sola con Fabian para engolfarse en ese egoismo de dos personas, en ese aislamiento en medio del mundo, que convierten en oasis los corazones de los recien desposados.

¡Extraño caso! Sus esperanzas no fueron defraudadas. Halló en su enlace la felicidad íntima que produce la simpatía absoluta de dos almas sin deseos ni penas. Un hijo llamado Fabian, como su padre, vino á dilatar las perspectivas de la felicidad de Ana, y su alma ardiente nada veia más allá del tiempo presente, ni de aquellos felices dias que creia durarian siempre. Entre estos sentimientos personales y terrestres extinguióse su vacilante fe: Ana, por otra parte, estaba bajo la influencia de su esposo, que, ligero y escéptico, pronto la convirtió en burlona é indiferente. Algunos libros malos, el trato con gente incrédula y el mal ejemplo de mujeres sin fe, consumaron la ruina de su alma. Ignoraba que Dios celoso quiere las primicias de nuestros más santos afectos y exige de nuestra vida el diezmo del pensamiento que le busca, de la voluntad que se adhiere á la suya, y del amor que corresponde á su amor. La Providencia le envió la felicidad para que su alma satisfecha se dirigiese al cielo como oloroso incienso ó suave perfume, y fué sorda á este dulce llamamiento de la divina Bondad: ¿lo será tambien ante la prueba del infortunio?

IV

Habian pasado muchos años en esta tranquilidad sin otro suceso que la muerte del Conde de Vauvres, cuando estalló el rayo en este sereno cielo.

El tifus, enfermedad fatal para los jóvenes, y que se ceba en los más hermosos y robustos, acometió á Fabian, y en pocos dias puso en peligro su vida. Ana vió irse extendiendo la palidez de la muerte cual velo siniestro sobre el semblante querido de su esposo; oyó salir de aquella boca que tantas dulces palabras habia pronunciado, las divagaciones de la calentura; miróla Fabian y no la conoció. En los recargos violentos de la fiebre recibió la Extremauncion, y murió sin conocer á su mujer y á su hijo. *El Hijo del*



VISTA DE TERUEL DESDE EL PUENTE DE HIERRO

MOMIAS DE D. DIEGO DE MARCILLA Y D.ª ISABEL DE SEGURA EN TERUEL

Hombre vino en la hora en que no se le esperaba.

Ana estaba sola con su niño, que no comprendia por qué lloraba su madre.

Un dolor sombrío y de desesperacion agobió su espíritu... Para algunos el dolor es yugo saludable que vuelve al cristiano extraviado á los brazos de su Dios, y que le hace exclamar con David: «Bueno es, Señor, que me hayais afligido...» Para otros la áspera desesperacion es un estímulo para la insubordinacion, una excitacion para la murmuracion... Ana fué de éstos; y en su feroz dolor se indignaba contra el Arbitro supremo de la vida y de la muerte, que la habia arrebatado á su esposo querido: su rebelde corazon se desahogaba en amargas quejas, en recuerdos crueles, en atrevidas recriminaciones, y débil criatura, sólo dejaba esta insensata lucha para caer en los abismos de la desesperacion. En sus lágrimas no habia dulzuras, ni esperanzas en aquella noche profunda de su alma: ocupábase sólo del pasado, de Fabian y de su amor con impaciente obstinacion que venia sin cesar á chocar con el obstáculo eterno de la muerte.

El mundo escéptico, que trataba Ana y que habia concedido breve duracion á su profundo pesar, se engañó, pues despues de muchos años de viudez, quedó sepultado en su corazon y la preservó de nuevos afectos. Para llenar el horrible vacío de su alma se dedicó al estudio, á que siempre fué aficionada, y procuró apasionarse por los sistemas filosóficos, por las poéticas teorías y por las prescripciones regeneradoras y sociales que profesaban sus amigos.

Extravióse en las nebulosidades de la filosofía alemana: patrocinó los errores que el teatro y la novela ponen en circulacion; buscó en viajes lejanos nuevas emociones y frívolos entusiasmos; visitó á Atenas, y se conmovió ante el recuerdo de Pericles; vió el Foro, y pensó entusiasmada en Ciceron y en César; pero nada sintió cuando recorrió en Jerusalen el Gethsemaní y el Calvario; y pasados muchos años en el torbellino del mundo, en agitaciones literarias y en viajes remotos, llegó á la edad madura más triste aún y desconsolada que en los dias de su mayor aflicion.

Quedaba su hijo. Lleno de gracia y de sensibilidad en la niñez, mucho bueno prometia su adolescencia; pero no bien tomó posesion de sus riquezas y libertad, sus pasiones sin freno dominaron en su alma.

Una educacion sin Dios produjo sus naturales consecuencias.

Sobrecogióse de temor su madre ante los desórdenes en que, implacable consigo mismo, perdia juventud, salud y dinero; y aquellas engañosas sentencias que quizá ella misma habia aprobado: «La juventud necesita divertirse y aprovechar su tiempo... Coronémonos de rosas, gocemos...» Estas máximas de la sensualidad le parecieron

horribles cuando vió que devoraban en su hijo lo más hermoso de su juventud.

Y cuando le rogaba que se contuviese, que reflexionase y que no prodigase en vano el tesoro de sus afectos, la flor de su vida y la delicadeza de sus sentimientos, lo tomaba á broma, ó contestaba con buenas palabras, ó con algun chiste escéptico.

No ejercia influencia alguna sobre él, ni podia tenerla, porque sólo Dios da una santa autoridad á los padres sobre los hijos, y nunca Fabian oyó invocar á su madre este santo nombre.

Las manos que no se juntan para orar, no pueden tener por mucho tiempo el cetro maternal.

V

Concluia una noche estrepitosa del Carnaval de 1856. Ana, que habia recibido algunos amigos, aún no se habia acostado, y se entretenia sola leyendo un pesado libro, de moda en aquellos dias, de un escritor que se proponia destruir el Cristianismo y negar hasta la existencia del Salvador de los hombres.

Inclinaba su cabeza fatigada sobre aquellas páginas, que serian funestas á no ser fastidiosas para la mayor parte de los lectores; pero distraíala muchas veces el recuerdo de su hijo. Fabian no habia vuelto á su casa; y aunque esto ya era para él una costumbre, sin embargo, una secreta inquietud oprimia el corazon de su madre.

Los ruidos desordenados de la calle, los gritos salvajes, las risas estridentes de las máscaras, la lívida claridad del dia, que hacia palidecer las bujías, el cansancio, el insomnio, la tristeza árida del libro, todo aumentaba su malestar.

Aproximóse á la ventana y levantó la cortina: la calle estaba cubierta de espeso lodo, en el cual se movian parejas que se retiraban tarde, polichinelas, árabes, caciques, pastores y pastoras, todos llenos de palidez y desórden á la claridad del alba. Ana separó de ellos su vista con disgusto...

En aquel instante sonó una campana clara y vibrante: era el *Angelus*.

—Miércoles de Ceniza, se dijo Ana; en otro tiempo íbamos mi madre y yo á tomarla al templo y á oir la sentencia que nos recuerda que somos polvo... ¡Pobre madre! creia dispertarse despues de la muerte... ¡Error, dulce error!... ¡ay de mí!

Y seguia en sus tristes reflexiones, cuando el rodar de un carruaje y el ruido de la puerta cochera que se cerraba, la recordaron su primera idea.

—Ya vuelve Fabian; ¡qué cansado estará! ¡Pobre hijo mio! esta vida de placeres le matará...

Y pasó á un saloncito que daba sobre el patio, donde vió el carruaje de su hijo.

—Va á dormir, se dijo á sí misma; le veré despues... Pobre jóven, tan amado y solicitado...

Un criado abrió la puerta y dijo:

—Un sacerdote desea hablar con V...

—¡Tan temprano! no importa... vendrá á recoger alguna limosna... Sí, sí, que pase.

Y se sentó junto á la chimenea sin reparar en el criado y en su actitud de espanto, y buscó su bolsillo, porque Ana, de todas las tradiciones de su madre, habia conservado la de la beneficencia. Abrióse la puerta segunda vez, y entró sin ser anunciado un anciano sacerdote.

—¿Viene V. por alguna limosna, señor Cura? dijo Ana deseando concluir pronto una visita tan matinal.

—No, señora, respondió el anciano. Dios recompense su caridad. Soy mensajero de desgracia...

—Mi hijo, exclamó levantándose como empujada por invisible mano. ¡Fabian!

—El me envia.

—¿Dónde está? ¿no acaba de entrar?

—Yo, señora, he venido en su coche.

—¿Dónde está? repitió con angustias mortales.

—Señora, resígnese V. y ofrezca á Dios su pena.

Ana miróle con espanto, porque todo lo habia comprendido.

—¡Muerto! dijo, ¿cómo? ¿dónde? ¡hable V.!

—En desafío, despues de cenar... Pasaba cerca despues de auxiliar á un moribundo, cuando oí gritos; ví á su hijo de V... pude asistirle, y espero que Dios le habrá recibido en su misericordia...

La pobre madre hízole señas de que se retirara, pero el sacerdote no se atrevió á complacerla: entró entonces en su habitacion, y con la calma horrible que sigue algunas veces al primer dolor, se volvió á sentar y tomó el libro que habia dejado. Eran las obras póstumas de Lamennais. Involuntariamente fijó su vista en las palabras siguientes:

«¿Quereis que os diga lo que es el mundo? Una sombra de lo que no existe, un sonido que no viene de parte alguna, una carcajada de Satanás en el vacío.»

Leyó maquinalmente estas palabras, y dijo en voz alta:

—Todo ha concluido... nada despues de esta vida... ¡ah! ¡esto es horrible!

Entraron las criadas llamadas por el sacerdote, y la encontraron sin conocimiento.

(Se continuará).

Á D.ª MARÍA DEL PILAR BALAGUER

DE RUBIÓ

EN LA MUERTE DE SU PIADOSA MADRE

¿Quién á los Magos señaló el camino
que conduce á Belen? ¿quién de su mente
las sombras disipó,
y en sus pechos dió vida á la esperanza,
distrajo su querer de los deleites,
abrió sus ojos á la eterna luz?

Dios, que en el cielo, como un tiempo diera
una nube por guia en el desierto
al pueblo de Israel,
hizo brillar la extraordinaria estrella
que Jacob anunciara y que en las sombras
encaminó los Magos á Jesús.

Peregrina en la tierra, Dios, que vela
por los que llevan la señal bendita,
una madre te dió,
que con sus besos te imprimió sus hábitos,
te inflamó en la virtud con sus consejos,
te infiltró con su leche la bondad:

una mujer, corona de su esposo;
una madre que fué para sus hijos,
que ha sido para tí,
brillante estrella que, á través del yermo
desierto de la vida, á tu alma pura
mostró la senda que conduce á Dios.

. . . . . .

Mas ¡ay! un dia enmudeció su lengua;
quedaron, sin calor su amante seno,
sus pupilas sin luz:...
como los Magos al perder su guia,
te hallaste envuelta en tenebrosa noche,
y amargó la inquietud tu corazon.

Lloraste,... Dios bendijo los raudales
de llanto que escaldaron tus mejillas,
y como en el zenit
reapareciócse á los turbados Magos
la estrella, tu alma en la region celeste
la imagen de tu madre descubrió.

Mirala... así... Reflejense en tus ojos
constantemente sus hermosos rayos;
mirala sin cesar:
ella será, durante tu jornada,
en los instantes de placer tu amiga,
en las horas de angustia tu sosten.

Y cuando se abran á tu paso nuevas
floridas sendas, si á tu mente asalta
la incertidumbre cruel,
—Hija,—dirá,—no dejes la de espinas:
sigue, no temas, la que yo he seguido:
esa es la senda que conduce á Dios.»—

LUIS CARLOS VIADA Y LLUCH.

LOS ESPÍRITUS DE LAS TINIEBLAS

novela histórica

POR EL P. JUAN J. FRANCO, S. J.

II

En el precedente artículo hemos examinado los orígenes del Espiritismo y lo que podríamos llamar parte externa de la obra. Hoy nos proponemos estudiar el libro en sí mismo, ó sea en su desarrollo como obra literaria. El P. Franco, que en todas sus producciones, ha dado á conocer que comprende el siglo en que vivimos, y que este es refractario á obras didácticas ó de profundo estudio, pero que en cambio se paga de la forma ligera y del cuadro realista de la narracion ó novela que emociona el espíritu y excita con sus episodios el interés del lector, aceptando en beneficio de estas sensaciones la refutacion que entraña de los reprobados principios de la secta espiritista, juzgó conveniente reducir en un cuadro adornado con todas las galas de la bella literatura las múltiples relaciones de los fenómenos de la secta, que por ser admitidos é innegables dan fuerza á sus argumentos y conclusiones.

Así, pues, el trabajo del P. Franco, al parecer sencillo, es de una dificultad y mérito excepcional, porque reune en escenas interesantes y bien hilvanadas todo el fárrago de experimentos siempre repetidos, y siempre los mismos, esparcidos en las mil y mil publicaciones de la secta, referidos á veces exactamente y otras envueltos en el oropel de un lenguaje sibilítico, fácil á los iniciados, pero á propósito para no alarmar antes de hora á los vacilantes y timoratos. En los capítulos de esta obra se va adelantando paso á paso hasta quedar del todo levantado el velo del gran misterio de iniquidad que encierra el espiritismo, por un procedimiento agradable y seductor. Nos inicia desde las primeras páginas el P. Franco en la intimidad de los protagonistas de su novela, y se verifica la presentacion de los personajes con los cuales se desarrolla toda la accion de su interesante drama. Con dificultad podríamos indicar cuál juzgamos ser el héroe de la obra, puesto que todos en el papel que tienen asignado revisten importancia capital, y esta circunstancia, que podria parecer defectuosa considerada segun el molde de las ordinarias producciones en el género, no lo es en manera alguna en el libro del P. Franco, porque en este al héroe no se le halla tanto en los hombres que en él aparecen, como la idea moral que late en toda la obra, como la supersticion que los domina, como las abominables prácticas que se trata de combatir. Los personajes que nos describe y que constantemente están en escena y con los cuales se desenvuelve la accion de la novela, son más ó menos simpáticos, son modelo de virtud, ó sentina de vicios, son débiles ó inexpertos, pero siempre sostienen su carácter, que logra interesar por ellos al lector, sin apelar á los recursos de pasiones sensuales, á las cuales el sabio y virtuoso P. Franco no quiso ni podia acudir, pero que, como hombre de mundo y de profunda experiencia, deja adivinar que son el cáncer que corroe las entrañas de esta sociedad descreida y supersticiosa.

En Marco Antonio Schiappacasse, diputado del

Parlamento italiano, y jefe de la familia en torno á la cual gira toda la accion de la novela, se representa el tipo del hombre á la moderna, del liberal por sus no muy limpios negocios, y del conservador en lo que atañe á sus millones, no preocupándose mucho de los principios, mientras pueda gozar de la influencia que da la posicion y no perturbar la paz y las comodidades domésticas de que se halla rodeado. Es uno de estos hombres á quienes no alarma el mal que á ellos no alcanza, que se creen superiores al vulgo y sin embargo carecen de toda superioridad, como no sea la de su riqueza adquirida por medios poco escrupulosos y legítimos. Su papel se sostiene perfectamente y sólo aparece algo inverosímil su precipitada boda con una aventurera americana, en un hombre de costumbres sobrado fáciles, si no se tiene en cuenta el influjo de la seduccion en hombres para quienes los principios religiosos son beaterías y supersticiones, pero que á la fin y postre como Marco Antonio se abaten ante el desengaño, y pagan con su vida los desencantos de sus extravíos.

En oposicion á este se presenta el carácter de su hermano Pedro, que es para nosotros el verdadero protagonista de la novela: varon de temple enérgico, de convicciones profundas y arraigadas, sin preocupaciones y sin extemporáneas exaltaciones, es el hombre religioso en la familia, en la sociedad y en todos los instantes de su existencia. Jurisconsulto eminente é imbuido en los más severos principios de la justicia y de la moral, es uno de estos hombres que derraman siempre el bien á su alrededor; consejeros providenciales de la propia familia y de los pobres, que jamás faltan á implorar su consejo y sus recursos. La sociedad moderna y en particular la revolucionaria Italia los califica de fanáticos, pero el respeto popular los reviste de aureola de prestigio y autoridad, á la que no alcanzan los dardos de la envidia y del insulto. Protectores de toda buena obra se sacrifican por el bienestar de sus semejantes, y las familias que cuentan con uno de estos seres providenciales, como la de Schiappacasse, tienen siempre el buen ángel que les sirve de segura guia y amparo. Conocemos algunos de estos seres que son el ornato de toda sociedad y á quienes jamás se recurre inútilmente, como lo experimentó la familia que nos representa el P. Franco; hombres cuya existencia se desliza derramando el bien en torno suyo á manos llenas, y cuya única aspiracion es la gloria de Dios y el amor á sus semejantes.

Por el contrario y en justa oposicion se nos describe la repugnante figura de Morosini, tipo repulsivo de esos hombres sin fé ni conciencia, que cual áspid venenoso se introducen en las familias para sembrar la discordia y la desgracia. Faltos de ciencia, revisten su oropel: poseidos de las más bajas pasiones, aceptan toda novedad para explotarla en su favor, mientras conduzca á su negocio. Tipo acabado del revolucionario italiano, terrible sectario á la vez, practican la máxima de sus antros infernales de «corromper y ante todo corromper.» Hallando fácil entrada en casa de hombres como Marco Antonio, sólo se pone á sus viles codicias el acerado temple de Pedro Schiappacasse, produciendo una lucha viva y empeñada que prolonga y favorece la debilidad y errores de un Marco Antonio. Este espectáculo, este contraste es el que sostiene todo el interés de la novela, porque, basada en la realidad, conocemos á estos hombres que engendra el cieno de la corrupcion y del moderno libertinaje.

En Corina, la hija única y predilecta de Marco Antonio, el autor se complace en retratar la jóven de buenos sentimientos y de corazon angélico, pero abandonada á una pasion perniciosa, solicitada por las más encontradas pasiones. No correspondia al carácter del autor hacer intervenir sentimientos de amor en un libro en que no es el desbordamiento de esta pasion lo que se combatia. Muy al contrario, el amor purísimo que ennoblece al corazon que lo alberga, y que la Iglesia cual madre cariñosa bendice y patrocina, no tiene mayor enemigo que el espíritu que informa á la sociedad revolucionaria; que los Morosini libertinos que proclaman el amor libre y el divorcio; que esos jóvenes disolutos cuyo aliento emponzoña y contra los cuales jamás serán bastante altos los muros, ni profundas las vallas, para apartarlos de toda familia honrada. Corina es el tipo de estas jóvenes á las cuales se da una educacion superficial que no basta á prevenirlas contra el engaño y las malas pasiones, y que muchas veces, á pesar de un fondo excelente de virtud y de bondad, si no se tiene la fortuna de tener al lado un vigilante y discreto tio Pedro para advertirlas de los peligros que las amenazan, sucumben al embate de las agitadas pasiones y á los corruptores instintos de los Morosini de la sociedad moderna. En la figura de Corina hallarán los padres de familia que quieran á sus hijas, enseñanza práctica que seguir y consejos que aprovechar, porque sin la solicitud amorosa del sentimiento religioso, la jóven en el mundo se halla rodeada de infinitos peligros en los cuales pierde la pureza de su alma siempre, y muchas veces su honestidad y reputacion.

Paralelo al de Corina y formando contraste con la misma, retrata el P. Franco con amor y delicadeza la simpática figura de Ambrosio Pensabene. No es el tipo de ese jóven el de un sér imaginario que sea preciso forjarlo en imaginacion y convencionalismo. Todos lo hemos visto y conocido. Por desgracia no abunda en nuestra sociedad en tanto número como fuera de desear, pero existe para ser el encanto de las familias y la esperanza de la patria. Es el jóven Ambrosio el hijo de la sólida educacion religiosa y civil, cual no dudamos habrá formado muchos el preclaro talento del P. Franco. Religioso sin supersticiones y buen ciudadano, no se le hallará en motines ni asonadas; trabajador y laborioso fiará en la honradez el logro de decoroso bienestar; y amante hijo, buscará en los puros amores la dicha de una paternidad que honrará su existencia y formará la corona de gloria de sus padres. Por esto en la novela del P. Franco se unen en indisoluble lazo los nobles corazones de Pedro Schiappacasse y de Ambrosio; son dos figuras que se completan, son la causa y el efecto, los principios y la consecuencia de la educacion religiosa, y por esto salvada Corina, por la solicitud del tio, de los peligros á que la expusieran las torpezas inconscientes de su amoroso padre, acaba por ser la digna esposa del afortunado Ambrosio.

Detengámonos poco en la innoble y repugnante aventurera americana Sara Tappan. Ave de paso y mejor aún de rapiña, se la conoce en todos los establecimientos balnearios, en las playas de moda y en las estaciones de invierno ó de verano, y se la encuentra al rededor de todos los tapetes verdes y kursaals donde cotiza sus favores con la ruina de familias enteras, rodeada de zánganos que aburren su vida en inmundos placeres desdorando nombres ilustres y sepultando en el cieno gloriosos é inmaculados abolengos. De vez en cuando, convertidas en hipócritas raposas, introducen en honradas familias la ignominia de su reputacion merced á la decadencia intelectual de hombres libidinosos y fáciles que caen en sus redes. Sara es el tipo de estas mujeres de mundo que brillan un momento, cual fuegos fátuos, en la sociedad que les paga con su desprecio la ignominia de su encumbramiento.

Réstanos, finalmente, presentar á nuestra vez los dos tipos admirablemente retratados por el P. Franco, y opuestos cual los dos polos, de la doncella adicta y cristiana que nos ha mecido en la cuna, que ha velado cual ángel de la guarda nuestros infantiles sueños, que, como la hiedra al árbol, así ella ha vivido siempre arrimada á la sombra de nuestra casa y para quien han sido suyas las alegrías, y más todavía nuestros disgustos y quebrantos; y la moderna institutriz inglesa ó alemana, de familia comunmente desconocida y de religion las más veces ignorada, que á cambio de un pingüe salario se dice que enseña su propio idioma que por ser el suyo conoce, y sirve sólo para presentar en público en brillante atavío las niñas que se le confian, y permanece en la casa mientras soplan los vientos de prosperidad, introduciéndose con ella no pocas veces la perturbacion y discordia en el seno de las familias, cuando no dan lugar á infidelidades conyugales ó á excesos juveniles. Tales se nos presentan los dos tipos de Ménica y Ofelia: la primera, la virtuosa doncella que hasta lanzada de la casa por las intrigas de una advenediza, con propio riesgo salva á su querida señorita de los peligros contra su honor á que la exponen los malos consejos de la extranjera, y ésta, abusando de su posicion, intriga contra sus señores, fomenta hábilmente las malas pasiones y conduce á la niña que con imprudencia temeraria fué confiada á su discrecion, al borde de su deshonra, de la que la libra Dios y su ángel de la guarda en la persona de su fiel y simpática doncella.

En torno de estos caracteres perfectamente dibujados, como por mano de experto artista, se desarrolla la accion de la interesante novela que con la mayor brevedad posible nos proponemos dar á conocer á nuestros benévolos lectores.

FRANCISCO MUNS.

SUSPIRO

¿Cuándo la dura esclavitud que oprime
Al alma quebrantando,
Al misterioso centro por quien gime
Ascenderá volando?

Águila audaz que entre las densas nubes
Cual flecha volar miro,
¡Quién las alas me diera con que subes
Al alto á donde aspiro!

¡Oh, quién de fillas el flagrante carro
A mi gemir prestara!
Entonces, cárcel vil, sombra de barro,
A tu pesar me alzara.

Entonces á tu alcázar de diamante,
Señor, me encumbraria,
Y en tu rostro mirando centellante,
Amor me arroberia.

Alas préstame ¡oh Dios! Alas de fuego
Desde la torpe hondura
Arrebátenme rápidas, te ruego,
A tu feliz altura.

JUAN A. SACO Y ARCE

MISCELÁNEA

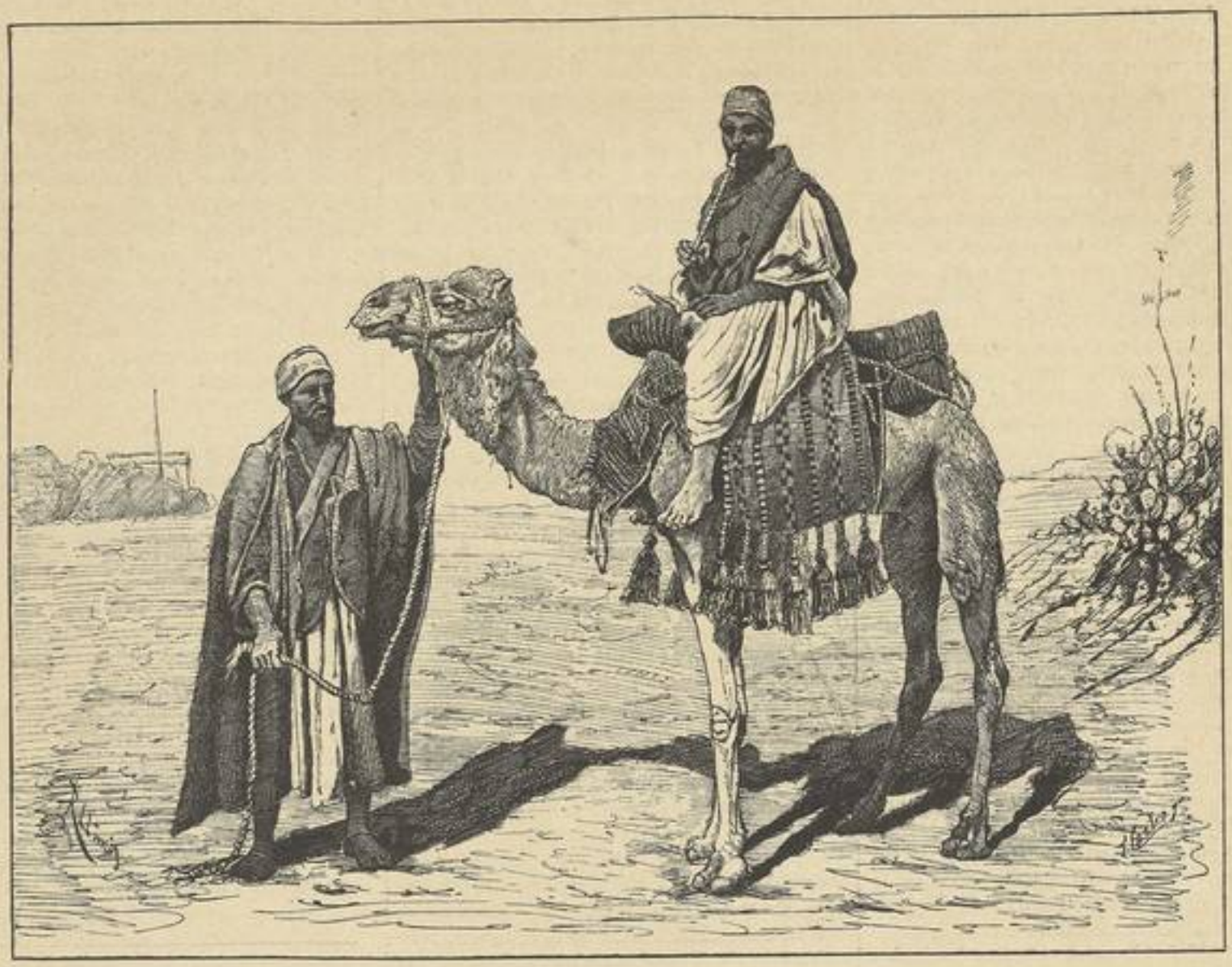
FOTOGRAFÍA NOCTURNA

Como la luz eléctrica no está al alcance de todo el mundo, habia empleado Mr. Nadar el magnesio, con éxito, para obtener pruebas fotográficas en locales oscuros, cuya sustancia da una luz abundante en rayos actínicos; pero en vista de que el magnesio, además de producir un humo molesto, requiere algunos segundos para fijar la imágen, se ha ideado usar los polvos foto-relámpagos, que tienen por base el magnesio con sustancias oxidantes, los cuales no ofrecen aquellos dos inconvenientes, pues mediante ellos se obtienen las pruebas instantáneamente y sin que el humo ejerza influencia en el clisé.

Entre las varias fórmulas que existen, pueden citarse las siguientes: Primera, clorato de potasa, 2'10; sulfuro de antimonio, 0'40; magnesio en polvo, 1'50. Segunda, azufre lavado en polvo, 1g; magnesio en polvo, 10'50.

Hay que advertir que el clorato y el sulfuro deben pulverizarse aisladamente con gran cuidado, mezclándose luego con el magnesio sobre una hoja de papel con las barbas de una pluma, porque la frotacion de un cuerpo duro produciria una explosion, produciendo lamentables accidentes, como desgraciadamente ya han ocurrido.

Para evitar los peligros que ofrecen los foto-polvos y las nubes de humo, que irritan los bronquios, los Sres. Guebhard y Ranque combinan una fórmula que parece resuelve la cues-



CAMELLEROS ÁRABES EN EL ISTMO DE SUEZ

tion. Al efecto se sirven de un tubito de vidrio, de 10 centímetros de largo y 0,4 de calibre, en forma de cuerno de caza, introduciendo por uno de sus extremos, ligeramente ensanchado, una carga pequeña de 0,2 gramos de pólvora.

Al opuesto extremo del tubo se adapta el de cauchú de una pesa de presion. El cuerno de caza de vidrio se pasa por el dedo índice ó pulgar de la mano, teniendo una bujía encendida, y una pequeña presion de la mano libre sobre la pesa de cauchú basta para provocar la proyeccion del polvo, siendo suficiente su repentina inflamacion en forma de relámpago fotogénico para impresionar instantáneamente la plancha con gelatino bromuro de plata.

Para un objetivo de dos centímetros de abertura de diez centímetros de distancia focal, es bastante la luz de tres metros de distancia. Por otra parte, no es difícil establecer de un modo estable uno ó varios de estos *fotiospiros* enviados á distancia por la misma pesa de goma, con lo cual se obtiene una iluminacion intensa en todas las posiciones, cuyo resultado se obtiene difícilmente con los otros procedimientos.

De todo lo dicho se desprende que pueda ya considerarse resuelto el problema de la fotografía instantánea nocturna en condiciones bastante cómodas para los aficionados.

LOS BONAPARTES Y LA LETRA *M*

La letra M ejerció siempre influjo intermitente de bondad y de daño en la historia de los Bonapartes. Marboeuf fué el primero que reconoció el genio de Napoleon el Grande, Marengo la primera batalla que ganara, Mortier fué uno de sus mejores generales, Moreau le hizo traicion, Murat el primer mártir de su causa, María Luisa la mujer que participó de sus mejores dias de gloria, Metternich venciólo en diplomacia, Madrid le hizo conocer la locura de su ambicion. De Móstoles el alcalde sirvió de presagio funesto para su ruina, que remató Moscou despues de huir de San Marcial. Seis mariscales y veintiseis generales de division llevaban apellidos que empezaban por M; y Maret fué su confidente más fiel. El bautismo de fuego lo recibió en Moulnotte; su última batalla Monte-San Juan (Waterloo). Milan era capital de su primer enemigo, y Moscou la última en que entró victorioso. Menou le hizo perder el Egipto, y Miollis quien le hizo la captura de Pio VII. Su primer chambelan llamóse Montesquieu; su última residencia en Francia Malmaison. En el «Bellerophond» rindióse al capitan Maitland, y los que asistieron á su agonía en Santa Elena llamábanse Montholon y Marchand, su ayuda de cámara.

Esto en cuanto á Napoleon el Grande. En cuanto á Napoleon el Chico, aparte otras MM, tenía la de una Montijo con quien casó, la de Morny su camarada, las de Malakoff, Magenta y Montebello, Méjico y Maximiliano. Su enemigo irreconciliable fué Mazzini. En 1870 Maguncia debió ser la base de operaciones; pero rechazado hácia el Mosela, su suerte se decidió en Sedan sobre el Mosa, viniendo luego la rendicion de Metz. Toda su ruina fué causada por un hombre, Moltke.

EL HOMBRE PÁJARO

Mister Chunych, norte-americano, ha inventado un aparato que, si se llegara á perfeccionar, causaria una revolucion grandísima y desterraria hasta cierto punto los actuales sistemas de locomocion.

El americano Chunych ha dejado atrás los más fantásticos cálculos de Julio Verne. Ha descubierto la manera de volar.

El aparato consiste en dos correas que, sujetándose alrededor del brazo, van á enlazarse con un cinto de cuero. En el pecho queda colocada una especie de manivela que, al ser movida, transmite la fuerza á otras ruedas dentadas que vienen colocadas en la parte posterior de los hombros, y á su vez estas ruedas imprimen movimiento á dos alas gigantescas de lienzo, hábilmente combinadas, y cuyas dimensiones están en relacion con el peso del individuo.

Puesto en pié el viajero, no tiene más que hacer funcionar con vigor la manivela, y en el acto las alas se mueven y la ascension se verifica con rapidez.

Para la direccion basta mover con la mano izquierda unos registros que hacen variar la posicion de las alas.

El inconveniente con que tropieza el invento consiste en prever cualquier incidente, un vahído, por ejemplo, que obligue al hombre-pájaro á suspender el trabajo del aparato, en cuyo caso la caida es inevitable.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 16

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCION AL ROMBO DEL NÚMERO ANTERIOR

```
          H
        H O I
      H E R O E
    H O R M I G A
      Z O I L O
        E G O
          A
```

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) | Barcelona 24 de Agosto | Série II.—Núm. 87

LECCION DE COSTURA (cuadro de L. Bechi)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La Revolucion del 89*, (continuacion).—*El Amuarro de las Misiones*, por Lionello.—*El liberalismo ante los principios religiosos*, por Cárlos Walker Martinez.—*Los dos caminos* (conclusion), por Matilde Bourdon.—*Notas sobre el Japon*, III.—*Los espíritus de las tinieblas*, III, por Francisco Muns.—*Por ser lloron*.—*La costumbre vence á la naturaleza*, I, por el P. J. Franco.—*Miscelánea*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Leccion de costura.—Cuadro de L. Bechi.

Pequeño palacio llamado de Pío IV en los jardines del Vaticano.—Está situado en la parte más baja, del lado de la Zecca y frente á la Biblioteca Vaticana. Llámase este edificio de Pío IV por haberlo hecho construir este Pontífice, que gobernó la Iglesia de 1559 á 1565.

Todas las mañanas, durante el actual verano, acostumbra Su Santidad dirigirse al mencionado edificio después de un paseo por los jardines, y allí toma un ligero desayuno.

Nasser-ed-Din, Shah de Persia.—Con motivo de su excursion, que es la tercera, por diversos Estados europeos, aquel monarca es objeto de la atencion pública en todos ellos, especialmente en Inglaterra, donde ha sido colmado de agasajos muy fáciles de comprender si se tiene en cuenta la situacion que Persia ocupa en el Asia, entre los dominios que allí poseen dos rivales como Inglaterra y Rusia.—El actual Shah (rey de los reyes) cuenta cerca de sesenta años, y subió al trono cuando apenas tenia diez y ocho. Dícese de él que es hombre lleno de intenciones reformistas, que no puede llevar enteramente á cabo por el carácter del país.

Azis-Sultan, pequeño favorito del Shah de Persia, á quien sigue por todas partes como su sombra. (Véase la anécdota *Por ser lloron*).

Ronda nocturna (de Rembrandt).

Bosque de Bolonia (cuadro de José M. Marqués).—Nótase en los lienzos de este pintor sus condiciones de buen colorista y ese algo que atrae y subyuga: la belleza de la composicion y el sentimiento y poesía que en ellos imprime. Aunque jóven, ha logrado Marqués adquirir sólida reputacion, debida únicamente á su propio esfuerzo. Sin otros elementos que su entusiasmo por el arte y su laboriosidad, ha podido realizar muchos de sus sueños de artista, y con el producto de su trabajo visitar los más célebres museos de Europa y admirar las obras de los grandes maestros. En las galerías particulares de Barcelona figuran muchos de sus más bellos cuadros, que hallan tambien ventajosa colocacion en varias capitales del extranjero.

Un casamiento en la provincia de Valencia á principios del presente siglo (cuadro de Antonio Fillol).—El cuadro que reproducimos, uno de los primeros que de este artista figuran en la galería Parés de Barcelona, denota desde luego, aparte de su atinada composicion, condiciones de buen colorista. Cierto es que la brillantez de tonos de los típicos trajes valencianos préstase á formar bellas combinaciones; mas para que el conjunto no resulte inarmónico, precisa acierto y aptitudes para fijar en el lienzo sus vivos colores, y estos escollos, ya que tales son para el artista, los ha vencido el señor Fillol, denunciando en él especiales condiciones para cultivar el arte á que se dedica desde temprana edad con laudable perseverancia y no escasos sacrificios.

Don Pedro II de Alcántara, emperador del Brasil.—Es el más antiguo de los monarcas del globo, pues hace cincuenta y siete años que ocupa el trono del Brasil, y cuenta sesenta y tres de edad: seis años más de reinado y seis menos de edad que la reina de Inglaterra.

Nacido de una archiduquesa de Austria, D. Pedro II vino al mundo al tercer año de la independencia del Brasil, que antes pertenecia á Portugal. Sucedió á D. Pedro I, y fué emperador bajo tutela á la edad de seis años; asumió personalmente el gobierno á los quince; fué coronado á los diez y seis; á los diez y ocho casó con D.ª Teresa Cristina, hija del rey de Nápoles, de la cual tuvo dos hijas: Isabel Cristina, que á los diez y ocho años contrajo matrimonio con el Conde de Eu, de la Casa de Orleans; y Leopoldina, que casó con el príncipe Luis de Sajonia-Coburgo.

La abolicion de la esclavitud en 1871 es el acto más señalado del imperio de D. Pedro II. Dicen de él que es grandemente afable por temperamento, enemigo de la ostentacion y del fausto magnánimo... y liberal, hasta el punto de permitir la «libérrima manifestacion de todas las ideas, áun las republicanas más avanzadas.» Y por esto tambien, sin duda, ha podido la masonería hacer de las suyas en aquel vasto país, incluso dominar en las esferas del poder y vejar á la Iglesia.

Recientemente, el 17 de Julio por la noche, al salir de una representacion teatral, D. Pedro fué objeto de un atentado. Un individuo, dicen que un portugués, le disparó un tiro de rewolver. Afortunadamente la bala no tocó al Emperador.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Cambios de postura.—La escoba de honor.—Fortunas amasadas con sustancia de tonto.

Ya tenemos alcalde.

Funcionario de que estábamos desprovistos, aunque no lo habíamos advertido, pues con alcalde ó sin él nos va lo mismo.

Y que para encontrarle ha habido que rebuscar mucho con la linterna de Diógenes.

El nuevo alcalde es un periodista y diputado, que ha disertado largo y tendido, de viva voz y por escrito, contra las inmoralidades municipales; por lo cual la opinion pública y la privada no le dejan de la mano, pidiéndole trigo por creer que ha pasado la hora de predicar.

Y el bueno del hombre está ya mareado.

Tan mareado que no perdemos la esperanza de ver que, parodiando al famoso Estébanez, cuelga un letrero de la Alcaldía, en que se lea: «El Alcalde no tiene destinos, ni tiempo, ni paciencia para tapar tanta boca abierta.»

Y al pobrecillo no le falta razon, porque ni aun dormir puede sin oir en sueños el zumbido del enjambre de pretendientes que le rodea y le sigue á todas partes.

—Señor Alcalde, yo soy un recomendado de uno de sus grandes electores de Málaga.

—Señor Alcalde, yo soy un suscritor de *El Imparcial* desde su fundacion.

—Señor Alcalde, yo soy un periodista que *hizo* sus primeras pruebas cuando usted. ¿No se acuerda usted de Palomillo?

Y cien reclamaciones de este tenor.

Interrogados los pretendientes para ver qué quieren, primero le piden al señor Mellado la luna, y luego se contentan con dos pesetas, manifestando que se conforman con una chuleta, con un cocido, con tener siquiera para gastar calcetines y para remendarse los pantalones.

Pero la cazuela aún resulta chica para tantos hocicos, y el alcalde se desespera al ver que á todo lo que le rodea le falta el sexto sentido.

De idéntica estofa son los apremios de la opinion que se dice independiente.

—Señor alcalde,—dice una vez,—urge que eche V. E. cuanto antes un ojo al Matadero, porque allí no hay más que estiércol...

—Señor alcalde, mire V. E. á San Bernardino á las voladas, porque aquello está como las Ventas de Cárdenas.

—Señor alcalde, las casas de socorro...

—Señor alcalde, las escuelas municipales...

—Señor alcalde, la higiene municipal...

—Señor alcalde, los consumos...

—Señor alcalde, las expropiaciones...

—Señor alcalde, los empleados que cobran dos y más sueldos y no se sabe que hayan todavía nacido...

—Señor alcalde, los gastos del material...

Y el bueno del hombre, aunque tiene talento y buenos deseos, se encuentra hecho un lio, y no sabe por dónde anda, aunque tiene motivos para creer que anda á la vera del mismísimo diablo, que se ha propuesto volverle tarumba.

De aquí que en cuarenta y ocho horas se haya cansado de la vara, diciendo que no tiene tiempo para más que para llevarse las manos á las narices.

Lo cual se concibe, porque todo lo que le rodea es sucio y huele mal...

Dias pasados se produjo un incendio en la antiquísima y acaudalada droguería de Trasviña, situada en uno de los barrios más céntricos de esta Corte, á la vera de la Puerta del Sol, y en poco estuvo que no vuela una manzana de casas.

Con sus habitantes y todo.

Se apagó el incendio, despues de ocurrir algunas desgracias personales, y á seguida se fué la opinion pública á ver al alcalde nuevo, y le disparó una arenga tremebunda.

—Señor alcalde, ¡qué escándalo! ¡qué abominacion!

—Pues ¿qué hay?

—Sosiéguese V. E.: no es cosa de consumos, ni de consumidores y consumidos. Es que se ha quemado la mejor droguería de Madrid.

—¿Y á mí qué? ¿Tiene de ello la culpa el Municipio?

—¡Vaya si la tiene! ¿Por qué se permite que se acumulen dentro de la poblacion grandes depósitos de materias inflamables? ¿Por qué no se extirpa este abuso? ¿Por qué no se obliga á los dueños de esos depósitos á tenerlos fuera de puertas?

—Y es verdad.

—¿Lo ve usted?

—Es para volverse loco. Pero un alcalde no es más que un hombre, y un hombre no tiene más que dos ojos y dos brazos, y aquí se necesitan un millon de ojos y dos millones de brazos para ver todo lo que se oculta envuelto en légamo y para barrerlo hácia fuera y echarlo al carro de la limpieza.

—Justo; pero no se olvide V. E. de que la opinion pública le ha ofrecido una *escoba de honor* si cumple bien sus deberes...

—Cierto que me ha ofrecido una escoba de honor; pero ¿y qué voy yo hacer con ella? Lo que han debido ofrecerme es una gruesa de baterías, montadas en casa de Krupp, para barrer á cañonazos tantas porquerías. De otra manera no sé cómo va á quedar esto limpio.

—Ni yo tampoco.

Compadezcamos al nuevo alcalde de Madrid.

Con otro régimen seria un hombre de buena voluntad y haria algo de provecho.

Con el régimen á que él rinde culto, á pesar de que en *El Imparcial* le ha puesto muchas veces las castañuelas para que baile, tendria que hacer milagros.

Y lo que decia no sé quién:

—Los milagros liberales que me los claven aquí.

Y se señalaba una oreja.

Dias pasados falleció en Madrid un camarero de café que habia desempeñado cuarenta años su oficio en uno de esos establecimientos, no de los más concurridos de esta Corte.

El difunto pasaba por ser un hombre de bien, y lo era en efecto, pues siempre fué económico, sencillo, buen cristiano, afable y bondadoso para todo el mundo. Creíase que salia como se dice vulgarmente lo comido por lo servido; pero ¡ea!

Al morir ha dejado á sus herederos una fortunita de... cuarenta mil duros bien saneados.

Como nunca se vió que diera dinero á réditos, ni *hiciera negocios* de esos que producen ciento por uno, admirábanse las gentes de que hubiera reunido una fortuna relativamente tan grande.

Pero ya está bien averiguado que esa fortuna salió de las *propinas*.

Esto es, de ese derroche de *diez* y de *veinte céntimos* de que la vanidad madrileña no puede prescindir para echarla de plancheta y darse pisto de cortesana.

Ya de tal manera se ha embutido en las costumbres esta liberalidad, que primero faltaria el sol en el firmamento que un madrileño, aunque

sea un zapatero remendón ó un sastre de guiñapos, saliera de un café sin largar la propina.

Sábese que hay camareros de café que tienen cuenta corriente con el Banco y poseen millones; y aunque es cierto que la mayor parte de ellos son prestamistas del vicio, al que sacan las entrañas, la base de su negocio son las propinas.

Y hé aquí unos derroches que podrian emplearse mejor... En dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y enseñar al que no sabe... Pero ¿qué se diria de un madrileño que no se gastara por lo menos un par de reales diarios en *propinas*? Que no era persona.

Y aquí somos todos aspirantes á personajes.

Aunque no logramos salir de la esfera de personillas.

Por eso se forman tantas fortunas con sustancia de tonto.

LUPERCIO.

20 de Agosto de 1889.

LA REVOLUCION DEL 89

II

Hemos visto en el artículo anterior cómo la enciclopedia, la irreligion, las sociedades secretas, la gangrena de las malas costumbres y la Revolucion, que fué su consecuencia, moviendo guerra, no contra los abusos, sino contra el mismo órden social, se convirtieron en un ciego y caótico desórden que destruyó los altares, los tronos, la propiedad, la familia, la patria, para levantar sobre sus ruinas el reinado de la anarquía y la tiranía de los verdugos.

Tiempo es ahora de que comencemos á exponer las cruentas vicisitudes de tan enorme catástrofe, los excesos de crueldad increible y desatinada que se cometieron, el frenesí de sus principales actores, la brutal ferocidad de los asesinos, el heroismo de las víctimas, el impío engreimiento de los malhechores y los destrozos de toda suerte que llenaron el suelo de Francia. No nos proponemos referir la historia de aquellos hechos, que no lo consentiría la índole de nuestro trabajo: pretendemos solamente bosquejar un cuadro cuyos colores tomaremos prestados de la misma historia, á fin de que aparezca más potente la naturaleza satánica de aquella revolucion que, despues de haber ensangrentado á Francia, pasó á ensangrentar á Europa entera. ¡Y pluguiera al cielo que la revolucion francesa no hubiese acarreado á Europa otros daños que los daños materiales, ni otras revoluciones que las políticas!

En tal caso el desfallecimiento, el cansancio y el desengaño habrian abierto, sin duda, los ojos á los pueblos seducidos, y cerrado, quizá para siempre, las puertas á las revueltas populares. Si esto no sucedió, débese principalmente á la índole misma de la revolucion, que, como bellamente advirtió De Maistre, «fué un trastorno general y profundo de todas las leyes reguladoras del órden social;» trastorno que, á manera de contagio, se propagó á todas las naciones europeas é inoculó su maléfico gérmen en la sangre del mundo moderno para sustraerlo en gran parte á la accion reparadora del Evangelio y hacer posible la vuelta de un segundo paganismo. En donde quiera que penetraron los principios del 89, en cualquier país donde consiguieron albergarse, ó se renovaron los trágicos acontecimientos de la revolucion francesa, ó por lo menos triunfó allí el espíritu de esa revolucion de tal suerte que la sociedad se vió condenada á vivir en contínuos sobresaltos y trastornos, y, lo que importa más, en un perenne estado de cosas por el cual la instabilidad y la incertidumbre ha venido á ser el distintivo de las Constituciones modernas y la señal característica de nuestros tiempos.

Por esto el gran filósofo saboyano que citábamos más arriba escribió aquellas memorables palabras que hoy han quedado como un proverbio: «Tiene la revolucion francesa un carácter satánico que la distingue de todo lo que hemos visto y aun quizá de todo lo que nos queda por ver (1).»

En efecto, la revolucion francesa, y por razon de su filiacion todas las revoluciones modernas, llevan en sí como contraseñas las mismas notas con que las Sagradas Escrituras designan á Satanás. Del príncipe de las tinieblas, del gran rebelde, del ángel del orgullo, del padre genuino de todas las revoluciones sociales y religiosas, se dice en primer lugar que se transforma en ángel de luz (2) para engañar y dar mayor eficacia á la obra de seduccion en que se ejercita entre los hombres. Ahora bien: la revolucion francesa desde sus comienzos fué un deslumbramiento, una fascinacion, un engaño sin igual en el mundo. El incentivo para obrar mal, envuelto entre burlas, promesas, juegos y orgías, obró con tanta fuerza que hasta los hombres de buen sentido y los que más interés tenian en detener la corriente quedaron presos en él, y algunos hasta el extremo de ser sus defensores y propagandistas.

«Seria preciso haber estado presente—dice Ferriere en sus *Memorias*—para formarse una idea del entusiasmo con que fué saludada el 5 de Mayo de 1789 la apertura de la Asamblea Nacional... De los ojos de la muchedumbre resbalaban lágrimas de alegria, y en sus mentes se agolpaban pensamientos sublimes y patéticos.» Seria necesario haber escuchado los discursos que los oradores pronunciaron en aquella primera Asamblea para comprender la embriaguez del pueblo, que esperaba á los diputados á las puertas del recinto para aplaudirlos y llevarlos en triunfo como libertadores. Oyeron allí que iba á ser proclamada la igualdad de todos, no sólo ante Dios, sino ante los hombres; que se verian borrados hasta los vestigios de bárbaras distinciones de raza; abolidos los privilegios de familia fundados en la propiedad; en la familia, los privilegios de edad y de sexo; y en el Estado, las diferencias de clase; que la propiedad sería dividida, extendida la riqueza, honrado el trabajo; que el derecho de cada cual no tendría otros límites que el derecho de la comunidad; y finalmente que á esta igualdad noblemente conquistada se habia de dar un órden que no disminuyese la libertad; y todas estas cosas que hasta ahora no se han realizado, y todas estas esperanzas tan cruelmente desvanecidas más tarde, vagaban por la mente de todos y hacian llorar de gozo, en especial á aquellos que vivian tristes y sufrian hambre. Pero no tardó mucho en llegar el desengaño, convenciendo á los menos pesimistas de que bajo aquel esplendor se ocultaba un incendio que pronto habia de despedir rojizos fulgores.

Ni podia suceder otra cosa. El fanatismo de las ideas, encendido por los libros y los acontecimientos, favorecido por los mismos que estaban en la obligacion de moderarlo, debia estallar y arrastrar en pos de sí hasta á aquellos, dice De Maistre, «que aborrecian la sangre, á embriagarse de sangre creyendo hacer bien.» En vano Bailly, desde la silla presidencial de la Asamblea legislativa, exclama: «No quiero que un solo hombre perezca por mi causa; la familia está ya perfecta.» En vano tambien esta primera Asamblea se concretó á formar una Constitucion para que hubiese órden, paz y prosperidad en Francia; el entusiasmo habia desaparecido, y las esperanzas que la revolucion habia hecho concebir al pueblo, ella misma se encargó de desvanecerlas en menos tiempo del que habia empleado en hacérselas concebir.

Convirtiéronse entonces los cafés en tribunas, en donde se mezclaba la virtud con el vicio, los buenos con los malvados, las damas con las prostitutas; se discutia, se burlaba y se vociferaba con tanto más ardor cuanto que los vociferadores no tenian ley ni represion alguna. Allí peroraba Camilo Desmoulins, joven ligero, voluble, de pasiones desenfrenadas, propenso á los excesos de todo género como la muchedumbre que corria en pos de él, y á la que él inducia al asesinato exacerbándola siempre con el sarcasmo. Con los cafés corrian parejas los círculos *(clubs)*, que tenian corresponsales en toda Francia, á fin de que la centella se extendiese rápidamente desde París al resto de la nacion para inflamar las pasiones más peligrosas, envolver al Gobierno en las redes de una faccion y sofocar la ley muda é invisible bajo el ruido de las chanzas y las carcajadas burlescas de plazuela.

En estas tumultuosas reuniones el demonio de la Revolucion reinaba con absoluta soberanía. En efecto; Mirabeau hizo que la Asamblea nacional escribiese á Luis XVI: «El peligro, señor, es demasiado terrible; podeis juzgar de su grandeza por el temor que nos conduce delante de vos:» y puesto que él, decimos, se expresaba de esta manera, claro está que á los ojos de los mismos representantes del pueblo las falacías de la revolucion se habian convertido prontamente en amargos desengaños. El peligro era, en efecto, tanto más grande y formidable cuanto mayor era la difusion de la prensa periódica. Porque entonces había cesado la manía de hacer libros, que ninguno tenia ya tiempo ni ganas de leer. Ya no se queria más que el lenguaje de la pasion, que cambia cada dia y cada hora. Los periódicos lo invadieron todo como una nube de langostas, y en manos de los facciosos fueron el más eficaz instrumento para difundir sus palabras por todas partes y buscar al ciudadano en su casa, en su retiro, en su apartamiento.

Primeramente Mirabeau habia fundado el *Correo de Provença*, al que pronto siguieron muchos otros, y los más leidos eran los agitadores. *El Amigo del Pueblo*, de Marat, era arrebatado por todas partes, y teníase por dichoso quien lograba tener un número de *La Lanterne*, de Desmoulins. *Le Pere Duchesne* hacía furor; disputábanselo á porfía para tomarlo apenas habia salido de la imprenta. Doscientos mil ejemplares se publicaban del periódico *Las Revoluciones de París*, que tenia el siguiente epígrafe: «Los grandes nos parecen grandes porque nosotros estamos de rodillas; levantémonos.» Desgraciadamente no fué la Francia quien se levantó, sino la demagogia, que incitaba á la plebe á esparcir terrores, tramar conjuraciones y hacer blanco de sus odios y sus puñales á la nobleza, al clero, á los propietarios y al rey, objeto de chanza el delito y á reirse en presencia de sus víctimas.

«Cuando el pueblo seducido—dice Lamartine—no cosecha de la seduccion más que desengaños, comienzan los resentimientos y las iras, y si no se remedia pronto aparecen las proscripciones y los asesinatos.» Esto precisamente sucedia en Francia: la Revolucion de engañadora se trocó en verdugo, y despues de haber seducido al pueblo quiso embriagarse con su sangre.

¿Y de quién pudo heredar esos instintos homicidas? De Satanás, al que Jesucristo llamó, por su odio feroz contra los hombres, el *homicida por excelencia* (1). Ya antes de que las teorías de la

(1) *Consideration sur la France*, cap. V.
(2) *Transfigurat se in angelum lucis.* (II Cor., XI, 14.)

(1) *Ille erat homicida ab initio.*

PEQUEÑO PALACIO DE PIO IV EN LOS JARDINES DEL VATICANO

Revolucion se tradujesen en delitos; antes de que Desmoulins se hiciese proclamar *procurador de las linternas*; antes de que Barnave sentenciase que era una virtud derramar la sangre de los nobles y de los sacerdotes, el pueblo, de su natural condicion, se iba avezando á la sangre, matando, quemando castillos, degollando despues de mil refinados suplicios á los nobles y á los sospechosos, y rebajando á cuantos la llamada *justicia nacional* no asesinaba. ¡Dichosos aquellos á quienes solamente mandaban á llenar los calabozos de París! Todo consejo de moderacion y prudencia era desoido por aquella plebe, que lo apellidaba en seguida despotismo y prorrumpia en voces de «¡A la guillotina!» Y hasta tal punto aborrecian la moderacion, que más de una vez ocurrió presentarse en la Asamblea un mensaje concebido en estos términos: «Quince mil hombres están dispuestos á pegar fuego á las casas y á los castillos si los 120 miembros de las *Communes*, ignorantes ó corrompidos, persisten en sus propósitos de templanza.»

Pero cuando el furor del vulgo armado estalló en una sublevacion de la plebe; cuando el palacio Real fué invadido no sin efusion de sangre; cuando el infortunado Luis XVI se vió obligado á salir de Versalles para volver á París precedido de bullicioso gentío que llevaba sobre la punta de las picas cráneos ensangrentados, entonces ya no hubo asesinatos ni muertes al detalle, que aquello se convirtió en verdaderos mataderos, orgías de sangre y escenas de indecible horror. Entonces los antros de los círculos y los conciliábulos nefandos vomitaron aquellos mónstruos llamados Maillard, Marat, Barnave, Robespierre, Collot de Herbois, Carrier; entonces pudo decirse que Francia habia caido en manos del verdugo.

El domingo 2 de Setiembre de 1792 los sicarios, echando abajo las puertas de las prisiones, degollaron á 24 sacerdotes; y Billaud-Varenne, miembro del Consejo municipal de París, que presenciaba el acto, animaba á los asesinos gritando: «¡Pueblo, inmolas á tus enemigos; cumples con tu deber!» En la iglesia del Cármen mataron á otros 200: Maillard pide «vino para los valientes operarios que libran á la nacion de sus enemigos;» y despues exclama con voz de

NASSER-ED-DIN, SHAH DE PERSIA

AZIS-SULTAN, PEQUEÑO FAVORITO DEL SHAH

mando: «¡A la Abadía!» y sedientos de sangre se precipitan en aquella prision, y degüellan y beben, y arrojan á la calle las alhajas que allí encuentran, y lloran de alegria al ver correr la sangre á torrentes, mientras que Varenne vocifera: «¡Amigos, habeis salvado la patria; 24 francos para cada uno!»

¿Por ventura no es satánico este instinto homicida? ¿No os parece haber vuelto á los dias de Neron, Calígula y Diocleciano? En tan despiadadas é inenarrables escenas ¿no creeis vislumbrar los estragos de los albigenses, husitas, anabaptistas, hermanos moravos, hugonotes y sarracenos? ¿Qué duda puede caber? Este, como aquél, era un furor enteramente diabólico.

De aquí la sentencia del insigne filósofo y hombre de Estado Donoso Cortés: «El error es sanguinario como la lascivia, y cuando ambos se encuentran reunidos como en Neron ó Enrique VIII, el hombre racional se transforma en hombre bestia.» ¿Cuántas fueron las muertes aquel dia en París? Hay quien las calcula en 12,000. Y sin embargo Danton afirmaba que no habia perecido ningun inocente porque todos eran aristócratas. Luis Blanc, en nuestros dias, ha tronado contra los calumniadores del buen pueblo de París: Lamartine ha hecho de Marat un héroe, y otro tanto hizo Thiers de Danton, Robespierre y Desmoulins.

(Se continuará)

LA ESTADÍSTICA DE LAS MISIONES

La sagrada Congregacion *De propaganda Fide* ha publicado el Anuario de las Misiones católicas, impreso en su célebre tipografía Políglota.

La publicacion del Anuario data sólo de 1886, y está compilado en la lengua universal de la Iglesia, ó sea la latina. Lleva por título: *Missiones catholicae cura S. Congregationis de Propaganda Fide descriptae in an. MDCCCLXXXVI.*

El mismo título demuestra el interés de esta publicacion. En ella se anotan los actos principales de la Propaganda durante el año que ha finido y se enumeran los nombres del respectivo personal directivo y de los alumnos; todos los colegios eclesiásticos que dependen, dentro y fuera de Roma, de la Propaganda para la educacion del joven clero destinado á difundir la fe. Son dichos Colegios el Urbano de Propaganda Fide; el Seminario de San Pedro y San Pablo para las Misiones, fundado por Pio IX para el

Clero italiano que á ellas quiere dedicarse; el Colegio inglés, el irlandés, el escocés, el norteamericano, el canadiense; todos estos en Roma. El Seminario de Lyon para las Misiones africanas; el de Milan para las Misiones extranjeras; el célebre y muy floreciente de París; el de Verona para las Misiones de la Nigricia; el Colegio Pontificio albanés en Scodra (Austria); el Colegio de la Inmaculada Concepcion de Lovaina (Bélgica); el Colegio inglés de Lisboa; el Colegio inglés de Valladolid; el Colegio Brignole Sale de Génova; el Colegio para los irlandeses en París; el Colegio general de Pulo-Pinang en el Cambodge; el de la Sagrada Familia para chinos en Nápoles; el Colegio para escoceses en Valladolid; el Seminario de San José en Mill-Hill (Inglaterra) para las Misiones extranjeras; el Seminario de Steyl en Holanda. Todos confiados al clero secular.

Hay además los Colegios de los Regulares, esto es: el Colegio de los Menores Reformados en San Bartolomé *all' isola*, en Roma; el Colegio de San Fidel, de los Capuchinos, en id.; el de San Isidoro, de los Menores irlandeses, en id.; el de Santa María *in Posterula*, de los Agustinos irlandeses, en id.; el de Scheutveld cerca de Bruselas.

Además de los citados hay en Roma los dos Colegios de rito oriental: el greco-ruteno y el armenio.

Sigue en el Anuario la enumeracion de las diócesis, vicariatos apostólicos, prefecturas y Misiones de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía.

Bueno es advertir, para conocimiento de los que tal vez lo ignoren, que son considerados como *países de Mision* en Europa el Reino-Unido de Inglaterra, Irlanda y Escocia; Suecia y Noruega; una pequeña parte de la Germania; Dinamarca, Holanda, el Luxemburgo, la península de los Balkanes, Grecia; y en América el Canadá, los Estados-Unidos, las Antillas, la Guyana y la Patagonia.

De cada diócesis, vicariato ó prefectura nos da el Anuario un breve resúmen histórico, posición geográfica, poblacion, número de católicos, dominio á que pertenece, clima, etc., etc.; nombre del Obispo ó Vicario apostólico ó Prefecto; número de misioneros, sacerdotes, Hermanas; el de las iglesias y capillas, institutos de educación y de beneficencia con el número de sus alumnos, etc., etc. En suma, es una estadística completa, aunque breve.

Confrontando las cifras de los católicos en los *países de Mision*, en los años 1886 y 1889, resulta:

		1886	1889
EUROPA			
Inglaterra	católicos	1.353,574	1.358,455
Escocia	»	335,334	338,043
Irlanda	»	3.788,165	3.795,357
Suecia y Noruega	»	2,100	2,940
Dinamarca	»	3,200	3,700
Misiones germánicas (Anhalt) Alemania septentrional, Holsthein-Schleswig (Sajonia)	»	111,486	131,804
Holanda y Luxemburgo	»	1.646,813	1.711,881
Península Balcánica	»	546,755	555,408
Grecia	»	31,410	30,550
ASIA			
Turquía asiática	católicos	74.930	135,556
Indias orientales	»	1.185,142	1.276,043
China y regiones adyacentes	»	560,657	583,666
Indo-China	»	611,270	535,819
AFRICA	»	382,000	362,141
AMÉRICA			
Canadá	católicos	1.955,125	2.037,881
Estados-Unidos del Norte	»	7.410,478	7.702,168
Antillas y Guyana	»	297,562	340,157
Patagonia	»	18,000	28,000
OCEANÍA			
Australia	católicos	484,470	603,560
Oceanía insular	»	147,845	171,562
		20.956,522	21.769,303

Aumento de católicos en los lugares de Misiones en tres años, 812,681.

Los progresos del Catolicismo, como se ve, son notables y consoladores.

Las anteriores cifras, extractadas de los Anuarios de la *Propaganda Fide*, sólo en dos puntos acusan alguna disminucion, más aparente que real: en la Indo-China y en el Africa.

Decimos más bien aparente porque en el Anuario de 1889 se ha creido más conveniente deducir del número de católicos indígenas los soldados europeos (franceses en Argel y en Túnez; ingleses católicos en Egipto; italianos en Massuah, etc.) que están de servicio en las posesiones coloniales de las potencias europeas. Hay por otra parte razones muy fundadas para creer que en Africa ha tenido notable aumento durante los tres últimos años la poblacion negra católica.

En la Indo-China se explica la disminucion por la feróz persecucion y los estragos ocurridos en el Tong-king en 1885. Segun cálculos de los misioneros de aquel país, fueron asesinados cerca de 40,000 cristianos.

Mas «la sangre de los Mártires es semilla de cristianos,» y las cartas de aquellos misioneros dan cuenta de conversiones contínuas y numerosas, aun entre las *Banderas negras*, que fueron el instrumento de tanta mortandad.

LIONELLO

Roma, 30 de Julio.

EL LIBERALISMO

ANTE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS

Discutíase en la Cámara de diputados de Chile la ley de presupuestos; iban aprobándose rápidamente sus artículos entre la dócil complacencia de la servil mayoría y las protestas de la minoría católica, que cumplia su deber sabiendo que debia estrellarse contra la esterilidad de sus esfuerzos.

Al levantarse la sesion, quedó en tabla el presupuesto de instruccion pública. La minoría anunció que tenia algunas observaciones que hacer á diversas partidas.

Cuando en la sesion siguiente llegaron los diputados católicos á cumplir su deber y su compromiso, quedaron sorprendidos con el más irregular y extraño de los espectáculos. Hacia largo rato que la Cámara estaba funcionando. La mayoría se habia reunido en la sala antes de la hora acostumbrada, habia abierto la sesion, y sin debate, sin lectura, sin trámite alguno, habia aprobado en globo el presupuesto de instruccion pública. Los ministros no querian oir ni contestar las observaciones que se les tenian anunciadas, y la mayoría se habia apresurado á evitar á los ministros esa molestia, á costa de su propia dignidad.—Se leia aún entre los sillones de la mayoría, y luego se hizo pública, una Circular de uno de los ministros en que instaba á los diputados á concurrir á la sesion antes de la hora ordinaria, á fin de dar aquel golpe de mano que, en efecto, quedó fácilmente consumado.

Entre las partidas aprobadas habia una que decia lacónicamente: «Para gastos del Instituto Nacional, tal cantidad.»

Al amparo de esta partida, que era una verdadera conspiracion, el ministro de Instruccion pública destituyó en masa un numeroso grupo de profesores del Instituto, nombró otros nuevos, aumentó el sueldo de algunos, redujo el de otros, modificó el personal del establecimiento desde rector á portero, y este cúmulo de arbitrariedades contrarias á toda ley y á toda equidad provocó en la Cámara una interpelacion que fué iniciada por el diputado D. Ambrosio Rodriguez Ojeda, profesor del mismo Instituto.

Otro diputado, D. Julio Zegers, que se habia mantenido largo tiempo en discreto silencio, presentóse á la defensa del Ministro. Pero en vez de justificar ó de excusar la conducta de este funcionario, fué su discurso un ataque tan inoportuno como violento contra las instituciones religiosas, contra la educacion cristiana y contra el partido católico.

El debate cambió repentinamente de aspecto y de alcance. La mano temeraria del diputado señor Zegers habia lanzado á un dogma y á un partido una audaz ofensa que no podia quedar sin respuesta.

Entonces D. Carlos Walker Martinez, diputado católico de Maipo, levantó en sus vigorosos brazos la noble bandera desafiada, y recogiendo el guante arrojado intempestivamente á la arena, contestó al reto con el brillante discurso que vamos á publicar, aunque en extracto por su mucha extension. En él se encuentra el vigor del raciocinio, la elocuencia animada de la frase, la fe hidalga y valerosa del adalid, y sobre todo aquella ancha y esplendente luz de verdad que da á la palabra y á la idea una fuerza incontrastable.

Pocas veces, en efecto, una idea más intensamente luminosa se vió defendida en el Parlamento chileno con más brillo en la forma, con más robusta energía en el fondo. La verdad, por indestructible y clara que sea, gana en energía y en brillo cuando á la lógica de la prueba se unen los encantos de la frase; y el discurso del Diputado de Maipo tiene esos dos grandes caractéres de las obras que el tiempo respeta: la fuerza y la belleza.

Oigámosle, tanto más cuanto sus palabras parecen pronunciadas aquí en España y dirigidas á españoles.

PRIMERA PARTE

—Hace diez y siete años que ocupo un lugar en esta Cámara, cuyas puertas alguna vez me ha cerrado la prostitucion de las influencias oficiales, y otras ha pretendido cerrármelas el odio del servilismo ó de la ira; y puedo afirmar que en todo ese largo espacio de tiempo jamás he visto salir de los bancos en que me siento ninguna provocacion sobre cuestiones de carácter religioso, como jamás he visto lanzar desde estos asientos á las discusiones parlamentarias el cohete incendiario de esas luchas que de ordinario son ardientes, á menudo ágrias y siempre impolíticas.

Diez y siete años de vida pública me dan razon para... arrojar una vez por todas sobre el rostro de los porta-estandartes del liberalismo la falsedad de las afirmaciones con que se han acostumbrado á atacarnos, de que somos nosotros y no ellos los que confunden, para enturbiar la corriente verdadera de las ideas, la religion con la política. ¡Mil veces falso!

Nosotros, tranquilos en el solemne respeto de nuestras ideas, que han rodeado de hermosas esperanzas nuestra niñez, que han amparado nuestra juventud con los resplandores de su luz, que hoy encienden en nuestra edad viril el generoso entusiasmo para rendirles culto á costa de condenarnos á ser casi párias en nuestra propia patria; nosotros, más libres, más independientes, con más confianza en la fuerza de nuestras convicciones, jamás, á pesar de todo, jamás hemos pedido leyes de excepcion, que no las necesitamos ni las queremos; jamás hemos doblado la rodilla delante del César para buscar sus favores; jamás hemos agitado las pasiones humanas para realzar á su amparo la majestad de nuestros derechos, que no las necesitan porque tienen la majestad sublime de la sangre de Cristo en cuyos raudales brotaron.

Una razon de piedad nos ha movido en buena parte á ello. Queremos evitar que la blasfemia oficial suba al cielo; y como hemos sido testigos de la triste táctica que para herirnos á nosotros ofende á Dios, huimos, y con exquisito esmero, la ocasion de dar motivo á tan maldito juego de infernales tendencias. Y es realmente objeto de tristísima meditacion lo que va pasando de algunos años acá en nuestro Congreso: cada vez que se quiere hacer política (hablo de la que malamente se llama política entre nosotros, que no es sino un tejido de intrigas bizantinas), se acude por parte del liberalismo al insulto del cristianismo y de los dogmas católicos... lanza el grito de «¡Cristianos á las fieras!» y suelen á su eco juntarse sus filas rotas y desorganizadas: que no parece sino que estamos en un país de paganos.

...Haciéndonos el honor de darnos el carácter de defensores naturales de la Iglesia, lo cual es para nosotros mayor honra que la que piensan nuestros adversarios, ¿qué no se nos ha dicho? ¿qué de atajos de improperios no han estremecido los ámbitos de esta Cámara? Han zumbado en nuestros oidos los epítetos de retrógrados, de ignorantes, de sectarios: se nos ha negado la ciencia, la altivez, la dignidad, todas las bellas cualidades que son joyas del corazon y del entendimiento, y se nos ha clavado en la picota para hacernos pedazos y exhibirnos ante la humanidad como una curiosidad de los tiempos prehistóricos: nada se ha perdonado para llegar á la conclusion de que la Iglesia católica no tiene razon de ser en el siglo XIX, y de que los católicos somos una bandada de cuervos indignos de respirar la atmósfera del progreso en que respira el liberalismo con toda la amplitud de sus anchos pulmones!

Lo menos que hemos oido es que únicamente, desde que domina generalizada en todos los países del mundo la instruccion laica, ha empezado á brillar la luz en la conciencia humana; y como esa instruccion laica, enteramente laica, es obra de este siglo, deduzco que es evidente que todos los siglos anteriores han marchado en las tinieblas: afirmacion de que deben tomar nota los historiadores futuros para calificar como se merece á todos los pretendidos sabios del pasado, desde santo Tomás, que hasta aquí se ha creido por la generalidad el primer filósofo de la tierra, mereciendo el sobrenombre de Angel de las Escuelas, hasta el P. Secchi, que á juicio de los hombres de ciencia que concurrieron á la Exposicion de París de 1867 es el primer sabio de este siglo: afirmacion que debe escribirse en letras de fuego para calificar á Copérnico de imbécil, á Descartes de necio, á Fenelon de estúpido, á Miguel Angel de idiota y al Dante de pequeño; afirmacion que debe grabarse en el frontispicio de todas las universidades, desde el siglo XIII en que se fundaron las de París, de Salamanca y de Oxford, hasta las últimas que se han establecido en Roma bajo la égida de los Papas que dieron vida á aquéllas: afirmacion que debe tenerse presente al leer los libros que han escrito sobre la materia, sin atreverse á estampar semejante doctrina, ni Guizot, que era protestante, ni Thiers, que era liberal, ni Dupanloup, que es el más ilustre educacionista moderno, ni ninguno de los grandes escritores ó estadistas que han profundizado esta materia: afirmacion, en fin, que merece conservarse en nuestros anales parlamentarios para que la posteridad admire la grandeza de nuestros descubrimientos literarios que han venido á hallar aquí lo que no supieron ni descubrieron los sabios, ni las universidades, ni los políticos, ni los historiadores de Europa!

Antes del siglo XIX... antes que el liberalismo imperase en nuestro Gobierno, la humanidad caminaba á tropezones: la noche profunda de la ignorancia la envolvia: no habia resonado en los inmensos espacios de la ciencia el *fiat lux* que ha venido á fijar á los astros sus órbitas y á clavar los ejes de diamante del universo de las inteligencias.

Sea así enhorabuena: que, entre tanto, yo seguiré creyendo que Tertuliano fué un polemista gigantesco, que Orígenes fué un pensador profundo, que san Agustin fué un escritor notabilísimo, que Alcuino, el maestro de Carlomagno, fué un sabio, y que san Bernardo fué un genio, y ellos no eran laicos: yo seguiré creyendo que en los claustros de la Edad Media se conservaron los monumentos de la literatura antigua y que se mantuvieron las escuelas á la sombra de las abadías, como las universidades á la sombra de los Papas, que no fueron laicos; yo seguiré creyendo que Leon X, protector de las artes en la época brillante del Renacimiento, no fué laico; que el Tasso no fué á pedir asilo á su pobreza en un monasterio de laicos, y que á Colon no fueron laicos los que lo alentaron en su inspiracion sublime cuando él, solitario y triste, llegaba á buscar á las puertas de la Rábida el influjo protector que habia de arrancar de la frente de una Reina que se enorgullecia con el título de «católica» las joyas de su corona destinadas á hacer brotar un mundo del medio de las olas desconocidas.

Si cuando Diego Lainez, representante de Paulo III en el Concilio de Trento, admiró á todos los obispados y tronos de la Europa con los abismos de su ciencia, hacia obra de ignorancia; si cuando Leibnitz se confesaba asombrado ante los beneficios que el mundo intelectual debia al Pontificado, hacia obra de ignorancia; si cuando Bossuet creaba el sistema providencial de la historia con monumentos de poderosísima inteligencia que han inmortalizado su nombre, hacia obra de ignorancia, señores Diputados, yo me quedo con la ignorancia de Lainez, de Leibnitz y de Bossuet y declino el honor de la sabiduría de las escuelas laicas.

. . . . . .

¿Con que la fé religiosa envilece el ánimo? ¿Con que al pié de los altares se abate el espíritu? ¿Con que la dignidad sufre en los corazones que saben amar á Dios y se acogen á sus banderas?

Esto, dicho en una reunion de hombres ilustrados, da pena; pero dicho en el Parlamento de un pueblo cristiano, espanta. Tan grosero es el ultraje, la afirmacion tan... tan grosera tambien... que casi no vale la pena de contradecir la afirmacion, ni de recoger el ultraje.

Los Circos de Roma vieron teñidas sus arenas con la sangre de cinco millones de mártires que prefirieron morir antes que doblar sus rodillas delante del César ó quemar incienso á los piés de las divinidades paganas: san Atanasio aceptó una vida entera de persecuciones y de destierros por no cejar ante el absolutismo de los Emperadores arrianos que, como los gobiernos liberales del dia, pretendian someter á sus intereses de ambicion la conciencia de los Obispos católicos: san Ambrosio cerró las puertas de la Catedral de Milan al gran monarca de Occidente, porque traia sus manos manchadas con el crímen de los asesinatos de Tesalónica, que exigia una reparacion pública á la faz de todo el mundo y para ejemplo de los futuros reyes de la tierra, que no tienen derecho sobre la vida de los pueblos: Guzman el Bueno deja matar á su hijo para defender de los infieles los muros que le habian confiado su patria y su religion, y basta con decir que eran la patria y la religion del heroico Pelayo: Godofredo, como ninguno incontrastable en la pelea, se niega á ceñir corona de oro despues de su triunfo en el pueblo donde el Salvador de los hombres la ciñó de espinas: el héroe de Hungría se llama «el soldado de Jesucristo» cuando defiende con valor indomable á la Europa, amenazada por los alfanjes de Mahoma: el gran rey san Fernando de España carga el humilde y piadoso cordon de san Francisco cuando el brillo de su espada va á resplandecer triunfante en los esmaltes y espejos del Alcázar de Sevilla y de la Mezquita de Córdoba, arrebatados por su brazo á los nietos de Abderraman: comulgan los descubridores de América antes de poner el pié sobre las tres famosas carabelas de insigne memoria: el «héroe sin tacha y sin mancilla,» el noble Bayardo, reza el Rosario al lado de su tienda: san Francisco Javier muere abrazado del signo de la redencion sobre las playas inhospitalarias de la China, que aborda para agregar á la familia humana á esa hija petrificada en el hielo inmutable de sus viejas costumbres: las misiones, los claustros, los sacrificios de todo género estimulan á las almas buenas, y brotan los hechos heroicos en el firmamento cristiano más innumerables que las estrellas que pueblan el firmamento de la naturaleza, que es escabel de Dios... ¡Hé ahí cuánta flaqueza de ánimo representa la fe religiosa! ¡cuánta falta de energía! ¡cuánta pobreza de carácter! ¡cuánta miseria de espíritu!

(*Grandes aplausos en las galerías y tribunas.*)

«Pero sois una secta,» se nos agrega; «reconoceis la autoridad de un Soberano extranjero!» Ciertamente, señores: nuestro Soberano ha solido ser extranjero á esta Cámara y suele todavía serlo, porque nuestro soberano es Dios!... ¡Dios, que condena á la injusticia, que aquí tiene á veces asiento; á la impiedad, que aquí se ostenta orgullosa; á los intereses personales subordinados á los intereses de la patria, que aquí no han dejado de producir sus efectos; á las leyes opresoras de la conciencia, que aquí han merecido aprobacion entusiasta; á la violacion, en fin, de la Constitucion, que aquí no es extraña cuando se cruzan de por medio influencias de círculo, gritos de pandilla y rugidos de rabia! Por eso somos aquí extranjeros, y volviendo nuestros ojos al cielo, es claro, es evidente que aquí debemos confesarnos extranjeros...

Y esa es nuestra secta, doblemente extranjera, para el liberalismo autoritario.

Los dos polos, sobre los cuales él rueda, son las dos ideas que simboliza su nombre: la omnipotencia del Estado, y por eso es autoritario; y la irreligion constituida en sistema, y por eso se llama liberalismo, en esta época y en esta tierra, sobre todo, donde las palabras lo menos que significan son las cosas que representan. Es perseguidor porque es liberal, y es liberal porque es autoritario, doble contrasentido, que sin embargo es un hecho desgraciadamente.

...La enseñanza, á cuyo alrededor se han dado grandes batallas, está esclavizada; la autonomía local está esclavizada; la administracion de justicia, esclavizada; la conciencia pública, esclavizada; toda la administracion, en fin, tambien esclavizada. ¿Qué nos queda? Casi nada; y sin embargo, áun el liberalismo encuentra que la obra está en sus principios y que hay mucho más que esclavizar... En las enfermedades morales, yo conozco el delirio de la libertad; pero no he podido convencerme de que exista la hidropesía de la esclavitud.

Y sin embargo esa hidropesía existe y se hace lujo de ella; que tanto confundiéndose van en nuestra pobre patria la virtud y el vicio, la grandeza y la miseria!

(*Se continuará*)

RONDA NOCTURNA (POR REMBRANDT)

LOS DOS CAMINOS

VI

Ana no sucumbió, porque el dolor martiriza, pero no mata; y aunque el pensamiento del suicidio se presentase con frecuencia á su cerebro enfermo, la detuvo una oculta vergüenza, el temor de llamar la atencion.

Disgustada de todos, buscando como cierva herida un lugar aislado para sufrir y morir, salió de París y decidió vivir en sus posesiones de Vonvray, á donde no habia vuelto despues de su matrimonio. Así lo hizo la señora de Eronard, que en una hermosa tarde de Abril entró en aquel lugar desierto, antes tan animado y dichoso.

Reconociólo todo, porque su alma habia sido fiel á los recuerdos de sus primeros años. Los rayos del sol poniente enrojecian los cristales de las ventanas del castillo; los árboles descubrian las puntas encarnadas de sus nacientes hojas; millares de margaritas blanqueaban el césped, y se oian en los campos las voces alegres y animadas de los pastores y de los aldeanos que labraban las viñas: paisaje siempre tranquilo y risueño; pero Ana no sabia sentir las bellezas de la naturaleza, y sin fijarse en el parque lleno de lilas y embalsamado con los primeros olores de la primavera, entró precipitadamente en la casa, cuyo aspecto era sombrío y armonizaba más con sus sentimientos.

La señora de Eronard estuvo muchos dias sin salir de sus habitaciones, donde vivia con el retrato de sus dos Fabianes y algunos libros traidos de París: no recibia á nadie ni abria las cartas que le dirigian.

Consumida de tristeza, sin lazos sobre la tierra, ni esperanzas de otra vida, pensaba siempre en aquel pasado que no existia y que cual vana sombra se escapaba de sus brazos abiertos para cogerle, y en aquel misterioso porvenir que procuraba no creer, y sin embargo le causaba espanto.

El impío, cuando niega, aún duda; el cristiano, con su fe, goza ya de lo que espera. Tambien la memoria de su madre se le presentaba como la mujer fuerte, que confiada en las promesas divinas supo oponer á la muerte la tranquilidad del justo. Y resolvió visitar su sepulcro, y salió por vez primera del castillo dirigiéndose al cementerio de la aldea, donde habia sido sepultada la Condesa en medio de los pobres que tanto amó y de sus colonos que la veneraron.

Tambien estaba allí el conde de Vauvres. Dos losas de mármol blanco y dos cruces góticas designaban aquel doble sepulcro. Quedóse Ana sorprendida al ver plantadas flores de todas clases sobre aquellas tumbas: álguien cuidaba todos los dias aquel feston de violetas, rosas tempranas, ranúnculos y narcisos; y dos madreselvas se enlazaban con las cruces. Ana se arrodilló por un movimiento involuntario, pero no pudo ni quiso orar.

Sus lágrimas, mucho tiempo comprimidas, corrieron con amargura por sus mejillas, y se desahogó su oprimido corazon... Pasos lentos que resonaron entonces, llamaron su atencion; volvióse y reconoció, despues de treinta años de ausencia, á un anciano que era el sepulturero de la parroquia.

—Ignacio, le dijo, ¿quién ha plantado tan hermosas flores sobre el sepulcro de mis padres?

El anciano no la conoció, y sólo entendió á medias su pregunta.

—¿Quién ha de ser,—dijo murmurando,—sino la vieja Nancy, que viene siempre aquí á plantar, escardar y rezar su Rosario? A fe mia, que así lleva treinta años...

—¡Nancy! dijo la señora de Eronard, ¡pobre y excelente mujer! ¡Casi la habia olvidado!... ¿Y dónde reside?

—¡Pardiez! en su misma casita, allá abajo... Ahora está sola...

—Iré, se dijo Ana.

Y cogió una rama de un sauce que crecia junto á las sepulturas, dió una moneda al sepulturero, que la tomó meneando la cabeza, y echó á andar por un camino que no habia olvidado desde su niñez.

Muy pronto divisó la casita vieja, construida con ladrillos y cubierta con una yedra y una parra que la estrechaban por todas partes.

Un campo de centeno, un prado, donde pacian una vaca y tres cabras, y una huertecita, constituian la modesta propiedad de Nancy.

La puerta estaba abierta. Ana, que se detuvo en el umbral, pudo ver varios muebles antiguos de nogal que antes estaban en casa de Filiberto, conservados con exquisito cuidado: una imágen en yeso de la Vírgen y algunos grabados toscamente coloreados adornaban aquella pobre habitacion: entre los últimos, los generales y los Santos estaban confundidos, é indicaban haber sido elegidos por un militar y una mujer.

La rueca estaba junto á la chimenea; la habitacion estaba desierta; pero pronto se abrió la puerta interior, y una anciana que llevaba una jarra de leche entró, y se detuvo atónita ante la señora enlutada, que la aguardaba y miraba atentamente.

—Nancy, dijo la señora de Eronard, ¿no me conoces?

—¡Dios mio! ¿Es V., señora, mi querida señora? Sabia que estaba V. en el castillo; pero no esperaba verla, porque he ido muchas veces y me decian que no queria V. recibir á nadie.

—¡No te he olvidado nunca, querida Nancy!

—Y yo todos los dias pedia á Dios por V., como si fuese de mi familia. ¡Cuánto ha sufrido V.! y á mí tambien me ha visitado nuestro Dios... Pero su santa madre de V. decia que sólo aflige á los que ama.

—¡Pobre mamá! con ella empezaron mis penas. ¿Sabes, Nancy, que soy viuda y que perdí á mi único hijo?

—Lo he sabido, señora, y tambien he llorado como V., porque sé cuanto cuesta al corazon... y todas las semanas rezo el Rosario por sus difuntos, para que Dios los lleve á las eternas alegrías.

—¡Tú rezas, Nancy! ¡Oh! ¡cuán dichosa eres!

—¡Ah, señora! si no pudiese rezar por los que ya no viven, me consumiria de tristeza, y esto me sostiene... Cuando ruego á Dios por mis padres, por mi buen esposo y por mi hijo, mi amado Félix, me figuro que el Señor les permite ver que pienso en ellos, que nuestras almas viven juntas y que los amo como cuando vivian, y esto me consuela... Pediria por los muertos noche y dia sin cansarme.

Ana no respondió; envidiaba á aquella pobre mujer, que en el naufragio de sus afectos habia sabido echar su áncora en el cielo. Dijo al fin:

—¡Tú tambien has perdido un hijo!

—El único que Dios me ha dado; un buen hijo... era soldado... marchó con su regimiento á Crimea, y murió del cólera en el hospital de Vama...

¡Oh! murió como un santo: me escribió que me echaba de menos, y que sin eso estaba muy contento de ir al cielo. Porque tenia muy buena conducta, ¡era tan piadoso! me parece que le veo allí con los militares san Jorge y san Sebastian, cuyas vidas nos leia su madre de V.

—¿Y no has tenido otros hijos?

—Sí, señora, una niña llamada Virginia, porque así se llamaba la digna madre de V., mi protectora. Y se le asemejaba mucho; buena y dulce como ella, es hoy Hermana de la Cruz de san Andrés. Muy lejos está de aquí, pero sé que es dichosa, en su estado. Aunque pobre aldeana, tengo una hija que es esposa de Nuestro Señor: ¡gran consuelo para mí!...

—¿Pero estás sola?

—Por poco tiempo, porque ya no soy jóven, y pasados algunos años, quizá algunos meses, volveré á ver á mis amigos de la tierra en la casa de nuestro Padre que está en los cielos. ¿Se acuerda V., querida señora, de lo que nos leia su mamá en el Nuevo Testamento?

«El ojo del hombre no ha visto, ni la oreja del hombre ha oido, ni el corazon del hombre ha comprendido, lo que Dios tiene reservado á los que le aman.»

—¿Y no temes la muerte?

—¡Ah! señora, yo no digo eso; mis pecados me causan miedo, pero el señor Cura ha dicho, y yo lo creo, que servimos á un buen Amo, y cuando tiemblo me oculto en las llagas de Jesucristo, y me digo que no querrá condenarme, que me dará su eterna bienaventuranza.

—Nancy, ¡cuán dichosa eres en creerlo así!

—Y V., querida señora, que es tan instruida, debe orar mejor que yo y amar á Dios más que yo, porque cuanto más se le conoce, más se le ama.

Ana suspiró, estrechó la mano de Nancy y le dijo:

—Puesto que tú oras, ruega á Dios por mí.

VII

La señora de Eronard volvió al castillo triste y pensativa. No podia olvidar á su amiga, pobre mujer aislada, sin riquezas ni afectos en la tierra, y veia sin cesar su tranquilo semblante en que el dolor y los trabajos habian dejado profundas huellas, pero que manifestaba la paz del alma justa: pensaba en el sublime lenguaje y en los nobles pensamientos de la aldeana ignorante que nada sabia de la tierra, pero que poseia con tanta seguridad todo lo del cielo; y comparaba su vida, sus sentimientos, sus ideas y aun sus afectos, y se veia inferior á la pobre Nancy.

—¡Cómo los ama! se decia, y ¡cuán dichosa es en esperar otra vida! ¡Ay de mí! Cuando pienso en mis dos Fabianes, sólo puedo ver en ellos un puñado de polvo, una sombra, ¡nada!... Y Nancy ve á los suyos en una perpétua luz confundidos con los Angeles... ¡Dulce y noble error!... ¡Oh! ¿por qué no he conservado la fe de mi madre?

Se durmió, dispertó con estos pensamientos, y durante muchos dias no abrió los libros que habia traido de París. No leyó más, pero reflexionó mucho... Salia muchas veces á visitar el sepulcro de su madre, y se dirigia despues á la casita de Nancy.

La pobre aldeana era siempre la misma: nada alteraba la serenidad de su semblante un poco melancólico, como un hermoso paisaje cubierto de niebla, y manifestaba en sus largas entrevistas la misma confianza en Dios, la fe y la esperanza tan firmes que sorprendian á Ana, porque no conocia ni le eran familiares los pensamientos y el lenguaje cristianos.

Sin embargo, el orgullo de la incredulidad, minado en sus cimientos por la adversidad, no dudaba ni se mofaba ya de las piadosas creencias de Nancy: la señora de Eronard oia pensativa á su anciana amiga, que hablaba siempre con gusto de Dios, y cuanto más conocia aquella alma, tanto más le causaba profunda admiracion, descubriendo todos los dias tesoros de dulzura, de mansedumbre, de caridad y de paciencia... Todas las bellezas morales que encomia la filosofía florecian en el corazon de aquella mujer sin ilustracion, que apenas sabia leer, que no sabia el

nombre de su departamento, y que sólo conocia una cosa, más bien por intuicion que por ciencia: Dios y su amor.

Y Ana, viendo á la pobre viuda siempre caritativa, servicial y dispuesta á prescindir de sí misma, no podia negar que estas difíciles virtudes provenian de su piedad y del pensamiento de la presencia de Dios, que levantaba y sostenia el alma de Nancy en esa altura tan difícil de alcanzar y conservar. Su paciencia, sobre todo, le admiraba.

Nancy padecia una dolorosa enfermedad que conllevaba tranquilamente, sin murmuraciones ni quejas, volviendo á sus labores domésticas cuando pasaban las crísis, y hablando sólo de sus sufrimientos para dar gracias á Dios. Ana presenció uno de sus terribles accidentes, y se acordó de una sentencia que habia leido en otro tiempo:

«Las virtudes más rudas de estoica filosofía vienen á ser como hábitos, y de fácil práctica, en la mujer y en el niño que invocan con frecuencia á la santísima Vírgen María.»

En su prolongada vida, semejante á un antiguo camino cubierto de sepulcros, habia visto morir, pero nunca la enfermedad y la muerte se la presentaron con tan augusto carácter; é iluminado su espíritu, decia algunas veces:

—¿Tantas virtudes quedarán sin recompensa? ¿no debe haber otra vida que compense lo incompleto de la presente?... ¿Podria tener esta pobre mujer la idea de Dios, si Dios no existiese? Su cuerpo padece mil tormentos que su alma domina. ¿Perecerá tan noble espíritu con la materia? ¿No será una materia aún más sutil?

Todo esto la preocupaba constantemente, pero nadie sabia el secreto de sus trabajos mentales. Nancy oraba mucho por ella, pero nunca la habló de la diferencia que habia en su manera de pensar y de obrar; concretábase á hablar con Dios, y pedia que su amiga amase como ella á Dios... Y cuando esta oracion se dirige al cielo con paciencia desde el lecho del dolor, ¿no debe ser aceptada?...

VIII

Ana amaba á la compañera de su infancia, y notaba con dolor los estragos que hacia la enfermedad en aquella débil naturaleza, para la que nada valian los auxilios de la medicina, quizás un poco tardíos. Su alma, antes sin emociones, insensible por el orgullo y la adversidad, se suavizaba insensiblemente al contacto de aquel carácter sencillo, bueno y noble.

Renacian en ella sentimientos mucho tiempo adormecidos, una inquietud afectuosa por el prójimo, su admiracion por virtudes tan humildes é ingenuas, una predisposicion simpática por los otros que antes nada significaban para ella, pero que tanto amaba en Nancy; y, en fin, una duda que la hacia decir algunas veces:

—¿Poseeré yo la verdad, ó Nancy, la ignorante Nancy, será más sábia que yo?

Nancy, que poco sabia de las cosas de la vida, no se apercibia de esta lucha interior. Amaba á Ana, y utilizaba el dulce influjo de la amistad en solicitar limosnas para los pobres de la aldea: defendiendo su causa, era casi elocuente, y con los males ajenos se olvidaba de los propios. Ana siempre la complacia, y sus dones como fértil lluvia preparaban su alma para recibir la semilla que no debian sofocar las espinas y las piedras.

Nancy se apresuraba á practicar obras buenas, porque sus dias estaban contados. Sin embargo, la muerte se adelantó á los cálculos. Ana se ausentó algunas horas para ir á Tours: cuando regresó al castillo, fué á la casa de la viuda... En la primera habitacion no habia nadie, entró en la alcoba y un funesto presentimiento sobrecogió su alma... allí vió un admirable espectáculo.

Nancy estaba en su lecho; sus facciones pálidas y descompuestas anunciaban la muerte; junto á ella estaba el párroco y un niño que alumbraba al santísimo Sacramento. Acababa de comulgar, y su alma, como el incensario del templo, exhalaba perfumes celestiales.

Recogida, absorta totalmente, no hablaba: de repente abrió sus labios, y con acento dulce y modulado recitó el trozo siguiente de un canto popular:

«Puse en el Señor toda mi esperanza, y fué mi fortaleza: conocí su dulzura en la paciencia; y ahora que estoy sola, oye mis súplicas y me llama á la patria celestial.»

Al oir esta voz melodiosa que parecia venir del cielo, el sacerdote interrumpió sus oraciones. Ana permaneció inmóvil, pero el niño unió su timbre argentino al de la moribunda, como un ángel que venia á auxiliarla en su último combate.

Dios, con tan dulces recuerdos, la inducia á concebir santas esperanzas, y disipaba sus dudas ante aquel fúnebre espectáculo: iluminada por la luz del cielo que la llamaba, ya no resistió más. Nancy calló, juntó las manos, y dijo con acento penetrante:

—¡Cuán bueno es Dios y cuán dichosa soy! ¡Voy á verle cara á cara! Un momento más, é iré á mi Dios...

Despues añadió muchas veces:

—¿Cuándo será? ¿Cuándo será?

Levantando, en fin, los brazos con un movimiento vehemente, dijo:

—Héme aquí.

Y espiró, volando su alma cristiana el encuentro del Esposo divino que venia á buscarla.

—¡Muerte sublime! dijo Ana al sacerdote, no bien le permitió hablar su emocion. ¡Qué fortaleza! ¡qué majestad! ¡Y una pobre é ignorante mujer muere así, sin terror y hablando á Dios como á un amigo!...

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, respondió el sacerdote.

La señora de Eronard levantó los ojos al cielo y dijo:

—Padre mio, ¿cree V. que la conversion de una pecadora pervertida por el orgullo contribuya á la alegría de esta bienaventurada alma?

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, la oracion de Nancy ha sido oida... Me convierto á Dios irrevocablemente... ¿Cree V. que me perdone, Padre mio?...

—¡Ella rogará por nosotros! dijo el sacerdote señalando el cadáver.

La señora de Eronard fué fiel al llamamiento divino que habia resonado en su alma, y hoy su dolor se amortigua con la esperanza cristiana. Nancy parece haberla legado con su postrer aliento su grande amor al prójimo, y en medio de su pobreza supo dejar á los pobres una poderosa bienhechora: Nancy sirvió al Señor con la oracion y la paciencia; Ana le sirve con la oracion y la caridad.

MATILDE BOURDON.

NOTAS SOBRE EL JAPON

III

Dos grandes hechos se desprenden de los acontecimientos ocurridos en el Japon: en el interior la anulacion del poder de los taikunes y del feudalismo; en el exterior las relaciones con los extranjeros, su entrada en el Imperio japonés y la importacion de sus productos al par de sus ideas y su civilizacion. Las consecuencias de estos dos hechos son una doble revolucion política y moral cuyo carácter y tendencias vamos á indicar.

La guerra de 1868 y 1869 habia destruido el taikunado y dado un golpe decisivo al feudalismo: el decreto de 1871 consumó su ruina. Para reemplazar á esas dos instituciones era preciso establecer una nueva forma de gobierno. Los hombres de Estado japoneses que entonces ejercian el poder y que habian dirigido los acontecimientos determinaron ir á estudiar en el terreno las diversas instituciones políticas de Europa y América, y muchos miembros del Gobierno se constituyeron en embajada extraordinaria cerca de los Gobiernos extranjeros, dejando á sus compañeros el cuidado de administrar el país durante su ausencia. Los primeros se contrajeron á no hacer ni concluir cosa importante sin el beneplácito de los segundos: éstos por su parte propusiéronse no cambiar en lo más mínimo la administracion provisionalmente adoptada. El viaje de los embajadores duró año y medio, sin producir resultado apreciable para el desarrollo de las relaciones internacionales y sin modificar en modo alguno la situacion de los extranjeros en el Japon. A su regreso constituyóse definitivamente el Gobierno, y las diversas ramas de la administracion se organizaron, salvo ligeras variantes, á semejanza de los Gobiernos europeos.

Así constituido, el Gobierno japonés afectó la forma de monarquía absoluta: el mikado es el jefe del Estado, y su poder es hereditario en su familia. Gobierna con el concurso de cuatro grandes Consejos: 1.° el *Dai-djo-kuan*, ó Consejo supremo; 2.° el *Sa-in*, ó Cámara de los lores; 3.° el *Genro-in*, ó Consejo de Estado; 4.° el *U-in*, ó Consejo de ministros.

La administracion comprende once secciones, y al frente de cada una hay un ministro y un suplente. Estas secciones son: 1.° el *Gai-mu-cho*, ó Ministerio de Negocios extranjeros; 2.° el *Nai-mu-cho*, del Interior; 3.° el *Ocura-cho*, de Hacienda; 4.° el *Ricu-gun-cho*, de la Guerra; 5.° el *Kai-gun-cho*, de Marina; 6.° el *Mom-bu-cho*, de Instruccion pública; 7.° el *Kio-bu-cho*, de Cultos; 8.° el *Chi-ho-cho*, de Justicia; 9.° el *Cu-nai-cho*, de la Casa imperial; 10, el *Ko-bu-cho*, de Fomento; 11, el *Kai-tacu-chi*, de las Colonias.

1.° El *Gai-mu-cho* está encargado de las relaciones exteriores con los Gobiernos extranjeros; trata con los representantes acreditados en la Corte del mikado, y dirige las legaciones y consulados establecidos en el extranjero. El gobierno japonés tiene representantes en París, Londres, Berlin, San Petersburgo, Roma, Washington y Pekin.

2.° El *Nai-mu-cho* tiene á su cargo la administracion civil de las prefecturas del Imperio. Despues de la supresion de los daimios el país fué dividido en 72 departamentos ó *ken*, á las órdenes de otros tantos prefectos. Cada *ken* se subdivide en muchos cantones, que forman un total de 717, con 6,862 ciudades, 70,443 pueblos ó aldeas, y una poblacion de 33.301,000 habitantes. Los prefectos dependen del ministro del Interior, y son amovibles al grado de jefe de Estado. Las tres ciudades imperiales de Tokio (Yeddo), Kioto (Meaco) y Osaka con su territorio están bajo la jurisdiccion inmediata del mikado y del daijo-kuan.

3.° El *Ocura-cho* percibe los impuestos. No tenemos otro dato que el de 1875, segun el cual las rentas del Estado produjeron en dicho año la suma de 68.588,266 *yen*, ó sea 325 millones de pesetas. Del *Ocura-cho* depende la casa de moneda de Osaka, fundada y dirigida hasta estos últimos tiempos por los ingleses. Además del dinero que allí se acuña, el Gobierno japonés ha

hecho circular papel-moneda en enorme cantidad.

4.ª El *Ricu-gun-cho* ha adquirido grandísima importancia, gracias á los instintos belicosos del pueblo japonés. Hasta 1872 únicamente los *samurai* ejercian la profesion de las armas. El labrador, el artesano y el mercader estaban exentos del servicio militar. Tal estado de cosas constituia un peligro para el poder, porque los *samurai* estaban muy aferrados al feudalismo, y era de temer que no olvidasen fácilmente á sus antiguos señores y su pasada condicion. Predominando en el ejército esta clase, turbulenta por naturaleza, se sustraia sin trabajo á la accion del Gobierno; y las contemplaciones á cuyo precio se compraba su fidelidad hacian imposible toda disciplina. Por esto, siguiendo la costumbre europea, se decretó el servicio obligatorio para todas las clases de la sociedad. A su advenimiento al poder, el Gobierno puso todo su empeño en la formacion de un ejército destinado á mantener la paz en el interior y á proteger en caso necesario la independencia del país contra toda agresion exterior. El ejército se divide en activo, reserva y territorial.—El primero consta de reclutas voluntarios y de jóvenes que han cumplido veinte años, reconocidos con aptitud para el servicio militar y señalados por la suerte. El servicio en el ejército activo dura tres años: fórmanlo 40 batallones de infantería con un efectivo de 640 hombres en tiempo de paz y 900 en tiempo de guerra; 3 escuadrones de caballería con un efectivo de 120 á 150 hombres por escuadron; 18 compañías de artillería y 10 de ingenieros con igual efectivo. En conjunto, más de 30,000 hombres en tiempo de paz y 46,000 en tiempo de guerra. Hay además la guardia imperial, que consta de 4 batallones de infantería, 1 escuadron de caballería, 2 compañías de artillería y otra de ingenieros, formando un total de cerca 4,000 hombres.—La reserva comprende dos clases: la primera se compone de todos los hombres que han terminado su servicio en el ejército activo; y despues de dos años entran en la segunda reserva, que forma la segunda clase.—El ejército territorial consta de todos los hombres aptos de diez y siete años hasta los cuarenta.

El Imperio está dividido en seis distritos militares, y las tropas están repartidas entre las principales ciudades del Japón. Su armamento, disciplina y manutencion son iguales á las de Europa. En Yeddo y Osaka hay dos grandes arsenales, construidos el primero bajo la direccion de militares franceses, y el segundo por un distinguido oficial japonés. Para los oficiales del ejército se han instituido muchas academias militares.

5.ª El *Kai-gun-cho* ha adquirido una importancia igual, si no mayor, á la del precedente. El Japon es por esencia un país marítimo, y ha creido que le era indispensable una marina de guerra para hacerse respetar, yendo á buscar en Inglaterra el modo de organizar sus fuerzas marítimas y los hombres necesarios para la formacion de sus marinos. Actualmente cuenta con varios buques de coraza, uno de ellos con espolon, y siete transportes. El arsenal marítimo está situado en Yocoska.—La marina mercante ha tomado tambien gran incremento; pues además de sus innumerables juncas cuenta con más de 100 buques de vapor.

6.ª El *Mom-bu-cho* tiene la direccion de todos los establecimientos de enseñanza. Esta ha sido siempre tenida por muy honorífica en el Japon, y casi no hay pueblo sin escuela, siendo muy contados los japoneses que no hayan adquirido una instruccion proporcionada á su condicion respectiva. Actualmente hay en el país más de 50,000 escuelas primarias. Las relaciones con el extranjero y la introduccion de las ideas aportadas al Imperio han requerido, para todos los que aspiran á cualquier empleo, el conocimiento de las lenguas extranjeras, y consiguientemente la creacion de colegios donde se enseña las letras y ciencias europeas. Cada Ministerio tiene su colegio de intérpretes. Además el Gobierno ha fundado una universidad en Yeddo y ha confiado su direccion á profesores venidos, en su mayor parte, de los Estados-Unidos. Ultimamente se ha ocupado tambien con empeño en la instruccion de las niñas, antes muy descuidada. En Yokohama y en Yeddo las Damas de San Mauro han abierto varias escuelas, y es de esperar que el Gobierno japonés sabrá apreciar un dia los servicios de esas religiosas y su celo por la instruccion de la infancia. Otro establecimiento análogo ha creado en Kobe el Ilmo. Petitjean, vicario apostólico del Japon meridional, confiándolo á las religiosas del Santo Niño Jesús; y en Hakodaté (Yeso) se ha fundado otro bajo la direccion de las Hermanas de San Pablo. Los misioneros católicos han abierto tambien muchas escuelas en las principales ciudades del Japon.

7.ª El *Kio-bu-cho* es más bien un anejo del Ministerio de Instruccion pública, y está encargado de la administracion de Cultos. Se ha mostrado siempre hostil al Cristianismo, y para impedir su introduccion en el Imperio, quiso recientemente oponerle una religion hechura suya. Como en la union estriba la fuerza, intentóse conciliar las doctrinas shintoistas con las del budhismo; dar un símbolo comun á los *cannuchi*

BOSQUE DE BOLONIA (CUADRO DE JOSÉ M. MARQUÉS)

(sacerdotes shintoistas) y á los bonzos, y oponer esta informe amalgama á la doctrina cristiana; pero tan ridículas tentativas han tenido la suerte que merecian, haciendo completo fiasco. Estas dos sectas son, sin embargo, muy poderosas. El pueblo japonés en el fondo es religioso, y sobre todo el budhismo ha merecido desde tiempo remoto sus simpatías; de modo que el *Kio-bu-cho* ha fracasado en sus tentativas de fusion de las dos sectas merced á la resistencia que los budhistas han opuesto á sus esfuerzos. Cuéntanse en el Japon unos 76,000 sacerdotes shintoistas y cerca 217,000 bonzos, que sirven 128,123 *miya* (templos shintoistas) y 98,914 pagodas.

8.ª El *Chi-ho-cho*. Desde 1873 la administracion de justicia se ha separado de la civil. En los grandes centros los prefectos han cesado de sentarse en los tribunales y de dar sentencias: medida que constituye un progreso verdadero y que el Gobierno japonés ha tenido la feliz inspiracion de realizar. Pero como un Ministerio de justicia y sus tribunales suponen un código, una legislacion, ha sido preciso sustituir al arbitrario de los jueces y á los datos incompletos de la tradicion y de la costumbre leyes en armonía con esta revolucion política y moral que los acontecimientos y principalmente la ingerencia de los extranjeros han producido en el Japon.

9.ª El *Cu-nai-cho* está encargado de la administracion de los palacios imperiales y de la direccion del personal al servicio del mikado.

10. El *Ko-bu-cho* ha emprendido desde su creacion notables trabajos. Además de las construcciones que ha verificado y con que ha embellecido sobre todo la capital, ha unido por medio del telégrafo todas las ciudades importantes del Imperio, ha multiplicado los faros en las costas, ha introducido el gas en Yokohama y en Tokio, y ha construido tres ferrocarriles.

11. El *Kai-tacu-chi* tiene por objeto principal colonizar la magnífica isla de Yeso. Para conseguir su objeto el Gobierno japonés ha hecho inmensos sacrificios pecuniarios; pero sus esfuerzos dirigidos á aumentar su poblacion de un modo fijo y estable parece no han logrado el éxito deseado. Se han emprendido en la isla grandes trabajos, y se han abierto muchas granjas-escuelas; pero todo sin grande utilidad aparente.

Estos ligeros apuntes bastan para dar una idea de la transformacion política del Japon. Para muchos viajeros ese progreso material, que da al Imperio japonés una apariencia muy diferente de la que nos revela la historia de su pasado y que contrasta de un modo extraño con la inmovilidad de los países vecinos, pone al Japon en el número de los pueblos civilizados; pero detenerse en esas apariencias de civilizacion seria exponerse á concebir una idea cuando menos muy incompleta de la situacion. Importa sobre todo estudiar las transformaciones morales que resultan de los acontecimientos cuyo curso hemos seguido.

UN CASAMIENTO VALENCIANO Á PRINCIPIOS DEL PRESENTE SIGLO (CUADRO DE ANTONIO FILLOL)

LOS ESPÍRITUS DE LAS TINIEBLAS

Novela histórica

POR EL P. JUAN J. FRANCO, S. J.

III

En la encantadora ribera de Liguria vivia la familia Schiappacasse, cuando por el fallecimiento de la esposa de Marco Antonio y por las ausencias de éste á que con frecuencia le obligaban sus negocios, se tuvo que pensar en la eleccion de un colegio en que colocar la angelical Corina. El tio de ésta, hombre religioso, precavido y prudente, hubiera deseado un establecimiento congregacionista en el que á una instruccion sólida se hubiese reunido una educacion basada en profunda piedad é instruccion religiosa: empero prevaleció el dictámen de su padre, que escogió para este objeto el colegio titulado Justomedio. Describe admirablemente este establecimiento el P. Franco, dedicándole algunos capítulos, en que patentiza que en él se forma más la señorita que debe brillar en la sociedad que la jóven que debe formar el encanto de la familia por el perfume de sus virtudes domésticas y sociales, punto capital de unos tiempos en que á título de secularizacion de la enseñanza se trata de desterrar á Dios hasta del corazon de los hombres. Empero, las preocupaciones de Marco Antonio, en lucha con sus sentimientos paternales, triunfaron, haciendo aceptar el justo medio de una educacion en la que Dios y los intereses del alma fuesen una pantalla decorativa en una instruccion que en el fondo y en primer término tendia á la formacion de jóvenes para el mundo. Tal vez en España menos que en otras partes abunda este sistema; pero la corriente está iniciada y conviene aprender en estas páginas los peligros de que es necesario precaverse, cuando el mal está indicado por persona tan experta como el autor de la novela.

Entregado á sus negocios y abandonado mientras tanto á su soledad doméstica, no fué difícil en franquear las puertas de su casa y de su confianza á uno de estos hombres que, disfrazando sus malos instintos, saben halagar el flanco débil de caractéres como el de Marco Antonio, porque vendiendo su interesada diligencia echan los

cálculos de su porvenir en la necesidad de sus servicios. Pertenecientes á sectas secretas, hallan proteccion para sus planes, envolviendo en sus redes á los incautos que, como Schiappacasse, no reparan en los medios de alcanzar los fines que se proponen.

Para ello Morosini, tipo acabado de este perverso género, comprendió en el poco arraigo de las virtudes de Schiappacasse y en sus debilidades seniles que podria servir para el logro de sus fines una mujer como Sara Tappan, que entregada, al igual suyo, á todas las novelerías del siglo, sin escrúpulos ni conciencia, divagan por las estaciones de moda para cazar incautos, aceptando para ello todos los procedimientos, mientras conduzcan á la consecucion de sus propósitos. Fácil fué la inteligencia en el plan del combinado ataque, pues el cebo estribaba en los millones de Marco Antonio para la primera y la mano de Corina para el segundo.

A la intimidad de relaciones prestó pié la salida del colegio de la jóven educanda, cuya edad exigia poner término á prolongada separacion y cierto compromiso de enlace combinado entre los hermanos, para Corina, con un jóven que reunia las más excelentes condiciones. A este objeto no fué difícil á Morosini combinar con Marco Antonio un viaje en el que Sara Tappan tomaria parte, y en esta intimidad estrechar los lazos que luego le indujeran á un matrimonio.

La expedicion se realizó por Italia cual estaba proyectada, y jamás nos cansaremos de leer la brillante pintura de la hermosa Venecia que se contiene en las páginas del P. Franco. Se respira en ellas, más que amor, verdadero entusiasmo por la noble ciudad de los Dux, á cuyo lado fuera pálido reflejo cuanto nosotros podríamos añadir. Nosotros que hemos surcado en frágil góndola sus misteriosas calles, que hemos visitado sus inolvidables palacios y hemos admirado sus monumentos, únicos en el mundo, envueltos en la bruma que se levanta de sus lagunas, reconocemos que no hay pluma capaz de describirla mejor que la del P. Franco, y estamos seguros que en ellas su autor ha respirado el misterioso ambiente de sus aguas, y muchas veces se habrá deslizado por su líquida superficie. En su descripcion y en su historia, no sólo páginas, sino capítulos emplea, que permanecerán inmortales y que forman para nosotros el más preciado encanto de una obra destinada á describir el cieno en que se agita la sociedad moderna, más sucio y asqueroso que el que contiene el fondo de las lagunas.

Realizado el enlace de Marco Antonio é instalada Corina en su casa, á quien se dió, por los oficios del intruso Morosini, á la corrompida Ofelia por institutriz, empieza de lleno el desarrollo del triste drama, argumento de toda la novela, consistente en arrastrar á la jóven y á su padre á que se inscriban en la inmunda secta del espiritismo, para convertir á éste en fácil instrumento de explotacion, y arrastrar á aquella á los diabólicos fines que se propusieron los sectarios. Así, pues, no es maravilla que desde este momento y punto, y aprovechando y fomentando cuantas ocasiones favorables se presentaran, se iniciase á la jóven en todas las locuras del espiritismo. Con admirable razonamiento prueba el P. Franco la realidad de los hechos y fenómenos del moderno espiritismo, revestido de la forma actual por las señoritas Fox en 1846 en América, y que desde entonces tomó rápido vuelo en toda Europa no obstante su antiguo abolengo, máxime entre las naciones paganas. Traza en rápidas pinceladas los medios de propaganda que posee ya en periódicos, institutos y convenciones, y principalmente para cautivar incautos en las reuniones familiares en las que á favor de los *mediums* produce hechos aparatosos y deslumbrantes, ante los cuales sucumben la fe y las costumbres de los que temerariamente las frecuentan.

Para ello tienen establecidas las consultas en que funcionan las mesillas adivinatorias de diversas formas, los sueños y flúidos magnéticos y espiríticos, los espíritus familiares, y las plegarias y músicas con las cuales obtienen las apariciones que se proponen y las consultas y conversaciones que sostienen con los espíritus, interviniendo los mediums y sin ellos. Marco Antonio Schiappacasse y su hija Corina, movido el primero por efecto de su espíritu un tanto incrédulo é indiferente, y la segunda por el atractivo de la novedad, recorren las reuniones de Francia, Italia é Inglaterra, y ante ellos, cual neófitos, se reproducen todas las maravillas del espiritismo, preparadas para seducir sus almas. Los fenómenos de agitacion de muebles y objetos, hielo y truenos en unas partes, aparicion de luces, muebles que persiguen á las personas, manoseos y besos espiríticos, caricias é insultos de manos visibles é invisibles, apariciones de personas y encarnaciones de espíritus, adivinaciones, y cuantos maleficios se nos refieren de las edades paganas, y lo que en la Era cristiana se llamó por su propio nombre de brujerías y endiablamientos, todo ello se reproduce ante los ojos atónitos del padre y de la hija; y el autor, fundado en auténticos documentos, lo repite para evidenciar la intervencion satánica en estos misterios, dispuestos para la perdicion de las almas y explotacion de los incautos, que con menosprecio de las advertencias de la Iglesia se entregan á semejantes supersticiones.

Mientras tanto el urdido complot iba llevando á cabo sus propósitos; había menguado el respeto y la autoridad que se debía al tio Pedro, y el débil Marco Antonio cedia á cada nueva exigencia. La fé en Corina iba debilitándose, y el desamor por Ambrosio ganaba terreno merced á malévolas insinuaciones hábilmente explotadas. Por grados iban deslizándose las enseñanzas espiritistas, y mientras un dia descubrian el dogma de la creacion de muchos espíritus que no son ángeles ni demonios, espíritus de brutos destinados á convertirse en humanos y luego en superiores merced á sucesivas encarnaciones y transmigraciones de cuerpo á cuerpo y de mundo á mundo, alcanzando por este medio la beatitud hasta los malvados, en otras sesiones se ponia al descubierto la horrible pretension de querer extinguir la religion revelada, ó sea el catolicismo, para sustituirlo con la religion de los espíritus, única triunfante sobre las ruinas de los demás cultos.

Cuando, empero, los conjurados creyeron llegada la sazon de dar el golpe de gracia contra la fortuna de Marco Antonio y contra la honra de la infeliz Corina, fué entonces que el ángel bueno de ésta la pone á cubierto del abismo en que iba á hundirse, y el débil padre paga con parte de su fortuna sus culpables complacencias, y por último con su vida que termina reconociendo sus errores. Es preciso leer estas dramáticas escenas para hacerse cargo del talento del P. Franco, que si es diestro en describir las luchas del humano corazon, no lo es ménos en combatir los errores que se encubren tras la fraseología sectaria.

El cúmulo de desventuras que se desencadenó sobre la familia Schiappacasse abrió los ojos á Corina, que el dolor abre la puerta al desengaño, y entonces pudo comprender todo el misterio de la horrible trama infernal que atentaba á su honra y á su fortuna; pudo reconocer el amor puro y desinteresado de Ambrosio y el interés paternal de su tio. Son páginas conmovedoras que hacen asomar el llanto á los ojos, mientras iluminan la inteligencia con luz meridiana sobre nuestros deberes y acerca la opinion que nos debe merecer una secta que, tomando por medio el comercio diabólico, tiene por fin el odio de Satanás contra el hombre divinizado en Cristo, al cual trata de destruir con la crueldad y envolver con la torpeza, perturbando la paz doméstica, perjudicando la salud, haciendo perder el juicio y arrastrando con frecuencia al suicidio.

Tal es la doctrina que se deriva y demuestra en toda la obra, y que por diabólica ha sido reprobada por la Iglesia y castigada con terribles censuras. Debemos agradecer su publicacion que nos da armas contra antiguos y modernos inventos del espíritu del mal que no ceja en la perdicion de las almas, revistiendo cada dia nuevos atavíos, si bien el fondo es el mismo. Libro de profunda doctrina, reviste las más delicadas formas de la moderna literatura, é interesante por sus descripciones y episodios, no lo es ménos por la delicadeza de los sentimientos que conmueven profundamente el corazon humano.

Por complemento y como última palabra; una obra de tal importancia y tan bellamente editada, merecia ser conocida con toda la galanura y brillantez del original, y esto lo ha verificado el autor de la version, que lo es el jóven é ilustrado abogado de este Colegio don Manuel García Barzanallana, á cuyo ímprobo trabajo se debe el poder saborear las bellezas literarias que esmaltan la version italiana en que fué escrito.

Nuestros lectores nos dispensarán si hemos abusado de su benevolencia con tan larga disertacion; pero como pocas veces se presentan ocasiones para recomendar obras de la importancia de la del P. Franco, nos hemos creido en el deber de asociarnos á sus intentos favoreciendo en la medida de nuestras débiles fuerzas su grande obra de propaganda religiosa y social. ¡Bendiga Dios sus esfuerzos!

FRANCISCO MUNS.

POR SER LLORON

Un dia, no sabemos cuanto tiempo hace, algunos años apenas, Nasser-Ed-Din, actualmente shah de Persia, que se halla recorriendo las principales capitales de Europa, salió á cazar por los bosques que cubren las montañas donde se buscan los rubíes y las turquesas.

Fatigado por su prolongada excursion, desmontó del caballo cerca de una casucha aislada y de miserable aspecto, entrando en ella sin miramiento alguno para descansar.

Ningun ruido, ninguna apariencia de sér humano se observaba en aquella casucha.

Nasser-Ed-Din dejó su escolta á la puerta, y se sentó sobre el único banco de madera que allí se veía. De pronto sintióse instintivamente asustado al oir una voz chillona que salia de debajo de aquel duro asiento.

Era un niño que lloraba desesperadamente; y cuando un niño llora con desespero, no hay quien lo aguante, porque sus gritos crispan los nervios.

Se le preguntó por la causa de su llanto, y en vez de contestar, seguia llorando y gritando como si sufriera una gran desgracia. Como el niño se hallaba solo en aquel tugurio, á todos chocaba su desesperacion.

Ni caricias ni amenazas le hicieron hablar; parecía que tenia el demonio en el cuerpo. Lo único que todos pudieron advertir fué que el muchacho los despachaba de allí al mismo tiempo que mostraba su desesperacion.

Entonces el Shah obedeció y salió, ordenando á todos que le siguieran para ver si cesaban los lamentos del chicuelo.

Apenas habian andado unos cuantos pasos cuando oyeron un gran estrépito, viendo con gran asombro que el casuchon se habia derrumbado como por arte mágico, y levantando una nube de polvo.

—¡El niño, salvad al niño!—gritó el Shah.

Esta fué la primera exclamacion del déspota asiático, quien, sintiendo un rasgo humanitario, se acordó del peligro que corria el mozalbete, que habia cesado de llorar al sentirse envuelto por los escombros.

Todos comenzaron á trabajar con afan; caballeros y dignatarios de la Corte persa removian los escombros como si fueran obreros, y levantaban una tras otra las piedras con el mayor cuidado, hasta que al fin dieron con el *lloron*, que respiraba sano y salvo.

Lleváronle ante el Shah; y viendo que no decia una palabra, le preguntó:

—¿Por qué permaneces tan callado y llorabas con tanta amargura antes de esa catástrofe?

—Porque queria salvar la vida del Shah.

Pidiéronle que explicase sus palabras; pero el muchacho no decia más que «he querido salvar al Shah, he querido salvar al Shah», y reía y saltaba con tanta alegría como desesperado se habia manifestado antes.

Entonces el Shah, atribuyendo el hecho á una intervencion divina que habia salvado su vida, tomó al niño bajo su proteccion como un sér misterioso enviado del cielo para vigilar por su existencia, decidiendo no separarse jamás de aquel rapazuelo.

Inmediatamente dió órden á todos los personajes de la Corte, á todos los oficiales y á todos los soldados de considerar al muchacho como un señor absoluto, dejándole en completa libertad, y obedeciéndole, sin contradecirle, en todo lo que él mandare ó dispusiere.

Desde entonces el *lloron* va y viene por todo el palacio del Shah, haciendo cuanto le place y considerado como un favorito sin igual.

Aquel muchacho, que posee clara imaginacion, tiene ahora doce años.

Cuando el soberano persa decidió emprender su viaje por Europa, uno de sus ministros le dijo que no creia conveniente se llevase al *mascoto*; pero el Shah le replicó:

—Preparad tambien sus equipajes.

Y efectivamente, el muchacho se encuentra actualmente en Francia con su soberano.

Por donde va el Shah el niño va el primero, pasando por delante de su señor sin ningun género de etiquetas.

Ya en Lóndres, donde se conoce esa aventura, llamó mucho la atencion ese muchacho.

Un dia, hallándose el Shah en un teatro, el *niño* se quejó de que, estando tan lejos de la escena, no podia ver bien ni oir lo que decian los actores. «Ponte donde quieras», le dijo el Shah; y el muchacho, ligero como un gamo, bajó del palco á la sala, cruzó todas las butacas, y saltando por encima de la orquesta al escenario, se colocó junto á la concha del apuntador y pidió una silla.

El público veía todo esto con asombro; pero se asombró muchísimo más cuando vió que el Shah, satisfaciendo aquel capricho de su favorito, ordenó que le dieran la silla que pedía.

Sentóse el muchacho, y comenzó á reirse y á gesticular viendo la mímica de los actores; pero al poco rato se levantó, y con el mayor enfado dijo:

—Si no hablan más claro los cómicos, me voy.

Y así lo hizo, porque como la compañía era inglesa y el muchacho no sabia el inglés, seguia sin entender una palabra.

A los pocos dias el Shah fué á comer á casa de lord Salisbury. El muchacho no habia sido invitado á aquel banquete diplomático; mas al apercibirse de que su soberano comia fuera de su lado se enfureció porque no le habia llevado, y con la autoridad que siempre empleaba ordenó que le llevaran á donde estaba el Shah.

Los servidores se apresuraron á cumplir sus órdenes, llevándole en un carruaje de gala.

Cuando el banquete ofrecia mayor animacion presentóse de improviso el favorito, y dando al Shah un golpecito en la mejilla, le dijo:

—Ya estoy aquí, tunanton.

Como el Shah celebró riendo la gracia, los demás comensales enmudecieron para no disgustar á su huésped, el soberano de Persia.

Si, como se dice, el Shah viene á visitar Madrid, Córdoba, Granada y Málaga, ya saben los que le reciban lo que han de hacer: no olvidarse del *niño mascota* para nada, y así no caerán en la desgracia de aquel soberano.

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

I

Trasládate con la imaginacion, caro lector, á una de las más amenas comarcas de Italia, y figúrate como por encanto en medio de una de las más pintorescas quintas que puedas imaginar, en una bella mañana de primavera. Está situada en una pequeña elevacion, cubierta de bosques, y la rodean por el Mediodía tres cadenas de pequeñas montañas que compiten en verdor y lozanía. Entre el Poniente y el Septentrion se abre á la vista un fertilísimo valle, bañado por un tortuoso rio, que ora lame las faldas de los montecillos plantados de viñedo, ora las escarpadas rocas que de un lado y otro le estrechan y canalizan; y por fin, hácia el Levante, se extiende la vista todo cuanto puede por un vastísimo horizonte, coronado á más de cincuenta millas de distancia por la cima de los Apeninos. Por todos lados, en el llano y en el monte, se ven quintas, pueblos y caseríos pintorescamente esparcidos.

El palacio, estilo del siglo XVIII, y modernizado hace veinte años con la elegante cúpula de su capilla pública, se divisa desde léjos entre un bosquecillo de pinos, fresnos y cipreses, como un tulipan sobre un campo de verdes mirtos. Elevadas matas de laurel cierran por uno y otro lado las calles que desde la puerta penetran en el jardin, el cual, al rededor del edificio, se ensancha y luce su hermosura; las fuentes, los canastillos, las glorietas y otros caprichosos cobertizos adornados con bancos de mármol, mesas rústicas y estátuas alegóricas, contribuyen á su mayor belleza.

Aquella mañana, además, el soplo de un suave céfiro, el olor de las flores, y el variado canto de los pajarillos, de tal modo alegraban aquella mansion, que te creyeras transportado á un pequeño Eden, morada de la felicidad y nido de la alegria.

Y aún era más extraña y grata el aura de felicidad y alegria que se aspiraba en el interior y entre los afortunados moradores de aquella casa. A la entrada de una gran sala en el piso del jardin y bajo un toldillo que resguardaba del aire y del sol, un padre, una madre y una graciosísima muchacha festejaban con muestras de ternura y de contento á un anciano de noble porte, que acababa de llegar y parecia loco de júbilo. Tan pronto apretaba entre sus manos las del padre, como, levantándose de su silla, hacia demostraciones de tierno cariño á la hija.

—¡Mi buena Clementina!—exclamaba con voz conmovida;—¡con cuánto gusto vuelvo á verte y abrazarte! ¡Si supieras cuánto he pensado en tí, y cuán contento estoy de haberte encontrado tan buena y alegre!

A lo cual la jóven, colorada como la púrpura, respondia suavemente, dejando caer dos ardientes lágrimas sobre su cuello:

—Ya sé, buen tio, que siempre me ha querido V. mucho.

Y enjugándose los ojos repetia á media voz:

—¡Qué corazon de oro tiene el tio Cárlos! ¡Un corazon de rey! siempre lo dije.

Y el padre no cabia en sí de gozo, sin poder proferir palabra por la emocion.

Este tio, que siempre habia querido tanto á Clementina; este Cárlos, de corazon de rey, no era otro que el hermano mayor de D. Vicente, y el cuñado de D.ª Livia, padre y madre de la amable, virtuosa y gentil Clementina, único fruto que Dios habia concedido á su union, y por lo tanto objeto predilecto de todo su cariño y de sus esperanzas. En ella se extinguia la casa de los dos hermanos, antigua é ilustre en aquel país, porque D. Carlos era viudo hacia algun tiempo, y sin hijos. Por esto á sus manos debia parar todo el patrimonio de ambos, que reunido formaba una cantidad muy respetable.

Clementina tenia sólo diez y nueve años, y estaba próxima á enlazarse con una familia semejante á la suya por lo ilustre del apellido y por sus riquezas; y, lo que aún es más importante, por completo igual en religion y piedad.

En resúmen: eran dos familias verdaderamente católicas, ó *clericales*, segun la actual jerga liberalesca, que de nuevo se emparentaban despues de cinco generaciones. Es decir, un tatarabuelo de D. Vicente se habia casado con una hermana del tatarabuelo del padre del prometido, con el cual Clementina estaba próxima á unirse; y tampoco se sabia que ningun miembro de las dos casas hubiera degenerado de su reputacion y de su prosapia en el curso de estas generaciones.

Además, el prometido, llamado Alberto, era tambien hijo único; de manera que con la acumulacion de la herencia de Clementina venia á rivalizar en riqueza con los más opulentos de aquella provincia.

Sin embargo, es lo cierto que de parte de Alberto habia algo que decir. En su mocedad no habia sido del todo intachable, ni habia correspondido á la educacion recibida. Quién le acusaba de excesivamente ligero; quién le echaba en cara su facilidad en mezclarse con compañías peligrosas; malas lenguas le acusaban además de jugador; y otras, peores, tal vez por envidia ó mala voluntad, llegaban hasta calificarlo de algo disoluto y atolondrado, y compadecian á D. Felipe y D.ª Amalia, sus virtuosos padres.

Por desgracia algunas de estas voces no eran del todo infundadas, pues no hay humo sin fuego. Pero fuese lo que quiera del tiempo pasado, es verdad que Alberto habia recobrado, hacia ya dos años, todo lo perdido, con su vida irreprensible y un arreglo de costumbres digno de todo encomio. Esta mudanza precisamente se notó en él apenas empezó á querer á Clementina. Y que el haber puesto en ella los ojos y el corazon fuese de su parte efecto, no de mala pasion ó de calculado interés, sino de verdadera estima y afecto nacido del corazon, se probó con esto; pues él por su amor, y antes que ni remotamente pensase en conseguirla, habia rehusado reiteradas veces un partido superior al suyo, al menos en cuanto á opulencia y extraordinaria belleza. Por cierto que esto disgustó mucho á los llamados liberales de aquella comarca, por ser el partido de la familia abiertamente liberalesco y solemnemente ingrato al príncipe, que sin mérito alguno le habia dado favores: por lo cual deshacia la esperanza de coger al jóven en las

DON PEDRO II DE ALCÁNTARA, EMPERADOR DEL BRASIL

acostumbradas redes, por medio de uno de esos enlaces que se llaman *brillantes* y que tanto seducen á padres necios, á madres ambiciosas y á hijas inexpertas.

(Se continuará).

MISCELÁNEA

CAZA ELÉCTRICA

Los cazadores de aves cuentan, gracias á un aficionado francés á quien ocurrió la peregrina idea, un elemento poderoso de destruccion; la electricidad. El procedimiento es lo más sencillo. Se colocan en el campo, sobre la superficie de la tierra, unos hilos metálicos, y próximo á ellos una pequeña cantidad de granos, que constituyen para las perdices, codornices y otros volátiles una deliciosa golosina. En un momento dado se hace circular por los hilos una corriente eléctrica. Luego no queda más que hacer sino recolectar aquellas aves que, poniéndose en contacto con los hilos, quedan muertas en el campo.

No todos los pájaros se dejan engañar por las redes, y hay muchos que ni siquiera se posan una sola vez sobre el suelo.

Su caza con escopeta deteriora necesariamente la pluma, haciendo precisa una restauracion (valga la frase) de los pájaros, para poderlos aplicar al decorado de sombreros, prendidos y otros usos. Hoy ha desaparecido este inconveniente, gracias á la electricidad. Colócanse los hilos en la misma forma que los del telégrafo. Sabido es que las aves se posan sobre ellos para descansar, y cuando hay suficiente número la corriente eléctrica los mata, sin que la pluma sufra el menor deterioro.

Un industrial parisien ha hecho el ensayo, y el resultado no ha podido ser más satisfactorio.

En cuatro horas cazó 86 aves, en su mayor parte golondrinas.

Falta saber si generalizado que sea el sistema, pondrán las autoridades algunos obstáculos, porque una docena de cazadores podrian muy bien acabar con la volatería de una comarca en menos de un mes.

LOS LIBROS MAS CAROS DEL MUNDO

A la pregunta de un periódico francés tratando de averiguar cuales son los libros más caros del mundo, responde la *Pall Mall* de Lóndres citando un misal adquirido por el gobierno aleman en 250,000 pesetas.

Leon X lo habia regalado á Enrique VIII de Inglaterra con un pergamino que le confería el derecho de ostentar el título de «defensor de la fe,» usado despues por los reyes de Inglaterra.

Cárlos II se lo regaló á uno de los deudos del famoso duque de Hamilton, cuya célebre biblioteca fué vendida hace algunos años en pública subasta.

Pero el libro por el cual se ha ofrecido mayor cantidad es una Biblia hebrea perteneciente al Vaticano. En 1512 los hebreos de Venecia propusieron al Papa Julio II pagársela á peso de oro. Pesaba tanto que se necesitaban dos hombres para trasladarla de un punto á otro, y representaba un valor de medio millon de pesetas. Pero aunque Julio II estaba necesitado de dinero para satisfacer los gastos de la Liga contra Luis XII no quiso aceptar la oferta de los hebreos de Venecia.

CONVERSION

Muanga, el Rey destronado de Uganda, se ha refugiado en las Misiones católicas, y en este momento se instruye en las verdades de nuestra fe para abrazar el catolicismo.

Este Muanga, durante su reinado, fué un ferocísimo perseguidor de cristianos. Hace dos años próximamente mandó quemar vivos, en odio á nuestra fe, á cien jóvenes y niños católicos de su reino, muchos de los cuales eran todavía neófitos. Aquellos mártires negros fueron uno por uno envueltos en haces de leña seca y colocados en tierra formando círculo, con los piés vueltos al centro donde se comenzó el fuego, de tal suerte, que fueron abrasándose lentamente de piés á cabeza.

Como sus verdugos les exhortasen á renegar de la fe cristiana en el momento en que comenzaron á ser víctimas de las llamas, ni uno solo vaciló y todos murieron cantando alabanzas al Altísimo.

POR QUÉ EL RAYO NO CAE EN LOS TRENES

Cuestion es esta que causa extrañeza á todos los que conocen la influencia que las grandes masas metálicas en movimiento ejercen sobre la carga eléctrica de las nubes tempestuosas, máxime cuando ocurre frecuentemente que el rayo se precipita sobre algun desgraciado peaton, bastante mal avisado para procurar sustraerse de la tempestad corriendo.

Esta aparente anomalía se explica por el hecho de que los rails sobre que avanzan los trenes, á causa de su gran superficie de contacto con el suelo, permiten el paso y difusion de la electricidad atmosférica sin ninguna dificultad.

Los trenes vienen á ser, por tanto, respecto de los viajeros, lo que los pararayos comunes son respecto á los edificios que los poseen. Las partes metálicas salientes del tren, producen el efecto de las puntas; el armazon de hierro de la máquina y los coches, con los ejes y las ruedas, constituyen un poderoso «conductor eléctrico» y los rails pueden considerarse como una «plancha de tierra» de considerable superficie.

Presentando los trenes muchas partes metálicas salientes, facilitan el desprendimiento ó la combinacion lenta de las dos electricidades en tension. Así se los ha podido observar atravesando sitios donde la tempestad se desencadenaba, lanzando el flúido hasta el punto de quedar envueltas sus ruedas por una aureola luminosa y mientras que el trueno rugia inofensivo al rededor del tren.

Esta descarga lenta evita mucho la descarga brusca y violenta que llamamos rayo; pero aun en el caso de que ésta se verifique, la gran seccion de los conductores metálicos la conduce á la tierra sin detrimento de los materiales, ni peligro para los viajeros.

SECCION RECREATIVA

METER UN HUEVO EN UNA BOTELLA.—Se toma un huevo pasado por agua algo duro.

Se le quita del todo la cáscara.

Se toma una botella vacía, de cuello no tan ancho como el huevo, pero no muy estrecho.

Se echa dentro de la botella un papel ardiendo.

A poco se tapa la botella con el huevo duro, y se verá que éste se empieza á alargar, y penetra dentro, todo entero, á veces haciendo un gran ruido.

Es que el aire, enrarecido por el calor, se ha dilatado, y al enfriarse se contrae, y la presion atmosférica oprime al huevo y le hace entrar.

CHARADA

Cierta parte de tu cuerpo
nombrarás con *prima* y *tercia*;
segunda y cuarta en el Africa
no es difícil que tú veas;
dos primera en todo chico,
aunque te cause molestia,
no tiene otro recurso
que aguantarlo buenamente;
primera y *cuarta* en teatros
he escuchado muchas veces:
porque gasto carruaje,
me llaman *prima dos tercia:*
si por eso así me llaman,
¡qué le hemos de hacer, paciencia!
Mi *todo* en la escuadra inglesa
su voz con frecuencia impera.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 17

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 16

	Blancas.	Negras.
1.	D h2-h8	1. R a3-a4
2.	D h8-d4 +	2. R juega
3.	D d4-a4 mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 31 DE AGOSTO — SÉRIE II.—NÚM. 88

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*La Revolucion del 89*, III.—*El liberalismo ante los principios religiosos* (continuacion).—*Los vapores de la Compañía Trasatlántica de Barcelona*.—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion), por el P. Franco.—*Contra los afeites* (poesía), por Damian de Vegas.—*Notas sobre el Japon*; IV.—*El ciclon de Granada*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

ILMO. SR. D. FR. BERNARDINO NOZALEDA, de la Orden de Predicadores, arzobispo de Manila.—Al ocurrir la muerte del Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro Payo, que por espacio de largos años rigió con reconocida prudencia aquella archidiócesis, una misma idea preocupaba á muchos: quién seria designado para confiársele los destinos religiosos de aquel lejano país. Pronto circuló de boca en boca el nombre del mencionado Religioso Dominico: la noticia de la eleccion fué acogida con júbilo y aplaudida sin excepcion, y todos cuantos tienen verdadero amor á aquella hermosa porcion de España, se felicitaban y pregonaban á una voz los méritos del agraciado y su indisputable aptitud para el desempeño de tan elevada mision.

Nació el P. Bernardino Nozaleda el dia 22 de Mayo de 1844 en Prumeda, provincia de Oviedo; y despues de haber estudiado la gramática latina con el aprovechamiento que echa de ver cualquiera que le oiga hablar la lengua del Lacio con ciceroniana elegancia, cuando cumplia diez y seis años de edad, obtuvo el hábito de los hijos de santo Domingo de Guzman en el Colegio de Ocaña.

El dia 13 de Octubre de 1861 hizo su primera profesion, la cual ratificó definitivamente pronunciando sus votos solemnes el dia 16 de Octubre de 1864.

La claridad y fuerza intuitiva de su inteligencia, su aplicacion al estudio, y hasta la gallardía de su continente y la amabilidad de su trato, le hicieron muy querido de sus superiores, los cuales desde luego fundaron en él las más lisonjeras esperanzas.

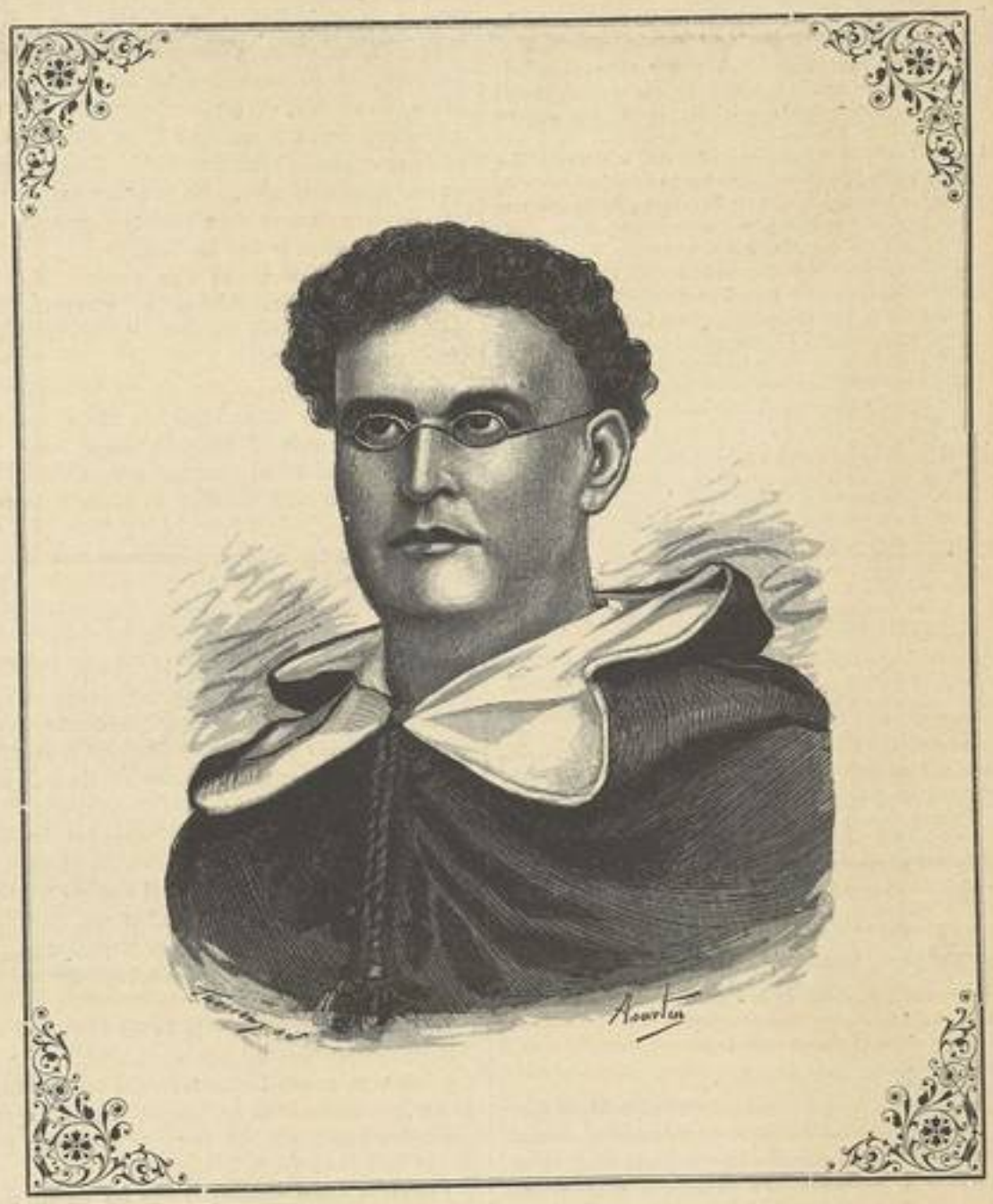
Cuando cumplia veinte y dos años de edad, y antes de terminar su carrera escolar, fué nombrado profesor de filosofía en el mismo colegio de Ocaña. Aquella inteligencia privilegiada, que empezó á despedir los primeros destellos de su brillante luz allá en Asturias, habia ido desarrollándose y creciendo, como los frondosos y corpulentos árboles de aquellas montañas, y aparecia ya viril y poderosa, iluminando con claridad deslumbradora. Cuantos tuvieron la honra de ser sus discípulos, permanecian enajenados y pendientes de su palabra todo el tiempo que duraba la leccion. Cuando explicaba algun sistema trascendental de filosofía, la ciencia salia á torrentes de sus labios, con la naturalidad con que sale un caudaloso rio de un inmenso lago. Baste decir, en honra suya, que llegó á ser admirado y querido de modo singular por el ya entonces gloria nacional P. Ceferino Gonzalez, hoy cardenal arzobispo de Sevilla.

En 1873 pasó á Manila, y fué agregado al cuerpo de profesores de aquella Universidad. En este centro literario se doctoró en filosofía, habiendo hecho al efecto unos ejercicios tan brillantes cual se podia esperar de la magnitud de su talento. En seguida se hizo cargo de la cátedra de Ampliacion de Física, y al año siguiente de la de Disciplina Eclesiástica, la cual ha venido regentando hasta el presente. El nombre del P. Nozaleda se ha hecho verdaderamente popular en las islas Filipinas. Con su amistad se han honrado arzobispos, obispos, gobernadores generales, magistrados, jefes militares y civiles, corporaciones religiosas y cuantas personas ilustradas ha habido en aquel archipiélago, tanto entre el personal europeo, como entre el llamado español-filipino y el indígena. Su poderosa inteligencia ha estado consagrada á resolver cuantas consultas se le han hecho así en Manila como desde las más apartadas provincias del Archipiélago, y hasta desde las remotas Misiones de China y Cochinchina.

Cuando el P. Nozaleda habla ó diserta sobre algun asunto importante, su mirada de águila domina desde el primer momento la cuestion, hasta en sus más insignificantes detalles; y en brevísimas palabras lleva el convencimiento á las inteligencias de cuantos le escuchan.

En los acontecimientos funestamente trascendentales para el país que han ocurrido en estos últimos años en Filipinas, siempre se ha debido al tino, sabiduría y benéfico influjo del P. Nozaleda el que aquel tan bello suelo no haya presenciado escenas muy dolorosas.

Filipinas está de enhorabuena; y es de esperar que las personas de cuya autoridad depende el que sean felices ó



ILMO. SR. D. FR. BERNARDINO NOZALEDA, ARZOBISPO DE MANILA

desgraciados ocho millones de leales hijos de España, contarán con el consejo del jóven y sabio Prelado antes de establecer las reformas y promulgar las leyes que se proyecten para el régimen de aquellas islas.

Colegio de Padres Agustinos Calzados en Gracia (Barcelona).

Vista tomada desde el terrado de dicho Colegio.

Este edificio fué adquirido por dicha Corporacion religiosa el año de 1880, y era la última posesion que restaba sin vender de los bienes de la difunta Condesa de Moya. El distinguido arquitecto D. Augusto Font supo sacar tanto partido de la antigua casa, que con solo levantar el tercer piso y renovando para el efecto á que se destinaba toda la distribucion interior, la hizo capaz para cincuenta y seis religiosos. El lindísimo Oratorio con tres altares, cuyos lienzos son obra de un Hermano Lego, llama sobre todo la atencion, y las piezas comunes, como Cátedras, Refectorio, Despensa, Procuracion, Recibimiento y Prelacía, son espaciosas.

El panorama que se registra desde el terrado de la casa es encantador, y la temperatura es la más á propósito para reparar la salud los enfermos y achacosos, para quienes particularmente está destinada. La huerta, que es muy capaz, tiene hermosos paseos, más de tres mil vides y quinientos árboles frutales. Sirve tambien este Colegio de punde partida para Filipinas, ó de llegada para los misioneros agustinos que de aquellas Islas regresan.

Un vapor de la Compañía Trasatlántica de Barcelona.—Véase el articulo correspondiente.

Flores y dulces palabras (cuadro de N. Bordigoon).—La composicion de este cuadro, en el que domina un tinte de primavera, es graciosa y gentil, y tiene como un perfume de idilio campestre. El traje es de las montañas del Véneto, y el suelo, ligeramente ondulado, presenta una graciosa variedad de vegetacion.

Luis XVI.—Véase el juicio que sobre este infortunado Monarca emite la autorizadísima revista *Civiltà cattolica* de Roma en los articulos sobre la Revolucion del 80 que traducidos fielmente de la misma estamos publicando.

Y aquí viene muy al caso una observacion. Hasta el presente habia estado especialmente reservado á la Revolucion y á la Masonería hacer á los Borbones objeto de su odio satánico y de la persecucion más sañuda é implacable! Hoy, ¡aberracion lastimosa é inconcebible! hemos visto á escritores... católicos (!!!) hacer coro con aquella malvada secta, mancillando muy señaladamente la memoria del que poco há llamaban ellos mismos *ilustre mártir* y casi *santo Rey!*

Necker.—Era un banquero y hábil hacendista genovés en quien puso Luis XVI las riendas de la gobernacion del Estado, haciéndole su primer ministro. Sus biógrafos le pintan como un hombre honrado, pero débil é incompetente para sobreponerse á la ola revolucionaria que amenazaba ya engullir la nacion. Su gobierno fué pasajero, pues ante la situacion de las cosas y el estado de los ánimos, volvió en breve á su país, donde murió de una corta y penosa enfermedad.

Asamblea de notables en tiempo de Luis XVI.—Reuniéronse en 25 de Febrero de 1787, habiendo sido convocados por el infortunado Rey de Francia para remediar los males que pesaban sobre la nacion. Pero dicha Asamblea, compuesta sobre todo de hombres reflexivos y de edad madura, no era del agrado de los agitadores de la opinion pública en París, para quienes las reformas eran lo de menos, y cuyas aspiraciones eran trastornarlo y derribarlo todo. Entonces fué cuando La Fayette reclamó los Estados generales, en los que era más fácil encontrar elementos para la Revolucion.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El tumulto de la Vírgen de la Paloma.—Vuelta á las andadas de la pornografía.

Tenía que suceder.

Tanto lujo de verbenas, tanto alarde de *verbenizante* y *verbenizador*, tenian que acabar como acaban estas clases de *juergas* profanas, con tumultos, escandaleras y sacrilegios.

Es el fin natural de estas expansiones del progreso nuevo, el cual, cuando el vino se le sube á la cabeza á predicar, no sólo se lanza á discurrir en todas direcciones á navajazo seco, ó á garrotazo limpio, sinó que llama á Dios de tú y le escarnece como pudiera hacerlo una bestia amaestrada en libertad.

La verbena de la Vírgen de la Paloma ha tenido un fin trágico y bárbaro.

Despues de haber transcurrido los tres dias de ordenanza, consagrados á la bacanal pública y callejera, una manada de *señoras* (léase panteras) de los barrios del Mediodía, una turba de furias, desgreñadas y haraposas, que llevaban el vino y la impudencia *á traspieses*, se entraron como Pedro por su casa en el sagrado templo, y al ver que, por disposicion del señor Cura rector, se quitaban las colgaduras y demás efectos de ornamentacion, como se acostumbra cuando concluyen las fiestas patronales, prorrumpieron en gritos atronadores, fulminando rayos y centellas por ojos y boca, y profanando el lugar santo con sus amenazas, blasfemias y abominaciones de todos los calibres.

Las autoridades civiles, siempre dormidas, no se apercibieron siquiera de que de las zahurdas y establos del progreso había salido aquella asquerosa piara, que ensuciaba todo lo que pateaba.

Desparramándose por el templo como aluvion que arrastra fétidas inmundicias, no sólo pedian á gritos que se suspendiera el trabajo para guardar el recado de gala, sinó que pedian la cabeza del Cura con todo el fervor, entusiasmo y sangriento apetito que despierta el aguardiente, sorbido entre bocados de churros, llegando hasta el punto de vociferar: *Arrastrarle, arrastrarle.*

El digno sacerdote, anciano septuagenario, que apenas puede ya sostener sobre sus pies su senectud venerable, se presentó en medio del tumulto con riesgo grandísimo de su vida; pero no pudo apaciguarlo hasta que dió las órdenes para que no se quitara nada, á fin de evitar desgracias, que hubieran ocurrido en aquella espantosa escena de coaccion y de violencia.

Despues de obtener lo que querian, aquella legion de megueras borrachas y envilecidas mandó que se tocaran las campanas y á su sonido se pusieron á bailar.

Todo esto ha pasado, no en un villorrio de mala muerte, no en un lugar de tres al cuarto, como Alcobendas ó Hurta-conejos, sinó en Madrid, capital de las Españas, primer centro de su cultura, cabeza y corazon de nuestro desgraciado país.

Los comentarios que se ocurren ante semejantes excesos, tolerados ya que no autorizados por gobiernos que se dicen libres, no pueden ser mas amargos.

Infiérese de estos espectáculos que el progreso nuevo, desalmado y sin Dios, no puede ni aun divertirse sin bestializarse, imprimiendo hasta en sus recreos la nota brutal, obscena y sacrílega, que es, por decirlo así, como el alma de todas sus manifestaciones.

Podrán los gobernantes no conceder importancia á estas miserabilísimas desdichas; pero el sentido moral, de acuerdo con el sentido comun, proclaman que son grandes y efectivas, marcándose como se marca en ellas la degeneracion y el vilipendio de una cultura que ha llegado á su ocaso.

Entre esta civilizacion y la de los iroqueses no hay una membrana de diferencia.

Cuando la atrofia intelectual y la desenvoltura de las costumbres de un pueblo llegan á estos grados de perversion, no hay que preguntar por dónde ha de venirle la muerte.

Lloremos como mujeres lo que no hemos podido evitar como hombres.

¿Y qué otra cosa se puede esperar del atraso y enervamiento de un pueblo holgazan y vicioso, en que todas las reacciones de la barbarie contra el progreso cristiano obtienen plena y abundantísima tolerancia?

No hace mucho tiempo que la prensa de todos los matices, inclusa la liberal, de corte relativamente templado, elevó al Gobierno las más sentidas quejas por el *placet* que otorgaba á todas las manifestaciones pornográficas, así las que se ven por las calles al vivo ó al desnudo, como las que eligen por vehículos de publicidad la prensa y los grabados.

Libros y periódicos obscenos, atiborrados del más grosero sensualismo; cuadernos de láminas impúdicas, cromos y fotografías, todo cuanto puede constituir un verdadero método de intuicion para inculcar la pornografía, sigue en Madrid haciendo su camino, como suele decirse, sin más trabas ni cortapisas que las que la indignacion individual opone á una propaganda que es afrenta hasta de la proverbial hidalguía española.

En los escaparates de las tiendas, en los puestos de periódicos y libros de los cafés, en las estaciones de los ferro-carriles, en las paradas de los tramvías, en todas partes, á la luz del dia y á las de la noche se encuentra ese signo de decadencia y prostitucion, que brilla por do quier como un metéoro siniestro, amenazando destruir el patrimonio de honor y de decencia que nos legaron nuestros abuelos y que hizo en otro tiempo á España grande, respetada y feliz.

Cuando la opinion formuló sus sentidas querellas por la tolerancia de este vilipendio, cuando tirios y troyanos protestaron de tanta miseria y corrupcion, declarando que la ola cenagosa de la pornografía nos llegaba hasta el cuello y amenazaba ahogarnos con sus infames inmundicias, el Gobierno liberal hizo como que se sonrojaba y prometió cerrar contra el mal y procurar extirparlo.

Pero todos sus esfuerzos se redujeron á confeccionar un papel, una circular, una especie de recordatorio á los gobernadores para que cumplieran la ley provincial y limpiaran esta lepra con los medios que están á su alcance.

Transcurrieron algunos dias, y la circular alcanzó el destino de todas las de su clase: el de caer en el más liberal olvido.

Hoy siguen funcionando todas las fábricas pornográficas lo mismo que antes.

No les falta ni una rueda, ni una válvula por donde desfogan los vapores pestilenciales de la impudicia, condensados de la manera más miserable que se puede decir y pensar.

¿Qué extraño es que en un pueblo donde se toleran estas propagandas, se den espectáculos de salvajismo como el que hemos presenciado, soñando despiertos, en la iglesia de la Paloma?

Las cosas se caen siempre del lado que se inclinan, y así como el abismo llama al abismo, la bestialidad llama á la bestialidad.

La inmoralidad llevó á Francia á Sedan, donde purgó sus horribles pecados pornográficos. ¿A dónde llevará á nuestra desgraciada España, destrozada por idénticos vicios, esquilmada, empobrecida, arruinada y falta de toda virilidad, por haber sustituido á Dios, desterrado y escarnecido, con el ídolo satánico del Estado omnipotente?—Nadie lo sabe.

Lupercio.

28 de Agosto.

ROMA

La revolucion italiana y cosmopolita y la prensa periódica hebráico-masónica que está á su servicio, no contentos con abrevar todos los dias con hiel y vinagre á Su Santidad, parece que pretendan abreviarle la preciosa existencia, ó siquiera augurar su próxima desaparicion de este mundo.

No de otra manera cabe explicar la... singular, harto singular, premura con la cual esa prensa de vez en cuando esparce rumores acerca la salud del Papa, exagerando hasta lo increible sus

más mínimas alteraciones, y regocijándose y regocijando á los h.·. y amigos con los supuestos síntomas de su muerte próxima.

Así ha sucedido estos dias en Roma y en Italia. Y aquella voz indudablemente habrá tenido eco en el extranjero.

Rujan, no obstante, cuanto quieran estos... señores; pues el hecho positivo, cierto y visible es que el Padre Santo, á pesar de sus ochenta años, nunca ha gozado tan buena salud en estos últimos años como al presente.

Y á la verdad no es de reposo, ni de placer, ni de perezosa calma su ordinario sistema de vida.

Ahora, en verano, Su Santidad abandona el lecho constantemente á las seis y media. Consagra su primer pensamiento á Dios, reza y celebra la santa Misa en su capilla privada, pequeña y relativamente modesta. Luego, hecha la accion de gracias, en compañía de algun Prelado de su casa da un largo paseo por el jardin, durante el cual, por consejo de su médico, bebe dos ó tres vasos de agua mineral saludabilísima, llamada *del Tettuccio*, que mana en Montecatini, cerca de Luca. Ora en coche, ora á pié, se dirige al *palazzino* de Pío IV ó á otro lugar cubierto del jardin, donde toma el desayuno, que se compone de una taza de café y un poco de pan con manteca. A las nueve vuelve á su estancia, y á las diez comienzan las audiencias acostumbradas de los Cardenales Prefectos de las Sagradas Congregaciones ó de sus Prelados Secretarios, del Cardenal Secretario de Estado, y á veces de otros personajes, para resolucion de asuntos concernientes al gobierno general de la Iglesia.

Así se ocupa hasta las dos de la tarde y á veces más, hora en que se sienta á la mesa Su Santidad. La comida se compone de sopa con caldo, y ordinariamente un pequeño *bifteck* y un poco de asado. El Papa bebe exclusivamente vino de Burdeos, en escasa cantidad y en un vasito.

Despues de la comida, nada excesiva ciertamente, Su Santidad toma algun descanso.

Por la tarde, cuando el sol templa el ardor de sus rayos, Leon XIII sale nuevamente á paseo, más bien á pié que en coche, en compañía de alguno de sus Camareros secretos ú otro prelado de su Corte, seguido de algun guardia noble. Puesto el sol vuelve á sus habitaciones, y en su capilla privada reza el santo Rosario, junto con todos sus familiares.

Luego vuelven á empezar las audiencias, como por la mañana, de Cardenales, Obispos italianos ó extranjeros y de otras personas: lee algunos periódicos, y de los otros examina el resúmen que le hace todos los dias un especial encargado de la Secretaría de Estado, llegándose así hasta las diez, que es la hora de la cena, consistente en sopa con caldo y una ligera vianda.

Despues de la cena el Sumo Pontífice recibe á sus Secretarios particulares, á quienes da órdenes ó dicta disposiciones, ó manda le lean relaciones de asuntos diversos, y por fin atiende solo á asuntos importantes.

Acuéstase poco más ó menos á media noche, para proseguir el dia siguiente la misma vida de oracion, de accion y de sacrificio.

LIONELLO.

17 de Agosto de 1889.

LA REVOLUCION DEL 89

III

La sed de sangre crece con la sangre, había escrito Machiavello. Tal sucedió con los sicarios de la Convencion, precursores de lós caníbales del Terror. Mas estos no habrían tenido en su poder á Francia si no hubiesen derribado antes la cabeza del mejor de los franceses, la del rey, y no hubiesen tendido un lazo al soberano prometiéndole la *inviolabilidad*. Cayó al fin ¡oh dolor! su cabeza coronada bajo el hacha del verdugo, y no porque fuese la de un reo ó un tirano, sino porque era la de un rey. «El rey,—había dicho Saint-Just con su lógica de antropófago,—no es un ciudadano; es un enemigo con el cual no reza el Código.» Y añadía: «Juzgar es aplicar la ley; la ley es una relacion de justicia; ¿y qué relaciones de justicia pueden existir entre la humanidad y los reyes?»

No faltaron tampoco quienes desde la tribuna de la Convencion lo defendiesen. De Sèze fué uno de éstos: «Busco jueces,—decía,—y no encuentro más que acusadores. A los veinte años subió al trono Luis XVI y á los veinte años dió en el trono ejemplo de buena educacion. No mostró debilidad culpable ni pasiones corruptoras; al contrario, era económico, justo, severo y constante amigo del pueblo.

»El pueblo deseaba librarse de un impuesto gravoso, y él anuló ese impuesto; pedía la abolicion de la servidumbre, y él comenzó por abolirla en sus dominios; solicitaba el pueblo suavizar en la legislacion criminal la muerte de los infelices acusados, y él lo hizo así; el pueblo queria que millares de franceses conquistasen ó recuperasen sus derechos de ciudadanía, y él los hizo participar de ella por medio de una ley; el pueblo queria la libertad, y él se la dió y se la procuró él mismo sacrificándose á sí propio. Y, sin embargo, á nombre de este pueblo hoy se pide... Ciudadanos, no me atrevo á concluir, me callo delante de la historia: pensad que ella juzgará en su dia nuestro juicio, y ese será el fallo de los siglos.»

¿Pero qué? Todo cuanto en otra ocasion hubiese protegido al rey: una larga dinastía, muchos servicios de sus antepasados y propios, la majestad del trono, la consagracion religiosa, los parientes, ante aquella Asamblea, compuesta de hombres, ó hipócritas, ó imbéciles, ó malvados, era para el buen Luis XVI motivo de agravio. Saint-Just y Robespierre gritan furiosos: «Hay principios indestructibles superiores á las fórmulas consagradas por los prejuicios y la costumbre: la última prueba que los representantes del pueblo deben á la patria, es la de sacrificar la natural compasion en aras de la salud de una nacion grande y de la humanidad conculcada. La sensibilidad que sacrifica la inocencia al delito es cruel, y es bárbara la clemencia que pacta con la tiranía.»

Del mismo modo que el Senado romano, segun cuenta Tácito, palidecia y temblaba delante de Tiberio y de Neron, así temblaba y palidecia la Convencion delante de la plebe, que amenazaba de muerte al que osase hablar en favor del Rey; por lo cual Sales exclamó: «Estamos aquí nosotros bajo el imperio del cuchillo.» Algunos diputados temerosos y vacilantes fueron cogidos á la fuerza y obligados á jurar que habian votado la muerte; una turba de asesinos, facinerosos y mujercillas que aullaban, parecia amenazar á todos, diciendo: «O su vida, ó la tuya.» Para salir de dudas, Vergniaud subió á la tribuna é invocó la soberanía del pueblo. Entonces los que temblaban se decidieron resueltamente por la pérdida del Rey, y de 721 votantes 633 declararon reo al infeliz Luis XVI: luego, en votacion pública, dos pidieron muriese al filo de la espada, 236 el destierro ó la reclusion, 46 la muerte, pero diferida para más tarde, y 361 la muerte sin aditamento. ¡Qué escena tan desgarradora cuando al real prisionero del Temple le leyeron la inícua sentencia!

Él habia sufrido la prision con una bondad que rayó en heroismo; mas cuando por un refinamiento de crueldad lo separaron de su mujer, de sus hijos y de su hermana, no pudo menos de exclamar: «A lo menos á Cárlos I le permitieron estar con sus amigos hasta el patíbulo.» Quejándose de no tener nada que dar á sus defensores, el leal Malesherbes le aconsejó abrazarlos, y eso hizo. Insultáronlo sus verdugos hasta el último instante, y cuando al pié del tablado le dijo el abate Edgeworth: «Hijo de san Luis, sube al cielo,» él exclamó: «Franceses, muero inocente; perdono á mis enemigos; deseo que mi muerte...» Al llegar aquí Santerre hace sonar los tambores, y en un relámpago, espadas, lanzas y pañuelos se rocían con su sangre, y en todo París no se oye más que un grito: «¡Viva la República! ¡Viva la nacion!» Sí, ¡viva la nacion! pero ni un siglo de revueltas que periódicamente han sobrevenido, ni la sangre de tantas víctimas, ni las plegarias de tantas almas generosas, ni tantos nobles sacrificios como hace un siglo ha hecho la Francia, han bastado á regenerar aquel pueblo ni á borrar la memoria del 21 de Enero de 1793. ¡La sangre de este inocente y nuevo Abel todavía está pidiendo venganza!

Europa tembló al solo anuncio de aquella muerte, y los pueblos, horrorizados, no tuvieron más que un solo grito: «¡Anatema á los regicidas!» y con razon, porque nunca en los tiempos pasados se cometió un crímen como aquel, con tanta injusticia y tan refinada barbarie. Los romanos, matadores de César, y los ingleses de Cárlos I, merecieron en verdad la nota de asesinos, y los segundos, á más de asesinos, regicidas; pero su delito, aunque bárbaro, no se cometió sin motivos atenuantes. Los primeros querian evitar el peligro de ver la república perecer para siempre bajo la mano de un dictador poderoso, cual era César, cuyo principado iba á hollar con su planta el cadáver de aquélla para establecerse sobre él: los segundos habian sufrido mucho con el mal gobierno de un rey imprudente y bellaco. ¿No habia firmado Cárlos I la sentencia que llevó al patíbulo al inocente Strafford, á quien habia dicho antes: «Mientras yo sea rey no tocarán un cabello de vuestra cabeza?»

Mas á Luis XVI ¿de qué podian acusarle? ¿Qué podia exigirle Francia? Y no digan los panegiristas de la revolucion que se respetó la legalidad al juzgar á Luis XVI hasta llamarlo á la barra de la Convencion, hasta concederle defensores. Todo esto no fué más que apariencia, y el resultado es que Luis XVI fué condenado inicua, injustamente. Y tan injustamente, que en aquel juicio, en aquella sentencia, en aquel suplicio, fueron violadas las más santas leyes de la humanidad.

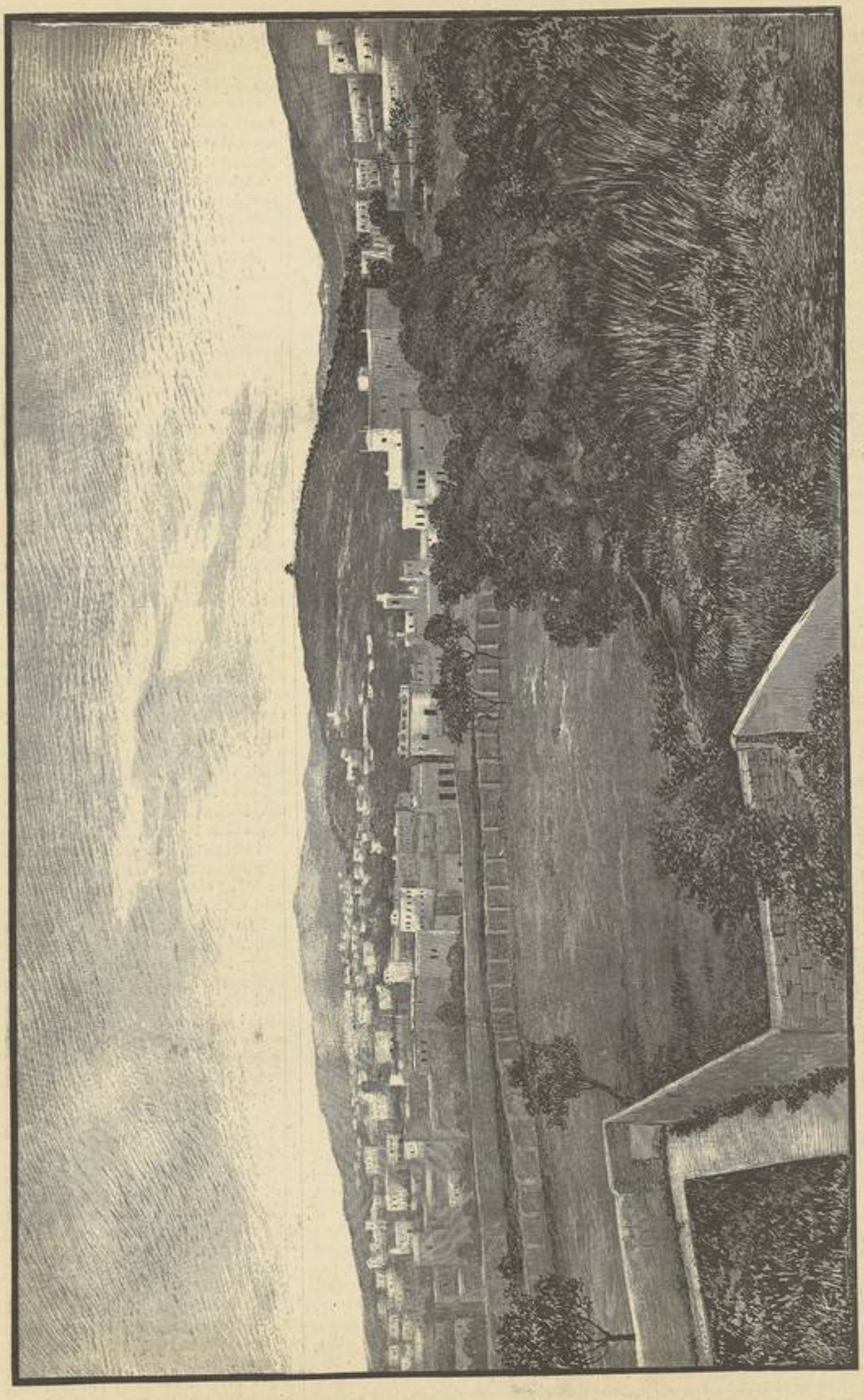
El clasicismo, que inspiraba entonces tantas ideas atroces, sugirió, no obstante, un rasgo de magnanimidad á Lanjuinais cuando, aunque bajo el peso de la amenaza, exclamaba desde la tribuna: «Yo no soy su juez porque es mi huésped; no olvidaré que ha venido á este recinto á pedirnos un asilo; á mis ojos tiene el primero de los derechos, el derecho de los suplicantes.»

De hecho, desde el 10 de Agosto de 1792 Luis XVI ya no era rey, pero era hombre; y si todavía era rey, la Constitucion le declaraba inviolable. Pero la inviolabilidad para aquellos endemoniados era un absurdo. Además, ¿no habia dicho Robespierre que «no se podia conservar en la República al que una vez fué rey, y que si Luis XVI era absuelto la República estaba condenada; que si debian declararlo inocente, reos seremos todos nosotros?»

Otros han apellidado su muerte una providencia política para salvar el Estado; mas ¡oh dolor! eso mismo fué lo que dijo Caifás: *Expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo* (1), y el Justo por excelencia fué sacrificado. Así acaeció en Fran-

(1) Joan., XI, 50.

COLEGIO DE PADRES AGUSTINOS EN GRACIA (BARCELONA)



VISTA DEL PUTXET (BARCELONA), TOMADA DESDE LA AZOTEA DEL COLEGIO DE PADRES AGUSTINOS

cia; así acaecerá siempre..¿Cuántas providencias de este jaez no se registran en la historia? ¿Pero ha habido uno solo que haya salvado un pueblo ó una nacion?

La revolucion francesa, por otra parte, es una prueba irrefragable, luminosa, de lo que decimos. En efecto; una simple mirada á las trágicas escenas que acaecieron despues de la muerte de Luis XVI bastará para demostrarlo. El furor satánico y homicida no conoció límite ni medida despues de aquella muerte. Estableciόse un tribunal revolucionario compuesto de nueve jueces que no se sometian á ninguna forma deenjuiciar ni de nombramiento. Tenian por Código su voluntad, y por medios de prueba su capricho. «Este tribunal debe suplir al tribunal Supremo de la vindicta popular,»—decia Danton. Entre tanto los demagogos enardecian al pueblo induciéndolo al asesinato. Desmoulins escribe: «¿Qué es la virtud si Robespierre no pinta su imágen?» Marat se lisonjea de ser el reyezuelo de la guillotina, y dice: «En mí encuentran su castigo todos los privilegios.» Collot escribia tambien lo que puede muy bien aplicarse á todos los imitadores de aquellos revolucionarios: «Sed libres, pero pensad como nosotros; de lo contrario, os denunciaremos á la venganza popular.» Saint-Just, verdugo sentencioso, añade: «Todos son culpables cuando la patria es infeliz; nosotros podemos mandar á los ciudadanos al ejército ó á la horca.» El presidente de la Convencion decia: «Hierro y salitre bastan para hacer un pueblo libre.» De aquí la dictadura y el exterminio de cuantos se creian enemigos. Un miembro de la Cámara anunciaba que 70 mujeres habian sido inmoladas en Hagueneau á la vindicta popular, y con este motivo se le tributaron aplausos. El diputado por Rochefort refirió que habian instituido allí un tribunal revolucionario; «pero le faltaba—dijo—el último miembro y el más indispensable. Entonces me presenté á la Asamblea de los patriotas y exclamé: ¿Quién quiere dar á la República una muestra de patriotismo? Falta el verdugo. ¿Quién quiere aceptar ese cargo?—Yo,—exclamó un ciudadano;—y luego lo llevé á mi casa á almorzar.»

Y la Asamblea le dió un voto de gracias. Lyon era horriblemente bombardeada; allí se consumaban matanzas indecibles. Couthon hace demoler 25,000 casas; Collot manda á la horca cincuenta ó sesenta personas cada dia. Y cuando los cinco jueces y el verdugo le dicen: «Nos morimos de cansancio,» les responde: «Inflamaos de amor á la patria conmigo y recobrad nuevas fuerzas.» Despues exclama: «¡Oh! ¡cuán silenciosa es la vindicta de la patria! Esta debe acabar á tiros con sus enemigos.» Y al momento mandó ametrallar á los acusados.

Marsella y Burdeos sufrieron igual suerte. Collot, el instrumento ordinario de la muerte, no se daba tanta prisa como era necesario. El martillo demolia demasiado lentamente, y fué preciso que la metralla acabase con los hombres y la ruina derribase al suelo los edificios. ¡Oh Revolucion, qué *Iliada* de crímenes va compendiada en tu nombre!

Lo que hacía más infame esta diabólica carnicería, era la crueldad, el cinismo con que la plebe nefanda se ensañaba contra sus víctimas. ¿Quién no recuerda la ejecución horrible de la princesa Lamballe, cuya cabeza fué clavada en la punta de una pica para enseñarla á la infeliz María Antonieta, encerrada en los calabozos del Temple? ¿Quién no se estremece pensando en la condesa de Pérignon, condenada á ser quemada viva á fuego lento con sus dos hijos pequeñitos? La mano se resiste á describir el bárbaro suplicio de aquel suizo de la guardia Real arrojado en medio de altísimas y voraces llamas. El desgraciado hacía esfuerzos por escapar de la hoguera, agitándose á través de las llamas, y aquellos demonios le empujaban hácia dentro, hasta que quedó reducido á cenizas. ¿Qué sufrimientos no les hacian padecer á los pobres prisioneros antes de llevarlos al patíbulo? Teníanlos amontonados en hediondos calabozos con hambre y con sed, y expuestos á todos los rígores del invierno y á los sofocantes calores del estío.

Antes de ser llevados al patíbulo habían de sufrir siempre los ultrajes de los agentes y los malos tratamientos de los carceleros, que los entregaban después para espectáculo y diversion de la hez del populacho. Una muchedumbre borracha de odio más que de vino esperaba todas las mañanas á la puerta de la cárcel la funesta carreta, y corria detrás de ella vociferando imprecaciones, saltando y cubriéndola de fango y de salivas. Espantaban sobre todo las mujeres caníbales, que tenian la vil ocupacion de insultadoras del suplicio. No se respetaba ni sexo ni edad. Doce niñas de Verdun, de las cuales la mayor tendria dieciocho años, fueron enviadas á la guillotina vestidas de blanco; y aunque ellas lloraban y hasta el verdugo les acompañaba en el llanto, nadie tuvo piedad de aquellas infelices. Todas las monjas de Montmartre fueron al patíbulo con sus educandas. Una jovencita alegaba no tener dieciseis años. «Tampoco tenías ochenta para el crimen», se le respondió, y fué entregada en manos del verdugo.

A otras púdicas doncellas les fueron arrancados los velos antes de subir á la horca. A una vieja que no podia hablar á causa de una parálisis, la dijo el juez con amargo sarcasmo: «No queremos vuestra lengua, sino vuestra cabeza.» Muchos querian morir con sus parientes, á quienes no habían podido salvar. En cuatro meses fueron decapitadas en París 12,000 mujeres, entre ellas la princesa Roland, la condesa Du Barry, La Gramont y muchas otras. No se tenia consideracion ni al ingenio, ni á la doctrina. Bailly, que veía todavía la mano de Dios en los astros, fué sentenciado á muerte; y para que el suplicio resultase más infamante, fué ejecutado en un estercolero.

Y Lavoisier, que con Berthollet y Fourcroy había proporcionado medios para la guerra, fué tambien condenado, y negósele una prórroga que imploraba para terminar un importante descubrimiento de Química: la misma suerte sufrieron Destutt Tracy, el ideólogo; y F. Jollivet, el autor del famoso sistema hipotecario; y Andrés Chenier, el poeta; y Roucher, poeta tambien, y d'Eprémesnil y Malesherbes y Pethion, y Chapelier y Barnave.

No se reparaba en el número. De una vez fueron llevados á la guillotina 45 magistrados de París; de otra 33 miembros del Parlamento de Tolosa, y de otra 27 comerciantes de Sedan. No se cansaban de buscar ó fingir un delito, bastando para ello la parentela, las riquezas, la condicion social y llevar un nombre histórico, episcopal ó parlamentario. Toda superioridad era acusada por el inexorable tribunal revolucionario; aprisionábase á las gentes en masa por barrios, por regiones, por familias, por países.

Conducianse despues los prisioneros en carretas, y eran juzgados y ejecutados en seguida. A 200,000 ascendieron los arrestados en el mes de Noviembre del 93; así es que hubo necesidad de convertir en cárceles los palacios, colegios y monasterios. Con tanta sed de sangre, desagradaban ya los pocos restos de seriedad del tribunal revolucionario.

El acusador Fouquier incitaba de tal modo la embriaguez del furor populachero, que Collot, su colega, tuvo que decirle un dia: «Pero ¿qué? ¿quieres tú hacer perder la confianza que el pueblo tiene en nosotros?» Imagínese si en medio de tanta furia de exterminio ocurririan equivocaciones. Salia uno que no estaba en lista, ¿qué importa?—decia Fouquier,—y lo enviaba al patíbulo.

Llamábanse á estas ejecuciones personas que habian sido ya guillotinadas; se mataba á uno en vez de otro; ¿qué tenia que ver todo esto? En la imprenta estaban de antemano dispuestas las sentencias con los motivos; no faltaba más que insertar el nombre del sentenciado. No hacian falta testigos; el único defensor para las acusaciones era la conciencia de los jueces; el único castigo la muerte.

Se degollaban de cincuenta á sesenta cada dia, y «va bien,—aullaba Fouquier;—las cabezas caen como las piedras; hace falta más ligereza para la década próxima; se necesitan lo menos cuatrocientos cincuenta; un número siempre igual no llama ya la atencion; es preciso doblarlo.» Y Vadier añadia: «Es preciso colocar una muralla de cabezas entre el pueblo y nosotros.»

El número ascendió á 150 cada dia, y hubo necesidad de construir una alcantarilla para dar salida á la sangre. Cuando no podia encontrarse ningun motivo de culpa, se imaginaba que los prisioneros deberian tener deseos de salir de la carcel, por lo cual habrian intentado evadirse; luego eran reos, luego debian ir al suplicio.

Con este fin se llenaban las cárceles de espías que creaban los delitos provocando á los presos á que hablasen mal del Gobierno para luego denunciarlos. Desde Marzo á Junio del 93 hubo 94,577 víctimas, y desde el 19 de Junio al 27 de Julio 1,235 en solo París. ¡Qué espantosa hecatombe!

Semejantes atrocidades se repetian en todo el territorio de Francia. Carrier, bestia disfrazado de hombre que mataba sin saber por qué, exterminaba en La Vendée á inermes tropas de 100, 200 y 300 hombres; y á las súplicas de los infelices y de los magistrados, no respondia otra cosa que amenazarles con la horca. Más de 10,000 soldados estaban aprisionados como rebaño de cabras en las cárceles de Nantes; y porque le parecia larga operacion el fusilarlos á todos y trabajoso el darles sepultura, los anegó en el Loira.

El malvado, no contento con haber hecho perecer á los adultos, exterminó á los niños de los vendeanos recogidos por la piedad de los de Nantes. Cuatro ó cinco mil de ellos fueron inmolados en cuatro dias al ídolo de la Revolucion. En Burdeos, en Marsella y en Tolón se ametrallaba; 1,604 perecieron en Lyón, y á los que gritaban contra los verdugos, el Comité respondió: «La libertad es una vírgen á quien no se debe alzar el velo.» Maignet, enviado á los departamentos de Vaucluse y de las Bocas del Ródano, escribia á Couthon: «Me mandas transportar á París á los conspiradores. ¡Qué idea! ¿No sabes tú que son de 12 á 15,000, y que seria mucha tropa y peligrosa? Es necesario aterrorizar, y el golpe no aterroriza si no se da á la vista de un cómplice.»

Couthon le contestaba: «Dispón como te agrade los fusilamientos, y caiga el que caiga.» En su consecuencia sólo en Orange fueron muertos 330 en pocos minutos. Achard escribia á Gravier: «Ligero, siempre ligero. ¡Qué delicia si hubieras visto anteayer esta justicia nacional ejecutada en 209 malvados! ¡Qué espectáculo tan maravilloso! ¡Cuántos pícaros mordieron el polvo aquel día! Pero hé aquí que todavía tenemos más de 500; tal vez suban hasta el doble ó quizá más en adelante.» Y Collot, por su parte, decia: «Estais muy enervados vosotros los habitantes de la noble capital. Es cobardía perdonar á los enemigos de la patria; precisa ametrallarlos: ya te lo he dicho cien veces.»

De esta manera la inexorable y diabólica revolucion multiplicaba las víctimas de toda edad, sexo y categoría; así cumplia el vulgo lo que los filósofos habian predicado.

(Se continuará)

EL LIBERALISMO

ANTE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS

(Continuacion del discurso de D. Cárlos Walker en el Congreso chileno)

Iba recorriendo á la ligera los diferentes cargos que se nos han hecho, y estaba en el más curiosísimo de todos ellos, del extranjerismo que se nos imputa. ¡Y son católicos los que así discurren! Parecen ignorar, sin embargo, que el Pontífice Romano no tiene sobre los cristianos más que autoridad moral que ciertamente el derecho internacional no ha contemplado jamás como una amenaza á la soberanía de las naciones. Esta nueva doctrina de derecho es un descubrimiento tan notable como el de las sombras de la ignorancia de todos los siglos pasados antes del XIX.

...No creo conveniente seguir adelante sin detenerme un momento en las leyendas de almanaques, envueltas en palabras de efecto que forman el bagaje oficial imprescindible de todas las invectivas contra la idea cristiana; y desde luego es necesario hacer notar que se hace responsable á la Iglesia de las faltas de los hombres, como si fuese ella la culpable y la que tuviese el deber de echarse sobre sí la criminalidad de todos sus hijos. Afortunadamente las investigaciones históricas han hecho honda labor en los últimos tiempos, y en sus páginas de crítica concienzuda encontramos sin esfuerzo la inmediata respuesta á las vulgaridades de los almanaques y libelos. Y ellas nos revelan los misterios de la Inquisicion, las cadenas de Galileo, los arcabuzazos de Cárlos IX: y ellos nos dicen que la Inquisicion de Roma, que fué únicamente tribunal eclesiástico, no condenó á muerte á un solo hombre, y que la Inquisicion de los demás países del Mediodía de la Europa fueron tribunales políticos, especie de consejos de guerra permanentes en medio de aquella campaña constante que con las armas en la mano y con un furor extraordinario se mantenia entre herejes y católicos; consejos de guerra de que pudieron abusar los reyes, pero en los cuales la Iglesia Católica no tuvo más parte que la de moderar las impetuosidades del celo religioso: lo cual es completamente distinto, absolutamente opuesto á las torpezas que hacen circular los sabios de las escuelas laicas cuando suponen acontecimientos que no han sucedido nunca, y confunden lo espiritual con lo temporal, y á las resoluciones sobre puntos del dogma con sentencias de muerte, y á la calificacion de la ortodoxia con las sentencias de Felipe II...

Ya que el nombre de este Rey ilustre ha brotado en mis labios, cúmpleme en su honor vindicar su memoria de los cargos caprichosos con que la impiedad lo abruma por la energía incontrastable con que cerró la entrada de España á la herejía, traidora y revolucionaria, llevada á Sevilla por Constantino, y á Valladolid y á Valencia por Gazagia en union con los luteranos de Alemania y los calvinistas de Francia: la justicia ha brillado ya completa, y son escritores protestantes los que se han hecho cargo de alumbrar aquella colosal figura, que pudo caer en extravíos como cualquier hombre, pero que está en primera línea entre los grandes caracteres de todos los tiempos....

La Inquisicion no pasa de ser uno de los cuentos de las Mil y una noches, uno de los tantos tremebundos argumentos de dramas de sensacion y novelas de efecto, una de las tantas vaciedades con que se puede engañar á los tontos y á los ignorantes, pero no á la gente de estudio y de letras.

(Prosigue el Sr. Walker Martinez rebatiendo en brillantes periodos las miserables calumnias levantadas contra la Iglesia con motivo de la Noche de San Bartolomé y de lo sucedido con Galileo, y prosigue diciendo:)

Ese es el odio, esa es la doctrina liberal, esa es la impiedad erigida en sistema: que odio, liberalismo é impiedad son en los tiempos que alcanzamos una misma cosa!

Pero si la crítica histórica nos enseña que estas acusaciones contra la Iglesia son calumnias, nos enseña tambien lo que tienen cuidado de ocultar nuestros adversarios, á saber: que los luteranos iniciaron sus campañas religiosas degollando pueblos enteros por órden expresa de sus jefes, el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse; que los calvinistas hicieron aumentar el caudal de los rios de la Francia con la sangre de sus mejores hijos; que sólo Enrique VIII llevó al patíbulo diez veces más víctimas que las que han hecho todas las Inquisiciones del mundo; que la reina Isabel mataba hasta por el delito de poner en duda su supremacía absoluta en la Iglesia anglicana, y alcanzó tiempos en que se vió en la necesidad de dar algunas horas de descanso á los verdugos que estaban rendidos al peso de tanto trabajo en su terrible oficio; que más adelante los revolucionarios franceses, esos humanitarios proclamadores de los derechos del hombre, en nombre de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad arrastraron á la guillotina á más de 25,000 nobles por el delito de serlo, y crearon dos mil tribunales de sangre con la organizacion de quinientos mil delatores pagados con los dineros fiscales; que al grito de «¡Viva la libertad!» las chusmas tambien pagadas de España se lanzaron sobre los conventos á hacer matanzas de frailes, al mismo tiempo que los directores de la infame tramoya, que se sentaban en las alturas del Parlamento, se locupletaban con los bienes que por leyes inícuas se les arrebataba con el ostensible pretexto del interés público y con el verdadero propósito de repartirse entre sí los girones de la Iglesia para hacerse ricos á costa de ella, no de otra suerte que los sacrificadores de Cristo se repartieron á los piés de la cruz su túnica sagrada.

Todo esto dice tambien la historia; pero todo esto no se recuerda cuando se van á buscar tres ó cuatro hechos insignificantes y notoriamente falsos ó adulterados, entre todos los tiempos, para herir á la civilizacion cristiana y clavar aleve puñalada por la espalda sobre la majestad del Papado...

¡Y qué majestad, señores! La del más poderoso imperio que ha existido jamás, y mayor que el cual no existirá ninguno; el imperio sobre la conciencia universal, que tiene sus raíces en la tierra y su cúpula en el cielo.

Los que con tanto furor lo atacan, me producen el efecto de aquellos salvajes que se irritaban contra el sol y lo llenaban de insultos para vengar sus malas cosechas ó sus enfermedades naturales. El astro del dia, entre tanto, seguia tranquilo su curso sobre el profundo azul de los cielos; y las voces irritadas de los insolentes se perdian en alas del viento entre los bosques y las montañas, sin que dejasen á la mañana siguiente de brillar la luz, y de brotar las flores, y de madurar la miés...

«Dios no muere,» exclamó al caer bajo el puñal de las logias el ilustre García Moreno: «Dios no se muda,» dijo santa Teresa de Jesús: «Dios no pasa,» escribió Conrado de Bolanden al frente de uno de los folletos más interesantes de los últimos tiempos... y bien pueden seguir combatiéndole los que llaman escuelas de secta á sus escuelas, fanáticos á sus servidores, ignorantes á los que estudian su ciencia, locos á los que creen en sus sublimes misterios, sin que esos pobres gritos turben el coro de la triple sociedad humana y celestial que le rodea para cantarle los eternos *Hossannas* predichos por los Profetas y que son, á pesar del infierno, el himno perpétuo que alza la naturaleza entera como eco de gratitud á sus bondades, de adoracion á su grandeza y de reconocimiento de su justicia infinita.

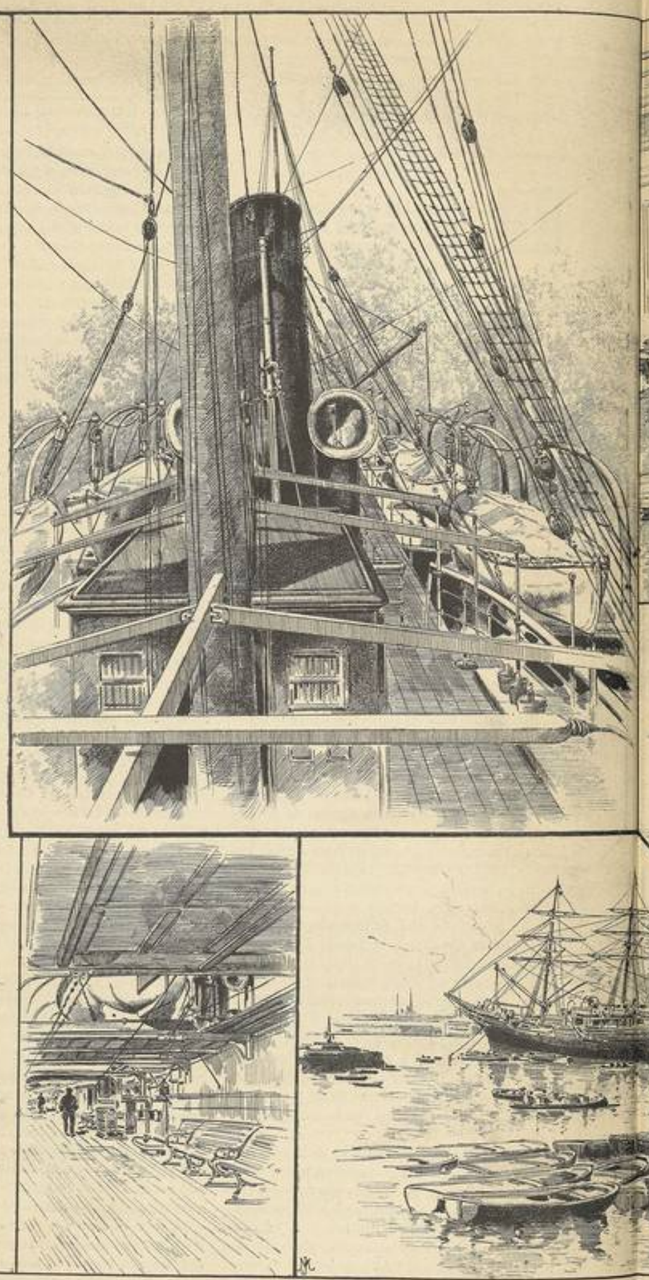
Cuando los Emperadores romanos pretendian ahogar al Catolicismo en su cuna, se poblaban los desiertos y se abrian las bóvedas de las catacumbas y la cuna se convertia en trono: cuando la barbarie amenazaba envolver en tremendo alud, no sólo á las instituciones, sino hasta á los recuerdos del genio del mundo antiguo, organizaba san Benito sus legiones de monjes y les imponia una tarea de siglos para legar á la posteridad en preciosos manuscritos las obras de Aristóteles y de Homero, de Platon y de Sócrates, de Virgilio y de Tácito, y de todos los escritores de los antiguos tiempos: cuando la Media Luna llevaba sus armas á Occidente, los espíritus mezquinos desfallecieron, y hubo traidores como D. Julian; pero la fé de los corazones generosos hizo trincheras incontrastables en las montañas de España, de Polonia y de Hungría para cerrarles el camino de Francia y Alemania: cuando nuevas invasiones sacudian á la Europa, los Papas mandaban á los reyes sus mensajeros, y se convertian al Cristianismo los daneses, los bohemios, los normandos, todas las razas del Norte, al mismo tiempo que se poblaban las selvas de abadías, las ciudades de catedrales, los valles de nuevos cultivos, y de naves con bandera de paz y de comercio los mares del Mediterráneo y del Báltico: cuando temblaron los cimientos de la Iglesia con las blasfemias de un fraile apóstata, con el estruendo de las armas de los grandes Electores del Imperio y de Suecia, con el confuso rumor de clarines, y de disputas escolásticas, y de sofismas políticos, y se separó de Roma la mitad de la Europa, aquí por la rapacidad de los caudillos, allá por la venalidad de ciertos teólogos, y más allá por la lascivia de los reyes; no se desplomó entonces el edificio social de Jesucristo, antes brilló con más brillo que nunca la majestad de la Iglesia, extendiendo sus dominios á remotísimas playas, produciendo sabios á la altura de Suarez y Belarmino, y robusteciendo en el Concilio de Trento los principios inmortales de sus dogmas. *(Aplausos en los bancos de la minoría.)*

La guerra emprendida por el racionalismo moderno no es más terrible que las otras. Es la guerra de la negacion, que es la más débil porque es la más nécia, puesto que para negar no se necesita de ciencia, así como para ganar votaciones en los Parlamentos no se necesita del cerebro: basta y sobra con el número y con la órden que viene de más arriba.

La guerra actual, que es de negacion, caerá por sí misma, y hallará su ruina en sus propios excesos: la logia engendra al nihilismo; el socialismo da orígen y razon á las huelgas y á las sordas conspiraciones de la multitud; la irreligion trae necesariamente consigo la inmoralidad que hiere en su raíz á las sociedades humanas; y de allí que, así como pasaron los arrianos, los maniqueos, los iconoclastas, los calvinistas, los filósofos del siglo XVIII, sin gozar de la satisfaccion de ver el último dia de la Iglesia católica, así pasarán los liberales del dia; y vendrán nuevas sectas y nuevas doctrinas, y nuevos hombres, y nuevos combates; y la cruz seguirá siendo emblema de las glorias del pasado y de las esperanzas del por-

UN VAPOR DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

CROQUIS DEL PERSONAL DE Á BORDO

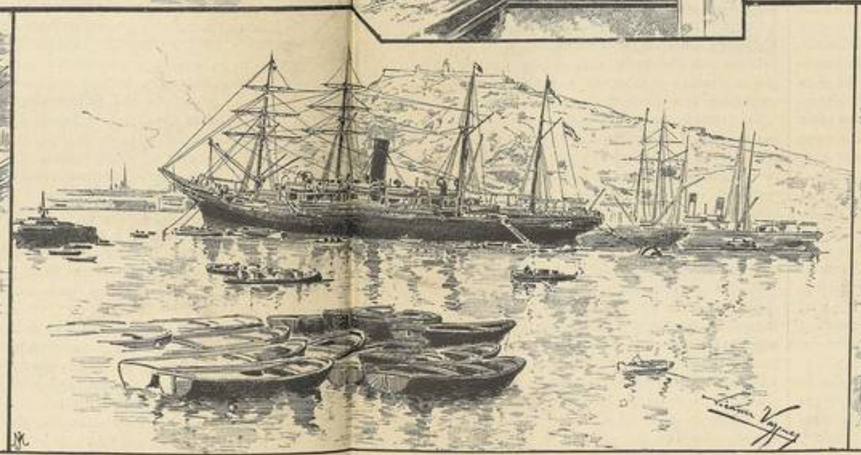


CUBIERTA SUPERIOR DEL CENTRO

COMEDOR DE SEGUNDA

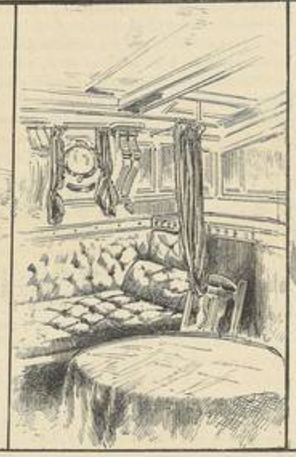
COMEDOR DE PRIMERA

BAJO CUBIERTA

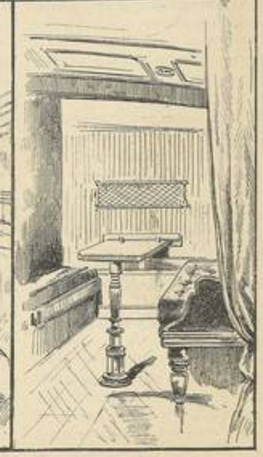


EL VAPOR «ALFONSO XIII» EN EL PUERTO DE BARCELONA

CAMAROTE DE PRIMERA



GABINETE DE SEÑORAS



BUFETE-CAMA

venir, por más que se la califique en nuestros Congresos y en las regiones oficiales de nuestros Gobiernos de signo de atraso, de símbolo de fanatismo y de estigma de oprobio para los que nos hacemos un deber de grabarla en nuestro corazon y en nuestras banderas!

Lo que hace ahora el liberalismo no es de ninguna manera nuevo: lo hizo hace dieziseis siglos otro jefe de escuela, Juliano el Apóstata. Recomiendo la lectura de sus escritos á los que me oyen, porque es el tipo más perfecto de nuestros modernos hombres de Estado. Él comprendió perfectamente que era un error combatir á la Iglesia por medio del tormento, y prefirió otra clase de armas y buscó otra táctica. Negó á los maestros cristianos el derecho de enseñar, y á los hijos de los cristianos el derecho de aprender en las escuelas libres: fundó sociedades literarias al rededor del trono, algo como aquí los Cuerpos universitarios, y en ellas cerró la entrada á los sabios cristianos, prodigando honores á los ateos é incrédulos: consagró la enseñanza oficial ni más ni ménos que como se hace en nuestros dias y en nuestros países, exigiendo y dando títulos profesionales para ejercer profesiones liberales, lo que hasta entonces era de todo punto desconocido: popularizó por medio de discursos y folletos todas las vulgaridades que en aquella época circulaban contra la santidad del Catolicismo, haciéndole á él responsable de las faltas de los hombres, y falseando la historia, y fingiendo ignorancia de las verdaderas fuentes de estudios, exactamente como sucede ahora cuando se trae á colacion todo ese atajo de lugares comunes que nos taladran continuamente los oidos y que por demasiado vulgares casi da vergüenza de rectificar entre hombres de mediana instruccion. Tal fué Juliano el Apóstata, tal es el liberalismo del dia; y de tal padre tal hijo!

Cuentan las crónicas del Oriente que cuando iba este perseguidor retórico á la guerra de los Partos, encontró en su camino á un humilde cristiano que cavaba un foso en la tierra.

—¿Qué hace el Hijo del carpintero?—le preguntó, con el brutal sarcasmo del que llama al Hijo de Dios «miserable galileo.»

—El Hijo del carpintero,—le contestó el cristiano,—está labrando vuestro ataud.

—¿Y vos?...

—¿Yo?... Estoy cavando el sepulcro donde van á enterrarse vuestras ambiciones, y á hallar fin vuestros odios!...

Juliano pocos dias despues moria atravesado por una flecha de los Partos, y la Iglesia siguió viviendo... con su «miserable Galileo!»

Ya ven nuestros adversarios, con lo que dejo expuesto, si nos moverán más á compasion que á ira los hombres y los Gobiernos y los partidos que escriben la persecucion á la Iglesia como la primera palabra de su programa. Necesariamente tienen que caer en el abismo, ó cantar la palinodia más terminante; y así ha sucedido en todos los países y en todos los tiempos.

Tres hombres públicos notables de los últimos años nos dan saludable ejemplo.

Se estremecieron en 1870 los Gabinetes europeos con la proclamacion del dogma de la infalibilidad pontificia. «El dogma de la infalibilidad, decian, muda radicalmente la Constitucion de la Iglesia; el Sumo Pontífice armado con *autoridad nueva*, que lo reviste de una especie de *omnipotencia*, queda establecido juez supremo en materia de fé y de moral; y un aumento tan considerable de poder obliga á los Gobiernos á mayor vigilancia y á mayor energía.»—Pues bien, los Gobiernos pusiéronse á vigilar enérgicamente, y el primero que recogió sus frutos fué el emperador Napoleon III con Emilio Ollivier, Presidente de su Ministerio. Cayó el Imperio y fué proclamada la República Francesa, no á consecuencia de la definicion de la Infalibilidad, sino al empuje de las bayonetas alemanas; y eso ¡notable coincidencia! en los mismos dias en que Napoleon abandonaba á la revolucion italiana la ciudad de Roma y el Vaticano, violando antiguos y sagrados compromisos.

Desde aquel dia Emilio Ollivier cambió de rumbo y no habló más de los peligros sociales que podia producir el Concilio Vaticano, pero reconoció que existian esos peligros en los asaltos á la religion católica y el despojo del Papado. Despues de haber publicado varios libros defendiendo la libertad de la Iglesia, en 27 de Marzo de 1885 en la sala *Albert Grand*, de París, pronunció un discurso que causó profunda sensacion en Europa sobre la aplicacion del Concordato y la separacion de la Iglesia y del Estado. Recomendaba en él á los que le habian sucedido en el Gobierno que no cubrieran las alturas sobre las cuales reposan las almas, porque el hombre «mientras la vida le grite «dolor,» buscará alguno que le responda «consuelo.»

Bismarck creyó que el dogma de la Infalibilidad estaba llamado á mover una nueva invasion de los antiguos bárbaros.

Combatió vivamente al Concilio del Vaticano, y para castigar al Papa, cooperando poderosamente á su despojo en 1873, con sus famosas leyes de Mayo emprendió una guerra tenaz, implacable, calificándola de lucha por la civilizacion *(Kulturkampf)*. Para defender á la *civilizacion* persiguió á los obispos, á los sacerdotes, á las monjas, á los frailes, durante diez años. Alemania no corrió peligro alguno por la definicion de la Infalibilidad; pero lo ha corrido y grande con las conspiraciones del socialismo, y en las personas de sus príncipes con los atentados de Hoedel y de Nobiling en 1878, y por la conspiracion de 1883 contra el emperador Guillermo al inaugurarse la estátua de Alemania. El Canciller de hierro parece hoy convertido en defensor del Pontificado, levanta á Leon XIII como juez y árbitro en sus contiendas internacionales, y hace propaganda para reformar aquellas leyes de Mayo destinadas á defender á la civilizacion y á castigar al fanatismo católico! *(Aplausos.)*

Tocó su turno á Gladstone.

En 1874 temblaba por los decretos del Vaticano con relacion á la fidelidad civil, publicando sobre la materia aquella célebre política «*Espostulation*,» deplorando que Roma papal hubiera «limpiado y puesto nuevamente de muestra todas sus máquinas enmohecidas,» y afirmando «que nadie podria en adelante convertirse á la fé católica sin renunciar á su libertad moral ó intelectual, así como sin poner su libertad civil y su deber á la disposicion de otro.» Presentaba Gladstone á los cinco millones de ciudadanos ingleses que profesan el catolicismo como esclavos de la arbitrariedad de los Papas, que ambicionaban el imperio del mundo para someter y subyugar á la reina Victoria, á sus ministros y á su Imperio!

Se realizaron en parte estos temores, pero con una diferencia: que los asaltos contra Inglaterra no vinieron de Roma, sino de los Estados-Unidos de América. El Parlamento y los edificios de Lóndres fueron minados con la dinamita, no por órden del Papa, de los obispos ó de los sacerdotes, sino de los «fenianos» ó de los *invencibles*, como se llaman, los cuales, durante aquel Concilio del Vaticano, eran enemigos de la Infalibilidad, como Gladstone, y en 1874 batieron palmas por su *Espostulation*. Añadiéronse los desórdenes de Irlanda y los peligros de guerra con la Rusia, y despues se vió en la necesidad el Ministro sectario de 1874 de torcer riendas y hacer públicamente votos por que la autoridad del Papa sobre los obispos fuese mayor de lo que definió el Concilio, á fin de que los obispos irlandeses, reunidos en Roma, llevasen la conciliacion y la paz al Reino Unido, sacudido por los elementos explosivos de sus rivalidades internas, de sus sordas conspiraciones y de su desgraciado pauperismo. *(¡Bien! ¡bien!)*

Y Ollivier y Bismarck y Gladstone han venido á convencerse, andando los años ¡y han corrido pocos! de la exactísima verdad de la afirmacion del piamontés Luis Cárlos Farini: «Las cuestiones que se agitan sobre el señorío de los Papas no son únicamente romanas é italianas. El problema se relaciona con las más graves y universales cuestiones religiosas, internacionales y políticas.»

Y estas reacciones generosas de las tres personalidades políticas que han tenido más influencia en los destinos de Europa en el último tercio de este siglo, se producian al mismo tiempo que en su lecho de agonía el más sabio adversario de la Iglesia se desdecia públicamente de sus antiguas doctrinas, y en manos de un sacerdote ponia la protesta calorosa de su fé católica! Hablo de Littré, el porta-estandarte del racionalismo del siglo XIX.

Despues de estas enseñanzas y ejemplos, no tenemos, pues, por qué arrancar una sola letra de nuestro programa los católicos que en él hemos consagrado como primera palabra la defensa de los intereses religiosos en nuestra patria. Mantenemos una bandera sublime, y á su sombra lucharemos toda nuestra vida, manteniéndonos unidos y resueltos en todas partes, desde el humilde hogar del proletario hasta los suntuosos salones de los palacios, para combatir decididamente, sin contar nunca ni el número de nuestros adversarios, ni las esperanzas de éxito de nuestros esfuerzos, ni los desengaños que entristecen nuestro espíritu cuando somos testigos de transfugios y de apostasías miserables...

(Se continuará).

LOS VAPORES

DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

El servicio de los nuevos vapores de la Trasatlántica española es el asunto de todas las conversaciones, y no hay palabras para elogiar las comodidades y el trato que se observan en estos soberbios buques, acaso los mejores que actualmente cruzan los mares.

Las personas más conocidamente refractarias, por el nombre extranjero que llevan, á reconocer los adelantos de nuestro país, confiesan sin rebozo que es difícil hoy la competencia con los indicados vapores, como no es dudosa la eleccion del pasaje para venir á Europa ó regresar á América. Así es que apenas se puede atender á los pedidos, y será preciso que la Trasatlántica, apoyada por el Gobierno, intérprete de las necesidades y aspiraciones generales, establezca viajes más frecuentes, si no hemos de presenciar impasibles que otras naciones de Europa nos arrebaten tambien los beneficios que este ramo puede producir, no sólo á la madre patria, sino á los pueblos hermanos de allende los mares, que están de dia en dia ensanchando las fuentes del trabajo y de la produccion con elementos afines, como son los que allí se trasladan de nuestro suelo, además de los cambios comerciales, que arrojan ya una respetable suma.

No tan sólo se expresan así periódicos españoles que pudieran recusarse como interesados y parciales jueces. *Le Havre* y *La Gironde*, publicaciones de importancia que gozan de autoridad en la vecina República, han dedicado gran espacio en sus columnas para describir los buques nuevos de la Compañía Trasatlántica, conside-

rándolos al nivel de los mejores por el lujo y comodidad de sus cámaras y por lo perfecto de sus máquinas.

La Gironde, á propósito de la visita de uno de dichos vapores á Marsella, dice:

«Un magnífico vapor de la Compañía Trasatlántica española acaba de estar 24 horas en nuestro puerto. Es el *María Cristina*, construido en Dumbartony y destinado al servicio de Barcelona á la Habana. Este nuevo buque es verdaderamente recomendable en todos sentidos, y nosotros jamás habiamos visto ninguno igual en Marsella, dado el lujo de sus instalaciones y la originalidad de su decoracion. Yo no sé decir de sus camarotes sino que son verdaderamente espaciosos, más de lo regular, y que tiene un gran salon que no es otra cosa que la reproduccion exacta de uno de los más bellos patios de la Alhambra de Granada, el famoso palacio de los reyes moros.

»Cuando se entra en él, se contempla uno transportado á la sala de un palacio árabe. La ilusion se completa ante las columnas y los arcos moriscos que sostienen la galería circular, sobre la cual existe un gran número de *portiers* y vidrieras simulando las puertas de las cámaras, y el gusto es más elevado al notar que las obras del tallado y carpintería son dibujos arábigos originales y graciosos. La pintura y los adornos están á la altura de la arquitectura y forman un conjunto agradable. El todo es del mejor estilo árabe. El buque está provisto de un mecanismo hidráulico que nuestras Compañías no han adoptado todavía, pero que se impone ya para los grandes barcos y es requisito indispensable para evitar desagrados á los pasajeros. Su máquina es de triple expansion y montada como si fuera un salon. Sus aparejos exteriores completan un funcionamiento seguro. Mide 126 metros de largo por 14'60 de ancho, siendo de 4,383 toneladas, y su marcha de 19 millas por hora, haciendo 16 en servicio ordinario. Es, con seguridad, un buque de los más lujosos que están á flote, dada su original decoracion.»

No mereció menores elogios otro de los grandes vapores de la Trasatlántica, el *Alfonso XIII*, botado al agua hace pocos meses. De él damos hoy varios dibujos, tomados directamente la primera vez que ancló en Barcelona. Sus dimensiones son 124'41 metros de eslora, 14'63 de manga y 9'83 de puntal. Su tonelaje total es de 5,124'86 toneladas, que descontando el local ocupado por cámaras y máquina, 1,539'68, resultan neto 3,585'18 toneladas. El casco del buque es de plancha de acero con doble fondo en toda la longitud de la quilla, siendo construido bajo el principio celular, dividido en cinco secciones transversales que contienen un total de 543 toneladas de lastre. Estos compartimientos, perfectamente estancos, están provistos de los necesarios registros para su limpieza y de la tubería que se requiere para llenarlos ó vaciarlos por medio de bombas á vapor. La máquina propulsora es de triple expansion y de fuerza de unos 5,000 caballos, con aparato de tiro forzado. Las carboneras pueden contener unas 1,000 toneladas de carbon. En la bodega 3.ª á babor se halla la cámara refrigeradora sistema Harlams, forrada interiormente de plomo y provista de imbornales. La cámara de primera clase tiene á babor 29 camarotes, dos de ellos de lujo para 124 personas, el camarote del 2.º mayordomo, tres cuartos de baño y seis jardines para caballeros, y á estribor 30 camarotes, dos de ellos especiales, con camas unos y literas otros para 130 personas, más el gabinete de señoras con cuarto de baño y dos jardines. Hay además el comedor para niños con mesa de babor á estribor y 18 asientos, 3 roperos, un cuarto para equipajes que mide 1,190 piés cuadrados ingleses y el local para capilla. La cámara de 2.ª clase tiene 14 camarotes para alojar 54 personas, un baño y un jardin á estribor y otro á babor. Bájase á los alojamientos de 1.ª por escala desde el salon-comedor de la misma clase y desde la cubierta alta al comedor de niños, y se desciende á los de 2.ª clase por una sola escala desde el salon-comedor de esta misma clase á estribor. Los callejones que forman las líneas de camarotes están alumbrados por 10 lámparas eléctricas á cada banda y 14 faroles de vela. En el extremo superior de la cubierta de proa se hallan el alojamiento de la marinería y el salon comedor de 3.ª clase, que mide 65 piés de eslora por 47'6 de manga. En su extremo de popa están los oficios, uno á cada banda, y en la medianía de ambos la escala que conduce al lujoso salon de música. En el salon-comedor hay cuatro mesas para 10 cubiertos á cada amurada y dos mesas largas centrales para 44 cubiertos, formando un total de 168 cubiertos para otras tantas personas que se sienten en los cojines de las amuradas y en 128 sillas giratorias con asientos reversibles, de rejilla de bejuco por una cara y de cojin de terciopelo por la otra, del mismo color y calidad que el de los sofás de las amuradas. En el frente de proa de este salon hay armario con cierre de cristales para librería y á una y otra banda aparadores con tableros de mármol, y entre cada aparador y la librería su espejo de gran tamaño, biselado, con macetero al pié. El decorado de este salon es de maderas selectas y el techo de tela japonesa, delicadamente pintado á distintos matices, alternando con filetes dorados. La luz y ventilacion la recibe este salon por 14 portillas á cada banda y 7 al frente de proa, todas ellas circulares de 12'' diámetro, y además por la gran lumbrera que se abre sobre su parte central y cuya base mide 20' de popa á proa por 16' de babor á estribor. Nueve piés hácia popa de la brazola de la 4.ª escotilla se alza la caseta de hierro que encierra el salon comedor de 2.ª clase, que mide interiormente 23' de eslora por 24' de manga y 7 de puntal. Hay en este comedor dos mesas, una á cada banda, á que pueden sentarse 42 personas en otras tantas sillas giratorias de caoba y asientos reversibles de dos caras, una de rejilla de bejuco y otra de crin animal; balanceras sobre las mesas; lumbrera al centro, abierta en la toldilla, y ventanillas á las bandas con vidrio y persiana. En la cubierta superior se apoyan los refuerzos de plancha de hierro vertical, entre las cuadernas 90 y 92 para los cañones de 14 centímetros, sistema Hontoria, que ha de soportar la cubierta de la ciudadela, uno por banda, en el caso de armarse el buque en crucero. Las bodegas del *Alfonso XIII* cuentan con una capacidad neta para la carga de 58,000 piés cuadrados ingleses. El salon de música tiene una extension de 57 de proa á popa por 25 de manga y 7 1/2 de puntal, entrándose en dicho salon por dos puertas de á dos hojas, practicadas una á cada banda. Este salon contiene asientos de terciopelo de seda labrado color azul, con franjas de felpa terra-cotta que se extiende de proa á popa, por banda y banda, y un piano. Recibe luz por 37 ventanas provistas de cristales de colores y persianas de guillotina, y en su decorado han entrado las maderas finas, enchapadas con profusion de dorados en el techo. El buque arbola 4 palos de acero. Las embarcaciones menores con que cuenta son 17, construidas de madera de teca; 6 balleneras salvavidas de dobles costados, 1 lancha á vapor, 2 botes popa cuadra de tingladillo, 1 canoa, 1 chinchorro, 6 botes-balsas salvavidas, pudiendo contener 40 personas cada una. Dichas balsas, que son de doble fondo insumergibles, tienen falcas de lona de 1'10 de alto y arriba una baranda de hierro. Cuenta además este buque con aparatos de ventilacion movidos por corriente eléctrica, alumbrando todos los departamentos más de 430 lámparas incandescentes, caloríferos de vapor en los ranchos de marinería y fogoneros, tubos acústicos, llamadores pneumáticos, molinete de leva, aparatos de señales y 3 escaleras exteriores por banda.

Por la descripcion algo minuciosa que antecede puede venirse en conocimiento de la importancia de estos buques y de las excelentes condiciones que reunen bajo todos conceptos.

En ellos se ha introducido además otra invencion muy ingeniosa, cual es el *salvavidas de noche*, aparato que va acompañado de un tubo que, quedando á flote al lado de aquél, produce una vivísima luz sobre el agua, indicando de este modo el sitio en que se encuentra la *boya salvadora*.

Respecto á las comodidades que ofrecen para el pasaje, son tantas, tan bien distribuidas y con tanto lujo de ornamentacion, que todas sus dependencias, más bien que de un buque, parecen de un palacio flotante.

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

II

Con motivo de los rumores desagradables que sobre Alberto corrian en los círculos más selectos de la ciudad, D. Vicente, y más que él su esposa, dudaron algo antes de consentir á las primeras peticiones de la mano de Clementina.

¿Para qué disimularlo? D. Vicente, que habia hecho sutiles indagaciones, habia llegado á descubrir el pastel; es decir que Alberto habia contraido el feísimo vicio del juego desde los diez y siete años, y cuando pidió la mano de Clementina tenia ya veinte y tres: que no jugaba en manera alguna con infames tahures ó jugadores de oficio; pero que, sin embargo, jugaba con varios amigos suyos de su posicion, los cuales no se avergonzaban de poner sobre el tapete buenos centenares: que debia algunos miles de liras á un usurero judío, si bien se habia visto pronto libre de esta deuda, gracias á un tio suyo que caritativamente le socorrió, á condicion empero de que asistiera á unos ejercicios espirituales que por entonces predicaba en la ciudad un celoso misionero.

Supo tambien D. Vicente que Alberto se habia batido secretamente en desafío tres veces, siempre por querellas nacidas del maldito juego; pero éstas eran locuras hechas casi por niñerías, cuando todavía era un muchacho imberbe, y lloradas y execradas por él con otros actos religiosos que indicaban la firmeza de su fe y la bondad de su corazon.

Por todo lo dicho, antes de consentir su matrimonio con Clementina, y despues de maduro exámen, puso por condicion que Alberto habia de estar un año entero sin tocar naipes ni dados. El jóven lo juró, asegurando que hacia ya seis meses no habia mirado pieza alguna de juego, primeramente por deber de conciencia, y despues por amor á Clementina, de la cual no se reputaba digno si no olvidaba todo hábito vicioso. Y como lo prometió, lo cumplió. Por lo cual, al cabo de doce meses, D. Vicente dió su formal consentimiento, fijándose la boda para la próxima primavera.

Su esposa, por el contrario, preocupada con las locuras juveniles de Alberto (y no las conocia todas), se habia opuesto vivamente á esta determinacion; y no habiendo podido vencer el ánimo de su marido, hizo cuanto pudo para que

al menos se duplicase el término de la prueba.

—¡Calma! ¡calma!—solia decir;—san Francisco de Sales advierte que el matrimonio es una Orden, en la cual se hace primero la profesion y despues el noviciado; pero que si el noviciado se hiciera antes de la profesion, muchos se retirarian de él. Y ya que tenemos la oportunidad, ¿por qué no exigir de Alberto un noviciado preparatorio? Dos años de penitencia y de prueba para un convertido no es mucho esperar. Por Dios, no nos precipitemos, no sea que Clementina tenga que sufrir las consecuencias.

vive de libros y de pinturas y proyectos en que maravillosamente se recrea.

Desde que era pequeña, sintió por Clementina una ternura particular; y habiéndosele muerto despues su esposa, adoptó por hija á aquella niña en el caso que su hermano hubiese tenido más descendencia: pero, aunque así no fuese, no disminuyó en un átomo su cariño hácia su sobrina, y su solicitud para que fuese educada como una delicadísima planta de jardin. Y á la verdad, eran tantas las bellas cualidades de esta muchacha, y tanto habia ganado en todos sentidos, que

rian para una bellísima quinta de D. Felipe distante diez y ocho millas.

Tal era el proyecto, ó, como suele decirse, el programa, discutido, establecido y acordado por ambas partes; y conforme á él ya se habian hecho las debidas amonestaciones en la iglesia, estaban elegidos los testigos, enviadas las invitaciones, citado un canónigo primo de Alberto para bendecir la boda, y llevados á buen término todos los preparativos. Ya el oratorio se engalanaba con pomposa elegancia; ya venian de diferentes lugares hermosos regalos para la esposa y cartas

FLORES Y DULCES PALABRAS (CUADRO DE N. BORDIGNON)

Pero habiendo recurrido en confidencia al parecer de personas entendidas y últimamente al del tio Cárlos para que sentenciase como árbitro, habia obtenido por respuesta, tanto de aquellas como de éste, que bastaba un año si se vigilaba el comportamiento de Alberto.

III

El tio Cárlos hacia ya siete años que vivia fuera de Italia, lo más frecuentemente en Suiza, ó bien viajando por Europa, y se habia aficionado á este género de vida por el aborrecimiento con que miraba todo lo que en Italia sucedia desde el triunfo de sus nuevos amos. Pasa de los cincuenta, está cortado á la antigua, de pensar rectísimo é inflexible, cristiano viejo y tan amante del Papa, que le ofrece anualmente como tributo de devocion la décima parte de sus rentas. Aficionadísimo á las buenas letras y bellas artes,

el afecto de su tio hácia ella rayaba en locura.

De ahí puede calcularse si su casamiento le interesaria, y cuánto hubiera sufrido á encontrarse fuera del país en la ocasion en que la boda se iba á celebrar. Por esto á toda prisa habia vuelto á Italia, llegando á la quinta de su hermano aquel dia, que era martes.

Por razon de los tiempos se habia determinado no hacer fiestas ostentosas ni grandes convites, sino casi en privado, circunscribiendo las invitaciones á las más necesarias. La tarde de aquel mismo dia esperaban á Alberto y sus padres, quienes pernoctarian en una quinta inmediata, en donde tendrian el almuerzo de familia. El jueves se haria la escritura del contrato matrimonial, y el domingo por la mañana tendria lugar la solemne bendicion nupcial en la capilla pública; despues de lo cual vendria el alcalde del pueblo inmediato para la formalidad del llamado matrimonio civil. En seguida los esposos parti-

de felicitacion; y en el pueblo no se hablaba de otra cosa que de la magnífica boda del próximo domingo.

De todas estas particularidades deduzca el lector cuánta razon tendrian, humanamente hablando, aquellos excelentes señores para estar contentos, y como, á la verdad, parecia haberse anidado la felicidad en el seno de aquella venturosa familia.

IV

Cuando los ánimos se hubieron desahogado con las recíprocas demostraciones del primer encuentro y con la acogida cariñosa al tio Cárlos, y despues de haber tomado juntos el café, doña Libia mandó á su hija que pusiese en órden la última caja de sus galas, reunidas la noche anterior, en la sala donde todo se habia expuesto ordenadamente, con las joyas y regalos recibidos,

para que el tio pudiera ver por completo aquella variadísima coleccion.

—¿Qué te parece Clementina?—preguntó la madre así que la hija se hubo marchado.

—¡Oh! ¡bella, linda y graciosa como un ángel!

—¿Y estás satisfecho de su matrimonio?

—Sí; y espero que Dios lo ha de bendecir. Alberto me parece un jóven que cuidará más de Clementina que de la mitad de su corazon.

—¿Quién lo duda?—dijo el padre;—si no estuviera seguro de ello, jamás le hubiera dado tan gran tesoro.

—Así tambien lo espero,—añadió la madre exhalando un profundo suspiro.—Pero... ¿qué quereis? no puedo ocultaros que estoy algun tanto intranquila. Alberto tiene bellísimas cualidades; cuanto más le he conocido, más me ha cautivado el corazon. Tiene firmes y arraigados sentimientos de religion, un buen sentido admirable; ama á Clementina con amor sublime; le quiero ya tanto, que le miro como hijo; tiene, por otra parte, una naturaleza privilegiada. Sí... todo es verdad, pero...

—¿Pero qué?—interrumpió D. Cárlos con una sonrisa de curiosidad.

—Pero temo siempre. Bien sabeis que quien ama teme.

—Ya, ya: *res est sollicite plena timoris amor*,—dijo D. Cárlos volviéndose al padre.

—Temo que, segun el proverbio, *venza en el la costumbre á la naturaleza*. Ese maldito vicio del juego...

—¡Oh, mujer!—le dijo dulcemente su marido cortándole la palabra;—¡tú siempre con lo mismo!

—¡Ah! no sois madres. Vosotros los padres no sabeis concebir ciertos temores, porque el amor en vosotros no prevé todo como en nosotras. No creais que deje de apreciar el buen deseo de Alberto. Pero, en suma; si se hubiera mantenido ileso del mundo, como salió de las manos de los que le educaron, le daria mi Clementina con doble tranquilidad de la que ahora se la doy, aunque haya cambiado.

En esto volvió Clementina y cortó la conversacion. Díjole algo al oido su madre; obtuvo una corta respuesta en el mismo tono; volvió á saludar al tio, y desapareció.

—¡Pobre hija! es dócil como un cordero,—exclamó su madre enternecida.—Te puedo asegurar, querido Cárlos, que no me ha dado nunca una sombra de disgusto. Ni cuando era pequeñita, y yo me impacientaba por mis cavilaciones, me dió motivo de pena. Todos cuantos la han conocido, me han dicho siempre que es un ángel de bondad, y por mucho tiempo he creido que el Señor me la quería tomar por esposa suya. Por esto hubiera deseado que, teniéndose que unir á un jóven, Dios se lo hubiese proporcionado inocente.

—Pues yo, si bien hubiera tenido eso como una gracia especial del cielo, no deploro en manera alguna que le toque un convertido ó un penitente, como tú le llamas. Así se persuadirá mejor Clementina que no debe estar en casa de su marido como un jilguero, sino permanecer á su lado para conservarlo bueno y confirmarlo en la santa perseverancia. Esta es, á mi ver, una de las misiones principales de la esposa cristiana, mucho más en nuestros tiempos.

—Soy del mismo parecer,—añadió D. Cárlos.

—Yo tambien lo admito,—dijo la madre;—y ojalá Clementina tuviese carácter para eso; pero lo dudo.

—¿Y por qué?—preguntó el padre.

—Te lo he repetido mil veces: porque es demasiado dulce de corazon y blanda de carácter. Me parece imposible que haya de tener fuerzas para dirigir á un muchacho del temple de Alberto y que ya ha hecho sus diabluras.

—Las fuerzas Dios se las dará con la gracia del Sacramento que ha de recibir el domingo. Aquella es gracia de estado, y por consiguiente te engañas, Libia mia. Por otra parte, he oido á Clementina discutir con Alberto y echarle algunos sermones con tal calor y vigorosa facundia, que dejaba á su contrincante como una estátua.

—¡Ay! ¡Jesús y su santa Madre hagan que me engañe!

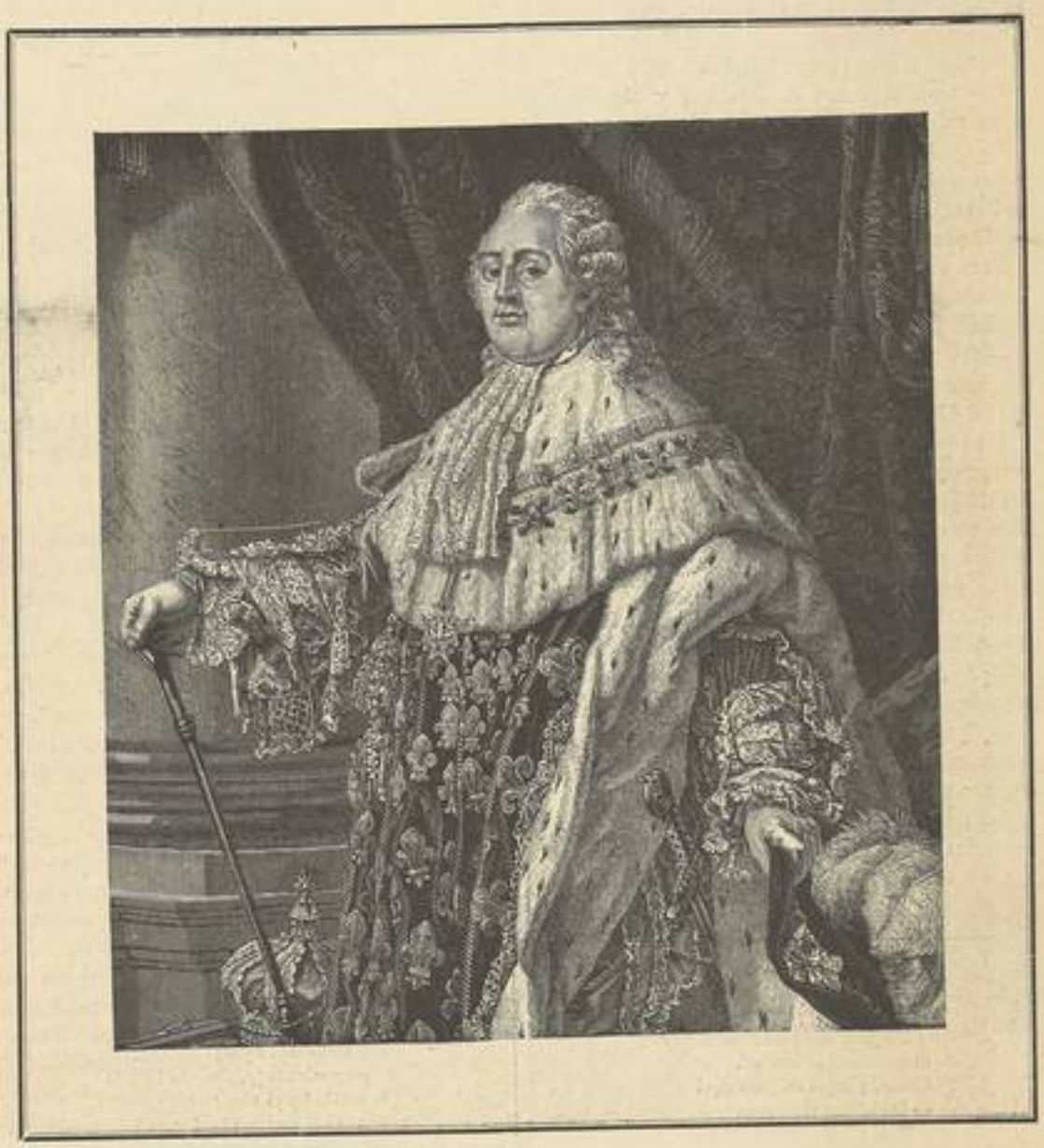
—En una madre como tú son muy excusables tales temores,—dijo D. Cárlos.

—Hasta cierto punto,—replicó el padre;—pues ya hace un año que peleo por quitárselas, y no con niñerías, sino con buenas razones, y ella siempre encastillándose en su proverbio de que *la costumbre vence á la naturaleza*, como si las verdaderas conversiones no fueran cosas de estos tiempos. ¡Medrados estaríamos!

—No digo esto,—respondió su mujer con impaciencia;—sólo digo que me encontraría más contenta y serena si... Por lo demás, tengo una fé suma en la gracia del Sacramento y en tanto como se ha rogado por este matrimonio.

—Yo por mi parte opino que esta palomita sabrá tener á raya á Alberto y guiarlo con un hilo de seda; ya verás. Nunca he conocido un enamorado como Alberto, y estoy seguro que ama de veras á nuestra Clementina. Cuando me la pidió por primera vez, él mismo, despues de oir que yo empezaba á tomar disposiciones para que la situacion se aclarase, echóseme á los piés llorando á lágrima viva, y protestó que si para merecer la mano de Clementina fuese necesario hacer lo que Jacob para obtener á Raquel, lo haria: que por ella se arrojaria á un pozo y se haria descuartizar. ¿Creeréis que varias veces me ha confesado que espera salvar su alma por las intercesiones de nuestra hija, y que cuando reza ofrece á Dios sus méritos y su inocencia para obtener más fácilmente misericordia? Créeme, Cárlos, no hay en el mundo más que un corazon que sea digno de poseer el de Clementina, y es el corazon de Alberto.

En esto volvió á entrar Clementina anunciando que todo estaba ya ordenado y que podian visitar los regalos de boda cuando gustasen.



LUIS XVI

—Hija,—exclamó el tio con cierto tonillo,—¿sabes que no hemos hecho más que hablar de tí y de Alberto?

Clementina se sonrojó, miró con ojos maliciosos al padre y á la madre, y fijándolos en su tio, le dijo entre séria y burlona:

—Lo creo: cuando se habla de Alberto delante de mamá, siempre se ha de oir la cantinela de que *la costumbre vence á la naturaleza*.

—¡Ah, picarilla!—dijo la madre, dándole una palmada cariñosa.

D. Vicente y el tio Cárlos echáronse á reir, y en seguida se levantaron para pasar á la sala preparada.

Los regalos de boda eran abundantes, ricos y variados en trajes, telas, encajes y otros dijes del sexo femenino. Sin embargo, las joyas formaban la parte más preciosa y digna de observacion. Entre las joyas de familia, de las cuales el padre y la madre hacian desde entonces donacion á su hija por cláusula expresa de escritura matrimonial, sobresalia un suntuosísimo aderezo de grue-

sas perlas, ofrecido por el futuro esposo; una diadema de brillantes rubíes y un collar de topacios regalado por los padres de él; digno todo de admiracion por la belleza de las facetas, la pureza de las aguas y la finura del trabajo.

El tio Cárlos examinó atentamente y admiró cada una de aquellas joyas, informándose de su orígen, y volviéndose á Clementina le dijo:

—Magnífico; pero aquí falta algo.

—No, tio, todo está aquí.

—Te digo que falta un regalo, y es el mio.

Y al decir esto mandó le trajeran de su cuarto una bolsa de piel, de la cual sacó un elegante estuche de terciopelo azul celeste, que entregó á Clementina diciendo:

—Aquí tienes lo que faltaba.

Clementina tomó el estuche, y abriólo con mano trémula.

—¡Qué hermoso, tio!—exclamó contemplando los magníficos pendientes y alfiler de pecho, de brillantes y esmeraldas del Perú.—¡Cuán bueno es V. para mí!

Pero no fué esto solo. Sacando de la bolsa un cofrecito de marfil miniado, D. Cárlos dijo amorosamente:

—El estuche es el regalo que hago á Clementina como esposa; este otro es el regalo que el tio hace á Clementina, su sobrina.

Y se lo puso entre las manos. Abierto el cofrecillo, encontró en él un elegantísimo portamonedas de piel azul celeste con la cifra de su tio bordada en oro y perlas. Llevada de la curiosidad, lo abre, y ¿qué ve? doce billetes del Banco de Francia de mil francos cada uno.

—¡Oh! ¡esto demasiado!—exclamó toda confusa:—¿qué quiere V. que haga con tanto dinero?

—¡Ah! Cárlos,—exclamó su hermano abrazándole con efusion:—es verdaderamente demasiado.

—¡Qué corazon! ¡qué generosidad!—exclamó la madre:—Cárlos siempre ha estado loco por nuestra hija.

—Sí; os aseguro que no hay oro ni piedras preciosas que puedan equivaler al afecto que tengo á este único ángel de nuestra casa.

(Se continuará).

CONTRA LOS AFEITES

Ninguna se desmesure
ni desmande contra mí,
damas, porque un poco aquí
de los afeites murmure.
Pues ¿quién no murmurará
de una vanidad tan clara
como es querer otra cara
de aquella que Dios os da?
O falta seso y buen tino,
ó error y soberbia sobra,
al que osa enmendar la obra
al Artífice divino.
¡Oh limaje olvidadizo!
¿De quién sois no veis ¡oh tristes!
que vosotras no os hicistes,
sino que Dios fué el que os hizo?
Hermana, si tú te hicieras,
no dudo en que sin pecar,
mudar, poner y quitar
sobre tu hechura pudieras.
Mas si el Supremo Hacedor
te ha dado negros cabellos,
¿por qué quieres tú volvellos
rubios ni de otro color?
. . . . . .
Pudiera Dios enrubiallos,
pero no le paresció;
ítem, lisos te los dió,
¿por qué quieres tú enrizallos?
Amiga de andar mirlada,
deja, deja, ¡oh tortolilla!
eso para la abubilla
y para la cogujada.
No fabriques de tus pelos
nido ó choza al infernal
cazador, desde la cual
cuchuchee á los mochuelos.
Bástales á los cuitados
su fragilidad perene,
y los lazos que les tiene
el diablo y el mundo armados,
sin que busques tú invenciones,
haciendo de tus cabellos
perchas donde caigan ellos
á modo de perdigones.
Háte hecho Dios morena,
y tú quieres blanca hacerte
con el hisopillo fuerte
dando á tu casco carena
con aguas de solimán
y otros cebos y juardas,
que en tus escondrijos guardas
con más atencion que el pan.
Negra blancura y beldad
tan presa con alfileres,
¡oh, pobrecitas mujeres,
y qué grande vanidad!
Ni contentas con aquello,
ponen de las salserillas
color rojo en las mejillas,
do no quiso Dios ponello.
Del cual badulaque y churre
es grande descubridor
el tiempo que hace calor,
que con el sudor lo escurre;
remediallo no pudiendo
con el viento que se están,
no con poca ansia y afan,
con los ventalles haciendo.
Mas lo que es compasion,
que acostumbren estas cosas
tambien las que son hermosas
como las que feas son.
En lo cual muy bien se ve
mayor falta de juicio,
pues pecan de puro vicio,
sin por qué ni para qué.
Y estarán más obstinadas,
que aunque les diga san Juan
que más hermosas están
sin afeites que afeitadas,
no acabarán de creeros;
sino como el que traía
anteojos porque los vía
traer á los caballeros,
aunque le impedian ver,
se los encajaba; así
suelen las que digo aquí
con los afeites hacer.
. . . . . .
Por parecer delicadas,
van muchas (ved qué locura),
de apretarse la cintura,
enfermas y aterizadas.
Sin mil otras malatías
que padecen y flaquezas,
de jabonar las cabezas
con fortísimas lejías;
posponiendo (¡oh cuento bello!)
la sanidad y el vigor
de todo el cuerpo al color
del pellejo ó del cabello.
Nescísimas en aquesto,
porque no hay calamidad
que como la enfermedad
venga á malear un gesto.
Es todo un perverso error,
penoso y mal sufridero
para los cuerpos, empero
para las almas peor,
por los grandes daños que hacen
(que ya comencé á decillos)
en los flacos hombrecillos
que desas cosas se aplacen;
ultra de los propios dellas,
que no deben ser menores.
Mirad, por Dios, confesores,
bien esto para absolvellas.
Y no es menos de dolerse
el gran tiempo que se gasta
aderezando la pasta
que la tierra ha de comerse;
el cual debría emplearse
en componer y adornar
las almas con el ajuar
con que en el cielo ha de entrarse,
que es la gracia soberana,
virtud y merecimientos,
los cuales son instrumentos
con que la gloria se gana.
Hembras, pues si tanto amais
vuestros cuerpecillos caros,
que con menjujes tan raros
los regalais y afeitais;
por Dios, ved cómo los tales
gozar puedan los afeites
de la gloria y los deleites
de las bodas celestiales;
pues quien quiere los del suelo,
puédese mucho temer
que ha de venir á perder
los soberanos del cielo:
siendo terrible locura
perder bien tan inefable
por otro tan miserable,
vilísimo, que no dura.
Si la mujer entendiera
que tiene otra interior cara,
á fe que no procurara
tanto la que trae de fuera.
Mas hé recelo y temor
que por descuido y malicia
no ha llegado á su noticia
qué cosa es hombre interior.
Ni saben que el alma tenga
su cara, que es la conciencia,
no de mortal apariencia
que en tierra á tornarse venga,
sino eterna é inmortal,
do suele con aficion
enclavar su corazon
el Esposo celestial.
Cuando arreada y compuesta
de gracia y virtud se halla,
esta gusta Dios miralla;
esta, damas, esta, esta.
Porque desotra hermosura
que está en el terreno vaso,
no hace el Señor más caso
que de un poco de basura.
¡Ay me! Y desta que Él desprecia
vosotras mucho os preciais,
y la otra despreciais,
que su bondad tanto aprecia;
dejándola arrinconada,
cual trapo viejo, á un rincon,
tiznada como un carbon,
con mil pecados manchada.
¡Oh alma triste y mezquina!
¿Por qué os tratan tan mal?
¿Por que, siendo celestial
y á semejanza divina,
no ha vergüenza de poneros
el cuerpo, que es semejante
al de las bestias, delante,
y á vos por los trashogueros?
Es injuria manifiesta
que á la señora, á la hermosa,
traigan sucia y andrajosa,
y á la sierva vil compuesta.
Traicion é injuria brava,
que empleen estas traidoras
cada dia muchas horas
en componer á la esclava,
y que lleven de año á año
á la señora al pilar
de la penitencia, á dar
un apresurado baño.
Mas ¿qué diré de los trajes,
galas y curiosidad
con que son de vanidad
hechas vivos personajes?
Digo las que se engalanan
con adornos tan sobrados,
que á los retablos sagrados
de los templos se la ganan;
pues tal hay que largamente
vestir cien pobres podria
con el oro y pedreria
que viste supérfluamente.
A las personas reales
saco aquí, que por razon
de representar quién son
están bien adornos tales.
Pues no soy tan desbocado
que me entrometiera en eso,
sino donde siento exceso
de cada cual en su estado.
Porque, por nuestros pecados,
infinitas debe haber
que no tienen que comer
y quieren vestir brocados.
Exceso muy de llorar
tener tal cuidado y costa
con una cansada posta
que va á dar al muladar.
¡Ay de mí! Una criatura
caduca, hedionda, doliente,
que le es fuerza brevemente
podrirse en la sepultura

y entretener los gusanos,
¿qué ha menester tantos trajes,
dijes, afeites, plumajes,
ambares y adornos vanos?
Mas aún falta que roer
de otro hueso (¡oh extraño embuste!)
que haya casado que guste
que se afeite su mujer.
Y que haya asimismo quien
de su mujer apetezca
que esté ó vaya do parezca
á los otros hombres bien.
¡Oh gente de baja raza,
que no alcanza su ruderа
que la mujeril flaqueza
no ha menester ahagaza;
antes fuerte traba y freno,
silencio, labor, clausura,
y aun ojalá y gran ventura
si vinieren á lo bueno!
. . . . . .
Mas quiero quedarme aquí,
que veo una flota gruesa
de gente, aguzando apriesa
sus navajas contra mí;
y por ahorrar de miedo
muchas viudas y doncellas,
con que están si diré dellas
lo que ellas saben que puedo.
De lo cual alzo la mano:
porque pensar en un dia
decir todo lo que habia
fuera pensamiento vano.

DAMIAN DE VEGAS

NOTAS SOBRE EL JAPON

IV

Estanos examinar las consecuencias morales de la revolucion japonesa. Pero antes debemos notar que no son las transformaciones morales como los cambios puramente políticos que modifican las instituciones civiles de un país. Una victoria, el genio y la audacia de un hombre bastan para obrar esos cambios, como hemos hecho notar en la exposicion de los principales acontecimientos que han señalado la historia del Japon durante esos últimos años, pero sólo el tiempo puede realizar esas transformaciones morales que hieren los entendimientos y corazones de todo un pueblo. Así, pues, debemos estudiar en su orígen el cambio que la nueva situacion política del Japon debe introducir en la vida intelectual y moral de ese país.

Los tratados concluidos entre el Japon y las potencias occidentales han habierto á los pueblos extranjeros las puertas de aquel Imperio, y por consiguiente la civilizacion pagana se ha puesto en contacto con la civilizacion cristiana. Es, de grado ó por fuerza, la civilizacion cristiana sustituyendo con el tiempo á la civilizacion pagana. Que se opongan mil obstáculos á esta invasion; que las preocupaciones del pasado y las vacilaciones del presente retarden el triunfo de la idea cristiana; no por esto es menos seguro este triunfo, y añadirémos que se impone á las exigencias de la situacion tanto cuanto es conforme con el carácter del pueblo japonés.

En su aislamiento secular el Japon, como la Roma antigua antes de penetrar en ella el Cristianismo, tenia su civilizacion. Las letras eran allí cultivadas: adaptándose al carácter belicoso de la nacion, la poesía cantaba y la historia referia las hazañas de los héroes, mientras el arte dramático popularizaba su recuerdo. La industria, aplicada á necesidades muy limitadas, proveia suficientemente á las del país. Las artes eran cultivadas, pero sus producciones han debido la buena acogida que en Europa se les ha dispensado, más á su originalidad que á la idea que las ha concebido y á la habilidad con que han sido ejecutadas. Los conocimientos científicos se reducian á algunas nociones muy incompletas, sacadas de las traducciones de libros holandeses y sobre todo importadas de China. La filosofía se reducia, para la clase menos instruida, á las doctrinas budhistas; mientras los libros de Confucio y de los demás filósofos chinos estaban en manos de los que aspiraban al título de letrado. En el fondo, la clase más instruida hacia profesion de panteismo, de materialismo y de ateismo.

Si examinamos las costumbres, vemos al lado de virtudes naturales incontestables una licencia sin límites y descarada. Verdad es que leyes draconianas aseguran la fidelidad de la esposa, pero ninguna impone esta fidelidad al marido. La autoridad es respetada, pero no tiene límites. En la sociedad el príncipe puede disponer á capricho de la vida y fortuna de sus súbditos: en la familia el padre, y en su defecto el primogénito, ejerce poder absoluto. Hé aquí el derecho. Sin embargo, el japonés tiene generosidad, y cuando sabe dominar sus pasiones no abusa de esta autoridad que la ley ó el uso le confieren. El amo se muestra bueno con sus criados; el padre ama á sus hijos. En cambio el criado es todo del amo; el hijo profesa el culto de sus padres hasta el punto de no querer, á veces, sobrevivirles, de vengar su muerte con peligro de su propia vida, y áun de expiar sus crímenes con su propia sangre.

Lo que falta á la civilizacion japonesa como á toda civilizacion pagana, por perfecta que se la suponga, es la fé, la esperanza, la caridad cristiana. Acaso estas líneas harán sonreir á más de un político de nuestros dias, pero ¿qué importa? Para muchos ser civilizado consiste en tener ferro-carriles, telégrafos, vapores, armas perfeccionadas; en adoptar nuestro traje, tomar nuestras costumbres. Pues bien; esta fe que eleva nuestros entendimientos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestro principio y de nuestro fin, que nos revela el secreto de nuestra grandeza y de nuestra nada, que nos explica el orígen de todo poder en la tierra, las condiciones segun las cuales debe ejercerse, la medida en la cual debe imponerse sin destruir el dogma de la igualdad humana, dogma que tiene por fundamentos un comun orígen, una comun naturaleza y un comun destino; esta fe faltaba á la civilizacion japonesa. Faltábale para dictar á sus leyes sanciones menos crueles; para inspirar á los particulares el respeto á la vida y á la moralidad de sus semejantes.

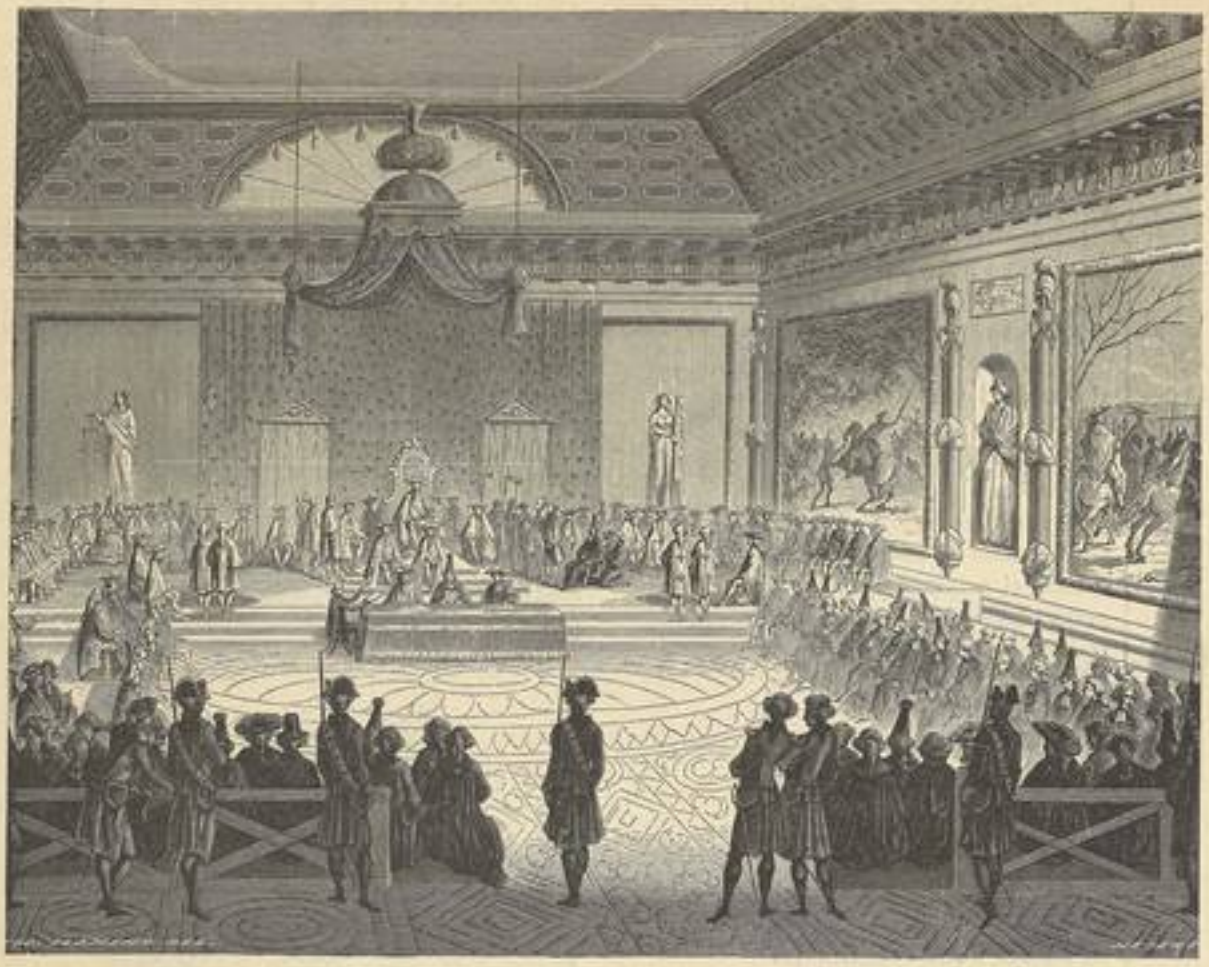
Si á su afan de gloria, al respeto de sus tradiciones y á su bondad de carácter hubiesen añadido los japoneses el estímulo que al hombre da la esperanza de una felicidad eterna, no hay duda que ese pueblo hubiera sido capaz de las virtudes más heróicas, tales como las practicaban los confesores y los mártires de la Iglesia del Japon.

En fin, lo que faltaba al Imperio japonés, y que no puede encontrarse fuera del Cristianismo, es la caridad, el amor de Dios, y en Dios el amor del prójimo. Una sociedad pagana, en el Japon, por ejemplo, puede á veces ser capaz de grandes sacrificios; puede sentir compasion por los infortunados, aliviar sus miserias, dar de comer al hambriento, etc. Pero la civilizacion pagana nunca ha sabido comprender y sobre todo practicar el perdon de las injurias, el amor á los enemigos; nunca ha podido producir un Vicente de Paul, ni formar una Hermana de la Caridad.

Nuestras legislaciones, nuestras costumbres y nuestras doctrinas están impregnadas de los principios del Cristianismo, principios de que la sociedad moderna puede renegar, pero de los cuales no podrá deshacerse. Penetrando más ó menos en el Japon, nuestras legislaciones, nuestras costumbres, nuestras doctrinas, han importado allí algo de estos grandes principios de la civilizacion cristiana; y sin advertirlo, y acaso á pesar suyo, el Japon comienza á cristianizarse. Las leyes se suavizan; un nuevo código debe reemplazar al que los usos y muy frecuentemente el capricho y la tiranía habian dictado: la justicia ha sido sustituida á la arbitrariedad, y tribunales regulares sustituyen á los pretorios, en donde muchas veces la tortura y la corrupcion jugaban un papel inícuo. El oprimido podrá apelar de un tribunal inferior á otro superior, y la sentencia que absolverá ó condenará al acusado deberá ser conforme á las leyes. Iguales delante la ley, los japoneses de todo estado y condicion recibirán justicia con igualdad, y las dignidades lo mismo que la fortuna no deberán encubrir culpabilidad alguna.

Con objeto de amparar la moralidad pública el Gobierno japonés ha adoptado ya y comenzado á aplicar medidas sábias y prudentes. En muchas ciudades ha puesto un término á esa ostentacion de desnudeces y obscenidades que ofendian las miradas del extranjero que llegaba al país. Leyes especiales han puesto fin al odioso tráfico que miserables padres hacian de la virtud y vida de sus hijos.

NECKER, PRIMER MINISTRO DE LUIS XVI



ASAMBLEA DE LOS NOTABLES EN TIEMPO DE LUIS XVI

Pero al lado de estas mejoras debemos señalar algunos peligros que pueden llevar el Japon á una completa ruina. Al borrar ó cuando menos aproximar las distancias sociales; al quitar á la autoridad lo que tenia de excesivamente arbitrario y feroz, y á la obediencia lo que tenia de demasiado servil, los hombres de Estado japoneses no han cuidado bastante, á nuestro juicio, de dejar á la autoridad lo que necesita indispensablemente para ejercer sus derechos é inspirar el respeto y la confianza. Quédale sin duda la fuerza, pero su empleo no está exento de todo peligro, y dia viene en que se muestra impotente por sí sola para refrenar las pasiones. En otro tiempo el shintoismo divinizaba el poder, y el sentimiento religioso, mejor aún que el temor, mantenia al pueblo en la obediencia. Hoy, al mismo tiempo que las ideas de independencia penetran por todas partes, el sentimiento religioso va debilitándose; y si no viene el Cristianismo á reavivarlo y purificarlo, cercano está el dia en que el pueblo japonés, rompiendo su ídolo de antaño, sumirá al país en la más completa anarquía.

Por otra parte, el progreso material ha creado ya y crea todos los dias necesidades nuevas; y para satisfacer las exigencias que impone á la nacion y á los particulares, necesítanse recursos que el país no puede proporcionar sin dificultad. Si la moneda ha sido transformada, no se ha hecho más abundante; ha sido preciso emitir enormes cantidades de papel; y si sobreviene una de esas crísis que el curso natural de los acontecimientos puede acarrear, ó que una de esas ambiciones tan frecuentes en nuestros dias puede precipitar, la fortuna pública se hundirá con el crédito que constituye todo el valor del papel japonés.

Otros peligros podríamos señalar, pero esto nos llevaria demasiado léjos, y concluirémos deduciendo de todo lo dicho que para evitar estos peligros el Japon necesita cristianizarse. Solamente el Catolicismo puede realzar el poder, robustecerlo y atraerle el respeto y la confianza; sólo él puede conciliar los derechos de gobernantes y gobernados con sus deberes, y de esta manera cerrar la puerta á revoluciones que serian la ruina del Japon.

EL CICLON DE GRANADA

Los periódicos de aquella ciudad vienen llenos de detalles sobre el huracan que con espantosa violencia se dejó sentir en ella el 17 del actual. Reproducimos á continuacion solamente algunos, tomándolos de *El Defensor*.

«A las once y cuarto de la mañana dejóse sentir un extraordinario ruido, al mismo tiempo que una furiosa tromba de aire, envolviendo los edificios, hacia crugir las vidrieras de los balcones, cuyos cristales se rompian con estrépito y caian en las calles como una lluvia.

»La duracion del fenómeno fué muy corta; apenas llegaria á quince segundos. Se sintió primero un muy fuerte viento; calmó un instante y se reprodujo inmediatamente con tal violencia, y produciendo en los edificios tal estremecimiento que muchas personas pensaron que lo que sentian era la convulsion de un terremoto. Aquel fragor, aquel ruido de puertas que se cerraban violentamente y de cristales que caian hechos polvo, pusieron en alarma á toda la ciudad.

»La plaza de toros ha sido destruida, materialmente hecha añicos, pues esceptuando la obra de silleria, no ha quedado allí nada en pié.

»El ciclon ha producido grandes estragos, ha hecho destrozos de verdadera importancia en el bosque de la Alhambra, del que puede decirse que ha quedado arrasado en más de una tercera parte de su frondosa arboleda.

»Añosos y corpulentos árboles han sido arrancados de cuajo, levantando las raices consigo el pavimento empedrado en grandes bloques que miden dos y tres metros de diámetro y otros dos metros de altura. Los troncos atravesados y las grandes zanjas que al desarraigarse los árboles se han abierto, imposibilitan por completo el tránsito por aquel sitio.

»El núcleo del siniestro ocurrido en el bosque de la Alhambra, siniestro que tardará muchos años en repararse y que ha mermado considerablemente la hermosura de aquel sitio, está en el largo paseo que conduce desde el hotel de Siete Suelos á la puerta de los Carros.

»En el cármen de D. Eduardo Alvarez de Toledo, el ciclon ha producido tambien muchos destrozos. Un secular ciprés que descollaba sobre el secano, ha sido arrancado.

»En el cármen de D. Mariano Jimenez ha sido arrancada una gran higuera, á pesar de que este árbol estaba resguardado por la tapia divisoria del huerto.

»La veleta de hierro y el para-rayos de la iglesia de Santa María han sido doblados casi en ángulo recto por la fuerza del huracan.

»Las grandes macetas del mausoleo de la Vírgen del Triunfo *botaban* del suelo, impelidas por la fuerza del huracan, y quedaron trepadas.

»En el jardin botánico se hizo dos pedazos uno de los mejores árboles que habia, se desgajaron algunas ramas de otros y se han tronchado no pocas plantas.

»Estando para bajarse de un coche el médico D. Enrique Guerrero á la puerta del Gobierno civil, el huracan retiró al vehículo seis ó siete metros del sitio en que se hallaba, y destrozó las guarniciones y arreos del caballo.

»En el paseo de la carrera se han despojado muchos árboles; de uno de ellos que hay junto al puesto de agua, se ha desprendido una gran rama, que presenta el corte con la exactitud que pudiera haberse hecho al podarlo.

»Una de las chimeneas de la casa del señor Agrela, donde está establecido el almacen de tabacos, vino abajo, cayendo en la *toldilla* que hay á la puerta de dicho almacen.

»En el Humilladero han sufrido mucho todos los árboles que circundan la plazoleta, dos de los cuales fueron arrancados de raiz.

»En el paseo de la placeta de Gracia, han sufrido muchos destrozos los grandes álamos que circundan la plaza, que ha quedado cubierta de ramas.

»Los toldos de los patios del Mercado de San Agustin han quedado hechos girones y arrancados los alambres que los sujetaban.

»Las campanas de Santa Escolástica sonaron al ser impelidas por el viento.

»De las torres de la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias vinieron á tierra varias tejas. Una de las campanas de dicha iglesia, impelida por el viento, dió varios toques.

»La cornisa de piedra de la iglesia de San Jerónimo, hoy cuartel de caballeria, ha venido á tierra con gran estrépito, así como algunos trozos de la media naranja de la antigua iglesia de San Felipe.

»En el taller de fundicion de D. José Pastor y Compañía, en el barrio de la Vírgen, una chimenea de vapor fué arrancada de su sitio, causando en su caida algunos destrozos en los tejados.

»La caseria de la Campana, propiedad de D. Ildefonso Cuiral Amigo, ha sufrido grandes destrozos. La mayor parte de los olivos fueron arrancados de raiz. Los tejados de la casa quedaron destruidos, y las puertas y ventanas volaron por los aires.

»El tinglado de zinc de la sala de hornos de la fábrica del gas, fué arrancado por el viento con tal fuerza, que cayó á más de 40 metros de distancia.

»El viento arrancó el kiosko que cubria una escalera de la casa n.° 7 de la calle de Cuenca, y cruzando por la esquina de la casa del señor Duarte, atravesó la carretera de la ronda y fué á parar al huerto que tienen enfrente las Hermanitas de los pobres.

»El ciclon produjo en las principales calles de Granada un movimiento general de pavor en el público, pues el ruido era imponente y semejante al de un terremoto.»

SECCION RECREATIVA

CHARADA

Aunque en médica carrera
soy *dos tercera*, lector,
me curo cierto dolor
causado por *tres primera*.
En mi *tercia*, *dos* y *prima*
viajo feliz y contento.
El *todo* es ajuar de estima,
de oraas lleno, un portento.

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 18

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

COMODORO

JUEGO DE AJEDREZ

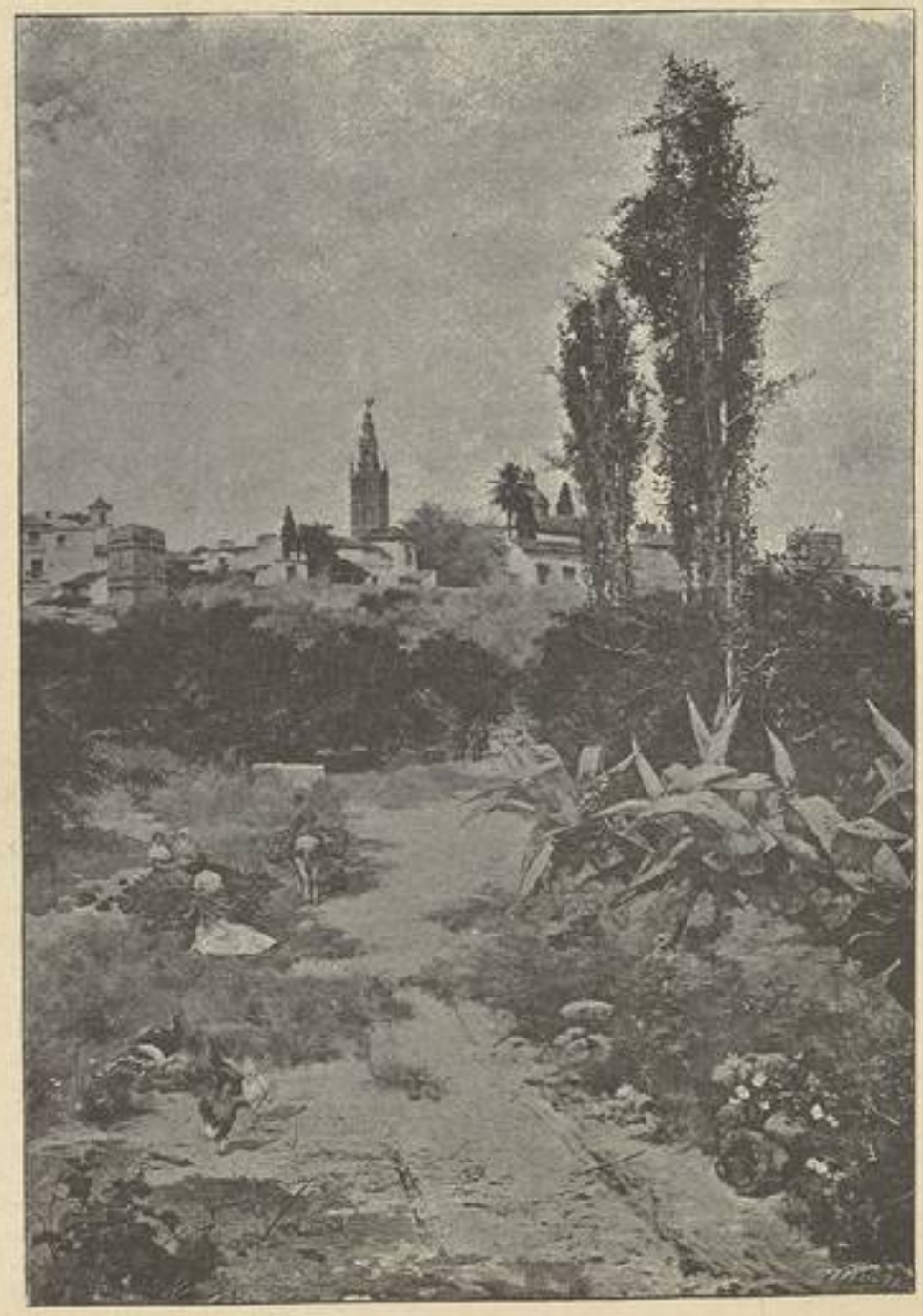
PROBLEMA NÚM. 17

Blancas.	Negras.
1. A G4-A6	1. P C7-C6
2. T B7-B6	2. R A3+B3
3. T C2-C3 mate.	2. C D5+B6
3. A A1-B2 mate.	2. P A4+B3, etc.
3. T B6-A6 mate, etc.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 7 DE SETIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 89



AFUERAS DE SEVILLA (CUADRO DE GARCÍA RODRIGUEZ)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La guerra europea*, por M.—*Los hombres inútiles*, por Ildefonso Lopez de Hediger.—*La Revolucion del 89*, IV.—*El Liberalismo ante los principios religiosos* (continuacion), por Walker Martinez.—*Venció el más bruto.—La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion), por el P. Franco.—*¿Qué dirán?—¿Quién es Dios?* (poesía) por José Zorrilla.—*San Vicente de Pual ¿fué francés?* por Ignacio Martin Esperanza.—*Miscelánea.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

Apuestas de Sevilla.—Copia directa de una fotografía que de dicho cuadro nos remitió el distinguido pintor sevillano Sr. García Rodriguez.

Revolucion francesa.—*Mocion de Camilo Desmoulins en el Palacio-Real* (12 de Julio de 1789).

La agitacion popular habia obligado al Gobierno á rodear á París de numerosas tropas. La Asamblea nacional, ante tales preparativos, pidió al Rey que las mandase retirar, y Luis XVI contestó evasivamente. Necker, ministro á la sazon muy popular, habiendo desaprobado las medidas tomadas por el Gobierno, cayó en desgracia. A esta noticia, un desconocido que más tarde se intituló procurador general de la Linterna, Camilo Desmoulins, subido á una mesa, arengó al pueblo en el Palacio-Real y excitóle á tomar las armas contra la tropa que «aquella misma tarde (decia mintiendo) debia llegar del Campo de Marte para degollar á los parisienses.» Y sacando dos pistolas gritó: «¡Imitenme todos los ciudadanos!» Así quedó convertido el Palacio Real en centro de la insurreccion. (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

Revolucion francesa (12 de Julio de 1789).—*El pueblo obligando á cerrar el teatro de la Opera.*

Despues de la mocion de Camilo Desmoulins llegó á su colmo la efervescencia popular. El furor causado por la marcha del ministro Necker subió de punto al saber que los espectáculos estaban abiertos y muy concurridos. Al punto decidió hacerlos cerrar la muchedumbre agolpada en el Palacio-Real. Acudieron á los sitios de espectáculo, intimándose en nombre del pueblo á todos los concurrentes á evacuarlos. Ningun incidente grave ocurrió entonces. Pero en la Ópera sobre todo, donde concurría la clase rica, fué donde la plebe dió curso á las mayores insolencias, haciendo desfilar á los espectadores, reos del crímen de amar la música, entre dos largas hileras de gentes descamisadas, que pretendian representar la virtud y la civilizacion persiguiendo... á los violines. (Ch. de Hericault).

Revolucion francesa (12 de Julio de 1789).—*La Guardia francesa salvando á su coronel, M. de Chatelet, en un tumulto popular.*

El duque de Chatelet, coronel de la Guardia francesa, era objeto del ódio popular por haber hecho inútiles los esfuerzos de los que intentaban sobornar la fuerza de su mando. El mismo dia en que comenzó la insurreccion, habiendo sido reconocido y perseguido por una numerosa turba de revoltosos, tuvo que refugiarse en el cuartel de la misma Guardia. Los individuos de ésta, obedeciendo una vez postrera al honor militar, defendieron á su jefe y pusiéronle á seguro en el cuartel general. (Ch. de Hericault).

Reposicion de Cristóbal Colon (cuadro de Francisco Jover).—Entre el sinnúmero de amarguras y contrariedades que abrevaron los dias del gran Colon no fueron de las menores las que le ocasionaron durante la época de su mando en las tierras por él descubiertas el ódio y la envidia de sus contrarios, siendo el resultado final que se le mandase á España cargado de cadenas. Pero á la sazon reinaba Isabel la Católica, quien hizo justicia cumplida al insigne descubridor del Nuevo Mundo.

A la sombra del Árbol (composicion de Camberoni).

Puerta bizantina de la catedral de Valencia.—Grande y suntuoso cual corresponde á su alta categoría, es el templo de la metropolitana de Valencia; pero nuevo en sus formas y de un estilo diferente del que se observa en los demás de su clase, causa un efecto agradable, aunque no se encuentre en él la severidad de los antiguos templos góticos. Data su primitiva construccion del tiempo de los romanos, que lo tenian consagrado á Diana: los godos lo consagraron al Salvador; los árabes lo profanaron convirtiéndolo en mezquita; en la primera conquista de Valencia se le dió por el famosísimo Rodrigo Diaz de Vivar la invocacion del apóstol san Pedro, y por último Jaime I lo consagró á María Santísima. Derribada por su mal estado esta iglesia, empezó su reedificacion en 22 de Junio de 1262, continuando las obras con más ó menos lentitud, no terminándose hasta principios del siglo pasado. El interior de la catedral consta de tres naves formadas por 25 bóvedas que descansan sobre 42 machones cuadrados, los cuales presentan á cada frente dos pilastras con capiteles corintios.

Don Cárlos Walker Martinez, célebre orador y entusiasta defensor de la causa del Catolicismo en Chile.—Véase su discurso *El Liberalismo ante los principios religiosos*, que estamos publicando.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Los crímenes de la Beneficencia.—La realidad de la miseria pública.

La caridad secularizada sigue haciendo de las suyas.

Con harto regocijo del diablo, que se vale de la llamada filantropía liberal para acabar de dar tonos tétricos á los tiempos que padecemos.

Un periódico liberalísimo, de los de más copete y circulacion, tiró dias atrás de la manta que cubre los crímenes de la Beneficencia oficial, y, con motivo de hechos filantrópicos que ponen los pelos de punta, acaecidos en la provincia de Murcia, publicó unos trozos de prosa rotunda y expresiva, que no he podido leer sino detrás de un escalofrío.

Muchas veces me he ocupado en estas columnas en la suerte del niño expósito, considerado por la administracion liberal poco menos que como un bípedo implume, ó como un bicho improductivo. El hecho de que se dan casas de maternidad en que hay nodrizas que amamantan á cuatro ó más pobrecitos niños; la *razzia* de expósitos que hizo la muerte en la Inclusa de Ronda, que tuvo que cerrarse cuando no quedó en ella ni uno solo vivo, y otros horrores análogos, proclaman á grito herido la necesidad de que la caridad cristiana, hija del cielo, tome posesion de los asilos de la beneficencia oficial, convertidos en mataderos humanos.

Hoy no es ya sólo la voz de un reaccionario tozudo la que denuncia los crímenes de lesa-humanidad que perpetra la caridad secularizada: hoy se unen á la suya las de los mismos apóstoles del progreso nuevo, desalmado y sin Dios, en demanda de un poco de humanidad y de justicia para purgar á los hospicios liberales de los vicios de una administracion espantosamente malsana.

Y véase con qué elocuencia presentan la querella.

> Más de una vez (dice *El Imparcial*) hemos visto en pequeños pueblos de Castilla de qué modo se ejerce la caridad oficial con los niños expósitos. Entregados á nodrizas que viven en sus casas cobrando dos ó tres duros mensuales por la lactancia del niño abandonado, perciben sus haberes de un habilitado que las obliga á aceptarlos con mermas y descuentos ilegales. Así acrece su comision el habilitado, y, disminuido el salario de la nodriza, aumenta el hambre y las probabilidades de muerte del niño. ¿Fallece éste? Pues todo se reduce á que el habilitado pase un oficio á la Corporacion municipal ó provincial que paga, y que en la hedionda caja de la parroquia sea conducido á un hoyo del cementerio el cuerpecito flaco y lastimoso de la criatura. No se conmueve en su imperturbable solemnidad el funcionamiento de la sabia mecánica administrativa. En el negociado de demografía sanitaria se apunta un guarismo; y no hay mujer que pida con lágrimas de horror y fiereza de madre la vida de aquel niño. La criatura no tiene madre. Nadie se ocupa de ella.
>
> Ese habilitado, ese secretario de Ayuntamiento, ese presidente de Junta de Beneficencia—que de muchas maneras retumbantes se nombra el irregularizador,—ese protegido por la influencia de un cacique, es tal vez el agente electoral de un personaje, y por esa serie de irresponsabilidades que en la política española empieza en el fiel de fechos y acaba en una mayoría parlamentaria, si álguien se quejase no seria atendido, y las protestas y denuncias no prosperarian. No queda huella de esos abusos, y la habilidad del que se apodera del dinero de la caridad busca modo de que la impunidad le ampare.

De los párrafos transcritos se infiere que el mal es horrible y el remedio nulo.

Todo lo cual es perfectamente lógico.

Porque si el mal está engendrado por el liberalismo, que es la causa que lo produce, su propio fautor no puede ser medicina de sus estragos, porque no hay envenenamiento que se cure con el veneno que le causa.

Lo que dice, en puridad, el periódico liberalísimo es que el régimen á que presta sus inteligentes servicios, carece de eficacia y de fuerza para impedir los crímenes contra la caridad.

Más claro: lo que declara es que el liberalismo no tiene caridad.

Más turbio: lo que pregona es que el liberalismo no tiene entrañas.

Y se concibe.

Porque Dios es caridad, y el que tiene caridad vive en Dios; y el liberalismo propende á desterrar á Dios del mundo, sustituyéndole con el Estado omnipotente.

Y hé aquí la raíz de todos los males.

Donde se condena á Dios al destierro ¿qué extraño ha de ser que se nombre administrador de las casas de Beneficencia á un miserabilísimo ladron?

Y colocado un funcionario de ese gremio al frente de una casa-cuna ó de un hospicio, ¿qué extraño ha de ser que mire al expósito como á una res y se nutra de su sustancia?

Pero contra esta ponzoña hay una triaca maravillosa.

El mismo *Imparcial* dice dónde está, con las siguientes palabras:

> Hay sin duda establecimientos de Beneficencia bien administrados; hay asilos donde gerentes de suma caridad, virtuosos sacerdotes y religiosas llenas de abnegacion, no sólo cuidan con esmero de los bienes que se les entregan, sino que con sacrificios personales los acrecen. Para éstos, todo premio es pequeño, todo elogio es parco.
>
> Pero frente á ellos, como el mal frente al bien, se levantan esos otros depredadores, que emboscados en un reglamento ó bajo la salvaguardia de la influencia se enriquecen y medran á costa de los desvalidos.

No se puede reconocer por modo más efectivo la divina mision de la Religion.

De suerte que, segun *El Imparcial*, el remedio contra los crímenes de la Beneficencia liberal está en la Iglesia, cuya amorosa tutela para los desvalidos no ha sido sustituida por la filantropía de un régimen que convierte á los hospicios en mataderos de niños huérfanos, administrados por ladrones sin entrañas.

Todo se conoce y todo se confiesa: ¿cómo explicar la temeridad y pertinacia con que se sostiene este órden de cosas inhumano, sin dar por sentado que tanta perversidad se perpetúa á sabiendas?...

El alcalde *nuevo* de Madrid ha empezado á hacer estudios al vivo, como dice él, sobre la miseria pública.

Las *tardes del alcalde*, como han dado en llamarse aquí las que este funcionario dedica á oir las quejas y reclamaciones del vecindario, han puesto de relieve ante sus ojos un problema que él mismo considera insoluble: el de la miseria universal.

La característica de sus audiencias es, segun lo ha confesado por escrito, no la nota cómica, sino *la horrible*.

Porque no sólo van á verle el parásito, el holgazan, el vagamundo y el vicioso que cortan un pelo en el aire y no tienen ya que llevarse á la boca, sino el hombre de bien sin colocacion, el jóven y el anciano que no hallan trabajo, el padre de familia y el mozo enfermizo que no tienen casa ni hogar y viven en mitad de la calle, recostados de noche bajo cualquier cobertizo, rayando su lecho en el duro suelo.

El *nuevo* alcalde ha sorprendido todos estos tipos del cuadro del hambre, ocultos bajo la esplendorosa y riente superficie de las grandes capitales.

Tarde, para la edad que tiene, ha visto el alcalde *nuevo* ese cuadro que todos nos sabemos de memoria; y, segun las señas que da él, no ha acabado de profundizarle todavía, puesto que no

ha registrado las notas de impiedad que brotan de su fondo.

De manera que, segun el testimonio del novísimo tutor del pueblo de Madrid, tantas verbenas, tantas *juergas* como se han desollado en la Corte durante el estío, y tantas fiestas opíparas como durante el invierno y la primavera ha perpetrado la buena sociedad, no son más que el manto de púrpura con que se cubre la llaga pútrida de la miseria.

Todo esto era antiguo como el sistema; pero el alcalde lo recuerda, no sólo para expresar su tristeza y su sentimiento por ello, sino para decir que no lo puede remediar.

En lo cual no hay más que un consuelo, el de saber que el mal es de muchos y que impresiona fuertemente al nuevo funcionario.

Ya puede irse preparando á recibir impresiones, porque todavía le esperan muchas más fuertes si se propone bajar de la superficie al fondo de la prosperidad moral y material de la Corte: y ya puede irse convenciendo tambien de que los males que va á descubrir no tienen remedio.

Novedad vieja que tambien nos sabemos de memoria.

Pero semejante pesimismo no puede menos de estremecer, adarvar y espantar al más pintado.

Porque si es evidente que nuestras enfermedades no encuentran medicina que las alivie, por buena que sea la voluntad de nuestros médicos de cabecera, ¿qué hacemos aquí? ¿Qué esperamos? ¿cuál va á ser nuestro destino?

Morir de empacho de libertad, y...

¡Hasta ahí un fin lastimoso!..

LUPERCIO.

3 de Setiembre

LA GUERRA EUROPEA

Desde la hora infausta en que las rebeldías teológicas y políticas desencadenaron sobre Francia el torrente revolucionario que se desbordó por toda Europa, puede decirse que no ha existido un momento de reposo, y que, derribados los últimos baluartes sociales que las generaciones cristianas habian ido levantando en el transcurso de las centurias, las antiguas naciones católicas, heridas en el principio fundamental que les habia dado vida, comenzaron la triste historia de su disolucion, devoradas por luchas inacabables y por combates continuos. Socavados los fundamentos sobre que descansaban las naciones, el edificio social todo entero amenaza desplomarse. Conculcado el principio de autoridad en el órden religioso, á la guerra implacable de la impiedad disimulada y franca contra la Iglesia, sucedió lógicamente la guerra política primero, y la guerra social despues.

Así, desgarradas las naciones por las sectas, escuelas y partidos, han perdido su unidad, y el suelo de la vieja Europa asemejase á un inmenso campo de batalla en que luchan en revuelta confusion todos los elementos sociales sin llegar al término de la pelea ni conseguir el laurel de la victoria. Se ha ahuyentado la paz de los espíritus y el sosiego de los pueblos. En todos ellos se agitan cuestiones temerosas y sombrías, y allí donde las instituciones políticas no están sujetas á continuas zozobras se forja la discordia en los talleres y las fábricas, y estallan luchas de clase que suelen terminar en colisiones sangrientas.

Mirando hácia atrás no se ven más que lagunas de sangre y montones de escombros humeantes, mientras que adelante se presenta el horizonte orlado de nubes y resplandores siniestros.

Y á este cuadro pavoroso que ofrecen las revueltas interiores de los pueblos se unen las guerras exteriores con que mútuamente se destrozan.

Desde que hace un siglo se proclamó la fraternidad revolucionaria en el tablado de la guillotina, levantado sobre montañas de cadáveres, puede decirse que no ha pasado un lustro sin que algunos Estados descendiesen á la arena del combate á satisfacer sus rencores y resolver con la fuerza sus ambiciones.

Pero todas esas contiendas parecen vanos simulacros al lado de las tremendas catástrofes que amenazan caer sobre la sociedad europea en los momentos mismos en que muchedumbres envilecidas celebran con festivales aparatosos y ruidosas orgías el aniversario de aquel gran crimen, llamado revolucion francesa. Mientras que Francia se adormece entre placeres, y se envanece y deslumbra con engañosos resplandores, sólo se escucha á su lado el sordo rumor de los febriles trabajos con que se aperciben para la lucha sus poderosos vecinos. Todo parece anunciar que el estruendo de la batalla apagará los rumores de la bacanal revolucionaria. Lo que antes se presentaba como amenaza lejana parece, segun todas las señales, que se va á convertir en próxima realidad.

Los que trabajaban en silencio esperando la ocasion propicia, tienen terminada la organizacion de sus huestes y las disponen para el combate.

La visita del emperador Guillermo á Inglaterra y su alianza secreta con ésta, confirmada por los periódicos ingleses á pesar de las explicaciones evasivas de un ministro, y por la *Gaceta Nacional* al decir que la entrevista de Francisco José no ha tenido otro objeto que dar forma á los acuerdos adoptados con la reina Victoria; las revistas militares del emperador aleman en Strasburgo y Metz; la excursion del jefe del ejército prusiano, Waldersée, estudiando la topografía militar de Suiza para preparar, segun se cree, una invasion en Francia por la única frontera que apenas tiene fortificada; la ampliacion entre las potencias aliadas del *casus foederis;* las inspecciones de los arsenales y escuadra italiana hecha por Humberto, y la vigilancia del general Cosenz sobre los trabajos de fortificacion; la concentracion de tropas en las fronteras rusas, y finalmente la actividad febril con que las potencias aliadas hacen aprestos guerreros, son hechos que, juntos con otros de más importancia, demuestran que la guerra europea está á punto de estallar.

Comprometidas en ello, no sólo Alemania y Francia, sino Austria, Italia y Rusia, y quizá Suiza, y probablemente Inglaterra, Rumania y Turquía, tiene todos los caractéres de una conflagracion universal que puede cambiar la faz de Europa despedazando á las naciones vencidas en la contienda y aumentando con sus despojos el poderío de las vencedoras.

Las fuerzas colosales de Rusia y Francia, al chocar con los formidables ejércitos de Alemania, Austria é Italia, producirán sobre el suelo de Europa batallas y catástrofes de tal magnitud que para recordar algo semejante será preciso remontarse muchos siglos atrás en el curso de la Historia.

Pero, prescindiendo de los azares de la suerte, todo parece anunciar que la en otro tiempo nacion cristianísima va á sufrir la segunda y quizás postrera prueba á que la sujeta la Providencia como solemne expiacion de sus grandes crímenes y desórdenes revolucionarios.

La medianía y ruindad de los políticos franceses; lo inseguro de las instituciones republicanas; la carencia de generales esclarecidos ó de prestigios militares capaces de producir fascinaciones en el soldado, hecho que pone de resalto la vana popularidad de un hombre de tan pobre historia guerrera como Boulanguer, y la degradacion moral creciente de Francia, todo parece anunciar para la gran nacion de Carlomagno y de San Luis una fúnebre y luctuosa tragedia. Porque como contraste con esta triste realidad, Alemania (por no fijarnos más que en la directora de las potencias aliadas), al lado de la pasmosa sagacidad y del acendrado patriotismo de sus estadistas, ofrece en la esfera militar un Estado Mayor sin rival en el mundo, una organizacion acabada de sus temibles ejércitos, unas instituciones firmes y aseguradas con los prestigios de las victorias y libres de la lepra parlamentaria, que esteriliza toda accion política, y como resultado de todo esto una fuerza que parece tener encadenada la fortuna. Francia, vencida y humillada á los piés del invasor germano, no por debilidad de sus hijos, sino por el rebajamiento de sus políticos, y en justa expiacion de los crímenes revolucionarios, que conmemora con apasionamientos sectarios, puede ser en los divinos designios como el solemne estremecimiento que despierte á los pueblos europeos del letargo de la impiedad y los haga volver al hogar olvidado de la fé católica, á que deben sus maravillas y grandezas, y hasta los fundamentos en que todavía se levantan y aún no han destruido con feliz inconsecuencia.

Quizá no esté lejana la hora en que el jóven guerrero germano contemple desde lo alto de la torre Eiffel las últimas llamaradas del incendio extinguiéndose sobre el monton de pavesas á que quede reducido lo que algunos han llamado la Babilonia moderna, y otros, con más exactitud, la Universidad de los siete pecados capitales.

Acaso sea necesario que termine así la historia comenzada entre los charcos de sangre de la guillotina para que Europa aprenda á despreciarla. El dia siguiente de la catástrofe puede ser el de la reconciliacion de Francia con la Iglesia y la Monarquía, y por lo tanto el dia de su rehabilitacion y el comienzo de nuevas grandezas que eclipsen sus desventuras.

Lo que de todos modos parece averiguado, es que el centenario de la revolucion francesa no se celebrará sólo con orgías, sino tambien con batallas. Lo que comenzó con sangre y ruinas debe terminar con ruinas y sangre. Así la leccion será provechosa.—*M.*

LOS HOMBRES INÚTILES

¿No los conoceis? Pues, mirad, están en todas partes. El mundo los abriga en su seno con excepcional abundancia, únicamente comparable á aquella con que crecen en un campo abandonado las malas yerbas. Y ellos son, ciertamente, una de las mayores plagas que pesan, con peso abrumador y cuasi insoportable, sobre la sociedad actual. Porque, no sólo son absolutamente estériles para el bien, sino que estorban é impiden la realizacion de las empresas más nobles y más beneficiosas á la humanidad, que iniciaran y persiguieran espíritus elevados y generosos.

En ningun caso pudieron aplicarse con mayor exactitud las sublimes palabras que pronuncia la Iglesia el Miércoles de Ceniza para recordarnos que somos polvo: *memento, homo, quia pulvis es;* pues los *hombres inútiles* se abaten hasta el último de los abatimientos y se degradan hasta la última de las degradaciones, y con locura sin igual hunden en el cieno esa frente noble y altiva hecha para mirar á los cielos; renegando así, para rendir vil culto á la materia con todas sus pequeñeces y sus concupiscencias, de las grande-

REVOLUCION FRANCESA.—MOCION DE CAMILO DESMOULINS EN EL PALACIO-REAL.

(De un dibujo de la época)

zas nobilísimas é incomparables del espíritu.

Hay, en efecto, hermanos nuestros que tienen cabeza poderosa y pluma feliz, y ni estudian, ni escriben, ni trabajan, dedicando su actividad y empleando sus altas dotes en tontas y miserables frivolidades.

Dueños son muchas veces de valiosos elementos, gozan de vigorosa salud y pingües intereses, y dejan á los pobres, á los valetudinarios, que impulsen obras grandiosas y colosales.

Un joven perdido y calavera disipará el caudal y manchará el nombre de sus mayores, mientras un pobre anciano octogenario dirigirá empresas sublimes como Lesseps, ó ejercerá predominio é influencia importantísima en la política como Gladstone, ó gobernará tan sabia como prudentemente á los pueblos como Vicario del Altísimo y combatirá con todos los enemigos de la Iglesia, cual Leon XIII.

Los *hombres inútiles* no sólo no hacen nada, sino que impiden que otros hagan. Hombres de la indiferencia, hombres sin fe, son hombres de intereses; les horroriza el trabajo y les espanta la lucha. Viven mucho, si antes no les mata el egoismo, que tambien el egoismo mata y consume. Les repugna otorgar un favor, y no le dan al prójimo ni una plegaria, ni una moneda, ni un consejo. En los dias de prueba, de ellos salen los traidores y siempre los cobardes. Son los hombres del *yo*, y el Señor en la última hora les perderá, porque no glorificaron su santo nombre, é idólatras insensatos, se adoraron á sí mismos.

¡Oh, si pudiesen apreciarse los daños que padecen la religion, la humanidad y el derecho por su culpa! ¡Si fuese dable contar los esfuerzos que se pierden por su incalificable inercia y que, aprovechados en favor de la buena causa, darian sin duda por resultado su inmediato y definitivo triunfo! ¡Qué responsabilidad tan tremenda, qué deuda tan abrumadora contraen estos hombres con la justicia de Dios!

¡Ah! Levantad los ojos al cielo y trabajad cuanto podais por la verdad: no querais imitar á los *hombres inútiles*, los cuales son como el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia; que el Omnipotente en la hora postrera y aún en esta vida recompensará y premiará los trabajos hechos por su gloria.

ILDEFONSO LOPEZ DE HEDIGER.

LA REVOLUCION DEL 89

IV

Que los malvados sean algunas veces en las manos de Dios instrumentos de los cuales se sirve para castigar á otros hombres, si no más, por lo menos igualmente culpables, es una verdad que no puede ponerse en duda sin negar aquella providencia de justicia que es uno de los atributos de Dios.

De igual manera, cuando las naciones han caminado por las sendas oblícuas y tortuosas de la iniquidad hasta el punto de hacer necesario el castigo del cielo, y Dios ha decidido volverlos á traer al buen camino por medio del castigo y la humillacion, derrocando los tronos y rompiendo como varas los cetros para llevar á cabo estas terribles venganzas, ¿no es obvio en la Historia que el instrumento ordinario de que se sirve es la mano de hombres perversos é infames, de crueles tiranos, de aventureros y conquistadores feroces, á quienes ninguno se atreve á resistir porque ellos son ejecutores de un juicio divino que ha de cumplirse inexorablemente? Sino que, mientras la ignorancia é imbecilidad humana se extasía ante los afortunados y prósperos sucesos de estos ejecutores de la justicia divina, hélos que desaparecen como un relámpago de la faz de la tierra en medio del estupor de sus mismos adoradores y cortesanos, puesto que está escrito: «He visto al impío exaltado como los cedros del Líbano, y pasé y ya no existía; busquélo, y no se halló ni aun el lugar en que se encontraba.» De donde dijo bien Hesiodo, «que el delito es ante todo funesto para su autor, y que todo el que intenta perder á los otros se pierde á sí mismo.

Y esto precisamente acaeció en Francia. De todos los hombres que en las manos de la justicia divina fueron el azote de la gran prevaricadora, no hubo ni uno solo que escapase á la inexorable ley del talion; no hay uno solo que, despues de haber consumado la ruina de los demás, no

REVOLUCION FRANCESA.—CIERRE DE LA ÓPERA POR EL PUEBLO AMOTINADO

(De un dibujo de la época

cayese en las manos del Dios vivo, porque como dijo Platon, *no hay delito que no vaya seguido de la pena hasta en nuestra vida*.

La Historia, gran maestra de la vida, enseña con sus hechos que con Dios no hay burla posible. Y parece mentira que el hombre, despues de tantas lecciones, se obstine en caminar con tanto regocijo por las sendas del crímen, halagado por la falaz esperanza de una momentánea impunidad. ¡Parece increible cómo, despues de tantos hechos, no adviertan ya los impíos y los malvados que la justicia de Dios viene detrás de las malas acciones, y que su espada invencible puede retardar su venganza, pero en ningun modo deja de llegar! La Historia sagrada y la profana, la antigua y la moderna, ¿por ventura no son una prueba continua de esta providencia de justicia que Dios ejercita en el mundo?

Cuando vemos al pérfido Aman cargar el yugo sobre la cerviz de los hebreos, coronarse de gloria y poco menos que saltar de regocijo en su solio; cuando le vemos expedir aquellas órdenes por las cuales en breve serian atormentados tantos infelices, experimentamos en el corazon una sensacion de angustia; mas al verle al dia siguiente en el patíbulo preparado para el inocente Mardoqueo, ya nos arrepentimos de nuestra poca fé y confesamos la providencia de Dios. Y cuando vemos á la sanguinaria y usurpadora Atalía muerta por órden del único príncipe que pudo escapar de la horrible matanza de 60 hijos de reyes, y la misma tierra que absorbió la sangre de Naboth absorber poco despues la del tirano Achab, entonces sentimos que el libro se estremece en nuestras manos, y confesamos que existe una justicia vengadora.

Tarea inacabable seria pasar revista á los tremendos ejemplos que nos ofrecen los pasados siglos en que la hoja de la espada divina traspasó terriblemente las entrañas de los impíos. ¿Quién ignora el triste fin que tuvieron los perseguidores de la Iglesia? Calígula asesinado, Agripina degollada, Neron suicida, Galba destrozado, Oton, Vitelio, Sabino, Pertinax, todos de un modo ó de otro, probaron la mano de Dios á semejanza de Juliano el Apóstata.

Léase el triste fin de Arrio, de Nestorio, Pelagio y Lutero; el de Enrique VIII, que murió presa de la más hedionda gangrena; de Isabel, que rechazó furiosa las medicinas para darse la muerte; de Voltaire, que hizo estremecer de horror y de espanto á su médico; de Napoleon I, que aprisionado en Santa Elena sufrió dolores y torturas morales mucho más atroces que las que habia causado á Pio VII en Savona y Fontainebleau. Dígasenos, por tanto, si no tenemos razon al creer firmemente en aquel Dios que «arma las criaturas para tomar venganza de sus enemigos.»

Pero lo que es singular en el solemne juicio de Dios sobre los principales y más feroces actores de la revolucion francesa, es verlos matarse mutuamente unos á otros, de tal suerte que aquellos que el dia anterior condenaban á la guillotina, caian al dia siguiente en manos del mismo verdugo que habia obedecido sus órdenes. La Revolucion se devoraba á sí misma, ó bien, como Neptuno, devoraba á sus propios hijos. ¿Quién habia servido á la Revolucion mejor que el duque de Orleans? ¿No habia votado él tambien la muerte de su real primo? ¿De qué le sirvió esto? Hecho sospechoso á los girondinos primeramente y á los jacobinos más tarde, fué condenado á perder la cabeza en el patíbulo despues de haber sido arrastrado por las calles de París como un malhechor de la peor especie. Su suerte, aunque desgraciada, no produjo la más pequeña impresion en el ánimo de aquellos que reprobaban la crueldad de los revolucionarios, y el verdugo que le cortó la cabeza dicen que exclamó: «¡Bien le está!»

Si Carlota Corday no hubiera asesinado á Marat, ¿es de creer que este mónstruo hubiera escapado á la suerte que cupo luego á Dantón y Robespierre, que formaban con él un triunvirato de sanguinarios como nunca se vió en el mundo? ¿Y no fué él quien se atrevió un dia á reprender á sus amigos por no creer que era un buen principio cortar 500 cabezas? ¿Él, que en su periódico incitaba á los franceses á nuevas sublevaciones y aconsejaba á la Convencion que proscribiese á 250,000 ciudadanos, y cuando la execracion general pedia el proceso y la muerte de este hombre él se defendia, no ya negando, sino justificando sus principios, haciendo alarde de una increible desvergüenza y su espantoso cinismo?

REVOLUCION FRANCESA.—LA GUARDIA FRANCESA SALVANDO Á SU JEFE DE UN TUMULTO POPULAR

(De un dibujo de la época)

Su muerte, causada por la mano de una imbécil mozuela infatuada de ideas paganas, fué, es verdad, honrada como la de un santo; pero ¿qué importa? Aún no habian pasado cinco meses, y su estatua y cenizas, sacadas del Panteon, fueron destruidas.

¿Quién no siente que se le hiela la sangre solamente al oir el nombre de un Mailiard?

Maillard, el encargado de prepararlo todo para la matanza de 1792; Maillard, que asesinó por medio de sus sicarios á 224 sacerdotes en la iglesia del Carmen; este mónstruo con figura de hombre, ¡cómo vino á morir! En un hediondo y lóbrego calabozo de Burdeos, roido de gusanos y blasfemando diabólicamente de su Creador.

Y escuchen ahora los enemigos y perseguidores de los sacerdotes de hoy dia cómo fué tratado aquel Manuel, procurador y síndico de París, el cual con Marat y Legendre, juzgando demasiado dulce el decreto publicado por la Asamblea legislativa contra los sacerdotes fieles al juramento, los hicieron asesinar bárbaramente. Eran 200, y entre ellos habia algun obispo, y ninguno se escapó á la matanza, que fué ejecutada por mandato de este impío al grito de «¡Malvados! al fin ha llegado el momento de castigaros.»

Traido delante del tribunal revolucionario, ¿de qué acusaron al tal Manuel? ¿Quizá de haber favorecido aquella sacrílega hecatombe? No, sino de haberla favorecido con el propósito de insurreccionar los departamentos contra París. La acusacion era falsa, pero fué merecida la condena, porque escrito está que el que á hierro mata á hierro muere.

¿De qué sirvió á Dantón, ebrio de sangre, embrutecido por las orgías, cansado y aburrido por sus desórdenes, el haber tomado á sueldo á sus feroces compañeros y haber hablado de dar tregua á la carniceria? Por el contrario, esto le perjudicó, puesto que de ello tomaron pretexto para acusarlo y condenarlo al suplicio. Reparad bien como le tratan: llegado al pié del patíbulo, quiso estrechar contra su pecho á un amigo suyo que le extendia los brazos; pero el verdugo se lo impidió; y cuando su cabeza hubo caido en el cesto á semejanza de aquellas que hizo rodar con el terrible Gobierno que habia trabajado para implantar en Francia, una salva de aclamaciones salió de aquella muchedumbre que presenciaba su suplicio. Con él cayó tambien aquel Camilo Desmoulins, que puede contarse entre los feroces actores de la Revolucion, y Laplanche, y Fouquier, y Maigenet, y Badiert, como anteriormente habian caido las cabezas de los girondinos, víctimas del odio implacable de los jacobinos.

Alfonso Lamartine, en verdad con poca cordura, quiso hacer el panegírico de los girondinos describiendo poéticamente su suplicio. ¿Mas fueron por esto menos culpables que sus adversarios los de la *montaña*, y menos merecedores de la triste suerte que les cupo? No nos atrevemos á afirmarlo. Sin embargo, el mismo orígen de esta

faccion demuestra que los girondinos se diferenciaban de los facciosos de la montaña solamente en los medios, pero no en el fin, que era hacer triunfar á la Revolucion. En efecto, ¿en dónde se habia formado esta faccion? En medio de las opiniones extremas y de las más diabólicas maquinaciones, pero con la idea extraña, en verdad, de contener aquellas y dar impulso á éstas.

Condenaba la violencia en teoría más bien que en la práctica, y dominaba los centros de la Asamblea profesando las doctrinas de la izquierda y sin poder dominar á ésta con la fuerza del número, algo semejante á lo que ha sucedido en la revolucion italiana, en donde las dos facciones de moderados y progresistas, aunque consienten en el fin, difieren no obstante en los medios. Gran prueba de que todos los diablos se parecen, como decia Lutero, que debia ser gran conocedor de la materia porque trataba familiarmente con el diablo. Por lo demás, ¿qué importa que quedasen aterrados de los crímenes que siguieron la caida de aquella monarquía si con todas sus fuerzas cooperaron á ella? ¿Qué importa decir que habian trabajado activamente para arrancar al pobre Luis XVI del patíbulo, si cuantos estaban afiliados al bando parecian otros tantos Brutos, que en la persona del Rey no veian otra cosa que un peligro inmediato para la República? Y en cuanto á su vida libertina y á su odio á toda ceremonia religiosa, ninguno sin desmentir la tradicion histórica se atreverá á decir que no contribuyeron grandemente á aquel desatamiento de vicios, de iniquidades y de ateismo que inundó la Francia y cuya sola recordacion renueva hoy el terror en los ánimos. Sucedió aquí lo que todos saben: «Un diablo dió al otro su merecido»; los de la montaña desencadenaron contra los girondinos todas las furias de la plebe, que, sedienta de sangre, los mandó todos á morir en el patíbulo.

Entonces fué cuando Vergniaud, uno de ellos» exclamó: «La revolucion, como Saturno, devora á sus propios hijos.» En treinta y un minutos hizo caer el verdugo sus cabezas; pero ninguno de ellos, antes de padecer el suplicio, dió la menor señal de haberse reconciliado con el Dios de su bautismo; ninguno dejó escapar de sus labios una palabra de esperanza en una vida futura. Thiers, que describe sus ejecuciones, dice solamente: «Su última noche fué sublime (!!!). Vergniaud tenia en su poder un veneno, y lo arrojó para morir con sus amigos. Celebraron juntos un último banquete, durante el cual se mostraron mutuamente valerosos, serios, elocuentes. Graves y maduramente meditados fueron los propósitos de Brissot y de Gensonnes; Vergniaud deploró la libertad que moria y el humano destino; Ducos repitió algunos versos que habia compuesto en la prision, y todos cantaron á la vez brindando por Francia y por la libertad. Cuando los llevaban al suplicio cantaban el himno de la *Marsellesa*, y llegados á la plaza de la Revolucion, al bajar de sus carretas, abrazáronse amistosamente gritando: «¡Viva la República!»

Quedaban, por último, los verdugos de los verdugos, y tambien éstos sufrieron la misma suerte reservada acá abajo á los malvados. Efectivamente, la justicia de Dios se cumplia tambien con aquellos de una manera ejemplar. Hébert y Chaumette, el «apóstol de la Razon,» desde la prision donde estaban encerrados, juntamente con los sospechosos que temblaban de ellos, pasan, segun costumbre, al patíbulo; y porque Hébert suspiraba y decia que «la libertad se habia perdido,» Rousin le replica: «¡Perdida porque nos morimos nosotros, unos pocos miserables! Consolaos; ¡la libertad es inmortal, nuestros enemigos perecerán tambien como nosotros!»

Y todos perecieron sin exceptuar ninguno. *Qui gladio ferit, gladio perit.*

¡Y fué el primero Robespierre!

El jefe de los jacobinos, el más eficaz cooperador de la sentencia capital contra Luis XVI, el autor del formidable tribunal revolucionario, despues del suplicio de los girondinos bien pudo creerse dueño absoluto de Francia, que habia caido á sus piés toda estremecida y temblando; tan grande y universal era el espanto que por doquier habian esparcido sus sentencias de muerte.

Pues bien, ¿quién lo creeria? Cuando meditaba el exterminio de sus compañeros para salvarse á sí mismo, éstos, que supieron que estaban amenazados por él, le salen al paso. Tallien lo denuncia, dice que Robespierre es un traidor porque trama la ruina de la Convencion, y entonces gritan desde todas partes: «¡Abajo el tirano!» Arrestado y procesado, se enciende la guerra civil; Barras queda de jefe de las fuerzas. Pero á Robespierre le falta valor para sostener la Municipalidad, que, proclamada la insurreccion, se atrevió á defenderlo. Habia sonado, en efecto, tambien para él la hora de la justicia divina.

A la verdad, él no ve en la Montaña más que amigos tibios y enemigos encarnizados. En vano intenta enardecer el antiguo afecto de sus cómplices simulando indignacion contra las acusaciones; en vano se atreve á invocar el patriotismo de los hombres puros y virtuosos del Llano; éstos vuelven la cabeza y hacen oidos de mercader: en vano, finalmente, pide la palabra el «presidente de los asesinos;» un diputado le grita: «La sangre de Danton te ahoga.» Entonces Robespierre se dispara un pistoletazo que no le hiere; mas con eso no consigue otra cosa que hacer más espantoso el suplicio, á donde fué arrastrado con once de sus parciales el dia 27 de Julio de 1794. Entre éstos se hallaba Saint-Just, que, como Neron, rogaba á Lebas que lo matase; pero éste le respondió: «¡Vil, imítame!» y se mató él mismo.

La muerte de Robespierre fué un motivo de alegría para la Francia entera, cual si muriendo él todo hubiese de cambiar. Desgraciadamente no fué así: ahogada en torrentes de sangre la coalicion de la Montaña, el miedo de volver á caer en el reinado del Terror produjo nuevo terror, y por consiguiente la anarquía, para reprimir la cual no tuvo suficientes fuerzas el Gobierno. Continuó, pues, funcionando la guillotina, pero tambien habia indultos; las muchedumbres, lo mismo que eran arrestadas, se libraban de la prision en donde habian estado hacinadas y confundidas. Exterminado el mónstruo, todos conocieron que habia terminado la fiebre de sangre que antes lo invadia todo.

VENCIÓ EL MAS BRUTO

Así encabeza el *Times* la descripcion telegráfica de una lucha de pugilato á unas cien millas de Nueva-Orleans.

Los gobernadores de los Estados de Luisiana, Tejas y Missisipí habian dictado severas medidas para impedir que se llevara á cabo esa lucha: uno de ellos llegó hasta el punto de poner á precio las cabezas de los dos pugilistas Sullivan y Kilrain: los *sheriffes* y condestables de varios condados andaban solícitos de acá para allá, desplegando una actividad inusitada en sus diligencias y preparativos para echar el guante á los dos atletas en cuanto sentasen la planta en sus respectivos distritos: los jefes de la milicia habian recibido órdenes de poner algunos batallones sobre las armas: el telégrafo funcionaba con rapidez transmitiendo órdenes e instrucciones de las autoridades á sus empleados y subalternos: pliegos iban y comunicaciones venian entre las oficinas del Gobierno y las empresas de los ferro-carriles: publicáronse bandos en las esquinas y avisos en los periódicos: en fin, á juzgar por la agitacion que reinaba y la diligencia de la gente de mando, hubiérase dicho que estaba el país amagado de alguna invasion de formidable ejército enemigo.

Y todo ¿para qué? Para impedir que se aporreasen dos brutos en forma humana, en presencia de algunos otros que pagaban buen precio por esa diversion. Pero.....

«¿lo *impidieron*? No señor:
era un caso de conciencia.»

¡Qué habian de impedir! Si tal vez los mismos que tomaban todas esas aparatosas disposiciones tenian apuestas atravesadas sobre el resultado de la lucha!

Digo, pues, que los tres gobernadores de los antedichos Estados y sus milicias y *sheriffes* no pudieron impedir que se llavase á cabo la anunciada pelea, en un punto llamado Richburd, situado en el condado de Marion, á 104 millas de Nueva-Orleans. Plantóse la valla en un lugar agreste, en medio de un bosque y junto á un gran aserradero de maderas perteneciente á un tal Mr. Rich, el cual posee allí una propiedad que tiene 30,000 acres de extension. Y ahí de la astucia mercantil de un hijo de aquella tierra. Mr. Rich quiere vender su finca, y para llamar la atencion del público la puso á disposicion de los empresarios de la pelea, quienes naturalmente aceptaron la oferta por las ventajas topográficas del terreno, con lo cual la propiedad de Mr. Rich ha tenido el beneficio de un anuncio universal sin costarle un centavo.

Pero no se crea que la autoridad se dejase sorprender, ni que se echase á dormir en el momento perentorio. ¡Oh, no! La autoridad hizo cuanto pudo... para salvar las apariencias. Así fué que al cruzar el tren que conducia á los atletas y espectadores la frontera del Estado de Missisipí, un *sheriff* le presentó un trapo colorado como quien capea un toro. Pero la locomotora echó un bufido y prosiguió en su camino, guiñando una de las válvulas como quien dice: «Te veo». La lucha de la autoridad contra una locomotora que va «de prisa» es bastante desigual, y la autoridad sherifiana se quedó con la boca abierta y la conciencia muy tranquila de haber cumplido con su deber. El tren cruzó la frontera; el enemigo malo habia invadido el Estado de Missisipí; pero, échenle un galgo á los invasores.

Sin embargo, es preciso consignar que la autoridad hizo un último y supremo esfuerzo. Cuando los espectadores se habian acomodado al rededor de la valla, y habian salido al redondel, ó mejor dicho al cuadrilátero, los padrinos y auxiliares de los dos pugilistas, apareció en escena el *Scheriff* del condado de Marion con una pistola al cinto. El representante de la ley, que no era muy formidable en tamaño, escupió por el colmillo, ahuecó la voz y dijo:

—En nombre de la autoridad os prevengo que esta pelea no puede llevarse á efecto.

Entonces uno de los padrinos se dirigió á los espectadores y les dijo:

—Señores: ya han oido la órden del *Scheriff*. Dejo á la decision del público el determinar si ha de haber ó no pelea.

Un *si* unísono, estentóreo, salió de tres mil bocas y se dejó oir media milla á la redonda. El *Scheriff*, persuadido de la impotencia de uno contra tres mil, no tuvo más remedio que marcharse formulando una protesta. La autoridad habia, por última vez, cumplido con su deber.

Dice el *Herald* que un pajarito le ha dicho que al presentarse el *Scheriff* á prohibir la pelea, los

empresarios «tuvieron una conferencia privada con él, y tan convincentes fueron los argumentos que le presentaron (junto con un par de centenares de pesos para que se comprara un par de botas), que de repente se acordó que tenia un compromiso en otra parte, y se fué dejando el encargo de que no se llevase á cabo la pelea.» Lo más probable es que le esperase el zapatero para probarle las botas.

Si ponderais á un norte-americano lo repugnante que es el espectáculo de una lucha de pugilato, os argumentará que esas luchas están prohibidas por la ley y proscritas por las personas decentes. A lo primero hay que repetir que la ley las prohibe ciertamente, como prohibe la venta de licores en domingo, lo cual no impide que en ambos casos se contravenga á la ley con una frecuencia tal, que parece una excepcion su cumplimiento. A lo segundo puede replicarse que van á presenciar esas luchas hombres distinguidos en todas las manifestaciones de la actividad humana, al mismo tiempo que la broza y las heces del populacho; y los corresponsales que describen la pelea de Richburg nos dicen que entre los tres mil espectadores habia hombres políticos, estadistas, comerciantes, industriales, médicos, abogados. ¿No dedica el *World* un articulillo de fondo á comentar el interés general que despierta en todo el país y en todas las clases sociales una lucha de pugilato; interés comparable únicamente por su magnitud al que inspira la eleccion de Presidente, segun se desprende del número de ejemplares que venden los periódicos en ambos casos? ¿Cómo se explica, si no es por la avidez general del público por saber los detalles de la lucha, señal inequívoca de su interés, el que los periódicos de todo el país dediquen al asunto, no ya columna tras columna, sino página tras página en su afan de facilitar á los lectores la mayor copia de pormenores é incidentes de la pelea?

Que ésta es brutal, los mismos periódicos se ven en el caso de admitirlo. Muldoon, el que ha tenido á Sullivan bajo un régimen rigurosísimo y lo ha puesto en condicion de ganar la lucha, restableciendo su fuerza muscular, quebrantada por la disipacion y la crápula; Muldoon, á quien debe Sullivan, despues de su propia naturaleza, la victoria que ha alcanzado, ha dicho que no quiere saber nada más de luchas por lo brutales que son.

Imaginaos dos atletas de una musculatura hercúlea, que por espacio de algunas semanas ó meses han estado sometidos á una dieta estudiada y á un régimen facultativo, y ejercitándose diariamente en toda clase de suertes gimnásticas y de boxeo para ponerse fuertes y endurecidos: imaginaos un gigante que pesa 205 libras y otro atleta que pesa cerca de 200, desnudos hasta la cintura, puestos el uno en frente del otro y descargándose puñetazos en la cara, en el pescuezo, en el pecho y en el estómago, con tal fuerza y vigor, que cada golpe, cuando no vierte sangre de las orejas ó de las narices, deja un ojo medio despachurrado, rompe un diente, levanta un chichon como huevo de gallina, disloca un hombro, quebranta una costilla ó tumba al recipiente patas arriba. Imaginaos á esos dos tragahombres zurrándose el pellejo hasta cubrirse de cardenales, por espacio de dos horas y diez y ocho minutos, con varios intervalos para que sus padrinos les curen las heridas y les rocíen alcohol como á los gallos de pelea; vedles agarrarse de vez en cuando y dando con sus costillas en el suelo, uno encima del otro, mientras los espectadores gritan y vociferan y silban como en una plaza de toros, y tendreis una idea bastante aproximada de la lucha de pugilato que lleva revuelto al pueblo norte-americano.

La pelea consistió en setenta y dos agarradas ó embestidas. Sullivan fué el primero en verter sangre de una oreja, pero se vengó dando el primer revolcón á su antagonista. Kilrain temia las descargas de los dos fornidos brazos de Sullivan y muy á menudo le huía ó se echaba al suelo para escapar un puñetazo. Desde un principio se vió, sin embargo, que no podia habérselas contra ese ariete humano, cuya fuerza es fenomenal. Así fué que á las 72 arremetidas, cuando los padrinos de Kilrain comprendieron que tenia el lance perdido y el cuerpo muy magullado, echaron al aire la esponja en señal de rendicion.

La victoria de Sullivan le procura, además de una fama universal como pugilista, un cinturon con brillantes, trofeo del campeon *del mundo* y 20,000 pesos, que es un bálsamo mejor que el de Fierabrás para curar cardenales. La ciudad de Boston, donde vió la luz, se enorgullece de ser su cuna. Los *sportsmen* le erigen altares. La prensa de los Estados Unidos le canta ditirambos. John L. Sullivan es hoy la primera eminencia en los Estados-Unidos. El *Herald* lo coloca por encima de los Cíclopes, de Hércules y del mismo Júpiter Olímpico.

Despues de la tragi-comedia, que pudiera titularse *Llueven puñetazos*, viene el sainete de fin de fiesta que debiera llevar el título de *A pleito con la justicia*.

Despues de la refriega ambos contendientes tocaron soleta, y no bien hubieron cruzado la frontera, cuando la autoridad (que estaba distraida probándose las botas de marras mientras duraba la pelea), se indignó de veras y echó á correr tras de los fugitivos. Pero es cosa probada que nadie puede correr cuando lleva botas nuevas, por más que esas botas hayan costado 200 pesos; así es que la autoridad del Estado de Misisipí no pudo alcanzar á los pugilistas ni á sus padrinos que habian puesto piés en polvorosa.

Pero el gobernador del Estado de Misisipí no es una autoridad de tres al cuarto, ni es hombre que se deja guiñar el ojo cuando se trata de mantener los fueros del Estado. Así es que envió á raja-tablas una requisitoria á la policía del Estado de Tennessee, por donde habían de pasar los fugitivos, suplicándola que hiciese lo que no supo hacer la policía de su propio Estado. Y como al buen pagador no le duelen prendas, ofreció el buen gobernador dar una recompensa de mil pesos al que le entregase el cuerpo de Sullivan, por ser el cuerpo principal del delito. Por el cuerpo de Kilrain sólo ofreció el gobernador 500 pesos, y aun me parece caro si se considera el estado lastimoso en que ese cuerpo quedó.

La policía de Tennessee, aguijoneada por su deseo de servir los altos intereses de la Justicia, acometió la difícil empresa de ponerle el cascabel al gato. Cuando pasó por Nashville el tren que conducia al héroe de los puñetazos, acercóse á él el jefe de policía, y Sullivan, creyendo que este funcionario iba como todo el mundo á felicitarle por su descomunal victoria, le alargó la mano con la sonrisa en los labios. La mano se cerró en puño y la sonrisa se convirtió en mohin cuando el jefe de policía anunció á Sullivan el objeto de su visita. ¿Darse á prision, él, Sullivan, el moderno Hércules, el de los biceps de hierro, el que de un mojicon puede dejar despampanado, no digo yo á un agente de órden público, sino á todo el sistema de policía de los Estados Unidos? ¡No por sus puños!

Sullivan se resistió: los esbirros no podian con él; pero el jefe de policía sacó un cachorrillo de esos cuya lógica se carga por la recámara, y ante la elocuencia de su boca quedó convencido Sullivan, y su arrogancia se convirtió en mansedumbre. Pusiéronle esposas, y á empellones le llevaron ante el juez Mac Alister, el cual, despues de oir los argumentos del fiscal, de los abogados que representaban al Estado de Misisipí y de los abogados de la defensa, puso en libertad á Sullivan, declarando que no habia lugar á la extradicion, porque el crímen cometido no era una felonía.

La decision del juez fué recibida con aplauso por los espectadores; pero la prensa la ha emprendido con él por haber violado la constitucion y las leyes.

Entre tanto, Sullivan prosigue su viaje sin que se le haya vuelto á molestar, y el gobernador del Estado de Misisipí jura que no ha de parar hasta ver descargado el condigno castigo sobre los héroes de la pelea y sus padrinos y sobre la Empresa del ferrocarril que se prestó á conducirlos al lugar de la liza.

EL LIBERALISMO

ANTE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS

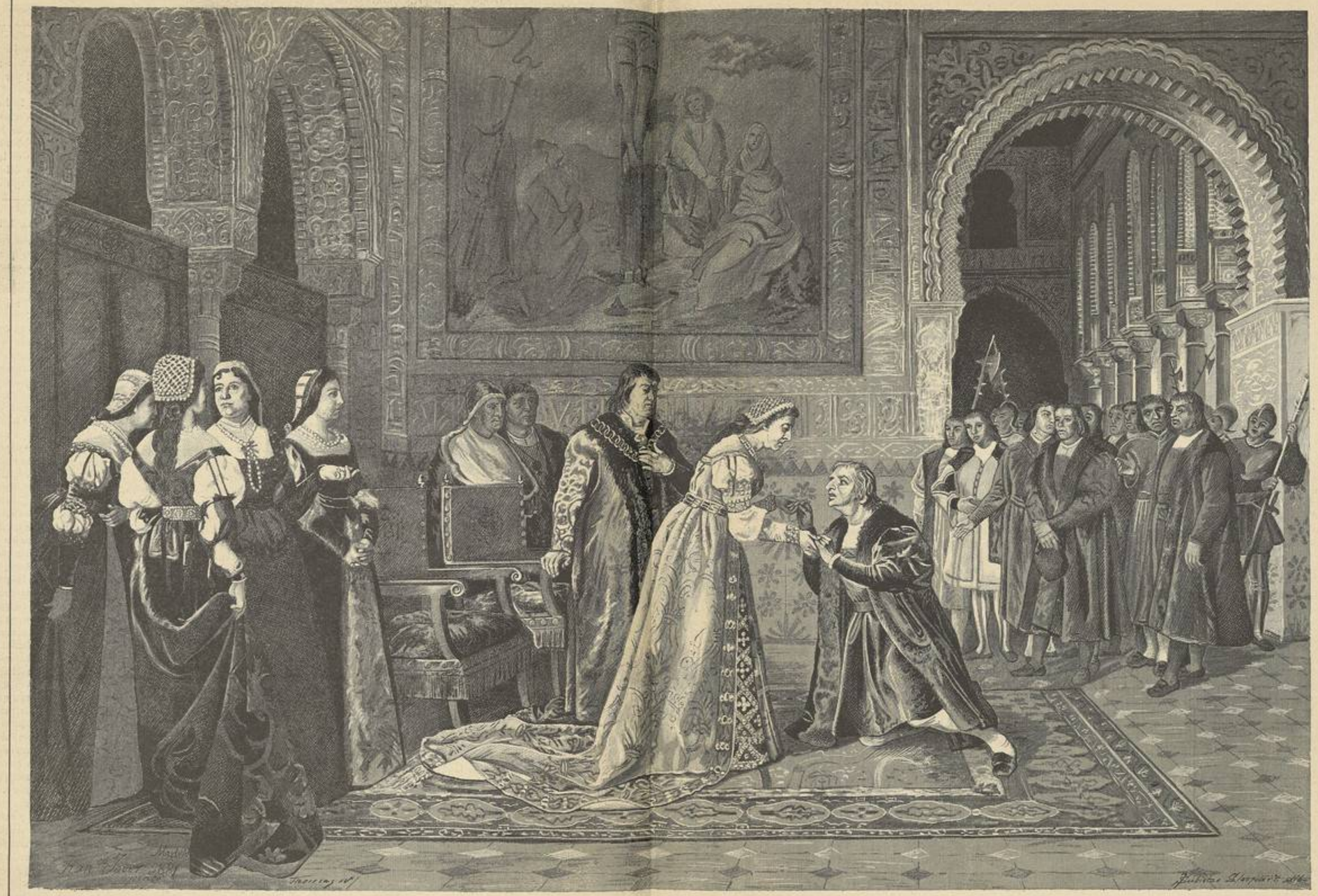
(Continuacion del discurso de D. Cárlos Walker en el Congreso Chileno)

PARTE SEGUNDA

Juzgo un deber que, cuando en este recinto se afirma un error que puede llegar á ser una blasfemia, se levante para contradecirlo una afirmacion que responda á la verdad, siquiera para que en la balanza eterna en que se miden los actos de los hombres y de los pueblos, se establezca cierta especie de compensacion á fin de que sus platillos no se inclinen más á la justicia que á la misericordia!

Y con este propósito y con esta fé se comprenderá fácilmente cuanto nos duele á los que así pensamos la contemplacion del terrible contraste que se nos ofrece entre el Gobierno de nuestro liberalismo jacobino, que hace ostentacion de ateismo, y el pueblo y el hogar y el corazon de la patria, que son profundamente creyentes. Y sobre esta aseveracion no necesito exhibir más prueba que la de transportaros con la imaginacion á nuestros hospitales, donde no se oyen resonar jamás, como en los países europeos, los rugidos de la desesperacion irreligiosa, y donde los ayes de la agonía van siempre confundidos con las invocaciones á Dios, que es la última súplica que llevan las alas de la muerte desde esta tierra á los espacios de lo infinito. Puede rendirse nuestro pobre *roto* en la áspera tarea del riel que se clava para dar paso al vapor, arcángel mudo del progreso del siglo; puede caer en medio de las monótonas fatigas de la labor agrícola, que apenas le dejan un pedazo de pan para vivir siempre con hambre; puede al pié de sus banderas bañar con su sangre las arenas del desierto sobre los campos de Tacna ó de Miraflores, batiéndose heróicamente sin más aspiraciones de lucro y de gloria que las de servir á su patria: siempre es el mismo para morir, siempre resignado, siempre con la palabra de la fé en sus labios, y en su corazon con la esperanza de más bellos y más altos destinos.

Igual cosa sucede en las más elevadas regiones de nuestra sociedad; y cuando oia decir aquí que sólo cediendo á las influencias de sus esposas solian los padres de familia entregar á sus hijos á la educacion de las Congregaciones religiosas, yo no podia menos que meditar en la grande enseñanza que revela esa afirmacion, siendo verdadera, y cuánto respeto significaba para la mujer no siendo exacta. En uno y otro caso, viene á poner en relieve un hecho perfectamente cierto, y es que todavía no tenemos motivo para desesperar del porvenir, puesto que aún las madres conservan el influjo suficiente para evitar que el desborde de la inundacion llegue hasta los



REPOSICION DE CRISTÓBAL COLON (CUADRO DE FRANCISCO JOVER)

altares del hogar doméstico! La misma fé del pueblo existe en nuestras mujeres, y Dios la conserve para la reaccion que tarde ó temprano ha de llegar en pró de las buenas ideas... Una madre santa, Berenguela de Castilla, fué la que templó el carácter más noble de España, del rey san Fernando, y otra madre igualmente santa, Blanca, y tambien de Castilla, fué la que en sus rodillas formó el corazon más puro de Francia, el corazon de san Luis!

. . . . . .

Odio á las instituciones religiosas, odio á los clérigos, odio á los frailes; hé aquí todo un programa político...

Y esas instituciones religiosas han salvado el mundo; y esos clérigos son la honra de este país, que puede enorgullecerse de tenerlos al nivel de los más ilustrados, de los más virtuosos y de los más respetables que hay en todas las naciones; y esos frailes prestan al pueblo servicios de piedad apostólica que no pueden ser reemplazados por nadie, y trajeron á América en el siglo xvi el único escudo de defensa que tuvieron los desgraciados indígenas para no sucumbir ante la ferocidad de los conquistadores... Y esas instituciones están amparadas y consagradas por nuestra Constitucion; y esos clérigos pertenecen á la parte más noble del corazon de nuestra sociedad; y esos frailes dan pan, enseñanza, abrigo á muchas familias desamparadas, que sin ellos se moririan de hambre y de miseria. Pueden los vapores hediondos y siniestros que nacen de esa especie de Mar Muerto que se llama materialismo y que no tiene más horizonte que esta frágil vida humana, perturbar á veces por un instante la opinion pública en horas de delirio en que lo espiritual se desmaya en los brazos del vicio; pero, como la luz nace del seno de las sombras, como despues de la noche viene el dia, y como la razon se abre al fin paso para dar camino á la verdad y á la justicia, así, mientras quede una gota de sangre en la sociedad humana, mientras haya una lágrima que enjugar, mientras la desgracia necesite consuelos, y la piedad templos, y el dolor hospitales, y la inocencia asilos; mientras pueblen la tierra hombres y no fieras, habrá instituciones religiosas, y habrá clérigos, y habrá frailes! *(Prolongados aplausos en los bancos de la minoría.)*

«Pero, teneis escuelas, se les grita, y ese es uno de vuestros principales delitos.»—Bien está; si no tuvieran esas escuelas seria ese vuestro principal argumento para combatirlos: teniéndolas, tambien de allí sacais vuestro principal argumento para otra vez combatirlos.

¿Son tan malas esas escuelas? Pero, dejadlas entonces, que ellas morirán por sí mismas, que esta es la ley natural de las frutas podridas. No os piden vuestros favores, no gastan vuestros dineros, no os exigen vuestros hijos! ¿Qué os importa que existan? No teneis por qué temer su competencia.

¿Son, por el contrario, buenas? Pues hacedlas vosotros mejores ó igualmente buenas; y así con tan noble competencia habreis prestado un verdadero servicio á vuestro país.

Pero, os disculpais con vuestras mujeres para llevar á ellas vuestros hijos... ¡Pobre excusa!... Honrosa, como decia hace unos pocos minutos, para nuestro bello sexo, pero pobre, pobrísima, para nuestros jefes de familia, y mucho más para nuestros estadistas! ¿Cómo, pregunto yo, si en esas escuelas se emponzoña el alma, cómo se explica tan enorme indiferencia, ó debilidad tan culpable en los padres que entregan los pedazos de su alma á una perdicion segura? Si existe esa conviccion profunda de las malas doctrinas que enseñan los clérigos y las monjas, vuelvo á preguntar: ¿qué padres son estos que tan fácilmente aceptan y pagan la corrupcion de sus hijos?

No hay término medio: o ellos tienen la desnaturalizacion más horrible en el alma, ó no son sino comedias las que representan cuando atacan á aquellas escuelas en tales términos.

Yo podria citar algunos nombres propios de esos padres que así se contradicen; podria repetir las palabras mismas que de sus labios he oido, bien distintas, por cierto, en privado de las que suelen decir en público; podria recordar las lágrimas que á más de uno de ellos he visto derramar (lo que les honra) á los piés de los altares de esos conventos donde sus hijas, como palomas virginales que tienden su primer vuelo á las esferas de la conciencia, recibian la primera Comunion de manos de esos sacerdotes que oficialmente combaten y en medio de la majestad poética de esas ceremonias religiosas que oficialmente califican de fanatismo... ¡Oh! ¿Entonces esa contradiccion perpétua de ideas y de actos no aparece más que como un crímen ó una comedia?... ¡No! no es tanto, sin embargo; no es crímen, ni es comedia... es el tributo que se paga á la corriente de la moda, á la moda que desgraciadamente arrastra á las despreocupaciones religiosas!

Pero, si fuese siquiera una moda pacífica, sin grandes trascendencias, no nos causaria espanto á los que miramos las contradicciones de la tierra desde un punto de vista más elevado: lo que hay de doloroso es que la moda del liberalismo, cuando de la doctrina desciende á la religion de los hechos, se convierte en persecuciones de sangre; cuando á la sombra de lo que se llama «separacion de la Iglesia y del Estado,» se persigue, y se encarcela, y se destierra, y se mata á los que mantienen firme su fé; cuando á favor de lo que se califica de «derecho comun,» se violan los templos y los cementerios, los dos santuarios del alma protegidos por los brazos de la cruz, que le ofrecen esperanzas y le consagran recuerdos; cuando abusando del poder se cierran las escuelas, se atropella el derecho de propiedad, se esclaviza á la Iglesia y se entroniza el divorcio entre la sociedad civil y la sociedad cristiana; cuando á la frase de «hénos aquí,» con que los astros, segun la expresion enérgica del Profeta, se presentan ante Dios, «el Rey de los siglos», responden las criaturas ensoberbecidas: «Te negamos la obediencia que te rinde la naturaleza entera!» *(Movimientos de aprobacion.)*

. . . . . .

La historia de la América española basta y sobra ella sola para marcar la frente del liberalismo, cuya única obra ha sido de demolicion, con la nota desesperante que se merece.

La administracion de Santa Ana puso el primer eslabon de la cadena de sangre que por largos años forma la historia de Méjico. Empezó, como lo hacen todos los tiranos, por promover cuestiones de carácter religioso, atacando la jurisdiccion de la Iglesia, disponiendo á su antojo de los curatos y anulando la provision de prebendas hechas canónicamente; quitándole sus rentas y bienes, persiguiendo los Institutos monásticos y declarando libres para abandonar sus conventos á frailes y monjas, los que no se aprovecharon por cierto de los beneficios de esta curiosa libertad; excluyendo de la enseñanza al clero, y sujetando á todos los colegios á una *Direccion de Instruccion Pública* absorbente y sectaria. Despues expulsó del territorio mejicano á cincuenta y una personas de honorabilidad reconocida y de lo más respetable de aquella sociedad; más tarde se hizo dar leyes por un Congreso servil, que lo constituian en una especie de señor absoluto; y concluyó por entregar su país á los yankees, que, á las órdenes del general Scott y con 14,000 hombres, llegaron hasta la capital á imponerle condiciones de una paz vergonzosa y humillante.

...El Congreso Constituyente de 1856, organizado por Comonfort, excedió en un ciento por uno al de Santa Ana, y se cerraron las iglesias, y se encarceló á los sacerdotes, y se desterró á los obispos en odio á las ideas que representaban. Fué entonces cuando no se podian cruzar los caminos de Méjico sin numerosa escolta, cuando el plagio de hombres era moneda corriente, cuando llegaron bandidos públicos hasta los Consejos de Gobierno, cuando todo ese desgraciado país era un campo de batalla sacudido por la más espantosa anarquía de que hay ejemplo, alzándose pendon de revuelta en cada pueblo y proclamándose Jefe de la nacion cada coronel que tenia un puñado de soldados bajo su mando. Hubo refriegas dentro de las calles mismas de Méjico, que duraron muchos dias con gran derramamiento de sangre; se decretaron en las logias asesinatos políticos infames, se rodearon de soldados las iglesias para robar los vasos sagrados, y llegó á tal extremo la desorganizacion, que no hubo vida, fortuna, ni honor seguro.

Hubo un momento en que Méjico pudo salvarse, sin embargo, cuando Miramon, general ilustre de veinte y seis años de edad, valiente, generoso y hábil, tomó en sus manos las riendas del Gobierno: pero, por desgracia, las fuerzas superiores del liberalismo lo vencieron, y siguió la anarquía.

Curioso dato estadístico que revela aquella desorganizacion es el siguiente: en el período de un año (1858) se dieron ocho grandes batallas, veinte y cuatro combates menos importantes y treinta y nueve encuentros de diversa naturaleza: total, setenta y una acciones de guerra... que no habrian tenido lugar sin la exaltacion de Comonfort y las inícuas leyes del Congreso del 57.

¿Para qué recordar á los Estados de Centro América, donde la accion del liberalismo ha venido á resonar en nuestras playas, cada vez que nos ha llegado el eco del dolor de los obispos perseguidos? Sus principales hazañas se han cifrado en aprisionar á unos cuantos sacerdotes y echar fuera de su territorio, como perturbadores del órden público, ¡á las Hermanas de San Vicente de Paul! Entre tanto, no ha escaseado la sangre en sus calles, ni el despotismo en sus Gobiernos, ni las iniquidades en sus camarillas de secta.

Harto conocidas nos son las proezas de Guzman Blanco, que ha llegado á usufructuar con la ignominia de todos los venezolanos los trabajos hechos en su favor por los Gobiernos liberales y los famosos hermanos Monagas que se apoderaron del poder en 1847, fecha fatal para su prosperidad, que ha bajado á un nivel de veras ignominioso. La pendiente empezó con la planteacion de doctrinas irreligiosas, rompiendo las tradiciones de un pasado glorioso; siguió, como es de costumbre en estos casos, con el destierro de los hombres más importantes; y acabó por entregarse esclava la República a un tirano despues de haberse agotado en luchas salvajes y de haber perdido en ellas la flor de su juventud, y, lo que es peor, su libertad y su honra. Tipo netamente liberal de la escuela francesa es Guzman Blanco. Su programa es el axioma de un célebre tribuno: «El clericalismo; este es el enemigo:» sus elementos de Gobierno son los chismes; su sistema administrativo y político no pasa de los límites de su voluntad absoluta; juzga que el mando le pertenece á perpetuidad siempre que sea perseguidor de la Iglesia; se apropia de los bienes del Estado y con ellos acumula millones sobre millones; se decreta honores vanidosos, y de esta suerte Venezuela tiene plazas, calles, ciudades y hasta provincias que se llaman «Guzman Blanco;» tres estátuas del *Gran americano*,

y no sé cuántos teatros que llevan tambien tan *ilustre* nombre! ¡Es la primera pluma, la primera espada, la primera cabeza del liberalismo sud-americano!

No fué más afortunada Colombia cuando el liberalismo puso mano en ella. Se halló tan súbitamente envilecida, que no tuvo tiempo para comprender el abismo donde caia. En 1850 subió al poder el general Lopez, con el puñal sobre el pecho de los congresales, que eran los electores, y enamorado de las ideas francesas, se lanzó por el atajo como potro despeñado. Para empezar y dar al mundo «un memorable ejemplo,» arrojó á los jesuitas y llevó su barbaridad hasta exigir con actitud amenazante y en són de guerra del Gobierno del Ecuador que no les diese hospitalidad en su territorio: suprimió las Comunidades religiosas por ser «incompatibles con el régimen republicano:» tantas necedades hizo, que ha pasado á la historia como el tipo de lo que puede ser un imbécil al frente de una República.

Vinieron en pos las revoluciones que ensangrentaron el país: y con el dominio de Mosquera, tránsfuga del partido conservador, se acabó de coronar la obra. Cuanto se diga es poco del punto á donde llegó el absurdo de la persecucion religiosa durante toda esa época. La locura frenética del *Terrorismo* se transplantó á Colombia; y las cárceles, y los destierros, y los puñales de los asesinos obedecieron á las inspiraciones oficiales. La postracion, la inepcia, el embrutecimiento moral fueron la consecuencia lógica de este estado de cosas. El liberalismo teológico consumó su obra. Se cerraron los templos y faltó la virtud. El Estado se declaró ateo, y el pueblo se convirtió en verdugo y esclavo.

Víctimas ilustres de ellos fueron el santo arzobispo Mosquera, gloria inmaculada del episcopado del siglo XIX, que rindió su último aliento en Marsella de viaje para Roma, bebiendo la hiel del ostracismo, cuando el Soberano Pontífice le tejia la corona de su martirio preparándole el capelo de cardenal, y el distinguidísimo Julio Arboleda, poeta, literato, soldado, orador y estadista, caballero como el que más, valiente como el primero y abnegado como ninguno!

Hé aquí ahora cómo un distinguido escritor francés pintaba la situacion de Colombia en aquella época, y su testimonio es imparcial, porque era el director del diario *Los Debates:*

«La llaga de la Nueva Granada es el socialismo. Cinco años hace que esta patria de Bolívar está oficialmente gobernada segun el Evangelio de la República democrática y social. La Constitucion granadina votada en 1851 ha consagrado los sueños más insensatos de la demagogia europea; la libertad de la prensa ilimitada, el derecho á la asistencia y á la instruccion gratuita, la abolicion absoluta de la pena de muerte, etc. De modo que el plagio es flagrante y la parodia completa. Allí como en Europa, el reinado de los clubs y del motin no ha tardado en producir sus frutos; la impotencia y la inercia del Gobierno, la disolucion de la sociedad, las persecuciones religiosas, el desórden de la hacienda, la ruina del comercio, de la industria y de la agricultura.»

La herencia de Flores la recogió un Urbina, la de García Moreno un Veintimilla: con eso está dicho todo respecto al Ecuador.

Prado cayó por entrometerse en negocios eclesiásticos en el Perú, y Daza negó sus rentas al Arzobispo de Sucre porque no le rendia acatamientos de César: ¿qué hicieron esos desgraciados de sus países? ¡Lo saben las armas chilenas!

El desprestigio con que baja Roca del Gobierno de la República Argentina es debido á sus violencias anti-religiosas: cuando subió, la opinion pública de América lo creia un héroe, porque se decia que habia peleado en grandes batallas: cuando desciende, la gente de bien se lastima de cómo su reputacion ha desmerecido hasta ponerlo al nivel del más vulgar de los gobernantes de estos países, sin prestigio, sin gloria, sin respeto siquiera.

Santos era un soldadote: en nombre de las ideas liberales se lanzó á la persecucion de la Iglesia, á reglamentar la vida interior de los conventos, á violar el domicilio religioso, á desterrar á las monjas. Hasta allí los periodistas de la escuela liberal no lo atajaron, lo aplaudieron ó se hicieron desentendidos; pero no pasó mucho tiempo que creció su apetito de omnipotencia; y no ya los frailes y las monjas y los conventos, fueron los mismos periodistas los que se encargaron de probar con el hecho y desde la cárcel, que es malo no contener á tiempo á los tiranos que se desbocan sin hacer cuestion de quiénes son los perseguidos y, sí, haciéndola, y grande, de la sinrazon del que persigue. Empezó con la Iglesia, acabó con la sociedad entera, porque esa es la pendiente histórica del liberalismo. Despues de las revoluciones, los cadalsos, la sangre, porque esa es la ley del olvido de Dios y de los deberes morales.

(Se concluirá).

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

V

Poco antes de la hora del almuerzo, don Cárlos estaba en el jardin, sentado á la sombra y leyendo un periódico, cuando de repente fué interrumpido por la venida de su sobrina, que saludándole dijo:

—Tio, le he estado buscando por toda la casa.

—¿Y qué querias?

—Queria decirle que no encuentro términos con que agradecerle su bondad. Mamá me ha reñido porque no habia mostrado bastante mi gratitud; pero yo no sé cómo hacerlo: seria preciso que pudiera V. leer en mi corazon.

—¡Oh! no hagas caso de esas ceremonias.

—No, tio, no son ceremonias.

—Lo sé, pues eres ingénua. Me encantan tus agradecimientos, y les doy el valor que se merecen. Ahora siéntate aquí un poco, y hablemos sin embozo. Dime, ¿te casas con Alberto verdaderamente gustosa?

—Gustosísima.

—¿Por tu plena y espontánea eleccion?

—Sí, tio; pero, ¿por qué me hace V. estas preguntas?

—Porque quiero tu bien, y seria muy doloroso si así no fuese.

—En cuanto á esto, viva V. tranquilo; me caso con Alberto porque le quiero. He rezado tanto, tanto, antes de decidirme, que me parece estar cierta que Dios me le tiene destinado. ¡Es tan bueno!

—Sin embargo, no siempre lo ha sido tanto como ahora.

—¿Y qué importa? Hace más de año y medio que Alberto no comete, segun creo, ni un pecado venial.

—¿Habráse visto?—exclamó D. Cárlos riendo; —¿acaso se confiesa contigo?

—Se rie V., tio, porque no le conoce. Pero le aseguro que desde que Alberto recibió de papá la promesa de casamiento con tal que viviese un año entero como un perfecto cristiano, Alberto fué otro. Se retiró cinco dias á un convento para hacer confesion general; y desde entonces es tan temeroso de Dios, que quisiera yo ser como él. En la ceremonia de los esponsales, que fué el dia de la Purificacion, despues de haber comulgado en el altar de la Vírgen, y antes de darme esta hermosa sortija, hubiera V. visto con qué humildad pedía perdon de su pasado á sus padres, á papá y á mí, en términos que no podíamos contener las lágrimas. Y cosas como estas no las hace uno que no sea bueno, y muy bueno.

—Lo que dices me consuela en extremo. ¿Y profesa adhesion y amor al Papa?

—¡Oh, por supuesto!

—Para mí es esta hoy la piedra de toque para distinguir la falsa religiosidad de la verdadera. Como el Soberano Pontífice es el centro de toda la guerra que se hace á Dios por las sectas, por esto el centro del celo práctico y de la fe operativa de los católicos de hecho y no de nombre, debe ser el Papa, y el Papa-Rey. ¿Entiendes lo que digo? No sé qué hacer de una piedad y de un catolicismo sin amor al Vicario de Jesucristo.

—Le aseguro que Alberto, en cuanto á esto, tiene todos los sentimientos hereditarios de su familia y de la nuestra. Cuando cumplió diez y ocho años hizo muchas instancias para ir á Roma y hacerse zuavo pontificio; y si no hubiese sido por el médico, que le juzgó demasiado delicado de complexion, el mismo D. Felipe le hubiera llevado.

—Siento que no lo llevara. ¡Cuál hubiera sido mi alegria al ver hoy á mi Clementina esposa de uno que hubiese sido zuavo del Papa!

—No fué posible. Pero ahora, con ocasion de nuestro matrimonio, hemos hecho juntos una oblacion al Dinero de san Pedro; y el Papa, por medio de Mons. Luigi, nos ha enviado una preciosa medalla con su especial bendicion.

—¡Muy bien! Ahora estimo á Alberto el doble que antes. Esta tarde le daré mi parabien.

—¡Cuánto deseo que llegue! ¡Porque anhela tanto conocer á V.! No puede figurarse cuánto hemos hablado de V.

D. Cárlos se rió, y levantándose se dirigieron á la casa, pues era la hora del almuerzo.

VI

Cerca del medio dia estaban todos reunidos á la sombra del toldillo, esperando las cartas y los periódicos que del inmediato pueblo, situado junto á la línea del ferro-carril, solian traer á aquella hora.

D. Cárlos tenia los ojos húmedos y el corazon enternecido, porque, despues del almuerzo, su cuñada le habia referido á solas que Clementina se habia propuesto hacer el primer gasto de los doce mil francos que él le habia regalado en una obra de caridad, para atraer las bendiciones de Dios sobre su casamiento. Para esto habia resuelto dividir uno de aquellos billetes de mil francos entre dos virtuosas hermanas, pobres y huérfanas, que le eran muy queridas, una de las cuales no podia hacerse monja, aunque tenia gran vocacion, y la otra no podia casarse con un buen muchacho que la habia pedido, porque ambas eran pobrísimas. Su relacion tanto habia conmovido y edificado á D. Cárlos, que no pudo contener sus lágrimas. Comenzaron luego á tratar de la manera con que habian de ir más tarde á recibir en dos carruajes al futuro esposo y á sus padres, que debian llegar á la estacion en el tren de las cinco, y sobre el modo de pasar la tarde y noche.

Se habló de hacer oir al tio, que era muy aficionado á la música, varias piezas á cuatro manos que los dos esposos ejecutarían en el piano; y le rogaron las eligiese entre las que Clementina le iba indicando. Despues hojearon los cuadernos de dos preciosas romanzas, tituladas *La flor de azahar* y *La rosa blanca*, dedicadas á los esposos, cuya versificacion habia sido compues-

ta por el profesor de literatura de Clementina, y cuya música habia sido arreglada por un célebre profesor, las cuales se cantarían por la noche, acompañando D.ª Libia las voces con el susodicho instrumento.

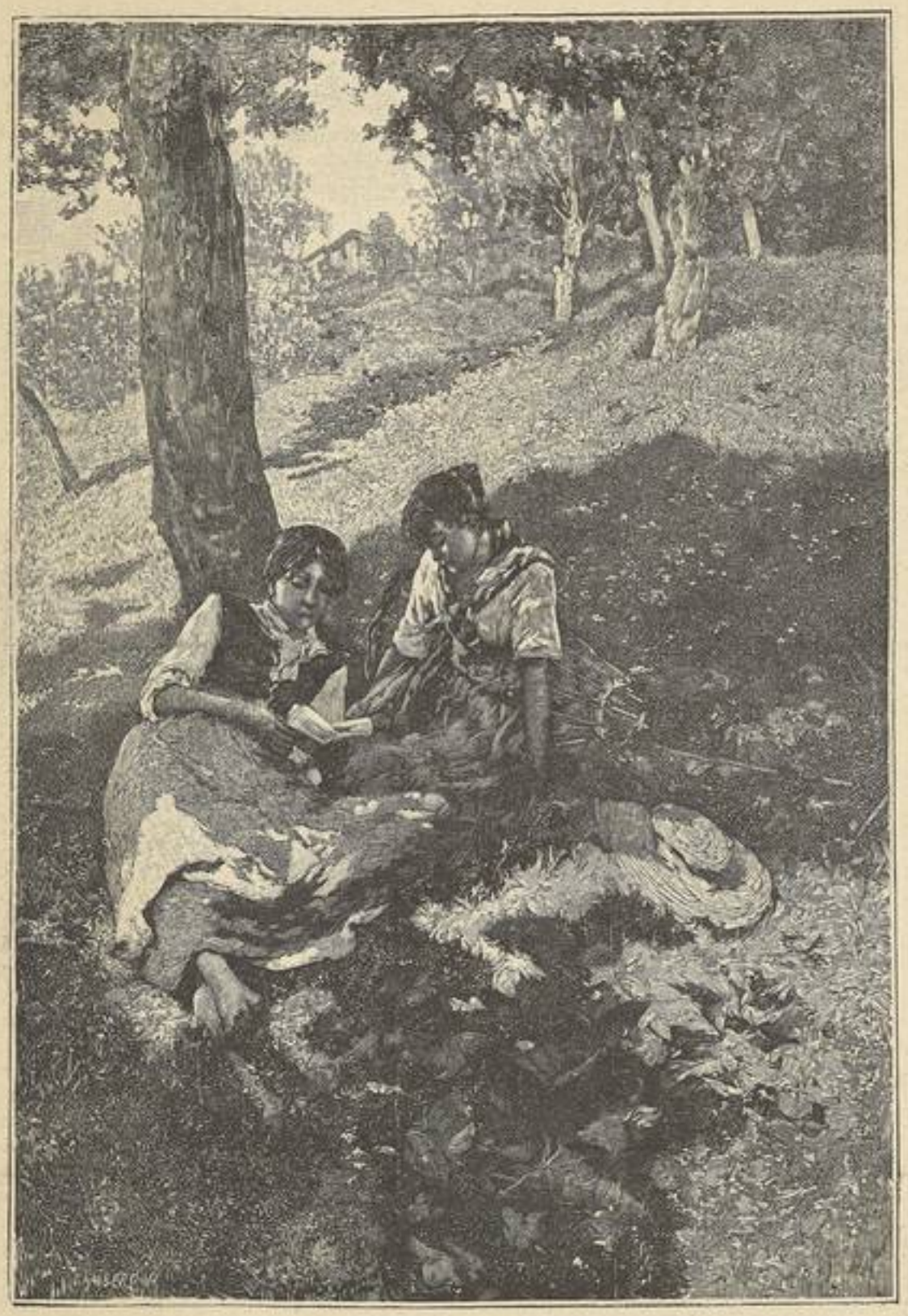
Por fin llegó el cartero. Entre las cartas y periódicos, D. Vicente descubrió un telegrama que con alguna sorpresa se apresuró á abrir.

—¡Qué noticia!—exclamó despues de leerlo.—Oid lo que me telegrafia D. Felipe: «Razones independientes de nuestra voluntad nos impiden venir esta tarde.»

Una exclamacion de doloroso estupor salió de la boca de los presentes. Clementina se puso de mil colores, y despues de un instante, á pesar suyo, comenzó á derramar lágrimas, que en vano trataba de ocultar.

Muchas interpretaciones se dieron á aquel telegrama tan lacónico y oscuro. La imaginacion de la pobre Clementina tenia ancho campo para extenderse: de una suposicion pasaba á otra; se habia puesto triste, pálida, taciturna y casi fuera de sí.

Su tio, compadecido de ella, propuso que por el telégrafo se pidiera una respuesta más clara á D. Felipe.



A LA SOMBRA DEL ÁRBOL (COMPOSICION DE CAMBERONI)

—Si á V. le parece bien,—dijo Clementina á su padre con exaltacion,—iremos pronto al telégrafo el tio Carlos y yo, y estaremos allí hasta que llegue otro telegrama.

D. Vicente no lo aprobó. Se resolvió en su lugar que fuese un criado á llevar el telegrama, y esperase la respuesta.

Dieron las dos, las tres, las cuatro, y el criado no volvia; y, sin embargo, el pueblo no distaba sino doce millas. ¡Qué angustia! Aquellas horas parecian siglos. A las cuatro se envió otro de la casa con un telegrama mas expresivo, y D. Vicente consintió en que Clementina añadiese uno suyo, apremiante, para Alberto.

Para concluir. Dieron las diez, y los dos emisarios volvieron con las manos vacías.

Este inexplicable silencio confundió á todos; pero, sobre todo, á Clementina, que agitada y presa de mil temores, no podia aquietarse á pesar de las esperanzas que trataba de darle su tio.

—Tengo un triste presentimiento, decia; el corazon me dice que aquella «razon independiente de la voluntad» debe ser una triste razon.

¡Qué cambio de escena en pocas horas! Por la mañana aquella casa parecia la mansion de la felicidad y de la alegria; por la tarde, se la hubiera creido la morada del desasosiego y la turbacion.

Poco antes de las once se oyó el ruido de un caballo que llegaba al galope. Era un hombre que traia un telegrama.

—¡Oh! ¡Al fin! gritaron todos á una voz.

Roto el sobre, D. Vicente leyó: «Tren de media noche conde Paolo llegará á esa estacion.—*Felipe*.»

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no viene él? ¡Dios mio! ¿habrá ocurrido alguna desgracia?—dijo deshecha en llanto la pobre Clementina, y casi sin sentido se dejó caer en los brazos de su madre.

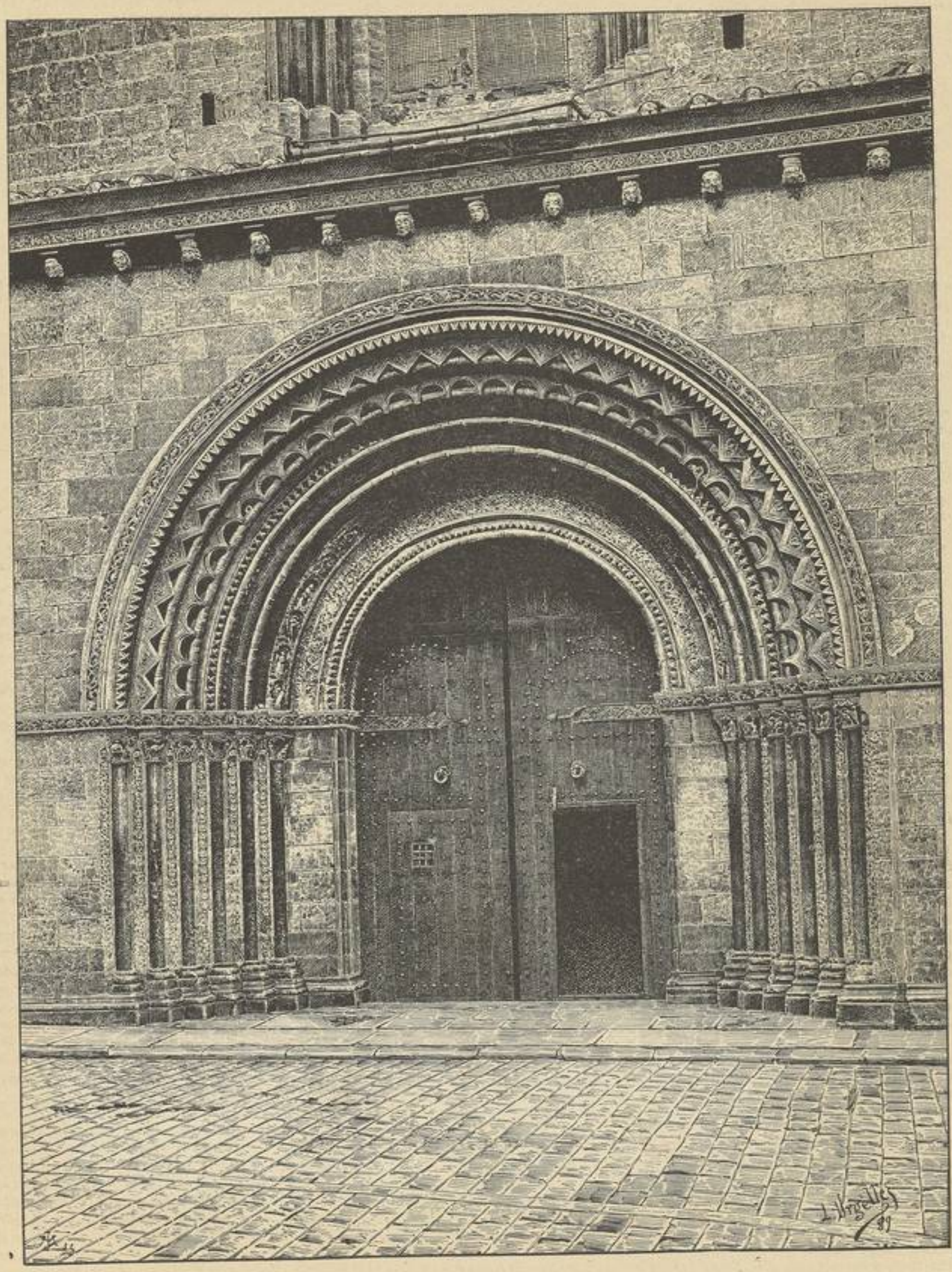
(*Se continuará*)

¿QUE DIRAN?

Válgame Dios! ¡Quién pudiera tener un maravedí por cada vez que esta frase se escapa de la boca de los mortales!

Tengo un vecino cerca de mi casa, que á no ser por los faldones de su levita cualquiera le tomaria por un reverendo anacoreta. Es grave de aspecto, parco de palabras y sentencioso en su modo de producirse. Cuando va por la calle se siente uno edificado al ver aquella formalidad, aquel paso tan magistral y acompasado, aquel... pero no, no pasemos adelante; anoche fué de tertulia por un compromiso; allí hubo risas, juegos, chanzonetas, todo lo que más repugna á nuestro venerable. ¿Qué más? Comenzó despues el baile, cogiéronle del brazo, y quieras que nó, tuvo que dar tres pares de vueltas por el salon, hasta que, reventado ya y sin aliento, se dejó caer en una silla, murmurando por lo bajo estas palabras: «Maldita la gracia que tiene esto de hacer el tonto y servir de espectáculo á media docena de saltimbanquis: de buena gana me retiraria al rinconcito de mi casa, pues que, sin quererlo, estoy haciendo el majadero; ¡mas qué! ahora ya estoy aquí, y no hay otro remedio que seguir adelante: ¿será posible que no pueda yo escapar de esta jaula? ¡Ah! no; imposible no lo es; ahora mismo cogeria el sombrero y el baston, y con un *buenas noches* dejaba á mis amigos con la boca abierta, pero... *¿qué dirán?*

D.ª Rita padece una enfermedad inaguantable. Se levanta triste todos los dias, antes de cantar el gallo, maldiciendo á los médicos que no la entienden ó no saben curarla. No encuentra buen gusto en ninguna vianda que le sirvan; nada la distrae; las visitas la atormentan, el paseo la cansa, la música la entristece, hasta las mismas caricias de los niños la fastidian. Sólo se encuentra bien en la soledad de su retiro. Hoy, sin embargo, se peina y se viste, se limpia y se adereza, aunque sea haciendo de tripas corazon, porque



PUERTA BIZANTINA DE LA CATEDRAL DE VALENCIA

hay que hacer varias visitas. Será la primera para felicitar á una amiga por su Santo; despues irá á consolar á un primo que sufre una parálisis; pasará de allí á saludar á una compañera de colegio que ha llegado de la Corte; verá más tarde á su cuñada y al niño recien nacido; y á la vuelta, si queda tiempo, entrará á ver el ajuar de la vecina que se casa pronto.

De todo esto no habia ninguna precision, ¡claro está! Hay que tomarlo por penitencia. Como estamos en sociedad, de aquí el que nuestra pobre enferma tenga, muy á pesar suyo, que cumplir con todas las etiquetas y salir de casa, subir y bajar escaleras, poner la cara de persona, y lo que es más decir muchas veces con la boca lo que el corazon no siente. Todo esto es indispensable, porque sino *¿qué dirán?*

— —

Tengo un amigo, estudiante por más señas, que si no supiese que es varon, porque lo canta su bigote, muchas veces le hubiese tenido por hembra ó cosa parecida, dada la flexibilidad de su carácter y la poca ó ninguna entereza de sus actos. Un dia le encontré con otros dos, que yo conocia muy bien por sus costumbres corrompidas, y preguntándole dónde iba, me contestó que no tenia ningun objeto y que acompañaria a sus amigos á donde quiera que éstos le condujesen. En vano le amonesté que no se dejase seducir por aquellos, que indudablemente le perderian, pues él por toda contestacion me dijo: «Somos condiscípulos y no está bien que yo me singularice. Si me los dejo y no voy con ellos, *¿qué dirán?*»

Mercedes le llaman á aquella muchacha que enciende, como suele decirse, una vela á san Miguel y otra al diablo. Apenas se levanta la vereis con la mantilla y el librito dirigirse á la parroquia, oir un par de Misas, rezar otros tantos Rosarios, ¿y despues? ¡Oh! despues, lo restante ó la mayor parte del dia lo pasará encerrada en su tocador adornando el cabello con flores y rizos, y pintándose el rostro con harinas y colores. Para ella no hay enmienda. El médico está cansado de repetir que los cosméticos son perjudiciales para la salud, que el corpiño demasiado estrecho de la cintura origina muchas enfermedades, y que las botinas con el tacon alto ocasionan lamentables desgracias. El confesor, por su parte, la amonesta para que ponga más cuidado en su alma y menos en el cuerpo; la reprende cariñosamente porque pasa las horas ocupada en el cuerpo, sin pensar que es un puñado de gusanos, mientras olvida el alma, que vale tanto; le dice que pase delante de un Crucifijo el tiempo que ha de pasar delante del espejo; le advierte que el dinero que consume en adornos y piezas costosas no es suyo, sino que pertenece á los pobres, y que el gastarlo en frivolidades es un cierto robo que á ellos se hace, y le recuerda, en fin, que á la hora de la muerte no le servirán más que de tormento aquellas galas y atavíos. Ella se entristece, se conduele, forma propósitos; pero pasa aquel momento, se enfrian los propósitos, y al pensar en sus amigas exclama: «Si cambio de costumbres, si dejo de ser la misma que hasta aqui, *¿qué dirán?*»

Hay un comerciante, muy bello sugeto, excelente padre, fiel esposo, buen amigo, en una palabra, católico por los cuatro costados. El tiempo de ocio lo emplea en prácticas de religion, frecuenta los Sacramentos y hace limosnas á los pobres. Todas las noches se reunen en su tienda varios amigos de distintas opiniones, y despues de charlar de todo, acaso sin entender de nada, se dispersan dejando al dueño con la cabeza mareada de tanto discurso. Pues bien, este buen hombre, que por su gusto se suscribiria á cualquier publicacion religiosa, se abstiene, se priva y sofoca sus deseos en el interior de su conciencia, por miedo de chocar con las ideas de los que componen aquella reunion nocturna; y le vereis contribuyendo con su dinero á sostener la prensa indiferente ó tal vez la anti-católica, porque, ya se ve, si notan los extraños que hay en casa algun periódico ultramontano y clerical, *¿qué dirán?*

Pero basta, que á citar ejemplos tengo materia para escribir hasta el anochecer del dia del juicio. Y si mis lectores se cansan de oir siempre la misma sinfonía, *¿que dirán?*

Y cuando sepan que quien esto dice no es un cura, ni jesuita, ni misionero, *¿que dirán?*

¿QUIEN ES DIOS?

INTRODUCCION TEOLÓGICA

Dios es la ciencia; la suma
ciencia que todo lo abarca,
el atributo que marca
su sér de Dios. Quien presuma
de capaz de comprender
cuál es de este Ser la esencia,
se atribuye á sí la ciencia,
suma de este sumo Sér.
Pero en lo menos lo más
no cabe, y Dios menos fuera
que aquel que le comprendiera;
lo cual no será jamás.
Con que la ciencia explicar
de Dios y á Dios definir,
es lo mismo que decir
que en un rio cabe el mar.
Se cree en Dios y á Dios se ora;
pero á Dios no se le explica:
á Dios se le glorifica,
se le exalta y se le adora.
¿Quién es Dios? Nadie lo sabe.
¿Quién definirle pretende?
¡Lo infinito, se comprende
que en la comprension no cabe!
Dios es Dios; y por ser tal,
ni puede ser comprendido,
ni puede ser definido
en lengua alguna mortal.
Dios es Dios: nadie le ve:
no cabe en humana idea
quién sea, ni cómo sea,
ni dónde, ni cómo esté.
Mas ¿qué hombre puede negar
al Dios que ha puesto en su pecho
su fe y su templo, y ha hecho
de su corazon su altar?
Dios es Dios: no se le ve:
Criador, no criatura,
espíritu, ciencia pura,
no hay forma que á ver le dé:
mas do quier se le concibe,
por do quiera se le siente,
late con cuanto hay latiente,
vive en todo cuanto vive:
y no hay lugar, ni hay instante,
en que al hombre, duerma ó vele,
su existencia no revele
y en que de él no esté delante:
porque es Dios quien lo hizo todo,
como al hombre de la nada;
y su huella está marcada
por do quiera de algun modo.
¿Quién es Dios? Nadie su esencia
podrá jamás penetrar:
pero ¿quién podrá negar
su entidad y omnipotencia?
Esa luz, flúido de oro,
espléndida maravilla
que colora y con que brilla
lo lóbrego y lo incoloro:
esa luz, sin cuya accion
yaciera en un ciego abismo
todo el bello mecanismo
de la hermosa creacion:
esa atmósfera que azula
eso que llamamos cielo:
ese hondo mar que en el suelo
preso entre arenas ondula:
ese orden jamás discorde,
sistema maravilloso
de artificios sin reposo
y en los que todo va acorde:
el del agua, ese elemento
que en la atmósfera circula
y, filtrándose, inocula
su jugo, á cada momento,
transformándose conforme
el globo lo necesita;
neblina ingrávida, informe,
de sutileza infinita,
nublado ó lluvia, en el viento;
rio en la tierra, ó torrente
que á tumbos se precipita
por la catarata hirviente;
gota de la estalactita
en la caverna pendiente,
brotando á intervalo lento;
manantial intermitente
so tierra, ó perenne fuente
de murmullo soñoliento
y meándrica corriente;
zumo de cuanto sustento
tiene, en el aire y la tierra,
del cedro al musgo, del hombre
á la larva que aun sin nombre
un germen vital encierra:
y en fin, el hombre, conjunto
de alma, espíritu divino,
y cuerpo mortal, mezquino
barro al espíritu adjunto;
del cual la organizacion,
combinada pieza á pieza
con tanta delicadeza
como fuerza y perfeccion,
es un prodigio viviente,
y cuya más leve parte
obra maestra es del arte
de un Artista Omnipotente,
y en el cual son tan extrañas
y asombrosas maravillas
las ajustadas costillas
que defienden sus entrañas,
como las tenues hebrillas
del toldo de sus pestañas...
¿Probando al hombre no están
que hay un *sér* que da su sér
á todo, y de su poder
patentes pruebas no dan?
Y ese *sér* de quien en pos
todo eso que nos asombra
va á su voz, ¿cómo se nombra
sino Dios?—Mas ¿quién es Dios?
Dios es esto: eje, nivel,
apoyo, equilibrio, centro,
sér de cuanto existe dentro
del universo. Obra de El.
Este artificio mundial
del que un átomo es la tierra,
que todo un sistema encierra
de muchos, y en cada cual,
todos por Dios de la nada
vivificados, sustenta
miles de mundos que cuenta
con una sola ojeada.
Y El es quien lanzó sin cuento,
unos de otros luminares,
de estrellas y astros millares,
tesoro del firmamento,
pedrería con que prende
el cortinaje suntuoso
que Dios en su alma reposo
entre El y los mundos tiende.
Mas ¿quién es Dios? Es quien hizo
con su voluntad todo eso,
del espíritu embeleso,
de la inteligencia hechizo:
todo eso móvil, viviente,
simétrico, equilibrado,
concebido y combinado
tan maravillosamente,
con tan suma precision,
que, con marcha peregrina,
suelto, del éter camina
por la insondable region,
sin que nada se disloque,
se tuerza, se desencaje,
se gaste, ni se rebaje,
tropiece, ni se equivoque,
en virtud de la equidad
de una ley de Dios, tan fija
é inalterable como hija
de su infalibilidad.
Mas ¿quién es Dios? Es la vida.
la verdad, la luz, la esencia
de todo, la omnipotencia,
la eternidad sin medida.

Dios es el motor, la fuerza
que todo lo impulsa y mueve,
que á nadie la suya debe
y la cual nada hay que tuerza:
Dios es el único sér
que por sí mismo en sí vive,
que le da y no le recibe:
Dios es el sumo poder,
á quien ningun poder llega,
por quien todo nace, crece,
vive, muere y desparece:
Dios es el alfa y la omega,
principio de lo que fina,
meta y fin de lo que empieza
el solo que no tropieza,
el solo que no declina,
ni duda, ni se equivoca:
y Él creó al hombre, dotándole
de alma inmortal é inspirándole
un hálito de su boca.
¿Quién es Dios? Definicion
no puede tener, teniendo
un sér infinito, y siendo
la infinita perfeccion.
Cristo lo dijo, y después
ni antes de Cristo, jamás
supo nadie decir más
de Dios: Dios es EL QUE ES.
Y ese es el Dios en quien fia,
en quien espera, en quien cri
mi alma, que doquier le ve:
el Dios á quien noche y dia
ensalza mi poesía
y á quien adora mi fe.

José Zorrilla.

SAN VICENTE DE PAUL ¿FUÉ FRANCÉS?

Hé aquí una pregunta que nadie se hacia poco tiempo há. Unos, en reducido número, sin hablar al mundo de su creencia, porque le juzgaban español, paisano suyo, en pequeña comarca del Alto Aragon. Los demás, la generalidad, en España, en Francia y en todas partes, porque no ponian en tela de juicio que dejase de ser francés, y por francés le tenian sin contradiccion, tanto que no faltaban quienes, obedeciendo la regla de pronunciacion francesa, le llamaban *de Pol*.

Mas debemos comunicar á aquellos de nuestros lectores que no lo sepan, la grata nueva de que recientemente se ha publicado un precioso libro en que se dilucida hasta donde es posible este punto, de tal manera que casi no es posible pensar ya otra cosa, sino que el célebre san Vicente, el Apóstol de la Caridad, es hijo de la noble España, ni más ni menos que de Tamarite de Litera, en la provincia de Huesca.

Precioso libro hemos dicho, y lo es en verdad, en lo formal como en lo material. Con una cubierta escrita en dos tintas, con el mejor gusto, é impreso todo él con perfeccion y elegancia, honra á la tipografía aragonesa en Zaragoza, donde se ha editado, y diríamos que hasta á la librería donde se vende, que es en la de Cecilio Gasca, plaza de la Seo, número 2.

En cuanto á la composicion del libro, no sabemos cómo elogiarle. Tiene una coleccion de datos tan interesantes, que una vez comenzado á leer no se sabe dejar de la mano, y cuando se acaba se siente que sus 349 páginas *han sabido á poco*.

Se advierte en él la fuerza de lógica y de erudicion en la materia, que encadena y deleita, y una modestia en el autor, que encanta. Por fin, el lenguaje es tan castizo como raro en estos tiempos, y nos ha traido á la memoria sin querer el de los ilustres aragoneses los Argensolas, competidores de los mejores hablistas castellanos. Y quien este aventajado juicio merece de toda justicia en su libro, es tambien aragonés y zaragozano: el distinguido catedrático de la Universidad cesaraugustana, Sr. D. Antonio Hernandez y Fajarnés, socio corresponsal de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, quien á sus notables merecimientos une hoy el de vindicador de una gloria pátria de las que más pueden lisonjear al corazon, porque la tierra que produjo el de san Vicente de Paul debió ser la más dulce del mundo.

Y no es que el Santo naciera por accidente casual en ella, no. Muy al contrario, nació en ella porque su genealogía paterna y materna era allí antiquísima, y lo accidental y lo casual es que su familia y san Vicente se trasladasen á Francia, como otras del país, lo que motivó el que en Francia principalmente floreciesen sus virtudes dilatados años hasta su muerte, á los ochenta y cinco de edad, formándose como otra patria adoptiva que hubo de confundirse con la natural. Así quedó ésta olvidada, menos en su país natal, donde ha permanecido viva la memoria de su célebre antepasado y señalada como su casa nativa la de *Xeronimola*.

¡Lástima grande que en la horrorosa devastacion é incendio que sufrió Tamarite en 1642 por los franceses, que vinieron á auxiliar la sublevacion de Cataluña, pereciesen los libros parroquiales! Ellos darian hoy y habrian ya dado antes el irrefragable testimonio de la verdad, cortando á tiempo el paso á un error tan universalmente arraigado sobre la patria del esclarecido atleta de la caridad.

Porque es de observar que la canonizacion de san Vicente se hizo sin su partida de bautismo, pues en Francia, en la aldea de Raquines de la parroquia de Poy, diócesis de Dax, donde se le supuso nacido, segun se lee en el *Año Cristiano* como cosa corriente, no la habia, ni en otra parte alguna, y se suplió tan grave falta en el expediente con una informacion testifical en que los deponentes dijeron *lo que habian oido*. Y no se insistió más en Roma sobre ese punto, á instancia de Luis XIV, considerando en último término que no era sustancial determinar inequívocamente el punto del nacimiento, ni se tuvo dificultad en estimar que el Santo fuese francés, puesto que en Francia habia florecido; la estructura de su primer apellido Paul es igual á la de muchas palabras francesas, y nadie se presentó á oponer prueba en contrario; como si no la hubiera habido presentada de que san Antonio de Padua era portugués, se le habria tenido por italiano, y si tampoco se hubiese aducido de que san Diego de Alcalá era andaluz, se le hubiera tomado acaso por complutense, etc. Pero debe advertirse la reparable circunstancia de que no hay justificada razon alguna que explique la falta de la partida en la parroquia francesa de Poy, mientras está probadísima la destruccion de los libros de la de Tamarite.

Seis aldeas y lugares hay entre Barbastro y Boltaña que se denominan Paul, y en Barbastro, en Tamarite, en Crejenzan y en Estopiñan ha habido antes y despues del nacimiento de san Vicente quienes llevan el apellido de Paul; y el materno de Mora, tan manifiestamente español, le habia á la vez y continúa tambien en aquel país. Y que el Santo estudió en la Universidad de Zaragoza es otro dato congruente con los anteriores, y no negado por los mismos biógrafos franceses.

Pero no hemos de hacer, dado que no es posible, un extracto siquiera de lo mucho bueno y sustancioso y agradable que contiene el libro del Sr. Hernandez y Fajarnés, verdadera joya literaria del más alto precio. Debemos, bien á nuestro pesar, satisfacernos con estas breves indicaciones y recomendar á nuestros lectores su adquisicion, seguros del gusto y estima con que le han de poseer, y dar, por remate, nuestro más cumplido parabien al preclaro escritor aragonés que nos rescata esa gloria española, accion muy propia de quien ha nacido en su bendecida tierra, porque sabido es que nuestros hermanos los aragoneses son ultra-españoles.

(Semana católica)

MISCELÁNEA

Habla Castelar de los viajes del Emperador de Alemania y dice:

«En los Océanos polares, por las puntas Norte de nuestro continente, al pié de los hielos perpétuos, iluminados por el rayo pajizo de un sol que resplandece hasta la media noche por los estrechos boreales, teñidos de las estelas abiertas antes por los barcos en cuero del irruptor normando, que debia dejar profundísimas huellas, tanto en las aguas como en las tierras de Francia y Albion, junto las costas escandinavas, que debieron ver el nacimiento de algun progenitor suyo, Guillermo, hipnotizado por una especie de misterioso atavismo, invoca las chispas del rayo y escucha los fragores del alud. Pues, desde tales mares, deberá partirse pronto á las islas rosáceas, á los cielos espléndidos, á las aguas celestes, á las riberas esmaltadas de conchas y corales, á los escollos resonantes de odas, á los cabos que semejan intercolumnios de un templo, á las ondas palpitantes de sirenas y ninfas, á los archipiélagos ceñidos de laureles que llevan en sus ramajes citaras heridas por el aire marítimo, al hermoso y resonante mundo griego.»

¿Todavía hay ondas que palpitan de sirenas y ninfas?

¡Qué lujo de disparates é insulseces el del olímpico don Emilio!

Si eso que es pluma fuera pincel, el *más ilustre de nuestros tribunos* seria un buen pintor de decoraciones.

De comedias de mágia.

¿Quién niega la existencia de Dios?

Todo aquel que no puede oir pronunciar el nombre de Dios sin manifestar la rabia ó el miedo que aquel nombre le inspira.

¿Quiénes se sublevan contra el dogma de los castigos eternos?

Todos los que por sus audacias ó crímenes los han merecido.

¿Quién acusa á la Religion de hacer del hombre una bestia?

Los que retrotraen el origen del hombre al mono, y tienen á éste por padre, por hermanos á los demás animales, por regla de moral las pasiones más criminales y por fin del hombre la nada.

¿Quién habla continuamente del progreso?

Los que quieren retroceder hasta el Paganismo, alabando é imitando sin cesar sus tiranías, sus locuras y sus bacanales.

¿Quién sostiene que todas las religiones son buenas?

Los que no tienen ninguna, y toleran las falsas y persiguen la verdadera.

¿Quién acusa á la Iglesia de ser enemiga de las luces?

Los que por todos los medios impiden sus santas enseñanzas.

¿Quién habla incesantemente de sus sacrificios por el pueblo, afectando compasion por los desheredados de la fortuna?

Los mismos que persiguen constantemente las obras de caridad instituidas para alivio de las miserias humanas.

Cortamos de un periódico liberal de Valladolid:

«Los clamores de la prensa local contra ese vergonzoso desarrollo que en Valladolid ha adquirido la costumbre de la blasfemia y los dicharachos ferozmente escandalosos en la via pública van resultando en vano por lo visto.

»Anteanoche presenciamos nada menos que en plena calle de Platerías un espectáculo lamentable. Varios salvajes en cuadrilla entonaban á voz en cuello una série tal de canciones hediondamente obscenas, que hasta los cantos de piedra se ruborizaban. No cabe más.»

Sí cabe más.

Porque las blasfemias y obscenidades de los que el periódico liberal vallisoletano llama «salvajes en cuadrilla» no son sino un pálido reflejo de las que se leen en la prensa laicochina.

Pero ¡lo que son las cosas!

A aquellos los apellidan *salvajes en cuadrilla*; y á esta *redentora de la humanidad*...

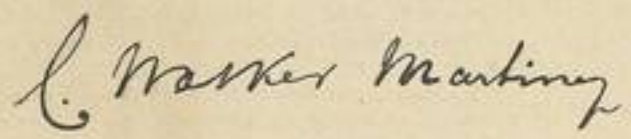
¿Quién ata esa mosca por el rabo?

No conozco á Carmen Piferrer, ni sé por tanto si es Carmen señorita Carmen, Doña Carmen, la Carmen, la Sra. Cármen ó la tia Carmen. En esta duda, la llamaremos Carmencita.

Pues Carmencita escribe en un papel laicocista lo que todos los laicocistas suelen escribir, á saber, que ellos, los libre-pensadores, no son «en realidad» más que imitadores de Jesucristo.

Ahí vá la prueba, habla ella:

—«Si la resuelta actitud de los que combaten las religiones positivas...



¡Hola!... Solo le faltó añadir á Carmen que la religion positiva que combaten con más encono los libre-pensadores (por no decir la única religion que combaten) es la de Jesucristo, para que resultase con mayor «realidad» que no son más que sus imitadores.

Monos de imitacion, ya es otra cosa.

Y pregunta luego la Carmen:

«¿En qué consiste, pues, que los más sabios y decididos campeones del catolicismo son impotentes para defenderlo?...»

¿En qué ha de consistir, mujer?

En que toda la ciencia se la llevó Chies, *El Monaguillo* de Cuenca y el P. Tornos.

¿Quién, ni para qué, ni cómo ha de poder defender al catolicismo?

Así es que hay que atribuir á milagro el que el catolicismo sustituyera al paganismo, y venciera á los bárbaros y civilizara á Europa, y cuente con trescientos millones de fieles en los pueblos cultos, y haya luchado y vencido á todos los herejes, y sea capaz de suscitar el enojo de una Carmen Pi-ferrer y demás laicistas del orbe...

Pues ¡digo! si ha sucedido esto, siendo los católicos impotentes para defenderle, ¿qué sería, Cármen, qué sería el catolicismo si los católicos le pudieran defender?...

Piénsalo, Carmen, piénsalo: y puesto que no hay quien pueda defender al catolicismo, no le combatas tú, porque no es noble atacar á un indefenso.

Véte á hacer calceta.

El señor Obispo de Vitoria ha condenado la revista laicocéfala que se publica en San Sebastian, con el título de *La Region Vasca*.

Los libre-pensadores se enfurecen con estas saludables medidas que, entre otras cosas, sirven para que los fieles conozcan de qué lecturas deben apartarse; y, á más de enfurecerse, ponderan la *intolerancia* religiosa de los Prelados, desconociendo que éstos proceden con la mayor prudencia y mesura, como ha pasado con la condenacion de *La Region Vasca*, á cuyo director invitó cortesmente el señor Obispo á que se enmendara y retractara las impiedades y blasfemias que publicaba.

No quiso, y ahora se quejará de la conducta del digno Prelado.

Así son los láicos: quieren la libertad para sus barbaridades y niegan á la Iglesia hasta el sagrado derecho de defensa.

INDIOS GIGANTES

Leemos en un periódico extranjero que los indios *seris*, de una tribu que habita la isla de Tiburon, en el golfo de California, han cruzado el estrecho de Ill y desembarcado en el Estado mejicano de la Sonora, asolando ranchos, cabañas y cometiendo toda suerte de tropelías.

Aquellos pacíficos estancieros están aterrorizados hasta el punto de disponerse á abandonar aquellas costas. El campo de las fechorías de estos salvajes es principalmente la comarca de Hermosillo, en donde no han dejado más que desolacion y ruinas. Los *seris* son unos 500 hombres, de estatura más alta que la de los hombres más gigantes de ambos continentes, pues casi todos ellos miden dos metros y veinte centímetros. Se les cree antropófagos, y son los únicos indios de la América septentrional que usan todavía flechas envenenadas; prefieren además la carne cruda á todo otro alimento, ignorando el arte de cocinar.

Por lo que respecta á su estatura, aspecto, lenguaje y costumbres, se diferencian de todas las otras tribus indias de América. Hace pocos años que un moro visitó la isla habitada por esos indios, y pretende que hablan la lengua turca. Por su aspecto se parecen á los malayos, segun el decir de algunos viajeros que han tenido el valor de aventurarse en la guarida habitada por aquéllos: los que han escapado con vida de su visita no es probable intenten repetirla.

EL PODER DE LOS JUDÍOS

Berlin va á ser presa de los judíos. Segun afirmacion del Vicepresidente de la Municipalidad israelita de Berlin, hay en dicha ciudad 90,000 judíos, 70,000 más que en Francia. Así es que el movimiento antisemítico progresa en Alemania y en Austria, y ante la nueva invasion, protestantes y católicos se unen para rechazarla. Segun recientes estadísticas, los judíos poseen en Viena el 40 por 100 de las casas de la ciudad, y tienen hipotecado otro 40 por 100, lo que equivale á decir que son los dueños y árbitros de la propiedad, industria y comercio, cuando en 1848 no poseian un solo inmueble en la capital austriaca.

No es menor su influencia en la Italia oficial. Con motivo de un viaje del rey Humberto á Berlin, el periódico del rabino Hirsch Hildesheimer dice: «En Italia los israelitas desempeñan muchos cargos públicos. En el ejército hay muchos generales; en la Cámara se cuenta una docena de diputados judíos. Crispi es un ardiente philosenita (amigo de los judíos), y su amigo y confidente el judío Levi dirige *La Riforma*, órgano del Gobierno. Artistas, escritores y profesores de la Universidad cuentan muchos judíos, y en las exposiciones artísticas é industriales lo son la mitad de los expositores. Reciben con frecuencia de la Corte empleos y condecoraciones, y la reina Margarita visita con preferencia las escuelas y los institutos de la beneficencia judía.»

EL *ELECTRIC CLUB* DE NUEVA-YORK

Los electricistas de las más populosas capitales de los Estados-Unidos han establecido un centro de reunion, y claro es que tratándose de aquel país, el nuevo club responde perfectamente á su título. Desde la fachada en la que resplandecen los símbolos característicos de la electricidad, hasta los sótanos en que existen las máquinas de vapor para su generacion, todo se hace en aquel edificio por la electricidad y para la electricidad.

El ingreso en el club es ya una sorpresa: se ha suprimido el portero. El socio no tiene que hacer más que colocar el pie sobre una plancha metálica para que, cerrándose un circuito eléctrico, se abra la puerta por sí misma.

Todos los salones se hallan alumbrados eléctricamente. Las máquinas de vapor actúan sobre los dinamos destinados á cargar una batería de acumuladores eléctricos que se utilizan para todos los servicios.

La red de alambres que hay establecida es inmensa y perfectamente estudiada. Las lámparas de incandescencia tienen su brillo deslumbrador apagado por globos de cristal tallado, lo que produce un efecto precioso. En la biblioteca existen los más renombrados periódicos del mundo y una nota de las patentes de invencion referentes á la electricidad expedidas en todos los países. Es además sala de estudio, conteniendo todos los aparatos necesarios para los ensayos y experiencias más frecuentes.

La estufa es tambien eléctrica. Está formada por un bastidor, sobre el cual hay puestos en zig-zag varios alambres de platino, cuya temperatura se eleva por el paso de una corriente enérgica.

Otra de las curiosidades del *Electric Club* es una maquinilla eléctrica para limpiar el calzado. Está constituida por un cepillo de forma circular, en cuyo interior va establecido un pequeño motor eléctrico, puesto en comunicacion por medio de un cable con una batería.

Cuando funciona el electro-motor, adquiere el cepillo un rápido movimiento de rotacion, no quedándole al limpia-botas más papel que el de dirigir la operacion.

Contiene, además, el club un saloncito en el que hay aparatos telefónicos enlazados con la red de Nueva-York y poblaciones próximas, y todos los elementos que para la comodidad y la distraccion suelen contener estos edificios.

Esta sociedad, de la que forman parte los primeros electricistas americanos, tiene por objeto el progreso de este importante ramo de la industria moderna, y en este sentido son ya notables los trabajos que ha llevado á cabo.

Los socios, mediante una módica tarifa, tienen derecho á llevarse á sus casas acumuladores cargados que, además de servir para el alumbrado, pueden utilizarlos tambien como fuerza motriz para diversos usos domésticos.

SECCION RECREATIVA

LAS MARIPOSAS JAPONESAS.—Hé aquí un juego muy sencillo y que sin embargo produce una ilusion de las más extraordinarias.

Enseñad algunos cuadritos de papel muselina doblados por la mitad; tomad dos de estos papeles, y con unas tijeras les dais la forma poco mas ó menos de dos mariposas: despues colocándolas sobre un ramo de flores, las haceis revolotear al rededor del ramo y luego por toda la sala, haciéndoles aire con un abanico japonés.

Parece que estas mariposas, que no se alejan mucho, sean verdaderos insectos.

Tan sorprendente resultado se obtiene de la manera siguiente:

Tómese un cabello negro, próximamente de unos ochenta centímetros de largo, á uno de cuyos extremos se ata por el centro otro cabello negro de veinte centímetros.

A cada extremidad de este último cabello, y con un poco de cera ú otra cosa cualquiera, fíjese por el medio del pliegue una hoja de papel muselina doblada por la mitad. Una vez doblados estos papeles, deben ser poco más ó menos del tamaño de un papel de fumar. Colóquense entre otras hojas de papel exactamente iguales.

Atese la extremidad que queda libre del cabello al boton más alto del traje, es decir en el punto donde acostumbran á colocarse las flores.

Os presentais teniendo en la mano cierto número de estos papeles, entre los cuales se hallan los dos que están ya preparados como se ha dicho anteriormente, con el cabello atado á la botonadura.

Dad á reconocer unos cuantos de estos papeles; luego tomad dos, manifestando que lo haceis al azar, pero precisamente cogeis los preparados, que estarán uno sobre otro.

Por medio de unas tijeras dadles la forma de dos mariposas, procurando tomar las precauciones necesarias á fin de no cortar el cabello.

Separad las alas de vuestras mariposas y luego colocadlas sobre un ramo que tendreis en la mano izquierda. Tomad entonces con la derecha un abanico, y agitándolo haréis revolotear las mariposas, que parecen vivas. Es necesario emplear un abanico muy fuerte para que dé mucho aire. Los abanicos chinos, redondos, en forma de pantalla, de bambú partido, son los que más convienen.

Para que la ilusion sea completa es necesario hacer que las mariposas se paren en varios objetos; luego hacer que suban y bajen, lo cual es muy fácil modificando la fuerza de aire é inclinando un poco el cuerpo como queriendo seguir sus movimientos.

Con una hora ó dos de ejercicio llégase á ejecutar perfectísimamente este juego.

CHARADA

Te dirá sin vacilar
un músico de carrera
primera
Y encontrarás sin quimera,
pues en la botica abunda,
segunda.
No es fácil que te confunda
líquido que se comercia
tercia.
Hasta en Pequin y la Persia
cual mi *todo* hay más de un hombre
ó lo que es lo mismo un nombre
primera, segunda, tercia

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA

TALEGO

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 18

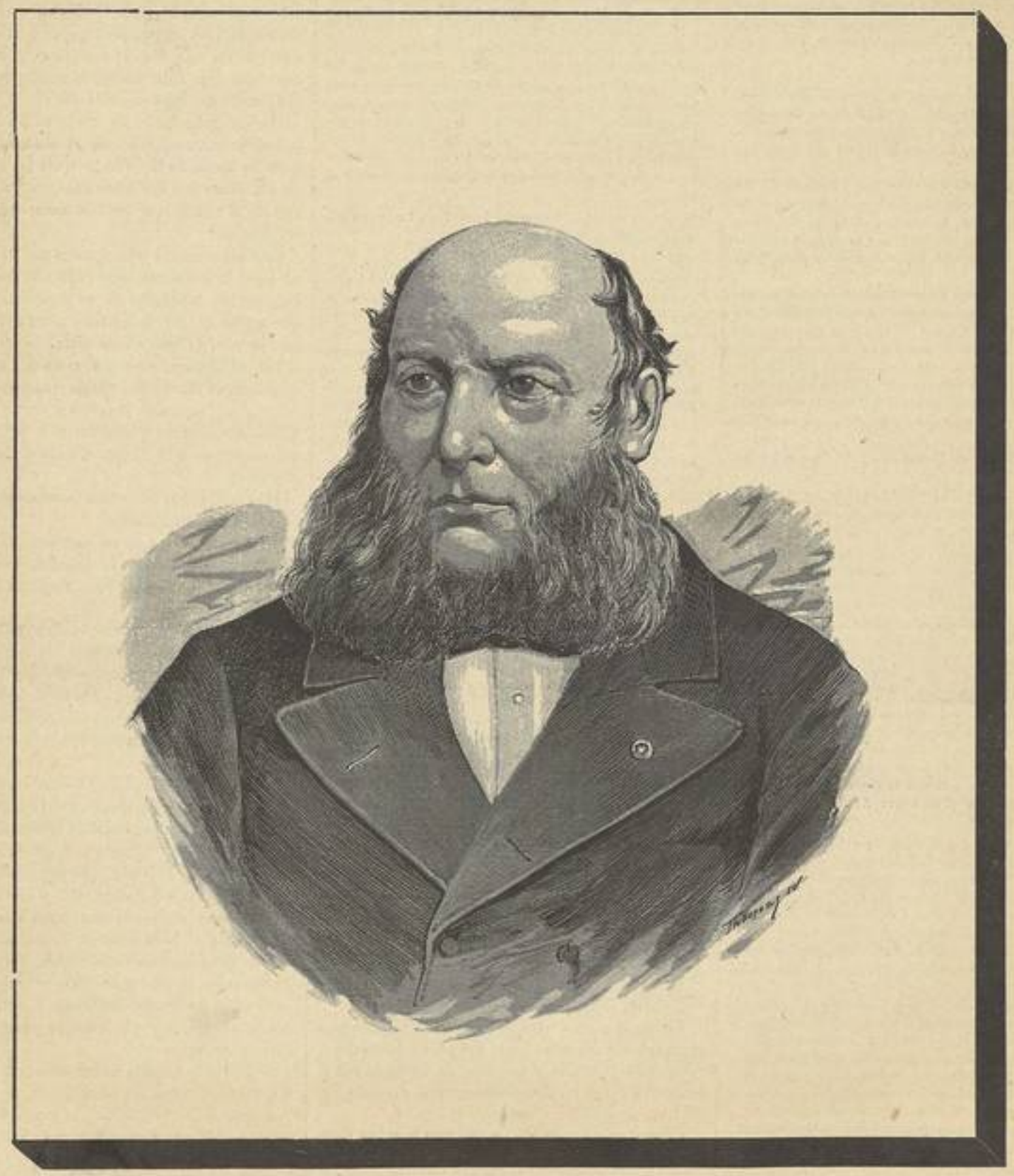
Blancas.	Negras.
1. D t8-D8	1. R P4-C5
2. C E7-D5 +	2. R C5-B5
3. C D5-P4 mata	
	1. R P4-P3
2. D D8-D2	2 cualquiera.
3. D D2-B3 mate.	

Con variantes.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 14 DE SETIEMBRE | SÉRIE II.—NÚM. 90



EL MARQUÉS DE CAMPO

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La Revolucion del 89*, V.—*¿Para qué sirven los pobres?* por *L. G.*—*Diario de un filósofo, ó cosas del otro mundo*, I.—*El Liberalismo ante los principios religiosos* (conclusion), por Walker Martinez.—*El nuevo triunvirato aleman.*—*La verdad sobre la cuestion romana.*—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion), por el P. Franco.—*Morada del cielo* (poesía), por Fr. Luis de Leon.—Edison.—*Noticias generales.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

El Marqués de Campo.—Pocos españoles no conocerian, aunque sólo fuera de nombre, á este hombre público, cuya vida agitada y laboriosa ha llenado medio siglo con el eco de sus empresas.

Habia nacido en Valencia; se educó allí, entrando muy jóven de dependiente en un almacen de géneros coloniales, y al cumplir veinte y tres años fué elegido alcalde presidente del Municipio de la capital, cargo que desempeñó durante cinco años, y en el que desarrolló las dotes de energía que fueron luego rasgos distintivos de su carácter.

La capital de Valencia recordará siempre con gratitud las reformas debidas á la iniciativa y desarrolladas por el más jóven de sus alcaldes. Reformó completamente la policía urbana, llevó aguas potables á la ciudad, construyó el barrio de la Zaidía, fundó establecimientos benéficos, una Caja de Ahorros, la *Sociedad Valenciana de Fomento*, y otra para la conduccion de aguas potables.

Despues de dejar la presidencia del Ayuntamiento llevó el gas á Valencia, construyendo la fábrica de que hoy era dueño; proyectó las obras del puerto del Grao y de grandes cuarteles; hizo carreteras y llevó á cabo la línea de los ferrocarriles valencianos, uniendo la capital del Turia con Barcelona y Madrid.

Hace veintinueve años que se trasladó á la Corte. Su llegada se señaló inmediatamente por la fundacion de una sociedad «central española de crédito;» célebre por las difíciles condiciones en que apareció, por la extension de sus negocios y por la prosperidad que adquirió en plena época revolucionaria.

El entusiasmo, el amor y los sentimientos caritativos que el marqués de Campo mostraba siempre hácia su ciudad natal, parecian no tener límites: allí fundó un Asilo para 300 párvulos, sostenido por él; contribuyó á la construccion de la plaza de toros, fuente de ingresos para el hospital provincial; gastó 250,000 pesetas en dotar de gas á los establecimientos de beneficencia; canalizó la Alameda de Valencia y llevó á cabo otras muchas obras benéficas que no es fácil recordar.

Ocurrió su muerte en Madrid el 10 de Agosto último. (R. L. P.)

Revolucion francesa (12 de Julio de 1789).—*El príncipe de Lambesch penetra en las Tullerías con un destacamento de Royal-Allemand.*

Los dragones del príncipe de Lambesch, cuñado del duque de Orleans, viendo que los amotinados querian construir una barricada á la entrada de las Tullerías, se dirigieron allí al galope, siendo recibidos á pedradas y á pistoletazos. Los dragones dispararon al aire. Una docena de paisanos se echaron con furia á la brida del caballo del príncipe y quisieron desmontarle, pero él les rechazó á sablazos. Un tal Chauvel, más atrevido que los otros, se esforzaba en cerrar el puente á fin de cortar la retirada á los dragones. Lambesch acomete al hábil estratégico y le hiere en la frente. Herir á un miembro del pueblo soberano é impedirle el asesinato de los dragones era un crímen tan monstruoso, que pocas horas despues se fijaban carteles en los sitios públicos pidiendo la picota para el Neron de Lambesch!!! (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

Revolucion francesa (12 de Julio de 1789).—*Accion de la Guardia francesa contra Royal-Allemand.*

La guardia francesa, que se habia declarado por los amotinados, permanecia en su depósito, en la Calzada de Antin. De improviso y en virtud de órdenes superiores un destacamento de dragones de Royal-Allemand llega al galope á la puerta de San Martin, desfila á lo largo del *boulevard* y se aposta en frente del edificio de la Guardia francesa. Los soldados que la componian rechazan á sus oficiales, se agolpan á la reja, la fuerzan y se colocan en batalla á la entrada frente á los dragones. —«¿Quién vive?»—gritan los de la Guardia.—«Royal-Allemand,» se les responde.—«¿Estais por el tercer estado?»—«Somos soldados, y obedecemos á nuestros jefes.» Esta respuesta les valió una descarga, seguida de un fuego graneado que les causó varias bajas. Los dragones dispararon por su parte algunos pistoletazos, y luego volvieron grupas. Los de la Guardia francesa se dirigieron al Palacio Real para recibir las palmas del triunfo. (Ch. de Hericault).

La Bastilla, antigua fortaleza de París y prision de Estado destruida por los revolucionarios de 1789. El distinguido escritor M. Ch. de Hericault, hablando de la tan decantada *toma* de la Bastilla por las turbas amotinadas, condensa la historia de este suceso en los siguientes términos: «La Bastilla no era defendible, ni fué defendida, ni apenas atacada, ni enteramente tomada.»

Plaza de Cataluña en Barcelona, segun el proyecto de reforma debido al arquitecto municipal D. Pedro Falqués, premiado en el concurso abierto al efecto y aprobado recientemente por Real órden.

El sistema en que la nueva distribucion se ha fundado es el de la línea porticada, de forma oval y abierta en todos sentidos.

Los pórticos, fraccionados en cuatro secciones por sus cruces con las diagonales, formando así otros tantos ingresos ó entradas libres y anchurosas, se hallan constituidos en cada una de aquéllas por dos séries de pilares cuadrados de fábrica de sillería, unidos por arcadas de medio punto en sus líneas concéntricas y enlazados transversalmente por una bóveda cilíndrica, lo mismo que los anillos que marcan las prolongaciones de los apoyos ó contrafuertes. Estos se hallan franqueados en su frente interior y costados por esbeltas y elegantes columnas sobre pedestales derivados de los macizos, figurando sostener lateralmente las dobles arcadas de los paramentos.

En los extremos de cada seccion se destacan pabellones de mayor amplitud é importancia, que elevándose á superior altura destruyen el monótono efecto de las horizontales corridas de los pórticos y terminan en vistosas cúpulas esféricas, determinando con precision los accesos al área interior y ofreciendo en sus cuerpos inferiores campo suficiente para grupos escultóricos decorativos.

Siendo cuatro las secciones independientes en que resultan divididos los pórticos, se simbolizan en ellos las cuatro provincias del Principado, dotándolas con sus propios nombres, de acuerdo con la especial orientacion de cada una, consignando sus hechos respectivos más gloriosos en las páginas de piedra abiertas en las bóvedas y estribos de sus pabellones, y destinando los pedestales emplazados frente á los correspondientes perímetros, á estátuas conmemorativas.

Libros y estampas.—Cuadro de Jaime Favretto, premiado en la Exposicion de Turin.

Tomás Alva Edison.—Véase el artículo.

Residencia y laboratorio de Edison (*Llueller-Park*), cerca de Nueva-York.—La habitual residencia de Edison es un vasto *chalet* de madera, sobre una colina cubierta de vegetacion, donde vive con su esposa. Es una casa sencilla, pero donde todo se hace como por arte de encantamiento. Las puertas se abren eléctricamente; los platos acuden á la mesa por un ferrocarril eléctrico, etc. Por todas partes teléfonos, campanillas, cuadros eléctricos, etc.; aquí un objeto que suena, allí otro que vibra, á un lado otro que alumbra, más allá otro que habla. El visitante camina de sorpresa en sorpresa, sin darse apenas cuenta de las maravillas obradas por la electricidad, que parece un juguete en manos de Edison.

La reina María Antonieta y el Delfin, esposa é hijo respectivamente del infortunado Luis XVI, y como él víctimas de la saña revolucionaria.

Casco de D. Juan de Austria.—Es una de las armaduras más extrañas que se conservan en la Real Armería de Madrid, y está descrita del siguiente modo en el Catálogo oficial de la misma, donde tiene el número 2,373:

«Casco con vuelo: sobrevista formada por una cabeza de animal caprichoso; las dos alas del vuelo forman en su principio una espira; posteriormente remata en una cabeza de delfin, de metal, cuyo cuerpo viene siguiendo el borde: tiene además otros adornos de metal: todas las piezas están sobrepuestas. Esta rara armadura de cabeza perteneció á D. Juan de Austria.»

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El remedio contra la inmigracion.—Tres espectáculos progresistas.

Rudosos lamentos se oyen por todas partes con motivo de lo que acrece y prospera la inmigracion de españoles á las repúblicas americanas.

Parten el alma ciertamente estos quejidos que arranca á las entrañas de la patria la miseria liberal que nos inunda, y que empuja fuera de nuestro suelo á una poblacion numerosa que no puede llevarse á la boca más que los codos.

Cierto es que en esa poblacion hay de todo como en botica; y cierto es que en su mayoría se compone de lo peor de cada casa; pero, al fin, sus indivíduos son españoles y debemos mirarles como hermanos por aquello de «con quien naces.»

Además, aunque la mayoría de esa poblacion viajera se componga de perdidos, haraganes, borrachos y viciosos, las penitencias de la emigracion son proporcionadas á sus culpas y debemos compadecernos del purgatorio que les espera.

El cual no sólo empieza en los martirios de la travesía, dilatándose hasta el trato que reciben al llegar á la nueva Jauja americana, sino que se inicia antes del embarque, segun lo refieren los últimos partes sanitarios llegados de Cádiz, en que se pinta *d'après nature* el hambre enormísima de los convoyes de inmigrantes que esperan la llegada del buque que ha de transportarles... á su sepultura.

Verdaderamente este negocio de la inmigracion se ha convertido ya en una especie de trata de blancos, en que se trafica con los hombres como con las bestias; pero los clamores que se elevan contra él no pasan de ser declamaciones del género epiléctico, á mi juicio destituidas de comun sentido.

El que más y el que menos, devorado por el celo humanitario, pide al Gobierno que cierre los banderines de enganche; que persiga la trata subrepticia; que impida á millares y millares de españoles que deserten de la patria; pero es más fácil pedir eso que concederlo.

Porque ¿cómo han de cerrarse las puertas de la inmigracion sin tapar antes con una buena hogaza las bocas de los que la quieren en nombre de los sagrados derechos del hambre, que han venido á sustituir á los tan cacareados *derechos del hombre*?

Está plenamente averiguado que el Gobierno no tiene hogazas más que para comérselas él solito con los españoles de su devocion; y pensar que se ha de privar de ellas para dárselas á los que se van, es insigne tontería.

No: el gobierno no está para dar más que lo que daba el tacaño del epígrama, que eran:

pascuas, pesames y dias,

y los inmigrantes que llaman á sus puertas se convencen pronto de que llaman á Cachano con dos tejas.

Hay que echar por otros caminos para impedir la despoblacion nacional.

Otras naciones, que se han visto tan pobres ó tan liberalizadas como la nuestra, han ensayado medios muy conocidos para atajar el mal que en España se lamenta.

Inglaterra los puso en práctica cuando se vió inundada por un proletariado vicioso y holgazan, que no vivia más que sacando las entrañas á los negocios del delito, y se la compuso de forma que en un abrir y cerrar de ojos transformó aquel proletariado en poblacion relativamente moral y bien acomodada.

Pero para ello tuvo que borrar algunos capítulos de la tabla de los *derechos del hombre*, tan ponderados en todos los tratados liberalizantes.

Y atendiendo no más que á satisfacer ó saciar los *derechos del hambre*, que son consustanciales con la humana naturaleza, fué, y en un momento premeditado cogió de una oreja á la poblacion vagabunda y holgazana de Lóndres, y dió con ella en sus posesiones coloniales, sometiéndola á un régimen militar que dió por resultado convertirla en poblacion laboriosa y contribuyente. Así se tapa la boca al hambre y se le quita al vicio el resuello.

¿No podria España hacer otro tanto en sus posesiones oceánicas, de territorio fértil y extenso? Ese archipiélago carolino, de tanto porvenir si se abre el istmo de Panamá, y del cual se apoderaron los alemanes como quien se apodera de un pañuelo perdido á su dueño, ¿no podria colonizarse por medio de un sistema tutelar que

perfeccionase los que emplea la Gran Bretaña?

¡Y tanto como se podria hacer eso! pero para ello habria que resucitar algo así como las antiguas levas; y eso no viste hoy, eso no es progresista.

De suerte que aquí á trueque de seguir siendo liberales á ojo de buen cubero, no tenemos ningun remedio para las enfermedades sociales, siempre contenidos por los escrúpulos de atentar contra los supuestos derechos del hombre.

Lo cual es una ficcion política, porque el primer derecho del hombre es el que tiene á la vida, y el liberalismo, en todos sus órdenes, no le concede más que derechos á la muerte.

Y así está España de ahita con tantos atracones de liberalismo: dando las boqueadas.

Para divertir los pensamientos tristes sugeridos por la despoblacion de nuestro suelo, el Gobierno liberal nos ha regalado tres espectáculos patrióticos en la última semana:

La traslacion de las cenizas de Espartero á un monumento nacional, la lotería de á peseta el décimo, y el reparto de premios á los alumnos de las escuelas laicas de ambos sexos de esta Corte, sostenida por la Asociacion de libre-pensadores nominada *Amigos del progreso*.

Tres progresistadas jocosas que demuestran que la ventura pública se va elevando al cuadrado.

Habian convenido tirios y troyanos en que lo peor que se podia hacer con las inverosímiles glorias de uno de los hombres más funestos para España, el más funesto despues de Mendizabal, era no *menealllas*, y héte aquí que no se ha parado hasta erigirles un mausoleo, donde harán pública penitencia.

Hasta que la justicia, que siempre llega á los pueblos aunque sea tarde, escriba sobre el lucillo del sarcófago el epitafio que le corresponde.

El cual no podrá menos de ser curioso y divertido.

—Lo de la lotería de á peseta el décimo ha sido una trampa para cazar aves zonzas.

Mal debe andar esta renta cuando la tahurería oficial pone en prensa su ingenio para sostener esa banca que se traga anualmente tantas millonadas.

Y una de dos, ó los puntos de ese juego han conocido despues de medio siglo de desplumamientos que está matada la baraja, ó en España no queda ya dinero ni para jugar.

Admítanse las dos cosas y se acertará.

—Cuanto al reparto de premios de las escuelas laicas de Madrid, espectáculo que han jaleado los periódicos por todo lo alto y por todo lo bajo, sólo diré que ha estado á la altura de la bestialidad moderna.

En él abrió el pico una señora maestra librepensadora para elogiar su establo de criaturas y para excitar á las madres de familia á que lleven sus hijas á esas zahurdas donde se emancipa á la mujer de Dios y del oscurantismo.....

Estos son los evangelios que predica hoy el progreso nuevo.

Y aún dicen que hay patria, Veremundo.

LUPERCIO.

10 de Setiembre.

LA REVOLUCION DEL 89

V

Lo que no debe en verdad extrañar al que sabe que la justicia divina no tiene dos pesos y dos medidas, es que esta tremenda justicia hirió hasta las mujeres que de un modo ú otro habian participado en la Revolucion. Perdieron, en efecto, la cabeza en la guillotina: Olimpia de Goujes y Mad. Rolland, llamada por Marat la Circe de los girondinos, y la mujer de Camilo Desmoulins y la de Hébert, descarado calumniador de la desdichada María Antonieta; el malvado que no economizó amarguras de ningun género á la augusta víctima.

Al ver que la esposa de un tan infame marido sube tambien al patíbulo y pierde allí la vida, ¿quién no se siente inclinado á exclamar: ¡Justo eres, oh Señor, y rectos son tus principios!

Pero tambien acaeció en esta feroz matanza de mujeres que muriesen, juntamente con las culpables, muchas inocentes. Le habia tocado la vez al ódio desencadenado contra el sexo femenino. Escribe el girondino Riouffe en las *Memorias de un prisionero*, que las mujeres más hermosas y más jóvenes caian á cada paso en aquella horrenda caverna que se llamaba La Abadía, de donde no salian más que para ir por docenas á inundar el patíbulo con su sangre.

Tan depravados eran aquellos hombres, que no contentos con insultar al sexo con gestos monstruosos, le juraron además un ódio implacable. Mujeres en cinta y hasta de parto, que se hallaban en aquel estado de debilidad y languidez consiguiente á aquel gran trabajo de la naturaleza, respetado hasta por los pueblos más salvajes; otras cuya leche se secaba, bien por el terror ó bien porque les arrancaban de sus senos á los niños, dia y noche eran precipitadas en aquel antro. Llegaban encadenadas de prision en prision con sus débiles y delicadas manos oprimidas por crueles argollas, algunas hasta con collares de hierro: entraban desmayadas y llevadas en hombros de los soeces carceleros cual atolondradas y locas. Chateaubriand añade: «Catorce jovencitas de Verdun, de un candor sin ejemplo y vestidas con adornos de vírgenes como para una fiesta pública, fueron tambien conducidas al patíbulo; todas cayeron de un golpe segadas en la primavera de su vida.»

Al dia siguiente de su muerte, el recinto donde estaban aquellas mujeres parecia un jardin de donde habia arrancado las flores el huracan.

No; jamás desde los dias del paganismo se habia visto sobre la tierra una desolacion igual á la que trajo aquella barbarie. ¡Veinte mujeres del Poitou, pobres campesinas en su mayor parte, fueron tambien de una vez asesinadas! Aquellas víctimas, hechas prisioneras, quedaron abandonadas por espacio de muchos dias, tendidas en el centro de la cárcel, cansadas por la fatiga de un largo camino y durmiendo sobre el duro suelo. En el momento de llevarlas al suplicio arrancaron á un niño de pecho del seno de una de aquellas infelices, que entonces le estaba alimentando con la leche cuya fuente bien pronto iba á secar el verdugo. ¡Qué tristes fueron los quejidos del dolor maternal! Pero sin resultado. Algunas murieron en la carreta, y todavía cortaron las cabezas de sus cadáveres.

¡Y pensar que hoy mismo, con tanto lujo de filantropía y tolerancia, hay escritores que nos ponen á estos caníbales como modelos de fraternidad y de libertad!

Dejemos ahora á Proudhon la palabra: «Carriere, el feroz Carrière condujo un dia á bordo de las naves á un gran número de mujeres, unas embarazadas y otras con niños al cuello. Las inocentes caricias, las sonrisas de estas tiernas criaturas causan á sus llorosas madres un sentimiento que desgarra sus entrañas. Ellas responden con intenso cariño á sus caricias pensando que serán las últimas. Una sintió los dolores de parto sobre cubierta, y los verdugos apenas le dejaron tiempo para terminar tan grande fatiga. Se adelantan en el mar; todas son amontonadas sobre la barca, y desnudadas luego, les atan las manos á la espalda.

»Los gritos más agudos, los chillidos más desgarradores, los reproches más amargos de estas desventuradas surgen de todos los pechos contra los atormentadores. Fouquet, Robin y Lamberty les respondian con insultos, y las tímidas hermosas, ya bastante ocupadas en descubrir la desnudez de sus carnes á los mónstruos que las ultrajaban, presenciaron temblando de horror la escena de su compañera, que, desfigurada por la sangre y agonizando, vino á exhalar el último suspiro á sus piés. Pero la consigna estaba dada, y los marineros arrojaron de un golpe á las infelices; las ondas del mar las sepultaron para siempre.»

Esta hecatombe mujeril ¿fué una expiacion?

¿Y por qué no? Cuando se piensa que en ninguna revolucion representaron las mujeres un papel tan infame y tan atroz como en la francesa del 89, cuando se tienen en cuenta los actos de crueldad y ferocidad que cometieron en aquel trágico acontecimiento los verdugos con faldas' no debe parecernos extraño que hayan entrado como pagadoras ante la justicia divina las mujeres inocentes y virtuosas. Entre los devastadores de la casa de Reveillon, que fué como la primera empresa nefanda de los revolucionarios, ¿qué furor, qué violencia, qué rabia homicida no demostraron las aldeanas parisienses?

En medio de la plebezuela que corrió desalada al palacio de la Cité para proveerse de armas en la noche del 12 al 13 de Julio de 1789, ¿quién optó más por la violencia? Las mujeres. Y mujeres fueron las que en aquella noche fatal quemaron las puertas de la Cité, dispersaron las guardias, saquearon las tiendas de los armeros y la casa de San Lázaro, las que al dia siguiente se levantaron con los más turbulentos demagogos contra la Bastilla, y acuchillaron, como hienas sedientas de sangre y estragos, á los pobres guardias suizos.

Eran mujeres las que llevaban el cráneo ensangrentado del desventurado anciano Foullon en lo alto de una pica, y arrastraban su cadáver mutilado por las calles de París. Meretrices y matronas las vemos ya mezclarse con los hombres en el *café del Palacio Real*, y vióse que se ponia á la cabeza de las susodichas el demagogo Maillard, que las condujo á Versalles, en donde se amotinaron contra el palacio, arrollaron á los guardias, obligaron al soberano á salir á su presencia é hicieron decir á Mirabeau: «Ahora que las mujeres se nos han venido aquí, la revolucion está hecha.» Cuando el panadero francés fué barbaramente asesinado, ¿de dónde partió el primer golpe de pica que lo derribó al suelo? De un grupo de mujeres que más parecian estar sedientas de sangre que hambrientas de pan.

Pero no concluiríamos nunca si quisiésemos recordar las escenas de sangre en que figuraron las mujeres, perpetrando delitos y profanaciones que sobrepujan la audacia de los hombres. Ellas fueron, segun hemos dicho, las que primeramente violaron el palacio del rey y las primeras que sacaron en triunfo las cabezas. De esta manera las mujeres vilipendiaron en la infeliz María Antonieta la majestad de reina, la honestidad de mujer y el cariño de madre, é impulsaron las matanzas más horribles, que se habian convertido en una especie de pasatiempo para ellas, como para las damas romanas los sangrientos juegos del Circo: leonas en los combates, hienas despues de la victoria, mutilaban los cadáveres, les sacaban las tripas y hasta se las comian. Causaba espanto ver á una Teorigue de Mericourt, cuando iba á la cabeza de las mujeres caníbales. Otras tuvieron siempre el oficio de insultadoras del suplicio, y entre éstas algunas esperaban las víctimas haciendo calceta. Razon era, pues, tambien que en honor de la humanidad, del sexo y de la

REVOLUCION FRANCESA.—El príncipe de Lambesch entra en las Tullerías con un destacamento de Royal-Allemand

nacion hubiese, en aquel gran trastorno de hombres y de cosas, mujeres que se mostrasen heroicamente grandes y mártires sublimes. Y tales fueron aquellas que en la Abadía, en el Carmen, en Nantes, por los claustros, por las prisiones, en la morada real, en los palacios y por todas partes, inmoló el verdugo en aras de aquella bestia del *Apocalipsis*, en la que quiso el P. Mac-Karty representar la revolucion de Francia.

Y ahora que, haciendo dura violencia á nuestro corazon, hemos contado los detalles de la espantosa tragedia en que los carniceros del dia anterior fueron las víctimas del dia despues, séanos lícito patentizar la insensatez de aquellos que, como Adolfo Thiers, han querido explicar los horrores de semejante carnicería recurriendo á una especie de fatalismo, más que pagano, impío. Se comprende al punto que tal sistema ha sido adoptado con la idea de hacer menos odiosos á los autores de la espantosa catástrofe. Sólo que colocar el fatalismo en la historia es, ante todo, quererse ahorrar el trabajo de discurrir; mejor dicho, manifestar tedio de hacer investigaciones sobre las causas de los acontecimientos. «Muy diferente ingenio se requiere—dice á este propósito Chateaubriand—para demostrar de qué manera el abandono de los grandes principios de la moral y de la justicia produce siempre desventuras y desastres á las naciones, y cómo éstos no engendraron el bien por sí mismos, sino porque los pueblos, cansados y desengañados por los daños sufridos, volvieron sus ojos á la moral y á la justicia.»

A la legua se ve que en este sistema hay más filosofía, más conformidad con las miras de la Providencia. El talento del escritor demuestra mayor elevacion y perspicacia que no palidece enfrente del sistema opuesto; que coloca la sociedad bajo gruesas ruedas que, impelidas por una ciega fuerza motriz, reducen á polvo á los hombres y á las cosas. Que conserven los panegiristas del Terror, si tanto les place, su fanatismo estúpido y su admiracion por Robespierre y sus cómplices; que entonen himnos á su abominable fuerza de ánimo viendo que el verdugo recogia los troncos palpitantes sin conmoverse siquiera; que continúen elogiando á una revolucion que les suministra dos ó tres frases inexplicables de necesidad, de movimiento, de fuerza progresiva, bajo las cuales ocultan la torpeza de sus pensamientos y la perversion de sus corazones, que no por esto los hombres de fe y de corazon se cuidarán de seguir su parecer. No en verdad, porque la fe y el corazon nos enseñan que nada en el mundo puede excusar un delito que es la violacion de las leyes eternas que Dios impuso al hombre para que viva en sociedad.

Para esclarecerlo más, y para confusion de los modernos salvajes imitadores de dos historiógrafos, Thiers y Lamartine, á quienes con tan mal fruto han tomado por guía, citaremos el juicio de un hombre que fué el último orador de estas generaciones constitucionales de aquel tiempo, y el más autorizado por su talento entre los escritores del liberalismo doctrinario francés. Aludimos á Benjamin Constant, que combatió vigorosamente á los panegiristas del Terror en un artículo que todos pueden leer, si tienen tiempo, en las *Miscelánea de Literatura y de Política*. No es oro todo lo que Constant escribe en aquel artículo; pero tiene gran valor el trozo que citaremos aquí:

«El Terror—dice—no produjo ningun bien; con él existió lo que era indispensable á todo Gobierno, pero que hubiera existido sin él, y él lo corrompió y envenenó mezclándose.

«Este régimen abominable no ha preparado, como se predica, al pueblo francés para la libertad, sino para doblegarse temeroso bajo un yugo de hierro: encorvó las cervices degradando los espíritus y envileciendo los corazones; ayudó mientras estuvo vigente á los amigos de la anarquía y á los aventureros del desorden, y su recuerdo sirve ahora para los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la especie humana. Yo no habria refrescado memoria tan dolorosa si no hubiese visto en mi patria esa ceguedad que les impide ver confundido el bien con el mal, la virtud con el vicio, el órden con el desórden, lo que es digno de admiracion con lo que solamente es digno de horror. Justificar al Gobierno de

REVOLUCION FRANCESA.—Accion de la guardia francesa contra Royal-Allemand

1793, pintar las maldades y delirios como una necesidad que pesa sobre los pueblos en determinadas circunstancias, es un eror, una iniquidad, un delirio; es el colmo de la impiedad.»

(Se continuará).

PARA QUÉ SIRVEN LOS POBRES

I

En cierta comarca, cuyo nombre no hace al caso, se observaba el singular fenómeno de no existir entre sus numerosos habitantes ni un solo pordiosero.

—¡Dichoso país! exclamarán sin duda alguna nuestros lectores.

¡Dichoso país! Antes de repetir tan lisonjera exclamacion, hágannos el obsequio de acompañarnos al referido pueblo.

Los habitantes de tan original comarca ganaban todos idéntico salario, y éste les era pagado en los mismos dias. Todos tenian la misma porcion de terreno, y habitaciones completamente iguales. Estas y aquéllos eran cuadrados para mayor uniformidad, y se hallaban separados por medio de empalizadas que, sustituyendo á las rústicas cercas de maleza tan comunes en los pueblos, ahuyentaban á los pájaros, logrando de esta manera que no anidasen en la propiedad de ninguno de aquellos admiradores de la igualdad.

Los hombres habian formalmente convenido en usar trajes iguales, y, merced á este unánime acuerdo, se habia tambien logrado uniformar el de las mujeres.

El Municipio, en su afan de conservar tambien la mayor igualdad entre sus administrados, habia sustituido al sistema de distinguir unos de otros por sus respectivos apellidos el de numerarlos. Los números pares correspondian al bello sexo, y los impares á sus adoradores; así es que, al pactarse un casamiento, se anunciaba civilmente con una fórmula parecida á la siguiente: «El núm. 43 se casa con el núm. 38.»

En aquella sociedad tan singular no hay para qué advertir que el amor, en su verdadera acepcion, lo mismo que todos los sentimientos hijos de la poesía, eran completamente desconocidos. En una palabra: era tal la igualdad que reinaba entre aquella gente, que todos comian en los mismos platos los mismos manjares á iguales horas, y todos se acostaban y dejaban el lecho á un mismo tiempo, para lo cual la municipalidad lo anunciaba todo á són de tambor, único instrumento que se conocia en aquella comarca, cuyos moradores hemos olvidado indicar habian creido oportuno no tener iglesia.

No faltándoles el pan cotidiano, para nada se acordaban del Dios de la caridad, y en sus corazones no existia un solo sentimiento humanitario. De aquí el que ignorasen hasta el nombre de las virtudes que son la base de toda sociedad; de aquí, repetimos, el que nadie de ellos pudiera darse cuenta del fin para que habian sido creados.

Por otra parte, como no habian podido suprimirse por ningun decreto municipal las pasiones terrenales que dominaban á aquellos séres que desconocian por completo la idea de la Divinidad, la licencia se entronizó en sus hogares, y la deshonra, con sus funestas consecuencias, dividió á todas las familias; y despertando el odio no tardaron en apelar á los medios más violentos y salvajes.

LA BASTILLA, ANTIGUA FORTALEZA DE PARÍS Y PRISION DE ESTADO DESTRUIDA POR LOS REVOLUCIONARIOS (1789)

II

No puede negarse que, hasta cierto punto, la sociedad que nos ocupa era feliz, *administrativamente* considerada; pero... continuemos.

Los niños, desde su más tierna edad, vivian separados de sus padres, por exigirlo así las leyes de la tranquilidad doméstica. La familia, por consiguiente, no existia más que en forma. Las madres no echaban de menos á sus hijos; nadie se cuidaba de los enfermos, y al que se moria lo enterraban, y paren Vds. de contar. Pero, eso sí, todo el mundo, al darse cuenta de su personalidad, pregonaba sus derechos de ciudadano; nadie se acordaba de que pudieran existir deberes. Como esta especial organizacion no daba lugar á que ninguno pudiera ayudarse en las mil circunstancias críticas por que pasan los hombres en la vida comun, empezaron por aislarse, y acabaron por no verse. La igualdad produjo el egoismo, y el egoismo engendró el odio.

III

En los momentos de mayor efervescencia, cuando las calles del pueblo que nos viene ocupando se veian ensangrentadas diariamente, quiso la Providencia que un cristiano penetrase en aquel emponzoñado recinto. Su presencia excitó desde luego la curiosidad de aquellos séres, para quienes eran desconocidos desde hacia mucho tiempo los hijos de la fe.

El cristiano, despues de contemplar horrorizado el espectáculo que ofrecia aquella rica comarca, víctima de las desenfrenadas pasiones de sus moradores, condolido de tan supremas desgracias, elevó al Dios de bondad sus preces para que le inspirase el medio de repararlas.

Terminada su ferviente súplica, y bajo la inspiracion divina, escribió á uno de sus mejores amigos, que residia en una poblacion poco distante de la infeliz comarca, estas elocuentes palabras: «Haz que inmediatamente parta á esta

una familia pobre, la más pobre que conozcas. Su porvenir corre de mi cuenta.»

Pocos dias despues la indicada familia entraba en el pueblo cubierta de harapos; el amigo del cristiano, cumpliendo sus deseos, la habia elegido entre las más infelices de la ciudad. En ella figuraban débiles ancianos, niños desnudos, mujeres enfermas; en una palabra, aquella familia representaba la pobreza en su mayor grado.

Al recibirlos, el bondadoso cristiano exclamó lleno de alegría:

—¡Bien venidos seais! Con vuestra presencia podré salvar á este desgraciado pueblo.

IV

Al dia siguiente, cuando la comarca despertó, de puerta en puerta fueron implorando la caridad pública los pobres recien llegados. Pero fué tal la indignacion de todo el mundo, que, impulsado por el más despreciable egoismo, el pueblo en masa protestó contra los infelices pordioseros, y despues de llenarlos de improperios, les arrojó de la comarca á viva fuerza. Sin embargo, el cristiano, firme en su propósito, no desmayó por esto, é infundiendo ánimo á la desgraciada familia en quien cifraba toda su esperanza, hizo que un dia y otro dia volviesen al pueblo, por más que éste los desviase. Al fin el pueblo se cansó de maltratarlos antes que los mendigos desfalleciesen, y el magnánimo cristiano que les proporcionaba toda clase de recursos no tardó en ver coronados sus esfuerzos.

Llegó, por fin, el dia de la salvacion para aquel pueblo descarriado. Sucedió que una niña, habiendo hallado desmayada en la calle á una pobre mujer, á impulsos del sentimiento de la caridad que hasta entonces no habia experimentado, se inclinó solícita hácia la desventurada, y cariñosamente le preguntó:

—¿Qué teneis?

La pobre mujer, haciendo un supremo esfuerzo, con voz débil contestó:

—Tengo hambre.

—¿Hambre? Pues aquí teneis mi almuerzo, repuso la niña conmovida.

Esta fué la primera obra de caridad llevada á cabo en aquel país sin Dios, sin religion: ésta fué tambien la primera vez que la igualdad dejó realmente de existir, y con ella el egoismo, el aislamiento y el odio.

La espontánea y meritoria accion de aquella niña angelical alcanzaba el perdon de millares de almas.

V

La niña, al volver á su casa pensando en la pobre que acababa de socorrer, se decia con tristeza:

—¡Si algun dia mi madre se viese pobre tambien!... ¡Ah! Hoy la quiero más que nunca.

Y al verse á su lado, despues de referirle el suceso, la colmó de caricias, repitiéndole una y mil veces:

—¡No, madre mia; no quiero que te quedes pobre!

Aquella madre, sin embargo, en los primeros momentos no pudo comprender toda la intensidad de la alegría que habia inspirado en el corazon de su hija su noble y meritoria accion.

—¿Por qué, se preguntaba la buena mujer, esa infeliz á quien mi hija ha socorrido carece de todo, cuando á mí nada me falta? ¡Ah qué bueno ha sido Dios conmigo!

Sin pensar, habia nombrado al que todo lo puede, y su salvacion estaba próxima.

—Pero si Dios ha sido tan bondadoso conmigo, prosiguió despues de haber murmurado algunas oraciones, mi corazon, mi razon misma, ¿no me dictan que del bien que he recibido deban gozar en parte los que de todo carecen? ¡Hija mia, hija mia! vamos á ver á esa pobre á quien has socorrido; llevémosla lo mejor que tengamos, que yo tambien quiero participar de tu alegría, ofreciéndole mi apoyo.

Aquella venturosa madre habia empezado á gozar la inefable dicha que proporciona la caridad, que es la esencia de la paz y la alegría del espíritu; aquella venturosa madre, repetimos, comprendia en aquellos felices momentos que acababa de restablecer en su país el gran movimiento universal que origina la caridad, y en el que se manifiesta la justicia divina inclinándose siempre hácia las miserias del hombre, para que éste á su vez se incline hácia las de sus semejantes.

Madre é hija corrieron, pues, á ofrecer su auxilio á la pobre necesitada, que en aquel momento distribuia gozosa el almuerzo de su bienhechora entre seis infelices criaturas. Ante aquel consolador espectáculo, las dos lloraron de alegría.

—¡Buena mujer, exclamó la madre: levantaos, y venid á mi casa; soy viuda, y partiré con vos y vuestros hijos mi fortuna!

Y tomando en sus brazos al más pequeño y de la mano su hija á otra de las pobres criaturas, se dirigieron á su casa, seguidas de la desdichada madre, que en medio de sus sollozos no cesaba de bendecir á su bienhechora.

VI

Al entrar en su morada la caritativa viuda, suplicó á sus vecinas le ayudasen á llevar á cabo su laudable propósito; y como el corazon de las mujeres es naturalmente compasivo, aunque en el primer momento vacilaron, al fin accedieron gustosas. Con tan plausible motivo, los antiguos rencores se olvidaron; tuvo lugar la más espontánea y sincera reconciliacion, y el trato volvió á reunir á las que hasta entonces habian vivido completamente aisladas.

Muchas de las amigas de la caritativa viuda tardaron poco en disputarse el honor de ofrecer sus servicios á la familia indigente, y hubo hasta quien se manifestó envidiosa de que sólo á aquella le cupiese la satisfaccion de tenerla en su casa. Esta laudable envidia, si así puede llamarse aquel noble deseo hijo de la caridad, se hizo casi general, y la bondadosa viuda, para satisfacer á sus imitadores, concibió el benéfico proyecto de transformar su casa en hospicio.

Esta idea no tuvo en un principio toda la aceptacion que se prometió al concebirla la bondadosa viuda, pues no faltó quien le preguntase la manera cómo pensaba sufragar los gastos que el nuevo establecimiento iba á ocasionarle.

—¡Todos correrán de mi cuenta!—fué la contestacion de su fundadora.

—¿Y como vais á conseguirlo, si vuestras rentas no exceden á las de los demás?

A este argumento, hijo de los pocos que en el pueblo conservaban aún reminiscencias de su pasado egoismo, la desinteresada viuda repuso sencillamente:

—Pediré limosna al lado del pobre que he socorrido, y vuestra caridad me proporcionará los recursos necesarios para sostener *mi* hospicio.

Esta manifestacion halló eco en el alma generosa de algunas jóvenes, que desde luego se asociaron á la virtuosa viuda, resueltas tambien á implorar la caridad pública para el logro de tan benéfica institucion.

—Pero ¿pensais bien, señora,—interrumpió el buen cristiano, el regenerador de aquella sociedad, que escuchaba la conversacion;—¿pensais bien en lo que tratais de fundar? A juzgar por vuestras aspiraciones, más que un hospicio, vais á fundar un convento, una comunidad.

Estas últimas palabras llenaron de sorpresa al auditorio, que no comprendia su verdadero significado; pero la fundadora del hospicio, adivinando toda la importancia religiosa que tales asociaciones podian tener en la comarca, rompió el silencio, diciendo:

—Pues tendremos hospicio y convento.

—No me opongo, repuso el hijo de la fe; pero, no habiendo ninguna iglesia en el pueblo...

—Tambien la habrá, interrumpió la virtuosa viuda; pues nada más justo que al Dios que nos inspira tan grandes pensamientos consagremos un asilo en donde podamos alabarle.

VII

El pueblo, pues, tuvo una iglesia, un hospicio y un convento.

Sus habitantes, convertidos á la fe por medio de la caridad, adoraron á Dios, veneraron á los Santos, y se amaron como hermanos.

Sus familias fueron numerosas, sus matrimonios fruto del amor más puro, y su concordia admirable.

La inteligencia de la nueva generacion se desarrolló en la esfera de las inmutables verdades del Cristianismo, y alimentando en su corazon los sentimientos del amor divino, fueron dignos hijos del Dios de misericordia que, perdonando sus pasados errores, les colmó de bendiciones.

Finalmente: la comarca á que nos referimos, comprendiendo el orígen de su felicidad, procuró ser siempre refugio de pobres y afligidos, para demostrarles con su caridad la gratitud que debian al cielo por la fe que en sus habitantes habia despertado la inspirada idea del generoso hijo de la religion de Jesucristo, que con su constancia les habia hecho vislumbrar la inefable dicha de la vida eterna.

L. G.

DIARIO DE UN FILÓSOFO

Ó COSAS DEL OTRO MUNDO

I

El abate Bautain era uno de tantos sacerdotes católicos, honra de las letras y de las ciencias en el presente siglo. Militando entre los sabios, los escritores y los literatos, son al mismo tiempo humildes eclesiásticos, profesores y maestros de la juventud, que dedican su existencia nada más que á probar que la sabiduría, la filosofía y las ciencias son hermanas de la teología, y que se puede ser sin dificultad sabio y católico, á pesar de las calumnias y la mofa de los inerédulos, que piensan que sacerdote y oscurantista son palabras sinónimas, y que clérigo y hombre ignorante significan una misma cosa.

Nació Bautain en París cuando la Revolucion francesa imperaba en todo su espantoso terror. Desde muy niño se entregó al estudio; se graduó de médico, pero prefirió ante todo la filosofía, y jóven aún fué profesor en varias Universidades. Su amor á la verdad le obligó á estudiar teología, y se encariñó tanto con ella que resolvió hacerse sacerdote para dedicarse á Dios en cuerpo y alma. En breve su palabra elocuentísima tuvo grande fama, no solamente en las cátedras de filosofía cristiana, que seguía regentando, sino que se le oyó en el púlpito de Nuestra Señora de París. Además, escribió gran número de obras sobre filosofía antigua y moderna, medicina, psicología, religion, pedagogía, etc., etc. Dejó á su

muerte treinta y seis libros publicados y cuatro inéditos: entre estos últimos, uno que sirve de epígrafe al presente artículo.

Es el diario de un filósofo, el cual, al cabo de treinta años de asiduo estudio de cuantas obras importantes se compusieron en la antiguedad y se imprimieron en la Era moderna, aún no sabe qué pensar de sí mismo, y para obedecer al oráculo de Delfos (1): *Conócete á ti mismo*, resuelve empezar su diario un 2 de Noviembre, dia de Difuntos.

Doctísimo en las ciencias humanas, nada habia sacado en limpio de ellas acerca de los problemas de la vida y de la muerte. «¿Qué es la vida? se decía. ¿Qué es la muerte? ¿Será ésta acaso el fin de la existencia, y despues de ella no habrá nada? ¿O bien resultará cierto lo que dicen los creyentes, y en vez del fin de una existencia transitoria empezará otra eterna?...» Problemas formidables y misteriosos que estudió toda su vida como filósofo para enseñarlos á sus discípulos, y sin embargo lleva en su alma la misma incertidumbre, la misma vaguedad que el primer dia. Por esto resuelve buscar en la Religion la solucion de esos problemas, que la Filosofía no le ha podido dar; mas no quiere que sus amigos sepan que él no está satisfecho con su filosofía, ni que su familia sospeche que no ha encontrado la *verdad* al cabo de tantos años de estudio en esos libros que sin cesar revuelve.

Si fuéramos los hombres, escribe nuestro protagonista, nada más que materia que se transforma y se cambia sin cesar, ¿para qué ocuparnos en lo que seremos despues de la muerte? Pero la razon se resiste á contentarse con doctrinas que Epicuro inventó trescientos años antes de la Era cristiana, y que resucitadas despues como nuevas, están de moda en la actualidad (2).

A nuestro filósofo no cuadraba tampoco la doctrina del panteismo y las demás de la misma escuela (3), pero creía que tampoco podría aceptar la Religion cristiana. Sin embargo, recordó que habia sido educado como católico y hecho fervorosamente su primera Comunion; pero que despues, con el contacto de los hombres y al vaivén de las pasiones de la vida, se oscureció en él la espiritualidad de su alma. En el transcurso del tiempo olvidó enteramente la religion de su juventud, y lleno de ambicion quiso él tambien inventar una filosofía que pusiera en claro la *verdad*, pero no habia logrado su objeto. Como Sísifo, veía incesantemente precipitarse su orgullo en el abismo (1).

Nuestro filósofo piensa que el Cura de aldea y el filósofo deberían transitar por las mismas veredas ideales; ambos se proponen instruir á los hombres para que sean mejores y más felices. Pero observa que el Cura le lleva la ventaja, porque no solamente procura la dicha de sus feligreses en este mundo, sino tambien en la eternidad. Todo lo que dice es en nombre de una doctrina perfectamente definida, lo que no sucede con el filósofo, que no tiene á mano sino argumentos humanos. Entre tanto que el sacerdote tiene una solucion clara y precisa en un librito llamado *Catecismo de la Doctrina cristiana*, en donde reina la claridad á tal grado, que el niño más pequeño, el labriego más ignorante lo entiende sin dificultad; la explicacion de la filosofía es trabajosísima. Decia un filósofo que en toda Europa no había encontrado sino diez personas que hubiesen entendido á fondo sus explicaciones, y Hegel aseguraba que sólo halló un hombre que entendiera su doctrina, y eso á medias.

Despues de discurrir largamente acerca del bien que puede hacer un buen Cura y la poca influencia que tiene en la vida práctica el catedrático de filosofía, nuestro protagonista se lamenta de que su amigo más querido, Edgardo, está agonizando: le visita, quisiera consolarle en aquellos momentos supremos en que jóven, feliz, rico, deja este mundo. ¿Pero cómo consolarle? ¿le hablará del dios de los filósofos? ¿de ese dios abstracto, á quien nada se puede pedir, á quien no se le reza porque no oye á los humanos? ¿Qué podrá decirle sobre la vida futura? ¿Qué sobre las esperanzas de volver á ver á los suyos en otra vida más feliz?... Sólo un sacerdote con un crucifijo en la mano podría dar consuelo al moribundo. Sale, pues, del aposento de Edgardo profundamente triste y desconsolado.

Felizmente para éste, una antigua sirvienta de la casa se atreve á decir lo que su mujer, su familia y sus amigos no han osado: sin preámbulos aquella mujer le pide licencia para llevarle un sacerdote; el moribundo acepta sin asustarse, como se habia pensado, y muere despues de confesarse, lleno de resignacion.

(Se continuará).

(1) Los antiguos paganos tenian ciertos lugares célebres—generalmente en algun antro ó cueva oscura—en donde ciertas mujeres y tambien hombres (pero generalmente eran mujeres) llamadas *Pitonisas* ó *Sibilas* contestaban á las preguntas que las hacian, considerándose profetisas. La más afamada era la de Delfos, en Grecia; santuario de los paganos situado sobre una fuente de agua termal. La sacerdotisa ponia su asiento ó *trípode* sobre una abertura por donde se escapaba un vapor que la embriagaba; entonces pronunciaba palabras incoherentes, que se consideraban inspiradas por los dioses, las que recogian los sacerdotes, las ponian en verso y las consideraban como sentencias divinas.

(2) Epicuro era ateniense, y despues de estudiar la filosofía, sin maestro alguno, abrió una escuela en Mitilene. El fondo de su doctrina es el interés propio: no reconoce á Dios ni deberes de ninguna clase; por consiguiente, no habia para él dignidad ni podian tener freno los apetitos humanos, de manera que quien siguiera sus doctrinas acabaría por ponerse al nivel de los brutos. Epicuro fué el inventor de los *átomos* indivisibles é inmutables, dotados de un movimiento por el cual se encuentran y se combinan y constituyen cuerpos completos; todo aquello sin Dios ni nada que le parezca, doctrinas absurdas que han venido á tener eco y admiradores en este siglo XIX, que se ha propuesto galvanizar toda especie de enseñanzas irracionales caidas en desuso en épocas pasadas.

(3) El panteismo fué inventado en la antigüedad y resucitado por Spinosa en el siglo XVII, por cuya doctrina creen que no hay más que un sér que es Dios: que del seno de ese sér salimos todos, de manera que no hay más que un sér, Dios, del cual hacemos parte y volvemos á él cuando morimos, para volver á convertirnos en una piedra, una semilla, un animal. A esa escuela pertenecen con variantes Fichte, Schelling, Hegel y otros.

(1) Sísifo es un personaje de la Mitología. Era éste un famoso ladron de caminos, que robaba á cuantos pasaban por el istmo de Corinto: en castigo de sus fechorías, los dioses le condenaron por toda la eternidad á que subiese incesantemente una roca á la cumbre de una montaña, la cual, apenas llegaba á la cúspide, volvia á rodar al abismo, y era preciso emprender de nuevo la faena.

EL LIBERALISMO

ANTE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS

(Continuacion del discurso de D. Cárlos Walker en el Congreso Chileno)

Hubo un país que, cuando todas las demás Repúblicas sud-americanas se abrian á la civilizacion extranjera, se mantuvo durante medio siglo encerrado dentro de sus bosques impenetrables, de sus rios caudalosos, de sus pantanos inmensos, refractario al progreso, solitario, salvaje, embutido en el corazon de los trópicos. Mientras se agitaban los paises vecinos, él se mantenia tranquilo ciertamente; pero era la tranquilidad de los sepulcros la que en su recinto dominaba. Fueron necesarias más tarde las bayonetas argentinas y brasileñas para arrancar de su aislamiento á esa China americana.

Tal fué el Paraguay durante la administracion que se llamó *liberal* del famoso Francia, y luego de Lopez.

Y fué liberal, en efecto, porque cerró los conventos en nombre de las ideas del siglo; se arrogó el derecho de designar á los Curas en nombre del patronato, y en nombre de la soberanía nacional robó sus bienes á la Iglesia. Entre tanto llevaba al patíbulo á los sacerdotes que no le obedecian, y las losas mismas del templo se mancharon á su órden con sangre de mártires. Pretendió formar al principio, en su país, una especie de Iglesia anglicana, y más tarde una especie de region patriarcal, sosteniendo «que bastaba al pueblo la religion natural,» cuyo sacerdote era él: abolió, en consecuencia, las fiestas religiosas, prohibió los sermones y las misas, y se trajo á palacio las alhajas del culto. Era, sin embargo, hombre ilustrado, y estos abusos no nacieron en él de ignorancia, sino de mal espíritu. Se llamaba «hijo legítimo de los revolucionarios franceses, discípulo de Rousseau y lector del libro de la naturaleza.»

Despues de este liberal, vino otro liberal; y despues las guerras que aniquilaron al país. . . .

No es de extrañar que un distinguido chileno (1), que cruzó este continente de un extremo al otro, en presencia del profundo cataclismo que se presentaba á sus ojos, llegara á la tristísima conclusion que refleja la opinion que se llegó á formar sobre el liberalismo dominante.

«Es una verdad (dice), de la que nadie puede dudar en América, que cada vez que llegaron al poder supremo de cualquier Estado los que proclaman principios liberales, lo ejercieron con insoportable tiranía. No respetaron la opinion pública, porque, á su juicio, «no es más que un »fantasma que ninguna influencia debe ejercer »sobre los hombres de principios.» Ni acataron la conciencia de los otros, porque segun su modo de ver, todos los que disienten de sus opiniones son «miserables retrógrados con quienes no pue»de discutirse porque no poseen el precioso tesoro de las luces de nuestro siglo.» Hacen, al contrario, guerra abierta á la conciencia de sus adversarios políticos, pretendiendo ejercer sobre ella una influencia vedada. Son tiranos, pero con un género de tiranía tanto más insoportable, cuanto que hiere á la víctima en la parte más sensible de su sér y pretende hacerle arrastrar la cadena ignominiosa de los traidores. Son tiranos, porque sin poseer las simpatías de los pueblos que gobiernan, necesitan para conservar su puesto recurrir á medios violentos y que están en oposicion abierta con la libertad que proclaman ellos mismos. De esta manera se presentan en lucha constante, en la que sus palabras, contradichas por sus obras, ponen de manifiesto que en su conciencia ningun principio existe arraigado, y que siempre se les encontrará de la parte que lo exijan sus intereses particulares...

«El liberalismo, tal como se comprende hoy por los que lo proclaman, es la ironía más amarga del programa con que se lo ha anunciado á la sociedad tantas veces; no hay en él ni justicia ni rectitud; y si en su bandera se escriben los nombres de las virtudes sociales más nobles, son puramente nombres escritos para servir de máscara á los vicios más inmundos que bajo de ellos se cobijan. En Europa y en América lo han desacreditado por completo sus prohombres, y este descrédito no es efecto de injustas preocupaciones, sino resultado natural de sus propias obras.»

¡Qué enorme dolor aquejaria el corazon de Bolívar, de Sucre, de Belgrano, de todos los padres de la patria, si viesen así despedazada la herencia que ellos nos legaron!. . . . . .

La tempestad sigue desencadenada sobre la

(1) Eyzaguirre.

BARCELONA.—PLAZA DE CATALUÑA (SEGUN PROYECTO DEL ARQUITECTO D. PEDRO FALQUÉS)

LIBROS Y ESTAMPAS (CUADRO DE JAIME FAVRETTO)

barca de Pedro, que es al mismo tiempo portadora de la fe y de la verdadera libertad.

Y así se explica satisfactoriamente, con lo que pasa en Europa y en América, la actitud del Pontificado, llamado por eterno misterio á velar por ella y á servirle de guia en la oscuridad de los caminos que tiene que recorrer en la larga y tumultuosa carrera de los siglos.

Cuando el martirio servia de cimiento al Cristianismo, mártires fueron los primeros Papas, san Lino, san Cleto, san Clemente y cuarenta y uno más: cuando se necesitó domesticar á los bárbaros con las armas del prestigio que dan los años y las virtudes, brilló san Leon, que detuvo á Atila, «el azote de Dios» como él se llamaba, á las puertas de Roma: cuando fué preciso reconstituir á la sociedad antigua, rota en girones por la espada de los Godos, de los Lombardos, de los Hérulos, otro Leon coronó á Carlomagno, con aplauso universal del mundo cristiano: cuando exigia la existencia misma de la Iglesia la incontrastable energía de algun varon ilustre que pusiese á raya á los soberanos que pretendian hacerse señores absolutos de la conciencia de sus súbditos vendiendo los cargos sacerdotales, se alzó la severa é inmortal figura de Gregorio VII, que es el primer carácter de la Edad Media: cuando la salvacion de la Europa dependia de un grito de guerra, de raza, de religion, de existencia, cumplia esa obra un hombre de inmenso coraje, Urbano II, que lanzó ese grito de guerra necesario, providencial, imprescindible: cuando á los pueblos les faltaba un apoyo enérgico y prudente al mismo tiempo contra la audacia de los reyes que los esclavizaban pretendiendo constituir Gobiernos irresponsables y despóticos, entonces brilló Inocencio III, que llamó al deber á cinco coronas ilustres: y cuando las olas de la herejía amagaban los muros que sirven de baluarte al Vaticano y requerian las dificilísimas circunstancias una solucion decidida, franca y sincera, se adelantó Paulo III á abrir el Concilio de Trento, llevando de imperial cortejo á los hombres más sabios que han existido.

En el presente siglo el error toma otra forma, la del liberalismo. Lógica y necesariamente entonces, el rayo de la justicia debe caer sobre él juntamente con el aviso de la piedad; que ambas cosas van íntimamente ligadas á la autoridad de Jesucristo en la tierra.

Queda así explicado el *Syllabus*, que va vinculado al nombre de Pio IX. *(Calorosas muestras de aprobacion.)*

Es una obra monumental llamada á influir poderosamente en los destinos de la humanidad, pues toca á las bases que constituyen la organizacion de la sociedad y la familia, y afecta á los Gobiernos, á los pueblos, á la ciencia y á la filosofía en sus fuentes más hondas; no deja sin herir á ninguna de las aberraciones del siglo, que han reunido en una sola haz á todas las de los tiempos pasados; y es, al mismo tiempo que gigantesca produccion religiosa, altísima enseñanza política para el presente y para el porvenir, que tal es el sello que llevan siempre las lecciones inmortales de la Iglesia.

En el calor de las actuales contiendas puede desconocerse su importancia benéfica y salvadora; pero andando los años las generaciones futuras doblarán sus rodillas ante la figura del gran Pontífice que la inspiró, incontrastable y severo en medio de las furiosas tempestades que lo envolvieron.

A creer así me dan derecho las enseñanzas del pasado y las opiniones de los pensadores más notables que lo han estudiado y defendido frente á frente de los violentos ataques de que ha sido objeto.

Faltó al Pontífice el dominio temporal que malas artes le arrancaron, y necesitó robustecer y aumentar su poder moral, y lo robusteció y aumentó en efecto. La prueba de esta afirmacion es evidente; y para apreciarla en lo que vale, basta tender la vista sobre el Episcopado del universo católico, que jamás en todo el curso de los siglos desde la organizacion de la Iglesia hasta la fecha ha estado más íntimamente ligado á su Cabeza, con una armonía que ha sido motivo de asombro para los hombres de meditacion y estudio. No hay en todo él una voz discordante, y por la misma razon de que los ataques son más recios, la adhesion es más profunda.

Trascendentales agitaciones sacuden á la sociedad actual, y el mundo tiende á la unidad sobre las bases de una legislacion que se hace cosmopolita; el comercio estrecha las relaciones de los pueblos, llevando á las playas más remotas del Oriente las banderas del Occidente y del uno al otro polo; las distancias desaparecen merced á la electricidad que empieza á reemplazar las fuerzas motrices de la naturaleza; los libros, las costumbres, el vestido mismo se hace igual en todas partes: todo anuncia una direccion nueva en la marcha de los destinos humanos; y si ponemos el oido más al interior de este movimiento universal y extraordinario, ¡quién sabe si de antiguas profecías se alcanzan á percibir los adormecidos ecos para dar el grito de alerta á los espíritus que duermen! ¡quién sabe si llegan á percibirse las palpitaciones del corazon de los siglos que golpean á las puertas de un porvenir inmensamente más grande que el que nosotros mismos sospechamos!

Hé ahí la importancia del *Syllabus*, y yo me hago un honor desde aquí de rendirle en todas sus doctrinas, en todas sus proposiciones, en todas sus letras, mi más rendido acatamiento: cristiano, lo venero; político, lo admiro! *(Aplausos en las galerías. El Presidente agita la campanilla y llama al órden.)*

Porque yo no creo que Jesucristo vino al mundo á lanzar á los «dioses de las naciones,» para dar lugar al dominio del ateismo, como dijo Augusto Nicolás; porque, por el contrario, creo que la espiritualidad del Cristianismo lo hace más propio todavía para ejercer influencia en la organizacion de los Estados; por eso tengo estas ideas, y las he mantenido, y las mantendré toda mi vida siempre y en todo lugar, mientras me quede voz en la garganta y sangre en las venas. En mis relaciones con la tierra me cubro con la bandera de la legítima libertad, y en mis relaciones con el cielo busco la sombra de la bandera que Constantino hizo triunfar en el Capitolio sobre las ruinas de la civilizacion pagana.

(Prolongada la sesion por acuerdo de la Cámara, no obstante haber transcurrido las horas de Reglamento, el señor Walker Martinez siguió combatiendo algunos actos anticonstitucionales y contrarios á la ley, cometidos por uno de los miembros del Gobierno. Al terminar su discurso, las tribunas y galerías prorrumpieron en estrepitosos y unánimes aplausos. En vano el Presidente llamaba al órden. La sesion se levantó de hecho en medio de la agitacion más completa. Los gritos de «¡Viva Walker Martinez!» atronaban la sala. La concurrencia repitió sus manifestaciones, que se prolongaron hasta la salida del orador que fué objeto de una grande ovacion.)

EL NUEVO TRIUNVIRATO ALEMAN

Se habla tanto y se hacen comentarios tan diversos sobre la tremenda y colosal guerra futura, todos los dias temida y anunciada, que, prescindiendo de enumerar y detallar los diversos elementos de combate que unas y otras naciones van reuniendo, creemos oportuno dar algunas noticias de las personas que en Alemania hacen hoy los preparativos y dirigirán mañana la lucha.

Bien sabido es que la preponderancia de Alemania, su existencia, va unida á los respetabilísimos nombres de Guillermo I, Bismark y general Moltke. El emperador dejó de existir; el general Moltke se acerca á los noventa años y se halla casi inútil; el príncipe de Bismarck se aproxima á los ochenta; y aunque sigue desempeñando el cargo de gran canciller, tiene que ser pronto relevado. ¿Quiénes sustituirán á estas tres grandes figuras si la nacion que han dirigido ha de conservarse á la altura á que llegó?

Por derecho propio es hoy emperador Guillermo II, nieto de Guillermo I, cuya aficion favorita es cuanto atañe á la suerte del ejército, dedicando preferente atencion á la organizacion militar. Ha heredado el espíritu y las inclinaciones predominantes en su raza, y á esta disposicion moral é intelectual se unen una voluntad de hierro y una fe ciega en los destinos de la raza germánica. Poco apto, al parecer, para los estudios científicos y filosóficos, y nada inclinado á las aficiones pacíficas y humanitarias de su infortunado padre, han renacido en él algunas de las cualidades características de Guillermo I y Federico el Grande.

Es su afan más prolijo aumentar y asegurar el poderío militar de su patria, y para realizarlo quiere reformar y rejuvenecer el personal del Ejército, sobre todo en los mandos superiores, en aquellos cargos que exigen gran iniciativa, sólida experiencia y pensamiento propio.

Con pena, con disgusto y tributándole los más elocuentes testimonios de gratitud y admiracion, pero firme en su propósito de revivificar el personal, aceptó la dimision del anciano general Moltke, y para ocupar tan difícil cargo designó al conde de Waldersee, general de eminentes y excepcionales prendas. Y hay quien cree que tanta confianza inspira al jóven emperador el general Waldersee, que en dia no lejano, cuando el príncipe de Bismarck se vea precisado, por su edad y sus achaques, á retirarse de la vida activa desempeñará tambien el cargo de canciller. No son de extrañar, con estas realidades y esperanzas, y no olvidando además las brillantes cualidades del general y las inclinaciones predominantes en el soberano, las iniciativas y reformas que se observan, y los proyectos más ó menos embozados de que da cuenta la prensa y el telégrafo.

Y no es este importantísimo nombramiento el único hecho que revela la realizacion del plan que se atribuye á Guillermo II. Al frente del Ministerio de la Guerra ha sido colocado el general Verdy du Vernois, una de las celebridades del gran Estado Mayor creado por Moltke en las guerras de 1866 y 1870. Todos los periódicos militares y políticos que se ocupan del nuevo ministro reconocen las singulares dotes y la consumada práctica que posee el general Verdy, colocándole entre los más sobresalientes generales europeos, llamado á representar un importantísimo papel en la próxima guerra.

Del conjunto de noticias que hemos leido acerca de este personaje, y principalmente de una revista muy leida en Alemania, se desprende que posee una instruccion vastísima, conociendo á fondo las principales lenguas de Europa; que ha estudiado teórica y prácticamente todos los planes de organizacion militar, no siendo un misterio para él las ideas y proyectos de los mejores estratégicos de nuestros dias; que su capacidad y energía para el trabajo es extraordinaria, y que la originalidad de su ingenio y su profundo y variado saber son bien conocidos y justamente apreciados en todo el Ejército aleman. Acaba de cumplir cincuenta y siete años el general Verdy;

algunos más tiene el conde de Waldersee; estas dos figuras son las que ha elegido el emperador Guillermo II para preparar los elementos de la colosal guerra futura. Este es el triunvirato que ha de representar un papel importantísimo en la próxima guerra, ya acontezca tan pronto como muchos temen, ya se retrase por dicha de la humanidad.

LA VERDAD

SOBRE LA CUESTION ROMANA

Con este título ha visto la luz pública en la Tipografía Vaticana un folleto que ha llamado poderosamente la atencion de la prensa católica de todos los países.

Los periódicos católicos de Roma encarecen por todo extremo su importancia y la autoridad de las declaraciones que en él se contienen.

La Civiltá Cattolica le dedica un artículo calurosamente encomiástico, segun puede verse por los trozos que copiamos á continuacion:

«Este opúsculo—dice—ha salido á la luz en la Tipografía Vaticana, ó lo que es lo mismo, en la imprenta pontificia que el Padre Santo tiene para su uso y servicio especial dentro del mismo recinto del Palacio Apostólico. Por esta razon el opúsculo tiene un carácter singularísimo. No es un documento oficial, pero tampoco un simple escrito de origen particular ó privado. El hecho de que el Padre Santo haya ordenado su publicacion, y la haya ordenado en tal imprenta, da claramente á entender, ó que el folleto ha sido escrito por orden de Su Santidad, ó seguramente examinado y retocado en los puntos que lo necesitaran; de manera que expresa, acerca de la importantísima cuestion romana, opiniones y juicios absolutamente conformes con los del jefe de la Iglesia. El Padre Santo no podia demostrar esto más concluyentemente que haciendo imprimir el folleto con los tipos mismos de la imprenta Vaticana. Diremos además que tenemos noticias suficientes para creer que más de una página de este opúsculo ha sido rehecha ó corregida por su egregio autor en vista de las indicaciones del mismo Sumo Pontífice.—Con todo esto el folleto adquiere máxima importancia, primeramente entre los católicos del mundo entero (sabemos que se están preparando traducciones en varios idiomas), y después entre todos cuantos se interesan en la cuestion romana, sea cualquiera el partido á que pertenezcan.»

Hace después un ligerísimo extracto de las importantes cuestiones que abraza, y concluye recomendándolo en las siguientes líneas:

«La variedad de cuestiones que se estudia en este opúsculo de sólo 140 páginas, y el seguro apoyo que la doctrina vertida en ellas recibe del lugar en que se han impreso, hacen que el folleto pueda ser considerado como un *Manual* que deben estimar todos los católicos, y especialmente los italianos, de la independencia política del Sumo Pontífice en relacion con la cuestion romana, siempre viva y vitalísima. El estilo es elegante, la polémica interesante y animada, el espíritu moderadísimo y tal, que ningun lector discreto se sentirá ofendido, ni aun cuando encuentre verdades contrarias á sus propias inclinaciones. Por esto, no sólo recomendamos á nuestros lectores este precioso escrito, sino que les animamos á que lo difundan y propaguen por todos los medios que les sea posible.»

Dos dias há que tenemos en nuestro poder un ejemplar del folleto aludido, y dentro de pocos, Dios mediante, dedicaremos una serie de artículos á dar cuenta á nuestros lectores de su contenido, más que nunca interesantísimo ahora en que, con motivo de los Congresos católicos y del horrible ataque que los sectarios divinizadores de Giordano Bruno han inferido á la autoridad espirtual de la Santa Sede, y de los rumores de la salida del Papa de Roma, está puesta sobre el tapete la cuestion romana.

¡Dios quiera que logre pronto nuestro Santísimo Padre Leon XIII la justísima reparacion que se le debe con el señorío temporal de los Estados de la Iglesia, patrimonio en cuya conservacion estamos interesados los católicos del mundo entero!

Ya es hora de que cese en la cristiandad el escándalo inaudito de que el Jefe supremo de la grey católica, el Vicario de Jesucristo, constituído en la más alta dignidad de la tierra, sea no más que un prisionero y súbdito de un Estado ateo.

La dignidad de los católicos no puede menos de sentirse ofendida por tamaño ultraje.

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

VII

El concepto que de Alberto tenian formado tanto Clementina como sus padres, lo sabe ya el lector. Sin embargo, todo aquello que en él relucia no era oro de muchos quilates. Lo extremado del afecto, como á menudo sucede, ofuscaba un poco la razon, no sólo de Clementina, que esto fácilmente se comprende, sino aun de sus precavidos padres.

Reunia ciertamente las bellas cualidades, el buen natural y los sentimientos de religiosidad que tanto se admiraban en casa de D. Vicente; y amaba realmente á Clementina con un ardor y elevacion de sentimiento que tenian mucho de poético y caballeresco. Pero las virtudes y excelencias del ánimo no dejaban de ir acompañadas de algunos defectos ó excesos que en un jóven de su condicion y de su temperamento de corazon podian ser en extremo peligrosos.

Por natural disposicion, no siempre corregida ó enfrenada, era, entre otras cosas, fogosísimo, y al mismo tiempo de una audacia extremada. Por otra parte, fuese arte ó fuese facilidad de maneras, sabia dar tan buen colorido á estos malignos movimientos, que la impetuosidad tomaba en él forma de chispeante viveza, y la temeridad, de noble arrojo. Pero por más que á sí propio los ocultase, y á los otros los embelleciese, siempre eran defectos que podian traer un dia ú otro lamentables consecuencias.

Los duelos y la pasion por el juego, para no hablar de la desmedida aficion á caballos indómitos y arriesgadas cacerías, habian sido frutos espontáneos. Nunca habia jugado, á la verdad, por avidez de ganancia, sino por deseo de probar fortuna, como él decia, y superar el inmenso caudal de pérdidas, que veia aumentaban sus compañeros de partida. Por esto le habia ocurrido un caso en que, jugando con un caballero ruso, habia hecho de una sola vez una puesta de diez mil francos, vencida y perdida siete veces; hasta que tuvo la suerte de asegurarla definitivamente entre los ruidosos aplausos de los presentes, que admiraban su pertinacia y sangre fria.

Esta inclinacion á buscar en las aventuras el peligro por el gusto de vencerlo, le habia estimulado á hacer una especie de transaccion entre su genio vicioso y su conciencia, en nada conforme á la lealtad y á los compromisos contraidos con Dios y con el padre de Clementina.

Alberto habia prometido y jurado á D. Vicente que no tocaria jamás un naipe, ni se comprometeria en ningun juego de azar. Pero, no obstante esto, se hizo creer á sí mismo (y siempre siguió creyéndolo de buena fé) que esto no le impedia hacer apuestas sobre el juego de algun otro, en tanto que él directamente no entraba en la partida.

Esta interpretacion materialísima de una obligacion tan sagrada, contraida por sí libremente, mostraba superabundantemente el gran dominio que en él ejercia la pasion, y cuánta verdad es que basta acariciar una pequeña pasion para debilitar la buena voluntad y cegar el entendimiento, por perspicaz que lo tenga el que de ella se deja poseer.

Por esto, en el secreto de una salita interior de un amigo suyo, para que no llegase á oidos de D. Vicente ni de las demás personas interesadas, Alberto siguió alimentando su pasion por tentar la fortuna con juegos de suerte que él se ingeniaba en hacer aparecer á sus ojos, no como tales juegos, sino como sencillos y honestos pasatiempos.

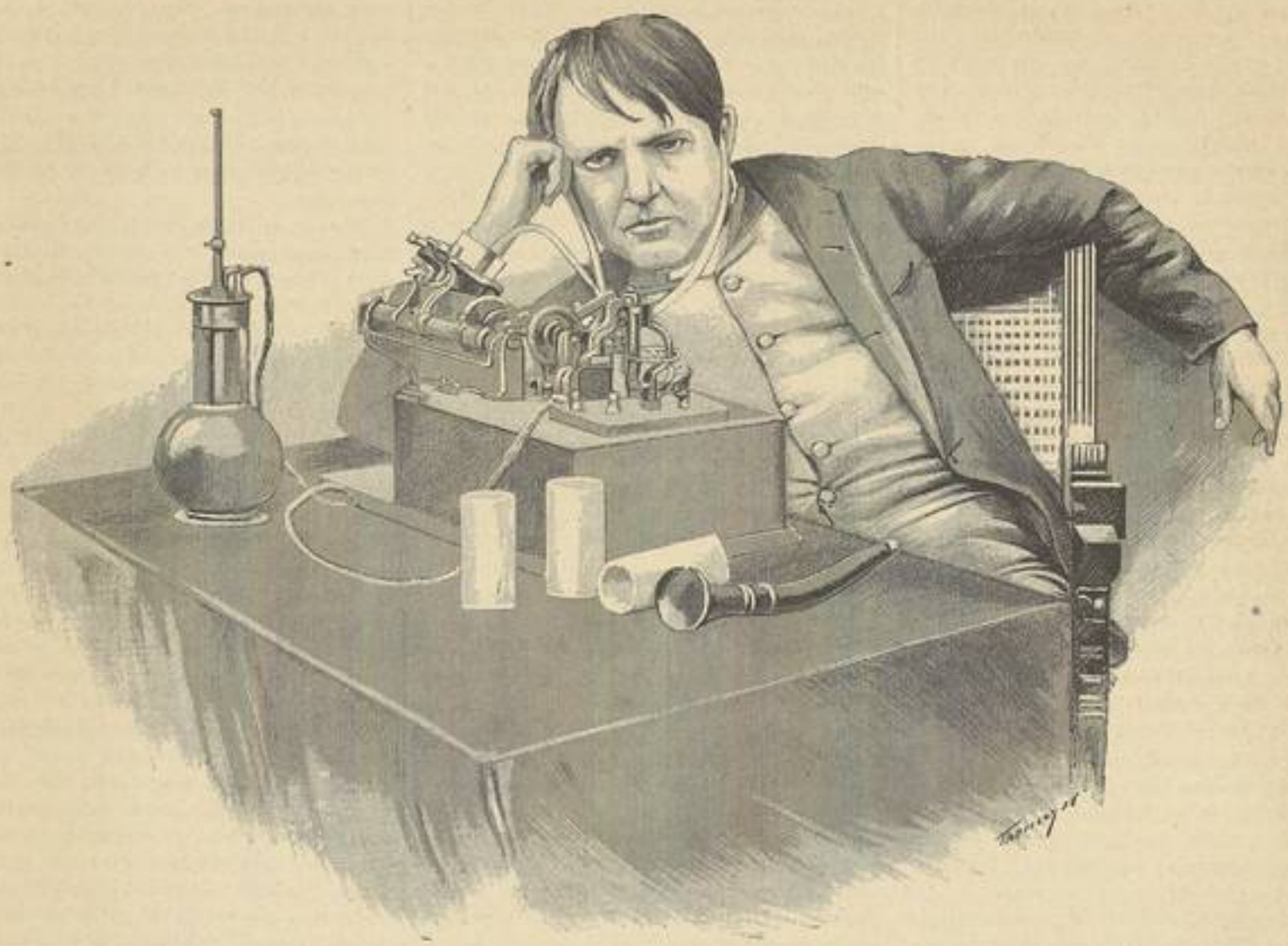
Cuando despues le remordia la conciencia y le venian escrúpulos por este modo de proceder, tan contrario á su juramento, entonces se acordaba de los saludables consejos que le diera el confesor para combatir sus escrúpulos, y se alegraba pensando que nunca arriesgaba en cada jugada más de cinco *liras*, ¡una bagatela! Que Dios quiere que se le sirva con alegría; que san Pablo enseña que áun los más indiferentes solaces se deben dirigir á mayor gloria de Dios, y que no podia ser la intencion de D. Vicente prohibirle se divirtiera sin daño, sin escándalo y sin sombra de peligro, tanto más, cuanto que empleaba en obras de misericordia todo lo que en tales juegos ganaba. Esto le tranquilizaba, y áun casi se envanecia de ser jugador en beneficio de los pobres, faltando poco para que considerase como apostolado de caridad la satisfaccion de sus malas inclinaciones. ¡Ah! ¡Si D.ª Libia hubiese descubierto estas debilidades de su penitente novicio, con cuánta elocuencia hubiera hecho resonar su proverbio, *que la costumbre vence á la naturaleza!*

Pero Alberto fué muy cauto; supo tan bien conciliarlo todo, complacerse á sí propio y á los demás de tal manera, que se vió dueño de la mano de Clementina, y canonizado, por añadidura, por el padre y la madre, sin haber hecho milagros, ni ser un héroe de virtud.

VIII

Así las cosas, ocurrió á Alberto, en una de sus últimas visitas á Clementina, que le gustarian ciertos muebles de moda y cortinajes para su futura habitacion. Bastó esta conjetura, cogida al vuelo, para que el joven, en su afan de adivinar todos los pensamientos de Clementina, determinara comprar dichos muebles, no tan sólo para el gabinete de su habitacion en la ciudad, sino para la quinta en que despues de desposados habian de pasar el primer mes de la luna de miel. Con este objeto pensó marchar al siguiente dia, que era viernes, á Milan, en donde podria escoger cuanto le pareciese del gusto de Clementina. El padre de Alberto se alegró de ello, y sin que nadie más lo supiese, á la tarde siguiente estaba ya en la capital de Lombardía.

Aunque Milan dista unas ocho horas del pueblo de Alberto por ferro carril, sin embargo, hacia cosa de dos años solia ir con frecuencia, tanto porque allí tenia parientes y amigos, como porque le gustaba en extremo. Pero no todos aquellos parientes y amigos eran de su modo de pensar y dignos de que los tratase con amistosa familiaridad. Sobre todo, tenia entre ellos un primo llamado Alejandro, al cual su padre D. Feli-



OPERANDO EN EL FONÓGRAFO EN SU LABORATORIO DE LLEWELLYN-PARK

pe le habia recomendado que no se acercase, por su vida disipada, su impiedad y su pasion por el juego, en el que habia dilapidado todo su patrimonio. Esto no obstante, tenia Alberto á este primo tal simpatía, que le costaba trabajo esquivarlo y huir de él como debiera.

Tuvo la mala suerte de que no bien hubo llegado se encontró con él, y apenas supo el objeto de su rapidísima visita á la ciudad, se le ofreció cortesmente como auxiliar, asegurándole que se consideraría venturoso si aceptaba su concurso. Alberto aceptó incautamente; y no era aún el medio dia del sábado cuando con plena satisfaccion habia ya escogido y contratado los muebles y adornos, objeto de su viaje, y dado las órdenes oportunas para que prontamente con los debidos cuidados se enviasen á su pueblo. De todo esto quedó agradecidísimo al primo, y por humano respeto no creyó poder negarle que pasaría con él la noche en un lugar de su reunion, ó sea en un *club* de los más elegantes de Milan.

Era ésta una condescendencia ligera é imprudente, puesto que habia dado palabra á su señor padre que la mañana del domingo estaria de vuelta, presumiendo, por otra parte, que Alejandro no le podria llevar á otra parte que á sitios de mala fama y entre pésimas compañías.

Poco despues tuvo remordimientos de haberse dejado coger por aquella promesa; se arrepintió de ella y trató de retroceder con la excusa de que le convenia ponerse en camino aquella misma noche. Pero algunas palabras de su primo bastaron para hacerle desistir de su buen pensamiento: cedió, renovó su promesa de cita, y, peor que antes, se encontró doblemente ligado en aquel resbaladero.

Un jugador de profesion como Alejandro ¿á dónde podria llevar consigo á un jóven como Alberto, sino á una maldita casa de juego? Y así fué.

Apenas Alberto hubo puesto el pié en aquellos salones perfumados de tabaco, cayó en la cuenta, se asustó y tembló; pero por respetos humanos habia caido en el lazo, y tambien por los mismos respetos determinó quedarse.

A las presentaciones de costumbre que de él hizo el primo á los asistentes, siguieron invitaciones y ruegos para que tomase parte en alguna partida. Alberto rehusó con firmeza, presentando razones que al principio le parecieron buenas. Sin embargo, á las instancias sucedieron otras; y Alberto, para no parecer tímido ó descortés, se puso, no á jugar, que queria estar limpio de este perjurio con Dios, con su esposa y con sus futuros suegros, sino á hacer apuestas, aceptando las puestas que otros señalaban, con tal que no excedieran de cinco *liras* cada una; pues hallándose de paso, decia, no traia gruesas sumas, y le disgustaban las deudas de cualquier género, sobre todo las producidas por el juego.

Por algun rato le favoreció la suerte, y vencia y acumulaba con envidiada prosperidad. Pero la fortuna le hizo más audaz, y alterado con aquella atmósfera y las bebidas espirituosas que se servian, y mucho más excitado aún por las solicitaciones aduladoras, si bien contrariando su conciencia, trató de responder á puestas mayores, triplicándolas, quintuplicándolas y hasta centuplicándolas, siempre felizmente: de tal modo, que antes de media noche habia ganado algunos miles.

Entonces mirando el reloj trató de retirarse,

porque le era preciso tomar el tren de la madrugada, y estaba rendido de cansancio. Los que habian perdido se opusieron, y pretendieron que por caballerosidad siguiera todavía un rato. Mal de su grado, Alberto bajó la cabeza. Parecia ciertamente que aquella noche le habia favorecido la fortuna. Al poco rato habia cuadruplicado las ganancias, y tenia en sus manos diez y seis mil *liras*. Volvió á suplicar que cesara el juego, y su primo Alejandro apoyó su peticion, que fué admitida por casi todos como conveniente y justa.

Pero el desgraciado que habia perdido con él la última puesta de tres mil liras, se levantó furioso y declaró que si Alberto no renovaba la apuesta era un cobarde. Con esto comenzaron á irritarse los ánimos. Alberto, fuerte con su derecho y con el favor de los más, por hacer paces, ofreció con noble generosidad al que habia perdido, la mitad de la última puesta ganada, y se obligó á poner la otra mitad en la caja de una colecta pública que en aquellos dias se hacia para los que habian sufrido daños á causa de un gran incendio.

Los presentes aplaudieron la inesperada oferta; pero el perjudicado, enfureciéndose cada vez más y creyéndose ofendido, injurió solemnemente á Alberto y lo provocó á un duelo.

¡Oh Dios, qué golpe sufrió el corazon del pobre joven! ¿Cómo responder á un desafío de aquella especie, tan infame, tan contrario á su religiosidad, y justamente en el momento de ir á tomar por esposa á Clementina? ¿Con qué ánimo imploraria sobre su matrimonio las bendiciones de la Iglesia, despues de haber merecido y despreciado poco antes las maldiciones? El infeliz se habia puesto de mil colores; se mordia los labios; se pasaba la mano por la frente; un sudor frio le cubria todo el cuerpo, desvariaba, y casi inmóvil fijaba su vista, ya en uno, ya en otro de los circunstantes, que le animaban, y más que ninguno Alejandro, á recoger el guante y hacer pagar á aquel fanfarron sus villanías atravesándole de una estocada. Era éste un mulato mejicano, educado entre gente de mala fama, gran aventurero, de baja estatura, seco, musculoso, de semblante brusco y de ojos chispeantes y airados. Habia pertenecido á las milicias regulares é irregulares del reino de Italia; despues habia sido sucesivamente comisionista, empleado en telégrafos, secretario privado de un hombre de nota en la situacion dominante, y ahora se hacia el señorito y el calavera en los garitos y círculos de ricos disolutos.

Nuestro joven, conteniendo apenas la ira que le hervia en el pecho, pero dueño aún de sí, permanecia silencioso y pensativo entre aquellas perversas vociferaciones, como quien está en lucha consigo mismo, cuando de repente el provocador, animado por su silencio, se acercó á echarle en cara un atajo de vituperios. A oir esto, no pudo contenerse por más tiempo. Ciego por la cólera, se puso á decirle echando espuma:

—¿Yo ensuciarme las manos en la sangre de un animal como tú? ¿yo aceptar un lance con un indecente de tu calaña? Hé aquí lo que mereces.

Y adelantándose, le descargó dos fuertes puñetazos en la barba, y cogiéndole por el cuello le iba á echar por tierra, cuando el otro, sacando con ligereza un estoque que llevaba escondido, le dió un acertadísimo golpe entre dos costillas cerca del corazon. Alejandro corrió como un rayo entre los dos contendientes; trató de agarrar al agresor, pero pudo escurrirse y huir mientras sus compañeros apartaban á Alberto que gritaba:

—¡Al asesino!

Así terminó la contienda; así acabaron los recreos nocturnos en aquella *elegante* sociedad.

IX

La providencia de Dios quiso que la punta del estoque tropezara en un boton de oro de la camisa de Alberto, y que penetrara poco en lo vivo de la carne; de otro modo, hubiera quedado muerto en el acto. Pero el golpe violento y torcedura estudiada que dió á la hoja aquel desalmado en el acto de retirarla, causaron al joven tal herida, que un cirujano, llamado precipitadamente al sitio hácia las dos de la madrugada, la juzgó más grave de lo que parecia, por lo cual le exhortó á que se acostara y se pusiese en cura con toda solicitud y diligencia.

Pero no fué posible hacerle estar en la cama y cuidarse más que el domingo. Por una parte temia que la policía, informada del hecho, fuése á molestarle; por otra parte le apremiaba el deseo de volver á su casa para prevenir los siniestros efectos de su mala partida, poner en salvo su

LABORATORIO DE EDISON EN NUEVA-YORK

honor, que peligraba, y tranquilizar á sus padres, á su novia, parientes y amigos. Se hacia hasta la ilusion de poder disimular el suceso, y celebrar alegremente á los ocho dias las suspiradas bodas. Por lo cual, olvidados los consejos del médico y los ruegos de su primo, que le suplicaba no se arriesgase tan pronto al viaje, la mañana del lunes, muy temprano, tomó el tren, y se encaminó hácia su casa.

Estaba pálido, y le molestaba un agudo dolor en el pecho, que, segun el tren avanzaba, cobraba mayor intensidad. Ya habia imaginado la manera de referir la historia del desgraciado encuentro. Un asesino le habia acometido de noche con un puñal: él se habia defendido valerosamente; pero en el calor de la lucha le habia hecho un rasguño. ¿Quién se negaria á darle fe? ¿Quién podria contradecirle? Tanto más que Alejandro le habia dado palabra de guardar silencio, y que á los gacetilleros de periódicos se les taparia la boca con oro; para cuyo fin Alberto le habia dado una fuerte suma y carta blanca si necesitara cubrir más gastos. Con tales pensamientos se esforzaba en asegurarse él mismo, y despreciar el agudo dolor que incesantemente le martirizaba.

A medio camino, sin embargo, sintió crecer la fiebre, y, lo que era peor, tuvo algunos esputos sanguinolentos que le asustaron y debilitaron. No obstante, creyó poder bajar solo á la estacion, tomar un coche, y entrar por su pié en su casa.

A su llegada se contentó con exponer sumariamente á sus padres, aterrorizados, la fábula del asalto nocturno, añadiendo que tenia un poco de calentura y sentia dolorido todo el pecho y la espalda, por lo cual tenia necesidad de reposo. Pero antes de echarse en la cama escribió con un lápiz en una tarjeta, bajo su nombre y apellido, las siguientes palabras:

«Víctima de un infame atentado en Milan, en donde he estado dos dias, y vuelto prontamente, me apresuro á saludar cariñosamente á D. Vicente, á D.ª Libia y á Clementina, y pedirles una solícita visita, pues por ahora debo quedar en cama.—Lunes á medio dia.»

Metida la tarjeta en un sobre, y puestas las señas del padre de Clementina, mandó que inmediatamente se llevase á su destino y enseguida se acostó.

Muy léjos estaba de sospechar que poco despues habia de pasar por una crísis tan terrible, que tres médicos llamados á consulta manifestaron unánimemente que desconfiaban de su vida. Los síntomas no podian ser peores.

Por la tarde, mientras el cirujano, descubriéndole la herida, le examinaba con cuidado, cayó Alberto en un desmayo, seguido de dos bocanadas de sangre negra é inflamada, cuyo accidente no fué sino un preludio de peores males; pues una hora despues empezó á sentir agudos dolores en el lado izquierdo del esternon, los cuales iban en aumento, al paso que se desarrollaba con gran intensidad la calentura, por la vehemente palpitacion del corazon, y parecia que iba á reventar el pecho y á crisparse las venas. Despues le acometió tan fuerte dolor de cabeza, que cayó en delirio y le vinieron terrores y convulsiones, en términos que apenas podian con él los criados que le sostenian.

En la noche del lunes al martes, el enfermo llegó á un estado tristísimo. Los médicos de consulta opinaron que si bien la herida penetraba sólo tres milímetros, por la violencia del golpe se habia dañado una parte de la region del corazon. Y como la madre tambien andaba solícita por el alma de su hijo, y les preguntaba si seria conveniente pensar en los consuelos de la Religion, la aconsejaron que para mayor seguridad, tan pronto como el acceso disminuyera, llamasen á un sacerdote. Calmando efectivamente la fiebre por la mañana, y habiendo salido el joven de su delirio, entró en su habitacion el confesor, á quien reconoció con gran alegria, y cogiéndole calurosamente las manos, vertiendo gruesas lágrimas le dijo:

—¡Gracias, P. José, por esta visita! si no me hubiese puesto malo, hubiera ido á verle. ¡No me abandone V. por amor de Dios! ¡Tengo tanta precision de hablarle!

(Se continuará)

MORADA DEL CIELO

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo
Ni con el rayo ardiente
Falleces; fértil suelo,
Productor eterno de consuelo:

De púrpura y de nieve
Florida la cabeza coronado,
A dulces pastos mueve,
Sin honda ni cayado,
El buen Pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, dó las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro á la montaña
Del alto bien las guia; ya en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
La cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando
De su hato ceñido
Con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa
Y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh són, oh voz! quisiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese
Y toda en tí ¡oh amor! la convirtiese.

Conocería dónde
Sesteas, dulce Esposo, y desatada
De esta prision en donde
Padece, á tu manada
Junta, no ya andará perdida, errada.

Fr. Luis de Leon.

EDISON

Á veinticinco kilómetros de Nueva-York, en la línea de Pensilvania, se divisa entre árboles un grande edificio coronado por una chimenea de fábrica. Si al pasar por allí pregunta uno qué fábrica es aquélla, cualquier pasajero contestará:

—Ese es Menlo-Park, el laboratorio de Edison.

En realidad es una fábrica lo que uno tiene á la vista, pero una fábrica de género único en el mundo: manufactura lo que á primera vista parece menos propio para la fabricacion en grande escala: los descubrimientos científicos.

Tomás Alva Edison, el fundador y jefe de esta industria, es sin disputa una de las figuras más originales del siglo. A los cuarenta y dos años que acaba de cumplir, debe haber hecho registrar á lo menos un millar de invenciones.

Su genio lee los secretos de la Naturaleza, y parece que Dios se sirva de él como de un conquistador para trastornar al mundo.

Sus *teléfonos* han modificado las relaciones de los hombres en las ciudades. En estos momentos su *fonógrafo* invade el Nuevo Mundo y hace seriamente su entrada en el Mundo antiguo. Tambien acaba de lanzar su *telefoto*, que permitirá ver la persona que habla en el teléfono, á lo menos á no muy largas distancias.

Edison ha hecho práctica la luz eléctrica por medio de sus lámparas incandescentes que penetran en los salones y aposentos, y se ha ocupado con feliz éxito en establecer comunicaciones entre los trenes en marcha y las estaciones, sin el menor contacto directo con los hilos telegráficos de las líneas, sino por simple influencia á distancia. Pretende además unir telefónicamente las embarcaciones en sus viajes, etc., etc.

Sus inventos y trabajos en otro órden de menos importancia social son numerosos. Tiene la pluma eléctrica, el micro-tasímetro, termómetro é higrómetro muy sensibles; el electromotógrafo, que reproduce, ampliándolos, los sonidos del teléfono; el fonómetro, pequeño aparato en el cual, cantando, se hace funcionar una máquina de coser; el megáfono, que permite hablar á dos ó tres kilómetros de distancia, etc., etc.

El laboratorio de Menlo-Park con sus anejos y dependencias representa hoy de diez á doce millones de gastos de instalacion. Los experimentos que allí se hacen desde principios á fines del año cuestan por término medio 30,000 francos por mes. Un centenar de sabios y de especialistas de todo género están empleados allí de una manera permanente. Más de 5,000 obreros sacan más ó menos directamente de esa fábrica su trabajo y el pan de su familia.

En el piso bajo se hallan establecidas las máquinas á vapor y los dinamos; en el segundo piso las máquinas de precision; más arriba los talleres de ebanistería y carpintería, una veintena de laboratorios particulares, cada uno de ellos dedicado á un órden distinto de investigaciones, y además el gabinete de química, la biblioteca y los archivos y taller del maestro.

Este es de estatura mediana, robusto, los cabellos entrecanos y el rostro sin pelo, iluminado por admirables ojos grises. En otro concepto, con su blusa de trabajo y con sus manos manchadas de ácido, Edison tiene cierto aire de fotógrafo.

Por lo demás, es un hombre encantador, sencillo, atento, que siempre pone buena cara á las turbas de curiosos que le traen casi todos los trenes.

—Será necesario, sin embargo, imaginar un mecanismo para impedir la entrada á las visitas molestas,—dice á veces á sus discípulos.

Pero, como muchas otras aspiraciones, ésta permanece en estado de proyecto.

Por sus costumbres y los hábitos de su espíritu, lo mismo que por su método, Edison es más bien un artista que un sabio.

Su principal goce es el trabajo asiduo, los experimentos de veinte y treinta horas seguidas sobre un aparato nuevo, las pruebas sin cesar renovadas, la comida hecha en pié ó en una esquina de la mesa en medio de la fiebre de la creacion, y luego, para descansar, sueños de doce horas sin moverse, ó alguna partida de caza ó excursion campestre.

La eleccion de sus colaboradores es el resultado de una seleccion de veinte años. Y no solamente los quiere instruidos, hábiles, ingeniosos, de manos diestras, cada uno eminente en su género, sino que es preciso que sepan, como él, resistir á la fatiga, sacar su tarea á fuerza de brazos y de trabajo cerebral, sin contar las horas. Los principales son M. Batchelor, su socio, un químico, un dibujante y un fundidor.

La mayor parte de los inventores marcha de lo conocido á lo desconocido. Dadas las propieda-

des de una sustancia, buscan sus aplicaciones y se esfuerzan por realizarlas.

Edison procede casi siempre á la inversa. Su sistema es penetrar en lo desconocido. Tiene enormes registros que forman una coleccion de treinta á cuarenta infolios, en donde están consignados por el maestro y sus ayudantes todos los fenómenos, todas las observaciones que les parezcan dignas de ese honor.

Comprueban, por ejemplo, que, despues de seis semanas de permanencia en cierto aceite, el marfil se pone transparente o maleable; que un glóbulo de mercurio en suspension en el agua toma tal ó cual forma bajo la accion de la corriente eléctrica: todo eso está anotado. No se divisa su utilidad inmediata, pero esa utilidad podrá manifestarse un dia ú otro. Y poco á poco, dia por dia, se forma así un prodigioso repertorio de hechos.

Cuando se trata de hacer investigaciones en ese repertorio, Edison apela á sus colaboradores, pero por su parte no rehuye nunca el trabajo, y una vez lanzado sobre una pista, no se detiene hasta que ha conseguido su objeto. Se le ha visto perseguir una idea cinco ó seis dias seguidos, sin dormir, casi sin comer, haciendo ejecutar unos tras otros diez, doce modelos consecutivos para rechazarlos luego, y modificarlos, y perfeccionarlos sin descanso, hasta quedar satisfecho. Así, en su galería de modelos, unos yacen abandonados, perdidos, olvidados; otros esperan su turno para entrar en escena: esbozos y primeros lineamentos de la impresora, del telégrafo automático, del boton repetidor, del duplo y cuádruplo, del electromotógrafo, del teléfono de carbono, del fonógrafo, del megáfono, de la máquina armónica, de la prensa multiplicadora de copiar, del voltámetro sonoro y de cien otras maravillas.

Lo que más asombra en Edison es su audacia y la inagotable variedad de sus concepciones. Pero el lado profundamente original de su método consiste en que desdeña por completo los resultados adquiridos. No sólo toma en poca ó en ninguna cuenta las teorías corrientes, sino que ni siquiera en la práctica se ocupa de las huellas dejadas por sus predecesores.

Su sistema es la paradoja elevada á la altura de un procedimiento de investigacion.

Se dice á sí mismo: «Tal cosa parece utópica é irrealizable; por consiguiente es necesario hacerla.»

Y la hace La hace por medios ridículamente sencillos, imprevistos, anti-científicos en apariencia, opuestos á todas las reglas de la doctrina clásica.

La cualidad capital de Edison, junto con la imaginacion, es una memoria asombrosa, servida por inmensas lecturas.

A la edad de doce ó trece años, cuando no era más que un vendedor ambulante de diarios en un tren, tomó un abono en la librería circulante de Detroit, y se le metió en la cabeza leer todos los volúmenes, uno tras otro, incluso los diccionarios. Media su trabajo por yardas, y á fin de mes decia:

—He leido dos, tres yardas de la Biblioteca.

Sabido es por cuán pequeña puerta entró en la vida. Hijo de un pobre sastre remendon de Ohio, y sin haber tenido nunca otro profesor que su madre, entró á los once años de edad al servicio del *Great Trunk Railroad* para vender frutas y diarios en el exprés de Port-Huron.

Dos meses más tarde decidió fundar un periódico por todo extremo original.

Compró una pequeña prensa y algunos tipos de imprenta, y contrató con una Compañía de ferrocarriles el derecho de disponer de un furgon en todos los trenes.

Durante el viaje imprimíase el periódico, publicando en él las últimas noticias adquiridas al salir de Washington, y los ejemplares de este número eran vendidos en la primera estacion importante de la línea.

En ella recogia por medio de un empleado las noticias de la poblacion, más un telegrama que le remitian desde Washington, y componia un nuevo periódico que se expendia en el punto más próximo. Allí repetia la operacion; hacia otro periódico, y así sucesivamente hasta llegar al fin de la línea.

Por este medio resultaba un periódico interesantísimo, puesto que publicaba las noticias y los sucesos momentos despues de saberse y de ocurrir.

Los ejemplares se arrebataban en las estaciones á los pocos dias de nacer el periódico, y los anuncios se disputaban la última plana, á pesar del precio extraordinario.

El jóven redactor en jefe se transformaba en personaje; pero esas grandezas no lo deslumbraban. Al mismo tiempo que devoraba el espacio, leia, trabajaba, aprendia la química, instalaba un laboratorio en el furgon y hacia por sí solo experimentos de electricidad; hasta que llegó un dia en que concluyó por incendiar el furgon.

Con este motivo el conductor del tren tiró á Edison por la portezuela, junto con sus pilas y su horno.

— —

Tenia diez y seis años. Apenas vuelto á la vida privada, instala su imprenta en la bodega de su padre y transforma su diario en revista con el título de *Paul Pry* (Pablo el Indiscreto).

Sin duda el título estaba demasiado bien justificado, porque un lector, indignado, penetra en la oficina del precoz periodista, lo arrastra hasta el borde del rio vecino, y lo arroja á él sin más forma de proceso.

Felizmente Edison sabia nadar.

Renunció entonces al periodismo para consagrarse exclusivamente á los estudios telegráficos y á los perfeccionamientos cuya idea acariciaba.

Algunos meses más tarde habia encontrado su procedimiento para transmitir á la vez varios despachos por el mismo hilo Una Compañía de electricidad lo tomaba á su servicio.

LA REINA MARÍA ANTONIETA Y SU HIJO EL DELFIN

Poco tiempo después establecia en Newark su primera fábrica telegráfica.

Para los gastos de instalacion de la empresa no encontró Edison persona alguna que le facilitara la necesaria suma, en vista de lo cual vendió su modesto ajuar, inclusive una reliquia cuya conservacion le encargó su madre al morir.

Pero esto último lo hizo con ciertas condiciones que le permitieran recobrar la reliquia.

Díjole al prestamista con quien ajustó la venta que la reliquia se la daba en depósito, y que sólo podria venderse pasados tres años, pero en cambio Edison debia satisfacer para recobrarla diez veces más de su valor.

Extrañóse el prestamista de semejante proposicion, juzgando un imposible lo que ofrecia Edison, pero guardó la alhaja, y aún no habia pasado un año cuando recibió el precio que tan crecido le parecia.

Tales fueron los comienzos de esta série no interrumpida de triunfos científicos que han hecho célebre el nombre de Edison.

En su reciente visita á la Academia de Ciencias de París ofreció un fonógrafo con un cilindro para cada uno de los académicos, diciéndoles: «Cada uno de vosotros podrá inscribir en él las frases que quiera dejar en los archivos, para hablar, despues de muerto, á los curiosos.»

Tal es el reciente invento de Edison.

De los gastos de la Administracion diocesana se economizan 4,000 pesetas.

Se rebajan 25,000 pesetas del capítulo de gastos imprevistos.

De los gastos para el personal de religiosas en clausura, capellanes y sacristanes, se obtiene una economía de 17,933 pesetas.

De los créditos consignados para reparacion de templos, conventos, etc., y construccion del templo de la Almudena, de Madrid, se rebajan 50,000 pesetas, y 33,000 de los créditos para iguales fines de las Juntas diocesanas.

Es decir, que despues de haber saqueado el patrimonio de la Iglesia, arrebatándola sus bienes, se cercenan cuanto se puede estas cargas de justicia, que son sagradas.

SECCION RECREATIVA

Aplicacion de la ley de la inercia.—Se colocan sobre un mantel ó servilleta dos duros.

Sobre ellos se pone un vaso ó copa boca abajo, de modo que quede entre las dos monedas bastante espacio para poner otra menor, v. gr., media peseta.

Problema.—¿Cómo se puede sacar la moneda pequeña sin levantar la copa ó vaso, y sin meter nada dentro?

Solucion.—Se rasca suavemente el mantel con la uña del dedo índice, enfrente de la moneda pequeña, y ésta va saliendo poco á poco, porque la elasticidad de la tela le comunica el movimiento.

Arranca-baldosas.—Se toma un pedazo de cuero de forma redonda. Se le hace pasar por el medio una cuerda, al fin de la cual se hace un nudo para que no se salga de él.

Se moja el cuero, y se pone sobre el suelo, sobre un ladrillo, baldosa, tabla, etc., y se le pisa para que se adhiera bien.

Se tira de la cuerda, y se verá que se hincha y no se le puede arrancar fácilmente.

A veces queda tan adherido, que levanta el ladrillo ó baldosa.

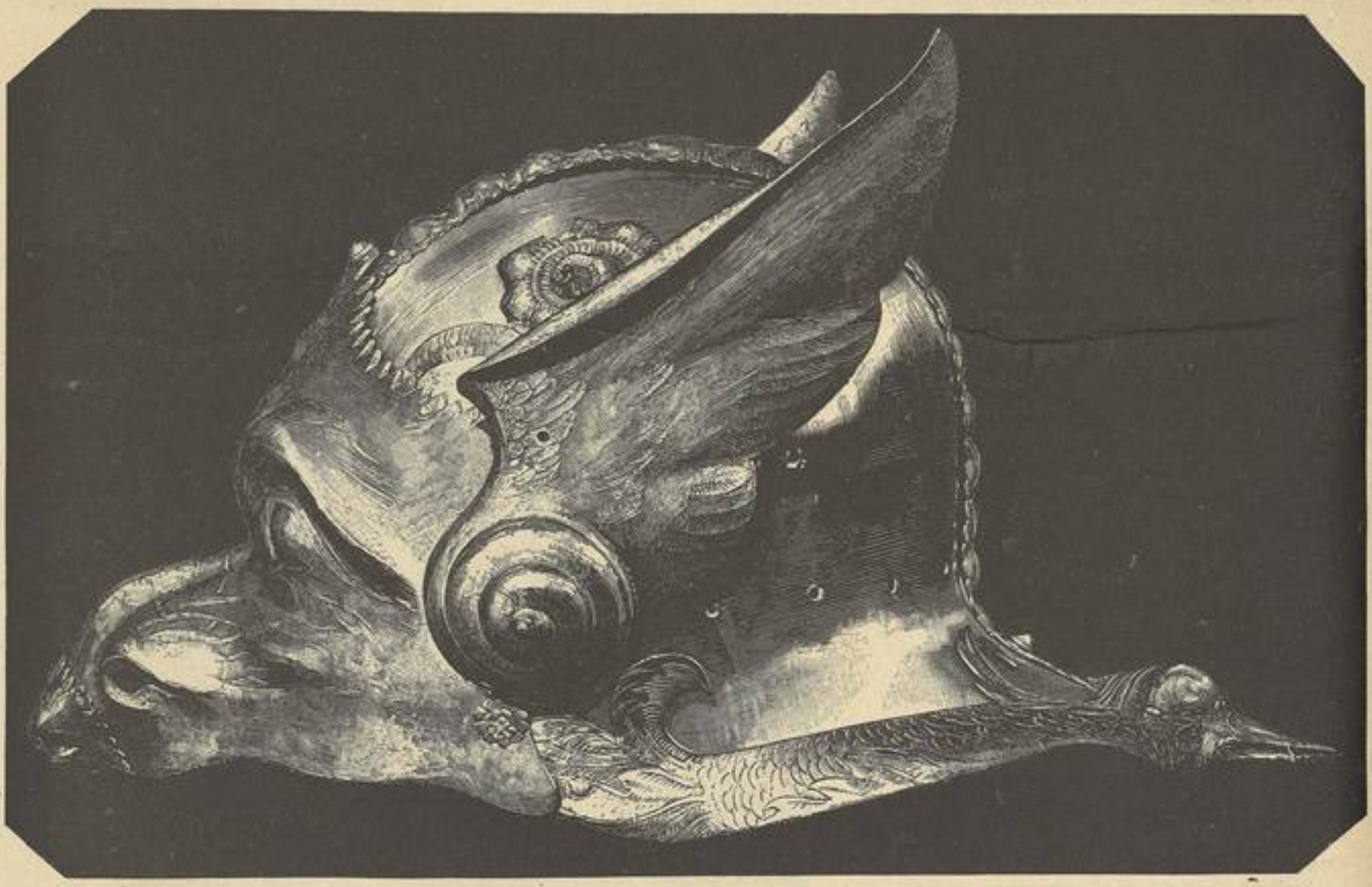
Es que se ha hecho el vacío al tirar, y la presion atmosférica lo oprime contra el suelo fuertemente.

CHARADITA

Prima mando,
prima tengo,
prima como,
prima vendo,
y el total en mina encuentro.

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

SOLTERON



CASCO DE D. JUAN DE AUSTRIA

NOTICIAS VARIAS

Una vez más la Divina Providencia y la solicitud paternal de Leon XIII se han dignado derramar sobre esta sociedad ciega, que marcha á oscuras por caminos de perdicion, rayos de luz que descubren dónde está el peligro y la muerte de las almas, á la vez que advierten cuál es el eficaz y único remedio que á éstas conviene.

El dia de san Joaquin se hizo pública la nueva Encíclica *Quamquam pluries*, que lleva fecha de 15 de Agosto. En ella el Papa encarece el valor de la oracion, siempre arma poderosísima, pero mucho más en estos calamitosos tiempos de frialdad y falta de fe. Recomienda la devocion á san José, hablando de la gloria del Santo y señalando los excelentes ejemplos que se encuentran en la práctica de esta devocion.

El Padre Santo termina ordenando que, durante el mes de Octubre y despues del Rosario, se rece á este Santo una oracion especial, por la que concede siete años y siete cuarentenas de indulgencias, y quiere que esto continúe haciéndose siempre (1). Recomienda tambien la devocion del mes de Marzo, dedicado á san José.

El Ministro de Gracia y Justicia ha hecho las siguientes economías en el presupuesto de culto y clero:

Del crédito consignado para clero parroquial, beneficial y colegial, se rebajan 14,000 pesetas.

(1) Esta oracion se ha impreso en hojita suelta, y se halla en la Administracion de *La Hormiga de Oro* á 1 peseta el ciento.

El 6 del mes pasado murió cerca de Nápoles el cardenal Massaia, á los ochenta años de edad. Había nacido el 8 de Junio de 1809 en la diócesis de Asti. Entró jóven en la Orden de Capuchinos, en la que fué profesor de filosofía y teología. Gregorio XVI al elevarlo al Episcopado le confió el cargo de vicario apostólico en la Mision de los negros gallas, en la que por predicar la fe sufrió toda clase de persecuciones, siendo expulsado siete veces del territorio. Encarcelado por el emperador de Abisinia, recobró la libertad á peticion de las potencias europeas: regresó á Roma en 1880, donde Leon XIII le nombró arzobispo de Staurópolis, elevándolo en 1884 á la dignidad cardenalicia. Ha dejado escrita su magnífica obra con el título de *Mis treinta y cinco años de Misiones en Etiopía*.

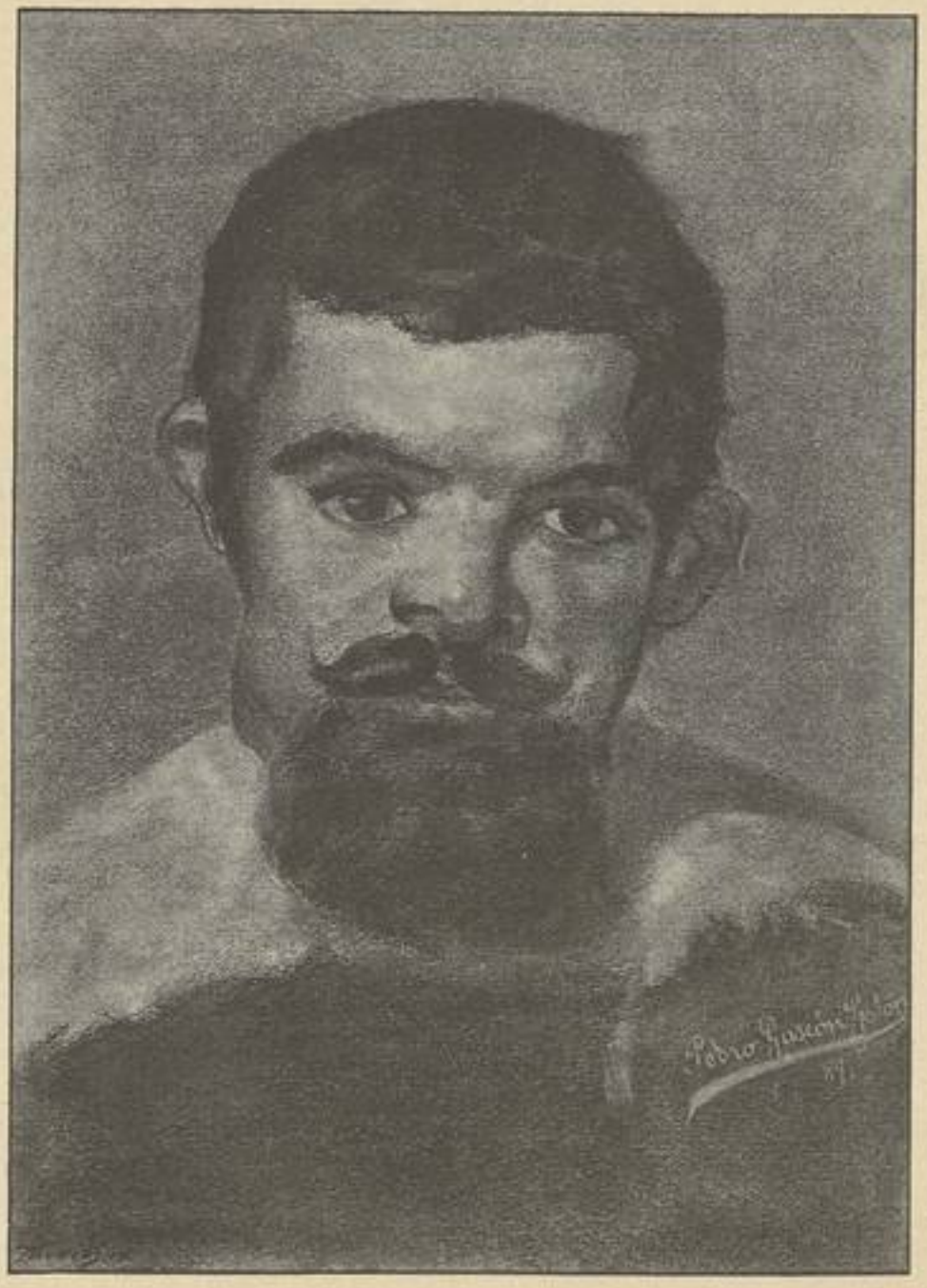
Sobre las dos gigantescas torres de la catedral de Colonia cayó últimamente un rayo, causando gran destrozo en este incomparable monumento.

El 25 de Agosto se sintieron en toda la Grecia violentas sacudidas de temblor de tierra. Los daños causados son de poca importancia, á excepcion de Patras y Missolonghi, donde se hundieron algunas casas, sin que afortunadamente hubiera ninguna víctima.

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) | Barcelona 21 de Setiembre | Série II.—Núm. 91



CABEZA DEL ENANO DE VELAZQUEZ (COMPOSICION DE PEDRO GASCON GOTOR)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Breve de Su Santidad* en contestacion al último Mensaje del Episcopado español.—*Discurso del señor Marqués de Cerralbo* en el Círculo tradicionalista de Bilbao.—*Diario de un filósofo*, II.—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion), por el Padre Franco.—*Contra una Revista catalana*, por Fr. Paulino Alvarez.—*El poeta Lamartine en Oriente*, por Francisco J. Simonet.—*El reloj de Flora.—El aposento nupcial*, por Luis Veuillot.—*Maravilla de la gracia.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

Cabeza del Enano de Velazquez, copia fiel de este célebre cuadro, por D. Pedro Gascon Gotor.

Cárlos de Hericault, distinguido escritor católico francés.

Revolucion francesa.—El pueblo se apodera de las armas custodiadas en el cuartel de Inválidos (13 de Julio de 1789).

San Francisco Regis asistiendo á los enfermos (cuadro de José Aubert).—Este célebre misionero nació el dia 31 de Enero de 1597 en Foncuberta, pequeña poblacion del obispado de Narbona. Sus padres, de noble alcurnia, le enviaron á estudiar al colegio de la Compañía de Jesús en Béziers. Admitido en el Noviciado, enviáronle á estudiar teología al colegio de Tolosa, y desde luego dió pruebas claras de un excelente ingenio y de un eminente talento para las facultades mayores. Precisado por la obediencia, recibió los órdenes sagrados. Llevábale fuertemente la inclinacion al ejercicio de las Misiones, y fué tanto lo que instó y lo que clamó á los superiores, que éstos le destinaron á este sagrado ministerio aun antes del tiempo regular. Recorrió varias provincias, renovando en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos. En Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó casas de recogidas, á donde voluntariamente se refugiaban las mujeres arrepentidas. El 22 de Diciembre de 1640 se dirigió á Louvesc, donde se proponia dar una mision. El tiempo estaba terrible; el país por donde viajaba era el más quebrado y más escarpado del mundo: extravióse, y no tuvo otro arbitrio que refugiarse en una choza. Pasó en ella toda la noche, expuesto á un viento frigidísimo y violento. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de una ardentísima calentura, con la cual fué arrastrando hasta Louvesc. Entróse derecho en la iglesia, y sin hacer caso de sus dolores ni de su fatiga, abrió la mision, predicando un fervoroso sermon, y despues se fué al confesonario, donde estuvo hasta muy entrada la noche. El dia de Navidad predicó tres sermones; otros tantos el dia siguiente, y confesó cerca de veinte y cuatro horas. Pero cediendo el espíritu á la debilidad, le dió un desmayo. Lleváronle á casa del Cura, y no acertando á rendirse aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres pasanos que le iban siguiendo desde la iglesia, hasta que repitiéndole otro desmayo fué preciso meterle en la cama. La noche del último de Diciembre poco antes de las doce, entregó dulcemente su espíritu en manos de su Criador, á los cuarenta y tres años y once meses de su edad, habiendo vivido veinte y cuatro en la Compañía. Clemente XI beatificóle en 1716, y Clemente XII le canonizó en 1737.

Real Sitio de Aranjuez.—*Capilla de San Antonio.—Puente colgante sobre el Tajo y palacio Real.—Fuente de Hercules.—Real casa del Labrador.*

Al contemplar esas sabanas, al parecer sin límites, que se extienden cual uniforme manto al Sur de la capital de la monarquía y hasta los confines de la provincia, y que, desnudas de objetos, tan sólo ofrecen variedad de colorido por la mudanza del tiempo y de las estaciones; al observar en el declive de una hondonada ó en lo alto de un recuesto, un grupo de viviendas que sin la torre parroquial no se distinguirian del suelo en que se asientan; al ver, en fin, diseminados los informes restos de algun castillo, cuesta esfuerzo recordar que aquellos lugares, aquellos pueblos y aquella region se envanecen por su origen carpetano, y que como la amena Odón, hoy Villaviciosa, Navalcarnero, Casarrubios y otros más, se ilustraron á veces con pasajeras é inesperadas honras ó fueron teatro de hechos y acontecimientos que variaron los destinos de la patria.

Agradable contraste se ofrece al enderezar el rumbo hácia el Mediodía. Franjas de verdor distínguense serpeando en la terrosa llanura, que marcan el curso del Jarama y que son á modo de avanzadas del que pudiéramos llamar oasis de esta árida comarca. Descúbrese por fin Aranjuez, el delicioso valle, inundado, de colina á colina, por un piélago de verdor, en donde parece haberse refugiado la vegetacion de muchas leguas en contorno, creciendo la sorpresa al contemplar las frondosas y extensas alamedas que se prolongan en todas direcciones formando techos de verdura al través de los cuales penetra, no sin pena, alguno que otro rayo del astro rey. Angosto, turbio y mermado ya por copiosas sangrías, deslízase el Tajo á la entrada, bajo un puente colgante de hierro, sobre el que asoma sus techos de pizarra la rojiza mole del Palacio Real, rodeada y casi envuelta por frondosísima arboleda, al lado de una pintoresca cascada. El lienzo contrapuesto á la fachada principal de la regia morada, con larga fila de balconaje y cúpulas en los extremos, es la vista que se ofrece al viajero procedente de Madrid, y en el fondo, un pensil de flores regado por cuatro estanques y una magnífica fuente; á la izquierda se desarrolla el grandioso jardin del Príncipe. Con la fuente de Diana, en primer término, campea enfrente la vistosa plaza, cerrada á los lados por los largos pórticos de las casas de *Infantes* y de *Oficios*, y en el fondo por el de la *Capilla de San Antonio*, que descuella en medio sobre ancha escalinata, y por último, por cima de su cúpula, cierran el horizonte los cerros del Telégrafo y del Parnaso.

Cuanto á la poblacion, comprimida durante largo tiempo por las severas ordenanzas de la dinastía austriaca, celosa, sin duda, de mantener cerrada su amena soledad, no pudo desarrollarse ni engrandecerse hasta el reinado de Fernando VI, levantándose regulares y elegantes edificios en sus calles anchas y tiradas á cordel.

La historia de Aranjuez es la del Real Sitio. Los maestres de la Orden de Santiago, poseedores del extenso territorio en donde se hallaba enclavado Aranzuel ó Aranzueje conquistado con el esfuerzo de sus caballeros, atraídos por la amenidad de la entonces aldea, decidieron trocar por ella su habitual residencia de Ocaña, levantando al efecto el maestre D. Lorenzo Suárez de Figueroa, en el siglo XV, un magnífico palacio gótico, que ocuparon más tarde, algunas veces, complacidos por la frondosidad del sitio, los Reyes Católicos, reservándolo su nieto el emperador Cárlos V, despues de ensanchar considerablemente su término, para lugar de caza y recreo. Durante el reinado de Felipe II empezaron las nuevas obras, bajo la direccion de sus célebres arquitectos, Toledo y Herrera, quienes preocupados, tal vez, con la construccion de la *Octava maravilla*, el Escorial, sólo lograron producir sólidas y regulares construcciones, levantando el Cuarto Real, enlazado con el palacio existente por medio de dos pasadizos suspendidos en arco; la capilla, de la que resta únicamente la cúpula; la vasta casa de Oficios y Caballeros, dándose nueva forma á los jardines sembrados de fuentes y pabellones, en los que se plantaron frondosas alamedas, abriéronse canales de riego, y trocóse, por último, el pantano de Ontígola en vastísimo estanque, distinguido con el título de mar. Felipe III y Felipe IV esmeráronse tambien en adornar los jardines con nuevas fuentes y estatuas, reformando y ampliando algunas habitaciones del Cuarto Real.

Si bien maltrecho por dos incendios, existia aún en 1727 el palacio de los maestres de Santiago, destinado para alojamiento de la servidumbre de los monarcas, cuando Felipe V hízolo desaparecer al fundir las diversas construcciones en una fábrica regular y homogénea, que terminó Fernando VI, completándola Cárlos III con las dos alas salientes que avanzan á los extremos de la fachada principal. Vuelta ésta á poniente, hácia una plaza semicircular, adornada con bonitos asientos de piedra, desde donde se desarrollan largas calles de arbolado sobre el lugar donde existió la primitiva aldea de Aranjuez, presenta el aspecto agradable y suntuoso que tanto distingue á las obras régias del pasado siglo.

En las reales estancias, difíciles de describir por su multiplicidad y riqueza, todo sonríe, entretiene é interesa: en los ricos muebles, en las elegantes colgaduras, en los cuadros y frescos de los techos, hallan el crítico y el artista ancho campo para sus observaciones.

En cuanto á los jardines, en cada senda, en cada rincon de aquel paraíso alfombrado de flores, de ambiente perfumado y de uniforme frondosidad, experiméntanse nuevas impresiones y agradables sorpresas. Hermosas fuentes, estátuas de bronce que destacan en medio de pilones de mármol, preciosos kioscos surgen al acaso al revolver de una esquina y cuando no podia presentirse ni adivinarse su existencia.

A un extremo de los jardines levántase la *Casa del Labrador*, que, principiada en 1803, encubre bajo su modesto título toda la ostentacion de la opulencia real: sus dos alas salientes que dejan un patio en el centro, su elegante ventanaje con bruñidos arquitrabes y dinteles y bellas estátuas dentro de nichos interpolados con los balcones, danle el completo aspecto de un suntuoso palacio.

Limitados al Norte por el rio y al Sur por la *Calle de la Reina*, prolóngase los nuevos jardines en los que se ve á la naturaleza sometida á las exigencias del arte, sin perder nada de su vigor y lozanía: flores de variadísimos matices, frutales de toda sazon, plantas de todas las regiones, y entre frondosos álamos y chopos, entre el melancólico sauce y el erguido ciprés, descuellan árboles de caprichoso follaje trasplantados de Inglaterra y China, de las cumbres del Líbano y de las riberas del Orinoco.

La estátua de Neptuno, la montaña suiza, el ameno emparrado, el intrincado laberinto, la figurada union del Tajo con el Jarama, que da origen á un riachuelo, la cabaña del *Ermitaño*, el pabellon chinesco y el templete griego, y otras mil construcciones y obras de arte, que seria prolijo enumerar, completan las bellezas y maravillas que encierra este real sitio, que tantos recuerdos guarda de la vida íntima de los reyes de España.

Nuevo aparato aplicado á las ejecuciones de la pena de muerte en los Estados-Unidos.—Por una ley que está ya en vigor y que ha sido ya aplicada, acaba de adoptarse en aquella República dicho aparato, mediante el cual se obtiene una muerte instantánea por el paso de una corriente eléctrica. El nuevo procedimiento, segun copia de natural representada en nuestro grabado, podrá ser más breve y simplificado, pero no es menos terrible é imponente.

En familia (cuadro de P. Bedini).—Una madeja en manos de un militar avezado á manejar la espada, parece un contrasentido; pero hay que distinguir entre la vida de cuartel y de campamento y la del dulce hogar, y entre la compañía de la gente de armas y la de una cariñosa y querida esposa. Cuando menos, así seria hace tres siglos, á cuya época nos hace retroceder el artista en los dos tipos que tan bien nos retrata.

Faro de primer órden en la isla de Cabra (Filipinas) para señalar la entrada en la bahía de Manila.

Fué inaugurado en la noche del 1 al 2 de Mayo del presente año. La altura del foco luminoso sobre el nivel medio del mar es de 66'20 metros, y la altura del mismo sobre la superficie del terreno de 20'40 metros, siendo el alcance, en las condiciones ordinarias de la atmósfera, de 25 millas: la torre, de seccion cuadrada, es de ladrillo, así como el edificio principal habitado por los torreros y los dos pabellones accesorios, en uno de los cuales se hallan las tres cocinas para aquéllos, y en el otro el depósito de combustibles y demás efectos necesarios para el faro.

El proyecto primitivo, redactado por el ingeniero de Caminos D. Antonio de la Cámara, ha sido reformado por los ingenieros D. Francisco C. Portus y D. Magin Pez. El coste de construccion ha sido de 40,000 duros, y el aparato y linterna, comprendido el montaje, de 16,000.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Persecucion religiosa.—Los cachivaches de antaño.

Los sacerdotes vascongados han sido condenados á presidio por predicar á sus feligreses la palabra de Dios.

Esto no tiene nada de extraordinario en los tiempos que padecemos, porque la palabra de Dios no puede menos de ser subversiva allí donde dicta órdenes la del diablo. Lo extraordinario es probar que enviar á presidio á dos sacerdotes por predicar la palabra de Dios no es persecucion á su Iglesia.

Y ese es el nuevo empeño de todas las lobadas de liberales que rugen en torno de las tajadas, próximas ó remotas, del presupuesto.

—El Gobierno—dicen los más fieros—tiene el deber de defender á las instituciones de esos ataques, vengan de donde vinieren.

—La Iglesia—dicen los más mansos—debe predicar la verdad; pero huyendo de ruines exageraciones.....

Y hé aquí los dos argumentos que han llevado á presidio á los respetables párrocos de Elorrio y Elejabeitia.

La chimenea más alta del Gobierno ejecutivo, esto es, el Presidente del Consejo de Ministros, ha declarado que la árdua sentencia está en su lugar y que ese folletin de calabozos se continuará.

De suerte que ya lo sabe la Iglesia española: sus ministros no pueden explicar teología en el púlpito. Aquí no se toleran ya más que lecciones de *liberalogía*, y el desgraciado sacerdote que no componga sus sermones con letra y música del *Himno de Riego* está aviado.

Era natural.

Las cosas se caen siempre del lado hácia que se inclinan, y el progreso liberal al uso se cae irremisiblemente hácia atrás dando saltos patrioticos.

Los cánones de los ministros difuntos Alonso y Aguirre vuelven á resucitar, traídos por Canalejas como del ronzal, y .....Dios solo sabe en qué vendrá á parar el novísimo escabeche de predicadores.

Y á todo esto vean ustedes el respeto que profesan los progresistas á la libertad religiosa y á la libertad de la ciencia cuando prohiben y casti-

gan que se enseñe desde el púlpito que el *liberalismo es pecado*, tésis eminentemente católica, aprobada por el Papa, maestro infalible é inapelable de la doctrina.

Proclamar que el *liberalismo es pecado* es proclamar una verdad que no ataca taxativamente á las instituciones, pues de esa tésis puede decirse lo que el fabulista:

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan.

Pero el Gobierno progresista, siempre adherido al axioma de que lo más absurdo es lo más liberal, entiende que en esta tésis hay un delito, y sin pararse en barras le echa encima el peso abrumador del Código.

No sabe lo que se hace ciertamente; pero eso ¿qué importa? La sal de su gracia está en andar á oscuras y en dar palos de ciego. Y en sacándole de esas andanzas no tenemos Gobierno progresista para nada.

Siempre fué ordenanza de la razon que los delitos teológicos fueran juzgados por los teólogos, porque todo juez debe tener competencia para juzgar, y si no la tiene, más que juez es un adobe; pero el progreso al uso ha descubierto como el Dr. Bartolo de *El médico á palos* que los hombres tenemos ya el corazon en el lado derecho, y de cualquier cosa hace un juez, como lo prueba la nueva institucion del juicio por jurados.

No ha sido ella la que ha zampado en presidio á dos eclesiásticos que explicaban la teología á sus feligreses, y quizás á eso se debe que no hayan sido condenados á la última pena; pero como si lo hubiera sido, porque á esos eclesiásticos no podian juzgarlos jueces de birrete, sino de mitra.

Y hé aquí en lo que está la persecucion: en crear delitos donde no los hay y en habilitar jueces incompetentes para conocer de ellos.

Sistema progresista viejo.

El nos lleva, dando saltos hácia atrás, á los dichosos tiempos en que los obispos tenian que comparecer, conducidos por la fuerza pública, ante tribunales compuestos de milicianos nacionales, roncos de dar mueras á Dios, despues de pisotear el Concordato y los cánones del Concilio de Trento.

Claro es que el Gobierno progresista no sabe lo que se hace.

Si lo supiera, ¿cómo habia de prohibir que se predicara que *el liberalismo es pecado*, autorizando al propio tiempo que cualquier desuella-curas predique que no hay Dios, que no hay alma y que el hombre es un leño ó una bestia que vegeta ó vive como un jaramago ó como una cucaracha?

¡Bueno está el arte de *progresistear* que ha empezado á ensayar el Gobierno!

Pero si el padre toca así el tambor, veamos cómo bailan sus hijos.

Los liberales de Olot, estimulados por las disposiciones de un Gobierno que se ríe con los chistes feroces de *El Motin* y abre las puertas de los presidios á los sacerdotes que predican la palabra de Dios, han querido hacer méritos para ser tenidos por buenos progresistas y se han lanzado á un escándalo que debe haber resonado gratamente en los oidos de todos los enemigos de la Iglesia.

Los católicos de Olot realizaron una peregrinacion por el Papa á un santuario de su devocion, y de regreso de ella perpetraron el delito de dar vivas al Vicario de Jesucristo y á la religion.

No fué menester más.

Ese grito es hoy en España subversivo: se le indigesta á Crispi; suena en el Quirinal como una nota destemplada y aterradora, y no estamos en el caso de disgustar á aquellas potencias.

Un liberal de Olot, indignado desde la punta de los piés hasta el colodrillo de oir dar vivas al Papa, se levantó de manos y se fue á los romeros vociferando:

—¡Viva Garibaldi!

Que era tanto como vociferar:

—Muera el Papa.

Y se armó la gorda.

Pero se armó á *la liberala*, quiérese decir, arrimando los progresistas á los católicos una de sus sobas más generosas de tolerancia.

El juego no anduvo entre bobos.

Se soltaron dos ó tres tiros que por fortuna no hirieron á nadie; cundió la voz de que los católicos habian gritado *mueran los liberales*, y el escándalo tomó punto de caramelo.

Con lo cual hubo ya para endulzar las gargantas de los que espectoraban zumo de ajenjo contra los Curas y contra la Religion.

El viejo molde de todas las pelambreras entre liberales y católicos.

Se compuso el año 34, cuando los progresistas inventaron la fábula de que los frailes habian envenenado las fuentes, con lo cual se lanzaron al degüello sirviéndose en mitad de las calles fritanzas de asaduras tonsuradas; y se conserva intacto en nuestros dias.

Pero á bien á bien que ya se está instruyendo el correspondiente proceso en averiguacion de la verdad de los hechos; y como el actuario de la quisicosa es el mismísimo diablo, ya verán ustedes con la pata de gallo que sale.

La cual se reducirá á quedar demostrado que los tunantes de los católicos insultaron, provocaron, dispararon tiros y porracearon á los pobrecitos liberales, sufriendo éstos tan duro trato con una resignacion de verdaderos mártires.

Irá á presidio algun católico y el baile volverá á empezar cuando y como se tercie y haya coyuntura para ello.

Como sucedió en Valencia.

Y en Murcia y en Figueras y en Tarragona.

Y como sucederá donde menos se piense mientras el progreso al uso conserve su blanquísimo mandil.

Y hé aquí por qué vivimos como el pez en el agua sin que nos ahoguemos en ningun conflicto religioso.

LUPERCIO.

17 de Setiembre.

BREVE DE SU SANTIDAD

EN CONTESTACION AL ÚLTIMO MENSAJE DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

A nuestro amado Hijo Miguel, del título de los Santos Quirico y Julita, de la S. R. I. presbítero cardenal Payá y Rico, patriarca de las Indias Occidentales, arzobispo de Toledo, y á los demás Arzobispos y Obispos de España.

LEON PAPA XIII

Amados Hijos nuestros y venerables Hermanos: salud y bendicion apostólica.

Brillante muestra de la excelente fe y de la constancia que con amor y agrado hemos visto siempre en vuestros actos y escritos es el Mensaje que nos dirigisteis en el dia consagrado á honrar la memoria del bienaventurado apóstol Santiago el Mayor, patron de España. Natural era, en verdad, que vosotros, Prelados de ese católico reino, os sintieseis profundamente conmovidos por la dura afrenta que al nombre católico se hizo públicamente en esta ciudad de Roma en el dia santo de Pentecostes, en que los enemigos de la Iglesia rindieron públicos honores á un hereje insolente y audaz, como si en la desenfrenada licencia, en la conducta y en la enseñanza de las más perversas doctrinas consistiese la excelencia de la verdadera virtud. Dignas son de lo que el caso pedia las palabras y los conceptos que vosotros empleais para reprobar cual merece el hecho referido. Que si grandes se muestran la audacia y la perversidad en los que lo han realizado, en tan alto grado resplandece vuestra gravedad y celo pastoral al detestarlo. Y entre vuestras justas quejas tampoco se echa de menos algo que sirve para templar las amarguras que nuestro ánimo padece y para hacerle gustar la dulzura de gratas impresiones. Pues vemos que por vuestro testimonio se confirma lo que ya otros nos habian significado, á saber: que los repetidos embates de los enemigos de la verdad aumentan y encienden los piadosos sentimientos de los que han permanecido fieles, los hacen más afectos á Nos y más prontos y solícitos para la defensa de la Religion.

A esto se agrega aún el tan santo y plausible empeño que nos participais de elevar al Dios inmortal cada vez más fervientes súplicas para que, apiadado de su pueblo, quebrante las fuerzas de nuestros enemigos y libre á la católica grey de las presentas calamidades. Esto levanta y fortalece nuestra confianza, porque en la presente lucha entre los hijos de la luz y de las tinieblas no puede menos de declararse la victoria en favor de aquellos á quienes Dios asiste y protege. Y abrigando la firme confianza de que los fieles españoles os seguirán como á sus naturales guías en el cumplimiento de este piadoso deber, del mismo modo que se presentan dóciles á aprender y recibir de vosotros la santa doctrina, á vosotros, amados Hijos nuestros y venerables Hermanos, y al clero y pueblo de vuestras diócesis, concedemos en el Señor, con grande amor de nuestro corazon, la bendicion apostólica.

Dado en San Pedro de Roma á 5 de Agosto de 1889, año duodécimo de nuestro pontificado.

LEON PAPA XIII.

DISCURSO

DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO

EN LA VELADA EXTRAORDINARIA CELEBRADA EL DIA 8 EN LA SOCIEDAD TRADICIONALISTA DE BILBAO

SEÑORES:

No sé cómo empezar; porque si desde este Círculo en donde asientan todas las legítimas lealtades debo dirigir mi voz á la tierra infanzona de Vizcaya, su grandeza me admira cuanto la consideracion de mi pequeñez confúndeme y me enmudece; pero vosotros no venís á oir las galanuras de un discurso, ni los esplendores de la fantasía, ni las oportunidades de la palabra, ni los arrebatos de la improvisacion; vosotros sabeis cuán fácilmente hoy se prodigan las frases seductoras, cómo en el moderno arte político se adula á los pueblos y se entusiasma á los auditorios; y vosotros, conmigo, abominais de estas artería de la especulacion porque amais la verdad y defendeis la justicia, y seguís una noble y santa bandera, tan recta como vuestras intenciones, tan grande como vuestra historia, tan inalterable como vuestras montañas y tan antigua como vuestras libertades: anime, pues, á mi espíritu y venza mis temores el conoceros y admiraros, porque sé que trayendo el corazon á los labios y la idea á la tradicion nos entendemos admirablemente; somos todos hermanos y nos confundimos en tan firme y entrañable abrazo como el de Alfonso XI en Arriaga y el de Juan I en Güernica, y porque sé que no gustais de pompas retóricas, sino de expresiones veraces que expliquen, defiendan y atestigüen la honra-

dez de nuestros propósitos y la consecuencia de nuestros ideales.

No vengo, pues, á distraeros con un discurso, ni á enseñaros con una disertacion; vengo, por el contrario, á aprender mucho de vosotros, á fortalecer mi alma con el ejemplo de vuestras virtudes, á corroborar la grandeza de nuestras creencias políticas contemplando la antigua ventura de este Señorío alodial alumbrado por la fe católica, regido por el uso y el Fuero, por la santa libertad cristiana y la salvadora libertad de la tradicion; vengo á honrarme con vuestra compañía; vengo á saludar á este noble solar, regado por los múltiples brazos del Nervion, coronado por las gigantescas cimas de Oiz, arrullado por las procelosas aguas del Cantábrico y protegido por las solemnes ramas del roble soberano de Guernica, inmortal por la santa cruz de su escudo y reclinado en el amante seno de la heroica patria de Isabel I, de los Felipes y los Cárlos.

Salve, noble Vizcaya, tierra gloriosa de la fe y la independencia; tierra en la cual jamás fincaron extranjeros ni dominadores; vuestro primitivo lenguaje os asegura que no hubo otra raza que escalase antes que la vuestra el Arno y el Gorbea, ni que abordase á vuestras playas; felices de vosotros que no consentisteis enarbolasen en las vizcainas torres, ni su enseña equiesta los cartagineses, ni el manípulo los romanos, ni el águila de Roma desde Mario, ni el gallo de los galos, ni el microscópico estandarte de los griegos que trajo Atanagildo, ni el leon de los visigodos, ni la media luna de los sarracenos: reducida y heroica nacion la vuestra, que supo hacer frente y contener á los más poderosos y grandes Imperios; y digan cuanto quieran los enemigos de vuestras glorias, los liberales desde Llorente, únicos mermadores de vuestras grandezas, es indudable que la centralizadora y absorbente Roma halló, cerrando su triunfadora marcha hácia estos valles, el invencible empuje de vuestro ardimiento y el infranqueable muro de vuestros robustos brazos al blandir de los templados hierros, que son el corazon de estas montañas.

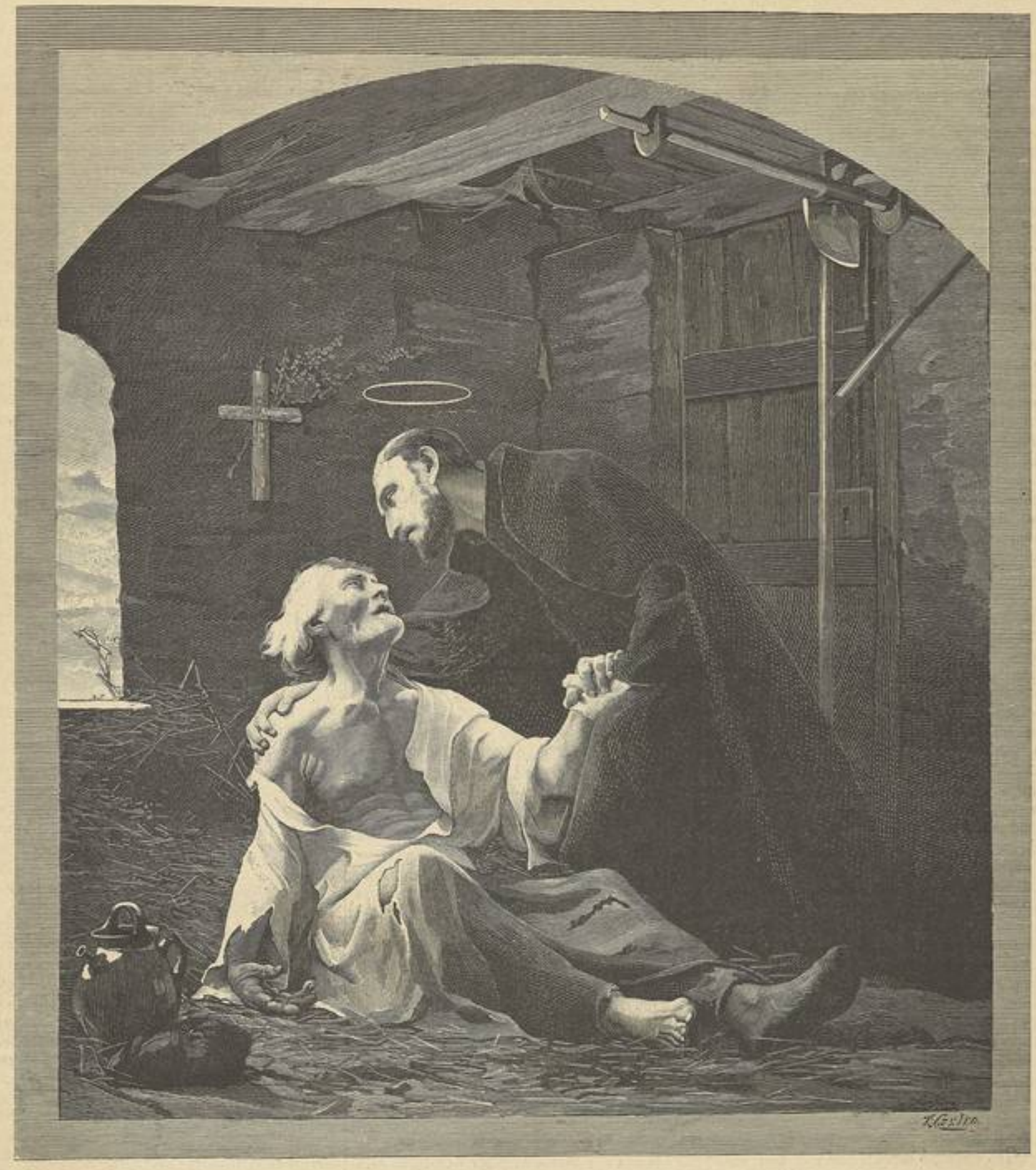
CARLOS DE HERICAULT

DISTINGUIDO ESCRITOR CATÓLICO FRANCÉS

He encontrado una prueba evidente de que los romanos jamás se sostuvieron en Vizcaya; examinad el itinerario de Antonino, los vasos Apolinares y el anónimo de Ravena, y no hallareis via militar que cruce ni apenas toque en vuestro país; y no se diga que las dificultades del terreno impidiéronles en éste aquellas costosas y formidables vías, no; pues movidos por su espíritu de dominacion, por su genio militar y por su centralizador carácter y política á cruzar cordilleras, que todas estas grandezas modernas, y este espíritu atrevido, y estos actuales Gobiernos igualmente centralizadores han respetado como invencibles, y que aun dejan á varias capitales de provincia aisladas sin vías férreas, y las dificultades que se ofrecen al paso de la frontera pirenaica cuando los romanos la cruzaron por tres partes llegando al Summo Pyreneo por Iturriza, Roncesvalles desde Pampelone, por Jaca y Canfranc desde Cesar Augusta, por Deciana y Coll de Portus desde Barcinone, y de igual modo recorrieron nuestras olvidadas sierras, como desde Salmantica á Emerita, desde Bilbilis á Saguntum y desde Castrullone á Urgi. A pesar de tan complicada red de caminos y del empeño con que los edificaron á través de cuantos paises dominaban, ninguna vía romana entró por territorio vizcaíno; pues la más inmediata, cual es la de Asturica á Pampelone, ó sea la llamada por Antonino Caracalla *(De Hispania in Aquitaniam)*, la mansion más próxima, es Suissatio, que está en las inmediaciones de Vitoria; y si por inscripciones particulares se conoce la vía que, cruzando las montañas de los cántabros y austriganes iba desde el Pisuerga al Nervion, éste fué un camino interior, ajeno en un todo al carácter centralizador y usos dominadores de las vías romanas, como se comprueba al no citarse en ninguno de los tres célebres y oficiales itinerarios, ni en el *Periplo* de Marciano, tan puramente militar.

Pero no he de molestaros con recuerdos sabidos por vosotros, pues que con alta justicia sosteneis que la dominacion extranjera os es un yugo desconocido; que si Roma no os venció, y hasta fuisteis sobrado fuertes en vuestra propia casa para ir contra el gran César en proteccion de la Aquitania, tambien sacudisteis el yugo de los visigodos, como lo demuestran las expediciones de Gundemaro, de Recaredo, de Suintila, de Sisebuto y de Recesvinto; y los árabes os hallaron con la pica al hombro y las layas por baccatas en las manos y el heroísmo en el corazon; y desde allí, en donde se detuvieron las legiones de los césares y las hordas de los germanos, desde allí se volvieron tambien los escuadrones bereberes, y el sol de la independencia continuó alumbrando vuestros templos y vuestros hogares. Y cuando resonó el primer atabal de la reconquista nacional en Covadonga, y sus confortadores sonidos repercutian el eco sobre el peñon de Uruel, vosotros sentisteis en el alma los lamentos de angustia de

REVOLUCION FRANCESA.—EL PUEBLO SE APODERA DE LAS ARMAS DE LOS INVÁLIDOS



SAN FRANCISCO REGIS ASISTIENDO Á LOS ENFERMOS (CUADRO DE JOSÉ AUBERT)

los oprimidos y los ayes de esperanza de los arrojados; y subiendo á las cimas de vuestros montes, alzasteis una cruz que con sus reflejos llegaba al escudo de D. Pelayo y hasta el mandoble de Garci-Jimenez, y entonces comenzó aquella incomparable plegaria de hierro que pobló los cielos de mártires y de santos, y de gloria y de castillos nuestra tierra; y conquistándola palmo á palmo, y como á impulsos de un torrente de sangre, llevamos esa misma sangre pintada en nuestras banderas por toda la enorme redondez del universo, el sagrado, el católico y gloriosísimo nombre de nuestra patria.

Con honda amargura me detengo en este admirable desfile de vuestra historia; pero digo mal: esa amargura es tan pasajera como la de aquellos cristianos que se refugiaron en Asturias, porque nuestro pasado responde del porvenir, y no es presumible que dejemos á las generaciones siguientes nuestros nombres con el oprobio de haber sido sólo nosotros los que consentimos la dominacion extranjera; porque extranjero es el liberalismo, y el liberalismo es el error; y España es la tierra de la verdad, como predicada por Santiago, sostenida por el Pilar de Zaragoza y proclamada desde la basílica de Recaredo á los calados alminares de Granada, y defendida en Clavijo y en Bailen, en Otumba y en Lepanto, en Oran y en Mulhberg, en Arquijas y en Somorrostro.

Gloriosas fechas y memorables acciones que parecieran sueños de la fantasía á no existir nosotros para comprobarlas y repetirlas; nosotros, que permanecemos fieles á aquellas costumbres, á aquellas sociedades y á aquellas políticas que se inspiran y tienden al Evangelio; pero hoy se menosprecian la verdad y la justicia porque son virtudes, y la virtud es el grito y paz de la conciencia como el tormento de los sentidos, y hoy

se vive de la mentira y el error que adulan y protegen las pasiones; por eso cuando heroicos sacerdotes alzan su autorizada voz en defensa de la verdad y lo perfecto, y en censura del error y la falsía, se amordazan sus bocas, y se encadenan sus manos, y se aprisionan sus cuerpos, como en triste é injusta prision vive hoy, para angustia nuestra y corona suya, el virtuoso y mártir párroco de Castillo y Elejabeitia por cumplir con su sagrado ministerio y seguir aquellas palabras de Isaias: «¡Ay del que á lo malo llama bueno y bueno á lo malo!»

Pero estas persecuciones injustas son la expresion del miedo; porque el liberalismo es una planta exótica en esta tierra de la Vírgen María, y persiguen á los sacerdotes porque saben que acaba el imperio liberal en cuanto aparezca un Pedro el Ermitaño.

Pero ¿qué nos extraña esta rencorosa hostilidad contra la Iglesia, si es el carácter afrentoso de este desdichado siglo y ha de constituir su ignominia y su muerte? Mirad á Francia, y vedla, sin fe ni consecuencia en su política, proclamando la libertad individual y excluyendo en estos instantes á los sacerdotes de los derechos civiles, porque sólo así á los incendiarios del *Hôtel de Ville* y á los asesinos de su Prelado les será dable aceptar las primeras categorías y vivir con tranquilidad en el presupuesto, hasta que la patria de san Luis contemple con horror su pecado al resplandor de las hogueras de la *Commune*, que arderán con las esculturas de sus altares, las gradas de sus tronos y los fundamentos de la sociedad y la familia.

Y en Roma, la ciudad santa, el faro de la cristiandad, el emporio de las grandezas del saber y las artes, la Corte del Sumo Pontífice y la infalible cátedra del Espíritu Santo, en la sagrada Roma de san Pedro hoy tremola otra bandera que la del Papa: un usurpador excomulgado, con la sinrazon de sus bayonetas, ha roto la imprescindible soberanía temporal del Pontificado, y en su odio y persecucion, ni dejan en paz, ni conceden respeto al santo y mártir prisionero del Vaticano, y hordas más salvajes que las de Atila no detienen su sacrílega marcha ante el nuevo san Leon, alzando sobre el pedestal del infierno la estatua del apóstata Giordano Bruno.

Pero en España aún hay fe y brio en los corazones; y movidos por el deber y el amor hemos acudido los tradicionalistas con indignada protesta por tal acto, y hemos rendido homenaje á los piés de Su Santidad, y de allí nos alzamos con su sagrada bendicion.

El Ayuntamiento de Sevilla ha expresado oportunamente el voto nacional, el deseo unánime, la oferta española de brindar al Papa con el primoroso alcázar que conquistó un Rey santo en la fiel ciudad de un Rey sabio, y en balde querrá poner un Gobierno contemporizador la razon de un Estado escéptico sobre la razon divina; porque si se prohibe ofrecer al Pontifice-Rey un asilo en los palacios oficiales, la gran comunion tradicionalista le aclama, le venera y le ofrece cuanto posee, desde la pobre choza santificada con las devotas imágenes de nuestros Santos Patronos y honradas con nuestras cristianas costumbres, hasta los palacios que tengamos; y si no basta, conquistaremos tierras y alcázares, porque somos los soldados de la Religion, de la Patria y del Rey.

Sí, nosotros somos los hijos de la verdad porque somos los hijos de Cristo y escuchamos y seguimos aquellas sus infalibles palabras: «Venid á mí; yo soy el camino, la verdad y la vida.»

Esta sublime explicacion y esta sublime promesa rebosan de esperanzas nuestros corazones y de paz nuestras almas; que si corremos dias tristes, llegarán los alegres. Ánimo, pues, y ni decaiga el espíritu por contrariado, ni el cuerpo por perseguido.

Nosotros nos miramos en el espejo de la Historia, y al contemplarla tan grande abominamos de las causas modernas que han mermado la colosal talla de nuestra antigua figura, y queremos ser tan verdadera y dignamente libres como en nuestras antiguas leyes, en nuestros antiguos fueros y en nuestras antiguas Cortes.

Y queremos una patria constituida por la tradicion, enlazada y regida por el rey, y unificada y guiada por la Religion; que vanas fueron todas las invasiones y vanos los esfuerzos de unos pueblos para dominar sobre otros y constituir una sola patria por la insigne torpeza de buscar la unidad nacional en el rudo y avasallador peso de las armas: por eso, aunque en guerra feroz y continua, si los alanos de Atace vencen á los vándalos de Gunderico, aquéllos perecieron con su rey ante los visigodos de Walia, como los silingos de Respendial; y si Requila y Remismundo con los suevos, y Teodorico y Leovigildo con los visigodos, sueñan en una dominacion completa, no la alcanza sino el admirable Recaredo, haciendo de godos, españoles y romanos una sola familia con un Padre celestial, é irguiendo sobre la basílica y sobre el alcázar la santa enseña de la Cruz, que llena, abrillanta é inspira nuestra incomparable historia.

Esta bendecida unidad de la fe es la única unidad de la patria, y por eso celebramos en el presente año con tan vivo entusiasmo y tan general manifestacion el centenario sublime de la gloriosa conversion de Recaredo; y por eso este católico y monárquico país ha acudido generosa y brillantemente á la suscricion abierta para erigir una gigantesca pirámide en la imperial Toledo, monumento grandioso y solemne que ha de representar la fe española, vuestro insaciable afan por restaurar su unidad y las inconmovibles lealtades que profesamos á la tradicion y al Rey.

No quiero desaprovechar esta solemne ocasion de dar públicas y rendidas gracias á cuantos nos ayudaron y ayuden en tan grande empresa, especialmente recomendada y protegida por nuestro augusto Jefe; y no temais quede en proyecto la grandiosa construccion de la colosal pirámide: dejad á nuestros enemigos, que sin duda lo son de la Religion católica, de la Patria histórica y de la Monarquía tradicional, se burlen de nuestros propósitos y sueñen con nuestra muerte: el monumento se levantará para confusion de los incrédulos, vergüenza de los asesinos de los frailes, castigo de los revoltosos y gloria nuestra.

La España tradicional no ha faltado jamás á sus promesas; y si por cumplir su palabra están gloriosamente acostumbrados los carlistas á dar toda su sangre, hoy que tenemos comprometidos honor, representacion y nombre no podemos faltar á la cita que hemos recibido y aceptado para ante el altar de Toledo, y contad que allí nos esperan la cruz que protege la sepultura de nuestros padres; la Santa Vírgen que ha cobijado nuestros primeros sollozos y recibido nuestras primeras oraciones; el santo Apóstol que nos ha abierto la patria eterna y nos ha defendido la patria humana; el santo rey Hermenegildo, que nos ha enseñado en cuán poco deben tenerse las cosas de este mundo cuando se oponen á la gloria del alma en el seno de Dios; y, en fin, allí estarán las armas de España y la corona de nuestros reyes esculpidas en imperecedero estandarte de piedra; aquélla será la bandera tradicional, es decir, el ara de la política cristiana, el pedestal de nuestra historia y el trono de nuestros reyes: todo dominado, protegido y guiado por la Cruz divina; móvil, esencia y aspiracion de nuestros corazones, de nuestros pensamientos y de nuestras voluntades, como de nuestras leyes y de nuestros monarcas.

Esta es la verdadera tradicion, y no hay posibles tradicionalistas en España apartando de su política el deber ineludible y sagrado de la lealtad al legítimo Rey, como lo atestiguan y establecen los Códigos tradicionales, sin excepcion de uno solo, y los fueros y libertades de todos los tiempos y de todos nuestros países.

Y esto se afirma y demuestra por los pueblos dotados de organizacion especial y tan independientes como éste de Vizcaya, que fueron y siempre son los más seguros en la lealtad y defensa de sus legítimos soberanos, de igual manera que aquella excepcion política del centro de España constituida por la triple comunidad de fueros concedidos por el gran rey, ídolo de Aragon, don Alfonso el Batallador, y que hicieron tan libres á los pobladores de Calatayud, Daroca y Teruel; fueros que habian redactado á su gusto las villas y que presentaron á D. Alfonso en 1132 pidiéndole su otorgamiento, como se los concedió aquel heróico guerrero y sabio político para bien y gloria de Aragon.

Pues bien; cuando todo su reino ardia en tan injusta como infausta revuelta durante la menor edad del gran D. Jaime, jamás faltaron al lado de su trono y en apoyo de su derecho las brillantes armas de las tres comunidades aragonesas; y cuando en Epila se congregaron las mesnadas leales en defensa del rey contra los revoltosos y partidarios de aquella felonía llamada privilegio de la Union, allí pelearon heróicamente Teruel, desde entonces ciudad, y Daroca y Calatayud, que conquistaron despues, con el filo de sus célebres armas, igual categoría en la guerra contra D. Pedro de Castilla.

De tal manera se encarna el principio de autoridad y la Monarquía en los pueblos cuando entre sus derechos y el rey no se entrometen leyes equívocas ni ambiciones personales que causan de contínuo las discordias y las rebeldías, y motivaron las que referí contra D. Jaime y D. Pedro, y se demuestra el gran sentido y moralidad de estas regiones, siempre leales, estudiando su historia personal: así adviértese que las consecuentes comunidades de Calatayud, Teruel y Daroca, tan fieles á D. Jaime el Conquistador, y en las cuales buscó asilo y ayuda, fueron las únicas que no necesitaron constituirse en defensa de los bandidos que asolaban á Aragon cuando se creó aquel especialísimo cargo de sobrejuntero.

Pero temo molestaros con tan largo y prolijo discurso: dispensadme que el corazon, lleno de amargura al ver y estudiar el estado presente de nuestra común y amadísima patria, desborde en palabras y quejas mi pensamiento entre vosotros, que sentís como yo siento, amais lo que yo amo y habéis defendido con gloria de héroes y resignacion de mártires la santa causa, única española y única salvadora: dejadme que al considerar vuestro carácter independiente y justo, en que tanto he insistido, vuestro valor heróico que tanto he admirado, y vuestra fe tradicional, ante la que me postro, dejadme que sueñe con dias de ventura, con cielos diafanos, con leyes justas, con hombres honrados, con monarcas católicos, en fin, con una patria como fué la de nuestras glorias y nuestras grandezas: una patria genuinamente española en la que viva el pobre desahogado de tributos, la moralidad se imponga, la administracion se simplifique, vivamos de nuestros productos y honremos y protejamos nuestra industria, hoy decaida por falta de amparo oficial; que antiguamente fueron tributarias muchas naciones de nuestros ganados gallegos, de nuestras lanas extremeñas, de nuestros aceites andaluces, de nuestras sedas valencianas, de nuestros tejidos

catalanes, de nuestros astilleros vascongados, de nuestros trigos de Castilla, de nuestras frutas de Murcia y Aragon, de nuestros caballos andaluces, que cordobés fué el de guerra del gran Condé, y de nuestras armas toledanas, bilbilitanas y valencianas, que valenciano era el estoque cogido en Pavía á Francisco I, y, en fin, de nuestros hombres y de nuestras banderas.

Pensemos como españoles para vivir como tales; dejemos la fanfarronería para esos países que explotan el engaño; resucitemos aquel antiguo carácter español, tan altivo, tan justo y tan franco; no queramos vivir de los pobres, ni encubrir nuestra miseria con capa resplandeciente de bordados: si somos pobres, vivamos con honrada pobreza desde el rey al último vasallo, que las circunstancias críticas ha de sufrirlas y vencerlas primero el rey.

Sirvamos como servisteis en el período de vuestra administracion en los antiguos tiempos y en la pasada guerra; todos los cargos de representacion y aparato gratis, y todos los demás con el sueldo indispensable para la vida; y si entramos en casa de un ministro, ó de un corregidor, y no ven nuestros ojos el brillo de los espejos, el deslumbrar de los dorados, la molicie del lujo, tendámosle nuestra mano; y al estrechar la suya, saludémosle como á un verdadero español, á un servidor de la patria, y en cambio de los modernos y oficiales despilfarros veremos á los pobres pueblos respirar tranquilos, libres de la desalmada ejecutoria del fisco, y sus Municipios vivirán de su organización y de su término, y la moralidad volverá á las costumbres, la igualdad y justicia á las leyes, la autoridad al soberano y la esencia de todo á Dios.

Y si tanto amo y con tanto empeño sigo la España tradicional, comprenderéis el sacrificio que se me impuso al no poder acudir á vuestras grandes fiestas en recuerdo y demanda de vuestros sagrados fueros; pero prometí venir, y aquí estoy: creedme al aseguraros que ansiaba este momento de honrarme con vuestra compañía y saludar este nobilísimo país, en que son autónomas la franqueza, la lealtad, el valor y la fe: cuando al venir he cruzado vuestras montañas, me parecía que llegaba al término de mi viaje político, porque tanto fia el éxito de nuestros ideales en vosotros y en toda la España tradicional.

Permitidme saludar con la efusion de mi alma á vuestras sagradas libertades; que si os hicieron católicos á toda prueba, y monárquicos á todo extremo, y venturosos en todos tiempos, es inexplicable torpeza é insostenible atropello arrancaros los fueros que os daban carácter y grandezas especiales para vestiros con los harapos de la general miseria y con las caretas de la imperante administracion y política.

Si el pase foral os hacia tan independientes, bien demostrasteis vuestro fervor monárquico y en cuánto estimais por necesarísimas la autoridad y conjuncion en el Rey, dándole, sin excusas ni regateos, vuestros bienes y vuestra sangre, confirmacion altísimamente monárquica de los fueros vascongados.

¿Pero qué he de deciros que con mayor elocuencia, con mayor ilustracion y más autoridad no os repitais vosotros, y no hayan explicado en esta tribuna los insignes oradores de este país, el ilustre presidente de este importante Círculo, Sr. Cobreros, el grandilocuente delegado de este Señorío, Sr. Zubiaga, y aquel heróico caudillo, modelo de caballeros cristianos y españoles, que en su brillante historia nos enseña el único camino que debemos seguir, el nobilísimo marqués de Valde-Espina, nuestro amado Jefe, que, cargado de glorias y laureles, vive con entrañable amor y profundo respeto en todos los corazones carlistas?

Y aquí vinieron vuestros presidentes honorarios á afirmar estos principios y á defenderlos: D. Salvador Elío, cuya lealtad, mérito y consecuencia están escritos indeleblemente en nuestra historia; el señor baron de Bretauville, cuya inteligencia privilegiada y noble conducta regocijan nuestras esperanzas; y, en fin, aquel gran carácter, aquel nuevo Bayardo, aquel rayo de la guerra, el general Cavero, para el que todo elogio fuera pálido.

Considerando la extraordinaria importancia de estos personajes y estos jefes, y la superior de este leal, católico y monárquico Señorío, parécemе que es atrevimiento sin disculpa levante yo aquí mi voz, pero fio en vuestra bondad, y no creais que torpe juicio ni engañadoras ilusiones me cautiven y trastornen: sé que me recibís con tan singulares muestras de afectos, no porque yo las merezca, sino por la sola razon de hallarme honrado con la representacion de nuestro augusto y amado Jefe, y mi venida y mi modesta persona os sirve para manifestacion pública, solemne y terminante del amor, lealtad y bizarría con que la infanzona Vizcaya sigue, acata y admira á su Rey.

Hoy no es dia de recuerdos y suspiros; hoy es dia de reñir esa lucha pacífica de la propaganda, el periódico, la tribuna y la organizacion; hagamos cuantos sacrificios sean necesarios para que sobre España brille única y resplandeciente la cruz de San Fernando, el estandarte de los Reyes Católicos, y en el brazo de la Justicia nuestras antiguas leyes, fueros y costumbres, y habremos cumplido con nuestra mision y nuestro deber.

Yo de poco puedo valeros; pero si de algo sirve un espíritu convencido, una voluntad entusiasta y una lealtad inalterable, recibidme á vuestro lado, no como á jefe sino como á querido y consecuente compañero que espera en la España tradicional la regeneracion de nuestra histórica grandeza, de nuestra admirable Monarquía y del venturoso reinado social de Jesucristo, al grito de ¡viva el rey, viva España y vivan los fueros!

(Al terminar el señor marqués este magnífico y entusiasta discurso, interrumpido repetidas veces por ruidosos aplausos, recibió una ovacion indescriptible).

(El Vasco)

DIARIO DE UN FILÓSOFO

Ó COSAS DEL OTRO MUNDO

II

Habíamos dejado al autor del Diario muy afligido con la muerte de su amigo Edgardo. Asistió al entierro, y despues de muchos años de no haber entrado en una iglesia católica, al verse en el templo le asaltan mil recuerdos de su infancia, y hondamente conmovido, siente que se agolpan á su memoria las oraciones aprendidas en su niñez.

A la salida se indigna con la indiferencia que manifiestan los amigos del difunto, y los discursos que se pronuncian en el cementerio no sólo le parecen tontos sino que revelan grande ignorancia: aquello de que *la tierra le sea ligera* á un cuerpo que dentro de un grueso cajon van á meter en una bóveda, le parece el apogeo de la ridiculez.

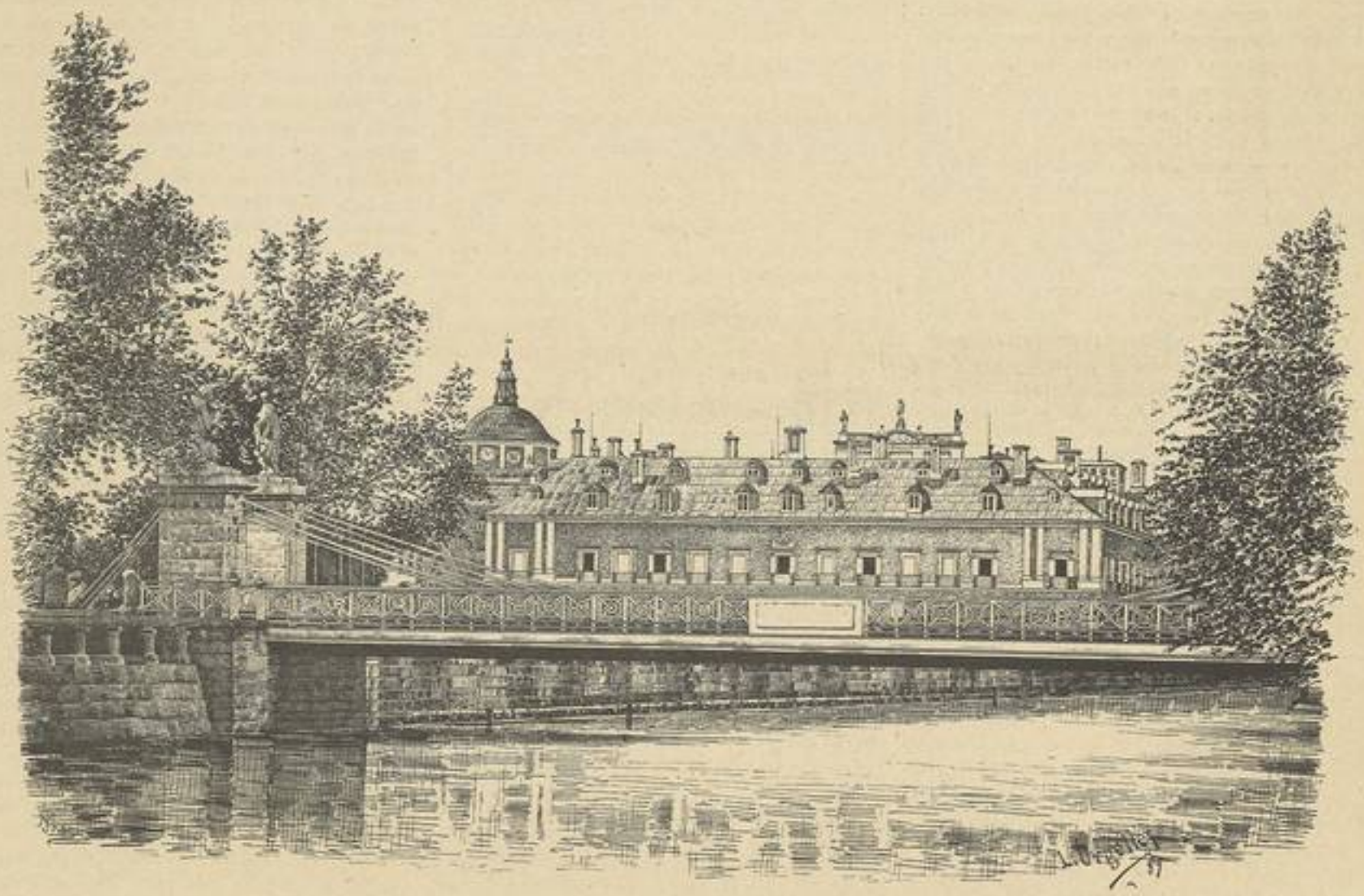
Aquella noche el filósofo sueña con su amigo; al despertar no puede menos que meditar acerca de la comunicacion de los muertos con los vivos. ¿Cómo es posible, se pregunta, que hayamos de estar separados por toda la eternidad de los que hemos amado en la tierra? Vuelve otra noche á ver en sueños á Edgardo, le encuentra triste, y comprende que su amigo le ruega que ore y haga orar por su alma. ¿Cómo, se pregunta al dia siguiente, he soñado tal cosa? Yo no creo en la eficacia de las oraciones; ¿por qué me he imaginado tal cosa? ¿Qué es un sueño? La imágen de nuestro pensamiento. ¿Cómo es posible, pues, inventar una cosa que no le ocupa nunca ni que pensó jamás que le pidiera su amigo?

Él no cree en fantasmas, y conoce la fisiología del sueño; sin embargo, le persigue la idea de que su amigo puede necesitar de él en el desconocido mundo en que se halla; y al encontrarse solo á media noche, delante de su escritorio, iluminado por su lámpara, se siente nervioso, desazonado. ¿Será cierto que el alma humana (él, sí, cree en el alma) pueda presentarse á nuestra vista bajo una forma vaporosa y recordar á los que amaron en la tierra que necesitan de las oraciones de éstos? No conocemos absolutamente los atributos de los espíritus. Los antiguos creian que las almas vagaban desoladas por las márgenes de la laguna Estigia, hasta que los sacrificios hechos en honor suyo satisfacieran sus necesidades, y entonces entraban en los Campos Elíseos. Quizá, pensaba nuestro filósofo, en estas creencias habrá algo de cierto... ¿Qué sabemos de lo que sucede en torno nuestro y de los seres invisibles, impalpables, que nos rodean? Si influyen en nuestro organismo físico los microbios invisibles, y nos producen (esos seres que apenas se ven con un microscopio) enfermedades mortales, ¿qué no podrá suceder en el órden moral con respecto á los espíritus invisibles? ¿Acaso penetrarán impalpables en nuestra conciencia, en nuestro pensamiento, y sin saber cómo, nos inspirarán esas ideas que de repente surgen en nosotros sin saber por qué? Esos seres sin cuerpo ¿quizás nos rodean noche y dia, y de ellos tal vez provendrán las repentinas decisiones, los impulsos, los presentimientos, las sugestiones buenas o malas, esas llamadas inspiraciones felices ó funestas, de las cuales suele depender nuestra suerte? El *genio familiar* en que creia Sócrates, ¿será acaso el mismo *Angel de la Guarda* de los cristianos? Si esto fuera cierto, ¿por qué no habia alguno de esos espíritus de aparecerse á nuestros ojos mortales por algun motivo grave?—Esta idea preocupa por algun tiempo al filósofo, pero poco á poco la va olvidando y vuelve con ánimo más sereno á sus quehaceres diarios.

De repente se anuncia que el cólera ha invadido el país en que mora nuestro filósofo. ¿En qué consisten las pestes? se pregunta; ¿por qué empiezan y por qué concluyen? Nadie puede explicar con fijeza la marcha del cólera. ¿Serán acaso, se pregunta, castigos de Dios, como lo creian los antiguos, ó simples casualidades, como decimos nosotros los filósofos?—Mucho le preocupa aquello. El peligro con que nos amenaza un enemigo encubierto que vaga en torno nuestro sin que le veamos, causa siempre temor y espanto. ¿Quién no teme instintivamente á la muerte? Aquel acto misterioso que separa el cuerpo del espíritu y nos lanza en un mundo desconocido, tiene que producir terror, y sólo aquellos que han sido enteramente impecables podrán arrostrar ese trance con entera tranquilidad; ¿y quién es enteramente impecable? Esto dice nuestro filósofo; pero olvida que los que tienen fe inquebrantable en la Religion encuentran siempre en la cruz un consuelo que en vano buscarian en las cosas del mundo. No queriendo arrimarse á Dios, resuelve estudiar el espiritismo, en donde ha oido decir que muchos han hallado alivio.

Describe el filósofo varias sesiones de magnetismo y espiritismo, y lo único que saca en consecuencia es que, si en aquello hay algo que no es farsa, los espíritus que contestan al llamamiento de los *mediums* son enemigos de Jesucristo y

ARANJUEZ.—CAPILLA DE SAN ANTONIO



ARANJUEZ.—PUENTE COLGANTE SOBRE EL TAJO Y PALACIO REAL

ARANJUEZ.—FUENTE DE HÉRCULES

ARANJUEZ.—REAL CASA DEL LABRADOR

parecen odiar todo lo que lleva el sello de la Religion cristiana. En medio de esto le pareció que todo le afirmaba en la creencia del alma humana, pero no le dió solucion alguna á los problemas que deseaba aclarar.

¿Qué hacer entonces? ¿A quién apelar? Resolvió buscar á un sacerdote católico, preguntarle su opinion acerca del espiritismo y pedirle que le dijese algo de la religion que él profesa. El ministro católico le contesta que cuanto desea saber se halla perfectamente explicado en la Doctrina cristiana; la Iglesia, le dice, enseña no solamente cuál es el porvenir del hombre, sino que le aclara el problema de la comunicacion de la humanidad entera con el Cielo; le explica cómo los hombres nacen libres y pueden escoger el bien ó el mal, sin que Dios se lo impida, pero si rechazan el mal, enemigo de Dios, tienen que acogerse al amparo del Salvador. Si prefieren ser satélites del genio del mal, la Iglesia militante no los admite en su seno, y cuando mueren, sus almas van á acompañar al maestro que han seguido á las *tinieblas exteriores*, segun la expresion de Jesucristo. En aquel lugar las almas no tienen otra comunicacion con los hombres sino para turbarlos quizás con tentaciones. El sacerdote añade que la Iglesia nos manda que evitemos las prácticas de aquellas ciencias que aparentan abrir comunicacion con el otro mundo, el cual debe estar vedado para todo cristiano. Al morir, dice, el alma humana encuentra ante sí tres caminos: el primero que conduce derechamente á la presencia de Dios, y por el cual sólo transitan los justos, los elegidos, los santos: el segundo camino es el de los pecadores que han muerto reconciliados con la Iglesia por el arrepentimiento y la proteccion del Salvador, pero que, sin embargo, tienen que expiar los pecados cometidos en este mundo: el tercer camino los lleva directamente al sitio en que mora el enemigo de Dios... Los miembros de la Iglesia, es decir, todos aquellos que han sido bautizados en nombre de Jesucristo y regenerados con la sangre del Salvador, sea que hayan muerto creyentes ó que se encuentren todavía en el mundo, pueden comunicarse entre sí, y los vivos deben á los muertos sus oraciones. La Iglesia no cesa de elevar sus preces al Cielo pidiendo favor en nombre de las almas que expian sus pecados en el Purgatorio, y las almas que ya gozan del Cielo piden sin cesar á Dios, no solamente por las de sus hermanos que aún sufren en el lugar de expiacion, sino tambien por los que aún están sobre la tierra. Así se comunican entre sí todas las almas creyentes, y el Salvador no vino á este mundo sino á abrir aquella comunicacion providencial entre todas las almas.

La conversacion con el sacerdote no convence al filosofo, pero sí le hace meditar mucho acerca de todas aquellas cuestiones. Aunque aún no se puede persuadir de la necesidad absoluta de la Encarnacion del Salvador, no es enemigo del Evangelio, pero siente que le estorba; la idea de una Religion le inquieta; comprende que á medida que avanza por la senda de la vida no le basta la filosofía para tranquilizarle. Empieza á buscar libros y estudiar el Cristianismo, aunque á escondidas de sus amigos y de su familia, y se sorprende al ver cuán erradas habian sido sus ideas, y de la ignorancia en que se hallaba con respecto á la religion católica. Él, que sólo habia estudiado la Historia en autores racionalistas, encuentra, al profundizar la cuestion, que la verdadera civilizadora del mundo fué la Religion de Cristo. ¡Y ese Cristo, que él no se habia atrevido á calificar, es el autor de una revolucion que ha luchado y ha vencido en el mundo durante cerca de mil novecientos años! La revolucion hecha por el Cristianismo es la única vivaz, la única que dura, crece, se propaga sin menguar jamás; al contrario, cada dia es más fuerte y tiene más soldados bajo sus banderas, mientras que la de Mahoma, por ejemplo, se debilita y mengua. Jesucristo no es ciertamente un filósofo como Pitágoras, como Sócrates, como Platon; nadie le ha enseñado, puesto que á los doce años ya sabia más que los doctores de la ley: aquel hijo del carpintero José, que vivió en un rincon del mundo, despues de una muerte ignominiosa dejó su doctrina en los Evangelios, unos libros escritos sin método, sin órden y sin estilo, y sus discípulos fueron unos pobres iletrados pertenecientes á la hez del pueblo. Esto pasma al filósofo, pues comprende que en aquello hay algo de sobrenatural que él no admite, de maravilloso y pasmoso, á lo cual se resiste su razon.

(Se continuará).

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

X

El P. José era, hacia algunos años, el consejero de Alberto, su guia entre los insidiosos lazos con que el mundo rodea á la juventud, el depositario de los secretos de su alma. Con él, pues, pasó á solas un buen rato, se confesó, y recibió grandes consuelos, tanto que, cuando vió entrar á su madre, le dijo:

—Madre, estoy pronto á irme; si tengo que recibir el Viático, venga pronto, y despues permitidme ver á Clementina, decirle una palabra, darle el último adios, y moriré tranquilo.

La pobre madre, con el rostro bañado en llanto, se arrodilló, y entre besos y sollozos le contestó:

—No, hijo mio, espero que no morirás. Esta mañana empiezo una novena á Nuestra Señora de Gracia, y se descubrirá por tí la santa Imágen. María tendrá piedad de mí y de aquel ángel que tanto te quiere.

—Si he de curar por milagro, no creo que en la tierra lo puedan impetrar de María sino V. y Clementina. ¡Pero un milagro! ¡poco lo merezco, Dios mio! No soy digno de poseer tan gran tesoro.

Aquí calló el enfermo, exhaló un hondo suspiro y levantó al cielo la vista llena de inexplicable tristeza. ¡Oh! bien sabia que si tenia que perder juntamente la esposa y la vida, seria en pena de un delito, el más deplorable de cuantos habia cometido, y el más merecedor de severa expiacion! Esta era la pena que más le atormentaba.

Por la mañana, encontrando los médicos la fiebre en declinacion muy marcada y al jóven más animado y en mejor situacion que hubieran podido esperar, consideraron que no era preciso que entonces le sacramentaran. Le recomendaron, sin embargo, gran tranquilidad, un silencio absoluto, la exclusion de toda visita y el alejamiento escrupuloso de cuanto pudiera conmoverlo y alterarlo. Pidió él por favor no le privasen de la visita de Clementina; pero obtuvo una rotunda negativa.

—No espero, sin embargo, dijo, morir sin haberle dado el último adios.

—De ningun modo, dijo el médico de cabecera; no piense V. en esto: no conviene. yo creo que *infirmitas hæc non est ad mortem*. A Clementina podrá V. verla más tarde, que tiempo habrá. Hoy no puede ser; no hay que pensarlo.

Entre tanto se habia divulgado por la poblacion la noticia del deplorable suceso de Alberto, é iba de boca en boca con los correspondientes comentarios que en tales contingencias suele inventar la fantasía. Todos generalmente sentian la dolorosísima suspension de un matrimonio ya casi hecho y empezado con tan felices auspicios. Las tarjetas á las puertas de la casa de D. Felipe no cesaban, y la gente acudió continuamente á tomar noticias del enfermo. Se observaba que hasta algunas familias tomaban parte en esta demostracion popular de dolor hácia una casa que notoriamente aborrecia el liberalismo como una peste. Y hasta el periódico mas liberalesco de la localidad puso el siguiente suelto:

«Anunciamos con sentimiento la repentina desgracia que ha acaecido á uno de los jóvenes más benéficos, elegantes y ricos de nuestra aristocracia. Asaltado por un malhechor la noche del pasado sábado en Milán, en donde se encontraba para negocios particulares, mientras se defendia con valor, recibió en el pecho una herida de puñal que, segun nuestros informes, tiene carácter de mucha gravedad. Toda la poblacion toma parte en esta desgracia, tanto más lamentable cuanto que el jóven estaba próximo á contraer matrimonio con una linda señorita de una de las primeras casas de esta comarca, heredera de un rico patrimonio. Las bodas se debian celebrar el domingo en la quinta de la prometida, sin fausto, pero con generosas liberalidades á favor de los pobres de la comarca. Aunque adversarios de las opiniones y tendencias político-religiosas de las dos aristocráticas familias que estaban próximas á emparentar, sin embargo, por obsequio á los principios de humanidad y á los sentimientos de tolerancia que profesamos, no dudamos en unirnos al dolor comun de nuestros conciudadanos, y en hacer sinceros votos por la pronta curacion del enfermo.»

Al principio estuvo muy perplejo D. Felipe en cómo y cuándo notificaria á los padres de Clementina el inesperado suceso que desbarataba todos los proyectos para la ultimacion de las bodas. Oprimido por la melancolía, y con la mente confusa, no sabia por qué partido decidirse, entre varios que se le ocurrian. El lunes habia prohibido que la tarjeta de Alberto se llevara á D. Vicente. Esperando, creia que las dificultades se allanarian. Pero visto que las cosas llevaban tan mal camino, y atendida la publicidad que iba adquiriendo el suceso, se decidió á enviar el telegrama que ya hemos visto, y que nada decia en realidad; y un poco más tarde rogó al conde Paolo que fuese en persona á la quinta para informar con cautela á D. Vicente de la desgracia ocurrida á su futuro yerno.

El conde Paolo era un amigo comun de las dos familias, hombre sagaz, de muy buen trato y agradables modales; y además habia sido elegido para testigo del próximo contrato nupcial por parte del esposo.

Aunque habia pasado ya la media noche, sin embargo, los dos hermanos D. Vicente y D. Carlos, ansiosos de tener pronto la llave del misterio, habian ido á buscarlo á la estacion, y lo acogieron con los brazos abiertos.

—¿Qué noticias nos trae V.?—le preguntó D. Vicente despues de los primeros saludos;—¿buenas ó malas?

—Ni buenas, ni propiamente malas.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que Alberto está con una calenturilla de carácter inflamatorio, por lo cual será necesario retardar algunos dias la boda. Pero no haya cuidado. Es una pequeña indisposicion.

—¡Oh! entonces, ¿por qué aquel bendito Felipe no lo ha puesto claro en el telegrama?

—Seguramente porque no queria alarmarles. Ciertas cosas se explican mejor de palabra que en lenguaje telegráfico.

Y con esto, emprendiendo la vuelta á la quinta, empezó á narrar la ida de Alberto á Milan para comprar algunos muebles, y como por ocasion de un descuido volvió con una calenturilla.

Pero calló lo del pretendido asalto, lo de la herida, lo de los vómitos de sangre y el parecer de los médicos. La amarguísima píldora de esta noticia era preciso administrarla poco á poco y en dósis homeopáticas. Entre tanto, con reticencias, con atenuaciones y con frases ambíguas trató de ir preparando los ánimos para la cruel verdad.

—Lo siento de veras, iba exclamando D. Vicente, alterado y pensativo. ¡Despues de hechas las invitaciones, despues de impresas las papeletas! ¡Cuando estaban terminados todos los preparativos de la fiesta, tener que volverse atrás ó aplazarla Dios sabe hasta cuándo! ¡No hay más! El hombre propone y Dios dispone. ¡Paciencia!... ¡Pero es cosa que me contraria y fastidia de veras! ¡Iban tan bien las cosas hasta aquí! ¡Precisamente cuando se iba á desatar el nudo, se rompe el hilo! ¡Antojadizo muchacho! ¿Qué necesidad tenia de ir á coger la calentura á Milan? ¿No tiene bastantes muebles en su casa y en la quinta? ¡Pobre Clementina! ¿Quién podrá hacerla creer que Alberto no está moribundo con la vela en la mano?

En la puerta de entrada D.ª Libia y su hija esperaban con angustia el carruaje, cuando éste llegó á buen trote. El padre, el tio y el Conde bajaron de él, y todos juntos fueron á pié hasta la casa. Clementina temblaba como azogada; y á pesar de oir las formas de afectada desenvoltura con que su padre y el Conde hablaban de la indisposicion de Alberto, con tristeza y llorando les decia:

—Es inutil que quieran engañarme, Alberto debe estar más grave de lo que me dicen. Si fuese cosa leve no se hubieran hecho tantos misterios, ni el Conde hubiera venido aquí á media noche. Tengo muy malos presentimientos, y preparo mi corazon á grandes y duros sacrificios.

El Conde no se atrevió á contradecirle y un significativo silencio siguió á las palabras de la jóven desolada. Entraron en la sala sin que nadie osara hablar, excepto D. Vicente, que rompia el silencio con palabras entrecortadas, suspiros y exclamaciones de dolor.

En vano la madre trataba de tranquilizar con amor y cariño el ánimo de su hija. Clementina estaba inconsolable; y á su tio, que tambien probaba de consolarla, le respondió:

—¿Quiere V. persuadirse de que el mal no es como el conde Paolo lo cuenta? A las tres pasa un tren. Propóngale V. que papá, mamá y yo vayamos en él á hacer una visita á Alberto; ya verá V. con qué diplomacia va á disuadirle de ello. Indíquele que irémos mañana, y verá tambien cómo saca á relucir otras excusas. Para anunciar una calenturilla de Alberto jamás D. Felipe hubiera incomodado al conde Paolo.

Poco despues, todos se retiraron á sus habitaciones para dormir. Eran ya las doce y media. Clementina, sin poder conciliar el sueño, despues de un cuarto de hora salió callandito de su cuarto y fué á la tribuna de la capilla. Allí estaba resuelta á velar todo el resto de la noche para disponerse con la oracion al inesperado sacrificio que iba á recibir su agitadísimo corazon. Andando á puntillas pasó por delante de la habitacion de su tio Carlos; vió la puerta entreabierta y oyó que estaba en íntimo coloquio con el conde Paolo. Asaltóla una irresistible curiosidad, y conteniendo la respiracion se paró á escuchar. Pronto se aseguró que hablaban de Alberto, de una herida que habia recibido en el pecho, de copiosos vómitos de sangre y del peligro de su muerte. La infeliz sintió faltarle las fuerzas, cayósele el candelero de la mano, y exhaló un penetrante gemido que hizo acudir á todos los de casa.

Don Vicente y su esposa encontraron á su hija medio desvanecida y sostenida por su tio, que más asustado que ellos, procuraba volverla en sí y sosegarla. La escena que siguió se puede imaginar mejor que describir.

El conde Paolo se mordia la lengua por el despecho que le causaba ver tan bruscamente deshecha su industriosa trama, urdida por él para dar poco á poco y con la ayuda del tio Cárlos la terrible noticia de que era portador. Ahora, siendo inútiles los subterfugios y palabras envueltas, expuso el caso con toda sencillez, si bien dulcificándolo con frases que disminuyeran el efecto de la primera impresion. Tenia consigo el billete de Alberto para D. Vicente, que leyó y releyó, haciendo notar los puntos, las comas y hasta la forma de letra; y despues aquel periódico, cuyo suelto publicado la noche anterior hemos dado á conocer: todo lo cual dió abundante materia de conversacion y de comentarios.

Clementina, vuelta en sí, y viendo que era inútil el suplicar se la condujese á la ciudad para ver á Alberto, segun la súplica que él hacia en su billete, enmudeció, bajó la cabeza, ocultó el rostro entre sus manos, y quedó inmóvil como una estátua. La pobre se esforzaba por tranquilizar un poco su corazon, conformarse con las disposiciones de Dios, y aceptar de su inescrutable voluntad los sacrificios que le enviaba.

En la quinta de D. Vicente todo fué angustia en aquella triste noche que sucedió á aquel dia tan alegre. Ninguno pudo conciliar el sueño por un instante. Al amanecer, la señora se dirigió á la tribuna de la capilla con su hija para no dejarla sola, pues ésta ya se habia retirado á aquel lugar. Don Vicente tomó el camino de la ciudad, acompañado del conde Paolo, despues de haber asegurado que volveria por la noche del siguiente dia, y que á medio dia enviaria noticias de Alberto por telégrafo. El tio Cárlos no se movió de la casa para estar pronto á todo cuanto requiriese el socorro y consuelo de su sobrina.

(Se continuará).

CONTRA UNA REVISTA CATALANA

(De *El Santísimo Rosario*, de Palencia).

No es de importancia decir su título, sino impugnar su contenido, por lo que tiene de inexacto y por ende injurioso. Los que la leyeron pronto adivinarán cuál es: los demás nada pierden en este caso por desconocer su nombre.

Dijo esa Revista en Julio pasado, que sólo una Institucion religiosa posee el don *especial* de conocer las obras diabólicas del liberalismo; que en órden á esto viene designada por Dios con el carácter y mision de verdadera *especialista*, y que «por ende puede reputarse sospechoso de oculta afinidad ó resabio liberal todo sentir y proceder opuesto á los que forma tocante á liberalismo» esa Institucion religiosa. «Porque donde quiera que apareció más ó menos franco el espíritu revolucionario ó liberal, allí le ha dado el primer *¿quién vive?* y allí le ha rasgado *antes que nadie* el hipócrita antifaz.»

De donde se seguirá que son sospechosas todas las Ordenes religiosas que no se declaran discípulas de esa ínclita Orden *especialista:* que los obispos del mundo entero no pueden escribir ni una sola pastoral sobre la doctrina católica si antes no consultan con la *especialista* ó someten á ella su credo: que el mismo Soberano Pontífice, á no ser cuando una verdad está definida, con ser maestro universal tiene que acomodarse á las prescripciones de esa *especialista* afortunada, si no quiere exponerse á que el orbe católico le tenga por sospechoso y afin de liberales.

«Pues es recto criterio teológico, y aun filosófico y de buen sentido natural, donde hay algo sobre liberalismo *que la Iglesia no ha definido*, sentir y proceder como siente y procede» la dicha única *especialidad*.

Y como gran número de dogmas teológicos son más ó menos heridos por el múltiple liberalismo, es sospechoso en su doctrina todo profesor de teología no secuaz de los *especialistas*, como les llama la citada publicacion, y deben ser recusadas todas las obras de teología, exégesis, derecho natural, apología y hasta filosofía é historia que no lleven el *visto-bueno* de tales hombres, y que las obras todas de los antiguos Padres, Doctores y Escolásticos, que tratan de herejías idénticas á las del liberalismo, no pueden en adelante ser leidas mientras una por una, aunque sean de san Agustin y santo Tomás, no sean revisadas y aprobadas por los sabios nuevos de la *especialidad*.

Es de suponer que los tales *especialistas* no habrán recibido con muy buena cara esa columna de humo, ofrecida como de incienso, pero amarga como de azufre: ni se habrán erguido gran cosa con esa bella corona que el articulista ha querido ceñirles, porque es corona de barro que no abrillanta, sino que mancha y avergüenza; ni habrán tenido ellos para su galante coronador más acciones de gracias que un *Dios te perdone tal beta*.

No hablo, pues, de los agraciados ni de su glorioso pasado y presente, sino del generoso escritor que, creyendo mejor lisonjearlos, ha injuriado en cierto modo á las Ordenes religiosas en el hecho de suponerlas sin suficiente instinto y especial gracia para conocer y rebatir las herejías modernas, considerándolas nada más que como glorias pasadas, dignas de un museo de antigüedades, sin *especial* objeto en los presentes tiempos y por lo mismo sin *especial* utilidad para las actuales necesidades de la Iglesia.

Ciñéndome sólo á la Orden de Predicadores (que las demás, hombres tienen que sabrán vindicarlas), bastaria para defenderla de esa especie de injuria oponer el testimonio de dos Santas de primer órden, algo más entendidas en esto, á mi ver, que el articulista catalan; una de las cuales, santa Catalina de Sena nada menos, decia de la perpétua inteligencia de las doctrinas católicas y fidelidad en enseñarlas, como especial gracia concedida por el Señor á la Orden dominicana: «Mi Hijo por naturaleza, que es el Verbo eterno (habla el Padre celestial á la Santa), predicó públicamente al mundo la doctrina que de mí recibió, y dió testimonio de la verdad, como El dijo ante Pilato.

»Mi hijo adoptivo, Domingo, predicó al mundo la verdad de mi palabra, habló á los herejes y á los católicos, no sólo por sí, sino tambien por medio de sus hijos. Su predicacion se perpetúa en sus sucesores: predica ahora y *predicará siempre*.

»Mi Hijo por naturaleza envió á sus discípulos: mi hijo por adopcion envió á sus religiosos.

»Mi Hijo por naturaleza es mi Verbo: mi hijo por adopcion es el heraldo, el ministro de mi Verbo.

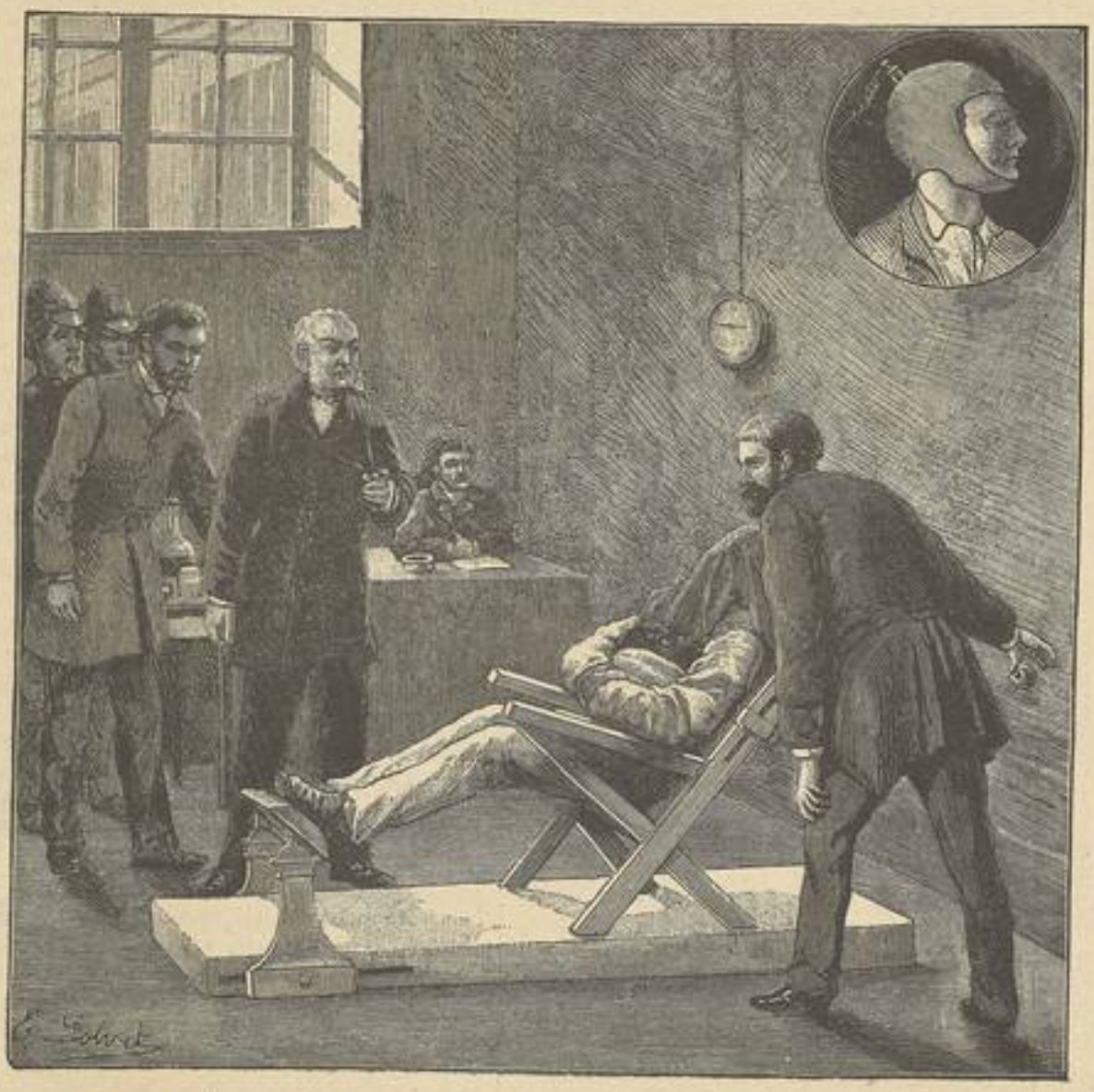
»Por eso *he dado especialmente á él y á sus hijos la inteligencia de mi doctrina y la fidelidad en seguirla* (1).»

Tenemos, pues, contra la *especialidad* exclusiva discurrida por el periodista catalan otra *especialidad* en la inteligencia de la verdad contra todos los errores y en la fidelidad de seguir y predicar esa verdadera doctrina y perseguir los falsos dogmas, no por un siglo solamente (el siglo de los maniqueos albigenses, como dice el otro), sino *ahora y para siempre:* con la diferen-

(1) *Vida de la Santa*, por el beato Raimundo de Capua, su confesor. Parte 1.ª, cap. VI.

cia que la Santa de Sena no ofende á las demás Ordenes negándoles oportunidad de accion y criterio en discurrir y defender la verdad; mientras que el articulista las considera sospechosas y semiliberales si no sienten y piensan como esos nuevos *especialistas*, únicos dotados del necesario instinto y *especial* gracia para conocer las enfermedades de las herejías modernas. Comparen ahora mis lectores testimonio con testimonio, santa Catalina de Sena con un periodista del siglo XIX, y vean y fallen sobre quién de los dos merecerá más crédito.

Y por si las palabras que la Santa oyó de labios de Dios le parecieren á mi contrario harto



APARATO ELÉCTRICO APLICADO A LAS EJECUCIONES DE LA PENA DE MUERTE
EN LOS ESTADOS-UNIDOS

parciales, porque la transmitidora de ellas vestia túnica blanca, y las propias suyas las creyese más autorizadas, acaso porque lleva ropa negra, agregaré á la Doctora senense otra Doctora española (dos contra uno) que ni vistió túnica blanca ni negra, y se llama Teresa de Jesús; persona, al parecer, digna de crédito. Hablando esta gloriosísima carmelita de las guerras contra los herejes en los tiempos advenideros, decia lo siguiente:

«Estando una vez rezando cerca del santísimo Sacramento aparecióseme un Santo cuya Orden ha estado algo caida: tenia en las manos un libro grande, abrióle y díjome que leyese unas letras que eran muy grandes y muy legibles, y decian ansí: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden; habrá muchos mártires.*

»Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serian desta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender han de defender la fe; porque otra vez, estando en oracion, se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo á donde se combatian muchos, y éstos desta Orden peleaban con gran fervor. Tenian los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban á muchos en el suelo vencidos, á otros mataban. Parecíame esta batalla contra los herejes.»

Verdad que la Santa no dice que estos religiosos fuesen de la Orden de Predicadores ó de otra más *especialista*, pero lo dicen los que la trataron y escribieron su vida, y lo da á entender ella misma por el contexto y palabras que á las citadas siguen: de modo que, ya fuese esa guerra de los Dominicos con los herejes del siglo XVI ó con los de los siglos siguientes, que segun el articulista catalan vienen á ser lo mismo, es lo cierto que los hijos de santo Domingo, espada en mano y los rostros encendidos, pelearon, pelean y pelearán en el gran campo de la Iglesia católica, no menos valientes que otros, sino, al contrario, *con gran fervor*, contra los enemigos de la verdad pura en los tiempos que para la gran Doctora avilesa eran *advenideros*, como habian peleado en los anteriores siglos contra los albigenses, los husitas y los viclefistas. ¿Lo oye el amigo catalan?

Es una verdad tan de sentido comun que los Dominicos se distinguieron siempre en la defensa de la fe y marcharon en vanguardia, olfateando al enemigo cuando se presentaba disimulado, ó arrancándole el antifaz cuando aparecia encubierto, que hasta un liberalote de primer órden, bien conocido y nada tonto, por desgracia (1), comparaba la Orden de Predicadores, sirviendo á la Iglesia contra los herejes, con la *jauría* que los cazadores mandan delante á levantar la caza. La comparacion no es muy elegante, que digamos, pero es en cambio gráfica y por lo mismo halagüeña. Y quiere decir, que así como los perros de caza se adelantan á sus dueños, recorren el campo ó la selva, rastrean, buscan hasta dar con los animales cuyo hallazgo se desea para descargar los cazadores sobre ellos y matarlos; así los Dominicos son enviados por la Iglesia para recorrer el campo de la verdad, rastrear y seguir á los enemigos de ella, más ó menos ocultos, y dar luego la voz de alerta, el *¿quién vive?* como dice el de Cataluña, para luego disparar la misma Iglesia sus anatemas contra esos heterodoxos y sus obras y presentarlos ante el pueblo cristiano como séres pestilenciales y abominables.

¿Qué otro oficio, si no, tenian y tienen los inquisidores de la herética maldad desde santo Domingo hasta nuestros dias (que aún los hay), sino el de dar «el primer *¿quién vive?* y rasgar el hipócrita antifaz, y olfatear, y desenmascarar, y combatir?» ¿No lo sabia el buen colega catalan? Y si este oficio no lo desempeñan hoy á satisfaccion los Dominicos, ¿por qué la Iglesia que lo ve (y debe de verlo, cuando hasta un periodista cree palparlo, de no suponer que mienta) no los arroja de tan severo tribunal, y en su lugar llama á otros, á los *especialistas* supongamos, creados por el dicho articulista?

Pero es lo malo que, lejos de no encontrar en ellos ese «certero instinto,» ese «don de conocimiento de obras diabólicas,» bien pocos años hace escribia Pio IX á los Dominicos reunidos en Capítulo general y les decia: «Acordaos que perteneceis á la *Orden de la doctrina*:» palabra que, segun el escritor catalan, no debió revestir tal figura de antonomasia, ni siquiera decirse como suena, sino la Orden que en tiempo de los albigenses fué Orden de doctrina, nó hoy que es sólo un recuerdo histórico.

Y debió hacer aún más Pio IX, puesto que sus predecesores por indolencia no lo habian hecho; y es, privar para siempre á los hijos de santo Domingo que sean Comisarios del Santo Oficio, Secretarios del Índice, Maestros del Sacro Palacio; pues todos éstos necesitan cual nadie «certero instinto y más claro dón de ertendimiento para conocer las enfermedades de la herejía moderna,» instinto y dón que ellos no tienen, porque pasó su tiempo, y sí otros que son los únicos *especialistas*. ¿No indica una semiapostasía de la Iglesia romana encomendar esos cargos de centinelas avanzados de la fe á unos hombres que, por no ser discípulos de los *especialistas*, son «sospechosos de oculta afinidad ó resabio liberal?»

Y es aún más triste y digno de ser llorado con lágrimas de sangre, que el actual Sumo Pontífice, lejos de deplorar las aberraciones de Pio IX y ponerles remedio, sin contar con el parecer del periodista catalan ni llamar en su ayuda á los únicos *especialistas*, desconociendo los designios de Dios en la institucion de las Ordenes religiosas, poniendo á riesgo la pureza de la fe,

(1) Castelar.

y echándose en brazos de séres históricos, un año y otro año y siempre que la ocasion se ofrece, encarga que para rebatir las herejías modernas nada se estudie con tanto afan como las obras... ¿de quién?... pues de un bárbaro del tiempo de los albigenses, que ni conoció los errores luteranos, ni la maligna astucia jansenista, ni el veneno de las doctrinas liberales. Y se lamenta de la preponderancia que tomando van en el siglo XIX teorías disolventes merced al raquitismo de los que debieran contradecirlas; raquitismo debido á que en los centros de enseñanza, aún religiosos, «se da á beber á la juventud estudiosa, no de los raudales purísimos que manan perpétuamente de la fuente sobreabundante del angélico Doctor, sino de aquellos que se dicen derivados de esa fuente, pero que contienen *aguas ajenas y no por cierto saludables.*»

¿Conoce el de Cataluña á los aquí señalados?

Pues, impenitente Leon XIII y remachando el clavo de su contumacia, quiere que los católicos tomen de mano de un fraile dominico de los pasados tiempos las armas con que hieran al liberalismo en todos sus artículos: «que se sepan á fondo, dice, la naturaleza de la libertad, el orígen divino de todo poder, la fuerza de las leyes, la autoridad de los supremos gobernantes, la obediencia que les es debida, la autoridad y derechos de los padres, los mutuos deberes entre los individuos, con otras materias del mismo género, las cuales, segun son enseñadas por el Angel de las Escuelas, poseen fuerza irresistible para dar el golpe mortal á los principios del derecho llamado nuevo, tan contrarios á la tranquilidad del órden y á la comun salvacion de los pueblos.»

Esto sí que se podria llamar *especialidad*, ¿no es verdad, querido articulista?

Con todo, no respire mi contrario, como si nada más hubiera que oir. Porque Leon XIII quiere que esa *especialidad* nos venga por conducto de los hombres del siglo de los albigenses, no del siglo de la Reforma, y á esos hombres les ha encomendado que nos provean de libros de santo Tomás, explicados, comentados y editados por ellos; que es la mayor calamidad que sobre el siglo XIX pudiera venir.

Y basta por hoy. Otro dia, Dios mediante, si hay paciencia, se dirá en serio que contra «los erasmistas del siglo XVI, los alumbrados del XVII, los jansenistas del XVIII y los católico-liberales del XIX» combatieron los frailes de los anteriores tiempos con más «certero instinto y dón de conocimiento» que supone el articulista citado, el cual no conoce bien, segun parece, las crónicas de las Ordenes religiosas.

Mientras tanto suplicamos al estimado colega que lea á lo menos las *Cartas del Filósofo Rancio*, por si acaso encuentra otro *especialista* que mejor y más pronto haya olfateado la esencia y propósitos del liberalismo, y rasgándole el hipócrita antifaz lo haya presentado á la vista del mundo con todas sus malignidades, retratado de cuerpo entero, por fuera y por dentro.

Y tambien le suplico que no olvide tan pronto que la principal fama que tiene conquistada, se la procuró, no *especialista* alguno nuevo, sino un fraile histórico, de los del siglo XIII, al cual si niega *especialidad* en sentir y proceder respecto del liberalismo, se arrebata á sí propio la gloria adquirida; y si, por el contrario, se la concede, cae por tierra todo su artículo con todos sus instintos, dones, olfateos, especialidades y *¿quién vive?* ¿Me entiende el interesado?

FR. PAULINO ALVAREZ.

EN FAMILIA (CUADRO DE P. BEDINI)

EL POETA LAMARTINE EN ORIENTE

Los ingenios más insignes suelen caer en las mayores aberraciones, principalmente si su talento se halla viciado por el orgullo ó la incredulidad. Merced á estas dos plagas tan frecuentes en nuestro siglo, ¿cuántos ángeles caidos no vemos cada dia? ¿cuántas inteligencias nobilísimas empleadas en el mal, que hubieran podido dar al mundo ricos frutos de bien? ¿cuántas estrellas oscurecidas despues de deslumbrar los ojos con una falsa luz?

No es la belleza moral, no es la verdad el tipo que se proponen realizar en sus pretenciosas obras muchos escritores de nuestros dias. Ansiosos principalmente del efecto, lo buscan á toda costa, no esquivando los mayores absurdos y extravagancias si por este camino creen llegar á conseguir aplausos y reputacion, aunque sólo sean efímeros y momentáneos. Faltos por lo comun de convicciones y de creencias, suelen mostrarse religiosos ó incrédulos, cristianos fervientes ó ateos, segun varía el viento de la popularidad que agita las veletas de sus cabezas inseguras.

En esto ha pecado mucho el ilustre poeta Lamartine, de fama europea, y ciertamente más apreciable por sus versos y estilo encantador que no por sus pensamientos é ideas, cuya contradiccion y poca fijeza se revelan claramente en sus escritos.

En 1832 Lamartine visitó la Palestina, y escri-

bió un *Viaje al Oriente*, si escaso en ciencia y buena erudicion, rico en poesía y no menos rico en inexactitudes y absurdos. No le calumniamos ciertamente, ni este juicio es originariamente nuestro. El sábio Schultz, que estudió la Tierra Santa y sus monumentos con toda la paciencia y crítica de un buen aleman, y es en esta materia testigo de mayor excepcion, decia en 1844 dirigiéndose á la *Sociedad geográfica* de Berlin: «Aconsejo ante todo que no se emprenda ese viaje con las ideas poéticas de Siria y sus moradores, tales cuales se pueden formar en las descripciones de Lamartine y otras semejantes.» Pero lo que más debe importarnos es que el maestro infalible de la verdad, el Romano Pontífice, ha reprobado tambien esa misma obra por sus insidiosos ataques contra el Cristianismo.

Y, en efecto, ¿con qué espíritu visitó la Siria y los Santos Lugares el famoso viajero francés? ¿Fué acaso poseido de la fe ardiente de los antiguos peregrinos, ó buscando más bien una vana popularidad? Su viaje lo dice. Con numerosa comitiva y grande ostentacion recorrió aquel país tratando de deslumbrar á sus habitantes, que le apellidaron el Príncipe de los Francos.

Embriagado á su vez por aquellos homenajes, á imitacion de Napoleon, se hizo un poco musulman, y tuvo aplausos para algunos usos y prácticas del islamismo. Pagándose en su presuntuosa ingratitud de la civilizacion muslímica, le abandonó la musa cristiana. Oyó en Jerusalen á los muedzines ó almuédanos que gritaban desde los altos alminares de las mezquitas para llamar á los mahometanos á sus oraciones; y «aquella voz viva y animada que sabe lo que se dice y lo que canta,» le pareció superior «al sonido sin conciencia de las campanas de nuestras catedrales.»

Esta opinion extravagante y poco piadosa en boca de un cristiano, á quien el eco de las campanas recuerda las solemnidades de su culto y los misterios sublimes de su fe (1), no dudó estamparla el poeta francés en su célebre viaje con otras no menos extrañas y censurables. Ordinariamente los viajeros y poetas, viendo que la realidad tiene poco atractivo, suelen alterarla en daño de la verdad. Lamartine quiso poetizar los gritos de los almuédanos, que por cierto tienen poco chiste, sobreponiéndolos á las campanas de nuestras catedrales. Y para ello ¿cuánta poesía no tuvo que suprimir? La campana de la lejana ermita que interrumpe á veces el silencio de los campos y bosques; el sonoro repique de una catedral que en las grandes fiestas llena de júbilo una ciudad entera; el alegre toque del alba; el melancólico de oraciones; el triste doblar por los muertos; tantos otros sonidos de aquellos instrumentos que tan misteriosas relaciones tienen con el corazon cristiano.

¡Con cuánto mejor sentido y más alta inspiracion nuestro insigne poeta Zorrilla, hablando de la catedral de Toledo, alabó la misteriosa poesía y significacion de sus sonoras campanas, cuando dijo:

Pero hay en gótica torre
De parda iglesia cristiana
Una gigante campana (2)
Con el acento de un Dios.

Y en otro lugar, hablando de la misma catedral, dice que tiene

La frente cerca del Cielo,
Y para hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Pero Lamartine, para mostrarse un poco musulman, en aquella parte de su obra hubo de censurar las campanas, porque aquellos sectarios profesan grande aborrecimiento á esta lengua de nuestra santa religion. Cuando dominaron en España sólo las consintieron en Córdoba y renegaban de pura ira al escucharlas: en Oriente las han tolerado rara vez, y los cristianos han tenido que sustituirlas por las matracas.

El Rdo. Mislin, en su bella y erudita *Tierra Santa*, ha refutado á Lamartine con tanta gracia como verdad, diciendo:

«¡Ah, cuántas voces vivas no saben lo que se dicen como la voz de la campana, ni lo que cantan; pues mañana afirman lo contrario de lo que el dia anterior dijeron!»

En prueba de ello recuerda los elogios que el propio Lamartine tributó á las campanas del Líbano, que sonaron en sus oidos como voces de libertad é independencia, y cita además un bello himno del mismo autor donde se leen los versos siguientes:

El bronce retumbando en su alta cima
Canta y llora á su vez, y así celebra
Nacimientos, enlaces, defunciones.

En nuestros dias, el progreso de una civilizacion que parece caminar hácia la barbarie, ha convertido las campanas en cañones y monedas; preludio cierto de mil calamidades para la Iglesia y la sociedad. Pero volvamos á Lamartine en Oriente.

Para sostener su difícil posicion de príncipe de los Francos, repartió con abundancia entre los musulmanes de la Siria telas, armas y otros objetos de más brillo que valor, traidos al intento de Europa, y arrojó monedas de oro á dos muchachas siras que hacian gala de su lubricidad y desparpajo. En cambio usó hasta de mezquindad con los religiosos de Nazaret, que le obsequiaron generosamente durante los seis dias que pasó en el convento. Diez y ocho personas con otras tantas acémilas formaban la comitiva del imaginado príncipe; y los religiosos no sólo atendieron al sustento de unos y otras en aquellos seis dias, sino que al partir regalaron á los viajeros, como lo asegura el mismo Lamartine, con provisiones frescas, excelente pan amasado aquella misma noche, aceitunas y chocolate de España. Al despedirse el ilustre viajero dió al superior del convento quinientas piastras equivalentes á quinientos reales, y algunas piastras más á algunos jóvenes religiosos. Lamartine hace gala en su *Viaje* de este miserable donativo con que dice pagó á los frailes la hospitalidad recibida; y en verdad, en verdad, no hizo más que darles una limosna insuficiente con mucho para indemnizarles de los crecidos gastos que les ocasionó. Esta misma conducta mezquina observó en San Juan del Desierto, como él mismo se atreve á confesarlo, y téngase en cuenta que al recibirle se expusieron los religiosos á inficionarse de la peste que á la sazon hacia estragos en el territorio de donde venian los viajeros; de suerte que la visita del príncipe de los Francos fué hasta más beneficiosa á los musulmanes que á los cristianos del Oriente.

Las descripciones de la Tierra Santa por Lamartine carecen ordinariamente de exactitud y verdad. Por ejemplo, los famosos olivos de Getsemaní, testigo de las oraciones y congojas del Hombre-Dios en aquella memorable noche en que empezó su Pasion, están situados en el fondo del valle de Josafat, y allí los pone Lamartine en algunas páginas de su viaje; pero en otro pasaje dice que los vió plantados en la cumbre del monte de los Olivos. Para embellecer más una pintura poética, hízole falta trasplantar los olivos á la cima del mencionado monte, y así lo hizo sin el menor reparo.

En otro lugar, describiendo las cercanías de Jerusalen, á la que llama la ciudad del desierto, habla de peñas colosales que se apiñan y elevan cual descomunales aludes prontos á aplastar al viajero; de avenidas lúgubres é inmóviles que se elevan sobre la cabeza del caminante, y otras cosas que nunca han existido sino en su imaginacion.

Parecióle á Lamartine que los muros de Jerusalen se elevan nada menos que á 200 ó 300 piés de altura, cuando sólo miden 36 de alto por 4 de ancho.

Siguiendo al impío autor de las *Ruinas de Palmira*, filósofo como él, Lamartine celebró y encareció la prosperidad de que gozan los religiosos de Tierra Santa, merced á las limosnas de los peregrinos y á los socorros de las naciones católicas, añadiendo que ya no hay para ellos persecucion ni martirio. El diligente Mislin ha refutado razonadamente estas afirmaciones de Lamartine, rebatiéndolas con otros pasajes del mismo ilustre viajero en que asegura precisamente lo contrario.

Pero seria prolijo manifestar los yerros, inexactitudes y perpétuas contradicciones en que incurrió el peregrino poeta en su ponderado viaje. Este libro es sin disputa el peor que hace mucho tiempo se ha escrito sobre Palestina, como lo afirma y prueba el mencionado Mislin, y por lo tanto es indigno de la popularidad y reputacion que alcanzó (1).

Un poeta español ha dicho:

Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.

Esto cabalmente pensó Lamartine al ordenar sus apuntes y recuerdos de la Palestina, desfigurándolos y embelleciéndolos segun el capricho de su brillante fantasía con el propósito de causar mayor efecto en la imaginacion de sus lectores. Además incurrió en otro achaque no menos característico de la moderna literatura: en la frecuente mencion de sí mismo; en la apoteosis del yo.

Extraño parece á algunos que el espíritu positivista y razonador de nuestro siglo no deseche tales mentiras é imposturas literarias; pero como esta clase de obras produce más dinero que las escritas á conciencia, no puede rechazarlas el vil positivismo de nuestros dias.

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

(1) Observacion de Mislin en su *Tierra Santa*.
(2) La célebre campana gorda.

(1) Véase tambien á Eyzaguirre en su obra *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*, t. II, c. 14.

EL RELOJ DE FLORA

Las flores no abren sus pétalos en condiciones indeterminadas, sino que obedecen, al producir ese movimiento, á las condiciones propias de la vida de la planta unas veces, al estado higrométrico de la atmósfera otras, y, en general, á una multitud de circunstancias que pueden determinarse de una manera fija. El gran Linneo estudió con detenimiento sumo el fenómeno de la floracion de las plantas, dividiéndolas, en su consecuencia, en tres grupos, clasificados del modo siguiente: 1.º *flores meteóricas*, que se abren y cierran más tarde ó más temprano, segun el estado higrométrico de la atmósfera; 2.º *flores tropicales*, que se abren al principiar el dia y se cierran al ocultarse el sol, y 3.º *flores equinocciales*, que se abren y cierran en una hora determinada del dia, variable para cada planta de este grupo. El acto de abrirse los pétalos es tan preciso, y se verifica con tal acuerdo, siempre á hora fija, que Linneo pudo formar con 24 flores escogidas con paciencia é inteligencia suma, lo que se llama el *Reloj de Flora*, esto es, una série de plantas cuyas flores marquen con exactitud, por el momento en

que abren sus pétalos, las horas del dia y de la noche.

A continuacion escribimos los nombres de estas 24 plantas, que tanta celebridad alcanzaron, y que casi confirman la opinion de que por mucha prisa que se dé el hombre en idear algo, ya la Naturaleza le ha tomado la delantera, siendo este reloj natural una prueba de ello. Las plantas y las horas que se señalan son las siguientes:

Escarchosa glacial. -Medio día.
Clavel prolífero.- La una de la tarde.
Oreja de raton -Las dos.
Leondoton.—Las tres.
Alisia alisoidea.—Las cuatro.
Don Diego de noche.—Las cinco.
Geranio triste.—Las seis.
Adormidera de tallo desnudo.—Las siete.
Campanilla recta.—Las ocho.
Campanilla lineal.—Las nueve.
Hipomé purpúrea.—Las diez.
Silena, flor de la noche.—Las once.
Cacto de grandes flores.—Media noche.
Laceron de Laponia.—La una de la madrugada.
Escorzonera amarilla.—Las dos.
Gran decrida.—Las tres.
Crípide de los techos.—Las cuatro.
Emeracalle leonada.—Las cinco.
Oreja de raton fructicosa.—Las seis.
Laitron.—Las siete.
Pelosilla.—Las ocho.
Anagálida encarnada.—Las nueve.
Caléndula de los campos.—Las diez.
Ornitágalo (Dama de noche).—Las once.

Existen algunas flores, entre las que se abren á hora fija, que una vez cerradas ya no se vuelven á abrir de nuevo, siendo ejemplo de ello las queturias; pero otras, entre las que se hallan las compuestas, se abren de nuevo al dia siguiente.

Hay un gran número de flores que sólo pueden admirarse durante la noche, siendo una de las más notables el cirio de las grandes flores *(cactus grandiflorus)*, originario de la Jamaica y del Japon. Esta flor es preciosa, tiene dos centímetros de anchura, y esparce un olor delicioso á la puesta del sol, durando solamente algunas horas, pues antes de la aurora se marchita, cerrándose para no abrirse más. Sin embargo, es muy frecuente que al cabo de veinte y cuatro horas una nueva flor sustituya á la que sucumbió el dia antes, durando esta série muchos dias consecutivos.

Además, se pueden citar entre las plantas que no se abren más que durante la noche, el jazmin de la Arabia, la onagra, las liquis, las silenas, las espadañas, etc. Los Don Diegos de noche deben su nombre á esta particularidad.

La caléndula de Africa, además de tener como carácter especial el de que su flor se abre á las siete, ofrece la singularidad de señalar el tiempo probable: si la flor continúa abierta hasta las cuatro, el tiempo ha de ser seco; pera si se alteran las horas en que se abre ó cierra, es casi seguro que lloverá el mismo dia. Una circunstancia análoga presenta el laitron de Siberia, que queda abierto toda la noche si al dia siguiente ha de reinar el buen tiempo.

Las flores de ninfea se cierran y hunden en el agua á la puesta del sol, saliendo al exterior para hundirse de nuevo á la madrugada siguiente. Plinio habia ya notado este movimiento de algunas plantas, pues afirma haber oido referir que en el Eufrates la flor del loto se sumergia tan profundamente en el agua, que apenas se la podia alcanzar con la mano, permaneciendo hasta las doce en esta situacion, hora en que empezaba á remontarse de nuevo, saliendo á la superficie al mismo tiempo que el sol aparecia en el horizonte, irguiéndose á medida que se elevaba el astro del dia. De tal modo debe ser exacta esta observacion, que, segun muchos historiadores, esta explicacion constituye el orígen del culto que establecieron los egipcios, haciendo de la *nymphea lotus* una planta sagrada, que se ve en todos los monumentos del antiguo Egipto, y áun de la India, adornando la cabeza de Osiris, ó representando simbólicamente el sol.

Muchas otras plantas pudieran citarse cuyos movimientos guardan relacion con los períodos del dia, pero las citadas bastan para confirmar la existencia del *Reloj de Flora*, cuya brillante esfera podria estar constituida por hermosas flores, y que fácilmente se completaria con otras que señalan valiosos datos respecto al estado atmosférico.

EL APOSENTO NUPCIAL

Latia mi corazon cuando bajé del carruaje á la puerta de la casa de Enrique. Iba á verle despues de quince años de ausencia. Habíamos sido compañeros de marchas y cabalgatas, compañeros de claros de luna y salidas de sol; compañeros de fiestas, de lecturas, de desvaríos, de opiniones, de quimeras; en fin, compañeros de veinte años. La última vez estábamos sentados á una misma mesa, celebrando sus bodas; y al dia siguiente, en medio de aquella gran fiesta de su vida, le habia dado mi adios. Robando una hora á su alegría, habia venido á acompañarme solo, muy lejos, no pudiendo dejarme ni cesando de hablarme de su dicha. Habíale dejado siendo el hombre más feliz del mundo, en el colmo de sus deseos, bien establecido, lleno de confianza y de proyectos. No pensaba más que en ataviar á su mujer, embellecer su casa, plantar su jardin. Veré cómo irán creciendo sus hijos, me los llevaré, seré padrino del segundo, á lo menos del tercero... Al cabo de quince años no nos habíamos vuelto á ver; á los cinco apenas nos habíamos escrito.

Sin embargo, no ignoraba que habia prosperado, que su vida era placentera, que me amaba siempre. Sabia, y de ello me alegraba mucho, que conocia y amaba á Dios, y que volveria á encontrar en el amigo de mi juventud un buen cristiano, un ferviente católico, un hermano.

Su casa era la misma en que le habia dejado, habitándola desde el dia de su casamiento. ¡Cuántas veces la habíamos visitado antes de aquel dia! ¡cuántos consejos y deliberaciones habíamos celebrado para hacerla digna de la soberana á quien se destinaba!... Abrióme una antigua sirvienta.

—¡Qué! ¿es V., caballero?

La miré.

—¿No me conoce V.? replicó.

—¡Hola! Magdalena, ¿sois vos? exclamé á mi vez. Pero decidme, ¿habeis estado enferma, buena mujer?

—¡Ah! prosiguió Magdalena, he tenido la enfermedad de todo el mundo; tengo quince años más que quince años atrás. He llegado de los cuarenta y cinco á los sesenta siempre sobre mis piernas... Pero no os inquieteis: sé todavía hacer la galleta de alforfon.

Esta era su gran habilidad, que á menudo habíamos celebrado.

Le prometí mi apetito de otro tiempo.

—Y Enrique ¿cómo está?

—Bien, señor, ha hecho como V.: se ha olvidado de envejecer. ¡Qué contento estará de verle! No deja de hablar de V. cuando le sirvo alguna cosa que os gustaba. Venga V., está arriba con la señora, en la pieza azul; ya sabe V., el cuarto *nupcial* como decían.

Magdalena habia encontrado siempre algo agradable en estas palabras *cuarto nupcial*. No habia llegado sin trabajo á pronunciarlas correctamente, y al cabo de quince años continuaba riéndose, sin saber por qué.

—¡Qué cosa más graciosa, caballero!—prosiguió la buena mujer, parándose para tomar aliento al subir las gradas de la escalera, que antes saltaba de cuatro en cuatro, como nosotros;—¡qué cosa más graciosa que la juventud para hallar palabras como estas é ideas que hacen reir! ¡Las decía V. con el señor Enrique! Acuérdome de algunas que me hacen reir todavía. Tal vez hoy no seria lo mismo. Ya no las diría V., ó yo no me reiria. ¡Nos llega por tantos lados la pena en la vida de este mundo! El desasosiego acaba por hacer su nido dentro de nosotros, y quedamos tristes, aun sin motivo de disgusto. Sucede esto con todos los temperamentos, caballero; y temo que no le gustarán mis galletas.

El andar de Magdalena se avenia demasiado con su filosofía para que uno y otra no me produjesen cierta impresion. Me encontré de repente anciano en aquella casa y en aquella escalera en que me acordaba haber estado tan jóven. Allí habia sentido que mis pantorrillas eran más gruesas, mi corazon más alegre. Magdalena me echaba en hombros quince años.

Entré, sin hacerme anunciar, en el cuarto azul. Enrique se me echó al cuello. Era el mismo: aquel ojo vivo, aquel corazon fogoso que yo habia amado tanto. Un instante despues me pareció que no le reconocia. Su talle esbelto y derecho se habia puesto grueso y encorvado; su palabra rápida era lenta; el tiempo habia impreso su huella en aquella frente desprovista de su abundante cabellera, frente antes tranquila y grave á un tiempo. Ya no brillaba la alegría en sus ojos, que habian mirado demasiado la vida. Me acordé de que en otro tiempo se quejaba Enrique de no poder dominar en el fondo de su alma el pertinaz sentimiento del ridículo.

«—Tengo demasiadas ganas de reir, decia; tengo un diablo que me hace notar las muecas de los que lloran, aun cuando los amo y los compadezco.»

¡Ah! no tuve necesidad de preguntarle su historia para saber que habia llorado á su vez, que habia dominado el sentimiento de la ironía aquella comezon de reir jamás satisfecha.

La mujer de Enrique apenas me habia visto, y tuvo que hacer algun esfuerzo para recordar mi figura y mi nombre. Por mi parte, le habria tambien hablado sin reconocerla. En mi memoria era la hada de la juventud, vestida de gasa, coronada de flores, abordando la realidad, con el sonrís en los labios, por los verdes caminos de la primavera. Un corazon que nada ha destrozado, miradas que nada triste han visto, un entendimiento que no ha concebido alarmas, oidos que no han escuchado más que palabras dulces, manos que no han llevado sino ramos; la mañana, la flor, la promesa de la vida! Así me pareció el dia de su casamiento, cristiana, mujer, niña al mismo tiempo; armonía de belleza, de fe, de amor, de candor; formal, porque creia; feliz, porque amaba; radiante... Quince años despues era una esposa envejecida por los cuidados de la casa; una hija que habia perdido á su madre, una madre que habia perdido á sus hijos. En su rostro pálido un torrente de lágrimas habia hecho más profundo el surco de los años; en su corazon resignado á la cruz se anidaba el inconsolable sollozo de Raquel. Acordéme de que la llamábamos *Stella matutina*.—Ahora, pensaba yo, deberíamos decir *Mater dolorosa*.

Y en aquel momento mis ojos, que recorrian el aposento azul y que no lo reconocian, se fijaron en una imágen de la Vírgen de los dolores, con el corazon traspasado por siete espadas

FARO DE PRIMER ORDEN EN LA ISLA DE CABRA (FILIPINAS)

Enrique dijo á su mujer que fuese á buscar á sus hijos, que queria enseñarme. Acabé de examinar el cuarto azul.

—No encuentro aquí, dije á mi amigo cuando estuvimos solos, más que tu fisonomía y tu corazon. Habíamos hecho de este aposento un museo, que no es el que veo.

—El gusto de la imaginacion, me respondió, habia arreglado esta antigua decoracion; poco á poco se ha ido reemplazando por el gusto y las necesidades del corazon, por la oracion, por el recuerdo. Ni tú ni yo habíamos pensado en un Crucifijo: hélo ahí. En el sitio que ocupa, habia, si te acuerdas, la cazadora Diana, la cual nos habria consolado menos cuando la muerte ha venido á encender aquí sus blandones! Dí á mi esposa esa imágen de María al pié de la cruz, que ha reemplazado á no sé qué grabado poético, despues del fallecimiento de nuestro primer hijo. Este cuadro, debajo del tocador, en donde estaba aquella gran cacería, representa la tumba de mi padre en el cementerio de su pueblo; por allí empecé á edificar, y los cipreses que rodean el edificio son los primeros árboles que he plantado. A su lado está el retrato de la madre de mi mujer: murió en este aposento, que desde entonces sólo nosotros podemos habitar. Los demás retratos son lo único que nos queda de casi todos los seres queridos que han trabajado y sufrido por nosotros, y que se afanaron solícitos por nuestra felicidad. Este ángel que vuela hácia el cielo es el segundo hijo que Dios nos ha quitado, nuestra querida Teresita. La perdimos el año último, á la edad de seis años. Exclamaba: «¡Dios! ¡Dios! ¿dónde está Dios? ¡Quiero ir con Dios!» Y se llevó los últimos dias felices de su madre.

Los ojos de Enrique se cubrieron de lágrimas. Enternecido yo tambien, paseé silenciosamente mi mirada por todos aquellos fúnebres recuerdos. Mi amigo comprendió mi pensamiento.

—Sí, amigo Luis, me dijo estrechándome las manos, hé aquí á qué viene á parar un cuarto nupcial: al cabo de algunos años es una esquela de luto, escrita por el dedo de la muerte.

Pero, añadió, gracias al eterno Dios, no han entrado en él ni la infamia, ni la desesperacion, ni la aversion; y he podido experimentar que el dolor es como un enviado de misericordia que viene á aumentar la confianza, el amor y la paz!

LUIS VEUILLOT.

MARAVILLA DE LA GRACIA

Tal debe llamarse la conversion del jóven D. José Huertas y Lozano, que, presa de los más horribles estragos de la impiedad, ha vuelto al fin al seno de la Iglesia católica.

El jóven D. José Huertas, que tiene veintitres años, es médico desde los diez y ocho, hermano de otro jóven Huertas que murió en Granada á los diez y nueve años, habiendo ganado á los quince, por oposicion, el grado de licenciado en Derecho. Redactor ó colaborador de *Los Dominicales*, sus escritos han llenado muchos números de esta impía publicacion así como del escandaloso *Motin*. Espiritista, mason... de clarísimo entendimiento y energía extraordinaria é indomable, D. José Huertas ha sido el alma de toda esa secta en Granada, que era el teatro principal de su propaganda.

Por ventura suya, Dios puso en su camino un amigo bueno católico práctico de tan ejemplar conducta, que aquel infeliz, á pesar de sus resistencias, no pudo menos de oir palabras de salud.

Hace poco más de quince dias fué á Talavera el jóven Huertas á hacer ejercicios espirituales con un puñal en la americana para edestripar al primer jesuita que quisiera engañarle.» A los tres dias pedia á voces al Padre que dirigia los ejercicios confesion en estos términos: «Padre, confiéseme usted esta tarde mismo, porque, sino, reviento;» y á los dos dias despues escribia al señor arzobispo de Granada la carta-retractacion que á continuacion van á leer nuestros lectores y á la cual ha contestado ya el Prelado con paternal amor.

Don José Huertas y Lozano ha enviado copia de su retractacion al periódico *Los Dominicales*; y como de seguro se callarán y no dirán una palabra, bueno será que las publicaciones católicas la reproduzcan para que se admire más y más el poder de la gracia de Dios, y pueda servir este hecho de estímulo para la salud y conversion de muchos. Vean nuestros lectores la hermosa retractacion del jóven D. José Huertas y Lozano:

«Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Granada: Mi venerable y amadísimo Prelado. A nadie mejor que á V. E. debo dirigir este escrito, porque nadie ha debido sentir más que V. E. mis extravíos pasados. Que siempre es el corazon paterno á quien duelen sobremanera las faltas de los hijos. Pues este hijo pródigo acude hoy de la manera que puede á echarse en brazos de su bondadoso padre pidiéndole perdon de su extraordinaria maldad, como ya lo ha hecho con gran consuelo de su corazon y con lágrimas de sus ojos á la Majestad soberana.

»Dios Nuestro Señor, cuyo recuerdo, mezclado de cierta confianza y amor nunca perdí, me ha traido amorosamente á este Colegio de la Compañía de Jesús de Talavera de la Reina á hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Al meditar aquí en el retiro y el silencio las verdades eternas en que apenas antes habia parado mientes, he visto las cosas de un modo contrario á como antes las veía, he sentido mudado mi corazon y he creido.

»En virtud de la fé y gracia que el Señor, por su infinita misericordia, me ha concedido, y ayudado por mi Madre y Señora la Inmaculada siempre Virgen María, declaro públicamente, y ante la faz del mundo entero, que creo y confieso todas y cada una de las verdades de nuestra santa fe, que Dios ha revelado á su Iglesia, y que ésta con su magisterio infalible nos propone; que quiero vivir y morir en esta misma fe que de niño recibí, y luego por mi desmedida ambicion, y por ir tras de los vanos y mentidos aplausos del mundo, pisoteé; que detesto y abomino todos los errores que en periódicos, folletos, discursos y pública y privadamente manifesté; que pido perdon al Sumo Pontífice, cabeza visible é infalible de la Iglesia; á Vuecencia Ilustrísima y dignísimo sucesor del glorioso mártir san Cecilio, y á todos los sacerdotes, de los ultrajes con que me atreví á mancillarlos, como igualmente anhelo que me perdonen todos los buenos por los escándalos con que lastimé su fé y apesadumbré sus corazones, celosos de la gloria de Dios, del esplendor de su Iglesia y de la perseverancia en la fe de todos los hijos de aquélla.

»Por consiguiente, para reparar en cuanto sea posible tantos daños como durante algunos años de mi vida con mi errada conducta hice, suplico á V. E. Ilustrísima haga pública esta mi retractacion en la forma que tenga por conveniente, para que así los buenos se confirmen más y más en sus creencias religiosas, y los que van extraviados por las sendas del error y del pecado hagan alto y retrocedan luego para entrar en la que es depositaria de la verdad y de la virtud, la Iglesia católica, apostólica, romana.

»Besa reverentemente el anillo á V. E. I., á quien pide de rodillas su paternal bendicion este su humilde siervo é hijo en Cristo Jesús.—*José Hurtado y Lozano*.—Talavera de la Reina, el dia de la Asuncion de Nuestra Señora de 1889.»

SECCION RECREATIVA

APLICACION DE LA LEY DE INERCIA

Se toma una tira de papel, se coloca sobre una mesa de mármol ó de madera, que esté lisa, de modo que cuelgue algo.

Sobre la parte del papel que cae encima de la mesa, se coloca de canto, en direccion de la tira y no al revés, un duro con el canto liso.

Se coge con la mano izquierda la parte que cuelga de la tira.

Se da un golpe seco con la derecha en medio de ella, y sale el papel de debajo de la moneda sin echarla por tierra, pero no siempre al primer ensayo.

Con *habilidad* se puede colocar sobre la mesa una servilleta fina con objetos encima, v. g., libros derechos, etc.; y si se tira de repente de la servilleta, pueden quedar los objetos sin caerse. Para esto se requiere tirar de ella, haciéndola rozar siempre sobre el borde de la mesa. Esto pide *mucha* destreza.

Algunos llegan hasta quitar la servilleta estando puesta la mesa, sin tirar nada por tierra. No aconsejamos que se haga el ensayo, pues podrá costar caro.

FUGA DE CONSONANTES

.e..i.o á .io. .ue .e .ie.a
.a .e.i.i.a. a.ui
á .e. .o.i..e .a .i..a
.ué .o..i..e .ue.a .o.i.

SOLUCION Á LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR

SAL

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) — Barcelona 28 de Setiembre — Série II.—Núm. 92

RDO. P. BLAS AINSA DOMEQUE DE LA VIRGEN DEL PILAR

RELIGIOSO DE LAS ESCUELAS PIAS DE ZARAGOZA

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La cuestion romana*, I.—*La Revolucion del 89*, VII.—*Las aguas de San Clemente*, por José M. Leon y Dominguez, Pbro.—*Diario de un filósofo*, III.—*La consumbre vence á la naturaleza* (continuacion), por el P. Franco.—*El mas cruel y cruel de los errores*, por Mons. Gaume.—*Nuestra Señora de Ostra-Brama*.—*Noticias generales*.—*La catástrofe de Amberes*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

El Rdo. P. Blas Aznar Domingo de la Virgen del Pilar, *religioso de las Escuelas Pias de Zaragoza*.—Aragon, cuna de insignes Santos é innumerables mártires, de ilustres hombres de la Iglesia y de Estado, de grandes artistas, de científicos y poetas, está de luto por la pérdida de uno de sus más humildes y preclaros hijos. Mayor seria el dolor si en los supremos momentos no le distrajeran grandes desgracias que hacen emigrar á sus queridos y valientes hijos, porque entonces podrian apreciar en su justo valor el talento de tan sabio como modesto Padre escolapio, cuyo solo título es garantía del acendrado amor para con sus semejantes.

Nació en la villa de Hijar (Teruel) el dia 3 de Febrero de 1841. Distinguióse desde niño en los estudios de primera enseñanza, y cursó la segunda en las Escuelas Pias de Zaragoza en clase de alumno interno.

Ingresó en el noviciado de Peralta de la Sal el 13 de Diciembre de 1855; profesó el 14 de Diciembre de 1857, y cantó misa por vez primera el 1.° de Abril de 1865.

Su aficion á las ciencias exactas merced á la indicacion del sabio matemático P. Juan Manuel Palacios, fué tan arraigada que pasaba dias enteros haciendo observaciones con el telescopio y microscopio, llegando ocasiones en que tuvieron que sacarle de ese sopor que la ciencia produce, para hacerle atender á las más urgentes necesidades, algun tanto descuidadas.

Como prueba de lo apreciadas que eran sus observaciones meteorológicas citaremos el hecho, de que, habiéndose presentado al Director del Observatorio de Madrid D. Antonio Aguilar, á quien no conocia, con solo su nombre, puso á su disposicion dicho establecimiento, igualmente que D. Miguel Merino, á quienes ha guardado justísimo reconocimiento y cordial amistad.

Alguna vez se han trasladado á Zaragoza ilustres prohombres científicos con el fin de celebrar un congreso meteorológico en vista de las dificultades que se oponian á la salida del P. Blas.

Igualmente fuele ofrecida la presidencia de la Asociacion científica encargada de estudiar el Mediodía de Francia y Norte de España, por el órgano de la misma *La Revista de los Pirineos*, siendo rehusada por creerse indigno de tan alta honra á la par que por su ya quebrantada salud.

El Director del Observatorio de Madrid mostró más claramente el alcance á donde llegaban sus vastos conocimientos, cuando habiéndosele dirigido cierta persona á consultarle indudablemente despues de saber la opinion del P. Blas, le contestó que era incapaz de resolver lo que éste no habia resuelto.

En la primera etapa de la Exposicion Aragonesa presentó una instalacion meteorológica, otorgándole el Jurado el gran diploma de honor, y por sus trabajos sobre «Microfotografía Científica» referentes en su mayor parte á la anatomía botánica, y «Leyes del movimiento diurno medio de los elementos meteorológicos de Zaragoza,» el título de socio de mérito de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

La Exposicion universal de Barcelona premió sus microfotografías con medalla de oro calificándolas de las mejores presentadas.

Se hallaba condecorado con la cruz de Carlos III, cuya insignia le fué regalada por el Colegio de Zaragoza y con la cual se retrató por acceder á las repetidas instancias de su anciana madre.

El P. Blas publicó varios artículos sin firma sobre las «Estrellas errantes» y «Eclipse de Luna» del año 1888 en diversos periódicos.

Ha escrito un precioso tratado de *Gnomónica popular*, hecho observaciones astronómicas respetadas dentro y fuera de España y formado una coleccion de «Diatoneas españolas,» impidiéndole su temprana muerte ver colmados sus titánicos esfuerzos.

Fué grande su desprendimiento y admirable su paciencia en los sufrimientos. Tan bellas cualidades le valieron sinceras amistades, como se desprende de los centenares de firmas interesadas en su salud y del sentimiento que produjo en Zaragoza su fallecimiento, acaecido el dia de su santo Patriarca, 27 de Agosto último.

La ciencia fué su verdugo, y en esta su ilustre víctima deben constantemente mirarse los soñadores de conflictos entre la religion y la ciencia.

Pendon de plata.—Artística joya con que el Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona se dignó cooperar al mayor lucimiento del Certámen catalanista celebrado en el presente año por la Academia de la Juventud católica de esta ciudad. El premio que nos ocupa y que honra á los Sres. Carreras que fueron sus artífices, fué adjudicado á D. Ramon Nonato Comas como autor del mejor trabajo en prosa sobre la *Vida de san Paciano, obispo de Barcelona*, que con los demás que obtuvieron premio serán publicados en el tomo próximo á salir

San Sebastian.—*Vista general.—Paseo de la Alameda.—Plaza de Guipúzcoa.—La Concha.—Casetas de los bañistas.*

Asentada en la falda del monte Urgullo y en la península que forman sus dos bahías, la de la Zurriola y la Concha, protegida ésta por la isla de Santa Clara, la capital de Guipúzcoa ofrece el aspecto de un amplio anfiteatro, de cuyo fondo se destacan modernos y elegantes edificios, que con las extensas líneas del arbolado de sus paseos combinan armónicamente los verdes tonos con las pizarras de los elevados tejados y los vivos colores de las fachadas de las modernas construcciones abrillantadas por los rayos del sol.

Roto el círculo de murallas que aprisionaba la ciudad antigua, han perdido sus calles y edificios la simétrica monotonía que las distinguia, y surgido á su alrededor otra ciudad con todas las condiciones y embellecimientos que distinguen á las primeras capitales. Su situacion fronteriza, las vías que á ella afluyen y su playa de la Concha, la más bella de todas las de la costa cantábrica, son causas para que durante el verano se duplique su poblacion por el gran número de forasteros que á ella concurren, buscando en la benignidad de su clima el medio con que amortiguar los rigores estivales.

Fácilmente se concibe, dada la posicion de San Sebastian y su importancia como plaza fuerte, que haya tenido que sufrir sitios y cuantas calamidades lleva la guerra consigo, siendo los principales los que sostuvo en 1476, 1512, 1719, 1794 y especialmente el de 1813, que constituye un padrón de ignominia para los ingleses y portugueses. Retirada la guarnicion francesa al castillo, y recibidos como libertadores por sus habitantes, convirtiéronse en vandálicos conquistadores. El saqueo, el incendio, la violacion y el asesinato fueron durante algunos dias la continuada ocupacion de aquella soldadesca desenfrenada, digna de haber figurado entre las huestes de Atila.

Iglesia de santa Gadea en Búrgos.

Cofre del Cid en la catedral de Búrgos.

Las reformas de la ciudad, la piqueta demoledora, los vandálicos ejércitos del primer Napoleon y la accion destructora del tiempo, han hecho desaparecer paulatinamente, unas tras otras, las joyas que para el arte y para la historia atesoraba la capital de Castilla. Algunas han podido librarse de tanta ruina, descollando sobre todas ellas la tan justamente celebrada catedral, monumento incomparable al que va íntimamente unida la memoria de su piadoso fundador, Fernando III el Santo.

Esbelto, gallardo y elegante es, á no dudar, el magnífico *Arco de Santa María*, construido en el siglo XVI, frente al reformado puente del mismo nombre y entre la *Plaza del Sacramental* y la *Gloria*, donde tantos acontecimientos se han desarrollado en la historia de la ciudad burgalesa. Como recuerdo de pasadas edades, figuran en sus bellas hornacinas las imágenes de sus célebres jueces, Lain Calvo y Nuño Rasura; la del repoblador de la ciudad, Diego Porcellos; la del conde soberano Fernan Gonzalez, el héroe de la tradicion y la leyenda; y la de Rodrigo Diaz, en quien los poetas populares personificaron por entero, en sus aspiraciones, en sus ideas y en sus creencias, el reino castellano.

Y ya que hemos escrito el nombre del Cid, á cuyo recuerdo va unido el de la jura de Santa Gadea, no creemos ocioso consignar algunas someras noticias acerca del Campeador y de la iglesia, teatro de uno de los hechos que más le enaltecen. Su fama fué verdaderamente europea, y su nombre lleva el más antiguo monumento de la poesía castellana. Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid Campeador, sintetiza á Búrgos, á Castilla, á España. Sus proezas, sus glorias, sus tribulaciones y su renombre, son las tribulaciones, las glorias y las proezas de la pátria. Su figura descuella vigorosa y potente en el cuadro de los tiempos medios: su carácter simboliza el carácter nacional y compendia y resume un pueblo, siendo el ejemplo constante de todas las virtudes, con cuanto hubo en aquella edad de noble y generoso, de rudo y leal, de guerrero y piadoso, de mezquino y grande.

La figura del Cid cobra proporciones en el rasgo de varonil entereza y acrisolada lealtad, en el imponente acto celebrado en la nave de Santa Gadea, hoy Santa Agueda, cuya humilde fábrica, desprovista de la esplendorosa ornamentacion que enriquece á los edificios de la misma época, ofrece mayor interés; exigiendo de Alfonso, como alférez del reino, solemne y pública protesta de no haber tenido participacion en la muerte de su infortunado hermano don Sancho, asesinado ante los muros de Zamora por Bellido Dolfos. A esta exigencia, que lastimaba el orgullo del nuevo soberano, debió tal vez Rodrigo la prevencion y el injusto proceder que con él guardó Alfonso. Prueba de ello fué la órden de destierro, que dispuso que nadie le diera hospitalidad y albergue, viéndose obligado el Cid, para adquirir vituallas para sus caballeros, á depositar atentamente en manos de Rachel y Judas, logreros judíos de Búrgos, dos arcas llenas de arena, en garantía de seiscientos marcos de plata y oro, con cuyos recursos pudo abandonar el suelo castellano, dejando en los cofres, uno de los cuales se conserva en Santa Gadea, segun dice el romancero, *el oro de mi verdad*.

La Fayette.—Fué el prototipo del ideólogo, el padre del liberalismo revolucionario. Inventó la máxima madre de la Revolucion: «La insurreccion es el más santo de los deberes.» A pesar de lo cual combatió todas las insurrecciones, cuya *santidad* proclamaba. Pronto los Jacobinos le execraron tanto cuanto le habian idolatrado. Mas combatiólas siempre con blandura, y sobre él cayó todo el desprecio de los realistas al par que el odio de los demócratas. La Revolucion le indujo á hacer traicion á su natural valor, y huyó vergonzosamente: más aun, cometió la vileza de abandonar, en frente del enemigo, el ejército de su mando. Nada pudo instruirle, ni hubo experiencia que le hiciese entrar en reflexion, y permaneció esclavo del liberalismo que á tan bajo nivel le habia hecho descender. (Ch. de Herrault: *La Francia revolucionaria*).

Barnave.—Fué uno de los más notables oradores de la Tribuna francesa, desplegando en ella una rara mezcla de gracia y fuerza, gran dignidad, sagacidad en la argumentacion, y sobre todo habilidad en el análisis de las ideas y de los hechos, dándole un lugar especial en la historia de la elocuencia. Figuró con La Fayette á la cabeza del primer grupo de los *Padres del 89*, y tuvo como él iguales defectos, si bien tuvo el buen sentido de retroceder cuando vió el término á que la Revolucion conducia á su país. (*Id. ibid.*)

Acrópolis de Atenas.—Dibujo del natural.

Sepulcro de D. Jaime I el Conquistador, situado detrás del coro de la catedral de Tarragona.—Dibujo del natural.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

La gran epidemia.—Préstamos sobre el honor y sobre la seguridad personal.

Los partes sanitarios que de San Sebastian llegan á Madrid, son más alarmantes que los de Vigo.

Porque acusan la existencia de una enfermedad epidémica y contagiosa que causa más destrozos en el cuerpo social que la supuesta fiebre amarilla que los portugueses combaten ferocísimamente, como de costumbre, con lazaretos, cuarentenas y cordones del mismísimo diablo.

Los casos de tifus que se han presentado en Vigo y que han suscitado en Portugal terrible pánico, tomándolos por casos de fiebre amarilla, son en verdad más inofensivos que los casos de juego que se dan en San Sebastian, donde, segun noticias auténticas, se tira de la oreja á Jorge de la manera más descomunal del mundo.

—«San Sebastian—dicen algunas correspondencias públicas y privadas—estaria hoy desierto si no fuera por los estímulos que ofrece á la tahurería el juego del Casino.»

—«Toda la animacion de la espirante jornada veraniega—dicen otros partes—se ha concentrado en el Casino, donde el *bacarat* y el *treinta y cuarenta* retienen como arañas á las moscas jugadoras, amenazando con tenerlas avecindadas allí todo el invierno.»

—«El juego—dicen otras correspondencias—ha tomado proporciones colosales en el Casino. Se hacen puestas hasta de mil duros. Reinan grandes disturbios entre las familias de muchos desplumados. La consternacion es grandísima.»

Recordarán los lectores que estas noticias son las mismas que circularon el año pasado; y recordarán que el que esto escribe, sin ser profeta, vaticinó que todo lo que sucedia el año pasado habia de repetirse en el presente.

Y tampoco deben echar en olvido que la Regente, el año anterior, movida de un sentimiento de rectitud y justicia, amenazó á su Gobierno con abandonar á San Sebastian si no se cerraba el garito del Casino, cosa que se hizo tarde y mal,

dando lugar á un pleito escandaloso entre los contratistas del juego, que llegó hasta los estrados del Supremo de Justicia.

Pues bien, al progreso al uso le entró por un oido y le salió por otro la advertencia del poder moderador, y héte aquí que con la Regente y su Gobierno ha vuelto el juego á San Sebastian, diciendo á la poblacion veraniega: «Aquí estamos todos.»

Es menester ser españoles ó vivir en España para comprender estas cosas.

Somos el país de Europa que tiene las mejores leyes para reprimir el juego, y hoy por hoy, Dios sea bendito, somos el país en que se juega más.

Como que somos el país clásico de la lotería, una de las rentas más jugosas del Estado liberal.

Al ver que en pos de Corte y Gobierno van los vicios como la sombra tras de la luz, mientras en las columnas del periódico oficial se estampan reglas y reglas para atajarles el paso, lo menos que ocurre pensar es que en el Estado liberal todo es cuestion de juego.

Juego la ley, juego la justicia, juego la moral y juego la pública ventura.

Y así nos reluce á los españoles el pelo, que no parece sino que nos ha nacido á la sombra de un tapete verde.

Pero esta es otra de las grandes conquistas de las libertades nuevas.

¿Con qué derecho se ha de prohibir al tahur que sea tertulio de los garitos, cuando se le concede para serlo del mismo demonio y jugarse con él la salvacion de su alma?

En el país donde algunos de sus más ilustres prohombres se han jugado á cara y cruz hasta la monarquía, no hay que esperar que los tahures dejen de jugarse de dia el lecho en que duermen de noche.

Y hé aquí que ya tenemos poblaciones, como San Sebastian, que son colonias del vicio y no viven más que de él, como el gusano vive del humor de la úlcera que le mantiene.

Nadie podrá disputarnos ya la gloria de ser el pueblo más liberal de Europa.

Se conoce en que todos sacuden su lepra sobre nosotros, y nosotros, en vez de raerla, nos la asimilamos para ostentarla como supremo honor...

Pero ¿es posible que en España tenga el juego todavía peculios que devorar?

Aniquilada la agricultura, exánime la industria, arruinada la aristocracia pura y antigua, no se concibe que haya combustibles para atizar la hoguera del juego.

Y, sin embargo, la estadística de los garitos es fabulosa.

¿Qué se juegan en ellos los tahures?

Primero sus legítimas: luego las de sus esposas, las de sus hermanas, las de sus hijos; y despues... despues las que ponen en sus manos el petardo y la estafa.

Hay leyes tutelares de la familia que se oponen á que el tahur la prive de su propiedad, legítimamente constituida; pero en España la ley no está nunca en vigor, sino cuando lo permite la trampa.

A los garitos los surte de peculios la usura.

Pero no la usura que se ha estilado desde que abolió la tasa del interés y se creó la ley hipotecaria: sino la usura de nuevo cuño, sublimada, depurada y sometida á la más refinada destilería del progreso.

La usura moderna no tenia bastantes presas con las fianzas hipotecarias y los pactos de retro, y ha buscado carne más abundante en otro campo criminal, donde pierde á los hombres con ayuda del diablo.

Un disipador ó vicioso que ha consumido en juegos y orgías lo que le pertenece y no puede disponer de la legítima de su esposa, de la de su hermana ó de la de su madre, tiene todavía prendas pretorias que ofrecer á la usura para procurarse dinero.

Estas prendas son la estafa.

La usura conoce el partido que puede sacar de ellas, y no pierde ripio.

Si se trata de dar dinero á un menor de edad, le exige que presente una cédula escrita de su puño en que consta que es menor de veinte y cinco años, y con semejante recurso hay motivos para enredar al cliente en una causa de falsedad que castiga el Código con prision correccional.

Si se trata de dar dinero á un adulto que ha derrochado su patrimonio, pero que tiene esposa, hermanas ó parientes que pueden sacarle de un apuro, sólo por salvar á su nombre de la infamia, la usura se le presta sobre una escritura de depósito, ó sobre una finca imaginaria que el prestatario inventa para declararse bajo su firma falsificador *nemine discrepante*.

En todos estos casos, menores y mayores de edad quedan apresados entre las uñas de la usura, la cual, si no cobra sus préstamos hechos al 500 por 100, los envia á presidio.

Y ¿cómo lo han de consentir, en la mayoría de los casos, los parientes de la víctima?

A ellos se dirige la usura para cobrar, con sus documentos en regla, diciéndoles: «Venga mi dinero, ó llevo á la cárcel al estafador.»

El recurso no puede ser más demoníaco; pero está en carácter con el progreso desalmado y sin Dios que padecemos, y hay que padecerle como se padecen otras *progresistadas*.

Y hé ahí uno de los cebos con que todavía se mantiene la carne de garito.

Se creerá que en esta pintura de las costumbres dibujamos una excepcion criminal, de esas que pueden ocurrir en todos los tiempos.

Pues no. Semejantes delitos son la historia nuestra de todos los dias, consignada en los procesos innumerables que incoan los tribunales.

De donde pueden inferir los lectores que un órden de cosas semejantes, ó un progreso de este calibre, conspira á un solo fin.

Al de convertir al hombre en una bestia sin entrañas.

LUPERCIO.

Madrid, 24 de Setiembre.

LA CUESTION ROMANA

I

A quiénes se dirige el folleto.—La reconciliacion.—Quién es el que no la quiere

Justísimo es que satisfagamos, en cuanto esté de nuestra parte, la curiosidad general que ha despertado entre los católicos el novísimo folleto editado en el Vaticano con el título de *La verdad sobre la cuestion romana*.

El cual, tiene por principal objeto (y así lo declara en el prólogo) combatir los errores expuestos en el folleto de Mons. Bonomelli, titulado: *Roma e l' Italia e la realtà delle cose*.

Desde luego los partidos extremos tienen resuelta, cada uno á su manera, la cuestion de la soberanía temporal del Sumo Pontífice. Mientras los católicos reclaman como un acto de irreprochable justicia la restitucion completa de los Estados pontificios, los italianísimos por su parte, y con ellos todos los revolucionarios del mundo entero, consideran los hechos consumados como la raíz de un derecho nuevo que ahoga á los derechos tradicionales de los diferentes reinos de Italia, y ni por asomo piensan en ceder un palmo de terreno por el cual quede desmembrada la unidad del nuevo reino fabricado por la invasion piamontesa.

Para unos y para otros la cuestion romana tiene una solucion clarísima.

«Pero entre ambas fracciones hay—dice el folleto—una clase bastante numerosa de italianos, católicos por su religion y amantes al mismo tiempo de la grandeza y las glorias de su patria, los cuales deploran que exista entre el Pontificado y el reino de Italia una lucha cuya gravedad inmensa conocen, sin que vean claro cuándo ó de qué modo deba terminarse.» A estos últimos, á los católicos de buena fe, soliviantados en gran parte por la lectura del libro del obispo de Cremona, se dirige el folleto de que hacemos mérito.

Despues de esta breve introduccion pasa el librito á examinar la importantísima cuestion que enuncia en su primer artículo con el epígrafe siguiente: «La conciliacion.—¿Quién no la desea?»

Hace veintinueve años,—dice,—que se hallan en abierta lucha el Gobierno de Italia y el Pontífice; lucha que, como es natural, se recrudeció terriblemente desde el asalto de Roma en 20 de Setiembre de 1870; fecha desde la cual, realizado el despojo del Papa, quedó éste reducido á la mera condicion de súbdito italiano.

Desde entonces acá, constantemente ha sentido la nacion un malestar tan profundo, que no solo los católicos, sino hasta muchos liberales, desean tenga fin alguna vez semejante estado de cosas, intolerable sobre todo para aquellos católicos que, por desempeñar empleos del Gobierno, hallan mil ocasiones de oposicion entre sus deberes religiosos y sus intereses materiales.

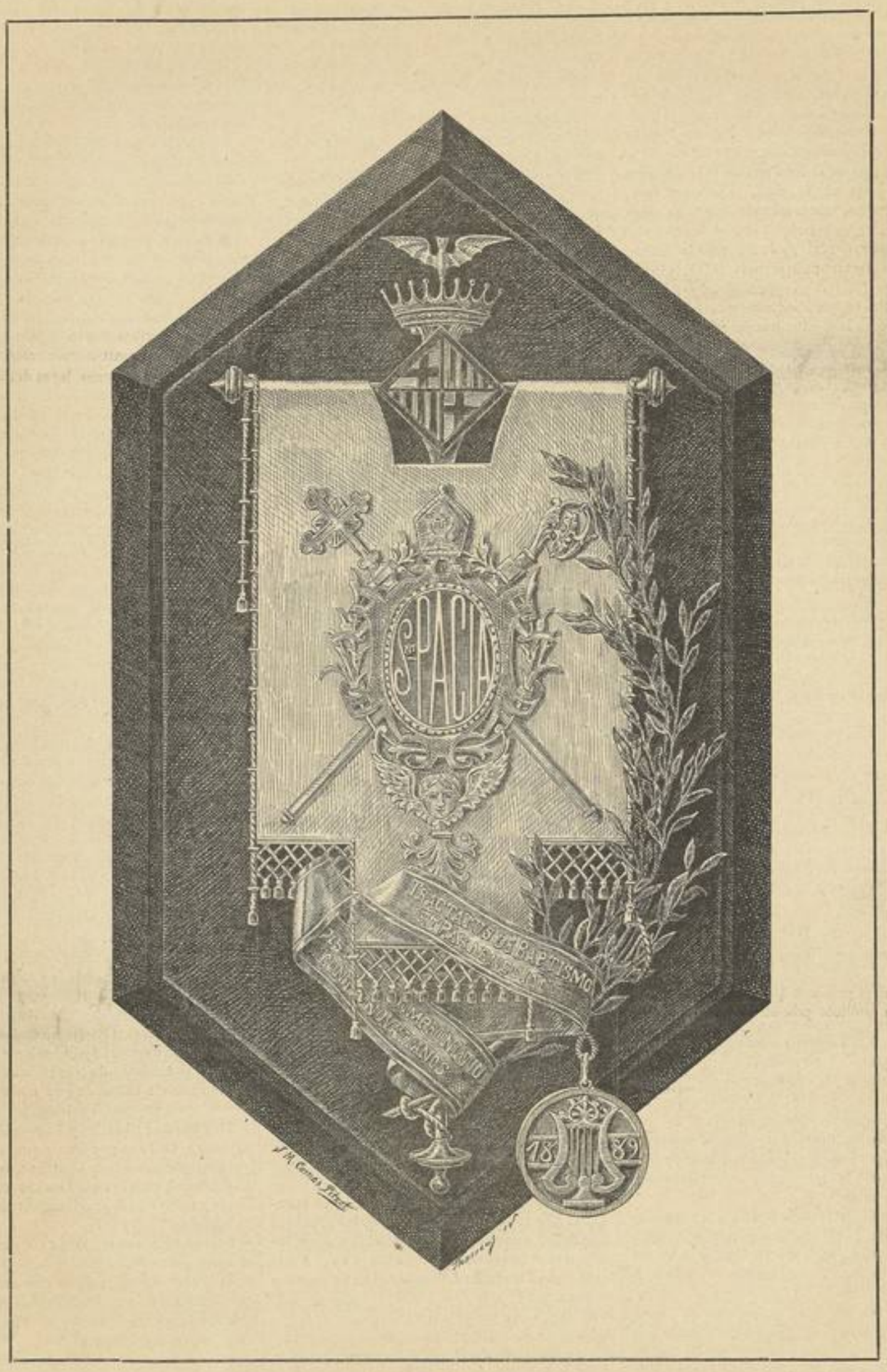
Ahora bien, si todos suspiran por la reconciliacion de los dos poderes, entendida ésta como preliminar de la paz entre la Iglesia y el Gobierno de Italia, *a fortiori* ha de quererla Leon XIII, Vicario de un Dios de paz, y cuya política se endereza á mantener en todos los Estados las buenas relaciones de las potestades seculares con la Iglesia. No habia de ser, y no es seguramente, una excepcion de la regla Italia, la tierra privilegiada por residir en ella la Cátedra del sucesor de san Pedro. Leon XIII no puede consentir que los buenos católicos italianos vivan en contínuo sobresalto, y con grave peligro de no salvarse, á causa de esa guerra cuyo término se busca.

Pero si el deseo de conciliacion es general, ¿quién tiene la culpa de que no llegue á realizarse?

Hay muchos liberales y hasta católicos que recriminan al Papa por esto mismo, porque con sus protestas recrudece la lucha y la intranquilidad general, puesto que, á su juicio, deberia callarse y sufrir en silencio las injusticias que contra él cometen.

Semejante acusacion no puede ser más infundada.

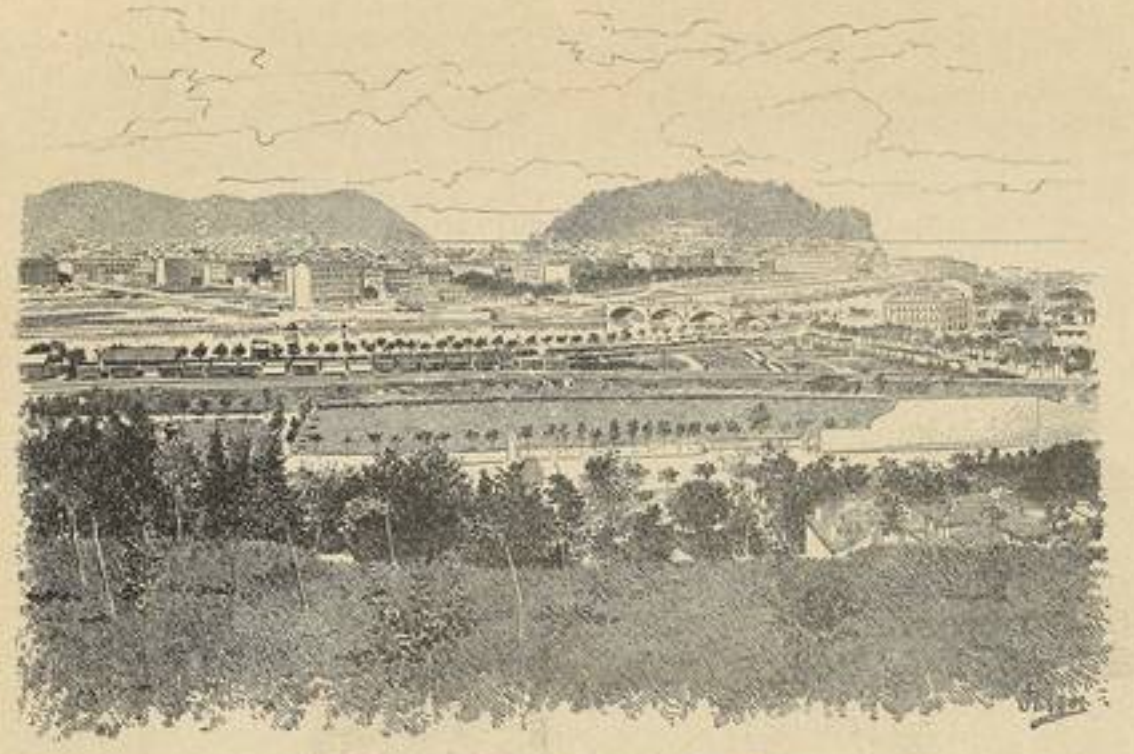
El Padre Santo reclama derechos que, más bien que suyos, son de la Iglesia universal, y, por consiguiente, de su divino Fundador; derechos imprescriptibles y santos, de los que en manera alguna puede abdicar en beneficio de un reino, sea cualquiera. ¿Se quiere que el Papa calle mientras los italianísimos confiesan á voces que no cederán ni un palmo de terreno, ni revocarán una sola de las leyes tiránicas dadas contra la Iglesia? ¿Qué seria una reconciliacion que no tuviese por base la justicia?



JOYA DE PLATA

OFRECIDA COMO PREMIO EXTRAORDINARIO POR EL SEÑOR OBISPO DE BARCELONA EN EL CERTÁMEN CATALANISTA

CELEBRADO ESTE AÑO POR LA ACADEMIA DE LA JUVENTUD CATÓLICA



SAN SEBASTIAN.—Vista general

Por otra parte, al Gobierno usurpador le tocaba haber tomado la iniciativa en las negociaciones para llegar á un acuerdo al menos provisional, siquiera por respeto á los derechos violados, á la tranquilidad de las conciencias, al interés del nuevo reino, á las eximias cualidades personales de León XIII, y para dar una satisfacción á los católicos de todo el orbe. Bien podia comprender que el Papa, destituido de un apoyo eficaz, no se opondria á un arreglo siempre que quedasen á salvo los derechos de la conciencia y el decoro de la Santa Sede.

Pero el Gobierno invasor ni ha querido ni quiere dar este primer paso. Tan es así, que no ha dudado ponerse descaradamente enfrente del país, que sentia un hálito de placer y de esperanza á cada rumor de conciliacion que llegaba á sus oidos.

Otro hecho viene tambien á demostrarlo. A fines de 1887 los católicos italianos recogian firmas para una exposicion á las Cortes pidiéndoles no más que respondiesen á la invitacion que les hacia Leon XIII en su alocucion del 23 de Mayo y entablasen negociaciones para un arreglo.

Sabido es el paradero que aquello tuvo. Aún cuando los católicos procedian correctamente, el Gobierno persiguió de mil maneras á los firmantes; y por último, viendo que esto no bastaba, prohibió la manifestacion cuando ya llevaba 550,000 *firmas*, todas de ciudadanos con derecho electoral.

Es, pues, evidentísimo que el Gobierno italiano no quiere; y como al obrar así contraria los deseos de Italia entera, resulta claro, clarísimo, que el móvil de esta infame conducta no puede ser otro que el mandato de las sectas, llámense masónicas, revolucionarias ó como se quiera.

Y bien, ¿habrá quien insista todavía en acusar al Pontífice? ¿Deberá éste abdicar de sus derechos imprescriptibles y santísimos, reconciliarse con la Revolucion y abrirle sus amorosos brazos de padre? Y aun en el caso de que esto hiciera, ¿habria seguridad de que los gobernantes italianísimos no huyesen de ellos?

Dos no se reconcilian si uno no quiere, y demasiado clara se vé la voluntad del Gobierno. Al principio, á raíz de la usurpacion, podia dudar alguno; hoy, sobre todo despues de las declaraciones hechas en la bacanal de Giordano Bruno, la duda es imposible ya.

Se persigue á la Iglesia con una guerra sin cuartel; se pretende derribar, no ya su soberanía sobre los Estados pontificios, sino su soberanía espiritual sobre las almas. Tales son los designios de la impiedad triunfante.

Despues de esto, ¿sobre quién debe caer la tremenda responsabilidad de que la reconciliacion no sea un hecho? Dejar libre al Gobierno invasor, y acusar al Papa, despojado, prisionero, insultado y perseguido, seria la más atroz de las injurias.

Pero en otros artículos nos dará á conocer el folleto los motivos que tiene para no callar el Papa.

Basta por hoy.

LA REVOLUCION DEL 89

VI

De todo cuanto hemos venido refiriendo hasta aquí esperamos que no habrá nadie que quiera inferir que dentro de aquel horrendo cuadro de pasiones salvajes y feroces delitos que hemos delineado no ofreció otro espectáculo Francia sino el de los más feroces actos de la malicia humana. Ciertísimo es que en aquel breve espacio de tiempo, que no alcanzó más de un lustro, se cometieron en Francia grandes crímenes y la impiedad rayó en un grado de enormidad sin ejemplo: felonías, traiciones, sacrilegios, incendios, estragos, rapiñas y cuanto puede imaginarse contrario á las inviolables leyes divinas y humanas, todo esto y mucho más se perpetró entonces. ¿Quién puede negarlo? «Aquellos mismos—escribe Mons. Freppel—que para disculpar la monstruosidad de estos actos han recurrido al fatalismo, están conformes y contestes en admitir que la revolucion francesa fué «la más espantosa desviacion de la libertad humana, de las eternas leyes del orden moral»; con lo cual corroboran lo que nosotros decíamos, á saber, que se consumaron en corto plazo, y con la acostumbrada locura de entusiasmo de los franceses, tremendas iniquidades.»

Pero tambien es cierto que en aquella noche de barbarie que trastornó de un extremo á otro la region francesa brillaron nobilísimos ejemplos de entusiasmo patrio y cristiano, de lealtad, humanidad y religion. Los malvados llegaron con demasiada frecuencia hasta la ferocidad de las bestias, mas tambien los buenos se elevaron hasta la altura de los héroes. Por una parte, se horrorizó el mundo presenciando el triunfo de la malicia; mas por otra pudo consolarse viendo la antítesis de tal triunfo en hechos de magnanimidad y fortaleza tan maravillosos que recordaban los primeros tiempos del Cristianismo.

Hubo vencedores y vencidos, oprimidos y opresores, verdugos y víctimas; mas así como aquéllos dejaron un nombre aborrecido é indelebles huellas de sangre, del mismo modo éstos han trasmitido á la posteridad una memoria bendita y ejemplos imperecederos de generosas virtudes. Puede concluirse, por tanto, que en ese drama horripilante y sangriento apellidado *Revolucion francesa*, el génio del mal encontró en

SAN SEBASTIAN.—Paseo de la Alameda

el ángel bueno un adversario que, si no logró derribarlo del todo, contribuyó no obstante á hacer menos odiosa su momentánea victoria.

Y á la verdad, la historia de esta revolucion política y religiosa requiere un estudio muy concienzudo, teniendo muy en cuenta todos los hechos, siquiera sean de otro género y naturaleza, para no caer en el error de creer que aquello fué únicamente un cúmulo de males sin mezcla de bien alguno, y un acontecimiento que se desarrolló bajo el imperio de los malvados, sin que los hombres de bien hubiesen hecho nada para contrarrestar su triunfo ó hubiesen protestado siquiera contra aquellas detestables empresas. En efecto; no solamente hubo tentativas de reaccion contra el espíritu revolucionario, que amenazaba quedar árbitro de Francia; no solamente se oyeron demostraciones y protestas cuantas veces se violaban los sagrados derechos de la verdad y de la justicia, sino que tambien, y esto sería increible si no lo atestiguara la Historia, se vieron muchos hombres dar testimonio de su fe en Dios y de su devocion á la Monarquía, con la certidumbre de que este doble testimonio habrian de pagarlo dejando la cabeza en el patíbulo.

Lo que más consuela en este espectáculo de oposicion á los principios y progresos del espíritu del mal por parte de los buenos, es saber que la oposicion tenia partidarios, aunque pocos, no solo en el clero, la aristocracia, entre los hombres de espada y toga, sinó que tambien los tenia en la grande y numerosa familia del pueblo, especialmente el de las campiñas.

En todas estas clases sociales habia corrupcion, y muy grande, y durante algun tiempo, no ya la burguesía y el pueblo, sino hasta los nobles y el clero, parecieron presa del entusiasmo por las falacias de la revolucion. Mas cuando ésta dejó caer la máscara y se manifestó tal cual era, no quedaron en la red de la seduccion sino aquellos á quienes traía cuenta abrazar el partido de la rebeldía: los restantes, esto es, los que conservaban todavía un resto de temor de Dios y un poco de criterio, antepusieron el destierro, la confiscacion de sus bienes, las cárceles y aún el martirio, á todas las promesas de la revolucion.

Y el primero de éstos fué Luis XVI. Mientras se trataba de despojarle de sus soberanas prerrogativas para que fuesen el cebo de ministros ó cobardes, ó traidores ó malvados, jamás dijo este gran rey que nó; pero cuando la Asamblea legislativa le exigió que prestase su asentimiento al decreto que condenaba al destierro á los sacerdotes que rehusaban el juramento en favor del cisma, ni razones ni amenazas pudieron arrancárselo. En vano Dumouriez, su ministro, le recordó que aquello no era sino una consecuencia de la ley que él mismo habia firmado sancionando la Constitucion civil del clero.

—Es verdad; he cometido un gran error,—le dijo Luis XVI,—y de ello me arrepiento; ahora poned vos la enmienda.

Como insistiese el ministro para que Luis XVI firmará el decreto:

—No me hableis más de eso,—repuso el rey; —mi partido está tomado. ¡Dios me es testigo de que yo no anhelo otra cosa sino la felicidad de Francia!

Un momento despues añadió:

—Yo espero para mí la muerte, y anticipadamente se la perdono á mis matadores. Os estoy agradecido á vuestro buen corazon, Dumouriez. ¡Adios! Sed dichoso (1).

Esta denegacion de perseguir la lealtad de los sacerdotes, y este perdon anticipado de la muerte que iban á hacerle sufrir, hace olvidar todos los actos de debilidad que la cobardía de sus cortesanos y la maligna intencion de sus ministros le habian arrancado. Desde aquel momento Luis XVI se presenta á nuestros ojos, más que como un rey de Francia, como un mártir invicto de la fe cristiana.

La increible firmeza de este rey nos trae á la memoria el nombre de un sacerdote de quien tal vez no todos nuestros lectores tengan noticia. Aludimos al abate Legris-Duval

Cuando Luis XVI, en virtud de la más infame iniquidad, estaba condenado á muerte por sus mismos súbditos convertidos en tiranos, aquella alma profundamente piadosa se afligía en la lóbrega cárcel del Temple; y no porque tuviese miedo de la muerte, ni porque lo entristecia la idea de que iba á terminar su vida en el patíbulo, sino porque le faltaba un sacerdote que á la mañana siguiente le acompañase despues de haberle confesado. Esta falta le producía en el corazon una ansiedad increible. ¿Y quién se hubiera atrevido á ir allá y manifestarse sacerdote en aquella época infernal, en que ser reconocido ó delatado por clérigo valia tanto como ser condenado á perder la cabeza por la mano de un verdugo? Mas hé aquí que entonces se presenta de improviso en la Asamblea Legris-Duval, se coloca en medio de aquel antro de fieras, y con firme voz y ademán imperturbable les grita:

—Señores: yo soy sacerdote: me han dicho que el rey Luis XVI será conducido mañana al patíbulo; yo os ruego me concedais cumplir con mi ministerio y acompañarlo.

Hay golpes que caen como rayos y dejan imperecedero recuerdo. Tal fué la impresion que produjo en la Asamblea la palabra del intrépido abate; aquel cubil de feroces carniceros permaneció por un momento mudo y como aturdido; mas en seguida, tomando ánimo y henchido de rabia, intimó al temerario que saliese de allí. Dos horas habian trascurrido y el buen abate no pensaba en retirarse, hasta que, impaciente por la tardanza, entró de nuevo y repitió su demanda. Entonces se alzó de todos lados una tempestad de ironías, burlas, imprecaciones y blasfemias.

—¡Es un emisario del Capeto!—vociferaron.— ¡Un enemigo de la patria! ¡Un conspirador! ¡Un espía del extranjero! ¡Es preciso reducirlo á prision; más aún: conviene enviarlo al patíbulo! ¡Muera el sacerdote!

Y él, como si aquello no fuese nada, no se conmovió siquiera; permaneció firme delante de la Asamblea, de la cual no se retiró sino después que estuvo seguro de que ya otro le habia precedido en tan piadoso ministerio.

Gran ventura fué, con todo, que pudiese escapar con vida de las garras de aquellos desalmados y volver á Versalles.

Pero el nombre de Legris-Duval fué escrito junto al del abate Edgeworth, y el desventurado monarca, si para gloria de la humanidad tuvo abogados que tomaron su defensa, tambien tuvo sacerdotes que le confortasen en la fe para gloria de la Religion.

No sin motivo hemos nombrado á los abogados defensores de Luis XVI. En aquel tiempo, en que los retóricos y *fabulistas* habian desencadenado las pasiones del pueblo contra el Altar y el Trono, fué, á no dudarlo, un hermoso y triunfal espectáculo ver al gran arte de la palabra, á la verdadera y tradicional elocuencia francesa, al servicio de una causa noble y santa, aunque estimada generalmente por perdida.

«No fueron Malesherbes, Trouchet y Desèze los únicos que se prestaron á defender al monarca; otros muchos ciudadanos—escribe Thiers—le hicieron el mismo ofrecimiento y lo hicieron saber al rey, quien, agradeciéndoselo á todos, no quiso aceptar más que los tres citados.»

El primero era un anciano de setenta años, amigo y compañero de Turgot, y el más respetado entre los magistrados de Francia.

En cuanto supo que la Asamblea habia aceptado la demanda de abogados defensores hecha por Luis XVI, al momento tomó la pluma el venerable anciano y escribió al presidente:

«Dos veces he sido llamado al Consejo de quien fué mi señor en los dias en que esta comision era ambicionada por todos: le debo, pues el mismo servicio hoy que han cambiado las cosas de tal manera que muchos juzgarían peligroso semejante cargo.»

Y así era efectivamente. La Convencion no le perdonó nunca la elocuente defensa que hizo de su rey, puesto que, despues de mandarlo arrestar en sus tierras, lo condenó á muerte, que hubo de arrostrar impávido.

Cuando Malesherbes pudo penetrar en la prision del Temple, el rey, al verlo, le salió al encuentro, y el hombre respetable cayó á sus piés arrasado en lágrimas. El rey lo levantó del suelo y permanecieron largo tiempo abrazados.

Pero de nada le sirvieron las defensas. La suerte del infeliz monarca estaba irreparablemente fijada. Todavía, esperando que con interponer ante el pueblo el discurso de apelacion de la inicua sentencia dictada por la Convencion, podria diferirse la ejecucion y cambiar la faz de las cosas, el respetable viejo se hizo introducir por última vez en los claustros de la Asamblea, y con voz sofocada por los sollozos:

—Ciudadanos,—les dijo,—veo con dolor que se me niega el tiempo necesario para coordinar mis ideas sobre el modo de contar los votos... He meditado mucho sobre este asunto; tengo muchas observaciones que comunicaros... pero... ciudadanos... perdonad mi turbacion... concededme tiempo hasta mañana para exponeros mi pensamiento.

Al contemplar las lágrimas y los blancos cabellos del noble magistrado, la Asamblea tuvo un momento de conmiseracion, pero nada mas, porque un instante despues el presidente declaraba que una mayoria de 380 votos contra 310 habia determinado que no se *interpusiera dilacion alguna á la ejecucion de Luis Capeto.*

(Se continuará)

(1) Thiers, *Historia de la Revolucion francesa*, tomo I.

LAS AGUAS DE SAN CLEMENTE

I

Despues de los pontificados de san Lino y san Cleto, que fueron los Papas que siguieron á Pedro, gobernó la Iglesia san Clemente Romano.

De familia patricia, creció en él, juntamente con la edad, un noble deseo de alcanzar la verdadera ciencia.

Esta no podia hallarla en el gentilismo; pero quiso el Señor que por aquellos dias conociese en Roma á los apóstoles Pedro y Pablo, y haciéndose discípulo de tan buenos maestros, mereció que este último dijese de él que era «su coadjutor en la predicacion del Evangelio, hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba escrito por él en el libro de la vida.»

En la suprema dignidad á que habia sido elegido, tuvo que luchar con los tiranos que pretendian extirpar de la Iglesia naciente la fe que el mismo Hijo de Dios habia traido al mundo.

Clemente supo defender con valentía y entereza el sagrado depósito que de sus maestros habia recibido, y un destierro al Quersoneso fué el primer lauro que mereció en la lucha.

II

No fué sólo Clemente quien marchó al destierro: 2,000 cristianos más participaron de los trabajos y dolores del anciano venerable.

Los gentiles, admirados, contemplaban la paciencia de aquellos infelices, nueva raza de hombres, en quienes veian una conformidad que nunca habian hallado en corazones humanos.

Un extraño milagro debia herir su vista para acabar de atraerlos á la nueva religion que seguian los desterrados.

En aquel país árido y seco, en medio de aquellos duros peñascos, que si eran feraces en oro y plata, eran sin embargo pobres, porque nunca sentian abrir sus senos y brotar ricas venas de agua con que apagar la sed; uno de los mayores trabajos de los cautivos consistia en acarrearla á la ciudad, desde un sitio que se hallaba muy distante.

Mas hé aquí que un dia, á tiempo que se encontraban reunidos en una plaza Clemente y sus fieles hijos con gran número de gentiles, brilla en los aires un resplandor purísimo, ábrese la bóveda celeste, rásganse las nubes, y una figura sublime y majestuosa aparece en medio de ellos.

Todos se ven obligados á cerrar los ojos.

El peso de gloria, que acompaña á la aparicion, los abisma.

Sólo Clemente puede contemplarla.

Jesucristo, en figura de cordero, se halla en su presencia.

Y todos oyen una voz llena é inefable que habla así: «Clemente, ahí tienes el agua apetecida.»

La vision desaparece; y en el mismo sitio hollado por el cordero brota al punto, del interior de una dura roca, una fuente de agua fresca y cristalina.

—¡Gracias, Jesús mio!—murmuró el anciano.

—¡Gracias!—repitieron dos mil lenguas impulsadas por un resorte mágico.

—¡Milagro!—exclamaron los gentiles, precipitándose á contemplar la maravilla.

III

Desde aquel momento no hubo más que una religion en el Quersoneso: el Cristianismo.

El milagro de que todos los gentiles habian sido testigos, fué el medio de que se valió el Señor para aumentar el gremio de sus fieles en aquella nueva region.

Tal conversion llegó á oidos del emperador Trajano, y lleno de furia por lo acaecido, mandó al Quersoneso el presidente Aufidio, para que de grado ó por fuerza hiciese volver al culto de los ídolos á los que se habian hecho cristianos á vista del portento.

Pero todo fué en vano.

Los cristianos eran tambien mártires.

Derramaban con gusto la última gota de su sangre, antes que apostatar de la religion divina que los habia cobijado en su seno.

Viendo el ministro de Trajano que no conseguia más que asolar aquella region, puesto que toda ella constaba de cristianos, se propuso convertir toda su saña en el que hacia cabeza entre ellos.

Clemente oyó la sentencia que le condenaba á ser arrojado á lo profundo del mar, atado á una pesada ancla, á fin de que no quedase reliquia del invicto Mártir.

A vista de sus queridos hijos fué precipitado al mar.

El Señor le concedió la corona del martirio.

IV

Al amanecer del siguiente dia un espectáculo extraño apareció á la vista de los moradores del Quersoneso.

Un pequeño rebaño, que caminaba á orillas del mar, empezó á penetrar á través de las aguas.

Hemos dicho mal: las aguas iban retirándose poco á poco de la orilla, abandonando el terreno que siempre habia sido suyo.

Pronto quedó el mar en seco.

Todos corrieron á contemplar aquel nuevo caso.

Casi á distancia de una legua habian huido las aguas, como impulsadas por una mano misteriosa.

Y allá á lo lejos, al acercarse los cristianos, levantado en el seno mismo de las aguas y en lo profundo del abismo, entonces convertido en serena y enjuta playa, ven un magnífico templo de mármol, sin duda fabricado por mano de ángeles.

Mudos de admiracion contemplan que sus puertas giran solas sobre sus bronceados quicios, y penetran en tropel en aquella nueva y maravillosa morada.

En medio del templo aparece un elevado sepulcro, y en él el santo cuerpo del mártir Clemente.

El Señor habia preparado en el lecho del mar el sepulcro que la tierra le habia negado.

A su lado se hallaba el ancla con que le habian arrojado.

El ministro de Trajano no tuvo nada que responder á este hecho milagroso.

El Quersoneso se vió libre de su persecucion: Aufidio voló á Roma á noticiar á su emperador lo que habia visto con sus propios ojos.

Los cristianos quieren sacar de allí el cuerpo del Mártir temerosos de que al invadir las aguas otra vez su terreno, perdieran para siempre aquella preciosa joya.

Pero fueron amonestados por una vision, que no tocasen á Clemente, puesto que todos los años se repitiria el mismo milagro, quedando el cuerpo siete dias expuesto á la pública veneracion.

V

Al año siguiente aguardaban los fieles de Cristo que amaneciese el dia en que debia tener lugar la retirada de las aguas.

Esta se verificó lo mismo que habia sido prevenida.

Siete dias estuvieron las aguas retenidas ante los muros del misterioso templo.

Apenas terminó el séptimo, volvieron á ocupar por otro año su lecho.

Mas al regreso de los fieles, el pesar y la angustia se graban en los corazones de todos, y se levantan gritos lastimeros del fondo de los pechos de un hombre y una mujer.

Han perdido el único hijo que el cielo les habia dado.

Gozaban las caricias de un niño hermoso y angelical, y hé aquí que al salir del templo ha sido abandonado por los padres, creyendo cada uno que venia con el otro.

VI

Al año siguiente volvieron á retirarse las aguas.

Los angustiados padres fueron tambien allá, por si aún podian recoger los restos de su infortunado hijo. Mas al acercarse al templo y al abrirse las puertas ven que el niño les sale al encuentro lleno de vida.

La alegría de aquellos padres no tuvo límites. Los cristianos todos prorrumpieron en exclamaciones de regocijo y veneracion al santo Mártir que habia obrado un nuevo prodigio.

San Efren, obispo de Georgia, y san Gregorio Turonense refieren este milagro en sus escritos, y el cardenal Baronio asegura en sus *Anales* que son tantas y tan auténticas sus pruebas en toda la antigüedad, que no puede ni por un momento ponerse en duda este último hecho milagroso que acabamos de narrar.

José M. Leon y Dominguez, Pbro.

DIARIO DE UN FILÓSOFO

Ó COSAS DEL OTRO MUNDO

III

Nuestro filósofo vivia preocupado con el deseo de conocer LA VERDAD que se habia apoderado de él, sin poder, empero, fijar sus creencias en aquel cristianismo que parecia llamarle á su seno á todas horas, sin que él se atreviese á obedecerle.

¿Qué cosa, se decia, es este dogma de la Trinidad, en el cual hay que creer para ser cristiano? No puedo creer lo que no comprendo. Es cierto que en todos los séres hay *tres* partes distintas que forman un solo cuerpo, pero de eso á creer en un Dios que es uno y trino, hay mucha distancia.

Resuelve estudiar á fondo nuevamente las doctrinas de Aristóteles y Platon: en este último encuentra que no solamente supo elevarse de una manera portentosa hasta el Sér de los séres, sino que vislumbra y casi describe el dogma de la Trinidad.

El Dios de los judíos era un Dios personal, que sólo á ellos se manifestaba, pero Jesucristo anunció que su Padre era el de todos los humanos, y que Él vino al mundo á salvar á todos los hombres, sin distincion de razas. Habló claramente del dogma de la Trinidad, y dijo que para llevar á cabo su mision era preciso el Padre en el cielo, el Hijo en la tierra, y el Espíritu Santo que inspiraria á los Apóstoles.

Despues de muchos estudios, vacilaciones y hondas reflexiones, nuestro filósofo acaba por ver claro que la trinidad está en todas partes: en el pensamiento, en la virtud, en la moral, en la estética, en la sociedad, en las nacionalidades constituidas; recuerda que el filósofo Bichart dice que la vida orgánica se funda en el corazon, el cerebro y el estómago... Si en todas partes, se dice, se encuentra la trinidad, ¿por qué no ha de hallarse en Dios, Creador del Universo?

En aquellos dias nuestro filósofo se estableció en una casa de campo, con su mujer y su hija única, ambas católicas fervorosas. Ellas le suplicaron que para dar buen ejemplo al vecindario, que era muy desmoralizado, las acompañase á misa á la iglesia del pueblo. El filósofo contestó que él no se oponia á que las mujeres practicasen una religion, pero que él por su parte no necesitaba de tal cosa, y mucho menos para dar buen ejemplo y evitar las tontas críticas de los vecinos; que aquellas ceremonias eran propias para entretener á personas ignorantes, pero que eran inútiles para los filósofos y hombres doctos como él.

Su mujer no discute con él, pero éste nota que sus palabras, no solamente la han afligido, sino que la han herido. Él es buen marido y le pesa haberla causado una pena; aquel sentimiento aumenta en él cuando su hija, niña de doce años, le pregunta qué diferencia habia entre la religion de las mujeres y la de los hombres.

En el fondo de su alma cree que debe dar gus-

SAN SEBASTIAN.—Plaza de Guipúzcoa

to á su mujer en aquello, tanto más cuanto que, cuando se casó, viendo que su novia era religiosa, le dejó entender que él pronto se convertiria. Refiere en su Diario que la buena señora ha sido la prudencia misma, y jamás le ha echado en cara su engaño. Una duda le asalta en cuanto á su hija, aquella niña que él quiere con ternura: si se le ocurriese alguna vez á ese angelito imitarle, hacerse libre-pensadora como su padre y rehusar ir á la iglesia para imitarle, ¿qué haria? ¿cómo explicarle que á él le horroriza una mujer incrédula? Recuerda entonces unas palabras que ha leido en alguna parte, sacadas del Evangelio, segun le parece:

«¡Desdichado del que escandaliza á los niños: más le valiera que lo arrojaran al fondo del mar con una piedra al cuello!»

Lo que hace en él más fuerza para no ir á la iglesia es la idea de lo que dirán sus amigos, si llegan á saberlo; una de dos: ó creerán que quiere pasarse al partido clerical, y que es un hipócrita; ó que su mujer tiene influencia sobre él, y es un hombre débil. Resuelve al fin prescindir de esas preocupaciones, y el primer domingo toma su sombrero y acompaña su familia á misa.

La alegria de las dos personas que más ama le causa una grande felicidad.

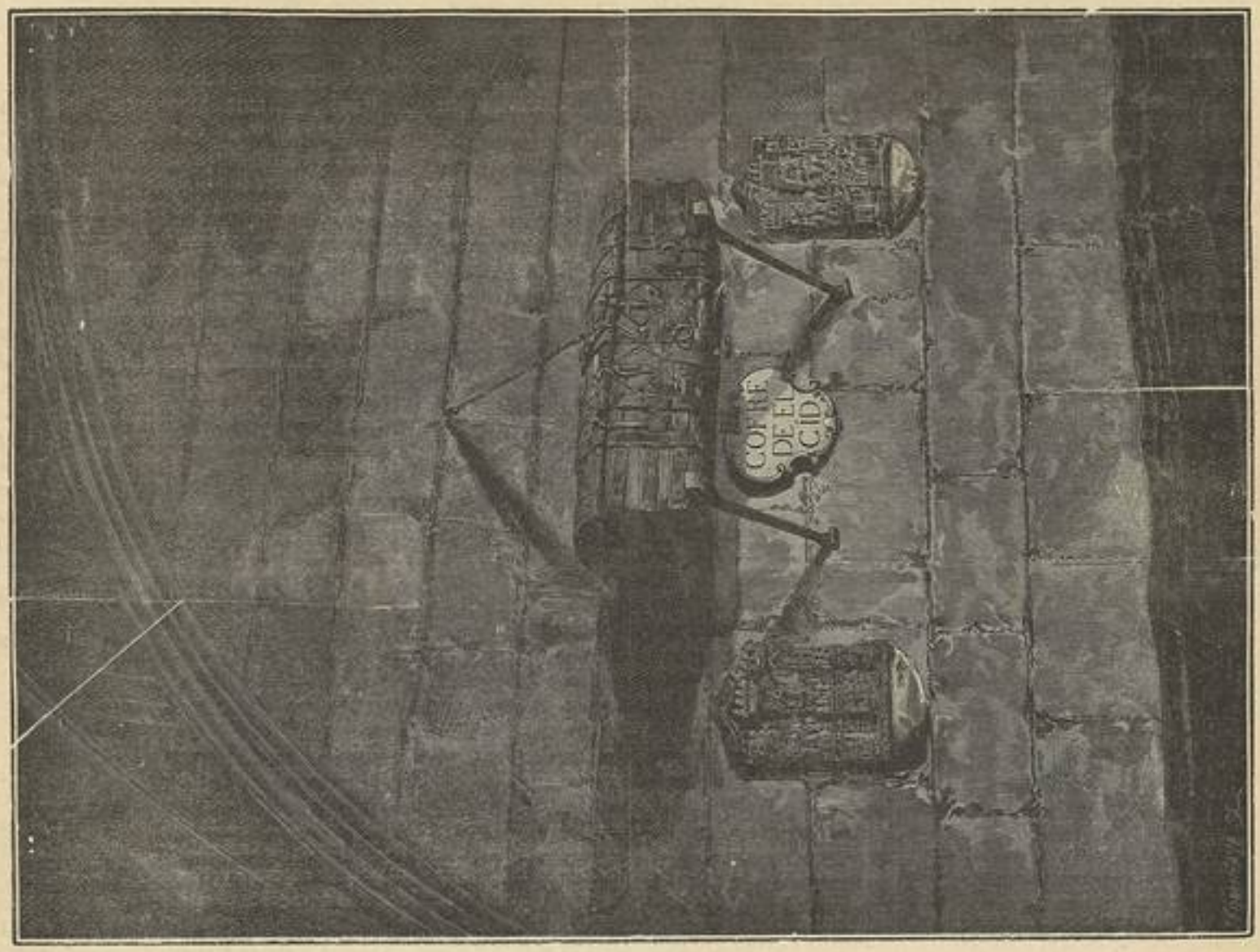
Al dia siguiente se levanta con la aurora, y como empieza la primavera, el campo ofrece el espectáculo más bello. Sale á pasear solo, y la hermosa naturaleza le llena de los dulces pensamientos de su infancia y de la época en que creia con sencilla fe en ese Dios Creador de todas aquellas maravillas. De meditacion en meditacion llega á preguntarse, ¿cómo es posible que haya tanta gente que crea en la Encarnacion de Jesucristo? ¡Un Dios bajar de los cielos para vivir con los miserables humanos!... ¿Cómo es posible? ¿Y á qué vino? á salvarlos del dominio del mal. ¿Qué es ese mal?... Vuelve á su casa preocupado, y empieza á buscar en todas las mitologías de los pueblos y en muchos libros de los filósofos antiguos; y en todas partes—así como en la Biblia de los judíos—encuentra señales claras de la influencia oculta del mal sobre el hombre, y una creencia universal en que el hombre conoció mejores tiempos, y en que su cuerpo gozaba de una dicha que despues perdió. Hace una elocuente descripcion del contraste que ofrece la elevacion del alma humana con su triste

SAN SEBASTIAN.—La Concha

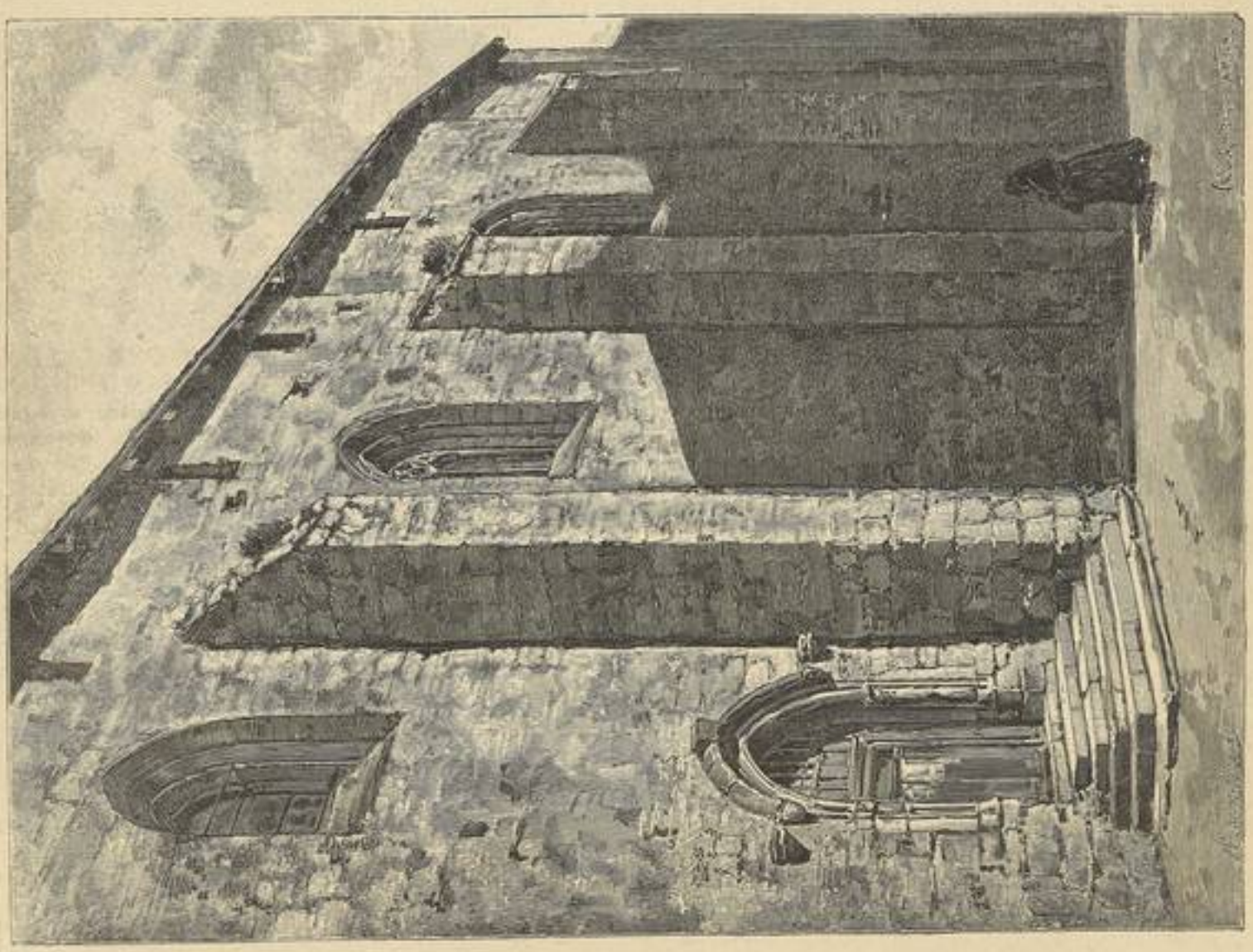
SAN SEBASTIAN.—casetas de los bañistas

nacimiento y aquella debilidad inconcebible de sus primeros años. Sigue al niño en la escala ascendente hácia la juventud: le ve luchar sin tregua con el mal y con las tentaciones que le asechan. ¿Por qué, se pregunta, el alma, que aspira á tan grandes cosas, se encuentra encerrada en un cuerpo que sin cesar procura avasallarla á sus pasiones terrestres? El cristiano dice que esas propensiones del hombre provienen de los pecados de sus progenitores, y lo llama el pecado original.

A pesar de que la filosofía no admite eso que llama una injusticia monstruosa, la preocupacion subsiste en la sociedad y en las costumbres; los hijos pagan las culpas de sus padres; ¿acaso los hijos de los criminales no son mirados con desprecio? Y tambien los descendientes de los hombres virtuosos é importantes ¿no son honrados como tales? Otro tanto sucede con las enfermedades; éstas se heredan, y sin embargo, nadie dice que eso sea una injusticia. Sobre todas estas cuestiones nuestro filósofo discurre larguísimamente. Su razon se resiste á creer en el pecado original, pero piensa que un cristiano no podria negarlo, porque aquél es el fundamento de la



COFRE DEL CID EN LA CATEDRAL DE BURGOS



IGLESIA DE SANTA GADEA EN BURGOS

Religion de Cristo, que vino á borrar esa mancha.

Un día nuestro filósofo recibe una carta de un hermano suyo, en que le nombra padrino de un hijo que le ha nacido. Pero él no puede ser padrino. Es cierto que permitió que bautizaran á su hija, pero eso no fué más que una condescendencia con su mujer, y tambien confiesa por qué no se atrevió á negar á aquella niña una ceremonia que podria quizás influir en su suerte, aunque no se explicaba de qué manera.

Pero en cuanto á servir de padrino, la cosa era diferente. Él no podia salir á garantir el futuro cristianismo de un niño cuando él no tiene fe en Jesucristo. Sin embargo, ¿cómo contestar negativamente á su hermano? Podria tomarlo á ofensa. Resuelve estudiar la cuestion en los libros que tiene á mano. Lo que dicen los Evangelios acerca del Bautismo le parece conveniente. No obstante, lucha contra su naciente creencia, se defiende, cierra los ojos á la luz, llama en su ayuda á la filosofía, pero no puede cerrar la puerta á lo que empieza á ver.

Para ser padrino, se dice, es preciso recitar el Credo: y lo trata de recordar despues de tantos años de no haber pasado por su mente. Cuando llega á aquellas palabras: «Cristo bajó á los infiernos, resucitó de entre los muertos, subió á los Cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre, etc.,» su razon, siempre alerta, sale de nuevo á la palestra. ¿Quién, se pregunta, vió todo eso?... Pero, medita, si admitimos que Jesucristo es Dios, ¿quién le puede negar la facultad de ir al lugar en que sufren los condenados por su Padre á juzgar sus pecados? ¿Y qué tiene de extraño que volviese al cuerpo que abandonó por algunas horas, ni que hubiese subido al Cielo con su cuerpo cuando lo tuvo á bien?

Así, pues, el filósofo piensa que no tendrá inconveniente en recitar el Credo, y escribe á su hermano que será padrino del niño.

Entre tanto sigue estudiando el Credo. En cuanto á la venida de Jesucristo al fin de los tiempos para estar presente en el juicio final, tampoco es difícil de creerlo, si admitimos su Divinidad. Todas las tradiciones de los pueblos hablan de la necesidad de un juicio para poner en claro las acciones de los hombres, y recompensarlos despues de su muerte ó condenarlos á la pérdida de la presencia del Eterno Bien, segun hayan sido su conducta y sus obras. La necesidad de una justicia verdadera despues de la vida es innata en el hombre, que rara vez encuentra que en el mundo lleve cada cual la parte de dicha que debe tocarle. Recuerda nuestro filósofo que Platon habia dicho con aquella asombrosa penetracion que le distinguia: «Estas cosas no las sabremos jamás si no viene un Dios á enseñárnoslas.» Y ese Dios que presentia Platon, ¿no será Jesucristo?

Dos, dicen los cristianos, son los juicios que debe sufrir el alma humana despues de la muerte del cuerpo: primero el particular á su salida de la tierra, y despues, el público y final, cuando concluyan los tiempos. Quedarán entonces perfectamente delineados los campos de los buenos y de los malos: en un lado morará el Eterno con todos los que han tenido fe en El; y en el otro imperará el mal, Satanás, con todo su séquito de condenados al fuego eterno.

La resurreccion de la carne ¿qué es? se pregunta el filósofo. Segun las creencias de los cristianos, el hombre no es alma no más; necesita de su cuerpo para completarse; de manera que al fin de los tiempos el alma humana debe unirse otra vez á ese cuerpo que le acompañó en la tierra, pero purificado por Dios, restaurado, perfecto, y éste debe ser tambien juzgado junto con el alma, puesto que pecaron en compañía. La prueba de que el cuerpo hace parte del hombre, es que Jesucristo subió al Cielo con el suyo. Durante los años y los siglos en que el cuerpo se corrompe y se convierte en lodo, el alma purga sus faltas en el purgatorio ó pierde la esperanza en el infierno; pero para gozar despues del Cielo en toda su plenitud, ó sufrir eternamente por sus pecados, necesita del cuerpo; no es sino unida el alma al cuerpo en la dicha perdurable ó en la desgracia perpétua que se cumplen los decretos de Dios.

Todas estas cosas van entrando gradualmente en el entendimiento de nuestro filósofo, el cual nunca se habia ocupado en estudiarlas; la luz va penetrando en su espíritu, y su alma empieza á percibir la esperanza de poder acallar alguna vez la inquietud que la consume.

(Se continuará.)

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

XI

ALBERTO tenia una tia de alguna edad, que le amaba con ternura, y le habia pagado ya una vez ciertas deudas que á causa del juego habia contraido. A eso de las ocho de la mañana del miércoles, apareció de una manera inesperada é imprevista en la quinta, mientras D.ª Libia, Clementina y su tio, despues del desayuno, se retiraban á sus respectivas habitaciones para procurar algun descanso.

—¡Doña María! ¿Qué novedad es esta?—exclamaron la madre y la hija, así que la vieron bajar sola del carruaje.—Precipitáronse hácia ella con mil muestras de afecto, no sin revelar que esta inesperada aparicion causaba en la una maravilla y contento, y aumentaba en la otra la ansiedad y el temor.

—No, no hay que temer, mi buena Clementina—dijo aquella á la jóven, que estaba trémula al abrazarla,—no vengo á darte malas noticias. Alberto está mucho mejor; estuve con él largo rato ayer por la tarde; le he vuelto á ver esta mañana, y gracias á Dios parece que hoy disminuye el peligro. Eso sí, son precisos muchos cuidados; pero confio que lo que no se haga en primavera pueda hacerse en el verano.

—¡Loado sea Dios!—exclamaron las otras dos respirando fuertemente, como quien se descarga de un gran peso que le oprime.

Introducida en la sala y renovado que fué el antiguo y mútuo conocimiento entre ella y don Cárlos, empezaron á hablar del grave asunto que tenia entónces suspensos y turbados los ánimos de las dos familias. Y tan del agrado era para los tres actuales habitantes de la quinta el hablar de aquel asunto, que la forastera tuvo que prolongar su visita hasta despues del almuerzo.

Esta visita no era de creer tuviese por único objeto el traer buenas noticias. Era tambien portadora de una embajada de Alberto para Clementina. Tenia necesidad de hablar con ella en secreto, y poner en sus manos una carta que su sobrino le habia rogado escribiera, dictándola él, y con su firma.

Por otra parte, conviene saber que pasada la terrible crisis de la noche entre el lunes y el martes, Alberto habia caido en tal estado de melancolía, que no pensaba sino en que habia de morir. Por un lado comprendia que no se le dejaria ver á su prometida en aquel período de su enfermedad, y por otro queria á todo trance abrirle su corazon y mostrarle sus sentimientos.

Con este objeto, cuando por la noche su tia hubo entrado en su aposento, despues de saludarla, la detuvo largo rato, y con la confianza que le tenia como de hijo, le descubrió sus penas, la conmovió, le dictó un billete para Clementina, y obtuvo la promesa de que al dia siguiente iria á verla en su nombre, á hablarle de él, y entregarle el billete; pero todo sin que nadie se apercibiera. Y la buena señora, para tranquilizarle, no mirando la propia incomodidad, le contentó en todo; tanto más cuanto ella no acababa de persuadirse que el melancólico presentimiento de Alberto fuese un delirio de imaginacion calenturienta, ó un terror causado por las afecciones del corazon. Lo hubiera deseado creer, pero no podia. Y aunque los allegados y amigos, y hasta los médicos, parecian opinar de este modo, y así mandaban se hablara, por lo cual ella misma repetia lo que aquellos decian, no perdia sus propias aprensiones, y las esperanzas y congratulaciones que en otros alimentaba, distaban mucho de residir en su corazon. Hé aquí por qué, sin mentir, supo proporcionar tan gratos consuelos en el ánimo de Clementina, de su madre y de su tio, que la miraron como un ángel consolador enviado del cielo; y poco les faltó para suponer á Alberto ya en pié, del todo sano, fuerte y jovial, como una semana antes.

XII

Conforme á la palabra empeñada, habia llegado antes de medio dia el telegrama de D. Vicente, en un todo conforme con las halagüeñas noticias llevadas por D.ª María.

Puede comprenderse cuánto ensancharia esto el corazon de la madre y de la prometida, y cómo volvió la sonrisa á sus labios. El almuerzo, por lo tanto, fué más alegre de lo que se hubiera podido esperar; y, despues de terminado, aún fué más agradable el rato de conversacion que se tuvo á la sombra del toldo. Estando aquel dia D. Vicente en la ciudad, no podian esperarse periódicos ni cartas, pues él mismo lo habia de traer todo por la noche. D.ª María manifestó su deseo de dar una vuelta por el jardin, acompañada de Clementina; levantóse, y cogiéndola del brazo, se dirigieron paso á paso hácia lo más espeso de la arboleda.

—¿Sabes, querida mia, por qué te he traido á solas conmigo? Tengo algo que decirte, y algo que darte.

—¿Tal vez por encargo de Alberto?

—Justamente. Pero oye primero. Ayer se entristeció muchísimo, por figurarse que no podria sanar; y como te quiere tanto, despues de su alma no pensaba sino en tí. Me dijo que, pues no esperaba volverte á ver, queria hacer un testamento para tí y me rogó que yo escribiera lo que él dictaria... ¡Tiene tanta confianza en mí, y yo le aprecio tanto, que no tuve valor para negárselo! Le recomendé que fuera poco á poco y sin ruido; y despues puso él su firma.

—¿Y en dónde está?—preguntó con vehemencia la jóven.

—La tengo en mi librito de memorias.

—¿Para dármela á mí?

—¿Qué duda hay? He venido casi exclusivamente para eso. Pero antes de leerla tén en cuenta que cuando Alberto me dictaba, estaba tan aprensivo por su mal que no pensaba como quien dice más que en morirse. Esta mañana, sin embargo, le he encontrado mucho más despejado y animado. Así, pues, hija mia, no calentarse la cabeza con este billete. Léelo, guárdalo; pero no desesperes.

Dicho esto se lo entregó. Clementina, con mano trémula, lo abrió, se apresuró á mirar la firma, y reconociendo ser de mano de Alberto, exclamó:

—¡Oh! sí, es su firma;—y siguió leyendo. Pero como por la conmocion se le confundian las líneas, se dejó caer sobre un banco de már-

mol, y prosiguió la lectura de la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Para Clementina

«Alberto, desde su lecho de dolor, te manda mil afectuosos saludos. Su mayor pena es no poder quizá volverte á ver. Por si la enfermedad cesase, te vuelvo á jurar la fe prometida. Tú eres de Alberto, y Alberto será tuyo para siempre, áun más allá de la tumba. El amor que te profesa es inextinguible; será eterno. Si alguna vez oyeras á otros decir cosas de él que necesitan perdon, acuérdate que la perfeccion está en imitar á Dios, y su más bello atributo es la misericordia. Guarda á tu Alberto, que te lo pide con lágrimas de sangre, un amor que no muera, y concédele el perdon. Quien no perdona, no ama. —A Dios.

«*Mi testamento.*—Si no puedo ser tuyo en la tierra, quiero serlo en el cielo. Conservarás siempre mi anillo de esposa y mi regalo de boda. Tal vez muera. ¡Qué sacrificio! Pero estoy resignado á lo que Dios disponga, y espero salvarme, gracias á tí en mucha parte. Ruega siempre por mi alma. Mientras puedas, visita mi sepulcro, que estará en el oratorio de nuestra quinta: reza un *Ave María* y un *De profundis*, y déjame encima una guirnalda trabajada por tus manos. Te lo repito: muero resignado y como verdadero católico. Pero moriria feliz si pudiese estar seguro que tu corazon, mientras viva, no será más que de Dios, y del siempre tuyo, vivo ó muerto,—*Alberto.*»

Más de tres veces leyó y releyó la carta la pobre Clementina, dando á entender en su semblante los opuestos afectos que experimentaba su corazon. Despues, poniéndose blanca como la cera, dió rienda suelta á un copioso llanto.

—¿Por qué lloras, hija mia?—le dijo cariñosamente aquella señora cogiéndole las manos.—¿No te he dicho que Alberto, al dictarme estas líneas, estaba sumido en angustiosa tristeza, creyéndose ya muerto? Pero ya es otra cosa; aquella nube pasó, á Dios gracias.

—¿Pero por qué me pide perdon?—interrumpió Clementina sollozando.—¡Perdon á mí! ¿De qué? ¡Pues si es tan bueno! ¡Escribirme que si no le perdono no le amo! ¿Qué me ha hecho que necesite perdon?

—¡Tontuela! ¿No conoces que esas son puras fórmulas? Cuando se está en la agonía, ó uno cree estarlo, siempre vienen deseos de hacer actos de humildad cristiana. Y por otra parte, aunque uno sea santo, ¿no se ha de tener algo que deba perdonar el prójimo? Todos somos frágiles. Cada cual tiene sus defectos. El que no los tiene por malicia, los tiene por temperamento.

—«¡Tal vez muera!» ¡Qué horrible *tal vez!* Ciertamente se cree desahuciado.

—Se lo creia ayer, angustiado con sus lúgubres pensamientos: hoy no.

—¡Ah! ¡Pobre Alberto! ¡Quién se lo hubiera dicho! ¡Hacer su testamento, dejarme su anillo y el regalo de las perlas antes de casarnos! ¡Pobre Alberto!

—Por Dios, hija, atiéndeme y deja de fantasear de ese modo. Si veo que tú tambien te vas poniendo melancólica, ¿sabes qué hago? Te cojo esta carta y la quemo. No perdamos tiempo. Dentro de poco me marcho y volveré á verle. ¿Qué le diré de tu parte? ¿Quieres escribirle?

—Sí, le voy á escribir.

—Pues bien, enjúgate los ojos, y anímate. Te aconsejo que escribas corto; pocas palabras y alegres.

—Le diré que se encomiende á Nuestra Señora de las Gracias, y abandone el temor de la muerte; y si, admitiendo el peor caso, llegase á morir, muera como él quiere, «*feliz*,» pues sólo seré siempre de Dios y suya. ¡Oh! dígale V. esto una y mil veces. Júrele por mí que no seré sino suya; y que mientras Dios me conserve el corazon en el pecho, nunca lo daré dos veces.

XIII

Acercándose á la casa, descubrieron á D. Vicente, que volvia de su expedicion á la ciudad.

—¡Tan pronto!—murmuró Clementina sorprendida.—¡Ay, señora! temo una mala noticia.

Y separándose de ella, corrió á esconderse en un cenador de espeso follaje, rompió una hoja de su libro de apuntaciones, y con lápiz escribió precipitadamente algunas frases inconexas, sugeridas más bien por el corazon conmovido, que por la mente. Firmó, dobló la carta, y volvió á llevársela á D.ª María, diciéndola:

—Aquí está mi respuesta. Pero dígale V. todo; y que anhelo que, vivo ó muerto, sea siempre feliz.

El asombro que produjo en Clementina la anticipada vuelta de su padre, se aumentó al ver la fria acogida que hizo á la tía de Alberto, y más aún el aire hosco é iracundo de su semblante.

—¿Qué tiene V., padre mio, que me parece turbado?

—Mejor harias en atender á tus negocios, entretenida.

—¿Y Alberto?

—Está mejor,—dijo casi con despecho; y volvióle bruscamente las espaldas para apretar la mano á D. Cárlos y saludar á su esposa que le salian al encuentro.

—¿Cómo tan pronto?—le preguntó D. Cárlos.

—He podido despachar antes de lo que pensaba.

—¿Qué tal está el novio?

—Mejor.

—¿Y Felipe? ¿Y D.ª Amalia? ¿Qué pasa que no nos das noticias suyas?—preguntó su esposa.

—Sí, sí; están bien y os saludan.

—Pero tú vienes disgustado. Cualquiera que te viese, diria que te habia pasado algo.

D. Vicente hizo un gesto con la cabeza, y sin decir más subió con paso ligero la escalera y se encerró en su despacho.

—¿Pero qué es lo que tiene?—se preguntaron unos á otros. Clementina estaba fuera de sí, y no escuchaba nada.

Poco despues la tía de Alberto se despedia para volver á su casa: avisaron á D. Vicente, y éste se apresuró á bajar. Fué cortés con ella; pero reservado. No bien hubo subido al coche, cuando un criado llegó precipitadamente con un hermoso ramillete. Era un presente que Clementina queria enviar á Alberto.

—¿Qué flores son esas?—dijo entonces desdeñosamente el padre, cogiéndoselo de las manos.—¿Estás loca? ¿No sabes que el olor de las flores hace daño á los enfermos?

Clementina se sintió desfallecer, y no pudo decir palabra. D.ª María se sonrió, hizo un amable saludo, y partió.

Los demás estuvieron algun tiempo silenciosos mirando el coche que se alejaba, mientras la pobre jóven, humillada, confusa y temblorosa, se cubria el rostro con el pañuelo, queriendo ocultar el llanto que brotaba de sus ojos.

No es difícil adivinar la causa de la extraña variacion ocurrida en D. Vicente. Habia sabido la verdadera historia de la herida de Alberto, y por ella su pésimo vicio, tantas veces repetido, de hacer grandes puestas en los juegos de otros.

Aunque el primo Alejandro habló y gastó mucho para que permaneciese en secreto el suceso y sus particularidades, no pudo impedir que se comentase en varios círculos, habiendo sido tantos los testigos presenciales. De esta manera, de boca en boca, pasó la noticia á un íntimo amigo del padre de Clementina, residente en Milan. Este creyó de su deber dar parte á D. Vicente, apoyándose en la crónica de dos periódicos que narraban el caso, aunque con sólo las iniciales de los nombres, y áun le increpó duramente por tratar de unir á su hija á un hombre que tales escándalos venia dando con sus juegos y desafíos. Pero calló, por ignorarlas, dos circunstancias, atenuantes en gran manera, de la criminalidad del jóven: era la una, que lejos de haber sido provocador para asistir á aquella reunion nocturna, habia sido fuertemente provocado, y que habia venido á las manos con su villano adversario para evitar los riesgos y la culpa de un duelo.

Esta carta, que D. Vicente encontró en su casa precisamente la misma mañana de su expedicion á la ciudad, acompañada de los dos periódicos en que venian señalados los párrafos importantes, le cogió tan de sorpresa como un rayo en cielo sereno. Despues de haber visitado, abrazado y confortado á Alberto con cariño de padre y de haberse detenido largamente con sus padres, habia pasado al telégrafo para transmitir á la quinta noticias tan gratas, expresadas en términos llenos de amor; y aún conservaba el corazon enternecido é inclinado á halagueñas esperanzas, cuando la lectura de la carta y de los periódicos vino á cambiarla por completo.

Al principio no queria dar fe á sus ojos. El suceso le parecia una enorme quimera, un imposible, un sueño. Pero despues, examinadas las crónicas, y sobre todo teniendo en cuenta la probidad y delicada conciencia de su amigo, tuvo que ceder á la evidencia. No podia haber duda. Veia de cerca que el prometido de Clementina, el jugador convertido y penitente, habia vuelto á ser, poco más ó menos, el mismo que años atrás, y que, para escarnio y vergüenza de su inocente hija, se estaba preparando á celebrar con ella las bodas con una de las tachas más infamantes. La idea de haber sido burlado era lo que más le amargaba. El temor de que la innoble aventura de Alberto se propalase por la ciudad le llenaba de confusion. La imaginacion hizo entonces su oficio, y deduciendo de los pocos hechos ciertos otros mil supuestos, llegó á montar en cólera á D. Vicente, ya propenso á ello por carácter y hacerle perder por completo el tino.

Inmediatamente, aunque era cerca de medio dia, hizo enganchar los caballos, impaciente por llegar á la estacion del ferro-carril, y en el camino se pudo á meditar partidos resueltos, prontos é irrevocables.

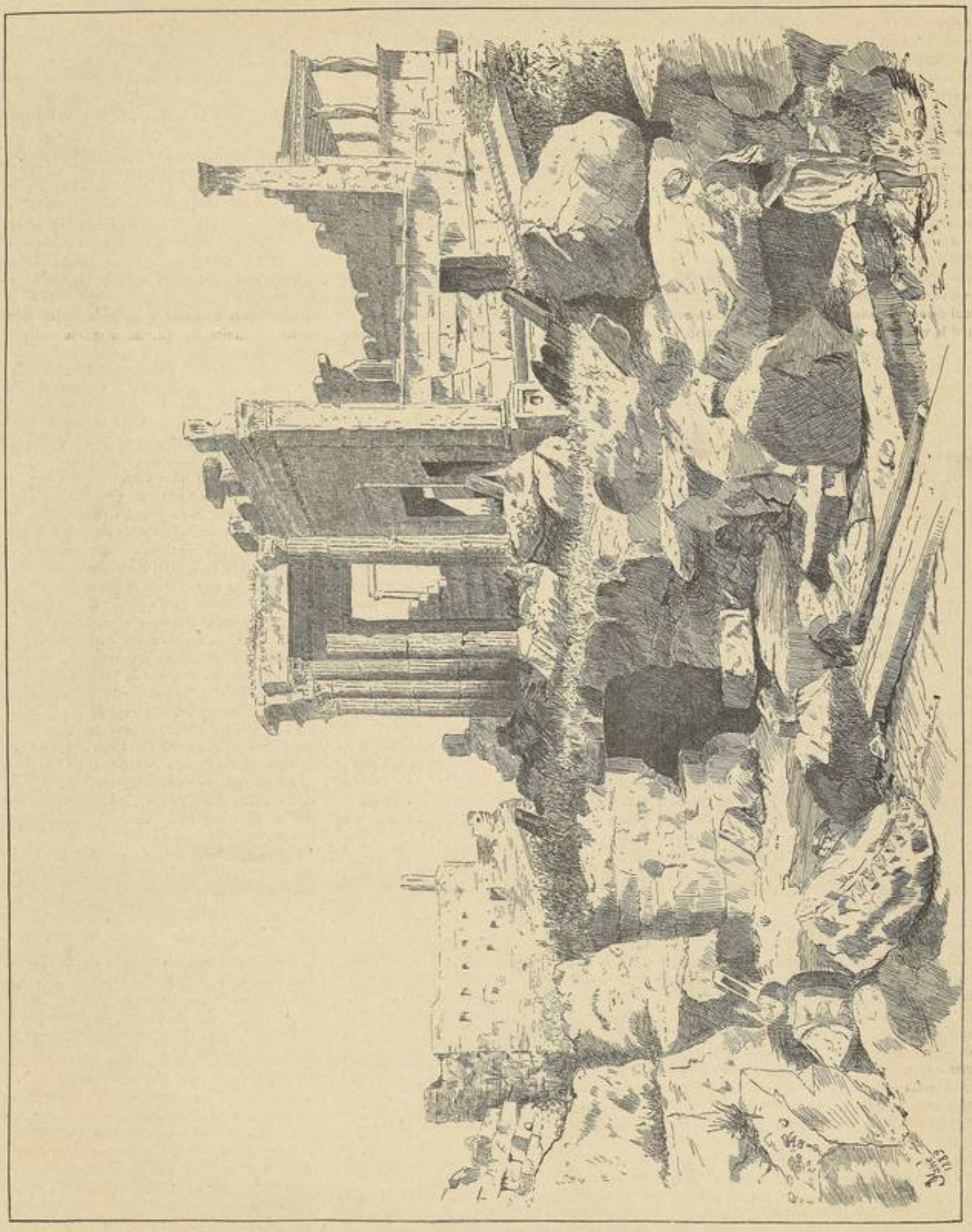
Figúrese el lector lo agradable que le seria el encuentro muy inesperado de la tia de Alberto en su quinta, y el ofrecimiento de las flores que su hija mandaba para su prometido. Fué para é un acto de heróica abnegacion el no acompañar la destruccion del ramo con un solemnísimo cachete á su amorosa hija.

(Se continuará).

EL MAS RADICAL Y CRUEL

DE LOS ERRORES

Siendo yo estudiante, estaba de vacaciones. Era el mes de Setiembre; las avellanas se hallaban en sazon. Se sabia que las mejores se criaban en la falda de una montaña expuesta al sol de Mediodía. Algunos árboles, muchos arbustos, la maleza y las zarzas cubrian el pié de ásperas rocas, desnudas por la



ATENAS.—Ruinas de la Acrópolis

lluvia, y en cuyos abrigados rincones tenian sus guaridas reptiles más ó menos dañinos. Uno de mis compañeros y yo trepamos ágilmente á la montaña, buscando á derecha e izquierda, con nuestros ojos de lince, avellanas que pudiéramos atrapar.

Apenas habíamos dado algunos pasos observamos en la picota de un jóven fresno un pinzon que piaba de un modo lastimero, batia las alas y bajaba de rama en rama sin advertir nuestra presencia ó sin asustarse de nosotros.

Nos paramos á mirar tal espectáculo, cuya causa nos era desconocida. El pajarillo, no obstante, seguia descendiendo, y ya casi llegaba á la altura de nuestras cabezas, cuando bajando la vista vimos al pié del árbol una gran víbora, inmóvil, con la cabeza y los ojos fijos en los del pobre pinzon: lo fascinaba, y fascinándole lo atraia á su tragadero. Comprendimos lo que era, y con un movimiento de brazo, cortando el rayo visual de ambos animales, rompimos el hechizo. Huyó la víbora, y el afortunado pajarito echó á volar, no sin darnos muy bien las gracias, y con razon, que si tardamos un instante más era perdido.

El efecto producido en aquel pájaro por la mirada fascinadora de la serpiente lo produce tambien en sus desventuradas víctimas el error de tomar esta vida por la vida verdadera. Más allá de esta vida no ven nada; más allá de los negocios de esta vida, nada; más allá de las ocupaciones de esta vida, nada; más allá de los bienes y los males, de las alegrías y las penas de esta vida, nada, absolutamente nada. Para ellos todo se encierra en los estrechos límites del tiempo: que se haga la prueba de hablarles de otra vida, de otros intereses, de otros bienes y otros males; como el pájaro fascinado, no ven nada ni entienden nada: van y van y siguen yendo por el camino á que los atrae la engañosa fascinacion.

¿Quieres convencerte de ello por tí mismo? Fíjate en su vida, observa sus habitudes, conoce sus preocupaciones, sus temores, sus ambiciones, sus dolores. Lee sus diarios, sus libros, sus discursos; escucha sus conversaciones íntimas. Diez, veinte y cien veces que renueves la prueba, á todas horas y en todas las circunstancias te dará el mismo resultado. Fascinacion de las bagatelas, *fascinatio nugacitatis*, que no les deja ver los bienes y los males reales, y menos el abismo á que se dirigen: *obscurat bona* (1). ¡Desdichados! ¡Y caen por miles cada dia!

Ciertos locos, que en vez de estar en las gavias andan con el seudónimo de sabios por esas regiones del mundo moderno, que presumen ser palacios de la ciencia, tienen sobre el hombre ideas bien peregrinas. Hace unos cien años que uno de esos maestros pretendia que el hombre habia comenzado por ser una carpa... y se tenia á sí mismo por un pez perfeccionado. Otro decia que el hombre es *una masa organizada que recibe el espíritu de todo lo que la rodea*... y se reputaba un pedazo de lodo. Cincuenta años más tarde, uno de sus discípulos definia al hombre: *un tubo apetitivo y digestivo, abierto por arriba y por abajo*... y se conceptuaba simple máquina. Debo decirte que estas definiciones no corren ya: murieron con sus inventores.

Los locos de hoy dia, más instruidos ya que sus antepasados, han descubierto, gracias á la fisiología comparada, que el hombre desciende del mono. En lugar de admitir nuestra noble alcurnia, y decir con todo el linaje humano: Somos de nuestro padre, que fué de Noé, que fué de Adan, que fué de Dios, ellos se creen hijos, nietos ó tataranietos de algun gorila de largo rabo y agudo hocico, solitario habitante de las selvas africanas. Y se quedan tan honrados, y hacen esfuerzos desesperados por persuadirse á sí mismos y aun á otros. A decir verdad, en vista de sus instintos y de las zancadas que dan, se encuentra uno tentado á concederles tan honrosa genealogía.

Pero no. «Alma abyecta, les dice Rousseau, en vano quieres envilecerte: tu miserable filosofía te hace semejante á las bestias; pero tu genio depone contra tus principios, y el abuso mismo de tus facultades prueba su excelencia á despecho tuyo.»

Mal que les pese á ese puñado de pequeños gorilas, el hombre forma una especie aparte en la cadena de los séres: es la criatura más noble del mundo visible. Dotado de razon y de libertad, es el rey de todo lo que le rodea. Si por su cuerpo, obra acabada de un poder y sabiduría infinitos, toca á los séres materiales, es para dominarlos: en tanto que por su alma, mil veces más noble que su cuerpo, toca á los séres puramente espirituales, y es para ennoblecerse. ¿Quién dirá su dignidad?

Nobleza obliga: ¿quién dirá la extension de sus deberes? Y, sin embargo, la grandeza del hombre desaparece ante la grandeza del cristiano. Hijo de Dios, heredero de Dios; tal es el cristiano. ¿Comprendes, mi querido amigo, semejante grandeza? Ser hijo de un rey es ser algo; pero ¡ser hijo de Dios!

Ser heredero presunto de ricos tesoros, de vastos dominios, de quintas magníficas, de un nombre gloriosamente histórico, algo es; ser heredero de las cinco partes del mundo seria mucho más. Pero ser heredero de Dios, no sólo de sus bienes, sino de El mismo, de su poder, su sabiduría, su majestad, sus felicidades infinitas, hasta el punto de hacerse uno con El, ¡oh, qué herencia! La razon se pierde aquí.

Mons. Gaume.

(1) Sap. IV, 2.

LA FAYETTE

BARNAVE

NUESTRA SEÑORA DE OSTRA-BRAMA

I

Era en 1708. Los desgraciados habitantes de la ciudad de Wilna habian tenido que ver acuartelarse en sus moradas y sufrir las exacciones de los soldados de Pedro el Grande, Czar de Rusia. Nada los exasperaba tanto como las burlas brutales con que sazonaban sus exigencias aquellos hombres cuando veian á los fieles cumplir con sus deberes religiosos. El carácter de los habitantes, en la mayor parte de ellos, es suave, condescendiente y

ATENAS.—Ruinas de la Acrópolis

confiado: además, en sus sufrimientos encontraban gran consuelo en las ceremonias religiosas de la Iglesia católica, de manera que sólo en su fe hallaban tranquilidad y fortaleza.

La vida de los Lutianos es trabajosa, y ganan dificilísimamente su subsistencia con motivo de la aridez de sus campiñas y la abundancia de lugares incultos y pantanosos. Además, como las provincias cercanas son netamente rusas y sus habitantes pertenecen al cisma griego, los católicos se vieron frecuentemente perseguidos y maltratados por sus gobernantes.

Háse puesto Wilna especialmente bajo la proteccion de la santísima Vírgen, á quien profesan sus habitantes especial devocion. Esta ciudad posee una imágen milagrosa de Nuestra Señora, que lleva el nombre de *Ostra-Brama*, nombre de una de las puertas de la ciudad, y que significa *Puerta puntiaguda*, sobre la cual se encuentra la capilla que contiene la Imágen. Está pintada sobre madera, y mide dos metros de altura. El rostro de la Vírgen es ovalado, y su expresion dulcísima; inclínase ligeramente hácia la izquierda y lleva las manos cruzadas sobre el pecho; en resúmen, toda ella respira un aire suave y maternal. No se sabe quién pintó la preciosa Imágen, pues no se ha hallado documento alguno que lo diga, aunque sí se sabe que es muy antigua. Lo único que se ha podido sacar en limpio es que mucho antes de 1726 ya la veneraba el pueblo, y que desde entonces ocupaba el nicho en que se encuentra hoy, encima de la puerta de la ciudad, en torno de la cual se edificó la capilla, lo cual se hizo por instancias de un Religioso Carmelita, llamado Fray Cárlos, grande y popular predicador. Mientras fabricaban la capilla, el buen Religioso mandó llevar la Imágen á la iglesia parroquial, y en 1671 fué transportada con gran pompa y depositada otra vez en su puesto, en presencia del obispo Alejandro Sapieka y de todos los empleados civiles y eclesiásticos de la ciudad.

Entre multitud de milagros que refieren en Wilna acerca de las mercedes que han sido concedidas á los devotos de la imágen de Ostra-Brama, hay uno que llama particularmente la atencion.

El 18 de Mayo de 1706 se incendió todo el barrio de la ciudad que linda con la capilla; el convento vecino y la iglesia empezaban á arder, y ya amenazaba el fuego la capilla de la Vírgen, cuando los monjes sacaron la Imágen de allí y la llevaron á la iglesia. No bien pasó el dintel del templo, cuando el fuego se apagó como por encanto en todas partes, y no se sufrió tanto como se habia pensado en un principio. Desde aquel acontecimiento se invoca siempre, durante los incendios á Nuestra Señora de Ostra-Brama.

II

En las cercanías de la capilla de la Vírgen había una casucha en que vivia una anciana viuda, con su nieta Vanda, preciosa niña de diez y ocho abriles.

Volvió un día Vanda de la fuente, y como su abuela notase que estaba bañada en lágrimas, la preguntó qué tenia.

—Temo que suceda alguna desgracia á la Vírgen de Ostra-Brama, respondió.

—¡Niña!—exclamó la anciana con severidad;—¿no sabes que eso que dices prueba falta de fe? ¿Acaso crees que Nuestra Señora desde el cielo no podrá proteger su santa Imágen?... Pero, ¿qué has oido? ¿Acaso algun nuevo insulto contra ella?

—No,—contestó Vanda,—pero ya comprendo el por qué de las burlas de los rusos hácia nuestra Imágen, cuando ellos tambien tienen las suyas que veneran, y por consiguiente no tienen por qué mofarse de las nuestras.

—No te comprendo, hija mia.

—Voy á explicároslo, abuelita. Volvia yo de la fuente, cuando al pasar por la puerta vi dos soldados rusos conversando con tanto interés, que no hicieron alto en mi persona ni se recelaron de que yo les escuchase. No se burlaban de nuestra querida Vírgen, como otras veces, sino que hablaban de las ricas preseas que encierra la capilla y las joyas de piedras preciosas y los vestidos de oro y plata que se le han regalado y que le ponen en los dias de fiesta. Uno de los soldados dijo que era una lástima que todas esas riquezas perteneciesen á una Imágen venerada por los católicos; y añadió (creo que estaba ébrio) que cualquiera que se hiciese dueño del manto de plata y de la corona de diamantes dejaria para siempre de ser pobre. «Así será, dijo el otro, pero ¿quién se atreveria á poner la mano sobre la Vírgen? Las cosas sagradas llevan consigo la desgracia cuando se las hurta, y el ladron podria morir nada más que con tocar una hilacha de la vestidura de Nuestra Señora.—¡Cobarde! exclamó el otro. No es sino una Imágen de católicos, muy diferente de las nuestras... Si quieres acompañarme en la empresa, dividiremos las ganancias.»

—¡Jesús, Jesus!—exclamó la abuela espantada, —¿y qué dijo el otro soldado?

—Entonces, abuela,—continuó Vanda con entusiasmo,—no pude contenerme, y acercándome á los sacrílegos les dije que tuvieran entendido que la Vírgen protegia desde el cielo su imágen de Ostra-Brama, y que no dudasen que serian castigados los que se atrevieran á robarla.

—¡Dios eterno!—exclamó la anciana,—¿te atreviste á hablar á aquellos bandidos... á amenazarlos?... ¿Y ellos qué dijeron?...

—No me aguardé. Salí corriendo antes de que volvieran á hablar, pues habian enmudecido de sorpresa.

La abuela opinó que debian ir inmediatamente á dar parte de aquel hecho á los monjes que cuidaban la Imágen para que ocultaran los tesoros de la Vírgen; pero ya era muy tarde, y á esa hora no podian llamar á las puertas del convento, así fué que resolvieron volver al dia siguiente.

Vanda decia que los centinelas se habian sorprendido tanto de que una mujer de Wilna se atreviese á dirigirles la palabra, cosa que ninguna habia hecho, que probablemente desistirian en aquel dia.

Efectivamente, los rusos admiraron la audacia de la niña, pero apenas se alejó, Iván se rió de ella, burlándose de sus palabras.

—No te rias,—repuso el otro;—esa muchacha tiene razon...

—¡Razon!...

—Sí, cosas más raras se han visto. Yo, por mi parte, y bien sabes que no soy cobarde, jamás me atreveria á robar el menor objeto de la capilla de la Vírgen.

—¡Muy bien!—gritó el otro riéndose á carcajadas.—No eres cobarde, ¿quién lo duda?... pero tienes miedo.

—Anda á dormir,—dijo el primero;—tienes en la cabeza más aguardiente del que puede contener, y no sabes lo que dices, pues si no fuera así...

Semenek le dió un ligero empujon, y entonces Iván, que no podia dar un paso sin caer, se asió de la pared, y sintiendo sueño se arrastró hasta el cuerpo de guardia, se acostó sobre la estufa, y á pocos momentos roncaba á su sabor.

III

Una vez Semenek se quedó solo, le vino el recuerdo de su madre y de su novia, las cuales habia dejado en un pueblecito del Norte de Rusia. Estaba ansioso, pues habia oido decir que varios pueblos de su provincia se habian incendiado (desgracia muy comun en Rusia). Afligíase al pensar que quizás jamás volveria á ver á su anciana madre y á su querida Olga, la de los ojos negros, que habia jurado concederle su mano cuando él volviese de la guerra.

¡Qué calamidad es para Rusia el incendio! Como la mayor parte de las ciudades y de las aldeas se construyen de madera, resulta que cada poblacion se renueva cada cinco años, pues sin cesar se destruyen por los incendios, unas veces parciales, y otras generales; ya por descuido de los habitantes, ya porque los enemigos se vengan unos de otros incendiando las casas.

Semenek era el tipo del labriego ruso de la mejor clase; su abierta y franca fisonomía inspiraba confianza y era muy simpática. Aunque ignorante como todos sus compatriotas de la clase á la cual pertenecia, tenia buen sentido, y poseia además cierta delicadeza de sentimientos que lo preservaba de los vicios tan comunes en los soldados sus compañeros. No se embriagaba siquiera, —cosa sumamente extraña en el ejército ruso,—y á esto debia la influencia provechosa que ejercia sobre los demás.

A pesar de la diferencia de religion que dividia á los habitantes de Wilna de los rusos, éstos no podian menos que sentir veneracion hácia la Vírgen de Ostra-Brama, veneracion unida á cierto temor, el cual habia impedido hasta entonces que los soldados se apoderasen de los tesoros que encerraba la capilla de Nuestra Señora, á pesar del deseo de bienes ajenos que los distinguia.

Como Semenek era hombre honrado, indudablemente hubiera recibido con indignacion las criminales propuestas de Iván, aunque éstas no hubieran sido al mismo tiempo un sacrilegio; pero pensó que aquellas palabras no provenian sino del capricho de un ébrio, palabras que sin duda olvidaria cuando le hubiese pasado la embriaguez.

Como decíamos, Semenek no tenia por entonces otro pensamiento que el de su madre y el de Olga.

Ocurriósele entonces pedir á la Divina Providencia auxilio en su ansiedad, y maquinalmente se dirigió á la capilla, entrando por la galería que servia de entrada á las mujeres, pues la entrada principal se hallaba en el interior del vecino monasterio.

Una vez dentro, permaneció un rato cerca de la puerta, mirando desde allí la divina faz de la Vírgen, y aun permaneciera más tiempo á no haber interrumpido su meditacion una ahogada exclamacion de espanto.

Volvió los ojos hácia la puerta, y vió á la jóven que un rato antes habia hablado con tanta franqueza á Iván; á Vanda, que lo reconoció como compañero de aquel que habia hablado de las riquezas de la capilla, y pensó que estaria allí aguardando alguna oportunidad para llevar á cabo el robo que habia premeditado con su compañero.

—No temas,—dijo él sonriendo;—¿acaso me crees capaz de hacerte algun mal?

—¡A mí no!...

—¿A quién, pues?

—Querríais robar los tesoros de nuestra Vírgen de Ostra-Brama, ¿no es así?—añadió sin temor y llena de una santa indignacion.

—¡Yo! ¡Jamás!...

—Pero...

—¿Por quién me tomas?

—Estabais hace poco con uno que pensaba en ello.

—Nunca he imaginado tal cosa.

Y se persignó espantado él mismo con aquella idea.

Vanda le miró con menos temor.

—Pero yo oí vuestra conversacion,—dijo.

—Oiste á Iván, el cual, como de costumbre, estaba ebrio y decia cosas que en su juicio no haria jamás. Te aseguro que mi compañero no tiene malas intenciones; no es sino un charlatan y un jactancioso, hablador y nada más, y no se atreveria á tocar los tesoros de la Vírgen por ningun motivo, como no lo haria yo tampoco, aunque me mataran.

—De todos modos,—dijo Vanda,—he de poner ante la sagrada Imágen esta vela para que Nuestra Señora defienda su capilla de toda profanacion.

Semenek la estuvo mirando atentamente mientras ella encendia su vela y la ponia al lado de otras que habia allí.

—Mucha confianza teneis en la Vírgen de Ostra-Brama.

—¡Muchísima!

—¿Es cierto que hace unos seis años varios soldados suecos la insultaron, y ella los castigó patentemente?

—Es la pura verdad.

—¿Y os consta eso?

—Tenia yo unos doce años,—repuso Vanda,—cuando aquello sucedió, pero no podré olvidar nunca el terror y la emocion que causó ese milagro en toda la ciudad.

—Cuéntamelo.

—Acababa Cárlos XII de apoderarse de Wilna. Habian puesto centinelas en todas las puertas de la ciudad. Los cuatro soldados luteranos á quienes tocó hacer la guardia de la puerta de Ostra-Brama se pusieron á burlarse de la santa Imágen y de todo lo tocante á la religion católica. Se sentaron á la puerta, y no cesaban de reir, jugar, beber y referir los cuentos más horribles contra las Imágenes sagradas, y aun contra la misma Vírgen Santísima. En tanto que tenia lugar aquella orgía, se oyó de repente un ruido sordo como un trueno, y tembló la tierra, llenando de pavor á los centinelas. Trataron de huir, de buscar las armas, pero no pudieron, porque sin saberse cómo se separaron las grandes puertas de bronce de los goznes que las sostenian, y cayendo sobre dos de los blasfemos, los aplastó, dejándoles muertos en el sitio, y lastimando tanto á los otros dos, que, aunque los llevaron al hospital, los cuidados sólo prolongaron sus sufrimientos, muriendo algunas horas despues.

—Oye, dijo Semenek: ¿tienes la seguridad de que si se ruega fervientemente delante de esta Imágen, la Vírgen nos concede lo que le pedimos?

—Lo repito... ¿cuántas veces más quereis que os lo asegure? Nuestra Señora siempre recompensa al devoto de esta Imágen.

—Pero como no soy católico... es probable que la Vírgen no me haga caso...

—¿Y qué deseabais pedirle?

—Que protegiera á mi madre y á Olga, mi prometida esposa, cuyas casas pueden estar ardiendo á esta hora.

—¿Y por qué no la habíais de invocar?—exclamó Vanda con viva entonacion.—Los griegos venerais como nosotros á la Santísima Vírgen...

—Es cierto.

—Entonces no desconfieis; orad y veréis cómo Ella os oye. ¿Quereis que os traiga un cirio como el mío, para que lo pongais delante del altar?

Semenek aceptó, lleno de gratitud, aquella propuesta.

—Pero,—dijo,—si una niña como tú me ayudara á rogar por mi madre y por Olga, la Vírgen escucharia mejor nuestros ruegos unidos.

—Con mucho gusto haré lo que deseais, con la condicion de que vos tambien oraréis y pediréis conmigo que no se perpetre en esta capilla ningun sacrilegio.

Prometió hacerlo Semenek y ambos se arrodillaron y rezaron fervorosamente delante del altar.

IV

Vanda dejó al soldado en la capilla y regresó alegremente á la casa de su abuela. Ya nada temía, é hizo mil esfuerzos para que la anciana se tranquilizase; pero los viejos, con más experiencia, comprenden mejor la vida, y no confian, como los jóvenes, en las apariencias.

Por su lado Semenek se sintió más aliviado; creyó firmemente que Nuestra Señora no dejaría de proteger nunca á los que la invocaban; pensó con encanto que aquella noche, despues de que concluyera su guardia, podría dormir con una tranquilidad de que hacia dias no gozaba, y se retiró al fin lleno de confianza.

Los dos cirios continuaban encendidos delante del altar. Vanda, en su sencilla fe, creía que mientras continuaran ardiendo, sus oraciones serian escuchadas; así es que los habia escogido entre los más altos y más gruesos, de manera que se mantuviesen encendidos toda la noche. Los que habia antes fueron acabándose unos tras otros, y al fin no quedaron ardiendo sino la lámpara de la capilla y los dos cirios de Vanda y Semenek... De repente se abrió poco á poco la puerta que comunica el santuario de la Vírgen con el claustro, y apareció en ella un bulto.

No era un monje carmelita; era un soldado ruso, quien miró en torno suyo con una expresion entre feroz y asustadiza. Llevaba los vestidos desgarrados y las manos llenas de arañazos y chorreando sangre, lo que probaba cuántas dificultades habia encontrado para escalar los muros del convento. Su evidente susto provenia de la impresion que sentia al pensar en la profanacion que iba á cometer en aquel santuario. Se estremeció al notar cómo el aire movia la llama de los dos cirios produciendo sombras que crecian y menguaban con misteriosos movimientos.

—Valor, se dijo al fin con resolución; no he venido aquí á temblar como un estúpido.

De un salto subió al altar, y con temblorosa mano agarró un lado del vestido de plata cubierto de pedrería, y lo soltó; iba á arrancarlo por completo cuando se sintió sin fuerzas y cayó como un cuerpo inerte al pié del altar. La blanca luz de los cirios inundaba el cadáver del ladron, castigado por la venganza divina antes de que hubiera tenido tiempo de cumplir su sacrílego intento.

V

Apenas se levantó Vanda al dia siguiente, cuando notó que multitud de gente rodeaba la capilla. En aquel momento entraba su abuela de la calle, quien le dijo:

—¡Esto te enseñará, hija mia, á confiar en soldados rusos! Al que ayer tarde rezaba con tanta devocion en la capilla de la bendita Vírgen, se le encontró esta mañana muerto al pié del altar, en el momento en que trataba de robarla!

—¡Eso no puede ser, abuela!—exclamó Vanda.—No será el mismo.

Corrió á averiguar el hecho sin detenerse más.

Los monjes, al entrar muy temprano en la capilla, habian encontrado el cadáver del centinela ruso, muerto en el acto de arrancar el vestido de la santa Imágen.

Aquel milagro causó hondísima impresion en el ejército ruso. Todos los soldados quisieron ver al ladron; hincáronse frente al cadáver, haciendo cien veces seguidas la señal de la cruz, segun la costumbre rusa, y cuando llegó Vanda al sitio en que lo tenian, no pudo acercarse: despues de mil esfuerzos para ver al muerto, como no pudiese lograrlo, regresaba á su casa, repitiendo casi en voz alta que el criminal no podia ser Semenek, cuando se lo encontró cara á cara.

—¡Ah!—exclamó ella;—¡bien me decia yo que no podíais ser vos!

—¡Cómo!—contestó él.—¿Tenías valor para sospechar de mí? Mi única falta estuvo en no hacer caso de las palabras de Iván. ¡El fué el sacrílego y tambien el castigado! ¡Nuestra Señora de Ostra-Brama escuchó tu oracion.

—¡Qué cosa tan terrible!—dijo Vanda.—Yo sabia que ella me escucharía, pero creí que el criminal abandonaría su idea antes de ponerla en práctica.

—Dios le juzgó,—repuso Semenek con solemnidad;—y lo que Él hace es siempre bueno. Pero, —añadió cambiando de expresion,—queria decirte que mi oracion tambien fué oida.

—¡Cómo! ¿tan pronto?

—Sí, un mensajero que llegó esta mañana de mi pueblo, me acaba de decir que aunque el pueblo en que viven mi hermana y Olga ha sido incendiado, las casas de las que yo amo quedaron intactas, y ellas no han sufrido nada.

Ambos fueron á dar las gracias á Nuestra Señora de Ostra-Brama, orando con fervor al pié del altar.

Semenek refirió á sus compañeros cuanto le habia sucedido, todo lo cual impresionó doblemente á los soldados moscovitas, quienes desde entonces tuvieron gran devocion á la Vírgen de Wilna.

Vanda, que era muy piadosa, á la muerte de su abuela, al verse sola y desemparada, consagró el resto de su vida á Dios y acabó su existencia en un convento.

NOTICIAS VARIAS

Aunque no sea ningun descubrimiento, sin embargo, en Roma y fuera de Roma ha llamado mucho la atencion el libro publicado por Thouvenel, hijo del Ministro de Negocios extranjeros de Napoleon III, en cuya publicacion se contiene la correspondencia entre dicho Thouvenel (padre) y los embajadores franceses en Roma y Londres durante los años de 1880, 81 y 82.

El diario del almirante Persano y las correspondencias citadas son documentos en que se ven á las claras las causas, pretextos y medios de llevar á cabo los cambios políticos realizados en Italia en pocos años. Por sus propios hechos se ven retratados los autores, traidores en su mayor parte, los agentes inconscientes de la trama, las relaciones de Napoleon con los carbonarios, el dibujo de Roma hecho en las Tullerias en 1859, en el que se representaban ya con tinta de carmin los Estados futuros del Papa, reducidos al palacio del Vaticano y un jardin. Creia, sin embargo, el gran Pontifice que Napoleon, si bien traidor á la Santa Sede, no seria tan necio que no viese el principio de su ruina en la destruccion del poder temporal; pero, por lo demás, parece que en una conversacion privada que tuvo con el duque de Gramont, le dijo Su Santidad: «Deseo que me dejen en paz y no vuelva á acordarse el Emperador de la cuestion de las reformas que me pide; vuestro Emperador es falso y embustero, y podeis decirle que vendrá el dia de la justicia, y para entonces verá cómo la espada está pronta á castigarle, no con mi débil brazo, sino por mano de los hombres.»

No es fácil saber las palabras que emplearia en las entrevistas, pero Pio IX, que conocia las intrigas arteras que contra él y los príncipes italianos se ponian en juego, podia condenarlas con vehemencia. El castigo profetizado tuvo su fiel cumplimiento.

Se va á levantar en el patio del palacio de la Cancillería de Roma por los socios de la Academia de Nuovi Linci, un monumento en honor del P. Secchi, de la Compañía de Jesús. Ha sido elegido este sitio, porque fué precisamente en la gran sala de este palacio donde el P. Secchi dió en Marzo de 1853 las memorables conferencias, en las que expuso sus descubrimientos acerca del espectro solar y de los astros.

Hace poco el P. Agustin Ciasca, agustino, presentó á Su Santidad Leon XIII el segundo volúmen de la *Bíblia Sahídica*, que viene publicando tan afamado lingüista. El Padre Santo acogió con pruebas de especial interés tan magnífica obra, en la cual se reflejan los vastísimos conocimientos del P. Ciasca, conocedor de más de *treinta* lenguas. El *Osservatore Romano* ha hecho merecidos elogios de la obra, del traduc-

SEPULCRO DE D. JAIME I EL CONQUISTADOR EN LA CATEDRAL DE TARRAGONA

tor y de la sagrada Congregacion de *Propaganda*, por cuya cuenta se publica el trabajo del P. Ciasca.

LA CATÁSTROFE DE AMBERES

Bruselas, 6.—Desde las primeras horas de la tarde comenzaron á circular rumores de haber ocurrido una terrible explosion en Ambéres.

Pronto se supo que habia volado una fábrica de cartuchos de dinamita situada en el puerto de esa ciudad.

Dijose que la fábrica y algun barco habian quedado reducidos literalmente á pequeños fragmentos; que la explosion habia roto los cristales de balcones y ventanas, y que quedaron cortados los hilos telegráficos y telefónicos de las inmediaciones. Se han resentido los techos de muchas casas.

El pánico de las personas que transitaban por las calles ó se hallaban en el palacio de la Bolsa y en los edificios próximos al sitio de la catástrofe es indescriptible.

Muchas mujeres y muchos niños han sufrido accidentes graves, áun cuando se hallaban á considerable distancia del puerto.

En la fábrica de dinamita se inició un incendio devorador y se comunicó rápidamente á los depósitos de petróleos rusos, donde han quedado destruidos cien mil barriles.

Las autoridades han demostrado plausible celo, secundadas por los bomberos, los gendarmes y toda la guarnicion; pero es tal el incremento del fuego, tal la extension que ha adquirido y tanta la cantidad de combustibles en los puntos donde se ceba, que parecen estériles todos los esfuerzos é impotente el hombre para dominar el elemento devastador.

El estado de los ánimos es indescriptible, el terror y la desesperacion amilanan á muchos, y los ayes y el llanto de los desventurados aumentan los horrores del cuadro.

Todos los habitantes de Ambéres consideran la desgracia como propia: unos se dedican á extinguir el fuego, otros á socorrer los heridos, y no pocos á llevar los cadáveres, horriblemente desfigurados, al depósito.

Los clérigos y las Hermanas de la Caridad están dando ejemplos de cristiana abnegacion, y su proceder es objeto de generales alabanzas.

El telégrafo da cuenta de algunos episodios verdaderamente conmovedores, y la ansiedad es tal aquí, en Bruselas, que sólo se habla de la inmensa desventura de Ambéres, y no hay otra preocupacion que la de conocer los partes que se reciben á cada momento.

En éste leo un telegrama, segun el cual el número de muertos asciende á 200 y el de heridos á 500, por lo menos.

Es imposible conocer las cifras exactas antes de que sea extinguido el fuego, y probablemente no quedará dominado en veinte y cuatro horas.

El pánico sigue en aumento: cada casa y cada barco que se incendia despierta nuevas alarmas entre los que presencian la horrible catástrofe.

Bruselas, 7.—Las noticias recibidas durante la madrugada referentes á la espantosa catástrofe ocurrida en Ambéres son verdaderamente desconsoladoras.

El fuego de la fábrica ha tomado gran incremento, habiéndose propagado á algunos de los edificios vecinos.

El espectáculo que presenta la ciudad desde el puerto es horrible. Toda ella parece ser pasto de las llamas.

Estas se elevan hasta una altura de 200 metros.

Algunos buques han sufrido tambien averías por los fragmentos lanzados de la fábrica en el momento de la explosion.

Otros trabajan con las bombas para ayudar á extinguir el incendio.

La conducta de las autoridades y de la fuerza pública es digna del mayor elogio. Los actos de heroísmo se repiten sin cesar.

El pánico es grande en la poblacion; jamás se ha visto un espectáculo semejante.

Bruselas, 7.—A fuerza de trabajos inauditos se ha conseguido localizar un tanto el incendio. Sin embargo, sigue aún potente, á consecuencia de haberse corrido á los muelles de petróleo.

El número de barriles incendiados asciende á unos 60,000.

Parte de la techumbre del palacio de la Bolsa se ha resentido muchísimo, temiéndose ocurra algun hundimiento.

El propietario de la fábrica hace poco que habia comprado en España una enorme cantidad de cartuchos. La mayor parte de éstos fueron los que hicieron explosion.

Bruselas, 8.—Telegrafian de Ambéres que esta mañana seguia el incendio. Un humo sofocante inundaba las calles, dificultando los trabajos de salvamento. Los soldados y los bomberos trabajan desesperadamente; pero resultan inútiles sus esfuerzos ante la extension y la densidad del fuego.

Es imposible trabajar más de cinco minutos, y, al relevarse las brigadas, soldados y bomberos se retiran completamente ennegrecidos por el humo; muchos caen desvanecidos y sofocados. En este momento arden seis millones de litros de petróleo, formando horrorosas corrientes de fuego que invaden todo el barrio.

Entre las víctimas figuran muchas mujeres y muchachos pertenecientes á la fábrica de dinamita, en la que se encontraban más de 200 operarios.

Cuando se declaró el incendio cayó sobre la ciudad una lluvia de millones de proyectiles, que se escapaban de los cartuchos, siendo lanzados á grandes distancias.

Algunos obreros que lograron escalar las paredes de la fábrica arrojáronse al rio, pereciendo ahogados.

Muchos marineros y algunos empleados de aduanas murieron á bordo de los barcos acribillados por los proyectiles. Un buque de 2,000 toneladas fué materialmente agujereado como una criba.

La explosion alcanzó una fuerza tal, que se recogieron cabezas y otros restos humanos á un kilómetro y medio de distancia del lugar del siniestro. En las cercanías de la catástrofe, ante la imposibilidad de identificar los cadáveres, formaron un monton de huesos y de miembros carbonizados.

En cuanto á los destrozos materiales, no hay nada de exagerado al evaluarlos en 25 millones de francos.

Bruselas, 8.—Continúa el incendio de Ambéres; las llamas se elevan á una altura nunca vista. De los montes vecinos multitud de gente contempla este espectáculo horroroso y grandioso á la vez por la extension del fuego.

El cielo parece convertido tambien en llamas, en un espacio de ocho kilómetros en torno de Ambéres.

A una distancia de centenares de metros el calor es sofocante.

En este momento se han retirado 300 muertos y se cuentan más de 1,000 heridos.

Témese que se derrumbe la torre de la Catedral, y se nota un principio de hundimiento en la techumbre de la Bolsa.

La poblacion en masa contempla con tristeza el siniestro.

SECCION RECREATIVA

FUGA DE CONSONANTES

E. .o.o .e e..a..e..a.
.ue .ie.e e. .é.e.o .u.a.o
.o..i..e e. .i.a. .a .io..a
.e..ue. .e .a.e. ..o.e.a.o

SOLUCION DE LA FUGA DE CONSONANTES DEL NÚM. 91

Bendigo á Dios que me niega
la felicidad aquí:
á ser posible la dicha,
¡qué horrible fuera morir!

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) — Barcelona 5 de Octubre — Série II.—Núm. 93

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La cuestion romana*, II.—*Desde Marruecos*, por Pelayo.—*Revista de Paris*, por Henri Marchand.—*La Revolucion del 89*, VII.—*La reconquista de Málaga.—Diario de un filósofo*, IV.—*A las llagas de san Francisco* (poesía), por Lope de Vega.—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion), por el P. Franco.—*En medio de los hielos.—El castillo de las Tres Torres.—Miscelánea.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

Temor pánico.—Cuadro de Enrique Coleman.

El doctor Nansen, célebre viajero y explorador de la Groenlandia. (Véase *En medio de los hielos.*)

Escalera principal del Colegio de Deusto.—Muy conocido es el centro de enseñanza que para bien de la juventud tienen junto á Bilbao los Padres de la Compañía de Jesús, y no sin justo título ha merecido el nombre de Universidad católica.

Fué abierto este monumental edificio el 25 de Setiembre de 1886, despues de tres años consecutivos de trabajar en su construccion, no terminada aún del todo. En él podrán instalarse cómodamente doscientos alumnos, llegando á ciento cuarenta, si no recordamos mal, el número de ellos con que hoy cuenta. El total de la superficie del inmueble con el de la huerta ó monte que tiene detrás, asciende á más de dos millones y medio de piés cuadrados. Hállase situado en territorio de Deusto á dos kilómetros de Bilbao, y sobre la ría. Por delante cruza una línea de tranvías y por detrás otra de ferro-carril; ambas llevan de Bilbao al Desierto y las Arenas.

La planta del edificio forma actualmente un gran rectángulo, cuyos lados miden 115 metros y 78 respectivamente, dividido en dos cuadrados por un cuerpo central. En cada cuadrado se ha levantado un magnífico patio sobre arcos de piedra, y en el cuerpo que los separa se halla la escalera principal, verdaderamente grandiosa.

De ambos extremos de la fachada se adelantan dos cuerpos, precedidos, como el del centro, de elegantes escaleras.

La capilla pública, inaugurada solemnemente el dia 13 de Noviembre del año pasado, es originalísima y rica á la vez, y sorprende por ser una expresion acabada del estilo bizantino.

Ya en 1866 y en 1868 las Juntas generales del Señorio de Vizcaya trataron de la creacion de una Universidad Vasconavarra, y las de 1870 quisieron erigirla en la capital misma de Vizcaya, al amparo de la libertad de enseñanza, para procurar á la juventud de las provincias hermanas medios de seguir una carrera, sin los gravísimos inconvenientes de tener que salir para ello fuera del país.

Aquel plan, que por causas y sucesos de todos conocidos no pudo entonces realizarse, quiso ahora decididamente

TEMOR PÁNICO (cuadro de enrique coleman)

llevarlo á cabo la Sociedad anónima titulada *La Enseñanza católica;* y cierto con gloria y utilidad para la católica España, cuyas provincias todas, lo mismo que sus posesiones de Ultramar, pueden contar en la capital de Vizcaya con un Colegio de clases superiores, á donde podrán enviar sus hijos que reuniendo las condiciones del Reglamento quieran estudiar las facultades de Derecho y Filosofía y Letras, ó prepararse para carreras especiales.

Caza de zorras en la campiña romana.—Dibujo del natural por un distinguido artista.

Hace más de medio siglo, esta caza es una de las aficiones predominantes en la aristocrática juventud romana, lo mismo que en muchos extranjeros residentes en Roma ó que en ella pasan el invierno. Uno de los sitios de reunion donde es siempre mayor la concurrencia de curiosos es junto al sepulcro de Cecilia Metela, en la vía Apia, fuera de la puerta de San Sebastian. Nuestro grabado reproduce diversos episodios de caza en el expresado sitio.

Fachada de la catedral de Milan.—El año pasado dimos cuenta del Certámen universal abierto para la construccion de la nueva fachada que debe reemplazar á la actual, y al mismo tiempo reprodujimos en grabado los quince proyectos admitidos por la Junta para entrar en el Certámen. En el concurso del segundo grado salió vencedor el proyecto de D. José Brentano, segun aparece fielmente trazado en nuestro grabado de hoy.

José Brentano.—El arquitecto que tan grande lauro ha conseguido en una prueba á la que se habian presentado muchos y distinguidos arquitectos de todos los paises, es muy jóven todavía, pues cuenta sólo veintiseis años. Apenas hubo salido, en 1885, del Instituto técnico superior de Milan, venció en un concurso abierto en Siena que, en virtud de un legado, debió señalar un premio á un arquitecto jóven que quisiese ir al extranjero para perfeccionarse en su arte. Tratábase ya del Certámen para la fachada de la catedral de Milan, y Brentano aprovechó el premio obtenido para visitar las principales catedrales de Europa. Vuelto á Milan, presentó su proyecto al concurso de primer grado, y la crítica y el público estuvieron concordes en que con justo derecho debia el jóven Brentano contarse entre los arquitectos llamados al concurso de segundo grado. El juicio de la Comision le dejó profundamente conmovido durante algunos dias. Actualmente está trabajando en construir el gran modelo en madera que, segun lo dispuesto en el programa, debe servir para la ejecucion de la grandiosa obra.

Al campo.—Cuadro de Egisto Ferroni.

Monjes pintores en la famosa abadía benedictina de Monte-Casino

Trajes franceses desde 1785 á 1790, segun dibujos de aquella época.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El progreso criminal *d' après nature.*—La guerra con Marruecos.

La apertura, más ó menos solemne, de los tribunales es un despertador del sentido moral, que si causara sus naturales efectos, le haria estremecerse para muchos dias, y áun buscar las divinas reacciones del progreso cristiano contra la barbarie.

Pero entre nosotros, siervos del liberalismo, embotados de todo en todo por la estupidez colosal á que nos condena, las impresiones son momentáneas por la rapidez con que se suceden y se destruyen.

Se vive al vapor, y es muy natural que se piense, se sienta y se quiera del mismo modo.

La apertura de los tribunales, perpetrada con arreglo al formulismo al uso, es, sin embargo, una leccion que no puede olvidarse tan fácilmente, por mucho que nos aturdan los progresos que padecemos.

De ella suelen desprenderse notas más ó menos confusas, que llegan á los oidos poniendo en conmocion toda la economía moral, porque denuncian los abismos que bordeamos, los cuales de dia en dia se agrandan, ejerciendo su perniciosa atraccion con una fuerza cada vez más incontrastable.

En el año anterior puso de realce el Presidente del Supremo de Justicia lo viciado que se halla este ramo por falta de jueces con la debida capacidad para ejercer su ministerio; que á tanto equivale como á no tener jueces, subordinarlos á la política y mantenerlos en ominosa dependencia del caciquismo liberal, perpetuamente consagrado á realizar las mayores diabluras.

En el presente año de desgracias y de progresistas ha sido el Ministro de Gracia y Justicia el encargado de decir al país la más vieja de las novedades, esto es, que el ramo de la administracion de justicia continúa mal en su importante salud, siendo de temer que para semejante enfermo no tenga remedios la terapéutica liberal.

Y, por de contado, que los que proponga un funcionario de su liberal alzada, bien puede asegurarse que han de ser peores que la enfermedad.

Pero el interés de la apertura de los tribunales en el año corriente se ha concentrado todo en el discurso del fiscal del Supremo.

No porque haya sido un prodigio de elocuencia ni de erudicion, sino porque ha sido un prodigio de cifras referentes á la estadística criminal, por virtud del cual se viene en conocimiento de que la vida moderna ha llegado á ser el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno, ó lo que es lo mismo, de que el delito es el único ramo en que el progreso se deja sentir con fastuosa magnificencia.

Los datos estadísticos de la Memoria del señor Colmeiro han rodado ya por las columnas de todos los periódicos, y no hay necesidad de reproducirlos, porque cuando se leen una vez no se olvidan. Baste decir únicamente que entre los delitos que han progresado más figuran el parricidio y el suicidio, los cuales se han generalizado tanto, que hasta en las más pequeñas é insignificantes localidades se registran casos de ellos que ponen los pelos de punta.

El Fiscal del Supremo ha dado cuenta minuciosa de la enfermedad; pero, lo repito, el remedio se les ha quedado en el tintero á los doctores en liberalismo que están á la cabecera del enfermo.

Lo único que sabemos es que en punto á suicidios estamos peor que los romanos en los tiempos de Tiberio; y en punto á parricidios debemos estar peor que los griegos, que suprimieron la sancion penal de este delito porque *no le concebian* siquiera.

Y para mayor corona de este linaje de efectivos progresos, sabemos tambien que los locales donde se hospeda la justicia liberal siguen siendo *templos sin dioses*, como dijo *La Epoca*, lo cual no deja de ser un consuelo como otro cualquiera.

Pero sarna con gusto no pica, y aquí en habiendo libertad hasta para andar en cuatro piés, á la animal usanza, todo el mundo vive contento y desvanecido, sin curarse de que puede llegar un dia en que demos el salto mortal de veras, quiérese decir el salto que nos coloque en posicion supina para siempre.

Caida grave que se produce cuando los pueblos destierran á Dios del Estado omnipotente y se entregan en manos del diablo para que los gobierne y administre con sus leyes tradicionales.

Así van las cosas dentro de casa; y fuera de ella andan de la misma manera.

Há cuatro años, una potencia poderosa se apoderó de un archipiélago español como pudo apoderarse de un pañuelo abandonado; y en la hora presente tenemos nada menos que un *casus belli* á punto de cuajar con una manada de bestias que han pateado la bandera española casi á las puertas de nuestro domicilio.

El hecho no es inusitado, y á cualquier país puede sucederle; pero ¿qué será que sólo le sucede á España?

Todo el mundo se nos atreve, y no parece sino que vivimos con la respiracion pendiente del que quiera retorcernos el pescuezo.

Años y años se llevan nuestros estadistas, quiérese decir los estadistas liberales, predicando que el porvenir de España está en Marruecos; y hetenos aquí que, hoy como siempre, el odio de Marruecos nos acompaña en nuestra soledad y nos saluda á balazos desde los riscos y covachas donde tienen sus guaridas unos salvajes que no nos respetan ni nos temen.

Podrá suscitarse una guerra con ellos y podrá no suscitarse; pero si sucediera lo primero, ¿qué bienes le vendrian á la España liberal con ésa gracia?

Para defender el honor de la patria todos seríamos unos; mas la experiencia es gran maestra de los hombres y de los pueblos, y ella nos enseña que el honor de un país en manos de los liberales es cosa que fácilmente se pierde.

De ello da testimonio la campaña de 1859, en la que despues de haber corrido la sangre á rios se ajustó una paz que dejó las cosas en el mismo ser y estado que tenian, puesto que desde entonces hasta nuestros dias han venido repitiéndose los mismos atentados que ocasionaron la guerra.

De la cual sólo sacamos una indemnizacion mínima que inundó á la Península de ochavos morunos que tuvieron que mandarse recoger porque ni la misma mendicidad los queria de limosna.

Para un viaje como aquel no se necesitan alforjas, y si el honor de un pueblo se conforma con un desagravio de aquel calibre, bueno será el tal honor.

En Marruecos no deja de tener España su porvenir; pero para alcanzarle necesita alargar su brazo de otra manera.

Por ejemplo, necesita enarbolar la cruz como bandera, con el propósito de hacer que sus divinas luces hieran las tinieblas de la barbarie africana y conviertan á Jesucristo las hordas de los míseros siervos de Mahoma.

Si España no va al Africa con este fin, la guerra no podrá ofrecerle más que decepciones.

Y eso es lo que hay que temer, que la seriedad liberal eche por otro camino.

De todas maneras, el patriotismo tiene que estar con la patria hasta en sus desaciertos, y no será buen español el que no se ponga de su parte en la adversidad.

Así lo haremos todos; pero Dios ponga tiento en las manos de nuestros opresores.

Lupercio.

Madrid, 28 de Setiembre.

LA CUESTION ROMANA

II

Las protestas del Papa.—Censuras y consejos que le dan en contrario

Así se titula el capítulo segundo del indicado folleto, y en él, como fácilmente puede colegirse, expone el autor con qué persistencia se han repetido las protestas de los dos Papas despojados y prisioneros, Pío IX y Leon XIII, á partir del año 1860, en que por primera vez invadió la Revolucion los Estados Pontificios.

Diez años despues de este primer latrocinio, completó su obra apoderándose de la capital del orbe católico y reduciendo al Vicario de Jesucristo á un estado de dependencia personal incompatible, no solamente con su dignidad altísima, sino que, además, con el conveniente ejercicio de su sublime ministerio.

De aquí nació la necesidad de reivindicar una soberanía temporal que garantizase la verdadera independencia del Pontífice en todos sus actos.

Por eso protestaba Pío IX, y al mismo fin se encaminan las protestas de Leon XIII.

Ahora bien: ¿qué es lo que pide el Papa en sus reclamaciones? El folleto nos contesta que *mantener incólumes siempre y por entero sus derechos*, y que una de las bases de la paz que desea con el reino de Italia *es la justicia y la dignidad de la Sede Apostólica*.

«Esta es su mision, aun en el caso, añade, *de que se resignase á ver diferida para más adelante la restitucion de una parte de esos derechos*.

Hasta qué punto llegarian las concesiones del Padre Santo en este terreno, es cosa que no puede asegurarse; pero lo que está fuera de toda duda es que no se avendria á ningun acomodamiento que no llevase consigo *una verdadera soberanía territorial suficiente para afianzar su independencia real y manifiesta*.

Por lo demás, el Sumo Pontífice no ha manifestado las condiciones concretas que exigiria para un arreglo con el Gobierno italiano, ni podia manifestarlas una vez que éste no acepta en principio la idea de la reconciliacion que el Papa desea.

Los católicos del mundo entero han imitado la conducta del Pontífice protestando contra la usurpacion y reclamando una soberanía que asegure la independencia y no menoscabe la dignidad del jefe de la Iglesia. Y al hacerlo no han concretado el objeto de su reclamacion á la ciudad de Roma con un pedazo de territorio hasta el mar; han pedido sencillamente los derechos del Pontífice. Bien comprenden que, dadas las circunstancias actuales de Europa, no hay grandes esperanzas de conseguir una *completa é inmediata* restitucion; mas de aquí no se sigue que eso sea imposible ó improbable dentro de un plazo no lejano.

Pero no han faltado entre los mismos católicos quienes llevan á mal estas continuas protestas de dos Pontífices, y así lo han dado á conocer en diversos libros que han merecido las censuras de la Sagrada Congregacion del Indice. Porque ningun hombre de sano juicio aprobará que en una sociedad que tiene por base la disciplina y la obediencia se discutan los actos del soberano, cosa que hasta en los gobiernos basados en la soberanía popular está vedado.

Resume á continuacion el libro los sofismas de los que tal defienden en un párrafo que puede condensarse en la siguiente forma:

—Es verdad que la Santa Sede tiene derechos justísimos á la soberanía temporal; pero es necesario prescindir de esto, que pertenece al órden moral, y atender á la realidad de las cosas. Y la realidad de las cosas nos dice que tal soberanía es hoy imposible de adquirir por cualquier lado que se examine.

Ahora bien: las protestas no ayudan, ni poco ni mucho, á obtener esta soberanía; antes al contrario, sirven para abatir las fuerzas de los católicos y ahondar más y más la ancha fosa que separa al reino de Italia del Pontificado. Luego el Papa, ya que no pueda renunciar sus derechos, debe hacer otra cosa: poner fin á sus perjudiciales é inútiles protestas, resignarse con los males que Dios permite y callar. Esto bastaria para mantener el derecho, amansar las iras y disminuir las desconfianzas contra la Iglesia, y poco á poco se prepararia de este modo una solucion que, para ser buena, no podria ser otra que la cesion de Roma y un Estado en miniatura al Pontífice.

Pero bien entendido que habia de preceder el suspirado abrazo entre el Vicario de Jesucristo y la familia Real, con lo que se terminarian tantos males, triunfaría la Religión, etc., etc.

Y aun en el supuesto de que tales sueños no llegaran á realizarse, convendria, segun los que así discurren, el silencio del Papa á fin de calmar los ánimos, que la verdad llegaria á abrirse paso y tal vez hubiese tiempo en tanto de impedir leyes funestísimas contra la Iglesia, como las de las *Obras Pias* y la del *divorcio*.—

Tal es la manera de argumentar de los enemigos de las protestas universales del Papa y de los católicos.

A lo cual contesta victoriosamente el librito en estos hermosos párrafos que copiamos á continuacion:

No hay que alucinarse. Mirar exclusivamente el lado de los hechos aun en cuestiones que sólo afectan la violacion de un derecho individual y de intereses meramente terrenos, es un método *radicalmente inmoral*.

Ocurren, sin duda, casos en que la manifiesta utilidad de las reivindicaciones y la prevision de mayores males aconsejan resignarse con el daño recibido y desistir entonces de protestar. Pero este triunfo indirectamente concedido á la iniquidad es uno de los actos más difíciles para quien tiene la obligacion de responder de él, sobre todo tratándose, como ahora, de la violacion de derechos sacrosantos y de intereses los mas grandes y universales. De aquí que, por regla general, todo cristiano, y todo hombre que tenga el sentimiento de la honestidad, cuando se discute sobre una violacion de la justicia está en el deber de poner encima de todas las demás consideraciones y tendencias *el triunfo del derecho* y la justa subordinacion de los intereses inferiores á los superiores.

El derecho oprimido debe encontrar siempre en la conciencia del hombre honrado aquel favor que, expresado en palabras, resulta una eficaz defensa, y la injusticia aquel ódio que al menos nos libre de la nota de una connivencia culpable.

Al contrario, quien mientras el tutor de un derecho hollado pide justicia se mete de por medio alegando la imposibilidad de una reparacion, con razon se le cuenta entre los cómplices del delincuente.

La imposibilidad real ó figurada de reparar un mal hecho es el más seguro refugio de los que conculcan el derecho, que atrincherados en él cuentan salvar el fruto de la iniquidad riéndose á la faz de la justicia oprimida. Pues bien; abrirles con la propia mano este refugio es la peor de las complicidades.

Y no se esquiva esta complicidad con alguna platónica desaprobacion de las injusticias cometidas, ni repitiendo las protestas de que sienten su crecimiento. Mucho menos aun se evita cuando, en medio de estas vanas protestas, se trabaja directamente por *desarmar y poner en descrédito y hacer odiosos, no ya á los opresores, sino á los defensores del derecho*.

Tras estas oportunísimas consideraciones, añade el folleto que llegar al extremo indicado es llegar á lo último de la perversion moral, y que no se puede apartar la vista del derecho que crea un órden de cosas tan real como el presente. La soberanía del Papa es necesaria para la Iglesia; luego nadie, y menos los católicos, debe anteponer los intereses de una nacion á los generales de la cristiandad.

Por otra parte, la restitucion no es tan imposible como se cree. Se opone la situacion actual á la existencia libre de una sociedad que consta de 300 millones de fieles, y un Estado intolerable desaparece siempre al fin y al cabo.

Y la cuestion de si es tolerable ó no la actual situacion del Pontificado, no es mera cuestion de derecho.

DESDE MARRUECOS

Apurados se verán los que en lo futuro tengan que escribir la historia de la edad presente, y más si tienen que consultar á los publicistas que ahora se usan, pareciéndoles que los pueden considerar como fuente pura de verdad. Al ver un mismo hecho afirmado y negado por los periódicos que se publican al mismo tiempo y en una misma localidad, á cualquiera le dan ganas de renegar de la prensa diaria, siendo de lamentar que se malgaste tanto papel y tanto dinero, y se haga tan mal uso de la inteligencia con que Dios dotó.

¿Qué es lo que se pretende con propalar noticias tan pesimistas y absurdas como las que estos dias están publicando los periódicos de la Península respecto á nuestras relaciones con Marruecos? ¿Qué es lo que se busca con ese cúmulo de falsedades de todo género que diarios de gran circulacion han lanzado á los vientos de la publicidad, alarmando así á diecisiete millones de españoles, sobre todo á las familias de los que aquí vivimos, que ya nos creen poco menos que despedazados y devorados por los feroces musulmanes? ¿A qué conduce tanto ruido, tanta algazara, tanto derroche de valor, como si se tratase, ni más ni menos, de una invasion extranjera en nuestra patria, ó de la usurpacion de las Carolinas por alguna de las grandes potencias?

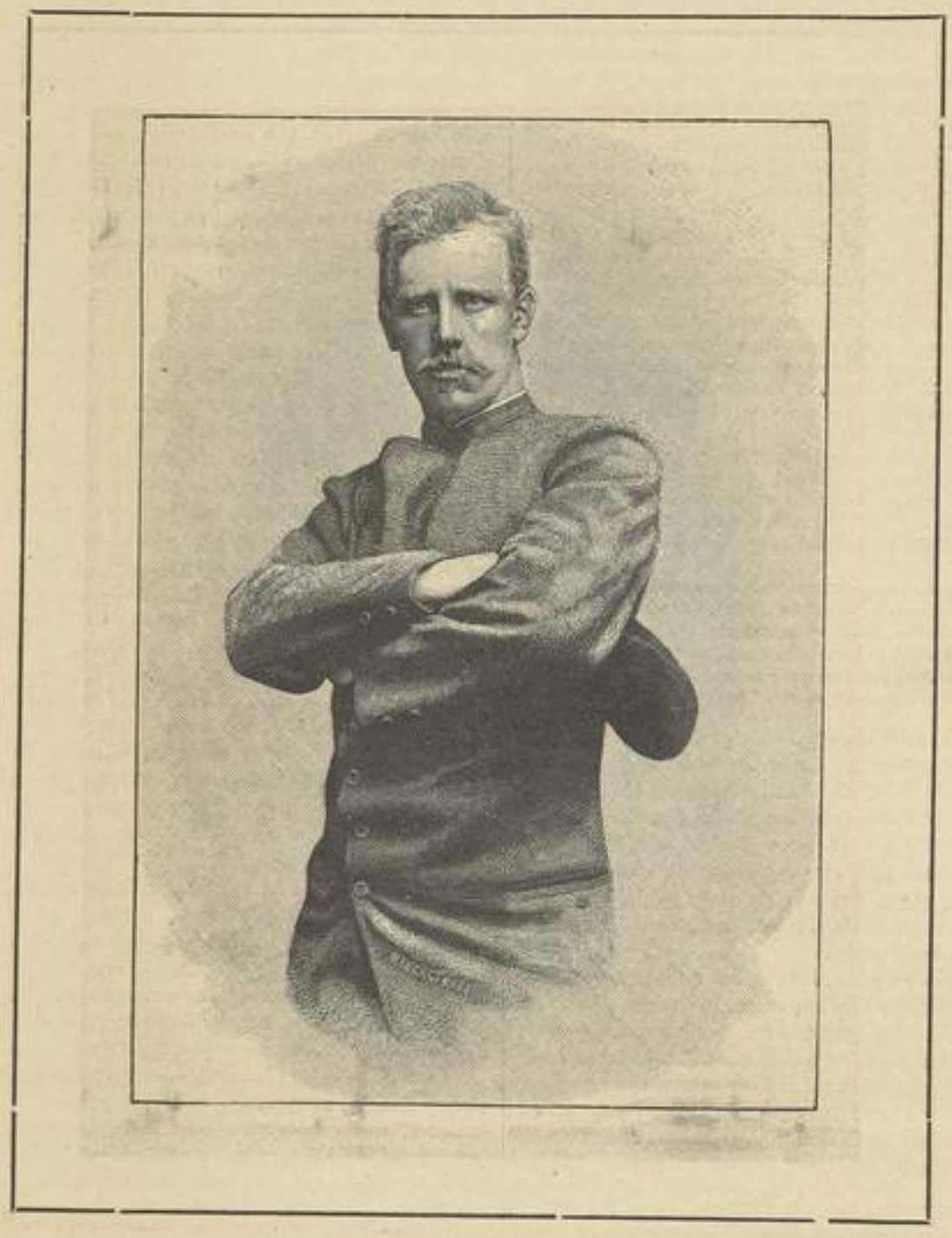
Veo en todo esto algo parecido á lo que sucedió cuando el famoso proceso de la Higinia Balaguer. Es preciso representar una comedia más para que los actores (alias noticieros) hagan su agosto á cuenta del infinito número de insensatos que gustan comulgar con ruedas de molino, es decir, apetecen noticias gordas y de sensacion. Y nota que no soy de los optimistas en las cuestiones de Marruecos, de los que por favorecer las miras políticas de éste ó el otro partido sólo dicen la verdad cuando les conviene, estando dispuestos á decir igualmente la mentira. Tampoco soy de aquellos que quieren que España se cruce de brazos ó trate con mucha dulzura á los moros cuando nuestros hermanos son secuestrados en Alhucemas y asesinados en Casablanca.

Quiero, como deben querer todos los españoles, que nuestro Gobierno exija del sultan el condigno castigo de los culpables, una satisfaccion completa por los ultrajes inferidos á nuestra bandera, y garantías de verdad para que jamás vuelvan á repetirse sucesos como los que ahora todos lamentamos. Quiero todavía más: quiero que España renueve en esta parte del Africa aquella gloriosa epopeya del 60 en el caso de que el sultan no atienda nuestras justas reclamaciones. Pero es seguro que las atenderá, porque el actual emperador no quiere conflictos con las naciones europeas, y menos con la nacion su mejor amiga: es seguro que las atiende en el mero hecho de enviar hoy mismo á Alhucemas una Comision de notables con la orden de poner en libertad á los españoles que están en poder de los riffeños y castigar á los delincuentes.

Carecen, pues, de fundamento los rumores de próxima guerra con Marruecos, porque, entre otras razones, no está Marruecos dispuesto á hacerla; que harto conoce su debilidad para luchar con las potencias cristianas, aún cuando sólo sean de la importancia de Bélgica ó de Portugal. No hay motivos suficientes que justifiquen un rompimiento de relaciones entre las dos naciones vecinas y amigas, porque, aparte del crímen de Casablanca, que ciertamente clama al cielo, y de los atentados de Alhucemas y de Agadir, por los cuales obtendremos una completa satisfaccion, los demás atropellos cometidos recientemente con súbditos españoles en varias ciudades de Marruecos sólo existieron en la imaginacion de los que los inventaron.

No es verdad que el cónsul de España en Tetuan se haya visto precisado á arriar la bandera. No es cierto que el sultán haya mandado quitar las campanas de la Mision católica bajo el pretexto de que su toque molesta á los moros: las estuvo oyendo en Tetuan al mismo tiempo que el canto del almuédano, y las está oyendo en Tánger, sin que haya salido una protesta de sus labios ni haya dado la menor muestra de desagrado. Es falso que haya sido asesinado un franciscano: gracias á Dios todos los misioneros disfrutan de la más completa salud. Es falso que hayan encerrado en una mazmorra al *hijo del gobernador que entregó Tetuan á España cuando la gloriosa guerra de Africa;* ni ha habido tal gobernador, ni Tetuan ha sido entregado por nadie.

Sin duda se alude al moro Abeir, simple particular, que habia viajado por Europa y conocia perfectamente las costumbres y carácter de los cristianos, el cual, viendo que sus correligionarios huían aterrorizados de Tetuan despues de la famosa batalla de Torre Quelali, persuadidos de que los españoles iban á entrar á sangre y fuego, como acostumbran á hacerlo las hordas salvajes de Africa, tuvo la feliz ocurrencia de presentarse en el campamento de O'Donnell pidiendo proteccion, que le fué concedida para él y toda su descendencia.



EL DR. NANSEN, CÉLEBRE VIAJERO Y EXPLORADOR DE LA GROENLANDIA

Es falso que el sultan haya recogido y roto los documentos de los moros protegidos por la legacion de España. Es falso que el P. Lerchundi haya sido portador de un pliego de instrucciones del Gobierno para nuestro representante en Marruecos.

No es exacto que nuestra escuadra haya tenido que volver á Cádiz por falta de carbon, víveres, municiones, etc., y menos exacto todavía que hubiese visto anclados en este puerto infinidad de buques extranjeros: sólo encontró al *famoso* vapor *El-Hassane*, de la propiedad del sultan. No es cierto que hayan disparado un tiro á un religioso de Casablanca. No es cierto que se hayan encaminado al Rifi las tropas imperiales en número de 25,000 combatientes. Es falso que ocurran atropellos en Tánger, donde hay más seguridad que nunca; y falso, finalmente, que hayan salido huyendo de esta ciudad varios españoles para no ser víctimas del fanatismo musulman.

He creido un deber de justicia desmentir todas estas falsedades de periódicos que por tener corresponsales telegráficos en Tánger debieran estar mejor informados. No puede negarse, sin embargo, que hubo excitacion entre los moros mientras creyeron que su amo se proponia declarar la *guerra santa* á los cafres, como nos llaman, y aún en algunos puntos se permitieron contra europeos ciertas arrogancias de lenguaje y amenazas que, por fortuna, no llegaron á vias de hecho. Tampoco puede ponerse en duda que el atentado del Riff se cometió principalmente por halagar al sultan, pareciéndoles á aquellos salvajes que hacian un gran servicio á la majestad jerifiana cautivando á unos pobres é indefensos españoles.

En fin, que no debemos fiarnos de los hijos de Mahoma, pues el odio contra los cristianos lo tienen metido en la medula de los huesos.

Del magnífico y entusiasta recibimiento hecho por la poblacion de Tánger al sultan, poco tengo que decir despues de las noticias que adelantó el telégrafo. Antes de llegar S. M. convocó á los bajás y jefes para que éstos manifestaran á las tropas y kábilas su imperial mandato de que se guardase el orden y se respetase á los cristianos y judíos de Tánger, imponiendo á los transgresores los más severos castigos, que serian aplicados, segun los delitos, con la pena capital, amputacion de la mano derecha y azotes.

Salieron á recibir á Muley-Hassán el califa con los *mejasnia* (soldados de rey), el capitan de puerto con los *bajaria* (marineros), los susis y los riffeños, todos provistos de espingardas y con banderas. Tambien acudieron con sus respectivos estandartes los *isauas*, los *hamacha* y los *darcalma*, especie de cofradías, que esperan ganarse el Paraíso rompiéndose la cabeza y haciendo toda clase de atrocidades.

Por su parte los europeos y los judíos han querido tambien festejar la llegada del sultan cubriendo los balcones y ventanas con colgaduras, engalanando las azoteas con banderas é iluminando las casas con preciosos farolillos y vasos de colores. Desde la Mision católica disparáronse los dos primeros dias infinidad de magníficos fuegos artificiales traídos expresamente de Santiago de Galicia, que agradaron muchísimo al emperador. Pero lo que más llamó la atencion de éste fueron las luces eléctricas de nuestros buques de guerra, proyectándolas el *Pelayo* con direccion á la residencia imperial á peticion de S. M.

Las iluminaciones y demás festejos continúan; el sultan está viendo en Tánger lo que no habia visto en su vida. Ha manifestado á los diplomáticos y á otras personas su profundo agradecimiento é inmensa satisfaccion por las distinciones de que es objeto, sobre todo por parte del elemento extranjero. Hasta ahora todo es miel; veremos cuando comiencen las peticiones.

Nuestra escuadra llegó á ésta el domingo por la tarde, cambiando inmediatamente el saludo de ordenanza con la plaza. Hoy salió el crucero *Navarra* para Alhucemas, conduciendo la Comision marroquí enviada por S. M. para arreglar la cuestion del Riff.

PELAYO.

Tánger, 24 Setiembre

REVISTA DE PARIS

La jornada del 22 de Setiembre no ha justificado afortunadamente los temores que habia suscitado. El Gobierno, inquieto por el resultado del escrutinio, se resignó á última hora á la moderacion. El ejército no ha sido puesto en movimiento; ha permanecido cerrado en los cuarteles; ni aun la policía ha sido desplegada en proporcion á las exigencias del servicio de órden en la vía pública.

Por consecuencia de esto no ha habido sino dos alarmas en París: la primera en Montmartre, en el momento del despojo de los votos. La mesa se negaba á contar los votos del general Boulanger, declarándole ilegible en virtud de la sentencia del Alto Tribunal. Los electores se amoscaron; 2,000 manifestantes se preparaban á invadir la alcaldía y á confiscar las urnas. La Comision municipal consintió, ante las intimaciones de la multitud, en contar los votos que llevaban el nombre del general; pero ya habian sido destruidos por celosos agentes del Gobierno 1,931 votos. A pesar de esto el general reunió todavía 5,880 votos, que le dieron mayoría.

Los mismos escamoteos se han verificado en contra de Rochefort; pero en proporciones tales

que, en lugar de ser elegido el libelista, ha resultado nula la eleccion.

Una innumerable multitud habia invadido los bulevares, la calle y el arrabal de Montmartre para saber por los transparentes de los periódicos revisionistas los resultados de la votacion. De los diez elegidos en el primer turno por los departamentos de París, cinco son boulangistas: Boulanger, Laguerre, Farcy, Saint-Martin y Revest. Un solo candidato oficial, Enrique Brisson, antiguo presidente de la Cámara, el que se habia obligado á tomar un fusil para defender la República contra el cesarismo, ha obtenido tambien mayoría en el décimo distrito contra el tan desacreditado general Thibaudin.

Respecto á los resultados de provincias, centralizados en el ministerio del Interior, el ministro Constans no se ha decidido á darlos á conocer hasta despues de haber adquirido la certidumbre de que el número de los republicanos elegidos era superior al de los boulangistas declarados y de sus aliados los conservadores.

De 576 circunscripciones es conocido el resultado de 567, descomponiéndose así los datos oficiales: 387 elecciones definitivas y 180 anuladas, aplazadas para el domingo 6 de Octubre.

Hé aquí cómo el Gobierno reparte las 387 elecciones definitivas: 227 republicanos y 160 de oposicion. Estos últimos se componen de 87 monárquicos, 51 bonapartistas y 22 boulangistas.

De las 180 elecciones anuladas los ministeriales se atribuyen ya 138 plazas, y no abandonan más que 42 á sus adversarios. Estos, por el contrario, creen que pueden obtener 90, lo que haria que la oposicion constase de 250 miembros, quedando todavía 326 diputados republicanos, es decir, una mayoría suficiente para diezmar la oposicion por las invalidaciones y para sostener un Ministerio.

En realidad, no se presenta así la situacion: la futura Cámara se dividirá fatalmente en revisionistas y en constitucionales, porque buen número de republicanos se han hecho elegir con un programa de revision inmediata de la Constitucion. Si los adversarios del Gobierno tienen acierto para plantear desde que se reuna la Cámara esta cuestion, la mayoría revisionista será considerable y el Ministerio, derrotado, no tendrá más remedio que ceder el puesto.

Entonces el presidente Carnot tendria que tomar sus nuevos ministros en la mayoría; los monárquicos, los imperialistas, los bonapartistas y los republicanos independientes estarian forzosamente representados; y si el presidente no se resignaba á esta solucion obedeciendo á perniciosos consejos, se veria, por el hecho de esta resistencia, obligado á pedir al Senado la disolucion, lo cual seria el principio de una aventura.

Por otro lado, dejar á la oposicion llegar al poder con su programa de revision seria preludiar la eleccion de una constituyente. Los ministeriales han rechazado hasta ahora esta eventualidad como si fuera la peste; ahora podrán darse por advertidos. Es evidente, en efecto, que una Asamblea constituyente, si no viene ningun suceso á turbar profundamente la política interior ó exterior, seria en su mayoría republicana y no haria sino consolidar el régimen funesto que los orleanistas de la Asamblea nacional nos impusieron para impedir el advenimiento de Enrique V.

Por el momento seria temerario hacer pronósticos acerca del porvenir de la nueva Cámara. Es preciso esperar, no sólo á las elecciones del 6 de Octubre, sino tambien á la convocacion de la Cámara. Como ha sido votado el presupuesto para el ejercicio de 1890, el Gobierno no se apresurará, sin duda, á ponerse en manos de sus nuevos señores. Octubre se pasará sin que nuestros legisladores se hayan reunido y empiecen el juego parlamentario. Sólo hay una operacion que se impone: la de las validaciones, que puede hacerse de primeros de Noviembre á 20 de Diciembre: despues de la tregua de Navidad la política recuperaria sus derechos.

La República sale victoriosa del asalto de los revisionistas: de aquí la cruel decepcion de los partidos de la oposicion: no se ha abierto brecha, y el asalto amenaza resultar un fiasco.

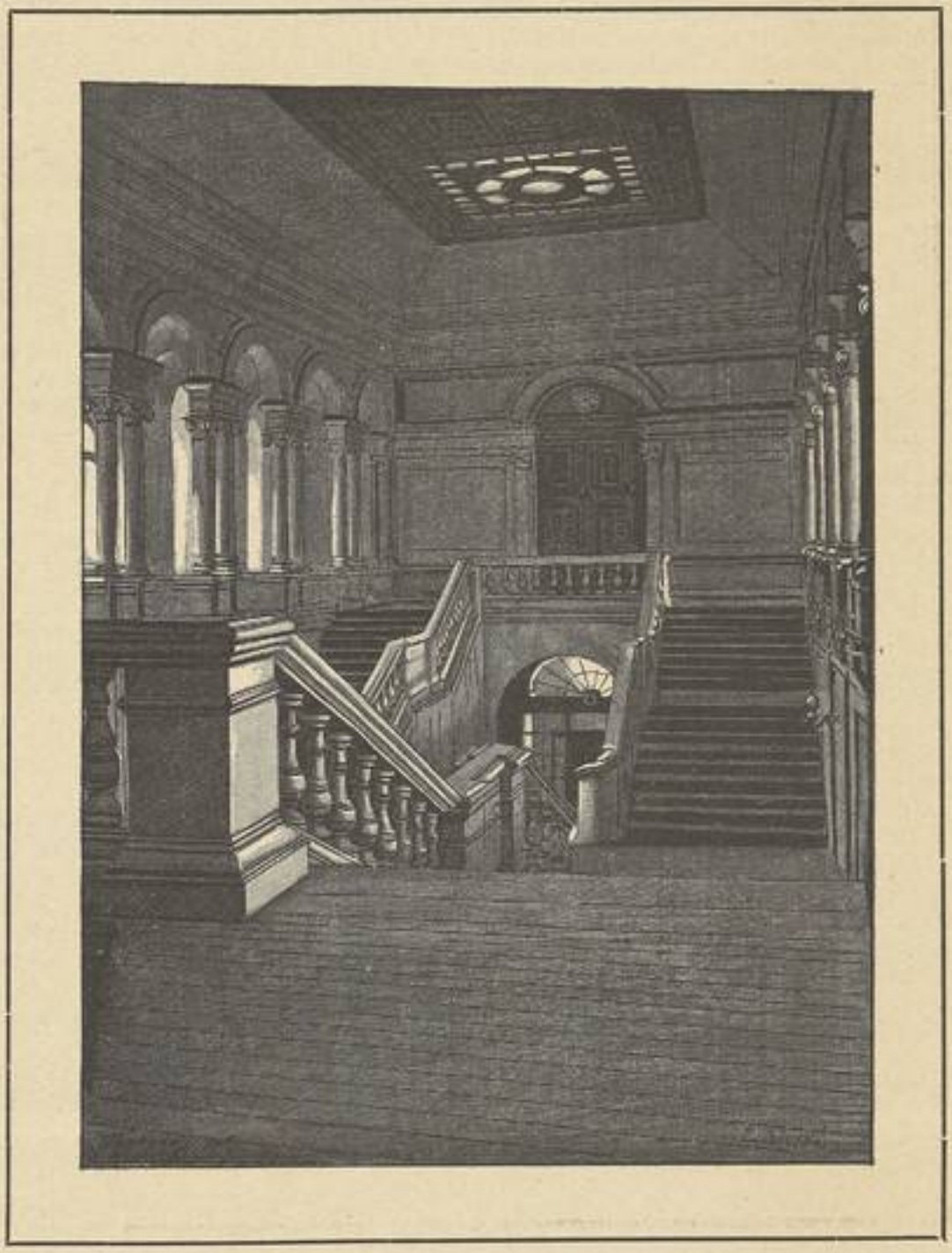
Sin duda el sufragio universal se ha desembarazado de Julio Ferry, de Goblet, de Martin-Jamenos la misma; la francmasonería nos oprime todavía.

El Conde de París debe entregarse, si tiene justa nocion de las cosas, á bien amargas reflexiones. Por de pronto ha tirado por la ventana muchos millones: cada uno de los candidatos de la *Union de las derechas* le ha costado 1,500 francos, sin contar las subvenciones individuales de sus agentes y las de la prensa.

Todo su estado mayor ha sido derrotado: Lamberto Sainte-Croix, Chevalat, Carayon, Mayol de Suppé, Maggiolo, Despatys, Deville, Garmart, Jorge Berry, Eduardo Hervé el académico, el director del diario *Le Soleil*, etc.

El baron Tristán Lambert, tan valiente y tan popular en la circunscripcion de Fontainebleau, no ha llegado sino á reunir 3,000 votos de 15,000. Nunca el orleanismo habia recibido tan rudos golpes. Toda la prensa lo comprueba; el conde Alberto de Mun en el Morbihán ha pasado todavía esta vez, pero no ha reunido más que 5,000 votos.

No hay más que un partido, uno solo, que permanece intacto en este hundimiento de las banderías monárquicas: el de los legitimistas tradicionales, que aquí se llaman los blancos de Es-



ESCALERA PRINCIPAL DEL COLEGIO DE DEUSTO

villée, de Camescasse, de Harrisson, de Steenakers, de Laroze, de Proal y otros *tonkineses*, clerófobos y compadres de Wilson; ha tenido en suspenso en las urnas la suerte política de los dos ministros Constans é Ives Guyot, de Clemenceau, Pelletán, Pichón, Lockroy, Floquet, Heredia, Raynal, Proust, Gomot y otros grandes maestros de la República, que se exponen unos y otros á ir á reunirse en la nada con los *tonkineses* citados y los peores radicales; pero el Cuerpo electoral no se ha entregado, ni al boulangismo, ni á sus aliados de las banderías orleanista y bonapartista. Ha habido saludables ejecuciones; pero la situacion continúa poco más ó

paña. Sus jefes no se han comprometido á nada en la coalicion boulangerista. Unicamente ellos podrán aún, en un momento crítico, levantar la bandera de la realeza y llamar al pueblo desorientado para que encuentre un refugio bajo sus pliegues.

ENRIQUE MARCHAND.

25 de Setiembre de 1889.

LA REVOLUCION DEL 89

VII

La valentía de los defensores de Luis XVI era sobrepujada por la de los defensores de Dios, que causa de Dios era la inviolabilidad de los sagrados derechos de la Iglesia.

En efecto; la Constitucion civil del clero y el juramento que se les imponia á los sacerdotes, ¿qué otra cosa significaban sino la desercion ó el cisma? Ahora bien: si en medio de esta terrible prueba á que se expuso la fidelidad del clero de Francia hubo no pocos ángeles apóstatas, hubo en cambio otros, en gran numero, que prefirieron el martirio á la apostasía.

«No hay página más bella ni más gloriosa—escribe Barruel,—en la historia de la Iglesia de Francia, que la que vamos á recordar á nuestros lectores (1).»

El dia 4 de Enero de 1791 la Asamblea nacional decretó que los eclesiásticos estuviesen obligados á prestar el juramento de defeccion y de cisma. En la antigüedad, bajo el imperio de Neron y Diocleciano, el pueblo pagano gritaba: «¡Cristianos á las fieras! ¡A los leones los cristianos!» El 4 de Enero de 1791, en aquella sesion en que el presidente hizo un llamamiento á los eclesiásticos que hasta entonces habian permanecido fieles, una turba de miserables le interrumpió gritando: «¡A la linterna! ¡A la linterna los obispos y sacerdotes que no juren!» Era entonces costumbre atar á los ganchos de los faroles públicos á los que debian ser muertos en seguida.

Algunos seglares de la Asamblea quisieron imponer silencio á aquel tumulto salvaje á fin de que el clero pudiese responder á lo menos con una apariencia de libertad.

—No, señores,—dijeron los eclesiásticos fieles,—no os ocupeis en los gritos de un pueblo fascinado. Su fanatismo y sus aullidos no serán, seguramente, la norma que ha de seguir nuestra conciencia.

Llamó en primer lugar el presidente á monseñor Bonal, obispo de Agen.

—Señores,—contestó el Prelado,—poco ó nada me costaria el sacrificio de mi fortuna; mas hé aquí uno que nunca podria hacer: el de vuestra estimacion y de mi fe católica, y estoy segurísimo de perder una y otra si prestase el juramento que ahora se me exige.

Semejante respuesta excitó por un momento la admiracion de todos.

El presidente llamó entonces al Rdo. Fourset, párroco de la misma diócesis.

«—Señores,—repuso á su vez el digno sacerdote;—vosotros habeis pretendido volvernos á los primeros tiempos del Cristianismo: pues bien; con toda la sencillez propia de aquella dichosa edad de la Iglesia, os diré que tengo á mucha honra seguir el ejemplo que mi Obispo acaba de darme. Yo caminaré sobre sus huellas, á semejanza del diácono Lorenzo, que no abandonó las de Sixto, su obispo, y le seguiré hasta el martirio.»

(1) *Historia del clero durante la revolucion francesa.*

Estas palabras tan sublimes le concitaron la rabia de la izquierda de la Asamblea.

El Rdo. Leclerc, párroco de la diócesis de Séez, se levantó entonces á la llamada del presidente y exclamó:

«—Yo he nacido católico, apostólico, romano, y quiero morir en esta fe, cosa que no podria hacer prestando el juramento que me habeis pedido.»

A estas palabras la izquierda se desató en improperios de furor y pidió que se pusiese término á estas *escandalosas provocaciones* (1).

Mons. Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, temiendo se le escapase una ocasion tan hermosa de confesar su fe, se adelantó en la tribuna á pesar de sus muchos años y dijo:

«—Señores, setenta años tengo, y hace treinta y tres que soy obispo; no mancharé mis canas con el juramento de vuestros decretos, no juraré.»

Al oir estas palabras, todo el clero de la derecha se levantó como un solo hombre, le tributó un aplauso entusiasta y declaró á su vez que abundaba en aquellos mismos sentimientos.

La Asamblea, que hasta entonces habia visto que todo cedia ante sus decretos, se quedó asombrada de tanta firmeza.

Los diputados abandonan sus asientos, se reunen en grupos, se disuelven en seguida, se agitan, braman, no saben qué partido tomar.

Mientras tanto á la parte de afuera se oian los gritos del populacho que vociferaba:

—«¡A la linterna todos los obispos y sacerdotes que no quieran jurar!»

Los eclesiásticos en tanto, sin conmoverse lo más mínimo por esta doble tempestad desencadenada dentro y fuera de la Asamblea contra ellos, piden que continúe el interrogatorio. La Asamblea, en vista de su actitud, decidió que en lugar de preguntas individuales se les hiciese á todos una intimacion general.

Entonces exclamó el presidente:

—Los eclesiásticos que todavía no han prestado el juramento levántense y juren!

Ni siquiera uno se levantó, ni se adelantó á obedecer la órden; todos permanecieron serenos y tranquilos en sus puestos.

Esta noble resistencia hizo rebasar la indignacion de los diputados, que acabaron por destituir de sus cargos á aquellos fieles ministros de Dios, y arrojarlos de la tribuna. Obispos y sacerdotes, todos aquellos varones apostólicos salieron de la Cámara en medio de gritos y ultrajes, contentísimos de haber sido dignos de padecer tales insultos por confesar el santo nombre de Jesucristo.

Sus mismos enemigos no pudieron menos de admirarlos.

—Nosotros tenemos sus bienes, decia Mirabeau; pero ellos han conservado su honor.

¿Y cómo no admirarles? La imaginacion es impotente para formarse una idea de todas las embestidas y persecuciones que tuvo que resistir el clero fiel para no resultar perjuro. Los dias señalados para recibir el juramento fueron verdaderos dias de martirio, tanto en la capital como en las provincias.

Citaremos algunos ejemplos.

El Rdo. Pausemon, cura de San Sulpicio, habia terminado su discurso parroquial cuando los asesinos entraron en la iglesia gritando:

—¡El juramento ó la muerte!

—Mi conciencia me lo prohibe,—repuso el sacerdote.

Y ellos se abalanzaron á él para matarlo.

El cura de *Sep-Sant*, en la Champagne, estaba todavía explicando las razones que le dictaba su conciencia contra el perjurio, cuando un bandido mezclado entre sus feligreses le disparó un tiro que le hirió en el pecho, haciéndole caer mártir sobre la cátedra del Evangelio.

En la iglesia de Charón, en el suburbio de San Antonio, mientras estaba celebrando el párroco el santo Sacrificio, la soldadesca y los alguaciles subieron al altar y le exigieron que jurase. Al pronto no respondió; más despues, volviéndose indignado:

«—¡Eso es contrario á mi conciencia!—exclama.—Y ahora lo que os suplico es que cese este escándalo; el santo Sacrificio ha comenzado, y es mi deber consumarlo.»

Pero de nada le sirvió esto; un hachazo que un granadero le descargó en la cabeza lo derribó al pié del altar.

En la iglesia de Champarón, de la diócesis de Séez, se presentaron al párroco los nacionales, armados en el momento que éste distribuia su limosna á los pobres.

—¿Qué quereis de mí?—les preguntó el intrépido pastor,—¿el juramento?

Y porque contestó con noble repulsa, aquellos bárbaros lo degollaron inhumanamente.

Esta constancia y fidelidad de los Pastores debia tener por resultado igual fidelidad y constancia en el rebaño.

«En muchos lugares,—escribe Barruel,—los sacerdotes apóstatas se vieron abandonados por el pueblo, y en algunos sus iglesias permanecieron enteramente desiertas. En los dias festivos, parroquias enteras, abandonando al pastor cismático, andaban muchas millas de camino para ir á oir la misa de un sacerdote católico y recibir los Sacramentos de su mano. Hubo necesidad de recurrir al cañon y á una gran fuerza de nacionales para establecer en la parroquia de Viviers un sacerdote intruso. En la de Querpentin, en el momento en que el párroco legítimo estaba para dar principio á los Oficios divinos, llegó la órden de impedírselo.»

No fué necesario más para que todos sus feligreses, como un solo hombre, corriesen detrás de él mientras él se encaminaba á otro lugar á celebrar la santa misa.

Juzgad ahora si semejante espectáculo podria agradar al demonio, á los jacobinos y á los apóstatas.

—Pero ¿á qué medio recurririan para hacerlo cesar?—decia.

—A la guillotina no, porque una religion perseguida alcanza mayor número de prosélitos; es preciso recurrir á los azotes.

Este Consejo era de Condorcet. Y recurrieron á los azotes.

«París, continúa Barruel, fué el primero en dar ejemplo de esto; las provincias le imitaron. Hízose de moda la flagelacion de las señoras católicas. Acudian los asesinos con varas á las puertas y calles próximas á las capillas católicas, y allí se estaban esperando y espiando, antes y despues del Oficio divino, á las más honestas damas, sobre todo aquellas que mostraban mayor acatamiento á la Religion, y se divertian en hacerles sufrir públicamente las más crueles palizas para arrancarles la promesa de ir á la iglesia constitucional. Las mujeres de mal vivir, las prostitutas y las perdidas de los mercados, eran las únicas á quienes tenian consideracion los asesinos.»

Es de notar que estos verdaderos mónstruos de ingratitud procuraban hacer sufrir el susodicho tratamiento á las santas Hermanas de la Caridad. Tres de estas heroicas vírgenes murieron en París á los golpes de aquellos horribles varazos en la parroquia de Santa Margarita.

En Metz, hasta las jóvenes discípulas educadas

(1) También hoy se llaman provocaciones las legítimas declaraciones de los obispos y sacerdotes en favor de la Iglesia.

en los hospitales de estas santas mujeres, fueron apaleadas inhumanamente un dia por no haber querido oir la misa de un sacerdote renegado; sus tiranuelos renovaron al dia siguiente en vano las amenazas y los golpes.

—Azotadnos, matadnos,—decíanles aquellas niñas de ocho á diez años;—no por eso cambiaremos nuestra religion.

Continuaban los golpes y su lenguaje era el mismo.

Como no diese resulado la tentativa de inducir á la prevaricacion, echaron mano de otros medios más salvajes todavía.

Cortaban los cabellos y las orejas á los sacerdotes y á las mujeres que persistian en no reconocer al falso pastor; montábanlos en asnos con carteles injuriosos en el pecho para llevarlos á la argolla; metíanles heno en la boca y cubríanles de inmundicia y de fango.

En Nimes, en Montpeller y en Marsella trocaron las varas por nervios de buey, organizáronse compañías llamadas del poder ejecutivo con órden de atropellar cruelmente con tales armas á los sacerdotes, mujeres, viejos y niños, y á cuantos rehusaban prestar homenaje á los pastores intrusos.

En otras partes entraban los bribones en la iglesia, sacaban de allí á los fieles á puntapiés, atropellaban á los sacerdotes, derribaban los altares, profanaban los ornamentos sagrados y cerraban los templos. Pero todo en vano, porque al dia siguiente los católicos volvian á colocar cada cosa en su puesto, y más intrépidos que antes, oraban de nuevo ante aquellos altares restaurados por sus manos.

LA RECONQUISTA DE MALAGA

Regocija el ánimo la memoria de las hazañas de nuestros antepasados y encuentra motivos para enorgullecerse al inquirir, descubriendo las páginas de la historia, la epopeya de la Reconquista de Málaga, en la que se nos muestra todo lo que pueden y significan el sentimiento religioso y el amor patrio.

El católico rey D. Fernando V habia reunido un ejército de veinte mil caballos y cincuenta mil peones, en cuya fuerza figuraban los aguerridos campeones que tantas veces midieron sus armas con las huestes agarenas.

Eran varios los pareceres que se presentaban ante la resolucion del monarca, segun acontece en casos tales, pues al paso que unos le aconsejaban dirigirse sobre Málaga, importante por su puerto y por la circunstancia de ser emporio del comercio entre moros y judíos andaluces, otros con distinto acuerdo juzgaban más prudente ocupar primero la ciudad de Velez y sus términos, á fin de cortar las comunicaciones entre la ciudad vecina y Granada. El Rey optó por este segundo plan y dispuso la partida de Córdoba, sin que fuera motivo para arredrar su varonil energía el terremoto sentido la madrugada de aquel dia y que infundió temores á los espíritus débiles.

Cumpliendo las órdenes de D. Fernando se puso en movimiento el artillero mayor Francisco Ramirez, de Madrid, acantonado en Ecija; fueron destacados para la escolta de trenes el maestre de Alcántara Martin Alonso de Montemayor y los alcaides de Lorca y Carmona con las gentes de su mando; siguió el Rey con el ejército, y llegado á Archidona detúvose tres dias en esta villa donde celebró la Semana Santa, publicando luego la determinacion de conquistar á Velez.

Habíase retrasado la artillería en la vega de Archidona, y mientras llegaba sentó el monarca sus reales en las cuestas que hay entre la poblacion y Bentomis, aunque algunos de sus capitanes le observaron que podian los moros de la sierra atacar á los cristianos; pero el Rey no quiso mudar de emplazamiento, y aconteció que mientras comia, retirado á su pabellon, levantóse en el campamento vivo clamoreo, y saliendo vió que los moros acuchillaban un destacamento de su guardia. Indignado entonces, montó á caballo seguido de algunos criados, y armado de su lanza y sin más defensa que una coraza, arremetió al enemigo con tal ímpetu y valor, que su generoso ejemplo hizo volver á los soldados fugitivos.

El ejército reanudó su marcha, y propicio el cielo permitió que Velez se entregase á las tropas cristianas, facilitándose de este modo la marcha sobre Málaga y el asedio de esta ciudad, defendida por el bizarro Hamet-el-Zegri y su ejército de negros y gomeles.

La noticia de la toma de Velez levantó distintas aspiraciones en los habitantes de Málaga. Los mercaderes y labradores deseaban la paz, mientras la gente de guerra ardia en afan de combatir con sus enemigos de siempre; y el resultado fué que secretamente entablasen por medio de Ali-Dordux correspondencia con el Rey para rendirse en vez de sufrir los rigores de un sitio.

Los trabajos hechos fueron distintos, y enterado al cabo Hamet-el Zegri, indignóse hasta el punto de fulminar severas amenazas que llegó á cumplir, porque bajando á la ciudad pasó á cuchillo á Aben Comixa, hermano del Alcaide de la Alcazaba, y á cuantos revelaban tibieza para defender la plaza.

Diversos accidentes ocurrieron en el grave asunto de las correspondencias entabladas, y hasta hubo ocasion en que la altivez árabe mostróse con acentuados rasgos, olvidando sin duda que el insigne Rey católico antes deseaba evitar la efusion de sangre que la violencia para colocar la cruz en los muros de Málaga.

Era preciso, no obstante, adoptar una conducta resuelta, y el 7 de Mayo de 1487 dispuso el Monarca que el ejército emprendiese la marcha desde Velez á la ciudad vecina.

Llegados á la garganta que se extiende entre el cerro de San Cristóbal y el de Gibralfaro bajaron de la altura los moros; intentaron disputar el paso, hubo ruda pelea, pero al fin las huestes cristianas quedaron dueñas del terreno y pudieron levantar sus campamentos, poniendo cerco á Málaga.

Poco despues el conde de Cifuentes, que acampaba en el arrabal de Santa Ana, tomó al asalto el fuerte torreon que allí habia, mas los moros volaron la obra y quedaron los valientes sitiadores sepultados en sus ruinas.

La llegada de la reina D.ª Isabel, llamada por su egregio esposo, acrecentó los brios é infundió nuevo aliento al ejército sitiador.

Para completar el cerco, la escuadra cristiana, al mando del valiente y entendido marino don Galcerán de Requesens, cruzaba por las aguas de Málaga, haciendo imposible que ésta recibiera auxilio alguno del Africa.

Muchos fueron los combates entre sitiadores y sitiados; innumerables los episodios en que lucian su valor y pujanza los caudillos, tanto cristianos como musulmanes.

El lugar más peligroso, aquel en que con más frecuencia se repetian los encarnizados combates, era el que ocupaban las tiendas del Marqués de Cádiz, el cerro de San Cristóbal y demás alturas inmediatas al Gibralfaro. Amenazado éste constantemente por las tropas del Marqués, derruidos en gran trecho sus muros y torreones por las máquinas de guerra del caudillo cristiano, sus defensores no cesaban de hacer desesperadas salidas, unas veces frente á frente y á la luz del dia, otras protegidos por las sombras de la noche y valiéndose de la sorpresa, y todas ellas para provocar furiosos combates, que concluian por la lucha cuerpo á cuerpo en la que los sarracenos eran rechazados hasta las posiciones que tan bravamente defendian.

Entre tanto la ciudad sentia los estragos y las torturas del hambre, y como consecuencia inevitable de tal estado de cosas surgieron las conspiraciones y vióse, en suma, que la ciudad padecia tanto con el asedio como con su situacion interior.

Mientras esto acontecia tuvo lugar un hecho deplorable de sangrienta recordacion. Un santon llamado Abraham el Guerbi llegó al real cristiano, y diciendo que necesitaba hacer á los Reyes importantes revelaciones solicitó lo llevasen á su presencia.

Reposaba á la sazon D. Fernando, y como no quisiera su augusta esposa turbar su sueño ni dar audiencia hasta que aquel despertase, hicieron entrar al moro en un pabellon donde jugaban á las damas D.ª Beatriz de Padilla y D. Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza. Creyóles los reyes el santon, y desnudando el alfanje asestó á D. Alvaro terrible cuchillada en la cabeza, acometiendo acto seguido á D.ª Beatriz, aunque sin causarle daño.

El temerario pagó con la vida su perfidia y despedazado su cadáver fué lanzado á la ciudad, á impulsos de una catapulta.

Sin embargo, los católicos monarcas aún intentaron ganar la plaza sin mayores destrozos, mas en vista de la ineficacia de su noble empeño, aumentó el asedio á la vez que el hambre crecia terrible en la ciudad, donde el obstinado Hamet-el-Zegrí, resuelto á no entregarse, tuvo que encerrarse en la fortaleza de Gibralfaro, merced á la actitud hostil de la muchedumbre.

Convencidos los malagueños de que eran impotentes contra sus enemigos y de que eran inútiles cuantos esfuerzos hicieran para desbaratar aquella cadena que cada vez les oprimia más y más, comisionaron á Ali-Dordux para que, en union de otros varios importantes personajes, entablara con los católicos-Monarcas las necesarias negociaciones para la entrega de la plaza.

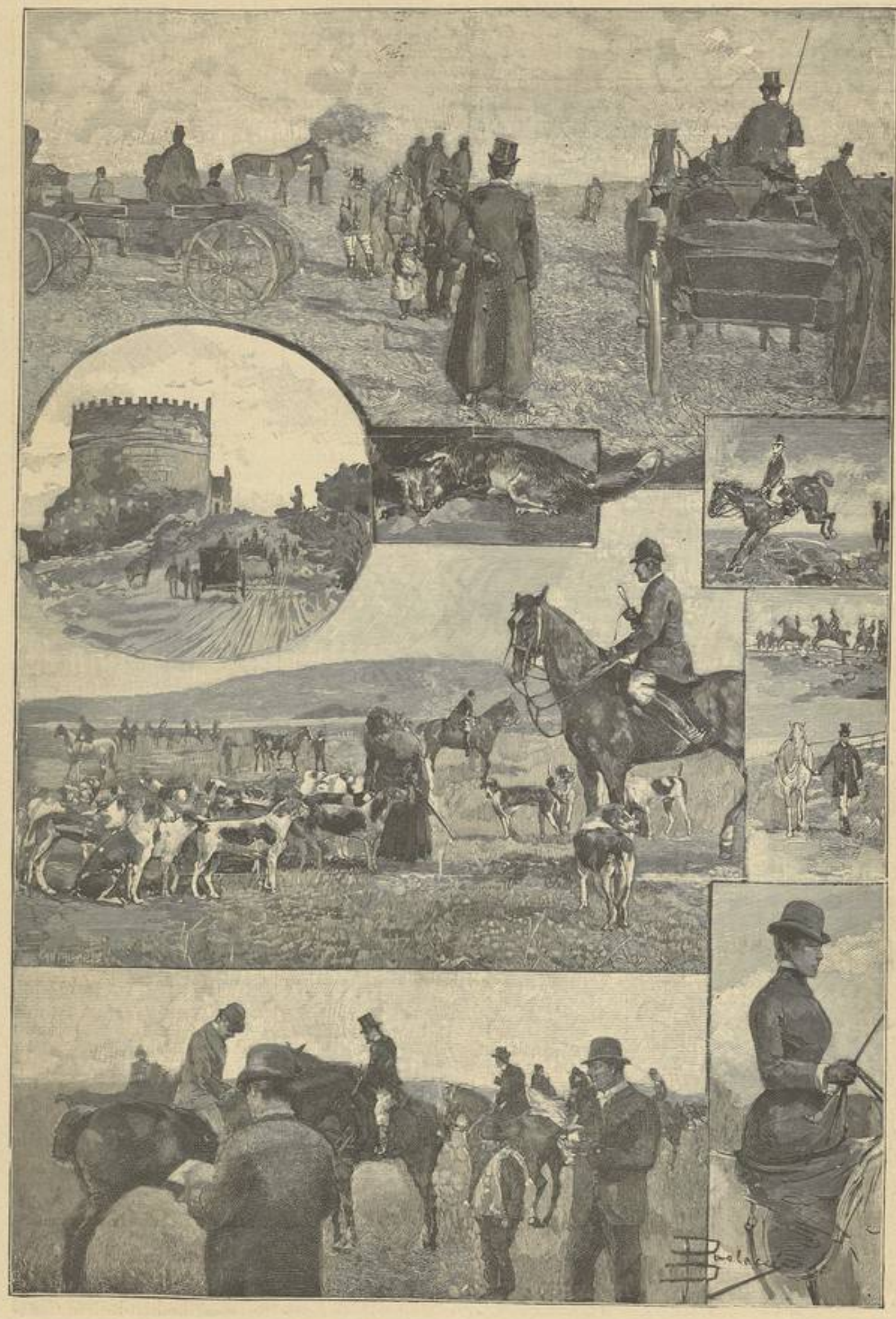
No podian ser más humildes las condiciones que exigian los moros para la entrega de la ciudad querida, y todas ellas encaminábanse á garantir su seguridad y la de sus haciendas; pero el rey D. Fernando, á quien ya enojaba lo prolongado del sitio, las rechazó, exigiéndoles que se entregaran á su merced, pues no era ya tiempo de imponer condiciones.

Volvieron los comisionados á la ciudad, tristes y pesarosos, y dieron cuenta del resultado de su mision; y así, despues de varios viajes entre la plaza y el campo enemigo, y viendo que los Monarcas católicos persistian en sus decisiones, acordaron al fin abrir las puertas al victorioso ejército, limitándose únicamente á implorar la caridad y misericordia de los Reyes.

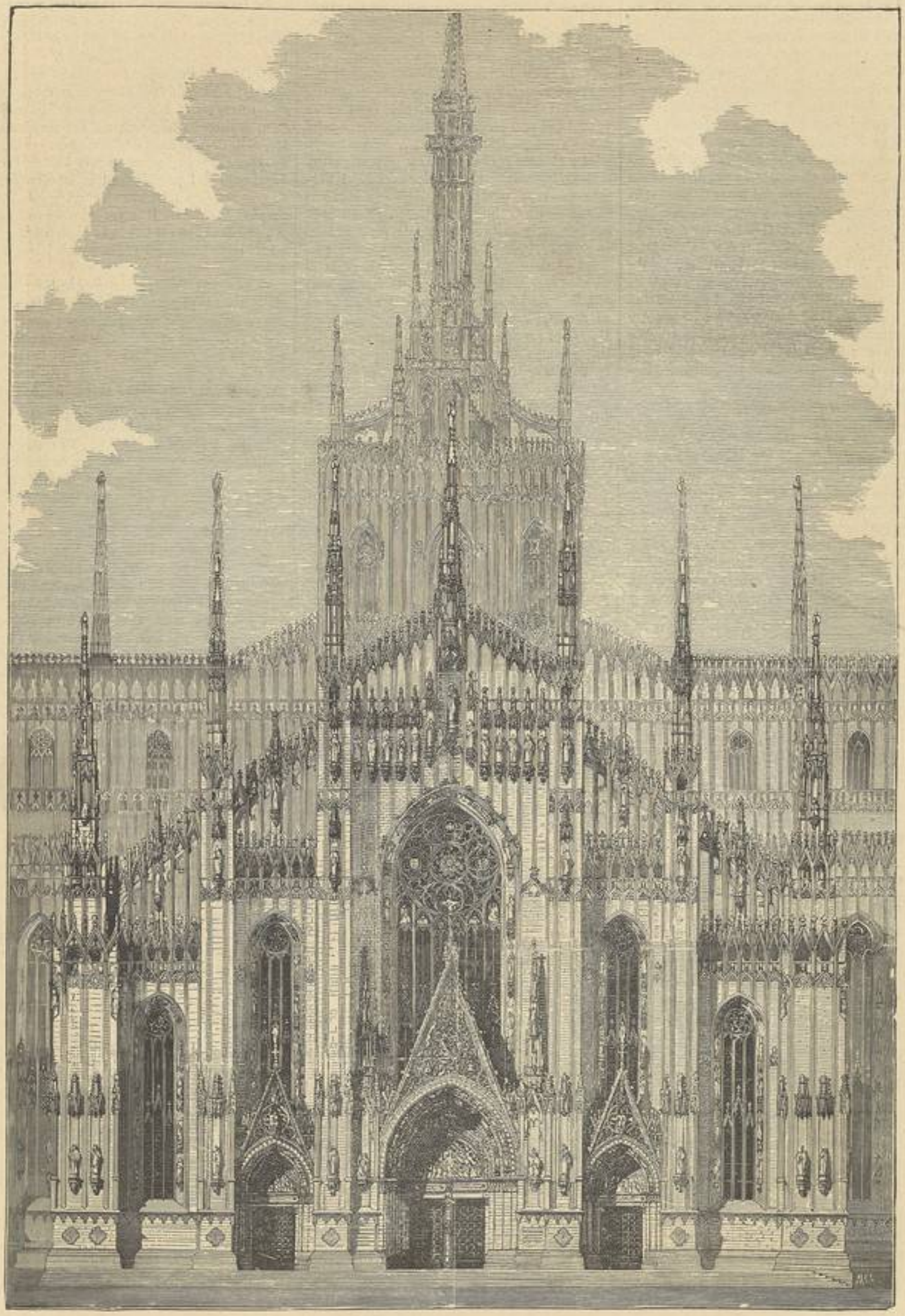
Y el dia 19 de Agosto de 1487, y previa entrega de importantes rehenes por parte de los moradores de la ciudad, penetró en ésta, al frente de buen número de tropas, el comendador de Leon, D. Gutierre de Cárdenas, quien, en union del cardenal de España y de D. Pedro de Toledo, capellan de los reyes, enarboló en la torre del homenaje, de la Alcazaba, el pendon de la Cruzada, el guion regio y varias enseñas.

Como testimonio de la importancia que se ha dado á la memoria de este dia glorioso para la patria transcribimos lo que el primer Obispo de Málaga D. Pedro de Toledo dispuso en los Estatutos que formó para la perpétua conmemoracion de tan singular triunfo:

«Otrosí: Ordenamos y mandamos, que de aquí adelante perpétuamente se haga en la ciudad de



CAZA DE ZORRAS EN LA CAMPIÑA ROMANA



FACHADA DE LA CATEDRAL DE MILAN (PROYECTO DE JOSÉ BRENTANO, APROBADO DEFINITIVAMENTE)

Málaga, y en todo el Obispado, fiesta muy solemne el dia de *San Luis*, obispo fijo del rey de Sicilia, el cual se celebra á 19 de Agosto, en el cual dia á las primeras vísperas del dicho Santo, que son á 18 de Agosto, en el año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1487 años en la tarde se entregó el Alcazaba y Fortaleza de la ciudad de Málaga, y la dicha ciudad, á los cristianísimos, muy altos y muy poderosos Príncipes Rey D. Fernando, y Reina D.ª Isabel, de santa memoria, Rey y Reina de las Españas nuestros Señores; y en su nombre y por su mandado lo recibió todo de mano del moro llamado *Ali-Dordúx* el muy esforzado y magnífico caballero D. Gabriel de Cárdenas, Comendador mayor de Leon, y contador mayor de sus Altezas, que Dios perdone. Y el dicho Obispo D. Pedro, siendo capellan y Limosnero de sus Altezas, en señal de posesion de la dicha Ciudad para Nuestro Señor Jesucristo y su gloriosa Madre, y en devocion y acrecentamiento de su santa fé, metió en sus manos una cruz grande de oro y plata, á la hora en el Alcazaba, por mandado de sus Altezas, acompañándole mucha clerecía, cantando todos: *Te Deum laudamos;* y con mucha y noble caballería, que iban con la santa Cruz, y con los Pendones reales de sus Altezas detrás de ella. Y así la hizo poner encima de lo más alto de las torres de la Alcazaba, con mucha solemnidad, con muchas trompetas y atabales, y otros instrumentos de alegría, cantando y loando á Dios, y á su gloriosa madre (en cuyo octavario, y por cuyo medio, esta ciudad y todas las otras han ganado sus Altezas de poder de los infieles) en lugar eminente donde se veia la Sta. Cruz; y dió por ello muchos loores y gracias á Dios con mucha devocion; y luego tras esto el dicho comendador mayor alzó los Pendones Reales, y los Pendones de la Caballería de Santiago, segun se acostumbra en las victorias semejantes, con mucha solemnidad, haciendo con ellos muestra de reverencia y grande acatamiento (abatiéndolos) al Pendon y señal de la Sta. Cruz: por cuya virtud y en cuyo esfuerzo esta famosa ciudad, y en todas las otras que han ganado sus Altezas, se les han entregado. Y en memoria de tan grande beneficio recibido de Dios, y de Ntra. Señora la Vírgen María su bendita madre, mandamos que perpetuamente se haga procesion solemne, con toda la Clerecía de la Iglesia mayor, y con todo el pueblo de esta Ciudad, hasta la iglesia de Santiago. Por ende mandamos á vos los sobredichos Estados Eclesiástico y Seglar, que así lo guardeis, y hagais y cumplais, segun que aquí se contiene, so pena de desobediencia á los que así no lo hiciéredes. Y porque los devotos y obedientes hayan galardon por ello, otorgamos á vos, los que bien lo guardáredes y solemnizáredes con devocion y alegría, 40 dias de perdon. Y este dia queremos que se procure un solemne Predicador que predique la dicha fiesta, haciendo memoria y recontando lo susodicho. La cual mandamos aquí escribir, porque en largos tiempos haya memoria de todo.»

DIARIO DE UN FILÓSOFO

Ó COSAS DEL OTRO MUNDO

IV

Nuestro filósofo habia ofrecido ser padrino del hijo de su hermano, y lo cumplió. En aquel sagrado acto recitó el Credo con voz clara y resuelta; y al recapacitar lo que habia dicho, pensó en el juicio final. ¿Cómo sabemos eso del juicio final? se pregunta. Tenemos que atenernos á revelaciones del Cielo. ¿Y acaso puedo yo creer á pié juntillas estas revelaciones sobrenaturales, y atenerme sin pruebas á lo que ciertas personas pretenden haber oido? Es muy razonable, sin embargo, esto del Juicio que debe reparar todas las injusticias que se cometen en el mundo. Sólo esta creencia podrá producir resignacion en los seres desgraciados que tanto sufren en al tierra. Tambien es verdad que para juzgar á los hombres se necesita haber vivido, como el Salvador, en medio de ellos y conocer sus debilidades y sus tentaciones.

Es indispensable, sigue reflexionando el filósofo, que haya un lugar de castigo, si admitimos que existe un Cielo para los justos. ¿Y quién es ese Satanás, padre y generador del mal? Si Dios es personal, ¿por qué no ha de ser tambien personal el genio del mal? ¿Qué nos importa el nombre que se le dá? Satanás, Demonio, Diablo, Espíritu infernal, etc. Una vez admitida su existencia, tiene que existir en alguna parte del Universo. Lo mismo sucede con lo que los cristianos llaman Cielo: si hay un infierno en que se purga y se castiga á los pecadores, tambien debe de haber un sitio en que se goza de las recompensas. Sobre este punto existen mil hipótesis. Algunos han ideado la transmigración de las almas de un cuerpo á otro, desde morar en el cuerpo del animal más infeliz hasta encarnar en el sér más perfecto; pasar de un mundo á otro, de una á otra esfera á través del universo, hasta hallar el colmo de las aspiraciones del alma, etc., etc. El Evangelio no promete nada claro y definido, y sólo dice que Dios tiene preparada para sus escogidos una dicha sin igual, que los hombres no podrán comprender mientras estén en el mundo. Basta á las almas cristianas saber que pasarán la eternidad gozando de la presencia de Dios, sin ser absorbidas por el infinito y conservando su personalidad. «El Dios de los cristianos, dice el filósofo, es el Padre de las luces y de todas las virtudes; la fuente de todos los dones de la perfeccion; el soberano bien; la verdad universal; la plenitud de la justicia; la belleza sin mancha; el amor infinito y la vida eterna; de manera que aquel que obtiene el honor y la dicha de entregarse á El desde el fondo de su sér y con toda su voluntad, jamás descenderá de la gloria ni perderá la felicidad que recibió: una vez que se le admite en el seno de Dios, posee y es poseido para siempre; es como un matrimonio indisoluble entre la humanidad y la Divinidad, por medio de Jesucristo.» El filósofo escribe páginas y páginas en que refiere la vacilacion de su espíritu con respecto á esos misterios de la Religion católica. Un dia se encuentra en casa de un amigo con un sacerdote, reconocido por su ciencia. Conversan á solas; el filósofo le expone sus dudas y le pregunta si es preciso para ser católico creer en las penas eternas.

—Sí, le contesta el sacerdote: la Iglesia, fundándose en las palabras tan claras y precisas de Jesucristo, como las que leemos en los Evangelios de san Marcos (cap. IX) y de san Mateo (cap. XXV), exige á sus hijos que crean fielmente y sin vacilar en la condenacion eterna de los réprobos y en la bienaventuranza tambien eterna de los escogidos por Dios. El Eterno, le asegura, envió al mundo á su Hijo en persona para que arrancase al hombre de los caminos torcidos y lo llevase á la salvacion, pero con la condicion de que obedeciese su doctrina, doctrina que El mismo enseñó, acabando por morir para rescatar á los pecadores. Pero el hombre no es esclavo, puede escoger la vía que á bien tenga: si no admite las enseñanzas de Cristo puede vivir sin ellas, pero en cambio tampoco gozará de las recompensas prometidas á los fieles. Aquellos que rehusan amar á Dios; que lo detestan, como Satanás; que no quieren pedir ni obtener su misericordia; que rehusan la luz divina, tienen que sufrir las consecuencias de su pecado, y no puede decirse que hay sombra de injusticia por parte de Dios, si no quiere verles, puesto que no han pedido perdon por su ingratitud.

«—Dios, le dice en otra ocasion el mismo sacerdote, perdona á todo el que se arrepiente con sinceridad, pero á los que le niegan, le desprecian, le desconocen y rechazan sus mandamientos, ni quieren hasta en su última hora oir hablar de Dios, ¿puede decirse que la Divina Providencia es cruel porque tambien los desconoce? El que no ama mientras vive no puede amar despues de muerto. Una vez separada del cuerpo, pierde el alma la facultad de arrepentirse, no puede implorar misericordia, y para siempre jamás se verá separada del que la creó.

«Segun san Pablo, aquellos que han muerto sin conocer la palabra divina, sin tener culpa, serán juzgados según su conciencia, y aunque no gozarán de la gloria de los bienaventurados, sí recibirán una recompensa en pago de sus buenas obras.»

Aquellas conversaciones causan honda impresion en el filósofo. Recorre con la memoria los motivos que tuvo para hacerse incrédulo en un principio, y fué recordando que las malas compañías, los libros irreligiosos, pero en realidad de poca consistencia en el fondo, su orgullo, el deseo de pasar por espíritu fuerte, los estudios hechos en ciertos autores, todo aquello le fué extraviando, aunque en el fondo jamás fué enemigo declarado del Evangelio. A pesar de todo vacila; un dia cree, otro se resiste á admitir la parte sobrenatural del Catolicismo. Sin embargo, piensa, ¡cuántos hombres de genio, cuántos sabios han sido creyentes! Y si todo fuera cierto, y mientras que vacilo, dudo, me arrepiento un dia de haberme arrepentido el anterior, viniera la muerte de improviso y fuera lanzado á la eternidad sin tener mi conciencia tranquila, ¿qué seria de mi alma? Semejante idea le llena de angustia. Ahonda su espíritu y ve que lo que le detiene en gran parte es la idea de las burlas de los hombres. ¿Y qué son éstas en comparacion de las penas eternas?

Pero piensa despues: el Purgatorio sirve para purgar las faltas que no han merecido los sufrimientos eternos. ¡El Purgatorio! ¿Qué es el Purgatorio? Los filósofos no creen en él, los protestantes lo rechazan. Compréndese que los que no admiten el cielo ni el infierno tampoco crean en el Purgatorio, pero los que tienen fe en la inmortalidad del alma ¿cómo no comprenden la necesidad de un lugar intermedio, en que los que no son justos, pero tampoco condenados, los que no puedan ir directamente al cielo, pero no merecen el infierno, se detengan á llorar sus culpas?... Sentado el principio del perfeccionamiento del alma humana, nada más filosófico que la existencia de aquel lugar intermedio en donde puede purificarse el que se ha manchado con el pecado y á donde pueden ir los que se arrepienten á última hora y piden misericordia al Señor. Nada más justo ni más racional que aquel lugar de expiacion. La metempsicosis no es sino un derivado de aquella idea innata en el hombre; y en la cual creyeron Platón y Pitágoras porque ignoraban la *verdad* revelada por el mismo Dios (1).

(Se concluirá).

(1) La metempsicosis era una doctrina por la cual los paganos suponian que las almas de los hombres pasaban de un cuerpo á otro. Los egipcios creian en ella y por eso embalsamaban los cadáveres con tanto cuidado; creian que mientras que se conservase el cuerpo entero el alma no transmigraba á un cuerpo inferior. Los egipcios no comian la carne de ciertos animales, dentro de los cuales creian que moraban las almas de sus hermanos, temerosos de hacer un mal quizás á un pariente ó á un amigo.

A LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

ROMANCE

Al tiempo que el alba llora
Sobre azucenas y lirios,
Y con letras de diamantes
Hojas escribe en jacintos;
En las montañas que Alberna
Corona de ásperos riscos,
Que para llegar al cielo
Forman de nieve obeliscos,
Dando silencio á las aves,
Ya en las ramas, ya en los nidos,
Que para aprender amores
Suspenden sus dulces silbos:
Enmudeciendo las fuentes
Aquel sonoroso ruido,
Porque impedir los amantes
Nunca fué de pechos limpios;
Francisco á Cristo pedía
(Enamorado de Cristo),
Le diese las mismas penas
Por ser su retrato vivo;
Cuando rompiendo los aires
Un serafin Crucifijo
Llegó á su pecho seis alas,
Aunque eran sus llagas cinco.
Francisco, dejando el suelo
Todo en éxtasis divino,
A cinco flechas de amor
Rinde los cinco sentidos,
A las tres de los tres clavos
Dar sus potencias quiso,
Que para costado el alma
Le parece el propio sitio.
Entonces con fuego ardiente
El Serafin encendido,
Haciéndose todo un sello,
Con ser su sér infinito,
Imprimióle como estampa,
Viéndole papel tan limpio,
En el cuerpo á Cristo muerto,
Y en el alma á Cristo vivo.
Tal suele obediente cera
Mostrar el blason antiguo
Sobre la nema á su dueño,
En un instante esculpido.
Quedó Francisco sagrado
Como aquel lienzo divino,
Que si allí imprimió su sangre,
Aquí sus dolores mismos.
Y para mayor favor,
Más honrado en el martirio,
Pues le dió al hombre las llagas,
Y el mismo Dios á Francisco.
¡Oh Serafin Soberano,
Glorioso aun estando vivo,
Pues la llaga del costado
Se la dieron muerto á Cristo!
Si vivo las cinco muestra
Es cuando glorioso vino,
Ya triunfador de la muerte
Con los despojos del limbo.
Si la silla que en el cielo
Perdió Luzbel por altivo
Por humildad ocupastes,
Luz sois en el cielo empíreo.
Vos os hicisteis menor,
Pero Dios tan grande os hizo,
Que el sol, pisado por vos,
Piensa que lo pisa Cristo.
Ajustado Dios con vos,
Como Elías con el niño,
Resucitó la humildad,
Que profesan vuestros hijos.
¡Qué ejemplo un Buenaventura,
Un Antonio, un Bernardino,
Un Diego, un Julian y tantos
Pontífices y Arzobispos!
Cielo es vuestra Religion,
Y como el sol habeis sido,
Quereis que haya luna clara
Más que su mismo apellido;
Pues si sus muchas estrellas
Son mártires infinitos,
Como las llagas parece
Que el imperio habeis partido.
Y por eso tantos reyes
Sobre sus brocados ricos
Pusieron vuestro sayal
Por más precioso vestido.
Vuestro cordon es la escala
De Jacob, pues hemos visto
Por el nudo de sus pasos
Subir sobre el cielo empíreo,
No gigantes, sino humildes,
Porque su brazo divino
Levanta rendidos pechos
Y humilla pechos altivos.

LOPE DE VEGA.

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

XIV

Apenas se habia alejado el carruaje de la tia de Alberto, D. Carlos animaba á su sobrina con palabras de dulzura, cuando D. Vicente, volviéndose repentinamente hácia ellos, les dijo con seriedad:

—Me urge hablar con vosotros tres; os espero en mi despacho.

Y al ver á su hija llorosa, añadió entre amable y severo:

—Y tú, hija mía, si deseas que tu padre te siga queriendo, sé menos niña, y acaba con tus lágrimas.

Encaminóse en seguida hácia la escalera, y los demás le siguieron taciturnos y atónitos al verle tan mudado.

Así que se hubieron sentado, D. Vicente presentó á su hermano la carta de Milan y los dos periódicos:

—Carlos,—empezó á decir con estudiada calma—hazme el favor de leer con voz inteligible para mi mujer y mi hija esta carta, y despues los renglones subrayados con rojo de estos dos periódicos. La carta me la escribió ayer D. Tomás, que ya sabeis no es capaz de mentir. Que Libia y Clementina escuchen sin interrumpir.

Carlos se puso á leer. D.ª Libia, por su parte, despues de oidas las primeras frases de la carta, no podia contener sus exclamaciones de dolor y de incrédulo estupor; pero su marido le hacia callar. Clementina, por el contrario, no movia los labios y palidecia por momentos. Sólo de vez en cuando subia el rubor á sus mejillas, por toda contestacion á las miradas penetrantes de su padre. Aquellos ojos, que expresaban mil y mil afectos diversos, la hacian estremecer, y sufria cual si la aplicaran la tortura.

—¿Qué os parece?—dijo terminada la lectura, mirando á entrambas y moviendo fuertemente la cabeza.

—Me parece que estoy soñando,—replicó su esposa; y despues de un corto silencio continuó:—No me engañaba el corazon cuando temia por Alberto, cuando repetia que en todo jugador la costumbre vence á la naturaleza. ¡Y vosotros os burlábais de mí! ¡Pobre hija mia! ¡en buenas manos ibas á caer!

Clementina, que sentia atravesada el alma por la pena, se levantó al oir esta última frase, y poniéndose como una rosa exclamó con acento indignado.

—¡Oh madre mia! ¡qué dice V.! ¿tambien V. ha creido estas calumnias?

—¿Calumnias?—interrumpió bruscamente el padre.—¿Y crees tú que sea yo hombre que me deje llevar por las calumnias? Entra en tu juicio, Clementina; respeta á tu padre y calla.

—Padre mio, ¿cómo quiere V. que calle, cuando veo que despues de haber asesinado á Alberto quitándole la vida, le asesinan arrancándole el honor? Maltratadme, matadme si quereis, pero jamás dejaré de defender su inocencia.

—¡Clementina!—dijo su padre levantando la voz y mirándola con amenaza.

—Yo, querido padre, no conozco á D. Tomás ni sus periódicos. Pero conozco muy bien á Alberto. Más debo creer en su inocencia que en las relaciones de aquel señor. Alberto me pertenece. Soy suya, y su honor es mio.

—¿Tú suya? ¿tú de aquel calavera?—exclamó su padre con enojo.—Ten juicio, Clementina; no me obligues á decir y hacer lo que no quisiera.

—¿Pues qué? si Alberto sanara y viviese, ¿no habia de ser mio, no se habia de casar conmigo?

—¡Tuyo! ¡Tuyo!—dijo su madre.—Lo que es por mí ya se acabó todo.

—Hé aquí mis resoluciones terminantes, inmutables, definitivas,—repuso D. Vicente serenándose un poco.—Esta tarde, Libia, Carlos y yo firmamos, si os parece, una denegacion explícita y absoluta al matrimonio de Alberto, que tengo ya extendida en forma de carta á D. Felipe. Mañana por la tarde nos ponemos en camino para Francia y Suiza, á pequeñas jornadas; y despues de nuestra marcha se entregará la carta con todos los regalos de boda hechos á Clementina por Alberto y sus parientes. Este es el único partido y el que estoy resuelto á llevar á cabo. Así, pues, hija mia, por obediencia á tu padre, quítate del dedo el anillo de Alberto, dámelo inmediatamente, y vén á firmar tambien tú una declaracion de formal renuncia á la mano de Alberto, que tengo ya preparada.

—¡Padre mio!—gritó la infeliz Clementina aterrorizada;—eso es imposible.

—¡Imposible! ¿Sabes, hija, con quien hablas?

—He jurado amor á Alberto, y porque haya sido desgraciado, no he de hacerle traicion. Este anillo es la señal de nuestra fe; me lo dió despues de comulgar en el altar de Nuestra Señora, y me lo dió en presencia de V. ¿Habia de ceder yo ahora mi anillo? ¿Habia de renunciar á su amor? ¡Ah! padre, seria un pecado, un sacrilegio que no cometeré jamás. No he dado mi corazon á Alberto para quitárselo... ¡y bien sabe Dios lo que he rezado antes de entregárselo! ¡Oh! ¡No, no! mientras viva seré siempre de Alberto. Antes morir que serle infiel; soy suya, y él es mio para siempre.

D. Vicente, fuera de sí, saltó de la silla, y se lanzó hácia Clementina con tal ira, que á no estar allí su tio y su madre que le cogieron por los brazos, hubiera herido con sus manos el rostro de su hija.

—¡Tú suya!—repetia apretando los dientes y tratando de desasirse de Carlos y de Libia, que le querian aplacar;—¡tú de aquel infame! ¡tú de aquel hipócrita! ¡tú de aquel perjuro! ¡tú, mi propia sangre! ¡oh primero te tuerzo el cuello con mis manos que verte mujer de aquel perdido! Todas las maldiciones que un padre puede imprecar del cielo sobre una hija que deshonra á su casa, caerian sobre tu cabeza, antes que verte dar á Alberto la mano.

—Vicente, ¡qué es esto!—le decia su mujer llorosa y con cariño.—Tranquilízate; jamás te he visto tan enfurecido. Clementina es una buena hija y hará lo que su padre le mande. Vamos, haya paz.

—¡Que hará lo que yo quiera!... ¡Quisiera ver que osara!...

—Pues claro que sí, Vicente,—añadió su hermano empujándolo suavemente hácia el sillon;—cálmate, vuélvete á sentar. Clementina ha hablado así sin pensar que te causaria disgusto. Obedecerá en todo... Sabes cuanto te quiere y respeta. ¿No es verdad, sobrina mia—prosiguió volviéndose hácia ella,—que quieres tanto á tu padre que deseas darle ahora mismo un abrazo?

—No sé lo que me pasa—respondió, pálida y temblorosa por el miedo, la indignacion y el amor.—Abrazos á mi padre le daré mil; pero no me siento con fuerzas para presenciar estas escenas, para mí nunca vistas. Decidan Vds. y dispongan. Ya no hay nada para mí. Despues de perdido Alberto, me toca aún perder el cariño de mi padre y ser maldecida. ¡Oh, si el Señor me dejara morir con él!

Al decir esto, el llanto ahogó su voz. Se levantó, y ocultando la cara entre sus manos y sollozando, desapareció.

—Déjala marchar, dijo D. Cárlos dando una palmada cariñosa en el hombro de su hermano. ¡Pobre niña! Es preciso compadecerla. El amor no razona; y además, despues del primer mal rato, darle este otro tan de improviso, sin haberla preparado...

—Demasiado sé que soy un loco al dejarme llevar por la ira,—respondió D. Vicente pasándose la mano por la frente.—Pero ¿qué quereis? Me siento ofendido de tal modo, en el fondo del alma, con la conducta indigna de Alberto, que involuntariamente salgo de mí, y descargo mi cólera sobre mi pobre hija. La idea de que Clementina ama con todo su inocente corazon á aquel mónstruo... que ella por ligereza nuestra ha estado á punto de ser su esposa, y que aún está en su ánimo el ser suya... ¿Qué quereis que os diga? Es una idea que me trastorna el cerebro.

La madre, que no pudo contenerse, corrió compadecida detrás de su hija; pero ésta ya se habia encerrado dentro de su habitacion, y no respondia á sus súplicas sino con lamentos y fuertes sollozos. Volvió D.ª Libia al escritorio hecha un mar de lágrimas, y anunció aterrorizada que Clementina era víctima de una convulsion, y se encontraba cerrada con llave en su cuarto.

—¡Oh Dios! ¡Desgraciado de mí! ¡Qué he hecho!—dijo el padre levantándose para acudir á la puerta de su hija.

—Espera, espera, iré yo,—dijo D. Cárlos.—Tu voz podria asustarla. Voy yo, y me abrirá, ó forzaré la cerradura.

Si D. Vicente hubiera sabido refrenar la ira; si se hubiera mostrado menos violento en el obrar y más discreto en el hablar; si antes se hubiera aconsejado con su prudente hermano, ¡qué de sufrimientos se hubiera ahorrado, y cuántas amarguras no hubiera quitado á su hija!

¡Quién hubiera pensado que en aquella mansion en que veinte y cuatro horas antes reinaba la alegría y la felicidad, habrian de ocurrir en tan breve tiempo escenas tan aflictivas y angustiosas!

XV

Suelen ser los vahidos y las convulsiones artimañas bastante comunes en las jóvenes enamoradas para arrancar el consentimiento á sus padres que de buena fe se oponen á matrimonios que se ve han de ser perjudiciales á sus hijas. Por via de ejemplo citaré á una riquísima jóven que conozco, la cual no hace mucho tiempo, á fuerza de inapetencias y desmayos, llegó á conseguir de su madre el permiso de echarse en las garras de un lobo dorado, á lo

JOSÉ BRENTANO

VENCEDOR EN EL CONCURSO DE ARQUITECTOS PARA LA FACHADA DE LA CATEDRAL DE MILAN

AL CAMPO (CUADRO DE EGISTO FERRONI)

MONJES PINTORES EN MONTE-CASINO

cual ya tres veces se habia opuesto. Son cosas ordinarias de este mundo, que ni los niños ignoran. Pero no era este el caso de la hija de don Vicente. La desgraciada se habia retirado á su cuarto, no para sacar partido de sus convulsiones, sino para desahogarse de su inconsolable dolor. Con su perspicaz y agudo entendimiento, demasiado habia comprendido lo terrible de su situacion, bien diverso de lo que antes era, y preveia todas las consecuencias que de ella se originarian. Todo esto se lo manifestó, hecha un mar de lágrimas, punto por punto á su tio Cárlos, en cuya ternura habia puesto su confianza.

Despues que hubo entrado en su cuarto y recibido de él caricias y palabras de consuelo, se sentaron en un diván próximo al balcon.

—Tio,—dijo Clementina.—de nada sirve que me engañe V. He perdido para siempre los tres amores que despues del de Dios eran mi sostén y las delicias y esperanzas de mi vida: el de Alberto, el de mi padre y el de mi madre. El amor de Alberto vivirá siempre en mi corazon, pero estará como muerto en este mundo, porque ó se va al cielo y seguimos amándonos como los ángeles, ó sale de su enfermedad y no podré mostrarle lo que le quiero. Mi padre y mi madre no podrán quererme tanto como antes, porque pretenderán que cese de amar á Alberto, si se restablece; y yo no podré jamás, jamás complacerles en esto, ó si muriera que dé mi corazon á otro: esto será imposible, porque no sé dar el corazon dos veces á dos personas distintas. El amor verdadero es uno y eterno, y mi amor hácia Alberto ha sido y es verdadero como la verdad misma; así, pues, no cambiará ni dejará de existir. Me han enseñado, y en ello he pensado muchas veces, que los esposos cristianos deben amarse recíprocamente como Jesús y la Iglesia se aman. Alberto me ha jurado mil veces que representará inviolablemente en mí el amor de Jesús hácia la Iglesia, y yo tambien le he jurado que representaré para con él el amor de la Iglesia hácia Jesús. Ahora bien, tio mio, ¿puedo dejar de amar á Alberto, ó amar á otro despues de tales juramentos, sancionados con este anillo? Vivos ó muertos, seremos única y eternamente el uno del otro. Preveo que esta santa fidelidad traerá sobre mí muchas aflicciones; pero ¡paciencia! Dios ve mi corazon, y sabe que seré mártir de mi deber.

Al decir esto, volvió á desahogarse en nuevos sollozos y suspiros.

(Se continuará.)

EN MEDIO DE LOS HIELOS

VIAJE AL TRAVÉS DE LA GROENLANDIA

Ultimamente el Dr. Nansen, intrépido explorador del Polo Norte, dió ante la Sociedad de geografía de Inglaterra una interesante conferencia sobre un viaje al través de la Groenlandia.

Todos los esfuerzos para penetrar en el interior de esa region glacial habian sido hechos por la costa occidental; y el doctor Nansen habia creido siempre que el único modo de atravesar la Groenlandia era el de partir por el Este, dirigiéndose hácia el Oeste, en donde los establecimientos de los esquimales daneses permitirian abastecerse.

Resuelto á poner en ejecucion su proyecto, más de cuarenta noruegos se ofrecieron para acompañarle, pero sólo escogió dos, Sverdrup y Dietrichson, y dos lapones llamados Balta y Christiansen.

Llegaron á Irlanda en Junio de 1888, y despues de incalculable número de dificultades y peligros ocasionados por los hielos y las violentas corrientes, llegaron á Anoritsk el 19 de Julio. De aquí se dirigieron hácia el Norte y por fin desembarcaron el 15 de Agosto para comenzar casi inmediatamente su viaje á pié.

Los viajeros habian guarecido sus canoas en lugar seguro, en una quebrada en que no sufrian mucho la intemperie: colocándolas con la quilla al aire establecieron un abrigo á su depósito, compuesto principalmente de municiones de caza que debian servir para darles alimento si obstáculos imprevistos los obligaban á volver á la costa del Este.

Todo el equipaje de los viajeros fué colocado sobre cuatro trineos: el Dr. Nansen y M. Sverdrup arrastraban el primero, que era el más pesado: cada uno de los demás individuos de la expedicion arrastraba igualmente otro.

La provision de víveres consistia en carne salada, pescados secos, pasteles de carne, bizcochos de centeno muy duros llamados *Knack-Kebræd*, bizcochos de avena, hígados, salchichones, manteca, queso de Gruyére, chocolate con vainilla, té, extracto de café, un poco de azúcar, leche condensada, y algunos dulces. En cuanto á tabaco, los viajeros tenian el suficiente para fumar una pipa todos los domingos. Ni una sola gota de alcohol para beber.

Para fundir la nieve y recalentarse usaban espíritu de vino.

El equipo se componia de patines, zapatos para la nieve, largos bastones, hachas para hielo, cuerdas, dos fusiles con escasa provision de municiones, antiparras azules contra la reflexion de la nieve, un hacha, cuchillos y además instrumentos científicos, como un sextante, barómetros aneróides, termómetros de espíritu de vino y de mercurio, compases y un aparato fotográfico. Además había en los bagajes dos tiendas, un poco de cuero de reserva y calzado.

Al empezar el viaje, como hacia mucho calor durante el dia, los viajeros caminaban de noche: estando congelada la nieve, generalmente, eran los caminos muy fáciles de recorrer; pero despues, como se hizo el frio más intenso durante la noche, resultó que los trineos apenas podian deslizarse sobre la nieve, por lo que los atrevidos viajeros prefirieron viajar de dia.

La Groenlandia ofrece el aspecto de una inmensa costra de hielos y nieves eternas, cubriendo un país desolado, que sólo deja descubierta una franja marítima en la que se levantan horribles rocas.

Solamente en este angosto litoral se encuentran algunas habitaciones humanas. Más allá, sólo está la muerte. En el interior, las montañas, de dos mil metros de altura, están revestidas de ventisqueros, que descienden algunas veces hasta el mar, teniendo longitudes hasta de más de cien kilómetros, en los *fiords* ó pequeños golfos profundos.

La poblacion cuenta con diez mil habitantes casi todos esquimales, pues sólo hay doscientos cincuenta colonos europeos.

El Dr. Nansen y sus compañeros encontraban á cada paso anchas grietas y tenian que tomar ciertas precauciones para no caer en ellas con los trineos.

«Sin embargo, dice el Dr. Nansen, no hubo ningun accidente desagradable; acontecia á veces que alguno se sumía hasta los brazos al atravesar los puentes de nieve, pero apresurándose á poner el baston y el hacha al través ninguno llegó á hundirse.

»Durante dos dias avanzamos rápidamente á pesar de la considerable pendiente; pero luego cayó una lluvia tan abundante, tan incesante y acompañada de un viento tal, que nos vimos obligados á quedar inactivos en nuestra tienda tres dias y tres noches. Despues el tiempo aclaró y avanzamos á marchas regulares. A contar del segundo dia, no volvimos á encontrar agua sobre el hielo hasta nuestra llegada á la costa del Oeste, y para obtener agua potable tuvimos que hacer fundir la nieve, parte en nuestra estufa, y parte en botes de hojalata que llevábamos sobre el pecho.

»Así avanzamos durante varios dias hácia Christianhab, pero, haciéndose la nieve más compacta, fué muy difícil el arrastre de los trineos y al mismo tiempo sufrimos una tempestad de nieve tan violenta como de larga duracion.»

El 27 de Agosto los viajeros estaban á una altura de 7,000 piés sobre el nivel del mar, y tomaron la direccion de Godthaah.

¡Qué desolacion de país! Nieve, siempre nieve. En la Groenlandia, apenas algunos matorrales de hierbas cortas ó raquíticos arbustos crecen en algunas estrechas zonas del litoral. Los únicos animales son los cetáceos, los osos blancos, rengíferos é innumerables tribus de pájaros pescadores.

Gracias al viento, pudo el Dr. Nansen utilizar en sus trineos el uso de las velas.

«Dos trineos fueron aparejados, dice, y el fondo de una tienda les sirvió de vela; los otros tres, aparejados tambien, fueron provistos de encerado. Durante tres dias marchamos así utilizando las velas; despues cayó de tal modo el viento que no pudimos servirnos más de ellas.

»La nieve se hizo móvil y profunda, y tuvimos que recurrir á los patines. Los copos caian con abundancia, haciendo el camino impracticable, y cuando, más tarde, el frio se hizo más intenso, era tan difícil arrastrar los trineos sobre la nieve, como si ésta fuera arena.»

Los viajeros continuaron su marcha, que consistia en una incesante subida, que terminó en Setiembre. Se hallaron entonces á una altura de 8 á 9,000 piés sobre el nivel del mar, en un ancho llano que tenia el aspecto de un mar helado. Anduvieron sobre este llano dos semanas, antes de encontrar la pendiente que conduce á la costa Oeste.

El frio era excesivo. Algunas noches bajó el termómetro hasta 55 grados centígrados bajo cero. Al aproximarse los viajeros á la costa Oeste encontraron una temperatura de 20 grados bajo cero, y, dice el Dr. Nansen, «la consideramos como el principio de un calor de estío.»

Más de una vez fueron asaltados los viajeros por tempestades; más de una vez corrieron el peligro de desaparecer en abismos sin fondo.

Por fin, el 24 de Setiembre, llegaron al país cubierto por los hielos, al Sur de Kangersunck.

Abandonaron allí una parte de sus equipajes, limitándose á llevar sobre la espalda la mayor cantidad de víveres que pudieron, y una tienda. Luego atravesaron un valle, á lo largo del pequeño rio de Kukasik, hácia Ameragdle, donde llegaron el 26 de Setiembre.

«Habíamos, pues, dice el Dr. Nansen, atravesado el hielo del país interior, que hasta aquí todo el mundo habia declarado impracticable: tocábamos el término de nuestro viaje, es decir, la costa Oeste de la Groenlandia.»

La distancia recorrida sobre el hielo era de cerca de 65 leguas, y el trayecto habia durado cuarenta dias.

EL CASTILLO DE LAS TRES TORRES

Los cuentos de aparecidos comienzan todos poco más ó ménos con estas ó semejantes palabras: *Iba un viajero en una noche oscura cuando...* ¡Ah! ¡hermosos cuentos, que empiezan á interesar á los oyentes desde la

primera palabra, y el interés no concluye sino con la última frase! Pero, vayamos al caso.

Cierta noche un viajero llamado Valerio Cardeilhac llegaba á una linda aldea llamada Saint-Cery, en el Departamento del Var. Como era domingo y se festejaba la fiesta del Santo patrono, todos los habitantes del pueblo bailaban al compás de una campestre música, aunque contra todas las reglas de la elegancia. No solamente bailaban sino que tambien cantaban y bebian un vinillo tan fuerte, que en realidad era como si absorbieran pequeños volcanes embotellados. Todos los habitantes de los pueblos vecinos se habian reunido allí tambien, sin preocuparse de que nuestra aldea no poseyese más que una pequeña y mal provista hostería.

Como deberia viajar todo artista amante de los bellos paisajes, Valerio viajaba á pié, y aquel dia habia caminado diez leguas sin descansar. Durante un momento, á la vista de las danzas de los alegres aldeanos, olvidó su fatiga; pero en breve sintió la necesidad de buscar albergue lo más pronto posible y preguntó por la hostería de Saint-Cery. Encontróla á poco: llamábase *Las dos palomas*, y estaba enteramente repleta de huéspedes.

El hostelero, que dormia en medio de dos manteles sobre la mesa de la cocina, no se despertó sino á medias, y aún para mandar al artista á todos los diablos. Salióse éste de aquel lugar inhospitalario, y al volver una esquina vió una tienda abierta: era la del barbero, el cual tambien ejercia la profesion de médico y cirujano. Valerio entró, se sentó y entregó su cabeza al verdugo para tener el pretexto de entablar conversacion con él. Éste empezó á frotarle la melena con pomada.

—¡Estoy mal aquí!—dijo Valerio;—hay tantos viajeros en el pueblo que no he podido encontrar cama en la hostería.

—Así es,—contestó el barbero peinándole con un instrumento que habia sido cepillo, pero que habiendo perdido las cerdas sólo le quedaba la dura madera;—efectivamente ha llegado V. en mal dia; ayer hubiera encontrado en *Las dos palomas* dos camas á su disposicion.

—¡Con una me contentara yo!.. ¿y qué haré ahora?

—Puede V. ir hasta el castillejo.

—¿Está lejos?

—En la cumbre de un cerro, á unas tres leguas de distancia. El señor Alcalde recibirá á V. con toda cortesía.

—Gracias por su consejo, pero no lo acepto.

—No doy con otro... á menos que... pero eso no puede ser... no, no le aconsejaria tal cosa.

—¿Cuál?

—Que fuera V. á pasar la noche...

—¿En dónde?

—No hablemos de eso.

—Al contrario, hablemos de ello, amigo mio...

—Bueno, pues, ¿querria V. ir á pasar la noche en el castillo de las *Tres Torres?*

—¿Y por qué no? Vaya si lo querré. Aún me sobran dos torres; me contentaria con una.

—Le advierto que el castillo tiene mala fama.

—¿Hay camas allí?

—¡Por lo menos treinta!

—Siempre hay cosas de sobra en su castillo de V... Pero lo que necesito saber es si el dueño de él me recibirá...

—Oiga V.,—contestó el otro bajando la voz,—el propietario no existe... se murió.

—¿Y hace mucho tiempo?

—Hará por lo menos veinte años.

—¿Y no dejó herederos?

—No, señor; el castillo pertenece á la Municipalidad, la cual desea venderlo, pero no encuentra quien se lo compre.

—Pedirá muy caro.

—Al contrario; pide muy poco.

—¿Y no lo compran por ser demasiado barato?

—Sí, señor. Se aguarda que la Municipalidad lo dé por nada.

—¡Entonces serán muchos los compradores!

—¡No lo crea V.! Es un castillo maldito. Aunque me lo dieran, no lo aceptaria.

—Ya empiezo á entenderle, señor barbero; eso significa que en aquel castillo hay apariciones, almas del Purgatorio, fantasmas, ¿no es así?

—Eso, eso. ¡No puede V. figurarse la zambra, la batahola que se oye allí todas las noches! Se oyen voces que hablan con acento campanudo y piés que bailan con un ruido que hace temblar la casa. Solamente el diablo en persona podrá comprar ese castillo para tener acá en la tierra una agencia del infierno.

—Eso que V. dice me tienta, barbero amigo, y me excita muchísimo... ¿Que tan lejos de aquí está este castillo encantado?

—A unas tres cuadras de distancia de la aldea.

—¿Me podría V. enseñar el camino?

—¡Cómo!—exclamó el asustado barbero,—¿se dejaria V. tentar por el diablo?

—Tengo mucho sueño, y quisiera acostarme; en eso consiste la tentacion.

—¡Ah! si V. quiere pasar la noche allí, la aseguro que mañana necesitará más que nunca una cama.

—Vamos, ¿quiere V. decirme por dónde es el camino, sí ó no?

—El maestro Oliverio se lo dirá á V.; yo no.

—¿Y en dónde está ese maestro Oliverio?

—Iré á llamarlo; aguárdeme un momento; es vecino mío... ¿No somos todos vecinos en un pueblo que no cuenta más de cien casas?

—¡Corra V...! necesito acostarme y descansar.

No tardó en comparecer el maestro Oliverio. Era un hombrecillo flaco, con ojos grises, nariz aguileña, mejillas arrugadas, mirada falsa y burlona; hablaba malísimamente, pero era elocuente por medio de señas, ese lenguaje universal y claro como el sol del medio dia.

—¿Querria V.,—dijo al viajero,—pasar la noche en el castillo de las *Tres Torres?* Lo acompañaré hasta la portada, pero no entraré.

Valerio accedió, y viajero y aldeano se despidieron del barbero, tomando un camino hondo que desembocaba frente al castillo encantado. En aquella fúnebre morada se habian establecido enormes murciélagos, como para prevenir á los vecinos del peligro, segun decian los supersticiosos aldeanos, que veian todo bajo el prisma extraño de su amor á lo maravilloso, y que no pueden ver un castillo viejo sin inventarle alguna leyenda. Decian que fuera de los ruidos que allí se oian, veian al toque de las seis, cuando sonaban las campanas de la iglesia, á la jóven castellana de Saint-Cery que se levantaba sobre las tres torres como una blanca aparicion, por lo cual la llamaban la Estrella de la tarde.

Al llegar á la puerta del castillo el aldeano deseó irónicamente una noche feliz al viajero y lo dejó solo. El intrépido Valerio atravesó una alameda de cipreses y llegó frente al castillo. El paisaje es lúgubre siempre, pero de noche mucho más. El castillo no tenia vidrios en las ventanas y los muros estaban cubiertos de grietas; como nadie cerraba las puertas y las ventanas, el viento gemia entre ellas y las hacia golpear. La maleza habia invadido todo, y crecian abrojos hasta la misma puerta; las fuentes estaban secas, y en la huerta los estériles árboles no daban fruto; algunos pinos reunidos aquí y allí parecian agrupados para quejarse con acento fúnebre; y sin duda desde lo alto de sus ramas alcanzaban á ver las cosas horribles que sucedian dentro de las habitaciones.

Era tal el sueño que agobiaba á Valerio que no tuvo fuerzas para tener miedo. De las dos abras del gran porton del castillo, una estaba cerrada y la otra no existia, lo cual facilitaba mucho la entrada. El viajero entró, atravesó el ancho vestíbulo, cuyo eco repercutia el sonido de sus pasos; y viendo una luz blanca como la cola de un traje de hada al otro extremo, se dirigió á ella y se encontró en el principal salon del castillo, cuyas ventanas abiertas daban lugar á que entrara la claridad de las estrellas. Apenas dió algunos pasos cuando se chocó contra un mueble; tocó y encontró que era un ancho divan cubierto con blandísimos cojines. Parecióle que habia encontrado lo que necesitaba; sentóse primero; luego se quitó dos pistolas que llevaba al cinto, y las puso junto á sí; miró por la ventana las copas más altas de los árboles, que se movian lúgubremente, y acostándose despues con delicia al sentir la blandura de su lecho, se deseó buen sueño y se quedó dormido en el acto.

Durmió algunas horas sin despertarse, cuando oyó, aún en sueños, un ruido horrible compuesto de muchos diferentes que hacian temblar el castillo desde sus cimientos; al tam-tam de un destemplado tambor se unian los mugidos de agria y lejana orquesta junto con cercanos golpes. El pesado sueño que lo rendia luchó un rato con el alboroto que lo trataba de despertar; pero al fin éste fué creciendo tanto que Valerio abrió atónito los ojos.

El castillo temblaba; voces intermitentes alternaban con inarticulados lamentos que se perdian entre los ecos de la escalera; en medio de todo se oia un grito lúgubre que parecia salir de las entrañas de la tierra, como el gemido de un hombre que hubiesen enterrado vivo, y al mismo tiempo se oian caer estrepitosamente cadenas y hierros, que parecian salir de lo profundo.

—Esto es serio,—se dijo Valerio, dominando un estremecimiento que le espeluznó el cuerpo de piés á cabeza.

Armando sus pistolas, se levantó muy pasito, y como un fantasma salió del salon y pasó al vestíbulo. Nada vió; pero lo que oia no dejaba de hacerle latir el corazon de espanto. La enorme escalera repercutia el horrible estruendo, y por entre las ventanas y grietas que filtraban la claridad exterior se veia una nube de polvo que levantaban, sin duda, los danzantes infernales que bailaban en los aposentos superiores.

Inmóvil, con los aterrados ojos levantados á lo alto, al fin acostumbrándose á la oscuridad, Valerio notó que algo se agitaba en la pared, por entre un agujero, en la parte más alta del vestíbulo. Pensó primero volver al salon y escaparse de aquel lugar infernal por una de las ventanas bajas que daban al parque; pero ocurriósele despues que era más noble, aunque más arriesgado, hacer otra cosa, pues un valiente se avergüenza de ser cobarde aunque no haya testigos que lo vean.

Examinó con menos turbacion aquello que se movia misteriosamente en lo alto, y de repente, como entrasen algunos rayos más de luz, vió, con toda claridad, un brazo cubierto con una manga azul y una mano que agitaba alguna cosa convulsivamente.

Aquella mano estaba como á unos tres metros sobre su cabeza; Valerio levantó entonces una de las pistolas que tenia en la mano, apuntó sin temblar y disparó... Oyóse un grito agudísimo y al mismo tiempo rodaron por las escaleras hierros y balas atadas todas juntas, lo cual produjo un estruendo infernal. En seguida reinó el silencio, como si todo el infierno hubiese emigrado en masa al ruido del pistoletazo.

Esta valiente expedicion alejó por completo el sueño de los párpados de Valerio; se sentó sobre su divan oriental; desmontó sus pistolas y resol-

TRAJES FRANCESES DESDE 1785 Á 1788
(DIBUJO DE LA ÉPOCA)

vió aguardar el dia sin dormir, por si acaso ocurria otra novedad, pero la noche se pasó sin que nada la viniera á turbar de nuevo. Con las primeras claridades del dia el viajero salió á examinar el campo de batalla de la noche anterior. Algunas gotitas de sangre manchaban la pared debajo del agujero, y gran cantidad de hierros de toda especie yacian esparcidos por el vestíbulo, arrojados por el brazo que habia herido.

De reflexion en reflexion, Valerio llegó á conjeturar toda la verdad del hecho, así fué que al volver á la aldea no se sorprendió absolutamente cuando le dijeron que el barbero no estaba en su tienda, pues le acababan de llamar, en su calidad de médico, para que fuese á casa del maestro Oliverio, que se habia herido en una cacería. Preguntó las señas del domicilio del aldeano.

—¡Buenos dias, amigos mios!—exclamó Valerio entrando,—vengo á pedirles sus órdenes y darles las gracias.

Y añadió con acento de lástima:

—Pero ¿qué tiene V., maestro Oliverio? ¡Qué pálido está V.! ¿Qué le ha sucedido?

El aldeano trató de pronunciar algunas palabras balbucientes, pero el barbero le interrumpió:

—Le ha sucedido una cosa muy natural... El pobre Oliverio, que es cazador de alondras, se hirió, como suele suceder á muchos cazadores, y yo vine á curarlo... Pero no es cosa grave.

—¿Y á eso llama V. cazar alondras, señor Oliverio?—respondió Valerio riéndose con ironía. —Créame V.; no vuelva á sus trece; siga mi consejo; no se entretenga en hacer el fantasma en el castillo de las *Tres Torres*.....

El herido dió un hondísimo suspiro y levantó las manos en ademán de súplica.

—¡Ah! ¡señor mio, se lo suplico, no me pierda usted! ¡Soy padre de familia!

—¡Todos dicen que son padres de familia cuando han cometido algun delito!—exclamó Valerio,—pero, ¿por qué hace V. semejantes niñerías, que pueden costarle caro?

—No es una niñería.....

—Entonces, ¿qué significa eso? Quisiera saber qué objeto hay en semejantes locuras.....

—Se lo diré, sí, señor..... pero deme V. su palabra de honor de que me guardará el secreto... aunque no sea sino durante un año.

—Se lo prometo.

—Hablaré en nombre del maestro Oliverio,—dijo el barbero.—El quiere hacerse dueño del castillo de las *Tres Torres*, y que en la pública subasta, en que no habrá quien puje, se lo adjudiquen á él. Tiene propiedades que van hasta las inmediaciones del castillo, con lo cual hará un buen negocio. Es pobre, y nada tiene de malo, creo yo, hacerse con unas tierrucas que no son de ningun cristiano, puesto que pertenecen á la Municipalidad. ¿Me entiende V.?

—Perfectamente, repuso Valerio. Tanto peor para la Municipalidad y para los imbéciles. Cúidese, maestro Oliverio, y le ofrezco no solamente no revelar su secreto, sino que vendré á visitarle cuando sea V. castellano y no fantasma.

Valerio apretó la mano del espantajo, y salió de la aldea.

El maestro Oliverio es hoy dueño del castillo, que ha pagado con dificultad; y todavía, para conservar la mala reputacion de su propiedad, se entretiene en hacer misteriosos ruidos en el vestíbulo de su mansion señoril. Se le considera como espíritu fuerte en Saint-Cery, y por eso el Gobierno le ha concedido una medalla de honor.

TRAJES FRANCESES DESDE 1789 Á 1790
(DIBUJO DE LA ÉPOCA)

MISCELÁNEA

JUSTAS ALABANZAS

Un periódico que se ha distinguido y se distingue por su odio sectario á la religion católica y por los ataques que á dia, rio dirige contra las Ordenes religiosas, *El Globo*, que recientemente ha sostenido una desdichada campaña contra los frailes que en Filipinas sostienen, á la par que la causa del Catolicismo y la civilizacion, la causa española, entona las siguientes alabanzas á nuestros Misioneros de Africa.

«Nuestros Misioneros gozan de verdaderas y justas simpatías en Marruecos, y son desde hace bastante tiempo en aquella comarca los verdaderos, por no decir los únicos, diplomáticos que velan por los intereses españoles. Van á donde no pueden ir nuestros representantes oficiales, están en contacto inmediato con los marroquíes de altas y bajas jerarquías, mantienen la escasa comunicacion que con el Imperio nos une, y hacen lo posible y lo imposible para conservar el mínimo influjo que allí nos han dejado las demás naciones europeas.

«El humilde franciscano, conocedor de la lengua del país y de la condicion de los naturales, á pesar de su pobreza, llega con sus piés descalzos á las ciudades y regiones cerradas á nuestros encopetados Ministros, Secretarios y Cónsules, y lo mismo ultima un convenio mercantil que alcanza autorizacion para fundar una escuela.»

En otra parte dice el mismo periódico:

«Lo cual no es un obstáculo para que, cuando sobrevenga un conflicto, reconozcamos la verdad y pongamos confianza mayor que en los solemnes y condecorados diplomáticos de oficio, en el apacible y modesto P. Lerchundi.»

Estas francas declaraciones, dejadas escapar á pesar de las prevenciones sectarias en un momento en que con excepcional franqueza se rinde culto á la verdad, son olvidadas á las veinticuatro horas, siguiendo los ataques á la Iglesia y á las Ordenes religiosas, tildándolas, si á mano viene, de enemigas de la civilizacion y de la patria.

LA TEORÍA DE DARWIN

El Congreso antropológico que estos dias se está celebrando en Viena nos da un ejemplo luminoso de lo vanos que son los pretendidos conflictos entre la ciencia y la fe.

Un sabio positivista, el célebre Virchow, ha pronunciado en el referido Congreso un discurso de suma importancia, en el cual ha llegado á conclusiones idénticas á las sostenidas por sabios católicos.

Virchow ha cantado un himno fúnebre á la teoría que supone al hombre descendiente del mono, teoría ideada por Darwin y combatida desde el momento en que se hizo pública por los sabios católicos.

Además, Virchow se ha pronunciado por la unidad del género humano, y ha expuesto y sostenido muchas otras doctrinas que concuerdan precisamente con las ideas científicas sostenidas siempre, en este como en los pasados siglos, por los publicistas católicos.

En el Congreso antropológico se presentan pruebas científicas de la verdad de nuestra fe, pruebas que precisamente vienen del campo enemigo de los positivistas, reforzadas con la gran autoridad científica de que goza Virchow, no ya en Alemania, sino fuera de aquel Imperio.

Bueno es que de todo esto se vayan enterando los pocos partidarios que tiene Darwin en España, á ver si la franqueza de sabios como Virchow les da valor para sacudir el yugo de sus preocupaciones de secta denigrantes para la dignidad humana.

SECCION RECREATIVA

FUGA DE CONSONANTES

.o .i.o .i e. .a.o e. .u..o
.i.o .i .o' .ue.o .o
.ue .u..o. .e .a.a. .a.o
. ú, .o .e.e.e. .eo.

SOLUCION DE LA FUGA DE CONSONANTES DEL NÚM. 92

El modo de escarmentar
que tiene el género humano,
consiste en mirar la piedra
despues de haber tropezado.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 12 DE OCTUBRE — SÉRIE II.—NÚM. 94

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma.—La audacia de siempre, la mentira de siempre y la verdad de siempre.—La Revolucion del 89.—La cuestion romana, III.—La válvula de seguridad*, por Mons. Mermillod.—*El templo del Pilar* (poesía), por Florencio Jardiel.—*Diario de un filósofo, V.—La Canonesa*, I.—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion) por el P. Franco.—*Quid pro quo.—Las dos campanas.—Miscelánea.—Seccion recreativa.*

GRABADOS

ESTABLECIMIENTO DE LAS RELIGIOSAS FRANCISCANAS EN LUXOR.—Sabido es que en esta ciudad se hallan acumuladas las principales maravillas de la grandeza y del poderío de los Faraones, y era el centro de esa famosa Tebas que fué por tantos siglos la ciudad Real de las numerosas dinastías egipcias. Se necesitan largas horas para recorrer aquella selva inmensa de ruinas, de arcos, de columnatas, de estatuas gigantescas.

En aquella parte del Egipto trabajan con gran celo y con felices resultados los Hijos de san Francisco de Asís. Recientemente, el 8 de Marzo último, las religiosas franciscanas inauguraban en Luxor un establecimiento destinado á escuela y huerfanato, en medio de un vasto terreno cedido gratuitamente por el Jedive. Nuestro grabado figura parte del pórtico, en el cual aparecen agrupadas algunas Hermanas y sus alumnas.

MR. EIFFEL, ingeniero, constructor de la torre de su nombre en París.

LA TORRE EIFFEL.—¿Quién no conoce, siquiera de oídas, esa gigantesca obra, «monstruoso mecanismo de hierro,» como alguien la ha llamado? ¿Quién no la ha visto reproducida de mil modos, sea por la fotografía, sea por el grabado?

Para saber lo grande que es, hay que estar debajo; y para apreciar su altura (300 metros) hay que estar arriba.

Colocado su eje en el del Campo de Marte, como éste se halla formando 45° con el meridiano, resulta que los cuatro ángulos del soberbio edificio corresponden á los cuatro puntos cardinales: Norte, Sud, Este y Oeste.

La apertura de sus cimientos comenzóse en 28 de Enero de 1887, y en 30 de Junio del mismo año el montaje metálico.

En su construccion nunca fueron muy numerosos los obreros. Ni gran movimiento ni gran ruido. La torre ha sido hecha por piezas, que ya venían armadas y que eran colocadas por su número de orden mecánicamente. Nada había que rectificar. Ciento cincuenta hombres, que ganaban 80 céntimos por hora, bastaron para los mayores trabajos. Estos debieron hacerse alguna vez con grave exposicion personal, pues hay, en aquel inmenso encaje de hierro, puntos cuya union sólo pudo hacerse andando por los barrotes como la araña por su tela. Lo cual debía ser peligroso, ade-

ESTABLECIMIENTO DE LAS RELIGIOSAS FRANCISCANAS EN LUXOR (EGIPTO)

más, con el gran frio del invierno (8 y 10 grados bajo cero algunos dias.)

Su coste ha sido de seis millones y medio de francos, habiéndose evaluado su peso en nueve millones de kilógramos. Posee facilidad relativa de transporte, pues á pesar de su mucho hierro entretejido puede desarmarse y ser llevada á otro punto, calculándose en setecientos mil francos si el transporte debiera hacerse á lo alto de la colina Montmartre.

La torre Eiffel parece un faro gigantesco, un observatorio astronómico excelente y una atalaya de guerra magnífica. Al decir de un crítico, «ni siquiera es un edificio: es un andamio, es un mirinaque, falta el revestimiento monumental. Por eso, sin duda, muchos artistas de Francia protestaron contra esta *chimenea de fábrica* que aplastaria y deshonraria los monumentos de París.» Pero, al decir de otros, esta torre no perjudica ni á los monumentos ni al aspecto de la ciudad. Es un mirador desde el cual se domina una vista de 90 ó 100 kilómetros.»

Puede subirse á la torre, ó por medio de los ascensores, para lo cual bastan cinco minutos; ó haciendo uso de las escaleras, para lo cual se invierte cuando menos una hora. Estas con sus *cinq cents*, no son penosas, y ofrecen al que las usa variadísimos puntos de vista: una de las muchas ilusiones que se sienten es la de imaginarse preso en aquella gran jaula ó pajarera de hierro y con tendencias á lanzarse á los horizontes, que por grados van apareciendo con fuerza atractiva.

La primera plataforma está á 58 metros de altura, y á pesar de medir por lo menos 500 metros cuadrados parece desde abajo muy pequeña. En su superficie hay elegantes restaurants, cervecerías y cafés.

A 115 de elevacion se halla la segunda plataforma, á la que da ascenso una escalera de hierro dispuesta de manera que permite subir sin fatiga. Desde esta altura aparece París como una mancha inmensa de la cual se destacan aquí y allá otras uniformes, que son sus principales monumentos.

Los cuatro ascensores que arrancan del suelo pueden conducir, tanto al primero como al segundo piso, veinticinco mil viajeros al dia, ó sean unos dos mil por hora.

Por otra escalera tambien de hierro, que va haciéndose más estrecha y describe una espiral, se llega á la tercera plataforma, distante del suelo 307 metros.

El público sólo sube hasta aquí, necesitándose para subir más arriba un permiso especial.

El trayecto para la cuarta plataforma (273 metros) está constituido por una serie de escaleras en hélice que comunican con varias habitaciones destinadas á laboratorios de física, de microbiología, de fisiología y de fotografía.

Estas habitaciones adoptan distintas formas y tienen varias dimensiones. En una de ellas Mr. Eiffel ha instalado una vivienda para sí.

Una cúpula redonda se levanta sobre esta cuarta superficie, y está reservada para estudios meteorológicos. Esta cúpula tiene un terrado que está exactamente á los 300 metros de elevacion, y sobre él un faro-eléctrico de ocho metros de altura.

Desde allí nada se distingue: los monumentos no se ven; las anchurosas calles de París parecen ligeras líneas blancas; los pueblos de los alrededores sólo se perciben como puntitos perdidos en medio del campo.

ALTAR DE LA VIRGEN DEL PILAR en la basílica de su advocacion en Zaragoza.—Junto á los muros de Zaragoza se eleva majestuoso un templo, verdadero monumento del arte cristiano. Ese templo, en el que la gravedad y el recogimiento hablan al corazon del hombre que penetra en él, tiene una capilla sostenida por hermosas columnas de mármol; su cúpula soberbiamente pintada y sus altares magníficamente adornados. Y en esa capilla devota, recogida y frecuentada de propios y extraños, se venera una imagen de María sobre un Pilar.

El Apostol Santiago el Mayor recorria los diversos pueblos de la Península española, dándoles á conocer á Jesucristo. Cuando predicaba el Evangelio en Zaragoza, vino á esta ciudad la misma Madre del Salvador, apareciéndose á él y á sus discípulos una noche mientras estaban orando á orillas del Ebro. Venia á tomar posesion de la nacion que Dios le habia concedido como en dote particular; y aun cuando podia hacerlo desde el cielo, quiso verificarlo mientras vivia y por sí misma. Santiago y sus discípulos viéronla rodeada de ángeles, y la aclamaron madre, y la invocaron protectora. María entregó á Santiago una imagen suya divinamente esculpida en piedra y colocada en una columna, mandándole que allí mismo fabricase una iglesia en la cual se la venerase. «A la pequeña casa que ahora me edifiqueis, añadió María, se sustituirá un dia un gran templo, y mientras exista éste y dure en él el culto que los españoles deben darme, la suerte de España correrá de mi cuenta siempre.» Dijo, y desapareció.

El Pilar de María entregado por la soberana Reina del cielo al apostol Santiago no es la dádiva hecha á un hombre ni á una ciudad sola; es un tesoro de proteccion para todos los hijos de España.

Las generaciones de diez y nueve siglos postradas reverentes ante ese Pilar dan á entender que hay en él algo grande y majestuoso.

Y es verdad: el Pilar de Zaragoza es un monumento de nuestra grandeza, es el recuerdo de la fe de nuestros mayores, es el testimonio del catolicismo del pueblo español.

La impiedad y la corrupcion del siglo vendrán siempre á estrellarse al pié de ese Pilar.

LA CATÁSTROFE DE AMBERES.—Véase pág. 464.

SAN AMBROSIO.—Bajo-relieve en barro cocido del siglo XI en la basílica Ambrosiana de Milan.

DESEMBARCO DE CARBON EN EL PUERTO DE BARCELONA.—Dibujo del natural.

MR. TURGOT.—El rey Luis XVI habia puesto en este hombre político su confianza: pero Turgot fué mordido por la bestia revolucionaria, y el Rey se vió precisado á quitarle el *ministerio* de Hacienda por haber llevado á sus oficinas y dado su proteccion á muchos amigos de lo ajeno. Su maestro, Juan-Jacobo Rousseau, habia ofuscado su entendimiento. Creia sinceramente que los abusos son como frutos podridos en un árbol, que sólo piden caer. Por lo demás, llamaba abuso á todo lo antiguo. Disolvió las corporaciones y proclamó la libertad ilimitada de comercio. No debe contársele en el número de los *filósofos*, recordando el discurso que pronunció sobre los grandes servicios prestados á la Humanidad por el Cristianismo. (CH. DE HERICAULT: *La Francia revolucionaria.*)

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Vuelta á las andadas.—El jóven despedazado.

Ya no se habla de moros, de cautivos, ni de probabilidades de guerra.

Las diferencias con Marruecos se han arreglado de una manera pacífica, y, gracias á Dios, seguiremos con aquel Imperio como la Hacienda liberal con sus acreedores: Cuenta corriente y trampa adelante.

Porque, eso sí, pensar que con los marroquíes hemos de vivir en paz completa es lo mismo que pensar en buscar cotufas en el golfo. Por algo dijo de ellos Cervantes que son grandes embelecadores y otras cosillinas de la misma sustancia.

Dentro de diez, de veinte ó de treinta dias, los moros Bocoyas, ú otros de su mismo jaez, volverán á las andadas, y tendremos barcos españoles tiroteados al arrimarse á las africanas costas, cautivos secuestrados en covachas como alimañas inmundas, y banderas nacionales pisoteadas y ensuciadas. Y entonces vuelta á empezar, esto es, vuelta á gritar, como en las antiguas comedias de moros y cristianos: *Arma, arma; guerra, guerra.*

Aunque Marruecos es un imperio incivil, quiérese decir salvaje, no se puede negar que produce hordas, kábilas, ó manadas de seres humanos que conocen á la España liberal al dedillo y saben cómo las gasta.

De aquí tal vez que persistan, con diabólica ó musulmana tenacidad, en el empeño de no tomarla en serio y de creer que es cosa de broma cuanto dicen, piensan y hacen los hombres que la dirigen y esquilman á compás del himno de Riego, única música que aquí se canta.

Cuando menos los marroquíes no deben ignorar á estas fechas que España es un país profusamente dividido: y como, segun el Evangelio, reino dividido es reino desolado, los morazos de allende el Estrecho deben temer poco á un pueblo que ofrece el espectáculo de no contener en su censo seis españoles que piensen de la misma manera.

Este siniestro acaba de ponerse de realce en las últimas cuestiones suscitadas con el cursi imperio marroquí, á propósito del robo y cautiverio del laud *Miguel Teresa* y del tiroteo perpetrado contra el *Cocodrilo*.

Parecia natural que cuando unos foragidos nos cascaron las liendres, abusando de la fuerza, y trataron á nuestro pabellon como á un mal guiñapo, todas las opiniones de España se hubieran encerrado en los moldes del más acrisolado patriotismo, deponiendo sus diferencias, para pedir unánimemente el desagravio de nuestra bandera.

Esto, con razon ó sin ella, porque hay solemnes instantes en que es un deber estar con la patria hasta cuando no tiene razon.

Pero ¡que si quieres!

Sobre si procedian ó no la guera y el desagravio, sobre si estamos ó no para aventuras belicosas, se armó una pelotera de periódicos que, á grito herido, pedia decoracion de plazuela, llegando algunos de los contendientes á vociferar tan alto que sus chillidos deben haber pasado el Estrecho, poniendo en autos á los marroquíes de las miserias de la casa liberal.

Merced á estos procedimientos saben los moros á estas horas que no estamos para fiestas guerreras, esto es, que no tenemos ejército, ni marina, ni parques, ni material para las empresas belicosas, precisamente porque aquí no han quedado más que liberales, y donde están esos trástulos, que diria *el Caballero de la Triste Figura*, si hubiera nacido de carne y hueso, falta lo demás.

Con esto y con saber los moros que hay españoles (léase liberales) que les han dado la razon y los miran como á unos pobrecitos y hasta se enternecen del mal trato que les dan el Sultan y los españoles de las plazas de las africanas costas, deben estar esponjados hasta las cachas, disponiéndose á repetir sus fechorías, solo por el placer de verse así ensalzados.

¡Dichoso país y dichoso paisanaje!

Pero, por fortuna, ese país no es la vieja España, terror de la morisma, respetada y temida en Africa, donde el valor nacional se señaló por sus altas hazañas.

De aquella España antigua viven y alientan vástagos heróicos que, hoy por hoy, oran, trabajan y pagan, porque no ha llegado la hora de la redencion de la patria.

Mas cuando esa hora llegue, ya verán los moros del Riff, si es que alemanes, ingleses, italianos y franceses les dejan ojos para verlo, si merecen tomarse en broma los desagravios de España.

Lo enunciado es uno de los asuntos de interés más palpitante; y otro de ellos la aparicion en Madrid del cadaver de un joven despedazado.

Del cual aparecieron las orejas y la cabeza, horriblemente cortadas, en un parador, y el cuerpo, ferozmente mutilado y dividido en fragmentos, en diversas calles.

Como se ve, no necesitamos ir al Riff para descubrir crímenes que ponen la carne de gallina y los pelos de punta.

En Madrid, Corte de las Españas, se perpetran como en cualquiera selva del interior del África.

De suerte que ya sabe el asesino de Wichetapel, (a) *el destripador de mujeres*, dónde tiene discípulos aventajados.

En Madrid ha saltado el primero, y Dios solo sabe dónde saltará el último.

Y, por supuesto que en este crimen, como en el de Carabanchel, del cual ha resultado casi similar, ni ha podido identificarse el cadaver, ni mucho menos descubrirse la medalla del asesino.

La justicia, la autoridad gubernativa y la policía, demostrando que son de cepa española legítima, se mueven vertiginosamente para cumplir su deber, haciendo bueno el adagio que enseña que aquí nadie se acuerda de santa Bárbara hasta que truena.

Pero hasta la hora presente lo único que se ha descubierto son los pedazos del cadaver, sin faltar uno solo, pues el autor de la carnicería no tuvo por conveniente comerse algun trozo, aunque bien se adivina que pudo hacerlo, pues su

capacidad de asesino hace presumir que debe tambien tenerla de antropófago.

Y así va llegando á su plenitud bajo el imperio del progreso liberal la impunidad del delito, que es una de las conquistas más efectivas del régimen que padecemos.

Con tanto derroche de policía y de tribunales, altos y bajos, la verdad es que nunca los delincuentes pudieron en España escurrir el bulto con más facilidad, siendo ya como cosa de milagro que caiga alguno en manos de la justicia.

De ello dan testimonio los asesinos de los niños del Canal, los del hombre semi-quemado en Carabanchel, los ladrones de la Caja de Depósitos y otros criminales de la misma estirpe, que no han sido habidos por más pesquisas que se han hecho para encontrarlos.

Las causas... conocidas son.

Casi todos los años se exponen á la conmiseracion pública en los discursos y memorias de la apertura de tribunales.

Pero aunque se sabe dónde duele, maldito si le importa á ningun liberal remediar el dolor.

LUPERCIO.

Madrid, 8 de Octubre

ROMA

TAMBIEN este año se ha querido conmemorar el 20 de Setiembre, aniversario de la brecha de la Puerta Pía, con grandes manifestaciones revolucionarias. Afortunadamente, no respondió á los deseos del Gobierno, de la masonería y de las Asociaciones liberales la poblacion romana.

El Municipio publicó el acostumbrado Manifiesto, firmado por el síndico señor marqués de Guiccioli, invitando al pueblo á solemnizar aquella fiesta. No faltaban en el Manifiesto municipal las consabidas flechas venenosas contra el Papado, porque éstas se han convertido ya en una obligacion ordinaria para los liberales. Pero mucho más feroz é insultante que el del Ayuntamiento fué el Manifiesto publicado y hecho pegar en todas las esquinas de la ciudad por la *Asociacion Giordano Bruno*, que ha establecido su residencia en el Borgo, muy próxima al Vaticano. Este impío y furibundo pasquin merece ser conservado en los anales de la historia como un testimonio que demuestra de qué modo se mantiene la promesa célebre del rey Víctor Manuel, de que «Roma seria la Sede RESPETADA del Pontificado.»

Hé aquí la copia fiel de ese documento:

ASOCIACION GIORDANO BRUNO

DOMICILIADA EN EL BARRIO DEL BORGO

¡Ciudadanos!

El dia 20 de Setiembre de 1870 el cañon de la Puerta Pía derribaba para siempre el trono de los Papas; el dia 9 de Junio de 1889 la apoteosis de Giordano Bruno hacia pedazos la *cátedra del sacerdote*. 20 de Setiembre, 9 de Junio, son dos fechas que se completan, y los mártires de la intolerancia religiosa, lo mismo que los del despotismo político, anhelan llegue el momento en que por nuestra obra ondee la bandera de la libe-tad sobre la *cúpula de Miguel Angel*.

Unios á nosotros en estrecha concordia; y despues de haber honrado á los que murieron en la Puerta Pia, volveos con el pensamiento al mártir de Nola, cuya estatua se levanta en el *Campo de las Flores* como una amenaza eterna á los bastardos traficantes del dogma.

Roma, 20 de Setiembre de 1889.

Tan oprobioso bando hubiera sido prohibido en cualquier otro país civilizado. Pero en Roma fué puesto al público con el permiso del Gobierno, é iba suscrito por los diputados Francisco Cucchi, Menotti Garibaldi, Luis Pianciani, Francisco Pais, Mario Panizza, Víctor Ferrari.

El pueblo, sin embargo, como ya he dicho, no contestó á invitacion tan sacrílega. Tan sólo unas dos ó tres mil personas escasas, procedentes de la hez del pueblo, fueron con músicas y banderas á la Puerta Pía para repetir la acostumbrada ceremonia de la imposicion de coronas de laurel en el lugar donde se abriera la brecha del 20 de Setiembre de 1870 y escuchar el estúpido discurso que pronunció el síndico.

Por la noche, aparte de los edificios oficiales, *solamente dos casas* estaban iluminadas.

De muy distinta manera celebró el prefecto (gobernador civil) de Roma, marqués de Gravina, la fiesta oficial del 20 de Setiembre.

Apoyado en fútiles pretextos y falsas delaciones, hizo arrojar de las escuelas municipales de Castelgandolfo á los Hermanos de las Escuelas cristianas, y expulsar á las Hermanas de la Providencia del mismo país de Castelgandolfo y Porto d' Anzio. Al mismo tiempo mandaba arrojar en el término de veinticuatro horas de su convento de Onano, en las cercanías de Viterbo, á cuatro frailes Menores franciscanos reformados que habian quedado allí para el servicio religioso de aquel país en virtud de un convenio celebrado entre aquellos religiosos y un comisario regio.

El crimen de que se les acusaba á los mencionados Hermanos de las Escuelas cristianas y Hermanas de Castelgandolfo y de Porto d' Anzio era el de *dar una enseñanza antipatriótica*, lo cual no puede ser más falso.

Contra los frailes franciscanos de Onano se procedió de la siguiente manera:

Cuando se vió la imposibilidad de expulsarlos con un motivo legal cualquiera, algunos francmasones, segun todas las probabilidades, fijaron de noche en las paredes del pueblo carteles manuscritos con estas palabras: *¡Abajo el rey! ¡Viva el Papa! ¡Queremos los frailes!* A la mañana siguiente la policía arrancó aquellos carteles, y en el expediente de la prefectura se insinuó la calumnia—¡estúpida calumnia, como se ve!—de que aquellos carteles eran obra de los mismos frailes. Entonces el prefecto ordenó la inmediata expulsion de los religiosos dentro de veinticuatro horas *como medida de orden público*.

Evidentemente hacia falta recordar y demostrar con algun acto enérgico que el furor anticlerical de Crispi está en todo su apogeo y alienta siempre en Roma, y el señor prefecto tenia necesidad de probar á la faz del mundo que él no tiene nada de «clerical.» Porque es de saber que aquí, en Roma, y en Italia especialmente desde que domina Crispi, los hombres políticos en general y los empleados en particular tienen un miedo grandísimo de hacerse sospechosos de «clericalismo;» y las cosas han llegado á tal extremo que dentro de uno ó dos años, si seguimos la misma marcha de hoy, hasta el mismo Crispi correrá peligro de ser calificado de «clerical.» ¡Tanto se progresa!...

El gobierno interior de Italia está hoy entera y exclusivamente en manos de la masonería y de la impiedad, mientras que la política exterior italiana se ve dirigida por el Gabinete de Berlin, del cual Crispi es un docil instrumento y servidor humildísimo.

¡Y este hombre se cree y pretende hacerse pasar por un *hombre fuerte!*

Dentro de pocos dias regresará, perfectamente escoltado, desde Nápoles á Roma.

Con tal motivo se ha constituido un Comité para *prepararle* una ovacion «entusiasta y espontánea.»

Así lo han anunciado algunos periódicos amigos suyos, esto es, pagados por él.

Pero hay un proverbio que dice: *Tan sólo de los amigos nacen los traidores.*

En efecto, estos amigos de Crispi lo han vendido anunciando que se constituía un Comité compuesto de tales y tales conocidos agitadores y probadísimos radicales, lo cual reduce al primer ministro á la categoría de un político apedreado á quien se prepara una ovacion entusiasta y espontánea. ¿Pero cómo es espontánea si es *preparada?* ¿Y cómo se decreta ya de antemano el entusiasmo?

El síndico de Roma ha concedido un local á este Comité preparador de entusiasmos para que celebre allí sus sesiones preparatorias. ¿Quién se encargará de proporcionarle los *agentes químicos* para disponer la máquina explosiva del entusiasmo y de la espontaneidad?

Mas pasemos á respirar aires más puros al Vaticano.

El Padre Santo disfruta siempre de excelente salud, relativamente á su edad avanzada. No obstante, ayer permaneció retirado en sus habitaciones sumamente afligido por la muerte acaecida en Subiaco, despues de una brevísima enfermedad de gastroenteritis, al cardenal Plácido María Schiaffino. Ha muerto en esa villa, á donde habia ido á tomar posesion de aquella abadía, que recientemente le habia conferido Su Santidad.

El cardenal Schiaffino habia nacido en Génova y apenas contaba sesenta años; pero era robusto y de tan buen aspecto, que al verle cualquiera le juzgaria de cincuenta años ó tal vez menos.

Pertenecia á la Orden de Benedictinos del Monte Olivete. Habia sido célebre predicador. Nombrado Obispo titular y presidente de la Academia de nobles eclesiásticos en los primeros años del pontificado del Papa Leon XIII, dirigió el periódico católico *L' Aurora*, de no feliz memoria á decir verdad. Muerta *L' Aurora*, monseñor Schiaffino permaneció algunos años en la oscuridad. Mas luego fué nombrado secretario de la Congregacion de Obispos Reglares, y pocos meses despues obtuvo la púrpura cardenalicia. Por muy breve tiempo fué prefecto de la Sagrada Congregacion del Indice, y ahora era bibliotecario de la santa Iglesia romana y abad ordinario de Subiaco.

Créese que los trabajos para el nuevo Observatorio meteorológico del Vaticano se concluirán en los últimos dias de Octubre ó en los primeros de Noviembre.

El personal efectivo de este Observatorio ha sido ya escogido definitivamente por el Padre Santo en esta forma:

Director: el sabio P. Denza, barnabita.

Vice-director: el P. Lais, filipense.

Asistentes: el ingeniero Mannucci y el profesor De Andreis, ambos seglares.

Para este observatorio tenia ya Leon XIII muchos instrumentos que le regalaron con ocasion de su Jubileo Sacerdotal, y ha mandado comprar otros perfectísimos por valor de 300,000 francos á fin de que sea un Observatorio modelo.

T.

25 de Setiembre.

LA AUDACIA DE SIEMPRE

LA MENTIRA DE SIEMPRE Y LA VERDAD DE SIEMPRE

ACABA de verificarse en París el Congreso *meteorológico*, compuesto de más de sesenta sabios de diversas naciones, y en que se ha visto una confirmacion nueva del título que encabeza estas líneas. El año

84 envió el P. M. Déchévrens, jesuita misionero en China, una Memoria luminosa acerca de los anemómetros y veletas hasta ahora usados, demostrando las grandes inexactitudes de observacion que ocasionaban, y proponiendo unos de todo punto nuevos y exactísimos. Se recibió la Memoria en los Observatorios meteorológicos de casi todo el mundo, y no pareció haber llamado la atencion. Contando, sin duda, cierto caballero con que el inventor desde tan lejanas tierras nada sabria, acudió al fabricante Richart con los dibujos y Memoria del Religioso, se hicieron los instrumentos, se montaron en la torre de Eiffel, por cierto muy mal, se publicó á todos vientos la Memoria, y comenzó por todas partes á levantarse gran rumor elogiando el invento y al contrahecho inventor. Por singular providencia el inventor verdadero estaba en Europa enfermo; oye y ve el invento, se acerca á Richart, le enseña su Memoria de 1884, y en ella los dibujos y casi todo el texto de la contrahecha, y sabido el caso por gran parte de los Directores de Observatorios, que estaban á la sazon en París con motivo del Congreso mencionado, y les constaba la verdad de todo, parece se convenció el *caballero inventor* de que debia ausentarse de la sábia Asamblea, á donde acudió el modesto jesuita rectificando los errores del suplantador y dando á conocer su Memoria, tal vez la *mejor* de las presentadas. Unos sesenta y cuatro han sido los meteorólogos que han formado el Congreso. Entre ellos estaba nuestro ilustre director del Observatorio de San Fernando, D. Cecilio Pujazon, y dos jesuitas españoles, el P. Faura, director del Observatorio de Manila, y el P. Algué. Habia además otros cuatro jesuitas; el P. Denza, barnabita, y el P. Lais, filipense, directores nombrados para el Observatorio Vaticano; el Padre Giovanozzi, escolapio, y cuatro sacerdotes seculares, dos franceses, un inglés y un austríaco; en todo *trece* sacerdotes, esto es, más de la *quinta parte* de los sabios *meteorólogos*. ¿Sería fácil, si se reuniera un Congreso de *teólogos*, encontrar la *quinta parte* que perteneciera á otras facultades, *aunque se reunieran todas ellas?*

Y quedamos, por fin, en que los aparatos meteorológicos de la torre Eiffel son de un jesuita. Dicen que la torre glorifica á la revolucion. ¡Pues está bueno! tiene que llevar encima á un jesuita!!!

(La Semana católica).

LA REVOLUCION DEL 89

IX

No fueron menos nobles, ni menos grandes, ni menos heróicas las pruebas de valor y de sacrificio que dieron en la Bretaña y la Vendée los defensores del trono y del Altar. Si es verdad que al fin sucumbieron en esta gloriosa lucha, no es menos cierto que hicieron pagar bien cara su victoria á los enemigos de Dios y á los tiranos de Francia.

Desde el Ródano, caminando de Levante á Poniente, hasta la playa del Océano y á lo largo de las costas de este mar, desde la Gironda al Loira, y desde éste á las bocas del Sena, la persecucion contra el clero, las violencias de la implacable *Montaña* y la prision y muerte del Rey, habian sublevado aquella poblacion en masa para una restauracion.

Capitaneaban á los sublevados hombres que, como Bonchamps, Lescure, La Rochejaquelein, Cathelineau, Stoffetts, Delbeey, Charette eran temibles, no sólo por su táctica é intrepidez, sino principalmente por la fe invencible que tenian en la causa en cuya defensa habian tomado las armas. Habia héroes populares y de la nobleza, jóvenes y viejos.

—Soy un niño,—dijo La Rochejaquelein cuando, á través de innumerables peligros, se acogió al campo de los combatientes;—mas el valor me hará digno de mandaros. Si voy delante, seguidme; si me quedo atrás, matadme; si muero, vengadme.

A las pobres madres les parecia un delito que sus hijos fuesen á servir á la Convencion regicida.

—Ya que debeis combatir,—decian,—combatid en el país junto á nosotros, que os socorreremos y os vengaremos.

El entusiasmo religioso y monárquico de aquellos combatientes semejaba al de los primeros cruzados de Oriente.

Hombres, mujeres y niños peleaban, sin ambicion de ningun género, en el nombre de Dios y de Luis XVI, y morian cantando Letanías y el *Te Deum* con la sonrisa de los justos en los labios, por lo cual ha sido una verdadera infamia la de aquellos que, para envilecerlos, pretendieron compararlos á los bandidos y asesinos. Tal fué tambien en nuestros dias el calificativo que dieron los subalpinos invasores á las bandas realistas de la Basilicata de los valientes defensores de los derechos de Pio IX en la noble campaña de 1867 y 1870.

Como éstos, tambien aquéllos alcanzaron brillantes victorias, dieron pruebas de ardimiento cristiano, fueron generosos y magnánimos para con los vencidos. Como ellos, trabajaron en una noble y santa causa á precio de su sangre y de privaciones inauditas. Si sucumbieron, esto fué debido, ó á que fueron sofocados por el número, ó vendidos por traiciones y perfidias; pero sucumbieron sin que nadie haya podido decir que depusieron las armas y abandonaron el combate por falta de valor y de confianza en la causa de su Dios y de su Rey.

MR. EIFFEL

X

Es un hecho indudable que el socialismo moderno existia en germen en la revolucion francesa, puesto que ella consumó el primer atentado contra el derecho de propiedad. Por otra parte, uno de los más burdos errores que se han esforzado en mantener los economistas de cierta escuela, consiste en la necia pretension de que la revolucion del 89, por una feliz combinacion de los sucesos, donó ó restituyó la tierra á los labradores, haciendo desaparecer el inícuo espectáculo que ofrecia la propiedad con privilegio exclusivo en manos de los nobles y del clero.

Y á la verdad que jamás hubo en el mundo mentira más descarada para alucinar á los ignorantes, ni se truncó nunca con más desvergüenza la historia. Sabido es, en efecto, que mucho tiempo antes de que estallase aquel fragoroso y espantable trastorno que puso en conmocion, no solamente á Francia, sino una gran parte de Europa, los labradores de aquel país eran propietarios de sus campos, y en tal grado que, lejos de desarrollarse y crecer la pequeña propiedad, fué disminuyendo en los tiempos posteriores de dia en dia. Es cosa averiguada que los pequeños agricultores de nuestros dias apenas poseen más que la octava ó novena parte de las tierras cultivadas, mientras que antes de la Revolucion poseian la mitad.

Y siendo esta situacion tan diferente de la que existia en todas las naciones, en Inglaterra por ejemplo, no podia escaparse á las observaciones de los extranjeros que visitaban á Francia, hasta el punto de que el inglés Arturo Young no vaciló en afirmar que no conocia él país alguno en que la propiedad estuviese más cultivada y mejor distribuida que en Francia.

Efectivamente, la propiedad en grande, perpetuo motivo de las alharacas revolucionarias, absorbia entonces el remanente del territorio en tan escasa medida que, segun el testimonio del mismo Necker, habia á la sazon en Francia una inmensidad de pequeñas propiedades rurales, y en tales términos que aquel excesivo fraccionamiento del suelo y el movimiento progresivo que llevaba comenzaba á dar que pensar á los economistas de aquel tiempo.

El famoso Turgot, ministro como Necker de

LA TORRE EIFFEL ILUMINADA POR LA ELECTRICIDAD

Luis XVI, escribía: «La division de las herencias es tal, que un patrimonio bastante para sostener á una sola familia, si se reparte entre cinco ó seis hijos, éstos y sus familias no podrán vivir sin que, aparte de la tierra, recurran á otras industrias ó trabajos.»

Es, por lo tanto, gravísimo error querer sostener hoy que el labrador no se hizo propietario sino por obra de la revolucion, y que la equitativa distribucion de las fincas territoriales no comenzó hasta 1789. «La mayor aberracion de la revolucion francesa,—escribia no hace mucho el ilustre obispo de Angers,—es el haber despedazado hasta lo infinito la propiedad rural, con la añadidura de haberla echado encima tan enormes gravámenes que les parecieron exorbitantes é insoportables aun á los mismos defensores de una obra tan funesta para Francia (1).»

Empero la ruina de la propiedad en Francia conviene buscarla en la exagerada idea que la Revolucion quiso formar del Estado. Este, usurpando todo derecho á la iniciativa particular, creándole obstáculos y amarrándola al carro de su poderío, ha venido finalmente á entrometerse en todo y por todas partes, haciendo á su arbitrio las leyes y gobernando despóticamente las escuelas, la Justicia, la Administracion, la Hacienda, los Municipios, las Provincias, en suma, todo aquel intrincado laberinto llamado el Estado moderno, que no difiere del Estado pagano sino en cuanto el pagano se encarnaba en el César y éste se concreta é individualiza en la faccion que tiene las riendas del poder y está encargada de regirlo.

Ahora bien, el Estado moderno, para atender á las enormes necesidades que se ha creado, necesita exprimir hasta lo indecible la fortuna individual exigiéndole dinero, ya en forma de impuestos, de gabelas extraordinarias y contribuciones de todo género, ya en la de derechos de registro, papel sellado, herencias, impuestos de guerra y cualesquiera otra relacion de la vida civil. Y como, si meditamos un poco, todo se basa en la propiedad agrícola, porque todo sale de ella y á ella vuelve todo, claro está que esta porcion de la riqueza pública es la que lleva el enorme peso del sistema que constituye el Estado moderno, es decir, del Estado que no reconoce otra causa generadora que la revolucion francesa.

De lo cual resulta que al cabo de cierto número de años, á fuerza de cargas, contribuciones y tributos, el valor de la propiedad pasa todo entero á manos del Estado, convertido en el verdadero y único heredero de la fortuna privada.

Si en este cambio de dueño estriba lo que llaman los panegiristas liberacion de la propidad, es preciso convenir en que las palabras han perdido su verdadero y primitivo significado, porque antes del 89 á esta monstruosa liberacion no se le habria dado otro nombre que el de despojo, latrocinio y saqueo digno de los tiempos bárbaros, con esta diferencia, á saber: que bajo la dominacion de los bárbaros era la férrea razon de la espada la que conculcaba el derecho, y bajo el imperio de la Revolucion es la ley, hecha cómplice del más fuerte.

(1) Mons. Freppel, *La Revolution Francaise.*

LA CUESTION ROMANA

III

Necesidad del poder temporal á los ojos de los católicos segun las enseñanzas de la Iglesia

Aun cuando el objeto principal del folleto sea afirmar, en el presente estado de cosas, la necesidad del poder temporal para regir la Iglesia, no considera impertinente hacer una excursion por los campos de la historia pontificia para demostrar que ese poder se funda en la constante enseñanza de la Iglesia.

Y claro está que una decision unánime y constante del Pontífice y de todo el Episcopado católico impone á los fieles la obligacion de creerla como inspirada por el Espíritu Santo, que asiste á la Iglesia segun promesa especial de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien: para atestiguar que no es únicamente de este siglo el considerar el poder temporal como una condicion indispensable para la independencia del poder espiritual, hace mérito de la constitucion del Patriciado y del Imperio con ocasion de los ataques de los longobardos, que, segun una carta de san Nicolás I (858-867), tenia por fin la tutela del principado civil de los Papas *ad Sanctae Romanae Ecclesiæ* LIBERTATEM *et sublimitatem.*

Cita despues dos textos del protestante Gregorovius, tomados de su *Historia de la ciudad de Roma en la Edad Media,* en donde, expresando esa idea general que siempre dominó en la Iglesia sobre este asunto desde los tiempos de Carlomagno, escribe: «Representando la metrópoli de la cristiandad un principio universal, *debia ser libre* de manera que todos tuviesen expedita la entrada en ella, y el Sumo Sacerdote que allí residia *no debia ser súbdito de ningun rey*... Esta idea fué la que conservó al Pontífice el pequeño Estado de la Iglesia.»

Lo mismo reconoce el Pontífice Nicolás III en la célebre Constitucion titulada *Fundamenta militantis Ecclesiæ,* de 1278. Tiene esta Constitucion por fin el impedir, bajo prohibicion absoluta, que ningun emperador, monarca ú otro señor cualquiera pueda alcanzar el gobierno de Roma, para que el jefe de la Iglesia y sus consejeros sean enteramente libres en todos sus actos, pues es preciso que los que le asisten como coadjutores de su ministerio sacerdotal no vacilen jamás, sin que les arredre el temor ni les sobornen los dones y la adulacion de una potestad secular cualquiera, y, finalmente, para que se proceda con entera libertad, tanto en la eleccion de Pontífice cuanto en las de Cardenales, cuando hubiese necesidad de crearlos. Estos fines llena, á juicio de Nicolás III, la cesion de la ciudad de Roma.

Quinientos años despues de esta Constitucion de Nicolás III contestaba Pío VII á su carcelero Napoleon el Grande, que le invitaba á suscribir un tratado, «que le volviese Roma, y entonces, estando ya en libertad, trataría.»

Finalmente, Leon XIII en nuestros dias, tambien prisionero como Pío VII, no cesa de reivindicar la soberanía civil como garantía para la Sede Apostólica de segura y estable independencia en el ejercicio de su augusto y supremo ministerio.

Como es natural, en la época presente ha sido cuando más explícitas fueron las declaraciones de los Pontífices sobre esta cuestion á partir desde el año 1859 en que fué ocupada la Romaña, y se comprendió á dónde se encaminaban los usurpadores de aquella porcion de su reino. Y la idea del poder temporal de los Papas ha sido siempre acogida con entusiasmo en el pueblo católico y en el Episcopado del mundo entero, como lo prueba aquel mensaje dirigido por 300 Arzobispos y Obispos á Pío IX en 1862, en donde con toda solemnidad se afirmaba que, «en el presente estado de las cosas humanas, el principado civil de la Santa Sede es enteramente necesario para el libre y oportuno régimen de la Iglesia y de las almas.»

De todo lo antedicho se infiere que la necesidad del poder temporal en el sentido indicado es doctrina católica que estamos en la obligacion de respetar todos los hijos de la Iglesia.

Mas hé aquí que los enemigos de esa soberanía, aun reconociendo el valor de esas declaraciones episcopales y pontificias, procuran desvirtuarlas con un sofisma.

Es necesario,—dicen,—porque así lo ha declarado la Iglesia, el poder temporal; mas no con necesidad *absoluta,* sino *relativamente,* es decir, *en las presentes circunstancias* del tiempo en que se declaraba, sin que por esto podamos decir que las circunstancias no hayan cambiado ó cambien en lo sucesivo.

Semejante subterfugio no puede ser más infundado. En primer lugar, las palabras *in praesenti rerum humanarum statu* no tienen un sentido limitativo, y muy bien pudieran traducirse por *dada la actual condicion de los hombres,* que, como facilmente se comprende, entraña un sentido enteramente distinto.

Mas concedido que signifiquen *en las presentes circunstancias,* ¿cómo es posible creer de buena fe que en estos treinta años de tal modo han cambiado las circunstancias en favor del Pontífice que ya no necesita de la soberanía temporal para garantir su independencia?

Y en todo caso, ¿á quién sino á Leon XIII le tocaba declarar que habian terminado esas circunstancias que se supone necesarias para defender los dominios civiles de la Iglesia?

Acudir, pues, á ese pobrísimo recurso precisamente cuando el Padre Santo no cesa un momento de declarar que los Estados de la Iglesia le son hoy más que nunca necesarios por los actuales sucesos y los *que en adelante pueden sobrevenir,* hacer eso, decimos, en medio de las incesantes protestas del Papa y de los católicos, es tocar los límites de la herejía.

Y, en efecto, ahí llegan los católicos que afirman que el gobierno temporal de sus Estados distrae al Pontífice de sus deberes altísimos para con la Iglesia, y, por lo tanto, lejos de favorecerle le perjudica.

Pero si esto tuviese algun vislumbre de verdad veríase confirmado por la Historia, cuando ésta precisamente prueba lo contrario. Preséntanos una serie de Pontífices que, si han desplegado grande actividad y energía en el ordenamiento de los negocios temporales, no por eso la han desplegado menor en el recto uso de su autoridad espiritual elevadísima. Por otra parte, sostener que la soberanía temporal es perjudicial para el Papa es oponerse abiertamente á la Iglesia, que ha declarado ser necesaria esta soberanía.

A otro subterfugio no menos vano acuden todavía ciertos católicos, diciendo que la verdadera garantía de la independencia del Pontificado es la rectitud de su conciencia. Segun su parecer, el Padre Santo debiera expresarse de este modo:

—La soberanía temporal me es necesaria para ser verdaderamente libre... ¿No quereis dármela?... Pues bien; la encontraré en mi pecho.

Semejante modo de discurrir es asimismo escarnecer la autoridad de la Iglesia, que ha fallado en pro de la soberanía temporal. En el terreno de la autoridad, pues, la cuestion no tiene vuelta de hoja.

LA VALVULA DE SEGURIDAD

Hay ocasiones en que el alma se asemeja á un piano destrozado: ni una sola de sus cuerdas resuena; y, sin embargo, existe siempre una secreta que responderá, si lograis descubrirla y hacerla vibrar. No, jamás hallareis una alma, bastante depravada ó abatida por el sufrimiento, que no conserve todavía alguna fuerza viva, capaz de despertar todas la

otras. Puedo citaros, en prueba de ello, un ejemplo notable.

Anunciáronme un dia la visita de una señora. Era una actriz célebre, que traía consigo á su hija, á quien queria preparar para la primera Comunion. Yo le dije que era cosa muy sencilla siempre que renunciara á llevarla al teatro, y que viniera á verme para poder instruirla y disponerla dignamente. Despues de algunas frases insignificantes, le prometí ir á verla.

Habian transcurrido bastantes dias sin que recordara mi compromiso, cuando pasando una tarde por la calle en que habitaba, llamé á su puerta. Mi visita era sin duda tan deseada que la sirvienta insistió en que subiera, aunque se hallaban precisamente comiendo en aquel momento; y, sea por equivocacion, sea por ligereza, me hicieron entrar en el mismo salon en que estaba reunido, en un banquete, todo el personal del teatro.

Yo balbucí algunas palabras de excusa, dispuesto á retirarme; pero se empeñaron en que me quedase y hube de darme á partido. Ofreciéronme asiento y un sitio en la mesa: yo me resigné á sentarme, pero sin ir más lejos...

La conversacion quedó bien pronto empeñada y os dejo adivinar hasta qué punto era nueva la situacion para aquella sociedad. Acostumbrados á dar espectáculos, los actores estaban encantados de presenciar al fin uno.

De repente la hija de la actriz que habia estado á verme, se me acercó y me dijo que allí, en el otro extremo del salon, se hallaba una señora que tenia vivos deseos de hablarme, pero que no se atrevia á hacerlo. Era una joven actriz de veinticinco años, la cual, sorprendida al encontrarse bruscamente puesta en escena, no halló otro recurso para distraer la atencion, que hablarme de la niña, diciendo asistiria de muy buena gana á su primera Comunion.

—Nada se lo impide á V.,—le respondí yo,—y áun podria V. hacer algo mejor, que es acompañarla.

—Verdaderamente, señor,—replicó ella,—pero estoy excomulgada...

—Aunque así sea, para todo hay remedio, pues no estará V. exconfesada...

Estas palabras, lanzadas en medio de una reunion de aquel género, hicieron el efecto de una bomba, y las risas y los chistes comenzaron...

—A fe mia,—exclamó uno,—es más cómodo confesar que confesarse.

—Por lo que á mí hace,—dijo otro,—me confesaria con gusto; pero á condicion de que el confesor habia de ser una religiosa.

Como podeis figuraros, traté de dominar una conversacion que emprendia rumbos tan poco seguros.

—De buena gana—les dije—daria á Vds. una conferencia acerca de la Confesion. Les diria que en este mundo el móvil ordinario de las acciones humanas son los aplausos de los que nos rodean. Así Vds., por ejemplo, tienen que devorar sin duda muchas penas, y los aplausos del público son los que les dan la fuerza necesaria para soportarlas. Pero nosotros no tenemos este recurso: y sin embargo es indispensable! Preciso es por tanto que haya algun otro movil que nos impulse á obrar; y este movil, de una naturaleza muy distinta, superior á las cosas de este mundo, existe!

Yo estaba medianamente satisfecho, no más, de mi demostracion, cuando dirigiendo la vista hácia la ventana vi un buque de vapor que remontaba la corriente del rio.

—Miren Vds.,—les dije,—ahora comprenderán mejor quizá, por medio de una comparacion, lo que es la Confesion... ¿Ven ese buque? El vapor contenido en su caldera es el que lo hace andar. Pero su caldera se halla expuesta á estallar cuando la presion del vapor es demasiado fuerte, y para evitar los accidentes que pueden sobrevenir por esta causa, se tiene cuidado de adaptarle una válvula que se llama de seguridad. Pues bien, el corazon humano es semejante á esa caldera; está sometido á la doble presion de los dolores y de las faltas, la cual produce, de tiempo en tiempo, explosiones aterradoras, si la válvula de seguridad no se abre oportunamente: y la válvula de seguridad para él es la Confesion... Sí, señores; cuando el corazon del hombre se ve oprimido sin medida por las penas ó los remordimientos, no le queda otra alternativa que esta: la Confesion ó el suicidio...

Apenas habia pronunciado estas palabras, que fueron escuchadas con atencion, me despedí para retirarme. Pero, al salir, la joven actriz, que hasta entonces permaneciera apartada, se adelantó, manifestando intencion de seguirme.

—¡Eh!—le dijeron, ¿á dónde va V.?... ¿Tendria acaso la idea de confesarse?

—¿Por qué no?—contestó ella,—y ¿qué puede importaros esto?

Y salió conmigo.

Tan pronto como estuvimos solos, aquella pobre joven se arrojó á mis piés, y se apoderó de mi mano con frenesí, exclamando:

—Dios mismo es quien os ha enviado á mí, señor: no sé si habeis leido en mi corazon... pero estaba firmemente resuelta, cuando llegasteis, á suicidarme esta misma noche... Hace siete años no me he confesado... Huérfana y sin recursos, entré á formar parte de una compañía de declamacion, y Dios solo sabe lo que he sufrido desde que estoy en ella... Pero los golpes recibidos en los últimos dias eran demasiado para que yo pudiera resistir... Contaba con una afeccion que yo creia leal y sincera... Me veia próxima á contraer matrimonio... y he sido indignamente vendida!... Silbada ayer en el teatro, he visto la humillacion juntar sus amarguras á las de la perfidia!... Sola en el mundo, silbada y abandonada á la vez, habia resuelto concluir con mi vida, y debia dentro de un rato, despues de esta comida de adios, ir á precipitarme en el lago... Vuestras palabras, vuestra alternativa de la confesion ó el suicidio han sido para mí un rayo de luz... Tened ahora compasion de mi miseria!

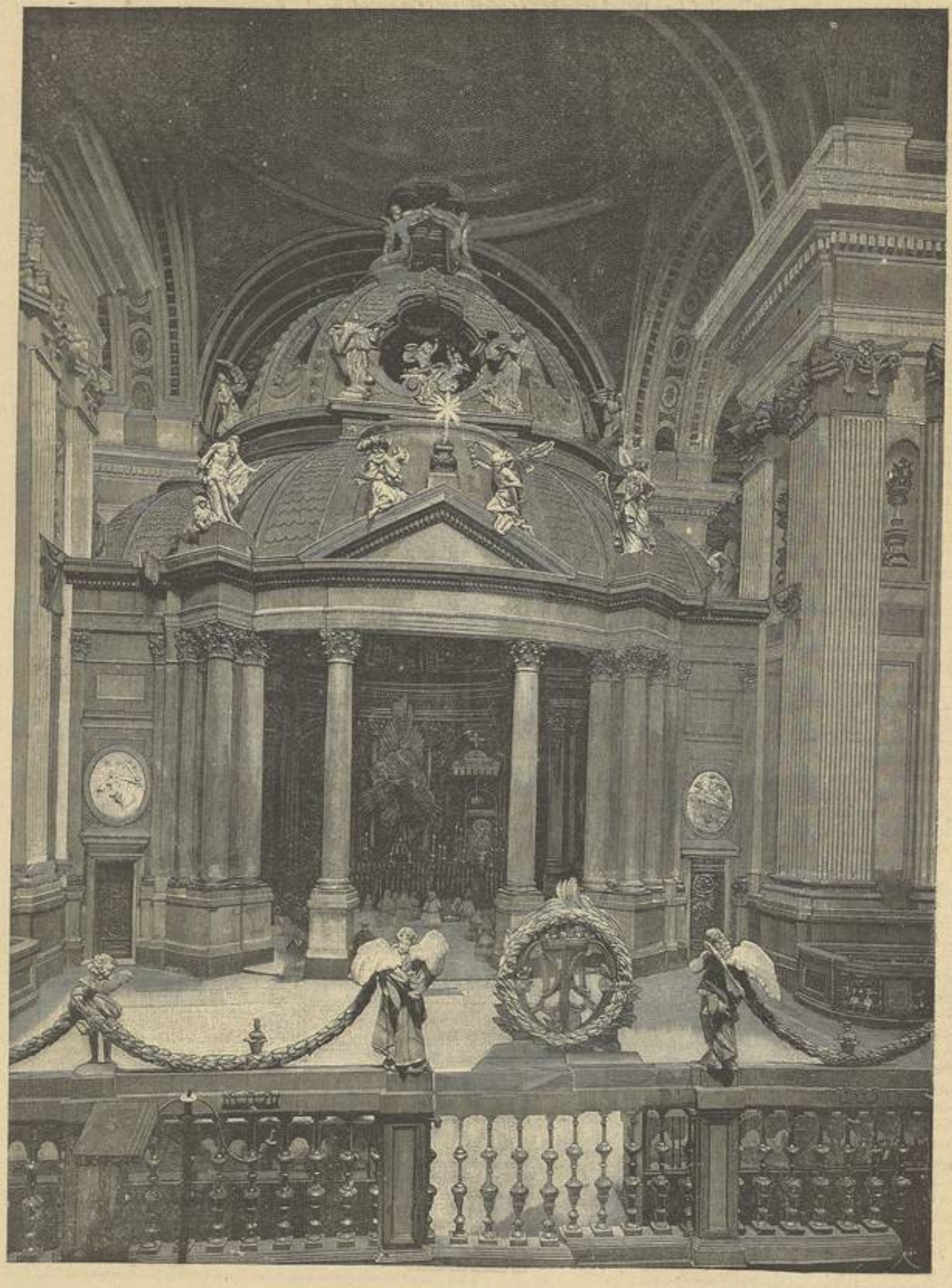
Al dia siguiente aquella pobre joven, regenerada ya por la penitencia, abandonaba el teatro, y pocos dias despues hacia lo mismo la madre de la niña, de cuya preparacion me habia encargado. La primera Comunion de esta se verificó muy luego, y aquellas tres almas perseveran hoy en el camino del valor y del deber cristiano.

MONS. MERMILLOD.

EL TEMPLO DEL PILAR

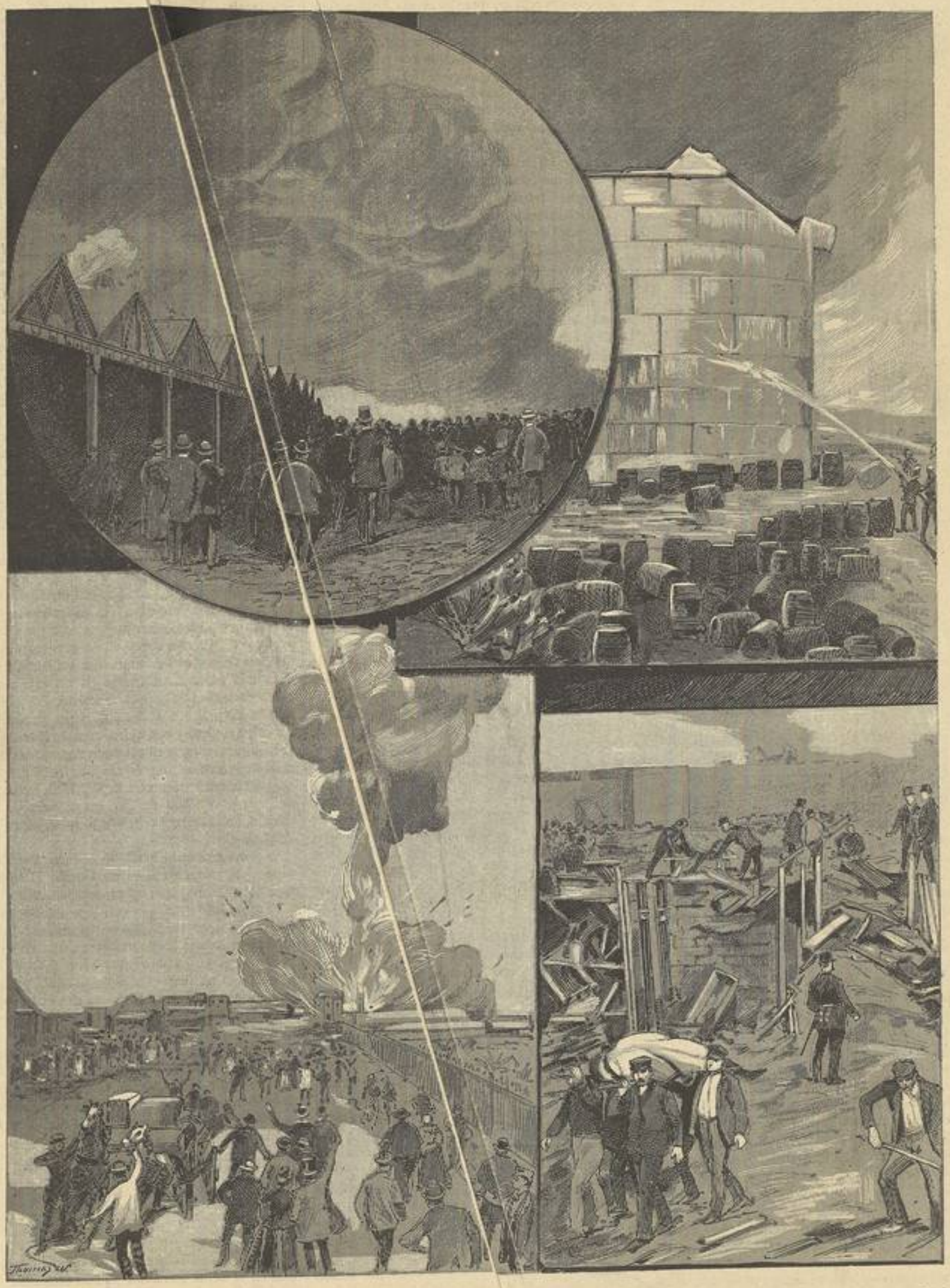
Dicen que debo cantar
Y, cual noble aragonés,
Poner mi lira á los piés
De la Virgen del Pilar:
Que podrán de mí dudar,
Si no me obliga su encanto,
Y yo que la quiero tanto,
Y por mi Madre la tengo,
Cedo y á sus plantas vengo,
Empuño la lira y canto.
Bardo de arraigada fe,
Perdido de amor por Ella,
Me falta la voz aquella
Con que un dia la canté;
Mas ella me dice: «Vé»;
Y esta palabra me alienta;
Por eso vengo aunque sienta
Sin fuerzas el corazon:
¿Hay quien tema en Aragon
Si la Virgen le sustenta?

Ella sobre el alma mia
Tendió su lumbre sagrada,
Y el calor de su mirada
Dilató mi fantasía.
A Ella debo la armonía,
La vida, la inspiracion,
Y me dice el corazon
Que no me la ha de negar
Hoy que quiero consagrar
A su Templo mi cancion.
¡Su Templo! Rica corona
Que ciñe la altiva frente
De un pueblo que nunca miente
La virtud de que blasona;
Soberbio timbre que abona
De su origen la nobleza,
Y á cuya inmensa grandeza,
Que admira pasmado el mundo,
Con un respeto profundo,
Hay que bajar la cabeza.
Trono de luz, á él se lanza,
Porque la Virgen lo alienta,
Una multitud sedienta
De fe, de amor, de esperanza:
En él desterrar alcanza
Del alma tormentos crueles,
Y hallan consuelo los fieles
Sólo con ver á lo léjos,
De la luz á los reflejos,
Sus erguidos capiteles.
Inmóvil sobre un asiento,
Cual roca que el mar combate,
En vano las alas bate
Contra sus muros el viento:
Resiste el golpe violento
De mil fuertes conmociones,
Y alza triunfantes pendones,
Mientras pasan á sus ojos,
Del tiempo pobres despojos,
Diez y ocho generaciones.
Él guarda, viviente historia,
Bajo sus cúpulas bellas,
En cien indelebles huellas,
Cien tradiciones de gloria:
El despierta en la memoria
Recuerdos de alto renombre,
Y hace que el mundo se asombre
De un pasado sin ejemplo
Que escuda seguro un Templo,
Contra el orgullo del hombre.
Cuna de la fe naciente
Para esta patria querida,
En él aspiró la vida
Que arder en sus venas siente.
Alzóse, fiero y potente,
De su firmeza al abrigo,
Luchando como testigo
Por su cristiano deber
Contra el inmenso poder
De todo un mundo enemigo.
Y todos los que vinieron
Altivos y en són de guerra,
Que era sagrada la tierra
Donde asienta comprendieron,
A su vista se sintieron
De extraño influjo movidos,
Y, apagando los latidos
De la soberbia en el alma,
Juntos vinieron en calma
Vencedores y vencidos.
Vive en él, Reina adorada,
La Virgen de mis amores,
Rosa en bócaro de olores,
Perla en concha nacarada;
El fulgor de su mirada
Es la luz que lo ilumina,
Y la esencia peregrina
Que por sus naves se extiende,
De sus labios se desprende
Y en su corazon germina.
Del Pilar de peña dura,
Que guardan sus altos muros,
Brotan manantiales puros
De inestimable dulzura:
Los que con planta segura
A sus corrientes vinieron
El encanto percibieron
De la dicha que buscaron...
Lágrimas que en él cesaron
Difícilmente volvieron.
Y es la música sonora,
Que allí constante resuena,
Música que el alma llena
De alegría encantadora:
Tan alta gracia atesora,
Que cuando el hombre en su anhelo



ALTAR DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

EN LA BASÍLICA DE SU ADVOCACION EN ZARAGOZA



LA CATÁSTROFE DE AMBERES

INCENDIO DE LOS DEPÓSITOS DE PETRÓLEO

HUMAREDA PRODUCIDA POR LA EXPLOSION

BOMBEROS TRABAJANDO EN PRESERVAR LOS GRANDES DEPÓSITOS DE PETRÓLEO DE RIETH Y C.ª

EXTRACCION DE CADÁVERES EN LAS RUINAS DE LA FÁBRICA DE CARTUCHOS

Se levanta sobre el suelo
Para su rumbo seguir,
La paloma percibir
Las armonías del Cielo.
¡Oh! si es dulce, Virgen santa,
Sus linteles traspasar,
Y aquella tierra besar
Donde posiste tu planta!
Al decirlo, en la garganta
Mi voz se apaga sin brio...
Es muy pobre el labio mio
Para cantar con firmeza
Dónde acaba y dónde empieza
Tu amoroso poderío.
Déjame, pues, acabar
Y, cristiano aragonés,
Poner, Señora, á tus piés
Este sencillo cantar:
Que Tú me lo has de pagar,
Lo tengo por cosa cierta,
Y si quieres que te advierta
El premio que yo ambiciono...
De este Templo, que es tu trono,
Que no me cierres la puerta.
En mi infancia, cuando niño,
Dos veces besé tu manto:
De entonces data el encanto
Que me infunde tu cariño.
Hoy mis deseos no ciño
A quererte y que me quieras;
Si entonces la Virgen eras
Que dabas luz en mi historia,
Quiero que seas la gloria
De mis horas postrimeras.
Que, si el placer de quererte
Endulza ¡oh Madre! la vida,
Tener tu amor por egida,
Endulza tambien la muerte:
De amarte mucho y perderte
No hay en el mundo un ejemplo:
Por eso mis ansias templo
Cuando miro el porvenir...
Yo debo, Madre, morir
A la sombra de tu Templo.

FLORENCIO JARDIEL.

DIARIO DE UN FILÓSOFO

Ó COSAS DEL OTRO MUNDO

V

DEJAMOS á nuestro filósofo ocupándose asiduamente en estudiar el dogma del purgatorio.

Los protestantes, discurria, niegan la salvadora doctrina del purgatorio, y por esto y otras cosas se han situado en una posicion intermediaria entre el Catolicismo y la Filosofía. El filósofo no comprende cómo es que el que admite el cielo y el infierno, rechace el purgatorio. ¿Qué hacen los protestantes con la generalidad de las almas de los humanos que no fueron santos, pero tampoco malvados?

La resurreccion de la carne es otro de los misterios al cual se resiste la razon. ¿Cómo vuelve á aparecer esa carne comida por los gusanos, convertida en polvo, en el Juicio final? No puede explicárselo, y se dirige al sacerdote con quien ha tenido varias conferencias.

Las Santas Escrituras (dícele éste en resumen) hablan formalmente de aquel hecho futuro; en el Antiguo Testamento, Job, Isaías y Daniel; Nuestro Señor y san Pablo, en el Nuevo. Fundándose en ello, la Iglesia exige que los católicos crean en la resurreccion de la carne para formar parte de su grey.

San Pablo dijo que nuestro cuerpo actual es como el grano que se siembra en la tierra; allí se pudre y se corrompe para dar vida á una planta con sus hojas, su tallo, su flor. De la misma manera nuestro cuerpo resucitado renace transfigurado. Pero, dice el filósofo, ¿cómo podrá renacer el cuerpo humano de sus cenizas dispersas, destruidas completamente? «Eso, le responde el sacerdote, no se puede explicar, como no se explican miles de fenómenos y misterios que nos rodean, que nos consta que existen y que sin embargo todos los sabios del mundo no pueden explicar satisfactoriamente.»

En cuanto á la necesidad que hay de juzgar el cuerpo al mismo tiempo que el alma, la Iglesia nos enseña que puesto que el cuerpo ha sido hasta cierto punto el instrumento del alma para pecar y que no puede negar su participacion del bien y del mal en los actos del hombre, es preciso que reaparezca para ser juzgado por el Tribunal divino tal como estaba cuando pecó.

El *agua bautismal* no penetra en el alma, sino que apenas toca el cuerpo, y sin embargo nuestro espíritu se salva por medio de ella; el sacramento de la *Confirmacion* no se introduce en el alma; el cuerpo se nutre con la carne y la sangre de Jesucristo en la *Comunion*, y empero purifica nuestra alma; todo lo cual prueba la estrecha union que existe entre el cuerpo y el espíritu.

Nos llevaria demasiado lejos analizar paso á paso todas las luminosas explicaciones que da el sacerdote á nuestro filósofo. Este, sin embargo, sigue batallando consigo mismo. Sin cesar estudia, indaga y reflexiona sobre esos tremendos misterios de la fe católica, que no puede explicarse. La Iglesia, dícese á sí mismo, exige que la creamos bajo su palabra, y no nos da clara explicacion de ellos. Nuestra razon se resiste á creer lo que no entiende, pero ¿entendemos acaso los misterios de la naturaleza? Esta se transforma, renace, resucita sin cesar, ¿de qué manera?... Eso es lo que no podemos decir. ¡Misterios inexplicables!

Un dia se le acerca un amigo, hasta entonces indiferente con respecto á cuestiones religiosas, ó más bien libre-pensador, y sumamente impresionado le refiere cómo acaba de presenciar una curacion milagrosa hecha por medio de las reliquias de san Vicente de Paul. Dicho señor tenia una sobrina, á quien los más afamados médicos de París habian declarado que la enfermedad de que padecia era incurable, y sin embargo queda enteramente sana al tocar las reliquias del Santo. «¿Cómo explicaria V. semejante fenómeno?» le pregunta su amigo. Nuestro filósofo le contesta que en su calidad de filósofo jamás se ha ocupado en hechos sobrenaturales, contrarios á la razon humana, y en cuanto á la curacion milagrosa, ¿cómo asegurar que la causa de ella no fuera que los nervios de la enferma, excitados por la idea de que se iba á obrar un milagro en ella, produjeran una crisis en su organismo, y la reaccion repentina diera por resultado la curacion? ¿Cuántas veces, añade, no se han visto cambios repentinos en la faz de una enfermedad, sin que nadie los achacase á milagro?

El amigo se despide de nuestro filósofo, convencido de que lo que ha visto es un verdadero milagro, y el otro se queda meditabundo y pensativo. Se propone estudiar la materia á fondo, y aunque hasta entonces la cuestion de los milagros le ha parecido absurda y fuera de razon, resuelve ocuparse en ello. ¿Por qué, piensa, no hemos de creer en lo sobrenatural si creemos en un Dios, creador, dueño y gobernador supremo de toda la naturaleza? Si El instituyó esas leyes soberanamente sabias, ¿Por qué no ha de poderlas cambiar en un momento dado, sin tocar á las demás que rigen el universo? Por otra parte, ¿conocemos acaso á fondo esas leyes de la naturaleza? Quizás aquello que llamamos milagro no es sino una misteriosa comunicacion entre el cielo y la tierra, que se lleva á cabo por medio de espíritus intermediarios, cuya influencia sobre nuestra alma y sobre nuestro cuerpo no conocemos. Es posible que los sucesos que consideramos sobrenaturales no sean sino actos de la Divinidad, que interviene en el orden natural de las cosas, fuera y por encima de las leyes de la naturaleza, para poner en evidencia con mayor brillo el poder que Dios ha concedido á algunos de sus bienaventurados; y éstos logran otorgar ciertos bienes á los mortales, que no se alcanzarian nunca por medio de actos humanos.

Entre los milagros más extraordinarios que ofrece el Cristianismo, piensa nuestro filósofo, no se puede negar que el más maravilloso es la manera como se propagó la fe de Jesucristo; de ese Jesús, que murió como un malhechor, que durante su vida no obtuvo ningun triunfo, sino humillaciones é insultos! ¡Y sin embargo, á los pocos años, el mundo civilizado era cristiano!

La hija del filósofo, niña de doce años, á quien él ama con ternura, se prepara para hacer su primera Comunion, y le suplica que el dia solemnísimo en que verificará aquel acto la acompañe á la iglesia con su madre. El no sabe qué contestarle ni cómo explicarle que no puede darle gusto, porque se considera fuera de ese catolicismo, que no puede aceptar con todas sus consecuencias. Ciertamente, reflexiona á solas, la Religion cristiana es muy bella y sublime, pero no se puede negar que es muy rígida; no bastan razonamientos, es preciso poseer mucha buena voluntad para aceptar sin réplica su autoridad y guardar sin desmayar nunca sus preceptos. ¿Cómo inspirarse en esa fe ciega en el cielo, que impulsa hácia adelante á pesar de todos los obstáculos que nos presenta la razon? Sin embargo, confia en que las puras oraciones de su hija lleguen hasta el trono de Dios, y El le inspirará lo que le falta para ser creyente.

Vivia turbado y agitado por mil pensamientos contrarios, cuando nuestro filósofo recibió la noticia de que uno de sus amigos más queridos, profesor de filosofía como él, de repente abandonó su carrera que se anunciaba brillante, dejó el mundo y fué á encerrarse en un seminario con la intencion de hacerse sacerdote. Era aquel uno de sus más aptos discípulos, que profesaba sus mismas ideas y con quien contaba para que le reemplazase en la cátedra que regentaba. Semejante suceso le impresiona hondísimamente: si aquel hombre encuentra la felicidad, la tranquilidad de espíritu de que no se goza en el mundo, en la carrera eclesiástica, ¿por qué no ha de abrazarla?

Se propone escribirle una larga carta, llena de cariño, exponiéndole al mismo tiempo la situacion de duda en que él mismo se encuentra.

Pero no habia contado con una interrupcion que le impide llevar á cabo su propósito. Le ataca de repente una fuerte pulmonía, qué va empeorando y que en pocos dias le lleva hasta las puertas del sepulcro. En aquel terrible trance, desahuciado por los médicos, los ojos de su espíritu ven al fin claro. Su mujer y su hija le preguntan tímidamente y con temor si admitirá un confesor; él acepta la proposicion con alborozo, y pide que le llamen al sacerdote con quien ha conferenciado varias veces. Cumple con todos sus deberes religiosos, se reconcilia sinceramente con Dios y muere en el seno de la Religion de Jesucristo.

LA CANANEA

I

MADRE mia, ¿no te has separado de mí? ¿Qué he dicho? ¿No he proferido palabras impías? ¡Oh desdicha, desdicha! ¿Qué he hecho yo á los dioses para que su ira me persiga y ponga en tan gran turbacion á mi alma?...

—Aquí estoy, Salomith, no me he separado

de tí,—dijo abrazándola su madre: mas su hija parecia como que ni la veia, ni escuchaba.

—¡Estoy sola; siempre sola con mis penas!—continuó abatida la pobre niña.—¿Qué sucede? No soy dueña ni de mis pensamientos ni palabras... Una cosa que no soy yo, vive en mí, y piensa y habla por mí, tambien contra mi voluntad. ¡Madre mia! ¡Oh madre mia! ¡Vén á detenerme! Una mano de hierro me oprime. ¡Piedad, piedad! ¿Cómo escaparé de su furor?

Y la joven, como impulsada por violento choque, levantóse para huir; mas sus piernas flaqueaban, y á pesar del esfuerzo de su madre que quiso detenerla, cayó rodando por el suelo, donde se agitaba en espantosas convulsiones.

La madre permaneció extática de dolor y la contemplaba mirándola tristemente.

Una mujer, sentada en un escabel, seguia con atencion los movimientos de la enferma, y observaba en silencio. Por su velo y túnica azul, de hechura diferente de la de las otras mujeres, con facilidad se la reconociera por una judía: era una de estas matronas que las de su nacion llamaban para curar sus males. Una prolongada experiencia la habia hecho habil para asistir en las enfermedades que afligen á las de su sexo, y hasta desde muy lejos se la llamaba.

—¿Estos accesos suceden con frecuencia?—dijo la matrona despues de haber por mucho tiempo observado á la joven, que seguia revolcándose á sus ojos.

—¡Oh sabia Mériah,—contestó llorando la madre;—hace ya tres lunas que mi hija está atacada de este mal, sin que mis cuidados puedan acertar á calmarla! Ya lo veis, no me reconoce á mí, que soy su madre, y repetidas veces me llama con una desolacion que me parte el alma. Continuamente da gritos horribles: alguna vez invoca á nuestras divinidades que parecen sordas á sus ruegos: más á menudo aún, blasfema de un dios desconocido á entrambas, y siempre ¡oh desventura! pierde la razon.

Salomith, hija mia,—continuó la pobre madre dirigiéndose á la enferma,—vuelve en tí, mírame. ¡Cuándo te veré sonreir como antes!—

Comenzaba la joven á cobrar los sentidos; miraba con extravío á su alrededor, y sus ojos parecian no ver; se pudiera decir que su alma todavía no era en ella; teníalos extraviados, cuando antes eran tan hermosos; tenian las señales de un vago terror, y sus pálidos labios se asemejaban á dos rosas que el sol no ha enrojecido con su calor.

—Salomith,—dijo la anciana Mériah aproximando á la frente y narices de la joven un odorífero bálsamo;—respóndenos. ¿No reconoces á tu madre?

Dió un profundo suspiro la enferma, y pareció que sus ojos cobraban un poco de vida.

—Madre mia,—dijo,—¿por qué no estoy á tu lado? Era feliz cuando vivia á su sombra. Si estuviera aquí, me defenderia... ¿Qué daño puede suceder á un hijo en los brazos de su madre? ¿Dónde está, y yo dónde estoy? ¡Madre mia, madre mia!—decia la pobre niña con voz débil y quebrantada,—¿dónde estás?

—Aquí estoy contigo; nunca, desde el bendito dia de tu nacimiento, te he dejado.

Miróla la joven, y ocultando su abrasadora frente en el seno maternal, la dijo:

—¿Qué ha sido de mi razon, mi razon, mi razon?... No comprendo lo que pasa en torno mio, sino como en lontananza, donde todo es confuso. Mi pensamiento es un torbellino; no puedo darme cuenta. ¡Oh, he sufrido tanto!

—Joven, ¿cuál es el sufrimiento que hace tiempo padeces? ¿es del alma ó del cuerpo?—Así hablaba la matrona, y Salomith, que parecia no escucharla, continuó:

—Si pudiera llorar abundantemente, quizá encontraria algun alivio: no puedo, y un no sé qué me lo impide.

—¡Cómo ha de ser! Mériah,—dijo la madre, hablando por lo bajo á la matrona:—desde el dia de los primeros sufrimientos de mi hija, en vez de llorar y pedir socorro á los dioses, como se debe hacer en los trabajos, la pobre niña no ha hecho más que blasfemar y maldecir.

—¿He blasfemado?—dijo Salomith, que la primera vez desde su mal, parecia haber entendido lo que cerca de ella se habia dicho:—¿he blasfemado yo?... ¿he maldecido?... ¡Ah! sí, recuerdo... (y su rostro, su cándido y hermoso semblante se contrajo, como la hoja del acanto que el rigor invernal ha secado). ¡Sí, sí, he maldecido del cielo.. y le maldeciré todavía más! ¡Sí, sí, maldito sea! ¡que sea maldito el dia, que sean malditas todas las cosas y criaturas, desde las yerbecillas de los campos hasta el águila que rompe las nubes; desde la cigarra oculta en los olivos, hasta las estrellas que brillan en el firmamento; malditos, malditos los dioses, que pudiéndome tener sana, me han hundido en este abismo de afliccion!

—Salomith, cálmate, desdice tus palabras: si los dioses las escuchasen, lanzarian sobre tí su cólera.

Mas la joven nada oia; hablaba con ronca y brusca voz que en nada se parecia á su timbre argentino y puro, semejante al de la filomena; ¡y las blasfemias brotaban de su boca, como las turbias aguas de los torrentes desbordados!

—¡Los dioses! decia ella, ¿dónde están? ¡todos han sido aniquilados por aquel que se rie de las potestades de los dolores y que no envia más que males sobre la tierra! ¿Los dioses? están errantes, dispersos; piden asilo á las criaturas desde que él ha aparecido sobre la tierra, arrojando su culto y sus ídolos y destruyendo sus templos; el terrible ¡viene, viene! exclamó la joven agitada por un horrible temblor; viene, viene desde el Oriente aquel que quiere encerrarlos en su lugar; mas ellos resisten; la lucha es como la de los primeros dias del mundo, y se vengan turbando las almas que viene á buscar. Maldito, maldito aquel que sale de sus esplendores para venirnos á perseguir.

Despues de haber pronunciado estas horribles palabras, que salian de la boca de Salomith como la lava de un volcan que abrasa sus orillas, la pobre niña cayó en una crisis más violenta aún y más espantosa que las que la habian precedido, y quedó luego por algun tiempo anonadada. Se hubiera podido decir al verla con su palidez é inamovilidad, que el angel de la muerte la habia tocado, y que movido de misericordia rompió el hilo de sus dias.

Aproximóse Mériah; examinó el movimiento apenas sensible de su corazon, y dijo á la madre:

—Silliah, no está muerta vuestra hija. Alejad por el momento este temor de vuestro corazon: el acceso pasó; mas ha sido tal su violencia, que como otros iguales le sucedan, los dias de vuestra hija serán breves.

—¡Oh! decidme qué necesito hacer para conservar la vida de esta querida hija. ¡Tened compasion de ella y de mí!

Permaneció Mériah por largo tiempo considerando las alteradas facciones de la joven, y habiendo despues abierto su esportillo, sacó yerbas secas á la sombra, mezclándolas en un vaso, é hizo una bebida, con la que humedeció por varias veces los labios de la paciente, y poco á poco pasó del cansancio del sufrimiento á un refrigerante reposo. Sin embargo, todavía parecia su sueño algo agitado, así como la hoja continúa moviéndose ante los últimos soplos de la tormenta.

Siguió Mériah silenciosa, fijos los ojos en la joven: infinitas ideas batallaban en su interior.

—Las profecías se cumplen, decia entre sí. El infierno está agitado; los espíritus de las tinieblas salen y se revuelven al rededor nuestro, como el rugiente leon cuando trata de devorar su presa. En todas partes están: bullen en el espacio como los abejarrones, cuyo nido es asaltado por el enemigo.

Dichas estas palabras, dando un gran grito, Salomith se despertó y dijo con acento que parecia un quejido:

—Mériah, vos lo habeis dicho, él ha venido y está aquí y en todas partes. ¿Dónde nos refugiaremos? Nuestro reino ha terminado...

Y la joven escapó dando lamentables voces.

Habia quedado la matrona confundida por la adivinacion de su pensamiento, y continuó sumergida en profundas reflexiones.

Durante este tiempo, Silliah seguia los pasos de su hija que, como llevada por un espíritu, huia como espantada corza.

Alcanzóla, por fin, en el instante en que, sin aliento, aniquilada, caia sin sentido en la arena de la playa.

Salomith permaneció por algun tiempo desvanecida en los brazos de su madre, que, bañando de lágrimas su rostro, trataba de reanimarla por medio de sus caricias. ¡Quién puede apreciar las angustias de una madre que en sus brazos sostiene una hija moribunda! Angeles del cielo, llorad por ella. ¡Este profundo dolor sólo logran conocerle los que pueden medir el infinito!

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

XV

Don Cárlos, que habia oido el sublime y apasionado razonamiento de su sobrina con la boca abierta, los ojos espantados y la mente turbada, al escuchar las últimas palabras de Clementina, apretó la cabeza de ésta contra su pecho, y la dijo:

—Querida mia, el amor te inspira esa elocuencia celestial, y hace que resplandezcan los tesoros de virtud que Dios te ha dado con profusion... pero no llores tanto; tus lágrimas me hacen daño. ¿Crees que te quiero?

—Sí, tio, lo creo. El cariño que V. me tiene es el único consuelo que me queda. Estoy segura que Dios le ha enviado á esta casa para ser mi angel consolador en medio de las angustias que me esperan.

—Pues bien, si estás persuadida de que yo te aprecio mucho, atiéndeme. Te aseguro que mi cariño hácia tí ha crecido desde que te he tratado tan íntimamente y he visto lo buena que eres. Escucha, pues, á tu tio, que te tiene un amor de padre. Tu imaginacion está exaltada, y en vez de razonar con la cabeza, razonas un poco demasiado con el corazon. ¡Hija mia! El corazon es un pésimo razonador; ¡ya debes saberlo! ¡Cuánto te compadezco!

—¿Y por qué me dice V. esto?

—Porque así es la verdad.

—¿Entonces, V. tambien cree que deberia haber firmado la renuncia, entregado el anillo á mi padre y hecho traicion á mi conciencia?

—No digo eso, querida mia. Digo que si quieres ser razonable, y deseas que el Señor te ayude, conviene que te tranquilices y des lugar á que obre el buen sentido.

—¡Oh! ¿Y por qué me ha impuesto mi padre una condicion que ofenderia á toda ley divina y humana? ¿Por qué se ha enfurecido conmigo hasta el punto de maldecirme?

—¡Calma, calma, por Dios! Dime: si verdade-

ramente se pudiese probar que Alberto se ha vuelto un calavera, un hipócrita, un impostor, que con un delito infamante se ha deshonrado...

—¡Tio! ¡Eso es un absurdo!

—¿Absurdo, dices? ¿Pues qué, no es hombre? ¿No es su naturaleza frágil como la de todos? ¿Crees tú que es Alberto un angel impecable? ¡hasta qué punto te ciega el amor!

—Yo no miro á Alberto como un angel, pero...

—Pues entonces, si se probase, atiende bien, si se probase que se ha deshonrado, ¿te creerias verdaderamente obligada á guardarle la fe de amor y á casarte con él, echando un borron sobre tí y sobre toda tu parentela? Respóndeme, Clementina, respóndeme; pero con lo que te inspire la cabeza, no el corazon.

—Respondo... que no es este el caso. Alberto no se ha deshonrado. Los villanos son los que le han herido primero con el puñal y despues con la calumnia.

—Pero no afirmo que sea cierto y verdadero. Hago una simple suposicion. Figúrate por un momento que así fuera: ¿qué harias? ¿Tendrias ánimo para ser la mujer de un infame?

—Primero le volveria al buen camino, y despues le tomaria por esposo.

Aquí D. Cárlos no pudo menos de prorumpir en una estrepitosa carcajada que llenó de confusion á Clementina.

—¡Qué inocente!—dijo su tio con amarga sonrisa.—¿Le convertirias y despues le tomarias por esposo? ¿Pero está, por ventura, en tu poder convertir á los demás? ¿Y si no lograras convertirle?

—Entonces, veria...

—Entonces, discurriendo con calma, conoces que puede haber caso en que dos prometidos esposos cesen de permanecer ligados en conciencia por la fe que se han jurado; y esto ocurre principalmente cuando uno de los dos falta de grave manera á la deuda de amor, reclamada y sobrentendida como condicion de su mútua promesa.

—Pero esas son suposiciones ajenas de nuestro caso.

—Sea como quieras. Tú tienes talento, y bien puedes comprenderme. Déjame ahora que te haga alguna otra indicacion. Haces una rara confusion entre el vínculo de los novios y el de los esposos. El recíproco amor y union que existen entre Jesucristo y su Iglesia es modelo perfecto del amor y union de los cristianos que han contraido ya matrimonio, no de aquellos que únicamente se han comprometido á contraerlo. En los que lo han contraido, el vínculo sacramental es único é indisoluble, porque existe; no así en los que deben contraerlo, porque aún no existe. Puede, por el contrario, suceder que el lazo de la promesa quede roto por alguna razon de peso.

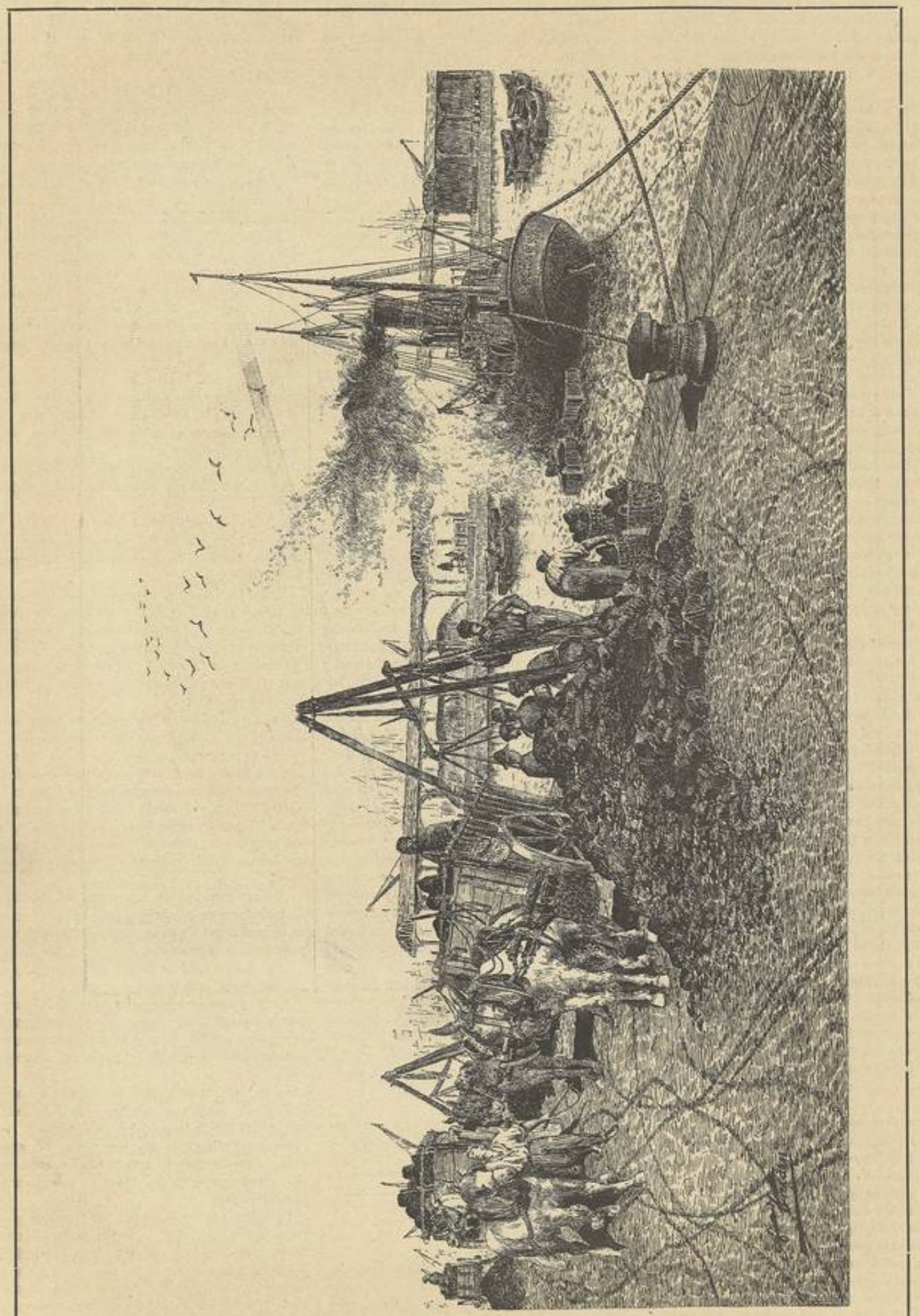
—Es cierto cuanto dice V., pero... no sé... Mi corazon está ligado, y lo estará mientras viva. Si los hombres nos impiden contraer el vínculo del Sacramento, no podrán impedirnos que sigamos considerándonos unidos por la fe del amor. Lo repito: aunque Alberto muera, le seguiré siendo fiel. Le he dado palabra de que no seré nunca de otro que de Jesús y suya; y él, por su parte, me ha escrito que, vivo ó muerto, será eternamente mio.

—¡Cómo! ¡Alberto te ha escrito!

La joven hizo un gesto de contrariedad y se cubrió los ojos como en señal de arrepentida; pero despues, mirando cariñosamente á D. Cárlos, le dijo:

SAN AMBROSIO

(BAJO-RELIEVE EN TIERRA COCIDA DEL SIGLO XI EN LA BASÍLICA AMBROSIANA DE MILAN)



DESEMBARCO DE CARBON EN EL PUERTO DE BARCELONA

—Tio, con V. puedo tener confianza. Sí; ayer Alberto, desde su lecho de dolor, pensó en mí, y dictó á doña María una cartita que me ha dado hoy despues del almuerzo. Pero ¡qué carta! La tengo grabada con caracteres de fuego en el corazon. ¿Me da V. seguridad que no lo dirá á nadie?

—¡Oh, no lo dudes!

—¿Ni á mis padres?

—Descansa en mí.

—Con V., pues, puedo tener secretos. Lea V., y juzgue si quien ha escrito tales cosas es capaz de cometer una infamia.

Don Carlos leyó atentamente aquel escrito, en tanto que su sobrina, con cierto aire de triunfo, permanecia con la mirada fija en él y en los movimientos de su fisonomía, queriendo adivinar las impresiones de su espíritu.

—¿Qué piensa V. de ello?—le interrogó mientras D. Carlos, callado y meditabundo, le devolvia la carta.—¿Qué le parece á V. esta carta comparándola con la que el caballero D. Tomás ha dirigido á mi padre? ¿Cuál de los dos le parece á V. el verdadero Alberto? ¿El calumniado por aquel señor en su esquela, ó el fotografiado en estos renglones?

—¿Le has respondido?

—Apenas dos líneas, pues me faltó el tiempo.

—¿Y qué le has escrito?

—Que todo se lo prometia y juraba.

—Pero ¿no has notado, loquilla, que te pide perdon con lágrimas de sangre?

—¡Y tanto como lo he notado! D.ª María me dijo que era un acto de humildad cristiana, el cual todo buen hijo de la Iglesia debe hacer en el último trance; y Alberto ayer tarde temia mucho morir.

—Se conocé que tú y ella teneis buenas tragaderas. A mí no me hubiera pasado una cosa tan gorda.

—¿Es decir...?

—Es decir que en el hecho de pedirte perdon hallo un indicio que me hace sospechar no es falsa la relacion de D. Tomás.

—¿Tambien V., tio?

—Mi Clementina, no te ciegues, sé razonable. Es una sospecha mia.

—Una tentacion del diablo, diria V. mejor.

—¡Qué fuerte cosa es combatir con una joven enamorada! Recapitulemos. Sabes las resoluciones de tu padre, y cómo se ha enfurecido. Pues bien; yo te quiero ayudar, pero no arruinar. Tu padre escuchará, así lo espero, mis súplicas. ¿Qué tengo que hacer por tí?

—¡Ah, tio! Por el amor de Dios y el que me profesa V., ruegue á mi padre que no haga nada de cuanto ha dicho. Que no envie la negacion del matrimonio á D. Felipe y mucho menos le vuelva los regalos de boda. Seria una atrocidad exasperar su sentimiento y el de su esposa, ya muy herido con la enfermedad de Alberto, con esta verdadera iniquidad, y seria matar al mismo Alberto. Y además, ¿á qué viene ese nuestro viaje?

—Pero tú ¿á qué estás dispuesta?

—Yo á todo menos á firmar la renuncia y entregar el anillo,—dijo Clementina con exaltacion.—Puede V. estar seguro que preferiré la muerte á esta indignidad. Mi padre ha dicho que prefiere verme descuartizada á su vista que unida á Alberto, y yo digo que quiero mejor que me hagan pedazos que hacerle traicion. Que no espere que pueda yo mudar; no cambiaré jamás, jamás, jamás. Dígaselo V., tio, ya que no tengo valor para hablar con él de esto.

Don Carlos se levantó soplando, dió tres ó cuatro vueltas por el cuarto, y volvió á sentarse junto á su sobrina.

—No será facil que así vengamos á un acuerdo. Tú, cegada por la pasion, no te acuerdas de que eres hija de familia y que debes obedecer á tus padres.

—Obedecer, sí, y en todo; pero contra conciencia, no.

—Contra la conciencia recta, bien está; pero no contra la que tú te formas con tus antojos.

—No, tio, créalo V. No son antojos mios.

—Oye lo que pienso proponer á tu padre: suspension de los preliminares de negacion de matrimonio, hasta que se tengan informes más seguros sobre lo ocurrido. ¿Te agrada esta proposicion?

—Sí, sí; ¡muy bien, tio!

—De este modo, cesará de exigirte la renuncia y la entrega del anillo.

—¡Dios le bendiga, tio!

—En cuanto al viaje, como la curacion de Alberto y su convalecencia pueden ser largas, no haré gran oposicion para que abandone el pensamiento. Se alargará ó se aceptará su ejecucion segun las noticias que se tengan.

—Un favor le pedirá V. por mí, y es que el viaje lo hagan solos papá y mamá. Yo, mientras dure, quedaré encerrada en el convento de nuestras Hermanas de la Caridad.

—Tú, sobrinita mia, deliras.

—Escúcheme V. Por mucho que V. haga, mi padre se ablandará al parecer, y mitigará el efecto de sus determinaciones; pero será preciso mucho tiempo antes que se reconcilie con Alberto. Por desgracia, la calumnia es como la brasa, que ó quema ó tizna. Antes que reconozca la inocencia plena de Alberto, será preciso mucho tiempo: conozco á papá, y sé que tiene ese caracter. Mamá, por su parte, á decir verdad, no ha acabado de contrariarme en mi proyectado matrimonio: con aquella máxima suya, de que los penitentes no se han hecho para las muchachas buenas, y con la prevencion con que mira á Alberto, diciendo siempre que la costumbre vence á la naturaleza, ha parecido siempre poco inclinada á los proyectos de mi padre. Figúrese V. qué será ahora despues del terrible efecto que ha producido la carta de D. Tomás. Póngase V. en mi caso, querido tío. ¿Cómo quiere que viaje con unos padres que no me podrán ver porque me mantengo firme en mis propósitos, y no dejarán pasar ocasion sin instarme, humillarme y reprenderme para que deje á Alberto? No podria vivir con este martirio constante y con el pensamiento de estar tan lejos de Alberto, mientras esté sufriendo. Tal vez perdiese la paciencia, y daría lugar á malos ratos. ¡Hermoso viaje seria por cierto! Mejor es para mí cien mil veces permanecer encerrada en un convento de la ciudad. Al menos tendré paz y sufriré sin el aumento de indirectas, regaños y miradas iracundas por parte de aquellos á quienes amo más que á mí misma. Si usted, tio, reflexionara un poco en mi situacion, estoy segura que tendria piedad de mí

Don Cárlos dió fin al largo discurso de su sobrina, diciendo:

—¡Basta, basta, veremos!

Y salió en busca de su hermano, á quien encontró meditabundo, pero bastante tranquilo, en su escritorio.

(Se continuará)

LAS DOS CAMPANAS

Éramos dos campanas, dos amigas, dos hermanas: ambas teníamos la misma edad y fuimos bautizadas en un mismo dia.

Por espacio de cien años vivimos en un mismo campanario, casando á las jóvenes, saludando á los recien nacidos y llorando á los muertos.

Nuestro campanario era blanco como un cisne, y dominaba todo el valle; la cigüeña andariega reposaba en él de su viaje; y la golondrina, amiga de nuestros conciertos, colgaba en él su nido, su dulce nido, que sin brújula ni guia volvia á hallar cada primavera...

A cinco leguas á la redonda era conocida y venerada nuestra voz; á nuestro llamamiento, acudia el pueblo presuroso al pié de los altares, y todas las noches adormecíamos suavemente la aldea, que despertábamos cada mañana.

¡Éramos dos campanas dichosas, dos amigas, dos hermanas, acariciadas por la brisa, doradas por los rayos del sol!...

En una tarde de otoño acabábamos de tocar la *Oracion*, y ya la noche oscurecia los montes y los vallados, cuando de súbito un grande clamoreo se levantó en la aldea... «¡A las armas! ¡A las armas!...» gritan todos. El enemigo se acerca á las fronteras... y las madres llorando abrazan á sus hijos, ¡á sus hijos, soldados, que van á separarse de ellas... tal vez para siempre!

¡Noche triste! Pálidas luces vagaban de puerta en puerta; amargos sollozos se exhalaban desde el interior de las humildes viviendas, y una zumaya de siniestro graznido vino á posarse sobre nuestro campanario.

Antes de la aurora, sentí que algunas manos me agitaban... se me rodeó de cuerdas, y bajé á tierra...

¿Quién se atrevía así á tocar la campana de Dios, á separarme de mi querida hermana y á arrancarme de mi trono aéreo, donde vivia hacia cien años?...

Como un criminal, atáronme sobre una pesada carreta, y salí de mi aldea... En todas las ventanas ví asomar un rostro entristecido, y á mi paso todas las bocas murmuraban: «¡Adios, campana que tocabas la *Oracion!* ¡Adios, santa campana que sonreias á nuestros recien nacidos y llorabas nuestros muertos!

Salí de mi aldea, y me encaminé lentamente hácia la ciudad donde me esperaba el martirio...

Allí se me despedazó como un vidrio, y, cual precito, se me arrojó al fuego... Bajo su influjo, me retorcí como un condenado; gemí, me convertí á mi vez en ardiente brasa, y me sentí morir... Mi pobre cuerpo desaparecia á pedazos, se iba gota á gota, y en breve no quedó de campana sino un líquido ardiente y... un alma que aún vive!

¡De campana quedé convertida en cañon!... Colocáronme en un carro, y rodé hasta la frontera en medio del toque de trompetas y tambores, y de uniformes guerreros...

¡Ay! cuánto eché de menos mi pequeña iglesia, mi alegre aldea y mi fresco valle!...

Pero yo amaba á mi país y cumplí valerosamente con mi deber, tronando incesantemente, sembrando por doquiera el espanto y la muerte, y defendiendo á mi patria como un cañon ya viejo...

Salvé á mi patria, y partí en seguida á través del mundo, dando cien batallas y dejando siempre tras de mí un largo rastro de victorias.

Inmensas distancias nos separaban, hermana mía... Pero despues de cada batalla pensaba en tí, y parecíame oir tu voz alegre y ufana celebrar mis conquistas...

La pólvora es mi incienso... los clamores guerreros son mis cánticos... Pero no estoy sola: en los campos de batalla encuentro una compañera y una amiga, sí, una dulce amiga, que ví á menudo en nuestra iglesia... Rápida y valiente, corre de fila en fila curando á nuestros heridos y cerrando los ojos á los moribundos. La reconozco por su Crucifijo y su blanca cofia... Es una mujer... una santa... es la Hermana de la Caridad.

Pero ¡ay, hermana! un dia quedé vencido...

¡vencido tras cien victorias! Arrastráronme cautivo á una ciudad extraña; una turba insolente se agolpó á mi paso, y yo rodé tristemente, pensando en mis triunfos desvanecidos, en mi derrota más gloriosa que una victoria, pensando en tí, campana amada, que sigues tocando dichosa y libre en nuestro hermoso campanario.

Mi prision es un museo... mi puesto es entre dos banderas desgarradas por las balas, y, como yo, cautivas; y para colmo de humillacion han escrito en mi frente: *Tomado al enemigo.* ¡Y el nombre de ese enemigo es el de mi patria!...

Mas no han escrito la lista de mis victorias, de mis victorias que parecen haber olvidado.

De noche, cuando el viento gime en las ventanas de mi prision, pienso en la aldea y en nuestras fiestas encantadoras. ¿Recuerdas, hermana? Mientras tocábamos á vuelo, las jóvenes, vestidas de blanco, desfilaban en medio de las cruces y estandartes, y la brisa nos llevaba las hojas de rosas que deshojaban los niños...

Entonces pienso en tí; te veo todavía dando vueltas en el campanario, y creo oir tu dulce voz que me llama...

¡Ah! dime: ¿tienes una compañera? ¿ó sigue vacío mi puesto?

¿Se casó Hermana con Margarita? Y Gertrudis, á quien casé la víspera de mi destierro, ¿es por ventura madre de hermosos hijos?

Y el anciano Cura, que tantas lágrimas derramó al verme partir, ¿vive aún?

Mas ¿qué digo? las generaciones pasan cual el relámpago, y yo estoy hablando como si no lo supiese!

¿Dónde están hoy aquellos á quienes dejé niños, y á quien, fuera de tí, conoceria hoy en la aldea? Yo no habia visto nacer á los muertos á quienes ayer llorabas; y, pobre desterrada, jamás veré á los recien nacidos á quienes saludarás mañana.

¡Ah! ¿por qué he bajado á la tierra? ¿No lo he perdido todo dejando mi amado campanario, dicha, descanso y libertad?...

QUID PRO QUO

Supongo, queridos lectores, que os ha extrañado el título que encabeza estas mal pergeñadas líneas, porque en materia de latines no teneis obligacion de estar tan adelantados como en buenas costumbres. Pero es el caso que allá en los tiempos de Mari-Castaña, cuando no habia telégrafo ni ferrocarriles, un lego de la Orden de san Francisco, de aquellos que, alforja al hombro, recorrian los polvorientos caminos y las aldeas pobres implorando la caridad, quiso un dia meterse á predicador en un pueblo cuyo nombre no se encuentra en ningun mapa.

De pié sobre una piedra y rodeado de sencillos campesinos, el fraile de la alforja, que ni leer sabia y de cuya cabeza chorreaba aún el agua del Bautismo, comenzó su sermon de esta manera:

«Hermanos, haced todo lo malo y huid de todo lo bueno...» Al oir la gente tan estupenda herejía, se alborotó y comenzó á gritar: *Es un hereje; fuera el fraile;* y poco faltó para que le apedreasen. La presencia del alcalde evitó un conflicto, y calmados los ánimos, la Autoridad determinó dar cuenta al prior de San Francisco para que ajustase las cuentas al indiscreto lego, y si habia lugar, le hiciese ayunar un año á pan y agua.

El Padre prior, al tener noticia de lo ocurrido por la comunicacion que le envió el alcalde, determinó presentarse en el escandalizado pueblo, para reparar los daños que pudo haber ocasionado el predicador de alforja.

Fué cosa muy de ver el entusiasmo con que los sencillos aldeanos recibieron á Su Reverencia, ansiosos de saber cómo el hermano limosnero habia tan de improviso perdido la cabeza. El Padre Prior subió á la piedra del escándalo, y con su voz autorizada comenzó su sermon, diciendo:

«Hermanos mios, no penseis que vengo á desdecir el sermon del hermano lego, antes vengo á explicar el *quid pro quo* en que ha incurrido, para que le devolvais la fama.» Aquellas gentes, á quienes el *quid pro quo* hizo abrir la boca un palmo, se miraban asustadas, creyendo que todos los Franciscanos se habian vuelto locos, y abriendo sus oidos escucharon con atencion.

«Haced todo lo malo y huid de todo lo bueno, os decia el lego, continuó el Padre, y esto mismo os digo yo. Malo es para el mundo servir á Dios, el ayuno y la penitencia; malo el santificar las fiestas y rezar el Rosario; malo el obedecer á los mayores y respetar á los ancianos; malo y rematadamente malo el confesarse y comulgar; malos los mandamientos de la ley de Dios y de la santa Iglesia; pues bien, todo esto que el mundo llama malo, es bueno para Dios y para los que le sirven, y debeis hacerlo para salvar vuestras almas. En cambio, y por un *quid pro quo,* bueno es para el mundo el ocio y la embriaguez; bueno el placer y el juego; buena la murmuracion y la mentira; buenos son para el mundo los espectáculos deshonestos y las diversiones peligrosas, y todo esto que el mundo llama bueno, es malo para Dios y castiga á los que lo hacen...»

No tuvo tiempo para concluir el reverendo Prior. El entusiasmo del auditorio crecia como una tempestad, que al final estalló en vivas al lego del *quid pro quo* y á la religion seráfica que tales hijos criaba. Habian entendido el sermon del lego, y sin saber latin siempre se acordaron del *quid pro quo.*

¡Ojalá que vosotros nunca lo olvideis y penseis de la bondad y malicia de las cosas de este mundo, como pensaba el lego de las alforjas!

EL PADRE NUESTRO DEL VIEJO

Do há muchos años un literato distinguido fué á restablecer su quebrantada salud en una fresca y risueña soledad á dos leguas de Versalles.

—Avisado por la campana de la capilla,—decía,—iba á oir Misa todos los domingos. Sucedió que algunas veces iba con un compañero: hombre extraño, cuya piedad fervorosa é ingenua no podia menos de causarme admiracion. A pesar de sus vestidos groseros y su aspecto de miseria, todo anunciaba en su persona la calma, y por un encanto que no sé expresar, esa calma llegaba del fondo de su alma á la mía, á medida que yo le contemplaba. El encuentro de ese hombre excitó mi curiosidad: me informé, y pronto supe que vivia de la caridad pública. Habia perdido á su mujer y á sus dos hijos, uno muerto en la Beresina, y el otro en Waterloo. Animado por sus relaciones, trabé amistad con él y le ofrecí un pequeño socorro.

—Teneis necesidad de un vestido de más abrigo—le dije;—el invierno será riguroso, y hay que prevenirse con tiempo.

Levantó los ojos hacia mí: su mirada era serena.

—¿Y qué necesidad tengo yo de tomar prevencion alguna (contestó con acento conmovido), cuando Dios pone tal cuidado en el corazon de la gente de bien?

—¿Sabeis leer?—le pregunté entonces.

—Sí, señor; en mi juventud recibí lecciones del Cura; un buen hombre que se complacía en instruir á los niños.

—¿Teneis libros?

—¡Oh! A mi edad ya no se lee, sino que se ora.

—¿Y orais muy á menudo?

—¡Es una gran dicha orar! Por la tarde, arrimado á la puerta de mi cabaña, contemplo el sol en su ocaso y rezo el *Padre nuestro.*

—¿Es vuestra oracion única?

—¿Hay acaso otra que llene mejor el corazon? Con frecuencia, despues de haber pronunciado estas palabras, me detengo, paseo mis miradas por el valle, contemplo la majestuosa puesta del sol que se va apagando, y entonces siento y conozco que mi oracion es verdadera: *¡Padre nuestro!*

—Y cuando llega la mala estacion, ¿qué haceis?

—Miro al cielo: veo esas grandes nubes que lo cubren y que no sé de donde vienen, empujadas por el viento, avanzando sin hacer ruido, y derramando copiosas lluvias en las llanuras que hacen reverdecer. ¡Ah! *Padre nuestro* que estás en los cielos, Tú vivirás siempre! Los hombres no pueden hacerte morir, como han hecho morir á mis hijos.

Y al decir esto, los ojos del viejo se llenaban de lágrimas y le oí murmurar:

—¡Pobre Bertrand! Era el más joven y murió en Waterlóo. Tú lo quisiste, Dios mío; hágase tu voluntad, pues Tú has reemplazado á mis hijos con buenas personas.

—Estais demasiado retirado en el fondo del valle: deberiais acercaros un poco á la poblacion.

—¡Ay! yo no puedo abandonar mi casa: en ella he visto nacer á mis hijos, y en ella murió su madre. Por otra parte, el que puede hablar con Dios jamás está solo.

—¿Y estais contento con vuestra suerte?

—¡Cómo no! Dios nunca me ha abandonado.

—¡Oh! Vos mereceis ser mucho más dichoso, buen hombre. Tened, tomad este dinero, y rogad á Dios por mí, sometido á tantas pruebas.

—¿Debo acaso rogar por el dinero?—dijo, conmovido y apartando con trémula mano la dádiva que yo le hacía.

Conociendo que lo habia herido, me apresuré á decirle:

—Perdonad, he querido hacer lo que hace la gente de mundo, un don desinteresado.

Mientras yo le hablaba así, tomé sus piadosas manos, que estreché con santo respeto; y luego me alejé con el corazon conmovido, admirando aquellas virtudes de la vejez, *luces celestiales que brillan en la tarde de un dia hermoso.*

LA LUZ

Bella es la llama del tizon ardiente
que el hogar santo en el invierno alegra;
mas abrasa el tizon, y la luciente
blanca pared el humo torna negra.

¡Cuánto más bello el sol! Las gayas flores
fecunda y cria con amor benino.
¡Y las agosta! ¡Y sordo á los clamores,
niega la gota de agua al peregrino!

Una sola es la luz, la luz creadora;
una sola es la luz que nunca hiere,
una sola es la luz que nunca muere,
una sola la luz que me enamora.

J. Coll y Vehí.

MISCELÁNEA

LA COCINA MARROQUI

Con motivo de la llegada de los embajadores marroquies á Paris, un periódico de aquella capital publica los siguientes curiosos detalles sobre su género de vida:

«Desde que están en Francia los embajadores, han vivido segun los usos y costumbres de su pais.

»Una de las particularidades más interesantes de esta existencia es la cocina, á la cual consagran su tiempo y su talento cuatro maestros en el arte culinario.

»La cosa no es así como se quiere, pues se trata de proveer al sustento de 30 personas, todas ellas robustas y de gran apetito.

»Los marroquies hacen al dia tres comidas, de las cuales una, la de la mañana, es muy ligera, no componiéndose más que de café con leche, manteca y pasteles.

»El almuerzo lo constituyen, como platos fuertes, un carnero, una veintena de pollos y otros tantos pichones.

»Un sacrificador especial está encargado de dar á los pobres animales muerte, sangrienta y terrible sobre toda ponderacion.

»En efecto, les atraviesa la garganta y los arroja en seguida; en esta disposicion, los infelices animales, antes de morir, corren durante uno ó dos minutos y van á ocultarse en los rincones de la cocina con las convulsiones de la agonía y pidiendo desesperadamente.

»Con los carneros sucede lo mismo, con la diferencia de que la agonía es más larga. Cuando ha terminado, el animal es cogido por las patas de atrás, y el sacrificador le introduce agua tibia en los intestinos con su misma boca, como el uso lo prescribe. Despues el animal es despedazado en cuartos y comienza la preparacion, en la forma siguiente:

»Se echa en una cacerola manteca en gran cantidad, y se añade cebolla cortada en pedazos, unas diez cabezas de ajo, tomates, sal, pimienta roja y negra, canela, clavo, perejil, anís y otros condimentos aromáticos; se hace hervir todo esto durante un cuarto de hora próximamente, y luego se echa el carnero con toda su grasa.

»Media hora despues está cocido, y se sirve aderezado con arroz, berenjenas, calabacines y membrillos cortados en pedazos.

»Por estrambótico y raro que parezca, este guisado no es del todo malo, pero de un gusto demasiado fuerte. Los marroquies seguramente deben tener paladar de zinc para resistir tantas especias.

»Los pichones y los pollos se cuecen casi del mismo modo, y muy rara vez se ponen asados: el *menu* de las dos comidas es casi invariable.

»Los embajadores, despues de cada plato, comen frutas, raices, melocotones, higos, peras, etc., en cantidad considerable y con gran delectacion.

»Todos, embajadores y criados, comen lo mismo, no habiendo diferencia entre unos y otros más que en la bebida; pues mientras los primeros beben al tiempo de comer agua con jarabe de grosella ó de horchata, los otros se contentan con agua clara; el vino está prohibido en absoluto.

»Uno de los cocineros, sin embargo, no desdeña aceptar las copas que le ofrecen sus compañeros de Francia; pero para atreverse á esto necesita estar seguro de no ser visto por sus compatriotas. Lo mismo que con el vino sucede con el pescado menudo.

»El respeto hácia las jerarquías se halla desarrollado entre los marroquies en tan alto grado, que no hay ninguno que no sienta por sus superiores la veneracion más profunda.

»Entre los servidores de la embajada se encuentra una especie de médico que desempeña á la vez funciones de dentista y de pedicuro. Sus medicaciones, aunque no son eficaces, tienen el mérito de ser menos complicadas que las de nuestros doctores.

»Hace pocos dias un negro de los que están al servicio de la embajada tuvo una fuerte jaqueca, y se aplicó á las sienes unos trozos ó rajas de limon, con cuyo remedio no experimentó el menor alivio.

»Llegó el médico, y cuando vió al enfermo le tiró con fuerza de la piel de la frente, entre las cejas, y se la mordió hasta hacerle sangre.

»Despues, cogiendo al paciente de las orejas, le tiró de ellas con tal violencia que los nervios y tendones estallaron como si fueran á romperse; pero... la jaqueca desapareció.»

CATASTROFE EN EL JAPON

Uno de los más grandes desastres conocidos en la historia del Japon ocurrió últimamente en la provincia de Kil.

La primera quincena del mes de Agosto se distinguió por una serie continuada de lluvias, que aumentaron de tal modo el curso de los rios que hacia temer terrible desenlace.

El dia 18 el cauce del Kinogawa, torrente de más de ciento veinte y cinco kilómetros de longitud, reventó por cerca de la ciudad de Yokohama, haciendo irrupcion de una montaña de agua sobre los campos y las ciudades, destruyendo las casas, puentes, muros, templos y todo cuanto se oponia á su paso devastador.

Doscientas casas fueron arrastradas por las aguas en este distrito y más de cinco mil completamente demolidas, dejando á treinta mil moradores en la más espantosa miseria.

Todos los campos cultivados, situados más bajos que el rio Lodakawa, han sido igualmente destruidos por la inundacion, así como los pueblos vecinos. De sesenta casas que habia en Wakanamura han quedado solo dos en pié, habiendo perecido cincuenta personas.

El caudal de los rios llegó á tener en algunos puntos cinco y seis metros sobre el nivel ordinario. Cuarenta y ocho poblaciones han sido invadidas por el torrente de las aguas.

En Hongumura han perecido treinta personas, siendo arrasadas ciento cuarenta casas por las aguas.

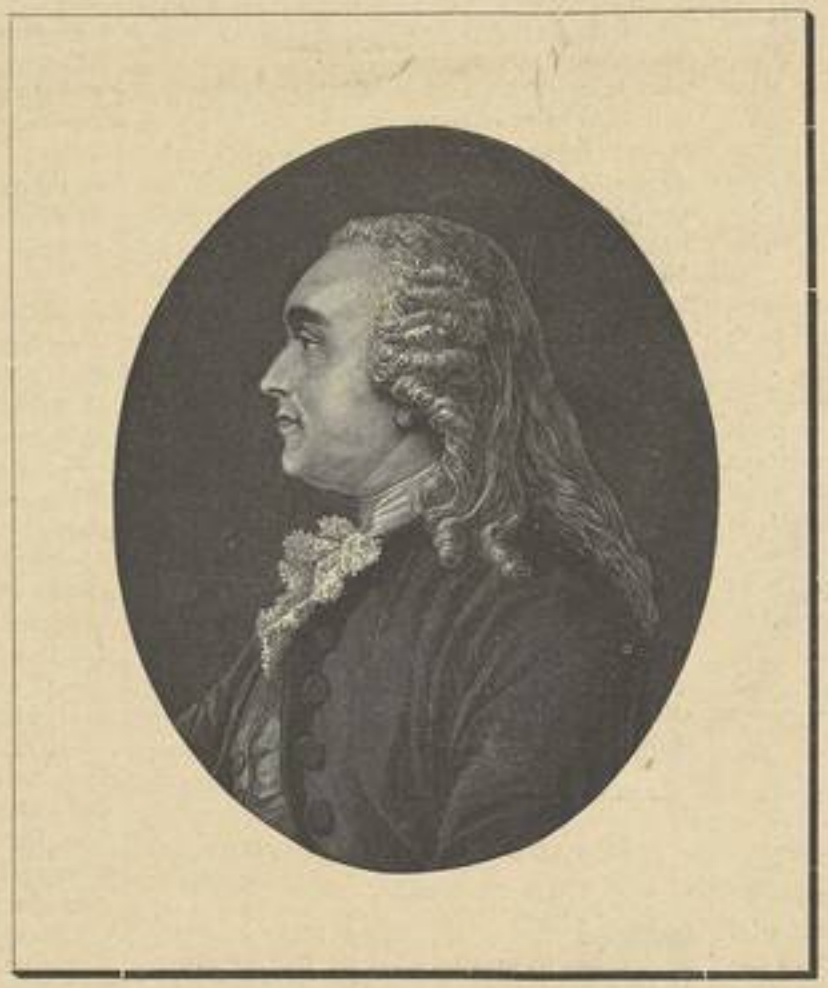
En los alrededores d'Oseka ha sido tan considerable el desastre, que los telegramas hacen ascender á algunos miles las personas que han perecido.

En Hedakagori fué indescriptible el pánico. Miles de casas destruidas y en medio del torbellino de las aguas cientos de personas, caballos y otros animales que pugnaban por sustraerse á tan horrible muerte.

En las provincias de Wakazama, Tschikawara, S'husson y otras han sufrido horriblemente.

Un despacho de Wakazama, fechado el 26 de Agosto, dice que el total de casas destruidas en Nismuzagori es de 1.002,603 demolidas y más de 440 con graves desperfectos. Los muertos ascienden á 863.

No es posible darse cuenta exacta de la magnitud de esta catástrofe; sólo podemos decir que en toda la region á que ha alcanzado la inundacion han perecido 10,000 personas.



MR. TURGOT

LOS ENFERMEROS LAICOS

Leon Taxil, el ilustre convertido, refiriéndose al comercio que se establece entre enfermeros y enfermeras en los hospitales laicos de Francia, recoge de *L'Intransigeant* las siguientes líneas:

«Así es que si se ahoga el enfermo y pide un vaso de agua, ¡25 céntimos! Necesita aire, ¡25 céntimos! Le duele estar acostado del lado derecho y no puede volverse al izquierdo, ¡25 céntimos! Los enfermeros lo oyen gemir perfectamente, las enfermeras ven muy bien que el semblante del enfermo se cubre de sudor, que sus labios palidecen; pero los primeros como las segundas permanecen sordos, y no comienzan á oir sino al sonido de los 25 céntimos en la mesa de noche, ó ante algun signo equivalente.»

NOTICIAS GENERALES

El señor Obispo de Madrid-Alcalá, como presidente de la Junta central de organizacion católica en España, y teniendo en cuenta el acuerdo tomado por el primer Congreso católico de que el segundo se celebre en Zaragoza, ha pasado una comunicacion al cardenal Benavides, rogándole señale la fecha en que se ha de reunir la Asamblea, é indicando la conveniencia de que se invite al Episcopado español á que nombre en sus diócesis respectivas las Juntas á que se refiere el núm. 10 del resúmen de las conclusiones publicadas con fecha 8 de Mayo último.

La contestacion del ilustre Purpurado no se ha dejado esperar, señalando la Pascua de Resurreccion del año próximo como el mejor tiempo para que tenga lugar el segundo Congreso católico en Zaragoza.

Se ha celebrado un Congreso internacional de hipnotismo en Paris, concurriendo representantes de Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suecia, Italia, Holanda, Grecia, Rusia, Suiza, Polonia, España, Finlandia, Perú, Colombia y Venezuela, todas médicos y catedráticos.

Las conclusiones del Congreso son éstas:

1.ª Deben ser prohibidas por las autoridades administrativas, en nombre de la higiene pública y policía sanitaria, las sesiones públicas de hipnotismo.

2.ª La práctica del hipnotismo, como medio curativo, debe ser sometida á leyes y reglamentos que regularicen su ejercicio.

Un senador belga ha demostrado en la Cámara que hay fábricas de harina en que se consumen de 30 á 40,000 kilógramos de alumbre todos los meses. Esto, que es un gran pecado bajo el punto de vista de la moral cristiana, contra el séptimo mandamiento de la ley de Dios y contra la salud y la higiene, suelen llamarlo hoy habilidad comercial.

Se está formando por orden del Papa un inventario detallado y minucioso de cuanto encierra el Vaticano y pertenece á la Santa Sede, para en caso que Su Santidad se vea forzado á salir de Roma, entregar una copia al Cuerpo diplomático acreditado cerca de la augusta persona de Leon XIII.

SECCION RECREATIVA

FUGA DE CONSONANTES

.a .i.ue.a .ue .e .ue.a
.o .e.o .ue .e .a .o.e.
e. u.a .o..le..la .i..la
. u. .ue .ue.o .o. .a .o..e

SOLUCION DE LA FUGA DE CONSONANTES DEL NÚM. 93

No miro si es malo el mundo,
sino si soy bueno yo:
que muchos le llaman malo
y aún lo merecen peor.

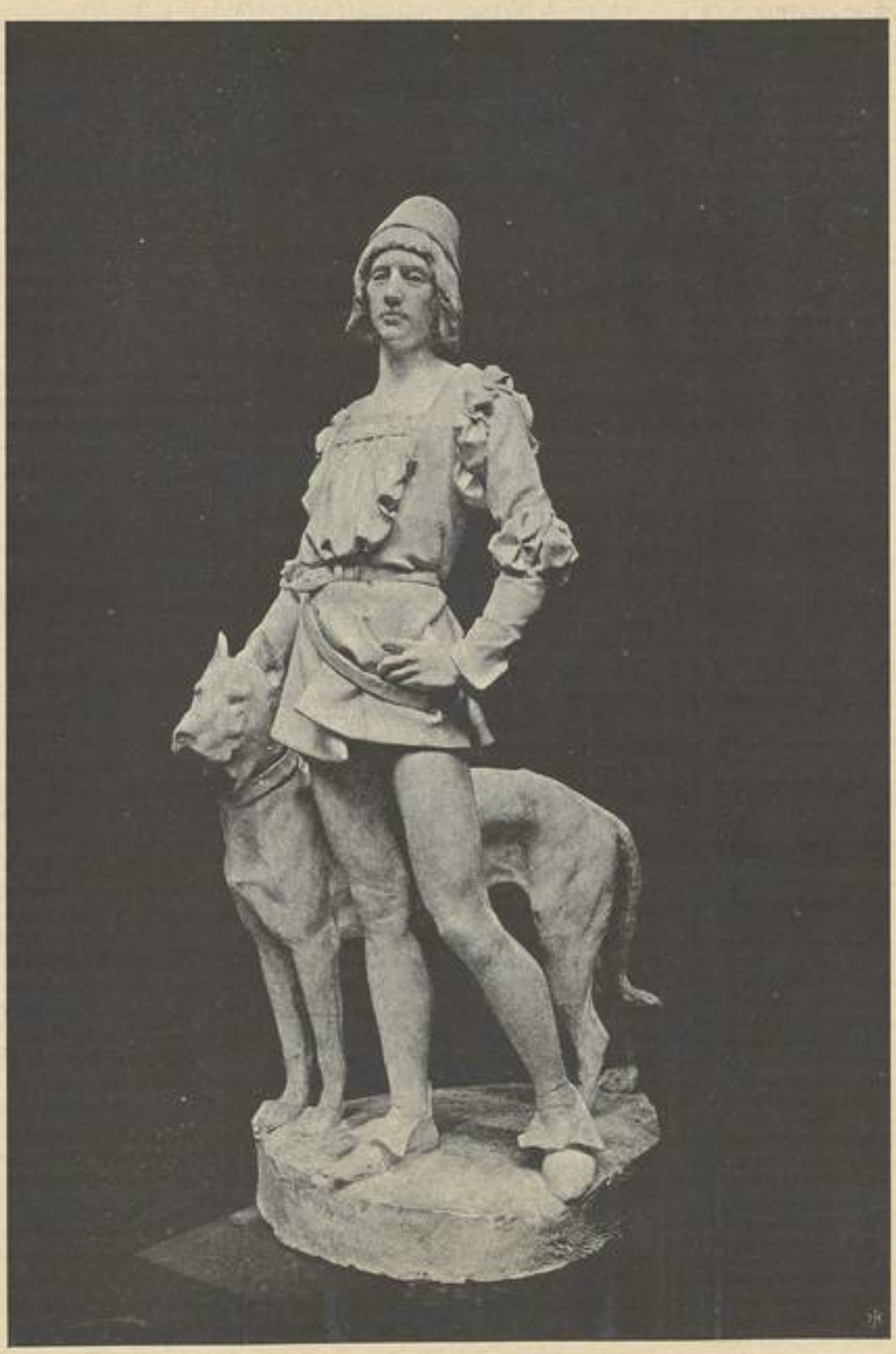
Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

FIDES · SCIENTIA · ARS · LITTERÆ

Ross · F. Ribas

AÑO VI (1889) · BARCELONA 19 DE OCTUBRE · SÉRIE II.—NÚM. 95



DONCEL FLORENTINO DEL SIGLO XV (ESTATUA DE D. JOSÉ LLIMONA)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma.—La Revolucion del 89* (continuacion).—*La cuestion romana*. V.—*Incrédulos que no lo son.—El milagro de la sangre de san Genaro* juzgado por un libre-pensador.—*La cannas* (continuacion).—*El valle de Nuria*, por Magin Martí y Barjau.—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion).—*San Vicente de Paul ¿nació en Francia?—Napoleon*, por Antonio Apuriti y Guijarro.—*Noticias generales.—Seccion recreativa*.

GRABADOS

Doncel florentino del siglo XV.—Escultura del artista catalán D. Juan Llimona.

Mr. Foullon.—«Despues del 14 de Julio (1789) el nombre de Mr. Foullon habia sido colocado en primer término en las listas de proscripcion que los revolucionarios hacian fijar en los sitios públicos y en las cuales designaban sus enemigos personales á los furores del populacho. El crimen de Foullon era, segun decian, haber aconsejado al Rey el arresto de los jefes revolucionarios y particularmente del Duque de Orleans. Foullon tenia 74 años, y habia perdido toda energía. Preso en Viry, cerca de Fontainebleau, fue conducido á París con las manos atadas á la espalda, coronado de ortigas y enteramente cubierto de heno. Lleváronle á las Casas consistoriales, donde se le infirieron durante muchas horas los más crueles tratamientos; hasta que fué conducido al extremo de la calle de la Vannerie y colgado de un farol. Dos veces se rompió la cuerda, sin que un solo grito de compasion pidiera gracia por el anciano martirizado.

»Su yerno y compañero desupplicio, Berthier de Sauvigny, murió como un héroe. Aun desarmado, continuó luchando contra un centenar de sus contrarios. Para celebrar este *glorioso* triunfo de la Revolucion pasearon por todo París las cabezas de ambas víctimas, sin que nadie osara protestar. La Asamblea constituyente permaneció tambien muda ante semejantes atrocidades. La Revolucion admitia que al pueblo le asistia el derecho de hacer justicia por sí y ante sí, y que aquellas turbas de desalmados y asesinos constituian el pueblo soberano.» (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

El abate Maury.—«Fué el más ilustre de los oradores realistas de la Constituyente, y el que más insultos debió arrostrar. Los revolucionarios, viendo que no podian intimidarle, ni engañarle, ni seducirle, despues de haber intentado reducirlo á silencio á fuerza de injurias, de caricaturas y de sátiras, trataron de asesinarle. Su presencia de espíritu, que en diversas circunstancias le salvó, ha quedado célebre. Mostró en el peligro tal presencia de ánimo y valor tanto, que el pueblo, accesible siempre á los sentimientos generosos y sensible á la influencia del espíritu hasta ser totalmente embrutecido por las paradojas revolucionarias, quería llevar en triunfo al hombre á quien habia resuelto asesinar.

»En su lucha de dos años con Mirabeau, el abate Maury compensaba el genio, la fuerza de inspiracion, en que aparecia inferior á su antagonista, con mayor vivacidad de genio, con una ciencia más nutrida, dialéctica más contundente, y sobre todo una palabra tal vez menos majestuosa, pero más fácil y flexible. Muchas veces consiguió el abate Maury desconcertar á su adversario, especialmente un dia en que al anunciar Mirabeau que iba «á encerrarle en un círculo vicioso,» exclamó el abate Maury en medio de la hilaridad de la Asamblea: «¡Con que vais á abrazarme!» (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

Puerta de la Justicia en la Alhambra.—Cuadro de Fortuny.

Fiestas de la reconquista en Málaga.—Véase pág. 464.

La sepultura: famoso cuadro de Valdés en Sevilla.

Vista del puerto de Bombay en el Indostan.—Bajan indígena de Bombay.—Levantada por los portugueses en el siglo XVI, en una pequeña isla que los ingleses han unido al continente, esta ciudad, la primera plaza comercial de las Indias despues de Calcuta, se ha convertido en un inmenso depósito en el que la Europa y el Asia se encuentran para cambiar y confundir sus costumbres, sus idiomas, sus productos y sus riquezas. Cuenta 800,000 habitantes.

Tanto como la hermosa y pequeña ciudad francesa de Pondichery queda tranquila en su miseria oculta, tanto más la gran ciudad de Bombay se agita en su opulencia. Por todos lados se elevan en los alrededores las altas chimeneas de las manufacturas que han valido á esta ciudad el nombre de Manchester de la India; y cuando se penetra en sus calles encuéntraselas interceptadas por comerciantes, comisionistas, agentes, viajeros, que hablan todas las lenguas, visten todos los trajes y acuden todos á sus negocios. Andase, codéase, derríbanse unos á otros, apresúranse, este salta, aquel corre, los de á pié detienen los vehículos, y éstos atropellan á aquellos, ¿qué importa? ¡los negocios ante todo! Así lo que llega á cambiarse de rupias y de billetes de banco, de diligencias, de palabras y hasta de pensamientos es incalculable.

Bajo el punto de vista religioso hay allí, como en otros puntos, brahmanistas, budhistas, musulmanes, cristianos, pero al lado de éstos encuéntranse en mayor número que en cualquiera otra ciudad de la India los antiguos parsis, pueblo bueno, pacífico, atento, de maneras afables y rasgos regulares, que se entrega generalmente al comercio en las ciudades y á la agricultura en las campiñas. Son los últimos restos de la antigua monarquía persa, cuyo poder arrolló Alejandro el Grande, y cuyos fieles é infelices súbditos dispersó más tarde, sin someterlos, el fanatismo de los musulmanes. Acosados en todas partes, perseguidos sin tregua, menospreciados de sus enemigos, los parsis han permanecido firmemente adictos al culto que les enseñó Zoroastro, leen el Zend-Avesta, adoran á Ormuzd, el dios de la luz, temen á Ahriman, el dios de las tinieblas, honran á Mithra, que combate por el bien, esperan un «Salvador» prometido hace muchos siglos y que debe asegurar la victoria de Ormuzd sobre Ahriman, y tributan sus homenajes al fuego sagrado que arde perpetuamente sobre sus altares. Sus sacerdotes visten de blanco: son los descendientes de los magos.

Cuando muere un parsi los padres y los amigos se reunen ante la casa del difunto, pero evitan con el mayor cuidado tocar ó mirar su cuerpo, que no sepultan ni incineran. A extramuros de la ciudad, sobre una montaña, se encuentra un monumento al que dan el nombre de Torre del Silencio: allí exponen el difunto, y las aves de presa, que siempre se ven por aquel lado describiendo largos círculos, se posan sobre el cadáver y lo devoran.

Napoleon I moribundo.—Escultura de Vela adquirida por Napoleon III.—Véase pág. 511.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Más sobre el arbolado de Madrid.—Batida judicial contra los juegos prohibidos

Con la pertinaz sequía que ha reinado en todo el verano y principios del otoño, casi puede decirse que este año no se verificará en Madrid la caida de la hoja de los árboles, por la sencilla razon de que aquí todos los árboles están ya sin hojas.

No porque éstas se les hayan caido, sino porque el antiguo frondoso arbolado está perdido ó poco menos, merced á la incuria municipal que no atiende á conservarle.

Cuando se canalizó el Lozoya y se surtió á Madrid de agua abundante para su consumo, lo menos que se creyó, y era natural creerlo así, fué que iba á cuadruplicarse la arboleda, dotándola de regaladas pompas que eclipsaran á las antiguas.

Pero nada de esto ha sucedido.

Las administraciones liberales, singularmente las que han campado á sus anchas desde la revolucion septembrina, no han hecho más que destrozar el arbolado por medio de talas oficiales y extraoficiales, manteniendo sediento el resto del que ha escapado del hacha destructora de los progresos nuevos.

En 1868 fueron espantosamente talados los parques principales de Madrid, cuyo arbolado sirvió para construir arcos triunfales á los héroes de Cadiz; y la *Florida* y *Montaña del Príncipe Pío* quedaron poco menos que rasos de árboles, los viveros del Ayuntamiento completamente pelados, y el Retiro, pulmon de Madrid como se le llamaba, y precioso parque que era envidia de los extraños, reducido á la más triste y disminuida expresion de su antigua riqueza forestal.

La vena abundantísima de agua que ha entrado en Madrid con el canal de Lozoya no sirve para apagar la sed de los árboles, y éstos perecen abrasados, consumidos como por devoradora fiebre, que acelera por momentos su podredumbre y su muerte.

El aspecto que presenta hoy el arbolado no puede ser más tétrico y desconsolador.

Plagas de repugnantes orugas han semi-roido sus hojas que penden de sus ramas como guiñapos del cuerpo de enfermizos mendigos, y el polvo ceniciento de los paseos cubre sus esqueletos dándoles un aspecto verdaderamente mortal.

A continuarse el camino emprendido en la cuestion del arbolado, esto es, á perpetuarse este estado de inercia y abandono, dentro de un decenio serán cortados los árboles que sobrevivan á esta devastacion lenta y sucesiva, que deja consumirse al arbolado lleno de sed, y practica en él talas atroces para negocios bajunos y para decorar con hojarasca las fiestas patrióticas y las verbenas.

Toda el agua que se derrocha en Madrid para regar las calles, beneficio del que se abusa hasta el punto de haberse alterado por él el estado sanitario de la poblacion, puesto que las opiniones técnicas le designan como agente morboso de muchas enfermedades, deberia, bien aprovechada, haber convertido ya á la capital de España en regalado y deleitable oasis de los casi áridos desiertos de Castilla la Nueva; pero esto no debe vestir á la liberala, y Madrid es un yermo en que los árboles, tal vez por ser reaccionarios, no echan raices.....

El ministro de Gracia y Justicia ordenó en la semana pasada una batida judicial contra los juegos prohibidos.

Los resultados no fueron completamente satisfactorios, porque como dice la sentencia latina, *Ars longa, vita brevis;* pero, en fin, el poder judicial entró por primera vez en garitos donde no habia penetrado nunca la justicia y la ley, y sorprendió varias timbas de alto y de bajo vuelo.

Merced á esta campaña, que ha podido y aún puede mejorarse en tercio y quinto, la opinion pública ha visto confirmadas sus presunciones de que en todos los círculos políticos liberales se juega, siendo Jorge el único sostén de tales instituciones, en que la política no es más que la tapadera de la tahurería.

El poder judicial, movido por el gobierno contra uno de los vicios más generalizados y desastrosos, ha sorprendido en torno del tapete verde á verdaderas lechigadas de diputados, senadores, generales y otros dignatarios del régimen imperante, con lo cual basta y sobra para que se comprenda que la represion del odioso vicio no tendrá la ejemplaridad que debia tener, por aquello que se reza en el jocoso epitafio:

Yace por justa sentencia
aquí un ladron principiante
que no robó lo bastante
para compear su inocencia.

La campaña del ministro de Gracia y Justicia contra el juego parece que reconoce por causa, segun él mismo ha declarado al Consejo de ministros, el deseo de hacer una ley penal contra los juegos prohibidos. Pero ¡véase lo que le falta al Sr. Canalejas para hacer esa ley! Le falta saber cuáles son los juegos que deben calificarse como prohibidos. Así como suena. Y para saber eso el Sr. Canalejas no ha adoptado el recurso fácil y expedito de preguntárselo á cualquier español que tenga un adarme de sentido comun, aunque sea un aguador ó un mozo de cordel, que saben al dedillo que todo juego en que se aventuran cantidades de alguna cuantía es prohibido. Nada de esto. El Sr. Canalejas ha ordenado la formacion de un expediente general contra el juego en toda la Península, cuyo expediente se elevará al Supremo de Justicia, para que este califique los juegos que han de tenerse por prohibidos.

Y sin ese dictámen no se hará la ley.

Claro es que debemos esperarla sentados para no fallecer de cansancio, porque mientras los jueces desempeñan su cometido y el supremo de Justicia revisa las actas que aquellos le envian, bien pueden pasarse quince ó veinte años largos de talla, y el Sr. Canalejas estar descansando en el *in pace*.

¡Cosas de los liberales!

Esto es, cosas que no tienen ni cabeza, ni piés, ni vislumbre ni lejos de racionalidad, y que por su color y sabor progresistas merecen saludarse con una carcajada.

De suerte que la campaña emprendida contra el juego se reducirá á esta primera escaramuza, que ha dado por frutos el secuestro de algunos miles de pesetas que se repartirán á los pobres, y la absoluta impunidad de los viciosos, quienes en cuanto el juez se despida de ellos se volverán á poner á jugar como si tal cosa, haciendo reir al diablo á mandíbulas batientes.

El plan tiene salero, como diria el Padre Cobos del bienio si viviera, y en Dios y en mi ánima, que se presta á una solfa descomunal.

Porque cuidado si tiene gracia que con ser tan sabihondo el liberalismo no haya llegado en cincuenta y seis años de ejercicio á saber cuáles son los juegos prohibidos y tenga que preguntárselo á todo un tribunal colegiado de leguleyos, poniendo su gravedad en tal embarazo, que no se sabe si dará á luz hijo ó hija, y, si caso de ser hembra, resultará en vez de castiza *guachinanguita*, como dicen en Méjico.

Pues si en el dictámen que emita el Supremo de Justicia se llega á calificar de juego no prohibido á la lotería nacional, en que el Estado figura como el primer tahur baratero de estos reinos, gobernados por liberales á la *congreve*, nos vamos á quedar adarvados para todo lo que nos resta de vida, que debe de ser muy poco, segun los signos que estamos viendo, en los cuales no parece sino que se dibuja en profecía el fin del mundo.

Consolémonos pensando en que nuestros descendientes tendrán en España una ley penal contra el juego.

Pero esto sucederá cuando no haya liberales barbados que se caigan de viejos sin haber aprendido cuáles son los juegos prohibidos.

LUPERCIO.

Madrid, 15 de Octubre

ROMA

Ayer 2 de Octubre fué el 19.° aniversario de la ridícula comedia política que se llamó *el plebiscito de Roma* para la anexion de la ciudad eterna al reino de Víctor Manuel. Sabido es cómo fué hecho aquel plebiscito. Una turba de canallas que habia entrado en Roma despues del 20 de Setiembre, compuesta de todos los bribones de Florencia, de Milan y de Turin, siguiendo á las tropas de los generales Cadorna y Bixio, recorrieron la ciudad llevando grandes paquetes de tarjetas con un *sí* impreso, que echaban á kilógramos en las urnas electorales. Y esto es tan notorio y cierto, certísimo, que es preciso toda la desfachatez de que son capaces los liberales de todos matices para tener el valor de querer conmemorar con fiestas públicas el aniversario de ese famoso *plebiscito*.

El alcalde de Roma, Marqués de Guiccioli, publicó un manifiesto invitando á los ciudadanos á que celebraran esa fecha, y fijando para el dia de ayer, como cada año, la distribucion de premios en el Capitolio á los alumnos de las escuelas elementales municipales. El manifiesto del alcalde comienza con estas palabras: «Fué idea altamente civil y patriótica la de consagrar este dia, aniversario de nuestro solemne Plebiscito, para la distribucion de premios á los alumnos de las escuelas comunales.»

En efecto, solamente á los niños se puede hacer creer que el 2 de Octubre de 1870 el pueblo romano votó por unanimidad *con solo 46 votos contrarios* la anexion de Roma á la monarquía piamontesa.

Pero tambien ayer el pueblo romano demostró la mayor indiferencia por este aniversario. Poquísimas banderas tremolaron en las casas de los ciudadanos, y si se quiso un poco de iluminacion y algo de ruido, el mismo Municipio debió hacer encender á sus costas algunos *girandó* de gas en la calle del Corso y mandar tocar sus bandas de música y las de la guarnicion en algunas plazas con poquísima concurrencia de curiosos.

Empero eso no ha impedido á los periódicos liberales decir que «toda Roma estuvo ayer de fiesta»; y que la oficiosa *Riforma* afirme que, «desde el alba, la ciudad entera, adornada con ban»deras, tomó el característico aspecto y la festiva »animacion que son propios de Roma cuando ce»lebra sus solemnidades patrióticas...»

El imposible ser más desvergonzado en la mentira.

El prefecto de Roma, Marqués de Gravina, solemnizó dignamente por su parte, como debe un *buen patriota* y anticlerical, la fiesta del plebiscito, mandando publicar por toda la prensa periódica, que habia suprimido las escuelas de niñas dirigidas por Hermanas en la ciudad de Montefiascone, porque se habia asegurado de que en dichas escuelas se enseñaba que «Víctor Manuel y »sus adláteres, Garibaldi, Cavour y todos cuan»tos cooperaron á la resurreccion nacional, con »Roma por capital, están excomulgados.»

«¡Excelente providencia!» exclaman á coro unánime, *La Tribuna*, *La Capitale*, *El Messaggero*, *Il Diritto* y todos sus demás compañeros.

Un acontecimiento faustísimo para la Iglesia se ha realizado estos dias en Italia. D. Cristóbal Bonabino, tristemente célebre bajo el seudónimo de Antonio Franchi, como filósofo racionalista, apóstata de la fe y del sacerdocio, ha vuelto al gremio de la Iglesia católica.

Al dar este saludable paso se habia preparado con la publicacion de un libro titulado *Ultima crítica*, que es una retractacion ámplia y formal de todos sus antiguos errores y una afirmacion apologética de todas las verdades católicas.

Faltábale todavía un último paso que dar, ó sea volver á vestir el hábito sacerdotal, recibiendo las bendiciones de la Iglesia. Y ahora se nos anuncia que D. Cristóbal Bonabino, que ya no es Antonio Franchi, se encuentra en la casa de los PP. Oblatos del Redentor, en la Alta Italia, en donde ha vuelto á recibir su primera Comunion despues de cuarenta años de apostasía. Allí está haciendo ejercicios espirituales, y despues marchará á Génova, en donde ha de hacer pública y formal retractacion en manos del señor Arzobispo de aquella ciudad que fué su maestro.

El Rdo. Bonabino ha escogido para su retractacion la ciudad de Génova, por lo mismo que fué educado en aquel Seminario arzobispal, donde recibió la ordenacion de sacerdote.

Despues del acto solemne de la retractacion, entrará en un convento de religiosos para obrar el mayor bien que pueda en reparacion del mal que ha causado con tantos libros impíos y racionalistas.

Los Padres Franciscanos han procedido con gran solemnidad á la eleccion de su nuevo General, en el nuevo y monumental Colegio de San Antonio, en la Vía Merulana. Ciento diez Provinciales componian el Capítulo general, presidido por el cardenal Simeoni, protector de la Orden Franciscana, quien pronunció un magnífico discurso en latin, en el cual, en nombre del Papa, alabó mucho las grandes cualidades y virtudes del General cesante P. Bernardino de Portogruaro, y recomendó á la Orden que procurase dar aún mayor contingente de Misioneros.

Procediéndose luego á la votacion, de ciento diez votos obtuvo ochenta y tres el P. Luis de Parma, provincial de Bolonia, natural de Parma y de 54 años de edad.

A última hora se habia ya casi convenido en elegir á un aleman; pero últimamente prevaleció, por muchas y poderosísimas razones, la idea de elegir á un italiano.

Despues de la eleccion, entre once y doce de la mañana, se han reunido en la iglesia de San Antonio para la ceremonia religiosa y para el canto del *Te Deum*, además de los Provinciales electores, cerca de 250 frailes Mínimos observantes y Mínimos Reformados de todos sus conventos de Roma y de algunos pueblos comarcanos.

El P. Luis de Parma, nuevo general de los franciscanos, es hombre de profundo saber y gran prudencia, un verdadero hombre *de gobierno*.

La Sagrada Congregacion de Ritos se reunirá en breve en el Vaticano en sesion *preparatoria* para tratar acerca de la causa de beatificacion del Venerable Siervo de Dios Juan de Avila, sacerdote español. Se examinará la autenticidad de dos milagros que se afirma haber sido obtenidos de Dios por intercesion de este su Venerable Siervo, á saber; la instantánea y perfecta curacion de Catalina Rodriguez, de enfermedad incurable, y la preservacion de inevitable muerte de Juan de Prado que cayó al fondo de un pozo.

Relator de esta Causa es el cardenal Serafini.

El Padre Santo ha enviado al Emperador de Austria un hermoso Breve concediendo la dispensa matrimonial á los futuros esposos el archiduque Leopoldo Salvador y doña Blanca de Borbon, hija del augusto señor Duque de Madrid.

El Breve pontificio ha sido dirigido al Emperador de Austria porque él fué el primero en pedir á Su Santidad la dispensa para este matrimonio.—*L.*

Roma, 3 de Octubre.

LA REVOLUCION DEL 89

XI

Tengámonos bien en que la revolucion del 89, antes de llegar al extremo de apoderarse de la propiedad particular imponiendo contribucion hasta á la luz, al aire y al fuego, habia puesto sus manos rapaces en las tierras del clero y de gran parte de la nobleza. Mas no fueron seguramente el pueblo ni los pequeños cultivadores los que se aprovecharon de esta confiscacion, cuyo recuerdo es uno de los más escandalosos hechos de la Historia.

Los defensores de la confiscacion decian: «Así como es justo que al individuo se le respete su propiedad individual, fruto de sus trabajos y término de sus afanes, del mismo modo es razonable que los predios legados á determinada Corporacion con cierto fin puedan recibir de la ley un destino diverso.

»Los bienes de tales Corporaciones han sido conferidos en servicio de la Religion, es decir, para utilidad pública; luego la ley puede regular las subvenciones de ese género de una manera enteramente diversa.»

Bien destruyó tan extraño sofisma aquel intrépido y fecundo orador de la Asamblea constituyente, el abate Maury, demostrando que la ven

ta de los bienes eclesiásticos para pagar la deuda nacional era un disfraz con que se revestia el infame proyecto de sacrificar las provincias á los usureros de la capital, porque precisamente los tenedores de aquella deuda eran los grandes capitalistas de París. Los hechos demostraron despues que la ley del 2 de Noviembre de 1789, en virtud de la cual se ordenaba que quedasen *á disposicion del Estado* (1) los bienes del clero, no ayudó sino á robustecer la Revolucion que, como la loba del Dante,

Dopo il pasto ha più fame che prima.

«Por cierto,—dice Edmundo Burke, célebre orador inglés del siglo pasado, —que si se considera el sistema seguido en ésta como en tantas otras confiscaciones y despojos de la Asamblea constituyente, poco trabajo costará comprender que el interés y el crédito de la nacion no eran sino un futil pretexto para enmascarar el ultraje que se hacia á los inviolables fueros de la propiedad. Más aún: eran precisamente los enemigos de la propiedad aquellos que ostentaban una ansiedad tan delicada y escrupulosa para mantener los compromisos de la nacion con los deudores públicos. ¡Aquellos pobres maestros de los derechos del hombre ignoraban, por lo visto, que el verdadero compromiso de la sociedad civil estaba con la propiedad del ciudadano, y no con el clamoreo de los deudores del Estado!

»En efecto, el derecho del ciudadano tiene la prioridad del tiempo, la prelacion de título y la superioridad de justicia. Porque las fortunas de los individuos, ora procediesen de títulos adquiridos ó de créditos, ó bien de cualquier otro título especial, como la de las Comunidades religiosas, ni implícita ni explícitamente formaban parte de la hipoteca que el Estado proponia á sus deudores, y estos mismos estaban bien lejos de tener tal idea cuando estipularon sus préstamos con aquel, porque sabian muy bien que el pueblo, ya esté representado por un monarca ó bien por un Senado, no puede hipotecar más que las rentas públicas, y no existen otras rentas públicas sino las que provienen de justos y proporcionados tributos distribuidos entre la masa de los ciudadanos. Esta y no otra era la única garantía del acreedor del Estado (2).»

Por otra parte, no es de creer que el clero y la nobleza, en orden á las contribuciones, gozasen antes de la revolucion de tan amplio privilegio que les desligase de la obligacion de contribuir á los gastos del Estado. Además de que el clero y la nobleza, al igual que la burguesía, estaban sujetos á los derechos de consumo, aduanas y otra infinidad de impuestos indirectos que en Francia, como en Inglaterra y otros países, forman una parte considerable del sistema tributario, pagaban la capitacion y la vigésima parte de sus rentas, cuota que á veces ascendia á un tercio de las rentas mismas; sin contar los dones

(1) Mirabeau fué quien pidió y obtuvo de al Asamblea que sustituyese las palabras *que pertenecieren al Estado* con las de *que estuviesen á disposicion del Estado;* lo cual no pasa de ser una ridícula hipocresía, y nada más.

(2) *Réflexions sur la révolution française*, página 67.—Paris, 1881.

MR. FOULLON

gratuitos que el clero ofrecia al Estado de las deudas que por él contraia, y de tantos otros gravámenes como en circunstancias difíciles se prestaba de buen grado á sostener por él.

En efecto, cuando tan odiosa prescripcion amenazaba reducir el clero francés á la miseria, el Arzobispo de Aix le ofrecia una contribucion bastante más ventajosa para los acreedores del Estado que cuanto podian razonablemente esperar de una confiscacion. A pesar de esto, no fué aceptada.

«El motivo fué,—añade el ya citado estadista y filósofo inglés,—porque la intencion de la Asamblea no era obligar á la Iglesia á que viniese en auxilio del Estado, sino destruirla.»

EL ABATE MAURY

XII

Si la odiosa y sacrílega confiscacion de los bienes de la Iglesia por la revolucion resultó funesta á los particulares, no menos lo fué á la sociedad en general, puesto que se sentó un precedente que ha dado y sigue dando juego á los comunistas de nuestros dias.

Porque cuando éstos fantasean la nacionalizacion de la propiedad, refundiendo en el Estado los derechos de todos los ciudadanos, ¿qué alegan para justificar sus insanas cavilaciones?

Si en 1789—dicen—fué lícito á los legisladores de la Constituyente declarar bienes nacionales los confiscados al clero y á una parte de la nobleza, ¿por qué no se nos debe permitir á nosotros ahora confiscar los de los particulares y ponerlos en manos del Estado para que los distribuya equitativamente entre todos los ciudadanos, sin distinciones de ningun género?

¿Qué puede, en verdad, responderse á este argumento, que se funda en la identidad de la fórmula inventada por los diputados constituyentes del 89 y la que ahora invocan sus sucesores?

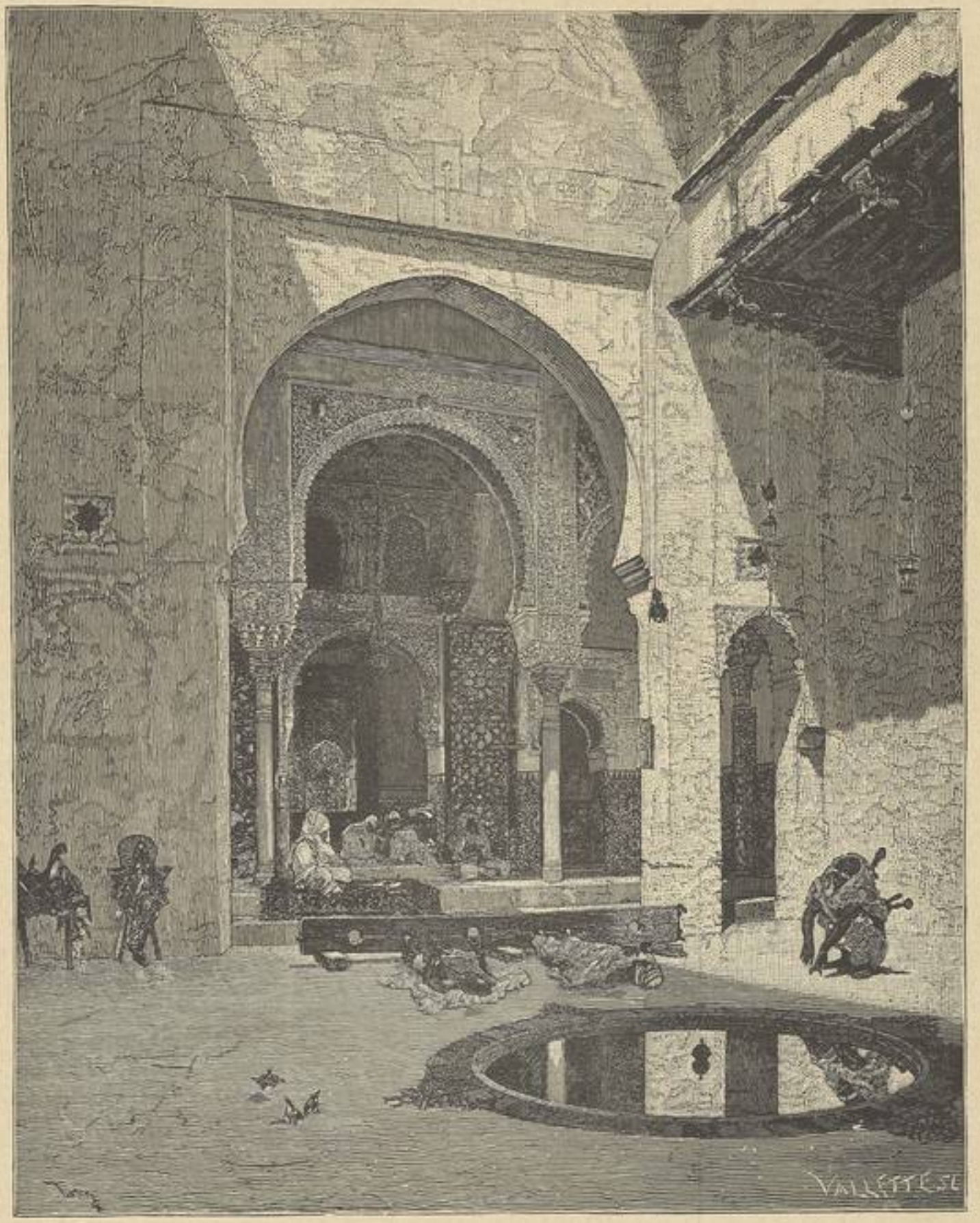
Quiéranlo ó no, los efectos de la rapiña llevada á cabo por los socialistas del siglo pasado, por falta de una reparacion completa y solemne, pesan sobre los destinos de las sociedades contemporáneas como una amenaza continua.

«Fué, por lo tanto, un error gravísimo,—dice Mons. Freppel,—el que cometieron el Gobierno y las Cámaras bajo la Restauracion, no sabiendo ó no queriendo enaltecer el principio de la propiedad con una medida que diese completa satisfaccion á la conciencia pública. En lugar de conceder aquel millar de millones para los emigrados, ¡cuánto más justo no hubiera sido distribuirlo entre los pocos ó muchos compradores de bienes nacionales que fuesen de buena fe en aquellas luctuosas circunstancias, y restituir los bienes confiscados á sus legítimos poseedores! Solamente entonces el derecho de propiedad hubiera quedado en salvo del golpe fatal recibido en 1789.»

Ni tampoco hoy—añadimos nosotros —se viviria en una incertidumbre tan grande cual si estuviera suspendida sobre la sociedad una nueva espada de Damocles, ni los enemigos irreconciliables de la moral y del orden público harian alarde de tener en su mano la victoria.

El haber dado una forma autoritaria legal y auténtica á las confiscaciones del 89 y haber ratificado veintiseis años despues el despojo del clero, fué, á la verdad, un gravísimo error; y como el error tiene tambien su lógica, por eso sucede hoy dia que todos los jefes de las escuelas socialistas modernas se sirvan precisamente de la sancion dada al acto inicuo de la primera Asamblea revolucionaria de Francia para declamar contra el derecho de propiedad.

Razon tenia, segun esto, Burke, cuando dijo: «Por la salud de cuanto nos sea más querido y precioso en este mundo debemos hacer votos para que en ningun tiempo y por ninguna necesidad de la nacion las Cámaras de la Gran Bretaña adopten como buen partido la confiscacion de los bienes de la



PUERTA DE LA JUSTICIA EN LA ALHAMBRA (CUADRO DE FORTUNY)

Iglesia y de los pobres. El sacrilegio y la proscripcion no son expedientes que pueda usar un hombre de Estado inglés honrado y previsor.

»No temo ser contradicho afirmando que no se encontrará entre nosotros ningun hombre público, quiero decir, ninguno de aquellos que puedan citarse sin ningun sonrojo, que no desapruebe y condene como deshonrosa, pérfida y cruel la confiscacion decretada por la revolucion francesa contra una propiedad que estaba en el deber de haber protegido. ¡Cuán engañados van aquellos que han deseado que Inglaterra bebiese en el cáliz de las abominaciones francesas!

»El saqueo, así puede calificarse, de la Iglesia de Francia ha sido como una prenda de seguridad para los bienes de la Iglesia anglicana; él ha hecho abrir los ojos al pueblo inglés, el cual mira con horror el abominable y vergonzoso acto que disponia aquel latrocinio, y es de esperar que en todo tiempo les dé á conocer el verdadero movil que impulsó á hombres insidiosos, hipócritas y estafadores á cometer una de las más escandalosas iniquidades que registra la Historia.»

LA CUESTION ROMANA

IV

La necesidad del poder temporal de la Santa Sede á los ojos de la razon.

El buen gobierno de una sociedad cualquiera,—dice el folleto en el importantísimo capítulo que vamos á sintetizar,—exige, por necesidad de su esencia y como requisito indispensable de su dignidad, determinadas condiciones, una de las cuales es, á no

dudarlo, la independencia política de aquel que ejerce el supremo mando.

Supongamos, en efecto, que Italia hubiese de estar gobernada por un rey y un Parlamento residentes en Viena, súbditos del de Austria y supeditados, por lo tanto, á la política de aquel Imperio. Claro está que ningun italiano habria que dejase de considerar tal situacion como intolerable y afrentosa para el honor de su reino.

Pues cabalmente la Iglesia es una sociedad tan perfecta como cualquier otra sociedad civil, de mayor número de súbditos que ninguna, y superior á todas ellas por su excelencia y mision divina. Y que esta sociedad tiene derechos, y sus enemigos, aun cuando la oprimen, se ven precisados á no prescindir de ellos, pruébalo el hecho de que los invasores de Roma creyeron necesario estipular, de *acuerdo con el mundo católico* y en consideracion á los *intereses religiosos de las demás naciones de Europa*, las garantías necesarias para la independencia del Pontífice y las condiciones para la transformacion de su soberanía.

Ahora bien, el jefe de esta sociedad, perfecta por su constitucion y grande hasta el extremo de que sus mismos enemigos hayan de guardarle miramientos, ¿puede vivir súbdito de una potencia cualquiera sin grandísimo desdoro y evidente daño de su buen gobierno?

Indudablemente que no, y hé aquí lo que afirman los Pontífices con sus protestas.

Ese estado de dependencia material, á más de ser deshonrosísimo para el supremo Jerarca de la grey católica, constituiria una tentacion permanente para nacionalizar, digámoslo así, su accion, y, por regla general, es creible que muchos Papas sucumbirian.

Pero concedamos que no; demos que los Pontífices, por las altísimas dotes que les adornan, resistiesen siempre el influjo de su soberano temporal; todavía quedará en pié la dificultad apuntada por Nicolás III, á saber: que correrá gran peligro la completa independencia de los Cardenales en la eleccion del nuevo Papa.

Supongamos, finalmente, que por milagro los electores permanecen inquebrantables á toda influencia extraña y dan siempre sus votos al más digno; pero ¿estarán conformes los demás católicos del mundo con su manera de proceder? ¿Cómo podrá constarles esa independencia mientras vean al Padre Santo bajo el dominio de un rey cualquiera? Solamente de un modo, y es estando el Pontífice en abierta oposicion con el Gobierno del Estado que le domina, como lo estuvo Pio IX y sigue estando Leon XIII.

Confirma el librito este raciocinio con unas palabras de Pio IX y un texto del protestante Green, que dice que «cuando los Papas de Avignon se creyeron hechura del rey de Francia, los ingleses no querian tener relaciones con un Papa francés y amenazaron apedrear sus legados si pusiesen el pié en la isla.»

En análogo sentido se expresa La Gueronnière, y cualquiera entenderá lo mal recibido que seria en las demás naciones católicas que el trono del Pontífice estuviese en Lóndres, Madrid, París, Berlin ó Viena. Pues si todos estos inconvenientes tendria el vasallaje del Papa á un soberano que fuese buen católico ¿cuánto más intolerable será su situacion hallándose, como se halla, bajo el poder de la masonería, enemiga de la Iglesia? ¡Todavía se quejan algunos católicos de las continuas protestas del Papa!

Mas contra esta doctrina, con ser ella tan evidente, han opuesto los católicos partidarios del reino de Italia cuatro objeciones. La Iglesia,—dicen,—no puede perecer aunque el Vicario de Jesucristo esté prisionero, como no pereció en los primeros siglos, en que todos los poderes temporales estaban concitados en contra suya; por otra parte, de nada serviria al Pontífice para su independencia un Estado pequeño si se veia rodeado del poderoso reino italiano, enemigo suyo irreconciliable, puesto que á cada paso correria el riesgo de perder su precaria libertad; y finalmente, para asegurar esa libertad é independencia pontificias deberia bastarle *la ley de garantías* del Gobierno italiano.

Victoriosamente contesta el opúsculo á las objeciones enumeradas, que tanta boga alcanzan en labios de muchos enemigos del Pontificado.

Es ciertísimo que la Iglesia no puede morir, sostenida como está por la especial providencia de Dios, que cuida de ella segun la promesa de Jesucristo, y jamás ha dicho Leon XIII que la Iglesia sin la soberanía temporal moriria; pero facil es comprender que, á ser posible la muerte, de ningun modo se alcanzaba mejor que reduciéndola á servidumbre. Y además, ¿es creible que haya nadie que buenamente entienda que, aparte de la existencia, no tiene la Esposa de Jesucristo ningun derecho? De argüir de esa manera, facilmente se seguiria la justificacion de todos los atropellos cometidos contra ella bajo pretexto de que ninguno era capaz de arrebatarle la vida.

Asimismo es cierto que la Iglesia pudo vivir y desarrollarse teniendo sus Pontífices en las cárceles y súbditos de emperadores paganos. Pero ¿qué duda tiene el que habria vivido mucho mejor y hubieran prosperado más sus intereses si los Papas hubiesen sido soberanos? ¿Por ventura no se habria mejorado mucho la situacion de las iglesias si hubiesen gozado de completa libertad sus Pastores, en vez de vivir en las cárceles ó en el destierro? ¿No era, acaso, la situacion de entonces tambien intolerable? Luego mientras esto no se desmienta no hay derecho para oponerlo á las protestas del Padre Santo, máxime habiendo perdido la generalidad de los fieles aquella ardiente caridad y aquellas virtudes eximias, propias de los primeros tiempos.

El tercer reparo de los italianísimos no es menos futil que los anteriores. Porque entiéndase bien: lo que el Papa pide y necesita no es una sombra de soberanía, ni una independencia puramente de nombre, sino al contrario, quiere y debe ser independiente y soberano de veras. Y para serlo no exige que se le regale nada; reclama lo suyo, y si lo necesita todo, tanto peor para el detentador que nada quiere devolverle. Con ese Estado, siquiera sea pequeño, cesa en primer lugar de tener la condicion de súbdito, lo cual es ya mucho, y en segundo ese decantado riesgo que correria su independencia no fuera tanto como á primera vista parece. Roma es una ciudad en cuya conservacion están interesados 300 millones de católicos, y el asalto de 1870 no es para repetirse cuando le plazca á un impío Gobierno. Ni en 1870 se hubiera realizado á no ser por las especialísimas circunstancias que concurrieron.

Queda, por último, lo de la ley de garantías. Pero ¿qué garantías son esas que, segun nos enseña la experiencia, no han servido para evitar que sea insultado el Vicario de Jesucristo á las puertas mismas del Vaticano? ¿Impidieron acaso el atentado del 13 de Julio de 1881 con las venerandas cenizas de Pio IX? Mas aun cuando así no fuera, por muy respetado que estuviese el Sumo Pontífice con tales garantías, siempre seria un súbdito, y esa condicion humilla al Jefe supremo de la grey católica. Prescindiendo, empero, de esto, cualquiera conoce á poco que discurra que una ley de garantías votada en el Parlamento no puede asegurar la independencia de nadie; el mismo Parlamento que la votó puede modificarla ó anularla, resultando, como se ve, una independencia irrisoria la que con sus leyes concediera.

¡Y cuánta mayor fuerza no adquieren estas consideraciones si se tiene en cuenta que el Gobierno italiano, lejos de garantir la seguridad del Jefe de la Iglesia, no se acuerda de la ley famosa sino para amenazar con dejarla sin efecto, y maquina en su interior la ruina del Pontificado y de la Iglesia católica!

INCREDULOS QUE NO LO SON

Un amigo tengo, vecino de mi casa, listo, guapo, buen moceton, algo entrado en años, aunque lo disimula perfectamente. Es notario, y por más señas despreocupado, vulgo incrédulo, lo cual le parece á él que completa y redondea su profesion.

—Es V. joven,—me decia dias atrás,—y cree usted en todo. Pero cuando llegue á mi edad se volverá V. escéptico como yo mismo. La fe es buena para los niños y las mujeres, y pare V. de contar.

—Paréceme, D. Pancracio, le dije yo, que no anda V. muy sobre lo firme. Se tiene V. por escéptico, cuando si le fuéramos á examinar, puede que le encontráramos más crédulo que cualquier monja ó sacristan.

—¡Caballero!—exclamó con arrogancia.

—No hay que atufarse, amigo mio,—repuse yo con calma,—que si V. se cree con perfecto derecho para dudar de todo, no creo vaya á negarme á mí el de poner en tela de juicio sus dudas de usted. Voy á probarle, como dos y dos son cuatro, que en materia de fe es la de V. mucho más supina que la mia, y eso que yo creo firme y decididamente cuanto me enseña la santa Iglesia católica, apostólica, romana, sin excepcion.

—Trabajillo le mando.

—Vamos á ver. V., mi D. Pancracio, ¿creerá sin duda en su propia existencia?

—Perfectamente y sin clase alguna de vacilacion.

—Y no solo esto, sino que creerá V. y estará muy seguro de que es V., D. Pancracio, el notario de esta villa, hijo de D. Fulano, padre de usted, tambien notario, el cual era hijo de otro D. Zutano, abuelo de V., y éste de D. Mengano, su bisabuelo. En una palabra, está V. seguro, firmemente seguro de su personalidad, cree á los documentos y testigos que dan fe de ello. ¿Qué diria ahora V. si yo, en un rasgo de escepticismo, me empeñase en que V. no es V., el hijo del notario D. Fulano de tal, sino á lo más el hijo del portero ó del escribiente?

Don Pancracio levantó la cabeza y frunció airado el entrecejo.

—¡ah!—exclamé yo riendo á carcajada tendida.—¿Con que le pica á V. una simple suposicion? Pues sepa que en materias de religion se permite V. dudas que son peores que éstas, porque son verdaderas blasfemias. ¡Y cuando nosotros nos escandalizamos de oirlas, por buena gracia nos llama V. intolerantes! Prosigamos. Inutil es añadir que está V. convencido de que es un sér distinto que su caballo y algo superior á él. De lo contrario, estaria V. en la cuadra y él en el gabinete. ¿Qué le parece á V. si yo sostuviera en serio que ha de venir dia en que se verifique esta transmutacion?

—¿Se ha propuesto V. burlarse de mi persona?

—Nada de eso. No hago más que apuntar una consecuencia muy posible de la doctrina de Darwin sobre la mutabilidad de las especies, doctrina que no negará V. pertenece de lleno á la llamada ciencia moderna. Quizá más de una vez ha crei-

do V. más racional ser darwinista que ser buen cristiano. Pero ¡vaya! continuemos. Dígame V., amigo mio, ¿qué es lo que no cree V.?

—¡Hombre! Yo no creo nada de eso que vosotros llamais *dogmas* y que en realidad son fábulas y nada más.

—Está bien. ¿Quién os ha enseñado á no creer eso que decís son fábulas y nada más?

—La ciencia.

—¿Qué ciencia?

—Todas: la geología, la mineralogía, la filología, la frenología, la psicología?

—¡Hola! ¡Hola! ¿Esas tenemos? ¿Con que V., amigo D. Pancracio, es V. geólogo, mineralogista, frenólogo, filólogo y tantas otras cosas que yo nunca llegué á sospechar?

—No por cierto, ni hay necesidad. Pero hay hombres que son todo eso, y sus libros claramente lo atestiguan.

—¿Habrá V. leido esos libros?

—No ciertamente, pero de eso se da cuenta cada dia en los periódicos.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Con que V. cree bajo su honrada palabra á toda esta multitud de desconocidos y se tiene aún por escéptico? ¡Cuántos actos de fe! Recibe V. el diario, y por la fe que tiene en el cartero cree V. buenamente que viene de la capital. Lo lee V., y por la fe que tiene en una firma que no conoce cree V. que no le engaña el redactor. Si este redactor desconocido girase contra V. un billete de veinte reales á ocho dias fecha, tal vez no se lo aceptaria; sin embargo, como ahora no habla V. más que de Dios, del mundo, del alma y de la eternidad, ¡frioleras! le cree V. sin el menor reparo, á pesar de no conocerle. Fe por fe, prefiero la mia. O sino comparaciones al canto.

Yo creo en la eternidad de Dios criador. V. en la eternidad de la materia vil.

Yo en el destino inmortal del alma humana. V. en la muerte del hombre semejante á la del borrico, que se pudre en el muladar.

Yo en la sabiduría divina de la Iglesia. V. en la farsa de ocultas sectas que le trastornan el juicio y le llevan á la perdicion.

Ambos creemos, pues, aunque diferentes dogmas.

Solamente que los mios descansan en el testimonio de Jesucristo Dios, de los Apóstoles y Mártires, que han dado por él su sangre. Las de V. tienen en su abono el testimonio de cuatro folletistas á quienes no fiaria nadie la bolsa ni la mujer.

Yo no creo sino lo que se ha creido en toda la Iglesia y en todos los siglos y por todos los hijos de ella. V. cree lo que cada dia y cada hora y cada minuto se le antoja variar á esa *ciencia falsa*, que pasa la vida desmintiéndose á sí propia y negando hoy lo que enseñaba ayer para negar mañana lo que anda enseñando hoy.

Fe por fe, es más noble, más segura la mia. Yo soy creyente; V., D. Pancracio, huyendo de las creencias y alardeando de incrédulo ha dado en el más hondo y miserable de todos los defectos de los niños y de las mujeres, y tambien de los notarios como V... el de la credulidad

¡Pobres llamados incrédulos, que ni eso saben ser!

LA CANANEA

II

Acababa el sol de sumergirse en el mar, y sucedíale una apacible noche de Oriente, serena y clara. Empujábanse unas á otras las olas acompasadamente, y la frescura que traian refrigeraba la frente de Salomith, y parecia como que la comunicaba vida y lucidez de pensamiento. Abrió sus fatigados ojos; miró en torno suyo, y una lágrima, como suave rocío que durante mucho tiempo no humedecia sus párpados, se deslizó.

—Zacarías,—dijo; y al presente su voz, semejante á la del pájaro que acaba de despertar, parecía un debil eco en el silencio de la noche.—Zacarías, bien amado de mi corazon: ¡triste de mí! no te traerán las olas á la orilla... ¿No oiré más el golpe bien conocido de tu remo en la espumosa onda? ¿No volveré á ver deslizarse tu ligera barquilla sobre las azuladas olas? Zacarías, Zacarías ..

Y la joven permaneció sumergida en un sueño que su madre no se atrevió á interrumpir por temor á quebrar el hilo apenas reanudado de sus pensamientos. Continuó, y su voz remedaba un canto:

—¡Ha sucumbido el más ágil y hermoso de los hijos de Canaan; su vida ha sido segada en flor, el mismo dia en que vínculos, por largo tiempo deseados, nos iban á unir! Ya se disponian los festines en nuestras dos familias; habia partido alegremente para llenar sus redes con objeto de obsequiar mejor á sus esperados huéspedes. Mas á la tarde... Zacarías, Zacarías... ¿Qué habia hecho para morir? ¡Y haberlo visto... yo, su desposada... en la orilla, á la mañana! Yo habia conocido desde lejos su túnica, de color de lino florido... Creíme que dormia, despues de las fatigas de una noche de huracan, y le llamaba: Zacarías, Zacarías...

Muchas veces repitió la joven este nombre, y cada una que le pronunciaba ponia atento oido y volvia á decir con tristeza:

—¡Zacarías! Sólo la mar responde á mis gritos: las olas me hablan en confuso murmullo. Véole en todas partes; pero su voz la escucho en vano: no la oigo jamás. ¡Zacarías!...

—Valor, hija mia.

—¿Quién me habla?—dijo Salomith con amarga sonrisa.—¿Qué voz escucho? No es la suya... Si yo pudiera... hace mucho tiempo... ¿qué decia yo?... mis ideas se extravian y escapan como las ovejuelas á quienes el miedo dispersa: no puedo coordinarlas.

Y Salomith recogia su velo y cabellos esparcidos, que el viento de la tarde levantaba y hacia flotar. No pudiendo retenerlos, los abandonó como sus pensamientos á la brisa, volviendo á decir con su armoniosa voz:

—A la tarde, allá en la montaña, cuando el sol se sumerge en las verdes aguas del mar, ¡quién pudiera seguirle! ¡Oh, continuamente quisiera volar como los pájaros, é ir á reposar mi vuelo encima de las olas rozándolas apenas! Cuando yo era una joven feliz, hace ya de esto mucho tiempo, me era agradable la vida como al pajarillo; ¿qué he hecho de mis alas? ¡cuántas veces he surcado la superficie de las aguas! otras, bien me acuerdo, ascendia hasta las nubes, impregnábanse mis cabellos de celestial rocío y mis piés desconocian los caminos de la tierra. Entonces mis compañeras me miraban y sonreian, como tambien las estrellas con sus brillantes luces. Todo era esperanza y alegría para mi corazon y mi alma.

Viento de la tarde, llévame. ¡Si pudiera volar detrás de la pálida luna, más allá de las estrellas y los soles! ¿Quién sabe? Quizá encontraria mi juventud, mis alegrías y la dicha que con crueldad se me ha robado. ¡Oh! si esta nube que se desliza por encima de mi cabeza quisiera descender un poco para servirme de trono, ¡cuán rápida y lejos caminaria!—

Y la joven sonreia y levantaba al cielo sus ojos, siguiéndola con infantil alegría como si esperara á que bajase para tomarla. Dispuesta á lanzarse, se empinaba como el polluelo del cisne cuando va á emprender su vuelo y deja el húmedo elemento. De repente palideció, un grito salvaje se escapó de su garganta, y su voz, há poco tan apacible y llena de armonía, se tornó ronca y terrible; hubiérase dicho que su acento salia de la profundidad de una caverna.

—No, no,—decia;—no se evita así el sufrimiento, es necesario padecer, morir y verse extinguir. ¿Qué ha sido de Zacarías? La ola le arrojó sobre la arena, con los ojos sangrientos, lívidos los labios: habia salido con salud, lleno de vida y mocedad, y el mar le ha vuelto de manera que espantaba mirarle, para rendir su postrer suspiro en medio de un cruel estertor. Viéndole te indignaste, y tu alma se rebeló: y tú decias: ¿Qué ha hecho él para verse tratado así? Sí, sí, ¿qué habia hecho? Nada, sino que era criatura de Aquel que le hizo su esclavo para agobiarle de males, y tu grito rebelde te entregó á mí: tú me perteneces, me perteneces ahora y por toda la eternidad.

La joven, por cuya boca se escapaban estas horribles frases, se golpeaba y parecia sostener una lucha desesperada; pero sus fuerzas desfallecian, y cuando la voz se calló, Salomith, fatigada, dijo con debil acento como el suspiro de un moribundo:

—¡Madre mía, madre mia!

Silliah la habia cogido en sus brazos y la estrechaba amorosamente; mas, á pesar de ello, un arranque irresistible la despidió de sus brazos, y fué á rodar por la arena de la playa poseida de convulsiones que retorcian sus miembros, hasta el punto de parecer que iban á quebrarse. Luego quedóse privada de sentido, á la manera que la presa del chacal queda olvidada despues de haberla vencido.

III

Media noche habia pasado sin que Salomith hubiese recobrado sus sentidos. Silliah, ayudada por la anciana Meriah, la habia trasladado á ns vivienda y lloraba á su lado.

—¡Qué mal tan cruel ha cogido mi hija!—decia la pobre madre.—Meriah, vos á quien los dioses han hecho experta para combatir los males, ¿no conoceis, pues, algun hechizo ó remedio que pueda curar á mi hija? ¡Oh! dádmele y tomad en cambio todo cuanto poseo, mis campos, mi casa; todo es para vos si lograis sanar á mi hija, la alegría de mi vida.

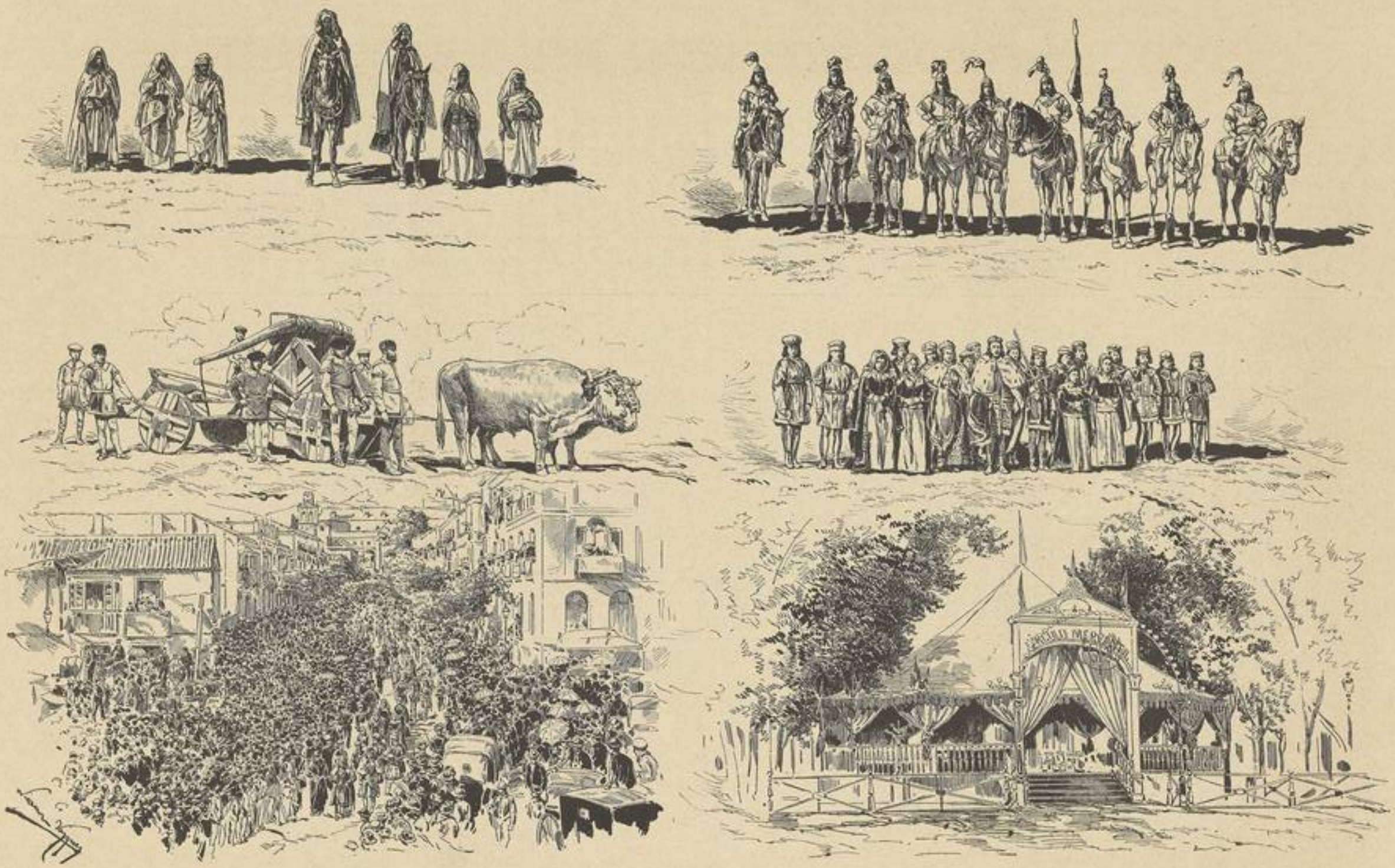
Meriah movió la cabeza tristemente; y Silliah pensó que sus ofertas no satisfacian en nada á la matrona, porque por lo regular la vejez es avara y quiere atesorar para el porvenir, á cuyo tiempo no llega.

—¡Oh desventura!—añadió la infeliz madre;—sé muy bien que cuanto poseo no seria bastante para pagar tan grande beneficio. Pertenezco á una raza despojada; todo mi pueblo vive en la opresion desde que el vuestro vino á través del desierto á apoderarse de nuestro país. Soy pobre, pero no ingrata. Escuchad: joven aún y robusta, á vos á quien la edad ha encorvado el cuerpo, si sanais á mi hija os serviré durante la vida aun en los trabajos más penosos. De dia, de noche, á todas horas seré vuestra sierva, vuestra fiel esclava; pero salvad á mi hija. Todo lo he intentado desde hace tres lunas; nuestros médicos y astrólogos nada han podido; sólo confio en vos. Salvádmela, salvádmela, curadla de un mal tan extraño y espantoso, á cuya vista sola se hiela mi sangre. Tened compasion de ella y de mí.

Y la pobre madre sollozaba, abrazando las rodillas de la anciana matrona, y mostrándola su hija desmayada. Meriah miraba á Salomith; sus facciones revelaban profunda tristeza.

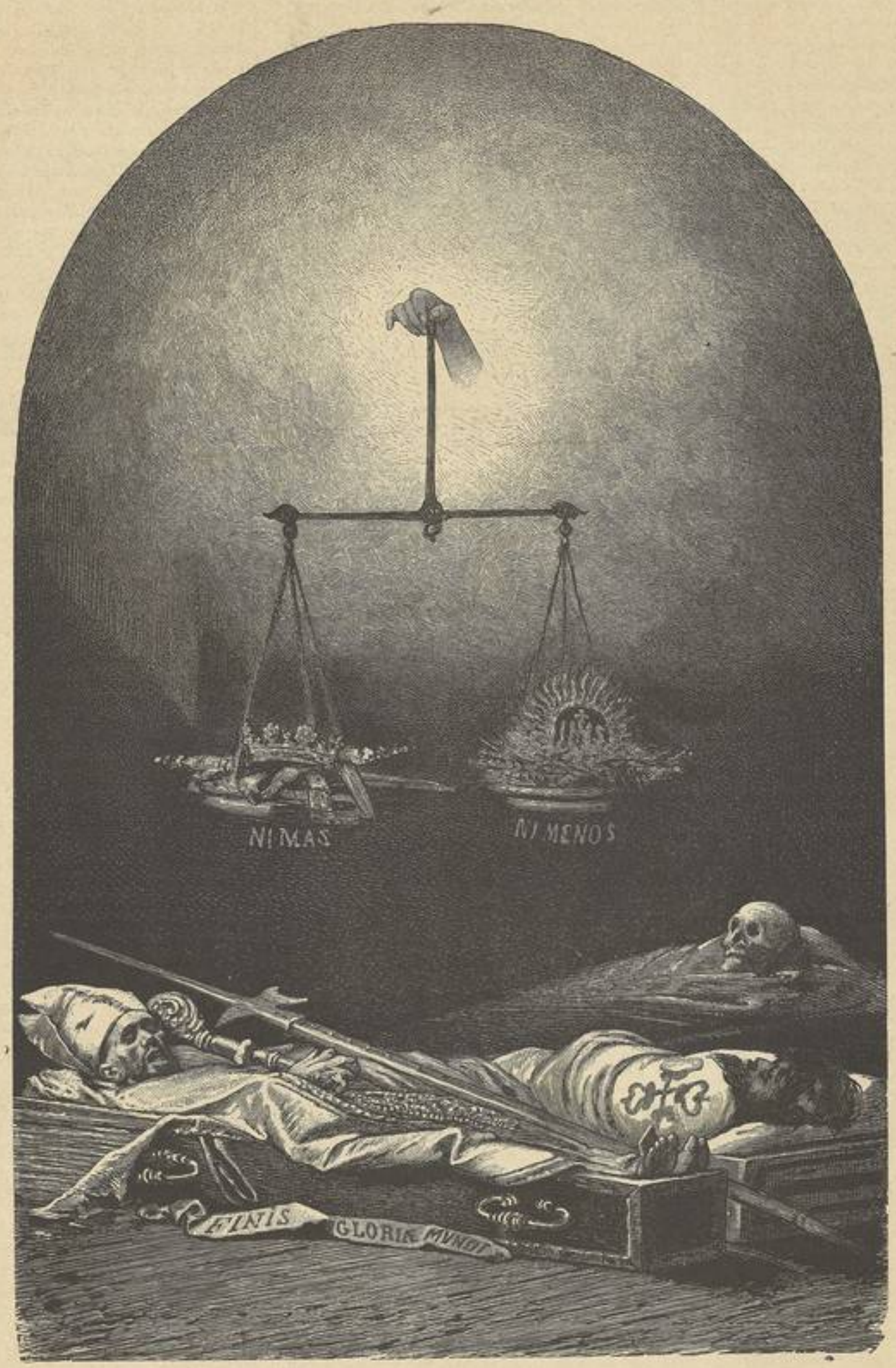
—Hay enfermedades para las que una gran

FIESTAS DE LA RECONQUISTA EN MÁLAGA.—CABALGATA HISTÓRICA



PARLAMENTARIOS ÁRABES
CATAPULTA
SALIDA DE LA CABALGATA DE LA CALLE DE ALFONSO XII

CABALLEROS CRISTIANOS
LOS REYES CATÓLICOS FERNANDO É ISABEL Y SU CORTE
TIENDA DE CAMPAÑA DEL CÍRCULO MERCANTIL



LA SEPULTURA (CÉLEBRE CUADRO DE VALDÉS, EN SEVILLA)

experiencia, fruto de largo tiempo, me ha dado remedios para curar; y si ésta fuera del número de las que estoy acostumbrada á combatir, me emplearia con gusto en sanar tu hija, pobre madre. Pero este no es un mal comun, y toda la ciencia de los más hábiles médicos no bastará.

Bajó la voz la anciana y continuó:

—Un espíritu infernal se ha apoderado de tu hija, y él es quien la domina.

La madre parecia escucharlo sin comprenderlo.

—Quizá,—continuó Meriah,—quizá Salomith, rebelándose contra los pesares, le ha dado entrada en su alma; tal vez sea ésta una prueba para manifestar la gloria del Todopoderoso... Aquel á quien todo le pertenece se ha reservado el secreto de sus designios.

—¿Qué decís?—repuso la madre.

—Digo,—replicó la docta matrona,—que esta desgraciada niña está poseida del demonio. ¿No veis que no es ella la que habla, sino él quien por intervalos lo hace?

—¿Qué escucho? Meriah; ¿se habrá apoderado de mi hija un espíritu malo, siendo ella tan prudente y docil? ¿quién puede creerlo?... Sin embargo, si es así, ofrezcamos un sacrificio á los dioses para que la libren. ¿Qué víctima escogeríamos?

—¡Ah! Hace más de tres meses que implorais á vuestros dioses, y ¿os han escuchado? No, no; los ídolos de las naciones no son otra cosa que oro y plata, obra de la mano del hombre; tienen boca y no hablan, ojos y no ven, oidos y no oyen.

—¡Oh! así hablais los de vuestro pueblo; despues de habérnoslo quitado todo, quereis todavía despojarnos de nuestros dioses y creencia.

—¡Oh! Silliah, decid más bien que despues de haberos quitado todo, queremos devolverlo centuplicado, enseñándoos la verdadera luz que viene á iluminar el mundo; porque nuestro Dios está en los cielos: El ha creado el universo, y no contento con eso solo, vigila su hechura, y ha prometido al hombre rescatarle. Escuchad, escuchad, Silliah,—añadió la matrona con tono solemne que cautivó á la cananea, á pesar suyo.

—¡Oh Dios, vuestros caminos son santos! ¿Qué dios más grande que nuestro Dios? Lo que nosotros hemos oido y aprendido, es lo mismo que nuestros padres nos han enseñado; no lo ocultaremos á quienes pueden escucharnos, porque el Señor quiere ser conocido por toda la tierra. Es el Dios verdadero, el Dios Todopoderoso. Él vela sobre su criatura, como el padre por sus hijos.

Entonces la anciana Meriah, remontándose al curso de las edades, cuenta la historia del pueblo de Dios, historia maravillosa, que llega hasta el origen de todo lo creado. Habló de la falta de nuestros primeros padres; mencionó el castigo, el trabajo, sufrimiento y muerte impuestos al hombre en expiacion de su pecado, pero con la esperanza de otra vida que le ayudase á soportar las penalidades de ésta, porque siempre la cólera de Dios está atemperada por su misericordia. Luego habló de los crímenes de los hombres desafiando al Sér Supremo y atrayendo el diluvio sobre el género humano, libertado en la persona de Noé, el hombre justo; despues tocó el punto de la irreverencia de Cam y de toda su raza, y de la de Canaan, arrojada y dispersa sobre la faz de la tierra.

—¡Oh! sí,—exclamó la cananea que había prestado atencion;—su raza sigue aún oprimida y pisoteada por los piés de las naciones, sus dioses abolidos, y el país que habita tributario; la abyeccion es su patrimonio.

Luego le habló Meriah de Abrahan, de su grandeza, poder y sumision, levantando el cuchillo para sacrificar á su hijo.

Silliah se estremeció mirando á su hija, que paulatinamente se habia quedado dormida. Reflexionó que el dón de fortaleza debió reinar en el espíritu de este patriarca, para tener la resignacion de obedecer á Dios. No obstante, dijo:

—Si es el Dios de los débiles, no hubiera exigido este esfuerzo de una madre.

Luego Meriah narró la conmovedora historia de los hebreos, y sublimándose su espíritu con este asunto, exclamó:

—Cuando Israel salió de Egipto, y la familia de Jacob de la opresion de un pueblo bárbaro, Judá vino á ser el santuario del Eterno é Israel fué su heredad.

Vióle la mar y se abrió, el Jordan retrocedió hasta su origen.

Las montañas temblaron como el ciprés, y las colinas como el corderillo.

¿Por qué te apartas tú, Jordan? ¿Por qué has retrocedido hasta tu fuente?

Porque la tierra se habia visto conmovida en la presencia del Señor.

Lo más alto de los cielos pertenece al Señor.

Y Dios, en su misericordia, ha prometido á la tierra un Redentor.

Y al presente ha brillado para nosotros el dia de la redencion. «Hé aquí que ya traigo del Oriente á mi Servidor, y destruiré la iniquidad de la tierra,» dijo el Señor Dios de los ejércitos.

El Señor ha prometido á David, su siervo, hacer salir un Salvador de su fecundo linaje.

Silliah, Silliah; los tiempos de la promesa han llegado; el Redentor del mundo ha venido á salvarle; trae consigo todos los bálsamos; sana las enfermedades así del alma como del cuerpo; á su voz todo mal cesa; la misma muerte se ve obligada á devolver su presa. Él es quien puede curar á tu hija, El solo: pero esta gracia no se concede sino por medio de una ardiente súplica.

—¿Dónde está?—exclamó la cananea, con el alma suspensa de los labios de la matrona:—quiero ir á pedirle mi hija; yo le suplicaré. ¡Oh, le rogaré como sabe pedir una madre que suplica por su hijo!

(Se continuará)

EL MILAGRO

DE LA SANGRE DE SAN GENARO

JUZGADO POR UN LIBRE-PENSADOR

¿Quién no ha oido nombrar cuando menos la milagrosa sangre de san Genaro que se guarda como preciada joya en la Catedral de Nápoles?

¿Quién, al hablar de ella en alguna reunion de *gente ilustrada* y de *discípulos de la ciencia moderna*, no ha escuchado resonar en sus tímpanos la homérica carcajada que su tonta credulidad excitaba en algun desocupado?

Pues ahí verán Vds., los tontos de capirote que cual el autor de estas líneas creen en Dios y en las *absurdas* cosas calificadas de milagros, que no somos únicos en ello, sino que hasta en el campo más cuidadosamente cultivado de las ciencias se encuentran gentes lo bastante para participar de nuestras debilidades, ó cuando menos, si no para participar de ellas por entero, para confesar su impotencia y lo corto de sus alcances científicos al tratar de darse cuenta de algun hecho extraordinario.

Ejemplo de este fenómeno, ya lo suficiente milagroso para convencernos de la existencia de los milagros, es un hecho reciente que creemos util poner á la consideracion de nuestros lectores y que consiste en la relacion que de sus minuciosos estudios y observaciones sobre la reliquia de san Genaro hace el profesor Pietro Punzo, nada sospechoso para los libre-pensadores, porque más afin es á ellos que á nosotros en ideas religiosas.

Dice en su relato el químico italiano:

«En Mayo del año último el ilustre profesor Sr. de Luca me encargó hacer algunos experimentos para compararlos á los fenómenos que presenta la sustancia considerada como siendo la sangre de san Genaro.

»Empecé mis operaciones confiando en los recursos de la ciencia, y sólo atendiéndome á ella busqué la razon del hecho, haciendo caso omiso de la tradicion. Desgraciadamente, no habiendo podido someter á mi malogrado profesor el resultado de mis estudios sobre este tema, creo util publicarlos y llamar la atencion de mis colegas sobre la conclusion á que he debido llegar.

»Tras del altar de la capilla de san Genaro, en la Catedral de Nápoles, existe un nicho dividido en dos compartimientos, teniendo cada uno su puerta metálica á dobles cerraduras, cuyas llaves, en número de cuatro por consiguiente, guardan dos en el Palacio Arzobispal y dos en el de la Diputacion del Tesoro. En Mayo y en Setiembre van á abrir las puertas del nicho con las llaves que respectivamente tienen confiadas un delegado del Arzobispo y otro de la Diputacion.

»En el compartimiento de la derecha del nicho hay colocado un busto de plata representando al Santo; en el de la izquierda se ve un soporte metálico de 79 centímetros de altura que sostiene por su centro un relicario formado por dos cristales incoloros y de forma circular, cuyo diámetro tiene 12 centímetros, los cuales están fijados paralelamente en una corona de plata igualmente circular, á una distancia, entre ambas, de 8 centímetros. En la parte inferior de la guarnicion ó marco de unos 3 centímetros hay un apéndice cilíndrico de plata (á modo de mango) de 20 centímetros, que sirve para colocar el relicario sobre el soporte, así como para sostenerlo con la mano. El marco remata en un adorno del mismo metal á manera de corona, en cuyo centro va una cruz. Todas estas piezas cierran perfectamente, estando soldadas entre sí por completo.

»Obsérvanse en el interior del relicario dos pequeñas botellitas, cuya forma típica muestra claramente su antigüedad. Un mastic blanquizco las fija por su base y por su cuello, estando éste empotrado en él y oculto por el marco, de modo que hace imposible comprender cómo se cerrará.

»La mayor de ambas botellitas es cilíndrica. Obsérvanse en ella sobre la superficie interior algunas manchas rojizas sin importancia. En cuanto á la otra botella, parécese á una pera comprimida sobre sus dos caras, y su capacidad es de unos 50 gramos de agua destilada. Contiene una sustancia sólida, opaca, de color de café tostado, que la llena hasta sus dos tercios. Esta sustancia constituye el objeto de esta relacion. La botella dista dos centímetros de cada uno de los cristales del relicario.

»Al empezar la ceremonia, el sacerdote quita el relicario del soporte y lo vuelve boca abajo para demostrar que la sustancia interior de la botellita no cambia de posicion, y dice al mismo tiempo: «Está dura.» Despues, seguido de un monacillo que lleva en la mano un cirio encendido, pasa por entre la muchedumbre para ir á colocarlo en el altar. De tiempo en tiempo revuelve aún el relicario para que se pueda observar bien la inmovilidad del contenido.

»Durante las oraciones se ve de pronto despegarse la masa de las paredes de la botella y seguir los movimientos que se imprimen á ella como haria un líquido cualquiera. Nótase luego que el núcleo central es aún sólido; pero al poco tiempo la masa se transforma completamente en un litro de parecida densidad á la miel, opaco,

de color idéntico al sólido, y no dejando resíduo alguno en la botella cuando se revuelve ésta.

»Entonces, al grito de *¡milagro! ¡milagro!* se permite besar el relicario á todas las personas reunidas en la iglesia. Concluida esta primera ceremonia, vuélvese al soporte el relicario y se lleva en procesion, junto con el busto del Santo, hasta el altar mayor, donde las reliquias quedan expuestas al público hasta la noche. A las nueve vuélvense al nicho de donde se sacaron por la mañana. La sustancia es líquida aún, con la particularidad de que se adhiere á la botella, dejando en sus caras un residuo amarillo negruzco con estrías rojas en diversos puntos, por transparencia: nadie diria fuera la misma sustancia observada por la mañana.

«Al siguiente dia la masa ha vuelto á solidificarse; pero, cual el dia anterior, se liquida durante la ceremonia y se conserva de tal modo hasta la noche.»

Certificados estos hechos, dice el químico, examinemos si es posible explicarlos; y hace una discusion minuciosísima que está llena de magníficas hipótesis, algunas de ellas tan bien pensadas que demuestran la perspicacia del sabio italiano, al propio tiempo que sus refutaciones prueban la buena fe de que está poseido y el afan de encontrar la verdad científica del hecho.

Llega hasta á suponer, comprobando despues la imposibilidad de ello, que en el aro del relicario hay un tubo anular con ácido sulfúrico en un extremo y agua en el otro: al dar vuelta al relicario se mezclarian ambas sustancias, y el color desprendido liquidaria la sangre de la botellita.

¡Se ha visto mayor picardía científica! De todos modos se la agradecemos.

«Si, pues, concluye el hombre de ciencia despues de haberlo discutido y ensayado todo, ni la accion de calor ni de los disolventes pueden ser causa de la licuefaccion, y si por ningun otro método conocido es posible explicarla, como tampoco los caracteres que presenta la sustancia en cuestion, *débese concluir que, en el estado actual de la ciencia, no es posible resolver el misterioso problema.*»

¡Bien! Esto vale un Perú, y desearíamos que los ateos se fijaran en ello tratando la cuestion, tan malamente discutida para sus fines maquiavélicos por el sabio italiano, que si carece de la fe que eleva la inteligencia del hombre, posee á lo menos la sinceridad de confesar su impotencia ante un hecho cuya causa nos dice la Iglesia está por encima de las leyes físicas que rigen la materia.

Si algun lector hubiera, lo cual dudo, que no creyera en milagros, paréceme, por lo antedicho, no va á negar la exactitud de éste.

EL VALLE DE NURIA

I

Esperábamos ansiosos que llegara el caluroso mes de Agosto para descansar unos dias de nuestras penosas tareas escolares y emplearlos en viajar, visitando algun punto digno de particular atencion.

Fijamos, por de pronto, nuestra vista en los amenos valles de Ripoll y Ribas, y una vez allí determinamos subir á visitar el célebre santuario de Nuestra Señora de Núria, que es el más famoso de Cataluña, si exceptuamos Montserrat.

Hénos aquí, pues, con el tema que nos sirve de epígrafe para la descripcion del santuario y terreno que de esta santa casa nos proponemos hacer.

Adviértase antes que estos apuntes los debemos en gran parte á la suma galantería del reverendo Administrador del santuario, añadiéndoles algunos del erudito historiador el Rdo. Dr. don Francisco de Asís Marés, Phro.

II

Salimos el 21 de Agosto, al apuntar el alba, de la fresca villa de Ribas, con los mozos y caballerías correspondientes, en direccion á Núria, presentándose ante nosotros durante el camino los pintorescos pueblos de Fustañá, Serrat y Caralps, punto en donde descansamos. Desde Ribas á Caralps, parroquia en donde radica el edificio que nos ocupa, está el terreno regado por el Freser, que desciende de la montaña de Núria, lo que hace que el viajero sienta un fresco agradable. Con las aguas del citado rio se confunden las cristalinas que brotan al pié de las tan famosas cuevas de Ribas, situadas en horribles precipicios y formadas de rocas de un color oscuro.

Subidas las fatigosas montañas de Caralps, que se dice estar á la mitad del trayecto, seguimos hasta el puente de *Cremals*, pasado el cual se encuentra á proporcionada distancia el *Salt del sastre*, en cuyo profundo precipicio, como en todos los demás, hay levantadas gruesas paredes; y desde la *Fontalba*, siguiendo la orilla izquierda del rio, vienen las espumosas aguas del *Salt del aygua*, y luego, llegando á la cima de la *Creu den Riba*, se detiene el viajero saludando á la Virgen, y divisa ya perfectamente el agreste y solitario valle.

Es un llano de 1,000 metros de longitud, regado por dos pequeños rios que bajan de las rocas del *Ambut, Entreforchs* y *Finestrellas* el uno, y de las de *Esna, Nouforts* y *Mulleras* el otro, los cuales se juntan antes de salir del mismo valle para dar origen, con el que baja de *Vaca*, al *Freser*.

Al Este del mismo Santuario y cerca de una casa que sirve de café, se encuentra la fuente *dels Capellans*, cuyas aguas riegan el bosque único de la *Mare de Déu*, y al Oeste del mismo brota, al pié de la montaña de *Puigmal*, de 3,013 metros de elevacion, la tan renombrada y fria del *Abad San Gil*.

Está rodeada de elevadísimas montañas como la escarpada peña de *Roch de la Malé*, la de *Finestrellas*, en donde hay el camino que dirige á Puigcerdá, la de *Puigmalt*, en la que se encuentra la fuente y cueva de San Gil, poblada de mosquitos, la *Collada* de *Núria* ó de las *Set Creus*, etc., algunas de las cuales pasan de 800 metros de altura. Muchas de ellas están habitadas por cabras silvestres, y la única que se ve poblada de árboles, y aun pocos, es el bosque de la *Mare de Déu* llamado vulgarmente *dels Pins negres*, cuya madera se utiliza para la construccion y mejoras del edificio y capilla.

Desde las cimas de *Puigalt*, de *Carausá* y de *Puigmalt* vense distintos, extensos y pintorescos paisajes, entre ellos el ocultarse unos 200 metros debajo tierra una de las corrientes del valle. Cuando el cielo está despejado se ve el Mediterráneo por Barcelona y el golfo de Rosas. Casi siempre la niebla que cubre el fondo y llanuras impide al viajero disfrutar de tan magnífico panorama. Distínguense, empero, los Pirineos franceses, las altas cumbres de Berga, el pico de Montseny, los de Montserrat, y alguna que otra vez Vich y el Ampurdan.

La vegetacion, que se extiende desde Ribas hasta la cúspide de las montañas en donde se ve la ermita, es bastante rica y variada. En una distancia de 400 metros, el terreno se presenta extraordinariamente quebrado y diferente, lo que supone una distinta variacion de temperatura y climas. En las costas inferiores, abrigadas y fertilizadas por el sol, se encuentran plantas de la zona templada de Cataluña; en las superiores, varias de la region glacial, y entre ambos extremos crecen en abundancia las plantas de los Alpes, confundidas entre las pirenáicas, además de poseer alguna especie que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo, como la *Xalardia scabra*.

A nuestro entender, es digna de estudio por parte de los naturalistas en general y de los aficionados á la ciencia de las flores en particular.

III

La sagrada Imagen, fabricada y escondida junto con una olla, un crucifijo y una campana por el abad san Gil, fué milagrosamente hallada en el año 704, época posterior á su marcha de Atenas (Grecia) á un desierto á orillas del Ródano, y de allí al agreste del de Núria para hacer penitencia. Dicha Imagen, que hace 813 años es venerada en aquella apartada comarca, es de madera maciza é incorruptible y tiene dos palmos y medio de largo. Está sentada en su trono, que es una silla con brazos y respaldo de la misma madera, y la fisonomía es muy afable. Sus ojos son pequeños, su color moreno, parecido al de la de Montserrat, sus cabellos negros y sueltos hasta el cuello y sus piés puntiagudos.

El Niño Jesús, que está sentado sobre su rodilla izquierda, mide de largo un palmo y medio cuarto, y es de la misma madera, color y afabilidad; sus piés descalzos, su actitud muy expresiva; pues con la mano derecha da la bendicion y con la izquierda sostiene un librito que apoya sobre su rodilla. Sus vestidos, si bien son labrados del mismo color que los de la Virgen, tienen, no obstante, la forma de sayo. Con gran majestad está colocada la gloriosa Imagen sobre el sagrario del altar mayor, en un lindo camarin, hecho á expensas del Excmo. Sr. Conde de Perelada, D. Guillermo Rocafull y Rocaberte.

La gran afluencia de viajeros que visitan el Santuario hizo que en el año 1639 se edificase una capilla más digna y espaciosa que la que tenia primitivamente. Tres años estuvo en construccion, y atendiendo que en aquel terreno no puede trabajarse sino en verano, se verá que la terminaron con mucha diligencia. Desde el año 1642 ha continuado tal como luego diremos, pero con ánimos de levantar otra más moderna, elevada, suntuosa y artística, á cuyo efecto se están ya recogiendo limosnas.

El templo que nos ocupa tiene 63 piés de largo y 30 de ancho, sin contar la profundidad de los altares. El presbiterio, en el que arden tres lámparas de plata, de gran peso, es bastante espacioso, y está cerrado por una verja de hierro desde el año 1886. Fuera de aquel, tiene la iglesia dos capillas; en la de la mano derecha hay un antiguo cuadro de san Pedro y san Bernardo, del que cuelga una lámpara tambien de plata, y en la otra hay san Antonio de Padua.

Al entrar se ve una pila de agua bendita de bien trabajada piedra, y encima de ella, ocupando toda la anchura del templo, un coro labrado de madera y capaz para 100 personas, con un pequeño harmonio.

Está igualmente adornada de riquísimos vestidos, magníficas albas, hermosas casullas, cálices, patenas y otros objetos sagrados de mucho valor. Sus paredes están cuajadas de ex-votos y cirios.

Junto á la iglesia hay las casas de Loreto y de Belen, donde se hospedan los viajeros, y, aunque modestas, son buenas y provistas de camas limpias en los aposentos. Los que no gustan de ir á la fonda tienen tambien cocina y los útiles que necesiten.

Para la direccion espiritual residen continua-

mente en el Santuario dos ó tres celosos sacerdotes, quienes cantan todos los sábados un Oficio en honra y gloria de Nuestra Señora, y rezan diariamente por la noche el santo Rosario, cantando luego los Gozos y la *Salve*. Para la limpiezu y demás hay el personal necesario.

Todos los veranos se ve visitada la Virgen por muchos forasteros que de todas partes y en particular de Ribas, Cerdaña, Ampurdan y Rosellon acuden devotamente á pedirle gracias especiales, y en Ella encuentran el consuelo, la paz y alegría verdadera.

MAGIN MARTÍ Y BARJAU.

suma inquietud y obligarle á mudar sus determinaciones.

Despues de haber descargado aquella furiosa tempestad sobre su hija, al oir á su madre que habia tenido una convulsion, se enterneció de tal modo, que en el mismo instante hubiera acudido á abrazarla y pedirla perdon por sus destempladas palabras. No habiéndolo podido hacer por dictarlo un prudente respeto, se puso á llorar como un niño, y no cesó de darse golpes en la frente hasta que su mujer le aseguró que Clementina habia abierto la puerta á su tio y que ya tranquilamente hablaba con él. D.ª Libia se

cesidad hay de precipitar tanto las cosas? Cuando el hecho de la riña de Alberto en Milan se hiciera público y llegara á saberse en la ciudad, entonces sí que creeria yo oportuno romper por completo, sin consideracion de ninguna especie. Pero antes de dar ese golpe á los padres de Alberto es preciso que meditemos. ¡Pobrecillos! ¡Quién sabe lo que sufrirán con la desgracia del hijo! Es menester un poco de caridad cristiana, para que, si acaso Alberto llegase á morir, no corriera la voz de que le habíamos anticipado la muerte con nuestras imprudencias.

—Esperemos que baje Carlos,—añadió el ma-

PUERTO DE BOMBAY (DOCK VICTORIA)

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

XVI

Era el padre de Clementina un hombre de caracter abierto, franco y leal, propenso á la cólera, tanto que á veces no podia refrenarse; pero tambien facil á dulcificarse. Además de esto, amaba tan perdidamente á su hija, que era su ojo derecho, el corazon de su corazon, el encanto de su alma. Estimaba en mucho su honra y la tenia á grande altura. La lucha, pues, nacida entre el extremado amor de padre y el celo por la honra de la casa, lucha que, despues de todo, no nacia sino del amor á Clementina, no podia menos de mantenerle en

habia asegurado á su vez, acercándose con sigilo a la puerta de la habitacion, de que su hija se desahogaba con su tio.

—No sé verdaderamente á qué Santos encomendarme para que esa bendita niña se desenamore de Alberto,—dijo D. Vicente abriendo el corazon á su mujer.—¡Y por otra parte no puedo, no debo, no quiero ni ahora ni nunca consentir que se casen! Es mi última resolucion.

—Andemos con calma, Vicente. A buenas lo conseguiremos todo; pero con tiempo y paciencia. Clementina es docil, y tiene un gran temor de Dios: deja que la efervescencia de la pasion desaparezca; que se tranquilice y se persuada de la mala accion de Alberto, y que yo la lleve á hacer sus acostumbradas devociones, y verás como se vuelve blanda como la cera. Por ahora te ruego no se hable más del asunto. ¿Qué ne-

rido.—¡Qué providencia de Dios que se encuentre aquí!

—¡Es un corazon de oro, un hombre incomparable! Atengámonos á lo que él diga. Es el mejor partido que podemos tomar en nuestras angustias.

Al aparecer D. Carlos en el escritorio, fué en efecto constituido árbitro de todo por los padres de Clementina.

Por natural temperamento era menos irascible que su hermano. Poseia un gran talento y cultura; su manera de tratar las cosas era sencilla, y una convincente persuasion acompañaba á sus tranquilos ademanes, con lo cual siempre en las disputas solia atraer á sus contrincantes. No le habia de costar, pues, mucho trabajo ganarse el ánimo de D. Vicente, inclinándose hácia su opinion, que se reducia á las tres proposiciones he-

chas á su sobrina y aceptadas por ella; tanto más cuanto D.ª Libia, temiendo por la salud de Clementina, apoyaba fuertemente las persuasivas razones de su cuñado.

Venció, pues, en todos los puntos; pero no trató de combatir el proyecto del inmediato viaje, porque vió á su hermano muy firme en quererlo emprender, y además porque él mismo se inclinaba á ello, juzgándolo altamente oportuno para distraer á su sobrina. En cuanto á las dificultades por ella expuestas, no hizo gran caso, creyendo que el viaje las habia de borrar todas, contribuyendo él mismo á conseguirlo.

silenciosa é impasible como un marmol.

—Hija mia,—dijo éste sonriéndose más con aire de indulgencia que de alegría:—ahora te veo con verdadero placer, porque sé por tu tio que has prometido no contrariar á tus padres. Así todo irá bien. Siento haberme dejado arrebatar por la ira, y, acalorado, haber pronunciado palabras que bien puedes comprender cuán en desacuerdo están con el corazon de tu padre. ¡Ah no, hija mia querida! tu padre no te ha maldecido. ¡Dios me libre siempre de tal cosa!

Aquí quedó sin voz D. Vicente y empezó á sollozar.

—¿Estás ahora contenta?—le preguntó en voz baja D. Carlos mientras salian del escritorio para entrar en el comedor.

—Resignada como una oveja que va al matadero, pero no contenta.

—Come ahora con apetito, y ya hablaremos despues.

—¡Ah! tio, si supiera V. cuántas más ganas tengo de llorar que de comer!

XVII

Efectivamente, una vez sentada á la mesa,

BAZAR INDÍGENA EN BOMBAY

Acercándose la hora de la comida, pensó la madre (¿en qué no piensan las buenas madres?) que era necesario dar primero apetito á Clementina; y para ello quiso que oyese de la boca de su padre como se habian cambiado los propósitos, en atencion al cariño que la profesaban.

Clementina entró en la habitacion, pálida, temblorosa y con los ojos bajos. Cuando su padre la vió tan desencajada, con el cabello descompuesto y con tantas señales de haber llorado, no pudo menos de levantarse y estrecharla entre los brazos con tales muestras de grave cariño, que venian á decir que si la borrasca habia pasado podia aún volver.

—¡Encanto mio! Acuérdate de que dicho de amor, desarma rigor,—murmuró la madre dando un beso en la frente á su hija.

Clementina recibió los afectos de su padre

—¡Pues no faltaba más sino que Clementina se creyese maldita por su padre!—dijo D.ª Libia.

La pobre joven miraba al suelo callada. En seguida se le empezó á notificar lo que á persuasion del tio se habia resuelto; despues el padre concluyó diciendo:

—Quedamos, pues, en que mañana por la tarde nos vamos todos. Despues de comer escribiré á D. Felipe para avisarle que hácia el medio dia nos iremos á despedir de él. Esta tarde, mientras tanto, preparad los baules, y que Clementina ponga la parte más precisa de su ropa. Las joyas se pondrán en mi cofrecito. Mañana temprano, á las ocho lo más tarde, subiremos al carruaje. Así está decidido, y no hay que hablar más sobre el asunto.

Clementina no desplegó los labios ni hizo gesto de ninguna especie.

Clementina no respiraba ni comia. Ponia el tenedor y el cuchillo en el plato, cortaba alguna cosa, fingia masticar algo y bebia agua fresca; pero al fin se hacia quitar de delante lo poco que se habia puesto. Estaba distraida y sin color; sus ojos se fijaban casi siempre en el ramo de flores que habia destinado á Alberto y que ahora adornaba la mesa, y de cuando en cuando se le oia reprimir los sollozos.

La madre atendia más á su hija que á sí propia; la llamaba bajito, la tocaba con el codo, le rogaba con alguna mirada suplicante y con palabras sueltas para que no siguiese en su obstinacion.

—Mamá, créame V., no tengo apetito,—replicaba Clementina: y la madre suspiraba.

D. Vicente todo lo veia y oia, y sufria en silencio; pero disimulaba por miedo de alterarse y renovar las pasadas escenas.

D. Carlos llevaba la palabra con discrecion, tratando de distraer la atencion sobre cosas agradables. Algunas veces le respondian con monosílabos ó interjecciones su hermano ó su cuñada; pero en seguida volvia á reinar el mayor silencio. Parecia propiamente una comida fúnebre.

Al fin D. Vicente, cansado ya de tanto sufrir, dijo á su hija:

—Clementina, á la mesa se viene á comer y no para poner hocico á los que están en ella. Toma ahora esta buena pechuga de pollo, y enséñame luego el plato limpio.

—Gracias, papá; no tengo apetito.

—Por caridad, hija mia, obedece á tu padre para no exasperarle,—le murmuró la madre al oido. Despues, apretándole el talle con el brazo izquierdo, le dijo:

—¡Cómo te late el corazon! ¿Qué tienes?

—Nada, nada.

—Señorita,—añadió el padre con aspereza,—obedezca V. y coma.

—Papá, me siento algo mala,—respondió ella levantándose de la silla con el rostro demudado; —comeré despues. Ahora tengo necesidad de aire. Permítanme que vaya á respirar un poco en el jardin.

D. Vicente se encogió de hombros, y Clementina salió fuera.

—¡Jesús mio! A este paso esa hija querida va á enfermar,—exclamó con pena la madre.—¡Está desconocida! En veinticuatro horas ha cambiado de tal modo que no parece la misma.

—¡Ah Libia mia!—añadió D. Carlos;—con el leon y con el amor no caben burlas! Os ruego, por lo mucho que la amais, que andeis con mucha calma en este asunto. No es todavía ocasion de hacerle sentir el peso de vuestra autoridad. Es preciso compadecerla, tratarla con dulzura y ser con ella condescendiente hasta el extremo. La pobrecilla se encuentra en un estado que á mí mismo me hace temblar... ¡A un corazon como el suyo darle dos estocadas, la una más fiera que la otra, de improviso y en tan pocas horas! ¡Eso es terrible!

—Pero ¿qué ¡habíamos de hacer?—le interrumpió D. Vicente con una mano en la frente en actitud desesperada.—¡Oh! ¡en qué cruel embrollo me encuentro! ¡Padre infelicísimo! Cuanto más lo pienso, más se me parte el corazon y se me trastorna la cabeza. ¡Ah, querido Carlos, ten piedad de nosotros y de nuestra hija! Tú tienes ingenio y buena conciencia; sácanos, pues, de este trance terrible; en tí ponemos el honor de la casa y la vida de Clementina.

—Haré cuanto pueda por ayudaros; pero conviene que tengais prudencia y seais sufridos y afables con ella. Esta tarde no la mostreis estar ofendidos por nada; ponedle la mejor cara posible, y yo, antes que se vaya á acostar, os la traeré mansa, resignada y cariñosa como una ovejita.

XVIII

Despues de dar un paseo por el bosquecillo próximo al jardín, cogiendo rosas á su paso, la pobre Clementina, sumida en el mayor desconsuelo, se habia dejado caer lánguidamente en el mismo asiento en que poco antes habia escrito su billete de respuesta á Alberto. Allí, vagando con la fantasía de un pensamiento en otro, casi sin darse cuenta de ello, comenzó á entrar en posesion de su corazon abandonado. En un principio tuvo remordimiento por haber sido causa de tanta indignacion por parte de su padre. Despues, á medida que se serenaba, comenzó á entristecerse por sus valentonadas y sus contestaciones, avergonzándose de ellas. «No era dueña de mí,» se decia á sí propia. Este pensamiento, sin embargo, no le quitaba el sonrojo ni le aplacaba el remordimiento.

Inmovil sobre aquel asiento, con el fresco y oloroso ramillete de rosas en el regazo, estuvo algun tiempo como si fuera una verdadera estatua de mármol. Tenia sus ojos fijos en aquellas flores, doradas por el sol poniente, y algunas lágrimas regaban de cuando en cuando sus pétalos. Pero esta vez sus lágrimas no eran hijas de la ira, sino del arrepentimiento. ¡Qué humilde y amable hubiera estado con su padre! ¡Cómo anhelaba que su arrogancia y aspecto desdeñoso no le hubiesen enfadado!

A la luz de la razon que empezaba á tener dominio en ella, Clementina volvia á ser Clementina, esto es, la piadosa, la dulce, la prudente joven, de corazon de paloma y de humor de corderillo, como su madre decia. No cesaba, no, de permanecer amante y fidelísima á Alberto, pero volvia á sentirse hija querida de tiernísimos padres.

—¡Cuántos pecados he cometido hoy!—pensaba amargamente en su interior.—¡Cuánto habré hecho llorar á mis padres! ¡Cuánto disgusto debo haber dado á mi tio! ¡Ah, si él intercediese por mí, con qué gusto les pediria perdon!

En esto la campana tocó el *Ave María*. Aquellos ecos recordaron á Clementina que tenia primero otro perdon que pedir y que obtener: el perdon de Dios. Se puso en pié, y llorosa como estaba pasó á rezar el *Angelus* en el oratorio; pero aquel *Angelus* fué bien largo, pues duró media hora.

—Tanto he llorado, que parece imposible me queden los ojos en la cara,—dijo despues á su tio, cuando buscándola por todas partes la llegó á encontrar sentada en un ángulo oscuro de la capilla.

No transcurrió mucho rato para que se viese restituida á la gracia de su padre y colmada por él y su madre de caricias; pero vió al mismo tiempo que se activaban los preparativos para el viaje, y que su ropa se metia en los baules. Supo, sin embargo, que el viaje no se haria por alejarla de Alberto ó por distraerla de sus afecciones, sino que tendria por objeto una peregrinacion en honor de la Virgen á los dos venerandos santuarios de Lourdes en los Pirineos, y la Saleta en los Alpes. Fué una feliz ocurrencia de D. Carlos para aminorar á su sobrina, á su prometido y á sus padres la pena consiguiente, y dar un pretexto al público para explicar aquella singular partida. Y efectivamente, la idea de ir peregrinando á pedir para Alberto y para ella misma, en las presentes desgracias, la gracia y la proteccion de la Madre de Dios, consoló mucho á Clementina y casi la llenó de alegria.

A la mañana del jueves siguiente, á las ocho, subieron al coche y tomaron el camino de la ciudad. Al salir de la puerta de la quinta, Clementina, más pálida, pero más consolada que el dia anterior, dijo al oido de su tio, á quien tenia en frente:

—¡Y figurarse que hoy debia haber aquí tanta fiesta para nuestra boda!

—¡Querida mia!—le respondió D. Carlos con melancólica sonrisa;—así va el mundo, más inestable que el polvo que arrebata el viento.

SAN VICENTE DE PAUL

¿NACIÓ EN FRANCIA?

Ha sido impreso en París, en castellano, un folleto de 75 páginas con el mismo título que damos á este artículo, salva la notable diferencia de no contener los signos de interrogacion que hemos puesto, quedando así la afirmacion rotunda de que nació en Francia. Su autor es Julio Pémartin, sacerdote de la Mision, visitador de la provincia de Aquitania; y su objeto visible es destruir entre los españoles la idea que va propagándose de que el Santo vió su primera luz en España y era hijo de padres españoles, avecindados en Tamarite de Litera (provincia de Huesca).

Esta opinion, que va difundiéndose, ha desazonado, por lo visto, á los franceses, y no es en verdad de extrañar, pues aunque pareciera la partida de bautismo española como *se dice* que *se hace correr* en España, al sentir del autor en una nota de la pág. 52, sin que nosotros lo hayamos aquí oido á nadie ni lo esperemos, estaremos en lo probable si pensamos que todavía se defenderia la patria francesa, porque una idea que agrada en gran manera y una halagüeña creencia de que se está largo tiempo en posesion, no se abandonan facilmente, y el corazon se niega, contra las pruebas más evidentes que se aduzcan, á renunciar á su cariño.

Nosotros, que deseamos considerar imparcialmente la cuestion, porque sobre todas nuestras afecciones deseamos que resplandezca siempre la verdad, como deber imperioso de la conciencia, así como dimos noticia y nuestro parecer sobre el precioso libro del Sr. D. Antonio Hernandez y Fajarnés, que con interesantes datos y atinados razonamientos mueve á persuasion de la patria española de san Vicente, no habíamos de pasar en silencio la publicacion del librito en que se defiende la tesis contraria de ser su patria francesa, dando una idea de él y del juicio que nos merece.

Literariamente considerado, diremos que está escrito en regular castellano, y que si no puede exigirse más á un autor extranjero, tampoco son de extrañar las no pocas erratas de imprenta que contiene, como compuesto por cajistas y corrector franceses.

En cuanto al fondo ó la sustancia del librito, está dividido en dos partes: La primera trata en títulos aparte del nacimiento, estudios y órdenes sagradas del Santo. La segunda de cinco dificultades, tambien expuestas con separacion, en que se pretenden resumir los argumentos opuestos á la patria francesa y en favor de la española, seguidos de sus contestaciones, las cuales, en general, dejan bastante que desear, como que se refieren en su mayor parte á circunstancias accidentales y conjeturas apoyadas en las afirmaciones de los historiadores franceses, muy tachables, como se deja comprender, no habiendo hecho por lo comun en todo más que repetir lo que dijo el primero, sin que alguno de ellos haya podido traer la prueba capital de la cuestion del nacimiento que las abarcaria todas, con la partida de bautismo que no existe en la parroquia de Pouy á que pertenecia la aldea de Ranquines, supuesto lugar del nacimiento.

Dice el autor que se acaba de publicar en Barcelona una traduccion de la obra *San Vicente de Paul y su mision social*, por Arthur Loth, á que el traductor, D. B. Feliú y Perez, ha puesto sus notas, defendiendo la tesis española, estimulado por los grandes vacíos que los franceses no han podido llenar, en favor de la suya, para destruir las buenas razones que abonan aquellas.

Desde luego, no es muy exacto que se acabe de publicar un libro que data ya de 1887, y un tanto reparable que habiéndose impreso á fin de 1888 otro más extenso acerca de la cuestion, por haberse dedicado enteramente á ella, en el cual se encuentra reunido en veinte y nueve proposiciones todo cuanto se ha dicho y escrito acerca de la tradicion española, no se haya fijado principal y casi exclusivamente en él Mr. Pémartin, para aceptar y resolver de frente todas las cues-

tiones, tan razonablemente expuestas y tratadas con la más exquisita templanza por el catedrático de Zaragoza, atento sólo á buscar la verdad, lejos de su enemiga la pasion.

El reverendo Padre francés sabrá por qué no lo ha hecho y se ha contentado con decir al final que el último libro español es la repeticion de las afirmaciones y negaciones del Sr. Feliú, con cuatro variantes á que contesta brevemente con lo que tambien llama *cuatro palabras*.

No, Mr. Pémartin: los bien meditados razonamientos del Sr. Hernandez y Fajarnés no se contestan ni sus dificultades se resuelven en tan pocos vocablos. Los amantes de la verdad quedan poco satisfechos con esa brevedad que no corresponde al detenimiento y parsimonia de un libro concienzudamente escrito, cuyas conclusiones, con mayor amplitud expuestas que pudieron serlo en el apéndice del Sr. Feliú, no se destruyen de ese modo. Habrian deseado más, bastante más para considerar refutado el libro, y puesto en claro lo que se supone erróneo. De otro modo es imposible, sin manifiesta pasion, fallar en su contra.

No cabe aquí puntualizar todo lo que se alega de una y otra parte, ni es nuestra mision tomar la voz de los Sres. Feliú y Perez, y Hernandez y Fajarnés, para contestar á su impugnador, éste ú otro, cuando se crean en el caso de hacerlo. Espectadores imparciales de la lid, sólo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del concepto que nos merece, tal como la presenciamos.

Pero últimamente, ¿por qué se discute tanto? ¿por qué no se destruyen las razones españolas? Digámoslo de una vez, repitiendo lo que dejamos indicado: porque no hay partida de bautismo de san Vicente en la parroquia francesa donde se le supuso nacido, llevados los que lo creian, de que allí le conocieron desde joven, y nada más; y porque la falta de esta partida en una época relativamente moderna, como lo es el año 1576, no tiene explicacion, como, sí, la tiene en Tamarite con el incendio y destruccion de la villa y de la iglesia por los mismos franceses en 1642.

Es más: el Santo tuvo dos hermanos y dos hermanas: ¿por qué no se han buscado y traido ya de la parroquia de Francia sus partidas, ó la de alguno de ellos que fuese mayor que san Vicente, para dar una prueba de induccion siquiera, á falta de la directa y principal? Este es un nuevo vacío que no hemos visto indicado y que tampoco se llena, saliendo de él otra prueba contra la afirmacion francesa.

Se copian las letras de su ordenacion, en que se dice: «Vicente de Paul, de la parroquia de Pouy,» y otros documentos en que tomándolo de estos se repite; pero en ninguno de ellos se dice «*nacido* en la parroquia de Pouy,» y claro es que eso todo lo que significa es que era feligrés de ella. Aunque se dijera *nacido*, no pasaria esto de ser una afirmacion sin apoyo en el debido justificante.

En puridad, todo lo que hay de fundamento, respecto de la patria francesa, es que ocho testigos se la atribuyeron en el proceso de la beatificacion 130 ó 140 años despues que nació, testigos que no pudieron ser más que de referencia y que desconocieron seguramente los motivos en que hoy se apoya la opuesta creencia. ¿Y será semejante testimonio verdadera prueba que cierre la puerta á otras en contrario, tales como la de constar en los Estatutos de la Universidad de Zaragoza, la de reconocerse sin contradiccion que á sus aulas asistió en sus juveniles años, la constante tradicion de Tamarite y de los que se tienen por parientes suyos, y otras y otras que lo corroboran y en cuya numeracion no podemos detenernos?

Respondan por nosotros los lectores, sean franceses ó españoles.

(La Semana católica).

NAPOLEON

La Providencia, que dirige por los cielos el curso de las estrellas en bellísima ordenanza, cuida tambien, en lo secreto del valle, de la más humilde hierbecilla. Y en todo es admirable y santa, y en todo es digna de las bendiciones de los hombres.

Tan presente está á sus ojos el malhechor que en las tinieblas de la noche baña con sangre un camino solitario, como el conquistador brillante que alzado en medio de cien pueblos sueña ser omnipotente, porque le rodea el asombrado silencio de la servidumbre. A veces, sábia en todo la Providencia, permite prosperar á los malos para premiar quizás en ellos alguna chispa de virtud, y abate á los justos para que la suya, en medio de los combates, se avigore y florezca más hermosa. Pero al fin, llena la medida de su indignacion, ó cumplidos los planes de su saber, descarga sobre la cabeza de los impíos sus golpes inevitables, y los entrega á la eternidad, á quien tiene encomendada su justicia.

Igualmente poderoso muéstrase Dios haciendo caer al pequeño que derrocando al exaltado; pero á nosotros, frágiles mortales, parécenos que despliega más grandemente su poder cuando súbito golpea las cabezas coronadas, ó rompe la espada en manos del guerrero que llenaba al mundo con su nombre. Así, tras negra tempestad, salimos á veces á recorrer los campos asolados, y pasamos indiferentes por delante de los troncha-dos arbustos; mas si por ventura vemos destrozado y caido el pino corpulento, nos detenemos entonces con asombro, y nos parece comprender cuál debia ser el ímpetu del huracan que derribó por tierra la gala y el orgullo de la montaña.

Estos espectáculos, que la Providencia da al mundo para obligarle á levantar los ojos al cielo, siempre ocuparán poderosamente el pensamiento de los hombres, pues por una parte la dignidad de su origen les mueve á emplearse en la contemplacion de las cosas elevadas y dignas de él, y por otra la fragilidad de su sér, como que les inclina á consolarse de su miseria con la vista de tan grandes y elocuentes ruinas.

¿Quién fué el hombre que con prodigios de genio y de valor echó de su frente el gorro de revolucionario para ceñirla con la diadema de rey, y embriagando de gloria á una grande nacion, precipitóse sobre los pueblos atónitos, y holló los mantos de sus monarcas, y repartió las coronas de ellos entre sus amigos?

A este hombre no le vencieron los hombres; Dios reservó á su ira el derribarle. En medio estaba del ejército más brillante que ha visto el sol, y su nombre valia más que el ejército; callaba Europa delante de él; huian sus enemigos, estremeciéndose; el mundo se resignaba ya á la esclavitud... Pero Dios mandó al invierno que se adelantase... ¿Dónde está el héroe? ¿Dónde el grande ejército?

En una isla miserable, echada á dos mil leguas de Francia, en medio del Oceano, era poco despues esclavo aquel hombre, y era esclavo de un desalmado, mercenario de la más vengativa nacion. Aguila imperial aprisionada en jaula indigna, sin aire siquiera para respirar, ni aun defenderse podia de la caña infame con que golpeaba su coronada cabeza la cruel y orgullosa cobardía de una imbecil criatura.

Poco tiempo despues, en medio de los clamores de una tempestad, exhaló un suspiro que hizo descansar al mundo.

Al saltar en la arena de aquella isla, divisaba no há mucho el viajero una pobre verja de hierro que ceñia un estrecho recinto; en medio de él un sauce; á la sombra del sauce, una losa que apenas se levantaba de la tierra... ¡Losa menguada que pudiera afrentar las cenizas de un usurero!

La Guardia imperial y los arrogantes mariscales de Francia no se veian por allí; no ondeaban, brillando á la luz del sol, las banderas desplegadas; ni el relinchar de los caballos, ni el estampido de los cañones atronaba. Solo el mar rugia en derredor de aquel sepulcro, imagen de la borrascosa grandeza de quien allí dormia; de quien con sólo menear su cabeza hiciera temblar, á dos mil leguas de distancia, á todos los reyes de Europa.

Despues, hombres pequeños, que cuando el grande hombre mandaba vender su vajilla, no le ofrecieron un óbolo siquiera, acusaron á Francia de ingrata para con unas cenizas inmortales; y Francia, que vedaba hasta pisar su suelo á los príncipes que llevaban el nombre con que se gloría, envió sus bajeles para recogerlas, y las paseó en triunfo y colocó en sepulcro magnífico, bajo las bóvedas de uno de los más bellos santuarios del universo.

Lo que hay de más grande en aquel sepulcro es una señal, que en él verán siempre los hombres, indestructible, eterna.. Dejóla estampada allí para siempre la mano de Dios.

Antonio Aparisi y Guijarro.

NOTICIAS VARIAS

El fervoroso católico D. José María Clarós ha fallecido en su magnífica posesion, denominada *La Victoria*, situada cerca de Llerena, provincia de Badajoz, y se dice ha dejado como heredero universal de todos sus bienes á Su Santidad Leon XIII.

Los periódicos de Madrid dan cuenta de la llegada de la embajada marroquí á dicha capital. Compónese de 31 individuos, y muchos de ellos han viajado por Europa en distintas ocasiones.

Llámase el embajador el Hadj-el-Maati-benabd-el-Kebir-el-Mesamsi. Su padre fué ministro de Hacienda del sultan. Es alto personaje de la Corte jerifiana, dueño de grandes territorios, señor de muchos vasallos y esclavos, y puede disponer entre unos y otros de 2,000 hombres de armas, la mayor parte de caballería.

Representa unos sesenta y cinco años, y su estatura es elevada. Viste de blanco.

El primer secretario, que lo es tambien del sultan, se llama Sed-Hamed-el-Kerdudi-el-Saqui (el literato). Posee varios idiomas.

El segundo secretario es el amin (el administrador de la embajada). Llámase El Hadj-(el peregrino de la Meca) Mohamed-ben-el-Madani-ben-Nis. Es hijo de otro ministro de Hacienda marroquí.

Completan la embajada cinco alcaides (oficiales de caballería), y dos imanes ó sacerdotes, un secretario particular del embajador, un intérprete francés, y otro de español, que se llama Hadje Mohamme.

Sin caracter oficial acompaña á la embajada Sid-Mohamed-el-Ilahi, joven de veinticuatro años, enviado del embajador.

Entre los soldados que acompañan á la embajada se halla Hadje-el-Madani, hombre hercúleo, de edad avanzada y que conserva una extremada agilidad y una fuerza temible.

Algunos misioneros católicos han salido en direccion del Sur Méjico con objeto de intentar la conversion de una tribu de 25,000 almas que mora entre los límites de Campeche, Italico y Tabasco. Créese que dicha tribu conserva las antiguas prácticas religiosas, entre ellas los sacrificios humanos, y que en medio de las selvas donde habitan se encuentran poblaciones y templos como los vistos por los españoles en tiempo de la conquista.

El Papa ha enviado una felicitacion al cardenal Manning por el éxito obtenido al intervenir en el asunto de la huelga de obreros de Londres, que fué durante algunos dias el temor de los habitantes de la capital del Reino Unido.

Digna de alabanza es la conducta seguida en esta ocasion por el insigne purpurado que, con celo apostólico, ha intervenido felizmente en las disensiones habidas entre los obreros y

NAPOLEON MORIBUNDO (ESCULTURA DE VELA)

los patronos, haciendo contrastar su vivo interés y amor por las clases trabajadoras con la indiferencia del Obispo protestante.

Algunos periódicos ingleses, para rebajar el mérito alcanzado por el cardenal Manning con motivo de la huelga de Londres, dicen que no es de admirar el resultado de su intervencion, porque las tres cuartas partes de los obreros eran católicos. El *Pall Mall Gazette* dice que «esto no era cierto ayer; pero que podrá serlo mañana.»

Estas confesiones de los mismos protestantes prueban los progresos del Catolicismo en Inglaterra.

Los PP. Benedictinos de Monte-Casino han establecido una obra magnífica en Nápoles. Es ésta una escuela de mosáico, destinada á formar en ella hábiles artistas para las obras de mosáico, no sólo para conservar y reparar las antiguas que adornan iglesias y palacios en Italia, sino para continuar la tradicion de obras que parecen localizadas en aquel hermoso país. Mas no se limita la obra de la religion benedictina a la conservacion é incremento del arte; tiene un objeto primordial de caridad, pues por su Reglamento ha de escoger los aprendices en los hijos de pobres, á los cuales, á la vez que enseña los principios del arte, los enseña tambien á serbuenos católicos, y, como consecuencia, ciudadanos honrados, promoviendo así la religion, el progreso y el trabajo.

Ha empezado á regir en España el nuevo reglamento de correos, cuyo conocimiento es de suma utilidad. En él se suprime la devolucion de los sobres de la correspondencia certificada y se establece en cambio el «Aviso de recibo» firmado por el destinatario; para ello se entregará en la oficina un sello de diez céntimos. A la correspondencia falta de franqueo se la dará curso, obligando á quien vaya dirigida á poner los sellos correspondientes. Se permite recoger las cartas puestas en el correo antes que lleguen á manos del destinatario, y puede dárseles otra direccion. Respecto á los valores, puede remitirse hasta la cantidad de 10,000 pesetas.

La suscricion abierta en Bélgica y en el extranjero en favor de las víctimas de la catástrofe de Amberes ha alcanzado ya la suma de 400,000 francos y no tardará mucho en llegar á un millon. El emperador de Alemania ha hecho, como Su Santidad, un donativo de 10,000 francos. Si se considera que Leon XIII es un soberano despojado de sus Estados y que no tiene otra lista civil que la caridad de los católicos, ó sea el dinero de San Pedro y las fundaciones que hasta ahora se han librado de la incautacion revolucionaria, la ofrenda del Papa excede de mucho en generosidad y en munificencia á la del opulento y poderoso César prusiano.

La Santa Sede ha decretado la celebracion de un concilio nacional en el Japon para el mes de Marzo de 1890. Este concilio se compondrá de todos los delegados apostólicos, de todos los vicarios y de todos los misioneros de aquella provincia eclesiástica. Será el primer Sínodo de dicha comarca. La Propaganda ha elegido la fecha de Marzo de 1890, porque el año próximo será el 25.° aniversario del descubrimiento por los misioneros de una cristiandad japonesa que, sin sacerdotes y sin obispos, había conservado toda la fe y el rito católicos. El Soberano y el Gobierno del Japon dejan en absoluta libertad á las Misiones.

Los periódicos de Nápoles refieren que el 20 del pasado, una inmensa multitud, en la que había algunos extranjeros, se agolpaba en el recinto de la Catedral para asistir al milagro de San Genaro.

La preciosa sangre del patron de la ciudad se encontró sólida, como de ordinario, y se expuso seguidamente á la veneracion de los fieles. A los veinticuatro minutos se produjo el milagro de la licuefaccion, siendo extraordinario el regocijo que produjo en el pueblo tan sorprendente, bien que repetido milagro.

Ha ingresado en el seno de la Iglesia católica, recibiendo el santo Bautismo, el ilustrado y furibundo rabino Acher Angel Perlt, á quien logró convencer de la verdad de la doctrina, despues de largas controversias, el digno sacerdote, profesor del Seminario de Sevilla, D. Juan Sorra y Queralt.

Cuando los Estados Unidos proclamaron su independencia hace un siglo, contaban apenas con 30.000 católicos en una poblacion de cuatro millones de almas. El presente año hay 8.157,676 católicos en una poblacion de 64 millones de almas.

En 1800 se hizo una suscricion para constituir en Boston el primer Centro Católico. Hay ahora en la Nueva Inglaterra un Arzobispo, 6 Obispos, 912 Sacerdotes, 816 iglesias y 1.121,000 fieles.

El Concilio de Baltimore ha prescrito la fundacion de una escuela en cada parroquia.

El Catolicismo, como se ve, hace grandes progresos en los Estados Unidos, lo mismo que en Inglaterra.

Segun noticias de América, en Agosto último se descubrió una formidable conspiracion contra el general Tages, presidente de la República del Uruguay.

Merced á ciertas confidencias la policía llegó á sorprender en el patache *Sarmiento* una caja conteniendo sustancias explosivas destinadas á la voladura del palacio presidencial.

Se cree que esta conspiracion fué preparada por el Club oriental de Rio de la Plata.

Las autoridades hicieron varias pesquisas, dando estas por resultado el que dos fabricantes del Rio de la Plata declarasen haber fabricado, uno de ellos 400 bombas de nitroglicerina, y el otro 200 más de la misma sustancia.

Además la policía llegó á apoderarse de 78 bombas de dinamita.

Los protestantes alemanes, en vista de los progresos que el Catolicismo hace en aquel Imperio, y ante el temor de que el partido católico obtenga gran preponderancia en el Parlamento aleman, están organizando una verdadera cruzada para combatirle.

Al efecto, preparan la reunion de Congresos y reuniones á los cuales contestarán los católicos, multiplicando los suyos y presentando auditorios más compactos y numerosos.

Se está fundiendo en Annay una enorme campana que pesará nada menos que 16.000 kilógramos. Se llamará la *Saboyana*, y está destinada á la basílica del Sagrado Corazon en Montmartre. Esta campana se construye por medio de una suscricion pública en Saboya, y merced á la iniciativa de Mr. Lullieux, Arzobispo de Chambery.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 10

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *dos* jugadas

SOLUCION DE LA FUGA DE CONSONANTES DEL NÚM. 94

La riqueza que me queda
no temo que me la roben;
es una conciencia limpia
y un buen sueño por la noche.

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) | BARCELONA 26 DE OCTUBRE | SÉRIE II.—NÚM. 96

ESTATUA DE SAN TEODORO

SOBRE UNA DE LAS COLUMNAS DE LA *PIAZZETA* EN VENECIA

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Luperzio.—*Revista de Roma*.—*La Revolucion del 89* (conclusion).—*La cuestion romana*. VI.—*Cervantes*, por el P. Jimenez, escolapio.—*Los Principados danubianos*: I, Bosnia; II, Herzegovina.—*La canasca* (conclusion).—*La costumbre vence á la naturaleza* (continuacion) por el P. Franco, S. J.—*La montaña* (poesía), por Valentin Gomez.—*Las visitas* (cuadro al vivo).—*Noticias generales*.—*Necrología*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Estatua de san Teodoro sobre una de las columnas de la *Piazzetta* en Venecia.

Mirabeau (Gabriel-Honorato Riquetti, conde de).—«Ese hombre funesto figura en primera línea en la historia de la Revolucion francesa, de la que se constituyó al principio el más ardoroso promotor. El dia 17 de Junio de 1789 cuatrocientos ochenta miembros del Tercer-Estado declaraban representar ellos solos la Francia, y que los otros setecientos veinte diputados no tenian derechos comparables á los suyos. Ellos decidieron que los Estados generales se denominasen Asamblea Nacional. El 22 de Junio el Rey anuló esta deliberacion y ordenó á los diputados que se retirasen á sus salas respectivas.

»Pero despues de la partida del Rey, de la Nobleza y de la mayor parte de los representantes del Clero, los diputados que habian proclamado la Asamblea nacional permanecieron inmóviles en sus puestos. En vano el marqués de Brezé, maestro de ceremonias, recordó las intenciones del Rey.—«Estamos aquí por la voluntad del pueblo (clamó »Mirabeau), y no saldremos de aquí sino por la fuerza de »las bayonetas.» Pero añadió á media voz:—«Y si vienen »las bayonetas... pués, ¿para qué os quiero?»

»Así comenzó la Revolucion, muy tanfarrona, habiendo efectivamente enseñado siempre la espalda á cuantos le han hecho cara resueltamente, ante Bouillé y Barras como ante Bonaparte, y capitulado ante los vendeanos y los bretones, como en las jornadas de Thermidor, de Germinal, de Prairial y de Brumario.» (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

Mirabeau nació en Bignon, cerca de Nemours, en 1749; y murió en Paris en 1791.

El abate Siéyès.—«Siéyès completaba la trinidad de los que iniciaron la Revolucion. Mirabeau fué el tribuno; La Fayette el soldado; Siéyès el doctor. Condensó en una fórmula práctica las vaguedades de Juan-Jacobo Rousseau. Esta fórmula abrió en el dique del Antiguo Régimen una brecha por la que se precipitó la oleada de utopías amontonada hacia cincuenta años por los filósofos, los francmasones, los ambiciosos, los entusiastas, los disolutos y los parlanchines. La carrera de este Padre ilustre del 89 es típica: comienza por un folleto y acaba por un nombramiento de par. 1789 le encontró canónigo: 1815 le mostró conde. Conocido es el título de su famoso folleto: *¿Qué es el tercer-estado? ¿Qué debe ser? ¡Todo!* Y el todo fué él. Fué el Tercero encarnado, fué constituyente, convencional, diputado de los Quinientos, embajador, director, cónsul, senador, conde, miembro del Instituto, gran oficial de la Legion de Honor, gran Cruz de la Orden de la Reunion, par. Serlo todo es lo que Siéyès y muchos de nuestros Padres del 89 llamaban Revolucion. No era de este parecer Robespierre, que envió á la guillotina á muchos de ellos; ni Napoleon, que envió casi todos los restantes á su Senado ó á su policía. Como Siéyès habia sido en realidad muy poderoso, y durante mucho tiempo un *director de conciencia política* para los hombres parlamentarios de la República, Napoleon procuró muy especialmente deshacerse de él: despues de nombrarle senador y conde, ofrecióle una casa de campo que el fogoso demócrata recibió con entera gratitud y que le permitió ser un realista consumado bajo la Restauracion.» (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

Bailly.—«Sabio ilustre, escritor elegante, tuvo la desgracia de caer en el filosofismo, donde le persuadieron que reunia todas las cualidades apetecibles para trabajar en la reforma del Estado y de la humanidad. La vanidad, que era su gran defecto y que él llevaba hasta el candor, le persuadió que, en efecto, era un grande hombre de Estado. Fué uno de los corifeos de la Revolucion, que no tardó en ridiculizarlo bajo el nombre de M. Coco. Por otra parte su firmeza igualaba á su pedantería. No debe olvidarse que entre los testigos llamados á deponer contra la Reina fué el único en declarar falsas las acusaciones que sobre ella se hacian pesar. Sabido es con qué refinamiento de crueldad le hicieron morir sus hijos los revolucionarios y con cuánto heroismo sufrió su prolongado suplicio.» (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*.)

Tipos de la infancia.—Célebre grupo escultórico de Héctor Ximenes.

Arranque y parte superior de la torre del Salvador en Teruel.—Fué edificada esta torre en el siglo XIII, á expensas de la Comunidad de parroquias, como su hermana la de San Martín. Presenta, en sus cuatro costados, multitud de compartimientos, cornisas, frisos y sobrepuestos, bordados con toda la pureza y exquisita prolijidad de las arabescas labores que le adornan. Ojivos arcos, formando una especie de galería que sustenta otros menores de forma tambien arábiga, dánle una esbeltez y ligereza de construccion admirables. Sus azulejos esmaltados de vivos colores y el tono gris y rojo de sus ladrillos le dan la apariencia de un gran tapiz suspendido en el espacio, que sirve de colgaduras y adorno á la entrada de la ciudad por aquella parte.

Puerta de San Francisco en Teruel.—Fundado el convento de San Francisco en 1217 por fray Juan de Perusia y Pedro Sassoferrato, que vinieron de Italia, fué edificando en una ermita de San Bartolomé, que les cedió el Consejo de Teruel. Tanto incremento tomó esta religiosa casa, que en 1225 hubo necesidad de agrandarla, y en 1309, no siendo suficiente tampoco, el Arzobispo de Zaragoza, D. García Fernandez de Heredia, la reedificó y agrandó á sus expensas, construyendo tambien su magnífica iglesia, de estilo gótico florido.

Cañon de 32 centímetros del acorazado PELAYO.—Tiene 49 toneladas de peso, su sistema es de Hootoria, y fué construido en Trubia, donde se hicieron las pruebas. Con el proyectil perforante de acero, de 480 kilógramos de peso, y cargando el cañon con 220 kilógramos de pólvora prismática parda, de la fábrica Santa Bárbara, de Lugones, se obtuvo una velocidad inicial de unos 600 metros por segundo, con presion que no llegaba á 2,000 kilógramos por centímetro cuadrado.

El poder perforante del proyectil llega hasta poder atravesar de parte á parte, si el choque es perpendicular, una plancha de hierro forjado de 80 centímetros, á corta distancia de la boca; de 76, 73 y 66 centímetros, á las distancias de 500, 1,000 y 2,000 metros. Si el choque fuese oblícuo, formando la direccion del camino recorrido por el proyectil un ángulo de 30° con la perpendicular á la plancha, el espesor de la que podria atravesar seria de 64 centímetros en la boca, de 61, 58 y 53 centímetros á las mismas distancias de antes: 500, 1,000 y 2,000 metros.

En pruebas sucesivas se pensaba elevar la carga de este cañon á 230 ó 240 kilógramos de la misma pólvora parda, y se espera obtener, sin esfuerzos excesivos contra la pieza, una velocidad inicial del proyectil perforante de 625 metros. Si se consigue esto, el efecto será mucho mayor, y entonces se podrá batir á los buques más resistentes, aunque se presenten en direccion oblícua.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Moros y cristianos.—Prosperidad del comercio

La llegada de la embajada marroquí ha sido casi un acontecimiento para el pueblo curioso y holgazan, que no pierde un espectáculo gratis.

Este pueblo, que tanto abunda en esta gusanera que se llama la Corte de España, acude en tropel á la fonda de Rusia, donde se hospedan los moros, como las moscas á la miel, esto es, como acude á todas las exposiciones, fiestas y zambras que no cuestan un céntimo.

Y de tal manera se ha encaramado sobre los moros, que éstos, aunque puedan pasar por modelos de paciencia, han tenido que mandar poner un rótulo á las puertas de la fonda en que se lee: *No se permite la entrada*.

Pero el pueblo errabundo y chungon se instala en la puerta y espera su salida para verbenear en torno suyo con una tenacidad diabólica y acosarlos, estrujarlos y jorobarlos, perturbando la digestion de las tres mil pesetas diarias que se comen y se beben.

Porque ya está averiguado que no son mil y quinientas, como se habia dicho, sino tres mil, inclusos en ellas todos los gastos de pupilaje.

Y eso que en su comida no figuran aquellos manjares selectos de la cocina moderna europea, en que se contienen las quintas esencias de las sustancias más exquisitas. No; para estos caballeros de turbante y babuchas están de más los faisanes, la trufa, las natas, las espumas y los pescados más estimulantes. Buen carnero, buena gallina, buen pollo, huevos frescos, leche, frutas y alguna golosina bien dulce, nada de vino y muchas abluciones, hé aquí el *menú* cotidiano de su mesa. Y á pesar de ser tan sobrios todavía se comen doce mil reales diarios.

La embajada no nos sale barata, pues, como es sabido, corre su gasto por cuenta del rumbo español, que tiene un bolsillo sin fondo; pero eso y mucho más se merecen esos pobrecitos moros, que si bien de tiempo en tiempo desbalijan y roban nuestros barcos, pisotean y ensucian nuestro pabellon y reciben á tiros á nuestros parlamentarios, llevándose cautivos á los españoles que pueden, cuando vienen á Madrid las pagan todas, comiendo y bebiendo á nuestras expensas algo mejor que debe comerse en Mequinez y Fez y sus arrabales.

Ello es verdad que no hay atajo sin trabajo, y el oficio de embajador marroquí en Madrid tiene sus quiebras, aunque esté bien mantenido y condimentado.

Porque tener que sufrir las visitas del público liberaizante, maleante y curioseante que acude á ver á los plenipotenciarios como acude á ver al *hombre-serpiente*, á la *mujer-tigre* y al *traga-paraguas* de los circos ecuestres, no deja de ser penitencia.

Dias pasados iban un puñado de moros por la calle de Alcalá escoltados por un batallon de chicos, de estos que en la cárcel de hombres se apellidan *micos* y fuera de ella cualquier cosa, porque son todo lo malo que se puede decir y pensar, y... verán Vds. lo que hicieron con los espantados marroquíes.

Se proveyeron de cañas largas aguzadas de punta, y con ellas se entretenian en ir haciendo cosquillas en las orejas á los pacientes embajadores.

El martirio bien merecia un platonazo de carnero verde.

Preguntados los granujas por qué hacian aquello, respondió uno echándola de gracioso:

—Por lo de Alhucemas.

Y hé aquí lo que somos, que diria el doctor Pandolfo:

Un pueblo muy leido, muy chistoso y muy ocurrente que venga los agravios hechos á su pabellon con el donaire de unos cuantos pillos de plazuela.

Continúa la prosperidad pública llegando al máximum del progreso... liberal.

El comercio se queja de que no vende, tal vez porque no hay un cuarto y tal vez porque hay quien le conoce y no quiere comprarle.

Por lo cual, si no de cuerpo presente, bien puede decirse que está de cuerpo quebrado.

Raro es ya el comerciante que no tiene que valerse de algun aliciente ó estímulo para despachar sus mercaderías.

El regalo, importacion extranjera del comercio, es el engaña-bobos de que se sirve para dar salida á sus géneros.

Las tiendas de chocolate aparecen inundadas por verdaderos aluviones de cromos franceses, de colores tan rabiosos y chillones que no hay más que pedir.

Por cada libra de chocolate se da un pliego de cromos, y dicho se está que la compra de aquel artículo corre á cargo de la familia menuda de las casas, quiérese decir de los niños, que se despepitan por formar colecciones de soldados franceses, de color de curda y de otros colores.

Si bien se mira, esta prodigalidad no corre á cargo del comerciante, sino del peso y calidad del artículo, por lo cual está claro que la costea el consumidor.

Tenemos ya comercios en que se sirve á las señoras refrescos, dulces y pastas, y si las apura mucho la necesidad, café con tostada.

La tostada sobre todo no les falta nunca, sea de una ó de otra manera.

En todas las esquinas de Madrid ha aparecido un cartelón en el que se lee:

TEATRO PARA TODO EL MES

LA EMPRESA

THE NORTH AMERICAN LANDRY

regala una butaca para cinco teatros á todos los clientes que hagan cinco pesetas de gasto en su industria de lavado, cuyas tarifas son ya de por sí las más reducidas de las de su clase.

Con tales primas y arrequives imposible parece que el comercio no esté en el apogeo de su prosperidad, y que no entren por sus puertas abundantes ríos de oro y plata.

Pues, con todo, no faltan doctores en liberalismo que aseguran que está pereciendo.

Lo cual debe de ser verdad á juzgar por las tiendas que anuncian su liquidacion y bancarrota y por las que la practican á la sordina, sin emociones ni reclamos.

En la Puerta del Sol pululan á todas horas verdaderas miríadas de comerciantes menudos que suplican al transeunte les compre sus baratijas por amor de Dios, esto es, de limosna.

—Señorito, cómpreme V. una caja de fósforos para ayuda de un panecillo.

—Señorito, cómpreme V. un llavero por amor de Dios.

—Señorita, cómpreme V. un papel de agujas ó alfileres, que hoy no me he *desayunao*.

Tales son los cánticos.

Se compra á estos buhoneros ambulantes cualquier objeto que vale cinco céntimos, y al pagárselo dicen en tono agradecido:

—Dios se lo pague á V.

De modo que ya es un hecho positivo que el comercio en Madrid pide limosna.

Cuando no pide un juez que presida el concurso de sus acreedores.

Y hé aquí lo que han dado de sí los arroyos de leche y de miel que prometió el liberalismo en los albores de su infancia y de su juventud.

Despues de más de medio siglo de ensayos y ejercicios progresistas, hemos sacado en limpio que el comercio ha tenido que desembozarse majestuosamente y echarse á la calle tendiendo una mano al transeunte para pedirle limosna por la sencilla razon de que no hay quien compre, esto es, por la sencilla razon de que no tiene que comer.

Y lo más donoso de todo es que, aunque nos coge de los piés al colodrillo la sarna liberal que produce este orden de cosas, todavía decimos que no pica.

Pero á bien, á bien que ya nos hemos quedado sin pellejo de tanto rascarla.

LUPERCIO.

Madrid, 20 de Octubre.

ROMA

Los dos acontecimientos notables del dia en Italia son: el discurso político pronunciado en Palermo, en un banquete parlamentario de 450 cubiertos, por el primer ministro Crispi, y el protectorado de Italia sobre Etiopía.

Al tan esperado discurso de Palermo asistieron muchos senadores, diputados y los síndicos (alcaldes) de Roma, Palermo, Nápoles y de algunas ciudades de Sicilia. Ha sido de notar, sin embargo, que los más conspicuos y autorizados políticos se han abstenido de tomar parte en aquel descomunal banquete, excusándose de varios modos.

El discurso de Crispi fué muy largo: duró cerca de dos horas.

El telégrafo lo comunicó enseguida íntegro á toda Italia, y las Agencias habrán hecho lo mismo al extranjero, no sé si con exactitud.

Este discurso ha sido ante todo un panegírico entusiasta que Crispi ha hecho de sí mismo, de su obra y de su política interior y exterior, lo cual está perfectamente conforme con la índole, vanidad y caracter de este ministro teatral, segun lo ha definido á las mil maravillas el artículo de la *Contemporany Review* atribuido á Gladstone.

Lo restante de la perorata es una larga tirada de retórica, pero de una retórica jacobina, ó peor aún, sobre todo en lo tocante á la Religion, á la Iglesia católica y al Papa.

El discurso fué nada más que friamente aplaudido por los convidados, á pesar de lo calamocanos que estaban por haber bebido los mejores vinos de Sicilia y sendos tragos de Champagne. Pero en cambio estalló una salva ruidosa y prolongada de aplausos cuando Crispi, al tratar de la cuestion económica, prometió (no sabemos si podrá cumplirlo) no imponer nuevos tributos.

Lo cual no importará para que crezcan como la espuma los gravosísimos que á la sazon existen; porque tal es la maniobra del liberalismo: la sofisticacion más ó menos habilmente preparada y seguida.

Todos los telegramas de Palermo están contestes en afirmar que los 450 comensales recibieron con la mayor frialdad la parte del discurso referente á la política de Italia en África.

El Gobierno habia querido sorprender agradablemente á los italianos, aturdir á los extranjeros y lisonjear el amor propio de la nacion haciendo anunciar en vísperas del banquete de Sicilia que el Imperio de Etiopía quedaba bajo el protectorado efectivo del reino de Italia.

Pero el golpe de este noticion ha producido un efecto contraproducente. Crispi mismo pudo observarlo en el banquete.

Es proverbial el buen sentido de los italianos. Desde los comienzos de la aventura africana comenzada con la ocupacion de Massuah, todos, sin distincion de partido, la desaprobaron. ¿Qué ha hecho á su vez Crispi apenas llegado al poder?

Anunció al principio que dilataria la ocupacion italiana en Africa. Mientras hubiera sido sólo la posesion de Keren, menos mal. Porque despues de la engañosa ocupacion de Massuah era preciso encontrar allí el modo de que pudieran vivir ó no perecer abrasados por el sol de Massuah, que es llamado «el infierno del Mar Rojo,» nuestros pobres soldados. La posesion de una parte del territorio etiópico se imponia, por tanto, como una necesidad. Pero Crispi ha querido ocupar, además de Keren, Asmara, y ahora, despues de haber pagado á Menelik, bajo la *forma* de un empréstito, *cuatro millones* de francos, extiende la accion de Italia, y hasta el protectorado italiano bajo el Imperio etiópico, para repetir el engaño que ha hecho Francia con su protectorado de Túnez.

El Gobierno italiano ha notificado á todos los Gabinetes de Europa que, según el art. 34 del protocolo de la Conferencia de Berlin, llamada la Conferencia del Congo de 1884, el rey Menelik ha consentido en tratar únicamente por intermedio de Italia todos los asuntos ó negocios que tuviere con los demás Gobiernos.

Es la declaracion oficial del protectorado italiano sobre Abisinia.

Pero el art. 34 de la Conferencia del Congo, invocado por el Ministerio italiano, habla tan sólo de la toma de posesion de los territorios africanos considerados como *res nullius*, y para estos casos precisamente está prescrita en el art. 34 la notificacion á los Gobiernos de Europa por el ocupante.

Tratándose, empero, todavía de un *protectorado de ocupacion*, la cosa podria pasar, tanto más cuanto existe el precedente de Túnez, protegido por Francia.

Falta, pues, que ver: primero, si Menelik será nombrado efectivamente emperador de Etiopía, y será como tal reconocido sin obstáculo por aquellas poblaciones: segundo, si podrá, y hasta qué punto, el Gobierno italiano contar con la fidelidad de los abisinios, la cual hasta ahora no ha brillado por su pureza y sinceridad.

Estas y otras consideraciones son tan fuertes, que con razon apartan á los italianos de todos los partidos de la política aventurera de Africa.—*T.*

Roma, 17 de Octubre.

LA REVOLUCION DEL 89

XIII

Nos es preciso demostrar de qué manera aquellos mal aconsejados confiscadores del 89 han empobrecido la nacion francesa.

A la verdad, así como las grandes injusticias engendran grandes desventuras, así los grandes latrocinios de los Estados, ya sean cometidos por la Monarquía ó por la República, no tienen otro resultado que la decadencia económica, y por fin la miseria pública del pueblo ó de la nacion.

«Lo mal adquirido pronto se pierde,» dejó escrito Apuleyo, y un proverbio dice que «la harina del diablo toda se va en salvado.»

Tal fué la suerte de los bienes de la Iglesia que la Asamblea constituyente puso á disposicion de la nacion.

¡Cuánto mejor hubiera sido decir á disposicion de la gente soez y malvada! Esta masa inmensa de bienes, que se valuaba en no sabemos cuántos millares de millones; que proporcionaba la subsistencia á una inmensa poblacion de eclesiásticos y religiosos de todas las Ordenes y reglas; que constituía el gran patrimonio de los pobres, y, por consiguiente, de los hospitales, hospicios, asilos y sitios destinados á recoger todas las miserias morales, que habian crecido en grandes proporciones bajo el filosofismo torpe y blasfemo; que suministraba abundantísimos medios para fundar y mantener escuelas, Universidades, colegios, bibliotecas, museos, catedrales, santuarios y Misiones en los dos mundos y cosas semejantes; estos bienes, á los cuales todas las artes bellas, sin exceptuar una siquiera, les deben su esplendor, y la Francia aquellos monumentos incomparables que hicieron de ella, despues de Italia, la segunda entre las naciones civilizadas de Europa; toda esta inmensa riqueza, decimos, ¿á qué vino á parar en poco tiempo, y qué ventajas trajo á la nacion que era su depositaria?

La respuesta nos la dan bien clara los panegiristas de la revolucion y cuantos han escrito acerca de aquella desamortizacion odiosa, sublimándola hasta el cielo como un acontecimiento económico de la más grande importancia.

Thiers, el primero que hizo la larga apología de la Revolucion, dice así:

«En 1791 (es decir dos años despues del hecho sacrílego de la Constituyente) las necesidades del Estado habian crecido desmesuradamente; los *asignados* habian perdido su valor; se habia creado el papel sellado y el Registro; pero los ingresos estaban bien lejos de bastar á cubrir los gastos calculados.» Y en otro lugar: «Todas las propiedades estaban amenazadas y ninguna reco-

nocida.» Universal é impune era el latrocinio; dilapidados y dispersos los tesoros de Francia, señales inminentes de la miseria, exagerada en las provincias; estaban armados los que debian pagar los impuestos, y desarmados los que debian hacerlos pagar.

Y esto al cabo de dos años. Pero aun mucho antes de este tiempo, esto es, á poco de haberse declarado bienes del Estado los del clero, y de haber visto rendido ya parte de ellos por valor de 400 millones de francos, ¿qué habia sucedido? Oigamos al mismo Thiers:

«Para que la gran cantidad que se ponia á la venta no abaratase el precio (y lo abarató en efecto), obligáronse los Comunes á comprar los bienes con billetes redimibles, á los cuales se dió curso como moneda. Mas con esto, ni se atendia á las necesidades urgentes del Erario, ni se distribuia la propiedad, ni quedaba satisfecha la justicia.»

¡Demasiado cierto! Cuando la justicia no está satisfecha, cualquiera medida que se tome, aun cuando tenga una apariencia de bien, no trae otro resultado que el de perjudicar á los autores y á los cómplices de la injusticia.

Un año despues, en 1792, el Erario de la República (porque la República se habia proclamado el 22 de Setiembre de aquel año), estaba reducido á tal extremo que el ejército que acaudillaba el general Dumouriez contra los aliados permanecia sin pan y sin vestuario, el pueblo sufria hambre, y en París, como todos los artículos estuviesen carísimos, el Municipio se veia en la precision de comprar para revenderlos á bajo precio, lo cual hacia que desapareciese el grano y afluyeran á París todos los hambrientos de las provincias.

Mientras tanto la plebe pedia que se fijase de antemano el precio máximo de los géneros; pedian pan muchos antiguos criados y servidores de la nobleza, á la razon arrojados en medio del arroyo; se levantaban los acaparadores, los monopolizadores y los mandatarios infieles del pueblo, que perpetraban su delito seguros de la impunidad; se entregaban al saqueo tanto en las ciudades como en las campiñas, y Marat, eco de todo el que supiese proferir una injuria, declaraba que tenian razon, y Robespierre que el pueblo era impecable.

En 1793 las cédulas habian perdido de tal suerte su valor que por un franco efectivo se compraban seis de asignados. ¿Qué hacer para continuar viviendo?

«Fué preciso—dice Blanc—recurrir á medios desesperados y dar valor á las cédulas por medio de artificios sutiles, prefijar el precio máximo de los granos, decretar un donativo de 40 sueldos á los que asistiesen á las Asambleas de seccion y declarar que, siendo

MIRABEAU

pobre la nacion pero ricos los particulares, aquella resultaba deudora de todos; pero con derecho para pedirles dinero, subsistencias y armas á cuantos las poseian.

»Los bienes de los proscritos convirtiéronse entonces en cebo para la avaricia de los de la Convencion, que encontraban una verdadera mina en aquellos bienes.

»*El Comité de Salud pública*, como era llamado entonces el Gobierno del Terror que habia sucedido á la Convencion, fué, por fin, quien presentó el plan de destruir los castillos, iglesias, palacios y villas reales, de cortar con ancho camino los montes de la Corona, de dar aquellos terrenos á los desarrapados, distribuyéndole á cada uno seis yugadas de tierra con obligacion de fabricarse una casa y tomar mujer. De este modo se habia creado una simiente de familias republicanas que hubieran defendido con su sangre las improvisadas propiedades.»

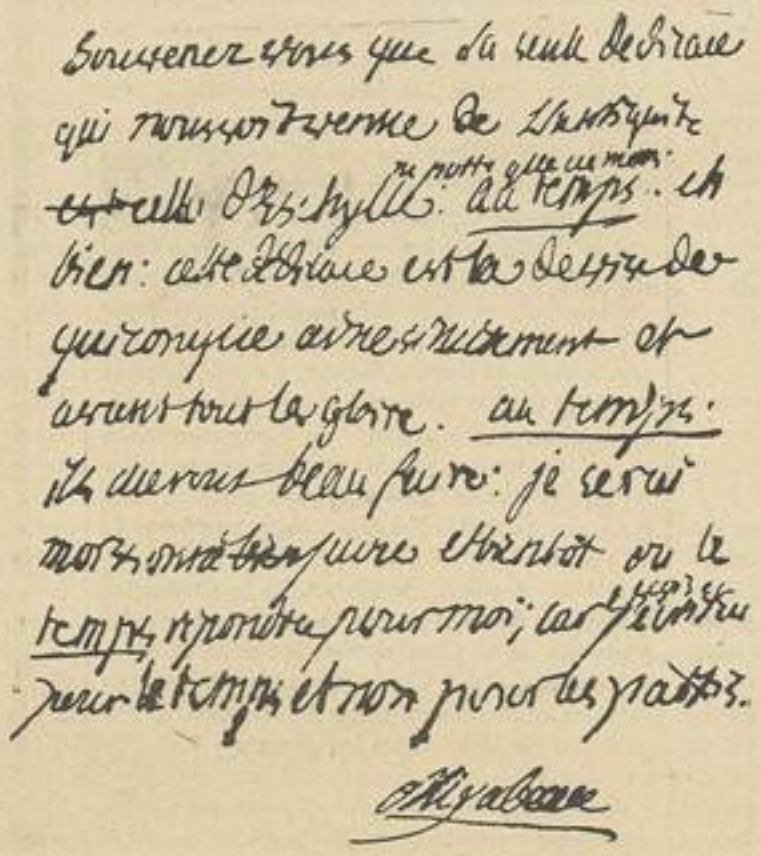
«Finalmente, seis años despues,—escribe Lamartine,—las rentas públicas se habian agotado por completo. El Erario estaba materialmente exhausto; los 20,000 millones de asignados habian aumentado hasta 45,000; los ingresos de París eran, ó dudosos, ó una quimera; nadie queria servir al Gobierno porque desconfiaba de recibir su paga; el ejército estaba descalzo y hambriento; los servicios postales habian desaparecido, y, en suma, reinaba el mayor desorden en todas las dependencias del Estado.

»El Gobierno entonces decretó un empréstito forzoso de 600 millones, ideó arbitrios tanto más infructuosos cuanto más vejatorios eran, y á la postre, no sabiendo dónde chocar, declaró la más espantosa quiebra que hasta entonces habia hecho, reduciendo el valor nominal de los *asignados* al real que entonces tenian.»

Mientras tanto no circulaba el dinero porque no existia; «y las cédulas—escribe Gabourd en su *Historia de la Revolucion y del Imperio*—llegaron á tal extremo de depreciacion, que por un luis de oro daban la friolera de *veintiocho mil* francos en cédulas, y una comida de ocho personas costaba en papel nada menos que *sesenta mil* francos; con tal baratura se adquirian, habiendo llegado el Estado á la más humillante escasez que recuerda la Historia.»

Y en lo tocante á las subsistencias, comenzaron á llamarse á engaño los más avanzados de entre los jacobinos. Un despilfarro tan enorme parecióles todavía una bicoca, y ellos, que habian soñado con la total regeneracion del sistema social, comenzaron á poner en práctica hasta las últimas consecuencias de las premisas revolucionarias.

Con Graco Babœuf, el florentino Bonarroti, que fué jefe de los carbonarios, y otros de su calaña, fundaron la Sociedad del *Panteon* ó de los *Iguales* para encomiar los bienes que se habian realizado durante el huracan revolucionario, predicar la absoluta comunidad de bienes, la igualdad de todos los ciudadanos, que habian de vivir con sencillez, sin el lujo ni la vida muelle de las ciudades, sin discursos en la tribuna ni en el púlpito, sin preeminencias intelectuales ni morales de ningun género, sin distincion de ricos y pobres, grandes y peque-



AUTÓGRAFO DE MIRABEAU

ños, patronos y siervos, gobernantes y gobernados, en una palabra, defendiendo la constitucion de una República de iguales, un gran hospicio para todos, ordenando á la Naturaleza midiese á sus hijos con igual rasero.

Para realizar este paraíso juraron asesinar á todos los miembros del Directorio; proclamar la libertad, la igualdad, la Constitucion del 93, la felicidad universal en suma, apoyando todos estos bellos proyectos con amplias promesas de vitualla, oportunísimas en cuanto se dirigian á un pueblo de hambrientos. Por desgracia fueron descubiertos, metidos en prision, y perdieron la vida en la guillotina.

Fué esta una medida de rigor que consolidó el Directorio, si bien no le libró de la nota de inconsecuente. Porque, en efecto, inconsecuencia era sentenciar á muerte á unos hombres que no querian otra cosa sino sacar las últimas consecuencias lógicas de los principios del 89, y que calificaban á la Revolucion de estacionaria porque veian que los burgueses, al pronto sofocados por los proletarios, tomaban ahora el desquite y trabajaban con todas fuerzas por que volviesen los tiempos del Terror, y enriquecidos con los bienes del clero y de la nobleza, entregábanse de lleno á los placeres.

XIV

Pero ya es tiempo de concluir.

La Revolucion, que representa el predominio de la fuerza sobre el derecho, lejos de corregir los abusos de la propiedad, arruinó la propiedad misma.

Prometió aumentar los bienes de los ciudadanos, y se apoderó de ellos como si fuesen suyos; prometió desarrollar la prosperidad, y engendró la miseria; prometió abolir los privilegios, y creó los monopolios; prometió terminar con el mal estado del fisco y la opresion de los usureros, y dió en cambio la tiranía de los agiotistas; prometió despojar solamente á los ricos, y acabó por hacerlo con toda la nacion.

Despues de lo cual, ¿será hacerle una injusticia decir que fué no menos embustera que ladrona?

Para colmo de desdichas, esta Revolucion, que parecia concluida bajo el imperio de Bonaparte, despues de caido éste se volvió á levantar protegida por la masonería, aliada del judaismo.

Y todavía, al cabo de cien años, oimos repetir el grito de *¡Viva el 89!*, como si un siglo entero de ruinas y desastres no hubiese bastado para persuadir al mundo de que la Revolucion del 89 es la negacion de Dios, de la civilizacion, de la propiedad y de la familia.

(*La Civiltà cattolica.*)

SIEYES

LA CUESTION ROMANA

V

¿Por qué no calla el Papa?

Cosa es tan clara la necesidad del poder temporal y la independencia política del Romano Pontífice para el conveniente ejercicio de su gobierno espiritual, que nadie ni aun sus mismos enemigos lo niegan. Y aun cuando de esta necesidad se infiere cuán legítimas sean las protestas del Papa, no importa insistir en demostrar la oportunidad de que Leon XIII continúe protestando.

Y ante todo es un principio elemental de sentido común que en el orden práctico y jurídico el poseedor de un derechoe no deb dejarlo prescribir con su silencio.

Inspirados los hombres de Estado en esta máxima, siglos enteros están reclamando derechos aun despues de haber perdido todas las probabilidades de recobrarlos.

«Ni se exponen por eso,—dice el folleto,—á caer en el ridículo; que lo imposible de hoy puede convertirse en posible mañana, y una letra de cambio hoy infructuosa puede al día siguiente hacerse muy cobrable.»

Y, en efecto, ¿no se titula el mismo rey de Italia rey de Jerusalen y de Chipre? Pues cualquiera entiende que está mucho más lejos de adquirir esos territorios que el Papa de los suyos.

Figuraos que el Pontífice en sus actos públicos usase el título de rey de las Marcas y de la Umbría; los gritos de los liberales llegarian entonces al cielo. No usa el Papa esa forma irritante de reclamar sus derechos; se contenta con protestar á nombre de la Santa Sede y de la gran familia católica pidiendo una justa reparacion.

—El caso es muy diferente,—dirán,—porque mientras el gran turco ni lo más mínimo se preocupa de las reclamaciones ni del título que ostenta el rey de Italia, á éste le irritan sobremanera las pretensiones del Padre Santo.

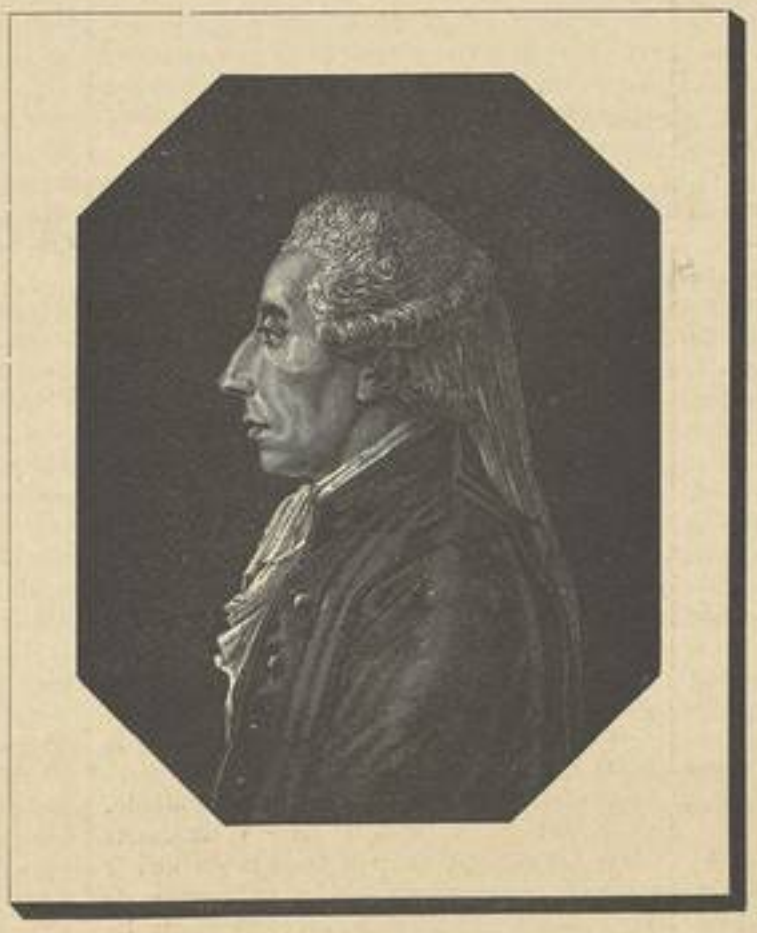
—¿Le irritan?—contestamos.—Pues si así es, significará desde luego que este título del Papa tiene un valor práctico de que el otro está desposeido.

Y siendo esto cierto, claro está que, lejos de callar, tiene Leon XIII la estrecha obligacion de no cejar en sus protestas recordando continuamente á los Gobiernos enemigos ó indiferentes que está viva todavía la *cuestion romana*, é impidiendo con su silencio que los opresores crean que el Papa abdica de sus derechos.

A mantenerlos está obligado además con un juramento inviolable, puesto que el Papa es custodio de los derechos de la Sede apostólica, y ha jurado, y no por mera fórmula solamente, conservarlos en todo su vigor.

Mas aparte del interés práctico que puedan tener esos derechos, si se mira el aspecto puramente espiritual en otra esfera más elevada, todavía aparece más clara la obligacion sacratísima que tiene el Papa de exigir que lo respeten.

Precisamente la Iglesia es una sociedad superior á toda otra sociedad humana, cuya doctrina enseña á los hombres la verdadera libertad de conciencia, que consiste en ir con paso firme por



BAILLY

la senda del deber aun cuando se nos opongan todos los poderes materiales de la tierra, y ejercitar libremente nuestros derechos necesarios para el cumplimiento del último fin, aun á costa de luchas y protestas contra el malvado que intentare impedírnoslos. Por desgracia, hoy los Gobiernos desconocen ó niegan los derechos del individuo bajo la fórmula de la libertad de conciencia, lo mismo que atacan los de la Iglesia valiéndose del subterfugio de que quieren la *Iglesia libre en el Estado libre*.

Pues bien: para que el cristiano no se olvide de los derechos de la Iglesia habituándose á verlos negados y escarnecidos, para que entienda siempre la superioridad de las leyes morales sobre las imposiciones violentas, y aprenda á reivindicar para sí con noble independencia de cristiano todos los derechos que su libertad de conciencia contiene, es indispensable que la Iglesia le dé el ejemplo manteniendo muy altos sus derechos á la faz del mundo entero aun cuando no viese la posibilidad de recobrarlos.

Por otra parte, puesto que el Padre Santo ha declarado que el poder temporal le es necesario para ejercer rectamente su autoridad altísima, nada más lógico que sus protestas para obrar con arreglo á sus mismas enseñanzas. Aquellas le han servido por de pronto para manifestar á los ojos de los católicos del universo mundo que si Leon XIII está prisionero por un Gobierno tiránico y malvado, conserva, no obstante, su entereza de espíritu para reclamar lo suyo. Y bien; ¿hubieran dicho lo mismo los católicos si el Papa hubiese callado?

Y es que ciertos católicos se acostumbran á no mirar la *cuestion romana* más que con relacion á Italia, y la realidad de las cosas exige que se le mire desde el punto de vista de la Iglesia universal. Cualquiera puede figurarse el escándalo mayúsculo que se movería entre los católicos si el Papa, despues de haber enseñado hasta hoy que le es indispensable esa soberanía, implícita ó explícitamente se resignase á la humilde condicion de súbdito italiano.

«Cuando la soberanía temporal del Pontífice haya caido,—escribía Federico II de Prusia á su amigo Voltaire,—entonces habremos vencido y nos veremos libres de cuidados. *Porque ninguno de los príncipes de Europa querrá reconocer un Vicario de Jesucristo que sea súbdito de otro soberano; cada uno tendrá su Patriarca propio, y así se irá poco á poco desgarrando la unidad de la Iglesia, y cada Estado llegará á tener, como una lengua propia, una religion nacional.*»

Despues de todo esto, ¿podrá recriminarse á Leon XIII por su conducta?

La Historia nos ofrece un ejemplo muy parecido. Durante medio siglo estuvieron los Papas de la Edad Media en lucha con los emperadores de Alemania por la cuestion de las investiduras. Y entonces, como ahora, peleaban en contra suya los Príncipes y grandes de aquel reino, y hacian correr la voz de que el Papa era enemigo de Alemania. Es verdad que España, Francia y las demás naciones católicas miraban con simpatía la causa del Pontífice; pero ninguna de ellas le prestó un auxilio eficaz, ni le sirvió de mediador siquiera. Pues bien: los Papas hubieron de sufrir las persecuciones y el destierro; pero al fin la Providencia les deparó la victoria. Los intereses espirituales de la Iglesia universal no podian estar supeditados á los de nacion alguna.

Pero hasta los mismos intereses de Italia como reino político se ven favorecidos con las protestas de Leon XIII.

Podrá sentirse halagado el amor propio nacional con el lugar que las naciones le han concedido á Italia en el concierto europeo; pero cualquiera entiende, á poco que discurra, cuán falsa es la posicion del reino italianísimo. Este con el despojo del Pontífice ha expedido á las demás potencias una *letra de cambio en blanco*, de la que cada una puede disponer á su antojo.

En diez y nueve años que llevamos, si es cierto que el Papa no ha podido recuperar su reino, tambien lo es que Italia no ha conseguido borrar á los ojos de las potencias su condicion de ilegítima. Pues bien; en estas circunstancias Italia tendrá que arrastrarse á los piés de esas potencias para que no le echen en cara su latrocinio, mientras que á éstas, cuando se enemisten con Italia, les costará muy poco recurrir al pretexto de que tienen súbditos católicos que se consideran humillados al ver al Papa, al jefe de su religion, prisionero. Y siempre,—entiéndase bien,—tendrán las demás naciones motivo para declararnos la guerra, y nunca podrá la diplomacia de Italia alardear de independencia en las Cortes extranjeras.

Esa famosa *letra de cambio* hace además que Italia sea el único reino al cual todo el mundo tiene derecho de formar á cualquier hora un proceso por ladron, como á los poseedores ilegítimos.

¿Se comprende ahora que Leon XIII busca el mal de la patria italiana pretendiendo librarla de la pesadumbre de ese recibo en blanco con sus protestas?

¿Pero es cierto que debe callar porque no hay esperanzas de una restauracion de los Estados pontificios?

Las razones hasta el presente aducidas evidencian la necesidad de protestar, aun prescindiendo de la cuestion que se nos propone; mas para justificar más y más la conducta de Leon XIII la examinaremos en el siguiente artículo.

CERVANTES

(Discurso del P. Jimenez, de las Escuelas Pias, en la Juventud católica de Granada).

Perplejo y medroso estoy al pronunciar este discurso en alabanza del príncipe de nuestros ingenios, y no sé por dónde le he de dar comienzo, puesto que por todas las partes por donde intento acometer la empresa, más me parece que han de resultar agravios que no obsequios y honores á Cervantes.

Pero puesto que ello ha de ser por haberlo querido esta Academia, *mortal enemiga mia*, y las ciencias nacen de la voluntad más bien que del pensamiento, allá me meto en la lid, considerando que de todos los aciertos ó desaciertos que yo dijere ninguno podrá venir en más loa de Cervantes que este mismo temor con que los digo; porque no se ha hecho alabanza más grande de la inmensidad del mar que aquella que le resulta de los miedos y zozobras de los que navegan.

Entre los infinitos autores que han escrito así de la vida como de las obras de Cervantes, hallo algunos empeñados en mostrar á la Iglesia católica como enemiga declarada del autor de *Don Quijote*, y para salir airosos de su empeño, que no es otro que el de motejarla como acérrima adversaria de las letras, revuelven muy á su gusto los libros de escritor tan esclarecido, y le hacen ejecutor de tantas venganzas que no parece sino que Cervantes no guardó otro cuidado, al escribir su *Ingenioso Hidalgo* y las demás obras que nacieron de su entendimiento, que ir cobrando en refranes de Sancho, en lanzadas de D. Quijote ó en hurtos de Rinconete hasta las ofensas más veniales de sus prójimos, él que perdonó con magnánima generosidad á sus más fieros y desvergonzados enemigos.

Además, los tales críticos, que más que á ambar huelen á racionalismo, hablan de bandos opuestos que se urden emboscadas y pelean con furor, sin perdonar arma ninguna por innoble y ruin; como si de existir tales partidos no fuera el soldado de Lepanto y el expugnador de Túnez y el apostol de sus cautivos de Argel de las huestes caballerescas y bizarras de la Iglesia.

Pero como el perseguir en todas sus vueltas y revueltas á *amigos* tan declarados de Cervantes seria obra de lidiar con un enjambre de avispas, que pican y vuelan y tornan á picar sin otro fin que el de clavar el aguijon, digo que me parece conveniente usar de la traza de que se valen los generales expertos en el arte de la guerra cuando se ven acometidos de diversas tropas de enemigos, y excitarlos á todos á un solo punto estratégico para concluir con todos en una sola y decisiva batalla.

Y así, á estos falsificadores de la verdad que se atreven á disponer del libre albedrío de Cervantes, despues de tantos años de muerto, para llevárselo á su campo y á sus filas, y formar de sus libros banderas y estandartes contra la Iglesia, les pregunto yo si hay en la vida pública ó en las obras de tan ilustre ingenio cosa contraria á lo que enseña la maestra infalible de la verdad y de la justicia.

Yo sostengo abiertamente que no, y para probar mi aserto divido esta proposicion en dos partes:

1.ª Cervantes fué hidalgo cristiano sin mezcla ni liga de cosa contraria á la fe.

2.ª El príncipe de nuestros ingenios fué en sus libros extremado propagador y mantenedor de las verdades católicas.

Hechos son estos tan claros como la luz del dia, para ver la cual no se necesita de otros telescopios que de nuestros propios ojos abiertos. Pero como la impiedad racionalista ha dado en disfrazarse con nuestras galas y arreos, y ora se viste la túnica de nuestra caridad, y se pasea con ella por circos y teatros, para ser vista de la gente; ora toma en las manos las obras de nuestros santos Doctores y se da aire de alcanzar sus argumentos haciéndoles vasallos de sus mentiras; ora llama hermanos á nuestros genios y se cuelga como propias preseas los lauros alcanzados por ellos en las artes y en las ciencias, es de todo punto necesario salirle al encuentro y desnudar en la calle á esta reina de farsa, que se viste de ajeno y llama harapienta y mendiga á la franca y soberana hermosura de la verdad por ella despojada.

I

Nació Cervantes en Alcalá de Henares, arrullado por las letras, que en todo su brio y esplendor tenian allí doctos oradores en los templos, cátedras sapientísimas en la Universidad, poetas y trovadores en los palacios y en las calles, y estudiantes traviesos y sutiles de ingenio en todo lugar. Nació en aquellos dias de felicísima recordacion, cuando el imperante Carlos V, vencedor en Mühlberg del protestantismo armado, ponia sobre las sienes de la Iglesia los laureles de la victoria, y soldados y sacerdotes, y estudiantes y doctores, y retóricos y poetas, levantaban por todas partes la voz regocijada cantando en diversas formas los triunfos del Catolicismo. Creció tal vez sobre las rodillas de los viejos capitanes conquistadores de Méjico y del Perú, y de los bizarros vencedores de Pavía que, concluidas sus expediciones guerreras, curtidos de heridas y llenos de gloria, tornaban á sus hogares para regalar á deudos y amigos con el recuento de sus hazañas. En esta escuela tengo yo para mí que se

formó el corazon de Cervantes, denodado y generoso, cristiano y emprendedor de todo linaje de heróicas aventuras. En estos textos vivos del valor y de la prudencia, más bien que en libros de caballerías, como quieren determinados autores, formó aquel juicio severo que, madurándose despues con los sucesos de su propia vida, encarnó, por un rasgo de genio, en la ridícula figura de D. Quijote para concluir con las fábulas de los andantes caballeros, remedos del valor y caricaturas del heroismo. Que lo que se aprende y se ama en los dias de la niñez, ni se olvida, ni se odia, ni es objeto de nuestras burlas en los provectos años; antes sus recuerdos nos acompañan durante nuestra vida, nos divierten de nuestras penas, acrecientan nuestros placeres y vienen á ser muchas veces el fundamento de nuestras empresas, de nuestra fortuna y de nuestra fama.

¿Gustais de ver á discípulo de tales maestros dando buena cuenta de las lecciones que ellos le enseñaron? ¿Quereis saber cómo aprendió á amar á su Dios, á dar la sangre por su rey y la libertad por su patria? Pues dejemos al notable gramático Hoyos recabándole elogios por sus primeros ensayos poéticos, á sus críticos quitándole ó poniéndole la ropilla del discreto estudiante salmantino, y al Cardenal Aquaviva pesaroso por la ausencia de su ingenioso doméstico, y vamos á encontrarle en aquella famosa batalla de Lepanto, famosa, no solo por haber sido vencidas todas las fuerzas juntas del Imperio otomano y haberse librado la cristiandad de su ominoso yugo, sino por haber luchado en ella como bueno y derramado su sangre como héroe el príncipe de los ingenios españoles, Miguel Cervantes Saavedra.

De cuya batalla os callaré la descripcion, porque yo tengo para mí que no hay corazon ibero que no haya asistido á ella con el pensamiento, ni la haya dejado de contemplar, no pintada ni escrita con rasgos perecederos y voces desmayadas, sino real, estruendosa y sublime, con los ojos atónitos de la imaginacion, que para representarse sus propios desastres y soñar con sus goces y victorias no ha menester del atrevido pincel de Apeles, ni de la trompa épica de Homero. Allí, pues, cuando el combate arrecia, el peligro apura y la muerte multiplica sus tajos decisivos, en el fondo de una nave que se revuelve sobre las ondas con la propia furia de sus guerreros, yace Cervantes, no abatido por el miedo pusilánime, sino rendido y desmadejado, creo yo que por la calentura del deseo, que codicioso de asistir á tal jornada se la forjó de antemano dentro de su cerebro con toda la horrible majestad de sus heróicos lances y todas las alegrías de la victoria, derribándolo en el lecho con la pesadumbre de su grandeza.

Allí está, pues, sin aliento, perdida la vista por el rigor de la fiebre y los brazos caidos como muertos é insensibles; pero pronto la voz de la pelea despertó á su corazon dormido, su corazon a la voluntad, y su voluntad al pensamiento, que, derramándose por todo su cuerpo, lo electrizó, empujándole sobre cubierta sin más armas que su espada, ni más escudo que su pecho, ni mas ambicion de honores que el honor de *morir peleando por su Dios é por su rey*.

Y por su Dios y por su rey herido, *triunfó en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*.

¡Oh sutiles racionalistas, más ó menos disfrazados, amigos de la Media Luna más que de la Cruz! ¿Por cuál de las heridas de Cervantes sale la sangre derramada por vuestros principios?

Señores: y como si esta prueba de su amor á la religion y á su rey no fuera la más extremada, aún no del todo cicatrizadas sus heridas en Mesina, asiste con Colonna á la jornada de Levante, penetra con D. Alvaro de Bazan en Tunez, y asalta el fuerte de la Goleta en medio de aquellas compañías bravas que con sus mosquetes hacian retumbar la tierra.

Pero en donde más se da á entender la constancia de su fe y el temple de su lealtad, es en su cautiverio en Argel. Allí donde el rigor de los tiranos no conoce trabas, donde son oscuros los dias, las noches sin sueño, el alimento poco, las penas despiadadas, la esperanza amarga y apóstata la virtud endeble; allí donde los recuerdos de la patria y los deseos de libertad son constantes viajeros que visitan al cautivo para aumentar sus desdichas y amigos que se despiden y lo dejan en soledad; allí donde el hierro no es espada que defiende, sino cadena que sujeta, y las torres no son baluartes en las batallas, sino prisiones y grillos del valor... allí se levanta Cervantes, ni desesperado, ni abatido, ni quejumbroso, dominando á sus tiranos con la valentía del genio, haciendo claros los dias á sus compañeros de infortunio, volviendo con su palabra al seno de nuestra Madre la Iglesia á los débiles que de ella renegaron, y convirtiendo, en fin, al intentar alzarse con Argel, aquellas tenebrosas mazmorras donde el heroismo se pudria, en cuarteles y en almenas por su rey Felipe II.

Paréceme que le veo delante del fiero Asan, de aquel rey de Argel llamado por Cervantes *homicida del género humano*, preso y rodeado de la soldadesca mora despues de su frustrada evasion, callar primero, sin miedo al tormento, los nombres de sus cómplices, echando sobre sí toda la culpa, y apagar despues la descompuesta ira de aquel tigre hircano con la mirada tranquila de sus ojos, en donde en aquel momento estaria asomada su alma vestida con la paz de los mártires y la luz de los genios.

Esta serenidad en presencia de su tirano, y el intento de levantarse con Argel para entregárselo á Felipe II, añadieron quilates á la fama y buen nombre que ya se habia él conquistado con la entereza y gracia de su caracter, y fueron causa de que la envidia clavara en él su diente negro y podrido. Pero Dios convierte las infamaciones de la calumnia en pruebas inconcusas de la justicia, y guarda á la inocencia ilesa de los dardos de la mentira.

Blanco de Paz, supuesto sacerdote, falso doctor, comisario fingido del Santo Oficio y hombre ímprobo de todas veras, no satisfecho por haber delatado á Cervantes de alborotador de los cautivos cristianos, malogrando así la empresa de apoderarse de Argel, quiso lavar las manchas caidas sobre su propia honra por esta accion abominable formando su honra toda negra, puesto que intentó acusar á nuesto hidalgo de mal cristiano y hereje ante el Tribunal de la Inquisicion. Salió, empero, la fama de Cervantes sin mancilla de esta calumnia, volviéndose las abiertas informaciones en su provecho, porque se levantaron en su defensa los PP. Redentores de la Merced, que no solo le redimieron la vida en el punto en que Asan, destronado por Ibub Jafeer, levaba las anclas de sus bajeles para hacerse á la mar, sino lo que vale más que la vida, que fenece, y más que el oro corruptor y que todas las efímeras glorias de este mundo, que es la hermosura é integridad de la honra, que ni corrompe, ni fenece con el tiempo, ni se acaba en la eternidad.

Y ahora quiero yo que me digan los almidonados filósofos que tienen por muy suyo á Cervantes: ¿por cuál mala obra, que en siendo mala ya es anticatólica, ó por cuál descaminado pensamiento pretenden llevárselo á sus guaridas para hacerlo allí salvador de las virtudes y prerrogativas de la Iglesia? Porque si va por firmeza en la fe, él no sólo no vaciló en los senderos de la suya, sino que levantó de la apostasía á los flacos y pusilánimes; si por cumplidor de los preceptos divinos, él no solo no dejó de darles acatamiento, sino que llevó su abnegacion hasta el heroismo de la caridad, queriendo para él solo los castigos de una noble culpa que era comun á los demás; y si por la lealtad á sus reyes, en fin ¿quién no ve en este magnánimo cautivo, al alzarse con Argel, la figura caballeresca del Cid, peleando en el destierro por ganarle nuevas tierras á su rey y ensanchar con los tajos de su tizona las fronteras de su patria?

Desde aquí, porque quiero pasar en silencio su nueva incorporacion en los tercios de D. Alvaro de Bazán y su asistencia al glorioso desembarco en las Islas Terceras, comienza Cervantes su vida de escritor propiamente dicha, por cuyos pasos yo no le quiero seguir, no porque en ellos tuviera tropiezo contra la fe que se deba ocultar, sino porque me apena ver á hombre tan grande y á ingenio tan eximio asido por su mala fortuna al mezquino y mortificante empleo de alcabalero.

Dejemos, pues, al hombre poco afortunado, y vamos á analizar las obras del genio.

(Se concluirá)

LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS

Despues de tres años de continuos horrores y derramamiento de sangre, el tratado de Berlin y el convenio anglo-turco del 4 de Junio de 1878 establecieron en la península de los Balkanes una nueva combinacion política y las bases de un régimen mejor en toda Turquía. Los principados de Servia, Montenegro y Rumania fueron declarados independientes y aumentado su territorio. Servia recibió un aumento de 210 leguas cuadradas con 280,000 habitantes; comprendiendo desde entonces aquel Principado 1,000 leguas cuadradas con 1.600,000 habitantes. Montenegro obtuvo 80 leguas cuadradas con 50,000 habitantes; de modo que este Principado cuenta 165 leguas cuadradas con 250,000 habitantes. Rumania se vió obligada á ceder á Rusia la parte de Besarabia que se le habia adjudicado en 1856, anexionándose en compensacion la Dobrutscha, y recibiendo así un aumento de 130 leguas cuadradas con cerca de 100,000 habitantes; con lo cual reune este Principado 2,330 leguas cuadradas y 4.100,000 habitantes. Al Norte de los Balkanes quedó constituido un principado tributario, la Bulgaria, abrazando 1,770 leguas cuadradas con 1.700,000 habitantes, y al Sur de aquellos montes una provincia autónoma con un gobernador cristiano, llamada la Rumelia oriental, que comprende unas 660 leguas cuadradas con 1.000,000 de habitantes. La Bosnia y Herzegovina se dieron al Austria para su administracion. A Grecia se le prometió una rectificacion de fronteras; de suerte que bien poco se dejó al Sultan en Europa. En Asia obtuvo Rusia los territorios de Ardahan, Kars y Batum, declarado puerto franco. Por el convenio anglo-turco Chipre fué entregada á Inglaterra con la alta proteccion sobre el Asia Menor, comprometiéndose Turquía á mejorar su administracion en aquellas provincias.

La Santa Sede, por medio de los representantes de Francia y Austria, dejó oir su voz en Berlin á favor de los católicos orientales; y de cumplirse lealmente las benévolas disposiciones consignadas en diversos artículos del Tratado, no cabe duda que comienza una nueva era para la religion católica en Oriente. De Roma católica recibieron aquellos países su primera civilizacion, y si no vuelven á Roma, serán vanos para ellos todos los congresos, todos los tratados, todas las legislaciones civiles, faltándoles el fundamento de toda

TIPOS DE LA INFANCIA (GRUPO ESCULTÓRICO DE HECTOR XIMENES)

civilizacion verdadera, á saber, el verdadero cristianismo teórico y práctico contenido en el Catolicismo.

A más de la verdad de la fe, grandes son los vínculos de gratitud y devocion que unen aquellos países á la Iglesia romana, y bajo este aspecto vamos á ocuparnos brevemente en cada uno de ellos.

I

BOSNIA

Este país no fué de los últimos en recibir la fe cristiana, como lo prueba la antigüedad de sus Sillas episcopales, entre las cuales Dummo, llamada tambien *Dalmium*, de donde se formó tal vez el nombre de Dalmácia, tuvo obispos desde el año 590; pero sufrió los efectos del cisma oriental, y á pesar de los esfuerzos de Bela, rey de Hungría, solamente los habitantes de los distritos cercanos á aquel reino permanecieron fieles á la Iglesia de sus padres. Despues de varias vicisitudes que pusieron fin á la dominacion húngara, la Bosnia se constituyó en reino en 1357, y el Pontífice Eugenio IV, en 1445, recibia en la union de la Iglesia romana á los cismáticos de Bosnia por abjuracion de su rey Esteban Tomás. Pero en adelante debian ser mucho más cordiales é íntimas las relaciones entre la Santa Sede y la Bosnia. Dos años despues de la abjuracion del cisma, Nicolás V, sucesor de Eugenio IV, por carta del 19 de Junio de 1448, recibia este reino bajo la tutela de la Santa Sede, y con un Breve dado el dia siguiente, envió á la Bosnia y á la Croacia á Tomás, obispo de Lesina, en calidad de Legado apostólico para cuidar de la fe católica y de la disciplina eclesiástica en aquellas regiones. Por último, en 1449 el mismo Nicolás V mandó á predicar en la Bosnia á Antonio de los Hermanos Menores, y en 1452 confirmó el tratado de paz celebrado entre Esteban Tomás, rey de Bosnia, y Pedro Jorge Tossolich, magnate de la Bosnia inferior. Pero los turcos se acercaban á aquel país con ánimo de apoderarse de él, cuando un italiano ilustre, un santo hijo de san Francisco de Asis, Juan de Capistrano, les opuso un dique insuperable con la fuerza poderosa de su palabra, con el genio de su santidad, con el heroismo de su amor.

Tambien se afanaron por la salvacion de aquella tierra otros Papas, siempre vigilantes en defensa de Europa, amenazada por los enemigos del nombre cristiano. Pero Europa, dividida é indiferente, resistió los consejos del Padre comun y dejó que se realizasen aquellos deseos que debian causarle á ella misma tanto daño y costarle tantas lágrimas. Mahometo II, apoderándose del Imperio griego y tomada Trebisonda, invadió la Bosnia en 1463, incorporándola á sus vastos dominios, y nombró un bajá para gobernarla. Su desventurado rey Esteban V fué cogido y muerto por mano del mismo Mahometo, y toda su familia pasada á cuchillo. Una tercera parte del pueblo la dió en esclavitud á los soldados, otra tercera parte quedó cautiva del Sultan, y sólo á la tercera restante se le permitió vivir entre las ruinas del suelo natal, junto á las iglesias destruidas ó convertidas en mezquitas, mientras que á 30,000 jóvenes bosnios se les hacia entrar en las filas de los genízaros. Al saber tan infausto suceso, Pio II, que regia la Iglesia, ardiendo en celo apresuróse á predicar la guerra contra los turcos, ya decretada por el Congreso de Mantua, á fin de librar á tantos hijos suyos de la tiranía musulmana y de la muerte, queriendo él mismo capitanear la santa empresa; mas estando para embarcarse en Ancona y ponerse al frente de la Cruzada, murió en 14 de Agosto de 1464.

Habiendo logrado escapar de la matanza la reina Catalina, esposa de Esteban V, volvióse en su desgracia á aquel augusto Soberano, defensor siempre de los infelices oprimidos, que tan altas mantiene en el mundo la razon y la justicia, es decir, al Romano Pontífice, que entonces lo era Paulo II, el cual la acogió paternal y generosamente en Roma, señalándole cien escudos al mes. Muy agradecida la reina Catalina por la acogida que le dispensaron Paulo II y Sixto IV, creyó de su deber al morir dejar en testamento á la Santa Sede los derechos que tenia sobre el reino de Bosnia: en efecto, el testamento con la espada y demás signos del dominio soberano fueron presentados al Papa en un Consistorio por dos familiares de la Reina. Sixto IV aceptó, pero salvando los derechos de Segismundo, hijo de Catalina, que se habia hecho musulman, si abjuraba sus errores, y ordenó al Vicecanciller que lo conservase cuidadosamente en el Archivo apostólico (1). Todavía se conservan en Roma los últimos restos mortales de los reyes de Bosnia, pues muerta allí Catalina el 25 de Octubre de 1478, Sixto IV mandó celebrar en su honor espléndidos funerales correspondientes á su alta jerarquía, y la hizo sepultar en la iglesia de Aracœli. El Papa, pues, antes que ningun otro soberano, respetó la independencia política de Bosnia, aun despues de la invasion musulmana, y en Roma se conservan los últimos restos de aquellos Franciscanos que durante cuatro siglos mantuvieron viva en aquella tierra la llama de la fe.

Pero sus mayores desventuras las debe Bosnia á aquellos hijos suyos que por conservar sus bienes se rindieron al islamismo. Estos, que no fueron pocos entre los nobles y grandes propietarios, unidos á los invasores, pusieron aquella floreciente provincia en el estado que ahora se encuentra. Usando y abusando á su antojo de sus bienes y derechos feudales, redujeron al pueblo que se conservó fiel á siervo de la gleba, sufriendo todo linaje de injurias y atropellos por parte de los señores. El Gobierno de Stambul, debemos confesarlo, trató repetidas veces de poner remedio á tantos males. El *Tanzimat*, esto es, la famosa Constitucion de Abdul-Mejid, fué recibida por el *bey* de Bosnia, primero con desden, despues con cólera, y en el espacio de treinta años se contaron cuatro sublevaciones de los jefes musulmanes contra los gobernadores enviados de Constantinopla. En el año 1859 concertáronse entre el Gobierno y cuarenta y dos delegados bosnios ciertas modificaciones en el régimen rural, pero continuó imperando el abuso. Tampoco fué de mayor provecho la mision de Dievet-Effendi en 1864. Por todas partes la ineptitud, el crimen y la codicia. El rapto de una joven cristiana, ocurrido en 1875, hizo estallar el gran incendio que por poco arrastra á la Europa entera.

Entre tanto, mientras los pobres cristianos de la Bosnia eran maltratados así por sus mismos hermanos, la Iglesia católica velaba á un tiempo por la conservacion de su civilizacion y de su fe. Al ocupar la Bosnia Mahometo II halló establecidos allí los Franciscanos, y reconociendo en su influencia el respeto que mostraban los cristianos á la autoridad, los empezó á proteger. En prueba de su proteccion Mahometo les dió un firmán autógrafo, que todavía se conserva unido á la piedra en la que se sentó el conquistador para escribirlo. Desde entonces estos religiosos han conservado viva la fe en aquellas regiones; á ellos está confiada la Mision, y uno de los suyos es el Vicario apostólico con caracter episcopal. Ahora bien: la Santa Sede, que todavía despues de la irrupcion musulmana respetaba los reyes de Bosnia y les daba acogida en Roma, queriendo que progresase la fe católica y como recuerdo de la antigua jerarquía católica, ha conservado el título de la diócesis de Bosnia; mas como ocurrida la invasion musulmana no podia residir en ella el obispo, el titular de las iglesias unidas de Bosnia y Sirmio reside en Diakovar en la Esclavonia. Por lo dicho ¡cuántos motivos tienen los bosnios para mirar en la Iglesia católica su madre cariñosa, y tornarse á ella los extraviados!

Los católicos de la Bosnia ascienden á 123,560, repartidos en siete Misiones y cuarenta parroquias.

(1) Además de otros muchos escritores, Leibnitz refiere el contenido de este documento en el *Codex juris gentium*, pág. 418.

II

HERZEGOVINA

Una parte de este país pertenecia ya al Austria, que la conquistó á la república de Venecia. El tratado de Berlin le adjudicó la administracion del resto. Los católicos herzegovinos sujetos á la Puerta ascendian á 38,570, regidos en lo espiritual por los Menores observantes. Esta provincia fué primero llamada *Ducado de san Sabas*, pero andando el tiempo cayeron en desuso las dos últimas palabras, quedando solo el nombre de *Ducado*, que en aleman se dice *Herzogthum*, dando origen á su denominacion *Herzegovina*.

Las relaciones entre la Herzegovina y la Iglesia romana han sido tambien muy íntimas, y los fastos religiosos recuerdan las ciudades de aquella region pertenecientes un tiempo á Venecia y ahora al Austria. Los distritos sujetos á los turcos, no habiendo constituido nunca un Estado independiente, antes bien sujetos ya á Servia, ya á Bosnia, y formando en lo antiguo parte de la Iliria, no recuerdan sucesos especiales en punto á religion. Los herzegovinos, sin embargo, deben mirar al Papa como á su libertador, pues gracias á las armadas reunidas de Paulo III, del emperador Carlos V y de la república de Venecia, la ciudad de Castelnuovo fué librada de la dominacion turca; y si las armas aliadas no pudieron librar toda la Herzegovina, no fué seguramente por falta de buena voluntad. El Papa Alejandro II, en 1061, declaró la diócesis de Trebigne cabeza de la Herzegovina turca, sufragánea de Antivari; mas poco despues la hizo de Ragusa. Pio II, en 19 de Marzo de 1463, la unió á la Sede episcopal de Marcana (á la cual se conserva unida), lo que confirmó Sixto IV en 17 de Setiembre de 1482. Gregorio XVI, encontrando vacantes las Sedes de Marcana y Trebigne, gobernadas por el Vicario capitular que residia en Ragusa, juzgó conveniente confiar la administracion de entrambas al Obispo de Ragusa.

(Se continuará.)

LA CANANEA

IV

Caminaba Jesús á través de Galilea curando todos los males y flaquezas, repartiendo los tesoros de su mansedumbre sobre la enflaquecida humanidad, que á su voz se levantaba del abismo de abyeccion, donde habia caido. Como el lirio de los campos, marchito por la tormenta, reverdece y yergue su tallo cuando el rocío del cielo lo vivifica, así el hombre caido bajo el peso del pecado comienza á elevar su frente al cielo, desde donde el divino rocío ha principiado á regenerarle.

Hé aquí, pues, á Aquel á quien los cielos en su inmensidad sólo son dignos de contener. El Justo de Sion llega como llama deslumbradora, y su Salvador brilla como una antorcha. Llega Aquel

que los profetas han anunciado en su gloria. Aquel de quien la Escritura ha dicho: «El Señor va á venir; id delante de El: su imperio es grande, y su reino no tendrá fin.» Aquel á quien Abraham esperaba. Aquel de quien el santo rey David predecia:

«La verdad ha salido de la tierra, y la justicia nos ha mirado desde lo alto de los cielos.

»Viene como un esposo que sale de su cámara nupcial; la gracia se derrama por sus labios.»

Y despues de muchas semanas y años, elevando Isaías su profética voz, decia:

«El pueblo que caminaba en las tinieblas va á ver brillar una gran luz, y la claridad ha aparecido para aquellos que habitan en las regiones y en las sombras de la muerte.»

Llega, y sus ojos despiden rayos divinos que llevan la paz y la esperanza á todos los corazones puros. Sus manos bendicen, y sus bendiciones reparten asimismo bienes sobre la tierra. Son luz para el ciego que desea contemplar las obras de su magnificencia; oido y entendimiento para el que nunca ha escuchado y cuyo corazon no ha comprendido; y el primer acento que le llega es el de esta voz poderosa que vibra en lo más recóndito del alma con esta sencilla palabra: *Abríos*. Y los oidos del sordo oyen; su alma, hasta entonces cerrada para la verdad, comprende, y lleva dentro de sí la paz, la alegría, la felicidad de haber escuchado la viva voz del Salvador.

Más allá los leprosos, que parecen separados de todo el mundo, viviendo en el abandono de todos y llenando las soledades de gritos de dolor, los cuales yendo á su presencia le han dicho, como el pecador, porque en esos primitivos tiempos los males del alma y del cuerpo tenian una gran semejanza: «Libradnos de esta vergüenza y del horror que inspiramos á los demás y aun á nosotros mismos:» y la bendicion del Señor les curaba de la lepra que cubria su cuerpo, y del pecado que infectaba su alma. Todos pudieron ver á estos infelices, antes separados de las miradas humanas, y ahora más sanos y puros que ninguno. Han vuelto al goce de la familia; estrechan á los hijos contra su corazon, que late libre y feliz bajo el techo doméstico, cuyas dichas disfrutan de nuevo. ¡Gloria á Dios! exclaman: ¡gloria á Dios en la tierra y en lo más alto de los cielos!

El divino Verbo habia atravesado la Galilea; habia descendido de las montañas, y al presente costeaba las orillas del mar para evadirse de la muchedumbre que iba tras Él.

En las montañas, misteriosas voces decian:

«Bendita sea la gloria del Señor y el sitio donde reside.»

Y las del mar, de ola en ola repetian:

«Bendita sea la gloria de Dios.»

Y la llanura, con los suspiros de sus brisas entre el follaje y con el murmullo de sus aguas; las maduras espigas que meciéndose se chocan; los pajarillos que gorjean; los insectos de oro y de esmeralda que zumban lanzándose en el espacio; la misma tierra hasta en sus más recónditas profundidades; todos, todos entonan:

«¡Bendita sea la gloria de Dios!»

Jesús habia dejado en lontananza á Tiro; la soberbia Tiro, cuya fama sólo existe ya en los cantos del Profeta.

«¡Oh Tiro, hermosa ciudad eres, fundada en medio del mar, y los que te han construido no han omitido nada para embellecerte!

»Pero tus riquezas y tesoros, tu magnífica prosperidad, tus navegantes y pilotos que disponian de todo cuanto constituia tu grandeza, todo ha dejado de existir: el mar te ha invadido, y tus riquezas están en el fondo de las aguas, y toda muchedumbre ha perecido.»

Habia dejado la aldea de Sarepta, testigo del prodigio de Elías.

Se adelantaba hácia Sidon, y sus discípulos le acompañaban; y mientras unos hablaban con El, otros se preguntaban:

—¿Qué va á suceder? porque ya conocen estas palabras del mismo profeta: «Vengo á tí, Sidon, para ser glorificado por todos; y tus moradores sabrán que yo soy el Señor.»

Y caminaban próximos á las olas, que se apresuraban á venir á besar los piés del Salvador: el sol le formaba un nimbo luminoso con sus rayos, y toda la naturaleza entonaba con amoroso transporte: «¡Bendita sea la gloria de Dios!»

De repente, á la vuelta de un sendero que costeaba la orilla, apareció una mujer. Bajaba á través de las rocas del Líbano, cuya cordillera viene á morir en pendiente pedregosa al borde del mar. No reparaba el sitio en donde posaba sus piés, ensangrentados por los cambrones y zarzales del camino; seguia la línea recta sin reparar en los arbustos y ramas que la servian de obstáculo: sus vestidos iban en desorden; algunos girones de su velo habian quedado prendidos en las ramas de los tamarindos y de las encinas verdes que se cruzaban en su paso, porque estaba todo desgarrado.

Desde que percibió al Salvador, juntó las manos en actitud suplicante y le gritaba:

—¡Señor, Hijo de David, tened compasion de mí!

Dicho esto, le faltó el aliento; tan temblorosa estaba y rendida. Y el Señor continuaba su camino sin reparar en esta mujer, cuyo traje la denunciaba como extranjera. Sí, era una idólatra, una cananea, la misma Silliah.

Discurria el Señor con sus discípulos y les comunicaba con su palabra celestial el alimento que nutre el alma, como el maná caido en el desierto habia sustentado el cuerpo de sus padres.

Habiéndose repuesto la extranjera, volvió á gritar:

—¡Señor, Hijo de David, tened compasion de mí!—y añadió como para enterarle de su aflicion:—Mi hija está terriblemente atormentada por el demonio.

Detúvose no pudiendo decir más; pero se habia arrodillado delante del Señor, interrumpiéndole el paso, con los brazos extendidos en actitud suplicante.

El Señor, compasivo siempre con todos, no la respondió palabra, y continuó marchando hasta el sitio donde habia de pararse. Habiéndose levantado Silliah, le siguió repitiendo su peticion y gritando tras Él, sin cansarse:

—¡Señor, Hijo de David, tened compasion de mí!

En fin, próximos á entrar en la poblacion y en la casa donde el Señor era esperado, acercándose á El sus discípulos, le rogaron diciéndole:

—Señor, acceded á su peticion para que nos deje, porque sus gritos la hacen importuna.

Sabian que el Salvador se habia evadido de la muchedumbre y no queria ser reconocido en los sitios donde al presente iba.

El Señor respondió:

—Yo no he venido más que para las ovejas de Israel que se han extraviado.

Y entró en la casa.

Pero Silliah entró detrás, y arrastrándose sobre sus rodillas, se acercó á El en esta humilde postura, y adorándole exclamó de nuevo:

—¡Señor, Señor, tened compasion de mí!

Y la voz de esta madre que rogaba por su hija, tenia no sé qué de irresistible, que hubiera conmovido hasta las piedras. ¡Oh! el corazon que ruega afligido desde sus más ocultos senos se deja oir, y si tiene confianza acabará por hacerse escuchar! No obstante, algunas veces quiere el Todopoderoso ser solicitado por largo tiempo. Parece que no nos oye, y nos rechaza..... ¿Creyérase que se complace en nuestras súplicas y que nuestras ardientes plegarias le son agradables? ¡Oh, sí, sí!

—Señor, Señor, tened compasion de mí; mi hija está terriblemente atormentada del demonio.

Y la cananea quedó prosternada, con el alma agitada y el corazon palpitante.

Esta vez Jesús le respondió:

—Dejad á los niños hartarse, porque no es justo tomarles su pan para echárselo á los perros.

Esta respuesta pareció severa.

La palabra de Dios acababa de oirse, y todas las criaturas estaban absortas, y el alma de la cananea estremecida de alegría.

¡Oh! cuando Dios nos responde, cuando su divina palabra se deja escuchar, el gozo y la esperanza penetran en el corazon, porque la misericordia y bondad salen de su voz. Su palabra es paternal; porque Él mismo nos ha dicho: «¿Que padre dará al hijo una piedra si le pide pan?»

Estas frases del Salvador, lejos de quitar la esperanza á esta madre desolada, hicieron correr por su corazon el bálsamo del consuelo; y ella que no se atrevia á adelantarse, enardeciéndose cada vez más, abrazó de repente los benditos piés del Salvador y dijo llena de esperanza y con irresistible emocion:

—Verdad es, Señor; pero los cachorros pueden por lo menos recoger las migajas que caen de la mesa de los niños.

Fe, amor, esperanza y humildad contenia su plegaria. ¡Oh! si nosotros rogásemos así, ¿qué violencia no haríamos al cielo?

Respondió Jesús:

—¡Oh mujer, tu fe es grande! Por esto que acabas de decir, hágase como lo deseas. Véte, el demonio ha salido del cuerpo de tu hija.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Silliah, y exclamó:

—Dichosas y benditas sean las entrañas que os han concebido y los pechos que os han amamantado!

Y levantándose poseida de alegría y reconocimiento, corrió para tomar el camino de su casa. Estaba lejos, y Silliah no pudo llegar hasta la tarde. Al entrar vió á su hija apaciblemente tendida en su cama. Dormia, y su hermoso semblante habia recobrado la calma.

Meriah estaba arrodillada en oracion, y al ver á Silliah, exclamó:

—¡Vuestra hija está sana!

—Ya lo sé, Él me lo ha dicho,—respondió Silliah,—y su palabra no puede faltar.

Y Silliah dió cuenta á Meriah de las maravillas de este dia. A su vez ésta dijo lo que habia pasado.

—Tan pronto como llegó la tercera hora del dia, vuestra hija, que se hallaba traspuesta, despues de varias crisis violentas, dió de repente desaforados gritos. La voz que ya habeis escuchado dentro de ella, decia: «¿Cómo podremos competir con Jesús Nazareno? Viene, pues, á destruirnos; sé que sois (añadia ella, como hablando á un amo cuya presencia la subyugase) el Santo de Dios. Os ruego no me atormenteis, obligándome á volver al fondo del abismo.» Entonces vuestra hija fué atacada de espantosas convulsiones; el espíritu la agitaba y prorumpia en grandes gritos: pero poco á poco éstos se debilitaron; las convulsiones disminuyeron, y Salomith se vió poseida de un sueño reparador y tranquilo, como la veis.

—Madre mia, madre mia, te soy devuelta,—dijo cariñosamente Salomith, abriendo sus ojos, ahora dulces y serenos;—mi enfermedad y mi pecado han desaparecido. ¡Oh! bendito sea Aquel cuya poderosa palabra me ha rescatado.

ARRANQUE Y PARTE SUPERIOR DE LA TORRE DEL SALVADOR, EN TERUEL

—¿Qué palabra?—dijo Meriah, mientras que la madre contemplaba á su hija extasiada de gozo.

—Bien lo he oido,—prosiguió Salomith;—estaba presente por el espíritu que habitaba en mí, cuando Aquel á quien llamaba el Santo de Dios, ha pronunciado estas divinas palabras: «¡Oh mujer, tu fe es grande! Por esto que acabas de decir, que se haga como lo deseas.»

—¿Tú has oido estas palabras?

—Sí,—dijo Salomith,—en cuyo momento el demonio que me asediaba ha sido vencido, y exhalando sus últimos gritos me ha dejado, y me he visto libre de mi enfermedad y pecado.

—¿Por qué dices tú «de mi enfermedad y pecado?»

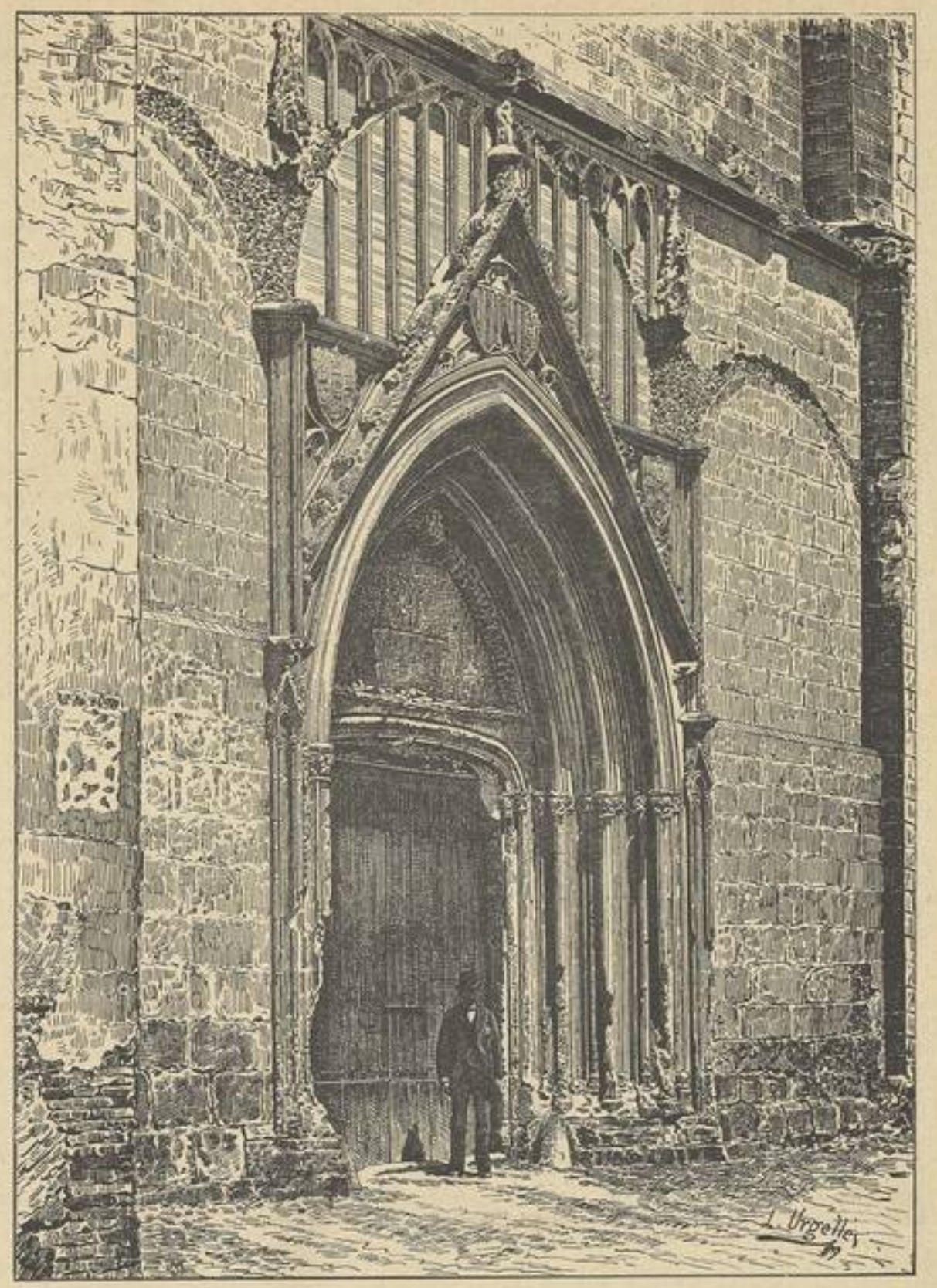
La joven bajó la vista; algunas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Yo habia murmurado contra los decretos del cielo cuando ví helado por la muerte al que amaba. He acusado al Eterno, que no conocia, porque un mortal habia muerto. Roguemos, madre mia, para que la pena no me extravie, ¡desdichada! ¿Quién puede recibir una presion en su corazon sin desesperarse, si Aquel que le aflige no le conforta?

Arrodilláronse las tres mujeres, y oraron por largo tiempo. La una rogaba al Dios de Israel y de sus padres; el Eterno, el Criador Todopoderoso del cielo y de la tierra, Jehová, el Dios tres veces santo. Otra invocaba al Verbo encarnado, que venia á salvar el mundo; á Aquel cuya palabra adorable acababa de devolverle su hija; y Salomith, en medio de las tinieblas de su ignorancia, y que la luz que ilumina á todo hombre que viene a este mundo comenzaba á disipar, invocaba al Espíritu de luz, de amor y de todos los dones perfectos para que la enseñase á conocer y servir á su Criador. Y la Trinidad divina así implorada esparcia la plenitud de sus gracias sobre estas mujeres unidas por la buena voluntad.

Y una voz del espacio, ¿seria la de un ángel, la de la brisa ó la de las ondas que el viento de la tarde agitaba? pronunció las admirables palabras que la Iglesia dice, para los que lloran sobre las sepulturas.

—No lloremos por nuestros difuntos, como los que no tienen esperanza.



PORTADA DE SAN FRANCISCO, EN TERUEL

—No, no, dijo Salomith con santa emocion. No lloremos como los que no tienen esperanza. Más allá del sepulcro renace la vida. Nos veremos, Zacarías. Bendito sea el Dios de vida, en el tiempo y en la eternidad. Ha hecho nuestra alma para conocerle, nuestro corazon para amarle, y este flaco cuerpo, debil desde el pecado, para sufrir y fenecer, resucitando despues purificado. Bendito sea, bendito sea, puesto que en la muerte hallaremos la vida. Zacarías, tú me has precedido; nosotros nos veremos, porque los dias del hombre son cortos en la tierra.

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

XIX

Desde la mañana del martes, cuando pasó ya la crisis de la enfermedad, hasta la del jueves, Alberto no habia cambiado gran cosa. Los médicos en tanto le daban como aliviado en cuanto no iba peor la herida; pero la fiebre seguia sin disminuir lo más mínimo; con frecuencia salian los esputos sanguinolentos; no cesaban las punzadas en el costado izquierdo, y sus fuerzas iban decayendo.

Por todo esto los médicos se mostraban inquietos entre sí, por más que no pusieran mala cara á la familia y amigos de la casa. Decian que era preciso estar en observacion; que por el momento era mejor una calentura seguida que una intermitente y de acceso vario; que tal vez se hubiera resentido más el pulmon que el corazon; que era sensible que en Milan, despues de recibida la lesion, hubiese recibido una rápida cura quirúrgica en vez de un tratamiento médico, que era incomparablemente más necesario; que por otra parte su fuerte constitucion, la pureza de su sangre y la robustez de su juventud daban fundamento á concebir esperanzas de que sanaria, aunque no tan pronto como se deseaba. Al mismo tiempo recomendaban á su madre que dejaran en paz al enfermo, que no se le molestase con visitas, ni se le expusiera á emociones de ningun género.

—Y V., señorito, estése lo más quieto posible y no dé lugar á la tristeza—añadió el médico de cabecera al despedirse de él en la mañana del jueves;—piense al contrario en cosas alegres y agradables, y procure distraerse.

El buen doctor pedia un imposible. Alberto no estaba ni podia estar tranquilo: la aprension de la muerte, el recuerdo de Clementina, el temor de que la verdad llegara á saberse, el remordimiento de haberla encubierto á su padre y su futuro suegro, y el gravámen de su conciencia por haber hecho tan considerables apuestas sobre los juegos de otros, faltando (ahora lo veia claro) á sus juramentos más formales, le tenian en ansiedad y le llenaban de desconsuelo. El pobre sufria más de espíritu que de cuerpo.

Se habia entregado por completo en manos del P. José, á quien habia abierto con sinceridad su corazon. Despues de Dios él era su apoyo y su consuelo; por eso le habia rogado que no le abandonase ni de dia ni de noche, pasando á vivir á su casa y en el cuarto más próximo.

Mucho se habia afanado aquel hombre piadoso y prudente para tranquilizar á Alberto. Le habia asegurado que la buena fe con que decia haber hecho las apuestas le excusaba de culpa grave delante de Dios: en cuanto á la ficcion buscada para explicar su herida, le habia dicho ya desde el primer momento que ya era tiempo de aclararlo; y como Alberto le manifestase que no tenia fuerza para desmentirse, rogó que no se angustiase.

—Yo me ocuparé en ello,—añadió:—informaré con toda cautela á D. Felipe y á D. Vicente; pero conviene que esté autorizado para hacerlo con libertad, valiéndome, en cuanto me sea necesario, de los secretos que V. me ha confiado.

—¡Sí, Padre, quíteme ese peso! ¡Hágalo V. con la mayor prontitud! Diga V. sin temor todo cuanto de mí crea y sepa: le doy carta blanca y pongo en sus manos mi honor; pero hágalo V. pronto, porque me parece que Dios no me ha de perdonar hasta que confiese mis errores, al menos por boca de V., á mi padre y al de Clementina.

Cuando D. Vicente estuvo á visitarle el miércoles temprano, hubiera querido Alberto que el Padre José le dijera la verdad del caso.

Pero por algunas justas razones no pudo, y en su lugar defirió el hacerlo hasta despues del medio dia, habiendo asegurado D. Vicente que volvería antes de retirarse á su quinta. No volvió, sin embargo, y el lector sabe por qué; pero Alberto, que estaba muy lejos de sospecharlo, tuvo por ello un gran sentimiento.

La respuesta de Clementina que su tia le habia traido, lejos de tranquilizarle, aumentó su afliccion, y las pocas pero ardientes palabras de su prometida le avivaron de tal modo los afectos que le llevaron al delirio y á la inquietud.

—¿Por qué se agita V. tanto, hijo mio?—le decia el P. José.—¿Qué hay en esos dos renglones que pueda darle inquietud tan grande? Me parece que debiera estar contentísimo por la eterna fidelidad que su Clementina le jura.

—Padre mio, la idea de haber perdido aquel angel de la tierra me destroza el corazon.

—¿Y por qué perdida?

—Si yo muriera, ¡paciencia! Quedaremos el uno y el otro en el corazon de Dios, y un dia nos reuniremos, lo espero, en el paraiso. Pero, ¿y si sanara?

—¡Tanto mejor! Clementina será de V. aun en este mundo.

—¡Mia en este mundo! ¡Dios le oiga! Pero no me atrevo á esperarlo.

—¿Y por qué?

—Me jugué á Clementina la noche del sábado en Milan, y allí la perdí. El hierro del asesino que me ha atravesado el pecho, ha roto tambien el nudo que me la ligaba al corazon.

—¡Aprensiones!

—He pensado todo el dia de hoy en lo que dirá D. Vicente cuando sepa cómo ha sucedido el hecho. Me perdonará porque es buen cristiano, pero me negará la mano de su hija. Le conozco bien; V. verá, Padre, si tengo razon. Tambien sospecho que lo sepa ya todo, ó al menos que recele alguna cosa. Quiero tener, sin embargo, la conciencia tranquila, y así al menos tendré el consuelo de haber perdido á Clementina por haber sido sincero y franco en la confesion de mis faltas. ¡Oh, si los hombres imitasen al Señor y perdonasen como El perdona!

—¡Animo, querido Alberto! Dicen que no hay que pintar al diablo más feo de lo que es: con la imaginacion va V. demasiado lejos. D. Vicente tiene un corazon generoso, y cuando conozca que obra V. de buena fe...

—¡Si los hombres mirasen las intenciones, seguro estoy de que mi buena fe me libraria de mucho! Pero lo malo es que sólo atienden á lo exterior, y lo interior lo dejan al juicio de Dios.

—Vamos, obedézcame V. y déjeme obrar. Encomiéndese V. á la Vírgen, á su Angel custodio y al de Clementina, y descanse V. en mí.

Poco despues entró D. Felipe para notificar á Alberto que D. Vicente le habia enviado un comisionado para advertirle que á la mañana siguiente pasaria á visitarle en compañía de doña Libia.

—Por consiguiente, mañana se juega el todo por el todo,—dijo resueltamente Alberto al Padre José.

—Sí, lo jugaremos; pero es necesario valor y calma.

Valor no le faltaba á nuestro joven, pero calma era dificil tenerla.

XX

A la mañana siguiente, á eso de las once, acudieron allí D. Vicente con su esposa, su hermano y Clementina; pero el lector puede imaginarse con qué disposiciones de ánimo. Segun las intenciones de D.ª Libia, y aun las de su marido, Clementina no debiera haber ido. Por fortuna el baston de mando habia pasado á las manos del tio Carlos, y éste gobernaba las cosas con su habitual prudencia.

Perece supérfluo decir la afectuosa acogida que hicieron los padres de Alberto á Clementina y los suyos, así como los mútuos lamentos por el triste reciente suceso. Pero cuando oyeron que aquella visita era de despedida, y que por la tarde saldrian para los santuarios de Lourdes y la Saleta, el llanto de dolor se cambió en llanto de ternura, y dificultad les costaba creer posible tal pensamiento puesto tan de repente en ejecucion.

—¡Oh, Clementina! De seguro que el mérito de esta bella y santa idea es debido á tu amor y fidelidad hácia Alberto!—exclamó D.ª Amalia abrazándola con efusion.

La pobre joven no respondió, pero regó su cuello con gruesas y ardientes lágrimas. ¡Ah, si aquellas lágrimas hubieran podido hablar! ¡Si la buena madre de Alberto hubiera podido adivinar su sentido! ¡Si se hubiera figurado el tormento que tal suposicion daba á aquel corazon que palpitaba junto al suyo!

A los pocos momentos entró en la sala el Padre José, que fué recibido con las mayores muestras de veneracion. Clementina, llorosa como estaba, se apresuró á besarle la mano, preguntándole con cierta cariñosa envidia:

—Padre, ¿es cierto que está V. siempre con Alberto?

—Sí, señorita, estoy con él dia y noche, ó pared por medio; y lo hago con gran placer, que son muchos los consuelos que de él recibo.

—¡Oh! ¡si yo pudiera verle un instante, un solo instante!

El sollozo le ahogó la voz, y se cubrió el rostro con las manos.

—Hija, no hagas bobadas,—dijo su madre reconviniéndola;—ya sabes que los médicos no quieren que Alberto tenga conmociones.

—Sí, pero creo—replicó el P. José—que una brevísima visita de la señorita no haria sino bien á Alberto.

—¡Ah, Padre mio!—exclamó la joven,—¡es usted un verdadero siervo de Dios, un Santo que conoce el corazon humano!

—Tranquilícese V., señorita. Tomo á mi cargo introducirla en el cuarto de Alberto, sin que resulte la menor sombra de inconveniente paraél.

—¡Padre José, no hagamos imprudencias!—le dijo D.ª Libia con un tono entre disgustado y suplicante.

D. Vicente añadió:

—No quisiera que...

—Permítame V.—interrumpióle el P. José.—Prepararé primero á Alberto para la visita; ruego á Vds. depositen en mí toda su confianza. Ante todo quisiera decir alguna cosa á los dos padres y aun á D. Carlos, ya que tengo el placer de verle. Cuando gusten les espero en la salita verde. La señorita tenga un poco de paciencia.

—Padre, á V. me encomiendo; vuelva pronto,—dijo Clementina cruzando las manos.

—Déjeme obrar, y no dude que volveré.

D. Felipe y su esposa se encogieron de hombros en señal de aquiescencia y trataron de aplacar á D.ª Libia, que empezaba á enfadarse con su hija. D. Carlos, por su parte, alabó la proposicion del P. José, por lo cual la joven, al verse favorecida por él de este modo, le dió un fuerte abrazo como muestra de tierno agradecimiento; al paso que la madre, disimulando bien poco el disgusto que experimentaba, dijo:

—Sí, sí, hazle muchas caricias; tienes razon; te concede cuanto quieres.

Y suspiró, echando una mirada á D. Vicente, que se escondia sin hablar palabra.

El P. José, por su mucha piedad y rara doctrina y sus agradables maneras, consiguió tener tal eficacia y suavidad de elocuencia, que con razon habia adquirido la fama de notable orador. Como, por otra parte, estaba solo con aquellos tres señores que le apreciaban, y empezó primero á insinuarse en su ánimo, llenando de alabanzas el noble arranque que Alberto hacia por su medio, consiguió tener cogida la palma antes de tocar el punto.

Efectivamente. Expuso con tal habilidad la mala costumbre de jugar por apuestas, seguida por nuestro joven, y su doloroso lance de Milan, que D. Felipe no tuvo nada que decir y D. Vicente recibió de ello casi edificacion. Aquel hombre sagaz y caritativo hizo resaltar admirablemente las circunstancias atenuantes, é hizo ver con admirable claridad que Alberto, con propósito deliberado, más bien habia arriesgado su vida que aceptado un duelo con un aventurero y cargádose con las excomuniones de la Iglesia.

Cuál fuera la impresion que D. Vicente recibiera, bien lo demostró cuando habiendo su hermano Carlos interrumpido el discurso del P. José, exclamando: «¡Pecado confesado, medio perdonado!» calurosamente le corrigió diciendo:

—¡Qué medio! ¡Todo, todo perdonado! Como Dios perdona, así hemos de perdonar nosotros. El pecado de Alberto se acerca más al heroismo que á la culpa.

Luego, levantándose con ímpetu, y cogiendo las dos manos del P. José, prosiguió diciendo con entusiasmo:

—Desde ayer lo sabia todo; un amigo de Milan me habia informado. Pero ignoraba lo más importante, que Alberto hubiese sido víctima de su fidelidad á la Iglesia. Con esto me basta. Si no fuera por eso, tal vez, y sin tal vez, le hubiera negado la mano de mi hija. Ahora en manera alguna. Dígale V. que se tranquilice, que yo le perdono, que le quiero más que antes, y que ansio ver llegado el momento de volverle á asegurar la entrega de mi hija, de esa hija que es todo mi corazon.

Volviéndose á D. Felipe, quiso hablar más, pero no pudo. Tambien éste habia enmudecido por los mil afectos que hervian en su seno, y se arrojó en los brazos de D. Vicente. Ambos padres permanecieron algun rato abrazados, en tanto que D. Carlos se frotaba los ojos arrasados en lágrimas, y el buen P. José bendecia á Dios interiormente, y gozaba las dulzuras de la victoria.

XXI

Apenas se quitó de los brazos de D. Felipe, corrió D. Vicente á llamar á Clementina. Esta, á la fuerte y penetrante voz de su padre, se sintió helar la sangre en las venas, temiendo un nuevo arrebato de cólera; pero así que llegó á donde su padre estaba, temblorosa y llena de miedo, la abrazó éste con tal vehemencia de cariño, que parecia un loco.

Corto fué el diálago entre los dos; pero reanimó el corazon de la pobre muchacha, que cuando menos se lo figuraba se veia unida por su padre á aquel cuyo nombre pocas horas antes hasta le estaba prohibido mentar.

Indescriptible fué la alegría de Alberto cuando por boca de su Padre espiritual supo el perdon que le habian concedido con tan inesperada largueza. El abrazo que despues recibió de don Vicente, y las nuevas seguridades que le dió de que seria suya Clementina, le pareció que le daban más la vida que todas las medicinas.

Poco despues salió D. Vicente para volver con Clementina al cuarto de Alberto.

D. Carlos, D. Felipe y el P. José permanecieron de pié al lado del enfermo.

Cuando la joven, apoyada en su padre, anhelante y trémula, puso el pié en la habitacion, asomó la cabeza por entre las cortinas del lecho, y al ver á su prometido volviéndose hácia ella, pálido y consumido, dijo, dando un paso hácia atrás y llena de espanto:

—¡Qué desfigurado, Dios santo! ¡Nadie le conoceria!

—Clementina, acércate, que te vea,—dijo Alberto con voz trémula y debil.—Vén, apriétame la mano y quedo contento.

La joven sintió que le faltaban las fuerzas; pero apoyándose en su padre, llegó al lado del lecho, arrastrada más bien que llevada. ¡Cosa singular! Ninguno de los dos podia articular palabra. Cogiéronse por la mano derecha, y por largo tiempo se estuvieron mirando fijamente; no mucho, empero, sin que sus ojos se llenaran de lágrimas, hasta el punto de no verse. Todos los presentes á aquella escena muda y sublime lloraban de ternura.

Temeroso el P. José del movimiento convulsivo que se notaba en Alberto, dijo con autoridad:

—Basta, basta; ya se han visto y saludado, y si no las lenguas, los corazones al menos han hablado. Señorita, ruégole que se retire.

—¡Hijos queridos! Que Dios os una y bendiga pronto en el altar, como nosotros en este momento os bendecimos y confirmamos como prometidos esposos,—dijo D. Vicente con calor. Despues cogió las manos de los jóvenes, que estrechó con afecto, les besó en la frente á ambos, y arrancando á Clementina de la cabecera de Alberto, salió del cuarto.

—¡Vive! ¡A Dios! balbuceó la jóven en el momento de ser separada de Alberto.

—¡Siempre tuyo!—murmuró este, y cubrió su cara con la sábana para dar libre curso á sus lágrimas.

Cómo quedó Clementina por algun tiempo medio desvanecida en un sofá, no trataré de describirlo. Nobles corazones de mis lectores, os diré con el poeta: «Juzgad su corazon por el vuestro.»

(Se concluirá).

LA MONTAÑA

Negras rocas, prados de heno
De eterna sin par verdura,
Copiosa nieve en la altura,
Mas allá el rayo y el trueno,
De hayas, fresnos y nogales
Las vertientes esmaltadas,
Y alondras acongojadas
Cantando entre los maizales...
El húmedo viento azota,
Cuando del Nordeste corre,
La cruz de maciza torre
O alguna ventana rota.
Escaso de agua en estío,
Como transparente plata,
Entre guijarros desata
Sus puras ondas el rio.
Y á la tarde azul neblina
Sobre su lecho se mece,
Que negro manto parece
De enlutada y triste ondina.
Allá á lo lejos, tranquilo,
Pasta el buey la yerba verde,
Y cada vez que la muerde
Sonoro vibra el esquilo,
Mientras los aires inquieta
Por el vecino sendero,
Chirriando, el eje grosero
De la pesada carreta.
O el grito agudo, estridente,
Del pastor de la vacada,
Que en la cóncava hondonada
Repite el eco doliente...
Aquí vivo con mi fe
Y mi pensamiento á solas,
Libre y lejos de las olas
Del mar en que naufragué:
Y á través del áereo tul
Que entre las brumas se pierde,
Miro abajo... ¡todo verde!
Miro arriba... ¡todo azul!

VALENTIN GOMEZ.

LAS VISITAS

(CUADRO AL VIVO)

Entre los diversos inconvenientes que ofrece al hombre el trato con los hombres, el más enfadoso es el de los cumplimientos; y entre las distintas especies de cumplimientos que la sociedad tiene en juego, no hay ninguno más enfadoso que las visitas de cumplimiento.

Ante una visita que llama á la puerta, es preciso entrar en casa; se puede huir de la persecucion de la justicia, pero es imposible huir de una visita.

¿Y qué es una visita?

Pues es una persona, ó dos personas, ó toda una familia, que á cualquiera hora llaman á la puerta de vuestra casa.

La puerta se abre, y la visita entra: sube la escalera y toma posesion de la sala.

Esto suele producir en la casa el efecto de una bomba que estalla repentinamente.

La familia, obligada por la ley cruel del cumplimiento á recibir la visita, suele no estar preparada, y entonces son las carreras.

La palabra *¡visita!* corre de boca en boca, como una señal de alarma: se abre una puerta y se cierra otra: la mamá está sin vestir, y echa sobre sus hombros el primer pañuelo que encuentra á la mano: las niñas están sin peinar, ¡qué apuro! ¡qué conflicto!

Pero como el tiempo resuelve todas las cuestiones y allana todas las dificultades, al cabo se conjura el conflicto, y uno á uno van haciéndose presentes ante la visita todos los individuos de la familia. Y ambas familias frente á frente, sentadas en un semicírculo delante de un sofá, pasan media hora fastidiándose mutuamente con la mayor amabilidad del mundo.

La familia está deseando que la visita se vaya, y la visita está deseando irse. Este fenómeno es constante, porque la condicion esencial de toda visita de cumplimiento es el fastidio mutuo.

Al fin la visita se levanta, y todo el mundo se pone de pié; ¡qué solemnidad! Es una ceremonia que seria muy divertida si no fuera tan larga.

Cuando entra la visita, estas dos familias parece que no se han visto en muchos años; y cuando la visita se despide, parece que se separan para no volverse á ver.

Y sin embargo, debemos decirlo, estas dos familias se han visto una hora antes en Misa, ó han paseado juntas el dia anterior, ó, lo que es más frecuente, son familias vecinas que se están viendo y oyendo todo el dia.

La visita, por fin, semejante á una procesion más ó menos larga, sale de la sala, y escoltada por la familia toma la escalera, y la puerta de la calle corta por último el multiplicado nudo de los interminables cumplimientos, cerrándose de un golpe. . . . . .

Esta visita contrae un género de deudas que es imposible no pagar: se puede eludir el pago de una deuda cualquiera, pero una visita, ¿quién no la paga en el improrogable plazo de ocho dias?

Aquí, como en todas partes, merced al gran recurso económico del crédito, se puede deber todo; pero ¿quién se atreve á deber una visita de cumplimiento?

El trato de las gentes ha establecido esta comunicacion oficial, casi ceremoniosa, en que las familias que viven en más estrecha intimidad y en más continua confianza están obligadas á visitarse de oficio y recíprocamente á lo menos una vez por semana.

Las visitas: hé aquí la idiosincracia de estos pueblos.

Cada familia necesita tener un libro de cuenta y razon, su *Debe* y *Haber*, su partida doble para llevar en cuenta corriente el comercio interminable de las visitas que paga y de las visitas que debe. Fuera de esta razon de riguroso cargo y data, de escrupuloso toma y dame, estas visitas son incomprensibles.

Esto, en el lenguaje admitido por el diccionario de los cumplimientos, se llama cumplir con las gentes. Pero en materias de cumplimientos no hay forma de engañarse, porque *cumplimiento* es la fórmula convenida de un afecto ó de un interés que no se siente.

En todo cumplimiento hay dos que rien misteriosamente; el que lo hace, y el que lo recibe.

Cumplimiento es la manera fina más ó menos empalagosa que han encontrado las personas bien educadas para burlarse unas de otras con pleno conocimiento de que se burlan.

Cumplimiento es la mentira solemnemente reconocida, la apariencia en cuyo secreto todos estamos, el engaño convenido, una ficcion en la cual nadie cree.

Es la comedia del buen trato.

La visita es el más cruel de los cumplimientos,

CAÑON DE 32 cm. CONSTRUIDO EN TRUBIA PARA EL ACORAZADO *PELAYO*

porque es un martirio que hay que recibir, y lo que es más, que hay que agradecer; más aún, que hay que pagar.

Las visitas me aterran.

Me gusta la sociedad, me gusta la compañía, la conversacion me encanta; pero, Dios mio, una visita me angustia, precisamente porque las *visitas* no son sociedad, ni gente, ni compañía, ni conversacion: no son más que cumplimientos; esto es, el fastidio.

†

El dia 18 del corriente á las nueve de la mañana entregó su alma á Dios el Rmo. P. Ramon Buldú, Provincial de los Padres Franciscanos en Cataluña. Por la larga carrera de sus trabajos apostólicos, sus incesantes labores literarias, sus desvelos por la restauracion de la Orden Franciscana y su celo en el púlpito y en el confesonario, era el ilustre finado un atleta del Catolicismo. Una existencia tan aprovechada ha sido coronada con una muerte dulce, plácida, rodeada de todos los consuelos, santificada con la bendicion Papal recibida al espirar el Padre, acompañada de las oraciones y lágrimas de los numerosos hijos é hijas de la Orden Franciscana que rodeaban su lecho.

A todos damos nuestro cordial pésame y nos lo damos nosotros mismos; porque ellos han perdido un padre y un maestro donde nosotros perdemos un amigo verdadero y un mentor querido. Acompañarán sin duda á su memoria las oraciones de todos nuestros amigos, así como le seguirán las bendiciones de los que llorarán el vacio que deja en el campo del Gran Padre de familia, del cual fué tan preclaro cultivador.

Otra muerte tambien muy sentida ha sido la del Rdo. Padre Pablo Comas y Vila, del Oratorio de San Felipe Neri, sacerdote ejemplar que contaba 58 años de edad y 32 de Congregacion, los cuales los dedicó solamente al servicio de Dios y á la salvacion de las almas, siendo por ello incansable en el púlpito, desde donde con verdadero celo y palabra sencilla y elocuente á la vez, hacia revivir la fe en los corazones de sus oyentes, logrando no pocas veces volver al redil del Buen Pastor á muchos que de él se habian apartado. Durante las horas que estuvo expuesto su cadaver, fué visitado por multitud de personas desde el sencillo obrero á lo más distinguido y selecto de nuestra sociedad. Aunque piadosamente pensando habrá merecido del Señor el premio de su constante celo y piedad, suplicamos una oracion á nuestros lectores y enviamos nuestro más sentido pésame á sus hermanos en Congregacion, los PP. del Oratorio de San Felipe Neri, así como á la familia del finado.

R. I. P.

NOTICIAS VARIAS

El Sumo Pontifice, dispuesto siempre en su solicitud apostólica á velar por los intereses de la Iglesia universal, acaba de enviar una suma considerable á Mons. Marango, Arzobispo de Atenas, para la fundacion en aquella ciudad de un gran Colegio griego católico.

Esta fundacion será un excelente medio de favorecer la vuelta de los griegos disidentes á la unidad de la fe romana, y tambien será un dique contra la propaganda anticatólica que el Gobierno italiano hace en Oriente con sus escuelas láicas.

El difunto Cardenal Schiaffino, por su testamento que data de 1882, ha dejado su fortuna á la obra de *Propaganda Fide*.

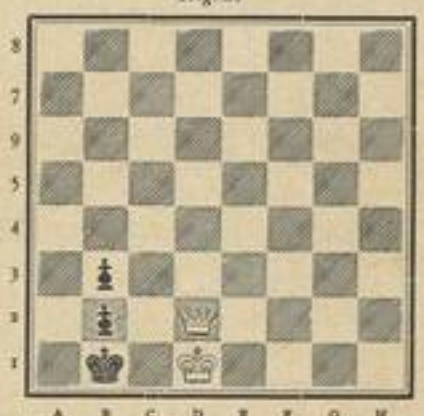
Segun la nueva combinacion de dignidades eclesiásticas, el Arzobispo de Valladolid, Sr. Sanz y Forés, pasa á la archidiócesis de Sevilla; el Obispo de Vitoria, Sr. Miguel Gomez, al arzobispado de Valladolid; el Obispo de Avila, Sr. Pierola, al obispado de Vitoria; el Obispo de Canarias, Sr. Pozuelo y Herrero, al obispado de Avila; se nombra Obispo de Canarias á un ministro del tribunal de la Rota; Obispo de Lérida al Sr. Costa, Dean de la Catedral de Valladolid, y Obispo de Mondoñedo al penitenciario de la Catedral de Oviedo.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 20

Negras



Blancas

Las blancas dan mate en *cuatro* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 19

Blancas.	Negras.
1. C R4-D6	1. P R7-D6: C
2. C R8-G6 mate	
	1. A R6-D5
2. D F3-G3 mate	
	1. A R6-C4
2. C D6-C4: mate	
	1. A R6-R7: P
2. C D6-R7: A mate	
	1. A R6 cualquier otra.
2. C D6-C4 mate	
	1. A R6 cualquiera
2. T R6-R6: mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 2 DE NOVIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 97

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La fiesta de Proskdorf.*—*La cuestion romana*, VII.—*El último dia de María Antonieta, reina de Francia.*—*La patria y el cielo*, por Antonio Aparisi y Guijarro.—*Cervantes* (conclusion), por el P. Jimenez.—*Los Principados danubianos*: III, Chipre.—*Progresos del Catolicismo en los Estados-Unidos*, por Lionello.—*La costumbre vence á la naturaleza* (conclusion), por el P. Franco, S. J.—*Las dos tumbas* (poesía), por Jaime Nogués y Taulet.—*Salmo de muerte y resurreccion.*—*Noticias varias.*

GRABADOS

VISTAS DE MÁLAGA.—*El Muelle y la Catedral.*—*Calle de Molina-Lario.*—*Plaça de la Constitucion.*—*La Alameda.*—*Otra vista del Muelle.*

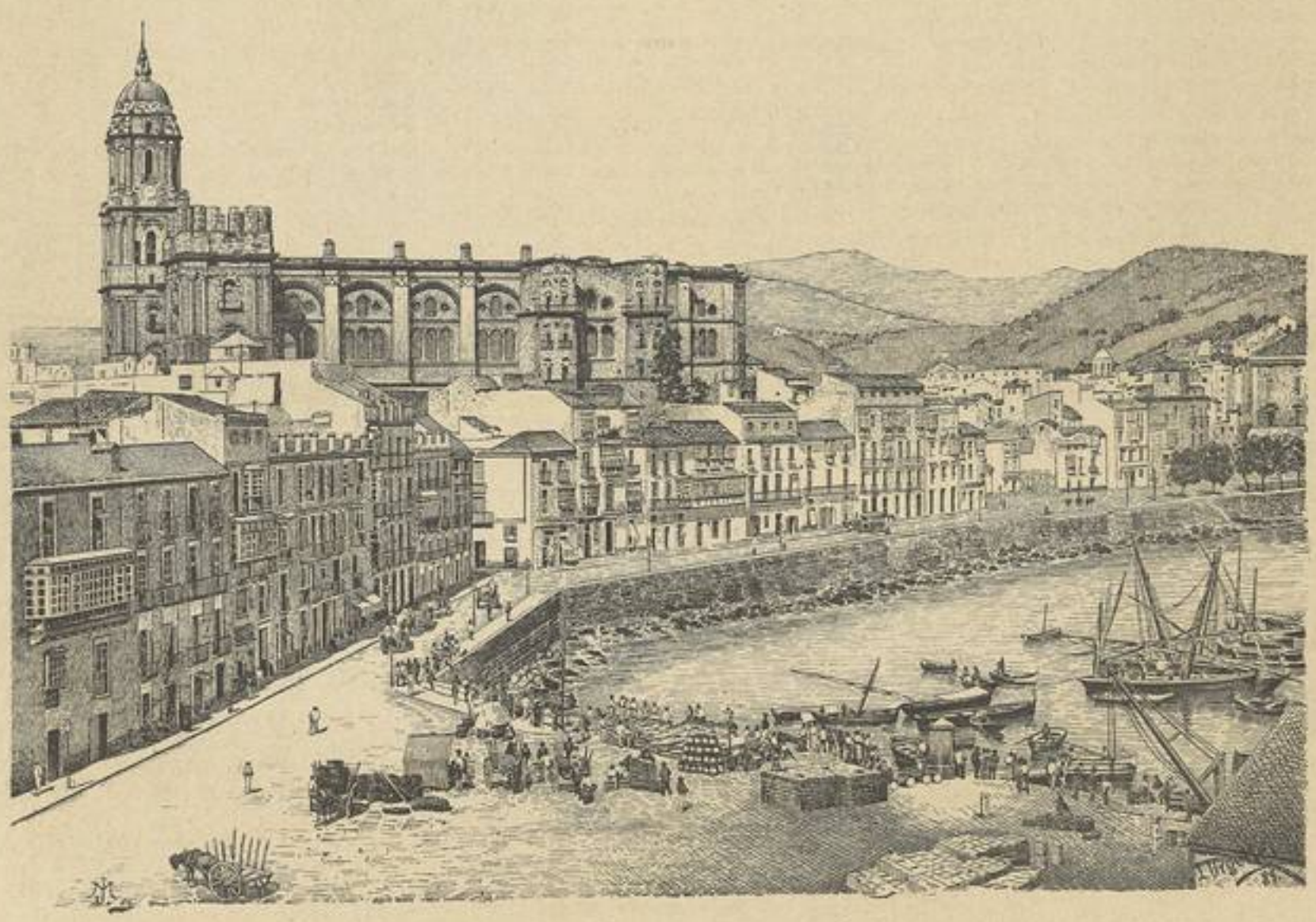
El Muelle de Málaga, llamado á desaparecer cuando concluyan las obras empezadas del puerto, es de construccion muy antigua. La primera idea de esta magnífica obra se debió al Marqués de Mondéjar en 1535. Veinte años despues ofreció la ciudad 1,000 ducados de sus propios para emprenderla, y por real provision de D. Felipe II, de 19 de Setiembre de 1586, y otra de 8 de Mayo de 1587, se dió principio á su construccion con 20 ducados anuales; á saber: 10 del tesoro del rey, 6 de los arbitrios de la ciudad, y 4 de los 44 pueblos de la costa.

La plaza de la Constitucion, que para llegar al estado en que la representa nuestro grabado, ha sufrido muchas transformaciones, va á recibir una mejora inmensa con la apertura de la nueva calle del Marqués de Larios, inmensa vía, modelo de la arquitectura moderna, y que ha sido construida en muy corto espacio de tiempo.

La Alameda es el mejor paseo de Málaga. Su aspecto es magnífico: largas hiladas de corpulentos árboles le dan sombra, y su alumbrado lo constituyen numerosos y potentes faroles sistema Siemens.

En este paseo hay una fuente que merece ser mencionada por su procedencia histórica. En tiempos del emperador Carlos V fué regalada á este monarca por la República de Génova, y al ser conducida á España fué apresada por un galeon del célebre pirata Barbarroja, de quien pudo rescatarla el esforzado D. Bernardino de Mendoza, comandante de nuestras galeras, y el cual la condujo al puerto de Málaga, colocándose en la Alameda sólo un trozo, pues el otro está en la Alhambra de Granada.

La Catedral de Málaga, una de las más preciadas obras del arte greco-romano, regenerado por el Cristianismo, descuella gallardamente, por su altura y su situacion, sobre todos los edificios de aquella populosa ciudad. Elévase en el sitio que ocupó la mezquita mayor. Hermoséala gran-



MALAGA.—VISTA DEL MUELLE Y DE LA CATEDRAL

demente la inmensa graderia de marmol blanco que sirve de escabel á su fachada principal.

La construccion de esta Catedral empezó en el primer tercio del siglo XVI. Su parte principal y más indispensable al culto se dió por terminada en 1488, pues en 31 de Agosto de dicho año, aniversario de la primitiva dedicacion de la santa iglesia malacitana (1487), se inauguró con grandes festejos, que duraron ocho dias consecutivos, siendo obispo de la diócesis D. Luis García de Haro. Suspendidos los trabajos por algun tiempo, recibieron grande impulso en el siglo XVIII, y hasta el año de 1782, quedando sin concluir una de sus torres y los vistosos remates que debian coronar tan grandioso edificio.

La fachada principal, en la que resaltan en primer término las marmóreas esculturas sobre medallones que representan el misterio de la Anunciacion, titular del templo, y los patronos de la ciudad, san Ciriaco y santa Paula, entre columnas y adornos de gran valor, se comenzó en 1714, concluyéndose, como está hoy, en 1782. Su longitud es de 251 pies, y de 163 y medio su altura. Las torres miden 54 de planta, y 331 y medio desde la superficie al arpon la terminada en 1779.

Paraninfo de la Universidad de Barcelona.—Con razon es calificado de «pieza maestra» de tan notable edificio, y sorprende tanto por su grandiosidad como por la riqueza de su decorado. Forma un salon rectangular de 36'50 metros de longitud por 16 de latitud y 18 de altura; y campea en su ornamentacion una armónica mezcolanza de estilos bizantino, gótico y árabe de caracter genuinamente español. —En la testera de ingreso corre una galería sustentada por cinco arcos cintrados que se apoyan en hermosas columnas de mármol de Tortosa. En el centro de los muros laterales hay dos ricos púlpitos de alabastro de Besalú. Del propio material es el espléndido baldaquino de la testera de honor, flanqueado por dos magníficas columnas de mármol de los Pirineos.—Sobre el estrado, próximas á los ángulos, se abren dos tribunas con ajimez. Una serie de veinticuatro ventanas altas con cristales decorados dan luz á la suntuosa estancia. Sobre ellas corre una fila de arcuaciones, y debajo de ellas una espléndida cenefa ornamentada con cuarenta medallones retratos, pintados al óleo, de españoles célebres en todos los ramos del saber, á contar desde el siglo VII hasta nuestros dias. En la testera hay los de Alfonso V, fundador de la Universidad; Cárlos I, fundador de los Estudios de Barcelona; é Isabel II, fundadora del edificio. A los dos lados hay dos cuadros de Vicens: «Representacion de las Ciencias morales y políticas, y de las exactas, físicas y naturales.»

En los muros laterales se ostentan seis grandes cuadros que representan: «Concilio IV de Toledo presidido por san Isidoro de Sevilla.»—«Escuela y civilizacion de Córdoba en la época de Abderrhaman *el Grande*.»—«Castilla en tiempos de Alfonso *el Sabio*,» (de Baixeras).—«Los concelleres de Barcelona pidiendo á Alfonso V de Aragon Real Cedula para establecer la Universidad;» (de Ankermann).—«La traduccion de la Biblia poliglota hecha en Alcalá por impulso del cardenal Cisneros,» (de Bauzá).—Los Estudios creados por la Junta de Comercio en la Lonja,» (de Reynés).

Completan el decorado de este suntuoso salon, único en España, un hermoso artesonado y el piso embaldosado con losetas de mármol gris, encarnado y negro.

Cementerio católico-latino de Feri-Keui en Constantinopla.—*Monumentos.—Piedra sepulcral.*

Sobre un vasto osario que contiene los restos de los católicos enterrados en Constantinopla desde el siglo XIV elévase un monumento conmemorativo del antiguo cementerio llamado de Grands-Champs. Es un sarcófago de sencillo y severo estilo, que forma un paralelógramo de 5 metros 50 centímetros de longitud por 6 de profundidad, flanqueado por cuatro obeliscos. En el basamento oriental hay una puerta arqueada que se abre encima del osario, en donde hay reunidos los restos humanos exhumados del que fué cementerio de Grands-Champs. En la parte superior hay una sala que contiene pequeñas urnas donde muchas familias conservan los restos de sus parientes.

Encima de la puerta mencionada nótase una piedra sepulcral procedente del cementerio de San Francisco de Galata, cuando esta iglesia fué confiscada en 1697. Llevada al cementerio de Grands-Champs, encontrósela á dos metros bajo tierra en la exhumacion general de este cementerio en 1864. La inscripcion, en hermosos caracteres góticos del siglo XIV, dice:

Sepulchrum Domini Andrioli de Pagana et heredum suorum, qui obiit anno MCCCXXXV, die XV junii.

Las dos inscripciones inferiores que se leen á entrambos lados de la puerta recuerdan qué este monumento fué construido por los asiduos cuidados del Iltre. Giorgiovich, camarero honorario del Soberano Pontifice, capellan y delegado-administrador del cementerio católico-latino de Constantinopla.

En la primera grada del obelisco de la izquierda, fachada oriental, hay una piedra del siglo XVI que inauguró tal vez el cementerio de Grands-Champs, destinado entonces á la inhumacion de las víctimas de la peste. Véase el texto de la inscripcion:

Wilhelmus Quackelbe en alias coturnossius, Belga, cortracensis, medicinæ doctor et omnis philosophiæ peritissimus, cum Constantinopoli pluribus annis Reipublicæ christianæ navasset operam, tandem iter, quod in patriam negabatur Christo duce, vertit in cælum, obiit peste viij id. maj. MDLXI. Eodem agro sepeliuntur NN.

Quackelbe fué el médico de Busbecq, legado imperial de Constantinopla en aquella época.

Encima de la ventanita ovalada que da luz á la parte superior del sarcófago léese otra inscripcion que expresa el origen y fecha de este monumento, erigido en 1870.

Al rededor de la cornisa están esculpidos varios textos de la Sagrada Escritura.

Este monumento ofrece una página interesante de la historia de la comunidad latina de Constantinopla. Las lenguas más heterogéneas, albanesa, alemana, inglesa, arábiga, armenia, croata, francesa, griega, italiana, latina, rusa, turca, están allí representadas, lo mismo que las profesiones más diversas, clero, diplomacia, magistratura consular, ciencias, comercio, etc.: nacionalidades y carreras aparecen confundidas en la terrible igualdad de la muerte y reunidas en la dulce unidad de la fe.

Una parte del cementerio sirve de sepultura á 12.339 soldados franceses muertos en la guerra de Oriente (1855). En el centro levántase un sarcófago y dos túmulos construidos en 1865. El obelisco que ocupa el primer término fué erigido á la memoria de 75 médicos y farmacéuticos que representan el fúnebre contingente proporcionado á la guerra de Oriente por el cuerpo de sanidad militar, y sus nombres están grabados en los lados del obelisco. Todos los años el dia 17 ó 18 de Agosto se celebra una misa conmemorativa en la capilla del cementerio.

La reina María Antonieta conducida al cadalso (cuadro de Laly).—Véase pág. 534.

Estuches que forman las siluetas de Luis XVI y María Antonieta.

La reina María Antonieta en traje de lechera del Trianon.—«La sencillez de gusto y la necesidad de escapar de la etiqueta para rodearse de amigos fieles y seguros, que hacian grata y querida de la Reina la residencia de Trianon, fuéronle imputados á crimen por los revolucionarios. Por otra parte era ella tan buena, mostrábase á la vez tan delicada y generosa, que el pueblo clamaba: «¡Siempre la amaremos!» Algunos años despues (17 de Octubre de 1793) la Revolucion la hacia guillotinar so pretexto de que era una *loba saciada de sangre humana*.» (Ch. de Hericault: *La Francia revolucionaria*).

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El duelo y el Código penal.—Se alquilan teatros para desafíos.—Fausto acontecimiento.

El progreso de las costumbres camina al vapor hácia su plenitud, arrastrado por el progreso liberal que le sirve de fuerza motriz.

Durante las últimas semanas dos periodistas liberales, oficiando de chulos de vigésima clase, plantáronse en mitad del arroyo á denostarse, con tal desgarro y *aquel*, que no parecia sino que estaban devorados por la combustion alcohólica, tal y como si hubieran tomado con exceso la mañana.

Lo que se han dicho...

Pero no, no lo reproduciré para no convertir en plazuela esta crónica.

Las cosas suelen caerse del lado hácia que se inclinan, y una polémica tan aguardentosa, desarrollada ante la faz del Estado liberal que la ha presenciado con la más solemne indiferencia, tenia que caerse hácia los barrios bajos para terminar como terminan en ellos las contiendas entre chisperos y matarifes, quiérese decir á garrotazo seco y á mojicon pelado.

Y así ha sucedido.

Porque los periodistas en cuestion, despues de haberse puesto como dos pozos negros de basuras y estiércoles literarios, se buscaron y se encontraron, dándose á manteniente una tanda de golpes que podia excitar la envidia de los que salen de manos de los más fornidos y membrudos destripaterrones de Alcobendas ó de Villaconejos.

Sí, mal pecado. La tan decantada majestad de la prensa ha sido profanada por el garrote de la civilizacion liberal, ni más ni menos que como si aquella *institucion* del Estado moderno fuera una tia de esas que hacen andar á golpe y porrazo los perdidos de más alta graduacion.

Es axioma liberal que los excesos de la prensa se corrigen por la misma prensa, y en Dios y en mi ánima aseguro que nunca se vió mejor confirmado el aforismo.

Porque á la prensa pertenece el venerable garrote que majó los huesos de uno de sus más distinguidos hijos, y á la prensa pertenece tambien el puño cerrado que cayó sobre la cara y las narices de otro, haciéndole ver las estrellas.

El espectáculo ha sido progresista de buena raza.

Lo único que le ha faltado es decoracion de pampa; pero la imaginacion la suplia facilmente.

No hay que decir que el Gobierno liberal lo ha presenciado con todo el tupé que el diablo le dió, sin demostrar que la sangre de sus venas pueda servir para otra cosa que para suplir á la tinta de los calamares.

El Código penal, de acuerdo en parte con las leyes divinas, prohibe y castiga las provocaciones al asesinato, padre mayor del duelo; pero ¿quién se acuerda hoy aquí de ese respetable estafermo que se llama el Código?

A las provocaciones á grande orquesta siguió el duelo, como la soga al caldero, y con estos procedimientos quedaron corregidos los excesos de la libertad por la libertad misma.

Sino que ¡oh prodigio! por uno de los rasgos frecuentísimos de la lógica progresista, en vez de batirse los dos caballeros que se insultaron y aporrearon y provocaron como gañanes desaforados, acordaron batirse por ellos otros dos que hicieron su causa, sin tener arte ni parte en su ruidosa pelambrera.

Por cuestion de negra honrilla, por naderías casi imperceptibles, por puntillosas vidriosidades, estos dos modernísimos caballeros andantes llegaron al terreno llamado del honor á romperse liberalmente la crisma, segun el rito usual de estos lances, quiérese decir con toda la publicidad propia de estos tiempos de luces progresistas.

De lo cual puede inferirse que el lance ha estado iluminado *á giorno*, como se dice en el *argot* de los espectáculos, ó, lo que es lo mismo, que ha sido la segunda edicion del *secreto á voces*.

Los periódicos han informado minuciosamente al público del estado y desarrollo de este negocio, citando los nombres de los duelistas, de sus padrinos y las condiciones con que se ha ejecutado el duelo.

Todo lo cual ha servido para demostrar que el Gobierno, ó sea el brazo armado de la moral pública, no tiene más nervio y vida que el brazo de un guardacanton.

Y gracias que el duelo se ha verificado en uno de nuestros teatros, lo cual, afortunadamente, le dió carácter de comedia de las de á real y medio; pero bien pudo ocurrir que se verificara en las cercanías del Matadero, donde estas escenas se exornan siempre con sangre.

En ambos casos el brazo armado de la moral progresista hubiera permanecido igualmente insensible, como si fuera conducido en cabrestillo.

El lance se ha perpetrado en el teatro *Felipe*, cuasi propiedad del empresario universal Sr. Ducazcal, á quien se lo tiene cedido gratis, como otros de su clase, nuestro imponderable Ayuntamiento.

No se sabe si se expidieron billetes para este espectáculo, ni si el local fué alquilado ó cedido graciosamente: lo único que se sabe es que el duelo se verificó sin grandes siniestros que lamentar, pues los protagonistas, despues de haber-

se sacudido unos cuantos sablazos, se dieron por satisfechos y se fueron á almorzar.

Y véase por qué caminos tan expeditos ha llegado el Estado liberal á ponerlo todo en estos lances heróicos de la civilizacion del himno de Riego.

Pues además de poner su tolerancia, ya que no su complacencia, concede además locales gratis para que los cristianos se rompan el alma.

Todo horrible y todo bárbaro.

Y aquí tienen Vds. quintaesenciado el último espectáculo que ha dado en Madrid la libertad de imprenta, levantándose de manos y yéndose á la empinada.

Satisfecho el honor de unos cuantos periodistas con una tanda de sablazos, sacudida por principios y métodos, la cuestion ha quedado *honrosamente* zanjada, teniéndose por caballeros los que se han maltratado como tios...

¡Así va el mundo... liberal!

MALAGA.—CALLE DE MOLINA-LARIO

MALAGA.—PLAZA DE LA CONSTITUCION

La Princesa D.ª Blanca de Borbon, hija primogénita de los señores Duques de Madrid, ha pasado á ser Archiduquesa de Austria por virtud de su matrimonio con el Archiduque Leopoldo Salvador de Habsburgo-Lorena, celebrado el 24 del corriente en el histórico castillo de Frohsdorf.

Este fausto acontecimiento, que ha llenado de regocijo á nuestra familia Real proscrita, ha tenido gran resonancia en Europa por la calidad de los augustos contrayentes y por el fausto, pompa y esplendor que se han desplegado en la que fué residencia postrera del malogrado Conde de Chambord, espejo y modelo de reyes caballeros.

El contrato matrimonial lo han firmado el Emperador de Austria y su hermano el Archiduque Carlos, heredero del Imperio, el conde de Kalnoky, ministro de Estado y generalísimo del ejército austriaco por la parte del Archiduque Leopoldo, y por la de la Infanta D.ª Blanca el señor Duque de Madrid y el Marqués de Cerralbo, mayordomo mayor de D. Carlos.

Cuarenta príncipes de las casas de Borbon, Lorena y Braganza asistieron á la celebracion del matrimonio canónico; y próceres ilustres de las principales naciones de Europa, probadísimos y leales legitimistas de España, Francia, Italia y Portugal, han acompañado á los señores Duques de Madrid en esta solemnidad que engrandeció su casa y ha iluminado con rasgos de luz y de consuelo los dias largos de su destierro.

Su Santidad el Papa Leon XIII envió su bendicion apostólica por telégrafo á los augustos contrayentes en el acto de la celebracion de su matrimonio.

El suceso de Frohsdorf ha puesto de realce las simpatías que gozan en toda Europa los señores Duques de Madrid, pues ha sido celebrado como si tuvieran una Corte efectiva, tal ha sido la afluencia de personajes que han acudido allí á rendir homenaje á las desgracias augustas, dignificadas doblemente por la fe y la consecuencia en los principios.

El matrimonio de nuestra amada Infanta es un idilio de amor en que por iguales partes resplandecen la juventud, la fortuna, la jerarquía y la virtud, por todo lo cual es de presumir que el Altísimo hará recaer sobre él los favores divinos. Así lo desea la España católica y monárquica.

LUPERCIO.

Madrid, 28 de Octubre.

A propósito de la fiesta celebrada en el castillo de Froshdorf con motivo del casamiento de D.ª Blanca de Borbon y el Archiduque Leopoldo Salvador, todos los telegramas y cartas llegadas de dicho punto indican que fué verdaderamente espléndida y conmovedora.

El Emperador de Austria, comprendiendo la importancia del acto que allí se realizaba, quiso tener como su representante en ella á la persona que políticamente mayores lazos de parentesco tiene con él, y delegó al príncipe imperial archiduque Carlos Luis, que con su esposa la Archiduquesa María Teresa han asistido á la boda.

Bendijo á los contrayentes el obispo Monseñor Gruscha, que ocupa en la Corte el elevado cargo de Vicario general castrense, asistiéndole el capellan de la Corte Mons. Mayer.

Como testigos de D.ª Blanca figuraban el príncipe D. Alfonso, hermano de D. Carlos, y el duque de Parma, hermano mayor de D.ª Margarita; y como testigos del archiduque Leopoldo Salvador, sus dos hermanos los archiduques Francisco y Alberto de Toscana y Austria.

La prensa extranjera ha anunciado el enlace y lo comenta muy favorablemente, indicando que las simpatías de que gozan los ilustres Duques de Madrid en todos los países de Europa van aumentando aún de día en día. «Un acto como el celebrado

en Frohsdorf, dice *L' Univers*, es de aquellos que Dios envia á los príncipes víctimas de la revolucion para consolarles de la injusticia de los hombres. Que El proteja á los jóvenes esposos y les conceda la felicidad que tantas virtudes han merecido.»

LA CUESTION ROMANA

VI

Las esperanzas del Papa y de los católicos

Admira verdaderamente el empeño que muestran los adversarios de las protestas del Papa y de los católicos de todo el orbe en ridiculizar las esperanzas que éstos tienen en la justísima reparacion de la gran iniquidad cometida con el despojo de los Estados pontificios. Ven los que así obran que no tuvieron realizacion las profecías que hacian algunos fervientes católicos á raiz del nefando atentado de Víctor Manuel, cuando afirmaban que muy pronto volveria el Padre Santo á ser soberano temporal de los Estados que aquel impío le arrebatara.

Observan además que han pasado ya diecinueve años desde aquella memorable fecha sin que se vea todavía claro el camino por donde podamos recobrar lo perdido, y se burlan de los católicos que aún protestan y confian.

Mas esas burlas y esas imputaciones caen, en primer lugar, sobre un falso supuesto. Ni Leon XIII ni los católicos protestan por tener más ó menos esperanza de ver pronto resuelta la *cuestion romana*; protestan por las razones que en artículos anteriores hemos aducido; protestan porque es su deber, y tanto aquellas razones como este deber subsisten, cualesquiera que sean las probabilidades de éxito.

Aparte de esto, basta reflexionar que esas esperanzas las acaricia el Romano Pontífice, y con él muchos millones de católicos, para no dar tan de barato que son infundadas y merecen la chacota y el desprecio.

Reparemos ante todo que la necesidad del poder temporal, á más de las pruebas de razon, tiene en su favor las declaraciones de la Iglesia. Obliga, pues, esta creencia, so pena de rebeldía, á todos los fieles hijos suyos. Y es evidente que tratándose de una cosa de esta índole, *de una condicion en las presentes circunstancias necesaria para el conveniente ejercicio del poder supremo del Jefe de la Iglesia*, no podemos apartar la vista de esa Providencia especial con que Dios prometió asistir á su Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

Lo sobrenatural sigue á la Iglesia en todas las épocas de su vida, y no es extraño, porque es ella una sociedad que, á diferencia de todas las de la tierra, está inerme en medio de las potestades conjuradas en su daño, y siempre, merced al favor divino, ha salido victoriosa. Militan, pues, en favor de las esperanzas de los católicos, las promesas divinas y la experiencia histórica, que patentiza que siempre han tenido éstas su cumplimiento.

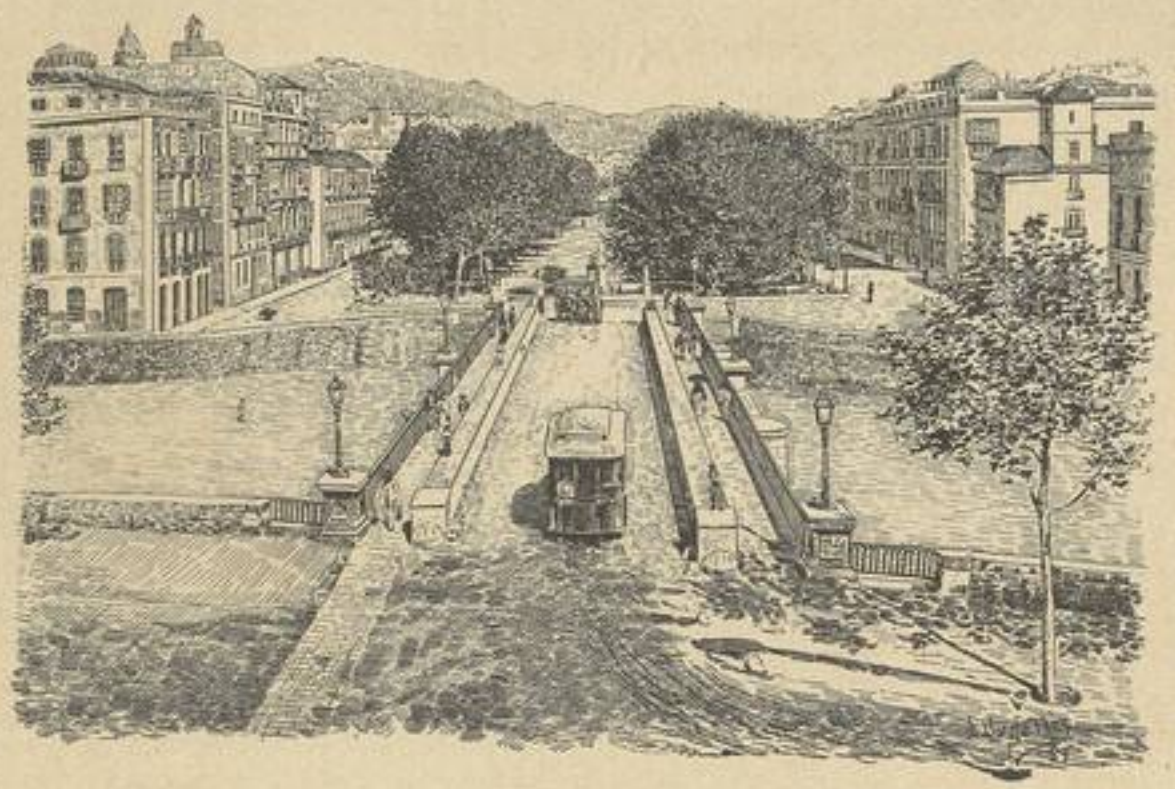
No ignora el Papa que han pasado diecinueve años sin que hayamos adelantado un paso, al menos en apariencia, y que diecinueve años, según la febril actividad de estos tiempos, equivalen á un siglo de la Historia; pero si es verdad esto, tambien lo es que esos diecinueve años ó ese siglo, bastante para amortiguar una causa perecedera, no ha conseguido disminuir en un ápice la importancia de la *cuestion romana*, tantas veces muerta y enterrada en boca de sus enemigos, y que hoy se discute con tanto calor como el primer dia.

Y ese empeño que muestran los italianísimos en darla por terminada y en desvanecer las esperanzas de los católicos, prueba claramente que tal vez no están seguros de su victoria y que temen no sea muy firme la estabilidad de su nuevo reino.

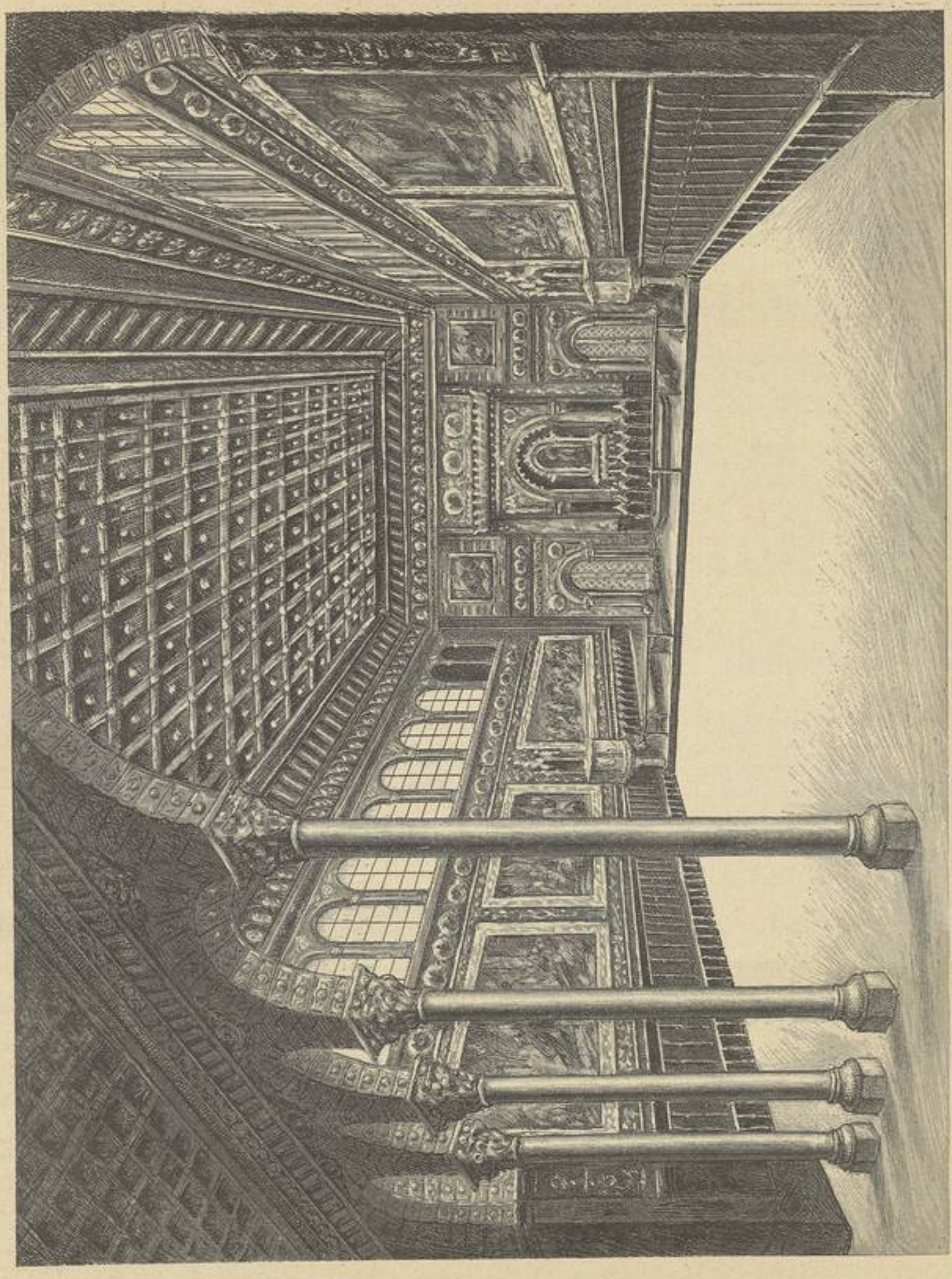
Por eso los católicos, que han estado esperando diecinueve años, esperan todavía y esperarán mientras el Papa no declare que las circunstancias han cambiado y que ya no le es necesaria la soberanía temporal. No importa que ni los católicos ni el Papa mismo sepan cuándo ó cómo se verán reintegrados en sus derechos; saben en cambio que la Iglesia gimió bajo el poder de los tiranos por espacio de tres siglos, y cuando Diocleciano decreta aquella terrible persecucion que parecia acabar con el Cristianismo, hé aquí que llega la hora de la Providencia, y de pronto alcanza la Iglesia, no solamente la paz, sino la proteccion de un emperador cristiano.

Y si entonces estuvo la Iglesia tres siglos esperando el triunfo que Jesucristo le prometiera, ¿por qué se nos acusa hoy de esperar diecinueve años? ¿Quién es capaz de medir á Dios el tiempo en que lleguen las reparaciones deseadas por los católicos? Nada menos que 171 veces han sido los Papas despojados por sus enemigos de sus dominios temporales, y otras tantas les ha devuelto la Providencia sus legítimos derechos, cosa admirable y sin ejemplo en ningun reino ni dinastía de la Historia. Pues bien; ¿qué maravilla es que los católicos confien en que esa misma Providencia que 171 veces ha posesionado á los Papas de sus dominios temporales repita una vez más el prodigio?

MALAGA.—EL MUELLE



MALAGA.—LA ALAMEDA



PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Tales son las esperanzas del Papa y de los católicos.

Sus enemigos les arguyen que la restauracion del poder temporal no consta en las promesas divinas hechas á san Pedro y á sus sucesores. Es cierto: el Evangelio no habla del poder temporal. ¿Mas, por ventura, la constitucion y duracion del reino de Italia está contenida en el Evangelio?

Añaden que la soberanía temporal «no es esencial á la Iglesia, puesto que tiene razon de medio, no de fin, y siendo medio, la Providencia puede sustituirlo con otro.»

Indudablemente que no es esencial y que Dios puede suplirlo por compensaciones maravillosas. ¿Mas deberemos esperar que Dios haga milagros para sostener la independencia de su Vicario en la tierra mientras haya ese medio humano que la garantice?

El pan es un medio no más para sostener la vida material del hombre; sabemos que Dios tiene otros infinitos para alimentarnos, y, sin embargo, El mismo nos enseñó á pedir el pan de cada dia.

Que no es esencial ese poder á la vida de la Iglesia... lo sabemos tambien. Pero ¿solamente tendremos que esperar de Dios lo que es esencial? Antes bien en esto no reparamos tanto como en lo accesorio, ni le pedimos jamás que no deje de suministrar á su Esposa inmaculada las condiciones esenciales que bien sabemos no han de faltarle jamás en virtud de aquellas divinas promesas. Pero, en cambio, lo accesorio se lo pedimos á toda hora, y confiadamente esperamos alcanzarlo de sus infinitas bondades.

Luego mientras nuestros enemigos no excogiten otras objeciones de más peso, tendremos derecho á seguir esperando siempre; y quien admita esa providencia especial con que Dios vela por la vida y prosperidad de su Iglesia, tendrá que admitir tambien que las esperanzas del Papa y de los católicos tienen sólido fundamento.

EL ÚLTIMO DIA DE MARIA ANTONIETA

REINA DE FRANCIA

Son las cuatro y media de la mañana; dentro de algunas horas acudirá el verdugo á reclamar su víctima.

La Reina pide un tintero; antes de morir necesita desahogar su pecho, y enviar á sus hijos y á su cuñada sus últimas ideas con sus últimas lágrimas.

La Reina llora al escribir: no llora por sí misma, sino por sus hijos. Llora al pensar en qué manos tan viles dejaba á su hijo, en lo que ya le habian obligado á hacer y decir, en lo que tal vez le obligarian todavía á decir y hacer. Pero estas ideas no deben abatirla: necesita todas sus fuerzas y toda su energía para morir. La infeliz reprime sus lágrimas, entrega la carta al alcaide Raul, y se postra de rodillas dando vuelo á su alma en presencia de Dios. Hecho esto, levántase, chupa precipitadamente un ala de gallina, come un poquito de pan, y, destrozada por tantas agitaciones se echa en la cama, envuelve sus piés con una colcha, y quédase dormida.

A las seis la despiertan.

—Aquí teneis,—le dicen,—un Cura de París que pregunta si quereis confesaros.

—¿Un Cura de París?—dice entre dientes la Reina;—apenas los hay.

El sacerdote se adelanta; va vestido de seglar; es un clérigo que se llama Girard, Cura constitucional de Saint-Landry. La Reina le da las gracias; pero fiel al compromiso que ha contraido en su última carta, se niega á recurrir al ministerio de un cismático; por otra parte, no lo necesita. Dios le ha concedido la gracia de enviarle algunos dias antes un sacerdote fiel.

La Reina siente frio: la atmósfera, fria ya desde las primeras noches de otoño, las nieblas del rio y la humedad de la prision, hielan la sangre en sus venas. Por consejo del clérigo Girard, coloca una almohada sobre sus piés, y queda abismada en sus pensamientos.

A las siete se presenta un nuevo personaje en la prision; el último actor de este lúgubre drama, el verdugo.

—Tempranito venís, señor mio,—le dice María Antonieta;—¿no podríais esperar?

—No, señora: tengo la orden de venir.

La Reina se corta por sí misma los cabellos, y Sanson pone manos á la obra de la fatal *toilette*.

Momentos de espera. ¿Qué pasa entonces entre las tres personas encerradas en aquel oscuro gabinete, entre el sacerdote, el verdugo y la mujer? No lo dice la historia. Pero aquella mujer ya no está allí; ha volado con el pensamiento traspasando las espesas paredes de su prision; está donde quiera que se ha deslizado su vida, vida llena de brillos y amarguras; está en Schœbrum, al lado de su madre; está en Trianon con sus amigas; está particularmente en el Temple, entre sus dos hijos, á quienes atormenta Simon; está en el cielo, junto á su marido, á quien pronto volverá á ver.

A las cinco de la mañana tocan llamada y tropa en las 48 secciones de París; á las siete forman todas las tropas; la artillería se sitúa en las cabezas de los puentes, en las plazas y encrucijadas, desde Palacio á la plaza de la Revolucion. A las diez empiezan á recorrer las calles numerosas patrullas. La muchedumbre se apiña impaciente á las puertas de la prision, formando oleadas; 300,000 almas hay allí insultando á su víctima y esperando su presa.

A las once obsérvase un movimiento general. Abrese la puerta de la prision, y aparece la Reina, noble y majestuosa como en Versalles... va atada codo con codo con un grueso bramante, y con los cabellos blancos cortados al rape; sus ojos están inyectados de sangre, y sus pestañas permanecen inmóviles. En derredor suyo se hallaban los gendarmes, y á su lado el Cura de Saint-Landry.

—¿Quereis que os acompañe?—le preguntó el clérigo constitucional.

—Como V. guste,—le respondió indiferentemente la Reina.

Treinta mil hombres formaban en la carrera desde la prision á la plaza de la Revolucion. Este aparato militar, este miedo á una fuga posible, aunque muy poco probable, á un complot para arrebatar á la Reina en las mismas calles que debia recorrer, aquella muchedumbre que fluctúa como las olas, es el último é involuntario homenaje rendido á la grandeza de María Antonieta, porque no se tienen con esta majestad caida las mismas consideraciones que se tuvieron con su marido.

El carruaje que la espera, casi arrimado á la puerta, no es una carretela como la que se destinó para Luis XVI; es la tosca carreta que se usa para los reos vulgares, con sus ruedas cubiertas de fango, con una tabla por banqueta, sin paja ni heno para los piés; para tirar de la carreta un matalon blanco, y para conducirla un hombre de blusa, de torvo y severo semblante.

Al ver tan raro vehículo, no pudo la Reina reprimir un movimiento de sorpresa, pero no tardó en dominar su pasajera alteracion.

Detrás de la carreta se colocó una escalerilla bastante larga, de cinco tramos. Sanson ofrece la mano á María Antonieta para ayudarla á subir, pero la Reina la rehusa con un gesto, y sube sin ayuda por su pié. Siéntase sobre la banqueta, dando la espalda al caballo, y el sacerdote se coloca á su lado.

—Este, señora,—le dice,—es el momento de armarse de valor.

—¿Valor?—le responde aquella con viveza;—hace tanto tiempo que me ejercito en él, que no es de esperar que hoy me falte.

El verdugo y su ayudante están de pié detrás de la Reina, tricornio en mano, apoyándose en la carreta, y «procurando visiblemente que los cordeles, cuyos extremos tienen en sus manos, no estén de manera alguna tirantes.»

Pónese en marcha la carreta; pero los gendarmes apenas pueden abrirse paso por medio de aquella masa compacta de *sansculottes* y de calceteras que han acudido allí á ganar bien su jornal. Entre aquella inmensa muchedumbre reina un extraño silencio; pero al entrar en la calle de San Honorato óyese un confuso clamoreo, ademanes groseros, siniestras burlas, infames ultrajes; gritos de muerte surgen como pestilentes emanaciones de lo más profundo de aquel populacho delirante, y se confunden con los aullidos de «¡Viva la república! ¡Abajo la tiranía!»

No faltan gentes desalmadas que palmotean; el comediante Grammont caracolea á caballo en torno de la carreta, dando la señal para los insultos. Impasible y serena, sin abatimiento ni orgullo, la Reina se ostenta gallardamente sobre aquellas turbas, semejante á aquellos gigantescos árboles que se elevan desde el fondo de cenagosos pantanos en que bullen y silban repugnantes reptiles. Recorre con su vista aquellas rencorosas turbas, casi sin verlas, y aquellos gritos penetran en sus oidos sin comprenderlos. Acaso de vez en cuando algun insulto, que resalta por lo horrible, consigue llegar hasta ella, atrayendo por un momento á la tierra aquella imaginacion que obstinadamente se remonta á los cielos.

No se ve nadie en las ventanas; nada falta á la brutalidad que impera en las calles. Todo sentimiento simpático debe ser reprimido; sólo el odio tiene derecho á manifestarse. Sin embargo, algunos espectadores se desmayan á impulsos del dolor.

Al dar vista al Palacio Real, un rápido destello alumbra los ojos de María Antonieta: ha leido el cartel que anuncia la confiscacion de los bienes del duque de Orleans.

La carreta avanza lentamente.

—¡Es preciso,—ha dicho un periodista,—que la Reina beba durante mucho tiempo la muerte!

Al llegar á San Roque detiénese el cortejo: esta es una de las estaciones que el ingenioso encarnizamiento de los verdugos ha señalado para la víctima en el prolongado camino de su calvario.

Las gradas de la iglesia están cuajadas de la flor y nata de las furias revolucionarias, el batallon de la ciudadana Lacombe. Grammont se levanta sobre los estribos, y blandiendo su sable:

—Ahí teneis á la infame Antonieta; ahí teneis, amigos, á esa.....

Esta es la señal. Entonces sale de aquella muchedumbre un prolongado murmullo y estalla una espantosa gritería; las desaforadas voces, las maldiciones y los insultos refúndense en un inmenso aullido de odios y ultrajes. ¡Qué placer para aquellas mujeres, para aquellas *lécheuses de guillotine*, como las llamaba enérgicamente la *Commune*, sorprender un estremecimiento en el semblante de la víctima ó una lágrima en sus ojos! Pero se han visto privadas de este deleite de bestias feroces: bajo los golpes de tan repetidos ultrajes, la Reina permanece impasible, nada vé, nada oye.

Al medio dia llega la fúnebre comitiva á la plaza de la Revolucion: como una postrera y sangrienta ironía, háse levantado el cadalso junto al puente colgante, al pié de la estatua de la Libertad.

La Reina clava por algunos momentos sus ojos en aquellas Tullerías, donde entró por primera vez el 8 de Junio de 1773, radiante Delfina, saludada por las entusiastas aclamaciones del pueblo de París, y de donde salió el 10 de Agosto de 1792 á los furibundos gritos de aquel mismo pueblo, tan cruelmente voluble; en aquellos gigantescos árboles, á cuya sombra tantas veces jugueteó su hijo, y cuyas hojas amarillas se desprenden y ruedan por la tierra, imagen de tantas grandezas abatidas; en aquel palacio, donde vivió tres mortales años, desde las jornadas de Octubre de 1789, y frente al cual va á morir.

Bajo el peso de estos recuerdos y de estos pensamientos, inclina la cabeza, palidece su semblante. La madre doblégase por un momento, oprimida por tan profundos dolores; pero al punto levántase la soberana, baja de la carreta con ligereza y prontitud, y aunque sus manos continúan atadas, sube sin ayuda las gradas del patíbulo, con ademan todavía más sereno y tranquilo que al salir de su prision.

Al subir la escalera, pisa inadvertidamente con su pié el del verdugo, y Sanson exhala un ¡ay! de dolor: Vuélvese la Reina:

—¡Caballero,—le dice con una firmeza de espíritu y una dignidad inauditas en semejante momento;—perdonadme!

Despues levanta los ojos al cielo, y reza en voz baja su última oracion.

Cuatro minutos despues, la cuchilla habia terminado su obra. El ejecutor enseñaba una y otra vez al pueblo aquella ensangrentada cabeza, viéndose abrirse y cerrarse los párpados de sus ojos por un movimiento convulsivo y teñidas aún sus mejillas por un vivo encarnado.

Todo habia concluido: la hija de los Césares habia ido á juntarse en el cielo con el hijo de san Luis. La muchedumbre se dispersa silenciosa y como consternada, poseida del terror involuntario que oprime aún las conciencias más endurecidas despues de consumado un gran crimen.

No obstante, de aquella muchedumbre repulsiva salió un hombre que, escurriéndose al pié de la guillotina, empapó su pañuelo con la sangre que goteaban las tablas del cadalso bañadas en ella.

La historia, como el gendarme Maingot, recogió esta sangre de la víctima; recogióla para señalar la frente de los asesinos de María Antonieta con un estigma indeleble. «El primer crimen de la revolucion, dice Chateaubriand, fué la muerte del Rey; pero el más espantoso fué la muerte de la Reina.» Y Napoleon dijo á su vez: «La muerte de la Reina fué un crimen peor que el regicidio.»

Crimen completamente inmotivado, puesto que no habia pretexto alguno que alegar para disculparlo; crimen en sumo grado antipático, puesto que recaia sobre una princesa extranjera, el más sagrado de los rehenes; crimen sobremanera cobarde, puesto que la víctima era una mujer que sólo habia tenido honores sin poder: y de todas maneras, crimen fatal cuyas consecuencias tal vez han traspasado el límite de la existencia de los que lo ejecutaron ó consintieron.

Lo mismo para las naciones que para los individuos y las dinastías, hay una justicia eterna. Todas las generaciones de un pueblo son solidarias en el mal lo mismo que en el bien, y hasta los hijos inocentes han pagado con mucha frecuencia las culpas de sus padres. ¿Quién puede decir que Francia no sufre todavía hoy el peso de los crímenes del 93? ¿Quién sabe si en medio de tantas públicas desdichas y luchas intestinas y constantes é inútiles esfuerzos para fundar en Francia un régimen salvador, la mirada de un gran filósofo, remontándose á mayor altura y penetrando á mayor distancia que los historiadores vulgares, no distinguiria entre las primeras causas de tantos errores y de esta impotencia que parece inexplicable, algunas gotas de la sangre derramada el 16 de Octubre de 1793 en la plaza de la Revolucion, y que al salpicar la estatua de la Libertad la han dejado para siempre desfigurada?

LA PATRIA Y EL CIELO

Mirad, ¡ya lo diviso! mirad ese cielo tan puro, tan gracioso, tan amplio y bellamente desplegado...

Ese cielo es el cielo de mi patria: manto hermosísimo de azul, que embellece una luz florida.

¡Patria mia! eres muy bella: Dios sonrió al formar tu suelo....vistiólo de flores, y mandó á los céfiros más suaves que lo perfumasen.

Fresca y gentil, te reclinas en ese jardin deleitoso, como virgen graciosa y pura, que fija por vez primera en su amante una tímida mirada.

Eres grande, patria mia; esas torres que tocan las nubes lo proclaman. Tus brazos son, que levantas orando á los cielos.

Envuelta en los grandes sonidos de las campanas, desciende á conmover los corazones la voz de la religion... música sublime en la region de los aires.

¡Patria mia! ¡patria mia! Yo te amo, cual se ama á esposa gentil; donde vaya te llevo en mi corazon, y al pensar en tí me saltan las lágrimas.

En tí, por vez primera, vi esa luz que nos envia el cielo para que miremos su hermosura; en tí comencé á murmurar tiernas oraciones que me enseñaba mi madre; en tí habló mi alma á otras almas un lenguaje misterioso y divino; en tí besé por última vez la mano de mi padre y la casta frente de mi hermana.

En tí, oh patria mia, tengo lo que hay más puro en la vida y más sagrado en la muerte: la cuna de mi niñez y el sepulcro de mi padre.

Por eso lejos de tí me sentia triste, pero habia en aquella tristeza encanto secreto: era como recuerdo vago y confuso de alegrías y dolores que pasaron.

Me sentía triste, y me decia: ¿cuándo volveré á ver aquellos campos tan hermosos, aquella luz tan suave, y recorreré las calles conocidas, y encontraré á mis amigos, y los estrecharé sobre el corazon?

Ya estoy en tí, patria mia, ya estoy en tí: hijo humilde, quisiera tener mucha gloria para añadir á tu corona una flor; pero tengo al menos una alma sensible, y te doy el amor de ella. Ya estoy en tí, patria mia; ya estoy en tí, y respiro tu aire, y miro tu cielo, y soy feliz...

¡Feliz! ¿Qué palabra se escapó de mis labios? ¿Hemos conocido por ventura nosotros lo que es felicidad?

Fantasma que al abrazarla se disipa, flor que se marchita al tocarla, sombra que huye al perseguirla. ¿Qué sabemos nosotros lo que es felicidad?

Venid, amigos mios, y rodeadme todos: contémonos los secretos del corazon. ¿Os sentís felices por ventura?

Lejos de nuestra patria, suspiramos por tornar á su seno, y al tornar á ella suspiramos tambien, porque nos aqueja en el fondo del alma un instinto viajador... ¿Tendremos por dicha otra patria?

¡Hombre! tu patria es el lugar donde naciste; cristiano, mira al cielo: esa es tu patria.

¿Qué es el mundo sino lugar de tránsito, que echó Dios entre la nada y la eternidad?

¿Qué somos nosotros, sino pobres desterrados que andamos gimiendo por entre sombras, en busca de esa patria de luz y de armonía?

No me digais que esto es hermoso; todo lo sombrea la muerte.

Ese arrollo bulle, sonrie esa flor; pero dad un paso, y el arroyo se ha secado, y la flor marchitóse.

Mirad atrás... ¡ruinas! mirad adelante... ¡todo está cayendo!

La muerte es la reina del mundo: nuestro espíritu no puede vivir en esta region de la muerte.

¡Aire! ¡aire! que se ahoga el alma: dadle paz, que está cansada de gemir y de reluchar.

Reyes son los hombres, y se arrastran por el lodo; hermanos, y se despedazan; hijos de Dios, y blasfeman, mientras se hunden en el sepulcro.

Arrancadnos á esta region de miseria: caigan rotas las cadenas, y vuele el alma.

Alma mia, ¿no sabes que sobre esa atmósfera tempestuosa hay una region donde vive la paz, y no anochece la luz y es inacabable la vida?

Allí, alma mia, podrás, en medio de un silencio divino, sumergirte en las profundidades esplendorosas de la eternidad; allí vivir vida eterna de amor en el seno de Dios...

Esa region, alma mia, es el cielo; ese cielo, alma mia, es tu patria.

Antonio Aparisi y Guijarro.

CERVANTES

(Discurso del P. Jimenez, de las Escuelas Pías, en la Juventud católica de Granada).

II

Para entrar de lleno en el problema que intento resolver y no gastar el tiempo en noticias eruditas que de puro sabidas y manoseadas ya han perdido la flor de la novedad, no diré en qué lugar ni sazón fueron escritas cada una de sus obras, porque, además de lo expuesto, paréceme que esto toca á la parte de sus desventuras sufridas en la patria, que yo he prometido pasar en silencio.

Comencemos, pues, por el *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, del cual hay tanto que decir que, siendo infinitos los libros, así nacionales como extranjeros, escritos en su alabanza y para su crítica, aún resta tanto que hablar, como si nada se hubiera dicho. No es este, pues, un campo espigado en el que se ha de andar como un Argos para encontrar alguna espiga, sino una tierra tan rica y tan llena de miés que en viéndola luego desmayan las fuerzas, anonadadas por la abundancia del trabajo.

El *Quijote* es para los literatos lo que la *Summa* de santo Tomás para los filósofos y teólogos: es un arsenal con toda clase de pertrechos y paramentos para el arte del buen decir. Allí nunca se acaban los giros nuevos del lenguaje, ni fenece la elegancia del estilo, ni la sutileza se quiebra y la gracia desafeitada campa en trenza y en cabello sin estar pagada de su hechizo y desenfado. Allí la invencion tiene su casa solariega, y los caracteres están copiados del natural con gallardía, sin pusilanimidad ni amaneramientos; allí la travesura del genio tiende todas sus redes, y la imaginacion hincha todas sus velas, y la memoria enciende todos sus faros, y el entendimiento,

ROMA.—EL DIA DE LOS DIFUNTOS EN EL CEMENTERIO DE CAMPO VARANO

como piloto de la nave, no deja á tiempo ni á deshora de mirar al cielo.

Este libro tiene hondura para el sabio; risa para el ignorante; avisos para el loco; enseñanzas para el discreto, y, finalmente, él está tan bien formado para todos los gustos y para todos los senderos de la razon humana, que Irving veia en él una revelacion de la naturaleza; Holland, la primera y más extremada novela del mundo; Lista, en su autor, un gran poeta; Sydenam, un acabado físico; Calderon, el rey del romanticismo; España, el príncipe de los ingenios; y la humanidad, que se veia retratada de cuerpo entero en aquella insigne obra, su más habil y diestro pintor.

Siendo esto así, como en realidad de verdad lo es, este libro no puede ser una sátira simplemente; la vida de las sátiras es breve y efímera, como las concausas porque se escriben, y así tienen de existencia sólo aquel corto tiempo que la imagen del corzo suele durar sobre el cristal de la fuente, que es el tiempo que dura su sed. No; este libro no puede ser una mera y sandia crítica de los l bros de caballería, que ya perecieron, ni menos una parodia de Amadis de Gaula, ni un remedo del poema de Ariosto: el *Quijote* es mucho más que esos partos de la inteligencia solamente de los erudítos conocidos. El famoso hidalgo manchego pone el pensamiento en esferas más levantadas que todos los discretos ó locos Amadises y los Orlandos más furiosos, porque el Caballero de la Triste Figura, seco y avellanado como la madera de su lanza, arrojado por sus disparatados pensamientos de la comodidad de sus locuras, y enhiesto y empinado sobre los estribos del alto Rocinante, es la personificacion más acabada del soñador espíritu humano, siempre batallando á tajos y á lanzadas por abandonar la holgura de la esfera en que nació, como el mar que se yergue y rebrama por salirse de la inmensa habitacion donde se explayan sus olas.

Que así es, en verdad, este arrogante corazon humano cuando no lleva por lastre lo que es necesario que lleve: el taimado labrador que no nació para otra cosa, tiene humos de soldado; el rústico ganapan se huelga y se pavonea con hábito de caballero; el marido pusilánime que se deja gobernar de su mujer y de sus pequeños hijos, suda y se afana por entender en el régimen de un Imperio; el desmemoriado hace gala de su memoria, y el necio de su sabiduría, y el rapsodista de originalidad, y el bélitre, vencido por todas las malas pasiones, pregona sus vicios como virtudes, llama tiranos á los que gobiernan, cohechadores á los de la recta justicia, cobardes á los héroes, y á sí mismo *pio, felice, triunfador*, y redentor y padre de la patria.

Y así anda esta pobre humanidad de caida y maltrecha, de aporreada y ridícula, de soñadora y engañada, tomando á los molinos de viento por gigantes, á las ventas por castillos, á los mercaderes por soldados, á los entierros por medios de la otra vida, y á los frailes inermes y pacíficos por malignos aventureros. Y en realidad de verdad, ¿qué otra cosa son aquellas dos figuras de D. Quijote y Sancho Panza, sino imágenes muy acabadas del idealismo más sutil y del realismo más bellaco que andan encontrados por el mundo, estorbándose mutuamente y cambiándose burlas y refranes por desventuras y lanzadas?

Ahora bien, fijando únicamente los ojos en el idealismo que sueña y que desea el bien en todos sus semejantes, ¿son todas sus obras y todos sus deseos de virtud y de justicia dignos por igual de las grotescas censuras de Sancho? ¿Son iguales, por ventura, la valentía del que defiende el honor de una dama, que la temeridad del que, por acorrerla y ponerla á salvo de forzadores que jamás existieron, deja mal ferido y derribado en tierra al escudero que le acompaña? ¿Van acaso por el mismo sendero el heroismo del cautivo cristiano que rompe sus cadenas y levanta el trono volcado de sus reyes y los altares de sus mayores, que la ridícula pujanza del que pone en libertad á los galeotes, condenados al remo por sus delitos? De ninguna manera; porque el primero tiene por fundamento de su valor al mismo Dios, que manda cuidar de la honra y que santifica el hogar y es adorado en el templo, y el otro sólo la vanidad de la fama con que desea rodear su nombre. El uno busca el brillo de la virtud, y el otro, el fátuo, el resplandor de su gloria. El uno mira solamente á Dios, y el otro no cuida sino de sí propio.

Que por esto Cervantes tuvo buen cuidado de no poner por cimiento de las locuras de D. Quijote á Dios, como su ayudador y amparador, sino únicamente al aéreo fantasma de doña Dulcinea, en quien D. Quijote fia y á quien D. Quijote se encomienda en todas sus empresas de tal manera que si se atreve á acuchillar á gigantes descomunales, siquiera sean cueros de vino, si es casto y no consiente requiebros ni miradas, si duerme en el campo á cortinas verdes, si rescata el famoso yelmo de Mambrino, si se disciplina y hace penitencia en las escabrosas soledades de Sierra Morena... todo lo lleva á cabo por la sin par fermosura de doña Dulcinea del Toboso, *que pelea en él y vence en él, como él respira y tiene vida y sér en ella.*

Y esta, á mi modo de entender, es la suma y escondida virtud que Cervantes puso en su obra, no sólo la sátira de los andantes caballeros desfacedores de entuertos y vengadores de agravios ajenos, sino el ridículo de todas las acciones humanas que no llevan por fundamento á Dios, *alfa y omega* de toda obra virtuosa. Que por eso el *Quijote* del plagiario Avellaneda es desmayado é insípido, y no logra poner en caricatura sino á su propio autor, porque de sus páginas háse arrojado á doña Dulcinea, y el andante caballero recibe de lo alto el auxilio para sus locuras. ¿Y qué obra de virtud, por arriesgada que sea, parecerá ridícula si tiene á Dios por fundamento?

En fin, que el *Quijote* es el martillo, no sólo de aquellos libros echados por él en su tiempo de la república de las letras por falaces y perniciosos, sino de todos los demás en que el valor, la honra y la justicia no tienen á Dios por cimiento en las hazañas de sus héroes, y sí sólo la fama que recibe menoscabo y que ha de fenecer con el mundo. Porque lo mismo son dignas de censura y de reproche las malas obras que los hombres llevan á cabo arrastrados por la pasion, que las ímprobas acciones fingidas por los poetas con detrimento de la virtud y para glorificacion del vicio. Ante este libro, pues, huyen dispersos, como rebaños de ovejas, de la lanza de D. Quijote, desde los lúbricos trovadores provenzales hasta lord Byron y Enrique Heine; desde las meretrices de Ovidio hasta las cortesanas de Zola; desde la poetisa de Lesbos, que, despreciada por Faon, atenta contra su vida, hasta los novísimos noveladores y dramaturgos que coronan por suicidas á sus héroes. Y mientras tales desdichados ingenios huyen y se ocultan en las sombras de los pasados siglos, paréceme que Homero tiende al paso de Cervantes su clámide griega, que Virgilio se le inclina, que Dante le sonrie, que Tasso le aplaude, y que Lope y Calderon, y Tirso y Moreto, y Hurtado y Solís, y Góngora y Espinal le doblan reverentes la rodilla, diciéndole al pasar:—Dios te salve, príncipe.

Y si en el *Quijote* azotó Cervantes las locuras de la humanidad que disparata y delira, en sus *Novelas ejemplares*, que son, á mi modo de ver, como corolarios del problema resuelto en su hidalgo manchego, anda señora y triunfante la virtud, siquiera tome albergue en una *Gitanilla*, y desbaratado y arrepentido el vicio, aunque busque por su escondrijo el hábito flamante de un caballero.

Ved, pues, por qué aquí concluyo, por no parecer pesado hablando de todos y de cada uno de los demás libros de Cervantes. Juzgad vosotros si el autor que ridiculiza las obras que no tienen por fundamento lo que la Iglesia católica pone por base de las suyas, que es el mismo Dios, y condena el vicio y enaltece la virtud, sazonando sus libros con las máximas del Evangelio, no será extremado propagador y mantenedor de las verdades cristianas, y si nuestra patria podrá estar descontenta por falta de poema nacional, poseyendo como posee con *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* el crisol donde los ingenios se purifican y el molde férreo por donde se deben formar todos los poemas.

Tal fué Cervantes como cristiano y como escritor, muriendo como habia vivido, abandonado de todos y en los brazos de la Iglesia, que es morir en los brazos de Dios, eterna recompensa de los justos.

Los que pretendeis hallar su cuerpo muerto para levantarle pirámides y sepulcros, que unas edades fabrican y otras despedazan, dejadlo reposar donde lo oculta la tierra, libre de irreverencias y profanaciones; porque por rica que fuera la tumba labrada por vuestro amor, es mucho más propia y gloriosa para el cantor de la humanidad esta inmensa esfera terrestre que rueda por los espacios de los soles y se pasea delante de los soles, orgullosos de llevarlo en sus entrañas.

LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS

III

CHIPRE

También Chipre debe gratitud á la Iglesia romana, á la cual estuvo unida un tiempo por estrechos lazos, y de la cual ha recibido señalados favores. En efecto, esta considerable isla del Mediterráneo, despues de haber pertenecido al Imperio griego en 1191, vino á poder de Ricardo I, rey de Inglaterra, que la dió á los caballeros del Temple, y éstos, poco tiempo despues, la restituyeron al mismo Ricardo. Pero la dominacion inglesa en la isla de Chipre fué de corta duracion, porque en el propio año de 1191, habiendo conseguido aquel rey que Guido de Lusiñan, de nobilísima estirpe francesa, le cediese sus derechos al reino de Jerusalen para conquistarlo de los sarracenos, entrególe en recompensa la isla de Chipre. A Guido sucedió Almerico en 1194, á quien se atribuye la institucion de los caballeros de Chipre establecida para defender la isla contra los sarracenos, y que se perpetuó hasta la conquista de los turcos. Reinando en la isla la mujer de Enrique I, el Papa Inocencio III le mandó al cardenal Pelagio Galvani, su legado en Grecia, el cual, de acuerdo con la reina, los obispos y los magnates, arregló muchas cosas tocantes á la religion católica, entre otras el establecimiento de una Sede metropolitana y tres sufragáneas del rito latino. Para contener la pujanza de los turcos el Papa Clemente VI escribió una carta á los venecianos, los genoveses y los caballeros de Rodas, y tambien al rey de Chipre, mandándoles que tuviesen galeras armadas en el puerto de Esmirna. Inocencio VI, sucesor de Clemente VI, viendo que no cumplian lo dispuesto por la Santa Sede, escribió de nuevo al rey Hugo IV para que se opusiera á la irrupcion turca, y en

tal estima tenia á aquel rey, que estando él en Aviñon, y necesitando los romanos direccion civil, lo mandó á gobernar por algun tiempo la ciudad de Roma. En 1366 el Papa Urbano V escribió cartas apremiantes á todos los príncipes de Europa para que socorriesen á las islas de Chipre y de Rodas, contra las cuales se dirigian los sarracenos de Egipto, Siria y Babilonia, coligados con los turcos; y si Europa se hubiese mostrado docil á las palabras del Pontífice, seguramente no habríamos asistido á tantos horribles espectáculos como han sucedido y suceden en Oriente.

Habiendo el Pontífice Gregorio XI mandado celebrar por primera vez en 1372 á la Iglesia de Occidente la fiesta de la Presentacion de la Virgen María en el templo, Pedro II, rey de Chipre, envió al Papa el Oficio de tal solemnidad con notas segun se cantaba en Oriente, y el Pontífice, no solamente lo aprobó, sino que lo hizo cantar en la iglesia de los Hermanos Menores de Aviñon, de donde se propagó por todo el Occidente.

En tiempo del rey Juan III el Papa Eugenio IV tuvo el consuelo de agregar, en 1445, á la Iglesia católica los cismáticos de Chipre que se habian adherido á los decretos del conciliábulo de Basilea. Para restaurar la disciplina eclesiástica y traer al gremio de la Iglesia á los caldeos y otros cismáticos que moraban allí, el Pontífice Nicolás V mandó en calidad de Legado apostólico á Andrés, arzobispo de Rodas. Habiendo poco despues declarado guerra á Chipre Mahometo II, escribió con fecha 12 de Agosto de 1451 cartas muy apremiantes á Federico III, rey de romanos, y á los Reyes de Inglaterra, Polonia, Bohemia, Suecia, Noruega, Sicilia y Escocia, exhortándoles á que prestasen socorro á Juan III con hombres ó dinero, y recomendó al mismo rey de Chipre que fortificase á Nicosia, y concedió indulgencia plenaria á todos los fieles que le prestasen ayuda. Del mismo modo en 1455 el Papa Calixto III hizo alistar una armada de diez y seis galeras al mando del valiente cardenal Mezzarota, con la cual defendió la isla de Chipre de las hordas musulmanas. La hija del rey Juan III, Carlota, excluida del trono por usurpacion de Jacobo II, hijo espurio de su padre Juan, se refugió en Roma como la última reina de Bosnia, donde fué recibida amorosamente por Sixto IV, y tratada con los miramientos debidos á su alta jerarquía, señalándole por habitacion un palacio en *Borgo Nuovo*. Inocencio VIII tambien dispensó grandes favores á la desgraciada reina, y muerta en 1487, despues de solemnes funerales á que asistieron muchos Cardenales, la hizo sepultar en la basílica del Vaticano. Esta reina fué la que transmitió sus derechos sobre Chipre á la Casa de Saboya. La solicitud de los Romanos Pontífices por la isla de Chipre se probó todavía en la invasion turca ocurrida en 1581, pues Gregorio XIII, que á la sazon regia la Iglesia, no pudiendo hacer otra cosa, rescató á precio de mucho oro bastantes chipriotas esclavos de los turcos. La catástrofe ocurrida no pudo impedir que los Pontífices se olvidaran de Chipre: así vemos que Paulo V ofreció hombres y dinero á Carlos Manuel, duque de Saboya, para recobrar la isla, lo cual, no pudiendo verificarse, llenó de dolor á aquel Papa. En la actualidad la mayor parte de los naturales de Chipre profesan la religion greco-cismática: hay, no obstante, algunos católicos con varias iglesias, entre las cuales se distingue en Larnaca la de los Franciscanos, concluida en 1866. Chipre es tambien la Sede de un obispo católico siro maronita. Los Franciscanos tienen el convento de Santa María en Larnaca, fundado en 1593, con escuela y parroquia, y el hospicio de Santa Cruz en Nicosia, fundado en 1514, tambien con escuela y parroquia. Erigida Nicosia en Sede episcopal el siglo IV, llegó á ser metrópoli en el XIII, contando por sufragáneas catorce Sedes. Allí se celebraron dos Concilios: en 349 contra los errores de Orígenes, y en 643 contra los monotelitas.

Quiera Dios que bajo el régimen británico prospere esta infortunada isla, evangelizada por san Pablo y san Bernabé, y en la cual el Apóstol de las gentes convirtió al procónsul Sergio. San Bernabé volvió despues como ciudadano de allí con Juan Marcos, y segun algunos murió apedreado por los judíos hácia el año VIII de Herodes. Su cuerpo fué hallado en 488 cerca de Salamina, teniendo sobre el pecho el Evangelio de san Mateo, escrito por su mano. De Salamina fué obispo tambien el doctor de la Iglesia san Epifanio.

EL CATOLICISMO EN LA AMERICA

SEPTENTRIONAL

Durante el presente mes de Noviembre los católicos norte-americanos celebrarán una triple fiesta: el primer centenario de la fundacion de la primera diócesis católica norte-americana en Baltimore en 1789; —la inauguracion de la Universidad católica de Washington,—y un gran Congreso católico.

Ultimamente el Papa erigió cinco nuevas diócesis en la América septentrional.

Todo esto ofrece ocasion oportuna para hacer notar la importancia y rapidez de los progresos de nuestra fe en aquella parte del Nuevo Mundo, y para señalar, siquiera sumariamente, la vida de las diócesis norte-americanas, indicando las condiciones en que surgen las cinco nuevas diócesis antedichas.

— —

Al caer en poder de los ingleses protestantes la América septentrional, no contó más que alguno que otro católico, disperso é ignorado en aquellas vastísimas regiones.

En 1633 un noble irlandés, el Sr. Baltimore, católico, obtuvo de Carlos I, rey de Inglaterra, la porcion de territorio norte-americano que se llamó más tarde Maryland, á donde llevó algunos colonos europeos católicos, confiando la direccion religiosa á tres Padres de la Compañía de Jesús, quienes presto recogieron opimos frutos de conversion, aun entre los indígenas de aquellos vírgenes bosques.

En cuanto á jurisdiccion, los católicos confiados á aquellos Padres dependian en parte del Vicario Apostólico de Londres, y en parte del Obispo de Quebec en el Canadá.

¡Qué inmensas distancias separaban de la grey á los Pastores!

Pero no habia por entonces medio de mejorar la situacion. Sólo en 1789 pudo la Santa Sede erigir un Obispado en la ciudad de Baltimore, que habia tomado el nombre de su benemérito fundador. Y aquel Episcopado tuvo jurisdiccion eclesiástica sobre casi todo el interminable territorio que hoy constituye la gran república norte americana. Pero presto comenzó á extenderse la verdad católica, ya por las inmigraciones de europeos católicos, irlandeses y alemanes principalmente, ya por las conversiones obtenidas, aunque no en muy grande número, de los aborígenes; en tales términos que en 1808 pudieron ser erigidas en el territorio de los Estados-Unidos las otras cuatro diócesis de New-York, Boston, Filadelfia y Bardstown, las cuales fueron sufragáneas de Baltimore, elevada entonces á la dignidad de Metrópoli. Este fué el primer núcleo de la espléndida jerarquía católica de la América septentrional, que hoy, al cabo de un siglo solamente, cuenta doce provincias eclesiásticas y 86 Diócesis, con 7,644 sacerdotes; 6,951 iglesias; 1,603 capillas; 3,530 escuelas parroquiales, donde son educados 507,049 alumnos; 510 establecimientos de caridad, y poco menos de ocho millones de católicos.

Este progreso de jerarquía, siempre consecuencia natural é indeclinable del aumento de fieles, continúa de un modo maravilloso.

Las Diócesis de la América del Norte, aunque en tan gran número, son aún vastísimas en cuanto al territorio en que los católicos se hallan dispersos entre una poblacion protestante en su mayoría. Es por tanto difícil el servicio religioso, árduo y fatigoso en extremo, por razon de la relativa escasez de clero. De aquí que, cuando uno de los Arzobispos de los Estados-Unidos observa un aumento suficiente de católicos en alguna parte de su provincia, propone á la *Propaganda* de Roma la division de alguna Diócesis y la creacion de otras nuevas, despues de haber estudiado la oportunidad y los medios de crearlas. La sagrada Congregacion *de Propaganda Fide* acoge dichas demandas, toma informes y estudia cuidadosamente la cuestion propuesta; y hallándola oportuna y util propone al Padre Santo la ereccion de nuevas Diócesis y el nombramiento de los respectivos Obispos.

———

El Arzobispo de San Pablo hizo presente hace algun tiempo á la *Propaganda* que durante estos últimos años la poblacion de los Estados de Minnesota y de Dakota ha crecido rápidamente y que una parte notable de ella la constituyen los católicos. Aseguraba tener firmísima confianza de que á la Iglesia está reservado en aquellas comarcas un próspero porvenir, por lo que creia necesaria la adopcion con tiempo de las providencias más oportunas y convenientes al objeto de hacer progresar y desarrollar aquel campo abierto por la Providencia al zelo de los Pastores de la Iglesia.

Es este un mérito, estoy por decir especial, de la Iglesia católica norte-americana, de prever y proveer en tiempo oportuno con mucha solicitud, sin dejarse sorprender por los acontecimientos. Doquiera ve que la poblacion aumenta por nuevas inmigraciones, por la actividad del comercio, ó por la riqueza de la industria, acude con prontitud á fundar iglesias, Misiones, Vicariatos y diócesis, sin desanimarse ante las dificultades, superando los obstáculos y confiando en la Providencia de Dios que nunca falta á su Iglesia.

La vida económica de la Iglesia en la América septentrional es cosa muy sencilla. Los fieles pagan los gastos de su culto, de su jerarquía y de sus instituciones, ya con donativos extraordinarios para las extraordinarias necesidades, ya para las ordinarias y permanentes con contribuciones siempre voluntarias, pero permanentes. Una de estas últimas, quizá la principal, es una tasa fija que pagan los fieles para tener una silla dentro de las iglesias; tasa que sirve para el mantenimiento de los sacerdotes y del culto en las parroquias. Estas á su vez pagan al Obispo, para su mantenimiento, de la Catedral, de los seminarios é institutos de caridad una contribucion anual que se llama *catedrático*.

Para las necesidades extrordinarias y grandes gastos de los sagrados templos (que suelen ser magníficos) y de los institutos de enseñanza ó de beneficencia, los Obispos se valen de la personalidad jurídica que tienen allí las Diócesis, toman

CEMENTERIO CATOLICO-LATINO DE FERI-KEUI EN CONSTANTINOPLA

cantidades á préstamo, que devuelven luego poco á poco junto con los intereses, ordinariamente no gravosos, ya porque las más de las veces los prestamistas son capitalistas y banqueros católicos, ya porque los católicos en general y nuestros sacerdotes y Obispos allá gozan de mucha estima y tienen mucho crédito.

Con esta prevision y con estos medios se ha procedido á la fundacion de las cinco nuevas Diócesis.

El Arzobispo de San Pablo ha demostrado en primer lugar su desinterés, renunciando á una parte muy notable y buena de su Diócesis, con cuya parte segregada se ha constituido la nueva Diócesis de Winona. Allí estaba ya todo organizado y no hubo dificultad alguna que vencer. La extensa Diócesis de San Pablo tenia 225,000 católicos, de los cuales ha cedido cerca de 30,000 á la nueva de Winona.

El Vicariato del Minnesota septentrional ha sido dividido en dos partes, que constituyen las nuevas Diócesis de San Claudio y de Duluth.

La Diócesis de San Claudio tiene una extension de territorio de 12,610 millas cuadradas, en la cual están diseminados 38,000 católicos con 65 iglesias y capillas, 36 sacerdotes y un Seminario capaz de contener 200 alumnos, dirigido por los Benedictinos; tambien tiene algun instituto de caridad y de enseñanza para niñas confiado á las HH. Benedictinas.

La ciudad de San Claudio, residencia del nuevo Obispo, tiene 8,000 habitantes, 2,500 de los cuales son católicos.

El país es rico, abundantísimo en cereales y promete ámplio desarrollo económico por la in migracion que allí atrae la feracidad de aquel suelo.

El nuevo Obispo tendrá anualmente por ahora unas 15,000 pesetas por el alquiler ó tasa de las sillas, y 20,000 pesetas por *catedrático*.

La otra parte del Minnesota septentrional, con la cual se ha formado la nueva Diócesis de Duluth, tiene una superficie territorial de 38,345 millas cuadradas y linda con el Canadá. Su poblacion actual es de 170,000 habitantes, de los cuales poco más de 25,000 son católicos, que tienen 30 iglesias, 20 sacerdotes, 6 escuelas parroquiales, un hospital y 5 casas de Hermanas Benedictinas.

En Duluth, convertida en ciudad episcopal, se fundará pronto un colegio de enseñanza secundaria y superior. Hay unos seis mil indios habitantes de las selvas que aún deben ser evangelizados.

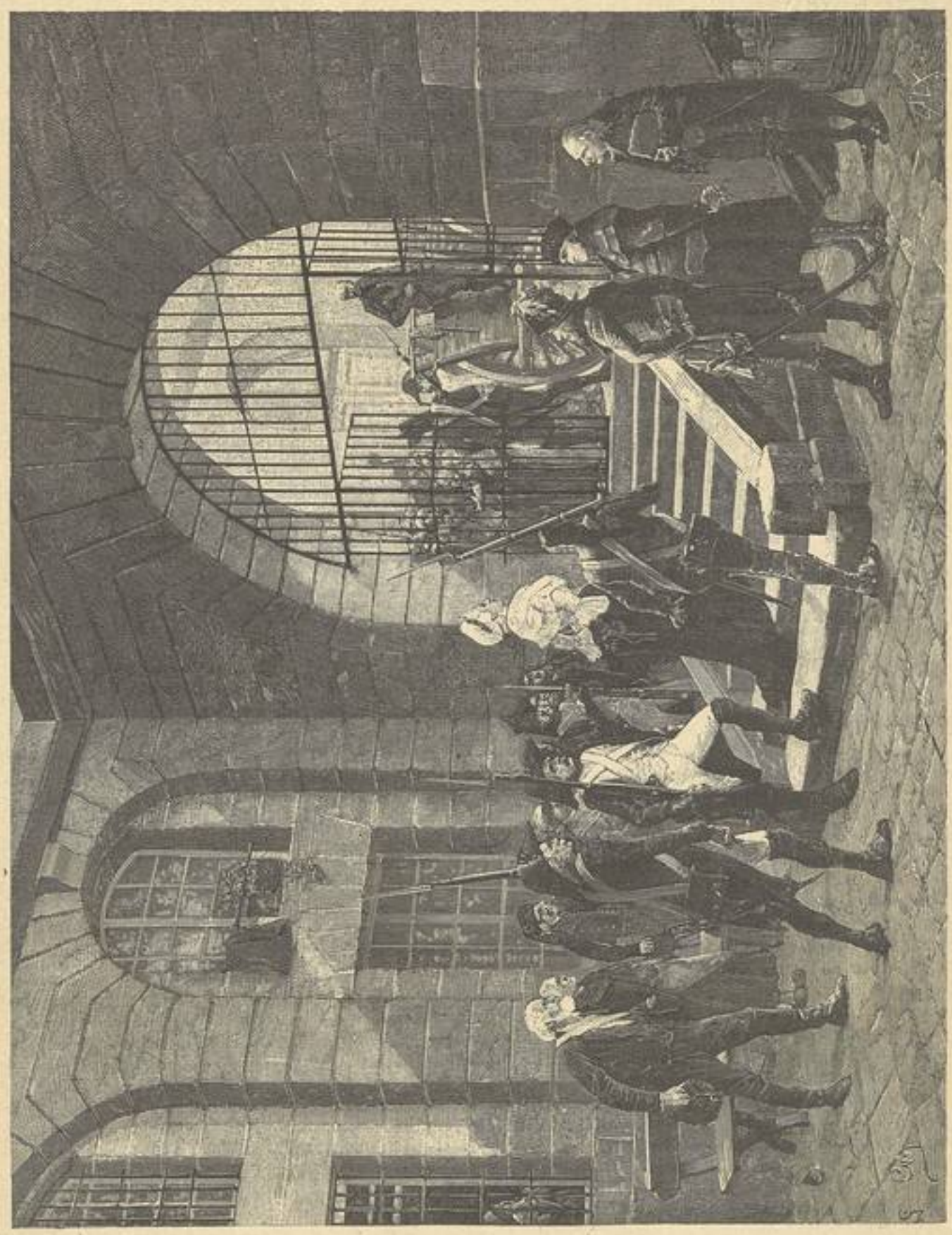
Tambien esta parte del Minnesota es rica en cultivos, en bosques, en minas abundantes de plata y hierro, y promete, por tanto, un espléndido porvenir comercial rival de Chicago.

La ciudad de Duluth tiene 40,000 habitantes, 5,000 de los cuales son católicos, que han dado ya 40,000 dollars para comenzar en seguida la edificacion de la Catedral y de la casa episcopal.

Las otras dos nuevas Diócesis han sido constituidas con la division en dos partes del Vicariato Apostólico de Dakota, que era vastísimo, esto es, de la extension de 150,000 millas cuadradas con una poblacion de cerca 600,000 habitantes, de los cuales 80,000 son católicos. Este territorio ha sido dividido en las dos nuevas Diócesis de Siuxfalls y de Jamestown.

A la Diócesis de Siuxfalls han sido dados 325,000 habitantes, de los cuales son católicos,

PIEDRA SEPULCRAL EN EL CEMENTERIO CATOLICO-LATINO DE CONSTANTINOPLA



CONDUCCION DE MARIA ANTONIETA AL CADALSO (CUADRO DE LALY)

unos 38,000 con 191 iglesias y capillas, 47 sacerdotes y algun instituto de caridad.

La ciudad episcopal, Siuxfalls, tiene 8,000 habitantes entre los cuales viven cien familias católicas solamente, ahora. Pero, en compensacion, aquellos estólicos ejercen mucha autoridad é influencia por su posicion social.

En la ciudad hay ya una amplísima y hermosa iglesia que será la Catedral. Para la casa episcopal, los católicos de Duluth han contribuido ya con 12,000 dollars.

Duluth llegará á ser bien pronto el centro comercial de toda la parte septentrional del Dakota. De ella parten seis líneas de ferrocarril.

La parte del Dakota que constituye la nueva Diócesis de Jamestown, tiene 275,000 habitantes. Los católicos son unos 42,000 con 48 iglesias, 30 sacerdotes, algunas casas de Hermanas Ursulinas, 8 escuelas parroquiales y otras escuelas especiales para los aborígenes indios.

La ciudad de Jamestown, recientemente edificada á orillas del rio James, tiene 35,000 habitantes, que aumentan cada dia por la inmigracion allí atraida por la fertilidad del suelo y por la actividad del comercio, que se desarrolla maravillosamente. Por medio de dos líneas de ferro-carril, Jamestown está en comunicacion con la parte occidental de los Estados-Unidos hasta el Oceano Pacífico, y con la parte septentrional del Estado de Dakota; y están en construccion otras dos líneas de ferro-carril.

La ciudad de Jamestown no tiene más que una iglesia católica, una escuela y una residencia de la Mision que allí se habia establecido cuando la ciudad apenas nacia. Aquellos católicos han ofrecido por ahora al nuevo Obispado ocho yugadas de terreno y 5,000 dollars.

Por de pronto la Diócesis de Jamestown es una de las más pobres. Pero no será nada de extraño que dentro de muy pocos años sepamos que es una de las mejor dotadas.

LIONELLO.

LA COSTUMBRE

VENCE Á LA NATURALEZA

XXII

Por la tarde D. Carlos, D.ª Libia y Clementina tomaron el ferrocarril, en direccion de la Liguria. D. Vicente se quedó en la ciudad para ultimar algunos negocios, y entre ellos el de proveer el secreto del suceso de Alberto, que le inspiraba gran interés; pero se pusieron de acuerdo para estar todos reunidos el sábado siguiente en Génova.

Todo lo habia conseguido Clementina aquel dia, como á menudo se lo echaba en cara su madre, excepto el retardar una semana el viaje. Para sacar esta concesion de su tio, árbitro en el asunto, habia puesto en obra todas las buenas artes que un amor sencillo é ingenioso puede inspirar; pero todo fué en vano: su tio fué inflexible.

—¿Y por qué tanta severidad?—le preguntó al fin.

—Porque así lo exige tu bien y el de Alberto. Ahora conviene que con la mayor solicitud pidas á Dios la última gracia; la que no depende de los hombres, sino de El solo: la curacion de tu prometido.

—Para esto no es preciso que yo viaje. Dios y Nuestra Señora me oyen en cualquier parte.

—¿Qué duda hay? Pero como el alejarte ahora y visitar los dos santuarios es para tí un sacrificio, es conveniente que lo hagas, y con prontitud y alegría. ¿No sabes que los sacrificios pesan más que las oraciones en la balanza de la eterna misericordia?

—Es muy cierto, pero al menos que el viaje se acorte todo lo posible. En doce dias se va y se vuelve cómodamente.

—Esto ya lo veremos. El tiempo da consejo.

Lo dicho no era un pretexto rebuscado; tambien habia, sin embargo, otra razon que D. Carlos no queria revelar á su sobrina. Queria ver cómo pudiera resolverse la enfermedad de Alberto, pues á juzgar por ciertos indicios nada bueno pronosticaba. Clementina quedó tranquila con lo dicho, y salió resignada y puesta su esperanza en Dios.

La madre, por el contrario, se encontraba algo turbada y pensativa. Habia sentido que D. Vicente, en el entusiasmo del momento, producido por la elocuencia del P. José, hubiese ido demasiado lejos, sin contar para nada con ella, que al fin y al cabo algun derecho tenia de ingerirse en el asunto en su calidad de madre: se quejaba de la renovacion de promesa de matrimonio, y del empeño que su marido habia mostrado en que se celebrase la boda tan pronto como Alberto hubiera sanado. No pasaba por esta promesa de adelanto, siendo así que era preciso, dado el caso de curacion, pretender de Alberto otro año de prueba, pues que la buena fe pasada podria servir para descargar la conciencia, pero no para debilitar el mal hábito del juego; y habiéndose comprobado hasta la evidencia que en él la costumbre habia vencido á la naturaleza, no se podia confiar mucho en la perseverancia de una conversion hecha en un momento de angustia, como las promesas de los marineros.

Ella queria garantías sólidas para el porvenir; y á su vez, un joven que pocas noches antes se habia atrevido á poner sobre el tapete diez y seis mil liras, hacia temer que á los seis meses de casado se jugase el patrimonio que pudiera corresponderle muerto su padre, y la dote de la mujer con todas sus joyas.

Además de esto, sentia que D. Vicente hubiese dado alas al amor de Clementina, cuando á tanta costa se habia empezado á hacérselo olvidar. Ahora su hija se habia obstinado cada vez más en sus afecciones, y de allí en adelante, con la cabeza llena de aire, enloqueceria y no seria dueña de sí: y si por casualidad el matrimonio no pudiera realizarse, con seguridad perderia el seso y acaso la vida.

Por estas y otras razones que habia expuesto á D. Vicente, pero que prudentemente ocultaba á Clementina, salió D.ª Libia con el corazon traspasado; consolándose tan sólo con la esperanza de que la bendita Madre de Dios le haria en sus santuarios la gracia de sacarles á todos de los peligros y disgustos en que se veian metidos.

—De ayer á hoy, en cuarenta y ocho horas, ¡qué extraño drama ha pasado entre nosotros!—dijo D.ª Libia á D. Carlos, hácia la media noche, cuando vió dormida á su hija.—¡Me parece un sueño!

—No ha faltado ni lo trágico ni lo cómico.

—Lo cómico ha sido demasiado. No perdono á Vicente su imprudencia. ¡Y tú, persona de tanto juicio, aprobarlo! No lo comprendo.

—El caso era difícil, créeme, Libia: ha sido mejor alabar el hecho, que tratar de romper.

—¡Hem! ¡así será! Pero no comprendo ciertas prudencias. Haré un acto de fe; pero para creer que sea bueno, entregar una hija á un joven habituado al juego, al peor de los vicios, y entregársela así, á ciegas, sin una prenda de conversion en las manos, y dársela como en premio de la peor calaverada que ha hecho en su vida, debes concederme que necesita una fe de aquellas que creen lo negro blanco y lo blanco negro.

—Si Alberto vive, despues de la leccion recibida, saldrá de la cama hecho otro hombre: hay en aquel joven un fondo poco comun de bondad y de religion. Estoy tranquilo, y confio en Dios que Alberto hará una verdadera conversion.

—La Virgen Santísima nos ilumine á todos, y nos dé la feliz confianza de que disfrutas. ¡Ya! ¡las madres cortadas á la antigua somos demasiado escrupulosas!... ¡Ayudadme, Vírgen mia!

Hechas estas y otras tales exclamaciones, suspiró D.ª Libia un poco, y en seguida se retiró para conciliar el sueño.

En la tarde del sábado D. Vicente fué á Génova y se reunió con los suyos, satisfecho con ser portador de la noticia del mejoramiento de Alberto, y por haber quedado conforme con D. Felipe en que diariamente, por cartas y telegramas, les informarian sobre el estado del enfermo.

XXIII

Clementina creia que el viaje duraria tan sólo doce dias, pero bien pronto se desengañó. En los trayectos y en las detenciones de Génova á Niza, de Niza á Marsella, de Marsella á Tolosa, y de aquí al santuario de Nuestra Señora de Lourdes, no se emplearon menos de quince. Su tio Carlos encontraba siempre pretextos para ir alargando la expedicion, en vista de las desconsoladoras noticias que diariamente recibian de Alberto. En los primeros diez dias la pobre joven estuvo desdeñosa, impaciente y sin ganas de hablar. Se disgustaba á menudo, y de todos los modos que podia acosaba á su tio para que se acortase el viaje y no se detuviesen en parajes que no ofrecian interés: excusaba visitar las curiosidades, ó las visitaba con fastidio. Pasados, sin embargo, estos primeros dias, empezó á estar más tratable y sumisa, porque empezó á concebir temores por la suerte de Alberto. Más adelante, Clementina hablaba muy poco, se recogia en sí misma, y se la veia melancólica y pensativa, mostrándose indiferente á todo.

Dos mañanas enteras pasó rezando en la iglesia de Lourdes: lloró en extremo y se llenó de gran fervor. Un piadoso sacerdote, al cual descubrió sus angustias, la consoló haciéndole poner ciegamente su suerte y la de Alberto en manos del Señor, y aconsejándola leer la vida y las obras de santa Teresa de Jesús, que bien pronto buscó y compró en Tolosa.

—Tio,—dijo poco tiempo despues en confianza á D. Carlos:—á los piés de Nuestra Señora de Lourdes he hecho esfuerzos increibles para ofrecer á Jesús el sacrificio de Alberto, pero no he podido hacerlo. He suplicado á la Virgen que tome de mí cuanto quiera, pero que me lo deje.

Pocos dias despues fueron al santuario de Nuestra Señora de la Saleta. Clementina habia leido y releido los tomos de santa Teresa.

—¡Oh, cuánto bien me hacen estos libros!—decia con frecuencia á su madre y á su tio.

Efectivamente: á no ser por lo encarnado de sus ojos, que demostraba lo mucho que habia llorado, no se descubria en ella ninguna señal de inquietud. A las noticias cada dia más aflictivas del estado de Alberto, parecia corresponder con un aumento de resignacion. Para sí era el sufrimiento, combatiendo consigo misma, y ocultando á sus padres la amargura de sus penas; procuraba no llorar delante de ellos, y sí tan solo cuando se ocultaban de su vista, para desahogar su oprimido corazon. Mucho habia enflaquecido, y su tez habia perdido el color, pareciendo una rosa de mayo próxima á secarse.

—Mamá,—dijo Clementina despues de terminada la peregrinacion a la Saleta;—hoy me encuentro dispuesta á todo. En la Comunion de esta mañana me he sentido con fuerzas para desprenderme de Alberto. He sacrificado á Jesús su

vida, y le he rogado que aceptara tambien la mia, haciéndole el voto de que solo á El, mi infinito Bien, quedaré ligada para siempre, y en El el alma de aquel á quien únicamente he amado en la tierra. Mi corazon no será de nadie más. Ahora estoy tranquila y dispuesta á recibir con pecho de hierro el anuncio de su muerte.

¿Fué inspiracion? ¿Fué casualidad...? No habian transcurrido cinco horas, cuando D. Vicente recibió el telegrama diario. Alberto habia pasado santamente á la eternidad, á la misma hora en que Clementina lo habia inmolado consigo á Dios. El Señor parecia haberse compadecido tanto de aquella pobre joven, que no quiso arrancarle su prometido hasta que ella misma se lo hubiera ofrecido en holocausto. No fué, sin embargo, verdad que oyese la noticia con pecho de hierro. La gracia eleva la naturaleza, pero no la aniquila. Así que la oyó, dió un agudo grito y perdió el sentido por algunos instantes; pero, apenas vuelta en sí, quedó tranquila.

La detallada relacion de los últimos dias de Alberto, hecha por el P. José, que no se cansaba de leer y releer, le elevó el espíritu al cielo. Un angel que hubiese muerto, no hubiera podido dejar este mundo con mayor sublimidad de fe y de celeste amor. Todos, el padre, la madre, el tio, no cesaban de exclamar:

—¡Qué muerte tan hermosa!

Pasado algun tiempo, la madre de Alberto recibió de Génova una cajita, acompañada de una carta enlutada. La cajita contenia una lindísima guirnalda, salpicada de perlas de Venecia: tenia bordadas dos manos que se enlazaban, y dos corazones encadenados, con los nombres de Jesús y de María. Entre estos emblemas se leian las palabras *Para siempre*. La guirnalda tenia un ancho lazo de raso negro, en cuyas caidas se leia en caracteres de oro, en la una *A su Alberto*, y *Clementina* en la otra.

La carta era de la pobre joven, que rogaba pusieran aquella corona, bordada por sus manos, sobre el sepulcro de su prometido...

Cumplióse su voluntad, y aún se ve sobre la losa.

XXIV

Transcurridas seis semanas sucedió que Clementina encontró, hallándose de paso en cierta poblacion, á un sacerdote antiguo conocido suyo, en el cual habia algunas veces depositado sus penas y sus alegrías.

—Padre, ¿me reconoce V.?—le dijo presentándosele toda enlutada y con un largo velo en la cara.—Soy la pobre Clementina, á quien tanto bien hizo V. hace dos años. ¿Se acuerda V. de mí?

—¡Oh! ¿Es V.? Seguramente que me acuerdo, ¿Y qué quiere decir ese luto?

—¡Ah, Padre! ¡Si supiera V. mi historia! ¡Cuántas gracias tengo que dar á Dios, que me ha conducido á este sitio para poderme desahogar con V. y pedirle luz y consuelo! ¡No me niegue V. una media hora! ¡Necesito tanto de su bondad!

—Hija, siéntese y hable.

Derramando copiosas lágrimas, Clementina refirió todo cuanto le habia sucedido. Despues hizo al sacerdote varias preguntas, le pidió consejos, y con plena satisfaccion de su espíritu se sintió completamente pacífica y consolada por su noble resolucion de no querer dar su corazon á ningun otro sér creado, sino reservarlo sólo para Jesús, y en El para el alma de su prometido.

Antes de despedirse le preguntó:

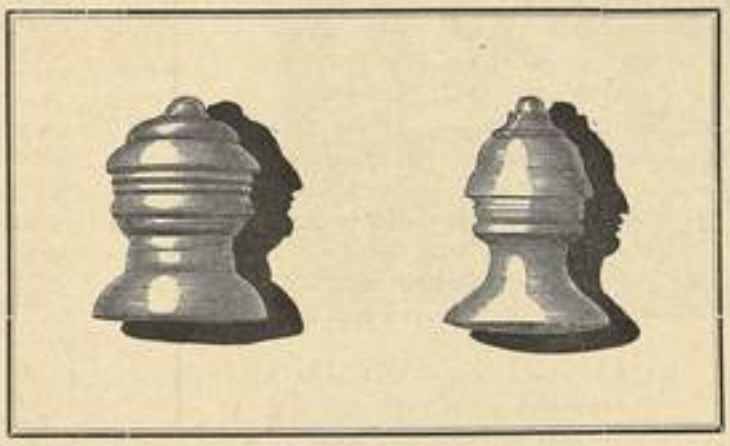
—¿Por qué piensa V. que Dios me haya querido privar con tanta amargura de Alberto?

—Hija, los designios de Dios son incomprensibles; pero es seguro que respecto á nosotros, mientras estamos en la tierra, son todos hijos del amor que nos profesa. Pienso, pues, que si Dios ha obrado así, ha sido por el amor que á V. y á Alberto tiene, y porque ha visto que la mutua felicidad de los dos no era que viviesen juntos temporalmente aquí abajo, sino eternamente en el cielo. ¿Qué hubiera sido de V. si despues de casada con Alberto hubiese irreparablemente probado, á expensas propias, los efectos de la costumbre que vence á la naturaleza? ¿Qué hubiera sido de Alberto si una muerte precoz no le hubiere abierto el cielo? No se ria V., ni deplore la pérdida de una imaginaria felicidad. Hija, créame: en esta vida la felicidad es una palabra vana.

—¡Oh, Padre! Esto déjemelo decir á mí, que estoy sufriendo la experiencia. A los diez y nueve años lo muestro en mí misma. La felicidad en este mundo es un sueño para quien aspira á ella, y una burla para quien cree poseerla.

¿Has oido, lector? Graba en tu mente esta sábia sentencia, y será el fruto más hermoso que pueda sacarse de mi desaliñada relacion.

JUAN J. FRANCO, S. J.



ESTUCHES QUE FORMAN LAS SILUETAS
DE LUIS XVI Y MARIA ANTONIETA

SALMO DE MUERTE Y DE RESURRECCION

Oí una voz del cielo, que me decia: «Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor.» Ya desde ahora, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos: puesto que sus obras los van acompañando. (*Apoc.* XVI, 13).

Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo: ¡cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios! (*Ps.* XLI, 3).

Me seguirá tu misericordia todos los dias de mi vida; á fin de que yo more en la casa del Señor por largo tiempo. (*Ps.* XXII, 6).

De gran precio es á los ojos del Señor la muerte de sus santos. (*Ps.* CXV, 15).

De gran precio porque pone fin á los trabajos como guardadora de la victoria, como puerta de la verdadera vida, é ingreso á perfecta seguridad. (*S. Bern. de transit. Malat.*)

¡Oh alma mia! ¿por qué estás triste? y ¿por qué me llenas de turbacion? (*Ps.* XLI, 12).

¿Por ventura el que duerme no ha de volver á levantarse? (*Ps.* XL, 9).

En verdad, en verdad os digo: que viene tiempo y estamos ya en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y aquellos que la escucharen revivirán. (*Joan.* V, 25).

Yo soy la resurreccion y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá: y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá para siempre. (*Joan.* XI, 25).

Porque yo sé que vive mi Redentor, y que he de resucitar del polvo de la tierra en el último dia: y de nuevo he de ser revestido de esta piel mia, y en esta mi carne veré á mi Dios. A quien he de ver yo mismo en persona y no *por medio* de otro, y á quien contemplarán los *mismos* ojos mios. Esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada. (*Job*, XIX, 25).

Los que mueren en la fe duermen en el Señor. (*Act.* VII, 59).

Si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos *firmemente* que viviremos tambien juntamente con Cristo. (*Rom.* VI, 8).

Que así como en Adan mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. (*I Cor.* XV, 22).

La muerte es legado necesario de la naturaleza corrompida, y así no debemos huirla sino abrazarla: y si hacemos ahora voluntariamente lo que luego hemos de hacer por necesidad, ofreceremos á Dios como un don lo que estábamos obligados á restituirle como deuda. (*I Crisos. sup. Mat.* X).

Porque el estipendio *y paga* del pecado es la muerte. Empero la vida eterna es una gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. (*Rom.* VI, v. 23).

Pero Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo (por cuya gracia vosotros habeis sido salvados) y nos resucitó con él y nos hizo sentar sobre los cielos en *la persona* de Jesucristo. (*Ephes.* II, 4).

Sabemos tambien que si esta casa terrestre en que habitamos viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, una casa no hecha de mano de hombres y que durará eternamente. (*II Cor.* V, 1).

¡Oh muerte, dura y cruel muerte que de tal modo separas los hermanos, los amigos! Mas hé aquí que el Señor ha levantado un viento abrasador del desierto que ha secado tus venas y tu manantial. «¡Oh muerte, ha dicho el Señor, yo »he de ser la muerte tuya; seré tu destruccion, »oh infierno!» Por la muerte del Salvador, oh muerte, te has muerto, y nosotros vivimos. Devoraste y has sido devorada. Gracias á Vos, Salvador Jesucristo, vuestra criatura os bendice, por haber vencido á su tan formidable enemigo, que ha caido bajo vuestra poderosa mano. (S. *Hier. Epist. ad Heliod.*).

El cuerpo volvió á la tierra, el alma fué devuelta á Cristo. (*Id. ibid.*).

Para Dios todas las cosas viven, y todo lo que vuelve al Señor, debe ser considerado como de su casa ó familia. (*S. Hier. Epist. ad Eust.*).

Contra la dura y cruel necesidad de la muerte, una cosa nos consuela: creer que un dia no lejano podremos ver á los que lloramos ausentes. (*S. Epist. a Theod.*).

Llórale como ausente, no como á muerto; que no parezca que lo has perdido, sino que esperas volverle á ver. (*S. Hier. Epist. ad Heliod.*).

Lloremos á los nuestros como enviados delante, pero no desesperemos el recobrarlos. (*S. Paulin. de Nol. Epist. ad Pamaq.*).

Si nuestros ojos no pueden verle, sea por lo menos siempre el objeto de nuestro recuerdo; y si no podemos ya hablar con él, jamás dejemos

LA REINA MARIA ANTONIETA EN TRAJE DE LECHERA DEL TRIANON.

de hablar de él. (*S. Hier. Epist. ad Heliod.*).

Levántate tú que duermes, y resucita de la muerte, y te alumbrará Cristo. (*Ephes.* v, 14).

Yo espero que veré *algun dia* los bienes del Señor en la tierra de los vivientes. (*Ps.* xxvi, 13).

Al que teme al Señor le irá felizmente en las postrimerías, y será bendito en el dia de su muerte. (*Eccli.* i, 13).

Adios, oh *Luis*, protege con tus oraciones el alma de quien tanto te ha venerado y querido; tu fe y tus obras te han unido á Jesucristo, á su lado alcanzarás más facilmente lo que pides. (*S. Hier. Epist. ad Eust.*)

¿Dónde está, pues, ¡oh muerte! tu victoria? (*I Cor.* xv, 55).

Señor, otórgale perpétuo descanso.

Así sea.

(De la esquela mortuoria del Rdo. D. Luis Grau y Codina, Pbro., Párroco que fué de San Cucufate de Barcelona).

LAS DOS TUMBAS

I

Joya del arte que aun el orbe admira
Rica en perfumes y en primores varia;
¡Cuán hermosa es la urna funeraria
Que guarda las cenizas del gentil!
¡Cuán bellos los relieves cincelados,
Fragmentos vivos de su antigua historia,
Recuerdan sus hazañas y su gloria
En láminas de pórfido y marfil!

—

Mas ¡ay! entre sus galas y molduras
No fulgura ni un rayo de esperanza;
Allí el arte inspirado nunca alcanza
De la muerte el terror desvanecer,
Y en el emblema de una antorcha pálida
Que vuelta hácia la tierra pronto espira
Con desesperacion el hombre mira
Su fragil ser!

—

¡Su fragil ser! Pasaron los Alcides,
Aníbales y Césares pasaron;
Héroes que ayer al mundo dominaron
Una tumba tambien los devoró.
Y la Grecia pasó con sus artistas,
Sus atletas, sus juegos, su riqueza,
Y Roma con su pompa y su grandeza
Tambien pasó.

—

Por eso solo amargo desconsuelo
Una tumba al pagano le inspiraba:
A los seres que más idolatraba
Un adios para siempre daba allí;
Porque sólo un sepulcro le decia:
«Los que adoraste con amor profundo
Convertidos ya en polvo vil é inmundo
Yacen aquí.»

II

Más humilde la tumba funeraria
Que el ataud del cristiano encierra,
Tan sólo á veces un monton de tierra
Baña la luna con su triste luz.
Que al pié mismo del sauce desmayado
Argenta con sus pálidos fulgores
Una corona de marchitas flores
Sobre una cruz.

—

Pero emblema de fe esta cruz sencilla
Que adorna nuestra pobre sepultura,
Recuerda al hombre que es de Dios hechura,
Recuerda al alma su inmortalidad.
Y en brazos de esta cruz de sus cenizas
Se levantará un dia venturosa
A gozar de otra vida más dichosa,
La eternidad.

—

Por eso cuando tristes acudimos
Con el pecho transido de quebranto
A derramar sobre una tumba el llanto
Que exhala el corazon con frenesí,
Desde el trono de Dios desciende al alma
Un rayo de esperanza y de consuelo,
Porque exclamamos contemplando al cielo:
«Viven allí»

J. Nogues y Taulet

NOTICIAS VARIAS

A la serie de conversiones de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, debemos agregar hoy la de don Francisco Javier Zaldúa, antiguo presidente de la República de Colombia (América Meridional), eminente jurisconsulto, que no se distinguia mucho por sus sentimientos católicos. Siempre figuró entre los liberales, lo que en este país, como en otros muchos, equivalia á ser hostil á la Iglesia. El tuvo gran parte en la expulsion de los Jesuitas y en otros desafueros análogos. Pues bien; ese enemigo de los Jesuitas, nótenlo los que sin más ni más se atreven á suponer que los Jesuitas pagan las conversiones que hoy tanto menudean, ese enemigo, decimos, de los Jesuitas, cambió radicalmente de conducta, confesó contrito sus faltas, y no contento con esto, al ver cuán bien se hallaba en gracia de Dios, dijo en alta voz que queria morir en la fe de la Iglesia católica.

El señor Marqués de Comillas ha puesto á disposicion del señor Obispo de Santander un donativo de 1,000 duros para las obras de reparacion que se están practicando en aquella iglesia catedral.

Al grito herido de ¡liberales, á defenderse! y sonando en verdadera competencia de ardor bélico la trompa guerrera desde el más respetuoso y comedido de los periódicos liberales hasta el más furioso y clerófobo, han emprendido una furiosa campaña contra la predicacion evangélica.

En estos últimos dias ha llegado al colmo este delirio contra la Cátedra Sagrada, habiendo logrado el venerable Obispo de Plasencia el señalado honor de concentrar sobre sí todas las iras que de algun tiempo á esta parte iban despertándose entre los que Leon XIII ha calificado de *imitadores de Lucifer*.

Los sermones predicados por el señor Obispo de Plasencia recordando las condenaciones lanzadas por la Iglesia contra el liberalismo, proclamando con energía la libertad de la Cátedra Sagrada, independiente de los poderes de todos los órdenes, y diciendo que nadie más que el Papa respecto de los Prelados, y los Obispos respecto de los sacerdotes de su Diócesis pueden corregir las extralimitaciones posibles del orador sagrado, han levantado tal marejada entre los partidos liberales, que de los círculos políticos y de las redacciones de los periódicos no salen sino excitaciones al Gobierno para que castigue los *abusos de los predicadores*, excitaciones que á creer las noticias de la Prensa oficiosa no están lejos de ser atendidas por el Gobierno.

En esta campaña contra la Iglesia adan el tono *El Liberal*, periódico infeliz á quien su clerofobia y odio á la Religion siempre le hicieron ocupar señalado puesto entre las avanzadas de la prensa impía de España, y *El Imparcial*, diario sesudo al decir de ciertas gentes, que encubre con farisáicos respetos é hipócritas buenas formas el mismo odio y enemistad hácia el Catolicismo. Al rededor de estos dos periódicos muévense los restantes organillos de la prensa, tocando entusiasmados marchas del repertorio progresista.

SECCION RECREATIVA

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 20

Blancas.	Negras.
1. R D1-E2	1. R E1-A1
2. D D2-A5 +	2. R A1-B1
3. R E2-D3	3. R E1-C1

Con otras variantes.

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 98

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La Iglesia y las clases proletarias:* discurso de Leon XIII á una peregrinacion de obreros franceses.—*La cuestion romana*, VII.—*La fiesta de Frohsdorf.*—*Los principados danubianos*: IV, Bulgaria.—*Por un anillo*, por Emilio Pons y Marzo.—*Personalismo*, por M.—*Noticias generales.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

LUIS I DE PORTUGAL.—El dia 19 del pasado Octubre el telégrafo transmitia á todas partes la noticia del fallecimiento del Monarca lusitano. Contaba cincuenta años y hacia muchos meses sufria de neuralgias ciáticas.

Don Luis I nació en 31 de Octubre de 1838, y fué elevado al trono en 1861 por fallecimiento de su hermano don Pedro V. Es hijo segundo de doña María de la Gloria y del rey consorte don Fernando, duque de Sajonia Coburgo Gotha.

La muerte de don Pedro, que, segun ley constante de la historia siempre que algun poderoso muere prematuramente, fué atribuida por algunos á enfermedad distinta de la que asolaba la capital, cambió de pronto la modesta situacion de don Luis, simple oficial de marina en aquella época, por las grandezas del trono.

Dicen que su reinado se ha distinguido siempre por las reformas beneficiosas para el pais, introducidas para el mejoramiento de la situacion de la Hacienda (sin perdonar á los bienes eclesiásticos, contra los cuales permitió se atentara): por la abolicion de los monopolios, por la apertura de numerosas vias de comunicacion, por el fin de la esclavitud en las posesiones portuguesas, y por cuanto favoreciese la descentralizacion.

Contrajo matrimonio con doña María Pia, hija de Victor Manuel, en Octubre de 1862.

En 1868 rechazó las reiteradas ofertas que los revolucionarios de España le hicieron para que ocupara el trono vacante.

En 1869 se pronunció contra él el famoso general Saldanha que derribó al Gabinete con auxilio de una insurreccion militar, encargándose de la direccion de los asuntos politicos; pero á los pocos meses el general Saldanha se vió obligado á dimitir.

Ha tenido D. Luis dos hijos: el príncipe Carlos, duque de Braganza, ahora proclamado rey con el nombre de Carlos I y el príncipe Alfonso, duque de Oporto. El primero nació en Setiembre de 1863, y el segundo en Julio de 1865.

Conviene hacer notar que aparte la cuestion de la legitimidad de D. Luis á ocupar el trono, los elogios de los periódicos liberales no dan muy buena idea de sus condiciones de monarca, mayormente cuando no dudan en confesar que «dejaba que los ministros gobernaran como quisieran», y que era el tipo de rey constitucional «y parlamentario.»

Ambas cosas, si en nada empañan la gloria del difunto como hombre, no le ensalzan poco ni mucho como rey.

MONTE DE VALLVIDRERA (cercanías de Barcelona).

IGLESIA Y CASA RECTORAL DE VALLVIDRERA.—Vista posterior de id.

D. LUIS I DE PORTUGAL
(† 19 DE OCTUBRE)

Es Vallvidrera una pequeña y pintoresca poblacion situada á unos 8 kilómetros de Barcelona, en un valle á 300 metros sobre el nivel del mar y rodeado de los picos del Tibidabo, Collcerola y San Pedro Martir. Durante todo el año, y en particular en verano, Vallvidrera es lugar de recreo y esparcimiento de los barceloneses, que en aquellas alturas disfrutan de agradabilísimo ambiente y de una perspectiva grandiosa y como hay pocas. Las casas de Vallvidrera, esparcidas acá y allá, resaltan sobre el oscuro verde de los pinares que las rodean, y en algunas de ellas se sirven á precios reducidos sanas y excelentes comidas á los que buscan solaz en aquellas poéticas alturas.

La historia de Vallvidrera no encierra interés particular. Los edificios que se levantan á la derecha del camino que desciende entre pinares y prados de esmeralda, pertenecen al término municipal de San Feliu de Llobregat.

Desde la senda que conduce al fondo de la vertiente opuesta de la montaña se descubren casi toda la pintoresca comarca del Vallés y, en último termino, el contorno de la famosísima montaña de Montserrat, cuyos dentellados picachos cortan caprichosamente la línea del horizonte. En-

tre la fronda de los bosques manan fuentes de transparentes linfas, que serpeando corren á reunirse muchas de ellas á un torrente que de resalto en resalto se estrella en la hondonada donde está emplazada la iglesia parroquial. Siguiendo el torrente hácia el Oeste, el excursionista llega al pié de los depósitos del Pantano, donde afluyen las aguas potables que surten á la poblacion de Sarriá, conducidas por una galería subterránea.

Contadísimos son los puntos de las cercanías de Barcelona que reunan la amenidad y frondosidad de Vallvidrera, donde el agua salta acá y allá recogida por numerosos canales que descienden bulliciosos de las márgenes al través de interminables enramadas.

Aun cuando no se tienen noticias precisas del término municipal de Vallvidrera hasta 1237, se sabe que es anterior á esta fecha. El obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, fundó en aquel entonces un monasterio de monjas cistercienses denominándolo de Santa María de Valldoncella, siendo su primera abadesa Berenguela de Cervera. Aquella Comunidad quedó establecida en el territorio de Vallvidrera, y más adelante pasó á residir en el convento construido extramuros de la puerta de San Antonio de Barcelona.

Vallvidrera cuenta unos 200 habitantes, en su mayoría dedicados á la industria forestal y algunos á la ganadería.

Un pescador (tipo catalan), composicion de P. Talarn.

Un corrador del Rosario (tipo catalan), por el mismo.

Marat.—Fué el tipo más odioso y repugnante de la Revolucion francesa. Las turbas populares hicieron de él un ídolo. Distinguióse por su ferocidad y sus instintos sanguinarios. El espionaje, la delacion, la traicion, el degüello de los débiles, el asesinato de mujeres, niños y ancianos, el robo, el pillaje, todo lo más vil y degradante para la humanidad, constituia el tema favorito y la esencia de sus discursos. Era tambien el tipo más acabado del cobarde y del fanfarron. A este hombre, el último de los hombres, tan hediondo y corrompido de cuerpo y alma, vergüenza del género humano, monstruosidad ignominiosa; á este sér tan perverso y degradado escogió la Revolucion, no solamente por su amigo, su consejero, su guia y mentor, su héroe... sino tambien por su Dios!!! Y tuvo sus iglesias, su capilla en pleno Paris; tuvo su culto, sus predicadores, sus fieles, sus letanías, su *Credo*, su *Pater*, su signo de cruz: «Dios nuestro Marat, que habeis muerto por nosotros y que habeis de volver para juzgar á los aristócratas; tened piedad de nosotros.»

Murió en el baño, asesinado por Carlota Corday.

Danton.—«En la trinidad de los dioses máximos de la Revolucion, la cara de este hombre tenia algo del leon, como la de Marat recordaba la hiena, y la de Robespierre el gato-tigre. Decia de sí mismo que tenia las formas atléticas y la severa figura de la Libertad. Es decir la libertad de los feroces asesinos de Setiembre. Tenia todos los vicios, sin el menor átomo de sentido moral. Comprado primeramente por el duque de Orleans, y despues por la lista civil, vendióseles para hacer despues traicion á todos. No se le puede negar una grande elocuencia, con la que disimulaba un poco su bajeza. Fué llevado á la guillotina con otros compañeros suyos, llevando en la espalda el nombre de *Indulgente*.» (Ch. de Heriçault: *La Francia revolucionaria*).

Vistas de Barcelona.—*Claustro de la iglesia parroquial de La Concepcion.*—Pertenecia esta iglesia, construida á principios del siglo XIII, al monasterio de Junqueras, y al ser derribado en 1869, fué aquella trasladada, piedra por piedra, al sitio que hoy ocupa en la calle de Aragon. El claustro, cuya restauracion débese tambien en gran parte al celo de su reverendo Cura Párroco, se compone de un paralelógramo de seis arcos por trece, formados por esbeltas ojivas que estriban sobre finas columnitas. En los ángulos hay machones que á la vez que dan solidez al claustro sostienen cuatro arcos interiores rebajados.

Fachada del teatro Principal.—Sabido es que este coliseo pertenece al Hospital de Santa Cruz y es el decano de los de España. Entre los arcos del primer cuerpo de la fachada se destacan los retratos en relieve de Maiquez, Prieto, Matilbrán, García y Cairon. Entre los grandes balcones del primer piso se hallan colocados sobre columnas truncadas los bustos de Lope de Vega, Calderon de la Barca, Vicente García (Rector de Vallfogona) y Requeno.—La construccion de este coliseo data de 1560. Hasta 1729 el edificio fué de madera. En esta última fecha se emprendió la construccion de fábrica. Destruido por un incendio en 27 de Octubre de 1787, fué reconstruido. Su última reforma data de 1848.

Banco de Barcelona.—Edificio notable con fachada de gusto griego decorada con pilastres y de muy bellas proporciones. Sobre la puerta dos figuras de marmol (primera obra de los hermanos Vallmitjana) sostienen un escudo de bronce con las armas de la ciudad. En el interior se encuentra un espacioso salon que recibe luz cenital y al cual dan las diversas oficinas del establecimiento. Data este Banco del año 1844; habiendo sido el primer establecimiento de crédito que se creó en provincias, y ha gozado siempre de merecida fama.

Entrada al Cementerio del Este.—Precede á esta fúnebre mansion un recinto semicircular, cercado con verja: dan ingreso al mismo cinco puertas, dos de ellas para carruajes. La central está flanqueada por dos pirámides funerarias. Frente á ella se extiende la fachada, que tiene mucho carácter, y sobre la puerta de ingreso figura una notable estatua de Vallmitjana (Agapito) que representa el Angel del Juicio final.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Polvos y lodos.—Agonía del teatro *Español*

Aunque la miseria pública ha llegado á su más fastuosa plenitud, el capítulo de las diversiones otoñales resulta bastante caudaloso, como rio alimentado con el sensualismo desenfrenado del tiempo presente.

En la semana anterior hubo revistas y simulacros militares en honor del Archiduque Alberto, vencedor de Custozza; banquetes y veladas en Palacio, carreras de caballos y apertura de los principales teatros, entre ellos el de la Opera y el Español.

En las fiestas palatinas, dadas en obsequio de los Príncipes forasteros, no he de ocuparme porque de ellos no sé más que lo que dicen los periódicos, verdaderos cristales de aumento, que abultan todas las cosas y pintan como quieren.

Las carreras de caballos á pesar de haberse perpetrado con un tiempo casi primaveral, esto es, con cielo azul, sol radiante y aire tibio bien oxigenado, han estado más decaídas que otras veces.

Sea porque muchas familias aristocráticas no han verificado todavía su regreso, retenidas por la Exposicion de París que han visitado despues de su residencia en las estaciones balnearias, ó sea porque en realidad de verdad las fiestas hípicas, de procedencia inglesa, no acaban de penetrar en el riñon de nuestro pueblo, lo cierto es que el Hipódromo se ve cada dia más desamparado, por cierto con mucho gusto del país, que no se acostumbra á dos tirones á las cosas de *extranjis*.

Los que están al tanto de los misterios del *Sport* dicen que en la primavera se desquitará este espectáculo de la soledad y desamparo que le ha deslucido en el otoño; pero doctores muy encopetados de esa sinagoga de las grandes disipaciones añaden en voz baja, pisando quedito, que el *busilis* no está precisamente en las estaciones, ni en la ausencia de la sociedad elegante, sino en una enfermedad aguda y crónica á la vez, para la cual van siendo cada vez más inútiles los recursos de las terapéuticas racionales.

Esta enfermedad es lo que el vulgo llama la *sindineritis* elevada al cubo, producto de los destrozos que causan los vicios y las pasiones amamantados en el regazo de la usura judaica, desalmada y sin Dios, que con el tiempo ha de prestar al 100 por 100, hasta sobre las hipotecas de los sepulcros.

Para llevarse los mármoles, los bronces y las molduras que los decoran.

La usura es un gusano de tal manera agarrado al árbol de la pública prosperidad, que poquito á poco, de la manera más insidiosa, le ha ido dejando sin hojas y sin savia, por lo cual no existe de él más que el descarnado esqueleto, en que ya no pueden anidar las avecillas del cielo.

Con lo cual se quiere decir que las grandes y antiguas fortunas, bien radicadas, llevan el mismo camino que el comercio y la industria; los cuales, si no están de cuerpo presente, es porque están de cuerpo quebrado, sin que parezca por ninguna parte el ortopedista liberal que ha de enderezar sus torceduras.

No es esto sensible porque las carreras de caballos estén deslucidas: lo es porque si los ricos han de ser, como dice Tertuliano, los tesoreros de Dios en la tierra para hacer bien á los pobres, buen porvenir les espera á éstos con unos tesoreros que no van teniendo ni aun para mandar rezar á un ciego...

Precisamente por haber echado demasiadas canas al aire.

Sin embargo, á pesar de tanta penuria, de todo punto imponderable, en la apertura del teatro *Real*, la prosperidad pública quiso hacer algunos pinitos de ostentacion y ofreció algunos rasgos de su antiguo rumbo.

Pero este esfuerzo sólo servirá para hacerla caer en mayor postracion como sucede á los moribundos, que se mejoran por un instante para caer de golpe y porrazo en la sepultura.

Cantaba Gayarre en la inauguracion; se representaba *Lohengrin* de Vagner, que no sé á lo que sabe porque en materia de música estoy por la menor cantidad de ruido: debutaban artistas nuevos; y hubo melomanos, esto es, tontos musicales, que pagaron por una entrada de paraíso 10 pesetas, por un asiento de palco 25 y por una butaca 60.

Pero de estos bausanes entrarán pocos en libra durante la temporada, así traiga el conde de Michelena ruiseñores amaestrados que canten las óperas como no pueden cantarlas los hombres.

En cambio el teatro *Español*, templo, segun dice su director Antonio Vico, del arte nacional, y segun digo yo del arte de Echegaray y de sus apéndices, se abrió como se abre una puerta cualquiera, sin ruido ni estrépito, sin codeos ni apabullos, con la más completa tranquilidad en las taquillas del despacho y en el local de contaduría. Inauguracion sosa, fria, desmayada y de mala muerte, que hace presagiar un porvenir muy negro.

Es verdad que en este teatro, á juzgar por la Compañía de pipirijaina con que cuenta el malaventurado actor, no podrá hacerse cosa de provecho, como no sea ayudar á bien morir á la musa dramática española y á las letras castellanas; pero nunca podia yo figurarme que el desprecio del público á la patria escena llegara hasta desairar al padre del teatro Español, á Calderon de la Barca, con cuyo inmortal é inimitable *Alcalde de Zalamea* se inauguraba el coliseo de Ducazcal, antes del Ayuntamiento.

Y es que el sentido comun ha empezado á aguzarse una mijita y se huele alguno que otro poste de los que se le ponen ante la nariz para que se estrelle.

Con lo cual quiero decir que la ejecucion del *Alcalde de Zalamea* en el Español fué en toda regla una ejecucion de pena capital, con el aditamento de que en vez de un verdugo funcionó toda una cuadrilla de verdugos, que dejaron al gran dramaturgo español, no sólo bien enforcado, sino hasta hecho cuartos.

Con estos principios se ha abierto el antiguo Corral de la Pacheca, tarde y con daño, pues se dice que sólo abre sus puertas para poner en escena un libreto trágico del señor Echegaray, por supuesto sin música de los señores Valverde y Chueca.

Con tales antecedentes dicho se está que el primer teatro de verso de la España liberal acabará, como todos los años, pidiendo limosna á los Ministerios y á las instituciones y sorbiéndose el caldo de los enfermos de los hospitales.

Para que en todo se vea la vuelta que el progreso nuevo hace dar á todas las cosas.

Cuando Calderon, Lope y Tirso y demás dramaturgos del siglo de oro de nuestras letras, elevaron la escena patria á una altura dignificada por el arte y la moral, los teatros corrian á cargo

de las cofradías religiosas, y sus productos se invertian en obras de piedad y de beneficencia. Hoy por el contrario, la beneficencia y la piedad hallan en el teatro un rival que las roe su mermado patrimonio, y hay que sostener por el Erario público á los comediantes, como se sostiene á los enfermos de un hospital de incurables.

Hasta en esto se ve bien la distancia que media entre los tiempos de Calderon y los de Echegaray.

La fiesta de los muertos ha sido celebrada este año por el pueblo de Madrid con la piedad y respeto que son proverbiales en él desde tiempo inmemorial.

Los cementerios han estado concurridísimos, siendo cada vez más creciente el fervor con que el público ha ido á ellos á tributar honores religiosos á los sepulcros que guardan los restos mortales de sus difuntos.

En la fiesta de *Todos los Santos* fueron numerosísimas las Comuniones en las parroquias, y no se daban punto de reposo los sacerdotes para rezar responsos.

No hay solemnidad religiosa en Madrid más conmovedora que esta de los fieles difuntos, y es menester verla con los ojos del alma, que son los del sentimiento, para convencerse de lo bueno que seria este pueblo con poderes imperantes que le dirigieran por sendas verdaderamente cristianas.

Aun contagiado por la corrupcion de todos los errores del liberalismo, lo bueno que hay en él es admirable y selecto, de tal manera que en la esfera humana no se columbra cosa mejor.

LUPERCIO.

Madrid, 5 de Noviembre.

LA IGLESIA Y LAS CLASES PROLETARIAS

DISCURSO DE LEON XIII

Á UNA PEREGRINACION DE OBREROS FRANCESES

El domingo 20 de Octubre recibió Su Santidad á una numerosa peregrinacion de obreros franceses conducidos por el cardenal Langenieux, arzobispo de Reims. La audiencia se verificó en la gran *Loggia* encima del vestíbulo de la basílica de San Pedro.

No quedó en la sala otro espacio libre que el sitio que con dos hileras de guardias suizas debia servir de paso á los Cardenales y Obispos residentes en Roma y al Soberano Pontífice.

En dos lados de la sala se veian apoyadas en las paredes, con objeto de no quitar la vista á la inmensa asistencia, las numerosas banderas de los círculos y asociaciones representados por la peregrinacion. Por una delicada atencion, ocupaban los obreros los mejores sitios enfrente y á los lados del trono Pontificio.

Al aparecer el Padre Santo á la entrada de la sala sentado en la silla gestatoria, en medio de los *flabelli*, y repartiendo paternales bendiciones en torno suyo, un grito de entusiasmo se elevó de todos los ángulos de la sala. Era el grito de fe y de amor de la Francia católica, representada allí por sus diputaciones obreras. Las aclamaciones duraron hasta que Leon XIII hubo ocupado su trono.

Entonces el cardenal Laugenieux expresó en bellos términos los sentimientos de todos respecto á Su Santidad; explicó despues la organizacion y el objeto de las obras católicas de los obreros en Francia, los principios en que se inspiran, y las esperanzas de que están animados.

Al mensaje de Su Eminencia contestó el Soberano Pontífice con el hermoso discurso que sigue:

«Dos años hace que una numerosa peregrinacion de obreros procedentes de Francia se agrupaba al rededor de Nós. Con ellos, y bajo los más felices auspicios, se abria entonces nuestro año jubilar, al cual traian ellos como las primicias de las manifestaciones del mundo católico. Aquel dia dejó en nuestro ánimo dulce y honda impresion, que vuestra presencia, amados hijos, y las nobles palabras que acaba de dirigirnos en vuestro nombre el señor Cardenal que preside esta peregrinacion, no pueden menos de reanimar en Nós y hacerla para siempre indeleble.

»Sed bienvenidos. El homenaje que en este momento rendís al jefe supremo de la Religion católica revela el fondo de vuestro pensamiento. Habeis comprendido, y esto os lo han dictado á un tiempo vuestro corazon y vuestra inteligencia, que sólo en la Religion encontrareis fuerza y consuelo en medio de vuestras incesantes fatigas y de las miserias terrenales. La Religion sola, en efecto, abrirá vuestras almas á las esperanzas inmortales y ennoblecerá vuestro trabajo elevándolo á la altura de la dignidad y de la libertad humanas. No podeis, pues, hacer nada más prudente y acertado que confiar á la Religion vuestros destinos presentes y futuros. Y en este punto tenemos la dicha de confirmar aquí las palabras pronunciadas por Nós en otras circunstancias y que acabais de recordar. En ellas queremos insistir una vez más, porque estamos persuadidos de que vuestra salvacion será obra de la Iglesia y de sus enseñanzas, aceptadas de nuevo por la sociedad.

»El paganismo, como sabeis muy bien, habia tratado de resolver el problema social despojando de sus derechos á la parte debil de la humanidad, ahogando sus aspiraciones, paralizando sus facultades intelectuales y morales y reduciéndola á un estado de completa impotencia. Era la esclavitud. El Cristianismo vino á enseñar al mundo que la familia humana entera, sin distincion de nobles y plebeyos, estaba llamada á participar de la herencia divina; declaró que todos eran por igual hijos del Padre celestial y redimidos al mismo precio; enseñó que el trabajo era condicion natural del hombre sobre la tierra, y que aceptarlo es para él un honor, al mismo tiempo que una prueba de sabiduría, así como el querer sustraerse al trabajo es manifestar cobardía y hacer traicion á un deber sagrado y fundamental.

»A fin de confortar más eficazmente todavía á los trabajadores y á los pobres, el divino Fundador del Cristianismo se dignó unir el ejemplo á las palabras. El no tuvo donde reposar su cabeza, experimentó los rigores del hambre y de la sed, y pasó su vida pública y privada en medio de las fatigas, las angustias y los sufrimientos. Según su doctrina, el rico, al decir de Tertuliano, no es más que el tesorero de Dios en la tierra; á él se refieren las prescripciones sobre el buen uso de los bienes temporales y las formidables amenazas del Salvador si cierra su corazon al infortunio y la pobreza.

»Esto, sin embargo, no bastaba. Era preciso aproximar las dos clases estableciendo entre ellas un lazo religioso indisoluble. Este fué el papel de la Caridad, la cual formó un lazo social de una fuerza y una dulzura desconocidas hasta entonces; dió al multiplicarse remedio á todos los males y consuelo á todos los dolores, suscitando por sus innumerables obras é instituciones una noble emulacion de celo, de generosidad y de abnegacion.

»Tal fué la única solucion que en la inevitable desigualdad de las condiciones humanas podia procurar á cada uno una situacion soportable. Durante siglos esta solucion era universalmente aceptada y se imponia á todos. Sin duda habia tambien actos de insubordinacion y revuelta, pero eran parciales y transitorios.

»La fe tenia muy profundas raíces en las almas para que fuese posible una crísis general y definitiva. Nadie se hubiera atrevido á poner en duda la legitimidad de esta base social; nadie hubiera osado formar el vasto proyecto de pervertir en este punto el espíritu y el corazon de los pueblos y de esforzarse por la ruina total de la sociedad. Cuáles han sido las doctrinas funestas y los sucesos que más tarde dieron al traste con el edificio social tan pacientemente levantado por la Iglesia, lo hemos ya dicho en otra parte, y no hemos de repetirlo ahora.

»Lo que Nos pedimos es que se cimente de nuevo este edificio, volviendo á las doctrinas y al espíritu del Cristianismo, restaurando, cuando menos en la sustancia, en su virtud bienhechora y múltiple, y bajo todas las formas que permitan las nuevas condiciones de los tiempos, aquellas Corporaciones de artes y oficios que en otro tiempo, informados del pensamiento cristiano é inspirándose en la maternal solicitud de la Iglesia, proveian á las necesidades materiales y religiosas de los obreros, les facilitaban trabajo, cuidaban de sus ahorros y economías, defendian sus derechos y apoyaban en la medida conveniente sus legítimas reivindicaciones.

»Lo que Nos pedimos es que, por una vuelta sincera á los principios cristianos, se restablezca y se consolide entre patronos y obreros, entre el capital y el trabajo, aquella armonía y aquella union que son la única salvaguardia de sus intereses recíprocos, y de las que dependen al mismo tiempo el bienestar privado, la paz y la tranquilidad públicas.

»A vuestro alrededor se agitan millares de operarios que, seducidos por falsas doctrinas, creen encontrar remedio á sus males en el aniquilamiento de lo que constituye como la esencia misma de la sociedad política y civil, en la destruccion de la propiedad. ¡Ilusiones vanas! Ellos se estrellarán contra las leyes inmutables que nadie puede suprimir. Ensangrentarán los caminos por donde pasen, cubriéndolos de ruinas y sembrando en ellos la discordia y el desorden, pero con esto no harán más que agravar sus propias miserias y atraer sobre ellos las maldiciones de las almas honradas. No; el remedio no está, ni en los proyectos y manejos subversivos de los unos, ni en las teorías seductoras, pero erróneas, de los otros; el remedio está por completo en el fiel cumplimiento de los deberes que corresponden á todas las clases de la sociedad, y en el respeto á las funciones y atribuciones propias á cada una de ellas en particular. Estas verdades y estos deberes tiene la Iglesia la mision de proclamarlos muy alto y de inculcarlos á todos.

»A las clases directoras les hace falta corazon, entrañas para los que ganan el pan con el sudor de su rostro; les hace falta poner un freno al deseo insaciable de riquezas, de lujo y de placeres que, lo mismo arriba que abajo, no cesa de propagarse. En todas las jerarquías, en efecto, se tiene sed de goces; y como no á todos es dado proporcionárselos, resulta de ello un malestar inmenso y un descontento que tendrán por resultado la revolucion y la insurreccion permanentes.

»A los gobernantes corresponde ante todo penetrarse de esta verdad: que para conjurar el peligro que amenaza á la sociedad, y que no podrian evitar ni las leyes humanas ni las armas de los soldados, lo que importa sobre todo, lo que es indispensable, es que se deje á la Iglesia la libertad de restaurar en las almas los preceptos divinos y extender sobre todas las clases sociales su saludable influencia; que mediante reglamen-

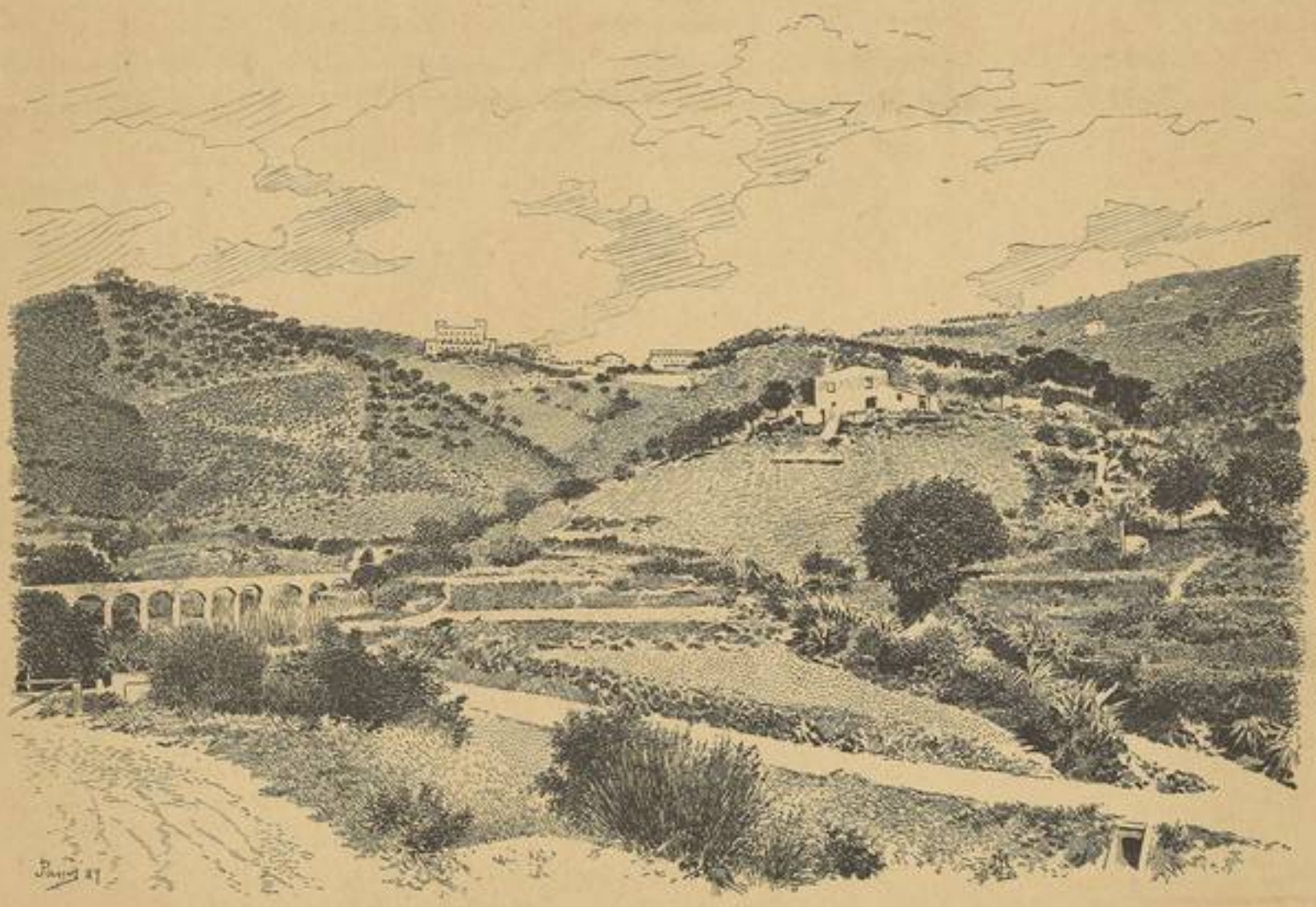
tos y medidas equitativas y prudentes se garanticen los intereses de las clases trabajadoras, se proteja á los obreros jóvenes, á la debilidad y la mision puramente doméstica de la mujer, al derecho y al deber del descanso en el domingo, y que se favorezca en las familias, como en los individuos, la pureza de costumbres y el hábito de vida ordenada y cristiana. El bien público, no menos que la justicia y el derecho natural, así lo reclaman.

»A los patronos les está prescrito considerar al obrero como un hermano; dulcificar su suerte en el límite posible y por condiciones equitativas; velar por sus intereses, tanto espirituales como corporales; edificar con el buen ejemplo de una vida cristiana, y, sobre todo, no separarse jamás, en perjuicio de éste, de las reglas de equidad y justicia con el objeto de proporcionarse beneficios rápidos y desproporcionados.

»A vosotros, por último, queridos hijos, y á todos los de vuestra condicion, conviene observar siempre una conducta digna de elogio por la práctica fiel de los deberes religiosos, domésticos y sociales. Vosotros nos lo habeis prometido desde luego, y eso nos ha regocijado grandemente. Vosotros nos habeis declarado que es vuestro propósito formal someteros con resignacion al trabajo y á sus penosas consecuencias; mostraros siempre apacibles y respetuosos con vuestros patronos, cuya mision es proporcionaros labor y organizarla; absteneros de todo acto capaz de turbar el orden y la tranquilidad, y conservar, en fin, y alimentar en vuestros corazones sentimientos de gratitud y de confianza filial hácia la Santa Iglesia, que os ha librado del horrible yugo de la esclavitud y de la opresion, y hácia el Vicario de Jesucristo, que no cesa ni cesará jamás de velar por vosotros como un padre, de preocuparse en vuestros intereses y favorecerlos recordando á todos sus respectivos deberes y hablándoles el lenguaje de la caridad. Que este sentimiento de gratitud y devocion á la Iglesia y á su Jefe queden inquebrantables en vosotros y crezcan de dia en dia. Nuestra condicion se agrava con los años, y la necesidad de una independencia real y de una verdadera libertad en el ejercicio de nuestra mision apostólica es cada dia mayor y más evidente. Como buenos católicos permaneced fieles, queridos hijos, á esta nobilísima causa. Hacedla vuestra, y que cada uno de vosotros, en su esfera, se haga un deber el defenderla y apresurar su triunfo.

»Y ahora, queridos hijos, volved á vuestra patria, á esa Francia donde, á pesar de aberraciones individuales y pasajeras, no se ha visto jamás disminuir el ardor por el bien, ni palidecer la llama de la generosidad y del sacrificio. Volved á vuestros hogares, y probad con vuestra conducta que en las Asociaciones imbuidas de los principios religiosos reinan al mismo tiempo el amor fraternal, la paz, la disciplina, la sobriedad y el espíritu de prevision y de economía doméstica. Id, y que la gracia del Señor os acompañe por todas partes, os asista, os proteja, os sostenga en vuestras fatigas y os anime, haciéndoos saborear desde ahora las inefables alegrías que proceden de la virtud y que da la esperanza de una vida mejor en la patria de los creyentes.

»Con la mirada y las manos elevadas hacia el cielo dirigimos y dirigiremos todos los dias por vosotros, amados hijos, estos votos, estas súplicas y estas oraciones. Entre tanto, y como prenda de estos favores celestes, Nós os concedemos la bendicion apostólica. Nós os bendecimos á todos los aquí presentes con toda la efusion de nuestro corazon de padre. Bendecimos á vuestras esposas, á vuestros hijos y á vuestras familias; bendecimos á vuestros jefes, á vuestros patronos y á vuestros bienhechores, así como á todas las piadosas Asociaciones de que formais parte.»



VISTA DEL MONTE DE VALLVIDRERA (CERCANÍAS DE BARCELONA)

LA CUESTION ROMANA

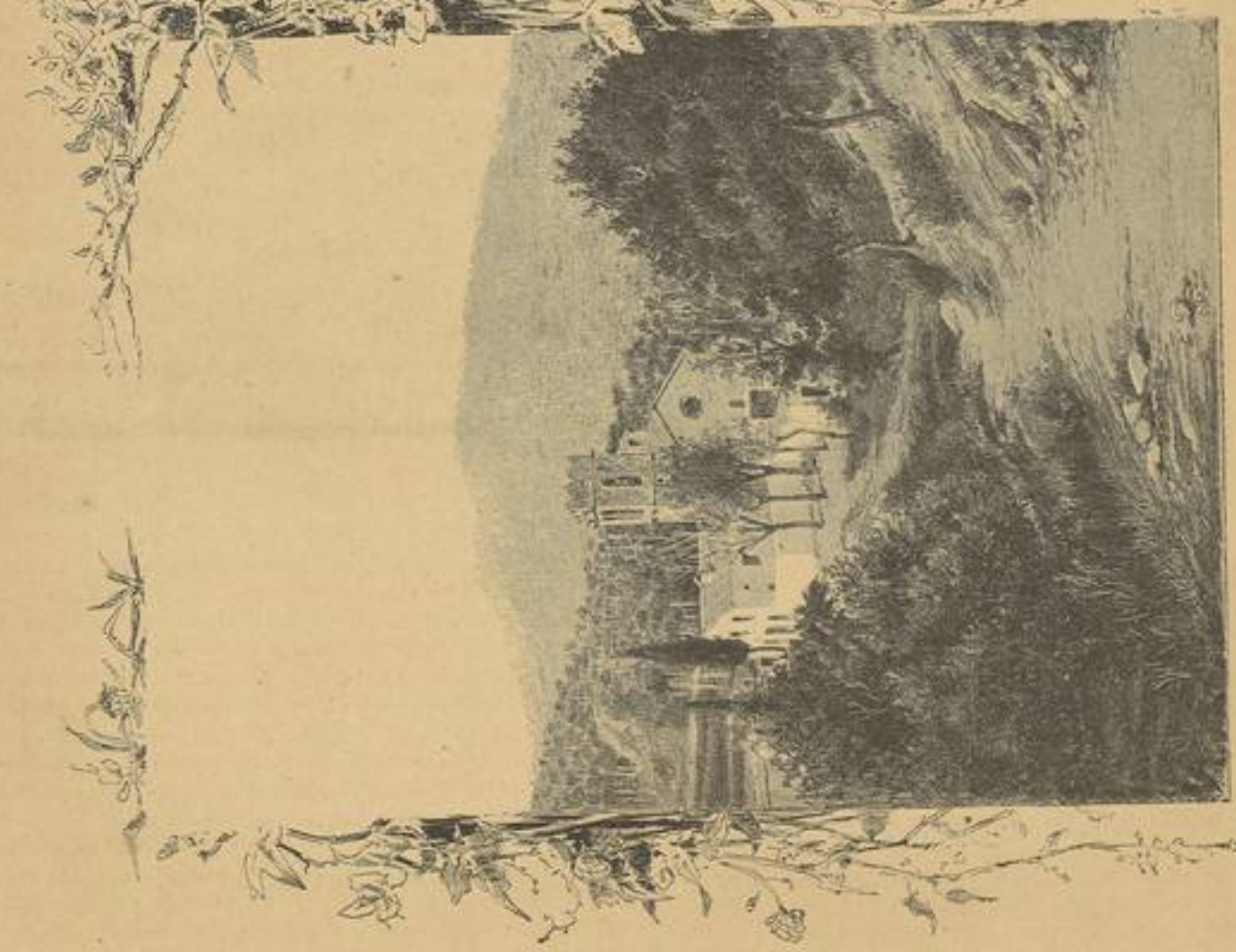
VII

Las profecías históricas

Vimos en el artículo anterior que las esperanzas de los católicos están sólidamente cimentadas, y no sólo en esa providencia especial con que Dios gobierna su Iglesia, sino además en la constante y larguísima experiencia histórica.

En cambio los enemigos del poder temporal vénse obligados á recurrir al expediente de las profecías históricas, y los mismos que se burlan de nuestras predicciones y nuestras esperanzas de restauracion de la soberanía pontificia ofician á su vez de profetas, pretendiendo nada menos que los católicos creamos como verdad infalible sus vaticinios.

VISTA POSTERIOR DE LA IGLESIA
DE VALLVIDRERA



IGLESIA Y CASA RECTORAL DE VALLVIDRERA

El historiador—exclaman—en cierto modo es y debe ser profeta, porque en las causas ve los efectos y en lo presente columbra lo porvenir, si no en el detalle, á lo menos en sus líneas generales.

Palabras encantadoras de verdad son las transcritas, pero que, desgraciadamente, tienen muy escaso valor práctico. ¿Y qué mucho suceda esto cuando se trata de acontecimientos futuros, si aun en juzgar los pasados y determinar sus verdaderas causas los historiadores no están concordes?

Sirva de ejemplo el origen del poder temporal de los Papas. Mientras unos lo atribuyen á la piedad de los pueblos jóvenes, reputándolo impropio de la humanidad adulta, otros, como el protestante Guizot, nada sospechoso por cierto, le juzgan con las siguientes frases:

«La union del poder temporal y espiritual en el Pontificado no resultó del desenvolvimiento sistemático de algun principio abstracto, ni de una tendencia ambiciosa.

»Acaso en alguna ocasion puedan confundirse y ayudarse mutuamente teorías y ambiciones. Pero lo que á pesar de todos los obstáculos real y verdaderamente ha producido y mantenido el poder civil de los Papas, *es la necesidad, una necesidad intrínseca é incesante. Las posesiones terrenas y la soberanía temporal vinieron al Pontificado como un necesario sosten de su grandiosa posicion espiritual*... Como señor temporal el Papa no era fuerte para inspirar temores á ninguno. *Pero en su soberanía temporal encontraba una eficaz garantía de su libertad y de su poder moral.*»

Nótese, pues, si hay enorme diferencia entre unos y otros autores cuando discurren sobre las cosas pasadas, y de esto se podrá colegir cuán variados y difíciles serán los juicios acerca de las venideras.

Y la causa es muy clara. En el proceso histórico se dan dos clases de acontecimientos, predecibles los unos en cuanto proceden de causas presentes ó ya conocidas, y totalmente oscuros los otros, que aun la víspera de venir á la realidad se escapan á toda prevision y cálculo humano por lo mismo que son efecto de la libre voluntad de los hombres ó de Dios.

Supongamos, verbigracia, que fuese facil adivinar en 1789 los horrores del 93; pero, ¿qué filósofo era capaz de predecir entonces la aparicion de Napoleon I? Pues nadie negará que este hombre extraordinario tuvo capitalísima importancia en los destinos de Europa entera, llegando á reducir tambien al Papa á la categoría de súbdito francés.

Posesionado del mando, dedícase á robustecer con su política y sus victorias su inmenso poderío. ¿Y quién podia imaginar en 1811 que cometería la insigne torpeza de llevar sus soldados á morir de hambre y de frío en los dilatados países de Rusia? Así fué, sin embargo, y este suceso hizo variar la faz de Europa; y al par que demostró á Napoleon que no se puede hacer burla en vano de las excomuniones del Pontífice, trajo, por consecuencia, la restauracion de los Estados de San Pedro.

Lo mismo podemos repetir de la formacion del reino de Italia. ¿Quién se hubiera atrevido á pronosticar una Italia masónica? Diráse que había ya antes una aspiracion general; pero aparte de que esto no es exacto, porque únicamente la tenian un grupo de conspiradores, ¿no la tiene y bien marcada la infeliz Polonia, hoy sometida al yugo oprobioso de Rusia, Alemania y Austria? ¿No la tiene asimismo Irlanda contra Inglaterra, y, sin embargo, ni una ni otra han podido realizar su aspiracion constante? Fueron necesarias la complicidad de Napoleon III y las victorias de Magenta y de Solferino, sin las cuales no hubiera el Piamonte tiranizado á toda la península italiana.

Y parecidos á estos casos la Historia nos los presenta á millares. Pero si todavía queda alguien que presuma adivinar lo futuro, nada más sencillo que hacer una experiencia. Arranque una hoja de un libro de historia que no conozca, estudie bien los precedentes, y con ellos supla la lectura que allí falta, y en el cotejo verá su más completo desengaño.

Más de ciento cincuenta veces han estado los Papas desterrados, despojados ó cautivos, y todas ellas sin excepcion ofrecian al historiador filósofo motivo para predecir la absoluta ruina del poder temporal con tantas ó mayores razones que al presente. Y, sin embargo, en todas salieron esos pronósticos fallidos.

Engañóse Astolfo el Lombardo si creyó hacer á Roma capital de su reino, que Dios suscitó de improviso el auxilio de los franceses para lanzar por dos veces al usurpador de los dominios del Papa. Prisionero estaba san Leon IX de los normandos, á quienes reclamaba su soberanía sobre la Italia meridional, y de repente, contra todas las previsiones humanas, ellos mismos dan sus Estados en feudo á su Pontífice cautivo. Algo semejante le acaeció á Alejandro II con Enrique IV de Alemania, y seria necesario reproducir toda la historia de los Papas si hubiéramos de enumerar cada uno de los casos en que esto aconteciera. Baste repetir que son más de ciento cincuenta, y en todos ellos, por vías recónditas y providenciales, ha triunfado siempre el poder civil de la Iglesia.

Luego si en la Historia hay leyes, precisamente es esta una cuya comprobacion no admite réplica, porque, cualesquiera que hayan sido las circunstancias, ha salido victoriosa. ¿Se dirá que nada más que á casualidades y acaecimientos fortuitos se ha debido la restauracion del poder temporal en ciento cincuenta casos diversos? La ley, pues, resulta clara, indubitable, y ella, humanamente hablando, nos da derecho para vaticinar que tambien por esta vez ha de cumplirse. No pregunteis á los católicos cómo; no sabrán seguramente deciroslo; pero la Providencia de Dios es para ellos prenda segura de victoria.

Ni se diga que la Iglesia ha sido vencida y ha tenido que conformarse con la pérdida de otros privilegios. Cierto; mas estos podrian serle útiles, pero no *necesarios* como el Patrimonio de San Pedro. ¿Quién comparará, en efecto, la pérdida de los principados eclesiásticos de Alemania con la *independencia política* del Soberano Pontífice?

Y todavía es más desatinado objetar que el poder de los Papas perecerá como todas las instituciones humanas han perecido. Pero, prescindiendo de la inexactitud con que se llama simplemente humana á una institucion protegida por una especial Providencia divina, fuerza es confesar que esa institucion no cae bajo las leyes de las demás de su género, puesto que se ha regido hasta hoy por otras completamente distintas y aun contrarias.

Bien hacen, pues, el Papa y los católicos en consolar su ánimo y fortificar su esperanza con las leyes de la filosofía de la historia, y á la verdad, si así no lo hiciesen darian señales de desconocer por completo los dictámenes de la razon y las más espléndidas maravillas de la Providencia.

LA FIESTA DE FROHSDORF

Despues de lo que someramente dijimos tocante el casamiento de la infanta D.ª Blanca de Borbon con el archiduque Leopoldo Salvador, el correo nos trajo nuevos y auténticos detalles que acaban de dar á dicha ceremonia su verdadero caracter y que no pueden menos de ser leídos con verdadero interés.

Desde el dia 23 por la mañana apareció el castillo de Froshdorf ataviado ya, por decirlo así, con su traje de gala, cubiertas las escaleras y pasillos con hermosos tapices y con flores y arbustos, y adornada la capilla para la ceremonia nupcial. Los archiduques y archiduquesas principiaron á llegar despues de medio dia, y un piquete del ejército austriaco montó la guardia á la puerta principal de la regia morada mientras se izaba la bandera imperial.

Los salones estaban brillantes, llenos de damas de la Corte imperial, de parientes de las familias de los novios, de legitimistas franceses y de tradicionalistas españoles.

PERSONAJES QUE ASISTIERON Á LA BODA

Don Carlos y D.ª Margarita; el príncipe don Jaime y las infantas D.ª Elvira, D.ª Beatriz y D.ª Alicia; los infantes D. Alfonso de Borbon y D.ª María de las Nieves de Braganza; los duques de Parma y la princesa María de Borbon; el archiduque Carlos Luis y la archiduquesa María Teresa, con sus hijos Francisco, Fernando y Margarita; el gran duque de Toscana y la gran duquesa Alicia, hermana de D.ª Margarita; la gran duquesa viuda de Toscana, hermana de la duquesa de Berry y de la condesa de Montemolin, con sus hijos Leopoldo, Fernando y José; el archiduque Carlos Salvador y la archiduquesa Inmaculada, con sus hijos Francisco, José Salvador, Carolina é Inmaculada; D. Miguel de Braganza, rey legítimo de Portugal; el duque y la duquesa della Grazia; el príncipe de Lippe; el príncipe de Edimburgo y su esposa la archiduquesa María Luisa; el duque y la duquesa de Sabran; el conde Mauricio D' Audigné; el conde Urbano de Maillé; el conde L. de Cibeins; D. Mauricio de Jonquières; los señores de Saint-Victor; los condes de Chandornet; los marqueses de Cerralbo; el Par de Inglaterra lord Ashburnham; el príncipe de Valori; los duques de Solferino; el marqués de Castrillo; D. Luis María de Llauder; D. José de España; el general D. Francisco de Cavero; el conde de Casasola; los vizcondes de Barrante; el marqués de Villahuerta; el baron Carlos de Walters-Kyrschen; el marqués de Tamarit; D. José Du-Bourg, y otros que fuera largo nombrar.

LOS CONTRAYENTES

La princesa D.ª Blanca de Castilla, María de la Concepcion, Teresa, Francisca de Asís, Margarita, Juana, Beatriz, Carlota, Luisa, Fernanda, Adelgunda, Elvira, Ildefonsa, Regina, Josefa, Micaela, Gabriela, Rafaela, nació el 7 de Setiembre de 1868, siendo sus padres Carlos (VII), María de los Dolores, Juan, Isidro, duque de Madrid, y Margarita, María, Teresa, Enriqueta, hija de Carlos III, duque de Parma. Cristiana y española, la ilustre hija de D. Carlos ha sabido elegir por esposo á un joven, no sólo de distinguida prosapia, cual á la alteza de su cuna corresponde, sino de virtudes poco comunes en estos tiempos de dudas y de apostasías.

El archiduque Leopoldo Salvador, María, José, Fernando, Francisco de Asís, Carlos, Antonio de Padua, Juan Bautista, Javier, Luis Gonzaga, Reniero, Wenceslao, Gaio, nació el 15 de Octubre de 1863, siendo sus padres Carlos Salvador, María, José, Juan Bautista, Felipe, Jaime, Javier, Luiz Gonzaga, Reniero, y María Inmaculada, Clementina, hija de Fernando II, rey de las Dos Sicilias. Es un modelo de jóvenes, que cumple con sus deberes religiosos con la exactitud que un militar las obligaciones que le marca la ordenanza; frecuenta mucho los santos Sacramentos, y reune, en fin, tantas y tan excelentes

cualidades, que es muy raro encontrar reunidas en una sola persona, y más si esta se halla rodeada de la aureola de alto nacimiento.

LA RECEPCION DEL DIA 23

Duró desde las ocho hasta las once y media, hora en que se retiraron á sus habitaciones los señores Duques de Madrid. Durante ese tiempo una orquesta de tziganes ejecutó piezas escogidas, las más gratas para D.ª Blanca, que, como es sabido, posee un gran talento musical. Asistieron á la comida que precedió á esta recepcion treinta y siete entre príncipes y archiduques.

Los majestuosos salones del piso bajo, adornados con los mejores cuadros de la galería que enriquece á Frohsdorf, y con magníficos bronces y porcelanas de gran precio, ofrecian un aspecto imponente, siendo inauditos el número y la hermosura de las joyas con que á porfía se habian revestido las princesas.

La Duquesa de Madrid, por primera vez en su vida, ceñia á la garganta el histórico collar de gruesísimos brillantes regalado por la emperatriz María Teresa á su infortunada hija María Antonieta, recogido despues por la duquesa de Angulema y transmitido por ésta á la condesa de Chambord, quien lo legó á su augusta sobrina. Esta joya, única en el mundo por la perfeccion y la pureza de las piedras, así como por la elegancia de su montura, llamaba la atencion aun en medio de aquel cúmulo de deslumbradora pedrería.

D.ª Blanca vestia sencillamente un traje de color de rosa, con un collar de perlas muy gruesas, regalo de su augusta madre; en la cabeza dos medias lunas, regalo de sus tios D. Alfonso y D.ª María, y una flor de brillantes, regalo del duque de Parma; y en el pecho una flor de brillantes, rubíes y perlas, regalo de sus suegros. En mitad de la recepciou tuvo S. A. la agradabilísima sorpresa de que se presentase el Sr. de España con las dos hermosas mantillas de blonda catalana ofrecidas, una por él, y otra por el Círculo tradicionalista de Barcelona, que dignamente preside. La primera blanca, con los escudos de España y de Austria admirablemente tejidos en el encaje, y negra la segunda, pasaron de mano en mano, siendo objeto de la admiracion de todas las damas. La Infanta, al oir que la mantilla negra era debida al óbolo del pobre, la llevó conmovida á sus labios y colocó ambas en el centro de la mesa. Esos y otros objetos venidos de España eran particularmente celebrados con indecible orgullo de D.ª Blanca, más agradecida á cualquier elogio prodigado á su patria que á las mayores lisonjas personales.

Las infantas D.ª Elvira, D.ª Beatriz y D.ª Alicia vestian elegantísimos trajes blancos.

D.ª María de las Nieves de Braganza, esposa del Infante D. Alfonso de Borbon, vestia color azul de dos tonos, con encajes, y lucia un hermoso collar de brillantes y zafiros, riquísimas pulseras, y en la cabeza multitud de brillantes.

La archiduquesa María Teresa se distinguia por la riqueza y buen gusto de sus joyas, y vestia de color claro.

La duquesa de Parma iba de blanco, con encajes, y lucia una riquísima diadema y un collar de gruesos brillantes.

La archiduquesa Margarita, sobrina del emperador de Austria, iba de blanco, con rosas de diamantes y gruesas perlas en la cabeza.

La archiduquesa Inmaculada, madre del archiduque Leopoldo Salvador, vestia hermoso traje gris claro y lucia preciosas joyas.

Entre las otras damas nobles distinguíanse la señora marquesa de Cerralbo, con elegante vestido de terciopelo color de fresa bordado de oro, y la señora duquesa de Solferino, con lujosísimo traje amarillo con mangas azules. Ambas lucian riquísimas joyas.

Por no repetir no citaremos los nombres de los príncipes y princesas que asistieron á esta gran recepcion, durante la cual pudieron admirar los invitados un deslumbrador canastillo de boda, compuesto de innumerables y valiosísimos regalos, cuya lista vamos á publicar, aun cuando es imposible darla completa por no estar todos á la vista y ser muy numerosos.

EL CANASTILLO DE BODA

El Duque de Madrid ha regalado á su hija su propio retrato al óleo, obra de uno de los más afamados pintores de Italia; y á su yerno una magnífica espada, en cuya hoja se lee incrustado en oro: *«Carlos de Borbon me mandó fabricar en Toledo en 1889 para su amadísimo hijo Leopoldo Salvador de Habsburgo-Lorena.»*

La Duquesa de Madrid, además de otros varios, un rico collar de perlas con un broche de diamantes y un abanico antiguo.

D.ª Elvira una sombrilla con mango de oro; D. Jaime un broche de diamantes.

Los archiduques, padres del novio, un rico broche de diamantes y rubíes, con una gran perla, perteneciente de antiguo á la familia. Este regalo es una delicada alegoría que quiere decir que D.ª Blanca viene á ser lo mismo que aquella perla en su nueva casa.

Los archiduques hijos de éstos, un precioso y grande neceser de tocador con todas las tapas de los frascos y estuches de plata dorada.

D. Alfonso y D.ª María de las Nieves un hermoso brazalete con dos zafiros, dos medias lunas de diamantes para la cabeza y un precioso abanico de concha clara, con las iniciales de su nombre de diamantes.

Los duques de Parma un gran broche de brillantes.

La gran duquesa de Toscana un brazalete de perlas y diamantes.

El archiduque Leopoldo Salvador, el novio, un lazo de brillantes para sujetar la Cruz de la estrella, que usan todas las Archiduquesas.

La archiduquesa Valeria, hija del Emperador, un brazalete de diamantes, rubíes y zafiros.

La gran duquesa de Toscana, viuda, otro rico brazalete.

Los marqueses de Cerralbo un reloj con su *chatelaine*, cubiertos de diamantes y zafiros.

El marqués de Villa Huerta un cofre antiguo de esmalte, y su hermana, Amelia Valle, un brazalete con el cierre de diamantes.

La duquesa de Solferino un tarjetero de pergamino con miniaturas y rodeado de brillantes.

La condesa de Barrante un abanico de concha con una escena del teatro español pintada en su tela.

La condesa Silery un busto de marmol, retrato de la Duquesa de Madrid.

La princesa de Salm una rica mampara.

La cuñada de D.ª Blanca un rico pañuelo de encaje.

La condesa de Lasuen un abanico de encajes pintado.

La duquesa de Módena un centro de mesa de plata.

La archiduquesa D.ª Beatriz, madre de don Carlos, dos ricas horquillas de diamantes y dos cuadros de porcelana.

La baronesa de Lareinty, hija de la duquesa de Sabran, un servicio de café de plata.

El archiduque Raniero un brazalete de oro con zafiros y diamantes.

La duquesa de la Grazia un brazalete de oro con medallas que contienen pelo de varios individuos de la familia de Borbon.

La marquesa de Villadarias un abanico de blonda.

La condesa Puppi un reclinatorio bordado.

D. José de España una rica mantilla blanca de blonda catalana.

El conde de Casasola una peineta de concha y brillantes.

D. Carlos Calderon un brazalete de oro con un reloj.

La condesa D' Heursel un servicio de té de plata y marfil.

D. Tirso Olázabal un cuadro con marco de incrustaciones de oro, trabajado en Eibar.

Los señores general Iparraguirre, Esparza y Ortigosa un mango para sombrilla con incrustaciones de oro, de Eibar.

La princesa María de Parma un cofre de madera tallada.

Los señores conde de Ayanz y Melgar un *entout-cas* con puño de oro.

El Sr. Respaldiza un rico objeto de arte.

D. Luis M.ª de Llauder un par de estatuas de barro cocido, originales de Talarn, representando un labrador y una labradora catalanes.

El Sr. Oller (don Francisco de Paula) envió un estuche de escribir de plata dorada.

El Círculo Tradicionalista de Barcelona una mantilla española de blonda negra.

Muchos más son los regalos que estaban ya empaquetados; y aun faltaban llegar varios de España y de otras partes.

Estaban anunciados una rica silla de montar, de Barcelona, un devocionario que regala el Centro de Igualada, otro regalo del Círculo de Vich, y algunos más que no recordamos.

LA CEREMONIA NUPCIAL

Celebróse el dia 24 con tal pompa y tan imponente majestad que no hubieran podido ser mayores en Corte alguna.

La joven desposada, que por la mañana habia recibido con el archiduque Leopoldo, y en medio de sus respectivas familias, el Pan de los ángeles, descendió la gran escalera del castillo llevada de una mano por su padre y de otra por su madre. Muchos ojos se arrasaban en lágrimas al ver aquella blanca figura venida á iluminar y desvanecer las tristezas de aquel severo palacio del destierro, avanzando lentamente hácia la capilla, deslumbradora de luces, con santo y virginal recogimiento, protegida por los padres, que han cifrado en ella durante veinte años todo su orgullo, y abriéndose paso entre dos filas de fieles y entusiastas admiradores, acudidos desde centenares de leguas para llevarla el testimonio del ardiente amor de España, y con el alma de España la bendicion, y pedian á Dios en aquel momento la colmase de venturas.

Sostenian la cola del vestido de S. A. y llevaban un hermoso ramo, como damas de honor, segun costumbre de la tierra, la infanta D.ª Alicia y otra princesa (1). Venia luego el novio entre sus padres, despues las archiduquesas y príncipes de gran uniforme, el hermano y sucesor del Emperador de Austria con sus hijos, las demás damas y alta servidumbre, y, por fin, los ayudantes y altos empleados de la Corte con brillantes uniformes y condecoraciones.

Al llegar á la capilla Mons. Gruscha, que viene á ser en la Corte imperial lo que el Patriarca de las Indias en España, rodeado de Prelados y sacerdotes, y revestido de pontifical, dirigió una elocuente plática á los ilustres desposados.

(1) D.ª Blanca ha dispuesto que el suntuoso y riquísimo traje de novia, cubierto de encajes de gran valor, sea ofrecido á Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza.

UN PESCADOR (TIPO CATALAN, COMPOSICICION DE P. TALARN)

UN COFRADE DEL ROSARIO (TIPO CATALAN, COMPOSICION DE P. TALARN)

En aquel momento estaba la capilla espléndida.

En el lado del Evangelio hallábase toda la familia de D.ª Blanca, y en el de la Epístola toda la familia del novio.

Cuando el Prelado preguntó á D.ª Blanca si queria por esposo al archiduque Leopoldo Salvador, S. A., antes de contestar, volvióse á sus augustos padres, y con un gran saludo les pidió la vénia; y cuando éstos la hubieron concedido con una inclinacion de cabeza, entonces dió el sí, que les unió con lazo eterno. Esta hermosa ceremonia es de costumbre en la etiqueta imperial.

Empezó despues la misa de velacion, celebrada por el mismo Prelado, durante la cual el órgano, con varios instrumentos y un tenor de no escasa voz, dejaron oir piezas selectas.

Concluida la ceremonia, y despues de desfilar todos los presentes por delante de los ilustres esposos, se pasó á los tres comedores, donde estaba dispuesto el almuerzo para los 180 invitados.

*

EL ALMUERZO

Despues de una breve recepcion fueron ocupando los tres salones destinados para el banquete, el primero D. Carlos y sus parientes, y los otros dos el resto de los invitados, entre los que habia grandes de España, generales, sacerdotes, títulos de Castilla, antiguos y probados servidores, y hombres ilustres de Austria y de Francia.

En la mesa de los Príncipes ocupáronse los asientos de este modo: en el testero principal los jóvenes esposos, teniendo la archiduquesa Blanca á su derecha al archiduque Carlos Salvador, y el archiduque Leopoldo á su izquierda á la Duquesa de Madrid. Ocupaban el centro de enfrente la venerable gran duquesa Antonieta de Toscana, y á su derecha el archiduque Carlos Luis, gran duquesa Alicia, archiduque Francisco de Este, archiduquesa María Inmaculada, duque de Parma, archiduquesa Teresa, archiduque Fernando, infanta doña Mariana de Portugal, archiduque Alberto Salvador, infanta D.ª Elvira, archiduque José. Izquierda de la gran duquesa Antonieta: gran duque de Toscana, archiduquesa María Teresa, Duque de Madrid, duquesa de Parma, duque de Braganza, archiduquesa Margarita, archiduque Francisco Salvador, archiduquesa Luisa, Mons. Gruscha, infante D. Alfonso, princesa María de Borbon. Derecha del archiduque Carlos Salvador: infanta D.ª Beatriz, princesa Luisa de Borbon, infanta D.ª Alicia, archiduquesa María Raniero y príncipe de Lippe. Izquierda de la Duquesa de Madrid: archiduque Leopoldo Fernando, infanta D.ª María de las Nieves, príncipe D. Jaime, archiduquesa Carolina, archiduquesa Antonieta.

Las señoras vestian todas ricos y espléndidos trajes.

D.ª Blanca llevaba un vestido blanco de brocado de plata, cubierto completamente de encajes antiguos que pertenecieron á María Antonieta. No lucía más joyas que un gran solitario que cerraba su vestido.

D.ª Margarita vestia de verde claro con encajes antiguos y flores bordadas, y un collar de seis hileras de perlas. Cruzaba su pecho la banda de Damas nobles de María Teresa y la cruz estrellada de Austria; cruz que llevaban tambien todas las Archiduquesas.

Las tres infantas iban de color de rosa, igualmente que las tres de Toscana, una de Parma y algunas otras.

La madre del archiduque Leopoldo Salvador llevaba vestido de terciopelo colorado oscuro, con diadema y una hilera de diamantes debajo.

La archiduquesa María Teresa, verde claro, tejido de oro, diadema y una estrella de brillantes en la cabeza, y un rico collar de dos hileras de brillantes muy grande.

D.ª María de las Nieves vestia morado de brocado de seda, con un hermoso collar de diez hileras de perlas y una diadema preciosa de brillantes en forma de hojas de yedra con grandes perlas entremezcladas.

La duquesa de Parma vestia color de rosa, tejido de plata con encajes de plata, con diadema y dos hermosísimos brazaletes de diamantes.

La archiduquesa Margarita vestia color de rosa con bordados blancos y un enorme diamante cerrando el cinturon; llevaba tambien diadema y muchas hileras de piedras preciosas.

La gran duquesa de Toscana viuda, abuela del novio, se distinguia por sus perlas que le cubrian todo el pecho. La gran duquesa Alicia vestia de raso azul y blanco con encajes y tambien muchas piedras preciosas.

La marquesa de Cerralbo llevaba rico vestido de terciopelo morado y lucia muchos brillantes; la duquesa de Solferino vestia hermoso traje de terciopelo azul oscuro, y la condesa de Barrante, de blanco con bordados de oro y mucha pedrería.

D. Carlos estaba de frac, llevando al cuello, pendiente de cinta roja, el Toison; de igual manera su hijo D. Jaime y el infante D. Alfonso.

El novio vestia uniforme de capitan de caballería, aunque acaba de ser ascendido á comandante, y pendia, entre los cordones de oro que cruzaban el pecho, el Toison austriaco.

Despues del almuerzo siguió la recepcion, saliendo la mayor parte de los caballeros al parterre, donde tocaba escogidas piezas, desde el principio de la comida, una música de regimiento.

Entre los miles de telegramas de felicitacion que se recibieron figuraba el de Su Santidab, otro del emperador de Austria, y muchos de individuos de familias Reales.

DESPUES DE LA BODA

El mismo dia 24 á las ocho y media de la noche partieron los novios para Viena, alojándose en el palacio del padre del archiduque Leopoldo Salvador.

Facil es comprender el sentimiento con que daria su abrazo de despedida á su amante y buena hija la duquesa de Madrid. Mezclábanse en las lágrimas que corrian por sus mejillas el pesar de una separacion definitiva del hogar paterno, la idea de las largas ausencias á que la condenará la carrera militar que sigue el Archiduque y en que no quiere abandonarle la nueva Archiduquesa, y la consoladora idea de que ponia la felicidad de ésta en un hombre digno de su mano y de su corazon.

Fueron á acompañarla á la estacion de Neustad, que dista unos tres cuartos de hora, sus augustos padres, D. Jaime, las Infantas y varias otras personas.

Al dia siguiente tuvo lugar el almuerzo en obsequio á los franceses y extranjeros ilustres que habian concurrido á la boda. Asistieron el príncipe de Valori, el conde de Maillé, el conde de Audigné, Mr. Joseph Du Bourg, el conde y condesa de St. Victor, la condesa de Chardonnet, Mr. de Jonquieres, condes de Cibeus, Mr. Henri des Granges, barones de Nostitz, lord Ashburnam, Par de Inglaterra, baron de Waltershirchen, y otros, prolongándose la recepcion en los salones gran parte de la tarde.

Por la noche tuvo lugar la comida de gala en obsequio de los españoles invitados. De la satisfaccion que experimentaba la Real Familia al encontrarse rodeada de ellos, dará idea el hecho de que, á pesar de haberse dispuesto por el señor Duque de Madrid que no hubiera brindis en el almuerzo de la mañana, no pudo contenerse, y hubo de levantarse al destaparse el *Champagne* para manifestarlo así, y decir que brindaba por sus queridos españoles. Este brindis fué contestado con un caluroso «¡Viva el Rey!» que lanzó el marques del Castrillo y que fué repetido con efusion por los concurrentes. Previa la vénia correspondiente, se levantó el marqués de Cerralbo para dirigir breves y galanas frases y brindar por D. Carlos y Real Familia; previa igual vénia, lo hizo tambien el Sr. de Llauder para decir con cuanto afecto se unian los fieles catalanes á la satisfaccion que cabia en estos dias á la Augusta Familia proscrita, deseando que estos momentos de alegría sean el principio de dias venturosos.

D. Carlos Calderon brindó por que D. Jaime, inspirándose en nuestros principios y dedicándose con el ahinco con que lo hace ya á sus estudios, se prepare á fin de secundar los nobles deseos de su padre.

La recepcion se prolongó hasta cerca de media noche. Todos los miembros de la Real Familia se multiplicaban para agasajar á los españoles, enterarse de las cosas de España y hacerles sentir la satisfaccion con que estaban entre ellos.

Con esto terminaron los dias de fiesta que han alterado por completo el aspecto severo de Frohsdorf. Al recuerdo sombrío de la muerte del conde de Chambord ha sucedido la alegría de una boda de un descendiente de aquella gloriosa rama.

«La duquesa de Madrid—dice á este propósito *L' Univers*—escogió para el matrimonio de su hija la fiesta de San Rafael, protector de los desterrados y viajeros, del Arcángel que está continuamente ante el trono del Señor.

»En su nueva situacion, y habiendo entrado en la familia de Habsburgo-Lorena, la infanta doña Blanca continuará mostrándose, como siempre, digna de la madre admirable que la ha educado, y digna de las piadosas religiosas que la han instruido, las señoras del Sagrado Corazon.

»El joven Archiduque ha heredado todas las buenas cualidades de la rama toscana de la familia de Habsburgo-Lorena. Es un brillantísimo soldado, de maneras afables, sencillas y nobles.

»El acontecimiento que ha tenido lugar en Frohsdorf es uno de los que Dios envia á Príncipes víctimas de la Revolucion para consolarles de la injusticia de los hombres.

»¡Que Dios proteja á los dos jóvenes esposos y les dé la felicidad que sus virtudes merecen!»

LA VERDAD SOSPECHOSA

Llevaban á enterrar dos granaderos
Al soldado andaluz, Fermin Trigueros,
Embrollon sin igual, que de un balazo
Cayó sin menear ni pié ni brazo.
—¡Hola, sepultureros!
(Les dijo un oficial) ¿murió ese tuno?
—Murió (contesta, de los dos, el uno).
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
Y oyendo la expresion, dice con sorna:
—Lo que es por la presente,
Me figuro que vivo, mi teniente.—
A lo cual replicó su camarada:
—No dé usted á Fermin crédito en nada:
Siempre embustero fué: su fin es cierto;
Pero aún miente el bribon despues de muerto.—
Quien falte á la verdad, con eso cuente:
Dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

HARTZENBUSCH.

LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS

IV

BULGARIA

Conocidos son los esfuerzos hechos hace pocos años por la Iglesia nacional búlgara para obtener de la Puerta su autonomía del Patriarca griego de Constantinopla, mediante la creacion de un Exarcado. La autonomía fué concedida, pero el exarca no pudo ejercer plenamente sus funciones. Creian los búlgaros llegado el momento de su completa emancipacion, una vez creado el principado de Bulgaria; pero ¡cuál no fué su sorpresa al saber que se trataba nada menos que de la supresion del Exarcado y de la creacion de un Sínodo dependiente de San Petersburgo! Los colegios eclesiásticos, con gran disgusto de la nacion, fueron luego gobernados á la rusa, y de Rusia se hizo venir un *pope*, llamado Ponamaroff, para encargarse de dirigir el Seminario de Filipópoli, habiéndose establecido además como principio que los clérigos indígenas no podrian ascender á todos los grados de la jerarquía eclesiástica sin haber antes estudiado en los colegios rusos.

En 1860 inicióse en Bulgaria un gran movimiento hácia la Iglesia católica. Cerca de tres millones de cismáticos mostraron gran deseo de entrar en el seno de la Iglesia. Un búlgaro fué consagrado obispo por el mismo Pio IX, y acaso seria católica toda la Bulgaria si Rusia é Inglaterra no se hubieran opuesto á este movimiento. Confiamos que, no obstante la presion de Rusia, aquellos habitantes volverán de nuevo sus ojos á la Iglesia romana, que les dió su fe, su civilizacion y su independencia civil, y respetó siempre á aquella ilustre nacion, moviéndolos á rechazar con desden la ruinosa proteccion del moscovita, que, lo mismo que el turco, esparce el terror y el espanto en toda tierra que pisa.

Venidos los búlgaros á principios del siglo VI de las riberas del Volga á Europa, su primer rey cristiano fué Telerico ó Teloro, hácia el año 777, bajo el pontificado de Adriano I; pero, destronado por sus súbditos, el Cristianismo se extinguió con él por entonces entre los búlgaros. En el siguiente siglo algunos griegos hechos prisioneros difundieron entre ellos las semillas del Cristianismo; pero su conversion ocurrió bajo el reinado de Bogoris del siguiente modo. Tenía este soberano una hermana que durante su estancia en Constantinopla se hizo bautizar, y luego que tornó á Bulgaria procuró la conversion de su hermano. Dos son los motivos á que se atribuye la conversion del rey. Se dice que Bogoris habia pedido al emperador de Constantinopla un pintor para decorar el suntuoso palacio que levantó; y enviándole éste al piadoso monje Metodio de Tesalónica, le encargó Bogoris que pintase un asunto que inspirase miedo á los que lo viesen. El buen religioso pintó entonces el *Juicio universal* y la condenacion de los *réprobos* con tal viveza de colorido y expresion, que el rey búlgaro se estremeció al contemplar dichas pinturas. Su espanto creció al oir la explicacion, de tal modo que resolvió abrazar la religion cristiana. Tambien se cuenta que habiendo invocado Bogoris en una carestía al Dios de los cristianos, y siendo oido, entregóse al culto del verdadero Dios. La conversion de Bogoris, llamado Miguel despues de su bautismo, ocurrió hácia el año 845.

El enemigo de todo bien no podía menos de suscitar obstáculos á la conversion de un pueblo entero, y por esto el rey Bogoris sufrió mucho por parte de aquellos súbditos, que no vieron bien en su soberano el cambio de religion; pero él lleno de confianza en Dios, venció á los rebeldes é hizo predicar á los búlgaros el Evangelio, logrando que poco á poco se convirtieran todos. Desde aquel momento, que señaló para los búlgaros el paso de la barbarie á la civilizacion, comenzaron las buenas relaciones entre Bulgaria y la Iglesia romana. Una vez sometida á la ley evangélica la mayor parte del pueblo, Bogoris, en 866, envió su mismo hijo y otros embajadores, no al czar de Rusia, ni tampoco al Sínodo de San Petersburgo, institucion desconocida así de las divinas Escrituras como de la antigüedad cristiana, sino á Roma, al Sumo Pontífice Nicolás I, con cartas y regalos, pidiéndole obispos y sacerdotes para concluir la conversion de sus súbditos y administrar los Sacramentos. Aquel soberano consultaba tambien al Pontífice sobre ciento seis puntos relativos á la fe, la moral, la política y las costumbres cristianas. Contentísimo el Papa Nicolás con esta embajada, escribió al rey una tierna carta, enviándole las divinas Escrituras y otros libros necesarios; respondió á las proposiciones que le consultaba, y envió como legados suyos á Pablo, obispo de Populonia, y al célebre Formoso, obispo de Porto, los cuales llegaron en 867 y sometieron todo aquel reino á Jesucristo.

La respuesta á las preguntas del rey búlgaro será siempre un monumento imperecedero de la sabiduría eclesiástica y civil de Roma pontificia, y en ello ha convenido el mismo Gregorovius, autor nada sospechoso de entusiasmo por los Papas. Hé aquí cómo se expresa: «La Constitucion dada por Nicolás á los búlgaros fué uno de los más admirables monumentos de este hombre ilustre... Las relaciones establecidas entre Nicolás y el rey Bogoris, aunque de índole muy diversa, no fueron menos gloriosas que las victorias alcanzadas un dia por Trajano contra el rey Decébalo en aquella tierra bañada por el Danubio (1).» Es más, al decir del mismo historiador aleman, las respuestas de Nicolás á los búlgaros hacen recordar á los salvajes del Paraguay y la Constitucion dada por los Jesuitas á aquellos gentiles. Los errantes búlgaros, que hasta entonces habian vivido robando y matando, fueron reducidos por el Romano Pontífice á vida cristiana y civil. Preguntaron á Roma hasta sobre las cosas más insignificantes, y sobre todas obtuvieron puntual y equitativa respuesta. Aquel rey, que acostumbraba á beber vino en una taza formada por el pellejo de un emperador bizantino, suavizó sus costumbres, gracias á aquel sabio Pontífice. Habiendo preguntado Bogoris si debia continuar comiendo solo en la mesa, mientras su mujer, sus hijos y sus magnates comian á su alrededor en el suelo, Nicolás le contestó que depusiese todo fausto, imitando á los príncipes cristianos y sobre todo á Jesucristo, Rey de reyes, que comia, no sólo con sus amigos y con los Apóstoles, sino con los publicanos y pecadores. Era costumbre entre aquella gente castigar con la pena de muerte á los guardias de las fronteras por donde se escapaba alguno. El Romano Pontífice halló muy dura esta pena, y exhortó á los búlgaros á que fuesen más solícitos por conservar la vida de los hombres de lo que lo habian sido hasta entonces para quitársela. Habiendo el rey Bogoris condenado á muerte á aquellos súbditos que se rebelaron por su conversion al Cristianismo, y á los hijos de ellos, pregunto sobre esto al Papa, deseando saber si habia pecado. «Ciertamente que sí, le contestó Nicolás, respecto á los hijos inocentes que no habian tomado las armas contra tí ni tuvieron parte en la rebelion de sus padres. Y tambien debes salvar la vida á los padres que tengas presos y á todos aquellos que puedas perdonar en la lucha. Pero habiéndolo hecho por celo de la Religion, y más por ignorancia que por malicia, serás perdonado haciendo penitencia.»

Un griego que, fingiéndose sacerdote, habia bautizado muchos búlgaros, fué condenado por el rey búlgaro á que se le cortaran las narices y las orejas, á ser azotado y desterrado. El Pontífice reprobó esto, escribiéndole que habria bastado con expulsarlo del reino. ¡Qué más! La tortura estaba en uso entre los búlgaros, y Nicolás aconsejó á Bogoris que la aboliera. «Ni la ley divina ni la humana la admiten, debiendo ser la confesion voluntaria y no forzosa. Por la tortura puede sufrir mucho un inocente sin confesar nada, lo cual es una crueldad por parte del juez; ó vencido del dolor puede confesarse culpable aunque no lo sea, y entonces se comete una injusticia.» ¡Hé aquí como la Iglesia romana, en un siglo que los modernos llamamos bárbaro, enarbolaba el estandarte de la civilizacion en medio de los bárbaros!

La sabiduría del Papa se reflejaba tambien en las enseñanzas religiosas que dió á Bogoris. Corrian muchas supersticiones entre los griegos, como la distincion entre los dias fastos y nefastos, los augures y encantadores y otras cosas semejantes. Nicolás mostró la oposicion de esto con las doctrinas evangélicas y lo proscribió. En todo fueron iluminados los búlgaros por el faro luminoso de la Sede Apostólica.

Este mismo Pontífice instituyó algunos obispos en Bulgaria, declarando á Acrida Sede arzobispal. Consagró tambien á los santos obispos Metodio y Civrielo, y además de los mencionados Paulo y Formoso, envió tambien á Domingo, obispo triventino, y á Grimoaldo, obispo de Bomarzo. Si los búlgaros son hoy cristianos, si tienen algun rastro de civilizacion, si ha gozado su Iglesia de algun esplendor, débenlo á aquella Roma de que en mal hora se apartaron.

Ni se detuvieron aquí las íntimas relaciones entre Bulgaria y la Iglesia romana. Andando el tiempo, los Patriarcas de Constantinopla hicieron todo género de esfuerzos para someter á su jurisdiccion la Iglesia búlgara; pero los Pontífices Adriano II y Juan VIII, que sucedieron uno despues de otro á Nicolás, usaron de toda su autoridad para arrancar á los búlgaros de la sujecion al Patriarca de Constantinopla, ya amenazando á aquellos Prelados, ya á los soberanos búlgaros, ya á los grandes del reino, defendiendo siempre la independencia de su Iglesia. Esto no obstante, los búlgaros cayeron en la trampa abrazando el cisma griego, si bien bajo el pontificado de Inocencio III, y á instancia del rey Juan, aquel Papa tuvo el consuelo de recibirlos otra vez en la Iglesia romana. El mismo Pontífice envió á Bulgaria como legado al cardenal Leon Brancaleone para consagrar y coronar á Juan rey de los búlgaros y los válacos, enviándole con tal motivo el cetro y la corona real. El Arzobispo de Tirnova obtuvo entonces el título de Primado, y se erigieron además otras varias Sillas episcopales.

Pero la Bulgaria fué ingrata á tanta solicitud de los Romanos Pontífices, pues volvió á separarse de la Iglesia latina, y con esto de la unidad católica; y no obstante los grandes trabajos de Nicolás IV y Urbano V, la mayoría de los búlgaros siguieron en el cisma. Nicolás V envió á Albania, Bulgaria y Tracia en 1451 á fray Eugenio Somma, franciscano, como Nuncio apostólico para extender la religion católica; y por último Benedicto XIV, en la bula *Gravissimum*, estableció las preguntas que habia que hacer á los obispos católicos de Bulgaria. Al presente la Mision está confiada á los Pasionistas.

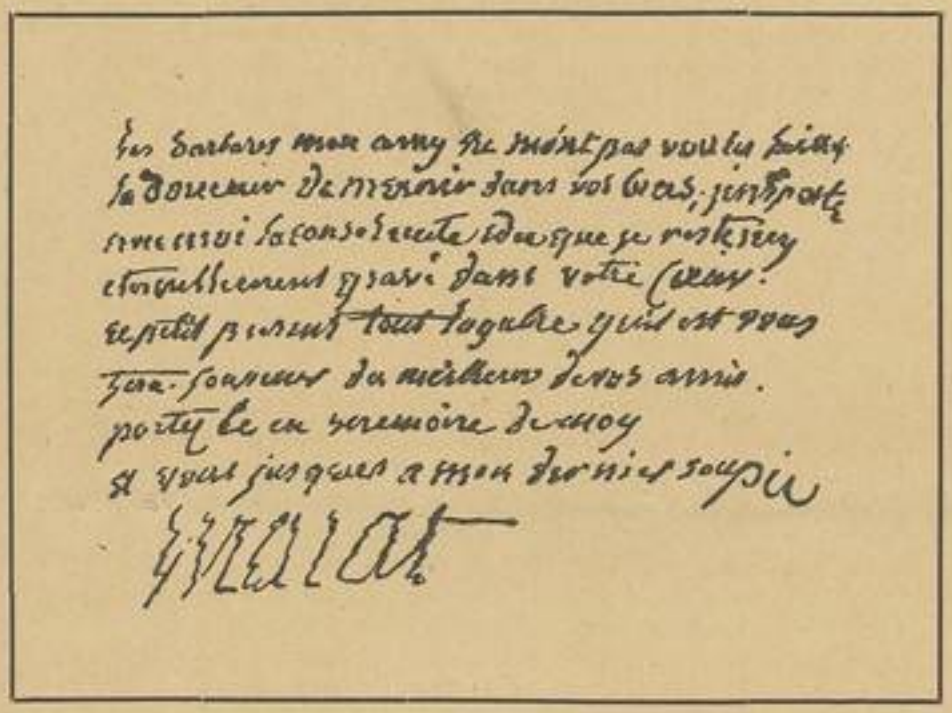
La última invasion rusa no ha sido la primera que ha tenido que sufrir Bulgaria: además de otra ocurrida en nuestro siglo, la historia recuer-

(1) *Historia de la ciudad de Roma en la Edad media*, vol. III, t. V, c. IV, p. 2.

da la de 967, llevada á cabo por el emperador Nicéforo Focas, porque el rey búlgaro Pedro no habia impedido á los húngaros el paso del Danubio. Los daños que acarreó á Bulgaria aquella invasion fueron grandísimos: deseosos siempre los rusos de abandonar sus selvas, poco faltó para que se establecieran allí definitivamente. Cuiden los búlgaros de que no realicen los rusos en el siglo XIX lo que no pudieron conseguir en el X.

Los rusos vienen ahora de las riberas del Volga, abandonadas hace tiempo por los búlgaros, en busca de tierras más hospitalarias y cultas, estableciéndose éstos al fin al Norte de Grecia, de donde se volvieron á Roma para obtener, junto con el Cristianismo, la vida civil. ¡Qué civilizacion pueden esperar de unas gentes que vienen ahora de las riberas abandonadas por ellos, y que en tantos siglos á nadie han podido enseñar ni religion ni cultura!

MARAT



AUTÓGRAFO DE MARAT

POR UN ANILLO

I

A TARDECIA, y diversos grupos de campesinos que regresaban de sus faenas agrícolas invadian las sendas y caminos que conducen al pueblo de Llace. Todos conversaban alegremente salpicando sus frases con carcajadas, interjecciones y apóstrofes de estímulo ó de amenaza enderezados á los animales de labor que algunos conducian del ramo.

Al entrar en el pueblo, separóse del primer grupo cierto mozo que despues de dar las buenas tardes á sus compañeros penetró por ancho portalon y seguido de su par de mulas en una casa de buen aspecto.

—Buenas tardes, madre,—dijo á una anciana que salia á su encuentro.

—Muy buenas las tengas, hijo. ¿Te has cansado?

—No, señora. ¿Y el padre?

—Ha salido ahora mismo.

—Habrá ido á echar un cigarro con el señor maestro.

—Puede ser. ¿Y cómo está el patatar, hijo mio?

—Bueno, madre: si no se apedrea cogeremos al pié de setecientas arrobas.

—Dios lo quiera.

Mientras así conversaban, el hijo quitó á las caballerías los aperos de labranza, las ató á sus respectivos pesebres, provistos de abundante pienso, dejó el ancho sombrero de fieltro quedándose con el clásico pañuelo aragonés que en forma de cerquillo lucen los mozos de aquella tierra en la cabeza, se despidió de su madre y volvió á salir de la casa tomando calle arriba en direccion opuesta á la que habia traido.

Doscientos pasos habria andado remontando la corriente de caudalosa acequia que junto al camino serpeaba, cuando al llegar á un recodo de la senda se detuvo, lanzó mirada escrutadora en direccion al pueblo, se sentó sobre el césped de un ribazo y apareció en su rostro el gesto característico del que espera con impaciencia.

Tendria nuestro joven de veintitres á veinticinco años, era alto, proporcionadamente grueso y vestia con soltura y gracia el calzon, faja y chaleco tradicionales en los labradores serranos de Aragon. Su buena figura, caracter expansivo y franco hacian de él uno de esos tipos que á simple vista inspiran simpatía á cuantos los tratan.

En el momento que lo presentamos á nuestros lectores ocúpase en deshojar distraido algunas florecillas encontradas allí mismo al alcance de su mano. Con frecuencia levanta sus ojos grandes, negros y expresivos para recorrer con la mirada el camino, vuelve á bajarlos y continúa deshojando florecillas y de tarde en tarde suspirando. Su preocupacion es sin duda tan intensa como honda á juzgar por su aspecto meditabundo y por cierta arruga pronunciada que surca su frente. Nada al parecer le regocija, ni le distrae siquiera el hermoso panorama que ante sus ojos se presenta.

No lejos de allí puede admirarse vasta y siempre verde pradera, rodeada á lo lejos por colinas desiguales y pintorescas; aquí y allá y en agradable desorden árboles frondosos, ya solos, ya apiñados y formando bosquecillos poéticos; y en el centro de la pradera, imponente y majestuosa como reina de aquellos lugares, hermosísima fuente que por su magnitud parece un estanque aprisionado por sólido pretil elíptico de piedra de sillería. El agua surge en el centro á grandes borbotones y forma en la superficie cristalina multitud de anillos caprichosos que se ensanchan y crecen sin cesar hasta estrellarse en las paredes del muro que los contiene. Dos grandes bocas situadas en

los extremos de uno de los diámetros de aquella elipse gigantesca arrojan otros tantos rios que tomando bulliciosos direcciones distintas riegan y fertilizan la rica vega de Llace. Los últimos rayos del sol doran las cimas de las cumbres lejanas y las copas de los árboles que se contemplan en el cristalino espejo de la fuente. Multitud de pajarillos cantores, cansados de revolotear y correr por la pradera, buscan entre las ramas de los árboles asilo fresco y seguro donde pasar la noche.

Desde tiempo inmemorial la fuente caudalosa, los árboles que la circuyen, los últimos rayos del sol poniente y hasta las alegres avecillas que en aquellas arboledas al avecinarse la noche se refugian, vienen siendo testigos mudos de mil y mil escenas inocentes, tiernas, poéticas y sencillas como los actores que las representan.

Allí, despues de haber pasado el dia dedicándose cada cual á sus respectivas labores, buscan los amantes á sus amadas, que acuden por agua al caer de la tarde, para galantearse mútuamente y renovar las protestas de sus castos amores.

Frescas, alegres y retozonas muchachas, con el cántaro debajo del brazo y el botijo en la mano, van y vienen por el camino de la fuente. Todas hablan á un tiempo, riendo y retozando sin cesar. Al cruzarse con nuestro joven le dirigen, sin detenerse, frases de cariñoso saludo, á las que el mozo contesta lacónicamente, volviendo á tomar al punto su aspecto pensativo y triste.

La noche avanza; algunas estrellas aparecen en el firmamento, y ansiedad creciente se retrata en el rostro del joven que nos ocupa. En direccion al pueblo pasan las últimas mozas con sus cántaros y botijos llenos de agua, y segundos despues queda todo en silencio.

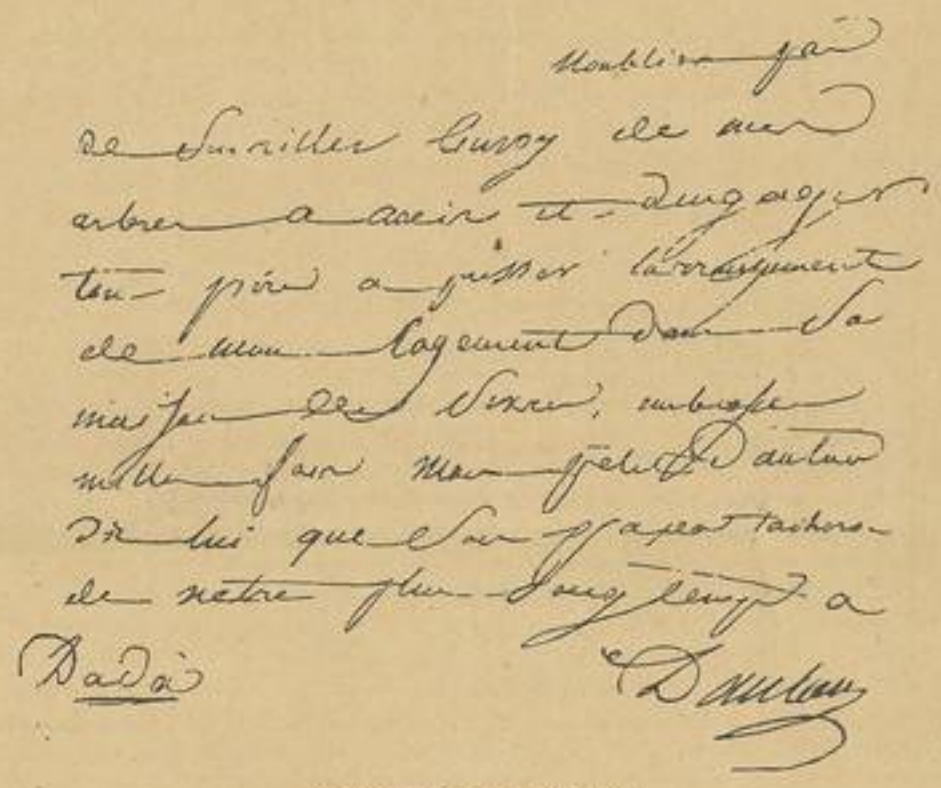
A la vacilante luz del crepúsculo divísase á lo largo del camino la silueta de una mujer que avanza en direccion á la fuente. Nuestro mozo la mira con fijeza, dibújase en sus labios imperceptible sonrisa y se dispone á salir á su encuentro.

La que venia era una joven de diez y ocho primaveras, alegre, fresca y risueña como mañana de Mayo. Tenia la tez blanca y sonrosada, castaño el cabello y los ojos serenos y azules como el cielo de Llace. Sonrisa dulcísima iluminó su rostro cuando divisó al mancebo que venia en su busca.

—Buenas tardes, Agustina,—dijo éste acercándose.

—¿Hace mucho que me esperas?—preguntó ella casi al mismo tiempo.

DANTON



AUTÓGRAFO DE DANTON

—Sí,—respondió el mozo,—tanto, que he llegado á figurarme que ya no vendrias esta tarde.

—¿Y por qué?

—Porque como las mujeres sois así...

—Ya sabes, Alberto, que si puedo no falto nunca á mi palabra.

—Sí, ya lo sé; pero me asaltan temores tales...

—¿Temores?—preguntó Agustina mirando atónita á Alberto.

—Temores, sí,—respondió éste;—temores que hace algunos dias no me dejan dormir tranquilo.

—Pero ¿de qué?

—¿De qué? me figuro que debes saberlo tú mejor que yo.

—Por Dios, Alberto, ¿qué significan esas palabras? ¿qué tienes? ¿por qué estás hoy enfadado conmigo? ¿te han dicho algo malo de mí? Habla ¡por Dios! habla, que me tienes con pena.

Y entre tanto las mejillas de Agustina perdian poco á poco sus colores y sus azules hermosísimos ojos permanecian fijos en Alberto con una expresion de ansiedad que la hacia doblemente hermosa. Este dijo al fin en tono de reconvencion:

—¿Crees acaso que estoy ciego? ¿No he observado yo mismo el palique que gastas á veces con ese mequetrefe de Fausto?

—¡Jesuuus!—exclamó ella santiguándose;—¿eso es todo? Pues, mira, me alegro y lo siento.

—Explícate.

—Digo que me alegro porque creí que fuese cosa de más importancia la que te tenia enfadado; y lo siento porque esto me prueba que no tienes en mí tanta confianza como yo en tí.

—Sí, tengo confianza en tí; pero como te veo hablar con él tantas veces...

—¿Y qué quieres que haga yo? Siempre que me encuentra me ha de decir alguna simpleza. Unas veces «¿has comido?» otras «¿dónde tanto bueno?» y así por el estilo. Naturalmente tengo que contestarle, porque de lo contrario me llamaria orgullosa.

—¿Pero de veras tú no le quieres?

—¡Qué tontico has de ser, Alberto! ¿Te parece que yo no sé quién es Fausto? Y además ¿cuántas veces te tengo dicho que nunca querré yo a ninguno más que á tí?

—¡Gracias, Agustina, gracias! No sabes el peso

que me quitas de encima. Y es que de tanto como te quiero me parece mentira que vas á ser mi mujer, y hasta que eso sea los dedos se me antojan huéspedes.

—Pues mira, Alberto, para que se te quiten esas cosas de la cabeza te lo diré una vez más: si no me caso contigo tampoco me casaré con otro.

—¡Qué buena eres, Agustina! ¡Y qué injusto yo cuando te considero capaz de tener dos novios á un tiempo! Ya no lo haré más: ¿me perdonas?

Y Alberto miraba tiernamente á Agustina por encima de dos lagrimones que titilaban en sus largas y negras pestañas; y Agustina, apoyando su blanco y robusto brazo en el cántaro ya lleno de agua y colocado sobre el pretil de la fuente, fijaba sus hermosos ojos azules en el movible cristal y permanecia en silencio porque la emocion no le permitia desplegar los labios.

Ya no cantaban los pajarillos, habia cesado la brisa vespertina, y el silencio era interrumpido solamente por el murmullo de las aguas. Con su luz melancólica alumbraba la luna aquella escena, contemplando desde las alturas con envidia la felicidad de los jóvenes lugareños. Continuaban éstos silenciosos, y sus corazones latian con violencia. Al fin Agustina dijo:

—Vámonos, Alberto, que mi madre estará impaciente.

Alberto la siguió sin pronunciar palabra, y sin pronunciar palabra anduvieron gran parte del camino.

—¿Has hablado con tu padre?—preguntó Agustina.

—Sí,—contestó Alberto con voz apenas perceptible.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que podremos casarnos para san Miguel, cuando tengamos las cosechas recogidas.

—¿Y cuánto falta?

—Unos dos meses.

Nuevo silencio: leve suspiro se escapó del pecho de Agustina, al que contestó Alberto con otro más prolongado y hondo.

Poco despues detuviéronse ante la puerta entreabierta de casa de Agustina, y radiante de felicidad se dirigió Alberto á la suya; cenó alegremente y se durmió arrullado por dulces ensueños.

II

La escena de la fuente se habia repetido muchas veces. Alberto se sentia cada vez más enamorado de Agustina y cada vez Agustina amaba más tiernamente á su Alberto. El cielo de estos amores siempre risueño y azul; únicamente era turbado por ciertas nubecillas ocasionadas por alguna frase ó mirada que se cruzase entre Fausto y Agustina, nubes que ésta desvanecia inmediatamente con otra mirada llena de ternura para Alberto, con una sonrisa de cariño ó con protestas reiteradas de amor firme y sincero.

Fausto era uno de los mozos más garridos del lugar y se habia propuesto explotar su buena estampa, pretendiendo que las muchachas todas del pueblo se muriesen por sus pedazos. Vanidoso y coqueton en alto grado, dedicábase con actividad infatigable á galantear á todas, sin que por su mente hubiera cruzado jamás la idea del matrimonio, ni su corazon se hubiese visto agitado nunca por sentimiento alguno que al amor se pareciese.

Desde que tuvo noticia de los amores de Agustina y Alberto, conocedor del caracter celoso de éste, no omitió medio ni dejó pasar ocasion alguna para martirizar al desdichado joven, mostrándose siempre con su prometida obsequioso y galante.

Agustina no era coqueta, y por lo tanto no le hacian gracia alguna los obsequios y galanterías de Fausto; pero, dulce y tímida por naturaleza, carecia de la energía necesaria para rechazarle, y aunque sin hacerle caso alguno y pensando sólo en su Alberto, aguantaba las impertinencias de Fausto como mal sin importancia é irremediable. Por esta causa sufria Alberto lo que no es decible, y más de una vez hubiera venido á las manos con Fausto si no lo hubiesen impedido su natural bondad, su educacion y las protestas amorosas de Agustina.

Pasaron así algunos dias y llegó por fin el de san Roque, patrono del lugar. Desde muy temprano los habitantes de Llace, vestidos de fiesta, recorrian las calles que las mujeres barrian y regaban con esmero; repicaban alegremente las campanas de la parroquia; la dulzaina y el tamboril regocijaban el pueblo; los muchachos gritaban y corrian por todas partes, y los mozos, armados de guitarras y panderas, rondaban por calles y plazas, tocando la *jota aragonesa* é improvisando un baile en cada esquina.

Por la tarde, despues de Vísperas, dirigiéronse todos á la plaza, y allí, segun tradicional costumbre del país, dió comienzo el baile presidido por las autoridades y los *cargos* ó clavarios de la fiesta.

Las mozas, vistosamente engalanadas, llegaban por diferentes bocascalles á la plaza é iban tomando asiento sobre sus talones en diferentes corros y á distancia respetuosa.

Cuando no tocaba la música, los mozos se mantenian de pié en el centro, charlando y retozando sin cesar.

Agustina, con su alegre vestido de fiesta, estaba hermosísima y lucia en su mano izquierda dos anillos: de oro el uno con pequeña imagen de la Virgen del Pilar, regalado por Alberto, y formado el otro por un simple anillo de plata de escaso valor.

Tocó la dulzaina la primera jota; inmediatamente se dirigió Alberto á un corro de mozas, invitó ruboroso á su novia y salió á bailar con Agustina. Parejas numerosas concertáronse de análoga manera y fueron llenando la plaza. Cuando cesó la música y terminó aquel baile, Agustina volvió á su sitio y Alberto á formar parte de uno de los corrillos de los mozos.

Sonó de nuevo la música y entonces fué Fausto el que bailó con Agustina. Terminado el baile regresó ésta á su puesto y Fausto la siguió echándole piropos y mezclándose entre las mozas hasta colocarse á su lado.

Censuraron todos la conducta de Fausto como infraccion manifiesta de las costumbres del lugar, que no toleraban que mozo alguno permaneciese en la plaza mezclado con las mujeres; pero el importuno continuó impertérrito hablando con todas en general y con Agustina especialmente.

Convirtiéronse las mejillas de ésta en encendidas rosas que á voz en grito pregonaban la contrariedad que en su pecho producian aquellos galanteos públicos; pero Fausto, en vez de marcharse, pasó de los dichos á los hechos, deshojó una rosa que en el ojal llevaba, arrojando los pétalos á la cara de Agustina, asió su mano y jugueteando con ella se empeñó en arrancarle uno de los anillos. La joven opuso alguna resistencia; pero al fin, por no sostener con el presumido mozo lucha tan desigual y más que todo por librarse de su importuna compañía, se dejó arrebatar el anillo de plata, que no tenia para ella valor alguno. Fausto lo colocó en su dedo meñique y se separó de Agustina marchando con aire de triunfo á reunirse con sus compañeros, los demás mozos.

Alberto, que observaba desde lejos y cautelosamente aquella escena, se mordió los labios de rabia al ver el descaro de Fausto y la escasa resistencia que opuso Agustina á que le arrebatase el anillo. Los celos suscitaron en su pecho tempestad terrible. A punto estuvo de arrojarse sobre Fausto para estrangularlo entre sus manos; pero se contuvo y resolvió disimular y seguir observando.

Poco despues terminó el baile de la tarde, y al anochecer Alberto se retiró á su casa y se acostó sin cenar, pues el pobre se sentia enfermo.

(Se concluirá).

PERSONALISMO

I

Cada vez que se acerca el dia en que han de abrirse las Cortes, va poniéndose más de resalto el oprobioso bizantinismo político en que ha venido á parar el decantado sistema que, al decir de sus apologistas, habia de convertir en una Jauja á nuestra patria.

Recuérdese que una de las razones principales con que se defendia (y aún se defiende por los rezagados de la civilizacion que se llaman amantes del progreso indefinido) tan complicada máquina gubernativa y se censuraba la antigua Monarquía, no era otra cosa que declarar al sistema parlamentario el gobierno de los pueblos libres por sí mismos y el consiguiente aniquilamiento de todo personalismo político por la feliz sustitucion de la voluntad colectiva á la individual de los depositarios del poder. ¿Y cómo se realizó esta maravillosa transformacion? A la vista está el resultado de cambio tan prodigioso.

Los principios mismos del sistema, y no sus abusos y corruptelas, vinieron á demostrar con la evidencia una práctica desastrosa, esta verdad ya probada como inconcusa en teoría: la responsabilidad efectiva y la rectitud del poder está en razon inversa del número de los que lo ejercen. De esta manera resulta irrisoria ficcion la decantada responsabilidad ministerial, y la especie de residencia á que se someten los opuestos fragmentos de la soberanía.

Cuando hay en la cima del Estado un jerarca superior depositario de la soberanía política, pero limitado por los organismos é instituciones nacionales, es facil señalar la fuente del desgobierno, y el clamor general y la pública lamentacion le contienen y estrechan facilmente, constriñéndole á la órbita del deber. Mas cuando el poder está disperso en una colectividad y distribuido en varios sugetos, es dificil, si no imposible, imponer saludable temor y reclamar contra cada uno por lo que haya contribuido al mal. El mismo número escuda el desorden, hace ineficaz la amenaza y se presta á eludir la responsabilidad atribuyéndola al conjunto.

Así en las Monarquías parlamentarias el rey declina en el Gabinete toda culpa, éste en la mayoría que le apoya, la cual á su vez lanza sobre el desdichado rebaño electoral la culpa que de su misma incapacidad para el gobierno le declara inmune, y que, sin embargo, sufre doblemente, puesto que, además de padecer los resultados de ella, es en último término acusado de cometerla y hacerla prosperar con su envilecimiento y servilismo.

De esta manera se forma en los organismos parlamentarios algo así como una atmósfera de impunidad, en la que viven como en elemento propio las concupiscencias y los apetitos de la más baja ralea. El instinto ocupa entonces el lugar de la razon, y el interés mezquino el del deber. El poder no es ya el noble y poderoso instrumento con que la autoridad marcada por el sello divino labra la patria ventura, sino el rico botín que se disputan la ambicion y la perfidia.

Y como es natural en estas contiendas, que algunos toman por agitacion saludable y movimiento progresivo, los más audaces ó más expertos en el manejo de la intriga ocupan los primeros puestos en la batalla y mandan como despóticos reyezuelos en la mesnada vil que los sigue á la pelea sin más norte que la conveniencia disfrazada con programas de diferentes matices y colores. Convertida la política en un campo de Agramante, termina por ser una merienda de negros.

Los que están arriba luchan por sostenerse en su puesto, procurando desbaratar á los adversarios, y el único movil de los que viven temporalmente apartados del mando es derribar por todos los medios á los que están encima y despojarlos de la presa para repartírsela despues.

Así el personalismo lo invade todo, y el sistema que prometia extirparlo de raiz llega á ser, por natural evolucion, el medio más adecuado para que se desarrolle.

Y que esto no es imaginaria pintura, sino triste realidad, lo dicen bien claramente los aprestos que hacen siempre los diferentes partidos liberales que nos desgarran para la lucha que se inaugura con la apertura de las Cortes.

A ninguno de los grupos políticos que se llaman órganos de la opinion se le ha ocurrido consultar la verdadera voz del país, que no habla por medio de las urnas electorales, sino con los ayes y los lamentos que exhala de continuo; los jefes de todos ellos se entienden directamente unos con otros en cabildeos y conferencias, y se concilian ó viven sin tener en cuenta más voluntad y opinion que la propia.

De sus entrevistas salen fundidas las fracciones y afirmada la paz, ó encendidos y acrecentados los odios. Celebran convenios acerca de los principios que dicen profesar, y los dividen, cercenan y reparten como si fuesen comestibles.

¿Puede darse mayor personalismo y más desdeñoso desprecio de los principios é intereses nacionales?

¡Y pensar que aún hay gentes que consideran al sistema que sufrimos como el reinado de la libertad! Verdad es que los que tal cosa afirman han perdido la nocion de la libertad y contemplan la esclavitud de los demás al través de la licencia propia.—*M.*

CÓMO SABE MORIR UN JESUITA

Un gobernador del Japon que queria lisonjear á su rey, hizo construir sobre una lengua de tierra que avanzaba dentro del mar, una prision expuesta á todos los vientos. Se componia de una serie de jaulas, en las cuales no era posible estar de pié ni sentarse, y que no preservaban ni de los rayos del sol ni de los rigores del frio. El gobernador arrojó dentro de estas jaulas al Padre Spínola y catorce religiosos más, culpables por haber predicado la castidad, la limosna, la igualdad cristiana y el amor de Dios. Pensaba, al hacerlos perecer sin aparato, extinguir el celo que se aumentaba con las hogueras.

¿Qué sucedió? Los japoneses se denunciaron como cristianos para entrar en aquella horrible prision, y cuando fueron encerrados en ella solicitaron el honor de ser agregados á la Compañía de Jesús. Spínola los admitió, y la prision se vió pronto convertida en un colegio de novicios. Al ver esto el gobernador, creyó, siguiendo el consejo de los protestantes ingleses, que seria mejor quemar vivos á los jesuitas.

Así, despues de tres años pasados en las jaulas de Ormura, Spínola, sus campañeros y los neófitos fueron conducidos á la hoguera. Treinta y tantos cristianos indígenas debian ser decapitados en el mismo dia y en el mismo lugar. Cuando las dos tropas de mártires se encontraron, Spínola entonó el *Laudate pueri Dominum*. Los sacerdotes, los cristianos á quienes la muerte esperaba, y los que se hallaban entre la muchedumbre de los espectadores y se honraban con su amistad ó con su conocimiento, todos á una sola voz hicieron coro á este cántico de alabanzas. Spínola habló en seguida.

Los literatos del Japon, enseñados por los mercaderes protestantes de Holanda é Inglaterra, alegaban ya en aquella época contra los jesuitas los argumentos que reproducen los folletines de algunos periódicos de nuestros dias. Spínola, desde la cima de la hoguera, dijo en pocas palabras cuál era la ambicion que lo habia arruinado, y se regocijó de poseer al fin los bienes que habia venido á buscar.

Mientras hablaba distinguió entre los mártires á Isabel Fernandez, esposa de un portugués, en cuya casa habia sido aprehendido, y le preguntó dónde estaba su hijo, el pequeño Ignacio, que él habia bautizado cuatro años antes, la víspera de su prision. Isabel levantó en sus brazos al niño, que, como todos los cristianos, llevaba sus mejores vestidos, y le contestó:

—Vedle aquí, padre mio; él se regocija de morir con nosotros.

Despues, dirigiéndose al niño, añadió:

—Mira, hijo mio, á aquel que te ha hecho hijo de Dios y te ha dado una vida mil veces preferible á la que vamos á dejar; implora su bendicion para tí y para tu madre.

Ignacio se arrodilló y cruzó sus pequeñas manos inclinando su cabeza, y el confesor, probado por veinte años de martirio, envuelto y sofocado casi por las llamas, bendijo al martir de la primera infancia. Un grito de conmiseracion salió de todos los pechos. Para reprimirlo, los jueces dieron la señal de la ejecucion, y las treinta y tantas cabezas de los cristianos cayeron en un instante.

LA MISA Á BORDO

A popa sencillo altar;
Bandera patria por velo;
Techumbre, el azul del cielo,
Y por pavimento el mar.
Luz, del sol el irradiar
Que sigue del buque en pos.
Un Cristo..., y ambos á dos
Cielo y mar en dulce calma,
Llevan la oracion del alma
Desde el altar hasta Dios.

NOTICIAS VARIAS

De todas partes de España y continuamente se anuncia el desconsolador espectáculo que presenciamos de los templos de Dios vivo, algunos de ellos joyas del arte arquitectónico, que se rinden al triste abandono, hundiéndose y desapareciendo por falta de recursos para reparaciones.

Quince meses hace que la Catedral de Sevilla está abandonada, amenazando sucumbir y aplastar entre sus escombros los últimos restos de amor al arte y consideracion debida á la Iglesia.

El suntuoso templo de Santo Domingo, de la ciudad de Santiago, maravilla del arte ojival, se halla en lastimoso estado, víctima de los estragos del tiempo, y á pesar de las excitaciones sigue olvidado en su triste abandono.

De Concepcion (Chile) nos comunican lo siguiente:

«Ha terminado la Mision con que los Rdos. PP. Capuchinos españoles, residentes desde ha poco en ésta, han iniciado los trabajos de su heróico y sublime apostolado.

»Con el corazon henchido de emocion y de entusiasta fe religiosa, numerosísimo concurso de fieles ha asistido á esa Mision, en la que hemos tenido la oportunidad de penetrarnos del ardentísimo celo y la nunca desmentida caridad de que esos Religiosos estuvieron siempre animados en favor de la conversion de las almas.

»En verdad la Orden Capuchina de esta ciudad puede gloriarse de contar con sacerdotes tan dignos bajo todos conceptos de la justa admiracion y del alto aprecio que ya les dispensa este pueblo, tanto por sus ejemplares virtudes, como por los talentos y la brillante elocuencia de que todos y cada uno de sus miembros están dotados. Dígalo por nosotros la inmensa multitud de todos sexos y condiciones que cada noche escuchaba con creciente admiracion la palabra fácil, correcta y llena de uncion que desde la cátedra sagrada ha penetrado los corazones. Sírvanos para atestiguar nuestra aseveracion las inesperadas conversiones que en diversas clases sociales se han operado ya. Hablen en lugar nuestro el número inmenso de personas que, el dia de la Asuncion de la Santísima Vírgen, en que estaba anunciado el término de la Mision, se presentaron á la sagrada Mesa. Testimonios son estos que, mas que las palabras, dan la medida de los frutos que el celo de esos ilustrados Religiosos está destinado á producir por doquier.

»Como cristianos damos gracias á la Divina Providencia por el favor que ha dispensado á esta ciudad, trayendo al seno de ella á esa santa familia, que mision tan sublime está destinada á llenar cual es la salvacion de las almas. Ábranse para ellos, donde quiera que fueren, las puertas de la caridad, ya que ellos tienen tambien esa virtud por norma, abandonando su patria, sus familias, sus hogares, para llegar á ejercerla aquí.»

En un local cedido por el príncipe Odescalchi ha fundado Leon XIII un hospital de incurables. Hace un año que el Municipio romano está discutiendo la fundacion de un asilo análogo. El Papa y los generosos católicos no han discutido el asilo: lo han fundado.

Se dice que el príncipe de Bismarck ha propuesto al Czar que se someta la cuestion búlgara al arbitraje del Papa, y que el Czar ha aceptado la proposicion.

El emperador de Austria, el sultan de Turquía y el príncipe de Bulgaria se adhieren al proyecto de arbitraje.

Los principales astrónomos de las diferentes naciones del mundo se disponen á formar una carta fotográfica del firmamento, sacada parcialmente desde los Observatorios respectivos. Su Santidad ha resuelto tomar parte en esta importante obra de la ciencia moderna. Por de pronto el nuevo Observatorio que Leon XIII establece en el Vaticano, bajo la direccion del sabio P. Denza, tendrá un instrumento fotográfico exclusivamente destinado á los trabajos para el referido mapa celeste.

Una de las concepciones más atrevidas y grandiosas del presente siglo se halla en el dia en proyecto, y cuenta, segun se asegura ya, con la proteccion y apoyo de los gobiernos de Francia é Inglaterra.

Este proyecto consiste en unir por un inmenso puente de acero y de 38,600 metros de largo, las costas francesas é inglesas, partiendo de un punto cerca del cabo Gris Nez en la primera, y alcanzado otro cerca de Folkestone en la segunda.

Para dar una idea de la magnitud de la obra que se proyecta, diremos que la superficie de la base de una de las columnas ó estribos de mamposteria se estima en 1604 metros cuadrados, y la duracion del trabajo de cada una en cuatrocientos setenta y siete dias hábiles. La mamposteria total necesaria se calcula en cuatro millones de metros cúbicos, y el peso del metal que habrá de emplearse en unas 76,000 toneladas.

El coste total se estima en unos 200.000,000 de duros.

Los pastores protestantes, en su afan de justificar el dinero que cuesta á las Sociedades bíblicas *implantar* el protestantismo en España, no cesan en su impía y despreciada propaganda, perfectamente infructuosa.

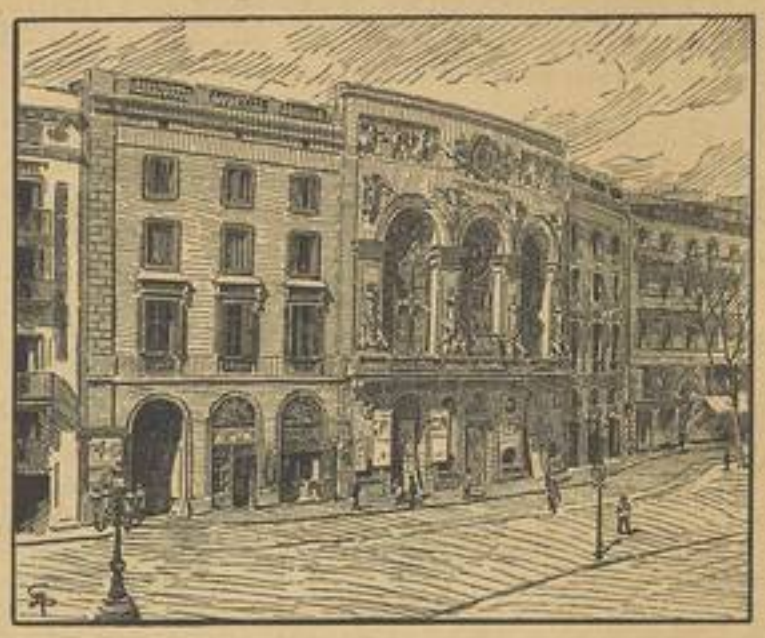
En las Provincias Vascongadas están repartiendo actualmente folletos escritos en lengua eúskara, folletos que, como es natural, ó son rotos y quemados desde luego, ó son entregados á los párrocos.

El informe oficial acerca del estado de las Cajas de Ahorros de Francia durante el año de 1887 es tristísimo: contra 644 millones depositados, hay 688 devueltos, ó sea una diferencia en menos de 43 millones. La causa es que el Gobierno es el gerente y no inspira confianza.

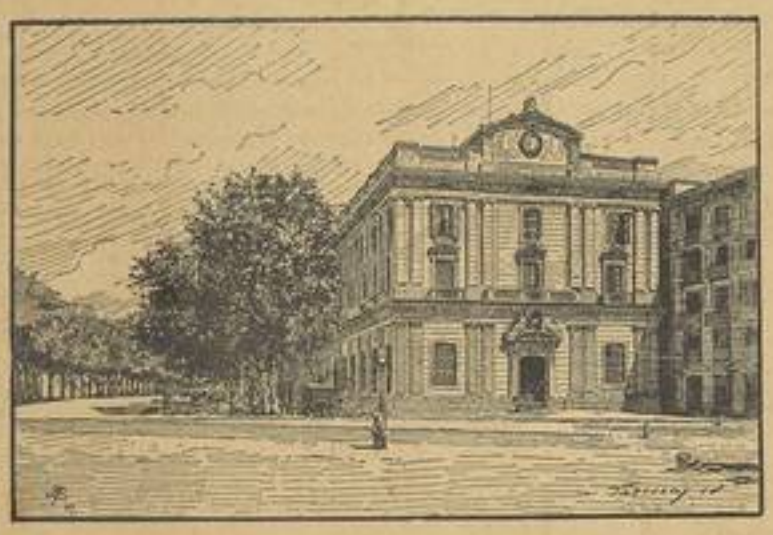
Las logias masónicas de Turin han publicado una circular en que se asegura que el triunfo de los *clericales* en las próximas elecciones, aunque no produciria necesariamente la caida del Gobierno de Crispi que tanto apoya y favorece á la francmasonería, hay necesidad de impedirlo á todo trance y cueste lo que cueste.

VISTAS DE BARCELONA

CLAUSTRO DE LA IGLESIA DE LA CONCEPCION



TEATRO PRINCIPAL



BANCO DE BARCELONA

ENTRADA DEL CEMENTERIO ANTIGUO

Dice el periódico inglés *Catholic Times* que el Gobierno italiano se ha incautado del Tesoro de la Casa de Loreto, ha impuesto un tanto por ciento sobre el valor del óbolo, donacion ó legado que los fieles quieran poner en él, y por último ha dejado en la esquina de la Casa la caja ó cepillo que allí habia para recibir limosnas, con el letrero que explicaba el objeto de estas, entregando la llave á un empleado, el cual cada mes saca el contenido, entrando así en las arcas del Gobierno las limosnas que los pobres devotos de la Virgen depositan en ella: accion que el periódico inglés califica en breves palabras, diciendo que por ello el Gobierno italiano mendiga, toma á préstamo y roba como un bandolero sacrílego.

El Arzobispo de Spoleto ha llevado á los tribunales, por difamacion, al diario la *Cronaca Nera*, que el bígamo Crispi ha fundado para atacar al clero por medio de la calumnia.

Los resultados definitivos de las elecciones generales en Francia son los siguientes: realistas, 104; bonapartistas, 59; boulangeristas, 47; republicanos adictos al gobierno, 239; radicales, 127. Los 366 diputados republicanos han obtenido 2,783 votos, por 10 millones de electores inscritos en la nacion, resultando que la llamada mayoría está muy lejos de representar la mayoría del cuerpo electoral, á pesar de los esfuerzos del Gobierno y de sinnúmero de electores que le han votado por ser lo que es, y porque da pan y amenaza con el palo.

Con lo sucedido nada se ha consolidado en Francia, porque está en la conciencia de todos que ésta, como la antigua mayoría, está compuesta en su mayor parte de medianías ambiciosas y turbulentas, cuyo único deseo es derribar al Ministerio para ganar en el río revuelto.

Hoy que los maestros de escuela, dice *El Defensor del Magisterio*, se mueren de hambre en España y muchos emigran á las Repúblicas americanas, parece oportuno para demostrar el progreso de este siglo llamado *de las luces* recordar lo que sucedia en el siglo VI respecto á esta desdichada aunque respetable profesion. Un rescripto de Atalarico ordena al Senado de Roma el pago de los honorarios de los maestros y profesores é indica los siguientes motivos: «Porque es un crimen desalentar y no pagar á los maestros de la niñez y juventud. La gramática es el fundamento de las letras, ornato del género humano y reina soberana de la palabra, y con el ejercicio de buenas lecturas nos instruye de todos los consejos de la antigüedad... Queremos, pues, que cada profesor reciba sin reduccion alguna lo que cobraba su predecesor, porque si pagamos á los actores que divierten al pueblo, con mayor motivo débese alimentar a los que forman la cultura en las costumbres.»

Segun telegrama fechado en Constantinopla el 26 de Octubre pasado, ocurrió en Vielent, cerca del estrecho de los Dardanelos, un espantoso terremoto que destruyó muchos edificios, siendo considerable el número de víctimas.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 21

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 16 DE NOVIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 99

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*Carta de Portugal*, por A. Porfirio de Carvalho.—*La cuestion romana*, VIII.—*Los Principados Danubianos*: V, Servia; VI, Montenegro.—*Los misioneros del siglo XIX*, por Alfredo I. Giraben.—*Por un anillo* (conclusion), por Emilio Pouz y Marzo.—*La bendicion de los términos*, por Manuel Polo y Peyrolon.—*Dos amos y una criada* (poesía), por Cayetano Fernandez.—*Desafío entre dos colosos*.—*Conocimientos útiles*: La curacion de la hidrofobia.—*Noticias varias*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

SANTA CECILIA GUIANDO Á LOS CRISTIANOS EN LAS CATACUMBAS DE ROMA (cuadro de Luis Olivetti).—Pocos serán los que no conozcan la historia de esta jovencita cristiana, tipo de candor y de pureza que tan bien retratado nos dá en su popular *Fabiola* el ilustre cardenal Wiseman. Fué ciega de nacimiento é hija de padres cristianos y mártires. En las Catacumbas estaba de guardia en la entrada para servir de guia á los fieles. Presa y llevada al tribunal del prefecto, su valerosa confesion de fe cristiana valióle ser atormentada en el potro. Cuando sus miembros se iban descoyuntando y el mandato de que le aplicaran fuego hizo prorrumpir á los circunstantes en una exclamacion de horror, comprendió Cecilia que estaba rodeada de numeroso público, el rubor y la modestia tiñeron su rostro poco antes blanco como el marmol, y espiró. Su cuerpo, que debia ser arrojado al Tiber, fué rescatado por los cristianos.

LA PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.—Cuadro del *Tiziano* en la Academia de Bellas Artes de Venecia.

MISAL DE RIPOLL, regalado á la Junta de restauracion de aquel monasterio por D. Eudaldo Puig.—La restauracion del histórico monasterio de Ripoll, iniciada en 1866 por el actual obispo de Vich, Ilmo. Sr. Morgades, está tocando á su término, gracias á los desvelos de dicho prelado y al concurso que le han prestado distinguidas personas y corporaciones de nuestro pais. Además de las crecidas cantidades recaudadas á tan laudable fin, han sido y son todavia numerosos los donativos en especie, entre ellos el precioso misal que en este número reproducimos, trabajo muy notable bajo el punto de vista artístico y que honra á los acreditados talleres de encuadernacion del Sr. Domenech, donde ha sido confeccionado. Está cubierto de piel de Rusia encarnada, con adornos y cierres de hierro y cobre cincelados y combinados con relieves á mano: los fondos dibujados han sido dorados á pulso y armonizados con cinco diferentes entonaciones de oro: los registros son de seda y oro, y todo el conjunto primorosamente ejecutado hasta en sus más insignificantes detalles, ofreciendo un caracter bizantino en armonía con el del templo á que va destinado.

LA GRAN CARTUJA DE GRENOBLE.—*Vista general.—Hospedería de mujeres.—Vestíbulo.—El torno.—Monje trabajando.—El oratorio y el* DESIERTO.—*Aposento.—Celda.—Religiosos yendo á Maitines.—Jardincito.*

Nuestros habituales lectores recordarán la extensa y curiosa relacion que de este célebre monasterio publicamos en los últimos meses de 1887, escrita por nuestro Director durante los dias que allí permaneció.

Sabido es que tan interesante Congregacion data de san Bruno.

Ocho veces los edificios de la Gran Cartuja se han incendiado, y los que hoy existen se remontan á 1676. Son muy sencillos, muy amplios, y pueden alojar, además de los re-

SANTA CECILIA

GUIANDO Á LOS CRISTIANOS EN LAS CATACUMBAS DE ROMA (CUADRO DE LUIS OLIVETTI)

ligiosos de la Congregacion, á los extranjeros que afluyen al monasterio en ciertas épocas del año.

Sesenta celdas se abren sobre dos corredores de más de trescientos metros de largo;—una iglesia, tres capillas y una biblioteca completan el conjunto de las construcciones.

Una altísima muralla cierra los dos principales cuerpos de edificios. Ninguna mujer puede penetrar en el monasterio, y se las aloja en una casa situada frente al portón principal.

El famoso licor no se confecciona en el monasterio mismo, sino á alguna distancia, en una aglomeracion de edificios industriales que forma una verdadera aldea y donde hallan trabajo los habitantes del país: se trata, en efecto, de reunir las sustancias simples, rectificar los alcoholes y preparar los envíos.

Solamente la última parte de la operacion, la mezcla de ciertos ingredientes en ciertas dósis—el secreto del célebre licor—es vigilada directamente por un Padre ecónomo.

Los cartujos hacen ingresar en el Tesoro público más de quinientos mil francos al año.

El círculo de sus caridades no tiene límites, extendiéndose no sólo fuera de su region, sino mucho más allá de las fronteras de Francia. Su accion caritativa no sufre más paréntesis que los que impone la falta pasajera de recursos; y en este caso inscriben las peticiones en el libro mayor de sus deudas cristianas.

Un escritor americano que ha visitado la Gran Cartuja escribe al referir sus impresiones:

«No deja de ser imponente el momento en que, rechinando los goznes de pesadísima puerta, ábrense sus alas y aparece, como si de otro mundo viniera, una figura envuelta en paños blancos: ni tampoco cuando, habiendo dado la bienvenida á los forasteros que penetran á sus umbrales, ciérrales la gran puerta, que es la salida al mundo, como si quisiera dejarles para siempre en el encierro monacal.

»La hospitalidad de los religiosos cartujos es muy grande, y jamás les falta un buen número de visitantes, guiados, sea por la curiosidad del viajero, ó por el fervor piadoso que hace buscar á muchos ese apartado retiro. Tiene 150 celdas prontas para hospedar á sus visitantes, y se ve muy á menudo que todas ellas están ocupadas; de manera que ninguno de esos huéspedes puede parar más de un dia en el convento, salvo especial autorizacion del Prior.»

Consejo de Regencia en Servia.—Fórmanlo tres hombres distinguidos de aquel reino, los Sres. Ristic, Marcovic y Protic, militares los dos últimos, á quienes se confió la gobernacion del Estado durante la minoría del príncipe heredero, elevado recientemente al trono por renuncia de su padre el rey Milano.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Tejer y destejer.—Cómo se cumple lo que se manda.

Recordarán los lectores de este semanario la polvareda que se levantó en Madrid con ocasion del golpe de mano que dió el Sr. Canalejas contra las casas de juego, disparando sobre ellas en impensado momento á todos los jueces de Madrid para que tendieran sus bastones sobre el tapete verde y pescaran con ellos á bragas enjutas, como dice el adagio, las truchas del vicio.

Y recordarán que la pesca fué regularcilla.

Porque de las Estigias donde se tira á Jorge de la oreja, más ó menos gallardamente, se sacaron diputados, senadores, generales y dignatarios más ó menos altos ó sobajados del Estado liberal, muy ricamente engolfados en el légamo de la tahurería.

El gobernador de Madrid fué el primero que se resintió de este porrazo sacudido á la moralidad liberal al uso, no porque él, Dios sea bendito, sea tahur ni tenga interés en que vivan las casas de juego, sino porque creyó que los jueces usurparon sus atribuciones y que se trataba de *deslucirle*, sabiéndose que es muy hombre (pesa 11 arrobas corrida la balanza) para no dejar en pié un garito.

La poblacion recibió con alegría la nueva y positiva campaña contra el juego: las familias que son víctimas de tan horrendo vicio elevaron al cielo *hosannas* de júbilo creyendo que se habian tapiado para siempre las puertas del *Veloz*, de la *Gran Peña*, del *Casino*, del Círculo militar, de todos los círculos, circunferencias y demás lugares redondos ó cuadrados donde se juega y se estafa: la beneficencia pública, en fin, ese ramo seco y carcomido de un arbol que fué frondoso y fecundo *cuando Dios queria*, participó de los regocijos universales, repartiendo á sus pobres y á sus enfermos los productos secuestrados por la justicia al tapete verde.

Despues de esto saltó y vino, no una sota pintorreada de colores fuertes, sino la circular del fiscal del Supremo de Justicia, obra casi venerable, llena de erudicion jurídica, en la que con todos los códigos españoles en las uñas se definian y clasificaban los juegos prohibidos citándolos por sus nombres de pila para que ni los jueces, ni los gobernadores, ni los alcaldes, ni siquiera los mozos de cordel pudieran confundir las señas. Un documento, en fin, relleno de todas las verdades del gran Pero Grullo.

E inmediatamente despues de todas estas balumbas gubernativas, jurídicas, administrativas y de buen trapío social, saltó y vino... el liberalismo con su gigantesca y poderosa escoba que las barrió hácia dentro de la casa en menos tiempo del que se necesita para contarlo, dando al diablo motivo para celebrar una vez más las diabluras de la civilizacion moderna.

Con lo cual quiero decir que el juego volvió á pegar las hebras todas de sus agujas, continuando todos los garitos en sus respectivas funciones.

Y, *ainda mais*, abriéndose uno nuevo, de carácter político por supuesto, porque aquí con ese caracter todo puede vivir, incluso el cólera morbo, que es un político liberal de los de primera magnitud.

Todo esto se ve, se palpa, se huele y se respira; y sin embargo el Gobierno hace como que no lo sabe. Lo cual nada tiene de extraño porque el Gobierno sabe muy poco, y ese poco es bastante malito.

A la vista de este cuadro disolvente, un periódico satírico ha tenido una ocurrencia feliz, de las pocas que conciben y paren estos vehículos de trapo impreso; la cual ha consistido en pintar á Canalejas de toga, esgrimiendo unas circulares que se le convierten en naipes, colocando debajo de la figura la siguiente leyenda:

UN MAGICO PRODIGIOSO

La Circular sobre el juego,
una pamplina encantada,
para transformar á una,
Circulares en barajas.

Y nada más.

De modo que Canalejas *enfonce*.

Y los que le sufrimos tambien.

Pero ¿dónde nos dejamos la pornografía?

Lindamente peroraron contra ella los periódicos de todos los colores y matices, conviniendo á una en que vivimos en un basurero donde la porquería moral se levanta muchísimos codos.

Preciosos artículos se escribieron contra las modernísimas suciedades sociales; y cuando se dieron á luz no parecia sino que se iba á fregar la casa con potasa cáustica de la más fulminante para que no quedara en ella una mancha.

El Gobierno se creyó en el deber de responder á las justas exigencias de la opinion, y, recogiéndose en sí mismo como la claridad de una lámpara, fué y se lanzó á construir lo que él sabe mejor hacer, una gruesa de circulares.

Las cuales llovieron sobre gobernadores, alcaldes y justicias mayores y menores, inundándolos de piés á cabeza con sus óptimas intenciones.

Pero sucedió lo que sucede siempre que llueve de esta manera el liberalísimo gobierno; á saber, que sus gobernadores, alcaldes y justicias mayores y menores le oyeron como se oye llover.

Y el tráfico de lo puerco, de lo obsceno, de lo inmoral, sigue tan campante, luciendo el desnudo de la manera torpísima é indecente que mejor puede lucirse.

Sucede ya en esto lo que sucedia en tiempos de Larra con las fondas y casas de comida de Madrid; que todo era en ellas sucio, desde las mesas, los manteles, los platos y los manjares, hasta los mozos: verdad es que eso tampoco ha variado.

De donde puede inferirse que los libros, folletos y periódicos pornográficos siguen rodando públicamente á la luz del dia, dejando para las sombras de la noche que circulen sus concepciones, traducidas al natural, en figuras de carne y hueso.

Los cafés de cante, servidos por camareras y frecuentados por gentuza, los teatros donde se rinde culto á las musas libidinosas é impías, productoras de literaturas purulentas que insuflan en las almas el ambiente pestilencial de las antiguas ciudades de Pentápolis destruidas por la Justicia divina con fuego de azufre, siguen dando á luz sus engendros escrofulosos y malsanos; y las calles y plazas donde los granujas y pillastres levantan sus cátedras de pornografía realista y asquerosa, por métodos froebelianos de un género eminentemente presidiable, continúan siendo propiedad de estos elocuentísimos doctores, cuyas doctrinas aparecen impregnadas, por iguales partes, de vahos corrosivos de cárcel y hospital.

De suerte que estamos como siempre, esto es, como siempre que bailamos á compás del himno de Riego.

O de la Marsellesa.

Que son músicas pintiparadas para bailes macabros.

Los cuales se bailan de coronilla.

Lupercio.

Madrid, 12 de Noviembre.

ROMA

En otra carta hablé de Francisco Crispi, y dije quién era, lo que es y lo que pretende.

Italia (la Italia legal, la Italia oficial, se entiende), se resume toda en su... respetable persona. «La Italia soy yo; la Italia yo la he hecho,» ha dicho recientemente.

Es preciso, pues, hablar otra vez de él para saber lo que es, lo que hace y lo que se propone la Italia de la Revolucion.

Este *espíritu fuerte*, como quiere presentarse, es en el exterior un servidor humildísimo de Bismark, y en el interior un esclavo del Grande Oriente masónico, como pudiera demostrarse con infinitos hechos, pero que excuso por ser harto notorio.

Y con todo, Francisco Crispi es hombre de talento.

¿Cómo es creible, pues, que se resigne al papel de esclavo así en Italia como fuera de ella?

Eso sucede porque el infeliz Crispi tiene la debilidad de alucinarse con las apariencias del poder, de la gloria y de la popularidad.

Apenas tomó las riendas del Gobierno, el príncipe de Bismark le invitó (ó para hablar con mayor exactitud debe decirse qne Crispi se hizo invitar empleando medios poco decorosos) á Friederichsrue. Esta invitacion se mantuvo secreta con la mayor escrupulosidad, hasta que cierto dia anunciaron los periódicos que Crispi habia

partido para Friederichsrue y era huesped del gran Canciller germánico. Aquellos de quienes se dice que *infinitus est numerus* quedaron con la boca abierta de estupor, y creyéronse honrados como italianos porque el hombre político más poderoso de Europa se dignaba hospedar en su castillo al Sr. Crispi.

Bismark, que es zorro viejo y conoció el flaco de nuestro hombre, le obsequió espléndidamente y usó con él exquisita galantería. Así es que cuando Crispi volvió glorioso y triunfante á Roma, en las geniales *soirees* de su casa referia con complacencia olímpica é hinchada que cierto dia al anochecer, paseando con Bismark por el parque de Friederichsrue, sintió frio, y así lo manifestó al príncipe, quien tomó entonces su propio capote y con sus manos lo puso en los hombros de Crispi.

¡Por vida mia, no es moco de pavo esa íntima familiaridad con los dioses!

Pero no es eso todo.

Crispi refirió tambien á los amigos que la primera mañana que se despertó en Friederichsrue, el camarero llamó á la puerta de su cámara. Crispi estaba ya en pié.

—¿Qué quereis?—preguntó al camarero.

—Su Excelencia la princesa desea saber si su Excelencia el Sr. Crispi ha descansado bien esta noche y si se le ofrece algo que mandar. Su Excelencia la princesa aguarda en la antecámara permiso para saludar personalmente á Vuestra Excelencia.

¡Cáspita! ¡Esta es la mayor de las maravillas, una dignacion verdaderamente fenomenal! Crispi, Francisco Crispi, el emigrado napolitano que en París vivia con el trabajo de encajera de su primera mujer,—viviente todavía en Roma,—la Sra. Monmasson, etc., etc.; Crispi hospedado por Bismark, obsequiado por la princesa su consorte!

Y ahí teneis á nuestro héroe orondo y satisfecho como un niño con zapatos nuevos.

El año último, en el dia de su fiesta, el señor Crispi dió un banquete espléndido, sibarítico, á muchos diplomáticos. A mitad de él recibió un telegrama, que le entregó un camarero en bandeja de plata. Abriólo, y despues de leerlo entrególo con inmensa satisfaccion á su segunda mujer, la Sra. Lina, para que lo leyese en alta voz. Era el príncipe de Bismark, que mandaba telegráficamente sus felicitaciones al *grande hombre de Estado* italiano.

Sonrióse Crispi; pero más creo debe sonreirse Bismark al advertir la pequeñez del grande siciliano.

El fortísimo Crispi es el hombre más tímido en presencia del aleman. Al santo temor de Dios ha sustituido el temor servil al casco prusiano. Cuando el alemán está lejos, Crispi y sus aduladores son valientes anticlericales y con heroica... fortaleza lanzan á los frailes de sus conventos en el término de veinticuatro horas, como lo ha hecho estos dias el Prefecto de Roma con los franciscanos de Onano y de Farnesio, con los Hermanos de la Doctrina cristiana de Castelgandolfo y con las Hermanas de Porto d' Anzio.

En Palermo Crispi, en su horrible discurso, se presenta como nuevo Prometeo, que desafia á Dios y se abraza con la diosa Razon.

Mas cuando acompañó á su Rey á Berlin, fué á oir Misa en la iglesia católica de Santa Eduvigis; cuando Bismark le telegrafió felicitándole por haber salido ileso del atentado de Caporali en Nápoles, invocando la Providencia, Crispi-Prometeo contestó con un telegrama aludiendo tambien á la Providencia; y cuando vinieron á Monza el emperador y la emperatriz de Alemania, quienes, como luteranos, oraron en sus habitaciones la mañana del domingo, los reyes de Saboya y Crispi oyeron Misa en la capilla de Monza.

¿No es una verdadera ignominia que para obtener del Gobierno de Crispi alguna apariencia siquiera de exterior respeto á la Religion, sea preciso ver despuntar el casco de los alemanes, que, sin embargo, no son católicos?

Hé ahí á qué grado de vergüenza y de envilecimiento han reducido á Italia esos liberales que, esterilizando y desnaturalizando los nobles sentimientos de dignidad patria y de independencia, han pretendido hacerla grande y próspera emancipándola, no de los extranjeros, sino de Dios.

Esto por lo que toca al exterior.

Respecto al interior, la Masonería, que quiere servirse de Crispi como de un servil instrumento suyo, procura asimismo desvanecerle aprovechando su desmedido orgullo y su arraigado espíritu de vanagloria.

Ningun hombre de Estado de la nueva Italia, ni siquiera el conde Cavour, ni Minghetti, Sella ú otros tuvieron de la Prensa y del Parlamento la continua adulacion servil con que la Masonería desvanece á Crispi. En Roma hay un solo periódico liberal—el *Don Chisciotte*, anticlerical, pero no masónico,—que tenga el valor de atacar á Crispi. Los progresistas comentan á diario las glorias de este hombre, y los moderados conservadores liberales no se atreven á atacarle; le alaban más tímidamente, pero al fin le alaban.

En el banquete de cuatrocientos cincuenta cubiertos de Palermo, compuesto de todo el estado mayor de la Masonería italiana, tuvo Crispi honores casi divinos. Festejos reales prodigáronsele en aquella circunstancia.

Al bajar del vapor llevároule á tierra en una lancha real tripulada por remeros vestidos de blanco con bordados de oro, saludándole en el puerto un batallon con los honores militares. Todos los ministros le acompañaban. Una vez en sus habitaciones, una turba de gente asalariada aclamó al divino Crispi, y éste asomóse al balcon para dar gracias al pueblo, junto con la señora Lina, como acostumbra el rey Humberto con la reina en el balcon del palacio del Quirinal.

Despues de estas y otras escenas vergonzosas que omito en gracia de la brevedad, el rey Humberto, desde su villa de Monza, envió un largo y afectuosísimo telegrama á Crispi congratulándose por la acogida que se le ha dispensado en Palermo y por el discurso que allí ha pronunciado!..

Pero es imposible que tamaña abyeccion dure mucho tiempo.

La reaccion ha empezado en Siracusa, ciudad notable de Sicilia, á donde, despues del regreso de Crispi á Roma, se ha dirigido en soberbio tren de lujo, como si fuese alta autoridad, la señora Lina con su hija. Dos diputados sicilianos (uno de los cuales, llamado Bufferdeci, es un exsacerdote), entusiastas é interesados amigos de Crispi, quisieron preparar regocijos populares para festejar la entrada de la Sra. Lina en Siracusa. Algunos individuos prorrumpieron en aplausos á la llegada de dicha señora á la estacion del ferrocarril, pero otros, en mayor número, le dieron una silba fenomenal. De ahí una lucha entre la claque y los silbantes que quizá continúa aún mientras escribo la presente, y que ha producido graves desórdenes en aquella ciudad, la cual parece en estado de sitio, con las tiendas y cafés todos cerrados, y con la policía y la tropa defendiendo á los vitoreadores de la Sra. Lina.

Siempre son reprensibles las silbas, y yo soy el primero en desaprobar la que los siracusanos han propinado á una mujer.

Pero la tal Lina, para no provocarlas, debiera observar el porte correspondiente á una señora, y no ostentar desvergonzadamente ante el pueblo su ilegítima fortuna.

A Crispi, entre tanto, se le prepara una dura leccion en las elecciones generales administrativas (provinciales y municipales) que han comenzado y continuarán hasta el 10 de Noviembre en toda Italia.

Su programa para estas elecciones se resume en brevísimas palabras: «Ni clericales, ni radicales.»

Sin embargo, en las ciudades de segundo orden en que ya se han verificado las elecciones, han triunfado ó los *clericales*, como en Rímini, en Carugate y Corneto-Tarquinia, ó los *radicales* como en Ravena, en Forli, en Sanremo y en Claraval.

En las ciudades principales se efectuarán las elecciones el 10 de Noviembre. Calcúlase que los *radicales* vencerán en Milan y los *clericales* en Nápoles y Florencia, y aun tal vez en Turín: mas los ministeriales en muy pocas ciudades ó en ninguna.

En Roma el movimiento electoral empezado un mes atrás es verdaderamente babilónico entre los liberales ministeriales y los radicales. Los católicos probablemente no tomarán parte en la lucha, no por falta de fuerzas y de entusiasmo, sino por consideraciones de orden superior, especialmente despues del famoso discurso de Palermo, y por lo tanto es muy probable que vencerán los radicales.

Así quedará demostrada una vez más la exactitud de aquella afirmacion que se escapó de los labios del revolucionario Mamiani, quien dijo: «En Roma no pueden reinar sino los Papas ó Colá de Rienzo,» esto es, ó el Papa ó la República.

LIONELLO.

Roma, 22 de Octubre.

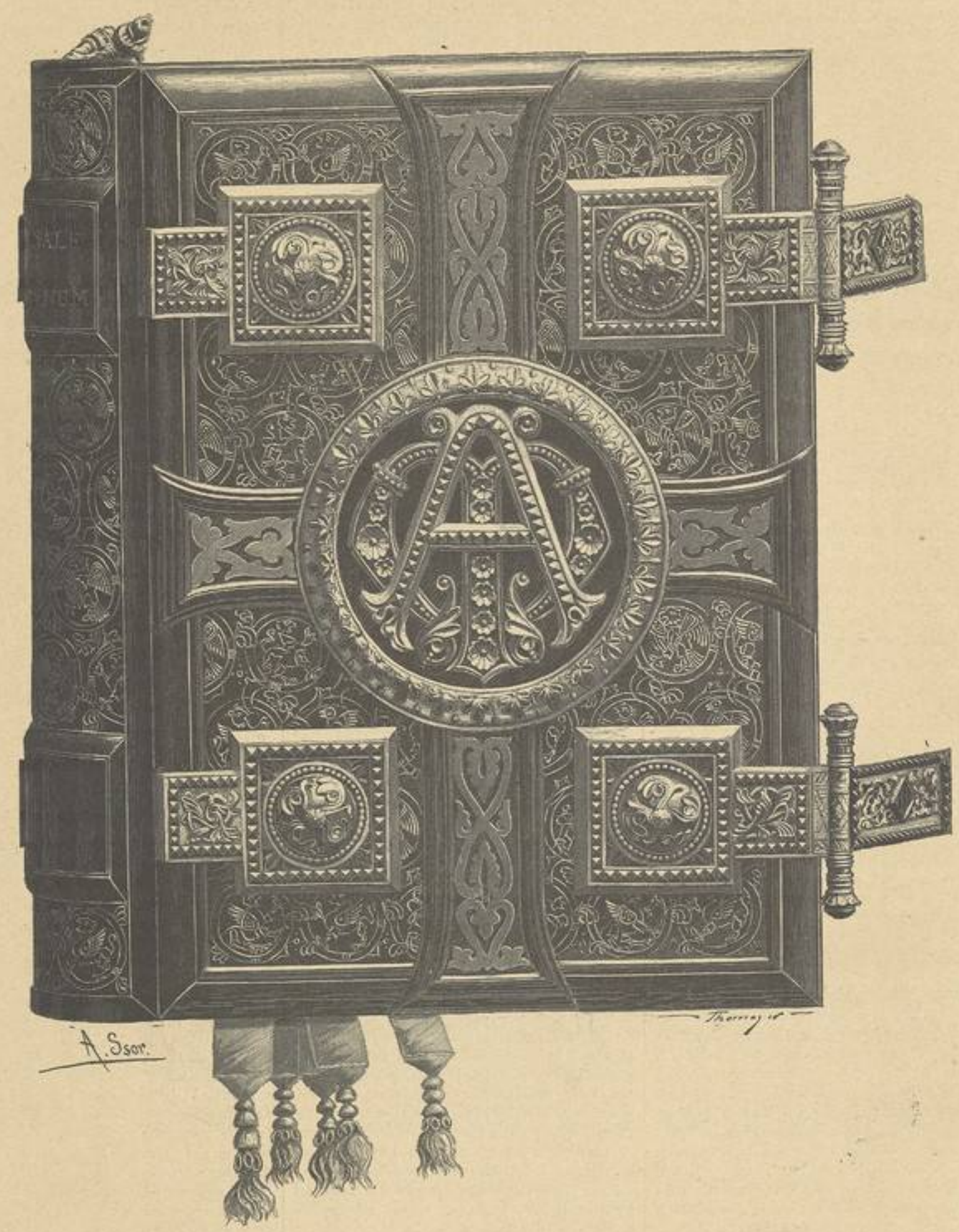
CARTA DE PORTUGAL

Lisboa 30 de Octubre.

Por entre los fúnebres crespones que hoy enlutan á la dinastía reinante por la muerte de D. Luis, y las galas con que gallardamente se ha de festejar el advenimiento del nuevo jefe del Estado, se adivina algo como una larga interrogacion, que se revela en cada mirada escrutadora de lo futuro, en cada frase soltada al acaso, en mil dudas que asaltan al espíritu público y en temores más ó menos justificados, que la mayor parte de la gente manifiesta.

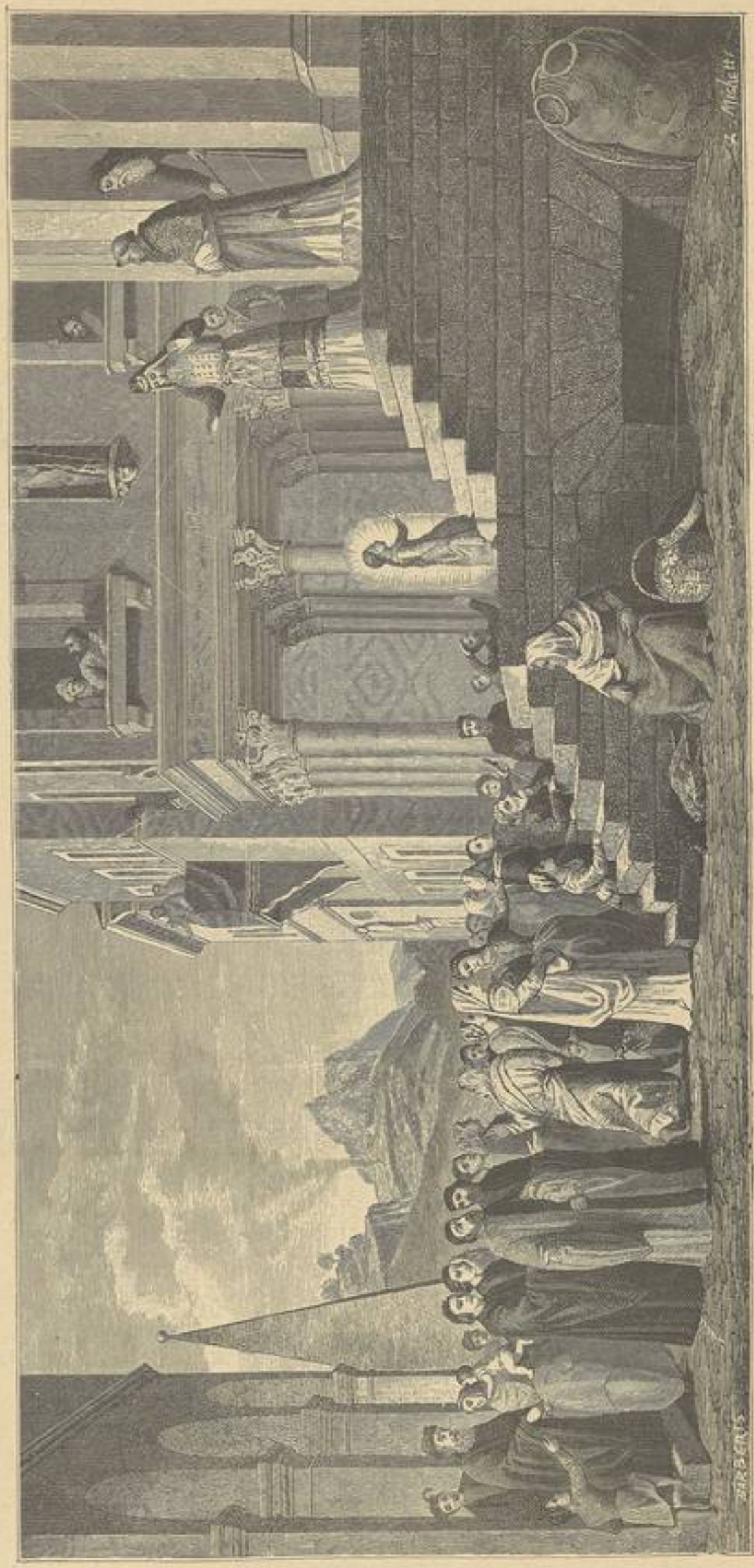
En los centros más autorizados de la política y fuera de ellos se cree seguro que la reciente muerte de D. Luis producirá graves perturbaciones intestinas que abreviarán el desmoronamiento de la monarquía liberal en este país; y las personas que se muestran poseidas de este terror lo justifican en el caracter del nuevo jefe del Estado, en su ineptitud para el gobierno, y, más que en todo, en su vana pretension de convertir su cetro en gobierno personal. Hay quien añade que las influencias de la familia *Egalité*, á la que está unido, no serán extrañas á los futuros sucesos que se anuncian.

Por mi parte ignoro hasta qué punto sean justificados estos rumores, que encuentran eco en todo el mundo. Todo persuade á creer que el nuevo monarca D. Carlos Coburgo ha de procurar conservar la rica dotacion que le asegura la lista civil, y para ello seguirá el ejemplo de su



MISAL DE RIPOLL

REGALADO Á LA JUNTA DE RESTAURACION DE AQUEL CÉLEBRE MONASTERIO POR D. EUDALDO PUIG



LA PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO (CUADRO DEL TIZIANO)

padre, que nunca quiso entrometerse en los negocios de la política sino para satisfacer las ambiciones de los ministros y de los que pretendian serlo. Compraba á costa del Tesoro público la benevolencia de los hombres preponderantes en la política liberal, y con todos vivió en excelente armonía, sin excluir á los mismos que más le injuriaban individualmente y más vergonzosos dicterios habian dirigido á su madre. A todos enriqueció con honores y destinos lucrativos, y de esta suerte fué contentando á todos para que todos se empeñasen tambien á su vez en satisfacerle sus caprichos y disipaciones, y le defendiesen de la actitud, en ocasiones poco benévola, con que amenazaban los pueblos su dinastía.

Ahora bien, con tales ejemplos de enseñanza no parece muy probable que el sucesor siga otra línea de conducta. Entre tanto, es cierto que la intriga se rebulle ya en torno del nuevo rey liberal, y cada dia van corriendo con mayor insistencia y tomando mayor cuerpo los rumores que anuncian graves perturbaciones políticas.

Las elecciones generales de diputados se fijaron para el dia siguiente á la muerte de D. Luis. Los liberales de todos los matices dieron así un testimonio de la ninguna consideracion que guardaban al fallecimiento de su rey, y anduvieron tan vivarachos en las vertiginosas correrías que caracterizan el acto electoral.

El resultado fué el triunfo para los candidatos del Gobierno y el retraimiento por parte de los electores.

Lo que estas elecciones han venido á probar elocuentemente ha sido la más completa disolucion é indisciplina de los partidos liberales. La prensa de las diferentes fracciones políticas ha estado por mucho tiempo dando la voz de alarma á sus lectores; mas ni los clamores de la prensa, ni las influencias políticas de los magnates, consiguieron hacerse obedecer de las indisciplinadas turbas y llevarlas á votar á sus respectivos candidatos. Ya no hay nadie que no tome á burla todo lo que se refiere al Parlamento, y por esto las elecciones se hicieron con un limitadísimo número de electores.

Los liberales, con su eterna manía de exagerarlo todo, tuvieron la habilidad de convertir una cosa tan séria como el entierro de D. Luis en un acto que sobrepasó los lindes del ridículo.

Quisieron hacer creer á los príncipes extranjeros que han venido á asistir á sus funerales que con la dinastía reinante estaban identificadas todas las clases sociales portuguesas. Para ello pusieron en juego las más altas influencias con todas las Asociaciones á fin de que se incorporasen á la comitiva funeraria, y no dudaron ejercer presion sobre los empleados más humildes del Estado para que tambien acompañasen el cadaver al panteon de San Vicente. El resultado fué contraproducente, no porque el acompañamiento fuese poco numeroso, sino porque entre aquellas turbas de colegios pagados por el Gobierno, de operarios de los arsenales, carteros, faroleros del gas, barrenderos de las calles, y, en fin, de todos los grupos más ó menos dependientes del Estado, se notaba una actitud irrespetuosa, impropia del acto, una sonrisa permanente en sus labios y un aire y continente tales, que más que la tristeza de un duelo ostentaba la alegría propia de una fiesta.

Esto me recuerda una frase que hace años oí á un eminente escritor portugués, que departia conmigo sus ideas acerca de la monarquía liberal: «Cuando D. Miguel II venga á Portugal tiene una grande mision que cumplir, y es la de rehabilitar la realeza, hoy caida en la última degradacion.»

Yo, en efecto, no sé que la monarquía liberal pueda alcanzar mayor desprestigio á los ojos del pueblo, que ya la equipara á los reyes de teatro que se presentan al público con música de Offenbach.

Felizmente para la causa de la legitimidad y para las naciones que ha de salvar la restauracion de ésta, los pueblos tienen con su criterio instintivo un concepto muy diverso de la verdadera realeza.

Los corresponsales de los periódicos extranjeros y las agencias telegráficas se han apresurado á noticiar que D. Luis tuvo una muerte edificante, pretendiendo de esta suerte hacer pasar por muy católica la dinastía liberal traida y sustentada aquí por la masonería.

No ignoro cuál es el fin que se persigue con esos alardes de catolicismo de última hora, por lo cual no creo que mis palabras me valgan la nota de falta de caridad con un difunto.

Si hay gentes que para fines que todos saben no reparan en servirse de la mentira, ¿por qué no he de acogerme yo á la verdad y desenmascarar á esa gente de quien el inolvidable Pio IX dijo eran peores que los mismos demonios de la *Commune?*

Ha habido quien dijo que D. Luis murió como saben morir los reyes de firmes creencias católicas, recibiendo con edificante devocion todos los Sacramentos de la Iglesia. Esto es sencillamente una mentira. Y en prueba de ello copiaré unas líneas que un periódico ministerial ferviente, *O Dia*, muy afecto á la dinastía reinante, y cuyo director está indicado para desempeñar un alto cargo público, escribia el dia 17 de Octubre:

«Ha dicho la prensa, porque así lo susurra el rumor público, no siempre bien enterado de lo que pasa en la alcoba real, que el rey se habia confesado con el Nuncio de Su Santidad, cosa que causó no poca extrañeza por ser notorio que en el momento en que se decia haberse practicado ese acto religioso se hallaban en Palacio el Patriarca y el capellan de la Casa Real.

»Pero lo cierto es que el señor Nuncio *no hizo sino transmitir al enfermo la bendicion pontificia. Y en cuanto á confesion, no la hubo.* El Patriarca deseaba, efectivamente, confesar al rey; pero los médicos le dijeron que su estado, peligrosísimo en aquellos instantes, no consentia recibiese don Luis el menor motivo de abatimiento moral, por lo que el Prelado se quedó en Palacio á ver si aprovechaba alguna ocasion más favorable al acto de penitencia.»

Debo añadir que estas líneas no han sido desmentidas, y que *O Dia* tenia en Cascaes un corresponsal especial que de hora en hora mandaba telegramas para este diario noticiándole cuando D. Luis tomaba una taza de caldo ó una gota de leche, si estaba más abatido, si aparentaba menor sufrimiento; finalmente, todo lo que pasaba al enfermo, hasta lo más menudo, y en ninguna de sus correspondencias dijo que don Luis hubiese confesado, ni recibido el sacramento de la Eucaristía.

Lo que sí vino luego fué la noticia de haberle sido administrada la Extremauncion, en un momento en que el moribundo estaba sumido en un desmayo, y por ende extraño á cuanto le pasaba, conforme anunciaron los propios telegramas que publicaron los periódicos ministeriales.

No ha sido, pues, sino por mala fe y calculada hipocresía el haber telegrafiado al extranjero la edificante muerte de un rey liberal, de quien puede decirse *qualis vita finis ita.*

A. Porfirio de Carvalho.

LA CUESTION ROMANA

VIII

La soberanía temporal de los Papas y la unidad política de Italia.

La más poderosa, ó más bien la única razon con que se quiere hacer aborrecible una restauracion del poder temporal de los Papas, es la de considerar á los partidarios de esta soberanía como enemigos de la unidad de la patria italiana. Semejante acusacion, que á diario dirigen los liberales, ha llegado á hacer mella en el ánimo de ciertos católicos, que se lamentan de que en Italia no se pueda ser buen católico sin ser á la vez enemigo de la grandeza y poderío de la patria.

A los que tal piensan de buena fe, nada más fácil que desvanecer sus dudas y restituir la buena armonía entre sus creencias católicas y sus sentimientos de patriotismo.

En efecto, una simple ojeada á la actual situacion de este flamante reino sobra para desengañarnos de que no basta ser partidario de la fraccion dominante para adquirir ya el diploma de amigo de la patria. Al contrario, como enemigos de la patria tienen á los italianísimos monárquicos, de una parte los elementos republicano-radicales, que con la abrumadora prueba de las cifras demuestran cuántos perjuicios y cuán inmenso cúmulo de ruinas de todo género ocasionan estos monárquicos á la desventurada Italia, y de otra los católicos, que á todas esas ruinas materiales agregan los desastres morales que están padeciendo bajo el poder tiránico de un Gobierno que pretende apagar en las conciencias de los italianos la llama de la fe católica, don el más excelente de la tierra.

Luego los que tildan á los católicos de enemigos de la patria debieran pensar antes ellos en excogitar el modo de zafarse de esa misma nota que, no el odio ni la mala fe de sus adversarios, sino sencillamente los hechos, les imputan. Los católicos á su vez son buenos ciudadanos, entusiastas como ninguno por la grandeza, el orden y la prosperidad de Italia, y precisamente la faccion que hoy impera ha derramado con profusion pasmosa sobre aquella península los males contrarios á estos bienes. ¿Será pecado reconocerlo así y aborrecer por ende á los causantes de tanto daño?

Mas prescindiendo de estas consideraciones, que son, sin duda, muy atendibles, no es verdad que la soberanía temporal del Papa ataque para nada la unidad de Italia, puesto que ambas cosas podian coexistir y armonizarse perfectamente.

Dos cosas han influido, al decir de un moderno escritor, en la desaparicion del poder temporal del Pontífice: la primera, las aspiraciones que sentia Italia á constituirse en unidad de Estado, y la segunda, la marcada tendencia que sienten estos Gobiernos á emanciparse de la autoridad de la Iglesia.

Pero si atenta y desapasionadamente examinamos la Historia, veremos que ese movimiento hácia la unidad italiana, lejos de combatir, afirmaba la existencia de los Estados menores. Y este primer paso hácia la unidad federativa, que hubiera sido la única posible, ó razonable y patriótica al menos, se dió ya en 1848 con la *Liga aduanera* de los Estados italianos, sin que ningun patriota mirase con malos ojos ese movimiento federal á excepcion de los piamonteses, que veian con tal motivo frustrarse sus inicuos planes, que no eran otros sino los de apoderarse del resto de la Península á pretexto de imponerle una unidad que ella por sí misma se hubiera espontánea y honrosamente, sin menoscabo de la Religion y de la justicia, proporcionado.

Excusamos decir á este propósito cuán ventajosa hubiese sido para Italia una unidad de esta ndole, en favor de la cual basta recordar el ejemplo floreciente de los Estados-Unidos de América del Norte, de los de Alemania y Suiza. Las diferencias históricas, etnográficas y climatológicas de este país favorecian á maravilla una federacion que salvase la legitimidad y autonomía de los Estados vencidos, ya que aquellas diferencias no se borran facilmente con una invasion y un Estado como el actual, imposicionista y violento. Por otra parte, una federacion hasta resulta en muchísimos paises utilísima para su engrandecimiento y exuberancia de vida. El ramo del arbol, por grueso que sea, siempre es un ramo; desgajadlo del tronco y plantadlo en la tierra, y tendreis un arbol nuevo.

Ahora bien: si ésta era la unidad más digna y conveniente para Italia, ¿quién es capaz de acusar al Papa de enemigo, ni á los Estados Pontificios de obstáculo para ella?

¿Qué más? Ni aun para la unidad monárquica estorba nunca la existencia del patrimonio de la Iglesia. Las armas invasoras llegaron á someter bajo un cetro toda la Península, desde los Alpes al mar de Sicilia. ¿Faltaba, por ventura, arrancar á la Sede Apostólica el pequeño oasis donde Pedro estableció su Cátedra primada para decir que Italia no fuese ya un reino uno?

Es, pues, evidente de toda evidencia que para llegar á la comision de ese robo sacrílego nada tuvo que ver el movimiento unitario de los italianos, y fué todo obra exclusiva de la ambicion piamontesa y de los tenebrosos planes sectarios contra la Iglesia católica.

De haber sido un movimiento popular, no hubiera presenciado Italia la desesperada resistencia que los meridionales opusieron á la invasion piamontesa; no hubiera visto que fué necesrio derramar á torrentes la sangre italiana y aterrorizar á los buenos con venganzas cruelísimas para que el pueblo permaneciese extraño á aquel cataclismo, que será un baldon eterno para la nacion favorecida por Dios con haber colocado en ella la Cabeza de su Iglesia.

En corroboracion de estos datos y prueba luminosa de que el Gobierno usurpador, más que fraccion política es una secta religiosa. aduce el folleto la persecucion movida contra la Iglesia en los Estados del Piamonte ya antes de que se hablase siquiera de *cuestion romana;* recuerda algunas frases de los corifeos de esa revolucion infame, y, por último, reproduce la relacion de las báquicas orgías celebradas el 9 de Junio al elevar ese escandaloso monumento al apóstata de Nola en las puertas mismas del Vaticano.

Asombra, por lo tanto, esa candidez de algunos católicos que se obstinan en no ver la realidad de las cosas y creen buenamente que las protestas del Papa son las que levantan esa persecutoria animosidad contra la Iglesia. ¡Acusar al Papa por ese delito vale tanto como echar al cordero la culpa de que con sus balidos recrudece y aviva la cólera del tigre que lo devora!

¡Debieran pensar esos hombres que, aun cuando realmente el ser italiano y buen católico fuesen incompatibles, la Religion y la justicia son antes que todo, porque no es equitativo, ni racional, ni humano sacrificar los intereses espirituales de la Iglesia y de los cristianos de todo el mundo en holocausto al bienestar de una nacion, siquiera ésta se llame Italia!

* * *

Jugaba Margarita con la cola
de su gato de angola,
y al quererla besar, ¡quién lo pensara!
¡de un arañazo le cruzó la cara!
Lo mismo que los gatos,
se portan en el mundo los ingratos.

LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS

V

SERVIA

Servia formaba en la antiguedad una parte de la Mesia superior y de la Dardania. A la caida del Imperio romano invadió esta region una tribu llamada de los *Serbis, Serbi ó Servi,* procedente de la Sarmacia asiática. El pueblo servio es, pues, una rama considerable de la gran familia de los eslavos, que se extendió desde las playas del mar Blanco hasta el Adriático. Cuando ocuparon este país, los servios eran ya cristianos, y siendo independientes quisieron un obispo no sujeto al patriarca de Constantinopla, que tomó despues el título de Patriarca. Predicó la fe cristiana en aquella tierra Tito, el discípulo querido de san Pablo; así es que se honra aquel Santo como el primer apostol de Servia. Las vicisitudes políticas de esta provincia y las de todas las demás de los Balkanes han sido varias, segun los acontecimientos. Situada á corta distancia de Constantinopla, donde se abrigaba tanto odio contra Roma, tan pronto se separaba de la Iglesia romana, como volvia á unirse con la Santa Sede. Así los servios fueron católicos como toda la Iglesia oriental mientras los patriarcas de Constantinopla permanecieron unidos á la Iglesia romana; pero, acaecida la fatal separacion, fueron arrastrados al cisma. En tiempo de Inocencio III, habiendo mostrado Esteban, príncipe de Servia, el deseo de unirse á la Iglesia romana, envióle el Pontífice dos Legados, y Esteban, esperando que la predicacion de ellos produciria gran efecto en el pueblo devolviéndole la paz, les dió amplia libertad para establecer cuanto creyeran conducente á la gloria de Dios. Los Legados convocaron en 1199 un Concilio en Dioclea, al que asistieron los arzobispos de Dioclea y Antivari y seis obispos, y del cual resultó la union de la Servia con la Iglesia católica.

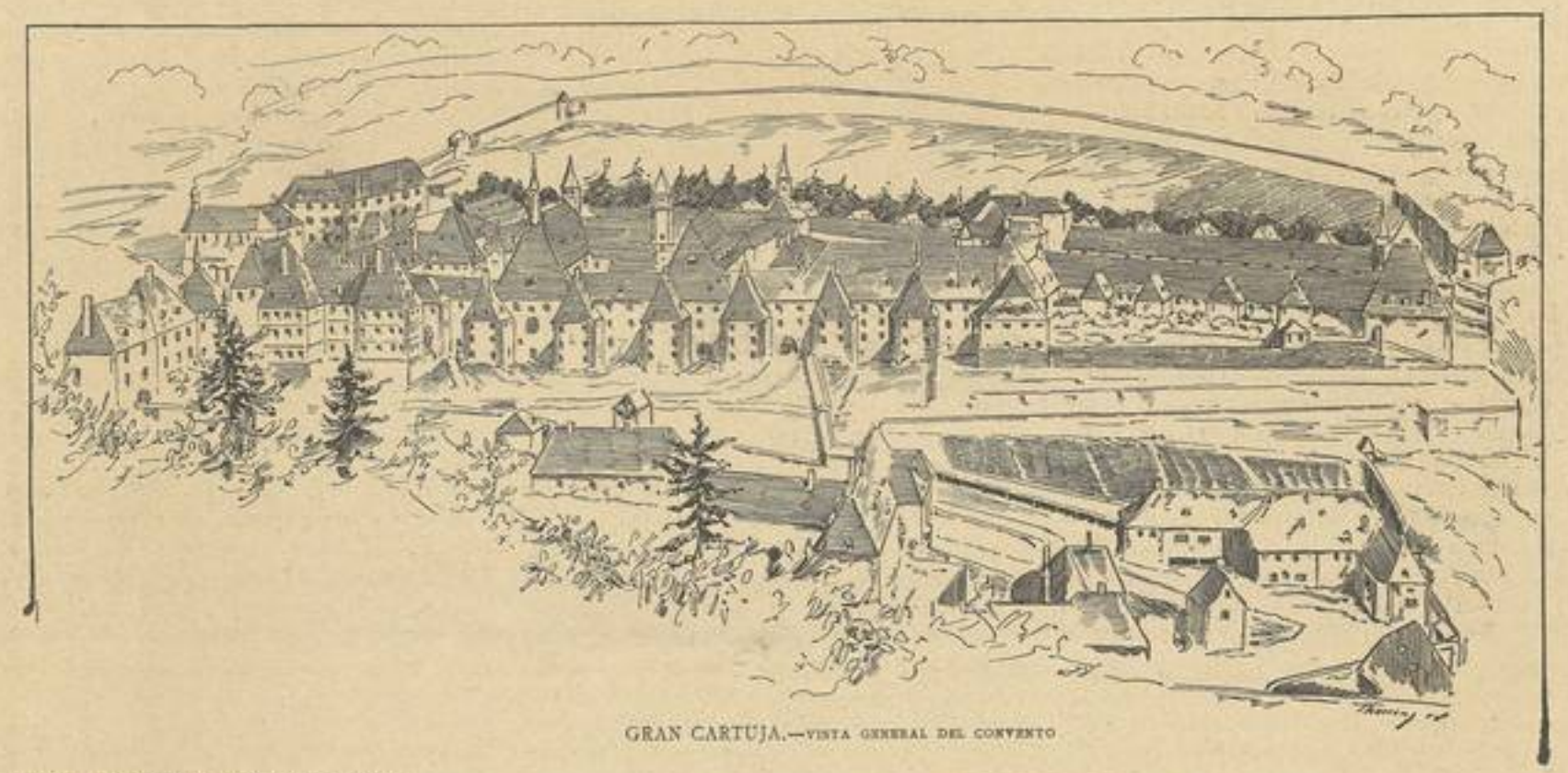
Mucho se congratuló de ello el Rey, y rogó al Papa que desterrase la herejía, la cual levantaba la cabeza, y muchos la habian abrazado. A pesar de esto, sospechan algunos que estas demostraciones no eran sinceras, al menos por parte de Esteban. «Esteban, escribe el docto Hurter, no se proponia otra cosa que tener al Papa de su parte para utilizar su influencia en daño de Hungría, mientras que *intus* seguia unido al cisma.»

Hoy el principado de Servia, como todos aquellos regidos por principios liberales, es enemigo de la Iglesia católica; pero si consultase la historia veria que los mejores tiempos de Servia fueron aquellos en los cuales estuvo unida al Romano Pontífice. En efecto: con el beneplácito del rey de Hungría, de quien era vasallo el de Servia, Inocencio III envió á este príncipe la diadema real; pero como no fuese recibido en la frontera el Cardenal legado, aquel gran Pontífice esperó prudentemente mejor ocasion, que no tardó en presentarse, pues habiendo muerto poco despues el rey de Hungría, y destronado Esteban y sustituido por su hermano Vulcano, éste reiteró á Roma las antiguas súplicas por la Corona, á lo que el Papa accedió enseguida, comisionando al arzobispo de Colocz para que fuese á Servia, confirmase en la fe al príncipe y á todos los prelados, rompiera el vínculo que los ligaba al patriarca de Constantinopla, uniéndolos con la Santa Sede, y confiriese al príncipe la régia dignidad.

En 1220 Esteban, rey de Servia, Dioclea y otras provincias, reconoció el primado de la Iglesia romana enviando sus embajadores á Honorio III, sucesor de Inocencio, con la siguiente carta: «Al santísimo Padre y Señor Honorio, Pontífice universal de la Iglesia romana, Esteban, por merced de Dios rey de Servia, Dioclea, Tribunia, Dalmacia y Oblomia, saluda y se inclina ante él con suma y constante fe.—*Así como todos los cristianos os aman, honran y tienen por Padre y Señor,* así tambien deseamos ser llamado hijo fiel de la santa Iglesia Romana y vuestro, teniendo á gran dicha recibir sobre nuestra corona y nuestra tierra la bendicion de Dios y la vuestra; y por esto os mandamos á nuestro obispo Metodio para que nos escribais, si os place, con el portador de esta carta, todo lo que parezca oportuno á Vuestra Santidad y vuestra voluntad.»

En 1288 el Papa Nicolás IV hizo grandes esfuerzos para lograr que Servia y otros pueblos vecinos, caidos de nuevo en el cisma, volviesen á la fe, y mandó oportunamente á Marino y Cipriano, de la Orden de Hermanos Menores. Reinaban entonces en Servia Urosio y Esteban, cuya madre Elena era católica, y por eso el Papa se dirigió á esta reina para conseguir la conversion de sus hijos.

Refiere Rinaldi que en 1308, deseando el rey Urosio apartarse del cisma con los suyos, despachó embajadores á Clemente V, notificándole su propósito, pidiéndole sacerdotes idóneos para instruir al pueblo, y además un estandarte para desplegarlo contra los enemigos del nombre cristiano. Al recibir tan fausta noticia, el Papa envió á Egidio, patriarca de Grado, y á Lupo y Artanisio, procuradores de la Corte pontificia, franciscano el uno y dominico el otro. Dictó la regla de fe que habian de profesar; quiso que confesaran que el Romano Pontífice era sucesor de san Pedro y Vicario de Jesucristo, con la potestad de ligar y desligar; que la Iglesia Romana gozaba de primacía sobre todas las otras; y condenado así el cisma, el rey prometió, en su nombre y en el de su pueblo, obediencia y respeto á la Iglesia Romana, jurando lo mismo los prelados. Los Legados pontificios fueron recibidos muy bien por Urosio, pero no se obtuvo la deseada union, sin duda por culpa del hermano y de la madre, que probablemente recaeria en el cisma. El mismo historiador cuenta que, por el año 1320, extendióse la religion católica por Servia y Macedonia, merced á las gloriosas victorias alcanzadas por Carlos I, rey de Hungría, sobre el cismático rey Urosio, de cuyo reino se apoderó, obligando á Urosio á someterse á la Iglesia Romana y al Pontífice Juan XXII. Por los años de 1322 y 1323 Carlos I consiguió nuevos triunfos contra los cismáticos, obligando otra vez á Urosio á someterse al Papa. Llevó á éste la noticia Filipo, príncipe de Taranto, con cuya hija Blanca deseaba unirse el rey de Servia. Filipo, como buen católico, pidió consejos al Papa, el cual no mostró desagrado, sabedor de que no solamente aquel rey, sino todo el clero y nobleza de su reino deseaban volver á la union con Roma. Urosio rogó al Papa que le mandase eclesiásticos capaces de instruir á su pueblo en las cosas de la fe católica, á cuya mision destinó Juan XXII á Bertrando, arzobispo de Brindisi, Bernardo de Parma, canónigo de Amberes, y Juan, de la Orden de los Dominicos. Llevaban una carta del Pontífice, en que expresaba éste su gozo por su conversion, y además la profesion de fe que Clemente IV envió al emperador Paleólogo para los armenios. Regida por Urosio la Servia, se levantó al mayor esplendor, y hubiera opuesto un dique poderoso á la irrupcion musulmana, que se extendia á la sazon por los países orientales de Europa; pero desgraciadamente aquel príncipe murió sin dejar un sucesor capaz de

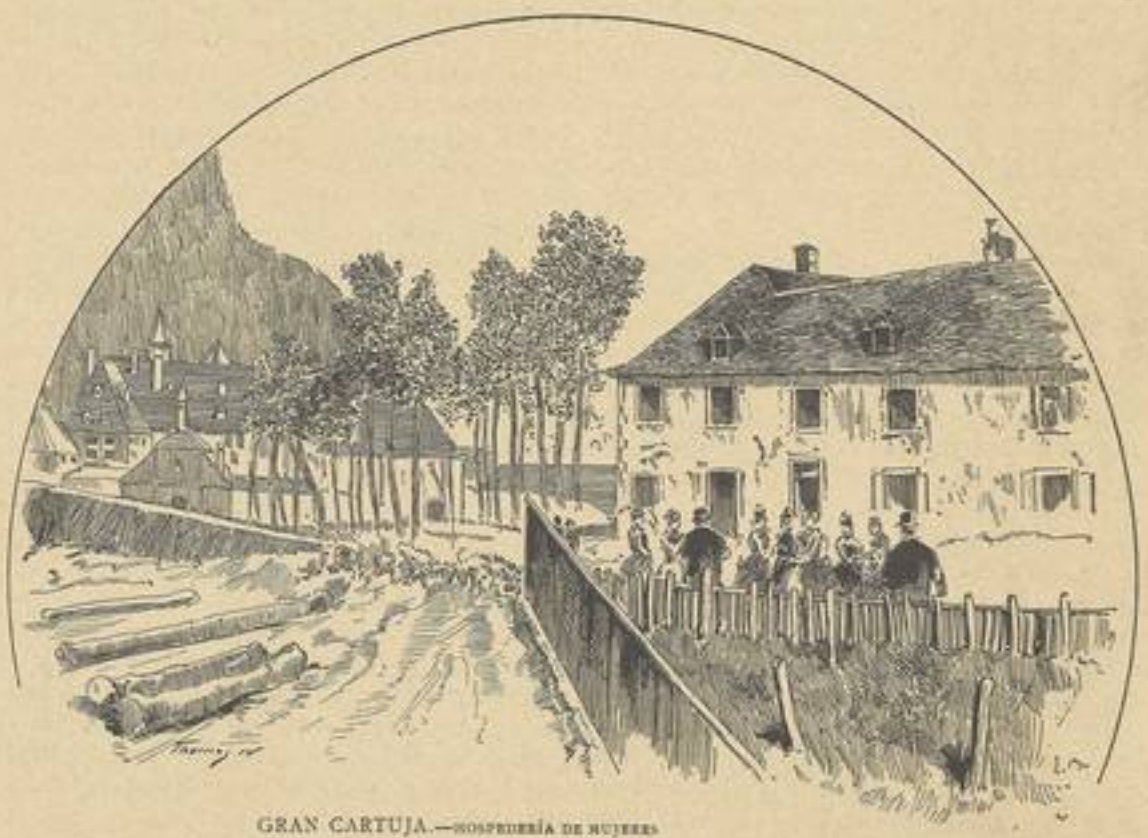


GRAN CARTUJA.—VISTA GENERAL DEL CONVENTO

seguir su ejemplo y guiar á los bravos guerreros que formaban su ejército. Los reyes y príncipes servios resistieron por largo tiempo las formidables hordas de los turcos; pero sucumbieron al fin en 1365 á la fuerza del número. No por eso soportaron los servios con paciencia la dominacion turca: el príncipe Lázaro Crale se alzó en armas contra el bárbaro tirano, púsose al frente de la Confederacion eslava, y peleó valerosamente; pero hecho prisionero en la batalla de Kassovo en 1389, murió, como el resto de sus soldados, acuchillado por los otomanos.

Bayaceto I, llamado *el Rayo*, incendió y saqueó la mayor parte de las poblaciones servias, y todavía experimentaron otros desastres, hasta que por último la fortaleza de Belgrado cayó en poder de los turcos bajo Soliman II.

La Iglesia católica no abandonó á Servia afligida y desolada. El Papa Nicolás V se ocupó con Juan Hunniades,



GRAN CARTUJA.—HOSPEDERÍA DE MUJERES

GRAN CARTUJA.—UN VESTÍBULO

regente de Hungría, en disponer tropas que librasen de la tiranía turca las provincias colindantes, é imploró el socorro del célebre Scandemberg, príncipe de Macedonia y Epiro. El mismo Pontífice, en 1449, envió á Servia para restablecer el Catolicismo á Antonio, franciscano, y en la guerra de 1451 á otro franciscano, Eugenio Somma, con muchas facultades espirituales, entre otras la de conceder indulgencia plenaria en la hora de la muerte á aquellos que hubiesen peleado contra los infieles. Pero, conquistada por los turcos, Servia perdió toda esperanza de sacudir el yugo mahometano, y de aquí que sufriese todas las vicisitudes de las demás provincias sometidas al islamismo. Sin embargo, es de recordar que Belgrado se libró en 1456 del asedio que le tenia puesto el formidable Mahometo II, gracias á los poderosos refuerzos que le envió Calixto III por medio del célebre cardenal Carvajal. Y no tuvo poca parte en esta insigne victoria alcanzada contra los turcos el ardiente celo de Juan de Capistrano, unido al valor de Juan Hunniades. El gran hijo de san Francisco, con un crucifijo en la mano, juntó para la defensa de Belgrado un ejército de 40,000

GRAN CARTUJA.—EL TORNO

GRAN CARTUJA.—UN MONJE TRABAJANDO

GRAN CARTUJA.—EL ORATORIO Y EL «DESIERTO»

hombres, salvando con ellos la capital de Servia de caer en poder de los turcos. En memoria de hecho tan insigne el Pontífice hizo más solemne la fiesta de la Transfiguracion, en cuyo dia los cristianos derrotaron á los turcos. Hasta el año 1668 fué Belgrado objeto de sangrientos combates y memorables asedios: en ese mismo año fué tomada por Leopoldo I, pero la recuperaron los turcos en 1690. En 1693 se intentó quitársela, pero inutilmente; antes bien les fué cedida por el tratado de Carlowitz. En 29 de Agosto de 1712, bajo el imperio de Carlos VI, logró conquistarla el famoso príncipe Eugenio, por cuya victoria el Pontífice Clemente XI cantó un solemne *Te Deum* en el Vaticano, y dispuso que hubiera iluminaciones en Roma durante tres dias en señal de regocijo. En 1739 cayó de nuevo Belgrado en poder de los turcos, y, aunque se les tomó otra vez, sucumbió en seguida á la cimitarra otomana, que quedó definitivamente dueña hasta principios de este siglo, en que el valeroso pueblo servio sacudió el dominio musulman, constituyéndose Servia en principado tributario. Fué entonces el héroe de su independencia Jorge el Negro, convertido de guardian de cerdos en caudillo afortunado y valeroso. Sus actos de bravura y energía son extraordinariamente celebrados por los bardos servios y descritos minuciosamente por los historiadores.

A Jorge sucedió el valeroso Milosch, á quien la Puerta reconoció como príncipe independiente en 1833, reservándose la ciudadela de Belgrado. Obligado á abandonar á Servia en 1839 á consecuencia de una revolucion excitada por su fiereza, fué vuelto á llamar en 1855, y gobernó despóticamente hasta su muerte, ocurrida en 1860.

Inmensos fueron los daños que tuvo que sufrir en Servia la religion católica, sin embargo de que los Pontífices no cesaron de enviar allí sus misioneros. Clemente XI, á fin de cortar los muchos abusos que se habian introducido en la Iglesia servia á favor de tantas contiendas políticas y militares, hizo que los obispos de Servia y Albania celebrasen un Concilio, que restauró la disciplina. Benedicto XIV desplegó gran solicitud por Sérvia, como puede

verse en el *Bulario* publicado por la Congregacion de *Propaganda fide*, en el cual se leen muchos decretos sancionados por este Pontífice sobre varios puntos de disciplina eclesiástica referentes á Servia. Esto no obstante, los servios que se han conservado fieles á la Sede Apostólica son relativamente pocos, y están esparcidos en varias aldeas, divididas en ocho parroquias. Los católicos residentes en Belgrado son en su mayor parte emigrados bosnios: en esta ciudad reside tambien el obispo católico de Belgrado y de Semendria. Despues de lo estipulado por el Congreso de Berlin, esperamos que recobrará allí su libertad y hasta su preponderancia aquella Religion que fué un dia la gloria del pueblo servio.

VI

MONTENEGRO

Este centinela avanzado de Rusia sobre el mar Adriático no recuerda en su historia ningun hecho memorable relativo á la Iglesia católica, debido tal vez á que aquel país se compone casi todo de una cadena de montañas apenas accesibles. En lo antiguo perteneció á la provincia eclesiástica Prevalitana, bajo la jurisdiccion del arzobispo de Scopia, primado de Servia. Y cierto de origen servio es el pueblo montenegrino. La religion que profesa es la griega cismática, pues fué arrastrado al cisma junto con las demás provincias de la península de los Balkanes. Deseosa Rusia de tener influencia en las cosas de Oriente, ha protegido siempre esta raza indomable, aliada suya en religion y en política. Además de la suma anual de 30,000 florines de subvencion, Rusia ha dominado siempre en el Montenegro por medio de su *vladika*, esto es, obispo, que se educa en Rusia y allí recibe su consagracion episcopal. Este es el único obispo de Montenegro que lleva el título de metropolitano. Hasta 1516 estuvo separada en el Principado la autoridad eclesiástica de la civil; pero habiéndose retirado aquelaño á Venecia Jorge, señor de Montenegro, abdicó el poder civil en favor de su hermano el vladika German, por donde una misma persona vino á reunir ambas potestades con el derecho de nombrar un sobrino suyo sucesor.

Así continuaron las cosas por espacio de tres siglos y medio, hasta que en 1850 Jorge Petrovich, designado para su sucesor por el vladika Pedro II, renunció á su futura dignidad por no permanecer obligado á guardar el celibato exigido por la Iglesia griega á sus primeros pastores. Con tal motivo el metropolitano Pedro II llamó á su otro sobrino Daniel Petrovich; pero no queriendo éste tampoco vivir célibe, Rusia se decidió en 1852 á separar la potestad eclesiástica de la civil, confiriendo á Petrovich el título de Príncipe de Montenegro, y la asamblea de Cetigne, su capital, lo reconoció por tal á él y á sus sucesores; mas Petrovich, á semejanza de su protector el czar de Rusia, unido al título de príncipe, continuó llamándose vladika, esto es, jefe espiritual del Principado.

Los valientes montenegrinos no han dejado un momento de paz á los turcos desde que ocuparon aquellas tierras, derrotándoles ejércitos poderosos con sus guerrillas de montaña. Ultimamente, merced al tratado de Berlin, obtuvieron la ansiada independencia, con aumento de territorio, que imperiosamente exigia su estado económico; pero no sabemos si logrará sustraerse del yugo de Rusia, á la cual hace siglos está supeditada, para conseguir verdadera vida civil y cristiana, que en vano esperará del gobierno del autócrata moscovita.

LOS MISIONEROS DEL SIGLO XIX

En medio del amargo desconsuelo que experimenta el alma al ver correr á la humanidad desatentada y ciega en pos de los intereses de la vil materia, en medio de la hiel que deposita en nuestros corazones la investigacion de la filosofía de los hechos humanos corrompidos por el interés y el egoismo, y en medio de las dolorosas reflexiones que surgen en nuestro espíritu al ver esa muchedumbre inmensa de generaciones esparcidas sobre la faz del Universo disputarse con el hierro y el fuego un palmo de tierra, todavía un átomo de esperanza viene á iluminar nuestro espíritu abatido por el desaliento y á fortalecer nuestra fe quebrantada, cuando ponemos los ojos en esa pequeña fraccion de la gran familia humana, en ese puñado de héroes que abandonando su patria, hogar, familia y cuantos seres queridos encierra para ellos el sagrado recinto donde vieran la luz de la existencia, se lanzan intrépidos al seno de los mares é izando la bandera de la verdad y de la justicia, marchan, llevando en el alma la fe de los patriarcas, á realizar los altísimos destinos que la Providencia les señalara sobre la tierra. Esta serie de inmensos sacrificios, realizados sin más aspiraciones que la de extender y propagar por todos los ámbitos del mundo la gloria del Señor y la de proyectar los divinos resplandores de la ciencia del Calvario sobre esas generaciones de esclavos que el tenebroso carro de la barbarie y de la ignorancia lleva atados á su triunfante y ominosa rueda, hacen del misionero católico el tipo más simpático de cuantos han producido las múltiples religiones que han pasado sobre la tierra y la encarnacion más perfecta del heroismo cristiano en su más alta significacion, viniendo á ser el misionero entre los demás hombres lo que es la luz entre las tinieblas, el sol en el mundo y el oasis en medio del desierto.

Si penetramos en los arcanos de la historia y recorremos el catálogo de los hombres á quienes una accion magnánima ha conducido al templo de la inmortalidad y elevado á la categoría de los héroes, nos quedaremos agradablemente sorprendidos al ver esas hazañas que conquistaron á sus autores los aplausos de la historia, el respeto de los siglos y la admiracion del mundo, oscurecidas por el heroismo de los misioneros católicos, que sin más auxilio que la eterna compañía de la abnegacion y el sacrificio trasponen los montes, surcan los mares, penetran la espesura de los bosques y recorren los términos de la tierra, buscando, ya en las abrasadas zonas del África, ya en las elevadas mesetas del Asia, ya en los vírgenes bosques del Nuevo Mundo, un sér que lleve la figura humana para prestarle los auxilios de la redencion. Ninguna fuerza humana es bastante para explicar esa interminable serie de sacrificios realizados por el misionero en el breve espacio de su vida. Poned sino al lado del último de los misioneros del Catolicismo la figura de Bruto sacrificando á sus hijos á las instituciones de su patria, la de Régulo inmolando su vida por sostener la fidelidad de su palabra, la de la altiva Lucrecia dándose de puñaladas por no sobrevivir á un ultraje, la de Codro, la de Leonidas, la de Caton y Cincinato, y todos esos héroes de la historia os parecerán una sombra pálida al lado de un foco de vivísima luz; lo que el pequeño hisopo al lado del plátano y el cedro.

La virtud en aquellas almas que no conservan inextinto el sagrado fuego de la religion cristiana está con frecuencia desfigurada y corrompida por el hálito de pasiones inconfesas y bastardas que se ocultan en el fondo de todas sus acciones virtuosas, como se oculta la espina en medio de las flores y como se ocultan los anillos de la astuta serpiente en medio del florido vergel, sin que sea raro, al investigar el génesis de esas hazañas canonizadas por la historia, encontrar despues de una capa externa de brillantes resplandores un núcleo de negras y macizas sombras, vislumbrando enroscado en el fondo de esas brillantes hazañas el repugnante y sórdido egoismo, como se vislumbra á través de la cristalina superficie del lago el reptil inmundo revolcándose en el fondo de su cieno. Por lo que á nosotros toca, varias veces al sentir clavarse en nuestro corazon las aceradas garras de crueles desengaños hemos visto vacilar nuestra fe en la virtud de los hombres; varias veces vagando entre dudas terribles, y aleccionados por la experiencia, fecunda madre del saber humano, nos hemos visto tentados á admitir una hipótesis que si bien responde magníficamente á la consonancia y armonía del Universo llena sin embargo de luto y desolacion el alma de todos los buenos. Esta hipótesis es la unidad de las fuerzas morales en el hombre, en armonía con la unidad de las fuerzas físicas en el Universo. Casi hemos llegado á persuadirnos, cuando sentados al borde del negro abismo de la duda examinábamos las acciones humanas, que así como en el mundo físico la fuerza se transforma en movimiento, el movimiento en luz, calor y electricidad, siendo todas estas manifestaciones formas diferentes de una energía única y universal con que Dios ha fecundado el seno de la materia, así en el mundo de los espíritus las diferentes fuerzas morales que empujan al hombre en la carrera de su destino, ora reciban los nombres de honra, amor, esperanza y cualquier otro brillante y seductor, no son más que diferentes formas de una energía moral prepotente y única, de una fuerza de potencia infinita que se llama el *egoismo*, en torno de cuyo centro giran todos los hombres como los planetas al rededor del sol. Mas al extender la mirada del pensamiento sobre la vida de los misioneros, llena del heroismo más sublime, al verles trasladarse á los últimos extremos de la tierra para alumbrar con la esplendorosa antorcha de la fe á los que yacen sentados en las tinieblas de la muerte y de la perdicion, hemos visto desaparecer la nube de crueles dudas que nos oscurecia el horizonte de la vida, hemos visto desvanecerse el pesimismo que bañaba nuestra alma con la hiel de la desesperacion, como se desvanecen las gotas del rocío sobre el tálamo de las flores al primer rayo del sol de la mañana; sintiendo lo que siente el viajero cuando cansado de caminar por áridos desiertos y llanuras uniformes como la eternidad se encuentra de repente en un parque delicioso ó en un jardin de asiático estilo, con arboladas colinas, sonoras cascadas, ondulantes calles y murmuradoras fuentes que lo transforman en una mansion muy semejante á las que deben existir en el paraíso. Y sin embargo ese misionero cuya mágica palabra seca las lágrimas del desgraciado y hace temblar el puñal del asesino, ese misionero que lleva el bálsamo del consuelo al corazon herido por el desengaño, que traslada de su asiento las montañas, que serena y calma el impetuoso oleaje de las pasiones humanas, aún cuenta con mortales enemigos, aun tiene quien atenta contra su vida y su honra en nombre de una mentida civilizacion. No es extraño: hay quien juzga el religioso misionero como un sér debil y cobarde que se acoge á la sombra de la Religion por no atreverse á luchar con las adversidades de la vida; hay quien piensa que es un sér egoista y avaro que reconcentra y esteriliza en sí propio el precioso don de la existencia; hay quien se

atreve á presentarlo á los ojos de la muchedumbre ignara como un monstruo aborrecible, producto híbrido del fanatismo y de la ignorancia, manzana de eterna discordia y piedra de escándalo y agitador incansable, que lleva el espanto, el terror y el desorden á las conciencias humanas.

Cuatro malvados sin religion desde las columnas de la prensa rompieron el fuego contra las instituciones religiosas, y hoy en nombre de la civilizacion y del progreso se intenta suprimirlas y exterminarlas de sobre la faz de la tierra, como si se tratase de una asociacion de sicarios ó criminales bandidos. El religioso, dicen, es un sér anticuado, encarnacion del fanatismo y rémora del progreso; ha terminado ya su papel en el mundo, porque ha terminado ya felizmente la época en que la ignorancia de los hombres colocaba en cada una de las fuerzas de la naturaleza un Dios justiciero y vengador. No le combatimos nosotros, añaden, le combate el progreso y la civilizacion y le rechaza la opinion ilustrada de la Europa. Doctrinas tan perversas vertidas á torrentes por la prensa sobre las masas populares no tardaron en dar el resultado apetecido, traduciéndose en hechos feroces, escándalo del mundo y de la historia, y ved ahí que la revolucion coronada de serpientes se lanza á las calles y pasea por los países más cultos de la Europa su terrible y ensangrentado carro, mientras que sus satélites y ministros con la tea y el puñal destruyen los santuarios de la paz y de la ciencia y asesinan ferozmente á sus moradores. Pero esta y aquellos se engañan miserablemente: el religioso, lejos de ser un obstáculo que obstruya las sendas del progreso, es un elemento civilizador de las naciones y un factor esencial de la cultura de los pueblos. El infunde en el alma del niño y del anciano el sentimiento del honor, el respeto á las leyes y la obediencia á las autoridades de la nacion; él instruye á los ignorantes, refrena á los ambiciosos y aterra á los criminales, formando al mismo tiempo que hombres para Dios excelentes ciudadanos para la patria. Sin su influencia bienhechora, los pueblos desmoralizados correrian á su perdicion como la piedra á su centro y el sol á su ocaso, y las naciones, relajadas los vínculos sociales, serian presa de la mas espantosa anarquía. ¿Quién hace templar á los tiranos de la tierra, sino la potente palabra del misionero? ¿quién rompe las cadenas de la esclavitud, quién forma la conciencia ilustrada de los pueblos, quién enfrena el furor de las muchedumbres, quién asegura los principios del orden y quién extiende los beneficios de la ciencia por todos los ámbitos del mundo? Sin el religioso y el misionero que van marcando á la humanidad el rumbo que debe seguir para realizar sus destinos absolutos en el tiempo y en la eternidad, como el dedo de Dios le marcara á los astros en el espacio, ¿qué importaria que el progreso humano tendiese sus inmensas redes de hilos eléctricos sobre la tierra, ni que el vapor potente empujase á los buques sobre la inmensidad de las aguas, ni que la electricidad transmitiese la vibraciones de la voz y del pensamiento á través del tiempo y del espacio, ni que el telescopio nos revelase los secretos y maravillas de los mundos siderales? Todas estas conquistas no serian más que una sombra de otros fines más soberanos que quedarian sin realizar sin la influencia beneficiosa de los ministros de la religion y del santuario.

(Se concluirá).

POR UN ANILLO

III

Durmió poco aquella noche el desdichado Alberto. A su imaginacion exaltada por los celos acudian en tropel sus amores, las palabras de Agustina, la imagen de Fausto con sus miradas significativas y sus sonrisas burlonas, las escenas de la fuente, el baile de aquella tarde y el anillo de su amada en la mano de Fausto. Tan pronto creia inocente á su prometida y pensaba pedirle perdon por haber dudado de ella, como la veia culpable y acariciaba los más atroces proyectos de venganza. Aquel corazon, que latia á impulsos del amor primero y que soñaba constantemente con Agustina, martirizado por los celos, y aquel cerebro caldeado por las cavilaciones y el insomnio, no podian soportar ni comprender que hubiesen sido pospuestos á un charlatan vanidoso, cuyas veleidades amorosas eran proverbiales y públicas. Cuando cerca ya del amanecer el sueño cerró sus párpados negros, horribles fantasmas con anillos en las manos empezaron á atormentarle con ridículos visajes. Simularon despues repugnante danza, y al pasar por delante de Alberto le mostraban los anillos. Por fin vió entre ellos pálida y llorosa á Agustina y vió tambien como aquellos fantasmas le maltrataban y le hacian bailar á viva fuerza. Alberto voló en su auxilio; pero cuando ya casi la tenia en sus brazos, aquellos monstruos la cogieron y huyeron con ella. Agustina, que lloraba amargamente, se despidió de Alberto echándole un anillo desde lejos. Este quiso cogerlo, pero aquellas sombras se lo impidieron, arrojándolo al suelo y pisoteándole el corazon.

Alberto despertó sobresaltado y ya no le fué posible conciliar el sueño. Su frente ardia y notaba opresion grande en la region cardíaca. Se levantó al punto y salió á respirar el aire libre del campo.

La mañana estaba hermosísima. Aparecia el sol en lontananza, y al filtrarse sus hebras de oro por entre las gotas de rocío descomponíanse presentando las tintas todas del iris; al silencio pavoroso de la noche habia sucedido esa armonía misteriosa y sublime que acompoña siempre á las mañanas de Agosto; la brisa refrescaba las sienes de Alberto, y las flores hermosas y lozanas hacian llegar hasta él en invisibles ondas el encanto de sus perfumes. Los pulmones de Alberto se dilataban y su febril agitacion se iba cambiando en profunda melancolía. La duda le martirizaba, y no obstante la preferia al desengaño. Podia buscar á Agustina y pedirle explicaciones; pero se horrorizaba ante la idea de oir de sus mismos labios la noticia de su desventura, y decidió esperar á que el tiempo confirmase ó desvaneciese sus sospechas.

Cuando volvió al lugar, puso gran empeño en aparecer tranquilo y regocijado como todos; pero un ojo observador hubiera notado la palidez de su rostro ó sorprendido alguna lágrima atrevida que más de una vez empañaba el azabache de sus ojos.

Por la tarde y según costumbre inveterada, lidiaron un toro en la plaza del pueblo, que al efecto habian cerrado con maderas por todas partes. Los espectadores se colocaban por asalto en balcones, tablados, barreras y hasta carros que algunos habian puesto junto á las paredes á falta de mejores palcos.

El Ayuntamiento y los dulzaineros ocupaban los balcones de la casa del lugar. Agustina, con otras muchas mujeres, estaba en otro balcon, y Alberto tomó asiento en una barrera de enfrente.

Ambos se miraban sin cesar; pero la distancia les impedia dirigirse la palabra. Agustina observó la alteracion que habia sufrido el rostro de Alberto y el suyo fué invadido por una nube de tristeza que Alberto tuvo tentaciones de traducir por disgusto de tenerlo delante.

Cuando la dulzaina dió la señal soltaron el toro, y los aficionados de Llace, armados de blusas y mantas, empezaron á lucir sus habilidades.

Contentábanse todos con arrojar al toro desde lejos sus respectivos trapos, hasta que Fausto, que era uno de los toreros, tomó una banderilla adornada con papeles de colores, se fué derecho al balcon de Agustina y dijo en alta voz, dirigiéndose á ella y queriendo imitar el acento andaluz:

—¡A tu salú, cuerpo güeno!

Decir esto, ruborizarse Agustina, mirar Fausto á Alberto con intencion malévola, citar al toro y ponerle la banderilla, fué todo obra de un instante.

Los espectadores palmoteaban; el toro berreaba dando saltos de dolor y el corazon de Alberto los daba de rabia. Agustina le dirigió desde su balcon una mirada que queria decir: «¿Pero ves qué estúpido?» Y Alberto tradujo: «¿Ves como vale más que tú?» Hubiera querido en aquel instante ser torero para oscurecer la hazaña de Fausto; pero desconfiaba del éxito y se contentó con morderse los labios hasta hacerse sangre.

Al anochecer terminó la corrida y empezó á despejarse la plaza. Las mujeres regresaban á sus hogares; los maridos se ocupaban en deshacer las barreras, y con grande algazara y en tropel dirigíanse los mozos á la taberna del pueblo.

Llegados allí, fueron tomando asiento en sucios bancos que habia pegados á las paredes de aquel antro tenebroso, y á la luz de moribundo candil pendiente del techo se vieron circular en todas direcciones ollas y tazas llenas de vino que aquellos bebedores saboreaban comentando entre tanto los sucesos del dia.

Alberto era poco aficionado al vino; pero aquella tarde, como si quisiese ahogar los latidos de su corazon y las negras ideas que oscurecian su mente, empezó á despachar de un solo trago cuantas tazas le presentaban.

Bien pronto hablaron todos á la vez sin entenderse ninguno. Sólo Alberto parecia ajeno á cuanto pasaba á su alrededor. Pálido como la cera, seguia despachando maquinalmente taza tras taza de vino, sin tomar parte en ninguna de las mil conversaciones que sus compañeros sostenian regocijadamente.

De pronto pareció sacarle de su estupor el nombre de Agustina pronunciado por Fausto que hablaba con otro mozo en un rincon. Alberto tembló de piés á cabeza, aplicó el oido y escuchó el siguiente diálogo:

—Pues mira, Fausto; ¿sabes lo que te digo? que en toda mi vida he visto poner una banderilla con tanta limpieza como la que tú has puesto esta tarde.

—Eso sólo lo hago yo por Agustina—dijo Fausto henchido de satisfaccion.

—Pero, ¿teneis algo?

—¡Pues no hemos de tener, hombre! si cuando yo me empeño en una cosa...

—Yo pensaba que era novia de Alberto.

—Sí, *era;* pero me figuro que si vuelve se va á llevar un calabazon...

—¿Y ella te ha dicho que te quiere?

—Así... claro, claro, no; pero me lo está diciendo siempre con indirectas.

—Bien, hombre, bien,—y le daba una palmada en el hombro:—me alegro de que te lleves una de las mozas más guapas del pueblo.

—Di la más guapa; ¡viva Agustina! ¡á su salud!

Y levantando la taza llena de vino, la apuró hasta las heces.

Alberto estaba ciego. Los celos y el vino habian extendido ante sus ojos espesa nube que le impedia distinguir los objetos. No obstante, al levantar Fausto el brazo para pronunciar aquel brindis, vió brillar como un relámpago el anillo de Agustina en la curtida mano de su rival. De sus negras pupilas escaparon dos centellas. Vió

GRAN CARTUJA.—APOSENTO PARA UN VIAJERO

á Fausto separado de los demás entretenido en encender un cigarrillo; castañetearon sus dientes, se acercó á él y le dijo algunas palabras en voz baja. Fausto dió un paso atrás, perdió el color, abrió desmesuradamente los ojos, le miró de hito en hito y dijo al fin como si tomara una resolucion:

—Cuando quieras.

—Vamos,—dijo Alberto.

Y sin despedirse de nadie salieron ambos de la taberna.

Algunos de los mozos que observaron la actitud nada tranquilizadora de los dos contendientes, aguijoneados por la curiosidad ó tal vez presintiendo alguna desgracia, salieron en pos de ellos.

Poco habian andado cuando en un callejon próximo oyeron gritos sofocados de rabia, imprecaciones pronunciadas entre dientes y ruido de lucha.

Corrieron allá. Fausto y Alberto reñian acaloradamente. Cuando sus compañeros llegaron, Fausto, agonizando, se revolcaba en su propia sangre, y Alberto de pié, con el rostro pálido y desencajado, apretaba convulsivamente con su mano derecha el mango de la navaja que acababa de hundir en el pecho de Fausto mientras sostenia con la izquierda y examinaba con estúpida curiosidad el anillo de su novia que habia arrancado del dedo de su víctima.

Lanzáronse todos sobre él y le sujetaron sin que opusiera grande resistencia. Acudieron las autoridades del lugar y condujeron al homicida á la carcel, empezando despues á instruir las diligencias oportunas para levantar el cadaver.

Agustina, entre tanto, ignorante de cuanto sucedia, perdíase en conjeturas queriendo descubrir la causa del desvío que en Alberto notaba; y el recuerdo de aquellas miradas de hielo contra las que se habian estrellado las suyas amorosas, atormentaba incesantemente su pecho y no la dejó conciliar el sueño en toda la noche. Se levantó temprano, y al abrir la ventana hirieron su oido las siguientes frases de animado aunque algun tanto misterioso diálogo, que al pié del alfeizar sostenian dos comadres:

—Ya, ya... ¡pobre Fausto!... tan buen mozo...

—Pero ves, mujer... ¿quién habia de figurárselo?... Si no lo hubiera visto...

—¡Dios nos libre de una hora mala!

—Es verdad; pero no tienen los mozos toda la culpa.

—¿Quién la tiene pues?

—Las mozas, mujer, las mozas que hoy se estilan. En nuestro tiempo no éramos así. ¿Te parece á tú que está ni medio bien siquiera, que estén siempre retozando con los mozos, sin pizca de temor de Dios ni de vergüenza, manoteando á todas horas y que hasta se dejen quitar los anillos del dedo?

—¿Eso ha sucedido?

—Sí, mujer, sí; yo ni quito ni pongo rey, ni me gusta meterme en camisa de once varas; pero lo del anillo estuvo muy mal hecho. Parece mentira que una muchacha que no es tonta y tan honrada como Agustina se dejase quitar el anillo.

—¿Y todo por un anillo?

—Por el anillo, por esto, por aquello y por lo de más allá. Lo cierto es que el dichoso anillo en el dedo de Fausto es lo que principalmente ha cegado á Alberto.

Agustina no pudo más y preguntó angustiada á las comadres interlocutoras:

—Pero, por Dios, ¿qué ocurre?

Huyeron estas despavoridas como criminal al que se coge infraganti; pero el mismo Alberto en persona se encargó de contestar á la pregunta pasando por debajo de la ventana en aquel momento entre dos guardias civiles que, maniatado y á pie, le conducian á las cárceles del partido, despues de haber pasado la noche en la carcel del lugar. Al verle, Agustina se quedó como si fuese de piedra, fijos los ojos en el preso, entreabiertos los labios, crispadas las manos y sin exhalar un grito, sin pronunciar una palabra. Por fin el desdichado Alberto se atrevió á levantar su manchada frente y sus ojos se encontraron con los de Agustina. Aquella mirada encerraba todo un poema de amor y de odio, de ira y de arrepentimiento. A su influjo poderoso salió la joven de su estupor y sintió el peso todo de su desventura. Llevóse las manos al pecho, dejó escapar un grito de dolor, y cayó sin sentido sobre el pavimento.

. . . . . .

IV

Han pasado dos meses.

En la Audiencia de lo criminal de la provincia tiene lugar la vista en juicio oral y público de la causa por homicidio seguida contra Alberto X... vecino de Llace.

Sobre un velador que hay en el centro de la sala se ven una navaja y un anillo, y en la banqueta de los acusados está Alberto, pálido como la muerte y con los ojos fijos en el suelo.

Casi todos los mozos de Llace, interrogados por los jueces, refieren el hecho con sus pelos y señales, tal como acaeció.

El fiscal pide para nuestro joven veinte años de presidio, considerando la embriaguez de Alberto como circunstancia agravante por suponerla habitual. El abogado defensor, ayudado por

GRAN CARTUJA.—UNA CELDA

GRAN CARTUJA.—LOS RELIGIOSOS DIRIGIÉNDOSE Á MAITINES

los testigos todos, prueba que Alberto apenas ponia los piés en la taberna y que no se habia embriagado dos veces en toda su vida; que era un mozo honradísimo y que habia obrado en virtud de obcecacion y arrebato é impulsado por la pasion terrible de los celos. Y la Sala, por último, condena al procesado de Llace á doce años y un dia de presidio, saliendo poco despues Alberto para el presidio de San José de Zaragoza, á cumplir su condena.

¿Qué fué entre tanto de Agustina?

La impresion que le produjo la noticia de la desastrosa muerte de Fausto y el ver á Alberto maniatado y en poder de los tribunales de justicia, le acarreó una enfermedad que la obligó á guardar cama durante quince dias.

En el ardor de la fiebre veia al amado de su corazon convertido en asesino, con manchas de sangre en la cara, en las manos y en el traje; y lo veia blandir con furia navajas y cuchillos que hundia hasta el mango en el pecho de cuantos encontraba haciendo brotar á cada golpe surtidores de sangre que caian todos sobre ella y la ahogaban en un lago rojo y humeante. Entonces pedía auxilio á gritos, y Alberto, con los ojos centelleantes y los cabellos erizados, la amenazaba de muerte y le mostraba un anillo.

Otras veces veia grandes cadenas formadas de anillos de plata que se movian por sí solas produciendo un sonido atronador y corrian en pos de ella alcanzándola, rodeándola y abrumándola con su peso.

Cedió por fin la fiebre y Agustina se halló en disposicion de dejar el lecho. Mas ¡ay! las rosas de sus mejillas se habian marchitado para siempre, su mirada era de continuo triste y melancólica, y una expresion de amargura sin igual habia reemplazado á la alegría y satisfaccion incesantes que antes iluminaban su rostro.

No pisaba la calle ni siquiera se asomaba á la ventana; y al verla en su casa, siempre triste y con los ojos bajos, diríase que la sangre de Fausto y las cadenas de Alberto habian sellado su frente con el doble baldon del asesino y del presidiario.

Su cariñosa madre procuraba distraerla por cuantos medios le sugeria el amor maternal; pero todo en vano: cualquier palabra de consuelo la hacia prorrumpir en amargos sollozos, y se encerraba en su habitacion para dar allí rienda suelta á sus lágrimas y á sus pensamientos.

Las risueñas escenas del pasado, comparadas con la amargura del presente y del porvenir, herian las fibras más delicadas de su corazon y la calmaban de emociones que trastornaban su organismo.

Perdió el apetito, y sus fuerzas disminuyeron considerablemente. Los cuidados de sus padres y del médico fueron inútiles. Al caer el otoño, se hizo mas espesa la nube de tristeza que cubria su rostro, aumentó la anemia y sus fuerzas disminuyeron extraordinariamente. Cayó en cama... y no volvió á levantarse.

Doce mozas compañeras suyas, más felices, condujeron su cuerpo á la última morada, en ataud forrado de blanco sobre el que lucia la palma de las vírgenes.

Emilio Pons y Marzo.

LA BENDICION DE LOS TERMINOS

Estábamos en un lugar cualquiera de la Serranía de Albarracín y, segun el calendario oficial, disfrutábase ya en toda su plenitud de la primavera; pero segun la meteorología imperante, el invierno luchaba aún á brazo partido con su hermosa hermana, por no cederle el campo.

Ráfagas de viento frío, lloviznas regocijadas y

GRAN CARTUJA —UN JARDIN

frescas, tormentas estivales y hasta conatos de granizo y nieve agrupaban á las gentes, medio ateridas de frío, en torno de los hogares unas veces, y las impulsaban otras á tomar el sol, como hacen los caracoles despues de la lluvia.

Es lo cierto que el Guadalaviar, manso, tortuoso y cristalino siempre, apenas podia contener dentro de su cauce sus aguas impetuosas, abundantes y turbias; que entre el fino y verdoso césped los prados lucian aún herbosas manchas, tan secas como oscuras; que los árboles retrógrados, tales como el nogal y el olmo, ostentaban todavía su negruzco y escuálido esqueleto, sin que ojo avizor descubriese en las puntas de sus ramas más que alguno que otro gato vergonzante ó yema ruborosa, y que, por el contrario, los árboles y arbustos progresistas, como el almendro, la aliaga, el albaricoquero, el espino, el cerezo, el peral, el ciruelo y el manzano ya ostentaban sus tiernas hojas y abundantes flores, blancas, amarillas, sonrosadas y violáceas, como si Abril lluvioso y Mayo florido y hermoso se hubiesen complacido en cerner sobre sus ramas espesa y menuda lluvia de nieve polícroma.

Recien nevados parecian, en efecto, muchos árboles frutales, cuyos apiñados ramilletes de blanquísimas y delicadas flores destacábanse sobre el verde oscuro de los trigos, que les servian de alfombra. Pero ¡qué diferencia! los árboles matizados de nieve deslumbran al espectador y le hacen estornudar estremeciéndole de frio, al paso que los árboles cubiertos de flores deleitan la vista y el olfato y ensanchan los pulmones, que se fortifican y complacen haciendo inspiraciones sostenidas y hondas.

Verdaderamente se sentia aún esa temperatura fresca que acompaña á la despedida del invierno; pero el ambiente perfumado por las incontables flores de los árboles, arbustos y yerbas; las tibias horas del centro del dia, realzadas por un sol brillante y un cielo azul y limpio; las mismas nubes, vaporosas y blanquecinas, semejantes á vellones de cándidas ovejas; los aleteos y graznidos de los grajos y cuervos, que buscan en peñascos altísimos la quiebra más oculta para instalar su nido; los trinos y gorjeos de los pajarillos acróbatas, que juegan al esconder en la enramada; el regreso de las golondrinas, que, regocijadas, reconocen en las azoteas y aleros de los tejados su cuna de barro; la aparicion perezosa y tímida de los hasta entonces soñolientos lagartos y víboras, el zumbido de la abeja y el moscardeo monótono, insistente y penetrante del abejorro, que revolotean de flor en flor; la presencia de vacilantes mariposas, que, recien salidas de su crisálida, apenas tienen fuerzas para lucir los vivísimos colores escarlata, limon, naranjado, carmin, nácar, azul, blanco y negro que tiñen sus alas finísimas; la naturaleza toda, en una palabra, el cielo, la tierra, las aguas y el ambiente, los árboles, las yerbas y las flores, los insectos, las aves, los reptiles y hasta el hombre mismo pregonaban la aparicion de la primavera y disponíanse á gozar de sus encantos.

*

La Iglesia católica, nuestra cariñosa Madre, que aunque tiene fin supramundano y levanta principalmente los ojos al cielo, no olvida que milita sobre la tierra y que secundariamente puede labrar tambien la ventura terrena del hombre, regocíjase con la primavera, hace rogativas públicas implorando la proteccion del Altísimo y de todos los santos, bendice el pan y el agua para que sirvan de alimento saludable al hombre, bendice los ramos y las flores para que el Autor de todo bien se digne convertirlos en frutos hermosos y sazonados, bendice los animales, las casas y las cosechas, bendice los artefactos de la industria y del ingenio humanos, y bendice de la misma manera, solemne y procesionalmente, los términos de los pueblos, villas y ciudades.

El lugarejo albarracinense, que sirve de marco á este piadoso y poético cuadro, para los efectos de las bendiciones eclesiásticas en nada cede á las más opulentas metrópolis, y llegado el 3 de Mayo, dia en que la Iglesia católica conmemora la invencion de la santa Cruz en Jerusalen, por santa Elena, el Párroco con su sacritan y monaguillos, terminada que fué la misa conventual, aprestóse á bendecir los términos.

En la puerta misma de la iglesia se organizó la procesion, formada por la Cruz parroquial que, entre ciriales, abria la marcha; por los niños de la escuela que venian detrás en dos hileras; por media docena de ancianos, devotos y achacosos, que en pos de los niños recordaban los crepúsculos matutino y vespertino de un hermoso dia; por el Cura párroco con capa pluvial, que ostentaba en sus manos el sagrado *Lignum Crucis*, y por un buen número de mujeres y niñas, que en delicioso desorden cerraban el séquito.

¿Por qué el sexo propiamente dicho fuerte, es decir, los trabajadores, brillaban por su ausencia? En primer lugar, porque el 3 de Mayo no es dia festivo y desde el amanecer dedícanse todos á las labores campestres; y en segundo, porque la piedad sólida y característica de nuestros padres va cayendo en desuso por oscurantista y retrógrada, hasta en las aldeas serranas. Antaño, el concejo en masa, presidido por su Ayuntamiento, concurria á estas solemnidades religiosas y patrióticas. Porque, en efecto, ¿quién más interesado que el labrador en la bendicion de sus campos, de sus plantas y de sus frutos?

La modesta procesion salió del lugar cantando la Letanía de todos los Santos, y aquella turba de niños, mujeres y ancianos acometió de frente la subida á cerro empinado y altísimo que á orillas del pueblo se levanta, y sobre cuya escueta cumbre corona un pilar el signo de nuestra redencion, con el nombre de la Cruz del Alto.

La procesion culebreaba por la falda del cerro, alternando su respiracion fatigosa y anhelante con las preces: *Ora pro nobis—Libera nos Domine —Te rogamus audi nos*, etc., como si la debilidad y la inocencia fuesen los embajadores comisionados por el pueblo para impetrar bendiciones y proteccion del Todopoderoso.

Llegados al alto y frente al pilar, vueltos todos hácia el Oriente, se cantó el responsorio *Crux fidelis*; se dijo semitonado el Evangelio de san Mateo, referente á la adoracion de los Reyes Magos; roció el Preste el lugar con agua bendita; en la correspondiente cara del pilar, perfectamente orientado, pegó el sacristan una crucecita de cera y terminó la bendicion de los campos situados al Oriente diciendo al Señor: «Conserva intactos nuestros términos de toda malignidad y diabólica persecucion, para que aquellas cosas que de ellos nacieren sirvan á tu Majestad y socorran nuestras necesidades.»

Vuelto entonces el sacerdote hácia el Occidente y cantado el responsorio *Nos autem gloriari oportet*, se semientonó el evangelio de san Marcos referente á la aparicion de Jesús á los discípulos en el Cenáculo; se rociaron los campos de aquel lado con agua bendita; colocó el sacristan otra crucecita de cera en la correspondiente cara del pilar y se terminó orando: «Rogámoste, Señor, que por tu virtud apartes de nuestros términos todo género de tempestades, para que, libres de ellas, demos gracias á tu Majestad y podamos servirte con mente cada vez más pura y libre.»

La misma ceremonia se repitió mirando al Norte cantando el responsorio *Dulce lignum*, semientonando el evangelio de san Lucas referente á la Anunciacion y rezando: «Dignaos, Dios y Señor nuestro, dar y conservar los frutos de la tierra, para que gocemos de auxilios temporales y caminemos siempre en aumento de gracias espirituales.»

Mirando hácia el Mediodía, por último, se cantó el responsorio *Hoc signum Crucis;* se semientonó el primer evangelio de san Juan y terminó diciendo: «Rogámoste, Dios y Señor nuestro, que mires con ojos serenos y rostro alegre estos nuestros términos y envies sobre ellos tu bendicion para que no los azote el granizo ni los destroce el huracan, ni la tempestad los destruya, ni los agoste el estío, ni los corroan los animales dañinos, ni los inunde la lluvia; antes bien lleves sus frutos, incólumes y exuberantes, á perfecta madurez para nuestro uso.»

Claro está que ninguno de los concurrentes pudo traducir ni entender al pié de la letra las preces latinas arriba dichas; pero desde aquella altura abarcaban perfectamente sus huertas y campos de pan llevar, situados á los cuatro vientos, y uniéndose en espíritu al sacerdote impetraban la bendicion divina para todos ellos.

El Párroco terminó el acto bendiciendo con el *Lignum Crucis* los términos todos, haciendo cuatro veces la señal de la cruz en direccion á cada uno de los puntos cardinales y diciendo á la vez: «La bendicion de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda y permanezca sobre nuestros términos y sus frutos.»

A cada uno de los concurrentes se repartió una esferita de cera, para que, convertida en pequeña cruz, la colocasen en alguna de las ventanas de su casa, y cantando otra vez la Letanía de todos los Santos descendió la procesion del monte y regresó á la iglesia.

Flores del alma, delicadísimos perfumes, auras angelicales son ciertamente estas ceremonias religiosas con que el culto católico rejuvenece todos los años la vida cristiana de los pueblos y conmemora la primavera mística.

M. Polo y Peyrolon

DOS AMOS Y UNA CRIADA

(FÁBULA)

A dos Amos
Sirve Juana
Por ganarse
Mayor paga.
Mas, por mucho
Que se afana,
Contentarlos
No lograba;
Pues á un tiempo
Los dos mandan
Estas cosas
Tan contrarias:
—¡Sube!
—¡Baja!
—¡Corre!
—¡Para!
—¡Toma!
—¡Daca!
—¡Reza!
—¡Baila!
De este modo
La muchacha
Siempre á un Dueño
Tiene en ascuas;
Y, si el uno
Le regala,
Fiero el otro
Le regaña,
Alternando
Compasadas
Estas flores
Y mal-hayas:
—¡Burra!
—¡Sabia!
—¡Negra!
—¡Blanca!
—¡Fea!
—¡Guapa!
—¡Bruja!
—¡Santa!

Y esto sufre
Veces varias,
Hasta tanto
Que se cuadra,
Y al más noble
Se consagra,
Y echa al otro
Noramala.
Desde entonces,
Más exacta,
Centuplica
Sus ganancias.

—

En la vida
Dos te mandan:
Dios y el Siglo,
¡Pobre alma!
Pero á entrambos
Desagradas,
Porque siempre
Vas con falta.
Deja al mundo
Sin ser vana:
Te da ejemplo
La criada.

C. F.

DESAFÍO ENTRE DOS COLOSOS

Prisionero de los españoles en la batalla de Pavía, el rey Francisco I firmó la llamada capitulacion de Madrid, por la cual obtuvo su libertad, si bien dejando como garantía de su palabra á sus hijos en poder de Cárlos V.

Una vez en Francia, el *Roi Chevalier* estimó como buen proceder de caballero el no cumplir lo estipulado en Madrid con el emperador Carlos V. Y éste, que por las trazas no tenia pelos en la lengua, hubo de decir á unos embajadores franceses, á la sazon presentes en España, que su rey lo habia hecho *ruinmente* y *vilmente* en no cumplir la fe dada por la capitulacion de Madrid.

A consecuencia de estas frases, hé aquí los documentos mediados entre los dos colosos de aquel tiempo, documentos que bien mirados reflejan exactamente el caracter de los respectivos soberanos:

Cartel de Francisco, rey de Francia, al emperador Carlos, rey de España

Nos Francisco, por la gracia de Dios rey de Francia, Señor de Génova, etc. A vos Carlos por la misma gracia electo emperador de romanos, rey de las Españas, hazemos saber, que Nos siendo avisado, que ustedes en algunas respuestas que aveis dado á los embajadores y reyes de armas, que por amor de la paz os avemos enviado, queriéndoos sin razon escusar nos aveis acusado, que teneis nuestra fe y que sobre ella contraviniendo á vuestra persona nos éramos idos de vuestras manos y de vuestro poder para defender nuestra honra, que en tal caso seria contra verdad muy cargada, os hemos querido embiar este cartel, por el cual, aunque ningun hombre guardado pueda aver obligacion de fe, y que esta escusa nos sea harto bastante, todavia queriendo satisfazer á cada uno y tambien á nuestra honra, la cual avemos siempre guardado y guardaremos, si á Dios plaze, hasta la muerte, os hacemos saber que si Vos nos habeis querido, ó quereis cargar, no solamente de nuestra fe y libertad, mas de que ayamos jamás hecho cosa que en un caballero amador de su honra no debe hazer, os dezimos que vais mentido por la gorja, y que tantas cuantas vezes lo dixeredes mentireys, estando deliberado defender nuestra honra hasta la fin de nuestra vida. Y pues contra verdad nos aveys querido cargar, no nos escrivays más, sino asseguradnos el campo, y presentar os hemos las armas, protestando que si despues desta declaracion, á otras partes escrevis, ó dezis palabras contra nuestra honra, que la verguença de la dilacion del combate será vuestra, pues venido él, cessan todas escrituras. Fecha en nuestra buena villa, y ciudad de Paris á veynte y ocho dias de Março de mil y quinientos y veynte años, antes de Pascua.»

Como contestacion á este cartel, el emperador Carlos V envió el que trascribimos á continuacion. Los reyes de armas encargados de llevarlo al rey de Francia fueron detenidos en la frontera por los súbditos de Francisco I, y despues de esperar cincuenta dias el permiso para pasar á París, sufrieron en esta capital otra detencion de siete dias. A presencia ya de Francisco I, éste hubo de usar pretextos que no mostraban deseos en él de venir al duelo, y volviendo las espaldas á los emisarios del monarca español, les dejó sin escuchar sus razones y sin oir el siguiente:

Cartel del Emperador al Rey de Francia

Carlos, por la divina clemencia emperador de romanos, rey de Alemania y de las Españas, etc. Hago saber á vos Francisco por la gracia de Dios rey de Francia, que á ocho dias de este mes de Junio, por Guiena vuestro rey de armas recebi vuestro cartel, hecho á xxviii de Março, el qual demas lejos que ay de Paris aquí, pudiera ser venido más presto: y conforme á lo que de mi parte fué dicho á vuestro rey de armas, os respondo. A lo que dezis que en algunas respuestas por mi dadas á los embajadores y reyes de armas, que por bien de la paz me abeys embiado: queriéndome yo sin causa escusar, os aya á vos acusado: yo no he visto otro rey de armas vuestro, que el que me vino en Burgos á intimar la guerra: y quanto á mi no abiendo en cosa alguna errado ninguna necesidad tengo de escusarme, más á vos vuestra falta es la que os acusa: Y á lo que dezis tener yo vuestra fe, dezis verdad entendiendo por la que me distes por la capitulacion de Madrid, como parece por escrituras firmadas de vuestra mano, de bolver á mi poder como prisionero de buena guerra, en caso que no cumpliessedes lo que por la dicha capitulacion me aviades prometido.

Mas aver yo dicho, como dezis en vuestro cartel, que estando vos sobre vuestra fe, contra vuestra promessa os erades ydo, y salido de mis manos, y de mi poder, palabras son que nunca yo dixe, pues jamas yo no pretendi tener vuestra fe, de no iros, sino de bolver en la forma capitulada. Y si vos esto hizierades, ni faltarades á vuestros hijos, ni á lo que deveys á vuestra honra, que en tal caso seria contra verdad muy cargada.

Aveys querido embiar vuestro cartel, por el cual dezis, que aun en ningun hombre guardado puede aver obligacion de fe, y que esta os sea escusa harto suficiente: no obstante esto queriendo satisfazer á cada uno, y tambien á vuestra honra, que dezis quereys guardar, y guardareys si á Dios plaze, hasta la muerte, me hazeys saber, que si os he querido ó quiero cargar no solamente de vuestra fe, ó libertad, mas aun de aver jamas hecho cosa que un Cavallero amador de su honra no debe hazer: dezis, que he mentido, y que cuantas veces lo dixere mentiré, siendo deliberado defender vuestra honra hasta la fin de vuestra vida. A esto os respondo, que mirada la forma de la capitulacion, vuestra escusa de ser guardado no puede aver lugar: mas pues tan poca estima hazeys de vuestra honra, no me maravillo, que negueis ser obligado á cumplir vuestra promesa. Y vuestras palabras no satisfazen por vuestra honra; porque yo he dicho, y diré sin mentir, que vos lo aveys fecho ruinmente y vilmente en no guardarme la fe que me dísstes conforme á la capitulacion de Madrid. Y diziendo esto no os culpo de cosas secretas, ni imposibles de provar, pues parece por escrituras de vuestra mano firmadas, las cuales vos no podeis escusar, ni negar. Y si quisieredes afirmar lo contrario, pues ya os tengo yo habilitado solamente para este combate: digo que por bien de la Cristiandad, y por evitar efusion de sangre, y poner fin á esta guerra, y por defender mi justa demanda; manterné de mi persona á la vuestra ser lo que he dicho verdad.

Mas no quiero usar con vos de las palabras que vos usays, pues vuestras obras, sin que yo ni otro lo diga, son las que os desmienten: y tambien porque cada uno puede desde lexos usar de tales palabras más seguramente que desde cerca. A lo que dezis, que pues contra verdad os he querido cargar de aqui adelante no es escriva cosa alguna, más que assegure el campo: y vos traereys las armas; conviene que ayays paciencia de que se digan vuestras obras, y que yo os escriva esta respuesta, por lo qual digo, que acepto el dar del campo; y soy contento de asegurarosslo por mi parte por todos los medios razonables, que para ello se podian hallar. Y á este efecto, y por mas prompto y expediente, desde agora os nombro el lugar para el dicho combate: sobre el rio que passa entre Fuente-Rabia y Andaya: en la parte, y de la manera que de comun consentimiento será ordenado por más seguro y conveniente: y me parece que de razon no lo podeys en manera alguna rehusar, ni dezir no ser harto seguro, pues en él fuisteis vos soltado, dando vuestros hijos por rehenes, y vuestra fe de bolver, como dicho es: y tambien visto, que pues en el mismo rio fiastes vuestra persona y las de vuestros hijos, y podeys bien fiar agora la vuestra sola, pues porué yo la mia.

Y se hallaran medios para que no obstante el sitio del lugar ninguna ventaja tenga mas el uno que el otro; y para este efecto, y para concertar la eleccion de las armas, que pretendo yo pertenecerme á mi, y no á vos; y porque en la conclusion no hayan longuerías ni dilaciones, podremos embiar gentiles hombres de entrambas partes al dicho lugar, con poder bastante para platicar y concertar; assi la igual seguridad del campo como la eleccion de las armas: el dia del combate y la resta que tocara á este efecto. Y si dentro de quarenta dias despues de la presentacion desta, no me respondeys ni avisais de vuestra intencion, bien se podia ver que la dilacion del combate era vuestra; que os será imputado y ajuntado con la falta de no aver cumplido lo que prometistes en Madrid.

Y cuanto á lo que protestays, que si despues de vuestra declaracion, en otras partes yo digo, ó escrivo palabras contra vuestra honra, y que la verguença de la dilacion del combate será mia, pues que venidos á él cessan todas escrituras, vuestra protestacion seria bien escusada; pues no podeys vos vedar, que yo no diga verdad, aunque os pese. Y también soy seguro, que no podré yo recibir verguença de la dilacion del combate, pues puede todo el mundo conocer el aficion, que de ver la fin tengo. Fecha en Monçon en mi Reyno de Aragon á veynte y quatro dias del mes de Junio de mil y quinientos y veynte y ocho años.»

CONOCIMIENTOS ÚTILES

LA CURACION DE LA HIDROFOBIA

Segun refiere el *Correo de Andalucía*, en el hospital de Ecija se ha curado un hidrófobo en periodo álgido de la terrible enfermedad considerada hasta hoy por la ciencia fatalmente mortal.

La noticia, que fué tomada por todos como invencion periodística, se halla plenamente confirmada por los dos profesores médicos que asistieron al enfermo, D. José Avila Fernandez y D. José de Peña Galvez.

Hé aquí un extracto del informe que suscriben los citados facultativos.

El enfermo era Rafael Santiago Polo, de ocho años de edad, constitucion débil, temperamento linfático, de pobre desarrollo, tanto físico como intelectual, natural de esta ciudad, hijo de padres pobres: se dedicaba, en compañía de otro hermano mayor, á implorar la caridad pública por el campo.

El 18 de Febrero fué mordido por un perro hidrófobo en el cortijo del Robre. El 14 de Abril fué presentado en el hospital con los primeros síntomas de la hidrofobia, que se caracterizó perfectamente y sin ningun género de duda el 16.

El pronóstico era por lo tanto mortal, dicen los citados profesores. No conocemos en la medicina de los tiempos antiguos ni de los modernos, como ya hemos manifestado, ningun agente ni tratamiento que haya dado buenos resultados en esta enfermedad, salvando el de dos eminentes especialistas (Pasteur y Ferran), que parece, segun se demuestra por su doctrina y resultados prácticos, que están resolviendo un problema util y necesario en bien de la humanidad.

El dia 17 se presentaban los síntomas tan intensos y graves, que se preveia muy próximo un funesto desenlace. Hacia setenta y dos horas que no tomaba ni la más pequeña cantidad de alimentos sólidos ni líquidos; su sola presencia lo enfurecia, y en ese delirio rábico acometia á lo que se hallaba á su alrededor, por lo cual fué preciso sujetarlo, con el doble objeto de evitar sus acometidas y de efectuar las inyecciones hipodérmicas con el cloral hidratado y con el sulfato de eserina, al mismo tiempo que inhalaciones de cloroformo.

Perplejos é impotentes ante este cuadro espantoso y más desconsolador para el médico á la cabecera de los enfermos, en ese mismo dia nos dijeron que hacia pocos anteriores refería un periódico político que un hombre atacado de hidrofobia, furioso en una de sus exacerbaciones, cayó en un vallado de pita é instintivamente mordió con afan y avidez sus hojas; y como sintió desde luego consuelo, continuó mordiéndolas y se curó.

No habia en esta noticia aseveracion pericial; no era el resultado de un caso clínico empezado, seguido y terminado por la observacion competente facultativa; no se habia fijado el verdadero diagnóstico y tratamiento curativo; podria ser una de tantas noticias con que llenan sus cuartillas los periódicos, recogida de las versiones exageradas y mal comentadas del público.

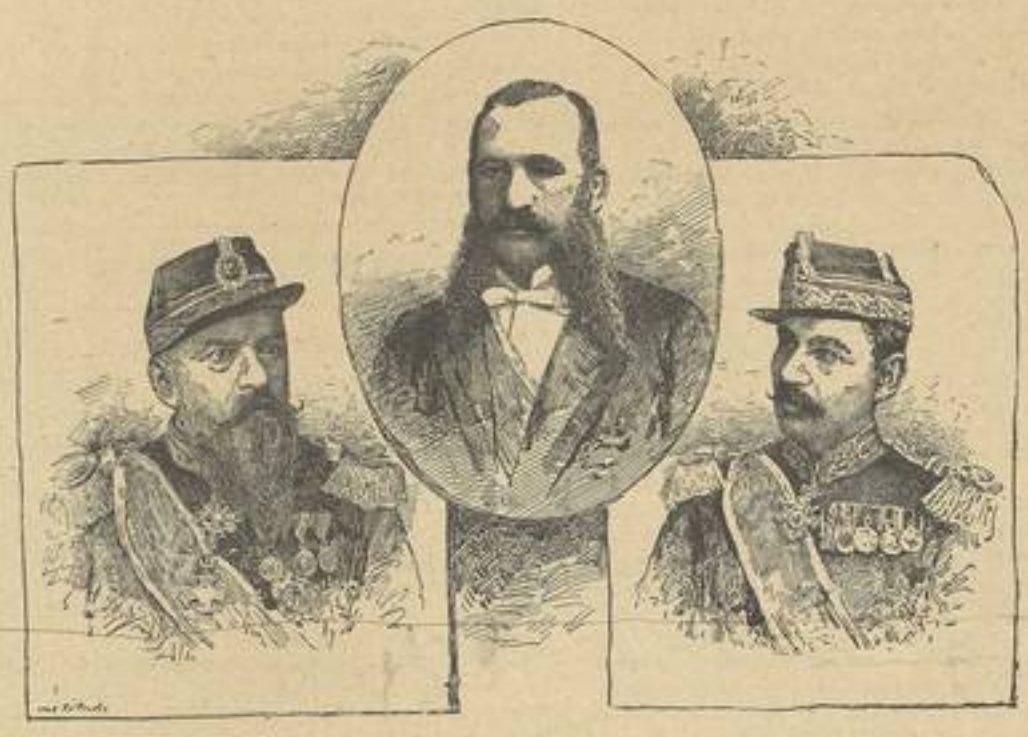
Con todo, sin convencimiento ni esperanza, no teniendo otros medios que pudieran siquiera aliviar al enfermo ni retardar su próxima muerte, nos decidimos en aquel momento á administrársela.

Afortunadamente existe un vallado de pita no lejano de este hospital, y ordenamos trajeran la *comun ó de América, Agave americano de Linneo*, para que á nuestra presencia se le diera. Así se ejecutó, y hemos seguido desde entonces una observacion prolija á toda conciencia médica.

Empezó este tratamiento en la visita del 18 por la mañana: se encontraba el paciente en uno de sus accesos de más furor y de mayor resistencia á tomar sustancias sólidas y líquidas, sorprendiéndonos notablemente su actitud al acercarle el trozo de pita á la boca. No se detuvo en masticarla, sino que la deglutió instantáneamente, indicando con ciertas actitudes que le dieran más cantidad, y una vez que se le dió, la cogió con su mano precipitadamente, la dirigió á la boca y la comió con voracidad.

Desde este momento le suspendimos toda la medicacion á que estaba sometido, dejándolo solo y exclusivamente al uso de la mencionada planta, para no equivocar sus efectos propicios ó nulos.

En la visita de la tarde y en las dos del dia 19 notamos alguna rebaja en la intensidad de los accesos nerviosos, si bien se repetian en igual número, pero más cortos y no tan violentos. Seguia sin parar comiendo y deglutiendo el zumajo y jugo de la pita.



JOVAN BELI MARCOVIC JOVAN RISTIC KASTR PROTIC

REGENTES DE SERVIA

Dia 20.—Alivio muy apreciable en todos los síntomas; la saliva es casi nula en secrecion y excrecion, la boca la abre bien, las vesículas marcadas á los lados del frenillo, cicatrizando y disminuidas en tumefaccion; continúan involuntaria la emision urinaria y la defecacion; ha dormido dos horas, no contesta á nuestras preguntas, y continúa sin cesar mascando la pita; pero ya no traga el zumajo, sino que chupa el jugo y arroja aquel. En la visita de la tarde se nota mayor la iniciada mejoría; se insiste en el mismo tratamiento.

Dia 21.—En la visita de la mañana se nos manifiesta por los asistentes que el niño ha dormido casi toda la noche; la cara ha recobrado más animacion, perdiendo la ferocidad en sus facciones; las pupilas se han contraido: la mucosa bocal ligeramente inyectada; la salivacion ha desaparecido por completo; las tisis han cicatrizado, quedando en su lugar dos pequeños tubérculos; la defecacion y orina las ejecuta con conciencia; se le administró un poco de leche aunque en pequeña cantidad que tomó sin repugnancia; sigue con ahinco mascando la pita, y como en el dia anterior arrojando el zumajo, despues de haber extraido y deglutido el jugo; ha variado la posicion: antes siempre sentado, ahora recostado en la cama. Al preguntarle si le gusta la pita, manifiesta que sí: se le hacen otras varias preguntas, á las que contesta con desentono, como el que sale de un letargo; el pulso continua pequeño y débil. En la de la tarde se le dió un poco de caldo y leche con un bizcocho, pidiendo despues le diesen pita.

Dia 22.—El alivio es notable; ha dormido toda la noche; ha tomado la alimentacion del dia anterior, haciendo buena digestion, por lo cual aconsejamos se le diera sopa y una poca agua de Selitz, su semblante más expansivo. Por la tarde mucho mejor: ha tomado la sopa y el agua de Selitz.

Dia 23.—La noche ha sido buena y dormido tranquilamente; ha tomado los alimentos dispuestos, lo encontramos débil y abatido, sin sensacion de hambre ni sed, pero toma el alimento que se le da: sopa, carnes ligeras, leche y agua de Selitz. Sigue usando la pita, advirtiendo que á medida que desaparecen los síntomas rábicos su uso lo hace en menor cantidad.

Dia 24.—Continúa bien, pudiendo considerarse que el enfermo se encuentra en verdadera convalecencia. Así lo creemos al no quedar ningun vestigio en el organismo de la enfermedad padecida; no expresa dolor ni molestia en parte alguna; su fisonomía es alegre y demuestra contento: hace perfectamente sus digestiones; la orina en estado fisiológico, el pulso continúa débil y pequeño. El mismo plan alimenticio y curativo.

Dia 25.—Sigue perfectamente; ha pedido dos veces pita: se alimenta bien, expresando las sensaciones del hambre y sed.

Dia 27.—Aborrece la pita manifestando que es amarga y acre y que le produce ardor en la boca. La sensacion de hambre y sed es completa; todas las funciones se ejercen en perfecto estado fisiológico.

Terminada la historia de este caso clínico, no hemos querido hacer consideraciones ni reflexiones sobre tan importante hecho hasta que nuevos casos comprueben la eficacia de este nuevo agente curativo.

Nos creemos obligados á su publicacion para cumplir con un sagrado deber, propio de nuestro ejercicio profesional, siendo para nosotros la mayor gloria el que hechos sucesivos comprueben de una manera innegable que la substancia que nosotros hemos aplicado á la casualidad es el específico esencial contra tan terrible y horrorosa afeccion.

NOTICIAS VARIAS

Ha sido nombrado Comisario provincial de la Orden Franciscana en Cataluña y Menorca el M. Rdo. P. Fr. Jerónimo Aguilló, Lector de Filosofía y Teología, sustituyendo al llorado P. Buldú en el cargo que tenia en la expresada Orden, como tambien en la direccion de la *Revista Franciscana*.

En Teruel se vió en el pasado mes la causa contra el director del periódico masónico *La Antorcha* por ataques á la religion católica y por haber calumniado á un celoso misionero de San Vicente de Paul. Se piden contra él catorce años de destierro, con las accesorias. Falta hace que este saludable ejemplo tenga muchos imitadores.

Los herederos del señor marqués de la Cuadra, segun dice un diario de Gerona, han donado á unos frailes trapenses la extension de terreno que media desde la fábrica de *La Aurora* hasta las paredes del Puente Mayor y además otro terreno, tambien de bastante extension, en otra region de aquella provincia. Segun parece, los trapenses levantarán un edificio en el primero de los terrenos mencionados y establecerán una Granja-escuela en donde podrán aprender los hijos de los agricultores y cuantos deseen adquirir los conocimientos teórico-prácticos que se necesitan para ser buen agricultor, prescindiendo de rutinarios procedimientos.

Se ha erigido canónicamente un Monasterio de religiosos trapenses en el término municipal de Getafe y sitio denominado *La Aldehuela*, con la advocacion de Ntra. Sra. de la Trapa del Val San José.

Se debe la fundacion de este Monasterio á la generosidad de un distinguido aunque modesto propietario residente en Madrid, quien desea ver dicha finca convertida en escuela práctica de agricultura y de virtudes cristianas, en beneficio de los labradores de la comarca. Los religiosos trapenses se encargarán bien pronto de llenar los patrióticos y caritativos deseos del piadoso fundador.

Dias pasados salió de Sevilla para Madrid el cardenal Fr. Ceferino Gonzalez, arzobispo dimisionario, al cual hicieron una sentida despedida el clero y fieles diocesanos, mostrando por evidente manera el afecto y veneracion que profesaban al eminente purpurado.

El Emmo. cardenal Gonzalez mandó que se diese á los presos de la carcel de Sevilla un rancho extraordinario y abundante, é hizo numerosas limosnas, siendo necesario colocar una pareja de guardias de seguridad para contener al considerable número de personas que acudieron al palacio arzobispal. Además Su Eminencia ha concedido un cuantioso donativo en favor del Círculo católico de obreros de Córdoba.

El caritativo desprendimiento del sabio Cardenal es bien conocido en la archidiócesis que ha venido rigiendo, donde tantas lágrimas ha enjugado y donde su recuerdo será imperecedero.

Entre las manifestaciones de regocijo de toda clase con que los fieles tradicionalistas españoles se han asociado á la solemne fiesta de Frohsdorf merece citarse un entusiasta telegrama que D. Carlos recibió de su querido ayudante de campo el general Cavero, que, como aragonés, dió las gracias á D.ª Blanca por el regalo de su espléndido traje de novia á la Virgen del Pilar.

En el Reichstag aleman se prepara un proyecto de ley para exceptuar del servicio militar á los eclesiásticos.

En naciones que se llaman católicas sucede todo lo contrario.

Los PP. Dominicos que en Roma tienen á su cargo la Universidad de Santo Tomás han tenido que desalojar los locales que ocupaban en la Minerva, por haber dispuesto de ellos el Gobierno italiano para colocar el nuevo Ministerio de Correos y Telégrafos. El Presidente de la Academia de Eclesiásticos nobles ha cedido provisionalmente la Biblioteca y algunas de las salas de su Academia para que pueda abrirse el curso de estudios en la Universidad de Santo Tomás: dicho ofrecimiento ha sido aprobado por Su Santidad.

Crispi ha sembrado vientos perniciosísimos, y nada más natural que recoja tempestades.

Cada dia aumenta el movimiento radical y socialista en Italia, resultado lógico de la disparatada política del primer ministro del reino. El partido radical, afirmándose audazmente en todas partes, ha conseguido ya varios triunfos en las elecciones municipales en varias circunscripciones rurales. Y si esto sucede en el campo, no hay que decir lo que sucederá en las grandes ciudades.

La fiera se despierta y afila las garras con que se prepara á despedazar lo existente.

Estos son los triunfos de la política de Crispi.

Francia ha autorizado unas peregrinaciones militares á Siria para visitar los Santos Lugares. Un almirante, 53 oficiales y 200 soldados y marineros, con el coronel francés á la cabeza, hicieron su marcha á pié hasta Jerusalen, habiendo obtenido una acogida entusiasta por parte de las poblaciones y comunidades religiosas.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 22

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 22

Blancas	Negras
1. P d2-d4	R e4-d4, toma P (*a*).
2. C c8-c6, jaque.	R cualquiera.
3. D a3-f3 ó e4, jaque y mate.	

(*a*)

1.	R e4-f5
2. D a3-g3	R f5-e4 ó f6
3. D g3-e5 ó g5, jaque y mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 23 DE NOVIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 100

PASTORCITAS DE LOS ABRUZOS (CUADRO DE FRANCISCO P. MICHETTI)

SUMARIO DE ESTE NUMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Intolerable situacion del Pontificado.—La cuestion romana*, IX.—*Los Principados Danubianos*: VII, Rumania.—*Los misioneros del siglo XIX* (conclusion), por Alfredo L. Giraben.—*Fraseología política*, por José Selgas.—*El P. Juan de Mariana*, I; por el P. Garzon.—*La escritura desde su origen hasta nuestros dias*, por Leon Carbonero y Sol.—*La cuna vacía*, por J. Selgas.—*Noticias varias.*—*Seccion recreativa.*

GRABADOS

Pastorcitas de los abruzos (cuadro de Francisco P. Michetti)

Una calle de Bruselas (cuadro de Marqués).

La cuna vacía (cuadro de Liesten).—El asunto de este cuadro es un poema de dolor maternal. Una madre llora sobre la cuna vacia del hijo de sus entrañas, que ya no existe, y riega con sus lágrimas las blancas ropas que cubrieron por última vez el debil cuerpecito del inocente que voló al cielo: la anciana abuela, la hermana, la nodriza, sollozan tambien amargamente, y respetan el dolor de la madre: un religioso franciscano contempla en silencio la escena, y espera el momento oportuno para dirigir á aquellos apenados seres palabras de consuelo: hasta el perro parece como que aulla tristemente, y busca, y no lo encuentra, al pequeño angel que antes le prodigaba sus caricias.

La mejor explicacion de este cuadro nos la ofrece la preciosa y popular poesía de D. José Selgas, titulada tambien *La cuna vacía*, que reproducimos más adelante, y es un dulce bálsamo de esperanza y de consuelo para las madres cristianas.

Puerta del claustro en la catedral de Burgos.—Es una de las muchas y muy notables bellezas arquitectónicas de aquel suntuoso templo-catedral, inestimable joya de que con razon se envanece nuestra patria.

De la portada del claustro dice el Dr. D. Manuel Martinez y Sanz, dignidad de chantre de la misma iglesia metropolitana:

«El arco que sirve de entrada al claustro es antiquísimo, de mucha labor, con multitud de imágenes y otros adornos. En la imposta del arco, á mano izquierda del espectador, hay una cabeza de piedra de singular expresion: se tiene por retrato al natural de san Francisco de Asís, habiéndole copiado, cuando el santo Patriarca estuvo en esta ciudad, uno de los escultores, colocándole despues en esta bella portada.

»La puerta es muy antigua y riquísima por sus labores y mérito artístico: las armas del señor obispo Acuña, incrustadas en su travesaño, prueban que la obra se hizo á expensas de aquel Prelado, ó por lo menos durante su pontificado, que terminó en 1495.»

Iglesia de San Gaudencio en Novara.—Cuantos van de Milan á Turin y viceversa no pueden menos de experimentar un sentimiento de asombro al contemplar, á su paso por Novara, la elegante y atrevida cúpula del templo de San Gaudencio. Su altura es de 121 metros, y de 81 la del artístico campanario.

El Padre Juan de Mariana, célebre historiador español. (Véase pág. 590).

Solar de la casa donde nació el P. Mariana (en Talavera de la Reina).—Está situado junto á la puerta de Cuartos, así llamada porque en aquel sitio fueron muertos y descuartizados por delito de rebelion multitud de caballeros talaveranos, reinando D. Sancho IV.

Grutas de Luray en los Estados-Unidos.—Fueron descubiertas hace pocos años, y están situadas en el Estado de Virginia. Desciéndese á ellas por unos escalones groseramente tallados en la roca, hasta llegar á una especie de antecámara, cuya bóveda reposa sobre columnas de 40 piés de altura. Penetrando por un sendero que se presenta á la izquierda de la entrada, se atraviesa una serie de salones excavados en la roca viva, y los cuales terminan en una vasta rotonda, en cuyo centro se halla un lago.

Continuando la exploracion de estas sorprendentes grutas, vense espléndidos salones, aún más espaciosos y elevados que los precedentes, y otra rotonda de extensas dimensiones, que encierra curiosísimas estalactitas de una configuracion excepcional. Muchas de estas son de un color verde pálido; otras ostentan matices de púrpura y azul; todas ellas reflejan la luz y los colores á la manera de un inmenso prisma.

Siguen gran número de corredores que recuerdan las galerías de los antiguos castillos de la Edad Media por sus majestuosas columnatas, y de distancia en distancia aparecen profundas cavernas, en muchas de las cuales se encuentran abundantes manantiales de agua límpida.

Prolijo seria enumerar una por una aquellas estancias, todas del efecto más sorprendente á la luz de las antorchas reflejándose sobre paredes y bóvedas, ya de blanquísima piedra, ya de maravillosas estalactitas, que reflejan sus fosforescentes colores en el agua de las claras fuentes. Elegantes columnatas, arcos inverosímiles, muros que parecen formados de diamantes, zafiros y esmeraldas; nada falta para formar de esta obra de la naturaleza un palacio verdaderamente fantástico, del cual el lápix y el buril sólo pueden dar una idea pálida, como pálidas son las descripciones de la pluma ante semejantes maravillas.

Don Carlos I de Portugal.—Es el primogénito del difunto monarca, á quien acaba de suceder. Nació en Lisboa el 28 de Setiembre de 1863. Hace tres años casó con la princesa Amelia, hija de Felipe de Orleans, conde de París, y es padre de un niño de dos años llamado Luis Felipe.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El crímen de la calle del Fucar.—Los niños que matan.—La educacion de los niños.

En la semana anterior todos los periódicos de esta coronada villa del Oso y de Mellado daban minuciosa cuenta en sus columnas de un crímen infantil cuya sustancia es como sigue.

Narciso Ortigosa y Anacleta de Grado, vecinos de la calle del Fucar y dueños de un establecimiento de huevería, tenian una hermosa niña de once años, llamada Basilisa, regocijo de su hogar y criatura que se atraia las simpatías de todo el mundo por la bondad de su caracter.

En uno de los últimos dias la envió su madre á un recado á las ocho de la noche, acompañada de una criada, y al regresar de su comision fué asaltada junto al núm. 20 de la citada calle por dos chicuelos desarrapados y atrevidos, de estos que abundan en Madrid como la mala hierba y que, como toda la poblacion criminal, tienen su apodo, pues el uno se llama el *Chinche* y el otro el *Chiva*.

Estos dos canallas en miniatura, el uno de doce años y el otro de once, parece ser, segun de público se dice en el barrio, que pretendian á la niña Basilisa con intento de *sostener con ella relaciones amorosas*.

El *Chinche* abordó, pues, á la pobre criatura; y mostrándola una pistola, no se sabe cómo se le disparó y clavó un balazo en la frente de la niña, que cayó exánime, muriendo á poco en la casa de socorro.

Tal ha sido el suceso.

Pero los comentarios cuajan aún más la sangre en las venas y ponen los pelos de punta.

Porque mientras unos aseguran que al *Chinche* se le disparó la pistola por casualidad, otros dicen que mató á la niña Basilisa *por celos*, esto es, porque no correspondia á su pasion amorosa.

El Juzgado de instruccion se ocupa en poner en claro este fúnebre misterio, para lo cual tiene arrestados en la carcel á los dos criminales precoces, que soportan su cautiverio con la más estoica tranquilidad.

No sé si será mejor que ese misterio se descubra ó permanezca velado en las sombras, para que la conciencia pública acabe de horrorizarse.

Pero creo que basta el anterior apuntamiento del drama de la calle del Fucar para que se conozcan los estragos que las propagandas ateas y racionalistas, desarrolladas por la libertad de la prensa y de la enseñanza, causan ya hasta en el corazon de la niñez.

El *Chinche* y el *Chiva*, niños de doce y once años, que tienen *ya pasiones amorosas* y *celos*, y recorren las calles como Tenorios, armados de pistolas cargadas que se descerrajan sobre los obstáculos con que tropieza su brutal erotismo, son dos testimonios de carne y hueso de la horrible perversidad del progreso nuevo, que corre desatado á convertir á España en la segunda edicion de las ciudades del valle de Pentápolis, hoy reducidas á lago fétido.

Pero los horrores se enredan unos con otros como las cerezas, y, sacando á luz uno, síguele rastra que hace olvidar la execrable contextura del anterior.

Como apéndice del crímen de la calle del Fucar y bajo el epígrafe *Los niños que matan* escribe un periódico liberal y ministerial, *La Iberia*, los siguientes párrafos, cuyo comienzo no puede ser más desconsolador. Dicen así:

No diremos que sea un mal ni que sea un bien, ni síntoma de adelanto ni de retroceso: concretándonos á consignar un hecho, es lo cierto que lo que en pasados tiempos revestia caracteres de fenomenal y extraordinario, va hoy afectando los de frecuente.

Nos referimos á la precocidad.

Efecto, sin duda, de que el medio social en que hoy vive la niñez es más amplio que antaño, llega más pronto al dominio de los niños la ciencia del bien y del mal.

No hace muchos meses daba la prensa cuenta de haber puesto fin á su vida, en una poblacion de Andalucía, un muchacho de doce años, por hastío de la vida, segun decía en un escrito dirigido al Juzgado el suicida; y no ha muchos años que en Zamora diez niños constituyeron una especie de asociacion masónica y se reunian periódicamente á cambiar sus impresiones infantiles. Un dia hubieron de convenir en que eran muy desgraciados y en que sus desventuras no encontraban más remedio que la muerte. Acordado así, concertáronse para abandonar este mísero mundo colectivamente y en emplear para ello el arma de fuego, y dispusieron colocarse en línea, de suerte que el primero muriese á manos del segundo, éste á manos del tercero, y así sucesivamente hasta el último, que á falta de ejecutor se mataria él mismo.

Empezó la ejecucion, y el que la suerte designó para primero cayó sin articular una palabra ni lanzar un gemido. Pero el segundo, una vez recibido el disparo, comenzó á retorcerse en las convulsiones de la agonía, y la impresion producida en los demás por lo horrible del espectáculo paralizó sus manos, reduciendo á dos el número de las víctimas.

La precocidad de Derues, que ahorca á la edad de diez años á un compañero de colegio, es un fenómeno tan grande cuanto al mal, como la de Mozart luciendo su habilidad á la misma edad ante la Corte de Viena cuanto al bien.

Pero, lo repetimos, hoy va afectando caracteres de generalidad, y tenemos niños predicadores y niños actores dramáticos, y niños que se suicidan, y niños que matan.

Todo eso es verdad.

Pero no escriba el periódico liberalísimo que no sabe «si eso es un mal ó un bien,» un «síntoma de adelanto ó de retroceso.»

Porque eso no se puede leer sin que el espanto compenetre los huesos y los tuétanos.

Se trata de un mal, de aquellos que no tienen por donde el diablo los deseche; y eso es un síntoma de retroceso á la selva que sólo se puede contemplar al amparo de un profundo escalofrío.

Ni los niños predicadores, ni los niños comediantes, ni los niños que se suicidan, ni los niños que matan, son los tipos cándidos, angélicos, celestiales, que el Salvador de los hombres llamaba hácia sí, imponiendo el deber de que se los respetara y amara, por ser predilectos del Padre celestial.

Los niños nacen con una profesion, la de la inocencia; y cuando esta se les quita y se la sustituye con otra, córrese el peligro de convertirlos en bestias ó en demonios.

Ese medio social en que *La Iberia* dice muy justamente que vive la niñez, más amplio que antaño, no puede menos de ser un medio de perdicion, cuando de él salen niños que se suicidan y niños que matan.

Los que viven en ese medio y hacen eso dejan de ser niños para adelantarse á ser fieras, y progreso que autoriza esa horrible transformacion merece ser condenado á la última pena.

No se pueden leer sin hondas congojas estos tristísimos pormenores del envilecimiento y profanacion de la niñez bajo el imperio de la civilizacion nueva, cada dia más separada de Dios.

Sus caracteres de generalidad—como observa *La Iberia*—toman de dia en dia aspectos más execrables, y ya no somos sólo nosotros, reacciona-

rios oscurantistas estigmatizados por el progreso liberal y reducidos á la mísera condicion de parias, los que damos la voz de alerta contra un orden de cosas que vicia y envarece á la infancia, despojándola de su divino ambiente. Ya forman coro á nuestros lamentos muchos liberales relativamente sensatos, que al ver que la casa se quema no pueden menos de pedir á voces socorro.

Uno de ellos es *La Epoca*, periódico contagiado con todos los errores y horrores del liberalismo; pero que á la vista de los dramas infantiles al uso no ha podido menos de escribir párrafos elocuentes contra la mala direccion que lleva la niñez en los centros populosos.

El periódico conservador denuncia la existencia en Madrid de verdaderas miriadas de niños que campan á sus anchas en plazas, calles y muladares, verbeneando como gusanos sobre la carne podrida, sin que se sepa que tengan hogar, familia, ni freno de ninguna especie.

En todas partes se los encuentra: en los figones, en las tabernas, á la orilla del rio, á las puertas de los templos, de los cuarteles y de las cárceles.

Gran parte de ellos son idiotas, y otra no menor granujas, gateras y bigardos, que no tienen más profesion que la de la vagancia.

Nadie sabe dónde han nacido, cómo se han educado, qué creencias tienen. Duermen en cualquiera parte, haga frio ó calor, y viven generalmente de la rapiña, como aguiluchos amaestrados por el feroz instinto de la *vita bona*, esto es, del arte agradable de comer sin trabajar.

La Epoca, toda espeluznada ante el crecimiento de esta poblacion criminal infantil, pide ya casi para ella las antiguas levas contra los vagos, y desde luego acusa al progreso nuevo de ser autor de esa generacion contrahecha que se educa sin temor Dios, porque el temor de Dios, principio de toda sabiduría, no entra para nada en los modernos sistemas de educacion.

De ahí duele. Y puede sin disputa asegurarse que esa generacion criminal, como las que la subsiguen, son los abortos de las escuelas laicas, de las aulas racionalistas, de la prensa impía y malsana, que sólo se emplea en descatolizar y bestializar.

¡Triste contrasentido! Los liberales autorizan las Misiones católicas para los salvajes, y las cierran las puertas de la enseñanza oficial, esclava mísera del más inteligente y perverso de todos los salvajismos!

Llore *La Epoca* con lágrimas de sangre esa obra de iniquidad: todos los liberales han puesto en ella sus manos.

Y ahora dígase á dónde iremos á parar con esta portentosa y opulenta generacion de niños suicidas, de niños ladrones, de niños asesinos y de niños dominados por todos los vicios y apetitos infames de los adultos y con toda la sombría ferocidad de los salvajes.

LUPERCIO.

Madrid, 19 de Noviembre.

INTOLERABLE SITUACION

DEL PONTIFICADO

Por lo visto, los enemigos de la Iglesia y del Pontificado muestran de algun tiempo á esta parte especial empeño en hacer olvidar á los católicos del mundo entero que tienen un Padre pobre, para que cesen de dar su óbolo para el Dinero de San Pedro. Disgústales profundamente que los hijos acudan á remediar las necesidades del Padre, y hacen cuanto su imaginacion les sugiere para secar esa fuente que es el único manantial con que se alimenta la Santa Sede. Creen ¡infelices! que una vez conseguido su propósito de cercar por miseria al Papa, éste se rendiria á discrecion y transigiria con las libertades modernas, sin tener en cuenta la historia del Pontificado.

Precisa, pues, decirles: Os cansais en vano; aunque consiguierais que vuestros deseos se vieses cumplidos—que no lo conseguireis—ni aún entonces se rendirá el Papa: entonces, lo mismo que ahora y lo mismo que siempre, el Pontífice repetirá lo que han dicho todos los Papas: *Non possumus*.

Mas ¡por cuántas amarguras no está pasando el Pontífice en nuestros dias! Recorre incesantemente, hace muchos años, el camino del Calvario, y cada vez aumenta más su intolerable situacion, como nos lo dan á entender las siguientes líneas que tomamos de *La Civilta cattolica:*

«El incesante afan con que la prensa liberal y masónica se ocupa en la cuestion romana por una parte, y por otra el apresuramiento que pone Francisco Crispi en repetir ante el Parlamento las falsedades de la mencionada prensa, han concluido por cansar la paciencia de la diplomacia pontificia, la cual, usando del derecho de legítima defensa, resolvió preparar una contestacion. Además, la posibilidad de que el Papa salga de Roma, más probable cada vez en razon de la actitud manifiestamente sectaria en que se ha colocado el Gobierno, hacia necesaria la publicacion de un trabajo, basado sobre documentos auténticos, acerca de la conducta seguida por la Santa Sede durante el largo período de desarrollo y las fáciles victorias de la Revolucion. Este trabajo, tan delicado como difícil, está ya hecho.

»Se han sacado del Archivo vaticano los documentos relativos al Pontificado de Pío IX, de santa memoria, las notas diplomáticas, los informes reservados y las cartas de los soberanos y ministros que, protestando de palabra de su adhesion al Papa, y multiplicando las seguridades de la voluntad que tenian de que los intangibles derechos del Papa fuesen respetados, trabajaban disimuladamente contra el poder y el trono pontificio.

»Este importantísimo y voluminoso trabajo está escrito y copiado en forma de Memoria para que pueda ser utilizado como defensa diplomática, y así los manejos desleales y traidores, como la mala fe revolucionaria, aparecen en él en toda su siniestra realidad. Lo que no se ha resuelto todavía es cómo será publicado este precioso documento. Su Santidad se ha reservado la eleccion de momento para hacer que el mundo se entere de que indignas artes han sido víctimas el Vaticano y los católicos de todas las naciones. En este escrito se ve con luz meridiana la horrible trama desde antiguo urdida perseverantemente por la secta que envenena al mundo moderno.

»El trabajo hecho en el Vaticano ha producido ya algunos frutos. La terrible amenaza de publicar ciertos documentos ha hecho cambiar de lenguaje á más de uno á quien comprometen gravísimamente; pero es necesario que la verdad se abra paso y llegue á los pueblos que hace tiempo vienen siendo víctimas ó juguete de abominables manejos sectarios.»

Gravísimas son estas palabras, y parece estamos abocados á presenciar en no lejano término trascendentalísimos sucesos. La Santa Sede se halla en la actualidad abandonada de todos los poderes de la tierra: dominados los gobiernos por las teorías modernas, en nada menos piensan que en ayudar, cual es su deber, al Supremo Jerarca de la Iglesia: y unos con su silencio y otros con sus actos, todos coadyuvan á hacer más aflictiva esa situacion.

Y ¿podremos los que de católicos nos preciamos permanecer en la apatía é indiferencia sin alargar nuestra mano y prestar nuestro apoyo para aliviar en lo que cupiere tan grave mal?

LA CUESTION ROMANA

IX

La restauracion de la soberanía pontificia y la voluntad del pueblo italiano

Despues de haber tratado el folleto, con la lucidez de que hemos intentado dar una idea, las importantísimas cuestiones esbozadas en los anteriores artículos, propónese examinar el siguiente problema, á saber: si dada la perfidia sectaria de los poderes que hoy tiranizan á Italia, y cerrada por ende la puerta á todo conato de reconciliacion por ese lado, se puede racionalmente esperar de la voluntad del pueblo italiano la anhelada restauracion de la soberanía temporal del Pontífice.

El eximio autor del librito *La verità intorno alla questione romana* se inclina á creer que sí.

Y á la verdad no es ningun milagro enderezar hácia estos rumbos la opinion pública, puesto que ella se encuentra ya muy bien preparada con las inicuas dilapidaciones de la revolucion que destrozó los Estados legítimos y fabricó con sus ruinas el agrietado caseron de la Italia nueva.

Conocidos son los desastres rentísticos que en progresion creciente está sufriendo Italia, hasta el punto de alcanzar el primer puesto entre las demás naciones del mundo por *sus trampas enormísimas*. Pues todos estos derroches, sin ejemplo en la historia de nacion alguna, débense, no ya á las exigencias del nuevo reino, ni siquiera á la ineptitud de los ministros de Hacienda italianos, sino, lo que es más nauseabundo, á la inmoralidad y latrocinios de los agentes administrativos revolucionarios, que en esta materia han sabido traspasar los últimos lindes del escándalo y de la infamia.

El pueblo italiano observa todo esto, y recapacita á qué extremos de desorden y anarquía ha llevado el Gobierno revolucionario la instruccion, la administracion de justicia, la moral pública y la educacion de la juventud en Italia, ennegreciendo este cuadro de horrores con la guerra á muerte declarada á la Religion católica. Y ve por única recompensa de tantos males un permanente desasosiego en las conciencias y una política internacional que disloca las inclinaciones del país, imponiéndole alianzas extranjeras que lo mantienen en perpetua alarma y le obligan á gastar cada año 500 millones de liras sólo por legitimar á los ojos del mundo la usurpacion del patrimonio de san Pedro.

No necesita tanto, seguramente, el pueblo para juzgar con su buen sentido que semejante estado de cosas es intolerable y que precisa buscar una solucion satisfactoria á la «cuestion romana», causa principalísima de todos estos daños. Porque cualquiera entiende que sin la cuestion romana no abrigaría el reino de Italia esos temores de conflictos internacionales, ni estaria expuesto á que las demás naciones le declaren la guerra cuando se les antoje, sin más motivo que la prision del Pontífice en virtud de la *letra en blanco* á que en artículos anteriores aludíamos, ni hubiera roto las relaciones comerciales con Francia, ni aliádose con Bismarck, haciendo esos cuantiosos desembolsos que, como oportunamente hace notar el folletista, pudieran denominarse así: *Gastos y perdidas financieras impuestas á los italianos para mantener el inútil y dañoso despojo del Pontífice*.

Argüiráse tal vez á lo que llevamos apuntado que es general en Italia el deseo de que no se

rompa la unidad del reino y que, por lo tanto, están muy lejos los italianos de querer desmembrar de ella los Estados del Pontífice.

No dudamos que habrá desde luego algunos católicos á quienes haya llegado á convencer el liberalismo de que para ser amigos del Papa se necesita abdicar de sus aspiraciones patrióticas y resignarse á ver *in aeternum* despedazada la Península en Estados fragmentarios. Pero los argumentos con que demostrábamos en el último artículo la falsedad de esta acusacion se van abriendo paso entre los hombres de buen criterio, y no creemos que en este terreno puedan prevalecer ante la verdad la calumnia y la perfidia. No es cierto que el Papa sea enemigo de la unidad de Italia, sobre todo de la unidad federativa de los Estados legítimos, y, por otra parte, hasta la misma unidad violentamente creada por la invasion piamontesa podria subsistir sin que fuera un estorbo respetar el oasis que necesita el Padre Santo para no ser súbdito de nadie.

Y es seguro que el pueblo, al convencerse de estas verdades, de ninguna manera deseará mantener la usurpacion sacrílega de los Estados de la Iglesia, máxime cuando, si á su voluntad se sometiera la eleccion entre la unidad revolucionaria y la unidad federal de Italia, desde luego votaria, en su inmensa mayoría, por esta última unidad, la más conforme con la justicia y con los intereses del reino.

Afortunadamente, no tenemos que apelar á este género de consideraciones para explorar la voluntad del pueblo, que ella se manifestó bien clara con motivo de la *Peticion* de 1887-88, ya mencionada en uno de nuestros primeros artículos. Dirigíase á pedir á las Cortes la reconciliacion con el Pontífice restituyéndole sus Estados temporales; y cuando llevaba medio millon de firmas, todas de ciudadanos con derecho electoral, fué prohibida por el Gobierno, asustado, sin duda, por el vuelo extraordinario que tomaba aquella manifestacion, cuyo número de firmas, segun los iniciadores del pensamiento, hubiera alcanzado la cifra de *dos millones*.

Fácil es ahora á los anticatólicos negar este dato y decir que los papistas hubieran sufrido un desencanto en aquella ocasion por el escaso número de adhesiones; mas ello es que la manifestacion, contrariada al principio por el Gobierno destituyendo á los funcionarios públicos que la hubiesen firmado, fué prohibida despues en absoluto, y no es de creer que se interpusiese el *veto* oficial solamente para librar á los católicos de ese cacareado desencanto, sino más bien por evitarse el bochorno de ver *dos millones de electores italianos* pesando sobre la voluntad de los diputados del Parlamento.

Una nueva objecion se añade contra las buenas disposiciones del pueblo italiano con respecto á la restitucion del poder temporal del Pontífice, y es la de que, al quitar de Roma la capital del reino de Italia, habian de lastimarse muchos intereses creados al amparo de este orden de cosas, especialmente los de los propietarios de casas, cuyo valor disminuiria en gran manera con el alejamiento de la Corte.

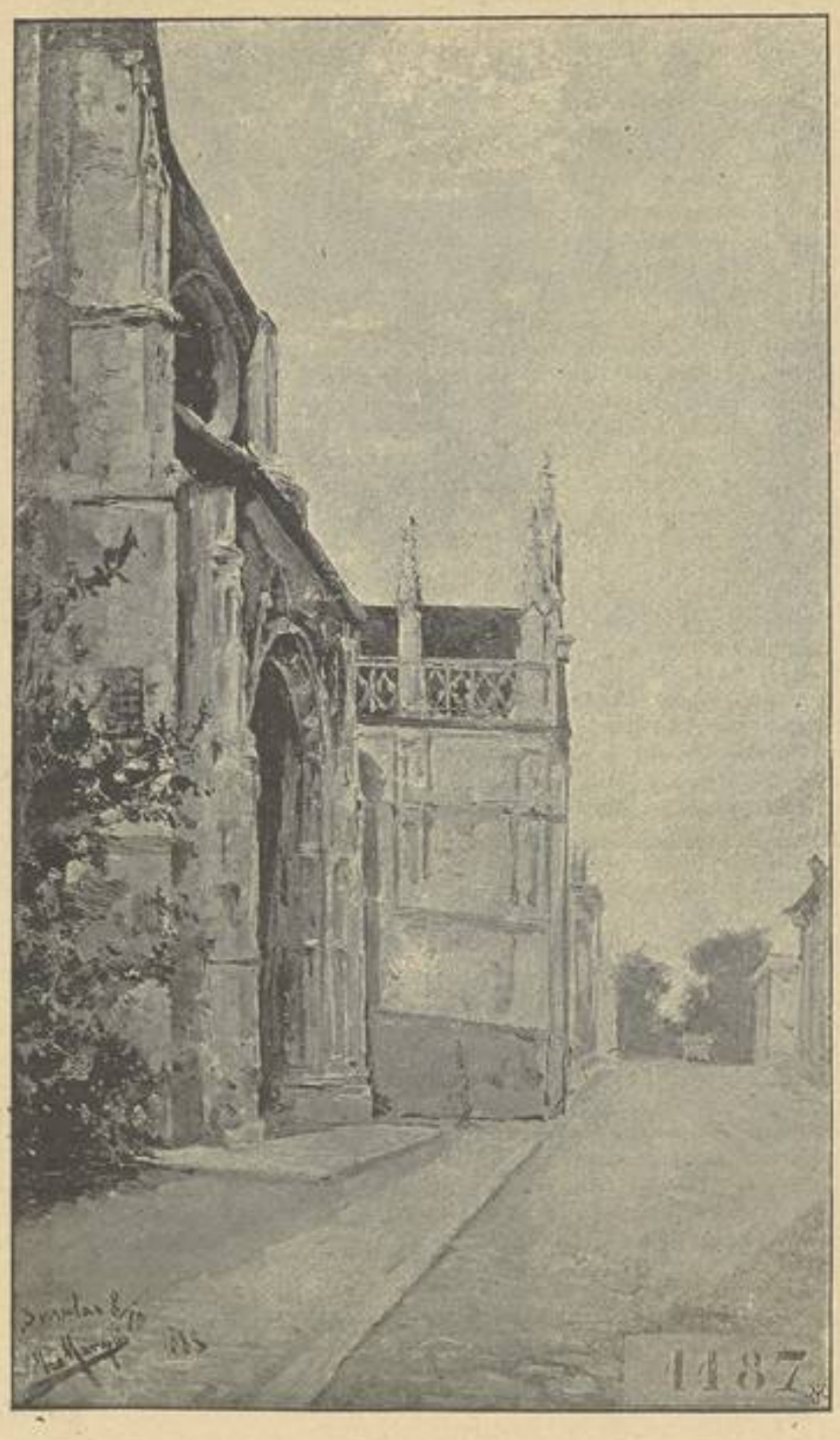
Todo esto es, en efecto, muy cierto. Y muy cierto es tambien que habrá católicos en Roma que teman la justa solucion de la cuestion romana por los inevitables perjuicios que han de sufrir en su hacienda, que siempre hubo en todas las revoluciones intereses que nacieron y medraron á su sombra y fueron despues su decidido apoyo.

Mas no olviden los propietarios la enorme ganancia que sacaron con la venta de solares y casas primitivas al convertirse Roma en capital de Italia, lo cual puede compensar algun tanto las pérdidas que habia de acarrearles el restablecimiento del antiguo reino pontificio. Es claro que, á pesar de esto, habria perjuicios para algunos; pero una indemnizacion podria subsanarlos, y por otra parte esos inconvenientes van siempre anejos á toda innovacion, sea cual fuere. La objecion que se nos presenta es además una objecion ridícula, porque nos la hacen precisamente los mismos que para fundar este nuevo reino no repararon en los inmensos perjuicios que iban á irrogar destruyendo los Estados italianos. Se asustan de una mosca los que antes no se asustaron de un elefante.

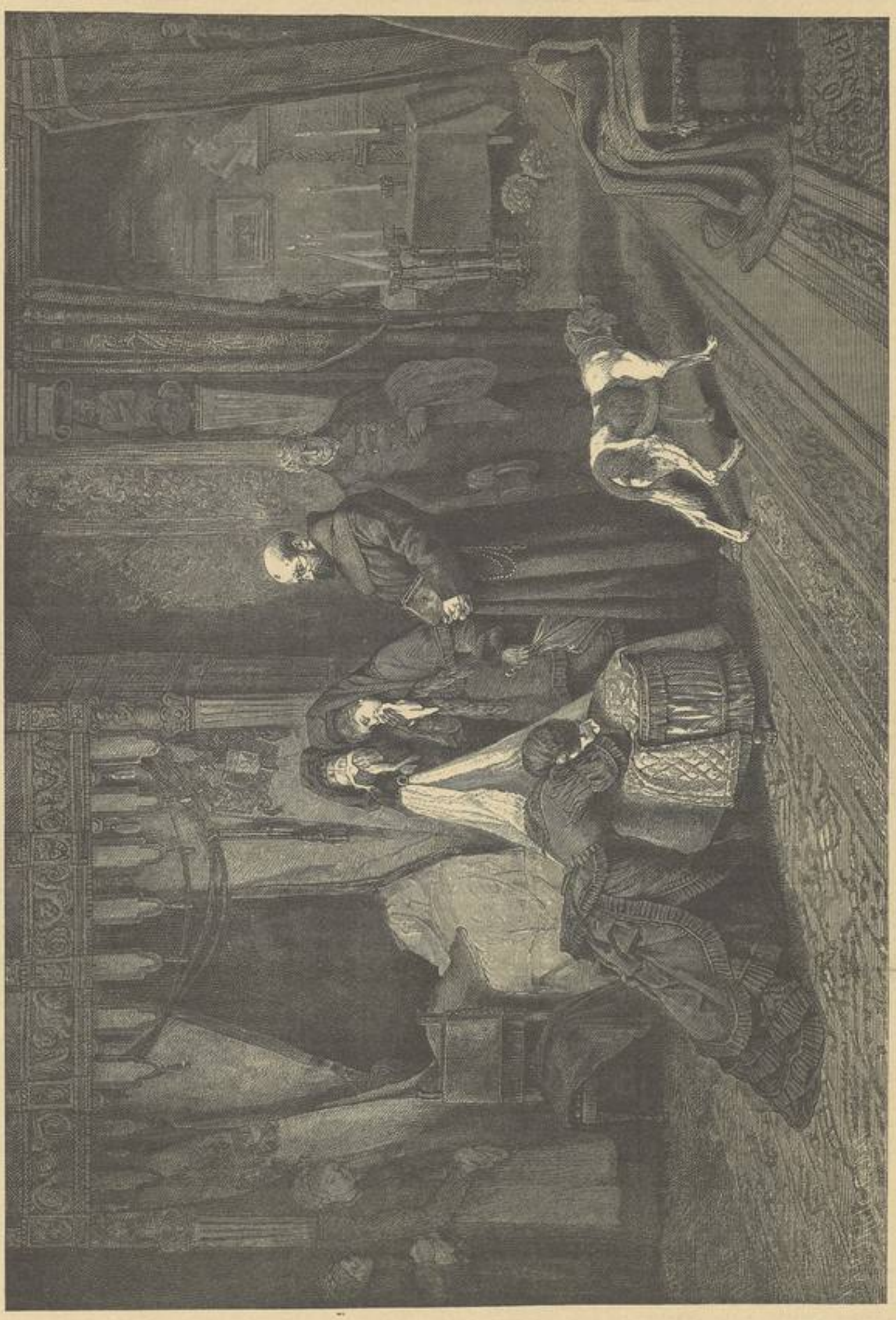
Pero esos daños de la propiedad urbana no serian, ni con mucho, los que nuestros adversarios suponen. ¿No trasladaron á Roma tambien la capital desde Florencia, y, sin embargo, Florencia tardó bien poco en reponerse de aquella pérdida? Lo que hay es que la fiebre de la especulacion en el negocio de las casas ha devorado aquí muchos capitales; mas al mismo tiempo no es un misterio para nadie que esto ha originado una crisis de difícil solucion y que gran parte de esas empresas hubieran quebrado ya sin las ganancias que realizaron con la afluencia de peregrinos á Roma en el año jubilar de León XIII. ¿Y no es esto una prueba evidente de que, aun en el terreno de los intereses materiales, nada habrian de perder los propietarios de la Ciudad eterna?

Supongamos, no obstante, que esas pérdidas sean ciertas y considerables; así y todo, no importa: es un principio de justicia que el bien particular ha de posponerse ante el bien comun.

Y que es un bien, un bien inmenso, la renovacion del pristino estado del poder pontificio, no hay cosa más evidente. Es una justísima satisfaccion á los católicos de todo el mundo, cuyos intereses son mucho más respetables que los de los propietarios de Roma; lo es igualmeute para los católicos italianos, que en esta parte no pueden menos de estar conformes con los demás hijos de la Iglesia; lo es, por último, para el mismo interés político de Italia, que no sentiria sobre sí



UNA CALLE DE BRUSELAS (CUADRO DE D. JOSÉ M. MARQUÉS)



LA CUNA VACÍA (CUADRO DE M. J. LIESTEN)

la terrible amenaza de la *letra de cambio en blanco* referida.

Tan cierto es esto, que entre los mismos liberales cuenta con muchos partidarios la idea de una reconciliacion con el Pontífice. Prueba de ello es el famoso proyecto del diputado ex-garibaldino Fazzari, que proponia nada menos que la reconciliacion bajo las condiciones que dictara el Sumo Pontífice. Y no se levantó contra Fazzari un clamoreo general entre los de su secta, porque estamos seguros de que su proyecto encuentra no pocos de los suyos que le apadrinen, y si la proposicion se repitiera no le faltaria apoyo aun en el presente Parlamento (1).

LOS PRINCIPADOS DANUBIANOS

VII

RUMANIA

Constituyen la Rumania actual los dos principados danubianos de Moldavia y Valaquia, á los cuales se agregó la Dobrutscha en virtud del Tratado de Berlin. El nombre de Rumania trae su origen de que habiendo el emperador Trajano sometido los pueblos que habitaban esta comarca, distribuyó las tierras entre sus soldados, fundando en ella una colonia romana: de aquí que el dialecto rumano no sea sino el latin corrompido y mezclado con el eslavo.

En Moldavia la predicacion del Cristianismo data de los primeros siglos de la Iglesia. Hácia el año 396 vemos ya al mártir san Niceto ocupando la Sede episcopal de Moldavia, en cuya comarca habian ya muchos monasterios. El concilio Calcedonense de 451 sometió la Moldavia al patriarcado de Constantinopla; por lo cual, habiéndose rebelado éste contra la Santa Sede, arrastró á la Moldavia en tan funesto cisma. A pesar de esto, en 1234 lograron penetrar en ella los misioneros Menores Conventuales, bajo cuya direccion están todavía los católicos de Moldavia. En 1370 consiguió el Papa Urbano VIII, por medio de algunos Franciscanos, que abjurasen el cisma los moldavos con su duque Latzko, volviendo al seno de la Iglesia romana; y habiendo pedido el duque un obispo para su país, el Papa designó para este cargo á Fr. Andrés de Cracovia, varon insigne y adornado de singulares virtudes. Pero esta conversion duró muy breve tiempo, pues los moldavos volvieron á caer en el cisma. En 1435 hizo el arzobispo griego Gregorio grandes esfuerzos para que la Moldavia se sometiese de nuevo á la Santa Sede: el Papa Eugenio IV les escribió desde Florencia con este objeto, y el obispo moldavo Damiano asistió al Concilio celebrado en esta ciudad. Pero el buen Gregorio, por haber tomado sobre sí tan santa empresa, se atrajo el odio de todos los fanáticos sectarios del cisma griego; y una revolucion religiosa, por efecto de la cual se quemaron multitud de manuscritos, actas y documentos, puso en conmocion á toda la Moldavia. A tal punto llegó el fanatismo de los cismáticos, que demolian los altares donde habia celebrado un sacerdote católico, y rebautizaban á los católicos que querian sepultura eclesiástica.

En el siglo XVI la princesa Elena, mujer de Esteban *el Grande*, hizo edificar en Moldavia doce iglesias católicas, de las que, sin embargo, no queda vestigio alguno en la actualidad. A los Menores Conventuales que en el siglo XIII se consagraron á difundir en este país la verdad católica se agregaron luego como colaboradores los Jesuitas de la vecina Polonia. No obstante la grande oposicion que la Iglesia católica encontró siempre en Moldavia, la Santa Sede nunca abandonó esta comarca. Clemente VIII erigió la sede episcopal de Barcow, ocupada casi exclusivamente durante dos siglos por Dominicos polacos. Actualmente está confiada la Mision de la Moldavia á los Menores Conventuales, los primeros que, segun dejamos dicho, penetraron en Moldavia con este objeto, y su colegio de San Antonio de Padua ó Santa María de la Salud, establecido en Roma, es el que provee de misioneros á este vicariato apostólico, fundado por Gregorio XVI, y á las Misiones de Constantinopla. El Vicario apostólico reside en Jassi, capital de la Moldavia, y la parroquia de esta ciudad es regida por el Prior de los Conventuales. Tambien se halla establecida en Jassi la casa de estos religiosos Franciscanos. Clemente XI, á fin de promover el catolicismo en este país, concedió el título de maestro á los misioneros que hubiesen servido nueve años en esta Mision. Los católicos son cerca de 60,000, y las iglesias pasan de 74. La Iglesia cismática de este Principado es extraordinariamente rica. Su metropolitano tiene 60,000 zequines de renta, y proporcionadas á esta son las consignaciones de los otros tres obispos, del clero y de los monjes; de donde se sigue que el clero cismático ejerce, por su riqueza, gran influencia en la nobleza y el pueblo.

La Valaquia fué tambien iluminada por el Cristianismo en los primeros siglos, y la conversion de la Bulgaria contribuyó grandemente á los progresos del Cristianismo en esta provincia, su confinante. Habiendo sometido el concilio de Calcedonia de 451 la provincia eclesiástica de Valaquia, juntamente con la Moldavia, al Patriarca de Constantinopla, la Valaquia, como tantas otras provincias orientales, fué arrastrada por Focio al cisma que aún la señorea. A ejemplo de Bosnia, Servia y Chipre, en el largo período del cisma, la Valaquia se ha acercado algunas veces á la Iglesia de Roma. En los últimos años del pontificado de Celestino III, Joannicio, rey de Bulgaria y Valaquia, envió embajadores á Roma á impetrar del Papa la corona y un Patriarca para su reino. Tan sólo uno de ellos logró llegar á la Ciudad eterna, pues todos los demás cayeron en poder del emperador griego. En este intervalo murió Celestino III y le sucedió el gran Inocencio III. Este Pontífice, que tanto trabajó por la reunion de todas las iglesias orientales con la Sede romana, queriendo cerciorarse, ante todo, de la sinceridad de intenciones de Joannicio, se limitó en un principio á enviarle, con cartas suyas, á Domingo, arcipreste de Brindis, eclesiástico versadísimo en las lenguas griega y latina.

Cómo fuera recibido Domingo por el rey de Bulgaria y Valaquia, lo dice éste mismo en la siguiente carta que escribió al Pontífice en 1202: «Los mensajeros y las cartas del Pontífice romano tienen para mí más valor que el oro y las piedras preciosas. Mis hermanos deseaban hace mucho tiempo enviar embajadores á Roma, y yo mismo he intentado hacerlo dos veces; pero mis enviados no pudieron llegar al punto de su destino. Ahora que Su Santidad ha enviado á mis Estados, como padre á sus hijos, uno de sus Legados, al volver éste á Roma envio con él al arzobispo de Branizzowa para atestiguar á Vuestra Santidad mi gratitud, mi amistad y mi devocion.» El rey rogó á Inocencio que le otorgase la corona y los honores de que habian gozado sus predecesores, y que consagrase un patriarca para sus Estados y le enviase un Cardenal que lo coronase emperador. El Papa, para hacer estable esta union, advirtió al rey que «formando la Iglesia un solo cuerpo, no podia tener muchas cabezas,» principio que bien comprendido aniquila de un golpe á todo el cisma oriental. Despues de mil oposiciones por parte de los griegos, llevóse á cabo felizmente la union. El rey fue coronado, la jerarquía eclesiástica se constituyó y todo el reino se sometió á la obediencia de la Santa Sede. El soberano, en virtud de acta autorizada con su sello de oro, declaró que, siguiendo las huellas de sus antepasados, ponia su reino en comunion con la Iglesia romana, prometiendo en su nombre y en el de sus sucesores eterna adhesion á la Santa Sede; y mandó al primado, á los arzobispos, obispos y sacerdotes que se conformaran á los Cánones de la misma Sede romana, á la cual prometió además someter todos los países cristianos que conquistase.

Por desgracia la union con la Iglesia romana duró poco tiempo, pues si bien el Primado de Tarnovia, Basilio, instituido por Inocencio III, se mantuvo fiel al juramento prestado, no hizo lo mismo su sucesor German, quien se separó de la Iglesia romana, sometiéndose al Patriarca de Constantinopla é implorando de él la confirmacion de sus privilegios. El Primado arrastró en el cisma al clero y al pueblo, y de esta suerte búlgaros y válacos se encontraron nuevamente, y casi sin saberlo, fuera del gremio de la Iglesia.

La ínclita Orden de Predicadores tiene tambien derecho á la gratitud de los católicos de estas comarcas orientales, pues por este tiempo envió su glorioso fundador santo Domingo á Fr. Pablo, uno de sus religiosos, para convertir á los idólatras de la Valaquia, Moldavia, Transilvania, Sérvia y países inmediatos, donde fué martirizado juntamente con otros noventa religiosos del mismo Instituto.

La Santa Sede no perdió, sin embargo, la esperanza de ver volver á este reino al rebaño de Jesucristo. Nicolás IV exhortó en 1288 á su rey para que volviese al seno de la Iglesia católica; pero sus esfuerzos fueron de todo punto ineficaces. Tres años despues, en 1291, renovó sus instancias el Pontífice y excitó á Jorge, que así se llamaba entonces el rey de Bulgaria, á abjurar el cisma. El Papa Urbano V intentó en 1370 sustraer del cisma á la Valaquia, y consiguió que Clara, viuda del príncipe Alejandro, volviese al gremio de la Iglesia. Por este tiempo los religiosos Menores de san Francisco difundian por estas comarcas la luz de la verdad católica. En los pontificados de Eugenio IV y Nicolás V debieron reanudarse las relaciones entre la Santa Sede y

(1) Es digna de leerse la nota con que el folleto termina este capítulo, y que nosotros insertamos á continuacion:

«Se sabe,—dice,—que Máximo d' Azeglio, el mal consejero de Victor Manuel, fué siempre, no obstante, contrario á la ocupacion de Roma. «Cuantos hombres ilustrados hay en Italia,—exclamaba,—otros tantos están convencidos de que es imposible hacer de Roma la capital de Italia.» El diputado José Ferrari, mason y enemigo del Pontificado, decia: «Seria »mil veces preferible volver á Turin que permanecer en Roma »en tales condiciones. Basta volver los ojos á nuestro alrededor para comprender que aquí no somos más que huéspedes. »No somos más que huéspedes pasajeros, y nada más.»

»El corresponsal parisiense del *Times* referia las siguientes palabras que habia oido de boca de un diplomático italiano de gran autoridad en el partido liberal: «A ninguno de nosotros nos gusta Roma. Es la más ingrata, la más desagradable, la menos práctica de las capitales posibles. Ella permanece fuera de todas las innovaciones. Es malsana á despecho »de todos los expedientes ideados para sanearla. Es casi imposible embellecerla sin que esto dé motivo para que clamen »que es una profanacion. No damos un paso en esta ciudad »tan desarreglada sin que topemos con algun imposible. El »rey la quiere menos que nadie; la idea de aquel viejo Papa »que está siempre frente á frente á él, le es insoportable. Se »rie del interdicto eclesiástico lanzado sobre el palacio; pero »nadie querria habitar en aquellas estancias... Nosotros tenemos una ciudad que podria ser la más hermosa capital del »mundo: Florencia... Y nos estamos en Roma, en donde cada »dia de nuestra residencia es un desafío á la conciencia del »mundo y á las leyes fundamentales que deben gobernar todas las cosas. Todo el mundo sabe que no es posible una »avenencia con el Papa sin que Roma deje de ser la residencia »del Gobierno italiano y viva el Papa libre en una Roma libre.» (*La question romaine internationale*, por Mr. Vaughan. París, 1888, pág. 3).»

los moldo-válacos; pues habiendo invitado Eugenio IV á toda la Iglesia griega con sus príncipes á unirse con la Iglesia romana, y alcanzada felizmente esta union, parece probable que los válacos debieron volver tambien entonces á la unidad. Y habiendo enviado despues Nicolás V nuncios y misioneros suyos á estas comarcas para consolidar dicha union, es natural que algunos de ellos vinieran asimismo á la Valaquia.

No fué menos solícito del bien espiritual de estos pueblos el Pontífice Gregorio XIII, quien instó al rey de Francia para que ayudase á recuperar este reino á Pedro, fervorosísimo príncipe católico. Muerto aquel Pontífice, su sucesor Sixto V mostró igual solicitud por estos países de la Europa oriental, pues al auxilio eficacísimo de este gran Pontífice debió Pedro el dominio de la Valaquia, donde comenzó á florecer nuevamente la Religion durante el reinado de este virtuosísimo príncipe. Su ejemplo y el amor con que gobernaba á sus súbditos, para quienes fué el mejor de los padres, movian á todos á seguir su ejemplo. Hizo venir á Valaquia religiosos y sacerdotes doctos y ejemplares, para que confirmasen á los que ya eran católicos, y convirtiesen á los cismáticos. Pero tanto amor á la Religion no podia menos de suscitarle cruda guerra de parte de los enemigos del nombre cristiano; y tanto intrigaron contra él los déspotas musulmanes que gobernaban las ciudades vecinas, que el sultan Amurat III le condenó á prision, de la cual se libró el príncipe Pedro, avisado oportunamente, huyendo de Transilvania, donde vivió tranquilamente hasta la muerte del vaivoda Cristófano Batori.

Pero, muerto éste, los ministros sepultaron á Pedro en un horrendo calabozo, donde se proponian hacerle morir de hambre y de sed. Desde aquella horrible prision escribió Pedro dos cartas. En una de ellas, dirigida al Pontífice Sixto V, despues de exponerle todo lo sucedido y de disculpar cristianamente á sus perseguidores, pedia al Papa que trabajase, no ya por restablecerlo en el trono, sino solamente porque se le devolviera la libertad. En la otra carta, dirigida á un señor válaco, rogaba á éste que hiciese llegar la primera á manos del Papa.

Noticiosos los válacos del deseo de su príncipe de que llegaran al Papa sus clamores, creyeron oportuno enviar una embajada al Pontífice, encargada de presentarle la carta de Pedro, y de suplicarle al mismo tiempo que se interesase por la restauracion de aquel excelente príncipe, tan solícito de los intereses religiosos y civiles de su pueblo. Conmovido el Pontífice al saber el triste estado de Pedro y el grave daño que sufria la religion católica en Valaquia, exhortó al rey de Polonia á que llevase á cabo la liberacion de Pedro; y en efecto, este rey, movido de las enérgicas exhortaciones del Papa, hizo que se restituyese la libertad al príncipe válaco, el cual, una vez libre, fue recibido con grandes muestras de regocijo por los nobles válacos, recobró su trono y continuó edificando iglesias, llamando religiosos al Principado y promoviendo, en una palabra, de todas suertes la gloria de Dios y la felicidad del pueblo válaco.

Los sucesores de Sixto V hicieron siempre cuanto les fué posible, segun los tiempos, en favor de Valaquia, principalmente por medio de la Congregacion de *Propaganda Fide*, que siempre ha tenido entre sus alumnos algunos moldo-válacos. El cardenal-arzobispo de Strigonia, Leopoldo de Kollonik, logró con su ardiente celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas reunir á la Iglesia católica 200,000 válacos de Transilvania que profesaban el cisma griego. Los emperadores de Austria han trabajado tambien por el bien religioso de los válacos; así, por ejemplo, el emperador Cárlos VI dió los recursos necesarios para que se educasen tres jóvenes válacos de Transilvania en el Colegio de la Propaganda. Y no es menor la solicitud que ha mostrado por el bien religioso de sus súbditos válacos el actual emperador Francisco José, asociándose en 1853 al cardenal Scitowski, arzobispo de Strigonia, para suplicar con instancia á Pio IX que erigiese en Transilvania una provincia eclesiástica del rito greco-rumano; proyecto concebido por Gregorio XVI y que las circunstancias de los tiempos no le habian consentido llevar á feliz término. El Pontífice de la Inmaculada, Pio IX, tuvo el consuelo de realizarlo, con regocijo de todos los buenos católicos, y en particular de los del Imperio austríaco. Fundó, pues, dos nuevas sedes del rito griego: Lugos en el banato de Temesch, y Harmenópolis en el principado de Transilvania; y separando del arzobispado de Strigonia la iglesia de Gran-Varadino, la sometió, así como las precedentes, á la sede de Fogaras, honrando á ésta con el título de Alba Julia y elevándola á la dignidad de metropolitana. El Nuncio apostólico de Viena, encargado de instalar á los nuevos Prelados, hizo un viaje triunfal por Transilvania para adornar con este nuevo esplendor á la Iglesia greco-católica.

La Congregacion de la Santísima Cruz y Pasion de Nuestro Jesucristo está hace años encargada de esta Mision, que comprende la diócesis de Nicópolis y el vicariato de Valaquia. El primero de sus obispos, Ilmo. Sr. Ferrieri, mártir de su celo apostólico, murió de la peste, de que se contagió al administrar á los atacados de ella los últimos Sacramentos.—El segundo, Ilmo. señor Ercolani, alcanzó despues de grandísimos esfuerzos licencia del Gobierno otomano para construir en Bulgaria una casita para un misionero. En ella hizo cavar secretamente una gruta, que, para mayor seguridad, se hizo muy semejante á las cuadras búlgaras, donde se reunian los católicos para asistir al santo Sacrificio.—Sucedióle el Ilmo. José María Molaioni, que consumió su vida en fatigas y empresas que recuerdan los primeros tiempos del Cristianismo. Vestido de viajero turco, visitaba á pié los puntos sometidos á su jurisdiccion, llevaba los consuelos religiosos á las ovejas dispersas de su grey, y con su ejemplo y consejo las alentaba para perseverar en la fe, á pesar de la pobreza y de las persecuciones. Logró, no sin inmensos sacrificios personales, reunir en algunas aldeas á todos los búlgaros del rito latino diseminados entre los musulmanes y cismáticos, y obtuvo del Gobierno turco una porcion de terreno, donde fundó una aldea para 400 católicos emigrados de la Alsacia. Pagó las deudas por ellos contraidas, y compró con su propio dinero los granos para la primera siembra. Esta aldea, llamada Malcotch, estaba muy floreciente antes de la última guerra, y gracias al Ilmo. Sr. Molaioni los católicos que la habitan han perseverado en la fe de sus padres.—El Ilmo. Parsi, que vino despues, inauguró una nueva era. A las humildes cabañas y pobres grutas en que antes se celebraba el santo Sacrificio, sustituyó, con el consentimiento de las autoridades otomanas, iglesias espaciosas, donde los búlgaros podian asistir, sin temor á las persecuciones, á todas las solemnidades de su culto; dió el primer impulso á la instruccion católica estableciendo una escuela en Bucharest, é introduciendo en su diócesis á los Hermanos del instituto de Santa María. Todas estas obras fueron continuadas y fomentadas bajo la administracion de su sucesor, Ilmo. señor Pluym. Pero estaba reservado al Ilmo Sr. Paoli coronar la obra de sus predecesores, aumentando el número de parroquias y escuelas, edificando dos hermosas iglesias, una en Tultcia y otra en Trangiwitz, y una catedral y seminario en Bucharest.

En esta misma ciudad existe aún una iglesia y convento de Menores Observantes de San Francisco. Además, los Menores reformados del vicariato, inclusos los de Transilvania y los del banato de Temesch, forman una provincia monástica con ocho conventos. Hay tambien un Instituto de religiosas venidas de Austria, que educan á seiscientas niñas, siendo una verdadera bendicion para nacionales y extranjeros: las escuelas de niños establecidas en la casa del Vicario apostólico cuentan ordinariamente más de quinientos alumnos. Las Hermanas Pasionistas venidas recientemente de Inglaterra tienen buen número de novicias. Los católicos existentes en el principado moldo-válaco, hoy Rumania, es cerca de 80,000, de los cuales 25,000 por lo menos habitan en la capital. Los misioneros no tienen motivo de queja del Gobierno rumano, que les concede la libertad más ámplia; y áun el mismo clero cismático no es muy hostil á los católicos. El Ilmo. Sr. Paoli aseguraba en su visita á Leon XIII que el Gobierno rumano no sólo deja entera libertad á los católicos, sino que hace todavía más, pues favorece al Obispo en sus empresas. ¡Ojalá que este centinela avanzado de la civilizacion europea continúe, al mejorar de condicion, protegiendo cada vez más á la religion católica en aquellas comarcas, y logre difundir de este modo su esplendorosa luz en el continente ruso, tan apartado de ella en la actualidad!

LOS MISIONEROS DEL SIGLO XIX

(Conclusion)

Si de esta fase moral del progreso nos trasladamos al terreno de los adelantos y conquistas realizadas en el fecundo campo de la materia, tambien allí los misioneros pueden reclamar un puesto de honor, tambien allí representan un elevado coeficiente de progreso en los adelantos de la ciencia.

Ellos sorprendieron el secreto de la fabricacion de las porcelanas chinas, ellos dieron á conocer en Europa multitud de especies botánicas de gran importancia para la ciencia, ellos poblaron los museos y gabinetes de animales raros y desconocidos, y ellos finalmente arrancaron sus secretos á pueblos ignorados de los hombres para ponerlos al servicio de la humanidad entera. Y si los eminentes servicios prestados por los misioneros á la causa de la civilizacion y del progreso no bastasen para hacerles acreedores á la gratitud de la humanidad, ahí está el P. Blanco que abandonado á sus propias fuerzas y sin más recursos que los que le suministra su genio poderoso y fecundo escribe la *Flora filipina* y eleva él solo un monumento á la gloria de España y de la ciencia: ahí está el P. Sechi dándonos á conocer por medio del análisis espectral la constitucion de los infinitos soles que pueblan los insondables abismos del éter: ahí el P. Diswich arrebatando á los cielos el rayo y mereciendo el célebre verso de Turgot que una equivocacion tal vez involuntaria hizo fijar sobre la estatua de Franklin: *Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tirannis:* ahí están, en una palabra, esa pléyade de misioneros que por sus brillantes méritos se han conquistado un puesto eminente en la historia de la ciencia y llenado el mundo con la fama de su nombre. Sin el arrojo y el heroismo de los misioneros, los beneficios de la civilizacion y del progreso permanecerian como localizados y circunscritos á una comarca ó region, sin pasar jamás á ser patrimonio de la humanidad, mientras la historia nos dice que el misionero los pone á

PUERTA DEL CLAUSTRO EN LA CATEDRAL DE BURGOS

IGLESIA DE SAN GAUDENCIO EN NOVARA

disposicion de todos los hombres y de todos los pueblos aun á riesgo de su bienestar y de su vida.

Intrépido como el rayo, surca los mares, cruza las llanuras, traspone altas montañas y recorre todas las zonas de la tierra. En los bosques sagrados de la India le ofrece el tamarindo su luxante y jugoso fruto; en la religiosa Arabia, patria de la mirra y del incienso, contempla la gloria del Señor en las cimas del Sinaí y del Horeb; en el ardiente y arenoso Egipto conversa con los religiosos de la Tebaida de luenga y plateada barba y semblante macilento y descarnado; á la sombra de los palmerales del Nilo ora sobre las tumbas de los mártires de Alejandría y admira la grandeza de las pirámides faraónicas; en la virgen América la elegante magnolia de anchas y relucientes hojas le presta su sombra benéfica y le regala con el perfumado aroma de sus blancas y doradas flores; en la solitaria Oceania duerme bajo el techo hospitalario de los pescadores de Santa Cruz, y en todas partes va dejando impresa la huella luminosa de su virtud y de su ciencia. Cuando el cansancio y la fatiga agotan sus fuerzas musculares, una roca cubierta de líquenes y musgo y alumbrada por los pálidos resplandores de la luna le sirve de mullido lecho, y cuando la sed ardiente le postra y abrasa, el árbol de la leche le ofrece su dulce y refrescante zumo en la cáscara del esbelto cocotero. La abnegacion y el heroismo de los misioneros, sin embargo, sólo podrán apreciarlos dignamente los que se hayan visto en la dura precision de pisar extranjeras tierras y mendigar el pan de la hospitalidad en países extraños; los que, trasladados por la fuerza del deber ó de las leyes á regiones lejanas y desconocidas, hayan sentido nacer en su pecho la nostalgia infinita de la patria, ó los que hayan leido con los ojos cuajados de lágrimas los acentos de dolor exhalados por los hijos de Israel en las orillas del Tigris, ó las sublimes elegías del vate latino á quien el despotismo de César relegara á los confines del Ponto, pues en último resultado el misionero no es más que un hombre extraordinario á quien el amor de Dios y de sus semejantes lanza fuera de su patria y de su hogar. Con razon decia Lista en estos versos llenos de ternura y de melancolía:

Feliz el que nunca ha visto
Más rio que el de su patria
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba;

pues ningun dolor es comparable al que se experimenta al abandonar el suelo bendito de la patria, ese ente impersonal, encarnacion de nuestro cariño, que está

Allí donde empieza
La breve jornada
Que al hombre en el mundo
Los cielos señalan.
Allí donde el canto
Materno arrullaba
La cuna que el angel
Veló de la guarda.
Allí donde en tierra
Bendita y sagrada
De abuelos y padres
Los restos descansan (1).

La causa de este dolor es la tendencia irresistible que siente el corazon humano á unirse á los seres que le rodean por medio del amor, tendencia que no es una ley psicológica privativa del espíritu humano, sino una ley generalísima del universo. Los inertes minerales se atraen con tanta mayor intensidad cuanto más próximos y cercanos se encuentran, llegando hasta unirse indisolublemente por medio de la atraccion, que no es tal vez otra cosa que el *amor de la materia;* los árboles y las plantas que viven juntos entrelazan sus ramas hasta confundir las funciones de su vida y verificar un verdadero desposorio segun las leyes eternas de la Naturaleza, induciendo todas estas analogías á extender la ley de la atraccion á esa fuerza misteriosa que se llama amor en los hombres, diciendo *que su intensidad está en razon inversa del cuadrado de las distancias.*

De ahí el dolor que experimentamos cuando despues de haber sentido correr felices los años de la primavera de nuestra vida bajo el cielo esplendente de la patria, nos vemos en la dura necesidad de abandonarla; de ahí que la vida de los misioneros sea admirada y respetada por todos los hombres, á no ser por cuatro malvados ó miserables cuya alma inerte y cristalizada por el hielo de la indiferencia se halla privada de la facultad estética de sentir lo grande y lo sublime. Nosotros no podemos recordar sin conmovernos la escena que hace poco más de un mes hemos presenciado. Nos encontrábamos accidentálmente en el Escorial, y una coyuntura felicísima nos proporcionó la satisfaccion inmensa de ver salir para Filipinas á los misioneros agustinos que se albergan dentro de aquel grandioso monumento. El llanto se agolpa todavía á nuestros ojos al recordar aquellos héroes que, con los ojos cuajados de lágrimas y embargados por el intenso dolor de una eterna separacion, acababan de dar el último abrazo á sus hermanos y el postrimer adiós á su patria. Despues de una dolorosa despedida, las pocas personas que asistíamos les vimos conmovidos entonar los himnos de despedida, de los cuales puedo trasladar algunas estrofas, gracias á los misioneros que me proporcionaron una copia á la más ligera indicacion. Unas veces llenos de fe apostrofaban al mar diciéndole con arrogancia y valentía:

Ruge, ruge y levanta tu espuma
De tus olas formando montañas,
No he de ver tus voraces entrañas;
A Manila en tus brazos he de ir.
Ni tu empuje mi pecho amedrenta
Ni me espanta tu gran poderío;
Que es más grande que tú mi albedrío
Y en la mente otro mar siento hervir.

Otras veces, llenos de indignacion como Elías ante las abominaciones de Israel, se preparan á manifestar al mundo las venganzas del Señor y exclaman:

Ya que el mundo de impio blasona,
Y ante el ara sus votos quebranta,
Hoy que al cielo su frente levanta
Altanero cual nuevo Luzbel;
Fieles hijos del genio de Hipona,
Nuestro acento resuena indignado
Y en sus ecos escucha aterrado
Las venganzas del Dios de Israel.

Otras, trasladándose con el pensamiento al seno de los mares revueltos y agitados por la tempestad, dirigen sus miradas á la Estrella de los náufragos, y llena el alma de fe la invocan en esta plegaria:

¡Oh Madre de los náufragos!
¡Consuelo en los pesares!
Acalla de los mares
El fiero rebramar.
Las vidas ofreciendo
En plácido holocausto,
Por este mar infausto
Dejamos nuestro hogar.
Guiados por la enseña
Del Martir del Calvario,
Corramos del santuario
La gloria á vindicar.

Estos son los religiosos y misioneros á quienes hoy dia se persigue como si fuesen sicarios ó malhechores; estos son los hombres á quienes se intenta arrojar de Filipinas, de aquellas tierras hospitalarias que Dios hizo surgir del seno de los mares para ser teatro de sus proezas; tierras regadas con la sangre de nuestros mayores y á donde van á continuar el poema de hazañas inmortales cuyo brillante prólogo trazaran Urdaneta y Rada.

Mas no importa, oh ilustres hijos de san Agustin, que el mundo se interponga en vuestro camino, ni que un enjambre de malvados trate de cortar vuestra marcha civilizadora: todos desaparecerán como la arista ante la faz del viento, pues no ha de prevalecer contra Dios el consejo de los malvados. Marchad intrépidos á llenar vuestra mision augusta y soberana; la Estrella de los mares guie vuestros pasos y quiera el cielo que piseis pronto aquellas playas esmaltadas de mariscos y brillantes arenas y santificadas por el primer beso de la aurora y por el primer rayo que envia el rey de los planetas. Allí no hay transparencia en los cielos, ni aroma en las flores, ni armonía en el canto de las aves, ni vigor en el zumo de las plantas, ni fuerza en la sangre de los hombres; pero hay ignorantes á quienes instruir, desgraciados á quienes socorrer, tristes á quienes consolar y sobre todo un Dios á quien ofrecer la hostia inmaculada del amor y del sacrificio. Aquí quedan vuestros hermanos sumergidos en un mar de desconsuelo; el llanto acerbo surca sus mejillas y el dolor implacable desgarra su corazon. Aquí quedan llenos de tristeza al pié de esta generacion de montañas (1), fragmento colosal del esqueleto de la tierra; al pié de estas cristalizaciones prehistóricas contemporáneas del sol que alumbra el firmamento, montañas sobre cuyas centenarias frentes ha echado Dios los cimientos de la eternidad y que son grandes por haber nacido en España y orgullosas porque les ha tocado en suerte dar sombra á la tumba de las majestades españolas. Marchad, sí, y cuando aparezcan ante vuestros ojos las deslumbrantes playas filipinas cubiertas de esquifes y faluchos saludando con sus ondeantes gallardetes la venida de los evangelizadores de la paz, cuando veais destacarse en medio de las olas la hermosa ciudad de Manila, *sultana gentil de los mares*, sentada con régia pompa en su trono de esponjas y corales, entonad, como Colon, un himno de gracias al Dios de las conquistas que se ha servido engarzar en la Corona de España una perla tan brillante y deslumbradora. Ese es el teatro de vuestras hazañas; ese es el campo que Dios os ha deparado para que traduzcais en obras fecundas y útiles al bien de vuestros semejantes los deseos de hacer bien que palpitan en vuestros corazones.

Nunca el ingrato olvido haga mansion en vuestros pechos. Cuando sentados en roca eminente y solitaria, al borde de aquellos mares oceánicos, contempleis el orto y el ocaso de los astros; cuando las brisas orientales vengan á refrescar vuestra frente enardecida por el amor del cielo y de la patria, y las olas coléricas y rugientes vengan á besar rendidas vuestras plantas, acordaos de España. Cuando el sol abandone el firmamento, y el mundo duerma, y el silencio impere, y la luna bañe con su luz argentina el cristal inmenso de los mares, acordaos de la tumba de vuestros padres: cuando veais las riberas del Pasig vestidas de exuberante y espléndida vegetacion, acordaos del azahar y de la madreselva de vuestra patria y de las alfombras de tomillares que hollaba vuestra planta en las serranías del Escorial. No os olvideis de España; no os olvideis de vuestros hermanos á quienes dejais como ángeles custodios de las majestáticas grandezas. Bien sabeis que tal vez sólo los hijos de san Agustin son dignos de velar el sueño eterno de las majestades españolas. Conservad para

(1) Ventura Ruiz Aguilera.

(1) Las del Escorial, ramificacion de la gran cordillera Carpeto-Vetónica y estribaciones del Guadarrama.

Dios y para España ese país regado con la sangre de nuestros mayores, y si el mundo no comprende la inmensidad de vuestros sacrificios, si los hombres olvidan vuestra abnegacion y vuestro heroismo, y si España ignora el nombre de los héroes á quienes debe la conservacion de la perla más brillante de su corona, Dios, que ve el corazon de los mortales, sabrá remunerar vuestros trabajos ciñendo vuestras sienes con la corona de la inmortalidad. Sólo tendreis por testigos de vuestras acciones á Dios en el cielo y á vuestros hermanos en la tierra, pero despues que una tumba lóbrega y sombría reciba vuestro cuerpo inerte, tal vez el mundo se acuerde de los que han pasado haciendo bien: *transierunt benefaciendo.*

ALFREDO J. GIRADEN.

FRASEOLOGIA POLITICA

No pertenece al lenguaje del pueblo, y sólo circula entre los hombres de la vida pública. Se la encuentra en los documentos oficiales de más aparato, en los discursos parlamentarios más teatrales y en los artículos de periódicos más campanudos.

Para pronunciar tales frases conviene ahuecar la voz, de manera que los oidos que nos escuchen perciban en ellas cierto acento rotundo que las haga sonar como verdaderas campanadas.

Por más que el uso diario que de ellas se hace las extienda desde los gabinetes de los ministros hasta las mesas de los cafés, desde el santuario de las leyes hasta los centros de los clubs, el pueblo, que llama al pan pan, y al vino vino, no sabe apreciar el valor que en ellas se encierra, y las oye como quien oye campanas y no sabe dónde: si por un oido le entran, por otro le salen. La primera frase que me salta á los ojos es la que usamos siempre que pretendemos designar con brevedad y exactitud el ejercicio de los poderes públicos. Y entonces, llenándonos la boca y arqueando las cejas y admirándonos de la felicidad de la expresion, exclamamos:

—¡Oh!... *¡El juego de las instituciones!...*

Hay algo de diabólico en esta frase, porque sólo al demonio se le ocurre llamar *juego* á lo que constituye todo el fundamento del régimen político en que vivimos. Porque *juego* es una palabra cuyo sentido dominante indica pasatiempo, cosa de puro recreo ó de mera broma, cuando no expresamos con ella un vicio desastroso que el libertinaje de nuestras costumbres consiente, pero que las leyes se ven obligadas á prohibir, aunque muchas veces hagan la vista gorda.

¡Cuidado con ello, llamar, así, de golpe y porrazo, *juego* al armonioso conjunto de sábias instituciones, que nos cuestan montes de oro y rios de sangre, en las que hemos fundado si no la felicidad presente, porque al fin y al cabo cada vez están más verdes, á lo menos la felicidad futura que podremos encontrar mañana ó el otro á la vuelta de un dado!

Hablemos en confianza, ya que nos hallamos manos á boca. ¿Les parece á Vds. el tira y afloja de nuestras instituciones cosa de juego...?

Aquí hay una maliciosa mordacidad de la lengua que todo lo mete á barato y parece complacerse en sacar á la vergüenza la movible combinacion de hombres y de cosas que hace cuarenta años nos tienen con el alma en un hilo, como si el arte de gobernar á los pueblos hoy dia de la fecha fuese tirar de la oreja á Jorge ó llegar y besarla durmiendo.

Hagamos hincapié en este punto y no consintamos que esa burla del lenguaje, así, sin más ni más, corra la ceca y la meca señalándonos con el dedo, porque la historia, que es muy capaz de contarle los pelos al diablo, hará creer á las futuras generaciones que hemos pasado la vida tocando el violon, y seremos tambien entonces el platillo de todas las conversaciones.

No sé yo por qué ha de tener la lengua vela en este entierro y ha de venirse por su bella cara á dar su golpe de gracia, ni más ni menos que si tuviera un tio en Indias ó fuera el gran Tamberlan de Persia. ¿Qué pito toca en este órgano de Mósteles para llevar la batuta y ponernos con una sola palabra la ceniza en la frente...?

El juego de las instituciones es una frase que arde en un candil y que debiera estar fuera de la legalidad comun, mientras no obtenga mayoría en los comicios ó dé el grito y se ponga en zancos y echando las campanas al vuelo nos tenga á todos entre la espada y la pared. Entonces podrá cantar en la mano y ponerse las botas, mas entre tanto debe darse un punto en la boca.

*

La segunda frase que se me entra de rondon en estos apuntes es una locucion que pica en historia. Por una parte parece que es la simple averiguacion de un secreto de la naturaleza cogido al vuelo, y por otra parte, á las primeras de cambio descubre la oreja de su sentido político. Debe considerarse como una de las más curiosas invenciones de nuestro tiempo, pues aunque el sentido no es de ayer mañana, puede asegurarse que la fórmula en que lo expresamos acaba de salir del horno; eso se conoce á tiro de ballesta.

Es un sistema por medio del que se convierte lo negro en blanco, poniendo de la noche á la mañana en candelero lo que el dia antes estaba á los piés de los caballos. Se aplica lo mismo á la celebridad de la revalenta arábiga que á la exaltacion del sér más insignificante que por el momento convenga poner en los cuernos de la luna.

Esto se llama *hacer atmósfera.*

Y es claro, esa atmósfera se hace favorable ó adversa segun hay que destruir ó levantar, y en el primer caso se ponen las cosas en las nubes y en el segundo caso se ponen de vuelta y media.

El vulgo, que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado, y que de todo se hace lenguas, es el gran receptáculo donde desembocan las corrientes atmosféricas, unas veces de las más serviles é interesadas adulaciones, otras veces de las más atroces calumnias.

Hacer atmósfera es pura y simplemente *confeccionar* falsos entusiasmos, crear odios injustos, tejer y destejer reputaciones, fabricar celebridades de pacotilla; en una palabra, pintar como querer, haya lo que quiera de lo vivo á lo pintado.

El vulgo, que para estas cosas se pinta solo, rara vez deja de bailar al són que le tocan, y una vez alborotado el cotarro, habla como un descosido cuanto le ponen en el pico, sin caer en la cuenta de que al fin él es el que suele pagar el pato, porque del cuero salen las correas.

Entre tanto tres al saco y el saco en tierra, que no se ganó Zamora en una hora; si no otro gallo nos cantara y no anduviéramos con el agua al cuello, buscándole los tres piés al gato. Pero esto de *hacer atmósfera* es dar gato por liebre, y como cada uno arrima el ascua á su sardina, siempre tenemos la misma funcion de toros y cañas.

¡Y qué hemos de hacer! somos caballos de buena boca y no es cosa de andarse en repulgos de empanada por más que se nos caigan los palos del sombrajo y no podamos sacar los piés de las aguaderas. A nosotros ¿qué nos va ni qué nos viene?... A lo que sube, cara de pascua; á lo que cae, la del humo. Por lo demas, ya sabemos que el último mono se ahoga, y que lo que ayer era este mundo y el otro, hoy es la nada entre dos platos.

En fin *hacer atmósfera* es, hablando en plata, mentir más que la *Gaceta*.

*

Otra frase, que no es por cierto de las de á tres al cuarto, con la cual contamos para hacer las cuentas del Gran Capitan, no se nos debe quedar en el tintero, porque viene á ser nuestro paño de lágrimas.

Esta frase se descuella diciendo: *Enjugar la Deuda.*

Echele V. guindas á la tarasca. Positivamente ha salido de una de esas bocas que beben en buenas fuentes, pues por lo húmedo del concepto se descubre la profundidad del sentido y parece que va diciendo: «agua va», como si quisiera aguarnos la fiesta.

La Deuda nos tiene con el Credo en la boca, una liquidacion sería echarnos por puertas: pues bien, para evitar que llegue al estado de liquidacion, enjugarla. Por otra parte, ¿es acaso la Deuda alguna cosa del otro jueves? ¡Sus títulos!... ¡Ay! Al decir sus títulos parece que echamos por la boca el oro y el moro. Y bien, si hay que enjugar la Deuda, claro está que los títulos de la Deuda no son más que papeles mojados.

Lo que no va en lágrimas va en suspiros; al que no tiene, el rey le hace libre; por consiguiente, manga ancha y trampa adelante. ¿Se puede cortar por lo sano?... *Negnaquam.* Esto sería quedarse á la luna de Valencia, y para no llevar las cosas á punta de lanza, bueno está San Pedro en Roma.

¡Enjugar la Deuda! es una frase de brocha gorda que no tiene más alcance que el de la carabina de Ambrosio, y que como la espada de Bernardo ni pincha ni corta. Hay que oirla como quien oye llover, y siga la danza.

*

Mas todo esto son tortas y pan pintado, pues se me entra por las puertas otra frase de las que entran pocas en libra, con una cara de justo juez que sólo de verla se ponen los pelos de punta.

Viene de mano armada dispuesto á hacerle cara al que por lo visto la tiene siempre hecha. Ya se ve, habia aquí una mano oculta que todo lo llevaba á sangre y fuego, sacándonos á todos de nuestras casillas de tal modo que esto eran las guerras civiles. Pero cátese V. que al autor de toda esa liorna se le fué el santo al cielo, y entregó la carta y se descubrió el pastel; y aunque gritaba «oro son triunfos» haciéndose la mosquita muerta, no hubo tu tia y se le sacó á relucir toda su vida y milagros.

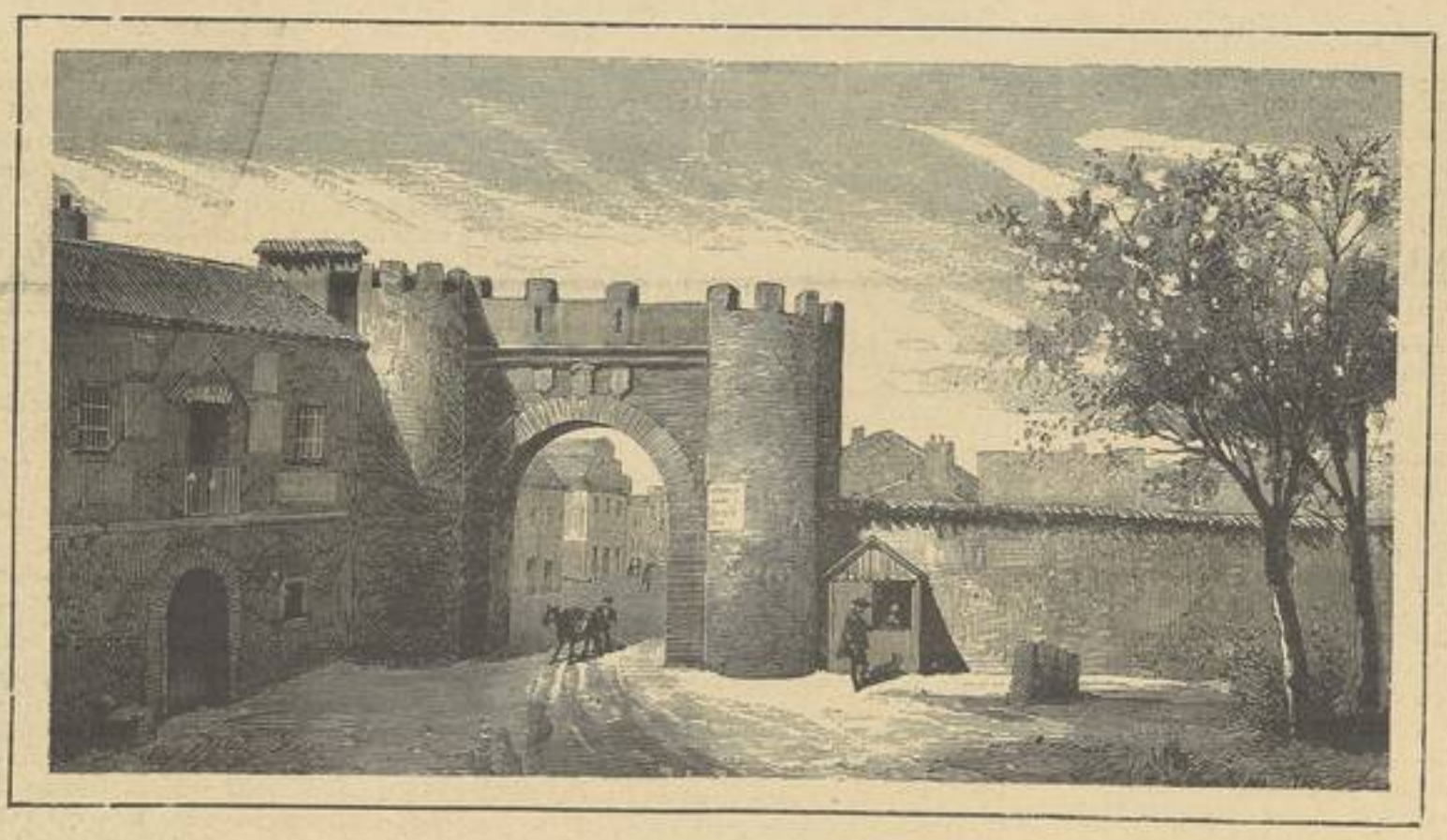
Entonces salió á luz la frase tremenda y se dijo: *Castigar el presupuesto.*

Hé ahí al gran criminal del siglo, cogido entre puertas, sin que le haya sido posible poner piés en polvorosa, pues aunque se va entre los dedos, por aquí no somos mancos, y si sale de Scila cae en Caribdis, porque contra él todos nos hemos puesto de uñas.

Es verdad que el castigo hay que ponerlo cada vez más en cuarentena, pues conviene pasarle la mano y tentarse la ropa, porque el dia que diga: «aquí falta uno» y se vaya con la música á otra parte, todos nos quedamos tocando tabletas. Y vamos á ver: ¿quién le pone el cascabel al gato?...

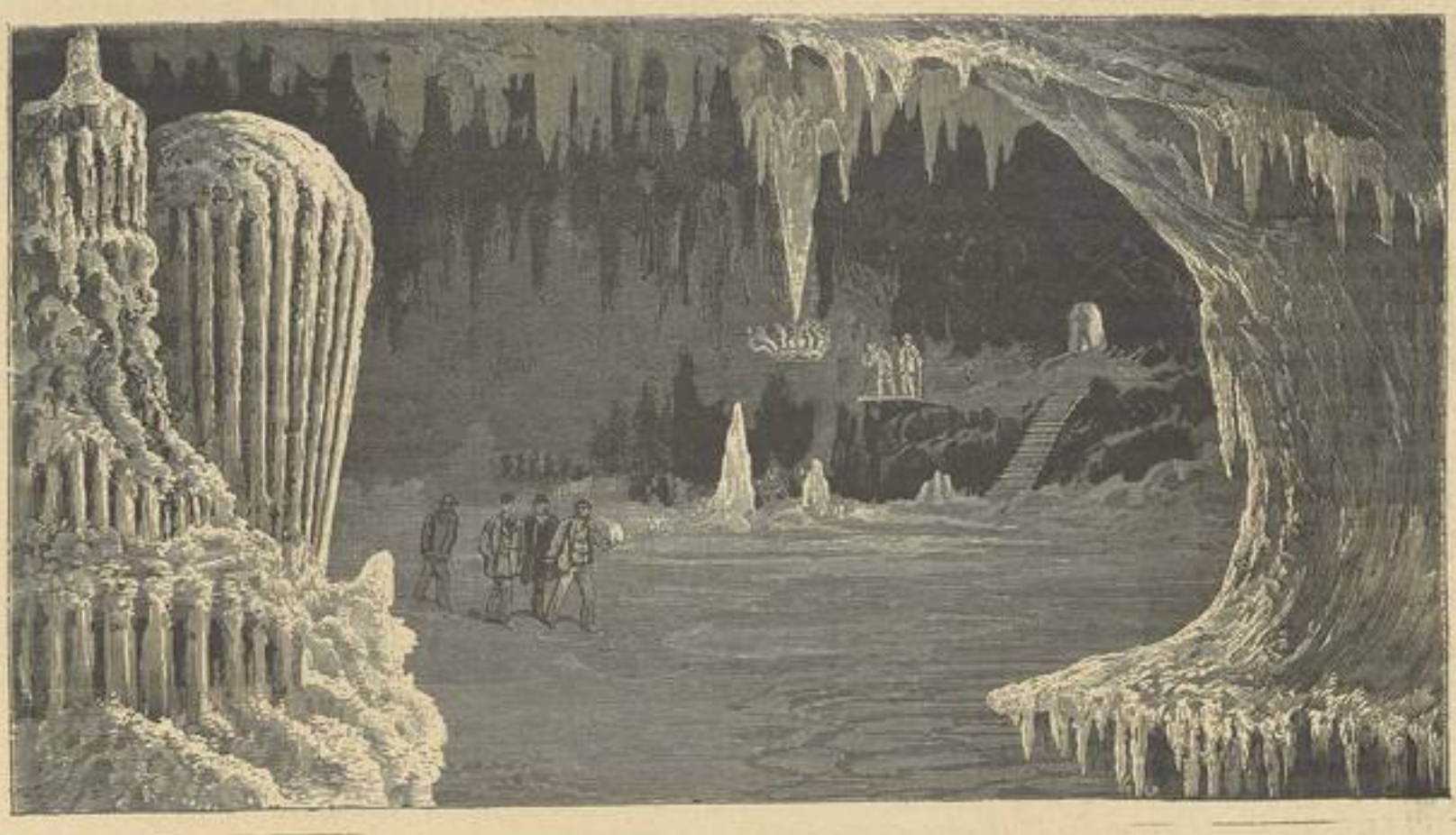
De todas maneras, una vez descubierto el culpable, nosotros bien podemos lavarnos las manos, que la historia, que no teme que se le llueva la casa, y que todo lo mide por el mismo rasero, no se andará en chiquitas y dirá verdades como puños, poniendo al presupuesto de oro

Juan de Mariana



TALAVERA DE LA REINA.—SOLAR DE LA CASA DONDE NACIÓ EL P. JUAN DE MARIANA

GRUTA DE LURAY (ESTADOS-UNIDOS).— DOBLE COLUMNA EN LA PIEZA LLAMADA «BAÑO DE LAS NÁYADES»



GRUTA DE LURAY (ESTADOS-UNIDOS).—PRIMERA ESTANCIA

y azul. ¡Ah! cuando ella le ponga el paño al púlpito y le remueva los huesos y todo salga á la colada, entonces se sabrá *c* por *b* y de *pe* á *pa* como ese desalmado nos tiene con el pié en el pescuezo.

Por ahora nadie se atreve á cortarle el vuelo, y algo tendrá el agua cuando la bendicen; pero no se nos pasea tanto el alma por el cuerpo, que si él cada vez toma más alas nosotros sabemos buscarle las cosquillas de tal modo que por más que aprieta el tornillo de las contribuciones nunca tiene bastante para taparnos la boca.

Si las hace, bien las paga, pues cada vez que se vuelve la tortilla tiene que sudar el quilo, porque todo se convierte en merienda de negros, que entre bobos anda el juego y vamos á caza de gangas.

Si el que lea de la cruz á la fecha estas coplas de Calainos es hombre que corta un pelo en el aire, no necesitará Dios ni ayuda para ver por tela de cedazo el valor político y hasta filosófico que encierran esas cuatro frases que nos han caido como llovidas del cielo.

Con *el juego de las instituciones, haciendo atmósfera, enjugando la deuda y castigando el presupuesto* vamos por el camino del progreso á uña de caballo, é iremos á parar allá donde Cristo dió las tres voces, si es que á la vuelta no lo venden tinto.

Ahora, saque el que pueda la pierna más allá de la sábana, y punto en boca.

J. Selgas.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

I

Si á algun escritor ilustre ha cabido la fortuna ó la desdicha de servir de bandera á opiniones encontradas, de autoridad á escuelas diversísimas, es sin duda el famosísimo cuanto desconocido P. Mariana, tan citado por muchos como leído por pocos. Su nombre, como su rostro cejijunto y de pocos amigos, es aún para muchas gentes, despues de tres siglos, una especie de enigma ó logogrifo egipcio que cada cual descifra á su manera, y por regla general, y como es comun entre los hombres de tal guisa que cuadre á sus ideas y aspiraciones, ó, mejor dicho, lo lleva ya descifrado aun antes de leerlo; pues aquí, como en tantas cosas, no es la razon, señora del hombre, la que dicta los juicios; es la voluntad la que impera. Y eso, dado caso que de descifrarlo trate, pues comunmente la mayor parte de los mortales, en toda clase de cuestiones, pero más aún en las de autores y doctrinas, y en juzgar del mérito de las personas, se conforman muy de grado con el humilde papel de comparsas y con repetir á coro la voz cantante de algun sabio verdadero ó postizo; y así se forma la opinion, señora del mundo, voluble y antojadiza como mujer, pero que, desgraciadamente, reina y gobierna, ó mejor, así se forma esa bola de nieve que es capaz de aplastar al que pretenda detenerla, y así, como ha dicho un poeta:

«.....*En la vida*
Se hace verdad mentira repetida.»

¿Qué son la mayor parte de los hombres, si del vulgo se trata, y al vulgo lo constituye el número infinito de que nos habló el Sabio, sino el eco ahuecado é inconsciente de la bóveda ó la montaña que, no sólo repite, sino refuerza la voz de uno solo, que gritó por distraccion ó por estudio, pero que lo refuerza y lo repite sin entenderlo jamás?

Por esas y por otras razones que no son del caso, en este siglo de tantas opiniones y de tan pocas verdades, como hay de aquéllas á gusto de todos los paladares, cada uno cree lo que le viene en talante, y va á engrosar el coro de los que cantan á su gusto.

¿Quién fué el P. Juan de Mariana? En una sola cosa convienen todos los que lo conocen, aunque no sea más que de oidas, que son los más: en que fué hombre de extraordinario valer, oráculo y consultor de su siglo, profundo pensador, historiador, filósofo, teólogo, escriturario, políglota, arqueólogo, político, orador elocuentísimo; en una palabra: que encerraba en su cabeza cuantos conocimientos se alcanzaban en su siglo, y que en muchos se adelantó á él. Pero, fuera de esto, si se trata luego de conocerlo y de definirlo más de cerca, y saber cuáles eran sus opiniones y sus doctrinas, apenas hay autor más traido ni más llevado por contrarios partidos que Mariana. Conócese algo al historiador; casi nada al sabio; y si se va preguntando uno por uno á los que más ó menos saben algo del escritor talaverano, y, á ejemplo de lo preguntado un dia por el Divino Maestro, les decimos: *Quem dicunt homines esse filium hominis?*, serán tantas las respuestas, y tan contrarias, que nos llegarán á repetir aquella escala que empieza en el *Sanctus est*... y acaba en el *Dæmonium habet*... No es el discípulo más que el maestro...

Para unos, Mariana, con su torvo ceño, con su mirada indefinible y tenebrosa, fué en vida, y lo es aún en sus obras, la personificacion del despotismo más negro y más absurdo; para otros, fué el primer demagogo y casi petrolero de la edad moderna, enemigo de Reyes y de Papas, de su patria, de la misma Compañía, á la que llamó madre por el largo período de setenta y un años; enemigo, en una palabra, de todo yugo y autoridad, cuya vida y caracter se ha compendiado en este dístico célebre:

«*Hic veri, vectique tenax rigidusque satelles*
Regibus et patriæ, restitit et sociis.»

Verdadero genio endiablado, nacido para no hallarse bien ni con su propia sombra, sin más deleite que la contradiccion, ni más gusto que luchar contra toda autoridad.

Unos hacen que lo sacrifique todo al interés moral y material de la Iglesia, y que el oculto resorte que mueva su pluma, la idea fundamental y filosófica de todos sus escritos, sea formar una teocracia universal y omnipotente, y nos dicen que el hilo que nos puede guiar en el laberinto de sus escritos, es no olvidar nunca que lo que Mariana pretendia era la total absorcion del Estado por la Iglesia, y que si deprime y destroza con su pluma de acero á la aristocracia, á los reyes y á todos los órdenes sociales, es porque sobre las ruinas de todo sueña, esa especie de Cesar con sotana, con el imperio único y universal de los Papas, mientras que otros, y aun los mismos, flacos de memoria, á las pocas líneas nos lo convierten en racionalista y medio protestante, concediendo á los luteranos mucho más de lo que sin pasarse á su bando pudiera, y hecho una de tantas víctimas, á quien, por sus ribetes de libre-pensador y puntas de reformista, la Inquisicion perseguía. Unos, ó mejor dicho todos, admiran la catoniana independencia de su carácter de hierro, que jamás cedió ni se acobardó, ni por nada ni ante nadie, que se agigantaba, como él nos dice, con la contrariedad y el peligro, que no conoció más movil que la verdad y la justicia, de las que jamás se desquició un punto; pues esos mismos, y con la misma pluma, se han atrevido á llamarle á él, á Mariana, cuyo nombre es sinónimo de entereza y libertad en el decir..., *hombre perdido y sacerdote hipócrita....*; y aquí la pluma se para y no sabe qué lamentar más, si la ceguedad á que conduce la pasion política, ó la debilidad de nuestros raciocinios. Unos, en aquella cara adusta, en la que no parece que cupiese la risa, ven al Inquisidor feroz, capaz de hacer un auto general de fe y un inmenso toston con todos los que no creyesen lo que á él le viniera en voluntad; otros, detrás del inquisitorial semblante ven al regicida, al revolucionario, al que sin miedo á las hogueras lanzó en España antes que nadie el grito audaz de la soberanía de la razon. Y aun en el terreno puramente literario, para unos historiador insigne, no inferior á los mejores de Grecia y Roma, y superior á cuantos España ha producido, mientras que para otros no pasa de zurcidor de frases añejas y de vetustas hablillas y fábulas, cronista de buen estilo y mala crítica, que se tiñe el pelo de blanco para parecer más viejo de lo que era; en una palabra: historiador de los que se figuran que la historia es la narracion al por menor de las grandezas y de las miserias de los reyes y los magnates.

Y á propósito de estas contradicciones, jamás olvidaremos la indignacion y el sonrojo con que leimos en uno de nuestros puertos de Levante, hace muy pocos años, el lema que encabezaba una obra impía que por casualidad vino á nuestras manos. Era una inmunda blasfemia contra Jesucristo, que hacia que el libro se cayese de por sí de toda mano decente. ¿De dónde habia recogido el autor aquella frase infame? ¿Del cieno de algun lupanar asqueroso, ó habíala visto escrita en las paredes misteriosas de algun antro masónico? Nada de eso; al pié de aquella blasfemia leíase el nombre del P. Mariana, sin curarse el calumniador del insigne clásico de decirnos dónde ni cuándo escribió Mariana lo que, á escribirlo, romperia la pluma todo católico antes de defenderlo. ¡Ilustre y desgraciado escritor! exclamamos entonces y repetimos ahora; ¡qué grande debes ser cuando así te toma la impiedad por blanco de sus calumnias!

LA ESCRITURA

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS.

I

Desde la invencion de los primeros signos caligráficos no cesaron los hombres de buscar materia conveniente en que estamparlos, con objeto de asegurar y legar sus escritos á las generaciones futuras.

Los tres reinos de la naturaleza, ó sea el animal, el vegetal y el mineral, han proporcionado en todos tiempos materias que, con más ó menos preparacion, eran aptas para recibir la escritura.

Los primeros hombres se valieron de leños, ladrillos y piedras, únicas materias de que, segun la tradicion y la historia, y segun testimonio de Josefo, emplearon los antediluvianos para la entonces escasísima escritura, como lo prueban las columnas de piedra y ladrillo escritas por Seth.

Tambien despues del diluvio se escribió en piedras, como se ve en los bajo-relieves de Nínive, cubiertos de caractéres cuneiformes, en los obeliscos, en los mármoles de Arundel, en los ladrillos de los caldeos, en las pirámides de Egipto, cuya superficie sirvió de páginas á los egipcios, á imitacion de sus reyes, que escribian en columnas las leyes, los tratados y los impuestos; y por último en las tablas de la ley de Dios dadas á Moisés, y en otros muchos monumentos.

Las primeras páginas de la historia de los pueblos orientales fueron escritas en las paredes kieráticas de sus templos, y todavía en las rocas de Suecia se encuentran antiquísimas inscripciones con caracteres *runnicos*, que nos refieren la historia de los pueblos escandinavos, mezclada con la fábula.

La consistencia y duracion de la piedra dió preferencia á ésta para la consignacion de muchas leyes, para los pasajes importantes de la historia y para las inscripciones sepulcrales.

II

Desde los tiempos más remotos se usaron tambien para la escritura los metales, que generalmente se preparaban en planchas ó tablas que llamaban de *arambre*, nombre bajo el cual comprendian en lo antiguo el bronce, laton ó azófar, cobre y otros. Josué, despues del paso del Jordan, puso sobre su monumento de piedra láminas de plomo, en las que escribió los principales puntos del *Deuteronomio*. La *Biblia* dice que Aaron llevaba unida á su tiara una plancha de oro, en la que se leia: *La santidad es del Señor*.

En Roma las leyes de las XII Tablas estaban grabadas en bronce, y todas las leyes se hacian burilar y grabar en tablas del mismo metal. En prueba de ello aún se conservan la columna rostral de Duilio, el senado-consulto sobre la celebracion de las Bacanales y las tablas Eugubianas.

En los archivos del Imperio romano se guardaban unos libros llamados por Higenio *Libri æris*, donde constaban las concesiones, límites, particiones y propiedades de las tierras coloniales.

Los emperadores romanos daban algunas veces diplomas en cobre, y ordinariamente hacian citaciones grabándolas en planchas de plomo.

En Beocia, en el templo de las Musas, se conservan las obras de Hesiodo escritas en planchas de plomo. Entre los mesenios los misterios de la Gran Diosa se custodiaban escritos en hojas de estaño, y Tácito nos habla de un monumento histórico de los mesenios escrito en láminas de bronce y anterior á la guerra del Peloponeso (431 años antes de J. C.)

La actual escasez de monumentos metálicos se explica fácilmente por su facilidad en ser destruidos por el fuego, óxido, etc. En tiempo de Vespasiano un incendio ocurrido en el Capitolio fundió y consumió 3,000 tablas de bronce y otros metales, en muchas de las cuales se conservaban tratados, leyes, documentos de gran interés para el Estado, y otros monumentos curiosos y de gran valor.

III

Tambien fué conocido el uso de escribir en madera, en cuya materia se consignaban las leyes y á veces los convenios. Las leyes de Solon y los preceptos de Dracon fueron grabados en tablas, y en el Museo Británico se conserva aún una inscripcion esculpida en una tabla de sicomoro (1), que perteneció al rey de Egipto Miscerino, y que fué encontrada en una de las pirámides de Menfis. César Cantú nos dice que Dionisio de Halicarnasia vió un pacto de amistad entre Tarquino el Soberbio y los galos, escrito en un escudo de madera colgado en el templo de Júpiter.

Para los usos cotidianos tenian tambien costumbre de escribir en unas tablillas de madera muy delgadas y lisas, cubiertas de una capa suave de cera, á las que llamaban *tabella*, y sobre las cuales escribian con punzones. En algun tiempo fueron de tanto uso, que se fabricaban en Roma muchas de diferentes tamaños y más ó ménos artísticamente, las que se vendian en estuches hechos á propósito. Solian hacerlas de abeto, tila, boj, acebo, cedro, y de marfil, en láminas muy delgadas, á las que luego daban la capa de cera. De ellas se servian como de borrador para tomar notas, hacer cuentas y sacar apuntes. En la Biblioteca Nacional de París hay algunos ejemplares, aunque se cree son de las más modernas, y contienen los gastos del dueño de una fonda; y aunque son difíciles de descifrar á causa del polvo que las cubre y lo gastadas que están, se ven notas que dicen: *pro coquina, pro pullis, pro avena ad balnea;* esto es, gastado en comida, baños, etc. Tambien se ve el dia en que está hecho y apuntado el gasto, todo lo cual se halla escrito en latin. A fines del siglo pasado se conservaban tambien algunos ejemplares muy curiosos en la biblioteca de los Carmelitas Descalzos, en la de Saint Germain-des-Prés y de San Víctor, y en Génova y Florencia.

De aquí tomó el nombre de *tabellarius (portador de cartas)* el que hoy llamamos *cartero*, porque de estas mismas tablillas de madera ó marfil se servian tambien los romanos para escribir á sus amigos, parientes y corresponsales. Plauto, escribiendo una carta á Pséudolo, decia:..... *Per ceram et lignum litterasque interpretes*. Y en otra á Paulo:..... *Pro lignea salute vis argentam remittere illi?*..... Y san Agustin, en una de la cartas que dirigió á Romanius, le decia: «Si tuviereis á mano algunas de las tablillas en que os he escrito, os ruego me las envieis para volver á utilizarlas.»

Las que destinaban al uso de cartas-misivas eran pequeñas y las llamaban *Pagella*, ó *epistola*. Así dice Séneca: *Epistola non debet sinistram manum legentes implere quod scilicet referendum ad angustias et minutam libelli formam:* pues además usaban tablillas con mayores dimensiones, y que sólo empleaban para escribir obras de historia y literatura.

San Isidoro nos dice que tambien llamaban *scheda* á una corteza de árbol ó pedazo de pergamino, especie de libro de memoria ú hoja de papel, en el cual apuntaban, redactaban y corregian lo que habian de pasar despues á los libros.

Los cónsules, censores, curiales y otros dignatarios públicos tenian costumbre, al hacerse cargo de su dignidad, de enviar á sus amigos tablillas de marfil con sus nombres artísticamente dibujados y con orlas de oro y alegorías, á semejanza de nuestras tarjetas, y en las cuales llegó á desplegarse tal lujo, que el Código Teodosiano contiene una ley que reglamentaba su uso.

El de escribir sobre telas es antiquísimo. Los libros Sibilinos están escritos en lino. En Atenas se escribieron en banderolas de seda los nombres de los héroes muertos por la libertad de la Heleada, y los Partos tenian costumbre de escribir en lienzos ó telas en forma de bordado.

El uso de pieles curtidas para escribir es de remota antigüedad, segun testimonio de los celtas y judíos que escribian en tiras de cuero suavizado y dispuesto de manera que el *estilo* le hiriera fácilmente.

En la biblioteca de Stokolmo existe un gran volúmen escrito sobre piel de asno, y en la biblioteca Real de Dresde se conservan algunos fragmentos de la historia de los incas escritos en piel humana.

Herodoto, que vivió sobre cinco siglos antes de Jesucristo, y Diodoro de Sicilia, nos hablan del empleo de pieles de carnero, oveja y vaca para la escritura; pero la verdadera preparacion de las pieles con destino á la escritura no se conoció hasta la invencion del pergamino.

(Se continuará).

(1) El sicomoro, llamado *shikmá* por los hebreos, y tambien *Higuera de Faraon*, es un árbol originario de Egipto y abundante en la India y Cochinchina. De su madera, que por ser incorruptible era muy apreciada por los antiguos, hacian tablas para escribir en ellas los asuntos que querian conservar por largo tiempo. Tambien empleaban mucho esta madera para conservar los cadáveres.

Segun san Agustin, de este árbol fué el madero con que Moisés endulzó las aguas de Mará al volver con su pueblo de Egipto. (*Exod.* xv, 25).

En el templo de Salomon abundaban el sicomoro y el cedro.

LA CUNA VACÍA.

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando á su oido dijeron:
—Vente con nosotros.

Vió el niño á los ángeles
De su cuna en torno,
Y extendiendo los brazos les dijo:
—Me voy con vosotros.

Batieron los ángeles
Sus alas de oro;
Suspendieron al niño en sus brazos,
Y se fueron todos.

De la aurora pálida
La luz fugitiva
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.

José Selgas.

NOTICIAS VARIAS

Nos escriben de Roma que habiendo sido presentado á Su Santidad el número de La Hormiga de Oro que reproducia el primero de los artículos que publicó *El Correo Español* resumiendo el importantísimo folleto *La verdad acerca de la cuestion romana*, el Padre Santo tuvo la bondad de declararse plenamente satisfecho del trabajo emprendido con tanto celo y solicitud por ambas publicaciones.

Con motivo de la apertura de las Cámaras francesas se habla algo por todas partes del «partido católico» imaginado por el conde de Mun para formar la derecha republicana.

Se compondrá, segun el pensamiento del eminente orador, de todos los católicos de la derecha que renuncien á reivindicar durante la próxima legislatura sus preferencias dinásticas y se impongan solamente por obligacion el *cristianizar* la República, en cuanto esto puede hacerse con los sectarios de la democracia.

Este programa es el de *L'Univers* y *La Croix*, y le combate *La Gazette de France*, que se ha constituido en el Mentor de los realistas orleanizados. Este periódico, sin embargo, ha dejado tomar el primer puesto en la lucha entablada á monseñor Freppel, quien en su periódico *L'Anjou* combate victoriosamente hasta ahora el proyecto de un partido católico *republicanizado* provisionalmente bajo reservas y con toda clase de condiciones suspensivas y restrictivas.

A pesar de la sólida argumentacion del valiente prelado, el conde de Mun, que ahora permanece mudo como una esfinge, podria llevarle á la lucha si los partidarios que ha reunido, ó mejor de los cuales se ha hecho él jefe, entendieran la campaña de la misma manera.

Pero no están de acuerdo.

La Croix se declara «indiferente» al sostenimiento ó á derribar la República con tal de que los legisladores se coloquen en el terreno católico.

L'Univers muestra menos desafeccion por la forma monárquica.

Por fin, el mismo conde de Mun, rechazado á sus últimas trincheras por sus amigos de la derecha realista, se ha visto forzado á confesar que conservaria *in petto* sus preferencias dinásticas.

Los periódicos de Singapore anuncian á la execracion pública la inaudita ferocidad de los mercaderes de esclavos de la isla de Lombock, que se halla bajo el protectorado de Holanda.

Entre estos negreros, el más cruel es sin duda el árabe Sayid Abdullah, cuya última hazaña es del tenor siguiente:

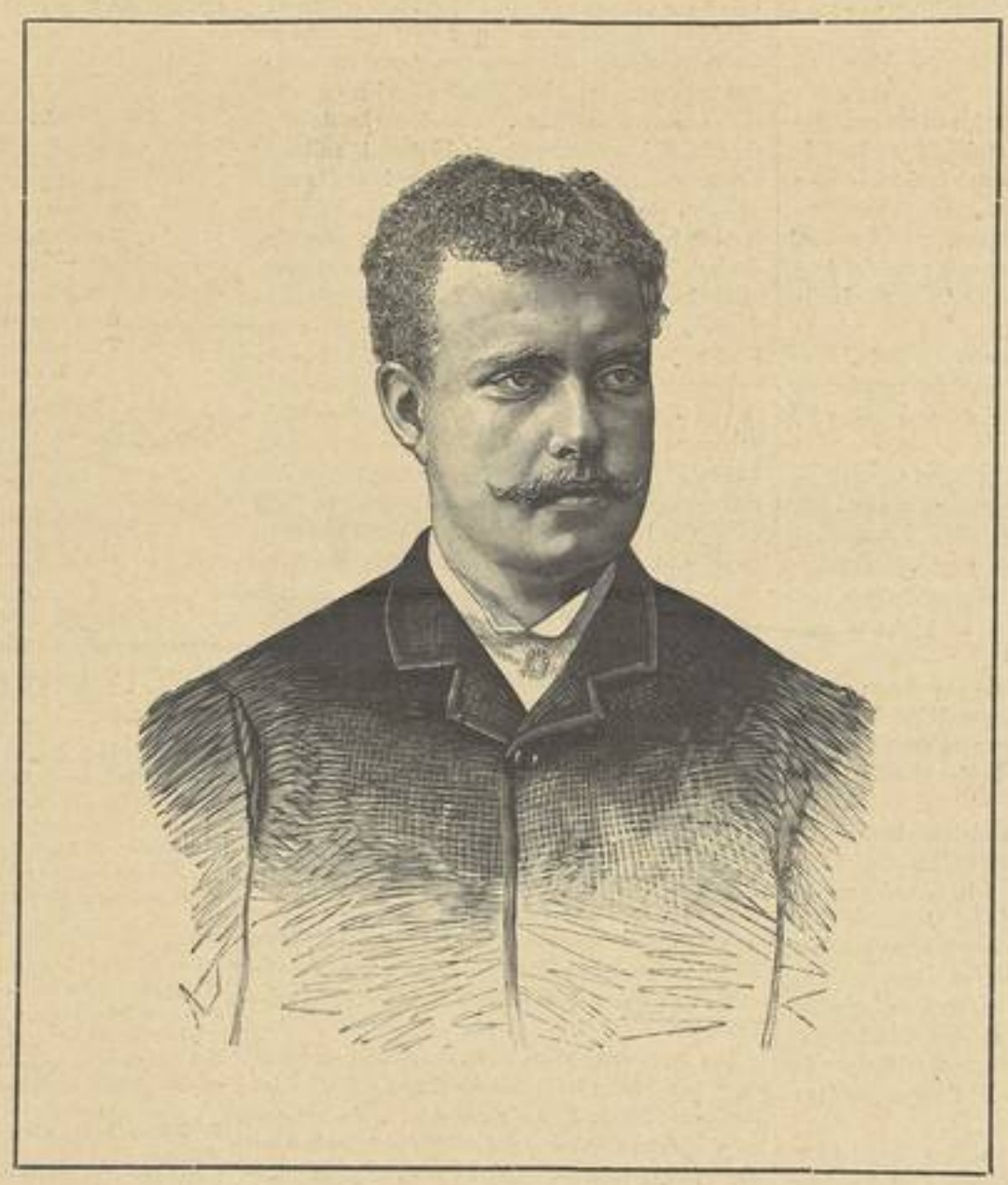
Cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, que se habian escapado de Lombock, fueron perseguidos, y una vez capturados se les encerró en un oscuro subterráneo.

Despues de haberles atormentado durante ocho dias, hizo llevar Sayid á los dos varones á la playa. Una vez allí, dispuso que se les cortara la cabeza y que sus cadáveres fueran arrojados al mar.

En cuanto á las dos esclavas, una de ellas, que estaba en cinta, fué apaleada y colgada de un árbol por los piés.

A la otra le hizo cortar Sayid las orejas y la nariz.

El feroz negrero no se alejó del lugar del suplicio hasta que vió morir á la infeliz en medio de los más atroces tormentos.



CARLOS I DE PORTUGAL

Ultimamente publicó el órgano del libre-pensamiento español, *Las Dominicales*, un artículo horrendo, recopilacion de todas las absurdas imposturas que la impiedad ha propalado contra el sacramento de la Penitencia. Qué tal seria el artículo puede suponerse, cuando aquí, que se permite todo ataque á las ideas católicas, fué denunciado, por escarnio de la Religion católica.

Ha tocado sentenciar esta causa al Jurado, del que formaban parte, entre otros, diversos señores, *que no quisieron jurar por no ser católicos*.

El Jurado así constituido sentenció la absolucion libre para el procesado, para quien el fiscal pedia seis años de presidio.

Este triunfo de *Las Dominicales*, vergüenza de un pueblo católico, da idea del abandono manifiesto en que oficialmente está en España la religion católica.

Esta causa criminal ha mostrado, con asombro y escándalo, que en España tienen perfecto derecho legal á entender en delitos contra la religion católica quienes alardean públicamente de anticatólicos.

En dos dias festivos seguidos del mes de Octubre último se ha leido en todas las iglesias católicas de Prusia una notable Pastoral firmada por todos los Obispos del reino, protestando de los violentos ataques dirigidos contra la Iglesia con posterioridad á la pacificacion religiosa.

Esto indica que el Canciller juega con cartas dobles, pues sólo así se concibe la paz y la guerra al mismo tiempo.

Londres, la capital de Inglaterra, nos muestra con harta frecuencia como tras de un mentido progreso y civilizacion se esconde la corrupcion más espantosa y abominable.

De nuevo aparecen hoy en la alta sociedad inglesa escándalos que ni mencionarse pueden, y que nos prueban hemos vuelto á los peores tiempos del paganismo.

Se ha arrojado á Dios y á la Iglesia de la sociedad y de la familia, y consecuencia de tal crimen es la espantosa, repugnante é inconcebible degradacion que sufrimos para vergüenza de tiempos que se creen de ilustracion y progreso.

¡Dios se apiade de esta sociedad que muere de frio en el corazon y de calor en las entrañas; esto es, de falta de *fe* y sobra de concupiscencia!

En el Congreso protestante de Cardiff los oradores reconocieron unánimemente la casi esterilidad de las Misiones protestantes frente á las católicas, no obstante las dificultades de todas clases que tienen que arrostrar los misioneros católicos.

Telegramas llegados de América el dia 16 del corriente anunciaban haber estallado el dia antes en Rio-Janeiro una revolucion. El ejército brasileño fraternizaba con el pueblo: el Ministerio habia dimitido, y los revolucionarios se proponian proclamar la república.

Nuevos telegramas confirman posteriormente el acontecimiento. El Brasil, como es sabido, es el único Estado americano organizado en forma de imperio, reinando la casa Braganza de Portugal.

Se ha nombrado un Gobierno provisional, formado por el general Fonseca y por Benjamin Constant, habiendo sido encarcelados los ministros del emperador don Pedro II.

Pretenden algunos que el pronunciamiento ha sido fomentado por los antiguos propietarios de esclavos, descontentos de su emancipacion.

El ministro de Marina, que quiso oponerse al pronunciamiento, fue gravemente herido.

El nuevo Gobierno brasileño someterá á un plebiscito la cuestion de forma de Gobierno.

Aunque hace tiempo se esperaba este suceso, no por esto ha dejado de causar sensacion.

El Emperador se embarcó para Lisboa.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 23

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 22

Blancas	Negras
1. C f2-h1	1. R g5-h5
2. D a6-g6	2. P a7 juega
3. C h1-g3 mate.	
	1. R g5-f5
2. D a6-h6	2. . . . .
3. C h1-g3 mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 30 DE NOVIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 101

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La cuestion romana*, X.—*El P. Juan de Mariana*, II, por el P. Garzon.—*La escritura desde los tiempos antiguos* (continuacion), por Leon Carbonero y Sol.—*La ninfa más graciosa* (poesía), por M. Polo y Peyrolon.—*Miscelánea*.—*Noticias varias*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

EN DEMANDA DE HOSPITALIDAD.—Cuadro de Roman Ribera.

EL DESIERTO DE LAS PALMAS.—En la provincia de Castellon de la Plana, no lejos del pueblo de Benicasim y de las ruinas de un antiquísimo castillo llamado *Montornés*, se halla el pintoresco despoblado conocido por el *Desierto de las Palmas*, nombre, sin duda, derivado de las palmas silvestres que en él abundan. Admirablemente situado para la vida contemplativa y cenobítica, la fe religiosa de los pasados tiempos no tardó en elegirlo para edificar el convento de Carmelitas Descalzos que aún hoy subsiste, habiendo escapado como por milagro á la inícua exclaustracion de 1835.

El Desierto de las Palmas está sembrado de capillas, hallándose algunas de ellas colocadas en alturas desde las cuales se descubre un horizonte hermoso y dilatado.

Aquellos cenobitas han gozado siempre de gran reputacion y estima por la rigorosa observancia de su Orden, no menos que por sus ejemplares virtudes.

BASÍLICA DE SAN ANTONIO, en Padua.—La piedad de los paduanos levantó al Santo este hermoso templo empezado en 1238 y acabado en 1307, sobre los planos del célebre Nicolás Pisano. Consta de tres naves, y es en pequeño una imitacion ó copia de San Marcos de Venecia. Seis cúpulas lo embellecen exteriormente, y en el interior sus capillas, particularmente la que contiene el cuerpo del Santo, que es de extraordinaria magnificencia. Padua está orgullosa con esta joya, y la multitud de peregrinos que de todas partes acuden á visitar el sagrado cuerpo la hace célebre entre todas las ciudades del Veneciado y aun de toda la península itálica.

VIADUCTO DE LAS PEÑAS DE PANCORBO, en la provincia de Burgos.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

La leyenda del destripador.—La Religion indefensa.

Los folletines acerca de los niños que predican y declaman y se suicidan y matan han preocupado fuertemente al público madrileño, y no hay tertulia donde no se escolie el crímen de la calle del Fucar, sacando las quintas esencias al heroismo del *Chinche* y del *Chiva*.

Para remache ó contera de historias infantiles ensangrentadas, en la semana anterior se esparcieron por todo Madrid los más tétricos y siniestros rumores acerca de un suceso que acabó de trastornar todas las cabezas, llenándolas de imaginaciones y fantasías terroríficas.

Dijose que el gobernador habia recibido una carta, anónima por supuesto, en que se le parti-

EN DEMANDA DE HOSPITALIDAD (CUADRO DE ROMAN RIBERA)

cipaba que el asesino de Witechapel, vulgo *el Destripador de mujeres* de Londres, habia llegado á Madrid con el propósito de destripar y sacar los redaños á cuatro niños por cada distrito de los diez en que se divide esta capital; noticion que rodó por calles, plazas y mercados, hasta que trascendió á las tertulias y salones, donde se le ha jaleado por todo lo alto.

Y como, segun el boticario del cuento, todo lo malo debe creerse, máxime si ha de ocurrir en la España liberal, donde todo se vuelve males sin mezcla de bien alguno, el crédulo vulgo tomó la noticia por donde quema y se puso á derrochar congojas que era una bendicion.

Los padres de familia retenian á sus hijos en sus casas, sin permitirles asistir á las escuelas y colegios, ni áun acompañados por domésticos ó domésticas, recordando que á la niña de la calle del Fucar la acompañaba una criada; y, sin embargo, ésta no pudo impedir que le clavaran una bala en mitad de la frente.

Cuanto á consentir que salieran solos á la calle, eso no se les ocurria ni por soñacion, recordando el fin trágico y sangriento de los niños del Canal, y el del mozalbete quemado en el camino de Carabanchel, y el del muchacho despedazado recientemente; crímenes todos que siguen envueltos en los velos del más impenetrable misterio.

Todos los niños de Madrid han permanecido en reclusion impuesta por sus padres durante ocho dias, y como sucede en tales casos, faltos de ejercicio físico, movian en las casas ruidosas y descomunales guerras con sus travesuras, negándose á acostarse á hora razonable, empeñados en martirizar á sus padres y tertulios con sus gracias.

En casi todas las casas el primer oficio de los padres y madres de familia al levantarse era buscar los periódicos de la mañana para ver si traian alguna noticia referente al *destripador*.

Despues interpelaban á las criadas que van á la compra diciéndolas con voz temblorosa y sobrecogida:

—¿Se ha sabido algo?

—Nada.

—¿No se dice que haya faltado ayer algun niño?

—No.

—¿Ha visto alguien al *destripador*?

—Muchos y muchas dicen que le han visto; pero por las señas que dan de él, más que un destripa-niños tiene trazas de ser un destripa-terrones ó un destripa-botellas de vino.

Y con estos informes se atrevian á respirar las almas medrosas é impresionables.

No sé si por calmar la excitacion pública y dar ensanche al cuajo de las gentes apocadas, ó por restablecer la verdad de las cosas, el gobernador ha hecho declarar á los periódicos noticieros de más circulacion que no ha habido tal anónimo ni existe tal destripador, con lo cual se ha vuelto un tantico el alma á los cuerpos de donde habia salido: pero, ficcion ó realidad, es lo cierto que la impresion del público ha sido mayúscula, y aún todavía hay muchísimos padres á quienes no acaba de cocérseles el pan debajo del sobaco.

De suerte que bajo el imperio del gobierno liberal que nos hace felices no es posible vivir más que á la orilla de un terror constante, por lo cual salimos de uno, sólo para entrar en otro.

Que es lo que dice el vulgar adagio cuando se refiere á los que salen de Málaga para entrar en Malagon.

Durante la anterior semana suscitáronse tambien grandes emociones entre la gente leida y descortezada, á consecuencia del fallo absolutorio pronunciado por el Jurado en el proceso seguido al periódico *Las Dominicales* por escarnio contra los dogmas de la religion católica.

El reverendo Obispo de Salamanca tuvo que levantar su voz autorizada y elocuente en el Senado contra este gatuperio jurídico, pintando al desnudo los horrores de un juicio en que se han destrozado liberalmente todas las garantías de respeto que se habian concedido por las leyes del Reino á la religion católica, llamada irrisoriamente la oficial del Estado.

En ese juicio cuatro de los señores jurados, que no son católicos y por tanto prometieron en vez de jurar, actuaron como jueces y partes á la vez, contra todos los principios positivos de derecho, sucediendo lo que tenia que suceder, esto es, que absolvieron al periódico, con cuya impiedad adocenada y gimiaca estaban plenamente conformes.

El argumento del artículo denunciado, todo él escrito con jugo de estiercol, era de lo más detestable y puerco que se produce en los muladares y basureros de la impiedad, al uso progresista, la más ruin, hedionda é inmunda de todas las impiedades.

Atacaba al dogma de la Confesion auricular, y además de la crasa ignorancia de su autor resplandecian en él su obscenidad brutal del género barroco, esto es. del género que sólo se encuentra ya en la selva, donde el hombre y la bestia se confunden y fraternizan de manera que el ojo humano no sabe moralmente distinguirlos.

Con lo cual quiero decir que el artículo no se escribió para un pueblo, sino para un establo, de tal forma se insultaba en él al pudor, al sentido comun y á la dignidad del concepto humano.

Consolador fué el acto del ilustre Prelado de Salamanca al hacer resonar su voz evangélica y elocuentísima en la alta Cámara contra el miserable espectáculo que ha ofrecido la justicia liberal dejando pasar sin correctivo y proclamando la inocencia de una obra que hasta entre los cipayos hubiera sido presidiable.

Su docta peroracion, nutrida toda ella con los exquisitos néctares de la divina doctrina, llevó á todos los ánimos el dolor y el convencimiento de tales horrores; pero lo hecho, hecho se quedó y se está, y el periódico puerco, impío é indecentísimo ha podido orlar su número y celebrar su victoria de una manera estrepitosa, dando nuevas y más resonantes cencerradas á la religion indefensa...

Casi debemos alegrarnos por ello, porque así se irá colmando la medida de los sufrimientos católicos hasta que rebose y se promuevan sacudidas salvadoras.

Porque todas las profanaciones del derecho y de la justicia traen aparejadas expiaciones formidables, y no se sabe que haya habido poderes en el mundo que hayan ofendido á Dios y no se lo hayan pagado.

Así ha empezado á funcionar en Madrid el Jurado, llamado *institucion* por los liberales, que sacan ya las suyas hasta de las tabernas y los burdeles.

Como que á cualquier cosa llaman institucion.

Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, ni liberales que lo resistan, ya se verá el fin que tiene el progreso que nos han traido, al cual no puede arrimarse ninguna persona decente, porque ensucia y huele mal.

Como que el dia menos pensado está expuesto á caer en el carro de la basura.

LUPERCIO.

Madrid, 26 de Noviembre.

LA CUESTION ROMANA

X

Los destinos de Roma.

Hermoso capítulo el que tenemos á la vista! En él, cada párrafo, cada línea están saturados de una dulce melancolía que conmueve hondamente el corazon y hace derramar lágrimas amargas á los católicos lectores, hoy convertidos en testigos mudos de tanto vilipendio!

Sí; los destinos de Roma son muy elevados, son sublimes; lo acreditan así más de veinte siglos de experiencia histórica; y aun cuando por un esfuerzo de la imaginacion apartáramos los ojos de aquel anciano bendito, prisionero en el palacio mismo donde ostentara en tiempos mejores el esplendor de su realeza, y los fijásemos únicamente en esa ciudad que el universo todo llama *Eterna*, la usurpacion nefanda llevada á cabo por ese Gobierno sacrílego resultaría una afrenta horrible para todos.

¿Puede darse, en efecto, mayor rebajamiento que convertir á Roma, de capital del mundo cristiano, de ciudad privilegiada, de donde los católicos tomamos nuestro nombre, en Corte de un Estado pirata de segundo orden, abrumado de trampas, víctima de la masonería y foco de impiedades?

Cuando la barbarie pagana estaba enseñoreada de toda la tierra antes de amanecer la aurora de nuestra redencion, Roma era la ciudad autonomásica de los tiempos antiguos, la régia mansion de los señores de casi todo el mundo entonces conocido. Nada era capaz de resistir á su poderío incontrastable; los pueblos de la vieja Europa, como gran parte de los de Asia y Africa, doblaban su cerviz ante su yugo, y mil veces vió pasar por sus calles, uncidos al carro del vencedor á guisa de trofeos de victoria, los reyes y soberanos que se atrevieron á ser sus rivales.

Parecia que aquella orgullosa República y aquel opulento Imperio venian á contradecir las leyes providenciales al aniquilar la independencia de los Estados cuya vida autónoma es indispensable en el gran concierto social: era que la Providencia le reservaba ya una mision altísima que iria en lo sucesivo como vinculada á su existencia imperecedera.

Recogiendo de Grecia la ciencia de sus filósofos y el genio de sus artistas, y elaborando ella la gloriosa obra de sus legisladores y jurisconsultos, Roma, el pueblo del Derecho, extiende por doquier el influjo de su civilizacion florida; y aquellos soldados, terror de sus enemigos, sueltan la lanza y se truecan en colonos, convirtiendo el campo de sus laureles y de sus devastaciones en semillero de cultura que, andando el tiempo, ha de completar la empresa de subyugar á los pueblos vecinos, asimilarles sus costumbres, sus leyes, sus instituciones y su lengua. Por estas veredas, ocultas al ojo humano, aquel pueblo realiza los designios de Dios sobre la tierra, y por los mismos caminos que seguian desde la gran ciudad á las provincias más remotas la legiones, los pretores y los cónsules romanos, han de marchar luego los Apóstoles del Cristianismo á predicar á todas partes la buena nueva; y aquella lengua tan extendida entre millones de súbditos, como antes servia para ser el verbo de sus leyes, de su literatura y de su ciencia, servirá más tarde para que con mayor facilidad se predique y se propague la Religion del Crucificado.

El grande Imperio cayó, como toda obra humana que tiene una mision transitoria; mas no por eso se amengua la importancia de los destinos de Roma. Un siglo antes de que aquel vetusto edificio se transformase en informe monton de escom-

bros á los golpes de la piqueta de los bárbaros, ya no era Roma, es verdad, la Corte de los emperadores; que Constantino, viendo enfrente de sí otro soberano de mayor grandeza, el Pontífice, voluntariamente se aleja de allí; pero es dejando al sucesor de los Apóstoles por capital y por trono los que lo habian sido del orbe entero.

La mision de la Roma papal se agiganta y descuella, sobre la de todos los demás pueblos, con la alteza y gallardía del álamo sobre los humildes arbustos. Desde entonces el mundo ha vuelto constantemente allí los ojos, esperando de ella el remedio de sus tribulaciones, y jamás esta ciudad bendecida ha dejado sin consuelo las tribulaciones del mundo. De ella partieron las luces que alumbraron la ignorancia de los bárbaros; ella les dió sus leyes, modificó sus costumbres al calor de su fe divina, les enseñó á rehacer las sociedades, á vivir y á ser hermanos; ella mandó á los francos un Dionisio para predicar el Cristianismo en las Galias; un Agustin para llevarlo á Inglaterra; un Patricio á Irlanda; un Bonifacio á Alemania, y un Cirilo á los slavos; ella definió por doquier el dogma, combatió la herejía y guardó para el mundo el tesoro de la doctrina inmaculada del Salvador de los hombres.

Los pueblos jóvenes de Europa se truecan en adultos, saben ya por sí mismos guiarse y dotarse de instituciones concordes con sus costumbres y cultura; no importa: los destinos de Roma y del Pontificado no han terminado aún. Todavía salen de allí los misioneros que van á conquistar la tierra para Jesucristo; aún realiza la eterna mision de instruir y moralizar al mundo, presentándole á sus atónitos ojos el espectáculo sublime de una sociedad que contra todos los poderes de la tierra mantiene sin mancilla la integridad de su fe y de sus derechos sacrosantos, extiende hasta las más ínfimas clases del pueblo la santidad de sus virtudes para servir de modelo y de contraste á la perversidad de costumbres del siglo, y los siglos venideros contarán, entre los dones que á Roma deben, el haber tenido un Pontífice que puso en guardia á las sociedades modernas contra la masonería y el socialismo por medio de dos Encíclicas admirables.

Roma ha sido y es todavía, no una ciudad de Italia, sino la ciudad de todo el mundo; sus grandezas, sus monumentos, pertenecen á los católicos de todo el orbe, que á una voz han protestado contra los poderes que quisieron poner su mano sacrílega en aquellas glorias venerandas, creadas allí por la piedad de cien generaciones y conservadas por las generosas ofrendas de millones de católicos. Los cuales, al ir á Roma, veian allí su patria, y sentian estremecerse de gozo su corazon al pisar la morada de su Padre, del Jefe augusto de la religion que profesan.

Hoy en cambio... la vista de Roma les llena de desolacion y de luto; ya no es la Roma cristiana Corte de sus Pontífices, es la capital de un reino execrable, del reino que más orgulloso debiera estar de poseerla y menos debiera poner en ella sus manos para labrar su deshonra rebajándola al nivel que ahora tiene.

«Con pena en el corazon y lágrimas en los ojos, —decia un eximio orador en el Congreso católico de Madrid,—nos veíamos *protegidos* en las fiestas jubilares por los agentes piamonteses, que á una señal de sus señores nos hubieran impedido lo mismo el acceso á nuestro Padre, ó nos hubieran entregado al odio de las turbas demagógicas, ó se hubieran trocado en nuestros perseguidores y carceleros.»

¿Y qué es ahora esta capital, sede de un Gobierno cuyas principales oficinas son conventos desmantelados, y cuyo rey hubo de abrir con ganzúas las puertas del palacio donde reside? ¿Qué es esta ciudad, á donde acudian hasta los soberanos católicos y heterodoxos, que hoy se desdeñan de visitar la morada del rey de Italia?

Pero no. Los destinos de Roma no se cambian por la voluntad de los hombres; Roma será siempre la ciudad del Papa: ayer era su Corte hoy su cárcel, y mañana volverá á brillar en ella con todos los fulgores de su trono venerable. Setenta años duró la Sede de Avignon; mas al cabo de ellos Roma volvió á ser lo que habia sido y será siempre, pese á los planes siniestros de sus irreconciliables enemigos.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

II

TALAVERA de la Reina, cuna siempre de nobilísimos ingenios, fué patria de aquel á quien la voz comun ha llamado Príncipe de los historiadores españoles. Parece mentira que largos años se haya disputado sobre la tierra en que Mariana vió la luz, cuando él mismo nos lo dice clara y terminantemente en el Prólogo del libro *De Rege*, en donde habla de su dulce Talavera con el cariño regalado del hijo, y casi con la triste nostalgia del que, si no mienten las historias, á los pocos dias de nacer salió desterrado de ella para encubrir culpas ajenas, sin que sepamos si volvió jamás á pisar el país que tanto amaba.

«En los confines de los Carpetanos, de los Vectones y de los antiguos Lusitanos, está asentada una noble y famosa ciudad, patria de grandes ingenios, que Tolomeo llamó Libora; Livio, Ebora; los godos, Elbora, y nosotros llamamos Talavera. Está en un valle de cuatro mil pasos de anchura por aquella parte, el cual se ensancha más arriba, cortado por varios rios de amenísimas orillas; entre ellos el principal es el Tajo, celebérrimo por sus arenas de oro, su amplísimo cauce y los muchos rios que le dan tributo. Las aguas de este rio bañan hácia la parte del Norte los muros de la ciudad, que son de firmísima obra y de espantable aspecto por sus muchas y altas torres. De buen grado le daríamos las alabanzas que merece, *pues en ella nacimos*; pero mejor es callar que quedarnos cortos. Sin embargo, añadiremos, porque hace á nuestro propósito, que no lejos de la ciudad, en el camino de Ávila, se yergue á guisa de meta un monte separado de todos los otros, de agria y fragosa pendiente, y de unos mil veintiocho pasos de ámbito. Está poblado de muchas aldeas, cubierto de bosques, regado por frescas y copiosas aguas, y enriquecido con una tierra que no defrauda nunca las esperanzas del labrador. En su cumbre, mirando á la parte del Norte, que es la más quebrada, ábrese una cueva de difícil entrada y de piadosa memoria, como quiera que fué asilo de san Vicente y sus hermanas cuando, por temor á la persecucion de Daciano, hubieron de huir de Elbora; y cabe la cueva vense las ruinas de un templo, denominado San Vicente, monumento que, dedicado á esta santa fuga, fué insigne en otro tiempo, no sólo por su devocion, sino además por la majestad que le prestan sus añosos árboles, y por lo eminente del paraje, que por todas partes domina largas distancias.»

Hay otras Talaveras en España, pero sólo á la de la Reina corresponden las señales de esta galanísima descripcion. Y así con este cariño habla de Talavera, siempre que la ocasion se le presenta, y aun á veces él la busca, habiendo pocos pueblos cuyos hechos encuentren tan propicia y pronta al elogio la rígida pluma de Mariana, como su querida Elbora. A los hijos de Talavera tratólos siempre como á paisanos, teniendo buen cuidado de hacer notar que lo eran, y á Talavera, en una palabra, como á madre queridísima.

Y todo lo que no sea eso que está muy en claro, permanece aún en la oscuridad. No seremos nosotros quien procure disiparla, ya porque quizá sea esto lo más acertado, ya porque quien tuvo tantas glorias propias, no necesita las de sus antepasados, pudiéndose decir de él lo del antiguo Romano: que fué el primero y el último de su familia. Lo único cierto es lo que él mismo dice de sí, dedicando sus siete tratados al Papa Paulo V: que era de condicion humilde, sin timbres de nobleza ni alcurnia esclarecida. Hay quien dice que por plebeyo y pobre le dió siempre en rostro la gente linajuda y calificada, y que de ahí su enemiga contra ella. Es un decir, como tantos otros, sin más fundamento que la afirmacion escueta, y ya trataremos la cuestion cuando venga á propósito.

Sobre la fecha de su natalicio tambien hay larga cuestion, no del todo aclarada aún. Indudablemente fué anterior al 16 de Febrero de 1536: como este y otros pormenores de igual jaez arman poco á nuestro intento, nos contentamos sólo con indicarlos. La tradicion más bien que la historia, ya que tan poco sabemos de su primera infancia, nos cuenta que desde su más tierna edad amaneció en él prodigiosa memoria, claro ingenio, y, sobre todo, una avidez por estudiar, que jamás se vió satisfecha con haber pasado entre libros los ochenta y siete años de su vida. Nos dicen los historiadores que, muy niño aún, era ya eminente latino, y así debió de ser, porque en sus escritos parece que la lengua del Lacio nació con él, mas bien que la aprendió por arte y ajena enseñanza. Debió tambien desde joven cultivar las lenguas griega y hebrea, en las que fué eminentísimo. Sus tratados *Pro editione Vulgata*, y los de *Annis Arabum*, *De die mortis Christi*, y otros, demuestran un conocimiento tal de estas lenguas que bastaria por sí solo á hacer ilustre á cualquier otro, si no tuviera Mariana otros títulos más altos que lo hacen acreedor á la admiracion del mundo.

Sin saber si vino de Talavera ó de Puebla Nueva, donde fué bautizado y pasó su adolescencia, lo cierto es que á los diez y siete años de edad nos lo encontramos en la Universidad de Alcalá, emporio entonces, con la de Salamanca, de la ciencia española. Por de más está decir que allí, como en todas partes, descolló entre sus compañeros por sus aventajadas disposiciones y extraordinario ingenio. Allí, en aquel manantial purísimo de sabiduría, bebió el buen gusto, la varonil elocuencia y la variadísima erudicion de que dió tan gallardas pruebas en sus escritos. Al poco tiempo pidió, con otros muchos jóvenes de aquellos célebres estudios, ser admitido en la Compañía; y se nos presenta vestido con la humilde sotana de Jesuita el que por sus prendas nada comunes podia aspirar sin orgullo á todos los honores de la Iglesia y del Estado. El P. Jerónimo Nadal, Comisario entonces en España, dió cuenta á san Ignacio del extraordinario mérito del nuevo soldado que Dios enviaba á la tierna Compañía, y su santo General y Fundador envió al esforzado recluta una bendicion muy especial, y con aquella bendicion paternal vino sobre él, dice Andrade, abundante gracia del Altísimo para que trabajase tantos años en la viña del Señor, con mucho fruto para ella y grande honra para la Compañía.

De Alcalá pasó al Noviciado de Simancas. Hacia entonces de Maestro de novicios aquel varon de Dios, Francisco de Borja, al que Mariana llamó milagro de su siglo, más aún por su santidad insigne y por haber puesto debajo de sus piés la corona de Duque y el capelo de Cardenal, que por haber sido uno de los primeros persona-

EL DESIERTO DE LAS PALMAS: ANTIGUO CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZOS EN CASTELLON DE LA PLANA

BASÍLICA DE SAN ANTONIO, EN PADUA

jes de la Corte del emperador Carlos V. El Maestro era santo, caminaba muy de prisa por los rudos senderos de la mortificacion y de la cruz, y los discípulos tenian que seguirlo, y en efecto le seguian sin descanso y sin alejarse mucho de él. Mariana recordó siempre con dulcísimo consuelo aquellos dos años en que cursó la ciencia árida de la santidad bajo la direccion de tan consumado Maestro, y en aquel noviciado, iglesia primitiva de la Compañía en España, y verdadero crisol de santidad, del que salieron en pocos años hombres tan ilustres en virtud y letras como el extático y divino varon V. P. Baltasar Álvarez, el devotísimo P. Martin Gutierrez, los famosísimos teólogos PP. Luis de Molina y Alonso Deza, y otros muchos espejos de santidad y sabiduría; el joven Mariana, que habia aplicado la energía toda y virilidad de su alma al ejercicio de la mortificacion y de la virtud, echó sólidos cimientos en la vida religiosa.

Allí la pobreza suma, la oracion contínua, la penitencia increible, el amor á la cruz, el más dulce de los amores y el más constante de los estudios; pero el fervor, dice Mariana, lo vencia todo, y convertia á aquellos jóvenes, muchos de ellos, como Antonio de Alarcón, de nobilísima sangre, en ángeles en carne humana. Nuestro novicio, cuyo indomable carácter nada le dejó hacer nunca á medias, no se quedó atrás de nadie. Así lo refieren sus contemporáneos, añadiendo que el Duque que fué de Gandía apreció tanto á Mariana, que le hizo escribir para uso comun un libro de meditaciones, que salió luego á luz entre las obras de san Francisco de Borja.

Concluido su noviciado, volvió Mariana á Alcalá á proseguir sus estudios, y con ellos y la base de la vida religiosa, acabó de madurarse su robusto ingenio. No tenia aún la Compañía colegios propios, y forzoso era á sus escolares seguir los cursos en la Universidad, confundidos entre los demás estudiantes. Mariana se adelantó tanto á los demás, que el P. Castro, que vivió y escribió en tiempo de nuestro autor, nos dice que su aposento era tan frecuentado como las aulas de los profesores y que á él acudian sus condiscípulos á consultarle como oráculo y maestro de todos, y que, como descubrió tanto caudal de sabiduría y tal arte para el magisterio, por orden de los Superiores empezó á repetir y leer á sus condiscípulos, y fué el primer Jesuita que explicó desde aquella cátedra de Alcalá, que habian de inmortalizar despues los más sabios maestros que ha tenido la Compañía.

Y no debe parecer exageracion lo que nos cuenta el P. Castro, al saber que cuando se abrió el Colegio Romano, el P. General, Diego Laynez, que quiso reunir en él la flor de los ingenios de la Compañía, llamó á Mariana, mozo de veinticuatro años, y aún no sacerdote, y le encomendó la cátedra de Teología. El mayor elogio de Mariana es que para tan árdua empresa lo designase el P. Laynez, milagro de ingenio é insigne apreciador de ingenios, y que, siendo tan joven, supiese desempeñar con universal aplauso una clase, en la que, entre doscientos jóvenes, sólo de los de la Compañía y escogidos en toda ella, habia discípulos como Belarmino, despues Cardenal y luz de la Iglesia.

LA ESCRITURA

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS

IV

Tambien estuvo en uso escribir sobre hojas de árboles, siendo las hojas de la palmera y las del laurel las más preferidas. Muchos manuscritos se encuentran trazados en hojas de palmera, y los siracusanos escribian en hojas de olivo el nombre de los ciudadanos que condenaban á la pena de destierro. Aun hoy los indígenas de las islas Maluinas se sirven para este mismo uso de las hojas bastante largas del *macaraguean*.

Por afinidad y semejanza se empleó la cáscara y corteza de los árboles, y muy especialmente las del tilo, arce, morera y otros parecidos.

El uso de las cortezas y cáscaras de los árboles demostró que la mejor y más útil de todas era la cáscara de una planta llamada *papyrus*, la que, mediante cierta preparacion, fué de extraordinario uso para la escritura. Su descubrimiento y aplicacion no se sabe por quién ni hácia qué año se hizo. Unos dicen que en tiempo de Alejandro el Grande; otros le atribuyen más antigüedad, entre los cuales se cuenta Guilandin, que en apoyo de su opinion cita algunos pasajes de Homero, de Platon y de Herodoto, pero hay pruebas bastantes para concederle más remota antigüedad, puesto que ya nos hablan de él los libros de Job y de Tobías.

El cónsul Mutiamus refiere que, siendo gobernador de Siria, vió conservado en un templo el original de una carta escrita sobre papyro, por Sarpedon, durante el sitio de Troya, doce siglos antes de la venida de Jesucristo.

Hácia el año 285 antes de Jesucristo, el rey de Egipto, Ptolomeo II, llamado Filadelfo, dió á setenta sabios griegos el encargo de traducir el Antiguo Testamento y escribirlo en papyros, cuya traduccion, conocida con el nombre de *Version de los Setenta*, fué llamado *Biblos* por los griegos, tomando de aquí orígen la palabra Biblia, aplicada por excelencia á los libros sagrados. En las tumbas del Egipto se han encontrado trozos de papyro con la relacion de las virtudes ó la historia del difunto.

En el museo de Turin hay una preciosa coleccion de papyros antiquísimos con escrituras y grabados, entre los que existe uno del tiempo de Sesostris (1491 antes de J. C.) que contiene el dibujo de una gran nave, y grumetes sobre las cuerdas. César Cantú nos dice que poseemos manuscritos hasta la XII dinastía, esto es, de siete siglos antes de Jesucristo; y el viajero francés Prisse encontró y trajo de Egipto un papyro del tiempo de Cecrope, y que se cree es el manuscrito más antiguo que se conserva.

Que su descubrimiento se verificó en el Egipto, sí se sabe de cierto. Así nos lo dice san Isidoro en su excelente obra de las *Etimologías* (1): «Egipto fué el primer país que suministró el uso del *papyro*, y Menfis la primera ciudad que lo usó.» Lucano dice tambien: «*Conficitur bibula Memphitis charta papyro.*»

El *papyrus* (papyro), nombre egipcio, derivado de las dos palabras *pa* (planta) y *bir* (enrollar), es una planta herbácea de la familia de las ciperáceas, y de la cual se conocen en botánica cinco clases. Indígena del Asia, se criaba principalmente en Egipto, donde se producia con abundancia y sin ninguna clase de cultivo en las orillas del Nilo y de otros rios de dicho país (2). De la raíz de esta planta nacen, en grupos numerosos, tallos que forman tres ángulos de gran altura que son lisos y rectos y de estos tallos sacaban, segun dice Plinio (3), las *cartas ó papeles*. El procedimiento era el siguiente: primero cortaban los tallos de esta planta acuática, segun la longitud que queria darse á las hojas; luego separaban con una aguja las películas de que se componen estos tallos, y los extendian sobre una mesa, donde los lavaban y ajustaban unos á otros á fin de que tomasen una forma rectangular; despues, á estas películas unian otras, que se pegaban, si era necesario, aunque lo más frecuente era que se adhiriesen naturalmente á causa de la parte mucilaginosa que conservaban. Los Benedictinos aseguran que en la fabricacion del papyro nunca se sobreponian más de dos capas de dicha planta; pero es de suponer que, segun quisieran fabricar el papyro más grueso ó más delgado, así seria mayor ó menor el número de capas que añadirian. Cuando las hojas habian adquirido por medio de este procedimiento, el espesor y solidez deseados se prensaban y secaban, puliéndolas despues con un cuerpo duro, tal como piedra pómez, ágata ó marfil. Por último, las empapaban en aceite de cedro para ponerlas á salvo de los insectos y de la accion de la humedad, á fin de asegurar su conservacion.

El papyro así preparado recibia los nombres de *biblos ó plíria*, y tambien *kartes ó kartis*. Su longitud y anchura era vária é indeterminada; los mayores solian tener dos piés de ancho, y hasta más de diez metros de largo, segun asegura Champollion, y en el dia se conservan antiguos rollos de papyro hasta de veinte metros de extension. Lo habia de varias clases y precios, segun la mayor ó menor excelencia y delicadeza en la elaboracion, y segun la fabricacion de las capas internas, que eran las más blancas y delicadas, ó de las exteriores, que eran más ordinarias, constituyendo en aquel tiempo una industria notable y un ramo de comercio muy importante la extraccion y preparacion del papyro, particularmente desde que empezó á florecer la literatura entre los romanos. Del usurpador Firmo, comerciante en grande escala, se cuenta que con su producto tuvo bastante para mantener un ejército.

Las fábricas más importantes estaban en Menfis, cuya ciudad fué la primera que dió al papyro esta aplicacion, segun san Isidoro y Lucano, en el libro XIII de su *Pharsalia*.

Alejandro el Grande visitó las fábricas y tuvo la curiosidad de ver el modo de preparar el papyro.

De Egipto pasó el papyro á Grecia, donde era conocido con al nombro de *biblos*, y donde un ateniense llamado Filtacio inventó para encolar el papyro una composicion que le prestaba gran solidez y pulimento. Esto llenó tanto de admiracion á sus compatriotas, que fué causa de que le erigieran una estatua.

Hieron, tirano de Siracusa, que vivió hácia el año 450 antes de J. C., quiso monopolizar la industria del papyro, para lo cual empezó por trasplantar el arbusto, intentando su aclimatacion; pero, no pudiendo conseguir ningun resultado, tuvo que desistir de su proyecto.

De Grecia pasó el papyro á Roma que lo perfeccionó en gran manera, conociéndolo con el nombre de *carta*. En aquella ciudad y en Alejandría se instalaron excelentes fábricas que perfeccionaron sobremanera su elaboracion, produciendo tambien diversas clases de papel, que variaba en nombres segun su fabricacion más ó menos esmerada, y segun el punto ó lugar donde estaba situada la fábrica que lo producia. San Isidoro nos dice que el principal papel, mejor elaborado y de mejores formas lo llamaban *Augusto regio*, en honor de Octavio Augusto. A otra segunda clase la llamaban *Livia* ó *Liviana*, nombre dado en honor de Livia, mujer de aquel Emperador: otro llamaban *kierático*, que era el elegido para los libros sagrados, y que era semejante al de Augusto, aunque de color más bajo: á una cuarta clase llamaban *Tæniotica*, por llamarse así en Alejandría el lugar en donde lo elaboraban: otro apellidaban *Saïtica*, de la ciudad de Saï: una sexta

(1) Lib. VI, cap. 10.

(2) Esta planta es hoy muy rara en Egipto.

(3) En su *Historia natural*, XIII, 23, 27, escrita sobre cincuenta años antes de J. C., nos habla extensamente de la preparacion del papyro aplicado á la escritura.

clase, elaborada con menos esmero que las otras, era conocida por *Corneliana*, del nombre de Cornelio Galo, prefecto que habia sido del Egipto, y finalmente, *emporetica charta* llamaban á otro que, siendo inútil para escribir, sólo lo empleaban los mercaderes para envolver los géneros. Los rollos viejos de papyro escritos servian á los egipcios para hacer calzado, cuyas suelas formaban juntando muchas hojas. Hoy, tanto este antiquísimo calzado como los legajos que se encuentran en los sepulcros de las momias egipcias, son de grandísima utilidad para la Arqueología y Filología, de cuyos elementos saca curiosas noticias é importantes datos.

Bajo el emperador Claudio se perfeccionó mucho la industria del papyro en Roma, en cuyas fábricas lo encolaban (segun dice, aunque con poca autoridad, algun escritor) «con levadura de pan disuelta en agua caliente» y con otras composiciones que nos son desconocidas.

La época en que dejó de usarse el papyro es difícil de determinar, creyéndose que fué empleado hasta el siglo x: lo que sí es indudable que su fabricacion y uso fué insensiblemente desapareciendo con la invencion del pergamino, y sobre todo con la del papel.

En el siglo xii, segun dice Eustates, autor griego de aquella época, estaba abandonada en Egipto la fabricacion del papyro. Al mismo tiempo que en Grecia y Roma se ocupaban en encontrarle siempre escasísimo en estas dos naciones, los toltecas y los aztecas (América) se servian para sus dibujos y jeroglíficos del maguey ó pita, planta indígena del Nuevo Mundo y aclimatada hoy en las provincias meridionales de España.

V

Tanto se llegó á generalizar el aprovechamiento del papyro, que todas las naciones y ciudades que se distinguian por su cultura utilizaron aquel invento. Entre las poblaciones que más papyro usaron y consumieron se distinguió Pérgamo, ciudad de Misia, en la que sus reyes empezaron á crear una gran biblioteca; y como ambicionasen esta gloria para ellos solos, excitóse gran emulacion entre dichos reyes y los de Egipto, los cuales llevaron su oposicion hasta el punto de que Ptolomeo Evergetes, entonces rey, prohibiera con edictos enérgicos y amenazadores la exportacion del papyro, con objeto de que los de Pérgamo no pudiesen aumentar y enriquecer su biblioteca copiando los nuevos escritos que se proporcionaran, ó renovando los que poseian.

En efecto, con esta prohibicion, aunque no fué posible evitar la exportacion en absoluto, porque siempre habia quien, contra la disposicion de las leyes, comerciara clandestinamente con el papyro, introduciéndolo, segun frase de nuestros tiempos, de contrabando; sin embargo, su escasez se notó sobremanera, puesto que, como ya hemos dicho, la planta sólo se criaba en Egipto, y mucho tiempo despues fué cuando se logró aclimatarla, aunque poco, en Europa.

Sobre la falta de papyro que en todas partes se dejó sentir, nos refiere Plinio que en Roma se encareció tanto, que fué preciso que el Senado nombrase comisarios para distribuirlo al pueblo, que queria rebelarse por dicho motivo.

Esta necesidad hizo discurrir á los de Pérgamo escribir en cueros ó pieles, y en el reinado de Eumenes ó Eumenio, que vivió en el siglo v ántes de Jesucristo, se empezaron á usar pieles de carnero, cabra, etc. Así Herodoto, en el libro v, dice que por escasez de papyro los jonios empleaban pieles.

Mediante cierta preparacion, las reducian á espesor conveniente, despues las bañaban con un poco de cal, y por último las pulimentaban por medio de la piedra pómez.

Ciceron refiere que en su tiempo se preparaban en Pérgamo estas membranas con tan asombrosa perfeccion, que habia visto la *Iliada* de Homero escrita en un pergamino tan delgado, que todo se encerraba en una cáscara de nuez. A estas pieles, así preparadas, llamaron *pergamino* (pergamena), del nombre de la ciudad donde fué inventado.

Habia tres clases de pergamino, segun el color: el blanco, el amarillo y el púrpura. En esta última solian escribir con letras de oro y plata, y lo usaban para los libros sagrados.

En el siglo vi se empezaron á escribir los diplomas en pergamino, cuya aplicacion dura aun hoy para los títulos y documentos importantes.

Esta sustancia, por su solidez, resistia más la accion del tiempo, y por esta razon se conservan tantos códices antiguos en pergamino.

En algunos siglos bárbaros se escribió en pieles de peces muertos, en intestinos de animales y en escamas de tortuga.

El célebre Juan Mabillon, profundo escritor de fines del siglo xvii, cita un diploma de los reyes de Italia, del siglo x, escrito en letras de oro sobre pieles de peces, y en la biblioteca de Constantinopla se conservaban las obras de Homero escritas con letras de oro en los intestinos de una serpiente, que median 120 piés de longitud.

(*Se continuará*)

MISCELÁNEA

EL TRIUNFO DE LA IMPIEDAD

Se ha publicado el periódico *Las Dominicales* con orla, y despues de poner con letras grandes *¡Honor al jurado!*, reproduce el indecentísimo y abominable artículo denunciado por el Fiscal, y absuelto libremente por el nuevo tribunal que han establecido los liberales.

El artículo era una infame diatriba contra la Confesion.

Al reproducirlo, *Las Dominicales* hacen nuevo escarnio de la fe católica, de los españoles y de la denuncia del representante de la ley.

La absolucion del tribunal le da motivo para cantar victoria, insultando al propio tiempo á la Iglesia de Jesucristo y al pueblo español, que por defenderla derramó durante siglos su sangre generosa.

¡Honor al Jurado!, gritan por eso *Las Dominicales*.

Pero España gritará:

¡Vergüenza y baldon para el Jurado! ¡Vergüenza y baldon para los que lo han establecido, quizá con el único fin de pisotear los sentimientos católicos de la patria!

(*El Movimiento católico*, año 2.°, núm. 212).

Tomando pié de unas necedades escritas por *El Resumen*, segun el cual hay en la Corte pontificia *dos partidos*, uno de *intransigencia* y otro de *tolerancia*, publica *Las Dominicales* un artículo encaminado á demostrar que la Iglesia agoniza.

En él dice que el libre-pensamiento ha triunfado ya.

Y en otro lugar del papel, por si el artículo no bastaba, repite la cantilena y añade:

«Con que, ciudadanos y ciudadanas, á preparar el funeral de la Santa Iglesia Romana y... ¡Viva la libertad de pensamiento! que dá estos frutos de bendicion.»

¿Si será verdad?...

Puede; porque hace diez y nueve siglos todos los enemigos de la Iglesia están diciendo lo mismo.

Aunque el resultado ya se sabe: como nadie les da vela en ese entierro, preparan los funerales, y luego la Iglesia los entierra á ellos.

Por lo demás, no tardaremos en leer en el mismo papelote (que dá por muerta á la Iglesia), que *la reaccion* crece y el *clericalismo* todo lo domina.

¡Tantas veces lo ha escrito tambien!

Lo cual no tiene nada de extraño; pues á los libre-pensadores lo mismo les dá que les digan *sí* que *arre*.

Todo les viene bien.

A propósito de los *funerales* de la Iglesia, ponemos aquí el siguiente telegrama de la agencia Fabra:

«Roma, 9.—Han sido concertadas y firmadas por los señores Iswolski y Rampolla las bases del acuerdo entre Rusia y el Vaticano.

»Muy en breve serán nombrados por decreto de la Congregacion de Propaganda cinco Obispos para aquel Imperio.»

Desde el cisma de Focio, que tambien *mató* á la Iglesia, no se habia dado hasta ahora un caso semejante, insigne triunfo de la política pontificia y señal inequívoca del regreso al Catolicismo que se inicia en los pueblos cismáticos.

No podemos evitar, pues, la lástima que nos produce *Demonica* haciéndose el moño para enterrar á la Iglesia.

¿El moño hemos dicho? No puede ser; debe estar calva de tanto desatinar.

(*El Cruzado*)

Un periódico de Venezuela, liberal como se supone, cuenta á sus lectores una paparrucha que por referirse á nuestra ciudad merece la tomemos en cuenta, aunque no sea más que para reirnos muy donosamente de ella. Dice el tal que en uno de los museos de Barcelona se enseña un crucifijo que titula el *Cristo de los Inquisidores*, por suponerse haber pertenecido dicho crucifijo á la Santa Inquisicion, que acompañaba con él á los reos. Dicho crucifijo, añade, tiene en su parte superior un resorte mediante el cual sale de la cruz una afilada hoja de acero que le convierte en agudo puñal. Con este Cristo puñal, cuenta dicho periódico, se llenaba el doble objeto de consolar á los que debian ser ajusticiados y al mismo tiempo el de clavárselo en el corazon si mostraban alguna resistencia. El cuento, como se ve, no puede ser ni más liberal ni más divertido. No hay en toda la historia de la Inquisicion idea que de un cachivache de esta especie, ni se enseña, que sepamos, tal arma en Museo alguno de Barcelona, ni ha existido nunca este inquisitorial instrumento más que en la imaginacion novelera del corresponsal americano. Sirva de muestra para juzgar de la mayor parte de las noticias *históricas* que se dan sobre la Inquisicion.

(*Revista popular.*)

A propósito de la revolucion que acaba de estallar en el Brasil, tal vez sea útil recordar que este país no ha dejado de ser, desde mucho tiempo, el refugio predilecto de la masonería. Se puede ver en el *Anuario del Gran Oriente para 1882* que ese desgraciado Imperio del excesivamente liberal don Pedro no cuenta menos de 390 centros masónicos, de los cuales 210 son logias, y 180 capítulos ó logias de altos grados.

El gran maestre oficial de esta masonería era, segun es bien sabido y segun la costumbre invariable en semejante caso, un funcionario elevado de la Administracion imperial, senador y miembro del Consejo de Estado de D. Pedro. La historia contemporánea está llena de estos ejemplos que no sirven de nada.

D. Pedro podria sin esfuerzo haberse informado de ello para su bien y para el de sus súbditos si hubiese comprendido que debia conocer otra cosa que las chilindrinas de los profesores, las charlatanerías del Instituto, y haber traido, cuando ha estado entre nosotros, una ambicion más imperial que la de haber sido nombrado oficial de la Academia por un sucesor del pequeño Goblet.

Los profesores, los académicos y los francmasones, sus buenos amigos, han empujado al pobre emperador por la vía de las concesiones liberales más lejos que ninguno de sus cofrades han ido en nuestros tiempos. Hablando con sentimientos humanitarios, hay que decir que sus enemigos actuales, que todo lo habian obtenido de él, le debian, al parecer y al menos, algun reconocimiento. Se presumia que, cuando menos, le dejarian ser emperador hasta su muerte. Al dar testimonio de su ingratitud se han puesto rigurosamente de acuerdo con su principio. La revolucion no conoce las vulgares virtudes que pueden retardar su marcha hácia su fin. Se cree bastante fuerte para desembarazarse del Imperio y del emperador. ¿Por qué no lo habian de hacer?

Este nuevo ejemplo ¿será una advertencia atendida? Parece que el rey Humberto, para no citar más que un ejemplo conocido de todo el mundo, podria meditar útilmente sobre lo que pasa en el Brasil.

La masonería no es menos activa y poderosa en Roma que en Rio Janeiro. En este momento mismo el Gran Oriente de Italia tiene emisarios que recorren todos los puntos cardinales de Europa con el fin de levantar una contribucion de guerra y de reunir subsidios para un esfuerzo último y decisivo que debe arrojar al Pontificado fuera de Roma.

Ni el rey Humberto ni su primer ministro Crispi han visto el menor inconveniente.

La revolucion masónica de Italia, si se viese dueña de Roma, tendria menos inconvenientes aún en proclamar su sueño, la República italiana, y enviar á Humberto, abandonado del mismo Crispi, á unirse con el Padre Santo en el destierro. ¿Es, por ventura, solamente para combatir al Papa, que no tiene ejército ni gendarmes, para lo que se levantan contribuciones de guerra? Nos parece que en el puesto del excesivamente confiado Humberto, nosotros no estariamos tranquilos.

Vean, pues, los estadistas y gobernantes de España cómo no se deben ni se pueden hacer concesiones á la Revolucion.

(*L' Univers*).

VIADUCTO DE LAS PEÑAS DE PANCORBO (BURGOS)

LA NINFA MÁS GRACIOSA

Só el techo melancólico
De un sauce viejo y verde,
Sobre mullida alfombra
De flores y de césped,
Busqué descanso un dia
A orillas de una fuente.
El agua murmuraba,
La brisa suave y leve
Jugaba con las hojas
Del sauce, y dulcemente
Besaba mis cabellos
Caricias mil haciéndome.
Los pájaros cantaban
Y cien sones campestres
Servianme de arrullo,
Venian á mecerme.
En brazos de Morfeo
Al fin doblé la frente:
Mi almohada era de flores,
Mi lecho era de césped:
La ninfa más graciosa
Soñó despues mi mente.
Yo vi cual se acercaba
De gasas y de nieve
Vestida, y más hermosa
Que Venus de Citeres.
No sé de dó venia,
Mas si que tierna al verme
Soñando desvarios
De mí se compadece;
Acércase muy quedo,
Se aparta, luego vuelve,
Y al fin sobre mis labios
Estampa un beso y... fuese,
Ligera más que el ave
Que escapa de las redes.
Seguir quise tras ella,
Mas no pude moverme;
La llamo, y no responde;
Espero, y nunca vuelve.
Por fin grité entre sueños
«Al menos di quien eres;»
«*Virtud* me llamo, dijo;
Yo vivo en las celestes
Mansiones de la gloria;
Mis besos ennoblecen,
Mi amor da vida eterna;
Si ser feliz quisieras
Abrázate conmigo,
Y nunca jamás sueñes
En ninfas seductoras,
En mágicos placeres.»
Calló; yo abrí los ojos,
Y á orillas de la fuente
Me ví solo y tendido:
La ninfa no parece.

M. Polo y Peyrolon.

NOTICIAS VARIAS

Al reproducir indicaciones hechas por la excelente y autorizada revista *La Civiltà cattolica* anunciábamos la publicacion de documentos diplomáticos referentes á la Santa Sede.

En su último cuaderno dice la mencionada Revista que con mejores informes debe declarar que aquella noticia era inexacta.

Hace pocos dias se discutió en la Dieta bávara la proposicion de la mayoría católica pidiendo al ministro que tratase de obtener del Consejo federal la vuelta de los Redentoristas y Jesuitas proscritos de Alemania. El ministro, sin oponerse á la votacion, dijo que de antemano estaba convencido de que el Consejo federal desecharia la peticion: sin embargo de esto, la proposicion fué votada por 81 votos contra 74.

En los Estados de Nueva-York, Nueva-Jersey y Pensilvania han ocurrido grandes inundaciones, causando desgracias considerables.

Muchos rios han salido de madre destruyendo cultivos y pueblos rurales é interceptando las comunicaciones.

Hace pocos dias falleció el Rdo. P. Juan Buada, de la Compañía de Jesús, residente en el Colegio de San Ignacio de Manresa. Su paso por este mundo fué un continuo derramar bondades. Tanto en las Misiones de Filipinas, en donde estuvo varios años en los sitios de mayor peligro, como en los demás puntos en donde habia residido, conquistó muchas almas para el Señor. Su celo para el bien de las almas era grandísimo y no le arredraban las mayores fatigas: el confesionario, el púlpito y la enseñanza catequística eran sus campos de accion predilectos. Con cristiana resignacion ha sufrido la crónica enfermedad contraida en Filipinas, exacerbada en estos últimos dias, siendo su muerte la del justo, pues recibió con gran fervor los Santos Sacramentos y pidió con insistencia la aplicacion de varias indulgencias.—R. I. P.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 24

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 7 DE DICIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 102

JEFE DE TRIBU EN EL ASIA ORIENTAL

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*La cuestion romana*, XI.—*A María Inmaculada* (poesía), por Ezequiel Solana.—*El P. Juan de Mariana*, III, por el P. Garzon.—*Los lienzos de Murillo*, por J. M. Ecija.

GRABADOS

Jefe de tribu en el Asia oriental.—La region del Indostan, que formaba hasta hace un siglo el dilatado imperio del Gran Mogol, y toda la otra vastísima region indo-china situada entre aquel país y el celeste Imperio, se hallan hoy constituyendo algunos Estados independientes, como los imperios de Birman y de Anam, el reino de Siam y otros principados menos importantes, regidos por jefes indígenas: pero una gran parte de aquel inmenso territorio pertenece tambien á varias naciones de Europa, especialmente á Inglaterra, cuyas posesiones, solamente en el Indostan, tienen unos 144 millones de habitantes.

Nuestro grabado retrata fielmente un guerrero indio, jefe de tribu en uno de aquellos países, cuyos habitantes, segun opinion admitida por los viajeros y geógrafos más distinguidos, ejercen usos y costumbres que guardan relacion desconocida, pero exacta, con los de algunas tribus indígenas del interior de América.

Obelisco de la Inmaculada Concepcion en Nápoles, frente la iglesia de la Santísima Trinidad.

El pequeño avaro.—Cuadro de Adrian Marie.

Lima.—La ciudad de Lima, antigua capital del virreinato del Perú y ahora de la república del mismo nombre, debe su fundacion á Francisco Pizarro, y data del año 1534. Está situada á orillas del Rimac, en un valle encantador. Su clima es muy templado, á pesar de hallarse bajo la zona tórrida, y á que así sea contribuye en gran parte la proximidad del mar, que le envia sus frescas brisas, y la vegetacion asombrosa que se desarrolla con las aguas del Rimac.

En la actualidad cuenta con unos cien mil habitantes. Entre sus edificios descuellan algunos destinados á la residencia y oficinas del Gobierno, la Universidad, fundada por Carlos V en 1551, y la Biblioteca nacional. Los monumentos han ido desapareciendo poco á poco, y sólo queda alguno que otro digno de atencion.

Lima ha sido una de las ciudades más ricas de la América meridional; aun hoy se envanece con el título de *Perla del Pacífico*, pero de su antiguo esplendor sólo va quedando el recuerdo.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

Un destripador humorístico.—Incubacion de concejales nuevos

La alarma difundida en Madrid con la suposicion de que en la capital de España se alberga un *destripador* como el famoso *Jack* del barrio de Wichetapel de Londres, dió ya sus frutos naturales.

En la última semana se alborotaron estrepitosamente los barrios bajos,—esos barrios cuya poblacion cree en los apóstoles curanderos, y en que en el Manzanares se pescó una ballena en tiempos remotos,—con ocasion de haberse visto á un pobre hombre, vecino del barrio de las Injurias, llamado Carmelo Rodriguez, conversando con un niño de nueve años, y á una mujer semi-oculta en un portal, que intentó atraer á una niña con halagos para que la siguiera, y, no pudiendo conseguirlo, dió á correr tras de ella para alcanzarla.

Un trapero, envejecido en el oficio y en los tales barrios, denunció al primero, haciendo que le detuviera una pareja de la Guardia civil. A la mujer la detuvo otra de orden público, sin que se sepa que haya resultado nada contra ella.

La odisea de Carmelo Rodriguez, capturado por la Guardia civil á instancias del trapero denunciador, no dejó de ser terribilísima y espeluznante.

Esparcida la voz de que era el *destripador de Madrid* y de que se le habia cogido en el garlito catequizando á un niño, probablemente para abrirle el vientre, el hombre se vió pronto rodeado de un espantoso concurso de hombres, mujeres y niños, de todas las edades y condiciones, aunque es muy posible que ninguno de ellos supiera leer y escribir; los cuales le seguian vociferando y casi ahullando, pidiendo su cabeza de la manera más expresiva que se puede decir y pensar.

Hombres, niños y mujeres, en número de dos ó tres mil, formaban esta procesion, un si es no es haraposa y mugrienta, llevando en la mano revolvers, navajas y palos de escoba, armas que esgrimian en torno del detenido con un furor verdaderamente auténtico.

La pareja de la Guardia civil que le custodiaba tuvo algunas veces que rechazar á las turbas á culatazos, y fué obra de un milagro que el populacho no se comiera de una sentada á los guardias y al preso, como sucedió con algunos frailes en la degollina de 1834.

Por fin se pudo meter el reo en una prevencion, y así se le salvó de ser desparrillado y trufado.

Pero las turbas se estacionaron á la puerta pidiendo á gritos su cabeza en términos que hicieron preciso el envio de fuerzas de infantería y caballería de la Guardia civil, las cuales no consiguieron deshacer la masa compacta de carne que rugia como manada de fieras.

Por último, el gobernador en persona se presentó en el lugar del siniestro.

Al ver á un señor tan gordo, de fachada eminentemente liberal, algunas mujeres, que no pudieron columbrar el bastonazo con borlas de oro que llevaba en las manos, exclamaron *calamo currente*:

—¡Ay! ¡mirad, mirad, ese es el destripador..... ese!.....

Y en poco estuvo que á Su Excelencia le arrimaran una solfa descomunal, haciéndole pasar una gruesa de sustos por el estilo de la que pasó el pobre Carmelo.

Cuando aquellas mujeres supieron que el señor gordo y panzudo era el gobernador, por poco si fallecen de repente.

Por fin, Carmelo Rodriguez pudo ser sacado de la prevencion sin que lo notara el populacho que queria hacerle trizas, y fué transportado al juzgado de guardia.

En esta estacion fué donde probó cumplidamente su inocencia, averiguándose que es un pobre hombre que más que destripar niños necesita destripar corderos y panecillos para sacar á flote su árida osamenta, bastante falta de alimentos de enjundia.

El hombre, segun refieren las crónicas, es donoso y ocurrente, y entre otras habilidades tiene la de *cantar la rata*, esto es, la de imitar á la perfeccion el chillido de esa alimaña.

En esto se fundaba principalmente la iracundia popular para declararle destripador de niños.

Porque, como decia una mujer de las del tumulto, ingerta en furia:

—¡Pues! *cantando la rata, cantando la rata*, emboba á los niños y les saca el redaño y se los engulle.

El supuesto destripador salió, como no podia menos, absuelto y sin costas; pero no ha podido volver á su domicilio del barrio de las Injurias, por temor de ser destripado por aquellos vecinos que le esperan para demostrarle con argumentos de madera de fresno ó de acebuche, que un hombre que *canta la rata* no puede menos de comerse los niños crudos.

Si esto hubiera ocurrido en Alcobendas ó Matapozuelos, diríamos que dichos pueblos están situados, no en España, sino en el corazon del Africa.

Ha ocurrido en Madrid y... sólo decimos:

—Tiene la cosa gracia y... tal.

Claro que todo esto sucede porque hemos caido en brazos de un destripador que á muchos les ha sorbido los sesos.

El liberalismo.

Otro de los sucesos que ha preocupado relativamente al pueblo de Madrid en la última semana, ha sido las elecciones municipales.

No porque haya sentido frio ni calor por ellas, que eso no se siente ya en España por ningun género de elecciones; sino por las molestias que han producido los preliminares de esa insulsa comedia.

En primer lugar debo decir que ha llovido sobre Madrid un verdadero diluvio de candidatos, extraidos de todas las especies, géneros y estirpes de la fauna liberal.

Los cuales, poseidos de un furor verdaderamente archi-municipal, han estado durante quince dias abrumando las esquinas de la coronada villa con el peso de los carteles que anunciaban sus candidaturas.

Esta irrupcion de carteles ha sido de lo más progresista que han visto los nacidos, porque se han anunciado las candidaturas como se anuncia el pescado fresco de Laredo, los capones de Guipúzcoa y los faisanes de Italia.

Los tales cartelones formaban verdaderos mosáicos, pues los habia de todos los colores, predominando en ellos el rojo y el lila, si bien de este último se notaron verdaderos derroches.

No se puede hablar de los candidatos sin sentir algo así como profundos escalofríos.

A pesar de que el Sr. Sagasta prometió, cuando vino al poder, cuidar mucho de que no se rebajaran las tallas, la verdad es que en la nueva inundacion de aspirantes á concejales, las tallas aparecen á la altura de los perros sentados.

Recordamos involuntariamente los tiempos en que para el cargo de concejales de Madrid se buscaban como con la linterna de Diógenes los tipos más encopetados de la aristocracia española, tal y como si el senado concejil de Madrid tuviera la importancia del antiguo Senado romano, llamado *Senado de reyes* por los historiadores.

Pero *cambean* los tiempos, que dice el sainete, y hoy, á falta de pan, es necesario conformarse con tortas.

Bien puede ser que los concejales destituidos y procesados, en venganza de la mala pasada que les ha jugado el Gobierno se hayan propuesto cooperar á la eleccion de los nuevos, apadrinando las candidaturas que en todas las esquinas se han exhibido; pero la verdad es que si no las han concedido su valioso padrinazgo, lo parece, porque son candidaturas ministeriales escogidas como por los mayores enemigos del Gobierno.

Y lo que dirán los concejales suspensos: «Estos nos harán buenos.»

Todos resultarán peores; pero no deja de preocupar á los madrileños de buena cepa la especie de fiebre concejil que se ha desarrollado en todos los gremios, y el desenfado con que piden sus sufragios á los electores unos candidatos que es muy dudoso sepan leer y escribir.

Entre los que he visto clavados en las esquinas figuran mi zapatero, mi peluquero y un tendero de ultramarinos, á quien le he conocido desollar siete quiebras intermitentes.

Pero esta es la aristocracia de los aspirantes, entre la que figura un veterinario que toma el pulso á los caballos de un liberal que gasta coche.

Entre la democracia figuran taberneros, ropavejeros, carniceros y otros industriales de géneros aun más ordinarios.

Un republicano, de ferocidad casi castiza, empleado en un Ministerio con seis mil reales, aspira tambien al cargo de edil.

Todo esto lo ve uno como entresueños y se despierta despavorido recordando una idea espantable.

El destripador de Londres debe estar, con efecto, en Madrid, donde habrá puesto escuela, sacando los discípulos más aprovechados.

Lo conocemos en que va á ser destripado el Ayuntamiento.

LUPERCIO.

Madrid, 3 de Diciembre.

LA CUESTION ROMANA

XI

El Papa soberano

TRATA el presente capítulo de resolver las dificultades que los enemigos de la restauracion del poder temporal pueden oponer fundándose en la calidad del Gobierno pontificio.

Y á la verdad, para estudiar la *cuestion romana* en todas sus fases, y de una manera tan completa y acabada como lo hace el eximio autor de tan hermoso trabajo, no deja de ser oportunísimo dilucidar el punto á que hacemos referencia con el fin de disipar de las inteligencias imparciales hasta los menores celajes de la duda.

Hace algunos años (hoy ya no tanto) estaba muy en moda maldecir la llamada *teocracia papal* por ser una forma de Gobierno que, segun esos declamadores, no podia vivir sin violenta contradiccion y lucha con el espíritu del siglo. Semejante acusacion no merece más que el desprecio de las personas sensatas, porque suponemos que sus mantenedores habrán á estas fechas modificado su juicio en vista del pésimo resultado que dieron en todas partes las formas nuevas de Gobierno por ellos preferidas y ensalzadas. En efecto, querer parangonar el Gobierno tradicional y pontificio con esos poderes liberalesco-parlamentarios de nuevo cuño, seria la mayor y más procaz de las irreverencias.

Y si se desean competidores más dignos búsquense las dinastías y poderes históricos más ilustres de Europa, y veráse en todas partes confirmado el aserto del historiador protestante Ranke, á saber: que «en ninguna parte se hallará una serie de emperadores ó reyes tan ilustre, en que todos se hayan distinguido tanto por sus dotes de gobierno, como los Romanos Pontífices.»

Nada de extraño tiene, antes es muy natural este suceso, si se toma en cuenta la forma como se eligen los Papas y las ilustres prendas de todo género que les adornan. Para comprobar esto con evidencia irrefragable no hay sino acudir á la Historia. Y en este terreno recoge el folleto preciosos datos sobre las de Pio VII y Leon XII, por ser más inmediatas á la primera revolucion liberal que volcó el augusto trono secular del Pontífice.

Refiere despues la consideracion en que eran tenidos en toda Europa y entre los representantes de las grandes potencias los Legados del sucesor de san Pedro, soberano de un Estado tan diminuto. Y de todo esto infiere con cuánta justicia dijo aquel diputado que en el Parlamento italiano exclamaba: «*Si stava meglio quando si stava peggio*;» y aquellos otros italianos entre los cuales, al ver á un súbdito del Papa, era corriente decir: *¡Oh, en vuestra tierra, siendo súbditos del Papa se vive bien!*

Enumera luego las grandes ventajas morales y políticas que reportaria Italia de la reparacion de la gran iniquidad cometida contra la Iglesia devolviéndole sus Estados, que á no dudarlo serian el modelo perfecto de un buen Gobierno, y como tal estaría llamado su excelso soberano á ser el árbitro supremo de las contiendas internacionales.

Pero á todas estas excelencias oponen nuestros enemigos un argumento, el Aquiles de su repertorio, con el cual piensan desvirtuar todas las afirmaciones católicas respecto á la devolucion de los Estados Pontificios.

«Supongamos, en efecto,—dicen,—convertido de nuevo el Papa en soberano. ¿Cuál seria su forma de gobierno?

»Si era la absoluta, como el pueblo del siglo XIX tiene más conciencia de sí mismo, de su dignidad y de su valer, viviría en perpetuas revoluciones y guerras hasta derribar por fin al soberano.

»Si, por el contrario, admitia la representativa, conviene no olvidar que en ésta es el pueblo el soberano, y no su jefe, reducido al ridículo papel de mandatario amovible suyo y juguete de sus ministros. Por otra parte, esta última forma trae consigo las libertades de imprenta y de cultos. cosas ambas que repugnan al carácter y dignidad del Romano Pontífice, el cual se veria obligado muchas veces á usar de la fuerza y á prodigar el derramamiento de sangre, él que es ministro de un Dios de paz y de misericordia.»

Contra semejante sofisma bastan algunas observaciones sencillísimas. Sabido es por la Historia que jamás extremaron los Papas las medidas de violencia contra los agitadores revolucionarios. Reprimieron, sí, pero con mansedumbre; y sobre todo, si alguna vez se trata de castigar delitos sociales, nadie pone el menor reparo á que se ejecuten las sentencias emanadas de los competentes tribunales de justicia, que obran con arreglo á las leyes del reino. Por cierto que es bien extraño que se horroricen de estos castigos aquellos mismos que han cometido atroces tropelías é impuesto penas que estremecen cuando se ha tratado de reprimir las revoluciones.

Respecto á la forma de gobierno, si bien es cierto que el principio de la *soberanía nacional* conduce derechamente á la anarquía, porque anula, no sólo el poder del monarca, sino toda clase de poderes, no lo es menos que por una inconsecuencia se puede mantener la llamada Monarquía representativa, y hacer que en ella no fuese el poder del rey mera *fictio juris*, sino verdadera soberanía, á imitacion de Guillermo I de Alemania y Napoleon III, que con esas instituciones hicieron política personal.

Los párrafos que á continuacion añade el librito son de tal interés en las actuales circunstancias, que no podemos resistir á la tentacion de traducirlos, llamando de una manera muy especial sobre ellos la atencion de nuestros lectores.

Dicen así:

La principal dificultad para la realizacion de tal proyecto (el de un Gobierno pontificio-parlamentario) no es la incompatibilidad del parlamentarismo con el ejercicio de una verdadera soberanía, sino otro hecho de índole muy diversa, á saber: el ningun interés y la ninguna confianza que el mismo pueblo manifiesta tener por las modernas instituciones representativas. Los mismos periódicos liberales se quejan de esto continuamente.

De muchos años á esta parte el Parlamento y el Senado están habitualmente desiertos, y los representantes de la nacion nos dan el ejemplo de tal desvío, pues que no es raro no haber en las sesiones número bastante para decidir legalmente lo que se discute.

En lo tocante al pueblo, no hay que decir: los únicos que se presentan á las urnas electorales son los que viven á sueldo del partido gobernante, legiones de empleados, de guardias y de cohibidos de cualquier otra manera, y todos votan sin libertad, por orden de quien les da el pan y puede quitárselo, y por la apatía general de los demás electores se puede colegir cuántos de éstos se quedarian en su casa sin ese estímulo que les lleva á las urnas. . . . . Se ha dado el caso de que en un país de la Alta Italia el dia de las elecciones no se presentase á intervenir en las urnas ni un elector siquiera, y eso que aquellas regiones no son las más retraidas.

Todo esto lo dijo en una palabra el diputado Sonnino Sidney, cuando en pleno Parlamento declaraba «que la gran »mayoría de los italianos, el 90 por 100 de la nacion, se man»tiene extraña á las instituciones del país.» ¡Tan pequeño es el interés que los pueblos italianos muestran por esta participacion en la vida pública que se les quiere regalar sin pedirla!

Y la culpa de esto no la tiene el pueblo, sino las mismas instituciones y la manera como las manejan sus patrocinadores, no solo en Italia, sino en todas partes, por confesion de los mismos liberales.

Hace tres años, *La Riforma* del dia 2 de Abril de 1886, en un artículo titulado *El Parlamentarismo en derrota*, anunciaba claramente la triste experiencia, ó mas bien la completa disolucion de aquel sistema en todos los países donde fué ensayado. Y despues de haber señalado su vergonzosa impotencia é inestabilidad en Francia, España, Austria, Alemania y en la misma Inglaterra, concluia: «No digamos nada de Italia, pues todo el mundo sabe que se encuentra en la peor situacion de todos los países.»

Tambien nosotros creemos lo mismo, sobre todo despues que *El Siecolo* escribia por aquellos dias en términos todavía más crudos: «Ningun Parlamento, ó mejor ningun Gobierno ha ofrecido jamás un espectáculo tan nauseabundo.—(14-15 de Abril de 1886).

La verdadera aspiracion del pueblo es la de tener un Gobierno que le proporcione justicia, riqueza, instruccion, moralidad y religion en el interior, y en el exterior confianza y respeto. Ahora bien: el pueblo que no es ciego observa y avalora cuán poco han contribuido á la consecucion de esos fines, las decantadas franquicias constitucionales. Ve la justicia horriblemente administrada; la instruccion pésimamente dirigida, con métodos híbridos y destituida de genio nacional; la educacion en las escuelas públicas confiada á maestros y profesores notoriamente ateos; la religion y el culto católico locamente perseguidos; decuplados los impuestos; ve que todos los años se presentan los presupuestos nivelados y se cierran con déficit, y se contraen nuevas deudas; ve que en el interior todo se gobierna por el *favoritismo*, y en el exterior tenemos alianzas que nos imponen la servidumbre hasta en el cambio de Gabinetes. . . . . En tales condiciones, el Papa que quisiere introducir semejante sistema, mientras los liberales mismos han escrito que EL PARLAMENTARISMO HA PASADO YA SU EPOCA, ¿estaria seguro de no encontrar oposicion y desaprobacion por parte del pueblo?. . . . . .El mal de las modernas libertades consiste además en el concepto *antisocial y anticristiano de la soberanía popular*.....

A continuacion de estas bellísimas líneas hace el folleto la apología del sistema tradicional en las siguientes:

De muy distinto género eran las franquicias de que nos ofrecen un ejemplo las Constituciones de la antigüedad y de la Edad Media, algunas de las cuales duraron hasta la revolucion francesa, que las abolió todas. Reducianse estas libertades á un freno saludable puesto en determinados asuntos al arbitrio personal del príncipe, y que eran ejercidas por diputados, no con el carácter de representantes de la supuesta soberanía del pueblo, sino como asociados á nombre del mismo al supremo poder civil para alguna clase de negocios, como el régimen de los impuestos y otros de este jaez.

En este supuesto nada hay que contradiga las prerrogativas del soberano, y una Constitucion de tal naturaleza seria la más propia para cualquiera de nuestras sociedades, pues que de una parte prevalece en ellas cierta aversion á la Monarquía absoluta, y de otra hay un disgusto general contra los detestables resultados del moderno parlamentarismo.

Trata, finalmente, el capítulo que examinamos de las dos libertades, la de imprenta y la de cultos; y despues de asegurar que el Papa no podria admitir en modo alguno el falso principio en que se apoyan, concediendo iguales derechos al error y á la verdad, entiende que, respecto á la prensa, podria remediar sus perniciosos efectos con una severa censura represiva. Y para terminar agrega el siguiente párrafo:

Pero en cuanto á tolerar en la práctica, dentro de ciertos límites, la discusion de cuestiones más ó menos directamente relacionadas con la religion, con la moral ó con la política, toda la obligacion para él, como para todo príncipe cristiano, se reduciria á tener en cuenta las circunstancias. Por tanto, suponiendo que todo esto sea medida de buen gobierno y no suponga el abandono de principios, el fantasma de un Estado de la Edad Media, que permanece en pié á fines del siglo XIX, se disipa como el humo. Los Papas ¿por qué no decirlo? fueron siempre hombres de su siglo, y lo será tambien el Papa soberano en lo que resta del siglo XIX.

OBELISCO DE LA INMACULADA CONCEPCION EN NAPOLES

EL PEQUEÑO AVARO (CUADRO DE ADRIAN MARÍA)

A MARIA INMACULADA

¿Qué cánticos de gloria? ¿Qué voces de alegría
Descienden armoniosas del cielo, y al poeta
La inspiracion le dan?
¿Qué sacro fuego inflama de gozo el alma mia,
Qué júbilo rebosa, y el aura lleva inquieta
Mis voces, cual las notas que el arpa del Profeta
Vibraba en las floridas riberas del Jordan?

—

¡Cantares y armonías de la celeste altura!
¡Plegarias amorosas y angélicos acentos
De la eternal Salén!
Mi corazon se inunde de amor y de dulzura;
Mi gozo suba al labio, y en plácidos concentos,
De polo á polo suene llevado por los vientos
El nombre de la Virgen sin mancha de Belen!

—

María! Oh dulce nombre que el alma nos conmueve
Si en los amantes labios de madre enternecida
Lo oimos resonar!
María! Oh tú más pura que el ampo de la nieve,
Más rica que las perlas, más dulce que la vida,
Más suave y más hermosa que el alba esclarecida,
Brotando entre arreboles del seno de la mar!

—

¡María! Oh fresco lirio! Oh cándida azucena!
Oh incorruptible cedro del Líbano! Oh pasmoso
Prodigio del Señor!
María! Oh tú creada sin par, de gracias llena,
Para salvar al hombre del báratro ominoso,
La Pura Concebida, la amada del Esposo,
La fuente inagotable de sacrosanto amor.

—

De Aquel eres la Madre que de oro y de topacios
Para escribir su nombre tachona el firmamento
De espléndido zafir;
Del Dios Omnipotente que llena los espacios
Con su potencia y gloria, y en número sin cuento
Los astros crea y rige; de Aquel que gran portento
De amor, por redimirnos en cruz quiso morir...

—

Grandísima es tu gloria ¡oh Virgen sacrosanta!
Grandísima!... al ser Madre de Aquel que con su muerte
Nos redimió en la cruz!
Grandísima es tu gloria, y ¡oh Virgen! con ser tanta,
La aumenta privilegio divino, al Dios haberte
De culpa exceptuado, bellísima al hacerte
La aurora de más clara y esplendorosa luz!

—

Que el Padre en la mañana del sempiterno dia,
Magnífica te crea, purísima, radiante
De gloria celestial;
El Hijo te engalana con prendas á porfía,
Amor propicio llena de gracias tu semblante,
Y alzándote en sus alas mil coros, rozagante,
Te ensalzan, y no tienen sus cánticos igual.

—

Tú fuiste la escogida cual rosa entre millares
Por Dios, para que al mundo lavaras de la afrenta
Que en Eva hizo Lucbel:
Compendio de prodigios y gracias singulares,
Que al trono do el Eterno su majestad asienta
Subiste, y recibiéndote de toda culpa exenta,
Te ornó de eximios dones para morada de Él.

—

¿Qué lengua habrá que pueda decir con altos loores
Tus gracias? ¡Madre mia! Qué voz habrá que cante
Tu gloria singular...?
¿Si ya predestinada del tiempo en los albores,
Tú fuiste de pureza la aurora rutilante,
Tú, Virgen gloriosísima, que en un supremo instante
Lograste en tus entrañas al Dios vivo encerrar...?

—

¡Oh...! Nada hay más hermoso, despues de Dios, María,
Que tu triunfal Misterio, que tu destino santo;
¡Tu para Concepcion...!
Con ella tierra y cielos uniste en alegría,
Llenaste los infiernos de rabia y de quebranto,
Y encarcelaste en hierros á Satanás... en tanto
Que abrias senda al hombre de eterna salvacion.

—

Con ella, como un rio copioso de consuelos
Y gracias celestiales, volviste ¡oh Madre! al mundo
La dicha y la virtud:
La aurora de los siglos amaneció en los cielos,
Los ídolos se hundieron del tártaro al profundo,
Y el Sol de la justicia, de bien y amor fecundo,
Deshizo con sus rayos la odiosa esclavitud.

—

¡Loor! Loor mil veces á Tí, Virgen María,
Que libre, ilesa y pura desde el primer instante
Venciste á Lucifer!
A quien la tierra y cielos, henchidos de alegría,
Alaban y bendicen con himno resonante...
A Tí, dulce esperanza, Co-redentora amante,
Nuestra Judit heróica, nuestra piadosa Esther.

—

¡Oh Concepcion Purísima! María Inmaculada!
La Santa de los santos! La Reina y la Señora
De cuanto Dios creó:
Gozoso el mundo entero te alzó por Abogada,
Cuando entre nubes de ángeles subiste Triunfadora
Castísima al Empíreo... cuando Dispensadora
De gracia al ser, tu nombre, más aun se engrandeció.

—

Que allí ¡Madre amorosa! más que los soles pura
Tu gloria resplandece... La gracia te ilumina
Con toda plenitud!
Derramas de tus manos caudales de ternura,
Que al mundo entero salvan de culpas y ruina,
Detienes con tus ojos la cólera divina,
Y al hombre das propicia la gracia y la salud.

—

¡Ay...! Si arrancar pudiera del arpa melodiosa
Del santo Rey profeta, las notas que alabaron
Tu gloria y tu bondad!
¡Con qué placer! con cuánto dulzor, Virgen hermosa,
Pulsara yo mi lira cual santos la pulsaron,
Y en plácidos arrobos, como ellos te ensalzaron
Tambien ensalzaria tu nombre y majestad.

—

Tu nombre... y tus favores: que á Tí como á tesoro
De gracias, en sus cuitas, oh Madre Inmaculada,
Te invoca el pecador!
Te invoca en sus fatigas con incesante lloro,
Te invoca el marinero cuando la mar ve airada,
Te invoca el pueblo, el mundo... y á todos tu mirada
Los llena de venturas con entrañable amor.

—

Que Tú eres la esperanza, misericordia, anhelo
Del que te implora ¡oh Virgen! tú eres mar profundo
De amor y de piedad;
Tú eres puerto al náufrago; tú al mísero consuelo;
De la verdad antorcha; del bien árbol fecundo;
Tú, estrella de los mares, aspiracion del mundo,
Camino á los perdidos, y amparo á la orfandad.

—

Cual madre augusta siempre del Orbe te mostraste
Tiernísima; mas pueblo que á todos preferiste,
La noble España fué:
La España que á la orilla del Ebro visitaste
Tomó por su patrona tu Concepcion, abriste
El pecho á sus plegarias, y triunfos mil le diste,
En ínclitos varones, lumbreras de la fe.

—

Tú fuiste á nuestros padres escudo prepotente,
Venciendo en Covadonga, Clavijo y en las Navas
Al pérfido Muslin:
Tú, que invencible auxilio de la cristiana gente,
A Jaimes y Fernandos mil glorias deparabas
Su nombre engrandeciendo, y en Isabel llevabas
Los límites de España del mundo hasta el confin.

—

Tú, que eras norte y guia, cuando con gran firmeza
Y en pobres carabelas buscaba un Nuevo-mundo
Colón el genovés:
Tú, Virgen, que en Lepanto domabas la fiereza
Del Turco y de los mares lo hundías al profundo;
Por quien se vió en Otumba, caudillo tremebundo,
Del rudo mejicano triunfar Hernán Cortés!

—

Por quien mi patria amada su independencia un dia
Logró, en la lid sangrienta con ímpetu ardoroso
Venciendo á Napoleon;
Por quien España es grande; que al nombre de María
Del Ebro á las riberas, surgió el templo grandioso
De nuestra fe, llenóse de vida el primoroso
Pincel, y en mil canciones ardió la inspiración!

—

Bendice á nuestro Padre Santísimo; bendice,
¡Oh Madre! al Pastor santo que de esta tierra guía
La numerosa grey:
Bendícenos á todos, al justo, al infelice,
Que acaso inadvertido se aparta y descarría;
Bendícenos ¡oh Virgen Purísima! y un dia
Preséntanos dichosos á Cristo nuestro Rey.

—

Y yo tu siervo humilde... bien sabes que no olvida
Mi corazon tu nombre; bien sabes que te diera
Contento su latir;
Son tuyos mis anhelos, tuya es mi propia vida,
Y en mis fervientes votos, si mil vidas tuviera
Para ofrecerte á Tí... mil vidas te ofreciera,
De tu mirada un rayo con tal de conseguir.

—

Perdona ¡oh madre mia! si acaso irreverente
Osé en mi desvarío cantar con altos loores
Tu gloria virginal;
Perdona...! Desde el cielo, inspírame clemente,
Para cantarte en himnos de amor arrobadores,
Y celebrando siempre tus gracias y favores
Me preste un dia abrigo tu manto celestial.

EZEQUIEL SOLANA.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

III

El ímprobo trabajo de la cátedra y el clima malsano, nos dice él mismo que gastaron sus fuerzas; de modo que, con harto sentimiento de todos por perder tan gran maestro, se vieron forzados los Superiores á enviarlo á Sicilia. Allí, en los dos años que estuvo, á la par que consiguió recobrar la salud perdida, planteó los estudios de Teología. Pero aquel era pequeño teatro para tan grande Doctor, y restablecido ya en su vigor primero, gracias á la benignidad de aquel temple, enviáronle los Superiores á leer en la Universidad de París, entonces la más concurrida de Europa. Y fué el primero de la Compañía que explicó allí á Santo Tomás, compartiendo los aplausos y los discípulos con aquel otro insigne español Juan de Maldonado, uno de los hombres más grandes, según Mariana, que produjo España en aquella era, una de las más portentosas que registra la historia del mundo.

¡Dichosa edad y siglo aquel, se ocurre exclamar aquí, fecundo cual ningun otro en santidad, en héroes y en sabios, al lado de los cuales Mariana es sólo uno de tantos, y nada más; edad de tan prodigiosa juventud y vida para nuestra patria, que más que nacion de hombres, algún tiempo pareció de titanes; que lo mismo llenaba de santos el cielo, que de conquistadores la tierra, que de sabios las Universidades! Entonces teníamos Marianas y Maldonados para enviarlos á asombrar á París, como otros Marianas y otros Maldonados asombraban á otras Universidades. Hoy un español, canciller en Bohemia como Rodrigo de Arriaga, ó profesor en Oxford como Soto, ó fundando universidades en Alemania como Salmeron, es un prodigio tal, que no lo comprendemos por su rareza. No los tenemos ni aun para nosotros; ¿cómo regalarlos, como entonces, al extranjero? En cambio, si París no nos envia Marianas ni Maldonados, tampoco él los tiene; en su lugar nos regala sus figurines y sus modas, y, lo que es peor, sus novelas de Zola y de Victor Hugo; y, lo que es aún peor, si algo peor puede darse, sus filosofías y periódicos repletos de impiedad, de lujuria y de petróleo.

Pero no olvidemos á Mariana, á quien dejamos tranquilamente explicando la *Suma* de Santo Tomás, ó Literatura sagrada (que para el Sr. Pi y Margall parece lo mismo), á tan numerosa concurrencia, como no acudiria hoy á escuchar á ninguno de los innumerables artífices de la palabra que se disputan la dulce carga de hacernos felices y el honor de embaucarnos con su elocuencia. La historia ó la tradicion nos cuentan anécdotas más ó menos verídicas de estudiantes que escalaban las ventanas para oir desde ellas las explicaciones de nuestro Doctor, ya que el apiñado concurso no dejaba penetrar en el aula. No es extraño: en aquella época, en que habia verdadera ánsia por oir á un sabio, como hay furor hoy por oir á un cantante, debió en París excitar soberanamente la curiosidad un hombre,

del que nos dice Rivadeneyra, capaz de juzgarlo, más aún que por haberlo tratado durante cincuenta años, por ser ingenio tan peregrino y tan sentado como Mariana, que era hombre de agudísimo talento, de rectísimo juicio, pronta y tenaz memoria, acre y terrible en el argumentar, presto en el responder, maestro consumado en el arte de la lógica; que poseia como si fueran propias las lenguas sabias; en una palabra: que abrazó con sus largos años de estudio y con su insaciable deseo de saber cuanto en su tiempo se alcanzaba en todos los ramos de la sabiduría, y que, semejante su ingenio á feracísimo terreno, estaba dispuesto á producir, como produjo, toda clase de variados y riquísimos frutos.

El temple de París, y más que todo su infatigable aplicacion á las tareas de la enseñanza, debilitaron otra vez su salud, de modo que los médicos temieron por su vida si no volvia á respirar los aires natales y no daba de mano siquiera por algún tiempo á los estudios de teología. Y así, despues de haber por espacio de trece años honrado el nombre de España en extranjeras naciones, vino á ser oráculo de su patria en la Casa profesa de Toledo, asilo entonces de sujetos insignes en virtud y letras de la Compañía. Y como la salud gastada no le dejaba bríos por entonces para acometer de lleno las espinosas cuestiones de la escolástica, aplicó su pluma y su talento á estudios más amenos y más fáciles, y á esa circunstancia, feliz para España, debe ésta el poseer, si no al primero en tiempo, sí al Príncipe de sus historiadores.

La Ciudad Imperial recibió á Mariana con la honra que merecia la fama de su ingenio y de sus virtudes, que se habia adelantado á su venida, y él pareció adoptarla por su segunda patria; y como debió á Toledo la salud del cuerpo, mostróse á ella tan agradecido, que habla siempre de ella como de su propia tierra. Dedicóle un elogio en el Prólogo del precioso opúsculo *De morte et immortalitate*, tan bella y admirablemente escrito, que bien puede Toledo darse por bien pagada con tan rico obsequio de los cincuenta años que dió á nuestro autor cariñosa hospitalidad, gloria y honores. La antigua Corte de los godos era á la razon reina destronada ya, pero que conservaba aún restos de su imperial grandeza. Cultivábanse aún las ciencias; florecian, aunque no como en edades más felices, las letras y las artes; tenia no escaso comercio con otras ciudades del Reino y aun de paises extraños; en una palabra: aquella ciudad, que no vive hoy más que de sus ruinas y recuerdos, pero no de esperanzas, era todavía teatro bastante noble para que viviese en él, sin estar oculto, un hombre como Mariana, que habia ilustrado con su ciencia á París y á Roma. Toledo le apreció como se merecia. Su humilde aposento era, nos dicen los que lo visitaron, la corte del saber y de las musas; en él se discutian los puntos más intrincados de las ciencias como los más amenos de la literatura y los más varios de la erudicion histórica. No habia negocio grave que no se le consultase, ni trabajo de importancia, como actas de Concilios ó asuntos difíciles del Santo Oficio, que él, ó no redactase, ó á lo menos no leyera como censor; en una palabra: Mariana fué, mientras vivió, el oráculo universal, como nos dice el Padre Castro, su coetáneo, en la historia manuscrita del Colegio de Alcalá, añadiendo que florecia entonces *con fama de universal y muy grande letrado*, y todos sus biógrafos convienen en que por largos años fué el amigo y el consejero de los Primados de España, del cardenal Quiroga sobre todo, y de su grande confidente y paisano el arzobispo García de Loaysa. Este sabio Prelado, ni como ayo del príncipe D. Felipe, despues rey de España, tercero de aquel nombre, ni como Inquisidor General, ni como arzobispo de Toledo, supo dar paso alguno sin que le guiase su inseparable Padre Mariana, quien supo responder á su cariño y confianza con la gratitud y el amor hácia tan gran Príncipe de la Iglesia que respiran los libros de Mariana.

En la soledad ya de su retiro dedicóse á escribir nuestro autor con tal constancia, que podemos decir que dejó la pluma de las manos cuando á él le dejó la vida. Con su maravillosa lectura y aplicacion se habia internado en el conocimiento de todo género de ciencias, y parecia que estas no tenian ya regiones no exploradas para el infatigable escritor.

No es este el lugar de hacer el catálogo ni de dar el juicio sobre sus obras. Baste decir que los que no conocen sino al historiador, no conocen á Mariana. Para nosotros, la Historia, con ser la más lata, es tal vez la que menos nos dice de la variada y profunda erudicion en toda clase de ramos del saber de un escritor á quien sus contemporáneos, que tantos sabios conocian, llamaron maravilloso.

LOS LIENZOS DE MURILLO

I

En uno de los últimos dias de Enero del año 1840 se derrumbaba el convento de Franciscanos de Alcocer. Manos impías, empuñando la tea incendiaria, pusieron fuego á aquella maravilla del arte. Mil objetos preciosos fueron pasto de las llamas, y otros, so pretexto de *salvacion*, encontraron lugar seguro en la escondida arca del avaro y en el bolsillo sin fondo del ladron.

De poco ó nada, si exceptuamos el yermo, se aprovechó el Tesoro. Las pequeñas campanas, menos una; algunas *in folios* que despreciaron los tenderos; unos cuantos centenares de ladrillos y lápidas sepulcrales, junto con la *subasta* del *dorado* de los altares, que algunos *inteligentes* arrancaron á fuerza de uñas, fué lo único que por aquel entonces facilitó al *crédito* de la nacion *cantidades suficientes* para enjugar su déficit.

II

La tia Toñica, lavandera de oficio, ó profesion, como ahora se dice, encontrábase en la actualidad desprovista de *cernadero ó colador* para hacer sus lejías.

Miraba desde su puerta el continuo entrar y salir del convento de multitud de gentes extrañas á la villa, y lo bien equipados y satisfechos que muchos caminaban, cargados de alfombras, sabanillas de altar, albas, roquetes, casullas, cortinas, cristales, etc., etc., y dijo para su basquiña:

—¡Tambien yo puedo hacer bien á la *nacion* salvando alguna cosa!

Y ligera, á pesar de sus no pocos años, penetró en la iglesia.

Era ya tarde.

Esparcidos por el suelo quedaban sólo algunos trozos de retablos, columnas truncadas ó tronchadas, brazos y cabezas de imágenes y piés de banco.

La tia Toñica nunca se preció de inteligente en escultura, así que, mirando con desden aquellos objetos, exclamó:

—¡Canastos! ¡Y yo que estaba tan cerca! Todo esto para nada sirve... necia de mí, que pude entrar la primera... pero...

Y como herida su vista por alguna cosa extraordinaria, añadió con el mayor júbilo restregándose sus asquerosos ojillos:

—¡Bien, bueno, caramba! ¡Colador tenemos!

Y se encaramó como una ardilla, ayudándose con algunas imágenes y un trozo de confesonario, á la cornisa que tan vivamente habia llamado su atencion.

III

Ligera sube la vieja. ¿Qué será? Sin duda alguna la boca del alforjon mendicante enseña las *amarillas* de los buenos tiempos de Fernando VI. ¿Te sonríes, lector? Razon tienes; tampoco soy de los que creen en los tesoros imaginarios acaparados por los frailes! «¡Qué necedad!» dirás; es cierto; pero... ¡son tantas las que se han dicho de algunos años á esta parte...!

Sea de esto lo que fuere, la verdad es que lo que la tia Toñica habia visto sobre la cornisa no era alforja, ni bolson, ni cosa parecida: eran, sí, dos hermosos lienzos de Murillo, grandes como todas sus obras: dos cuadros en los que el eminente pintor andaluz habia agotado la riqueza de su genio, de su brillante inspiracion y la nunca bien ponderada naturalidad de su pincel. Representaba la *Sagrada Cena* el uno, y el otro... el asunto que ha hecho inmortal al maestro sevillano, el que hará vivir su nombre mientras exista el tiempo y mientras la religion cristiana sea la inspiradora de todo lo majestuoso, tierno y sublime... *La Concepcion de María*, *La Perla*, la obra por excelencia.

¿Sabrian esto los *conservadores?* ¿Seria título suficiente para su custodia el ser la honra de la España artística? No lo sabemos; sólo, sí, á fuer de historiadores imparciales, debemos consignar que la tia Toñica no les daba grande importancia, sin duda porque al mirarlos abandonados por los *inteligentes*, debió decirse: «Trapos de frailes, á la colada con ellos;» y es buena prueba de que así lo pensó, el verla agarrada como una arpía á los cuadros, tirar de ellos con todas sus fuerzas, y no siendo éstas suficientes, arrancar los lienzos exclamando:

—¡Pícaros, y qué duros son de pelar! pero á fe que mejores coladores no los ha de tener la Hidalga.

IV

Aquella misma noche, la chimenea de la lavandera arrojaba nubes de humo. La vieja, preparada la caldera, habia puesto en infusion y al fuego los lienzos objeto de su codicia: removíalos de cuando en cuando con un hierro, y atizaba las brasas con densos manojos de leña. La operacion duraba mucho tiempo, y la tia Toñica debia estar poco satisfecha de su modo de quitar manchas, como ella llamaba á los colores y sombras, pues retorciendo y plegando sus apergaminados labios, murmuraba:—¡Ni por esas! ¡cada vez más frescos! ¡si parece que los acaban de pintar... mal fuego en ellos!

Las horas volaban, y la vieja continuaba graznando, señal inequívoca de que los lienzos no se rendian á la accion del calórico. Así transcurrieron varias noches, y no dias, porque la tia Toñica era tan reservada y modesta, que jamás se hubiera perdonado la falta de haber dejado penetrar en su casa un rayo de sol. La chimenea humeaba: los colores burlábanse del fuego y hacian la desesperacion de la coladora. Fama tenia ya la tal de no muy católica; la vecindad entendió algo de sus hornillos y hogueras nocturnas; el pueblo murmuraba, y una voz terrible por las fatales consecuencias que no pocas veces llevó en pos de sí, salia de todos los labios:

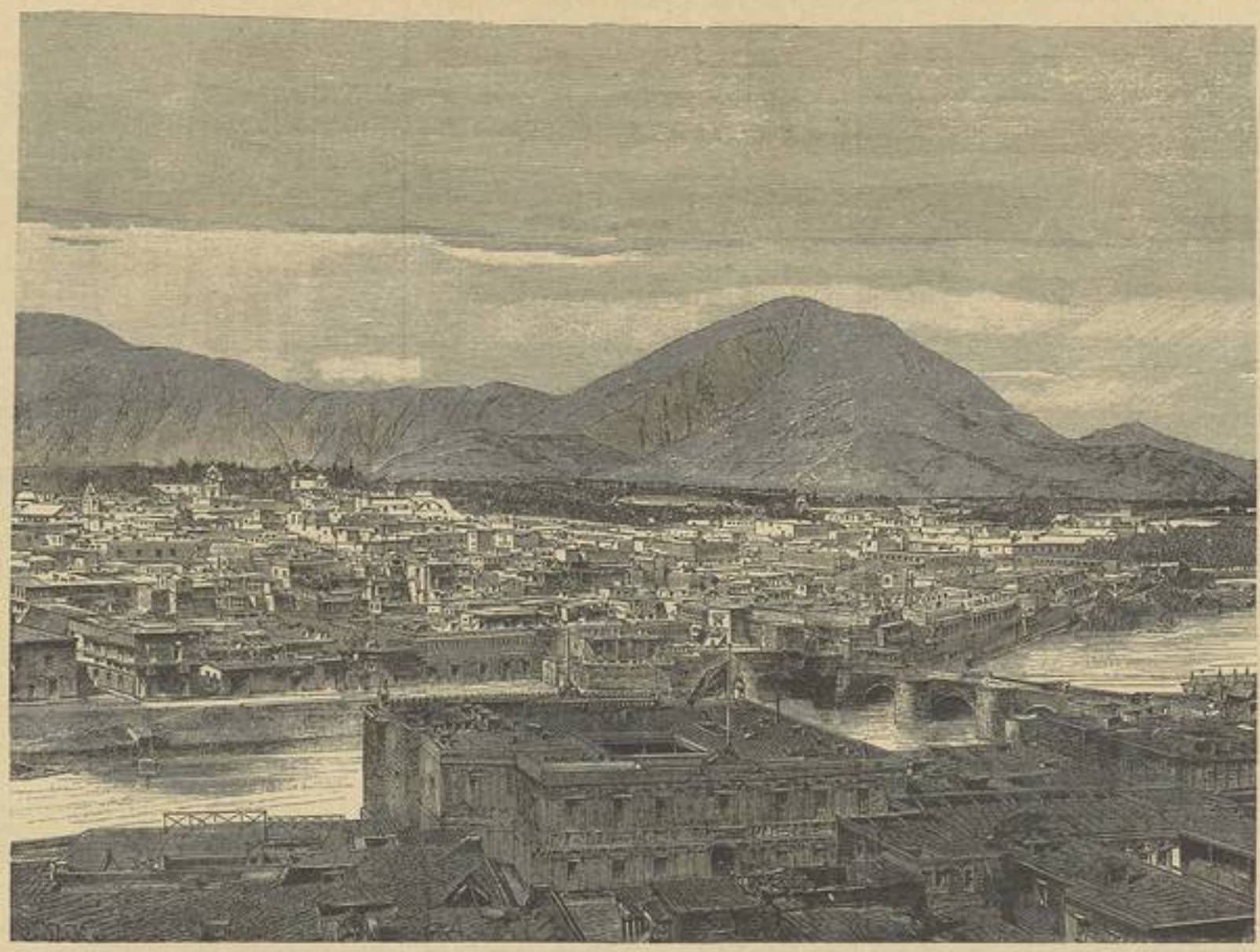
—¡Bruja! ¡Bruja!

Si la tia Toñica pasaba junto al umbral, los niños huian gritando:

—¡Que viene la bruja!

Si al oir esto se dirigia por otra parte, no faltaba quien con misterioso tono decia:

—¡Allá va la bruja!



VISTA DE LIMA, CAPITAL DEL PERÚ

Y al poco tiempo el nombre de la tia Toñica sirvió para acallar y hacer dormir con siniestra pesadilla á todos los pequeñuelos del lugar.

A pesar de esto la chimenea continuaba humeando.

Cierta noche, varios jóvenes quisieron sorprender los secretos de la bruja, y en el momento en que por fin creia triunfar, llamaron á la puerta.

—¡Maldicion, á nadie abro!—contestó.

—Ea, no os hagais rogar, tia Toñica; somos amigos,—dijeron los de fuera con acento que no admitia réplica.

—Esperad,—y así diciendo apartó la caldera del fuego, y sacó los lienzos extendiéndolos en una habitacion inmediata. Mientras se dirigia á la puerta, retorciéndose la llama, libre ya del obstáculo que antes la oprimia, principió á acariciar y lamer algunas tablas resinosas, y á los pocos instantes el tugurio era pasto del voraz elemento.

—¡Fuego! ¡fuego! tia Toñica,—gritaron los jóvenes.

—¡Ah! ¡mis pinturas! ¡mis pinturas!—y se precipitó en el hogar.

—¡Fuego! ¡fuego!—decian los vecinos, y la pequeña y única campana del convento, movida con trabajo en su ruinoso torreon, sonaba con los golpes de costumbre.

—¡Salvemos á la tia Toñica!

—¡No; que arda la bruja, que arda!

—¡Salvémosla! ¡Salvémosla!—gritaba la multitud.

Disponíanse á penetrar en la casa, cuando la techumbre se desplomó con estruendo. Un cuerpo negruzco se agitaba entre los escombros. Era el cadáver medio calcinado de la tia Toñica.

V

Al otro dia, varios vecinos ocupábanse en poner á salvo algunos objetos. Dos viajeros, llegados la noche del siniestro, atraidos por la curiosidad, se enteraban de las ruinas.

—¡Milord! ¡Milord! ¡cuadros de Murillo!—exclamó el más joven, sorprendido y entusiasmado.

—¡Diez mil francos para el Museo francés!

—Poco á poco, monsieur. ¡Diez mil libras para Inglaterra!

—Milord, ¿me hareis una gracia?

—Teneis derecho á pedírmela, sois mi amigo.

—Cededme un lienzo.

—No me opongo: llevaos la *Cena*.

La *Perla* brillará en Windsor.

J. M. Ecija.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 24

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 23

Blancas	Negras
1. R f7-g7.	P e6-e5.
2. C c3-e2.	P f3-e2, toma C.
3. P f2-f4, jaque-mate.	

Hay dos variantes sencillas.

Imp. de La Hormiga de oro, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 14 DE DICIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 103

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Crónica hebdomadaria, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*El P. Juan de Mariana*, IV; por el P. Garzon.—*La escritura desde su origen hasta nuestros dias* (continuacion), por Leon Carbonero y Sol.—*La Universidad católica de Washington*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

LLEGADA DE LA REINA NATALIA Á BELGRADO.—La historia de la madre del joven rey Alejandro de Servia es bastante conocida para que intentemos otra cosa que recordarla. Nacida hace treinta años, hija del coronel ruso Kechko, apenas acababa de cumplir tres lustros cuando el prestigio de su belleza la elevó al puesto en que más tarde consiguió la fortuna de ceñir á sus sienes la corona real, como consecuencia de las condiciones en que los tratados de San Stéfano y de Berlin dejaron los orientales dominios de la dinastía de Obrenovich.

Su casamiento con el entonces príncipe Milano, que se consideró como un golpe de fortuna, fué la causa de todos los dolores que ha experimentado luego la joven Reina, herida en su dignidad de esposa y en su cariño de madre.

Pública es la historia de los disentimientos conyugales del rey Milano y de la Reina, su esposa; públicos son los disturbios políticos de verdadera importancia, que, íntimamente ligados á las peripecias de aquella lucha, conmovieron el antiguo Principado—en el que han reñido y aun riñen tan duro combate la influencia austriaca y la moscovita,—y el divorcio, al fin, el destierro de la Reina y la abdicacion del Rey.

La Soberana renunció fácilmente á su posicion política; pero la mujer defendió con denodada entereza sus derechos de madre. Ocasion hubo en que hasta se le regatearon los instantes de una entrevista con su hijo. Al fin, no obstante el rigor con que la tratan sus enemigos, ha conseguido realizar sus propósitos; y despues de estrechar en sus brazos á su hijo, ha podido pisar de nuevo el suelo de Servia, siendo acogida por el pueblo con verdaderos transportes de entusiasmo.

SERVIA.—LLEGADA DE LA REINA NATALIA A BELGRADO

Hé aquí algunos detalles de su llegada á Belgrado. La multitud que fué á recibirla no bajaba de 50,000 personas. A la llegada del buque ruso que conducia á la Reina, las bandas de música tocaron el himno servio, y las embarcaciones ancladas en el puerto izaron las banderas de gala. Los vivas y exclamaciones de júbilo no cesaron un momento, y una lluvia de flores cubrió el buque en que iba la Reina. La oficialidad del ejército habia recibido órden de no intervenir en el recibimiento, pero el general Corvatovic, rompiendo la consigna, tomó parte en él con su Estado Mayor de gran gala. Cuando la Reina hubo subido al coche, el pueblo queria desenganchar los caballos, y sólo á costa de grandísimos esfuerzos logró impedirlo la policía.

Desde el puerto la Reina se dirigió á la Catedral. Al salir de ella, la ovacion llegó al punto de que la misma Reina debia pedir al pueblo con insistencia que le dejara libre el paso. Las aclamaciones duraron toda la noche, y la Reina se vió obligada á presentarse repetidas veces en los balcones de su residencia. La ciudad apareció enteramente iluminada.

POLLICE VERSO (cuadro de Gérôme.)—Esta magistral composicion, á la vez que representa un combate de gladiadores romanos, recuerda el terrible derecho de vida ó muerte que tenia el *pueblo-rey*, dentro del Circo, en el dedo pulgar de la mano derecha.

La bárbara costumbre de inmolar víctimas humanas, cautivos ó esclavos, sobre el sepulcro de los guerreros que morian en el combate, dió origen, segun afirma Virgilio en su *Eneida*, á los sangrientos combates de los gladiadores, y el primero de estos se verificó en Roma, año 490 de la fundacion de la ciudad, por los dos hermanos Bruto, en el funeral de su padre; pero luego se reprodujeron á menudo tan horribles escenas, principalmente en las fiestas *Saturnales* y en las dedicadas á Minerva. Asegura Dion Casio, que en los 123 dias de espectáculos públicos con que Roma celebró el triunfo del emperador Trajano sobre los Dacios combatieron hasta 10,000 gladiadores, y fueron inmoladas como víctimas propiciatorias más de 11,000 animales de varias especies.

Los gladiadores, que tenian sus maestros especiales, *Lanistæ*, pertenecian en los primeros tiempos á las desventuradas clases de los cautivos, esclavos y condenados á la pena capital, por cuya razon éstos eran designados con la frase cruel *ad gladium damnati*; mas despues combatieron tambien hombres libres y patricios, y aun, como dice Tácito en sus *Anales*, damas nobilísimas.

Habia varias clases de gladiadores: los *Secutores*, armados de casco de hierro, escudo y maza ó espada; los *Retiarii*, con una red de espesa malla que arrojaban con singular destreza sobre sus adversarios; los *Mirmillones*, así llamados porque ostentaban un pez de metal bruñido sobre la visera del casco, y usaban escudo y espada corta ó cuchillo de punta.

Verificáronse los primeros combates al rededor de las piras fúnebres; luego en el *Forum*, que estaba adornado con pinturas y estatuas; despues en *anfiteatros* de madera, como atestigua Plinio; más tarde, por último, en el soberbio *Coliseum* que mandó labrar el emperador Vespasiano y fué concluido en el reinado del emperador Tito, y cuyos restos aun existen.

Emperadores y tribunos, patricios y plebeyos, matronas y doncellas, hasta las púdicas vestales, asistian con feroz júbilo á tales espectáculos, y cuando un gladiador se sentia herido por su adversario, el pueblo gritaba con voces estentóreas: *¡Habet!* es decir: *¡Tiene herida!* Entonces aquella muchedumbre frenética ejercia su terrible derecho, y la suerte del gladiador herido, que deponia en el acto las armas, quedaba al arbitrio de los espectadores: si éstos cerraban el dedo pulgar, el mísero gladiador era declarado libre; si le invertian extendido, el vencedor asestaba al herido el golpe supremo de muerte, y recibia una palma adornada con cintas de colores en señal de su victoria.

LA PIEDRA MOVEDIZA, CERCA DE TANDIL (BUENOS-AIRES).—El pueblo de Tandil dista de la capital de la República Argentina unas 75 leguas al Sud. La *Piedra movediza*, por uno de esos extraños fenómenos de la naturaleza que uno admira y que apenas acierta á explicar, aparece sostenida en su base por un eje invisible, presenta un movimiento oscilatorio de Este á Oeste, es decir, de dentro á fuera de la sierra, bastando la fuerza de un hombre para imprimirá aquella enorme mole el expresado movimiento.

Las dimensiones de la piedra son: ocho varas de altura, trece de longitud y seis de latitud, con un peso, segun cálculo aproximado, de 46,440 arrobas.

Está situada en la parte Oeste del cerro, cortado sobre un abismo de 120 piés de profundidad. Al balancearse inclinase hácia él, y enseguida, como empujada por un brazo poderoso é invisible, se levanta majestuosamente sin caer rodando hasta el llano.

La piedra presenta una figura cónica irregular, y al parecer descansa en una base, tambien de forma cónica, que tiene un diámetro (calculado á la simple vista) de unas diez pulgadas, ó acaso más reducido; y es de notar que cuando el viento Sudoeste sopla con violencia, la piedra se inclina y se levanta acompasadamente cual si fuese la copa de un árbol frondoso.

EL PRÍNCIPE CONSTANTINO DE GRECIA Y LA PRINCESA SOFÍA DE ALEMANIA.—Atenas estuvo últimamente de fiesta con motivo de la boda del príncipe heredero de la Corona de Grecia y la princesa Sofía, hermana de Guillermo II, emperador de Alemania. Además de éste y de su madre la emperatriz viuda de Federico III, concurrieron á la ceremonia el rey Jorge de Grecia, los reyes de Dinamarca, los príncipes de Gales, el príncipe imperial y las princesas Victoria y Margarita de Rusia, el gran duque de Mecklemburgo, los príncipes Enrique de Prusia y Valdemaro de Dinamarca, etc.

La bendicion nupcial se verificó el dia 27 de Octubre.

El príncipe Constantino y duque de Esparta ha cumplido veintiun años, y no ha tenido aún ocasion de tomar parte activa en la vida pública de su país. Goza reputacion de jóven serio, prudente é instruido. Conoció y trató á la princesa Sofía durante su permanencia en Berlin, á donde le habia enviado su padre á principios de 1888 para que completase su educacion militar, entrando en la primera compañía del segundo regimiento de la Guardia.

La princesa Sofía de Prusia nació en 1870, y su biografía puede condensarse en pocas palabras. Aficionadísima á su madre, fué directamente educada por ella: y como ella, ama tambien la vida modesta y laboriosa.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El *dengue*.—La liga contra la tisis.—Los que lloran y los que maman.

Llegó el invierno, y con la espada levantada por cierto. Porque hace en Madrid un frio que hiela las palabras, y hasta de Valencia vienen partes sanitarios que aseguran se están helando las legumbres y la naranja.

De Vitoria han participado que ha estado la temperatura á 16 grados bajo cero, y todas las profecías astronómicas están contestes en asegurar que nos espera un invierno de prueba, en que podemos correr el peligro de convertirnos en sorbetes ó carámbanos.

Lo cual, á decir verdad, no nos apura gran cosa, porque caidos como estamos en las uñas de los liberales, ni sentimos el frio ni el calor, hallándonos, como los niños del limbo, sin pena ni gloria.

El riguroso invierno que se nos ha entrado por las puertas con bastante anticipacion, ha desarrollado una verdadera epidemia de fiebres catarrales, acaso precursora de la que ha invadido á Rusia, causando grandes estragos, conocida con el nombre del *dengue*.

Lo cual parece dar á entender que es una epidemia del género cómico.

Y así sucede con relacion á la mortalidad que produce; pero los médicos ingleses, ateniéndose á observaciones que han hecho sobre la epidemia *dengosa*, manifiestan que es una enfermedad del género trágico.

Porque casi siempre suele preceder al cólera.

Declaracion que nos ha dejado tamañitos, pues si ese terrible huésped dirige sus pasos por Europa y nos repite sus no remotas visitas, yo no sé como podrán resistirle los españoles, tan esquilmados por los cobradores de todas las contribuciones liberales.

Dios sobre todo, que dicen Martos y los almanaques.

Pero con el *dengue*, el cólera y los liberales que nos desgobiernan ¿verdad que puede componerse un bonito negocio para los sepultureros de la España progresista?

Afortunadamente el instinto de conservacion se va desarrollando entre nosotros de una manera fecunda, y con el auxilio de los progresos nuevos esperamos triunfar del *dengue*, del cólera y de todas las epidemias liberales conocidas y por conocer.

Recientemente se ha celebrado en Madrid una interesante reunion en la Academia de Medicina, en la que nuestras eminencias en el arte de curar (otros le llaman ciencia) han aprobado un pensamiento trascendental para la humanidad doliente.

El de declarar guerra sin cuartel á la tisis.

Porque la tisis, en opinion de aquellas respetables eminencias, es el mayor enemigo que tiene la humanidad, por ella desflorada, mermada y abatida en todas las edades, sexos y condiciones.

Lo cual es una verdad á macha martillo, que se aprende de memoria cualquiera que eche un ojo sobre el campo donde se tose y se esputa sangre.

Siega en flor la vida de los niños: ataca á los adultos en la granazon: derriba á los hombres en la edad viril y se lleva á los viejos á miriadas.

Nuestras eminencias médicas han tenido un pensamiento oportuno, pues una Liga científica contra la tisis (ya hay Ligas para todas las cosas) era lo que nos hacia falta para conjurar la terrible estadística de la llamada *muerte poética*.

Que así es como la llaman folletinistas y dramaturgos, cuando tienen la suerte de ver los toros desde la barrera.

La idea no es original.

Allá por la *gloriosa* revolucion de Setiembre surgió un hombre, vamos al decir, el cual se presentó en la arena política tremolando una bandera en cuyos paños se leia la siguiente divisa:

—*Yo vengo á declarar la guerra á Dios, á los reyes y á la tisis.*

No hay que decir que aquel hombre, pegado á tan resonante reclamo, era un médico: toda España conoce á Suñer.

Hombre íntimamente adherido á sus ideales político-religiosos y científicos, como la ostra á su concha, Suñer ha luchado asombrosamente contra aquellos tres, á su juicio enemigos de la humanidad, obteniendo de la batalla un resultado tambien asombroso: el de que hoy nadie se acuerde de él, ni aun para preguntarle los puntos que calza su desengaño.

Porque de Dios no se sabe que haya triunfado, aunque se presume que le habrá sucedido lo que á todos los que luchan con Dios, esto es, que ha salido derrengado de la batalla.

De los reyes tampoco, puesto que en sus barbas, por cierto descomunales, le trajeron sus amigos uno que se murió de tisis.

Y de la *enfermedad poética* muchísimo menos, cuando el proto-medicato español ha salido diciendo, *nemine discrepante*, que es menester formar una Liga para atarle las piernas, que se van derechamente, por gravitacion invencible, hácia el cementerio.

El programa de la nueva cruzada científica es menos complejo que el de Suñer y por tanto convence alguna cosita más.

Porque descartada de él la guerra á Dios y á los reyes, queda únicamente en frente de la facultad médica española la tisis, pertinaz abastecedora de carnes de sepultura.

—¡Oh!—exclamó un entusiasta discípulo de Hipócrates y Galeno, al saber la heroica resolucion de la Academia de Medicina.—De esta hecha venceremos á la hidra de siete cabezas, a la esfinge tebana de mortíferos problemas. Todos contra ella no podremos menos de amarrarla con cadenas de sólido hierro para que no se escape. Se llegará á conocer el maldito é infernal microbio que llena de tubérculos el mesenterio y los pulmones, y le mataremos, como se matan las ratas, con arsénico y estrignina. ¡Loor á la ciencia del siglo XIX!

Yo no puedo menos de elogiar sus buenos propósitos.

Que ciertamente lo son, aunque no los profesa de balde; cosa muy disculpable, porque la ciencia tiene vientre y tiene mandíbulas y tiene su pasa-pan, como todo lo que es cuerpo vivo.

Sea, pues, bien venida la Liga científica contra esa enfermedad que desgrana el racimo de la humanidad por modo tan fiero, y ojalá que sus ilustres miembros se salgan con la suya, impidiendo que vuelva á escupirse un glóbulo de sangre.

Para ello les recomiendo que, separando los ojos de *las pastillas de Belmez*, de las aguas azoadas, benzoadas, sulfurosas, arsenicales, etc., etc., los eleven á Dios y le pidan que les dé buena mano.

Que es lo mismo que hacemos los clientes, siatiendo entre cuero y carne sutiles escalofríos.

Se gastaron las emociones producidas por el espectro ó fantasma del *destripador*, y ya tenemos encima otras de un realismo más positivo y congojoso.

Los gremios de Madrid andan de revuelo.

Y, segun se dice en voz baja y en alta voz, parece que tratan de adoptar propósitos trascendentales y resoluciones irrevocables, como, por ejemplo, negarse á pagar las contribuciones, cerrar los comercios y los talleres, resistir al gobierno paternalísimo liberal que les ofrece el dón inapreciable del sufragio...

¡Dios mio! ¿Qué sucederá?

Se percibe un olorcillo á jarana que atraganta y la prosperidad pública tiene acatarrada la voz como si todas las mañanas matara el gusanillo con aguardiente.

Los pobres, faltos de trabajo, no comen: el comercio no vende: la industria, atacada de reumas articulares, no se mueve, y el Gobierno necesita 800 millones de pesetas de contribucion.

Y no hay de donde sacarlos.

El conflicto es gordo; pero la libertad liberal no quiere creerlo, y sus cobradores, funcionarios públicos únicos que trabajan, producen unos sustos que hacen fallecer de repente á las fortunas menos descalabradas.

Dícese que va á haber *meetings* y manifestaciones ruidosas, en que á los bostezos resonantes del comercio y la industria se unirán los de la agricultura moribunda y los del hambre universal que enseña siete carreras de dientes como la boca del cocodrilo.

De aquí que todos los buenos vecinos de Madrid hayan empezado á atrancar sus puertas, como si estuviéramos en los tiempos de la milicia nacional, cuyas fornituras, al derramarse por calles y plazas, producian al sentimiento nacional patriótico estremecimientos del género terrorífico.

Con estos augurios lúgubres camina á su terminacion el año vigente, ofreciéndonos en profecía el año de 1890 rebozado con todo linaje de catástrofes sociales.

Dios tenga misericordia de nosotros.

Es lo único que se nos ocurre decir en este valle de lágrimas, donde, como es sabido, los únicos que no lloran son los liberales que padecemos.

Precisamente porque son los únicos que maman.

LUPERCIO.

Madrid, 10 *de Diciembre*.

ROMA

Ayer, 25, tuvimos el espectáculo de abrirse la nueva legislatura del Parlamento con asistencia del rey Humberto y de la reina Margarita y de los príncipes de la casa de Saboya, de gran gala y con el indispensable discurso de la Corona, redactado por los ministros y presentado allí por el señor Crispi al Rey, que lo leyó.

Segun la Constitucion, el Rey es inviolable é indiscutible; mas, por el contrario, las palabras del Rey, consignadas en los discursos de la Corona, que son los únicos discursos solemnes y oficiales de un rey constitucional á la moderna, son discutibles, y es responsable de ellos el Ministerio que no los ha pronunciado.

Tenemos en los presupuestos un déficit, reducido, sí, pero efectivo, de algunos centenares de millones de francos.

El discurso de la Corona califica de ligero desequilibrio este déficit, que es enorme para la pobre Italia.

La agricultura, como todo el mundo sabe, se encuentra en pésimas condiciones; las industrias, el comercio y los Bancos están arruinados. Esto lo ven hasta los ciegos. Mas el discurso de la Corona dice y afirma solemnemente que la agricultura, el crédito y el comercio han salido de la crisis que atravesaban.

El mismo discurso expresa que «aparece asegurada la paz,» pero al mismo tiempo se piden nuevos gastos para nuevos armamentos de mar y tierra. Y despues de todo esto promete que no será preciso imponer nuevas cargas al país.

No es eso; he dicho mal; el mencionado discurso dice textualmente lo que sigue:

«Cuando se haya restablecido la economía nacional, cuando los presupuestos del Estado se hayan realzado con el aumento de los rendimientos públicos, la aumentada riqueza aprontará espontáneamente las contribuciones eventuales que ella podrá sin dificultad ser llamada á prestarnos.

Lo cual, en lenguaje llano y sencillo, no en lenguaje diplomático ni burocrático, significa que se impondrán nuevas contribuciones cuando no haya ya necesidad de ellas.

Esta es la verdad. Por esto he querido dar íntegro el texto de las palabras del rey Humberto.

La mayor parte de los periódicos liberales ponen en ridículo el discurso de la Corona, excepto, naturalmente, los periódicos subvencionados con los fondos reservados del Ministerio del Interior.

El airecillo republicano que largo tiempo há sopla en Roma va tomando creces y principia á convertirse ya en viento. Lo más grave de todo está en que el pueblo, si no es decididamente favorable á la república ó no suspira por ella, se muestra muy indiferente á la prevista caida de la monarquía, como en el Brasil. Baste para comprender esta indiferencia el ejemplo que sigue:

Ayer, cuando el rey Humberto llegaba á Montecitorio, de gran gala para entrar en la Cámara de los diputados, se veia allí un grupo de periodistas liberales-irredentos, conservadores, monárquicos, gente entusiasta por la monarquía si ha de creerse lo que ellos dicen y estampan en sus periódicos. Uno de ellos preguntó:

—¿Cuánto tiempo durarán todavía estas inauguraciones reales del Parlamento?

Los demás contestaron con una sonrisa de incredulidad y con uno de aquellos movimientos de hombros que significan: No me importa un ardite.

«—¿Es decir que Italia marcha hácia la república?

»—Indudablemente. Y hasta en la actualidad aceleran el paso, al principio bastante lento, los que nos la traen. Lo cual no quiere decir que la república italiana sea inminente. Los francmasones de Italia dicen que, despues de la república del Brasil, debe venir la de Portugal y luego la española, ó bien, segun los casos, primero la española que la portuguesa. La tercera seria la italiana para completar el haz de las repúblicas latinas.

»Es cierto que la francmasonería de todos los países se está ocupando hoy en el movimiento que debe conducirnos á todos á la república universal y que trabaja admirablemente de comun acuerdo para lograr su objeto.

»¿Quereis de ello, no diré una prueba, sino un indicio muy significativo? Ahí lo tenemos reciente, muy reciente.

»Sabido es que apenas proclamada la república en Rio-Janeiro, se enarboló en todo el país la nueva bandera republicana brasileña, que es de rayas verdes y amarillas alternadas, con veinte estrellas de oro en campo azul, símbolo de los Estados-Unidos del Brasil. Evidentemente aquellas banderas estaban preparadas ya desde mucho tiempo.

»¿En dónde se las preparó?

»Una parte de ellas en Nueva-York; las otras en Génova, de donde partieron en muchas cajas, que fueron declaradas en la aduana como objetos de uso, es decir como prendas de ropa hechas. Y se sabe en Génova que quien expidió aquellas cajas era un conocido francmason.

»Así se explica que los periódicos de Italia adictos á la masonería, inmediatamente despues del primer telegrama que anunciaba en términos muy concisos la revolucion brasileña, nos diesen todos á un tiempo una minuciosa descripcion de la bandera de la nueva República.

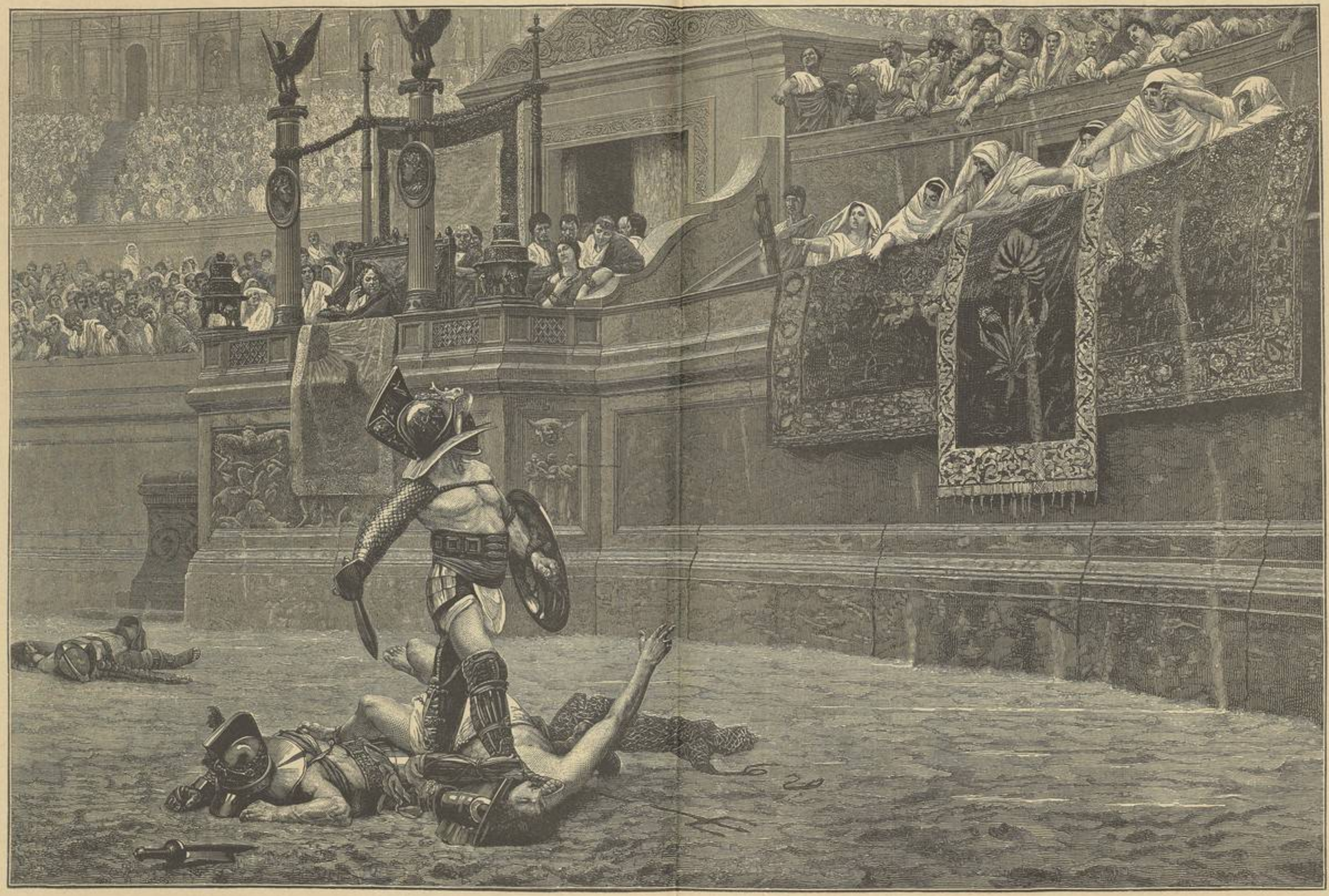
»Entre los francmasones republicanos del Brasil y los de la América del Norte y los de Italia existe, pues, como diria nuestro poeta Hugo Foscolo, *una soave corrispondenza d' amorosi sensi*. La cual hace creer que tambien fructificará á su tiempo entre nosotros los europeos.

»—No quiero negarlo. Mas ¿me será permitido recordar cómo se conquistó y anexionó al nuevo reino de Italia el antiguo reino de las Dos Sicilias? Es cosa demasiado sabida hoy que no realizaron aquella conquista las armas de José Garibaldi primero y las de los piamonteses en seguida. Medió tambien en ella una grande, grandísima parte de oro acuñado en la fábrica de moneda de Turín; y se sabe la no honrosa parte que tomaron en aquel suceso muchos ministros y muchos generales del rey Francisco de Nápoles.»

Y entonces se contó la indigna accion cometida por un general napolitano, el señor Landi, en Sicilia, quien obró de modo que el cuerpo de ejército puesto á su mando dejó indefensa la capital de Sicilia, Palermo; así que los garibaldinos pudieron entrar triunfantes en ella sin combatir. El general Landi recibió de Garibaldi en premio una gruesa suma en un billete del Banco de Nápoles. Cuando el traidor Landi se presentó á cobrar el bono, se encontró con que era falso. El infeliz murió de despecho.

Hay quienes dicen: «No hay hombres políticos republicanos de algun valer en Italia.»

No los hay en la apariencia; mas todos ó casi todos los hombres políticos que han hecho la Italia actual, principiando por el señor Crispi, son todos republicanos, discípulos de Mazzini,



POLLICE VERSO.—COMBATE DE GLADIADORES EN EL COLISEO DE ROMA (CUADRO DE GÉNOME)

que con posterioridad se han hecho monárquicos por interés.

¿Quién es capaz de asegurar que otros intereses no les harian convertir en republicanos?

LIONELLO.

26 de Noviembre.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

IV

Maravilloso todavía más por su carácter que por su erudicion, y el rasgo distintivo de aquel fué siempre el amor á la verdad desnuda, amor que tal vez raya en la temeridad y en el arrojo. En decirla y defenderla, su valor era invencible, y como la lisonja gana amigos, y enemigos la verdad, los tuvo de éstos tan encarnizados y fieros, que no parecia, dice él mismo, sino que todos los elementos se habian conjurado contra él: tan cercado se hallaba de pesadumbres y trabajos. No conoció jamás ni el disfraz ni la adulacion, y la hiel que á veces parece derramar en sus escritos es hija, no de carácter ruin y pendenciero, sino de la severidad de su juicio y de su amor inquebrantable á lo justo y á lo recto. Aparte de otras congojas, el amor á la verdad, que expuso más escuetamente de lo que fuera tal vez preciso, y el deseo de luchar por el bienestar del pueblo, y por lo que hoy llamaríamos moralidad administrativa, le hizo escribir el famosísimo libro *De mutatione monetae*, que dió terrible susto á corrompidos privados del Rey, y con Mariana en la cárcel. Allí se vió que su firmeza era mayor que la del diamante, y que no temia sino á Dios, ni cejaba sino ante la verdad. Y estaba tranquilo en la prision, porque, segun él mismo nos refiere, no creia haber ofendido á Dios *ni aun venialmente* en cuanto habia escrito. Ni premios, ni amenazas, ni amigos, ni enemigos, pudieron hacerle retractar un punto de lo que él defendia como justo, y de la cárcel salió Mariana, á los sesenta y cuatro años de su edad, con el corazon tan entero como habia entrado, y sin borrar un ápice de su libro, que salió, como su autor, absuelto por la Iglesia.

Otro rasgo fué su amor á la patria. Él le puso la pluma en las manos, hastiado, como estaba, de oirnos motejar de incultos y de bárbaros por los extranjeros; él mismo nos dice que si acometia la grande empresa de escribir la historia de su patria, era porque en los países extraños se ignoraban nuestras glorias y nuestras hazañas. Sólo que el amor de Mariana á la patria se confundia con el de la verdad. Para él, querer á España y dar á luz su historia, no es ni denigrar al extranjero, ni tejer panegíricos de falsas alabanzas, ni engalanarnos con ajenas plumas: es contar sus hechos, que hartos gloriosísimos tiene, sin necesidad de fingir otros nuevos; y el amor, cuando es noble y sincero, ni evita la reprension, *ya que manchas las hay en todas partes*, ni oculta la verdad porque amargue, cuando de decirla puede resultar la correccion y la enmienda. La verdad, nos ha dicho él, *es la primera ley de la historia*, y por la verdad la historia triunfa del tiempo y acaba con todas las grandezas.

Ese amor á la verdad y á España es la clave de casi todos sus libros. Mariana, en su larga vida de ochenta y siete años, asistió al principio de la decadencia de nuestra nacion, que él habia conocido tan grande, y que habia sido más grande aún, como se lo decian á Mariana las crónicas de su patria. Sin dejar de ponerse todavía el sol en nuestros dominios, empezaba ya á declinar nuestra estrella, y á ponerse el sol de nuestra gloria en los campos de batalla, en las ciencias y en las artes. Y debia ser terrible para su corazon asistir al comienzo de la ruina de un pueblo á quien la religion, la honradez, el carácter fidelísimo, habian elevado á la cumbre de la grandeza. Evitar la destruccion de su patria le hace escribir su historia, gloriosísima cual ninguna, para que, á la vista de los hechos de los antiguos españoles, recobrasen los modernos la virilidad y los bríos que empezaban á arrebatarles los vicios. Persigue implacable la corrupcion en el Gobierno, la venta de los puestos administrativos y de la justicia, la rapiña de recaudadores y alcabaleros, el nombramiento de hombres viles y livianos, la osadía y desnudez del vicio en todas sus formas, como que sabia perfectamente el insigne historiador que pueblo corrompido pierde pronto su virilidad, y tras de ésta la libertad de la que se ha hecho indigno. Para rejuvenecer á España, pensaba, y pensaba muy bien, que no habia más sino conceder premios á la virtud, acosar al crimen, lo mismo en los grandes que en los pequeños, honrar al mérito, rejuvenecer la religion, la administracion de la justicia, la honradez en el Gobierno, resucitar las patrias tradiciones y las libertades antiguas. Y para conseguir ese fin, su espíritu generoso, que no podia sufrir ni las intrigas cortesanas, ni el disfraz, ni la lisonja, ni el fraude, ni la mentira, donde quiera que las encontraba, lo mismo en el palacio del Rey que en el hogar del poderoso y del favorito y el cortesano, las desenmascaraba tan valientemente, que la corrupcion, que el dolo de las Cortes y las artes palaciegas, jamás han tenido azote más sangriento que la pluma de Mariana. *Inde irae*, porque no pudiendo los aduladores de los reyes y corruptores de los pueblos vengarse de la verdad, se vengaban de su insigne defensor. Decir que Mariana mojaba su pluma en hiel y heria por aficion y como por instinto de su natural cáustico, es no conocer á Mariana. Éste no pretendia, y de ello protestaba, maltratar á nadie, y si sólo defender á la patria, y con la patria la virtud y la justicia. Dolíase al ver empañado el brillo de la diadema de dos mundos; enflaquecida nuestra pujanza; oscurecida nuestra gloria; los caracteres, ó envilecidos, ó enervados; en el poder, improvisados favoritos, y en la oscuridad, hombres de intachable conducta y de esclarecido mérito; secándose los laureles que á costa de torrentes de sangre habia sembrado España en todos los campos de batalla; los reyes en manos de orgullosos validos; vacías las arcas del Tesoro y secas las fuentes de la prosperidad pública; y al contemplar este cuadro tan triste, latiendo de pena ó de indignacion su pecho, escribia libros y tenia valor para decir en el Prólogo de uno de ellos estas palabras, que son como el compendio de toda su vida y de la energía de su carácter: «De esto mismo servirá por lo menos este papel, despues de cumplir con mi conciencia, de que entienda el mundo ya que unos están impedidos de miedo, otros en hierros de sus pretensiones y ambicion, y algunos, con dones, tapada la boca y trabada la lengua, que no falta en el Reino y por los rincones quien vuelva por la verdad y avise los inconvenientes y daños que á estos Reinos amenazan.»

Ejemplo asombroso de lo que puede la verdad cuando se defiende con pureza de vida, indomable valor y rectitud de intencion. Pobrísimo Religioso, sin nombre ilustre, sin más armas que su talento, sin más valer que el que le daba su independencia de carácter y la riqueza de su ingenio fecundísimo, fué un verdadero poder en su época, un azote para el vicio, un freno para los gobernantes y un alivio y defensor para los pueblos. Así pudo exclamar el presidente del Consejo de Castilla, D. Francisco de Contreras, al saber la muerte de Mariana: «Hoy ha perdido el freno nuestro Consejo.»

LA ESCRITURA

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS

VI

Conforme se desarrolló la aficion á los estudios y la propagacion de libros y escritos, se notó la necesidad de una materia de mejores condiciones que reemplazase al papyro y al pergamino, y, en efecto, se inventó el papel que hoy conocemos y que podemos considerar como la meta de la invencion de materias útiles para la escritura si tenemos en cuenta su simplicidad de sustancia, su exiguo volumen, su precisa aptitud, en una palabra, los admirables servicios que presta. Podrá inventarse un papel de mejores ó peores cualidades, y hecho con estas ó aquellas materias; pero al fin y al cabo siempre será papel, incapaz de ser suplido por otra sustancia más flexible y á propósito.

Su descubrimiento y fabricacion son notables, por emplearse en él desperdicio y materias que para nada sirven y que, adquiriendo un nuevo precio, constituyen un gran elemento de comercio, que tanto ha contribuido al descubrimiento de la imprenta y al progreso de las ciencias.

Con la invencion del papel decayeron sobre manera el papyro y el pergamino; sin embargo, la Cancillería romana le siguió usando hasta el siglo XI, y usa hoy el pergamino para las bulas y diplomas de interés.

Afirman los autores que es desconocida la época de su origen ó introduccion. Escritores de varias naciones convienen en que su uso es antiquísimo en el Asia. Ya hemos dicho, al hablar de las materias usadas para la escritura, que en el Egipto usaban y hacian el papel de la planta llamada *papyro*, y hay quien aduce que aún se conservan pequeños fragmentos de la antigua escritura egipcia escritos en papel semejante al nuestro. De donde deducen que esta sustancia debió ser conocida en las grandes civilizaciones de aquellas remotas épocas, sepultándose luego el secreto y volviendo á aparecer en los últimos tiempos. Algunos autores dicen, con bastante fundamento, que los chinos á fines del siglo I y principios del II de la Era cristiana inventaron el papel de trapo.

En efecto, éstos atribuyen al primer emperador de la dinastía de los Tin, 180 años antes de J. C., el mérito de haber hallado el modo de hacer papel de bambú, de paja, de capullos de gusanos de seda, de corteza de morera, y hasta de trapo viejo triturado, con cuyos ingredientes hacian papel de una finura exquisita. Su hermoso papel, que llamamos de seda, procede de la segunda corteza del bambú, y lo vienen usando hace mil años.

La escasez de comunicaciones y la caida del imperio romano, que acabó con las del Egipto, fueron causa de que no se divulgase este precioso descubrimiento; sin embargo, penetró en algunos países, principalmente entre los tártaros, los cuales, segun está averiguado por relacion de varios escritores árabes, establecieron las primeras fábricas de papel de algodon, por los años de 706, en Samarcanda, gran ciudad de la Tartaria. En esta fábrica se empleaba ya el algodon crudo y mal triturado, no conociéndose las pilas hidráulicas, de suerte que las hojas salian demasiado gruesas.

Materia de larga controversia entre historiadores y escritores ha sido lo de la primera introduccion en Europa del papel fabricado de algodon, lino ó trapo.

Segun la opinion de algunos autores, este invento se extendió y vulgarizó por conducto de los griegos; pero otros, que en nuestro concepto

BUENOS-AIRES.—LA PIEDRA MOVEDIZA, CERCA DE TANDIL

juzgan con más acierto, dicen que se verificó por conducto de los árabes.

Bernardo de Montfaucon, escritor del siglo XVII, muy inteligente en antigüedades eclesiásticas y profanas, refutando á los que suponian la primera fábrica en Grecia, la atribuye á la ciudad de Damasco.

Escalígero y Merman dicen que su primera fábrica en Europa se estableció en Alemania, y Maffei y Tiraboschi pretenden este honor para Italia. La muestra más antigua del papel de estas materias, citada por dichos autores, es una carta de Joinville á san Luis, rey de Francia, en 1270. Por consiguiente, las opiniones antes enunciadas caen por tierra, una vez sabido que en nuestros archivos de España se conservan desde un siglo antes á la fecha anterior documentos extendidos en papel fabricado con las mencionadas materias de lino, algodon, etc. En Barcelona se conserva el tratado de paz concluido entre Alfonso II de Aragon y Alonso IX de Castilla, hecho y ratificado en 1178: en los archivos de Valencia existen los fueros ó privilegios concedidos á aquella ciudad por el rey Jaime en 1251, y otros muchos ejemplos que nos cita Gregorio Mayans.

En España, pues, lo introdujeron los árabes en el siglo VIII, que conocieron estas manufacturas en sus expediciones á Bucaria y las trasladaron á Septa y á Ceuta. Así nos lo dice Muhamad Al Gazeli: «En el trigésimo año de la Hegira, un tal José Amrú fué el primero que hizo papel de algodon en Meca, de quien los árabes aprendieron su fabricacion y su uso.» Al principio no conocieron, para fabricarlo, más primera materia que el algodon; pero, por la escasez de esta planta, los valencianos se sirvieron del lino y cáñamo, abundantes en aquel país. Generalizado en parte este invento, los españoles adaptaron á estas manufacturas los molinos de agua; emplearon con preferencia el trapo viejo, é inventaron la rejilla para hacer que la pasta escurriera más pronto el agua. El procedimiento que para la elaboracion fué usado por mucho tiempo en las primeras fábricas de papel de trapo consistia en las siguientes principales operaciones: limpiaban el trapo y apartaban sus diversas clases; le cortaban en pequeños pedazos y le pasaban á un cernedero de alambre ó aparato mecánico llamado *limpiador*, cuyo objeto era el despojar al trapo del polvo y materias extrañas que contuviera. Este aparato constaba de varios golpeadores y de un ventilador, que arrojaba á la atmósfera, por medio de una corriente de aire, las suciedades contenidas en los trapos. Estas máquinas, movidas por el agua, limpiaban perfectamente los trapos: lo hervian en legía de cal y carbonato de sosa para blanquearle; lo echaban en unos pilones con agua, donde por medio de unos cilindros provistos de cuchillas, especie de tambores con dientes de acero, se machacaban y trituraban perfectamente hasta formar una pasta parecida á la nieve; de aquí pasaba á otra tina, de donde le cogian con unos marcos de madera llamados formas, los que á su vez contenian una espesa rejilla ó tela metálica. Al sacarlos por medio de un ligero movimiento de oscilacion hecho por el mismo operario, se escurria el agua por el tegido de la tela metálica, sobre la cual quedaba extendida la pasta; despues sobre una bayeta apoyaban y separaban con suma agilidad la *forma* de la que, desprendiéndose la pasta, quedaba formado el papel, y repitiendo esta operacion con la forma, intercalando alternativamente una bayeta y una hoja de pasta ó capa de papel desprendido de la misma forma, hacian una pila que por medio de una prensa de gran potencia escurria toda el agua, y sacaban la pasta, ó mejor dicho, el papel de entre las bayetas sin peligro de pegarse ni deshacerse; le ponian á secar tendiéndolo en unas cuerdas á propósito, y quedaba hecho el papel, que luego limpiaban, raspaban los granitos y suciedades, le satinaban y, por último, le preparaban en resmas para el consumo.

Para los papeles pintados mezclaban con la pasta disoluciones químicas. El papel pintado, lo mismo que su fabricacion, fué importado de la China por los holandeses en el siglo XVI, siendo los primeros que lo usaron.

De España, segun está ya averiguado, pasó á las demás naciones de Europa el uso y fabricacion de estas clases de papel.

En Italia se establecieron molinos ó fábricas de papel en Friul, en Bresnia y en otros puntos de la tierra firme veneciana; molinos que se ampliaron en el siglo XIV á causa de haberse generalizado el uso del papel, y tanta utilidad se obtenia en Treviso con su fabricacion, que el Senado veneciano, en 1366, prohibió llevar trapos para su fabricacion á otros puntos que á Treviso.

El documento más antiguo escrito en Italia en papel de algodon es del año 1145. Se extendió en Sicilia, y contiene concesiones del rey Roger II al abad de San Felipe de Fragola. En el Archivo de las Reformas de Florencia existe un diploma en griego del año 1192, en que el emperador Isaac Angelo admite á los pisanos á la paz con las tierras de Rumanía.

El manuscrito más antiguo en papel de algodon existe en París en la Biblioteca Real, y es del año 1050; y el más antiguo escrito en papel de lino es del año 1308.

En Alemania, segun nos refiere Juan Roi en su *Historia de plantas*, libro XXII, por el año 1470 fué introducida su aplicacion por dos franceses, llamados Miguel y Antonio.

El trapo ya no es, como en otro tiempo, la única primera materia del papel; hay materias fibrosas, de cualidades y origen diversos, que se emplean en su fabricacion. Basta remontarse al fin del siglo pasado para convencerse de los esfuerzos hechos por muchos inventores con el fin de sustituir el trapo. Así se ha inventado hacer papel de la raíz de malvavisco, de la raíz de la grama, de la ortiga, lúpulo, musgo, hojas de alcachofa, cardo, esparto, viruta, tabaco, etc. Como ejemplo de esto podemos citar la existencia de un libro muy curioso, poseido por Mr. Breton de Pont de Clair. Es un pequeño volumen, impreso en Londres el año 1876 por un inventor francés; contiene las obras del marqués de Villete. Todo el papel de este libro está hecho de cáscara de tilia, y al final de este volumen se encuentran especies de papel fabricado con diez y seis plantas diferentes.

La industria de la fabricacion del papel está hoy tan adelantada y ha experimentado tantos progresos, que la mayor parte de estas principales operaciones, y además otras muchas accesorias, se verifican por medio de máquinas notables y económicas, inventada la primera en 1789 por Luis Roberto, operario de una fábrica en Essone (Francia), y por otros que sucesivamente fueron aumentando su perfeccion y progreso con nuevos descubrimientos, hasta el punto de que hoy existen maquinarias en las que entra por un lado el trapo, ó primera materia, y por otro sale hecho el papel en tiras anchas y larguísi-

EL PRINCIPE CONSTANTINO, HEREDERO DE GRECIA, Y LA PRINCESA SOFIA DE ALEMANIA

mas, parecidas á una pieza de lienzo, que luego se seca por una serie de cilindros y chorros de vapor.

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

DE WÁSHINGTON

Con motivo de la reciente inauguracion de esta gran Universidad, no dejarán de ofrecer interés los siguientes pormenores.

El pensamiento de fundar una Universidad católica en la América del Norte data de algunos años atrás, siendo uno de sus más celosos promovedores el obispo de Peoria, Mons. Spalding.

El tercer concilio de Baltimore (1884) creyó llegado el momento de disponerse á llevar á cabo la empresa, y por lo mismo nombró una Comision, de la cual formaron parte su eminencia el cardenal Jaime Gibbons, arzobispo de Baltimore; los arzobispos John T. Wiliams, de Boston; Patricio J. Ryan, de Filadelfia; M. A. Corrigan, de Nueva York; John Treland, de San Pablo; los obispos John L. Spalding, de Peoria; J. J. Keane, de Richmond; Martin Marty, de Dakota; C. P. Maes, de Covington, y además de los Prelados los Sres. Eugenio Kally, Miguel Jenkins y Tomás E. Waggamand. Confirióse á Mons Spalding el cargo de allegar las sumas necesarias para la gran fundacion. Una generosa señora, Mary Gwendolen Calwell, le hizo en seguida el primer donativo por valor de 300,000 duros, á los cuales su hermana, *miss* Lina, añadió 50,000. A estos donativos siguieron otros cuatro de 50,000, uno de 20,000, uno de 14,000, uno de 10,000, uno de 8,000, nueve de 5,000, uno de 2,000, veinte de 10,000 y uno de 500. Estos 666,700 duros, ó sea cerca de tres millones y medio de pesetas, proceden de 41 donantes tan sólo; otros 34,000 duros dimanan de iguales arbitrios.

El 25 de Octubre de 1886 el Episcopado de los Estados-Unidos acudió para la proyectada empresa á Roma, y el Sumo Pontífice escribió al cardenal Gibbons una carta en la cual le expresaba su alta satisfaccion por el grandioso proyecto y le hacía al mismo tiempo las indicaciones principales para la constitucion de la Escuela superior. Púsose en seguida manos á la obra, y Mons. Keane, obispo de Richmond, fué nombrado rector magnífico de la nueva Universidad, quedándole así oficialmente confiada. Poco há se ha erigido la Facultad de Teología, la cual se inauguró el dia 14 de Noviembre, y luego se pasará á la construccion de los demás edificios para las otras Facultades.

Toda la Universidad estará comprendida en siete grandes edificios. El edificio construido ya para la facultad de Teología consta de un cuerpo central de cinco pisos y de dos cuerpos laterales de cuatro pisos de 260 piés de extension. El plan es obra del arquitecto E. Francisco Baldwin; los fundamentos se colocaron el 24 de Mayo de 1888 en presencia del cardenal Gibbons, de 25 entre Arzobispos y Obispos, de 500 eclesiásticos y de unos 5,000 invitados de todas partes de la Union, entre ellos el presidente Cleveland y cinco individuos de su Gobierno.

El rector y verdadero organizador de la nueva Universidad, que ha elegido por protectores á la Virgen y á santo Tomás de Aquino, es, como se ha dicho, Mons. John J. Keane, doctor *utriusque*, nacido en el condado irlandés de Donegal el 12 de Setiembre de 1839. Visitó las Universidades de Roma, Viena, Mónaco, Munster, Lovaina y París, y escribió sobre ellas estudios comparativos. El Dr. Bonquillon, conocido autor de una *Teología moral*, será profesor de Moral; el Dr. Uyvernat, lionés, discípulo del célebre profesor Vigouroux, de París, profesor de estudios bíblicos; el Dr. Mesmer, suizo de origen, pero que hace largos años que vive en los Estados-Unidos, profesor de Derecho canónico; el Dr. Schroder, nacido en Beat en 1849, docto y muy laborioso eclesiástico, autor de algunas obras importantes, de dogmática, y el Dr. Poble, nacido en 1852 en Niederspay, en el Reno, que ha escrito varias obras voluminosas, lo será de Filosofía tomística. El Dr. Poble es además compilador con el prefecto Gutberlet, de Fulda, de una revista filosófica, y en la actualidad es colaborador asiduo en el *Kirchenlexicon* de Welzer y de Welte, y en el *Stantelexicon der Goerresgesellschaft*.

Estos pormenores hablan demasiado alto por sí mismos para que tengamos necesidad de comentarios. Ciertamente, el ejemplo que dan los católicos del Nuevo Mundo es muy noble, ¡y ojalá el cielo quisiera que fuese imitado hasta en nuestra antigua Europa!

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 25

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *tres* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 24

Blancas	Negras
1. C 85-D7	1. A c4-D7
2. D 81-C5 +	2. R D5-e6
3. D c5-85 mate.	
	1. R D5-e6
2. C D7-e8	3. Cualquiera.
3. D c1-c5 mate.	
	1. P 84-83 ó otra.
2. D c1-c5 +	2. R D5 juega.
1. {D c5-85 / C D7-e8} mate.	

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 10

LA HORMIGA DE ORO

Año VI (1889) — Barcelona 21 de Diciembre — Série II.—Núm. 104

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Un rato de conversacion, por L. M. de Ll.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Revista de Roma*, por Lionello.—*El P. Juan de Mariana*, V, por el P. Garzon.—*La cuestion romana* (conclusion).—*Noche-Buena*, por Manuel Polo y Peyrolon.—*Voltaire*.—*La Rosa de la montaña* (poesía), por José Trucharte.—*La Noche-Buena de 1793*.—*La escritura desde los tiempos antiguos*.—*Seccion recreativa*.

GRABADOS

Nav dad (composicion de P. Talarn).

Voltaire.—Véase pág. 627.

Torres del Silencio, cerca de Bombay.—En la mágica colina de Malabar-Hill, cerca de Bombay, levántase el cementerio de los Parsis, residuo de los antiguos secuaces de Zoroastro, ó adoradores del fuego, que la cimitarra mahometana dispersó.

Los ingleses supieron apreciar las buenas cualidades de aquel pueblo inteligente é industrioso, é hicieron emigrar los Parsis á Bombay, donde forman una dilatada tribu. Entre sus costumbres hay una ya mencionada por Herodoto: los Parsis ofrecen sus muertos como pasto á los buitres. «El cadáver humano, dicen ellos, no debe ser quemado porque el fuego, que es sagrado, quedaría contaminado. Ni debe enterrarse, porque se contaminaría el seno de la tierra, que es nuestra madre. Los elementos tampoco deben contaminarse por la carne humana en descomposicion. Así los cadáveres no deben ser echados al rio ni al mar, ni dejarse en putrefaccion al aire libre.» Por esto dejan al cuidado de los cuervos la destruccion de la parte del cuerpo que se descompone, y entregan á los elementos los huesos simples.

Las Torres del Silencio, ó cementerio de los Parsis, son seis: su construccion es redonda; tienen de 100 á 300 piés de altura y de 20 á 50 de diámetro, y constan de gran número de aberturas. Los árboles del inmediato parque están atestados de buitres. Al llegar la noche los sacerdotes de los Parsis reciben sus muertos, los desnudan, los bendicen y los colocan en nichos. A los pocos instantes se oye un ruido insoportable y da comienzo la lúgubre tarea. En dos horas los buitres convierten los cadáveres en esqueletos, batiéndose luego encarnizadamente por sus últimos despojos.

¡Jesús, qué sucio!—Grupo en yeso de Juan Focardi.

El cofre mudo.—Era á principios de 1874, y la Corte rusa solemnizaba el matrimonio de los Duques de Edimburgo, entre otros festejos, con una cacería de osos en los bosques inmediatos á San Petersburgo. Sucedió que lord Suffield y su guía, extraviados en la espesura del bosque, fueron á dar de repente en la boca de una profunda cueva, donde se alojaba un soberbio oso, con dos cachorros ya crecidos. El peligro fué inminente para el magnate inglés, porque aquel feroz animal intentó arrojarse sobre el intruso que llegaba turbar la paz de sus dominios forestales; pero lord Suffield tuvo serenidad bastante para esperar la acometida, preparó su escopeta y sepultó dos balas en el pecho del oso, que cayó instantáneamente exánime. Los dos cachorros huyeron, y lord Suffield hizo trasladar el oso muerto á Lóndres, donde el reputado naturalista Mr. Edwin Ward lo disecó y armó de la manera que representa el grabado. Así se guarda en el vestíbulo que precede al comedor en el palacio de lord Suffield, en Lóndres, y es conocido con el nombre de *Cofre mudo*.

El cazador de lobos (cuadro de Joaquin Araujo).—La escena, llena de animacion y con expresiva naturalidad represen-

NAVIDAD (composicion de P. Talarn)

tada, pasa en un pueblo de la provincia de Salamanca, como lo indican los trajes de los que en ella figuran. Un cazador de lobos presenta al alcalde del pueblo uno de aquellos dañinos animales, y reclama la tasa fijada por su captura.

Pasatiempo (acuarela por P. Bedini).—Es un cuadrito de género que ofrece ocasion á su autor para dar á conocer su ingenio humorístico y sus conocimientos en la pintura de accesorios y gatos.

Monte Senario.—*El convento.—Gruta de San Alejo.*—El convento de Monte Senario está situado á pocas millas de Florencia, cerca la villa Medicea de Pratolino, y fué fundado por la Orden de Servitas. Los siete santos Fundadores de la misma, patrícios florentinos, murieron allí uno tras otro, como se ve pintado en los claustros de la Anunciata.

Caravana de europeos en el Cairo disponiéndose á una excursion á las pirámides de Egipto.

UN RATO DE CONVERSACION

¡Cuánto tiempo sin verle á V. por estos sitios! ¿Nos tenia V. olvidados?

—Nada de esto; en prueba de ello que en cuanto he tenido un momento he venido á ver á Vds., dispuesto á dedicarles todo el rato que deseen...

—Entonces tome V. asiento y vamos á charlar, que muchas cosas tenemos que preguntar á usted.

—A sus órdenes...

—Diga V.: ¿por qué no ha querido hablarnos en La Hormiga de las cuestiones que se debaten entre los católicos?

—Por muchas razones. La primera es porque demasiado se hablaba de ellas en otras partes; y no era cosa de que no quedara un sitio tranquilo donde no oyeran los gritos de los combatientes las gentes pacíficas, ó las que, sin serlo, quisieran un rato de calma y reposo.

En segundo lugar, porque son más los enemigos de la lucha que los apasionados por ella, aun cuando otra cosa parezca, y son más aún los que piden paz y sumision á las reglas de conducta que la Iglesia está dando continuamente á los católicos.

Y en tercer lugar, porque lo que habia que decir principalmente sobre esta lucha no era ocasion de decirlo, pues muchos no lo habrian comprendido de momento, y otros no lo habrian recibido bien.

—¿Y qué es esto? ¿Puede V. decirlo ahora?

—Sí: en gran parte; y á ello voy.

Figúrense Vds. que el linaje humano sigue su marcha hácia su último fin metido en un inmenso tren, del cual es conductor Dios Omnipotente; que en este tren los coches son naciones, y que hace sus paradas, ya para tomar agua, ya para dar descanso á los pasajeros y dejarles vivir una temporada en los lugares que éstos escogen.

Figúrense Vds. luego que ahora este tren está en marcha, y en marcha muy rápida, porque corre por terreno pendiente. Ha salido de una civilizacion, pasa por otra en la que ha hecho breves paradas, sólo para hacer agua y tomar carbon, y se dirige á otra civilizacion que se encuentra despues de estos lugares.

O en otros términos: ha dejado terrenos poblados de árboles seculares y de grandiosos edificios llenos de riquezas, y ahora atraviesa terrenos escabrosos, talados, sin amparo contra las inclemencias de las estaciones, y llenos de edificios mezquinos, hechos de materiales inconsistentes.

Como es natural, la Humanidad, no encontrándose bien en ellos, ha vuelto á los coches pidiendo alejarse en busca de sitios en que se viva mejor y se puedan satisfacer más cómodamente las necesidades morales y materiales de la vida.

Pide lo nuevo, lo que ha soñado, lo que se figura necesita para su felicidad, y se forja la ilusion de que echando carbon á la máquina y tomando el sitio del maquinista llegará pronto á esa region de su fantasía.

Pero no ha notado que el tren corre sobre rails fijos, y que su direccion le está forzosamente impuesta por la via escogida.

Puede suceder, si el Conductor les deja hacer, que la máquina estalle á fuerza de cargarla de combustible, que el tren descarrile por darle velocidad desmedida, ó por intentar desvios y cambios de línea no estando bien dispuestas las agujas, y que uno ó más coches queden destrozados, cubriendo el suelo de muertos y heridos y de astillas de los vagones.

Pero, despues de más ó menos trabajos se desembaraza la via, llega una máquina nueva, se reemplazan los coches, y el tren sigue por fin su marcha en cuanto el Conductor hace sonar el pito.

Ahora bien: lo que ha ocurrido, y aun está ocurriendo durante este viaje, es que unos gritan:

—Nosotros queremos ir á una region en que todos seamos absolutamente iguales, en que haya palacios para todos, ó todos duerman á la intemperie; y absolutamente libres, de manera que cada uno sea el superior de sí mismo y nadie nos imponga su voluntad. Para lograr esto hemos de derribar todos los árboles que encontremos, y repartirnos su fruto, sus ramas y su tronco, á fin de que no sean monopolio de unos pocos; y arrasar todos los edificios, ya que no hay en ellos sitio para todos, demoler todas las fortalezas desde las cuales intente la fuerza dominar á la humanidad, desmenuzar todas las rocas y puntas que sobresalgan de la tierra para que nadie se encarame encima de ellas y sirvan de escabel para el que quiera ser más alto que los otros, y finalmente proscribir en absoluto altar y trono y fuerza pública, que son los baluartes en que se refugia la tiranía.

Otros se oponen con calor á tan radicales propósitos y pretenden que se puede vivir bien sin demoler tanto: que si para ser iguales y libres es preciso sacrificar el trono, no hay inconveniente en cambiar la forma de gobierno; y si el altar estorba se puede meter en una cueva; que para evitar los abusos de la fuerza y las imposiciones de arriba se dará intervencion á todos en el ejercicio de la soberanía; que se mejorará la condicion de los que se queden sin albergue y se les dará facilidades para que con audacia, habilidad y desechando escrúpulos de conciencia puedan llegar á ser poseedores de los mejores palacios; y que, pues se les hacen tantas concesiones, justo es que transijan algo en sus propósitos.

Levántanse voces de varios lados del tren, reclamando modificaciones en estos convenios. Todos aceptan el principio de los radicales, y les dicen que en el fondo tienen razon, como que ellos mismos son los que les han abierto el camino de esta civilizacion nueva, pero unos pretenden que siga la monarquía, aunque enfrenándola y vigilándola de cerca para que no abuse de su poder,—y sobre esto surgen pareceres diversos, queriendo unos que sea una mera representacion nominal sin atribucion alguna, y pretendiendo otros extender esta hasta el punto de que sea igual al poder popular.

Acerca del altar proponen unos que se le deje sobre el suelo, otros que se le coloque en lo alto de la sociedad, aunque limitando su accion y debilitando su predominio, para lo cual debe parecer suficiente garantía el disponer del presupuesto del clero y el ser árbitros de cumplir ó no los Concordatos. A propósito de lo cual surgen tambien vivas disensiones sobre el más ó el menos de las concesiones que hay que hacer á los radicales.

Con esto prodúcese horrible confusion y luchas enconadas en varios coches; y por más que algunos gritan: «¡calma, señores, que no estamos tan mal ahora, y podemos estar peor; no pensemos en mañana, contentémonos con lo que tenemos, que lo porvenir es incierto y pavoroso,» el caso es que en estas refriegas se han caido al suelo y quedan pisoteadas las cestas de la comida, las botellas de la bebida se han roto en parte, los vestidos se han desgarrado y la mayoría de los viajeros ha sufrido grandes quebrantos.

Por lo que, á las voces de los que antes disputaban suceden las del público, que grita que quiere comer, beber y abrigarse.

Desde que empezó á ponerse en marcha el tren se formaron en varios coches grupos de viajeros que al oir los propósitos que se abrigaban y las disputas que sobre esto se produjeron, decian:

«¡Hay que desengañarse, compañeros! Hemos cogido mala vía: queriendo salir de las regiones en las cuales se decia que se vivia mal, hemos tomado el camino de regiones inhabitables, malsanas, llenas de peligros. La prueba es que en las paradas que hemos hecho no hemos encontrado ningun viejo, todo lo que hemos visto son razas enclenques y seres que en su corta edad ya están decrépitos.

»Si andando el tren no volvemos á encontrar terrenos favorables á nuestro temperamento, y vegetacion que produzca los alimentos con que antes nos nutríamos bien y éramos vigorosos, y aires favorables á nuestra salud, corremos á la muerte despues de una existencia breve y dolorosa.»

Estos, que al principio eran casi cuchicheos en que la mayoría no fijaba la atencion, á medida que el malestar aumentaba se producian en alta voz; y llegó un momento en que se pronunciaron á gritos, y fueron muchos los pasajeros que decian: «¡Es verdad! ¡estos señores están en lo cierto! Pidamos al conductor que en la primera aguja desvie el tren y nos conduzca, ya que retroceder en el tiempo no le es posible á la humanidad, á regiones parecidas á las que dejamos y que tengan iguales condiciones de vitalidad; ya que donde se ha vivido bien por muchos siglos debe haber mejores condiciones que donde nos morimos en menos de un siglo.»

Mas, apercibidos de esta rebelion los que vociferaban antes, se unieron por un momento y empezaron á gritar desaforadamente:

«¡A fuera los reaccionarios! ¡por la ventana esos enemigos de la civilizacion! ¡Adelante siempre por el camino del progreso, á la conquista de los grandes ideales en que ha de regenerarse la sociedad!»

Aturdidos con estos gritos los que empezaban á dar la razon á los que pedian el desvio del tren, se callaron, dejando que el maquinista continuara la marcha hácia adelante.

Pasado este incidente, no tardaron en reaparecer las primeras discusiones y á renovarse la lucha entre los que pretenden andar sin detenerse, los viajeros que están ya cansados de atravesar regiones en que cada dia van encontrando más dificultades para vivir y los que aprovechando la confusion y el desfallecimiento de todos les van vaciando las cestas.

Mas, cuando empezaba á hacerse oir de nuevo la voz de la razon, y se volvian las cabezas para escuchar á los que aconsejaban dejar aquellas áridas regiones y renunciar á descender hasta lo profundo, á donde ni puede llegar la luz del sol ni circular más que aires húmedos y llenos de miasmas deletéreos; cuando cada dia estas excitaciones eran mejor acogidas, hete aquí que de pronto empieza á llover cachetes sobre los que predicaban estas verdades, acompañados de agudos chillidos y voces descompasadas, que aun cuando muy inferiores al bullicio que armaban

los beligerantes del bando opuesto, no dejaron de llamar su atencion y la de los viajeros pacíficos, y hasta hicieron que aquellos se acercaran á ver lo que era la tal riña.

—¿Y qué era?

—Nada; una simple discusion sobre quién gobernaria cuando se llegara al término del trayecto, qué habria entonces de hacer el que gobernase, qué árboles serian los mejores para alimentarse, si los que quedaron atrás ú otros iguales: discusion nueva é inoportuna que produjo este bullicio sólo por haber querido imponerse los que trataban de cambiar lo hasta allí admitido por todos.

Pues bien: lo que hubiera dicho yo antes, creo poder decirlo ya:

Esto no vale nada y no tiene importancia sino en cuanto regocija á los del bando radical. Porque el tren anda siempre y camina á donde su providencial Conductor se propone, por más que los hombres se figuren que han de imponer siempre la direccion al maquinista. Y créanlo Vds.: cuando éste lo desvie y lo haga llegar á tierras donde se haya de servir á Dios y obedecerle, y con esto hallar la humanidad su regeneracion; cuando se oiga la voz de lo alto que diga: «parada y descanso social,» estén seguros de que la humanidad encontrará los árboles que necesite para alimentarse y abrigarse, y que el caudillo señalado para gobernarla, lo hará sin atender á lo que se les antoje á los viajeros que se dirigen por su sola razon y desoyen al mismo tiempo la voz de la Iglesia que traza la línea de conducta que se ha de seguir en el viaje y la manera de llegar más pronto á la tierra prometida.

Créanme, pues, Vds.; hagan que no se den más de cachetes en aquel rincon de coche, y empleemos nuestra actividad mejor en procurar el desvío del tren que nos lleva á la ruina y la muerte, que en discutir, antes de saber lo que encontraremos al llegar, lo que hemos de hacer entonces, que puede ser inútil.

No olviden que hay cosas esenciales, y en estas hemos de estar conformes todos desde ahora, y cosas accidentales, en las que las circunstancias han de imponerse y trazarnos el camino.

Y que para no errar ahora ni despues tenemos en la Iglesia una guia segura é infalible que nos dice cuáles son unas y otras.

Docilidad, pues, y sumision es lo que hace falta. El que las tenga es el que prevalecerá en estas contiendas. El que no las tenga se irá acercando cada vez más al bando radical.

Y basta por hoy, que es muy tarde.

—¿Nos veremos más á menudo en adelante?

—¡Ya lo creo! Hasta la semana próxima.

L. M. de Ll.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

El coco en Madrid.—Los bostezos del hambre.—No ganamos para trancazos

El *dengue*, *grippe*, *trancazo* ó *influenza*, que con todos estos nombres se llama y conoce á la epidemia catarral que desde Rusia se ha plantado de un salto en Viena, Lóndres y París, sigue siendo la preocupacion del pueblo madrileño, uno de los más desamparados del mundo para hacer frente á todas las epidemias.

Como que está regido por la crema del liberalismo, que ha dejado á la humanidad doliente sin beneficencia ni sanidad.

El terror que se ha difundido con las noticias que llegan de Francia y de Austria acerca de los progresos de la epidemia, es sólo comparable al que se difunde cuando los periódicos oficiales anuncian que van á salir los cobradores del trimestre de la contribucion á hacer de las suyas, esto es, á llevarse hasta los clavos de los que todavía tienen que pagar algo al fisco.

Para hacer callar á los chicos voluntariosos, mimados y soberbios, no dicen ya las madres: «Duérmete, niño, que viene el *coco* ó *Jarck el destripador*.»—Se les dice: «Duérmete, niño, que viene el *dengue*.»

Y los chicos se duermen tosiendo, porque hace un frio de lo más liberal que se puede decir y pensar.

El terror del *dengue* ha compenetrado, pues, hasta los huesos y los tuétanos de nuestro liberalísimo Gobierno.

El cual, en el último Consejo de ministros, no ha podido menos de ocuparse en la endiablada epidemia que está haciendo toser ruidosamente á media Europa, olvidada ya hasta de los costos y los inconvenientes de la paz armada.

Y como medida de necesidad perentoria ha acordado *calamo currente* habilitar ó improvisar un hospital espacioso, por *si forte*, esto es, por si la capital de las Españas se pone *dengosa*, como las de Francia y Austria. El edificio escogido para objeto tan benéfico es el de las Exposiciones de Artes, que como saben los lectores de estas crónicas, por referencias antiguas, costó diez y ocho millones de reales en bruto, esto es, en liberal de cepa legítima, y, por lo mismo, siguiendo las rutinas al uso, no vale la cuarta parte.

Nadie sabia que edificio tan destartalado, frio como un ventisquero, situado en una colina que recibe los cierzos helados del Norte sin atenuacion, podria servir para guarida de los constipados pertinaces. Pero aquí ya está visto que así se hace un hospital de cualquier caseron con visos de palomar, como un personaje de cualquier liberal criado á orillas de un terron.

De donde se infiere que si viene el *dengue*, dónde ha de hacer más carne ha de ser en el nuevo hospital, improvisado por nuestro filantrópico y humanitario Gobierno, porque en él ha de padecer seguramente la epidemia el que no la tenga.

Pudieron los benditos ministros que padecemos haber habilitado locales más higiénicos para recoger á la humanidad *dengosa* y tratarla con terapéutica de mayor virtualidad. Por ejemplo, los edificios del Congreso y del Senado, que están preparados con más *confort*, habrian venido de perlas para combatir á este catarro europeo que tiene casi amilanado al viejo continente. Pero ¡cá! esta ocurrencia habria sido impropia del encopetado caletre de nuestros políticos de pan llevar.

¡Convertir al Senado y al Congreso en hospitales de *dengosos!* Era lo único que le faltaba al parlamentarismo para ser cantado al borde del arroyo por los ciegos, con acompañamiento de sus vihuelas.

Y en realidad de verdad hubiera sido lógico llevar á esos locales á las muchedumbres de *dengosos* que nos anuncian todas las profecías.

Porque el parlamentarismo al uso está conquistando glorias que sólo pueden celebrarse con golpes de tos.

A falta de otros más contundentes.

Ignoro, pues, si nos visitará el *dengue*, aunque ya se dice que está entre nosotros. Pero no seria extraño que así sucediera, aquí donde nos visita todo lo malo, empezando por el diablo, que no nos deja de hacer cortesías á todas horas.

Como que es una visita de la que no puede librarse ningun español sometido á las influencias del régimen modernísimo.

Pero lo que puedo certificar es que si no nos visita el *dengue* lo hará otra plaga, pues nuestro destino es no salir de una sino para entrar en otra.

Por de pronto los obreros sin trabajo han vuelto, como el año pasado, á abrir sus bocas descomunales con terribles bostezos.

Es la plaga nuestra de todos los años.

Y de todos los dias.

En número de 300, bien alineados y regimentados, se presentaron en la semana anterior al alcalde, haciendo todo linaje de movimientos macabros, y advirtiéndole con palabras retintadas de profunda miseria, que no tienen pan que llevarse á la boca.

Y el alcalde, con bastante sequedad por cierto, segun lo aseguran las víctimas, les dijo que, por no tener que darles, duda mucho poderles dar el sufragio universal, que el Sr. Castelar cree vale más que una millonada de hogazas de flor, bien tiernas y enharinadas.

Más claro; el alcalde les dijo que el Municipio de Madrid es un verdadero pobre de solemnidad, y no sólo no tiene para dar trabajo á los jornaleros, sino ni aun para mandar rezar á un ciego.

Más turbio; el alcalde les dijo que el Municipio no tiene más que trampas y, por tanto, lo único que puede dar son pascuas, pésames y dias.

Como el personaje del epígrama.

Los jornaleros no contestaron más que con un resoplido estentóreo y con algunas muecas de carácter hierático.

Lo cual, traducido al castellano corriente, quiere decir que contestaron enseñando los dientes; pero de una manera tan definitiva, que detrás de ellos se les veia el estómago.

Pero despues de esta pantomima del género fúnebre, vinieron las cavilaciones; y esos jornaleros hambrientos que tienen sus ribetes y flecos de políticos, y están al tanto de todo lo que sucede por las confidencias de la lengua parlamentaria, se echaron á viajar por el país de los recuerdos, azuzados y espoleados por el hambre.

Y como el hambre es gran despertador de la memoria y del ingenio, recordaron las mil y una historias que la lengua parlamentaria está refiriendo á grito herido en los dias presentes, las cuales, á decir verdad, no son gran consuelo de tripas menesterosas.

Entre las cuales historias figuran, como es sabido, las millonadas invertidas por el Municipio en expropiaciones ruinosas y amañadas, en contratas, en jubilaciones y pensiones, amén de las defraudaciones por matute y otros excesos de la misma cuantía.

Y lo que decian los trabajadores exánimes, siempre bostezando terriblemente:

—¡Válgate Dios por millones dilapidados! Pues si en vez de haber ido á las arcas del marqués *A*, del conde *B*, ó del liberal *C*, se hubieran invertido esos recursos como Dios manda, ¿no tendria el Municipio un pedazo de pan que dar á los obreros sin trabajo, con honra y provecho del vecindario? Ni entre judíos pasarian enormidades tan calamitosas como las que pasan en España.

El alcalde nuevo debió pensar de la misma manera si llegaron á sus oidos estas observaciones; pero como no le han dado con la vara un cuño y con el cuño metal precioso en cantidad suficiente para rellenar el vacío tesoro municipal, hizo lo que cualquiera habria hecho en su caso: calar el chapeo, requerir el baston, mirar al soslayo é irselo á contar todo al Gobierno, que es lo mismo que si se lo hubiera contado á un guardacanton.

Y así concluyó, por ahora, este folletin del hambre, que se continuará durante el año de 1890 que está para salir del claustro materno.

El epílogo quizás no tarde mucho en publicarse.

En un país donde el hambre y la miseria pública se han hecho endémicos ¿qué sorpresa puede causar una plaga como el *dengue*?

Morir de hambre ó morir de tos son cantidades que pueden sustituirse y por tanto resultan iguales.

Y *trancazo* por *trancazo*, tanto mata el que se recibe por un enfriamiento, como el que sacuden los progresistas, convirtiendo á la nacion en un vasto asilo de mendicidad, donde no se halla ni una taza de caldo, ni un mal cuzcurro de pan.

Ni puede tampoco alegarse que el *dengue* nos coge exánimes, ó lo que es lo mismo, suspendidos é inclinados hácia los brazos del enterrador: así nos cogen todas las enfermedades de nuestra flaca naturaleza, y así puede cogernos un toro de Miura haciéndonos dar el postrer batacazo.

No: aquí el gran palo que habrá que parar es el palo progresista, cuyos trancazos dan á los cementerios más contingentes que todas las epidemias conocidas.

Lo demás es conversacion.

De modo que lo que dicen los que no meten los hocicos en la cazuela del presupuesto:

«—Venga el *dengue*, si viene sin progresistas.»

Pero eso no puede ser por ahora y hay que aguantar los dos trancos.

Hasta que podamos salir del charco liberal de un tranco.

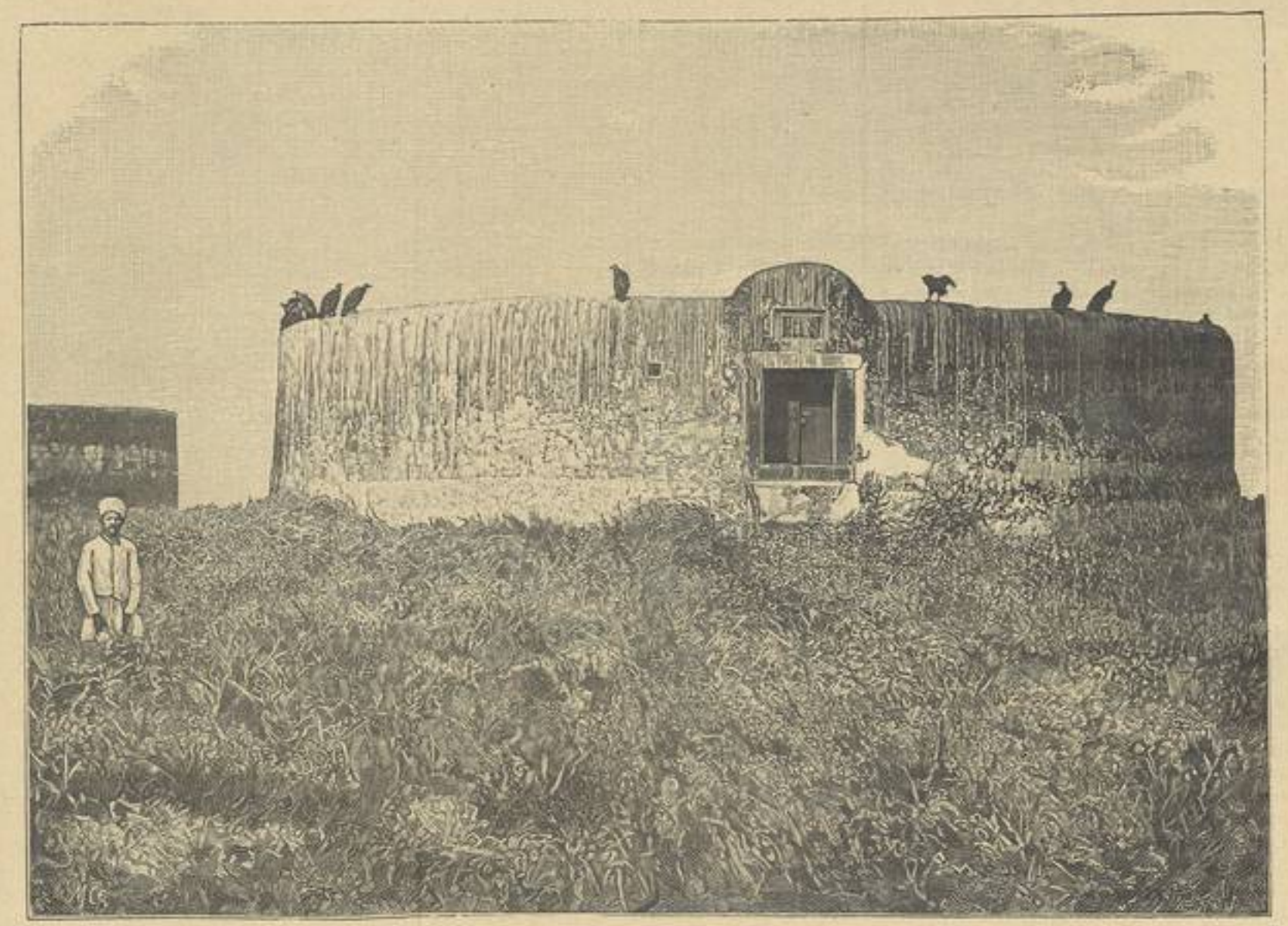
LUPERCIO.

Madrid 17 de Diciembre.

BUSTO DE VOLTAIRE

ROMA

Los alcaldes nuevamente nombrados, el dia antes de prestar juramento, hicieron publicar en los periódicos de su respectiva ciudad y de su respectiva provincia, una declaracion que lleva su firma y en la cual dicen, afirman y declaran que tienen como nulo su juramento para todo aquello que pueda forzar sus convicciones políticas, protestando que no se acomodarán á ninguna disposicion antiliberalmente sentida y confirmando plenamente su fe republicana.



LA TORRE DEL SILENCIO EN BOMBAY

Al dia siguiente juraron fidelidad al Rey y á las instituciones y tomaron posesion de su cargo de alcalde.

En otros términos, han dicho: «Observando la ley, nosotros, por no faltar á nuestros principios y á nuestras convicciones, hubiéramos debido renunciar el cargo de alcalde; mas como esto no nos acomoda, ni nos conviene hacerlo, preferimos eludir la ley con un juramento que prestamos por pura formalidad y declarando que no nos compromete á nada.» Esto no puede ser más claro.

Se ha abierto el Parlamento italiano. Hay que tratar en él de asuntos muy urgentes de interés público; mas el Sr. Crispi ha querido que se deje postergado todo, y que se discuta con preferencia el proyecto de ley de destruccion de las Obras Pías de beneficencia. Y la Cámara ha doblado humildemente la cabeza á su voluntad.

En los primeros artículos de la ley, aprobados ya, se establece que los párrocos no pueden ser elegidos individuos de las Congregaciones municipales de caridad, en las que, segun la nueva ley, están reconcentradas todas las obras de beneficencia.

Los bienes inmuebles, así rústicos como urbanos, de las Obras Pias de Italia, deben ser, con arreglo á la nueva ley, convertidos en su mayor parte, ó lo que es lo mismo vendidos.

Estos bienes representan un valor de 735 millones de francos. Como el valor oficial que se les ha dado es algo bajo, puede calcularse que la suma á que ascienden estos bienes que constituyen el patrimonio de los pobres y que están destinados á desaparecer, sube á *dos mil millones de francos*.

Es un guarismo enorme, el cual explica, teniendo en cuenta los apetitos liberales, la prisa que se dan el Sr. Crispi y nuestros legisladores en proceder á la venta de los expresados bienes. ¡Pobre Italia!

Se ha celebrado recientemente el jubileo musical del maestro Verdi. Se querian hacer á éste grandes fiestas, pero las ha rehusado modestamente, aceptando tan solo una gran medalla de oro conmemorativa expresamente acuñada para él. Verdi ha recibido además considerable número de telegramas y de cartas de felicitacion en Busseto, pequeña ciudad de la alta Italia en donde ha residido siempre y en donde reside tambien hoy habitualmente cuando no está en París.

Inútil es hablar aquí de los méritos de Verdi, pues todo el mundo los conoce: prefiero decir algo, poco conocido en el extranjero, acerca de su origen y de su vida.

José Verdi nació en Roncole, pueblecillo de unas 200 almas, casi perdido en un rincon de la campiña de Lombardía. Sus padres tenian posada; pero se bebia tan poco en Roncole que no encontrando medio de ganarse la vida, pusieron un pequeño establecimiento, en el cual se expendia vino, pan, pastas, azucar y café, es decir, un poco de todo. Todas las semanas el padre de José iba á la inmediata ciudad de Busseto y allí hacia sus provisiones en el almacen de drogas de Antonio Barezzi, llenaba con ellas dos cestas, se las cargaba á cuestas y se volvia á su casa de Roncole. Digo mal á su casa, porque aquello no era casa, sino una especie de cabaña formada de piedra, barro y madera, perdida en campos de cáñamo y de maíz.

Verdi tuvo desde sus primeros años extraordinaria aficion al canto y á la música. En su niñez permanecia con frecuencia extático largo rato delante de un organillo callejero. Pareciale estar en el cielo cuando conseguia que se le permitiese manejar el fuelle del órgano de la pobre iglesia parroquial de Roncole, que tocaba un organista más viejo que el órgano mismo. El primer afan de Verdi fué lograr ser organista de Roncole. El anciano organista cobró cariño al muchacho y le fué enseñando poco á poco, pasándolo más adelante del fuelle al teclado.

Despues de tres años de estudios musicales, José Verdi fué nombrado organista titular de la pequeña iglesia parroquial de Roncole, y entonces su padre resolvió enviarle á la escuela de música de Busseto, en la cual le colocó á pension en casa de un pobre zapatero llamado Pugnatta, pagando por ella 30 céntimos. José Verdi tenia á la sazon quince años de edad. Todos los dias festivos iba á pié á Roncole para tocar el órgano en las funciones de la parroquia de su pueblo. Acaeció una vez que al ir Verdi á Busseto en noche oscura, se cayó á un torrente en el cual hubiera perecido ahogado, si á sus gritos no hubiese acudido á salvarle una pobre campesina qne acertaba á pasar por aquellos contornos.

El droguero Antonio Barezzi de Busseto, el proveedor de mercancías del padre de Verdi, era *dilettante* de música; era el primer flautista de la orquesta de la Catedral de Busseto. Conocía, como era natural, al pupilo del huesped de Roncole; le cobró afecto y lo empleó como dependiente en su droguería, lo cual no fué obstáculo para que Verdi continuase con ardor sus estudios predilectos de música.

En casa de Barezzi habia un piano que servia para estudiar la joven Margarita, hija de aquel, la cual cedió el uso del mismo á José Verdi, á quien en cambio mereció muy luego tanto cariño que al cabo de algunos años fué su esposa. El organista Provesi de Busseto fué el maestro de Verdi, quien escribió mucha música para la Sociedad filarmónica de aquella ciudad, música

¡JESUS! ¡QUÉ SUCIO! (CUADRO EN YESO, DE JUAN JOCARDI)

que todavía existe y se conserva con gran cuidado en el archivo musical de Busseto.

Por último, Verdi consiguió poder trasladarse á Milan para completar sus estudios. A este fin el Monte de Piedad de Busseto concedió á Verdi una pension de 600 francos anuales.

El Sr. Barezzi le anticipó un poco de dinero, y Verdi pasó á Milan, en donde se estableció en casa de un tal Saletti, pariente de un canónigo de Busseto, á quien éste lo habia recomendado.

Cuando José Verdi se presentó á exámenes en Milan para ser admitido en el Conservatorio de música, el anciano maestro Basily lo rechazó diciendo: «Este joven no demuestra ninguna disposicion para la música.»

Esto fué para Verdi más bien suerte que desgracia, porque, frecuentando la casa de un maestro, conoció al Sr. Lavigna, autor de *Zaira* y de *Coriolano*, maestro *di cembalo* del principal teatro milanés, de la *Scala*, que le instruyó maravillosamente, le favoreció y le dió ánimo.

Algunos años despues ocurrió un curioso incidente.

Una noche, el maestro Basily deploraba en casa de Lavigna que de 28 aspirantes al puesto de maestro de capilla de Monza, ni uno solo hubiese sabido desenvolver el asunto por él propuesto y componer sobre él la *fuga* exigida para el concurso.

Verdi, que solia pasar las noches en casa de Lavigna, estaba presente y manteníase quedo.

—Mira,—dijo con malicia Lavigna,—yo creo que este joven que estudia la *fuga* hará unos dos años, hubiera sido capaz de hacerlo mejor que tus veintiocho aspirantes.

—¿De veras? Vamos á ver,—respondió picado Basily, y escribió el asunto.

Tomólo Verdi y retiróse á un lado. Los dos maestros continuaron hablando.

Al cabo de un rato, Verdi acercóse y dijo:

—Ya está hecho.

Basily tomó el cuaderno, lo examinó é hizo ademanes de estar muy pasmado.

—¿Cómo es—preguntó despues atónito á Verdi—que habeis hecho un *canone* doble de mi asunto.

—Es que lo he encontrado algo flojo y he querido adornarlo.

Esta fué la única venganza que tomó Verdi de haberle rechazado en otro tiempo Basily.

Es muy curioso el modo como Verdi principió á crearse un nombre en el mundo artístico.

En 1831 debia darse en la Filodramática *La Creazione* de Haydn.

El maestro que dirigia los ensayos se veia tan apurado que llegaba á perder la cabeza. Un dia el profesor Masini dijo á los directores, que eran milaneses como él:

—No hay más que una persona que pueda sacarnos de este conflicto: el *maestrino*.

—¿Quién es?—preguntó el duque Visconti.

—Un tal Verdi, un jovencito de Busseto que sabe leer de golpe las partituras más embrolladas.

—Pues bien: es preciso hacerle venir.

Con dos ensayos tan sólo, Verdi se puso en estado de dirigir *La Creazione*. Al tercer ensayo, un maestro envidioso revolvió la partitura y la puso al revés en el piano.

Verdi la dejó como estaba, y, sin volver las hojas, dirigió el ensayo con tal habilidad que dejó pasmados á todos.

Desde entonces, Verdi se dispuso á escribir obras teatrales. Las dos primeras óperas representadas en Bolonia tuvieron mal éxito; pero Verdi no se desalentó por ello. Escribió é hizo representar el *Nabucco*, por el cual le pagaron 6,000 francos. El *Nabucco* se representó en Milan y entusiasmó al público.

Verdi tenia hecha ya la fortuna. De los 6,000 francos que le dieron por el *Nabucco*, se llegó á 100,000 francos que le pagaron por la *Aida* y á 9,000 francos que percibia por cada representacion del *Otello* y que le satisfacia Ricordi de Milan.

En el año 1875, si mal no recuerdo, el rey Víctor Manuel nombró senador vitalicio á Verdi, como *italiano ilustre*. Los senadores encargados de examinar los títulos de admision de sus colegas nuevamente nombrados, se negaron á reconocer que Verdi fuese un *italiano ilustre*, mas al fin le admitieron.

Verdi, quizás para vengarse, se presentó un dia en el Senado, mas con posterioridad no volvió á aparecer en él ni vino nunca más á Roma.

LIONELLO.

2 de Diciembre.

EL PADRE JUAN DE MARIANA

V

Su vida, en cuanto á religioso, segun nos refieren los que le trataron, fué modelo de virtudes y dechado de santidad, y conviene hacer en esto hincapié, ya porque la vida es casi siempre la clave de las doctrinas, ya porque no falta quien cree que aquella fué tan desenfadada y libre, como se figuran los mismos que fué su pluma. Y, evidentemente, si se lo fingen regicida, liberal, racionalista con ribetes de protestante, ó viceversa, á duras penas podrán convencerse ni hacer creer á nadie que fuese Mariana un santo varon, observantísimo de las reglas de la Compañía, obediente con la famosa obediencia ciega que tanto da que pensar á los que se pasan la vida viendo á ver cómo no obedecen á nadie, humilde, y, en una palabra, excelente hijo de san Ignacio, aunque pese al Sr. Morayta. Pero, ¿á quién hemos de creer en esto de la vida de Mariana? ¿A los que lo han visto en sus libros, y á éstos tal vez por el forro, ó en la nueva estatua de Talavera, ó á los que conversaron con él, lo trataron y son testigos fidedignos é imparciales de cuanto nos refieren? Pues no hay un escritor de aquella edad que no alabe la pureza de su vida tanto como su ingenio, y, á ser cierto cuanto nos dicen, que ningun motivo hay racional de duda, podemos asegurar que si Mariana fué severo con todos, no lo fué menos consigo, y que si no perdonó faltas ajenas, tanto ó más persiguió las propias; en una palabra: que á nadie trató peor que á sí mismo.

El citado P. Castro, y su continuador el Padre Ezquerra, contemporáneos suyos, nos hablan de sus virtudes como de varon cuya vida era tan estimada como su doctrina. El cardenal Sforcia Pallavicino nos dice de él que era hombre de *costumbres inocentísimas;* el Dr. D. Francisco de Padilla le llama *varon santísimo y libre de todos respetos humanos;* Rivadeneyra y Alegambe atestiguan «que calificó, con el *testimonio de todas las virtudes, que era superior á la desgracia*;» la historia de la Compañía le llama *observantísimo de la vida religiosa*, y el P. Alonso de Andrade, que vivió con él en la casa profesa de Toledo, y que escribia para los que á Mariana habian conocido y tratado, dice que fué ejemplo de los religiosos venideros, y edificacion y enseñanza de los presentes, observantísimo de sus reglas y de todas las obediencias y ordenaciones de sus Prelados. «Y en esta parte, dice, hablo de experiencia, porque viví con él algunos años, y como testigo de vista, testifico que no se ordenó cosa alguna para la observancia regular que no fuese el primero en ejecutarla. El trato de su persona fué de un pobre religioso, y de un filósofo antiguo como Sócrates ó Caton, y que comia moderadísimamente. La cama pobre, las alhajas pobres y humildes y precisamente necesarias, algunos libros para su estudio, sin género de curiosidad ni policía. Fué gran despreciador del mundo, de sus riquezas, honras y deleites; todo el suyo era en la oracion y en el estudio. Tuvo gran respeto á los Superiores, y siéndolo él á todos en el caudal, se sujetaba á su direccion como un niño, y era cosa admirable y digna de eterna memoria para la posteridad, ver á un hombre tan sabio y una cabeza de tanto seso nevada de canas y consultado de los mayores hombres del orbe en materias gravísimas y estimados sus pareceres como de un oráculo, dar cuenta de su conciencia á un Superior discípulo de sus discípulos, y tomar su direccion, de ochenta años, como si fuera un novicio de catorce, para las cosas de su alma, y con ser acérrimo en defender sus opiniones y no volver atrás en lo que una vez dijo, en llegando el voto del Superior y su dictamen, deponia el suyo y se sujetaba á su obediencia.»

Y así continúa el P. Alonso de Andrade, contándonos, como todos sus biógrafos, ciertos pormenores de su vida, que dicen mucho para explicarnos sus doctrinas. Que amaba tanto la pureza de su conciencia, que indefectiblemente se reconciliaba todos los dias antes de decir misa, que era la primera de Casa, y á la que acudian muchas personas para oirla, como de varon santo: que dos veces al año recogíase por espacio de quince dias á hacer los ejercicios de san Ignacio: que cuando vino de París, puso su confesonario en el patio del colegio para confesar solamente á los pobres y desvalidos: que su ocupacion más favorita era visitar las cárceles y hospitales y enseñar la doctrina á los niños, más gozoso que cuando leia las cátedras de París: que siendo muy anciano, venia con su caña rigiendo los niños de la doctrina por las calles, cosa que llenaba de asombro y de edificacion á todos. En una palabra: que fué tan admirable por sus virtudes como por su doctrina, con haber sido ésta tan extraordinaria y alabada de todos.

Ese fué Mariana como religioso, y ojalá le imitasen en su vida los que se glorian de quererle seguir en sus supuestas doctrinas. Tal vez, si así sucediera, las doctrinas de Mariana dejarian de parecer lo que muchos se figuran, y serian tan intachables é inmaculadas casi siempre como la vida de su autor.

Hombre verdaderamente extraordinario, y en quien la naturaleza pareció haber agotado todas sus riquezas despues de haberle revelado todos sus secretos. Orador elocuentísimo, segun nos refiere Andrés Schotto, que lo trató, y nos cuenta que fué admirado por los dos hombres más elocuentes de su siglo, Pedro Juan Perpiñá y Marco Antonio Mureto. Literato consumado, no inferior en las lenguas clásicas á los Vives y Nebrijas, á los que evidentemente supera en la gallardía y nervio del estilo, é iguala al menos en el sabor purísimo del lenguaje de la edad de Augusto: en las lenguas sábias, comparable con su maestro Cipriano de Huerga y con Benito Arias Montano, como lo demuestra en su tratado *De Annis Arabum* y *De Biblia Vulgata*, y en los Comentarios á la Sagrada Escritura, en los que maneja las lenguas orientales como si no supiera otra cosa, quien parecia saberlo todo. Teólogo tan sutil, que los que le oyeron en París y Roma leer á santo Tomás, lloraron siempre que tan peregrino ingenio aplicara su natural viveza á cosas tan poco arduas como la historia, y no á ilustrar con la luz de su entendimiento las sublimes cuestiones de la ciencia di-

vina. Filósofo de tan alto vuelo, que como por vía de pasatiempo, y para entretener los ocios de la vida del campo, á donde le habia llevado su delicada salud, escribe obras como los tres libros *De morte et immortalitate*, verdadera joya literaria y filosófica de nuestra edad de oro, delicias hoy, como siempre, de los pocos que saborean nuestras riquezas científicas, y el otro libro *De Spectaculis*, en el que la severidad de la moral cristiana, la erudicion de lo sagrado y lo profano, el celo por la pureza de las costumbres y el amor á las tradiciones antiguas, le hacen filosofar, como lo haria el más rígido Caton, iluminado por la lumbre de la fe. Precioso libro, de amenísima y variada literatura, traducido al romance por el mismo Mariana, que no tuvo más objeto al escribirlo «que el que los hombres no se pierdan con los malos ejemplos, ni manchen con obscenas liviandades sus almas, criadas y nacidas para la santidad.»

Vivió Mariana ochenta y siete años, acabando sus dias el 17 de Febrero de 1623: llorado de sus amigos y respetado y admirado de todos, bajó á la tumba cuando ya no tenia ni aun fuerzas para mover la pluma, á la que no dió descanso durante su larga vida. Próximo ya al sepulcro, escribió un tomo en folio de comentarios, que supondria hoy la vida de un hombre; lo que hace ver que en Mariana jamás envejeció ni el corazon ni el ingenio. Fué, dicen los que lo conocieron, de menos que mediana estatura, ojos vivísimos, por donde parecia respirar el fuego de su alma, frente espaciosa y serena sin rugosos entrecejos, con los que graciosamente le adorna la novela más bien que la historia; en una palabra: aspecto noble, espejo de la nobleza de su espíritu. Corazon mucho más grande que el cuerpo, amante de la verdad y de la virtud hasta el martirio, sobrio como un anacoreta, purísimo en obras y palabras, apreciador del tiempo cual de la más preciosa mercancía; la religion y la ciencia se unieron para formar en él uno de los hombres más singulares del siglo XVI, y uno de los sabios más dignos de este nombre que el mundo ha producido.

Diez tomos de manuscritos suyos son joyas apreciadísimas del extranjero en el Museo Británico. En Toledo nadie da razon del sepulcro de Mariana. ¡Así paga su patria al que con inimitable estilo fué el primero que dió á conocer el nombre y las glorias de España á las naciones extranjeras!

(P. Francisco de P. Garzon: *El P. Juan de Mariana y las escuelas liberales*).

LA CUESTION ROMANA

XII

En los once artículos anteriores hemos concluido ya de explanar el interesante contenido del folleto *La verità intorno alla questione romana*, libro tan recomendable por su doctrina como por su autorizadísimo origen, puesto que, en sentir de *La Civiltà cattolica*, el Sr. B. O. S., que lo suscribe, es alto personaje del Vaticano y ha tenido por censor al mismo Leon XIII, quien, no solamente se ha dignado á dar su aprobacion al espíritu general que domina en toda la obra, sino que ha llegado á más, pues por su elevada iniciativa se han rehecho páginas enteras segun las ideas de nuestro Santísimo Padre. Huelga por ende cuanto pudiéramos añadir en elogio del librito.

Todavía, sin embargo, nos vamos á permitir agregar unas pocas palabras que refresquen la memoria de nuestros amigos sobre algunas cuestiones importantísimas en las actuales circunstancias, y cuya solucion nos ofrece el magnífico trabajo que tenemos á la vista.

Este se dirige en primer lugar á aquellos católicos laxos italianos que desearian ver que el Papa empleaba otra táctica de guerra con el liberalismo, cesaba ya de protestar y venia á un acuerdo más ó menos aceptable con la Revolucion, entronizada en la antigua Corte del reino pontificio. A contradecir tan extraña opinion ha dedicado más de un capítulo, demostrando que el Papa protesta por obligacion de su apostólico cargo, por el bien de la Iglesia universal y aun de la Italia misma, y finalmente porque sus protestas no están destituidas de valor práctico, como á primera vista pudiera parecer.

Y entre las varias razones con que evidencia lo anteriormente afirmado, es de notar aquella en que se refiere á la obligacion moral que tiene el Padre Santo de no callar jamás, aun prescindiendo del valor práctico de sus protestas, porque no es justo que la Iglesia, que constantemente predica la maldad é injusticia de la teoría de los hechos consumados, y afirma contra ella el prevalecimiento del derecho, dé al mundo el pernicioso ejemplo de faltar ella misma á sus doctrinas y abrir la puerta con una transaccion cobarde á la justificacion de las revoluciones contra las legitimidades caidas, á la de la fuerza bruta contra la santidad de la justicia violada.

«Porque—dice el folleto—mirar *exclusivamente el lado de los hechos aun en cuestiones que sólo afectan á la violacion de un derecho individual y de intereses meramente terrenos, es un metodo radicalmente inmoral.*»

Aduce tambien para coronar la serie de sus argumentos uno contundente por todo extremo: que la conducta de los católicos en este asunto, en el cual están conformes el Papa y todos los Prelados de la Iglesia católica, no debe ser otra que bajar con sumision la cabeza ante esas altísimas autoridades que así lo mandan y obedecer sus disposiciones. Lo contrario es un proceder que toca en los lindes de la herejía.

Sabemos nosotros que el Papa no es infalible en las cuestiones meramente políticas que atañen al buen regimiento interior de su reino; pero ¿exime esto, acaso, á los fieles de la obligacion de obedecerle?

Tampoco es infalible el padre en la familia, ni el rey para sus súbditos, ni el general para sus soldados; y, sin embargo, al padre está encomendada la direccion de la familia, al rey incumbe declarar la paz ó la guerra, y al general disponer sus planes de ataque y de defensa, sin que ni el hijo, ni el súbdito, ni el soldado puedan jamás rebelarse contra sus autoridades legítimas, ni deje de estarles vedada la discusion pública de sus actos.

Claro está que todos, tratándose de cualquiera autoridad que á nuestro parecer obre de inconveniente ó injusta manera, tenemos el derecho de advertirle privada y respetuosamente nuestros juicios, recurriendo en determinados casos á las autoridades superiores si las hubiere, y en último término sometiéndonos humildemente al juicio supremo del Papa: este derecho, repetimos, es una garantía cristiana de nuestra dignidad de hijos de Dios y de nuestra libertad de conciencia; pero ¿es cristiano ni racional meter á barato las cosas, y en lugar de este legítimo procedimiento valerse de medios revolucionarios, como son la publicidad del periódico, para mermar la autoridad de aquel cuyas ideas combatimos, é incitar más ó menos derechamente á la rebeldía?

Esto, lejos de ser una apelacion á los superiores, es una sumision al fallo de las masas contra el Poder legítimo, reconociendo de una manera indirecta al menos el principio liberal y herético de la soberanía de las muchedumbres y la ley del número.

Otra de las cuestiones sobre la que deseamos llamar la atencion de nuestros amigos, es la referente á la forma de Gobierno que habia de adoptar el Papa soberano.

Es verdad que á la Iglesia le son indiferentes las formas de Gobierno, y que no se hace solidaria ni de la *flor de lis*, ni del *águila*, ni del *gallo;* pero no debemos olvidar de una parte que el principio de la soberanía popular es para un católico inadmisible, y por otra que «el derecho »oprimido debe encontrar siempre en la concien»cia del hombre honrado aquel favor que, ex»presado en palabras, resulta una eficaz defensa, »y la injusticia aquel odio que al menos nos libre »de la nota de una connivencia culpable.

»Al contrario, quien mientras el tutor de un »derecho hollado pide justicia se mete de por »medio alegando la imposibilidad de una repa»racion, con razon se le cuenta entre los cómpli»ces del delincuente.»

De lo cual lógicamente se infiere que ni son indiferentes para la Iglesia los Gobiernos basados en esa herejía de la soberanía popular, ni tampoco puede ésta mirar jamás con sosiego que prevalezcan las usurpaciones y las tiranías. De lo contrario, ningun inconveniente tuviera en legitimar por ese lado la iniquidad cometida con el inicuo despojo de los Estados pontificios.

Consignamos, por último, con placer las afirmaciones del folleto en favor del Gobierno tradicional cristiano como el más conveniente para las libertades legítimas y la vida ordenada y próspera de los pueblos. Y sobre todas aquella de que «los Papas, ¿por qué no decirlo? fueron »siempre hombres de su siglo, y lo será tambien »el Papa soberano en lo que resta de siglo XIX», y de que «la obligacion de un príncipe cristiano »se reduce á tener en cuenta las circunstancias, »siempre que todo esto sea medida de buen go»bierno y no suponga el abandono de principios.»

Y no nos detendremos en advertir de cuán palpitante interés sean para los católicos españoles las cuestiones resumidas en las breves líneas de este artículo. Porque aquí, en España, hay católicos que se meten á favorecedores del hecho consumado y combaten á los *partidarios del derecho* alegando la imposibilidad de una reparacion.

Porque entre nosotros tenemos gentes mal aconsejadas que se rebelan contra las autoridades legítimas, ya eclesiásticas, ya civiles, y no acudiendo á sus superiores jerárquicos ó al Romano Pontífice en demanda de una justicia que ellos con su juicio particular creen hollada, sino siguiendo ese método procaz y revolucionario de apelar contra el superior, más que al juicio, á las pasiones y concupiscencias del público.

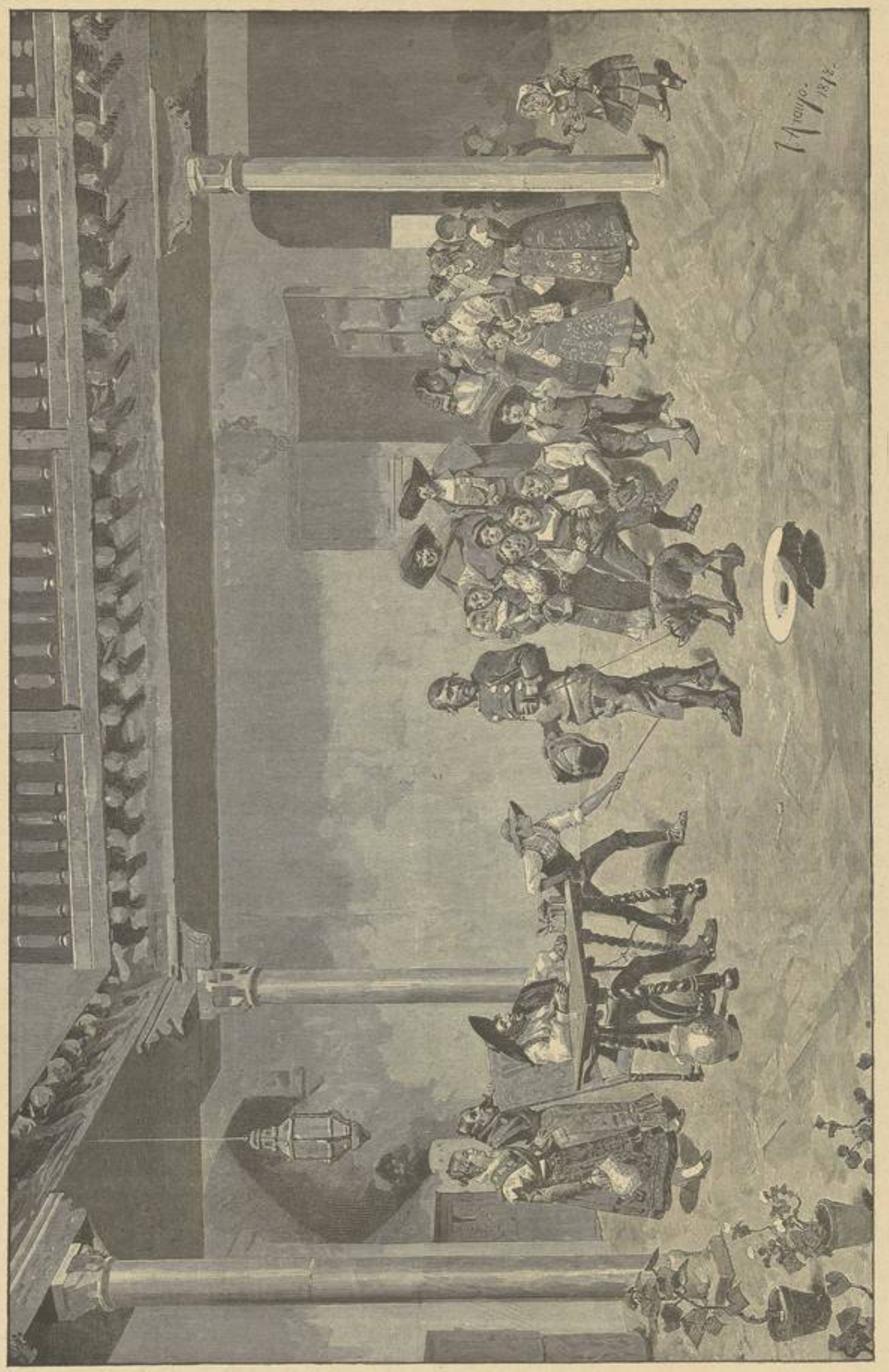
Porque muy cerca de nosotros hay hombres engañados ó de mala fe que consideran pecaminosa y herética la proposicion de que el príncipe cristiano no pueda vivir en el siglo XIX como en el siglo XVI, y ha de ser hombre de su siglo como los Papas, y ha de tener en cuenta, para gobernar bien, las circunstancias políticas, sin abdicar por eso de la integridad de los principios.

Y finalmente hay tambien quien se cree libre de toda obediencia debida sin más que recurrir al salvoconducto de que, segun declaracion de Leon XIII, para la Iglesia son indiferentes todas las formas de Gobierno.

Terminamos aquí, y no tememos afrontar las censuras de los que nos arguyan que esto es explotar las doctrinas de la Iglesia en favor de una política determinada; nada de eso: afirmamos sencillamente las tesis generales que se desprenden á nuestro leal entender de las premisas de la Iglesia. Si esto es favorecer á una política, consiste, no en que disloquemos principios, ni en

EL COPERO MUDO

OSO DISECADO EN EL PALACIO DE LORD SUFFIELD, EN LONDRES



EL CAZADOR DE LOBOS (CUADRO DE JOAQUIN ARAUJO)

que falseemos consecuencias, sino en que todas las verdades tienden por su fuerza propia y ley de su naturaleza á confirmar esta verdad.

NOCHE-BUENA

Estamos en Adviento y la cristiandad toda se prepara á celebrar bulliciosamente la más grande de sus fiestas. *Toda festividad aneja á la religion y á la memoria de sus beneficios, es la única imperturbable y duradera*, dice Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo;* y dice bien, que 1889 años hace recibió la humanidad dolorida, en un miserable portal, el mayor de los beneficios que registran las páginas de su historia. La festividad que anualmente recuerda tan fausto acontecimiento no ha sufrido interrupcion al través de los siglos; y es que en el pesebre de Belen tuvo principio la redencion humana. La funcion religiosa, *la misa* llamada *del gallo*, que en el orbe cristiano se celebra, es la misma en los pueblos todos y naciones; pero los regocijos caseros y públicos que solemnizan la fiesta religiosa, tienen cierto carácter especial, tan marcado tinte de localidad, que los diferencia notablemente, prestando algunos de ellos no pocos encantos. Yo, al menos, recuerdo con placer las Noches-Buenas de mi lugar. ¿Quieres saber, lector amigo, lo que yo de muchacho hacia y presenciaba?

Traslúdate conmigo á Vallehermoso, y advierte que el lugarejo humilde, sin hacer maldito el caso de la veleidad de cosas humanas, permanece entre los mismos montes, con sus sempiternas fealdades y bellezas. Hoy está que da gozo de Dios el verlo... blanco, blanco como la nieve. Digo mal, la blancura no pertenece á la aldea, ni al valle, sino al manto purísimo que los cubre. Todo está cubierto, y jamás, en la estacion de los frios, habrás visto tú más bello paisaje. Los pinos ocultan la verdura de su hoja perenne bajo blanquísimos copos; en nada se diferencia el erial inculto de la fértil huerta; borradas las márgenes, la nieve anticipa el comunismo, haciendo de propiedades diversas un solo campo; y la aldea, escondiendo á las miradas del curioso los tejados rojizos y semejante á una bandada de cándidas palomas, agrúpase en torno del campanario, dedo inmóvil y elocuente que nos muestra el cielo.

Deslumbradora es la blancura del conjunto, y al contemplarla se recuerdan con envidia los anteojos verdes usados por los viajeros del Norte. La nevada no es, sin embargo, como las que, cuarenta ó cincuenta años atrás, sepultaban anualmente los lugarejos de esta sierra (1), dando origen al cuento del arriero que, perdido por aquellos andurriales, ató en cierta ocasion el ronzal de su récua á la veleta de una torre. Cuentan los viejos que no nieva ya de aquella manera. La ligera capa de nieve que cubre nuestro valle, es un motivo más de algazara y contento. Los chicos hacen *Cristos*, moldeando en ella su cuerpo con los brazos abiertos, y los mozalbetes pelean á pelotazo limpio con bolas duras de la helada materia. El dia frio y el cielo nebuloso aumentan las delicias del hogar. Figúrate, lector, que con mi familia te calientas en torno de la lumbre, mientras sopla silbando el cierzo y rechina la veleta del campanario, que gira sin cesar á impulsos del aquilon. El más franco y completo regocijo verás pintado en nuestros semblantes; troncos enteros de pino, ardiendo, chisporrotean en la cocina, bajo la inmensa chimenea que da paso al humo abundante y deja ver el plomizo cielo; todos hablan y nadie escucha; este asa castañas; toca aquel el pandero; el de más allá canta; rasga uno la guitarra; hace gemir otro la zambomba; y para que la armonía sea completa, suena tambien el almirez, dos coberteras de hierro hacen de platillos y dos cucharas de castañuelas.

Esta escena de bullicio se repite en los hogares todos, y las ordinariamente desiertas y silenciosas calles de Vallehermoso participan en Noche-Buena de la general animacion. Sin miedo al frio, ni temor á la nieve resbaladiza, recórrenlas los muchachos, mozalbetes y mozos, especialmente los pastores, y rara vez algunas muchachas y mujeres golosas, gritando y cantando sin cesar de puerta en puerta, al són de todo instrumento sonante, zambombas, guitarras, panderetas y platillos, con preferencia. Aunque son muy pobres estos lugareños, no hay familia que no parta gustosa su pobreza con los que en Noche-Buena entonan en la puerta de su casa las coplas del Nacimiento. Castañas, bellotas, higos, pasas, nueces, remolachas, zanahorias... todo vale para aguinaldo.

Covarrubias deriva esta palabra de la voz arábiga *guineldun*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que equivale á regalar en el dia del natalicio. Nosotros los serranos, prescindiendo de toda cuestion etimológica, griego y árabe verdaderos para nuestra ignorancia, y dándosenos un ardite de la Real Academia española y de la cultura de la castellana parla, llamamos *aguilandos* á los regalos de Noche-Buena; y por un higo ó una zanahoria recorremos veinte veces el lugar, cantando por esas calles y puertas como locos.

¿Quieres formarte idea de nuestras coplas y cantares? Callemos, pues, que ya los pastoriles instrumentos alegran la puerta de mi choza. La música es monótona, pero dulce: la letra, como verás si atiendes.

—¿Cantamos?—pregunta el más descarado.

Esta pregunta quiere decir: ¿Nos dará V. algo? Yo que entiendo perfectamente el dialecto del país, contesto:

—Canta lo que quieras.

Esta contestacion significa: Tan amante soy de las tradicionales costumbres de mi lugar y de tal manera quiero celebrar la noche única que ha merecido el antonomásico nombre de *buena*, que dispuesto estoy á repartir *aguilandos* sin cuento. Los postulantes entienden tan claramente mi contestacion, que los grupos músicos cantan, sin preguntar, lo siguiente:

CANTOR

A esta puerta hemos llegado
con deseos de cantar
las coplas del Nacimiento
del Cordero celestial.

CORO

Digan todos como yo,
digan todos sin cesar:
¡viva la Recien-parida
y el Cordero celestial!

VARIANTE DEL CORO

Digan todos como yo,
digan todos y diré:
¡viva la Recien-parida
y el Patriarca san José!

Segun le parece que *dice* mejor, canta el coro indistintamente la primera ó segunda cuarteta, al terminar cada copla. Estas son muchas, debidas todas á la musa popular, por lo que, para no fatigar al lector, copio á continuacion las mejores sin alterarlas en lo más mínimo:

Caminito de Belen
va la Estrella refulgente
llevando en su claustro hermoso
al Señor omnipotente.

A caballo en un jumento
la Virgen á Belen marcha,
y san José va delante
pisando nieve y escarcha.

Esta noche es Noche-Buena,
y mañana Navidad;
que está la Virgen de parto
y á las doce parirá.

En un portal de Belen
nació un humilde Cordero;
el que para su grandeza
pequeño es el mundo entero.

Y á los pastores al punto
un Angel les avisó,
que en Belen habia nacido
su Mesías y su Dios.

Dejan todos el ganado
corriendo á cual más veloz;
preséntanle mil ofrendas,
y adoran al Redentor.

Uno le lleva un cabrito,
otro le lleva un jamon,
otro gallinas y tortas,
otro le lleva un capon.

Anton dijo: «A este chiquillo
en el zurron me lo llevo,
que no quiero que la mula
le tire coces al cielo.»

Todos los años venimos
á cantar por este tiempo,
en busca del *aguilando*,
las coplas del Nacimiento.

Si nos habeis de dar algo
no nos lo hagais desear;
que corre un aire muy frio
y nos podemos helar.

Si nos habeis de dar higos
no les quiteis los pezones;
que traigo yo aquí un amigo
que se los come á serones.

Si nos habeis de dar pasas
no les quiteis los raspajos;
que no falta éntre nosotros
quien se los come á capazos.

Alegraos, compañeros,
que ya la veo venir,
en una mano *aguilandos*
y en la otra mano el candil.

Alude la cancion al ama de la casa, que sale á repartir entre los cantores el solicitado aguinaldo. Recogidas las frutas ó zanahorias, cantan media docena de despedidas como la siguiente:

Echemos la despedida,
la que Cristo echó en Belen:
quien nos ha juntado aquí
nos junte en la gloria, amen.

Si alguna vieja mal humorada les hace cantar y los despide luego á gritos y sin darles siquiera un higo, ni una remolacha, los postulantes se vengan cantando despedidas picarescas y burlonas, y se marchan con la música á otra puerta. Por el camino entonan canciones como la siguiente:

La zambomba tiene un diente
y la muerte tiene dos;
y el pícaro que la toca
tiene más de veintidos.

Poco á poco disminuye la algazara, y á lo lejos se oye el consabido coro:

Digan todos como yo
digan todos sin cesar:
¡viva la Recien-parida
y el Cordero celestial!

Las cuadrillas de postulantes menudean que es una bendicion; por encanto desaparecen las frutas secas convertidas en aguinaldo; se hace cola-

(1) La de Albarracin.

cion como Dios manda, permitiéndonos únicamente probar los turrones que devorados serán al dia siguiente; y cuando un vuelo general de campanas anuncia al valle y contorno que va á empezar la misa del gallo, embozados hasta los ojos, y con un farolillo encendido en la mano, nos dirigimos á la parroquia. Mucho frio hace; pero ¿qué buen católico no conmemora en el templo la Natividad del Salvador?

Buenas noches, pues, lector pacientísimo, y mejores Pascuas.

MANUEL POLO Y PEYROLON

VOLTAIRE

I

Lo mismo que Lutero, de quien fué digno sucesor, Voltaire es el hombre más despreciable que haya existido, y uno de los que más mal han hecho.

Este famosísimo personaje, cuya historia, durante mucho tiempo embellecida de un modo fabuloso por sus panegiristas, resalta hoy en toda su evidencia de los hechos estudiados en sus orígenes, y se dibuja claramente en su asquerosa desnudez; este escritor, cuya vida entera fué un encadenamiento de infamias; este sér, á quien Federico de Prusia, desengañado, llegó á conocer tan á fondo, que lo tenia por un hombre *desvergonzado, degradado*, por *jefe de cábala*, no solamente chismoso, sino malvado, y á quien su temperamento, segun la confesion de Chabanon, hacia injusto, arrebatado, feroz; Voltaire, en una palabra, cuyo funesto nombre recuerda todos los vicios:—el mal hijo, el mal hermano, que jamás tuvo la menor sombra de cariño por su familia, cuyo nombre renunció por desprecio;—el mal ciudadano, que repudiaba formalmente su patria, que deseaba el triunfo de sus enemigos y no perdia una sola ocasion de rebajarla;—el vanidoso, que solicitó la llave de gentilhombre, se disfrazó con el título de conde y hubiera dado por obtener el de marqués *la gloria y la felicidad de su funesta vida;*—el ambicioso, que consentia hacer papel de espía por la vana esperanza de conseguir una embajada, faltando de este modo á la amistad de un príncipe, cuya íntima confianza profanó más tarde por un rasgo el más inexcusable de felonía;—el cortesano, que carecia de tacto á pesar de su talento, y que en Prusia se acarreó aun de su real cómplice los más humillantes insultos, y que en Lorena se hizo lanzar (esta es la palabra) de la Corte del *filósofo benéfico*, del más «indulgente de los príncipes;»—el avaro, á quien, segun el juicio de su propia sobrina, el amor al dinero *aflige profundamente;*—el jugador, que llegado á la edad de cuarenta años todavía exponia al azar de las cartas doce mil francos en un mes;—el petardista, que apaleado en Lóndres por haber defraudado á unos libreros, no por eso dejó de estafar la casa de Ledet y Desbordes en Holanda con una pasada digna de presidio, ni de reducir en Francia á la miseria á una familia por la más insigne mala fe;—el libertino, que nada respetó en el mundo con sus licenciosos desbordamientos, y que se complacia en ensuciar en la frente de la Heroína de la Francia el triple velo, sin mancilla, de la virginidad, del patriotismo y del martirio;—el hipócrita, como nunca se ha conocido, cuya mentira, sin fin ni tregua, era la teoría formal, lo mismo que la práctica diaria; que pasaba su vida en desaprobar sus obras, protestando, valiéndose del perjurio, que era una horrible calumnia el imputárselas; que se burlaba del sacrilegio y tenia por chiste ir á insultar á Dios en el maravilloso misterio del amor, recibiendo por fanfarronada el más augusto Sacramento de los cristianos; —el hombre sin entrañas, el egoista insensible y pusilánime que, calumniador siempre de los débiles y adulador de los poderosos, no supo encontrar en su alma una sola palabra de dolor y de indignacion en favor de la Polonia desgarrada en vida; ¡lejos de eso!... que se hizo al contrario el apologista formal del crimen de sus verdugos y cuya lisonja de antecámara ejercida en otro tiempo á los piés de la cortesana Pompadour, arrastrándose despues á los de la Du-Barry, conservó sus inagotables homenajes para los dos asesinos coronados de esa heróica nacion;—en una palabra, ese vil personaje á quien á pesar de sus talentos tan desgraciadamente empleados, todo hombre honrado de cualquier país, sistema ó religion que sea, debe mirar con el más profundo desprecio y clavar como infame en la horrorosa picota de la vergüenza, como lo aconseja un distinguido escritor: tal fué Voltaire. Hé aquí por qué ese demonio tan ardiente, tan insolente, tan perseverante, *ha hecho verdaderamente*, segun la palabra de Condorcet, *todo lo que nosotros vemos*. Embriagó con su risa la nobleza, la literatura, la sociedad entera.

Voltaire dirigia abiertamente la guerra contra la Iglesia, sirviéndose de todo el mundo, obligando á todo el mundo á servirlo. El ha escrito todos los planes que sus discípulos recogieron con el mayor cuidado, y no se sabe de lo que uno deba afligirse más, cuando se vuelven á leer esos archivos de la mentira: si de su vergonzoso mando, ó de la estúpida obediencia que por todas partes encuentra.

Voltaire habia hecho el siglo XVIII á su imagen; él lo animaba con su sarcástica risa; él le habia soplado sus aversiones é inspirado sus costumbres. Voltaire tenia un enemigo personal al que ambicionaba derribar aun á costa de los mayores sacrificios. La obra que Juliano el Apóstata no habia podido más que bosquejar en medio de su imperial poder, sonreia á esta imaginacion que queria engendrar un mundo.

Habia sido demasiado largo el triunfo de Jesucristo por la Iglesia; Voltaire se puso en campaña para borrar el Evangelio de la memoria de los hombres. Queria sustituir el reinado de su orgullo al reinado de la Cruz. Con él y por él, la corrupcion se tuvo por una originalidad, y el cinismo tomó aires de un rasgo de talento. Todo su genio consistió en vivir el mayor tiempo posible, aprovechándose de la estupidez humana. Poseia la malicia de la culebra y el veneno de la víbora. Su pluma inculcó en las masas uno de esos odios que, semejantes al puñal del salvaje, conservan eternamente su veneno. No quiso dejar á nadie Dios á fin de ser él el ídolo de todo el mundo.

Evocó auxiliares de todos los rangos de la sociedad, los reclutó en el trono lo mismo que en la más baja literatura. Los reyes y sus ministros llevaron en la frente, como una preciosa joya de popularidad, el estigma de sus interesadas alabanzas. Cuando él se vió rodeado de esos auxiliares del desorden, señalados por el apostol san Pablo, «de esos hombres apasionados de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, maldicientes, desobedientes á sus padres y a sus madres, ingratos, impíos, desnaturalizados, enemigos de la paz, calumniadores, intemperantes, inhumanos, más amantes del deleite que de Dios, y que arrastran tras sí como cautivas á mujeres cargadas de pecados y poseidas de mil pasiones,» creyó que su triunfo estaba asegurado.

II

A principios de 1778 se determinó Voltaire á dejar su retiro de Ferney por el incienso y el ruido de la capital. Tuvo en París la más brillante acogida; las academias le concedieron honores desconocidos hasta entonces; fué coronado en pleno teatro; todos los adheridos á la secta filosófica manifestaron el mayor entusiasmo. Era el triunfo de la irreligion personificada; pero no tardó en ser víctima de todo esto. La fatiga de las visitas y de las repeticiones teatrales encendió su sangre muy alterada por entonces; murió á consecuencia de una hemorragia y de una retencion el 30 de Mayo del mismo año.

Segun las relaciones más auténticas, Voltaire murió en la rabia y en la desesperacion, repitiendo: «¡Estoy abandonado de Dios y de los hombres!» En medio de contínuos terrores y agitaciones se le oia simultánea ó sucesivamente invocar y blasfemar al Dios á quien habia perseguido con sus maquinaciones y con su odio. Unas veces con voz lamentable, otras con el acento del remordimiento, las más en un acceso de furor, exclamaba: «¡Jesucristo! ¡Jesucristo!»

El moribundo se retorcia en su cama, se desgarraba con las uñas. Se habia creido durante algun tiempo que no moriria sin retractar sus errores y condenar sus extravíos, como lo habia hecho muchas veces en momentos en que el temor de lo porvenir lo volvia á la religion. Pero asediado de aquellos que en su vuelta á Dios hubieran visto su condenacion, murió en los transportes que el célebre Tronchin consideró como «la leccion más saludable que hubieran podido recibir los que habia corrompido con sus escritos.»—«Para ver todas las furias de Orestes, dice el mismo al Obispo de Viviers, no habia más que encontrarse en la muerte de Voltaire.»

Al acercarse el momento fatal, una nueva crisis de desesperacion se apoderó de su alma. «Yo siento, exclamaba, una mano que me arrastra al tribunal de Dios.» Y volviéndose al espacio que quedaba entre su cama y la pared con ojos azorados decia: «El diablo está ahí, me quiere coger... lo veo... veo el infierno... quitadlos de mi presencia.» Finalmente, él se condena á sí mismo en realidad á aquel festin al que su ignorancia y su pasion anti-bíblica habia hecho sentar con tanta frecuencia al profeta Ezequiel; y esta vez, sin burla, en un acceso de sed ardiente, llevó á la boca el vaso que contenia sus inmundicias y lo vació completamente. En seguida lanzó un último suspiro, y espiró en medio de sus porquerías y de la sangre que le salia por las narices.

Así concluyó, hácia las once de la noche, ese largo festin de Baltasar, durante el cual el impío habia manchado todos los vasos del templo. Pero el sacrílego habia muerto de miedo viendo á una mano vengadora escribir en la pared de su cámara fúnebre y arrojarle en desafío la fórmula de sus blasfemias: «Aplasta, pues, *al Infame.*»

Su muerte fué el coronamiento de su vida. Habia concedido á Dios veinte años, pasados los cuales debia desaparecer, y precisamente en esta época señalada por él luchaba contra la muerte en las angustias y los furores de una horrible desesperacion. Este desgraciado habia escrito á un sacerdote para que viniese á confesarle: Diderot, d'Alembert y Condorcet no le perdieron de vista á fin de impedirlo.

Voltaire habia escrito á d'Alembert: «Yo moriré si puedo riéndome,» y á Mad. Deffand: «Se dice algunas veces de un hombre: *Ha muerto como un perro;* pero á la verdad que un perro es muy dichoso en morir sin todo ese aparato con que se persigue el último momento de nuestra vida.» Lejos de poder morir riendo, no pudo conseguir la muerte que era para él el ideal de un dichoso fin: la muerte estúpidamente tranquila de un animal.

III

El corifeo del siglo que se ha llamado *filosófico* por excelencia no profesó otra filosofía más que una irónica negacion de toda religion y de toda moral. Toda la filosofía para él consistia, segun su propia expresion, *en aplastar al Infame*, es decir, Cristo, la religion católica.

Algunos de los mismos revolucionarios y escritores racionalistas se han encargado de formar una corona digna de aquel insigne bribon.

Citemos algunos de sus textos:

«Hombre de impulsos, de intenciones rápidas que no tardan en ocultarse, lleno de un entusiasmo que era más bien intelectual que moral, Voltaire, que defendia al género humano con sus esfuerzos en favor de la memoria de Calas y de la familia Sirven, adulaba al mismo tiempo á la emperatriz Catalina y al rey Federico de Prusia, santificaba sus crímenes, y se burlaba en versos innoblemente cómicos de la resistencia heróica de los polacos al desmembramiento de su patria.

»Apóstol de la tolerancia en materia de religion, era un tipo de intolerancia contra los adversarios y capaz de emplear contra ellos todas las armas, aun la calumnia.

»Hizo guerra encarnizada y rabiosa al Catolicismo, y amenazado por la muerte escribió una declaracion de fe católica y de arrepentimiento.

»He escrito esto por cumplir un deber de conciencia, y porque veo la admiracion por Voltaire aumentar entre los jóvenes, la cual es tanto más peligrosa, cuanto no conocen todas sus obras é ignoran su vida.

»No tuvo conocimiento de una ley suprema dirigiendo la vida del género humano; no tuvo conocimiento del progreso, ni de la ley humana, ni de la asociacion, ni de lo que constituye el fin y los medios de los tiempos nuevos.»—*Mazzini*.

«Voltaire sólo demostró originalidad en la sutileza de sus adulaciones; escritor escandaloso, que pervierte á la juventud con lecciones de una falsa filosofía, y en cuyo corazon entronizóse la envidia, la malicia, la malignidad, la venganza, la perfidia y cuantas pasiones degradan á la especie humana.»—(*Marat*).

«En general, cuanto ha escrito Voltaire despues de su *Tancredo*... deberia haberse quemado antes de ver la luz pública por respeto á sí mismo. Ha ultrajado á Mr. Buffon, como á todos los grandes hombres; digo á *todos*, sin olvidarse de uno solo, muerto ó vivo... Creo que no puede darse *nada de más ridículo* que cuanto Voltaire ha escrito sobre historia natural; ¡á tal punto son capaces de envilecer la ignorancia y la sátira! Ese hombre estuvo poseido de la más infernal envidia.»—(*Mirabeau*).

«Voltaire no comprendia la Biblia, ni Homero, ni el arte griego, ni las religiones de la antigüedad, ni el Cristianismo, ni la Edad Media. El siglo XVIII no fué amante de la ciencia séria, libre y grave; aplaudióse la *chocarreria*, la incredulidad burlona y superficial de Voltaire... sus insípidas chanzas, su tono á lo picaresco, sus hipócritas chuladas... la exégesis de la Tunantada.»—(*Renan*).

«Ese inmenso sumidero de basura, de indecencias, de impiedades, de mentiras y de bufonadas donde sobrenadan algunos escritos estimables, carece de atractivo para todo lector honrado. Su vida fué un dilatado escándalo... Su filosofía volvióse excelente para trocar las fiestas en llanto, los palacios en cárceles, las artes en barbarie. ¿Hay necesidad de otras pruebas de su debilidad que las momerías y las contínuas mascaradas que deshonraron su existencia? Veo á un hombre que reniega de sus obras, que da muestras de religiosidad, que estampa su firma en profesiones de fe, atormentado por el temor de los magistrados y de la policía; en fin, á un hombre disfrazado á un tiempo con la piel del zorro y con la del leon. ¿Y no es un mándria é hipócrita?»—(*Journal des Debats*).

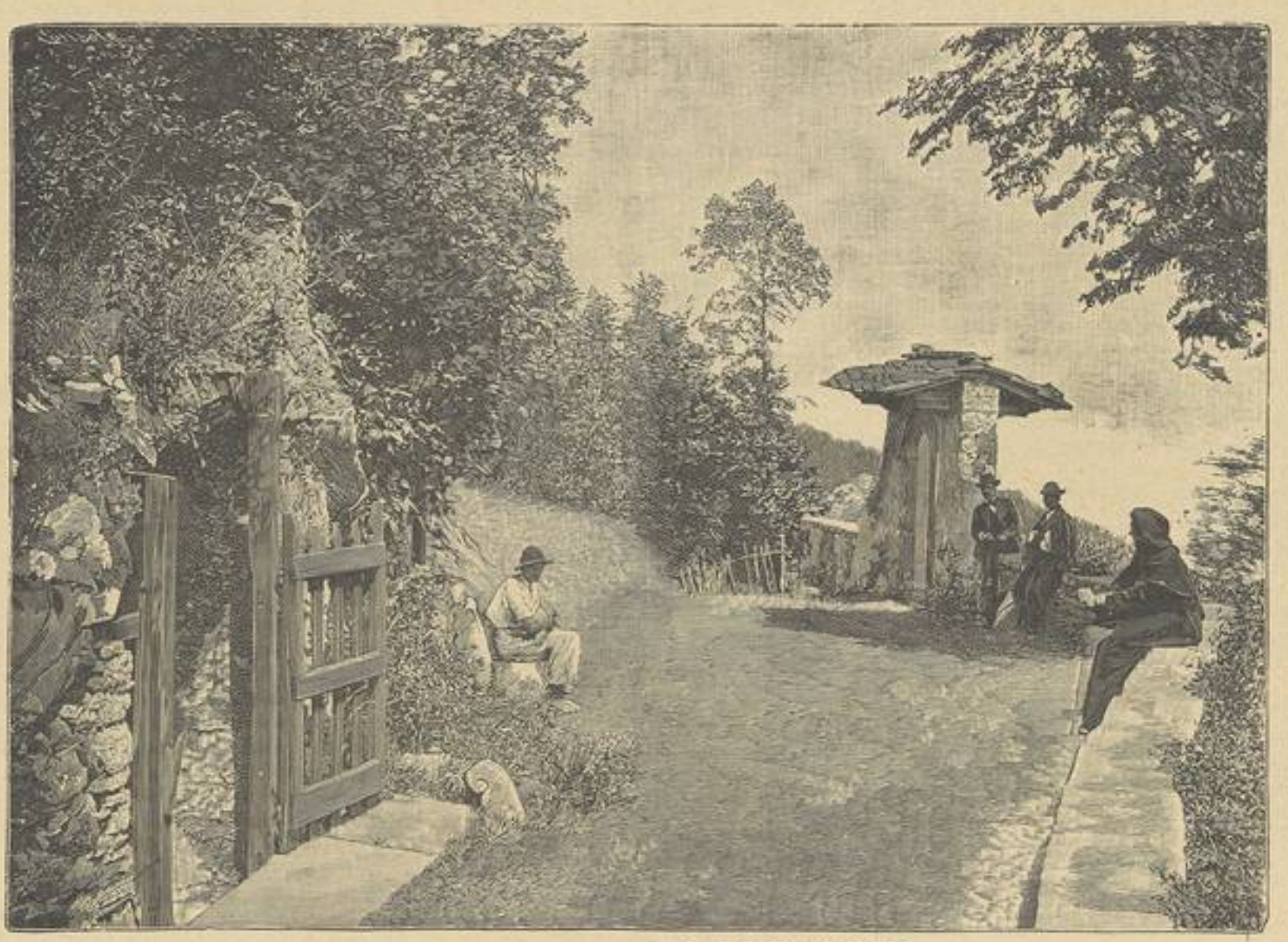
«(*Rayos y sombras*. Ojeada á una buhardilla, V y VI).—En un viejo estante figura un libro vergonzoso, repugnante, dejado allí por un vil transeunte; novela del siglo pasado, obra de ignominia. Entonces imperaba Voltaire, ese mono del genio, misionero del diablo entre los mortales.

»¡Oh época que enrojecida por el vino y la sangre, conservaste, hasta en la agonía, el tinte de la orgía! ¡Oh impío y castigado siglo XVIII!

»Mesa de dilatado festín que acaba en un cadalso: mundo ciego delante de Jesucristo é iluminado por Satanás: ¡vergüenza para tus escritores ante las naciones!

PASATIEMPO (ACUARELA DE P. REDINI)

EREMITORIO DE MONTESENARIO



LA GRUTA DEL BEATO ALEJO EN MONTESENARIO

»¡Pobre criatura, corazon tierno que todavía no sabe lo que es sufrir! ¡Pobre hija de Eva, pobre joven! Voltaire, la serpiente, la duda, la ironía, mantiénese oculto en un rincon de tu bendita morada, expiándote con su mirada traidora y riéndose de tí.

»¡Tiembla! ¡Ese sofista se ha enlodado no pocas veces. ¡Tiembla! ese falso sabio fué la perdicion de muchos ángeles. Ese demonio, negro milano, se arroja sobre los corazones piadosos y los desgarra con sus crueles zarpas. Pluma tras pluma he visto caer esas blancas alas con las que las almas suben al cielo.

»Cuenta los latidos de tu corazon al par que expía el menor de tus movimientos desde la sombra: sus ojos despiden llamas, y cual lobo rondador, cual tigre en acecho, aparece en el dintel de tu puerta su monstruosa cabeza.

»¡Ah! Si tu casta mano llegase á abrir libro tan infame, no tardaria en borrarse de tu alma toda idea de Dios. Aquella noche inclinarias tu frente triste y mohina para ver pasar de lejos por alguna arboleda las resplandecientes carrozas, y al dia siguiente moveríate á risa el santo pudor.»—*(Victor Hugo.)*

IV

Pero ningun escritor ha estigmatizado tan bien á este hombre abominable como el conde de Maistre: hé aquí algunos rasgos de este cuadro que representa al natural el carácter de aquel funesto personaje.

«Voltaire es insoportable en la historia. A pesar de su arte, de su elegancia y de las gracias de su estilo, ninguna cualidad podía reemplazar las que le faltaban y que son la vida de la historia: la gravedad, la buena fe y la dignidad.

»La monotonía se cierne sobre la mayor parte de sus escritos, que no se ocupan más que en dos cosas: la Biblia, y sus enemigos; blasfema ó insulta.

»Sus tan decantadas chanzas están muy lejos de ser intachables; la risa que excitan no es legítima; es un gesto, una mueca.

»¿No habeis reparado alguna vez que el anatema divino está escrito en su rostro? Id á contemplar su figura al palacio del Ermitaje. Ved su frente abyecta que el pudor no coloreó jamás; esos ojos apagados donde todavía parece que hierve la lujuria y el odio; esos labios acicalados por la cruel malicia, como un resorte pronto á aflojarse para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo.

»Semejante á ese insecto de los jardines que sólo dirige sus picaduras á las raíces de las plantas más preciosas, Voltaire no cesa de picar con su aguijon las dos raíces de la sociedad: las mujeres y los jóvenes, á los cuales inocula su veneno, que transmite tambien de generacion en generacion.

»Otros cínicos admiraron la virtud. Voltaire admira el vicio, se arroja en el fango, se revuelca en él y con él se alimenta.

»Cuando considero lo que podia hacer, y lo que ha hecho, sus inimitables talentos sólo me inspiran una especie de ira santa. París le corona; Sodoma le hubiera arrojado de su seno.»

V

Una coincidencia notable. Voltaire, que queria acabar con el reinado de Jesucristo, murió el mismo dia en que nuestra religion santa celebra la Ascension de Jesucristo á los cielos. La Providencia, ó como dicen los escépticos, la *casualidad*, tiene lecciones terribles.

LA ROSA DE LA MONTAÑA

BALADA

Por una nevada loma
La tímida planta mueve
Virgen bella;
Casta, inocente paloma,
Apenas deja en la nieve
Blanca huella:
Presta solícito anciano
Débil apoyo á su mano,
La acompaña,
Y entre la nieve continua
Cabe el anciano camina
La Rosa de la Montaña.
Purísima Gacela, que á despreciar se atreve
Los fieros aquilones, la congelada nieve
Hollando presurosa con planta virginal...
¿Dó camina?
¿Quién será?

—

Forma en su cándida frente
Rica diadema el cabello
De oro fino:
Vese del Alba luciente
En su hermosura el destello
Peregrino;
Y es su rostro una azucena
Que el sol de arreboles llena
Cuando baña
Su delicada mejilla,
Donde entre nácares brilla
La Rosa de la Montaña.
¡Oh tú la más hermosa de todas las mujeres!
Cuán bellos son tus pasos! ¿Dó vas? Dime quién eres,
Escuche de tus labios tu nombre celestial...
¿Dó camina?
¿Quién será?

—

Su pié menudo apresura
La graciosa peregrina,
Mira al cielo
Y albergue buscar procura,
Que la noche se avecina
Con su hielo.
¿No hallará algun techo amigo
Donde dormir al abrigo?...
No hay cabaña
Que brinde un rincon estrecho,
Do pueda encontrar un lecho
La Rosa de la Montaña.
Solloza el pobre anciano, mirándola aterido,
Suspira de la Virgen el corazon herido
Al ver que la desechan los hombres sin piedad...
¡Desvalida!
¿Dónde irá?

—

Hay en Belen unas piedras
Al pié del antiguo muro,
Desprendidas,
Donde se enlazan las hiedras
Formando un albergue oscuro
Recogidas:
Rústico hogar de zagales
Entre dos rocas iguales,
Que con maña
Juntaron á un tronco seco,
Se mira en el fondo hueco
Que aquella mansion entraña.
Allí guardó mil veces sus yuntas el labriego,
Allí contó las noches en torno de su fuego,
Y allí buscó un abrigo la tímida beldad.
¡Desvalida!...
¿Dónde va?

—

Lució la cándida luna
Sobre el azul estrellado
De los cielos,
Sin que la niebla importuna
Preste á su albor nacarado
Blancos velos:
Todo convida al reposo,
Y el silencio misterioso
¡Cosa extraña!
Solo interrumpe el vagido
De un Niño recien nacido,
Que se escucha en la cabaña.
¿Quién es el tierno Infante? Si entró con la doncella
Tan sólo el pobre anciano! Decidme ¿quién es ella?
Mas cánticos de gloria resuenan... escuchad...
¡Oh! decidme,
¿Qué será?

—

Tú, pastorcillo inocente,
Que duermes en la majada
Blando sueño,
¿No escuchas el lloro ardiente,
No la queja enamorada
De tu Dueño?
¿No te conmueve el gemido,
Que del establo ha salido,
Las entrañas?
Un Niño aterido gime,
Que entre los brazos oprime
La Rosa de la Montaña.
Allí, entre aquellas peñas, al pié del alto muro,...
Allí en aquel establo nació del seno puro
De candorosa Virgen la Estrella de Judá...
El que al hombre
Salvará.

José Trucharte.

LA NOCHE-BUENA DE 1793

Mamá,—decía una linda niña,—cuando Jesús venga esta noche para sonreir á los niños y traerles presentes, mientras ellos duermen, dile que soy obediente.

La madre, triste y pensativa, trabajaba. No contestó á la inocente niña, que continuó:

—¿Entra por la puerta el buen Jesús? No te duermas, mamá, y abre pronto cuando llame.

—No, hija mia, no me dormiré,—contestó la madre suspirando.

La niña replicó:

—Ofrécele asiento al lado del fuego; debe tener mucho frio recorriendo el mundo en una noche tan cruda.

La charla de la niña cesó, sus lindos párpados se cerraron luego, y pronto el sueño se apoderó de ella.

Su madre contempló el dulce semblante de la niña, le dió un amoroso beso y fué á arrodillarse al pié de un crucifijo. Despues apagó la lámpara y abrigándose con un manton salió. Era la Noche-Buena de 1793.

El Terror reinaba en Francia. La persecucion penetraba en todas partes.

«En ese tiempo, escribia Dumouriez, París era la ciudad más desgraciada y criminal que ha existido.»

Unos cuantos malvados, sostenidos por dos ó trescientos bandidos, hacian olvidar los crímenes de la víspera con los del dia siguiente. Verdaderos demonios sedientos de sangre, no encontraban más placer que en el crimen, y no se apiadaban nunca ante las lágrimas, ni conocian el remordimiento.

Doquier surgian traidores; la delacion estaba á la orden del dia; cada paso era vigilado, cada palabra interpretada, y con frecuencia convertida en sentencia de muerte.

En aquel tiempo la monarquía estaba prisionera en el Temple; la ley se llamaba Robespierre, y la justicia Fouquier-Thionville.

Sucesivamente se ejecutaron los crímenes más inauditos con la sangre fría y el cinismo que da la costumbre del asesinato. Luis XVI subió al cadalso.

La ley se cubrió con un tupido velo é hirió la majestad real caida; jueces como los que condenaron á Luis XVI, convierten sus víctimas en mártires. El cadalso es á veces un pedestal y la sentencia de muerte una apoteosis; la sangre del Rey mártir quedó en la frente de los miembros de la Convencion, y el tiempo, que lo borra todo, no lavará la mancha de su crimen.

A su vez, la Reina recorrió el fúnebre camino del Temple á la plaza de la Revolucion.

En fin, en la época en que da comienzo nuestra historia, el culto á la Razon habia reemplazado al culto católico, y Danton disputaba á Robespierre el honor de ser el primero entre los

asesinos y el más insensato de la Convencion entregada al delirio.

Nuestra heroína, al salir de su casa, con paso rápido se internó en las calles de París, por las que no transitaban á aquella hora más que las patrullas de los guardias nacionales.

La vigilancia de estos era el espionaje armado, y la seguridad que daban era el permiso de hacer daño sin riesgo.

Al penetrar en una calle, tropezó nuestra desconocida con una fuerte patrulla de federales.

—¿Dónde vá la ciudadana?—le preguntó el jefe.

—A mis negocios, como vosotros vais á los vuestros.

—Repito que digas dónde vas.

—¿Y si no me place decirlo?

—Te prenderé. Preséntame tu certificado de civismo.

La desconocida al oir esto perdió la paciencia y contestó con indignacion:

—¿Acaso vuestros papeluchos tienen otra virtud que la de dar importancia á los pícaros?

—Basta de palabras... seguidme á la prevencion y allí os explicareis.

—No,—dijo la desconocida, retrocediendo algunos pasos.—No me conducireis á la prevencion: donde vais á acompañarme es á casa de Danton, y os prevengo que sereis responsables de lo que suceda si me deteneis en mi camino y me impedís llegar donde me dirijo.

—Vamos, pues, á casa de Danton,—dijo el jefe á sus subordinados.

—¡A casa de Danton!—repitieron los nacionales.

Danton ocupaba una casa de modesta apariencia en el barrio de San German.

El presidente de la Convencion olvidaba en alegres banquetes la sangre que habia mandado verter.

No se habian extinguido por completo todos los nobles sentimientos en el corazon de aquel hombre sanguinario, que en aquel momento celebraba, no para conmemorar un recuerdo religioso, sino arrastrado por un instinto que no se explicaba, un banquete al que habia convidado á sus íntimos amigos.

Cuando llegó la patrulla acompañando á la pobre mujer, acababan de sentarse á la mesa, y al pronto se negó á recibirlos; pero habiendo insistido el jefe de los guardias nacionales, se les permitió entrar en la sala del festin.

Fabre d'Englantine, Lacroix y otros miembros del Comité de salud pública, estaban allí bebiendo por la inmortalidad de la república y el aniquilamiento de los traidores.

Danton, al ser molestado en medio de sus placeres, no se mostró muy amable, y con tono brusco preguntó al guardia nacional que estaba en la puerta:

—¿Qué me quieres?

—Acompañamos á esta mujer, que desea hablaros.

—Y bien,—dijo Danton á la mujer,—¿qué dices tú?

—Que deseo hablaros.

—Ten presente que todo el mundo se tutea en el reinado de la benéfica revolucion; esto es más sencillo y más cordial. Vamos, habla, ciudadana, ¿qué se te ofrece? murmuró Danton.

—Vengo á pediros un acto de justicia, ciudadano presidente; la libertad de un inocente. Mi marido fué detenido ayer, y confio que no enviareis al cadalso á los acusados sin permitir defenderlos.

Danton despidió con un gesto á los guardias nacionales, y se dirigió á la desconocida, á la que hasta entonces apenas habia mirado.

—¿Cómo se llama tu marido?

—Enrique Deauterive.

—Es un ex-noble.

Camilo Desmoulins no dió tiempo á que la mujer contestara al oir el nombre del detenido y exclamó:

—¡Enrique Deauterive! le conozco; hemos sido condiscípulos en el Colegio de Luis el Grande; era una inteligencia sin iniciativa, un alma sin entusiasmo, y creo que amigo de los clérigos: estará afiliado al partido realista y será hoy uno de tantos espías.

—Podeis asesinar á vuestros enemigos,—exclamó la mujer con noble indignacion,—pero insultarlos es una cobardía que un hombre no debe cometer. Enrique está en la prision por haber cumplido con su deber.

—Sepamos qué ha hecho,—preguntó Danton.

—Despedirse de un condenado á ¡muerte amigo suyo. Estrechó la mano á un desgraciado, que vuestra carreta mortuoria conducia al cadalso, y fué detenido por vuestros secuaces, para los que la amistad es un crimen y que niegan á los vivos el derecho de consolar á los que van á morir. Sois todos unos cobardes, y no podeis comprender que existan almas nobles con valor para desafiar vuestra sangrienta cobardía. Mi marido ha dado una prueba de valor que debierais admirar en vez de castigar, pero os afirmo que no morirá.

—Y ¿quién firmará la gracia de tu marido?—preguntó Fabre d' Englantine.

—Danton,—contestó la mujer.—Danton que está entre vosotros.

Danton se aproximó á la mujer.

—Sin duda—le dijo riendo—te has propuesto apurar mi paciencia y hacer que te mande á hacer compañía á tu marido.

—No lo hareis,—replicó la mujer,—os conozco hace años, y no creo que se hayan borrado por completo de vuestro corazon todos los nobles sentimientos, y que hayais olvidado los recuerdos de vuestra infancia; recuerdos que me propongo invocar.

Al ver su noble continente y la seguridad y firmeza de sus palabras, todos la escucharon con sorpresa. La desconocida tomó, sin cumplimiento, una silla que nadie le habia ofrecido, y sentándose continuó:

—Hace veintiseis años que en este dia se celebraba la Misa del gallo en la iglesia de una aldea. La concurrencia era inmensa: los aldeanos habian tenido que caminar sobre grandes capas de niebla helada para llegar al templo; pero todos recordaban el frio que el Niño Jesús debió pasar en el pesebre, y este recuerdo hacia olvidar el que sentian. Todos los asistentes habian tomado asiento en los bancos de nuestra humilde iglesia; la oracion hacia olvidar asimismo á las mujeres, arrodilladas en el húmedo pavimento del templo, la tempestad de la noche.

Una piadosa leyenda de nuestro país refiere que los pastores que habian ido á visitar el pesebre, llevaron consigo un cordero para ofrecerlo como presente á aquel Niño, tan pobre que habia nacido en un establo, y tan grande que los ángeles cantaban sobre su miserable cuna.

En recuerdo de este dón de los pastores, cada noche de Navidad se llevaba á la iglesia un cordero que era conducido por un niño. Era un gran honor ser elegido pastor del cordero, destinado á honrar el nacimiento de Jesús.

Danton miró atentamente á la desconocida, que pareció no notarlo, y continuó:

—Aquella noche, el pastor del cordero del buen Jesús era un niño de dulce mirada, amado de todos por su sencillez y su buen corazon. Al ir á comenzar la Misa entró en la iglesia con su cordero, orgulloso de su mision. Todas las miradas se fijaron en el blanco y hermoso cordero y en su lindo y apuesto conductor, y se oyó en el templo murmurar á los concurrentes en voz apenas perceptible: «Ese pequeño Danton es piadoso como un ángel é inocente como su cordero.»

El convencional dió un salto en su asiento.

—No escucheis los cuentos de esa mujer,—dijo.—Cualquiera creerá, al oirla, que yo me he metido en la piel del diablo despues de arrojar mis alas de ángel.

La desconocida le impuso silencio y continuó:

—Era costumbre el dia de Navidad que el cordero penetrara en todas las casas: esto traia felicidad. El pequeño pastor era aquel dia el rey de la aldea. Se le dirigian peticiones demandando gracias, y se tenia la creencia de que Dios ratificaba las bendiciones que concedia aquel inocente rey con inagotable munificencia. Recordais, Danton, que una pequeña niña de la aldea os dijo lo siguiente: «Gentil rey, os pido tener siempre un corazon compasivo, en el que domine la fuerza para el sufrimiento á la satisfaccion de la felicidad.» El pequeño rey me contestó: «Tienes excelente corazon, Juana!»

—¡Es verdad!—murmuró Danton, dominado por la emocion.

—...«Te concedo conservar siempre el corazon generoso que te reconozco, y quiero ser como tú, Juana, y no me negaré jamás á ser útil á mis semejantes, y sobre todo á tí.»

¿Lo oís? Danton, me prometisteis no rechazar jamás la ocasion de hacer el bien: yo soy la pequeña Juana....

—¿Vos?—exclamó Danton.—¡Oh! debia haberlo adivinado. Todo lo recuerdo; la antigua iglesia, el pequeño cordero, mi grandeza de un dia y mi infancia llena de inocentes alegrías; todo ha desaparecido; yo no conduzco corderos hoy.

—Déjate de intempestivas emociones, Danton!—murmuró un convencional.

Danton continuó:

—No conduzco corderos, conduzco hombres. No concedo gracias con mano infantil; firmo sentencias de muerte con mano brutal. He sido rey, Juana, exclamó cambiando de tono y aproximándose á la desconocida, y quiero serlo hoy todavía, únicamente para tí; los reyes no están á la orden del dia, y no he de ser yo quien los resucite. Dices que tu marido está preso, y vamos á devolvértelo, pobre Juana. Ciudadanos,—añadió, dirigiéndose á sus convidados;—permitidme cumplir uno de mis compromisos de infantil rey. No se nos presentan muchas ocasiones de poder hacer bien; nuestro deber nos obliga á verter más sangre que á enjugar lágrimas...

—Tienes razon,—exclamó Camilo Desmoulins;—quiero una vez en la vida adular y obedecer á un rey. No quiero mal á ese Deauterive y aplaudo la generosidad del ciudadano presidente, digo, del rey.

Todos los asistentes repitieron riendo:

—¡Viva el rey Danton!—grito siniestro en sus bocas.

La causa de Juana estaba ganada.

Danton habló con ella largo rato; con palabras llenas de afecto se informó de su situacion, de sus necesidades, de sus temores, y ofreció velar por su seguridad y la de su familia. Al despedirse le estrechó la mano y le dijo:

—Vé tranquila, pobre Juana; al amanecer estará libre tu marido.

Juana se dirigió á su casa. Era media noche. París no festejaba el nacimiento del Niño Jesús; las calles estaban desiertas; las iglesias cerradas; mas, para Juana, Navidad se celebraba con todo esplendor y veia un cortejo de ángeles siguiendo el vuelo del pequeño Jesús, del cielo sobre la tierra...

Llegó el alba y con ella penetró en la pobre

CAIRO.—CARAVANA DE EUROPEOS EN MARCHA PARA LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO

morada la esperanza de ver llegar al prisionero.

Llamaron á la puerta.

Enrique Deauterive entró. Al ruido despertó la niña.

—¿Ha venido el Niño Jesús?—preguntó:—¿mamá, qué me ha traido?

—La libertad de tu padre,—respondió la pobre Juana derramando lágrimas de alegría.

LA ESCRITURA

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS

V

Segun era la sustancia empleada para la escritura en los diversos tiempos, así variaba y se mejoraba el objeto ó herramienta empleada para trazar los caractéres.

En la piedra escribian ó grababan con hierro; en las cortezas de los árboles, con cuchillos; en las tablillas enceradas, de que ya hemos hablado, con unos punzones redondos ú octangulares de hueso, bronce ó plata, y á veces muy adornados. Su forma era muy semejante á la de nuestros lapiceros, teniendo un extremo puntiagudo para grabar las letras y otro plano para borrarlas y enmendarlas. A éstos les dieron el nombre de *estilos (stilum)*, y de esta palabra se deriva la frase literaria *tener buen estilo* para calificar al buen escritor, en equivalencia de la cual se dice tambien hoy *tener buena pluma*, por razon del instrumento con que se escribe.

El estilo era empleado tambien como arma ofensiva, á la manera que hoy las navajas entre el pueblo, cuya impropia aplicacion del estilo dió ocasion á ser prohibido por una ley en Roma, y los historiadores nos dicen que con estilos fué asesinado César. Despues hallaron el medio de reseñar los caractéres en ciertas materias, valiéndose de algunos licores coloreados, ó sea con tinta. Dioscórides y Plinio nos enseñan su composicion, la cual difiere de la nuestra, pues buscaban un negro glutinoso, de cuyo color usaban generalmente; pero en las iniciales, ó sea en la primera letra con que empezaban los escritos, en las primeras líneas, en las notas y textos notables, en las miniaturas, y sobre todo en las firmas, usaban la tinta metálica de colores, empleando con notable preferencia el rojo, de donde procede la palabra *rúbrica*. Guevara nos dice que la tinta con que escribian los antiguos fué primero de un pez que se llamaba *jibia*; despues la hicieron de zumo de zarzas: despues, de hollin de humo; más adelante, de bermellon, de cardenillo, y al fin la inventaron de agallas, caparrosa y vino.

Estas son, segun el cronista de Carlos V, las sustancias de que sucesivamente, y segun los tiempos, se ha hecho y perfeccionado la tinta. Los escritos hechos con esas tintas por los antiguos, y que aun existen, conservan generalmente un matiz negro y brillante. En la Edad Media se usaron mucho estas tintas, y sobre todas la roja y azul, con las cuales hacian en las letras de sus libros y escritos preciosas combinaciones; pero desde el siglo XIV hasta el Renacimiento la tinta fué perdiendo su colorido y excelencia, hasta el punto de que hoy no se ha hallado aún la fórmula para hacer una buena tinta que sea invariable á la destructora accion del tiempo.

SECCION RECREATIVA

JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 26

Negras

Blancas

Las blancas dan mate en *cuatro* jugadas

SOLUCION AL JUEGO DE AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 25

Blancas	Negras
1. T 118-115	1. A 86: A 61
2. T 115: P. 65	2. R 56-65
3. D A4: P. C6 mate.	

y variantes

Imp. de LA HORMIGA DE ORO, Rambla de Santa Mónica, 16

LA HORMIGA DE ORO

AÑO VI (1889) — BARCELONA 28 DE DICIEMBRE — SÉRIE II.—NÚM. 105

SUMARIO DE ESTE NÚMERO

TEXTO

Un rato de conversacion, por L. M. de Ll.—*Crónica hebdomadaria*, por Lupercio.—*Teresa de Jesús* (poesía), por Francisco Jimenez Campaña.—*La navegacion submarina.*—*La escritura desde su orígen hasta nuestros dias* (conclusion), por Leon Carbonero y Sol.—*Necrología.*

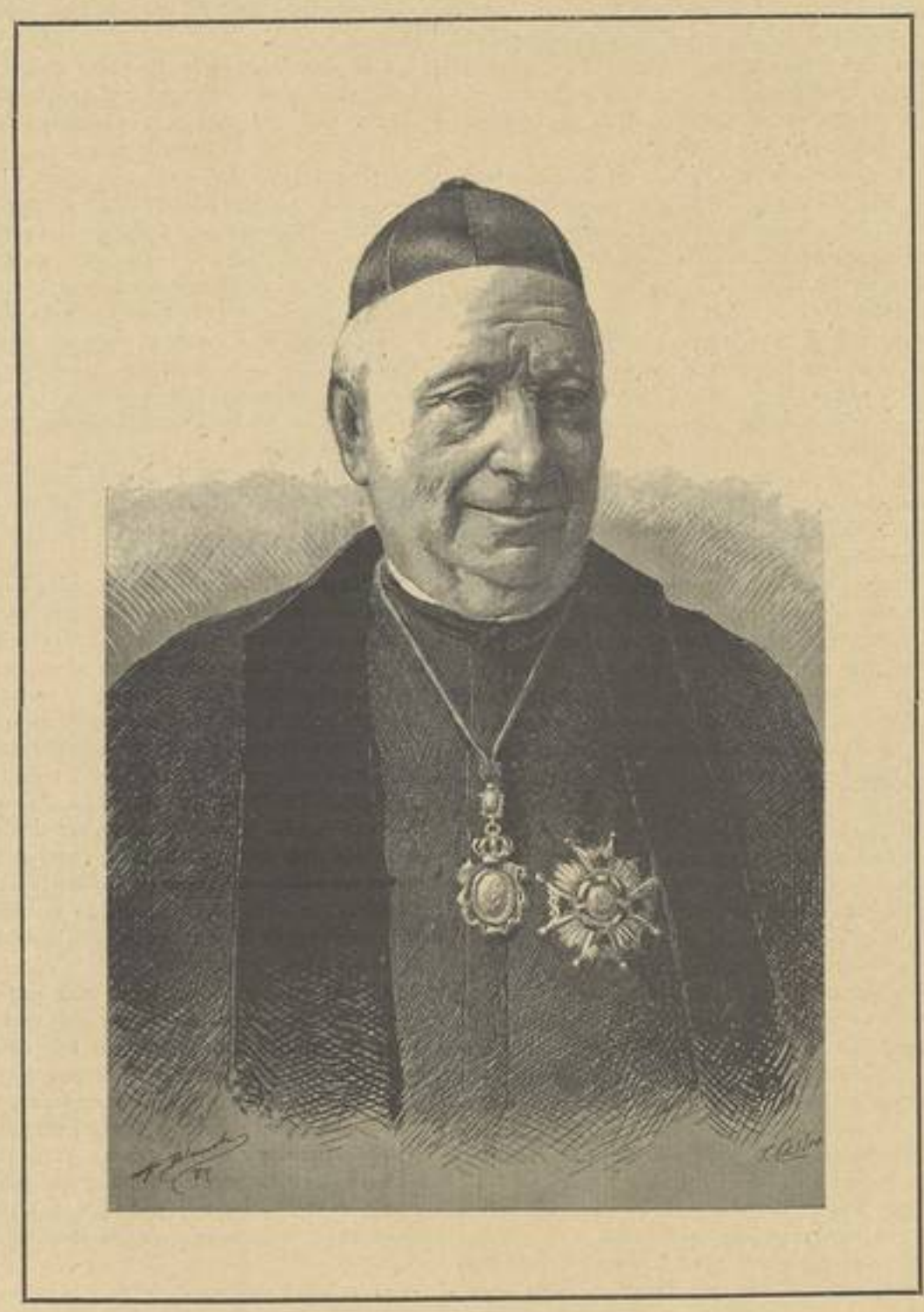
GRABADOS

EXCMO. SR. D. PEDRO BERROY Y SANCHEZ, decano de los profesores universitarios de España.—Véase pág. 639.

EL «BROADWAY» DE NUEVA-YORK.—El *Broadway* (calle Ancha) es la gran arteria de la populosa ciudad norte-americana, cruzándola de Norte á Sur, desde el puerto hasta la campiña, en una extension de siete kilómetros. Allí están las mejores construcciones de la ciudad; magníficos palacios que no tienen rival en Europa; las más opulentas casas de comercio, los más ricos depósitos de las artes industriales. Omnibus y carruajes innumerables que cruzan en todas direcciones, multitud de gentes que transitan á pié, portadores de llamativos anuncios, vendedores ambulantes, etc.: tal es el aspecto que ofrece diariamente el *Broadway* en sus principales puntos de reunion, donde se observan individuos de todas las razas humanas y donde se oyen palabras de todos los idiomas conocidos. El grabado, que viene á representar como una seccion transversal de la famosa vía, ofrece una idea bastante exacta de aquel inmenso *maremagnum* popular.

«TEMPUS FUGIT» (cuadro de M. T. Davidson).—¡Qué lecciones tan elocuentes ofrecen al ánimo reflexivo y pensador estas dos solas palabras! La brevedad de la vida y la certeza de la muerte, lo caduco y efímero de las vanidades mundanas y la fijeza é inmovilidad de los destinos eternos, la miseria de nuestro cuerpo y la sublime grandeza de nuestro espíritu, todo se nos viene instintivamente á la memoria al pronunciarlas. Y si el hábito no nos hubiese enseñado á mirar con la mayor indiferencia lo más elevado y que más de cerca interesa á nuestra felicidad, estas breves palabras debieran estremecernos. *Un año más*, decimos al espirar cada año, sin advertir que no es en realidad sino un *año menos*, ó si se quiere, un paso más en esa senda desconocida, al fin de la cual fuerza será que abramos los ojos que ahora tan de nuestra voluntad mantenemos cerrados. El mismo buen sentido nos dicta estas verdades que debiéramos imprimir de un modo indeleble en nuestro corazon, para que fuesen ellas el móvil único y exclusivo de nuestras acciones.

Ante lo fugaz del tiempo y lo deleznable de esta vida, una sola idea trae al ánimo contristado la calma y la serenidad perdidas: sólo Dios es eterno y sólo adhiriéndonos á El íntimamente, podemos llegar á participar de esa inmortalidad por la cual tan ardientemente suspira la porcion espiritual de nuestro sér. Esta vida inmortal é imperecedera, y no la efímera de acá abajo, debe ser el objeto de nuestras esperanzas.



EXCMO. SR. D. PEDRO BERROY Y SANCHEZ

DECANO DE LOS PROFESORES UNIVERSITARIOS DE ESPAÑA († 9 DE NOVIEMBRE PASADO)

UN RATO DE CONVERSACION

Muy optimista me pareció V. el último dia...

—¿Por qué?

—Por la poca gravedad que atribuye V. á lo que ocurre en el campo católico. Para mí la tiene grande, y no soy tan optimista como V.

—Todo depende del lado de que se mire la cuestion. Un cuchillo medido de punta á cabo es muy largo; si se mira por lo ancho de la hoja presenta mucha menos extension, y mirado por el canto es cosa insignificante; y el cuchillo es siempre el mismo.

Las cosas son lo que son, y si se quiere conocerlas bien hay que mirarlas por todos lados. Yo miré la cuestion presente por un solo lado, por el más largo; y mirando á la punta me pareció que allí estaba su terminacion; esto es, que acabaria en punta, como vulgarmente se dice, reduciéndose paulatinamente hasta concluirse el hierro.

Ya sé que tiene otros puntos de vista; el del filo, que puede causar heridas; el de la misma punta, que puede clavarse en alguna parte; el del mango, con el cual, manejado con fuerza, es posible hacer daño.

Pero mirando á lo lejos, y no fijándose tanto en lo del dia, repito á V. que cuando se hayan cansado los brazos de dar cachetes y las mejillas se hayan separado de esos brazos lo suficiente para que no les alcancen, habrá terminado la lucha presente.

¿Para qué, pues, intervenir ahora en ella aumentando el número de los beligerantes y con esto la importancia de la pelea?

—Con esto lo que hace V. es predicar la indiferencia.....

—No señor. Predico la paz. Quiero que no se pierda el tiempo discutiendo quién es bueno y quién no lo es, quién es mejor y quién es peor, que al fin y al cabo la Iglesia lo dice, y dentro de los que aceptamos por completo sus enseñanzas no cabe que un seglar excomulgue á otro, ni que lo haga siquiera un sacerdote, ni muchos que no hayan recibido de la Iglesiá mision para hacerlo, sólo porque no se aceptan sus mismos puntos de vista, sus procedimientos y sus fines.

¿No lo ve V.? Unos conservan sus esperanzas de restauracion católica por medio de D. Carlos: otros se figuran que por medio de una república católica podria lograrse mejor; los de mas allá esperan que en el momento preciso vendrá un príncipe santo que realice esta grande obra; y los de allá creen que aún puede sacarse partido de lo existente, con tal que á ellos se les encarguen las riendas del poder.

Antes todos estos estaban unidos y acordes en el fin y en los medios.... ¿Que ahora se han dividido? Pues lo lógico es, ante todo, procurar la concentracion de nuevo de estas fuerzas; pero no por medios violentos, ni valiéndose de engaños y calumnias, que al fin y al cabo el tiempo las desvanece, sino por medio de buenas razones, de discusion reposada y leal.

¿Se consigue? pues nada ha pasado y volveremos á ser todos unos.

¿No se consigue? ¡qué hay que hacerle! no queda más remedio que dejar andar las cosas, renunciar por ahora é esta ventaja y esperar que el tiempo y la lógica hagan su oficio inexorable.

Dado que ya no es posible pensar en reducir á los disidentes, pues á la altura á que han llegado las cosas seria ya perder el tiempo insistir en esta empresa, lo razonable es que nos dediquemos todos á cosa de más provecho.

—¿Y cuál le parece á V. que ha de ser esta cosa?

—Muy sencillo. En vez de querer destrozar á las fracciones católicas que no opinan como cada una de las demás, lanzarse al terreno de la propaganda y trabajar la opinion á fin de atraérsela cada una.

Así, el que esté por la república católica que lo diga francamente, sin ambajes ni temores, y vea si puede con esta bandera atraerse las fuerzas suficientes para implantarla en Madrid.

El que sea alfonsino, que haga un partido católico intransigente que eche á los masones y liberales que sostienen la cuna de D. Alfonso, y sea el que definitivamente restablezca el reinado social de Jesucristo.

El que no sepa todavía á qué príncipe encomendarse y no tenga confianza ni en D. Carlos ni en D. Alfonso, que forme el partido del rey futuro-condicional, es decir, con la condicion de que Dios quiera darlo.

Y los que tienen su firme esperanza en D. Carlos y en su dinastía, que sostengan con firmeza y constancia su bandera, sus principios y su programa.

Y al que Dios se la diere san Pedro se la bendiga. O en otros términos: el que tenga más fuerza y mejor persuada á la opinion pública en su favor, que éste se lleve la palma.

—¡Jesus! ¡Que batiburrillo propone V!.. No faltaba más sino que mientras los revolucionarios se unen y preparan una formidable acometida vinieran los católicos á fraccionarse en cuatro partidos. ¿Qué resistencia encontrará la revolucion? y ¿qué esperanza tendrá España de que pueda ponerse fin á los horrores y á la anarquía revolucionarios?.. Si el partido carlista fuera vigoroso habria motivos para esperar que, cual las otras veces, fuera el salvador de los intereses sociales de España...

—Pero ¿qué quiere V. que le haga, amigo mio, si hay varios que, habiendo opinado antes como V. acaba de decir, ahora opinan de otra manera?

—¿No cree V. que cuando la ocasion llegue y se vea de cerca el peligro se obrará un gran cambio en la opinion pública, y cual sucedió despues de la revolucion de Setiembre, se desarrollará el partido carlista, logrando fuerzas aun mayores que las que entonces llegó á tener?

—Claro está que lo creo: por esto me rio ahora de estos conatos de nuevos partidos católicos, todos artificiales y, por consiguiente, sin consistencia ni medio alguno para luchar con otros enemigos que con los católicos, como ahora lo hacen sin peligro alguno y sin costarles ningun sacrificio personal, antes recibiendo las sonrisas de satisfaccion de los partidos revolucionarios gubernamentales.

Por esto, ya que no puede hacerse entrar en razon á los que disienten, no hay más sino proponer esta solucion: que vivamos todos y cada uno trabaje su partido, hasta el momento en que la oleada revolucionaria los disperse todos.

Entonces sólo resucitarán los que tengan medios para luchar; y verá V. como quedan deshechas todas estas partidas que hoy quieren pelechar.

—Pero, ¿no le ve V. ningun inconveniente á esto?

—Sí señor, y muchos.

Entre ellos veo uno muy grave.

—¿Cuál?

—El que viendo á los católicos tan divididos y enconados entre sí, y debilitado el partido carlista, la revolucion apresure sus intentos creyendo que ha desaparecido la fuerza que podia hacerle frente.

—Tiene V. mucha razon. ¿Pero qué remedio le encuentra V. á esto?

—Que se unan estrechamente todos los elementos católicos.

—¿De qué manera? ¿Haciéndose carlistas todos los católicos?

Una voz.—Eso no: yo soy católico y no quiero ser carlista, porque no lo he sido nunca.

Otra voz.—Yo era carlista, pero no lo soy ya; D. Carlos se ha hecho liberal...

Otra voz.—Yo creo que no hay medio más práctico que el de unirse todos para sostener lo existente y defenderlo contra la revolucion fiera que nos amenaza á todos igualmente.

Otra voz.—Señores: no sean Vds. visionarios; no hay, no ha habido, no es posible que haya otro partido católico fuerte más que el carlista...

Otra voz.—Pues antes que D. Carlos el diablo. (Histórico).

—Amigo mio, ahora acaba V. de oir la solucion del enigma. En este desconcierto de voces y de voluntades quien lo arreglará todo será el diablo...

—¡Qué dice V.!

—Nada, que este es el más seguro de cuantos vaticinios puedan hacerse. Vendrá el diablo á resolver las discordias; y estos señores que tal piden serán oidos. No lo dude V.; el diablo vendrá á recoger el fruto de las divisiones que ha sembrado... Vendrá el diablo antes que D. Carlos. Esto es para mí lo más seguro.

—¡Qué picarin es V.! Acabe V. de decir lo que se le queda en el buche!

—Pues allá va: que los que no se conformen con la manera como el diablo los tratará se unirán entonces como un solo hombre y buscaran muy decididos y compactos el remedio... donde se ha hallado siempre.

L. M. de Ll.

CRÓNICA HEBDOMADARIA

La gran lotería.—*Las tres cruces*, comedia de D. Juan José Herranz.

Progresivamente hemos llegado á la Pascua de Navidad, en cuyas vísperas se escribe esta crónica, retocada del frio extremado que reina este invierno.

Y mi primer pensamiento es desear á los lectores que la pasen con toda felicidad y aumento de bienes, espirituales y temporales. Y no les deseo que les haya caido *el gordo*, esto es, el primer premio del sorteo extraordinario que en este tiempo perpetra la Banca oficial, porque casi seria inútil, en razon á que *el gordo* casi siempre le cae al Gobierno.

No: dejémonos de fábulas como la de la lechera y festejemos el nacimiento del Dios niño como cristianos, esto es, sin *comer, beber y arder*, como lo hacen los liberales, que en estas épocas se llena el pancho de la manera más progresística que se puede decir y pensar.

Vámonos, pues, á pasito para que dure esta vida, que es jornada que se hace en una noche, como reza el proverbio indio, y empleémosla en amar, servir y gozar á Dios para recibir en la otra sus ósculos inefables.

Y despues de este exordio, preambulillo ó delantal de crónica, séame permitido decir que la Navidad en Madrid se presenta como todos los años, opulenta de ruidos, de manjares suculentos, golosinas y *bebestibles*, con que hacen su

Agosto las industrias moribundas durante el resto del año.

Así es que lo único que falta para celebrar la Pascua con regulares bocados y sorbos es dinero, y de aquí la tentacion nacional de buscarlo en la Banca oficial, quiérese decir en la lotería.

A la cual quizás deba nuestra humanidad doliente el ahorro de algunos cólicos é indigestiones, de esos que allanan los caminos del *in pace*.

Porque es evidente que lo que se emplea en la lotería se retira de la circulacion, segun los computos más racionales, y dinero que se lleva el fisco no sirve para atracarse de dulces y jamon.

Es verdadero furor el que se desata en España en esta época del año por jugar á la lotería, cuyo gran sorteo reune menos probabilidades de triunfo, quiérese decir menos probabilidades de favorecer á los jugadores.

Como que no parece sino que está exclusivamente confeccionada para cazar aves zorras, que el fisco despluma y pone á la parrilla para comérselas, bien doradas, con sus siete carreras de dientes.

Lo que avisa el telégrafo que ha ocurrido este año en Zaragoza, pone de relieve el crecimiento de los apetitos y concupiscencias loteriles, al par que evidencia hasta dónde se va rebajando el nivel intelectual de nuestro pueblo.

Léalo el que guste hacerlo, que es como sigue:

«Llama la atencion de las personas timoratas, dicen á *El Resúmen*, la extremada aficion que existe este año en Zaragoza al juego de la lotería de Navidad. Calcúlase ascenderá á dos millones de reales lo que llegará á jugarse. Sólo entre los empleados de la estacion de Barcelona, á quienes el año pasado correspondió un premio, han sido tomados 16 billetes, de los que no dan participacion á persona extraña.

»Tal delirio tienen actualmente por el futuro sorteo, que el jefe dícese ha prohibido hablar de lotería, bajo la pena de expulsion.

»Créese por algunos de esta capital, que el delegado de Hacienda Sr. Bol, si no está incluido en la reciente combinacion, será trasladado á otra provincia merced á determinadas influencias. Aun cuando su marcha llegaria á sentirse por determinada parte del público, se dice que habria personas que aplaudirian su relevo.

»Ignoro qué tenga de cierto la noticia en su primera parte; pero la segunda no me sorprenderia.»

Verdaderamente son para llamar la atencion de las personas timoratas estos síntomas de la demencia humana, que se producen fuera de los manicomios.

Despues de leer lo que ha pasado en Zaragoza, donde el año anterior cayó por casualidad, como hizo sonar el burro la flauta, uno de los premios más nutridos de esta lotería, lo único que se ocurre pensar es cómo anda suelta por calles y plazas la humanidad española, sin que le hayan puesto la camisa de fuerza.

Y así nos pasamos en España la vida, hablando en liberal, frecuentando los toros y los cafés de cante, pagando las contribuciones y jugando á la lotería.

Si esto no es pelechar y criar fuerzas para amedrentar á Europa con un resoplido, debe ser una metáfora de más campanillas.

He desistido de hablar en estas crónicas de los teatros, porque así los de verso como los líricos no ofrecen más que mamarrachadas y basuras escénicas, en que lo puerco y lo barroco lucen sus horrores y ofenden hasta la membrana pituitaria.

Excepcion de esta regla es una produccion cómica dada á conocer en el teatro de la *Comedia*, que venia *agabachado* desde el estreno de dos piezas originales de mérito problemático, hasta el punto de no representar más que obras mal *traicionadas*, que no traducidas del francés.

Intitúlase la nueva comedia *Las tres cruces* y es su autor D. Juan José Herranz, poeta dramático muy distinguido y cultivador del gusto de la buena escuela española, segun lo ha demostrado en obras tan estimables como *Honrar padre y madre* y *La Virgen de la Lorena*.

La nueva comedia es original y pertenece al género bretoniano, que los autores realistas al uso miran con empacho y hastío, como si ellos fueran capaces de llegar á la suela de sus zapatos.

La obra del Sr. Herranz no es, por su argumento, que peca de endeble y un tanto afeminado, un arco de romanos, ni una maravilla; pero á pesar de lo trivial y conocido de su texto, de lo desdibujado y borroso de los caracteres y de la fragilidad de su trama, está engarzada en metal literario tan precioso y tan rico, que á ratos parece relumbrante joya, gratísima al ojo y al oido.

Y es que lo moral del pensamiento y de los conceptos, la tersura y rotundidad de la versificacion, la pureza del lenguaje, siempre halagueña al sentido patriótico, y, sobre todo, la eximia limpieza de disparates así en la diccion como en la accion, suplen aquellas deficiencias artísticas, predisponiendo al espectador á ser indulgente con autor tan bizarro.

No es *Las tres cruces* comedia del vuelo de *Honrar padre y madre* y *La Virgen de la Lorena*, que son dos perlas de gran tamaño primorosamente cuajadas; que es como se dice en el *argot de joyer* una perlita no despreciable, con la cual no se desluce el joyel de tan discreto autor.

Luego, como los paladares literarios están ya saciados, hartizos de *charradas dramáticas*, de barbaridades escénicas en que los tipos hablan, discurren y sienten como locos, como badulaques ó como tios, es natural que al presentarse una comedia racional, en que el concepto humano no aparece bestializado, envilecido, ó serpeando por mitad del arroyo, se acoja con simpatías y haga surgir estímulos que consuelen á los ingenios de la espantosa caida de la musa de Calderon y de Lope.

Tal vez por estas consideraciones ha sido mayor el éxito de la obra del Sr. Herranz, si por él bordada en tela rica, por los actores desempeñada *con amore*.

El y ellos merecen felicitaciones sinceras de la crítica sana y culta, que no puede menos de desear que se renueven sus lauros, para honra y gloria de la escena patria, inundada por fétidos torrentes que parecen salidos del mar Muerto.

Por ese camino hay que marchar para que el teatro, en cuanto tiene de espectáculo impuesto por los gustos humanos, sea escuela de costumbres, vehículo de solaz admisible, y triaca de sus propios venenos.

LUPERCIO.

Madrid, 23 de Diciembre.

TERESA DE JESUS

(TRADICION)

Envuelta en tocas monjiles
Y desnudo el pie de nieve,
Por un claustro solitario
Una virgen aparece.
Y tanto cielo en los ojos
Y en todo el semblante tiene,
Que no parece que el cuerpo
Al alma espléndida envuelve,
Sino que naturaleza
Ha quebrantado sus leyes
Y el cuerpo el alma aprisiona
Entre flamígeras redes.
Distraida va la virgen
De cosas del mundo aleve,
Abstraida peregrina,
Que nada terreno siente,
Cuando de pronto despierta,
Trémulo el paso detiene
Y al alma llama á los ojos,
Porque se asome y se huelgue.
Blanco como la inocencia,
Rubio como el sol poniente,
Tierno como los pimpollos
De la rosa que florece,
Baja un Niño la escalera,
Como un alba que se viene
Orlada de rayos mansos
Que iluminan y no ofenden.
—¿Quién eres—dijo la virgen
Toda absorta, toda alegre,—
Que siendo muy niño en casa,
Como dueño te apareces?
¿Quién eres, cielo abreviado
Sin un terreno accidente,
Infantico blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?
¿Quién eres, que siento un horno
Que en el corazon me hierve
Y me quemo y de cenizas
Renazco, cual ave-fenix?
Eres iman, pues me atraes;
Eres mar, pues me sumerges;
Eres sol, pues me iluminas;
Eres vida, vida eres.
No eres tierra, pues te quiero;
Ni sombra, pues no obscureces;
Ni tentacion, pues no caigo;
Ni muerte, muerte no eres.
Eres majestad sin ceño
Y amor sin negros desdenes
Y verdad sin amargura
Y vida, la vida eres;
Pues absorta en tu presencia,
Si la amenaza la muerte,
Mi vida apenada y triste
Se muere porque no muere.
¿Quién eres, cielo abreviado
Sin un terreno accidente,
Infantico blanco y rubio,
Que en tus sonrisas me prendes?—
¿Y tú—dijo el Niño hermoso
Con voz regalada y tenue,
Cual si cantaran las brisas,
Como si hablara una fuente,
—Tú que en tal lumbre te quemas
Y que en este mar tan breve,
Que en mi cabe y no se explaya,
Te engolfas y te sumerges;
Tú, paloma arrulladora,
Que á los cielos siempre tiendes,
Teniendo en la tierra el nido
Sufridor en tus desdenes;
Tú que de la luz te gozas
Y las sombras aborreces,
Que á la caridad te rindes
Y en las tentaciones vences;
Tú que elevas mis altares
Que arenas las playas tienen,
Pues son altares las almas
Que á seguirte se resuelven;
Tú que llevas en tus hombros
La cruz que al mundo entristece;
Tú, abierto volcan de amores,
Cómo te llamas, quién eres?
—Yo una hormiga.—
—Yo soy grano.—
—Yo triste abeja.—
—Yo mieles,
—Yo vil ceniza.
—Yo fuego,
Lumbre y llama que te enciende.
—Me enciende el amor divino,
Sólo ese loca me vuelve:
Soy Teresa de Jesus.
—¿Teresa de Jesús eres?
Y yo Jesús de Teresa,—
Dice el Niño y desparece
Entre rayos y entre aromas
Y nubes como las nieves,
Como un barco que se aleja,
Como un astro que se pierde,
Dejando sumida al alma
En una amargura alegre.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA,
de las Escuelas Pias

Granada, 1889.